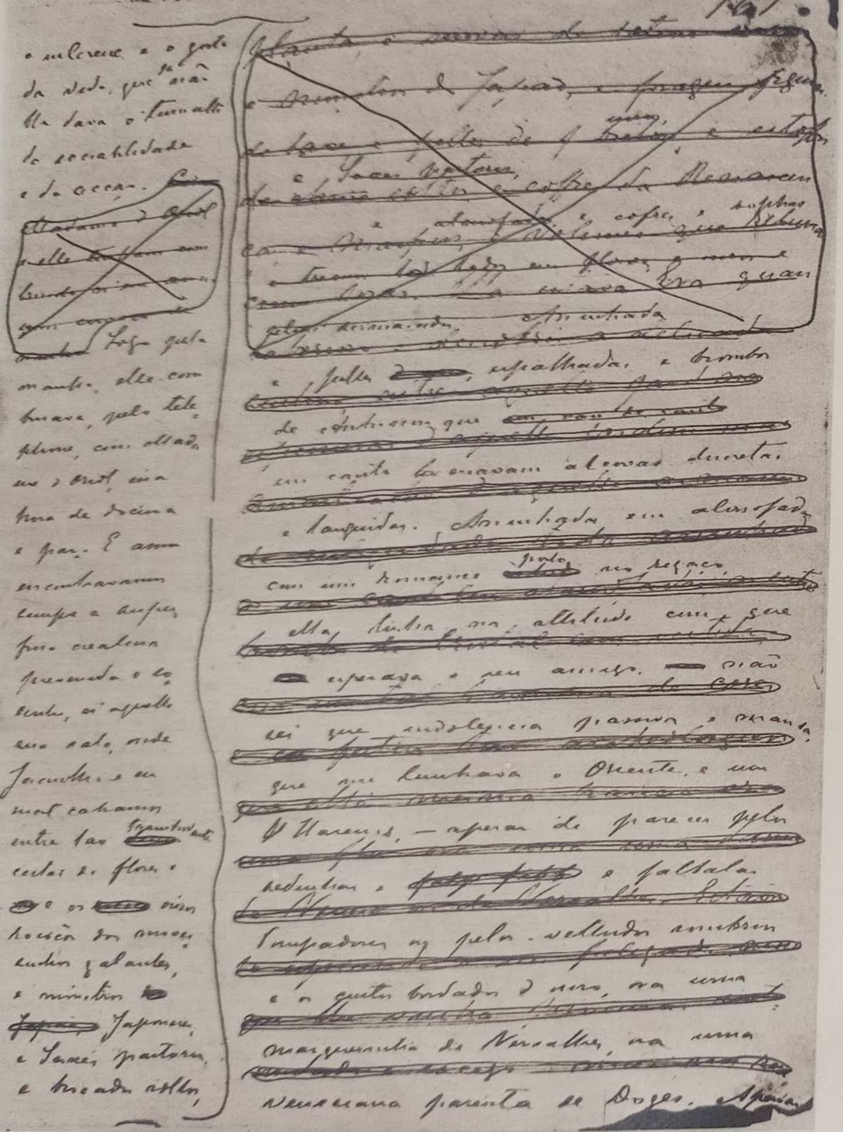
JOSE MARIA
EÇA DE QUEIROZ

OBRAS COMPLETAS

TOMO II



Una cuartilla del manuscrito de "La ciudad y las sierras" Se observará cómo Eça de Queiroz, en su afán de perfeccionamiento, rehacía casi por entero sus originales, en las reediciones sucesivas de sus obras.

JOSE MARIA EÇA DE QUEIROZ

OBRAS COMPLETAS

RECOPILACION, TRADUCCION, PREFACIO, ACOTACIONES MARGINALES Y NOTAS EXPLICATIVAS

DE

JULIO GÓMEZ DE LA SERNA

TOMO II

M. AGUILAR
EDITOR
MADRID, 1948

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

BOLAÑOS Y AGUILAR, S. L.—Madrid.

UNA CAMPAÑA ALEGRE

(LAS BANDERILLAS)

(1890-91)

ACOTACION MARGINAL

Cuando Eça de Queiroz era administrador del Concejo de Leiria, hacia marzo o abril de 1871, escribía a su amigo el doctor Emilio García, en pleno rapto de entusiasmo comunicativo y arrollador, buscando prosélitos y simpatizantes: «Las Farpas *(*Banderillas*) serán un* panfleto *revolucionario, la ironía y el ingenio al servicio de la justicia. Representarán el folletín de la Revolución. Aquí, mi querido García, se conspira; hay clubs, se proyectan diarios; se advierte mucha excitación y buena voluntad.»*

Eça tenía por entonces veintiséis años de edad; estaba atacado del sarampión político, y proyectaba con aquella tarea juvenil derribar las instituciones, modificar radicalmente la faz de Portugal, sus costumbres, y remover violenta y hondamente el espíritu de sus conciudadanos. Actitud que luego, andando el tiempo, iba a serenarse, a través de sus luchas, experiencias y meditaciones, maduro ya frente a la vida.

La iniciativa de las Farpas *fué, pues, de Eça de Queiroz, y suyo el prólogo con que se abrió el primer número, aunque en ellas colaborase desde su comienzo, con idéntica categoría y ardor, su íntimo el escritor Ramalho Ortigao, quien después habría de continuar redactando solo aquella publicación.*

Ya a principios de ese año de 1871, en una carta dirigida por Eça al poeta Juan Penha, le decía, enviándole el programa o manifiesto de lo que intentaba realizar en las Farpas*: «Lee ese prospecto. Comprenderás en seguida que se trata de un periódico de combate, mordaz, cruel, incisivo, hiriente y, sobre todo, revolucionario. Son* Les Guêpes *(*Las Avispas*), de Karr, tratadas a la manera peninsular, con más juego, más vigor y más intención. En el estado en que se halla el país, los hombres inteligentes que tienen conciencia de la revolución no deben instruirlo, ni adoctrinarlo, ni discutir con él; deben* banderillearlo*. Las* Farpas *son, pues, el* trait*, la burla, la ironía, el epigrama, el hierro candente, el látigo...»*

Casi veinte años después, en octu-

bre de 1890, Eça escribió lo siguiente, refiriéndose a las Farpas, o banderillas, explicando su propósito de entonces: «Así fué como al llegar a la Universidad, con mi Proudhon mal leído debajo del brazo, me apresuré a gritar a la ciudad en que entraba: «¡Muera la tontería!» Y desde entonces, en unión de Ramalho Ortigao, no cesé durante dos años de clavar banderillas, una tras otra, hacia todos los lados donde creía encontrar la oscura cerviz taurina. No recuerdo si acerté; sin duda, muchos hierros se embotaron contra el suelo; pero cada par iba guiado por un impulso puro de la inteligencia o del corazón.»

*

El primer número de las Farpas, que llevaba fecha de mayo de 1871, salió a luz, sin embargo, el 18 de junio de ese año, con el subtítulo de «Crónica mensual de la política, las letras y las costumbres». Eça, que hasta aquel momento había seguido desempeñando el cargo de administrador del Concejo de Leiria, fué relevado por un decreto del 6 de junio. Casi al mismo tiempo de aparecer las Farpas, Eça había pronunciado una resonante conferencia sobre El realismo como nueva expresión del Arte en el ciclo organizado por Antero de Quental en el Casino de Lisboa, y cuyo programa o manifiesto, ambicioso y radical, fué publicado en mayo de 1871, firmado por doce escritores, algunos ya de gran prestigio, como el propio Antero, Eça de Queiroz, Oliveira Martins, Manuel de Arriaga y Teófilo Braga. Como el entonces ministro de la Gobernación se creyera en el caso de suspender, el 26 de junio, ese ciclo, después de haber sido pronunciadas ya cinco conferencias, y cuando el público había acudido a escuchar la sexta, de Salomón Saraga, sobre el tema Historiadores críticos de Jesús, aquella medida dió motivo a una airada protesta, apoyada por medio centenar de firmas. Y en ese primer número, las Farpas, por la pluma de Eça, definían el alcance de aquellas conferencias con argumentos en los que la ironía combativa se mezclaba con una serenidad ingeniosa.

Ya antes, el 5 de mayo, el Diario Popular, de Lisboa, publicó esta carta, suscrita por Eça y por Ramalho Ortigao:

«Señor director: Habiéndose divulgado el rumor de que el periódico As Farpas va a ser una publicación republicana, juzgamos deber nuestro declarar lo siguiente: As Farpas tendrá por único partido político el buen sentido. Armados a la ligera, sólo seguiremos una táctica: la de demoledores de los prejuicios humanos. Si la justicia y el buen sentido están contenidos en el término República, As Farpas será republicano.»

Casi inmediatamente después de su aparición, As Farpas logró un rotundo éxito de público, contando con dos mil suscripciones y con muchos miles de lectores.

Aparte del propósito, eminentemente político, que guió a Eça al crear As Farpas, no olvidó él tampoco otros de más profundo sentido y alcance intelectual, ya que, como dice certeramente Alvaro Lins, As Farpas representó para Eça un instrumento de trabajo y de pensamiento capaz de apartarle para siempre del peligro del dilettantismo y de la frivolidad.

Y en su ensayo sobre Ramalho Ortigao, el propio Eça escribió: «La primera finalidad de As Farpas fué provocar la risa. La risa es la más antigua y la más terrible forma de la

crítica. Láncese siete veces una carcajada alrededor de una institución, y ésta se desmorona; la Biblia nos lo enseña bajo la alegoría, generalmente apreciada, de las trompetas de Josué, en torno a Jericó.»

Las Farpas seguían el procedimiento de obligar a la multitud a ver de verdad. Uno de los fines del arte realista estriba en ver de verdad. Las Farpas empleaban este sistema: hacer reír del ídolo, mostrando por debajo el maniquí. Y en su carta al profesor Emilio García, Eça le decía: «Es preciso dar la mano a esas pobres ideas que vagan junto a la frontera sin poder pasar ni atreverse a ello, aterrorizadas ante el aspecto brutal de nuestros conciudadanos, temerosas de ser aplastadas, apedreadas y empujadas ridículamente hacia la estación municipal.»

*

¿Cuáles fueron los efectos, los resultados de las Farpas sobre el público lusitano y sobre el morrillo del toro de la rutina que los dos escritores pretendían vivificar, aguijonear, transformar? Antonio Cabral, el concienzudo biógrafo ya mencionado, escribe a propósito de la aparición de aquel terrible periódico satírico: «... Y Lisboa despertó una apacible mañana aturdida con la risa estridente y reprobadora de las Farpas. Aquella risa escarnecedora, a la que no estaba acostumbrada la capital, primero le produjo espanto, después, la puso nerviosa; por último, la irritó de verdad. ¿Qué osadía era aquella de dos hombres jóvenes, escritores de ideas nuevas y de plumas afiladas, que venían así, con pellizcos de burla, a transformar a Lisboa y el país todo, entregados a su regalada somnolencia? Y sucedió este fenómeno singular: una nación entera malhumorada por los lanzazos que sufría leyendo ávidamente los panfletos en cuyas páginas Eça de Queiroz y Ramalho Ortigao ponían al descubierto sus defectos, y le indicaban, con sutileza, la necesidad de corregirse. Estaban logrados los fines de las Farpas: en primer lugar, hacer reír; y reprender después. Sé que As Farpas fué una pujante y ruda máquina de guerra en su primera fase, sobre todo cuando en ellas colaboró, hasta el número 15, Eça de Queiroz. Los efectos por la propaganda de los dos notables e implacables críticos, ¿sobrepasaron los deseos y la intención que los animaba? Resulta evidente. Porque ellos no tenían nada que dar a cambio de lo que destruían.»

Pero Eça, como dice Dalcidio Jurandir, «se consideraba un dilettante como político, como periodista y como reportero.» El mismo afirmaba: «El verdadero espíritu de las Farpas estaba en Ramalho. Yo era un dilettante de la oposición. Para Ramalho, las Farpas eran su obra; iban tomando a sus ojos la gravedad de una misión.» Por eso, cuando Ramalho quiso dar a las Farpas «una contextura más amplia, con el fin de enseñar al pueblo algunos principios», Eça, el dilettante, según confiesa él mismo, «quedó aterrado: ¡enseñar!» «Yo era —dice—, y soy todavía, en filosofía, un touriste que se cansa fácilmente; en ciencia, un dilettante de guardarropía. ¡Convertir aquella alegre y pequeña catapulta en una cátedra austera! Me largué prudentemente a la Habana.» Y, en efecto, abandonó oficialmente su colaboración; aunque, sin embargo, parece muy probable que Eça enviara desde el extranjero, y ya muy de cuando en cuando, alguna banderilla suelta, desparejada, a su amigo y compañero, para su publicación (puesto que en una carta a Ramalho, ya en Inglaterra, al refe-

rirse de pasada a As Farpas, *afirma:* «Yo, que fuí cuatro años colaborador de As Farpas»). *Aquella colaboración resultó, realmente, provechosa para Eça; como observa Astrojildo Pereira,* «allí pudo él ejercitar libremente el comentario de los acontecimientos, y al mismo tiempo sus dotes de escritor». As Farpas *ocasionó disgustos y ataques públicos a los dos escritores.*

«*A raíz de la aparición del primer número de* As Farpas*—cuenta Antonio Cabral—, Antonio Enes, brillante periodista, que más adelante fundó* El Día, *en el folletón de* La Gaceta del Pueblo *acogió la nueva publicación con acerada crítica, examinando los procedimientos combativos de Eça y de Ramalho. El número 2 de* As Farpas *contestó con palabras agridulces a la arremetida del folletinista. Lo cual hizo que el mencionado diario, y ya con la firma de Antonio Enes, su crítica al número 2 fuese más viva y acerada. Hubo una nueva réplica en el tercer número de* As Farpas, *y Eça contestó con poca suavidad. Otra vez Enes contrarreplicó, tachando de inmoralidad literaria a los autores de las* Farpas, *por suponer que éstas eran un plagio de* Les Guêpes (Las Avispas), *del escritor francés Alfonso Karr, publicadas en 1840. La cuestión se recrudeció entonces. Eça se defendió graciosamente de aquella acusación de plagio. La polémica continuó. Incidentalmente, Alberto de Queiroz, hermano del novelista, que había elogiado las* Farpas, *sufrió entonces también las acometidas de Enes. Alberto escribió a poco en* La Revolución de Septiembre, *de 4 de noviembre de 1871, un artículo tan violento contra Enes, que obligó a éste a dirigirse a Eça en carta, a la que el autor de las* Farpas *contestó con otra, serena e irónica, diciendo que su hermano tenía la responsabilidad personal de sus actos y de sus escritos, así como él respondía de los suyos y de las páginas de* As Farpas; *y acababa, con claro desdén, afirmando que desconocía en absoluto la personalidad de Enes, lo mismo que los folletones sobre las* Farpas. *Aunque hubo todavía unas breves rectificaciones por ambas partes, más o menos ásperas ya, terminó allí la desagradable cuestión. Pero Eça de Queiroz, que jamás fué rencoroso, años después de aquel incidente llamó espontáneamente a colaborar en su* Revista de Portugal *a Antonio Enes, mostrando sincera admiración por las brillantes dotes de éste. Por eso, en noviembre de 1872, en el número 16 de su publicación, y en el artículo de despedida a su colaborador, que marchaba a la Habana destinado como cónsul de Portugal, Ramalho Ortigao escribió: «Nos han dirigido injurias e insolencias; han escrito contra nosotros libelos y anónimos; nos han amenazado de muerte en el Continente y nos prometen sendas palizas en el Nuevo Mundo.» Y más adelante, el propio Eça, corroborando lo dicho por su colaborador, declaró en un artículo titulado «Testamento de Mecenas» (reproducido en sus* Ultimas Páginas)*: «Los únicos escritores portugueses que recibieron algo de modo anónimo, por correo, fuimos nosotros, Ramalho y yo, cuando ambos escribíamos* As Farpas. *Del Brasil recibimos por entonces, con regularidad, promesas de garrotazos.»*

Aun con la natural ingenuidad que muestran ante los ojos y los oídos actuales los artículos que componen As Farpas, *en lo referente a su intención revolucionaria y moralizadora, resultan altamente encomiables, no sólo el ingenio, el* humour, *el sentido del ridículo que revelan (aparte de la dignidad literaria de su estilo, en el que campean la cultura y el gusto europeos de sus autores), sino el propósito quijotesco, la integridad del impulso y hasta el desinterés pecuniario que animaron a los dos colaboradores a lo largo de su empresa, y luego, solo ya Ramalho, durante los diez años restantes que sobrevivió* As Farpas *bajo su única aportación. Abundando en esto, escribe Joaquín Costa, en su libro* Eça de Queiroz, creador de realidades e inventor de fantasías:

«¿Hubo excesos en aquellas campañas? Es posible que los hubiese; pero la verdad es que, a través de unas páginas tan agresivas e iconoclastas, se descubre el espíritu humano en una posición que no es, en modo alguno, de servilismo humillante.»

Y Mario Sacramento observa, refiriéndose al Eça de Queiroz crítico demoledor: «Se ríe de todo y de todos. Pero, cosa curiosa, no habla tantas veces, como sería de esperar, de literatura en estas Farpas. *Parece darse cuenta de que el tono que asume no puede mezclarse con la seriedad que reviste la literatura.»*

A pesar de haberse desligado de aquella publicación al ser destinado como cónsul a la Habana, Eça no por ello dejó nunca de sentir vivo afecto por As Farpas. *Y como su nombre siguió apareciendo, hasta el final, en la cubierta de los ejemplares, en noviembre de 1875, al ser trasladado Eça al Consulado de Newcastle, escribió a Ramalho, quejándose de que no le enviaba los ejemplares: «Olvida usted con una adorable contumacia que poseo los más inalienables derechos a tener conocimiento de una prosa que—según el Código Civil, en su capítulo sobre la paternidad—me pertenece en parte, porque lleva mi nombre. Soy como la madre que reclama su hijo a grandes voces. Usted no me lo puede negar hoy bajo pretexto de que lo hizo solo. Semejante principio es tan inadmisible en Derecho civil como en fisiología.»*

Bajo la agresividad, en apariencia inexorable y acerada, de los dos redactores de As Farpas, *latían, sin embargo, su generosidad, su sentido hondamente comprensivo de la miseria humana. Así, por ejemplo, Veva de Lima, en su sentido libro* El único vencido de la Vida que lo fué también de la muerte, *escrito en homenaje a la interesante figura del íntimo de Eça, Carlos de Lima Mayer, refiere el siguiente sucedido:*

«Estando un día Ramalho escribiendo un artículo de As Farpas, *en que atacaba violenta y mordazmente a un mediocre e incipiente joven, recién aparecido en la Cámara y en la literatura, y que se llamaba pomposamente Manuel María Sanches do Val Foullard de Sousa e Azevedo, cuando se hallaba a punto de terminar su satírica y demoledora diatriba, que iba a clavarse como una auténtica banderilla en aquella víctima, irrumpió de pronto Eça de Queiroz en el gabinete de trabajo, como una trompa, exclamando:*

»—¡Detente! ¡No sigas! ¡No puede ser!

»—¿Qué dices?

»—No puede ser—explicó Eça, jadeante de la carrera que había tenido que dar para detener aquel golpe—. Ese tipo es pobre... No podemos hacer eso. Acaba de decirme Carlos Mayer que la venta y los ingresos eventuales de su libro constituyen íntegramente su presupuesto para pan... Tienes que engullirte estas banderillas *para que ese tonto pueda engullir su pan.*

»Y Ramalho, sin vacilar, atravesando con su alfiler de corbata, a modo de banderilla, las cuartillas que acababa de pergeñar, y sosteniéndolas con la alhaja, las prendió fuego.»

¡Bello gesto de los dos colaboradores!

*

Pasaron los años. Eça siguió su ascendente carrera literaria, cada vez más rebosante de éxitos y honores. Había publicado las principales novelas de su momento culminante, cuando en 1890, siendo ya cónsul en París, comenzaron a reeditar en Lisboa las Farpas *en un volumen separado (por iniciativa de Ramalho Ortigao), que contenía la aportación exclusiva y personal de Eça de Queiroz a aquella publicación. Empezó éste a revisar las pruebas que le enviaba ya Ramalho. En una carta a su colaborador, fechada el 7 de noviembre de 1890, Eça le decía: «Remití las* Farpas. *He tenido que hacer de nuevo la toilette a cada artículo, pero no ha sido alterada una sola frase ni en su intención ni en su hechura humorística.» Eça dió entonces el título de* Una campaña alegre *a aquel primer tomo de su parte de colaboración en las* Farpas. *Y justificó este título de* Una campaña alegre *al decir en su prefacio: «No hay en este libro, en efecto, sino una rebosante alegría, empeñada en una campaña intrépida. Todo este libro es una risa que pelea.» Los dos volúmenes de* Una campaña alegre *se publicaron dentro de los años 1890-91. Y reunidos así, en libro, obtuvieron también un resonante éxito de público.*

Todos los artículos que integran esta Campaña alegre, *dentro de la perspectiva, del enfoque, del gusto de aquel momento—aunque* la *época los haga doblemente atrayentes para el lector actual—, revelan una agilidad de pensamiento y de intención notabilísima. Eça da rienda suelta a su ironía flageladora. Alza su mano armada, y reparte risueños cintarazos a diestro y siniestro. Todo ello sin perder la sonrisa. Algunos de estos artículos, como verá el lector, descubren entre líneas la emoción de la pluma que los escribió. En unos cuantos se ocupa Eça de personajes y de situaciones españoles. En otros, breves y sintéticos, muestra unas dotes, envidiables también, de periodista. Como observa con justeza el escritor Jaime Brasil, «releyendo* Una campaña alegre *se ve que Eça era periodista, no evidentemente el periodista a la insípida manera de hoy, a quien le son suministradas las cosas externas masticadas ya por las agencias telegráficas, y las internas copiadas en* notas oficiosas, *sino un periodista como los mayores de todos los tiempos». Eça de Queiroz maneja con singular maestría en estas breves prosas sobre muy diversos temas la ironía y la sátira, dando a cada una de ellas su justo valor. Pues, como apunta finamente el brasileño Gilberto Amado, «confundimos lamentablemente estas dos actitudes de la sensibilidad: la ironía y la sátira. La sátira es obra de un temperamento de acción que desea mejorar lo que ve, lo que siente, y que se enoja con la realidad de su medio. Es obra de pesimista. Los satíricos son hombres de decadencia; así Aristófanes, Juvenal, Plauto. El signo distintivo de la ironía es ser absolutamente cerebral. Es una actitud de indiferencia y de serenidad ante la lucha y la vida. Juvenal, satírico, censuraba a Roma y las costumbres con su fe en el esfuerzo humano. Irónico, Petronio se sonreía de la grandeza, de la verdad, de la belleza de todas las expresiones vanas que tan fácilmente se deshacen en la aridez de la eternidad. Eça de Queiroz fué el mayor escritor satírico de nuestra raza; lo que le hace parecer irónico es el ingenio, la gracia. En la Península, después de Cervantes, que fué una de las más grandes miradas que se inclinaron sobre el alma humana, y al propio tiempo el gran maestro de la sátira ibérica, solamente en Eça de Queiroz resurgió ese gran temperamento que vió riendo, censurando y sufriendo, los errores, los vicios, las fealdades de una realidad dolorosamente trivial».*

Señalaré, sólo a título de predilección completamente personal, algunos artículos contenidos en Una campaña alegre, *en los que creo percibir con mayor brillantez aún ese sentido satírico de Eça de Queiroz: «Los siete marqueses de Avila», «Historia pintoresca de la sublevación en la India», «Pescadores presos por no ser jurisconsultos», «Su majestad la reina, de paseo», «La maleta de un príncipe», «El bote salvavidas de Foz del Duero», «Al alma de don Pedro IV, en los Campos Elíseos». Podría indicar otros muchos, pero considero preferible, habiendo detenido ya con exceso al lector español en este umbral de la* Acotación, *dejar que su criterio elija entre este montón refulgente de artículos queirozianos. Todos y cada uno de ellos poseen un sello y un estilo propios y diversos, y constituyen, como queda explicado, la parte de colaboración correspondiente a Eça de Queiroz en esa publicación rebelde y satírica que se llamó las* Banderillas, *muestrario de temas políticos y sociales de la vida portuguesa—tan pareja a la española en muchos aspectos—, algunos de los cuales siguen teniendo hoy actualidad en los dos países de la Península.*

LIBRO I

ADVERTENCIA

Las páginas de este libro son aquellas con que en otro tiempo contribuí a *Las Banderillas*, cuando Ramalho Ortigao y yo, convencidos, como el Poeta, de que la *tontería tiene cabeza de toro*, decidimos banderillear hasta la muerte la bestia pesada y pavorosa. ¿Quién era yo, qué fuerza o razón superior recibí de los dioses, para erigirme en mi tierra en justiciero destructor de monstruos?... La juventud tiene estas espléndidas confianzas; sólo por amar la Verdad imagina que la posee; y, magníficamente segura de su infalibilidad, ansía embestir contra todo lo que disiente de su ideal, y que ella, por tanto, considera Yerro, irremisible Yerro, predestinado al exterminio. Así fué como, llegado de la Universidad, con mi Proudhon mal leído debajo del brazo, me apresuré a gritar en la ciudad donde entraba: «¡Muera la tontería!» Y desde entonces, a la vera de Ramalho Ortigao, no cesé durante dos años de clavar banderillas, una tras otra, hacia todos los lados donde creía entrever el oscuro morrillo taurino. No recuerdo si acerté; sin duda, muchas banderillas se embotaron en las piedras; pero cada par era guiado por un impulso puro de la inteligencia o del corazón. Y así, de aquellos tiempos

ardientes me quedó la idea de una campaña muy alegre, muy elevada, en que la ironía se ponía radiantemente al servicio de la justicia, cada potente golpe hacía brotar una soberbia verdad, del derrumbamiento de todo resaltaba una enseñanza para todos, y el tumulto del ataque aparentemente desordenado era, como el de los griegos combatiendo en Platea, dirigido por Minerva armada, mejor dicho, por la Razón.

Han pasado veinte años; y hoy releo aquellas páginas amarillentas de *Las Banderillas*. ¿Qué encuentro en ellas? Una risa tumultuosa, lanzada estridentemente a través de una sociedad, como su comentario único y su suprema crítica. Encuentro una risa enorme, pero escasamente una verdad adquirida, una conclusión de experiencia y de saber, algún resultado visible de aquella inspiración de Minerva que yo imaginaba combatiendo a mi zaga, como en los campos de Platea. Nada que, para regir entre los hombres el pensamiento o la conducta, mereciese quedar archivado en volúmenes perdurables; únicamente una risa inmensa tronando como las trompetas de Josué en torno a ciudadelas que seguramente no perderán una sola piedra, porque aún las veo, erguidas, más altas, del color sórdido del lodo, extendiendo por encima de nosotros su pavorosa sombra.

*

Ahora bien: ¿vale la pena de recoger, de perpetuar aquella risa, difundida en otro tiempo en libelos ligeros? ¿Existe, por ventura, utilidad en codificar así la carcajada? A los miles de libros que obstruyen el mundo, ¿conviene añadir un libro más, del que no sale nada, al abrirlo, sino el rumor fugaz y remoto de unas carcajadas de hace veinte años, tan muertas como las rosas de entonces?

Creo que no. Y, por decisión mía, hubiese dejado estas *Banderillas* en las breves páginas amarillentas donde el Diablo ríe detrás de una lente, ya tan raras y cada vez más sepultadas en esa corriente vaga llamada «de los Tiempos», que van providencialmente acarreando todo lo que se tornó inútil, hojas de lirio y hojas de laurel, los hombres, sus ilusiones inmensas y sus librillos.

No lo consintió así, sin embargo, por una conmovedora superstición amistosa, mi camarada Ramalho Ortigao. Reuniendo sus *Banderillas*, vasta obra, ésa, de pensamiento y de saber, deseó él que no quedasen fuera de su monumento aquellas páginas que yo escribí a su lado, en los primeros tiempos, cuando, impulsados por la misma santa rebeldía, nos lanzábamos a atacar a toda una sociedad con un ligero puñado de ironías doradas.

Ahí van, pues, mis *Banderillas*, a las que doy ahora el único nombre que las define y las justifica: *Una campaña alegre*. No hay ahí, en efecto, más que una rebosante alegría, empeñada en una campaña intrépida. Todo este libro es una risa que pelea. Que pelea por aquello que yo suponía la Razón. Que pelea contra aquello que yo imaginaba la Tontería.

Ahí van, pues, estas *Banderillas* en su primitiva forma, improvisada en la prisa y en el fragor de la lid, forma desordenada y tumultuaria, en que las palabras, las exclamaciones, las comas mismas, todo es empujado hacia adelante, al azar, en un clamoroso tropel, contra la cosa detestada que urgía demoler. Y todavía me pareció ahora tal el desorden, tan incorregiblemente se me impone el amor a la armonía, que no

resistí algunas veces a disciplinar esta turba estremecida de vocablos en fuga, y a establecer, en estas oraciones descompuestas, donde los adjetivos se amalgamaban, pesados adverbios caían en el fondo de reticencias inesperadas y se montaban verbos sobre verbos, alguna regla, compostura y ritmo. Pero fuera de estas depuraciones externas, procuré escrupulosamente que no se alterase aquella hechura especial de *Las Banderillas* que constituyó su fuerza especial, y que no se evaporase ni una nota de aquella risa que en otro tiempo cantó triunfalmente, despertando, por el contagio de su sinceridad, las risas de la multitud contra la *Tontería de cabeza de toro*.

¿Tendrá hoy aquella risa la suficiente vibración para despertar otras risas?... Las cosas que la provocaron están tan pasadas como las de Troya. Este libro es menos una reimpresión que una excavación. Mis *Banderillas* salen a la superficie mohosas, sin filo ni brillo, como las antiguas armas de una batalla cuyo nombre no sabe nadie.

¿Qué importa? Lo que me encanta en esta solemne reedición es, sobre todo, la camaradería. Después de haber combatido apasionadamente al lado de Ramalho Ortigao en hojas que un viento se llevaba y esparcía por las calles, siento dicha y orgullo en verme de nuevo junto a mi amigo en volúmenes apretados, tranquilos, *dorés sur tranche* (1), que van a reposar en la dignidad y en la paz de las bibliotecas.

E. DE Q.

París, octubre de 1890.

(1) De cantos dorados. *Sic* en el original.

I

EL PRIMITIVO PRÓLOGO DE «LAS BANDERILLAS».—ESTUDIO SOCIAL DE PORTUGAL EN 1871

Junio de 1871.

Lector sensato que abres curioso la primera página de este librito: has de saber, lector soltero o casado, propietario o productor, conservador o revolucionario, viejo *patulea* (1) o legitimista hostil, ¡que ha sido escrito para ti, si tienes sensatez! Y la idea de darte así todos los meses, mientras tú quieras, cien páginas irónicas, alegres y justas, nació el día en que logramos descubrir, a través de la ilusión de las apariencias, algunas realidades de nuestro tiempo.

Acércate un poco a nosotros, y mira.

El país perdió la inteligencia y la conciencia moral. Las costumbres están pervertidas y los caracteres corrompidos. La práctica de la vida tiene por única finalidad la conveniencia. No hay principio que no sea desmentido, ni institución que no sea escarnecida. Nadie se respeta. No existe ninguna solidaridad entre los ciudadanos. Ya no se cree en la honestidad de los hombres públicos. La clase media se hunde progresivamente en la imbecilidad y en la inercia. El pueblo está en la miseria. Los servicios públicos, entregados a una rutina soñolienta. El desprecio por las ideas aumenta cada día. Vivimos todos al azar. ¡Perfecta, absoluta indiferencia, de arriba abajo! Toda la vida espiritual, intelectual, está interrumpida. El tedio ha invadido las

(1) Nombre con que era designado el partido popular y sus miembros en la revolución portuguesa de septiembre de 1836. En sentido familiar, el pueblo, la plebe.

almas. La juventud se arrastra, envejecida, de las mesas de las oficinas del Estado a las mesas de los cafés. La ruina económica crece, crece, crece... El comercio se consume. La industria enflaquece. El salario disminuye. La renta mengua. El Estado es considerado en su acción fiscal como un ladrón y tratado como un enemigo.

En este *sálvese el que pueda*, la burguesía propietaria de casas explota el alquiler. La usura explota el interés.

Además, la ignorancia pesa sobre el pueblo como una niebla. El número de escuelas es por sí solo dramático. El maestro se ha convertido en un agente electoral. La población campesina, arruinada, viviendo en casuchas innobles, alimentándose de sardinas y de hierbas, trabajando sólo para los impuestos por medio de una agricultura decadente, lleva una vida de miserias, entrecortada de embargos. La intriga política se extiende sobre la somnolencia hastiada del país. Sólo la devoción trastorna el silencio de la opinión con Padrenuestros maquinales.

No es una existencia, es una expiación.

Y la certeza de este rebajamiento ha invadido todos las conciencias. Se dice por todas partes: «¡El país está perdido!» Nadie se engañe. Se nos dice en los Consejos de ministros y en los hoteles. ¿Y qué se hace? Se atestigua, conversando y jugando al tresillo, que de Norte a Sur, en el Estado, en la economía, en la moral, el país está desorganizado... ¡y se pide coñac!

Así todas las conciencias certifican la podredumbre; ¡pero todos los temperamentos se hallan bien en la podredumbre!

*

Nosotros no queremos ser cómplices de la indiferencia universal. Y aquí comenzamos sin acritud y sin cólera a señalar día tras día lo que pudiéramos llamar el progreso de la decadencia. ¿Deberíamos hacerlo con la amarga indignación de unos libelistas? ¿Con la serenidad experimental de unos críticos? ¿Con la fina jovialidad de unos humoristas?

¿No es cierto, lector sensato, que en este momento histórico sólo hay lugar para el humorismo? Esta decadencia se convirtió en un hábito, casi en un bienestar; para muchos, en una industria. Parlamentos, ministerios, eclesiásticos, políticos, explotadores, están afincados en la corrupción. El áspero Veuillot no bastaría; Proudhon o Vacherot serían insuficientes. Contra este mundo es necesario resucitar las carcajadas históricas de tiempos de Méndez Enxundia. ¡Y una vez más se pone la jocosidad al servicio de la Justicia!

¿Lo encuentras imprudente? ¿Lo encuentras irrespetuoso? ¿Preferirías que hiciéramos un diario político, con todas sus necedades y todas sus calumnias, vasto terreno de ideas triviales, que desfallecen de fatiga entre las manos de los tipógrafos?

No. Antes fundaríamos un depósito de sanguijuelas o una casa de baños calientes. Y si nos tiranizase demasiado el astuto demonio de la prosa, entonces, en la honrada compañía del señor Fernández de los Ríos, emparejados con los líricos de Barcelona, cantaríamos, vueltos hacia Palestina, ¡la patria, la fe y el amor! ¡Y pondríamos de manifiesto esa creencia viva, ese *arranque* peninsular, con que en otro tiempo se peleó en la batalla de Aljubarrota y con que hoy se hacen cajitas de obleas!

¡Aquí estamos, pues, ante ti, mundo oficial, constitucional, burgués, doctrinario y serio!

No sabemos si la mano que vamos a abrir está o no llena de verdades. Sabemos que está llena de negativas.

No sabemos tal vez adónde se debe ir; sabemos, sin duda, dónde no se debe estar.

Catón, con Pompeyo y con César a la vista, sabía de quién había de huir, pero no sabía hacia dónde. Tenemos esta media ciencia de Catón.

¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? Sólo podemos responder:

Venimos de donde estabais; vamos hacia donde no estéis.

En este viaje, largo o corto, vamos solos. No llevamos bandera ni clarín. Por el camino no leeremos *La Nación* ni el *Almanaque de los Tabanazos*. Vamos conversando un poco, riendo mucho.

Somos dos simples zapadores a las órdenes del sentido común. Por ahora, en lo alto de la colina, aparecemos sólo nosotros. El grueso del ejército viene detrás. Se llama la Justicia.

Y así vamos. Y en la epidermis de cada hecho contemporáneo clavaremos una banderilla. ¡Sólo la parte de hierro indispensable para dejar colgada una señal! Nuestras banderillas no tienen color, ni el blanco de la oriflama, ni el azul de la blusa. ¡Nunca podrán herir tan ligeras *Banderillas* la gran arteria social; quedarán en la epidermis. Dentro, seguirá corriendo serenamente la materia vital, sangre azul o sangre roja, disolución de guano o extracto de zarzaparrilla.

Vamos a reír, pues. La risa es una filosofía. Muchas veces la risa es una salvación. Y en política constitucional, por lo menos, la risa es una opinión.

Aquí está esta pobre Carta constitucional, que declara con ingenuidad que el país es católico y monárquico. ¡Por eso tal vez nadie cree en la religión ni nadie cree en la realeza! ¡Y es que nadie cree en ti, oh Carta constitucional! Los ministros que te defienden, los periódicos que te citan, los jurisconsultos que te comentan, los profesores que te enseñan, las autoridades que te hacen cumplir, los curas que hablan de ti en la misa conventual, esos mismos, cuya única profesión es creer en ti, ¡todos te reniegan, y ganándose su pan en tu nombre, te ridiculizan por las mesas de los cafés!

¡La *Carta adorada* de la *Gran duquesa* tiene más éxito que tú!

No se cree en la religión, a la que concediste el honor de un párrafo. La burguesía se ha hecho *librepensadora*. Le queda aún un resto de respeto maquinal por el Todopoderoso, pero acribilla a epigramas las pretensiones divinas de Jesús, y dice cosas desagradables al Papa. El escepticismo forma parte del buen gusto. Ningún ministro que se precie se atrevería a creer en San Sebastián. La Teología, el mayor monumento del espíritu humano, hace estallar de risa a los caballeros liberales. Se desprecia a los curas y se desprecia el culto, ¡lo cual no impide para que a propósito de cualquier cosa se exija el juramento!

La religión quedó como un artículo de moda. Expulsada de la conciencia liberal, las burguesas enriquecidas la han tomado solamente bajo su protección: y les gusta igualmente que sus troncos sean vistos a la puerta de María y a la puerta de los Inglesitos. Aceptan a Dios como un *chic*.

En los templos mismos la religión ha caído en descrédito. Ser sacerdote no es una convicción, es un oficio;

el sacerdote cree ahora en la proporción de la congrua. Y como cree más en el Negociado de Asuntos Eclesiásticos que en la revelación divina, trabaja en las elecciones. El pueblo, ése, reza. Es lo único que hace, además de pagar.

*

La pobre realeza, tan honrada por la Carta, no es mejor tratada. Es la perpetua escarnecida. Escarnecida por los periódicos de la oposición y por los gobiernos dimitidos. Escarnecida en los teatros, en donde el tipo del *Rey bufón* logró el éxito de un libelo. Escarnecida en las conversaciones de los cafés y en el chismorreo del Casino.

Según la Carta, la realeza es irresponsable. Pero no hay partido que no lance su necedad a costa de la realeza. «¡Si no fuese el rey!», es la disculpa invariable de los ministros que no gobiernan, de los oradores que no hablan, de los periodistas que no escriben, de los intrigantes que no medran.

La realeza es acusada por todo: por los gastos que hace y por la pobreza en que vive; por su acción y por su inacción; por dar bailes y por no darlos. El público se halla con ella en un estado de enervamiento, como con un importuno a quien no le conviene decir: «¡Vete con Dios!»

Entre tanto, la opinión liberal sigue declarando que existe un trono. Existe para ella como un efecto de Quintiliano, ¡como un recurso de elocuencia para los discursos de gran gala! A pesar de eso, a esta política infiel a sus principios, que vive en un perpetuo mentís a sí misma, desautorizada, silbada, una innumerable multitud de simples le pide aún la salvación de la *cosa pública*. Es trágico, como si se pidiese a un payaso de piernas rotas una voltereta más o un chiste más.

El orgullo de la política nacional consiste en ser doctrinaria. Ser doctrinario es ser tanto o cuanto de todos los partidos; es tener de ellos, por consiguiente, el mínimo; es no ser de ningún partido o ser cada cual sólo del partido de su egoísmo.

De modo que todos esos monárquicos, muy en su interior, votarían por una república. ¡Todos esos monárquicos acaban por convenir en que es indispensable la monarquía!

Se quiere generalmente el prestigio de la realeza y la majestad del poder; pero se desea que el rey se exhiba en un carruaje de alquiler y que su majestad la reina no tenga más que dos pares de zapatos.

Se llega a admirar a Luis Blanc, pero se prefiere a todo eso una tierra de simbra obligada a la congrua para el párroco y a los tantos por ciento para la red de obras públicas. La burguesía envidiosa y cesante habla de *federación*, de *república federal*, de *extinción de la burocracia*, de *emancipación de la clase obrera*; pero entiende que el país bien puede esperar todos esos beneficios públicos mientras le dan a él cargos civiles o de jefes de negociado. Una plebe ardiente habla de beberse la sangre de la nobleza; pero se mostraría satisfecha si la nobleza, en vez de ofrecerle la vena, mandase abrir Cartaxo.

¡Todos se armonizan! Por eso impera el egoísmo. Cada cual se inclina ávidamente sobre su plato.

—Pero todo se equilibra—dice la opinión constitucional—. ¡No hay conmociones ni luchas!

Sí, todo se equilibra, en el desprecio, por desprecio.

En las sociedades corrompidas, el orden llega así, a veces, a reinar.

Es el orden por el desdén. ¡Otros dirían por la imbecilidad!

*

La opinión es tan indiferente y ajena a los cambios de Ministerio, como los sillones del Gobierno son indiferentes a la pesada corpulencia del obeso ministro *A*, o a la inquietud nerviosa del flaco ministro *B*. El país oye hablar de la evolución política con igual distracción con que oye hablar de los asuntos del Cáucaso.

¿Saben, pues, cuál sería el Gobierno útil, provechoso, necesario, en este lamentable estado del espíritu público?

Aquel que el país, llamado a pronunciarse en un plebiscito negativo, declarase terminantemente y en bloque que no quería. Porque entonces la opinión despertaría quizá, viviría, lucharía, y aparecerían los dos partidos que no existen ahora, y sobre los cuales gira como sobre sus polos naturales la ley del perfeccionamiento: de un lado, la Reacción, y del otro, la Revolución.

*

Hasta aquí los poderes del Estado subsisten, habiendo perdido su significación.

El cuerpo legislativo hace muchos años que no legisla. Creado por la intriga, por la presión administrativa, por la presencia de cuatro soldados y de un alférez y por el elector de a duro, viene a ser apenas una asamblea muda, soñolienta, ignorante, diciendo *sí* con la cabeza. Algunas veces intenta vivir; y entonces demuestra con pruebas incesantes su incapacidad orgánica para discutir, para pensar, para crear, para dirigir, para resolver la cuestión más rudimentaria de administración. ¡No sale de ella una reforma, una ley, un principio, un párrafo elocuente, una frase sutil! La diputación es una especie de burocracia para quien es incapaz de cualquier función. Es el empleo de los inútiles.

Por eso, el Parlamento es una casa mal iluminada, adonde se va, a cierta hora, a conversar, a escribir cartas particulares, a murmurar un poco y a organizar partidas de *whist*. El Parlamento es una sucursal del Casino. La tribuna es un anaquel de vasos de agua intactos.

El Ministerio, el Poder ejecutivo, dejó de ser un poder del Estado. Es sólo una necesidad del programa constitucional. Está en el cartel, es necesario que salga a escena. No gobierna, no tiene ideas ni sistema; no reforma nada ni nada instituye; está allí, y eso basta. El país comprueba a diario que algunos correos de gabinete van detrás de algunos carruajes, y con ello se queda ya satisfecho.

—¡Ahí va un ministro!—se dice en la calle.

—¡Ah! ¿Va?—exclama la burguesía—. ¡Bien; entonces hay orden!

*

Y así tiene lugar, ante un público enojado e indiferente, esta gran farsa que se llama la *intriga constitucional*. Las candilejas están encendidas. Pero el espectador, el país, no tiene nada de común con lo que se representa en escena; no se interesa por los personajes, y los encuentra a todos impuros y nulos; no le interesan las escenas, y las encuentra todas inútiles e inmorales. Sólo

algunas veces, en medio de su tedio, ¡se acuerda de que para ver tiene que pagar al taquillero!

Pagar, pues ya hemos dicho que es lo único que hace el país, además de rezar. Paga y reza. Paga para tener ministros que no gobiernan, diputados que no legislan, soldados que no le defienden, curas que rezan contra él. Paga a aquellos que le expolian y a aquellos que son sus parásitos. Paga a los que le asesinan y paga a los que le traicionan. Paga sus reyes y sus carceleros. Lo paga todo, paga por todo.

Y en recompensa, le dan una farsa.

¡Cuidado, sin embargo! Ese telón de fondo no está inmóvil: se agita como movido por una respiración invisible. Mientras la farsa se desarrolla en escena, *alguien*, por detrás del fondo, espera, se agita, se prepara, se arma tal vez...

—¿Quién es ese *alguien?*

Que os respondan vuestras conciencias. Sólo podemos decir que no es el señor obispo de Vizeu.

¡Y, no obstante, qué feliz y tranquilo parece todo! Los diarios dialogan bajito y despacio unos con otros. El Parlamento resuena. El Ministerio todo, encogido, dice a los partidos: ¡Silencio! Los negociados se cruzan de brazos. El Tribunal de Cuentas, allí, en su rinconcito, para entretenerse, maneja sonriendo las cuatro reglas. La Policía, retorciéndose el bigote, galantea a las cocineras. El Consejo de Estado se come las uñas. El Ejército toca la guitarra. El Ayuntamiento mata tranquilamente los perros vagabundos. Los árboles del Rocío se llenan de hojas. Bajan los fondos, y bajan hace tanto tiempo, que deben de estar ya en el centro de la tierra. El pueblo, infeliz, se va muriendo de hambre como puede. Nosotros escribimos nuestros libritos. Dios hace su primavera... ¡Viva la Carta!

¡Verdaderamente qué afín es todo! Vean la prensa. La prensa se compone de dos clases de periódicos: los de noticias y los políticos.

Los políticos siguen todos la misma política:

A) Querer orden, economía y moralidad.

B) Quejarse de que no hay economía ni moralidad, lo cual le hace temer mucho que llegue a perjudicar el orden.

C) Dice que el orden no puede mantenerse por más tiempo, porque advierte que empiezan a faltar la moralidad y la economía.

D) Observa que en el estado en que se ven la economía y la moralidad, cree poder asegurar que será mantenido el orden.

Los de noticias insertan todos la misma noticia:

A) Noticia de que su suscritor, colaborador y amigo X*** partió para Caldas de la Reina.

B) Refiere que su amigo, colaborador y suscritor, que partió para Caldas de la Reina, es X***.

C) Cuenta que para Caldas de la Reina partió X***, su colaborador, suscritor y amigo.

D) Que se olvidó de relatar oportunamente el caso, publica al otro día: «Según dicen algunos, partirá hacia Caldas de la Reina X***, nuestro amigo, suscritor y colaborador. No lo creemos.»

Si la prensa política aparece así armónica en la exposición de la doctrina, no siempre lo es en la apreciación de los hechos.

Así, por ejemplo, el Ministerio Fulano propone en las Cortes que, atendiendo los servicios de la ostra, el Gobierno sea autorizado a declarar que se considera, con respecto a la ostra, como un verdadero padre.

Entonces los periódicos fulanistas exclaman: «El Gobierno acaba de declararse padre de la ostra. ¡Medida de gran alcance! Es una garantía para el orden, una prenda solemne del celo por los servicios públicos. ¡Cuando un Gobierno procede así, puede decirse que empuña con mano firme el timón del Estado!»

Pero al día siguiente, por cualquier cosa, cae el Ministerio Fulano. Sube el Ministerio Zutano, y acto seguido propone a las Cortes: que de allí en adelante, por esperar grandes beneficios para la causa pública, el Gobierno se declara, para todos los efectos, en relación con la ostra, ¡más que un padre, una verdadera madre!

Dicen los mismos periódicos fulanistas: «El Ministerio ominoso que con mano insegura dirige el timón de la cosa pública se ha declarado madre de la ostra. ¡Es mostrar un profundo desprecio por el orden y la economía! ¡Cuando un Ministerio obra así, es que va camino de la anarquía y nos lleva directos al abismo!»

Tampoco es igualmente armónico el proceso para juzgar a las personas.

El señor Fulano, nombrado presidente del Consejo de ministros, va a la Cámara. Al día siguiente dicen los periódicos ministeriales: «El noble presidente del Consejo llevaba ayer, a su entrada en la Cámara, unas magníficas botas de piel. ¡Qué admirable piel! Sólo cuando se tiene, como el señor Fulano, un celo tan grande por el bien del país y una tan alta experiencia de las cosas públicas, se puede encontrar una piel tan buena!»

Los periódicos moderados, a la expectativa, en semioposición, declaran: «No somos aduladores del poder, y le decimos la verdad en su cara. Conocemos la larga experiencia, las poderosas dotes oratorias del señor presidente del Consejo; pero, a pesar de su tacto político, el señor Fulano llevaba simplemente unas botas corrientes de ternera francesa.»

Los periódicos de la oposición exclaman:

«¡Insensatos! ¿Cómo venís a hablarnos de la experiencia y de las virtudes cívicas del señor presidente del Consejo? ¡El señor Fulano es ominoso! ¡No! Sus botas no son de ternera francesa, como quiere una oposición falsa, ni de piel fina, como pretende una mayoría venal. ¡Sus botas demuestran que caminamos hacia la anarquía, y son de basto cuero de Salvatierra!»

*

Examinemos ahora la literatura. La literatura—poesía y novela—sin ideas, sin originalidad, convencional, hipócrita, falsísima, no expresa nada: ni la tendencia colectiva de la sociedad, ni el temperamento individual del escritor. En torno de ella, todo se transformó; sólo ella permaneció inmóvil. De modo que, pasmada y perturbada, ni ella comprende su tiempo, ni nadie la comprende a ella. Es como un trovador gótico que despertase de un sueño secular en una fábrica de cerveza.

Habla del *ideal*, del *éxtasis*, de la *fiebre*, de *Laura*, de *rosas*, de *liras*, de *primaveras*, de *vírgenes pálidas*, y a su alrededor el mundo industrial, fabril, positivo, práctico, experimental, medio espantado y medio indignado, exclama:

—¿Qué quiere esta tonta? ¿Qué ha-

ce aquí? ¿Se dedica a la vagancia? ¡Llévenla detenida!

Ella, despreciada y desautorizada, anda todavía por ahí soltando aires presuntuosos, entre el gas y el polvo del macadán, las declamaciones sonoras del lirismo de Lamartine y del romanticismo de Chateaubriand. Y se gloría de ser en sus costumbres y en sus obras intransigentemente ideal. Mera cuestión de retórica: los poetas líricos y los pensadores idealistas procuran colocarse en los ministerios, cultivan el bistec en el Aurea, son de un centro político y usan camiseta.

En Francia, al menos, la literatura, cuando apareció la corrupción, expresó la corrupción. En el París de la decadencia, en el París del barón Haussmann y de los señores Rouher y Fialin (vulgo de Persigny), los libros detestables fueron la expresión genuina y sincera de una sociedad que se disolvía. La literatura del bulevar quedará por ese motivo, y tendrá un lugar en la historia del pensamiento, así como de la decadencia latina quedaron Apuleyo, Petronio y el incisivo Tertuliano, cuyo estilo tiene centelleos, aún hoy tan vivos, que parecen brotar de la podredumbre del moderno mundo poético.

En la corriente de la literatura portuguesa no se refleja ningún movimiento real, no espejea ninguna acción original. Como en las aguas inmóviles y oscuras de la laguna de los muertos, sólo se retratan en ella sombras. Pero son sombras que no llevan los lívidos ropajes usados en Egipto: van de frac y sombrero de copa, ¡y es lo único que les da derecho a creerse vivas!

La poesía nos habla aún de Julieta, de Virginia, de Elvira, bellas e interesantes criaturas en el tiempo en que Shakespeare se arrodillaba a sus pies, en que Bernardino de Saint-Pierre les ofrecía rapé de su caja de esmalte orlada de perlas, en que Lamartine, embozado en la capa romántica de 1830, las paseaba en góndola por los lagos de Italia. Hoy son un ideal de museo.

Y, además, fuera de esas mujeres, ella no conoce nada del mundo. La poesía contemporánea se compone así de menudas sensibilidades, contadas menudamente por voces menudas. El poeta lírico *A* nos dice ¡que Elvira le dió un lirio en una noche de luna! ¡El poeta lírico *B* nos revela que una atroz desesperación le invade el alma porque Francisca está en brazos de otro! ¡El poeta lírico *C* nos cuenta la noche que pasó con Eufemia, en un pabellón, mirando los astros y diciendo frases! Y en medio de las ocupaciones de nuestro tiempo, de las cuestiones que alrededor de nosotros se alzan por todas partes como pavorosos signos de interrogación, esos señores ¡vienen a contarnos sus pequeñas incredulidades o sus pequeñas exaltaciones! ¡Entre tanto, los obreros viven en la miseria por esas guardillas, y la gente del campo vive en la miseria por esas aldeas! ¡Y el señor Fulano y el señor Zutano emplean toda su acción intelectual en jactarse de coger margaritas para ponerlas en el pelo de Elvira! Noches y noches se mueven las prensas a vapor, satínase el papel, se extenúan los tipógrafos, se agotan los correctores, empléase una cantidad inmensa de vida y de trabajo ¡para que el público sepa que el poeta lírico Policarpo de Tal ama a una virgen pálida con ojeras!

Y todavía si la poesía lírica se contentase con ser de una inutilidad necia... ¡Pero es de un erotismo ofensivo! Hay lupanares más castos que ciertos libros de versos que se llaman melancólicamente *Arpegios* o *Preludios*.

Poesía lírica, poesía lírica, ¡escóndete en los Consejos de ministros o en las oficinas del Estado! No aparezcas en el mundo vivo. ¿Sabes cuál es el lugar que mereces en él? No es el Panteón, es el Limoeiro (1).

*

La poesía individual tiene un noble alcance cuando el poeta se llama Byron, Espronceda, Hugo, Lamartine, Musset. Porque entonces se retrata en esas almas todo el siglo, con sus dudas, sus luchas, sus incertidumbres, sus tendencias, sus contradicciones. Son grandes almas sonoras, donde vibra en resumen toda la vida que las rodea. Se estudia allí como en un compendio la existencia de una época. Pero, con franqueza, ¿qué se ha de estudiar en el alma del señor don Juan o en el alma del señor don Francisco? ¿La inmensa duda que pesa sobre la Baixa? ¿Los tormentos ideales que agitan la calle de los Fanqueiros?

¡Y la mayor desgracia y la mayor tontería es que, por fanfarronería lírica, algunos hombres honrados en la vida se presentan ante el público a declararse perversos en su rima!

Tomemos un ejemplo, uno de los más grotescos, el señor *X*. El señor *X* es un hombre honrado, buen jefe de familia, que se gana decentemente su pan. Merece nuestra estimación.

Veamos su poesía. Allí no se habla más que de amores, placeres, delirios, orgías, vírgenes sacrificadas... Una de dos: o el señor *X* pinta la verdad cuando escribe esos versos, y entonces es un libertino que da un ejemplo detestable a sus hijos y falta a la consideración a su esposa... ¿Cómo hemos de creer en tal caso en la seriedad de su carácter?

O el señor X no dice la verdad, y todos esos éxtasis suyos son rimados muy cómodamente ante la mesa del té, entre un diccionario y un manual poético, con un gorro de algodón en la cabeza.

En este caso, ¿cómo hemos de creer en la seriedad de su arte?

La novela, ésa, es la apoteosis del adulterio. Nada estudia ni nada explica; no pinta caracteres ni dibuja temperamentos, ni analiza pasiones. No tiene psicología ni acción. Julia, pálida, casada con Antonio, gordo, tira las cadenas conyugales a la cabeza del marido, y se desmaya líricamente en brazos de Arturo, desgreñado y macilento. Para mayor emoción del lector sensible y para disculpa de la esposa infiel, Antonio trabaja, lo cual es una vergüenza burguesa, y Arturo es un vago, lo cual representa una gloria romántica. ¡Y sobre este drama de lupanar están las mujeres honradas derramando las lágrimas de su sensibilidad desde 1850! El autor está en posesión, generalmente, del hábito de Santiago. Al editor le corresponde la pérdida. Al lector, el tedio. ¡Santo reparto del trabajo!

Por lo demás, cuando un individuo logra haber escrito tres novelas así, la conciencia pública reconoce que ha servido a la causa del progreso y se le da la cartera de Hacienda.

(1) Nombre popular de la cárcel de hombres en Lisboa.

Querrás que te hablemos del teatro, lector sensato. Pero tú has leído por esas esquinas los carteles y has visto, apenas sentado, cuando el gas de la sala disminuye, levantarse el telón sobre unas farsas tan tristes como una ruina, ¡y sobre unos dramas tan cómicos como una caricatura de Cham!

El teatro perdió su idea, su significación; perdió hasta su finalidad. Se va al teatro a pasar un poco la noche, a ver una mujer que nos interesa, a arreglar un préstamo con el usurero, a acompañar a una señora, o, cuando hay un drama muy conmovedor, para reír, como se lee una nota necrológica para ponerse de buen humor. No se va a asistir al desarrollo de una idea; no se va siquiera a asistir a la acción de un sentimiento.

Se va, como al Paseo, en noches de calor, *para estar*. Entre tanto, como es necesario que cuando se levante el telón se muevan algunas figuras y se entablen algunos diálogos, tiene por ello que existir en Portugal una literatura dramática.

La idea que se les ocurre a todos es traducir. Y en seguida, jóvenes que fueron en su tiempo suspendidos en el examen de francés, traducen. Donde está el *vous* ponen usted; y este esfuerzo prodigioso de invención está acabando en Portugal con la fuerza de una generación literaria. Pero no siempre se puede traducir... Al público le gusta ver cosas que sucedan en el Chiado y en la calle de los Fanqueiros; y, además, las obras francesas son para las grandes compañías de actores, que sólo por su número, por sus recursos, por su saber, dejan libre la fantasía creadora del dramaturgo. Entonces se imita. Donde hay *Monsieur Valeroy* se pone el *Consejero Becerra*; donde está *Lyón* se pone *Arcos de Val de Vez*; donde dice *rue Vivienne* se pone *callejón del Ciego*. Los periódicos aplauden, el rey preside el espectáculo, y todo el mundo se va a tomar el té con emoción.

Pero es necesario algunas veces que haya obras originales. En este caso se imita del mismo modo, pero se pone en el cartel: *original*. ¿Qué importa? Lo saben solamente tres o cuatro amigos. O se hace de verdad una cosa original. La dificultad no está en lograr los nombres de los personajes. Una acción también se consigue: hay muchas hechas: la hija perdida y después encontrada, el cofre robado, el noble arruinado, el hombre del pueblo sublime, etcétera. Lo difícil es hacer hablar a esta gente.

Y en este trance, el dramaturgo nacional lo explota todo y todo lo aprovecha. Va, busca, saca de aquí, copia de allí, arranca frases de *Los miserables*, chistes de *don Luis de Araújo*, discursos del *señor Fontes* o de *José Esteban*, tratados de *Economía política*, trozos de artículos de fondo, sermones, recorta, zurce, cose, remienda, pega esos pedacitos a la lengua de cada personaje, los salpica de gestos de desesperación, hace que se mesen los cabellos, ensaya músicas tristes para los finales de acto (excitando así el sentimiento con el arco del violín), manda levantar el telón, y descansa en la inmortalidad.

El tiempo en que el teatro floreció fué el tiempo en que en el teatro cantó Offenbach. Offenbach entonces triunfaba; todas las familias lo tarareaban; todos los organillos lo molían; todas las campanas lo repicaban. La alta burguesía, sobre todo, es quien lo frecuentaba y lo adoptaba. Y en aquella simpatía general sólo algunos dramaturgos, algunos *arregladores*, acusaban al maestrillo filosófico de pervertir el gusto, de desmoralizar la conciencia y de rebajar el nivel intelectual.

Ni la burguesía tuvo razón en adoptarlo, ni los dramaturgos en maltratarlo.

¡No, dramaturgos amigos, no comprendisteis a Offenbach! Offenbach es más grande que todos vosotros. El tiene una filosofía, vosotros no tenéis una idea; él tiene una crítica, ¡vosotros no tenéis una gramática! ¿Quién, como él, atacó con brío todos los prejuicios de su época? ¿Quién, como él, con cuatro compases y dos violines dejó para siempre desautorizadas viejas instituciones? ¿Quién, como él, hizo la caricatura rutilante de la decadencia y de la mediocridad? Vosotros, con vuestra severidad, no habéis hecho un solo servicio a la sensatez, a la justicia, a la moral. ¡No habéis hecho más que dormir! ¿Y él? ¡El militarismo, el despotismo, la intriga, el sacerdocio venal, la bajeza cortesana, la vanidad burguesa, todo lo atacó, todo lo trastornó, todo cayó en un *couplet* fulgurante!

No, alta burguesía, no hiciste bien en aplaudirle y en defenderle. Creíste encontrar en él un pasatiempo y encontraste una condenación. Su música es tu caricatura. ¿Tan mal alumbrados están los teatros, tan obtusa es vuestra penetración, que no os reconocisteis uno por uno en aquella galería ruidosa de los mediocres de la época? ¿No es el *Rey bujón* la fantasmagoría cantada de vuestra realeza? ¿No es Calchas, el de la *Bella Helena*, la mascarada remunerada de vuestro clero? ¿No es el general Bum la personificación ruidosa de vuestra estrategia de salón? ¿No es el barón *Grog* la grotesca *pochade* (1) de vuestra diplomacia? ¿No es el trío de la conspiración, la fotografía en *couplets* de vuestras intrigas ministeriales? ¿No es toda la *Gran Duquesa* la *charge* (2) implacable contra vuestros ejércitos permanentes?

¿Os reísteis desatinadamente de todas aquellas creaciones jocosas? Pues os reísteis de vuestra realeza, de vuestra diplomacia, de vuestro ejército, de vuestras intrigas, de vuestros cortesanos. Y con vosotros rió todo el mundo, *clero, nobleza* y *pueblo*.

Sí, Offenbach, con tu mano ingeniosa ¿diste a esta burguesía oficial una bofetada?... ¡No! ¡Una palmada en la panza, al alegre compás de los cancanes, con una carcajada europea!

Offenbach es una filosofía cantada.

*

Portugal, al no tener principios, ni fe en sus principios, no puede tener propiamente costumbres.

Fuimos en otro tiempo el pueblo de la sopa a la puerta de los conventos, de las procesiones, de la navaja y de la taberna. Como puede comprenderse, esa situación era un envilecimiento de la dignidad humana, e hicimos muchas revoluciones para salir de ella. Quedamos exactamente en idénticas condiciones. No acabó la *sopa boba*. No es ya, como

(1) En pintura, bosquejo, diseño hecho a la ligera y señalando apenas las masas con escasas pinceladas. Genéricamente, se dice de una obra rápidamente escrita. *Sic* en el original.

(2) *Sic* en el original. Carga, en sentido recto, y acusación, ataque, en sentido figurado. Se dice también, en este último sentido, de una caricatura o imitación grotesca.

antaño una multitud pintoresca de mendigos, beatas, gitanos, ladrones, pendencieros, la que va a buscarla alegremente, al mediodía, cantando el *Bendito* (1): es una clase entera que vive de ella, con sombrero de copa y paletó.

Esa sopa boba es el Estado. Después de los primeros exámenes del Liceo, la juventud ve en él su descanso y la garantía de su porvenir. La clase eclesiástica ya no se reclusa a impulsos de una creencia: es una multitud ociosa que quiere vivir a costa del Estado. La vida militar no es una carrera: es una ociosidad organizada por cuenta del Estado. Los propietarios procuran vivir a costa del Estado, siendo diputados a dos duros y medio por día. La propia industria se hace proteger por el Estado y trabaja, sobre todo, con vistas al Estado. La Prensa, hasta cierto punto, vive también del Estado. La ciencia depende del Estado. El Estado es la esperanza de las familias pobres y de las casas arruinadas. Ahora bien: como el Estado pobre paga pobremente, y nadie se puede librar de su tutela para dedicarse a la industria o al comercio, esta situación se perpetúa de padres a hijos como una fatalidad.

Resulta de ello una pobreza general. Con su sueldo nadie puede ahorrar, pocos pueden sostenerse. De ahí el recurso perpetuo a la usura y la deuda, la letra protestada, como elementos regulares de la vida. Por otro lado, el comercio sufre de esa pobreza de la burocracia, y se encuentra él a su vez en la alternativa de recurrir también al Estado o de caer en el proletariado. La agricultura, sin recursos, sin progreso, no sabiendo hacer valer la tierra, jadea al borde de la pobreza y termina siempre recurriendo al Estado.

Todo es pobre: la preocupación de todos es el *pan de cada día*.

Esa pobreza general produce un envilecimiento de la dignidad. Todos viven en la esclavitud. Nunca tenemos por eso la actitud de nuestra conciencia, sino la actitud de nuestro interés.

Se sirve, no a quien se respeta, sino a quien está en el poder. Un gobernador civil decía: «¡Qué cosas! ¡Dicen que soy sucesivamente regenerador, histórico, reformista! ¡Yo nunca he querido ser más que gobernador civil!» Este hombre tenía razón, porque cambiar del señor Pérez al señor Rodríguez no es cambiar de partido; ambos caballeros son monárquicos y constitucionales y católicos. La desgracia es que si en Portugal existiesen partidos republicanos, monárquicos, socialistas, aquel hombre, así como había sido sucesivamente reformista, histórico y regenerador—esto es, las cosas más iguales—, sería sucesivamente republicano, monárquico y socialista; esto es, las cosas más opuestas.

La familia es la primera en desmoralizar en ese sentido la conciencia. «Más vale pájaro en mano, etcétera...», es la voz doméstica. El individuo rebajado así, habiendo perdido la altivez de su dignidad y de su opinión, se acostumbra a doblegarse; se doblega ante el usurero, ante el tendero, ante el criado... Se doblega siempre; propone injusticias y las acepta. Se extingue en él gradualmente la noción de lo justo y de lo injusto. Cree que el favor, la protección, la corrupción, son funciones naturales y aceptables. No hay un

(1) Oración cristiana que comienza por las palabras: *Bendito y alabado sea*, etc.

juez en Portugal que no pueda contar que le han pedido las cosas más monstruosamente injustas, con la sencillez con que se pide lumbre para el cigarro.

El hombre, a medida que pierde la virilidad de carácter, pierde también la individualidad de pensamiento. Después, no teniendo que formar el carácter, porque le es inútil y tendría que doblegarlo a todo momento; no teniendo que formar una opinión, porque le resultaría incómoda y tendría que callarla en todo momento, se acostumbra a vivir sin carácter y sin opinión. Deja de frecuentar las ideas, pierde el amor a la rectitud. Cae en la ignorancia y en la vileza.

Al no respetarse a sí mismo, no respeta a los demás: miente, traiciona, y si logra medrar es por la intriga.

*

Las mujeres viven en las consecuencias de esta decadencia. Si son pobres, necesitan casarse. La *caza del marido* es una institución. Se lleva a las muchachas a los teatros, a los bailes, a los paseos, para exhibirlas, para habituarlas *a la busca*. Se realiza con la mayor sencillez ese acto simplemente monstruoso. Para llamar la atención, las muchachas cuentan con las *toilettes* llamativas, los peinados fantásticos, las arias al piano.

Su mira es la boda rica. Les gusta el lujo, la buena mesa, las salas tapizadas; un marido rico realiza esos ideales. Pero la mayor parte de las veces el sueño se derrumba, y se casan con un empleado de dos mil pesetas anuales. Aquello empezó por el amor y termina en el tedio. Viene la indiferencia, el vestido sucio, la cabeza desgreñada, las trampas caseras. Las que por ventura se casan bien dan rienda a otros deseos: satisfechas las exigencias del lujo, aparecen las exigencias del temperamento.

En otro tiempo había la religión. Pero hoy las mujeres creen de la religión lo que es necesario para estar a la moda; o si no, creen sólo en lo externo: novenas, fiestas de iglesia, flores y altares, todo lo que excita los sentidos, exalta la sensibilidad y no proporciona una norma para enjuiciar, ni un criterio para la conciencia.

La moda es, en cambio, una religión. La modista reina, lo absorbe todo, no deja tiempo para la menor ocupación o curiosidad de espíritu. Rara es la mujer que lee un libro. Rara es la que siente un interés intelectual...

¿Es, por ventura, esto trazar a capricho un cuadro sombrío? No; describimos la acción de una ley general.

Al final de todo, las mujeres virtuosas, las mujeres dignas, ¡forman aún en la sociedad portuguesa una mayoría inviolable! Si alguna cosa podemos decir hondamente, cierta es que ellas valen mucho más que nosotros.

Nosotros somos abominables con nuestra caza *a la heredera*. Este es hoy, para el hombre, el supremo motivo del casamiento. ¿En qué se ha convertido hoy la familia? *¡La familia es el desastre que le ocurre a un hombre por tener necesidad de una dote!*

La gran cuestión es la dote. Mujer, hijos, parientes, criados, son desagradables consecuencias que se sufren. Faltando así el lazo moral, la familia vive en el egoísmo. El hombre sin respeto se entrega al concubinato y al juego. La mujer, desocu-

pada y aburrida, se entrega al sentimentalismo y a los trapos. Los hijos, si los hay, son educados por criados, cuando no se educan por los cafés.

*

—¡Estoy aburrido!—es el coro general. Los espíritus están vacíos, los sentidos insatisfechos. Gradualmente, con la voluntad enferma, el cuerpo delibilitado, el hombre procura sólo *distraerse, matar el tiempo.* Pero, ¿en qué? ¿En la lectura?

No se compra un libro de ciencia, un libro de literatura, un libro de historia. Pero se lee a Ponson du Terrail... ¡prestado!

Al teatro no se le pide una idea: se quieren vistas, trajes, mutaciones. El espíritu siente pereza incluso de entender un enredo de comedia; se prefiere mirar, recostado, haciendo la digestión de una mala comida, los bastidores pintados del *Rabo de Satanás.*

El paseo público es un placer lúgubre. ¡Es un negociado con árboles, adonde se va a estar muy serio, en silencio, con la mirada mortecina y los brazos colgantes!

Los cafés son tristes. Medio tumbados encima de las mesas, los hombres toman café a sorbitos, o fuman callados. La conversación se extingue. Nadie tiene ideas originales y propias. Hay cuatro o cinco frases, hechas hace mucho, que se repiten. Después se bosteza. Se reúnen cuatro personas: pasados cinco minutos, murmuradas las trivialidades, el pensamiento de cada uno de los dialogadores es poder librarse de los otros tres.

Se ha perdido a través de todo eso el sentido de ciudad y de patria. En Portugal, el ciudadano desapareció. Y todo el país no es más que *un conglomerado humano de inactividades que se hastían.*

Es una nación adecuada para la dictadura o para la conquista.

II

LOS CUATRO PARTIDOS POLÍTICOS

Mayo de 1871.

Hay en Portugal cuatro partidos: el partido *histórico,* el *regenerador,* el *reformista* y el *constituyente.* Hay otros más, pero anónimos, conocidos solamente por algunas familias. Los cuatro partidos oficiales, con periódico y puerta a la calle, viven en un perpetuo antagonismo, irreconciliables, vibrando ardientemente unos contra otros desde sus artículos de fondo. Se ha intentado una pacificación, una unión. ¡Imposible! Sólo tienen de común el lodo del Chiado, que todos pisan, y la Arcada, que a todos cobija. ¿Cuáles son las irritadas divergencias de principios que los separan? ¡Veamos!

El partido *regenerador* es constitucional, monárquico, enteramente monárquico, y propugna en sus periódicos la necesidad de la economía.

El partido *histórico* es constitucional, inmensamente monárquico, y prueba de un modo irrefutable la urgencia de la economía.

El partido *constituyente* es constitucional, monárquico, y presta gran atención a la economía.

El partido *reformista* es monárquico, constitucional ¡y apasionado por la economía!

Los cuatro son católicos.

Los cuatro son centralizadores.

Los cuatro tienen el mismo amor al orden.

Los cuatro quieren el progreso y citan a Bélgica.

Los cuatro estiman la libertad.

¿Cuáles son, entonces, las desavenencias? ¡Profundas! Así, por ejemplo, la idea de libertad la entienden de diversos modos.

El partido histórico dice gravemente que es necesario respetar las *libertades públicas.* El partido regenerador niega, niega con una divergencia decidida, probando con profusión de argumentos que lo que se debe respetar son las *públicas libertades.*

¡La contradicción es manifiesta!

En la acción gubernamental, las disensiones son perpetuas. Así, el partido *histórico* propone un impuesto. Porque no hay otro remedio, es preciso pagar la religión, el ejército, la centralización, la lista civil, la diplomacia... Y propone un impuesto. ¡Caminamos hacia la ruina! —exclama el presidente del Consejo—. ¡El déficit aumenta! ¡El país está pobre! La única manera de salvarnos es el impuesto que tenemos el honor, etcétera...

Pero entonces el partido *regenerador,* que está en la oposición, brama de desesperación, reúne su grupo. Las caras relucen de sudor, el pelo teñido de destiñe de agonía, ¡y cada uno alarga el cuello en la actitud de hombre que ve desmoronarse la patria!

—¡Cómo es esto!—exclaman todos—. ¿Más impuestos?

¡Y entonces se escriben artículos contra el impuesto, se elaboran discursos, se organizan votaciones! ¡Por toda Lisboa ruedan carruajes de alquiler, llevando, a dos pesetas la carrera, a los enemigos del impuesto! Se prepara el *jaque* al Ministerio histórico... ¡Zas! ¡Cae el Ministerio histórico!

Y al día siguiente, el partido *regenerador,* ya en el Poder, triunfante, ocupa los sillones de San Benito. Este cambio lo altera todo: los fondos bajan más, las transacciones disminuyen más, la opinión se muestra más incrédula, la moralidad pública decae más, pero al final cayó aquel Ministerio desorganizador que había ideado el impuesto, y permanece muy confiado, esperando.

Se abre la sesión parlamentaria. El nuevo Ministerio va a hablar.

Los taquígrafos preparan sus plumas veloces. El telégrafo está vibrante de impaciencia, para comunicar a los gobernadores civiles y a los coroneles la regeneración de la patria. ¡Los señores correos de gabinete tienen sus corceles ensillados!

¡Porque, en fin, el Ministerio regenerador va a exponer su programa, y todo el mundo se suena con alegría y esperanza!

—Tiene la palabra el señor presidente del Consejo.

El nuevo presidente.—Un Ministerio nefasto (*«¡Bravo! ¡Bravo!», exclama la mayoría histórica de la víspera.*) ha caído ante la reprobación del país entero. Porque, señor presidente, el país está desorganizado, es necesario restablecer el crédito. Es la única manera de salvarnos... (*Murmullos. Voces: «¡Oíganlo! ¡Oíganlo!»*) Por eso pido que se ponga ya a discusión... (*Atención ávida, que hace palpitar debajo de los fraques el corazón de la mayoría.*), que se ponga a discusión el impuesto que tenemos el honor, etcétera.» (*¡Bravo! ¡Bravo!*)

Y aquella noche se reúne el grupo histórico, ayer en el Poder y hoy en la oposición. Todos están lúgubres.

«Señores—dice el presidente, con voz cavernosa—: ¡El país está perdido! ¡El Ministerio regenerador subió ayer al Poder y doce horas des-

pués entra ya por el camino de la anarquía y de la opresión proponiendo un impuesto! ¡Empleemos todas nuestras fuerzas para evitar al país esta última desdicha! ¡Guerra al impuesto!...»

¡No, no! ¡Con divergencias tan hondas es imposible la conciliación de los partidos!

III

LA INAUGURACIÓN DE LAS CONFERENCIAS DEL CASINO

Mayo de 1871.

El señor don Antero de Quental (1) inauguró el día 19 las conferencias democráticas en el Casino.

Es la primera vez que la revolución, bajo su forma científica, tiene la palabra en Portugal.

El mundo revolucionario, o antes, en su forma partidaria y política; el mundo republicano, habíase manifestado hasta hoy muy confusamente, por alguna voz aislada que, sin eco, se extinguía en el silencio de la opinión, o por las agitaciones, más sospechadas que realizadas, de especuladores y de intrigantes. Algunas veces media hoja de papel era repartida gratis, con unos cuantos insultos a los ministros, al rey y a algún que otro alcalde. Otras veces aparecía un periódico, que, en tono lírico, cantaba la fraternidad y sus encantos, dirigía apóstrofes al peñasco de Guernesey, citaba el Gólgota en cuestiones de Hacienda, y volviéndose hacia el rey, le decía: *¡Tú!...* A veces aún, un periódico de cubierta roja y de calumnia de otros colores, a propósito de la libertad, insultaba a señoras, y con el pretexto de ser un periódico de combate, era un periódico de difamación. Había otros republicanos: todos los periódicos de la oposición adoptan vagamente ese aire y hablan entonces del sudor del pueblo... (¿Se imaginarán que la aristocracia no suda? ¡Cómo se engañan!) *El Diario del Comercio,* representante de la burguesía liberal, fué durante algún tiempo republicano, y decía a los tiranos cosas desagradables que debían ofender a Napoleón III, al difunto Calígula y a otros ex opresores. El partido del señor marqués de Angeja parece ser que tendía también al republicanismo; por lo menos, así lo creían los camaradas del Martiño. Algunos reformistas han dicho que el señor obispo de Vizeu, muy en su interior, es republicano. Corre el rumor de que otros jefes de partido lo son también. ¡Y esto origina tal contaminación democrática, que el único conservador constante que nos queda es Dantón!

¡Así era el partido republicano que causaba hilaridad! Por eso es grande el espanto viendo aparecer hombres que representan la revolución serenamente, como una ciencia por estudiar. No lo harían más tranquilamente si se tratase de anatomía.

*

(1) Famoso poeta y filósofo portugués (1842-1891). Su celebridad pública se debió especialmente a una enconada polémica que sostuvo, conocida con el nombre de «La cuestión Coimbra». Entre sus poemas de vuelo alto e impetuoso están *Beatriz, Primaveras románticas* y *Rayos de luz extinguida.* Sus innumerables sonetos, de hondo sentido e irreprochable forma, han sido traducidos a todos los idiomas. Quental es el prototipo del intelectual puro, de un pesimismo leopardiano, pero cuya obra posee un vigor, un fondo, una personalidad extraordinarios.

Las conferencias han de encontrar resistencias. En primer lugar, nuestro público inteligente y literario ama, sobre todo, el *bel esprit* (1), la oratoria, la frase. Moda peninsular. Y las conferencias, por su naturaleza científica y experimental, exigen justamente lo contrario de los aparatos retóricos. Son la demostración y no el apóstrofe; son la ciencia y no la elocuencia. Las declamaciones han despojado a la democracia de su carácter privativo de realidad y de ciencia. Hemos oído cantar la democracia, berrearla, sollozarla: ya es hora de que la veamos demostrar. Dejemos en el guardarropa nuestra perpetua propensión nacional a escuchar odas, y entremos sólo con la inclinación humana a resolver problemas.

La revolución aparece al mundo conservador como el cristianismo al mundo sofista. Los sofistas habían tomado el partido de reírse de *aquellos nazarenos.* Es lo que hace ahora el periódico *La Nación* cuando se trata de la revolución. ¡No es original *La Nación!*

¡Tengamos sensatez! Escuchemos la revolución; y reservémonos la libertad de aplastarla después de oírla.

Una cosa que la compromete es que habla en nombre del proletariado. El proletariado pretende explicarse; quiere, por un lado, contar su miseria; y, por otro, probar su derecho. El simple buen sentido indica que se deje hablar al proletariado. «¡Cállese el pobre!», gritaba Lamennais en el cuarenta y ocho. Esta frase atroz, que es el toque de difuntos de la dignidad humana, inspira aún a las instituciones. ¡Santo Dios! ¡Parece dolerles la conciencia a las instituciones! Dejemos hablar al proletariado. ¿Qué temen? ¿No tenemos nuestros ejércitos, nuestros parlamentos, nuestra Policía? Dejémosle hablar.

Rectifiquémosle cuando mienta, refutémosle cuando yerre. Es mucho más cómodo encontrarnos con quien represente al proletariado, tranquilamente, en el salón del Casino, que encontrarnos al propio proletariado mudo, taciturno, pálido de ambición o de hambre, armado con un chuzo a la entrada de una calle. Dar conferencias—si observamos bien este acto—, hay que reconocerlo, es distinto a levantar barricadas. Por no permitirle dar conferencias es por lo que el proletariado parisiense hizo fuego en seguida. El proletariado inglés no dispara contra sus gobiernos por la sencilla razón de que habla en los mítines. Y cuando aquellos que hablan en el Poder los representan mal, los obreros ingleses les piden cuentas en sus comicios, los cubren de improperios y les tiran cebollas a la cabeza. Si la víctima intenta huir o hacer resistencia a la cebolla o al insulto, un *policeman* le agarra gravemente por el cuello de la levita e invita, en nombre de la moralidad, al representante del pueblo, a esperar los restos de la injuria y de la hortaliza.

Tenemos, además, que, actualmente, el gran carácter de las conferencias es, a nuestro entender, la oportunidad. Hace mucho tiempo que la opinión pública las pedía. ¿Qué? ¿Hay alguien por ahí que lo niegue?

No lo niega con seguridad el Parlamento, en donde todos los días mi-

(1) El ingenio. Denominación que arranca en Francia de su siglo de oro, en que Molière combatió mordazmente sus excesos, tanto en hombres como en mujeres. Por antonomasia se designó así a quienes hacían gala de él a ultranza. *Sic* en el original.

nistros, mayoría y oposiciones dicen que el país está desorganizado.

No lo niega con seguridad la prensa, ¡que todos los días declara que el sistema constitucional está desautorizado! (*Diario Popular, Diario del Comercio, Gaceta*, etc., *passim*).

No lo niega la opinión, que todos los días exclama, con cierta convicción indolente, en los cafés, en las calles, en los paseos, en los estancos: «¡Vaya! ¡Esto está podrido!»

Cuando la opinión, tan general, dice que un país está perdido dentro de un sistema, se coloca por esa misma confesión fuera del sistema, y desea, por medio de una propaganda nueva, una reforma social.

Seamos lógicos. *Las Banderillas* no es el legitimismo, ni la república, ni el constitucionalismo, ni el sebastianismo. Desea ser simplemente la lógica y el buen sentido.

Veamos: ¿no ha confesado la prensa todos los días la podredumbre del país y la desorganización de sus fuerzas vivas? (Periódicos políticos, *passim*.)

O son sinceros o no. Si no lo son, entonces faltan doblemente a la dignidad, porque no guardan consideración a los demás engañándolos, y no se guardan consideración a sí propios, mintiendo. Son perturbadores de profesión, y quieren provocar, deliberadamente, el escepticismo en el espíritu público, en interés de su intriga. Caen bajo la férula del señor fiscal, por consiguiente. Si son sinceros, entonces deben de estar radiantes de alegría porque tienen esa propaganda nueva que implícitamente pedían.

¿No vemos nosotros los ministerios disolviendo cámaras tras cámaras, después de probar un momento su inteligencia? *¡Otra, que ésta no sirve!*

¿No vemos los partidos, en los que debe residir la conciencia del Estado, tirar todos los días ministerios, como un hombre que en una sombrerería se prueba sombreros? *¡Otro, que éste no sirve!*

Y vosotros, periódicos políticos, ¿no confesáis todos los días la impotencia de vuestros políticos? ¿No os habéis dicho los unos a los otros los mayores insultos? ¿No os habéis destruído los unos a los otros? A ti apelamos, lector sensato. ¿No es cierto que el *Diario Popular* ha dicho, dentro del sistema, que el señor Fontes es incapaz de organizar el país? Lo es. ¿No es cierto que *La Revolución* ha demostrado hasta la saciedad, dentro del sistema, que el señor obispo de Vizeu es incapaz de organizar el país? Lo es. ¿No es cierto que *La Gaceta del Pueblo* ha probado que ambos son ineptos? ¿Y no es verdad que *La Revolución* y el *Diario Popular* han afirmado a coro que el inepto es el señor Braamcamp? Lo es. Por consiguiente, parece que os habéis inutilizado los unos a los otros. Si uno dice la verdad, la dicen todos. Si uno la falsea, la falsean todos. Por tanto, o tenéis que aceptar vuestra condenación, o tenéis que confesar vuestra falsedad.

¿Cuál es la conclusión? La necesidad de una propaganda nueva. Es lo que la prensa está pidiendo hace mucho tiempo; y ¡es lo que el Casino le proporciona, al fin! Muy contenta aún de que no se le aparezca con chuzos, tocando a rebato por las calles, y que se le aparezca sólo con ideas, y tocando a rebato en las conciencias. Todos los partidos están, pues, interesados en esta propaganda. ¿Quién habla después del señor don Antero de Quental? ¡Debe ser el señor obispo de Vizeu!

IV

LO QUE ERA EL PARTIDO REFORMISTA

Mayo de 1871.

El partido reformista apareció un día, de repente, sin saberse cómo y sin saberse por qué. Era un estafermo austero, pesado, de voz vigorosa. Nadie sabía bien lo que aquello quería. Algunos decían que era el sebastianismo bajo su aspecto constitucional; otros, que era una secta religiosa para la creación del gusano de seda. Corrían las más disparatadas versiones. ¡Se presentaba tan grave, tan triste, tan intransigente, que en el Chiado se afirmaba que era un personaje de la historia romana, disecado!

Nadie se aproximaba a él, en medio de la inmensa impresión que causaba en los mozos de cuerda. Por fin, poco a poco, algunos periodistas más curiosos fueron acercándose, empezaron a tocarle con el dedo, a ver si era de madera. Era de carne, auténtico. Se advirtió incluso que hablaba. Entonces, los más atrevidos le hicieron preguntas.

—Señor—le dijeron—: se ha difundido por ahí el rumor de que viene usted a restaurar el país. Pues bien: debe saber que un partido que trae una misión de reconstitución debe tener un sistema, un principio que domine toda la vida social, ideas sobre moral, sobre enseñanza, sobre trabajo... Así, por ejemplo, la cuestión religiosa es complicada. ¿Cuál es su principio en esta cuestión?

—¡Economías!—dijo con voz potente el partido reformista.

Espanto general.

—¡Bien! ¿Y en moral?

—¡Economías!—gritó.

—¡Viva! ¿Y en enseñanza?

—¡Economías!—bramó.

—¡Caray! ¿Y en las cuestiones de trabajo?

—¡Economías!—mugió.

—¡Vaya! ¿Y en cuestiones de jurisprudencia?

—¡Economías!—rugió.

—¡Santo Dios! ¿Y en cuestiones de literatura y de arte?

—¡Economías!—aulló.

Hubo un terror en torno suyo. *Aquello* no decía nada más. Se hicieron nuevos intentos. Le preguntaron:

—¿Qué hora es?

—¡Economías!—chilló.

Todo el mundo tenía los pelos de punta. Se hizo una nueva tentativa, más suave.

—¿A quién quiere más: a papá o a mamá?

—¡Economías!—tronó.

Un sudor frío humedecía las camisas. Le interrogaron aún sobre los libros de texto, sobre la cuestión de Oriente...

—¡Economías!—bramó.

Fué necesario reconocer, con pena, que el partido reformista no tenía ideas. Sólo poseía una palabra, aquella palabra que repetía siempre, en todo momento, sin comprenderla. ¡El partido reformista es el papagayo del constitucionalismo!

V

PASTORAL DE UN OBISPO

Mayo de 1871.

El señor obispo de Algarve, patriarca, publicó una pastoral.

Ello dió lugar a un debate en la Cámara, en que se habló extensamente del *placet* y del *non placet*. La opinión liberal se irritó viendo al señor obispo de Algarve lamentar con

amargura la desaparición del poder temporal. La opinión liberal no ama el poder temporal, y entiende que el Papa debe ocuparse únicamente de los asuntos del cielo. La opinión liberal representa la Policía del espiritualismo.

Pero afirmar que el Papado puede vivir exclusivamente del poder espiritual es de una patente mala fe (no es el caso de la opinión liberal), o un prurito revolucionario (no es tampoco el caso de la honrada mayoría constitucional). ¿Qué es, entonces? Una falta notable de principios y de lógica.

El Papado podía vivir sin el poder temporal cuando la religión le daba el dominio de todas las conciencias, y hacía de él el vicariato de Dios.

Prescindimos de citar épocas históricas. El Papa tenía entonces también un dominio temporal, pero como una joya de su tiara, no como condición vital de su supremacía. No fué por poseer a Roma y unos pedazos de tierra más por lo que Gregorio VII, Urbano II e Inocencio III resultaron tan grandes: las tierras, de conquista o de donación, eran sólo la glorificación de su Pontificado. El verdadero imperio lo conseguían ellos de la espontaneidad de la fe católica y de la fuerza de la unidad.

Desde que la fe se extinguió y por todas partes el Estado se separó de la Iglesia, y la religión, de dominadora, pasó a consentida, ¿qué sostiene el catolicismo y la soberanía espiritual? Pues la soberanía temporal. el reino de Roma. Si el Papado perdiese para siempre a Roma, símbolo visible de la supremacía religiosa, ¿qué quedaría? Un vago e indefinido interés espiritual, hablando en nombre de la fe, que nadie tiene, y de la tradición de San Pedro, que nadie sabe ya en qué consiste.

El catolicismo degenera así en una especie de protestantismo, equilibrado entre el calendario y la indiferencia.

De modo que la opinión liberal, que en el Parlamento declaró ser católica, apostólica, romana, al censurar la defensa del poder temporal, censura la defensa del catolicismo y la defensa de la unidad. Y a través de sus protestas ortodoxas, se muestra enemiga del catolicismo, y, por consiguiente, enemiga del cristianismo, porque el catolicismo es la expresión más lógica del cristianismo, y, por tanto, enemiga de la religión, porque el cristianismo es la expresión más lógica del concepto religioso.

¡Y aquí tenemos, en un país católico, a los ilustres señores diputados, en pleno Parlamento, haciendo profesión de ateísmo!

Por lo demás, la pastoral de su ilustrísima es un documento deplorable.

Si fuese una protesta católica, la condenación pura y simple de la filosofía y de la razón, una pequeña encíclica para uso nacional, una defensa de lo temporal, formulada de un modo intransigente, aplaudiríamos la pastoral. Sería un documento lógico.

¡Pero no! La pastoral es una especie de artículo de fondo mojado en agua bendita, algo beato y lacrimoso, un libelo de sacristía sin criterio, sin lógica, sin ciencia, sin ortodoxia, con olor a hopa y a heno seco, que empieza dirigiendo censuras al Arca de Noé y termina pidiendo limosnas para el Papa.

¡Limosnas! ¡Limosnas! Cuando el Papado tenía a Roma, presentaba el extraño caso de un Estado basado únicamente sobre la mendicidad. Roma vivía de las limosnas del mundo: Papa, cardenales, clero y populacho eran todos mendigos de profesión.

¡Pero hoy, aunque el Papa no tiene a Roma, las limosnas siguen tomando el camino de Roma!

¿El camino de Roma? ¡Quién sabe!

Ahí están los periódicos españoles, que declaran que la subvención católica para el Papa no es más que una suscripción encubierta para el legitimismo; y que todos esos dineros que los fieles creen van a hacer más sustanciosa la sopa papal, van a ser empleados simplemente en comprar balas y pólvora para la sublevación de Navarra.

VI

LA CÁMARA DE DIPUTADOS Y SU FALTA DE PRINCIPIOS, DE IDEAS, DE SABER, DE CONCIENCIA, DE INDEPENDENCIA, DE PATRIOTISMO, DE ELOCUENCIA Y DE SERIEDAD

Mayo de 1871.

La opinión experimenta por la Cámara de los diputados un sentimiento unánime y unánimemente declarado: el tedio.

Se habla mal de la Cámara por todas partes. Los periódicos más serios censuran constantemente su ineficacia. Aparecen folletos satíricos contra ella. Y es generalmente considerada como un sórdido cubil de intrigas. Si se pregunta:

—¿Qué hubo hoy en la Cámara?

—Una farsa—responden unos.

—Una feria—responden otros.

Los periódicos políticos vienen llenos de estas fórmulas: «La Cámara dió ayer un espectáculo triste para quien aprecie los verdaderos principios...» «La Cámara sigue demostrando su falta de independencia...» «La Cámara salta por encima de los más elementales principios de administración.»

—El Parlamento es una vergüenza—se dice en los cafés.

—¡Vamos a los toros!—exclaman en las tribunas. (*Textual.*)

—¡Mañana hay *hule!*—se murmura en vísperas de sesiones.

Le hacen epigramas, se le ponen motes. Los folletines la escarnecen; los periódicos de noticias cuentan con una sencillez dramática: «Ayer transcurrió la sesión entre injurias personales.»

Un gran escritor, que es también un gran carácter, la llamó «¡Lupanar!» La frase se juzgó justa, fué aplaudida y se cita siempre.

¿De qué proviene este desdén general? ¿De un sordo fermento de hostilidad que existe entre nosotros contra los grandes organismos del Estado? ¿De una convicción nacida de la experiencia diaria?

Lector sensato y de buena fe, que no eres diputado y te sientas en una tribuna o lees las sesiones en los periódicos, responde tú, amigo y confidente nuestro!

La opinión es legítima, y está basada en la experiencia. La Cámara (tomemos la actual como ejemplo) no tiene principios, ni ideas, ni conciencia, ni independencia, ni patriotismo, ni ciencia, ni elocuencia, ni seriedad. Esto no quiere decir que, aisladamente, individuo por individuo, no se encuentren esas cualidades con poderoso relieve; sería ridículo negar la erudición del señor Latino, la honorabilidad del señor Rodríguez de Freitas, etc., etc. Lo que queremos decir es que, como cuerpo constituído, sentada en sus escaños, con su presidente, su campanilla, su copa de agua con azu-

carillo y sus ujieres, la Cámara tiene una falta absoluta de cualidades que la ilustrarían y una abundancia de defectos que la deshonran.

La Cámara no tiene principios. Es monárquica, y reduce la lista civil, dando toda la amplitud al rey en la política, pero tasándola en el presupuesto. Es católica y se muestra hostil a la defensa del poder temporal, lo cual, por lógica deducción, es mostrarse simpatizante con la condenación del catolicismo. Da, alternativamente, mayoría a todos los partidos. Y sirve tan sólo las ambiciones de jefes que la explotan y que la desprecian.

La Cámara no tiene ideas. Ante un país desorganizado de una punta a otra, ¿qué hace? ¡Discute la cuestión de las ostras! No presenta una ley, un reglamento, una reforma, un proyecto. Durante un mes entero discute si el señor Soares Franco debe tener el mando de la Armada o no. El ministro declara que sí, «porque el mando de la Armada posee una tradición de tres siglos». ¡Este principio de gobierno, entendido lógicamente, obliga al Ministerio a levantar nuevamente la horca, a reconstruir los conventos, a resucitar a don Alfonso Henríquez, a ir inmediatamente a descubrir otra vez el camino de la India, y a estar siempre descubriéndolo!

La Cámara carece de justicia. Si decide alguna cosa, en su minúscula área de minúsculas alteraciones, no es en el terreno de la justicia pública, sino en el del interés político. ¿Quién ignora los ejemplos? Su enumeración fatigaría a Homero.

La Cámara carece de conciencia. Su criterio, su moral, es la *intriga*. La *intriga* política, la *intriga* partidista. La mayoría apoyaba al señor marqués de Avila; la mayoría lo abandona. ¿Por qué? ¿Era ayer apto y hoy inepto? Es que el señor marqués de Avila se negó a discutir el presupuesto. En ese caso, ¿para qué le conceden facultades, en la ley, hasta julio? Es un enredo guiado por una intriga. Le encuentran tan inadecuado, que se apartan de él, pero le entregan el Poder dos meses más.

La Cámara carece de patriotismo. ¿Será necesario probarlo? ¿Qué le importan a ella el país, su organización, su progreso? ¿Qué hace por él? ¿De qué instituciones le dota? ¿Qué mejoras le proporciona? ¿Qué interés siente por la enseñanza, por la industria, por la agricultura? ¡La Cámara intriga y vocifera! Además, es una baraja con la que los jefes juegan una partida de tresillo. Y el país es al que le dan los codillos.

La Cámara carece de independencia. Teme las amenazas de disolución. ¡Cuando todavía la disolución despunta a lo lejos, ya la Cámara está encogida debajo de los escaños!

La Cámara carece de ciencia. Ni administración, ni economía, ni derecho público, ni derecho constitucional, ni historia, ni gramática: la Cámara no sabe nada. El señor Díaz Ferreira, un profesor consagrado; el señor Sampaio, un periodista ilustre, y uno o dos magistrados que son diputados, podrían, mejor que nosotros, venir a contar en *Las Banderillas* los discursos grotescos pronunciados en el Parlamento en cuestiones de doctrina.

La Cámara carece de elocuencia. ¿Quieres ver, lector sensato, un modelo de discurso? Fué el señor diputado... ¿Para qué decir el nombre? Nuestra cuestión no es de nombres, sino de hechos. Vean el *Diario de Sesiones*. El orador comienza con un exordio. Cuenta cómo Platón dormía la siesta, y lo que hacían las abejas del Himeto. Dice después que desearía tener dotes de suavidad y blandura para seguir el rastro de Platón. Pausa. Entra en seguida en materia. Principia por declarar que ya está lejos de él el período de la adolescencia, pero que es natural que le queden dentro *antiguas efervescencias*, restos de aquellos *flujos saviáceos*. (*Textual.*) Explica después cómo era el acuerdo que imperaba entre los dioses de Homero: «¡Aquiles empuñaba el gladio, Ayax blandía la espada!» Pasa en seguida a los trabajos de Hércules. Narra durante diez minutos la fábula de Oxilo. Habla de la Eolia, de la Etolia y del Peloponeso. Menciona a Júpiter en el Olimpo, sentado en *su trono coruscante*. (*Textual.*) Trata de los sacerdotes egipcios, de los ídolos, del perro *Anubis* y de la esfinge que, según él, *era un dios con cabeza de gato* (¡parece increíble, pero es textual!) Luego cita las puertas de la Aurora. A propósito de su alma, grita:

Malheur à qui sonda les abîmes de
l'âme! (1).

Después se ocupa de la manera de concebir de las arañas: Cita en esa ocasión a Saturno, y un poco más adelante a Isócrates. Alude a las hidras. Desarrolla una historia interminable de las *Confesiones* de San Agustín. ¡Discursea aún sobre Sión y Babilonia, y se sienta! ¡Todo esto a propósito del señor marqués de Avila y de la Comisión de Hacienda!

La Cámara carece de seriedad. ¿Quién no ha presenciado una sesión? El susurro, el barullo, la confusión son perpetuos. Se vota sin saber lo que se ha discutido, y se sigue charlando. Las cuestiones personales están constantemente a la orden del día. Vuelan los mentís. Hormiguean las injurias. En los momentos más serenos surgen la chocarrería y la befa. Y desde las tribunas el público asiste, unas veces indignado y otras divertido, al espectáculo sin igual.

¿Os parecen crueles estas páginas? ¿Creéis que no nos duele a nosotros tanto escribirlas como a vosotros leerlas? ¿Pensáis que alzamos con ánimo alegre y con la pluma al viento, uno por uno, ante el público, los harapos de vuestra decadencia? A vosotros mismos apelamos. Si alguno de vosotros, en conciencia, encuentra que no decimos una verdad perfecta, que nos tire la primera piedra, como en el Evangelio; esto es, que nos arroje la primera rectificación.

(1) ¡Infeliz quien sondeó los abismos del alma!

VII

LOS CANDIDATOS DE «LAS BANDERILLAS»

Junio de 1871.

Todos los periódicos, en la época de elecciones, tienen sus candidatos predilectos. Los periódicos franceses lanzan los nombres de ellos, a la adhesión pública, en lo alto de la plana, con tipos enormes. Los periódicos portugueses los aconsejan en una prosa soporífera, con recato.

Nosotros tenemos también dos candidatos queridos.

Que son: ¡El doctor Juan de las Regras! ¡El condestable don Nuño Alvarez Pereira!

Estos dos caballeros — ¡ciudada-

nos!—son la expresión gloriosa de su patria. Uno por su pensamiento jurídico, el otro por su valor heroico. ¿Qué liberal inteligente negará su voto a estos dos hombres históricos? ¿Valdrá acaso más el señor don José de Moraes o el señor Coelho del Amaral? Y, además, ¿quién como don Juan de las Regras velaría por los fueros populares? ¿Quién como el condestable mantendría la independencia de la patria? ¡A las urnas, ciudadanos!

Se nos puede hacer tan sólo una objeción, minúscula en sí, pero que tal vez influya en los ánimos timoratos: ¡Que el doctor y el condestable han muerto hace cuatro siglos!

¡Pues bien! ¡Nosotros afirmamos que ese detalle nada importa, porque ellos se encuentran en identidad de circunstancias con la mayoría de los candidatos que se presentan por esos círculos, de norte a sur del país! ¡Todos esos beneméritos están, en realidad, tan muertos como Juan de las Regras o como don Nuño Alvarez Pereira!

¡En vano pasean! ¡En vano hablan! Están muertos. Vivir para sentir físicamente es sencillo, basta que los pulmones respiren, que la sangre circule, que el alimento se digiera. Pero vivir para legislar y pensar es más complejo, es necesario que la inteligencia y la conciencia estén en vigor, trabajando. Ahora bien; la mayoría de los señores candidatos tienen esa porción de su ser tan muerta como el doctor Regras o el condestable Pereira.

En efecto, en el sentido de legislar, organizar, dirigir un país, vivir es ser de su tiempo, estar en su momento histórico, ayudar a la creación social de su siglo, sentir la comunión con las ideas nuevas. Ser demócrata del 20, o cartista del 36, o cabralista del 45, o regenerador del 51, no es vivir, es recordar. Y por este lado, ¿quién sabe también si los muertos recuerdan?

Por consiguiente, como la mayoría de los candidatos se encuentran muertos o embalsamados en su propio cuerpo, están en la categoría en que se hallan los difuntos Regras y Alvarez Pereira.

Proponemos, pues:

¡Al Doctor!

¡Al Condestable!

*

Pueden también objetarnos: que siendo verdad—como es—que los señores diputados están muertos en espíritu, es asimismo verdad que están vivos corporalmente, y pueden decir *¡presentes!* a la llamada, ¡y que de esta condición no se vanaglorian el doctor y el condestable, quienes, siendo un puñado hipotético de polvo, no pueden tener la pretensión, realmente tiránica, de contestar *¡presentes!* como el señor Melicio o don Carlos Bento, que son de carne!

¡Bien! Entonces, dado que es necesario un bulto, un cuerpo, un pedazo de materia, para que los señores secretarios los puedan tomar por personalidades, proponemos a:

La estatua de Camoens.

La de Juan de Barros.

¡No se nos dirá, ciertamente, que éstos no tienen forma, medida, peso! ¡A la urna, pues!

Pueden hacernos ver que si estos últimos caballeros poseen la condición corpórea, les falta la condición de diputa-vocal, esa gran condición de diputado que consiste en decir «¡De acuerdo!» En tal caso, como no tenemos la pretensión de probar que el bronce y la piedra posean una gran facilidad de locución, proponemos:

¡Dos papagayos, a elección del señor marqués de Avila!

VIII

LA FISIOLOGÍA DE LA ELECCIÓN PARA DIPUTADOS

Junio de 1871.

Este mes, cuando se abrían los claveles, se cerraron las Cámaras. ¡Se cerraron, es decir, fueron expulsadas!

Hubo tal vez ciertas fórmulas, se hizo ciertamente el programa de clausura; pero la verdad es que fueron arrojadas, a empujones, por las escaleras de San Benito abajo.

La Cámara estaba tranquila, bien afeitada, cómodamente sentada en sus escaños, sin recelo, ¡esperando con cívica gravedad a que el Gobierno manifestase su idea con un proyecto, una exposición, una frase, un grito, un refunfuño!

El Gobierno entró, ¡y, con un gesto palaciego y gallardo, hizo evacuar el salón!

Y ahí tienen ustedes cómo la gran ocupación del mes son las *elecciones.*

Es necesario que te expliquemos, pacífico lector que no perteneces a los grupos, el funcionamiento interno de una elección. Es, al alegre deslizamiento de la pluma, un curso de anatomía política. Léelo a la hora del té a tus pequeños, a quienes tu mujer prepara las tostadas con manteca. Es la mejor enseñanza que les puedes dar del rebajamiento de su tiempo. Si se durmiesen en el momento más emocionante de la declamación, no creas que fué la somnolencia contagiosa de nuestras palabras severas. ¡Es que en Portugal todo da sueño, hasta la anarquía!

Cuando una Cámara se cierra, el Gobierno *nombra* otra. *Nombra,* sí, porque una Cámara no es *elegida* por el pueblo, sino *nombrada* por el Gobierno. El diputado es un empleado de confianza. Sólo que su *nombramiento* no se hace por un decreto claramente impreso en el *Boletín Oficial del Gobierno.* El proceso de ese nombramiento es más complicado y moroso. Se hace por medio de *votos,* los cuales son unos trozos de papel donde está inscrito un nombre, y que se dejan un domingo en una iglesia, dentro de unas cajas de madera, que se llaman románticamente *urnas.* Unos hombres serios, de camisas limpias, están alrededor de la *urna.* Ellos son los que, con un gesto cívico y llenos del espíritu de las instituciones, meten solemnemente el papelito blanco (¡el *voto!*) en la cajita (¡la *urna!*).

La *urna* afecta varias formas, según las parroquias: hay urnas en forma de cajas de azúcar, en forma de vasijas, en forma de tazas, etc.

Los candidatos gritan siempre, en el último párrafo de sus manifiestos, transportados de furor constitucional:

—¡Ciudadanos, a la urna!

Es una mera denominación sentimental.

Para ser exactos, deberían exclamar en ciertas parroquias:

—¡Ciudadanos, al cajón!

Y en otras:

—¡Ciudadanos, a la vasija!

Ahora bien: a pesar de ese nombramiento aparatoso y de grave ceremonial, el diputado es tan exactamente funcionario como si fuese nombrado por ocho líneas en el *Boletín Oficial.* El diputado obedece al

Gobierno y ejerce una función. Hay el *apagador*, el *gritador*, el *interruptor*, el *hombre de los incidentes*, el *hombre de los precedentes*, etc. Y cuando desagrada, le hacen *dimitir*. Aunque no se dice *dimitido*. Se dice, con menos aseo, *disuelto*.

El Gobierno, pues, *nombra* sus diputados. Estos hombres son, natural y lógicamente, escogidos entre los amigos de los ministros, por dos motivos:

Primero, porque la amistad supone identidad de intereses, confianza plena.

Segundo, porque siendo la posición de diputado ociosa y remunerada, es congruente que se la den a los amigos íntimos, a aquellos que van al entierro de los parientes y que llevan al pequeñín de la casa a jugar.

Los amigos de los ministros son, naturalmente, los primeros escogidos. Para completar el número de una mayoría útil, esos amigos, más en contacto, indican después a otros sus parientes que procuran colocar, o sus amigos que quieren utilizar.

—¿Tú no tienes a nadie por el Círculo tal?—pregunta *X* al ministro, íntimo suyo.

—No.

—¡Espera! Yo tengo un primo. El pobre chico tiene escasos medios, es pianista. Pero es fiel como un perro. ¡Un esclavo! ¿Puedo decir al muchacho que cuente con algo?

—Puedes decírselo.

Lentamente, la lista de la mayoría se va formando en Lisboa. Los pretendientes son numerosos. Los *amigos íntimos* se agitan alrededor del ministro, como una bandada de gorriones en torno a un saco de trigo. Uno tiene un primo que se casó; otro sabe de un folletinista con talento y lengua suelta; otro indica a un cuñado; otro recomienda a un hombre a quien debe un puñado de duros (pero renuncia a la candidatura de aquel *ladrón* si el ministro hace a dicho *ladrón* recaudador de contribuciones)... Después, los candidatos son cambiados como figuras de una partida de ajedrez; a uno, a quien se le prometió el distrito *D*, se le da el Gobierno civil de *B* como compensación. Retiran a *C* de la candidatura porque se descubre que *C* tomó el té con el jefe de la oposición. Pero se le incluye a *E*, que fué quien denunció a *C*. Algunas veces es un cacique del distrito *X* quien, en atención a su influencia, pide que su yerno *salga* por el distrito *Z*, donde es él propietario.

—¡Pero si el distrito *Z* está prometido a Fulano, que es un profesor distinguido, un publicista! ¿Su yerno tiene alguna carrera?

—Mi yerno no tiene ninguna carrera. Soy yo quien tengo influencia. El periódico local ha demostrado ya que mi yerno es un animal. Pero mi yerno *salga* por el distrito Z, donde ¡Y quien *sale* por el distrito *Z* no es el profesor distinguido, sino el individuo declarado *animal* por el periódico de la localidad!

Hay también los amigos del Gobierno que residen en la provincia. Estos escriben al ministro: «Lo tengo todo preparado en el distrito y he gastado un dineral. Por eso, mi querido amigo, espero que apoyes mi elección... Sabes que soy fiel como un perro, cuando tú estás en el Poder.»

Meses después de esa labor, el Gobierno posee al fin, íntegra, compacta, abarrotada de nombres fieles, la lista de su mayoría.

Cuando el Gobierno no tiene política, ni programa propio, ni amigos propios, y vive, como el actual, apoyado en dos partidos, son esos partidos los que proporcionan al Minis-

terio las listas de *sus* mayorías particulares. El Gobierno acepta y *nombra* esas mayorías.

Constituída la Cámara, cada partido retira su mayoría, y el Gobierno, desamparado, cae de nuca, tendido en el enfangado suelo de la intriga.

Y las dos mayorías, libres de la fatigosa ocupación de amparar un Gobierno antipático, y con los brazos disponibles, empiezan acto seguido a injuriarse una a otra, con gallardo brío.

¡Tal es este prodigioso y bajo enredo!

*

No bien el Gobierno tiene completa su lista, la comunica a los gobernadores civiles. Comienza entonces lo que se llama el *trabajito* de las autoridades. El gobernador civil llama particularmente a cada alcalde y cambia con él estas nobles frases:

—Por su distrito el Gobierno propone a Fulano. ¿Se compromete usted a hacerle triunfar?

—Daré los pasos necesarios...

—Nada de palabras equívocas. O la elección segura para el Gobierno, o la dimisión segura para usted. Así, pues, pida, intrigue, compre, amenace, maltrate. Eso es cosa suya... ¡Lo que nosotros queremos es que venza el Gobierno!

El alcalde tiene familia, vive de aquel escaso rendimiento, quiere seguir la carrera administrativa, siente su interés que le incita, y cede al ilustrísimo señor.

—Pues bien—dice—: respondo de todo ...Pero tengo exigencias.

—Vengan.

—Es necesario que dimita el rector del Liceo, que pertenece a la oposición...

—Tomo nota.

—Que sea trasladado el recaudador de Hacienda. ¡Pobre! ¡Gran trastorno le va a causar! Tiene mujer y cuatro hijos. La mujer es de aquí... Pero, en fin...

—¡Está bien! ¡Adelante!...

—Además de eso, necesito unas mil quinientas pesetas para la parroquia de tal, que está muy trabajada por la oposición...

—Cuente con ellas.

—También necesitaría fuerza armada...

—Con mucho gusto. ¡A trabajar, amigo, a trabajar! ¡Esta vida administrativa nuestra es el demonio! Pero ¡qué diablo! ¡De algo se ha de comer! Adiós.

Y cada alcalde va a trabajar a su distrito.

¡Honrado sistema!

La primera dificultad es que en el distrito nadie conoce al candidato.

—Pero ¿quién es?

—¡Yo qué sé quién es!—responde la propia autoridad—. ¡Un individuo de Lisboa! ¡Es *del Gobierno!*

El alcalde, para organizar la maniobra, reúne a sus concejales:

—El candidato es Fulano. ¡Manos a la obra! ¡Hay que trabajar bien esas parroquias! Hay que pedir, amenazar...

Los concejales parten; y trotando por las carreteras del concejo, rumian sus medios. Estos medios son:

Primero. *La compra pura y simple*. Se regatea el voto: dos, tres, cinco pesetas. Los hay de dos duros, pero son raros.

Segundo. *La presión*. Es el más eficaz. La presión es un arma general, sencilla, accesible a todos. El propietario ejerce presión sobre sus colonos, que ejercen presión sobre los obreros. En los centros de distrito o de concejo la autoridad superior ejerce presión sobre todos los

empleados del Gobierno civil, de la administración, de la contribución de Hacienda, de la de Obras públicas, del Liceo, de la Cámara, etcétera. Los coroneles ejercen presión sobre los oficiales con la amenaza de dar parte en la Sección correspondiente del Ministerio de la Guerra, de destino lejano, de cambio de Cuerpo, con gastos, etc.

Tercero. *La amenaza*. La amenaza está hecha más especialmente por el alcalde en su parroquia. El alcalde se dirige al elector y le obsequia con esta honrada elocuencia:

—Tú tienes un hijo de veinte años. Está para entrar en filas. Si votas por el Gobierno, libro a tu hijo. Si no, tendrás a tu hijo con el uniforme a cuestas.

O también:

—Tú sabes que tu hija tiene un novio. Si no votas por el Gobierno, tu hija será llamada a presencia de la autoridad, y tendrás la vergüenza en casa...

O a veces:

—Tú tributas como diez. Si votas por el Gobierno, te lo arreglaré para que abones nueve. Si votas en contra, te caerán sobre el lomo dieciséis o diecisiete.

Y he aquí cómo el Gobierno consigue los votos, por cabeza.

Hay votos por influencia. Esto es, se recurre a un individuo que dispone de cincuenta, ciento o doscientos votos; se le da una encomienda, un título; se nombra a un primo suyo recaudador o listero de carreteras; y ese hombre ¡da generosamente, para mayor esplendor de la monarquía, esos cincuenta, ciento o doscientos votos libres al candidato del Gobierno!

¡Y por todos los distritos se trabaja sin descanso! Las autoridades tienen días pesados de fatigas, noches interrumpidas por telegramas. Se lleva a cabo por todo el concejo la áspera y ávida caza del elector. Aquí se amenaza, allá se compra. Se hace dimitir aquí a un alcalde que resulta sospechoso, y allá se traslada a un párroco que es hostil. El elector es mimado, festejado. Le pagan el vino en la taberna, se le promete la exención de filas de su hijo y la exención de impuestos a él. No hay interés que no se halague, flaqueza que no se ataque, miseria con la que no se estipule.

Y el pobre elector, aturdido, dice a su mujer, en casa:

—¡Oh, los señores no me dejan! A causa del consejero Feliciano.

—Pero ¿quién es Feliciano?

—¡Vaya! ¡Pues Feliciano! ¡Yo qué sé quién es! *¡Es uno para diputado!*

Entre tanto, la oposición trabaja también. Sus medios son más reducidos. Recurre, sobre todo, a la prosa. Manifiestos en las ciudades, discursos populares en las parroquias, etcétera. Habla de los *impuestos*, de las *vejaciones del recaudador de Hacienda*, de las *pocas carreteras* que *construye el Gobierno* y de las *muchas infamias que el diputado gubernamental está cometiendo...*

En medio de esto se agita uno de los tipos característicos de la provincia: el cacique electoral. ¡Un sitio en *Las Banderillas* para el *cacique!* ¡Un sitio para la pesada corpulencia del señor *cacique!*

El cacique es generalmente propietario. Antiguo manejador de la azada, se enriqueció, tiene ambiciones, quiere ser de la junta parroquial, de la de contribuciones, ¡y más adelante, en un futuro glorioso, concejal! Ya no usa chaqueta, ni zuecos. Tiene una casa pintada de amarillo, se pone guantes negros y habla de la

soberanía nacional. En vísperas de elección todos le ven, montado en su mula, por los caminos de las parroquias, o los días de mercado, mezclado a los grupos, gesticulando, berreando, c o n tremenda importancia.

Dispone generalmente de doscientos o trescientos votos: son sus mozos de labor, sus deudores, sus contratistas, aquellos a cuyos hijos libró del reclutamiento, la bolsa del aumento de contribución o el cuerpo de la cárcel. La autoridad le pasa la mano por el hombro, le habla vagamente del hábito del Cristo. Le dan todo lo que pide, todo lo que indica se realiza. Las leyes se apartan para dejarle paso. Sus fincas no tributan lo que deben: *¡es el cacique!* Si se prohiben en el concejo los arrozales, él puede tenerlos: *¡es el cacique!* Si se prohibe el porte de armas, él queda exceptuado: *¡es el cacique!* Sólo él caza en los meses de veda: *¡es el cacique!* Sólo su calle está empedrada: *¡es el cacique!*

Si algún día, lectores de *Las Banderillas*, os encontráis al *cacique*, descubríos ante él. El reina, y su reino se asienta sobre la cosa que, a pesar de ser la más fangosa, sigue siendo la más sólida: la corrupción.

*

Despunta, al fin, el domingo anhelado.

Los alcaldes empiezan a llegar al frente de sus parroquias. Los hombres vienen con la cara lavada y grandes cuellos blancos.

Para retenerlos hasta las diez, e impedir que se dispersen, y que, una vez dispersos y lejos de las miradas celosas del alcalde, estén expuestos a las tentaciones de la oposición, hay un caserón, o un gran patio, o un enorme almacén, en que son agrupados. Están allí unos cuantos centenares de hombres, apiñados, sentados en el suelo, con el cayado en la mano y la *lista* en el bolsillo del chaleco.

Entre tanto, traen vino y bacalao. Pasan las rondas de vasos, las quijadas mastican, y *¡Viva usted, compadre!* y *¡A la salud de nuestro alcalde!*, y grandes risotadas aquí, y empujones allá, y maldiciones más lejos, y toda aquella multitud vinosa, impaciente, aburrida, con un olor nauseabundo y un rumor de muchedumbre, espera que llegue la hora de emitir su voto al Gobierno, *¡libre, espontáneo y consciente!*

Cada parroquia va a votar en bloque, con el alcalde al frente. Los zuecos resuenan en el enlosado de la iglesia, el secretario de *mesa* llama con voz soñolienta. A cada nombre, el alcalde se vuelve hacia el individuo:

—¡Anda! Eres tú. Acércate... ¿Perdiste la lista? ¡Creí! ¡Mételo ahí! ¡Hala!

Y la iglesia se va vaciando, los sacristanes apagan las velas en los altares, los señores de la *mesa* bostezan, las beatas se persignan con agua bendita, los papelitos blancos se acumulan en la *urna*, los caciques, satisfechos, fuman en el atrio; los Cristos agonizan sobre los altares en sus cruces. ¡Viva el sufragio!

*

¡Bien te comprendemos, lector! ¿Querías comentarios, conclusiones y la moral de esa farsa? Mira: si sientes al final de este relato la necesidad de una Liga de todos los hombres serios contra el triunfo progresivo de esa corrupción, ése será el único comentario justo y fecundo.

IX

HABILIDADES NECESARIAS PARA SER MINISTRO

Junio de 1871.

Hace muchos años que la política en Portugal presenta este singular estado: doce o quince hombres, siempre los mismos, detentan el *poder*, pierden el *poder*, reconquistan el *poder*, alternan en el *poder*... El *poder* no sale de ciertos grupos, como una pelota que cuatro niños, en las cuatro esquinas de una sala, se tiran unos a otros, por el aire, entre un ruido de risas.

Cuando cuatro o cinco de esos hombres están en el *poder*, esos hombres son, según la opinión y los juicios de todos los demás que allí están, los *corrompidos*, los *derrochadores de la Hacienda, la ruina del país*.

Los otros, los que no están en el *poder*, son, según confesión propia y de sus periódicos, ¡los *verdaderos liberales*, los *salvadores de la causa pública*, los *amigos del pueblo* y los *intereses del país!*

Pero, ¡cosa notable!, los cinco que están en el *poder* hacen todo lo que pueden por seguir siendo ¡los *derrochadores de la Hacienda y la ruina del país* durante el mayor tiempo posible! Y los que no están en el *poder* se mueven, conspiran, se cansan ¡para dejar de ser lo antes que puedan los *verdaderos liberales* y los *intereses del país!*

Hasta que, por fin, caen los cinco del *poder*, y los otros, los verdaderos *liberales*, entran triunfalmente en la designación heredada de *derrochadores de la Hacienda y ruina del país*; mientras, los que cayeron del *poder* se resignan, llenos de bilis y de tedio, y pasan a ser los *verdaderos liberales y los intereses del país*.

Ahora bien: como todos los ministros son extraídos de ese grupo de doce o quince individuos, no hay ninguno de ellos que no haya sido por su turno *derrochador de la Hacienda y ruina del país*...

No hay ninguno que no haya dimitido o sido obligado a presentar la dimisión por las acusaciones más graves y por las votaciones más hostiles...

No hay ninguno que no haya sido declarado inepto para regir las cosas públicas por la prensa, por la palabra de los oradores, por las recriminaciones de la opinión, por la afirmación constitucional del poder moderador...

Y serán todavía esos doce o quince individuos los que seguirán rigiendo el país por el camino en que va, ¡feliz, abundante, rico, fuerte, coronado de rosas y a un *trote* tan triunfal!

De aquí proviene también este caso singular: un hombre es tanto más célebre, tanto más consagrado, cuantas más veces haya sido ministro, esto es, cuantas más veces haya demostrado su incapacidad en los asuntos, siendo *derrochador de la Hacienda, ruina del país*, etc.

Así, el señor don Carlos Bento fué una primera vez ministro de Hacienda. Presentó la dimisión, y no fué, naturalmente, por los servicios que estaba prestando a su patria, por el engrandecimiento que estaba dando a los ingresos públicos, etc... Si cayó fué porque, naturalmente, la opinión, la prensa, los partidos coligados, el poder moderador, le juzgaron poco apto para administrar la riqueza nacional. Y el señor don Carlos Bento salió del poder con preponderancia.

Por eso fué ministro de Hacienda la segunda vez. Mostró de nuevo su incapacidad; por lo menos, así lo

juzgó, en esta ocasión, el poder moderador, imponiéndole su dimisión. ¡Y la importancia del señor don Carlos Bento aumentó!

Por consiguiente, fué ministro una tercera vez. Cayó; debemos, por tanto, suponer todavía que, naturalmente, dió pruebas de no ser competente para regir los asuntos públicos. ¡Y su importancia creció prodigiosamente!

Es nuevamente ministro; si tiene la fortuna de ser derribado del poder y declarado por la opinión de una ineptitud absoluta, será agraciado con un título, se le darán embajadas y entrará permanentemente en el *Almanaque de Gotha*.

Ahora bien: todo esto nos hace pensar que cuanto más demuestra un hombre su incapacidad, ¡tanto más apto resulta para gobernar su país!

Y, sin embargo, lógicamente, el jefe del Estado tiene que proceder de la manera siguiente en la apreciación de los hombres: el niño Eleuterio es suspendido en su examen de francés. El poder moderador le lanza una mirada tierna.

El niño Eleuterio, continuando su bella carrera política, es suspendido en su examen de Historia. El poder moderador, alborozado, le saluda con un pañuelo blanco.

El pipiolo Eleuterio, dando otro ancho paso, queda suspenso en el primer año de la Facultad de Derecho. El poder moderador salta de gozo, y quiere a todo trance tener con él unas conversaciones serias.

El licenciado Eleuterio, avanzando siempre, queda reprobado en la oposición a la Judicatura. El poder moderador no puede contener su júbilo, ¡y le nombra ministro de Justicia! ¡Y la opinión aplaude!

De modo que si un hombre pudiese presentarse ante el jefe del Estado con los siguientes documentos: espíritu de tal modo obtuso, que nunca pudo aprender a sumar; suspensos sucesivos en todas las asignaturas de todos los cursos, el jefe del Estado le cogería de la mano y gritaría, sofocado de júbilo:

—*Tu Marcellus eris!* ¡Tú serás para siempre presidente del Consejo!

X

LOS SIETE MARQUESES DE ÁVILA

Junio de 1871.

Algunos periódicos, refiriéndose al Ministerio, han aludido frecuentemente al caso singular de ser en realidad el señor marqués de Avila el único ministro que vive, habla, decreta, influye, *hace diputados*; la única personalidad actuante y móvil.

Nadie hasta hoy ha precisado bien la razón real e íntima de este fenómeno; y el motivo es que nadie sabe, con certeza y claridad, cómo fué constituído el Ministerio ilustre.

Para suministrar, pues, la explicación crítica de ese caso instructivo, revelaremos aquí la organización del Ministerio tal como la impusieron las circunstancias partidistas, las dificultades de acuerdo y la justa repugnancia que todo ciudadano digno siente en asociarse a la acción que se denomina *gobernar el país*.

El Ministerio quedó constituído así:

Presidente del Consejo: Marqués de Avila y Bolama.

Ministro de Asuntos Extranjeros: Marqués de Avila y Bolama.

Ministro de la Gobernación: Marqués de Avila y Bolama.

Ministro de Hacienda: Marqués de

Avila y Bolama, bajo el seudónimo de *Carlos Bento da Silva.*

Ministro de Obras Públicas: Marqués de Avila y Bolama, bajo el simpático y supuesto nombre de *Vizconde de Chancelleiros.*

Ministro de Justicia: Marqués de Avila y Bolama, bajo el anagrama *Sa Vargas.*

Ministro de la Guerra: Marqués de Avila y Bolama, bajo la denominación verdaderamente inexplicable de *José de Moraes Rego.*

XI

LA MULTA MUNICIPAL AL LIRISMO SENTIMENTAL

Julio de 1871.

En el folletín del *Diario Popular* de 24 de junio se insertan notables consideraciones de orden moral. Están en verso. El poeta se dirige, en su declamación solitaria, a una mujer.

En una prosa anterior (preludio) escribe que la misión del arte es *enseñar a amar* (!), y que en el arte no existe realidad, justicia o moral pública, porque (añade) *el arte nada tiene que ver con los derechos civiles.* Situado así libremente en la anarquía de la voluptuosidad y del lirismo, ¡ahí está lo que el poeta expone y enseña en un periódico popular, con una tirada de veinte mil ejemplares, que anda por encima de las mesas y en los cestos de costura!

Empieza diciendo:

¡Qué bueno es amar en el campo, por la tarde y a solas!

Después continúa:

¡Que prefiere el campo porque en los salones mundanos no puede besar la mano de ella a gusto! ¡Que el campo es libre y las sombras prestan cobijo!...

Por último, añade:

Que quisiera que los rayos centelleantes los envolviesen a él solo con ella, erguidos en un éxtasis, lejos de cuanto es vil...

(*Cuanto es vil,* en el *argot* de la poesía lírica, es el mundo real, la familia, el trabajo, las ocupaciones domésticas, etc.)

Nos excusamos de citar más estrofas lascivas.

Bastan ésas para motivar las siguientes observaciones: ningún periódico publicaría semejantes teorías en prosa; ningún hombre que las escribiese se atrevería a leerlas a su hija, sin tartamudear y sin *comerse* palabras; ninguna señora que las hubiera leído por casualidad se atrevería a citarlas.

¿Cómo se consiente entonces su publicación en verso? La higiene no consiste sólo en la regularización saludable de las condiciones de la vida física; en ella deben entrar también los actos de moralidad. Si está prohibido que un estercolero inmundo o un perro muerto corrompan el aire respirable de las calles, ¿por qué ha de estar permitido que un poeta, con sus podridas endechas, perturbe el pudor y la tranquilidad virginal?

Hay un bando municipal que impone una multa a quien profiere palabras deshonestas. ¿Por qué no ha de prohibirse igualmente publicar ideas deshonestas?

Un borracho, un pobre hombre a quien no dieron educación, a quien no se da casi trabajo, profiere una blasfemia en la calle, oída tan sólo por tres o cuatro personas, y lo llevan a la cárcel o paga una multa de un duro. Un poeta lírico, esclarecido, aprobado en sus exámenes, empleado del Estado, publica en un periódico de cincuenta mil lectores, en letra impresa, permanente e indeleble, una serie de deshonestidades, ¡y es apreciado, felicitado en el Martiño e indicado para una candidatura!

Pedimos, pues: o que sea permitido decir libremente en la calle y en el periódico blasfemias y deshonestidades, o que la multa municipal sea aplicada a todos, y que tanto el borracho que no sabe lo que dice en la esquina de una calle, como el poeta lírico que escribe, meditadamente y con borrador después de una semana, en la página de un diario, paguen el duro al Ayuntamiento, uno por su blasfemia, y el otro por su endecha.

XII

LA SUPRESIÓN DE LAS CONFERENCIAS DEL CASINO

Julio de 1871.

El señor ministro de la Gobernación hizo entregar por un agente de Policía al señor Zagallo, presidente del Casino, un papel—reaccionario por la intención, pero demagógico por la gramática—, en que se notificaba que por orden superior quedaban suspendidas las *conferencias democráticas.*

Conoces ya seguramente, lector sensato y honrado, la protesta de los conferenciantes, la adhesión de otros ciudadanos, la opinión de la prensa...

Y te parece en tu conciencia que ese acto del señor marqués de Avila no tiene, sin duda, equidad y carece en absoluto de legalidad; que es sobre todo profundamente torpe, y que el señor marqués, dando un *golpe de Estado* contra algunos escritores que en el Casino hacían crítica histórica y literaria, creó una actitud política allí donde sólo había un propósito científico.

Unos señores que en un salón, con señoras en las butacas, tratan de cuestiones científicas y literarias, en una elevada generalización de ideas, son tan inofensivos para la política de su país como un libro de Matemáticas. Son motores de pensamiento y de estudio, que no van a tocar a rebato la campana de las Mercedes. Pero unos hombres a quienes el Gobierno obliga a formular una protesta en un café, entre la agitación de trescientas personas; a recorrer las Redacciones de los periódicos, seguidos de una multitud indignada; a actuar de defensores de la conciencia ofendida, ¡ésos se parecen terriblemente a unos hombres de acción política! Las conferencias salieron así de su serenidad filosófica; ¡están en la lucha, están en la discusión de la Carta, están en la prosa de la *Gaceta del Pueblo!*

Veamos la legalidad del acto. En un país constitucional se tiene siempre abierta sobre la mesa la Carta constitucional, para dejar encima de ella el puro o para sacar de ella un argumento.

Dice la Carta, en su artículo 145:

«La inviolabilidad de los derechos civiles y políticos de los ciudadanos portugueses... está garantizada por la Constitución del Reino de la siguiente manera:

»Párrafo 3.º Todos podrán expresar su pensamiento, de palabra y por escrito, y publicarlo por medio de la imprenta sin intervención de la censura, siempre que respondan de los abusos que cometieren en el ejercicio de ese derecho.»

Hemos adquirido, pues, la certeza acerca de dos puntos:

Primero. Que todo ciudadano puede expresar su pensamiento, de palabra o por escrito.

Segundo. Que todo ciudadano es responsable si abusa de su derecho.

Por consiguiente, respecto a la primera conferencia:

Primero. El señor don Antero de Quental podía hablar sobre la religión con toda la libertad de su opinión.

Segundo. Si hubiera abusado, el señor don Antero de Quental respondería del abuso.

Es lógico. Ahora bien: ¿quién hace efectiva la responsabilidad de ese abuso?

En primer lugar, el delegado que debe asistir a todas las reuniones públicas, conforme al decreto con fuerza de ley de 15 de junio de 1870: «Las reuniones públicas—dice tal decreto—podrán ser disueltas por la autoridad... cuando perturbasen en cualquier forma el orden público. La disolución de la reunión sólo podrá ser impuesta a la asamblea después de advertir en voz alta la autoridad a los dirigentes de la reunión.» (En este caso, al conferenciante.) El delegado asistente a las conferencias, señor Rangel, no intimó ni advirtió al señor don Antero de Quental, ni en voz alta ni con gestos. Tal vez lo hubiera hecho con suspiros, pero este caso se halla fuera de la ley. Por tanto, el señor delegado no encontró, en conciencia, que el señor don Antero de Quental abusara de la libertad de exponer su pensamiento.

En segundo lugar, el Ministerio público, ¿se querelló contra el señor don Antero de Quental? No.

Por consiguiente, ni el delegado presente en la conferencia, ni el Ministerio público encontraron en la conferencia del señor don Antero de Quental ningún abuso punible.

Las conferencias siguientes versaron: una, sobre *Crítica literaria contemporánea*; otra, sobre el *Realismo, como nueva expresión de arte,* y la tercera, sobre *La enseñanza y sus reformas.* ¿En qué atacaban éstas a la religión o a las instituciones políticas? Hacer la crítica de la literatura contemporánea, ¿es ofender—según el lenguaje *rococó* del decreto—al código fundamental de la monarquía? ¡En este caso, pedimos la cabeza del señor Piñeiro Chagas, el cráneo de don Julio Machado y una gran porción de don Luciano Cordeiro! ¡Quién lo diría! ¡Cuando se escribe que el señor Vidal es un poeta lírico ligeramente inferior a Lamartine, el trono de su majestad permanecerá tambaleándose un cuarto de hora!

Pero veamos. La última conferencia fué pronunciada el 19 de junio; el decreto fué dado el 26 del mismo mes, antes de la conferencia que iba a pronunciarse. Por consiguiente, el señor marqués de Avila suspendió, no las conferencias que se habían ya pronunciado, lo cual sería un poco inútil, sino las conferencias que se iban a pronunciar.

Ahora bien: según el citado artículo de la Carta, sólo se podrá cohibir la libertad de pensamiento *cuando hubiera abuso*; y como ese abuso no existía, por la sencilla razón de que la conferencia no había sido pronunciada aún, y, por consiguiente, el pensamiento no fué manifestado, resulta que el señor ministro de la Gobernación violó la Carta, si esta palabra *violar* puede aún emplearse con respecto a la Carta, sin provocar sonrisas maliciosas sobre tan insensata metáfora.

Al ministro le cabía únicamente el derecho de hacer procesar a don Antero de Quental. Esto era lo lógico, lo de sentido común, lo legal.

A lo que el ministro no tenía el menor derecho es a la brusca supresión de la palabra a unos conferenciantes de literatura, de arte y de pedagogía. Llevando a cabo, como hizo, tal supresión, se coloca fuera de la ley, fuera del espíritu del tiempo, casi fuera de la Humanidad.

Con el mismo derecho puede mañana el señor ministro mandar suprimir *Las Banderillas,* las novelas de don Camilo Castello Branco, los volúmenes de Historia de don Alejandro Herculano, los diarios, la conversación, estas simples preguntas: «¿Cómo está usted? ¿Se encuentra bien?» Puede suprimir incluso una sonrisa o una mirada expresivas. ¡Puede fulminar el estornudo!

Ahora bien: el artículo 103 de la Carta dice:

«Los ministros son responsables... Párrafo 5.º Por lo que hicieren contra la libertad de los ciudadanos.»

Y el párrafo 28 del artículo 145 añade:

«Todo ciudadano podrá redactar y presentar reclamaciones; quejas... y HASTA exponer cualquier infracción constitucional, exigiendo... la efectiva responsabilidad del infractor.»

Sería, por tanto, posible responder al decreto del señor marqués de Avila con el siguiente documento:

«Requiero a la Cámara de los Diputados para que haga efectiva la responsabilidad del señor ministro de la Gobernación, procediendo contra él como infractor del párrafo 3.º del artículo 145 de la Carta constitucional, según me autoriza el párrafo 28 del citado artículo.»

*

Tanto en relación con el conferenciante que abusó de la libertad, según la Carta, como con el ministro que infringió la ley, según la propia Carta, hemos argumentado hasta aquí con la legalidad.

Vamos ahora a la equidad: ¿qué se quiso hacer callar en las conferencias? ¿Fué la crítica política? ¿Por qué se dejan, entonces, circular por el país los libros de Proudhon, de Girardin, de Luis Blanc, de Vacherot? ¿Fué la crítica religiosa? ¿Por qué se consiente, entonces, que pasen la frontera o la Aduana los libros de Renán, de Straus, de Salvador, de Michelet?

Seamos lógicos; suspendamos las conferencias del Casino, donde se *oyen* doctrinas libres; pero *expulsemos* los libros en que se *leen* doctrinas libres. *Oír* o *leer* producen los mismos resultados para la inteligencia, para la memoria y para la acción: es la misma entrada a la conciencia por dos puertas paralelas. Hagamos enmudecer a don Antero de Quental, pero prohibamos la entrada en la Aduana de los libros de Víctor Hugo, Proudhon, Langlois, Feuerbach, Quinet, Littré, toda la crítica francesa, todo el pensamiento alemán, todas las ideas, toda la historia. Bajemos la cabeza ante nuestra ignorancia y ante nuestra inercia, y dejémonos pudrir, mudos, viles, inertes, en la torpeza moral y en el tedio.

Nosotros no queremos tampoco que en un país como éste, ignorante, desorganizado, ¡se lance, entre las ambiciones y las cóleras, el grito de rebelión! Queremos la evolución preparada en la región de las ideas y de la ciencia; difundida por la influencia pacífica de una opinión esclarecida; realizada por las concesiones sucesivas de los poderes conservadores; en fin, una *revolución por el gobierno,* tal como se realiza lenta y fecundamente en la sociedad inglesa. Así es como queremos la revolución. Detestamos la antorcha tradicional, el sentimental *rebato* de campanas;

y nos parece que ¡un tiro es un argumento que penetra en el adversario un tanto excesivamente!

Seríamos, pues, los primeros en pedir la suspensión de las conferencias del Casino si la ciencia de los conferenciantes se redujese a decir:

—¡La barricada, señores, estará mañana en la calle tal! ¡En cuanto al petróleo, está ahí abajo, en la taquilla!

Pero que se haga callar, poniéndole la mano en la boca, a la crítica literaria o histórica contra eso, desde el fondo de este libro, pequeño, pero honrado, en nombre del respeto que nos debemos a nosotros mismos, y del ejemplo que debemos a nuestros hijos, protestamos y apelamos, no ante Europa, lo cual sería tolerablemente inútil, sino ante el propio señor marqués de Avila, ante una cosa que debe él de tener debajo de su uniforme, una cosa que no calla, aunque a su alrededor la intriga y el interés armen un ruido horrible: ¡la conciencia!

¡Cómo! Pueden leerse en las bibliotecas y en el Casino, diarios republicanos, comunistas, toda clase de libros materialistas, racionalistas y socialistas, y ¿no va a estar permitido hablar de lo que hay de más abstracto en la política, de más ajeno y superior a las agitaciones humanas y a las violencias partidistas, la Historia?

Puesto que se le permite a *La Nación* publicar en prosa impresa y permanente ataques rencorosos a la libertad constitucional y a la realeza constitucional, ¿no se va a permitir a don Antero que condene las monarquías absolutas, y al señor Soromeño que censure las novelas eróticas?

Puesto que el marqués de Pombal *expulsa* a los jesuítas y su política, ¿no va estar permitido a un conferenciante del Casino hacer la *crítica* de la política de los jesuítas?

¡Argumentemos! Yo puedo comprar un libro de Proudhon que combate el catolicismo, las monarquías, el capital: estoy dentro de la legalidad. Puedo leerlo en voz alta a mis amigos o a mis criados; estoy dentro de los límites de la Carta. Puedo aprenderlo de memoria; ¿hay alguna ley que me prohiba ese ejercicio mnemotécnico? Puedo recitarlo a la luz del sol o a la luz del gas, con gestos moderados o con gestos descompuestos: todo eso es legal ¡Pero si trato en el Casino de los puntos de que se ocupa ese libro, me lo prohiben! ¡Consiento en que me lo prohiban, pero que prohiban también a los libreros la venta de Proudhon!

Cuando en Francia se prohibió hablar a Renán, se logró al mismo tiempo que Renán fuese leído.

*

Antes de celebrar conferencias en el Casino, había allí *variedades*. Mujeres escotadas hasta el estómago, con los brazos desnudos y las pantorrillas al aire, semibebidas, ¡cantaban con toda clase de gestos descarados un repertorio de canciones sucias, obscenas, inmundas! ¡En un *couplet* bestial, de compás canallesco, se ridiculizaba el pudor, la familia, el trabajo, la virginidad, la dignidad, el honor, Dios! Eran también conferencias. Las conferencias del libertinaje. ¡Y asistían muchos alumnos!

¡Pues eso, que era la obscenidad, la infamia, la crápula, parecíale al señor marqués de Avila compatible con la moral del Estado!

¡Las conferencias, que eran el estudio, el pensamiento, la crítica, la historia, la literatura, ésas le parecieron al señor marqués incompatibles con toda la moral!

¡Hombres repantigados, bebiendo coñac, gritando, silbando a unas desdichadas criaturas, que se descoyuntan en contorsiones viles para hacer reír, eso está permitido por todas las leyes!

¡Hombres que escuchan seriamente una voz que habla de justicia, de moral, de arte, de civilización, *eso* está prohibido con tal violencia, que se salta por encima de la Carta para prohibirlo! ¡A *eso* se manda un policía para que lo cierre con dos vueltas de llave! *¡Miserere! ¡Miserere!*

XIII

MÁXIMAS Y OPINIONES DEL DIARIO «LA NACIÓN»

Julio de 1871.

La Nación, periódico de arqueología y de piedad, ha aparecido estos últimos tiempos con un aire de espléndido triunfo. Los adjetivos de sus artículos de fondo caminan a *marche-marche*; sus adverbios se despliegan al viento, y en el simple éxtasis de sus «signos de admiración» se siente que espera para pronto la *restauración*. Sabemos, sí, muy bien, la restauración *de qué*; pero ignoramos totalmente la restauración *de quién*.

La Nación espera la restauración en Francia con el conde Chambord, y lo dice claramente. En España, con Carlos VII, y se congratula efusivamente. Después añade: «Y en Portugal, con...»

Y pone unos puntos suspensivos. ¿Es respeto? ¿Pudor? ¿Estrategia? No se sabe. Evidentemente, esos puntos suspensivos designan a *alguien*. pero ¿a *quién?*, como dicen en los *vaudevilles*.

Quieren unos que sea al difunto Herodes; otros, al fallecido Felipe II; algunos sugieren incluso ¡que sea ese otro ausente del número de los vivos, el honrado Nabucodonosor!

¡Sea quien fuere, *La Nación* espera! *¡La Nación* aparece llena de júbilo desde sus citas latinas hasta sus anuncios de *agua circasiana!* ¡Y *La Nación*, no pudiendo ya mandar *prepararle* habitaciones en la Ajuda o en Queluz, *le* prepara máximas para el buen gobierno!

He aquí algunas de esas máximas, tomadas al azar entre tiernas bromas de derecho divino:

«La libertad de conciencia es una palabra buena para engañar a los tontos, que no significa nada como no sea un gran contrasentido.»

Ahora bien: este modo de pensar puede dar origen a interpretaciones penosas. Supongamos hecha la *restauración*. *La Nación* triunfante ahora, en junio, en que el frío traidor, nos sorprende al atardecer, al desembocar de las calles. Un ciudadano, empadronado y elector, camina por el Rocío y dice gravemente, con ese aire meditabundo que adopta la burguesía en las cuestiones graves de la vida:

—¡Diablo, hace frío!

Acude súbitamente un guardia legitimista, gritando:

—¡Perdón! ¡El señor no tiene derecho a decir esa irreverencia!

Sorpresa del ciudadano. Y el guardia le enseña el almanaque oficial, en el cual se lee:

«Doce de junio... calma.»

¡Y el guardia tendrá razón! Desde el momento en que el derecho divino niega la libertad de conciencia, ningún ciudadano tiene derecho a difundir doctrinas diferentes a las de un almanaque, ¡basado en la sabi-

duría de las naciones, autorizado por los obispos, con una tradición de cien años, infalible catecismo de nuestras temperaturas!

*

¡Pero volvamos, volvamos a los puntos suspensivos!

Nosotros afirmamos que la opinión anda extraviada pensando que esos puntos encubren un nombre temido. ¡No! *La Nación* es clara, sin equívocos. Cuando *La Nación* dice: «En Francia reinará Enrique V; en España, Carlos VII; y en Portugal...»

¡Quiere decir simplemente que en Portugal reinará *Puntos suspensivos! Puntos suspensivos* es un nombre. El nombre de un rey. *Puntos suspensivos I.*

A nosotros pudiera extrañarnos; a nosotros, que desconocemos la genealogía y las ramas colaterales de las casas legitimistas, que hemos olvidado nuestro *Almanaque de Gotha.*

Pero *La Nación*, depositaria de los documentos de familia de la legitimidad, sabedora de sus tradiciones, autora de su historia, lo afirma enérgicamente. Es lícito a los constitucionales ignorarlo, pero no discutirlo.

Reinará, pues, en Portugal *Puntos suspensivos I.*

En breve le tendremos en su trono, con su Ministerio constituído. ¡Qué noble, qué tradicional, qué feudal será! ¡Tendrá el sereno y radiante aspecto de las cosas augustas y eternas!

Presidente del Consejo: El duque del Punto final.

Ministro del Culto: Vizconde del Peréntesis.

Ministro de la Guerra: El brigadier Coma.

Ministro de Justicia: El comendador Dos Puntos de Vasconcelos.

¡Y serán terribles!

¡Para ese rey es para quien se preparan tan buenas máximas de gobierno. ¡Citaremos otra, tremenda!

Don Adolfo Coelho dijo en el Casino, según parece, «que la ciencia en su dominio era independiente de la fe».

¡Pues bien! Un corresponsal eclesiástico de *La Nación* exclama, volviéndose mentalmente hacia don Adolfo Coelho: «¿Cómo se atreve ese sabio a decir que la ciencia es algo sin la fe? ¡No, vanidoso! ¡La ciencia no puede dar un paso, ni uno solo, sin estar auxiliada por la fe!»

Queremos que esto sea la verdad; pero pensamos entonces cuán cruel y molesta debe de ser para ese eclesiástico y para la Redacción de *La Nación*. Imaginemos uno de esos hombres piadosos, por la noche, en bata, a la luz del quinqué, tomando la cuenta a la criada. Ha examinado ya las partidas, está haciendo la suma. La escena es solemne. Una luz mística baña las estanterías. El gato ronca.

—Tres y siete...—calcula el clérigo, sudando.

E inmediatamente se detiene. La ciencia bien le dice que son diez, pero la ciencia no es nada sin el auxilio de la fe, y el hombre del Señor corre a consultar a San Agustín. Nada, sin embargo, enseña sobre esa materia el sublime Doctor. El eclesiástico desorbita hacia la criada sus ojos empavorecidos:

—¡De prisa, hija, bájame de ahí la *Summa* de Santo Tomás!

Y la hojea...

¡Y para la columna de las decenas interroga a San Atanasio, y para la de las centenas, los Evangelios comparados!

Es ya de madrugada. La sirvienta dormita; la albura difuminada del amanecer traza grandes hilos pálidos

en los cristales; las golondrinas gritan en su gloria y en su alegría; balan los rebaños; los árboles se desperezan en brazos del viento; Dios, el buen Dios, el Dios Justo, vive en la infinita transparencia de la luz; y el pobre eclesiástico, pálido, soñoliento, aturdido, sepultado entre infolios, hojea el Diccionario de Bergier, Bossuet, Noailles, los concilios de Trento y de Florencia; Orígenes, Lactancio, Juan Clímaco, Fleury, el Catecismo, el Larraga, para saber si, conforme a las leyes de la Iglesia, ¡le está permitido afirmar que «tres y siete son once»!

Y equivoca la suma.

*

Otra máxima de *La Nación:*

«La libertad y la igualdad son palabras impías e impuras.»

Por consiguiente, en el reinado legitimista ningún hombre de bien, verdadero absolutista y verdadero jesuíta, se atreverá a pronunciar esas palabras réprobas. No se dirán nunca en las salas delicadas. Ante ellas las caras castas se sonrojarán, ¡y el ex Tártaro, vulgo Infierno, no perdonará!

Así, el conde de A***, queriendo presentar al obispo de B*** al señor Ferreira Fagote, ex constitucionalista, murmurará discretamente, para evitar esa sórdida palabra *libertad*:

—*¡Me tomo... eso que el pudor impide nombrar* de presentar a su ilustrísima al señor Fagote!

Un padre austero gritará a su piadoso hijo, que ha entrado tambaleándose a las cuatro de la mañana en el *nido paterno:*

—¿Quién te dió, hijo..., *la que los más simples principios de moral me vedan pronunciar...* de entrar a estas horas de la madrugada?

La palabra *igualdad* se verá también obligada a emprender el camino del destierro.

En los Diccionarios aparecerá:

«*Igualdad:* Sustantivo tan miserable que ni género tiene. Se empleaba antiguamente en los artículos de fondo; castigado hoy expresamente en el artículo 10 del Código penal.»

Y los abogados, en los tribunales, para hacer ver al jurado que las circunstancias que concurrieron en un caso jurídico deben de concurrir en otro, exclamarán, con una nueva elocuencia:

—¡Estamos, pues, señores jurados, en la más perfecta *(Tosiendo.)... que la consideración hacia el tribunal y mi amor a las instituciones retienen en mi lengua...* de circunstancias!

Un maestro de primera enseñanza, enseñando a leer a los niños:

—*I-g-u-a-l-gual-d-a-d-dad* = Estercolero, muladar, basurero.

¡Pero hay más! *La Nación*, en un artículo lírico y heroico, dice que la verdadera misión del país no es la industria, ¡es la conquista! La pluma de ganso de *La Nación* es, pues, una lanza disimulada. ¡Todo el dolor de *La Nación* es que Cacilhas no sea morisca! ¡Si lo fuese, *La Nación* se pondría su armadura y marcharía allí, en un bote! Pero Cacilhas, la fiel Cacilhas, ¡no es morisca! ¡Ay!

La Nación condena, pues, la industria. *La Nación* considera la industria como una causa de ruina moral del país. *La Nación*, para que se mantenga pura y sin mezcla la heroica tradición de Portugal, ¡quiere que se prohiba la industria!

Por tanto, no bien *La Nación* triunfe y *Puntos suspensivos I* suba al trono, la industria será castigada en los Códigos, como perturbadora del orden y enemiga de los destinos nacionales. Y el señor delegado del fis-

cal de su majestad dictará orden de prisión contra el insensato que, con desprecio de las leyes y afrentando el *sagrado depósito de nuestras instituciones*, se atreva a establecer una fábrica de jabón.

Oiremos entonces, en la vista del proceso, al propio señor acusador, apuntando con el índice vindicativo hacia el miserable, doblegado por el dolor y el arrepentimiento en el banquillo de los acusados:

«¡Cómo! Señores jurados, ¿no veis que el acusado arrojó una mancha en nuestras tradiciones impolutas? ¿Faltábale, por ventura, a ese desdichado en dónde ejercer su actividad? ¿No tenía las murallas de Díu? ¿No podía haber ido a doblar el Cabo? ¿Por qué no marchó armado hacia los países de Oriente? ¿No veía él a lo lejos el Africa adusta? Y más cerca, ¿no veía la afrentosa Castilla?»

¡Será una época terrible! Existirán sociedades secretas para hacer corbatitas de seda. La fábrica de vidrio de Vista Alegre se instalará, trasladada a escondidas, en una caverna. Los fabricantes de cajitas de obleas, perseguidos, pegarán en las esquinas proclamas desesperadas con estas palabras: «¡Ciudadanos! ¡La oblea o la muerte!»

La industria tendrá sus mártires, que morirán con heroísmo. Veremos subir a los cadalsos a fabricantes de velas de sebo, exclamando con la sonrisa iluminada y los ojos en el cielo: «¡Sólo tú eres verdadero, oh sebo!»

Y en los periódicos soborearemos estas noticias:

«*Detención importante.*—El célebre Eduardo Compostela fué capturado ayer con todos sus cómplices en una covacha, donde se entregaba a la criminosa ocupación de refinar azúcar. El malvado hizo revelaciones. Ha sido muy censurado el comportamiento de algunos agentes de Policía que destruyeron las pruebas del delito ¡comiéndoselas!»

*

La Nación tiene sobre los conferenciantes del Casino esta admirable opinión: «que iban a hablar allí, no por voluntad suya, sino por orden de una asociación secreta; que ningún acto suyo es espontáneo, sino ejecución de una orden de la Internacional; ¡que no les pertenece nada en propiedad, ni la acción, ni las ideas, ni el *nombre!*»

De modo que si un conferenciante toma, por la noche, un helado en el Aurea, es porque recibió aquella mañana este siniestro telegrama:

«Comité central, siete de la mañana.—Esta noche tome sorbete café. ¡Conveniente alzamiento clase obrera! Intransigentes en helado. ¡Viva la Comuna! ¡De fresa!»

Y don Antero de Quental, de aquí en adelante, tendrá que firmar así: Antero (*por decirlo así*) de Quental (*si me atrevo a expresarme en tal forma*).

¡Oh *Nación*, eres grande!

Pero la más profunda idea de *La Nación* fué la que apareció en un artículo, en que respondía a don Antero de Quental. Le llamaba *brisa* y probó que era *brisa*. Le llamó fariseo y le describió como fariseo, *arrastrando entre la multitud la orla de su toga*.

Por tanto, según *La Nación*, don Antero anda vestido con una toga, cuyo borde se arrastra entre las turbas de la calle Nueva del Carmen.

Este error de *toilette*, que *La Gaceta del Pueblo* no comentaría nunca, es todavía disculpable en *La Nación*. *La Nación* vive exclusivamente en el pasado, en la arqueología: ¡no sabe que hoy se usa ya el frac y cree que se va aún de *toga!*

Si *La Nación* tuviera que describir un baile (¡ojalá pudiera ella apartarse de sus contemplaciones seráficas para entregarse a esos exámenes terrenos!), describiría así un baile:

«Entonces, el noble marqués de Avila, alzando ligeramente su alba clámide, adelantó el coturno con gracioso ademán. Por su lado, don Carlos Testa levantó su túnica de púrpura, ¡e hizo *chaîne de dames*, alzando el pámpano!... Llevaban ambos las cabezas coronadas de rosas. En medio del festín, el noble presidente del Consejo recibió un papiro que un esclavo lacedemonio le presentó en labrada bandeja. Las damas, reclinadas en los triclinios, aspiraban perfumes, y en sus ojos fulgían las risas y los juegos. Circularon hasta muy tarde las copas de Falerno. El señor Macario rasgueó en el arpa eolia delicadas composiciones. Viejos legionarios, encanecidos por Marte, vigilaban, apoyados en los gladios, por los atrios. ¡En la vía esperaban numerosas cuadrigas!»

¡Nación, Nación, buena amiga! No nos quieras mal. ¡Tú eres vieja, fabulosamente vieja; eres *de allende el sepulcro!* Pero tienes un carácter firme. Y en medio de la liviandad tornadiza de estos partidos liberales, tienes una ventaja. Echaste el ancla en medio del océano, y te quedaste parada. Estás podrida, llena de algas, de conchas, de restos de peces, ¡pero no navegaste en el ludibrio de todas las ondas ni en la camaradería de todas las espumas! Resultarías excelente si estuvieses viva. Pero eres un periódico *sombra*. Estás tan viva como Eneas. Eres tan contemporánea como Telémaco.

¡Vuelve, *Nación*, junto a tus sombras queridas! ¡Y dale nuestros cariñosos recuerdos a don Alfonso II, *el Gordo!*

XIV

EL DISCURSO DE LA CORONA, SU PRESENTE Y SU FUTURO

Julio de 1871.

¡Singular carácter el del discurso de la Corona! ¡Todo el mundo está desilusionado; sólo ella espera! Según ella, el país está floreciente, se enriquece, y el paraíso lo tenemos más cerca que la otra orilla del Tajo. No hay más que dar un paso, hacer un leve esfuerzo, ¡y entraremos para siempre en la tranquilidad augusta de la perfección, llegando a disculpar hasta el propio señor Melicio!

Sólo hay un punto negro que teme el discurso de la Corona: *la cuestión de la Hacienda*. Mientras tanto, cada vez que el discurso de la Corona aparece en público, promete resolver la *cuestión de la Hacienda*.

Todos han visto con seguridad a un niño jugando a la brisca con un hermano suyo de más edad. El pequeño, si tiene un juego malo, tira las cartas sobre la mesa, las revuelve, ríe, alborota, grita:

—¡Esta vez no vale; vamos a jugar otro!

Pero si el juego que le corresponde es peor:

—¡Abajo!—grita de nuevo—. Este tampoco vale. ¡Ahora vamos al serio!

E interrumpe un tercer juego, y promete cada vez mayor seriedad, y cada vez arma más confusión; ¡y todo el mundo sonríe alrededor!

Algunas veces—¡funesto momento de las rebeliones humanas!—el hermano de más edad, cansado, termina por tirar furiosamente a la cabeza del pequeño el montón de cartas arrugadas.

Pues bien: el discurso de la Corona tiene en política la actitud terca del niño que juega a la brisca. Al comienzo de cada legislatura, el discurso de la Corona declara gravemente:

—Esta vez vamos a ocuparnos con toda seriedad de la cuestión de la Hacienda, etcétera...

Pero durante la legislatura viene la confusión, la *disolución*. El poder ejecutivo tenía mal juego, y tiró las cartas. Surge otra Cámara. Se repite en su ceremonial el discurso de la Corona. Dice:

—¡La vez pasada no valió! Pero ahora vamos a consagrarnos con el mayor celo a la cuestión de la Hacienda...

Y en esa legislatura, como la confusión se extiende más, le imponen una nueva *disolución*.

Reapertura de la Cámara. El discurso de la Corona entra despavorido gritando:

—¡Ahora sí que va a valer! ¡Ahora sí! ¡Las otras veces, no! ¡Pero ahora, con toda seguridad!

Ahora sí que vamos a resolver de una vez para siempre la cuestión de la Hacienda... Y no se resuelve nada, se cambian palabras vanas, se especula sobre cargos remunerados, se ahondan disidencias mezquinas y se baraja otra vez el juego.

Y viene el discurso de la Corona a abrir de nuevo las Cortes, murmurando con la mano en el pecho:

—Bueno, señores, palabra de honor; ahora, a toda costa, inaplazablemente, tenemos que resolver la cuestión de la Hacienda, etcétera.

Pues bien: nosotros estamos contemplando esto desde un rincón de la sala, atentos y desinteresados, mientras hierve el té, y notamos ya en el hermano mayor el impulso de quien va a tirar el montón de cartas a la cabeza del pequeño.

Y, francamente, tiene razón. ¡La terquedad de los niños—como la terquedad de las instituciones—llega a irritar! Y si no, que lo digan el maestrescuela de las Mercedes y Félix Pyat.

Esta vez, sin embargo, el discurso de la Corona fué, sobre todo, grandemente informativo. El poder ejecutivo, en un momento de adorable franqueza, confesó al poder legislativo que su majestad el emperador del Brasil había estado en Lisboa. Resulta quizá censurable esa competencia que el discurso de la Corona hace al *Diario de Noticias*. Pero aquél no puede realmente proceder de distinto modo. El discurso de la Corona tiene que decir alguna cosa al país. Pero ¿el qué? ¿Hechos de la vida política? ¿De la acción civilizadora? ¿Del pensamiento público? ¿Cómo? ¡Si nada se hizo, nada se civilizó, nada se pensó! El discurso de la Corona, ante esta falta de hechos significativos de la vida pública, tiene que recurrir a los cancanes interesantes de la vida privada. No pudiendo hablar como una página de Historia, conversa como un chismorreo del Chiado. Su deber, en efecto, es resumir todo lo que se hizo políticamente en el interregno parlamentario. Pero si en ese interregno el hecho más característico de la vida nacional fué la marcha a Oporto de la compañía del teatro del Gimnasio, ¿qué remedio quedaba sino que el discurso de la Corona diese parte de ese suceso constitucional?

Y, si Dios quiere, veremos aún el discurso de la Corona concebido así:

«Dignos senadores y señores diputados de la nación: Con el mayor placer me encuentro entre vosotros. El señor consejero Pestaña marchó a Vizella. Va a publicarse en breve un nuevo diario, titulado *El Berrido de la Louriña*. Ha llegado el bergantín *Carolina*. Sirven hoy callos en la calle Augusta, número 801. El agente de Bolsa Fonseca espera a sus clientes. Vamos a ocuparnos con todo ahinco de la cuestión de la Hacienda. Se abre la sesión.»

Y como en virtud de la inacción política y de la somnolencia individual, cada vez mayores, no habrá pronto ni hechos políticos que proclamar, ni noticias particulares que relatar, el discurso de la Corona se verá obligado, para decir algo, a recitar obras de imaginación:

«Dignos senadores y señores diputados de la nación portuguesa: En una fría noche de invierno, un bulto misterioso caminaba embozado en una capa clara por los desfiladeros de Sierra Morena. Pesaba sobre su frente una gran amargura. De pronto se detuvo; había oído, hacia un lado del despeñadero tenebroso, un silbido lúgubre... Se continuará en la próxima sesión de apertura. Pasemos ahora a la cuestión de Hacienda.»

Y más adelante, el discurso de la Corona, cada vez más vago, murmurará:

«Dignos senadores y señores diputados de la nación portuguesa:

Era en otoño cuando tu dulce imagen
vi a la luz seductora de la luna:
¿te acuerdas tú, mi Elisa?

Y aplicaremos todo nuestro celo a la intrincada cuestión de la Hacienda. Se abre la sesión.»

¿Para qué el discurso de la Corona? ¿Para qué obligar al jefe del Estado a repetir una vieja página de prosa escrita el año 1824, y que es hoy una negación de la verdad, una falsificación de la Historia? El país está desorganizado: esta certeza la dan las discusiones del Parlamento, las intervenciones de los ministros, las afirmaciones de la prensa, las conversaciones de los ciudadanos. Por consiguiente, o el discurso de la Corona expresa rigurosamente la opinión y la conciencia del jefe del poder ejecutivo, y entonces, ¿qué confianza puede inspirarnos este magistrado, cuando ignora totalmente el estado de su país?, o no expresa opinión alguna, y entonces, ¿qué seriedad tiene el jefe del poder ejecutivo, compareciendo ante el país —cuando son necesarias palabras decisivas—a recitar palabras huecas y vanas?

Sabemos perfectamente que la Corona no es culpable del discurso que le obligan a recitar, como no es responsable de la desorganización en que la obligan a vivir. La desorganización es la consecuencia de una política torpe e ignorante; el discurso es la fórmula de un ceremonial antiguo y *rococó*. Pero ya que los gobiernos no tienen capacidad para impedir la desorganización, que tengan, al menos, el pudor de suprimir el ceremonial. Y que sea sustituído el discurso de la Corona por un franco y honrado: «¡Buenos días, señores! ¡A sentarse tocan!»

Porque ¿sabe la Corona lo que, lógicamente, debía decir? Esto:

«Señores: Con el mayor desagrado me encuentro entre vosotros, pues estoy cansado de vuestra imbecilidad, de vuestras intrigas y de vuestras negligencias. La situación exterior es ésta: somos lo que somos porque nos dejan serlo, por misericordia.

La interior es ésta: finanzas en ruinas; colonias explotadas por los extranjeros; marina, nula; industria, entorpecida; clero, ignorante; enseñanza, caótica; vida municipal, muerta; burocracia, desvergonzada; pensamiento, enmudecido; carácter, corrompido; servicios públicos, desorganizados; ley, en confusión; agio, triunfante; proletariado, en la miseria; etcétera, etcétera, etcétera. ¡Váyanse, y que el diablo se los lleve a sus casas! He dicho.»

Así debería hablar la Corona.

Pero así o de otro modo, ¡que sea, sobre todo, nacional en gramática! ¿Qué significa la construcción del párrafo a la inglesa, adoptada en el discurso de la Corona? ¿Qué británico furor le acometió de colocar los adjetivos antes que los sustantivos? ¿Es una adulación a la *pérfida Albión?* ¿Rompimos el tratado de Methuen para ir a esclavizarnos al tratado de gramática de Sadley? ¿A qué vienen esas expresiones repetidas de *pública hacienda, nacional riqueza?* ¿Son influencias de la política inglesa?

Confiemos en que no tendremos nunca que rebajarnos a la humillación de oír a la Corona, en atención a nuestros *fieles aliados*, expresarse así ante el país:

«Dignos senadores y señores diputados de la portuguesa nación: Feliz soy, al sentarme en el nacional Parlamento, dando comienzo a las nacionales tareas. Es preciso que atendamos a la pública administración para mantener las patrias libertades. Sin el constitucional decoro no hay públicas garantías. La nacional Hacienda merecerá el mayor celo del legislativo poder. El ejecutivo poder, ése, mantendrá las publicadas leyes. Queda abierta la ordinaria sesión de las portuguesas Cámaras. *All right.*»

Esperamos que la Corona, mejor aconsejada, vuelva a las tradiciones de la nacional... gramática.

¡Y el propio señor Pinto Bessa aplaudirá!

XV

TUMULTOS EN EL PARLAMENTO

Julio de 1871.

Escribíamos en el primer número de *Las Banderillas*:

«Las sesiones de la Cámara no tienen seriedad. Reinan allí el tumulto, la confusión..., etcétera.»

Una nueva justificación de esa verdad se vió en la sesión del día 29.

Hablaba el señor presidente del Consejo. Hubo un momento en que su excelencia o cometió un error de gramática, según dicen algunos periódicos, o lanzó desdeñosamente a la circulación la elocuente palabra *bomba*, según afirman otros. El hecho es que la mayoría entendió que la mejor manera de manifestar al señor presidente del Consejo que no tenía confianza en su política ¡era abuchearle! ¡Y la patria habrá de agradecer a los señores diputados que no le diesen de bastonazos!

Entonces, el señor presidente, a título de aclaración, preguntó tímidamente si se encontraba en una plaza pública. Pregunta excesivamente ociosa. En una plaza no hay nunca esos gritos, ni esos tumultos, porque los guardias intervienen y hacen evacuar la plaza. Impunemente, al amparo de las instituciones, sin injerencia policial, un motín sólo puede producirse en la Cámara de los diputados. En ninguna otra parte más está permitido por los bandos de la Policía ser tan bromista. El caso es que la mayoría, para demostrar al señor

presidente que se consideraba ofendida con la designación de *plaza*, prorrumpió en un alarido tal, como no se acostumbra a lanzarlo en la plaza de toros, todo para demostrar bien claramente que no había allí un grupo de *mozos de forçado* (1), sino un Cuerpo de legisladores. La palabra *granuja* hizo entonces por primera vez su aparición en la Cámara, y tomó allí asiento. Entonces fué también cuando el señor presidente del Consejo, en compensación, lanzó el epíteto *groseros* al saludar y al abrazar a los elegidos del país.

La asonada, el motín, el jaleo, el charivari, aumentaron tan constitucionalmente, que el señor Ayres de Gouveia, eclesiástico, tuvo que sepultar la cabeza en su sombrero de copa. Ante este gesto, lleno de afecto nacional, la tempestad se alejó del salón. Dicen que algunos de los señores diputados fueron felicitados a la salida por los más notables asiduos al tendido de sol de la plaza del Campo de Santa Ana que se encontraban presentes. ¡Tal fué esa memorable sesión, en que la elevación de las ideas compitió con el vigor de la elocuencia!

*

Parece, pues, en definitiva, que el Parlamento decidió adoptar el motín y la rechifla como forma parlamentaria de sus tareas. Ya habéis visto, amigos, la sesión del 29 de junio.

¿Queréis asistir a la del 29 de julio? Aquí tenéis su fiel extracto:

EL ORADOR. — (*Concluyendo.*) ... Y así fué, señor presidente, como ocurrieron los hechos.

EL SEÑOR DON LUCIANO DE CASTRO.— (*Interrumpiendo con grandes puñetazos en el pupitre.*) El ilustre diputado está diciendo una solemnísima mentira...

VOCES.—¡Bravo! ¡Bravo!

EL ORADOR.—(*Revolviéndose y desabrochándose el chaleco.*) ¿Mentira? ¡Descarado! (*¡Bravo! ¡Bravo!*) Yo, señor presidente, ¡no puedo consentir que ese bergante se meta en mi fuero interno!

VOCES.—¡Fuera! ¡Fuera!

EL SEÑOR COELHO DEL AMARAL.— (*Apelando con dignidad al señor Barros y Cuña.*) Así demuestro, señor presidente, que el señor Barros y Cuña no tiene razón alguna en los principios que ha asentado.

EL SEÑOR DON MARIANO DE CARVALHO.—¡Pero la dictadura fué nefasta! Y no habrá granuja ninguno que me demuestre lo contrario... (*Enciende el cigarro.*)

EL SEÑOR COELHO DEL AMARAL.— (*Continuando el apaleamiento.*) ¡No interrumpan mi discurso! ¡No me interrumpan!

EL SEÑOR PRESIDENTE.—(*A los señores Mariano y Santos de Silva.*) Sus señorías no tienen derecho a interrumpir vapuleos que el reglamento ampara. (*Berridos.*)

EL SEÑOR PRESIDENTE DEL CONSEJO. ¡La Cámara está sumiéndose en la más profunda abyección! (*El señor presidente del Consejo sucumbe bajo una lluvia de bastonazos.*)

EL SEÑOR DON JOSÉ DÍAZ.—(*Dando con el bastón sobre el pupitre, sin cesar.*) ¡Dos cafés! ¡Un coñac!

VOCES.—(*Hendiendo el Cuerpo legislativo.*) ¡Venga media de collares!

(1) Como se sabe, llaman así en las corridas de toros celebradas en Portugal, con arreglo a las normas especiales implantadas allí para la fiesta taurina, a unos individuos que actúan de *peones sui generis*, y luchan, en grupo o solos, a cuerpo limpio, con el toro, saltando también a veces sobre la res, en un alarde de fuerza, destreza y osadía, muy apreciado en ese país.

EL SEÑOR PIÑEIRO CHAGAS.—(*Recostado, con aire melancólico*):

¡Oh Virgen pálida y triste,
blanca visión de otros cielos!

EL SEÑOR AYRES DE GOUVEIA.—¿Qué dice ése?

VOCES.—¡Medita! ¡Medita!

La oposición arroja unas cebollas al señor Piñeiro Chagas. Algunos señores diputados gruñen obscenidades, que el ruido impide llegar a la mesa de los taquígrafos.

EL ORADOR.—¿No quiere escucharme la Cámara? Pues bien, emplearé otros argumentos. (*Reparte bastonazos.*)

Tumulto. El señor presidente tira la campanilla a la cara de la mayoría, y el tintero a las mandíbulas de la oposición. Algunos diputados maúllan. El señor Santos de Silva, en el apogeo de su indignación, da volteretas. Don Luis de Campos reparte una prodigiosa cantidad de puntapiés.

EL SEÑOR PRESIDENTE.—Mañana continuará esta interesante discusión.

La Cámara sale corriendo, gritando, rodando escaleras abajo.

Los ujieres recogen las botellas de collares.

*

La política llegó a tal miseria, que ni la cortesía instintiva cohibe ya a los hombres.

XVI

EL GRAN ARROJO DE SU EXCELENCIA

Julio de 1871.

Se habló mucho durante este mes de un acto de gran arrojo realizado por su excelencia...

Fué el caso que su excelencia subía en un coche la cuesta de San Benito, hacia las Cortes, cuando un agente de Policía advirtió al cochero que no estaba permitido el paso. Su excelencia, con notable coraje, sacó, con riesgo de su vida, la cabeza por la ventanilla, gritando al policía «¡Atrás!» y ordenando al cochero «¡Adelante!» Pero unos minutos después, nuevo peligro. Otro policía hizo parar el coche de su excelencia, repitiendo éste la heroica hazaña, con la sencillez de un Turenne: fustigó al policía con una reprensión y volvió a ordenar marcialmente «¡De frente!» Y tomó el reducto, esto es, subió la cuesta. La Historia raras veces registra tan altivos rasgos. ¡Aún no se han secado los laureles de Montes Claros!

Algunos periódicos—la prensa, envidiosa, rebaja a los héroes—tuvieron para este acto censuras ásperas, basadas en profusos argumentos.

Intentaron decir que su excelencia pretendió situarse ridícula y presuntuosamente, como una excepción, por encima de las órdenes de la Policía; que su excelencia, un militar, dió ejemplo de desacato a la disciplina militar; que su excelencia, jefe de la Policía, hizo irrisorias las disposiciones policiales; que su excelencia, legislador, mostró desdén a las leyes; que su excelencia, hombre de bien, que ha de cumplir su deber, reprendió a dos hombres por el hecho de cumplir ellos con su deber; que su excelencia obliga a las personas sensatas a recordarle que no es el tirano Nabucodonosor, sino el comandante oscuro de una milicia civil, y que la fama de su nombre no pasó aún de Cocilhas, y sólo con gran dificultad va logrando llegar a los lados de Aldeia Gallega.

Esto dijeron algunos malévolos. Nosotros, sin embargo, que acostumbramos, bajo la apariencia exterior

de los hechos, buscar su secreta realidad, decimos audazmente ¡que ese acto sólo prueba en su excelencia una exuberancia de su brío guerrero!

Su excelencia es un hombre valiente, se ha batido bien. Pero han terminado las guerras, y su excelencia está como un hombre gordo que no hace ejercicio: su excelencia padece excesos de valor, como aquel individuo padecería excesos sanguíneos. Su excelencia tiene congestiones de brío. El arrojo le produce ya vértigos, como a los sanguíneos la abundancia de vida. ¡Y ya verán, señores, cómo todavía acabarán por salirle furúnculos!

Imagínese, en efecto, un hombre fuerte, ansioso de batallar, palpitante de reductos que tomar, ávido de sangre enemiga, viviendo burguesa y tímidamente en la Baixa, o en el cuartel del Carmen, y teniendo por única gloria estratégica destacar patrullas hacia el Arco del Bandeira, ¡y como único retumbar de artillería, los cohetes de los fuegos artificiales! Un hombre bravo en tales circunstancias, acumula en su interior, desde la garganta al estómago, cantidades prodigiosas de furia guerrera. A cada movimiento que hace, se le suben a la cabeza, le vienen a la boca, oleadas de ardor bélico. Añádase a esto el ambiente militar en que esta época se mueve y respira: guerras del Rin, guerras civiles, provincias conquistadas, ciudades que arden, nombres de generales heroicos que refulgen en los telegramas, el ruido, la fulguración de la gloria, la inmortalidad en la Historia, ¡y él, su excelencia, condenado, como única acción radiante, a reprender al 73 de la 2.ª porque hurtó una correa al 48 de la 5.ª!

Esta castidad en la lucha pesa a su excelencia... Su excelencia necesita dar satisfacción a las exigencias de su temperamento, ¡y su excelencia es el viudo de la gloria! Por eso, al más pequeño motivo, su excelencia, de dentro del diputado de la mayoría saca al héroe de la municipal.

Hubo un tiempo, feliz entre todos, en que su excelencia anduvo tomando parte en las grandes guerras, las de los barqueros que hacen con sus embarcaciones el transbordo de viajeros de una a otra orilla. Era la época de las patrullas invisibles y de los grandes choques de la calle Nueva del Carmen. Entonces, cuando los centinelas avanzados venían a decirle: «Hay barqueros hacia los lados de la Bitesga», su excelencia, sonriendo, respondía: «¡San Jorge y Portugal!» Y allí marchaba.

¡Y el nombre de su excelencia aparecía en los telegramas del corresponsal de Lisboa para *El Clamor de Alpedriña!*

Otras veces eran bultos sospechosos que habían entrado en una casa, a unas horas lóbregas. Su excelencia corría, cercaba, bloqueaba, destacaba un cuerpo de ejército compuesto de Benito, el de la 5.ª, y otro formado por José Prefeito, de la 1.ª Pero, ¡ay!, los bandidos que su excelencia sorprendía minando las instituciones ¡eran vocales de la Hermandad de las Llagas!

Ese período épico acabó, sin embargo. El mundo resulta cada vez menos interesante. Y su excelencia está nuevamente en disponibilidad del heroísmo. Por eso atacó con tan áspero ímpetu a los agentes de Policía. ¿Tiene él la culpa? ¿Puede él ordenar a su sangre que no corra, y a su espada que no venza? ¿Puede él dejar de tomar a Cacilhas y de beber horchata?

Ahora bien: en estas circunstancias, creemos que la única manera de salvar ese temperamento fatalmente belicoso es acumular en el matadero reses para uso del héroe. Se proporcionaría así un calmante a su ferocidad. El guerrero, todas las mañanas, como quien va a tomar su leche de burra, iría a matar su becerro. Sangraría a la res y a su brío. Enfermo de coraje, su excelencia llega, empuña la espada, y la cabeza armada del becerro enemigo rueda a sus pies. El héroe limpia la espada y se va a almorzar; y permanece todo el día reposado, tranquilo, sin ímpetus de bravura, *tímido* como una col. ¡Y la Policía entrará de nuevo en el goce de su dignidad y de su piel! ¡Así sea!

XVII

EL EJÉRCITO EN 1871

Julio de 1871.

Dicen—¿quién sabe si será una torpe calumnia?—que el Gobierno va a tener el descaro de consentir ¡que se discuta el presupuesto general! Es natural que en esta ocasión melancólica se atienda en el presupuesto especial al *muy belicosamente llamado* Ministerio de la Guerra. Para tal eventualidad, ofrecemos en estas páginas algunas reflexiones amables.

Se rumorea que en eso que los informes llaman pomposamente el *ejército* se gastan anualmente cerca de veinte millones de pesetas. *Se rumorea*, porque resulta difícil averiguar la verdad exacta, siendo el presupuesto, como es, un secreto inviolable.

Ahora bien: si estudiamos bien la utilidad de nuestro *ejército*, tendremos ocasión de lanzar algunas francas y fuertes carcajadas, dignas de Homero.

La primera utilidad de un ejército es que combata. Nuestro ejército no puede combatir.

Por el número de sus soldados (batallones incompletos, cuadros escasos, etcétera), estamos como después de una derrota ¡al cabo de veinticuatro años de paz!

Su armamento es completamente ineficaz. Está demostrado científicamente que, después de media hora de fuego, los fusiles del ejército pasarían al enemigo, por haber estallado en pedazos. Aunque no estallen, su alcance es humanitario. Con lo cual queremos decir que las balas se quedan a medio camino del enemigo.

Realmente, nuestro ejército sólo podría alcanzar al enemigo corriendo detrás de él; ¡pero para eso hace falta calzado! ¡En verdad, para tan poco armamento más valía un taparrabos y una flecha!

En cuanto a nuestra artillería, hay un solo medio para que cause estragos al enemigo, y es hacerle prisionero, colocarle amarrado a cuatro palmos de la pieza, procurar no fallar el tiro ¡y lograr así inutilizarle su quepis!

El equipo es nulo. Ni tiendas, ni cantinas, ni transportes. Ningún aparejo de marcha, ningún material para acampar.

El soldado portugués es valiente, firme, sufrido; tiene *élan* (1), empuje, como el toro. Pero en las guerras modernas estas cualidades son inútiles. Se comprende perfectamente que una pieza de artillería es un soldado más sufrido y más firme que un hijo de Adán.

(1) Arranque, ímpetu, impulso, brío. *Sic* en el original.

Y esos grandes duelos de artillería exigen en el soldado otras cualidades, además del valor: exigen, sobre todo en los estados mayores, la estrategia como una ciencia. Nuestros generales carecen de ciencia: tuvieron en otro tiempo, en su juventud, bravura y energía; después vino la edad; perdieron la fuerza cuando ésta, en realidad, ya no era necesaria, pero no alcanzaron la ciencia, cuando ésta es indispensable.

Los regimientos no tienen instrucción. No poseen el hábito del campamento, de la fatiga, de las marchas. Carecen de puntería. La disciplina está relajada; no hay respeto ni subordinación. No existe siquiera espíritu militar, brío de cuartel, amor al arma. El soldado vive en la ciudad, con una indolencia de paisano: fuma, enamora, canta el fado, es un campesino que procura sufrir el uniforme cinco años, lo más alegremente posible.

No sirviendo el ejército para la guerra, podía, naturalmente, servir de Policía. Pero no sirve. En las ciudades de segundo orden, los regimientos viven ociosos. Además, en esas ciudades no hay patrullas, ni rondas, ni centinelas; las calles, estrechas, sucias, mal alumbradas, son un terreno libre para el desorden.

Nada más natural que aprovechar los ocios del regimiento para patrullar por la ciudad. ¡No! El regimiento se acuesta a las nueve para que no le dé el aire de la noche. Quienes patrullan vagamente, sin cuidado y sin persistencia, un día a la semana, son los cabos de vigilancia. Ahora bien: los cabos de vigilancia son ciudadanos que prestan ese servicio obligatoria y gratuitamente. Esto es, ciudadanos que, teniendo su trabajo, su familia, sus deberes, soportan aún la obligación de mantener la tranquilidad gratis. Hombres sin familia ni trabajo, a propósito para poder mantener más libremente el orden, que no tienen otros deberes que no sean ésos, a quienes pagan para eso, que se acuestan a las nueve de la noche, después de haberse paseado desde las ocho de la mañana. ¡Oh sensatez! ¡Oh patria nuestra!

El ejército, de este modo, es una *ociosidad organizada*.

¿Conviene, al menos, tener ejército para el caso de un alzamiento?

En ese caso, el ejército sería también inútil. En Portugal, el ejército no se bate fácilmente con el pueblo: el ejército es una porción de pueblo *uniformado*. En Francia, el ejército es un mundo aparte, exilado en sus cuarteles y en sus *camps* (1), con ideas, costumbres y sentimientos propios, sin comunicación con el pueblo, llamándole *bourgeois* (2) y *pekin* (3), y no vacilando en disparar contra él. En Portugal, el soldado convive con el pueblo: ha salido de él y volverá en breve a él; está en contacto con él a diario, bebe en las mismas tabernas, canta las mismas canciones, baila en las mismas fiestas, sigue siendo un ciudadano. ¡No dispara contra el ciudadano! Lo más que hace es no pagarle el vino.

*

De modo que el ejército, en Portugal, es inútil para la guerra; inútil para la Policía; inútil para reprimir un alzamiento.

(1) Campamentos.
(2) Burgués.
(3) En el *argot* militar, y dándole un sentido peyorativo, el *paisano*.

¿Para qué sirve, entonces? Para gastar veinte millones de pesetas. Hay más: un ejército solo, por sí, es inútil si no forma parte de una organización militar completa.

¿Dónde están nuestras plazas fuertes? ¿Nuestra artillería? ¿Nuestros arsenales? ¿Nuestros campos atrincherados? ¿Nuestras fábricas de armamento para caso de peligro? ¿Nuestros fuertes? ¿Nuestros caminos estratégicos? No tenemos nada, a no ser la sensatez olvidada, la frontera abierta y unas piezas de artillería, *¡cuya mecha prendió Camoens*, lo cual es poético, pero frágil!

*

Se nos dirá: «Pero nosotros no somos un país militar...»

Entonces hagamos lo que se debe hacer en un país que no es militar. No gastemos veinte millones de pesetas tan improductivamente como si los gastásemos en cajitas de soldados de plomo *(plúmbeos guerreros*, diría el señor Vidal, poeta lírico).

Licenciemos el ejército y creemos:

Primero. Una Guardia nacional, con servicio extensivo a todo ciudadano válido.

Segundo. Un Cuerpo de Gendarmería civil.

Y así lograríamos:

Primero. Ahorrar veinte millones, o, por lo menos, quince.

Segundo. Entregar a la agricultura unos cuantos de miles de brazos inesperados.

Tercero. Hacer eficaz la defensa nacional.

Cuarto. Establecer por todas las provincias del país un servicio de Policía, necesidad inaplazable.

Habría aún una quinta ventaja; pero no la exponemos, temiendo que la corte nos mande asesinar.

XVIII

LA MARINA Y LAS COLONIAS

Julio de 1871.

Hubo este mes un pánico patriótico: ¡creyóse que íbamos a perder a Macao! China, según se afirmaba, había intimado a Portugal a que evacuase aquella colonia, donde sólo debía imperar la coleta.

Fué acusado acremente el Gobierno; la Baixa hervía de noticias; y el orgullo nacional de la calle de los Retrozeiros pareció hondamente herido. Se rumoreaba que don Carlos Bento, como antaño Caín, oía, horas enteras, unas voces vindicativas que le gritaban:

—¿Qué hiciste de Macao, Bento?

Tanto, que el Gobierno, para tranquilizarnos, aulló desde las columnas del *Boletín Oficial*: «¡No, portugueses, no! ¡Macao es vuestro aún!»

La verdad parece ser que Macao sigue aún agregado a la metrópoli, por algunos telegramas que se están cambiando entre el gobernador de allí y el Gobierno de aquí. ¡Diríamos que pende de un hilo!, si tan lamentable equívoco se pudiera escribir cuando se trata del orgullo nacional y de la Baixa.

Las relaciones entre Portugal y sus colonias son originales. Ellas no nos producen rendimiento alguno; nosotros no les proporcionamos una sola mejora. ¡Es una sublime lucha de abstención!

—No—exclaman ellas, con la mirada vuelta de soslayo hacia la metrópoli—; ¡más rendimiento que el

de este año, que es nulo, no eres tú capaz de exigirnos, malvada!

—¡Tampoco — responde oblicuamente la metrópoli—sois vosotras capaces de encontraros en mayor desprecio!

Todo lo más, algunas veces, la metrópoli envía a las colonias un gobernador. Agradecidas, las colonias mandan a la madre patria un plátano. Y ante este gran movimiento de interés y de intercambio, Lisboa exclama:

—¡Qué riqueza la de nuestras colonias! ¡Realmente, somos un pueblo de navegantes!

Es necesario, entre tanto, hacer justicia a la metrópoli. La metrópoli tiene ciertas generosidades notables con las colonias. Así, con las Azores, que no son una colonia, pero que por la distancia, por el abandono, por la separación de intereses, tiene toda la fisonomía colonial... Portugal ¡es para las Azores inagotable en el envío de jueces! Algunas veces los periódicos de las Azores, adoptando un aire severo, se vuelven hacia la metrópoli y le gritan en su cara: «¡Madrastra!» Inmediatamente el reino les manda, con todo celo, ¡dos jueces!

Pero al poco tiempo las Azores, inquietas, empiezan a decir ¡que no estaría mal tentar a los Estados Unidos! El país se aturrulla; y para halagar a las Azores, le envía más jueces. De todos los buques las Azores ven desembarcar turbas de jueces.

—¡Basta!—exclaman las Azores, sofocadas—. ¡Basta de segunda instancia!

Y la metrópoli, inagotable en su amor, continúa impasible vertiéndole en el seno ¡cataratas de jueces!

¡Igual generosidad tiene con las posesiones del Africa; ésas, sí, verdaderas y legítimas colonias! ¡Para los colonos, el país es inagotable... en bandidos! Bandidos escogidos con inteligencia. Un sujeto que haya tenido la bajeza de robar sólo mil pesetas, no podrá aspirar nunca a formar parte de la sociedad de Loanda. ¡Para ser enviado como un obsequio de la metrópoli es preciso, por lo menos, haber sondeado con la punta de la navaja las entrañas de un amigo querido!

¿Se imaginan ustedes que Mozambique y Compañía reciben esas dádivas con un *entusiasmo* excesivamente marcado? ¡No! Las posesiones de Africa están satisfechas. Ha de llegar, incluso, un tiempo en que quien quiera tener en Mozambique o en Angola un criado o un novio, esperará a la remesa de facinerosos.

Los comerciantes irán diciendo, con aire meditabundo:

—¡Esto va mal! ¡No hay cajeros de confianza! ¡Los ladrones se retrasan esta vez!

Y un sujeto será presentado así en una casa particular:

—El señor Fulanito, que tuvo el honor el pasado año de asesinar a su propio padre, como puede demostrar...

—¡Oh! Mucho gusto en conocerle.

—Y la señora Fulana, ladrona muy conocida en la sociedad de Boa Hora.

—¿Cómo? ¡Tenga la bondad de sentarse!...

Con estas generosidades es como el Gobierno responde victoriosamente a aquellos que van afirmando con voces falsas: que el país desprecia a las colonias; que están abandonadas a una débil iniciativa particular, sin estímulo, sin protección, sin tranquilidad; que la energía individual sólo puede ser fecunda en un país de buena policía; que en las

colonias no hay garantías de seguridad, ni solicitud por el comercio, ni vigilancia, ni higiene, ni instrucción; que todo vive allí en el desorden, en la desorganización, en la negligencia, en una antiquísima rutina; y que el único movimiento es el del extranjero que las explota de hecho, a pesar de ser nuestras de derecho.

¡Pero, señores, ante todo, no tenemos marina! ¡Cosa singular! Nosotros no tenemos marina, porque tenemos colonias, ¡y, precisamente, nuestras colonias no prosperan porque no tenemos marina! Aunque nuestra marina, ausente de los mares, surque hondamente el presupuesto. ¡Gasta diez millones de pesetas!

¿Qué realidad corresponde a esa fantasmagoría de las cifras? Unos pocos navíos defectuosos, viejos, decrépitos, casi inútiles, sin artillería, sin condiciones de navegabilidad, con el cordaje podrido, la arboladura carcomida y una historia oscura. Es una marina inválida. El *Don Juan* tiene cincuenta años, la brea le tapa las canas; su mayor deseo sería jubilarse como casa de baños.

El *Pedro Núñez* está en tal estado, que, vendido, daría una suma que el pudor nos impide escribir. El Estado puede comprar un sombrero en una prendería con el producto del *Pedro Núñez*, pero no puede pedir la vuelta del dinero.

El *Mindello* tiene un movimiento nervioso: se acuesta. En alta mar, toda su tendencia, todos sus esfuerzos, son tumbarse. Los oficiales de marina que embarcan en ese navío dictan sus últimas voluntades. El *Mindello* es un bote con hélice.

El *Napier* salió un día para una de nuestras posesiones. Consiguió llegar allí; pero, exhausto, no quiso ni pudo volver. Se le pidió, se le recordó el honor nacional, se le citó a Camoens, al señor Melicio, a todas nuestras glorias. El *Napier*, insensible, como muerto, no se movió.

De las ocho corbetas que poseemos, son inútiles para el combate o el transporte las ocho, sin excepción. Ni construcción para entrar en fuego, ni capacidad para llevar tropa. No tienen aplicación. Piensan alquilarlas como hoteles. ¡Nuestra escuadra es una colección de balsas disfrazadas! ¡Y este gran pueblo de navegantes se ve reducido a admirar el vapor de recreo de Cacilhas!

Tienen un solo mérito estos navíos ante una agresión extranjera: que imponen respeto por su edad. ¿Quién se atrevería a atacar las canas de estos ancianos?

Ya han querido muchas veces introducir en las filas de estos navíos caducos algunos barcos nuevos, ágiles, robustos. Se intentó, primero, comprarlos.

Y ocurrió el caso de la corbeta *Hawks*. Era esta corbeta un armatoste británico, que el Almirantazgo mandó vender como madera, como se vende un libro al peso. Por entonces, el Gobierno portugués, un mayorazgo provinciano ingenuo y generoso, trabó conocimiento con el *Hawks* y compró el *Hawks*. Y cuando, más adelante, para gloria de la monarquía, quiso utilizarlo, ¡el *Hawks*, con un impudor abyecto, se le deshizo entre las manos! ¡Estaba podrido! ¡Ni fingir supo! Había costado muchos miles de libras.

Se intentó entonces construir en Portugal. Se sabía que el Arsenal es una institución verdaderamente informe: ni oficinas, ni instrumentos, ni ingenieros, ni organización, ni dirección. Se intentó entonces y se construyó en los astilleros el *Duque de la Terceira*. Fué a que le montasen las máquinas a Inglaterra. Y allí se descubrió ¡que el tierno *Duque de la Terceira*, de unos meses de edad, tenía el fondo podrido! Fué necesario gastar en él unos millones de pesetas más.

Nueva tentativa. Entra en los astilleros el *Infante Don Juan*. Más de medio millón de gastos. Va a montar sus máquinas a Inglaterra. ¡Fondo podrido! ¡El Arsenal perdía la cabeza! ¡Aquella podredumbre empezaba a presentarse con un carácter de insistencia realmente antipatriótica! Los ingenieros, en Inglaterra, ya no se acercaban a los barcos portugueses más que de puntillas y con el pañuelo en la nariz. Las construcciones salidas del Arsenal sucumbían de podredumbre fulminante. El *Infante Don Juan* ¡costó en Inglaterra otros cuantos millones de pesetas más!

El Arsenal, humillado en el género *navío*, empezó a intentar la especialidad *lancha*. Hizo una *de vapor*. Se efectuó su botadura en el Tajo, con gozo nacional, colgaduras, cohetes, banderolas... ¡Y la lancha no marchaba! La dieron todo el vapor, gimió la máquina, crujió el costado, ¡y la lancha siguió inmóvil! Pero de repente hizo un movimiento... ¡Alegría inesperada, desilusión inmediata! La lancha retrocedía. Era la brisa la que la empujaba. Y en todas las pruebas la lancha retrocedía con suma condescendencia: brisa o corriente, todo la impulsaba, pero hacia atrás. Hacia adelante no navegaba. ¡Echaba raíces! El Arsenal había construído una lancha de vapor que sólo podía avanzar tirada por bueyes. El país estuvo riendo un mes.

El Arsenal rumió la humillación, inició la especie *caique*. ¡Aún le hemos de ver, en el género construcción en madera, dedicarse al palillo de dientes!

*

Nuestra gloria es, indiscutiblemente, el *Estefanía*. ¡Según parece, pocas naciones poseen un barco de guerra tan bien alfombrado! El orgullo de ese navío es rivalizar con las habitaciones del Hotel Central. Es un salón de verano anclado en el Tajo. Y en el Tajo, realmente, se porta bien. ¡En alta mar, no! Allí le dan mareos. No ha nacido para eso: un navío es un organismo, y, como tal, puede tener vocaciones; la vocación del *Estefanía* era ser un cuarto tocador. Es tímido como un consejero. ¡Es una fragata del Tribunal de Cuentas! Por eso, cuando lo quisieron llevar a Suez, ¡cuántos disgustos dió a su patria! ¡Cuántas canas hizo salir al honor nacional! Verdad es que los cordajes nuevos, de la Cordelería Nacional (¡siempre tú, oh tierra de nuestra cuna!), se partieron como bramantes, y nadie les pudo negar ese derecho. La marinería tampoco quiso subir a las vergas (opinión respetable, porque la noche estaba fría). Algunos guardias marinas lloraron de entusiasmo por la patria. El capellán quiso confesar a los navegantes.

El caso fué muy comentado por entonces. Más celebrado que el descubrimiento de la India. Esta sólo tuvo a Camoens, que naufragó; el viaje del *Estefanía* ¡tuvo al señor Vasconcellos, que llegó! ¡Tan semejante es siempre el destino de los que cultivan el ideal! El hecho, es que desde entonces refulge en el Tajo tranquila, reluciente y vanidosa, la *Estefanía*, corbeta amueblada por los señores Gardé y Raul de Carvalho.

Con tal marina, ¿cómo pueden prosperar las colonias? El Gobierno, dentro de poco, cuando la edad vaya diezmando esos barcos de guerra, no tendrá quien lleve a las colonias un regimiento, una orden, un oficio. Lo veremos—para eterna vergüenza de una de las calaveras de Vasco de Gama—pedir a la marina mercante el patache *Constancia*, con objeto de llegar a Timor. Llegará a recurrir a las falúas de Alcochete. ¡Y más adelante, por nuestra pobreza progresiva, las comunicaciones con las colonias tendrán que hacerse de viva voz!

Cuando haya un oficio que remitir a un gobernador de una colonia, irá un amanuense del Ministerio al muelle del Tajo, y allí, volviéndose hacia el Sur, gritará hacia el espacio y los vientos:

—Excelentísimo e ilustrísimo señor...

Y las soledades del Océano repetirán, gimiendo:

—¡Excelentísimo e ilustrísimo señor!...

Además, ocurre que no todos los ministros dan igual importancia a la marina. ¡Si, por ejemplo, los señores Latino y Rebello creían que la organización de la marina garantizaba la prosperidad de las colonias, ahí tenemos al señor Mello Gouveia, que piensa de distinto modo!

El entiende que la marina sirve para mantener muy presente en las colonias la idea de la patria, y, sobre todo (textual: discurso de este señor, con motivo de la discusión del presupuesto de Marina en la pasada legislatura), sobre todo, «para demostrar a las colonias que son recordadas en la patria con cariño y nostalgia».

¡Y ahí está! Nosotros creíamos que un barco iba a vigilar el litoral, a garantizar la paz interior, a imponer respeto al extranjero, a proteger el comercio y, a fin de cuentas, lo que el navío va a hacer es significar a las colonias ¡que la patria, melancólica, les manda muchos recuerdos y sus suspiros!

En cuyo caso se puede prescindir de la marina. Para expresar nuestro sentimiento basta con que el Gobierno remita a las colonias, por el vapor correo, una misiva conteniendo un pensamiento, un mechón de su pelo y estas frases tiernas:

«¡Colonia! Me acuerdo de ti con emocionado dolor, me consumo en tus ardores... Acuérdate de mí, bien mío... Mira desde ahí a la luna, que yo también la miro desde aquí, con el alma puesta en ti. Pensando en tus encantos, doy suelta al salado llanto. Hasta la muerte tu *fiel amante*, el ministro y secretario de Asuntos de Marina y Ultramar, *Mello Gouveia*.»

O, para no armar escándalo, podría el Gobierno de Su Majestad recurrir a un anuncio amoroso en los periódicos:

«COLONIAS PORTUGUESAS

Cinta azul en el sombrero.

Sigilo y sentimiento. Recibí. Atormentado de pasión. Confiemos en el cielo. ¡Quién te pudiese ver en el Paseo Público al caer la noche! Unamos nuestras mentes en la misma oración. Tuyo, *Gouveia*.»

En fin, el amor es muy engañoso; y el señor Mello Gouveia hallará, seguramente, después de fenecida la marina, algún medio interesante para que el Gobierno ¡pueda comunicar su fuego a las colonias!

¿Para qué tenemos colonias? Y ¡ay de nosotros, que no las tendremos mucho tiempo! Muy pronto nos serán arrebatadas por utilidad humana. Europa pensará que unos inmensos territorios, por el hecho lamentable de pertenecer a Portugal, no deben estar perpetuamente secuestrados del movimiento de la civilización; y que quitar las colonias a nuestra inercia nacional es conquistarlas para el progreso universal. Nosotros las tenemos aherrojadas en nuestra cárcel, consumidas de miseria. No tardará Europa en pensar libertarlas.

Para evitar ese día de humillación, seamos vilmente usurarios, como corresponde a una nación del siglo XIX, y vendamos las colonias.

¡Sí, sí! ¡Ya lo sabemos! ¡El honor nacional, Alfonso Henríquez, Vasco de Gama, etc.! ¡Pero somos pobres, señores míos! Y ¿qué se diría de un hidalgo (cuando los había) que dejase, en torno suyo, a sus hijos en el hambre y en la inmundicia, por no vender las bandejas de plata que fueron de sus abuelos? ¡Todos dirían que era un imbécil y un canalla! Pues bien: estos cuatro millones de portugueses son los hijos hambrientos del Estado, para quienes las colonias están, como viejas bandejas de familia, colocadas en un rincón de un armario. ¿Y vacilará el Estado en venderlas? Sobre todo, ¿cuándo vamos a perderlas? Si el país se pudiese reorganizar, ¡bien! Las colonias serían en el futuro una fuerza. ¡Pero así! Con esta decadencia progresiva, irremisible...

Verdad es que si las vendiéramos, el Gobierno dejaría al país en el mismo estado de miseria, y como ya no tendría colonias, ¡compraría fragatas! ¡Dilema pavoroso! Debemos vender las colonias porque no tenemos Gobierno que las administre; pero no las podemos vender, ¡porque no tendríamos Gobierno que administrase su producto! ¡Miserere!

Y, además, si las vendiéramos, ¡qué dolor para el señor de Gouveia, que las ama! ¿A quién iba a consagrar él entonces su juventud y el vigor de su pecho? ¡No, colonias: sed siempre fieles a Gouveia! ¡No oprimáis ese corazón de veinte años, lleno de fe! ¡Que vuestra divisa sea de aquí en adelante: *¡Gouveia y cacao!*

¡Y prosperaréis!

XIX

PALABRAS A «SAMUEL»

Julio de 1871.

Samuel nos escribe una carta, que él titula *Conciencia*, y en la que discute opiniones, juicios, frases, difundidos al fluctuante azar del humorismo, en las páginas rápidas de estos volúmenes.

Samuel es amigo nuestro, ama nuestra risa y presta sus manos, que dice *cansadas y viejas*, para ayudar a extraer la verdad del fondo de nuestro pozo.

Samuel, sin embargo, insinúa que *Las Banderillas* revela vanidad cuando afirma que es el *buen sentido* ¡porque nadie es el *buen sentido!* ¡Pero, injusto *Samuel*, escucha bien!

Las Banderillas no ha dicho que era el buen sentido absoluto, con la suprema plenitud de la razón, en posesión exclusiva de la verdad, ningún temperamento y mucha ropa blanca! *Las Banderillas* «es el espíritu de Dios sostenido sobre las aguas».

¡Pobres *Banderillas!* Sin duda que esta revista no son la *columna de fuego*, ni las *doce tablas*, ni la *gran*

voz en el desierto! Adornadas y coloridas en su parte de banderillas, aguzadas e incisivas en su porción de hierro, ágiles y laboriosas como abejas, ¡son, sobre todo y ante todo, noventa y seis páginas impresas en la Tipografía Universal, sin grandes errores gramaticales y sin grandes verdades filosóficas, estallando de risa por todas las entrelíneas, hasta cuando fruncen el ceño, y contentándose con ser alegremente recibidas, por la mañana, a la hora del correo y del almuerzo, por algunos espíritus simpáticos y por algunas blancas manos. ¡Diógenes, seguramente, por tan poco, no apagaría su linterna!

XX

EL GOBIERNO Y LA LIBERTAD DE PENSAMIENTO

Agosto de 1871.

Hace tiempo se publicó, en la imprenta de la Universidad, en Coimbra, un folleto acerca de la *Commune*.

Bueno o malo, el folleto fué leído, levemente discutido, totalmente comprado. Era anónimo.

Y ¿qué sucede? ¡El Gobierno prohibe su venta! Sólo aquí hay un mundo revuelto de jocosidad. ¡El libro es publicado en mayo, queda agotado en junio y lo prohiben en julio! ¡La única crítica que cabe es la carcajada!

Nosotros lo sabemos muy bien: la carcajada no es un raciocinio, ni un sentimiento; no crea nada, lo destruye todo, no responde a cosa alguna. Y, sin embargo, es el único comentario del mundo político en Portugal. ¿Un Gobierno decreta? Carcajada. ¿Reprime? Carcajada. ¿Cae? Carcajada. Y siempre esta política, liberal u opresiva, tendrá a su alrededor, sobre ella, envolviéndola como la palpitación de alas de un ave monstruosa, siempre, perpetuamente, vibrante y cruel, ¡la carcajada!

Política querida, sé lo que quieras, toma todas las actitudes, piensa, enseña, discute, oprime, nosotros nos reiremos. ¡Tu atmósfera es de chacota! ¡Eres hija de un dicharacho que se casó con una pirueta! ¡Eres un *clown!* ¡Si vives, reímos! La oración fúnebre que diremos sobre tu tumba será: ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! La nota que a tu respecto se lanzará en la Historia será: ¡Ji!, ¡ji!, ¡ji! Tu recuerdo entre los hombres será: ¡Ju!, ¡ju!, ¡ju! ¡Oh poder ejecutivo! ¡Oh Sancho Panza! ¡Oh gracejo! ¡Publicado en un mes, agotado en otro, prohibido en el siguiente! ¡Oh patria! ¡Oh voltereta! ¡Oh Bertoldino!

Pero se rumorea que el Gobierno, además de prohibir el folleto, va a procesar a su autor. ¡Alto ahí! Recogemos la carcajada, sacamos del cesto el hierro al rojo.

¿Procesado? ¿Por qué?

Tres cosas hacía el autor anónimo de ese folleto: explicaba la situación y las ideas de los partidos en Francia; condenaba a los señores Thiers y Julio Favre; defendía ciertos actos de la *Commune* y a algunos hombres.

¿Por cuál de estos tres actos es procesado? ¿Qué es lo que determina el estado de criminalidad?

¿Explicar los partidos en Francia? Entonces son cómplices suyos y deben de ser procesados por el Gobierno portugués todos los periódicos de todos los matices y de todas las ciudades; todos los diputados, de todas las Cámaras y de todas las naciones;

todos los libros, de todas las políticas y de todos los continentes.

¡Hay que preparar para toda esa gente cuartos en la cárcel del Limoeiro! ¡Levántate y abre, oh Manuel Mendes Enxundia!

¿Es acusado el autor del folleto por haber condenado a los señores Thiers y Julio Favre? ¿Qué ley lo prohibe? ¿Qué reglamento, qué decreto me impide a mí, a ti, a él, gritar por encima de las torres que el señor Thiers es un imbécil, el señor Favre un traidor, el emperador de Rusia un bebedor de champaña? ¿Ha sido el señor Thiers elevado a la categoría de dogma? ¿Lo equipara el Gobierno a la religión del Estado? ¿Va a ser el señor Thiers inviolable como Cristo?

Que procesen a *Las Banderillas*, pues nosotros declaramos lo siguiente: el señor Thiers es un individuo astuto, provechoso en un país que necesite vivir de recursos, pero perfectamente inepto para una nación que tenga que organizarse con ideas: es un político de pequeños medios, que fué ya policía y partero.

El señor Favre es un bastardo de Robespierre, declamador de tribunal, violentador del poder en 4 de septiembre como radical, y en 18 de marzo ministro conservador, personaje característico de esa farsa política que se llama *¡quítate tú para que me ponga yo!...*

¡Y aquí están estos Adolfo Thiers y Julio Favre, iguales en inviolabilidad a la Sagrada Eucaristía o a la Inmaculada Concepción! ¡Y seremos procesados, seremos degradados, si nos atrevemos a fustigar con algunas frases de Historia las carnes anticuadas de los señores don Adolfo y don Julio!

Pero ¿es acusado el autor del folleto por haber defendido ciertos actos de la *Commune* y algunos de sus hombres? ¡Oh indigna vergüenza! ¿Está prohibido entonces en Portugal tener opinión sobre un hecho extranjero? ¿Ha tenido lugar, acaso, la *Commune* en nuestra política? ¿Fué la calle del Arco del Bandeira incendiada con petróleo? ¿Fué el señor O. de Vasconcellos quien mandó fusilar al arzobispo de París? ¿No pertenece la Historia al puro dominio del pensamiento? La propia Francia no impide que se escriban libros alabando a la *Commune*, ¿y el Gobierno portugués lo va a impedir? Puesto que el Gobierno permite que los periódicos legitimistas exalten el absolutismo que encarceló, mató, partió a hachazos a nuestros padres, secuestró nuestras casas, quemó nuestras mieses, ¿va a prohibir que se discuta una política cuyos excesos ocurren cien leguas de nosotros, sin relación con nosotros, sin acción sobre nuestra acción? ¿Hay alguna ley que me obligue a amar a San Francisco de Sales y a despreciar a Tiberio? ¿Se impone la opinión como los bandos municipales? ¿Habrá un catecismo para nuestras apreciaciones históricas? Si el Gobierno prohibe que se exalte a los hombres de la *Commune*, debe lógicamente prohibir que se exalte a los hombres del 93, al Gobierno provisional del 48, y que admiremos al propio señor Thiers, ¡antiguo redactor del *Nacional*, autor de la revolución del 30! ¡Y que vaya más lejos aún! Que nos procese ¡porque admiramos a los Gracos, a Espartaco, salvador de esclavos; a Moisés, que libertó un pueblo, y a Cristo, que redimió una raza!

¡El Gobierno portugués poniendo su basta mano sobre el pensamiento! ¡Oh pirueta, dale tú la recompensa!

XXI

OCHO RAZONES POR LAS QUE NO REFORZÓ LA «CARTA»

Agosto de 1871.

¡La Cámara conservadora se defiende! ¡Desecha por cincuenta y un votos contra veintitrés la reforma de la Carta! Pero ¡qué extrañas fueron las declaraciones de algunos de los cincuenta y un conservadores! Porque (¿quién iba a decirlo jamás?) ¡votaron contra la reforma de la Carta sólo por entender que la Carta debe de ser reformada!

Sólo que entienden, asimismo, que la reforma es *inoportuna*. Un hombre es apresado por dos ladrones y amarrado a un árbol. De madrugada pasan dos caballeros, y entrevén a lo lejos, confusamente, en la neblina, aquel bulto. Se comprende que discutan en el primer momento si es o no un hombre el que está allí en tan penoso trance; pero desde el momento que comprueban que es un hombre, ¿qué se diría de su buen sentido si empezasen a discutir la oportunidad de salvarle?

La Carta, ¿contraría o no las tendencias del espíritu moderno y a la opinión? ¿Sí o no? Sólo esto puede discutirse. Pero confesar públicamente que *sí* y votar que *no* es lo mismo que declarar:

—¡Nosotros entendemos que el país sufre con esta Constitución, pero deseamos que siga sufriendo!

¡Nadie da crédito, sin embargo, a vuestras declaraciones, señores! ¡Vosotros lo que no queréis es ninguna reforma de la Carta! ¡Lo que procuráis evitar es que intervenga en vuestra política la fuerza de la opinión popular! ¿Y sabéis por qué? ¡Porque si la democracia, incluso bajo la forma monárquica, tuviese su advenimiento, vuestras dulces y productivas sinecuras se vendrían al suelo! ¡Y vosotros queréis escuchar a Bellini en el San Carlos, y tomar sorbetes en verano con todo sosiego! ¡Ahí está!

¡Ah! Decís que *amáis el progreso*. Amáis el progreso que os inventa sillas más cómodas; el progreso que os monta operetas de Offenbach para acompañar alegremente la digestión de la comida; el progreso, ¡que descubre mejores limas para quitaros los callos! ¡Ese progreso lo amáis con seguridad! Pero lo que no amáis es el progreso político, porque ése traería un orden de cosas que acabaría con vuestros sueldos, levantaría vuestros diezmos robados, trastornaría vuestras situaciones; es decir, este progreso os quitaría los medios para poder gozar del otro. ¡Y ahí está lo que vosotros no queréis, amables bandidos!

Compareced entre tanto ante los lectores de *Las Banderillas* con el extracto de vuestras cómicas opiniones pegado a vuestras espaldas. ¡Y ya que no ayudéis al bien, ayudad a la carcajada!

*

El señor Barjona empezó por decir que el proyecto de la reforma le parecía *indefinido y vago*. Ahora bien: el proyecto señalaba muy explícitamente los títulos III, IV, V, VI y VII. Se le puede llamar amplio, ¡pero indefinido!... ¡Santo Dios! Si su señoría llama a la designación explícita de cinco capítulos una cosa vaga, ¿cómo llamará entonces a las nubes del Poniente? ¿Las llamará la suma de cinco parcelas?

Y añade su señoría que no es de *esos* que conceden poca importancia a las constituciones políticas. ¡Afortunadamente! Pero ¡qué extraña revelación! ¿Hay, pues, políticos en Portugal (y sólo en Portugal se es *sólo* político) que no dan importancia a las constituciones políticas? Mi criado no presta, en efecto, mucha atención a esa especie, pero es porque pone todo su cuidado en cepillar mi ropa. (Y aun así, no le agrada don Carlos Bento, pero ésta es una cuestión puramente personal.) Que existan, sin embargo, sujetos que teniendo la profesión de ser sólo *políticos* (¡oh farsa!) no concedan atención a las constituciones políticas, parece extraño, porque la verdad es que esos individuos no están encargados, como Miguel, de cepillarme la ropa.

¡El señor Silveira da Motta es más extraño aún! Examina con gran criterio todas las reformas que el país necesita, y termina por decir que, en vista de esa dolorosa letanía, el país no necesita ninguna. Lo cual se traduce de este modo trágico: *¡Esto está tan arruinado, que hay que dejarlo ya así!*

El señor Barros y Cuña declara que todos sus sentimientos (éxtasis, melancolía, dulzura, amor, etcétera) están por la reforma de la Carta; pero que la frialdad de su cabeza no le permite admitir esa reforma. Como hombre frío, cuando razona, el señor Barros y Cuña es conservador; pero como hombre de sentimiento, cuando medita a la luz de la luna, cuando sigue el gemir de la guitarra, cuando escucha al ruiseñor, ¡ay, cómo desea entonces la reforma de la Carta!

El señor don Adriano Machado no quiere ese proyecto de reforma de la Carta, porque pretende presentar uno suyo. Esto se comprende. ¡Es un hombre que tiene ambiciones y sed de celebridad! ¡En lugar de la *Reforma Mendes*, aspira a que los periódicos de la provincia celebren en el porvenir la *Reforma Adriano!*

El señor Costa y Silva entiende que la Carta es liberal y no necesita reformas; y de hacerlas, sólo en algunos de sus artículos, *no muchos*. Para este señor la cuestión es de cantidad. Cinco o seis le satisfacen: ¡si fuesen tres y media, le producirían escalofríos de placer! Pero, sobre todo, lo que él desea es resolver la cuestión financiera. ¡Y espera que sea resuelta! ¡Dulce ingenuidad! Todo el mundo estaba admirado de tanta inocencia infantil y se preguntaba solícito ¡dónde habría dejado el señor Costa y Silva su babero!

El señor Peixoto (?) (1), después de haberse encontrado singularmente enredado en grandes frases, consiguió soltarse y decir claramente que, ante todo, la reforma urgente debía consistir ¡en escribir buenos libros! ¡Pues no basta que haya escuelas! ¡Son, sobre todo, indispensables *buenos libros!* Esto hizo desconfiar, pues el señor Peixoto supone que el único libro que se ha escrito después del *Génesis* ¡es el de las *Hazañas de Rocambole!* Pero el señor Peixoto pareció especialmente grande cuando declaró que el pueblo *¡no tiene derecho a más libertad!* El señor Peixoto, que no es nieto del conde Chambord, ni posee en Africa plantaciones de café, ¡estaba fingiendo para las tribunas que era de la casa de Francia y gran señor de haciendas! ¡Pobre muchacho! Pues ¿y

(1) Eça de Queiroz se asombra entre paréntesis, insinuando un juego de palabras basado en el vocablo portugués, semejante, *peixote* (pescadito), que en su sentido figurado quiere decir *necio, ignorante.*

cuando juró que la verdadera reforma que incumbía al Parlamento era dar al pueblo libros que le enseñasen la naturaleza de su país y su propia índole? Mucha gente entendió que esa frase difícil significaba que la Cámara, antes de la cuestión de la Hacienda, de la administración, etcétera, debía ocuparse en escribir compendios de geografía y tratados de moral.

Y terminó así: «Estas reformas requieren todas nuestras fuerzas y todo nuestro tiempo: ¡no fatiguemos *aquéllas* y no perdamos *éste!*» Abismémonos en la contemplación de este párrafo inmortal, que, aparte de su construcción cómica, significa: «No nos levantemos tarde y no comamos cosas que nos hagan daño al estómago.» ¡Si añadimos a esto los baños de mar, hay sobrado motivo para suponer que el país está salvado!

El señor Piñeiro Chagas vota contra la reforma de la Carta porque es poco práctica. ¡Este joven justifica su voto mostrando su poca barba!

El señor Branco Frazao declara que la reforma de la Carta no debe de ser admitida a discusión ¡porque hace mucho calor! ¡Este hombre es grande! ¡Este hombre llegará lejos, en cuanto haga frío! Dejen que aparezca enero, y ya verá el país cómo el señor Branco reforma y organiza. Por ahora, no. Es éste un gran principio, que pasará a los libros de texto, así redactado: *Enero, frío, helada; planta achicoria ¡y reforma la Carta!*

*

Tal fué esa sesión, en que notables opiniones vieron la luz del día ¡y la luz del día vió notables opiniones!

XXII

LA PLAZA DE SANTA ANA, INSTALADA EN LA PLAZA DE SAN BENITO

Agosto de 1871.

La Cámara de los diputados está demostrando realmente una comprensión muy estrecha de sus deberes parlamentarios. ¡Nótase con espanto que los señores diputados, al entrar, no se quitan las botas! Nadie se explica esa reserva. El señor Barros y Cuña hace días tenía calor, ¡y no se quedó en mangas de camisa! ¡Se veía muy bien anteayer que el señor Arrobas estaba oprimido por su chaleco, y no se lo desabrochó! ¡Extrañas abstenciones! ¿Por qué se violentan, santo Dios? ¿Por qué se imponen la inexplicable privación de no beber cerveza en el salón? ¿Qué significa esta falsa comprensión de las regalías constitucionales?

¿Por qué no sacan, para mayor comodidad de sus personas, la consecuencia lógica de su procedimiento? Si se desprenden de todo respeto, ¿por qué no se quitan las corbatas? Si se atribuyen el derecho de dirigirse injurias, ¿por qué no se conceden el derecho de venir en zapatillas? ¿Por qué conservan cierta compostura en su *toilette*, si se han despojado tan por completo de la dignidad? ¡Vamos, caballeros de la injuria franca! ¡Un último paso! Ya que aniquilaron ustedes el decoro, den de lado a la urbanidad. ¡No le coarte ni siquiera el aseo! ¡Quítense las botas, y tiren por encima de las carpetas, a la cara del país, esos calcetines de blancura dudosa! ¡Desabrochen esos chalecos, y que la patria vea en los pliegues de sus camisas el sudor de sus elegidos! ¡Venga cerveza! ¡Salten los primeros tapones! ¡Caigan las últimas injurias! ¡Hierva la intriga y espumeen los *bocks!* ¡Al tintineo de las copas mézclese el embate de los insultos! «¡Es falso, miente! ¡Más cerveza! ¡Eso es una bestialidad, fuera! ¡Cigarros!» ¡Estallen las disputas de café con actitudes de taberna! ¡Que nadie se cohiba! ¡Que el humo del tabaco forme una nube en las votaciones, y las manchas de vino un comentario a los proyectos de ley! ¡Y blasfemen, silben y escupan! ¡Viva la juerga! ¡Hip, hip, hip! ¡Hurra! ¡Venga un *chato!* ¡Fuera, granuja! ¡Y *lará, lará!* ¡Empiece la jarana! ¡Oh legisladores! ¡Oh hombres de Estado! ¡Oh feria de las Amoreiras!

¿Es que tenemos nosotros obligación de respetar a la Cámara, si ella no se respeta? Si ella vive entre asonadas indecorosas, ¿va a exigir que nos dobleguemos como si viviese entre ideas elevadas? ¿Es que a esa señora que vive allí enfrente puede extrañarle que yo la rechace brutalmente en lugar de saludarla con delicadeza, si en vez de pasar con la discreta compostura del pudor, viene a mí haciendo muecas con la redecilla del pelo sobre la cara?

¿Por qué os hemos de respetar, decid? ¿Por el saber que tenéis? ¿Por la dignidad de que renegasteis? Lee uno los extractos de todas las Cámaras del mundo, y en todas hay seriedad y discusión inteligente; en todas se trabaja, se piensa, se organiza, se legisla. Entre nosotros vemos arrastrarse durante un mes una discusión sobre personalidades de alcaldes de barrio; y lo que se debate es si se construye o no la carretera de la Covilha, y si el Gobierno compró o no ejemplares ¡de un *Elogio del señor Avila!* ¡Y todas las cuestiones útiles y de altura, despreciadas, y el abandono de toda idea y un perpetuo vendaval de insultos cambiados, y el odio a todo trabajo, el olvido de toda decencia! ¡Y entre tanto, España mide, pulgada por pulgada, la porción de nuestra libertad que se va sumiendo en el lodo!... Sois tan criminosos, que nos hacéis olvidar la risa. ¡Y, mientras tanto, ella es nuestra venganza! Y es indispensable que se mantenga siempre dispuesta, amarga, cruel, para que, en nombre de la conciencia ofendida, os vayamos exponiendo, si Dios quiere, trémulos y grotescos, al escarnio de la multitud.

XXIII

LOS SEÑORES DIPUTADOS OLVIDAN LA MERA DECENCIA MATERIAL

Agosto de 1871.

¡No, señores!

¡No queremos que se acuse a *Las Banderillas* de ser parcial! ¡No se dirá que fué nuestra pluma, exaltada por la imaginación y por la ironía, la que trazó los contornos de una sesión memorable en la Cámara! Tomaremos para nuestros comentarios la exacta narración que el señor Melicio, corresponsal, diputado, hombre informado y linfático, envió a *El Comercio de Oporto*, excelente hoja lúgubre.

El señor Barjona hablaba cuando estalló el motín. «Las provocaciones —dice el señor Melicio— iban acompañadas de puñetazos sobre las carpetas.» ¡Espléndido cuadro! Sus señorías, con el pelo desgreñado y la corbata deshecha; los pupitres, humillándose y, hasta donde se lo permitía su calidad de madera, adoptando ademanes suplicantes; y sus señorías, pegándoles puñetazos, tropezones, puntapiés, pescozones, pal-

madas, porrazos, ¡todas las variedades sonoras de una argumentación elocuente! ¡Esto es ya grande! ¡Esto es ya prodigiosamente grande!

Pero mayor aún es el último detalle del motín, contado por el corresponsal señor Melicio. Dice éste: «Las posturas *poco académicas y menos parlamentarias* (???) de algunos señores diputados obligaron al señor presidente a *mandar evacuar las tribunas*.»

Y se pregunta la imaginación, aterrada: ¿qué posturas eran ésas?

¡No! ¡Esto es sumamente serio! Para que el presidente de una Cámara mande evacuar las tribunas con objeto de que éstas no vean las posturas que los diputados están tomando, ¡es necesario que estos últimos se hayan permitido actitudes realmente extrañas! Suponiendo incluso que algunos señores se hubieran tumbado a la larga, o hubiesen dado volteretas, nada de esto, aun así, justificaría la púdica precaución de don Antonio Ayres. Y adviértase que las tribunas se resistieron. ¡Es que las magnetizaba un espectáculo refinadamente excepcional!...

¿Qué sucedió, pues?

¿Habría el señor vizconde de Valmor reventado con el exceso de ponerse en cuclillas? ¡Pero eso es tan natural en el Parlamento!

¿Se habría el señor Téllez de Vasconcellos montado a horcajadas sobre el señor Barjona? ¡Pero eso qué importaba, entre portugueses!

¿Habría don Jaime Moniz, para afirmar a la Cámara y al país la moderación de sus principios, enseñado su ropa interior? ¿Se habría el señor Arrobas cortado los callos? ¿Habría el señor Barros y Cuña, en un acceso de ira, sacado la lengua? ¡No! ¡No podía tratarse únicamente de actos tan ligeros!

¡Posturas poco académicas y poco parlamentarias!

Don Antonio Ayres, poniéndose el sombrero, no se cubrió tan sólo, se vendó. Sepultó su sombrero hasta el cuello, y para que su excelencia se descubriese a la puerta, ante el comandante de guardia, acudieron unos médicos, que le extrajeron el sombrero con fórceps.

¿Qué sería? ¡Santo Dios! ¡Dios clemente, piadoso y justo!

¡Es evidente que los señores diputados se quedaron desnudos!

XXIV

TRES DÍAS DE INSULTOS EN EL PARLAMENTO

Agosto de 1871.

El Parlamento vive en la *edad de oro*. Vive en las edades inocentes en que se sitúan las leyendas del paraíso, cuando el mal no existía, cuando Caín era un buen chico, cuando los tigres se paseaban dulcemente emparejados con los corderos, cuando nadie había tenido la caballerosidad de inventar la palabra *calumnia*, y la palabra *miente* no atraía la bofetada...

¡Vean, si no! Todos los días esos ilustres diputados se dicen unos a otros: «¡Es falso! ¡Es mentira!» ¡Y no se abofetean, no se largan dos balas! ¡Piadosa inocencia! ¡Cordura evangélica! ¡Es un Parlamento educado por San Francisco de Asís!

—*¡Su señoría miente!*

—*¡Ah! ¿Miento? Pues bien, apelo...*

¿Creen ustedes que apela a los nudillos de su mano derecha o a la elasticidad de su bastón? ¡No, mis queridos lectores: apela... *al país!*

¡Cuánta elevación cristiana en un

acta de diputado! ¡Cuando un hombre recibe en pleno pecho, ante doscientas personas que escuchan y mil que leen, este rudo choque: *¡Es falso!*, y dice con una tierna blandura: *Pues bien, apelo al país*, este hombre es un santo! No entrará, sin duda, nunca en el Jockey-Club, donde está excluída la mansedumbre, pero entrará en el reino de los cielos, donde la humildad es glorificada.

¡Es una escuela de humildad este Parlamento! ¡Jamás, en ninguna parte como allí, el insulto fué recibido con tan curvada paciencia, el mentís acogido con tan sentida resignación! Sublime curso de caridad cristiana. Y hemos de ver tiempos en que un señor diputado, abofeteado en pleno y claro Chiado, dirá modestamente a su agresor, mostrándole su credencial: «¡Soy diputado de la nación portuguesa! ¡Apelo al país! ¡Puede usted seguir pegando!»

Y luego, ¡qué dulzura de expresiones! ¿No hemos visto recientemente al señor Avila designado, en medio de una cuestión financiera, con estos benévolos calificativos: *camaleón, sapo, elefante?* ¡Qué autoridad en la frase! ¡Qué elevación en el pensamiento!

Cuán instructivo y moral leer discursos de este tenor:

«—No apruebo el proyecto del ilustre presidente del Consejo, ¡porque entiendo en conciencia, y lo digo en la cara al país, que su señoría es una verdadera serpiente!

—Presento a la Mesa la siguiente moción: ¡La Cámara, convencida de que el señor ministro de Hacienda es una nutria, pasa al orden del día!»

¡Y luego el modo cariñoso con que la Cámara tomó en cuenta la infeliz palabra *insulto!* A esa pobre palabra, tan comprometedora, que en otro tiempo no aparecía nunca, como no fuese en señal de desafío o ante el Juzgado de guardia, el Parlamento le rehizo una virginidad y un decoro, y ahora comparece ella y nadie se subleva, y don Antonio Ayres la dedica una bondadosa sonrisa.

—Su señoría hace tres días que no hace más que *insultarme* (textual). ¡Tres días!

—¡No me *insulte* su señoría!

—¡Voy a responder a esos *insultos!*

—¡Menos *insultos!*

¡Ay! ¡El mundo se *despoetiza!* Las cosas terribles pierden el colorido de la leyenda. Los niños se ríen del coco. Ya no se teme al demonio. ¡El insulto ya no es envilecedor! ¡No lo es! ¡La Cámara de los diputados vive hace un mes, teniendo en su seno al insulto a la orden del día perpetua, y engorda!

Pero don Antonio Ayres sigue diciendo con su elocuente voz:

—¿Continúa mañana la misma discusión? La verdad escrupulosa—y su señoría, sacerdote y católico, está obligado a cumplir este *reglamento* de la conciencia—requiere que se declare: Mañana continuará el mismo motín.

¡Así el público queda avisado, y los señores diputados, también! ¡Porque nada debe de apenar más a un ilustre diputado que querer vigilar los intereses de su país y ver, en una discusión, agotada su colección de injurias, terminado su repertorio de berridos!

¡No es todo el que quiere doctor en improperios!

Y así, debidamente prevenido, cada diputado podía hacer la víspera una útil y seria lista de argumen-

tos, consultando el diccionario, a su aguador, en la puerta de la Aduana y a los chulos de la plaza de Figueira.

XXV

LA NOVELA DE UNA BARCA

Agosto de 1871.

Pudiera alguien extrañarse de que *Las Banderillas* no contenga nunca una página dedicada a la novela, a la imaginación. Pues bien: ahí va un cuento, con paisaje, ocurrido a la orilla del mar.

Era hace unos días, al final de la tarde, en Foz. El cielo, en lo alto, tenía la blancura de una porcelana; ya el decorado encendido del poniente se extinguía, y grandes tonos dorados palidecían en un tinte rojo. El mar, de un azul duro, estaba listado de espumas. Entre las rocas, en la playa, la marejada era violenta; y en la línea de la barra se sucedían, una tras otra, anchas olas monótonas.

Estaba entrando una barca de vela. Las olas atacaban a la pequeña embarcación por la popa; ella huía a bolina, duramente empujada. Una ola mayor la sacudió bruscamente. Pescadores, mujeres, en la explanada junto al castillo, rompen a gritar. Hay allí cerca una barraca de saltinbanquis. Dos pasayos, ya vestidos, enharinados, con cascabeles, acudieron a mirar, asombrados.

La lancha corría. Se alza sobre ella otra ola más fuerte. Se oye gritar: «¡Se libra! ¡No se libra! ¡Santo Dios! ¡Jesús!» La ola, al romper, la agarró por la popa, la levantó, la balanceó, y, por un momento, sólo se vió oscilar la vela entre la espuma, con la lenta palpitación del ala de un pájaro que muere.

En la playa, las mujeres gritaban, de bruces sobre el suelo. Los payasos palidecían bajo el albayalde. Caía la sombra de la noche.

La barca había escapado. Corrieron todos al malecón, a verla atracar. Venía llena de agua, con la vela mojada hasta la mitad y los remos partidos. Estuvo perdida. El patrón, un viejo bajo, seco, de cabeza blanca bajo un gorro de piel de nutria, sacaba la cuerda de la red. ¡Habían traído diez o doce merluzas!

¡Cada una de ellas podía valer unos seis reales! ¡Y había estado perdida la barca! ¡Y fué al anochecer, lejos de todo socorro, en el agua inexorable!

Ahora bien: ¿con qué impuesto grava el fisco este duro trabajo? ¡Cincuenta céntimos por merluza! ¡No es ya el antiguo *diezmo absolutista*; es el *tercio liberal!* ¡Y así termina la novela!

XXVI

TRES TIPOS DE REVOLUCIÓN, A ESCOGER

Agosto de 1871.

¡No lo debemos ocultar! ¡Se habla—ni una letra más, ni una letra menos—de una r-e-v-o-l-u-c-i-ó-n!

¿Pero cuál! Tres corrientes de opinión, contrarias al constitucionalismo y al parlamentarismo, atraviesan el país. Y la revolución variará, según sea una u otra de esas corrientes la que consiga, por la fuerza o por la maña, agarrar el poder y sus dulzuras.

Sea cual fuere la que triunfe, tendrá en seguida, por el mero hecho

de triunfar, numerosos adheridos, incluso entre los de opiniones opuestas. Y para que cada ciudadano pueda escoger despacio la revolución que le convenga, ofrecemos aquí de antemano las noticias que de cada una de ellas darán los periódicos después de la victoria.

Revolución número 1.

19 de febrero.—El Gobierno que felizmente nos rige continúa su obra de pacificación. La redacción de *La Nación* se trasladó al palacio de los señores duques de Palmella, en Calhariz. Fué detenido el señor Oliveira Marreca, decano del partido republicano. Su majestad el rey, nuestro señor, visitó ayer la exposición del Santísimo Sacramento de la Merced.

Parece ser que una representación del clero exige el destierro de don Alejandro Herculano. La emigración ha disminuído; va renaciendo la confianza.—Se habla de grandes bailes dados por la corte.—Se mandarán fundir en Alemania tres campanas de carillón, por valor de tres millones cada una, para las iglesias de los Inglesitos, San Luis y Los Mártires.—Asistió ayer una multitud innumerable a la ejecución del señor Osorio de Vasconcellos, reformista. Dicho ilustre señor se encaminó al suplicio con gran valor.—Admirables las iluminaciones de Braga.—Va a ser derribada la estatua de don Pedro IV.—Las autoridades y funcionarios de los ministerios han dimitido en masa.—Habrá grandes impuestos para atender a los gastos de reconstitución de la nobleza.—¡Ayer fué abucheado en la calle de la Alegría el señor V***, poeta erótico, cuando estaba observando la llegada de las golondrinas!

*

Revolución número 2.

19 de febrero.—El nuevo Gobierno provisional dió ayer una espléndida comida en el Hotel Central.

El reverendo padre B*** fué nombrado patriarca. Su ilustrísima paseó ayer por las calles en *dog-cart.*—Fué detenido el señor Batalha Reis, antiguo conferenciante del casino.—El señor marqués de Avila y don Carlos Bento fueron fusilados. Sus señorías estaban innoblemente abatidos.—Los miembros del nuevo Gobierno se asignaron unos emolumentos anuales de doce mil duros.—Don Antero de Quental dió de puntapiés al comité de la calle de Bitesga, que fué a ofrecerle su presidencia.—Han sido suspendidos varios periódicos. Llegó a París don Luis de Braganza.—Fué saqueada la casa de don José María Eugenio.—Han sido cerradas las iglesias.—En las provincias del Norte es grande la miseria.—Bandas armadas se dedican al pillaje en las provincias del Sur.—El Gobierno provisional prendió fuego a los archivos de la Policía.—Fueron suspendidas *Las Banderillas*.—Fué ayer abucheado en el Rocío el señor V***, poeta erótico, ¡que iba corriendo detrás de una mariposa!

*

Revolución número 3.

19 de febrero.—Fué publicado el decreto licenciando el ejército y organizando una guardia nacional.—Están encarcelados y van a responder a diversos cargos en el proceso que se les incoa, los principales personajes de la política constitucional; dícese que serán degradados.—Ha sido suprimido el Senado.—Se rumorea que van a venderse algunas colonias.—Está decretada la enseñanza obligatoria y gratuita.—Se va a realizar la reforma administrativa y

comunal. — Tendremos libertad de cultos.—Es segura la reforma del impuesto. — Están nombradas comisiones para proceder a la confección del catastro.—Ha sido clausurada la Universidad, y la enseñanza superior será reorganizada sobre una nueva base.—Van a crearse escuelas industriales.—Ha sido concedida plena libertad de reunión y de asociación. — Se forman por todas partes sociedades cooperativas.—Los negociados de los diversos ministerios van a sufrir un gran golpe.—Cada miembro del Gobierno provisional percibe anualmente *tres* mil pesetas.—Ayer *el señor V***, poeta erótico, fué abucheado* en la calle del Arco de Bandeira, donde estaba contemplando un lirio.

XXVII

LA LONJA DE PESCADO DE OPORTO Y EL LUJO DE SU MOBLAJE

Agosto de 1871.

El honrado Ayuntamiento de Oporto quiso dotar a la ciudad con una Lonja de pescado. Nada más higiénico y más justo. En toda época, en las grandes ciudades, el pescado tuvo sus aposentos definitivos, porque el vagar del pescado por las calles —haciendo la competencia al vagar de los hijos de familia—¡es sumamente insalubre! Pero una Lonja del pescado no es un teatro ni una casa de baños, ni siquiera un cuartel. Tiene una arquitectura propia, condiciones especiales de aire, de luz, de agua, etc. Así, en todas partes, las lonjas del pescado son de una construcción ligera, abierta y expuesta a los vientos, con finas columnatas de hierro sosteniendo una techumbre de madera o de cristal, lavadas por un continuo fluir de agua, rodeadas de árboles... En fin, un lugar sano, fresco, higiénico, libre, desinfectado.

¡Pues bien! El Ayuntamiento de Oporto, con una noble solicitud por el pescado, de quien parece ser una madre cuidadosa, y temiendo, con un cariño asustado, que el pescado se constipase, o sufriese la indiscreción de los vecinos, le construyó una Lonja cerrada, con altos y recios muros, barandillas, gabinetes interiores, corredores, alcobas, una vivienda bien arreglada, casi un palacete. Y todo de tal modo tranquilo, cómodo, que el Ayuntamiento está dudando si poner allí pescados o libros, ¡si hacer de aquello un mercado o una biblioteca!

A nosotros nos parece que, con algún gasto más, ¡el Ayuntamiento daría al país el ejemplo de un gran interés por el pescado! No tendría más que mandar alfombrar la lonja, colocar en los rincones sofás y no olvidarse de un piano. El pescado pasaría allí días de gran dulzura. Los róbalos estarían tendidos en divanes de seda y el pulpo tendría librerías para instruirse. El comprador sería introducido por criados de librea. La pescadera le conduciría a una alcoba, con las ventanas cerradas; alzaría las cortinas de un lecho y mostraría inocentemente adormecidas, bajo una colcha de damasco, dos pescadillas.

El comprador se quitaría el sombrero, conmovido. Y la pescadera diría, con modos afables:

—Las señorías se acostaron tarde... ¡Son a sesenta céntimos cada una!

¡Ah! ¡El Ayuntamiento tiene, sin duda, grandes proyectos! ¡Qué esbeltos, rasgados y bien construídos están los anchos balcones de hierro de la fachada de la Lonja! Algunos maliciosos se ríen. Pero nosotros sabemos que esos balcones en la lonja del pescado, tan amplios y cómodos, tienen una finalidad que nadie, de no estar inspirado por las injusticias de la envidia, podrá censurar. ¡Esos antepechos son para que, los domingos, el pescado salga a tomar café al balcón!

XXVIII

DELICIAS DE VIAJAR EN LOS TRENES EN 1871

Septiembre de 1871.

Viajar en los trenes portugueses, de Norte a Este, es, con todos los respetos, una aventura llena de emociones. Corriendo sobre los carriles, hay, para interesarnos y excitarnos, la probabilidad del descarrilamiento. Parados, en el restaurante de las estaciones existe, para estimularnos con una sensación más fuerte aún, el envenenamiento a dos pesetas por persona.

Esta duda entre la tumba y el cólico mantiene el espíritu del viajero en un estado delicioso de palpitación y de estremecimiento. ¡Es como cuando se juega, en una última tirada de ruleta, la última moneda de una herencia! ¡Apasiona más que leer *Los tres mosqueteros!* ¡Suscita los temblores de peligro y de apuro que sólo produce una ascensión al Mont-Blanc! ¡Tal vez estar para ser fusilado no cause tanto alborozo! Y la intención de la Compañía es evidente, clarísima. Las traviesas podridas, los carriles desgastados y flojos, los túneles inseguros, los puentes ruinosos, los terraplenes que tienden a desmoronarse, las máquinas cansadas, el servicio descuidado, las comidas envenenadas, todo, todo, hasta los retrasos, los atrasos, la confusión, todo converge hacia el mismo legítimo fin: ¡conmover al viajero, producirle sensaciones supremas!

Nos parece que algunos consejos a la Compañía no pueden dejar de ser recibidos por ella, no diremos que con los brazos, pero sí con los carriles abiertos.

Así, por ejemplo, sería de todo punto dramático y excitante escalonar por el trayecto destacamentos de bandidos que tiroteasen el tren. Y también meter en cada coche un lobo hambriento, nos parece un medio eficaz para impedir que el viajero se aburra. Y, en fin, como medio de producir la más aguda impresión, debería tener la Compañía en cada estación empleados que, al parar el tren, se acercasen al viajero y, delicadamente, con todo respeto, ¡le clavasen una navaja en el costado! ¡Y el viaje acabaría así marcado con indelebles encantos y cicatrices!

XXIX

LA CÓLERA DEL CENTRO PROMOTOR

Septiembre de 1871.

Un día, el Centro promotor de las clases trabajadoras sintió el ímpetu completamente moderno de salir de su venerable oscuridad y de su modestia tradicional. Ansió las palpitaciones del peligro. Deseó la popularidad del *telegrama*. Anheló la prosa descriptiva de su corresponsal, el señor Melicio.

¡Para lo cual peroró, gritó, tomó resoluciones!... Y en seguida esperó. Su deseo y su capricho, su empeño, era atraer sobre sí un *golpe de estado*. ¡Y luego las bellas actitudes de protesta y la impresión que hacen aún los mártires en Villanueva de Cerveira y en Mogofores!...

Ahora bien: precisamente el señor ministro de la Gobernación tuvo la imprudencia de llamar al ministerio al vicepresidente del Centro; y amigablemente, tomando ambos su rapé, cambiaron algunas palabras. El señor ministro pedía que el Centro no siguiese metido en discusiones, que no estaban permitidas por sus estatutos ni por su dignidad corporativa. Al escuchar aquellas amonestaciones, el vicepresidente del Centro temblaba de júbilo. ¡Allí tenía íntegro, real, presente, completo, el estremecido, el apetecido *golpe de estado!* Y apenas terminó el señor ministro, hete aquí al señor vicepresidente que corre al salón del Centro y grita como si se tratase de un codillo:

—¡Señores! ¡Démosle!

—¿El golpe de estado?—interrogó el Centro, ávido, abriendo mucho los ojos.

—¡El golpe de estado!

Entonces, adoptando súbitamente su máscara de solemnidad, el Centro deliberó. Y para hacer algo así como la destrucción de la Bastilla (porque es necesario conservar la tradición jacobina), el Centro subió a un banco con un martillo, desclavó un retrato de la pared del salón, le limpió el polvo, lo metió en el rincón de un armario, y, tranquilizado por aquella decapitación moral, ¡se frotó las manos, se limpió los labios y en pie juró cualquier cosa!

Nosotros no sabemos, ni todavía se ha averiguado claramente, qué discusiones agitaban el aire sofocante del salón del Centro. ¡Unos dicen que allí, a horas lóbregas, se hablaba de la Internacional y de sus pompas y se discutía la sangrienta cuestión del salario! Otros afirman, sin embargo, con más seguro criterio, que las discusiones del Centro eran de orden político e intrigante, y que se desmenuzaban ministerios, cámaras, reformistas y reformables, elecciones, influencias, partidos y otras sucias especies.

*

Estas dos informaciones alteran por completo el indefinido perfil de la cuestión.

Si el Centro promotor discutía en sus reuniones la política que intriga y que gruñe en San Benito, entonces la advertencia del señor ministro adquiere una elevada forma de sensatez y de derecho; no sólo está dentro de la legalidad, porque hizo cumplir un estatuto, sino de la verdad, porque apartó a los que trabajan de la penumbra de los que enredan.

¡Sí, el señor ministro tiene razón, amigos obreros del Centro! El deber de vuestra Asociación no es discutir combinaciones ministeriales o personalidades estériles. ¿Qué importa a vuestro bienestar, a los buenos colores de vuestros hijos y a la sustancia de vuestra sopa que el uniforme público ciña las carnosas espaldas del señor Avila o las flacas costillas del señor Braamcamp? ¿Queréis prestar vuestra colaboración a la política? ¿Vosotros? ¿Tan desmoralizados estáis que deseáis abandonar vuestra dignidad de trabajadores para ir a curvaros entre la perruna humillación de los políticos? Vosotros, los productores por excelencia, porque sólo trabajáis, ¿qué tenéis de común con los improductivos por excelencia, porque sólo intrigan? ¿Queréis cambiar la altiva fatiga de la oficina por la ociosidad mendicante del Parlamento? ¿Queréis cambiar vuestras libres herramientas por la pluma de ganso de los negociados?

¿No es otro vuestro deber, distinto el destino de vuestro pensamiento? ¿No tenéis, para ocuparos, las elevadas cuestiones de salarios, de trabajo, de producción, de escuela, de instrumentos, de asociación? ¡Se alzan las cuestiones sociales, las vuestras, en todos los puntos del horizonte, corriendo, corriendo a todo escape por el viejo mundo que se pudre! ¡Volved a vuestros intereses y volved a vuestras casas! ¡Dejad al señor A*** ser un político, oh risa, y al señor B*** un hombre de Estado, oh mofa!

¡Ah! ¡Pero si, por ventura, el Centro promotor trataba sólo en sus sesiones de la cuestión social y obrera—el salario, el trabajo, la asociación, la coalición, la huelga—, entonces, buen Dios, la advertencia del señor ministro nos llena de trastorno!

Parece realmente que no debe extrañar el que una asociación creada para promover el bien de las clases trabajadoras trate de las cuestiones que más vitalmente afectan a las referidas clases trabajadoras. Aquí, en puridad, entre *gentlemen*, confesemos ¡cuán inmensa sería nuestra admiración si unos obreros, reunidos, en lugar de hablar de su salario, discutiesen la mejor manera de servir el champaña! Y cualquiera de nosotros se quedaría pálido si viese, en el Centro, a un obrero, para salvar sus intereses de obrero, levantarse y decir:

—He pedido la palabra sobre la cuestión social: mi opinión es ésta:

La donna è mobile,
qual piuma al vento!

Sería, sin duda, interesante y provechoso que el Centro promotor se ocupase de averiguar y ensayar el medio más beneficioso para bailar el cancán, porque conviene que cada cual sepa el modo de comportarse en las sociedades cultas. Pero tampoco nos parecería enteramente inútil que, dado que se encontraban allí reunidos esos obreros, después de haber consagrado una parte de la noche a las cuestiones serias (como, por ejemplo, la manera más tierna de interpretar el final de *Lucía*), dedicasen también unos minutos, como sin darle importancia, por placer, para reposar el espíritu en la fútil y divertida cuestión del salario!

¡Entiéndase bien! ¡*Las Banderillas* no quiere en modo alguno sostener que las asociaciones obreras sean para discutir las cuestiones obreras! ¡No! El obrero, en sus reuniones, debe ejercitarse en recitar a Lamartine. Esto está establecido en la práctica de todas las naciones y en los principios de toda economía... Pero conviene que de cuando en cuando (y sin que ello trastorne los intereses de orden literario, lírico, elegante y romántico que les están encomendados), ¡los pobres obreros se entretengan en buscar el mejor medio para no morirse por completo de hambre!

*

El Centro se creyó tiranizado, y protestó. ¿Cómo? Haciendo un arreglo en su salón. El retrato del señor don A. R. Sampaio, que estaba en la pared, está ahora en un armario. ¡Oh grandes hombres del Centro! Quisisteis hacer una alta justicia social. ¿Y qué hicisteis? ¡Un cambio en el moblaje! ¡Pretendíais significar con ese acto que érais los hombres de la dignidad austera, y todo el mundo ve que sois simplemente los admiradores de las paredes lisas! Decidme: la advertencia del ministro señor Sampaio, ¿fué o no opresiva para

vuestro derecho? ¿No? Entonces, ¿qué hombres sois vosotros que gratuita y caprichosamente desautorizáis a quien os concedió la asociación? ¿Fué opresiva? Entonces, ¿qué hombres sois vosotros que por todo desahogo de vuestro derecho violado, de vuestro pensamiento reprimido, no tenéis más iniciativa que la de un criado tonto? ¡Vuestra justicia se indigna arrancando clavos! Esto nos lleva a creer que vuestro carácter se afirma ¡jugando al peón! ¡Criaturas! ¡Pequeniñes! ¡Grandes hombres del Centro!... ¡Oh revoltosos!

¡Ah! ¡Vuestra manera de protestar es cómoda para los hombres, pero terrible para el moblaje!

—¡Queda suspendida la sesión del Centro!—declara un día el Gobierno.

—¿Sí?—grita el Centro—. ¡Volvamos la mesa patas arriba.

—¡Queda disuelto el Centro!—proclama otro día el Gobierno.

—¿Sí? ¡Rasguemos las cortinas!

¡Y son terribles! ¿Qué culpa tenéis vosotras, mesa sucia de tinta, maderas alabeadas del balcón, cerraduras, buenas paredes con papel francés?

¡Ay! ¡Si el Centro se decidiese un día a conspirar de verdad y el Gobierno a reprimir seriamente..., temblad, temblad, temblad, oh felpudos de la puerta!

XXX

EL EQUIPAJE DE LA SEÑORA CONDESA DE TEBA

Septiembre de 1871.

Los periódicos de este mes entablaron un debate singular. Se denunciaba este hecho: la señora doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, ex emperatriz de los franceses (por un crimen de su marido), cruzó por Lisboa para ir a ver en España los antiguos paraísos de su antigua juventud; y el Gobierno ¡expidió a la Aduana un decreto galante para que no fuesen revisados los equipajes de la excelentísima señora! A esto replicaron algunas gacetas negando ese decreto, pero recordando otro por el cual quedan exentos de las indiscreciones fiscales los equipajes en tránsito y afirmando que los baúles ex imperiales, con un desdén censurable, para las glorias de Lisboa, habían pasado rápidamente, sin curiosidad, desde la Aduana a la estación de Santa Apolonia. Los periódicos acusadores, sin embargo, declaraban que conocían de antiguo el decreto de excepción para los equipajes en tránsito, pero que tal no era el caso de la rubia y altiva inquilina de las Tullerías. Por ese tiempo, sin embargo, la India penetró en los artículos sensacionales, y la cuestión de las maletas se perdió en la difuminada penumbra de las divertidas noticias locales. No se averiguó nunca si madame Bonaparte había sido privilegiada delicadamente con un decreto casi amoroso, o si aprovechó las disposiciones de un decreto cualquiera, hecho para mí y para ti.

Si el privilegio se concedió—¡entiéndase bien!—, el privilegio no nos escandaliza. Y ello aunque hemos visto bastantes veces, extendidos sobre los mostradores de la Aduana, en un desorden despiadado, todos los oscuros pingos contenidos en nuestras maletas! Pero como todo privilegio presupone un mérito, nosotros queremos averiguar cuál es el mérito de la señora condesa de Teba. Y procuraremos desde luego conseguirlo para nosotros mismos y para todos nuestros conciudadanos, ¡poniendo así nuestra ropa blanca y la ropa blanca de aquellos que nos son afectos, al abrigo de las instituciones!

Y nos encontramos con que doña Eugenia de Montijo está casada con el asesino del 2 de diciembre, con el deportador a Cayena y a Lambessa, con el destructor de la riqueza de Francia, con el *comilón* de las sustituciones militares, con el opresor de toda la libertad, con el esclavizador de todo el pensamiento, con el bandido que por las carreteras de Sedán sacudía la ceniza de su cigarrillo histórico sobre el pecho desgarrado de la patria. Todo esto advierto en la señora condesa, todo esto impone a la señora condesa una complicidad moral... ¡Oh, sí, señores míos, ya lo sabemos! «Es una infeliz, es una dama, etc., etc.» ¡Basta de frases! Y vamos en derechura a los hechos, como una bala justiciera. ¡La pobre Catalina de Médicis era también una infeliz y era también una dama! Lucrecia Borgia gozaba de esas cualidades delicadas. Madame de Brinvilliers, devota feroz, ¡no se juzgaba tampoco feliz ni era un hombre!

La señora condesa de Teba no aparece, sin duda, tan especialmente dañina como esas tres especies; pero en su tiempo se deportaba a Cayena, a Lambessa y a la isla de Fuego a hombres ¡cuyo único crimen era haber servido a la República del 48, a la que Luis Bonaparte había servido también! ¡Y esos hombres eran enviados a millares en la bodega de los buques, hambrientos, azotados, cubiertos de *vermine* (1), a trabajar en los presidios! Y las familias quedaban dispersas, los hijos en la miseria o en el correccional, las viudas en perpetuo llanto! ¡Y qué hacía, entre tanto, la señora condesa de Teba? La señora condesa de Teba, esposa y madre, bailaba en los salones de las Tullerías, entre el revuelo de los tules, a los compases del violín de Strauss! ¡Si esa devota Bênoiton, lectora simultánea de los manuscritos eróticos de Mérimée y de las efusiones místicas de madame Swetchin, cree en Dios, no vivirá nunca lo suficiente para consumirse en penitencias!

Tales son los méritos que encontramos en la señora doña Eugenia de Montijo. Si fué a ellos a los que debió la excelentísima señora la delicada ventaja de que no revisasen sus equipajes, nada nos extrañaría. Lo único que pedimos es que se declare explícitamente, por medio de un decreto, «que algunos crímenes cometidos en el extranjero ¡eximen de la revisión de equipajes al entrar en el reino!»

Así estaremos todos prevenidos, y no costará nada, al llegar a la barra, matar a dos o tres grumetes. Con esta ejecutoria, el individuo tendrá la alta ventaja de no ver estrujado el almidón de sus camisas. Antes de desembarcar, todo aquel que desee conservar ordenada su ropa se acercará a un marinero o a otro pasajero, y le murmurará con dulzura:

—¡Tenga usted paciencia, pero yo no quisiera que me revolviesen mis calzoncillos en la Aduana, y, por tanto, permítame que le clave esta navaja en el hígado!

No tomando esta precaución, es realmente triste que un hombre que no goce de la ventaja de haber suprimido a un semejante suyo en el bulevar o de haber mandado a morir de fiebres en la Cayena, llegue a la Aduana, y por no contar con tres

(1) Miseria, tiña, suciedad, etc. Y en sentido figurado, canalla, gentuza despreciable. *Sic* en el original.

o cuatro crímenes vea el pudor de sus calcetines expuesto a la indiscreción pública!

XXXI

EL PRÍNCIPE HUMBERTO

Septiembre de 1871.

Los periódicos madrileños han contado que su alteza real el príncipe Humberto iba a tomar todas las noches, en Madrid, su sorbete a un café donde se reúnen, generalmente, los italianos. Esta familiaridad, enteramente contemporánea de la Internacional, henchía de un júbilo ardiente a la prensa monárquica y al dueño del establecimiento. En Lisboa se leía esto ¡y se esperaba al príncipe Humberto, si no como a un príncipe, al menos como a un consumidor! Su alteza, sin embargo, llegó, estuvo, se marchó despacito, de puntillas, para no despertar a nadie, ¡y si tomó café no tuvo la inspiración de tomarlo en el Martiño! (¡Hasta tal punto la etiqueta cohibe los instintos más naturales!)

La población de Lisboa se quedó recelosa, sin saber si la abstención de su alteza significaba economía o desdén. En el primer caso, hubiese querido proponerle como diputado reformista por Vouzella o Palhares, quedando así definitivamente implantada en la Península la Casa de Saboya; en el segundo, hubiera deseado simplemente volverle una espalda democrática, quedando así ampliamente vengado el café Martiño.

¡Calmaos, portugueses, y escuchadnos! La abstención de su alteza respecto al café y a otros inefables encantos de la Baixa, significa tan sólo timidez. Tantos tronos desmoronados, tantos reyes errantes, tantos palacios donde crece musgo, han hecho timorata a esa especie. Un rey, un príncipe no se arriesga así en medio de las poblaciones, con la despreocupación de un hombre que entra en la *Diosa de los Mares*. Los reyes, hoy, pasan de largo, pegados a la pared, pian, pianito, con pasito menudo, conteniendo la respiración, los ojos en el pueblo y en la puerta, como quien pasa ante un perro de presa, que duerme al pie del muro de una quinta, ampliamente bañado por el sol.

El príncipe Humberto tomó estas precauciones delicadas: llegó despacito, estuvo muy quieto, partió a hurtadillas. Y ahí está, portugueses, por qué su alteza no fué a dar con la contera de su bastón en el mármol de una mesa del Martiño, gritando: «¡Una de ginebra!»

¡Que su alteza real se tranquilice, sin embargo! Nosotros vamos por nuestro trigésimo primer rey, y aún no hemos devorado a ninguno. ¡Y ciertamente no íbamos a probar los dientes sobre un príncipe de otras tierras! ¡Tendríamos a mucho honor entregarle sano y perfecto al único país legítimamente autorizado a devorarlo: el bello país de Italia, *Italia mater!*

Tragarse un príncipe ajeno sería una indelicadeza y un olvido de las buenas relaciones internacionales. Los compendios de urbanidad, alteza, ¡nos enseñan que no debe meterse la mano en el plato del vecino! Sabemos, alteza, que cuando nos enseñan un fruto raro no es educado hincarle el diente, ¡y cuando nos envían un gentil príncipe no es cortés engullirlo de un bocado! Podía vuestra alteza pasear tranquilo en medio de este pueblo apacible; podía, incluso, vuestra alteza haber sido más amable con los toreros de la corrida de Cintra, para quienes, según dicen los despechados, vuestra alteza no tuvo más que unos puros abominables, arrojados con cara aburrida. ¡Y crea vuestra alteza que no hubiera sido despedazado!

Portugal sabe respetar al príncipe de su prójimo. ¡Nos resultaría más fácil, impulsados por la gula revolucionaria, tomarnos al propio señor Melicio a cucharadas, o al propio señor Vaz Preto en lonchas! Pero clavar los ávidos colmillos en un príncipe de Italia, nuestra hermana..., ¡nunca! ¡Si tal hicieseis, el señor don Juan Félix, catedrático de urbanidad, jamás os lo perdonaría, oh lusos!

XXXII

JULIO DINIZ

Septiembre de 1871.

¡Haya tregua por un instante en este áspero tiroteo! En una página aparte, tranquila y tierna, ponemos el recuerdo de Julio Diniz. Que las personas delicadas se recojan un momento, piensen en él, en su obra gentil y fácil, que tanto encanto dió y que merece algún amor. Tal es nuestro mal, que ese espíritu excelente no se hizo popular: nuestra memoria, huidiza como el agua, sólo retiene aquellos que viven ruidosamente, con fuerte relieve: Julio Diniz vivió y murió levemente.

Un solo libro suyo, una novela, hizo palpitar con ímpetu las curiosidades simpáticas: *Las pupilas del señor rector*. Este libro fresco, casi idílico, abierto sobre amplios fondos de verdor, habitado por creaciones delicadas y vivas, sorprendió. Era un libro real, apareciendo en medio de una literatura artificial, con una sencillez auténtica, como un paisaje de Claudio Lorena entre grandes lienzos mitológicos. Era un libro al que se iba a respirar.

Julio Diniz amaba la realidad. Tal era la contextura viril y valiosa de su espíritu.

Nunca, sin embargo, se despojó de su idealismo su sentimentalismo innato. La realidad tenía para él una crudeza interior que le asustaba: de modo que la copiaba de lejos, con recelo, suavizando los contornos exactos que a él le parecían rudos, esparciendo una aguada de sensibilidad sobre los colores verdaderos que a él le parecían chillones. Sus aldeas son verdaderas, pero están poetizadas; parece que sólo las ve y las dibuja cuando la niebla otoñal esfuma, azulea, idealiza las perspectivas. Nunca un sol sincero y basto baña su obra. Todo en ella está velado por una bruma poética. No es que no ame, que no persiga la verdad; únicamente que, cuando la fija en la página, trae ya su pluma toda mojada en el ideal que la complace.

*

Dicen que sus libros son memorias, y que él hace acuarelas suaves con los paisajes en que vivió, y que personaliza en creaciones finamente trazadas los sentimientos con que palpitó. De ahí, sin duda, la realidad que sus libros dejan entrever fugazmente. Pero parece que no fué feliz, y que sólo al compás de los sollozos su corazón aprendió a latir. De ahí esas medias tintas azuladas y melancólicas en que se mueve, con blando rumor, el pueblo romántico de sus libros, y con las que él procura difuminar y endulzar la crude-

za de las realidades humanas que le hicieron sufrir.

Era, sobre todo, un paisajista. Sus figuras sólo sirven para dar expresión y vida al paisaje. Los campos, las mieses, los montes, las aguas claras, los cielos profundos, no son en sus libros el decorado que rodea a una Humanidad fuertemente sentida; sus campesinas novelescas, sus galanes violentos y tiernos, las apacibles figuras de viejos, hasta sus caricaturas, fueron colocados así por él, para poder, en torno de ellas, erigir con cuidado, árbol por árbol y casa por casa, las aldeas que tanto amaba. Hay en sus novelas tal descampado, tal era envuelta por el sol, tal parra donde los gatos se desperezan, que tienen más idea, más acción, más vida que las figuras vivas que alrededor se mueven.

Después de *Las pupilas del señor rector*, las obras de Julio Diniz pasaron inadvertidas, entre las atenciones extraviadas. Tendrá su día de justicia y de amor. A la manera de aquellos pueblos que él mismo dibuja, escondidos en el fondo de los valles, bajo el ramaje de los castaños, sus libros serán buscados como lugares apacibles, de aires libres, en que los nervios van a equilibrarse y van a serenarse la pasión y sus tormentos.

Fué sencillo, fué inteligente, fué puro. Trabajó, creó, murió. Más feliz que nosotros, tiene su destino asegurado, y para él se resolvió la *cuestión*.

Pasemos, pues... ¡Ya del otro lado, más allá de esta página serena, oímos, innumerables como abejas vindicativas, las ironías aladas que, con un rumor impaciente, zumban en el aire!

XXXIII

TENER TALENTO POR ESCRITURA PÚBLICA

Septiembre de 1871.

«La Historia es la conciencia escrita de la Humanidad», dijo un hombre que cuando luchaba tuvo el secreto de las palabras que quedan.

Nosotros podemos, pues, decir familiarmente que la historia de las Azores es la conciencia escrita de las Azores.

Pues ocurre que entre el anterior Gobierno de su majestad y el señor Senna Freitas se concertó este contrato:

El país abonaría al señor Senna Freitas tres mil pesetas al año, en buena moneda; por su parte, el señor Senna Freitas se encargaría de poner en letra redondilla, con buena ortografía, sana prosodia y exacta puntuación, la mencionada conciencia de las Azores.

Pero el contrato fué firmado, y estalló por toda la hilera de gacetas una argumentación indigna. Se acusaba al ministro, se escarnecía el contrato, se desconocía el historiador, se censuraba la historia, y las más rudamente combatidas eran las tres mil pesetas.

¡Como diría la Biblia, el escándalo vino por los fariseos!

Pues bien: nosotros sólo tenemos para ese contrato bendiciones y flores. ¡Y la plebe irreflexiva puede ladrar en vano!

¡Oíd esto, hombres de escasa fe! Si el señor Senna Freitas se hubiese decidido espontáneamente, gratuitamente, a escribir la historia de las Azores, ¿qué garantía podía él dar de que iba a hacer un trabajo de vigorosa crítica? ¿Qué garantía iba a dar de componer un libro minucio-

so, erudito, lleno de hechos, benedictino? El señor Senna Freitas sólo daría la garantía de su talento. Pero, ¡ay!, el talento dormita, padece oscurecimientos, fenece, y ahí quedaba echada a perder la historia de nuestras bien amadas Azores.

¡Oíd más! Si el señor Senna Freitas hubiese sido encargado por este decreto: «Manda el rey que el señor Senna Freitas sea un gran historiador...», ¿qué garantías daba el señor Senna Freitas de que iba a crear una obra original y profunda? No daría más que la garantía de obediencia a su rey. Pero, ¡ay!, ¡ay! La obediencia a los reyes puede hacer concesiones o piruetas. Si mañana, *quod Deus avertat*, se proclamase la República, os quedaríais sin historia y sin Freitas, oh Azores.

¡Y ahora responded! Aprisionado por un contrato, ligado por una escritura, ¿no da el señor Senna Freitas la garantía suprema, la de su honor? Se obligó por un contrato a ser un gran historiador. ¡Tiene, por tanto, toda su dignidad empeñada en ser un gran historiador!

Podía dicho señor, por ejemplo, no tener aptitudes más que para escribir folletines; podía no disponer de crítica ni de método; podía no tener idea de lo que son la ciencia histórica y la filosofía de la Historia; podía no tener elevación de pensamiento, ni estudios sociales; podía no tener estilo, ni gramática ¡en buena hora! Estamos tranquilos. Ese señor se obligó por un contrato a ser un gran historiador, y él es un hombre honrado, ¡y será un gran historiador! Creemos en usted. Le conocemos a usted. Si usted hubiera contratado con el señor Avila que sería por tres mil pesetas al año un poeta mayor que Víctor Hugo, usted—tenemos la entera certeza—trabajaría, lucharía, compraría un diccionario de rimas, consultaría al señor Vidal, y sería un poeta más grande que Víctor Hugo. ¡Si usted hubiera contratado ser un farol del Rocío, usted cumpliría con valor su contrato y sería un noble farol del Rocío!

¡Usted contrató! La fe jurídica no admite componendas. ¡Quisiéramos ver ahora si se atreve usted a no ser un gran historiador! En Portugal hay tribunales. Nosotros seguiremos el trabajo de usted página por página, y cuando usted no sea admirable como crítica, como forma, como ciencia, requeriremos a Boa Hora: «¡Que en virtud del contrato de tantos de tantos, sea el señor Senna Freitas emplazado para que en el plazo de veinticuatro horas sea sublime en tantas páginas de su obra sobre las Azores!»

¡El contrato no fué escrito y registrado para que las Azores tengan un historiador mediocre!

Sobre el señor Senna Freitas pesa desde hoy la responsabilidad de ser sublime. El es un joven inteligente y espiritual. ¡No basta; tiene que ser un grande hombre! ¡Contrató para eso, y ha de serlo! ¡Cara alegre y espíritu desahogado! ¡Así es!

¡Ah! ¡Quería tal vez ganar tres mil pesetas y no tener el trabajo de ser un historiador como Michelet! ¡Ha de serlo! ¡Ya no le está permitida la oscuridad ni la mediocridad! ¡Quiéralo o no, tiene forzosamente que ser un genio! ¡Ni una sola vez más en la vida le está concedido el dulce desahogo de no tener gramática! ¡Ha de ser más grande que Guizot; que se las arregle como quiera! Y si retrocede, si quiere librarse, si titubea, ahí está Boa Hora, que, empuñando el contrato y blandiendo las cuentas del proceso

¡le obligará a la fuerza a ser un hombre inmortal!

¡En Portugal sólo así se pueden conseguir grandes hombres! Hay que obligarlos por un contrato. ¡Ah! Si el Gobierno hubiese contratado con el señor A*** que fuese, por un tanto al mes, un dramaturgo mayor que Shakespeare, ¡no tendría el país la vergüenza de confesar que el señor A*** es un dramaturgo inferior a Guilberto de Pixerecourt! Si el Gobierno hubiera contratado con el señor B*** que fuese un hombre de Estado como Pitt, ¡no pasaría la patria por el vejamen de ver que el señor B*** es, como político, inferior aún a Sancho Panza, rey de Barataria! ¿Qué significa en un país culto abandonar así los hombres a su propia iniciativa? ¿Qué propósito es este de dejar a cada uno en libertad de ser mediocre? ¡El portugués sólo podrá ser inteligente obligado por un contrato, forzado por los tremendos lazos de la ley, amarrado de pies y manos!

¡Que el talento sea impuesto como el servicio militar! ¡Reclútense soldados para el 5.º de Cazadores, pero reclútense también genios para Villanueva de Gaya! ¿Por qué no tenemos un poeta épico? ¿Qué hace el Gobierno? ¿Quiere descuidar la epopeya, como descuida la Hacienda? ¡La patria necesita grandes hombres! ¡Fulmínense penas severísimas a quien no sea un grande hombre!

¡Forzoso es confesarlo! El país está embrutecido; pero la culpa proviene de los poderes públicos. ¡Que se decrete que todo ciudadano válido debe a su país, además del impuesto, un soneto! ¡Que todo aquel que deba presentar documentos, sea obligado a presentar, además del pase militar y del certificado de buena conducta, un artículo de almanaque! ¡Que haya genio obligatorio! ¡Y el país florecerá, y podremos definitivamente esperar que en Matto Grosso empiece al fin a hacer impresión la gran civilización lusitana!

XXXIV

HISTORIA PINTORESCA DE LA SUBLEVACIÓN DE LA INDIA

Septiembre de 1871.

¡Nos habíamos olvidado por completo de la India! Una clara mañana aparece ella violentamente en medio de nosotros, envuelta en un telegrama del señor vizconde de San Januario. ¡En esta ocasión muchos buenos portugueses se admiraron de que la India fuese todavía nuestra! Había ella desaparecido, hacía mucho, de las solemnes pompas del artículo de fondo. Oscura, vieja, arruinada, estéril, doblada sobre sí misma, ¡todos la suponíamos ocupada únicamente, en las distintas brumas, en comer su arroz! ¡La noticia de que ponía aún vitalidad suficiente para sublevarse espantó! ¡La certeza de que había aún allí soldados, ciudadanos, fuertes, intereses, telégrafos, casi aterró!

Una vez que la gloriosa India existía aún, era necesario que existiese respecto a ella el correspondiente *brío patriótico*. Limpiaron el *viejo brío patriótico* del polvo y de la cal, ¡y cada cual endosó el *viejo brío patriótico!*

Comenzó entonces el movimiento. La Baixa tuvo sus planes heroicos. Los diarios perfilaron de nuevo, en formación, las frases solemnes, de uniforme y peluca, que celebran con un ritmo durmiente el elevado amor a la patria. Se puso en la mano del

infante don Augusto una espada convencional. La propia *Estefanía*, conmovida, dominó sus nervios y su pereza, y partió, llena de brío y agilidad, a salvar el mapa de las posesiones...

Nosotros, entre tanto, reíamos.

¡Oh santo Dios, no era escepticismo, no! Como otros cualesquiera, más que otros cualesquiera, amamos este pobre y viejo Portugal. Pero sabemos, dignos señores míos, que una sublevación militar en la India es una cosa tan insignificante y efímera como un mitin civil en el reino.

El grueso del ejército de la India está compuesto de indígenas: *moros, canarinos, banianos* y *gentíos*. Estos nombres melodiosos designan castas; y las castas en la India conservan aún todo su viejo e irreconciliable separatismo. Las castas se desprecian, guerrean y no se funden nunca por completo. Casi no se comunican. Si un *baniano* toca el jarro poroso de un *canarín*, ¡el *canarín* estrella en una esquina el desventurado jarro! Estas hostilidades nada las disipa: ni las promiscuidades inevitables del cuartel, ni los rigores igualitarios de la disciplina. De modo que el ejército, formado por esos elementos antipáticos, que no se unen, que se maldicen, y donde sólo hay el contacto material de los hombres en una fila, no tienen unidad ni cohesión.

Además de esto, todas las castas tienen costumbres fatales, horas irremisibles. Está el soldado *gentío* de guardia: si llega la hora de su arroz y no se lo traen, suelta tranquilamente su fusil, y con las manos a la espalda se va al cuartel a chillar contra el ranchero; si llega la hora de la ablución, tira el arma en un rincón y corre saltando ¡a ponerse en cuclillas a la orilla del mar! Y no hay severidades ni castigos que alteren estos hábitos orientalmente fatalistas.

La oficialidad de este ejército se compone en su mayor parte de portugueses nacidos en la India, *mestizos, castizos* o *descendientes*. Son los hijos de antiguos deportados, de viejos bastardos de la nobleza india, de oficiales expedicionarios, etc. Además de estos oficiales nativos, hay los oficiales europeos, enviados del continente, los expedicionarios. Estos, por altos motivos que sólo los grandes hombres de Estado, como el señor Barros y Cuña, pueden saber, tienen un sueldo mayor que los oficiales indios. Ahora bien: los oficiales indios, con un celo por las rupias sumamente comprensible, querían tener un sueldo igual al de los oficiales que llegan de Portugal. Por consiguiente, lo solicitan. (Tienen la ingenuidad asiática de presentar solicitudes.) ¡Pero cuando desesperan de recibir despachos de la patria, se permiten, con una variedad más ruidosa, un poquito de sublevación! Sacan algunos batallones a la calle y lanzan el *babadé*. El babadé es un *¡ah!, ¡ah!, ¡ah!* prolongado, aullado, interrumpido por la mano abierta, que golpea rápidamente sobre la boca. ¡Tales son las sublevaciones de la India, oh ciudadanos timoratos!

Para contener este elemento indígena, ¿con qué medios cuenta el señor gobernador general? Según dicen, el señor gobernador general, para la defensa de los grandes intereses portugueses, dispone de la guardia municipal.

Esta guardia ha estado compuesta en todo tiempo de soldados portugueses, a quienes los indios llaman *paquelós*. Los portugueses que van a servir como funcionarios son considerados aristocracia, y se llaman

¡le obligará a la fuerza a ser un hombre inmortal!

¡En Portugal sólo así se pueden conseguir grandes hombres! Hay que obligarlos por un contrato. ¡Ah! Si el Gobierno hubiese contratado con el señor A*** que fuese, por un tanto al mes, un dramaturgo mayor que Shakespeare, ¡no tendría el país la vergüenza de confesar que el señor A*** es un dramaturgo inferior a Guilberto de Pixerecourt! Si el Gobierno hubiera contratado con el señor B*** que fuese un hombre de Estado como Pitt, ¡no pasaría la patria por el vejamen de ver que el señor B*** es, como político, inferior aún a Sancho Panza, rey de Barataria! ¿Qué significa en un país culto abandonar así los hombres a su propia iniciativa? ¿Qué propósito es este de dejar a cada uno en libertad de ser mediocre? ¡El portugués sólo podrá ser inteligente obligado por un contrato, forzado por los tremendos lazos de la ley, amarrado de pies y manos!

¡Que el talento sea impuesto como el servicio militar! ¡Reclútense soldados para el 5.º de Cazadores, pero reclútense también genios para Villanueva de Gaya! ¿Por qué no tenemos un poeta épico? ¿Qué hace el Gobierno? ¿Quiere descuidar la epopeya, como descuida la Hacienda? ¡La patria necesita grandes hombres! ¡Fulmínense penas severísimas a quien no sea un grande hombre!

¡Forzoso es confesarlo! El país está embrutecido; pero la culpa proviene de los poderes públicos. ¡Que se decrete que todo ciudadano válido debe a su país, además del impuesto, un soneto! ¡Que todo aquel que deba presentar documentos, sea obligado a presentar, además del pase militar y del certificado de buena conducta, un artículo de almanaque! ¡Que haya genio obligatorio! ¡Y el país florecerá, y podremos definitivamente esperar que en Matto Grosso empiece al fin a hacer impresión la gran civilización lusitana!

XXXIV

HISTORIA PINTORESCA DE LA SUBLEVACIÓN DE LA INDIA

Septiembre de 1871.

¡Nos habíamos olvidado por completo de la India! Una clara mañana aparece ella violentamente en medio de nosotros, envuelta en un telegrama del señor vizconde de San Januario. ¡En esta ocasión muchos buenos portugueses se admiraron de que la India fuese todavía nuestra! Había ella desaparecido, hacía mucho, de las solemnes pompas del artículo de fondo. Oscura, vieja, arruinada, estéril, doblada sobre sí misma, ¡todos la suponíamos ocupada únicamente, en las distintas brumas, en comer su arroz! ¡La noticia de que ponía aún vitalidad suficiente para sublevarse espantó! ¡La certeza de que había aún allí soldados, ciudadanos, fuertes, intereses, telégrafos, casi aterró!

Una vez que la gloriosa India existía aún, era necesario que existiese respecto a ella el correspondiente *brío patriótico.* Limpiaron el *viejo brío patriótico* del polvo y de la cal, ¡y cada cual endosó el *viejo brío patriótico!*

Comenzó entonces el movimiento. La Baixa tuvo sus planes heroicos. Los diarios perfilaron de nuevo, en formación, las frases solemnes, de uniforme y peluca, que celebran con un ritmo durmiente el elevado amor a la patria. Se puso en la mano del

infante don Augusto una espada convencional. La propia *Estefanía,* conmovida, dominó sus nervios y su pereza, y partió, llena de brío y agilidad, a salvar el mapa de las posesiones...

Nosotros, entre tanto, reíamos.

¡Oh santo Dios, no era escepticismo, no! Como otros cualesquiera, más que otros cualesquiera, amamos este pobre y viejo Portugal. Pero sabemos, dignos señores míos, que una sublevación militar en la India es una cosa tan insignificante y efímera como un mitin civil en el reino.

El grueso del ejército de la India está compuesto de indígenas: *moros, canarinos, banianos* y *gentíos.* Estos nombres melodiosos designan castas; y las castas en la India conservan aún todo su viejo e irreconciliable separatismo. Las castas se desprecian, guerrean y no se funden nunca por completo. Casi no se comunican. Si un *baniano* toca el jarro poroso de un *canarín,* ¡el *canarín* estrella en una esquina el desventurado jarro! Estas hostilidades nada las disipa: ni las promiscuidades inevitables del cuartel, ni los rigores igualitarios de la disciplina. De modo que el ejército, formado por esos elementos antipáticos, que no se unen, que se maldicen, y donde sólo hay el contacto material de los hombres en una fila, no tienen unidad ni cohesión.

Además de esto, todas las castas tienen costumbres fatales, horas irremisibles. Está el soldado *gentío* de guardia: si llega la hora de su arroz y no se lo traen, suelta tranquilamente su fusil, y con las manos a la espalda se va al cuartel a chillar contra el ranchero; si llega la hora de la ablución, tira el arma en un rincón y corre saltando ¡a ponerse en cuclillas a la orilla del mar! Y no hay severidades ni castigos que alteren estos hábitos orientalmente fatalistas.

La oficialidad de este ejército se compone en su mayor parte de portugueses nacidos en la India, *mestizos, castizos* o *descendientes.* Son los hijos de antiguos deportados, de viejos bastardos de la nobleza india, de oficiales expedicionarios, etc. Además de estos oficiales nativos, hay los oficiales europeos, enviados del continente, los expedicionarios. Estos, por altos motivos que sólo los grandes hombres de Estado, como el señor Barros y Cuña, pueden saber, tienen un sueldo mayor que los oficiales indios. Ahora bien: los oficiales indios, con un celo por las rupias sumamente comprensible, querían tener un sueldo igual al de los oficiales que llegan de Portugal. Por consiguiente, lo solicitan. (Tienen la ingenuidad asiática de presentar solicitudes.) ¡Pero cuando desesperan de recibir despachos de la patria, se permiten, con una variedad más ruidosa, un poquito de sublevación! Sacan algunos batallones a la calle y lanzan el *babadé.* El babadé es un *¡ah!, ¡ah!, ¡ah!* prolongado, aullado, interrumpido por la mano abierta, que golpea rápidamente sobre la boca. ¡Tales son las sublevaciones de la India, oh ciudadanos timoratos!

Para contener este elemento indígena, ¿con qué medios cuenta el señor gobernador general? Según dicen, el señor gobernador general, para la defensa de los grandes intereses portugueses, dispone de la guardia municipal.

Esta guardia ha estado compuesta en todo tiempo de soldados portugueses, a quienes los indios llaman *paquelós.* Los portugueses que van a servir como funcionarios son considerados aristocracia, y se llaman

fringuis. ¡En la India, el señor Melicio sería un *fringui!*

Esta guardia fué siempre segura, fiel y valiente. Solamente hoy posee la cualidad lamentable de las legiones de Varro: ¡ya no existe! La patria, distraída, se olvidó de renovar los *paquelós*; y la Muerte, con un desdén por las posesiones que nunca le censuraremos bastante, se los fué llevando, y *paqueló tras paqueló*, destruyó en la India todo el poderío lusitano. Hoy, dos o tres compañías de *moros* componen la guardia fiel; estos pobres moros arrastran en el ocio sus zapatos rotos, y estimulan su arraigado patriotismo con aguardiente de banana, ¡bebida alucinadora, que produce la caquexia! ¡Lo que hoy existe, pues, en esa India gloriosa y tradicional, para vigilar y sostener el poderío portugués, es una banda de moros sucios, idiotas y borrachos de aguardiente!

¡Pues bien! Aun así, una sublevación en la India carece de seriedad. Y el motivo es que los oficiales, que para tener mayor cantidad de rupias en su sueldo intentan una rebelión, se encuentran, una vez realizada ésta, singularmente embarazados. Se encuentran *solos*.

En primer lugar, los soldados no van por propio impulso. Divididos en castas, débiles, ignorantes, odiándose, sin tener intereses en común o deseos en común, van únicamente porque sus oficiales, en el primer momento, los han mandado que fuesen. *Así es*, como ellos dicen. Si contra ellos, sin embargo, apunta un fusil fiel, como están allí, no en virtud de la sublevación suya, sino por obediencia a la sublevación ajena, se dispersan.

Y, además, los oficiales sublevados no tienen rancho que darles. El pueblo se mantiene indiferente, sin adhesión ni simpatía. Los que poseen alguna rupia, la esconden durante esos días; los que tienen arroz en sacos, lo esconden. Nadie confía una hilacha a un oficial sublevado. Al segundo día de desorden, cuando llega la hora del rancho, los oficiales ¡sólo tienen para dar a los soldados palabras de entusiasmo! Los soldados —nunca podremos comprender por qué—prefieren el arroz a la retórica; y empieza la desbandada.

Además de lo cual, en el ejército indio no hay pólvora ni municiones... ¡Casi no hay armas!

Por otro lado, a la más pequeña insurrección, la disciplina, ya extraordinariamente relajada, desaparece sin el menor pudor; y las diversas castas aprovechan los ocios de la sublevación para apalearse con fervor.

Añádase a esto que los oficiales de la India no tienen instrucción ni táctica; no son capaces de ordenar una marcha hábil, de formar un campo atrincherado, de prestar un apoyo estratégico a la sublevación.

Al cabo de dos días de gritos y de *babadé*, se hallan en esta situación triunfal: sin punto de apoyo, sin adhesiones, sin rancho, sin municiones, sin dinero, sin disciplina. Si el gobernador general lanza un bando, que, al son del tambor, propone la amnistía, ¡cada cual lanza un *¡ah!* de satisfacción y de alivio, y vuelve a su cuartel! ¿Y aún tenéis miedo, patriotas de la Arcada?

Y no se debe olvidar tampoco esta circunstancia: el indio de nuestras posesiones es de una debilidad gelatinosa.

Anémico, menudo, asustadizo, consumido por el sol, mal alimentado con arroz, el indio cae de bruces por una caricia en el rostro, y muere por una palmada en la espalda. Es de una debilidad comprometedora. Las personas sin experiencia e impacientes hacen un prodigioso consumo de indios. Un empujón, y el indio cae en la eternidad. ¡No hay, quizá, juez alguno en Goa que no haya, con su mano seria y jurídica, asesinado a algún indio! Se le da un golpecito leve en el hombro al indio, tambaléase, suspira, ese día come poco, y al siguiente se tumba en el suelo, gimiendo, empieza a beber mucha agua y muere.

Además, el soldado indio apenas oye el nombre de *paqueló*, tiembla. Ahí viene el *paqueló*, ¡y huye! Ve al *paqueló*, y se tira de bruces, ya moribundo.

Hace tiempo, en Mapucá, un regimiento de cuatrocientas plazas se sublevó. Salió a la calle y fué a hacer *babadé* ante la casa del comandante. Este, en el balcón, tomaba café en zapatillas, y entre sorbo y sorbo, despacioso, exclamaba, dirigiéndose al regimiento insurrecto.

—¡Ah! ¿Os habéis sublevado?

Y después, hacia dentro, al criado:

—¡Más azúcar!

Continuaba:

—Bueno, ya os hablo. —¡Una cucharilla! —¿Esa es vuestra disciplina, bellacos? —¡Trae acá la pipa! —¡Pues seguid, que ahí vienen los *paquelós!* —¡Lumbre!...

El regimiento vacilaba. En esto apareció en una pequeña loma, a distancia, el teniente Bruno de Magalhaes, que venía con veinte *paquelós* a dominar a los cuatrocientos rebeldes. Los cuatrocientos rebeldes, sólo con ver a lo lejos los veinte *paquelós*, se dispersaron, gritando. ¡Ni siquiera se llegó nunca a saber por qué se habían sublevado!

Sin embargo, oh hombres de Estado, podéis decirnos:

—Pero ¿y si Inglaterra echa leña al horno?

¿Inglaterra? ¡El día, señores míos, en que Inglaterra mandase un soldado a la frontera de la India portuguesa, todo el territorio indio, *mestizos, canarinos, descendientes*, todas las castas, todas las debilidades, se levantarían con un solo ímpetu. Pueblo y tropa en la India lo quieren todo, menos al inglés.

El pueblo no quiere al inglés porque en nuestro régimen vive en la ociosidad, en la indolencia, en su amada inmundicia; y si fuese inglés, el cipayo vendría a obligarle, a golpes de *courbach*, a ser civilizado y trabajador.

Y el soldado indio detesta al inglés porque bajo nuestro régimen puede aquél ascender hasta mayor; y bajo el régimen inglés ¡no ascendería ni a cabo!

Ahí está la razón de por qué una sublevación en la India carece de importancia ¡y de por qué han sido tan superfluos vuestros fervores patrióticos!

¡Entre tanto, es indispensable que estos sustos acaben! El país está débil y enfermizo, y estas conmociones le matan. ¡Hace poco, Macao; ahora, la India! ¡Que las colonias nos dejen respirar! Que se subleven, sí, pero con intervalos, sin coincidir. Que se abra incluso un registro en el ministerio de Marina. ¿En septiembre del 71 se sublevó la India? Pues bien: sólo hasta septiembre de 1872 le será permitido a Timor sublevarse.

La India no sirve más que para darnos disgustos.

Es un pedazo de tierra tan escaso, que se recorre a caballo en un día. Los pequeños poblados se desmoronan entre inmundicia; no hay en ellos movimiento ni iniciativa; el único cultivo es el arroz, que expor-

tan a cinco para importarlo a ocho; la única industria, hacer *olas*, que son unos trenzados de palmera con que se levantan los *pacaris*, pórticos coloridos y frescos que sombrean las ventanas; no existe ningún comercio; los tributos abruman; dos o tres hombres ricos, Jossy y dos más, a quienes se ve en los rellanos, descalzos y sentados con las piernas cruzadas, comiendo su arroz con la mano, tienen el dinero enterrado, y cuando se les garantiza un elevado rédito, buscan y prestan; las escuelas son una ficción grotesca; las carreteras son la espesura del matorral; la higiene es obra de los perros, que lamen las inmundicias en la calle; la vigilancia se realiza por cada cual con su bambú; una intriga sorda y rastrera agita a indígenas y a europeos; el libertinaje posee el ardor del clima; los soldados se emborrachan con aguardiente; y, entre tanto, viejas ruinas que se desmoronan bajo las mordeduras del sol, escondrijos de cuervos, recuerdan nuestras glorias y cubren el suelo de caliza. Tal es la India portuguesa.

En otro número de *Las Banderillas* indicamos, respecto a las colonias, esta gran mejora: ¡venderlas! Se nos ocurre otra mejor aún con respecto a la India: ¡regalarla!

Y en cuanto a glorias nacionales, ¡contentémonos con el barítono Lisboa y con el señor Arrobas, y es ya bastante gloria!

Conservamos únicamente la India porque se trata de una gloria del pasado. ¡Oh señores míos, también don Juan I es una gloria, y no seguimos abrazados a su sepulcro, sollozando y gimiendo!

El pasado es bello y heroico, bien; ¡pero cuando el pasado pretende anteponerse a los intereses del presente, el pasado es una rémora! Sería en verdad impertinente que una rosa mustia tuviese la pretensión de estar en el ojal de nuestro gabán; que una pomada rancia del año pasado se atreviese a querer alisar nuestro pelo; ¡y que el esqueleto de la mujer amada intentase aún darnos besos!

¡Si podemos vender la India a los ingleses, vendamos la India, por Dios! Y en cuanto a las glorias de Diu y de Damao, si quieren conservarse en la Historia y en la pompa de la epopeya, quietitas y calladitas, tendrán nuestra consideración. Pero si, cuando se trate de negociar, se interpusieran con recuerdos importunos, les diremos insolencias y querremos darles de culatazos. ¡Fuera de aquí, tercas! ¡Volved al sepulcro y al polvo de las crónicas!

Don Juan de Castro sirve hoy tan sólo para que los chicos de latín hagan temas en provincias. ¡Ten paciencia, glorioso varón! Sobre tus soberbias hazañas, nuestro tiempo científico, positivo y racionalista, sólo tiene esto que decirte: «Cumpliste sublimemente, mi viejo don Juan, los deberes de tu tiempo conforme a las ideas de tu tiempo. ¡Duerme ahora tranquilo tu gran sueño, y deja que nosotros, conforme a las ideas de nuestro tiempo, cumplamos los deberes de nuestro tiempo!»

XXXV

LA POLICÍA

Octubre de 1871.

Salíamos del Antony. Un poco delante de nosotros, subiendo la calle Nueva del Carmen, iban conversando dos españoles, anchos de espaldas y fornidos. En lo alto de la calle, al fondo del Chiado, unos fadistas, en grupo ruidoso, tocaban la guitarra.

Al pasar los dos españoles, los fadistas empezaron a mofarse, y para variar un poco sus diversiones, abofetearon a uno de los españoles. El otro, entonces, sorprendido, alzó la mano, y, con un vigor castellano, repartió alrededor algunas bofetadas sonoras y fulminantes, que hicieron rodar por el barro a los endebles guitarristas.

En esto, una patrulla de vigilancia que bajaba por el Chiado vino pasito a paso, formó un cerco y, cogiendo los fusiles por la culata, empezó por largar sobre las costillas del español un golpazo horrible, que lo dejó deshecho, sofocado, jadeante. En aquel momento chillaba ya un fadista, descalabrado por otro culatazo municipal. Ninguno fué detenido. Uno de los soldados quejábase después ¡de haber estropeado el arma!

*

Respetemos, sumisos, este procedimiento policíaco.

El redactor de uno de los más ágiles diarios de Lisboa nos contaba poco después en la Redacción que había visto el día anterior algunos guardias ante un hombre accidentado, tratar de hacerle recobrar el conocimiento a fuerza de puntapiés en la cabeza; el hombre se revolvía en el suelo, y los guardias, entonces, le daban puntapiés en el estómago. Tal vez la Medicina no siga por completo ese sistema para curar a los accidentados; entre tanto, los guardias tienen esa opinión terapéutica, y nosotros no podemos discutir a nadie el derecho a disentir, en cuestiones científicas, de la Escuela Médico-Quirúrgica. El síncope tratado por la paliza es una teoría. ¿Buena? ¿Mala?... En todo caso, respetable.

Nos parece solamente, en vista de que la Policía posee ese método específico, que, sin duda, cree provechoso, puesto que lo usa, que no le costaría mucho un pequeño trabajo más: que el Gobierno la encargase el tratamiento de los ciudadanos enfermos. Nos ahorraríamos así el gasto de la Escuela de Medicina. Cuando alguien se sintiese enfermo, llamaría desde la ventana al guardia de la esquina, y este benemérito, después de tomar el pulso y reconocer la autenticidad de la dolencia, se arremangaría los pantalones, mandaría poner al doliente en postura ¡y lo molería a puntapiés!

Una economía semejante se nos ocurre con respecto a la Guardia municipal. Culatazos como los que vimos repartir, con un ruido sordo y gimiente en las espaldas de los ciudadanos, pueden muy fácilmente matar a un hombre débil, que padezca del pecho, de una lesión, de un aneurisma o de un vicio de conformación. ¡Con esto, sin embargo, no queremos decir que la patrulla no tenga facultades para matar a culatazos a los ciudadanos que alborotan por las calles! Sería ése, incluso, el medio más eficaz de instaurar en la ciudad una paz inalterable. El ciudadano tendido muerto, con el espinazo partido o el cráneo abierto, a los pies del municipal, da las mayores garantías de su sosiego y cordura. Y, ciertamente, la mejor manera de llamar al orden a un ciudadano es hacerle ingresar en el cementerio.

Pero, entonces (¡economía!), suprimamos los tribunales. Vuélvase definitivamente la magistratura al seno de sus familias y de sus tosta-

das. No es necesario que haya un juez para juzgar a los ciudadanos ¡cuando la Guardia municipal se encarga previamente de deshacer a esos ciudadanos a culatazos! El más sutil magistrado se quedaría pálido de confusión si le presentasen el cuerpo despedazado de un camorrista ¡para que le interrogase! Y ¿cómo podría un cadáver pagar una multa? ¡Ahorremos a la justicia estas colisiones vejatorias!

XXXVI

UNA NUEVA PENALIDAD

Octubre de 1871.

El *Diario de Noticias,* periódico que impone a sus corresponsales la costumbre de las informaciones escrupulosas y serias, insertó recientemente una carta de Gouveia, en que era narrado este caso:

«Un marido mata a su mujer, la despedaza, es detenido y condenado...»

¡Fíjense bien! Y condenado «...¡a barrer las calles de Gouveia!»

En modo alguno queremos limitar a los maridos su derecho a despedazar a sus mujeres. Son menudencias domésticas en las que no intervenimos. No se dirá nunca que *Las Banderillas* se introduce indiscretamente en el seno de las familias. Que los maridos, cuando les convenga, para mejor organización de su hogar, partan en trozos a sus mujeres, ¡cosa es que ni nos escandaliza ni nos alegra! Tal vez no imitásemos ese ejemplo: no por parecernos fuera de las atribuciones maritales, ¡sino por figurársenos excesivamente penoso hacer picadillo a una consorte estimada! Y entendemos que cuando un marido se siente dominado por el deseo invencible de partir algo, ¡resulta más sencillo ir a la cocina a trinchar el rosbif que a la alcoba a despedazar a la esposa!

No nos espanta tampoco el castigo infligido por el meritísimo juez de Gouveia. No tenemos el honor de conocer Gouveia. El Código, es cierto, señala una pena distinta, no previendo ese castigo de barrer las calles de Gouveia, castigo, por otra parte, completamente local. Pero ¡quién sabe si no será una tremenda penalidad limpiar las calles de Gouveia! Tal vez, incluso, el juez, por parecerle insuficiente el destierro perpetuo, recurriese al exceso arbitrario de entregar a aquel facineroso al suplicio inmenso de limpiar las calles de su pueblo! Bien pudiera ser que ese marido esté cumpliendo una condena pavorosa, y que le debamos compadecer más que a los infelices que su majestad Alejandro II de Rusia (que Dios guarde muchos años en prosperidad y gloria) ¡manda trabajar, a latigazos, en las minas de Orilieff! La inmundicia de la provincia tiene sus secretos. Limpiar las calles de Gouveia será, tal vez, la pena que adopten en el futuro, en sustitución de la de muerte, los códigos europeos. ¡Qué gran honor, amigos míos, para la porquería nacional!

Pero se nos ocurre una cosa: y es que, de ahora en adelante, barrer las calles deja de ser un empleo municipal, y empieza a considerarse una pena infamante. Y puede suceder que los señores barrenderos de Lisboa, no queriendo, por una susceptibilidad exagerada, pasar por haber asesinado a sus esposas, ¡depositen con gesto desdeñoso el carro de sus basuras en las manos desconcertadas del Ayuntamiento! Por otro lado, dada esta *grève* (1), ningún ciudadano querrá encargarse de limpiar las calles. Hay gente tan meticulosa, tan llena de escrúpulos, que se sentiría molesta de que los vecinos sospechasen que había empleado el trinchante en la persona de su consorte. La única persona que se atrevería a barrer las calles sería aquella de quien no se pudiera sospechar un crimen, aquella que fuera declarada irresponsable por una ley del reino. Y no hay más que una en ese caso. El jefe del Estado. Ese es el único que podría barrer las calles sin que a nadie se le ocurriese pensar que andaba por allí con la escoba por sentencia de un tribunal. Ese es irresponsable; no comete crímenes, ni sufre penas. Pero sería realmente atroz que su majestad se viese obligado, después del teatro, a ir por esas callejas, melancólicamente seguido de su corte, ¡empujando, escoba en puño, hacia adelante, entre nubes de polvo, la porquería de sus vasallos!

*

Que la justicia, pues, nos aclare estos puntos: si limpiar las calles es una nueva penalidad, y si, a cambio de cuatro escobadas, cualquier ciudadano puede tener la ventaja de despedazar a su esposa; si la inmundicia especial y pavorosa de las calles de Gouveia hace realmente esa pena igual a la de destierro; o si el juez de Gouveia entiende que matar a la esposa es un acto tan meritorio que merece un empleo remunerado por el Ayuntamiento. Esperamos, modestos y respetuosos, la respuesta de los poderes públicos.

(1) Huelga, en este caso. *Sic* en el original.

XXXVII

LOS MISIONEROS Y EL RAMO DE SU NEGOCIO

Octubre de 1871.

Algunos diarios han contado este mes, con ingenua indignación, que en la devota ciudad de Braga unos cuantos misioneros vendían a los fieles *cartas inéditas de la Virgen María.* Estas cartas, según parece, estaban dirigidas, unas a personajes de los tiempos evangélicos, y otras, más especialmente, a ciudadanos de Braga. Se rumorea que los editores de esa correspondencia inesperada de la Madre de Jesús han obtenido un lucro excelente.

El comercio de la reliquia piadosa es la ocupación usual de los señores misioneros. Un sabio profesor de la Universidad de Coimbra nos contaba, hace poco, que había presenciado en Traz-os-Montes una singular ocurrencia: un misionero llegó allí con un gran equipaje de *rosarios, sudarios, trozos de la Santa Cruz, fragmentos de la túnica,* etcétera. ¡Pero el descuidado, el imprudente, no traía dependientes! De tal suerte, que tuvo que contentarse con dos que le proporcionó un comerciante de paños. Estos dos hábiles vendedores al por menor, colocados a la puerta de la iglesia en las tardes de sermón, ante unos puestos de feria adornados con tapetes bordados y llenos de reliquias, dirigían activamente su pío negocio. El que entraba en la iglesia, compraba con unción. Y, entre tanto, el misionero tronaba desde el púlpito. Contar aquí lo que él declamaba con su vozarrón ordinario no nos es posible, a fin de que estas páginas no sean consideradas tan picarescas como las de las memorias de Faublas.

Y mientras, una inquietud atormentaba a ese pío varón. No sabía la cuenta exacta de las reliquias que había entregado a los dependientes, ¡y tenía en ellos una confianza poco evangélica! De modo que adoptó este recurso triunfante. Al final de cada sermón exclamaba:

—¡Ahora se bendecirán las reliquias! ¡Quien tenga rosarios de Nuestra Señora, que los levante en el aire!

Los fieles que se habían provisto de aquella especie la levantaban con fervor. El misionero, entonces, como absorto en un éxtasis, contaba con los ojos, rápidamente, a vuelo de predicador, los rosarios. Después los bendecía. Pasaba en seguida por el mismo procedimiento extático a contar las otras reliquias. Y cuando salía de la iglesia cotejaba sus apuntes mentales con los resultados monetarios de la puerta. Los dependientes eran honrados, y este hombre hizo un buen negocio. ¡Que Dios le proteja y la Policía no le moleste!

A nosotros nos parece todo esto sumamente normal. Sólo desearíamos saber: si los señores misioneros son exclusivamente comerciantes, que de pasada, y por añadidura, también pronuncian sermones, o si son sacerdotes que para ocuparse de alguna cosa más se dedican también al negocio.

En el primer caso, siendo comerciantes, que, además, pronuncian sermones, encontramos perfectamente inútil que a continuación de haber efectuado su comercio quieran demostrar su elocuencia. Un comerciante que después de vendernos una pieza de tela nos recitase una oda de su cosecha, sería alevosamente impertinente. Juzgamos, pues, disculpable que los señores misioneros, una vez recogida en la plaza su ganancia, suban al púlpito a lanzar su retórica.

¿Qué están haciendo? ¿Andan difundiendo la palabra de Dios? Pues, entonces, si existen en Portugal villas o aldeas no convertidas al cristianismo, ¿en qué piensa el Gobierno que no envía sus huestes a rechazar al infiel? ¿Es morisca Bajoica de Riba? ¡Que se expulse de allí al adorador de Mahoma! Pero si Bajoica es ya cristiana y católica, ¿qué tienen que hacer allí los misioneros? Los antiguos padres de las misiones, educados en la tradición apostólica, iban a China, al Japón y a la India, en viajes maravillosos; enseñaban el Dios nuevo y morían en el tormento. Estos señores, ¿qué van a hacer ahora, en diligencias, a Tudela, o en ómnibus, a Mafra? ¿No tiene cada parroquia su párroco, sus pláticas, sus misas, su culto? Si los misioneros no van allí más que a enseñar la religión que allí se predica, son evidentemente inútiles; si van a enseñar una nueva religión, que la Policía del Estado los condene, porque no está permitido alterar la religión del reino.

¡Acudid a esto, doctores en Teología! Y si los señores obispos entienden que es necesario que los misioneros fortalezcan la fe debilitada de las parroquias, ¿entonces qué se dirá de sus ilustrísimas? ¿Por qué consienten sus ilustrísimas en sus diócesis un clero colacionado tan incompetente, que así deja debilitarse la religión y que hace necesario que, para fortalecerla, ande constantemente recorriendo el país un clero errante? Nos parece, pues, inútil que los señores misioneros, después de haber hecho su negocio, prediquen sus sermones.

Sin embargo, en la hipótesis del segundo caso, si son sacerdotes que acumulan un pequeño negocio de reliquias, entonces se presenta una objeción grave: todo comerciante que atribuye al objeto que vende una calidad superior para hacerlo valer, usa de fraude y está incurso en las penas legales.

La ley, que no puede impedir la simplicidad y la credulidad, las pone al abrigo de los explotadores. Aún no hace mucho, un hombre que vendía camisetas de lana roja, declarando que tenían el privilegio de curar repentinamente el reuma más rebelde, fué debidamente denunciado y multado.

Por consiguiente, todo misionero puede bajar del púlpito y acudir a la plaza a vender rosarios, imágenes, litografías de santos, etc. Está en su pleno derecho civil. Pero si, utilizando su autoridad sacerdotal, ese hombre asegura desde el púlpito, invocando a Dios y bajo la garantía de su misión religiosa, que esas reliquias le fueron entregadas por un ángel, y curan las enfermedades, hacen volver al amor a los maridos descarriados, sanan la esterilidad, libran de tentaciones, y que recae un castigo sobre quien no las compre, ese hombre atribuye al ramo de su comercio un valor sobrenatural y vende como reliquia venida del cielo quincalla de Braga. ¡Cae, pues, como comerciante fraudulento, bajo los rigores de la Policía!

Es lógico. Los periódicos liberales dirán que ese hombre arroja a la multitud a un fanatismo animal; sustituye el respeto a Dios por la adoración imbécil de unos emblemas; hace de la absolución divina una especulación propia; ¡lleva a los hombres a la idolatría! Nosotros nos situamos en el punto puramente legal: ese hombre, diremos, es un comerciante fraudulento.

Todos aquellos que hayan observado las misiones y la venta de reliquias saben, además de eso, que la certeza principal que se da a los devotos es que la reliquia comprada los absuelve de antemano de todo pecado.

De modo que el ciudadano, después de pagar y meterse en el bolsillo su reliquia (rosario, astilla del santo leño, pedazo de sudario, trozo de la túnica de la Virgen) ¡se cree en la gracia de Dios y con permiso para todos los caprichos! De allí en adelante puede reñir en la taberna, apalear al vecino, maltratar a la mujer, robar al que pasa; ¿no tiene él bien guardada en el pecho la reliquia que le absuelve, que salva su alma?

Así, con un mismo acto, el misionero que predica y vende infringe la ley comercial y vulnera la ley civil. ¡Y estos males son aún mucho menores que los que él ocasiona a la ley moral!

XXXVIII

NUESTRA DIPLOMACIA EN 1871

Octubre de 1871.

¡Ciudadanos! Examinemos un poco nuestra diplomacia.

Se quejaba hace tiempo el excelente *Diario de la Noche* de que el Gobierno no publicase los informes de sus diplomáticos, ministros, encargados de Negocios, secretarios, etcétera. ¡Ingenuo *Diario de la Noche!* Es lo mismo que censurar que no se fotografíen los bajorrelieves de una pared lisa. ¿Qué quiere el distinguido redactor del *Diario de*

la Noche que el Gobierno publique? La diplomacia sólo tiene para ofrecer como resultado de sus trabajos de veinte años su papel con membrete en blanco. Si nuestros diplomáticos quisieran algún día enviar a Portugal, en conciencia, debidamente empaquetados, los documentos acreditativos de lo que en sus misiones crearon, organizaron, pensaron, trataron, el Ministerio se encontraría espantado al abrir el bulto: ¡un montón de guantes gris perla en mal uso!

Si a esos caballeros que han sido ministros y encargados de Negocios en Londres, en Berlín, en París, en Madrid, en Bruselas, en Estocolmo, en San Petersburgo, en Milán, en Roma, en Río de Janeiro, en Viena, en Washington, con sus secretarios de Embajada, sus agregados, sus sueldos, gastos de representación, gastos de despacho, gastos secretos, etcétera, se les preguntase con voz impertinente: «¿Cómo han desempeñado ustedes sus misiones? ¿Qué tratados ventajosos han logrado para nuestro país? ¿Qué establecimientos portugueses han favorecido allí? ¿Qué servicios internacionales han regularizado? ¿Qué relaciones sólidas y qué protecciones valiosas han obtenido para nuestra minúscula nación? ¿Qué estudios han realizado sobre la organización e instituciones de esos países? ¿Qué sabios trabajos aconsejan para nuestro progreso? ¿Qué conocimiento han dado a los extranjeros de nuestras instituciones, de nuestro comercio, de nuestra ciencia? Etcétera, etc., etc.» ¡Esos señores, ante tales interrogaciones, se quedarían pálidos de sorpresa! Nuestros diplomáticos ignoran por completo que sean ésas sus tareas. Ningún curso se las enseñó, ninguna ley se las encomendó. Ellos siguen la vieja tradición de que la diplomacia es una regalada ociosidad, bien invitada, bien comida, bien bailada, bien *gantée* (1), bien *voiturée* (2), con buenos sueldos y los viajes pagados. Están allí para ser diplomáticos en la corbata y no para ser diplomáticos en el espíritu; y les parecería un abuso incalificable que los hubiesen nombrado para organizar el cotillón y al final les exigiesen informes. Esos caballeros entienden que el país está bien representado desde el momento en que su cuello es irreprochable... ¡Aunque esos señores están representando una nación y no una camisería! Si ellos están encargados únicamente de mostrar a los países extranjeros la excelencia de nuestros sastres, entonces el país no es el interesado, ¡y que el señor Keil, la maravilla de la costura masculina en Lisboa, los pague! Si ellos tienen solamente por misión mostrar fuera lo bien que baila el país, entendemos que prestarán mejor servicio en su patria; y no atreviéndonos a pedir al Gobierno que los haga volver al Ministerio, pedimos a los señores Valdés y Cossoul, empresarios del San Carlos, ¡que los hagan figurar en el cuerpo de baile!

El país conoce bien nuestra diplomacia; ya la vió a la luz de las candilejas, entre el rumor de la orquesta; ya rió con ella, ya la aplaudió; ella aparecía, espléndidamente real, en la corte grotesca de su alteza la gran duquesa de Gerolstein, poderosa princesa en tres actos. Era el barón Grog. El barón Grog, ¿no se acuerdan? Sólo que nuestra diplomacia no usa trenza y se inclina con menos

(1) Bien enguantada. *Sic* en el texto.
(2) Bien conducida (en coche) o, más genéricamente, con buenos coches. *Sic* en el original.

elegancia. ¡Y el barón Grog conspiraba! ¡Los nuestros, ni siquiera conspiran! ¡El tenía gracia, y los nuestros son lúgubres! ¡El sólo nos costaba el precio de una butaca de patio, y los nuestros nos cuestan muchos miles de duros!

Evidentemente, en la organización de nuestra diplomacia estamos siguiendo un camino imprevisor.

Los documentos que se exigen a un ciudadano deben estar en armonía con los servicios que de él se esperen. No se les exige a los que pretenden ser catedráticos del curso superior de Letras que presenten certificación de saber bailar dignamente el cancán. Ahora bien: si la misión de un diplomático es comer bien, bailar bien, vestir bien, nos parece inútil que se le exijan pruebas de que conoce el Derecho internacional y la historia diplomática! La más vulgar sensatez ordena que sea examinado simplemente acerca de puntos, a tenor de los siguientes: manera más adecuada de ponerse la corbata blanca y sus divisiones; método más fino de comer las ostras; principios generales, aplicaciones; del vals: teorías; cuestiones principales; ejemplos, etcétera.

Así, supongamos que algunos de nuestros más nobles «figurones políticos», el señor Braamcamp, por ejemplo, aspira a una Embajada. Le autorizan a ello su experiencia y su criterio. ¡Que se la den! Pero que previamente sea ese señor examinado en el Ministerio de Asuntos Extranjeros por un jurado competente y recto.

—Tenga usted, señor Braamcamp —dirá el jurado—, la bondad de sentarse ante aquella mesa y de comer ese lenguado frito, para demostrarnos que no le es extraño ese punto de la ciencia diplomática...

Y su excelencia, tomando delicadamente el tenedor, y en la punta de los dedos una cortecita de pan, con los brazos pegados al cuerpo, la cabeza erguida y los ojos bajos, probará su inmensa competencia en tan difícil cuestión.

—Tenga usted ahora, señor Braamcamp, la bondad de valsar un momento por la casa, con donaire...

Y su excelencia, arqueando blandamente los brazos, lanzado en giros graciosos entre las mesas del Ministerio, con la cabeza tiernamente inclinada, la mirada amorosa, la cintura lánguida, probará triunfalmente que ha consultado con mano diurna y nocturna todos los expositores de esa ilustre materia.

(*N. B.*—Para que el concursante no baile solo, se podrá utilizar como dama a un ordenanza del Ministerio, que el examinando cogerá en sus brazos con cariñoso requiebro.)

Y una vez aprobado el señor Braamcamp, u otro caballero, sobre los puntos presentados, el país podría confiarle tranquilo una misión en una corte extranjera, con la seguridad de que sus intereses estarían allí dignamente ¡comidos y bailados!

También se nos ocurre que consistiendo una de las funciones principales de los secretarios de Embajada y agregados en bailar en los bailes del Pazo, la mejor manera de conseguir un personal diplomático verdaderamente superior ¡sería escogerlo entre el cuerpo de baile!

Nadie tendría entonces, entre la diplomacia europea, más gracia y ligereza en los movimientos. Y resultaría honroso para todos que los diarios extranjeros pudieran publicar esta noticia:

«Hoy llegó la señora Pinchiara, antigua primera balarina del San Car-

los, actualmente secretario de la Embajada portuguesa...»

Y que más adelante registrasen, para eterna vanidad de nuestra patria:

«Ayer, la maravilla en el baile de la corte fué la manera adorable con que bailó la señora Pinchiara, secretario de la Legación portuguesa. Parecía un silfo con su vestido de gasa. Se advirtió tan sólo que el señor secretario iba escotado una pizca de más. ¡Es admirable la blancura de su cuello!...»

Nos parece igualmente ventajoso que el concurso para agregado de Legación verse no solamente sobre la ciencia de los concursantes, sino sobre su ropa blanca. Si el deber esencial de un agregado es la solemne exposición de cuellos que se levantan bajo las patillas, de anchas pecheras que se arquean como corazas, y de puños que asoman por fuera de la manga con una riqueza de acero, debe el Gobierno de su majestad utilizar para el servicio diplomático a aquellos que por la belleza y solidez de su ropa blanca mejor representen fuera nuestras instituciones. Y la diplomacia empezará a dar garantías de su eficacia cuando el señor X*** haya conquistado los votos del jurado por el brillo de sus camisas inglesas y por el valor de sus calcetines, y ¡al señor Y*** le hayan eliminado plenamente por haber presentado como única ciencia y experiencia diplomática un cuello ordinario de pajarita!

Con entrañable pena lo decimos: los señores diplomáticos portugueses se visten de un modo al que sólo le falta para ser distinguido ser completamente distinto de lo que es. Esos señores, o se adaptan a la hechura nacional, que tanto impera en la calle de los Fanqueiros, o si no, adoptan el viejo *chic* de bulevar, de tiempos aún del Ministerio Rouher, ¡y que hoy usan únicamente los *pollos* (1) de Madrid! No estaría, pues, de más que existiesen en el Ministerio de Asuntos Extranjeros figurines y modelos, con notas y comentarios, que los señores agregados deberían estudiar antes de encargar su ropa. También se nos antoja imprudente que los señores diplomáticos puedan hacerse un frac sin llevar previamente el corte y hechura a la aprobación de la Comisión diplomática. Igualmente pedimos al Gobierno, en nombre del país, que no deje salir a ningún señor diplomático sin haberle examinado antes ¡las uñas y la caspa del pelo!

Una de las cosas que perjudica a nuestra diplomacia es que no tenga ingenio. Ser ingenioso es ser una mitad de diplomático. La tradición clásica nos muestra a Talleyrand dirigiendo la intriga europea con las finas decisiones de sus buenas frases; modernamente, desde Morny hasta el sombrío señor Bismarck, la diplomacia ha hecho del ingenio casi un método. El ingenio lo mueve todo y no tiene ninguna equivalencia: es la elocuencia de la alegría y el refugio de las situaciones difíciles; salva una crisis haciendo sonreír; condensa en dos palabras la crítica de una institución; disfraza a veces la fragilidad de una opinión y acentúa otras la fuerza de una idea; es la más fina salvaguardia de los que no quieren definirse claramente; quita intransigencia a las convicciones, haciéndoles cosquillas; sustituye a la razón, cuando no a la ciencia; logra una posición en el mundo, y, adoptado como sistema, derrumba un imperio. Y, sobre todo,

(1) En español en el original.

por la vaguedad que presta a la conversación, es el arma verdadera de la diplomacia. Ahora bien, y lo decimos con tristeza: nuestra diplomacia no tiene ingenio. Sería por eso muy útil que el Ministerio de Asuntos Extranjeros examinase a sus diplomáticos, antes de nombrarlos, de algunos *puntos* del tenor siguiente:

—Estando el señor agregado en un salón, si empieza a llover en la calle, ¿qué chiste deberá decir?

—En un palco de la ópera, ¿cuáles son las chirigotas que debe lanzar un secretario de Legación sobre el cuerpo de baile?

Y sería conveniente que el Ministerio tuviese una lista de bromas para todos los usos de la vida, que los señores diplomáticos deberían aprenderse de memoria:

Chistes para baile.

Frases para almuerzo.

Frases para ceremonias religiosas.

Frases para recepciones en Palacio.

Frases para divertir a personajes célebres.

Frases para entierro de personas reales, etcétera.

Contribuye mucho a que nuestra diplomacia no sea brillante el horror que el país tiene a ser representado por hombres inteligentes. No se puede decir que esto provenga del amor de tenerlos en su seno; antes bien, parece que le domina el terror de que ellos van a destruir la reputación de embrutecimiento de que goza fuera el país. ¡La verdad es que cuando algún hombre inteligente va en misión diplomática, los periódicos se enfurecen y la opinión pública silba!

Si alguien se atreviese, por un arrojo absurdo, a enviar en embajada al señor don Alejandro Herculano, ¡la nación se abriría las venas de rabia! Por su deseo, el país enviaría a las cortes extranjeras lechoncillos de Alemtejo. No lo hace porque como es al mismo tiempo avaro y desconfiado, teme que las cortes extranjeras, no pudiendo arrancar a tales diplomáticos secretos políticos, los arrancasen ¡jamones! Por eso mandan hombres. ¡Y sólo por eso!

Al mismo tiempo, al país le gusta pagar barato a su diplomacia. Y abusa en este punto. Quiere una diplomacia bien uniformada, bien bordada; y al final, si le presentan, por tener una diplomacia, una cuenta un poco mayor de la que representa el alquiler de un coche, se escandaliza y grita, invocando a don Antonio, el señor obispo de Vizeu. De modo que un ministro plenipotenciario ¡se ve más embarazado con la lista de compras que con el manejo de la política!

¡Los diplomáticos portugueses tienen fama de agradar en el extranjero por su palidez! Pero no se sabe que su palidez proviene, no de la belleza de la raza peninsular, sino de la debilidad de una Legación mal alimentada. Donde un embajador portugués se detiene más, no es, con respeto, ante las instituciones extranjeras, ¡sino ante los escaparates de las tiendas de comestibles, con envidia! Y si ellos no pueden lograr buenos tratados para el país, es porque andan ocupados en conseguir más rosbifs para el estómago. Y si no fuese por las comidas de la corte y las cenas de los bailes, la situación de diplomático portugués sería insostenible. Aún hemos de ver esta noticia en los diarios extranjeros:

«Ayer, en la calle de *** se desplomó inanimado de hambre un individuo bien trajeado. Conducido a una botica próxima, el infeliz reveló toda la verdad: era el embajador portugués. Se le dieron en seguida unos

biftecs. El desgraciado sonreía, con lágrimas en los ojos.»

¡Que el país atienda a esta desgraciada situación! ¡Que tenga un movimiento generoso y franco! ¡Dé a sus embajadores menos títulos y más biftecs! Disminuya en buena hora sus atribuciones, y auménteles, al menos, la verdura. Ellos piden a su país una cosa muy sencilla: ¡no un palacio para vivir, no un landó para pasear, ni uniformes, ni encomiendas, sino carne! Que el país, en el escalafón del personal diplomático, disminuya los agregados y aumente los bueyes.

¡Que nuestra diplomacia, por otra parte meritoria y simpática, no se enfade con estos trazos ligeros! Sólo hemos querido reír *un brin* (1). Y en esta tierra nuestra, cuando la gente se quiere alegrar y divertir un poco, tiene que recurrir a las instituciones, que son, entre nosotros, *bromas organizadas que funcionan públicamente*.

XXXIX

LOS NIÑOS Y LA IGLESIA

Octubre de 1871.

Jesús, cuando no padecía aún aquella áspera melancolía que le produjo más tarde la presencia de Jerusalén *blanca y dura*, era un afable rabino, que recorría perpetuamente, en el infinito arrobamiento de su ensueño, su tranquila y humana Galilea, unas veces a pie y otras sobre uno de esos borriquillos que tienen los ojos tan grandes y tan dulces y que vienen de la alta Siria. Entraba en las sinagogas, y comentando los viejos papiros de la ley, enseñaba el Dios nuevo. Se detenía en los caseríos, sentábase a las puertas, sobre los bancos trenzados de mimbre, bajo los sicomoros. Las mujeres le daban miel, vino de Safed, y decían: «¡Habla, rabí, habla!» Los niños le cogían las manos, o tirándole de las largas puntas de su *couffie*, atado con una cuerda de pelo de camello, querían ver el fondo de sus ojos. Los discípulos apartaban a los niños. Pero el Maestro murmuraba sonriendo:

—¡Dejad que los niños se acerquen a mí; benditos sean! Saben ellos muchos secretos que los sabios ignoran.

Parece que últimamente el clero no comparte esa consoladora idea de Jesús. El señor párroco de Santos-el-Viejo, el día de los Difuntos, después de la misa conventual, revestido, sobre las gradas del altar, se volvió al pueblo ¡y censuró a las madres que llevaban consigo las criaturas a misa! Y ahí están, finalmente, los niños expulsados de la iglesia, ¡no pudiendo ir, al menos una vez por semana, a alzar sus manitas hacia Aquel que fué antaño, en las sombras de Galilea, su amigo inmortal!

Respetamos profundamente esta opinión católica del señor párroco de Santos-el-Viejo. Es, sin duda, más moral que las madres lleven a sus hijos a las tabernas, y les enseñen cuidadosamente — mostrándoles, en lugar de una cruz, una navaja de punta — esta máxima saludable: «¡Acuchillaos los unos a los otros!» Así se forman los justos. Y sería incluso conveniente que la opinión del señor párroco tuviese una realización práctica: que hubiese en la iglesia, con los niños, la misma vigilancia que hay con los perros, y que al lado del respetable funcionario *ahuyenta-perros*, se hallase, al otro lado de la puerta, el meritorio empleado *ahuyenta-niños*. Y el culto alcanzaría, limpio definitivamente de ladridos de perros y de llantos de criaturas, el más alto grado de pureza.

Realmente, los niños que lloran en misa cometen un desacato. Según afirma la teología casuística, los *manuales de inquisidores*, las *disertaciones de los dominicos* (*Látigos, Linternas, Azotes*, son los títulos de esos libros píos) y, también, según las obras profundas de Nieder, Sprenger, Spina y Bodin, el ilustre legista de Angers, los niños llevan dentro de sí el demonio, y cuando lloran en las iglesias es porque Satanás pretende insultar al culto y al sacerdote. De modo que el señor párroco de Santos-el-Viejo nos parece aún tolerante; porque debería, quizá, con su autoridad de sacerdote y de teólogo, ordenar a las madres que cuando los niños les lloren sobre el pecho en la misa, ¡les despachurren en seguida las cabezas sobre las losas, para ahogar la voz del Maligno!

El señor párroco se refería sólo a los niños pobres. A los niños ricos no les impondría él, sacerdote de Jesús, aquel aristocrático maestro, una expulsión irrespetuosa. Esas madres pobres podrán decirnos tal vez: que son pobres; que no tienen a quién dejar en casa para cuidar de los hijos; que no quieren dejarlos solos en la cuna, llorando en la soledad, o si son un poco mayores, junto a la lumbre, expuestos a caerse en ella, a hervirse, a salir a la calle y a ser atropellados; que, en fin, no se quieren separar de ellos, y que, como son pobres, con escaso pan, desdichadas en este mundo, ¡sólo les queda en la iglesia el sueño consolador de un cielo que compensa! Esto es tal vez así (aunque se nota que tales razones están inspiradas por Satanás). Pero también es cierto que los señores párrocos no pueden ser interrumpidos en su misa por las criaturas enrabietadas, y que es de completa justicia que sean expulsadas de la iglesia, como perturbadoras del orden, de la decencia y del respeto ¡las madres que se atrevan a venir a rezar con sus hijos en brazos!

¡Pobres pequeños! ¡Consolaos! ¡Jesús, vuestro amigo, no es tampoco más feliz! ¡Hace muchos siglos que El intenta levantar la piedra de su túmulo, y hace muchos siglos que su clero echa todo su pecho sobre la piedra para impedírselo!

XL

VISITAS INDISCRETAS ENTRE ESPAÑA Y PORTUGAL

Octubre de 1871.

La Compañía de los Caminos de Hierro está abusando un poco de la amistad impaciente que—a su entender—mantenemos nosotros y España recíprocamente. A cada momento nos facilita entrevistas baratas y tiernas. ¡Sí, seguramente nosotros y los españoles nos amamos entrañablemente! ¡Pero no sentimos la necesidad urgente y ávida de arrojarnos así, cada ocho días, unos en brazos de otros!

La Compañía de los Caminos de Hierro, con intenciones amables y civilizadoras, nos pone en terribles aprietos. Digámoslo rudamente: ¡nosotros no estamos en situación de recibir visitas! Vivimos aquí, en nuestro rincón, sin etiqueta, en zapatillas, y no nos gusta que una gente culta venga a descubrir nuestro moblaje pobre y nuestra conversación simplona.

Tanto es así, que pedimos claramente al Gobierno, en nombre del

(1) Un poco, una pizca, una miaja. Sic en el original.

país, avergonzado y sin arreglarse la barba, ¡que prohiba, bajo las penas más severas, a la Compañía de los Caminos de Hierro que facilite así, con precios baratos, a esa ostentosa España, viajes de recreo entre nuestra miseria!

El país no puede honrosamente consentir que los españoles lo vengan a ver. El país está atrasado, embrutecido, remendado, sucio, aburrido. El país necesita encerrarse por dentro y correr las cortinas. ¡Y es una impertinencia introducir en medio de nuestro total desaliño a huéspedes curiosos, interesados, de miradas sarcásticas!

Imaginemos que mañana llegase ahí, entre el amplio jadeo de la máquina, en uno de esos trenes descarados, una multitud española insolentemente ilustre: estadistas, oradores, generales, literatos, pintores, profesores, arquitectos, periodistas... ¡Qué vergüenza, señores míos, qué vergüenza!

Imaginemos que esos hombres políticos, esos oradores, esos parlamentarios, Sagasta, Martos, Pi y Margall, Zorrilla, Rivero, Castelar, Cánovas, conservadores y revolucionarios, ministros y tribunos, filósofos y dialécticos, van a sentarse, un día de sesión, en la tribuna destartalada de San Benito, y que ven, ¡Santo Dios!, ¡nuestras Cámaras, la nulidad del pensamiento, la ordinariez de la palabra, el abandono de todo decoro, los insultos y los mentís, la postura plebeya y grosera, la ciencia ausente de allí, la intriga que allí abunda, la horrible bajeza de aquella pocilga constitucional!

Imaginemos que estos estadistas conversan con esos que son entre nosotros los estadistas, y ven, ¡vergüenza eterna!, ¡que ignoran la administración, la economía, la historia, las cuestiones contemporáneas, toda idea, todo hecho, y que por única *verve* y por única profundidad saben afirmar que el alcalde de Cabanellas es amigo del herrador de la Cortegaza, y que este compadrazgo pueblerino proporciona cincuenta votos combinados al Gobierno de su majestad!

¡Imaginemos que esos generales que vencieron en Africa y en España estudian nuestro ejército, visitan nuestros cuarteles, examinan nuestro armamento, conversan con nuestros generales!

¡Oh, por piedad! ¡Pensemos que esos profesores pueden entrar en la oscura vergüenza de nuestras escuelas! ¡Que esos jurisconsultos pueden querer ver nuestros tribunales! ¡Que esos arquitectos pueden echar la vista sobre nuestros edificios! ¡Que esos pintores pueden preguntar por nuestras galerías! ¡Que esos hombres de mundo pueden tratar con nuestros dandis y aun ver su *toilette!* ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

¡Ah, señores míos, no consentiremos que esa cruel España, que se levanta, que se organiza, que se engrandece, venga con los lentes puestos y la carcajada pronta, a hacer el inventario jocoso de nuestro rebajamiento! ¡No consentiremos que nos vean! ¡Cerrémonos con llave! Los chinos, en otro tiempo, no permitían que los europeos viesen su esplendor. ¡Seamos la China de la miseria!

Y si por casualidad la Compañía de los Caminos de Hierro, para simular que tiene viajeros y movimiento, necesita imprescindiblemente hacer pasar la frontera a algunos turistas curiosos, entonces, al menos, que sólo dé asiento en sus viejos vagones a aquellos ante quienes no sentimos vergüenza, y con cuyas civilizaciones podemos competir: ¡Cafres, patagones, lapones, abisinios, etíopes, tártaros y hotentotes!

Estaremos, entonces, en familia.

España, sin embargo, la garrida España, es la que parece desear hondamente que nosotros los portugueses examinemos de cerca su *salero* (1) político, económico, artístico, religioso y teatral; porque, con una originalidad cómica, que excede a todo cuanto contaron las novelas picarescas del siglo XVII, ¡España condecora a todos los portugueses que realizan el arrojado intento de ir a Madrid! ¡Sin distinción, sin selección! El viajero portugués llega, el dueño de la fonda le trae el chocolate, y un ujier del Palacio real, la encomienda. O porque España desee compensar las molestias y fastidios de ir a ver su capital, o porque el rey Amadeo, que nunca ha sido visitado por la aristocracia española, se conmueva hasta el llanto y hasta la condecoración cuando se digna ir a verle la burguesía lusitana, el portugués que llega recibe en pleno pecho, sin previo aviso, sin un *¡agua va!*, ¡una encomienda y un diploma enrollado!

Ya se conoce de antemano esa merced. Se puede incluso telegrafiar así a Madrid: «Hotel de los Embajadores, calle San Jerónimo.—Para el señor Moreto, propietario del mismo. Llego mañana; prepáreme cuarto y la encomienda de Carlos III» (2).

Podía, incluso, para mayor claridad, figurar la condecoración en la cuenta de los hoteles:

Garbanzos	1 duro (3).
Gran Cruz de Isabel la Católica...........	Gratis.

Dicen que el Gobierno español decidió condecorar así a los que toman billetes de primera y segunda clase para Madrid, con el único fin de favorecer a la Compañía de los Caminos de Hierro.

En tal caso, era más cómodo entregar, sin más, la condecoración en la estación de Santa Apolonia.

—¡Un billete de segunda y la condecoración!—gritaría el viajero en la ventanilla del despacho de billetes.

Y la Compañía le pondría la etiqueta de salida en un lado del saco de noche y la encomienda en el pecho del frac. ¡Y el señor comendador entraría en su departamento!

Hay, evidentemente, dos intenciones delicadas en ese profuso reparto de condecoraciones: la *primera*, es compensar las cuentas de los hoteles. Después de la guerra de Marruecos, aquellos que podían mostrar una cicatriz se presentaban en la secretaría del Ministerio de la Guerra y recibían la *medalla de Africa*. Ahora, según parece, después de estar algunos días en Madrid, los que pueden mostrar, no una cicatriz, sino la cuenta de un hotel, reciben en el Ministerio de la Gobernación ¡la encomienda de Carlos III! ¡En ese caso estamos nosotros! Tenemos una cuenta de la Fonda de Madrid, en Cádiz, plaza de San Antonio, ¡innumerable en *garbanzos* e innumerable en *duros!* ¡En buena lógica, no puede dejar de dársenos una capitanía general! ¡Y todavía perdemos!

La *segunda* intención es premiar a los que viajan. Pero, entonces, ¿qué

---

(1) En español en el original.
(2) *Sic* en el original lo de «Calle de San Jerónimo», en Madrid.
(3) *Sic*, igualmente en el original esto de «Garbanzos, 1 duro», con lo cual quiere referirse, sin duda, Eça de Queiroz, a nuestro madrileño «cocido». Como verá el lector, un poco más abajo vuelve a decir el autor, hablando de la cuenta de una fonda, gaditana esta vez, «innumerable en garbanzos», en lugar, seguramente, de «en cocidos».

honores se reservan para aquellos que van más allá de Madrid? ¿Qué grandes cruces se otorgan a quienes van a Barcelona? ¿Qué títulos nobiliarios esperan a aquellos que llegan hasta las Vascongadas?

Porque, en fin, si uno de nosotros se presentase ante su majestad don Amadeo y le hablase de esta guisa:

—¡Real señor! Vuestro humilde servidor ya fué a España, de allí a Malta, después a Egipto, luego a la Arabia, después a Palestina y a Jerusalén; cruzó los montes de la Judea, peregrinó hasta el Jordán, subió a Siria, visitó el Líbano...

... Su majestad don Amadeo no podría dejar de bajar las gradas del trono y de gritar, conmovido:

—¡Viajero de esa clase, reina sobre los españoles!

¡Gloriosa España, bromista España! A Cristóbal Colón, que hizo el viaje maravilloso y llegó al Nuevo Mundo, le diste un poco de paja para que muriese en una mazmorra; a quien emprende el viaje a Madrid y llega a la *calle Real* (1), ¡le das una encomienda de plata, gloriosa España, bromista España!

Estábamos muy engañados con los méritos humanos. Nuestro talentudo amigo Piñeiro Chagas ha sido, desde su más lejana juventud, un trabajador. Periodista, poeta, novelista, historiador, dramaturgo, crítico, siempre ante su mesa de trabajo con el valor de quien está en una trinchera, ha despertado bellamente con su vigorosa pluma nuestra curiosidad indolente. Ningún Gobierno le puso nada en el pecho, ni un botón de rosa en el frac. ¡España no pensó nunca en darle los buenos días! Piñeiro Chagas tiene un día la ocurrencia de meterse en un vagón del tren. ¡Y el Gobierno español despierta, se fija en su pecho, y, con un grito amoroso, le clava la placa de Carlos III!

¿Qué ilación existe en esto? Que, a los ojos del Gobierno español, el mayor hecho que puede realizar un varón contemporáneo no es hacer un gran libro, ganar una gran batalla o descubrir una gran máquina, sino tener el sobrehumano arrojo de ir a Madrid. ¿Hay nada más humillante para Madrid? ¡Es dar una pavorosa idea de una capital considerar como un acto de valor el ir a ella! El doctor Levingstone, que ha viajado por los desiertos desconocidos, las ásperas mesetas, los ríos bárbaros, las tribus antropófagas, es grande, pero le falta la hazaña suprema: ¡ir al mediodía a la calle de Alcalá!

Y nosotros, los portugueses, llevando a nuestros hijos de la mano, cuando encontremos más adelante a alguno de los heroicos viajeros de Madrid, diremos a nuestros descendientes:

—¿Ves, hijo mío, aquel señor condecorado, moviendo su bastón?

—Sí, papá.

—¡Admírale, pequeño, imítale! ¡Ese hombre sublime, en un momento de valor, sin importarle la vida, lleno tan sólo de la fe en Dios y del amor a la Humanidad, tuvo un día el valor febril, la osadía atolondrada, de tomar el tren y de ir a Madrid!

¿Queréis saber, amigos, cómo empezará el nuevo poema que más tarde o más temprano ha de hacerse sobre los *Nuevos Lusiadas?* Comenzará así:

Celebro a los varones señalados
que de la playa occidental marcharon,
en «vagones» jamás utilizados,
y más allá de Badajoz pasaron...

(1) *Sic* en el original.

XLI

LOS CUMPLEAÑOS DEL REY

Octubre de 1871.

Reapareció o continuó—no lo sabemos—en el teatro de San Carlos una antigua costumbre de todo punto perjudicial para los intereses de la monarquía.

Consiste ésta en que, en los días de gala, cuando su majestad está en su palco, de gran etiqueta, con el aparato cortesano, los espectadores no pueden aplaudir, ni *patear*, ni mostrar su opinión.

Esta costumbre—venida de los tiempos antiguos, en que en presencia del rey el vasallo debía estar sin ideas, sin gestos, tieso y anulado—es bella. Pero autoriza ciertas consecuencias lógicas: pudiendo el espectador aplaudir o desaprobar cuando su majestad ocupa su pequeño palco de terciopelo color cereza, y no pudiendo hacer ruido cuando su majestad se presenta en ese otro palco de gran pompa, bajo el esplendor de las arañas, ¡se infiere que el rey sólo es respetable cuando está de gala!

¡Por tanto, a medida que su majestad va saliendo del ceremonial de gala, va disminuyendo nuestro respeto hacia él!

Cuando su majestad se muestra en el palco grande, estamos humildes y callados.

Cuando su majestad, en los días sencillos, ocupa su palquito, perdemos un poco el respeto y empezamos a armar barullo.

(¡Y esta lógica no acaba en sus conclusiones!)

Cuando su majestad sale de su palco y va humanamente a meterse en su coche, como la etiqueta disminuye aún más, nuestro respeto disminuye también, y pasamos, con una libertad creciente, a dirigirle cuchufletas.

Cuando su majestad, dentro de su cupé, enciende el puro, como el ceremonial es menor que en el momento anterior, el respeto es menor también, y comenzamos entonces, con una intimidad ya irrefrenable, a tirarle cebollas.

Si viésemos a su majestad comer unos filetes, nuestro respeto estaría a punto de acabar, y empezaríamos a darle papirotazos en la oreja.

Si le viéramos en bata, el respeto habría terminado ya, y brincaríamos sobre sus reales hombros, espoleando sus reales costados.

¡Y esto no conviene realmente a la monarquía!

Porque, en fin, de ese modo, su majestad no tiene otro recurso para hacerse respetar en absoluto que permanecer eternamente en el palco de gran gala.

Y sería cruel obligar a su majestad a dormir en el palco de gran gala, a tomar el baño allí, a pasear allí a caballo, a cazar libres desde allí y a viajar por las provincias en ese palco.

¡No, portugueses, no lo consintáis!

¡Que los poderes públicos, pues, sean generosos, y que se permita al patio de butacas, hasta en los días de gala, tener opinión! No aplaudir, estar serio, taciturno, lúgubre, significa tal vez el respeto; pero puede confundirse también con el desagrado, con el tedio.

Y resultaría triste que al preguntar un extranjero:

—¿Por qué está la sala tan malhumorada?

Hubiese que contestarle:

—Porque cumple años su rey.

XLII

PESCADORES PRESOS POR NO SER JURISCONSULTOS

Octubre de 1871.

En Foz fueron detenidos veinte pescadores por usar redes de barredera.

El señor juez correspondiente metió a los pescadores en la cárcel, con las familias llorando detrás; los barcos quedaron embargados, el pescado incautado fué subastado, y el dinero, cuidadosamente depositado en el Juzgado.

Entre tanto, en Egipto, en tiempos de Mehemet-Alí, aun después de 1820, los cadíes (autoridades locales), que, por violencia de temperamento, por imbecilidad o por explotación, vejaban al obrero, al *fellah*, eran clavados a una puerta por las orejas, como murciélagos, y allí permanecían dos días, colgados, goteando sangre. ¿No sienten ustedes una gran nostalgia por aquel ejemplar Mehemet-Alí, el astuto tirano que fué pastor? ¡Ah, realmente una autoridad ofrece muchas garantías cuando está expuesta a ver sus orejas clavadas con dos clavos de cabeza amarilla en el entrepaño de una puerta!

¡Razonemos! Las redes de barredera perjudican a la pesca; el pescado desaparecería de nuestras costas si se hiciera un uso inmoderado de tales redes. Una ley prohibe las redes de barredera; pero hasta 1867 no fué nunca aplicada en la práctica. Comienza, por un decreto, a estar en vigor en 1867. Con el Gobierno siguiente, ese decreto cae en desuso, y las redes barrederas barren libremente las costas. Viene el señor obispo de Vizeu y prohibe de nuevo las redes. Surge el señor Díaz Ferreira, y da amplia libertad a las redes. Al Ministerio siguiente, nueva prohibición. Otra vez deja de observarse ese decreto. Y un último decreto impone, por fin, una vigilancia escrupulosa.

Como ven, tenemos aquí una legislación complicada y fluctuante. Es necesario seguir con cuidado el *Diario Oficial del Gobierno* para saber con precisión cuándo las redes son legales y cuándo son delictivas. El hecho varía de perfil: unas veces es meritorio y otras culpable, según el carácter del ministro y su amor por la pesca. Consultado un abogado, tendría que hojear la colección legislativa; el señor gobernador civil de Oporto no se sabe de memoria seguramente esa legislación confusa; los señores alcaldes no podrían diferenciar con exactitud las épocas toleradas y las épocas prohibitivas; y los señores concejales son totalmente ignorantes de esa parte de la jurisprudencia.

¡Pues bien: fué justamente por no saberse como rábulas esos sucesivos decretos por lo que los veinte pescadores de Foz ingresaron en la cárcel!

Un pobre hombre se pasa el día remando, extenuado por la lucha contra el mar, para comer a la noche, en la promiscuidad de la misma gamella, con unos cuantos hijos, unas pocas sardinas. Echó para eso su red de barredera, con la que trabaja hace mucho, que ve en la barca de su amigo, de su vecino, de su patrón. Desembarca a la puesta de sol, hambriento, empapado en agua, ¡y se encuentra de frente al señor alcalde! Y como existe el decreto de tantos de tal, revocado por un decreto posterior, puesto en vigor por otro, caído después en desuso, nuevamente revocado, alterado por una legislación distinta, anulado últimamente y ahora activo y redivivo, ¡él, por ignorar completamente esa jurisprudencia trapalona, es detenido por los guardias de Oporto y encerrado en una cárcel.

¡El crimen de este hombre, por tanto, es no leer el *Diario Oficial del Gobierno!* ¡Ese hombre está preso por no ser un jurisconsulto! ¡Ese hombre será condenado por atreverse a ser pescador antes de ser licenciado en Derecho!

Encarcelaron a veinte. Venían en dos barcos, componían dos tripulaciones. El capitán es dueño del barco y jefe de la tripulación. Es él quien dirige la pesca, quien lleva el timón. Por la mañana los manda embarcar. ¡Las redes están en el barco! ¡A los remos! ¡Largad velas! Parten; y si el mar tiene la condescendencia de no estrellarlos contra el negro peñón de Leixoes o de Felgueiras, es realmente singular que a la vuelta, con los barcos casi vacíos de pescado, doce horas de remar y empapados todos por los embates del mar, ¡vayan desde el muelle, en montón, a la cárcel, por no haber acudido a consultar a un abogado antes de obedecer a su capitán!

—¡Pero se han fijado bandos? ¿Leen ellos los bandos? ¿Saben leer?

Trabajan. El barco carga sus redes, el viento refresca, el mar se alisa, el capitán dice: «¡Larga!» Y largan.

Y si algún capitán ha leído el bando, ¡cuántos bandos no habrá visto en la esquina! ¡Cuántas veces fijados allí, cuántas veces arrancados! ¡Cuántas veces pescó con aquellas redes, claramente, delante del alcalde! ¿Cuántas veces le han sido prohibidas y cuántas veces toleradas? Ve el mar bueno, el cielo despejado, el viento en calma, y, naturalmente, envía este telegrama al ministerio: «Salgo de pesca. ¿Hay por ese ministerio alguna ley nueva que lo prohiba?»

Porque entonces resultaría difícil ser pescador; necesitaría para ser capitán grandes estudios de legislación; y el único hombre que puede, con la conciencia tranquila, sin temor a desacatar algún decreto, pescar la sardina ¡es el señor Martens Ferrao, fiscal de su majestad!

¡Y además fueron encarcelados tres niños de diez años! ¡Ah! ¡Estos delincuentes van a ser condenados, seguramente, a las penas más severas! ¡Ahí están en la cárcel; sus madres lloran ante las rejas! ¡Es justo! ¡Esas indignas personillas también pescaban! A los diez años, cuando todos los niños juegan, hasta los de los labriegos más míseros, que guían los bueyes, trepan a los nidos, se revuelcan por las altas hierbas, esos bandidos que ya trabajan, que ya van al mar, que ya aprenden a morir en la edad en que los otros ni siquiera han aprendido aún a vivir, que ayudan a sus padres, que son ya un brazo más al remo y una mano más a la escota, y que caen a veces al mar, esos malvados habían ido en los barcos, con las redes, a ganarse un pedazo de pan, mientras las madres, inquietas, esperaban en la playa, ¡atreviéndose ellos también, los muy facinerosos, a ignorar los decretos del señor ministro de la Gobernación! ¡Por eso ahora lloran en el calabozo!

¡Y son veinte pescadores! ¡Veinte familias, diez familias, cuando menos, sin pan, sin lumbre! ¡Los padres, los maridos, los hermanos presos tienen, al menos, el rancho de la cárcel; las madres piden por las esquinas! ¡Y estamos en pleno invierno, y vienen los temporales, y empieza ese mar agitado, barrido por

los vientos, que las pobres madres contemplan días y días desde la playa, con sus mantos por la cabeza, sin verlo jamás condescendiente, sin verlo jamás compasivo!

Y, entre tanto, el pescado incautado es vendido en subasta, y el dinero, depositado en el Juzgado. Es justo: los hombres en la cárcel, las mujeres en la miseria y el dinero en el bolsillo del Gobierno.

¿No sienten ustedes una inmensa nostalgia de Mehemet-Alí, el viejo tirano que pidió limosna a los piratas del archipiélago, en las playas de Cavalla? ¡Buen Mehemet-Alí! ¡Excelente Mehemet-Alí! ¡Meditemos! ¡Un cadí colgado por las orejas, y éstas estiradas, enrojecidas, ensangrentadas, desgarradas! ¡Buen Mehemet-Alí! ¡Evidentemente, eras justo! ¡Dos buenos clavos! ¡Un entrepaño seguro! ¡Y las dos orejas de un alcalde de Foz!...

XLIII

PALABRAS AL «CLAMOR DEL PUEBLO»

Octubre de 1871.

El *Clamor del Pueblo*, en un artículo escrito con una generosidad apasionada y poética, censura a *Las Banderillas* algunas páginas irónicas sobre la señora condesa de Teba, emperatriz que fué de los franceses de la decadencia.

El *Clamor del Pueblo* piensa dignamente que es poco delicado envolver en ironías vindicativas a una mujer infortunada. La verdad, sin embargo, es que la señora condesa de Teba es sólo una emperatriz expulsada. La señora condesa no fué una esposa oscura y apartada del gobierno en el profundo retiro de sus aposentos. Su majestad fué dos veces regente; firmó proclamas, decretos, sentencias; formó Ministerios; intervino en la política de su tiempo; fomentó la reacción religiosa; presidió, al lado de su esposo, Consejos de Estado. Estos actos la sitúan ante la crítica y ante la Historia. Si la señora condesa de Teba, durante el gobierno amable de su esposo, no se hubiese apartado de su cesto de costura, de la cuna de su hijo y de las llaves de su despensa, como hacen sus majestades las emperatrices de Alemania y de Rusia, hubiera sido simplemente una esposa y una madre inviolable, indiscutible, inatacable. Pero su excelencia se manifestó en la vida pública de su país como una fuerza política, gerente y reinante, y cae, lógicamente, bajo el dominio de la Historia, glorificada o condenada. Si la Historia no pudiese hablar de las mujeres, por ser mujeres, ¿con qué derecho, entonces, maldicen los libros sagrados a Jezabel? ¿Con qué derecho condena el Evangelio a Herodías, que mató a Juan Bautista? Llevar a la Historia las preocupaciones de un salón sería *chic*, pero rebajador. Si tenemos que enmudecer y llorar cuando pasa una emperatriz destronada, ¿qué silencio y qué lágrimas habremos de reservar para cuando en el Evangelio pasa María, Madre de Jesús, volviendo del Calvario? Los políticos no tienen sexo: tienen el sexo de sus actos. No podemos, en buena verdad, escribir historias únicamente masculinas. Sería privarnos de saber lo que pensaron tantas lindas cabezas y lo que realizaron tantas lindas manos, ¡desde nuestra madre Eva, la rubia y bárbara curiosa! Si un historiador, bajo el pretexto de que Isabel II de España es una mujer, silencia en el futuro su reinado, el *Clamor del Pueblo* dirá que aquél es un *gentleman*, y nosotros que es un tipo grotesco. Y si el siglo XIX ahonda en esta cuestión, dirá que el *Clamor del Pueblo* es un romántico de jácara y *Las Banderillas* unas burguesas sensatas.

El *Clamor del Pueblo* dice que más generoso que nosotros fué Víctor Hugo, que en los *Châtiments* deja en el silencio a la mujer de Luis Bonaparte. Pero en aquel tiempo, como el *Clamor* sabe, la señora condesa de Teba no estaba casada; era sólo una rubia amorosa, ¡bailando en las Tullerías un vals desinteresado con el galante De Failly, coronel de lanceros! Hugo no podía prever en la novia de Saint-Cloud a la regente de Francia. En ese sentido, más generoso aún que Hugo fué —créanos el *Clamor*— ¡Tito Livio!

Dice el *Clamor del Pueblo* que no debíamos acusar a doña Eugenia, porque nunca hemos recibido ofensas de Napoleón III. Pero se quedará asombrado el excelente diario cuando le afirmemos que Nerón fué un malvado, ¡y todavía, por nuestro honor, nunca, nunca, hemos recibido de Nerón la más ligera descortesía! Y en ese sentido, Michelet, Guizot, Martin, sólo podrían escribir la historia de Francia ¡si hubiesen sido abofeteados en el bulevar por Carlomagno o Pepino el Breve!

El *Clamor del Pueblo* pinta con gran sensibilidad a la señora condesa de Teba, llevando, después de destronada, una corona de espinas. No lo hemos visto. Cuando pasó por Lisboa, su excelencia llevaba sólo un elegante sombrero blanco, salido, evidentemente, de los *ateliers* de madame Julie, en Bond-Street.

Dice el *Clamor* que no se debe ofender a una dama que no tiene quien la defienda. ¡Oh Dios mío, los periódicos franceses dicen precisamente lo contrario: se quejan de que la señora condesa de Teba tiene con exceso quien la defienda! Francia, según parece, hierve de partidarios bonapartistas. Y, además, ¿no tiene ella a su marido? ¡No nos dispensaremos de cruzar con Luis Bonaparte una estocada o un balazo en lo alto de Alcolena o en el Pozo del Obispo, al despuntar el día! El peligro está en que ese hombre capitule, por costumbre.

El *Clamor del Pueblo* alude a las relaciones de los redactores de *Las Banderillas* con el segundo Imperio francés. Aclaremos esto: uno de los redactores de *Las Banderillas*, hallándose en París, y almorzando en casa de Véfour con su amigo H. James Mortimer, el mismo que en Londres está redactando hoy una hoja bonapartista, tuvo ocasión de ofrecer al emperador, por mediación de este amigo común, una botella del mismo vino de Oporto que el periodista americano y el periodista portugués habían bebido juntos. El vino pareció delicioso en las Tullerías; y pasados unos días, aquel que debía ser después el prisionero de Wilhemshöe hizo entregar por M. de Conti, *écuyer*, una tarjeta de visita al que es ahora redactor de *Las Banderillas*. Una botella regalada, una tarjeta dando las gracias. El redactor de *Las Banderillas* se juzga en paz con el segundo Imperio.

El otro redactor de esta crónica, estando en Egipto, tuvo ocasión de esperar a la que era entonces su majestad la emperatriz de los franceses, durante *dos horas*, en los muelles de Port-Said, bajo un sol abrasador, hasta que su majestad, desembarcando, toda vestida de hilo blanco, con la sombra azulada de su sombrilla china ondulando sobre su cuello, ocupó, con aquel firme paso que recordaba a Diana en Homero,

la cabeza de un cortejo al que el redactor de *Las Banderillas* se encontraba oscuramente incorporado.

¡Dos horas de sol en un arenal de Egipto! Alrededor, apretados en el estrecho muelle de madera, sudaban y se abanicaban con sus pañuelos de batista, los señores de Beust, el duque de Aosta, el príncipe Federico de Prusia, Abd-el-Kader, el príncipe de Holanda y su majestad el emperador de Austria.

Veinte días después, el mismo redactor de *Las Banderillas* pasaba por el desierto del Sáhara bajo un sol cruel. Era un arenal leonado, hasta perderse de vista. Poca agua, una fatiga terrible. Había a distancia un *khan*, especie de casucha de madera, donde se podía tener cobijo y el reposo de un buen sueño. El redactor de *Las Banderillas* iba a refugiarse allí cuando tuvo que salir a toda prisa por la sencilla razón de que estaba para llegar e iba a resguardarse allí su majestad la emperatriz. El redactor de *Las Banderillas* continuó su marcha bajo el sol. Pero, lo confiesa, en aquel momento, recordando también las dos horas de Port-Said, pidió mentalmente al Dios justo ¡que castigase al segundo Imperio, que le hacía aguantar tanto sol! Prusia se encargó de vengar al redactor de *Las Banderillas*. El se juzga igualmente en paz con la familia Bonaparte, y aprovecha esta ocasión solemne para dar las gracias públicamente a Prusia.

XLIV

EL AYUNTAMIENTO Y SU CELO CÍVICO

Diciembre de 1871.

El Ayuntamiento de Lisboa, según se afirma, convencido de la necesidad ineludible de mejorar las condiciones de la ciudad, trata con todo celo de adquirir un leopardo. Se dice también que después procurará conseguir, para completar la obra de regeneración municipal, unos araras (1) del Brasil.

Respetamos al Ayuntamiento. Aunque nos parece discutible esa manera zoológica de poner algún orden en la confusión del Municipio. No se nos figura lógico que a trescientos mil habitantes que piden higiene, limpieza, vigilancia, alumbrado, paseos, el Ayuntamiento responda en su celoso desvelo ¡con un bicho dentro de una jaula!

La ciudad, realmente, no presenta un aspecto próspero.

El alumbrado es sepulcral. El gas se muestra inferior en sus servicios a la antigua lámpara de latón. En las principales calles, parte de los faroles descansan, apagados; los que velan, bostezan con un soñoliento bostezo la lucecilla mortecina; otros, nunca se han estrenado y ni saben que son faroles.

Montones de cal y de piedras ocupan en las calles un espacio abusivo. El escombro tiene cierto derecho a estar amontonado en los paseos, viendo a las señoras que pasean, pero no debe, al menos, privar de igual privilegio a los habitantes que pagan sus impuestos.

Las calles, por su limpieza, merecerían de nosotros la designación que les ha quedado de *alcantarillas torcidas*. Las que están empedradas, toman con la lluvia el gentil aspecto de una hilera de charcos. Las revestidas de macadán, después de haberse deshecho durante el verano en una

(1) Nombre genérico dado en el Brasil a los papagayos. Proviene, sin duda, la denominación de una tribu del norte del Brasil, muy populosa en la antigüedad, y que anda errante en la actualidad.

nube de polvo fétido, se apresuran en el invierno a rehabilitarse, mostrando que son, como otro camino cualquiera, capaces de saber ejercer la profesión de barrizal.

La gloria de la capital, la maravilla, el Aterro, está bordeado a todo lo largo por dos suaves particularidades: el olor a inmundicia de las alcantarillas y el polvo de carbón de las fábricas; ofreciendo así el caso de una sociedad rica y dandi que pasea entre el esplendor de la riqueza y los ocios del lujo ¡con la palma de la mano sobre la boca y el pañuelo sobre la nariz!

Las obras que el Ayuntamiento realiza son, tal vez, excelentes; pero él las va levantando con tanto secreto, tan alejadas de curiosidades indiscretas, que mucha gente supone que el Ayuntamiento abre sus calles, planta sus árboles, ensancha sus paseos ¡en el salón de actos, debajo de la mesa, en sesión secreta!

El alcantarillado merece por parte del Ayuntamiento un respeto de reliquia. No se le toca ni ligeramente. El ilustre Concejo practica con las alcantarillas la misma delicada reserva que los esclavos de los harenes con los perfumes preciosos y evaporables. La ciudad está podrida por debajo: allí, en la sentina, residen las epidemias, el tifus, el cólera, la anemia, la ruina de la raza; a través de la delgada película del empedrado, Lisboa exhala la muerte. Vivimos sobre un furúnculo: dondequiera que se pique, esto es, que se cave, sale una sucia vaporización que trastorna. Así sucedió hace días, junto a la Casa Habanera. Y, entre tanto, el Ayuntamiento mantiene en el domicilio de la inmundicia la inviolabilidad que la Carta garantiza solamente en el del ciudadano.

Los barrios pobres son por sí solos una cruel acusación. Las callejas, negras y sucias; las casas, inmundas y viejas; los restos de alimentos y de andrajos; los perros errabundos; la emanación de las alcantarillas; la humedad infecta, todo hace de esos lugares una especie de depósito de la miseria pública. Como se tiran por el hueco de la escalera los restos de trapos, loza, zapatillas viejas, ¡en esos barrios se arrojan despiadadamente los restos de la plebe!

*

Lisboa es la ciudad más sucia de Europa. La propia Constantinopla, con la torpe negligencia turca; la propia Atenas, con la indolente miseria griega, son más limpias. Y si no fuese por el Tajo, que le hace cierta *toilette*, y por este sol maravilloso, que todo lo alegra y dora, Lisboa, aquí, en un rincón, junto al mar, como un albañal, sería la sentina de Europa.

Y ante esta situación, el Municipio, consciente de su responsabilidad y resuelto a dotar a la ciudad de condiciones de habitabilidad, ¿qué le da? Un leopardo.

Es tal vez interesante, aunque no excesivamente práctico, este hecho: la fiera en sustitución de la obra pública.

Porque la verdad es que cuando se expuso de un modo convincente al Ayuntamiento que la ciudad está oscura de noche, el Ayuntamiento no pudo, dicho sea en honor suyo, adquirir más leones en lugar de más gas.

No queremos mal a las fieras; y cuanto más conocemos a los hombres mansos, más estimamos a los bichos bravos... Pero entendemos que las fieras se portan mal, entran en el dominio de lo ilícito, muestran una ambición indisculpable, sobrepasan

sus atribuciones de fiera, cuando se les quiere añadir la calidad de mejoras municipales. Un cocodrilo es ciertamente estimable; pero se vería sumamente embarazado si el Ayuntamiento, en su celo febril, le encargase de sustituir a un paseo público. Y por su parte, el habitante no se daría por muy satisfecho ¡el día en que en los paseos, haciendo las veces de árboles, se pusieran lobos en hilera!

El Ayuntamiento, con su inteligencia, debe de comprender que el animal no es por completo el equivalente del edificio.

Nunca el Ayuntamiento habrá visto, por ejemplo, a su majestad el rey pasear por las calles a caballo en el Arsenal. Por tanto, no es justo que en las plazas, en lugar de dar al habitante fatigado un banco de madera, le ofrezca el lomo de un rinoceronte.

De este modo toda la ciudad correría el riesgo de ser en breve mordida por las mejoras municipales. Y resultaría desagradable leer esta noticia en los periódicos: «Ayer, la última obra en construcción devoró en la calle Nueva de la Palma a un niño de cinco años, lamiéndose después los morros de gusto...»

Piense el Ayuntamiento—porque su inteligencia es grande—que si da el ejemplo funesto de sustituir las construcciones por los animales, esto podría llevar al habitante a sustituir las instituciones con los animales. Y al día siguiente de aquel en que el Ayuntamiento, para mandar instalar una fuente, comprase, en sustitución, un elefante, cualquier individuo, en vez de decir a su criado: «Antonio, ensilla al caballo...», podría olvidarse hasta el punto de gritar: «Antonio, ¡ensilla al Ayuntamiento!»

¡Lo cual perjudicaría grandemente los intereses constitucionales!

XLV

SU MAJESTAD LA REINA, DE PASEO

Diciembre de 1871.

Su majestad la reina paseaba por el Aterro. Un mendigo se acercó a ella y le pidió limosna. Un guardia corrió y detuvo al mendigo. El desgraciado, encerrado todo el día en la Prevención, con hambre y frío, se sintió mal. Fué necesario mandarle en una camilla al hospital. No se sabe aún si lo fusilarán. El día estaba nublado, pero seco. Su majestad, cuyo vestido de terciopelo, adornado con pieles, era perfecto, siguió gozando serenamente de la serenidad de la tarde.

Siempre que un pobre se aproxima con la mano extendida a su majestad el rey, o a su majestad la reina, o a sus altezas reales los infantes, es detenido.

Lo aprobamos. Y como ese mendigo va a la cárcel, ¡iremos con él para reprochar a ese hombre perverso los abismos de su negra acción! Le diremos: «¡Te está bien empleado! Te conocemos perfectamente, desdichado... Sois muchos, y la ciudad está llena de vuestra multitud, que vaga por las esquinas, pálida y hambrienta, ¡de caridad en caridad! Os conocemos bien: los viejos con sus sombreros de copa, el pecho hundido, apoyados temblorosamente en un bastón, pidiendo con una voz exhausta y medio muerta; las mujeres, de rostros macilentos, con una falda corta, unas botas viejas y agujereadas, apretando en la toquilla terciada a un pobre niño, que se encoge entre los harapos, rascándose las llagas de la cabeza con su pobre manita helada; los desgraciados pequeños que gimen, envueltos en una vieja y amplia chaqueta de algodón,

en el escalón de un portal cerrado; los que no tienen trabajo y que, por la noche, sin camisa, con el cuello del chaquetón remendado subido, martillean las aceras con las suelas desprendidas, y piden, explicando su hambre; los que suplican bajito, tímidamente, con el miedo a la negativa; los que son insistentes, y solicitan con la desesperación de un náufrago que se agarra a una última tabla; los que quieren besar la mano, de agradecimiento; los que se quedan rezando, sofocados, con lágrimas en los ojos... Viven en covachas ignoradas, duermen en los bancos, escondidos en las sombras de los escombros, recogidos por los cocheros en la paja de las cuadras; comen de cuando en cuando; sienten todos los dolores que produce el frío, todas las agonías que causa el hambre; andan con el terror a la Policía; anhelan el hospital como un refugio, ¡y un día, envueltos en una harpillera, son llevados a la fosa común!...

¡F u i s t e imprudente, miserable! ¡Viste aquella señora apeándose de una berlina con batidores a caballo; creíste que ella, reina, rica, bien abrigada, podía darte a ti, un pobre diablo, una moneda de a real, lo que cuesta un caldo caliente en una taberna!... Porque, en fin, bellaco, bien se ve que necesitas comer con este áspero frío... ¡Imaginaste que tu osadía podía valerte un real! Como ves, te ha llevado a la cárcel. ¡Para que aprendas!... ¡Un mendigo como tú, desharrapado y repugnante, no se acerca así a una princesa joven, en la lozanía aterciopelada de su *toilette!* ¿Cómo te atreviste a pedir una limosna sin ostentar un uniforme de noble? Tu aliento famélico podía molestar a esa gentil señora. Imagínate que ella se hubiese manchado la punta de su guante gris perla si llega a tocar tu mano, esa mano siempre extendida y cortada por el viento... ¡Qué desgracia! ¡Su guante perfumado! ¿Cómo podían los guardias consentir tal desastre? ¡Eres un animal! ¡Fíjense! Con el pretexto de que el invierno es terrible, de que no tienes pan, ni lumbre, ni una manta; de que tiritas, de que sientes dolores, de que eres viejo, ¡vas a ponerte así delante de una princesa, en toda la cruda realidad de tus andrajos, y la pides diez céntimos! ¡Diez céntimos! ¡Pedir así diez céntimos! ¡Ah, imbécil! ¿Tú crees que los vestidos de raso y de terciopelo, las pieles, las joyas, las casimires, los perfumes c a e n así del aire, gratis, como ese frío que te traspasa? ¡Qué ocurrencia! «¡Déme diez céntimos!» ¿Y dónde iba ella a buscar los diez céntimos? ¿Tú crees que todo el mundo es rico como el buen Dios, que lo da todo a manos llenas, estrellas, soles, nubes, maravillas, y ese pabellón azul del cielo, que debe haberle costado millones? ¡Eres tonto! ¿Supones que una reina se rebaja así, como una burguesa, a sentir lástima de un pobre? ¡Bien se ve que no lees los periódicos! ¿Has oído decir tal vez que uno que se llamaba Napoleón III paraba en los paseos a cada momento su *break* para llenar de *sous* los sombreros de los pobres? ¡Quizá te han contado que una a quien llaman la emperatriz de Alemania reparte, con su propia mano, por la mañana, con los cabellos sueltos sobre un peinador, dinero a los mendigos! ¡Pero esa gente es gente exagerada! ¡Tal vez hayas oído contar también que uno llamado Jesús abrazaba a los pobres y les secaba la sangre de las heridas! ¡Aquél era un poeta! ¡Eres un ignorante, viejo! Seguramente no lees el *Figaro*. Has oído que la más bella, la única misión de las reinas, es la caridad... ¡Pues aprende! ¡Medita

en la cárcel sobre la caridad de las reinas! Bien hecho. ¡Ah! ¿Tienes frío? Pues el calabozo te dará el pago de tener frío y hambre. ¡Anda, pide otra vez! ¡Todavía has tenido la gran suerte de que no te hayan perseguido a latigazos!»

Así hablaríamos a ese indigno mendigo, vil y sucio; y pediríamos a su majestad la reina que insistiera para que ese gran delincuente fuese ahorcado rápidamente, si en realidad su majestad la reina fuese responsable de ese hecho intolerable y grotesco.

No fué su majestad quien detuvo al pobre; fueron los guardias. Y estamos seguros de que si alguien se afligió seriamente, no fué el pobre, sino su majestad.

Ahora pedimos, para honor y tranquilidad de todos, ¡que no sea permitido a cualquier guardia acercarse a su majestad y hacerle el insulto más brutal y más vil, que es prender a los desgraciados que la piden limosna!

XLVI

LA ELEGANTE CASA DE SABOYA

Diciembre de 1871.

¡Es curioso! ¿Qué tenéis vosotros, patriotas, contra la Casa de Saboya? Desde que tuvimos entre nosotros a una persona de la Casa de Saboya, todo partido despechado, todo ministro dimitido, todo alcalde caído, se cala el sombrero y se va a un rincón a maldecir a la Casa de Saboya!

Pero ¿qué os ha hecho la Casa de Saboya? ¿Vivís vosotros en Florencia? ¿Vivís en Madrid? ¿Sois el pueblo ametrallado en el café de Nápoles? ¿Sois vosotros el infeliz escritor Roque Barcia, detenido en la cárcel de Madrid? ¿Sois vosotros los habitantes de la calle de los Fanqueiros, o su santidad Pío IX?

¿Qué tenéis vosotros, en la bella ciudad de Lisboa, de la Casa de Saboya?

Una señora.

¡Una señora tan sólo! Y confesad que, conociendo de la Casa de Saboya a una sola señora, la única acusación que podéis hacer a la Casa de Saboya ¡es que ella se viste sin distinción o se peina sin gusto! Ahora bien: vosotros, bárbaros, podéis, revolviendo la Historia, acusar a la Casa de Saboya de avara, de ingrata, de envidiosa, de sanguinaria, de mercenaria; pero realmente no podéis dejar de reconocer que la parte de la Casa de Saboya que tenéis, y veis de cerca, ¡posee una elegancia soberbia, un dandismo impecable, y guía mejor sus *poneys* que la mitológica Diana!

La Casa de Saboya, entre nosotros, es una cuestión de *toilette* y de gracia femenina; y mejores *toilettes* y gracia más distinguida, sabedlo, oh bárbaros, no la encontráis en la Casa de Hohenzollem, cuyas mujeres son pesadas y burguesas; ni en la Casa de Habsburgo, cuyas mujeres ostentan una majestad teatral ya anticuada y grotesca; ni en la Casa de Borbón, cuyas mujeres parecen intrigantes marimachos; ni tampoco en la Casa de Hannover, ¡cuyas mujeres tienen la frialdad de alma y de rostro que se nota en las libras! ¡Enorgulleceos, portugueses! ¡No tuvisteis nunca en el trono una cosa así! ¿Sabéis Historia? ¿Creéis acaso que doña Mafalda, esposa del tan célebre Alfonso Enríquez, se mostraba a su pueblo incipiente con *toilettes* más distinguidas? ¿Pensáis que doña Urraca, consorte del interesante Alfonso II, el *Gordo*, exponía a la brisa del Tajo *coiffures* tan gentilmente vaporosas? ¿Estáis, por ventura, en la idea de que doña Mencía López, dignísima media naranja de Sancho II, el *Fuerte*, se movía con tan airosa languidez?

¡Bárbaros! ¡No imagináis la de reinas feas que se amontonan en el fondo de vuestra historia? Sólo los hechos heroicos de los maridos consiguen hacer olvidar las horribles narices de las esposas. ¡Indagad en las crónicas! ¡Y fijaos que los valientes que vencieron en Silves, en el Salado o en Ourique, al volver con sus armaduras abolladas de los encuentros maravillosos, sólo tenían para acogerlos y encantarlos los lisos senos de las desdentadas Urracas, o las redecillas odiosas de las obesas Mencías López!

¡Ingratos! ¡Ingratos! No os merecéis una señora de la Casa de Saboya, no; merecíais una hembra de la Casa de Tuen-Fuem, tirano de la Patagonia, desnuda, deforme y negra.

XLVII

EXPOLIADORES DEL CIGARRO PÚBLICO

Diciembre de 1871.

Lisboa es, tal vez, en todo el amplio universo, la ciudad donde la opinión ejerce menos influencia. Se teme un poco a la Policía, pero se desprecia en absoluto a la opinión pública. Y como la Policía se asemeja al cielo de Molière—con el cual ocurre que al final la gente llega siempre a entenderse—, sucede que en definitiva a nada se teme: ni a la opinión, a la que se evita. Así, desde que se la que se evita. Así, desde que se supo la *coalición de fábricas de tabaco*, la opinión, unánime, porfiada, incandescente, acusó, casi infamó, a ese monopolio inesperado. Y mientras tanto, la coalición continúa serena, impasible, expoliando el vicio y cobrando la ganancia. Y todavía, si todos los señores capitalistas que intervinieron en esa tenebrosa conspiración oyesen en los cafés, en las esquinas y en los estancos lo que dice la inmensa opinión anónima, sentirían, de existir aún en sus personas algún brío viril, la necesidad indeclinable ¡de batirse en desafío, cada diez minutos, con diez caballeros a un tiempo! ¡Lo cual les representaría al final de su día la gentil bagatela de sesenta desafíos por hora! ¡Lo que totaliza, desde el primer rayo de sol hasta la primera luz del gas, algo así como seiscientos ochenta duelos!

El hecho es extraño en verdad. Un cambio sólo se considera justo cuando hay reciprocidad de valores; y toda venta de mercancía cuyo valor es arbitrariamente, caprichosamente aumentado, es deshonesta. Si yo doy diez en moneda, es necesario que me den diez en mercancía (contándose, claro es, en esos diez de mercancía los gastos de producción, etc.). Ahora bien: si yo doy diez en moneda, pero me dan cinco en mercancía, resulta evidente que, en realidad, los cinco de más que doy me han sido quitados, con buenos modos, sí; con blandas sonrisas, es verdad; pero, en fin, con el mismo derecho con que en una carretera nocturna y solitaria un caballero de barbas malvadas me dice gallardamente: «¡La bolsa o la vida!» Hasta ahora, y desde hace mucho tiempo, un obrero daba diez céntimos y le daban seis cigarros; y las fábricas entendían que este contrato era ventajoso, porque lo mantenían, prosperaban y se enriquecían. Sin embargo, una fresca mañana, las fábricas, al entregar los acostumbrados cigarros, dijeron al consumidor: «Perdón; de ahora en adelante dos cigarros son para mis

vicios particulares; ahí tiene usted, señor, los cuatro restantes.» Así fué simplemente este robo.

Si por casualidad cualquiera de nosotros entrase en una guantería, y poniendo cinco pesetas sobre el mostrador pidiese unos guantes gris perla, y el guantero le dijese, cogiendo el dinero: «Aquí tiene el señor el guante de la mano derecha; permítame que me quede con el de la izquierda por ciertos motivos», sería natural que nos asomásemos a la puerta, llamásemos al guardia más desocupado de la esquina, y dejásemos al guantero en conversación privada con él. Ahora bien: la pobre gente que ve sus pobres cigarros sumirse en las cajas de la coalición ¡no puede llamar a un guardia! De donde se infiere que para quitar cigarros, relojes, guantes u otros objetos menudos es imprudente estar solo y aislado, ¡pero es de todo punto ventajoso e impune ser una Compañía con escritura notarial! Error, gran error, el que un ciudadano solitario nos venga a pedir delicadamente el reloj en una calleja oscura; generalmente, este ciudadano imprudente va a formar parte de la sociedad de Angola. ¡Pero no hay nada para esos actos como ir apoyado en una asociación! ¡La asociación lo hace inocente todo, todo lo purifica! ¿Qué se ha de objetar a un bandido que nos dice respetuosamente: «Mi querido señor: Yo y algunos bandidos amigos míos hemos hecho ante un notario una escritura, por la cual hemos dispuesto el recoger en nuestra casa todos los gabanes que se pasean descaradamente por las calles sobre las espaldas egoístas de sus dueños; aquí está el contrato, la escritura y otros documentos, que hará usted el favor de examinar a la luz de ese farol. ¿Tiene usted la amabilidad de entregarme su gabán?» El caso de las fábricas, quedándose para ellas, sin motivo, parte de los cigarros que antes entregaban por cierta cantidad, tiene una completa semejanza con el caso citado. Y, por tanto, el verdadero modo de afrontar esa coalición no debe realizarse por medios legales. Que cada ciudadano que fuma ponga sus diez céntimos sobre el mostrador y declare, apuntando con un revólver al pecho del estanquero: «Ahí están los diez céntimos. ¡Ahora quiero mis cigarros, pero *todos* mis cigarros! ¡Y si no, disparo!»

Abriendo nuestro Código penal, nos encontramos en el capítulo XI, sección 1.ª, artículo 276, con estas simpáticas frases:

«Cualquier persona que, usando de algún medio fraudulento, consiguiera alterar los precios de las mercancías que fuesen objeto de comercio, será castigada con multa proporcional a sus ingresos y prisión de uno a tres años.» «Artículo único. Si el medio fraudulento empleado para cometer ese delito fuese la coalición con otros individuos, se aplicará la pena desde que haya comenzado la ejecución.»

¿Qué os parece, ciudadanos, esta honrada sencillez del Código penal? Los precios han sido alterados; se trata de una mercancía objeto de comercio...

Unicamente el artículo añade: *cuando se emplee algún medio fraudulento.* ¿Existió ese medio fraudulento? El artículo único contesta:

«Si el medio fraudulento empleado fuese la coalición...»

¡Es nuestro caso! La coalición es patente; luego hubo el *medio fraudulento* especificado por el Código. Y declara este amable Código:

«... se aplicará la pena desde que haya comenzado la ejecución.»

La ejecución también es patente en todos los estancos. ¿Dónde está, pues, la pena? Esto es claro, positivo, explícito, sencillo.

El delito es evidente. ¿Habrá alguna circunstancia que disculpe a los coligados en el delito y los exima, por tanto, de la pena? El artículo 23 del capítulo III del título 1.º, dice:

«No pueden ser culpables los locos de cualquier clase, los menores de siete años, los mayores de siete y menores de catorce, cuando no tienen discernimiento; los ebrios, los que practican el acto en virtud de obediencia debida.»

Por consiguiente, los señores fabricantes sólo están exentos de la multa y prisión de uno a tres años, si demuestran: que habitan en el manicomio o que babean de idiotez; que andan con falditas y de la mano de la criada, tirando la pelota, o que no tienen discernimiento, hasta el punto de ser tartamudos, o que estaban en el momento del delito en un estado tal de embriaguez, que se hallaban tendidos en el arroyo, o que realizaron el acto contra su voluntad, llenos de repulsión, pero obligados por algunas personas, que les dijeron con el puñal en la garganta: «¡La coalición o la muerte!»

Si no prueban que se encuentran en alguno de esos casos, son culpables, y nada puede arrebatarlos de manos de la Policía, que los cogerá del cuello de la levita y se los llevará, a rastras y chillando, a los bancos relucientes y lúgubres de la Prevención.

Y fíjense que el Código dice «cometer ese *delito*». Es un delito, un crimen; ¡no es la honrada *transgresión* ni la modesta *infracción!* ¡Es un *crimen!*

Y el crimen con las circunstancias agravantes que señala el Código en el capítulo II, artículo 19:

Premeditación: ¿quién negará que los ilustres fabricantes han meditado largamente, rumiado largamente, su caso?

La seducción de otros individuos para cometer el crimen: ¿no han contado los periódicos que habían sido invitados por los autores del crimen a que tomasen parte en él las fábricas de Oporto?

Tener manifiesta ventaja sobre el ofendido: ¿no son ellos ricos y pobre la población humilde que fuma esos cigarros? ¿No es el hecho una explotación del vicio?

Cometer el crimen por dinero: ¡no sería, sin duda, para ganar bendiciones ni reumas!

Cometer el crimen habiendo recibido beneficios de la víctima: ¡hace unos cuantos años que nuestros vicios enriquecen sus arcas!

Cometer el crimen de noche: ¡es justamente cuando los estancos viven más, ganan más y, por tanto, delinquen más!

¿Qué hacen, entre tanto, los señores jueces delegados del fiscal de su majestad? ¡Fulminan con su elocuencia torpe a algún desdichado que no tiene casa, a algún miserable que no tiene trabajo!

Los periódicos dicen: «El Gobierno, ya que no pueda hacer nada, debe permitir que se establezcan más fábricas, o rebajar el impuesto sobre el tabaco en rama.» Resulta curioso. Es como si delante de un infeliz tundido y ensangrentado, y delante de su apaleador, ya descubierto y preso, los diarios exclamasen:

—¡Ya que la justicia no puede hacer nada al agresor, no impida, al menos, que se cure al herido!

¿Que no puede hacer nada? ¿Es que ya no existe en Boa Hora un

banquillo para un reo, en el Juzgado un arca para depositar una multa, en el viejo Limoeiro un calabozo para un preso?...

¡Porque no queremos sospechar que lo que no existe sea la igualdad ante la ley!

¿Qué es lo que impide proceder contra ellos? ¿El hecho de haberse asociado? Entonces, según eso, sólo es culpable el salteador aislado, pero perfectamente inocentes los salteadores asociados. Si mañana (que tal no suceda) su majestad el rey fuese asesinado, sólo habrá crimen, y sólo podremos castigar al asesino si éste es uno; pero si son seis, ¡tendremos que dejarles tarjeta!

¿El que exista una escritura? Pero, entonces, declarémoslo por una ley, para que los señores asesinos e incendiarios se prevengan con contratos ante notario antes de ir a efectuar sus hazañas!

¿El ser capitalistas? ¡Aquí es donde la puerca y la ley tuercen el rabo! Sí, desgraciadamente, es por ser capitalistas...

¡Ah! ¡El tiránico segundo Imperio no permitía estas cosas! En la guerra de Crimea, los vendedores de tocino se asociaron para imponer un precio superior. Fueron delicadamente empujados por la espalda hacia la cárcel. Había entre ellos ricos comerciantes, ricos capitalistas. Una multa terrible y la prisión fueron el pago de sus proezas sucias. ¡Tan vilmente les pagó el cariño que les había mostrado el desvergonzado tocino!

¿Quién impide que mañana nuestros puros cuesten cada uno siete duros y que cada cigarro nos salga a más de un duro? Están en la lógica los señores fabricantes. Y tienen la suprema garantía del consumo, ¡la garantía del vicio! ¡Esto podrá tal vez ocurrir si no tenemos la previsión de no comprar nunca tabaco sin ir acompañados de un guardia y de un escribano que redacte el auto!

¡Y es sobre el obrero, sobre el trabajador, sobre el soldado, sobre el pobre sobre quienes pesa la expoliación! Los señores capitalistas han tenido el fino cuidado de no hacer pagar ni cinco céntimos diarios más a quien gana o tiene al mes de quinientas pesetas para arriba; por eso hacen pagar diez céntimos diarios más ¡a quien tiene al día de dos pesetas para abajo! Esto nos alegra hondamente. Tanto que, apoyados en nuestra argumentación, no dejaremos de pedir que a ciudadanos tan excelentes como los ilustres fabricantes ¡se les haga el honor de ofrecerles un banco en Boa Hora con las maneras más risueñas! ¡Con lo cual tenemos el gusto de desear las mayores prosperidades a sus ilustrísimas, señores de nuestro mayor respeto y expoliadores de nuestro tabaco!

XLVIII

EL FISCO EN LA PROVINCIA

Noviembre de 1871.

En Abrantes, según informes de un amigo nuestro, jurisconsulto insigne, sucede este caso extraño: conforme a la ley de 10 de julio de 1843, sólo están obligados a pagar el impuesto sobre el pescado los pescadores que ejerzan su industria en agua salada y en aquella parte de los ríos, solamente, hasta donde lleguen las mareas vivas.

Ahora bien: en Abrantes se entiende de un modo muy torpe esa acción del fisco sobre la pesca. Veinte hombres muy pobres que pescaban en el río adonde no podían llegar mareas vivas, e incluso algunos que no pescaban en absoluto, ¡fueron obligados a pagar el impuesto sobre la pesca! Unos no se defendieron de esa extorsión, por muy pobres; otros no se defendieron en virtud de la idea popular en la provincia de que con el fisco se paga siempre y no se discute nunca, porque, naturalmente, después le obligan a uno a pagar más.

Eso constituye, sencillamente, en un lenguaje tal vez plebeyo, pero exacto, un robo. Obligar a un pescador de río a pagar el impuesto de un pescador de mar, es (además de una confusión deplorable del viejo y respetable océano con cualquier hilo de agua que murmura y huye) un sistema muy parecido al que emplean las personas estimables que meten la mano en nuestro bolsillo y se llevan a su casa nuestro pañuelo. Nosotros no queremos coartar los negocios fiscales. Unicamente nos parece que imponer a cualquier ciudadano, aunque no pesque, el impuesto sobre el pescado, es un recurso sumamente complicado. Y el fisco, que debe de ser ahorrativo de su tiempo y de sus recursos, tiene un medio más simple y más expedito, que consiste en acercarse a cualquiera y gritarle, poniéndole una carabina en el pecho:

—¡Venga acá lo que lleve en el bolsillo!

Estos procedimientos del fisco, que se repiten arbitrariamente en toda la provincia, y que son, sin duda, uno de los recursos del Estado, nos parecen imprudentes, porque originan confusión. Hay por esos caminos solitarios, en ciertas callejas de ciudades mal vigiladas, en los pinares, en sitios yermos y cubiertos de sombra, una especie de ciudadanos, por lo demás muy diligentes, que se han marcado como misión detener por un momento a las personas que pasan y de la manera más delicada sacarles el dinero, los relojes y otras insignificancias. Por su lado, el fisco acostumbra detener a los ciudadanos, y bajo cualquier pretexto (como, por ejemplo, en el caso de Abrantes, por ser pescadores de agua salada) exigirles una garantía o entregarles un recibo. Esos dos procedimientos, el del fisco y el de los señores ladrones, ofrecen tal similitud, que pedimos al Gobierno que distinga, por medio de cualquier señal (un uniforme, por ejemplo) esas dos estimables profesiones, para que no ocurra que los ciudadanos se equivoquen y ocasionen una perturbación en el orden social, confundiendo al facineroso con el funcionario, silbando al fisco y pidiendo humildemente recibo al salteador.

XLIX

DESILUSIONES DE UNA «GRÈVE»

Noviembre de 1871.

Este mes la opinión se preocupó con la denominada *grève* (1) *de Oeiras*.

Parecía realmente indecoroso que Lisboa, ya civilizada, con teatro lírico y otros deleites de capital eminente, ¡no tuviese ese *chic* social de la *grève!* Oeiras, con amable solicitud, le proporcionó esa elegancia. Oeiras le dió la *grève*. Algunos estadistas podrían tener ocasión de comentar *nuestra última grève* y de hablar del *terrible proletariado*.

Sólo que esta *grève* de Oeiras presenta una singular novedad.

(1) Huelga, en este caso. *Sic* en el original.

El fabricante dice:

—Yo doy a esos obreros indignos que abandonaron mi fábrica y se declararon en *grève* ¡cuatro duros a la semana! ¡Para que vean!

Y los obreros responden:

—¡No, no; eso, no! ¡Sólo volvemos al trabajo si nos garantizan tres duros a la semana!

Confiesen que es para palidecer de confusión. No se protesta aquí de la avaricia del fabricante; se protesta de su generosidad: el obrero se resiste a ganar; sólo trabaja si le rebajan el salario; ¡tiene avidez de sacrificio y desea, ante todo, padecer hambre! ¿Qué misterio es éste? Vamos a revelarlo.

Como ustedes saben, hay dos trabajos esenciales en las fábricas de lana: preparar la tela, lo cual lleva una semana, y producir el tejido, lo que consume otra semana. Ahora bien: el fabricante descontaba en la semana del tejido unos tantos por ciento del salario; y en la semana de la preparación llevaba su habilidad hasta descontar el salario íntegro.

De modo que había semanas gratuitas. Y justamente los obreros piden ahora que les paguen menos cada semana, pero que les abonen todas las semanas.

El fabricante exclama:

—¡Cuatro duros cada semana que tejáis!

Y los obreros replican:

—Tres duros y medio cada semana que trabajemos. Porque preparar la tela tiene tanto trabajo como tejería.

Tal es esta *grève* original, que no describimos con su precisión técnica para no dar a estas páginas el aspecto de un tratado de lanificios.

Lo que tenemos, pues, en realidad, es un fabricante que rebaja arbitrariamente el salario de sus obreros. ¡Estamos ante una *grève* del *capital!* Pues bien: abriendo nuestro admirable Código penal, encontramos estas frases en el capítulo XI, sección 1.ª, artículo 277:

«Será castigada con prisión de uno a seis meses, y con multa de 25 a 1.000 pesetas, toda asociación entre aquellos que empleen a cualesquiera trabajadores y que tenga por objeto producir abusivamente la disminución del salario, si fuese seguida del comienzo de ejecución.»

El Código habla de *asociación.* Aquí hubo sólo un fabricante; pero lo que es delito para muchos individuos coligados o asociados debe de serlo ciertamente para el individuo aislado. El número no hace la culpa. El delito recae sobre el acto, no sobre la unión. El Código define el delito: «el hecho declarado punible por la ley penal», y no añade: «según el mayor o menor número de personas».

De modo que la famosa *grève* de Oeiras se reduce simplemente a esto: un fabricante que rebaja abusivamente el salario de sus obreros y que cae, por tanto, bajo los rigores del artículo 277 del Código penal.

¡Hasta la *grève* de Oeiras! ¡Ah! ¡No podemos tener una gloria, un heroísmo, un *chic* sin que nos descubran, a los pocos días, que *chic,* heroísmo o gloria son unos casos burgueses que pertenecen a la Boa Hora! ¡Nos inclinamos bajo el destino que nos hace ser mediocres! ¡Todo país tiene una sublevación; nosotros tenemos la India! ¡Todos tienen una expedición; nosotros tenemos la Bonga! ¡Todos tienen un poeta; nosotros tenemos al señor Vidal! Teníamos tanto interés en esta *grève,* que nos ennoblecía, revistiéndonos de una actitud civilizada, dándonos la esperanza de cobijar al fin en nuestro seno, auténtica, legítima, esa gran elegancia revolucionaria, la Internacional, ¡y, como se ve, nos encontramos sólo con un caso de Juzgado de primera instancia! ¡Uno a seis meses de prisión, qué miseria! ¡Ah! Evidentemente, sólo gozamos de dos glorias indiscutibles, garantizadas a mano, nuestras, sólo nuestras... El señor Lisboa y el señor... ¡Interrumpamos, por Dios!..., ¡y aquel de quien un juramento terrible y sagrado nos veda pronunciar el nombre!

L

EL TEATRO EN 1871

El teatro en Portugal va feneciendo. Por dos motivos. Primeramente, por el rebajamiento general del espíritu y de la inteligencia entre nosotros; y después, por las condiciones industriales y económicas de los teatros.

Esta verdad resalta en los propios carteles. El Gimnasio, el Príncipe Real, la calle de los Condes, dan comedias traducidas de los viejos repertorios extranjeros, o *dramones* hilvanados exclusivamente para la estulta plebe (como decían nuestros abuelos), complicados con incendios, naufragios, hundimientos, maravillas baratas de cartón viejo entre decoraciones descoloridas. Lo que sucede es que las comedias extranjeras, concebidas para la fina interpretación de actores educados, encuentran aquí una interpretación grosera, hecha de oficio, y no pueden interesar, y los *dramones,* que viven sólo de los esplendores del decorado, al tropezar aquí con telas roídas por la humedad, vestuario remendado, cartón podrido, con toda una miseria que los apaga y empobrece, no pueden atraer. Por tanto, esos teatros arrastran una vida difícil.

La Trinidad inauguró la ópera cómica. Pero, naturalmente, con la legítima urgencia de lucro, comenzó con los mejores autores de la escuela francesa, Offenbach, Hervé, Lecoq, etcétera. Cansó este repertorio galante, exprimió la cantidad de pesetas que contenía, y, como las óperas cómicas no se parecen a las ostras, que cuanto más se buscan más abundan, sucede que la Trinidad está en las condiciones de un preso que ha devorado su ración. La Trinidad no tiene qué representar ante un público aburrido que pide música accesible y fácilmente cantada. Necesita recurrir a zarzuelas que no ofrecen el alegre centelleo de la *verve* francesa, se representan con ambiciones de arte italiano y desagradan. Además de eso, el repertorio extranjero está hecho para buenas voces, educadas, pulidas en los conservatorios, formadas por el gusto y por la tradición de los teatros especializados. De modo que la Trinidad necesita escoger operetas que puedan atravesar fácilmente las estrechas gargantas nacionales; y del vasto repertorio extranjero tienen que preferir las operetas fáciles, las de «media garganta», las *constipadas.* Queda así reducido el número a cinco o seis *imbroglios* (1) españoles, flojamente instrumentados, en los que la Trinidad se va apoyando como en unas muletas provisionales. Opera cómica nacional, ésa, no la tenemos; nuestro cerebro es impotente para la creación musical; la raza quedó agotada

(1) Embrollo, confusión. Obra dramática cuyo argumento es muy complicado, como nuestras comedias de «enredo». Vocablo italiano, aunque muy usado ya en francés y en otras lenguas. *Sic* en el texto.

con el esfuerzo violento que hizo inventando el *lundum* (1) de la Figueira. Nuestras óperas son los himnos. Ahora la Trinidad podría hacer representar fácilmente el himno de la Carta constitucional. Ya está bien que soportemos la Carta en forma de *código*; no debemos sufrirla en forma de cuplé. Sería tan impúdico como adornarla con bailables. Verdad es que no parecería extraño que la Carta pasase a ser una ópera cómica en un país en que las instituciones están tomadas del *Barba Azul* y de la *Gran duquesa*.

Doña María es la balsa de la *Medusa* (2) del arte nacional. Allí flotan, en un esfuerzo heroico, los restos de la vieja generación artística. Actores de voluntad y de talento, un director excelente, luchan con la escasez de la literatura, con la inercia del público, con las dificultades económicas. Es verdaderamente una balsa, admirable por el esfuerzo, incompleta por la organización; buena para luchar, imperfecta para navegar.

El San Carlos, ése, gorjea.

Esta decadencia lamentable tiene distintas causas: la primera es la propia literatura dramática. Los escritores se retraen por completo del teatro. No por ser la ganancia mísera, como dicen, porque en el periódico y en el libro la ganancia no seduce con centelleos de montones de oro. La razón principal está en la contextura de nuestra inteligencia. El portugués no tiene genio dramático; nunca lo tuvo, incluso entre las pasadas generaciones literarias, hoy clásicas. Nuestra literatura teatral se reduce toda ella al *Frey Luis de Souza*. Por lo demás, tenemos dos tipos de dramas, que se repiten constantemente: el drama sentimental y bien escrito, de bellas imágenes, oda dialogada, en que un personaje lanza frases soberbiamente floridas, otro replica en períodos sonoros y melódicos, y la acción se convierte así en un tiroteo de prosas elegantizadas; el drama efectista, con eso que se llama *finales de acto*, lances bruscos, un embozado que aparece, una madre que se revela: «¡Ah! ¡Cielos! ¡Es él! ¡Maté a mi hijo! ¡Oh!»

Se añade a esto la farsa con los viejos temas de jocosidad lusitanos: el empujón, la caída, la matrona pendenciera, el general con gorro de dormir, etc. ¡Y esto es todo! Sentimientos, caracteres sólidamente dibujados, costumbres bien puestas en relieve, tipos finamente analizados, estudios sociales concretados en una acción, la naturaleza, la realidad, la observación de la vida, eso se encuentra aún menos en un drama que en una corrida de toros.

Otra causa de decadencia: el público. El público va al teatro a pasar la noche. El teatro entre nosotros no es una curiosidad espiritual, es un ocio de sociedad. El lisboeta, a falta de salones, que no existen, toma una butaca, que se vende. Se pone su mejor corbata, las señoras se peinan, y es una sala, una *soirée*,

(1) Danza de negros, usada también en el Brasil, y el canto y la música de dicha danza.

(2) Naufragio de la *Medusa*, tristemente célebre, ocurrido el 2 de julio de 1816 en el banco de Arguin, a cuarenta leguas de la costa occidental de Africa. Una vez perdida toda esperanza de salvar el barco, que se hundió, ciento cuarenta y nueve desdichados se refugiaron en una balsa, construída apresuradamente, que fué bien pronto juguete de las olas. Después de dos días de agonía, la balsa fué, por fin, vista por la goleta *Argos*, que recogió quince moribundos; los demás habían caído al mar o habían sido devorados por los supervivientes. Existe en el Louvre un cuadro famoso sobre este suceso, obra de Géricault.

un *raout* (1) o, más nacionalmente, una reunión. Con una gran ventaja sobre un salón: que no se conversa. Conversar constituye para el portugués una dificultad, un apuro; es el Cabo de las Tormentas de los modernos Lusiadas. Conversar, entretener, mover el fino y alado batallón de las ideas, todo portugués imagina que esa maravilla sólo puede darse en las novelas de un franco. De ahí proviene en el portugués elegante el hábito de recostarse en las puertas de los salones, con aspecto fatal. ¡Conversar! Los hombres tiemblan y las señoras palidecen. En el teatro hay la ventaja de que se puede lucir la *toilette*, enamorar, pasar la noche sin tener que conversar. En Portugal nadie recibe ni nadie es recibido, porque no hay dinero, no hay sociabilidad, y preferimos ante todo el dulce egoísmo encerrado y atrancado del *cada uno en su casa*. El teatro es la sustitución barata del salón. Salón callado y adquirido en la taquilla. Además, el teatro favorece el *flirteo*, que es el entretenimiento amado del portugués y de la portuguesa correlativa. De hecho el teatro es el centro del *flirteo* nacional. Lo que sucede, pues, en escena se vuelve secundario. Sólo se requiere cierta moralidad física: que no se den pellizcos en las ingenuas. La moral del drama, de la acción, de los sentimientos no se percibe o no se exige. Un beso que estalla, sobresalta; un adulterio que se idealiza, encanta. Una de las condiciones es que las actrices vistan bien, con modas nuevas, para que en los palcos las señoras observen, discutan los encajes, las sedas, las joyas y las *toilettes*. Un director de teatro no es, pues, escrupuloso con su espectáculo: alguien bien vestido, que hable y dé un pretexto para la luz de la araña, es suficiente. Sobre todo los domingos. Entonces, el mundo comercial y burgués, que descansa y se divierte, llena la sala. Si se representa el *Hamlet*, va; si se da *Manuel Méndez Enxundia*, va. No es la belleza del espectáculo lo que le atrae, es el tedio de su casa lo que le repele.

Otro motivo de decadencia: los actores. Los actores, en general, son malos, con excepción de cuatro o cinco individualidades inteligentes y estudiosas que progresan. Son malos, no tanto por incapacidad propia cuanto por las condiciones de su destino. Ellos, desgraciadamente, en Portugal, no pertenecen a un arte, sino a un oficio. ¿Qué han de hacer? No tienen estudios, ni escuela, ni incentivo, ni sueldos, ni público. Son actores como otros son funcionarios públicos; recitan prosa a la luz del gas en un escenario, como otros redactan oficios en una habitación ahogada. ¡La cuestión es ganar un sueldo, comer, vestirse! El arte, el estudio, entran en ellos en una proporción ínfima. El artista que por el precario estado de su arte tiene que pensar en comer—cuando no está extraordinariamente dotado, porque entonces la necesidad fortifica su habilidad—, se convierte fatalmente en un hombre de oficio que necesita ganar; en tal caso, el pintor ilustra almanaques, el escultor hace jarras de porcelana, el poeta redacta noticias, el actor embrolla papeles. Nuestros grandes actores, Santos, Rosa, además de su organización artística, se formaron cuando el teatro normal —por su reglamento—los ponía a cubierto de la lucha por la vida, y los dejaba grandes ocios para el estudio. En medio de la oscilación de las em-

(1) Reunión, fiesta a la que se invita a gente de la buena sociedad. *Sic* en el original. (Proviene de la palabra inglesa *rout*, que significa, en una de sus acepciones, alboroto, tumulto.)

presas, de las quiebras de compañías, de la dispersión de centros dramáticos, el artista no puede tener los nobles ocios necesarios para su cultura artística. Las dificultades de la vida coartan las preocupaciones de la inteligencia.

Otro motivo de la decadencia teatral: la pobreza general. No hay dinero. Lisboa es una ciudad de empleados públicos. La carestía de la vida, los alquileres elevados, el precio de la ropa, cierta necesidad de representación que domina a la gente de Lisboa, todo esto deja la bolsa exhausta, incapaz para los teatros. El teatro es caro. Una noche en el teatro representa para una familia tres duros del palco, un duro de guantes, duro y medio de coche en el invierno; en total, unos seis duros. Seis duros es la quinta parte de muchos de los ingresos mensuales, de la mayoría de los ingresos. Por consiguiente, la afluencia a los teatros es reducida. Naturalmente, con la sala desierta, las arcas del teatro no se llenan. De aquí deudas, complicaciones y quiebras.

Tal es el perfil del estado general de nuestros teatros, a grandes trazos.

Ante tal situación, se suscita naturalmente esta pregunta: ¿cuál es la actitud del Estado respecto a los teatros?

Pues ésta: el Gobierno no da nada a los teatros nacionales. ¡Y da veinticinco mil duros al San Carlos! Que nos responda ahora el Gobierno: «¿Está el Gobierno obligado a ayudar y a dar una subvención al arte teatral?» No. Entonces, ¿para qué se lo da al San Carlos? ¿Y por qué deja sin subvención al teatro nacional?

Si el Gobierno entiende que debe abandonar a la habilidad, a la iniciativa particular, a la competencia, a la acción espontánea de las vocaciones, el arte dramático, ¿por qué hace una excepción con el teatro italiano, protegiéndolo?

Si el Gobierno entiende que debe auxiliar al arte teatral, como elemento poderoso de civilización y de cultura moral, ¿por qué entonces hace una excepción con el teatro portugués, desamparándolo?

Que el Gobierno, pues, se decida: o a declararse indiferente y desinteresado en cuestiones teatrales, y entonces que cierre igualmente sus arcas a los galanes y a los tenores, o a declararse responsable del desenvolvimiento intelectual, y entonces que conceda una subvención al teatro nacional.

Nosotros tenemos nuestra opinión. Comprendemos por igual al Gobierno protegiendo el teatro con subvenciones, o al Gobierno dejando el teatro a la iniciativa industrial y literaria.

Lo que condenamos, y toda persona sensata lo condenará con nosotros, es que, con una lógica torpemente *offenbachica*, el Gobierno diga:

—Yo no tengo nada que ver con el arte teatral, y, por consiguiente, doy veinticico mil duros al teatro italiano.

O que diga:

—Yo soy el protector del arte teatral, y, por consiguiente, pretendo que el teatro nacional se consuma de penuria.

Ahora bien: la verdad es ésta: el teatro nacional es una necesidad inteligente y moral, y el teatro italiano es una inutilidad sentimental y lujosa.

¿Cuáles serían las ventajas de un teatro normal?

El teatro normal sería la creación de una literatura dramática, esto es, el enriquecimiento de nuestro patrimonio intelectual, educación permanente en el presente, elemento histórico para el futuro. Porque el drama hoy, como toda obra de arte, tiene dos resultados: por los sentimientos, ideas, costumbres, instituciones contemporáneas que estudia y critica, es, en su tiempo, una lección para el criterio, y en el futuro, un documento para la Historia.

El teatro normal sería la fundación de una escuela de actores, como la Comedia Francesa, vigorosamente educada, conservando una tradición, formando discípulos, centro vital de las artes teatrales.

El teatro normal sería la desaparición providencial de las pequeñas comedias eróticas, que constituyen el aguardiente moral de las personas que no van a la taberna; de las de magia, que no pasan de ser un mal acompañamiento de la digestión y una escuela de embrutecimiento; de los dramas sentimentales, que sirven para excitar los sentidos de la burguesía casada, ¡y forman una especie de comunicación cómoda con el vicio sin salir de un palco! Sería un constante toque de atención a las cosas espirituales; el apartamiento de una población ociosa y aburrida de las casas de juego y de los lupanares clásicos; una influencia perdurable, penetrante y sutil sobre nuestras costumbres; una poderosa educación para la imaginación; en fin, un elemento sano en nuestra vida, insustituíble e indispensable, porque prende en lo que tiene de más definitivo y determinante una ciudad: en su inteligencia y en su moral.

El teatro normal no sería un deleite exclusivo de Lisboa; haría participar a todo el país del desarrollo de su arte. Los actores formados aquí irían a constituir pequeños y buenos conjuntos teatrales en provincias; y en ciertos meses, la compañía modelo visitaría a Oporto, Braga, Coimbra, Vizeu, las principales ciudades, llevando al público el encanto de su repertorio superior, y a los artistas, los ejemplos de su arte perfecto.

Esto sería, a grandes trazos, el teatro normal.

¿Qué es el teatro de San Carlos? ¿Qué hace? No aumenta, ciertamente, nuestro patrimonio literario. Populariza sólo la vieja escuela italiana de música sensualista, arte del que no sale nada provechoso para el país, excepto algunos düetos que las muchachas gorjean al piano, ¡o que las campanillas tintinean al alzar la hostia! ¿Qué enseñanza se desprende de la *Traviata* expirante o del imbécil *Trovador* que *corre a salvarla?*

El teatro de San Carlos no forma buenos actores nacionales. ¡Muy al contrario! Es una fábrica de reputaciones para los artistas extranjeros. Gastamos dineros ¡nosotros! para que el señor *Fulanini* vaya a ganar más dinero a San Petersburgo o al Covent Garden, ¡él!

El teatro de San Carlos no constituye un elemento de civilización, sino de decadencia. Si algo debilita el carácter y ablanda el espíritu, es la influencia de la música italiana, sentimental, amorosa, lánguida, mórbida. Una ópera es un lupanar. Cada düeto, cada *allegro*, una excitación erótica. Imagínese una niña oyendo durante un año esa letanía de sensualidades que se llama *Lucía, Norma, Traviata, María de Rohan, Favorita, Un baile de máscaras*, etc. El adulterio idealizado, el amor como la cosa suprema y única de la existencia, el deber considerado burgués, la honestidad *mal portée* (1); y to-

(1) Mal llevada.

da esa moral suspirada, gemida, arrastrada en la desgarradora agonía de los violines, silbada irritantemente por la flauta, modulada de un modo aéreo por el arpa, sollozada con un sollozo íntegro por el demonio invisible oculto en el violonchelo, hecha áspera y triunfal por los instrumentos de metal, roncada por el violón; y sobre esta masa de voluptuosidad instrumentada, las adúlteras, los galanes, los enamorados, todo un mundo melodioso y libertino, que gime, arquea los brazos, se retuerce en los éxtasis de la pasión, entra por las puertas de las alcobas, ¡siembra besos por todas partes y muere de amor, novelescamente, en un aria doliente! ¡Ah, nosotros no somos bárbaros! Estimamos la música. Meyerbeer, Gluck, Mozart, Beethoven, son verdaderos pensadores. Pero ¿los canta el San Carlos? En modo alguno, a no ser cada dos años a Meyerbeer, como de pasada y para disimular. ¡Solamente Donizetti, Bellini, todos los sensualistas! Ahora bien: a aquellos los respetamos como ideas que cantan, y a éstos los detestamos como erotismos que arrullan.

El teatro de San Carlos no hace que todo el país participe de su arte. Muy al contrario, es un teatro exclusivo de un público limitado, escogido, siempre igual. El país paga para que este público goce. ¡Para que nosotros tengamos arias, los labradores comen sardinas!

En fin, ni creación de un arte, ni formación de artistas, ni elemento de civilización, ni interés general del país.

¿Para qué sirve el San Carlos? Es un lujo, se dirá. Sí, lo comprendemos... Pero ¿es, al menos, realmente, el San Carlos un teatro elegante, un centro bello y fino de vida rica? ¡Ah, por Dios, no! Comienza ello por la *mise en scène*. Fuera de algunas decoraciones bellas de Rambois y Cinnati, cada vez más raras, ¡qué *mise en scène!* Tómese el ejemplo del *Don Carlos:* vestuario remendado torpemente, bastidores apolillados, una vieja mesa carcomida, donde el tirano se apoya... Los coristas se agrupan en un rincón, en escaso número; ellas, con los brazos desnudos mal lavados; ellos, con las botas sucias de barro, sueltan, con gesto dormido, una voz que ha pasado por todos los pateos desde 1836, lo cual le hace perder la frescura. En los palcos, el terciopelo de las barandillas, deshilachado, deja salir un pelote fétido; el papel está despegado; las cerraduras, rotas. Una iluminación funeraria entenebrece la sala; los viejos dorados, sucios, tienen el aspecto melancólico de adornos de capillas antiguas; los blancos, rivalizan con unos rostros de carboneros. Los pasillos, con las alfombras comidas por los ratones, blandas de polvo, una luz taciturna y débil, recuerdan la cárcel, el portal de una casa de juego. En el anfiteatro, unos asientos de paja áspera raspan como una navaja de afeitar el paño de los fraques; y el suelo se halla tan poco aseado, que los espectadores, antes de salir a la calle, se limpian los pies en los felpudos por compasión a los barrenderos. En la general, unos bancos estrechos, como de acusados, erizan su paja podrida. En el peristilo oscuro hay barro. Las señoras esperan, junto a los municipales formados, la llegada de los coches, expuestas a un viento frío, ¡que convierte aquellos parajes en algo peor que la sierra de la Estrella!

¡Todo aquello es pequeño, provinciano, plebeyo y pretencioso!

¡No queremos acusar a la empresa, no! Como Compañía comercial, está

en la lógica de su acción. Y al mismo tiempo se esfuerza, es evidente, en mostrar aquí las bellas voces, las ricas organizaciones musicales. Además de eso, ella no es culpable de que el teatro nacional perezca de penuria; ni tampoco es culpable de que la música sea, en la civilización de un país, una inutilidad sentimental. Tampoco construyó ella el teatro; lo recibió así del Gobierno; no tiene obligación de pintarlo, ni de tapizarlo, ni de dorarlo, ni de alfombrarlo. Como Compañía comercial, su único deber indeclinable, ante la junta comercial, es no quebrar.

No ocurre lo mismo con el Gobierno. Este no tiene en su disculpa una sola razón para subvencionar al San Carlos. ¡No es aquello un elemento de civilización, ni un centro de arte nacional, ni una escuela de artistas, ni sirve de aprovechamiento general para el país!

No es tampoco un centro de lujo, un orgullo de capital rica, una maravilla de la vida ampliamente gozada. Es un viejo *chic* pobretón. Y el Gobierno le da veinticinco mil duros para que lo siga siendo.

Se dice que el Gobierno tiene una razón suprema para sostener el San Carlos: que el San Carlos constituye una distracción para la Corte y para la diplomacia.

Respecto a la Corte... ¿La Corte siente la necesidad ineludible de distraerse? ¡Excelente! Que pague y subvencione el San Carlos; que lo ilumine, tapice y alfombre a su costa; que abone por cada palco veinte duros por noche, cuatro duros por cada butaca; que lo frecuente con entusiasmo, que duerma allí y que sea feliz. ¡Pero que el país pague, no, corte respetada y querida, no! ¡Que yo, él, nosotros, vosotros, ellos, echemos en el erario dinero para que tú te diviertas, no, corte refulgente y maravillosa! Perdona, pero, como diría Escipión, no tendrás, ingrata, nuestras monedas. La preocupación del país no es precisamente la de evitar que la corte bostece. Veinte o veinticinco mil duros anuales resulta prodigioso ¡para que la corte tenga donde pasar la noche! Que la corte se distraiga ella sola. Es lo que hace cada cual. La corte puede muy bien entretener su noche jugando a las damas o leyendo el *Panorama*. ¿No ha leído aún el *Panorama* la corte? ¡Ah! Pues ahí está. ¡No se imagina qué fuente de distracciones! ¿La corte quiere teatro? Que vaya al Salitre. Se pasa muy bien a duro el palco. La corte puede allí gozar de su *soirée* deleitosa e ir después a tomar tranquilamente su té. Además, si la corte se distrae a cuenta nuestra, entonces debemos intervenir en sus diversiones. Si tenemos que pagar la iluminación, los cantantes, los violines, que nos sea dado el derecho de disponer y regularizar sus placeres. El poder moderador no podrá ir más al San Carlos sin pedir permiso a la opinión pública. Y la opinión pública estará en su legítimo derecho de responder: «No, señor; el podercillo moderador se queda hoy en casa; ayer el poder fué al teatro; hoy va a estudiar su política; y nada de lloriqueos, ¡porque, si no, le encerramos en el cuarto oscuro!»

Y en cuanto a la diplomacia, no nos parece que el país tenga obligación de distraerla. ¡Que la distraigan sus Gobiernos y sus monedas! ¡Que se compren soldaditos de plomo o que frecuenten el Martiño los señores diplomáticos! Además, ¡es muy atrevida la diplomacia pretendiendo divertirse! ¿Intenta establecer una excepción insultante para las costumbres nacionales? ¡Aquí na

die se divierte! Sus excelencias están muy equivocados: ¡han venido tal vez a Portugal engañados! Todo, entre nosotros, es serio. ¡Quien viene aquí viene hacia la bella melancolía! A nosotros no nos gusta reír. ¡Somos tétricos de profesión! ¡Estaría bueno que nos riésemos con tanta historia detrás, el pobre don Sebastián en las arenas africanas, el infame dominio de Castilla y otros duelos tan amargos!... Llevamos en el alma los crespones de nuestra historia. Sollozamos día y noche a la orilla del Tajo. Lusitania no es lugar de bromas. ¡Si sus excelencias quieren divertirse y reír, tengan la bondad de marchar a Mabille o, al menos, a Badajoz!

Perdonen estas largas páginas. La cuestión de los teatros tiene una importancia pública. El Gobierno comete el contrasentido de subvencionar un teatro extranjero, que es de lujo, y dejar abandonado el teatro nacional, que es necesario. El lujo, que lo sostenga el lujo. El San Carlos sin subvención, que eleve sus precios. Palcos a diez o quince duros y butacas a cinco. Si nadie quiere eso, que se cierre el San Carlos. Son algunas arias menos en un escenario y algún ahorro más en las familias. El teatro nacional, que tenga una subvención y se convierta en una escuela, en un centro de arte, en un elemento de cultura. Sólo esto tiene sentido, verdad y dignidad.

LI

EL GOBIERNO Y LA EMIGRACIÓN

Enero de 1872.

Se discutió y se discute aún la cuestión de la *emigración*. Hay un hombre, Mr. Charles Nathan, que transporta hacia Nueva Orleáns, con buenos salarios, a todas las actividades que se ofrezcan.

La emigración es, entre nosotros, realmente un mal.

En Portugal, quienes emigran son los más enérgicos y los más decididos; y un país de débiles y de indolentes padece un perjuicio incalculable al perder sus raras voluntades firmes y sus pocos brazos viriles.

En Portugal, la emigración no es, como en todas partes, el traslado de una población sobrante, sino la fuga de una población que sufre. No es el espíritu de actividad y de expansión que lleva lejos a nuestros colonos, como lleva a los ingleses a Australia y a la India, sino la miseria, que incita a buscar en otras tierras el pan que falta en la nuestra.

En Portugal, la emigración, siguiendo el rumbo de los países extranjeros, contraría la necesidad urgente de regularizar interiormente una emigración de provincia a provincia.

En Portugal, la emigración no significa ausencia; significa abandono. El inglés, por ejemplo, va a Australia y a América a hacer un comienzo de fortuna, para volver a Inglaterra, casarse, trabajar, servir a su país, a su provincia, trayéndole el auxilio de la voluntad fortalecida, de la experiencia adquirida, del dinero ganado; para Portugal, el emigrante que regresa, provisto de buena fortuna, viene a ser un burgués improductivo, una inutilidad que engordar.

En fin, la emigración es mala, y el señor Nathan, funesto. Nuestra única pena es que el señor Nathan, en lugar de unos cuantos centenares de los nuestros, no nos quiera llevar a todos. Porque iremos, sin vacilación, en masa. Huiremos de las cebollas de Egipto. Más afortunados que los is-

raelitas, tenemos, en lugar del incierto milagro del mar Rojo, los excelentes vapores de la Liverpool and Mississipi Steam Ship Company.

¡Vámonos todos!

Es raro que haya a quien le extrañe la emigración. Nosotros estamos en un estado comparable solamente al de Grecia: la misma pobreza, la misma indignidad política, el mismo caos económico, el mismo rebajamiento de los caracteres, la misma decadencia espiritual. En los libros extranjeros, en las revistas, cuando se quiere hablar de un país caótico y que por su decadencia progresiva puede llegar a ser borrado del mapa de Europa, se citan a la par Grecia y Portugal. Nosotros, sin embargo, no poseemos, como Grecia, además de una historia gloriosa, el honor de haber creado una religión, una literatura que es un modelo universal, y el museo humano de la belleza del arte. Sólo nos ufanamos del señor Lisboa, barítono, y del señor Vidal, lírico.

El rey don Pedro V había leído el libro de E. About *La Grecia contemporánea*; y ese rey, que tenía un serio y fino espíritu y era a veces un sutil humorista, se entretuvo en anotar al margen el precioso libro de About. Donde aparecían los nombres de los estadistas griegos, el rey ponía los nombres correspondientes de los hombres públicos de Portugal; donde venían los relatos de las indignidades políticas de Atenas, él inscribía al margen las correlativas indignidades políticas de Lisboa; donde About trazaba con su pluma maliciosa, cáustica y tan profundamente francesa, el retrato de cierto ministro de Hacienda que era un ladrón, don Pedro escribía al lado: «Aquí se llama el señor...» Figura en el libro como torpe, a juicio del excelente rey, mucho varón hoy célebre en la vida pública, con buenos sueldos y autoridad. El libro así anotado, cambiados los nombres, es la descripción más exacta del estado de Portugal. ¡Qué desgraciado debe de ser un rey inteligente cuando, entregado al escepticismo y a la misantropía por la certeza que adquirió de que está en medio de una pocilga política, no puede, sin embargo, entregar la nación a la experiencia republicana, ni arrogarse el poder absoluto! Un rey así, si no se convierte por hastío en un buen rey de Yvetot (1), acaba siempre por morir pronto.

Ahora bien: en Grecia, el hecho permanente es la emigración. Y nosotros emigramos por el mismo motivo que emigra el griego: la necesidad de buscar lejos el pan que no da la patria. El griego que no tiene industria, ni agricultura, ni comercio, se encuentra al entrar en la vida sin colocación; coge entonces su carabina y se va a las montañas que Teócrito cantó, a robar viajeros ingleses, o embarca en El Pireo y emigra hacia Alejandría, hacia Trípoli, hacia las escalas de Levante, hacia los estados berberiscos, hacia Marsella, hacia cualquier punto donde haya algún pan que roer o alguna piastra que ganar.

Nosotros, que, bien a nuestro pesar, no podemos ir a robar a las montañas, porque no tenemos a quién robar, vamos a buscar al señor Nathan.

¡Y el Gobierno y la opinión se admiran! Pero ¿dónde puede la plebe

---

(1) De *Yvetot*, villa francesa (Sena inferior) al noroeste de Ruán. Los poseedores allí del *franc-alleu* (el noble que, además de tener sus bienes exentos, gozaba del derecho de justicia) han llevado el título de rey desde los siglos XIV al XVI. El vocablo *alleu* proviene, naturalmente, del derecho feudal. *Sic* en el original.

ganarse el pan? La gran industria, la de los tabacos, da dos pesetas de salario a un obrero con familia. Las industrias fabriles son pocas, inseguras, con interrupciones constantes de trabajo. La industria minera está abandonada a la explotación de compañías extranjeras. La agricultura vive en plena rutina, empobreciendo la tierra y empobreciendo al hombre. No tenemos piscicultura, ni silvicultura, ni industria pecuaria. El trabajador del campo vive en la miseria, come sardinas y hierbas silvestres; la mayor parte anda en cuadrilla, trabajando a días, vagando de granja en granja, por ochenta céntimos diarios, en épocas de salario. La usura y el préstamo, unidos, explotan a la gente del campo; los impuestos son elevados; las vejaciones del fisco, incesantes. En provincias, por un impuesto de veinte o treinta céntimos, atrasado y corrompido, venimos nosotros a pagar cinco y seis duros, con costas, etc. ¿Los pobres no tienen esa cantidad? ¡A embargar la casucha! En las ciudades, el obrero es víctima del monopolio: monopolio del pan, del bacalao, del aceite. ¡No hay entre nosotros una escuela teórica de aprendizaje! ¿Qué quieren ustedes, señores, que se haga en un país así? ¡Salir, huir, abandonarlo! El país es bello, sí, con un paisaje delicioso. Pero la política, la administración, hacen aquí la vida intolerable. Sería grato gozar de ella, no teniendo el honor de pertenecer a él. *¡Sólo se puede ser portugués siendo inglés!*

Y, entre tanto, ante la emigración creciente, ¿qué hace el Estado, la prensa, la opinión?

Se detienen un momento, vuélvense hacia los colonos, los enfocan los lentes y dicen a esa plebe hambrienta:

—¡Cómo! ¿Queréis iros en buena hora? ¡Oh imprudentes! ¡Ahí tenéis los terrenos del Alemtejo!...

Ahora bien: los *terrenos*, los eternos *terrenos del Alemtejo*, son simplemente una torpe broma.

Los terrenos del Alemtejo, tales *como están*, no producen, en general, más que bellota. Y justamente el Gobierno, la prensa y la opinión ofrecen esos terrenos tales *como están*. ¿Conocéis una broma más abyecta?

Una población de trabajadores, obreros, proletarios, pide trabajo, y si no, emigra. Y el país exclama:

—No emigréis; ahí tenéis los terrenos del Alemtejo; esto es, coged, oh proletarios, oh gente del campo, oh pies descalzos, los cuatro o cinco mil duros que tenéis en el bolsillo roto de la chaqueta, asociaos en grandes compañías, comprad máquinas e instrumentos, labrad tantas leguas cuadradas, desmontad, regad, abrid pozos, haced acueductos, estableced tierras inundables, levantad grandes fondos con vuestro gran crédito, tú, Manuel de la Huerta; tú, José de la Cancela; tú, herrador; tú, jornalero, ¡y enriqueceos!

El Estado, la prensa, la opinión tienen razón; ahora que como el trabajador no tiene esos cuatro o cinco mil duros en el bolsillo y no está para ir a buscarlos a su casa, a causa de la lluvia, embarca para Nueva Orleáns.

Decir a un hombre: «¿Quiere usted ganar tres pesetas al día? Se evitará salir del país; gaste ahí unos cuantos miles de duros en desmontar terrenos incultos, y tendrá de salario, no diré que tres pesetas justas, pero dos y media, con toda seguridad...» ¡Decir esto es una broma impúdica!

¡Es altamente grotesco ese consejo que se da de desmontar los terrenos del Alemtejo! Todo el mundo lo da: los diarios, los asiduos de la Casa Habanera, los camareros de café y los poetas líricos. «¡Que se desmonte el Alemtejo!», exclama cada cual, frotándose las manos y soplando el humo del cigarro. ¡Pues bien: señores míos, sí, desmontemos! ¡Pero entonces aprovechemos este gran impulso nacional, esta energía de las fuerzas vivas! ¡Y de paso, conquistemos el Santo Sepulcro y mandemos barrer la plaza del Loreto!

Pero la mejor broma la ha proporcionado el sentimentalismo:

—¡Cómo, colonos! ¿Vais a dejar la tierra de vuestra cuna, la verde alfombra, la escondida alquería en la ladera del monte, el grato ruiseñor que

gemidos lanza de su penar?

Este argumento, tan económico, tan positivo, tan apoyado en cifras, conmueve extraordinariamente a los emigrantes, los cuales demuestran su emoción remando con todas sus fuerzas hacia el barco de Nueva Orleáns. ¡Y mientras, en la playa, la prensa suspira!

Un hecho curioso es que la opinión, que es la que más ha enronquecido chillando contra la emigración, intenta sobre todo probar que la emigración hacia Nueva Orleáns no proporciona los beneficios prometidos por el contratante.

Por consiguiente, lo que se condena no es el hecho de la emigración, que se juzga irremediablemente necesario, sino el *lugar* hacia donde se *emigra*. Se hace la guerra a Nueva Orleáns, no al abandono de la patria. Nueva Orleáns ha hecho lo que quiera que fuese a la opinión pública. El caso es que la opinión pública no traga a Nueva Orleáns. Tal vez cuestiones de mujeres, como dicen en la *Gran duquesa de Gerolstein*.

¿Qué hacen con esto la prensa y la opinión? Incitan a la emigración. ¿Cómo? Denunciando lo poco que van a ganar los colonos en Nueva Orleáns, y haciendo comparaciones que indican implícitamente lo *mucho* que ganarían en San Paulo o en California. No detienen la corriente: la cambian de dirección. Esto es, dirigen la emigración, lo cual es una manera de desarrollarla, aunque sigan para ello el camino más difícil. Pero, en fin, tenemos a la opinión y a la prensa confesando que la vida es sumamente difícil en Portugal, y que el acto natural que todo ciudadano debe a su país es abandonarlo.

Entre tanto, ¿qué hace el Gobierno? Dicen que el Gobierno ha recomendado a las autoridades del país que impidan la emigración. Si es así, nos agrada. Un Gobierno que impide la acción de una ley económica por un oficio es cosa ya vista en las anécdotas del *Tintamarre*. Nos está dado a nosotros, portugueses, tener el hecho real, auténtico, refrendado. Ahora bien: ¿qué procedimiento emplea el Gobierno? ¿Se coloca entre el bote y el emigrante, gritando altivamente: «No pasarás»? ¿Le agarra por el cuello de la chaqueta, chillando: «Haz el favor de no soltarte»? ¡Que nos lo aclare el Gobierno! ¡Bueno y querido Gobierno!... Ante este grave problema de la emigración, teniendo que examinar las condiciones agrícolas del país, que estudiar el medio de organizar el trabajo, que regularizar una emigración interior, que utilizar los brazos ociosos, que convertir en provecho nacional la energía innata de la población, que impedir el debilitamiento del país por la pérdida de su riqueza viva, ante estos problemas, el

Gobierno se vuelve hacia el alcalde, y, por toda idea, por toda ciencia, lanza esta orden: «¡Respecto a los colonos, lo mejor es encerrarlos con llave!»

Como solución a un problema económico, el Gobierno encuentra una cerradura. ¡La gobernación del Estado se convierte en una cuestión de cerrajería! Un pestillo es un principio: ¡un tornillo, una institución! ¡Qué grandes sois! Dejaos ver bien de frente... ¡Ah! ¡Sois inmensos! Pero Sancho Panza era mayor.

LII

CONVERSACIÓN CON «EL BIEN PÚBLICO»

Diciembre de 1872.

El excelente diario *El Bien Público*, en un artículo amargo y piadoso, redactado con ternuras de sacristía y ataques de sala de armas, sutil y curioso además, nos hace el honor de vapulear, con su pesada mano católica y romana, tres pobres artículos de *Las Banderillas*.

El primero de esos artículos, tan rudamente desmantelado por el estimable *Bien Público*, censuraba al clero de Funchal «por haber impedido que un comerciante fuese enterrado en el cementerio público, bajo pretexto de deberes religiosos mal cumplidos».

El Bien Público, con su rostro sonrojado de indignación, exclama: «¡La censura tiene el mismo valor que si se dirigiese al señor duque de Palmella por no consentir que en el panteón de su familia fuesen sepultados los cadáveres de las personas que fallecen!»

Esta argumentación es victoriosa, aniquiladora. Solamente nos parece que no existe una absoluta semejanza entre el cementerio público y el panteón de familia del señor duque de Palmella. Cuando decimos al estudiar nuestra geografía: «Lisboa es la capital de Portugal», no queremos enteramente dar a entender que la capital de Portugal sea el Hotel de los Hermanos Unidos. Y añade *El Bien*: «Si un comerciante, en vida, no quiere tener nada que ver con las oraciones, con las asambleas religiosas, ¿cómo condenarle, entonces, después de muerto, a esas oraciones y asambleas que él odió vivo?» Lo cual equivale a decir: «Si ese comerciante no quería oír misa, ni asistir al *laus-perenne*, ni ayunar estando vivo, ¿cómo condenarle, después de muerto, a estar de rodillas en el *lausperenne* y a comer bacalao los viernes?»

¡Sí, *Bien Público*, estamos absolutamente de acuerdo! ¡Un hombre que le gusta comer bistec los viernes, no puede, sin tiránica vileza, ser obligado a ir bajo tierra, amortajado, dentro de su ataúd, a comer los viernes el odioso rodaballo! ¡Sí, *Bien Público!* ¡Sí, amigo! ¡Sí, honrado colega! ¡La verdad es ésa! ¡La dijiste con boca meliflua y sabia! Se debe expulsar del cementerio a todo hombre que no haya oído misa en vida... Y lo explicas, con hondura en el decir y alto criterio en el pensar: ¡Porque no se puede obligar a ese hombre a oír misa después de muerto! Sí, amigo, tú lo has dicho, con fe juvenil y labio discreto.

Después, *El Bien*, en otro párrafo austero, pretende combatir la afirmación de *Las Banderillas* de «que el cementerio no pertenece a los eclesiásticos; pertenece a los ciudadanos». Para aniquilar esta idea, *El Bien* afirma que podría dar una larga razón, y explica cuál es esa razón. Pero añade: «No la daremos, porque sería insensata.» (*El Bien Público*, pág. 188, línea 25.) ¡No, *Bien*, no; tú no eres insensato! ¡No te calumnies, amigo; no te humilles, *Bien!* ¡No dobles así una cabeza penitente en el polvo igualitario del macadán! ¡No, tú tienes hasta buena ortografía! ¡Hasta tienes buena letra! ¡Si quisieras, serías incluso sutil! ¡Es que no quieres! ¡Si tú quisieras!...

Y continúa el estimable *Bien* argumentando. *Las Banderillas* dijeron: «Los cementerios tienen su origen en la higiene, en la policía, en la moral, en la vida municipal; no tienen su razón en la teología.» Y *El Bien* exclama: «Pues diciendo tal, incurren en un error histórico: los cementerios tienen su razón de ser en la teología; basta el nombre y la historia para probarlo.» Pero entonces una consideración pavorosa se presenta: la teología es, por lo menos—*El Bien* debe de saberlo—, posterior a los primeros siglos del cristianismo. Comienza con las escuelas y con los doctores. Ahora bien: si los cementerios datan sólo de ese tiempo, según afirma *El Bien Público*; si únicamente tienen su razón de ser desde que la teología tuvo su razón de dominar, ¿qué ocurre? Pues que todos los muertos, desde Nemrod, estuvieron por miles de miles, aburridos, cruzados de brazos, esperando que la teología les permitiese tenderse en sus sepulcros. ¡Horrorosa antesala! ¡Han pasado siglos! ¡Y pasaban más, y más, y más! ¿En qué se entretuvieron tanto tiempo, envueltos en sus sudarios, impacientes por ser enterrados? ¡Oh sabio *Bien Público*, dínoslo, tú que lo sabes! Si los hombres sólo fueron enterrados desde que la teología se fijó en abultados volúmenes, ¿en qué lugar tenebroso aguardaron su día de sepelio los primitivos arios, los luminosos indios, el persa trabajador, el griego erudito y sutil, los miles de habitantes del imperio romano, las razas que vivieron junto al Nilo, y los pueblos bárbaros que habitaban en el norte de Europa, y todos los pobladores de todos los continentes de todos los siglos? ¡Dilo, sabio *Bien!* ¿Será verdad que paseaban por el éter, fumando su cigarro, en espera de que naciese San Agustín? ¡Qué instructivo eres, oh *Bien!* Sólo hay cementerios donde hay teología católica. ¿Y cómo explicas entonces los cementerios modernos de Constantinopla y de El Cairo, y los de todos los países mahometanos, y los de todos los otros países donde florece alguna de las mil quinientas religiones que existen en la tierra, además de la católica? ¡Explica esto bien, *Bien!*

Pero el piadoso diario exclama aún: «Los católicos no impiden que los que tienen poca religión o ninguna sean enterrados. ¿Por qué no establecen los Ayuntamientos cementerios especiales para ésos?» Nos parece prudente esta propuesta del *Bien*: hacer cementerios para quien tenga *mucha* religión; otros, para quien tenga *bastante*; otros, para los que posean *alguna*; otros, para los que alardean de *poquísima*; otros, para los que no tengan *ninguna*. ¡Un cementerio, en fin, para cada medida! ¡Un cementerio por gramos! ¡Ah, *Bien*, qué mal vas!

El segundo artículo de *Las Banderillas* censuraba «que los misioneros vendiesen *cartas de la Virgen a diversos devotos*».

El Bien Público dice *que nosotros empleamos argumentos bicornes*. Pero no combate ni aprecia, ni siquiera indica esos argumentos. ¿Es timidez? ¿Es desdén? ¿Es pudor? Añade tan sólo: «La historia es falsa:

1.º Porque los diarios de Braga no han dicho tal...»

Pero, querido *Bien*, los diarios de Coimbra, los de Oporto y los de Lisboa, que son liberales, lo han contado. ¿Qué importa que no lo refiriesen los diarios de Braga, que son *ultramontanos?* ¿Y esos mismos no están anunciando a cada momento *libros que se venden para evitar el fin del mundo, cartas llegadas del Cielo, reliquias encontradas*, etc.?

Dice más *El Bien*: «2.º Porque en Braga ¡no hay misioneros!» ¡Cómo es eso! ¡Pierdes el juicio, *Bien!* ¿Que no hay misioneros en Braga? ¡Di mejor, amigo, que no hay turcos en Constantinopla!, ¡que no hay agua en los ríos!, ¡que no hay estrellas en el cielo!, ¡que no hay sonidos en la música! ¡Ah querido! ¿Que no hay misioneros en Braga? ¿Dónde los hay entonces, en Berlín?

En el tercer artículo, *Las Banderillas* censuraba al señor párroco de Santos-el-Viejo por haber prohibido ¡que las madres llevasen sus hijos a la iglesia! *El Bien Público* se escandaliza y grita: «¿Qué iban a hacer allí las criaturas? Si las madres querían ir a misa y no podían dejar a las criaturas en casa, que no fuesen a misa, ¡pues *están los deberes de la lactancia antes que los deseos de la devoción!*»

¡Magníficamente dicho! Pero ¿quién lo dice? ¿Fué Michelet, seguramente, el iniciador naturalista de la educación anticatólica? ¿Fué Proudhon, tal vez, el rudo enemigo de la Iglesia? ¡No, mis buenos señores! ¡No, *Nación!* ¡No, Braga! ¡Ha sido *El Bien Público*, diario católico, romano, piadoso, devoto, ungido de agua bendita! *¡Los deberes de la lactancia son antes que los deseos de la devoción!* ¡Pero esto es perfectamente revolucionario! La lactancia antes que la devoción, esto es, la naturaleza antes que el misticismo, la razón antes que la fe, el deber humano y consciente antes que el deber divino y trascendente, el raciocinio antes que el dogma, la higiene antes que el Evangelio, la madre antes que la devota, el precepto naturalista antes que la regla de la Iglesia, ¡el hombre antes que Dios! ¡Bravo, *Bien Público!* Según tú, el precepto, la misa, la iglesia, son cosas secundarias, indiferentes, para los ratos de ocio. Un objeto de lujo para los días de descanso, ¡una especie de teatro, los domingos! «¿Qué haré hoy: iré a la iglesia o a esa opereta recién estrenada?» ¿De modo que sólo cuando la mujer haya amamantado a su hijo, arreglado su casa, cocinado su comida, cumplido todos sus deberes humanos, si encuentra una hora desocupada y ociosa es cuando deberá ir a misa? ¡Hablas perfectamente! Pero, entonces, fíjate bien. ¡Oh *Bien!* Si colocas el más pequeño deber humano antes que el más pequeño deber católico, rasgas de arriba abajo el catolicismo: si la madre debe amamantar antes que rezar, el hombre debe obedecer a su razón consciente antes que obedecer al precepto religioso, tienes entonces el análisis, la libertad religiosa, la reforma, la revolución. ¡Abres una rendija en el mundo viejo y entra por ella un mundo nuevo! ¡Oh *Bien Público!*, ¿eres así de naturalista y de ateo? ¿Eres entonces un falso devoto? ¿Pones encima de tu sotana de sacristán una faja roja de miembro de la *Commune?* ¡Oh *Bien!* ¿Esparces agua bendita o petróleo? ¡Tiembla, desgraciado! ¡Mientras *La Nación*, tu hermana; mientras el *Diario Nacional* y la *Fe* estarán muy con-

tentos en el paraíso, tú, *Bien Público*, excluído de la bienaventuranza por haber renegado de la fe, errarás, como una sombra afligida, en la vastedad del cielo negro, a través del dolor interminable, tropezando con las sombras condenadas de Sardanápalo, el pagano, y del aborrecido Pilato!

¡Ah *Bien Público!* ¡Excéntrico pillastrón, quédate quieto en tu dulce sombra! Reza, ayuna, canta en el coro, usa cilicio, pero déjanos en paz.

Conténtate con ser un periódico buena persona, pesadote y mansote, y con lograr el aplauso entero de antiguos seminaristas. Pero no vengas a interponerte en nuestro camino. Toma en tu rincón tu rapé y usa en silencio tu camiseta. ¡Y serás grande, oh *Bien!* ¡Oh buen *Bien!* ¡Oh *Bien* bueno! ¡Bum!

LIBRO II

I

EL AÑO NUEVO DE 1872

Enero de 1872.

Querido público: hete aquí ante un año nuevo, el año de 1872.

Ahí lo tienes frente a ti, mudo, impenetrable, con su ancho sombrero de fieltro ocultando el rostro, la capa color misterio terciada a lo mosquetero y unas altas botas relucientes. La punta de su espada alza ligeramente, por detrás, con un pliegue sutil, el borde de la oscura prenda. ¡Oh traidor! ¡Viene armado!

¿Cómo será su rostro, claro y pacífico, o sombrío y batallador? Y sus cabellos, ¿canosos y alisados, como los de un vegetativo conservador, o negros y revueltos, como los de un revolucionario impaciente? Y la palma de su mano, ¿tersa y fácil como la de quien esparce dinero, o doblada y áspera, como la del avaro retorcido?

«¿Quién lo sabe? ¿Quién lo sabrá?», dice el cuco de la leyenda.

¿Qué te traerá a ti, fiel camarada de *Las Banderillas* y de su campaña irónica? ¿Un ascenso en tu empleo? ¿La herencia de un tío viejo? ¿Una novia de airoso talle? ¿Un bello viaje por cuenta del Estado? ¿Un pequeñín goloso de leche?

«¿Quién lo sabe? ¿Quién lo sabrá?», dice el cuco de la leyenda.

Que él, el Año Nuevo amable, te conserve la cabeza serena, el estómago sano, la bolsa sonante y la mano decidida. Esto es lo bueno y positivo en la vida. Y también que haga penetrar en ti, como un calor reconfortante, el aprecio a *Las Banderillas*, o, por su nombre genérico, el aprecio al *buen sentido*.

¿Qué traerá él a la patria? Es justo que pensemos un poco en la patria. Porque, en fin, tenemos una *patria*. Tenemos, por lo menos, un *sitio*. Un *sitio*, realmente, es lo que tenemos: esto es, una lengua de tierra donde construímos nuestras casas y plantamos nuestros trigos. Nuestro *sitio* es Portugal. No es propiamente una *nación*, es un *sitio*. ¡No lo encontramos mal! Laponia, ni un *sitio* es: sólo una dispersión de chozas en la vaga extensión de la nieve. Podemos, por lo menos, desdeñar a Laponia. ¡La mísera

Laponia! ¡Nuestra organización es más rica, nuestra raza es más digna! ¡Nosotros, al menos, tenemos un *sitio!*

¿Qué va a traer a nuestra tierra, debajo de su capa, el digno año de 1872?

¿Le traerá la paz, como un folletín monótono que viene del día anterior?

¿Le traerá la guerra, como una aventura emocionante, pero indeseada?

¿Le traerá, envuelta en un cartucho, la revolución?

¿Le traerá, en medio de un espantado *¡oh!* universal, una idea?

¿Le traerá en los brazos, para dejársela en los de ella, una nueva dinastía de pecho?

¿Le traerá, como un esposo para fecundarla, al eximio prelado de Vizeu, que retrocede y se sonroja de pudor?

¿Le pondrá los pies, como un regalo celestial, a Melicio, mejor que un panal?

«¿Quién lo sabe? ¿Quién lo sabrá?», dice el cuco de la leyenda.

¡Ni el mismo Año Nuevo lo sabe, tal vez! Los años llegan desprevenidos, sin plan, y empiezan por tomar informes de los años salientes. Y entonces, por las notas recogidas, como los dramaturgos, ¡preparan sus episodios! ¡Ah! ¿Qué diría el Año Viejo, al partir con sus maletas y sus arrugas, a este Año Nuevo, que llegaba sin experiencia y curioso? ¿Qué confidencias cambiaron al encontrarse en esa misteriosa carretera por la que caminan los días y los años, pacientes viandantes de la Eternidad?... ¡Pues nosotros, los brujos de *Las Banderillas*, por una gran maravilla, lo sabemos! El Año Viejo y el Año Nuevo se cruzaron en la frontera, en Badajoz. El Año Viejo había estado trescientos sesenta y cinco días en Portugal; regresaba hastiado y embrutecido; tenía los dedos quemados por el cigarro; llevaba el estómago estragado de la comida del hotel; iba reseco por la falta de baños; se limpiaba los dientes con las uñas; sabía ayudar a misa; se sonaba con un pañuelo rojo; preguntaba sin cesar: *¿qué hay de nuevo?* Y era reformista. Estaba aportuguesado. El Año Nuevo, ése, surgía de la frescura del Cielo.

Se saludaron risueños.

Y en el silencio de la noche, a la sombra de los muros de Elvas, desde donde escuchábamos nosotros, palpitó entre los dos, vivo y rápido, este diálogo:

El Año Nuevo. — (*Preparando la cartera y el lápiz.*) Este país en que voy a entrar, ¿es una monarquía o una república?

El Año Viejo.—(*Gravemente.*) Las geografías dicen que es una monarquía... Por lo que he visto, me pareció que no era una monarquía ni una república, que era sólo un *jaleo.*

El Año Nuevo.—Pero, Año Viejo, ¿hay por lo menos un rey?

El Año Viejo. — Hay uno, Año Nuevo. Los diarios revelan de vez en vez su existencia, ¡contando que fué a fotografiarse! Es cuanto se sabe de su vida pública.

El Año Nuevo. — ¿Pero ese rey, reina?

El Año Viejo.—Reina como cuando se dice al describir un salón: «en lo alto, junto a la cornisa, *reina* un friso dorado...»

El Año Nuevo.—¿Y con qué se gobierna este país?

El Año Viejo.—Este país tiene la Carta, que se manifiesta todos los meses en las músicas militares en himnos nacionales; y actúa en las oficinas de año a año, en días de fiesta... Es todo lo que el país sabe de ella.

El Año Nuevo.—¿Y de qué vive el país? ¿Tiene rentas, tiene presupuesto?

El Año Viejo.—Tiene de menos, todos los años, para pagar los gastos de la casa, unos cinco o seis mil duros. A esto lo llaman ellos las finanzas. Cada ministerio...

El Año Nuevo.—¡Un momento! Soy un simple, un ingenuo, acabo de llegar... ¿Qué es un Ministerio?

El Año Viejo.—Es una colección de doce hombres, que se encargan (seis trotando a caballo detrás de los otros seis) de gobernar el país, esto es, de tener a mano la llave de la despensa. Cuando se pertenece a un partido...

El Año Nuevo.—Pertenecer a un partido, querido colega, ¿qué viene a ser?...

El Año Viejo. — Pues meterse la gente en un ómnibus que lleva a los empleos, y que arrastra el jefe del partido, ¡siempre con el freno en los dientes!...

El Año Nuevo.—¿Pero qué decía de la cuestión de la hacienda...?

El Año Viejo.—Es una especie de nudo que todos, uno por uno, son llamados a desatar y que cada cual aprieta más.

El Año Nuevo.—¿Sin cogerse nunca los dedos?

El Año Viejo.—¡Todo lo contrario! A algunos les queda en la mano el polvo de la cuerda. Pero con ese polvo se compran los melones.

El Año Nuevo.—Y el país, ¿en qué trabaja?...

El Año Viejo. — En las oficinas. Son habitaciones donde unos hombres tristes escriben en papel de oficio: «Excelentísimo e ilustrísimo señor...», para poder comer y tener estas categorías, a los veinte años, semiinútiles; a los treinta, inútiles, y a los cuarenta y cinco, inútiles y medio.

El Año Nuevo.—¿Y de dónde salen esos hombres?

El Año Viejo.—Del Liceo, que es un lugar con bancos, donde de chicos se recitan de memoria trozos de libros, para tener derecho a no volver a leer un libro entero al llegar a hombres.

El Año Nuevo.—Perdón; pero hay, según parece, una Universidad...

El Año Viejo.—La hay. Pero es sólo un edificio histórico, para probar que existió don Diniz, su fundador.

El Año Nuevo.—Pero ahí, santo Dios, ¿no se estudia?

El Año Viejo.—Sí, se estudian ciencias, cuyo estudio lleva cinco años, y que están veinticinco años atrasadas, a excepción de una: la Teología, que acabó hace un siglo.

El Año Nuevo.—¿Y cómo es la organización de los estudios?

El Año Viejo.—El alumno, al entrar, hace una profunda reverencia al catedrático; lee allí dentro una novela que trae en el bolsillo, y sale, haciendo al catedrático otra reverencia profunda. Si no hace esto, le suspenden.

El Año Nuevo.—¿Y todo eso, para qué?

El Año Viejo.—Para ser licenciado, una cualidad que se exige para todo, y que no se respeta para cosa alguna.

El Año Nuevo.—¿Y a qué se llama la política, amigo mío? He oído...

El Año Viejo.—La política es la ocupación de los ociosos, la ciencia de los ignorantes y la riqueza de los pobres. Reside en San Benito...

El Año Nuevo. — ¿Un santo del calendario?

EL AÑO VIEJO.—Un salón que la Carta instituyó para que en él se discuta *perpetuamente* quién ha de organizar el país *definitivamente*.

EL AÑO NUEVO. — ¿Y cuál es la postura de los diputados?...

EL AÑO VIEJO. — En apariencia, sentados; por dentro, en cuclillas.

EL AÑO NUEVO.—Perdón...

EL AÑO VIEJO.—¡Ah, sí! ¿Su postura con respecto al Gobierno? Son empleados de confianza del Gobierno, nombrados por el Gobierno; ¡consintiendo el pueblo, para contentarle, que firme el nombramiento!

EL AÑO NUEVO.—Explíqueme algo de mis notas: ¿«elocuencia parlamentaria»?

EL AÑO VIEJO.—Es la serie de palabras conocidas que va de Barros y Cuña a Osorio de Vasconcellos, pasando por Santos y Silva.

EL AÑO NUEVO.—¿Quiénes son esos hombres?

EL AÑO VIEJO.—Son ellos mismos y tienen un trabajo inmenso por ser tanto.

EL AÑO NUEVO.—Hay aún, al parecer, otra Cámara...

EL AÑO VIEJO.—La de los senadores. Es un horno apagado, donde cada Gobierno echa leña nueva para poder cocer su pan.

EL AÑO NUEVO.—¡Extraños casos! ¿Y hay un partido antidinástico?...

EL AÑO VIEJO. — Perfectamente: hay un partido que se ríe del rey por tener tan poco poder sobre su pueblo, y compadece al pueblo por soportar tanto poder de su rey.

EL AÑO NUEVO. — Hábleme de la aristocracia...

EL AÑO VIEJO.—Es una colección de cascos, sin cabezas dentro (éstas iban a caerse al suelo), donde se meten, para sostenerlos, cabezas nuevas de tenderos, que pagan para eso al Gobierno.

EL AÑO NUEVO.—¡Muy bien! Hábleme ahora del pueblo...

EL AÑO VIEJO.—Es un buey que en Portugal se cree un animal muy libre, porque no montan en sus ancas; ¡pero el desgraciado no se acuerda del yugo!

EL AÑO NUEVO.—¿Y la burguesía?

EL AÑO VIEJO.—¡Chis! ¡Más bajo! Ese es el nombre despectivo con que los tenderos enriquecidos que ya descansan fulminan a los tenderos pobres que aún trabajan.

EL AÑO NUEVO.—Y este país, ¿qué crédito tiene entre los otros, más allá de los Pirineos?

EL AÑO VIEJO.—Portugal, por ahí afuera, es estimado por su naranja.

EL AÑO NUEVO.—¿Y la diplomacia?...

EL AÑO VIEJO. — Cada Gobierno, amigo mío, acostumbra enviar fuera como embajadores a aquellos a quienes no quiere ver dentro como jefes de la oposición. En realidad, los diplomáticos son como esos criados que los compañeros mandan a espiar a la sala para comer ellos más a gusto en la cocina.

EL AÑO NUEVO.—Habrá viajado seguramente, amigo. Hábleme de las ciudades... ¿Hay buenas carreteras?

EL AÑO VIEJO.—Las hay; pero están todas en el Ministerio de Obras Públicas, para que no se estropeen.

EL AÑO NUEVO.—¿Y el ferrocarril?

EL AÑO VIEJO.—Es joven en Portugal; aún anda a gatas.

EL AÑO NUEVO.—Pero... Y Oporto, ¿qué es?

EL AÑO VIEJO.—Una tierra donde se es comerciante para tener los medios de fingir que se es aristócrata.

EL AÑO NUEVO.—¿Y Coimbra?

EL AÑO VIEJO.—Una ciudad donde el Municipio no barre las calles para no molestar a los que estudian, mientras los que estudian, con el barullo que arman en la calle, no dejan dormir al Municipio.

EL AÑO NUEVO.—¿Y Lisboa, en fin?

EL AÑO VIEJO.—Lisboa es la ciudad donde vive Melicio. Y, además, una burguesa que desearía parecerse a una *cocotte*, si pudiera acostumbrarse a limpiarse los dientes.

EL AÑO NUEVO. — Pero, entonces, ¿los portugueses no son escrupulosos en el aseo?

EL AÑO VIEJO.—En otro tiempo, colega, cuando los criados novatos de los hoteles veían llegar a un viajero portugués, le traían, como a todos, una bañera llena y fresca. Y el portugués respondía invariablemente: «¡Muchas gracias, no tengo sed!»

EL AÑO NUEVO.—Pero ¿y la vida elegante de Lisboa?

EL AÑO VIEJO.—Es no ser cigarrero de la fábrica de Xábregas. Todo lo demás es elegante.

EL AÑO NUEVO.—¿Y los portugueses son inteligentes, al menos?

EL AÑO VIEJO.—¡Fué el *A B C* el que difundió eso, orgulloso de que le hubiesen comprendido!

EL AÑO NUEVO.—¿Y la familia?...

EL AÑO VIEJO. — Es un grupo de egoísmos que come en zapatillas.

EL AÑO NUEVO.—Pero ¿y las mujeres?

EL AÑO VIEJO.—Personas excelentes, que tienen la ternura de fingir que no tienen talento ¡sólo para no humillar a los maridos!

EL AÑO NUEVO.—¿Y son bonitas?

EL AÑO VIEJO.—Son bonitas cuando están sin postizos en el pelo.

EL AÑO NUEVO.—¿Y honestas?

EL AÑO VIEJO.—Aprendieron la ternura de memoria, pero la recitan mal.

EL AÑO NUEVO.—¿Qué tal hablan?

EL AÑO VIEJO.—No se sabe. Nunca han tenido con quién hablar.

EL AÑO NUEVO.—¿Y son amorosas?

EL AÑO VIEJO.—Dice el señor Vidal que sí.

EL AÑO NUEVO.—¿Y femeninas?

EL AÑO VIEJO. — Amigo mío, son utilitarias. Encuentran en todo lo que han encontrado, hasta en el vals, una utilidad.

EL AÑO NUEVO. — ¿En el vals? ¿Cuál es?

EL AÑO VIEJO.—El medio de sudar en sociedad con elegancia.

EL AÑO NUEVO. — ¡Oh Dios mío, volvamos a las generalidades! ¿Es rico el país?

EL AÑO VIEJO.—Portugal es un país que todos dicen que es rico, habitado por gente que todos saben que es pobre.

EL AÑO NUEVO.—Pero ¿y la agricultura?

EL AÑO VIEJO.—La agricultura es aquí el arte de asistir impasible al trabajo de la Naturaleza.

EL AÑO NUEVO.—¿Y las colonias?

EL AÑO VIEJO.—Viejas bandejas de familia que se colocan en un rincón.

EL AÑO NUEVO.—Pero este país tiene un ejército...

EL AÑO VIEJO.—Se puede permitir esa formalidad, porque tiene asegurada la paz.

EL AÑO NUEVO.—¿Y Policía?

EL AÑO VIEJO.—La Policía es una institución que pasea aparatosamente por ciertas calles, para avisar a los malhechores que van por otras.

EL AÑO NUEVO. — Habla usted de malhechores. ¿Cómo son las cárceles?...

EL AÑO VIEJO.—Son letrinas donde se encierra también a los presos.

EL AÑO NUEVO.—Pero ¿el Ayuntamiento vela, al menos, por la ciudad?

EL AÑO VIEJO.—Celosamente. Según uno de sus bandos, por ejemplo, le está prohibido a cualquier ciuda-

dano, bajo pena de una seria multa, tener en su casa más de seis meses ¡un lobo rabioso!

EL AÑO NUEVO.—¡Es extraordinario! ¿Y no hay sensatez?

EL AÑO VIEJO.—Se procura evitar; porque tenerla se llama pedantería, y publicarla se llama insulto.

EL AÑO NUEVO.—Pero ¿y este pueblo no se subleva nunca?

EL AÑO VIEJO.—El pueblo se ha sublevado algunas veces por cuenta ajena. Por cuenta propia, jamás.

EL AÑO NUEVO.—En resumen: ¿cuál es su opinión sobre Portugal?

EL AÑO VIEJO.—Un país corrompido, por lo general, en que aquellos mismos que sufren no se indignan de sufrir. Es, además, la patria del gran Alfonso de Alburquerque y de otros.

EL AÑO NUEVO.—¿Y no hay una protesta? ¡Ahora que recuerdo!... *¿Las Banderillas?* Hábleme de ellas...

EL AÑO VIEJO.—Un periódico que tiene un solo mérito: creerse sensato y no aspirar a la dictadura.

Pero al notar que los escuchaban —éramos nosotros—, el Año Nuevo y el Año Viejo se separaron con unos efusivos *shake-hands*. Y el Año Nuevo, dueño de una serie de definiciones que le permitían conocer el país, pasó la frontera, entre un repique de campanas. ¡Bien venido! ¡Y felices Pascuas!

II

EPÍSTOLA AL SEÑOR FONTES PEREIRA DE MELLO, A PROPÓSITO DEL IMPUESTO SOBRE EL PESCADO

Enero de 1872.

Al excelentísimo señor Fontes Pereira de Mello.

Queremos agradecerle, señor ministro, la proposición por la cual ha suprimido el impuesto sobre el pescado. *Las Banderillas* había mostrado, con doloroso relieve, toda la cruel indignidad de ese impuesto. No sabemos si vuestra excelencia ha vivido algún tiempo en las costas de Portugal. Debería haberlo hecho. Nada más poderosamente instructivo. Un interior de cabaña enseña más que un libro de Mauricio Block. (Hasta podría afirmarse que los libros del mencionado Mauricio no enseñan nada.) La pesca no constituye una industria regular, sino una ganancia por sorpresa. El mar, señor ministro, no tiene la apacible tranquilidad de la tierra. Esta se extiende al sol, como la ninfa antigua, y deja serenamente en su sagrada impasibilidad que la violen, la desgarren, le extraigan el vino, el pan, las frutas, hasta el carbón, y a los que la rasgan y roban les da todo lo necesario para que el cuerpo viva, y, además, los verdores y las flores para que el alma se alegre. El mar, señor ministro, ése se defiende. Mira al hombre como a un enemigo; se rodea de rocas, se emboza traidoramente en la niebla, aterra con su monótono ladrar. Es necesario acecharlo, ver cuándo duerme; entonces, el pescador rema en silencio, echa las redes y le roba. Ya ve, señor ministro, que no tenemos aquí una industria disciplinada, sino la piratería del hombre.

Navega a veces una barca cuarenta y ocho horas, bajo la lluvia, el vendaval y la neblina, en la inclemencia del agua. Los hombres están *perdidos y trabajados*, como decía Camoens. Es necesario pasar la noche en el mar. Echan el ancla y las redes, encienden una linterna, se persignan, entre la oscuridad y la tormenta, envueltos en los capotes, empapados; y permanecen allí en el

vasto y oscuro mar. ¡Todo esto para sacar las redes vacías y muchas veces rotas! Van hombres y van niños. Un hombre a bordo gana ochenta céntimos por cada pesca, en dos días de trabajo áspero. Un niño gana veinte. Es necesario ver cómo viven. En Espiño—y es una de las costas más populosas y ricas—viven en casuchas de madera, donde la lluvia, el viento, la niebla, entran libremente; duermen sobre harapos de viejas chaquetas y de antiguas velas inservibles; comen en una gran olla, en promiscuidad, el escaso plato de sardina y cortezas de borona. Esto en la época feliz y abundante. En invierno se internan y piden limosna. Tal es esa vida a grandes rasgos. Excusamos, señor ministro, el hablarle de los temporales, de los naufragios, de los barcos perdidos, de las redes inutilizadas, del final de ellos en este mundo, que es el hospital; de su final bajo tierra, que es la fosa común. Caer sobre esos hombres el fisco y sacarles, por medio de una división, parte de aquello que ellos ganan por medio de un riesgo de muerte, ¡era excesivamente torpe, incluso para unos portugueses! Los pescadores tienen, señor ministro, un verdadero impuesto: las enormes olas que vuelcan las barcas.

Agradecemos al señor ministro su simpática iniciativa.

III

NUESTRO MEJOR BARCO DE GUERRA, EL «INDIA»

Enero de 1872.

El *India*, el mejor navío que tenemos, el navío nuevo, hecho ex profeso para uso del país, comprado tras madura reflexión, examinado con escrupulosa ciencia, gloria de nuestra Marina, defensa de nuestras colonias, el *India*, aprobado por sabias comisiones y exaltado por una recta prensa, celebrado por profesores de la Escuela Normal, que costó muchos miles de libras, que es nuevo, perfecto, impecable, el *India* ¡cala sólo cinco pulgadas de agua al día!

Alabemos a la Providencia en actitud humilde: ¡el *India* podía no tener fondo!

Pero no, el *India* es nuestro glorioso navío, conoce el heroico blasón que usa, comprende la responsabilidad que asume, ve que le cumple mantener el nombre de Lusitania, y, por tanto, el *India*, con una moderación que nos conmueve hasta el llanto, el *India* ¡cala sólo cinco pulgadas de agua al día!

Y todavía el *India* podría—¿quién iba a impedírselo?, ¿quién se atrevería a cohibir su noble voluntad?— ¡el *India* podría no tener casco! ¡El *India* podría no tener costado!

¡Pero no! El *India* sabe los deberes de todo honrado transporte de guerra para con la patria que le utiliza. El *India* ¡se limita a calar sólo cinco pulgadas de agua por día!

IV

CARTA AL SEÑOR OBISPO DE OPORTO RESPECTO A LOS MALOS SACERDOTES

Enero de 1872.

Al señor don Américo, obispo de Oporto.

Debe saber su ilustrísima que el *Diario de la Tarde*, periódico de esa diócesis, ha publicado unas cartas cambiadas entre el señor don Camilo Castello Branco, que en el mundo profano es un novelista excelente, y Rocha, que en el mundo eclesiástico

es cualquier cosa. Trátase, al parecer, de decidir si existen las famosas llamas del infierno. La discusión tomó una forma teológica. Don Camilo Castello Branco trajo a ella toda la fogosa originalidad de su vena peninsular: el llamado Rocha divaga, repite viejos argumentos teológicos, defiende a los misioneros y aconseja la práctica de sus doctrinas. Ahora bien: en una de las cartas del mencionado Rocha se encuentra, reverendísimo prelado, esta frase, hacia la cual llamamos la atención inteligente de su ilustrísima y su autoridad jerárquica:

«Dice don Camilo que la presencia de los misioneros aumenta el número de los expósitos. Pues bien: yo digo que mejor, porque aumenta la población.»

Lo cual significa, dignísimo prelado:

«Es un bien que los misioneros seduzcan a sus feligresas, porque aumentan la población.»

Fué escrita esa frase, excelentísimo prelado, en la ciudad de Oporto en el año de 1871, mes de diciembre, por un tal Rocha, eclesiástico.

¡Excelentísimo prelado! Esto es, simplemente, el misionero amenazando la virginidad. Tenemos aquí el misionerismo, que, herido, irritado ante la contradicción, retorciéndose bajo la mordedura de la verdad, empujado violentamente contra la pared, hace como los gatos largamente perseguidos y pinchados: se enfurece, se encrespa, resopla, se desenrosca, ataca y grita:

—¡Ah! ¿Han probado que soy impúdico? ¡Mejor! ¡Confieso mi impudor, lo sostengo! Es un bien, porque aumenta la población.

¡Y se prepara! Pedimos, excelentísimo prelado, la intervención de su mitra. Si entre nosotros, los profanos, en los tribunales civiles, un asesino declarase que había matado a Fulano para disminuir la población; si un ladrón se alabase de que había robado a Mengano para que se moviesen los capitales, ¡mandaríamos a esos dos reformadores beneméritos, que se habían sacrificado por la justicia, a partir piedra con el grillete a rastras!

¡No sabemos cómo castigan las leyes canónicas a esos señores misioneros que juzgan deber suyo desflorar a las mujeres para que aumenten los hombres!

Si nada estatuyen, entonces, excelentísimo prelado, concédanos su ilustrísima en su capilla un lugar para irnos allí a dar las gracias a la Providencia maternal, de rodillas en las losas, ¡ya que es tan benévola con la tierra de Frey Bartolomé de los Mártires, que, en medio de nuestras desgracias y de nuestra pobreza, nos concede, al menos, al monedero falso que aumenta el capital y al misionero que aumenta la población!

Como, sin embargo, la justicia y conocida dignidad de su ilustrísima no dejarán impunes las palabras del llamado Rocha, venimos humildemente a pedir a vuestra reverendísima que considere que la frase del llamado Rocha es la expresión sintetizada de la teoría del misionero; que los misioneros son muchos; que los malos sacerdotes dejan desiertos los mejores altares; que Cristo, el supremo Maestro, rompería sus disciplinas sobre esos vendedores de escapularios; y que una vez que sus curas, excelentísimo prelado, amenazan con aumentar la población, ¡no será injusto que nosotros supliquemos a su ilustrísima que ponga bozal a sus curas!

Besamos el anillo pastoral de vuestra reverendísima, siendo, como somos, admiradores de la ciencia y creyentes en la virtud de su ilustrísima.

V

PIÑEIRO CHAGAS

Enero de 1872.

¿Quieren ustedes conocer a un ciudadano absolutamente optimista, *rara avis*, en esta tierra? Es nuestro amigo Piñeiro Chagas.

Lo revela muy finamente en su folletín del 5, en el *Diario de Noticias*. Allí, acusando con gentil espíritu a los que «fustigan a la patria», describe el país como superiormente perfecto, tan perfecto, que en su superficie social y moral no es posible encontrar ni una grieta ni una mácula; y allí declara que todo aquel que encuentre en Lusitania defectos y en el cisne tizones, *es grotesco.*

Parece ser que, según el feliz Piñeiro Chagas, poseemos una administración perfecta, toda la abundancia de riqueza, toda la virtud de alma, toda la elevación de carácter, toda la belleza de forma, como aquella ciudad ideal donde el joven Telémaco y el calvo Mentor paseaban, coronados de laurel, cambiando los párrafos sonoros que el puro Fenelón pone alternativamente en sus labios.

¿Y saben ustedes cuáles son las pruebas que nuestro admirable amigo da de ese estado de perfección a que llegó Portugal, de esta superioridad enteramente inaccesible a las razas inferiores?

Dos pruebas: ¡hemos descubierto el camino de la India! ¡Hemos, con nuestra energía, domado el Indostán!

Así, conforme a esa teoría de la impecabilidad, ¿saben por qué razón el señor Braamcamp es un gran filósofo? Porque hemos descubierto el camino de la India. Y todo aquel que, o sobre la filosofía del señor Braamcamp, o sobre la grandeza de cualquier institución nuestra, presente restricciones o dudas, es *grotesco.* Así, *Las Banderillas* sería *grotesca* si se atreviese a dudar de la superioridad filosófica del señor Braamcamp; y lo sería también si osase negar, sonriendo, la excelencia de nuestra instrucción pública. Y esto porque ni el señor Braamcamp puede eximirse de ser un filósofo tan profundo como Kant, ni la instrucción puede dejar de ser tan extendida como en Prusia, ¡desde el momento en que nosotros dominamos antaño el Indostán!

Es éste un sistema de progreso fácil y cómodo: domar el Indostán. Quien dome el Indostán está, desde ese momento, en posesión de la verdad y en la plenitud de la abundancia. Fué por no haberlo domeñado por lo que Francia se ve en los apuros de la inconstitución. ¡Fué por no haberlo domado por lo que se derrumbó Babilonia! Es un error que una nación comience a vivir sin haberse proporcionado algunos Indostanes domados. Doma el Indostán, y échate a dormir. Doma el Indostán, y cierra la escuela, que la población sabrá leer. Doma el Indostán, y no hagas carreteras, pues la circulación aumentará.

Las Banderillas denuncia la desorganización de los estudios. ¡Mentira! ¡Los estudios son perfectos! ¡Véase la energía con que domamos el Indostán!...

Las Banderillas censura la ineficacia de la dirección económica. ¿Cómo? ¿Habéis olvidado el Indostán domado?...

Las Banderillas denuncia la decadencia de los caracteres. ¿Y el In-

dostán, el soberbio Indostán domado, desgraciadas?...

Las Banderillas condena el proceder tumultuoso de la Cámara de los diputados. ¿Qué os atrevéis a decir después de haber domado nosotros el Indostán?...

Las Banderillas revela la decadencia literaria. ¿Qué nuevo agravio?... ¿Es que no recordáis el Indostán, al que domamos?...

El país puede y debe decir en verso:

¡Zoilos, temblad, que el Indostán ¡fué mío!

VI

INCOHERENCIAS ECLESIÁSTICAS

Enero de 1872.

El clero empieza a reconocer incompatibilidades entre la Iglesia y la vida.

Hace poco aún, monseñor Dupanloup, obispo de Orleáns y antiguo académico, presentó su dimisión en la Academia por incompatibilidad con Littré, positivista y académico reciente. Esto, bien entendido, obligaría a monseñor Dupanloup—si no nos engaña una lógica errónea—a presentar su dimisión de diputado ante la asamblea, porque donde está la *fe-dupanloup* no puede estar la *impiedad-littré*, ya que el positivista Littré es diputado en la Cámara. Pero siendo Littré ciudadano francés, debe monseñor Dupanloup, según la lógica de la incompatibilidad, dimitir de la ciudadanía francesa. Queda algo, sin embargo. Littré es hombre, y el principio de monseñor Dupanloup le obliga ya, si es consecuente, a dimitir de su cualidad de hombre. Y no es esto todo. Littré es un animal vertebrado, y, por tanto, el lógico e incompatible monseñor Dupanloup debe acudir presuroso ante la autoridad competente y dimitir noblemente como animal vertebrado. ¡Y más todavía! Littré es un ser—parte del universo, etc.—, y monseñor Dupanloup, que es incompatible con todo cuanto es Littré, según sus palabras, debe trabajar hasta conseguir su dimisión como ser. Y, en fin, dimitido como académico, como diputado, como francés, como materia y como ser, ¿qué queda de ese obispo de Orleáns, sabio latinista y libelista ilustre?

En Portugal, el clero descubre ahora una incompatibilidad entre la cualidad de *católico* y la cualidad de *masón*.

Ahora bien: como saben ustedes, hoy día los asociados masones—que han perdido hace mucho su forma carbonaria, jacobina, etc.—, son en Portugal asociaciones públicas con los siguientes fines: elecciones, socorros mutuos, beneficencia, auxilio y protección recíproca a los hermanos en el país y en el extranjero.

De modo que, según la opinión reciente del clero, un católico no puede tratar de elecciones.

Ni socorrer, proteger o auxiliar a sus amigos.

Respecto a elecciones, los señores eclesiásticos son los más perjudicados al existir incompatibilidad entre la cualidad de católico y de agente electoral, porque la carrera sacerdotal de esos reverendos depende esencialmente de su habilidad electoral; y esos reverendos no serían hábiles presentando la *caza del voto* incompatible con la *devoción a Roma*. ¿Quieren los señores párrocos abandonar definitivamente la urna? Entonces corren los reverendos el riesgo de criar moho en sus míseras parroquias de aldea. ¿Pretender continuar protegiendo a los candidatos?

En tal caso pierden su naturaleza católica y no pueden ganar con el altar.

¿Querrán los reverendos decirnos que no trabajan en las elecciones? Es su misión más clara y efectiva. En las últimas elecciones, en una diócesis cercana a Lisboa, la autoridad eclesiástica superior ofició a los párrocos de todas sus parroquias para que desarrollasen el mayor celo e influyesen por todos los medios patentes y ocultos en la lucha política. Por esa carretera de votos se llega a las buenas parroquias.

En lo referente a *socorros y protección*, no nos parece que los señores sacerdotes sean mucho más hábiles declarando que ser *católico* es incompatible con ser *benefactor*. ¡Deben de recordar que la Iglesia vive de limosnas! ¡Que el Papa vive de limosnas! Y esa teoría nueva lleva a suprimir el dinero de San Pedro, la congrua, todos los recursos eclesiásticos.

Por otro lado, si el sacerdote empieza a escudriñar al borde del lecho de muerte la vida del moribundo para encontrar en él incompatibilidades con el cielo, pueden darse casos tremendamente jocosos. Porque si es un pecado imperdonable el haber trabajado en elecciones (lo cual constituye una de las ocupaciones de la masonería), lo será igualmente haber pertenecido a una filarmónica, otro empleo fortuito de la masonería. En algunos lugares del reino las sociedades masónicas filiales, cuando no tienen trabajos o fines más elevados, ¡se reúnen generalmente en bandas de música! Y así llegaremos aún a tiempos amargos, en que los diarios políticos publiquen esta retractación:

«Declaro que reniego y me arrepiento del acto culpable y terrible de haber, en compañía delictiva, olvidado todos los deberes cristianos, y bajo la influencia del espíritu malo, tocado *Barba Azul* con el clarinete!»

¡No se ve menos embarazado el propio Gobierno, por su parte!

La Iglesia condena la masonería; pero la masonería es hoy, simplemente, una sociedad constituída para hacer elecciones; la Iglesia, por tanto, condena completamente el tráfico electoral.

Tiene, pues, el Gobierno que escoger entre *hacer elecciones* y que le alcance la reprobación de la Iglesia, o contentar a la Iglesia, lo cual le trae la pérdida del poder! Porque tener después de muerto la gloria del cielo y gozar en vida como diputado al señor Melicio, ¡no puede ser!

Tiene que escoger entre Melicio para la Cámara y el cielo para la bienaventuranza. Si para ganar el cielo rechaza a Melicio con púdico y místico ademán, pierde un famoso apoyo; y si para tener ese voto considerable acoge a Melicio con amoroso brazo, se abren a sus pies las grietas del abismo teológico.

Tiene que decidir entre el cielo y la mayoría. Devoto, pierde las elecciones; electorero, pierde el paraíso. O San Pedro o Melicio.

Melicio está frente a él, con todos los apetitosos atractivos de la manzana prohibida, en las mañanas del paraíso. Si extiende una mano ávida para atrapar a Melicio, Satanás, el terrible comisario civil del abismo, le echa mano al cuello de la levita; si se aparta y deja, sin cogerle, a Melicio columpiándose en la punta de una rama verde, pierde un inmenso voto. Y, en fin, el cielo es el cielo; pero un Melicio es un Melicio. ¿Qué hacer? ¿Coger a Melicio? Es el rechinar de dientes.

¿Dejar a Melicio en los árboles para que los gorriones se lo coman? Es la pérdida del poder. ¡Porque aquí Melicio es más que hombre: aquí Melicio es el manzano, el manzano de donde depende el Bien y el Mal! (Y no hablamos del señor Melicio, inteligente y laborioso muchacho, al que estimamos; ¡hablamos del gran símbolo constitucional, de El, de Melicio!)

¿Que hará el Gobierno en esta cuestión espinosa? ¿Renunciará a las elecciones o renunciará al cielo?

VII

LA DESCENTRALIZACIÓN ADMINISTRATIVA

Enero de 1872.

Hay en el informe de la *Reforma de la Administración* una frase de poderosa realidad.

«Sé—dice el señor Sampaio—que muchos Concejos muertos para la Administración van a resucitar para la resistencia.»

Es la verdad. Hay Concejos en que ni Ayuntamiento, ni Administración, ni alcalde, se muestran más que en cruzar pomposamente la plaza, el día de la procesión de los Pasos, haciendo relucir al sol la bandolina espesa del peinado. La villa está entregada a las casualidades naturales. Ningunas obras; las callejas se desempiedran, los muros se derrumban, los arroyos se encharcan. Ninguna higiene: la inmundicia se pudre tranquilamente, los malos olores forman atmósfera, los cerdos hozan a las puertas, la plaza es un gallinero público. Ninguna vigilancia: en el mercado, el desorden; en la taberna, el juego; en las esquinas, los borrachos. La Administración corteja a las mozas; el alcalde afeita a los vecinos. No se crea nada, no se conserva cosa alguna. Lo que hay sirve tranquilamente para deteriorarse: desde la escuela, que va perdiendo los alumnos, hasta la cárcel, que va perdiendo las rejas. Es una villa que se pudre. Hay allí el silencio de los sitios en que crece el moho. Un tratante en ganado que pasa, una yegua que trota, sorprenden; los chiquillos abren la boca de par en par; las autoridades acechan desde un rincón. Ninguno es rico, ninguno vive. Se dicen sólo medias palabras y se abrochan sólo medio botón. No se vive del todo, ni se ponen del todo las chaquetas: la vida y las chaquetas se echan a la espalda.

Pues bien: un día un decreto ordena: «Este Concejo está anulado y queda incorporado a tal otro...»

¡Indignación! ¡Clamor! «¡Cómo! ¿Quiere el Gobierno impedir que construyamos nosotros mismos nuestras carreteras, dotemos nuestras escuelas? ¿Quiere amarrar a voluntades ajenas la fuerza de nuestros brazos? ¿Es así como premia nuestro probado celo?... Nosotros, que hace tanto tiempo cuidamos con desvelos, etc...»

Ahora bien: si en atención a esas reclamaciones ansiosas, le fuese concedido a ese Concejo el seguir administrando, seguiría pudriéndose.

¡Extraña inconsecuencia provinciana! ¡Escandalizarse una excelente villa porque la ley le quita un trabajo que ella espontáneamente se había quitado ya! ¡Enfadarse porque la ley establece como precepto lo que hasta aquí era en ella negligencia! ¡Irritarse porque la ley legaliza la culpa! ¡Reclamar porque lo que era vicio de su imbecilidad se convierte en virtud de su obediencia! ¡Extraño, extraño!

VIII

ACERCA DE LA REDACCIÓN DE LOS DECRETOS

Enero de 1872.

Teníamos ya preparada una página tendente a demostrar que el decreto que imponía al señor Alves Branco un silencio tan antihigiénico sobre el hospital de San José era un decreto que, de lejos, parecía una torpeza; pero que, visto de cerca, con más luz, reconocíase positivamente que era un crimen.

Los diarios oficiales se apresuran, sin embargo, a declarar ¡que el señor ministro firmó el decreto sin leerlo! ¡Y exaltan su abnegación al aceptar la responsabilidad pública de esa distracción burocrática!

Es realmente encomiable que el señor ministro mantenga, por dignidad, lo que firmó por sorpresa. ¡Pero sería más encomiable que castigase la sorpresa para desagraviar la dignidad! Porque introducir subrepticiamente, bajo la pluma ministerial, que se desliza presurosa, papeles obscenos, es un acto cuya índole se parece singularmente a ese otro tan conocido por los tribunales, que consiste en meter subrepticiamente la mano en el bolsillo de un semejante y privarle de sus valores. Robar una firma oficial para legalizar un acto particular no difiere por completo de robar una bolsa ajena para saciar un vicio propio.

Pero ¿hubo realmente distracción ministerial? Antes preferimos creer que el señor ministro ordenó que se redactase un decreto en el sentido enteramente justo de efectuar una inspección en el hospital, y que los señores funcionarios se *equivocaron* hasta el punto de redactarlo en el sentido de prohibir toda crítica y examen del hospital. Así nos figuramos este caso inmundo.

Entre tanto, nos parece que, si no presta alguna atención más a los papeles escritos que le ponen a la firma, el señor ministro corre el riesgo de palidecer de sorpresa ante todos los números del *Diario Oficial del Gobierno.* Estando los ministerios llenos, como es notorio, de vates líricos y de otras especies sentimentales no menos torpes, es posible, ¡oh Dios!, que leamos aún estas líneas, eternamente infamantes:

«Por el presente decreto se ordena:

Que no huyan ni finen los días
que, dichoso, yo libe a tu lado;
nunca suene el instante cuitado
en que deba dejarte y partir...

El ministro de la Gobernación, *Antonio Rodríguez Sampaio.*»

En cuanto al decreto en sí, todo su castigo está en este hecho: ¡Se declara *oficialmente* que fué puesto *engañosamente* a la firma del ministro! Lo que *Las Banderillas* pudiera pensar sobre este documento sería sólo el débil arañazo de una uña irónica. Esa declaración es para él la mordedura humeante de un hierro al rojo.

IX

HISTORIA DE UN CONCURSO

Enero de 1872.

No queremos privar a nuestros amigos de la historia de un concurso centelleante de jovialidad, que estalla de risa por todos los poros y espumea paradójicamente de gracejo.

Existía una plaza de cirujano de consulta en el hospital de San José.

El concurso era de méritos. Se presentaron dos médicos. Uno, el doctor don Buenaventura Martins, presentó como documentos los certificados de once cátedras del curso médico, con diez menciones honoríficas y seis matrículas de honor. El otro concursante no presentó en su documentación ni menciones ni premios; tenía sólo un suspenso. La Administración del hospital clasificó a don Buenaventura en primer lugar, como lo imponía la lógica y la fuerza inatacable de los documentos. El Gobierno también le consideró digno de esa clasificación. Pero sucedía que el ministro no quería nombrar a don Buenaventura y ansiaba nombrar al caballero del suspenso. Aunque (¡supremo embarazo!) los documentos, las menciones, los premios, poseían una evidencia ineludible. «¿Qué hacer?», como se dice en las óperas cómicas. El Gobierno rumió en las profundidades de su pecho, y extrajo de él esta sentencia: «Don Buenaventura no puede ser nombrado por no haber entrado en quintas.» ¡Sorpresa! ¡Asombro!...

He aquí lo sucedido. La ley, dice: «No podrá ejercer cargo público el individuo que no haya sido sorteado...» Ahora bien: ocurre que don Buenaventura no fué sorteado en tiempo oportuno por descuido del Ayuntamiento. Cuando supo esta omisión, requirió presuroso al Ayuntamiento para ser incluído en quintas. El Ayuntamiento contestó, con buen criterio, que, habiendo cumplido ya los veintiún años que señala la ley, don Buenaventura no debía ser sorteado, y que sería inútil que lo fuese, porque el cupo de su quinta estaba ampliamente licenciado.

Don Buenaventura añadió a sus papeles este certificado del Ayuntamiento. ¡Pues precisamente fundándose en él le excluyó de la plaza el Gobierno! ¡No pudiendo negarle la superioridad de clasificación, le negó la validez del concurso!

De modo que el Gobierno confiesa tácitamente: que diez menciones y seis matrículas de honor en una carrera permiten al señor Martins, con suprema razón, ejercer el cargo de médico de consulta del hospital; ¡pero que de nada le sirven menciones y premios, porque el Ayuntamiento se olvidó de que fuese sorteado!

En vano el Ayuntamiento exclama, por la voz de sus documentos: «¡No, por mi causa, no! ¡Ese señor pidió ser sorteado! ¡Sólo que ahora es inútil que lo sea, porque su quinta ha cumplido ya!»

El Gobierno insiste: «¡No! Desde el momento en que el Ayuntamiento se olvidó de sortearle, ese médico puede ser un hábil carpintero, un fino miniaturista; ¡pero le está prohibida la clínica!» E inmediatamente se aprovecha de esta prohibición al señor Martins ¡para nombrar a un señor recomendado y querido!

Por tanto, se colige de esto que el concurso no suponía esta interrogante racional: «¿Cuál es el mejor médico?», sino esta extraña pregunta: «¿Cuál es el mejor quinto?»

El mejor quinto sería el más apto, según el Gobierno, para curar, operar y tratar enfermos.

Luego el sorteo de quintas sustituye a la carrera. Y entonces nadie negará que cualquier soldado del quinto o del décimoctavo regimiento está más capacitado y demuestra mejor la eficacia de su servicio militar que el sabio profesor don Tomás Carvalho. Por tanto, quien, según la doctrina del Gobierno, debería ocupar la cátedra de Anatomía, sería un soldado de la segunda compañía del cuarto batallón, con la autoridad de su chaquetilla sucia, y no don Tomás de Carvalho, con la autoridad de su amplio saber.

¡Tal es la historia jovial e inmunda de ese concurso!

X

EL ENTIERRO DE LOS IMPÍOS

Enero de 1872.

Agradecemos al señor ministro de la Gobernación su decreto resolviendo el entierro de los impíos en los cementerios públicos.

Y lo *agradecemos*, porque fué *Las Banderillas* quien se alzó contra los escrúpulos y las resistencias de los señores eclesiásticos ante el cadáver de los *im*-beatos y de los *im*-devotos. El decreto establece que haya en el cementerio público, necrópolis civil de los ciudadanos fallecidos, un lugar para los cuerpos de aquellos que, o por disidencia con la Iglesia, como los protestantes; o por diferencia de religión, como los israelitas; o por principios filosóficos, como los racionalistas, no sean católicos.

Hacer reposar en el cementerio cadáveres que el clero quería apartar hacia los estercoleros es ya un progreso del buen sentido, una conquista para la dignidad civil, un beneficio para la higiene.

El Ayuntamiento no ve almas, ve cuerpos. Ahora bien: después de la muerte, no todas las almas se salvan; pero lo que sabemos positivamente es que todos los cuerpos se pudren; y los cementerios son la supresión administrativa de esa infección fatal. Por tanto, cumple al Ayuntamiento vigilar que el transeúnte, que el elector, el contribuyente no sean perjudicados por los miasmas, ni del ateo ni del devoto. Y su obligación civil es enterrar la putrefacción, sin divagar cuáles eran sus creencias religiosas o sus opiniones filosóficas. A Dios, lo que es de Dios; al Ayuntamiento, lo que es del Ayuntamiento. Dios acogerá y distinguirá las almas; el Ayuntamiento debe dar por igual a los cuerpos beatos y a los cuerpos ateos una tumba higiénica. Esto es del mejor sentido.

El decreto, sin embargo, no es completo, porque, por una concesión espiritualista, hace colocar en un sitio separado, lejos de los sepulcros católicos, las tumbas de los irreligiosos o de los disidentes. Y no pudiendo el decreto referirse ni a los protestantes ni a los israelitas, que tienen su cementerio privado, es, sin duda, a los impíos a quienes reserva, en un rincón, aquel lugar despreciado.

Pero ¿quién decidirá si el ciudadano fallecido fué un ateo? ¿La autoridad eclesiástica? Es entregar al clero la jurisdicción del cementerio, que es toda civil. ¿La autoridad administrativa? Es entregar al Estado una perquisición que pertenece por entero a la filosofía.

El decreto habría evitado ese apuro decidiendo con una sencillez antigua que todo ciudadano fallecido sería sepultado en el cementerio público.

A pesar de lo cual, por el progreso que representa, el decreto es excelente. A los racionalistas no les debe de importar que su cadáver sea enterrado en la parte del cementerio donde sólo hay cruces negras, o en aquella donde sólo hay árboles verdes. (Tienen incluso la perspectiva de gozar en este caso de una fresca techumbre de follaje, que el viento y los pájaros llenarán de dulces murmullos.)

Y a la higiene, a la Policía, a la

dignidad civil, lo que importa es que los cuerpos sean enterrados en los cementerios, y no arrojados a los rincones de los jardines, ¡lo cual era una degradación para el muerto y una infección para el vivo!

XI

OPINIONES AUTORIZADAS SOBRE EL ESTADO DE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

Enero de 1872.

Don Luciano de Castro, jefe de la oposición, hizo en el informe que precede a su proyecto de Reforma administrativa una exposición sombría de la administración del país. Confiesa allí que se han acabado la fe y la dignidad políticas; que no existen partidos con ideas, sino bandos con envidias; que el país está desorganizado y entregado al abandono; que cada reforma cae sucesivamente con cada Gobierno; que las leyes son un aparato de elocuencia parlamentaria y no una eficacia de organización civil... En fin, que el país ha llegado a la última decadencia administrativa.

Registremos esta preciosa declaración del jefe de la oposición. Vamos a guardarla, como una joya, entre algodón.

El señor Sampaio, ministro de la Gobernación, en el informe de su proyecto de Reforma administrativa, declara que la administración, tal como está, es una confusión vergonzosa, una desorganización funesta, un abandono mortal... En fin, que el país llegó a la última decadencia administrativa.

Registremos esta sincera confesión del señor ministro de la Gobernación. Vamos a guardarla, como un bicho precioso, en alcohol.

Resultado: el ministro de la Gobernación y el jefe de la oposición declaran oficialmente al país en un estado deplorable de administración.

Ahora bien: ni la reforma de don Luciano de Castro se efectuará, ni la reforma del señor Sampaio se realizará.

Así, pues, ¿qué se infiere? Que estamos en un abominable estado de administración, según confiesa el Gobierno y según confiesa la oposición, ¡y que seguimos en ese estado!

Es risueño.

XII

¿CORTESANOS O DEMAGOGOS?

Enero de 1872.

Algunos diarios nos acusan, con toda seriedad, de ser violentamente hostiles a la realeza y a la familia real, e insinúan embozadamente que estamos comprados por la demagogia para atacar a la corona.

Otros diarios nos acusan, con toda severidad, de ser benévolamente cortesanos con la realeza y la familia real, y sugieren pérfidamente que estamos vendidos a la corona para fustigar a la demagogia.

Se fundan los primeros en que fuimos poco amables con su majestad la reina revelando la historia indecorosa del mendigo preso.

Se fundan los segundos en que fuimos vasallos aduladores de su majestad el rey revelando que repartía, en el barrio de la Ajuda, seis mil duros en limosnas.

Las personas imparciales comprenderán, seguramente, nuestro embarazo: por un lado quisiéramos lanzar palabras punzantes a la corona, para probar eficazmente que no estamos vendidos a su oro; pero entonces se notaría claramente que lo que

inspira nuestra prosa amarga son las bolsas de dinero con que nos paga la pálida demagogia.

Por otro lado, quisiéramos dedicar párrafos amorosos a la corona, para demostrar que no nos encadena la fuerza de los tesoros demagógicos; pero entonces se vería abiertamente que si hablamos con un tono tan cariñoso ¡es bajo la influencia disolvente de las arcas de la corona! ¡Terrible aprieto!

De tal modo, que decidimos publicar estas dos cartas, pidiendo la rápida justificación de nuestra integridad a la monarquía y a la revolución.

Al rey de Portugal.

Señor: Algunos malévolos, nuestros comunes enemigos, difunden sutilmente que vuestra majestad nos harta de oro para que *Las Banderillas* conserve ante vuestra majestad una actitud humillada y risueña. Rogamos a vuestra majestad se digne declarar si ha dejado caer ya en nuestra mano extendida ¡su metal corruptor! Vuestra majestad, con mal encubierto despecho lo decimos, ¡ni siquiera es suscriptor de *Las Banderillas!* Proceder éste que prueba no ser enteramente erróneo lo que la Historia cuenta de los crímenes de la realeza. Aprovechamos la ocasión para recordar a vuestra majestad que son actos los que hacen odiosos a los tiranos, y que, más tarde o más temprano, levantan el desagradable cadalso de Carlos I. Un rey que no se suscribe a *Las Banderillas* va por una pendiente, al fondo de la cual tiene que encontrar el triste camino del destierro o el húmedo corredor de la mazmorra. ¡La repulsa a la *suscripción* merece el desquite de la revolución! ¡Cuidado! En todo caso, por hoy lo que pedimos a vuestra majestad es que declare, como es la irrefutable verdad, que vuestra majestad no trasladó jamás a nuestra mano una parte de sus valiosos teseros.—*Humildes vasallos.*

A la Hidra de la anarquía.

Habiendo algunos diarios dado a entender que nosotros atacábamos a la realeza porque para eso estábamos pagados por la Hidra de la anarquía, pedimos al mencionado animal declare públicamente la falsedad de esa afirmación inmunda.

Acepte, señora Hidra, el testimonio de nuestra mayor consideración.—*Los redactores de «Las Banderillas».*

XIII

LAS VARIADAS REFORMAS DE LA CARTA

Enero de 1872.

Los grandes hechos políticos del mes fueron las *reformas de la Carta* (¡melancólico plural!): la reforma de la enseñanza pública; la reforma de la administración; la reforma comarcal...

Estas formidables iniciativas parece que deberían ser acompañadas por *Las Banderillas* con los comentarios correspondientes.

Pero ¿para qué? Todas esas inmensas reformas, lanzadas triunfalmente a gran ruido de tambor y de retórica, durarán, como la rosa de Malherbe, ¡el espacio de una mañana! ¿Qué necesidad hay, pues, de enmarcar en nuestra crítica una hoja que se va a secar? ¿Para qué intercalar notas entre el humo efímero de una pipa? ¿Para qué levantar un pedestal a la estatua de nieve que en breve se derretirá?

¡Reforma de la administración, reforma de la enseñanza, reforma de

la Carta, reforma de la judicatura! ¡Parece que se trata de una regeneración completa del país! Pues son solamente hojas de papel que se agitan un momento con el viento de la contradicción, y que de aquí a poco caerán miserablemente y para siempre en un rincón oscuro de los negociados. Un guante color paja sirve para entrar en un baile, estrechar finos talles en el vals, alisar el bigote triunfante, ¡y he aquí que al día siguiente se va, sucio y perdido, a convertirse en la basura de la esquina!

Así, las reformas políticas sirven uno o dos meses para que un Ministerio simule que administra, ilusione a la nación ingenua, imite la iniciativa fecunda de los reformadores «de ahí fuera», finja celo por el bien de la patria, justifique su permanencia en el «poder», alimente la oratoria constitucional; y después, efectuado su servicio, he aquí que las reformas van, como todos los papeles viejos e inútiles, ¡a deshacerse, estrujados entre las basuras justicieras de los señores barrenderos públicos!

Las reformas de los señores ministros son como los uniformes de dichos ministros. Los uniformes sirven para ir a Palacio, a las fiestas, al besamanos. Son el distintivo oficial y bordado de los que gobiernan. Mientras se tiene correo de gabinete, son acepillados, lavados con té, envueltos en papel de seda, extendidos en sábanas de hilo, rodeados de la atención celosa de la criada y del asombro del aguador. Cuando el señor ministro es despedido, véndese el uniforme, queda reducido a una chaquetilla de torero para aprovechar los bordados, colgado de un clavo miserable en una tienda de ropavejero; y después de haber ceñido la espalda sudada de un enmascarado del Casino o de un comparsa de algún teatrucho, se pierde finalmente, ¡miserable y arrugado, en la dispersión melancólica de los trapos inútiles! Así las reformas. Con ellas el ministro gobierna, ilusiona, caracolea sobre la elocuencia de alquiler y despacha; y al final, cuando su excelencia es empujado de nuevo hacia la vida privada, las pobres reformas, con que él tanto presumió y que tanto divulgó, ¡van, olvidadas e inútiles, a yacer en la confusión descolorida de los archivos estériles! ¡Las reformas en Portugal son un adorno externo del Ministerio, como el correo de gabinete y los bordados del cuello!

Todo Ministerio que entra hace uso de las reformas y del cupé. Cae el ministro, el cupé vuelve a la cochera y la reforma al cajón. Y si no, vean ustedes: reformas Fontes, inútiles; reformas reformistas, inútiles; reformas Braamcamp, inútiles; reformas Saldaña, inútiles; reformas Avila, inútiles; reformas Obispo, inútiles; reformas regeneradoras, inútiles.

Cada ministro tiene el deber tradicional de presentar, como una justificación de su nombramiento, una reforma. Los diarios hablan de ella un momento, la oposición organiza actos en provincias contra ella, las comisiones se limpian los pies en los felpudos y discursean sobre ella... Pero el Ministerio, por una intriga, por una trapisonda o por un enredo, cae; y la reforma lo sigue en su salida ¡y luego se sume como estela detrás de la quilla!

¡Cuántas reformas de administración, de enseñanza, de finanzas, no habrá visto el país aparecer en el horizonte parlamentario, como sombras que van a acercarse a la vida, y que luego se desvanecen sin haber probado de la vida más que la dulzura de una *réclame* en los periódicos subvencionados!

¡Ha habido en los tres últimos años seis reformas de administración, todas irrealizadas, todas muertas en la lactancia aún! ¡Y después de esas seis tentativas de reformas, el ministro de la Gobernación actual confiesa que la administración es un caos vergonzoso, y el jefe de la oposición actual grita que la administración es un vergonzoso caos!

Habría que hacer un libro titulado: *De la fisiología de las reformas en Portugal*. Tendremos, por lo menos, que dar esta definición: La reforma es una formalidad que tiene que cumplir ante el país todo ministro, ¡menos esencial que el cupé de alquiler y más necesaria que el uniforme prestado!

¡Pedimos, por tanto, con toda urgencia, que el ministro sea dispensado de esa formalidad!

Que tenga él cupé de alquiler, ¡pase! ¡Lo requieren la civilización, el honor del país, la comodidad de sus callos oficiales y los señores correos de gabinete que quieren trotar detrás del carruaje!

Que tenga él uniforme, ¡mejor! Lo exigen la Carta, la corte y la necesidad de evitar que sus excelencias se presenten ante el rey de levita y gabán.

Pero ¿por qué se ha de exigir a un portugués, aun siendo ministro, que reforme? ¿Quién gana con eso? El, no, pues no puede alquilar esa formalidad en la Compañía lisbonense de carruajes, ni pedirla prestada al trapero de la esquina. El país, tampoco, como todos saben.

¿Por qué, pues, se ha de exigir ese trabajo de la inteligencia, ese esfuerzo del saber, a un pobre y débil lusitano?

¡No, no y no! Que los señores ministros, en nombre de la dignidad pública, sean eximidos de esa formalidad ridícula, anacrónica, grotesca, de reformar la patria.

Es preferible adoptar esta determinación: en sus carruajes de alquiler, los señores ministros llevan sólo en el pescante al cochero. Pues en vez de exigirles una reforma más sobre cualquier institución, exíjaseles un criado más en el pescante.

¡En las insignias ministeriales, en los símbolos del poder, sea la reforma del país sustituída por la ostentación del lacayo! ¡Y el desgraciado Portugal saldrá beneficiado!

XIV

PEDRO DE ALCÁNTARA Y PEDRO II

Febrero de 1872.

¡Un momento de atención! El emperador del Brasil, cuando estuvo entre nosotros—e incluso lejos de nosotros—, era alternativamente y contradictoriamente *Pedro de Alcántara* y *don Pedro II*.

Cuando las recepciones, los himnos, los banquetes se celebraban para glorificar a *don Pedro II*, él se apresuraba a declarar que era sólo *Pedro de Alcántara*. Cuando los horarios del ferrocarril, los reglamentos de las bibliotecas o la familiaridad de los ciudadanos pretendían tratarle como *Pedro de Alcántara*, él demostraba que era *don Pedro II*.

De tal suerte, que si decimos que se hospedó entre nosotros *Pedro de Alcántara*, estamos equivocados, porque él afirmó que era *don Pedro II*. Y si nos lisonjeamos de haber hospedado a *don Pedro II*, nos engañamos, porque él aseguró ser *Pedro de Alcántara*.

¿Qué harán los historiadores futuros? ¿Dirán que viajó por Portu-

gal *don Pedro II?* ¡Pero si él lo negó! ¿Contarán que recorrió a Portugal *Pedro de Alcántara?* ¡Pero si él lo contradijo!

¿Cuál es el nombre de ese hombre venerable que pasó? ¡La Historia no tiene nombre que darle!

Por eso resulta indispensable, para seguridad de las crónicas, que se le imponga un nombre que, sin recordar especialmente a *Pedro de Alcántara* ni a *don Pedro II*, sea lo bastante genérico para englobarlos a ambos; y que sea al mismo tiempo lo suficientemente serio ¡para poderlo dar a un príncipe, si él lo fuese! ¡Y lo suficientemente sencillo para poderlo dar a un plebeyo, si él lo era!

Proponemos, por tanto, a los presentes y a los futuros que él—que no puede ser llamado *Pedro de Alcántara*, porque lo rechazó, ni *don Pedro II*, porque lo prohibió—sea llamado simplemente... chistándole!

XV

LA MALETA DE UN PRÍNCIPE

Febrero de 1872.

¡Hablemos de la maleta de este príncipe ilustre! Todos la conocen. Deja en Europa una leyenda soberbia. Durante meses la vió el Viejo mundo, absorto, surcar los mares, cruzar las capitales, medir los monumentos, bordear los montes, visitar a los reyes, enseñar a los sabios, ¡con su maleta en la mano! Es una maleta pequeña, de cuero oscuro, con dos asas que se juntan. Por las que él la coge. En la otra mano traía algunas veces el quitasol, y debajo del brazo sostenía a ratos un paquete envuelto en papel. Muchas veces dejó el quitasol, otras apartó de él el paquete; ¡la maleta, nunca! París, Londres, Berlín, Viena, Florencia, Roma, Madrid, El Cairo, la conocen. Se ha hecho popular en Europa, como el pequeño bicornio de Napoleón el *Grande*, ¡o la gran cobardía de Napoleón el *Pequeño!* Incluso la celebridad de la maleta oculta un poco la gloria del príncipe. Como dijo el bueno de Béranger de la batalla de Austerlitz: «Se hablará de ella mucho tiempo bajo las arañas de los palacios y bajo el techo de las cabañas.» ¡De él, menos!

Confusas opiniones se alzan en torno a esa maleta cerrada. ¿Qué contenía? Unos quieren que guardase en su seno los tesoros imperiales; otros afirman que encerraba los imperiales manuscritos. Algunos, más sagaces, sostienen que dentro había calcetines; otros, más discretos, ¡aseguran que dentro no había nada!

Tal se nos figura la verdad: ¡la maleta no guardaba nada!

La maleta era una insignia, la insignia de su incógnito. Su majestad llevaba en un vagón la maleta por la misma razón que usa en el trono cetro. Como la corona es el signo de su realeza en el Brasil, la maleta era el signo de su democracia en Europa. La maleta formaba su cetro de viaje, como el perpetuo sombrero blanco constituye su corona de ferrocarril. Si su majestad llevase las manos vacías, eso indicaría sólo que su majestad no había traído el cetro porque le molestaba para dormir en su camarote del barco; ¡pero no daría a nadie derecho para afirmar que él no era el príncipe, el soberano! ¡Con la maleta, no! La maleta significa que no sólo no tiene en la mano el cetro, sino que trae en la mano el equipaje: ¡que no sólo dejó la realeza en el Brasil, sino que la tomó sin etiqueta en Europa! ¡La maleta es la muestra de su incógnito! La maleta dice: «¡Estréchenme la mano, trátenme de Pedro y no me toquen el himno!» Europa le miraba a las manos, veía la maleta y decía en seguida: «¡Hola! ¿Qué tal andas por aquí?» Don Pedro traía la maleta para que no le confundiesen con su majestad. Eso significaba: «Fíjense que no soy él.» A la entrada de las ciudades se acercaban a este príncipe ilustre los séquitos oficiales; pero su majestad mostraba la maleta, e inmediatamente las autoridades ¡se desabrochaban los chalecos! Los gentileshombres de otros reyes iban a besarle la mano; pero su majestad descubría la maleta, y los cortesanos le daban entonces alegremente suaves palmaditas en el vientre.

Si su majestad hubiese notado que una sola maleta no bastaba para mostrar su deseo antietiquetero, su majestad ¡era hombre capaz de coger dos maletas! Si la etiqueta insistía, su majestad ¡se echaría al hombro un baúl! En Portugal, como temiese recepciones aparatosas a la entrada, su majestad ¡añadió a su maleta un quitasol, y a su quitasol un paquete! ¡Así fué como le vieron bajar del vagón las poblaciones, perplejas! Y si no hubieran tenido la precaución de retirar apresuradamente todo el ceremonial, se sabe que su majestad estaba dispuesto ¡a mostrar sus babuchas moriscas! Pero las autoridades, en todas partes, apenas vieron a su majestad empezar a demostrar, por medio de objetos íntimos, que no era el príncipe, se apresuraron a prescindir de toda gala, temerosas de que su majestad llevase su demostración hasta el exceso de quitarse los pantalones.

Gracias a estas precauciones logró su majestad cruzar a Europa, disfrazado con su maleta. Por eso estaba vacía. Su majestad no la usaba como equipaje; se la ponía como disfraz.

Su majestad llevaba la maleta como otros llevan una nariz postiza.

Entre tanto—disfraz o equipaje—, la maleta es profundamente simpática. Da a esta corte viajera una nota noble de sencillez y de sinceridad. Una maleta pequeña no puede servir para todo: *tapa* por un lado al emperador del Brasil y descubre por otro al hombre de bien.

XVI

EL IDIOMA HEBREO, PREDILECCIÓN PRINCIPESCA

Febrero de 1872.

Su majestad imperial pasa, con justicia, por ser uno de los hombres más sobrios de su vasto imperio. Sopa, carne cocida, legumbres, agua y un palillo, tal es la esplendidez de las comidas de la corte en los palacios de la Tijuca.

Es cierto que los diarios parisienses contaron que en el banquete que el señor don Adolfo Thiers—presidente seguro de una república insegura—dió al emperador del Brasil, su majestad interrumpía a cada momento la conversación literaria y escéptica que centelleaba alrededor de la mesa, para gritar con su imperial boca llena: «¡Qué soberbio pescado! ¡Qué sublime perdiz!»

Sin embargo, esa circunstancia de asombrada gula, narrada con ironía por los diarios de París, no ofrece autenticidad: es una *réclame*, ¡una adulación política a la cocina del mencionado Adolfo! Las gacetas republicanas, como no encuentran nada que exaltar en las ideas políticas de Adolfo, quieren, al menos, glorificar sus iniciativas culinarias. Y ya que no pueden decir: «¡Qué organización da a Francia!», gritan: «¡Qué

comidas da a los reyes!» La verdad indudable es que su majestad el emperador es un sobrio.

Hay, sin embargo, un solo plato acerca del cual revela su majestad una gula excepcional. Su majestad desdeña demagógicamente, desde la trufa hasta el Johanisberg, todas las delicadas exquisiteces del hornillo o de la bodega. Una sola cosa en este planeta estimula su lengua. Para una sola cosa siente una avidez incansable y absorbente: ¡para el idioma hebreo!

Su majestad es un goloso del hebreo. En el hebreo lame los platos y se chupa los dedos. Y por una inexplicable imprevisión, su majestad no lleva consigo ni un hombre de raza hebrea, ¡ni siquiera un cristiano judaizante, ni tan sólo un profesor de hebreo! De tal suerte, que en los largos días perezosos de la travesía, en las horas aburridas del tren, su majestad pasa crueles privaciones de hebreo. Por eso llega siempre hambriento de hebreo; y apenas pasa las puertas festivas de los hoteles, con la maleta aún en la mano, ¡rompe en seguida a pedir en los corredores, con gañidos de gula, casi con asomos de cólera, su hebreo!

Cuando su majestad imperial llegó a Londres, el príncipe de Gales le envió uno de sus ayudantes de campo, uno de esos apuestos capitanes de la *Horse-gards* (1), que ponen por la noche un jazmín del Cabo en su guerrera roja y oro. Este dandi marcial preguntó a su majestad qué deseaba en aquel momento de pisar con su pie de allende el mar las verdes tierras de Albión. Todos esperaban que su majestad pidiese té o un baño.

Y su majestad respondió ávidamente: «¡Hebreo!»

Los oficiales se miraron, consternados. Y el emperador, con los labios secos, las manos nerviosas, el apetito enristrado, repetía famélicamente: «¡Hebreo! ¡Sólo hebreo!» Entonces, en un rasgo genial, los ayudantes del príncipe de Gales llevaron, a toda brida fogosa de un landó, al emperador del Brasil ¡a una sinagoga! Su majestad se precipitó entre los hebreos. Los sabios rabinos, que son doctores de la ley, rodearon al hombre ilustre, y vorazmente, a grandes bocados, con chillidos de gozo, el emperador del Brasil consumió incalculables porciones de hebreo. Después de hartarse, miró alrededor ¡y pidió más!

Varios dueños de hoteles, en ciudades europeas, se quedaban asustados y confusos cuando su majestad asomaba en el umbral de las puertas pidiendo hebreo a grandes voces. Algunos arriesgaban tímidamente:

—Si vuestra majestad quisiera antes un caldo...

—¡Hebreo!...

—Si vuestra majestad quisiera antes un monumento...

—¡Hebreo!...

Así ocurrió en Lisboa, en el Lazareto. Su majestad, ya al bajar la escala del barco, iba rezongando: «¡Venga mi rico hebreo!» Y a los pocos minutos lanzaba gritos famélicos. ¡Qué consternación! Todo estaba preparado: el *caldo de gallina con arroz*, la *oreja de cerdo con legumbres*, la *borona*, el *almíbar*, el *caldo de manteca de cerdo*, todos los artificios del genio portugués. ¡Pero nadie se acordó del hebreo! ¡Y su majestad pataleaba!

Salieron entonces exploradores en todas direcciones; y volvieron, por

(1) Los famosos guardias montados, que en Londres, especialmente, hacen el relevo de la guardia en el Palacio real, con sus flamantes uniformes y su alto y típico morrión, tan populares en dicha capital.

fin, trayendo, aturdido y pasmado, al señor don Salomón Saragga, que lee y habla el hebreo.

Su majestad esperaba ansiosamente, asomado al balcón. No hubo cumplidos, ni le pusieron mantel. ¡Le sirvieron al señor Saragga, asimismo, crudo! ¡Y su majestad dejó, sólo unos restos!

XVII

INDUMENTARIA DE PEDRO EN EL SALÓN DE ACTOS DE LA UNIVERSIDAD

Febrero de 1872.

La Universidad y sus doctores han difundido unas apreciaciones rencorosas sobre la manera de presentarse en el salón de actos su majestad el emperador un día ceremonioso de doctoramiento. Dicen que su majestad, en traje de viaje, con un sombrero de alas bajadas y un saco en bandolera, fué a sentarse en los severos bancos del antiguo salón adamascado, con la misma familiaridad con que se hubiese sentado en el pescante de la diligencia de los Arcos de Val-de-Vez. Y la Universidad se empeñó en ver en el chaquetón de su majestad y en su sombrero blando el mismo significado desatento que el Parlamento de París vió, en otra época, en las altas botas flexibles y en la fusta restallante del difunto Luis XIV.

No nos parece justificado el despecho de la Universidad.

Verdad es que un príncipe puede dejar de comportarse con la pompa de un rey, sin que por ello pase a comportarse con la dejadez de un barrendero. Entre el manto de armiño y el levitín hay gradaciones. No porque un rey deje de llevar al paseo su cetro de oro, se infiere de ello que va en zapatillas de orillo; y aunque no reciba a las autoridades vestido de uniforme, no es decoroso que las reciba desnudo. ¡Pero tampoco nos parece que una levita y un sombrero blando sean *toilette* para escandalizar a la docta Universidad!

Es necesario que los señores doctores sepan que la *toilette* sólo es exigida realmente cuando la *toilette* es un fin. En un baile, en una *soirée*, en una gala, en la Opera, la corbata blanca, los guantes color perla, la gardenia o la gran cruz son esenciales, porque esas fiestas constituyen únicamente una reunión de elementos elegantes, entre decorados elegantes, para un fin elegante. Todo allí debe convergir hacia la armonía general, desde las *toilettes* hasta las flores. Se trata de un fino placer de los sentidos, y la *toilette*, con su brillo exterior, es requerida para hacerlo completo y perfecto.

Pero cuando se trata sólo de doctorar al señor Fulano, licenciado, no nos parece que tengan cabida las exigencias de la elegancia. Si la veneranda ceremonia del doctorado es una fiesta que reclama las exquisiteces de la *toilette*, ¿dónde están las rosas, los helados, las joyas en los cuellos desnudos, el rumor de los *flirts*, las colas de seda ondulando en el vals? Si el doctoramiento es un sarao galante, ¿por qué el señor Brito, de Derecho, nos priva del maravilloso contorno de su seno, llevando una sotana ceñida? ¿Por qué no vemos a los señores catedráticos jubilados agitar los abanicos con la mano enguantada con guantes de dieciséis botones? ¿Y por qué el señor Forjaz no dirige los arrebatos del cotillón? ¡Ah! ¿Queréis *toilette?* ¡Valsad! ¿Queréis corbatas blancas? ¡Ofreced helados! ¿Queréis guantes color paja? ¡Amad, venerables doctores!

Pero para aguantar a una fila de

carotas lúgubres y de sotanas grotescas, inmóviles en un estrado; para escuchar una torpe charanga desgarrando a grandes golpes de oratoria un minué de doña María I; para admirar a cuatro maceros obesos, erguidos entre ramas de laurel ajado, ¿queréis vosotros que la gente se ponga corbata blanca y un jazmín del Cabo en el ojal? ¿Pues no vemos allí a los antiguos doctores de Teología, antiguos seminaristas, repletos de gordura, con sus viejas togas manchadas? ¿Cuándo tuvo la Universidad respeto y curiosidad por la *toilette?* ¡Ella, que hace poco aún metía en la cárcel a los estudiantes que usaban cuello! ¡Ella, que suspendía a los estudiantes que entraban en el aula con guantes! ¡Ella, que prohibía en Coimbra los establecimientos de baños! ¡Ella, que, destinada a licenciar a las nuevas generaciones, lograba sobre todo ensuciarlas! ¡Y se irrita porque él asistió a un doctoramiento, él, viajero; él, Pedro; él, espectador; él, turbamulta, con chaqueta y sombrero flexible! ¿Y dónde, además? ¡En el salón de actos, que es la iglesia donde se profesa para doctor, donde se cambia la gracia mundana por la insulsez profesoral, donde el individuo deja de ser un hombre para convertirse en un catedrático, donde se hace el voto de melancolía y de fealdad perpetua y donde se sustituye el alma por un compendio. ¡Y es en ese lugar fúnebre donde los señores doctores emergen de la somnolencia sepulcral para murmurar—¡tal vez en latín!—: *¡Mira, viene de chaqueta!* ¡La Universidad dándose aires de saber que existe un sastre inglés llamado Poole! ¡Irrisoria vanidad coimbricense!

¡Qué célebre! Hemos visto siempre a la Universidad, cuando se trataba de ponerse la corbata blanca, disculparse con sus preocupaciones científicas. Y ahora, que se trataba de una consagración doctoral, la Universidad ¡se subleva porque uno de los asistentes no está de corbata blanca!

¡Pues qué! Recibe la Universidad a un sabio, y en lugar de perderse con él por los meandros difíciles de las más serias cuestiones del saber, retrocede y exclama con una exigencia mundana de *cocotte*: «¡Atrás! ¡Qué horror! ¡No viene usted de frac!» ¡No comprende lo que había de intencionado, de amable, en la *toilette* de Pedro! ¡El quiso presentarse entre sabios con atuendo de sabio! ¡El no quiso humillar a ningún señor doctor con el aseo de su ropa blanca! Se vistió con rigor científico. Antes de salir hacia la ceremonia del doctorado, en lugar de humedecer sus dedos en un frasco de agua de Colonia—¡como se sabe!—, ¡se empapó las manos en un tintero! El siguió la vieja tradición universitaria, ¡en la que el rasgón es una gloria y el remiendo en una bota una respetabilidad! Y si la Universidad tuviese lógica, debería escandalizarse y enrojecer, ¡no porque él se hubiese abstenido de llevar esa corbata, sino por atreverse a entrar en aquel recinto clásico de la porquería con tan pocas manchas en el traje!

XVIII

EL CLERO, EN LOS SARAOS DE PALACIO

Febrero de 1872.

Se produjo un hecho equívoco en el sarao de Palacio ofrecido al emperador; y fué que, según los más verídicos informes, numerosos señores eclesiásticos asistieron al concierto de Palacio.

Ahora bien: el concierto no era una recepción oficial de los Cuerpos del Estado, ¡sino una fiesta!

Una fiesta con luces, aromas, orquestas, mujeres escotadas, flores y danzas. Y nosotros preguntamos si los señores eclesiásticos, con sus votos, pueden participar de esos goces mundanos.

O conocemos muy poco la esencia del catolicismo, o no nos parece que los señores eclesiásticos puedan estar legítimamente, y según la ley de la Iglesia, en un lugar donde un hombre coge en sus brazos a una mujer y la arrebata a través de la sala, rozando la punta de sus bigotes en el calor del cuello desnudo.

En la tradición de los Padres y de los Santos no consta que las piadosas y místicas figuras de esos hombres del espíritu fuesen vistas jamás entre el rumor lánguido de los violonchelos y el amoroso palpitar de los abanicos... De San Bernardo sabemos que vivía en Clairvaux para huir de la riqueza de Cister, y allí, bajo un cobertizo de follaje, comiendo pan duro y bebiendo al filo de los arroyuelos, se preparaba para Dios; si se carteaba con el rey de Inglaterra y con el emperador de Alemania, era en diez líneas apresuradas; pero escribía diez páginas a los pobres monjes, de alma afligida, para henchirlos de gracia. De Santo Domingo sabemos que, descalzo y harapiento, en la santa ferocidad de su fe, predicaba y levantaba una cruzada contra los herejes del Languedoc; que vendía sus libros para comprar leña a los mendigos; y que un día, para socorrer a una mujer pobre, como ya no tenía dinero, se quiso vender él mismo como esclavo. Del poético San Francisco de Asís sabemos que renegó de sus riquezas, vivió mucho tiempo en una cantera y partió a peregrinar por las tierras, besando los árboles de los caminos, hablando a los pájaros que revoloteaban a su alrededor ¡y esparciendo sobre todos los seres, flores, rocas, fieras, el amor divino que le henchía! Está así la leyenda de los santos llena de renunciamientos místicos y de una intratable hostilidad a los regalos. Y de ninguno se cuenta que fuese a distraerse del servicio de Dios en un comedor resplandeciente de vajillas entre champaña y perdices trufadas.

La Teología nos enseña que el sacerdote no debe nunca apartar su espíritu de la contemplación de Dios y de la meditación de la gracia. Ahora bien: no es natural que sus excelencias estuviesen poseídos de esas preocupaciones espirituales en el galante sarao del rey.

¿Qué teníais a vuestro alrededor, señores eclesiásticos? Los muelles sofás que incitan a las molicies románticas; los aromas perturbadores de los polvos de tocador y de fémina; las colas de seda, ondulantes y lánguidas; los cabellos lustrosos, constelados de joyas; los cuellos blancos, de una tersura de mármol... Entre estas seducciones satánicas, ¿qué pensaban los señores eclesiásticos?

Pero lejos, en el comedor, estaba la trufa y el champaña... Un sarao da sed. ¿Cómo la saciasteis, señores eclesiásticos?

A nosotros, hombres pecadores y perdidos, no nos causa ya grandes estremecimientos la presencia de la belleza mortal: estamos acostumbrados, por nuestra educación, a las glorias del escote. Tampoco nos turba el demonio color ópalo que rebrilla en el champaña. Conocemos a Satanás en todas sus ediciones. Para nosotros, un cuello escotado no es la misteriosa fatalidad del mal, sino el cuello de la señora Fulana, casada con el consejero Mengano; y el champaña, sobre todo el de Palacio, es una triaca hecha con aguapié de

Bucellas. Pero para vuestras excelencias, educados en el aislamiento y en el régimen del seminario, ligados por los votos tiránicos, salidos de la frialdad de la sacristía, fatigados del breviario..., ¡ah, para vuestras excelencias!

Y, señores eclesiásticos, los tiempos son muy propicios para que el pueblo se aparte ya de los simples virtuosos; ¡reclama santos! Ahora bien: los santos no se pueden imaginar entre el *frufrú* de los rasos y el suspirar de los violines. Nadie cree que una rosa salga intacta de un horno, ni un señor eclesiástico, puro de un baile. ¡Y un pueblo que no cree en la pureza de sus sacerdotes acaba por olvidarse de los martirios de su Dios!

La verdad—aquí, entre nosotros—es que vuestras excelencias pueden, al subir a las fiestas, dar al criado sus gabanes a guardar; pero no le pueden dar a guardar sus votos. Ahora bien: a los votos, por fuertes que sean, si se pasean entre hombros desnudos, si se inclinan en el comedor sobre los aromas del madera, si se dedican a meditar a los compases de Strauss, ¡acaban siempre por sucederles lo que les sucede a las casas comerciales que abusan de los festejos: que quiebran!

Sin embargo, si sucedió que sus excelencias fueron al concierto porque su majestad imperial, así como quiso ver a los folletinistas, deseó ver también a los sacerdotes, entonces lamentemos todos el singular temperamento de este príncipe, ¡que va a la diversión de los saraos a pasar revista a las profesiones! Apresurado, curioso, acuciado por el tiempo escaso, este emperador ¿pretendía encontrar en los salones de Palacio el índice de nuestras costumbres y al propio Portugal? Siendo así, afortunadamente, ese príncipe, si exigió que en la sala del concierto estuviesen las profesiones, ¿no pretendió que se encontrasen también allí los establecimientos? Por fortuna, y para evitar difíciles gestiones, ¿no reclamó que además de los folletinistas y de los sacerdotes compareciesen también en el sarao las imprentas y las iglesias? ¡Qué apuro para el rey, nuestro señor!

XIX

LA CASA DE ALEJANDRO HERCULANO

Febrero de 1872.

Su Majestad imperial visitó a don Alejandro Herculano (1). El hecho en sí es por completo indiscutible. Todos están de acuerdo sobre él, y la Historia, tranquila.

En lo que, sin embargo, disienten radicalmente las opiniones es respecto al lugar en que se realizó la visita del emperador brasileño al historiador portugués.

El *Diario de Noticias* dice que el emperador fué a la *mansión* del señor Herculano.

El *Diario Popular*, por el contrario, afirma que el emperador fué al *retiro* del hombre eminente que...

El señor Silva Tullio, sin embargo, declara que el emperador fué al *tugurio* de Herculano (aunque unas líneas después se contradice, confesando que el emperador estuvo realmente en la *Tebaida* del ilustre historiador, que...).

(1) Alejandro Herculano de Carvalho y Araújo, famoso poeta, historiador y novelista portugués (1810-1877). Entre sus más notables obras figuran los poemas *La voz del profeta*, *El arpa del creyente*, su gran producción la *Historia de Portugal*, *Del origen y establecimiento de la Inquisición en Portugal*, etc. Un verdadero «clásico» entre los contemporáneos.

Un corresponsal de un diario de Oporto asegura que el emperador fué a la *cabaña* del gran, etc.

Otro hay todavía que sostiene que el emperador fué al *cobijo* de ese que...

Algunos diarios de Lisboa declaran, a su vez, que su majestad fué al *albergue* de aquel que...

Otros, a pesar de todo, sostienen que su majestad fué a la *soledad* del eminente personaje que...

Y un último mantiene que el soberano fué al *destierro* del venerado ciudadano que...

Ahora bien; en medio de todo esto, imaginamos una cosa terrible: ¡y es que su majestad se olvidó de ir simplemente *a casa* de don Alejandro Herculano!

XX

MISIVA A SU MAJESTAD EL EMPERADOR DEL BRASIL SOLICITANDO CONDECORACIONES

Febrero de 1872.

Nos atrevemos a dirigirnos a vuestra majestad imperial por un motivo de indeclinable justicia. Vino vuestra majestad a estos reinos, y a pesar de tener nosotros la obligación de creer (cumpliendo las órdenes de vuestra majestad) que no era vuestra majestad quien estaba entre nosotros, ocurrió que algunos imprudentes, a riesgo de incurrir en el imperial desagrado, ¡se atrevieron a afirmar con actos públicos que vuestra majestad era vuestra majestad! Sucedió, igualmente, que, si por un lado vuestra majestad negaba ser el emperador del Brasil, daba bastante a entender, por otro, que no era enteramente ni el difunto Pilato ni el actual barrendero de la travesía de las Gaveas. En fin, algunos indiscretos, al ver un hombre alto, fuerte, canoso, venerable, académico, hermano de la Orden Tercera de la Lapa y con una maleta en la mano, no esperaron más, y en su impulso febril y ávido de glorificar al emperador del Brasil, festejaron a vuestra majestad. Decidieron entonces esos individuos encender en honor de aquel que vuestra majestad dijo no ser, una iluminación en el Rocío, al pie de la estatua del padre de vuestra majestad, a quien nosotros, por abreviar, en este país apresurado y perezoso, llamamos familiarmente «¡el Dador!» Esos individuos levantaron dos obeliscos de madera y los rodearon de tubos de gas: el gas no ardió. Pero vuestra majestad no era vuestra majestad, y la iluminación, por el mismo motivo, no fué la iluminación, queriendo también pasar de incógnito. Sin embargo, si la iluminación se negó obstinadamente a brillar, quedó íntegra y pura la intención de los iluminadores. Ellos no tenían luces en sus obeliscos, pero su alma estaba llena de luminarias.

Ahora bien; al instalar esas iluminaciones (secretas) ellos tenían, imperial señor, un fin supremo y tiernamente esperado. Ellos, señor, son todos hombres de bien y de buenas familias, manejan regularmente las cuatro reglas, no comen con la mano y usan ropa blanca; pero son tímidos. Son tímidos como ararás. Entregaron ampliamente su dinero, pero no entregaron fácilmente su secreto. Tiemblan, retroceden. ¡Por eso nosotros, compadecidos y generosos, nos convertimos en verbo de esos silenciosos!

¡Señor! ¡Aquí tenéis a esos hombres serviciales!

Aquí los tiene vuestra majestad a los pies. Vuestra majestad puede comprobar que están todos bien afeitados. Ellos piden, señor, una cosa muy insignificante. No es que vuestra majestad los visite en el Valle de Lobos. No es que vuestra majestad les pregunte por la familia, como ese del que hablan los telegramas de Santarem. Ni que vuestra majestad les haga a ellos el honor que hizo a la oreja de cerdo con legumbres: probarlos. Ni que vuestra majestad les compre las dádivas de Pomona que la plebe ignorante llama manzanas. ¡No! ¡Estos caballeros piden, simplemente, que vuestra majestad los condecore con la encomienda de la Rosa! ¡Ya está dicho!

¡Ah imperial señor! ¡Es que ellos fueron incansables! ¡Vigilaban en las altas horas de la noche los trabajos de los obeliscos! ¡Reanimaban con palabras exaltadas el cansancio de los obreros! ¡Llegaron a ponerse en cuclillas, revolviendo la tierra! ¡Cuando la iluminación no ardió, ellos soplaron con enloquecida furia por los tubos! ¡Algunos se quedaron calvos! ¡Y si no colocaron más iluminaciones, es que, como comprenderá vuestra majestad, la ciudad no podía quedarse completamente a oscuras!

Nos atrevemos a decirlo. ¡Vuestra majestad les debe la encomienda! Ellos no levantaron los dos obeliscos para festejar a los príncipes ni para alumbrar a la plebe. ¡Para eso encendían fósforos! ¡Fué por el interés superior de sus negros hábitos! Señor, fué por la encomienda. ¡Y se gastaron su buen dinero! ¡Gastaron miles de duros, imperial señor! ¡Vuestra majestad es generoso, de clara sabiduría, de alma inagotable! Esperamos arrodillados a los pies del emperador...

¡Pero vuestra majestad sonríe! ¡Una benevolencia radiante sube a su rostro! ¡Ya baila en sus labios el *sí* anhelado!... ¡Oh, gracias, señor! ¡La generosidad de esta merced será recordada en las glorificaciones de la Historia! (¡Y vosotros, pillastrones de la Comisión de Festejos, frotaos las manazas! ¡Pescasteis la encomienda!)

Nosotros, señor, reconocidos hasta la profundidad de nuestro ser, quedamos aquí en estos países a su servicio muy querido, como historiadores de sus hechos o como abastecedores de más oreja de cerdo. Dios tenga a vuestra majestad bajo su paternal mirada.

XXI

EL BRASILEÑO

Febrero de 1872.

Hace largos años el *Brasileño* (no el brasileño nativo, nacido en el Brasil, sino el portugués que emigró al Brasil y que volvió rico de allí) es entre nosotros el tipo caricaturesco más francamente popular. Cada nación posee un tipo así, creado para la risa pública. Las comedias, las novelas, los dibujos, las canciones, lo difunden, lo popularizan, lo desarrollan, lo perfeccionan, y él se convierte en lo *grotesco* clásico, que llega a ser motivo de ornato industrial, cincelado en candelabros, acuarelado en cajas de cerillas, torneado en puños de bastones. Francia tiene el inglés de hongo diminuto en la nuca, de espesas y agudas patillas en forma de chuleta rubicunda, dientes caballunos, cuello alto como un muro de huerta, chaqué a cuadritos, pies anchos como una plaza y cara de bobo; desde hace poco tiene, además, al prusiano, de inmenso bigote en el hocico, pelo en bandós,

casco picudo, un sable prodigiosamente insolente ¡y un reloj de salón robado debajo del brazo!

Nosotros tenemos al Brasileño: grueso, moreno con tonos achocolatados, panza espléndida, juanetes, chaleco con cadena de oro, sombrero sobre la nuca, quitasol verde, vocecilla dulzona, ojos desconfiados y un vicio secreto. Es el *Brasileño*: es el padre en zapatillas y celoso de las novelas románticas; el gordiflón enamorado de las comedias graciosas; el figurón barrigudo y bestial de los dibujos chistosos; el marido con zuecos, siempre traicionado, de todo buen chascarrillo.

Ninguna cualidad fuerte o fina se le supone al Brasileño: no se le imagina inteligencia, como no se imaginan negros con pelo rubio; no se le concede valentía, y es, en la tradición popular, como esas calabazas de agosto que han padecido todos los solazos de la era; no se le reconoce distinción, y él sigue siendo, para la pública convicción, el eterno patán de los barrios bajos. El pueblo le supone autor de todas las frases famosamente necias, el héroe de todas las historias universalmente risibles, el dueño de todas las casas grotescamente pintarrajeadas, el frecuentador de todos los hoteles suciamente lúgubres, el enamorado de todas las mujeres gordiflonamente ridículas.

Todo cuanto se respeta en el hombre es escarnecido aquí en el Brasileño. El trabajo, tan santamente justo, recuerda en él, con burla, la venta de la yuca en un figón de Pernambuco; el dinero, tan humildemente servicial, recuerda en él, con carcajadas, los botones de brillantes en los chalecos de paño amarillo; la pobreza, tan justamente respetada, en él es casi cómica y trae a la memoria los zuecos con que embarcó a bordo del patache *Constancia*, y los sacos de café que cargó para las costas de la Tijuca; el amor, tan porfiadamente idealizado, en él hace reír, y recuerda su voluminosa persona, de rodillas, diciendo con una ternura babosa: *¡Oh nenita!*

En realidad, el pobre Brasileño, el rico *tornaviaje*, es hoy, para nosotros, el gran abastecedor de nuestra risa.

¡Pues bien! Es una injusticia que sea así. Y nosotros, los portugueses que *aquí* quedamos, no tenemos derecho a reírnos de los brasileños que de *allí* volvieron. Porque, en fin, ¿qué es el Brasileño? Pues, simplemente, la expansión del Portugués.

Existe una ley de contracción y de dilatación para los cuerpos, bajo la influencia de la temperatura. (Se aprende esto en los colegios, cuando apunta el bozo.) Los cuerpos, con el calor, se dilatan, y con el frío se contraen. La misma ley existe para las plantas: que al sol se abren y florecen, y con el frío se cierran y mustian. El banano es en nuestros climas un árbol pequeño, tímido, retraído, estéril; con el calor del Brasil es el gran árbol triunfante, de hojas anchas y relucientes, tronco pujante, savia insolente, todo sonoro de sabias (1), escandaloso de bananas. La misma ley para los hombres. El español de Asturias, modesto, humano, serio y discreto, en cuanto pasa el sol del Ecuador, en las Antillas españolas, se convierte en un sudamericano vanidoso, vocinglero, ardiente, hablador y agresivo. ¡Pues bien! El Brasileño es el portugués dilatado por el calor.

Lo que ellos son expansivamente, lo somos nosotros retraidamente.

---

(1) Pájaro dentirrostro del Brasil, canoro.

Las cualidades, internas en nosotros, están en ellos florecientes. Donde nosotros somos a escondidas *ridiculitos*, ellos son a la vista *ridiculones*.

Nuestros defectos, aquí, en un clima frío, están ocultos, no aparecen, se quedan dentro; allí, bajo un sol fecundante, se abren con grandes evidencias grotescas. Bajo el cielo del Brasil el banano se abre en fruto, y el portugués revienta en brasileño. ¡He aquí el formidable principio! El Brasileño es el Portugués abierto.

Es el sol de allí el que nos fecunda. El Chiado, bajo los trópicos, daría por completo la calle del Ouvidor. Nos reímos del Brasileño y nos reímos de nosotros sin piedad. Nosotros somos el germen, ellos son el fruto; es como si la simiente se riese de la espiga. ¡Por el contrario! El Brasileño resulta mucho más respetable, porque es completo, alcanzó su pleno desarrollo; nosotros seguimos siendo rudimentarios. Ellos están ya acabados como la calabaza; nosotros somos embrionarios, como la pepita. ¡El Portugués es la pepita de Brasileño!

¿Qué somos nosotros? Brasileños a los que el clima no deja abrirse. Simientes a las que les falta el sol. En el fondo de cada uno de nosotros existe, en germen, un Brasileño tapiado, ahogado, que, para crecer, brotar en diamantes de pechera, callos y casas pintarrajeadas de verde, sólo necesita embarcar e ir a recibir el sol de los trópicos. Cada lisboeta, sabedlo, lleva en sí la larva de un brasileño. Nosotros vestimos aquí con colores oscuros, leemos a Renán, copiamos a París, y, entre tanto, aquí dentro, fatal e indestructible, se está formando *acalabazadamente* un Brasileño.

¿Quién no le ha sentido agitarse, como el feto en el seno de la madre? ¿Miráis a veces una corbata verde con pintas rojas? Es el Brasileño, que se mueve por dentro. ¿Deseáis inesperadamente un buen plato de judías, comido en mangas de camisa? Es el Brasileño. ¿Os apetece ir a visitar el monumento del Terreiro del Paco? Es el Brasileño, allí dentro. ¿Se os ocurre leer una oda de Vidal o un discurso de Melicio? ¡Es el Brasileño! ¡El está dentro de vosotros, lisboetas! ¡Ah, sabedlo! ¡Vosotros estáis siempre embarazados de un Brasileño!

¿Queréis una prueba? ¡El verano! ¡El cruel verano! Entonces, bajo la temperatura germinadora, el Brasileño interior tiende a florecer, a abrirse, a extenderse en racimos. Entonces empezáis a echaros el sombrero hacia la nuca, a usar levita de alpaca, a pasear después de la comida con el palillo en la boca, a exigir a los vendedores de agua del Arsenal, a frecuentar la Diosa de los Mares! ¿Sabéis lo que es? ¡Es el Brasileño que lleváis en las entrañas, que, atraído por el sol, quiere salir!

Por tanto, cuando nos reímos de él, empleamos un amargo procedimiento con nosotros mismos. En el invierno, la pepita contiene la calabaza; pero cuando la calabaza crece en el verano, es ella la que contiene la pepita. Nosotros contenemos aquí al Brasileño; él, llegado al Brasil, brota en fruto, y nosotros nos quedamos dentro de él. Ahora bien: si machacamos la calabaza a grandes golpes de chacota, es sobre nuestra propia y amada persona sobre quien descargamos la risa cruel. ¡Tengamos juicio! ¡Reconozcamos en él, como si fuéramos nosotros mismos, al sol!

Tales son las sabias verdades que dejamos caer en nuestras manos. ¡Aprovechadlas, compatriotas!

Y, sobre todo, convenceos de que vosotros, los que no abandonáis la capital, no valéis más que el hombre del Miño, que vuelve de Pernambuco.

El Brasileño no es bello como Apolo, ni como el más reciente don Juan; pero tú, ¡oh portugués!, tú tampoco eres bello, y si tu amada te lo dice es que no tiene otra cosa que decirte y miente por puro placer.

El Brasileño no es ingenioso, como Mery o Rochefort; pero tú, portugués, ¡no eres, ciertamente, ingenioso! ¡Encima de los paquetes de aquella tienda, cuarenta folletines te lo demuestran!

El Brasileño no es elegante como el conde de Orsay o Brummel; pero tú, portugués, desdichado dandi del Chiado, o contribuyente de la calle de los Bacalhoeiros, ¡tienes tu elegancia colgada en el buen Núñez ropavejero!

El Brasileño no es extraordinario, como Peabody, que repartió cien millones de limosnas, ni como Delescluze, que incendió a París; pero tú, portugués, eres tan extraordinario como una col o como una zapatilla.

Ahora bien; el Brasileño que no es guapo, ni ingenioso, ni elegante, ni extraordinario, es un trabajador. Y tú, portugués, sin ser guapo, etcétera, ¡eres un haragán! De tal modo, que te ríes del Brasileño, pero procuras vivir a costa del Brasileño. Cuando ves llegar al Brasileño del Brasil, estallas en chirigotas; ¡y si él no volviese nunca de allí con su buen dinero, tú morirías de hambre! Por eso tú, que en charlas entre amigos en el café, eres inagotable mofándote del Brasileño, en el diario, en el discurso o en el sermón eres inagotable en glorificar al Brasileño. En las tertulias es el *macaco*; en la prensa es *nuestro hermano de allende los mares*.

Amigo *Brasileño*: ¿quieres reírte a tu vez del *lisbonense?* Cierra bien los bolsillos de ese chaleco verde, que tanto escarnecen; atranca bien la puerta de esa casa pintarrajeada de amarillo, que tanto caricaturizan; no pongas más en los hoteles de la capital esos pies con zuecos primitivos, cuyos juanetes tanto critican: ¡y así podrás reírte, reírte de la carota pasmada con que se quedará el lisbonense, que tanto se ríe de ti!

XXII

MELANCÓLICAS REFLEXIONES SOBRE LA ENSEÑANZA PÚBLICA EN PORTUGAL

Marzo de 1872.

He aquí, con algunas reflexiones y algunas cifras, el estado de la enseñanza en Portugal: en primer lugar, la enseñanza está, entre nosotros, por entero a cargo del Gobierno.

Los Ayuntamientos, que por una vieja tradición no se han ocupado nunca de las cosas de la inteligencia, no dan siquiera una limosna a la escuela. Un Ayuntamiento tiene, ante todo, como finalidad, *macadanizar* las calles o las callejas de los señores concejales; después tiene que construir las carreteras que conducen a las quintas donde los señores concejales, en zuecos y chaleco, sudan bajo el follaje de las hayas, *sub tegmine fagi*; y luego tiene que emplear, que subvencionar, a todos los protegidos de los señores concejales. Cuando le llega el turno a la escuela, esos señores tienen agotada la iniciativa y la bolsa vacía.

Por su lado, los particulares, con rarísimas y simpáticas excepciones,

no se han llevado nunca la mano al bolsillo para dar un real a una escuela. (Y como esta extraña abstención pudiera parecer una originalidad caprichosa, recordaremos que en Inglaterra, Francia, Alemania, Dinamarca, Suecia, Italia, Rusia, España, Estados Unidos, los particulares sostienen con un hombro los muros de la escuela que los Municipios aguantan con el otro.)

La ley de 20 de septiembre de 1844 concedió a los Ayuntamientos autorización para fundar con sus aportaciones escuelas primarias. Quien se fija en esos términos supone muy racionalmente que los Ayuntamientos estaban ansiosos de fundar escuelas, y que el amor a la instrucción les había quitado todo freno; supone también que unas leyes anteriores habrían dominado prudentemente ese ímpetu excesivo por educar; y que la ley de 1844, aflojando un poco las riendas, permitió a los Ayuntamientos palpitantes crear las anheladas escuelas, no en una carrera desenfrenada, sino a un trotecillo modesto; y supone, finalmente, que, hecha la concesión, los Ayuntamientos se lanzaron a dar saltos y corvetas con las crines desparramadas ¡para asentar los cimientos de las escuelas! Pues bien: ¿saben ustedes cuántas escuelas han fundado los Ayuntamientos, enteramente a expensas suyas, desde 1844, hace casi treinta años? ¡Una en Setúbal!

Por otra parte, no seamos injustos. Algunos Ayuntamientos, habiendo, en el transcurso de los años, llegado a comprender que deletrear no es en absoluto tan delictivo como robar, otorgaron generosamente el auxilio de sus arcas para la organización de la enseñanza, y los trescientos Ayuntamientos del país, unidos a las cuatro mil parroquias, han contribuído en ese espacio de treinta años con una subvencioncilla de unos reales ¡a la fundación de cuarenta y una escuelas!

Tal es el desvelo, la inteligencia, el patriotismo con que los solícitos excelentísimos Ayuntamientos se ocupan de la enseñanza.

Es una situación paralela a la de los cafres, de nuestros hermanos los cafres.

El Estado, por tanto, tiene la enseñanza completamente a su cargo y bajo su responsabilidad.

Ahora bien: debiendo educar un país, he aquí lo que el Estado ha hecho: ¿sabéis, amigos, cuántas escuelas hay, de Norte a Sur, en este país donde florece la viña y Melicio piensa? ¡Dos mil trescientas!

Existiendo en el país, según las últimas estadísticas, setecientos mil niños, y no siendo justo que se aprieten en la estrechez ahogada de una escuela más de cincuenta alumnos (y es ya hacer sudar en demasía a los tiernos ciudadanos imberbes), se infiere que deberíamos tener catorce mil escuelas...

¡Y tenemos dos mil trescientas!

Debiendo, pues, fundar una escuela por cada cincuenta niños, ¡tenemos sólo una escuela para cada trescientos niños! ¡Hay una escuela para cada dos mil trescientos habitantes!

De los setecientos mil niños que existen en Portugal, el Estado, en esas dos mil trescientas escuelas, enseña a noventa y siete mil. Esto es, ¡de setecientos mil niños, quedan fuera de la escuela más de seiscientos mil!

De esos noventa y siete mil niños que frecuentan las escuelas, ¿sabéis, amigos, cuántos son considerados aptos por año? Según las últimas inspecciones, ¡de cada alumno se considera apto *uno!*

Por tanto, Portugal, de noventa y siete mil niños que alberga en sus escuelas, ¡aprueba en un año, sabiendo los rudimentos, mil novecientos cuarenta!

¡Mordeos de envidia, oh cafres!

A tal situación contribuyen el alumno, el maestro y la escuela. Y la culpa recae en el Estado. Porque el Estado imposibilita al alumno, inutiliza al maestro y abandona la escuela. ¡Marcha, como el general Boum, por tres caminos contra la escuela!

En los campos, la familia es hostil a la escuela, se dice. Error. La familia no niega el hijo a la escuela; necesita el hijo para el trabajo. El niño, allí, de los siete a los diez años guía ya los bueyes, guarda el ganado, coge leña, acarrea, escarda, colabora en el cultivo. Tiene la altura de una azada y la utilidad de un hombre. Sale de madrugada, retírase al oscurecer, después de un día muy atareado. Enviarle a la escuela, por la mañana y por la tarde, unas cuantas horas, es minorar la fuerza productora de la casa. Un alumno de más en la escuela es así un brazo de menos en la labor. Ahora bien; una familia de labradores no puede disminuir lujosamente sus fuerzas vivas. No porque el hijo sepa deletrear la cartilla le dará la tierra más pan. Por tanto, quitan al niño de la escuela para ocuparle en la tierra.

El remedio de esto sería la creación de cursos nocturnos. Por la noche el campo devolvería el niño a la escuela. Los cursos nocturnos eran en otro tiempo exclusivamente para los adultos, que tenían el día ocupado en la labranza o el oficio. Sin embargo, en un país pobre como el nuestro, de pequeño cultivo y de pequeña industria, el niño trabaja casi tanto como el hombre. El hijo tiene el día ocupado en la misma labor que el padre. Los cursos nocturnos deberían ser sobre todo para él, ya que no para los dos.

Ahora bien: ¿saben ustedes cuántos cursos nocturnos había en Portugal en 1862? ¡Sesenta y dos!

En Italia, país de población sólo cinco veces mayor, y cuya instrucción se arrastra despaciosamente, ¡había cinco mil!

¿Saben cuánto da el Estado para esos sesenta y dos cursos? ¡Unas mil doscientas pesetas! ¡Tres duros y pico para cada curso! ¡Un poco más de sesenta reales! ¡Con esos gastos locos se originan las bancarrotas desastrosas!

¡Pero no es esto todo! En 1867, el ministro de la Gobernación promovió enérgicamente la creación de cursos nocturnos. Se hizo un esfuerzo agotador, consiguiéndose después de largos meses ¡crear quinientos cuarenta y cinco cursos! Los Ayuntamientos, en el primer entusiasmo, prometieron magnánimamente, para ayudar a esas creaciones, sesenta mil pesetas. Pues bien; ¿saben lo que sucedió? ¡Meses después los Ayuntamientos se negaron a seguir abonando las subvenciones!

¡Algunos, incluso, no llegaron a pagarlas nunca! ¡Otros no quisieron satisfacer al profesor los sueldos ya vencidos!

En una provincia, en la bestial Evora, de los dieciocho cursos nocturnos que se abrieron ¡quedaban sólo, meses después, tres!

En la de Coimbra (¡oh Atenas lusa!), de todos los cursos que había no quedaban, pasados unos meses, ¡ninguno!

Ultimamente, en Peniche, los cursos nocturnos eran frecuentados por setecientos alumnos. El hediondo Ayuntamiento ¡los cerró todos!

De los quinientos cuarenta y cin-

co cursos que se consiguieron crear en 1867, ¡quedan menos de cien!

¿Qué les parece, señores míos, esta singular infamia?

¡Oh patria nuestra! ¡Dios, en su justicia, te dé una buena y feroz tiranía, que te arroje en la paja de las cárceles, te azote en las viejas picotas que aún existan y te ahorque en los maderos podridos de las horcas de antaño!

Otra de las vergüenzas de esta situación es el profesorado.

El maestro de enseñanza primaria es el hombre más humildemente desgraciado del país, el más cruelmente desatendido.

¿Saben ustedes cuánto gana un maestro de enseñanza primaria? ¡Seiscientas pesetas al año: una peseta sesenta y seis céntimos al día! Y tiene que alimentarse, vestir, pagar una casa, comprar libros, y casi siempre adquirir para la escuela papel, lápices, cacharros, etc., con seis reales al día. Adviértase que, para la alta moralidad de su misión, el profesor debe ser casado. Pues bien: tiene, para crear una familia, ¡seis reales diarios!

¡Pero escuchen! Ya en 1813 la Junta Rectora de Estudios pedía al Gobierno que diese, por lo menos, a los maestros de primaria mil pesetas. ¡Se pedía esto hace sesenta años! La Junta decía, enérgicamente: «Decidámonos; sin sueldos suficientes no hay profesores capaces.» En 1813, mil pesetas para un profesor eran consideradas por los negociados competentes como un sueldo sólo suficiente. ¡Y en 1872, con el aumento extraordinario de los precios, la carestía triplicada de la vida, el profesor tiene aún de sueldo las antiguas seiscientas pesetas!

¡Adviértase más! Hace treinta y cinco años, Rodrigo de la Fonseca Magalhaes, considerando que el maestro no podía vivir, ni educarse, ni progresar, con el sueldo avariento del antiguo régimen, decidió que los maestros de Lisboa tuviesen cuatro mil pesetas, y los de otras provincias, mil doscientas cincuenta. Pues bien: ¡a los tres meses, aquellas medidas racionales e inevitables quedaron derogadas! ¡Se decidió incluso que no fuesen abonados a los maestros los sueldos vencidos y se empujó de nuevo, violentamente, al maestro a la indigencia!

Además de eso, el profesor de enseñanza primaria no tiene carrera. Está encerrado en su destino como una desdicha amurallada: ¡crecerán sus hijos, le saldrán canas, habrá educado a generaciones enteras y seguirá sin esperanza de mejora, padeciendo dentro de sus seiscientas pesetas! La falta de carrera es la desaparición de todo estímulo, la petrificación de la voluntad, el abandono del ser a la fatalidad, la rutina y la inercia. El hombre así no intenta progresar: se envuelve en la somnolencia de su oficio como quien se acomoda para la eternidad.

¡Una eternidad de seiscientas pesetas! Y tiene aún que sostener casi la escuela con ese exiguo sueldo. El alumno sólo admite la enseñanza absolutamente gratuita. Si tiene que comprar plumas, lápices, cacharros, regla, papel, deserta de la escuela. El maestro se ve forzado a pagar esos útiles, pues de otro modo abandonan la clase, y el vacío de su escuela sería el fin de su sueldo.

Añádase a esto que el profesorado es una alta y difícil ciencia que es preciso aprender. Esa es la finalidad de las escuelas normales: aprender a ser maestro. Sólo Italia tiene hoy ya noventa y una escuelas normales. ¿Saben ustedes cuántas había en Portugal? Una. ¿Y saben lo que hizo el Gobierno para seguir ese movimiento civilizador y fecundo que en todas partes multiplicaba las escuelas normales? ¡Se precipitó sobre la única que teníamos y la cerró! ¡Dió ésta, en el breve tiempo en que existió, noventa y un profesores, todos aprovechados por el Estado, porque setenta regían hace poco aún escuelas públicas, y el resto se ocupaba de la enseñanza libre!

Este profesorado casi sin sueldo, y sin carrera en absoluto, sin aprendizaje normal, crea la siguiente situación: en la última inspección, de los mil seiscientos ochenta y siete profesores, ¡sólo fueron considerados aptos doscientos sesenta y tres! ¡Y sólo fueron juzgados diligentes ciento setenta y dos!

¿Qué os parece, patriotas?

La escuela en sí presenta igual desorganización. Los edificios—a no ser los legados por el conde de Ferreira, que no funcionan casi, todavía—son en su inmensa mayoría una sucia variante entre granero y corral. Ni espacio, ni limpieza, ni luz, ni aire. Nada hace el estudio tan penoso como la fealdad del aula. No pedimos ciertamente para uso de las escuelas los clásicos jardines de Armida; pero está en la propia organización de los estudios la buena disposición del material escolar. Sobre todo en las aldeas, resulta casi imposible atraer al estudio, en una salita tenebrosa y ahogada, a unos niños inquietos que vienen del aire libre, de la luz alegre de los prados y de los montes. La escuela no debe tener la tristeza de la cárcel. Pestalozzi, Froebel, los grandes pedagogos, enseñaban en patios, al aire libre, entre árboles. Froebel hacía alternar el estudio escolar con el trabajo manual; el niño deletreaba y cavaba. La educación debe darse con higiene. La escuela, entre nosotros, es un grillete del abecedario, oscura y sucia; los niños, aburridos, repiten la lección sin ganas, sin inteligencia, sin estímulo; el maestro domina gracias a la palmeta, y pone todo el tedio de su vida en la rutina de su enseñanza.

Además de eso, de mil seiscientos ochenta y siete—como han visto—, ¡sólo ciento setenta y dos fueron considerados diligentes!

Y hay otro mal terrible: la falta de inspección. La inspección es la conciencia pública de la escuela. Sin inspección, el profesor que no tiene un sueldo suficiente, ni un destino garantizado, ni un estímulo eficaz, se abandona por falta de interés, y la escuela se desorganiza por falta de dirección. Es lo que ocurre en todo el país. ¡Las escuelas están abandonadas a la indolencia del maestro, y el maestro está entregado a la desesperación de la vida!

¿Saben cómo se realiza la inspección? En cada distrito administrativo hay un comisario que tiene al año, por inspeccionar las escuelas de su distrito, una gratificación de seiscientas pesetas. Por regla general, es un profesor de Liceo o el rector. Esto está en vigor desde 1844. Ahora bien: en 1854 el ministro de la Gobernación decía a la Cámara de los diputados en un informe: «Los comisarios de estudios, ocupados en la dirección de los liceos y en el desempeño de cátedras, ¡no cuidan ni pueden cuidar de la visita e inspección de las escuelas primarias!» Es, pues, el Estado el que condena claramente el régimen establecido en 1844. Pues bien: hace cerca de veinte años que esa sentencia condenatoria de la inspección de los comisarios fué pronunciada por el Gobierno, y hoy, en 1872, existe todavía la inspección de los comisarios, a la moda de 1844.

He aquí, en resumen, el estado de la enseñanza:

¡Dos mil trescientas escuelas en un país de cuatro millones de habitantes! (1). ¡De setecientos mil niños, sólo asisten noventa y siete mil a las escuelas! De esos noventa y siete mil, sólo son declarados aptos mil novecientos cuarenta. ¡Por consiguiente, de setecientos mil niños que ha de educar, el país educa mil novecientos cuarenta!

Los maestros tienen en 1872 el sueldo de seiscientas pesetas, ¡que ya en 1813 era juzgado insuficiente!

Sólo con buenas escuelas normales se pueden crear buenos profesores. Había una en el 68. ¡Fué suprimida! (Ahora se intenta crear cinco.)

De mil ochocientos sesenta y siete profesores, fueron juzgados aptos doscientos sesenta y tres, ¡y diligentes, ciento setenta y dos!

¡Las escuelas son corrales de enseñanza! Inspección no hay. ¡Ya en 1854 se quejaba de esto el ministro de la Gobernación! ¡Y estamos en 1872!

He aquí el estado de la enseñanza pública en Portugal a fines del siglo XIX (2).

¡La enseñanza es en Portugal una *canallada* pública!

---

(1) Según la más reciente estadística llegada del país vecino, hecha en el año de 1946, la población portuguesa actual asciende a 7.775.423 habitantes. Es decir, que en los setenta y ocho años transcurridos entre la fecha de hoy y aquella en que fué escrito este artículo de *Las Banderillas*, la población de Portugal sólo ha tenido un aumento de 3.775.423 habitantes.

(2) De esta indiferencia profunda y bestial que existe por la enseñanza, debemos exceptuar los excelentes trabajos de don Antonio de la Costa. Sus libros, escritos con una exacta ciencia y con un altivo sentimiento, son la protesta de la civilización del desquite del espíritu. — *Nota de Eça de Queiroz.*

¡Que el actual Gobierno vuelva sus ojos un momento hacia este gran desastre de la civilización!

XXIII

LAS MUCHACHAS DE LA NUEVA GENERACIÓN EN LISBOA Y LA EDUCACIÓN CONTEMPORÁNEA

Marzo de 1872.

La valía de una generación depende de la educación que ha recibido de las madres. El hombre es «profundamente hijo de la mujer», dijo Michelet. Sobre todo, por la educación. En el niño, como en un mármol blanco, la madre graba; más adelante, los libros, las costumbres, la sociedad sólo consiguen escribir. Las palabras escritas se pueden borrar; pero las palabras grabadas no desaparecen. La educación de los primeros años, la más dominante y la que más penetra, la efectúa la madre: los grandes principios, religión, amor al trabajo y al deber, obediencia, honradez, es ella quien los deposita en el alma. El padre, hombre de trabajo y de actividad exterior, más alejado del niño, le impone menos su contextura; es menos camarada y menos confidente. El niño es así, entre las manos de la madre, como una materia maleable de la que se puede hacer un héroe o un miserable.

Dime la madre que has tenido, y te diré el destino que tendrás.

La acción de una generación es el desarrollo público del temperamento materno. La generación burguesa y plebeya de 1789 al 93 en Francia fué libre, sensible y humana porque las madres que la concibieron habían llorado y pensado sobre las páginas de Rousseau.

La generación de 1830, engendrada durante el primer Imperio, fué nerviosa, idealista, romántica, porque las madres habían vivido entre las emociones heroicas de las guerras, en la contemplación de los destinos maravillosos.

Si la generación de 1851 en Portugal fué más fuerte y original que la nuestra, es porque las madres de las que ella salió habían sido las jóvenes vivamente sacudidas por los tiempos dramáticos de las luchas civiles.

Es, pues, sumamente interesante saber lo que son hoy, en 1872, esas gentiles muchachas de quince a veinte años, de quienes nacerá, para bien o para mal, la generación portuguesa de 1893. Así, podremos prever lo que serán ellas más tarde como madres, como educadoras.

Que nos perdonen esas amables niñas si nuestra pluma no ha sido siempre glorificadora como un soneto de Petrarca; pero la tinta moderna brota del pozo de la Verdad. El madrigal quedó para siempre suspirando estérilmente sobre los lomos de los libros de Curvo Semedo, el libre magistrado; no se atreve a poner su pie florido en estos revueltos caminos de la vida actual. Está tan lejos de nosotros como los pastores vestidos de seda, apoyados en bastones de cristal. Hoy los pastores son rudos, miserables, harapientos. No suspiran en versos sonoros las ternuras a Cloris: ¡piden más pan a sus amos!

El madrigal es triste como una flor de azahar de papel, descolorida y tirada al desván. ¡No hay nada como unas bellas verdades, sanas y robustas, frescas y juveniles!

¡La muchacha soltera! Veamos el tipo general de la de Lisboa. Es un ser flaquito, pálido, ceñido por un vestido de gran polisón, con un peinado laborioso y espeso, y dando los pasitos con una fatiga tal, que no se comprende apenas cómo podrá llegar nunca a lo alto del Chiado y de la vida.

Su primer signo relevante es la anemia. Taine dijo, pintando el sólido vigor inglés, que el deber esencial de una niña es tener salud. La salud es el esplendor físico de la inocencia. *Mens sana in corpore sano.* Una piel fresca y tersa, unos músculos que se mueven con libertad, un busto erguido, unos labios rojos, indican un juicio enérgico, una conciencia recta, un sentir puro. La palidez, las ojeras, el pecho hundido, el aire mustio, revelan un ser devastado por apetitos y sensibilidades morbosos. Ahora bien: entre nosotros las muchachas no tienen salud. Flacuchas, encanijadas, sin sangre, sin carne, sin fuerza vital, unas padecen de los nervios; otras, del estómago; otras, del pecho, y todas, de la clorosis, que ataca a los seres privados de sol.

En primer lugar, no respiran. Se pasan los días en la molicie de un sofá, con las ventanas cerradas, o recorriendo con un pasito extenuado la Baixa y su polvareda. Les falta, por tanto, aire puro, sano, fortalecedor. El aire de la Baixa corrompe su sangre; y el aire de los salones, resguardados por cortinas o alumbrados con gas, no tiene oxígeno y, por consiguiente, no alimenta.

Además, no hacen ejercicio. Una inglesa considera un deber moral, como la oración, el paseo, el largo paseo, a buena marcha, durante dos horas, sin preocupación «elegante», higiénico por completo. Aquí, las que caminan a pie, después de ir de una tienda de la calle del Ouroa, a una iglesia en el Loreto, jadean y regresan apresuradas en el ómnibus. Algunas, incluso, no saben andar; se

deslizan, brincan, oscilan. Nada da tanta idea de la constancia de carácter como la firmeza en el andar. Una alemana, una inglesa, anda como piensa, recta y segura. Nuestras muchachas, constantemente sentadas y recogidas, cuando tienen que ponerse en pie y andar, se tambalean y ruedan. Además de esto, la costumbre del sofá, de recostarse y del almohadón, habitúa a las posturas lánguidas; cabeza débil, brazos blandos, cuerpo abandonado. Una inglesa no adopta nunca, por pudor, esas actitudes. Son actitudes de harén o de paloma amorosa. Una joven está erguida y firme. Es como se representa siempre en la pintura y en la estatuaria a la Inocencia.

Luego, no comen: es raro ver a una muchacha alimentarse racionalmente de pescado y carne y vino. Comen dulces y lechuga. Cenan en las sobremesas. El ansia por el azúcar, los pasteles, las natas, significa perpetua desnutrición. Los antiguos moralistas le atribuían incluso una influencia deplorable en las costumbres y el carácter. En las casas de provincia, donde existe la moral, conservada en decrépitos proverbios como en frascos, dicen los viajeros, con ingenuo horror: «Mujer golosa, sanguijuela maliciosa.»

Lisboa es una ciudad dulcera, como París es una ciudad intelectual. París crea la idea, y Lisboa, el pastel. De aquí la gran cantidad de dolencias estomacales y de malas dentaduras. El estrago por el dulce comienza a los cuatro años. La sangre, alimentada totalmente de huevos y natas, forma esos cuerpos débiles y esas almas blandengues. El Baltrespi, el Ferrari, la confitería lisbonense destrozan nuestro organismo social.

Otra causa de enfermedad es la *toilette*. Con estos peinados modernos, enormes, rígidos, insólitos, en forma de casco, de funda, de chalet, de concha, y con los materiales tenebrosos que introducen por debajo para sostener y levantar más la construcción inclemente, acumulan sobre la cabeza un peso, un paquete, que no deja airearse el cráneo. El sudor se acumula en la raíz del cabello, tapona los poros, crea un estado de inflamación. Se oye decir casi siempre a las mujeres: «¡Siento hoy un peso en la cabeza!...» ¡Es ese fardo! Es el cráneo, que, sin aire, enervado, enferma como un cuerpo que no se desnuda.

Lisboa es la ciudad del mundo donde las muchachas se aprietan y se encorsetan más. El corsé, que destruye la belleza de la línea, la melodía de las curvas naturales, dificulta, a un mismo tiempo, la circulación, la respiración y la digestión. Y daña las tres causas de la vida.

De modo que el balance de las condiciones físicas de la muchacha portuguesa es éste: músculos sin ejercicio, pulmones sin aire, circulación comprimida, digestión estrangulada.

La primera consecuencia es que una muchacha destruye así su belleza, la viva juventud y la gracia. La piel se descolora, los ojos se hunden, los labios se agrietan, las orejas se despegan del cráneo, la nariz se afila, las manos se humedecen, todo el cuerpo se encorva y en la bella edad del florecimiento, y en la fresca expansión de la vida, una pobre muchacha de quince o dieciocho años está como una cosa arrugada, blanda, mustia, de *segunda mano*, con ese aspecto gastado que el polvo de las carreteras da a la virginidad de las hojas.

Empiezan a necesitar, para ser bonitas, la luz de gas. Con el brillo artificial de esa luz cruda, una muchacha, con el cabello reluciente, un

poco de polvos y muchos tules sueltos, tiene encanto y puede seducir. ¡Pero que se adelante al otro día hacia la sincera luz de la mañana! Todas las máculas resaltan: el cabello, chamuscado por las tenacillas de rizar, está reseco, con un color de ratón; los labios son como un grano de granada oprimida; la nariz tiene, en el cartílago que la une al rostro, un surco oscuro; toda la piel parece la de una gallina cocida... ¡Ah! El viejo Paris no les daría la manzana.

Es la moda, dicen. ¡Cruel razón! La moda empieza por tener esto de absurdo: no es ella la que está hecha para el cuerpo, sino el cuerpo el que tiene que ser modificado para adaptarse a ella. La moda viene de fuera, del figurín, trazado por la fantasía burguesa de un dibujante de almacén; y aquí, después, la pobre mujer tiene que reformar su cuerpo, obra de su buen Dios, para acomodarlo al *figurín*, obra de su mal periódico. De modo que para sostener el sombrero ha de deformarse la cabeza; para obedecer al polisón ha de torcer su espinazo; para dar satisfacción a las botitas Luis XV ha de descoyuntar su pie; para copiar el *chic* de los talles bajos ha de destrozarse el busto. Nunca como hoy, bajo el dominio de la democracia, se despreció y se estropeó tanto el cuerpo humano. ¡No con la intención mística de aquella santa que se cortó la nariz para aniquilar las glorias mortales de su belleza! ¡No! Hoy se glorifica más que nunca la belleza, y el cuerpo es el fin supremo. Sólo que no se admite el cuerpo que da la Naturaleza, y se busca ese otro que se vende en las modistas. ¡Ah! ¿Dónde están los tiempos en que la belleza era como una santidad? ¡En que la vida toda era una educación y una idealización del cuerpo! ¡En que se erigían estatuas a los desnudos maravillosos! ¡En que desfigurar un hombre era un crimen, castigado con las viejas leyes bárbaras del sacrilegio! ¡Y en que el ateniense, en las conversaciones de los pórticos o en los peristilos de los baños, se ocupaba menos de la invasión de Jerjes que del cuerpo de Lais! Sólo se veía entonces la racional belleza y armónica *toilette*. Una amplia túnica de lino, de pliegues anchos, que dejaba libre el cuerpo, sin oprimir, en toda la bella originalidad de sus líneas... Pero hasta en los tiempos bárbaros se respetaba la perfección de la forma. Y era en pleno ascetismo, ¡cuando la carne se convertía en el crimen de la vida! Véase en la época merovingia y carlovingia la vestimenta de aquellas reinas sanguinarias y magníficas que resplandecen en las iluminaciones de los viejos códices. Un vestido de una pieza, blanco o negro, modelando el cuerpo como un guante, el cuello libre, los cabellos en dos trenzas, sueltos sobre la espalda.

La moda destruye la belleza y destruye el espíritu. Un dependiente dibuja a lápiz, en París, un determinado sombrero, un determinado corpiño, unas determinadas mangas, y todas, flacas y gordas, rubias y morenas, altas y bajas, se meten, se alojan, se encajan en ese modelo, sin preocuparse de si su cuerpo, su color, su perfil, su altura, su busto, se armonizan, *van bien* con el modelo decretado y venido por correo. Entregándose servilmente al figurín, abdican de su originalidad y de su gusto. Aceptan una vulgaridad en seda y un lugar común con volantes. Una señora que no inventa ni crea sus vestidos es como un escritor que no encuentra ni inventa sus ideas. Copiar la *toilette* del figurín es hacer cómo los tenderos que tienen

las opiniones de su periódico. Deshabitúa el espíritu de la invención, de la espontaneidad, de la libertad. Es una confesión tácita de que no se tiene talento ni fantasía. Copiar un figurín es aprender la elegancia de memoria para ir a recitarla en la calle; es tener el gusto que se ha recibido de encargo; es alquilar el *chic* al mes; es mandar venir las ideas por correo; es el buen tono por suscripción. ¡Qué falta de talento! ¡Y los maridos lo pagan!

Después de la anemia del cuerpo, lo que más impresiona en nuestras muchachas es la debilidad moral que revelan sus maneras y costumbres. Nada más significativo, como ya hemos indicado, que su modo de andar. Véase el modo de andar de una inglesa, elástico, firme, erguido, serio; se nota la salud, la decisión, el valor, la personalidad bien afirmada. Véase el modo de andar de una joven portuguesa, arrastrado, incierto, vacilante, morboso; se advierten en seguida la indecisión, la timidez, la incoherencia.

Su pereza es uno de sus males. El día de una muchacha de dieciocho años se malgasta así: almuerza, va a peinarse, recorre el *Diario de Noticias*, canturria un poco por la casa, coge el *crochet* o la costura, los tira a un lado, se acerca a la ventana, se coloca ante el espejo, se da unos toquecitos en el pelo, adelanta dos puntos en su labor, la deja caer en el regazo, como un poquito de dulce, conversa en vago, vuelve al espejo, y así va tirando del tiempo por las orejas, extenuada con su ociosidad y bostezando al paso de las horas.

Otro de sus males es el miedo horrible a todo; a los ladrones, a los truenos, a los fantasmas, a la muerte, a los pasillos oscuros, a los castigos divinos, a los soldados y a las máscaras. No son capaces de cruzar una habitación apagada a medianoche; si corre un ratón por el suelo, saltan sobre los muebles; gritan sólo con ver un revólver; tienen los mismos terrores que un canario.

No hay en ellas ninguna decisión; cualquier cosa las cohibe. Es necesario que todo en torno a la vida sea muy fácil, muy claro, muy dispuesto; de otro modo, vacilan, se paran, sucumben. Un *no*, un coche que falta, el reloj que se para, el tiempo que ha cambiado, y ya están inutilizadas. Basta verlas en invierno, durante un día de gran lluvia. La inglesa, si tiene que hacer compras o visitas, se pone su *waterproof*, se calza sus chanclos, coge su paraguas y se va por ahí chapoteando en el barro. La portuguesa, en casa, encogida, enfurruñada, embutida (según el pintoresco término de nuestro gran dibujante Manuel de Macedo), se entrega, a causa de unas gotas de agua, a un desconsuelo mayor que el de Job en su muladar.

¡Y véasela en los viajes! Si tiene que montar a caballo, ¡qué sustos, qué grititos, qué padrenuestros murmurados! A bordo de un barco, a la inglesa, a la francesa les gusta subir a cubierta, ver el mar, sentir la brisa húmeda; la portuguesa, abajo, gime, reza y toma caldos.

De aquí proviene su falta de acción, su desdichada «pasividad». Una muchacha portuguesa no tiene iniciativa, ni resolución, ni voluntad. Necesita ser mandada y dirigida; pues, de otro modo, indecisa y suspensa, se queda en medio de la vida, con los brazos caídos. Ante un peligro, una crisis familiar, una situación difícil, rezan. Tienen la creencia abstracta de que sólo Dios las puede inspirar, darles la decisión, la idea necesaria; pero acaban casi

siempre por seguir el consejo de la criada.

Véase qué compañera para la vida del hombre, y del hombre moderno, que no es un trovador o un contemplativo, ni un sultán para tenerlas guardadas, entre blandos cojines, como huríes perfumadas, sino un trabajador que necesita ganarse el pan, luchar con todas las asperezas de la vida. ¿Cómo va a luchar él con los brazos trabados por estas criaturas, que gimen y desfallecen, llenas de polisón, de polvos, de mal humor y de melindres novelescos?

¡Qué diferencia con una francesa, una alemana, una inglesa! ¡Cuántas de éstas encuentra uno de nosotros en los más remotos países, en las ruinas y los desiertos, en las montañas de Judea, en los desfiladeros del mar Muerto! Soportaban largas horas de sol y de marcha, dormían en la tienda, comían entre dos piedras en el lecho seco de los riachuelos y estaban siempre alegres, vivas, sonrosadas, con el *shake-hand* franco y la risa fácil. El no olvidará nunca a dos nobles y bellas inglesas que vió en Jerusalén.

*

Diecinueve y veintidós años, solteras. Iban a partir hacia el Jordán, por el abrasado camino de Mar-Saba. Una, sobre todo, era admirable, con su alta figura de Diana, su traje de amazona verde oscuro, ceñido como un guante, los grandes ojos verdes inocentes y enérgicos, el cuello de una blancura de camelia húmeda. Llevaban ambas fustas, guantes de gamuza y en el cinturón sus revólveres. Esto es: lucharían y dispararían también si su caravana se veía atacada por beduínos rapaces. Y eran dos criaturas casi: si se las hubiese mirado de cierto modo, se ruborizarían; si les hubieran pedido la bolsa, habrían hecho fuego; tal es la delicadeza de una *miss*, tal es su fuerza. Raza incomparable, de corazón tierno y de carácter fuerte.

*

Veamos un poco cómo nuestras muchachas portuguesas se forman lentamente, con la educación interior. Las madres ponen en sus pequeñinas todo el interés que un artista pone en su gloria; y tratan de dar a esa gloria un magnífico realce. ¡Comienzan por vestirlas como a señoras pequeñas! Una niña de seis, de ocho años, una *baby*, una pizca de criatura, una nada de mujer, vedla ya con seriedades de dama, tiesa, formalita, ¡cubierta de cintas, de encajes, de volantes! En la edad en que necesitarían toda la libertad de cuerpo y de movimientos para crecer, llevan ya el talle apretado por un anillo tiránico, la cabeza oprimida por unos duros peinados, en que las tenacillas les rizan el pelo; los piececitos, aprisionados por el charol, y caderillas y polisones, y un gran aparato que es una cárcel para el angelito.

Ahora bien: la *toilette*, como la nobleza, obliga. Y así, la pequeñina se siente penetrada poco a poco por la influencia de sus vestidos. A los ocho años se mira al espejo, coge rabietas por una cinta, se pone polvos conscientemente, quiere llevar la media estirada y fina para que resalte la mimosa piernecilla. Todos los labios de la familia se posan sobre el rostro, el rostro claro y sonrosado del bebé; y la criaturita, que es aún una arcilla santa, se va impregnando de vanidad como una esponja de agua. Viviendo en el convencimiento de su belleza como una santa en su altar, toda preocupada

de vestidos, ahogada en mimo, aclamada y besada, empieza a poner ciertas sonrisas, a mirar con cierto fingimiento malicioso, a tener un andar lánguido, un modo de retirarse, de negarse, que debe sonrojar algunas veces a su ángel de la guarda. Surgen entonces las pequeñas simpatías, llenas de misterio. Una de estas niñas dió un día a un amigo nuestro un pensamiento, en secreto, pidiéndole que lo guardase. Tenía nueve años. Son concesiones insignificantes. Pero la vanidad se infiltra en el alma, gota a gota, y crea en el fondo ese lago inmóvil, negro, brillante, donde, según los místicos, reside y se agita el Pecado.

Al mismo tiempo se le va enseñando el catecismo y la doctrina. Es la educación moral. La pequeñina aprende a persignarse, a arrodillarse con seriedad, a recitar padrenuestros. Después dice de memoria todas las oraciones del devocionario. Y termina por repetir como un papagayo la *doctrina*, de corrido y al revés, como la tabla de multiplicar o como las capitales de Europa, pero sin comprenderlo en absoluto y sin unir una idea suya a la letra muerta, sintiendo a través de ésta cierto terror, porque se trata de Dios, y, según le han enseñado, Dios es quien manda los truenos, las enfermedades, la muerte.

Ahora bien: ¿por qué se enseña la religión a un hombre o a una mujer? Para darle un guía a su conciencia y un guía a su inteligencia; una doctrina que le muestre lo que debe pensar y que le indique lo que debe hacer; un criterio para juzgar bien y un criterio para vivir bien. ¿Qué se le enseña, sin embargo, en el catecismo? Una serie de fórmulas y de palabras combinadas, cuyo sentido le es tan extraño como una lengua desconocida. Lo aprende maquinalmente, a la manera de una lección escolar que ha de recitar a determinadas horas, de prisa o despacio, por obligación, como se peina y como se arregla las uñas.

De modo que, convertida en un ejercicio de recitación, en una fórmula trivial que se repite de rodillas, la doctrina evangélica queda en la memoria como una tonada que tiene armonía, pero que no penetra en el espíritu como una ley eficaz. La criatura repite todos los días *que los pecados mortales* son: primero, soberbia; segundo, avaricia; tercero, lujuria; cuarto, ira; quinto, gula; sexto, envidia, y séptimo, pereza, etc. Pues bien; ¿cuál es la criatura que delante de un plato de pasteles vacila nunca en echarle mano, porque recuerda que la *gula* es un pecado mortal? ¿Cuál es la que dejó de dormirse sobre sus libros por temor a cometer el pecado de *pereza?* ¿Cuál es la que se privó de gritar para no incurrir en *ira?* ¿Será esto porque contra nuestra naturaleza, fatalmente impregnada del mal, son impotentes y se rompen como pompas de jabón contra un muro, las prescripciones de la religión? No. Es que para obedecer un precepto es necesario comprenderlo, como es necesario que para hacernos obedecer de un criado provinciano no le hablemos en alemán. Ahora bien; la niña que recita maquinalmente, a flor de labios, el catecismo, no lo entiende. Se le lee la voluntad de Dios sin explicársela; de modo que las palabras que repite como un papagayo no las liga ella a una idea que arraigue en su interior.

Desde que la criatura sabe de memoria el catecismo, se supone que *tiene religión*. Pero si al llegar a

los quince años le preguntan: «¿Cuál es tu deber de cristiana como madre?», se quedará tan cohibida como si la interrogasen sobre el cálculo diferencial. De la religión sabe el «rezo», pero no el deber; por lo menos, lo que ella supone el deber es oír misa los domingos y no comer carne en viernes. Principios que le sirvan para regirse en la vida, como hija, como esposa, como madre, como mujer sociable, no conoce ni *uno*. Sabe rezar el padrenuestro. Así, pues, ante cualquier circunstancia de la vida, ella, religiosa, cristiana y devota—como no se puede guiar por la religión que ignora—se guía por el instinto o por el capricho. La religión de que tanto habla y que tanto usa, los domingos en la iglesia y los viernes en la cocina, no le sirve mucho más que a un canario o que a una tórtola. Porque, en fin de cuentas, lo que la gobierna es el instinto.

Contra las tentaciones de la vida ella no hallará en su espíritu consejo, fuerza, resistencia o interés superior. Una ilusión, un momento de abandono, la pueden perder; y toda la profusa, aparatosa doctrina que le han enseñado y que no entendió, no la puede salvar.

*

La pequeñina, bebé, a los cinco años, cuando dispone por entero de la palabra y de la frase, empieza a mentir. Bebé miente. Una señora inglesa o francesa o alemana ve mentir a su hija y se siente realmente ofendida. Una sola mentira contiene dos culpas. Dejamos de respetarnos porque afirmamos lo que es falso, y dejamos de respetar a los demás porque los inducimos deliberadamente en error. En Portugal, la mentira de una criatura hace reír y es una gracia: prueba el ingenio, la chispa, la agudeza del pequeño cerebro. Bebé comienza a mentir para obtener pequeños éxitos en la mesa. Al principio niega que lo haga, lo cual es el germen de la cobardía; después cuenta lo que los otros no han hecho, lo cual es la simiente de la calumnia. Además, entre nosotros, la mentira es una costumbre pública. Mienten el hombre, la política, la ciencia, el presupuesto, la prensa, los versos, los sermones, el arte, y el país es todo él una gran conciencia falsa. Todo proviene de la educación.

La criatura crece en la mentira. «Es un cesto roto esta criatura», dice la familia, riendo. Y no saben que el «cesto roto» se convertirá después en un intrigante, un falso, un calumniador, un trapacero. A las niñas, sobre todo (como se supone que ellas no han de tener relaciones oficiales o publicidad social a las que la mentira pueda perjudicar), se les consiente la mentira como una viveza inofensiva! ¡Inofensiva! ¡Como si no importase menos que el hombre mienta en la publicidad callejera que la mujer en el recato de la familia! ¡El caso es que bebé, el rubio y gordo ángel, miente!

*

Además de eso es curiosa. No decimos que esto sea en absoluto un defecto. La curiosidad ha sido muy calumniada; y este noble impulso humano es considerado casi siempre como un simple vicio de criado. Sin embargo, de la curiosidad proviene toda la civilización, la ciencia, la filosofía, los inventos, los descubrimientos de continentes: toda la Historia, toda la crítica, es obra de la curiosidad. Es el viaje perpetuo que el hombre efectúa a través de

los hechos y de las ideas. ¡Gran instrumento de acción, evidentemente! Pero es necesario saber cómo lo maneja la educación. Descubrir América y escuchar ante una puerta son dos actos de curiosidad. Toda criatura es curiosa; falta saber si los que la educan, por los hechos y las ideas que ofrecen al ejercicio de su curiosidad, harán de ella una descubridora o una chismosa.

En Portugal, las mujeres, excluídas de la vida pública, de la industria, del comercio, de la literatura, de casi todo, por las costumbres o por las leyes, quedan sólo en posesión de un pequeño mundo, su elemento natural, la familia y la *toilette*. De aquí proviene que unas señoras reunidas, conversando, giran como mariposas en torno al globo de una luz, alrededor de estos dos supremos temas: vestidos y amoríos. La criatura—gran oído y gran curiosidad—absorbe, como una esponja chupa el agua, todo cuanto oye decir a su alrededor, en el refugio de las faldas juntas. Su espíritu naciente, ávido, trabaja principalmente sobre toda idea que encierra misterio. *Ver lo que hay dentro* es el afán de la criatura, ya se trate de una palabra que escuchó o de una muñeca que le regalaron. Ahora bien: ¿cuáles son los hechos que ofrecen a su curiosidad las conversaciones familiares, de madre, tías, amigas o visitas? Que Fulana se casó, que aquélla se separó de su marido, que es inexplicable la riqueza de la *toilette* de esa otra, que Mengano le hizo la corte, pero que Zutano mantiene a una actriz. Y siempre los amoríos, los vestidos, los escándalos, los chismes, las historias pasionales... ¡El espíritu de la niña abre unos ojos muy grandes ante esos misterios pintorescos! Y toda esa vida del mundo, de la que le llega ya en las conversaciones un soplo y una vaga sensación, da a su almita una palpitación ansiosa, algo semejante a lo que produce el primer olor de las madreselvas en las mariposas ahogadas aún en la vida inerte del capullo.

¿Cuál es el resultado después? Pues que vemos aquí niñas, a los quince años, hablando con gran autoridad de casamientos, dotes, adulterios, raptos, y afirmando que tal comedia es atrevida o que tal novela es inmoral.

*

Una de las causas de esta precocidad es la casa. Un gran agente de la educación de la niña es su casa. En Lisboa, las casas no tienen jardín, y esto explica muchos desatinos. En un piso, con balcón a la calle o al patio, sin horizonte, sin árboles, sin aire, la niña se debilita. Debilitación lenta, que va produciendo la hiperestesia de los nervios, la propensión melancólica, la variabilidad de humor, la enervación del carácter, etcétera. Véase la niña educada en una quinta. Por la mañana ya está suelta, con un delantalito, unos zapatos anchos y un sombrero viejo. Corre, visita a los bueyes, lucha con el carnero, abraza al pacífico y grave jumento, preside la reunión de las gallinas, conoce los nidos, se sabe de memoria los árboles; cae, se ensucia de barro, se araña las rodillas, se cura jugando, recibe los amplios abrazos del sol, se impregna de aire, de vida, de vigor; e, inocente como un animalito, lozana como una madreselva, con el delantal sucio, las manos llenas de tierra, el rostro encarnado como una mora, la nariz palpitante de vida, sin debilidades ni tristezas, con un olor a heno y a prados cruzados, espíritu vivo de la verde naturaleza, entra en casa saltando, pidiendo a gritos su sopa. Por la noche, llena de cansancio, duerme como un canario. En verdad, ¿qué educación superior a la que dan los árboles, las hierbas, el pacífico curso de los arroyuelos, las recogidas sombras, las mieses, los trigos, todos los apacibles seres que cumplen noblemente, tranquilamente, su deber de crecer?

Pero lo mejor es el resultado físico: buena sangre roja, fuerte musculatura, amplia respiración, cabeza despejada, estómago de acero.

En contraste, véase una niña de diez años, aquí, en Lisboa, en esas altas casas carcelarias: pálida, curvada, tímida, ojerosa, leyendo ya el periódico, infatuada, caprichosa, llena de antojos, de curiosidades; es una muñeca de cera que encierra una luz de gas.

La pequeñina, en la quinta, se acostumbra a tener dominio sobre sí misma, pierde el miedo, sabe defenderse, tiene acción, es resuelta. En la ciudad, son tímidas, gritan, se encogen, tiemblan, palidecen, vacilan, rezan a los santos y están siempre dispuestas a refugiarse en los primeros brazos que las acogen. «Mala costumbre», decía el aya de Julieta.

Además de esto—grave consideración—, en el campo la niña está lejos de la sala, de sus conversaciones y de su malicia; aquí, refugiada en los mismos cuartos, se penetra, a los ocho años, del *espíritu desarrollado*, lo cual es deplorable. Por eso dicen ellas a los quince años, con un desdén que espanta y hace retroceder, *¡que están llenas de experiencia!*

*

¿Será necesario que penetremos en los colegios? Atisbemos sólo desde la puerta. Uno de los grandes males del colegio es el tedio. El tedio debilita, anula el espíritu, la voluntad, y sólo deja viva y acuciadora la curiosidad. ¿De qué? De todo: de lo imprevisto, de lo que no se tiene, de lo que está en la calle cuando estamos en casa, de lo que está en el vicio cuando estamos en el deber. Ahora bien: si alguien se aburre, es una colegiala. Presa, cohibida, reglamentada, parece una flor apretada entre dos hojas de un libro. Nada la puede unir al colegio: ni la serenidad de la vida, porque no es la sangre bulliciosa e inquieta de los catorce años la que aspira a reposar; ni el estudio, porque la mujer, por la simple constitución de su cerebro, es opuesta al estudio y a la ciencia; ni la satisfacción del deber cumplido, porque la comprensión abstracta del deber no hace presa sobre el espíritu femenino. La mujer sólo comprende un lado del deber, y ése admirablemente: el pudor. De modo que, no reteniéndola la paz del colegio, ni el interés de la ciencia, ni la influencia del deber, todo en su naturaleza, impaciente y curiosa, la impulsa a desear el mundo, el ruido, la vida exterior. Se encuentra en tal estado de ánimo ante unas horas reglamentadas, de lecciones, de costuras, el comedor insípido, la uniformidad claustral. El refugio son las conversaciones, las camaraderías, las grandes amistades, los secretos... Pero este mismo régimen mantiene la imaginación perpetuamente excitada. El mundo se las aparece como algo maravilloso, confuso y resplandeciente, que se balancea sin cesar al rumor de las orquestas y bajo el brillo de las lámparas; se conciben, con desproporciones absurdas, los teatros, los salones, los bailes; incluso las que son pobres y saben que en la familia estarán tan confinadas como en el colegio, tienen ilusiones sobresaltadas, pueden casarse, ser ricas... Y los grandes ímpetus de los sueños parten en largos vuelos...

Sienten desdén hacia los libros y el estudio. No hay educación literaria más falsa, más esterilizadora que la de los colegios. Enseñan a la muchacha de ocho a diez años—además de los idiomas francés e inglés, que sólo aprenden bien después, en las familias, por el uso—dos monótonos martirios de memorialistas, la geografía y la historia: la geografía, con su lista de ríos y montes: la historia, con su lista de batallas y reyes. Una niña malgasta meses en una lucha áspera para aprender de memoria nombres geográficos y anécdotas históricas, que a los dos días de salir del colegio olvida voluntariamente, con gusto, como echa a un lado el uniforme oscuro de merino del colegio. La geografía y la historia quedan así en su magín como dos recuerdos odiosamente colegiales, dos ciencias grotescas que le recuerdan los lentes de la maestra y su dedo reprensivo y áspero.

Los colegios, por sus métodos fatigantes, apartan el espíritu de las mujeres de los libros y de las cosas de la ciencia. Es lo que nos sucede también a nosotros los hombres con el *Telémaco* y con *Virgilio*. Pasamos sobre ellas largas y soñolientas noches de estudio; los extraemos, palabra a palabra, su duro significado; lloramos sobre sus páginas el dolor de los palmetazos, de tal modo, que no volvimos más a las piadosas y moralizadoras ideas del puro Fenelón ni el gran Virgilio, a su *Geórgica*, de honda educación naturalista, ni a la *Eneida*, primera aurora del mundo, poema genésico de una transformación social.

Entre nosotros, ninguna señora se entrega a las serias lecturas de la ciencia. No de la ciencia profunda —su cerebro no la soportaría—, sino ni siquiera a los aspectos pintorescos de la ciencia, curiosidades de la botánica, de la historia natural, maravillas de los mares y de los cielos. Eso les recuerda la maestra, el deber, la monotonía del colegio. Además, lo encuentran vulgar, insulso. Quieren ser emocionadas, estremecidas; prefieren el drama y la novela. Las señoras inglesas y francesas, en las veladas familiares, leen, para ellas, o en voz alta a los hermanos más pequeños o a los hijos, libros de historia natural, curiosas vidas de animales, viajes. Los libros de Michelet, tan profundamente sentidos, de tan grande armonía moral, *El pájaro*, *El insecto*, *El mar*, *La montaña*, han sido adoptados como libros de familia, como lecturas de veladas, grata ciencia para espíritus delicados que aman la vida y los seres. Entre nosotros leen a Ponson du Terrail o a Dumas hijo y a su pandilla de analistas lascivos. Y, sin embargo, hasta qué punto la maravillosa existencia de los insectos, la narración de largos viajes, las regiones pintorescas de China, de Siam, de las Antillas, de los pueblos bárbaros, contiene un drama más admirable que la descripción de los amores de Pedro y de Francisca, y de cómo él miraba una estrella, y de cómo ella jadeaba de voluptuosidad, y de cómo ambos se perdieron en un pabellón...

La imaginación que se desarrolla en los colegios tiene otro mal: produce entre las colegialas una vida sentimental precoz y falsa. De aquí las mil cosillas que todos saben, inocentes por el momento, pero que tanto influyen más adelante. Las señoras, incluso después de casadas, las cuentan riendo: son grandes pasiones que sienten unas por otras, con celos, intrigas, venganzas, desafíos; cartas que se escriben, en las que una firma Juan, Pedro o conde de Tal; el retrato de un primo que se consigue; el sombrero del profesor de música, que se besa a escondidas, etcétera, etc.

Después, ante las maestras, es necesario que la muchacha se muestre fría, seria, correcta, cuando la imaginación palpita, anhelando volar y triunfar. Para esto es necesario fingir. En nuestros colegios es donde se aprende la astucia. Las mujeres se tornan allí hábiles en contradecir el alma con el rostro.

*

Tiene dieciséis o diecisiete años: hela aquí entrando en la vida. La educación se va a completar con dos influencias: una interior, la *familia*; otra exterior, la *sociedad*.

La impresión que en esa edad le produce más directamente la familia es enteramente positiva: la necesidad de tener dinero para vivir. La organización material de la vida y su coste le dan en seguida la certeza de que sin dinero, sin una buena boda, la vida moderna no es más que un perpetuo rebajamiento y una humillación. No hablemos aquí ni de las ricas, ni de las santas, dos raras especies. En la familia, la muchacha ve la constante influencia del dinero; comienza a tomar parte en el gobierno de la casa, a intervenir en las conversaciones de los padres, a examinar cuentas, a comprar; hoy es la factura de los proveedores; mañana, la de la modista; después, la del ebanista, y un sombrero, y un palco en el teatro, y los guantes. Todo le muestra la vida aplicada, como una bomba aspirante, a la bolsa de la casa. La idea del dinero se hace fija en ella. Además, se empapa de ella en las conversaciones, en los diarios. Hoy, en el fondo del pensamiento o del sueño, está siempre el dinero. El desinterés es despreciado como una ingenuidad estúpida. Su preocupación no es la religión, ni la patria, ni el arte: es el dinero. El mundo extiende ávidamente la mano hacia él. Primera y honda influencia sobre el espíritu de la mujer. De aquí su deseo de casarse con alguien de dinero; no importa que el marido sea viejo, imbécil, áspero o vulgar, con tal que tenga dinero y el poder que éste proporciona.

Por otro lado, la sociedad, le dice: *¡goza!* Ahora bien: ¿qué se entiende por *gozar* en la vida de la mujer? Tener un marido rico, gran lujo en la casa, coche, palco en la ópera, magníficas *toilettes*. Es lo que todo padre, en Portugal, desea para su hija.

Casarse bien para gozar: es en lo que se cifra la ambición de todo el destino femenil. Dinero y sensibilidad.

Courbet, el más vigoroso pintor crítico de los tiempos modernos, hizo un cuadro: *Las dos damiselas del segundo Imperio*. Es un paisaje magnífico: dos jóvenes solteras descansan allí, en la tibia frescura de las sombras. Una, alta, rubia, blanca, está sentada; tiene un perfil frío, seco, una mirada audaz, y con un dedo apoyado en la cara, calcula: siéntese que piensa en el dinero, en réditos, acciones de compañías y movimiento de valores. La otra, tendida en la hierba, con los brazos abiertos como abrazando a la tierra, morena, de fisonomía nerviosa e imaginativa, la cabeza pequeña, los labios secos, piensa: siéntese que sueña con fiestas, bailes, con las grandes voluptuosidades, los encuentros rápidos y peligrosos en el fondo de un parque, y en todas las exaltaciones de la sensibilidad. Hoy, por la educación moderna de los colegios, ciudades, novelas, teatros, música, moral contemporánea, *Las dos damiselas del segundo Imperio* viven en cada mu-

jer: fría ambición de dinero, exaltado ardor del sentimentalismo.

Afortunadamente, hay muchas que, por la educación severa, o por la simplicidad de su espíritu, o por el sentimiento inteligente de la religión, o por la influencia de la existencia recatada, al modo inglés, están como en una redoma, no reciben el contagio del mundanismo y perpetúan el tipo puro de la mujer perfecta.

*

Juzgamos inútil insistir en estos estudios de moral contemporánea.

Una sola consideración resumirá estas notas: la mujer, en presencia del mundo tentador, está hoy inerme. Completamente inerme. La familia, con su dignidad, se ha rehabilitado; la religión se ha convertido en un hábito incomprendido; la moral se está transformando, y mientras se transforma, ni ejerce influencia ni dirige; la fe no existe; la práctica de la justicia no ha llegado aún; ¿en qué se apoyará la mujer? Esto puede parecer vago. Un ejemplo, pues, claro y práctico. Supongamos una mujer joven, educada en Lisboa, con la educación contemporánea. Supongamos que se le dice: «Tendrás todas las elegancias y los triunfos de la *toilette*; tus coches asombrarán a la ciudad; nadie poseerá una casa adornada con más gusto y primor; tendrás bailes, fiestas ruidosas y magníficas; amarás locamente y serás locamente amada por un hombre joven y guapo; vuestros amores serán interesantes como un drama; pero para esto te verás obligada a engañar a tu marido y a descuidar a tus hijos, y tu vida será pecadora ante la religión, injusta ante la moral, indigna ante la familia. ¿Aceptas?» Se trata de saber si la moral contemporánea da la suficiente fuerza a un alma para que rechace sin dolor, sin vacilación, con repugnancia, esta tentación centelleante.

Hay mucha gente ingenua que supone que un gran freno para la mujer es el terror de la catástrofe. Pueril ingenuidad. Nada posee un encanto tan hondamente atrayente como la catástrofe. Ella satisface el deseo más violento del alma: latir con fuerza. Lo que se evita hoy en esta excitación del mundo es lo a *ras de tierra*, lo trivial, las zapatillas, la tranquilidad, el palillo en los dientes y la virtud burguesa. Lo que se pide es la conmoción, la sensación, el sobresalto. Unos los buscan en la política; otros, en la relajación; otros, en las conspiraciones; otros, en el amor; otros, en el dinero. Un hombre de negocios decía un día a Proudhon: «¡Existe un placer horrible en la quiebra!» Esta frase monstruosa contiene la explicación de un mundo. Toda la literatura, teatro, novela y versos educan en este sentido: vibrar, sentir fuertemente. Nosotros dos mismos, que estamos aquí moralizando, escribimos en colaboración un libro deplorable, en que se juntaban la insignificancia literaria con la esterilidad moral: *El misterio de la carretera de Cintra*. ¿Qué es ese libro? La idealización de la catástrofe, el encanto terrible de los infortunios amorosos. Sobre todo, del amor ilegítimo y culpable. Allí, el peligro, el final trágico, atraen como un abismo delicioso. El marido que mata a su mujer, creyendo dar un justo castigo al pecado, presta un poético relieve a la pasión. El conde del Bourg atenta recientemente contra la vida de su esposa en París; no murió ella de las heridas, y de pronto se convirtió en una especie de ángel vehemente de los amores ilegítimos, y la puerta del hospital adonde la llevaron rápidamente para los primeros auxilios—fué herida en casa del amante—está llena de señoras, de elegantes, de mundanas, que solicitan noticias de ella, le dejan sus tarjetas y van a las iglesias a pedir a Dios que la salve de la muerte.

¿Quién irá nunca a rezar a las iglesias o a dejar su tarjeta a la mujer oscura y tímida que en el silencio de su casa cumple prosaica y sublimemente su deber? ¡Es que a nosotros sólo nos excita, nos exalta, el drama! El *drama*, he aquí nuestro ideal. Hacer *drama*, he aquí nuestra perdición. Por el *drama* deseamos la muerte y cometemos el mal. Por él nos lanzamos a nuestros destinos violentos. Ahora bien: el hombre tiene para hacer drama la guerra, las revoluciones, los desafíos, los libros e incluso—por desgracia para muchos empresarios—el propio teatro. Las mujeres, confinadas en el mundo del sentimiento, ¡tienen sólo el amor!

XXIV

SOCORROS A NÁUFRAGOS

Abril de 1872.

Supónte, querido conciudadano, que en la oscura soledad de una carretera eres atacado de noche por dos ladrones. Te dispones a dejar en sus manos, amigablemente, tu reloj y tu bolsa de malla de plata. Pero los señores ladrones pretendían además una pequeña diversión, que era acribillarte a cuchilladas. Estás en un trance deplorable... Oyese de repente un trote de caballos. ¡Es una patrulla, una ronda de vigilancia! Llega, dispersa a sablazos a los señores asesinos y te restituye a la vida, a tus negocios, a los besos de tus pequeñines, al Casino y a tus vicios. Entras seguramente en tu casa rebosante de sincera gratitud. ¡Qué excelente patrulla! ¡Qué valentía, qué prontitud, qué decisión! ¡Qué gente!

Y al día siguiente, durante el almuerzo, recibes un papel doblado, donde aparece escrito:

«*Debe* don Fulano de Tal a la patrulla número tantos, por auxilios prestados en la carretera de tal, ¡veintisiete duros!»

¿Qué dirías, amado conciudadano?

*

Así ocurrió en un caso reciente. Una pequeña embarcación se encuentra en peligro en la barra. Es de noche, oscuro mar y oscuro cielo. La torre de San Julián dispara unos tiros de alarma, pide socorro. Pero la embarcación se libra de la ola y entra, salvada, en la ría. Era una batea. Al otro día recibió esta factura:

«*Debe* el barco tal a la torre de San Julián, por los disparos de ayer, doce pesetas.»

*

Ahora bien: la torre de San Julián, avisando al puerto, por medio de unos disparos, de la inminencia de un peligro, cumple un deber estricto de vigilancia; y, por tanto, presentando al barco protegido la factura de sus servicios, incurre en la inexplicable singularidad de esa patrulla que te salvó, conciudadano. La patrulla argumenta así: el señor pudo haber sido robado, y no lo fué; estaba yo aquí, con capote impermeable, rondando; ¡el Estado me paga por eso seis reales diarios; el señor debe cuatro duros y medio!

Esta nueva interpretación del precio de seguridad va a transformar

radicalmente las costumbres; el bombero reclamará a la víctima del incendio el gasto de esfuerzos y de trabajos que aquél adelantó; el salvavidas presentará, sonriendo, al náufrago una factura en la que, sumando las olas y las fuerzas del remo, exigirá siete duros y medio por cada presunto ahogado. El faro hará parar a los barcos y enviará una lancha con su cuenta: *tanto de luz y tanto de buena voluntad.*

Animadas saludablemente por esos ejemplos, la caridad y la filantropía abandonan el idealismo estéril de su desinterés, y reclaman un salario. Un ciudadano se escurre; otro le ayuda a levantarse, y se precipita en seguida a una papelería para redactar la factura de su piadosa acción. Un hombre cae al mar, y el barquero decidido que le salvó le presenta, con grandes parabienes, este papel:

«Por haberme mojado, cinco pesetas.

Por haber nadado, siete pesetas.

Por haberme mudado de ropa, cuatro pesetas.

Por secar ésta, dos pesetas.

Debe el señor náufrago: dieciocho pesetas.»

*

Una cosa, sin embargo, nos inquieta en este sistema de la torre de San Julián. Y es que siendo ella tan escrupulosa, que no adelante por caridad, gratis, un disparo de pólvora, es evidente que intentará por todos los medios pretender evitar que su gasto sea pagado íntegramente. La ilustre torre ¡no querrá con seguridad que la estafen! ¡Y, sin duda, sólo adelantará sus cañonazos con la certeza de un pago exacto! Pero ¿cómo hace la ilustre torre para averiguar la honradez de sus navíos? De noche, con un cielo negro, un mar bravío, un viento aullador, el barco es sólo una forma confusa en el agua inclemente. La ilustre torre no puede saber o si es una rica galera inglesa de amplio crédito, o si es una pobre barca de pescadores, proletaria de las aguas.

¿Cómo los distingue la preciara torre? Ella no puede fiar sus disparos al azar. ¡Imagínese que salvaba tan sólo a unos cuantos miserables provincianos de capotes andrajosos! ¡Su señoría perdería su pólvora! Tampoco puede él, ante un navío en peligro, decir al viento que se retire, a la ola que detenga su salto, a la roca que se aparte, para tener tiempo de preguntar al capitán: «¿Quién tiene usted de fiador?»

¡Lúgubre apuro!

*

Por otro lado, es muy posible que no todos los precios convengan a la embarcación. Un náufrago tiene derecho a ser salvado por un precio asequible. Puede querer regatear. Y la torre anda imprudentemente adelantando trabajo, mecha y pólvora por una embarcación aferrada a la calderilla que después se negará a pagar, y dirá: «No, yo no pedí que me salvaran por ese precio; tengo mujer e hijos; no lo voy a robar en la carretera; si la señora torre disparó, fué porque quiso. ¿Quién le encargó el tiro?»

Y la venerable torre quedaría estafada.

*

Esto nos parece un negocio en que la torre puede perder mucho. ¡Y con ella el Estado! Porque, evidentemente, el Estado recibe ávidamente el

precio de la pólvora gastada. No podía dejar de ser así. No estamos en una situación de prosperidad tal que podamos, con la imprevisión de unos trovadores, gastar dos duros y medio por salvar veinte vidas. Nosotros hacemos frecuentemente en nuestros castillos, en las torres de los fuertes marinos, en los barcos, salvas de veintiún cañonazos; pero es para celebrar los días de gran fiesta y honrar a las escuadras ricas que nos visitan. Gastamos con ese lujo miles de duros de pólvora, pero lo hacemos para ser una nación elegante. Para salvar a una tripulación no podemos gastar más de dos duros y medio. ¡Casi tres duros por doce vidas! Una peseta y pico por vida es mucho.

*

No podemos hacer la caridad gratuita. Es necesario que el náufrago largue la retribución. «Tú, pobre barco, estás ahí en esa locura de agua inexorable, te retuerce el viento, te ladra la ola, te esperan las rocas; vienes empapado de agua, es de noche y estamos nosotros solos; tú, barco perdido; yo, torre salvadora; te vas a despedazar, vas a morir. Está muy bien... ¿Queréis vivir, vosotros, tripulantes; ir a vuestras casas tranquilos, para los goces de la vida, para el buen sol del día, para la novia, tú, que eres joven; para la hija, tú, que eres viejo? Pagad tres duros. Si sois pobres, vended la red, el barco, las amarras, ¡pero vengan acá las monedas!»

Con tales palabras, tan lógicas, es imposible que el barco no largue la calderilla. Y el Estado no perderá así su tiempo ni su pólvora.

Todo para mayor grandeza de este país, donde florecen las viñas y Osorio medita.

XXV

LOS MISIONEROS EN OPORTO

Abril de 1872.

En Oporto, los misioneros han recomendado recientemente a las personas devotas ¡que vayan a confesarse a casa de ellos, de los misioneros! Siendo las mujeres las que más beatamente se acogen a la dirección espiritual de sus señorías, esa recomendación adquiere desde luego una significación singular y diabólica.

*

Prescindir del templo y del altar para la práctica de los sacramentos, he aquí una nueva doctrina teológica y católica infinitamente original. Es la radical inutilización del culto. Si un señor misionero decide confesar en su alcoba, ¿por qué no ha de decir misa el señor párroco en su comedor?

La iglesia y su santo decorado, las imágenes consagradas y los vasos, las aras y los sagrarios, resultan inútiles y comienzan a ser como los árboles o como los teatros: un deleite de la ciudad y un ornato del Municipio. La religión abandona los templos y se hospeda en la casa particular de los señores sacerdotes. Sus señorías convierten el culto en una ocupación doméstica. Por la mañana arreglan la mesa como altar para la misa, y por la noche ponen sobre ella, para la cena, la jarra de cristal con el vino. Colocan el pañito al cuello del devoto que va a comulgar, y se lo enrollan después a su propio pescuezo para afeitarse. Los utensilios de casa sirven de adornos para el culto. Así como la alcoba es confesonario, el jarrito del agua es cáliz. Para los santos óleos empléase el

aceite que se usa para la merluza. Los cadáveres serán llevados a casa de sus señorías y les dirán el responso en el gallinero o en la sentina. ¡Y el recién nacido, al entrar en la vida y en el cristianismo, será bautizado en la pila de la cocina del señor cura!

*

Tal es la innovación de los señores misioneros. En Oporto, la opinión se irritó viendo en esta orden de los excelentes padres un plan canónico para organizar cómodamente sus placeres. Oporto se ha equivocado. La recomendación inesperada de los señores misioneros es simplemente la aplicación de un principio que predomina en el espíritu de la beatería.

El beato, la beata, en religión, no respetan la divinidad; respetan al sacerdote. No rinden culto a Dios, sino al cura. Para unos espíritus embrutecidos, tales como los que forma la devoción fanática, Dios es una cosa incomprensible, vaga, perdida en el fondo de los cielos; por el contrario, el cura es el siempre presente y el siempre visible. Es el sacerdote quien los confiesa, los comulga, les señala penitencias, los adoctrina, los guía. De modo que, lentamente, todo el poder, toda la sabiduría, toda la santidad se la atribuyen al cura. Dios está en un infinito misterioso, en la profundidad de los firmamentos; el cura está allí, en su calle, junto a su casa, siempre preparado, y se convierte así en un Dios al alcance de los sentidos y al contacto de la mano. Vean ustedes una beata o un beato delante de un cura: le besan la mano con temor, mantienen los ojos bajos y atemorizados, respetan su casa como un templo; si pasan su puerta, hacen una reverencia como ante el sagrario, no se atreven a contradecirle, como si fuese la propia sabiduría; le juzgan impecable, cándido y perfecto; y toda la filosofía de esta adoración profana está en el grito empavorecido de aquella beata: «¡Ay! ¡Maldita sea yo, que, sin saberlo, espanté al gato del señor abad!»

*

Por tanto, los señores misioneros, acostumbrados a ser tratados como Dios, hacen, naturalmente, de sus casas iglesias. Continúan lógicamente la santidad que la beatería les atribuye. El sitio en que habitan lo juzgan sagrado. Y con una ingenua sinceridad confiesan en sus alcobas y dirán tal vez la misa en su cocina.

Solamente con todo respeto nosotros preguntamos a los señores obispos si no tienen, entre los derechos de su autoridad, la interdicción, y a los señores gobernadores civiles, si no tienen, entre los edificios de su provincia, la cárcel. Y nos quedaremos tranquilos.

XXVI

GUERRILLAS CARLISTAS.—BATALLONES SAGRADOS

Abril de 1872.

¡Cómo cambian los tiempos! Hace cincuenta años, en la Península, el legitimismo gobernaba triunfalmente, y sólo en los montes, en los despoblados, alguna guerrilla constitucional, mal armada y mal nutrida, perseguida con más saña que a un lobo, protestaba, en nombre de esa vaga e indefinida diosa que tiene entre los hombres el nombre ininteligible de Libertad, a escasos tiros de carabina. Hoy, ¡ay!, el constitucionalismo de guerrilla se convirtió en ejército, se apoderó del Estado, afincóse en el Tesoro, y es el legitimismo el que anda ahora por el monte en Navarra y en Vizcaya.

*

Nosotros somos neutrales entre los carlistas que pretenden España y los constitucionalistas que la poseen. Nos parece que ambos tienen razón, porque España es un país rico y bello, y debe ser bueno poseerlo. Nosotros dos, por nuestra parte, si tuviésemos armas, guerrillas, municiones, un empréstito y un partido, iríamos también, al redoblar de los tambores, con la bandera al viento, a reclamar España. El propio señor Melicio, si tuviese un ejército y artillería, también querría España para él. Tendríamos el melicismo. Lo que cohibe al señor Melicio es no tener artillería.

*

Solamente, a pesar de nuestra neutralidad, no podemos dejar de señalar la actitud feroz de los curas en esta guerra carlista. Son curas los que mandan las guerrillas. Son ellos los que predican, fanatizan, arman, guían, atacan. Y es singular cómo manos inmaculadas y acostumbradas a la hostia tienen tanto vigor para la carabina.

Ya un vigoroso filósofo hizo notar que el temperamento del sacerdote es propenso a hacer sufrir. En la memoria de todos los cristianos está, por la tradición del Evangelio, la sutil, la feroz crueldad de los fariseos que eran sacerdotes. El sacerdote empuja a la guerra. Las matanzas de moros, turcos, albigenses, luteranos, judíos, jóvenes cristianos, que llenaron la Historia de sangre, fueron predicadas, dirigidas, ejecutadas por curas. La Inquisición es eclesiástica. La Iglesia puso allí, en la invención de los tormentos, toda la sutil habilidad que había puesto en la argumentación de la casuística.

Los procesos de hechicería dieron a los curas ocasión de encender durante dos siglos una hoguera diaria. Los cilicios, los rosarios de clavos, disciplinas, son de origen devoto. Por medio de la penitencia, del confesonario, los curas gustan de hacer llorar, sufrir, temblar de miedo. Sobre todo a las mujeres. Oprimir parece ser el instinto del sacerdote. En las guerras civiles son los primeros en armarse, y sin querer buscar en sus hábitos, en su educación, en su temperamento, la secreta explicación de estas tendencias sanguinarias, no es tal vez enteramente inútil contar una historia verídica y lúgubre, que caracteriza con enérgico y melancólico relieve la ferocidad eclesiástica en las luchas civiles.

Era en el tiempo de las guerras de don Miguel. Un hombre, vivo aún hoy, constitucional, había sido herido. De miseria en miseria, consiguió retirarse, esconderse en un pueblo en casa de unas pobres mujeres viejas. Buena gente, piadosa, asustada, consumida por los terrores de la época. El hombre convalecía. Empezaba a levantarse, a ir a la puerta al sol, a tiritar en su debilidad. Un día las dos mujeres aparecieron muy afligidas. Había llegado al pueblo el Batallón Sagrado. El hombre había sido denunciado.

El Batallón Sagrado estaba compuesto de curas, armados de carabinas y hoces. Era la guerrilla idiota del asesinato. Lejos de sus iglesias, sin la traba de sus votos, en la libertad de la sierra y de los caminos, ávidos como animales sueltos, con la carabina al hombro, iban aquellos sacerdotes llevando a través de los

pueblos, unos la furia bestial de su fanatismo, otros la violencia animal de su sensualidad; todos una lúgubre y pavorosa opresión. Eran temidos más que todas las plagas. Mataban y prendían. Y la prisión era peor que la muerte, porque representaba la tortura refinada y monstruosa. Las dos mujeres temblaban junto al enfermo.

—Bueno—dijo él—, vuesas mercedes no tienen que temer en todo caso. Si los curas vienen, aquí estoy. Me presento, digo que estaba aquí en contra de la voluntad de vuesas mercedes. Me tiran en un rincón y se acabó. Estoy débil: no me ha de costar mucho morir. Si rebuscasen en la casa y me encontrasen por ahí escondido, darían cuenta de mí del mismo modo, y vuesas mercedes sufrirían. Así es mejor. Yo sigo aquí.

Las mujeres lloraban, querían esconderle; el hombre se negó con la indiferencia de un vencido. Al poco rato el Batallón Sagrado, con un gran ruido de armas, apareció ante la casa, con las sotanas arremangadas, la cruz en la mano y la hoz al hombro.

El hombre salió y dijo tranquilamente:

—Aquí estoy. Yo soy.

Entonces, dos curas se acercaron; cada uno le cogió de un lado del rostro, por las barbas, riendo, y de un tirón horrible ¡se las arrancaron! El hombre cayó al suelo. Los curas le amarraron con cuerdas encima de un mulo y partieron con él triunfalmente, cantando el Bendito, hacia las cárceles de Almeida. El viaje duró varios días. Era en verano. Los ásperos caminos ardían de sol. El hombre llevaba el rostro en una llaga, con un constante sudor de sangre. La polvareda, el sol, le calcinaban las heridas. Llevaba las manos atadas, y las moscas le picaban la carne viva. Cuando llegaban a las tabernas, los curas tiraban al hombre un pedazo de pan. De cuando en cuando, por entretenimiento, le golpeaban, le pinchaban con las puntas de las bayonetas. La inflamación producíale un dolor intenso en las heridas, que el infeliz, venciendo su orgullo, pedía que le mitigasen con agua fresca. Los curas, entonces, con grandes risotadas... ¡No puede nadie escribir lo que hacían los padres del Batallón Sagrado para refrescar aquellas heridas! Al llegar a la cárcel, le arrojaron sobre una estera.

Cuando volvió en sí, un hombre estaba inclinado sobre él. Era un enfermero casual, otro preso, compadecido de tal infortunio. Aquel preso piadoso no era un vencido político. Era un asesino. Y él fué quien curó las llagas causadas por los señores sacerdotes del Batallón Sagrado.

XXVII

EL VIAJE DE SU MAJESTAD A LAS PROVINCIAS DEL NORTE

Julio de 1872.

En el viaje memorable y triunfal que su majestad el rey hizo a las provincias del Norte, las ciudades y villas observaron una táctica singular: se disfrazaron. Apenas vislumbraban a su majestad, las localidades se cubrían, como con un *dominó* administrativo, de arcos de arrayanes, banderas, guirnaldas, ramas de laurel, colchas de damasco, doseles de pañete, farolillos y humo de cohetes. La señora localidad quedaba así escondida, inadvertida, acurrucada, disfrazada, bajo el decorado de verdor mustio y de damascos descoloridos. ¡Aunque las ciudades y villas debían saber que su majestad no iba

a las provincias del Norte para divertirse!

El Miño tiene, sí, un paisaje original, rumoroso y profundo. Pero su majestad conocía el Miño y el encanto de sus sombras, y no es presumible que para curarse de los tedios mórbidos de su capital fuera a buscar a Laundos o a Boucas la fina flor de las sensaciones. El viaje no era un suave regalo, sino un deber fatigante; y su majestad iba, por las monótonas exigencias de su cargo, a examinar el estado de las provincias, ver su civilización, su orden, su vida agrícola, en los establecimientos, en las costumbres, en la hechura de sus calles. No nos parece, pues, coherente que cada localidad, en lugar de mostrarse en toda su realidad y verdad, se disfrazase, se emboscase entre arrayanes, laureles, verdores, guirnaldas, alhucemas, de modo que su majestad pudiera, ante esos aspectos frondosos, ¡suponer que reinaba, no sobre un país, sino sobre una glorieta de jardín!

Para honrar la presencia del rey y glorificarla, estaban allí las multitudes, su aspecto festivo y agradable y las vivas glorias de las aclamaciones. Las colgaduras eran inútiles. No se deseaba saber la opinión de las colchas. Su majestad preferiría siempre un buen grito alegre que saluda, a la hilera de ramas secas que colgaban mezquinamente entre el amarillento de la polvareda. Detrás de esas galas de arcos y de colchas, tristes como esqueletos de triunfo, se ocultaban, como un muro viejo tras una enredadera florida, las casas sucias y viejas, las calles inmundas, la infección de las cárceles, el oscuro descuido de los cuarteles, la negrura de las tabernas, la porquería de las oficinas, la acumulación de las basuras, la pobreza estancada de las tiendas. ¡Si su majestad apartaba el ornato administrativo, encontraría la miseria pública!

*

En compensación, la localidad, apenas llegaba el rey, ponía la mesa. No le dejaban examinar, respirar, estudiar, acepillarse el polvo. ¡Coma! Y los propietarios le arrastraban, bajo palio, hacia la pesada pompa de las meriendas del Miño. No le enseñaban una quinta, un establecimiento agrícola, una fábrica, un edificio, un paisaje, una obra de arte, una idea: le mostraban silenciosamente la pierna de ternera. Le hacían viajar de mesa en mesa, entre un paisaje de colchas. Los señores propietarios no suponían que su majestad fuese un espíritu, una curiosidad, una observación: suponían tan sólo que era un estómago; llegaba él, guardaban los asuntos y desdoblaban las servilletas.

La provincia del Miño, de profusa y sustanciosa alimentación, supone que Lisboa, paliducha y débil, no come. Al que llega de Lisboa se apresura aquella gente apreciable a hartarlo. Con su majestad la solicitud fué tan exaltada, que le sirvieron bueyes vivos. Algunos Ayuntamientos hubiesen querido sustituir la ceremonia gótica de la entrega de las llaves por la entrega de los filetes. Porque todos, en esas pintorescas villas de remotas y decrépitas ideas, suponían que su majestad no hacía un viaje político, sino una excursión alimenticia, y que su majestad no quería, con respecto a los pueblos, afecto, sino lomo. Además de eso, muchos ingenuos de esos lugares frondosos anhelan ser *barones*; suponían que la mejor manera de atraer la buena voluntad del rey no era a costa de acciones valiosas, sino a dosis de carne asada. Y tanto hicieron en esa recepción suculenta, que su majestad

podrá muy bien traer esta idea de sus provincias del Norte: que no son florecientes ni están en decadencia; que son sólo indigestas. ¡Y envidian a los reyes!

*

¡Cuántas singularidades en ese viaje por parte de los Ayuntamientos! Un poco antes de Villa del Conde, en la carretera, al paso del rey, levantábase este adorno: ¡un tablado!, ¡un tablado!, con un maestro de escuela rodeado de sus alumnos, en pleno funcionamiento. ¡Decoración inesperada! Las escuelas, hasta ahora, habían sido casi todo, desde calabozo hasta corral; sólo no habían sido dos cosas: escuelas y arcos de boj.

¡Pero helas ahora sustituyendo gallardamente, en las carreteras adornadas de gala, a la columna de lona de tiempos de don Juan VI! El Ayuntamiento escogió delicadamente la escuela como adorno; podía haber puesto allí una banda o un gallardete; prefirió la escuela. La enseñanza se convierte en guirnalda de boj; la enseñanza se transforma en cuadro vivo. ¿Qué dicen los libros y los espíritus sentimentales de que la escuela es civilización, paz y futuro, y tantas sonoras fantasías? La escuela es ornato municipal, es atavío de fiesta para engalanar las calles y plazuelas en vísperas de San Juan y en los aniversarios de la Carta Constitucional. Esto es una revelación. El Ayuntamiento tenía allí la escuela, no le servía de nada, se extinguía mezquinamente en un rincón, bajo lento moho. Pues bien; se saca a la escuela de su inercia, se la barre, se la arma sobre un tablado, se coloca a los niños en posturas estudiosas, se arregla al maestro con seriedad pedagógica, se le pone rapé nuevo en la nariz, se barniza la palmeta y se espera; a lo lejos, en la carretera, la polvareda nubla el sol: ¡el rey, atención! Los carruajes ruedan sordamente por el macadán, ya se ven los bordados de los uniformes, ¡helos ahí! Y así como podría alzarse de los tambores y trompetas el himno nacional, se alza de las bocas estudiosas el B-a-ba. ¡He aquí el abecedario himno municipal! Al día siguiente los festejos acaban, se derriban los arcos, se desclavan las luminarias, se desarma la escuela, y todo, luces, libros, enseñanza y ramas de laurel ¡vuelve a pudrirse en los sótanos de la casa consistorial!

Se encontró al fin una finalidad, un destino, una utilidad para las escuelas: ornamentos de gala. Esperemos que en el próximo viaje del rey al Norte, siguiendo el ejemplo inteligente de Villa del Conde, los diarios digan:

«La carretera de Peñafiel a Amarante estaba brillantemente adornada con escuelas primarias; de trecho en trecho sobresalían, con un lindo efecto, los liceos; existía el propósito de colocar en el tope la Universidad; pero este notable establecimiento científico ¡no llegó a tiempo!»

¡Oh tierra de nuestra cuna!

*

Entre tanto, los diarios serios comentaban el viaje del rey; y en sus columnas circunspectas se podían leer, con sobresalto, estas líneas textuales y extraordinarias: «Fué providencial enviar hacia (aquí el nombre la localidad, Peñafiel, Villa del Conde, Villa Real, etc.) un regimiento con ocasión del paso de sus majestades, porque no se hubiera podi-

do prever hasta dónde hubiera llegado, sin la enérgica intervención de la fuerza pública, el entusiasmo de las poblaciones al divisar a la familia real.»

Y en Lisboa temblábamos, con grandes inquietudes. Esas palabras, llenas de prudencia, nos hacían sospechar en las poblaciones del Miño pavorosas muestras de entusiasmo. Para contenerlo, marchaban providencialmente los regimientos y se aprestaban los cartuchos. Recordábamos aquel legendario rey moro que, poseído de un amor sobrenatural por su serrallo, lo mandó recortar a filo de alfanje. Recordábamos el amor del leopardo, que en los meses magnéticos en que su pelaje brilla en el leonado ardor de los juncos, rasga y despedaza a la hembra. ¿Para qué ocultarlo? Temíamos, sí, que, según las noticias de los diarios inteligentes, allí donde su majestad fuese recibido tan sólo con agrado, quedase únicamente contuso. Pero que en las poblaciones donde le recibiera un entusiasmo exaltado..., ¡ah!, temíamos leer una noticia así:

«En la noble villa de tal, el entusiasmo y la ovación aumentaron al entrar el rey bajo palio. Los miembros de su majestad, despedazados y esparcidos en charcos de sangre por la carretera, ¡testimoniaban el amor de los habitantes por el nieto de don Pedro VI! El infante don Augusto, incluído en el amor del pueblo, tuvo también su parte de ovación, ¡y allí queda partido por la mitad!»

¡Así son los diarios serios! ¡Así fuiste tú, *Comercio de Oporto*, excelente hoja soñolienta!

Hoja tediosa, hoja seria y hueca,
¿quién tan mohina te esparció en la
[calle?

*

Aconteció, por las carreteras que su majestad recorrió, que algunas veces salía al camino un hombre de levita o una mujer de blanco; pedía al rey un instante de pausa, desenrollaba un papel y leía una oda o una salutación. Este procedimiento, inaugurado en el Miño, ahora inocente, gracioso y sencillo, puede llegar a ser, con el tiempo, fatal. Si su majestad no se niega a esas lecturas de carretera, podrá ver algún día su camino bordeado de autores impacientes, llenos de manuscritos. El furor de la publicidad enloquece. Teniendo posibilidad de hacer detenerse al rey, a su séquito o al pueblo, y reunir así un público, el pensador de provincias salta a la carretera, desdobla la prosa y acomete. Quien tenga un manuscrito se lo meterá en el bolsillo, y, sentándose en una piedra, esperará a la familia real.

Ahora bien: no es justo que quien en provincias haya compuesto en noches laboriosas una obra literaria se crea obligado a no privar de ella al rey. El viaje de su majestad no es la edición gratuita de los poemas de la provincia. El propietario imprudente que haya nutrido en su seno una oda, que la ahogue, pero que no salga con ella a la carretera. Es preferible que salga con una carabina. El rey partió confiado en el amor de sus pueblos, desprevenido; no debe, pues, encontrar en la esquina de cada muro la cara pálida de un poeta inédito. El rey creía seguras las carreteras. Todo lo más podía suponer que encontraría lobos. Pero vates, no.

La condescendencia de su majestad puede serle fatal. Que cuando vea aparecer a un sujeto inspirado, mande arrancar al galope. ¡No están de más todas las fuerzas de una

patrulla contra todas las amenazas de una oda!

Si consiente en parar, está perdido. ¡Su majestad no sabe de lo que es capaz la poesía provinciana! Empiezan suavemente por la oda y acaban por el tomo. Su majestad camina por un plano inclinado con su imprudente bondad. Accedió a escuchar una salutación de júbilo y terminará por oír un tratado de aritmética.

Y podrá suceder aún que un día, yendo su majestad, incautamente, por una carretera, recostado en su coche, vea surgir de una revuelta a un hombre pálido, que extienda la mano y diga, leyendo: «*En una bella tarde estival, dos caballeros, embozados en capas claras, subían la ladera escabrosa del monte, conversando de cosas de amor*... Esto, real señor, es mi novela *Isaura, o la venganza del moro*, en tres volúmenes. ¡Continúo!»

*

Cuando su majestad llegó a Villa del Conde le esperaba una pompa singular. Era una delicadeza del Ayuntamiento. Estaban en la carretera, formados militarmente, respetables, ¡ciento sesenta bueyes!

No queremos ofender al buey. Mucho menos al buey del Miño. Este animal enorme, gordo, reluciente, atlético y cariñoso, es el mejor buey de los producidos en Portugal, potente trabajador, carne tierna, riqueza de los prados, maravilla de los mercados de Londres. Pero si estimamos al buey en las calurosas fatigas del arado; si lo apreciamos en la placidez de los paisajes; si lo contemplamos amorosamente resaltando en el silencio de las siestas, entre el alto verdor o en la palidez del ocaso, cuando se eleva ya la cálida emanación del prado y se empieza a oír el silbido de los sapos, y vuelan las mariposas pardas, moviéndose hacia el establo en una fila mugiente y lenta; si lo amamos más tarde, con mostaza y burdeos, lo apreciamos, ¡ay!, muy limitadamente en filas. En filas sólo admitimos soldados en una pompa militar, hermanos del Santísimo con antorchas o series de árboles en la tierna tristeza de las alamedas. Bueyes, no. ¿Para qué?

Y si no, dígannos: ¿Para qué estaban allí? ¿En calidad de qué? ¿Con qué intención? Como bueyes, no. El buey está en los campos o en el plato. En filas, nunca. ¿En calidad de qué se alineaban, esperando, en la polvareda de la carretera? ¿Hacían de guardias para contener con sus filas a la multitud impaciente? ¿Estaban como curiosos? ¡Porque entonces, de ser así, se abre, evidentemente, una época inesperada en los destinos del buey. Si estos animales pueden estar de vigilancia, al borde de las carreteras, a la llegada de un cortejo, entonces será, tal vez económico, conveniente y seguro que Lisboa y Oporto sustituyan la Policía civil por el ganado bovino. El buey es más fornido, más sobrio, más duradero y serio que los guardias. No sería el buey el que se pasaría su tarde de servicio, en actitud amorosa, ante la criada de la esquina; no sería el buey el que entrase en el humoso ruido de la taberna a acompañar a los fadistas. No. Pero tendría sus inconvenientes. ¿Sería respetado el buey? ¡Ah! Es indudable que se podría leer en las gacetas aterradas: «Ayer, una banda de facinerosos agarró al guardia número seis, negro todo, con pintas, y le asó en el horno. ¡Hay que tomar medidas, señor comisario!» O también: «El café Central acaba de

adquirir el guardia número doscientos veinte, castaño, y lo tiene a la disposición de sus parroquianos para cenas y almuerzos. Nos informan que es de la carne más tierna este agente de la fuerza pública.»

Por otro lado, si el buey estaba allí como curioso, para ver el cortejo real, ¡qué revolución en sus costumbres! El buey empieza a fijarse en las cosas de la civilización. Se interesa, pregunta, examina, aprende. Helo aquí observador, lector, espectador. Y el buey que va a ver pasar al rey nos lleva lógicamente al buey que irá a oír cantar *Lucía*. Helo aquí en los teatros, sentado, con una camelia en la papada, guantes grises en la pata, recorriendo con los gemelos las gasas falaces del cuerpo de baile. Helo aquí lleno de impresiones, de deseos, de vida social. Helo aquí en el Casino y conversando, con la pata cruzada, con el señor Melicio, en la augusta sombra de la Arcada. Helo aquí apareciendo en los ecos de sociedad: «Ayer fué pedida la mano de la hija más vieja de la señora vizcondesa de... para uno de los más elegantes y conocidos bueyes de nuestra buena sociedad. Enhorabuena a los novios.» O también: «Vimos ayer a uno de los bueyes amigos nuestros con su gentil esposa, la condesita de..., paseando en Cintra por los Setiaes. La linda dama, graciosa como siempre, iba de color de rosa. Su esposo, ese buey tan elegante y tan *crevé* (1) que todos conocemos, entregado hoy por completo a la familia, iba junto a su interesante esposa, ¡pastando!»

¡Oh bueyes!

¡Ah! Si por casualidad su majestad el rey viajase por la aldea en una excursión agrícola, a pie, sería pintoresco, de una bella y noble sencillez, hacerle entrar en los prados, entre las calmosas yuntas de bueyes, sudorosos del trabajo. Pero en una carretera, en un viaje político, en una recepción oficial, los bueyes mezclados con las autoridades: el lomo de *Generoso* rozando el uniforme del señor alcalde; el rabo de *Ligero* azotando las patillas del señor recaudador de contribuciones... Dirían que los bueyes forman parte de la Diputación de la villa, y que cuando el señor presidente de la Cámara, en su discurso, dijo *nosotros*, se refería a las autoridades y al ganado; y demostraría al rey que era bien recibido y querido por los ciudadanos y por los bueyes.

Si, por casualidad, sin embargo, los bueyes estaban allí como ornato o gala, con la misma intención con que estaban los arcos de boj, nos parece imprudente por parte de Villa del Conde sustituir las guirnaldas de follaje por animales de carne. No es conveniente adornar una carretera con carne cruda. Puede ser un funesto ejemplo. La villa siguiente, queriendo competir en galas, podría adornar sus calles con carne asada. E inaugurados estos festejos de carne, pudiera ocurrir desastrosamente que en el porvenir las poblaciones exaltadas, en lugar de tirar flores a su majestad, le tirasen albóndigas!

*

La ovación tan espontánea, tan hermosa, hecha a su majestad en el teatro de Oporto tuvo un singular final. Los jóvenes elegantes, dicen los periódicos, que entre grandes aclamaciones acompañaron el coche de su majestad, al llegar al palacio se quitaron sus levitas negras y las

(1) Petimetre ocioso y ridículo. *Sic* en el original.

extendieron por el suelo para que el rey pisase sobre ellas.

Señores elegantes, ¡nos parece equivocada esa demostración! Los jóvenes elegantes acostumbran así, en Oporto, hacer algunas veces esa carretera de levitas negras a los pies mimosos de una bailarina o de una contralto famosa; pero no era lógico que la repitiesen con el rey. Los entusiasmos políticos por los reyes deben diferenciarse esencialmente de los delirios nerviosos por las artistas. En una ovación a una bailarina hay fantasía, exaltación, bohemia, apariencias de orgía; se bebe en los entreactos, se tienen los nervios impacientes, se llega de la luz del gas y de los polvos de tocador de los camerinos, hay una pizca exigente de amor, ella sonríe, tira besos, sus ojos ansiosos de ruido centellean bajo la capucha de raso, rasga un guante como reliquia, se grita, está uno febril, galante, absurdo, y cuando ella baja del coche, se le tira el gabán, el pañuelo, la vida, por violencia, petulancia de sangre, desorden de sensaciones, ¡como se tiran en el barullo de una juerga las botellas de champaña a los espejos melancólicos del restaurante! No sucede lo mismo con su majestad.

Vitorear al rey es una afirmación política, no una juerga ruidosa. Las conciencias de unos ciudadanos que se afirman no son jaleos estudiantiles. No es el ciudadano quien está allí cuando un hombre se quita la levita para que la bailarina tal pose sobre ella su leve pie: es el muchacho, el calavera, el loco, el amante, no el ciudadano. Cuando un hombre aclama al rey es el ciudadano quien está allí, no el enamorado, ni el *dilettante*, ni el calavera. Ahora bien: quitarse así la levita puede ser natural en el calavera, ¡pero no es digno en el ciudadano!

O su majestad es recibido como un rey, esto es, como una política, un principio, una idea, y entonces debe ser aplaudido con dignidad, convicción, seriedad, o es recibido como una bailarina famosa, y entonces no se le lleva bajo palio: se le da una cena en Foz, en la *Mary*, con champaña en vasos de agua y unas *lorettes* (1) escogidas y el *baccara* de madrugada.

Su majestad fué a Oporto a recibir la adhesión de los ciudadanos, y viendo sus ovaciones cerradas, sus generosas alegrías, pudo creerse entre ciudadanos honrados, de conciencia seria, de amparo seguro y fuerte, sólidas amistades para su dinastía. Pero, de repente, los individuos se quitan las levitas, como en una juerga, y su majestad, que se creía entre ciudadanos, ¡se encuentra sólo entre *castizos!* ¡Y su majestad no viaja para recoger en provincias la adhesión de la francachela!

Los jóvenes elegantes no se acordaron de que al lado del rey iba una señora, y de que no es costumbre en tales casos mostrarse en mangas de camisa. Para cumplimentar a la reina no se toma la actitud familiar con que se hace uno la barba. Si entre señores es costumbre que cuanta más amistad, menos ropa, les pedimos, en nombre del decoro, que no estimen al rey de más. Ya le aman hasta quedarse en mangas de camisa; ¡no vayan a quererle hasta quedarse en calcetines! ¡Es el pudor el que lo requiere, muchachos! Vosotros vais en la amistad real y en la *toilette* por una pendiente. La libertad no os pide tanto. ¡Deteneos, temerarios! ¡No os quitéis los pantalones!

Y, sobre todo, señores míos, no se muestra a un rey que tiene vasallos que creen su levita mejor colocada sobre las losas de la calle que en el propio cuerpo.

¡Por Dios! ¿No festejaban los señores el 9 de julio, que ellos llaman el día de la libertad? Pues bien: no es adecuado ¡festejar la libertad con las maneras de la esclavitud!

¡Y, además, una consideración que ha de herir vuestros espíritus es que el paño negro se reserva para la hora de la muerte! Y que hay polvo y suciedad en la calle. Y que podéis correr el riesgo de que el día 9 de julio no os quede grabado en el espíritu por los recuerdos de la libertad, sino por las manchas de la levita. ¡Y resultaría terrible que el comentario de ese día no fuese la gloria, sino la bencina!

Tened cuidado, hijos de Oporto y del país.

(1) Como se sabe, la muchacha elegante y de costumbres fáciles. Tomaron ese nombre por residir casi todas en el barrio parisiense de Nuestra Señora del Loreto.

XXVIII

EL SERMÓN POLÍTICO

Julio de 1872.

He aquí ensartada en la punta de nuestra pluma una hazaña eclesiástica más. Los señores curas se prodigan, y sus hechos despiertan a cada instante, con un rumor irritado, el silencio de la opinión. El país está con el clero como un hombre débil y nervioso que oye cómo raspan unas uñas largas la cal de la pared. Se encoge, se dobla, gime. Y termina por mostrar a los señores eclesiásticos sus recios puños, cerrados e impacientes.

*

Así, ¡qué murmullos hostiles en torno al sermón político del señor prior de Bellas! Realmente, el caso es característico. Teníamos el sermón galante, y ahora aparece el sermón político, o antes teníamos el sermón obsceno y ahora estamos en presencia del sermón injurioso.

El sermón obsceno es una especialidad procedente del Miño, de los señores misioneros. Una de sus señorías sube devotamente al púlpito, y después de musitar las avemarías mira pausadamente a la multitud femenina, apretada y contrita, y con gestos suntuosos anuncia que va a *tratar de la castidad. Tratar de la castidad* significa contar a lo que se exponen en los futuros infiernos del más allá de la vida los que cometen los tiernos pecados del amor. Y entonces el señor cura, revolviendo en el tema con la avidez con que un avaro revuelve el dinero, se esponja, explica, dice las palabras adecuadas crudamente, describe, cuenta anécdotas, detalla actitudes, hace determinadas prohibiciones, señala días, prescribe abstenciones, divide las especies, ahonda, se exalta, clama; y las mujeres lloran. *La Correspondencia de Portugal* contaba hace poco que en uno de estos últimos sermones el público estalló en un gran tumulto, indignado, y salió del templo como de un lugar deshonesto. Tal es el sermón *galante*.

*

Del sermón político nos dió el señor prior de Bellas un ejemplo señalado y conciso. Su señoría se in-

clinó levemente en el púlpito, y la doctrina que enseñó fué que Víctor Manuel es un ladrón, y que un ladrón es el señor Bismarck. Además, Pío IX es Cristo. Lo que nos encanta de este sermón es la originalidad. Es el sermón artículo de fondo. Hasta ahora el sermón alababa al santo del día o comentaba la festividad sagrada; ahora ataca la política y discute las dinastías. El cura es el periodista de sobrepelliz. El púlpito, una prolongación de la tribuna. El sacerdote se vuelve hacia Cristo desde el altar y le grita: «Pido la palabra sobre el orden del día.» El clero sale del cielo y entra en la Arcada. Aparta a un lado a Dios y hace la competencia al señor Braamcamp. En breve leeremos en los periódicos: «¡Ayer tuvimos en los Mártires un magnífico sermón de oposición!»

Y oiremos en Cuaresma al señor Melicio, al reverendo Melicio, predicar en Santo Domingo sobre la cuestión del real de agua!

*

Pero distingamos: el sermón del señor prior de Bellas no fué una crítica política. Fué una difamación personal. El señor prior no analizó históricamente, jurídicamente, los actos de Víctor Manuel y las ideas de Bismarck; no, los llamó simplemente ladrones.

Esto significa que el nuevo género—el sermón político—es empleado, no para la crítica, sino para la injuria.

Si se quiere comentar la política de un ministro, ahí están la prensa, la tribuna, la conferencia, el libro: eso es de la competencia profana; pero si se quiere injuriar al ministro, ahí está el púlpito: eso entra dentro de las atribuciones eclesiásticas.

El sermón político, siguiendo el ejemplo discutido, nada tiene que ver con la crítica legal, parlamentaria, científica; el sermón se utiliza siempre para el vituperio. Quien quiera hacer una apreciación sobre el señor Fontes, diríjase a la *Gaceta del Pueblo*; sólo en el caso extremo de que le quiera injuriar, que se dirija al predicador; y éste, revestido con sus hábitos, sube al púlpito, y, en presencia de las imágenes, después de persignarse y de toser, con gesto devoto, haciendo ondear la estola, se inclina y clama: «Mis amados oyentes: el señor Fontes es un ladrón. Pido un padrenuestro y dos avemarías por él.»

Cuando monseñor Oreglia, nuncio apostólico de Su Santidad, partió hacia Roma, llevó consigo, como un documento vivo y actual, la colección de *Las Banderillas*, llena de historia eclesiástica.: «Voy a dar a leer esto en el Vaticano, y ha de armar su barullo», dijo su eminencia. Y así la crítica inquieta ¡tuvo el honor de ir a deponer ante la inmutable tradición! Pedimos a monseñor que deposite estas páginas verídicas, perfil exacto de los sermones portugueses, a los pies del Santo Padre, con la unción de nuestros respetos y el beso de paz en sus manos apostólicas.

XXIX

EL BOTE SALVAVIDAS DE FOZ DEL DUERO

Julio de 1872.

En Foz volcó hace poco una lancha. Murieron catorce hombres.

Los socorros fueron prestados por una lancha de pilotos, que se apre-

suró valientemente, y por otro barco que vino, con gran peligro, de la playa del Cabedello. Consiguieron salvar diez hombres; catorce, como decimos, murieron.

*

A diez pasos del mar descansaba plácidamente el salvavidas. El salvavidas no bajó al mar. Hizo como el palacio de la Torre de la Marca, o como la estatua de don Pedro IV: dejó tranquilamente a los pescadores en la agonía de las olas. Entendió que aquello no iba con él. Eran sólo catorce hombres que morían ahogados. Quien tenía la obligación de acudir era la bomba de incendios. El salvavidas, no. El salvavidas sólo se movería para un caso especial, en que pudiese prestar sus servicios especiales, como, por ejemplo, si se hubiera desplomado un muro.

Entonces correría. Por eso, como era un naufragio, el salvavidas permaneció inmóvil, papando moscas.

El salvavidas de Foz tiene un jefe de carabineros remunerado y tiene la *Comisión de Salvamento.*

Esta Comisión, cuyas atribuciones ignoramos, revela a veces su existencia en la prosa de las gacetas. Se lee: «Ayer se reunió la Comisión de Salvamento en junta general para deliberar»; o: «Fué felicitada por el Gobierno civil la Comisión de Salvamento.»

De estas deliberaciones y de esas felicitaciones resulta que, cuando vuelca una lancha con veinticuatro hombres, mueren catorce; resulta que tiene que acudir rápidamente, en semejante trance, un barco casual, con hombres voluntarios y compasivos, que algunas veces se vuelca también en una violencia del mar, y complica el desastre; y resulta que el salvavidas ni siquiera *se da por enterado*. Podía bajar, mojarse, navegar un instante; no; se mantiene abrigado en su habitación, donde, según dicen rumores gloriosos, está envuelto entre algodón, en un cofre.

Entre tanto, la opinión interroga al señor jefe de carabineros. Y éste explica:

—No salió el salvavidas porque no tiene tripulación.

Así ocurrió durante mucho tiempo. El salvavidas no tenía tripulación. Oporto confió siempre en que el salvavidas se tripulase a sí mismo. Porque, en fin, un barco que tenía la forma, la construcción aparente, el tamaño de los otros, y que se llamaba *salvavidas*, debía tener cualidades originales, exclusivas, excepcionales, y que poseía, naturalmente, el poder de dirigirse y de tripularse a sí mismo. Y esperó siempre que, si hubiese un naufragio, el salvavidas *se* desamarraría, *se* pondría cuerdas y cabos, *bajaría* al mar, *remaría, se* pondría al timón y él mismo extendería la proa, como mano salvadora y firme, a los náufragos desolados. Se esperaba esto del brío del salvavidas. Ocurre un naufragio. ¡Bum! Se le abren las puertas y la Comisión se queda esperando a que él se despeñe y corra febrilmente hacia el desastre.

El salvavidas no se mueve. *Está durmiendo*, se dijeron, y lo sacudieron con fuerzas. *¡Ahora, ahora!*, murmuraban. Pero con un espanto aterrado se vió que el barco estaba inmóvil, como unos cimientos. Gritaban en la playa y el furioso mar bramaba. La Comisión sudaba, le llamaba, increpábalo, lo escupía: el barco, imperturbable, extendía su sombra panzuda sobre la cálida amarillez de la arena. Entonces la in-

teligencia de la Comisión dió un grito y comprendió que para hacer navegar un barco se necesita una tripulación.

La Comisión, en junta general, afirmó definitivamente esta idea, y entonces fué cuando el gobernador civil, sorprendido justamente ante tanta agudeza e ingenio, la felicitó en una disposición oficial. Y empezaron a buscar una tripulación...

Pero vino la crisis temida. Cada marinero, cada remero, invitado a comparecer, se acercaba al salvavidas, lo palpaba, lo miraba y se negaba en absoluto. Fueron llamados los más audaces, los arrojados, los heroicos. Retorcían el gorro entre los dedos, y decían secamente: ¡Yo, no!

La Comisión encanecía. A cada negativa se apartaba tristemente e iba a deliberar. Los naufragios seguían su curso trágico. El *salvavidas* dormía.

Por fin, un día, la Comisión, exasperada, fué en grupo a descubrir el extraño secreto. Se acercó al salvavidas. Lo contempló y se llevó vivamente las manos a la nariz. ¡*El salvavidas*, el joven *salvavidas*, estaba podrido!

Si hubiera entrado en el agua se habría deshecho: ésta fué la opinión de los técnicos. Y la Comisión, con la nariz tapada, salió y siguió deliberando. Siempre que una barca se vuelca, la Comisión se reúne y delibera seriamente. Y el señor jefe de carabineros, concentrado y puntual, recibe su sueldo. La arena del Cabedello brilla al sol, las señoras pasean por la Cantareira, las gaviotas vuelan y los que naufragan mueren.

Y de vez en vez el señor gobernador civil, despertando de su cavilar, felicita a la Comisión.

XXX

SINGULARES AVENTURAS DE UN SOLDADO ESPAÑOL INTERNADO EN PORTUGAL

Julio de 1872.

Después de la dispersión de una guerrilla carlista que operaba junto a la frontera portuguesa, un carlista sargento, pasó la frontera y depuso las armas.

Este hombre que, bajo la garantía de los tratados, de la dignidad civil y de la piedad humana, se entrega, en la confianza de su desdicha, a las autoridades portuguesas, fué tratado de este modo singular: vino desde Melgaco hasta Viana de cárcel en cárcel, entre privaciones y violencias. En Viana fué arrojado a la prisión provisional y no le dieron de comer. Tuvo hambre. Solicitó entonces que le abonasen, no ya el sueldo estipulado por los tratados, sino la ración de preso debida a la compasión.

Desde Viana fué, por Oporto, hacia Peniche, con una escolta de veinte soldados, mandada por un teniente, el señor M***. Este oficial portugués llevaba al preso desarmado y veinte hombres con las carabinas cargadas. Sintió aún temores del soldado español. Exigió que lo esposaran. Es preciso haber presenciado el sufrimiento de las esposas. Los brazos inertes se hinchan y anquilosan, las muñecas se agarrotan, la respiración se hace difícil, un entorpecimiento febril enerva, y los más duros, los más fuertes, los más indómitos, no andan dos leguas con las muñecas encadenadas sin que el dolor les arranque un caudal de lágrimas. Esto sucedió con el soldado español.

Coger a un militar vencido, a un huésped, a un hombre que se entrega a los respetos de la ley y a las protecciones de la piedad, rendido, desarmado, inútil; llevarlo y hacerle pasar por las inmundicias y las hambres de nuestras cárceles, maltratarlo, arrojarlo a la negrura de un calabozo, no darle siquiera el caldo de la prisión, imponerle el hambre, hacerle esperar largas horas en las rejas la llegada del pan, obligarle a la humillación de pedirlo, famélico; ponerle una escolta de veinte hombres, esposarle y empujarle hacia un oscuro destino como a un buey que se encorrala, es muy digno de este país, que, por lo mismo que posee la ineptitud, no podía dejar de tener la maldad. Alejandro Dumas tenía un buitre que era el compañero íntimo de un pato. Y aquel radiante espíritu decía, comentando este hecho, que era la natural conjunción de la estupidez y de la ferocidad. Nosotros llevamos dentro al buitre y al pato.

Hace tanto tiempo que nos separamos de la inteligencia, que debíamos encontrarnos por fin con la vileza.

El señor teniente, jefe de la escolta, es un síntoma. Es la conciencia del ejército. Teniendo que conducir a un soldado español internado, vencido, pacífico, desarmado, pide veinte hombres; pero tiene miedo y manda cargar las carabinas; tiembla aún, ¡y ordena esposar al preso! Da a entender, por tanto, que veinte soldados portugueses corrían peligro, por las carreteras polvorientas del Norte, ¡ante *un* soldado español! ¡Oh Comisión del Primero de Diciembre! ¡Oh cohetes altivos, soberbias bandas de la plaza del Rocío! Ahí está con lo que os responde el ejército, con el ruido seco al montar veinte carabinas y con el metálico cierre de unas esposas, contra un soldado español vencido y pacífico. De tal suerte, que si mil soldados españoles, de un barrio de Badajoz, pasasen la Caia, desarmados, los veinte mil soldados portugueses de todo el reino, armados, sólo tendrían un medio de contenerlos: ¡mandar a los aduaneros que los esposaran!

XXXI

LA CÁRCEL DE LA AUDIENCIA DE OPORTO

Julio de 1872.

Cuando don Pedro V subió un día las escaleras de la Audiencia de Oporto, dijo con una tristeza irritada: *¡Esto tiene que ser arrasado!* La cárcel de la Audiencia es de las mejores de este reino venturoso, donde florecen simultáneamente la amapola y Vidal.

*

El reglamento de las cárceles es *provisional*. Se advirtió al redactarlo lo incompleto, deficiente, inseguro, bárbaro, antiguo y sucio que era: se consideró *provisional* por unos meses. ¿Saben ustedes cuánto tiempo hace que dura este reglamento *provisional?* Pues veintinueve años.

*

Pero hoy es una curiosidad muy singular la que queremos revelar. Entre tantas faltas de las cárceles —la falta de espacio, la falta de aire, la falta de personal, la falta de seguridad, la falta de aseo, la falta de alimentación, la falta de moral, la falta de higiene—, queremos hacer resaltar, como el diamante de un collar, la falta de ropa.

Los presos no tienen ropa. En la última leva de deportados, a los que

partieron, se los vió salir del Limoeiro, a la mayor parte en harapos, y a uno o dos casi desnudos.

El Limoeiro tiene un guardarropa lúgubre: pantalones de lino, camisas de rayadillo, zapatos blancos y gorros de cotonía. De allí se proveen los cabos de galería, que son los presos encargados de barrer y fregar las celdas y corredores, y además de los cabos de galería, los presos pobres.

Ahora bien: cuando se embarca una cuerda de deportados, el carcelero debe tener desde la víspera la lista de los que parten, para prepararles el vestuario, fatal y definitivo como la mortaja: ¡una camisa, unos pantalones, un gorro y un par de zapatos!

*

Examinemos un poco esa avaricia inmunda.

Un preso tiene, en Portugal, para su deportación al Africa, una camisa y unos pantalones. Francia, que no es ejemplar en la organización de sus servicios penales, da al deportado seis camisas, tres blusas, seis pantalones, seis pañuelos, dos pares de zapatos, etc.; un equipo cómodo, lógico, fácilmente transportable en su mochila, y nuevo. El mismo recluso tiene la obligación de lavar a bordo, cada tres días, su ropa; y su limpieza es fiscalizada con el rigor de un deber. En Portugal, país cálido, hacia el Africa, tierra abrasadora, se le dan a un hombre una camisa y unos pantalones. Le hacen ser sucio.

Metido apretadamente en la negra bodega de un barco, en una acumulación bestial de cuerpos y una promiscuidad de sudores, sin disciplina, sin agua, con la indiferencia por el cuerpo que da la miseria del destino, ¿en qué estado llega a su desgraciado término aquella miserable criatura condenada, con su camisa única y sus pantalones solitarios?

Por eso, los que han visto una bodega con deportados en nuestros barcos, la describen como la mayor deformación de la miseria. Cuerpos que no se lavan, cabellos que no se peinan, confusión de jergones, la cálida exhalación de todos los olores, aire confinado y sucio, unos mareados, otros enfermos, un hervidero de gusanos, la vil mezcolanza de los harapos, el abatimiento del tedio, el suelo escurridizo de inmundicias, la ahogada oscuridad de aquella cueva lúgubre; y allí van pudriéndose, en nombre de la ley. ¡Es infame!

Es ése un castigo mayor, aparte de la sentencia; porque si algo humilla, envilece, rebaja la dignidad, coarta y petrifica la alegría, mancha la esperanza, relaja el carácter, ablanda e inficiona el sentimiento, produce un irremisible desprecio hacia sí mismo, es la porquería forzada.

Y tiene que perder el pudor, la voluntad, la conciencia, caer en una desmoralización bestial, el hombre que siente sudar su cuerpo y llenarse de miseria su única camisa.

¿Quién decretó esa infamia? Si fué el reglamento de las cárceles, refórmese esa disposición como se lava una mancha. Ese reglamento no es inepto, sino sucio. No obliga sólo a reaccionar a la conciencia, obliga a ponerse un pañuelo en la nariz. No necesita crítica, necesita bencina.

¿Y por qué no lo reforman? Las autoridades que lo consienten dan una idea bastante oscura de su limpieza personal tolerando como equipo de un hombre una camisa. Esas autoridades no pueden exhalar de ellas un aroma fino. Quien consiente que un hombre lleve a la deportación una camisa, podrá ser un jurisconsulto que se respete, pero es un

cuerpo del que se huye. Tal autoridad no debe ser reprendida, sino lavada. Para ser reconocido no necesita la toga: le basta con el olor. No le critiquemos, echémosle baldes de agua. Que el señor ministro de Justicia les haga pagar sus sueldos en jabón. Y en cuanto a sus cabezas, no pediremos a la ley que las inspire, sino que las despioje.

¿Y saben por qué se da al deportado esa camisa? No es aseo, ni higiene, ni dignidad, ni piedad. Es porque el preso, hasta el muelle, tiene que pasar por la Baixa, y no se quiere irritar a los curiosos que se paran ante el aspecto devastador de los remiendos, del equipo. Es para que los señores tenderos y plateros, inmóviles en sus zapatillas a las puertas de las tiendas, no se enojen con los harapos colgantes de ese pobre cuerpo maquinal ¡que va hacia su bodega! Es una atención a los señores tenderos. Es sólo para cruzar la Baixa. Para eso, en efecto, basta una camisa. ¡Después, en el viaje, que se pudra! ¡Ah! ¡Cómo estas cosas ponen al claro sol del desdén los bajos aspectos de un país! Una camisa para un destierro, la camisa de la ley. La autoridad es más sucia que el deportado, y la ley es más sucia que la autoridad. ¡Tierra de calles infectas y de cuerpos inmundos! Al menos, seamos francos: en lugar de los cinco cuarteles de nuestro escudo pongamos cinco manchas.

*

Pues bien: esa misma camisa—única—fué juzgada excesiva. Se le quitó la camisa al deportado. En la última leva, el 5 del pasado mes, iban todos en harapos, algunos casi desnudos. Las autoridades entendieron, y muy bien, que para un deportado, un cero, un andrajo humano, una sombra pisoteada, una vida *postrada*, era excesiva una camisa. Lo era. Para un deportado, en Portugal, una camisa era afrentoso. ¡Una camisa tiene un juez!

Y por eso se le quitó la camisa al preso.

Por nuestra parte, lo encontramos bien; y sólo pedimos a todos nuestros amigos que indaguen cuidadosamente cuáles fueron las autoridades que, dando esa orden sucia, revelaron una idea tan especial de su propio aseo, ¡para que no se nos ocurra acercarnos a ellas desprevenidamente sin desinfectantes!

XXXII

EPÍSTOLA A DON PEDRO IV

Agosto de 1872.

Al alma de don Pedro IV, en los Campos Elíseos.

Señor:

Esta carta, a ejemplo de las que los humoristas de 1830 escribían a Voltaire, a quien vuestra majestad debe conocer, con su aguileño perfil cortante y sutil, está escrita en la suposición de que hay una región llena de silencio y de quietud, como la de los países Cimmerios, donde las almas viven en una abstración transparente, poseyendo la vitalidad del espíritu, sintiendo, interesándose, conversando y recibiendo su *correo*. Dulce debe de ser ese lugar: lagos callados como la nieve; alamedas de mirtos, tranquilas como las vegetaciones de los sueños; regatos mudos, que corren con la tranquilidad rítmica de un verso de Virgilio; sombras profundas como túmulos; y en todo, un reposo augusto e inefable.

Que vuestra majestad nos perdone el que llevemos ahí, irreverentemente, noticias groseras de la vida; pero queremos contarle lo que sucedió en esta ciudad donde vuestra majestad vivió, con ocasión del día 24 de julio de 1872.

No sabemos si vuestra majestad recuerda aún el día 24 de julio. Para las almas que palpitan ahí, en la sombra inviolable, los hechos de la vida terrestre deben de ser como retazos sombríos de sueños extinguidos, sin intención y sin idea. Pero vuestra majestad puede preguntar a su viejo amigo el duque de la Terceira; recuérdele la batalla del 23, ¡y los fuegos encendidos de noche en la punta de Cacilhas!

Pues bien: debe de saber vuestra majestad que durante treinta y seis años, el día 24 de julio y sus glorias estuvieron sepultados insondablemente en el fondo de las memorias veteranas. Nadie se acordó nunca de que en aquel día el duque de la Terceira hubiese entregado una capital a los constitucionales. Los viejos, señor, tienen la memoria huidiza como el agua de los ríos; y los jóvenes, a quienes la educación revolucionaria alteró la curiosidad, no vuelven nunca los ojos hacia atrás, hacia la región callada donde yacen sus batallas y sus leyes. Todos los años, señor, pasaba por nosotros entre la serie de los días el 24 de julio, y nadie lo notaba, como no se nota, al paso de un regimiento, un soldado innominado.

Debe pareceros, pues, singular, señor, que pasados treinta y seis años de indiferencia sobre el 24, lo fuesen a desenterrar del pasado, a vestirlo de gala, a hacerlo reinar, como aquella monótona Inés de Castro,

> Misera y mezquina,
> que después de muerta fué reina.

He aquí, señor, lo que había ocurrido. Su majestad el rey actual, nieto de vuestra majestad, había ido a Oporto. Oporto, señor, está muy diferente de como lo conoció vuestra majestad en otras épocas de batalla y de necesidad.

Oporto ya no es aquella seca y oscura ciudad, ruda y plebeya, de calles estrechas y agitadas, impertinente y llena de oposición, comiendo alegremente arroz y bacalao, bailando en bailes improvisados, donde las mujeres iban con el mísero vestido de algodón de la calle de las Flores, y donde los hombres salían, cansados de la *gavota*, hacia las líneas de fuego; Oporto, aún con aspectos de poblacho antiguo, con sus dinastías de comerciantes honrados, sus zuecos estoicos, impasible ante los reductos, sensible ante los melodramas del teatro nacional, ¡patriota, gruñón y rezando al Señor de Mattoziños!; Oporto, hoy, es una ciudad amplia, bien reluciente, con vientre, brasileña, un poco soñolienta, llena de poetas líricos y ávida de baronías.

Oporto, pues, imperial señor, pensó, con ocasión de la presencia del rey, en celebrar una fiesta constitucional. Una fiesta constitucional, para hacer una perrería a los jesuítas. Porque hace cinco o seis meses Oporto enfermó de esta dolencia singular: el tedio, el terror, el odio al jesuíta. A esa buena ciudad le han quedado, desde los tiempos de vuestra majestad, sus costumbres bélicas. Vuestra majestad los acostumbró tan bien, que ellos no pueden dejar de tener un enemigo a quien vencer. Pero el Oporto de hoy, tímido, panzudo y pesado, pretende tener un enemigo cómodo, que no obligue al peso de la carabina y al frío de las alboradas, al que se combate con palabras, artículos de fondo, versos y mítines. Ahora bien: el jesuíta es un

buen enemigo, que no altera los hábitos de la digestión, a quien se da la batalla conversando a la puerta del Moré o en torno a un *bock* en El Aguila de Oro. De modo que Oporto adoptó al jesuíta como enemigo íntimo. Y combate al padre Couto. ¿Vuestra majestad no conoce al padre Couto? Ni nosotros; el padre Couto es una reproducción barata del jesuitismo, para uso de Oporto.

¡Ah! Vuestra majestad imperial conoció padres muy diferentes: el grandioso fraile tosco, grande y cerril, que llenaba la calesa, al lado de la cual trotaban dos lacayos de peluca; el gordo fraile dominico, usufructuario de los favores de la corte, pedigüeño y rábula, ocupado en la intriga y dirigiendo ocultamente las venerables pelucas del desembarco de Palacio; la multitud pintoresca de frailes eruditos, llenos de rapé y de textos, absortos en el silencio de las altas bibliotecas; el padre plebeyo, brutal y depravado, que se iba al monte con la carabina; el padre fanático, poseído de un Dios inquieto, ávido de dominio, absolutista y sucio.

Hoy tenemos al padre Couto y a José María, género constitucional. Esos intrigan en las oficinas, negocian una misa de doce reales o de un duro, seducen a las cocineras, comercian con escapularios. Y contra esto se rebela Oporto.

Por tanto, Oporto quería hacer alguna cosa solemne, estruendosa, festiva, contra esos *sotanas*, como dice él.

Celebró la fiesta del día 8 de junio. Otra fecha de la que no se acuerda vuestra majestad, ¿verdad? Así es lo efímero de la vida. Si vuestra majestad encontrase ahí, bajo alguna plácida rama de mirtos, a Napoleón, háblele de Austerlitz, hable a Shakespeare de *Hamlet*, ¡y abrirán los ojos sorprendidos, enmudecerán! ¡No se acuerdan!

Ahora bien: pensando que el jesuíta representa el absolutismo, el legitimismo, la horca, el convento, el diezmo, la buena ciudad de Oporto trató de organizar la fiesta del día 8 como una ofensa, una réplica a los jesuítas, llenándola de elementos liberales, aprovechando la presencia del rey, prodigando las banderas azules y blancas, etc. ¿Y qué hizo entonces para caracterizar la intención liberal y democrática de ese día? Hizo representar en el Baquet *La caja de Pandora*, comedia en tres actos. ¿Vuestra majestad no sabe lo que es? Ni nosotros. Puede interrogar a un viejo risueño y sutil, que debe de haber encontrado por ahí, murmurando como recuerdos extintos, *couplés* de *vaudeville*, y que es el señor Scribe.

Se representó *La caja*, señor. Y así quedó batida en la brecha la propaganda jesuítica. Si vuestra majestad lee esta carta en alta voz a las sombras curiosas y nostálgicas de la tierra, ha de ver a un viejo jorobado, seco y ardiente, ascético, pero con una gran dulzura en la mirada, reírse con su breve y triste risa de jacobino, observando la manera portuense de combatir al jesuíta con *vaudevilles*. Ese hombre, señor, es Mazzini.

Pues bien: cuando en Lisboa se supo que Oporto daba esa gran fiesta, Lisboa tuvo un estremecimiento de cólera. Lisboa sintió la tradicional, la acostumbrada envidia. Oporto había organizado una gran fiesta constitucional, y ¡Lisboa no tenía ninguna!

Es necesario que vuestra majestad sepa que existe una incurable rivalidad moral, social, elegante, comercial, alimenticia, política, entre Lisboa y Oporto. Lisboa envidia a Oporto su riqueza, su comercio, sus be-

llas calles nuevas, la comodidad de sus casas, la solidez de sus fortunas, la seriedad de su bienestar. Oporto envidia a Lisboa la corte, el rey, las Cámaras, el San Carlos y el Martiño. Se detestan. Las damas de Lisboa se ríen de la poca distinción, de la mísera ciencia, de la falta de *chic* y de *no sé qué* de las *toilettes* de Oporto. Oporto, rojo de odio, cubre a sus señoras con la suntuosidad de las telas y con el chispear de los diamantes.

Lisboa tenía toros. Oporto quiso tener ese *buen tono* de capital. Pero le faltaba un bravo ganado, los toreros, el brillo de la multitud, el aturdimiento especial, la *sal* de las corridas de aquí. ¡Ah!, ¿sí? En lugar de una plaza, Oporto levantó dos. Pero sólo consiguió ser dos veces peor. ¡Bien! Oporto se sonrió, y para desquitarse inauguró las carreras de caballos. Gran aglomeración de *sportmens* junto al Chiado. «Vamos a darles la batalla—decían—, vamos a darles la batalla rotundamente.» Llegaron allí y fueron abrumadoramente vencidos.

Oporto tenía Foz, playa de baños, rica, de un paisaje muy pintoresco. Lisboa, rencorosa, improvisó Cascaes, sitio hundido entre pinares tísicos y peñascos de ópera cómica.

Los poetas de Oporto hacen sonreír en el Chiado a los líricos de la corte, descendientes de los vates parásitos del atrio de Santo Domingo; pero los de El Aguila de Oro abren sobre las mesas las odas de Vidal y les sueltan encima, como único comentario digno, un rollo de carne asada.

Oporto es circunstancialmente reformista; he aquí que Lisboa se reviste de un gran desdén por el señor obispo de Vizeu, Antonio.

En Lisboa hubo últimamente cierto movimiento subterráneo, vago, informe, del espíritu republicano; Oporto recibe al rey con un delirio que sólo vuestra majestad inspiró en los días en que se paseaba a pie, con su ceñido uniforme de coronel de Cazadores, un clavel en el pecho, y acariciaba con las puntas de los dedos las caras llenas de las mujeres del Candal.

Lisboa come con pretensiones francesas y caprichosas; en cambio, Oporto se ahoga cada vez más en la grasa de la vieja cocina portuguesa, y se abraza como a un estandarte a la fuente del cocido. Pero ¿de cuántas cosas estamos hablando que son para vuestra majestad como las sílabas irritantes de un dialecto bárbaro? ¡Era uno más conciso, ¿verdad?, en los tiempos presurosos de vuestra majestad! Hoy, la gente emprende el camino, pero detiénese a cada momento, como un anémico y un currutaco, a fumar los cigarrillos azules de la fantasía. El hecho es, señor, que como Oporto tenía su fiesta constitucional, Lisboa quiso tener la suya; pero ¿cuál? Se rebuscó, se descombró, se profundizó, y fueron a encontrar, en el fondo de un pasado olvidado, el esqueleto del día 24 de julio. ¿Cómo? ¿Eres tú? ¿Existes? ¡Eres tú! ¡Ven! Serás célebre, estruendoso, resplandeciente, iluminado, lleno de honores y de colchas de damasco. ¡Y lo pusieron en pie!

Aquí comienza, señor, una intriguilla constitucional y burguesa, a la que no sabemos si vuestra majestad, acostumbrado a las conmociones ardientes de la guerra, encontrará encanto; sobre todo ahí, en ese mundo interesante y sublime donde vuestra majestad tiene para conversar a Voltaire, a Meyerbeer, a Beethoven y a Mozart para que le hagan música de almas en sombras de violonchelos; y para entretenerle con dibujos improvisados a lápiz, ¡a Rubens, a Miguel Angel y a Velázquez!

Pero, en fin, esto, señor, son cosas de su tierra; además, si un poquito de maledicencia representa ya un encanto tan bueno entre nosotros, los vivos, ocupados y afanosos, ¿qué no será en esa gran ociosidad de la Muerte, en las largas tardes pálidas, cuando las sombras paseen en grupos, bajo el silencio de los sicomoros, junto a la mudez de los lagos?

Así, pues, sepa vuestra majestad que no bien se trató de la fiesta del día 24, la oposición vió en ello *un hermoso mango para una escoba*, o recordó eso de que «la ocasión la pintan calva»... ¡Perdón! Esperamos que vuestra majestad no haya convivido ahí tanto con Racine y otros retóricos para estar impregnado del horror a las frases populares y enérgicamente significativas... *Un hermoso mango para su escoba.*

Realmente, si pudiese ocurrir que toda la iniciativa de esta fiesta de libertad perteneciese a la oposición, se deduciría naturalmente que ella quedaba ante el país y la ciudad con el honor de haber organizado una gran fiesta liberal, de reinstaurar las fechas históricas del régimen constitucional, de estar, además, íntimamente ligada al espíritu democrático, mientras que, implícitamente, el Gobierno, que no podía tener iniciativa, quedaba naturalmente con el aspecto de quien, en cuestiones de celebración de la libertad, *tolera, pero no promueve*. Ahora bien: ¡qué mejor *réclame* para un partido que celebrar por medio de un encargo suyo, de ideas suyas, de dinero suyo y de hombres suyos, una fiesta a la libertad! Buena táctica, imperial señor. ¿Qué quiere? ¡En su tiempo era otra cosa: mecha a las piezas y fuego! Hoy somos todos personas de orden: servimos a la Idea. La servimos así. Guerritas de hombrecillos. Y ahí tiene vuestra majestad que la fiesta del día 24 no es una idea de libertad festivamente manifestada: ¡ni una manifestación tardía de las glorias del constitucionalismo! Ni un entusiasmo retrospectivo y bien organizado, por las campañas de vuestra majestad y de sus generales. ¡Que ni vuestra majestad ni ellos se regocijen como de una gran justificación! La fiesta fué sólo, señor, una *parada* de la oposición histórica contra el Ministerio regenerador.

Sepa ahora vuestra majestad cómo fué esa fiesta augusta. Se nombraron dos grandes comisiones, una en Lisboa y otra en Cacilhas. ¿Vuestra majestad recuerda aún esos lugares? Lisboa, aquí, ampliamente erguida en las colinas, frente al río, de agua verdosa, y del otro lado, los montes pelados y amarillentos de arena, con una aguda punta enclavada en el agua, sobre la cual Cacilhas extiende su hocico.

Como podrá informarse vuestra majestad por el duque de la Terceira, él, después de la batalla de Cacilhas, el 23, acampó allí, y aquella noche encendió, en toda la extensión de las líneas ocupadas, grandes hogueras. Al día siguiente, por la mañana, desembarcaba en Lisboa. El desembarco fué el éxito del día, la decisión. Las comisiones entendieron que debían solemnizarlo, simbolizarlo, con una ceremonia expresiva. ¿Qué hicieron?

La Comisión de Cacilhas salió de allí, de levita, a la madrugada, en un vapor alquilado, con banda de música, simbolizando las tropas del duque de la Terceira; y de aquí, la Comisión de Lisboa fué a esperarla, con corbata blanca, al Terreiro del Paço, simbolizando la opinión constitucional, que iba al encuentro de la liberación. ¡Reíos, príncipe! Llamad a Nicolás Tolentino, el calvo

profesor de Retórica; llamad a la demacrada figura ósea de Bocage; llamad a ese inquieto personaje de cabello hirsuto, ojos llameantes, nariz ganchuda, con toga corta, a la manera ibera, que es Marcial; llamad a Scarron; llamad al Aretino y a los grandes satíricos de otros siglos, enseñadles esto, y llamad al alma de Rebello de Silva, el alegre espíritu, lleno aún de recuerdos terrenos, ¡para que él os describa los personajes y os narre las figuras! ¡Que rían! ¡Cuándo se vió nada más Manuel Mendes Enxundia, ni más *Louriña*, más *cirio*, más *barriga de manteca*, más *hermandad de Nuestra Señora de la Luz!* El desembarco, las tropas, la lucha, el terror de la ciudad, los fugitivos, los miedos que se ocultan, la venganza que reaparece, las familias despavoridas, los saqueos desconocidos, los crímenes, todo el violento desorden del choque de una realeza vencida por una idea victoriosa, todo, infortunio y gloria, simbolizado por algunos caballeros de corbata blanca, ¡que se abrazan gravemente en el muelle del Sodré! ¡Ah Melicio! ¡Ah cruel!

Después de encontrarse así las comisiones, señor, se dirigieron con las bandas a la estatua de vuestra majestad. ¡Porque vuestra majestad tiene una estatua! Y es, incluso, para nosotros una dicha tener esta ocasión de dar a vuestra majestad esta soberbia noticia y nuestra enhorabuena. Hace tres años que vuestra majestad la tiene. Está en el Rocío. En el centro. De espaldas al teatro de Doña María.

Vuestra majestad está en lo alto de una columna esbelta, bruñida y blanca como una vela de estearina, y muestra, sosteniéndose en equilibrio sobre una boya de bronce, un papel, la Carta, al Club del Arco del Bandeira. Es a quien la muestra vuestra majestad. El Club del Arco del Bandeira, por su actitud, modesta y digna, parece no darse por enterado. Vuestra majestad está con la espada envainada. Vuestra majestad pasa a la posteridad con un rollo de papel en la mano, como un notario o un vate. Nada que recuerde al soldado. Es una estatua doméstica.

Ahora bien: si era necesario representar, sobre una peana, el espíritu político, jurídico, legista del constitucionalismo, no era vuestra majestad quien debería estar ahí con la *carta* en la mano, sino la figura de Mousiño de la Silveira. Ese día 24 la estatua de vuestra majestad estaba coronada. ¿Pero cómo? Habían pasado de los tejados de uno de los lados del Rocío a los del otro un alambre, y de ese hilo astuto pendía, a un metro de la cabeza de la estatua, bamboleándose, enorme, ¡una corona del tamaño de la rueda de un ómnibus! Abajo, las bandas jadeaban. Y, por añadidura, cohetes, bojes, *agua fresca*, bien pregonada, y banderolas.

¿Qué quiere vuestra majestad? Lisboa hace lo que puede: quien tiene un temperamento basto no puede sacar de él primores de artista. Lisboa es una ciudad basta: es una ciudad de extramuros, una ciudad de aldea. Su imaginación forzada para concebir una fiesta no puede producir más que la feria. Cohetes y bandas: he aquí lo que sabe dar de más delicado a los héroes a quienes ama. De modo que ese día de fiesta, ¿cómo se puede definir? *Una feria de oposición.* Y nada más.

Señor, hemos conversado mucho. Vuestra majestad debe de estar fatigado, en su delicadeza de sombra, con estas noticias que llevan el peso grosero de la tierra viva. Si vuestra majestad puede, escríbanos, preguntenos historias de este país que fué suyo, que fué ya una patria y que hoy es sólo un *barullo provisional*. Nosotros, sin embargo, no bajamos tampoco a esas regiones definitivas y purificadoras; besamos la mano de vuestra majestad imperial, pidiéndole que nos recomiende ahí a todos aquellos que nosotros estimamos, desde Rabelais hasta Camilo Desmoulins; y si vuestra majestad juzga que es delicado y protocolario presentar ahí nuestros respetos de portugueses y de vasallos a los Sanchos y Alfonsos, etc., que reinaron en este rincón de la tierra, tenga vuestra majestad la condescendencia de decir a los mencionados Sanchos y Alfonsos..., sí, decirles que estamos aquí a sus órdenes.

XXXIII

EL PROBLEMA DEL ADULTERIO

Octubre de 1872.

Hace tiempo que una cuestión singular ha sobresaltado legítimamente a los maridos, a las personas sensibles y a los fabricantes de armas prohibidas. Nos referimos, como comprenderán, a la cuestión del *adulterio*.

Cuando, en París, monsieur Dubourg fué últimamente condenado a cinco años de prisión por haber asesinado a su mujer a cuchilladas, los señores periodistas, arrastrando esa desgracia a través de su prosa, se enzarzaron por encima de la memoria de la pobre señora, nerviosa e infeliz, en una vibrante discusión acerca del amor, del adulterio, del matrimonio y de la muerte. Monsieur D'Ideville, un buen muchacho, que fué secretario de Legación en Italia, en la misión de Tour d'Auvergne, escribiendo sobre este caso impertinente, tuvo la ingenuidad de pedir al señor don Alejandro Dumas, hijo, su opinión y su prosa.

Provocar la pluma indiscreta y tallada en bisturí del señor Dumas es despertar el escándalo que duerme. Sobre todo, en cuestiones femeninas; porque en eso el señor Dumas se supone una especie de Santo Padre del amor, cree poseer la plena comprensión de la mujer, saber desde las leyes hasta las *pantoufles* (1) toda fisiología del matrimonio, y ser, en los tiempos presentes, un Santo Tomás de alcoba. De modo que siempre que se trata de un caso sentimental, el señor Dumas, hijo, vuelca sobre el bulevar, como un cajón de basura, su depósito de observaciones; porque el señor Dumas es observador, como otros son traperos. Por la noche, con un farol y un gancho, cogiendo y escudriñando en secreto todo lo que cae de la alcoba, claveles, ropas revueltas, crepé viejo, harapos reveladores, es cuando va él coleccionando su ciencia. Sabe por lo que escarba en la inmundicia. Es doctor en ropa sucia.

Así fué como el señor D'Ideville provocó al *Homme femme*. El *Homme femme* se convirtió entonces en un toque de rebato a través de las alcobas: periodistas, loretas, publicistas retirados, todos corrieron tras el rastro del escándalo. Se armó un gran jaleo filosófico, con panfletos, libros, artículos y *vaudevilles*. Y el amor, el matrimonio, la virginidad, la maternidad, el pudor, el adulterio, la mujer, faldas y conciencias, todo fué sacudido, revuelto, removido, volcado al sol y expuesto a la vil publicidad como un guardarropa en la tristeza de una subasta.

---

(1) Zapatillas. *Sic* en el original.

Ahora bien: la conclusión del tema era extraña: tratábase de decidir, a sangre fría, con argumentos y buena gramática, si los maridos debían matar a sus mujeres. El señor Dumas había dicho, con el puro en la boca, hojeando la Biblia: *¡Mata!* Otros, cerrando la navaja en el bolsillo, dijeron generosamente: *No la mates*. Algunos humoristas aconsejaban entre un *bock* y un chiste: *¡Vete matándola siempre!* Y otros añadían, exponiendo que era necesario estudiar más la cuestión y consultar los diccionarios: *¡Por ahora no la mates!*

Y, entre tanto, con la faca en la mano, los maridos esperan.

*

Ante todo, ¿no os escandaliza esta cuestión? Laplace, el antiguo, el astrónomo, era un hombre sereno y reconcentrado, firme como la ciencia y tranquilo como la verdad. Una sola cosa le irritaba y hacíale sacudir como una melena de león su largo pelo a la moda de la Convención: era oír a un pisaverde de la juventud dorada, algún increíble de los que habían hecho cerrar el Club de los jacobinos y llevaban la reacción metida en el alto cuello del frac a lo Barras, hablar de astronomía. Entonces, Laplace, el sereno Laplace, rugía. Ahora bien: si algo debe irritar y hacer rugir es ver a los señores Dumas, D'Ideville y otros cortejadores hablar y decidir, como evangelistas del macadán, sobre el matrimonio, ese ángulo tan peligroso de la dificultad social. No resolvió esta cuestión abrumadora la Biblia; no la resolvió, con toda su grandeza, el viejo espíritu romano; la revolvieron y la sumieron en confusión la teología y el cristianismo; sólo la revolución, merced a la ciencia de Proudhon, comienza a darle una solución racional y positiva; entre tanto, el señor Dumas (hijo), autor de la *Lorette* y profeta del Gimnasio, se tiende muellemente a la sombra de los castaños, oyendo cantar los pájaros, y nos hace el obsequio, en un momento de buen humor, de resolver en el derecho y en la moral esa dificultad tenebrosa. ¿Cómo? Con una navaja de dos pesetas.

*

Nosotros dos, creyendo inoportuna la temporada de baños para esa lectura, que requiere el recogimiento del invierno y el silencio del hogar, no hemos leído aún ni *L'homme femme*, del señor Dumas, ni ninguno de los folletos que rodaron como un torrente de la alcantarilla a través de la opinión parisiense.

¡Sabemos tan sólo que todas esas prosas incitan a la mujer, en párrafos conmovedores, a la práctica de la virtud! Ahora bien: se observa que si una mujer tiene un amante, podrá suceder que ella lea por la mañana en el almuerzo un artículo magnífico y pomposo, con interjecciones, lágrimas y flores, sobre el adulterio y sus penosas miserias; sobre la fidelidad y sus claros esplendores.

Pero ni aun por eso dejará, al llegar la noche, de ir paso a paso, con todos los ardores del miedo y del mimo amoroso, a abrir la puerta del jardín a la impaciencia de Arturo. Y esto ¿por qué?... Porque la retórica no anula el temperamento.

Porque un periódico bien escrito no ahoga una pasión bien arraigada; porque los adjetivos no rigen los nervios, y porque, ¡oh señores prosistas!, la verdad es ésta: entre un folletín que condena el adulterio, impreso en tinta negra, en un papel amarillento, y un amante vivo, sensible, fuerte y amado, ninguna mujer dejará al amante, que es la realidad, para seguir al folletín, que es el lenguaje; y no despedirá al hombre, que le da sensación, en atención al señor Ternera, corresponsal de *Rey y Orden*, que le da sólo prosa.

Por eso, esas declamaciones sollozantes a que se entregan, con los brazos levantados, el diario y el drama, son, cuando menos, inútiles. No evitan el pecado. Ni inspiran tampoco el ideal, porque no hay, por fortuna, señoras tan extrañamente desventuradas que vayan a aprender virtud en los periódicos y en los escenarios.

Y, además, esta cuestión del adulterio es equívoca. Porque, o es tratada en un folleto por el señor Fulano, buen chico y funcionario público, y entonces resulta tan monótona, tan trivial, tan machacona, que ni Robinsón Crusoe, en su isla desierta, con todo su tedio, y siendo ese folleto el único folleto y siendo esa distracción la única distracción, la querría; o si no, es tratada por espíritus sutiles, analíticos, originales, como Dumas, y sucede entonces que con los detalles, las anécdotas, los cuadros, las revelaciones, ¡el estudio se convierte en una divulgación de alcoba y en una pimienta amorosa! ¡De modo que, cuando no es una trivialidad estéril, es una provocación irritante!

*

O el adulterio es un hecho fatal de la Naturaleza eterna, o es la antigua y primitiva ley de la promiscuidad animal, que, pese al perfeccionamiento nervioso de la Humanidad, de la civilización, del derecho, de la moral, permanece e incita por su fatalidad fisiológica, sería necesario para acabar con él cambiar la propia constitución natural o esperar otros veinte siglos.

En el segundo, si proviene de la corrupción del matrimonio y de su decadencia y descrédito como institución social, si nace de la extinción de la fe conyugal en los cónyuges, si se deriva de la perversión introducida en la dignidad matrimonial por el idealismo amoroso, si tiene su origen en la moral, entonces es necesario hacer una revolución en las costumbres tan honda como fué el cristianismo, que nos dé otra religión, otra moral, otra familia y otro derecho.

Ahora bien: cualquiera de estas cosas, tanto un cambio de constitución fisiológica como una transformación en el orden social, ¿se sienten los señores Dumas hijos con fuerzas para emprenderla en el jardín, fumando *brevas* y tejiendo prosa?

Pero más absurdo que todo es la palabra final de la cuestión: ese *¡mátala!* o *¡no la mates!*, la resolución del destino que el marido desvalido debe de dar a la esposa sublevada.

Para todo hombre, el más linfático como el más duro, Sganarelle o Marneffe, el momento en que se entera de su desastre es fatalmente un momento de excitación, de ofensa, de vergüenza, de despecho, y él no puede sustraerse a vibrar con una pulsación febril. Ahora bien: aconsejar un procedimiento fijo para ese momento alucinado es querer imponer a lo que hay de más enloquecido, la pasión, lo que hay de más racional, la norma. Es decir de antemano al pulso: tú latirás de este modo, y aconsejar previamente a la cólera: tú rugirás de esta forma. ¿Quién va a estudiar de antemano al espejo las

actitudes que debe tomar en el dolor? ¿Quién se aprende de memoria en su cuarto la palabra que debe decir en la cólera? La fiebre no calcula, improvisa.

Depende, sobre todo, de los temperamentos. Según sea uno sanguíneo, linfático, bilioso, melodramático, bonachón o egoísta, así se hace *sangre*, se hace *sermón* o se hace *negocio*. Basta ver cuántas soluciones distintas han hallado la verdad y el arte con respecto a ese momento agudo, para percibir la inutilidad pedagógica y retórica de señalar de antemano un procedimiento. Otelo, que es negro, sanguíneo, agresivo, bárbaro y justo, coge la almohada y mata por asfixia. El general de Campvallon, que es gotoso, está lleno de achaques, se recuesta, al sorprender a su mujer, con el hombro en el marco de la puerta y muere de apoplejía. Un comerciante holandés, flemático, práctico y frío, coge a su mujer del brazo, la pone en la puerta de la calle con una maleta y unos billetes, cierra esa puerta y vuelve tranquilamente hacia su despacho. Un noble de Bourges, lleno de opiniones feudales, descarga la pistola en el pecho de Arturo. Otro encuentra a su mujer ensortijando un pelo varonil que no es el suyo, va a su cuarto, coge su ropa blanca y se marcha a Egipto para siempre. Otro, muy conocido, por desgracia, va a su cuarto, coge un revólver y parte para la eternidad. Otro sorprende, se cierra en el cuarto con la mujer, y cuando los criados, asombrados, imaginan que la ha matado, le ven salir risueño, llevándola del brazo, más enamorado y más rendido. El general Pallavicini degüella con su espada a los dos, siguiendo la vieja tradición dantesca de la casa Rímini. Otro espera a Arturo en la escalera y le obliga a firmar una letra. Y otro, tranquilo y sonriente, dice durante dos años a su mujer, todos los días por la mañana, paseando con ella por el jardín, la misma palabra vil.

Tal temperamento, tal solución. Todos esos infelices se desesperan; pero con la lógica de su carácter, el bárbaro generoso mata, el civilizado infame hace firmar la letra. Pero la rabia es la misma. Y, entre tanto, el señor Dumas entiende que el procedimiento colérico se puede enseñar como un paso de contradanza, y sin querer conocer los temperamentos, los caracteres, las condiciones, hace para la infinita diversidad de las desesperaciones un catecismo uniforme.

Y—¡riamos!—ese catecismo que concluye en la muerte, ¿cuándo quiere el señor Dumas hijo que los maridos, curiosos de esa materia, lo estudien y anoten? Si el señor Dumas hace un tratado y una ley de muerte, con argumentos y ejemplos, es para que los maridos lo lean, aprendan la ley, se convenzan, se apropien esa idea y se fijen en la memoria ese procedimiento. Pero ¿cuándo, en qué momento preciso de su matrimonio? No puede ser inmediatamente de casarse. ¿Qué marido es lo bastante torpe para ir al día siguiente de la boda, viendo a su mujer apenas salida de la virginidad, casada y, merced al vínculo eclesiástico, sagrada, a estudiar muy tranquilamente en el señor Dumas lo que debe hacer cuando ella sea adúltera? No puede ser tampoco en el momento de la revelación, porque resultaría raro que un marido, al sorprender a su mujer con Arturo, les dijese:

—Señora esposa y señor amante: voy a mi biblioteca a consultar unos autores, y mañana les comunicaré el destino que les reservo; ¡tengan

la bondad de entregarme los documentos de la infamia y un diccionario!

*

En cuanto al adulterio, esencia de la cuestión, no queremos privar a las curiosidades inteligentes de algunas pequeñas notas que no resuelven, pero que explican.

La mayor parte de la gente imagina que para una mujer esta idea, e incluso esta palabra, *tener un amante*, significa muy sencillamente *tener un hombre al que aman*.

En modo alguno; sólo muy pocas, las descendientes de Fedra, piensan en el hombre. Para la generalidad de las mujeres, *tener un amante* significa tener una cantidad de ocupaciones, de hechos, de circunstancias, a las que, por su organismo y por su educación, encuentran un encanto inefable. *Tener un amante* no es para ellas abrir de noche la puerta de su jardín. *Tener un amante* es tener la feliz, la dulce ocasión de estos pequeños quehaceres: escribir cartas a escondidas, temblar y sentir miedo; cerrarse a solas para pensar tumbada en el sofá; experimentar el orgullo de poseer un secreto; sentir esa idea de ella y de su amor, acompañando como una melodía todos sus movimientos, la *toilette*, el baño, el bordado, el peinado. Es estar en un salón lleno de gente, y verle a él, serio e indiferente, y estar sólo ellos dos en el encanto del misterio; es buscar una flor determinada que se convino luciría ella en el cabello; es estar triste por ideales amorosos los días de lluvia, al lado de la chimenea; es la felicidad de ir melancólicamente en el fondo de un cupé, ¡y hacerse la *toilette con intención*, el mayor de los placeres femeninos! Etcétera.

Estas pequeñas cosas, que llenan su existencia, que la complican en color de rosa, que la idealizan, son su gran atracción. Es lo que ellas aman. Al hombre le aman por la cantidad de misterio, de interés, de ocupación novelesca que da a su existencia. Además, aman el amor. Había mucho de ese sentimiento en las místicas y en las antiguas esposas de Jesús. Amaban a Dios porque El era el pretexto del culto.

Por eso precisamente se explica una cosa que sorprendió a Taine. Y fué que en su último viaje a Inglaterra, contaban entonces las crónicas íntimas que en toda la numerosa aristocracia inglesa que pasa la *season* (1) en Londres, ¡sólo había un adulterio! Y, además, ¡qué lujo, qué idealismo, qué ocios, qué exquisiteces sensuales, qué excitaciones de lo *chic!* Taine explica esto con muy sutiles razones, agudas y profundas: temperamento, publicidad, buena salud, rectitud de ideas, etc. Se le olvidó una razón, la más inglesa. Que la ladi novelesca, sensible y fría, lo que pretende sobre todo y exclusivamente en el amor son sus ocupaciones, es su melancolía. La inglesa, con su saludable encarnadura, sus francas risas, sus cabellos sueltos e impertinentes, su higiene, sus carreras de caballos, su virilidad de pensamientos, conserva, sin embargo, bajo su ímpetu excéntrico y resuelto, en el fondo de su pecho, como la humilde flor del secreto, una punta, una semilla de melancolía. Algo vago, heredado de Ofelia, ossianesco, como exhalado por el arpa de Erín, ha quedado en el fondo de esas naturalezas femeninas de los países rubios.

(1) Como se sabe, la «temporada» londinense por antonomasia, la época del año en que se halla la corte en la capital inglesa, abren todos los teatros y se celebran las grandes fiestas. *Sic* en el original.

La inglesa no puede dejar de tener esa melancolía de ciertas horas, tierna y azulada, lo que ella llama con ciertos finos primores *tener el corazón en vilo*. De tal suerte, que de mil señoras de la aristocracia inglesa, de las que tienen la juventud y el espíritu del sentimiento, una podrá tener un amante y sus pecados, pero las restantes se contentan con tener *el corazón en vilo*.

De todo esto se desprende una consecuencia lógica: buscando una ocupación al espíritu disponible de la mujer se impedirá que busque ella las ocupaciones del amor.

Hoy se hace precisamente lo contrario.

*

Hoy la mujer es educada exclusivamente para el amor o para el matrimonio, como realización del amor. Claro es que, como Dumas, hablamos de las clases ricas e improductivas.

Es fácil de ver. ¿Qué se le enseña desde el momento en que la mujer pequeñita de siete años, de puntillas, ante el espejo, con su faldita ahuecada y su polisón infantil, se da polvos, riendo con sus dientecillos blancos de ratón?

Se la educa primero el cuerpo para la seducción. No con la gimnasia, esto empieza ahora solamente como una imitación inglesa, sino con la *toilette*; la enseñan a vestirse, a andar, a sentarse, a recostarse con todas las gracias más sensibles, a dominar las maneras, a ser un espectáculo, a vencer al novio. Se la enseña el arte sentimental e inútil de bordar flores y pájaros; el bordado es la más perniciosa excitación de la fantasía; sentada, inmóvil, curvada, pinchando delicadamente el cañamazo, el vuelo inquieto de las imaginaciones y de los deseos, palpita a su alrededor como un enjambre de abejas; y esto es lo que pierde a las rosas, como dijo un viejo poeta ascético; porque la rosa no puede huir, andar, sacudir el enjambre, y es siempre herida en el cáliz.

Después la enseñan música, piano, canto, Bellini, Donizetti, todos los amorosos. La música clásica, los viejos minués, los motetes, las fugas, las arias simples, constituían una serenidad para el espíritu, un correr de agua fresca. Los románticos son como una llama impaciente. Se le prepara así un medio de seducir, de impresionar, de adormecer, y se le proporciona algo de la habilidad de las sirenas. Y luego, ¿cómo es educado su espíritu? Con la novela, que la describe el amor; con el teatro, que lo dialoga; con la ópera, que lo suspira; con la opereta, que lo silba.

En el mundo, en las *soirées*, bajo el gas de los salones de baile, en la intimidad de las mujeres, ¿qué intereses va a encontrar? ¿Los de la política? ¿Los de la ciencia? ¿Los del arte? ¿Los de la economía doméstica? ¿Los de la guerra? Seguramente que no: los del amor.

¿Qué dice el lujo, por medio de las crujientes sedas, de los casimires, de las pedrerías, del escaparate de las tiendas, de los fantásticos encajes, de los tacones Luis XV, de la blanda penumbra de los cupés? Amor.

¿Qué idea le producen la familia, la maternidad? El encanto de un amor legítimo.

¿Qué le enseña la misma religión? El amor. ¿Lo dudan? Ahí van unos trozos de un libro de oraciones aprobado por el señor arzobispo de Ruán, traducido íntegramente:

«*Acto de deseo.*—¡Oh, ven, mi bien amado, carne adorable, mi delicia, mi amor, mi todo, mi aliento! ¡Mi alma impaciente enloquece por ti!

»*Acto de amor.*—¡Al fin tengo la dicha de poseerte! Abrázame, quémame, consúmeme, con tu amor. Jesús es mío, el bien amado es mío.»

¿Qué les parece? Aprobado por monseñor de Ruán, el cardenal Bonnechose, príncipe de la Iglesia. Es un catecismo francés, casi un catecismo universal. Se trata del amor de Jesús, dirán; ¡pues también sería excesivo si se tratase de Arturo! La Iglesia no lo hace a propósito, dirán aún. ¿Quién lo duda? Ni por un momento hemos desconfiado de la austera intención de la Iglesia. ¡Pero también inocentemente y sin intención dejan las madres a los niños junto a la lumbre, y cuántas veces arde la casa!

¿Quieren saber ahora cómo hablan y piensan las mujeres educadas en ese elemento ardiente? Vean la última obra de Octavio Feuillet, el casto, el púdico, el católico, el que escribe para las vírgenes aristocráticas y rubias del *faubourg* Saint-Germain. Feuillet pone en boca de una muchacha de quince años, educada en un convento, azucena cubierta de encajes, paloma, armiño, nieve, estas palabras: «¡Adoro a los muchachos para bailar valses con ellos, pero no para maridos!» ¡Y en el anfiteatro, viejos sargentos de caballería se sonrojan hasta las charreteras!

¡Santo Dios! ¡Nosotros no somos bromistas! Decimos la verdad. Además, como no tenemos la responsabilidad de la corrupción humana, no huímos tampoco al desierto. ¿Quién es el que dijo que el infierno era un lugar muy interesante? Fué Brantôme. Pues era un sabio.

En esa educación de la mujer una sola cosa es profundamente buena: *el vals*. Y es precisamente lo que más le prohibe una moralidad vulgar. El vals es higiénico, moral, depurador, educador y positivo.

Un higienista célebre recomendaba a todas las mujeres, de los catorce años para arriba, dos horas de vals al día. Los movimientos rápidos, galopados, fuertemente agitados, la transpiración igual y otras circunstancias, hacen del vals un ejercicio radicalmente saludable, casi igual a la gimnasia: desarrolla la firmeza del andar, la solidez de las articulaciones, hace circular profusa y regularmente la sangre, robustece el pecho, ejercita y excita la facilidad de la respiración. Es un grato medicamento contra la anemia, la palidez, los sudores. Y es, sobre todo, una fatiga. Toda mujer que no se cansa, idealiza. El vals da unos buenos sueños, saludables y frescos; un apetito inglés. Produce en las muchachas una buena alegría de ave que vuela. Se han visto dolencias feneminas inexplicables curadas con un vals. Los buenos valses son los de Strauss, ágiles, alegres, radiantes, movidos, firmemente deslizantes, que tienen algo de ataque y mucho de victoria.

El vals es moral y educador, porque acostumbra a las mujeres a tener una idea positiva y burguesa de los hombres. Por eso los románticos, los nietos de Byron y de don Juan, no valsaban: pálidos, recostados en el marco de la puerta, con la corbata de raso negro, la mirada triste y dominante, los dedos errabundos por los largos bigotes sentimentales, permanecían inmóviles en todo el encanto de su misterio, emanando novelería. El hombre que en la frescura de su *toilette*, con su piel tersa y sonrosada, el clac debajo del brazo, sereno, lozano, perfecto, intacto, conversa y ríe en un baile, puede excitar el sentimiento; quien nunca lo excitará es el valseador, con la piel brillante, la frente goteando sudor, la respiración anhelosa, jadeando pesadamente, con la nariz reluciente,

los faldones de la levita revoloteando, las piernas saltarinas como las de un saltamontes que va a sus asuntos, un aire enfurruñado, todo rojo, feliz y grotesco. La mujer mira y sonríe. Porque ella no pierde la gracia, si la tiene, y el jadeo le presta delicadeza, todos los abandonos del ave cansada. Además de eso, los vestidos amplios, arrastrando, leves, han sido hechos para el vals, y lo acentúan como un aleteo. De modo que puede reír, legítimamente, desde lo alto de su encanto, del pobre hombre que a su lado resuella, enrojecido y extenuado. Y, además, el hombre que valsea, ¿puede tener ingenio? Lo que le saldría, naturalmente, por la boca, si la abriese, no serían las gracias, sino los bofes; por eso él, duro, cerrado, sudoroso, guarda dentro de sí para su uso, cuidadosamente, el chiste y las entrañas.

En el vals, la mujer hace poesía del movimiento; el hombre, una farsa. El hombre, además, no debe nunca bailar: su movimiento son las armas, la lucha, el salto, la gimnasia; ya Napoleón lo decía. El Oriente, tan profundo y tan sutil, comprendió esto admirablemente: allí, las mujeres danzan solas; el hombre, recostado en el diván, contempla y fuma el *chibouk*.

¡Valseen! ¡Valseen! Y crean que esta glorificación es desinteresada: el que escribe estas líneas no valsea. Valseó. Valseó un día. Era de madrugada, al final de un baile organizado muy lejos de aquí, al Oriente y al Occidente. Valseó con un negro. En el salón desierto, iluminado y centelleante como una visión del sultán Achmed, cuatro personas asistían gravemente a aquel vals solitario: un jefe de tribu de los confines de la Nubia, inmóvil en su túnica de lino e hilo de oro; lord C***, que acaba de morir en Florencia; un sabio doctor prusiano, mademoiselle J*** *des Bouffes*, y un capitán de artillería inglesa, que miraba seriamente montado encima de un criado. ¡Y tantas añoranzas le han quedado al que esto cuenta de aquel vals, que así como el rey de Thulé no bebió nunca más, él no valseó nunca más!

Y ¿qué se hace de esta mujer entera y exclusivamente educada para el amor? Esta mujer así formada se casa. El marido ¿va, seguramente, a dar a esta naturaleza que surge curiosa, impresionable y agitada, una ocupación que la absorba y que la colme? No. Es en la clase acomodada; el marido intenta apartarla de todo trabajo, de todo movimiento, de toda dificultad; la facilita la vida alrededor, y la deja en medio, aislada, débil y tierna, abandonada a la fantasía, al ensueño y a la llama interior; la peinan, las doncellas la visten, el ama de llaves rige su casa, el ama cuida de los hijos, las sirvientas arreglan los cuartos, el marido gana dinero, la modista le hace los vestidos, un blando cupé anda por ella, un periódico de modas piensa por ella. ¿Qué le queda a esta infeliz criatura, encogida en el tedio de su *causeuse?* Le queda su genuina ocupación, la que la enseñaron y en la que es perfecta: el amor.

Si el marido se mantiene como un amante, bien. Pero si el marido, naturalmente, como debe ser, se ocupa de sus negocios, de su despacho, de su política, de sus valores, de su club, de sus amigos, mal. Ella, claro es, hace lo mismo que un amanuense que, teniendo por profesión escribir, cuando ha escrito la primera hoja de papel, coge otra para seguir escribiendo.

Esta es la verdad.

*

¿Quieren una prueba? Pues que las mujeres más ocupadas son las más virtuosas. Esto es evidente en la pequeña burguesía, en el mundo proletario, en las clases agrícolas. Los adulterios allí, de no ser en temperamentos excepcionales, son casi todos originados por la necesidad y la pobreza. Otra prueba es que Lisboa es una tierra de mujeres virtuosas. Se podrán reír los incrédulos de la ciudad, *les rieurs de la ville*, como decía Tallemant des Réaux. La verdad es ésa, y la razón es que Lisboa es una tierra pobre; la mayor parte de las familias son de empleados públicos, y, por tanto, las mujeres, sin criadas, sin ayas y sin coches, tienen, desde la mañana a la noche, el rudo trabajo de dirigir una casa; tienen que vestirse, que lavar a los hijos, que arreglar la ropa, que tomar la cuenta, que hacer sus compras; y su día está *lleno y atareado*.

Una mujer fatigada así, llena de pequeñas preocupaciones, de atenciones caseras, de economías, de llaves, no tiene tiempo para el sentimiento. Su naturaleza se vuelve excesivamente práctica, positiva, doméstica, hostil a la fantasía y a sus galanteos. Además de eso, viendo al marido sobrecargado y sosteniendo con la firmeza del trabajo *aquella nave*, siente por él un gran respeto. El matrimonio se convierte así en una asociación de trabajo. La mujer adquiere una alta idea de su misión. Viéndose centro de actividad en la casa, que es necesaria a todos, que su presencia consuela, que su valor fortifica y que por su trabajo y su orden la familia está cómoda, aseada, satisfecha, alegre, júzgase y tiene un orgullo de providencia, reina verdaderamente, y ni por todos los encantos querría disminuir en la estimación de su pequeño mundo honrado.

Además de lo cual, aunque fuera sentimental, lo que es sumamente raro, las condiciones de existencia burguesa la defenderían como murallas.

Las casas son pequeñas, el contacto con la familia permanente, a todas horas, en las mismas habitaciones; se hace imposible cualquier connivencia secreta con el exterior. No podría siquiera guardar mucho tiempo un secreto en el corazón: la familia lo adivinaría en la preocupación del rostro, en la voz y en el silencio.

Dése a la mujer un alto interés doméstico y se le dará una virtud invencible. Désele una casa que gobernar, una familia que dirigir, y ella encontrará en su corazón más valor para ser virtuosa que el que nosotros encontramos para ser honrados. Pero si el marido hace de su mujer una amante *mignonne* y lujosa, si la convierte en un leve melindre, en un goce de voluptuosidad; si hace de ella un adorno de teatro y casi una beldad pública; si la quiere como una sultana de Georgia, que se transporta en los brazos, en ese caso está mal, y entonces el risueño Offenbach se adelanta con su batuta y su cuplé picaresco y le aconseja que no entre nunca en casa sin avisar previamente.

Proudhon dijo que la mujer sólo tiene un destino—*menagère ou courtisane*—: ama de casa o hembra de placer.

Sería largo de explicar la alta moral que esta frase encierra; pero si a los maridos les basta un resumen terminante y firme, diremos que cada cual encargue a su mujer que rija su casa y que la dispense de regir la moda. Cuando hablamos así de la *moda* con irreverencia, no queremos decir que la mujer no cuide de su belleza. Muy al contrario. ¡Para la mu-

jer la belleza es el más alto de sus derechos y el más serio de sus deberes!

*

Dedicar a la mujer a las ocupaciones familiares: he aquí lo que nos parece más genérico para evitar la disolución del matrimonio. Sin embargo, si nos preguntan directamente sobre el adulterio y sus motivos, pedimos que observen lo que sucede en las costumbres.

*

Es curioso el espectáculo. El adulterio es un hecho aprobado por la opinión. ¿Quieren la prueba? En el adulterio intervienen el seductor, dándole este nombre clásico; la mujer y el marido. Veamos cómo se consideran ellos a sí mismos: conciencia propia y conciencia pública.

Veamos el seductor. Decía Napoleón: «El adulterio, que es un acto tan grande en el código y en la moral, no es en la vida real más que un entretenimiento de baile o una distracción de teatro.» Profunda frase. El solterón, sentado en su butaca en un entreacto, aburrido, se fija en cierta mujer, que le impresiona por el color del pelo o por la hechura de su *toilette*: de aquí surge a veces una tragedia. Sin embargo, el soltero, el dandi, el petimetre, está en su tarea habitual. No es para disolver la familia ni para provocar desastres por lo que él está allí con guantes grises, sino para justificar su elegancia. Está en las costumbres. A nadie le extraña.

El soltero no es el verdugo oficial de la felicidad conyugal. Es un buen muchacho, es un *dilettante*, es un ocioso, es un voluptuoso. Su distinción honra la civilización y el lujo; la ciudad siente a veces orgullo de él; Alcibíades, pisaverde, fué una gloria de Atenas, y Plutarco lo ha contado. No la mira el soltero por maldad: es por obligación de su oficio, por *deber de oficio*. No es con una intención fatal por lo que *hace su corte* a una mujer; es porque si conoce a una mujer, si es recibido en su casa, tiene la obligación de *hacerle su corte*. *Hacer su corte*—es preciso que lo sepan ustedes—es cosa muy distinta de *hacer la corte*.

Hacer la corte es mirar desde lejos, seguir, adivinar a la mujer, intentar hablarle, mostrar una actitud sentimental. Si el soltero *hace la corte* es porque no pertenece a la intimidad de la casa, o es blanco de las sospechas maritales. Actúa de lejos, con amplios vuelos. No es peligroso.

Otra cosa, sin embargo, es el soltero que *hace su corte*. *Hacer su corte* es sentarse junto a una mujer, buscarle una conversación interesante, provocar su ingenio, darle el brazo a la salida, ponerle la capa con las puntas de los dedos. Se dice muy legítimamente a un marido: *Voy a hacer mi corte a tu mujer*. En modo alguno se le diría, so pena de unos bastonazos: *Voy a hacer la corte a tu mujer*. El que hace su corte es siempre íntimo de la casa: tiene su cubierto puesto, ríe en secreto con *madame*, le lleva ramos de los que saca un capullo de rosa para ponerlo en el ojal del marido, entra en el palco y le dice: «Si quieres, sal a fumar; yo me quedaré haciéndole mi corte a tu mujer.» «¿Dónde está Fulano?», le preguntan en el pasillo al marido que fuma. «Se ha quedado en el palco haciéndole su corte a mi mujer.»

El que hace *su corte* va con ella a las tiendas, la trae el vals y el escándalo del día, la cuenta al oído la

trama de la ópera, y es él quien, cuando el marido lo encuentra saliendo del cuarto de su mujer, le dice:

—He estado haciéndole mi corte a tu mujer.

—¿No quieres quedarte a comer?

—No. Voy a hacer todavía mi corte a Fulana.

¡Oh bandido! ¡Oh buen muchacho!

Ahora bien: este hombre, que—por decirlo desde ahora—es el amante, ¿cómo es considerado por la opinión? Magníficamente. Bien recibido, rodeado de brazos abiertos, tomado como modelo y como maestro por los solteros, envidiado por los maridos encadenados al matrimonio, como un ave que vuela puede ser envidiada por una col inmóvil, mirado curiosamente, intencionadamente, miedosamente por las mujeres, se convierte en el centro y adquiere en su mundo una actitud triunfal.

Así, el haber tenido cierto número de amantes, esto es, haber desorganizado cierto número de familias, es en la moral contemporánea un *chic*. En la moral antigua tendría las penas infamantes de la mutilación. Hoy es un *chic*. Es más: es un complemento de la educación. En la *Princesse Georges*, la madre, la marquesa, dice del príncipe de Birac: «Es un hombre de bien que viajó y tuvo ese número de aventuras *que forman parte de la educación*, pero las tuvo en su mundo.»

Esta frase es una placa fotográfica de la opinión moderna. Y quien la dice es una mujer honesta, atenta a la devoción. Ahí tenemos, pues, que haber seducido a algunas mujeres casadas es, en la juventud de un hombre y para garantía de su destino, tan indispensable como haber aprendido la gramática; y puede decirse de las perfecciones de un *gentleman*: «Ha perdido una madre de familia y sabe los verbos.»

El hombre que no tuvo nunca una amante casada es, según la apreciación mundana, ligeramente ridículo, *filósofo, grotesco*; se le niega experiencia femenina y pasa a la situación hosca y agreste de *bicho raro*. Esta es la opinión en los cafés. Y la opinión de los salones no le es más favorable; es considerado como un torpe y un colegial sin valor; si no interesó ni hizo palpitar a nadie, es porque carece de ingenio, de originalidad, de belleza, de *toilette*, de discreción; es un inútil, es un seminarista extraviado; se le atribuye falta de valentía y de dominio; se le concede esa indiferencia con que se mira *a las cosas sin dueño*. Pero si ha tenido una amante con publicidad y relieve, ¡ah!, es un hombre. Su fisonomía interesa y exhala misterio. Si ha tenido tres, es un *as* de la moda, se convierte en una celebridad, goza de la sonrisa esclava de las mujeres y de un cargo del Estado. Si ha tenido más y algún marido muerto en desafío, es el caso de Cade Rousse, queda en una civilización como el tipo perfecto de la flor y nata de los valientes. Y así, la gloria aumenta con el número de seducciones, hasta don Juan, que, por haber tenido mil, es cantado por los poetas, escogido por los pintores como la expresión del ideal, puesto en música por los maestros divinos, y se convierte en el símbolo; y después de cuatrocientos años, todavía su leyenda hace suspirar de amor.

Y si el «león» envejece, no es abandonado como el de La Fontaine. La protección femenina le sigue como un amparo providencial. Es colocado en una Embajada o en el Senado: el Estado se encarga de él como de una gloria pública; y como Romieu, después de gobernar las alcobas, va a

gobernar las provincias, o como el duque de Morny, va a reposar de las almohadas de los *boudoirs* en la poltrona de primer ministro.

Y, en fin, detalle fatal, no hay madre que no desee para su hija, ni hay hija que no desee para ella, un hombre *que ha pasado ya los primeros ímpetus*; es decir, desea que, para dar garantías de felicidad a su familia, haya gastado ya de antemano la impaciente llama. ¿Dónde? ¡En las familias de los demás!

Siendo así la seducción una alta gloria, es evidente que todos desean la aureola perfumada, y que todo joven de veinte años, libre del reclutamiento, que cree tener un poco de talento y de ropa blanca, arremete *badine* (1) en ristre en el movimiento amoroso, lo cual origina, como diría Marivaux, una bandada de milanos sobre las tiernas palomas.

Peligro que no tenemos en Portugal, cosa que acentúa nuestra virtud. Aquí existe el soltero, pero no existe el «león». Y no es difícil a la mujer más débil resistir al encanto del Lovelace nacional; porque el soltero está en las oficinas del Estado o en las cuadras. Los de las oficinas son excelentes muchachos, con buena letra, espíritu de orden, buen pulso en el billar, muy entendidos en españolas; pero están realmente lejos de tener, en lo referente a ingenio, distinción, petulancia, réplica, sentimiento, valentía, esa alta superioridad que hacía levantarse a madame Récamier dos dedos sobre su eterno sofá de damasco amarillo.

En cuanto a los que están en las cuadras, son también excelentes, dignos, perfectos, pero consagrados por entero al ganado.

De modo que por ese lado, oh hijas de María, Satanás anda lejos.

(1) En sentido directo, bastoncito delgado y flexible. En sentido figurado, jovial, burlón, el que le gusta bromear. *Sic* en el texto.

XXXIV

LOS SEÑORES OBREROS Y SUS HUELGAS

Octubre de 1872.

Señores obreros: poco tenemos que decirles, pero no queremos dejar de felicitarles por el buen resultado de sus huelgas. Ni apreciamos menos la actitud que tuvieron, llena de un espíritu fraternal, de una resuelta moderación y de esa tranquilidad, que es la mejor garantía de que posee uno el derecho.

Los señores están en su momento histórico.

Nosotros, los que pertenecemos al *tercer Estado*; nosotros, que aún no hace cien años dejamos por primera vez de arrodillarnos cuando hablábamos en el salón de los Estados Generales, ante el rey inmutable y sagrado bajo su dosel de armiño; nosotros, que hace poco aún, en la noche del 4 de agosto, rechazábamos hacia la arqueología los privilegios aristocráticos; nosotros, que hace sólo noventa años estábamos rumiando tranquilamente nuestra autoridad en lo alto de la ciudad, he aquí que comenzamos a descender lentamente, ¡porque se acercan los señores! ¡El *tercer Estado* se va; el *cuarto Estado* viene!

Y hace poco aún, en España, el señor Martos, ministro de Asuntos Extranjeros, anunciaba en el Congreso su llegada oficial, diciendo: «¡La revolución de septiembre es el advenimiento del cuarto Estado!»

Pero los señores obreros fueron más felices que nosotros. Nosotros logra-

mos obtener la ropa blanca independiente que hoy llevamos ¡después de unos cuantos siglos de trabajo consciente! ¡Los señores obreros son unos novatos!... Hace treinta años aún, en 1848, la presencia del obrero Albret en el Gobierno provisional era la primera aparición muda e instintiva de vuestro pavoroso mundo. ¡Parece increíble! ¡Y estamos en el 72 y vamos ya bajando hacia le penumbra histórica, nosotros, los hijos de Robespierre!

Paciencia. Les vamos dejando la tierra. Resignémonos. Descendamos. ¡Venga tu brazo, Melicio!

Pero, señores obreros, no se regocijen ustedes excesivamente, pues tienen su día, pero tendrán su fin; y ya, por detrás de los señores, que son el *pueblo*, vemos nosotros una aterradora sombra que murmura y rezonga, el *populacho*.

En fin, señores obreros, en medio de sus triunfos queremos someter a su atención algunas consideraciones. Y la primera es que no se deben juzgar los señores los más oprimidos de la ciudad. Porque donde existe el empleado público, nadie ocupa el pináculo de la desgracia. Y si su Fraternidad Obrera no los puede contar en su seno, lamentables como el polvo y como el polvo abandonados, no habrán unido los señores a ellos el verdadero proletario, el proletario burgués. Los señores hablan de su derecho, y reclaman su derecho, lo reclaman con huelgas, lo consiguen con cotizaciones; pero la verdad es que muchos de esos señores obreros no son desgraciados. En Portugal, las industrias son casi todas privilegiadas; la importación está muy limitada por los impuestos aduaneros, de tal modo, que el promedio de salario de esos señores es de unas tres pesetas diarias, aunque algunos ganen hasta cinco. Y, además, los señores viven en casas baratísimas, van perfectamente con chaqueta, sus mujeres llevan con mucha gracia el percal simpático de los tiempos sencillos, sus hijos van a aprender un oficio y ganan en seguida; los señores no reciben visitas, ni van a teatros, ni a convites, porque gozan de las ventajas de la vida pobre; tal vez no coman carne todos los días, lo cual es muy lamentable; pero muchos funcionarios públicos tampoco la comen. Hay que añadir ahora que éstos, por ejemplo, la clase infinita de los escribientes, con sus sueldos de dos a tres pesetas, tienen que vivir en un piso de la Baixa, e ir ellos, sus hijos y sus mujeres vestidos con cierta decencia, de paño y seda; que mandar a sus hijos a colegios y que soportar todas las desventajas de su posición oficial. Esto, en breves palabras, sin trazar un cuadro más minucioso y realista de la vida de un empleado público, les hará comprender que la pequeña burguesía es más pobre que el proletariado; que ella, viviendo bajo el peso feroz de la carestía de comestibles, de la usura, no puede, sin embargo, declararse en huelga, y que, por ejemplo, un oficial primero de negociado es más pobre y mucho más proletario que un obrero pintor de carruajes, cuyo salario puede llegar a dos duros diarios casi. Verdad es que un pintor de carruajes es la excepción; pero el director general no es tampoco la regla corriente.

Si además de los empleados públicos, lo cual puede parecerles un paralelismo humorístico, los señores se acordasen de las clases agricultoras y de la miseria de los obreros del campo—y no sabemos si decir que ellos, criados en la saludable educación de la tierra y del cultivo, nos merecen más simpatías que el

proletario de la ciudad, que tiene una cortesía de mal agüero—, verán que, en fin de cuentas, al otro lado de los señores existe mucha miseria callada, que debería hablar.

Otra cosa les pedimos, sin embargo, con todo empeño, y es que estudien mejor sus huelgas. Porque teniendo los patronos el medio de desquitarse del aumento de salario que los señores les exigen, aumentando el precio de venta a los consumidores, no vayan los señores, por excesivas huelgas, a causar un encarecimiento general; de tal modo, que ocurra este hecho impertinente: los señores van a ganar un real más al día y a gastarse dos reales más en lo que consumen. Vean cómo una parte de los hombres eminentes de la Internacional, quizá los más científicos, se están oponiendo a las huelgas, las cuales dieron ya en Inglaterra, para los obreros, un resultado igual al que obtiene un hombre que arroja una piedra al aire y ésta le viene luego a partir su propia cabeza. Así, por ejemplo, los señores llámanse la *Fraternidad Obrera*. Si son hermanos, no deben dejar en una miseria atroz a sus hermanos los trabajadores de los campos; pero si hubiese una huelga agrícola, los señores de la ciudad sufrirán inmediatamente un alza tal en los géneros de primera necesidad, que no cubrirán con todas las huelgas industriales el desastre que les causó la huelga agrícola. Y ésta, además, es de una justicia irrecusable, sólo que los arruina. Estudien, por tanto, esta cuestión pavorosa. Pero estúdienla. No canten en demasía el fado. El fado es muy bonito. Pero no es enteramente con la guitarra como los señores conocerán la cuestión del salario. Y fíjense que esa cuestión encierra una cosa positiva y clara: el hambre. Estudien, consulten con los experimentados, que por residir en los grandes centros industriales tienen la plena inteligencia de la ley económica de las huelgas. Los señores han de llegar y vencer. Es una ley histórica. Nadie lo niega. La cuestión está toda en el *medio*. Estúdienlo bien y pacíficamente.

Otra cosa les pedimos, señores obreros: y es que refrenen ciertas inclinaciones que van ustedes mostrando hacia la literatura. Aparecen aquí y allá, en los anuncios, prosas de obreros que, en términos poéticos y con mucha retórica, dan las gracias a los patronos, expresan su derecho o provocan su opinión. Los señores obreros no tienen que hacer prosa. Prosa la hacemos nosotros, y es incluso una de las causas por la que tendremos que responder amargamente el día del juicio social. Los señores obreros lo que hacen es producción e industria. Sin embargo, si ellos, bajo su dignidad de obreros, ocultan sólo organizaciones de corresponsales de provincias, tengan la bondad de esperar ahí un momento, que vamos a buscar los bastones.

Nos reiteramos, señores obreros, sus fraternales amigos y antiguos admiradores.

XXXV

EL SOLDADO BERNABÉ

Octubre de 1872.

Ocurrió recientemente un hecho singular: el soldado Bernabé mató a su alférez de un tiro y fué condenado por un Consejo de guerra a *ser pasado por las armas*. Inmediatamente la Prensa se apodera vorazmente del caso, y durante un mes se

entabla entre sanguíneos y linfáticos esta discusión: ¿debe ser fusilado el soldado Bernabé? ¿Debe dejársele vivo? Y, entre tanto, en su calabozo, el soldado Bernabé espera que los señores periodistas y curiosos decidan si puede él seguir calentándose al sol o si debe ser apoyado en un poste y acribillado a balazos.

Podía suponerse también que el soldado Bernabé, en la reclusión mortuoria de su celda, no conocía esta discusión, que es para él, alternativamente, bandera de misericordia y toque de difuntos. ¡Pero cómo! El soldado Bernabé conoce los periódicos. El soldado Bernabé lee los periódicos, y, lo que es peor, habiendo un reportero improvisado una anécdota excesiva sobre él, el soldado Bernabé se dirigió a los periódicos. El soldado Bernabé *rectificó*. De modo que debemos creer que él todas las mañanas abre su diario y busca en el artículo de fondo, deletreando la prosa florida, ¡la probabilidad de vivir o la probabilidad de morir!

*

Ahora bien: los que piden la conmutación de la pena se comprenden. Tienen a su favor la belleza del sentimiento: es la piedad, el respeto a la vida, el odio a las penas irreparables, los que alientan y suplican en su prosa. Son simpáticos, son sensibles.

Pero los señores sanguinarios que piden la muerte, ¿en qué se fundan?

En la disciplina militar.

Es la primera vez en Portugal que la Disciplina se estrena como *razón*. Nunca había sido invocado este personaje: desde la deserción del soldado hasta la sublevación del general, todo había ocurrido tranquilamente, sin que la Disciplina se adelantase a reclamar sus derechos; estaba hace tiempo tan callada, tácita, inactiva, indiferente, desinteresada, que todos suponían que habría pedido el retiro y que gemía en los suburbios con un antiguo reuma. Pero trátase de una vida y vemos de repente sorprendidos aparecer a la Disciplina entre las columnas de los diarios y pedir esa vida en su nombre y para su garantía. Sin lo cual la Disciplina no responde de sí. O le entregan al soldado Bernabé acribillado a balazos, o la Disciplina se rebaja entera y públicamente en las calles, se rasga su ropaje.

*

Esta aparición de la Disciplina, que nadie vió nunca, es tan singular, que el movimiento instintivo es mirar hacia ella. ¡Y qué desilusión! Viniendo en demanda de sangre, podía suponerse que vendría fuerte, musculosa, aseada, correcta, intacta, púdica y seria. ¡Quia! Viene baldada, ridícula, desharrapada, mugrienta, tundida, babeante y pidiendo sangre para fortalecerse, como un mendigo famélico pide un caldo. ¡Un vaso de sangre para la Disciplina! ¡Y todo el mundo se asombra de que ella no prefiera medio de tinto!

Entendámonos con la Disciplina. Tiene ella en nosotros dos veneradores inmutables. Es el honor activo del ejército, su conciencia, su dignidad. Para mantenerse intacta y perfecta, si fueran necesarios cadáveres, recuéstense hombres en el paredón y que forme el piquete de ejecución; nosotros no sentimos el respeto sentimental y lírico de la vida humana; antes sentimos el respeto excesivo de la vida pública y social para vacilar en sacrifi-

carlo a Bernabé o a Juan. Pero lo que es necesario es que la Disciplina militar, que viene a pedir esa vida como garantía de su conservación, sea verdadera y legítimamente la disciplina militar; esto es, la disciplina perfecta, sin mancha, virgen de deserciones y de alzamientos, sin defecciones ni traiciones, teniendo la religión de la ley hasta la superstición, la obediencia del deber hasta la minuciosidad, rigurosa, ejemplar, intacta, rígida y prusiana. ¡Si esta disciplina, para mantenerse así, pide sangre, arrójensele baldes de sangre!

Pero si es una disciplina degradada y desmoralizada, desfigurada y mancillada por todas las sediciones y todas las desobediencias la que nos viene a pedir, para desagraviarse, la ejecución de un hombre, encojámonos de hombros. Es como si una prostituta viniese a quejarse ¡de que le hubiesen dado un beso más! ¡Pero si la Disciplina lo ha soportado todo sin quejarse! Cuerpos desorganizados, regimientos sublevados, desórdenes en los cuarteles, relajación en las costumbres, traiciones en las filas, robos en los armamentos, desfalcos en los ranchos: está herida, está muerta, está perdida, ¡y de repente se alza y grita que la quieren violar y que maten al violador!

¿Cuántos años hace que te estás dejando violar, semana tras semana?

Eres tú quien haces los Bernabés. Cuando un ejército se siente desorganizado y no reacciona, fomenta la desobediencia; y como pierde el brío militar, el espíritu de camaradería, la solicitud hacia los inferiores y el respeto hacia los superiores, termina por el tiro; a la anarquía de la disciplina síguele la tiranía de la brutalidad. Un general que lleva a sus soldados a la insurrección, acaba en la última escala por el soldado que dispara tiros contra sus oficiales. Es cuestión únicamente de ver quién tiene mejor puntería.

Cuando una mujer se queja, a la una de la noche, de que la han insultado, no debe de haber estado desde las siete ofreciéndose a los jaleos. Si a la primera falta contra ti, ¡oh Disciplina!, hubieras reclamado, te correspondería ahora tu cadáver. Así, no. Si quieres carne con sangre, come rosbif.

Dicen que sin este ejemplo el ejército en Portugal no puede teñer *seriedad*. Esto se escribe. No está mal. De modo que tenemos el ejército sin espíritu militar, sin instrucción, sin maniobras, sin hábitos de marcha y de campamento, sin vigor físico, sin fe patriótica; los arsenales, sin armas; la artillería, sin piezas; los cuarteles, sin condiciones; las oficinas, sin regularidad; los cuadros, sin gente; los estados mayores, sin talento; los coroneles, sin fidelidad: los soldados, sin disciplina. ¿Y cuál es el remedio de todo esto? ¡Matar al soldado Bernabé!

*

Nosotros bien sabemos que son los nuevos oficiales salidos de las Academias, y llenos de un espíritu vivo, quienes quieren este ejemplo para impedir el *fin de todo*; y si hay clase con la que simpaticemos, es la de estos jóvenes oficiales, hombres positivos, instruídos, educados por la ciencia, que tienen algo en su espíritu de la rectitud matemática, nuevos enteramente en el vigor y en las tendencias sociales; pero estos buenos muchachos se hacen ilusiones. Ellos no han contribuído a la desorganización militar, la encontraron así, y son como hijos nacidos tardíamente, que hallan arruinada la casa de sus padres, desmoronándose con el invierno.

Ahora bien: si ellos son enérgicos y sienten en sí la fuerza de las creaciones provechosas, ¿deben estar arreglando la casa, cristal por cristal, y sosteniendo la disciplina caduca, cadáver por cadáver? No. Derriben la casa y levántenla de nuevo. Y después, si algún soldado rechista, entonces, sí: recuéstenlo en el paredón y acribíllenlo a balazos.

*

Hasta ese momento sintámonos benévolos, ¡y que no sea el pobre Bernabé quien vaya a estrenar el nuevo sistema de la milicia!

FIN DE «UNA CAMPAÑA ALEGRE
(LAS BANDERILLAS)»

LA ILUSTRE CASA DE RAMIREZ

(1900)

ACOTACION MARGINAL

CORRIA *el año de 1897, y Eça de Queiroz vivía en París y era ya cónsul de Portugal en la gran capital «y en El Havre»* (*así rezaba el decreto de su nombramiento*) *desde hacía casi once años. En mayo de ese año citado, un joven brasileño, el señor Botelho, fundó en París un* magazine *titulado* La Revista Moderna, *publicación que Eça pudo considerar como suya propia, por ser él realmente su verdadero orientador, su auténtico inspirador. Como ya se ha dicho en el prefacio de estas* Obras, *Eça planeó, fundó y dirigió* La Revista de Portugal, *que duró desde julio de 1889 hasta mayo de 1892.*

Eça de Queiroz había publicado ya en dicha revista algunos trabajos, cuentos sobre todo, y en el número 10, correspondiente al 20 de noviembre del referido año, comenzó a aparecer allí La ilustre casa de Ramírez. La Revista Moderna *terminó su vida (después de bastantes dificultades y tropiezos, provocados principalmente por la falta de suscriptores), sin que esta novela hubiese llegado a publicarse íntegramente en sus páginas.*

Eça de Queiroz comenzó a escribir La ilustre casa de Ramírez *hacia 1894, aproximadamente, aunque sólo la terminó casi en vísperas de su muerte, no pudiendo revisar (con aquella minuciosidad suya, aquel su afán sincero y constante de perfeccionismo, que siempre tuvo) esta obra más que en sus tres cuartas partes. El escritor Julio Brandao revisó el final.*

Esta novela, según uno de los entonces socios de la Editorial Chardron, estaba el 21 de agosto de 1900, es decir, cinco días después de la muerte de su autor, en poder de dicha Editorial, «faltándole sólo por imprimir seis hojas». En efecto, a fines de 1900 aparecía la edición de La ilustre casa de Ramírez.

Es esta novela impresionante, como una admirable evocación del más típico período medieval. Basada en una antigua leyenda portuguesa, Eça utilizó algunos personajes, elevándolos y completándolos con su insuperable fantasía. Antonio Cabral, en su concienzuda biografía crítica de Eça de Queiroz, aclara que Ramires es una pequeña aldea del concejo de Sinfaes, situada en la parroquia

que lleva el mismo nombre. Se extiende casi en lo alto de la escarpada ladera, que va a terminar en el Duero. Al otro lado de la áspera sima, en cuyo fondo cavernoso corre el serpenteante riachuelo hasta ir a fundirse en la caudalosa corriente del gran río hispanoportugués, se yergue, casi frontera al serrano pueblo de Ramires, la torre de la Lagariça, perteneciente a una ilustre familia de esa pintoresca región de la Beira Alta. Allí, según Cabral, fué donde Eça halló el modelo para la otra ilustre torre, la de los Ramírez de su novela.

Eça de Queiroz, con gran habilidad, con ese sentido precursor que poseía en tan alto grado su talento, adelantándose a uno de los procedimientos empleados en la novelística actual (utilizado por un escritor de la talla de Andrés Gide en sus famosos Monederos falsos), incrusta, como verá el lector, en La ilustre casa de Ramírez una novela en otra; la antigua, la medieval, corre paralela a la moderna. Y se forja así un contraste singular y atrayente entre los personajes de una y de otra, con ventaja—¡era forzoso!—para los de antaño.

Eça de Queiroz se deleita en este libro, pintando con mano maestra la figura, las reacciones, el alma, el temple, la heroica y viril rudeza de ese varón del medievo portugués que se llama Tructesindo Ramírez, uno de aquellos varones que, según la gráfica frase de Chateaubriand, «se alimentaba con medula de leones». Esta figura se nos queda grabada para siempre en la retina y en la sensibilidad con indeleble impronta. Y sirve, además, en la novela, como acicate, tan vivo en un momento dado para el protagonista de la otra novela, la actual, para Gonzalo Méndez Ramírez, que le hace a éste romper su medrosa inercia (en una reacción psicológica perfectamente estudiada y descrita por Eça) y comportarse, repentinamente, con una frenética valentía. Hay otra escena, estremecedora desde el principio hasta el final de ese capítulo, en que el bastardo de Bayón—Claro Sol—, despechado y enloquecido por las reiteradas, firmes y humillantes negativas de Tructesindo Ramírez, al solicitar la mano de la hija de este gran señor, doña Violante, asesina bárbaramente a Lorenzo Ramírez, el hijo del caudillo medieval, y entablada una contienda encarnizada para vengar aquella felonía, las huestes del bastardo son vencidas y destrozadas por las de Tructesindo, y el bastardo, apresado, muere en la terrible Poza de las Sanguijuelas, en una larga agonía escalofriante, descrita por Eça con pluma que ahonda como un buril.

Es ésta también, por sus circunstancias, por su marco histórico, por el amor a la más bella tradición que satura sus páginas, la novela del patriotismo (en el mejor sentido artístico y humano del adjetivo) de Eça. Es una exaltación del Portugal antiguo y de las virtudes (y defectos) del Portugal moderno. Eça pinta, además, el paisaje de su tierra natal (mojando sus seguros pinceles en los más expresivos colores de su saudade de Portugal, sentida como nunca en ese año de 1897, desde París), se complace con todo deleite en la composición y en los detalles de su cuadro—personajes, cielos, sierras, mares, ciudades y pueblos—, convirtiendo realmente al protagonista actual, a Gonzalo Méndez Ramírez, en el símbolo de su tierra, como afirma bellamente al terminar el libro.

Es, pues, ésta una de las obras

más portuguesas de Eça, precisamente por estar ese enfoque, esa perspectiva, conseguidos mejor (como suele suceder siempre en la creación artística) desde lejos, a distancia del objetivo ansiado y querido Hay en ella también, como complemento obligado, tratándose del estilo queirosiano, un sutil humorismo, a veces casi caricaturesco en ciertos personajes, que Eça sabe manejar muy diestramente, en su cock-tail novelístico. Y, al mismo tiempo, su veta lírica brilla aquí, tal vez, más al descubierto, más en relieve que en otras de sus grandes novelas. Literariamente, como apunta con sagacidad Joao Gaspar Simoes, «aunque esta novela no represente un corte completo con los antiguos procedimientos realistas del escritor, es una especie de conciliación del procedimiento de La reliquia con el de Los Maias. En cuanto a la manera con que está escrita esta novela, nos revela claramente la maestría de Eça de Queiroz en esa época de su plena madurez. Por eso, como afirma también Gaspar Simoes, el autor de La ilustre casa de Ramírez, Eça de Queiroz, habría quedado en nuestra literatura como maestro de la lengua más que como novelista, que es lo que en realidad es él». Y, sin embargo, es ésta una novela por antonomasia, novela siempre, por encima de todo, es decir, plena de acción, de interés constante, de reacciones psicológicas, que repercuten en el lector, provocando en él—¡gran poder de la obra de arte!—diversos estados de ánimo... Que es, en fin de cuentas, acaso la máxima finalidad, a mi juicio, que puede lograr una obra literaria, revelando así una calidad excepcional.

LA ILUSTRE CASA DE RAMIREZ

I

Desde las cuatro de la tarde, en el calor y el silencio del domingo de junio, el Hidalgo de la Torre, en zapatillas, con una chaqueta blanca puesta sobre la camisa de algodón color rosa, trabajaba. Gonzalo Méndez Ramírez (a quien en aquella su vetusta aldea de Santa Irene y en la villa vecina, la aseada y vistosa Villa-Clara, y hasta en la ciudad, en Oliveira, todos conocían por el *Hidalgo de la Torre*) trabajaba en una novela histórica, *La torre de don Ramírez*, destinada al número primero de los *Anales de Literatura e Historia*, nueva revista, fundada por José Lucio Castañeiro, su antiguo camarada de Coimbra, en los tiempos del Cenáculo Patriótico en casa de las Severinas.

La biblioteca, clara y amplia, estucada de azul, con pesados estantes de caoba, donde reposaban, en el polvo y la gravedad de los lomos de vitela, gruesos infolios de convento y de foro, respiraba hacia el jardín por dos balcones, uno de antepecho y poyos de piedras almohadillados de terciopelo, y el otro más rasgado, con barandilla, frescamente aromada por la madreselva que se enroscaba en los barrotes. Ante este balcón, en la fuerte claridad, estaba colocada la mesa, una mesa inmensa de patas torneadas, cubierta con una colcha descolorida de da-

masco rojo, y ocupada aquella tarde por los severos volúmenes de la *Historia genealógica*, todo el *Vocabulario* de Bluteau, unos tomos sueltos del *Panorama* y, en una esquina, apiladas, las obras de Walter Scott, sosteniendo un florero lleno de claveles amarillos. Y desde allí, desde su silla de cuero, González Méndez Ramírez, pensativo ante las cuartillas de papel satinado, rascándose la cabeza con las barbas de la pluma de pato, divisaba sin cesar la inspiradora de su novela, la Torre, la antiquísima Torre, negra y cuadrada sobre los limoneros del jardín que crecían a su alrededor, con un poco de hiedra en el ángulo agrietado, las hondas troneras enverjadas, las almenas y el mirador bien recortados en el azul de junio, robusta supervivencia del palacio acastillado de la mencionada Gloria de Santa Irene, solar de los Méndez Ramírez desde mediados del siglo x.

Gonzalo Méndez Ramírez (como confesaba aquel severo genealogista, el mayorazgo de Cidadelhe) era, ciertamente, el más genuino y antiguo noble de Portugal. Raras familias, incluso coetáneas, podían trazar su ascendencia, por línea varonil y siempre pura, hasta los vagos señores que entre el Duero y el Miño tenían castillo y tierra amurallada cuando los barones francos bajaron, con pendón y caldera, en las huestes del Borgoñón. Y los Ramírez entroncaban limpiamente su casa, por línea pura y varonil, en el hijo del conde Nuño Méndez, aquel gigantesco Ordoño Méndez, señor de Treixedo y de Santa Irene, que casó en 967 con doña Elduara, condesa de Carrión, hija de Bermudo el *Gotoso*, rey de León.

Más antiguo en España que el condado portucalense, reciamente, como él, creció y se hizo famoso el solar de Santa Irene, resistente como aquél a las fortunas y a los tiempos. Y después, en cada lance poderoso de la Historia de Portugal, siempre un Méndez Ramírez sobresalió por el heroísmo, la lealtad y la nobleza espiritual. Uno de los más esforzados del linaje, Lorenzo, apodado el *Carnicero*, hermano de leche de Alfonso Enríquez (con quien en la misma noche, para recibir el espaldarazo de caballero, veló las armas en la catedral de Zamora), aparece pronto en la batalla de Ourique, donde también divisa a Jesucristo sobre unas finas nubes de oro, clavado en una cruz de diez codos. En el cerco de Tavira, Martín Ramírez, fraile santiaguista, rompe a hachazos un postigo de la Couraça, irrumpe entre las cimitarras que le cortan las dos manos, y surge ante la torre albarrada, con los dos muñecas manando sangre, gritando alegremente al maestre: «¡Don Payo Pérez, Tavira es nuestra! ¡Real, Real por Portugal!» El viejo Egas Ramírez, encerrado en su torre, con el puente levadizo alzado y las barbacanas erizadas de saeteros, niega acogida al rey don Fernando y a Leonor Téllez, que recorrían el Norte en diversiones y cacerías, para que la presencia de la *Adúltera* ¡no manche la suma pureza de su solar! En Aljubarrota, Diego Ramírez, el *Trovador*, aniquila un cuerpo de ballesteros, mata al adelantado mayor de Galicia, y por él, no por otro, cae derribado el pendón real de Castilla, en el que al final de la lid su hermano de armas, don Antón de Almada, se envolvió para llevárselo, danzando y cantando, al maestre de Aviz. Bajo los muros de Arzilla combaten magníficamente dos Ramírez, el anciano Suero y su nieto Fernán, y ante el cadáver del viejo, traspasado por cuatro virotes, tendido en el patio de la Alcaçova, al lado del

cuerpo del conde de Marialva, Alfonso V arma conjuntamente caballeros al príncipe su hijo y a Fernán Ramírez, murmurando entre lágrimas: «¡Dios os quiera tan buenos como esos que ahí yacen!...» ¡Mas hete aquí que Portugal se lanza a los mares! Y raras son entonces las armadas y los combates en Oriente en que no se esfuerce algún Ramírez, quedando en la leyenda trágicomarítima aquel noble capitán del golfo Pérsico, Baltasar Ramírez, que en el naufragio de la *Santa Bárbara* reviste su pesada armadura, y en el castillo de proa, erguido, se hunde en silencio con la nave que se va a pique, apoyado en su espadón. En Alcazarquivir, donde dos Ramírez, siempre al lado del rey, hallaron muerte soberbia, el más joven, Pablo Ramírez, paje del guión, ni agraviado ni herido, pero no queriendo vivir ya, puesto que el rey no vivía, toma un solo jinete, empuña un hacha de armas y gritando: «¡Vete, alma, que ya tardas, a servir a la de tu señor!», penetra entre la chusma morisca y desaparece para siempre. Bajo los Felipes, los Ramírez, ofendidos, beben y cazan en sus tierras. Al reaparecer con los Braganzas, un Ramírez, Vicente, gobernador de las Armas de Entre-Duero y Miño por don Juan IV, se adentra por Castilla, aniquila a los españoles del conde de Benavente y toma Fuente-Guiñal, cuyo furioso saqueo preside desde el balcón de un convento de franciscanos, en mangas de camisa, comiendo rajas de sandía. Ya, sin embargo, con la nación, degenera la noble raza... Alvaro Ramírez, valido de don Pedro II, pendenciero, facineroso, alborota Lisboa con motines, rapta a la mujer de un inspector de Hacienda, al que manda matar a palos por unos negros; incendia en Sevilla, después de perder cien doblones, una casa de juego, y acaba por capitanear una urca de piratas en la flota de Murad, el *Andrajoso*. En el reinado de don Juan V, Nuño Ramírez brilla en la corte, hierra sus mulas con plata y arruina la casa, celebrando suntuosas fiestas de iglesia, en las que canta en el coro, vestido con el hábito de hermano tercero de la Orden de San Francisco. Otro Ramírez, Cristóbal, presidente de la Mesa de Conciencia y Orden, sirve de alcahuete en los amores del rey don José I con la hija del prior de Sacavem. Pedro Ramírez, proveedor y factor mayor de las Aduanas, alcanza fama en todo el reino por su obesidad, sus dichos, sus proezas de glotón en el palacio de la Bemposta, con el arzobispo de Tesalónica. Ignacio Ramírez acompaña a don Juan VI al Brasil como repostero mayor, negocia con negros, vuelve con un baúl cargado de monedas de oro, que le roba un administrador, antiguo fraile capuchino, y muere en su casa solariega de una cornada de buey. El abuelo de Gonzalo, Damián, doctor liberal aficionado a las musas, desembarca con don Pedro en el Mindello, redacta las ampulosas proclamas del partido, funda un diario, el *Anti-Fraile*, y pasadas las guerras civiles arrastra una vida reumática en Santa Irene, arrebujado en su capote de lana, traduciendo al vernáculo, con un diccionario y un paquete de tabaco, las obras de Valerio Flaco. El padre de Gonzalo, unas veces regenerador y otras histórico, vivía en Lisboa, en el Hotel Universal, gastando suelas por las escaleras del Banco Hipotecario y por las losas de la Arcada, hasta que un ministro de la Gobernación, cuya concubina, corista del San Carlos, había él fascinado, le nombró (para apartarle de la capital) gobernador civil de

Oliveira. Gonzalo, por su parte, era licenciado, con un suspenso en tercer año.

Y ese año, justamente, debutó en las letras Gonzalo Méndez Ramírez. Un convecino suyo, José Lucio Castañeiro, algarabio muy flaco, muy macilento, de enormes lentes azules, a quien Simón Craveiro llamaba el *Castañero patriotero*, fundó un semanario, *La Patria*, «con el elevado propósito (afirmaba someramente el manifiesto) de despertar, no sólo en la juventud universitaria, sino en todo el país, desde el cabo Silleiro al de Santa María, ¡el amor entibiado a las bellezas, grandezas y glorias de Portugal!» Devorado por aquella idea, «su idea», viendo en ella una carrera, casi una misión, Castañeiro, incesantemente, con obstinado ardor de apóstol, clamaba por los cafés de Sofía, por los claustros de la Universidad, por los cuartos de los amigos, entre la humareda de los cigarros, «¡la necesidad, caramba, de reanudar la tradición, de desembarazar, caramba, a Portugal del aluvión de extranjerismo!» Como el semanario apareció con regularidad durante tres domingos, y publicó realmente estudios llenos de párrafos en cursiva y de citas sobre las *Capillas de La Batalha*, la *Toma de Ormuz*, la *Embajada de Tristán de Acuña*, comenzó muy pronto a ser considerado como una aurora, pálida todavía, pero segura, de un renacimiento nacional. Y algunos buenos espíritus de la Universidad, sobre todo los compañeros de casa de Castañeiro, los tres que se ocupaban de las cosas del saber y de la inteligencia (porque de los tres restantes, uno era un hombre de garrote y forzudo, el otro guitarrista y el último rentista) pasaron, enardecidos por aquella llama patriótica, a escudriñar en la biblioteca, en los abultados volúmenes, nunca hojeados anteriormente, de Fernán López, de Ruy de Pina, de Azurara, proezas y leyendas. «¡Sólo portuguesas, sólo nuestras (como suplicaba Castañeiro), que creasen de nuevo en la nación abatida una conciencia de su heroicidad!» Así creció el Cenáculo Patriótico de la casa de las Severinas. Y fué entonces cuando Gonzalo Méndez Ramírez, muchacho muy afable, esbelto y rubio, de una sana blancura de porcelana, con unos finos y risueños ojos que se enternecían fácilmente, siempre elegante y acicalado con su toga y sus zapatos de charol, presentó a Castañeiro un domingo, después del almuerzo, once cuartillas tituladas *Doña Guiomar*. En ellas se contaba la viejísima historia de la castellana que, mientras lejos, en las guerras de ultramar, el castellano barbudo y ceñido de hierro, derribaba con su hacha de armas las puertas de Jerusalén, recibía ella en su aposento, con los brazos desnudos, en noche de luna y de mayo, al paje de ondulados cabellos... Después, ruge el invierno, el castellano vuelve, más barbudo, con un bordón de romero. Por el preboste del castillo, hombre observador y de amargas sonrisas, se entera de la traición, ¡de la mancha en su nombre tan puro, honrado en todas las Españas! ¡Ay del paje! ¡Ay de la dama! En seguida las campanas tañen a difuntos. Ya en el patio de la Alcaçova el verdugo, con capucha escarlata, espera, apoyado en el hacha, entre dos tajos cubiertos de paños fúnebres... Y en el final lloroso de *Doña Guiomar*, como en todas esas historias del Romancero de amor, brotaban también junto a las dos tumbas, abiertas en el páramo, dos rosales blancos, en los que el viento enlazaba aromas y rosas. De modo que—como

observó José Lucio Castañeiro, rascándose pensativamente la quijada—no resaltaba en esta *Doña Guiomar* nada que fuese «¡Sólo portugués, sólo nuestro, surgiendo del suelo y de la raza!» Pero aquellos amores lamentables tenían lugar en tierras de Riba-Coa: los nombres de los caballeros, Remarigues, Ordoño, Froilán, Gutiérrez, poseían un delicioso sabor godo; en cada cuartilla resonaban bravamente los típicos «¡En verdad!... ¡Mientes por la gola!... ¡Paje, mi caballo bayo!...»; y a través de todo aquel ambiente vernáculo circulaba una estimable turba de caballeros con sayos blancos, de mendicantes sumidos en la sombra de las cogullas, de mayordomos sopesando repletas bolsas de cuero, de despenseros descuartizando gruesos lomos de cerdo... La novela marcaba, por tanto, un sano retroceso al sentimiento nacional.

—Y, además—añadió Castañeiro—, ese bellaco de Gonzalito surge con un estilo terso, viril, de buen color arcaico... ¡De magnífico color arcaico! ¡Recuerda hasta el *Bobo, el monje de Císter!*... Doña Guiomar es realmente una castellana confusa, de Bretaña o de la Aquitania. Pero en el preboste, incluso en el castellano, ya se traslucen portugueses de cuerpo y alma, de entre el Duero y Cavado... ¡Sí, señor!... ¡Cuando Gonzalito se adentre en nuestro pasado, en nuestras crónicas, tendremos por fin en las letras a un hombre que huele a tierra, que huele a raza!

Doña Guiomar llenó tres páginas de *La Patria*. Aquel domingo, para celebrar su entrada en la literatura, Gonzalo Méndez Ramírez invitó a los camaradas del Cenáculo y a otros amigos a una cena, en la que fué aclamado—a continuación del pollo con judías, cuando los camareros del Camolino, jadeantes, renovaban las botellas de Collares—como «¡nuestro Walter Scott!» Él, por otra parte, anunció ya con sencillez una novela en dos tomos, basada en los archivos de su casa, en una ruda acción de sublime orgullo de Tructesindo Méndez Ramírez, el amigo y alférez mayor de don Sancho I. Por temperamento, por aquel conocimiento especial de trajes y muebles que reveló ya en *Doña Guiomar*, hasta por la ranciedad de su lenguaje, Gonzalito parecía gloriosamente destinado a restaurar en Portugal la novela histórica. Tenía una misión; y empezó en seguida a pasear por la Calzada, pensativo, con el sombrero sobre los ojos, como quien está reconstruyendo un mundo. En los exámenes de ese año le suspendieron.

Cuando regresó de las vacaciones para el cuarto año, ya no bullía en la calle de la Matemática el ardiente Cenáculo de los Patriotas. Castañeiro, licenciado ya, vegetaba en Villa Real de San Antonio; con él había desaparecido *La Patria*; y los celosos muchachos que en la Biblioteca escudriñaban las Crónicas de Fernán López y de Azurara, abandonados por aquel apóstol que los enardecía, volvieron a caer en las novelas de Georges Ohnet y empuñaron nuevamente por la noche el taco en los billares del Sofía. Gonzalo volvió también cambiado, de luto por su padre, que había muerto en agosto; con la barba crecida, siempre afable y suave, y, sin embargo, más serio, enemigo de cenas y de noches de vagabundeo. Tomó un cuarto en el Hotel Mondego, donde le servía, de corbata blanca, un viejo criado de Santa Irene, Benito; y sus compañeros preferidos fueron tres o cuatro muchachos que se preparaban para la política, hojeaban atentamente el *Diario de Sesiones*, conocían algunos enredos de la corte, proclamaban la

necesidad de una «orientación positiva» y de un amplio «fomento rural», consideraban como una ligereza ordinaria y jacobina la irreverencia de la Academia hacia los dogmas, e incluso paseando bajo la luna por la Chopera o por la Peña de la Añoranza, discurrían con ardor sobre los jefes de partido, Braz Victorino, el hombre nuevo de los regeneradores, y el viejo barón de San Fulgencio, jefe clásico de los históricos. Inclinado hacia los regeneradores, porque la regeneración representaba para él, tradicionalmente, ideas de conservadurismo, de elegancia culta y de generosidad, Gonzalo frecuentó entonces el Centro Regenerador de la Couraça, donde aconsejaba por la noche, tomando té negro, «el robustecimiento de la autoridad de la Corona» y «¡una poderosa expansión colonial!» Después, al empezar la primavera, trastornó alegremente aquella seriedad política y aún trasnochó, en la taberna de Camolino, en *bacaladas* festivas, entre el estridor de las guitarras. Pero no aludió más a su gran novela en dos tomos, y o bien se apartó o se olvidó de su misión de arte histórico. Realmente, sólo en la Pascua del quinto año volvió a coger la pluma, para lanzar en la *Gaceta de Oporto*, contra un paisano suyo, el doctor Andrés Cavalleiro, a quien había nombrado gobernador civil de Oliveira el Ministerio de San Fulgencio, dos artículos muy acerbos, de un rencor intenso y personal —hasta el punto de mofarse de «los feroces bigotazos de su excelencia»—. Firmó *Juvenal*, como su padre en otro tiempo, cuando publicaba comunicados políticos desde Oliveira en aquella misma *Gaceta de Oporto*, diario amigo, donde un tal Villar Méndez, lejano pariente suyo, redactaba la «Revista extranjera». Pero leyó a sus amigos en el Centro «¡Los dos botes decisivos que tirarían al señor Cavalleiro de su cabalgadura!» Y uno de aquellos jóvenes serios, sobrino del obispo de Oliveira, no ocultó su asombro:

—¡Oh Gonzalo! ¡Yo siempre creí que usted y Cavalleiro eran íntimos! Si no recuerdo mal, cuando llegó usted a Coimbra para hacer el preparatorio vivió en una casa de Cavalleiro, en la calle de San Juan... Pues ¿no hay una amistad tradicional, casi histórica, entre Ramírez y Cavalleiros?... Yo conozco poco Oliveira, no anduve nunca por esos lugares; ¡pero hasta creo que Corinde, la quinta de Cavalleiro, linda con Santa Irene!

Y Gonzalo arrugó la cara, su risueña y lisa cara, para declarar secamente que Corinde no lindaba con Santa Irene; que entre las dos tierras corría precisamente la ribera del Coice; y que el tal don Andrés Cavalleiro, *Caballo* sobre todo, era un animal detestable, ¡que pastaba en la otra orilla! El sobrino del obispo saludó, exclamando:

—¡Sí, señor, buen retruécano!

Un año después de licenciarse, Gonzalo fué a Lisboa con motivo de la hipoteca de su finca de Praga, junto a Lamego, donde cierto canon anual de diez céntimos y media gallina, debido al abad de Praga, estaba obstruyendo terriblemente en los Consejos del Banco Hipotecario; y también para conocer más de cerca a su jefe, Braz Victorino, mostrar lealtad y sumisión partidista, recoger algún fino consejo de conducta política. Y una noche, volviendo de cenar en casa de la vieja marquesa de Louredo, la «tía Louredo», que vivía en Santa Clara, tropezó con José Lucio Castañeiro, empleado entonces en el Ministerio de Hacienda, en el negociado de Bienes Nacionales. Más flaco, más macilento, con unos

lentes más gruesos y oscuros, Castañeiro ardía todo, como en Coimbra, en la llama de su idea: «¡La resurrección del sentimiento portugués!» Y ahora, ampliando a unas proporciones dignas de la capital el proyecto de *La Patria*, se afanaba ansiosamente en la creación de una revista quincenal, de sesenta páginas, con cubierta azul, los *Anales de Literatura e Historia*. Era una noche de mayo, suave y cálida. Y paseando ambos en torno a las fuentes secas del Rocío, Castañeiro, que llevaba debajo del brazo un rollo de papel y un grueso infolio encuadernado en cuero, después de recordar las charlas geniales de la calle de la Misericordia, de maldecir la falta de intelectualidad de Villa Real de San Antonio, volvió ansiosamente a su idea, y suplicó a Gonzalo Méndez Ramírez que le cediese para los *Anales* aquella novela que había él anunciado en Coimbra, sobre su antepasado Tructesindo Ramírez, alférez mayor de Sancho I.

Gonzalo, riendo, confesó que aún ¡no había comenzado aquella gran obra!

—¡Ah!—murmuró Castañeiro, parándose, con los negros lentes, duros y desconsolados, fijos en él—. Entonces, ¿no ha seguido usted?... ¿No ha seguido fiel a la idea?...

Se encogió de hombros resignadamente, acostumbrado ya, a lo largo de su misión, a aquellos desfallecimientos del patriotismo. No consintió que Gonzalo, humillado ante aquella fe, que se mantenía tan pura y activa, aludiese como disculpa al inventario laborioso de la casa, después de la muerte de su padre...

—¡Bien, bien! ¡Se acabó! *Procrastinares lusitanum est.* Trabaje ahora en verano... Para los portugueses, muchacho, el verano es la época de las buenas fortunas y de los actos enérgicos. ¡En verano nació Nuño Alvarez en el Bomjardín! ¡En verano se venció en Aljubarrota! ¡En verano llegó Gama a la India!... ¡Y en verano va nuestro Gonzalo a escribir una novelita sublime!... Además, los *Anales* no aparecen hasta diciembre, exactamente el primero de diciembre. Y usted, en tres meses resucita un mundo. ¡En serio, Gonzalo Méndez!... Es un deber, un sagrado deber, sobre todo para los jóvenes, colaborar en los *Anales*. ¡Portugal fenece, muchacho, por falta de sentimiento nacional! ¡Nos estamos muriendo cochinamente del mal de no ser portugueses!

Se detuvo, ondeó el brazo flaco, como la correa de un látigo, en un gesto que fustigaba el Rocío, la ciudad, la nación entera. ¿Sabía el amigo Gonzalo el secreto de aquella borrachera siniestra? Era que de los portugueses, los peores despreciaban la patria, y los mejores la desconocían. ¿El remedio?... Revelar Portugal, vulgarizar Portugal. ¡Sí, amiguito! Organizar con estruendo el reclamo de Portugal, de modo que todos lo conozcan, por lo menos, como se conoce el jarabe pectoral de James, ¿eh? Y que todos lo adopten, al menos, como se adoptó el jabón del Congo, ¿eh? Y una vez conocido y adoptado, que todos lo amen, en fin, en sus héroes, en sus hechos, hasta en su defectos, ¡en todos sus aspectos, y hasta en la simple grava de sus carreteras! Con ese objetivo, el más grande que emprender en este macilento siglo de nuestra Historia, fundaba él los *Anales*. ¡Para chillar! ¡Para atronar Portugal, a gritos desde los tejados, con la noticia inesperada de su grandeza! Y a los descendientes de los que antaño crearon el reino incumbía, más que a los demás, el cuidado piadoso de rehacerlo... ¿Cómo? ¡Rescatando la tradición, caramba!

—¡Así ustedes! Según esa histo-

ria de Portugal en el exterior, son ustedes una hilera de Ramírez de completa belleza. ¡Incluso el magistrado, el que se comió en una cena de Nochebuena dos lechones!... Era sólo una barriga. Pero ¡qué barriga! Hay en ella una pujanza heroica que prueba la raza, la raza más fuerte *de lo que promete la fuerza humana,* como dice Camoens. ¡Dos lechones, caramba! ¡Si hasta enternece!... Y los otros Ramírez, ¡el de Silves, el de Aljubarrota, los de Arzilla, los de la India! ¡Y los cinco valientes de quien usted tal vez no sepa que murieron en el Salado! Pues bien: resucitar esos varones, y mostrar en ellos el alma hazañosa, la voluntad sublime que nada doblega, es una soberbia lección a los jóvenes... ¡Tonifica, caramba! ¡Con esa conciencia que renueva de haber sido tan grandes, se remueve este débil consentimiento nuestro en seguir siendo pequeños! Es lo que yo llamo rescatar la tradición... ¡Y, además, hecho por usted mismo, un Ramírez, qué *chic!* ¡Caramba, qué *chic!* Es un noble, el mayor noble de Portugal, quien, para mostrar la heroicidad de la patria, abre simplemente, sin salir de su solar, los archivos de su casa, que tiene más de mil años de existencia. ¡Como para caerse de espaldas!... Y no necesita usted hacer una novela extensa... Ni una novela muy desarrollada encaja en la índole militante de la revista. Basta con un cuento de veinte o treinta páginas... Claro está que los *Anales* no pueden pagar por ahora. Tampoco usted lo necesita. Y, ¡qué diablo!, no se trata de dinero, sino de una gran renovación social... Y luego, muchacho, que la literatura lleva a todo en Portugal. Sé que frecuentaba usted últimamente el Centro Regenerador. ¡Pues, amigo, de artículo en artículo se llega a la Cámara! La pluma hoy, como la espada antaño, edifica reinos. ¡Piense usted en esto! ¡Y adiós! Que todavía tengo hoy que copiar, en letra cristiana, este estudio de Enríquez sobre Ceilán... ¿No conoce usted a Enríquez?... No le conoce. Nadie le conoce. Pues cuando en Europa, en esas grandes academias de Europa, hay una duda sobre la Historia o la literatura inglesa, ¡llaman aquí, a Enríquez!

Salió precipitado, agarrando su rollo y su tomo, y Gonzalo le divisó aún, en la puerta del estanco de Núñez, agitando el brazo delgado de apóstol ante un sujeto obeso, de ancho chaleco blanco, que retrocedía con espanto, perturbado así en el tranquilo goce de su grueso puro y de la dulce noche de mayo.

El hidalgo de la Torre regresó hacia el Braganza, impresionado, rumiando la idea del patriota. Todo en ella le cautivaba y le convenía: su colaboración en una revista importante, de sesenta páginas, en compañía de doctos escritores, catedráticos, antiguos ministros, hasta consejeros de Estado; la antigüedad de su linaje, más antiguo que el reino, popularizada por una historia de heroica belleza, en que con tanto fulgor resaltaban la bravura y el alma soberbia de los Ramírez; y, en fin, la seriedad académica de su espíritu, su noble afición por las investigaciones eruditas, apareciendo en el momento en que ambicionaba seguir la carrera del Parlamento y de la política!... Y el trabajo, la composición moral de los vetustos Ramírez, la resurrección arqueológica de la vida alfonsina, las cien cuartillas que llenar de prosa potente, no le asustaban... ¡No! Porque, afortunadamente, tenía ya «su obra», y cortada en buen paño, hilvanada con líneas hábiles. Su tío Duarte, hermano de su madre—una señora de Guimaraes, de la casa de los Balsas—, en sus años de ociosidad e imaginación, de 1845 a 1850, entre su título de licenciado y su nombramiento de fiscal, fué poeta y publicó en *El Bardo,* semanario de Guimaraes, un poemita en verso libre, *El castillo de Santa Irene,* que firmó con dos iniciales, D. B. Aquel castillo era suyo, un palacio antiquísimo, del que quedaba la negra torre entre los limoneros de la huerta. Y el poemita cantaba, con romántico garbo, un lance de orgullo feudal, en que se glorificó a Tructesindo Ramírez, alférez mayor de Sancho I, durante las contiendas de Alfonso II con las señoras infantas. Aquel volumen, encuadernado en tafilete, con el blasón de los Ramírez, el azor negro en campo escarlata, quedó en el archivo de la casa como un retazo de la crónica heroica de los Ramírez. Y muchas veces, de pequeño, Gonzalo había recitado, enseñados por su madre, los primeros versos del poema, de tan armoniosa melancolía:

> La tarde es pálida. Entre el follaje
> que el suave otoño amarillea...

Con aquel sombrío hecho de su lejano antepasado decidió Gonzalo Méndez Ramírez en Coimbra, cuando sus camaradas de *La Patria* y de las cenas le aclamaron como a «nuestro Walter Scott», componer una novela moderna, de un realismo épico, en dos nutridos volúmenes, formando un estudio ricamente colorido de la Edad Media portuguesa... Y ahora le servía, y con deliciosa facilidad, para aquella novela corta y sobria, de treinta páginas, que convenía a los *Anales.*

En su cuarto del Braganza abrió el balcón. Y asomado, acabando el puro, en la durmiente suavidad de la noche de mayo, ante la silenciosa majestad del río y de la luna, pensaba, satisfecho, que no tendría la fatiga de escudriñar las crónicas y los infolios macizos... En efecto: toda la reconstrucción histórica la realizaba, y sólidamente apoyado en un sabio diestro, el tío Duarte. El palacio acastillado de Santa Irene, con sus hondos fosos, la torre albarrada, la alcazaba, la mazmorra, el vigía y el pendón; el viejo Tructesindo, enorme, con sus largas guedejas y sus barbas ancestrales, esparcidas sobre la loriga de malla; los siervos moriscos, de zurrones de cuero, cavando las regueras de la huerta; los legos murmurando ante la chimenea las *Vidas de los Santos;* los pajes jugando en el entarimado, ¡todo resurgía, con verídico realce, en el poemita del tío Duarte! Recordaba incluso ciertos lances: el truhán azotado; el festín y los despenseros que abrían las cubas de cerveza; el viaje de Violante Ramírez hacia el monasterio de Lorvao...

> Entre los olmos, junto a la fuente [morisca,
> la caravana se para...

Toda la trama, con su pasión de grandeza bárbara, los encuentros bravíos en que se sacian a puñaladas los rencores de raza, el habla heroica exhalada por labios de hierro: allí estaban los versos del tito, sonoros y bien medidos...

> ¡Monje, escucha! ¡El solar de don [Ramírez
> piedra a piedra se hundiría
> si un bastardo allí pisase
> con vil planta el suelo puro!

En realidad, sólo le quedaba trasladar las formas flúidas del Romanticismo de 1846 a su prosa tersa y varonil—como confesaba Castañeiro—, de magnífico color arcaico, recordando el *Bobo.* ¿Y era un pla-

gio? ¡No! ¿A quién con más seguro derecho que a él, un Ramírez, le pertenecía el recuerdo de los Ramírez históricos? La resurrección del viejo Portugal, tan bella en *El castillo de Santa Irene*, no era obra individual del tío Duarte, sino de los Herculanos, de los Rebellos, de las Academias, de la erudición esparcida. Y, además, ¿quién conocía hoy aquel poemita, e incluso *El Bardo*, reducido semanario que apareció durante cinco meses, hacía cincuenta años, en una ciudad de provincia?... No vaciló más, seducido. Y mientras se desnudaba, después de beber a sorbos una copa de agua con bicarbonato, martilleaba ya la primera línea del cuento, a la manera lapidaria de *Salambó*: «Era en los palacios de Santa Irene, una noche de invierno, en la alta sala de Alcaçova...»

Al día siguiente buscó a José Lucio Castañeiro en el negociado de Bienes Nacionales, con prisa, porque, después de una conferencia en el Banco Hipotecario, había prometido aún acompañar a sus primas, las de Chellas, a una exposición de bordados en la librería Gómez. Y anunció al patriota que le entregaría, sin falta, para el primer número de los *Anales*, la novela, y que ya había decidido el título: *La torre de don Ramírez.*

—¿Qué le parece?

Deslumbrado, José Castañeiro extendió los brazos delgadísimos, resguardados por los manguitos de alpaca, hasta la bóveda del estrecho corredor en que le recibiera:

—¡Sublime!... *¡La torre de don Ramírez!*... La gran hazaña de Tructesindo Méndez Ramírez, contada por Gonzalo Méndez Ramírez!... ¡Y todo en la propia torre! El viejo Tructesindo realiza el hecho en la torre, ¡y setecientos años después, en la misma torre, nuestro Gonzalo lo cuenta! ¡Caramba, muchacho, caramba! ¡Esto sí que es rescatar la tradición!

*

Dos semanas después, de regreso a Santa Irene, Gonzalo mandó un criado de la quinta, con un coche, a Oliveira, a casa de su cuñado José Barrolo, casado con Gracia Ramírez, para traerle de la rica biblioteca clásica que Barrolo había heredado de su tío el deán de la catedral, todos los tomos de la *Historia genealógica*, «y—añadía en una carta—todas las carpetas que por allí encuentres con el título de *Crónicas del rey Fulano...*» Después, desenterró del polvo de sus estantes las obras de Walter Scott, unos volúmenes desparejados del *Panorama*, la *Historia*, de Herculano; el *Bobo*, *el monje del Cister*. Y así provisto, con una abultada resma de cuartillas sobre la mesa, empezó a repasar el poemita del tío Duarte, dispuesto aún a trasladar a la crudeza de una mañana de diciembre, como la más acorde con la rudeza feudal de sus antepasados, aquella brillante cabalgata de damas, monjes y hombres de armas que el tío Duarte esparció, entre una dulce melancolía otoñal, por las vegas del Mondego...

La tarde es pálida. Entre el follaje
que el suave otoño amarillea...

Pero como era entonces junio y la luna crecía, Gonzalo decidió por fin aprovechar las sensaciones de calor, la luna y las arboledas que le proporcionaba la aldea, para erigir en seguida el comienzo de su novela, el negro e inmenso palacio de Santa Irene, en el silencio de una noche de agosto, bajo el resplandor de la luna llena.

Y había cubierto ya con facilidad, ayudado por *El Bardo*, dos cuartillas, cuando una desavenencia con su colono, Manuel Relho, que cultivaba la quinta por cuatro mil pesetas de renta, vino a perturbar, en la lozana y nueva inspiración de su trabajo, al hidalgo de la torre. Desde Nochebuena el tal Relho, que durante años de compostura y orden se emborrachaba siempre los domingos con alegría y pachorra, empezaba a tomar tres y cuatro veces por semana unas trúpitas desabridas, escandalosas, en las que apaleaba a su mujer, atronaba la quinta a berridos, y salía a la carretera, desgreñado, con un garrote, desafiando a la tranquila aldea. Finalmente, una noche en que Gonzalo, ante su mesa, excavaba laboriosamente los fosos del palacio de Santa Irene, Rosa, la cocinera, rompió de repente a gritar: «¡Auxilio contra Relho!» ¡Y a través de sus chillidos y del ladrar de los perros, una piedra y luego otra dieron en el balcón venerable de la biblioteca! Pálido, Gonzalo pensó en el revólver... ¡Pero justamente aquella tarde, Benito, el criado, había bajado aquella su vieja y única arma a la cocina para quitarle el orín y airearla! Entonces, aturdido, corrió al cuarto, que cerró con llave, empujando contra la puerta la cómoda con tan desesperada ansiedad, que unos frascos de cristal, un cofre de concha y hasta un crucifijo cayeron al suelo y se rompieron. Después, los gritos y ladridos cesaron en el patio, pero Gonzalo no se apartó en toda la noche de aquel refugio bien defendido, fumando puros, rumiando un furor sentimental contra Relho, a quien tanto había perdonado, tratándole siempre afablemente, ¡y que apedreaba los cristales de la torre! Por la mañana, temprano, avisó al alcalde; Rosa, trémula aún, mostró en el brazo las señales rojas de los dedos de Relho; y el hombre, cuyo arrendamiento terminaba en octubre, fué despedido de la quinta con su mujer, el baúl y el catre. Inmediatamente apareció un labrador de los Bravaes, José Casco, respetado en toda la demarcación por su seriedad y fuerza atroz, proponiendo al hidalgo arrendar la torre. Gonzalo Méndez Ramírez, sin embargo, ya desde la muerte de su padre, había decidido elevar la renta a mil duros; y Casco bajó las escaleras con la cabeza gacha. Volvió al otro día, recorrió de nuevo minuciosamente toda la quinta, deshizo un poco de tierra entre los dedos, escudriñó el corral y la bodega, contó los olivos y las cepas; ¡y en un esfuerzo, que le oprimía las costillas, ofreció cuatro mil setecientas cincuenta pesetas! Gonzalo no cedió, convencido de su equidad. José Casco volvió después nuevamente un domingo, con su mujer y un compadre; y fué un lento rescarse la cabeza rapada, unas vueltas recelosas en torno a la era y a la huerta, unas paradas dentro del molino de aceituna, que hacían aquella mañana de junio intolerablemente larga al hidalgo, sentado en un banco de piedra del jardín, debajo de una mimosa, con la *Gaceta de Oporto*. Cuando Casco, pálido, vino a ofrecerle cuatro mil ochocientas pesetas, Gonzalo Méndez Ramírez tiró el diario y declaró que iba él por su cuenta a cultivar la finca, y ¡a demostrar lo que era una tierra rica, tratada según la ciencia moderna, con fosfatos y máquinas! El hombre de los Bravaes exhaló entonces un hondo suspiro y aceptó los mil duros. A la antigua manera, el hidalgo estrechó la mano al labrador, que entró en la cocina a tomarse un buen vaso de vino, secándose en la cabeza, en las arrugas del cuello, el ansioso sudor que la empapaba.

Pero como, consagrada a aquellos cuidados, la vena abundante de Gonzalo se cortó; no fué más que un hilo rastrero y turbio. Cuando aquella tarde se acomodó ante la mesa para describir la sala de armas del palacio de Santa Irene en una noche de luna, sólo consiguió convertir servilmente en una prosa aguada los versos tersos del tío Duarte, sin realce que los modernizase y que diese majestad señorial o belleza nostálgica a aquellos muros macizos donde la luna, deslizándose a través de las rejas, salpicaba centellas por la punta de las altas lanzas y por la cimera de los yelmos... Y desde las cuatro, en el calor y el silencio de un domingo de junio, se afanaba, empujando la pluma como un arado lento por un suelo pedregoso, tachando en seguida rencorosamente la línea que notaba inelegante y endeble, unas veces con agitación, quitándose y poniéndose las zapatillas por debajo de la mesa, y otras inmóvil y entregado a la esterilidad que le sujetaba, con los ojos perdidos en la torre, en su dificilísima torre, negra entre los limoneros y el azul, envuelta toda en el piar y los revuelos de las golondrinas.

Por último, descorazonado, arrojó la pluma que tan desastrosamente se inmovilizaba. Y guardando en el cajón, de un golpe, el precioso volumen de *El Bardo*:

—¡Ea! ¡Soy perfectamente estúpido! ¡Es este calor! ¡Y luego ese animal de Casco aquí toda la mañana!...

Releyó aún, rascándose sombrío la nuca, la última línea garrapateada y sucia:

—«... En la sala altiva y ancha, donde los pálidos y anchos rayos de la luna...» ¡Ancha, anchos!... ¡Y los pálidos rayos, los eternos «pálidos rayos»!... ¡Y luego este maldito castillo, tan complicado!... ¡Y este don Tructesindo, que no logro captar, tan antiguo! ¡En fin, un horror!

Tiró de un empujón la silla de cuero; se clavó, con furor, un puro entre los dientes, y salió precipitado de la biblioteca, con un portazo desesperado, sintiendo un tedio inmenso por su obra, por aquellos confusos y embrollados palacios de Santa Irene, por sus antepasados, enormes, resonantes, chapados de hierro y más vagos que humos.

II

Bostezando, apretando el cordón de los anchos pantalones de seda, que se le escurrían de la cintura, Gonzalo, que durante todo el día había estado haraganeando tumbado en el diván de damasco azul, con un vago dolor de riñones, cruzó lánguidamente el cuarto para consultar, en el corredor, el antiguo reloj de música. ¡Las cinco y media!... Para despejarse, pensó en un paseo por la fresca carretera de los Bravaes. Después, en una visita—¡debida ya desde Pascuas!—al viejo Sánchez Lucena, elegido nuevamente diputado, en las elecciones generales de abril, por la circunscripción de Villa-Clara. Pero el trayecto a La Feitosa, la quinta de Sánchez Lucena, requería una hora a caballo, desagradable con aquel obstinado dolor de riñones que le dió la noche antes, después del té, en la Junta de la Villa. E indeciso, arrastraba los pasos por el corredor para gritar a Benito o a Rosa que le subiesen una limonada, cuando, por el balcón abierto, resonó un vozarrón de grueso metal, que bromeando se ponía más ronco, con una cadencia hueca de mazo martilleando:

—¡Hola, Gonzalo! ¡Eh, Gonzalón! ¡Hola, Gonzalísimo Méndez Ramírez!...

Reconoció en seguida a *Titó*, Antonio Villalobos, lejano pariente suyo y su compañero de Villa-Clara, donde aquel hombretón excelente, de la vieja raza alemtejana, se había establecido, sin motivo, sólo por afecto bucólico a la Villa. Y hacía once años que la llenaba con sus robustos miembros, el lento retumbar de su vozarrón y su ociosidad dispersa por los bancos, por las esquinas, por las puertas de las tiendas, por los mostradores de las tabernas, por las sacristías discutiendo con los curas, hasta por el cementerio filosofando con el sepulturero. Era un hermano del viejo mayorazgo de Cidadelhe—el genealogista—, que le había asignado un sueldo mensual de cincuenta duros para tenerle lejos de Cidadelhe, de su sucio serrallo de labradoras y de la obra tenebrosa a que ahora se consagraba, la *Verídica inquisitoria*, una inquisitoria sobre las bastardías, crímenes y títulos ilegítimos de las familias nobles de Portugal. Y Gonzalo, desde estudiante, había querido siempre a aquel hércules bonachón, que le seducía por su fuerza prodigiosa, su incomparable potencia para beber un barril entero y comerse un cordero, y, sobre todo, por su independencia, una suprema independencia, que, apoyada en su terrorífico garrote y con los cincuenta duros en el bolsillo, nada temía y nada deseaba ni de la tierra ni del cielo. Se asomó en seguida al balcón y gritó:

—¡Hombre, *Titó*, sube! Sube mientras me visto. Tómate una copa de ginebra. Iremos después a pasear hasta los Bravaes.

Sentado en el borde del estanque redondo y sin agua que adornaba el patio, alzando hacia el caserón su franca y ancha cara requemada, poblada de barba rubia, *Titó* agitaba lentamente su viejo sombrero de paja, como un abanico:

—No puedo... ¡Oyeme! ¿Quieres ir esta noche a cenar a Gago, conmigo y con Juan Gouveia? Va también Videiriña, el guitarrista. Tenemos una tenca asada, de las famosas. Y enorme, que la compré yo esta mañana a una mujer de la costa por tres pesetas. ¡Asada por Gago!... Entendido, ¿eh? Gago abrirá una pipa nueva de vino del abad de Chandim. Conozco el vino. Es de «buten».

Y *Titó*, enracimando y abriendo los dedos ante su boca, hizo un expresivo gesto. Pero Gonzalo, estirándose los pantalones, vacilaba:

—Hombre, yo ando con el estómago estropeado... Y tengo desde anoche un dolor de riñones, o de hígado, o de bazo, no sé bien, ¡en una de esas entrañas!... Incluso tengo hoy para comer sólo caldo de gallina y gallina cocida... ¡En fin! ¡Bueno! Pero, por precaución, dile a Gago que me prepare a mí un pollito asado... ¿Dónde nos encontraremos? ¿En el Casino?

Titó se apartó en seguida del estanque, poniéndose en la nuca el sombrero de paja:

—Hoy no me consumo en el Casino. Tengo señora. De diez a diez y media en Chafariz... Va también Videiriña con la guitarra. ¡Ole!... ¡De diez a diez y media! De acuerdo... ¡Y habrá ese pollito asado para su merced, que se queja de los riñones!

Y cruzó el patio con lentitud bovina, parándose a coger de un rosal, junto al portón, una rosa, con la que floreció su chaqueta de terciopelo color aceituna.

Inmediatamente Gonzalo decidió no comer, convencido de los beneficios de aquel ayuno hasta las diez, después de un paseo por los Bravaes

y por el valle de la Riosa. Y antes de entrar en su cuarto para vestirse empujó la puerta acristalada sobre la oscura escalera de la cocina, y llamó a Rosa, la cocinera. Pero ni la buena vieja ni Benito, a quien también llamó a gritos furiosamente, contestaron, en el pesado silencio en que yacían, como abandonadas, aquellas sombrías profundidades de grandes losas y alta bóveda que quedaban del antiguo palacio, restaurado por Vicente Ramírez después de su campaña en Castilla e incendiado en tiempo del rey don José I. Entonces, Gonzalo bajó los dos escalones de la desgastada escalera de piedra y lanzó otro largo grito de aquellos con que atronaba la torre, desde que las campanillas estaban estropeadas. Y bajaba más para entrar en la cocina, cuando Rosa acudió. Había salido al patio de la huerta con la hija de la Críspula, y ¡no oyó al señor doctor!...

—¡Pues hace una hora que estoy chillando! Y ni usted ni Benito... Es que no voy a comer. Cenaré con los amigos en Villa-Clara.

Rosa, desde el sonoro fondo del corredor, protestó, desolada. ¿Y se iba a estar así en ayunas el señor doctor hasta la noche? Hijo de un antiguo hortelano de la torre, habiendo crecido allí, cocinera de la torre ya cuando Gonzalo nació, siempre le llamó «niño» y hasta «riquín», hasta que marchó él a Coimbra, y empezó a ser para ella y para Benito el «señor doctor». Y el señor doctor debía tomar, al menos, el caldito de gallina, que estaba cociendo desde mediodía ¡y que olía que ni hecho en el cielo!

Gonzalo, que no disentía nunca de las opiniones de Rosa o de Benito, accedió y subía ya cuando llamó de nuevo a Rosa para preguntar por Críspula, una desgraciada viuda, que, con un montón famélico de criaturas, había caído enferma por Pascuas con unas fiebres malignas.

—La Críspula va mejor, señor doctor. Ya se levanta. Dice la pequeña que ya se levanta. Pero muy derrengadita...

Gonzalo bajó otro escalón, asomado a la escalera, para sumirse más confidencialmente en aquellas tristezas:

—Mire, Rosa, entonces, si está ahí la pequeña infeliz, que se lleve a casa de su madre la gallina que tenía yo para comer. Y el caldo... ¡Que se lleve la olla! Yo tomaré una taza de té con bizcochos. ¡Y mire! Mándele también dos pesetas a la Críspula... ¡Mándele un duro! ¡Escuche! Pero no le mande la gallina y el dinero así, secamente... Dígale que me alegro de la mejoría, y que ya pasaré por su casa a verla. ¡Y ese animal de Benito que me suba agua caliente!

Ya en su cuarto, en mangas de camisa, ante el espejo, un inmenso espejo enmarcado entre columnas doradas, se estudió la lengua, que le parecía saburrosa, y después el blanco de los ojos, temiendo la amarillez de la bilis derramada. Y terminó por contemplarse en sus nuevas facciones, ahora que se había quitado la barba en Lisboa, conservando el bigotito castaño, rizoso y leve, y una mosca un poco crecida, que le alargaba más la cara aguileña y fina, siempre de una blancura de nata. Su desconsuelo era el cabello, bien ondulado, pero escaso y débil, a pesar de todas las aguas y pomadas, necesitando ya una raya más alta, casi en la mitad de la cabeza clara.

—¡Es infernal! A los treinta años estaré calvo...

Y seguía sin despegarse del espejo, en una contemplación satisfactoria, recordando incluso el consejo de la

tía Louredo, en Lisboa: «¡Mira, sobrino! ¡Un muchacho así, galante y despabilado, no se entierra en una provincia! Lisboa está sin jóvenes. ¡Necesitamos aquí un buen Ramírez!» ¡No! ¡No se enterraría en la provincia, inmóvil bajo la hiedra y el polvo melancólico de las cosas inmóviles, como su torre!... Pero aquella vida elegante de Lisboa, entre su parentela histórica, ¿cómo la soportaría con las diez mil pesetas escasas de renta que le quedaban, una vez pagadas las deudas de su padre? Y, además, realmente, él sólo deseaba vivir en Lisboa con una posición política, escaño en el Congreso, influencia intelectual en su partido, lentos y seguros avances hacia el poder. ¡Y esa vida, tan dulcemente soñada en Coimbra, en las fáciles charlas del Hotel Mondego, muy remota la vislumbraba! ¡Casi inconquistable, al otro lado de un muro alto y áspero, sin puerta ni rendija!... Diputado, ¿cómo? Ahora, con el horrendo San Fulgencio y los históricos en el Gobierno, durante tres largos años no convocarían otras elecciones generales. E incluso en alguna elección parcial, ¿qué posibilidades lograría él, que desde Coimbra, muy livianamente, arrastrado por una elegancia de tradiciones, se había manifestado siempre regenerador, en el Centro, en la Couraça, en los artículos para *La Gaceta de Oporto*, en las diatribas ardorosas contra el jefe del distrito, el detestable Cavalleiro?... Ahora sólo le quedaba esperar. Esperar trabajando; ganando en consistencia social; edificando con sagacidad, sobre la base de su inmenso apellido histórico, una pequeña nombradía política; tejiendo y extendiendo la red preciosa de las amistades de partido desde Santa Irene hasta el Palacio real de Lisboa... ¡Sí! Allí estaba la teoría espléndida; pero ¿cómo se logran consistencia, nombradía, afectos políticos? «¡Ejerza la abogacía, escriba en los periódicos!», fué el consejo distraído y risueño de su jefe, Braz Victorino. ¿Ejercer la profesión en Oliveira, hasta en Lisboa? No podía, con aquel su horror congénito, casi fisiológico, a los autos, al papeleo forense. ¿Fundar un periódico en Lisboa, como Ernesto Rangel, su compañero de Coimbra en el Hotel Mondego? Era una hazaña fácil para el nieto adorado de doña Joaquina Rangel, que almacenaba diez mil barriles de vino en los barracones de Gaya. ¿Luchar en un periódico de Lisboa? Aquellas semanas que residió en la capital, siempre en el Banco Hipotecario, siempre con las «primas», no pudo hacerse relaciones útiles y duraderas en los dos grandes diarios regeneradores, *La Mañana* y *La Verdad*... De modo que, realmente, en aquel muro que le separaba de la fortuna sólo descubría un agujerito, muy pequeño, pero servicial: los *Anales de Literatura e Historia*, con su colaboración de profesores, políticos, hasta de un ministro, incluso de un almirante, Guerreiro Araujo, aquel conmovedor pelmazo. Aparecería, pues, en los *Anales* con su *Torre*, que revelaba imaginación y rica cultura. Después, trepando desde la invención hacia el terreno más respetable de la erudición, haría un ensayo—¡que hasta recordó en el tren, al volver de Lisboa!—sobre *Los orígenes visigóticos del Derecho público en Portugal*. ¡Oh! No conocía nada, era cierto, de aquellos orígenes ni de aquellos visigodos. Pero con la bella *Historia de la Administración pública en Portugal*, que le prestó Castañeiro, compondría fácilmente un elegante resumen... Después, saltando de la erudición a las ciencias sociales y pedagógicas, ¿por

qué no improvisaría una buena *Reforma de la enseñanza jurídica en Portugal* en dos artículos compactos, de hombre de Estado?... Así avanzaba, bien llegado a los regeneradores, construyendo y cincelando su pedestal literario, hasta que los regeneradores volviesen al Gobierno, y se abriese de par en par en el muro la anhelada puerta triunfal. Y en medio del cuarto, en calzoncillos, con las manos en las caderas, Gonzalo Méndez Ramírez decidió en conclusión escribir de prisa su novela.

—Pero ¿cuándo terminaré yo esta *Torre*? ¿Parado así, sin vena, con el hígado podrido?

Benito, un viejo de cara afeitada y morena, con un bonito pelo blanco, todo crespo, muy limpio, muy fresco en su chaqueta de algodón, entró despaciosamente, llevando la jarra de agua caliente.

—¡Hombre, Benito, oye! ¿Tú no encontraste en la maleta que traje de Lisboa o en el cajón un frasco de cristal con un polvo blanco? Es una medicina inglesa que me dió el doctor Mattos... Tiene una etiqueta en inglés, no sé qué *fruit salt*... Quiere decir sal de frutas...

Benito clavó los ojos en el suelo y los cerró después, reflexionando. Sí, en el cuarto de lavar, encima del baúl rojo, había quedado un frasco con polvos, envuelto en un pergamino antiguo como los del Archivo.

—¡Ese es!—declaró Gonzalo—. Necesitaba yo unos documentos en Lisboa a causa de aquel maldito canon de Praga. Y por equivocación, en el jaleo, ¡me llevé del Archivo un pergamino completamente inútil! Vete a buscar el rollo... ¡Pero ten cuidado con el frasco!

Benito, solícito, siempre pausado, puso aún los gemelos de ágata en los puños de la camisa del señor doctor y desdobló sobre la cama la chaqueta, los pantalones, bien estirados, de fino *cheviot*. Y Gonzalo, presa nuevamente de su idea de los artículos para los *Anales*, hojeaba junto a la ventana la *Historia de la Administración pública en Portugal*, cuando Benito volvió con un rollo de pergamino, del que colgaba, con unas cintas deshilachadas, un sello de plomo.

—¡Este mismo!—exclamó Gonzalo, dejando el tomo sobre el antepecho de la ventana—. Es este mismo en el que yo enrollé el pergamino, para que no se rompiese. Desenvuélvelo y ponlo encima de la cómoda. El doctor Mattos me aconsejó que lo tomase con agua tibia en ayunas. Parece que hierve. Y limpia la sangre, despeja la cabeza. ¡Porque necesito despejarme la cabeza! Tómalo tú también, Benito. Y dile a Rosa que lo tome. ¡Todos lo toman ahora, hasta el Papa!

Con mucho cuidado Benito desenvolvió el frasco, extendiendo sobre el mármol de la cómoda el duro pergamino, donde la letra del siglo dieciséis se arrugaba amarillenta y muerta. Y Gonzalo, abrochándose el cuello:

—¡Ahí está lo que llevo precisamente para deslindar el canon de Praga! Un pergamino de tiempos de don Sebastián... Y sólo percibo hasta el día de la fecha mil cuatrocientos... Y no mil quinientos setenta y siete. En vísperas del viaje a Africa... ¡En fin! Ha servido para envolver el frasco.

Benito, que había escogido en el cajón un cuello blanco, miró de soslayo el pergamino venerable:

—Naturalmente, será una carta que el rey don Sebastián escribió a algún abuelito del señor doctor...

—Claro está—murmuró el hidalgo, ante el espejo—. Y para darle algo, alguna cosa gorda. Antiguamente, tener rey era tener renta. Ahora... ¡No

aprietes tanto esa hebilla, hombre! Tengo hace días el estómago hinchado. ¡Ahora, en efecto, la institución real está muy gastada, Benito!

—Eso parece—observó muy seriamente Benito—. También *O Seculo* afirma que los reyes están acabando, y por días. Ayer todavía lo afirmaba. Y *O Seculo* es un diario bien informado... En el de hoy, no sé si el señor doctor lo leería, viene la gran fiesta por el cumpleaños del señor Sánchez Lucena, y los fuegos artificiales, y el banquete que dieron en la Feitosa...

Sepultado en el diván de damasco, Gonzalo extendió los pies a Benito, que le ataba las botas:

—¡Ese Sánchez Lucena es un idiota! ¿De qué le servirá a ese hombre, a los sesenta años, ser diputado, pasarse unos meses en Lisboa en el Francfort, abandonar sus fincas, dejar esa linda quinta?... ¿Y para qué? ¡Para rezongar de cuando en cuando «¡Sí!» en las votaciones! Mejor sería que me cediera el escaño a mí, que soy más listo, no poseo grandes tierras y me gusta el Hotel Braganza. Y por Sánchez Lucena... ¡Que Joaquín me tenga preparada mañana la yegua a estas horas, para ir a la Feitosa a visitar a ese animal!... Y me pones el traje nuevo de montar que compré en Lisboa, con las polainas altas... Hace más de dos años que no veo a doña Ana Lucena. ¡Es una linda mujer!

—Pues cuando el señor doctor estaba en Lisboa pasaron por aquí en coche. Hasta se pararon y el señor Sánchez Lucena señaló hacia la torre, enseñándosela a la señora. ¡Mujer muy perfecta! Y traía unos grandes lentes, con un gran mango y una gran cadena, todo ello de oro...

—¡Bravo!... ¡Moja bien ese pañuelo en agua de Colonia, que tengo la cabeza muy pesada! Esa doña Ana, ¿era una jornalera, una moza del campo, de Corinde?

Benito protestó, con el frasco suspendido, mirando espantado a su amo:

—¡No, señor! ¡Doña Ana Lucena viene de gente muy baja! Es hija de un carnicero de Ovar... Su hermano escapó al monte por haber matado al herrador de Ilhavo.

—En fin—resumió Gonzalo—, hija de carnicero, hermano en el monte, bella mujer, lentes de oro... ¡Se merece este traje nuevo!

*

En Villa-Clara, a las diez, sentado en uno de los bancos de piedra del Chafariz, bajo los plátanos, *Tító* esperaba con el amigo Juan Gouveia, que era el administrador del Concejo de la villa. Los dos se abanicaban con los sombreros, en silencio, gozando de la frescura y del susurro del agua lenta en la sombra. Y sonaba la media en el reloj de la cámara cuando Gonzalo, que se había entretenido en el Casino con un tresillo retardado, apareció anunciando un hambre terrible, «el hambre histórica de los Ramírez», y apresurando la marcha hacia Gago, sin consentir siquiera que *Tító* bajase al estanco de Brito a buscar una botella de caña de Madera añeja, y ¡de «buten»!...

—¡No hay tiempo! ¡A Gago, a Gago! Si no, me como a uno de vosotros, con esta furiosa hambre ramirense.

Pero luego, al subir la Calçadiña, se detuvo cruzando los brazos e interpelando festivamente al señor administrador del Concejo por la estupenda hazaña de *su* Gobierno... De modo que *su* Gobierno, *sus* amigos históricos, *su* honradísimo San Fulgencio, ¡nombraban gobernador ci-

vil de Monforte a Antonio Moreno! ¡Antonio Moreno, llamado tan justamente en Coimbra «Antoñita Moreno»! ¡No, realmente, era la última degradación a que podía descender un país! ¡Después de eso, para la perfecta armonía de los servicios, sólo quedaba otro nombramiento urgente: el de Juana Salgadeira, para fiscal de la Corona!

Y Juan Gouveia, un hombre pequeñín, muy moreno y muy seco, de bigote más duro que un cepillo de cerdas, estirado en un gabán corto, con el hongo inclinado sobre la oreja, no disentía. Funcionario imparcial, sirviendo a los históricos como sirviera a los regeneradores, acogía siempre con imparcial ironía los títulos de licenciados nuevos, históricos o regeneradores, para los altos puestos administrativos. Pero en aquel caso, sinceramente, ¡casi había vomitado, chicos! ¡Gobernador civil, y de Monforte, el tal Antonio Moreno, que él tantas veces había encontrado en su cuarto, en Coimbra, vestido de mujer, con la bata abierta y la linda carita cubierta de polvos!... Y cogiéndose del brazo del hidalgo, recordaba la noche en que José Gorjao, muy borracho, con un revólver en la mano, exigía furiosamente que el padre Justino, también borracho, ¡le casase con el Antonio Moreno ante una hornacina de Nuestra Señora del Buen Tránsito! Pero *Tító*, que esperaba dando vueltas al bastón, declaró a aquellos señores que si sobraba tiempo para entretenerse así en la calle, charlando de política y de indecencias, entonces él se volvía al Brito a buscar el aguardientillo... Inmediatamente, el hidalgo de la torre, siempre bromista, se soltó del brazo del administrador y se precipitó por la Calçadiña brincando, con las manos muy juntas, como empuñando unas riendas, sofrenando un caballo que se desboca.

Y en el cuartito alto de Gago, al final de la escalera estrecha y empinada que subía de la taberna, en una esquina de la larga mesa, alumbrada por dos quinqués de petróleo, la cena fué muy alegre, muy sabrosa. Gonzalo, que se declaró milagrosamente curado por el paseo hasta los Bravaes y por las emociones del tresillo, en el que ganó diez pesetas a Manuel Duarte, empezó por un plato de huevos con chorizo, devoró la mitad de la tenca, engulló su «pollito de enfermo», despobló la fuente de la ensalada de pepino y acabó por un enorme trozo de jalea; y a lo largo de aquella noble tarea, sin que la fina blandura de su piel se arrebolase, vació una jarra de Alvaralhao, porque desde el primer trago, con gran disgusto de *Tító*, maldijo el vino nuevo del abad. En la sobremesa apareció Videiriña, «Videiriña, el de la guitarra», tocador afamado de Villa-Clara, ayudante de farmacia y poeta de versos de amor y patrióticos, ya publicados en *El Independiente de Oliveira*. Había comido aquella noche, con su guitarra, en casa del comendador Barros, que celebraba el aniversario de su encomienda, y sólo aceptó una copa de Alvaralhao, en la que aplastó un trozo de jalea «para suavizar la garganta». Después, a medianoche, Gonzalo obligó a Gago a reanimar la lumbre y a hervir un café «¡muy cargado, un café terrible, amigo Gago! ¡Un café capaz de despertar el talento en el señor comendador Barros!» Era aquélla la hora divina de la guitarra y del «fadillo». Y Videiriña retrocedió hacia la oscuridad del cuarto carraspeando, afinando las cuerdas, sentado melancólicamente al borde de un alto banco.

—¡La *Soledad*, Videiriña!—pidió el buen *Tító*, pensativo, liando un grueso cigarro.

Videiriña gimió deliciosamente la *Soledad*:

> Si fueses al cementerio,
> ¡ay Soledad, Soledad!...

Después, apenas terminó, aclamado, y mientras apretaba las clavijas, el hidalgo de la torre y Juan Gouveia, de codos sobre la mesa, humeantes los puros, conversaron acerca de aquella venta de Lorenzo Marqués a los ingleses, preparada arteramente—según decían, estremecidos de horror, los diarios de la oposición—por el Gabinete San Fulgencio. ¡Y Gonzalo también se estremecía! ¡No con la enajenación de aquella colonia, sino con la desvergüenza del San Fulgencio! Que aquel calvo obeso, hijo sacrílego de un fraile, que después se hizo tendero en Cabecelhos, entregase por unas libras, para mantenerse dos años más en el poder, un pedazo de Portugal, tierra augusta, hollada heroicamente por los Gamas, los Athaydes, los Castros, por sus propios antepasados, era para él una abominación que justificaba todas las violencias, incluso un levantamiento, y ¡la Casa de Braganza, sepultada en el lodo del Tajo!

Comiendo sin parar almendras tostadas, Juan Gouveia observó:

—¡Seamos justos, Gonzalo Méndez! Mire usted que los regeneradores...

El hidalgo sonrió con superioridad. ¡Ah! ¡Si los regeneradores realizasen aquella grandiosa operación, bien! ¡Esos, lo primero, no cometerían nunca la indecencia de vender a ingleses tierra de portugueses! Negociarían con franceses, con italianos, pueblos latinos, razas fraternas... Y, además, los buenos millones sonantes serían aplicados al fomento del país con sabiduría, con probidad y con experiencia. ¡Pero aquel horrendo calvo del San Fulgencio! Y en su furor, atragantado, pidió a gritos ginebra, ¡porque realmente aquel coñac de Gago era un torpe veneno!

Tító se encogió de hombros, resignado:

—No me dejaste ir a buscar el aguardientillo, aguántate ahora..., pues la ginebra es todavía más venenosa. No es ni para los negros de ese Lorenzo Marqués que tú quieres vender. ¡Portugueses indecentes, vender Portugal! Hasta el señor administrador del Concejo debería prohibir estas conversaciones.

Pero el señor administrador del Concejo afirmó que las consentía, y sin el menor embarazo. Porque también él, como el Gobierno, vendería Lorenzo Marqués y Mozambique, ¡y toda la costa oriental! ¡Y en porciones! ¡En pública subasta! ¡Allí, todo el Africa, a la plaza, pregonada en el Palacio real! ¿Y no sabían los amigos por qué? Por el sano principio de enérgica administración... —extendía el brazo, medio levantado de su asiento, como en un Parlamento—. Por el sano principio de que todo propietario de tierras lejanas, que no puede valorizar por falta de dinero o de gente, las debe vender para arreglar su tejado, abonar su huerta, poblar su corral, fomentar todos los buenos terrones que pisa con los pies... ¡Ya que a Portugal le quedaba toda una provincia riquísima por cultivar, regar, labrar, sembrar: el Alemtejo!

Tító elevó su vozarrón, desdeñando el Alemtejo, como una faja de terreno de mala calidad, que era unas leguas de campos en torno a Beja y Serpa, daba sólo por cada grano dos, y apenas removida, mostraba en seguida el granito...

—¡El hermano Juan tiene allí una

heredad inmensa, inmensísima, que produce mil quinientas pesetas!

El administrador, que ejercía la abogacía en Mertola, protestó, encrespado. ¡El Alemtejo! ¡Provincia abandonada, sí! Abandonada miserablemente desde hacía siglos por la imbecilidad de los gobiernos. ¡Pero riquísima, feracísima!

—Pues, entonces, los árabes... ¡Y qué árabes! Hace pocos días, Freitas Galvao me contaba...

Pero Gonzalo Méndez, que escupió también la ginebra con una mueca, intervino en un resumen barredor, ¡condenando todo el Alemtejo como una desdichada ilusión!

Inclinado sobre la mesa, el administrador gritaba:

—¿Ha estado usted en el Alemtejo?

—Tampoco he estado nunca en China, y...

—¡Entonces no hable! Sólo la viña atroz que plantó Juan María...

—¡Cómo! ¡Unas cien pipas de zurrapa! Pero en otros sitios, leguas y leguas sin...

—¡Un granero!

—¡Un erial!

Y a través del tumulto, Videiriña, rasgueando con solícito ardor, impulsado por el torrente de ayes del fado de la Ariosa, sollozaba por unos ojos negros, dueños de su corazón:

¡Ay! Que de tus negros ojos
me viene hoy la perdición...

El petróleo de los quinqués terminaba, y Gago, llamado para que trajese unos candelabros, surgió en mangas de camisa por detrás de una cortina de percal, con su experta humildad bañada en risa, recordando a los señores que pasaba de la una de la madrugada... El administrador, que detestaba el trasnochar, perjudicial para su garganta—cuyas amígdalas eran locamente inflamables—, sacó el reloj, aterrorizado. Y abrochándose rápidamente el gabán, con el hongo más caído sobre la oreja, dió prisa al pausado *Tító*, porque ambos vivían en lo alto de la Villa, él frente a Correos y el otro en la calleja de las Teresas, en una casa donde en otro tiempo apareció apuñalado el antiguo verdugo de Oporto.

Tító, sin embargo, no se apresuraba. Con el bastón debajo del brazo llamó aún a Gago al sombrío fondo del estrecho cuarto, para cuchichear sobre el embrollado negocio de la compra de una escopeta, una soberbia Winchester, dejada en prenda a Gago por el hijo del notario Guedes de Oliveira. Y cuando bajó la escalera encontró a la puerta de la taberna, en el amplio claro de luna que bordeaba la calle adormecida, al hidalgo de la torre y a Juan de Gouveia bruscamente enzarzados en la acostumbrada discusión sobre el gobernador civil de Oliveira, ¡el tal Andrés Cavalleiro!

Era siempre la misma disputa, personal, furiosa y vaga. Gonzalo pidiendo que no nombrasen delante de él, por las cinco llagas de Cristo, a aquel bandido, a aquel señor Cavalleiro, y, sobre todo, *Caballo*, ¡mandón grotesco, que desorganizaba la provincia! Y Juan Gouveia, muy seco, con el hongo más caído aún sobre la oreja, afirmando la superior inteligencia del amigo Cavalleiro, ¡que había puesto orden y limpieza, como Hércules, en las cuadras de Oliveira! El hidalgo rugía. Y Videiriña, con la guitarra resguardada detrás de la espalda, suplicaba a los amigos que volviesen a la taberna para no alborotar la calle.

—¡Tanto más cuanto que enfrente vive la desdichada suegra del doctor Venancio, que está desde ayer con la punzada!

—¡Pues, entonces—berreó Gonzalo—, que no me vengan con disparates que sublevan! ¡Decir usted, Gouveia, que Oliveira no ha tenido nunca un gobernador civil como Cavalleiro!... ¡No lo digo por mi padre! Papá ha muerto hace ya tres años, por desgracia. Estoy de acuerdo en que no fué una buena autoridad. Era débil, estaba enfermo... Pero después hemos tenido al vizconde de Freixomil. Tuvimos a Bernardino. Usted ha servido con ellos. ¡Eran dos hombres!... ¡Pero este caballo de Cavalleiro! La primera condición para la autoridad suprema de una provincia es no ser grotesca. Y el tal Cavalleiro ¡es de entremés! Con esa guedeja de trovador, y el horrendo bigotazo negro, y esos ojos languiduchos que chorrean galantería, y la papada presuntuosa, ¡y su *po-po-po!* ¡De entremés! Y estúpido, de una estupidez integral, que le empieza en las patas y va subiendo, creciendo. ¡Oh señores, qué animal!... Sin contar con que es un granuja.

Erguido en la sombra del inmenso *Tító*, como una estaca junto a una torre, el administrador mordía el puro. Y después, con el dedo estirado y una serenidad cortante:

—¿Ha acabado usted?... ¡Pues escuche ahora, Gonzalito! ¡En toda la provincia de Oliveira, fíjese bien, en toda ella, no hay nadie, absolutamente nadie, que de lejos, muy de lejos, pueda compararse a Cavalleiro en inteligencia, carácter, maneras, saber y finura política!

El hidalgo de la torre enmudeció, desconcertado. Por último, agitando el brazo en un desabrido y arrogante desprecio:

—¡Esas son opiniones de un subalterno!

—¡Y ésas son palabras de mal educado!—aulló el otro, creciéndose todo, con los ojillos muy abiertos, como para dispararlos.

Inmediatamente avanzó entre los dos el brazo de *Tító*, más grueso que un barrote, haciendo una sombra en la acera:

—¡Vaya, muchachos! ¿Qué disparate es éste? ¿Están ustedes borrachos? En ti, Gonzalo...

Pero ya Gonzalo, en uno de aquellos impulsos suyos generosos y afables, que tan finamente seducían, se humillaba, confesaba su brutalidad, sensibilizado:

—¡Perdone usted, Gouveia! Sé perfectamente que usted defiende a Cavalleiro por amistad y no por subordinación... Pero ¿qué quiere, hombre? En cuanto me hablan de ese caballo... ¡No sé si será por contagio con esa bestia, pero rebuzno y suelto coces!

Gouveia, sin rencor, reconciliado en seguida—porque admiraba cariñosamente al hidalgo de la torre—, se dió un fuerte tirón al gabán, observando tan sólo «que Gonzalito era una flor, pero con espinas»... Después, aprovechando la sumisa emoción de Gonzalo, comenzó de nuevo la glorificación de Cavalleiro, más sobriamente. Reconocía ciertas flaquezas en él. Sí, en efecto, aquella actitud envarada... Pero ¡qué corazón! Y Gonzalito debía considerar...

El hidalgo, sublevado otra vez, retrocedió, abriendo las manos:

—¡Escuche usted, Gouveia! ¿Por qué usted, ahí arriba, en la cena, no probó la ensalada de pepino? ¡Estaba divina; hasta a Videiriña le apeteció! Yo repetí, acabé la fuente... ¿Por qué fué? ¡Porque tiene usted un horror fisiológico, visceral, al pepino! Su naturaleza y el pepino son incompatibles. No hay raciocinio, no hay sutilezas que le persuadan a admitir en su interior el pepino. Usted no duda que sea

excelente, cuando tanta gente de bien lo adora; pero usted no puede... Pues para mí el tal Cavalleiro es como para usted el pepino: ¡no puedo con él! No hay condimentos ni razones que me lo disfracen. Para mí es asqueroso. ¡No es posible! ¡Vomito! Y ahora, óigame...

Entonces, *Tító*, que bostezaba, intervino, ya harto:

—¡Bueno! ¡Me parece que hemos tomado ya nuestra buena dosis de Cavalleiro! Somos todos muy buenas personas, y sólo nos queda separarnos. ¡Yo he tenido señora, he tenido tenca! Estoy derrengado. ¡Y estamos ya en la madrugada, qué vergüenza!

El administrador dió un brinco. ¡Oh diablo! ¡Y él tenía a las nueve de la mañana comisión de reclutamiento!... Para disipar por completo el mal humor, ciñó a Gonzalo en un estrecho abrazo. Y cuando el hidalgo bajaba hacia el Chafariz con Videiriña (que en aquellas noches festivas de Villa-Clara le acompañaba siempre por la carretera hasta el portón de la torre), Juan Gouveia se volvió aún, colgado del brazo de *Tító*, en medio de la Calçadiña, para recordarle un precepto moral «de no sé qué filósofo»:

—«No vale la pena de estropear una buena cena a causa de una mala política...» ¡Creo que es de Aristóteles!

Y hasta Videiriña, que afinaba de nuevo la guitarra, preparándose para una serenata libre a la luz de la luna, murmuró respetuosamente, entre jadeantes arpegios:

—No vale la pena, señor doctor... ¡Realmente, no vale la pena, porque en política, hoy es blanco; mañana, negro, y después, zas, todo es nada!

*

El hidalgo se encogió de hombros. ¡La política! ¡Como si él pensase en la autoridad, en el señor gobernador civil de Oliveira, cuando injuriaba a don Andrés Cavalleiro, de Corinde! ¡No! ¡Al que detestaba era al hombre, al hombre falso de mirada lánguida! Entre ellos existía uno de esos hondos agravios que, en otro tiempo, en la época de los Tructesindos, armaban uno contra otro, en dura arremetida de lanzas, a dos bandos señoriales... Y por la carretera con la luna en lo alto de los cerros de Valverde, mientras en la guitarra de Videiriña temblaba el lloro lento del fado del Vimioso, Gonzalo Méndez recordaba a retazos aquella historia que tanto había henchido su alma desocupada. Los Ramírez y los Cavalleiros eran dos familias vecinas, una en la vetusta torre, en Santa Irene, más vieja que el reino, y la otra en una quinta bien cuidada y de buena renta, en Corinde. Y cuando él, mozo de dieciocho años, estudiaba, aburrido, el preparatorio del Liceo, Andrés Cavalleiro, estudiante entonces de tercer año, ya le trataba como un amigo serio. Durante las vacaciones, como su madre le regalara un caballo, aparecía todas las tardes en la torre; y muchas veces, bajo las arboledas de la quinta, o paseando por los alrededores de Bravaes y Valverde, le confiaba, como a un espíritu maduro, sus ambiciones políticas, sus ideas de una vida que deseaba fuera seria y consagrada por entero al Estado. Gracita Ramírez se abría en la flor de sus dieciséis años; e incluso en Oliveira la llamaban la *Flor de la Torre*. Vivía aún por entonces el aya inglesa de Gracita, la buena *miss* Rhodes, que, como todos en la torre, admiraba con entusiasmo a Andrés Cavalleiro, por su amabilidad, su ondulada cabelle-

ra romántica, la dulzura quebrada de sus grandes ojos, la manera ardiente de recitar a Víctor Hugo y a Juan de Dios. Y con aquella debilidad que le ablandaba el alma y los principios ante la soberanía del amor, favoreció largas conversaciones de Andrés con María de la Gracia, bajo los árboles del Mirante, e incluso cartitas cambiadas al oscurecer por encima del muro bajo de la Madre del Agua. Todos los domingos Cavalleiro comía en la torre; y el viejo administrador Rebello había preparado ya, con esfuerzo y refunfuñando, mil duros para el ajuar de la «niña». El padre de Gonzalo, gobernador civil de Oliveira, siempre atareado, metido en política y en deudas, amaneciendo solamente en la torre los domingos, aprobaba aquella solución de Gracita, que, tierna y novelesca, sin madre que velase por ella, creaba en su vida, ya difícil, un obstáculo y un cuidado. Sin representar, como él, una familia de inmensa crónica anterior al reino, de la más pura sangre de reyes godos, Andrés Cavalleiro era un joven bien nacido, hijo de un general, nieto de un magistrado, con un legítimo blasón en su casa-palacio de Corinde y extensas tierras alrededor, bien sembradas y libres de hipotecas. Sobrino, además, de Reis Gómez, uno de los jefes históricos, afiliado ya al partido histórico (desde el segundo año de Universidad), su carrera estaba marcada con brillantez y seguridad en la política y en la Administración. Y, finalmente, María de la Gracia amaba arrobadamente aquellos relucientes bigotes, las recias espaldas de hércules bien educado, el porte ufano que le acorazaba la pechera y que impresionaba. Ella, por contraste, era pequeñita y frágil con unos ojos tímidos y verdosos que la sonrisa humedecía y enlanguidecía, una piel transparente de porcelana fina y unos cabellos magníficos, más negros y lustrosos que la cola de un corcel de guerra, que caían hasta sus pies, y en los que podía envolverse toda, tersa y pequeña como era. Cuando bajaban ambos por las alamedas de la quinta, *miss* Rhodes (cuyo padre, profesor de Literatura griega en Manchester, habíala henchido de mitología) pensaba siempre en «Marte, lleno de fuerza, amando a Psiquis, llena de gracia». E incluso los criados de la torre se maravillaban de aquella «¡linda pareja!». Sólo doña Joaquina Cavalleiro, la madre de Andrés, señora obesa e irritable, detestaba aquella tierna asiduidad de su hijo en la torre, sin motivo de peso, únicamente porque «desconfiaba del aspecto de la niña y por desear una nuera más mujer...» Afortunadamente, cuando Andrés Cavalleiro se matriculó en el quinto año, la desagradable matrona murió de hidropesía. El padre de Gonzalo recibió la llave del féretro; Gracita se puso de luto; y Gonzalo, compañero de casa de Cavalleiro, en la calle de San Juan, en Coimbra, usó un brazalete negro en la manga de la toga. Después, en Santa Irene, se pensó que el espléndido Andrés, libre de la maligna oposición de su madre, pediría a la *Flor de la Torre* después de doctorarse. Pero, una vez celebrado aquel anhelado acto, Cavalleiro marchó precipitado a Lisboa, porque se anunciaban elecciones en octubre, y le había prometido su tío Reis Gómez, entonces ministro de Justicia, «que sería diputado» por Braganza.

Y todo aquel verano lo pasó en la capital; después, en Cintra, donde la negra languidez de sus ojos húmedos enternecía corazones; luego,

en un viaje casi triunfal a Braganza, con cohetes y «¡vivas al sobrino del señor consejero Reis Gómez!» En octubre, Braganza «confió al doctor Andrés Cavalleiro (como decía el *Eco de Traz-os-Montes*) el derecho a representarla en Cortes, con sus brillantes conocimientos literarios y su apuesta presencia de orador...» Regresó entonces a Corinde; pero en sus visitas a la torre, donde el padre de Gonzalo convalecía de unas fiebres gástricas, agravadas por su antigua diabetes, Andrés ya no arrastraba ansiosamente a Gracia, como antes, hacia las silenciosas sombras de la quinta, y permanecía con preferencia en la sala azul, hablando de política con Vicente Ramírez, que no se movía del sillón, envuelto en una manta. Y Gracita, en sus cartas a Coimbra a su hermano Gonzalo, se quejaba ya de que no eran tan dulces ni tan íntimas las visitas de Andrés a la torre, «ocupado como andaba ahora siempre en estudiar para diputado...» Después de Nochebuena, Cavalleiro volvió a Lisboa para la apertura de las Cortes, muy pertrechado, con Mateo, su criado; una linda yegua que compró en Villa-Clara a Manuel Duarte, y dos cajones de libros. Y la buena *miss* Rhodes sostenía que Marte, como convenía a un héroe, sólo reclamaría a Psiquis después de una noble hazaña, su *début* en la Cámara, «en un bonito discurso, todo florido...» Cuando Gonzalo, en las vacaciones de Pascuas, apareció en la torre, encontró a Gracita inquieta y pálida. Las cartas de su Andrés, que debutó, «y con discurso bonito, todo florido...», eran cada semana más breves, más tranquilas. Y la última (que ella le enseñó en secreto), fechada en la Cámara, contaba en tres líneas mal trazadas «que tenía mucho trabajo en las comisiones, que el tiempo era hermoso, que aquella noche se celebraba el baile de los condes de Villaverde, y que él seguía sintiendo muchas nostalgias. Su fiel *Andrés...*» Gonzalo Méndez Ramírez, aquella misma tarde, se desahogó con su padre, que se consumía en el sillón:

—Yo creo que Andrés se está portando mal con Gracita... ¿No te parece, papá?

Vicente Ramírez sólo movió, en un gesto de vencida tristeza, la mano descarnada, de la que se le caía a cada momento la sortija con el escudo.

Por fin, en mayo terminaron las sesiones de las Cámaras, aquellas sesiones que tanto interesaban a Gracita, ansiosa de «que acabasen de discutir y tuvieran vacaciones». Y casi inmediatamente, ella, en Santa Irene, y Gonzalo, en Coimbra, supieron por los periódicos que «el talentoso diputado Andrés Cavalleiro había marchado a Italia y Francia en un largo viaje de recreo y de estudio». ¡Y sin una carta a su elegida, a su prometida casi!... Era un ultraje, un brutal ultraje, que en otro tiempo, en el siglo doce, hubiese lanzado a todos los Ramírez, con infantes y caballería, sobre el solar de los Cavalleiros, para dejar cada viga renegrida por las llamas y cada siervo colgado de una soga de cáñamo. Ahora, Vicente Ramírez, apagado y moribundo, murmuró simplemente: «¡Qué granuja!» ¡El, en Coimbra, rugiendo, juró abofetear algún día al infame! La buena *miss* Rhodes, para consolarse, sacó su vieja arpa y llenó Santa Irene de dolientes arpegios. Y todo acabó con las lágrimas que Gracita, durante varias semanas, tan desconsolada de la vida que ni se peinaba, escondía bajo los árboles del Mirante.

Y aún después de los años, ante aquel recuerdo de las lágrimas de su hermana, sentíase Gonzalo invadido por el rencor, tan redivivo, ¡que atizó un bastonazo hacia un lado sobre las ramas del cercado, como si lo diese sobre las costillas de Cavalleiro! Caminaban entonces junto al puente de la Portella, donde los campos se ensanchan y desde la carretera se divisa Villa-Clara, blanqueada toda por la luna, desde el convento de Santa Teresa, cerca del Chafariz, hasta el muro nuevo del cementerio, en lo alto, con sus finos cipreses. Hacia el fondo del valle, clara también bajo la luna, estaba la iglesita de Craquêde, Santa María de Craquêde, resto del antiguo monasterio, en donde yacían aún, en sus rudos túmulos de granito, los huesos magnos de los Ramírez alfonsinos. Bajo el arco, el lento riachuelo, arrastrándose entre los guijarros, susurraba suavemente en la sombra. Y Videiriña, extasiado en aquel silencio y en aquella suavidad nostálgica, cantaba entre un sordo gemir de bordones:

> Inútiles son tus quejas,
> excusados son tus ayes,
> que es cómo si hubiese muerto,
> ¡y no volvieras a verme!...

Y Gonzalo, sumido de nuevo en sus recuerdos, repasaba las tristezas que cayeron después sobre la torre. Vicente Ramírez murió una tarde de agosto, sin sufrimiento, tendido en su poltrona en el balcón, con los ojos clavados en la vieja torre, murmurando al padre Soeiro:

—¿Cuántos Ramírez verá ella aún en esta casa, a su sombra?

Aquellas vacaciones las consumió enteras Gonzalo en el oscuro archivo, solo—porque el administrador, el bueno de Rebello, también había pasado a mejor vida—, revolviendo papeles, averiguando el estado de la casa, reducida a los dos mil doscientos duros que producían los arriendos de Craquêde, la heredad de Praga, y las dos quintas históricas, Treixedo y Santa Irene. Cuando regresó a Coimbra dejó a Gracita en Oliveira, en casa de una prima, doña Arminda Núñez Viegas, señora de buena posición, muy bondadosa, que vivía en el Terreiro de la Louça, un inmenso caserón lleno de retratos de antepasados y de árboles genealógicos, donde ella, vestida de terciopelo negro, instalada en un canapé de damasco, entre sirvientas que hilaban, releía constantemente sus libros de caballería, el *Amadís, Leandro el Hermoso, Tristán y Blancaflor*, las *Crónicas del emperador Clarimundo...* Fué allí donde José Barrolo—señor de una de las más ricas casas de Amarante—encontró a Gracita Ramírez y la amó con una pasión profunda, casi religiosa, extraña en aquel joven indolente, gordinflón, de carrillos colorados como una manzana, y tan escaso de espíritu, que los amigos le llamaban *José Lechoncillo*. El bueno de Barrolo había residido siempre en Amarante, con su madre, y no conocía la traicionera novela de la *Flor de la Torre*, que nunca se difundió más allá de las espesas arboledas de la quinta. Y bajo el enternecido y romántico patrocinio de doña Arminda, el noviazgo y la boda se apresuraron en tres meses, después de una carta de Barrolo a Gonzalo Méndez Ramírez jurando «que el puro afecto que sentía hacia la prima Gracia, por sus virtudes y otras cualidades respetables, era tan grande, que no encontraba en el diccionario términos para explicarlo». Hubo una boda suntuosa, y los novios—por deseo de Gracita, para no alejarse de la querida torre—, después de un viaje filial a Amarante, «hicieron su nido» en Oliveira, en la esquina de la

plaza del Rey y de la calle de las Tejedoras, en un palacete que el *Lechoncillo* heredó, con extensas tierras, de su tío Melchor, deán de la catedral. Pasaron dos años tranquilos y sin historia. Y Gonzalo Méndez Ramírez pasaba justamente en Oliveira sus últimas vacaciones de Pascua, cuando Andrés Cavalleiro, nombrado gobernador civil de la provincia, tomó posesión ruidosamente, ¡con cohetes, bandas, el Gobierno civil y el palacio del obispo iluminados, las armas de los Cavalleiros en colgaduras, en el café de la Arcada y en la oficinas de recaudación! Barrolo conocía a Cavalleiro casi íntimamente, admiraba su talento, su elegancia, su brillo político. Pero Gonzalo Méndez Ramírez, que dominaba soberanamente al *Lechoncillo*, le prohibió en seguida visitar al señor gobernador civil y ni siquiera saludarle en la calle, ¡compartiendo, por deber de alianza, los rencores que existían entre los Cavalleiros y los Ramírez! José Barrolo cedió, sumiso, espantado, sin comprender. Y luego, una noche, en la alcoba, poniéndose las zapatillas, contó a Gracita «la rareza de Gonzalo»:

—¡Y sin motivo, sin ofensa, sólo a causa de la política! ¡Y ya ves! ¡Un guapo mozo como Cavalleiro! ¡Podíamos hacer un grupo tan agradable!

Pasó otro año en calma. Y aquella primavera, en Oliveira, donde se había quedado por el cumpleaños de Barrolo, ¡he aquí que Gonzalo sospecha, husmea, descubre una infamia incomparable! ¡El envarado individuo del bigotazo negro, el tal don Andrés Cavalleiro, había empezado nuevamente, con un soberbio descaro, a cortejar a Gracita Ramírez, de lejos, calladamente, con profundas miradas, cargadas de nostalgia y languidez, intentando ahora tener de amante a aquella noble ancestral, a aquella Ramírez, a quien había desdeñado como esposa!

*

Tan embebido iba Gonzalo por la blanca carretera, en la amarga obsesión de aquellos pensamientos, que no reparó en el portón de la torre, ni en el verde postigo, en la esquina de la casa, sobre los tres escalones. Y seguía a lo largo del muro de la huerta, cuando Videiriña, que se había detenido, con los dedos inmóviles sobre las cuerdas de la guitarra, le avisó, riendo:

—¡Oh señor doctor! Entonces ¿se marcha usted así, en una carrera, hacia los Bravaes?

Gonzalo giró, despertado bruscamente, buscando en el bolsillo, entre el dinero suelto, la llavecita del postigo:

—¡Ni me había fijado! ¡Qué bonitamente ha tocado usted, Videiriña! Con luna, después de cenar, no hay compañero más poético... ¡Es usted realmente el último trovador portugués!

Para el ayudante de farmacia, hijo de un panadero de Oliveira, la familiaridad de aquel gran hidalgo que le estrechaba la mano en la botica delante de Pires el boticario, constituía una gloria, casi una coronación, siempre nueva y siempre deliciosa. Conmovido, pulsó rígidamente las cuerdas:

—Entonces, para acabar, ¡ahí va la gran trova, señor doctor!

Era su famosa canción, el *Fado de los Ramírez*, rosario de heroicidades que celebraban las leyendas de la ilustre casa, que él perfeccionaba y completaba hacía meses, ayudado en la tierna tarea por el saber del viejo padre Soeiro, capellán y archivero de la torre.

Gonzalo empujó la puertecita verde. En el corredor chisporroteaba una lamparilla mortecina, ya sin aceite, junto al candelabro de plata. Y Videiriña, retrocediendo hasta en medio de la carretera, con un *dlindon*, contempló la torre, que, por encima de los tejados de la amplia casa, sumergía las almenas, el negro mirador, en el luminoso silencio del cielo de verano. Después, para ella y para la luna, lanzó las endechas glorificadoras, en la doliente melodía de un fado de Coimbra, rico en ayes:

Nadie te ve sin temblar,
torre de la Santa Irene,
así, tan negra y callada,
en noches de luna llena...
¡Ay! Así, tan negra y callada,
torre de la Santa Irene!

Se interrumpió para dar las gracias al hidalgo que le invitaba a subir y a tomarse una copa de ginebra salvadora. Pero prosiguió en seguida la canción, gozando en ello, arrebatado, como siempre, por el sabor de sus versos y el prestigio de las leyendas, mientras Gonzalo desaparecía, con bromistas disculpas al trovador «por cerrar la poterna del castillo»...

¡Ay! ¡Ahí estás, fuerte y soberbia,
con un rasgo en cada almena,
torre más vieja que el reino,
torre de la Santa Irene!...

E inició la parte dedicada a Muncio Ramírez, *Diente de Lobo*, cuando una sala de arriba, abierta a la frescura de la noche, se iluminó, y el hidalgo de la torre, con el puro encendido, se asomó al balcón para escuchar la serenata. Más ardiente, casi sollozante, vibró la canción de Videiriña. Ahora era la parte dedicada a Gutierre Ramírez en Palestina, sobre el monte de los Olivos, a la puerta de su tienda, ante los barones que le aclamaban, con las espadas desenvainadas, rechazando el ducado de Galilea y el señorío de las tierras de allende el Jordán; que no podía aceptar, en verdad, una tierra, aun siendo santa, ni siquiera en Galilea...

¡Quien ya tiene en Portugal
tierras de la Santa Irene!

—¡Bien cantado y de bonita inspiración!—murmuró Gonzalo.

Videiriña, entusiasmado, entonó en seguida otra nueva, hecha aquella semana, la del acompañamiento fúnebre de Aldonza Ramírez, Santa Aldonza, traída del monasterio de Arouca al solar de Treixedo, sobre el almadraque en que muriera, ¡en hombros de cuatro reyes!

Arrobado, alzando el brazo de la guitarra, el ayudante de farmacia lanzó otra, ya antigua, la de aquel terrible Lope Ramírez, que, muerto, se levantó de su sepulcro en el monasterio de Craquede, montó un corcel muerto y galopó toda la noche a través de España para combatir en las Navas de Tolosa! Carraspeó, y más llorosamente atacó la del *Descabezado*:

Ahí va la negra figura...

Pero Gonzalo, que detestaba aquella leyenda, la silenciosa figura degollada vagando las noches de invierno entre las almenas de las torre con la cabeza en las manos, se apartó del balcón, deteniendo la crónica magna:

—Videiriña, tocan a acostarse, ¿no? Pasan de las tres; es un horror. ¡Mire! *Titó* y Gouveia comen aquí, en la torre, el domingo. Venga usted también con la guitarra y una nueva canción; pero menos siniestra... *Bona sera!* ¡Qué hermosa noche!

Tiró el puro, cerró los cristales de la sala, «la sala vieja», cubierta toda de aquellos renegridos y tristones retratos de los Ramírez, a los que él

llamaba desde niño *las carctas de los abuelos*. Y cruzando el corredor, oyó todavía sonar a lo lejos, en el silencio de los campos bañados por la luna, las hazañas rimadas de los suyos:

> ¡Ay! En aquella gran batalla,
> don Sebastián, el buen rey,
> el menor de los Ramírez,
> que era paje del pendón...

Ya desnudo y apagada la vela, después de persignarse rápidamente, el hidalgo de la torre se durmió. Pero en la alcoba, que se volvió a poblar de sombras, comenzó para él una noche agotadora y pavorosa. Andrés Cavalleiro y Juan Gouveia brotaron de la pared, revestidos de cotas de malla, ¡montados en horrendas tencas asadas! Y lentamente, guiñando el ojo maligno, embestían contra su pobre estómago a lanzadas, haciéndole gemir y retorcerse sobre el lecho de caoba. Después eran, en la Calçadiña de Villa-Clara, el horroroso Ramírez muerto, con la osamenta crujiendo dentro de la armadura, y el rey don Alfonso Segundo, rechinando unos afilados dientes de lobo, quienes le arrastraban furiosamente hacia la batalla de las Navas de Tolosa. El se resistía, clavado en las losas, ¡llamando a Rosa, a Gracita, a *Titó!* Pero don Alfonso le asestaba tan duro puñetazo en los riñones con el guantelete de hierro, que le trasladaba desde la taberna de Gago hasta Sierra Morena, al campo de batalla, brillante y estremecido de pendones y de armas. E inmediatamente su primo español Gómez Ramírez, maestre de Calatrava, inclinado desde el negro corcel, le arrancaba los últimos pelos entre la retumbante mofa de toda la hueste sarracena y los llantos de la tía Louredo, ¡transportada en andas a hombros de cuatro reyes!... Finalmente, extenuado, sin sosiego, cuando el alba clareaba ya en las rendijas de las ventanas y las golondrinas piaban en los aleros de los tejados, el hidalgo de la torre arrojó en una verdadera sacudida las sábanas, saltó al suelo, abrió las maderas y los cristales y aspiró deliciosamente el silencio, la frescura, el verdor, el reposo de la quinta. Pero ¡qué sed! ¡Una sed desesperada, que le acorchaba los labios! Recordó entonces el famoso *fruit salt* que le recomendara el doctor Mattos, cogió el frasco y corrió al comedor en camisa. Y, jadeante, echó dos cucharadas en una copa de agua de Bica-Velha, y la vació de un trago, con aquel hervor picante.

—¡Ah, qué consuelo, qué rico consuelo!...

Volvió extenuado a la cama, y se adormeció de nuevo en seguida, muy lejos, sobre la espesa hierba de un prado africano, debajo de unos cocoteros susurrantes, entre el apimentado aroma de unas radiantes flores que brotaban entre piedras de oro. De aquella perfecta beatitud le arrancó Benito al mediodía, inquieto con «el retraso del señor doctor».

—¡Es que he pasado una noche atroz, Benito! Pesadillas, terrores, riñas, esqueletos... Han sido los malditos huevos con chorizo, y el pepino... ¡Sobre todo, el pepino! Una ocurrencia de ese animal de *Titó*... Después, de madrugada, tomé ese *fruit salt*, ¡y estoy magnífico, hombre!... ¡Estoy estupendo! Hasta me siento capaz de trabajar. Lleva a la biblioteca una taza de té verde, muy cargado... Y lleva también unas tostadas.

*

Y momentos después, en la biblioteca, con una bata de franela sobre la camisa de dormir, tomando a sorbitos lentos el té, Gonzalo releía junto al balcón aquella última línea de la novela, tan floja y rebuscada, en que «los anchos rayos de la luna se extendían por la ancha sala de armas...» De repente, en una rápida impresión de claridad, entrevió detalles expresivos para aquella noche de castillo y de verano, las puntas de las lanzas de los centinelas rebrillando silenciosamente por los adarves de la muralla y el croar triste de las ranas en los bordes cenagosos del foso...

—¡Buenos bocetos!

Acercó despacio la silla, consultó nuevamente en el tomo de *El Bardo* el poemita del tío Duarte, y despejado, sintiendo las imágenes y las frases brotar como burbujas de un agua contenida que revienta, atacó aquel lance del capítulo primero en que el viejo Tructesindo Ramírez, en la sala de armas de Santa Irene, conversaba con su hijo Lorenzo y con su primo don García Viegas el *Sabio*, de aprestos de guerra... ¡Guerra! ¿Por qué? ¿Acaso por los cerros fronterizos corrían ligeros entre la arboleda almogávares moriscos? ¡No! ¡Pero, desgraciadamente, «en aquella tierra, ya redimida y cristiana, se cruzarían en breve, unas contra otras, nobles lanzas portuguesas»!...

¡Alabado sea Dios! ¡La pluma corría ya bien! Y atento a las páginas marcadas en un tomo de la *Historia* de Herculano, esbozó con seguridad la época de su novela, que empezaba en los discordias de Alfonso II y de sus hermanos a causa del testamento del rey su padre, don Sancho I. En aquel comienzo del capítulo, ya los infantes don Pedro y don Fernando, despojados, andaban por Francia y León; ya con ellos había abandonado el reino el poderoso primo de los Ramírez, Gonzalo Méndez de Souza, jefe magnífico de la casa de los Souzas. Y ahora, encerradas en los castillos de Montemayor y de las Esgueiras, las señoras infantas doña Teresa y doña Sancha negaban a don Alfonso el señorío real sobre las villas, fortalezas, heredades y monasterios, de que tan profusamente las dotara el rey su padre. Ahora bien: antes de morir en el alcázar de Coimbra el señor don Sancho, suplicó a Tructesindo Méndez Ramírez, su hermano de leche y alférez mayor, por él armado caballero en Lorvao, que defendiese y sirviese siempre a su hija amada entre todas, la infanta doña Sancha, señora de Aveyras. Así lo juró el leal ricohome junto al lecho, donde en brazos del obispo de Coimbra y del prior del Hospital, sosteniendo la candela, agonizaba, vestido de estameña como un penitente, el vencedor de Silves... Pero hete aquí que estalla la fiera contienda entre Alfonso Segundo, agriamente celoso de su autoridad de rey, y las infantas, orgullosas, impulsadas a la resistencia por los frailes del templo ¡y por los prelados a quienes don Sancho legara tan extensos pedazos del reino! Inmediatamente, Alemquer y los alrededores de otros castillos son devastados por las huestes reales que regresaban de las Navas de Tolosa. Entonces, doña Sancha y doña Teresa acuden al rey de León, que entra con su hijo don Fernando por tierras de Portugal a socorrer a las «damas oprimidas». Y en este lance, el tío Duarte, en su *Castillo de Santa Irene*, interpelaba con soberbio garbo al alférez mayor de don Sancho:

> ¿Qué harás tú, mayorazgo de Ra-
> [mírez?
> Si al pendón leonés juntas el tuyo,
> ¡tu juramento incumples al rey vivo!
> Pero si a las infantas no defiendes,
> ¡tu palabra traicionas al rey muerto!

Esta duda, sin embargo, no angustió el alma de aquel Tructesindo rudo y leal, a quien el hidalgo de la torre modelaba severamente. Aquella noche, apenas recibió por mediación del hermano del alcaide de Aveyras, disfrazado de fraile mendicante, un angustiado recado de la señora doña Sancha, ordenó a su hijo Lorenzo que a la primera claridad del alba corriese sobre Montemayor con quince lanzas, cincuenta hombres de a pie de su merced y cuarenta ballesteros. El, entre tanto, lanzaría el grito de guerra, y en dos días marcharía al campo con sus parientes de la comarca, un cuerpo más potente de vasallos y de ballesteros, para unirse a su primo, el de Souza, que en la vanguardia de los leoneses bajaba de Alba de Duero.

Después, ya en la madrugada, el pendón de los Ramírez, el azor negro en campo escarlata, fué plantado ante los parapetos espinosos; y al lado, en el suelo, amarrado al astil con una tira de cuero, relucía el viejo emblema señorial, el hondo y sonoro caldero bruñido. Por todo el castillo se afanaban los siervos descolgando los yelmos, arrastrando con fragor por las losas los pesados sayos de malla de hierro. En los patios, los armeros aguzaban venablos, almohadillando la dureza de las grebas y quijotes con puñados de estopa. Ya el adalid, en la despensa, anotaba las raciones de carne para los dos días ardorosos de la batalla. Y por todas las cercanías de Santa Irene, en la dulzura de la tarde, los atambores moriscos, ocultos en la arboleda, ¡tararán!, ¡tararán!, o más vivos en los cerros, ¡rataplán!, ¡rataplán!, convocaban a los caballeros de soldada y a los infantes de la mesnada de los Ramírez.

Entre tanto, el hermano del alcaide, disfrazado siempre de fraile mendicante, de vuelta al castillo de Aveyras con la buena nueva de los socorros preparados, trasponía con ligereza el puente levadizo. Y aquí, para alegrar tan sombrías vísperas de guerra, el tío Duarte, en su poemita, engastaba una estrofa galante:

A la moza que al chorro llena el cántaro,
¡diciendo *amén*, le roba el fraile un beso!

Pero Gonzalo vacilaba en descomponer con un beso de clérigo la pompa de aquella hermosa partida a la contienda. Y mordía pensativamente las barbas de la pluma, cuando la puerta de la biblioteca rechinó.

—El correo...

Era Benito, con los periódicos y dos cartas. El hidalgo sólo abrió una, lacrada con el enorme sello de armas de Barrolo, rechazando la otra, en que reconoció la letra aborrecida de su sastre de Lisboa. E inmediatamente, dando un puñetazo sobre la mesa:

—¡Ah, diablo! ¿A qué día estamos hoy de mes? A catorce, ¿no?

Benito esperaba, con la mano en el picaporte.

—¡Es que está al caer el cumpleaños de mi hermana Gracia! Lo había olvidado por completo, lo olvido siempre. ¡Y no tener ni un regalito gracioso!... ¡Qué aburrimiento!, ¿verdad?

Pero la noche anterior, Manuel Duarte, en el Casino, jugando al tresillo, anunció una escapada a Lisboa por tres días, para gestionar el destino de su sobrino en Obras públicas. Iría, pues, a Villa-Clara a pedir a don Manuel Duarte que le comprase en Lisboa una bonita sombrilla de seda blanca con encajes...

—¡Don Manuel tiene gusto, mucho gusto! Dile entonces a Joaquín que no ensille la yegua; ya no voy a ver a Sánchez Lucena. ¡Oh señores! ¿Cuándo podré hacer esa infame visita? ¡Hace tres meses!... En fin, por dos días más, la bella doña Ana no envejecerá, y el viejo Lucena no fallecerá tampoco.

Y el hidalgo de la torre, que decidió arriesgarse al beso divertido, volvió a coger la pluma y redondeó aquel final con elegante armonía:

«La moza, furiosa, gritó: «¡Fu!, ¡fu! ¡Villano!» Y el fraile mendicante, silbando, aligeró sus sandalias por el barranco, a la sombra de las altas hayas, mientras por todo el fresco valle hasta Santa María de Craquede, los atambores moriscos, ¡tararán!, ¡rataplán!, convocaban la mesnada de los Ramírez en la dulzura de la tarde...»

III

Durante la larga semana, en las horas de calma, el hidalgo de la torre trabajó con ahinco y provecho. Y aquella mañana, después de repicar la campanilla en el corredor, por dos veces empujó Benito la puerta de la biblioteca avisando al señor doctor «que el almuerzo, con aquella espera, se echaría a perder, seguramente». Pero por encima del montón de cuartillas Gonzalo rezongaba un «¡Ya voy!» sin soltar la pluma, que corría como quilla leve en agua mansa, con la prisa amorosa por terminar antes del almuerzo su capítulo primero.

¡Ah, y qué trabajo le costó aquellos días el copioso capítulo, tan difícil, con el inmenso castillo de Santa Irene por reconstruir; y toda una época esfumada de la Historia de Portugal que condensar en robustos contornos; y la mesnada de los Ramírez que pertrechar, sin que faltase una ración en las alforjas o un fleje en los cofres, a lomos de las mulas! Pero, afortunadamente, el día anterior sacó ya del castillo la mesnada de Lorenzo Ramírez, en socorro de Montemayor, con un vistoso relampaguear de yelmos y lanzas en torno al pendón enhiesto.

Y ahora, en aquel final del capítulo, era de noche y la campana había dado el toque de queda, y la almenara ardía en la torre albarrada, y Tructesindo Ramírez bajaba a la sala de suelo de tierra, de la Alcaçova, para cenar, cuando afuera, ante el portillo, con tres toques fuertes, que anunciaban un fijodalgo, sonó presuroso un cuerno. Y sin que el mayordomo pidiera permiso al señor, el rastrillo del puente levadizo chirrió sobre las cadenas de hierro, retumbando huecamente en los poyos de piedra. Quien así llegaba con tan grande prisa era Mendo Páez, amigo de Alfonso II y mayordomo de su Curia, casado con la hija mayor de Tructesindo, doña Teresa, aquella que por su flexible y blanco cuello, por su andar más ligero que un vuelo, llamaban los Ramírez la *Garza real*. El señor de Santa Irene corrió al rellano para acoger con un abrazo al amado yerno, «membrudo caballero, de rubios cabellos y blanquísima piel, de la raza germánica de los visigodos...» Y con las manos cogidas ambos penetraron en aquella sala abovedada, iluminada por antorchas sostenidas por toscos aros de hierro, emplomados en los muros.

En medio descansaba la maciza mesa de roble, rodeada de escaños hasta su extremo, donde se alzaba, ante un áspero mantel de lino, cubierto de platos de estaño y de picheles relucientes, el sillón señorial, con el azor bastamente labrado en el alto respaldo, y colgando de él, por el cinturón ataujiado de plata, la espada de Tructesindo. Detrás

negreaba el hondo hogar apagado, todo lleno de ramas de pino, con la repisa guarnecida de conchas, entre bocales con sanguijuelas, bajo dos manojos de palmas traídas de Palestina por Gutierre Ramírez el *de Ultramar*. Junto a un pilar de la chimenea, un halcón, con plumas todavía, dormitaba en su alcándara; y al lado, sobre las losas, sobre un montón de juncos, dos mastines enormes dormían también con el hocico entre las patas y las orejas caídas. Troncos de castaño sostenían en un rincón una barrica de vino. Entre dos troneras enrejadas, un monje con el rostro hundido en la capucha, sentado en el borde de un arcón, leía a la claridad del candil que humeaba encima, un pergamino desenrollado... Así Gonzalo adornó la lúgubre sala alfonsina con ornatos sacados del tío Duarte, de Walter Scott, y de narraciones del *Panorama*. ¡Pero qué esfuerzo!... E incluso después de colocar sobre las rodillas del monje un infolio impreso en Maguncia por Ulrick Zell, tachó todo aquel párrafo tan erudito al recordar, con un puñetazo sobre la mesa, que aún no había sido inventada la imprenta en tiempos de su abuelo Tructesindo, y que al monje letrado sólo le correspondía «un pergamino de escritura amarillenta...»

Y paseando por las losas sonoras, desde la chimenea hasta el arco de la puerta, cerrado por una cortina de cuero, Tructesindo, con la blanca barba esparcida sobre los brazos cruzados, escuchaba a Mendo Páez: que con la confianza de pariente y amigo, viajaba sin hombres de su merced, ciñendo sólo encima del brial de lana parda, una espada corta y un puñal sarraceno. Presuroso y cubierto de polvo había corrido Mendo Páez desde Coimbra para suplicar a su suegro, en nombre del rey y de los juramentos prestados, que no se uniese al bando de los de León y con las señoras infantas. Y explayaba ante el viejo todos los fundamentos invocados contra ellas por los doctos notarios de la Curia: ¡las resoluciones del Concilio de Toledo! ¡La bula del apóstol romano Alejandro! ¡El viejo fuero de los visigodos! Además, ¿qué injuria habían hecho las señoras infantas a su real hermano para congregar así huestes leonesas en tierras de Portugal? ¡Ninguna! Ni alcaldía ni renta de los castillos y villas de la donación de don Sancho les negaba el señor don Alfonso. El rey de Portugal sólo quería que ningún palmo de tierra portuguesa, baldío o murado, quedase fuera de su señorío real. ¿Avaro y ávido el rey don Alfonso?... Pero ¿no había entregado a la señora doña Sancha ocho mil morabitinos de oro? ¡Y el agradecimiento de la hermana había sido el leonés pasando la raya y la demolición de los hermosos castillos de Ulgoso, de Contrasta, de Urros y de Lanhozelo! El mayorazgo de la Casa de los Souzas, Gonzalo Méndez, no se encontraba al lado de los caballeros de la Cruz en el viaje a las Navas, sino que andaba allá guardando a las infantas, ¡como un moro, devastando tierra portuguesa desde Aguiar hasta Miranda! Y ya por los cerros de allende el Duero había aparecido el pendón renegado de los trece besantes, ¡y por detrás, husmeando la manada de los Castros! ¡Sombría amenaza, y de armas cristianas, oprimiendo el reino, cuando aún moabitas y agarenos corrían a rienda suelta por los campos del Sur!... ¡Y el honrado señor de Santa Irene, que tan reciamente ayudó a hacer el reino, no debía, en verdad, deshacerlo, arrancando de él los mejores pedazos para monjes y damas rebeldes! Así, con impetuosos pasos, clamó Mendo Páez, tan acalorado de esfuerzo y de emoción, que por dos veces llenó de vino un cuenco de madera y lo vació de un trago. Después, limpiándose la boca con el borde de la mano trémula:

—¡Id, en verdad, a Montemayor, micer Tructesindo Ramírez! ¡Y en son de paz y buena avenencia, persuadid a vuestra señora doña Sancha y a las señoras infantas de que vuelvan honradamente a quien tienen por su padre y su rey!

El corpulento señor de Santa Irene se detuvo, fijando en su yerno los duros ojos, bajo la arruga de las cejas, hirsutas y blancas como zarzas en mañana de helada:

—Iré a Montemayor, Mendo Páez, a llevar mi sangre y la de los míos para que justicia logre quien justicia tenga.

Entonces Mendo Páez, amargado ante la heroica obstinación:

—¡Mayor dolor, mayor dolor! Habrá buena sangre de ricoshomes vertida en más desquites... ¡Micer Tructesindo Ramírez, sabed que en Cantalapiedra os espera Lope de Bayón, el *Bastardo*, para impediros el paso con cien lanzas!

Tructesindo irguió la ancha cara, con una risa tan soberbia y clara que los mastines gruñeron torvamente, y el halcón, despertado, estiró el ala lentamente:

—¡Buena nueva y de buena esperanza! Y decid, señor mayordomo mayor de la Curia, ¿tan alegre y cierta me la aportáis para intimidarme?

—¿Para intimidaros?... ¡Ni el señor Arcángel San Miguel os intimidaría bajando del cielo con todas sus huestes y su espada de fuego! De sobra lo sé, micer Tructesindo Ramírez. Pero casé en vuestra casa. Y ya que en esta lid no seáis por mí bien ayudado, quiero, al menos, que seáis bien avisado.

El viejo Tructesindo batió palmas para llamar a sus siervos:

—¡Bien, bien, a cenar, pues! ¡A cenar, fray Munio!... Y vos, Mendo Páez, dejad los recelos.

—¡Sí, los dejo! No os puede venir daño que me angustie de cien lanzas, de doscientas que os surjan en el camino.

Y mientras el monje enrollaba su pergamino y se acercaba a la mesa, Mendo Páez añadió con tristeza, desciñendo despacio el cinturón con la espada:

—Sólo un cuidado me pesa. Y es que en este viaje, mi señor suegro, vayáis a quedar mal con el reino y con el rey.

—¡Hijo y amigo! ¡Mal quedaré con el reino y con el rey, pero bien con la honra y conmigo!

Este grito de fidelidad, tan altivo, no resonaba en el poemita del tío Duarte. Y cuando lo encontró, con inesperada inspiración, el hidalgo de la torre, tirando la pluma, se frotó las manos y exclamó, arrobado:

—¡Caramba! ¡Aquí hay talento!

Terminó en seguida el capítulo. Estaba extenuado, en el duro banco del trabajo desde las nueve, ¡reviviendo intensamente, y en ayunas, las energías magníficas de sus vigorosos abuelos! Numeró las cuartillas y guardó en el cajón, con llave, el volumen de *El Bardo*. Después, en la ventana, con el chaleco desabrochado, repitió el grito genial con grave y ronco son, como lo hubiese lanzado Tructesindo: «¡Mal con el reino y con el rey, pero bien con la honra y conmigo!...» Y sintió en él, realmente, el alma toda de un Ramírez, como eran ellos en el siglo XII, de sublime lealtad, pero encadenados a

su palabra como un santo a su voto, y ¡prodigándose alegremente para mantener bienes, contento y vida!

Benito, que dió otro repique desesperado, abrió de par en par la puerta de la biblioteca:

—Es Pereira. Está ahí abajo Pereira, que quiere hablar al señor doctor.

Gonzalo Méndez frunció el entrecejo, impaciente, apartado de aquellas alturas donde respiraba con los nobles espíritus de su raza:

—¡Qué lata!... Pereira... ¿Qué Pereira?

—Pereira, Manuel Pereira, el de la Riosa; el Pereira brasileño.

Era un labrador con vivienda en la Riosa, llamado el *Brasileño*, por haber heredado veinte mil duros de un tío suyo, comerciante al por menor en Pará. Compró entonces tierras, tenía arrendada la *Cortiga*, la famosa posesión de los condes de Monte-Agra, se ponía los domingos una levita de paño fino y disponía de sesenta votos en el distrito.

—¡Ah! Dile a Pereira que suba, que hablaremos mientras almuerzo... Y pon otro cubierto.

*

El comedor de la torre, iluminado por tres puertas acristaladas que se abrían sobre un balcón con galería techada, conservaba, desde los tiempos del abuelo Damián (el traductor de Valerio Flaco), dos hermosos tapices de Arrás, representando la *Expedición de los argonautas*. Porcelanas de la India y del Japón, desparejadas y preciosas, llenaban un inmenso armario de caoba. Y sobre el mármol de los aparadores rebrillaban los restos, aún suntuosos, de la famosa plata de los Ramírez, que Benito aireaba y bruñía constantemente. Pero Gonzalo, en verano sobre todo, almorzaba y cenaba siempre en el balcón luminoso y fresco, bien esterado, revestido hasta la mitad del muro por finos azulejos del siglo XVIII, y que ofrecía, para las poltronerías del habano, un hondo canapé de paja con almohadones de damasco.

Cuando entró allí, con los periódicos de la mañana en la mano, ya Pereira esperaba, apoyado en un abultado quitasol de algodón rojo, contemplando pensativamente la quinta, que desde allí se extendía hasta los álamos de la ribera del Coice y los suaves oteros de Valverde. Era un viejo flaco y tieso, todo huesos, de carota morena, ojillos azulados y una barbita rala, ya canosa, entre un enorme cuello cerrado por unos botones de oro. Hombre acomodado, acostumbrado a la ciudad y al trato con las autoridades, tendió abiertamente la mano al hidalgo de la torre, y aceptó, sin embarazo, la silla que aquél le acercó a la mesa, donde sobresalían, con sus ricas tallas, dos altas vasijas de cristal antiguo, una llena de azucenas y la otra de vino verde (1).

—Vaya, ¿y qué buen viento le trae por la torre al amigo Pereira? ¡No le veo desde abril!

—Es verdad, señor hidalgo, ¡desde aquel sábado en que cayó la gran tormenta, la víspera de la elección! —confirmó Pereira, acariciando el quitasol, que había conservado entre las rodillas.

Gonzalo, con una voraz prisa por el almuerzo, agitó la campanilla de plata. Y luego, riendo:

—¡Y sus votos, amigo Pereira, según costumbre, fueron para el eterno Sánchez Lucena, directos, como van los ríos hacia la mar!

---

(1) Cierta clase de vino portugués, fuerte y áspero.

Rió también Pereira, con una risa complacida, que descubrió más sus dientes estropeados. ¡Pero el distrito era propiedad del señor Sánchez Lucena! Caballero adinerado, hombre de bien, enterado, servicial... ¡Por eso, cuando le convenía, como en abril, el apoyo del Gobierno, ni Nuestro Señor Jesucristo que volviera a la tierra y se presentase por Villa-Clara derrotaba al dueño de la Feitosa!

Benito, calmoso, con su chaqueta de alpaca negra sobre el delantal blanquísimo, entraba con una fuente de huevos estrellados, cuando el hidalgo, que había desdoblado la servilleta, la estrujó, y tirándola con enojo:

—¡Esta servilleta está usada! Estoy harto de decirlo. No me importa una servilleta rota, o con hilachos o con zurcidos... ¡Pero, eso sí, blanquita, nueva cada mañana, oliendo a espliego!

Y reparando en Pereira, que discretamente apartaba la silla:

—¿Cómo? ¿No almuerza usted, Pereira?...

No, se lo agradecía mucho al hidalgo, pero aquella tarde iba a comer con el yerno en los Bravaes, pues era el cumpleaños del nietecito.

—¡Bravo! ¡Enhorabuena, amigo Pereira! Déle un besito de mi parte al nieto... Pero, entonces, una copa de vino verde, al menos.

—Entre comidas, señor hidalgo, ni agua ni vino.

Gonzalo examinó y desechó los huevos. Y reclamó la «comida de familia», siempre muy sustanciosa y sabrosa en la torre, y que empezaba por aquellas sopas de pan, jamón y legumbres, que él adoraba desde niño y que llamaba las *palanganas*. Después, untando una tostada de manteca:

—¡Pues, francamente, Pereira, su Sánchez Lucena no hace honor al distrito! Hombre excelente, ciertamente, respetable, obsequioso... ¡Pero mudo, Pereira! ¡Completamente mudo!

El labrador se pasó despacio por las narices velludas el pañuelo rojo, enrollado como una bola:

—Sabe las cosas, piensa con juicio...

—¡Sí! ¡Pero el pensamiento y el juicio no le salen de dentro del cráneo! ¡Además, está muy viejo, Pereira! ¿Qué edad tendrá? ¿Sesenta?

—Sesenta y cinco. Pero de gente muy recia, señor hidalgo. El abuelo duró hasta los cien años, y le conocí aún, en la tienda.

—¿Cómo, en la tienda?

Entonces Pereira, enrollando más su pañuelo, se mostró sorprendido de que el hidalgo no supiese la historia de Sánchez Lucena. Pues el abuelo, Manuel Sánchez, era un pañero de Oporto, de la calle de las Huertas. Y casado también con una moza muy vistosa, muy charlatana...

—¡Bien!—atajó el hidalgo—. Eso es honroso para Sánchez Lucena. Gente que medró, que ascendió. Y estoy de acuerdo, Pereira, en que el distrito debe de mandar a Lisboa un hombre como Sánchez Lucena, que tenga aquí tierras, arraigo, intereses, nombre... Pero es preciso también que sea hombre de talento, valiente. ¡Un diputado que, en las grandes cuestiones, en las crisis, se levante, arrebate a la Cámara! Y, además, amigo Pereira, en política, el que más grita, más gusta. ¡Fíjese la carretera de la Riosa! Todavía en proyecto, a lápiz rojo. Si el Sánchez Lucena fuese hombre que chillase en el Congreso, ya estarían rodando por ella sus coches.

Pereira meneó la cabeza, apenado:

—¡En eso tal vez acierta el señor hildalgo!... ¡Siempre ha faltado alguien que chillase para esa carreterilla! ¡Ahí tal vez acierta usted!

Pero el hidalgo enmudeció, dedicado a la olorosa sopa, dentro de una cazuela nueva, con ramitos de menta. Y entonces Pereira, acercando más la silla, cruzó en el borde de la mesa las manos, que medio siglo de trabajo en la tierra había dejado morenas y duras como raíces, declaró que se había atrevido a molestar al hidalgo a la hora del almuerzo, porque aquella semana empezaba un corte de maderas por el lado de Sandim, y él deseaba, antes de que surgiesen otros arreglos, hablar con el señor hidalgo sobre el arrendamiento de la torre...

Gonzalo detuvo la cuchara con un asombro risueño:

—¿Quería usted arrendar la torre, Pereira?

—Quería hablar con usted. Como Relho está despedido...

—¡Pero ya hice trato con Casco, con José Casco, el de los Bravaes! Quedamos medio apalabrados hace días. Hace más de una semana.

Pereira se mesó largamente la barba rala. Pues era una pena, una gran pena... El no se había enterado hasta el sábado de la desavenencia con Relho. Y si el señor hidalgo no se reservaba el secreto, ¿por cuánto habían convenido el arrendamiento?

—¡No lo reservo, hombre! Mil duros.

Pereira sacó del bolsillo del chaleco la tabaquera de concha y sorbió despaciosamente una toma de rapé, con la cara inclinada hacia el suelo. ¡Pues mayor pena, incluso, para el señor hidalgo! Pero, en fin, si había dado su palabra... Aunque era una lástima, porque a él le gustaba la finca; ya por San Juan pensó en acercarse al señor hidalgo, y, a pesar de que los tiempos eran escasillos, ¡él hubiera estado dispuesto a ofrecer mil cien, y hasta mil ciento cincuenta duros!

Gonzalo se olvidó de la sopa, con una emoción que arreboló su fina cara, ante un aumento tal de la renta, ¡y la excelencia de tal rentero, hombre acaudalado, con dinero en el Banco y, por otra parte, el más diestro cultivador de tierras de aquellos contornos!

—¿Lo dice en serio, Pereira?

El viejo labrador dejó la tabaquera sobre el mantel, con gesto decidido:

—¡Señor hidalgo, yo no soy hombre que venga a la torre para burlarme de usted! Proposición seria, y la escritura después... Pero si el arrendamiento está concedido...

Recogió la tabaquera y apoyó la ancha mano en la mesa para levantarse, cuando Gonzalo intervino, nervioso, empujando el plato:

—¡Escuche, hombre! No le he contado detalladamente el caso de Casco. Ya sabe usted cómo ocurren estas cosas. Vino Casco, hablamos; yo pedí cinco mil y un cerdo por Nochebuena. Primero aceptó, que sí; luego, rectificó, que no... Volvió con su compadre; ¡después, con la mujer, el compadre, el hijo y el perro! Luego, solo. Anduvo ahí, por la quinta, midiendo y oliendo la tierra; creo que hasta la probó. ¡Esos líos de Casco! Por fin, una tarde compareció aquí gimiendo, aceptó los mil duros, pero sin el cerdo. Cedí en lo del cerdo. Apretón de mano, vaso de vino. Quedó en volver para disponer y tratar de la escritura. ¡No le he vuelto a ver más, hace casi dos semanas! Naturalmente, habrá mudado de parecer, estará arrepentido... En resumen, que no tengo con

Casco ningún contrato en firme. Fué una conversación en que sólo establecimos, como base, la renta de mil duros. ¡Y como detesto las cosas en vago, estaba ya pensando en encontrar mejor aparcero!

Pero Pereira se rascaba la barbilla, receloso. A él, en los negocios, le gustaba la claridad. Siempre se había llevado bien con Casco. Ni por un condado se interpondría en los arreglos de Casco, hombre violento, irritable. De modo que deseaba las cosas claras, para que no hubiese disgustos. No se había firmado la escritura, ¡bien! Pero ¿quedaron o no ligados por la palabra dada, el señor hidalgo y Casco?

Gonzalo Méndez Ramírez, que terminó apresuradamente la sopa y llenaba una copa de vino verde para calmarse, miró al labrador, casi severamente:

—¡Hombre, qué pregunta! Si hubiera yo confirmado a Casco, decisivamente, la palabra de Gonzalo Ramírez, ¿estaría ahora tratando ni hablando siquiera con usted, Pereira, sobre el arrendamiento de la torre?

Pereira bajó la cabeza. ¡Eso era verdad! Pues, en tal caso, él reiteraba su propuesta, claramente. Y como conocía la finca, y había hecho cuidadosamente su cálculo, ofrecía al hidalgo mil ciento diez duros, sin cerdo. Pero no daba para la familia ni leche, ni hortalizas, ni fruta. El hidalgo, hombre solo, de poco se aprovechaba. La torre, sin embargo, casa antigua, rebosaba de gentes y de allegados. Todos cogían, todos abusaban... En fin, aquel era su criterio. Y, además, para la mesa del hidalgo y hasta para los criados, les bastaba con el jardín y la huerta de regalo... Que la huerta y el jardín necesitaban un cuidado más mañoso; pero él, por afecto al hidalgo y gusto suyo, pasaba por aquello y todo luciría... En cuanto a las otras condiciones, aceptaba las del antiguo arrendamiento. Firmarían la escritura en la otra semana, el sábado. ¿De acuerdo?

Gonzalo, después de un momento en que pestañeó nerviosa y trémulamente, tendió la mano abierta a Pereira:

—¡Choque! ¡Ahora sí! ¡Ahora está dada la palabra!

—Y que Nuestro Señor le dé virtud—terminó Pereira, apoyándose en el enorme quitasol para levantarse—. Entonces, el sábado, en Oliveira, para la escritura... ¿Va a firmar el señor hidalgo o el señor cura Soeiro?

Pero el hidalgo calculaba:

—¡No, hombre, no puede ser! El sábado, en efecto, estoy en Oliveira, pero es el cumpleaños de mi hermana María de la Gracia.

Pereira descubrió de nuevo sus dientes averiados, con una risa afectuosa.

—¡Ah! ¿Y qué tal va doña María de la Gracia? ¡Hace un siglo que no la veo! Desde el año pasado, en la procesión de los Pasos, en Oliveira. ¡Muy buena señora! ¡Muy afable! ¿Y don José Barrolo? Persona excelente don José Barrolo también, mejorando lo presente... ¡Y qué tierra la suya, la Ribeiriña! ¡La mejor finca en veinte leguas a la redonda! ¡Hermosa finca! La de don Andrés Cavalleiro, que linda con ella, la *Biscaia*, no se le puede comparar; es como un cardo junto a una col.

El hidalgo de la torre mondaba un melocotón, sonriendo.

—¡De Andrés Cavalleiro nada vale, Pereira! ¡Ni la tierra ni el alma!

El labrador pareció sorprendido. El creía que el señor hidalgo y Cavalleiro seguían siendo íntimos. ¡No en política! Pero personalmente, como caballeros...

—¿Cómo? ¿Yo y Cavalleiro? Ni como caballero ni como político, pues

él no es ni caballero ni político. Es sólo un caballo, y resabiado.

Pereira permaneció silencioso, con los ojos en el mantel. Y luego, resumiendo:

—Entonces, entendido, el sábado, en la ciudad. Y si no le hace trastorno al señor hidalgo, iremos a la notaría de Guedes, y queda el asunto arreglado. El señor hidalgo parará, naturalmente, en casa de su señora hermana...

—Siempre. Esté usted a las tres. Allí hablaremos con el padre Soeiro.

—¡También hace siglos que no veo al señor cura Soeiro!

—¡Oh! Ese ingrato, ahora, rara vez aparece por la torre. Siempre está en Oliveira con mi hermana Gracia, que es la niña de su predilección. Entonces, ¿ni una copita de oporto, Pereira? Bueno, hasta el sábado. No se olvide de darle un besito al nieto.

—Lo llevo en el corazón, señor hidalgo. ¡Cómo! ¿Voy a consentir que usted se levante? Conozco perfectamente el camino de la escalera y además pasaré por la cocina a darle un pellizco a la tía Rosa. ¡Ya desde tiempos del papá del señor hidalgo, que Dios tenga en gloria, conozco bien la torre! ¡Y siempre tuve la ilusión de hacer en esta quinta un cultivo a mi gusto, de lucimiento!

Durante el café, olvidándose de los periódicos, Gonzalo gozó con la excelencia de aquel negocio. Doscientos duros más de renta. La torre cultivada por Pereira, con aquel su amor a la tierra y sus conocimientos agrícolas, ¡que habían transformado el erial del monte Agra en una maravilla con trigo, viña y huerta! Aparte de lo cual, era hombre adinerado, capaz de algún anticipo. Era una prueba más del valor de la torre aquel empeño de Pereira en arrendarla, él, tan ahorrativo y tan cauto... Casi se arrepentía de no haberle sacado mil ciento cincuenta duros. ¡En fin, la mañana había sido fructífera! Y, realmente, ningún acuerdo firmado le ataba a Casco. Entre ellos sólo se inició una conversación sobre un posible arrendamiento de la torre, a discutir después detalladamente, sobre la nueva base de mil duros. ¡Y qué insensatez sería que él, por un respeto escrupuloso a aquella conversación esbozada, rechazase a Pereira y se quedase con Casco, un labrador rutinario, de los que raspan la tierra para comer y la dejan cada año consumida, más cansada y exprimida!

—¡Benito, trae los puros! Y dile a Joaquín que tenga la yegua ensillada de cinco a cinco y media. Siempre estoy yendo a la Feitosa... ¡Pues hoy ha llegado el día!

Encendió un puro y volvió a la biblioteca. E inmediatamente releyó aquel final magnífico: «¡Mal quedaré con el reino y con el rey, pero bien con la honra y conmigo!» ¡Ah! ¡Cómo clamaba allí el alma entera del viejo portugués, en su amor religioso a la palabra y al honor! Y con la cuartilla en la mano, junto al balcón, contempló un instante la torre, las polvorientas troneras enrejadas, las sólidas almenas, enteras aún, donde revoloteaba ahora una bandada de palomas... ¡Cuántas mañanas, en las frescas horas del alba, el viejo Tructesindo se habría apoyado en aquellas almenas, nuevas y blancas entonces! Toda la tierra de alrededor, sembrada o inculta, pertenecía, sin duda, al poderoso ricohombre. ¡Y Pereira, en aquel tiempo colono o siervo, sólo abordaría a su señor de rodillas y temblando! Pero, en cambio, no le pagaba mil ciento diez duros en dinero contante y sonante. Tampoco, ¡qué diablo!, los necesitaría el abuelo Tructesindo. Cuando las talegas escasearon en las arcas, y los mercenarios refunfuñasen por el retraso en la soldada, el

leal ricohombre, para proveerse, tenía los graneros y los depósitos de los concejos mal defendidos, o, si no, en el recodo de una carretera, al recaudador que volvía de percibir las rentas reales, al buhonero genovés con los machos en reata cargados de bultos. En la parte baja de la torre —como le contaba su padre—aún negreaba la mazmorra feudal, medio cegada, pero con restos de cadenas empotradas en los pilares, y en la bóveda, la argolla de la que colgaba la polea, y en las losas, los agujeros en los que se fijaba el potro. Y en aquella sórdida y húmeda cueva, recaudador, buhonero, clérigos y hasta burgueses de privilegios aullaban bajo el aceite hirviendo o en el torniquete, hasta que soltaban, agonizando, el último morabitino. ¡Ah! ¡La romántica torre, tan tiernamente cantada bajo la luna por Videiriña, cuántos tormentos encubrió!

Y de repente, con un grito, Gonzalo cogió de encima de la mesa un tomo de Walter Scott, que arrojó sin piedad, como una piedra, contra el tronco de un haya. Era que había divisado al gato de Rosa, la cocinera, encaramado con las uñas clavadas en una rama, arqueando el espinazo, para lanzarse sobre un nido de mirlos.

*

Cuando aquella tarde el hidalgo de la torre, muy garboso con su nuevo traje de montar, polainas de cuero brillante y guantes de gamuza blanca, paró la yegua en el portón de la Feitosa, un viejo todo desharrapado, con largos cabellos caídos sobre los hombros y unas inmensas barbas esparcidas sobre el pecho, se levantó inmediatamente del banco donde estaba comiendo rodajas de chorizo y bebiendo de una calabaza, para comunicarle que el señor Sánchez Lucena y su señora doña Ana habían salido en el coche. Gonzalo pidió al viejo que tirase de la campanilla. Y entregando una tarjeta al criado que había entreabierto la rica verja dorada, con una L y una S entrelazadas bajo una corona de conde:

—¿Sigue bien el señor?

—El señor consejero está ahora un poquito mejor...

—¿Cómo? ¿Ha estado enfermo?

—El señor consejero ha estado, hará tres o cuatro semanas, muy flojo...

—¡Oh! Lo siento mucho... ¡Dígale al señor consejero que lo siento muchísimo!

Llamó al viejo que había tirado de la campanilla para gratificarle con una moneda. E interesado por aquellas barbas y melenas de mendigo de melodrama:

—¿Pide usted limosna por estos lugares?

El hombre alzó hacia él los ojos pitarrosos, enrojecidos por el polvo y el sol, pero risueños, casi contentos.

—También voy a la torre, señor hidalgo. Y, gracias a Dios, allí me hacen mucha caridad.

—Entonces, cuando vuelva por casa, diga a Benito... ¿Conoce usted a Benito?

¡Vaya si le conocía! Y a la señora Rosa...

—¡Pues dígale a Benito que le dé unos pantalones, hombre! ¡No está usted decente con esos que lleva!

El viejo rió, con una risa lenta y desdentada, mirando complacido los sórdidos harapos que caían en flecos sobre sus canillas, más renegridas y secas que ramas en invierno.

—Rotillos están, rotillos... Pero don Julio dice que me quedan así bien. Don Julio, cuando paso por allí, siempre me hace un retrato con la máquina. Todavía la semana pasada... Hasta con unos pedazos de cadenas

colgados de las muñecas y una espada levantada en la mano... Al parecer, es para enseñarlo al Gobierno.

Gonzalo, riendo, espoleó la yegua. Pensaba ahora en dar un rodeo hasta Valverde: volvería después por Villa-Clara e invitaría a Gouveia a compartir en la torre un cabrito asado en el espetón de cerezo, para que él, un día antes, invitase de su parte en el Casino a Manuel Duarte y a *Titó*. Pero al pasar por la Cruz de las Animas, donde la carretera de Corinde, tan bonita con sus hileras de álamos, cruza la ladera de Valverde, se detuvo, divisando al fondo, del lado de Corinde, como el confuso desmoronamiento de una carretada de leña, un carrito de carnicero, una mujer de pañuelo rojo agitando los brazos sobre la albarda de un burro y dos labradores con la azada al hombro. Y de repente todo el grupo se disolvió; la mujer, trotando en su borriquillo, desapareció en un recodo de la arboleda; el carrito se movió, levantando en su rodar una leve polvareda; el carro avanzó hacia la Cruz de las Animas, chirriando lentamente; los cavadores bajaron hacia una casucha entre los haces de heno... En la carretera quedó tan sólo, como desamparado, un hombre con la chaqueta al hombro, que se arrastraba penosamente, cojeando. Gonzalo trotó con curiosidad.

—¿Qué fué? ¿Qué le pasa?

El hombre con la pierna encogida alzó hacia Gonzalo una cara arrugada, casi desfallecida, que relucía con los chorros de sudor.

—¡Dios le dé muy buenas tardes, señor hidalgo! ¿Y qué va a ser? ¡Desgracias de esta vida!

Y, gimiendo, contó su historia. Desde hacía meses padecía de una llaga en un tobillo, que no se secaba ni con emplastos, ni con polvo de murtón, ni con hechizos... Y ahora, estando arriba, en la hacienda de don Julio, arreglando unos bancales para ayudar a un compadre, también enfermo con fiebres, ¡zas!, se desplomó un peñasco, chocó contra la herida, le llevó la carne y le astilló el hueso, ¡dejándole en aquel estado lastimoso!... Hasta se arrancó un pedazo del faldón de la camisa para empapar la sangre, atándolo por encima el pañuelo.

—¡Pero así no puede andar, hombre! ¿De dónde es usted?

—De Corinde, señor hidalgo. Manuel Solha, del caserío de la Finta. Hasta allí, siempre podré arrastrarme.

—Y, entonces, de toda esa gente que estaba ahí hace un rato, ¿ninguno le pudo ayudar? Un carro, dos hombretones...

Un brusco giro, en el penoso esfuerzo por afirmar la pierna, arrancó un grito a Solha. Pero sonrió, jadeante. ¿Qué quería el señor hidalgo? Cada cual tiene en este mundo su prisa... En fin, la moza del burro le prometió pasar por la Finta para avisar. Y tal vez uno de sus hijos apareciese en la carretera con una yegüecilla que compró él por Pascua, y que, por desgracia, ¡estaba lisiada también!...

Inmediatamente, con un ligero salto, el hidalgo de la torre se apeó.

—¡Bien! Entonces, yegua por yegua, aquí tiene usted ésta...

Solha miró perplejo a Gonzalo.

—¡Cómo! ¡En el santo nombre de Dios! ¿Iba yo a ir a caballo y el señor Hidalgo a pie?

Gonzalo reía.

—Hombre, con estas discusiones de «yo a pie» y «usted a caballo» y «haga el favor» y «no, señor», perdemos un tiempo precioso. ¡Monte, estése quieto y trote hacia la Finta!

El otro retrocedía hacia la cuneta de la carretera, moviendo la cabeza, como espantado ante un sacrilegio.

—¡Eso sí que no, señor, eso sí que no! ¡Antes acaba aquí mi pobreza, con la llaga llena de moho!

Gonzalo pateó en el suelo, autoritariamente.

—¡Monte, lo mando yo! ¡Usted es un cavador y yo un doctor licenciado en Coimbra; soy yo el que sabe y el que manda!

Y Solha, sumiso en seguida ante la fuerza deslumbrante de aquella sabiduría superior, agarró en silencio las crines de la yegua, se calzó respetuosamente el estribo, ayudado por el hidalgo, que, sin quitarse los guantes blancos, le sostenía el pie entrapajado y manchado de sangre.

Después, cuando descansó en la silla con un ¡ah! consolado:

—Bueno, ¿qué tal?

El hombre sólo musitaba el nombre de Nuestro Señor, en el asombro y la gratitud de aquella caridad.

—Pero esto es el mundo al revés... ¡Yo aquí, en la yegua del señor hidalgo! ¡Y el señor hidalgo, don Gonzalo Ramírez, el de la torre, a pie por la carretera!

Gonzalo bromeó. Y para entretener la caminata, preguntó por la quinta del doctor don Julio, que ahora se dedicaba a hacer obras y plantaciones de viñedos. Después, como Manuel Solha conocía a Pereira, el *Brasileño*—que pensó arrendar las tierras del doctor don Julio—, hablaron de aquel hombre experto, de las grandezas de la Cortiga. Ya sin azoramiento, tieso en la silla, en el gozo de aquella intimidad con el hidalgo de la torre, Solha se olvidaba de la llaga y del dolor que le atormentaba. Y al estribo de Solha, atento y sonriente, el hidalgo apresuraba el paso en la blanca polvareda.

Se acercaban así a la Bica-Santa, uno de los sitios más ponderados de aquellas hermosas cercanías. Allí la carretera, abierta en la ladera de un monte, se ensancha, formando una extensa terraza, desde donde se abarca todo el valle de Corinde, tan rico en caseríos, en arboledas, en trigales, en aguas. En la pendiente del monte, cubierto de robles y peñascales musgosos, brota la mencionada fuente, que ya en tiempos del rey don Juan V curaba los males de entrañas, y que una devota señora de Corinde, doña Rosa Miranda Carnero, mandó canalizar desde lo alto hasta un estanque de mármol, donde ahora corre provechosamente, por un caño de bronce, bajo la imagen y el patrocinio de Santa Rosa de Lima. A cada lado del estanque se curvan dos largos bancos de piedra, que el frondoso ramaje de los robles entolda de sombra y frescura. Es un suave retiro donde se cogen violetas, se merienda, y las señoras de los alrededores se sientan en grupos, las tardes domingueras, oyendo a los mirlos, gozando con la vista del pueblo y con la luminosa y verdeante amplitud del valle.

Antes, sin embargo, de desembocar en la Bica-Santa, y cerca del caserío del Serdal, la carretera de Corinde se tuerce en un recodo; y allí, de repente, la yegua hizo un extraño, que obligó al hidalgo de la torre a echar mano a la rienda del freno. Se debió aquello al encuentro inesperado con un carruaje, una calesa forrada de azul, con el tronco cubierto de redes blancas contra las moscas, y en el pescante, tieso, un cochero de bigote, librea de cuello rojo y sombrero de copa amarillo. Y Gonzalo mantenía aún a la yegua por el freno, como un lacayo servicial en un camino peligroso, cuando divisó sentado en uno de los bancos de piedra, junto a la Bica, con una manta sobre las rodillas, al viejo Sánchez Lucena. A su lado, el lacayo, agachado, restrega-

ba con un puñado de hierba la botita que la bella doña Ana le tendía, recogiéndose el vestido de hilo crudo y apoyando la otra mano, sin guante, en el talle fino y flexible.

La desconcertante aparición del hidalgo de la torre, llevando de la rienda a su yegua, sobre la cual se esparrancaba cómodamente un cavador en mangas de camisa, alborotó aquel tranquilo y adormecido rincón de la Bica. Sánchez Lucena abría mucho los ojos, enfocaba los lentes, en un impulso de curiosidad que le hacía erguirse, con el cuello estirado, escurriéndose la manta sobre la hierba. Doña Ana retiró bruscamente la botita, se enderezó rápida con la digna gravedad de la señora de la Feitosa, recogiendo como cetro el mango de oro de los impertinentes, de oro también, colgados de un cordón del mismo metal. Y hasta el lacayo reía, asombrado, mirando a Solha.

Pero ya, con su elegante desenvoltura, Gonzalo, en un instante, saludó a doña Ana, estrechó con efusión la mano espantada de Sánchez Lucena ¡y se congratuló alegremente de aquel encuentro feliz! ¡Si él venía precisamente de la Feitosa! Y supo allí, con disgusto, por un criado de la quinta, que seguramente exageraba, que el señor consejero había estado alicaído las últimas semanas... Y ahora ¿cómo estaba? ¡Oh, tenía una cara excelente!

—¿No es verdad, doña Ana? ¡El aspecto es excelente!

Con un leve movimiento de cabeza y un blando ondular del manojo de plumas blancas sobre el sombrero de paja roja, ella replicó con una voz arrulladora, gruesa y pausada, que estremeció a Gonzalo:

—Mi marido ahora, gracias a Dios, disfruta de mejor salud...

—¡Un poco mejor, sí, en efecto; se lo agradezco mucho, señor Ramírez!—murmuró el flaco y encorvado señor, subiendo la manta hacia las rodillas.

Y con los lentes relucientes clavados en Gonzalo, en la curiosidad que le abrasaba y que coloreaba casi la cara afilada, más amarilla que un cirio:

—Pero, con perdón... ¿Cómo es que anda usted por aquí, por la carretera de Corinde, en semejante estado, a pie, llevando de la rienda a la yegua, con un cavador?...

Riendo, sobre todo para doña Ana, cuyos ojos, hermosamente negros, de un hondo brillo húmedo, esperaban también, serios y reservados, Gonzalo contó el desastre de aquel buen hombre, a quien encontrara en el camino quejándose, arrastrando la pierna lisiada.

—De modo que le ofrecí la yegua. Y ahora, si ustedes me lo permiten, tengo que arreglar con él el resto del trayecto.

Volvió rápidamente hacia Solha, que, azorado de nuevo ante los señores de la Feitosa, con el sombrero en la mano, encogido sobre la silla, como atenuando su grandeza, sacó el pie del estribo para apearse. Pero ya Gonzalo le ordenaba que trotase hacia la Finta y que le mandase la yegua con uno de sus chicos, allí, a la Bica-Santa, donde él aguardaría con el señor consejero. Y cuando Solha arrancó, saludando insistentemente torcido, como impulsado a su pesar por los gestos risueños con que el hidalgo le despedía, el asombro de Sánchez Lucena reapareció:

—¡Miren qué cosas! Yo lo hubiera esperado todo, todo, menos ver a don Gonzalo Méndez Ramírez ¡trayendo de la rienda, por la carretera de Corinde, a un cavador! Es la repetición de lo del buen samaritano... ¡Pero aún mejor!

Gonzalo bromeó sentado en el banco, junto a Sánchez Lucena. ¡Oh! El buen samaritano hubiera merecido una página tan amable en el Evangelio solamente por ofrecer el burro a un levita enfermo: mostró aquél, sin duda, más bellas virtudes... Y sonriendo a doña Ana, que, al otro lado de Sánchez Lucena, dirigía sus impertinentes, con majestuosa lentitud, hacia los árboles y hacia la fuente tan bien conocida:

—Hace dos años, señora, que no tenía el honor...

Pero Sánchez Lucena lanzó un grito.

—¡Oh, don Gonzalo! ¡Tiene usted sangre en la mano!

El hidalgo lo comprobó, asustado. Sobre el guante de gamuza blanca resaltaban dos manchas rojizas.

—¡No es mía! Ha sido, naturalmente, cuando ese Solha montó y yo le sostuve el pie lisiado...

Se arrancó el guante, que tiró hacia las hierbas altas, por detrás del banco. Y prosiguió sonriente:

—En efecto, no he tenido el honor de encontrar a usted, señora, desde el baile del barón de Marges, en Oliveira, aquel famoso baile de Carnaval. Hace más de dos años; era yo estudiante aún. Y recuerdo todavía que iba usted disfrazada, preciosamente, de Catalina de Rusia.

Y mientras la envolvía en la sonrisa de sus ojos finos y tiernos, pensaba: «¡Hermosa criatura! ¡Pero ordinaria! ¡Y qué voz!...» Doña Ana recordaba también el baile de los Marges:

—Está usted equivocado, sin embargo, don Gonzalo. Yo no fuí de rusa, sino de emperatriz...

—¡Sí, de emperatriz de Rusia, de Catalina la *Grande!*... ¡Y con un gusto! ¡Con un lujo!

Sánchez Lucena volvió lentamente hacia Gonzalo los lentes de oro, y apuntó con un dedo largo y lívido:

—Pues también recuerdo yo que su hermana, doña Gracia, llevaba un traje de labradora de Viana. Fué una fiesta brillantísima; no es de extrañar; nuestro Marges es siempre un hombre primoroso. Y desde esa noche no he vuelto a encontrarme a su hermana en la intimidad. Sólo de lejos, en misa...

Además, él residía ahora muy poco en Oliveira, a pesar de tener allí casa abierta, servidumbre y cochera, pues por culpa del aire o del agua, no le sentaba bien la ciudad.

Gonzalo acentuó más su interés:

—Pero, entonces, realmente, ¿qué es lo que ha tenido usted?

Sánchez Lucena sonrió con amargura. Los médicos de Lisboa no se ponían de acuerdo. Unos lo atribuían al estómago, otros al corazón. Por tanto, aquí o allí, había una víscera esencial atacada. Y él tenía ataques y más ataques. En fin, gracias a Dios y al régimen de leche y reposo, esperaba tirar aún unos años.

—¡Oh! ¡Con seguridad!—exclamó Gonzalo alegremente—. ¿Y no cree usted que la estancia en Lisboa, las Cámaras y la política, la terrible política, le fatiguen, le agiten?

No, al contrario; Sánchez Lucena lo pasaba tolerablemente en Lisboa. ¡Mejor que en la Feitosa! Además, le agradaba aquella distracción de las Cámaras. Y como conservaba amigos en la capital, un grupo escogido, fino...

—A uno de esos excelentes amigos nuestros le conocerá usted, seguramente. Es pariente suyo. Don Juan de la Pedrosa.

Gonzalo, ajeno al nombre, murmuró cortésmente:

—Sí, es cierto, don Juan...

Y Sánchez Lucena, pasándose por las patillas blancas la mano flaqui-

sima, en la que refulgía una enorme sortija con las armas en zafiro:

—Y no solamente don Juan... Otro de nuestros amigos es también pariente de usted, y muy cercano. Muchas veces hemos hablado de usted y de su casa. Pues él pertenece también a la primera nobleza... Arronches Manrique.

—¡Un hombre muy afable, muy divertido!—añadió doña Ana, con una convicción que sobresaltó su pecho, cuya lozana fuerza y cuya perfección señalaba el ceñido corsé.

Gonzalo tampoco había oído nunca aquel nombre sonoro. Pero no vaciló:

—Sí, perfectamente, Manrique... ¡Por lo demás, tengo tantos parientes en Lisboa y no voy allí apenas!... Y usted, doña Ana...

Pero Sánchez Lucena insistió, encantado con aquella conversación sobre parentescos nobles:

—Tiene usted, naturalmente, en Lisboa toda su parentela histórica. Por eso yo creo que es usted primo del duque de Lorenzal... ¡Duarte Lorenzal! No usa él su título, por miguelista o más bien por costumbre; pero, en fin, es el legítimo duque de Lorenzal. El representante de la Casa de Lorenzal.

Gonzalo, sonriendo atentamente, se desabrochó la levita, buscando su vieja petaca de piel.

—Sí, en efecto, Duarte... Somos primos. Dice él que somos primos. Y yo lo creo. ¡Entiendo tan poco de árboles genealógicos!... En realidad, las casas en Portugal están muy cruzadas; todos somos parientes, no sólo por el lado de Adán, sino por los godos... Y usted, doña Ana, ¿prefiere residir en Lisboa?

Pero al notar que había escogido un puro y que iba a encenderlo, distraído:

—¡Oh, perdón, señora!... Iba a fumar sin saber si a usted...

Ella saludó, bajando las largas pestañas:

—Puede usted fumar, don Gonzalo; mi marido no fuma, pero a mí me gusta incluso el olor.

Gonzalo dió las gracias, molesto con aquella voz ronca y pastosa y con aquellos horrendos «don Gonzalo»... Pero pensaba: «¡Qué bonita piel! ¡Qué bella criatura!...» Y Sánchez Lucena, inexorable, extendía el agudo dedo:

—Pues yo no conozco mucho a don Duarte Lorenzal, no tengo ese alto honor; pero sí a su hermano don Felipe. ¡Un caballero muy estimable, como usted sabrá, seguramente!... Y luego, ¡qué talento!... ¡Qué talento con el cornetín!

—¡Ah!

—¡Cómo! ¿No ha oído usted a su primo, a don Felipe Lorenzal, tocar el cornetín?

Hasta la bella doña Ana se animó, con una sonrisa lánguida de sus carnosos labios, más rojos que cerezas maduras sobre el fresco brillo de los dientes menudos:

—¡Oh, toca espléndidamente! A mi marido le gusta mucho la música; y a mí también... Pero, como usted comprenderá, aquí, en la aldea, con la falta de recursos...

Gonzalo, tirando el fósforo, exclamó en seguida con sincero interés:

—Entonces quisiera que oyese usted a un amigo mío, que es realmente una maravilla con la guitarra, ¡Videiriña!...

A Sánchez Lucena le extrañó el nombre, su vulgaridad. Y el hidalgo, con sencillez:

—Es un muchacho muy amigo mío, de Villa-Clara... José Videira, ayudante de farmacia...

Los lentes de Sánchez Lucena se agrandaron de puro espanto:

—¡Ayudante de farmacia y amigo de don Gonzalo Méndez Ramírez!

Sí, desde estudiantes, de los exámenes del Liceo. Incluso Videiriña pasaba las vacaciones en la torre, con su madre, antigua costurera de la casa. Tan buen chico, tan sencillo... ¡Y, realmente, con la guitarra era un genio!

—Ahora interpreta una canción admirable, que ha titulado el *Fado de los Ramírez*. La música es, en efecto, un fado de Coimbra, conocido. Pero la letra es de él; unos versos graciosos sobre cosas de mi casa, leyendas, patrañas... ¡Pues resulta sublime! Hace pocos días, en la torre, conmigo y con *Titó*...

Ante aquel nombre familiar, Sánchez Lucena mostró un nuevo reparo:

—¿*Titó*?

El hidalgo reía.

—Es un antiguo mote amistoso que damos a Antonio Villalobos.

Entonces, Sánchez Lucena extendió los brazos como si alguien muy querido apareciese en la carretera:

—¡Antonio Villalobos! ¡Pero si ése es uno de nuestros fieles y buenos amigos! ¡Hombre muy estimable! Casi todas las semanas nos hace el honor de aparecer por la Feitosa...

Y ahora fué el hidalgo el que se asombró ante aquella intimidad, a la que nunca aludiera *Titó* cuando en Gago o en el Casino se mencionaba, discutiendo de política, el nombre de Sánchez Lucena.

—¡Ah! ¿De modo que usted conoce...?

Pero doña Ana, que se levantó bruscamente del banco e inclinada recogía los guantes y la sombrilla, recordó a su marido el lento descenso de la temperatura al atardecer; la neblina que subía a aquella hora del valle sin sol.

—Ya sabes que no te sienta nunca bien... Y tampoco le sienta bien al tronco, parado así, hace tanto rato.

Inmediatamente, Sánchez Lucena, temeroso, sacó del bolsillo un pañuelo de seda blanca para abrigarse el cuello. Y temeroso también por el tronco, se arrancó pesadamente del banco de piedra, con una seña cansada al lacayo para que recogiese la manta y avisase al cochero. Pero aún cruzó, encorvado y apoyado en el bastón, hacia el parapeto que resguarda la carretera sobre la fragosa ladera del monte, dominando el valle. Y confesó a Gonzalo que aquél era, en los alrededores de la Feitosa, su paseo predilecto. No sólo por la belleza del sitio, ya cantado por «nuestro delicado Acuña Torres», sino porque desde el mirador de la Bica, sin esfuerzo, sentado en el banco, divisaba una amplia extensión de sus tierras:

—Mire usted... Hacia aquel soto, hasta el cerro donde está la casona amarilla y por detrás del pinar, todo es mío... El pinar también es mío... Aquello del lado de la ermita pertenece a Monte Agra... ¡Pero hacia allá, pasado el encinar, por el monte arriba, es todo mío!

El lívido dedo, el brazo esquelético en la manga de negro paño, se alzaban hacia el valle. Allá, los pastos... Delante, el centeno... Después, el baldío. ¡Todo suyo! Y detrás de la flaca figura derrengada, con el sombrero hundido hasta la nuca, la bufanda de seda subida hasta las pálidas orejas casi despegadas, doña Ana, esbelta, clara y sana como un mármol, con una sonrisa fija en los labios ávidos, el hermoso seno más abultado, acompañaba la enumeración copiosa, asestaba los impertinentes sobre los pastos, los pinares y los campos de centeno, ¡sintiendo ya todo suyo!

—Y ahora, allí, detrás del olivar

—concluyó Sánchez Lucena, respetuoso—, es terreno suyo, don Gonzalo Méndez Ramírez...

—¿Mío?...

—De usted; quise decir ligado a su casa. ¿No lo reconoce?... Allá, por detrás del molino, pasa la carretera de Santa María de Craquede. Son las tumbas de sus antepasados... Por ahí me paseo también y con gusto. No hace aún un mes visitamos detenidamente las ruinas. ¡Y créame, me sentí impresionado! Aquel trozo de claustro tan antiguo, los grandes sepulcros de piedra, la espada sujeta a la bóveda encima del túmulo del centro... ¡Era impresionante! Y encontré muy hermoso, muy filial, por parte de usted, tener encendida siempre aquella lámpara de bronce, noche y día...

Gonzalo emitió un murmullo risueño, porque no recordaba aquella espada, ni había mandado poner nunca aquella lámpara. Pero Sánchez Lucena le suplicaba ahora un precioso favor a don Gonzalo Méndez Ramírez. Y era que le concediese el honor de llevarle en su coche hasta la torre. Gonzalo se negó, alborozado. ¡No podía! Había quedado con el hombre de la pierna lisiada en que esperaría allí, en la Bica, a que le trajesen su yegua.

—Pues se queda aquí el lacayo, que llevará la yegua a la torre.

—No, no; si usted me lo permite, esperaré. Después tomaré el atajo de la Crassa, porque tengo a las ocho, en la torre, esperándome para comer, a *Titó*.

Doña Ana, en medio de la carretera, dió prisa a su marido con viveza, ante la amenaza reiterada del frío, del relente. Pero junto al coche, Sánchez Lucena se paró aún para afirmar a don Gonzalo, con la descarnada mano sobre el hundido pecho, que aquella tarde sería para él inolvidable.

—Porque he visto una cosa que pocas veces presencié: ¡el mayor hidalgo de Portugal a pie por la carretera de Corinde, llevando de la rienda su propio caballo con un cavador montado en él!

Ayudado por Gonzalo, subió, por fin, pesadamente, al estribo. Doña Ana se había acomodado ya entre los almohadones, alzando en las manos, como un estandarte, el mango brillante de los impertinentes de oro. El lacayo se enderezó también, cruzando los brazos; y el suntuoso carruaje, con las manchas blancas de las riendas del tronco, se hundió en el silencio y en la penumbra de la carretera, bajo la frondosa enramada de las hayas.

—¡Qué pesadez!—exclamó Gonzalo.

Y no se consolaba de haber desperdiciado así una tarde tan hermosa. Era insufrible aquel Sánchez Lucena, con su señor Fulano y su señor Mengano, y su vanidad de «un grupo selecto» y el «¡todo mío!» por el valle y la colina. La mujer, espléndido trozo de carne, como hija de carnicero, pero sin pizca de gracia ni de alma. ¡Y qué voz, Jesús, qué voz! Gente presuntuosa y aduladora... Y ahora sólo deseaba recuperar su yegua, galopar hacia la torre y desahogar con *Titó*, ¡asiduo de la Feitosa!, su asco por aquellos Sánchez.

La yegua no tardó en llegar, al trote largo, montada por el hijo de Solha, que, al divisar al hidalgo, saltó a la carretera con el sombrero en la mano, encogido y colorado, balbuciendo que su padre había llegado bien y que pedía a Nuestro Señor que se lo pagase...

—¡Bien, bien! Recuerdos a tu padre. Que me alegro de la mejoría. Ya mandaré a preguntar.

Montó de un salto y galopó por el cómodo atajo de la Crassa. Pero ante el portón de la torre encontró a un mozo de Gago, con una esquela de *Titó* anunciándole que no podía comer en la torre porque marchaba aquella semana a Oliveira.

—¡Qué disparate! Yo también voy a Oliveira; pero hoy, ¿cómo? Hasta lo habríamos arreglado; yo le llevaría en el coche... ¿Qué estaba haciendo don Antonio?

El muchacho se rascó, pensativo, la cabeza:

—Don Antonio fué a casa para que le trajese yo la carta al señor hidalgo. Después creo que tiene fiesta, porque entró enfrente, en casa del tío Cosme, el cohetero, a comprar buscapiés...

Aquellos inesperados buscapiés causaron en seguida al hidalgo una gran envidia.

—¿Y sabes dónde es la fiesta?

—Yo no lo sé, señor hidalgo... Pero parece que es cosa grande, porque don Juan Gouveia encargó al amo dos grandes fuentes de pasteles de bacalao.

¡Pasteles de bacalao! Gonzalo sintió como la amargura de una traición:

—¡Oh, qué animales!

Y de repente ideó una alegre venganza:

—Pues si ves hoy a don Antonio o a don Juan Gouveia, no te olvides de decirles que lo siento mucho... Que yo también tengo esta noche fiesta en la torre. Y que vendrán señoras. Que vendrá doña Ana Lucena. No te olvidarás, ¿eh?

Gonzaló subió presuroso la escalera, riendo con su trapacería. Pero aquella noche, a las nueve, después de la lenta y copiosa comida con Manuel Duarte, entró en el salón grande de los retratos, iluminado sólo por la lámpara dorada del corredor, a buscar una caja de puros. Y casualmente, a través de la ventana abierta, divisó un hombre que abajo, junto a la sombra de los álamos, espiaba, rondaba... Fijándose más, le pareció reconocer los fornidos hombros, el andar bovino de *Titó*. Pero no con seguridad, pues aquel individuo llevaba gabán y capucha de lana. Intrigado, apagando las pisadas, se acercó más a la ventana. El bulto entonces se apartó de la carretera, hundiéndose bajo los árboles de un callejón que bordeaba la residencia de Miranda y que desembocaba, más adelante, en la Portella, junto a las primeras casas de Villa-Clara.

IV

El palacete de los Barrolos, en Oliveira—conocido desde principios de siglo por la casa de los Cunhaes—, erguía su noble fachada de doce balcones en la plaza del Rey, entre una solitaria calleja que conduce al cuartel y la calle de las Tejedoras, vieja calle mal empedrada, en cuesta, oprimida por la amplia terraza del jardín y por el muro frontero del antiguo parque de las Mónicas. Y aquella mañana justamente, cuando Gonzalo, en el coche de la torre, tirado por el tronco del *Tuerto*, desembocaba en la plaza del Rey y subía por la calle de las Tejedoras, doblando la esquina de los Cunhaes, montando un caballo negro de espesas crines, que hería las losas con soberbio garbo, el señor gobernador civil, Andrés Cavalleiro, con chaleco blanco y sombrero de paja. De un rápido vistazo desde el fondo del carruaje, el hidalgo le sorprendió aún alzando los negros ojos de largas pestañas hacia los balcones del palacete. Y brincó, dándose un puñetazo sobre

las rodillas, y rugiendo sordamente: «¡Qué granuja!» Al apearse en el portalón—un portalón bajo, como aplastado por el inmenso escudo de armas de los Sás—le impulsaba tan sofocante indignación, que no reparó en las efusiones del portero, el viejo Joaquín de la Porta, y olvidó dentro del coche los regalos para Gracita, la caja con la sombrillita y un cesto de flores de la torre, cubierto con papel de seda. Luego, una vez arriba, en la sala de espera, adonde José Barrolo corrió al oír en las losas de la silenciosa plaza el estrépito del carromato, se desahogó inmediatamente, con arrebato, tirando el gabán sobre una silla de cuero.

—¡Oh señores! ¡Que no pueda yo venir a la ciudad sin encontrar la cara de ese animal de Cavalleiro! ¡Y siempre en esta plaza, siempre delante de casa! ¡Sí que es suerte!... ¿Es que ese bigotazos no tiene otro sitio donde ir a caracolear con su penco?

José Barrolo, un joven gordo, de pelo rubio y crespo, con un leve bozo en una cara más redonda y colorada que una hermosa manzana, replicó ingenuamente:

—¿Penco? ¡Oye, chico, si tiene ahora un bonito caballo! ¡Se lo compró a Marges!

—¡Bueno! Pues un burro feo sobre un caballo bonito. Que se queden los dos en la cuadra. ¡O que vayan ambos a pastar a las dehesas!

Barrolo abrió mucho la boca, grande y fresca, de dientes soberbios, con un lento asombro. Y, de repente, dando una patada en el suelo, doblándose por la cintura, rompió en una carcajada que le sofocó, hinchándole las venas:

—¡Has estado bueno! Tengo que contarlo en el club... ¡Un burro feo sobre un caballo bonito! ¡Y que pasten los dos! ¡Hoy vienes bueno, chico! ¡Mira que esto! ¡Los dos paciendo con los hocicos en la hierba, el gobernador civil y el caballo... ¡Es de aúpa!

Se movía por la sala, dándose palmadas alegres sobre el carnoso muslo. Y Gonzalo, calmado por aquella ovación que celebraba su ocurrencia:

—Bien. Vengan acá esos huesos, o, mejor dicho, esas mantecas. ¿Cómo anda la familia? ¿Y Gracita?... ¡Oh, viva la bella flor!

Era ella, con su ligereza airosa y dañina, sus magníficos cabellos sueltos sobre un peinador de encajes, corriendo alborozada hacia su hermano, que la envolvió en un abrazo con dos besos sonoros. E inmediatamente, retrocediendo, la encontró más bonita y más gruesa:

—Estás realmente más gorda, hasta más alta... ¿Será un sobrino?... ¿No? ¿Nada por ahora?

Gracita enrojeció con aquella su lánguida sonrisa que le humedecía y le enternecía más aún los dulces ojos verdosos.

—¡Si ella no quiere, si no quiere! —gritó José Barrolo, bamboleándose, con las manos hundidas en los bolsillos del chaquetón que le señalaba las rollizas caderas—. La culpa no es del patrón. ¡Pero ella no se decide!

El hidalgo de la torre riñó a su hermana:

—Pues es necesario un niño. Yo, por mi parte, no me caso, no tengo maña; ¡y de esta hecha se acaban los Barrolos y los Ramírez! La extinción de los Barrolos es una medida de limpieza. Pero acabados los Ramírez, se acaba Portugal. ¡Por tanto, doña Gracia Ramírez, de prisa, en nombre de la nación, venga un mayorazgo! ¡Un mayorazgo muy gordo, que yo pretendo que se llame Tructesindo!

Barrolo protestó, aterrado:

—¿Cómo? ¿Turdesiño? ¡No! ¡Para eso no lo fabrico yo!

Pero Gracita cortó aquellas bromas atrevidas, deseosa de saber de la torre, de Benito, de Rosa la cocinera, de la huerta, de los pavos reales... Conversando, entraron en la otra sala, guarnecida de muebles de la India, de pesados sillones dorados, tapizados de damasco azul, con tres balcones sobre la plaza del Rey. Barrolo lió un cigarrillo y reclamó la historia de Relho, de aquel gran escándalo. También él tuvo una bronca con el rentero de la *Ribeiriña*, a causa de una corta de pinos. La de Relho, sin embargo, debía haber sido tremenda...

Y Gonzalo, sepultado en el hondo canapé azul, desabrochándose perezosamente la levita de *cheviot* claro:

—¡No! Fué muy sencillo. Hacía ya meses que el tal Relho andaba siempre borracho, sin dejarlo. Una noche berreó, amenazó a Rosa, agarró una escopeta. Bajé, y en un momento la torre quedó libre de Relhos y de jaleos.

—¡Pero tuvo que acudir el alcalde con los guardias!—replicó Barrolo.

Gonzalo se encogió de hombros impaciente:

—¿Que vino el alcalde? ¡Vino después, para legalizarlo! Ya el individuo había salido precipitadamente, todo corrido. Y de resultas he arrendado la torre a Pereira, el Pereira de la Riosa...

Contó aquel negocio excelente, tratado en el balcón, durante el almuerzo, entre dos copas de vino verde. Barrolo admiró la renta, ensalzó al rentero. ¡A ver si Gonzalo pescaba otro Pereira para su quinta de Treixedo, una tierra tan generosa y tan mal cultivada!

Al borde del canapé, cubierta por el bello pelo que ella había lavado aquella mañana, Gracita contemplaba a su hermano con ternura:

—¿Y andas mejor del estómago? ¿Siguen las cenas con *Tító*?

—¡Oh, ese animal!—exclamó Gonzalo—. Hace unos días prometió comer en la torre, incluso Rosa asó un cabrito magnífico en el espetón... Y después faltó: creo que tuvo una infame orgía, con buscapiés y todo. Viene esta semana a Oliveira... ¡Ah, es verdad! ¿Vosotros sabéis la intimidad de *Tító* con Sánchez Lucena?

Relató después con alegre exageración su encuentro en la Bica-Santa, el horror que le produjo la bella doña Ana, el descubrimiento inesperado de aquella familiaridad de *Tító* en la Feitosa.

Barrolo recordó que una tarde, antes de San Juan, vió a *Tító* ante el portón de la Feitosa, paseando por la correa a un perrillo faldero blanco...

—Pero lo que no comprendo es ese horror tuyo por doña Ana... ¡Caramba! ¡Si es una mujer soberbia! ¡Una línea de cintura, unos ojos, un busto!...

—¡Calla esa boca impura, so golfo!—gritó Gonzalo—. ¡Cómo! ¡Aquí, al lado de su mujer, que es la flor de las Gracias, atreverse a ensalzar a semejante pedazo de carne!

Gracita, riendo, sin celos, comprendía «la admiración de José». Realmente, Ana Lucena ¡era muy bella, muy vistosa!...

—Sí—concedió Gonzalo—, bella como una yegua... Pero esa voz gruesa, ordinaria... Y los impertinentes, y sus modales... Y eso de «puede usted fumar, caballero», y «está usted equivocado, caballero»... ¡Oh señores, aterradora!

Barrolo seguía bamboleándose ante el sofá, con las manos en los bolsillos del chaqué:

—¡Las uvas verdes de la fábula, don Gonzalo, las uvas verdes!

El hidalgo clavó sobre su cuñado unos ojos feroces:

—¡Aunque ella se me ofreciese de rodillas, en camisa, con los doscientos mil duros del Sánchez en una bandeja de oro!

Sonriendo, roja como una peonia, con un «¡Oh!» escandalizado, Gracia golpeó en el hombro a Gonzalo, que se arrimó a ella, muy divertido:

—¡Venga acá esa boquita y dame otro beso para purificarme! En efecto, sólo el pensar en la tal doña Ana hace emplear a la gente imágenes brutales. Me preguntabas por el estómago... Sí, hija, estropeado. Y desde hace unos días más pesado, por haber tomado un cabrito asado en compañía del borrachín de Manuel Duarte. ¿Tienes aquí agua de Vidago?... Entonces, Barrolito, sé un ángel. Manda que traigan una botellita bien fresca. ¡Y mira! Pregunta si han subido una cesta y una caja de cartón que dejé en el coche. Que las pongan en mi cuarto. Y no lo desenvuelvas, que es una sorpresa. ¡Escucha! Que me lleven agua muy caliente. Necesito mudarme por completo de ropa. ¡Hay una polvareda por ese camino!

Y cuando Barrolo salió presuroso, contoneándose y silbando, Gonzalo, restregándose las manos, dijo:

—¡Estáis los dos espléndidos! Y en la armonía que hace falta. Tú, realmente, más fuerte, más llena. Hasta creí que venía un sobrino... Y Barrolo más delgado, más ligero...

—¡Oh! Ahora José pasea, monta a caballo, ya no duerme tanto después de comer...

—¿Y la demás familia? ¿La tía Arminda, el rancho de los Mendoza? ¿Bien?... ¿Y el padre Soeiro? ¿Qué se ha hecho de ese santo?

—Tuvo un ataque de reuma, muy ligero. Ahora está bueno, siempre en el pazo del obispo, en la biblioteca... Parece que se entretiene escribiendo un libro sobre los obispos.

—Ya sé, la historia de la catedral de Oliveira... Pues yo también ¡he trabajado mucho, Gracita! Estoy escribiendo una novela.

—¡Ah!

—Una novela corta, para los *Anales de Literatura y de Historia*, una revista que ha fundado un muchacho amigo mío, Castañeiro... Es sobre un hecho histórico de nuestra gente... Sobre un abuelo nuestro, muy antiguo, Tructesindo.

—Tiene gracia; ¿qué hizo?

—Horrores. Pero es pintoresco. ¡Y luego, el palacio de Santa Irene, en el siglo doce, en todo su esplendor! En fin, una bella reconstrucción del viejo Portugal, y, sobre todo, de los viejos Ramírez. Te gustará. No hay amores, es todo guerras. Sólo muy remotamente una de nuestras antepasadas, doña Mencía, que no sé si existió realmente. Tiene su *chic*, ¿eh?... Y comprenderás que, como deseo probar fortuna en política, necesito figurar, difundir mi nombre...

Gracia sonreía tiernamente a su hermano, con su habitual embeleso:

—¿Y ahora tienes algún plan? La tía Arminda sigue siempre con el tema de que deberías ingresar en la diplomacia.. Hace pocos días me volvió a decir: «¡Ay Gonzalito, tan galante y con ese nombre, solo en una gran embajada!»

Gonzalo se levantó lentamente del amplio canapé, y abrochándose de nuevo la levita:

—En efecto, tengo una idea hace días... Tal vez me la haya inspirado una novela inglesa muy interesante, y que te recomiendo, sobre las antiguas minas de Ofir, *King Salomon's*

mines... (1). Tengo el pensamiento de irme a Africa.

—¡Oh Gonzalo! ¡Cómo! ¿A Africa?...

Entraba el criado con dos botellas de agua de Vidago, colocadas ambas sobre una bandeja. Precipitadamente, para aprovechar el «picorcillo», Gonzalo llenó una copa grande de cristal tallado. ¡Ah, qué delicia de agua! Y como Barrolo volvía, anunciando que había cumplido las órdenes de su excelencia:

—¡Bien! ¡Entonces hablaremos luego, en el almuerzo, Gracita! Ahora, a lavarme y a mudarme de ropa, que no puedo parar con estos picores...

Barrolo acompañó a su cuñado al cuarto, uno de los más espaciosos y alegres del palacete, tapizado de cretonas color canario, con un balcón sobre el jardín y dos ventanas con antepecho dando a la calle de las Tejedoras y a las viejas arboledas del convento de las Mónicas. Gonzalo, impaciente, se quitó en seguida la levita y arrojó lejos el chaleco:

—¡Pues tú estás espléndido, Barrolo! Debes de haber perdido tres o cuatro kilos. Son, naturalmente, los que ha ganado Gracita... Así os equilibráis y seguís perfectos.

Ante el espejo, Barrolo se acariciaba la cintura con una risita deleitada:

—Realmente, parece que he adelgazado. Hasta lo noto en los pantalones.

Gonzalo abrió el cajón de la suntuosa cómoda de aplicaciones doradas, donde guardaba siempre su ropa (hasta dos fraques), para evitar el transporte de maletas entre los Cunhaes y la torre. Y reía, aconsejando al bueno de Barrolo que adelgazase sin cesar, para belleza de la futura raza barrólica, cuando abajo, en la calle de las Tejedoras, los cascos de un caballo hirieron las losas con lenta cadencia.

Receloso, en seguida, Gonzalo corrió a la ventana, todavía con la camisa que estaba quitándose. ¡Y era *él!* Era Andrés Cavalleiro, que bajaba ladeándose, tirando de la rienda para escarbar con ruidoso garbo la calle mal empedrada. Gonzalo giró hacia Barrolo, con la cara encendida de furor:

—¡Esto es una provocación! ¡Si ese descarado de Cavalleiro pasa otra vez en su maldito penco por debajo de las ventanas, se va con un cubo de agua sucia!...

Barrolo, inquieto, fué a mirar.

—Naturalmente, va a casa de las Louzadas... Es ahora el íntimo de las Louzadas... Siempre le veo por aquí... Pero es por las Louzadas.

—¡Que sea por el infierno! ¿Es que en toda la ciudad no hay otro camino para ir a casa de las Louzadas? ¡Dos veces en media hora! ¡Qué insolencia! ¡Que se lleva un baño de agua de jabón por la melena y los bigotazos, eso es tan cierto como que yo soy un Ramírez, hijo de mi padre!

Barrolo se pellizcaba la piel del cuello, cohibido ante aquellos rencores ruidosos que alteraban su tranquilidad. Ya por imposición de Gonzalo, había roto, dolorosamente, con Cavalleiro. Y ahora preveía un jaleo,

---

(1) Se hace aquí referencia a la célebre novela de aventuras *Las minas del rey Salomón*, traducida al castellano hace años y reeditada varias veces, de la que es autor el escritor inglés Enrique Rider Haggard (1856-1925), cuyas obras han alcanzado un éxito rotundo entre los públicos europeos y americanos. Eça tradujo esa novela, aunque en algunas ediciones figura como traducción «revisada» por E. de Q., hacia el año 1891. En algunas bibliografías queirozianas aparece incluída en la lista de sus obras.

un escándalo, que le indispondría con los amigos de Cavalleiro, le vedaría acudir al club y a las delicias de la Arcada, y le haría Oliveira más enojosa que su quinta de la Ribeiriña o de la Murtosa, soledades detestadas. No se contuvo y arriesgó el consabido reparo:

—¡Vamos, Gonzalito, mira que también armar todo ese zafarrancho sólo por la política!...

Gonzalo casi rompió el jarro, en la furia con que lo dejó sobre el mármol del lavabo.

—¡Política! ¿Qué me vienes tú con política? ¡Por política no se tira agua sucia a los gobernadores civiles! ¡Ese hombre no es político, es sólo un granuja! Además que...

Pero terminó por encogerse de hombros y enmudecer ante aquel pobre lechoncillo de mofletes estirados, que, en los paseos del tal Cavalleiro por los Cunhaes, sólo se fijaba en «su bonito caballo», o en que era «el camino más corto para casa de las Louzadas»!...

—¡Bueno!—resumió—. Ahora vete, que me quiero vestir. Del bigotazos me encargo yo.

—Entonces, hasta luego. Pero si él pasa, nada de tonterías, ¿eh?

—¡Sólo justicia y cubo de agua!

Y dió con la puerta en la espalda resignada del buen Barrolo, que se lamentaba por el corredor del genio vivo de Gonzalito, de las cóleras desmedidas a que le llevaba «la política».

Mientras se enjabonaba vigorosamente y se vestía después con una prisa airada, Gonzalo rumió aquel escándalo intolerable. Fatalmente, apenas llegaba a Oliveira se encontraba al hombre de la gran melena, caracoleando ante las ventanas del palacete, sobre el penco de largas crines. Y lo que le desolaba era advertir en el corazón de Gracita, pobre corazón, tierno y sin fortaleza, una obstinada raíz de ternura por el tal Cavalleiro, bien enterrada, aunque viva, de fácil reflorecimiento. No existía ningún otro sentimiento fuerte que la defendiese en aquella ociosidad de Oliveira, ni superioridad del marido, ni encanto de un hijo en su cuna. Sólo la amparaba el orgullo, cierto respeto religioso por el apellido Ramírez, el miedo a la pequeña comarca, acechadora y chismosa. Su salvación sería marcharse de la ciudad al quieto retiro de una de las quintas de Barrolo, la Ribeiriña o, mejor aún, la Murtosa, con su hermosa arboleda, los musgosos muros conventuales y la aldea a su alrededor para que ella desempeñase su papel de castellana benéfica. ¡Pero, quia! ¡Nunca accedería Barrolo a abandonar su tresillo en el club y la tertulia del estanco Elegante y las bromas del mayor Ribas!

Sofocado por el calor y la emoción, Gonzalo abrió la ventana. Abajo, en la corta terraza enladrillada, adornada con jarrones de loza, que precedían al jardín, Gracita, con los cabellos sueltos todavía sobre el peinador, conversaba con otra señora, muy alta y muy flaca, con un sombrero estilo marinero, adornado de amapolas, que sostenía en los brazos un abultado manojo de rosas.

Era «la prima» María Mendoza, esposa de José Mendoza, condiscípulo de Barrolo en Amarante, ahora capitán del regimiento de caballería de guarnición en Oliveira. Hija de un tal don Antonio, señor (hoy vizconde) de los Pazos de Severim, obsesionada por la preocupación de parentescos nobles, de orígenes aristocráticos, unía siempre subrepticiamente el vago solar de Severim con todas las casas nobles de Portugal sobre todo, y más corrientemente,

con la gran casa de Ramírez; y desde que el regimiento se acuarteló en Oliveira, trató en seguida a Gracita de tú y a Gonzalo de «primo», con la intimidad especial que corresponde a las personas de sangre azul. Mantenía aún amistades muy estrechas y activas con ricas brasileñas de Oliveira, hasta con la viuda de Pinho, dueña de la pañería, quien (según decían) proveía a sus dos hijos pequeños de pantalones y chaquetas. También convivía íntimamente, bien en la ciudad, o bien en la Feitosa, con Ana Lucena. A Gonzalo le agradaba su gracia, su agudeza, la viveza maliciosa que la agitaba en una linda crepitación de rama que ardiese con alegría. Y cuando al oír el ruido de la ventana resistente levantó ella sus ojos brillantes y expresivos, hubo en ambos una sorpresa cariñosa:

—¡Hombre, prima María! Qué felicidad no hacer más que llegar, abrir la ventana y...

—¡Y para mí, primo Gonzalo, que no te veía desde tu regreso a Lisboa! Estás más guapo así, con bigote...

—¡Dicen que estoy precioso, absolutamente irresistible! Hasta te aconsejo, prima María, que no te acerques mucho a mí, para no quemarte.

Dejó ella colgar desconsoladamente de sus brazos su pesado manojo de rosas:

—¡Ay Jesús, entonces estoy perdida, pues acabo de prometer a la prima Gracia comer aquí esta tarde! ¡Oh Gracita, por lo que más quieras, pon un biombo entre los dos!

Gonzalo gritó, muy asomado a la ventana, gozando ya con las bromas de la prima María:

—¡No! ¡Me colocaré una pantalla sobre la cabeza para atenuar mi resplandor! ¿Y ese maridito, y los pequeños? ¿Cómo anda el noble rancho?

—¡Viviendo con un poco de pan y mucha gracia divina! Bueno, entonces, hasta luego, primo. ¡Y que seas compasivo!

Y él reía aún, encantado, cuando ya la prima María, después de cuchichear y de dar dos besos sonoros y presurosos en la cara de Gracita, desapareció por la puerta acristalada de la sala con su esbelta elegancia. Gracita subió lentamente los tres escalones de mármol del jardín. Gonzalo vió aún desde la ventana, a través de la leve enramada, entre el cercado de boj, el peinador blanco, los largos cabellos sueltos, reluciendo al sol, como una cascada de azabache. Y después el negro brillo, los claros encajes, desaparecieron entre los laureles de la calle que conducía al Mirador.

Pero Gonzalo no se apartó de la ventana, limándose despacio las uñas, acechando entre las cortinas con una desconfianza, casi con un terror de que el tal Cavalleiro surgiese de nuevo sobre su penco, ahora que Gracita se adentraba hacia aquel cómodo mirador, construído en el siglo XVIII, imitando un templete del amor, que terminaba en la extensa terraza del jardín y dominaba la calle de las Tejedoras. Pero la calzada permanecía silenciosa, bajo las anchas sombras de la arboleda del palacete y del convento. Decidió, por último, bajar, avergonzado de aquel espionaje, con la seguridad de que su hermana no se mostraría a Cavalleiro desde el mirador, con el pelo así sin arreglar, sobre el peinador.

Y cerraba la puerta cuando se encontró ante los brazos del padre Soeiro, que le cogieron por la cintura con cariño y respeto.

—¡Oh mi ingratísimo padre Soeiro!—exclamó Gonzalo, palmeando

afectuosamente en la carnosa espalda del capellán—. ¿Qué comportamiento es éste? ¡Más de un mes sin aparecer por la torre! Ahora, para el señor cura Soeiro ya no existe Gonzalito; sólo existe Gracita.

Enternecido, casi con una lágrima asomando en sus mansos ojillos, que negreaban más entre la lozanía rosada de la cara rolliza y la cabecita blanca como algodón, el padre Soeiro sonreía, cerrando las manos sobre el pecho de la sotana de alpaca, por donde asomaba la punta de un pañuelo a cuadros rojos. No le habían faltado deseos de ir a la torre; pero aquel trabajito en la biblioteca del palacio del obispo... Y luego, su reumita... Y, en fin, la señora doña Gracia esperando siempre a su señor hermano un día y otro día...

—¡Bien, bien!—interrumpió alegremente Gonzalo—. Con tal de que el corazón no se olvide de la torre...

—¡Ah, ése, no!—murmuró el padre Soeiro con una seriedad conmovida.

Y por el corredor de paredes azules, adornado con grabados en color de las batallas de Napoleón, Gonzalo resumió las novedades de la torre:

—Como el padre Soeiro sabe, estalló ese escándalo de Relho... Pero fué un bien, porque he hecho un negocio espléndido. ¡Figúrese! Arrendé hace días la quinta a Pereira, el *Brasileño*, al Pereira de la Riosa, en mil ciento diez duros...

El capellán suspendió su toma de rapé, que había cogido de una caja de plata dorada, mirando asombrado al hidalgo.

—¡Cómo se inventan las cosas! Por aquí se dijo que había usted tratado con José Casco, el de los Bravaes. Hasta el domingo último, en el almuerzo, doña Gracia...

—Sí—interrumpió el hidalgo, con un leve rubor en la fina cara—. Efectivamente, Casco vino a la torre y conversamos. Primero quiso y luego no quiso. ¡Las cosas de Casco! En fin, una pesadez... No quedó nada decidido. Y cuando Pereira apareció una buena mañana con su proposición, yo, completamente desligado, ¡acepté, y con qué alborozo!... ¡Imagínese! Un aumento soberbio de renta, y tener a Pereira de rentero... Ya conoce usted bien, padre Soeiro, a Pereira...

—Hombre entendido—asintió el capellán, rascándose la cabeza con cierto embarazo—. No hay duda. Es un hombre de bien... Y luego, no habiendo dado palabra a Cas...

—Y Pereira vendrá esta semana a la ciudad—atajó apresuradamente Gonzalo—. El buen padre Soeiro avisará a Guedes, el notario, y firmaremos esa grata escritura. Son las condiciones de costumbre. Creo que hay una reserva respecto a las hortalizas y al cerdo... En fin, recibirá usted, padre Soeiro, una carta de Pereira.

E inmediatamente, bajando la escalera y pasándose el pañuelo perfumado por el bigote, bromeó con el capellán sobre el famoso *Fado de los Ramírez,* en que él colaboraba con Videiriña. ¡Oh! ¡El padre Soeiro había suministrado leyendas sublimes! Pero aquella de Santa Aldonza estaba adornada realmente con exageración... ¡Cuatro reyes llevando a hombros a la santa!

—¡Son demasiados reyes, padre Soeiro!

El buen capellán protestó, interesado y serio en seguida, en su amor a aquella obra que glorificaba a la casa:

—¡Cómo! Con perdón de usted... Es perfectamente exacto. Lo cuenta el padre Guedes del Amaral, en sus *Damas de la corte celestial,* libro

precioso y rarísimo, que don José Barrolo tiene en su biblioteca. No especifica a los reyes, pero dice cuatro... «A hombros de cuatro reyes y con acompañamiento de muchos condes.» Pero nuestro José Videira declaró que no podía incluir a los condes a causa de la rima.

El hidalgo reía, colgando de una percha, al fondo de la escalera, el sombrero de paja con que había bajado.

—Yo, como usted sabe, no entiendo de política. Tampoco frecuento los cafés, los sitios donde se habla de política. Pero parece que gustan.

En el corredor, un criado gordo, de opulentas patillas rubias, al que no conocía Gonzalo, tocó la campanilla para el almuerzo. Gonzalo, al notarlo, advirtió al individuo que doña Gracia andaba por el fondo del jardín...

—¡Entró ahora, don Gonzalo! —replicó el criado—. Y ha mandado preguntar si desea el señor, para el almuerzo, vino verde de Amarante, de *Vidainhos*.

—Sí, en efecto, vino de *Vidainhos*. Y luego, sonriendo:

—¡Oh padre Soeiro! Dígale a este criado nuevo que yo no tengo *don*. ¡Que soy simplemente Gonzalo, gracias a Dios!

El capellán murmuró que todavía en documentos de la primera dinastía aparecían algunos Ramírez con el *don*. Y como Gonzalo se detuviera ante el repostero corrido de la sala, el buen viejo se inclinó en seguida, con sus escrupulosas y reverentes ceremonias para dejar pasar al hidalgo.

—¡Vamos, padre Soeiro, por Dios!

Pero el padre, con cariñoso respeto:

—Después de usted, mi señor Gonzalo...

Gonzalo apartó el repostero, y empujando suavemente al capellán:

—¡Padre Soeiro, ya en los documentos de la primera dinastía quedó establecido que los santos no van nunca detrás de los pecadores!

—¡Usted manda siempre, y con qué gracia!

*

Después del cumpleaños de Gracita, una tarde, a eso de las tres, Gonzalo, al volver con el padre Soeiro de una visita a la biblioteca del palacio del obispo, oyó desde la antesala el vozarrón de *Titó,* que resonaba en la sala con lento trueno. Apartó vivamente el repostero y agitó el puño hacia el hombrón que llenaba con su humanidad uno de los sillones dorados, estirando sobre las flores de la alfombra unas botas nuevas, de gruesos clavos relucientes.

—¡Oh infame!... ¿De modo que el otro día me dejas así, sin escrúpulos, después de prepararte un cabrito estupendo, asado en un espetón de cerezo? ¿Y por qué...? ¡Por una orgía ordinaria, con pasteles de bacalao y buscapiés!

Titó no abandonó su muelle beatitud.

—Imposible. Por la tarde encontré a Juan Gouveia en el Chafariz. ¡Y sólo entonces recordamos que era el cumpleaños de doña Casimira! ¡Día sagrado!

Aquellas cenas de Villa-Clara, los trasnochadores jolgorios con guitarra, impresionaban siempre a Barrolo, que sentía una gran atracción por ellas. Y con los ojos aguzados, desde el rincón de la mesa donde deshacía paquetes de tabaco dentro de un jarroncito del Japón:

—¿Quién es doña Casimira? ¡Qué tipos descubren ustedes en Villa-Clara!... ¡Cuenten!

—¡Un monstruo!—declaró Gonzalo—. Una matrona gorda como un barril, con un vello horrible en la cara. Vive junto al cementerio, en un cuchitril que apesta a petróleo, donde este señor y las autoridades van a jugar a la lotería y a pelearse con unas mujerzuelas con abrigo rojo y cabezas despelujadas... ¡No se puede contar decentemente estando delante el padre Soeiro!

El capellán, que se esfumaba calladamente en una penumbra discreta, entre los listados rasos de una cortina y una pesada mesa de la India, movió los hombros con un consentimiento risueño, como acostumbrado a todas las fealdades del pecado. Y *Tító*, calmosamente, enmendó el boceto burlesco del hidalgo.

—Doña Casimira es gorda, pero muy aseada. Hasta me pidió que le comprase hoy en la ciudad un baño de asiento nuevo. La casa no huele a petróleo y queda detrás del convento de Santa Teresa. Las mujerzuelas son simplemente sus sobrinas, dos muchachas alegres, a las que les gusta reír y bromear. Y el señor cura Soeiro podía, sin temor...

—¡Bueno, bueno!—atajó Gonzalo—. ¡Una gente deliciosa! Dejemos a doña Casimira con el baño de asiento nuevo, para sus semicupios... ¡Y vamos a la otra infamia de don Antonio Villalobos!

Pero Barrolo insistió, curioso:

—No, no, cuéntelo usted *Tító*... ¿Noche de cumpleaños, rico festejo, eh?

—Cena tranquila — repuso *Tító* con la seriedad que le merecía la fiesta de sus amigas—. Doña Casimira tenía una suculenta pepitoria con judías. Juan Gouveia llevó de casa de Gago una fuente de pasteles de bacalao, que entraron bien... Después hubo fuegos artificiales en la huerta. Videiriña tocó, las chicas cantaron... No se pasó mal.

Gonzalo esperaba, interesado de un modo irresistible por la cena de las Casimiras.

—¿Terminó, eh?... ¡Pues ahora otra infamia más grave! ¿De modo que don Antonio Villalobos es íntimo de Sánchez Lucena, va todas las semanas a la Feitosa, toma té con tostadas con la bella doña Ana y oculta tenebrosamente a sus amigos esos privilegios gloriosos?...

—¡Sin contar—gritó Barrolo, deliciosamente divertido—que pasea de la correa a sus perrillos lanudos!

—¡Sin contar que pasea de la correa a sus perrillos lanudos!—hizo eco con voz hueca Gonzalo—. ¡Responda, ilustre amigo!

Tító movió su amplio cuerpo dentro del sillón, cogió las botas de relucientes clavos, acarició lentamente su barbuda cara, encendida por el rubor. Y después de mirar fijamente a Gonzalo, con un esfuerzo de sagacidad que le hizo enrojecer aún más:

—¿Me preguntaste tú, por curiosidad, si conocía yo a Sánchez Lucena? No me lo has preguntado nunca...

El hidalgo protestó. ¡No! Pero constantemente, en el casino, en casa de Gago, en la torre, ¡habían ellos gritado, hablando de política, el nombre de Sánchez Lucena! Nada más natural, más prudente, incluso, ¡que aludiese el señor *Tító* a su ilustre intimidad! ¡Cuando menos, para evitar que él, o los amigos, delante del señor *Tító*, que se regalaba con las tostadas de la Feitosa, pusieran a los Sánchez Lucena como unos trapos!

Tító se levantó del sillón, y sepultando las manos en los bolsillos de su chaqueta de alpaca y moviendo los hombros con desinterés:

—Cada cual tiene su opinión sobre Sánchez Lucena. Yo sólo le conozco hace cuatro o cinco meses, pero le encuentro serio y enterado de las cosas. Ahora, allí en la Cámara...

Gonzalo, indignado, gritó ¡que no se discutían los méritos de Sánchez Lucena, sino los secretos del señor *Tító* Villalobos! Y el nuevo criado, asomando las rubias patillas por una abertura del repostero, anunció que el señor alcalde de Villa-Clara buscaba a los señores...

Barrolo apartó en seguida el jarroncito del tabaco:

—¡Don Juan Gouveia! ¡Que entre! ¡Bravo! Ya tenemos aquí a toda la pandilla de Villa-Clara!

Y *Tító*, desde la ventana donde se había refugiado, lanzó su vozarrón más retumbante aún, interrumpiendo la importuna conversación sobre Sánchez Lucena y la Feitosa:

—¡Hemos venido juntos! Por cierto, en un carromato infame. Hasta se le cayó la herradura a uno de los pencos, y tuvimos que parar en la Vendiña. Aunque no se perdió el tiempo, ¡pues tienen ahora allí un vinillo blanco que da la hora!...

Se pellizcó la oreja. Aconsejó ruidosamente a Barrolo y a Gonzalo que pasasen por la Vendiña, para probar aquel caldo celestial.

—¡Hasta aquí!; ¡el señor cura Soeiro se atizaría un valiente trago, a pesar del pecado!

Pero Juan Gouveia entró, sosegado, polvoriento, con una señal roja en la frente, del sombrero y del calor, ceñido en su levita negra, con pantalón y guantes del mismo color. Sin descansar, estrechó silenciosamente, por la sala, las manos amigas que le acogían. Y se desplomó sobre el canapé, ¡suplicando al amigo Barrolo la caridad de alguna bebidita fresca!

—Estuve por entrar en el café Mónaco. Pero pensé que en esta grandiosa casa de los Barrolo las bebidas son de más confianza.

—¡Ya lo creo! ¿Qué quiere usted? ¿Horchata? ¿Sangría? ¿Limonada?

—Sangría.

Y secándose el cuello y la cabeza, maldijo el indecente calor de Oliveira.

—¡Pero a la gente le gusta! Aquí, mi jefe, el señor gobernador civil, escoge siempre la hora del calor para pasear a caballo. Hoy mismo ha estado en el despacho hasta mediodía; después, el caballo a la puerta; y se larga hasta la carretera de Ramilde, que está como en tierras de Africa... ¡No sé cómo no se le cuecen los sesos!

—¡Oh! — replicó Gonzalo—. Es muy sencillo. ¡Porque no los tiene!

El alcalde saludó con gravedad:

—¡Ya está don Gonzalo Méndez Ramírez con sus pinchazos! No empecemos, no empecemos... ¡Este cuñado suyo, Barrolo, es un bicho indomesticable! ¡Siempre pica!

El bueno de Barrolo tartamudeó, azorado, que Gonzalito, en política, no perdonaba alusión.

—¡Pues mire!—declaró el alcalde, señalando con el dedo hacia Gonzalo—. ¡Ese don Andrés Cavalleiro que no tiene sesos, hace unas horas ensalzó con inmensa simpatía los sesos de don Gonzalo Méndez Ramírez!...

Y Gonzalo, muy serio:

—¡Pues no faltaría más! ¡Para ser perfectamente absurdo ese gobernador, sólo le faltaba considerarme un asno!

—¡Perdón!—gritó el alcalde, que se levantó, desabrochándose la levita, para mayor comodidad en la discusión.

Barrolo intervino, afligido, apoyándose en los hombros de Gouveia, pa-

ra calmarle y sentarle de nuevo en el canapé:

—¡No, muchachos, no! ¡Política, no! Y menos esa pesadez de Cavalleiro... Vamos a lo que importa. ¿Usted come con nosotros, Gouveia?

—No, gracias. He prometido ya comer con Cavalleiro. Irá Ignacio Villena. Va a leernos un artículo que ha escrito para el *Boletín de Guimaraes* sobre unos procedimientos de fabricar huesos de mártires, descubiertos en las obras del convento de San Benito. Estoy en curiosidad... Y doña Gracia, ¿bien? Al que no veía hace meses es al señor cura Soeiro. ¡Ya no aparece nunca por la torre!... Pero siempre tieso, siempre lozano. ¡Oh señor cura! ¿Cuál es su secreto para conservar esa juventud?

El capellán sonrió tímidamente desde su rincón. ¿Su secreto? Economizar la vida, no consumirla ni con ambiciones ni con desengaños. Aunque para él, gracias a Dios, la vida transcurría muy sencilla, muy insignificante. Y fuera de su reuma...

Después, enrojeciendo tímidamente, a través de las sentencias evangélicas que se le escapaban:

—Pero incluso el reuma no es un mal perdido. Dios, que lo manda, sabe por qué lo manda. El sufrimiento es edificante. Porque, en fin, lo que sufrimos nos hace pensar en lo que los demás sufren...

—Pues mire—replicó, con alegre incredulidad, el alcalde—, yo, cuando tengo mis ataques de garganta, ¡no pienso en la garganta de los otros! Pienso sólo en la mía, que me da bastante que hacer. Y ahora voy a saborear esta excelente sangría...

El criado se inclinó, con la reluciente bandeja de plata, cargada de copas de sangría, en las que flotaban rodajas de limón. Y todos participaron, todos bebieron, hasta el padre Soeiro, para demostrar a don Antonio Villalobos que no desdeñaba el vino, dádiva amable de Dios, pues, como enseña Tibulo con exacta verdad, a pesar de ser un gentil, *vinus facit dites animos, mollia corda dat*, fortalece el alma y ablanda el corazón.

Juan Gouveia, después de un prolongado suspiro, dejó en la bandeja la copa, que había vaciado de un trago, e interpeló a Gonzalo:

—¡Vamos a ver! Entonces, ¿qué historia fantástica fué ésa de una fiesta en la torre, con señoras, con doña Ana Lucena?... Yo no lo creí cuando el pequeño de Gago me dió el recado. Además...

Pero entre las cortinas de la ventana, donde acababa su sangría, *Titó* tronó de nuevo, interpelando también al hidalgo:

—¡Oye, Gonzalo! ¿Y lo que me contó hace poco Barrolo?... ¿Que tenías pensado largarte a Africa?

Al espanto de Juan Gouveia se mezcló casi un terror. ¿A Africa?... ¿Cómo? ¿Con un destino a Africa?...

—¡No! ¡A plantar cocos! ¡A plantar cacao! ¡A plantar café!—exclamó Barrolo, con divertidas palmadas en el muslo.

¡Pues *Titó* aprobaba aquella idea! También él, si reuniese un capital, diez o quince mil duros, probaría suerte en Africa, traficando con negros... Y también, si fuera más pequeño, más reducido físicamente. ¡Porque hombres de su cuerpecillo, que necesitan mucha comidita y mucha bebidita, no aguantan el Africa, revientan!

—¡Gonzalo, sí! Es flaco y fuerte; no bebe aguardiente; resulta muy indicado para africanista... ¡Te lo he dicho siempre! ¡Es una carrera mucho más decente que esa otra por la que te ha dado la manía, la de diputado! ¿Para qué? Para desgastar

suelas por la Arcada y adular consejeros.

Barrolo a s i n t i ó , ruidosamente. ¡Tampoco él comprendía el empeño de Gonzalo en ser diputado. ¡Qué lata! Venían en seguida las intrigas, los jaleos con los diarios y las calumnias. Y, sobre todo, el aguantar a los electores.

—¡Yo, aunque me nombrasen gobernador civil, con un título y una gran cruz en bandolera, como a Freixomil!

Gonzalo escuchaba con un silencio risueño y superior, liando laboriosamente un cigarro con el tabaco de Barrolo:

—¡Ustedes no me comprenden! ¡Ustedes no conocen la organización de Portugal! Pregunten a Gouveia. Portugal es una hacienda, una hermosa hacienda, entregada a una aparcería. Como ustedes saben, hay aparcerías comerciales y aparcerías rurales. Esta de Lisboa es una *aparcería política*, que gobierna la heredad llamada Portugal. Nosotros, los portugueses, pertenecemos todos a dos clases: unos cinco o seis millones que trabajan en la hacienda, o viven en ella mirando, como Barrolo, y que pagan; y una treintena de individuos, que componen la *aparcería*, cobran y gobiernan. Ahora bien: yo, por gusto, por necesidad, por hábito familiar, deseo mandar en la hacienda. Pero para entrar en la *aparcería política*, el ciudadano portugués necesita un título, ser diputado. Exactamente lo mismo que cuando se pretende ingresar en la magistratura se necesita un título, ser licenciado en Derecho. Por eso procuro empezar como diputado para acabar como aparcero y gobernar... ¿No es verdad, Gouveia?

El alcalde volvió a la bandeja de las sangrías, de la que saboreaba otra copa lentamente, a sorbos:

—Sí, en efecto, ésa es la carrera... Candidato, diputado, político, consejero, ministro, mandarín. Es la carrera... Y mejor que la de Africa. ¡Porque en la Arcada, en Lisboa, también crece el cacao y hay más sombra!

Barrolo, entre tanto, abrazó el hombro robusto de *Titó*, con quien se hundió en el hueco del balcón, en una confraternidad de ideas, bromeando:

—¡Pues yo, sin ser de esos *aparceros*, también mando en los pedazos de Portugal que me interesan más porque me pertenecen!... Y quisiera yo ver al señor San Fulgencio, presidente del Gobierno, o a Braz Victorino, o a los políticos del Palacio real, metiéndose a disponer en mis tierras, en la Ribeiriña o en la Murtosa... ¡Salían a tiros!

Recostado en los cristales, *Titó* se rascó la cabeza, impresionado:

—¡Sí, Barrolo! Pero usted tiene que pagar en la Ribeiriña y en la Murtosa las contribuciones que ellos le imponen. Y en esos concejos tiene que aguantar a las autoridades que ellos nombran. Y goza usted allí de carreteras si ellos las mandan hacer. Y vende usted el carro de trigo y la pipa de vino con más o menos ganancia según las leyes que ellos voten... Y así todo. Gonzalo no deja de tener razón. ¡Es el diablo! Hay quien manda y quien se lucra... ¡Mire! El granuja de mi señorío, en Villa-Clara, aumenta ahora, para San Miguel, la renta de la casa en que vivo, un cuchitril que nadie quiere porque mataron allí al verdugo y dicen que aún aparece... Y Cavalleiro, ése, como *aparcero*, vive gratis en ese hermoso palacio de Santo Domingo, con cochera, jardín, huerta...

Barrolo lanzó un siseo, acompañado de un gesto con la mano abierta, sofocando el vozarrón de *Titó*, te-

miendo que las regalías de Cavalleiro, así proclamadas, renovasen el furor de Gonzalo. Pero el hidalgo no lo notó, atento a Juan Gouveia, que, sepultado en el canapé, después de la sangría, relataba de nuevo su asombro al encontrar en la fuente, en Villa-Clara, al chico de Gago, con el recado de la gran fiesta en la torre:

—Y llegué a creer realmente que celebraba usted esa fiesta, cuando dieron las nueve y las nueve y media, ¡y *Titó* no llegaba para la cena de doña Casimira!... Bueno, pensé: ¡ha recibido también el recado y se ha ido corriendo a la torre! Por fin, cuando apareció de capuchón y chaqueta, comprendí que era una broma de don Gonzalo...

Entonces el hidalgo se asombró, con una inesperada y extraña sospecha:

—¿De capuchón y chaqueta? ¿*Titó* iba esa noche de capuchón y chaqueta?...

Pero Barrolo, bruscamente, desde el hueco del balcón, lanzó hacia la sala un grito de pavor:

—¡Oh chicos! ¡Santo Dios! ¡Ahí vienen las Louzadas!

Juan Gouveia saltó del canapé, como ante un peligro, abrochándose muy de prisa la levita; Gonzalo, aturdido, chocó contra *Titó* y Barrolo, que retrocedían con el terror de haber sido vistos a través de los anchos cristales. Hasta el padre Soeiro, prudente, abandonó su rincón, donde sus lentes recorrían *La Gaceta de Oporto*. Y todos, por la abertura de las cortinas, como soldados desde la tronera de una ciudadela, espiaban la plaza, que el sol de las cuatro doraba por encima de los tejados musgosos de la Cordelería. Por el lado de la calle de las Urracas, las dos Louzadas, muy flacas, muy vivarachas, ambas con unas manteletas cortas de seda negra y abalorios, las dos con quitasoles a cuadritos descoloridos, avanzaban, extendiendo por el ancho empedrado dos sombras agudas.

¡Las dos hermanas Louzadas! Secas, morenas y parlanchinas como cigarras, residiendo desde hacía largos años en Oliveira, eran las escudriñadoras de todas las vidas, las difusoras de todas las maledicencias, las tejedoras de todas las intrigas. ¡Y en la desdichada ciudad no existía mancha, culpa, tetera rajada, corazón dolorido, bolsillo arruinado, ventana entreabierta, polvo en un rincón, bulto en una esquina, sombrero estrenado en misa, pastel encargado en las Matildes, que sus cuatro ojillos perforadores de azabache sucio no descubriesen y que su lengua suelta, entre los dientes escasos, no comentase con malicia estridente! De ellas provenían todas las cartas anónimas que infestaban la provincia; las personas devotas consideraban como verdaderas penitencias aquellas visitas, en que ellas parlaban durante horas enteras, agitando los huesudos brazos; y siempre, por donde ellas pasaban quedaba flotando una nube de desconfianza y de temor. Pero ¿quién se atrevía a rechazar a las dos hermanas? Eran hijas del decrépito y venerable general Louzada; eran parientas del obispo; eran poderosas en la poderosa Cofradía del Señor de los Pasos de la Peña. Y, además, de una castidad tan rígida, tan antigua y tan reseca, y de la que ellas alardeaban con tantos aspavientos, que Marcelino el del *Independiente*, las había apodado las *Dos Mil Vírgenes*.

—¡No vienen para acá!—tronó *Titó* con inmenso alivio.

En efecto, en medio de la plaza, junto a la verja que circunda el antiguo reloj de sol, las dos hermanas, paradas, alzaron el moreno pico, hus-

meando y espiando la pequeña iglesia de San Mateo, donde la campana lanzó un repique de bautizo.

—¡Oh! ¡Por todos los diablos, acá vienen!

¡Las Louzadas, decididas, embistieron contra el portalón de los Cunhaes! ¡Y entonces fué un pánico! Las gordas piernas de Barrolo, al huir, tropezaron y casi tiraron sobre las mesas los panzudos jarrones de la India. Gonzalo chillaba que se escondiesen en el jardín. Desconcertado, Gouveia rebuscaba desesperado su sombrero hongo. Sólo *Titó*, que las aborrecía, y a quien ellas llamaban *Polifemo*, se retiró con serenidad, cobijando al padre Soeiro bajo su recio brazo. Y ya el grupo despavorido se lanzaba hacia el repostero, cuando Gracita apareció, con un fresco vestido de seda color fresa, sonriendo, asombrada, hacia el tropel que se precipitaba:

—¿Qué ha sido? ¿Qué ha sido?...

Un clamor ahogado envolvió a la dulce señora amenazada:

—¡Las Louzadas!

—¡Oh!

Apresuradamente, *Titó* y Juan Gouveia estrecharon la mano que ella les entregó, desfallecida. ¡La campanilla del portón tintineó pavorosa! Y la fila en reata, en la que el padre Soeiro era arrastrado a remolque, se adentró hacia la biblioteca, que Barrolo cerró con llave, gritando aún a Gracita, en una inspiración:

—¡Esconde las sangrías!

¡Pobre Gracita! Aturdida, sin tiempo para llamar al criado, transportó ella misma hacia una banqueta del corredor, con un esfuerzo desesperado, la pesada bandeja, ante la cual, las Louzadas, si la descubrían, divulgarían por toda la ciudad, y más alta que la torre de San Mateo, una historia pavorosa de «vino y borrachera». Después, jadeante, echó un rápido vistazo a su peinado en el espejo. Y erguida como en el circo romano, con la osadía sencilla y risueña de los antiguos Ramírez, esperó la acometida de las terribles hermanas.

*

Al domingo siguiente, después del almuerzo, Gonzalo acompañó a su hermana a casa de la tía Arminda Villegas, que el día anterior, al tomar—como acostumbraba hacer todos los sábados—su baño de pies, se escaldó, y guardando cama asustada y reclamando una consulta de cinco cirujanos de Oliveira. Después acabó su puro bajo las acacias del Terreiro de la Loza, pensando en su novela, abandonada en la torre durante aquellas semanas, y en el famoso lance del capítulo segundo, que le tentaba y le atemorizaba el encuentro de Lorenzo Ramírez con Lope de Bayón, el *Bastardo*, en el valle fatal de Cantalapiedra. Y regresaba a los Cunhaes—porque había prometido dar una galopada con Barrolo hasta el Pinar de Esteviña para aprovechar la tibieza del domingo neblinoso—, cuando en la calle de las Velas divisó a Guedes, el notario, que salía de la pastelería de las Matildes con un abultado paquete de pasteles. El hidalgo en seguida cruzó la calle con ligereza, mientras Guedes, al borde del paseo, pesado y barrigudo, sobre la punta de las botas pequeñitas con caña de charol, descubría con una gran cortesía la calva, poblada en su centro por el famoso mechón de pelo canoso que le había valido el mote de *Sansón*:

—¡Por Dios, mi querido Guedes, póngase el sombrero! ¿Cómo está usted? Siempre tan fuerte y juvenil. ¡Muy bien!... ¿Habló usted con el padre Soeiro? Pereira, el de la Riosa,

no viene, por fin, a esta ciudad hasta el miércoles...

—¡Sí! ¡Sí! El padre Soeiro había pasado por la oficina para avisarle, y él felicitaba al hidalgo por su nuevo rentero.

—¡Hombre muy competente Pereira! Hace ya veinte años que le conozco. ¡Y vea usted la posesión del conde de Monte-Agra! Aún la recuerdo cuando era un erial. ¡Y hoy es un primor! ¡Solamente la viña que él ha plantado! Es hombre muy competente... ¿Y cuántos días le tendremos a usted por aquí?

—Dos o tres... No se aguanta este calor de Oliveira. Hoy ha refrescado, afortunadamente. Y ¿qué hay de nuevo? ¿Cómo va la política? ¿Sigue el amigo Guedes siempre tan buen regenerador, leal y ardiente, eh?

De pronto el notario, con su paquete de pasteles apoyado en el chaleco de seda negra, agitó el brazo gordo y corto, en una indignación que hizo aflorar la sangre a su cuello, a las orejas peludas, a la cara afeitada, a la cabeza toda, hasta las alas del sombrero blanco con cinta negra:

—¿Qué va a haber, mi señor don Gonzalo Méndez Ramírez? ¿Qué va a haber?... ¡Pues este último escándalo!

Los ojos risueños de Gonzalo se abrieron muy serios:

—¿Qué escándalo?

El notario retrocedió. ¿No sabía él entonces el último abuso de autoridad del gobernador civil, de don Andrés Cavalleiro?

—¿Qué es ello, mi querido amigo?...

Guedes se alzó todo él sobre la punta de sus botitas, y se arqueó y se hinchó, para exclamar:

—¡El traslado de Noroña!... ¡El traslado del desdichado Noroña!

Pero una señora, también obesa, de espeso bozo, estallando toda en ricas y crujientes sedas de misa, arrastrando severamente de la mano a un niño que rabiaba, se paró, mirando a Guedes, porque el digno señor, con su vientre y su paquete, obstruía, en su indignación, la entrada de las Matildes. Apresuradamente el hidalgo abrió, para que ella entrase, la puerta acristalada. Y luego, con alborozo:

—El amigo Guedes va, naturalmente, hacia su casa. Es mi camino. Podemos ir andando y hablaremos... ¡Vaya! ¡Vaya! Pero Noroña... ¿Qué Noroña?

—Ricardo Noroña... Ya le conoce usted. ¡El habilitado de Obras públicas!

—¡Ah, sí, sí!... ¿De modo que trasladado? ¿Trasladado arbitrariamente?

En la calle de las Brocas, por donde bajaban, en el silencio y la soledad de las tiendas cerradas, la cólera de Guedes resonó más libremente:

—¡Infamemente, don Gonzalo, con la mayor infamia! ¡Y a Almodóvar, a los confines del Alemtejo!... ¡A una tierra sin recursos, ni distracciones, ni gente!...

Se detuvo, con los pasteles contra el corazón y los ojillos espantados fijos en el hidalgo, centelleantes. ¡Noroña! ¡Un funcionario trabajador, honradísimo! Y apolítico, completamente apolítico. No era de los históricos ni de los regeneradores. Sólo de su familia, de sus tres hermanas, a las que mantenía, tres flores... ¡Y hombre estimadísimo en la ciudad, lleno de méritos! ¡Un talento enorme para la música!... ¡Ah! ¿No lo sabía don Gonzalo? ¡Pues componía al piano cosas muy lindas! Y, además, imprescindible en reuniones y cumpleaños. Era él quien organizaba siempre en Oliveira las funciones de aficionados.

—Porque para ensayar, créame usted, no hay otro ni en la capital... ¡No hay otro! Y ¡zas!, de repente, a Almodóvar, hacia el infierno, ¡con sus hermanas y sus bártulos! ¡Sólo el piano!... ¡Fíjese, sólo el transporte del piano!

Gonzalo resplandecía:

—Bonito escándalo. ¡Y qué felicidad haberle encontrado a usted, mi querido Guedes!... ¿No se sabe el motivo?

Caminaban de nuevo pausadamente por el estrecho paseo. El notario se encogió de hombros con amargura. ¡El motivo! Públicamente, como siempre en tales abusos, el motivo era la conveniencia del servicio.

—Pero todos los amigos de Noroña, la ciudad entera, conocen el verdadero motivo... ¡El íntimo, el secreto, el horrendo!

—¿Cuál es?

Guedes echó un vistazo prudente a la calle. Una vieja cruzaba cojeando, sosteniendo un cántaro. Y el notario secreteó quedamente, junto a la cara deslumbrada del hidalgo:

—Pues que el don Andrés Cavalleiro, ese infame, se encaprichó por la mayor de las hermanas Noroñas, Adelina, hermosísima muchacha, alta y morena, una estatua. Y rechazado—porque la muchacha, con mucho juicio, una perla, se percató del vil propósito—, ¿en quién se venga, por despecho, el señor gobernador civil? ¡En el habilitado! ¡Y lo manda a Almodóvar con las chicas y sus bártulos!... ¡Pagaba el habilitado!

—¡Bonita granujada! —murmuró Gonzalo, inundado de gozo y de risa.

—¡Y fíjese usted!—exclamó Guedes, con la gruesa mano temblando en el sombrero—. ¡Fíjese que el pobre Noroña, en su inocencia, tan buen hombre, queriendo siempre agradar a sus jefes, hace unas semanas había dedicado a Cavalleiro un lindo vals!... ¡*La mariposa*, un lindo vals!

Gonzalo no pudo contenerse y se restregó las manos triunfalmente:

—¡Pero qué preciosa granujada!... ¿Y no se ha hablado de ello? ¿Ese diario de oposición, *El Clarín de Oliveira*, ni una denuncia, ni una alusión?...

Guedes bajó la cabeza, descorazonado. Don Gonzalo conocía muy bien aquella gente del *Clarín*... Tenían estilo, un estilo adornado, opulento... Pero para denunciar en un caso así como el de Noroña, gravísimo, poco nervio, ninguna valentía. Y, además, Biscaíño, el redactor jefe, estaba intentando pasarse subrepticiamente a los históricos. ¡Ah! ¿No se había enterado don Gonzalo? Pues aquel indecente Biscaíño nadaba entre dos aguas. Seguramente, Cavalleiro le habría preparado el cebo... Además de eso, ¿cómo se iba a probar la infamia? Se trataba de cosas íntimas, cosas de familia. No se podía presentar la declaración de Adelina, joven muy virtuosa ¡y con unos ojos!... ¡Ah! ¡Si hubiera sido en los tiempos de Manuel Justino y de *La Aurora de Oliveira!*... Aquél era un hombre que habría publicado en primera página, con letras gruesas: «¡Alerta! ¡La autoridad suprema de la provincia intenta llevar la deshonra al seno de la familia Noroña!...»

—¡Aquél era un hombre! Pobre; ahí está en el cementerio de San Miguel... ¡Y ahora, don Gonzalo, el despotismo campa tranquilamente, desenfrenado!

Bufaba, jadeaba, extenuado por aquel fogoso desahogo. Doblaron en silencio la esquina de las Brocas hacia la hermosa calle, recién empedrada, de la Princesa Doña Amelia. Y en seguida, parándose en la segunda puerta y sacando del bolsillo la llave, Guedes, que resoplaba aún, invitó a descansar al hidalgo.

—No, no, mi querido amigo. He

tenido un inmenso placer en encontrarle... ¡Esa historia de Noroña es tremenda!... Pero no me espanta nada en el señor gobernador civil. Sólo me espanta que no le hayan corrido por Oliveira, como se merece, con golpes y cencerrada... En fin, no toda la gente buena yace en el cementerio de San Miguel... Hasta mañana, amigo Guedes. ¡Y muchas gracias!

Desde la calle de la Princesa Doña Amelia hasta la plaza del Rey, Gonzalo corrió ¡con el deslumbramiento de quien descubre un tesoro y lo lleva debajo de la capa! ¡Allí llevaba, en efecto, el «escándalo, el magnífico escándalo» que tanto anhelara, por el que tanto suspiró, para demoler al señor gobernador civil en su fiel ciudad de Oliveira, que le erigía arcos de boj! Y por un favor divino, el «magnífico escándalo» demolería también al hombre en el corazón de Gracita, donde, a pesar del antiguo ultraje, permanecía como un gusano en una fruta, socavando y pudriendo. ¡Y no dudaba de la eficacia del escándalo! Toda la ciudad se alzaría contra la autoridad mujeriega, que oprimía y desterraba a un funcionario admirable porque la hermana del pobre señor se negaba a sus besos babeantes. ¿Y Gracita?... ¿Cómo resistiría Gracita aquel desengaño, su antiguo Andrés abrasado por la chica de Noroña y rechazado por ella con enojo y mofa? ¡Oh, el escándalo era soberbio! Sólo era preciso que estallase, muy ruidoso, sobre los tejados de Oliveira y sobre el pecho de Gracita, como un trueno benéfico que limpia los aires corrompidos. Y de aquel trueno, retumbando por todo el Norte, se encargaría él con toda delicia. ¡Libraba a la ciudad de un gobernador aborrecible y a Gracita de un sueño equivocado! ¡Y así, de un certero plumazo, laboraba *pro patria et pro domo!*

En los Cunhaes corrió al cuarto de Barrolo, que se vestía tarareando el *Fado de los Ramírez*, y gritó a través de la puerta con una decisión ardiente:

—No te puedo acompañar a Esteviña. Tengo que escribir algo urgente. Y no subas, no me interrumpas. ¡Necesito tranquilidad!

No atendió a las protestas desconsoladas que Barrolo lanzó, saliendo al corredor, en calzoncillos. Subió precipitadamente la escalera. Ya en su cuarto, después de quitarse rápidamente la levita y despejarse la cabeza con un chorro de agua de Colonia, se sentó a la mesa, donde Gracita colocaba siempre, entre flores, para que él trabajase, el monumental tintero de plata que había pertenecido al tío Melchor. Y de un tirón, sin tachar, en una de esas espontáneas oleadas de prosa que brotan de la pasión, improvisó un artículo rencoroso para *La Gaceta de Oporto* contra el señor gobernador civil. Ya el título era fulminante: *¡Monstruoso atentado!* Sin revelar el nombre de la familia Noroña, contaba detallamente, como un acto cierto y presenciado por él, «la villana y baja tentativa de la primera autoridad de la provincia contra el pudor, la paz interior y la honra de una dulce muchacha de dieciséis primaveras!» Venía después la resistencia desdeñosa «que aquella noble criatura había opuesto al don Juan administrativo, cuyos apuestos bigotes son el espanto de los pueblos». Y, por último, iba «el desquite torpe y sin nombre que había tomado su excelencia sobre el celoso funcionario—que es también un artista de talento—logrando del nefasto Gobierno que fuese trasladado, o más bien arrojado, cruelmente desterrado, en compañía de tres delicadas damas, a los confines del reino, a la más árida y pobre de

nuestras provincias, ¡no pudiendo empaquetarle hacia Africa en la bodega sórdida de una fragata!» Lanzaba también algunos rugidos sobre «la agonía política de Portugal». Con triste pavor recordaba los peores tiempos del absolutismo, la inocencia sumida en las mazmorras, ¡el placer desordenado del príncipe como única expresión de la ley! Y terminaba preguntando al Gobierno si iba a amparar a aquel agente suyo, a «aquel grotesco Nerón, que, como antaño el otro, el grande, en Roma, intentaba llevar la seducción al seno de las mejores familias y cometía aquellos abusos de poder, motivados por lascivias temperamentales, ¡que fueron siempre, en todos los siglos y en todas las civilizaciones, la execración del justo!» Firmaba *Juvenal*.

Eran casi las seis cuando bajó a la sala, ligero y resplandeciente. Gracita tocaba el piano estudiando el *Fado de los Ramírez*. Y Barrolo—que no se había arriesgado a dar solo el paseo—hojeaba, tumbado en el canapé, una famosa *Historia de los crímenes de la Inquisición*, que había empezado de soltero.

—¡Estoy trabajando desde las dos! —exclamó en seguida Gonzalo, abriendo la ventana de par en par—. Me siento rendido. Pero, gracias a Dios, he hecho una obra de justicia. ¡Esta vez sí que don Andrés Cavalleiro va a caerse del caballo!

Barrolo cerró inmediatamente el libro, y, acodado en los almohadones, inquieto:

—¿Ha pasado algo?

Y Gonzalo, plantado ante él, con una suave risita, con una sonrisa feroz, agitando en su bolsillo el dinero y las llaves:

—¡Oh! Casi nada. Una bagatela. Sólo una infamia... Pero para nuestro gobernador civil las infamias son bagatelas.

Bajo los dedos de Gracita el *Fado de los Ramírez* se apagó, apenas rozado, en un incierto murmullo.

Barrolo esperaba, pálido:

—¡Desembucha!

Y Gonzalo se desahogó con estruendo:

—¡Pues una inmensa granujada, hombre! ¡Noroña, el pobre Noroña, perseguido, vejado, expulsado! ¡Y con su familia!... ¡Al infierno, al Algarbe!

—¿Noroña, el habilitado?

—Noroña, el habilitado. ¡El infeliz pagador ha *pagado!*

Y narró, con deleite, la historia lamentable. Don Andrés Cavalleiro, enamoradísimo, todo en brasas por la hermana mayor de Noroña. ¡Asediando a la muchacha con ramos, cartas, versos, alborotos por las mañanas ante su ventana, caracoleando sobre el penco! Hasta le envió, según parecía, una vieja ramera, una alcahueta... Y la muchacha, un ángel lleno de dignidad, impasible. Ni se sublevaba; sólo se reía. Era un jolgorio, en casa de las Noroña, a la hora del té, la lectura de aquellos ripios ardientes, en que él la llamaba «ninfa, estrella de la tarde...» ¡En fin, una grotesca sordidez!

El pobre *Fado de los Ramírez* se desbandó por el teclado, en un tumulto de gemidos desconcertados y ásperos.

—¡Y no haber oído yo nada!—murmuró Barrolo, asombrado—. Ni en el Club ni en la Arcada.

—Pues, amiguito, el que oyó, y con un famoso estampido, fué el pobre Noroña. ¡Arrojado al fondo del Alemtejo, a un sitio insalubre, repleto de pantanos! Es su muerte... ¡Es una condena a muerte!

Ante aquella aparición de la Muerte, surgiendo de los pantanos, Barro-

lo se dió una palmada en la rodilla, desconfiado:

—Pero ¿quién diablos te ha contado todo eso?

El hidalgo de la torre miró a su cuñado con desdén, compasivamente:

—¿Que quién me lo contó? ¿Y quién me contó que don Sebastián murió en Alcazarquivir? Son hechos. Es la Historia. Todo Oliveira lo sabe. Por casualidad, esta misma mañana Guedes y yo hablamos del caso. ¡Pero yo ya lo sabía!... Y me ha dado pena. ¡Qué diablo! ¡No es un crimen ser un pasional como el pobre Andrés! ¡Está loco perdido! Ha llegado a llorar en su despacho delante del secretario general. ¡Y la muchacha riéndose a carcajadas!... Ahora lo que es un crimen, y horrendo, es la persecución al hermano, al habilitado, funcionario excelente, de un raro talento... Y el deber de todo hombre de bien, que aprecie la dignidad de la Administración y la dignidad de las costumbres, es denunciar esa infamia... Yo, por mi parte, he cumplido ese buen deber. ¡Y con cierta brillantez, gracias a Dios!

—¿Qué has hecho?

—¡Clavar en el costado del señor gobernador civil mi buena pluma toledana, hasta el mango!

Barrolo, impresionado, se pellizcaba la piel del cuello. El piano enmudeció; pero Gracita no se movía de la banqueta, con los dedos agarrotados sobre las teclas, como abstraída ante la ancha página, en que se alineaban con la letra esmerada de Videiriña las estrofas triunfales de los Ramírez. Y de repente, Gonzalo percibió en aquella inmovilidad sofocada el despecho que la traspasaba. Conmovido, para aliviarla y ahorrarle algún sollozo que se le podía escapar irresistiblemente, corrió al piano y dió unos golpecitos cariñosos sobre los hombros inclinados, que se estremecieron:

—¡Tú no acabas ese lindo fado, chica! Deja, yo canturriaré una parte, imitando el buen estilo de Videiriña... Pero antes sé un ángel... Llama por ahí, hacia el corredor, para que me traigan una copa de agua bien fresca del pozo viejo.

Recorrió las teclas, entonó unos versos, al azar, con un esfuerzo desgañitado:

> Luchan en la gran batalla,
> cuatro Ramírez valientes...

Gracita desapareció sin ruido por una abertura del repostero. Entonces, el buen Barrolo, que ante su jarroncito de la India liaba un cigarrillo con pensativo cuidado, corrió a desahogarse, inclinado sobre Gonzalo, en la certeza que le iba invadiendo:

—¿Sabes lo que te digo, chico?... ¡Que esa hermana de Noroña es una mujeraza soberbia! Pero lo que no creo es que se mostrase arisca. ¿Con Cavalleiro, hombre guapo y gobernador civil?... No lo creo. ¡Cavalleiro habrá saboreado ese néctar!

Y con los mofletes relucientes de admiración:

—¡Qué bandido! ¡Para caballos y mujeres no hay otro en Oliveira!

V

La Gaceta de Oporto con la comunicación vindicadora debía abatirse sobre Oliveira el miércoles por la mañana, día del cumpleaños de la prima María Mendoza. Pero Gonzalo, aunque no temiese—resguardado por su seudónimo *Juvenal*—una pendencia grosera con Cavalleiro en las calles de la ciudad, ni siquiera con alguno de sus partidarios serviles y

bravucones como Marcelino, el del *Independiente*, regresó discretamente a Santa Irene el martes, a caballo, acompañado por Barrolo hasta Veindiña, donde ambos probaron aquel vino blanco encomiado por *Titó*. Después, para recordar los lugares memorables donde en su novela se encontraban, con funesto choque de armas, Lorenzo Ramírez y el bastardo de Bayón, tomó el camino que, cruzando los jardines de la dispersa aldea de Cantalapiedra, empalma con la carretera de los Bravaes.

En un trote tranquilo pasó la fábrica de vidrios, luego el crucero, siempre cubierto por las palomas que volaban del palomar de la fábrica. Y entraba en el lugar llamado de Nacejas, cuando en la ventana de una casita muy limpia, rodeada de parras, apareció una linda muchacha, morena y fina, con una chaqueta de paño azul y un pañuelo de cambrayeta bordada sobre unos espesos *bandós* ondulados. Gonzalo, refrenando la yegua, saludó, sonriendo suavemente:

—Perdón, muchacha... ¿Voy bien por aquí para Cantalapiedra?

—Va bien, señor. Abajo, en el puente, tuerza a la derecha, hacia los álamos. Y luego siga derecho siempre...

Gonzalo suspiró, bromeando:

—¡Hubiese preferido quedarme!...

La muchacha enrojeció. Y el hidalgo se volvió aún sobre la silla para gozar de la fina cara morena, entre los dos claveles de la ventanita, en la casa tan bien enjalbegada.

En aquel momento, al lado de una vereda enramada, desembocaba un cazador, de chaqueta y gorro rojos, con la escopeta en bandolera, seguido por dos perdigueros. Era un hombretón apuesto, cuya persona toda, en el pisar de sus zapatones claros, en el movimiento de la cintura con faja de seda, en la manera de levantar la cara blanca de patillas rubias, rebosaba presunción y jactancia. De un rápido vistazo sorprendió la sonrisa, la atención galante del hidalgo. Y se detuvo, clavando sobre él, con lenta arrogancia, los hermosos ojos de grandes pestañas. Después pasó desdeñosamente, sin apartarse de la yegua en la estrecha ladera, casi rozando por la pierna del hidalgo el cañón de la escopeta. Más adelante, lanzó aún una tosecilla seca y burlona, con un pisar más petulante de los tacones.

Gonzalo espoleó la yegua, intimidado en seguida por aquel desdichado miedo, aquel desfalleciente escalofrío de la carne, que siempre, ante cualquier peligro o cualquier amenaza, le obligaba irresistiblemente a encogerse, a retroceder, a huir. Abajo, en el puente, desesperado contra su timidez, detuvo el trote, miró hacia atrás, hacia la blanca y florida casa. El mocetón se paró, apoyado en la escopeta, bajo la ventana donde la muchacha morena se asomaba entre dos tiestos de claveles. Y así apoyado, después de reír mirando a la moza, hizo una seña al hidalgo, en amplio reto, con la cabeza erguida y la borla del gorro toda tiesa como una cresta llameante.

Gonzalo Méndez Ramírez salió a galope por el entoldado camino de álamos que bordea el río de las Donas. En Cantalapiedra se entretuvo estudiando—como se proponía hacer, en beneficio de su novela—el valle, la ribera arenosa, las ruinas del monasterio de Recadaes, sobre la colina, y en el cerro frontero el molino que se asienta sobre las renegridas piedras de la antigua y tan afamada Honra de Avellans. El cielo, ceniciento y nublado desde por la mañana, oscurecíase por el lado de Craquede y de Villa-Clara. Un pesado hálito agitó el follaje sediento. Y ya unas gotas

densas se deshacían en el polvo, cuando él, siempre al galope, entró en la carretera de los Bravaes.

En la torre encontró una carta de Castañeiro. El patriota ansiaba saber «si aquella *Torre de don Ramírez* se erguía al fin para honra de las letras, como la otra, la genuina, habíase erguido antaño, en siglos más felices, para orgullo de las armas...» Y añadía en un *Post-Scriptum*: «Proyecto inmensos carteles, pegados en cada esquina de cada ciudad de Portugal, ¡anunciando en letras de medio metro la aparición salvadora de *Los Anales!* Y como pienso prometer en ellos a las gentes su preciosa novelita, deseo que el amigo Gonzalo me informe de si tiene ella, a la moda de 1830, un sabroso subtítulo, como *Episodios del siglo XII*, o *Crónica del reinado de Alfonso II*, o *Escenas de la Edad Media portuguesa*... Yo voto por el subtítulo. Lo mismo que el subsuelo de un edificio, el subtítulo en un libro eleva y da solidez. ¡A la obra, pues, mi querido Ramírez, con esa su feracísima imaginación!...»

Aquella ocurrencia de los carteles inmensos, con su nombre y el título de su novela en letras de colores llamativos, llenando cada esquina de Portugal, deleitó al hidalgo. Y aquella noche misma, entre el rumor de la densa lluvia que azotaba el follaje de los limoneros, volvió a sacar su manuscrito, interrumpido en las primeras líneas, amplias y sonoras, del capítulo segundo.

A través de ellas, y en la frescura de la madrugada, Lorenzo Méndez Ramírez, con el cuerpo de caballeros y los infantes de su merced, corría sobre Montemayor en socorro de las señoras infantas. Pero al entrar en el valle de Cantalapiedra, hete aquí que el esforzado hijo de Tructesindo divisa la mesnada del bastardo de Bayón, esperando desde el alba (como anunciara Mendo Páez) para cortarle el paso. Y entonces, en aquella sombría novela de sangre y homicidios, brotaba inesperadamente, como una rosa en la grieta de un bastión, un lance de amor, que el tío Duarte cantaba en *El Bardo* con doliente elegancia.

Lope de Bayón, cuya belleza rubia de hidalgo godo era tan celebrada por todas las tierras de Entre Miño y Duero, donde le llamaban el *Claro-Sol*, amaba apasionadamente a doña Violante, la hija más joven de Tructesindo Ramírez. Un día de San Juan, en el solar de Lanhoso, donde se celebraban lidias de toros y juegos de azar, conoció él a la doncella espléndida, que el tío Duarte ensalzaba con deslumbrado encanto:

¡Qué líquido fulgor el de sus ojos!
¡Qué espesas trenzas de ébano lus-
[troso!

Y ella, ciertamente, rindió también su corazón a aquel mozo resplandeciente y color de oro que, en aquella tarde de fiesta, asestando el rejón contra los toros, ganó dos cintas bordadas por la noble dama de Lanhoso, y por la noche, en el baile, se contoneó con tan airoso garbo en la danza de los donceles... Pero Lope era bastardo, de aquella raza de Bayón, enemiga de los Ramírez por viejísimas cuestiones de tierras y prioridades desde el conde don Enrique, agravadas después, durante las contiendas de doña Tadea y de Alfonso Enríquez, cuando en la corte de los Barones, en Guimaraes, Mendo de Bayón, unido con el conde Trava y con Ramírez el *Carnicero*, hermano de leche del joven infante, se arrojaron a los rostros los guanteletes. Y, fiel al odio secular,

Tructesindo Ramírez negó con áspera arrogancia la mano de Violante al mayor de los de Bayón, uno de los valientes de Silves, que por Nochebuena, en la Alcaçova de Santa Irene, se la pidió para Lope, su sobrino, el *Claro-Sol*, ofreciendo avenencias casi sumisas de alianza y dulce paz. Aquel ultraje sublevó el solar de Bayón, que se honraba en Lope, a pesar de ser bastardo, por el lustre de su bravura y su gracia galante. Y entonces Lope, herido dolidamente en su corazón, pero más furiosamente en su orgullo, para saciar su ávido deseo, para infamar el claro nombre de los Ramírez, intentó raptar a doña Violante. Era en la primavera, con todas las vegas del Mondego ya verdes. La donosa señora, entre algunos escuderos de honor y parientes, viajaba desde Treixedo al monasterio de Lorvao, donde su tía Blanca era abadesa... Lánguidamente en *El Bardo*, cantaba el tío Duarte el romántico lance:

Entre corpulentos olmos, junto a la
[fuente morisca,
párase la cabalgata...

Y junto a los olmos de la fuente surgió *Claro-Sol*, ¡que con los suyos acechaba desde un cerro! Pero no bien comenzó la corta brega, un primo de doña Violante, el gigantesco señor de los Pazos de Avellim, le desarmó, manteniéndole un momento arrodillado bajo el relampagueo y el filo de su daga. Y con la vida perdonada, rugiendo de sorda rabia, el bastardo huyó entre los pocos solariegos que le acompañaban en tan osada acometida. Desde entonces ardió más fiero el rencor entre los de Bayón y los Ramírez. ¡Y hete allí, ahora, en aquel comienzo de la guerra de las infantas, a los dos enemigos frente a frente, en el angosto valle de Cantalapiedra! Lope, con un bando de treinta lanzas y más de cien ballesteros de la hueste real. Lorenzo Méndez Ramírez, con quince caballeros y noventa infantes de su pendón.

Finía agosto, y el retrasado estío amarilleaba toda la hierba, los famosos pastos del valle, hasta el follaje de álamos y fresnos, en la orilla del riachuelo de las Donas, que se deslizaba entre piedras lustrosas, con escaso caudal y adormecido murmullo. En un otero, del lado de Ramilde, sobresalía, entre pujantes ruinas erizadas de zarzas, la renegrida *Torre Redonda*, resto de la vetusta Honra de Avellans, incendiada durante las ásperas contiendas entre los de Salzedas y los de Landim, la *Malcasada*. En el cerro frontero, y más alto, dominando el valle, el monasterio de Recadaes extendía sus canterías nuevas, con el recio torreón asaeteado como el de una fortaleza, donde los monjes se asomaban espiando, inquietos con aquel relampagueo de armas que desde el alba henchía el valle. Y el mismo temor acosaba a las aldeas cercanas, porque sobre la cresta de las colinas se apresuraban hacia el santo refugio del convento gentes con bultos, carros entoldados y magras filas de ganado.

Al divisar tan potente cuerpo de caballeros y de infantes extendido hasta orillas del riachuelo entre la sombra de los fresnos, Lorenzo Ramírez sofrenó su corcel, contuvo su grupo junto a un montón de piedras donde se pudría, clavada, una tosca cruz de madera. Y su vigía, que salió a rienda suelta, tendido bajo el escudo de cuero, para reconocer la mesnada, volvió en seguida, sin que ni flecha ni piedra de honda le alcanzasen, gritando:

—¡Son hombres de Bayón y de la hueste real!

¡Estaba cortado, pues, el paso! ¡Y en qué desigual encuentro! Pero el denodado Ramírez no vaciló en avanzar, en trabar pelea. Aun estando solo, con una quebradiza lanza de monte, hubiera él arremetido contra la gente toda del bastardo... Entre tanto, ya el adalid de Bayón se adelantó, corveteando sobre el rosillo magro, con la espada levantada por encima del morrión, adornado con plumas de garza. Y pregonó, atronando el valle con el ronco pregón:

—¡Deteneos! ¡Deteneos, que no hay paso! ¡Y el noble señor de Bayón, por encargo del rey y por merced de su señoría, os conserva las vidas salvas si volvéis grupas sin ruido ni tardanza!

Lorenzo Ramírez clamó:

—¡A él, ballesteros!

Los virotes silbaron. Toda la corta ala de los caballeros de Santa Irene marchó ruidosa hacia el interior del valle, con las lanzas en ristre. Y el hijo de Tructesindo, erguido sobre los estribones de hierro, bajo el paño suelto de su pendón, que el alférez desenfundó apresuradamente, entreabriendo la visera del casco para que le viese bien la faz intrépida, lanzó al bastardo injurias de furioso orgullo:

—¡Llama a otros tantos de los villanos que te siguen, que por encima de ellos y por encima de ti llegaré esta noche a Montemayor!

Y el bastardo, en su alazán, cubierto con una malla recamada toda de oro, alzó la mano calzada de hierro, y exclamó:

—¡Hacia atrás de donde viniste volverás, burlón traidor, si tengo a bien mandar a tu padre tu cuerpo en unas andas!

Aquellos fieros desafíos sonaban en versos serenamente rimados en el poemita del tío Duarte. Y después de reforzarlos, Gonzalo Méndez Ramírez (sintiendo su alma henchida por el heroísmo de su raza, como por un viento que sopla de la honda campiña) lanzó uno contra otro los dos bandos valerosos. Gran brega, gran griterío...

—¡Hala! ¡Hala!

—¡Rompe! ¡Rompe!

—¡Adelante por Bayón!

—¡Arriba por los Ramírez!

A través de la densa polvareda y del tumulto silban las lanzas, las rudas balas de barro despedidas por las hondas. Almogávares de Santa Irene, almogávares de la hueste real, en pequeños grupos, cargan, chocan, con mezclado ímpetu de venablos que se parten, de dardos que se clavan, y ambos se precipitan, retroceden, mientras en el suelo revuelto algún malherido se agita chillando, y los atolondrados, tambaleando, buscan, bajo el cobijo de la arboleda, la frescura del riachuelo. En el centro, donde es más noble el choque de la contienda, por encima de los corceles que se alzan de patas, jadeando bajo el peso de las cubiertas de malla, las lisas hojas de los montantes rebrillan, tintinean, golpeando las chapas de los broqueles; y ya, desde los altos arzones de cuero rojo, se desploma algún tieso y encorazado señor, con un golpetazo de hierros, sobre la tierra blanda. Caballeros e infantes, sin embargo, como en un torneo, sólo cruzan lanzas para derribarse, abollados los arneses, con clamores de excitada ufanía; y sobre el villanaje contrario, en quien se ceba el furor de la matanza, se abaten sus espadones, se precipitan sus hachas, deshaciendo los cascos de hierro como bolas de barro.

Entre los infantes de Bayón y de la hueste real, Lorenzo Ramírez avanza más ligero que el segador entre la hierba temprana. A cada arrancada de su recio caballo bayo, lleno de espuma, que sacude furiosamente la cabezada en pico, siempre entre maldiciones o gritos de «¡Jesús!», se dobla un pecho traspasado, se retuercen unos brazos en la agonía. Todo su afán es cruzar sus armas con Lope. Pero el bastardo, tan impetuoso y arrostrador en el combate, no se apartaba aquella mañana de la loma del cerro, donde una hilera de lanzas le resguardaba, como una estacada, ¡y con gritos, no con golpes, enardecía la lid! En el ardor desesperado por romper el cerco vivo, Lorenzo gastaba sus fuerzas llamando roncamente al bastardo con los duros ultrajes de «¡sucio!» y de «¡marrano!» Ya entre la trama abollada de la malla brotaban de su hombro por la loriga unos hilos lentos de sangre. Un virotazo que le partió la charnela de la greba izquierda hendió la pierna, de donde manaba más sangre, empapando el forro de estopa. Además, atravesada el anca por una flecha, su gran corcel se desplomó, rodó, rompiendo en su coceo la cincha plegada. Y desprendiéndose de las correas en un salto, Lorenzo Ramírez encontró alrededor una cerca erizada de espadas y chuzos, que le acometieron, mientras desde el otero, inclinado sobre la silla, el bastardo bramaba:

—¡Avanza! ¡Avanza! ¡Para que le cojáis las manos!

Saltando por encima de los cuerpos, que se retuercen bajo sus plantas de hierro, el valiente mozo arremete a golpes jadeantes contra las puntas brillantes que retroceden, se esquivan... Y, triunfantes, redoblan los gritos de Lope de Bayón:

—¡Vivo! ¡Vivo! ¡Cogedle vivo!

—¡No, si me queda alma, villano!—rugía Lorenzo.

Y embestía con más rabia cuando un guijarro agudo le acertó en el brazo, que desfalleció en seguida, quedó colgante, con la espada arrastrando, prendida aún al puño por la cadena, pero tan inservible como una roca. En un relámpago fué apresado por unos infantes, que le aferraban por la garganta, mientras otros, a lanzazos, le doblaban las piernas, estiradas. Cayó, por fin, rígido como un madero, y entre las cuerdas con que le amarraron en seguida yació tieso, sin yelmo ni armadura, con los ojos duramente cerrados y los cabellos amazacotados, en una pasta de polvo y sangre.

¡Hete aquí cautivo a Lorenzo Ramírez! Y ante las andas, hechas con rama de haya, en que lo tendieron, después de rociarle de prisa con agua fresca del riachuelo, el bastardo, limpiándose con el dorso de la mano el sudor que le corría por la agraciada cara y por las barbas doradas, murmuró, conmovido:

—¡Ah Lorenzo, Lorenzo, gran dolor, que bien pudiéramos ser hermanos y amigos!

Así, ayudado por el tío Duarte, por Walter Scott, por informes del *Panorama*, compuso Gonzalo la desventurada contienda de Cantalapiedra. Y con aquel desahogo de Lope, en el que se traslucía la pena del amor prohibido, terminó el capítulo segundo, sobre el que se afanaba hacía tres días, con tal empeño, que a su alrededor el mundo estaba como callado, fundido en la sombra.

*

Una girándula de cohetes estalló a lo lejos, por el lado de los Bravaes, donde aquel domingo se celebraba la romería de Nuestra Señora

de las Candelas. Después de la lluvia de aquellos tres días, caía un frescor del cielo sereno y lavado sobre los campos más verdes. Y como quedaba aún media hora para la de la comida, el hidalgo cogió el sombrero, y con la misma chaqueta de casa y un bastoncito de caña, bajó la escalera y siguió el camino que se estrecha entre el muro de la torre y las tierras de centeno, donde se asentaban en el siglo XII las barbacanas de la Honra de Santa Irene.

Por la silenciosa vereda, todavía húmeda, Gonzalo pensaba en sus formidables antepasados. ¡Cómo resurgían en su novela, sólidos y resonantes! Y, en verdad, aquella comprensión tan segura de aquellas almas alfonsinas era prueba de que su alma conservaba aquella misma pureza y salía del mismo bloque de oro. Porque un corazón débil o degenerado no hubiera sabido describir corazones tan recios, de épocas tan fuertes: y nunca el buen Manuel Duarte ni el excelente Barrolo entenderían lo suficiente para reconstruir sus altos espíritus, a Martín de Freitas o a Alfonso de Alburquerque... En aquella sutil verdad quería él que los críticos insistiesen al estudiar más adelante *La Torre de don Ramírez*, ¡puesto que Castañeiro le garantizaba artículos notables en *Las Novedades* y en *La Mañana*! ¡Sí! Lo que convenía era señalar con relieve (¡y él se lo indicaría a Castañeiro!) que los *ricos-homes* de Santa Irene revivían en su nieto, si no por la continuación heroica de las mismas hazañas, por la misma elevada comprensión del heroísmo... ¡Qué diablo! Bajo el reinado del horrendo San Fulgencio, él no podía desmantelar el solar de Bayón, ¡derruído hacía seiscientos años por su abuelo Lionel Ramírez, ni reconquistar a los moros aquella amurallada Monforte, de la que Antonio Moreno era ahora el lánguido gobernador civil! Pero sentía la grandeza y el prestigio históricos de aquel arrojo que antaño impulsaba a los suyos a arrasar solares rivales, a escalar villas moriscas; resucitaba por medio del saber y del arte, arrojaba a la vida ambiente aquellos varones intrépidos, con sus corazones, sus trajes, sus enormes cuchilladas, sus bravatas sublimes; dentro del espíritu y de las expresiones de su siglo era, pues, un buen Ramírez, un Ramírez de nobles energías, no bélicas, sino intelectuales, como corresponde a una edad de quietud intelectual. Y los diarios, que tanto censuran la decadencia de los nobles portugueses, deberían, en justicia, afirmar (¡y él se lo indicaría a Castañeiro!): «¡He aquí uno, y el mayor, que con las formas y los modos de su tiempo, continúa y honra su raza!»

A través de aquellos pensamientos que daban más firmeza a sus pisadas sobre aquel suelo tan hollado por los suyos, el hidalgo de la torre llegó a la esquina del muro de la quinta, donde una empinada y estrecha vereda la separa del pinar y de la espesura. Del noble portón que antaño se levantó en aquel rincón con tallas y escudos de armas, sólo quedan las dos jambas de granito, amarillentas de musgo, defendidas del ganado por una cancela de tablas mal clavadas, carcomidas por la lluvia y los años. Y en aquel momento, de la honda vereda, esfumada en la sombra, subía rechinando, cargado de ramaje, un carro de bueyes, guiado por una linda boyera.

—¡Buenas tardes le dé Dios!

—¡Buenas tardes, florecilla!

El carro pasó lento. E inmediatamente detrás surgió un hombre alto, delgado, moreno, llevando al hombro el cayado, del que colgaba un manojo de cuerdas.

El hidalgo de la torre reconoció a José Casco, el de los Bravaes. Y siguió como distraído, por el lindero del pinar, silbando, azotando con la vara las zarzas floridas del cercado. El otro, sin embargo, aminoró el paso ligero y lanzó duramente, en el silencio de la arboleda y de la tarde, el nombre del hidalgo. Entonces, con un vuelco del corazón, Gonzalo Méndez Ramírez se paró, con una forzada sonrisa afable:

—¡Hola! ¿Y usted, José? ¿Qué hay?

Casco se turbó, con las costillas jadeantes bajo la sucia camisa de trabajo. Por último, y desprendiendo de las cuerdas el cayado, que clavó en el suelo por el chuzo:

—Hay, que yo hablé siempre claro con el señor hidalgo, ¡y no era para que después faltase a la palabra!

Gonzalo Ramírez levantó la cabeza con una dignidad lenta y penosa, como si levantase una masa de hierro:

—¿Qué está usted diciendo, Casco? ¡Faltar a la palabra! ¿En qué le he faltado yo a la palabra?... ¿A causa del arrendamiento de la torre? ¡Esto es nuevo! ¿Hubo acaso escritura firmada entre nosotros? Usted no volvió, no apareció más...

Casco enmudeció, asombrado. Después, con una cólera en que le temblaban los labios blancos y las secas manos velludas, aferradas al puño del cayado:

—¡Si hubiese habido escritura, el señor hidalgo no podía volverse atrás!... ¡Pero era como si la hubiera para la gente de bien!... Hasta usted dijo, cuando acepté: «¡Viva! ¡Trato hecho!...» ¡El señor hidalgo dió su palabra!

Gonzalo, pálido, aparentó una paciencia de gran señor benévolo:

—Escuche, José Casco. Aquí, en la carretera, no es el sitio adecuado. Si quiere hablar conmigo, vaya a la torre. Allí estoy siempre, como sabe, por la mañana... Vaya mañana, no me molesta.

Y se dirigía hacia el pinar, con las piernas blandas y un sudor de escalofrío en el espinazo, cuando Casco, de un impulso, con un ligero salto, se le plantó delante atrevidamente, atravesando el cayado:

—¡El señor hidalgo lo ha de decir aquí mismo! ¡El señor hidalgo dió su palabra!... A mí no se me hacen estos desprecios... ¡El señor hidalgo dió su palabra!

Gonzalo echó un rápido vistazo a su alrededor, sobrecogido, con el ansia de un socorro. Sólo le rodeaba la soledad, la espesa arboleda. En la carretera, clara aún bajo un resto de sol, el carro de leña, a lo lejos, rechinaba más confusamente. Las altas ramas de los pinos gemían con un rumor adormecido y remoto. Entre los troncos se adensaba ya la sombra y la neblina. Entonces, aterrado, Gonzalo intentó buscar amparo en la idea de la justicia y de la ley, que asusta a los campesinos. Y como amigo que aconseja a otro amigo, con blandura, resecos y trémulos los labios:

—¡Escuche, Casco, escuche, hombre! Las cosas no se arreglan así, gritando. Puede haber un disgusto y aparecer el alcalde. Después el tribunal, la cárcel. Y usted tiene mujer, tiene hijos pequeños... ¡Escuche! Si tiene motivo de queja, vaya a la torre y hablaremos. Con tranquilidad todo se aclara, hombre... ¡Con gritos, no! Eso trae los guardias, la cárcel.

Entonces, de repente, Casco creció todo él en el solitario camino, negro

y alto como un pino, con un furor que le desorbitaba los ojos centelleantes, casi sangrientos:

—¡El señor hidalgo me amenaza aún con la justicia! ¡Encima de hacerme la granujada me amenaza con la cárcel! ¡Por todos los diablos, entonces, antes de entrar en la cárcel le voy a partir los huesos!

Levantó el cayado... Pero en un vislumbre de razón y de respeto, pudo gritar aún, con la cabeza temblándole hacia atrás y los dientes cerrados:

—¡Huya, señor hidalgo, que me pierdo! ¡Huya, que le mato y me pierdo!

Gonzalo Méndez corrió hacia la cancela, encajada en las viejas jambas de granito, saltó sobre las tablas mal clavadas, ¡se precipitó por el encañado que bordeaba el muro, en una carrera furiosa, de liebre acosada! Al final de la viña, junto a los trigales, una higuera silvestre, de anchas hojas, se extendía dentro de un granero de piedra, sin tejado, inservible. En aquel escondrijo de ramas y piedra se ocultó el hidalgo de la torre, jadeando. El crepúsculo había caído sobre los campos, y con él una serenidad en que se adormecían frondas y hierbas. Sosegado por el silencio y la calma, Gonzalo abandonó el abrigado cobijo y volvió a emprender la carrera, con silenciosa celeridad, en las puntas de las botas claras, sobre el suelo blando por la lluvia, hasta el muro de la Madre de Agua. De nuevo se paró, extenuado. Y creyendo entrever lejos, al borde de la arboleda, una mancha clara, algún jornalero en mangas de camisa, lanzó un grito ansioso: «¡Eh, Ricardo! ¡Eh, Manuel! ¡Eh, allí! ¿Hay allí alguien?...» La mancha indecisa se esfumó en el indeciso follaje. Una rana croó en una reguera. Estremecido, Gonzalo emprendió de nuevo la carrera hasta la esquina del jardín, donde encontró una puerta cerrada, una vieja puerta poco segura, que se movía sobre los goznes herrumbrosos. Furioso, la embistió con los hombros, que el terror endurecía como vigas. Cedieron dos tablas, y se metió entre ellas, desgarrando la chaqueta en un clavo. Y respiró, al fin, en el cobijo del jardín murado, ante los balcones de la casa abiertos al fresco de la tarde, junto a la torre, a su torre, negra y milenaria, más negra y como más cargada de años contra la suave claridad de la luna nueva que salía.

Con el sombrero en la mano, enjugándose el sudor, entró en la huerta, bordeó el judial. Y ahora, de pronto, sentía una cólera amarga por el desamparo en que se encontraba, en una quinta tan poblada, ¡rebosante de gentes y de criados! ¡Ni un casero, ni un jornalero, cuando él gritó tan afligido, junto a la Madre de Agua! De cinco criados, ninguno acudió, ¡y él, allí perdido, a una pedrada de la era y de la hacienda! Con sólo que dos hombres corriesen con palos o azadas, cogerían aún a Casco en la carretera y lo triturarían como una espiga.

Junto al gallinero, oyendo una fina risa de muchacha, cruzó el corral hacia la puerta iluminada de la cocina. Dos mozos de la huerta, Rosa y la hija de Críspula charlaban cómodamente sentados en un banco de piedra, bajo la fresca oscuridad del encañado. Dentro, la lumbre chisporroteaba y la olla de la sopa, hirviendo, olía sabrosamente. Toda la cólera del hidalgo estalló:

—¡Vaya! ¿Qué reunión es ésta? ¿No me han oído llamar? ¡Pues me encontré ahí abajo, junto al pinar, con un borracho, que no me conoció y vino a mí *con una hoz!...* Por fortuna, llevaba el bastón. Y yo llamando, gritando... ¡Sí, sí! ¡Todos aquí

de conversación y la cena cociendo! ¡Qué desahogo! Si sucede otra vez, los pondré a todos en la calle... ¡Y el que murmure, un garrotazo!

Tenía la cara llameante, erguida, corajuda. La pequeña de la Críspula se escabulló en seguida hacia un rincón de la cocina, detrás de la artesa. Los dos mozos, en pie, se inclinaban como espigas bajo un vendaval. En cuanto a Rosa, aterrada, se persignaba, deshaciéndose en lamentaciones sobre «¡las desgracias que así se arman!» Gonzalo, deleitado ante la sumisión de los dos hombres, ambos tan recios, con tan gruesos garrotes apoyados en la pared, se amansó:

—¡Bueno: sois todos sordos en esta pobre casa! ¡Además, la puerta del jardín estaba cerrada! Tuve que darla un empujón. Ha quedado hecha astillas.

Entonces, uno de los mozos, el más animoso, rubio, con una quijada de caballo, creyendo que el hidalgo censuraba la endeblez de la puerta poco cuidada, se rascó la cabeza con una disculpa:

—Pues, con perdón del señor... Ya después de marcharse Relho se le puso una tabla y cerradura nueva... ¡Y buena!

—¡Qué cerradura!—gritó el hidalgo con soberbia—. ¡Destrocé la cerradura, destrocé la tabla! ¡Todo lo hice astillas!

El otro mozo, más tranquilo y listo, rió para halagarle:

—¡En el santo nombre de Dios!... ¡Pues ya la daría el señor con fuerza!

Y el compañero, convencido, estiró la enorme quijada:

—¡Y con qué fuerza! ¡Para matarle a uno! Porque la puerta era recia... ¡Y con una cerradura nueva después de irse Relho!

La certeza de su fuerza, ensalzada por aquellos hombres fornidos, confortó por completo al hidalgo de la torre, ya ablandado, casi paternal:

—Gracias a Dios, no me falta fuerza para echar abajo una puerta, aunque sea nueva. Lo que no podía hacer, por dignidad, era arrastrar por esas carreteras a un borracho, con una hoz, hasta casa del alcalde... Por eso llamé y grité. ¡Para que ustedes le agarrasen y le llevasen al alcalde!... Bueno, se acabó. ¡Ah! Rosa, dé a estos muchachos, para la cena, otro vaso de vino... A ver si otra vez se despabilan y aparecen...

Era ahora como un señor antiguo, un Ramírez de otros siglos, justo y prudente, que censura una debilidad de sus servidores, y en seguida perdona en atención y por amor a las próximas hazañas. Después, con el bastón al hombro, como una lanza, subió por la lóbrega escalera de la cocina. Y ya arriba, en su cuarto, apenas Benito entró para vestirle, contó de nuevo su epopeya, más detallada y terrorífica, asombrando a aquel hombre sensible, parado junto a la cómoda, sin dejar en el suelo siquiera la jarra de agua caliente, las botas cepilladas, las toallas que llevaba... ¡Casco! José Casco, el de los Bravaes, borracho, arrojándose sobre él, sin reconocerle, con una enorme hoz, gritando: «¡Muera el cerdo!...» Y él, en la carretera, ante aquel bruto, ¡con un bastoncito! Pero dió un salto, el golpe de la hoz resbaló sobre el tronco de un pino... Entonces le acometió impetuosamente, blandiendo el bastón, llamando a Ricardo y a Manuel, como si ambos le escoltasen, y aturdió a Casco, que retrocedió, desapareciendo por la vereda, tambaleándose, gruñendo...

—¿Eh? ¿Qué te parece? ¡Si no es por mi osadía, ese hombre me larga un *tiro con la escopeta!*

Benito, casi babeante, con la jarra olvidada goteando sobre la alfombra, pestañeó, confuso, aún más atónito:

—¡Pero el señor dijo que era una hoz!

Gonzalo pateó sobre el suelo, impaciente:

—Corrió hacia mí con una hoz. Pero iba detrás del carro... Y en el carro llevaba una escopeta. Casco es cazador y anda siempre con la escopeta... En fin, aquí estoy vivo en la torre, gracias a Dios. ¡Y también porque, afortunadamente, no me falta decisión en estos casos!

Y dió prisa a Benito, porque con la lucha y el esfuerzo le temblaban realmente las piernas de cansancio y de hambre... ¡Además de la sed!

—¡Sobre todo, sed! Que venga ese vino bien fresco... Del verde y del de Alvaralhao, para mezclar.

Benito, con un trémulo suspiro por la emoción experimentada, llenó la jofaina, extendió las toallas. Y luego, gravemente:

—¡Pues, señor, tenemos a esa peste por estos sitios! Fué lo mismo que le ocurrió al señor Sánchez Lucena en la Feitosa...

—¿Cómo? ¿Al señor Sánchez Lucena?

Benito narró entonces una historia tremenda, traída a la torre, durante la estancia del señor doctor en Oliveira, por el cuñado de la Críspula, Ruiz, el carpintero, que trabajaba en las obras de la Feitosa. El señor Sánchez Lucena bajó una tarde, al anochecer, a la puerta del Mirador, cuando pasaron por la carretera dos jornaleros, borrachos o facinerosos, que la tomaron con el buen señor. Chuflas, risitas, muecas... El señor Sánchez, con toda su paciencia, aconsejó a aquellos hombres que siguiesen, que no se propasasen. De repente, uno de ellos, un mozalbete, se quitó la chaqueta del hombro ¡y levantó un cayado! Por fortuna, su compañero, más despejado, pudo gritar: «¡Ay, muchacho, que es nuestro diputado!» El mozalbete huyó, despavorido. El otro hasta se arrojó de rodillas delante del señor Sánchez Lucena... ¡Pero el pobre señor tuvo que guardar cama de la conmoción!

Gonzalo escuchó la historia secándose despacio las manos con la toalla, impresionado:

—¿Cuándo fué eso?

—Pues ya se lo dije al señor doctor... Cuando el señor doctor estaba en Oliveira. Uno o dos días después del cumpleaños de doña Gracia.

El hidalgo soltó la toalla y se limpió pensativamente las uñas. Y luego, con una risita vaga y ligera:

—En fin, siempre le sirvió de algo a Sánchez Lucena ser diputado por Villa-Clara...

Y ya vestido, llenando la petaca —porque decidió pasar la noche en Villa-Clara, desahogándose con Gouveia—, se volvió de nuevo hacia Benito, que recogía la ropa:

—Entonces, el borracho, cuando el otro le gritó: «¡Ay, que es nuestro diputado!», ¿volvió en sí; huyó, no? ¡Ya ves! ¡Todavía sirve el ser diputado! ¡Aún inspira respeto, hombre! ¡Por lo menos, inspira más respeto que descender de los reyes de León! Paciencia; tocan a comer.

*

Durante la comida, mezclando copiosamente el verde y el de Alvaralhao, Gonzalo no cesó de rumiar la osadía de Casco. ¡Por primera vez en la historia de Santa Irene, un labrador de aquellas aldeas, nacidas a la sombra de la ilustre casa, durante tantos siglos dueña y señora por montes y valles, ultrajaba a un Ramírez! ¡Y brutalmente, levantando el cayado, ante los muros de la histórica quinta!... Contaba su padre que en vida del bisabuelo Ignacio, todavía desde Ramilde hasta Corinde, los hombres doblaban la rodilla en los caminos cuando pasaba el señor de la torre. ¡Y ahora levantaban la hoz!... Y ¿por qué? ¡Porque él no rebajaba sus rentas en provecho de un matón! En tiempos del abuelo Tructesindo, el villano autor de semejante atentado se hubiese asado, como un jabalí, en una chisporroteante hoguera, ante las barbacanas de la Honra. Aún en los días del bisabuelo Ignacio se hubiera podrido en una mazmorra. Casco no podía escapar sin castigo. La impunidad sólo le llenaría de audacia; y furioso, rencoroso, en otro encuentro, sin hablar ya, le dispararía la escopeta. ¡Oh! No le deseaba un mal duradero al infeliz, con dos hijos pequeños, uno de pecho aún. Pero que lo llevasen a la alcaldía, esposado, entre dos guardias, y que en el triste aposento desde donde se ven las rejas de la cárcel, sufriese una reprensión tremenda de Gouveia; de Gouveia, muy seco, muy estirado, en su levita negra... Así tenía que defenderse él, por medios tortuosos, ya que no era diputado, y que, pese a su talento, a su apellido, a aquel espantoso linaje de antepasados que habían edificado el reino, carecía del prestigio de un Sánchez Lucena, cuyo precioso prestigio ¡detenía en el aire los garrotes atrevidos!

Apenas terminó el café, mandó a Benito a decir a los dos mozos de la huerta, Ricardo y el otro de la quijada caballuna, que le esperasen en el patio, armados. Porque en la torre sobrevivía aún una sala de armas, cuchitril tenebroso, junto al archivo, donde se amontonaban armaduras abolladas, una loriga de malla, un broquel morisco, alabardas, espadones, frascos de pólvora, mosquetones de 1820, y entre aquellos polvorientos herrajes negros, tres escopetas limpias, con las que los mozos de la quinta, en la romería de San Gonzalo, hacían descargas en honor del santo.

Después, escondió el revólver en su bolsillo, sacó del armario del corredor un viejo bastón de punta de plomo trenzado, y cogió un silbato. Y prevenido así, enardecido por el verde y el Alvaralhao, en compañía de los dos criados con las escopetas al hombro, tiesos e importantes, partió para Villa-Clara, a buscar al señor alcalde del Concejo. La noche envolvía los campos en sosiego y frescor. La luna nueva, que había despejado el cielo, rozaba la cresta de los cerros de Valverde como la rueda brillante de un carro de oro. En el silencio, los recios zapatones claveteados de los dos mozos resonaban en decadencia. Y Gonzalo, delante, con el puro encendido, gozaba de aquella marcha, en que de nuevo un Ramírez hollaba los caminos de Santa Irene con hombres de su casa solariega armados.

A la entrada de la villa, sin embargo, dejó discretamente su escolta en la taberna de la Serena; y él atajó por el Mercado de la Hierba hacia el estanco de Simoes, donde Gouveia, a aquella hora, antes de la partida en el Casino, solía detenerse, comprar una caja de cerillas y contemplar pensativamente en el escaparate los billetes de la Lotería. Pero aquella noche faltaba de allí el señor alcalde. Se dirigió entonces hacia el Casino; y en cuanto entró, abajo, en el billar, un individuo calvo que contemplaba las carambolas solitarias desde el marcador, medio tumbado en el banco, con el chaleco desabrochado, mascando un palillo, in-

Hoy, para que el Gobierno decida, como falta la indicación natural del partido, ¿qué queda? El deseo personal de Cavalleiro. Ya sabe usted que Cavalleiro es regionalista. Saldrá, pues, lógicamente, por el distrito quien se presente a Cavalleiro como un buen continuador de Lucena, por su influencia y por su estabilidad territorial... En otro distrito aún se podría encajar aprisa un diputado fabricado en Lisboa, en los ministerios. ¡Aquí, no! El diputado tiene que ser local y cavalleirista. Y el propio Cavalleiro, créalo usted, está a estas horas preocupado.

El gordinflón murmuró, dándose importancia, a través del inmenso puro que chupaba:

—Mañana le veré y lo sabré...

Pero el alcalde enmudeció, rascándose la cabeza, clavando en Gonzalo unos ojos sagaces, que relucían como si una idea feliz, casi una inspiración, le iluminase. Y de repente, dirigiéndose al otro, que se mesaba la barba negrísima:

—Entonces, mi querido amigo, hasta pasado mañana. Quedamos de acuerdo. Yo enviaré directamente el cestito con los quesos al señor consejero.

Cogió el brazo de Gonzalo, apretándolo con impaciencia. Y sin atender más al hombretón, que saludaba con desenvoltura, arrastró al hidalgo hacia la Calçadiña silenciosa:

—Gonzalo, escúcheme... ¡Tiene usted ahora una ocasión soberbia! ¡Si usted quisiese, era diputado por Villa-Clara dentro de pocos días!

El hidalgo de la torre se paró, como si de repente cayese una estrella en la calle mal iluminada.

—¡Oigame usted!—exclamó el alcalde, soltando el brazo de Gonzalo para desarrollar con más libertad su idea—. Usted no tiene compromisos serios con los regeneradores. Salió usted de Coimbra hace un año, inicia ahora su vida pública, no ha hecho nunca acto definitivo de partidismo. ¡Algún que otro artículo para los periódicos, historias!...

—Pero...

—¡Escuche, hombre! ¿Quiere usted meterse en política? ¿Sí? Entonces importa poco que sea con los históricos o con los regeneradores. Los dos son constitucionales, los dos son cristianos... La cuestión es entrar, abrirse camino. Y ahora se encuentra usted una puerta abierta, inesperadamente. ¿Qué puede cohibirle? ¿Su enemistad personal con Cavalleiro? ¡Tonterías!

Hizo un ademán amplio y rotundo, como si barriese aquellas puerilidades:

—¡Tonterías! Entre ustedes no hay ningún homicidio. Ni son ustedes en el fondo enemigos. Cavalleiro es un muchacho de talento y de gusto... No veo otro aquí en el distrito con quien usted tenga más afinidad de espíritu, de educación, de maneras, de tradiciones... En una provincia pequeña, día antes o día después, se imponía la reconciliación. ¡Pues, entonces, que sea ahora cuando esa reconciliación le lleve a usted a la Cámara!... Y, lo repito: ¡Por el distrito de Villa-Clara saldrá diputado quien quiera Cavalleiro!

El hidalgo de la torre respiró con esfuerzo, en la emoción que le ahogaba. Y después de un silencio, en que se quitó el sombrero y se abanicaba con él, pensativamente, con la cara inclinada:

—Pero Cavalleiro, como usted dice, tiene un criterio local, regional... Querrá imponer un hombre como Lucena, con fortuna e influencia...

El otro se detuvo, abrió los brazos.

—¿Y entonces usted?... ¡Qué dia-

blo! Usted tiene aquí propiedades. Tiene la torre, tiene Treixedo. Su hermana es hoy rica, más rica que Lucena. Y luego, el apellido, la familia... Ustedes los Ramírez están establecidos, con solar en Santa Irene, desde hace más de doscientos años.

El hidalgo de la torre alzó vivamente la cabeza.

—¿Doscientos?... ¡Hace mil, casi mil!

—¡Pues ahí tiene! Hace mil años. Una casa anterior a la monarquía. ¡Por lo menos, coetánea suya! ¡Usted es, por tanto, más noble que el rey! Luego, ¿no es ésa una posición muy superior a la de Lucena? Sin contar la inteligencia... ¡Oh diablo!

—¿Qué ha sido?

—La garganta... Una punzadita en la garganta. Aún no estoy bien curado.

Y decidió retirarse en seguida, hacer gárgaras, porque el doctor Macedo le tenía prohibido trasnochar festivamente. Pero Gonzalo acompañaría hasta la puerta al amigo Gouveia. Y abrigándose con la bufanda de lana, el alcalde resumió su idea:

—Por el distrito de Villa-Clara, Gonzalito, sale quien ordene Cavalleiro. Ahora bien: Cavalleiro, créame usted, tiene un empeño enorme en elegirle, en lanzarle en la política. Si usted, por tanto, tiende la mano a Cavalleiro, el distrito es suyo. ¡Cavalleiro tiene en ello el mayor, el más enorme empeño, Gonzalito!

—Eso es lo que no sé, Gouveia.

—¡Yo sí lo sé!

Y confidencialmente, en la soledad de la Calçadiña, Juan Gouveia reveló al hidalgo que Cavalleiro ¡ansiaba reanudar la vieja fraternidad con su viejo amigo Gonzalo! Todavía la semana anterior le había afirmado—palabras textuales—: «Entre los muchachos de esta generación, nadie con más seguro y más amplio porvenir en política que Gonzalo. ¡Lo tiene todo! Nombre ilustre, gran talento, seducción, elocuencia... ¡Lo tiene todo! Y a mí, que conservo por Gonzalo todo el antiguo afecto, me gustaría muchísimo llevarle a la Cámara.»

—¡Palabras textuales, amigo mío!... No hace aún seis o siete días, en Oliveira, después de comer, tomando café en el jardín.

La cara de Gonzalo ardía en la sombra, devorando las revelaciones del alcalde. Después, con lentitud, como descubriendo cándidamente todos los encantos de su alma:

—Yo, en realidad, también conservo la antigua simpatía por Cavalleiro. ¡Y están ya lejos ciertas cuestiones íntimas!... Han envejecido, caducado, resultan tan desusadas hoy como los agravios de los Horacios y de los Curiacios... Como indicó usted hace poco, con razón, no ha habido entre nosotros ningún homicidio. ¡Qué diablo! Yo me eduqué con Cavalleiro; éramos como hermanos... ¡Y, créame usted, Gouveia! Siempre que le veo siento unas ganas desconsoladas, muy desconsoladas, de correr hacia él y de gritarle: «¡Oh Andrés! ¡Las nubes pasadas no vuelven; venga acá esa mano!» Créame usted, no lo hago por timidez... Es timidez... ¡Oh, no, por mí estoy dispuesto a la reconciliación, todo mi corazón me la pide! Pero, ¿y él?... ¡Porque, en fin, Gouveia, yo, en mis comunicados a *La Gaceta de Oporto*, he sido feroz con Cavalleiro!

Juan Gouveia se paró, con el bastón sobre el hombro, contemplando al hidalgo con una sonrisa divertida.

—¿En sus comunicados? ¿Qué le

ha dicho usted en ellos? ¿Que el señor gobernador civil es un déspota y un don Juan?... Mi querido amigo, a todo hombre le gusta que, por oposición política, le llamen déspota y don Juan. ¿Se figura usted que eso le ha afligido? ¡Se quedó simplemente extasiado!

El hidalgo murmuró, inquieto:

—¡Sí! Pero las alusiones a sus bigotazos, a su melena...

—¡Oh Gonzalito! Un bonito pelo ensortijado, unos hermosos bigotes retorcidos, no constituyen defectos de los que un hombre se avergüence... ¡Al contrario! Todas las mujeres los admiran. ¿Cree usted que ridiculizó a Cavalleiro? ¡No! Anunció usted, sencillamente, a las señoras y señoritas que leen *La Gaceta de Oporto* la existencia de un espléndido mocetón, que es el gobernador civil de Oliveira.

Y parándose de nuevo—porque enfrente, en la esquina, brillaban las dos ventanas abiertas de su casa—, el alcalde extendió el firme dedo en un supremo consejo:

—Gonzalo Méndez Ramírez, usted mañana manda buscar el tronco del *Tuerto*, se mete en su coche, corre a la ciudad, entra en el Gobierno civil con los brazos abiertos y grita, sin más prólogo: «¡Andrés, lo que pasó, pasó; vengan esos brazos! ¡Y como el distrito está vacante, venga también el distrito!» Y es usted, dentro de cinco o seis semanas, el señor diputado por Villa-Clara, con todas las campanas repicando... ¿Quiere tomar el té?

—No, muchas gracias.

—¡Bien; entonces, viva! Coche mañana hasta el Gobierno civil. Claro es que hay que buscar un pretexto...

El hidalgo le interrumpió, alborozado:

—¡Ya tengo el pretexto!... ¡No!... He querido decir que tengo una precisión real, absoluta, de hablar con Cavalleiro o con el secretario general. Sobre una cuestión con un rentero... ¡Es más, a causa de ese desdichado enredo le buscaba a usted hoy, Gouveia!

Y contó atropelladamente el incidente con Casco, con unos trazos más fuertes que lo ennegrecían. Durante unas semanas seguidas aquel nefasto Casco le atormentó para que le arrendase la torre. Pero él había tratado con Pereira, Pereira el brasileño, por una renta muy superior a la que Casco ofreció gimiendo. Desde entonces Casco rugía, le amenazaba por todas las tabernas de los alrededores. Y aquella tarde ¡surgió de una vereda y le acometió con el garrote levantado! Gracias a Dios, él se defendió y sacudió al bruto aquél con el bastón. Pero ahora se cernía sobre su sosiego, sobre su vida, la afrenta de aquel cayado. Y si el ataque se repetía, él le dejaría tieso al Casco de un tiro, como a un animal salvaje... Urgía, pues, que el amigo Gouveia llamase a aquel hombre, le reprendiese severamente, le metiese, incluso, unas horas en la cárcel...

El alcalde, que había escuchado palpándose la garganta, le atajó con la mano abierta:

—¡Al Gobierno civil, mi querido amigo, al Gobierno civil! Esos casos de prisión preventiva pertenecen al Gobierno civil. ¡Con semejante fiera no basta una reprensión!... Sólo la cárcel, un día de cárcel, a media ración... Que me mande un oficio o un telegrama el Gobierno civil. Corre usted realmente peligro. ¡No hay un instante que perder!... Mañana, el coche y al Gobierno civil. ¡Hasta por amor al orden público!

Y Gonzalo asintió, con la espal-

da inclinada, cediendo ante aquella soberana razón del orden público.

—¡Bien, Gouveia, bien!... Es, en efecto, una cuestión de orden público. Mañana iré al Gobierno civil.

—Perfectamente—concluyó el alcalde, tirando del cordón de la campanilla—. Dé usted recuerdos míos a Cavalleiro. Y sólo le diré que organizaremos una votación tremenda, con cohetes y vivas, y una cena magna en Gago... ¿No quiere usted tomar el té conmigo? Entonces, buenas noches... ¡Y, oiga! ¡De aquí a dos años, cuando usted sea ministro, Gonzalo Méndez Ramírez, recuerde esta conversación nuestra, de noche, en la Calçadiña de Villa-Clara!

Gonzalo siguió pensativamente por enfrente de Correos; bordeó la blanca escalinata de la iglesia de San Benito; se adentró, distraído, sin fijarse, por la carretera plantada de acacias que conduce al cementerio. Y en aquel alto de Villa-Clara, donde, al desembocar de la Calçadiña, se abarca la amplia riqueza de los campos desde Valverde a Craquede, sintió que también en su vida, limitada y solitaria como la Calçadiña, se abría un aireado espacio lleno de bullicio interesante y de abundancia. Era el muro por el cual se imaginara irreparablemente cercado, que se venía abajo de repente. ¡Allí estaba la rendija facilitadora! ¡Del otro lado refulgían todas las bellas realidades que él apeteció desde Coimbra!... Pero..., pero al atravesar por la rendija áspera se desgarraría seguramente su dignidad o su orgullo. ¿Qué hacer?

¡Sí!, ¡seguramente! Tendiendo los brazos al animal de Cavalleiro, conquistaba su elección. El distrito, subordinado a los históricos, elegiría sumisamente el diputado que el jefe histórico ordenase con indolente ademán. Pero aquella reconciliación implicaba la entrada triunfal de Cavalleiro en la apacible casa de Barrolo... ¡El vendía, pues, el sosiego de su hermana por un escaño en el Congreso! ¡No! ¡No podía hacer aquello, por amor a Gracita! Y Gonzalo suspiró, con un ruidoso suspiro, en el luminoso silencio de la carretera.

Ahora, sin embargo, durante tres o cuatro años, los regeneradores no subirían al Poder. Y él allí, a través de aquellos años, en el agujero rural, jugando tresillos soñolientos en el Casino de Villa-Clara, fumando cigarros emperezados en los balcones de los Cunhaes, sin carrera, parado y mudo en la vida, criando musgo, ¡como su caduca e inútil torre! ¡Caramba! ¡Era faltar cobardemente a deberes muy sagrados para consigo mismo y para con su apellido!... En breve, sus compañeros de Coimbra alcanzarían los elevados puestos en las ricas Compañías; muchos, los escaños de las Cámaras en vacantes benditas, como aquella de Sánchez Lucena; e incluso alguno, más osado o más servil, una cartera. Sólo él, con un talento superior y un brillo histórico tal, yacería olvidado y rezongando como un lisiado en un camino al paso de la gente. ¿Y por qué? Por el temor pueril de colocar el bigote atrevido de Cavalleiro muy cerca de los débiles labios de Gracita... A fin de cuentas, aquel temor constituiría una injuria, una enojosa injuria, para la seriedad de su hermana. ¡Porque Portugal no se honraba con mujer más severamente seria, de más grave y puro pensamiento! Aquel cuerpecillo ligero, que el viento agitaba, contenía un alma heroica. ¿Cavalleiro?... Podía su excelencia sacudir su melena con seducción fatal, fluir de sus ojos de

largas pestañas la languidez a oleadas, que Gracita permanecería tan inaccesible y firme en su virtud como si fuese asexual y de mármol. ¡Oh, realmente, por Gracita él abriría a Cavalleiro todas las puertas de los Cunhaes, incluso la puerta de ella, y de par en par, como un retiro bien preparado!... Y, además, él no tenía que cuidar de una doncella o de una viuda. En la casa de la plaza del Rey gobernaba, gracias a Dios, un marido pujante, un marido severo. A él, y sólo a él, competía escoger las intimidades de su hogar, y mantener allí dentro tranquilidad y recato. ¡No! Aquel temor a una imaginaria flaqueza de Gracita, de su honesta y altiva Gracita, aquel temor, perverso e insensato, debía barrerlo, ciertamente, con el corazón aliviado y sonriendo. Y en la clara soledad de la carretera, Gonzalo Méndez Ramírez trazó un ademán decidido y terminante que barría.

Quedaba, sin embargo, su propia humillación. Desde hacía años, ruidosamente, con la palabra y la pluma, en Coimbra, en Villa-Clara, en Oliveira, en *La Gaceta de Oporto*, ¡había él combatido a Cavalleiro! ¿Y ahora tenía que subir, con el espinazo doblado, las escaleras del Gobierno civil, murmurando su *peccavi, mea culpa, mea maxima culpa?*... ¡Qué escándalo en la ciudad! «¡El hidalgo de la torre me necesitó, y aquí vino!...» Era el triunfo desbordante de Cavalleiro. El único hombre que en el distrito se mantenía erguido, peleando, gritando las verdades, bajaba las armas, enmudecía ¡y se alineaba tímidamente en el séquito adulador de su excelencia! ¡Muy duro era!... ¡Pero, qué diablo, estaba por encima el interés del país! Y tan admirable se le apareció esta última razón, que la clamó con ardor en el silencio de la carretera: «¡Está el país!...»

¡Sí, el país! ¡Cuántas reformas por proclamar y por realizar! En Coimbra, estudiando quinto año, se ocupaba ya de la instrucción pública, de una nueva estructuración de la enseñanza, toda industrial, toda colonial, sin latín, sin inútiles bellas letras, creando un pueblo hormigueante de productores y de exploradores... Y sus condiscípulos, en los sueños ondulantes del futuro, cuando repartían los ministerios, estaban siempre acordes: «¡Gonzalo, a Instrucción Pública!» Por aquellas ideas pujantes, por su saber acumulado, se debía todo él a la nación, como antaño, por la fuerza, los excelsos Ramírez armados. Y por la nación era preciso que su orgullo de hombre cediese ante su tarea de ciudadano...

Y luego, ¿quién sabía? Entre Cavalleiro y él se enroscaba interiormente todo un pasado de camaradería, sólo entibiado, que tal vez reviviera en aquel encuentro y los uniese en seguida en un abrazo estrecho, en el que los antiguos agravios desaparecerían como el polvo que se sacude... Pero ¿para qué imaginar ni remover? Se sobreponía una necesidad ineludible: la de comparecer inmediatamente, por la mañana, en Oliveira, en el Gobierno civil, requiriendo la supresión de Casco. De aquella urgencia dependía el sosiego de su vida y de su inteligencia. No lograría él nunca trabajar en su novela, pisar tranquilamente la carretera de Villa-Clara, sabiendo que a su alrededor, el otro, por las veredas y sombras, rondaba con la escopeta. Y para no volver a las costumbres bravías de sus antepasados, circulando por el Concejo entre las carabinas de sus criados, necesitaba

tener a Casco domado, quieto. Era, pues, inaplazable correr al Gobierno civil, en beneficio del orden. Y después, cuando estuviese en el despacho de Cavalleiro, ante su mesa, la Providencia decidiría... «¡La Providencia decidirá!»

Y aferrado a aquella resolución, el hidalgo de la torre se detuvo y miró a su alrededor. Llevado por la ardiente ráfaga de sus pensamientos, había llegado a la verja del cementerio de Villa-Clara, que la luna iluminaba como un pañuelo extendido. Al fondo de la alameda que lo divide, clara en la triste luz, el descarnado Cristo, llagado y lívido, sobre su alta cruz negra, pendía, más dolorido y lívido aún en el silencio y en la soledad con una tristísima lamparilla mortecina a los pies. Alrededor había cipreses, sombras de cipreses, blancuras de lápidas, cruces chatas de las tumbas pobres, una paz muerta gravitando sobre los muertos; y arriba, la luna, amarilla y quieta. Entonces, el hidalgo sintió un estremecido pavor del Cristo, de las losas, de los difuntos, de la luna, de la soledad. Y se lanzó en una carrera hasta divisar las casas de Calçadiña, por donde pasó como una piedra rodando. Cuando se detuvo en la plaza de Chafariz, un mochuelo hipaba en la torre de la Cámara, entristeciendo el reposo de Villa-Clara, apagada y dormida. Más impresionado aún, Gonzalo corrió a la taberna de la Serena, recogió a los criados, que esperaban jugando a la brisca. Y con ellos cruzó de nuevo la villa hasta la cochera del *Tuerto*, para encargarle que le mandase, a las nueve de la mañana, el tronco rucio.

A través del postigo, que se abrió con cautela en el portón chapeado, la mujer del *Tuerto* gimió indecisa:

—¡Ay Dios mío, no sé si podrá!... Tiene un servicio a las nueve... ¿No le convendría más al señor hidalgo a eso de las once?

—¡A las nueve!—vociferó Gonzalo.

Quería apearse temprano ante el portalón del Gobierno civil, para evitar la curiosidad de aquellos señores de Oliveira, que después de mediodía se reunían en la plaza, paseando por debajo de la Arcada.

*

Pero a las nueve y media, Gonzalo, que hasta las primeras horas del alba se paseó agitado por el cuarto en un tumulto de esperanzas y temores, se estaba afeitando aún, en camisa, ante el amplio espejo de doradas columnas. Después aprovechó el coche para dejar en la Feitosa una tarjeta de pésame a la bella viuda, a doña Ana. Al mediodía, famélico, almorzó en la Veindiña, mientras el tronco resollaba. Y daban las dos y media cuando Gonzalo se apeó, por fin, en Oliveira, ante el portón del antiguo convento de Santo Domingo; al fondo de la plaza, donde su padre, cuando era el jefe del distrito, instaló fastuosamente los negociados del Gobierno civil.

A aquella hora, ya en el frescor y la sombra de la Arcada que bordea un lado de la plaza—en otro tiempo plaza de la Platería y hoy plaza de la Libertad—los señores de Oliveira más desocupados, los «muchachos», haraganeaban, en sillas de mimbre, a la puerta del estanco Elegante y de la tienda del León. Gonzalo, cautelosamente, bajó las cortinillas verdes del coche. Pero en el patio del Gobierno civil, guarnecido aún de bancos monumentales del tiempo de los frailes, chocó con su primo José Mendoza, que bajaba la escalera, de uniforme. Fué un asombro para el alegre capitán, joven esbelto, de bigotito corto, picado ligeramente de viruelas.

—¡Tú por aquí, Gonzalito! ¡Y de chistera! ¡Caramba, debe de ser cosa gorda!

El hidalgo de la torre lo confesó, valientemente. Llegaba en aquel momento de Santa Irene para hablar a Andrés Cavalleiro.

—¿Está aquí ese ilustre señor?

El otro retrocedió, casi aterrado:

—¿A Cavalleiro? ¿Vienes a hablar a Cavalleiro?... ¡Santísima Virgen! ¡Entonces el mundo se hunde!

Gonzalo bromeó, sonrojándose. ¡No, no! No iba a hundirse el mundo... Por lo demás, podía revelar al primo Mendoza el caso que le llevaba a la augusta presencia de su excelencia el gobernador civil. Era un hombre de los Bravaes, un tal Casco, que, furioso por no haber conseguido el arrendamiento de la torre, le había amenazado y rondaba ahora por la carretera de Villa-Clara de noche, acechando, con una escopeta. Y él, no atreviéndose a «hacer alta y buena justicia» a manos de sus criados, como los Ramírez feudales, requería modestamente de la autoridad superior una orden para que Gouveia mantuviese dentro de la legalidad y de los mandamientos de Dios al matón de los Bravaes...

—Sólo se trata de esto, una insignificante cuestión de orden público... Bueno; y el grande hombre, ¿está arriba? Entonces, hasta luego, Joselito... La prima, ¿bien? Yo comeré, naturalmente, en los Cunhaes. ¡Vete por allí!

Pero el capitán no se movía del escalón de piedra, abriendo calmosamente la petaca de piel:

—¿Y qué me dices de la noticia? ¿De lo del pobre Sánchez Lucena?...

Sí, Gonzalo ya lo supo en el Casino. Un ataque, ¿no? Mendoza encendió y chupó el cigarro:

—De repente. ¡Un aneurisma, leyendo *Las Noticias!*... Pues no hace ni tres días que Marisa y yo comimos en la Feitosa. Hasta toqué a dos manos con doña Ana el cuarteto de *Rigoletto*. Y él estaba bien, conversando, tomando su copita de aguardiente de caña...

Gonzalo esbozó un gesto de compasión y de tristeza:

—¡Pobre!... También hace unas semanas me lo encontré yo en la Bica-Santa. Buena persona, bien educado... Ya tenemos a la bella doña Ana vacante.

—¡Y al distrito!

—¡Oh, el distrito!—murmuró el hidalgo de la torre con risueño desdén—. A mí me convenía más la viuda. ¡Es Venus con doscientos mil duros! Por desgracia, tiene una voz horrible...

El primo Mendoza repicó con interés, lleno de una fervorosa convicción:

—¡No! ¡No! En la intimidad pierde ese tono ronco... ¡No puedes imaginarte! Hasta tiene un timbre natural, agradable... ¡Y, además, chico, qué cuerpo, qué piel!

—¡Debe resultar espléndida ahora con el luto!—concluyó Gonzalo—. ¡Bueno, adiós! ¡Que aparezcas por los Cunhaes!... ¡Corro hacia Cavalleiro, para que su excelencia me salve con su poderoso brazo!

Estrechó la mano de Mendoza y subió presuroso la escalera de piedra.

Pero el capitán, que se encaminó hacia la travesía de Santo Domingo, desconfió de aquella historia de amenazas y de escopetas... «¡Quia! ¡Esto es cosa de política!» Y cuando, pasada una hora larga, volvió a entrar en la plaza y divisó el coche de la torre parado aún a la puerta del Gobierno civil, corrió a la Arcada y se desahogó en seguida con los

dos Villaviejas, recostados pensativamente ambos en la entrada del estanco Elegante:

—¿Saben ustedes quién está en el Gobierno civil?... ¡Gonzalo Ramírez!... ¡Con Cavalleiro!

Todos a su alrededor se removieron, como despertando, en las viejas sillas de mimbre, donde los tenía tendidos soñolientamente el silencio y la ociosidad de la larga tarde de verano. Y Mendoza, excitado, contó que desde las dos y media Gonzalo Méndez Ramírez, en «carne y hueso», estaba encerrado con Cavalleiro en el Gobierno civil ¡en una conferencia magna! El espanto y la curiosidad fueron tan agudos, que todos se levantaron, precipitándose fuera de los soportales, para espiar el panzudo balcón del convento, encima del portalón, que era el del despacho de su excelencia.

Precisamente en aquel momento José Barrolo, a caballo, con calzón blanco y una rosa blanca en la chaqueta de alpaca, doblaba la esquina de la calle de las Vendas. Y todo el interés de aquellos caballeros cayó sobre él, en la esperanza de una revelación:

—¡Oh Barrolo!

—¡Oh Barrolito, ven para acá!

—¡De prisa, hombre, que es un caso extraordinario!

Barrolo, cortando, se acercó a la Arcada; y los amigos inmediatamente le lanzaron la noticia formidable, agrupados alrededor de la yegua. Gonzalo y Cavalleiro cuchicheando secretamente ¡toda la mañana! ¡El coche de la torre con el tronco dormido! ¡Y empezaban ya a repicar las campanas de la catedral!

Barrolo se apeó de un brinco. Y mientras un golfillo le paseaba la yegua, él se quedó entre los amigos, con la fusta a la espalda, mirando pasmado también hacia el balcón de piedra del Gobierno civil.

—¡Pues yo no sé nada! ¡Gonzalo no me cuenta nada!—afirmó, asombrado—. Hace días que no venía tampoco a la ciudad... ¡Pero no me cuenta nada! ¡Y la última vez que estuvo aquí, por el cumpleaños de Gracia, estuvo aún despotricando contra Cavalleiro!

¡A todos les parecía el caso de «bulla»! Y de repente, el silencio pesó sobre la Arcada, traspasada de emoción. En el balcón, entre los cristales, abiertos lentamente, apareció Cavalleiro con el hidalgo de la torre, conversando, risueños ambos, con los puros encendidos. Los grandes ojos de Cavalleiro se posaron en seguida, maliciosos, sobre los «muchachos», apiñados con asombro al borde de los soportales. Pero fué una visión instantánea. Su excelencia volvió a meterse en su despacho y el hidalgo también, después de asomarse al balcón y de mirar el coche de la torre. Entre los amigos se elevó un clamor:

—¡Viva! ¡Reconciliación!

—¡Acabó la guerra de las Rosas!

—¿Y los comunicados de *La Gaceta de Oporto?*...

—¡Habrá habido alguna peripecia tremenda!

—¡Tendremos a Gonzalito de alcalde de Oliveira!

—¡Upa, excelentísimo señor, upa!

Pero enmudecieron de nuevo. Cavalleiro y el hidalgo reaparecieron en una interesante conversación, que los detuvo un momento, embebidos, ante el balcón de par en par. Después, Cavalleiro, con cariñosa familiaridad, palmeó en la espalda de Gonzalo, como si publicase su reconciliación ante la plaza maravillada. Y desaparecieron otra vez en aquel paseo coloquial e íntimo, que los llevaba desde la sombra del despacho hacia la claridad del balcón, rozándose las mangas, mezclando el humo leve de los habanos. Abajo el grupo aumentaba, más excitado. Pasaron Mello Alboim, el barón de Marges, el doctor Delgado; y llamados ansiosamente, cada uno de ellos corrió a devorar, estremecido, la noticia, contemplando perplejo el viejo balcón de piedra, dorado por el sol. Las gruesas manillas del reloj del Gobierno civil se acercaban ya a las cuatro. Los dos Villaviejas y otros «muchachos», cansados, hicieron retroceder las sillas de mimbre del estanco. El doctor Delgado, que comía a las cuatro y padecía del estómago, se apartó desconsolado de los soportales, suplicando a Pestaña, su vecino, «que fuese a tomar café para contarle el final»... Mello Alboim se encaminó a su casa, frente al Gobierno civil, en la esquina de la plaza; y desde su balcón, oculto detrás de su mujer y de su cuñada, las dos con chambras blancas y bigudíes, escudriñaba el despacho de su excelencia con unos gemelos. Por fin dieron, con larga vibración, las cuatro. Entonces el barón de Marges, con hirviente impaciencia, decidió subir al Gobierno cicil «¡para husmear!»...

Pero en aquel momento Andrés Cavalleiro se asomaba de nuevo al balcón solo, con las manos metidas en la chaqueta de franela azul. Y casi inmediatamente el coche de la torre despegó de la puerta del Gobierno civil, cruzó la plaza, con las cortinillas verdes medio echadas, descubriendo sólo, a aquellos caballeretes ávidos, los pantalones del hidalgo.

—¡Va para los Cunhaes!

¡Allí le cogería, pues, Barrolo! Y todos metieron prisa al buen Barrolo para que montase y fuera allí, con objeto de oír de boca de su cuñado los motivos y los lances de aquella paz histórica! El barón de Marges le sostuvo incluso el estribo. Barrolo, alborozado, trotó hacia la plaza del Rey.

Pero Gonzalo Méndez Ramírez, sin detenerse en los Cunhaes, siguió hacia Veindiña, donde había decidido comer, para que descansase el tronco rendido. Y no bien dejó atrás las últimas casas de la ciudad, subió las cortinillas y respiró deliciosamente, con el sombrero sobre las rodillas, la luminosa frescura de la tarde, más fresca y de una claridad más consoladora que todas las tardes de su vida... ¡Volvía vencedor de Oliveira! ¡Pasó al fin a través de la rendija, a través del muro! ¡Y sin que ni su honor ni su orgullo se desgarrasen en las asperezas de la rendija!... ¡Bendito Gouveia, aquel sagaz Gouveia! ¡Y bendita la provechosa conversación que tuvieron el día anterior por la carretera de Villa-Clara!...

Sí, ciertamente, había sido penoso aquel mudo momento en que se sentó secamente, rígidamente, al borde del sillón, junto a la pesada mesa administrativa de su excelencia. Pero se mantuvo muy digno y muy sencillo... «Me veo forzado—dijo—a dirigirme al gobernador civil, a la autoridad, por un motivo de orden público...» Y la primera avenencia partió en seguida de Cavalleiro, que, pálido, se atusaba el bigote: «Siento profundamente que no sea a la persona, al viejo amigo, a quien Gonzalo Méndez Ramírez se dirija...» El se mantuvo aún retraído, resistiendo, hasta murmurar con una triste frialdad: «La culpa no es ciertamente mía...» Y entonces, Cavalleiro, después de un silencio, en que le temblaban los labios: «Al cabo de tantos años sería más caritativo no aludir a ciertas culpas, recordar solamente la antigua amistad, que en mí, al menos, sigue siendo la misma, leal y sería.» Ante aquella conmovida in-

vocación, él replicó con dulzura y con indulgencia: «Si mi antiguo amigo Andrés recuerda nuestra antigua amistad, yo no puedo negar que en mí tampoco se ha apagado nunca por completo...» Ambos balbucieron todavía algunas confusas lamentaciones sobre las desavenencias de la vida. ¡Y casi insensiblemente se tutearon! Contó él a Cavalleiro la torpe osadía de Casco. Y Cavalleiro, indignado como amigo y además como autoridad, telegrafió en seguida a Gouveia una enérgica orden para inutilizar al valentón de los Bravaes... Después hablaron de la muerte de Sánchez Lucena, que impresionaba al distrito. Ambos elogiaron la belleza de la viuda, sus doscientos mil duros. Cavalleiro recordó una mañana en la Feitosa, en que al entrar por la puertecita del jardín la sorprendió, dentro de una glorieta de rosales, apretándose la liga. ¡Una pierna divina! Los dos se negaban, riendo, a casarse con doña Ana, a pesar de los doscientos mil duros y de la pierna divina... Ya entre ellos se restableció la antigua familiaridad de Coimbra. Eran «¡tú, Gonzalo; tú, Andrés; oye, chico; mira, hijo!»

Y fué Andrés, naturalmente, quien aludió a la desaparición del diputado del Gobierno, a la sorpresa del escaño vacante... El, entonces, con indiferencia, arrellanado en el sillón, tamborileando con los dedos en el borde de la mesa, murmuró:

—Sí, en efecto... Estaréis en un aprieto, así, de repente...

¡Y nada más! Sólo aquellas indolentes palabras, murmuradas en medio del tamborileo.

Y en seguida, Cavalleiro, sin preparación, apresuradamente, con ahinco, ¡le había ofrecido el distrito! Posó en él los ojos con lentitud, como para traspasarle, espiarle... Y luego, grave e insinuante:

—Si tú quisieras, Gonzalo, no nos veríamos en ese aprieto...

El exclamó todavía, con risueña sorpresa:

—¿Cómo que si yo quiero?

Y Andrés, siempre con los ojos clavados en él, aquellos ojos suyos, brillantes, tan persuasivos:

—¡Si tú quisieras servir al país, ser diputado por Villa-Clara, ya no estábamos en ese aprieto, Gonzalo! *Si tú quisieras*... Y ante aquella insistencia que rogaba, tan sincera y emocionada, en nombre del país, él accedió, inclinándose:

—Si puedo seros útil a ti y al país, estoy a vuestras órdenes.

¡Y ya estaba pasada la rendija, la áspera rendija, sin desgarro de su orgullo ni de su dignidad! Luego conversaron con toda soltura, paseando por el despacho, desde la estantería cargada de papeles hasta el balcón, que Andrés abrió a causa de un olor persistente a petróleo, derramado el día anterior. Andrés pensaba salir aquella noche para Lisboa a fin de conferenciar con el Gobierno, después de aquella inesperada desaparición de Lucena. Y una vez allí, impondría al querido Gonzalo como al único diputado, después de Sánchez Lucena, seguro y de peso, ¡por su apellido, por su talento, por su influencia, por su lealtad! ¡Y hete allí la elección consumada! Además —declaró Cavalleiro, riendo—, aquel distrito de Villa-Clara constituía una propiedad suya, tan suya como Corinde. Podría nombrar libremente el funcionario del negociado, que era ahora tartamudo y borracho. Prestaba, pues, un espléndido servicio al Gobierno y a la nación indicando a un joven de tan alto linaje y de tan fina inteligencia... Y después añadió:

—No tienes que pensar más en la elección. Te vas a la torre. No se lo cuentes a nadie, excepto a Gouveia. Esperas allí, muy quietecito, un telegrama mío desde Lisboa. Y recibido éste, ya eres diputado por Villa-Clara y se lo anuncias a tu cuñado, a los amigos... Y luego, el domingo, te vienes a almorzar conmigo a Corinde, a las once.

Entonces ambos se estrecharon en un abrazo, que fundió de nuevo y para siempre aquellas dos almas separadas. Después, en lo alto de la escalera de piedra, hasta donde le acompañó, Andrés, sumido nuevamente en el pasado, murmuró con una risa pensativa: «¿Qué has hecho últimamente en esa querida torre?» Y al saber lo de la novela para los *Anales*, suspiró añorando los tiempos de fantasía y de arte en Coimbra, cuando él cincelaba amorosamente el canto primero de un poema heroico, *El caudillo de Ceuta*. Finalmente, otro abrazo, y volvía allí diputado por Villa-Clara.

Todos aquellos campos, aquellos pueblos que divisaba desde la ventanilla del coche, era él quien los representaría en las Cortes, él, Gonzalo Méndez Ramírez... ¡Y los representaría superiormente, gracias a Dios! Porque le invadían ya las ideas, lozanas y fértiles. En la Veindiña, mientras esperaba que le frieran un chorizo con huevos y dos rajas de pescado, meditó, para la contestación al discurso de la Corona, un bosquejo sombrío y áspero de nuestra administración en Africa. Y lanzaría entonces un grito a la nación que la despertase, animase sus energías hacia aquella Africa portentosa, donde era preciso, como gloria suprema y como suprema riqueza, construir de costa a costa un Portugal mayor... Cayó la noche, y otras ideas le agitaban aún, amplias y vagas, cuando el trote cansino del tronco se detuvo en el portón de la torre.

Al otro día—martes—, a las diez, Benito entró en el cuarto del hidalgo con un telegrama que había llegado a Villa-Clara de madrugada. Gonzalo pensó con un deslumbrado salto del corazón: «¡Es del Gobierno!» Era de Piñero, clamando por la novela. Gonzalo estrujó el telegrama. ¡La novela! ¿Cómo iba a poder trabajar en la novela, ahora, entregado todo a la impaciencia y al esfuerzo de su elección?... Ni almorzó con tranquilidad, conteniendo, entre los platos que rechazaba, un deseo desesperado de «contárselo a Benito». Y bebido el café de un sorbo, impaciente, marchó a Villa-Clara a desahogarse con Gouveia. El pobre alcalde yacía de nuevo en el canapé de paja, con cataplasmas en la garganta. Y toda la tarde, en la reducida sala, empapelada de un verde claro, Gonzalo exaltó el talento de Andrés, «¡hombre de gobierno y de ideas, Gouveia!», desarrolló vistosos proyectos de ley que meditaba sobre Africa, «¡nuestra esperanza magnífica, Gouveia!» Mientras, Gouveia, tumbado, sólo rompía su mudez y su inmovilidad para murmurar débilmente, palpando el calor de las cataplasmas:

—¿Y a quién debe usted todo eso, Gonzalito?... ¡A este «sujeto»!

El miércoles, al acostarse, ya tarde, su pensamiento se trasladó ávidamente, hacia Andrés Cavalleiro, que a aquella hora, en Lisboa, almorzaba en el Hotel Central—siempre, desde muchacho, Andrés se mantenía fiel al Hotel Central—. Y todo aquel día, fumando cigarros insaciablemente, en el silencio de la casa y de la quinta, siguió a Cavalleiro en sus vueltas de jefe de distrito, por la Baixa, por la Arcada, por los ministerios... Comería, naturalmente, con su tío Re-

yes Gómez, ministro de Justicia. El otro invitado sería seguramente José Ernesto, ministro de la Gobernación, condiscípulo de Cavalleiro, su confidente político... ¡Aquella noche, pues, se decidía todo!

—¡Mañana, hacia las diez, tendré el telegrama de Andrés!

No llegó ninguna noticia a la torre; y el hidalgo pasó el lento jueves en la ventana, vigilando la carretera polvorienta, por la que surgiría el mozo de Telégrafos, un muchacho gordo, que él conocía por su gorra de hule y su pierna amputada. Al anochecer, con una inquietud intolerable, mandó un criado a Villa-Clara. Tal vez el telegrama se arrastrase, ¡olvidado, por la mesa de «aquel bestia de Núñez, el de Telégrafos»! No había telegrama para el hidalgo. ¡Tuvo entonces la certeza de que en Lisboa habían surgido dificultades! Y toda la noche, desasosegado, con una indignación que se agitaba y crecía, imaginó a Cavalleiro cediendo blandamente a otras exigencias del ministro, ¡aceptando servilmente para Villa-Clara la candidatura de algún imbécil de la Arcada, de algún chulo escritorzuelo del partido!

Por la mañana insultó a Benito por traerle tan tarde los periódicos y el té:

—¿Y no ha habido telegrama ni carta?

—No hay nada.

¡Bien! ¡Había sido traicionado! ¡Pues, entonces, nunca, nunca pasaría la puerta de los Cunhaes aquel infame de Cavalleiro! Por lo demás, ¿qué le importaba la grotesca elección? ¡Gracias a Dios, le sobraban otros medios para probar soberbiamente su valía, y muy superiores a un mugriento escaño en el Congreso! ¡Qué miseria, realmente, doblegar su espíritu y su nombre al rastrero servicio de San Fulgencio, el obeso y horrendo calvo! Y decidió en seguida volver a las puras cimas del arte, ocupar altivamente todo su día en la noble y elegante labor de su novela.

Después del almuerzo estuvo sentado aún, removió nerviosamente las cuartillas. Y de repente agarró el sombrero y salió presuroso hacia Villa-Clara, hacia Telégrafos. ¡Núñez no había recibido nada para el señor hidalgo! Corrió, cubierto de sudor y de polvo, a la Alcaldía. ¡El señor alcalde había marchado a Oliveira!... ¡Evidentemente, había triunfado otra combinación! ¡Su confianza estaba burlada! ¡Y regresó a la torre, decidido a tomarse un desquite tremendo con Cavalleiro por tanta injuria amontonada sobre su nombre, sobre su dignidad! Todo el sofocante y encapotado viernes lo consumió amargamente meditando aquella venganza, que quería fuese pública y muy sangrienta. ¡La más sabrosa, la más sencilla, sería arrancar a fustazos el bigote del infame, en la escalinata de la catedral, un domingo, a la salida de misa! Al oscurecer, después de comer escasamente, con aquel despecho y aquella humillación, se puso la levita para volver a Villa-Clara. No entraría en Telégrafos, pues Núñez le avergonzaba ya. Pero consumiría la noche en el Casino, jugando al billar, tomando un alegre té, leyendo risueñamente los periódicos regeneradores para que todos recordasen su indiferencia si, por casualidad, más adelante, se enteraban de la intriga en que había caído.

Bajó al patio, donde los árboles adensaban la sombra del crepúsculo, cargado de nubes oscuras. Y abría el portón cuando chocó con un muchacho que jadeaba sobre la pierna amputada, gritando: «¡Un telegrama!»

¡Con qué voracidad se lo arrancó de las manos! Corrió a la cocina ¡y riñó desabridamente a Rosa por la fal-

ta de luz! Y con una cerilla, quemándole los dedos, devoró en un vistazo las benditas líneas: «*Ministro acepta; todo arreglado...*» Y terminaba recordándole que el domingo le esperaba en Corinde, a las once, para almorzar y hablar de todo...

Gonzalo Méndez Ramírez dió una peseta al mozo de Telégrafos y subió corriendo la escalera. En la biblioteca, a la luz más firme del quinqué, releyó el telegrama delicioso: ¡«Ministro acepta; todo arreglado»! En su gratitud desbordante a Cavalleiro, planeó en seguida una comida soberbia, ofrecida en los Cunhaes por Barrolo, cimentando así para siempre la reconciliación de las dos casas. Y recomendaría a Gracita que, para honrar la grata fiesta, se descotase, luciera su magnífico collar de brillantes, la última joya histórica de los Ramírez.

—¡Este Andrés! ¡Es la flor y nata de los muchachos!

*

El reloj con música desgranó sonoramente las nueve en el corredor. Y sólo entonces notó Gonzalo la densa lluvia que inundaba la quinta, y de la que él, embebido en su gloria, paseando por la biblioteca en un luminoso remolino de fantasías, no había oído el rumor sobre la piedra del balcón ni sobre el follaje de los limoneros.

Para calmarse y ocupar la noche cerrada, decidió trabajar en su novela. Y, realmente, ahora convenía terminar aquella *Torre de don Ramírez* antes de los afanes de la elección, para que en enero, al abrirse las Cortes, surgiese en la política con su viejo apellido aureolado por la erudición y por el arte. Se puso la bata de franela. Y ante la mesa, con la acostumbrada tetera inspiradora, repasó lentamente el comienzo del capítulo segundo, que no le satisfacía.

Estaban en el castillo de Santa Irene, aquel día de agosto en que Lorenzo Ramírez cayera en el valle de Cantalapiedra malherido y cautivo del bastardo de Bayón. Por el almocadén de los infantes, que, con el brazo atravesado por un chuzazo, había vuelto en desesperada carrera al castillo, sabía ya Tructesindo el desventurado desenlace de la lid. Y al mencionar aquel lance el tío Duarte, en su poemita *El Bardo*, con un blando lirismo, mostraba al enorme rico-home gimiendo desconsoladamente por la sala de armas en la nostalgia de aquel hijo, flor de los caballeros de Riba-Cavado, caído, atado en unas andas, a merced de la gente de Bayón...

Incontenibles lágrimas derrama,
¡su arnés palpita con sollozo ardiente!...

Y ahora, siguiendo el armonioso surco del tío Duarte, él también, en las primeras líneas del capítulo, describió al viejo desplomado sobre un escaño, con las barbas blancas relucientes de lágrimas, las fornidas manos caídas como las de una lánguida dueña, mientras que en las losas, moviendo la cola, sus dos lebreles le contemplan con una simpatía ansiosa y casi humana. Pero ahora, aquel lloroso desaliento no le parecía coherente con el alma tan indomablemente violenta del abuelo Tructesindo. El tío Duarte, de la casa de las Balsas, no era un Ramírez, no sentía hereditariamente la fortaleza de la raza, y, romántico quejumbroso de 1848, ¡inundó en seguida de lágrimas románticas la cara férrea de un combatiente del siglo XII, de un compañero de Sancho! El, sin em-

bargo, debía reconstruir el espíritu del señor de Santa Irene dentro de la realidad épica. Y tachando en seguida aquel descolorido y falso comienzo de capítulo, rehizo el lance con más vigor, llenando el castillo todo de Santa Irene de una airada y enérgica alarma. En su lealtad sublime y sencilla, Tructesindo no se cuida de su hijo, aplaza el desquite del amargo ultraje. Y su esfuerzo entero se concentra en apresurar los preparativos de la mesnada ¡para correr él sobre Montemayor y llevar a las señoras infantas los socorros de que las privara la emboscada de Cantalapiedra! Pero cuando el impetuoso ricohome, con su adalid, en la sala de armas, daba la orden de partida, hete aquí que los centinelas, resguardados del calor de agosto en los miradores, avistan a lo lejos, más allá de la arboleda de Ribeira, relampaguear de armas y una cabalgata subiendo hacia Santa Irene. Villico, el gordo y atareado Ordoño, sube presuroso a la atalaya de la torre albarrada, y reconoce el pendón de Lope de Bayón, su toque de trompetas a la morisca, arrastrado y triste en el silencio de los campos. Entonces pone las velludas manos en la boca a modo de bocina, y lanza el alarido:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Es la gente de Bayón!... ¡Ballesteros, aprestad los cuadrillos! ¡Hola, mis hombres a los puentes levadizos de los fosos!

Y Gonzalo, rascándose la cabeza con las barbas de la pluma, rebuscaba más gritos verídicos del bravo alfonsino, cuando la puerta de la biblioteca se abrió cautelosamente con aquel endiablado rechinamiento que le desesperaba. Era Benito en mangas de camisa:

—¿No podría el señor doctor bajar a la cocina?

Gonzalo miró perplejo a Benito, pestañeando, sin comprender:

—¿A la cocina?...

—Es que está la mujer de Casco armando un griterío. Parece ser que han prendido a su hombre esta tarde... Ha aparecido ahí abajo, toda empapada, con los pequeños, hasta con uno de pecho. ¡Quiere por fuerza hablar con el señor doctor! ¡Y no se calla, bañada en lágrimas, de rodillas con los hijos, que es mismamente una Inés de Castro!

Gonzalo murmuró: «¡Qué lata!» ¡Y qué contrariedad! ¡La mujer en una agonía, entre gritos, arrastrando a los hijos suplicantes hasta el portón de la torre! Y él, en vísperas de su elección, ¡apareciendo ante toda la feligresía conmovida como un hidalgo inhumano!... Tiró la pluma, furioso:

—¡Qué lata! Dile a esa criatura que me deje, que no se aflija... El señor alcalde mandará soltar mañana a Casco. Yo mismo iré a Villa-Clara, antes de almorzar, a pedírselo. ¡Que no se aflija, que no asuste a los pequeños!... ¡Corre a decírselo, hombre!

Pero Benito no se movía de la puerta:

—Si ya se lo dijimos Rosa y yo... ¡Pero la mujeruca no lo cree y quiere ver al señor doctor! Vino aguantando el chaparrón. Hasta uno de los pequeños está muy enfermito, y no hace más que temblar...

Entonces, Gonzalo, conmovido, pegó un puñetazo sobre la mesa, que desordenó las cuartillas de la novela:

—¡No hay quien aguante una cosa así! ¡Un hombre que me quiso matar! ¡Y ahora, encima, caen sobre mí las lágrimas, las escenas y la criatura enferma! ¡No se puede vivir en esta tierra! Un buen día vendo la casa y la quinta y emigro a

Mozambique o al Transvaal, adonde no haya latas de éstas... Bueno, dile a esa mujer que ya bajo.

Benito aprobó, con efusión:

—Pero si al señor doctor no le cuesta trabajo... Y como es para dar una buena noticia... ¡Siempre le consolará a la pobre mujeruca!

—¡Allá voy, hombre, allá voy! No me des tú también la pelma... ¡Es imposible trabajar en esta casa! ¡Otra noche perdida!

Se adentró en su alcoba, dando portazos, con el propósito de meterse en el bolsillo de la bata unas monedas que consolarían a los pequeños. Pero retrocedió, avergonzado, ante el cajón. ¡Qué brutalidad compensar con dinero a unas criaturitas a quienes él había arrancado el padre, esposado, para meterle en una cárcel! Cogió tan sólo una caja de albaricoques secos, aquellos famosos albaricoques del convento de Santa Brígida de Oliveira que habíale mandado el día anterior Gracita. Y cerrando lentamente la alcoba, se arrepentía ya de su severidad, tan irreflexiva, que alteraba así el sosiego de un caserío. Después, en el corredor, ante la lluvia ruidosa que caía de los tejados sobre las losas del patio, quedó más dolorosamente impresionado con la imagen de la pobre mujer, enloquecida por la oscura carretera, empujando a sus hijitos empapados, rendidos, bajo la tormenta desatada. Y al entrar en el corredor de la cocina temblaba como un culpable.

A través de la puerta acristalada oyó en seguida a Rosa y a Benito consolando a la mujer, con parladora confianza, casi risueños. Pero los ayes de ella, los ruidosos lamentos por su «pobrecito hombre» resonaban más agudos, como rechazando y ahogando todo consuelo. Y apenas Gonzalo empujó tímidamente la puerta, ¡casi retrocedió con el miedo estremecido de aquella aflicción estridente que se lanzaba contra él, hacia su misericordia! De rodillas en las losas, retorciendo las flacas manos sobre la cabeza, toda de negro, pareciendo más flaca y doliente entre la rojez del pañuelo extendido que se secaba a la fuerte lumbre del hogar, la criatura estalló en un tumulto de súplicas y gritos:

—¡Ay, mi buen señor, tenga compasión! ¡Ay, que han prendido a mi hombre, que me lo van a mandar al Africa, deportado! ¡Jesús, mis hijitos de mi alma, que se quedan sin padre! ¡Ay, por sus almas, mi buen señor, y por toda su felicidad!... ¡Yo sé que tuvo él la culpa! ¡Aquello fué una perdición que le dió! ¡Pero tenga piedad de estas criaturas! ¡Ay, mi pobre hombre, que está con cadenas! ¡Ay, mi buen señor, por quien es!

Con los párpados humedecidos, asiendo desesperadamente la caja de albaricoques, Gonzalo balbució a través de la emoción que le estrangulaba:

—¡Vamos, mujer, tranquilícese; ya le van a soltar! ¡Sosiéguese! ¡Ya di la orden! ¡Ya le van a soltar!

Por un lado, Rosa, inclinada sobre la oscura criatura que gemía, repetía suavemente:

—¡Eso mismo la hemos dicho, tía María! ¡Mañana le van a soltar!

Y por el otro, Benito, dándose en el muslo con impaciencia:

—¡Vamos, mujer, se acabó ya este jaleo! ¡Lo ha prometido el señor doctor! ¡Mañana le soltarán!

Pero ella no se calmaba, con el pañuelo de la cabeza caído, una trenza suelta, sollozando y clamando a través de los sollozos:

—¡Ay, que yo me muero si no le veo suelto! ¡Ay, perdón, mi buen señor de mi alma!...

Entonces, Gonzalo, a quien aquel

interminable y obstinado lamento torturaba, como un puñal clavado y reclavado, pateó con la zapatilla en las losas, chillando:

—¡Escuche, mujer! ¡Y míreme! ¡Pero de pie, de pie!... ¡Y mire bien, míreme a los ojos!

Rígidamente erguida, poniéndose las manos a la espalda como para escapar de unas esposas que también la amenazasen, abrió hacia el hidalgo los ojos despavoridos, unos hondos ojos negros, de profundas ojeras tristes, que surcaban su cara chupada y morena.

—¡Bien, perfectamente!—exclamó Gonzalo—. ¡Y ahora diga! ¿Cree que tengo ganas de mentir viéndola en esa aflicción? ¡Pues entonces tranquilícese, no grite más, que le doy mi palabra de que mañana temprano su hombre estará en libertad!

Y Rosa y Benito, ambos triunfantes:

—Pues ¿qué le decía la gente, criatura de Dios? Si lo había prometido el señor doctor... ¡Mañana tiene allí a su hombre!

Se limpiaba ella lentamente las lágrimas, ya silenciosas, con la punta del delantal negro. Pero, desconfiada aún, con los tenebrosos ojos más abiertos, devorando a Gonzalo. El hidalgo ¿mandaría de verdad la orden temprano, de madrugada?... Fué Benito quien la convenció, con violencia:

—¡Vamos, mujer, se está usted poniendo hasta atrevida! ¡Pues vaya! ¿Es que duda de la palabra del señor doctor?

Ella soltó el delantal, bajó la cabeza y suspiró simplemente:

—¡Ay, entonces muy agradecida! ¡Que sea por la felicidad de todos!...

Y ahora la curiosidad de Gonzalo buscó a los pequeños, a quienes ella arrastró desde los Bravaes, bajo la lluvia cerrada. La pequeñina, de pecho, dormía beatíficamente sobre la tapa de un arca, donde Rosa la había acomodado entre mantas y fundas de almohadas. Pero el chico, de siete años, encogido en una silla delante de la lumbre, junto al pañuelo que se secaba, secándose él también, con la carita encendida por la fiebre, tosía desgarradamente, cabeceando de sueño y de cansancio, jadeando, gimiendo contra la tos que le extenuaba. Gonzalo dejó la caja de albaricoques sobre el arca, palpó la mano con que él se rascaba sin cesar por la abertura de la camisa mugrienta el pecho, más sucio aún.

—¡Pero esta criatura tiene fiebre!... ¿Y usted, con una noche de éstas, se trae al pequeño así desde los Bravaes, mujer?

Desde la sillita baja donde se había desplomado, ella murmuró, sin levantar la cara flaca, retorciendo la punta del delantal:

—¡Ay! ¡Era para que ellos también lo pidiesen, que estaban sin padre, pobrecitos!

—¡Está usted loca, mujer! ¿Y piensa acaso volver a los Bravaes aguantando este agua, con las criaturas?

Ella suspiró:

—¡Ay! Vuelvo, sí, vuelvo... ¡No puedo dejar sola a la madre de mi hombre, que tiene ochenta años y está con un *paralís*...

Entonces, el hidalgo se cruzó descorazonado de brazos, cohibido por aquella aventura, en la que, por culpa de su ferocidad, peligraban dos criaturas. Pero Rosa opinaba que la pequeña de pecho no sufriría con la caminata, bien pegadita al cuello de la madre, envuelta en una manta gruesa. Ahora que el otro, con la tos y la calentura...

—¡Ese se queda aquí!—exclamó en seguida Gonzalo, decidido—. ¿Cómo se llama?

—Manuel...

—¡Bien! Pues Manuel se queda aquí. Y vaya usted tranquila, que la señora Rosa estará al cuidado. Necesita un buen ponche con yemas, y luego sudar bien, con una manta. Dentro de unos días aparece por los Bravaes curado y más gordo... ¡Vaya tranquila!

De nuevo la mujer suspiró, en el cansancio inmenso que la invadía y la extenuaba. Y sin resistir, con su largo y débil hábito de sumisión:

—Si el señor hidalgo lo manda, está muy bien...

Benito, entreabiendo la puerta del patio, anunció un «claro», se abría la oscuridad. Inmediatamente Gonzalo apresuró el regreso a los Bravaes:

—Y no tenga miedo, mujer. Irá con usted un mozo de la quinta con una linterna y un paraguas para tapar a la pequeña... ¡Oiga! ¡Podría usted llevar una capa impermeable!... Benito, sube y trae mi capa impermeable. La nueva, la que compré en Lisboa...

Y cuando Benito trajo el impermeable de ancha esclavina y lo echó sobre los hombros de la mujer, a quien la rica prenda intimidaba, con el crujido de su forro de seda, hubo en la cocina unas risas divertidas. Cesó el llanto como la lluvia. Ahora era una visita agradable, que terminaba en un arreglo alegre de agasajos. Rosa se apretaba las manos, bañada en gozo:

—¡Así parece usted una guapa madama!... ¡Si fuese de día, se arremolinaba la gente!

La mujer sonreía por fin, débilmente, ajena a todo:

—¡Ay! Ni sé ya lo que parezco... ¡Una facha!

Gonzalo acompañó al grupo por el patio, donde goteaban suavemente las acacias, hasta la puerta del jardín, gritando aún: «¡Abriguen bien a la pequeña!» cuando ya la linterna del mozo se hundió en la húmeda espesura de la noche encalmada. Después, en la cocina, golpeando contra las losas las suelas de las zapatillas mojadas, palpó nuevamente a Manolito, que se había dormido con un sueño ronco, torcido hacia un lado de la silla.

—Tiene poca fiebre... Pero necesita sudar bien. Y antes de taparle, una leche caliente, casi hirviendo, con coñac... ¡Qué miseria de gente! En fin, quede para más tarde, cuando se cure... Y ahora, Rosa, mande arriba algo para cenar, ¡que no he comido y ha sido tremendo el jaleo!

En la biblioteca, después de cambiarse de zapatillas y de descansar, Gonzalo escribió a Gouveia una carta reclamando con emocionada urgencia la libertad de Casco. Y añadió: «Es la primera petición que le hace el diputado por Villa-Clara —¡felicíteme!—, pues acabo de recibir un telegrama de nuestro Andrés anunciando que estaba *todo hecho*; *el ministro conforme*, etcétera. ¡De modo que tenemos que hablar! Acceda, pues, a venir mañana a esta su torre, a la sombra de *Titó* y con acompañamiento de Videiriña. Estos dos beneméritos son indispensables para que haya apetito y armonía. Y le ruego, amigo Gouveia, que los avise para el festín, y así me evita el envío de circulares elocuentes...»

Lacrada la carta, volvió lánguidamente al manuscrito de su novela. Y cogiendo la pluma buscó nuevas voces, de buen sabor medieval, para aquel lance en que Villico y los vigías divisaron la cabalgata del bastardo por la ladera de la Ribeira, con un rebrillar de armas bajo el riguroso sol de agosto...

Pero su imaginación, desde la car-

ta escrita a Gouveia por el «diputado de Villa-Clara», se apartaba intranquila de la vieja Honra de Santa Irene, y volaba obstinadamente hacia Lisboa, la Lisboa de San Fulgencio. Y el terrado de la torre albarrada, donde el obeso Ordoño gritaba jadeante, se deshacía incesantemente como blanda niebla para que surgiese sobre él, apetecible y más interesante, un cuarto del hotel Braganza, con balcón sobre el Tajo... Fué un alivio cuando Benito le dió prisa para cenar. Y en la mesa esparció libremente su imaginación por Lisboa, por los pasillos del San Carlos, por debajo de los árboles de la Avenida, a través de los anticuados palacios de sus parientes en San Vicente y en la Merced, a través de los salones más modernos, de cultos y alegres amigos, deteniéndose a veces ante unas visiones que contemplaba con una risa muda y deleitada. Alquilaría por meses, ciertamente, un coche. Y para las sesiones de la Cámara, siempre guantes color perla y una flor en el ojal. Por comodidad se llevaría a Benito, bien vestido, con librea nueva...

Benito entró con la botella de coñac en una bandeja. Había entregado la carta a Joaquín de la Horta, recomendándole que corriese en seguida, a las seis, a casa del señor alcalde, y que se quedase en Villa-Clara, frente a la cárcel, hasta que soltaran a Casco.

—Ya hemos acostado al chico en el cuarto verde. Queda cerca de mí, que tengo el sueño ligero, por si grita... Pero duerme ya a gusto.

—¿Está tranquilo, eh?—preguntó Gonzalo, apurando de prisa la copa de coñac—. ¡Vamos a ver a ese caballero!

Cogió un candelabro y subió al cuarto verde con Benito, sonriendo, sofocando las pisadas por la estrecha escalera. En el corredor, junto a la puerta, en un descolorido canapé de damasco verde, Rosa había doblado cariñosamente la ropa andrajosa del niño, el chaleco raído, los enormes calzones sólo con un botón. Dentro, el lecho de ébano, ancho lecho de lujo, tapaba la pared empapelada con un viejo papel aterciopelado de verdes rameados.

Entre las dos columnas torneadas, a la cabecera, colgaban dos cuadros, retratos de antiguos Ramírez, un obispo obeso hojeando un infolio y un apuesto caballero de Malta de barba rubia, apoyado en la espada, con una gran gorguera de encaje sobre la bruñida armadura. Y en los altos colchones roncaba Manolito, sin tos, tranquilo, abrumado bajo las gruesas mantas, humedecido por un sudor fresco y sereno.

Gonzalo, siempre de puntillas, arremetió cuidadosamente el embozo de la sábana. Desconfiando de las ventanas viejas, comprobó si no penetraba un aire traicionero por las rendijas. Mandó a buscar una lamparilla a Benito, y la colocó sobre el lavabo, con la luz atenuada por un trozo de papel. Echó todavía un lento vistazo por la alcoba para cerciorarse del sosiego, el silencio, la penumbra y la comodidad. Y salió, siempre de puntillas, sonriendo y dejando al hijo de Casco velado por los dos nobles Ramírez, el obispo con su librote y el caballero de Malta con su espada impoluta.

Al regreso del estanque viejo, del fondo de la quinta, donde pasó la siesta después del almuerzo, en la frescura de la arboleda, entre susurros de aguas corrientes, hojeando un volumen del *Panorama*, Gonzalo encontró sobre la mesa de la biblioteca, con el correo de Oliveira, una

carta que le sorprendió, enorme, de papel satinado, cerrada con una oblea. Y dentro, la firma, dibujada con tinta azul, era un corazón llameante.

De un vistazo devoró las líneas, pautadas a lápiz, con una letra grande, rasgueada con esmero:

«Querido y excelentísimo señor don Gonzalo Ramírez: El galante gobernador civil de la provincia, nuestro tenorio Andrés Cavalleiro, paseaba ahora constantemente por delante de los Cunhaes, mirando con ternura hacia los balcones y hacia el honrado escudo de los Barrolo. Como no era natural que estuviese estudiando la *arquitetura* del palacete—que no tiene nada notable—, pensó la gente sería que el digno jefe de la provincia esperaba que apareciese usted en alguno de los balcones de la plaza, o en los que dan a la calle de las Tejedoras, o, sobre todo, en el *mirador del jardín*, para reanudar con su excelencia la antigua y rota amistad. Por eso procedió usted muy acertadamente corriendo personalmente al Gobierno civil a proponerle la reconciliación y a abrir los brazos generosos al viejo amigo, evitando así que la primera autoridad de la provincia siguiese malgastando un tiempo precioso en aquellos paseos, con los ojos clavados en el palacete de los muy nobles Barrolo. ¡Enviamos, por tanto, a usted nuestros sinceros parabienes por ese acertado paso, que calmará las impaciencias del fogoso Cavalleiro y *redondará* en beneficio de los servicios públicos!»

Dándole vueltas al papel en las manos, Gonzalo pensó: «¡Esto es de las Louzadas!»

Estudió más la letra, observando que *redundar* estaba escrito con una o, y *arquitectura*, sin la *c*; rompió furioso la hoja, murmurando en el silencio de la biblioteca:

—¡Esas tías borrachas!

¡Sí, era de ellas, de las aborrecidas Louzadas! Y aquel origen le aterró más, porque una maledicencia lanzada por tan ardientes difusoras de maledicencias ¡habría ya penetrado en todas las casas de Oliveira, hasta en la cárcel, incluso en el hospital! Y ahora la ciudad, divertida, saboreando el escándalo, relacionaría pérfidamente los paseos de Andrés ante los Cunhaes con aquella visita suya al Gobierno civil que asombró a la Arcada. En opinión, pues, de Oliveira, y bajo la inspiración de las Louzadas, había sido él, Gonzalo Méndez Ramírez, quien arrancó a Cavalleiro de su despacho, le condujo servicialmente a la plaza del Rey, le abrió de par en par las puertas del palacete, hasta entonces rondadas y contempladas sin provecho, ¡y con sereno descaro encubría los amores de su hermana! Tales desvergonzadas ¿no merecían que les levantasen las sucias faldas en medio de la plaza, una mañana de misa, y les azotasen las nalgas arrugadas, furiosamente, hasta que corriese la sangre por las losas?...

¡Y para mayor daño, todas las apariencias se concitaban contra él, traidoramente! Aquella insistencia de Andrés, acechando a Gracita, alborotando la calle alrededor del palacete, aumentaba, impresionaba, precisamente entonces, en aquel agosto, en vísperas de su aparición en el balcón del Gobierno civil, hecho que todo Oliveira comentaba como un misterio histórico. ¡Cuán inoportunamente había muerto el animal del Sánchez Lucena! Unos meses antes, ni siquiera la malicia de las Louzadas hubiera ligado su reconciliación con Andrés a un cer-

co amoroso que no había empezado aún o que no originaba tantas murmuraciones. Tres o cuatro meses después, Andrés, sin esperanza ante el palacete inaccesible, habría interrumpido seguramente sus paseos por la plaza con una rosa en el ojal. ¡Pero no! Por desgracia, cuando aquel Andrés rondaba con mayor estrépito la puerta ansiada, ¡era cuando él acudía, abrazaba al rondador y le facilitaba la entrada por aquella puerta! ¡Y así, la maledicencia de las Louzadas encontraba una base, cuya consistencia y solidez podían palpar todos en la ciudad y se erigía sobre ella como verdad pública! ¡Infames Louzadas!

¡Pero ahora! ¿Qué haría? ¿Mantener firmemente sus relaciones con Cavalleiro dentro de la política, evitando peligrosas intimidades que le hicieran en seguida en los Cunhaes, como en otros tiempos en la torre, el invitado predilecto? ¿Cómo podía hacerlo? Desde el momento en que se reconciliaba con Andrés, tan rápida y naturalmente como la sombra sigue la inclinación de la rama, se reconciliaba también con Barrolo, su cuñado y su sombra... Pero ¿cómo imponer a Barrolo que su renovada familiaridad con Cavalleiro se realizaba únicamente dentro de la política como dentro de un lazareto? «¡Ya soy otra vez el viejo amigo de Andrés; tú también, Barrolo; pero no le invites nunca a tu mesa, ni le abras tu puerta!» Imposición desconcertante, de dura impertinencia, y que en el pequeño Oliveira, debido a los fáciles encuentros y a la sencillez hospitalaria de Barrolo, se rompería como una cuerda desgastada... ¡Y luego, qué grotesca actitud la suya, tieso ante el portalón del palacete como un Arcángel San Miguel, con un bastón de fuego en la mano, para detener la intrusión de Satanás, jefe de la provincia! Pero también que toda la ciudad se dedicase a cuchichear por los rincones el nombre de Gracita mezclado con el de Andrés y con el de él, Gonzalo, enredado entre ellos como si fuese el hilo propicio que los ataba, ¡era horrible!

Y en la impaciencia ante aquella dificultad, de tan ásperas aristas, que tanto le herían, acabó por dar unos puñetazos sobre la mesa, sublevado:

—¡Ira de Dios, qué lata! Todas son latas en estos lugares pequeños y chismosos...

Porque en Lisboa ¿a quién iba a importarle que el señor gobernador civil pasease por cierta plaza y que cierto hidalgo de la torre se reconciliase con el señor gobernador civil?... ¡Pues se acabó! ¡Seguiría orgullosamente hacia adelante, como si viviese en Lisboa, despreocupado de murmuraciones y de malignos ojillos al acecho! ¡El era Gonzalo Méndez Ramírez, de la casa de Ramírez! ¡Mil años de nombre y de solar! Estaba muy por encima de Oliveira y de todas sus Louzadas. Y no sólo por el apellido, a Dios gracias, sino por el espíritu... Andrés era su amigo, entraba en casa de su hermana ¡y que Oliveira estallase!

No consintió que la sucia carta de las Louzadas alterase su tranquila mañana de trabajo, para el cual se preparaba desde el almuerzo, releyendo trozos del poemita del tío Duarte, hojeando artículos del *Panorama* sobre las guerras de murallas en el siglo XII. Con un esfuerzo de atención erudita se sentó ante la mesa, mojó la pluma en el tintero de metal que había servido a tres generaciones de Ramírez. Y mientras repasaba las cuartillas escritas, ¡nunca el castillo de Santa Irene le había parecido tan heroico, de tan soberana altura, sobre semejante colina de la Historia, dominando altivo el reino, que se extendía a su alrededor, se cubría de villas y de mieses, por el esfuerzo de sus castellanos!

¡Erguíase, en efecto, pavorosa, la antigua Honra de Santa Irene, en aquella alfonsina mañana de agosto y sol abrasador, en que el pendón del bastardo surgió entre un refulgir de armas, más allá de las arboledas de la Ribeira! Ya en todas las almenas se apiñaban los ballesteros, acechando, curvadas las flechas. De las torres y de los adarves ascendía el denso humo de la pez hirviendo en las cubas para verterla sobre los hombres de Bayón que intentasen el escalo. El adalid corría por las torres, indicando los medios de defensa, revistando los haces de saetas, las piedras de las hondas. Y en el inmenso terrado, entre los cobertizos repletos, surgían los viejos solariegos, siervos del horno, siervos de los aperos, que se persignaban aterrados y tiraban del sayón a algún apresurado hombre de ronda, para saber de la hueste que avanzaba. Entre tanto, la cabalgata había pasado la Ribeira por el rústico puente de madera, y ya entre los álamos, se acercaba serenamente al crucero de granito, levantado antaño en los confines de la Honra por Gonzalo Ramírez, el *Carnicero*. Y en la calma de la mañana abrasadora resonaban más hondamente los cuernos del bastardo, y su toque lento y triste a la morisca...

Pero cuando Gonzalo, absorto en el trabajo, intentaba reproducir con términos muy sonoros, ávidamente rebuscados en el *Diccionario de sinónimos*, el tronar alargado de las bocinas de Bayón, oyó realmente del lado de la torre un gemir de sones graves, que aumentaba a través de los limoneros. Detuvo la pluma; y hete aquí que el *Fado de los Ramírez* se elevó en ofrenda de la huerta, en una serenata, hacia el balcón florido de madreselva:

> Quién te ve ahora solitaria,
> torre de la Santa Irene...

¡Videiriña! Corrió alborozado al balcón. Un sombrero hongo tremoló entre las ramas; resonó un grito aclamador:

—¡Viva el diputado por Villa-Clara! ¡Viva el ilustre diputado Gonzalo Ramírez!

De la guitarra brotó triunfalmente el himno nacional de la Carta. Videiriña, de puntillas sobre sus botas charoladas, gritó:

—¡Viva la ilustre casa de Ramírez!

Y bajo su sombrero hongo, que agitaba con delirio, Juan Gouveia, sin cuidarse de su garganta, aulló:

—¡Viva el ilustre diputado por Villa-Clara! ¡Viva!

Majestuosamente, Gonzalo, desbordante de risa, extendió desde el balcón el brazo elocuente:

—¡Muchas gracias, mis queridos conciudadanos! ¡Muchas gracias!... El honor que me hacéis viniendo así, en hermoso grupo, el jefe glorioso del Concejo y el inspirado farmacéutico, el...

Pero reparó entonces... ¿Y *Titó?*

—¿No ha venido *Titó?*... ¡Oh Gouveia! ¿No avisó usted a *Titó?*

Volviendo a encasquetarse sobre la oreja el hongo, el alcalde, que lucía una corbata de raso rojo, declaró a *Titó* «un animal»:

—Habíamos quedado en venir los tres. Incluso iba él a traer una docena de cohetes, para soltarlos aquí, con el himno nacional... El punto de reunión era junto al puente... Pero ese animal no ha parecido. En todo caso, está avisado, avisadísimo... Y si no viene, es un traidor.

—¡Bueno, suban ustedes!—gritó Gonzalo—. Yo me visto en un momento. Y para abrir el apetito propongo un vermut y después una vuelta por la quinta hasta el pinar...

Inmediatamente, Videiriña, muy tieso, alzando la guitarra, se adentró por el camino de la huerta, cubierta por el emparrado; y detrás, Juan Gouveia marcaba el paso con noble cadencia, levantando el quitasol como un estandarte. Cuando Gonzalo entró en la alcoba, pidiendo a gritos agua caliente a Benito, sonaba el *Fado de los Ramírez* con tonos heroicos, a través del judial, bajo la ventana abierta, donde se secaba la manta de baño. Y eran las estrofas preferidas del hidalgo, aquellas en que su gran abuelo Ruy Ramírez, surcando los mares de Mascate en una urca, encuentra a tres potentes naves inglesas, y desde lo alto de su castillo de proa, vestido de seda roja, con la mano en el cinto de ante incrustado de oro y pedrerías, las intima soberbiamente a que se rindan:

Mano al cinto, muy alegre,
junto a la enseña real,
grita: «¡Amainad!», a las naos,
«¡Por el rey de Portugal!»

Gonzalo se abrochaba de prisa los tirantes y repetía el canto glorificador: «Mano al cinto, muy alegre..., junto a la enseña real...» Y a través del esfuerzo desgañitado, pensaba que con tal linaje de antepasados bien podía despreciar a Oliveira y a sus horrendas Louzadas. Pero el pausado vozarrón de *Titó* retumbó en el corredor:

—¿Y ese diputado por Villa-Clara?... ¿Se está poniendo ya el uniforme?

Gonzalo corrió a la puerta de la alcoba, radiante:

—¡Entra, *Titó!* ¡Los diputados ya no usan uniforme, hombre! ¡Pero si lo tuviese, estaría hoy de uniforme, con espadín y bicornio, para honrar a tan ilustres huéspedes!

El otro avanzó despacio, con las manos en los bolsillos de la chaqueta de pana color aceituna, el ancho sombrero bracarense echado hacia atrás, mostrando la honesta cara barbuda, colorada de salud y de sol:

—He querido decir librea, en lugar de uniforme... Librea de lacayo.

—¿Cómo dices?

Y el otro, más retumbante:

—Pues ¿qué vas a ser tú, hombre, sino un individuo a las órdenes del San Fulgencio, del *horrendo calvo?* ¡No le servirás el té cuando te lo mande; pero cuando te mande votar, votarás! ¡Allí, derechito, a sus órdenes! «¡Eh, Ramírez, vote eso!» Y Ramírez, ¡zas!, vota... Eso es de criado, hombre, de criado de librea...

Gonzalo sacudió los hombros, impaciente:

—Tú eres una criatura de las selvas, lacustre, casi prehistórica... ¡No entiendes nada de realidades sociales!... ¡En la sociedad no existen principios absolutos!...

Pero *Titó* seguía, imperturbable:

—¿Y ese Cavalleiro? ¿Es también ya un muchacho de talento? ¿Gobierna ya bien la provincia?

Entonces, Gonzalo protestó, picado, con un fuerte sofoco en la cara. ¿Y cuándo había negado él a Andrés talento o dotes de gobierno? ¡Nunca! Sólo se había reído, bromeando, de su empaque, de su lustroso bigote... Y, además, el servicio del país exigía que a veces ¡se uniesen hombres que no compartían los mismos gustos ni buscaban los mismos intereses!

—En fin, que don Antonio Villalobos viene hoy hecho un moralista terrible, un Catón con quien no se puede comer!... Ahora bien: fué siempre costumbre de los filósofos muy rígidos huir de la sala del banquete en que triunfa la relajación, ¡y protestar comiendo en la cocina!

Titó, muy serenamente, volvió las majestuosas espaldas.

—¿Adónde vas, *Titó?*

—¡A la cocina!

Y como Gonzalo se reía, *Titó*, junto a la puerta, girando como giraría una torre, se encaró con su amigo:

—¡En serio, Gonzalo, en serio! Elección, reconciliación, sumisión, tú en Lisboa haciendo reverencias al San Fulgencio, y en Oliveira, del brazo de Andrés, todo esto parece que desentona... ¡Pero, en fin, si Rosa se ha esmerado hoy, no mencionemos más las cosas tristes!

Y Gonzalo agitaba los brazos, protestando de nuevo, cuando resonó la guitarra en el corredor, con los pasos bien marcados de Gouveia, y se reanudó el fado, más dulce aún, más glorificador:

¡Vieja casa de Ramírez,
honra y prez de Portugal!

VI

La casa de Cavalleiro en Corinde era un edificio de fines del siglo XVIII, sin arte ni elegancia, pintado de amarillo, liso y amplio, con catorce balcones en el frente, casi en el centro de una quinta llana, toda de tierras cultivadas. Pero una avenida de castaños conducía, con alineada nobleza, al patio principal, adornado con dos estanques de mármol. Los jardines conservaban la abundancia espléndida de rosas que los había hecho famosos, mereciendo en tiempos del abuelo de Andrés, el magistrado Martiño, una visita de doña María II. Y dentro, todos los salones relucían de limpieza y de orden, gracias a los cuidados de la vieja ama de gobierno, una parienta pobre de Cavalleiro, doña Jesusa Rollim.

Cuando Gonzalo, que llegó de la torre en la yegua, cruzó la antesala, reconoció todavía uno de los lienzos de la pared, humoso combate de galeones, que él una tarde rasgó manejando por juego un espadón con Andrés. Bajo aquel lienzo, al borde del canapé de paja, esperaba melancólicamente un escribiente del Gobierno civil, con su carpeta roja sobre las rodillas. Y de una puerta alejada, al fondo del corredor, Andrés, avisado por el sirviente, el fiel Mateo, gritó alegremente:

—¡Hombre, Gonzalo, entra por aquí, para mi cuarto! Acabo de salir del baño... ¡Estoy aún en calzoncillos!

Y en calzoncillos le abrazó, con un generoso abrazo de enhorabuena. Después, mientras se vestía, entre las sillas ocupadas con el contenido de las maletas—corbatas, calcetines de seda, frascos de perfumes—, hablaron del calor, del viaje molesto, de Lisboa despoblada...

—¡Un horror!—exclamó Cavalleiro, calentando unas tenacillas de rizar en el infiernillo de alcohol—. Todas las calles de la Baixa en obras, llenas de escombros, de polvo. El Central infestado de mosquitos. Mucho mulato. ¡Una especie de Túnez, Lisboa!... ¡Pero, en fin, luchamos allí bravamente en la buena lucha!

Gonzalo sonreía, desde el rincón del diván en que se sentara, entre una pila de camisas de color y otra de calzoncillos con un flamante monograma:

—Entonces, Andresillo, todo arreglado, ¿eh?

Cavalleiro, delante del tocador, se rizaba con cuidadoso esmero las gruesas guías del bigote. Y sólo después de untarlo brillantina y de alisar las ondas del rebelde pelo, de contem-

plarse, de contonearse, aseguró a Gonzalo, ya inquieto, que la elección había quedado consolidada...

—¡Pero imagínate! Cuando aparecí en Lisboa, en el Ministerio de la Gobernación, me encontré con el distrito prometido a Pita, a Teotonio Pita, el gran hombre de *La Verdad*...

El hidalgo dió un brinco, desmoronando el montón de camisas:

—¿Y qué?...

—Pues que él, entonces, mostró con acritud a José Ernesto la desconsideración de disponer del distrito como de un cigarro, sin consultarle a él, el gobernador civil, el amo del distrito... Y como José Ernesto se engallase, aludiendo a la conveniencia superior del Gobierno, él inmediatamente, extendiendo con firmeza el dedo: «Bueno, querido Joselito, o saco a Ramírez por Villa-Clara, ¡o dimito y arde Troya!...» Espanto, algazara, gritos, pero José Ernesto cedió, y todo terminó comiendo los dos en Algés con el tío Reyes Gómez, donde por la noche las señoras le ganaron quince duros al *bluff*.

—El resumen, Gonzalito, hay que estar ojo avizor. José Ernesto es un muchacho leal, un viejo amigo mío. Y, además, conoce mi genio... Pero hay compromisos, presiones... Y ahora la noticia pintoresca. ¿Sabes quién se presenta contra ti por los regeneradores?... ¡Adivina! ¡Julito!

—¿Qué Julito?... ¿El de las fotografías?

—Julito, el de las fotografías.

—¡Demonio!

Cavalleiro se encogió de hombros.

—Saca diez votos a la puerta de la quinta, hace el retrato a todos los taberneros del distrito en mangas de camisa y sigue siendo Julito... ¡No! ¡Sólo me preocupa Lisboa, la canalla política de Lisboa!

Gonzalo se retorcía el bigote, desconsolado:

—Me figuré todo más consolidado, más inalterable... Y ahora, con todas esas intrigas habrá jaleo... ¡A que todavía no salgo!

Cavalleiro, ante el espejo, se estiraba la levita, que probó abrochada primero, y luego abierta sobre el chaleco de fustán color aceituna, en cuya amplia abertura sobresalía la corbata de seda clara, con un alfiler de zafiro. Por fin, empapando el pañuelo con esencia de heno:

—¿Nosotros dos estamos bien unidos, bien reconciliados, no es cierto? Pues, entonces, mi querido Gonzalo, ¡tranquilízate y almorcemos a gusto!... Me parece que esta levita de nuestro buen Amieiro sienta con gracia, ¿no?

—¡Magníficamente!—afirmó Gonzalo.

—Bien. Entonces, bajemos al jardín para que vuelvas a ver los viejos lugares y florezcas tu ojal con una rosa de Corinde.

Y ya en el corredor, adornado con jarrones de la India y arcones tallados, cogiendo el brazo de Gonzalo, de su recuperado Gonzalo:

—Mira, hijo mío, estamos pisando los dos de nuevo los nobles suelos de Corinde, como hace cinco años... ¡Y nada ha cambiado! ¡Ni un criado, ni una cortina! Tengo que visitar uno de estos días la torre.

Gonzalo replicó ingenuamente:

—¡Oh! La torre está muy cambiada... ¡Muy cambiada!

Y un silencio embarazoso pesó sobre el ambiente, como si entre ellos surgiese la imagen entristecida de la antigua quinta, en la época de los amores y de las ilusiones, cuando Andrés y Gracita buscaban las últimas violetas de abril, bajo la sonrisa tutelar de *miss* Rhodes junto a los muros húmedos de la Madre del Agua. Callados aún bajaron la escalera de caracol, por la que ambos en

otro tiempo se precipitaban montados en la barandilla. Y abajo, en una sala abovedada, bordeada de bancos de madera con las armas de Cavalleiro en los respaldos, Andrés, deteniéndose ante la puerta acristalada del jardín, trazó un gesto desconsolado y lánguido:

—Yo aparezco ahora también pocas veces por Corinde. Y comprenderás que no me retienen en Oliveira los quehaceres de la Administración... Pero este caserón se ha enfriado, se ha hecho más grande, desde la muerte de la pobre mamá. Ando por aquí como perdido. Y créeme, cuando me quedo, son unos paseos tristones por esos jardines, por la avenida Mayor... ¿Te acuerdas de la avenida Mayor?... ¡Voy envejeciendo muy solo, Gonzalo!

Gonzalo murmuró, por afinidad, con renovada simpatía:

—Yo también me aburro en la torre...

—¡Pero tú tienes otro carácter!... Yo soy, realmente, un elegíaco.

Abrió con esfuerzo la falleba, resistente, de la puerta acristalada. Y limpiándose los labios con el pañuelo perfumado:

—Yo creo que Corinde, ahora, sólo me encantaría con grandes cerros calvos, con grandes peñas agrestes... Algunas veces, aquí, dentro del alma, ansío el desierto de San Bruno...

Gonzalo sonrió ante aquel deseo ascético, expresado con afectación, a través del bigote rizado con tenacillas, reluciente de brillantina. Y en la terraza, junto a la balaustrada de piedra, cubierta de hiedra, bromeó, ensalzando la amplia alineación, la brillante lozanía del jardín:

—¡En efecto, qué escándalo todo este esmero para un discípulo de San Bruno! Pero para un pecador como yo, ¡qué delicia!... El jardín de la torre está hecho un erial.

—A la prima Jesusa le gustan las flores. ¿Tú conoces a la prima Jesusa? Una vieja parienta de mamá, que regenta ahora la casa. ¡Pobre! ¡Y con un esmero, con un cariño!... Si no fuese por esa santa criatura, los cerdos hozarían en los canteros... ¡Hijo mío, donde no hay faldas, no hay orden!

Bajaron la escalera redonda, entre los jarrones de loza azul, rebosantes de geranios, de jacintos, de cañas de la India. Gonzalo recordó la víspera de San Juan, en que rodó por aquellos escalones, en una caída ruidosa, con los brazos cargados de cohetes. Y lentamente, caminando por el jardín, evocaron recuerdos de su antigua camaradería. Allí seguía el trapecio de los tiempos en que ambos se consagraban al culto heroico de la fuerza, de la gimnasia, del baño frío... En aquel banco, bajo el magnolio, leyó Andrés el primer canto de su poema *El caudillo de Arcilla*. ¿Y el blanco? ¿El blanco donde se ejercitaban al tiro de pistola, para los futuros desafíos, inevitables en la campaña que los dos pensaban emprender contra el sindicato constitucional?... ¡Oh! Toda aquella parte del muro, que lindaba con el lavadero, fué echada abajo después de la muerte de su madre, para ampliar el invernadero...

—¡Además, el blanco era inútil! —añadió Cavalleiro—. Precisamente por aquella época ingresé yo también en el sindicato... ¡Y ahora entras tú por la puerta que te he abierto!

Entonces, Gonzalo, que había cogido y aplastaba entre sus dedos hojas de madreselva para aspirar el perfume, replicó con una franqueza que aquella resurrección de recuerdos hacía más penetrante y sentida:

—Yo deseo ingresar y con todas mis ganas, bien lo sabes. Pero ¿ga-

rantizas tú mi elección con seguridad? ¿No surgirán dificultades, Andresillo?... ¡Ese Pita es muy hábil!

Cavalleiro murmuró solamente, metiendo los dedos en los bolsillos del chaleco:

—De la habilidad de los Pitas se ríe la fuerza de los Cavalleiros...

Por tres escalones de ladrillo bajaron al otro jardín, desprovisto de arboleda y de sombra, donde se abría desde mayo, con todo esplendor, la tan afamada rosaleda, orgullo de la quinta de Corinde, y que había deleitado a una reina. Aquel fácil desdén hacia Pita confirmaba la seguridad de la elección. Gonzalo, caminando cuidadosamente como por un museo, colmó de alabanzas deslumbrantes las rosas de Cavalleiro:

—¡Una belleza, Andrés, una maravilla! Tienes aquí unas rosas sublimes... ¡Aquellas abultadas de allí, qué suntuosas! ¿Y éstas amarillas? ¡Son deliciosas!... ¡Mira qué encanto! ¡Este fino encarnado que irradia desde el fondo de los pétalos blancos!... ¡Oh, qué escarlata, qué divino escarlata!

Cavalleiro se cruzó de brazos con risueña melancolía:

—¡Pues ya ves! ¡Tal es mi soledad social y sentimental, que con todas estas rosas abiertas no tengo a quién mandar un ramo!... ¡Me veo reducido a cubrir de flores a las Louzadas!

Un rubor más vivo que el de las rosas que elogiaba apareció en la cara del hidalgo:

—¡Las Louzadas! ¡Oh, qué sinvergüenzas!

Andrés clavó en el amigo sus brillantes ojos, con inquieta expresión de curiosidad:

—¿Por qué?... ¿Sinvergüenzas?... ¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Porque lo son! ¡Por naturaleza y por voluntad divina!... Son tan insolentes como rojas son estas rosas.

Y Cavalleiro, tranquilizado:

—¡Ah! Genéricamente... En efecto, son muy venenosas. Por eso las cubro de rosas. Y en Oliveira, todas las semanas, hijo mío, ¡tomo con ellas un solemne té protocolario!

—Pues no las amansas.—murmuró el hidalgo.

Pero Mateo apareció en los escalones de ladrillo con la servilleta en la mano y la calva rebrillando al sol. Les avisaba para el almuerzo. Cavalleiro cortó para Gonzalo una «rosa triunfal» y para él mismo un «capullo inocente»... Y así floridos, subían hacia la terraza entre el esplendor y el perfume de otros rosales, cuando Cavalleiro se detuvo con una idea súbita:

—¿A qué hora te irás hacia Oliveira?

El hidalgo vaciló. ¿A Oliveira?... No pensaba aparecer en Oliveira aquella semana.

—¿Por qué? ¿Es urgente que vaya a Oliveira?

—¡Efectivamente, hijo! Mañana mismo necesitamos hablar con Barrolo, ponernos de acuerdo para los votos de la Murtosa... No podemos dormirnos, mi querido Gonzalo. ¡No por Julio, sino por Pita!

—¡Bien! ¡Bien!—replicó Gonzalo, asustado—. Marcharé a Oliveira.

—Pues, entonces—continuó Andrés—, iremos los dos después a caballo. Será un bonito paseo por los Freixos, siempre con sombra... Tendrás tal vez que mandar a la torre por la ropa...

¡No! Gonzalo, para evitarse las maletas importunas, tenía en los Cunhaes un equipo completo, desde las zapatillas hasta el frac. Y entraba en Oliveira como el filósofo Bías en Atenas, con un simple bastón y una paciencia infinita.

—¡Magnífico!—declaró Andrés—. Haremos luego entonces nuestra entrada oficial en Oliveira. Es el comienzo de la campaña.

El hidalgo se retorcía el bigote, consternado, pensando en las risitas malignas de las Louzadas, de toda la ciudad, ante una entrada tan aparatosamente fraternal. Y cuando Cavalleiro encargó a Mateo que mandase ensillar al *Rojillo* y la yegua del hidalgo para las cuatro y media, Gonzalo exageró su temor al polvo y al calor. Mejor saldrían a las siete, con la fresca. (Así esperaba entrar en Oliveira inadvertido, encubierto por el anochecer.) Pero Andrés protestó:

—No, es una pesadez; llegaremos de noche. Necesitamos entrar con solemnidad a la hora de la música en el Terreiro... ¿A las cinco, eh?

Y Gonzalo, doblando la cabeza ante la fatalidad:

—Bueno; a las cinco.

En el comedor, esterado, con renegridos cuadros de flores y frutas sobre un papel rojo, imitando damasco, Andrés ocupó el venerable sillón del abuelo Martiño. El brillo de la plata, la frescura de las rosas en un jarrón de Sajonia, revelaban el esmero de la prima Jesusa, que, con dolor de vientre aquella mañana, no se había vestido y almorzaba en su cuarto. Gonzalo elogió aquel orden elegante, tan raro en una casa de soltero, lamentando la falta de una prima Jesusa en la torre... Y Andrés sonrió con delicia, desdoblando la servilleta con la esperanza de que Gonzalo contase a los Barrolo el confortable lujo de Corinde. Después, pinchando una aceituna con el tenedor:

—Pues la verdad es, mi querido Gonzalo, que estuve allí en esa gran capital, y luego un día en Cintra...

Mateo entreabrió la puerta para recordar a su excelencia que el escribiente del Gobierno civil esperaba.

—¡Pues que espere!—gritó su excelencia.

Gonzalo indicó que tal vez aquel digno individuo se impacientase con el hambre...

—¡Pues que almuerce!—gritó su excelencia.

Aquel seco desprecio de Andrés por el pobre funcionario, olvidado en el banco de la entrada, con su carpeta sobre las rodillas, cohibía al hidalgo. Y pinchando también una aceituna:

—Decías entonces que en Cintra...

—Un aburrimiento—resumió Andrés—. Una horrenda polvareda y un mujerío mediano... Y ya iba a olvidarme. ¿Sabes a quién me encontré allí, en la carretera de Collares? A Castañeiro, a nuestro buen Castañeiro, el de los *Anales*, con sombrero de copa. Levantó los brazos hacia el cielo, desolado: «¿Y nuestro Gonzalo Méndez Ramírez, no me manda esa novelita?» Según parece, el primer número de la revista sale en diciembre, y él necesita el original a principios de octubre. Me rogó que te apremiase, que te recordase la gloria de los Ramírez. Debías terminar la novela... Hasta conviene que antes de entrar en la Cámara aparezca un trabajo tuyo, un trabajo serio, de gran erudición, muy portugués...

—¡Ya lo creo que conviene!—asintió Gonzalo con viveza—. Sólo le falta a la novela el capítulo cuarto... Pero ése requería precisamente un ánimo muy tranquilo, la seguridad de esta infernal elección... No es el animal de Julio el que me preocupa, sino la canalla intrigante de Lisboa... ¿Qué te parece?

Cavalleiro rió, extendiendo de nuevo el tenedor hacia las aceitunas:

—¿Qué te parece, Gonzalito? ¡Que estás como un chico pequeño, asustado, con miedo a que no te llegue el plato de arroz con leche!... Pues, en efecto, encontré a José Ernesto muy emperrado. Existían ya compromisos antiguos con Pita. *La Verdad* ha sido siempre furiosamente ministerial... Y ése Pita, ahora, cuando supo que le birlé Villa-Clara, arde en furia contra mí. Lo cual me tiene completamente sin cuidado: los furorcillos y las puntaditas de Pita no me quitan el apetito... Pero José Ernesto admira a Pita, le necesita, está empeñado en pagarle con un distrito... Incluso el último día me dijo en el ministerio, con cierta gracia: «Veo que los diputados por Villa-Clara se mueren; de modo que si, siguiendo esa buena costumbre, tu Ramírez se muere, entonces entrará Pita.»

Gonzalo se agitó en la silla.

—¡Si me muero yo!... ¡Qué animal!

—¡Oh, si te mueres para el distrito!—interrumpió Cavalleiro, riendo—. Por ejemplo, si nos enfadásemos, si mañana surgiese entre nosotros una disidencia... ¡En fin, lo imposible!

Mateo entraba con la sopera de caldo de gallina, que olía sabrosamente.

—¡A él!—exclamó Andrés—. ¡Y no se hable más de distritos, ni de Pitas, ni de Julios, ni de la desdichada política!... Prefiero que me cuentes la trama de tu novela... Histórica, ¿no? ¿Edad Media? ¿Don Juan Quinto?... Yo, si intentase ahora escribir una novela, escogería una época deliciosa: Portugal bajo los Felipes...

*

Daban las siete menos cuarto en el reloj, siempre adelantado, de la iglesia de San Cristóbal, en Oliveira, cuando Andrés Cavalleiro y Gonzalo, bajando por la calle Vieja, penetraron en el Terreiro de la Loza (hoy *plaza del Consejero Costa Barroso*).

Todos los domingos, tocando en el templete que el consejero, siendo presidente de la Cámara, mandó construir sobre el viejo Pelourinho derruido, la banda del regimiento o la filarmónica *Lealtad* hacían de aquella plaza el centro más sociable de la quieta y casera ciudad. Aquella tarde, sin embargo, como se inauguraba en el convento de Santa Brígida la tómbola patrocinada por el obispo, las señoras escaseaban en los bancos de piedra y en las sillas del Asilo, esparcidas bajo las acacias. Las Louzadas faltaban de su sitio reservado, magníficamente escogido para espiar todo el Terreiro, las casas que lo limitan por el lado de San Cristóbal y por el de las Trinas, la calle Vieja, la calle de las Velas, el quiosco de refrescos y hasta otro quiosco púdicamente disimulado por una cerca con hiedra. Y el único grupo conocido, doña María Mendoza, la baronesa de Marges, las dos Alboins, conversaban de espaldas al Terreiro, junto a la verja de hierro que lo limita sobre la antigua muralla, desde donde se dominan los campos, la tapia del nuevo Seminario, todo el pinar de la Esteviña y las revueltas brillantes del río de Crêde.

Pero entre los señores que paseaban lentamente por la avenida de la plaza, llamada el Picadero, gozando de la *Marcha del profeta*, se reprodujo el pasmo—a pesar de que todos sabían ya la famosa reconciliación del Gobierno civil—cuando los dos amigos aparecieron, ambos

con sombrero de paja y botas de montar altas, al paso solemne de las dos yeguas: la de Gonzalo, airosa y baya, de cola corta, a la inglesa; la de Cavalleiro, pesada y negra, de cuello arqueado y con una larga cola, que rozaba las piedras. Mello Alboim, el barón de Marges, el doctor Delgado, se pararon en una fila estupefacta, a la que se unió uno de los Villaviejas, luego el mayorazgo Pestaña y después el obeso mayor Ribas, con el uniforme desabrochado, contoneándose y bromeando sobre «aquella reconciliación»... Guedes, el notario, el Guedes *Sansón*, tiró la silla en el alborozo con que se levantó, descubriendo la calva con un profundo saludo en que su sombrero blanco temblaba. Y el viejo Cerqueira, el abogado, que salía del quiosco cubierto de hiedra abotonándose aún, se quedó perplejo, con los lentes en la punta de la nariz levantada y los dedos olvidados en los botones del pantalón.

Entre tanto los dos amigos seguían gravemente la hilera de casas que domina el palacete de doña Armida Villegas, con el pesado blasón de los Villegas en lo alto y sus diez nobles balcones adornados con cortinones de damasco amarillo. En el balcón de la esquina, Barrolo y José Mendoza fumaban, sentados en sillones de paja. Y al oír las lentas pisadas de las yeguas, al divisar tan inesperadamente a su cuñado, el bueno de Barrolo se tiró casi por el balcón.

—¡Oh Gonzalo! ¡Gonzalo!... ¿Vas hacia casa?

Sin esperar siquiera contestación, gritó de nuevo, moviendo los brazos:

—¡En seguida vamos! Comemos aquí esta tarde... Gracita está ahí arriba, con la tía Arminda. ¡Iremos hacia allá también! ¡Es un momento!

Cavalleiro saludó risueño al capitán Mendoza. Ya Barrolo se había adentrado con entusiasmo por los damascos amarillos. Y los dos amigos, dejando por el Terreiro aquel surco de espanto, entraron en la calle de las Velas, donde un guardia se cuadró con la mano en el ros, lo cual resultó agradable para el hidalgo de la torre.

Cavalleiro acompañó a Gonzalo hasta la plaza del Rey. Ante el palacete, un hombre con boina roja molía en su organillo el coro nupcial de *Lucía*, acechando las ventanas abiertas. Joaquín, el portero, corrió desde el patio para sujetar la yegua del hidalgo. Con una muda sonrisa, el tocador tendió su boina. Y después de tirarle un puñado de calderilla, Gonzalo vació y murmuró al fin, azorado, enrojeciendo:

—¿No quieres entrar a descansar, Andrés?

—No, gracias... Entonces, mañana, a las dos, en el Gobierno civil, con Barrolo, para que arreglemos lo de los votos de la Murtosa... ¡Adiós, chico! ¡Hemos dado un magnífico paseo y asustado a las gentes!

Su excelencia, envolviendo el palacete en una larga mirada, bajó por la calle de las Tejedoras.

Ya en su cuarto—siempre preparado y con la cama hecha—, Gonzalo se acababa de lavar y de cepillar cuando Barrolo se precipitó por el corredor, jadeante, ansioso, y detrás de él Gracita, jadeante también, soltando nerviosamente las cintas rojas del sombrero. Desde la tarde en que Barrolo «¡presenció con los ojos bien despiertos!» la conversación prolongada de Gonzalo y Andrés en el balcón del Gobierno civil, ardía en él y en Gracita una impaciencia desesperada por descu-

brir los motivos. la historia encubierta de aquella reconciliación sorprendente. Después, la huída de Gonzalo en el coche de la torre, sin parar en los Cunhaes, el repentino viaje de Cavalleiro a Lisboa, el silencio que se hizo sobre aquel caso, más pesado que una plancha de hierro, casi los aterró. Gracita, por la noche, en el oratorio, murmuraba a través de los rezos distraídos: «¡Oh! mi excelsa Señora, ¿qué será?» Barrolo no se atrevió a correr a la torre; pero soñaba, incluso, con el balcón del Gobierno civil, que se le aparecía enorme, creciendo, obstruyendo Oliveira, rozando ya los balcones de los Cunhaes, desde donde él lo rechazaba con el mango de una escoba... Y hete aquí ahora que Gonzalo y Andrés entraban en la ciudad a caballo, muy tranquilos, los dos con sombreros de paja, ¡como compañeros asiduos, volviendo de un paseo!

Desde la puerta del cuarto Barrolo tendió los brazos, lanzando gritos:

—Bueno, ¿qué ha sido todo esto?... ¡No se habla de otra cosa!... ¡Tú con Andrés!

Gracita, jadeando, tan colorada como las cintas de su sombrero, balbució únicamente:

—Y ni vienes ni escribes... Estábamos muy preocupados...

Y en la misma puerta, de par en par, sin sentarse, el hidalgo aclaró el «misterio», con la toalla todavía en las manos:

—Una cosa muy inesperada, pero muy natural. Sánchez Lucena ha muerto, como sabéis. Quedó vacante el distrito de Villa-Clara. Es un distrito por el que sólo puede salir un hombre de esta tierra, con fincas e influencia. El Gobierno inmediatamente me mandó preguntar, por telégrafo, si quería yo presentarme... Y como yo, en el fondo, estoy bien con los históricos, y soy amigo de José Ernesto... Me gustaba entrar en la Cámara... Acepté.

Barrolo se dió una palmada triunfal en el muslo.

—¡Entonces era cierto, caramba!

El hidalgo prosiguió, secándose interminablemente las manos:

—Acepté, claro es, con ciertas condiciones... Y muy duras. Pero acepté... En este caso, como sabéis, conviene que el candidato se entienda con el gobernador civil. Yo, al principio, no quería reanudar nuestras relaciones. Sin embargo, instado, muy instado, desde Lisboa, y por altas consideraciones políticas, consentí en este sacrificio. En las dificultades en que se encuentra el país, todos debemos hacer sacrificios. Yo he hecho éste... Andrés, por otra parte, ha estado muy amable, muy afectuoso. De modo que somos amigos otra vez. Amigos políticos; pero muy bien, muy lealmente... Almorcé hoy con él en Corinde, vinimos juntos por los Freixos. ¡Una tarde hermosa!... En fin, renació la antigua armonía. Y la elección está asegurada.

—¡Venga un abrazo! —gritó Barrolo, enajenado.

Gracita acabó por sentarse al borde del lecho, con el sombrero en el regazo, mirando extasiada a su hermano, con un silencioso enternecimiento, en que sus dulces ojos se humedecían y reían. El hidalgo, que se había soltado del abrazo de Barrolo, doblaba la toalla con una lentitud distraída.

—La elección está asegurada, pero tenemos que trabajar. Tú, Barrolo, tienes que hablar también con Cavalleiro. Ya lo he arreglado. Mañana, en el Gobierno civil, a las dos. Es necesario que os entendáis los

dos, con motivo de los votos de la Murtosa...

—¡En seguida, chico! ¡Lo que queráis! Votos, dinero...

Y Gonzalo, rociando su chaqueta con agua de Colonia, que goteó sobre el suelo:

—Desde el momento en que me he reconciliado con Andrés, todo se acabó. Tú, Barrolo, te reconcilias también, inmediatamente...

Barrolo casi brincó en su deslumbramiento.

—¡Pues claro está! ¡Máxime cuando a mí me gusta muchísimo Cavalleiro! He insistido siempre con Gracita... «¡Oh señores, esta tontería a causa de la política!»...

—¡Bien!—concluyó Gonzalo—. La política nos separó y la política nos reúne... Es lo que se llama la inconstancia de los tiempos y de los imperios.

Y cogiendo a Gracita por los hombros, y dándole un beso juguetón, sonoro, en la cara:

—¿Y la tía Arminda? ¿Bien ya de su escaldadura? ¿Ha vuelto ya a las hazañas del *Bello Leandro?*

Gracita resplandecía con aquella lenta sonrisa, que la embellecía, envolviéndola toda en claridad y dulzura.

—La tía Arminda está mejor; ya anda. Preguntó por ti... Pero, ¡ah, Gonzalo, tú querrás comer!

—No; almorcé de un modo tremendo en Corinde... Vosotros, como habréis comido a la hora antigua de la tía Arminda, cenaréis, ¿verdad? Entonces, cenaré luego. ¡Ahora sólo una taza de té, muy cargado!

Corrió Gracita con el alborozo de servir al héroe querido. Y por la escalera, bajando con Barrolo, que le contemplaba, el hidalgo de la torre lamentó sus sacrificios:

—Realmente, chico, es una pesadez... ¡Pero qué diablo! ¡Todos debemos contribuir a sacar al país del atolladero!

Barrolo, maravillado, murmuró:

—Y sin decir nada... ¡Así, sin ostentación, sin ostentación!...

—Y ahora, otra cosa, Barrolo. Mañana, en el Gobierno civil, debes de invitar a comer a Andrés...

—¡Ya lo creo!—gritó Barrolo—. ¿Comida de muchas campanillas?

—¡No, hombre! Una comida muy tranquila, muy íntima. Solamente Andrés y Juan de Gouveia. Telegrafía a Gouveia. Puedes invitar también a los Mendoza... Pero una comida muy discreta, sólo para que hablemos, para firmar la reconciliación de un modo más sociable, más elegante.

Al día siguiente, en el Gobierno civil, Barrolo y Cavalleiro se estrecharon las manos con gran sencillez, como si los dos hubieran estado la víspera jugando al billar y charlando en el club de la calle de las Pegas. Conversaron además brevemente sobre la elección. Apenas Cavalleiro aludió, sin darle importancia, a los votos de la Murtosa, Barrolo se atragantó casi, en su afán de ofrecer:

—Lo que ustedes quieran... Votos, dinero, ¡lo que ustedes quieran!... ¡Pidan ustedes! Iré a la Murtosa, y habrá comilona, vino a caño libre, y la feligresía entera votará entre cohetes...

Cavalleiro, riendo, amansó aquel fervor ostentoso:

—¡No, mi querido Barrolo, no! Tenemos que preparar una elección muy sobria, muy tranquila. Villa-Clara elegirá a Gonzalo Méndez Ramírez diputado, naturalmente, como su mejor hombre. No habrá lucha; Julito es una sombra. Por tanto...

Barrolo persistió, radiante, bamboleándose:

—¡Perdón, Andrés, perdón! Allí habrá vino, vivas, cohetes, un festejo magno...

Pero Gonzalo, embarazado, deseoso de interrumpir la locuacidad de Barrolo, las palmadas cariñosas con que se pavoneaba por la intimidad de Cavalleiro, señaló hacia la mesa de su excelencia:

—Tú tienes que hacer, Andrés. Veo ahí un montón pavoroso de papelotes... ¡No robemos más tiempo al ilustre jefe de la provincia! ¡A trabajar!

¡A trabajar, hermano, que el trabajo
es, Andrés, es virtud, es valor!...

Cogió su sombrero e hizo una seña a su cuñado. Entonces, Barrolo, con las mejillas estallantes de placer, balbució la invitación que firmaría la reconciliación de un modo sociable y elegante:

—Cavalleiro, para hablar mejor, si quisiera usted proporcionarnos el gusto de venir a comer... El jueves, a las seis y media... Nosotros, cuando está por aquí Gonzalo, comemos siempre más tarde.

Cavalleiro, enrojeciendo, dió las gracias con discreta cortesía:

—Será para mí un inmenso placer, un inmenso honor...

Y en la puerta de la antesala, hasta donde los acompañó, sosteniendo el pesado repostero de paño rojo con el escudo real bordado, suplicó a Barrolo que le pusiera a los pies de su señora...

Barrolo, al bajar la amplia escalera de piedra, se secaba la cabeza, el cuello, sudorosos de la emoción. Y ya en el patio se desahogó:

—¡Muy simpático este Andrés! Un muchacho franco, que siempre me agradó... Realmente era ya hora de que terminasen estas historias... ¡E incluso para los Cunhaes, para la tertulia, para nuestro grupo, qué magnífica adquisición!

*

El jueves, por la mañana, después del almuerzo, en la terraza del jardín donde tomaban café, Gonzalo encargó a Barrolo que «para acentuar más aún la sencilla intimidad de la comida, no se pusiera de frac...»

—Y tú, Gracita, un vestido a tono. Pero claro, alegre...

Gracita sonrió, vacilante, y siguió hojeando un *Almanaque de recuerdos*, arrellanada en una silla de mimbre, con un gatito blanco sobre el regazo. Después del alborozo y del asombro del domingo, aparentaba ella ahora un desinterés silencioso por la reconciliación que conmovía aún a Oliveira, por la elección, por la comida. Pero aquellos días no tuvo sosiego, tan impaciente y sensible, que el bueno de Barrolo le aconsejaba constantemente el gran remedio de su madre contra los nervios: «flor de romero cocida en vino blanco».

Gonzalo percibía claramente la perturbación en que la tenía aquella entrada triunfal de Andrés, del antiguo Andrés, en su hogar de casada, en los Cunhaes. Y para tranquilizarse evocaba—como en la carretera del cementerio en Villa-Clara—la seriedad de Gracita, su rígido y puro pensar, la altivez de su almita heroica. Aquella mañana incluso, entregado todo al reciente y ansioso cuidado de su elección, sólo temía que Gracita, por azoramiento o cautela, acogiese secamente a Cavalleiro, enfriase su renovado fervor por la casa Ramírez, en su protección política. E insistió, bromeando:

—¿Has oído, Gracita? Un vestido blanco. Un vestidito alegre, que sonría a los invitados...

Ella murmuró, embebecida en su *Almanaque*:

—Sí, realmente, con este calor...

Pero Barrolo se dió una palmada en el muslo. ¡Qué pena! ¡Qué pena no tener en Oliveira, «para el brindis de la reconciliación», un famoso vino de Oporto, de la bodega de su madre, riquísimo, viejísimo, de tiempos de don Juan II!...

—¿De don Juan Segundo?—murmuró Gonzalo—. ¡Estará echado a perder!

Barrolo titubeó:

—De don Juan Segundo o de don Juan Sexto... De uno de esos reyes. ¡En fin, un vino único, del siglo pasado! Sólo le quedaban a mamá ocho o diez botellas... Y hoy era el día indicado para una de ellas, ¿no?

El hidalgo tomó un sorbo lento de café:

—A Andrés le gustaban mucho también antiguamente los huevos estrellados...

Bruscamente, Gracita cerró el *Almanaque*, y en una huída silenciosa, que dejó callado a Gonzalo, soltó de su falda el gato adormecido, cruzó la terraza y desapareció entre los altos tejos del jardín.

Pero por la tarde, cuando el hidalgo ocupó su sitio en la mesa ovalada, junto a la prima María Mendoza, notó en seguida, entre dos compoteras, una fuente de huevos estrellados. A pesar de ser una comida íntima, aparecieron, con la loza de china, los famosos cubiertos dorados de la vajilla del tío Melchor. Y dos jarrones de Sajonia, rebosantes de claveles blancos y amarillos, colores heráldicos de los Ramírez.

Doña María, que no había visto a su querido primo desde el cumpleaños de Gracita, murmuró con una sonrisa un serio cumplido, en aquel ceremonioso silencio en que se desdoblaban las servilletas:

—Aún no te he dado la enhorabuena, primo Gonzalo...

El replicó, movimiendo nerviosamente las copas:

—¡Silencio, prima, silencio! Se ha decidido aquí no aludir hoy siquiera a la política. Hace mucho calor para hablar de política.

Ella suspiró levemente, como desfallecida: ¡Ay, el calor!... ¡Qué horrible calor! Desde que había entrado en los Cunhaes con aquel vestido negro que era «su palio de lujo», no cesaba de envidiar la frescura del vestido blanco de Gracita...

—¡Qué bien te sienta! ¡Estás hoy lindísima!

Era un vestido liso de crespón blanco, que iluminaba, remozaba su gracia casi virginal. Y nunca realmente había resultado tan seductora, así fina y luminosa, con los verdes ojos refulgiendo como esmeraldas lavadas, una ondulación más lustrosa en los espesos cabellos, un suave rubor transparente, todo un fresco brillo de flor regada, de flor revivificada, a pesar de la timidez que le inmovilizaba los dedos al levantar la cuchara de plata dorada. Y a su lado, extraordinariamente ancho y fuerte, con la pechera arqueada como una coraza, prendidos en ella dos zafiros, y una rosa blanca abierta en el ojal, Andrés Cavalleiro, que rechazó la sopa—¡oh, en verano no tomaba nunca sopa!—, dominaba la mesa, levemente emocionado también, pasando sobre el reluciente bigote un pañuelo tan perfumado, que ahogaba el aroma de los claveles. Pero fué él quien resucitó la animación con unas quejas risueñas sobre el calor, el escandaloso calor de Oliveira... ¡Ah! ¡Qué purgatorio abrasador después de sus dos días paradisíacos en la frescura deliciosa de Cintra!

Doña María Mendoza endulzó sus inteligentes ojos hacia el señor go-

bernador civil. ¿Qué tal Cintra? ¿Animada? ¿Muchos grupos, por la tarde, en Setiaes? ¿Vió a la condesa de Chellas, a su prima Chellas?...

Sí, en la Pena, en su visita a la reina, Cavalleiro habló durante un momento con la señora condesa de Chellas...

—¡Ah! ¿Y la reina?

—¡Oh! Siempre encantadora...

La señora condesa de Chellas estaba un poco delgada. Pero tan amable, tan inteligente, tan verdaderamente *grande dame*, ¿no era cierto? Y como se inclinó hacia Gracita, con una dulzura infinita en el simple movimiento de cabeza, ella, turbada, más ruborosa, balbució que no conocía a la condesa de Chellas... Doña María Mendoza protestó entonces de la inercia de los primos Barrolo, siempre enterrados en los Cunhaes, sin aventurarse nunca a ir a Lisboa en invierno, para convivir allí y trabar conocimiento con los parientes...

—La culpa es del primo José, que detesta Lisboa...

¡Oh, no! ¡Barrolo no detestaba Lisboa! ¡Si pudiera trasladar a Lisboa sus comodidades, su cuarto, su cochera, la buena agua de la huerta, el grato balcón sobre el jardín, hasta gozaría allí!

—¡Pero metido en aquellos cuartitos del Braganza!... ¡Y después, la mala comida, el barullo... Gracita no duerme nunca en Lisboa... ¿Y la pesadez de las mañanas?... ¡No tiene uno nada que hacer en Lisboa por la mañana!

Cavalleiro sonreía a Barrolo, como encantado con su gracia y sus razones. Después confesó que él, a pesar de vivir también—¡merced al Estado!—en un palacete cómodo, y de gozar asimismo de un agua excelente, la finísima agua del pozo de Santo Domingo, lamentaba que los deberes políticos, la disciplina de partido le atasen a Oliveira. Toda su esperanza era la caída del Ministerio para verse libre y pasar tres meses divinos en Italia...

Al otro lado de Gracita, Juan Gouveia—siempre tímido y mudo delante de señoras—exclamó, en un impulso de amistad, de convicción:

—¡Pues vete perdiendo la esperanza, Andresillo! ¡San Fulgencio no se mueve! ¡Te tenemos cogido aún por tres o cuatro años!

E insistió, inclinado hacia Gracita, en un esfuerzo de amabilidad que le arrebolaba:

—San Fulgencio no se mueve. Tendremos aún por aquí a nuestro Andrés tres o cuatro años más.

Andrés protestó, agitándose en su silla, con las espesas pestañas casi cerradas:

—¡Oh, querido Juan! No me quieras tan mal, no me quieras tan mal...

Y se obstinó. ¡Ah, ciertamente! Aunque desertase de su partido—¿y qué importaba en una hueste tan pujante una lanza mohosa?—, soñaba con esos meses de Italia, durante el invierno, los soñaba y los preparaba ya... ¿No le permitía la señora de la casa que la sirviese un poco de vino blanco?

Barrolo extendió el brazo, con efusión:

—¡Oh Cavalleiro! Tengo empeño en que pruebe usted ese vino con toda atención... Es de mi finca del Corvello... Tengo mucho interés en ello. ¡Pero pruébelo con atención!

Su excelencia lo probó con fervor, como si comulgase. Y con una cortesía convencida hacia Barrolo, que se ahuecaba de gusto:

—¡Una delicia! ¡Una verdadera delicia!

—¿Eh? ¿No es verdad? Yo, por mi parte, prefiero este vino de Corvello a todos los vinos franceses, hasta los más finos... ¡Incluso nuestro amigo

el padre Soeiro, que es un santo, lo aprecia!

Silencioso, oculto tras uno de los altos jarrones de claveles, el padre Soeiro sonrió, ruborizándose:

—Con mucha agua, desgraciadamente, mi señor Barrolo... El gusto lo pide, pero el reuma no lo consiente...

Pues José Mendoza, que no temía al reuma, la emprendía siempre valientemente con aquel bendito Corvello...

—¿Qué le parece a usted, Gouveia?

¡Oh! ¡Gouveia ya lo conocía, gracias a Dios! Y, realmente, no había encontrado nunca en Portugal, en calidad de vino blanco, ninguno comparable en frescura, aroma y sabor...

—¡Y le voy atacando con fervor, amigo Barrolo! ¡Esta linda botella de cristal va ya de vencida!

Barrolo babeaba de gusto. Su disgusto era que Gonzalo no honrase nunca «aquel néctar». ¡No! Gonzalo no soportaba los vinos blancos...

—Por eso siento hoy una sed de esas que sólo logro apagar con vino verde, así, un poco espumoso y con hielo... Que este de Vidaiños es también de Barrolo. ¡Oh! Yo no desprecio los vinos familiares... Este Vidaiños lo considero, sinceramente, sublime.

Entonces Cavalleiro quiso probar aquel sublime vino verde de la quinta de Vidaiños, en Amarante. El criado, a una seña entusiasmada de Barrolo, presentó a su excelencia una esbelta copa, especial para aquel vino espumoso. Pero Cavalleiro, acariciando el fresco cristal sin levantarlo, repitió su propósito de vacaciones, de viajes, como acentuando su cansancio, su aburrimiento de Oliveira. ¿Y sabía doña Gracia hacia dónde seguiría él después de Italia, aquel invierno, si por caridad divina cayese el Ministerio?... Hacia el Asia Menor.

—Sería un viaje con el cual tentaría yo, seguramente, a nuestro Gonzalo... ¡Tan fácil ahora con los ferrocarriles!... De Venecia a Constantinopla, un simple paseo. Después, de Constantinopla a Esmirna, un día o dos, en un vapor excelente. Y desde allí, en una buena caravana, por Trípoli, por la antigua Sidonia, entraríamos en Galilea... ¡Galilea! ¿Eh, Gonzalo? ¡Qué de bellezas!

El padre Soeiro, con el tenedor en el aire, indicó tímidamente que en Galilea don Gonzalo Ramírez pisaría tierra que, por poco, pertenecería a su casa:

—Uno de los antepasados de usted, Gutierre Ramírez, compañero de Tancredo en la primera Cruzada, rechazó el ducado de Galilea y de Transjordania...

—¡Hizo muy mal!—gritó Gonzalo, riendo—. ¡Oh, ese abuelo Gutierre estuvo muy mal! ¡Porque no habría ahora, en este mundo, disparate más divertido que yo, duque de Galilea! ¡Don Gonzalo Méndez Ramírez, duque de Galilea y de Transjordania!... ¡Sería sencillamente para reventar de risa!

Cavalleiro protestó con afecto:

—¡Hombre! Y eso ¿por qué?

—¡No le crea!—replicó con los ojos brillantes doña María Mendoza—. El primo Gonzalo, con todas esas bromas, es, en el fondo, muy aristócrata... ¡Pero terriblemente aristócrata!

El hidalgo de la torre dejó la copa de Vidaiños, después de beber un sorbo largo y paladeado:

—Aristócrata... Claro es que soy aristócrata. Sentiría, en efecto, cierto disgusto por haber nacido, como una hierba, de otras hierbas vagas. Me gusta saber que nací de mi padre Vicente, que nació de su padre Da-

mián, que nació de su padre Ignacio, y así sucesivamente hasta no sé qué rey suevo...

—¡Recesvinto! —apuntó respetuosamente el padre Soeiro.

—Pues hasta ese Recesvinto. Lo malo es que la sangre de todos esos padres no se diferencia realmente de la sangre de los padres de Joaquín, nuestro portero. ¡Y que desde Recesvinto para atrás, hasta Adán, no tengo ya más padres!

Mientras todos reían, doña María Mendoza, inclinada hacia él, ocultándose con el abanico abierto, murmuró:

—El primo está siempre con esos desdenes... Pues yo sé de una señora que siente la mayor admiración por la casa de Ramírez y por su representante.

Gonzalo llenaba de nuevo su copa, amorosamente, atento a la espuma:

—¡Bravo! Pero «conviene distinguir», como dice Manuel Duarte. ¿Por quién siente ella verdadera admiración? ¿Por mí o por el suevo, por Recesvinto?

—Por los dos.

—¡Diablo!

Y después, dejando la copa, más serio:

—¿Quién es?

¡Oh! Ella no podía revelarlo. No era aún lo suficientemente vieja para andar con recaditos sentimentales. Pero Gonzalo excusaba el nombre; sólo deseaba saber las cualidades... ¿Joven? ¿Bonita?

—¿Bonita?–exclamó doña María—. Es una de las mujeres más hermosas de Portugal!

Gonzalo, espantado, lanzó el nombre:

—¡Doña Ana Lucena?

—¿Por qué?

—Porque una mujer así tan hermosa, y viviendo en estos lugares, y tan conocida de la prima que le hace confidencias, sólo hay doña Ana.

Doña María, dando un toquecito a las dos rosas que le alegraban el corpiño de seda negra, sonrió:

—Tal vez, tal vez...

—Pues me halaga enormemente. Pero todavía distingo, como Manuel Duarte. ¡Si esa simpatía tan completa es, por parte de ella, con buen fin, no, santo Dios, no!... Pero si es con mal fin, entonces, prima, cumpliré honradamente mi deber dentro de mis fuerzas...

Doña María escondió la cara en el abanico, escandalizada. Y después, acechando, con los agudos ojos centelleando:

—¡Oh primo! ¡Pero lo que importa es el buen fin, porque la cosa es la misma y son además doscientos mil duros!

Gonzalo gritó de admiración:

—¡Oh, esta prima María! ¡No hay en toda Europa nadie más listo!

Todos desearon conocer con gran curiosidad la nueva broma de doña María. Pero Gonzalo detuvo las curiosidades:

—No se puede contar. Se trata de una boda.

Entonces José Mendoza recordó la noticia maliciosa que desde la víspera tenía en conmoción a Oliveira:

—¡De una boda!... ¿Y qué me dicen ustedes de la boda de doña Rosa Alcoforado?

Barrolo, y luego Gouvenia, e incluso Gracita, todos la calificaron de «un horror». Aquella muchacha perfecta, de sonrosada piel, con aquel pelo de oro, unida al Texeira de Carredes, un vejestorio cargado de nietos. ¡Qué desastre!

Pues a Cavalleiro la boda no le parecía tan «desastrosa». Teixeira de Carredes, además de muy fino y muy inteligente, era un viejo bien conservado, sin arrugas casi, hasta guapo

con aquel contraste del bigote castaño y de la melena rizosa y blanca. Y en doña Rosa, con todas las rosas de su piel y todo el oro de su pelo, dominaba «un no sé qué» blandengue y pesado... Además, era poco lista. Y poco cuidadosa, siempre mal peinada, siempre desaliñada...

—En fin, ustedes perdonen... Pero quien hace una boda muy insulsa es el pobre Teixeira.

Doña María Mendoza miró al gobernador civil con un amable espanto:

—Pues si el señor Cavalleiro no admira a Rosita Alcoforado, no sé a qué muchacha admirará dentro de su jurisdicción...

Y él, en seguida, en un rasgo galante:

—¡Fuera de ustedes, señoras mías, no admiro a nadie! Realmente, gobierno en Portugal la provincia más desprovista de belleza...

Todos protestaron. ¿Y doña María Marges? ¿Y la pequeña Reriz, la de la Riosa? ¿Y la de Mello Alboim, con aquellos ojos?... Pero Cavalleiro estaba en desacuerdo; a todas las demolía con un leve sarcasmo, ya fuera por la piel sin lozanía, o por el andar desgarbado, o por el provincianismo de gustos y modales, siempre por la falta de las gracias y bellezas que adornaban a Gracita, lanzando así, disimuladamente, a sus pies aquel montón de damas vencidas y estrujadas. Ella percibió la sutil adulación; su ojos avivaron con un fulgor más enternecido el rubor que la encendía. Deseando repartir aquel incienso tan concentrado, indicó tímidamente otra belleza de la que se enorgullecía la provincia:

—La hija del vizconde de Río Manso, Rosita Río Manso... ¡Es muy bonita!

Cavalleiro triunfó fácilmente:

—¡Pero tiene doce años, señora mía! ¡No es una rosita, es un capullo de rosa!

Casi humildemente, Gracita recordó a Luisa Moreira, hija de un tendero, muy admirada los domingos en la misa de la catedral y en el Terreiro de la Loza:

—Es una bella muchacha... La figura, sobre todo...

Cavalleiro volvió a triunfar, con afincada seguridad:

—¡Sí, pero tiene los dientes feos, doña Gracia! ¡Unos dientes acaballados! ¿No se ha fijado usted nunca?... ¡Oh, una boca muy desagradable! Y, además de los dientes, su hermano Evaristo, con esa cara más chata que su alma, y la caspa, y la porquería, y el jacobinismo... ¡No puede haber una mujer bonita con un hermano tan feo!

Mendoza extendió el brazo, con otra curiosidad que agitaba a Oliveira:

—¡A propósito de Evaristo!... ¿Va a fundar realmente ese nuevo diario republicano, *El Rebate?*

El señor gobernador civil se encogió de hombros con una ignorancia superior y risueña. Pero Juan Gouveia, rojo y reluciente después de su botella de Corvello y de su botella de Douro, afirmó que *El Rebate* aparecería en noviembre. E incluso él conocía al patriota que sufragaba los gastos de «la pandilla». Y la campaña de *El Rebate* comenzaría con cinco artículos abrumadores sobre la toma de la Bastilla.

El espanto de Gonzalo era ver cómo el republicanismo se extendía en Portugal, hasta en la vetusta, en la devota Oliveira...

—Cuando estudiaba yo preparatorio existían solamente dos republicanos en Oliveira: el viejo Salema, catedrático de Retórica, y yo. Ahora hay un partido, un comité, dos diarios. E incluso el barón de Marges

se exhibe con *La Voz Pública* en la mano en los soportales de la Arcada...

Mendoza, que no temía a la república, bromeaba:

—Aún está lejos, muy lejos... Aún nos da tiempo para comernos estos hermosos huevos estrellados.

—Deliciosos—murmuró Cavalleiro.

—Sí—asintió Gonzalo—, aún tenemos tiempo para los huevos... Pero que estalle una revolución en España o que muera el joven rey en su minoría de edad, que, naturalmente, morirá...

—¡No, por Dios! ¡Desdichado! ¡Pobre madre! —murmuró Gracita, conmovida.

Cavalleiro la tranquilizó inmediatamente. ¿Por qué iba a morirse el rey de España? Los republicanos difundían rumores sombríos sobre las enfermedades del excelente niño. Pero él conocía la realidad y le aseguraba a doña Gracia que, afortunadamente para España, reinaría aquel Alfonso XIII e incluso un Alfonso XIV. En cuanto a nuestros republicanos, ésos... ¡Dios mío!, ¡era una cuestión de guardia municipal! Portugal, en sus capas profundas, seguía siendo monárquico hasta el tuétano. Sólo por encima, en la burguesía y en las aulas, flotaba una espuma ligera y bastante sucia, que se limpiaría fácilmente con un sable...

—Doña Gracia, usted, que es dueña de casa perfecta, conoce esa operación que se realiza en la olla del caldo... Espumar el caldo se hace con una cuchara. Aquí es con un sable. Pues así, con toda sencillez, se espuma Portugal. Esto fué lo que le dije últimamente al rey.

Engalló la cabeza, y su pechera brilló más ancha, como una coraza lo bastante sólida para defender a la monarquía entera. Y en el convencido silencio que siguió, estallaron dos botellas de champaña descorchadas detrás del biombo, en el *office*.

Apenas el criado, presuroso, llenó las copas, el hidalgo de la torre, con una seriedad mitigada por la sonrisa:

—Andrés, a tu salud. ¡No es por el gobernador civil, es por el amigo!

Todas las copas se alzaron en un susurro acariciador. Juan Gouveia agitó la suya con especial efusión, gritando: «¡Andresillo, mi viejo!» Su excelencia rozó sólo ligeramente la copa de Gracita. El padre Soeiro musitó las «gracias». Y Barrolo, apartando la servilleta:

—El café ¿aquí o en la sala?... En la sala estaremos más frescos.

En la sala grande, la sala de los terciopelos granates, la araña lucía solitaria; por los tres balcones abiertos penetraba la serenidad de la noche calurosa, el recogido silencio de Oliveira; y abajo, en la plaza, algunos individuos, e incluso dos señoras con manteletas de lana sobre la cabeza, contemplaban asombrados aquellas luces de fiesta que brotaban de los Cunhaes. Cavalleiro y Gonzalo encendieron los puros en el balcón, respirando la escasa frescura. Y Cavalleiro, beatíficamente:

—¡Te repito, Gonzalito, que se come admirablemente en casa de tu cuñado!

Gonzalo quiso que al domingo siguiente comiera él en la torre. Quedaban aún unas botellas de Madera de tiempos del abuelo Damián, a las que darían, con ayuda de Gouveia y de *Titó*, un asalto heroico.

Cavalleiro se lo prometió, encantado, cogiendo de la pesada bandeja de plata, que sostenía con esfuerzo el criado, su taza de café sin azúcar.

—Y tú, en efecto, Gonzalo, no debes abandonar la torre. Tu papel ha de basarse en tu presencia en la localidad. El hidalgo de la torre está

en medio de sus tierras, por las que va a ser elegido para las Cortes. Ese es tu papel...

Barrolo, con una risa arrobada, surgió entre los dos amigos, a los que enlazó cariñosamente por la cintura:

—¡Y nos quedaremos aquí, trabajando, Cavalleiro y yo!...

Pero doña María, desde el canapé donde se sepultó, requirió al primo Gonzalo «para negocios». Junto a una consola, Juan Gouveia y el padre Soeiro, removiendo su café, coincidían en la necesidad de un Gobierno fuerte. Y Gracita, con el primo Mendoza, revolvía las músicas sobre la tapa del piano, buscando el *Fado de los Ramírez*. Mendoza tocaba con brillante soltura, había compuesto valses, un himno al coronel Troncoso, el héroe de Machumba, e incluso el acto primero de una ópera, *La pastora*. Y como no descubrían el *Fado*, con la letra de Videiriña, fué precisamente uno de sus valses, *La perla*, de una cadencia amorosa y lánguida, que recordaba el vals del *Fausto*, lo que él atacó, sin soltar el puro.

Entonces, Andrés Cavalleiro, que había vuelto despaciosamente a la sala, se tiró del chaleco, acarició su bigote, y avanzando hacia Gracita en una actitud medio seria, medio risueña:

—¿Quiere, señora, hacerme el honor?...

Ofrecía, abría los brazos. Y Gracita, muy encarnada, accedió, llevada en seguida en las amplias vueltas deslizantes que Cavalleiro trazó sobre la alfombra. Barrolo y Juan Gouveia corrieron a apartar los sillones, dejando un espacio, en donde el vals se desenvolvió con el suave surco blanco del vestido de Gracita. Pequeñita y leve, toda ella se perdía, como fundida en la fuerza viril de Cavalleiro, que la arrebataba en lentos giros, con la cara inclinada, respirando sus cabellos magníficos.

Desde el borde del canapé, con los vivos ojos disparados, doña María Mendoza exclamó, asombrada:

—¡Pero qué bien valsea, qué bien valsea el señor gobernador civil!...

A su lado, Gonzalo se retorcía nerviosamente el bigote, en la sorpresa de aquella familiaridad, renovada así por Cavalleiro con tan serena confianza, y por Gracita con tal abandono... Ellos seguían girando, enlazados. De los labios de Cavalleiro se exhalaba una sonrisa, un murmullo. Gracita jadeaba; sus zapatitos de charol brillaban bajo la falda, que se arrollaba al pantalón de Cavalleiro. Y Barrolo, en un éxtasis, cuando ellos le rozaban, batía palmas cariñosas, gritando:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Preciosamente!... ¡Bravísimo!

VII

Gonzalo regresaba para el almuerzo después de un paseo por el jardín recorriendo *La Gaceta de Oporto*, cuando divisó en el banco de piedra, junto a la puerta de la cocina, donde Rosa renovaba el mijo en la jaula de su canario, a José Casco, el de los Bravaes, que esperaba pensativo y abatido, con el sombrero sobre las rodillas. Rápidamente, para eludirle, se embebió de nuevo en el periódico. Pero notó la larguirucha delgadez de aquel hombre, que surgía de la sombra del emparrado y avanzaba en la claridad centelleante del patio, vacilando, como asustado... Y animado por la proximidad de Rosa, se detuvo, con una sonrisa forzada, mientras Casco arrollaba en sus manos trémulas el ala dura del sombrero, balbuciendo:

—Si el señor hidalgo me hiciera la limosna de una palabra...

—¡Ah! ¿Es usted, Casco? Hombre, no le reconocía... ¿Qué hay?

Dobló el periódico, tranquilizado, gozando incluso con la sumisión de aquel valiente que tanto le asustó, erguido y negro como un pino, en la soledad del camino. Y Casco, turbado, estiraba, removía el pescuezo dentro del gran cuello bordado, hasta que exhaló toda su alma en una súplica sollozante, conteniendo las lágrimas que asomaban:

—¡Ay, señor hidalgo, perdóneme por quien es! ¡Perdóneme, que yo no sé ni pedirle perdón!

Gonzalo interrumpió al hombre con generosidad y dulzura. ¡El ya se lo avisó! Nada se arregla gritando con un palo levantado...

—¡Y mire, Casco! Cuando me salió usted en el pinar, llevaba yo un revólver en el bolsillo. Llevo siempre un revólver. Desde que una noche en Coimbra, en la Chopera, dos borrachos me acometieron, llevo siempre revólver por precaución... ¡Piense usted ahora qué desgracia si saco el revólver y disparo!... ¡Qué desgracia!, ¿eh? Afortunadamente, en un santiamén, pensé que me perdía, que le mataba, y huí. Huí por eso, por no disparar... En fin, todo pasó. Yo no soy rencoroso, ya he olvidado. Con tal de que usted, tranquilo ya ahora y en su juicio, olvide también.

Casco manoseaba las alas del sombrero, con la cabeza agachada. Y sin alzarla, sin atreverse, con la voz ronca por los sollozos que le sofocaban:

—¡Pues ahora es cuando me acuerdo, señor hidalgo! ¡Ahora es cuando me atormenta aquella locura! ¡Ahora! ¡Después de lo que el señor hidalgo ha hecho por la mujer y por el pequeño!...

Gonzalo sonrió, encogiéndose de hombros:

—¡Qué tontería, Casco!... Su mujer apareció aquí una noche de mucha agua... Y el pequeño venía enfermo el pobrecillo, con fiebre... ¿Cómo está el Manolito?

Casco murmuró desde el fondo de su humildad:

—Gracias a Dios, señor, muy sanito, muy tieso.

—Eso es mejor... Póngase el sombrero. ¡Póngaselo, h o m b r e! ¡Y adiós!... No tiene usted que agradecer nada, Casco... ¡Y mire! Traiga un día por acá al pequeño. Me gustó. Es muy listo.

Pero Casco no se apartaba, clavado en las losas. Por fin, en un sollozo que estalló:

—Es que no sé cómo decírselo al señor hidalgo... ¡El día ese de cárcel se acabó! Tengo genio, hice una burrada, y con el cuerpo pagué. Y pagué poco gracias al señor hidalgo. Pero después, cuando salí, cuando supe que la mujer vino de noche a la torre, y que el hidalgo hasta la echó una capa, y que no dejó salir al pequeño...

Se detuvo, ahogado por la emoción. Y como Gonzalo, conmovido también, le palmeara risueñamente en el hombro, «se acabó, no hay que hablar más de esas bagatelas...», Casco lanzó con voz dolorida y quebrada:

—¡Pero es que el señor hidalgo no sabe lo que es para mí ese pequeño!... ¡Desde que Dios me lo mandó he tenido una pasión aquí dentro que hasta parece mentira!... Mire: la noche que pasé en la cárcel no dormí... Y Dios me perdone, no pensé en la mujer, ni en la pobre de la vieja, ni en la poca tierra que cultivo, completamente desamparada. Toda la noche la pasé gimiendo: «¡Ay mi pobre hijito! ¡Ay mi querido hijito!...» Después, cuando la mujer, ya en la carretera, me dijo en seguida que el señor hidalgo se había quedado con él en la torre, y que lo acostó en la mejor cama, y mandó a buscar al médico... Y luego, cuando supe por el señor Benito que el señor hidalgo, de noche, subió a ver si estaba bien tapado, y le arregló la ropa, al pobrín...

Y arrebatadamente, en un llanto desatado, gritando: «¡Ay mi señor hidalgo! ¡Mi señor hidalgo...!», Casco asió las manos de Gonzalo, y las besó y volvió a besar, llenándolas de lágrimas.

—¡Vamos, Casco! ¡Qué tontería!... ¡Deje, hombre, deje!

Pálido, Gonzalo sacudía aquella furiosa gratitud, hasta que los dos se miraron, el hidalgo con las pestañas húmedas y trémulas, el labrador de los Bravaes sollozando, en plena confusión. Y fué éste el que, por fin, reprimiendo un último sollozo, se dominó, y desahogó la idea que le había traído, y que ahora le endurecía la cara y el gesto en una decisión que no vacilaría nunca:

—Señor hidalgo, yo no sé hablar, no sé decir las cosas... ¡Pero si de hoy en adelante, sea para lo que fuese, el señor necesitase la vida de un hombre, aquí tiene la mía!

Gonzalo extendió la mano al labrador, con mucha sencillez, como un Ramírez de antaño recibiendo la pleitesía de un vasallo:

—Gracias, José Casco.

—¡Entendido, señor hidalgo, y que Dios Nuestro Señor le bendiga!

Gonzalo, perturbado, subió presuroso la escalerita de caracol, mientras Casco cruzaba el patio despacio, con la cabeza bien erguida, como el hombre que debe y que ha pagado.

Y arriba, en la biblioteca, Gonzalo pensaba con espanto: «¡He aquí cómo en este mundo sentimental se ganan adhesiones gratuitamente!...» Porque, en fin, ¿quién iba a dejar que una criatura con fiebre se arriesgase de noche por una carretera oscura, bajo la lluvia y el vendaval? ¿Quién no la acostaría, no le daría un *grog*, no le arremetería las ropas de la cama para mantenerla bien tapada? ¡Y por aquel *grog* y por aquella cama, venía corriendo el padre, temblando y lloroso, a ofrecer su vida! ¡Ah! ¡Qué fácil era ser rey, y rey popular!

Aquella certeza le animó más a obedecer los consejos de Cavalleiro, a empezar inmediatamente sus visitas a los electoreros influyentes, aquellas visitas aduladoras que le asegurarían la elección con una soberbia unanimidad. Después, al terminar el almuerzo, sobre el mantel mismo, apartando los platos, copió la lista de aquellos magnates, conforme a un borrador que le proporcionó Juan Gouveia. Eran el doctor Alexandrino; el viejo Gramilde, de Ramilde; el padre José Vicente, de la Finta; otros menos importantes; y Gouveia marcó con una cruz, como al más poderoso y más difícil, al vizconde de Río Manso, que disponía de la inmensa feligresía de Cantalapiedra. Gonzalo conocía aquellos señores, hombres con posesiones y dinero—con todos ellos estuvo entrampado en otro tiempo su padre—, pero no había visto nunca al vizconde de Río Manso, un viejo brasileño, dueño de la quinta de La Balconcillo, donde vivía solo con una nieta de once años, aquella linda Rosita a la que llamaba «el capullo de rosa», la heredera más rica de toda la provincia. Y aquella misma tarde, en Villa-Clara, pidió a Juan Gouveia una carta de presentación para Río Manso.

El alcalde vaciló:

—Usted no necesita carta... ¡Qué diablo! ¡Usted es el hidalgo de la

torre! Llega, entra, habla... Además, en la elección última Río Manso ayudó a los regeneradores; de modo que estamos un poco fríos. Río Manso es un testarudo... ¡Pero, en efecto, Gonzalito, conviene empezar esa caza a la popularidad!

Aquella noche, en el Casino, el hidalgo, iniciando la «caza a la popularidad», aceptó una invitación del comendador Román Barros—del pelma, del grotesco Barros—para el banquete fastuoso con que él celebraba, en su quinta de La Roquera, la fiesta de San Román. Y aquella semana entera y después la siguiente, las pasó así en Villa-Clara, animando a los electores, hasta el punto de comprar horrendas camisas de algodón en la tienda de Ramos, de encargar un saco de café en la de comestibles de Tello, de ofrecer el brazo en la plaza del Chafariz a la enojosa mujer del borrachín marqués de Rosendo, y de frecuentar, con el sombrero sobre la nuca, el billar de la calle de las Negras. Juan Gouveia no aprobaba aquellos excesos, aconsejando más bien «buenas visitas, con todo el *chic*, a los serios influyentes». Pero Gonzalo bostezaba, las aplazaba, en su insuperable pereza para afrontar la maledicencia impertinente del viejo Gramilde o la solemnidad forense del doctor Alexandrino.

Terminaba agosto, y, a veces, en la biblioteca, Gonzalo, rascándose desconsoladamente la cabeza, contemplaba las blancas cuartillas, el capítulo tercero de *La torre de don Ramírez* interrumpido... Pero ¡cómo! ¡No podía, con aquel calor, entre los afanes de la elección, sumirse de nuevo en las épocas alfonsinas!

Cuando refrescaban las tardes lentas, montaba a caballo y alargaba su paseo por las feligresías, sin descuidar los consejos de Cavalleiro, con el bolsillo siempre lleno de caramelos para tirar a los chiquillos. Pero en una carta a su querido Andrés confesó ya que «su popularidad no aumentaba, no se extendía...» «¡No, realmente, mi viejo amigo, no poseo ese don! Sé tan sólo charlar familiarmente con los hombres, saludar por su nombre a las viejas en los umbrales de sus puertas, bromear con la chiquillería, y si encuentro una rapazuela con la faldita rota, darle unas monedas para una faldita nueva... Y todas estas cosas tan naturales las hice siempre con toda naturalidad, desde niño, sin que me conquistasen influencia notable... Necesito, por consiguiente, que tu querida autoridad me empuje con su brazo potente y hábil...»

Ya una tarde, al encontrarse junto a la torre al viejo Cosme de Nacejas, y después, un domingo, al cruzar ante las Avemarías en la Bica-Santa, a Adrián Pintor, del caserío de la Levada, ambos labradores muy considerados y buenos electoreros, les pidió los votos con despreocupación, riendo. Y casi le asombró la prontitud y el fervor con que los dos se le ofrecieron. «¿Para el hidalgo? ¡Eso ya está decidido! ¡Aunque se tuviese que votar contra el Gobierno que nos protege!» Y en Villa-Clara, con Gouveia, Gonzalo deducía de aquellas ofertas tan ardorosas «la inteligencia política de la gente del campo»:

—¡Está claro que no lo hacen por mis lindos ojos! Pero saben que soy hombre que habla, que luchará por los intereses de la tierra... ¡Sánchez Lucena no pasaba de ser un consejero muy rico y muy mudo! Esta gente quiere un diputado que grite, que luche, que imponga... Votan por mí porque represento una inteligencia.

Y Gouveia insistía, contemplando pensativamente al hidalgo:

—¡Hombre! ¿Quién sabe? No lo ha experimentado usted nunca, Gonzalo. ¡Tal vez sea realmente por sus lindos ojos!

*

En uno de aquellos paseos, un caluroso viernes, con el sol alto todavía, Gonzalo cruzaba el lugarejo de la Velleda, en el camino de Cantalapiedra. Al final de las casuchas que se aprietan al borde de la carretera blanquecina, muy enjalbegada, en un terreno frente a la iglesia, estaba la taberna famosa del *Pollito*, donde los pabellones del huerto y el renombre del conejo guisado atraen mucha gente los días de la feria de la Velleda. Aquella mañana, *Titó*, después de una madrugada de caza de perdices, en Valverde, apareció en la torre para almorzar, chillando de hambre. Era viernes, y Rosa preparaba una pescadilla con tomates y luego un bacalao asado, formidable. Y Gonzalo, torturado toda la tarde con la sed y reseco además con el polvo de la carretera, se detuvo ávidamente ante el portón de la venta, llamando al *Pollito*.

—¡Oh, señor hidalgo!...

—¡Vamos, *Pollito*, de prisa, una sangría! ¡Una gran sangría, muy fresca,, que me muero!...

El *Pollito*, un viejo rollizo de cabello rubio, no tardó en traer la copa apetitosa y honda, en la que flotaba, sobre la espumilla del azúcar, una rodaja de limón. Y Gonzalo saboreaba la sangría con inefable deleite, cuando de la ventana de la fachada salió un silbido lento, fino, trinado, como el de los arrieros animando a la reata a beber en los riachos. Gonzalo detuvo la copa en el aire, sorprendido. Y vió asomado a la ventana un hombretón garboso, de cara muy blanca y patillas rubias, que, con los puños sobre el antepecho y la cabeza levantada, con un ademán resuelto de bravata y de reto, le miraba atrevidamente. En rápida visión, el hidalgo reconoció a aquel cazador que ya una tarde, en el camino de Nacejas, junto a la fábrica de vidrios, le había mirado con arrogancia, rozándole la pierna con su escopeta, y que después, parado bajo la ventana de una muchacha de blusa azul, le hizo una seña burlona mientras bajaba él por la ladera... ¡Era aquél! Como si no notase el ultraje, Gonzalo bebió apresuradamente la sangría, tiró una moneda al pobre *Pollito*, sobrecogido, y espoleó la fina yegua. Pero entonces salió de la ventana una risita cacareada y burlona, que le corrió por la espalda como un latigazo. Gonzalo se alejó al galope. Y más adelante, sofrenando la yegua en el refugio de una vereda, pensó, trémulo aún: «¿Quién será ese desvergonzado?... ¿Y qué le habré hecho yo, santo Dios? ¿Qué le habré hecho yo?...» Al mismo tiempo todo su ser se desesperaba contra aquel desgraciado *miedo*, encogimiento de la carne, escalofrío de la piel, que siempre, ante un peligro, una amenaza, un bulto surgiendo de una sombra, le aturdía, le impulsaba furiosamente a escapar presuroso! ¡Porque, gracias a Dios, no le faltaba arrojo a su alma! ¡Pero era el cuerpo, el traicionero cuerpo, el que con un estremecimiento, con un terror, huía, se apartaba, arrastrando al alma, mientras por dentro ésta se enfurecía!

Entró en la torre mortificado, envidiando la osadía de los mozos de su quinta, rumiando un triste rencor contra aquel bruto de patillas rubias, ¡a quien seguramente denunciaría a Cavalleiro, sepultándole en una cárcel! Pero, ya en el corredor, Benito borró aquellos pensamientos apare-

ciendo con una carta «que había traído un mozo de la Feitosa...»

—¿De la Feitosa?

—Sí, señor, de la quinta del señor Sánchez Lucena, que en gloria esté. Dijo que venía de parte de las señoras...

—¿De las señoras?... ¿Qué señoras?

Sin franja de luto, la carta no era de la bella doña Ana... Era de doña María Mendoza, que firmaba «tu afectísima prima, María Severim». La leyó en un instante, removido en seguida por aquella nueva sorpresa, olvidado de la venta del *Pollito* y de la afrenta:

«Mi querido primo: Estoy hace tres días con mi amiga Anita, y como ha pasado el mes entero de luto riguroso y ella puede salir ya—y hasta lo necesita, porque ha estado malucha—, aprovecho la ocasión para recorrer estos alrededores, que dicen son tan bonitos y que conozco muy poco. Pensamos ir el domingo a visitar Santa María de Craquede, donde están los sepulcros de los antiguos tíos Ramírez. ¡Qué impresión van a hacerme! Pero, según parece, además de los sepulcros del claustro, hay otros aún más antiguos, que fueron derruídos en tiempo de los franceses, y que están en un subterráneo, donde no se puede entrar sin autorización y sin que faciliten la llave. Te pido, pues, querido primo, que des tus órdenes para que el domingo podamos bajar al subterráneo, que todos aseguran que es muy interesante, porque todavía quedan allí huesos y armas. Si en la torre hubiese una señora, yo misma iría a hacerte esta petición... Pero no se puede visitar a un soltero tan peligroso. ¡Cásate pronto!... De Oliveira, buenas noticias. Ya sabes es siempre tu afectísima, etc.»

Gonzalo miró a Benito, que esperaba interesado ante aquel asombro del señor doctor.

—¿Sabías tú que en Santa María de Craquede hay otros sepulcros en un subterráneo?

El asombro pasó entonces a Benito.

—¿En un subterráneo?... ¿Sepulcros?

—¡Sí, hombre! Además de los que hay en el claustro, parece que existen otros, más antiguos, bajo tierra... Yo nunca los vi, no recuerdo. ¡Verdad es que tampoco he entrado hace años en Santa María de Craquede! ¡Desde pequeño!... ¿Tú no lo sabes?

Benito se encogió de hombros.

—¿Y Rosa, no lo sabrá?

Benito meneó la cabeza, dudando.

—¡No sabéis nunca nada!. ¡Bien! Mañana temprano vete a Santa María de Craquede y pregunta en la iglesia al sacristán si existe ese subterráneo. Si existiese, que se lo enseñe el domingo a unas señoras, doña Ana Lucena y doña María Mendoza, nuestra prima María. ¡Y que lo tenga todo barrido y decente!

Pero repasando la carta, encontró un *post-scriptum*, con letra más menuda, en el canto de la hoja: «El domingo, no se te olvide, la visita será *entre cinco y cinco y media*.»

Gonzalo pensó: «¿Será una entrevista?» Y en la biblioteca, tirando sobre una silla el sombrero y la fusta, ¡pensó que era una entrevista muy clara y señalada! Tal vez no existía siquiera aquel subterráneo; María Mendoza, con su tortuosa habilidad, habíalo inventado como motivo natural para escribirle y anunciarle que el domingo, a las cinco y media, la bella doña Ana y sus doscientos mil duros le esperaban en Santa María de Craquede. Pero en-

tonces la prima María ¿no había bromeado en Oliveira? ¿Le gustaba él realmente a doña Ana?... Y una emoción, una curiosidad voluptuosa, conmovieron a Gonzalo ante la idea de que tan hermosa mujer le desease. ¡Ah! ¡Pero, evidentemente, le deseaba como marido, porque si le desease como amante no habría buscado los servicios de doña María Mendoza, ni la prima María, a pesar de ser tan aduladora con las amigas ricas, los iba a prestar así, descaradamente, como una alcahueta de comedia! Pero, ¡caramba! ¡Casarse con doña Ana, no!

Ansió de pronto conocer la vida de doña Ana. ¿Habría ella aguantado tantos años, con severa fidelidad, al viejo Sánchez Lucena? Sí, tal vez, en la Feitosa, en la soledad de los grandes muros de la Feitosa, porque fuera nunca había corrido sobre ella un rumor, y eso en pueblecillos tan ávidos de rumores malignos. Pero ¿y en Lisboa?... ¿Aquellos «amigos apreciadísimos» de que se ufanaba el pobre Sánchez, aquel don Juan no sé qué, el pomposo Arronches Manrique, el Felipe Lorenzal, con su cornetín?... ¿Alguno, sin duda, le atacó? Tal vez aquel don Juan, por deber tradicional del nombre. ¿Y ella?... ¿Quién podría informarle sobre la historia sentimental de doña Ana?

Después, en la comida, de repente, pensó en Gouveia. Una hermana de Gouveia, casada en Lisboa con un tal Cerqueira (refundidor de comedias de magia y empleado en la Misericordia), solía enviar a su hermano el alcalde informes íntimos sobre todas las personas conocidas de Oliveira y de Villa-Clara que se detenían en Lisboa y que interesaban a su hermano con fines políticos o por chismorreo. Y seguramente el querido Gouveia conocía al dedillo, por su hermana, la Cerqueira, la historia de doña Ana durante sus inviernos de Lisboa, en las delicias de su «fino grupo».

Aquella noche, sin embargo, el alcalde no apareció por el Casino. Y Gonzalo, desconsolado, regresaba a la torre cuando en la plaza del Chafariz se lo encontró con Videiriña, sentados ambos en un banco, bajo los oscuros plátanos.

—¡Llega usted a tiempo!—exclamó Gouveia—. Nos vamos precisamente a mi casa a tomar el té. ¿Quiere usted acompañarnos?... A usted suelen gustarle mis tostaditas.

El hidalgo aceptó, a pesar de su cansancio. Y después, por la Calçadiña, cogiéndose del brazo del alcalde, contó que había recibido una carta de Lisboa, de un amigo, con una noticia estupenda... ¿Cuál? El casamiento de doña Ana Lucena.

Gouveia se detuvo asombrado, echando hacia atrás el hongo.

—¿Con quién?

Gonzalo inventó el futuro esposo, lo mismo que había inventado la carta.

—Con un lejano pariente mío, según parece, un don Juan Pedroso o de la Pedrosa. Sánchez Lucena me habló de él muchas veces... Se veían constantemente en Lisboa...

Gouveia golpeó con la punta del bastón sobre las piedras.

—¡No puede ser!... ¡Qué disparate! Doña Ana no va a concertar su boda siete semanas después de morir su marido... ¡Fíjese en que Lucena falleció a mediados de julio, hombre! ¡No ha tenido tiempo aún de acostumbrarse a la sepultura!

—¡Sí, en efecto!—murmuró Gonzalo.

Y sonrió bajo una dulce ráfaga de vanidad, pensando que siete semanas después de enviudar, doña Ana, sin poder resistirse, atropellando la decencia y el luto, le ofrecía a él una

entrevista en las ruinas de Craquede.

Aquella mentira, además, a pesar de ser disparatada, le fué provechosa, porque, después de subir a la salita verde del alcalde, se repitió el espanto. Videiriña se restregó las manos, divertido.

—¡Tiene eso gracia, señor doctor!... ¡Pensar que doña Ana, después de agarrar los doscientos mil duros del vejete, en cuanto pasan unas semanas, ¡zas!, se enreda con un muchachote!...

¡No, no! Gonzalo, ahora, recapacitando, consideraba también disparatada la noticia de la boda, así, con el pobre Sánchez, tibio aún...

—Naturalmente, entre ella y ese don Juan habría un amorío, miraditas... Por eso lo han imaginado. En efecto, alguien me contó hace tiempo que el tal don Juan se lanzaba valientemente, como cumple a un don Juan, y que ella...

—¡Mentira!—atajó el alcalde, inclinado sobre el tubo del quinqué para encender el cigarro—. ¡Mentira! Lo sé perfectamente y de buena tinta... ¡En fin, lo sé por mi hermana! Nunca, en Lisboa, doña Ana dió pie para que se murmurase. Es muy seria, de lo más serio. Claro es que no han faltado por ahí granujas que la mirasen con ojos lánguidos. Tal vez ese don Juan, u otro amigo del marido, siguiendo la buena ley natural. Pero ella, ¡nada! ¡Ni mirar de soslayo! ¡Es una esposa romana, amigo mío, y de los buenos tiempos romanos!

Gonzalo, sepultado en el canapé, se retorcía lentamente el bigote, deleitado, recogiendo aquellas revelaciones. Y Gouveia, en medio de la sala, con un gesto convencido y superior:

—¡No es de extrañar! Estas mujeres muy hermosas son insensibles. Bellos mármoles, pero fríos como ellos... ¡No, Gonzalito: para sentimiento, para alma, y hasta para lo demás, vengan mujeres pequeñitas, delgaditas, modestas! ¡Esas, sí!... Pero éstas grandes mujeres blancas, del tipo de Venus, son sólo para verlas, para un museo.

Videiriña arriesgó una duda:

—Una señora tan guapa como doña Ana, y con esa sangre, casada así con un vejestorio...

—¡Hay mujeres a las que les gustan los vejestorios, porque ellas tienen también sentimientos viejos! —declaró Gouveia, alzando el dedo con una autoridad y una filosofía inmensas.

Pero la curiosidad de Gonzalo no se contentaba con aquello. ¿Y en la Feitosa? ¿No se murmuró nunca de alguna aventura oculta? Parece que con el doctor Julio...

—Ni en la Feitosa, ni en Oliveira, ni en Lisboa... ¡Es como le digo, Gonzalo, mujer de mármol!

Y después, saludando con sumisa admiración:

—Ahora que como mármol... ¿No se imaginan ustedes, amigos míos, la belleza de esa mujer descotada?

Gonzalo se asombró:

—¿Y dónde la ha visto usted descotada?

—¿Que dónde la he visto descotada? En Lisboa, en un baile en Palacio... Fué incluso Lucena quien me proporcionó la invitación. Allí me presenté de calzón corto... Un aburrimiento. Y hasta una vergüenza, toda aquella turba amontonada encima de las mesas del *buffet*, gritando, agarrando furiosamente los pedazos de pavo...

—¿Pero entonces doña Ana...?

—¡Pues doña Ana, una belleza! ¡No se pueden ustedes imaginar!... ¡Santo Dios! ¡Qué hombros! ¡Qué brazos! ¡Qué pecho! Y de una blancura, de una perfección... ¡Para volverse loco! Al principio, como había mucha gente y ella estaba en un rincón, encogidita, no causó sensación. Pero después la descubrieron, y todo fueron carreritas, montones de gentes pasmadas... Y «¿quién será?» Y «¡qué encanto!» ¡Todo el mundo trastornadito, hasta el rey!

Y los tres hombres enmudecieron un momento con la impresión del hermoso cuerpo evocado, que surgía entre ellos, casi desnudo, inundando con el esplendor de su blancura la modesta sala mal iluminada. Por último, Videiriña acercó la silla, en confidencia, para contar también él su información.

—Pues, por mi parte, lo que puedo afirmar es que doña Ana es una mujer muy aseada, muy lavada...

Y como los otros se espantaban, riendo, de una certeza tan íntima, Videiriña contó que todas las semanas aparecía un mozo de la Feitosa en la botica de Pires a comprar tres o cuatro frascos de agua de Colonia portuguesa, una fórmula de Pires.

—Hasta Pires dice siempre, frotándose las manos, que en la Feitosa riegan la tierra con agua de Colonia. Después lo hemos sabido por la doncella... Doña Ana toma todos los días un gran baño, no sólo para lavarse, sino de placer. Se queda una hora dentro de la bañera. Hasta lee allí dentro el periódico. Y en cada baño, ¡zas!, medio frasco de agua de Colonia... ¡Ya es lujo!

Entonces Gonzalo sintió como un hastío ante aquellas revelaciones del alcalde, del ayudante de farmacia, sobre los descotes y los lavados de la linda mujer que le esperaría entre los sepulcros de los Ramírez seculares. Agitó el periódico con que se abanicaba, y exclamó:

—¡Bien! Y pasando a un asunto más serio... Gouveia, ¿qué ha sabido usted del doctor Julio? ¿Trabaja el hombre la elección?

La criada entró con la bandeja del té. Y alrededor de la mesa, tomando las famosas tostadas, hablaron de la elección, de los informes de los alcaldes, de la reserva de Río Manso y sobre el doctor Julio, al que Videiriña encontró en los Bravaes mendigando votos por las puertas, acompañado de un mozo con la máquina fotográfica a la espalda.

Después del té, Gonzalo, cansado ya y provisto «de revelaciones», encendió el puro para regresar a la torre.

—¿No me acompaña usted, Videiriña?

—Hoy no puedo, señor doctor. Salgo de madrugada para Oliveira, en la diligencia.

—¿Y qué diablo va usted a hacer en Oliveira?

—Es a causa de unos zapatos de playa y de un traje de baño para la mujer de mi patrón, doña Josefa Pires... Tengo que cambiarlos en los Emilios, llevar las medidas.

Gonzalo levantó los brazos, desolado.

—¡Vean ustedes qué país éste! Un gran artista como Videiriña cargando hacia Oliveira con los zapatos de baño de su patrona, la Pires... ¡Oh Gouveia! Cuando yo sea diputado tenemos que buscar un buen puesto para Videiriña en el Gobierno civil. ¡Un puesto fácil y tranquilo, para que no olvide la guitarra!

Videiriña enrojeció de gusto y de esperanza, corriendo a descolgar de la percha el sombrero del hidalgo.

Por la carretera de la torre, los pensamientos de Gonzalo volaron en seguida, con irresistible tentación, hacia doña Ana, hacia su descote, hacia los lánguidos baños en que

permanecía largo rato leyendo el periódico. ¡En fin, qué diablo!... Aquella doña Ana, tan honesta, tan perfumada, tan espléndidamente bella, sólo presentaba, como esposa, un feo defecto: el papá carnicero. Y también la voz, la voz que tanto le estremeció en la Bica-Santa... Pero Mendoza aseguraba que aquel timbre grueso y arrastrado, en la intimidad descendía fino, casi suave... ¡Además, unos meses de convivencia acostumbran a las voces más desagradables, y él mismo no notaba ahora lo gangoso que era Manuel Duarte! ¡No! Mancha contumaz, realmente, era sólo lo del padre carnicero. Pero en esta humanidad, nacida toda de un solo hombre, ¿quién entre sus miles de abuelos hasta Adán no tiene algún abuelo carnicero? El, buen hidalgo, de una casta de reyes de la que irradiaban, sin duda, dinastías, removiendo el pasado tropezaría con un Ramírez carnicero. Y ya sobresalía el carnicero en seguida desde la primera generación, en una carnicería con parroquia, o ya se esfumase tan sólo, a través de unos densos siglos, entre los trigésimos abuelos, ¡allí estaba, con la macheta y el tajo y las tajadas de carne y las manchas de sangre en el brazo sudoroso!...

Y semejante pensamiento no le abandonó hasta la torre, ni aun después, ya en el balcón de su cuarto, terminando el puro, oyendo cantar las cigarras. Estaba acostado ya, se le cerraban los párpados, y aún sentía que sus pasos impacientes se dirigían hacia atrás, hacia el oscuro pasado de su casa, entre la enmarañada historia, buscando el carnicero... Estaba ya más allá de los confines del imperio visigodo, donde reinaba con un globo de oro en la mano su barbudo antepasado Recesvinto. Extenuado, jadeando, traspuso las ciudades cultas, pobladas de hombres cultos, penetró en las florestas surcadas aún por el mastodonte. Entre la húmeda espesura se cruzó ya con vagos Ramírez, que porteaban, gruñendo, reses muertas, haces de leña. Surgían otros de cubiles humeantes, rechinando unos dientes verdosos, para sonreír al nieto que pasaba. Después, por tristes eriales, entre tristes silencios, llegó a una laguna neblinosa. Y a orillas del agua cenagosa, entre los cañaverales, un hombre monstruoso, peludo como una fiera, agachado en el lodo, partía a recios golpes, con un hacha de piedra, trozos de carne humana. Era un Ramírez. Por el cielo ceniciento volaba el azor negro. Y en seguida, de entre la neblina de la laguna, hacía él una seña hacia Santa María de Craquede, hacia la hermosa y perfumada doña Ana, vociferando por encima de los imperios y de los tiempos: «¡Encontré a mi abuelo carnicero!»

*

Al domingo siguiente, Gonzalo despertó con una «¡feliz idea!» ¡No correría a Santa María de Craquede con una puntualidad ansiosa, a las cinco (a las cinco indicadas en el *post-scriptum* de la prima María), mostrando su alborozo al ver a la tan bella y tan rica doña Ana Lucena! Iría a las seis, cuando terminase la peregrinación de aquellas señoras a los sepulcros. Aparecería indolentemente, como si, al regresar de un paseo por las frescas cercanías, se acordase y detuviese en las ruinas para charlar con la prima María.

Sin embargo, no bien dieron las cuatro empezó a vestirse con tanto esmero, que Benito, cansado de las corbatas que el señor doctor se probaba y luego tiraba arrugadas al diván, no pudo contenerse:

—¡Póngase la de seda blanca, señor doctor! ¡Póngase la blanca, que le sienta mejor! Y refresca más con este calor.

Se esmeró también en la elección de un ramito para el ojal, juntando los colores heráldicos de los Ramírez: un clavel amarillo con otro blanco. En el portón, apenas montó en la yegua, temió que las señoras—al no encontrarle en el claustro—abreviasen su visita. Apresuró el trote por el atajo de la Portella. Luego, más adelante, al desembocar en la antigua carretera real, se lanzó en un galope impaciente, que le blanqueó de polvo.

Sólo volvió a adoptar un paso indiferente al acercarse a la vía del tren, donde un carro de leña y dos hombres esperaban ante el paso a nivel cerrado para que pasase lentamente un mercancías cargado de barriles. Uno de aquellos hombres, con unas alforjas al hombro, era el mendigo, el vistoso mendigo que paseaba por aquellas aldeas el encaje majestuoso de sus barbazas de dios fluvial. Quitándose gravemente el sombrero de anchas alas, deseó al hidalgo la compañía de Nuestro Señor.

—¿Entonces hoy a ganarse la rica vida por Craquede?...

—Vengo acá algunas veces al paso del tren de Oliveira, señor hidalgo. A los viajeros les gusta verme de pie en el talud; corren siempre a las ventanillas...

Gonzalo, riendo, recordó que el encuentro de aquel anciano precedía siempre los encuentros suyos con la bella doña Ana. «¿Quién sabe?—pensó—. ¡Es tal vez el Destino!» Los antiguos pintaban así al Destino, con luengas barbas y largas melenas y las alforjas a la espalda, conteniendo las suertes humanas... Y, en efecto, al final del pinar silencioso, al que unas largas rayas de sol doraban suavemente, divisó el coche de la Feitosa parado bajo una encina, con el cochero de librea negra dormitando en el pescante. La carretera real de Oliveira bordea allí el antiguo atrio del monasterio de Craquede, abrasado por el fuego del cielo, en aquella furiosa tempestad que llaman de *San Sebastián*, y que aterró a Portugal en 1616. La hierba alfombra ahora el suelo, alta y verde, entre los recios troncos de los viejísimos castaños. La iglesita nueva blanquea bien enjalbegada, al fondo de la enramada, y unida a ella por un muro agrietado cubierto de espesa hiedra, ocupando todo el lado este del Terreiro sube, llena aún, magníficamente el cielo refulgente, la fachada de la iglesia del vetusto monasterio, suavemente amarillenta y bruñida por el tiempo, con su inmenso portal sin puertas, el rosetón desmantelado y vacíos los nichos de enterramiento, donde antaño se erguían las imágenes de los fundadores, Froilán Ramírez y su esposa Estefanía, condesa de Orgaz, apodada la de la *Queja Obstinada*. Dos casas de adobe ocupan el lado frontero del atrio: una pulcra, con los marcos de las ventanas pintados de azul chillón, y la otra, desierta, casi sin tejado, ahogada entre la verdura de un huerto silvestre, donde resplandecen girasoles. Un pensativo silencio envolvía la arboleda, las altivas ruinas. Y ni siquiera lo rompía, antes bien, lo acunaba serenamente, el susurro de una fuente que el estiaje había reducido a un hilo lento, y que apenas llenaba su estanque de piedra, entoldado por el pálido y escaso follaje de un sauce llorón muy alto.

El lacayo de la Feitosa, al divisar

al hidalgo, saltó risueñamente del borde del estanque, donde picaba tabaco, para coger la yegua. Y Gonzalo, que desde pequeño no pisaba las ruinas de Craquede, seguía por un sendero abierto entre la hierba, con gran atención, encantado con aquella romántica soledad de leyenda y de poesía, cuando bajo el arco del portalón aparecieron las dos señoras, volviendo del viejo claustro. Doña María Mendoza, con su expresiva viveza, agitó en seguida la sombrilla a cuadritos, haciendo juego con el vestido, cuyas mangas, que se ahuecaban mucho en los hombros, subrayaban más su delgada elegancia. Y al lado, en la claridad, doña Ana era una silenciosa y esbelta forma negra, de lana y gasa negra también, donde sólo resaltaba, suavizada bajo el velo negro, la blancura espléndida de su cara sensual y seria.

Gonzalo corrió, quitándose el sombrero de paja, balbuciendo su «placer por aquel encuentro...» Pero ya doña María le regañaba, sin consentirle la fábula del «encuentro»:

—¡Oh primo! No es nada amable, nada amable...

—Por Dios, prima...

—¡Sabías que veníamos por mi carta! Y no estar siquiera a la hora convenida para hacer los honores, como debía ser...

El, riendo, con su airosa desenvoltura, ¡negó aquel deber! ¡Aquella casa no era suya, sino del Buen Dios! Al Buen Dios correspondía, pues, «hacer los honores», recibir a tan bellas romeras con algún milagro amable...

—¿Entonces les ha gustado? ¿Le han gustado a usted, doña Ana, las ruinas?... Son muy interesantes, ¿verdad?

A través del velo, con una lentitud que el grueso encaje negro hacía aún más grave, ella murmuró:

—Yo las conocía ya... Vine aquí una tarde con mi pobre marido, que Dios tenga en su gloria.

—¡Ah!...

Ante aquella evocación del pobre muerto, Gonzalo borró toda su sonrisa con una tristeza cortés. Pero doña María Mendoza intervino, alzando uno de sus delgados brazos, como para apartar la sombra importuna:

—¡Ay! ¡No te imaginas lo que me ha gustado, primo! ¡Es soberbio todo el claustro!... Y luego esa espada mohosa, suspendida encima del sepulcro... No hay nada que impresione tanto como estas cosas antiguas... ¡Oh primo, y pensar que están ahí nuestros antepasados!

La sonrisa de Gonzalo brilló de nuevo, alegre y acogedora, como siempre que doña María se introducía con desesperado afán en la casa de Ramírez. Y bromeó afablemente.

¡Oh antepasados!... ¡Simples puñados de ceniza, bah! ¿No era cierto, doña Ana?... ¡Verdaderamente!, ¿quién imaginaba que la prima María, tan viva, tan sociable, tan graciosa, descendiese de un polvo tristón encerrado dentro de un arca de piedra? ¡No! No se podía unir tanto *ser* a tanto *no-ser*... Y como doña Ana sonriese con un vago asentimiento, apoyando las dos manos fuertes y muy ceñidas por la negra piel del guante al apoyarse en el alto puño de aljófar de la sombrilla, él interrumpió con interés:

—¿Estará usted tal vez cansada, doña Ana?

—No, no estoy cansada... Vamos aún a entrar un ratito a la capilla... Yo nunca me canso.

Y parecióle a Gonzalo que la voz de la hermosa criatura no se arrastraba ya por la garganta, tan gruesa y ronca, sino que se había afinado, suavizada y velada por el luto de gasa y lana, como esos fuertes y arrastrados ruidos que la noche y la arboleda amenguan. Pero doña María confesó su enorme cansancio. Nada la rendía tanto como visitar curiosidades... ¡Y, además, la emoción, la idea de unos héroes tan antiguos!...

—¿Y si nos sentásemos en aquel banco, eh? Es muy pronto para volver, ¿no es verdad, Anita? Y resulta tan agradable esta tranquilidad, este fresco...

Había un banco de piedra junto al muro agrietado, que la hiedra ahogaba. Alrededor crecía la hierba, más silvestre y florida, con las últimas margaritas y los botones de oro que el sol de agosto respetara. Un fino aroma de algún jazminero oculto por la hiedra, flotaba, endulzando la serena tarde. Y en la rama de un álamo, frente al portón de la capilla, cantó un mirlo dos veces. Gonzalo limpió todo el banco cuidadosamente con el pañuelo. Y sentado en la punta junto a doña María, ensalzó también la frescura, el recogimiento de aquel rinconcito de Craquede... ¡Y él que nunca había aprovechado de tan santo refugio, casi suyo, ni siquiera para un almuerzo bucólico! Pues ahora, ciertamente, volvería allí a fumar un puro, a remover ideas de paz bajo la paz de las encinas, en la proximidad de los abuelos fenecidos... Y luego, con curiosidad:

—¡Es verdad, prima! ¿Y el subterráneo?

¡Oh, no existía tal subterráneo!... Sí, existía, pero cegado, sin sepulturas ni antigüedades. Y el sacristán les aseguró que «no valía la pena de ensuciarse las faldas».

—¡Ah, es verdad! Anita, ¿le diste algo al sacristán?

—Sí, hija, le di una peseta... No sé si sería bastante...

Gonzalo aseguró que se le pagaba espléndidamente al sacristán. Y de haber él sabido tamaña generosidad de doña Ana, hubiese cogido un manojo de llaves, hasta se habría puesto una sotana, para enseñar aquello y ganarse la propina...

—¡Pues es lo que debías haber hecho!—exclamó doña María, con una chispa en sus ojos listos—. Y seguramente te hubieran dado la peseta. ¡Porque siempre hubieses sido más instructivo que aquel hombrecillo, que mascullaba, que no sabía nada! ¡Valiente murciélago! ¡Y yo, que tenía tanta curiosidad por aquel sepulcro abierto, con la tapa rajada!... El individuo sólo supo rezongar que «eran historias muy antiguas del hidalgo de la torre...»

Gonzalo reía.

—¡Pues esa historia la sé por casualidad, prima María! La sé ahora por el *Fado de los Ramírez*, el fado de Videiriña...

Doña María Mendoza levantó las flacas manos al cielo, indignada ante aquella indiferencia por las tradiciones heroicas de la casa. ¡Conocer solamente su historia porque la rasgueaban en un fado!... ¿No le daba vergüenza al primo Gonzalo?

—Pero ¿por qué, prima, por qué? El fado de Videiriña está basado en documentos auténticos que el padre Soeiro estudió. Todo el relleno histórico ha sido suministrado por el padre Soeiro. Videiriña sólo ha puesto los versos. Además de eso, antiguamente, prima, la Historia era perpetuada en verso y cantada al son de la lira... En fin, ¿quieres saber ese caso del túmulo abierto, según los versos de Videiriña? ¡Lo contaré! Pero sólo para doña Ana, que no siente esos escrúpulos...

—¡No!—replicó doña María—. ¡Si

Videiriña posee esa autoridad histórica, entonces cuéntamelo a mí también, que soy de la casa!

Gonzalo tosió en broma, y luego se pasó el pañuelo por los labios.

—¡Pues he aquí el caso! En ese sepulcro yacía muerto, naturalmente, uno de mis abuelos... No recuerdo el nombre: Gutierre o Lope. Creo que Gutierre... En fin, ahí yacía cuando tuvo lugar la batalla de las Navas de Tolosa... La prima María conoce la batalla de las Navas, los cinco reyes moros, etcétera... Cómo se enteró de esa batalla el tal Gutierre, no lo cuentan los versos de Videiriña. Pero apenas le llegó ahí dentro el olor de la matanza, destrozó el sepulcro, salió por ese patio como un desesperado, desenterró su caballo, que estaba en el atrio, donde ahora crecen esas encinas, montó en él armado de punta en blanco, y caballero muerto sobre un muerto corcel, se largó a galope por toda España, llegó a las Navas y arremetió con su espada, destrozando moros... ¿Qué le parece, doña Ana?

Había dedicado la historia a doña Ana, buscando en sus bellos ojos la atención y el interés. Y ella, que los esquivaba, a través del decoro melancólico a que se forzaba, suavizó la sonrisa, y atraída e interesada murmuró solamente:

—¡Tiene gracia!

Doña María, sin embargo, desfalleció casi sobre el banco de piedra, en un éxtasis:

—¡Qué bonito, qué bonito! ¡Cuánta poesía!... ¡Oh, es una leyenda preciosa!

Y para que Gonzalo mostrase aún la gracia de su relato, otras maravillas de su Crónica:

—Cuenta, primo, cuenta... ¿Y volvió a Craquede ese tío Ramírez?

—¿Quién, prima? ¿Gutierre?... ¡Hubiera sido tonto! No bien se vió libre de la pesadez del sepulcro, no apareció más por Santa María de Craquede. El túmulo vacío, como está, ¡y él por España en esa juerga heroica!... ¡Imagínese! ¡Un difunto que se escapa por milagro de su sepultura, de esa postura eterna, tan apretada, tan rígida!...

De pronto enmudeció, recordando a Sánchez Lucena estirado también en su féretro de plomo, bajo su vistoso panteón de Oliveira... Doña Ana bajó la cara, más oculta en el velo, agujereando la hierba con la punta de la sombrilla. Y la lista doña María, para deshacer la sombra impertinente que de nuevo les rozaba, expresó otra curiosidad, relacionada también con la nobleza de los Ramírez:

—¡Ah, es verdad! Siempre se me olvida preguntártelo. Oye, primo, ¿tienes aún muchos parientes en Francia?... Tal vez no lo sepas...

¡Sí! Gonzalo, casualmente, conocía esa historia de sus parientes de Francia, a pesar de que Videiriña no los cantaba en su fado.

—¡Cuenta, entonces! ¡Pero que sea historia alegre!

¡Oh, no era prodigiosamente divertida! Un abuelo Ramírez, García Ramírez, acompañó en sus famosos viajes al infante don Pedro, el hijo del rey don Juan I... Ya sabía la prima, el infante don Pedro, aquel que corrió las siete partes del mundo... Pues bien: el infante don Pedro y sus nobles, al regreso de Palestina, permanecieron un año entero en Flandes, con el duque de Borgoña. Hasta se celebraron por entonces fiestas maravillosas, con un banquete que duró siete días, y que figura en los compendios de la Historia de Francia. Donde hay danzas, hay amores. Al abuelo Ramírez le sobraba imaginación y arrojo... El fué quien frente a Jerusalén, en el valle de Josafat, propuso que se erigiese una *señal* para que el infante y sus compañeros de peregrinación se reconociesen en el gran día del Juicio. Además, naturalmente, era un guapo mocetón, de barba negra y cerrada a la portuguesa... Se casó, al fin, con una hermana del duque de Clèves, una señora tremenda, sobrina del duque de Borgoña y Brabante. Más tarde, a través de esos enlaces, una abuela Ramírez, ya viuda, se casó también en Francia con el conde de Tancarville. Esos Tancarvilles, grandes maestres de Francia, eran dueños del más formidable castillo de Europa, y...

Doña María batió palmas, riendo:

—¡Bravo! ¡Bonito, sí, señor!... Y el primo se jactaba de no saber nada del linaje... ¡Miren cómo conoce al detalle la historia de esos casamientos! ¿Eh, Anita?... ¡Es una crónica viva!

Gonzalo inclinó la cabeza, confesando que se había ocupado de toda aquella historia heráldica por un motivo bien rastrero: ¡por miseria!...

—¿Por miseria?

—Sí, prima María, por escasez de dinero, de plata...

—¡Cuenta! ¡Cuenta! Mira, Anita está ansiosa...

—¿Quiere u s t e d saberlo, doña Ana?... Pues fué en Coimbra, cuando estudiaba yo allí el segundo año. Mis compañeros y yo llegamos a no reunir entre todos un real. ¡Ni para cigarros! ¡Ni para el sagrado vasito de peleón y las tres aceitunas obligadas!... Uno de ellos, muchacho muy gracioso, de Melgaço, apareció con la idea estupenda de que escribiese yo a mis parientes de Francia, a esos Clèves, a esos Tancarvilles, señores seguramente riquísimos, y les pidiese, con toda desenvoltura, un pequeño préstamo de trescientos francos.

Doña Ana no pudo contener la risa, sinceramente divertida:

—¡Ay! ¡Tiene mucha gracia!

—Pero no tuvo resultado, señora... ¡Ya no existen Clèves, ni Tancarvilles! Todas esas grandes familias feudales se han acabado, se han fundido en otras casas, hasta en la de Francia. Y el padre Soeiro, a pesar de todo su saber genealógico, no ha podido descubrir nunca quién las representaba con la suficiente afinidad para prestarme a mí, pariente pobre de Portugal, aquellos trescientos francos.

Aquella penuria de Gonzalo, de tan gran hidalgo, casi enterneció a doña Ana:

—¡Miren que estar así sin un real! Quién lo hubiese sabido... ¡Pero tiene gracia! Esas historias de Coimbra tienen siempre mucha gracia. Don Juan de la Pedrosa, en Lisboa, también contaba muchas...

Doña María Mendoza, a través de aquellas bromas estudiantiles, descubría otra prueba inesperada de la grandeza de los Ramírez. E inmediatamente la reveló ante doña Ana con habilidad:

—¡Vea usted!... Todas esas grandes casas de Francia, tan ricas, tan poderosas, han terminado y desaparecido. ¡Y aquí, en nuestro Portugalido, dura aún la casa de Ramírez!

Gonzalo replicó:

—¡Ahora acabará, prima!... No me mires con ese espanto. Acabará ahora..., ¡si yo no me caso!

Entonces doña María se oprimió el flaco pecho, como si aquel casamiento del primo dependiera de dulces influencias que convenía se trocasen muy de cerca, sin Marías Mendoza de por medio en el estrecho banco, con grandes mangas ahuecadas que estorbaban las corrientes de eflu-vio. Y sonriendo casi lánguidamente:

—Si no te casas... Pero ¿por qué, primo, por qué?

—Porque no tengo hechura para ello, prima. El matrimonio es un arte muy delicado, que requiere vocación, un genio especial. Las hadas no me han concedido ese genio. Y si me dedicase a semejante tarea, ¡ay de mí!, seguramente lo echaría a perder.

Doña Ana, como si la preocupase otra idea, sacó lentamente del cinturón su relojito, enganchado a una cinta de pelo. Y doña María insistió, rechazando los motivos del hidalgo:

—Esas son tonterías. A ti, primo, que te gustan tanto las criaturas...

—Me gustan mucho los niños, hasta los de pecho. Los niños son los únicos seres divinos que nuestra pobre humanidad conoce. Los otros ángeles, los de alas, no aparecen nunca. Los santos, después de serlo, se quedan en la buenaventuranza haraganeando, ya nadie los ve. Y para formarnos idea de las cosas del cielo, sólo tenemos realmente los niños... Sí, en efecto, prima, me gustan mucho los niños. Pero también me gustan las flores, y no soy jardinero ni tengo dotes para la jardinería.

Y doña María, chispeantes los ojos prometedores:

—¡No te preocupes, que aún puedes aprender!

Y luego, dirigiéndose a doña Ana, que seguía absorta mirando su reloj:

—¿Te parece que va siendo la hora? Entonces, si quieres, entraremos en la capilla... Anda, primo, mira si está abierta.

Gonzalo corrió y empujó la puerta. Después acompañó a las señoras por la pequeña nave enlosada, entre finas columnas recubiertas de una cal áspera y cruda, que blanqueaba también los muros lisos, sólo guarnecidos, en su severa desnudez, por litografías de santos en marcos de pino. Las señoras se arrodillaron, la prima María sepultando la cara en las manos unidas como en un cuadro piadoso. Gonzalo dobló levemente la rodilla, recitando un avemaría.

Después volvió al atrio y encendió un cigarro. Y pisando lentamente la hierba, pensaba hasta qué punto había mejorado la viudez a doña Ana. Bajo la negrura del luto, como en una penumbra que esfuma la grosera inelegancia de las cosas, todos sus defectos se fundían, aquellos defectos que tanto le horripilaron la tarde de la Bica-Santa, la ronquera de la voz, el pecho empinado, la ostentación de burguesa ricachona pingüemente repantigada en la vida. ¡Ya no decía incluso «caballero»! Y allí, en el atrio melancólico de Craquede, parecía realmente más interesante y deseable.

Las señoras bajaban los dos escalones de la capilla. Un mirlo revoloteó entre el ramaje de los álamos. Y Gonzalo tropezó con el relampagueo de los ojos serios de doña Ana, que le buscaban.

—Les pido perdón por no haberles ofrecido agua bendita a la salida; pero está seca la pila...

—¡Jesús, primo, qué iglesia tan fea!

Doña Ana insinuó con timidez:

—Después de las ruinas y de los sepulcros, hasta parece poco religiosa.

La observación impresionó a Gonzalo, como muy certera. Y junto a ella, aminorando el paso con agrado, sentía, difundido por sus movimientos, por el roce de su vestido, un perfume fino, que no era el de la horrenda agua de Colonia de la botica de Pires. En silencio, bajo la enramada de las encinas, caminaron hacia el coche, donde el cochero se enderezó, correcto, quitándose el sombrero. Gonzalo notó que se había afeitado el bigote. El tronco relucía, enjaezado con esmero.

—Entonces, prima María, ¿vas a quedarte aún por estos lugares?

—Sí, primo, unos quince días más... ¡Anita es tan amable! Quiso que trajese a los pequeños. ¡No puedes imaginar lo que ellos se divierten en la quinta!

Doña Ana murmuró, siempre seria:

—Son muy graciosos, hacen mucha compañía... A mí también me gustan mucho los niños.

—¡Ay! ¡Anita adora las criaturas!—apuntó doña María con fervor—. ¡Lo que ella aguanta a los pequeños! Hasta juega con ellos al escondite.

Junto al coche, Gonzalo pensó que otra vuelta por el atrio, más lenta, con doña Ana y su fino aroma, sería muy grata, en aquel sosiego de la tarde que terminaba, teñida de tan lindos colores rosados sobre los oscuros pinos. Pero ya el lacayo se acercaba llevando su yegua. Y doña María, después de admirar y de acariciar al animal, llamó al primo discretamente para saber la distancia de la Feitosa a Treixedo, la otra quinta histórica de los Ramírez.

—¿A Treixedo, prima?... Cinco leguas largas, por malos caminos.

E inmediatamente se arrepintió, previendo un paseo, un nuevo encuentro:

—Pero en la carretera estaban haciendo obras últimamente. Y es un sitio muy bonito, en un alto, con unos restos de murallas... Treixedo era un castillo enorme... En la quinta hay una laguna entre la antigua arboleda... ¡Oh, un sitio delicioso para un *pic-nic!*

Doña María vaciló:

—Es un poco lejos; ya veremos; tal vez.

Y como doña Ana esperaba en silencio, Gonzalo abrió la portezuela y cogió las riendas de manos del lacayo. Doña María Mendoza, en su satisfacción por tan aprovechada tarde, apretó efusivamente la mano de su primo, jurando «¡que se iba enamorada de Craquede!» Doña Ana apenas rozó los dedos de Gonzalo, tímida y ruborosa.

Una vez solo, con las riendas de la yegua cogidas con el brazo, Gonzalo sonrió. En verdad, aquella tarde no le había desagradado doña Ana. Otros modales, otra grave sencillez, otra dulzura en su pujante belleza de Venus rural... Y aquella observación sobre la capilla «poco religiosa» después de las ruinas seculares del claustro era una fina observación. ¿Quién sabía? Tal vez bajo la carne tan sensual se ocultase una naturaleza delicada. Tal vez la influencia de otro hombre que no fuera el estúpido de Sánchez Lucena desarrollase en la hija del carnicero cualidades de un gran encanto... ¡Oh! Evidentemente, la observación sobre los sepulcros y su religiosidad, que emanaba de la leyenda y de la Historia, era fina.

Y entonces sintió él también la curiosidad de visitar aquel claustro, donde no había entrado desde niño, cuando aún la torre mantenía sus carruajes y la romántica *miss* Rhodes escogía siempre el paseo de Craquede para las tardes pensativas de otoño. Tiró de la yegua, pasó el portón, cruzó el espacio descubierto que había sido la nave, repleto de escombros, de trastos, de piedras caídas de la bóveda y enterradas en las hierbas silvestres. Y por la brecha de un muro, en el que se sostenía aún un trozo de altar, penetró en el silencioso claustro alfonsino. Sólo quedan de él dos arcos en ángulo, descansando sobre toscos pilares, soladas con recias losas desgastadas,

que el sacristán había barrido cuidadosamente aquella mañana. Y contra el muro, donde unas potentes nervaduras dibujan otros arcos, resaltan los siete inmensos sepulcros de los antiquísimos Ramírez, renegridos, lisos, sin una talla, como toscas arcas de granito, algunos pesadamente asentados sobre el enlosado, otros descansando sobre bolas que los siglos hay partido. Gonzalo siguió un caminito de ladrillos, junto a los arcos, recordando cuando, en otro tiempo, él y Gracita brincaban ruidosamente sobre aquellos sepulcros, mientras en el patio del claustro, entre las columnas caídas y el follaje de las ruinas, la buena *miss* Rhodes, agachada, buscaba florecillas silvestres. En la bóveda, sobre el túmulo más grande, negreaba emplomada la espada, la famosa espada, con su cadena de hierro colgando del puño y la hoja corroída por la herrumbre de las largas edades. Sobre otro de ellos ardía la lámpara, la extraña lámpara morisca, que no se apagaba desde la tarde remota en que algún monje, con una antorcha funeraria, la encendió silenciosamente... ¿Cuándo fué encendida aquella eterna lámpara? ¿Qué Ramírez yacían en aquellos cofres de granito, a los que el tiempo había borrado las inscripciones y las fechas, para que en ellos toda la Historia se sumiera, convirtiendo más oscuramente en leve polvo sin nombre aquellos hombres potentes y orgullosos?... Después, al extremo del claustro, estaba el túmulo abierto, y al lado, partida en dos pedazos, la tapa que el esqueleto de Lope Ramírez destrozara para correr a las Navas de Tolosa y derrotar a los cinco reyes moros. Gonzalo miró dentro con curiosidad. ¡En un rincón del hondo arcón blanqueaba un montón de huesos, mondos y bien colocados! ¿Se olvidó el viejo Lope, en su prisa heroica, de aquellos pocos huesos, desprendidos ya de su esqueleto?... El crepúsculo había caído, y con él una melancólica sombra que se espesaba bajo las bóvedas del claustro, cubriendo de tristeza muerta aquel lecho mortuorio. ¡Entonces Gonzalo sintió la desolada soledad que le envolvía, le separaba de la vida, le dejaba desgarrado e indefenso entre el polvo y el alma errante de sus antepasados pavorosos! Y de repente se estremeció ¡con el nervioso miedo de que se partiese otra tapa con estruendo y entre la grieta surgiesen unos lívidos y descarnados dedos! Tiró desesperadamente de la yegua por el muro desmantelado, saltó a la silla en las ruinas de la nave, cruzó el portón al trote, pasó ansioso por el atrio y sólo se calmó al divisar, en el final del pinar, el paso a nivel del tren y una vieja que lo franqueaba arreando a su burro, cargado de hierba.

VIII

Al final de la semana, Gonzalo, que desde la visita a Santa María de Craquede arrastraba el molesto remordimiento de su pereza, del largo abandono de su novela, recibió por la mañana, al salir del baño, una carta de Castañeiro. Era breve, y decía en ella al amigo Gonzalo que si a mediados de octubre no llegaban a Lisboa tres capítulos del original, él, con gran pesar suyo y del arte, publicaría en el primer número de los *Anales*, en vez de *La Torre de don Ramírez*, un drama en un acto de Nuño Carreira, titulado *En casa del Temerario*... «Aun siendo un drama, y fantástico—añadía—, encaja en la índole erudita de los *Anales*, porque ese *Temerario* es Carlos el *Temerario*,

y toda la acción, de vigorosa trama, tiene lugar en el castillo de Péronne, donde se encuentran nada menos que Luis XI, rey de Francia, con nuestro pobre Alfonso V, y Pero de Covilhan, que le acompañaba, y otros personajes de recia altura histórica. ¡Imagínese!... ¡Claro que el supremo *chic* sería *Tructesindo Méndez Ramírez*, contado por nuestro Gonzalo Ramírez! Pero, por lo que veo, ese *chic* supremo está paralizado por una suprema indolencia. *Sunt Lacryme Revistarum!*»

Gonzalo tiró la carta y llamó a Benito:

—Lleva a la biblioteca té cargado, con tostadas. Hoy almorzaré tarde, a las dos... ¡Tal vez no almuerce!

Y poniéndose la bata de trabajo, decidió atarse a la mesa, como un cautivo al remo, hasta terminar aquel difícil capítulo tercero, en que resaltaba el bárbaro y sublime rasgo del abuelo Tructesindo. ¡No, qué diablo! No le convenía perder la aparición de la novela en tan provechoso momento, en vísperas de su llegada a Lisboa, cuando para su influencia política y para su prestigio social necesitaba de aquel lucimiento, ya que, según el viejo Vigny, «una pluma de acero acrecienta la de un yelmo dorado de noble...» Por fortuna, en aquella luminosa mañana, en que las aguas de la huerta cantaban profusamente, él sentía también bullir su vena inspiradora, contenta de brotar y correr. Después de la visita al claustro de Craquede, su imaginación concebía con menos nebulosidad a sus antepesados alfonsinos; y parecíale palparlos al fin en su vida y en su pensamiento desde que contempló los grandes túmulos donde se deshacían sus recias osamentas.

En la biblioteca cogió de nuevo con gran afán, después de quitarlas el polvo, las cuartillas de la novela sobre las que se había detenido en aquel desconcertante lance de terror y de alarma, cuando Villico, el viejo Ordoño, reconocía el pendón del Bastardo surgiendo en la orilla del río Coice entre el rebrillar de las lanzas enristradas, pasando el antiguo puente de madera, y hundido un momento en el verdor de los álamos avanzaba de nuevo, erguido y resuelto, hasta el tosco crucero de piedra de Gonzalo Ramírez, el *Carnicero*... El grueso Ordoño, entonces, lanzando el grito de «¡prestos, prestos!», resbalaba y caía al pie de la muralla como un fardo que rueda.

Entre tanto, Tructesindo Ramírez, en su empeño por preparar a su mesnada para correr hacia Montemayor, repitió ya con el adalid la orden de arrancada, mandando que los cuernos sonasen apenas diese el sol en el brocal del pozo grande. Y ahora, en la sala alta de la Alcaçova, conversaba con su primo de Riba-Cavado y habitual compañero de armas, don García Viegas, sentados ambos en los poyos de piedra de una honda ventana, donde un cántaro de agua, con su cuenco de barro, refrescaba entre jarrones de flores. Don García Viegas era un viejo flaco y ágil, de faz morena y afeitada, con unos ojillos relucientes, que mereció el mote de *Sabedor* por la viveza y sustancia de su palabra, sus infinitas tretas de guerra y el mérito de hablar latín más doctamente que un clérigo de la Curia. Convocado por Tructesindo, como los otros parientes del solar, para engrosar la mesnada de los Ramírez al servicio de las infantas, corrió en seguida a Santa Irene con su pequeño grupo de diez lanzas, empezando por saquear en el camino la heredad de Palha-Ca, de los

Severosa, que andaban con el pendón en alto en la hueste real contra las damas oprimidas. Tanto se apresuró, que desde la madrugada sólo comió sobre la silla, en Palhaça, dos rodajas de los chorizos robados. Y con la sed de la calurosa correría, con la emoción aún de tan amarga noticia, la derrota de Lorenzo Ramírez, su ahijado, llenaba nuevamente el cuenco de barro cuando, por la puerta de la sala de armas, sobre la cual había tres cabezas de jabalí, irrumpió el viejo Ordoño, jadeante:

—¡Señor Tructesindo! ¡Señor Tructesindo Ramírez! ¡El Bastardo de Bayón pasó el río y viene sobre nosotros con una gran partida de lanzas!

El viejo ricohome saltó del poyo. Y extendiendo la velluda mano, cerrada sañudamente, como si aferrase ya por la garganta al Bastardo:

—¡Por la sangre de Cristo! ¡En buena hora viene, ya que nos ahorra camino! ¡Eh, García Viegas! ¡A caballo y sobre él!...

Pero pegado a los talones de Ordoño había corrido un alférez de ballesteros, que gritó desde el umbral, agitando el gorro de cuero:

—¡Señor! ¡Señor! ¡La gente de Bayón se paró en el crucero! Y un joven caballero, con un ramo verde, está delante de las barbacanas, como portando un mensaje...

Tructesindo golpeó con la bota de hierro sobre las losas, indignado ante semejante embajada enviada por tal villano... Pero García Viegas, que había apurado el cuenco de un sorbo, recordó serena y lealmente las normas.

—¡Teneos, teneos, primo y amigo! Que por uso y ley de aquende y allende las sierras, siempre debe escucharse a mensajero con ramo...

—¡Sea, pues! —aulló Tructesindo—. ¡Id vos afuera de las barreras con dos lanzas, Ordoño, y conoced el recado!

Villico se precipitó por la renegrida escalera de caracol hasta el rellano de la Alcaçova. Dos mesnaderos, con lanza al hombro, regresando de alguna ronda, conversaban con el armero, que embadurnaba de amarillo y rojo puntas de venablos nuevos y los dejaba apoyados en el muro para que se secasen.

—¡Por orden del señor!—gritó Ordoño—. ¡Lanza en ristre y conmigo a las barbacanas para recoger el mensaje!...

Marchando entre los dos hombres, que se irguieron, cruzó las barreras; y por el postigo de la barbacana, guardado por una cuadrilla de ballesteros, salió al terreno de la Honra, recuadro de tierra removida, sin hierba ni árbol, donde se alzaban aún los maderos carcomidos de una antigua horca, y se amontonaban ahora, para los conciertos de la Alcaçova, tablones y gruesas canterías labradas. Después, sin apartarse del umbral, levantando el vientre entre los dos mesnaderos, gritó al mozo caballero, que esperaba bajo el sol riguroso, sacudiéndose los moscardones con su ramo de morera:

—¡Decid de qué gente sois! ¡Y a qué venís! ¡Y qué credencial traéis!

Y como se pusiera en seguida la mano inquieta sobre la oreja, el caballero, muy sereno, metiendo el ramo entre la pierna y el arzón, puso también los dos guantes relucientes de escamas en la abertura del casco, y chilló:

—¡Caballero del solar de Bayón!... Credencial no traigo, que no traigo embajada... Mas el señor don Lope quedó tras el crucero, y desea que el noble señor de la Honra, el señor Tructesindo Ramírez, le escuche

desde el repecho de la barbacana...

Villico saludó, volvió por la poterna abovedada de la torre albarrana, murmurando hacia los dos mesnaderos:

—El Bastardo viene a tratar del rescate de don Lorenzo Ramírez...

Ambos rezongaron:

—Torpe acción.

Pero cuando Ordoño, jadeante, se apresuraba hacia la Alcaçova, encontró en el patio a Tructesindo Ramírez, que, en su airada impaciencia ante aquellas dilaciones del Bastardo, había bajado, armado todo. Sobre el largo brial de lana verdinegra que recubría la vestidura de malla, sus barbas rebrillaban más blancas, atadas en un grueso nudo como la cola de un corcel. Del cinto, incrustado de plata, pendía a un lado el puñal curvo, el cuerno de marfil, y al otro, una espada goda, de ancha hoja, con un alto puño dorado, donde centelleaba una piedra rara traída antaño de Palestina por Gutierre Ramírez, el *de Ultramar*. Un siervo llevaba sobre un cojín de cuero sus guantes y su casco redondo, de visera enrejada, como el que usaba el rey don Sancho; otro iba cargado con el enorme broquel, en forma de corazón, revestido de cuero escarlata, con el azor negro, toscamente pintado, abriendo las furiosas garras. Y el alférez Alfonso Gómez seguía con el guión enrollado en su funda de lona.

Con el viejo ricohombre había bajado don García Viegas y los otros parientes del solar, el decrépito Ramiro Ramírez, un veterano de la toma de Santarem, doblado por el reuma como la raíz de un roble, y apoyando sus pasos trémulos, no en un bastón, sino en un chuzo; el hermoso Leonel, el más joven de los Zamoras de Cendufe, el que mató dos osos en las malezas de Cachamuz, y que tan bien trovaba; Mendo de Briteiros, el de las barbas rojas, gran quemador de brujas, alegre organizador de danzas y holganzas, y el gigantesco señor de los Pazos de Avellim, todo cubierto, como un pez fabuloso, de escamas que relucían. Como el sol se acercaba al brocal del pozo grande, señalando la hora de la partida hacia Montemayor, ya desde los hondos cobertizos que ocultaban los terrenos de refugio, los caballerizos sacaban los corceles de guerra, con sus altas sillas claveteadas de plata, las ancas y los pechos resguardados por mantas de cuero listado que rozaban las losas. Por todo el castillo se había difundido la noticia de que el Bastardo, después de la liza fatal a los Ramírez, corrió a Cantalapiedra y amenazaba la Honra; y asomados a los pasadizos que unían la muralla con los contrafuertes de la Alcaçova, o metidos entre las máquinas de lanzamiento que se amontonaban tras las empalizadas, los mozos despenseros, los siervos de las huertas, los villanos retirados por dentro de las barbacanas, observaban al señor de Santa Irene y a aquellos poderosos caballeros con ansiedad, temblando ante el asalto de los de Bayón y ante aquellas bolas de hierro llenas de fuego que arrojaban ahora las mesnadas cristianas tan diestramente como las hordas sarracenas. Entre tanto, con su gorro aplastado contra el pecho, Ordoño, jadeante, comunicó a Tructesindo el recado del Bastardo:

—Es un caballero joven; no trae credencial... El señor Bastardo espera en el crucero. Y pide que le escuchéis desde la plataforma de las barbacanas...

—¡Que se acerque, pues!—gritó el

viejo—. ¡Y con cuantos quiera de los villanos que le siguen!

Pero García Viegas, el *Sabedor*, siempre prudente, con su experta mansedumbre:

—¡Teneos, primo y amigo, teneos! No subáis vos a la tranquera antes de asegurarme yo de que el Bayón no viene con artería o falsedad.

Y entregando su pesada lanza de haya a un doncel, se adentró por la escalera sombría de la torre albarrana. Arriba, en el terrado, susurrando un *¡chitón, chitón!* a la fila de ballesteros que guarnecía las almenas, atenta y con la ballesta curvada, penetró en el miradero y espió por la saetera. El heraldo de Bayón galopó hacia el crucero, rodeado de un bosque movedizo y centelleante de lanzas. Y lanzó allí un corto recado, porque en seguida, en su rubio corcel cubierto con una red de malla recamada de oro, Lope de Bayón se separó del denso grupo de caballeros, con la visera levantada, sin lanza ni venablo de monte y vacías sobre el arcón de la silla morisca las manos, en las que se enrollaban las bridas de cuero rojo. Después, a un toque prolongado de cuerno, avanzó hacia las barbacanas de la Honra, pausadamente, como si acompañase a un cortejo fúnebre. No agitó su pendón, amarillo y negro. Sólo seis infantes le escoltaban, también sin lanza o broquel, con sobrevestes de paño rojo sobre los sayos de malla. Detrás, cuatro esforzados ballesteros cargaban a hombros unas andas, toscamente dispuestas con troncos, en las que yacía un hombre estirado, como muerto, resguardado contra el calor y las moscas por ligeros follajes de acacia. Y un monje los seguía en una mula blanca, asiendo al mismo tiempo las riendas y un crucifijo de hierro, sobre el que colgaba la orla de su capucha y una punta de barba negra.

Desde la saetera, aún sin vislumbrar entre el ramaje la cara del hombre tendido sobre las andas, el *Sabedor* adivinó a Lorenzo Ramírez, su dulce ahijado, al que tanto amaba y a quien tan bien enseñó a cruzar lanzas y a adiestrar halcones. Y cerrando los puños y gritando sordamente: «¡Bien prestos, ballesteros, bien prestos!», bajó la oscura escalera, tan impelido por la cólera y por el dolor, que su yelmo chocó ahuecadamente contra el arco de la puerta, donde le esperaba Tructesindo con los caballeros parientes.

—¡Señor primo!—gritó—. ¡Vuestro hijo Lorenzo está ante las barreras de la Honra, acostado sobre unas andas!

Con un murmullo de espanto y un apresurado golpear de las botas de hierro sobre las losas sonoras, todos siguieron por la poterna de la albarrana al ricohombre hasta la escalera de madera que conducía a la plataforma de las barbacanas. Y cuando el enorme viejo apareció en el terrado, se cernió un silencio tan ansioso, que se oía más allá del vergel el chirriar lento y triste de la noria y los ladridos de los mastines.

En el terreno recuadrado, ante la puerta asegurada, el bastardo esperaba, inmóvil sobre su corcel, con la hermosa cara bien erguida, la cara de *Claro-Sol*, en la que las barbas rizadas, cayendo sobre el peto de la armadura, brillaban como oro nuevo. Inclinando el sombrero de oropel, saludó a Tructesindo con gravedad y reverencia. Después alzó la mano, despojada del guante. Y con un firme y sereno hablar:

—Señor Tructesindo Ramírez: En estas andas os traigo a vuestro hijo Lorenzo, al que en combate leal, en el valle de Cantalapiedra, cogí prisionero y que me pertenece por el fuero de los ricoshombres de España. Y desde Cantalapiedra caminé con él para pediros que acaben entre nosotros estos homicidios y estas feas bregas que malgastan la sangre de buenos cristianos... Señor Tructesindo Ramírez: como vos, desciendo de reyes. De don Alfonso de Portugal recibí el espaldarazo de caballero. Toda la noble raza de Bayón se honra en mí... Consentid en darme la mano de vuestra hija doña Violante, a la que quiero y que me quiere, y mandad levantar el puente levadizo para que Lorenzo, herido, entre en su solar y yo os bese la mano de padre.

De las andas, haciendo estremecer los hombros de los ballesteros, salió un grito desesperado:

—¡No, padre mío!

Y tieso al borde del terrado, sin descruzar los brazos, el viejo Tructesindo respondió al grito con otro que resonó por toda la extensión de la Honra, más arrogante y profundo:

—¡Mi hijo te responde antes que yo, villano!

Como si un lanzazo chocase contra su pecho, el bastardo vaciló en la alta silla, e impulsado por el tirón de las riendas, su caballo reculó, levantando la dorada testera. Pero a un nuevo tirón topó contra la cancela. Y Lope de Bayón, erguido sobre los estribos, gritó con ansia y con furor:

—¡Señor Tructesindo Ramírez, no me tentéis!...

—¡Aparta, villano e hijo de villana, aparta!—clamó soberbiamente el viejo, sin separar los brazos del erguido pecho, en su rígida y obstinada inmovilidad, como si todo el cuerpo y el alma fueran de fuerte hierro.

Entonces, el bastardo, arrojando el guante contra el muro de la barbacana, rugió, ronco y llameante:

—¡Pues por la sangre de Cristo y por el alma de todos los míos, te juro que si no me das en este instante esa mujer, a la que yo quiero y que me quiere, sin hijo te quedas, que por mis manos y delante de ti, y aunque todo el cielo acuda, le quito el resto de vida!

Ya en su mano brillaba un puñal. Pero en un ímpetu de sublime orgullo, ímpetu sobrehumano, en el que creció como otra oscura torre entre las torres de la Honra, Tructesindo asió su espada:

—¡Con ésta, cobarde, con ésta! ¡Para que sea puro, y no vil como el tuyo, el hierro que atraviese el corazón de mi hijo!

Furiosamente, con las dos vigorosas manos, arrojó la espada, que revoló silbando y rebrillando y se clavó en el duro suelo, donde quedó temblando, refulgiendo aún, como si una cólera heroica la animase también. Y en el mismo instante, con un aullido y un brinco del corcel, el bastardo, inclinándose sobre el arzón, sepultó su puñal en la garganta de Lorenzo, con un golpe tan violento, que el chorro de sangre le salpicó la blanca faz y las barbas de oro.

Y fué después una brutal conmoción. Los cuatro ballesteros arrojaron al suelo las andas con el cuerpo muerto enredado entre las ramas, y huyeron por el campo como liebres en un claro, detrás del monje, que se agachaba agarrado a las crines de la mula. En una breve carrera, el bastardo y los seis caballeros, gritando la alarma, se adentraron en el campamento que rodeaba al crucreo. Hubo un tumulto en torno al piadoso pilar. Y en un embrollado tropel, la mesnada se precipitó hacia el río, vadeó el viejo puente, desapareciendo entre una nube de polvo más allá de la arboleda, en un fugaz re-

brillar de capellinas y de lanzas apiñadas.

¡Un fuerte griterío atronó entre tanto las murallas de Santa Irene! Virotes, flechas, piedras de hondas silbaban, disparadas en el mismo furioso impulso repentino sobre el bando de Bayón; pero sólo uno de los ballesteros que transportaba las andas cayó pataleando, con una flecha en el costado. Por la cancela de las barreras, ya caballeros y donceles de armas se apresuraban desesperadamente para recoger el cuerpo de Lorenzo Ramírez. Y García Viegas y los otros parientes se precipitaban al terrado de la barbacana, de donde Tructesindo no se había apartado, rígido y mudo, contemplando las andas y su hijo tendido en ellas sobre el terreno de su Honra. Cuando, al oír el ruido, se volvió él pesadamente, todos enmudecieron ante la serenidad de su faz, más blanca que las blancas barbas, de una mortal blancura de mármol, con los ojos resecos y ardientes, que se agitaban refulgentes, como las dos bocas de un horno. Con la misma siniestra serenidad tocó en el hombro al viejo Ramiro, que temblaba apoyado en su chuzo. Y con pausada y potente voz:

—¡Amigo! ¡Cuida tú del cuerpo de mi hijo, que el alma aún hoy, por Dios, la quiero yo sosegar!...

Apartó a aquellos señores, mudos de asombro y de emoción, y bajó por la desgastada escalera de madera, que crujía bajo el peso del enorme ricohombre, cargado de ira y de dolor.

En aquel momento, entre ballesteros y siervos que se atropellaban, el cuerpo de Lorenzo Ramírez transponía el portillo de las barbacanas, sostenido por el hermoso Leonel y por Mendo de Briteiros, ambos arrasados en lágrimas y gruñendo amenazas furiosas contra la raza de Bayón. Detrás, el renqueante Ordoño gemía, abrazado a la espada de Tructesindo, que recogiera del suelo del Terreiro y que besaba como para consolarla. Al borde de un foso un avellano esparcía su sombra leve por un tosco tablado clavado sobre troncos, donde los domingos, con el alférez de los ballesteros, Lorenzo dirigía los juegos de ballesta y de flecha, repartiendo profusamente las recompensas de pasteles de miel y de vino en picheles. Sobre aquellas tablas le tendieron, retrocediendo todos después, mientras se persignaban, aterrados. Un caballero de Briteiros, temiendo por aquella alma desamparada y sin confesión, corrió a la capilla de la Alcaçova en busca de fray Municio. Otros, bordeando toda la muralla hasta el baluarte viejo, gritaban con desesperadas señas hacia el torreón ruinoso, donde, como un buho, vivía el físico. Pero el certero puñal del bastardo había acabado con el denodado Lorenzo, flor y espejo de caballeros por todas las tierras de Riba-Cavado... ¡Y cuán lastimoso y deshecho estaba, con sucia tierra en la faz, la garganta cubierta de sangre negra, las mallas del sayo rotas en los hombros y adheridas a las carnes acuchilladas, y desnuda, sin greba, toda hinchada y roja, la pierna herida en Cantalapiedra, sobre la cual se mezclaban más sangre y barro!

Tructesindo bajaba lento y rígido. Y las secas brasas de sus ojos más se encendían mientras, a través del dolorido silencio, se acercaba al cuerpo de su hijo. Ante el banco se arrodilló, asiendo la helada mano que colgaba; y junto a la cara, manchada de sangre y tierra, como en confesión, de alma a alma, le dirigió un sofocado murmullo, que no era de despedida, sino de alguna suprema promesa, y que terminó en un largo

beso sobre la cabeza, donde un rayo de sol rebrilló, atravesando las hojas del avellano. Después, alzándose en un arrebato, extendiendo el brazo como para acumular en él toda la fuerza de su estirpe, gritó:

—Y ahora, señores, ¡a caballo, y venganza fiera!

Ya por los patios, en torno a la Alcaçova, corría un precipitado fragor de armas. A las ásperas órdenes de los almocádenes, las filas de ballesteros, de arqueros, de honderos, rodaban desde los adarves de los muros para formar las cuadrillas. Rápidamente, los caballerizos de la carga amarraban sobre el lomo de las mulas los cofres del almacén, las alforjas con los trebejos. Por las puertas bajas de la cocina, infantes y siervos, antes de partir, bebían aprisa un cuenco de cerveza. Y en el campo de las barreras, los caballeros, cubiertos de hierro, se izaban pesadamente, con ayuda de los donceles, hasta las altas sillas de los corceles, acompañados en seguida por sus infanzones y mesnaderos, que sostenían enhiesta la lanza sobre la martingala, silbando a los lebreles.

Finalmente, el alférez Alfonso Gómez sacó de la funda y desplegó el pendón con un amplio ademán, en que las alas del azor negrearon, abiertas, como levantando el vuelo, enfurecido. El grito agudo del adalid resonó por todo el cercado: «¡Hala! ¡Hala!» Subido a un mojón de piedra, fray Municio alzaba las huesudas manos bendiciendo a la hueste. Entonces, Tructesindo, sobre su morcillo, recibió de manos del viejo Ordoño la espada, de la que tan terriblemente se separara. Y extendiendo la brillante hoja hacia las torres de su Honra como hacia un altar, clamó:

—¡Muros de Santa Irene, que no vuelva yo a veros si en tres días, de sol a sol, queda aún sangre maldita en las venas del traidor Bayón!

Y, abiertas de par en par las barreras, la cabalgata se agrupó con gran ruido de cascos en torno al pendón desplegado, mientras en la torre de Almenara, bajo el quieto esplendor de la siesta agosteña, la campana grande empezó a tañer a difuntos.

*

Cuando Gonzalo, por la tarde, hundido en la poltrona, en el balcón, releyó este capítulo de sangre y de furor, sobre el que se afanó durante aquella semana, pensó «que el lance impresionaría».

Sintió entonces el deseo de recoger sin demora los elogios merecidos, y de mostrar a Gracita y al padre Soeiro los tres capítulos completos antes de enviar el original a los *Anales*. Incluso le convenía hacerlo, porque la erudición arqueológica del padre Soeiro suministraría quizá algún nuevo rasgo, muy alfonsino, que animase más aquella resurrección de la Honra de Santa Irene y de sus formidables señores. Inmediatamente decidió salir por la mañana hacia Oliveira con su trabajo, que, después de bien revisado por el padre Soeiro, entregaría al administrador de doña Arminda Viegas, para que él lo copiase con aquella su hermosa letra, tan celebrada en toda la provincia, y sólo igualada—en las mayúsculas—por la del escribano de la Cámara eclesiástica.

Limpiaba ya el polvo de una antigua carpeta de tafilete para llevar en ella la obra amada, cuando Benito empujó la puerta, cargado con una cesta cubierta por un mantel de encajes.

—Un obsequio.

—¿Un obsequio?... ¿De quién?

—De la Feitosa, de las señoras.

—¡Bravo!

—Y con una carta, que viene prendida al mantel.

¡Con qué curiosidad rasgó el sobre Gonzalo! Pero, a pesar de estar lacrado con un pomposo escudo heráldico, sólo contenía unas líneas escritas a lápiz en una tarjeta de visita de la prima Maria Mendoza:

«Ayer, en la comida, conté lo que le gustan al primo Gonzalo los melocotones, sobre todo madurados con vino, y Anita se ha tomado por eso la libertad de mandarte ese cestito de melocotones de la Feitosa, que, como sabes, son famosos en todo Portugal... Mil recuerdos.»

¡Gonzalo imaginó en seguida en el fondo de la cesta, debajo de los melocotones, dulcemente escondida, una carta de doña Ana!

—¡Bien! Son melocotones... Déjalo ahí sobre una silla...

—Sería mejor que los llevase ya a la alacena, señor doctor, para colocarlos en el vasar...

—¡Déjalos sobre la silla!

Apenas Benito cerró la puerta, extendió el mantel sobre el suelo y volcó sobre él los hermosos melocotones, que perfumaban la biblioteca. En el fondo de la cesta sólo encontró hojas de parra. Ligeramente desconsolado, olió un melocotón. Después pensó que los melocotones, colocados por ella, con aquellas hojas de parra que cogería del encañado, bajo el mantel, que escogería en el armario, significaban en su olorosa mudez un mensaje sentimental. Agachado aún sobre la estera, empezó el melocotón, y volvió a meter los otros en la cesta para llevárselos a Gracita.

Pero al día siguiente, a las dos, ya con el tronco del *Tuerto* enganchado al coche, ya con los guantes puestos para el viaje a Oliveira, recibió una visita inesperada, la visita del señor vizconde de Río Manso. Quitándose los guantes, el hidalgo pensaba: «¡Río Manso! ¿Qué me querrá este pelma?» En la sala, acomodado al borde del canapé de terciopelo verde y frotándose las rodillas, el vizconde contó que al regresar de Villa-Clara y ante el portón de la torre, había vencido su obstinada timidez para presentar sus respetos a don Gonzalo Ramírez. Y no sólo por ese gustoso deber, sino también—al enterarse de que don Gonzalo se presentaba diputado por el distrito—para ofrecerle en la feligresía de Cantalapiedra sus servicios y sus votos...

Gonzalo, risueño y sorprendido, saludaba, retorciéndose, confuso, el bigote. Y al vizconde de Río Manso no le extrañaba aquel asombro, porque seguramente don Gonzalo Ramírez le conocía siempre como férreo regenerador... Pero ¿y qué? El pertenecía a la generación, ahora muy rara, que anteponía a los deberes de la política los deberes de la gratitud; y además de la simpatía que le merecía don Gonzalo Ramírez—pues toda la provincia estaba enterada de su talento, de su afabilidad, de sus sentimientos caritativos—, conservaba también para con él una deuda de gratitud, sin liquidar aún, no por indiferencia, sino por timidez...

—¿No adivina usted, don Gonzalo?... ¿No recuerda?

—No, realmente, señor vizconde, no me...

Pues una tarde don Gonzalo Ramírez pasaba a caballo por la quinta de la Varandiña, cuando su nieta, jugando en la terraza—aquella terraza enverjada sobre la que se dobla un magnolio—, tiró una pelota a la carretera. Don Gonzalo, riendo, se apeó inmediatamente, recogió la pelota y, para devolvérsela a la niña, asomada tras la verja, acercó la yegua al muro después de montar en ella, ¡y con cuánta ligereza, con qué garbo!...

—¿Y usted no se acordaba?

—Sí, sí; ahora, sí...

Pues en los ladrillos de la terraza, junto a la verja, había un jarrón lleno de claveles. Don Gonzalo Méndez, después de bromear con la niña —¡que, gracias a Dios, no era tímida!—, pidió un clavel, que ella escogió y que le dió, muy seria, como una señora. Y él, que estaba observando desde la ventana de su cuarto, pensó: «¡Ahí está! ¡Este hidalgo de la torre, un noble tan grande, qué amable es!» ¡Oh! ¡No se ría usted ni se ponga colorado!... Fué exquisita su gentileza, y a él, al abuelo, ¡le pareció inmensa! Pero no quedó solamente en lo de la pelota recogida...

—¿No se acuerda usted, don Gonzalo?...

—Sí, señor vizconde; en efecto, ahora...

Pues luego, otro día, don Gonzalo mandó de la torre un precioso cesto de rosas con su tarjeta, y en una línea esta graciosa cortesía: «En agradecimiento a un clavel, rosas a la señorita Rosa.»

Gonzalo casi brincó en la silla, divertido:

—¡Sí, señor vizconde, perfectamente!... ¡Ahora recuerdo!

Pues desde aquella tarde él siempre había anhelado tener una oportunidad para demostrar a don Gonzalo Méndez Ramírez su reconocimiento y su simpatía. Pero ¡qué le iba a hacer! Era tímido, vivía muy retirado... Aquella mañana, sin embargo, se enteró por Gouveia, en Villa-Clara, que don Gonzalo se presentaba diputado por el distrito. A pesar de ser su elección tan segura, bien por la influencia del señor Ramírez o bien por la del Gobierno, pensó en seguida: «¡Bueno; ahí está la ocasión!» Y ahora venía a ofrecer a don Gonzalo sus servicios y sus votos en la feligresía de Cantalapiedra.

Gonzalo murmuró, enternecido:

—Realmente, señor vizconde, nada podía llegarme más al alma que ese ofrecimiento tan espontáneo, tan...

—Soy yo el encantado de que usted lo acepte. Y ahora no hablemos más de mi pobre persona ni de esos pobres votos míos... Tiene usted una venerable vivienda.

Y como el vizconde aludiera al deseo, ya antiguo en él, de admirar de cerca la famosa torre, más vieja que Portugal, bajaron ambos al jardín.

El vizconde, con el quitasol al hombro, contempló, pasmado y mudo, la torre; reconoció—a pesar de ser liberal—el prestigio que emanaba de un linaje tan alto como el de los Ramírez; y alabó sinceramente el naranjal. Después, sabiendo que Pereira, el de la Riosa, había arrendado la quinta, envidió al señor Ramírez tan cuidadoso y honrado rentero...

Ante el portón, esperaba el charabán del vizconde, tirado por dos mulas lustrosas y gruesas. Gonzalo admiró aquel tronco. Y abriendo la portezuela, rogó al señor vizconde que besase por él la manita de la señorita Rosa. Conmovido, el vizconde confesó un atrevimiento, una ilusión, y era que el día que le pareciese bien parase en Cantalapiedra y se quedara a comer en la quinta, para conocer más íntimamente a la niña de la pelota y del clavel...

—¡Pero será para mí un inmenso honor!... Y desde ahora me ofrezco a enseñar a la señorita Rosa, si ella no lo conoce, el juego de pelota a la antigua portuguesa.

El vizconde saludó, lleno de gozo y de risa, con la mano sobre el corazón.

Gonzalo, subiendo la escalera, mur-

muró: «¡Ah, señores, qué hombre más simpático! ¡Y qué generoso, ya que paga rosas con votos! ¡Véase cómo, algunas veces, con una pequeña atención se gana un amigo! ¡Ciertamente, la semana próxima iré a comer a Cantalapiedra!... ¡Hombre encantador!»

Y en un feliz estado de ánimo colocó en el coche la carpeta de piel con su original, el cesto sentimental con los melocotones de doña Ana, y encendió un puro, saltó al pescante y cogió las riendas para lanzar en un trote alegre hasta Oliveira la pareja blanca del *Tuerto*.

*

En la plaza del Rey, antes de apearse, preguntó lo primero a Joaquín, el portero, noticias de los señores. Los señores estaban muy bien, gracias a Dios... Don José había marchado por la mañana, a caballo, a la quinta del señor barón de Marges, y no volvería hasta la noche...

—¿Y el señor cura Soeiro?

—El señor cura creo que está en casa de doña Arminda...

—¿Y la señora?

—Doña Gracia bajó hace un buen rato hacia el Mirador, con sombrero... Iba, naturalmente, a la iglesia de las Mónicas.

—Bien. Llévate este cesto de melocotones y dile a Joaquín, el mayordomo, que lo ponga en la mesa así, en el cesto, con las hojas... Y que me suban agua caliente al cuarto.

El reloj de pared de la antesala gimió perezosamente las cinco. El palacete descansaba en un claro silencio.

Y después de la polvareda y de los tumbos de la carretera, parecióle a Gonzalo más suave la frescura de su cuarto, con las cuatro ventanas abiertas sobre el jardín regado y sobre la tapia de las Mónicas. Cuidadosamente guardó en seguida en un cajón de la cómoda la preciosa carpeta de piel. Una criada, de ojos saltones, entró con la jarra de agua caliente; y el hidalgo, como simpre, bromeó con la sirvienta sobre los guapos sargentos de caballería, cuyo cuartel tentador dominaba el lavadero de la quinta y retenía a las chicas de la casa enjabonando todo el día con ardor. Después se entretuvo aún, mudándose el traje empolvado, silbando distraídamente, asomado a la ventana que daba sobre la silenciosa calle de las Tejedoras. La campana de las Mónicas lanzó un lindo repique... Y Gonzalo, aburrido de su soledad, decidió bajar por la terraza al jardín y sorprender a Gracita en sus devociones, en la iglesita.

Abajo, en el corredor, se cruzó con Joaquín, el mayordomo:

—Entonces, ¿no come hoy aquí el señor?

—El señor fué a comer con el señor barón de Marges a la quinta... Es el cumpleaños de la niña. Y, naturalmente, no volverá hasta la noche.

Una vez en el jardín, Gonzalo se entretuvo aún entre los arriates, haciéndose un ramito para el ojal. Después dió la vuelta al invernadero, sonriendo al ver la puerta con que Barrolo le había enriquecido, una puerta acristalada, en forma de herradura, con un monograma de colores rutilantes; y se adentró por la calle que conducía al surtidor, llena de silencio y de penumbra por el ramaje entrezalado de sus altos laureles.

Más adelante, circundado de bancos de piedra y de árboles con aroma y flor, cantaba soñoliento el fino surtidor en un estanque redondo, de ancho borde, donde se alineaban distanciados grandes jarrones de loza blanca con el escudo ramoso de los Sás. Sin duda, la víspera o aquella mañana habían limpiado el estanque, porque en el agua muy transparente, sobre las losas muy claras, nadaban con redoblada viveza, en relampagueos rosados, los peces, a los que Gonzalo asustó metiendo y agitando el bastón. Y del borde de aquel estanque ya divisaba al fondo de otra calle, adornada con dalias abiertas, el Mirador, una construcción del siglo XVIII, simulando un templete griego, color rosa, con un grueso Cupido sobre la cúpula, y unas ventanitas de rocalla, entre el medio relieve de unas columnas acanaladas, por las que trepaban jazmineros.

Gonzalo arrancó, como acostumbraba, hojas de una rama de madreselva, para aplastarlas y perfumarse las manos, y siguió hacia el Mirador lentamente, entre las dalias apiñadas. Por el camino, recién enarenado, los finos zapatos de charol que llevaba pisaban sin ruido sobre el blando suelo. Y así, en un silencio de sombra indolente, se acercó al Mirador y a una de las ventanitas, que, mal cerrada, conservaba echada por dentro la persiana de listoncitos verdes.

Junto a aquella ventana estaba la escalera de piedra que, desde la alta y larga terraza ante la que se extendía el jardín, comunicaba con la hundida calle de las Tejedoras, casi enfrente de la capilla de las Mónicas. Y Gonzalo bajaba sin prisa cuando, a través de la tenue persiana, oyó dentro del Mirador un susurro, un cuchicheo agitado. Sonriendo, pensó que alguna de las criadas de la casa se había refugiado en aquel templete del amor con uno de los sargentos terribles de caballería... Pero ¡no! ¡Imposible! Ya que momentos antes Gracita había rozado aquella ventana y pisado aquella escalera al encaminarse a las Mónicas. Entonces, otro pensamiento le atravesó como una espada, tan doloroso, que retrocedió aterrado desde el borde del Mirador donde le había asaltado tan perversamente. Sin embargo, le sobrecogía ya una desesperada curiosidad, impujándole; y arrimó la cara a la persiana, con la cautela de un espía. El Mirador recobró su silencio, y Gonzalo temió que le delatasen los latidos de su corazón... ¡Santo Dios! De nuevo empezó el murmullo, más presuroso, más turbado. Alguien suplicaba, balbucía: «¡No, no, qué locura!» Alguien apremiaba en réplica, con ardiente impaciencia: «¡Sí, amor mío! ¡Sí, amor mío!» Y a los dos los reconoció tan claramente como si la persiana se alzara y entrase por ella toda la amplia claridad del jardín: ¡Era Gracita! ¡Era Cavalleiro!

Abrumado por una inmensa vergüenza, en el aturdido pavor de que le sorprendiesen junto al Mirador y a la impudicia escondida, se adentró por la calle de las dalias, encogido, pisando levemente sobre la blanda arena, bordeó el surtidor bajo el ramaje de los arbustos, se hundió de nuevo en la oscuridad de los laureles, deslizándose cautelosamente por detrás del invernadero y penetró en la quietud del palacete. Pero el murmullo del Mirador le envolvía aún, más desfallecido, más rendido: «¡No, no, qué locura!... ¡Sí, sí, amor mío!...»

Huyó por las salas desiertas como una sombra acosada; se precipitó sofocado por la escalera de piedra, cruzó el portal de una carrera, acechando, temeroso, de Joaquín el portero.

Se paró en la plaza, ante la verja del reloj de sol. Pero el susurro del Mirador erraba por toda la plaza como un viento remolineante, rozando

las losas, azotando las barbas de los santos en el pórtico de la iglesia de San Mateo, volviendo a remolinear en los tejados musgosos de la Cordonería... «¡No, no, qué locura! ¡Sí, sí, amor mío!» Entonces, Gonzalo sintió la ansiedad desesperada de huir lejos de la plaza, de la ciudad, de toda aquella vergüenza que le traspasaba. Pero ¿y el carruaje?... Pensó en la cochera de Maciel, la más retirada, pasadas las últimas casas, en la carretera del Seminario. Y pegado a los muros bajos de aquellas casas pobres, corrió hasta allí y mandó enganchar un coche cerrado.

Mientras esperaba a la puerta, en un banco, pasó por la carretera un lento carro con muebles, ollas de cocina, un gran colchón, sobre el que se extendía una mancha. Bruscamente, Gonzalo recordó el diván que guarnecía el Mirador. Era enorme, de caoba, tapizado de terciopelo, con blandos muelles que crujían. Y de repente recomenzó el murmullo, creció, rodando con el fragor de un trueno sobre las casuchas próximas, sobre la tapia del Seminario, sobre Oliveira espantada: «¡No, no, qué locura! ¡Sí, sí, amor mío!»

Dando un salto, Gonzalo gritó hacia dentro, hacia la oscura cuadra:

—Pero ¡qué diablo! ¿No acaban de enganchar ese coche?

—Ya está, señor hidalgo.

En el reloj de la Piedad daban las siete cuando él se arrojó dentro del coche, bajó las cortinillas resistentes y se sepultó en el fondo, escondido, aniquilado, con la sensación de que el mundo temblaba, de que las almas más fuertes se desplomaban y de que su torre, vieja como el reino, se agrietaba, mostrando dentro un montón ignorado de basura y de faldas sucias.

IX

A la puerta de la cocina, agitando un sobre, ya estrujado, Gonzalo reñía con Rosa, la cocinera:

—Pero ¡Rosa! ¿Para qué le repetí tantas veces que no escribiese a mi hermana Gracia? ¡Qué terquedad! ¿Es que no podíamos arreglar lo de la pequeña sin esas pedigüeñerías a Oliveira? ¡Gracias a Dios, la torre es suficientemente espaciosa para una criatura!

Era que había muerto Críspula, la desgraciada viuda, vecina de la torre, que con una familia menuda, compuesta de dos pequeños y tres chicas, se consumía en un catre desde la Pascua. Y ahora, Gonzalo, que había mantenido la casucha con holgura, estaba acomodando a las pobres criaturas, ya, merced a él, muy decentemente vestidas de luto. La chica mayor — Críspula también—, siempre metida en la cocina de la torre, pasaba oficialmente a «ayudante de la Rosa», con sueldo. Uno de los chicos, de doce años, espigado y listo, también lo empleó Gonzalo en la torre como criado para los recados, con una chaquetilla de botones dorados. Al otro, blandengue y mocoso, pero con disposiciones y afición a la carpintería, ya Gonzalo, bajo el patrocinio de la tía Louredo, lo había colocado en Lisboa, en la ebanistería de San José. De otra de las chicas se había encargado la madre de Manuel Duarte, amable señora, que vivía en una quinta hermosa junto a Treixedo y adoraba a Gonzalo, de quien se consideraba «vasalla». Pero la más pequeña y la más debilucha no encontraba ningún firme sostén. Rosa recordó entonces «que seguramente doña María de la Gracia recogería a la criaturita...» Gonzalo murmuró secamente: «¡Oh! ¡Por una corteza de pan no se necesita

molestar a la *ciudad de Oliveira!*» Rosa, sin embargo, entusiasmada con aquella obra, deseando para la pequeñita, tan delicada y rubia, la protección de una señora, escribió a Gracita, con la esmerada letra de Benito, una expresiva carta formulando su petición y toda la historia lamentable de la Críspula, con alabanzas devotas a la caridad del señor doctor. Y era la respuesta de Gracita, retrasada, pero enternecida, con el encargo de que «le mandasen en seguida a la pobre niña», lo que impacientaba a Gonzalo.

Porque, desde la tarde abominable del Mirador, ¡se apoderó de él una repugnancia casi púdica en comunicar con los Cunhaes! Era como si aquel mirador y la impudicicia cobijada dentro de sus paredes color de rosa apestasen el jardín, el palacete, la plaza del Rey, la ciudad toda de Oliveira, y él, ahora, por limpieza moral, retrocediese ante aquella región apestada, donde su corazón y su orgullo se ahogaban... A poco de su fuga recibió una carta aterrada del buen Barrolo: «¿Qué ventolera ha sido ésta? ¿Por qué no esperaste? Yo, cuando regresé por la noche de la quinta de Marges, hasta estuve con cuidado. ¡Y no puedes imaginarte lo nerviosa que anda Gracita! Supimos tu marcha, casualmente, por un cochero de Maciel. Hoy hemos comido los melocotones, pero no comprendemos...» Gonzalo contestó secamente con esta palabra: «Negocios.» Después recordó que se había dejado en el cajón de su cuarto el manuscrito de la novela; y mandó un mozo de la quinta, de madrugada, con un recado casi secreto para el padre Soeiro, «para que entregase la carpeta al portador, bien envuelta, sin decir nada a los señores...» Entre la torre y los Cunhaes sólo ansiaba separación y silencio.

Y en los enclaustrados días que pasó en la torre—sin arriesgarse hasta Villa-Clara, por miedo a que la vergüenza de su apellido anduviese ya murmurada por el estanco de Simoes o por el almacén de Ramos—no cesó de vibrar con una cólera amplia, que a todo se extendía. Cólera contra su hermana, que, hollando el pudor, la altivez de la raza, el temor a los escarnios de Oliveira, tan fácil e irreflexivamente como se pisan las flores de una alfombra, ¡corrió hacia el Mirador, hacia el macho del bigote, apenas él le hizo una seña con el pañuelo perfumado! Cólera contra Barrolo, el mofletudo insulso, que empleaba sus insulsos días en ensalzar a Cavalleiro, empujando a Cavalleiro hacia la plaza del Rey, escogiendo en su bodega los mejores vinos para que se le enardeciese la sangre a Cavalleiro, mulliéndole los almohadones de todos los canapés para que Cavalleiro saborease cómodamente su puro ¡y los encantos actuales de Gracita! Y, finalmente, cólera contra sí mismo, que, por la baja codicia de un escaño en las Cortes, demolía la única muralla segura entre su hermana y el hombre del pelo brillante, ¡que era su enemistad, aquella áspera enemistad tan fuertemente mantenida y avivada desde Coimbra!... ¡Ah! ¡Todos eran tremendamente culpables!

Luego, una tarde, aburrido de la soledad, se arriesgó a dar un paseo por Villa-Clara. Y reconoció que en el Casino, en el estanco de Simoes, en la tienda de Ramos, los amores de Gracita eran tan ignorados como si ocurriesen en las profundidades de la Tartaria. Inmediatamente su alma sensible, ahora encalmada, se abandonó a la dulzura de tejer disculpas sutiles para todos los culpables de aquella caída triste... Gracita, la pobre, sin hijos, con tan blan-

dengue e insulso marido, ajena a todos los intereses de la inteligencia, indolente incluso para la costura o el bordado, había cedido—¿qué mujer no cedería?—a la crédula y primitiva pasión que brotó en su alma, se arraigó en ella, le proporcionó sus únicas alegrías mundanas y—¡influencia todavía más poderosa!—¡le arrancó sus únicas lágrimas! El desdichado Barrolo era un insulso, y, como el majuelo de la canción, incapaz de más nobles frutos, sólo producía majuelas en su insulsez. Y él, pobre de él, sin dinero, ignorado, se rindió irresistiblemente a la fatal ley del acrecentamiento, que le arrastró, como a todos arrastra en el ansia de fama y de fortuna, a introducirse precipitadamente por la puerta casual que se abre, sin reparar en la basura que obstruye el umbral... ¡Ah, realmente, todos bien poco culpables éramos ante Dios, que nos ha creado tan variables, tan frágiles, tan dependientes de fuerzas menos regidas por nosotros que el viento o el sol!

¡No, culpable irremisiblemente era tan sólo el otro, aquel granuja de la melena ondulada! Ese, con toda su conducta con Gracita, desde estudiante, había mostrado siempre un egoísmo atrevido, sólo punible, como castigaban los antiguos Ramírez, con la muerte después de tormentos, y sus restos entregados a los cuervos. Mientras le divirtió en la ociosidad de los largos veranos, un amorío bucólico bajo las arboledas de la torre, fingió amor. Cuando pensó que una mujer y unos hijos obstaculizarían su vida frívola, traicionó. No bien la antigua novia perteneció a otro hombre, comenzó de nuevo el lánguido asedio, para gozar, sin las dificultades de la paternidad, las emociones del sentimiento. Y apenas aquel marido le entreabrió su puerta, ¡no vaciló, se arrojó brutalmente sobre la presa! ¡Ah, cómo hubiese tratado el abuelo Tructesindo al villano autor de tal villanía! Lo habría asado, sin duda, en una chisporroteante hoguera ante las barbacanas, o en las mazmorras de la Alcaçova le hubiera taponado la boca falsa con buen plomo derretido.

¡Pues él, nieto de Tructesindo, ni siquiera podía, cuando encontrase a Cavalleiro en las calles de Oliveira, calarse el sombrero y pasar! La menor disminución en aquella intimidad, tan desastrosamente reanudada, ¡sería como la revelación de la felonía ahogada aún entre las paredes del Mirador! ¡Toda Oliveira cuchichearía, reiría: «¡Mira el hidalgo de la torre! ¡Lleva a Cavalleiro a los Cunhaes con su hermana, y después, pasadas unas semanas, rompe de nuevo con Cavalleiro! ¡Ha habido allí algún escándalo, y de los gordos!» ¡Qué delicia para las Louzadas! ¡No, al contrario! Ahora debía mostrar hacia Cavalleiro una fraternidad tan amplia y tan ruidosa, que por su amplitud y su ruido ocultase por entero el sucio enredo que por debajo palpitaba. Fingimiento torturador ¡e impuesto por el honor de su nombre! ¡El sucio enredo bien guardado entre las más espesas arboledas del jardín, en la más densa penumbra del Mirador! ¡Y por fuera, al sol, en las plazas de Oliveira, él siempre cogido cariñosamente del brazo de Cavalleiro!

Pasaban los días, y en el espíritu de Gonzalo no se asentaba la serenidad. Le amargaba sobre todo sentir que se veía forzado a aquella aparente intimidad con Cavalleiro, tanto por el cuidado de su apellido cuanto por la conveniencia de su elección. Toda su altivez se rebelaba a veces: «¿Qué me importa la elección? ¿Qué valor tiene un sucio escaño en el Congreso?...» Pero en seguida la dura realidad le acallaba. La elección era la única abertura por la que él lograría escapar de su agujero rural; y si rompía con Cavalleiro, aquel villano, avezado a villanías, inmediatamente, con el apoyo de la horda intrigante de Lisboa, improvisaría otro candidato por Villa-Clara... Desgraciadamente, él era uno de esos seres doblegados que *dependen*. ¿Y de dónde provenía la triste dependencia? De la pobreza, de aquella escasa renta de dos quintas, suficiente para un cualquiera, pero que era pobreza para él, con su educación, sus gustos, sus deberes de nobleza, su espíritu de sociabilidad.

Y aquellos pensamientos le impulsaban lenta y capciosamente a otro pensamiento, a doña Ana Lucena, a sus doscientos mil duros... Hasta que una mañana afrontó valientemente una posibilidad trastornadora: ¡casarse con doña Ana! ¿Por qué no? Ella le mostraba una clara inclinación, casi un consentimiento... ¿Por qué no se casaría con doña Ana?

¡Sí! El padre, carnicero; el hermano, asesino... Pero también él, entre tantos antepasados, hasta los suevos feroces, descubriría algún abuelo carnicero; y la ocupación de los Ramírez, a través de los siglos heroicos, había consistido realmente en asesinar. Además, el carnicero y el asesino, muertos ambos, sombras remotas, pertenecían a una leyenda que se extinguía. Doña Ana, con su casamiento, ascendería del populacho a la burguesía. El no la encontraba en la carnicería del padre, ni en la bellaquería del hermano, sino en la quinta de la Feitosa, ya rica dama, con administrador, con capellán, con lacayos, como una antigua Ramírez. ¡Ah! Sinceramente, toda vacilación era pueril, desde el momento en que aquellos doscientos mil duros, de dinero muy limpio, de buen dinero rural, los traía con su cuerpo, mujer tan hermosa y seria. Con aquel puro oro, su nombre y su talento, no necesitaría para dominar en política la falsa mano de Cavalleiro... Y luego, ¡qué vida noble y completa! Su vieja torre restituída al esplendor sobrio de otras edades; un cultivo de lujo en las históricas tierras de Treixedo; ¡los viajes fecundos a los países que educan!... Y la mujer que le proporcionaba aquellas regalías no le amargaba su goce, como en tantos casamientos ricos, con su fealdad, sus huesos agudos o su piel fofa... ¡No! Después del brillo social del día, no le esperaría en la alcoba una mostrenca, sino Venus.

Y así, lentamente trabajado por aquellas tentaciones, envió una tarde una esquela a la prima María, a la Feitosa, pidiéndola una cita «para verse a solas, en algún paseo de los alrededores, porque deseaba tener con ella una *pequeña conversación* seria e íntima...» Pero trancurrieron tres días larguísimos y no vino la ansiada carta de la Feitosa. Gonzalo dedujo, en conclusión, que la prima María, tan lista, oliéndose la naturaleza de la conversación y sin una certeza con que alegrarle, la retrasaba, se negaba. Pasó entonces una desolada semana, removiendo la tristeza de una vida que sentía hueca, llena toda de incertidumbres. El orgullo, un pudor complicado, no le permitían volver a Oliveira, al cuarto desde donde divisaría, sobre la arboleda, el tejadillo del Mirador con su grueso Cupido; ¡y casi le estremecía la idea de besar a su hermana en aquella cara que el otro babosearía! Sobre su elección caía un silencio de bóveda, y otra repugnancia, más acerba, le vedaba escribir a Cavalleiro. Juan Gouveia disfrutaba de sus vacaciones en la costa, con zapatos blancos, cogiendo conchitas en la

playa. Y Villa-Clara resultaba insoportable en aquella mitad de septiembre tan caluroso, con *Titó* en el Alemtejo, adonde le llevara una enfermedad del viejo mayorazgo de Cidadelhe. Manuel Duarte, en la quinta de su madre, dirigiendo la vendimia, y el Casino desierto, adormecido bajo el innumerable zumbar de las moscas...

*

Por ocuparse en llenar las horas, más que por obligación o por afición al arte, volvió a dedicarse a su novela. Pero sin fervor, sin ágil vena. Ahora estaba en la sañuda partida de Tructesindo y de sus caballeros, corriendo tras el bastardo de Bayón. Lance dificultoso, que requería fragor, un brillante colorido medieval. ¡Y él, tan blando, tan apagado!... Por fortuna, en su poemita, el tío Duarte había colmado aquel violento pasaje con bien pintados paisajes, con interesantes rasgos de guerra.

Una vez en el río Coice, Tructesindo encontraba cortado a hachazos el decrépito puente, cuyos rotos barrotes y tablones carcomidos llenaban el fondo de la escasa corriente. En su fuga, el bastardo lo desmanteló cautelosamente para detener la cabalgata vengadora. Entonces, la pesada hueste de Santa Irene avanzó por la estrecha orilla, siguiendo las hileras de chopos en busca del vado del Espigal... Pero ¡cuánto retraso! Cuando las últimas mulas de carga trotaron por la tierra de allende el río, ya la tarde se serenaba, y en las pozas de agua, entre las piedras, moría su esplendor, haciéndolas, unas, de oro pálido, y otras, apenas rosadas.

Inmediatamente, don García Viegas, el *Sabedor*, aconsejó que la mesnada se dividiese: los infantes y la carga avanzando hacia Montemayor, oculta y callada, para rehuir encuentros; los caballeros de lanza y los ballesteros montados partiendo en dura carrera para atrapar al bastardo. Todos ensalzaron el ardid del *Sabedor*; y la cabalgata, aligerada de las filas lentas de arqueros y honderos, galopó a rienda suelta por las tierras yermas y luego entre los berrocales, hasta los Tres Caminos, desolada llanura donde se yergue solitario ese roble viejísimo que en otro tiempo, antes de ser exorcizado por San Froilán, cobijaba en el sábado más tenebroso de enero, a la claridad de unas antorchas azufradas, a la gran ronda de todas las brujas de Portugal. Junto al roble, Tructesindo contuvo a la cabalgata; y alzado sobre los estribos, escudriñaba las sendas trifurcadas y hundidas entre ásperos, lóbregos cerros silvestres y con tojos. ¿Había pasado por allí el malvado bastardo?... ¡Ah, ciertamente pasó con toda su maldad, porque en un peñascal, junto a tres cabras flacas, que ramoneaban la maleza, yacía, con los brazos abiertos, un pobre pastorcillo muerto, atravesado por una flecha!

Para que el infeliz cabrero no diese noticias de la gente de Bayón, un brutal saetazo le atravesó el pecho, descarnado por el hambre y mal cubierto con harapos... Pero ¿por cuál de los tres caminos se habría internado el malvado? En la tierra dura, removida por el viento cálido que venía de los montes, no aparecían huellas revueltas del tropel fugitivo. Y en aquella soledad no había ni choza ni cobijo donde un villano o una vieja escondida acechasen la llegada del bando. Entonces, a una orden del alférez Alfonso Gómez, tres almogávares se adentraron por los tres caminos, a la descubierta, mientras los caballeros, sin apearse, se quitaban los morriones para limpiarse de las caras barbudas el sudor que les inundaba, o abrevaban los corceles en un riachuelo bajo que se deslizaba al borde de la llanura entre un despoblado cañaveral. Tructesindo no se apartó de debajo del ramaje del roble de San Froilán, inmóvil sobre el morcillo también petrificado, oculto todo dentro del hierro de su armadura, con las manos juntas sobre la silla y el yelmo pesadamente inclinado como por la pena, en oración. Y a su lado, con los collares erizados de clavos, con las sangrientas lenguas colgantes, jadeaban, tumbados, sus dos mastines.

Y mientras la espera se alargaba, inquieta y enojosa, el almogávar que se internó por el camino del Este reapareció entre una nube de polvo, con la lanza en alto. ¡A la hora escasa de marcha divisó en un cerro una hueste acampada, en un lugar seguro, cercado con estacas y zanjas!

—¿Qué pendón?

—Los trece besantes.

—¡Alabado sea Dios!—gritó Tructesindo, que se estremeció como despertando—. ¡Es don Pedro de Castro, el *Castellano*, que entró con los leoneses y viene por las señoras infantas!

¡Por aquel camino, pues, no se atrevería el Bastardo!... Pero ya por la ruta de Poniente regresaba otro almogávar, contando que entre unos cerros, en un pinar, topó con un grupo de buhoneros genoveses, rezagados desde el alba porque uno de ellos se desmayó con las fiebres. ¿Y entonces?... Entonces, al borde del pinar sólo había pasado en todo el día—por lo que juraron los genoveses—, una pandilla de truhanes que volvían de la feria de Crajelos. Sólo quedaba, pues, el camino del medio, pedrizo y escabroso como el lecho seco de un torrente. Y por él, a un grito de Tructesindo, trotó la cabalgata. Pero ya el crepúsculo tristísimo caía y el camino se alargaba, agreste, lúgubre, interminable, entre los cerros de brezos y roca, sin una cabaña, un muro, un cercado, un rastro de animal o de hombre. A lo lejos, más a lo lejos, avistaron al fin la campiña árida, llena de soledad y de sombra, dilatada en su mudez hasta un cielo remoto, donde se extinguía ya una última franja de sol poniente color de cobre y color de sangre. Entonces Tructesindo detuvo el galope, junto a unos espinos que se retorcían bajo las ráfagas más fuertes del viento cálido.

—¡Por Dios, señores, que corremos con vana prisa y sin esperanza!... ¿Qué pensáis, García Viegas?

Todo el grupo se apiñó, y subía como una humareda de los corceles, jadeantes bajo las gualdrapas de malla. El *Sabedor* extendió el brazo.

—¡Señores! El Bastardo, antes que nosotros, cruzó huyendo esa campiña y llegó a Valle-Martiño para pernoctar en la Honra de Agredel, que está bien fortificada y es parienta de Bayón...

—¿Y nosotros entonces, don García?

—A nosotros, señores y amigos, sólo nos queda también pernoctar. Volvamos a los Tres Caminos. Y de allí, en buena avenencia, al campamento de don Pedro Castro, a pedir cobijo. Junto a tamaño señor encontraremos más abundantemente que en nuestras alforjas lo que todos, cristianos y bestias, vamos necesitando: un trozo de carne y tres copiosos tragos de vino...

Todos gritaron con alborozo: «¡Bien hablado! ¡Bien hablado!...» Y de nuevo, por el barranco pedregoso, la cabalgata trotó pesadamente hacia los Tres Caminos, donde ya

dos cuervos se encarnizaban en el cuerpo del pastorcillo muerto.

A poco, al final del camino del Este, en el cerro alto, blanquearon las tiendas del campamento a la luz de las hogueras, que humeaban por todo él. El adalid de Santa Irene arrancó del cuerno tres lentos sones, claros y acogedores. Entonces el adalid galopó hasta el cercado a anunciar a los centinelas apostados en las barreras, entre brillantes fuegos de almenara, la mesnada amiga de los Ramírez. Tructesindo paró en la oscura barranca, que el pinar espeso oscurecía más, agitándose y gimiendo bajo el viento. Dos caballeros de sobreveste negra y capuz corrieron en seguida por la ladera del otero, gritando que don Pedro de Castro esperaba al noble señor de Santa Irene y se complacería muy mucho en su regalo y servicio. Silenciosamente, Tructesindo se apeó, y con don García Viegas, Leonel de Zamora, Mendo de Briteiros y otros parientes de su solar, todos sin lanza o broquel, desenguantados, subieron presurosos por el cerro hasta la estacada, cuyas puertas se abrieron de par en par, mostrando, a la claridad incierta de las fogatas, sombríos grupos de infantes, donde entre los cascos de hierro surgían tocas amarillas, de mancebas, y gorros abigarrados de juglares. Apenas el viejo asomó a los barrotes, dos infanzones, agitando la espada, gritaron:

—¡Honra! ¡Honra a los ricoshombres de Portugal!

Las tropas mezclaban el son de los clarines a los redobles pausados de los tambores. Y entre la turba, que retrocedió calladamente en lentas filas, avanzó, precedido de cuatro caballeros que levantaban unos hachones encendidos, el viejo don Pedro de Castro, el *Castellano*, el hombre de las largas guerras y de los vastos señoríos. Un coselete de ante, con labores de plata, ceñía su pecho, ya curvado, como consumido por tamañas fatigas de pelear y tamañas codicias de reinar. Sin yelmo, sin armas, apoyaba la velluda mano de salientes venas en un báculo de marfil. Y los ojos hundidos chispeaban, con afable curiosidad, en la tostada delgadez de la faz, de nariz más curva que el pico de un halcón, estirada hacia un lado por una honda cicatriz, que se perdía en la barba crespa, puntiaguda y casi blanca.

Ante el señor de Santa Irene tendió despacio los brazos. Y con una grave risa, que le curvó más la nariz de ave de rapiña sobre la barba tiesa:

—¡Vive Dios! ¡Grande es la noche que os trae, primo y amigo! ¡Que no la esperaba yo de tanta honra y de tanto gusto!...

*

Al terminar este arduo capítulo, después de tres semanas de trabajo, Gonzalo arrojó la pluma con un suspiro de cansancio. ¡Ah! Sentía ya la hartura de aquella interminable novela, desarrollada como un ovillo suelto, sin que pudiese él acortar los hilos. ¡Tan apretadamente los había enmarañado en su denso poema el tío Duarte, al que seguía gimiendo! Y no le consolaba siquiera la certeza de construir una obra recia. Aquellos Tructesindos, aquellos Bastardos, aquellos Castros, aquellos *Sabedores*, ¿eran realmente varones alfonsinos, de sólida sustancia histórica?... ¡Tal vez sólo títeres huecos, mal engoznados en férreas armaduras, poblando inverosímiles campamentos y castillos, sin un gesto o

una frase que datasen de las vetustas edades!

Y al día siguiente no acumuló en todo su ser el suficiente valor para proseguir aquella ansiosa correría de los de Santa Irene tras el bando fugitivo de Bayón. Además, había enviado ya tres capítulos de la novela, calmando así las ansias de Castañeiro. Pero la ociosidad le pesó más aquella semana, pasada sobre los canapés o entre los bojes del jardín, fumando y sintiendo tristemente que la vida se le escapaba en humo. Para enervarle aún más, sufría un apuro de dinero, una letra de tres mil pesetas del último año de Coimbra, siempre protestada, siempre aumentando, y que ahora el aceptante, un tal Leite, de Oliveira, reclamaba con dureza. Su sastre de Lisboa le importunaba también con una factura pavorosa, que llenaba dos hojas. Pero le entristecía, sobre todo, la soledad de la torre. Todos sus alegres amigos estaban dispersos a orillas del mar o por las quintas. La elección, encallada como una barca en el légamo. Su hermana, seguramente, con el *otro*, en el Mirador. Hasta la prima María no prestaba atención, ingratamente, a su petición de una «parrafadita». Y él permanecía en su caluroso caserón, sin energías, inmovilizado en una inercia creciente, como si le atasen unas cuerdas, cada día más apretadas, y se transformase de hombre en fardo.

Una tarde, en su cuarto, emperezado y sombrío, sin hablar siquiera con Benito, acababa de vestirse para montar a caballo y distraerse con una galopada por los caminos de Valverde, cuando el pequeño de la Críspula—ya alojado en la torre como recadero, con su chaquetilla de botones dorados—llamó, jadeante, a la puerta. Era una señora, que había parado en el portón, dentro de un carruaje, y que rogaba al hidalgo que bajase...

—¿No ha dicho su nombre?

—No, señor. Es una señora delgada, en un coche de dos caballos, con riendas...

¡La prima María! ¡Con qué alborozo corrió, cogiendo del perchero del corredor un viejo sombrero de paja! Y abajo fué, como si contemplase a la diosa de la Fortuna sobre su ligera rueda.

—¡Oh prima María, qué sorpresa!... ¡Qué alegría!

Asomada a la ventanilla del carruaje—el coche azul de la Feitosa—, doña María Mendoza, con un sombrero nuevo cubierto de lilas, se disculpó atropelladamente y riendo de su silencio. Había recibido la carta del primo con mucho retraso. Aquel condenado cartero, siempre derrengado y borracho... Luego, unos días muy atareados en Oliveira, con Anita, que preparaba para el invierno la casa de la calle de las Velas.

—Y, por último, como debía una visita en Villa-Clara a la pobre Venancia Ríos, que había estado enferma, me pareció más sencillo y mejor detenerme en la torre... Bueno, ¿qué hay?

Gonzalo sonreía, cohibido.

—Pues nada grave... Es que deseaba hablar contigo... ¿Por qué no entras?

Abrió la portezuela. Ella prefería pasear por la carretera. Y ambos se encaminaron hacia el viejo banco de piedra, que cobijaban los álamos frente al portón de la torre. Gonzalo sacudió con el pañuelo el extremo del banco.

—Oye, prima María, yo quería hablarte... ¡Pero es difícil, tan difícil!... Tal vez lo mejor sea atacar la cuestión brutalmente.

—Atácala.

—Entonces, ¡allá va!... Prima, ¿tú crees que pierdo el tiempo dedicándome a tu amiga Ana?

Sentada ligeramente al borde del banco, enrollando cuidadosamente la seda negra de la sombrillita, María Medoza tardó un instante hasta murmurar:

—No, yo creo que no pierdes el tiempo, primo...

—¡Ah! ¿Sí?

Contemplaba ella a Gonzalo, gozándose en su trastorno y ansiedad.

—¡Por Dios, prima!... ¡Dime algo más!

—Pero ¿qué quieres que te diga? Ya lo advertí en Oliveira. Soy muy joven todavía para andar con recaditos amorosos. Pero encuentro que Anita es guapa, rica y viuda...

Gonzalo se apartó del banco, alzando los brazos, desolado. Y como también doña María se levantó, los dos siguieron por la faja de hierba que bordeaba los álamos. El gemía, casi desconsolado:

—Que es guapa, viuda y rica... ¡Para enterarme de esos grandes secretos no te hubiera molestado, prima!... ¡Qué diablo! ¡Sé buena chica, sé franca! Tú lo sabes con seguridad; ya habréis hablado las dos... Sé franca. ¿Siente ella por mí alguna simpatía?

Doña María se detuvo, y murmuró, rayando con la punta de la sombrillita el sendero amarillento de la hierba.

—Pues claro que la siente...

—¡Bravo! Entonces, si de aquí a cierto tiempo, pasados estos primeros meses de luto, yo me declarase, me...

Ella clavó en Gonzalo sus ojos vivarachos.

—¡Santo Dios, cómo galopa el primo!... Entonces, ¿es una pasión?

Gonzalo se quitó el viejo sombrero de paja, pasándose luego lentamente la mano por el pelo. Y en un inmenso y triste desahogo:

—¡Mira, prima! ¡Es, sobre todo, la necesidad de asentar mi vida! ¿No te parece?

—Tanto me lo parece, que ya te indiqué el buen sostén... Y ahora, adiós; pasan ya de las cinco. No quiero retrasarme, por los criados.

Gonzalo protestó, suplicó:

—¡Un ratito más!... ¡Es muy temprano! Sólo otra cosa, con franqueza. ¿Ella es una buena chica?

Doña María volvió, al final de la hilera de álamos, hacia el coche.

—Una pizca de genio para animar la existencia. Pero muy buena chica... ¡Y una dueña de casa admirable! No te imaginas, primo, cómo marcha la Feitosa. El orden, el aseo, la regularidad, la disciplina... Ella lo examina todo, ¡hasta la bodega, hasta la cochera!

Gonzalo se frotó las manos, radiante.

—¡Pues si de aquí a un año se realiza el gran acontecimiento, he de gritar por todas partes que fué la prima María quien salvó la casa de Ramírez!

—¡Para eso trabajo yo, en servicio del blasón y del nombre!—exclamó ella, saltando con ligereza dentro del coche, como si huyese, una vez lanzada aquella clara confesión.

El lacayo trepó al pescante. Y mientras los caballos, descansados, arrancaban con unas corvetas, doña María gritó aún:

—¿Sabes a quién vi en Villa-Clara? ¡A *Tító!*

—¿A *Tító?*

—Llegó del Alemtejo; viene a comer contigo... No le traje en el coche por decoro, por no comprometerle...

Y el coche rodó entre las risas y cariñosas señas con que los dos se festejaban, en aquel nuevo acuerdo, más efusivo que una conspiración sentimental.

Gonzalo marchó en seguida a Villa-Clara, al encuentro de *Tító*. Y le alegraba ya la idea de recoger de labios de *Tító*, el íntimo de la Feitosa, informes sobre doña Ana, su genio, sus maneras. La prima María, por afecto a los Ramírez—sobre todo, pobrecita, en beneficio de los Ramírez—, idealizaba a la novia. Pero *Tító*, el hombre más veraz del reino, que amaba la verdad con la antigua devoción de Epaminondas, mostraría a doña Ana sin afeites ni adornos. Y *Tító*... ¡Ah! Bajo su vozarrón atronador y su indolencia bovina, *Tító* poseía un espíritu muy certero, muy sagaz.

Los dos amigos se encontraron en la Portella. Y, a pesar de una separación tan breve, el abrazo fué estruendoso.

—¡Oh Gonzalito!...

—¡Oh *Tító* querido! ¡Hacías muchísima falta aquí!... ¿Y tu hermano?

Estaba mejor, más tranquilo. Demasiados cartapacios y demasiadas mujeres para un viejo de sesenta años. El ya se lo advirtió: «¡Hermano Juan, hermano Juan! ¡Mira que si sigues agarrado así siempre a los papeles viejos y a las chicas jóvenes, reventarás!»

—¿Y por aquí? ¿Y esa elección?

—La elección, ahora, para octubre, a comienzos de octubre... Por lo demás, insipidez universal. Gouveia, en la playa; Manuel Duarte, en la vendimia... Yo, seco, marchito, sin vena y hasta sin apetito.

—Mira que yo venía a comer, e invité a Videiriña.

—Ya lo sé; me lo dijo mi prima María, que se detuvo un rato en la torre... Está en la Feitosa, con doña Ana.

Durante un momento insistió en la intimidad de la prima María en la Feitosa, con el propósito de desahogarse en seguida, allí en la carretera, sobre la inesperada novela que había surgido. ¡Pero no se atrevió! Era una angustiosa timidez, como la vergüenza de codiciar así todos los bienes del pobre Lucena: el distrito y la viuda.

Entonces, hablando del Alemtejo y de su hermano Juan—que había contado muchas antiguallas latosas sobre la genealogía de los Ramírez—, bajaron de la Portella a la torre, con intención de prolongar el paseo hasta los Bravaes. Pero, en la torre, Gonzalo quiso avisar a Rosa de los dos invitados inesperados, señores de tan soberbio tenedor. Entraron por la puerta del jardín, donde un lento hilo de agua se inmovilizaba en las regueras. Ante los gritos alegres del hidalgo acudió Rosa, secándose las manos en el delantal. ¡Cómo! ¡Dos invitados! ¡Y hasta cuatro, y más voraces, que, gracias a Dios, sobraba comida! ¡Todavía, por la tarde, había comprado a una mujer de la costa una banasta de sardinas, grandes y gordas, que daban gloria!... *Tító* reclamó en seguida una fritada tremenda de sardinas y huevos. Y los dos amigos cruzaron el patio, cuando Gonzalo vió a Benito, esparrancado en el banco del emparrado, ante un cacharro, y restregando con arena un puño de plata labrada, que sobresalía de una toalla enrollada como de una vaina.

—¿Qué puño es ése, Benito, envuelto así?

Benito sacó lentamente de la toalla retorcida una fusta, larga y oscura, con tres aristas afiladas como las de un florete.

—¡Ni el señor doctor lo sabía! Estuve esta tarde por ahí, revolvien-

do, a causa de una camada de gatos, y detrás de un baúl encontré unas espuelas de níquel y este látigo...

Gonzalo examinó el macizo puño de plata, y agitó el fino vástago que silbaba.

—Espléndida fusta... ¿Eh, Titó? Afilada como un cuchillo. Y antiguo, muy antiguo, con mis armas... ¿De qué diablo está hecho? ¿Ballena?

—Es manatí... ¡Un arma terrible! Mata a un hombre... Mi hermano Juan tiene uno, pero con el puño de metal... ¡Mata a un hombre!

—Bien—terminó Gonzalo—. Límpialo y ponlo en mi cuarto, Benito. ¡Pasa a ser mi látigo de guerra!

En la puerta del jardín encontraron a Pereira, el de la Riosa, con una chaqueta de paño sobre los hombros. Muy pronto, el día de San Miguel, Pereira comenzaba al fin el cultivo de la torre. Y Gonzalo bromeó, mostrando a *Titó*, al labrador famoso ¡Aquél era el hombre! ¡El gran hombre, que se preparaba a convertir la torre en una renombrada maravilla de trigo, viña y huerta! ¡Pereira se rascaba la barba escasa.

—¡Y a enterrar también unos buenos dineros! ¡En fin, un gusto siempre valió más que un real! Y el hidalgo, como amo, se merece una tierra en que los ojos se posen embelesados...

—¡Oh señor Pereira!—vociferó *Titó*—. No se olvide usted entonces de cuidar los melones. ¡Es una vergüenza! ¡Nunca se ha comido en la torre un buen melón!

—¡Pues para el otro año, si Dios nos da salud, ya comerá usted en la torre un buen melón!

Gonzalo abrazó al experto labrador, y se apresuró hacia la carretera, decidido a soltar toda la confidencia a *Titó*, en la soledad propicia de la arboleda de los Bravaes. Pero apenas emprendieron de nuevo la caminata, le sobrecogió la misma timidez, temiendo ahora casi los informes de *Titó*, un hombre tan severo y de tan rígida moral. Y acabaron toda la lenta vuelta por los Bravaes sin que Gonzalo se desahogara. Cayó el crepúsculo, suave y caluroso, hablando de la pesca del sábalo en el Guadiana.

Ante el portón de la torre esperaba Videiriña, rasgueando la guitarra en la penumbra de los álamos. Como la noche seguía sofocante, sin una ráfaga, comieron en la terraza, con dos quinqués encendidos. No bien desdobló la servilleta, *Totó*, sudoroso, arrellanado en la silla, declaró que «¡gracias al Señor, la sed era buena!» El y Gonzalo llevaron a cabo sus habituales hazañas de tenedor y de copa. Cuando Benito sirvió el café, una inmensa y brillante luna nueva surgía al fondo de la oscura quinta, por detrás de los cerros de Valverde. Gonzalo, sepultado en una silla de mimbre, encendió el veguero beatíficamente. Todo el tedio y las incertidumbres de aquellas semanas se desprendían de su alma como ceniza apagada, rápidamente barrida. Y notando menos la dulzura de la noche que un mejor sabor a la vida despejada, exclamó:

—¡Pues, señores, ahora está delicioso!

Videiriña, después de un breve cigarrillo, cogió de nuevo la guitarra. Por la quinta, trozos de muros encalados, algún sendero más descubierto, el agua del estanque grande, rebrillaban bajo la luna, que se deslizaba por los cerros; y la quietud de la arboleda, de la claridad, de la noche, penetraban en el alma con adormecedora caricia. *Titó* y

Gonzalo saboreaban el famoso coñac de Moscatel, preciada antigualla de la torre, silenciosamente extasiados con Videiriña, que había retrocedido hacia el fondo del balcón, envolviéndose en la sombra. Nunca el buen cantador había herido las cuerdas con una inspiración más enternecida. Hasta los campos, el cielo inclinado, la luna llena sobre las colinas, escuchaban las quejas del fado de la Ariosa. Y en la oscuridad, bajo el balcón, la tos de Rosa, los pasos apagados de los sirvientes, alguna risa sofocada de muchacha, el sacudimiento de orejas de un perdiguero, eran como la presencia de un pueblo suavemente atraído por el hermoso concierto.

Así la noche se prolongó, ascendió la luna con solitario fulgor. *Titó*, en la pesadez de la comilona, se adormeció. Y, como siempre, para terminar, Videiriña atacó con ardor el *Fado de los Ramírez*:

¡Quién sin temblar puede verte,
Torre de la Santa Irene,
tan oscura y tan callada,
en noches de luna llena!...

Y lanzó entonces una nueva estrofa, que había compuesto aquella semana, amorosamente, sobre una erudita nota del buen padre Soeiro. Era la gloria magnífica de Payo Ramírez, maestre del templo, a quien el papa Inocencio y la reina Blanca de Castilla y todos los príncipes de la cristiandad suplican que se arme y corra con dura prisa y liberte a San Luis, rey de Francia, cautivo en tierras de Egipto:

Que sólo en Payo Ramírez
pone el mundo su esperanza...
¡Que agrupe sus caballeros
y que salve al rey de Francia!

Y por aquel antepasado y por tal hazaña, hasta Gonzalo se interesó, acompañando la canción con un trémulo grito, levantando el brazo:

¡Que agrupe, ay, sus caballeros,
y que salve al rey de Francia!

Al retumbar más fuerte el acompañamiento, *Titó* abrió los párpados, despegó del canapé su inmenso corpachón y declaró que volvía a Villa-Clara:

—¡Estoy rendido! Siempre de viaje y sin dormir, desde ayer a las cuatro de la mañana, que salí de Cidadelhe... ¡Caramba, daría ahora, como aquel rey griego, un duro por un burro!

Entonces Gonzalo, animado por el coñac, se levantó también con una resolución casi alegre:

—¡Oh *Titó*, antes de marcharte entra para acá, que quiero hablar contigo de una cosa!

Cogió uno de los quinqués y entró en el comedor, donde flotaba el olor de unas magnolias que se marchitaban en un jarrón. Y allí, sin preámbulo, con los ojos muy decididos, bien clavados en *Titó*, que le había seguido cansadamente y que se desperezaba aún.

—Oyeme, *Titó*, y sé franco. Tú ibas mucho a la Feitosa... ¿Qué te parece doña Ana?

Titó, que despertó como si estallase un mortero, contempló a Gonzalo con asombro.

—¡Bueno está! Pero ¿a qué viene ahora...?

Gonzalo le atajó, en su prisa por captar rápidamente una certeza:

—¡Mira! Yo para ti no tengo secretos Estas últimas semanas hubo aquí unas conversaciones, unos encuentros... En fin, para resumir, si de aquí a una temporada pensase yo en casarme con doña Ana, creo que ella, por su parte, no se negaría. Tú ibas a la Feitosa. Tú lo sabes... ¿Qué tal muchacha es?

Titó se cruzó de brazos con violencia.

—¿Pero te vas a casar con doña Ana?

—Hombre, no voy a casarme. No salgo esta noche para la iglesia. Por ahora sólo deseo informes... ¿Y de quién los puedo tener más francos y seguros que de ti, que eres mi amigo y que la conoces?

Titó no descruzó los brazos, levantando hacia el hidalgo su cara honrada y severa.

—¿Pero piensas casarte con doña Ana, tú, Gonzalo Méndez Ramírez?...

Gonzalo hizo un gesto de impaciencia y de saturación.

—¡Oh! No me vengas con la nobleza y con don Payo Ramírez...

Titó casi berreó en su indignación:

—¡Qué nobleza! ¡Es que un hombre de bien, como tú, no piensa en casarse con una criatura como ella!... ¡Nobleza! ¡Sí! ¡Pero nobleza del alma y del corazón!

Gonzalo enmudeció, traspasado. Después, con una serenidad forzada, argumentó, dedujo:

—¡Bien! Tú sabes entonces otras cosas... Yo, por mi parte, sé que es bonita y rica; sé también que es formal, porque nunca se ha murmurado de ella ni aquí ni en Lisboa Son buenas cualidades para casarse con una mujer... Tú afirmas ahora que no puede uno casarse con ella. Por tanto, sabes otras cosas... Dilas...

Fué entonces *Titó* el que enmudeció, inmóvil ante el hidalgo, como si el nudo de una cuerda le aferrara y le atase. Por último, resoplando con un esfuerzo enorme:

—Tú no me llamaste para deponer como testigo... En principio, sin explicaciones, preguntas si puedes casarte con esa mujer. Y yo, sin explicaciones, en principio, declaro que no... ¿Qué diablos quieres más?

Gonzalo exclamó, indignado:

—¿Qué quiero? ¡Por el amor de Dios, *Titó!*... Suponte que estoy locamente enamorado de doña Ana, o que tengo un enorme interés en casarme con ella... No lo estoy ni lo tengo; ¡pero suponlo! En ese caso, no se aparta a un amigo de un acto en que está tan hondamente empeñado, sin presentarle una razón, una prueba...

Apremiado así, *Titó* bajó la cabeza, rascándose con desesperación. Y luego, cobardemente, para evadirse, aplazó la discusión.

—Mira, Gonzalo, estoy muy cansado. Tú no vas a ir a estas horas a la iglesia; y ella, menos, pues el otro marido no se ha enfriado aún en la tumba. Así es que mañana hablaremos.

Dió dos zancadas enormes, empujó la hoja del balcón, llamando a Videiriña:

—¡Vaya horas, Videiriña! Tocan a marcharse, que no he dormido desde la Cidadelhe.

Videiriña, que preparaba con todo esmero un *grog* frío, vació precipitadamente la copa y recogió la preciada guitarra. Y Gonzalo no los detuvo, restregándose silenciosamente las manos, enojado con aquella negativa de *Titó*, tan falta de amistad y tan obstinada. Cruzaron como sombras una sala, donde dormía, olvidada desde los Ramírez del siglo XVIII, un clavicordio de sarao. En el rellano de la escalera que conducía a la puertecita verde, Gonzalo, para alumbrarlos, levantó un candelabro. *Titó* encendió un cigarro en la vela. Su mano velluda temblaba.

—Entonces, entendido... Mañana vengo, Gonzalo.

—Cuando quieras, *Titó*.

Y en el seco asentimiento del hidalgo se traslucía tal despecho, que *Titó* vaciló en los estrechos escalones que él colmaba. Por fin, descendió pesadamente.

Videiriña, ya en la carretera, contemplaba el cielo, la luminosa serenidad:

—¡Qué bonita noche, señor doctor!

—Muy bonita, Videiriña... Y muchas gracias. ¡Ha tocado usted hoy divinamente!

Gonzalo entró en la sala de retratos, y había dejado apenas el candelabro, cuando bajo el balcón retumbó el vozarrón de *Titó*:

—¡Eh, Gonzalo, baja para acá!

El hidalgo rodó casi los escalones, con gran avidez. Más allá de los álamos, bajo la luna, en medio de la carretera, Videiriña templaba la guitarra. Y apenas la cara del hidalgo surgió en la claridad de la puerta, *Titó*, que esperaba con el sombrero hacia la nuca, se desahogó:

—¡Oh Gonzalo, te quedabas enfadado!... ¡Es una tontería! Y entre nosotros no quiero sombras ¡Allá va! Tú no puedes casarte con esa mujer, porque ha tenido un amante. No sé si antes o después de ése habría tenido algún otro. No hay criatura más astuta ni más disimulada. No me vengas ahora con preguntas. Pero ten la certeza de que tuvo un amante. Soy yo quien te lo afirmo: ¡y tú bien sabes que no miento nunca!

Bruscamente salió a la carretera, con los robustos hombros inclinados. Gonzalo no se movió de los escalones de piedra, frente a los álamos mudos, como ellos inmóvil. Había estallado una palabra en el suave silencio de la noche y de la luna: ¡y hete aquí que el alto sueño que él forjara sobre doña Ana, su belleza y sus doscientos mil duros se desplomaba sobre el lodo! Subió lentamente volvió a entrar en la sala. Encima de la alta llama de la vela, en un lienzo ennegrecido, se despertó un rostro, un seco y amarillento rostro, de altivos bigotes negros, que se inclinaba atento, como escudriñando. Y a lo lejos, Videiriña difundía por los campos adormecidos los ingenuos versos celebrando la altísima gloria de la casa ilustre:

> Que sólo en Payo Ramírez
> pone el mundo su esperanza...
> ¡Que agrupe sus caballeros
> y que salve al rey de Francia!...

X

Hasta altas horas de la noche, Gonzalo, paseando por su cuarto, rumió la amarga certeza de que siempre, a lo largo de su vida entera —¡casi desde el colegio de San Fidel!—, no había dejado de sufrir humillaciones. Y todas le venían de intenciones muy sencillas, tan seguras para cualquier hombre como el vuelo para cualquier ave: ¡sólo para él terminaban constantemente en dolor, afrenta o desdicha! Al entrar en la vida escogió con todo entusiasmo un confidente, un hermano que trajo a la quieta intimidad de la torre, ¡y en seguida aquel hombre se apoderó fácilmente del corazón de Gracita y la abandonó con ultraje! Concibió después ese deseo tan corriente de intervenir en la vida política, ¡y en seguida el azar le obligó a rendirse y a acogerse a la influencia de aquel mismo hombre, ahora autoridad poderosa, tan detestada y escarnecida por él durante todos aquellos años de despecho! Después abrió al amigo, reanudada ahora su convivencia, la puerta de los Cunhaes, confiado en la seriedad, en el rígido orgullo de su hermana, ¡y en seguida su hermana se entregaba al antiguo burlador, sin lucha, en la primera tarde en que se lo encontró en

la sombra propicia de un pabellón! Pensó ahora en casarse con una mujer que le ofrecía conjuntamente una gran belleza y una gran fortuna, e inmediatamente un camarada de Villa-Clara venía a secretearle: «¡La mujer que escogiste, Gonzalito, es una pelandusca llena de amantes!» ¡Ciertamente, no amaba a aquella mujer con un amor noble y grande! Pero había decidido situar entre los hermosos brazos de ella, muy cómodamente, su suerte insegura; y hete aquí que le llegaba, con opresora puntualidad, la acostumbrada humillación. ¡Realmente, el destino le vapuleaba con saña desmedida!

—¿Y por qué?—murmuraba Gonzalo, quitándose melancólicamente la levita—. En tan breve vida, tanta decepción... ¿Por qué? ¡Pobre de mí!

Cayó en el amplio lecho como en una tumba, hundió la cara en la almohada con un suspiro, un enternecido suspiro de piedad por aquella suerte suya tan contrariada, tan desvalida. Y recordó el presuntuoso verso de Videiriña, cantado también aquella noche a la guitarra:

¡Vieja casa de Ramírez,
honra y prez de Portugal!

¡Decaída prez! ¡Mezquina honra! ¡Y qué contraste el del último Gonzalo, encogido en su agujero de Santa Irene, con aquellos grandes antepasados Ramírez, cantados por Videiriña, y todos ellos, si la Historia y la leyenda no mentían, de vidas tan triunfales y sonoras! ¡No! Ni siquiera había heredado de ellos la cualidad por todos heredada a través de los tiempos, la fácil valentía. Su padre había sido aún el buen Ramírez intrépido, que en la famosa revuelta de la romería de la Riosa avanzó con un quitasol frente a tres carabinas apuntándole. Pero él...

Allí, en el secreto del cuarto apagado, bien lo podía gemir libremente: él había nacido con el *defecto*, aquel defecto de peor desdoro, aquella irremediable flaqueza de la carne, que, irremediablemente también, ante un peligro, ante una amenaza, una sombra, le obligaba a retroceder, a huir... A huir de Casco. A huir de un bergante de patillas rubias, que en una carretera y después en una venta le insultaba sin motivo, sólo para demostrar bravuconería y befa. ¡Ah, vergonzosa carne, tan espantadiza!

Y el alma... En aquella callada oscuridad de la alcoba bien lo podía reconocer también, gimiendo: ¡La misma flaqueza sobrecogía su alma! Era aquella flaqueza la que le entregaba a cualquier influencia, siendo llevado por ella como una hoja seca por cualquier ráfaga. Porque su prima María enterneció una tarde sus avispados ojos y le aconsejó, por detrás del abanico, que se interesase por doña Ana, él, en seguida, rebosante de esperanza, levantó sobre el dinero y la belleza de doña Ana una presuntuosa torre de ventura y de lujo. ¿Y la elección? ¿Aquella desdichada elección? ¿Quién le empujó a la elección y a la indecorosa reconciliación con Cavalleiro, y a los disgustos que de allí provinieron? ¡Gouveia, sólo con leves argucias, murmuradas por encima de su tapabocas desde la tienda de Ramos hasta la esquina de Correos! Pero ¿qué? ¡Hasta dentro de su misma torre era manejado por Benito, que le imponía con superioridad gustos, dietas, paseos, opiniones y corbatas! Un hombre de tal naturaleza, por bien dotado que esté de inteligencia, es una masa inerte, a la que el mundo imprime sin cesar formas diversas y contradictorias. Juan Gouveia había hecho de él un candidato servil. Manuel Duarte podría hacer de él un borracho inmundo. ¡Benito podría hacerle fácilmente que se atase al cuello, en vez de una corbata de seda, una collera de cuero! ¡Qué miseria! Y, sin embargo, el hombre sólo vale por la voluntad, sólo en el ejercicio de la voluntad estriba el gozo de la vida. Porque si la voluntad bien ejercitada encuentra alrededor sumisión, entonces existe la delicia del dominio sereno; y si encuentra resistenciaa, entonces es la delicia mayor de la lucha interesante. Solamente no emana un goce fuerte y viril de la inercia que se deja arrastrar calladamente, en un silencio y con una blandura de cera... Pero él, él, descendiente de tantos varones famosos por su voluntad, ¿no conservaría, escondida en algún repliegue de su ser, dormida y ardiente como una brasa bajo la ceniza, una parcela de aquella energía hereditaria?... ¡Tal vez! Nunca, sin embargo, en aquel raquítico y soterrado vivir de Santa Irene despertaría la chispa, ni saltaría en una llama intensa y útil. ¡No, pobre de él! ¡Incluso en los movimientos del alma, donde todo hombre realiza la libertad pura, él sufriría siempre la opresión de la suerte enemiga!

Con otro suspiro se sepultó, se escondió bajo la ropa. No se dormía, la noche terminaba, ya el viejo reloj de música había dado en el corredor, sonoramente, las cuatro. Y entonces, a través de los párpados cerrados, en el confuso cansancio de tantas tristezas removidas, Gonzalo percibió, entre la oscuridad de la alcoba, resaltando pálidamente en las tinieblas, unos rostros que pasaban lentamente...

Eran caras muy antiguas, con desusadas barbas ancestrales y cicatrices de feroces hierros, unas encendidas como en el fragor de una batalla, otras sonriendo majestuosamente como en la pompa de una gala, todas dilatadas por la soberbia costumbre de mandar y de vencer. Y Gonzalo, acechando desde el borde de la sábana, reconocía en aquellas caras las auténticas facciones de antiguos Ramírez, o bien contempladas ya, así, en renegridos retratos, o bien concebidas así, por él, como imaginara la de Tructesindo, de acuerdo son la pujanza y el esplendor de sus hechos.

Pausadas, más vivas, surgían de la sombra, que palpitaba densa y como poblada. Y ahora emergían también los cuerpos, los fortísimos cuerpos cubiertos con cotas de malla mohosa apretados por arneses de acero brillante, embozados en oscuros mantos de revueltos pliegues, ceñidos por fastuosos jubones de brocado, en los que centelleaban las pedrerías de collares y cinturones y armados todos, con las armas todas de la Historia, desde la clava goda de roble erizada de puntas, hasta el espadín de baile ornado de seda y oro.

¡Sin miedo, erguido sobre la almohada, Gonzalo no dudaba de la realidad maravillosa! ¡Sí! Eran sus abuelos Ramírez, sus formidables abuelos históricos, que desde sus tumbas dispersas corrían, se juntaban en la vieja casa de Santa Irene, nueve veces secular, y formaban en torno a su lecho, el lecho en que él naciera, como la asamblea majestuosa de su raza resurgida. Y hasta reconocía algunos de los más esforzados, que ahora, merced a la revisión constante del poemita del tío Duarte y a Videiriña gimiendo fielmente su fado, bullían siempre en su imaginación...

Aquel de allí, con el brial blanco, cuyo pectoral llenaba la cruz bermeja, era, sin duda, Gutierre Ramírez, el de *Ultramar*, como cuando corría

desde su tienda al asalto de Jerusalén. En aquel otro, tan viejo y apuesto, que extendía el brazo, adivinaba él a Egas Ramírez ¡negándose a acoger en su puro solar al rey don Fernando y a la adúltera Leonor! Ese, de crespa barba rubia, que cantaba agitando el pendón real de Castilla, ¿quién podía ser sino Diego Ramírez, el *Trovador*, aún en la alegría de la radiante mañana de Aljubarrota? Ante la incierta claridad del espejo temblaban las blandas plumas del yelmo de Payo Ramírez, que se armaba para salvar a San Luis, rey de Francia. Levemente balanceado, como por las olas humildes de un mar vencido, Ruy Ramírez sonreía a las naves inglesas que ante la proa de su capitana huían sumisas por el mar portugués. Y apoyado en la columna del lecho, Pablo Ramírez, paje del guión del rey en los campos fatales de Alcacer, sin yelmo, rota la coraza, inclinaba hacia él su rostro de doncel, con la grave dulzura de un abuelo enternecido...

Entonces, ante aquella ternura afable del más poético de los Ramírez, Gonzalo sintió que su ascendencia toda le amaba, y que desde la oscuridad de las tumbas dispersas acudía a velar por él y a socorrerle en su debilidad. Con un largo gemido, tirando la ropa, se desahogó, contó dolidamente a sus abuelos resucitados la áspera suerte que le combatía ¡y que sin descanso amontonaba sobre su vida tristeza, vergüenza y desdicha! Y he aquí que de pronto un hierro rebrilló en la tiniebla, con un sofocado grito: «¡Nieto, amado nieto, toma mi lanza, jamás partida!...» Y en seguida el puño de una clara espada rozó su pecho, con otra grave voz, que le animaba: «¡Nieto, amado nieto, toma la espada pura que combatió en Ourique!...» Y después, una hacha de relampagueante filo golpeó la almohada, ofrecida con altiva firmeza: «¿Qué no derribará esta hacha, que derribó las puertas de Arcilla?...»

Como sombras arrastradas por un viento trascendental, todos los antepasados formidables pasaban y le tendían efusivamente sus armas, recias y probadas armas todas ellas, a lo largo de la Historia, ennoblecidas en las excursiones contra la morisma, en los penosos asedios de villas y castillos, en las hermosas batallas contra el castellano soberbio... Era en torno al lecho un heroico rebrillar y entrechocar de hierros. Y todos le gritaban magníficamente: «¡Oh nieto, toma nuestras armas y vence a la suerte adversa!...» Pero Gonzalo, esparciendo su triste mirada sobre las sombras ondulantes, insistió: «¡Oh abuelos! ¿De qué me sirven vuestras armas si me falta vuestra alma?...»

Despertó muy temprano, con el embrollado recuerdo de una pesadilla en que hablara con muertos; y sin la pereza que siempre le enervaba en los colchones, se puso una bata y abrió los cristales de par en par. ¡Qué hermosa mañana! Una mañana de fines de septiembre, suave, lustrosa, fina; ni una nube manchaba el vasto e inmaculado azul; y el sol se posaba ya en las arboledas, en los cerros distantes, con una dulzura otoñal Pero a pesar de respirar lentamente su brillo y su pureza, Gonzalo permaneció oscurecido por sombras, las sombras de la víspera, rezagadas en su espíritu oprimido, como nieblas en un valle muy hondo. Y una vez más con un suspiro, arrastrando tristemente las zapatillas, tiró del cordón de la campanilla. Benito no tardó en aparecer con el cazo de agua caliente para la barba. Y acostumbrado al despertar

alegre del hidalgo, tanto le extrañó aquel silencioso y reconcentrado paseo por el cuarto, que quiso saber si el señor doctor había pasado mala noche...

—¡Malísima!

Benito declaró en seguida con viveza y reproche que seguramente le habría hecho daño al señor doctor tanto coñac moscatel. Era un coñac muy suave, al parecer muy excitante... Bueno para don Antonio, un hombrón voluminoso. Pero el señor doctor, así, nervioso, no debería probar aquel coñac. O, si acaso, media copa escasa.

Gonzalo alzó la cabeza, con la sorpresa de encontrar en seguida, nada más que empezar su día y de modo tan flagrante, aquel dominio que todos se arrogaban sobre él ¡y del que tanto se lamentó a lo largo de la amarga noche! ¡Y allí tenía a Benito ordenando, marcando su ración de coñac! Y precisamente Benito insistía:

—El señor doctor bebió más de tres copas. Eso no conviene... Tuve yo también la culpa por no haber retirado la botella...

Entonces, ante un despotismo tan manifiesto, el hidalgo de la torre tuvo una brusca rebeldía:

—Hombre, no des tantas leyes. ¡Bebo el coñac que necesito y que quiero!

Al mismo tiempo, con la punta de los dedos probaba el agua del cazo:

—¡Este agua está fría!—exclamó en seguida—. ¡Estoy harto de decirlo! Necesito agua hirviendo para la barba.

Benito, gravemente, metió también el dedo en el agua:

—Pues este agua está casi hirviendo... No se necesita agua más caliente para la barba.

Gonzalo miró a Benito con furor. ¡Cómo! ¿Más objeciones, más leyes?

—¡Pues vete inmediatamente a buscar otra agua! Cuando yo pido agua caliente, quiero que venga haciendo borbotones. ¡Por Satanás! ¡Tanta sentencia!... ¡Yo no quiero moral, sino obediencia!

Benito miró a Gonzalo a través de un espanto que le hinchó la cara. Después, lentamente, con dolida dignidad, empujó la puerta, llevándose el cazo. Y ya Gonzalo se arrepintió de su violencia. ¡Infeliz! ¡No era culpa de Benito el que su vida fuese tan ingrata y vapuleada! Además, en una casa tan antigua, no desentonaba la tradición de los antiguos ayos. ¡Y Benito, con perfecto rigor, reproducía su impertinencia y su lealtad! Le correspondían muy bien aquel ascendiente y aquella libertad de palabra; bien los merecía por tan largo y probado afecto...

Benito, rojo todavía, volvió con el cazo humeante. Y Gonzalo le dijo en seguida, cariñosamente, para aplacarle:

—¿Bonito día, eh, Benito?

El viejo rezongó, enfadado aún:

—Muy bonito.

Gonzalo se enjabonaba la cara rápidamente, en su impaciencia por reanudar, por restablecer con Benito la grata relación. Y, finalmente, más suave, casi humilde:

—Pues si te parece bonito el día, daré un paseo a caballo antes de almorzar. ¿Qué opinas? Tal vez me siente bien a los nervios... En efecto, ese coñac no me conviene. Anda, Benito, haz el favor de decir a Joaquín que me tenga preparada la yegua inmediatamente. Seguramente me calmará una galopada... Y en el baño, ahora, el agua bien caliente. También me calma el agua caliente. Por eso la necesito siempre hirviendo. Pero tú, con esas ideas tuyas anticuadas... Pues todos los médicos lo proclaman. ¡Para la salud, agua ca-

liente, muy caliente, a sesenta grados!

Y después del breve baño, mientras se vestía, hizo partícipe con mayor familiaridad al viejo de la intimidad de sus tristezas:

—¡Ah Benito, Benito! Lo que necesitaba yo realmente para calmarme no es un paseo, sino un viaje... ¡Tengo el alma muy cargada, hombre! Además, estoy harto de esta eterna Villa-Clara, de la eterna Oliveira. Mucho chisme, mucha deslealtad. Necesitaba yo grandes tierras, grandes distracciones.

Benito, reconciliado ya, enternecido, recordó al señor doctor que muy en breve, en Lisboa, encontraría una bonita distracción en las Cortes.

—¡Qué sé yo si voy a ir a las Cortes, hombre! No sé nada, todo falla... ¡Qué Lisboa! Lo que necesito es un viaje enorme, a Rusia, a tierras donde haya aventuras

Benito sonrió con superioridad ante aquella imaginación. Y ayudando a ponerse al hidalgo la chaqueta de paño gris:

—En efecto, en Rusia parece ser que no faltan aventuras. Anda todo a latigazos, según dice el *Seculo*... Pero aventuras, señor doctor, la gente las encuentra hasta en la carretera... ¡Mire! El papá del señor doctor, que Dios tenga en gloria, fué ahí abajo, delante del portón, donde tuvo la bronca con el doctor don Avelino de la Riosa, y le atizó el latigazo y recibió la puñalada en el brazo...

Gonzalo se ponía los guantes de ante, mirándose al espejo:

—¡Pobre papá! El desgraciado tampoco tuvo suerte... Y hablando de látigo, Benito, tráete esa fusta de manatí que limpiaste ayer. Según parece, es una buena arma.

*

Al salir del portón, el hidalgo de la torre puso la yegua a un paso indolente, sin destino, por la acostumbrada carretera de los Bravaes. Pero en el Casal Nuevo, donde dos chiquillos jugaban a la pelota debajo de las encinas, se le ocurrió visitar al vizconde de Río Manso. Con seguridad le aplacaría los nervios la compañía de tan sereno y generoso anciano. Y si le convidaba a almorzar, dedicaría sus ocios a visitar aquella renombrada quinta de la Varandiña y a cortejar al «capullo de rosa»

Gonzalo recordaba tan sólo vagamente que la terraza de la Varandiña dominaba una carretera bordeada de chopos, algunos entre el lugar de la Cerda y la dispersa aldea de Cantalapiedra. Siguió el viejo camino que baja de los encinares del Casal Nuevo y entra en el valle, entre el cerro de Avellán y las ruinas del monasterio de Ribadaes, en el suelo histórico donde Lope de Bayón derrotó a la mesnada de Lorenzo Ramírez... Sepultada unas veces entre cercados y otras entre toscos muros de piedras sueltas, la vereda seguía sin belleza, cansina; pero las madreselvas en las cercas, entre las moras maduras, olían intensamente; el fresco silencio aumentaba en frescor y gracia con los ruidos de alas que lo rozaban; y tan radiante era el azul en el cielo sereno, que algo de su brillo y de su serenidad se vertía en el alma. Gonzalo, más sosegado, no se apresuraba; en la iglesia de los Bravaes, cuando pasó por el Casal Nuevo, acababan de dar las nueve; y después de bordear un prado de escasa hierba se paró a encender calmosamente un puro, junto al viejo puente de piedra que cruza el riachuelo de las Donas. Casi seco por el estiaje, el agua corría bajo las anchas hojas de los nenúfares, entre

los juncos que lo llenaban. Delante, al borde de un herbazal, al abrigo de un grupo de álamos, brillaban las piedras de un lavadero. En la otra orilla, dentro de una vieja barca encallada, un chiquillo y una chiquilla conversaban muy seriamente, con dos manojos de espliego olvidados en el regazo. Gonzalo sonrió del idilio, y tuvo después una sorpresa al descubrir en la esquina del puente su escudo de armas, un azor enorme que extendía las garras feroces. Tal vez aquellas tierras pertenecieron en otro tiempo a la casa; o alguno de sus abuelos filántropos mandó construir el puente sobre el torrente, entonces más caudaloso, para seguridad de hombres y ganados. ¡Quién sabe si habría sido el abuelo Tructesindo, en memoria piadosa de Lorenzo Ramírez, vencido y cautivo a orillas de aquel río!

El camino, más allá del puente, se elevaba entre campos segados. Las gavillas amarilleaban, apretadas y voluminosas, en aquel año de abundancia. A lo lejos de los tejados bajos de un lugarejo subían perezosas humaredas, que se deshacían en seguida en el radiante cielo. Y lentamente, como aquellos humos distantes, Gonzalo sentía que todas sus melancolías se le iban del alma, se perdían también en el azul refulgente... Un bando de perdices levantó el vuelo entre el rastrojo Gonzalo galopó hacia ellas, gritando, agitando su recia fusta de manatí, que silbaba como una fina lámina.

A poco, el camino torció costeando un soto de alcornoques, hundido después entre zarzales, con anchos guijarros que sobresalían en el polvo; y al fondo, el sol centelleaba sobre la cal fresca de una pared. Era una casa de adobe, con una puerta baja entre dos ventanas con cristales, parches nuevos en el tejado y un huerto, sombreado por una oscura e inmensa higuera. En una esquina había un muro bajo de piedras sueltas, que seguía hacia un seto, donde se abría más adelante una vieja cancela en la sombra de una enramada. Enfrente, en el amplio terrazo que se ensanchaba, yacían unas piedras labradas, un montón de tablones; pasaba un camino llano y cuidado, que pareció a Gonzalo el de Ramilde. Más allá, hasta un lejano pinar, bajaban prados y pantanos.

Sentado en un banco, junto a la puerta, con una escopeta apoyada en el muro, un mozo grueso, con gorro, de lana verde, acariciaba pensativamente el hocico de un perdiguero. Gonzalo se detuvo:

—Tiene la bondad... ¿Sabe usted, por casualidad, cuál es el mejor camino para la quinta del señor vizconde de Río Manso, la Varandiña?

El mocetón alzó la cara morena, con un leve bozo, tocándose ligeramente el gorro.

—¿Para la quinta de Río Manso?... Siga por la carretera hasta la cantera, y tuerza luego a la izquierda, siempre junto a la vega...

Pero en aquel momento asomó a la puerta un hombretón de patillas rubias, en mangas de camisa, con una faja de seda. Y Gonzalo, con un sobresalto, reconoció en seguida al cazador que le injurió en la carretera de Nacejas y le silbó en la venta del *Pollito*. El individuo miró con agresiva jactancia al hidalgo. Y luego, con la mano apoyada en el marco de la puerta, se burló del mocetón:

—¡Eh, Manuel! ¿Qué tienes tú que enseñar el camino? Este camino no es para burros.

Gonzalo sintió la palidez que le cubrió, y toda la sangre en el corazón, de miedo y de rabia. ¡Un nuevo ultraje del mismo hombre, sin

provocación! Apretó las rodillas contra el sillín para galopar. Y temblando, con un esfuerzo que le agotaba:

—¡Es usted muy atrevido! ¡Y es ya la tercera vez! No soy hombre para armar jaleo en una carretera... Pero tenga la seguridad de que le conozco y de que no se librará de una lección.

Inmediatamente, el otro agarró un cayado corto y saltó a la carretera, afrontando la yegua, con las patillas erizadas y una risa de inmenso desafío:

—¡Pues aquí estoy! Venga ahora la lección... Pero antes no pasará usted, so Ramírez de mier...

Una neblina veló los ojos muy abiertos del hidalgo. Y de repente, en un arranque inconsciente, como impulsado por una furiosa ráfaga de orgullo y de pujanza, que se desencadenó del fondo de su ser, ¡hizo dar a la fina yegua una corveta terrible! ¡Y ni lo comprendió! ¡El cayado remolineó! ¡La yegua se empinaba, con una furiosa cabezada! Y Gonzalo entrevió la mano morena, enorme, del hombre, que asía la cama del freno.

Entonces, erguido en los estribos, por encima de la inmensa mano, arreó un latigazo con la fusta silbante de manatí cogiendo toda la cara del hombretón, de lado, con un golpe tan fuerte de la aguda arista, que le dejó la oreja colgante, en un borbotón de sangre. Con un aullido el hombre retrocedió, tambaleándose. Gonzalo se lanzó sobre él en otra acometida, y con otro fustazo fulgurante, que le cogió la boca y se la rasgó, arrancándole seguramente unos dientes y arrojándole, gritando, al suelo. Las patas de la yegua pisoteaban los gruesos muslos extendidos, e inclinándose, Gonzalo azotó aún, cortando desesperadamente la cara, el cuello, hasta que el cuerpo quedó tendido blandamente, como muerto, manando chorros de sangre oscura, que empapaban la camisa.

¡Un disparo atronó el espacio! Y Gonzalo, con un salto en la silla, vió al mocetón moreno con la escopeta alzada todavía y humeante, pero vacilando, aterrado ya.

—¡Ah, perro!

Lanzó la yegua, con la fusta en alto: el muchacho, despavorido, corría lentamente por el prado para saltar la cerca ¡y escapar hacia las tierras segadas!

—¡Ah, perro! ¡Ah, perro!—chillaba Gonzalo.

Aturdido, el mozo tropezó en una viga apartada. Pero se enderezaba ya, huía, cuando el hidalgo le alcanzó con una cuchillada de la fusta en el cuello, que se cubrió en seguida de sangre. Extendiendo las manos inseguras, se tambaleó aún, hasta desplomarse, dando su cabeza contra la arista de una columna y brotando de ella más sangre. Entonces, Gonzalo, jadeante, detuvo la yegua. ¡Los dos hombres yacían inmóviles! ¡Santo Dios! ¿Muertos? Corría la sangre de ambos sobre la tierra seca. El hidalgo de la torre sentía una alegría brutal. Pero un grito espantado sonó del lado del huerto.

—¡Ay, que han matado a mi rapaz!

Era un viejo que corría desde la cancela, en una carrera agachada, pegado a la cerca, hacia la puerta de la casa. Tan certeramente empujó el hidalgo su yegua, que jadeaba cubierta de sudor y de espuma, para detenerlo, que el viejo chocó contra el pecho del animal. Y ante el inquieto animal escarbando, y Gonzalo alzado en los estribos, con los ojos llameantes y la fusta amenazadora, el viejo, aterrorizado, cayó de rodillas, gritando con angustia:

—¡Ay, no me haga daño, señor hidalgo, por el alma de su padre!

Gonzalo le mantuvo así todavía un momento, suplicante, temblando, bajo el justiciero chispear de sus ojos; y gozaba soberbiamente ante aquellas callosas manos que se alzaban hacia su misericordia, invocando el nombre de Ramírez, de nuevo temido, habiendo recobrado su prestigio heroico. Después, haciendo recular la yegua:

—¡Ese bandido de mozo disparó la escopeta!... ¡Tampoco usted tiene buen aspecto! ¿A qué iba corriendo hacia la casa? ¿A buscar otra escopeta?

El viejo extendía desesperadamente los brazos, se golpeaba el pecho en testimonio de su veracidad:

—¡Oh señor hidalgo, no tengo en casa ni un cayado!... ¡Que Dios me ayude y salve a mi rapaz!

Pero Gonzalo desconfiaba. Cuando bajase ahora por la carretera de Ramilde, podía muy bien el viejo correr a la casucha, coger otra escopeta y disparar traicioneramente. Y entonces, con la agilidad de espíritu que la lucha agudizara, ideó un ardid seguro contra cualquier emboscada. Y hasta sonrió un instante recordando las «tretas de guerra» de don García Viegas, el *Sabedor*.

—¡Marche ahí, delante de mí, siempre recto, por la carretera!

El viejo vaciló, sin levantarse, aterrado. Y dándose palmadas en los muslos con las manazas, en un ansia que le sofocaba:

—¡Oh señor hidalgo, señor hidalgo! ¡Pero dejar así al rapaz sin socorro!

—El rapaz está sólo aturdido, se ha movido ya... Y el otro granuja también... ¡Ande!

Y ante la irresistible orden de Gonzalo, el viejo, después de frotarse lentamente las rodillas, empezó a avanzar por la carretera, inclinado delante de la yegua, como un preso, con los largos brazos colgantes, y murmurando con un ronco asombro:

—¡Ay, cómo se arman las cosas! ¡Ay, santo nombre de Cristo, qué desgracia!

A ratos se paraba, lanzando hacia Gonzalo una mirada torva, que expresaba miedo y odio... Pero en seguida la enérgica orden le empujaba: «¡Ande!...» Y andaba. Más adelante, donde se erguía una cruz en memoria del abad Paguim, asesinado, Gonzalo reconoció un ancho atajo hacia la carretera de los Bravaes, llamado el Camino de la Molinera. Y por allí dirigió al viejo que en el pavor de aquella senda solitaria, creyendo que Gonzalo le apartaba de los caminos frecuentados para matarle cómodamente, rompió a gemir: «¡Ay, que esto es el final de mi vida! ¡Ay, Virgen del Amparo, que es el final de mi vida!» Y no cesó de gemir, enredándosele los pasos torpes, hasta que desembocaron en la carretera alta, entre taludes escarpados, cubiertos de retama silvestre. Entonces, de repente, con otro terror, el hombre giró bruscamente, con las manos en el gorro:

—¡Oh mi señor hidalgo! ¿No me lleva preso?...

—¡Camine! ¡Corra! ¡Que ahora la yegua trota!

La yegua trotó, y el viejo corrió, desmadejado, jadeando como un fuelle de fragua. Recorrida una legua, Gonzalo se detuvo, harto del cautivo, de la lenta marcha. Por lo demás, antes de que el hombre corriese ahora a la casa, cogiera un arma y volviese para alcanzarle y tomarse el desquite, ¡él entraría de un solo galope en el portón de la torre! Entonces gritó, con el ceño fruncido duramente:

—¡Alto! Ahora puede volverse...

Pero dígame antes: ¿cómo se llama este lugar?

—La Graiña, señor hidalgo.

—¿Y usted cómo se llama, y el mozancón?

El viejo, con la boca abierta, esperó, vaciló:

—Yo soy Juan: mi chico, Manuel... Manuel Domínguez, señor.

—Está usted mintiendo, claro es. ¿Y el otro bandido, el de las patillas rubias?

De un tirón el viejo gritó:

—Ese es el Ernesto de Nacejas, el matón de Nacejas, a quien llaman *Caza Abrazos*, y que tanto me ha descarriado al rapaz...

—¡Bien! Pues diga a esos dos granujas que no se libran solamente con la somanta, y que ahora tendrán que entendérselas con la justicia... ¡Allí irá! ¡Lárguese!

Desde en medio de la carretera Gonzalo vigiló aún al viejo, que escapó presuroso, forzando su paso extenuado, limpiándose el sudor que le goteaba. Después, por la carretera conocida, galopó hacia la torre.

Se alejaba, galopando con una alegría tan intensa, que le mantenía en un sueño, en un delirio. Era como la sensación sublime de galopar por las alturas, en un corcel de leyenda, agrandado magníficamente, rozando las nubes brillantes... Y debajo, en las ciudades, los hombres reconocían en él a un verdadero Ramírez, de los antiguos en la Historia, de los que derrumbaban torres, de los que cambiaban la configuración de los reinos, ¡y que levantaban ese asombrado murmullo que es el rastro de los fuertes al pasar! ¡Con razón, con razón! Pues aun aquella mañana, al salir de la torre, no se hubiera atrevido a enfrentarse con un mocetón que empuñase un palo... Y luego, de repente, en la soledad de aquella casa de adobe, cuando el bestia de las patillas rubias le lanzó su irritante injuria, hete aquí un *no sé qué* que se desprendió dentro de su ser, rebosando, colmando cada una de sus venas de sangre intrépida, endureciendo cada nervio suyo con una diestra fuerza, esparciendo por su piel el desprecio y el dolor y transmitiendo hondamente a su alma una fortaleza indomable... ¡Y ahora allí volvía, como un nuevo varón, soberbiamente virilizado, libre al fin de la sombra que tan dolorosamente oscureció su vida, la sombra blanda y torpe de su miedo! Porque ahora sentía que si todos los bravucones de Nacejas se le enfrentasen con un agresivo alzarse de cayados, ¡aquel *no sé qué*, allí dentro, en su ser, se desataría de nuevo, y le empujaría, con cada vena hinchada y cada nervio tenso, hacia el delicioso fragor de la pelea! ¡Era *un hombre al fin!* Cuando en Villa-Clara Manuel Duarte o *Titó*, con el pecho saliente, contasen sus hazañas, ya él no liaría tímidamente un cigarro, encogido, mudo, no sólo por la carencia desconsoladora de valentías, sino, sobre todo, por el humillante recuerdo de unas debilidades. Y galopaba, galopaba, apretando furiosamente el puño de la fusta, como hacía más hermosas acometidas. Pasados los Bravaes, galopó más, al divisar la torre. ¡Y de un modo extraño le pareció de repente que su torre era ahora *más suya*, y que una nueva afinidad, asentada en gloria y fuerza, le hacía ser más señor de su torre!

*

Como para acoger a Gonzalo más dignamente, el portón grande, siempre cerrado, ofrecía una entrada triunfal con las pesadas hojas abiertas de par en par. Paró la yegua en medio del patio, gritando:

—¡Eh, Joaquín! ¡Eh, Manuel! ¡Eh, uno de ustedes!

Joaquín surgió de la cuadra con los brazos arremangados y una esponja en la mano.

—¡Eh, Joaquín, de prisa! Ensilla al *Rojillo* y corre a un lugar en la carretera de Ramilde que llaman la Graiña... ¡He tenido allí un gran jaleo! Creo que he dado fin de dos hombres... ¡Allí quedaban en un charco de sangre! ¡No digas que vas de la torre; podrían acometerte! ¡Pero entérate de lo ocurrido, si están muertos!... ¡De prisa, de prisa!

Joaquín, aturdido, volvió a meterse en la cuadra, oscura. Y encima, de uno de los balcones del corredor, salieron unas exclamaciones de asombro:

—¡Eh, Gonzalo! ¿Qué fué? ¡Santo Dios! ¿Qué fué?

Era Barrolo. Sin apearse ni mostrar sorpresa ante la aparición de Barrolo, Gonzalo gritó hacia el balcón el relato del jaleo, tumultuosamente. Un bergante que le insultó... Después, otro que disparó una escopeta... Y los dos, tirados debajo de las patas de la yegua, en un charco de sangre...

Barrolo se apartó del balcón y en un instante irrumpió en el patio, con los cortos brazos oscilantes, pálido. ¿Y entonces?... ¿Y entonces?... Gonzalo se apeó trémulo ahora del cansancio y de la emoción; detalló el suceso... ¡Fué en la carretera de Ramilde! ¡Un matón que le injurió! A ése le rasgó la boca, le arrancó la oreja... Después, el otro, un mocetón, disparó contra él la carabina... Corrió él a su zaga a toda velocidad y le alcanzó con una cuchillada, dejándole tendido, encima de una piedra, como muerto...

—¿Una cuchillada?

—¡Con esta fusta, Barrolo! Es un arma terrible... ¡Bien lo dijo *Titó!*... Si no llevo esta fusta, estaba perdido.

Barrolo, pasmado, examinaba la fusta. Sí, en efecto, aún estaba manchada de sangre. Entonces, Gonzalo observó la sangre en la fusta... ¡Sangre humana, sangre fresca, que él había hecho correr!... Y entre su orgullo, sintió una compasión que le hizo palidecer:

—¡Qué desgracia, vean qué desgracia!

Examinó en seguida su traje, las botas, con el horror de que le hubieran salpicado las gotas de sangre. ¡Sí, santo Dios! ¡Tenía sangre en la polaina!... E inmediatamente ansió desnudarse, lavarse; subió precipitadamente la escalera seguido por Barrolo, que se secaba el sudor, balbuciendo: «¡Qué cosas! ¡Y de repente! ¡Así, en la carretera!» Pero en el corredor, subiendo en una carrera de la cocina, apareció Gracita, pálida, con Rosa detrás, que hundía los dedos entre el pañuelo y el pelo en un mudo pavor.

—¿Qué fué, Gonzalo? ¡Jesús! ¿Qué fué?

Entonces, al ver a Gracita junto a él, en la torre, en aquel momento magnífico de su orgullo, después de vencido tan tremendo peligro, Gonzalo se olvidó de Andrés, del Mirador, de las sombrías humillaciones; y en el abrazo en que la estrechó, en los fuertes besos que dejó en la cara querida, toda su cólera se deshizo en ternura. Con ella aún arrimada al corazón, suspiró levemente, como un ser cansado. Después, apretando las dos pobres manos trémulas, en una lenta y enternecida sonrisa, mientras los ojos se le humedecían de confusa emoción, de confusa alegría:

—¡Pues fué el diablo, hija mía! ¡Un alboroto horrible, yo, que soy tan tímido! Imagínate...

Y por el corredor volvió a empezar para Gracita, que jadeaba, y para Rosa, estremecida, el relato del encuentro, el agresivo ultraje, el tiro que falló, los bandidos desgarrados por la fusta, y el viejo caminando como un preso, gimiendo, por la carretera de Ramilde. Apretándose el pecho, en un desmayo, Gracita murmuró:

—¡Ay, Gonzalo! ¿Y si uno de esos hombres hubiera muerto?

Barrolo, más rojo que una peonia, gritó en seguida que ¡tales facinerosos merecían muy bien la muerte! ¡E incluso heridos, necesitaban el castigo tremendo de Africa! ¡Gouveia! ¡Era preciso mandar a Villa-Clara a avisar a Gouveia!... Pero unas largas zancadas presurosas sonaron en el corredor, y fué Benito el que se irguió delante de Gonzalo, moviendo ansiosamente los brazos:

—¿Qué fué, señor doctor?... ¿Dicen que un gran alboroto?...

En la puerta del despacho, donde todos se detuvieron, nuevamente atentos, se repitió el relato, especialmente para Benito, que lo bebía, con una lenta risa de goce, creciendo, hinchándose, con los ojillos húmedos, centelleantes, como si también él triunfase. Por último, estalló con estruendo:

—¡Fué la fusta, señor doctor! ¡Lo que le valió al señor doctor fué la fusta que yo le di!

Era cierto. Y Gonzalo, conmovido, abrazó al viejo criado, que, muy excitado, gritaba a Rosa, a Gracita, a Barrolo:

—¡El señor doctor dió fin de ellos!... ¡Esa fusta mata a un hombre!... ¡Estarán muertos los malvados!... ¡Y fué la fusta! ¡Fué la fusta que le di al señor doctor!

Pero Gonzalo pedía agua caliente para lavarse el polvo, el sudor, la sangre... Y Benito corrió, gritando todavía por el corredor y por la escalera de la cocina que «¡había sido la fusta que dió al señor doctor!» Gonzalo entró en su cuarto acompañado de Barrolo. Dejó el sombrero sobre el mármol de la cómoda con un inmenso «¡ah!» de consuelo. Era el enorme consuelo de encontrarse, después de tan violenta mañana, entre las amadas cosas acostumbradas, pisando su vieja alfombra, rozando el lecho de caoba en que naciera, respirando por las ventanas abiertas, ante las cuales las enramadas familiares de las hayas se inclinaban con la brisa para saludarle. ¡Con qué gusto se acercó al espejo de columnas doradas, se miró y remiró, como un Gonzalo nuevo, y tan mejorado, que se notaba una mayor anchura de hombros, y hasta en el bigote unas guías más ensortijadas!

Al separarse del espejo y topar con Barrolo, fué cuando despertó en él una curiosidad enorme:

—Bueno, Barrolo, ¿cómo es que os encuentro esta mañana en la torre?

Lo decidieron el día anterior, a la hora del *té*. Como Gonzalo no aparecía ni escribía... Gracita no hacía más que pensar, inquieta. El también estaba asustado de aquella desaparición, después de la cesta de melocotones. De modo que tomando el té y pensando que el tronco necesitaba un buen trote, le indicó a Gracita: «¿Vamos mañana a la torre, en el faetón?»

—Además de eso, necesitaba hablar contigo, Gonzalo... He estado muy disgustado...

El hidalgo juntó dos almohadones en el diván y se hundió en ellos:

—¿Cómo disgustado?... Disgustado, ¿por qué?...

Barrolo, con las manos en los bolsillos de su chaqueta de franela, que le ceñía las gruesas caderas, contempló las flores de la alfombra, tristemente:

—¡Es una verdadera pesadez! ¡No se puede confiar en nadie!... ¡Ni tener confianzas!...

En un destello Gonzalo imaginó a Cavalleiro y a Gracita proclamando imprudentemente en los Cunhaes, como en otro tiempo entre las arboledas de la torre, el sentimiento que los dominaba. Y presintió un desahogo, alguna triste queja del pobre Barrolo, amargado por algunas sospechas, tal vez por intimidades que sorprendiera. Pero la emoción suprema de su riña sumió hacia una sombra inferior las preocupaciones que, la víspera aún, le oprimían: todas las dificultades de la vida se le aparecían ahora, de repente, en aquella lozanía de su nueva intrepidez, tan fáciles de vencer como los desafíos de los bravucones; y no se asustó de las confidencias de su cuñado, completamente seguro de que impondría a aquella alma sumisa de mediocre la confianza y el sosiego. Hasta sonrió con indolencia:

—¿Qué pasa, Barrolito? ¿Hubo alguna peripecia?

—He recibido una carta.

—¡Ah!

Gravemente, Barrolo se desabrochó la chaqueta y sacó del bolsillo interior una cartera grande, de piel verde y brillante, con un monograma de oro. Y fué la cartera lo que enseñó a Gonzalo con satisfacción:

—¿Bonita, eh? Un regalo del pobre Andrés... Creo que hasta la mandó traer de París. El monograma es muy elegante.

Gonzalo esperaba, espantado. Por fin, el buen Barrolo sacó de la cartera una carta ya arrugada y luego alisada. Apareció en un papel rayado una letra menuda; apenas la vió el hidalgo, afirmó con seguridad:

—Es de las Louzadas.

Y leyó despacio, serenamente, con el codo hundido en el almohadón:

«Excelentísimo señor don José Barrolo: A pesar de haberle apodado a usted todos sus amigos el *Tonto Batata*, ha demostrado ahora mucha listeza introduciendo de nuevo en su intimidad y en la de su digna esposa al apuesto Andrés Cavalleiro, nuestro gobernador civil En efecto, la esposa de usted, la linda Gracita, que en estos últimos tiempos andaba tan mustia y hasta desmejorada—lo que a todos nos inquietaba—, refloreció inmediatamente, recobró colores, desde que tiene la valiosa compañía de la primera autoridad de la provincia. Se ha portado usted, pues, como un marido solícito, ansioso de la felicidad y buena salud de su interesante esposa. ¡No parece éste siquiera un rasgo de quien todo Oliveira considera como su más insigne majadero! ¡Nuestra sincera enhorabuena!»

Gonzalo se guardó muy tranquilo en el bolsillo aquella carta, que días antes le hubiera sumido en furia y amargura infinitas:

—Es de las Louzadas... ¿Y le has dado importancia a semejante estupidez?

Barrolo replicó, con los carrillos muy colorados:

—¡Cómo puedes creer eso! Siempre me fueron antipáticas las cartitas anónimas... Y, además, esa insolencia de que los amigos me llaman el *Tonto Batata*... Qué infamia, ¿eh? ¿Tú lo crees?... ¡Yo no lo creo! Pero es meter cizaña entre los muchachos y yo... No he vuelto por el club... ¡*Tonto Batata!* ¿Por qué? Porque soy sencillo, siempre franco, aficionado a las tertulias... ¡No! ¡Si los amigos en el club me llaman *Batata* por ser tierno y dulce, son unos ingratos, qué caramba! ¡Pero yo no lo creo!

Se movió por el cuarto, desconsolado, con las manos cruzadas sobre las abultadas nalgas. Después, parándose ante el diván, desde donde Gonzalo le contemplaba compasivo:

—En cuanto al resto de la carta es tan estúpido, tan embrollado, que al principio ni lo entendí. Ahora lo comprendo... Quieren decir que Gracita y Cavalleiro tienen un amorío... ¡Eso creo que quieren decirme! ¡Figúrate qué disparate! Hasta lo de la intimidad de Cavalleiro es mentira. El pobre muchacho desde que comió allí, sólo ha aparecido tres o cuatro veces, por la noche, a jugar al tresillo con Mendoza... Y ahora se ha marchado precipitadamente a Lisboa.

El hidalgo brincó ahora de sorpresa.

—¡Cómo! ¿Ha marchado Cavalleiro a Lisboa?

—¡Hace tres días!

—¿Por mucho tiempo?

—Sí, por mucho tiempo... No volverá hasta mediados de octubre, para la elección.

—¡Ah!

Pero Benito irrumpió en el cuarto con el jarro de agua caliente, dos toallas de encajes y presa todavía de una excitación que le hacía afanarse. Barrolo, ante el espejo, se abrochaba lentamente la chaqueta.

—Bueno, hasta luego, Gonzalito. Bajo a la cuadra a ver el tronco. ¡No te imaginas! Desde Oliveira sin descansar, en un trote espléndido. ¡Y ni una gota de sudor! ¿Te quedas con la carta?...

—Sí, para estudiar la letra.

Apenas Barrolo cerró la puerta, el hidalgo volvió a repetir a Benito la deliciosa historia de la pelea, reviviendo las sorpresas y los incidentes, simulando las embestidas de la yegua, empuñando la fusta para reproducir las silbantes cuchilladas que arrancaban carne y sangre... Y de repente, en calzoncillos:

—Oye, Benito, tráeme mi sombrero... Recelo que la bala me rozó el sombrero.

Ambos miraron y remiraron el sombrero. A Benito, en su encomio de la hazaña, le parecía que la copa estaba abollada, hasta chamuscada.

—¡La bala pasó de refilón, señor doctor!

El hidalgo negó, con la seria modestia de un hombre fuerte:

—¡No! ¡Ni de refilón!... Cuando el granuja disparó, le temblaba ya el brazo... Debemos dar gracias a Dios, Benito, ¡pero yo, realmente, no corrí un gran peligro!

Después de vestido, Gonzalo, paseando por el cuarto, relevó la carta. Sí, era, evidentemente, de las Louzadas. Pero ahora aquella maledicencia, lanzada con tan sórdida maldad sobre los pobres carrillos de Barrolo, no causaba daño; por el contrario, servía casi benéficamente, como el cauterio, para sanar aquel daño. El pobre Barrolo apenas se impresionó con la revelación de su memez, con aquel ingrato apodo puesto por los amigos en ingratas bromas del club y bajo los soportales. La otra insinuación terrible, Gracita reverdeciendo al calor amoroso de Cavalleiro, ésa apenas la comprendió, escasamente la atendió, con un desdén distraído y cándido. Pero la carta que así silbaba por encima del buen Barrolo como flecha que erraba el blanco, acertaba en Gracita, heriría a Gracita en su orgullo, en su pudor impresionable mostrando a la pobre bobalicona cómo su nombre y hasta su corazón ¡eran arrastrados ya, suciamente, por el rastrero chismorreo de las Louzadas!... Certeza tan humillante no acabaría con un sentimiento, que no se extinguía con humillaciones

más íntimas, tanto más dolorosas. Pero estimularía su reserva y su desconfiado recato; y ahora que Andrés se alejaba hacia Lisboa, obraría en ella sordamente, solitariamente, sin que la presencia tentadora contrarrestase la influencia tranquilizadora y saludable. Así, aquel torpe papel beneficiaba a Gracita como un aviso pavoroso clavado en la pared. Y rencorosamente preparado por las dos arpías para desencadenar escándalo y dolor en los Cunhaes, tal vez restableciese en la amenazada casa el sosiego y la seriedad. Gonzalo se frotó las manos pensando que ¡en tan afortunada mañana quizá hasta aquel mal redundase en bien!

—¡Benito! ¿Dónde está la señorita Gracia?

—La niña subió ahora hace un momento para su cuarto, señor doctor.

Era su cuarto de soltera, claro y fresco, sobre el jardín, donde aún se conservaba su lecho de linda madera taraceada, un tocador ilustre que perteneció a la reina doña María Francisca de Saboya, y el sofá y las sillas de casimir blanco, donde Gracita bordó, en una lenta labor de años, el azor negro de los Ramírez. Y siempre que volvía a la torre gustábale a Gracita revivir en aquel cuarto sus horas de soltera, registrando los cajones, hojeando viejas novelas inglesas en el armarito acristalado, o simplemente contemplando desde el balcón la querida quinta hasta los oteros de Valverde, la verde quinta, tan mezclada a su vida, que cada árbol le susurraba algo, que cada rincón de verdor era como un rincón de su pensamiento.

Gonzalo subió, dando con los nudillos sobre la puerta cerrada, con la antigua advertencia: «¡Paso al hermano!» Ella corrió desde el balcón, donde regaba en sus antiguos tiestos de loza vidriada las plantas, siempre renovadas y cuidadas por Rosa con todo cariño. Y desahogando en seguida el pensamiento que la henchía:

—¡Ah, Gonzalo! ¡Qué felicidad haber venido nosotros a la torre justamente hoy, que te ha sucedido semejante cosa!

—¡Es verdad, Gracita, gran suerte! Y no me extrañó nada verte... Era como si vivieses aún en la torre y te hubiera encontrado en el corredor... ¡El que me sorprendió fué tu marido! Y en el primer momento, después de apearme, pensaba así, confusamente: «Pero ¿qué diablo hace aquí Barrolo? ¿Cómo demonio se encuentra aquí Barrolo?...» Es curioso, ¿eh? Fué tal vez que, después del jaleo, me sentí rejuvenecido, con una sangre nueva, y me creí en el tiempo en que deseábamos una guerra en Portugal y vernos nosotros cercados en la torre, bajo nuestro pendón, y *nuestro tercio* disparando bombardas a los españoles...

Ella rió, recordando aquellas fantasías históricas. Y con el vestido recogido entre las rodillas, continuó el lento riego de sus macetas, mientras Gonzalo, asomado al balcón, contemplando la torre, sentía que se apoderaba nuevamente de él la idea de una afinidad más íntima que desde aquella mañana se había establecido entre él y aquel heroico resto de la Honra de Santa Irene, como si su fuerza, tanto tiempo quebrada, se soldase al fin firmemente a la fuerza secular de su raza.

—¡Oh Gonzalo! ¡Debes estar muy cansado! Después de esa verdadera batalla...

—No, cansado, no... Pero tengo hambre. ¡Tengo hambre y una sed espléndida!

Dejó ella en seguida la regadera, alzando las manos alegremente.

—¡Pues el almuerzo no tardará!... Ya estuve trabajando en la cocina

con Rosa, preparando una merluza a la española... Es una nueva receta del barón de Marges.

—Será entonces tan insípida como él.

—¡Quia! Es hasta picante; fué el señor vicario general quien se la enseñó.

Y mientras ella, ante el tocador de la reina María Francisca, se arreglaba de prisa las horquillas, para aprovechar la soledad propicia, apresuró, con un esfuerzo, la confidencia que le removía:

—¿Y por Oliveira? ¿Y allá, por Oliveira?

—Por Oliveira, nada... ¡Mucho calor!

Gonzalo, pasando lentamente los dedos por la moldura del espejo, un fino entrelazado de azucenas y laureles, murmuró:

—Yo no sé más que de las Louzadas, de tus amigas las Louzadas. Continúan en plena actividad...

Gracita negó ingenuamente.

—¿Las Louzadas? ¡No! No han aparecido.

—¡Pero han mordido!

Y como los ojos verdes de Gracita se dilataran, sin comprender, Gonzalo sacó rápidamente del bolsillo la carta que había guardado y que ahora le pesaba como una plancha de hierro.

—¡Mira, Gracita! ¡Más vale que nos desahoguemos! Ahí tienes lo que hace unos días han escrito a tu marido...

De un vistazo Gracita devoró las líneas terribles. Y con unas oleadas de sangre en la cara, apretándose las manos con aflicción, desesperadamente, estrujando el papel:

—¡Oh Gonzalo! Pues...

Gonzalo interrumpió:

—¡No! ¡A tu marido no le ha importado! ¡Hasta se rió! Y yo también, cuando me entregó él ese papel... Y la prueba de que los dos lo consideramos como un chisme insensato, es que te lo he enseñado con esta franqueza.

Ella apretaba la carta en las manos, juntas y trémulas, pálida ahora y muda de espanto, conteniendo unas gruesas lágrimas, que brillaban en sus pupilas. Y Gonzalo, conmovido, con gravedad y ternura:

—Pero ya sabes lo que son estas tierras tan pequeñas. ¡Sobre todo Oliveira! Necesitas tener mucho cuidado, mucha reserva... ¡Ay de mí! Tengo yo la culpa. Reanudé unas relaciones que nunca debieron reanudarse... ¡Bien arrepentido estoy! ¡Y, créeme! A causa de esta situación tan falsa y tan peligrosa, que yo he creado irreflexivamente, por necia ambición, he pasado aquí en la torre unos días amargos... No me atrevía, incluso, a volver a Oliveira. Hoy, no sé por qué, después de esta aventura, parece que todo se ha esfumado, se ha sumido en una gran sombra... En fin, ya no tengo tan en ascuas el corazón... Por eso me desahogo así, con serenidad.

Ella prorrumpió en un desatado y doloroso llanto, en que su débil alma se deshacía. Con redoblada ternura, Gonzalo abrazó los pobres hombros inclinados, desgarrados por los sollozos. Y con ella recostada sobre su pecho, la aconsejó aún, dulcemente:

—Gracita, el pasado murió, y todos necesitamos, en honor de todos, que continúe muerto. ¡Al menos que por fuera, en cada gesto tuyo, parezca estar bien muerto! Soy yo quien te lo pido, ¡por nuestro nombre!...

Ella gimió, entre los brazos de su hermano, con infinita humildad:

—¡Pero si él hasta se marchó en buena hora!... ¡Ni siquiera quiso estar más en Oliveira!

Gonzalo acarició la abrumada cabeza, que de nuevo se escondió en su pecho, y que contra él se apretaba com buscando la fresca misericordia que sentía brotar dentro.

—Ya lo sé Y eso me demuestra que has sido fuerte... ¡Pero necesitas tener mucha reserva, mucha vigilancia, Gracita!... Y ahora, cálmate. No hablemos más, nunca más de este incidente... Porque ha sido tan sólo un *incidente*. Que yo he provocado por ligereza, por ilusión. ¡Pasó, está olvidado! Cálmate, descansa. Y cuando bajes, que tus ojos estén bien secos.

Lentamente la desprendió de sus brazos, a los que ella se aferraba como al cobijo más seguro y al consuelo más deseado. Y salía sofocado por la emoción, conteniendo también las lágrimas... Un gemido tímido, suplicante, le retuvo aún.

—¡Gonzalo! Tú piensas...

Él volvió de nuevo, la abrazó, la besó en la cabeza lentamente.

—Yo pienso que tú ahora, bien advertida, bien aconsejada, vas a mostrar mucha dignidad, mucha firmeza.

Salió presuroso, cerrando la puerta. Y en la escalera, estrecha, escasamente alumbrada por una claraboya empañada, se secaba los párpados, cuando tropezó con Barrolo, que buscaba a Gracita para apresurar el almuerzo.

—¡Gracita ya baja!—dijo, atropelladamente, el hidalgo—. ¡Está lavándose las manos! ¡Ya baja!... Pero antes del almuerzo, vamos a las cuadras! ¡Le debemos una visita a la yegua, a esa querida yegua que me salvó!

—¡Es cierto, caramba!—asintió en seguida Barrolo, dando la vuelta en los escalones con entusiasmo—. Tenemos que visitar a la yegua... Grande y briosa, ¿eh? Pero apuesto a que se quedó más sudada que las mías... ¡Imagínate! ¡Un trote así desde Oliveira y ni un pelo mojado! ¡Buenas yeguas! ¡Pero hay que tener en cuenta cómo las cuido y cómo las trato!

Ya en la caballeriza, los dos acariciaron al animal. Barrolo propuso que se la premiase con una buena ración de zanahoria. Después, para que Gracita se calmase despacio, el hidalgo se llevó a Barrolo al jardín y a la huerta...

—¡Tú no venías a la torre hace cerca de seis meses, Barrolito! Tienes que verla, admirar los progresos. Anda ahora por aquí la mano fuerte de Pereira, el de la Riosa...

—¡Me lo figuro! ¡Un gran tipo ese Pereira! ¡Pero yo tengo un hambre, Gonzalito!

—¡Yo también!

*

Daba la una cuando entraron en la terraza, donde esperaba la mesa, florida y adornada, mientras Gracita, al borde del diván, recorría pensativamente la vieja *Gaceta de Oporto*. A pesar de estar muy lavados, sus bellos ojos conservaban cierta irritación, y para justificarlo, y su aspecto abatido, se quejó en seguida, sonrojándose, de jaqueca. Eran las emociones, el peligro pasado por Gonzalo...

—¡También tengo yo dolor de cabeza!—declaró Barrolo, rondando la mesa—. Pero el mío es del hambre... ¡Oh hijos, es que estoy desde las siete de la mañana con una taza de café y un huevo pasado por agua!

Gonzalo tocó la campanilla. Pero quien irrumpió por la puerta acristalada, jadeante, abriendo la boca en una risa inmensa, fué Joaquín, el mozo de cuadra que volvía de la Graiña.

Gonzalo alzó los brazos con ansiedad.

—¿Qué? ¿Qué?

—¡Pues allí estuve, señor!—exclamó Joaquín, con un gran jadeo—. ¡Hay por allí un revuelo, todos lo saben ya! Una moza de los Bravaes lo presenció desde la huerta... Luego corrió, fué a contarlo... Pero el viejo, el tal Domínguez, que vive en la casa, y el hijo, huyeron los dos. El rapaz, según dicen, está poco herido. Si cayó sin sentidos, fué del susto. El Ernesto de Nacejas, ése, sí, en el santo nombre de Dios, está apañado. Lo llevaron en brazos a casa de un compadre, allí cerca, en la Arribada. Al parecer, se queda sin oreja ¡y sin boca!... ¡Pues era por todos esos lugares el preferido de las mozas!... Y le transportan al hospital de Villa-Clara, porque en casa del compadre no puede curarse. Una multitud había, y todos dan la razón al señor. El tal Domínguez era un bribón. ¡Y el Ernesto ése, nadie le podía aguantar! Aunque todos le tenían miedo... ¡Buena limpieza ha hecho el señor!

Gonzalo resplandecía. ¡Ah! ¡Mejor aún! ¡Que no le pasara mayor daño que su belleza perdida al don Juan de Nacejas!

—¿Y entonces la gente habla por allí y está mirando el sitio?

—¡La gente no se asusta! Y todo es mostrar la sangre en el suelo y las piedras por donde se lanzó la yegua del señor... Ahora hasta cuentan que fué una emboscada, y que dispararon tres tiros al señor hidalgo, y que luego, más adelante, en el pinar, todavía le asaltaron tres hombres enmascarados, a quienes el señor lisió...

—¡Ya está ahí la leyenda!—declaró Gonzalo.

Benito apareció con una ancha fuente humeante. El hidalgo palmeó risueño a Joaquín en el hombro. Y ordenó abajo, a Rosa, que descorchase para el almuerzo de la familia dos botellas de oporto añejo. Después, con la mano en el respaldo de la silla, murmuró gravemente:

—¡Pensemos un momento en Dios, que me libró hoy de un gran peligro!

Barrolo inclinó la cabeza, respetuoso. Gracita, con un leve suspiro, pensó una leve oración. Y desdoblaron las servilletas; Gonzalo aclamaba la fuente de merluza a la española, cuando el pequeño de la Críspula empujó otra vez la puerta acristalada «con un telegrama que venía de la villa». Una inquietud detuvo los tenedores. ¡La mañana había tenido tantos espantos y agitaciones! Pero ya una sonrisa de satisfacción, de triunfo, se difundía por el rostro fino de Gonzalo.

—No pasa nada... Es de Castañeiro, con motivo de los capítulos de la novela que le mandé... ¡Pobre hombre! ¡Es un buen chico!

Y recostado en la silla, leyó despacio el telegrama, que sus ojos acariciaban:

—«Recibidos capítulos novela. Leídos amigos Entusiasmo. Verdadera obra maestra. Abrazos...»

Barrolo, con la boca llena, aplaudió. Y Gonzalo, sin fijarse en la fuente de merluza que Benito le presentaba, pero llenando su copa de vino verde, con una vaga ternura y una sonrisa feliz, que no se disipaba:

—En fin, buena mañana... ¡Gran mañana!

*

Gonzalo, a pesar de la insistencia de Gracita y de Barrolo, no les acompañó a Oliveira, con el deseo de acabar, durante aquella semana,

el último capítulo de la novela y cerrar después el perezoso ciclo de visitas a los electoreros influyentes del distrito. Así remataba la obra de arte y la obra de política, y realizaba, a Dios gracias, la tarea de aquel verano fecundo.

Aquella misma noche volvió a coger el manuscrito de la novela, y en el ancho margen puso una fecha y una nota: «Hoy, en la feligresía de Graiña, tuve una lucha terrible con dos hombres que me asaltaron a palos y a tiros, y a los que castigué severamente...» Luego atacó con facilidad el lance, de tanto sabor medieval, en que Tructesindo Ramírez, corriendo tras el rastro del Bastardo, penetraba, a la movediza y humeante luz de los hachones, en el campamento de don Pedro de Castro.

Con grave amistad acogió al viejo hombre de guerra aquel primo suyo de Portugal, que le aportó su fuerte mesnada, de Santa Irene, cuando los Castros lucharon contra una gran tropa morisca en Enxarez de Sandornín. Después, en la amplia tienda, refulgente de armas, tapizada de pieles de león y de oso, Tructesindo contó de nuevo, jadeante de dolor contenido, la muerte de su hijo Lorenzo, herido en la lid de Cantalapiedra, rematado con una puñalada por el bastardo de Bayón, ante las murallas de Santa Irene, ¡con el sol en el alto cielo presenciando su traición! Indignado, el viejo Castro golpeó con el puño sobre la mesa, donde un rosario de oro se mezclaba con unas grandes piezas de ajedrez; juró por la vida de Cristo ¡que en sesenta años de armas y sorpresas jamás conoció una acción más vil! Y cogiendo la mano del señor de Santa Irene, le ofreció con ardor, para la empresa de sagrada venganza, su hueste entera, trescientas treinta lanzas y numerosos y fuertes infantes.

—¡Por Santa María! ¡Hermosa hueste!—gritó Mendo de Briteiros, con las rojizas barbas llameando de gusto.

Pero don García de Viegas, el *Sabedor*, entendía que para coger vivo al Bastardo, cual convenía a una venganza a fondo y bien gozada, serviría más útilmente una callada y breve fila de caballeros, con algunos hombres de a pie.

—¿Por qué, don García?

—Porque el bastardo, después de aligerarse, junto al río, de infantes y carretaje, correrá, con la vista fija en Coimbra, a acogerse a la fuerza de la hueste real. Esta noche pernoctará, seguramente, con su cansado bando de lanzas, en el solar de Landim. Y al despuntar el alba, para acortar, emprenderá sin duda de nuevo el galope por el antiguo camino de Miradaes, que trepa y huye por las lomas de Caramulo. Y él, García Viegas, conocía delante del Pozo de la Olvidada cierto paso donde unos cuantos caballeros y algunos ballesteros, bien apostados entre la jara, apresarían a Lope de Bayón como a lobo en una trampa...

Tructesindo, indeciso y pensativo, se mesaba lentamente las hebras de la barba. El viejo Castro dudaba, prefiriendo presentar batalla al Bastardo en campo llano, donde avanzasen tantas lanzas ya prestas, que después correrían las tierras de Bayón. Entonces, García Viegas rogó a sus primos de España y de Portugal que saliesen al terreno ante la tienda, con profusión de antorchas para alumbrarles bien. Y allí, en medio de los caballeros curiosos, al resplandor de las antorchas inclinadas, don García dobló la rodilla y trazó sobre la tierra, con la punta de una daga,

la ruta de *su cacería*, para demostrar su belleza... De aquel castillo de Landim saldría el Bastardo con el alba. Por aquí, cuando asomase la luna, se precipitarían ellos con veinte caballeros de los Ramírez y de los Castros, para que combatientes de ambas mesnadas gozasen de la contienda. Allá se apostarían, escondidos entre la maleza, ballesteros y peatones de flecha. Detrás, por este lado, para cercar al Bastardo, el señor don Pedro de Castro, si con tanta ayuda honraba él al señor de Santa Irene. Delante, ahí, para coger al villano por la garganta, don Tructesindo, que era el padre y el vengador por mandato de Dios. Y allí, en el angosto paso, le derribarían y le sangrarían como a un puerco; y como su sangre era vil, a un tiro de ballesta encontrarían agua abundante ¡para lavarse las manos, el agua de la Poza de las Sanguijuelas!...

—¡Famosa treta!—murmuró Tructesindo, convencido.

Y don Pedro de Castro gritó, lanzando una centelleante mirada a los caballeros de España:

—¡Por vida de Cristo, que si mi tío-abuelo Gutierre hubiera tenido allí de caudillo a don García, no se le escaparan los de Lara cuando se llevaron al rey niño en una gran carrera, hacia San Esteban de Gurivaz!... ¡Entendido, pues, primo y amigo! ¡Y a caballo, para la montería, apenas despunte la luna!

Y regresaron a las tiendas, pues ya en las hogueras se doraban los cabritos de la cena, y los despenseros transportaban desde los carros de carga los pesados odres de vino de Tordesillas.

Con la cena en el campamento—seria y silenciosa, porque un duelo oprimía el corazón de los huéspedes—Gonzalo terminó, por aquella noche, su capítulo cuarto, poniendo al margen otra nota: «Medianoche... Día completo. Combatí y trabajé.» Y ya en su cuarto, mientras se desnudaba, diseñó todo el alboroto de la breve contienda, en que el Bastardo, como lobo en una trampa, quedaría cautivo, a la merced vindicadora de los de Santa Irene... Pero de mañana, antes del almuerzo, al sentarse satisfecho para trabajar, recibió dos telegramas, que le apartaron deliciosamente de la ardiente correría tras el Bastardo de Bayón.

Eran los dos de Oliveira, uno del barón de Marges y el otro del capitán Mendoza, ambos con parabienes al hidalgo «por escapar así de tan terrible emboscada, destrozando a los bravucones de Nacejas». El barón de Marges añadía: «*¡Bravísimo! ¡Es de héroe!*»

Gonzalo, enternecido, mostró los telegramas a Benito. La noticia de su hazaña se había esparcido, pues, impresionando a Oliveira.

—¡Fué don José Barrolo quien lo contó!—replicó Benito—. ¡Y ya verá el señor doctor, ya verá! ¡Hasta en Oporto se van a asombrar!

Al dar las doce del día irrumpió por el corredor, con estruendo, el inmenso *Titó*, acompañado de Juan Gouveia, que había llegado la víspera por la tarde de la costa, y al enterarse de la aventura en el Casino, corría a la torre, como amigo, a darle un abrazo antes de intervenir como autoridad en el atestado. Entonces, Gonzalo, todavía entre los brazos de Gouveia, solicitó generosamente «que no se procediese contra los bandidos...» El alcalde se negó, decidida y secamente, proclamando el principio de orden y la necesidad de un escarmiento severo, para que Portugal no retrocediese a los tiempos bárbaros de Juan Brandao de Midoes. El y *Titó* almorzaron en la torre; y *Titó*, de sobremesa, indicó jovialmente la conveniencia de un brindis, y gritó él el brindis, comparando a Gonzalo con el elefante, «¡siempre bondadoso, que tanto soporta, y que de repente, ¡zas!, aplasta el mundo!»

Después, Juan Gouveia, encendiendo un gran veguero, reclamó la reconstitución veraz del jaleo, con los golpes y los gritos, para compenetrarse él como autoridad. Entonces, allí, en la terraza, revivió la gesta heroica, repitiendo a fustazos sobre el diván—que acabó por destrozar—los golpes que diera, imitando los tumbos medio desmayados del bravucón de Nacejas, cuando ya la sangre le empapaba. El alcalde y *Titó* visitaron en la cuadra a la yegua histórica; y en el patio, Gonzalo les mostró también las polainas de cuero secándose al sol, limpias ya de la sangre que las salpicó.

Ante el portón, Juan Gouveia palmeó gravemente en el hombro al hidalgo:

—Gonzalo, debía usted aparecer esta noche en el Casino...

Apareció allí, y fué acogido como el vencedor de una batalla famosa. En el billar, a propuesta del viejo Ribas, llameó un gran ponche, y el comendador Barros, entusiasmado, se obstinó en que aquel domingo se celebrase en San Francisco un *tedéum* de gracias, cuyo gasto ¡costearía él con orgullo, qué caramba! A la salida, acompañado por *Titó*, Gouveia, Manuel Duarte y otros socios, encontraron a Videiriña, que no pertenecía al Casino, pero que rondaba esperando al hidalgo, para cantarle dos trovas del *Fado*, improvisadas aquella tarde, ¡en las que le exaltaba por encima de los otros Ramírez de la Historia y de la leyenda!

El grupo hizo corro junto a la fuente. Gimió la guitarra amorosamente. Y el cantar de Videiriña, salido del alma, atravesó el mudo follaje de los plátanos:

Los Ramírez de otras eras
vencían con grandes lanzas;
vence éste con una fusta,
¡ved cuán extrañas mudanzas!

Y es que en los grandes Ramírez,
de arcaica generación,
la fuerza estaba en las armas;
¡la de éste, en el corazón!

Ante tan lisonjero juicio, los amigos prorrumpieron en vivas a Gonzalo y a la casa de Ramírez. Y el hidalgo, al regresar a la torre, pensaba, conmovido:

—¡Es curioso! ¡Toda esta gente parece quererme mucho!...

¡Pero qué emoción cuando, por la mañana temprano, Benito le despertó con un telegrama de Lisboa! Era de Cavalleiro, que, «enterado por diarios atentado», le enviaba entusiástico abrazo ¡«por feliz resultado y por valentía»! Gonzalo chilló, sentado en la cama:

—¡Caramba! ¡Entonces, los periódicos de Lisboa hablan ya de esto, Benito! ¡El caso es celebrado!

¡Celebrado, en efecto! Porque durante aquel delicioso día el mozo de Telégrafos, jadeante sobre la pierna de palo, no cesó de empujar el portón de la torre, con otros telegramas, todos de Lisboa, de la condesa de Chellas, de Duarte Lorenzal, de los marqueses de Cója, *felicitándole*; de la tía Louredo, con la «enhorabuena al intrépido sobrino»; de la marquesa de Esposende, «esperando que el querido primo estuviese agradecido a Dios!...» Y el último, de Castañeiro, con exclamaciones: *¡Magnífico! ¡Digno de Tructesindo!* Gonzalo, paseando por la biblioteca, alzaba los brazos, aturdido:

—¡Santo Dios! Pero ¿qué habrán dicho los periódicos?

Y entre los telegramas acudían los

señores de las cercanías, los influyentes, el doctor Alexandrino, aterrado, previendo un retroceso al cabralismo; el viejo Pacheco Valladares de Sa, que no se extrañaba de su noble sobrino, porque la sangre de los Ramírez, como la de los Sás, siempre hierve; el padre Vicente de la Finta, que con sus parabienes le envió un cestito de uvas de su famoso moscatel negro; y, por último, el vizconde de Río Manso, que, agarrado a Gonzalo, sollozó en el enternecimiento casi ufano de que la pelea hubiera estallado así, en la carretera, cuando «su querido amigo, y amigo también de Rosa» se dirigía hacia la Varandiña. Gonzalo, entusiasmado, rebosante de risa, abrazaba, volvía a contar pacientemente la hazaña, acompañaba hasta el portón a aquellos caballeros, que al montar en las yeguas, al entrar en los coches, sonreían hacia la vieja torre, oscura y enhiesta, en la suave claridad de la tarde septembrina, como saludando, después del héroe, a la base secular de su heroísmo.

Y el hidalgo, subiendo presuroso las escaleras hacia la biblioteca, murmuraba de nuevo, aturdido:

—¿Qué habrán dicho los periódicos de Lisboa?

durmió con la ansiedad de devorarlos. Cuando Benito, alborozado, irrumpió en la alcoba con el correo, Gonzalo saltó de la cama, arrojando la ropa como si le sofocase Y encontró en seguida en el *Seculo*, ávidamente recorrido, el telegrama de Oliveira, contando ¡el asalto!, ¡los tiros disparados!, el inmenso valor del hidalgo de la torre, quien con una simple fusta... ¡Benito arrebató casi el diario de las manos trémulas del hidalgo para correr a la cocina a gritar a Rosa la gloriosa noticia!

Por la tarde, Gonzalo corrió a Villa-Clara, al Casino, para devorar los otros diarios de Lisboa, los de Oporto. ¡Todos lo contaban, todos le ensalzaban! *La Gaceta de Oporto*, atribuyendo el atentado a la política, ultrajaba furiosamente al Gobierno. *El Liberal Portuense*, sin embargo, relacionaba «con ciertas venganzas de los republicanos de Oliveira el pavoroso atentado, que había causado casi la muerte de uno de los mayores nobles de Portugal y de España, de uno de los más pujantes talentos de la nueva generación». Los periódicos de Lisboa glorificaban, sobre todo, el «espléndido valor de don Gonzalo Ramírez». Y el más ardiente era *La Mañana*, en un verboso artículo —escrito seguramente por Castañeiro—, recordando las heroicas tradiciones de la ilustre casa, esbozando las bellezas del castillo de Santa Irene y terminando por afirmar que «ahora se esperaba con redoblada ansiedad la aparición de la novela de Gonzalo Ramírez, basada en una hazaña de su antepasado Tructesindo en el siglo XII, y anunciada para el número primero de los *Anales de Literatura y de Historia*, la nueva revista de nuestro querido amigo Lucio Castañeiro, ese benemérito restaurador de la conciencia heroica de Portugal». Temblaban las manos de Gonzalo al desdoblar los diarios. Y Juan Gouveia, también ansioso, devorando asimismo los artículos por encima del hombro del hidalgo, murmuraba, impresionado:

—¡Va usted a tener, Gonzalo, una votación tremenda!

Después, al regresar aquella noche a la torre, Gonzalo encontró una carta que le trastornó. Era de María Mendoza, en un papel perfumado con el mismo perfume que tan dulcemente esparcía doña Ana por el atrio de Santa María de Craquede:

«Hasta esta mañana no hemos sabido el gran peligro que has pasado,

y nos hemos quedado *las dos* muy emocionadas. Pero al mismo tiempo, yo—y no sólo yo—muy orgullosa de la magnífica valentía del primo. ¡Es hazaña de un verdadero Ramírez! No voy ahí a abrazarte—a riesgo de comprometerme y de *dar envidias*—porque uno de mis pequeños, Neco, está muy constipado. Afortunadamente, es cosa de poca importancia... Pero aquí todos, hasta los niños, ansiamos ver al héroe, y no creo que resultase nada extraordinario, ni *por un lado ni por otro*, que el primo apareciese por aquí pasado mañana —jueves—hacia las tres. Daríamos un paseo por la quinta, hasta se merendaría, conforme a la buena y vieja moda de nuestros abuelos. ¿De acuerdo? Muchos saludos, *muchos*, de Anita, y créeme, primo, etc.»

Gonzalo sonrió pensativamente, contemplando la carta, aspirando su aroma. Nunca la prima María había empujado tan claramente a doña Ana hacia sus brazos... Y cómo doña Ana se dejaba empujar, dispuesta, con los ojos cerrados... ¡Ah, si fuera solamente para la alcoba! Pero, ¡ay! Era también ante la Iglesia. Y oyó de nuevo el vozarrón de *Titó*, en los escalones de la puertecita verde, con la luna llena por encima de los olmos negros: «¡Esa criatura ha tenido un amante, y tú sabes muy bien que yo no miento!»

Entonces cogió lentamente la pluma y respondió a doña María Mendoza:

«Querida prima: He quedado muy enternecido por tu interés y entusiasmo. ¡No exageremos! Yo no hice más que correr con una fusta a unos valentones que me asaltaron a tiros. Es hazaña sencilla para quien cuenta, como yo, con una fusta excelente. En cuanto a la visita a la Feitosa, que me sería tan agradable, no podré hacerla, con hondo pesar mío, ni el jueves, ni siquiera en todo este mes... Estoy ocupadísimo con mi libro, mi elección y mi traslado a Lisboa. Ha sonado severamente para mí la hora de los afanes serios, cerrando la época dulce de los paseos y de los sueños. Te ruego que presentes a doña Ana mis profundos respetos. Y con muchos recuerdos para ti y el sincero deseo de que se restablezca ese querido Neco, ya sabes es siempre tu invariable y afectísimo primo, etc.»

Cerró despacio la carta. Y aplastando el sello con su escudo sobre el lacre verde, pensaba:

—¡Así, ese bandido de *Titó* me roba doscientos mil duros!...

*

Durante aquella suave semana de fines de septiembre Gonzalo trabajó en el capítulo último de su novela.

Era, al fin, la madrugada vindicadora en que los caballeros de Santa Irene, reforzados por las más nobles lanzas de los Castros, sorprendían en el bravío desfiladero señalado por García Viegas, el *Sabedor*, al bando de Bayón, en su precipitada carrera hacia Coimbra... Contienda breve y solapada, sin diestro y brioso cruzar de armas, semejante más bien a una batida contra un lobo que a una acometida contra un hijodalgo. Y así la deseaba Tructesindo, con la ruidosa aprobación de don Pedro de Castro, ya que no se trataba de luchar con un enemigo, sino de atrapar a un traidor.

Antes de lucir el alba, el bastardo salió presuroso del castillo de Landim, con tanta prisa y tan descuidada confianza, que ni caudillo ni almogávar vigilaban ante él los caminos. Cantaban las alondras cuando él, en duro trote, penetró por aquel

tajo, abierto entre escarpas de peñascos y brezos, llamado la Roca del Moro, desde que Mahoma la hendió para que huyesen las huestes cristianas del rey Fernando el *Magno*, el alcaide moro de Coimbra y la monja que aquél raptó a la grupa. Y apenas se adentró por la estrecha grieta la última lanza de la fila, hete aquí que de la otra entrada del valle surge el denso grupo de los caballeros de Santa Irene, guiados por Tructesindo, con la visera alzada, sin broquel, agitando sólo un venablo de monte, como si fuesen tranquilamente de cacería. De la selva apartada que los ocultaba irrumpen por detrás las lanzas de los Castros, en ristre, cerrando el tajo más densamente que las puntas de un puente levadizo. ¡De la ladera de los cerros se precipita, como represa suelta, un recio y espeso peonaje! ¡Cogido, perdido, el terrible Bastardo! Tira aún furiosamente de espada, que al remolinear le corona de relámpagos. Todavía con fiero grito arremete contra Tructesindo... Pero bruscamente, de entre un oscuro grupo de honderos baleares, parte ondulando una cuerda de cáñamo, que le agarra por la gola, le arranca de un brusco tirón de la silla morisca y le derriba sobre unos guijarros, contra los cuales su ancha espada se clava y se parte por el dorado puño. Y mientras los caballeros de Bayón aguantan, asombrados, el denso cerco de lanzas que los envuelve, un grupo de infantes, con agudos gritos, como mastines sobre un cerdo, arrastra al Bastardo hacia la loma del otero, donde le despojan de broquel y de daga, le destrozan el brial de lana roja, le rompen los cierres del yelmo, ¡para escupirle en la cara, en las barbas color de oro, tan bellas y tan orgullosas!

Después, la misma multitud brutal le iza, amarrado, sobre el lomo de una recia mula de carga, lo tiende entre dos estrechos cajones de virotes, como una res atrapada, de regreso de la montería. Y unos siervos del carretaje se quedan guardando al caballero soberbio, al *Claro-Sol*, que iluminaba la casa de Bayón, encerrado ahora entre dos cajones de madera, con cuerdas en los pies y cuerdas en las manos, e hincado en ellas un triste ramo de cardo, emblema de su traición.

Entre tanto, sus quince caballeros cubrían el suelo, aplastado bajo el furioso cerco de lanzas que los acometía, unos yertos, como dormidos, dentro de las negras armaduras; otros torcidos, deshechos, con las carnes tajadas, colgando horrendamente entre mallas rotas de las lorigas. Los escuderos, apresados, empujados a chuzazos hacia la boca de una barranca, sin rescate o merced, como partida inmunda de ladrones de ganado, murieron desmembrados a hachazos por los barbudos estaferos leoneses. Todo el valle olía a sangre como el patio de un matadero. Para identificar a los compañeros del Bastardo, un cuerpo de caballeros abría los gorjales, las viseras, arrancando furtivamente las medallas de plata, los escapularios, los saquitos de reliquias que llevaban todos como buenos creyentes. En un rostro de fina barba negra, manchada por una espuma sanguinolenta, Mendo de Briteiros reconoció a su primo Soeiro de Lugilde, con quien, por las hogueras de San Juan, holgara él tan gratamente y bailara en el castillo de Uñello, e inclinado sobre la alta silla rezó, por la pobre alma sin confesión, un avemaría devoto. Oscuras, tristonas nubes sofocaban la mañana de agosto. Y apartados, a la entrada del valle, bajo el ramaje de una vieja encina, Tructesindo, don Pedro de Castro y García Viegas, el *Sabedor*, decidían qué muerte lenta, muy dolorosa y degradante, se daría al Bastardo, villano de tan negra villanía.

Narrando así la sombría emboscada con el gimiente esfuerzo de quien empuña un arado por tierra pedregosa, consumió Gonzalo aquella suave semana de septiembre. Y el sábado, temprano, en la biblioteca, con el pelo húmedo aún de la ducha, se restregaba las manos ante la mesa, ¡porque ciertamente con dos horas más de trabajo atento terminaría antes del almuerzo su novela, su obra! Aunque aquel final le repelía con su sucio horror. El tío Duarte, en su poemita, sólo lo esbozaba, con esquiva indecisión, como noble lírico que ante una visión de brutal ferocidad exhala un lamento, resguarda la lira y se desvía hacia más dulces sendas. Y al coger la pluma, Gonzalo, realmente lamentaba también que su abuelo Tructesindo no matase antes al Bastardo, en el fragor de la contienda, con una de aquellas cuchilladas maravillosas, tan gratas de celebrar, que rasgan al jinete y luego rasgan al corcel, quedando para siempre en la Historia.

¡Pero no! Bajo el follaje de la encina los tres caballeros combinaban pausadamente una venganza terrorífica. Tructesindo quería regresar en seguida a Santa Irene, levantar una horca frente a las barbacanas, en el suelo donde su hijo rodó muerto, y ahorcar en ella, después de bien azotado como villano, al villano que le mató. El viejo don Pedro de Castro aconsejaba, sin embargo, una muerte más breve y también compensadora. ¿Para qué rodear por Santa Irene, perder aquel día de agosto en su marcha hacia Montemayor, a socorrer a las infantas de Portugal? Que se tendiese al bastardo amarrado sobre un madero, a los pies de don Tructesindo, como cerdo por Nochebuena, y que un caballerizo le chamuscase las barbas, y después otro, con un cuchillo de cocina, le sangrase lentamente por el pescuezo.

—¿Qué os parece, señor don García?

El *Sabedor* habíase quitado el casco de hierro y se limpiaba en las arrugas el sudor y el polvo del combate:

—¡Señores y amigos! Tenemos algo mejor, y cerca también, sin retrasos en la cabalgata, ahí, en seguida delante de esos cerros, la Poza de las Sanguijuelas... Y ni nos apartamos del camino, pues desde allí, por Tordezello y Santa María de la Varge, seguimos a Montemayor, tan derechos como vuela el cuervo... ¡Confiad en mí, Tructesindo! Confiad en mí, que yo arreglaré al Bastardo una muerte tal y tan vil, que no pueda contarse otra igual desde que Portugal fué condado.

—¿Más vil que la horca para un caballero, mi viejo García?

—¡Ya veréis, señores y amigos, ya veréis!

—¡Sea, pues! Mandad que suenen las trompas

A la voz de mando de Alfonso Gómez, el alférez, resonaron los cuernos. Un grupo de ballesteros y de estaferos leoneses rodearon la mula que transportaba al bastardo amarrado y metido entre dos cajones. Y acaudillada por don García, la corta hueste se dirigió en seguida hacia la Poza de las Sanguijuelas, en desbandada, con los señores de lanza dispersos como en una marcha de holganza y paz, y todos en una ruidosa charla, recordando, entre risas y jactancias, las proezas de la contienda.

A dos leguas de Tordezello y de su castillo famoso se escondía entre los cerros la Poza de las Sanguijuelas.

Era un lugar de eterno silencio y de eterna tristeza. En esmerados versos señalaba el tío Duarte su desolada aspereza:

¡Ni trino de ave en oscilante rama!
¡Ni fresca flor junto a lozano arroyo!
Sólo peñas, maleza, triste orilla,
y, allí en medio, la poza tenebrosa!...

Y cuando los primeros caballeros, ya en lo alto de la loma de un cerro, la divisaron en la melancolía de la mañana neblinosa, enmudecieron en su animada charla, tiraron de los frenos, asustados ante tan áspero yermo, tan propicio a brujas, fantasmas y almas en pena. Ante el agrietado barranco, sobre el que se escurrían los corceles, ondulaba un riachuelo, abierto en charcos fangosos, casi secos por el estiaje, reluciendo oscuramente entre los gruesos pedruscos y el rastrero tojo. Al fondo, a medio tiro de ballesta, negreaba la poza, estrecha laguna, lisa, sin una arruga en el agua, hoscamente negra, con manchas más negras aún, como una lámina de estaño en que se extendiese la herrumbre del tiempo y del abandono. Alrededor se elevaban los cerros erizados de maleza bravía y alta, surcados por sendas de arena rojiza como hilos de sangre que escurriese, y rasgados encima por brillantes peñascos, más blancos que osamentas. Tan pesado era el silencio, tan pesada la soledad, que el viejo don Pedro de Castro, hombre de tanto viaje, se aterró:

—¡Feo paraje! ¡Y voto a Cristo y a Santa María que jamás antes de nosotros entró en ella hombre redimido por el bautismo!

—¡Pues señor don Pedro de Castro!—replicó el *Sabedor*—. Ya por aquí se movió mucha lanza, y lucida, y aun en tiempos del conde don Suero y de vuestro rey don Fernando se erguía en aquella orilla ¡una famosa castellanía! ¡Mirad hacia allá!

Y señalaba en la punta de la poza, frontera al barranco, dos recios pilares de piedra que salían del agua negra, y que la lluvia y el viento habían pulido como mármoles finos. Una pasarela de maderos, sobre unas estacas fangosas y medio podridas, unía la orilla al más grueso de los pilares. Y en el centro de aquel tosco puntal colgaba una argolla de hierro.

Entre tanto, ya el tropel del peonaje se esparcía por el ribazo. Don García Viegas se apeó, llamando a gritos a Pero Ermigues, el caudillo de los ballesteros de Santa Irene. Y al lado del corcel de Tructesindo, risueño y gozando de la sorpresa, ordenó al caudillo que seis de sus fornidos hombres bajasen al Bastardo de la mula, le tendiesen en el suelo, le desnudasen, dejándole totalmente en cueros, como su barragana madre le echó a la negra vida...

Tructesindo se encaró con el *Sabedor*, frunciendo las hirsutas cejas:

—¡Por Dios, don García! ¡Que vais a ahogar simplemente al villano y a emporcar ese agua inocente!...

Y algunos caballeros, alrededor, murmuraban también contra muerte tan apacible y sin malicia. Pero los ojillos de don García reviraban, centelleando de triunfo y de gozo.

—¡Sosegaos, sosegaos! Viejo lo estoy, ciertamente, pero aún el buen Dios me permite algunas tretas. ¡No! Ni ahorcado, ni degollado, ni ahogado..., ¡sino chupado, señores! ¡Chupado en vida, y despacio, por las grandes sanguijuelas que llenan toda esa agua negra!

Don Pedro de Castro, maravillado, golpeó con el guante sobre la martingala.

—¡Por vida de Cristo! ¡Que tener en una hueste a don García es tener juntamente, para marchas y consejo, enrolados en uno solo, a Aníbal y a Aristóteles!

Un rumor de admiración corrió por la hueste:

—¡Buen ardid, buen ardid!

Y Tructesindo, radiante, gritó:

—¡Hala, hala, ballesteros! ¡Y vosotros, señores, retroceded hacia la loma del cerro, como hacia el palenque, que va a ser grande la fiesta!

Ya seis ballesteros descargaban de la mula al bastardo, amarrado. Otros le rodeaban con manojos de cuerdas. Y como matarifes que desuellan una res, toda la ruda banda se arrojó sobre el desdichado, arrancándole la cervillera, el sayo, las grebas, el férreo calzado, y después la gruesa ropa de lino sucio. Agarrado por los largos cabellos, asido de los pies, en los que se clavaban agudas uñas en el furor de inmovilizarle, con los brazos aplastados bajo otros gruesos brazos tensos, el fornido bastardo se retorcía aún, aullando, escupiendo a las caras confusas de la canalla un salivazo rojizo, espumeante!

Pero entre el oscuro tropel que le cubría, su cuerpo, todo desnudo, blanqueaba, atado con cuerdas más gruesas. Poco a poco su furioso aullido desfallecía, jadeante y ronco. Y uno tras otro se levantaban los ballesteros, extenuados, resoplando, secándose el sudor del esfuerzo.

Entre tanto, los caballeros de España, de Santa Irene, se apeaban, clavando el regatón de las lanzas entre el tojo y las piedras. Todas las laderas de los oteros se cubrían con la mesnada dispersa, como palenques en tarde de justa. Sobre una roca más lisa, que dos desmedrados espinos entoldaban de follaje escaso, un paje extendió unas pieles de oveja para don Pedro de Castro y para el señor de Santa Irene. Pero sólo el viejo *Castellano* se acomodó allí, para un dilatado descanso, deshebillando su peto de hierro damasquinado de oro.

Tructesindo permaneció erguido, mudo, con los guanteles apoyados en el puño de su alta espada, y los hundidos ojos clavados ávidamente en la tenebrosa laguna, que con muerte tan feroz y sucia vengaría a su hijo... Y a la orilla de la poza, infantes y algunos caballeros de España removían con virotes y con los regatones de los venablos el agua fangosa, con la curiosidad de las negras sanguijuelas escondidas que la poblaban.

Súbitamente, a un grito de don García, que rondaba, toda la chusma del peonaje amontonada en torno al bastardo se apartó; y apareció el fornido cuerpo, desnudo y blanco sobre la negra tierra, con un espeso pelo rubio en los pectorales, oculta su virilidad por otra mata de pelo rubio, y todo atado con cuerdas de cáñamo, que le atiesaban. En aquella rigidez de fardo, ni las costillas jadeaban: sólo los ojos refulgían, ensangrentados, horriblemente desorbitados por el espanto y la furia. Algunos caballeros corrieron a contemplar la envilecida desnudez del hombre famoso de Bayón. El señor de los Pazos de Argelim se mofó ruidosamente:

—¡Bien lo sabía, por Dios! ¡Cuerpo de manceba, sin señal de herida!...

Leonel de Zamora raspó con el calzado de hierro el hombro desdichado.

—¡Ved este *Claro-Sol*, tan claro, que se apaga ahora en tan negra agua!

El bastardo cerraba duramente

los párpados, de los que escaparon dos gruesas lágrimas, rodando lentamente... Pero un agudo pregón resonó por el ribazo:

—¡Justicia! ¡Justicia!

Era el adalid de Santa Irene, que marchaba agitando una lanza, atronando los cerros.

—¡Justicia! ¡Justicia que manda hacer el señor de Treixedo y de Santa Irene, en un perro matador!... ¡Justicia en un perro, hijo de perra, que mató vilmente, y así muera vilmente por ella!...

Por tres veces pregonó ante la hueste apiñada en los cerros. Después se detuvo, saludó humildemente a Tructesindo Ramírez, al viejo Castro, como a jueces en su estrado de juicio.

—¡Avivad! ¡Avivad! — gritó el señor de Santa Irene.

Inmediatamente, a una orden del *Sabedor*, seis ballesteros, con las piernas envueltas en mantas de la carga, alzaron el cuerpo del bastardo como se levanta un muerto envuelto en su sudario, y entraron con él en el agua hasta más arriba del pilar de granito. Otros, arrastrando manojos de cuerdas, corrieron por la fangosa pasarela de maderos. Con un alarido de *¡Aguanta, endereza, alza!*, en un desesperado esfuerzo, el robusto cuerpo blanco fué sumergido en el agua hasta las ingles, arrimado al más alto pilar, y después atado a él con un largo cabo que, pasando por la argolla de hierro, le suspendía, sin que se escurriera, tan seguro y adherido como un rollo de vela que se amarra al palo. Rápidamente, los ballesteros huyeron del agua, desenvolviendo en seguida sus piernas, que palpaban con el horror a las sanguijuelas succionadoras. Los otros volvieron por la pasarela, en una fila que se empujaba. En la poza quedaba Lope de Bayón, bien colocado para la vistosa muerte lenta, con el agua que le cubría ya hasta las piernas, con cuerdas enroscadas hasta el cuello, como un esclavo al poste; y un espeso mechón de los rubios cabellos atado en la argolla de hierro estiraba hacia atrás la clara faz, para que todos gozasen en ella la humillada agonía del *Claro-Sol*.

Entonces la atención de la hueste, esperando esparcida por las laderas de los cerros, entristeció más el neblinoso silencio del yermo. El agua se extendía sin un escalofrío, con sus manchas negras como una lámina de estaño herrumbroso. Entre las crestas de las peñas, unos arqueros apostados por *el Sabedor* atalayaban a lo lejos los descampados. Una alta bandada de grajos cruzó graznando. Luego, una lenta ráfaga agitó las flámulas de las lanzas clavadas en el espeso tojo.

Para despertar y avivar la lentitud de las sanguijuelas, algunos infantes tiraban piedras al agua fangosa. Ya algunos caballeros españoles murmuraban impacientes por la demora, en aquella cueva sofocante. Otros, bajando agachados al borde de la laguna, para probar que las famosas sanguijuelas no acudirían nunca, sumergían lentamente en el agua las manos desnudas, que luego sacudían, riendo y mofándose del *Sabedor*... Pero de repente un estremecimiento conmovió el cuerpo del bastardo; sus potentes músculos, en el furioso esfuerzo por soltarse, se hinchaban entre las cuerdas, como serpientes que se arquean; de los labios fruncidos estallaron, en rugidos, en gruñidos, ultrajes y amenazas contra Tructesindo cobarde, contra toda la raza de Ramírez, ¡que él emplazaba dentro de un año en las llamas del infierno! Indignado, un caballero de

Santa Irene cogió una ballesta de anillo, que tensó en la cuerda.

Pero don García detuvo aquel ímpetu:

—¡Por Dios, amigo! ¡No robéis a las sanguijuelas ni una gota de esa sangre fresca! ¡Mirad cómo acuden! ¡Mirad cómo acuden!

En el agua espesa, en torno a los muslos sumergidos del bastardo, corría un estremecimiento, se formaban gruesas ampollas, y de ellas surgió pausadamente una sanguijuela, y después otra, relucientes y negras, que ondulaban, se adherían a la blanca piel del vientre, de donde colgaban, chupando, engordando en seguida, más brillantes con la lenta sangre que ya escurría. El bastardo enmudeció, y sus dientes rechinaron ruidosamente. Enojados, hasta unos rudos infantes desviaron la cara, escupiendo hacia los brezos. Otros, sin embargo, se burlaban, gritando a las sanguijuelas: «¡A él, doncellas, a él!» Y el apuesto Zamora de Cendufe clamaba riendo contra tan insulsa muerte:

—¡Por Dios! Una aplicación de sanguijuelas como a un paciente de almorranas! ¡No era sentencia de ricohombre, sino receta de herbolario moro!

—¿Pues qué más queréis, mi buen Leonel?—replicó alegremente el *Sabedor*, resplandeciendo—. ¡Muerte es ésta para contarse en libros! ¡Y no tendréis este invierno velada ante el hogar, por todos los solares del Miño al Duero, en que no se mezcle la historia de esta poza y de este hecho! ¡Mirad nuestro primo Tructesindo Ramírez! ¡Hermosos tormentos ha presenciado con seguridad en tan largo pelear!... ¡Y cómo goza! ¡Tan atento! ¡Tan maravillado!

En la ladera del otero, junto a su pendón, que el alférez había clavado entre dos piedras, y tan inmóvil como él, el viejo Ramírez no despegaba los ojos del cuerpo del Bastardo, con deleite salvaje, en un sombrío fulgor. ¡Nunca esperó él venganza tan magnífica! ¡El hombre que ató a su hijo con cuerdas, lo arrastró en unas andas, lo apuñaló ante las barbacanas de su Honra, allí estaba ahora, vilmente desnudo, amarrado también como un cerdo, colgado de un pilar, emergiendo de un agua pútrida y chupado por sanguijuelas, ante dos mesnadas, de las mejores de España, que le contemplaban, mofándose! Aquella sangre, la sangre de la raza detestada, no la bebía la tierra removida en una tarde de batalla, escurriendo de la herida honrosa, entre la recia armadura, sino que, gota a gota, se perdía oscura y lentamente, sorbida por repugnantes sanguijuelas, que brotaban hambrientas del lodo y en el lodo volvían a caer, hartas, para vomitar sobre el lodo la orgullosa sangre que las colmaba. ¡En un charco, donde él le había sumergido, unas viscosas sanguijuelas bebían tranquilamente al caballero de Bayón! ¿Dónde hubo homicidio solariego asentado en más dulce desquite?

Y el alma fiera del viejo acompañaba con inexorable gozo a las sanguijuelas, subiendo, arrastrándose dispersas por aquel cuerpo bien amarrado, como seguro rebaño por la ladera de la colina donde pasta. El vientre desaparecía ya bajo una capa viscosa y negra, que palpitaba y relucía en la oscura humedad de la sangre. Una hilera succionaba el talle, cóncavo por el ansia, de donde fluía la sangre en una lenta franja. El espeso pelo rubio del pecho, como la espesura de una selva, atraía a muchas, que ondulaban con un rastro de lodo. Un montón

enmarañado sangraba un brazo. Las más hambrientas, ya hinchadas, más relucientes, se desprendían, caían blandamente; pero en seguida otras hambrientas se aferraban. De las llagas abandonadas escurría la sangre finamente, retenida por las cuerdas, de donde goteaba como lluvia poco densa. En el agua oscura flotaban gruesas postemas de sangre desperdiciada. Y sorbido así, rezumando sangre, el desventurado rugía aún ultrajes inmundos, amenazas de muertes, de incendios, contra la raza de los Ramírez. Después, con un jadeo en que las cuerdas casi estallaban, con la boca horriblemente abierta y ávida, rompió en roncos rugidos, implorando «¡Agua! ¡Agua!» En su furor, las uñas, que una vuelta de amarras le había embutido contra los fornidos muslos, desgarraban la carne, se clavaban en la hendidura rasgada, empapadas en sangre.

Y el furioso tumulto se apagaba en un largo gemido cansado, hasta que pareció adormecido entre los gruesos nudos de las cuerdas, con las barbas relucientes bajo el sudor, que se extendía como bajo un denso rocío, y entre ellas la espantada lividez de una sonrisa delirante.

Entre tanto, ya en la hueste esparcida por los cerros como por un palenque, se embotaba la curiosidad salvaje de aquel nuevo suplicio, y se acercaba la hora de la ración de la hora meridiana. El adalid de Santa Irene, y después el almocadén español mandaron tocar los añafiles. Entonces todo el áspero yermo se animó con las faenas del acampar. El depósito de las dos mesnadas se paró tras los oteros, en un pequeño prado de hierba, donde un claro regato se arrastraba entre los guijos, entre las raíces de álamos y sauces. Con una prisa famélica, saltando sobre las piedras, los peones corrían hacia la hilera de machos de carga, recogían de los despenseros la ración de carne y la gruesa mitad de un pan oscuro; y diseminados por la sombra de la arboleda, comían con silenciosa lentitud, bebiendo del agua del regato en cuencos de madera. Después sesteaban, tumbados sobre la hierba, o trepaban en grupos por la otra ladera de los cerros, entre la maleza, con la esperanza de traspasar de un virotazo alguna pieza errabunda. En el ribazo, ante la laguna, los caballeros, sentados sobre gruesas mantas, comían alrededor de las alforjas abiertas, cortando con los puñales tajadas de tocino en las abundantes carnes de cerdo y empinando en largos tragos las panzudas calabazas de vino.

Invitado por don Pedro de Castro, el viejo *Sabedor* descansaba, repartiendo de una ancha escudilla de barro llena de *bollo papal*, un pastel de miel y flor de harina, en que ambos sepultaban lentamente los dedos, que después se limpiaban en el forro de los yelmos. Sólo el viejo Tructesindo no comía ni reposaba, tieso y mudo ante su pendón, entre sus dos mastines, en aquel fiero deber de acompañar, sin perderse un escalofrío, un gemido, un hilo de sangre, la agonía del Bastardo. En balde el *Castellano*, tendiendo hacia él un pichel de plata, alababa su vino de Tordesillas, fresco como ninguno de Aquillat o de Provins, para la sed de tan dura marcha. El viejo ricohombre ni atendió; y don Pedro de Castro, después de tirar dos panes a los fieles mastines, volvió a discurrir con García Viegas sobre aquel porfiado amor del Bastardo por Violante Ramírez, que a tantos homicidios y furores llevara.

—¡Dichosos nosotros, don García!

Nosotros, a quienes la edad y el quebranto y la hartura apartan ya de esas tentaciones... Que la mujer, como enseñaba cierto físico cuando andaba yo con los moros, es viento que consuela y huele bien, pero que todo lo enreda y lo destroza. ¡Ved cómo han penado por ellas los míos! Mi padre, con aquel desvarío de los celos, mató a cuchilladas a mi dulce madre Estefanía. ¡Y era ella tan santa e hija del emperador! ¡A todo, a todo lleva el necio ardor! Hasta a morir como ése, chupado por sanguijuelas, ante una hueste que come y se mofa. ¡Y por Dios, cuánto tarda en morir, don García!

—Muriendo está, señor don Pedro de Castro. ¡Y ya con el demonio al lado para llevárselo!

El bastardo moría. Entre los nudos de las cuerdas ensangrentadas, todo él era un asqueroso espectro rojo y negro, con las masas de sanguijuelas que le cubrían, palpitando con los lentos hilos de sangre que de cada herida manaban, más copiosos que los surcos de humedad sobre un muro renegrido.

El desesperado jadeo cesó, así como el ansia contra las cuerdas y todo el furor. Blando e inerte como un fardo, sólo a ratos desorbitaba horriblemente los ojos perezosos, que reviraba en torno con nublado pavor. Después, la cara se abatía, lívida y fláccida, con el belfo colgante, abriendo la boca como una cueva negra, de la que escurría una baba sanguinolenta. Y de los párpados, nuevamente cerrados, entumecidos, goteaba también un moco como de lágrimas mezcladas con sangre.

El peonaje, entre tanto, volviendo del rancho, llenaba el ribazo, se pasmaba, con rudos escarnios, ante el cuerpo pavoroso que las sanguijuelas chupaban aún. Ya los pajes recogían manteles y alforjas. Don Pedro de Castro bajó del cerro con el *Sabedor* hasta la orilla del agua fangosa, donde casi hundió el férreo calzado por contemplar más de cerca ¡al agonizante de tan rara agonía! Y algunos señores, irritados con la demora, hebillaban las armaduras, murmuraban: «¡Está muerto! ¡Está acabado!»

Entonces, García Viegas gritó al caudillo de los ballesteros:

—Ermigues, id a ver si queda aún aliento en esa postema.

El caudillo corrió por la pasarela de maderos, y estremecido de disgusto palpó la lívida carne, y acercó a la boca, toda abierta, la hoja clara de la daga, que desenvainó.

—¡Muerto! ¡Muerto!—gritó.

Estaba muerto. Dentro de las cuerdas que le enrojecían, el cuerpo se escurría, arrugado, chupado, vaciado. La sangre ya no manaba; habíase coagulado en negros manchones, donde algunas sanguijuelas se obstinaban palpitantes, reluciendo. Y otras subían aún, tardías. Dos, enormes, se movían en la oreja. Otra tapaba un ojo. El *Claro-Sol* no era más que una inmundicia que se corrompía. Sólo el mechón de cabellos rubios, estirado, prendido en la argolla, relucía con un destello de llama, como rastro dejado por la ardiente alma que huyera.

Con la daga aún desenvainada, sacudiéndola, el caudillo avanzó hacia el señor de Santa Irene, y gritó:

—¡Está hecha la justicia que mandasteis hacer en el perro matador que ha fenecido!

Entonces, el viejo ricohombre, tendiendo el brazo, el velludo puño, con recia amenaza, clamó, con ronco aullido, que rodó por peñascos y cerros:

—¡Muerto está! ¡Y así morirá de muerte infame quien traidoramente me afrente a mí y a los de mi raza!

Después, cortando rígido por la ladera del cerro, entre la maleza, y con una amplia seña al alférez del pendón:

—Alfonso Gómez, mandad tocar las trompas ¡Y a caballo, si os place, señor don Pedro de Castro, primo y amigo, que leal y bueno me habéis sido!...

El castellano agitó risueñamente el guante:

—¡Por Santa María, primo y amigo! Que placer y honra los recibí de vos. ¡A caballo, pues, si os place! Que nos promete el señor don García que veremos, con el sol muy alto aún, los muros de Montemayor.

Ya el peonaje cerraba filas, los donceles de armas empujaban hacia el ribazo a los corceles descansados, a los que la vasta agua oscura asustaba. Y con los dos pendones tremolando, el azor negro, los trece besantes, la fila de la cabalgata se lanzó al trote por el empinado barranco, del que rodaban las piedras sueltas. En lo alto, algunos caballeros se volvían aún en las sillas para mirar otra vez al hombre de Bayón, que allí quedaba, amarrado al pilar, en la soledad de la poza, pudriéndose. Pero cuando el ala de los ballesteros y honderos de Santa Irene desfiló, una fuerte gritería estalló, con befas, sucias injurias al «perro matador». En mitad de la escarpa, un ballestero, volviéndose, tensó furiosamente la ballesta. La larga flecha sólo atraveso el agua. Silbó luego otra y una piedra de honda, y una saeta barbada que se hincó en el costado del bastardo, sobre una negra maraña de sanguijuelas. El caudillo gritó: «¡Cierra! ¡Anda!» La recua de las acémilas de carga avanzaba bajo el restallar de los látigos; los mozos de carretaje cogían gruesos cantos y apedreaban al muerto. Después marchaban los siervos carreteros, con sus cortos sayos de cuero sin curtir, balanceando un pequeño chuzo, y el capataz cogió simplemente estiércol de las bestias, que estampó en la cara del bastardo, sobre las finas barbas de oro.

XI

Cuando Gonzalo, fatigado y ya con todo su ardor mortecino, retocó el anterior lance de la afrenta, la campanilla en el corredor repicaba para el almuerzo. ¡Al fin! ¡Gracias a Dios! ¡Ya estaba terminada aquella eterna *Torre de Ramírez!* Cuatro meses, cuatro penosos meses desde junio, había trabajado en la sombría resurrección de sus abuelos bárbaros. Con letra gruesa y grande trazó abajo, en medio de la cuartilla, *finis*. Y la fechó con la hora, que era la, de las doce y catorce minutos.

Pero ahora, abandonada la mesa ante la que tanto se afanara, no sentía el esperado contento. Hasta aquel suplicio del bastardo ¡le dejó una aversión hacia aquel mundo alfonsino, tan bestial, tan inhumano! Si al menos le consolase la certeza de que reconstruía, con luminosa verdad, el ser moral de aquellos abuelos fieros... Pero ¡quia! Mucho temía que bajo las discordantes armaduras, de poca exactitud arqueológica, ¡sólo se esbozasen inciertas almas sin ninguna realidad histórica!... ¡Hasta dudaba que unas sanguijuelas cubriesen, subiendo de un charco, el cuerpo de un hombre y le chupasen desde los muslos a las barbas, mientras una hueste injería su ración!... En fin, Castañeiro había ensalzado los primeros capítulos. La multitud ama en las novelas los grandes furores, el gotear de la sangre; y en breve los *Anales* difundirían por todo Portugal la fama de aquella casa ilustre, que armó mesnadas, arrasó castillos, saqueó

comarcas por orgullo de pendón y afrontó arrogantemente a los reyes en la corte y en los campos de batalla. Su verano había sido, pues, fecundo. Y para rematarlo, allí estaba ahora la elección, que le libraba de las melancolías de su agujero rural...

Para no retrasar las visitas que debía aún a los electores influyentes, y también para distraerse, inmediatamente después de almorzar montó a caballo, a pesar del calor que desde la víspera, y en aquellos mediados de octubre, abrumaba la aldea con el refulgente peso de una canícula de agosto. En el recodo de la carretera de los Bravaes un hombre gordo, de pantalón blanco, que se apresuraba, resoplando bajo su quitasol de tela roja, detuvo al hidalgo con una enorme cortesía. Era Godiño, escribiente de la Alcaldía. Llevaba un oficio urgente para el alcalde de los Bravaes y ahora corría a la torre por encargo del señor alcalde...

Gonzalo hizo recular la yegua hacia la sombra de una encina:

—¿Qué ocurre, amigo Godiño?

El señor alcalde anunciaba al hidalgo que el bandido del Ernesto, el bravucón de Nacejas, en cura en el hospital de Oliveira, mejoraba notablemente. Ya le habían adherido el pabellón de la oreja y la boca cicatrizaba... Y como se había procedido contra él, el granuja pasaría después de la enfermería a la cárcel...

Gonzalo protestó en seguida con una palmada en la silla:

—¡No, señor! ¡Hágame el obsequio de decir a don Juan que no quiero que prendan a ese hombre! Fué un atrevido, se llevó su merecido, y estamos en paz.

—Pero, don Gonzalo...

—¡Por amor de Dios, amigo Godiño! No quiero y no quiero... Explíqueselo bien al señor alcalde... Detesto las venganzas. No entran en mis costumbres ni en las de mi familia. Nunca hubo un Ramírez que se vengase... Es decir, sí que lo hubo, pero... En fin, explíqueselo bien a don Juan. Por otra parte, ya le veré luego en el Casino... Ya tiene bastante ese hombre con quedar desfigurado. ¡No consiento que se le persiga más!... Detesto las ferocidades.

—Pero...

—¡Esta es mi decisión, Godiño!

—Daré allí el recado del señor.

—Gracias. ¡Y adiós!... ¿Qué calor, eh?

—¡De aúpa, don Gonzalo, de aúpa!

Gonzalo siguió, indignado con la idea de que el pobre bravucón de Nacejas, todavía molido, con la oreja mal soldada, entrase en la sórdida cárcel de Villa-Clara a dormir sobre una tabla. Pensó incluso en galopar hacia Villa-Clara y contener el celo legal de Juan Gouveia. Pero cerca, junto al lavadero, estaba la casa de un influyente, Juan Fermín, carpintero y compadre suyo. Y hacia allí trotó, apeándose en el portal del hortelano. El compadre Fermín se había marchado temprano a la Arribada, donde trabajaba en las obras del lagar del señor Esteven. Y fué la comadre Fermín la que acudió corriendo desde la cocina, obesa y espléndida, con dos chiquillos colgados de sus faldas, más sucios que estropajos. El hidalgo besó cariñosamente las dos caras pringosas:

—¡Qué rico olor a pan reciente, comadre! Hubo hornada, ¿eh? Pues nada, un gran abrazo a Fermín. ¡Y que no se olvide! La elección será el domingo que viene. Cuento con su voto. Y mire que no es por el voto, es por la amistad.

La comadre mostraba la magnífica dentadura en una complacida y untuosa sonrisa: «¡Ay, el hidalgo podía estar tranquilo! Que Fermín ha-

bía ya jurado, hasta al señor alcalde, que para el hidalgo serían todos los votos, y que el que no lo hiciese por las buenas, iría a palos» El hidalgo estrechó la mano de la comadre, que desde el escalón de la huerta, con los dos pequeños enroscados a las faldas y la ancha risa más pasmada, seguía la polvareda de la yegua como el rastro de un rey.

Y después, en las otras visitas, a Cerejeira, a Ventura el de la Chiche, encontró el mismo fervor, las mismas sonrisas brillando de gozo. «¡Cómo! ¡Para el hidalgo! ¡Eso, todos! ¡Aunque fuese contra el Gobierno!» En la tasca de Manuel el tabernero, un grupo de obreros bebía, ya ruidoso, con las chaquetas tiradas encima de los bancos. El hidalgo bebió con ellos, bromeando, gozando sinceramente del vino áspero y del barullo. El más viejo, un fantasmón moreno, desdentado, con la cara más arrugada que una ciruela seca, golpeó entusiasmado sobre el mostrador:

—¡Este, rapaces, es un hidalgo que cuando un pobre de Dios se escalabra la pierna, le presta la yegua y camina a su lado más de una legua a pie, como fué en el Solha! ¡Rapaces, éste es el hidalgo al que quiere la gente!

Los brindis atronaban la taberna. Y cuando Gonzalo montó, le rodearon como vasallos entusiastas, que a una seña correrían a votar ¡o a matar!

En casa de Tomás Pedra, la abuela Ana Pedra, una vieja baldada, muy anciana y temblona, empezó a lloriquear porque su Tomás estaba en el Olivar cuando el hidalgo le visitaba. «¡Que aquello era como visita de santo!»

—¡Vamos, tía Pedra! ¡De pecador, de gran pecador!

Curvada en la sillita baja, con las greñas blancas cayendo del pañuelo por la cara, toda chupada de arrugas y velluda, la tía Ana se dió una palmada sobre la rodilla puntiaguda:

—¡No, señor! ¡No, señor! ¡Que quien mostró aquella caridad por el hijo del Casco, merece estar en el altar!

El hidalgo reía, besuqueaba a la sucia chiquillería, estrechaba manos ásperas y rugosas como raíces, encendía el cigarro en las brasas de los hogares, conversando con intimidad de las enfermedades y de los noviazgos. Después, en el calor y el polvo de la carretera, pensaba:

—¡Es curioso! ¡Parece que me tienen buena amistad estas gentes!

A las cuatro, rendido, decidió dar por terminada la vuelta, regresar a la torre por la carretera más fresca de la Bica-Santa. Y había pasado el lugarejo del Cerdal, cuando en el recodo ceñido del camino, junto al soto de encinares, tropezó casi con el doctor Julio, también a caballo y también dando su vuelta, con chaqueta de alpaca, bañado en sudor, bajo un quitasol de seda verde. Ambos detuvieron las yeguas, se saludaron amablemente.

—Mucho gusto en verle, doctor Julio...

—Igual digo, y muy honrado, don Gonzalo...

—¿Qué? ¿También en la tarea?...

El doctor Julio se encogió de hombros:

—¿Qué quiere usted? ¡Me han metido en esto! ¿Y sabe usted cómo acaba?... Pues acaba en que yo mismo, al otro domingo, votaré por usted.

El hidalgo rió. Ambos se inclinaron para estrecharse las manos con alegría, con estimación.

—¡Qué calor, doctor Julio!

—¡Horroroso, don Gonzalo!... ¡Y qué pesadez!

Así, pues, el hidalgo empleó aque-

lla semana en las visitas a los electores, «a los grandes y los pequeños». Y dos días antes de la elección, un viernes por la tarde, con un tiempo ya suave y fresco, marchó a Oliveira, adonde había llegado la víspera Andrés Cavalleiro, después de su tan larga, tan comentada estancia en Lisboa.

En los Cunhaes, apenas saltó del coche, le enfureció en seguida saber por el buen Joaquín, el portero, «que las señoras Louzadas estaban arriba, de visita, con doña Gracia...»

—¿Hace mucho?

—Están ahí arriba, sin moverse, hace media hora larga, señor.

Gonzalo se adentró cautelosamente hacia su cuarto, pensando: «¡Qué sinvergüenzas! ¡Llegó Andrés, y vienen en seguida a húsmear!» Y se lavaba ya, se quitaba el traje polvoriento, cuando Barrolo apareció, sofocado, muy radiante, de levita y sombrero de copa, con las mejillas encendidas, alborozado:

—¡Hombre, Barrolo, qué elegante!

—¡Parece brujería!—gritó Barrolo, después de un abrazo, que repitió con insólito entusiasmo—. Iba ahora mismo a ponerte un telegrama para que vinieses...

—¿Para qué?

Barrolo tartamudeó, con una risa contenida que le iluminaba, le hinchaba:

—¿Para qué? Para nada... ¡Es decir, para la elección! ¡Porque la elección es pasado mañana, chico! Cavalleiro llegó ayer. Ahora vuelvo yo del Gobierno civil. Estuve en el palacio con el señor obispo y luego pasé por el Gobierno civil... Magnífico Andrés. Se ha recortado el bigote, parece más joven. Y trae noticias... ¡Trae grandes noticias!

Y Barrolo se frotaba las manos con tan resplandeciente alborozo, con tanta risa escapándosele de los ojos y de la cara reluciente, que el hidalgo le contempló curioso, impresionado:

—¡Oyeme, Barrolito! ¿Tienes alguna cosa buena que anunciar?

Barrolo retrocedió, negó ruidosamente, como quien cierra una puerta con brusquedad. ¿El? ¡No! ¡No sabía nada! ¡Sólo la elección! En la Murtosa tendría una votación tremenda...

—¡Ah! Creí—murmuró Gonzalo—. ¿Y Gracita?

—¡Gracita tampoco!

—¿Tampoco qué, hombre? ¿Cómo está? Simplemente ¿cómo está?

—¡Ah! Está con las Louzadas. Hace más de media hora. ¡Esas tías borrachas!... Es, naturalmente, con motivo de esa tómbola del asilo nuevo... Esta lata de las tómbolas... ¡Y oye, Gonzalito! ¿Te quedas hasta el domingo?

—No; vuelvo mañana a la torre.

—¡Oh!...

—¡Es el día de la elección, hombre! Debo de estar en casa, en mi centro, en medio de mis feligresías...

—Es lástima—murmuró Barrolo—. Luego se sabría juntamente con la elección... Yo iba a dar una comida tremenda...

—¿Luego se sabría el qué?

Barrolo enmudeció, con otra risa en las mejillas, que eran dos brasas gloriosas. Después tartamudeó otra vez, bamboleándose:

—Luego se sabría... ¡Nada! El resultado, el escrutinio. Gran banquete, muchos cohetes. Yo, en la Murtosa, abro un barril de vino.

Entonces, Gonzalo, risueñamente, agarró a Barrolo por los hombros:

—Dímelo ya, Barrolito. Dímelo. Tú tienes una cosa buena que contar a tu cuñado.

El otro se esquivó, protestando a gritos. ¡Qué terquedad, qué tontería!

Él no sabía nada. ¡Andrés no le había contado nada!

—Bueno—dijo por último el hidalgo, con la certeza de un misterio grato, que le concernía—. Entonces, bajemos. Y si esas garrapatas de las Louzadas siguen ahí agarradas, manda decir por el criado a la sala, muy alto, a Gracita, que he llegado y que quiero hablarla inmediatamente en mi cuarto; con esos monstruos no hay consideraciones.

Barrolo balbució, vacilante:

—El señor obispo las aprecia... Ha estado muy amable conmigo, hace poco, el señor obispo.

Pero una vez en la escalera, oyeron el piano y a Gracita cantando. Se había librado ya de las Louzadas. Era una antigua canción patriótica de la Vendée, que en otro tiempo en la torre, ella y Gonzalo, entonaban con emoción, cuando les inflamaba el amor noble y romántico a los Borbones y a los Estuardos:

> *Monsieur de Charette a dit à ceux*
> *d'Ancenis. «Mes amis!...»*
> *Monsieur de Charette a dit...* (1).

Gonzalo descorrió despacio el repostero de la sala, concluyendo la estrofa, con el brazo levantado como una bandera:

> *Mes amis!*
> *Le roi va ramener les Fleurs de*
> *Lys!* (2).

Gracita saltó de la banqueta, con sorpresa.

—¡No te esperábamos! Creí que pasarías la elección en la torre... ¿Y por allí?

—En la torre, todo bien, gracias a Dios... Pero yo con un trabajo enorme. Acabé mi novela; y luego, las visitas a los electores.

Barrolo, que no paraba por la sala, fué hacia ellos con la misma risa sofocada:

—¿Quieres saberlo, Gracita? Este hombre está desde que ha llegado con una curiosidad desatada. Cree que tengo yo una buena noticia, una gran noticia que contarle... ¡Yo no sé nada más que la elección! ¿No es verdad, Gracita?

Ella sonrió, sonrojándose... No, no sabía nada; sólo la elección.

—¡Dímelo!

—No lo sé... Son tonterías de José.

Pero, entonces, ante aquella sonrisa débil, rendida, que confesaba, Barrolo no pudo contenerse y se desahogó como un mortero que estallase. ¡Pues bien, sí, en efecto! ¡Gran noticia! Pero Andrés, que la trajo de Lisboa, fresquita, quería él, sólo él, dar aquella sorpresa a Gonzalo...

—¡De modo que yo no puedo! Se lo he jurado a Andrés. Gracita lo sabe; se lo conté ayer... Pero tampoco puede; también lo juró. Sólo Andrés. Viene luego a tomar el té, y estallará la bomba... ¡Porque es una bomba! ¡Y gorda!

Gonzalo, consumido de curiosidad, murmuró simplemente, encogiéndose de hombros:

—¡Bueno, ya lo sé: una herencia! Tendrás dos reales de gratificación, Barrolo (1).

Pero durante la comida y después en la sala, tomando el café, mientras Gracita volvía a entonar las viejas canciones patrióticas, ahora las Ja-

(1) «El señor de Charette ha dicho a los de Ancenis: «Amigos míos!...»

(2) «Amigos míos! ¡El rey va a traer de nuevo las Flores de Lis!»

(1) Traduzco aquí por «gratificación» (por considerar este vocablo español más exacto y usual en este caso) el término portugués «alviçaras», que se da en aquella nación a los regalos (albricias) generalmente en metálico que se entregan al que trae una buena noticia o al que entrega a su dueño una cosa perdida.

cobitas, en alabanza a los Estuardos, Gonzalo ansió que Cavalleiro apareciese. No temía que se mezclase con aquel encuentro amargura, despecho sofocado. Todo su furor contra Cavalleiro, encendido en la dolorosa tarde del Mirador, resucitado en la torre durante días torturadores, se disipó luego lentamente después de la emocionante conversación con su hermana, aquella mañana histórica de la pelea en la Graiña. Gracita, entonces, con gruesas lágrimas de pureza y de verdad, había jurado tener circunspección, retraimiento. Andrés, al abandonar Oliveira, mostró también una resistencia encomiable contra el sentimiento o la vanidad que le descarriaba. Además, él no podía romper nuevamente con Cavalleiro, yendo otra vez en los chismes y espantos de Oliveira aquella reconciliación ruidosa que llevó a Cavalleiro a la intimidad de los Cunhaes. Y, por último, ¿de qué servían furores o aflicciones? Ningún rugido o gemido suyos anularían el daño consumado. Y así, toda la cólera contra Andrés se disipó en su alma ligera y dulce, donde los sentimientos, sobre todo los más oscuros, los más sombríos, se disipaban siempre con facilidad como nubes en cielo de verano...

Pero cuando, cerca de las nueve, entró Cavalleiro en la sala, pausado y magnífico, con el bigote recortado, pero más retorcido; una corbata roja ahuecándose chillonamente sobre el ancho pecho enarcado, Gonzalo sintió una renovada aversión hacia toda aquella petulancia, llena de falsía, y sólo pudo palmear blandamente, sosamente, en los costados del viejo amigo, que le estrechaba en un abrazo de aparatoso cariño. Y mientras Andrés, retorciendo los guantes claros, lánguidamente sepultado en la poltrona que Barrolo le acercó con afecto, contaba cosas de Lisboa y de Cascaes tan alegre, de las partidas de *bridge*, del desfile y del rey, Gonzalo revivía la tarde del Mirador, su pobre corazón latiendo contra la persiana mal cerrada, la súplica brutal murmurada a través de aquellos bigotes atrevidos, y enmudeció, como endurecido, mordiendo nerviosamente entre los dientes el puro apagado. Pero Gracita conservaba una serenidad atenta, sin ninguno de sus llameantes rubores, de sus desdichados éxtasis de gestos y modales, sólo levemente seca, de una sequedad preparada y prevenida. Luego, Andrés aludió muy naturalmente a su regreso a Lisboa, después de la elección, «porque su tío Reyes Gómez, José Ernesto y aquellos crueles amigos estaban echando sobre sus espaldas todo el trabajo de la nueva reforma administrativa».

Entre él y Gracita, separados por una corta alfombra, parecía abrirse una honda legua de foso, donde cayera y se hundiese toda aquella novela veraniega, sin que en las caras de ambos quedase un ardiente vestigio de su pasión. Y Gonzalo, insensiblemente contento ante aquella apariencia, acabó por abandonar la silla donde se sentía endurecido, encendió el veguero en la vela del piano y preguntó por los amigos de Lisboa. Todos—según Cavalleiro—esperaban ansiosos la llegada de Gonzalo.

—Allí me encontré también a Castañeiro... Entusiasmado con tu novela. Parece que ni en Herculano, ni en Rebello, existe nada tan pujante, como reconstrucción histórica. Castañeiro prefiere incluso tu realismo épico al de Flaubert, en su *Salambó*. ¡En fin, está entusiasmado! Y nosotros, claro es, deseando que aparezca esa sublime obra.

El hidalgo se sonrojó intensamente, murmurando: «¡Qué tontería!»

Después, acercándose al sillón en que estaba sepultado Andrés, acarició suavemente el ancho hombro de éste:

—¡Pues has hecho aquí mucha falta, chico! Hace días pasé por Corinde, sentí nostalgias...

Entonces, Barrolo, que no sosegaba, rojo hasta el estallido, agitándose por la sala, espiando unas veces a Cavalleiro y otras a Gonzalo, con una risa muda y ansiosa, no pudo contenerse más y gritó:

—Bueno, basta de prólogos. ¡Vamos a la gran sorpresa, Andrés! He estado toda la tarde para reventar... ¡Pero, en fin, lo juré y he callado! Ahora no puedo más... Vamos allá. Y tú, Gonzalito, vete preparando tus dos reales.

Gonzalo, con la curiosidad reanimada de nuevo, sonreía solamente, con naturalidad.

—¡En efecto! Parece que tienes una bonita noticia.

Cavalleiro extendió lentamente los brazos, siempre sepultado en la amplia poltrona; sin prisa:

—¡Oh! Es lo casa más sencilla, más natural... Gracia ya lo sabe, ¿verdad?... No hay motivo para sorprenderse... ¡Es tan legítimo, tan natural!

Gonzalo exclamó, ya impaciente:

—Pero, en fin, venga ya, dime.

Cavalleiro insistió, indolente. Lo único raro era que sólo hasta ahora se hubiera pensado en llevar a cabo una cosa tan debida, tan adecuada. ¿No le parecía a Gracia?

Gonzalo, en brasas, chilló:

—Pero ¿qué? ¿Qué diablo es?

Cavalleiro abandonó calmosamente el sillón, se tiró de los puños, y ante Gonzalo, en el silencio atento, sacando el pecho, con gravedad casi oficial, empezó:

—Mi tío Reyes Gómez y José Ernesto tuvieron una iniciativa muy natural, que comunicaron al rey, y que el rey aprobó... Que aprobó hasta el punto de apropiársela, de apoderarse de ella, de desear que fuese sólo suya. Y hoy es sólo del rey. El rey, pues, pensó como pensamos nosotros, que uno de los primeros nobles de Portugal, seguramente el primero, debía tener un título que consagrase bien la ilustre antigüedad de la casa y consagrase también el mérito superior de quien la representa hoy... Por eso, mi querido Gonzalo, puedo ya anunciarte, y casi en nombre del rey, que vas a ser marqués de Treixedo.

—¡Bravo! ¡Bravo!—rugió Barrolo, con aplausos delirantes—. ¡Vengan acá los dos reales, señor marqués de Treixedo!

Una oleada de sangre cubrió el fino rostro de Gonzalo. En un destello comprendió que el título era un don de Cavalleiro, no al jefe de la casa de Ramírez, sino al hermano complaciente de Gracita Ramírez... Y percibió sobre todo la incoherencia de que al jefe de una casa diez veces secular, madre de dinastías, sustentadora del reino, con más de treinta de sus varones muertos con la armadura, se le arrojase ahora un título hueco, a través de la *Gaceta del Gobierno*, como a un tendero enriquecido que costeó elecciones. Saludó, sin embargo, a Cavalleiro, que esperaba la efusión, los abrazos. ¡Oh! ¡Marqués de Treixedo! Ciertamente, muy elegante, muy amable... Después, frotándose las manos, con una sonrisa de gracioso espanto:

—Pero, mi querido Andrés, ¿con qué autoridad me hace el rey marqués de Treixedo?

Cavalleiro alzó la cabeza con ofendida sorpresa:

—¿Con qué autoridad? ¡Sencillamente, con la autoridad que tiene sobre todos nosotros como rey de Portugal que es aún, por la gracia de Dios!

Y Gonzalo, con mucha naturalidad, sin orgullo ni pompa, con la misma sonrisa de suave jovialidad:

—¡Perdón, Andresillo! ¡No había aún reyes de Portugal, ni Portugal siquiera, y ya mis abuelos Ramírez tenían solar en Treixedo! Apruebo las grandes dádivas entre grandes hidalgos; pero les corresponde empezar a los más antiguos El rey tiene, creo, una quinta junto a Beja, el Roncao. Pues dile al rey que yo tengo un placer inmenso en hacerle a él marqués del Roncao.

Barrolo se atragantaba sin comprender, con los carrillos laxos y mustios. Desde el borde del canapé, Gracita, toda sonrojada, resplandecía de gusto ante aquel hermoso orgullo que tan bien coincidía con el suyo, que fundía más aún su alma con la de su hermano querido. Y Andrés Cavalleiro, furioso, pero inclinando los hombros con irónica sumisión, murmuró únicamente:

—¡Bien, perfectamente!... Cada uno lo entiende a su manera...

El criado entraba con la bandeja del té.

*

Y el domingo se celebró la elección.

Sintiendo todavía una desconfianza, una reserva supersticiosa, el hidalgo quiso pasar aquel día muy solo, casi escondido, y el sábado, mientras todos los amigos de Villa-Clara y hasta los de Oliveira, le creían alojado en los Cunhaes y en comunicación afanosa con el Gobierno civil, montó a caballo al oscurecer y trotó cautelosamente hacia Santa Irene.

Pero Barrolo—conmovido aún con «aquella salida de Gonzalo que era una ofensa para Cavalleiro ¡y hasta para el rey!»—tenía la misión de telegrafiar a la torre las sucesivas noticias del escrutinio, a medida que llegasen al Gobierno civil. Y con ruidoso celo, inmediatamente después de la misa, organizó entre los Cunhaes y el viejo convento de Santo Domingo un servicio de criados, moviéndose sin cesar. Gracita, en el comedor, ayudada por el padre Soeiro, copiaba amorosamente con una letra muy redonda, los telegramas enviados por Cavalleiro, quien añadía a lápiz alguna nota amable: «¡Todo magníficamente!» «Aumenta el triunfo.» «Enhorabuena a todos ustedes.»

Por la carretera de Villa-Clara, el mozo de Telégrafos jadeaba sin parar sobre su pierna de palo Benito irrumpía en la biblioteca, gritando: «¡Otro telegrama, señor doctor!» Gonzalo, nervioso, con una enorme tetera sobre la mesa, y la bandeja llena ya de cigarros a medio fumar, leía el telegrama a Benito. Y Benito, con vivas por el corredor, corría a chillar el tegrama a Rosa.

Y así, cuando cerca de las ocho el hidalgo consintió en comer, ya conocía su espléndido triunfo. Y lo que le impresionaba, releyendo los telegramas, era el entusiasmo cariñoso de aquellos influyentes, pueblos que apenas conocía, y que convertían el acto de la elección en un acto casi amoroso. Toda la feligresía de los Bravaes se había trasladado a la iglesia formada como una hueste, con José Casco al frente, alzando una enorme bandera, entre dos tambores que atronaban. El vizconde de Río Manso entró en el atrio de la iglesia de Ramilde en su *victoria*, con la nieta, toda vestida de blanco, seguido de una vistosa fila de charabanes, en los que se apiñaban electores bajo toldos de ramaje. En la Finta, todos los caseríos se vaciaban, las mujeres, cargadas de oro; los mozos, con una flor en la oreja, haciendo la

elección del hidalgo entre el rasgueo de las guitarras, como la romería de un santo. Y delante de la taberna del *Pollito*, frente a la iglesia, la gente de la Velleda, de la Riosa, del Cercal, había levantado un arco de boj, con un letrero en rojo, sobre la tela, que decía: «¡Viva nuestro Ramírez, la flor de los hombres!»

Después, mientras comía, un mozo de la quinta volvió de Villa-Clara alborozado, contando el delirio, las bandas de música por las calles, el Casino todo colgado y con banderas, y en la Casa Consistorial, encima de la puerta, un transparente con el retrato de Gonzalo, al que la multitud aclamaba.

Gonzalo tomó de prisa el café. Por timidez, temiendo los vivas, no se atrevía a correr a Villa-Clara a observar lo que pasaba. Pero encendió el puro y salió a la terraza para respirar la suave noche de fiesta, que estaba todavía tan llena de luces y de ruidos en su honor. Y al abrir la puerta acristalada retrocedió casi asustado. ¡La torre estaba iluminada! De sus hondas ventanas, a través de las negras rejas de hierro, salía una claridad; y muy alta, sobre las vetustas almenas, ¡refulgía una serena corona de luces! Era una sorpresa preparada con delicioso misterio por Benito y Rosa, por los mozos de la quinta, que ahora, todos en la oscuridad, debajo del balcón, contemplaban su obra, que iluminaba el cielo sereno. Gonzalo percibió los pasos sofocados, el carraspeo de Rosa. Gritó alegremente, inclinado sobre la barandilla:

—¡Eh, Benito! ¡Eh, Rosa!... ¿Está ahí alguien?

Estalló una risita. La chaqueta blanca de Benito surgió de la sombra.

—¿Quería alguna cosa el señor doctor?

—¡No, hombre! Quería daros las gracias... Han sido ustedes, ¿no? ¡Muy bonita la iluminación! ¡Pero que muy bonita! ¡Gracias, Benito! ¡Gracias, Rosa! ¡Gracias, muchachos! De lejos debe de hacer un efecto soberbio.

Pero Benito no se contentaba sólo con aquellas luminarias débiles. La torre necesitaba para resaltar fuertes luces de gas. El señor doctor no se imaginaba la altura, y una vez arriba, la inmensidad de la terraza.

Entonces, de repente, Gonzalo sintió el deseo de subir a aquella inmensa terraza de la torre. No había entrado allí desde estudiante, y siempre le desagradó por dentro, tan oscura, de tan duro granito, con su desnudez, silencio y frialdad sepulcrales, y luego, en el suelo de tierra, las negras puertas de trampas, chapeadas de hierro, que conducían a las mazmorras. Pero ahora, las luces en las ventanas calentaban, hacían revivir aquella última ruina, la Honra de Ordoño Méndez. Y de entre sus almenas, a más altura que desde el bancón, parecíale interesante respirar aquella ruidosa simpatía esparcida, que en torno, por las feligresías, rodaba, subiendo hacia él, a través de la noche, como un incienso. Se puso el gabán y bajó a la cocina. Benito, Joaquín, el hortelano, divertidos, cogieron unas grandes linternas. Y con ellos cruzó el jardín, entró por la poterna cegada, de hondo marco, y empezó a subir por la estrecha escalera de piedra, que tantos pies calzados de hierro habían alisado y pulido.

Ya desde siglos atrás habíase perdido el recuerdo del lugar que ocupaba aquella torre en las complicadas fortificaciones de la Honra y Señorío de Santa Irene. No era, en verdad—según el padre Soeiro—, la noble torre albarrana, ni la de la Alcaçova, donde se guardaba el tesoro, los documentos, los sacos tan preciados de las especies de Oriente, y tal vez, oscura e innominada, sólo defendía algún ángulo de muralla, por los lados en que el castillo se enfrentaba con las tierras sembradas y los olmedos del río. Pero superviviente a otras más altivas, comprendida entre las construcciones del hermoso palacio que se alzó sobre el sombrío castillo alfonsino, y que dominaba Santa Irene durante la dinastía de Aviz, unida aún por claras arquerías desde una terraza al palacio de gusto italiano, en que Vicente Ramírez convirtió el palacio manuelino después de su campaña por Castilla; aislada en el jardín, pero dominando el caserón que edificaron lentamente después del incendio del palacio en tiempos del rey don José, y la última seguramente donde tintinearon armas y circularon hombres del tercio de los Ramírez, ella unía las edades y parecía mantener en sus piedras eternas la unidad del dilatado linaje. Por eso, el pueblo la llamaba vagamente la torre de don Ramírez. Y Gonzalo, todavía bajo la impresión de sus abuelos y de los tiempos que había resucitado en su novela, admiró con un nuevo respeto su vastedad, su pujanza, sus empinados escalones, sus muros tan espesos, en los que las ventanas estrechas se alargaban como corredores, escasamente iluminadas ahora por lamparillas de aceite, con que Benito las despertó. En cada uno de los tres sobrados se detuvo, penetrando curioso, casi con intimidad, en las salas desnudas y sonoras, de amplio enlosado, de tenebrosa bóveda, con los asientos de piedra, y un extraño agujero en medio, redondo como el de un pozo, y todavía sobre las paredes, rayadas de señales de humo, las anillas de las antorchas. Luego, arriba, en la inmensa terraza que una hilera de lamparillas, circundando las almenas, llenaba de claridad, Gonzalo, subiéndose el cuello del gabán por el viento más fresco, tuvo la dilatada sensación de dominar toda la provincia y de poseer sobre ella una supremacía paternal, sólo por la soberana altura y vejez de su torre, mayor que la provincia y que el reino. Caminó lentamente alrededor de las almenas, hasta el mirador, cuyo aspecto feudal desvirtuaba un quinqué de petróleo sobre una silla de paja, colocada ante la ventana. En el cielo sereno, pero ligeramente neblinoso, lucían escasas estrellas sin brillo. Por debajo de la quinta, toda la extensión de los campos, la espesura de las arboledas se fundían en oscuridad. Pero en la sombra y el silencio, a veces, allá, por el lado de los Bravaes, centelleaban cohetes lejanos. Una claridad amarillenta y humosa, moviéndose más lejos, lindando con la Finta, era seguramente un caserío con hogueras festivas. En la alta iglesia de la Velleda brillaba con luz trémula una iluminación vaga y como a trechos. Otras luces, confusas a través de la arboleda, surcaban el viejo arco del monasterio, en Santa María de Craquede. De la tierra oscura ascendía, a veces, un errante son de tambores. Y fuegos, antorchas, apagados redobles, provenían de diez feligresías que homenajeaban alegremente al hidalgo de la torre, rodeado de silencio y de sombra.

Bajó Benito con Joaquín para añadir las lamparillas de las ventanas de los muros, ya mortecinas entre el espesor. Y Gonzalo, solo, terminando el veguero, volvió a empezar la ronda lentamente, alrededor de las almenas, perdido en un pensamiento que ya le había agitado extrañamente durante aquel sobresaltado domin-

go... ¡Era, pues, popular! Por todas aquellas aldeas, extendidas a la larga sombra de la torre, el hidalgo de la torre ¡era, pues, popular! Y aquella certeza no le henchía de gozo ni de orgullo; más bien le henchía ahora, en aquella serenidad de la noche, de confusión, de arrepentimiento. ¡Ah! ¡Si adivinase, si él adivinase!... Cómo andaría, con la cabeza bien erguida, con los brazos bien extendidos, solo, con una risueña confianza hacia todas aquellas simpatías que le esperaban, tan seguras y afables. ¡Pero no! Siempre se había creído rodeado de la indiferencia de aquellas aldeas, donde él, a pesar del antiquísimo nombre, era el joven corriente que vuelve de Coimbra y vive silenciosamente de sus rentas, paseando en su yegua. A aquellas indiferencias tan naturales él no imaginó nunca que les arrancaría el puñado de votos, el puñado de papelitos que necesitaba para entrar en la política, donde conquistaría, con la habilidad que los viejos Ramírez heredaban, fortuna y poder. Por eso se agarraba tan ávidamente a la mano de Cavalleiro, a la mano del señor gobernador civil, para que su excelencia, el buen amigo, le mostrase, le impusiera como el hombre necesario, el predilecto del Gobierno, el mejor entre los buenos, a quien las feligresías debían ofrecer en un domingo el puñado de votos.

Y en la impaciencia de aquel favor sofocó el recuerdo de amargos agravios; ante Oliveira asombrada abrazó al hombre detestado desde hacía años, al que andaba él poniendo en solfa y demoliendo en plazas y diarios; facilitó la resurrección de sentimientos que habrían debido yacer enterrados para siempre, y envolvió al ser que más quería, a su pobre y débil hermanita, en confusión y miseria moral... Torpezas y daños, y ¿para qué? Para atrapar un puñado de votos que diez feligresías le traerían corriendo, gratuita y efusivamente, entre vivas y cohetes, si él les hiciera una seña y se los pidiese...

¡Ah! Allí estaba... Fué la desconfianza, aquella timorata desconfianza de sí mismo, que desde el colegio, a lo largo de los años, había estragado su vida. Era la misma desdichada desconfianza que todavía unas semanas antes, ante una sombra, un pelo levantado, una risotada en una taberna, le obligaban a huir, temblando y maldiciendo de su flaqueza. Por fin, un día, en el recodo de una carretera, avanzó, alzó la fusta ¡y descubrió su fuerza! Y ahora entraba entre el pueblo, agarrado tímidamente a la mano poderosa, por creerse impopular, y descubría su inmensa popularidad. ¡Qué vida equivocada, que tanto le había mancillado por no saber!

Benito no aparecía, atareado aún en iluminar dignamente las rejas de la torre. Gonzalo arrojó la colilla, y con las manos en los bolsillos del gabán, se detuvo junto al mirador y miró vagamente las estrellas. La neblina se había disipado casi y unas luces más vivas palpitaban en el cielo profundo. De aquellas luces descendía esa sensación de infinitud, de eternidad que penetra, como una sorpresa, en las almas no acostumbradas a su contemplación. Por el alma de Gonzalo pasó muy fugazmente el espanto de aquellas eternas inmensidades bajo las cuales se agita, tan vanidosa en su agitación, la rastrera, la sombría polvareda humana. Lejos, algún último cohete rebrillaba aún, apagándose en seguida en la serena oscuridad. Las lucecitas sobre la capilla de Velleda, sobre el arco de Santa María de Craquede, morían, ya escasas. Todo el remoto rumor de serenatas se extinguía en la honda mudez de los campos adormecidos.

El día del triunfo acababa, breve como las luminarias y los cohetes. Y Gonzalo, parado junto al mirador, consideraba ahora el valor de aquel triunfo que tanto ansió, por el que tanto adujó. ¡Diputado! Diputado por Villa-Clara, como Sánchez Lucena. Y ante aquel resultado, tan pequeño, tan trivial, todo su esfuerzo, tan desesperado, tan falto de escrúpulos, le parecía menos inmoral que risible. ¡Diputado! ¿Para qué? Para almorzar en el Braganza, correr en coche al Congreso, y dentro del sucio y antiguo convento, garrapatear sobre la carpeta del Estado alguna carta a su sastre, bostezar ante la futileza ambiente de los hombres y de las ideas, y acompañar distraído, en silencio o balando, el rebaño del jefe, de San Fulgencio, por haber desertado del rebaño idéntico de Braz Victorino. Sí, tal vez un día, con rastreras intrigas y servilismos a un jefe o a la señora del jefe, y promesas y risas por las redacciones, y algún discurso berreado ardorosamente, lograse ser ministro. ¿Y entonces? Sería de nuevo el coche por la calzada del Congreso, con un correo de gabinete detrás en su jamelgo blanco, con uniforme mal cortado, en las tardes de firma, y las aduladoras sonrisas de los escribientes por los oscuros corredores del Ministerio, y el lodo cayendo sobre él de cada periódico de la oposición... ¡Ah! ¡Qué defraudadora y poco interesante vida en comparación con otras plenas y magníficas vidas, que tan soberbiamente palpitaban bajo la trémula luz de aquellas mismas estrellas! Mientras él se encogía en su gabán, diputado por Villa-Clara, y en el triunfo de aquella miseria, había pensadores que completaban la explicación del Universo, artistas que realizaban obras de belleza eterna, reformadores que perfeccionaban la armonía social, santos que mejoraban santamente las almas, fisiólogos que disminuían el viejo sufrimiento humano, inventores que acrecentaban la riqueza de las razas, aventureros magníficos que arrancaban a unos mundos de su esterilidad y mudez... ¡Ah! ¡Aquellos eran los verdaderos hombres, los que vivían deliciosas plenitudes de vida, modelando con sus manos incansables formas siempre más bellas o más justas de humanidad! ¡Quién fuera como ellos, que son los sobrehumanos! Y ¿tal acción suprema requería el genio, el don que como la antigua llama, desciende de Dios sobre el elegido? ¡No! Solamente el claro entendimiento de las realidades humanas y luego una poderosa voluntad.

Y el hidalgo de la torre, inmóvil en la terraza de la torre, entre el cielo estrellado y la tierra toda oscura, barajó largamente pensamientos de vida superior, hasta que, arrebatado y como si la energía de la larga raza que pasara por la torre refluyese a su corazón, imaginó la suya propia encaminada al fin hacia una acción vasta y fecunda, en que gozase soberbiamente el goce de la verdadera vida, y crease en torno a él vida y añadiese un nuevo lustre a su nombre, y le dorasen riquezas puras y su patria entera le alabase, porque él, íntegro y con un esfuerzo pleno, sirviera a su tierra...

Benito surgió por la puertecita baja de la terraza, con la linterna.

—¿Va a quedarse todavía el señor doctor?

—No. Terminó la fiesta, Benito.

*

A comienzos de diciembre, en el primer número de los *Anales*, apareció *La torre de don Ramírez*. Y todos los periódicos, incluso los de la oposición, ensalzaron «aquel estudio magistral—como afirmó *La Tarde*—, que, revelando a un erudito y a un artista, continuaba, con un arte más moderno y colorido, la obra de Herculano y de Rebello, la reconstitución moral y social del viejo Portugal heroico». Después de las fiestas de Nochebuena, que pasó él alegremente en los Cunhaes, ayudando a Gracita a cocinar empanadas de bacalao, según una receta sublime del padre José Vicente, de la Finta, los amigos de Oliveira, los jóvenes del club y de la Arcada ofrecieron al diputado por Villa-Clara, en el salón del Ayuntamiento, adornado con bojes y banderas, un banquete, al que asistió Cavalleiro con su gran cruz, y en el que el barón de Marges—que presidía—saludó «al prestigioso joven, que tal vez en breve, en los escaños del Poder, sacase del marasmo a este brioso país, ¡con la pujanza y la valentía que son peculiares de su raza nobilísima!»

A mediados de enero, en una desapacible noche de lluvia, Gonzalo marchó a Lisboa, figuró constantemente en los *Carnet-Mondain* y en la *Hihg Life* de los diarios, en las noticias del *raouts* (1), del tiro de pichón, de cacerías regias, tan seguido en los movimientos más sencillos de su elegancia, que el matrimonio Barrolo se suscribió al *Diario Ilustrado* para saber cuándo paseaba él por la Avenida. En Villa-Clara, en el Casino, Juan Gouveia se encogía de hombros murmurando: «¡Va a quedarse en elegante!» Pero a fines de abril, una noticia alborozó de repente a Villa-Clara, espantó en la quieta Oliveira a los jóvenes del club y de la Arcada, trastornó tan inesperadamente a Gracita, por entonces en Amarante con Barrolo, que aquella misma noche salieron precipitadamente para Lisboa, y en la torre hizo desplomarse a Rosa sobre un banco de piedra de la cocina, deshecha en lágrimas, sin comprender, gimiendo:

—¡Ay, mi niño querido, mi niño querido, que no le volveré a ver más!

Gonzalo Méndez Ramírez, silenciosa y casi misteriosamente, logró la concesión de una vasta posesión de Macheque, en el Zambeze; hipotecó su quinta histórica de Treixedo y embarcó a comienzos de junio en el paquebote *Portugal*, con Benito, hacia Africa.

(1) Reunión, fiesta de alta sociedad. En francés en el texto. (Proviene de la palabra inglesa *rout*, que significa alboroto, pandilla, chusma.)

XII

Pasaron cuatro años rápidos y leves sobre la vieja torre, como el vuelo de un ave.

En una suave tarde de fines de septiembre, Gracita, que había llegado la víspera de Oliveira, acompañada por el buen padre Soeiro, descansaba en el terrado del comedor, tendida sobre el canapé de paja, todavía con un gran delantal blanco que le tapaba el vestido hasta el cuello, un viejo delantal de Benito. Todo el día, por el caserón, ayudada por Rosa y por la hija de la Críspula, se extenuó, arreglando y limpiando con tanto gusto y fervor en el trabajo, que ella misma quitó el polvo a todos los libros de la biblioteca, su tranquilo polvo de cuatro años. Barrolo también estuvo atareado dando consejos en las obras de las cuadras, que en breve compartiría la valiente yegua de la pelea en la Graiña con una yegua inglesa, de media sangre, adquirida en Londres. También el padre Soeiro se movió, en el archivo, celosamente, con un plumero. Y hasta Pereira, el de la Riosa, el buen rentero, se apresuraba desde la madrugada con dos mozos en la limpieza final de la huerta, ahora muy cuidada, ya con melonar y fresal, y dos nuevas calles, bordeadas ambas de rosales y techadas por un cañizo que la espesa parra recubría ya.

En efecto, la torre, entre la alborozada alegría de todos, engalanaba su vetustez porque el domingo, después de sus cuatro años en Africa, Gonzalo regresaba a la torre.

Y Gracita, tendida en el canapé con su viejo delantal blanco, sonreía pensativamente mirando hacia la quinta silenciosa, hacia el cielo, todo rojizo, sobre Valverde, recordando aquellos cuatro años desde la mañana en que abrazó a Gonzalo, sofocada y trémula, en el camarote del *Portugal*... ¡Cuatro años! Pasados así, sin que cambiara nada en el mundo, en su reducido mundo entre los Cunhaes y la torre, y la vida se deslizara tan sin historia como se desliza un río lento en una soledad; Gonzalo en Africa, en la incierta Africa, enviando escasas cartas, aunque alegres y con un entusiasmo de fundador de imperio; ella en los Cunhaes, y su marido, haciendo una vida tan quieta y corriente, que eran casi una agitación las comidas en que reunían a los Mendoza, a los Marges, al coronel del 7 y a otros amigos, y por la noche se organizaban dos mesas de paño verde para el tresillo y el boston.

Y en aquel manso correr de la vida se calmó mansamente, casi insensiblemente, la sombría tormenta de su corazón. Ni ella misma comprendía ahora cómo un sentimiento, que a través de sus ansiedades ella justificaba, casi santificaba con el *saber* único y el *desear* eterno, se hundía así, sin que se notase, sin desgarramientos, dejándole sólo un leve arrepentimiento, alguna difusa nostalgia, extrañeza y confusión también, restos de lo que tanto ardió, formando una fina ceniza... La sucesión de las cosas rodó como el viento en bocanadas sobre un campo, y ella rodó, impulsada con la inercia de una hoja seca.

Luego, después de la última Nochebuena pasada con Gonzalo, Andrés, que los acompañó aún a la misa del gallo y cenó en los Cunhaes, volvió a Lisboa, para aquella «reforma», de la que se quejaba... En el silencio que entre ambos se creó corría ya una frialdad de abandono... Y cuando Andrés volvió a Oliveira, a su Gobierno civil, partía ella hacia Amarante, donde la santa madre de Barrolo enfermó, con una lenta dolencia de anemia y de vejez, que en mayo la llevó al cielo.

En junio fué el emocionado embarque de Gonzalo para Africa, y en la cubierta del paquebote, entre el barullo y los equipajes, hubo un encuentro con Andrés, que había llegado de Oliveira días antes, y que contó muy graciosamente la boda de Mariquita Marges. Todo aquel verano, como Barrolo decidió hacer unas obras considerables en el viejo palacete de la plaza del Rey, lo pasaron en la quinta de la Murtosa, que ella escogió a causa de su hermoso boscaje, de los altos muros conventuales. A aquella soledad atribuyó en seguida Barrolo su melancolía, su delgadez, aquel fatigado meditar a que se entregaba por los bancos musgosos, con una novela olvidada en el regazo. Para que ella se distrajera, se fortaleciese con baños de mar, alquiló en septiembre, en la costa, el vistoso chalet del comendador Barros. Ella no tomó baños, ni apareció por la

playa a la fresca hora de las casetas, entre las señoras, sentadas en sillitas bajas; y sólo por la tarde paseó por el largo arenal, junto a las olas, acompañada de dos enormes galgos, que le regaló Manuel Duarte. Una mañana, en el almuerzo, al abrir *Las Novedades,* Barrolo dió un salto con un grito, un terror. Era la caída inesperada del Ministerio de San Fulgencio: Andrés Cavalleiro presentó en seguida su dimisión por telégrafo. Y también supieron en la costa, por *Las Novedades,* que su excelencia partía para un «largo y pintoresco viaje», el viaje a Constantinopla, al Asia Menor, que él anunció en aquella comida en los Cunhaes. Abrió ella un atlas: con un dedo lento fué desde Oliveira hasta Siria, sobre fronteras y montes; ya Andrés se le aparecía desvanecido en aquellos horizontes más luminosos; cerró el atlas, pensando simplemente: «¡Cómo cambia la gente!»

En noviembre volvieron a Oliveira, en un sábado de lluvia; y ella sintió en el coche toda la melancolía y la frialdad del cielo penetrar en su corazón. Pero el domingo despertó con un lindo sol en los cristales. Estrenó, para la misa de once en la catedral, un sombrero nuevo; después, camino de casa de la tía Arminda, levantó los ojos hacia el caserón del Gobierno civil; allí residía ahora otro gobernador civil, el señor don Santos Maldonado, un joven rubio que tocaba el piano.

En la otra primavera, a Barrolo, esclavizado ahora por la pasión de las obras, se le ocurrió tirar el Mirador para construir otro invernadero más amplio, con un surtidor entre palmeras, que formaría «un jardín de invierno muy elegante».

Los obreros empezaron por desocupar el Mirador del viejo moblaje que le guarnecía desde tiempos del tío Melchor; el enorme diván yació dos días en el jardín, arrimado a una cerca de bojes, y Barrolo, impaciente con aquel desusado trasto de muelles rotos, no lo consintió siquiera en el depósito del sótano, y mandó que lo quemasen, con otras sillas rotas, en una hoguera festiva la noche del cumpleaños de Gracita. Y ella estuvo alrededor de la hoguera. La tela satinada llameó, y luego la pesada caoba ardió lentamente con un leve humo hasta que no quedó más que una brasa, y la brasa se ennegreció en ceniza.

Después, aquella misma semana, las Louzadas, más aguileñas y oscuras, invadieron una tarde los Cunhaes, y apenas atiesadas en el sofá, le contaron, con una risa feroz en los ojillos penetrantes, el gran escándalo: ¡Cavalleiro, en Lisboa! ¡Y, sin recato, con la mujer del conde de San Román, un hacendado de Cabo Verde!

Aquella noche escribió ella a Gonzalo una carta muy larga, que empezaba: «Por aquí estamos todos bien y en la acostumbrada rutina...» Y, en efecto, la vida volvió a empezar, con su rutina, simple, continua y sin historia, como corre un río claro en la soledad.

En la puerta acristalada de la terraza esperaba el hijo de la Críspula, que se había quedado para siempre en la torre como recadero, aunque creció tanto en su antigua chaquetilla de botones dorados, que usaba ahora chaquetas viejas del señor doctor, y le apuntaba ya el bozo:

—Es que están abajo don Antonio Villalobos con el señor Gouveia y otro señor, Videiriña, y preguntan si pueden hablar a la señora...

—¡El señor Villalobos! ¡Sí! ¡Que suban, que pasen aquí, a la terraza!

Al cruzar la sala, donde dos estereros de Oliveira clavaban una estera nueva, ya retumbaba el vozarrón

de *Titó,* al notar los «preparativos de fiesta...» Y cuando entró en la terraza, su cara, más barbuda, más tostada, resplandecía con el gozo de encontrar por fin a la torre despertando de aquella modorra, en que todo, dentro, parecía tristemente apagado, hasta el brillo de las cacerolas:

—Te pido perdón por este asalto, prima Gracia. Pero pasábamos de vuelta de un paseo por los Bravaes y supimos que la prima había llegado con el gran Barrolo...

—¡Oh, tengo un inmenso gusto, primo Antonio! Soy yo la que pido me disculpen por esta facha, así, despeinada, con este delantalón... Pero he pasado todo el día de arreglos, preparando la casa... Y usted, Gouveia, ¿cómo lo ha pasado? No le veo desde Pascua.

El alcalde, que no había cambiado en aquellos cuatro años, moreno, seco, como tallado en madera, siempre estirado en la levita negra, solamente con el bigote más amarillento por el cigarro, dió las gracias a doña Gracia... Lo había pasado menos mal desde Pascua. A no ser por la condenada garganta...

—Y, entonces, ¿cuándo llega nuestro gran hombre? ¿Cuándo llega?

—El domingo. Estamos todos muy contentos... ¿Qué, no se sienta, señor Videira? Mire, empuje esa silla de mimbre. No está arreglada todavía la terraza.

A Videiriña, inmediatamente después de la elección, le dió Gonzalo el puesto prometido, fácil y descansado, para que no olvidase la guitarra. Era escribiente en el Ayuntamiento de Villa-Clara. Pero convivía aún en la intimidad de su jefe, que le utilizaba para toda clase de servicios, incluso de enfermero, y le mandaba siempre con una autoridad seca, hasta cuando cenaban juntos en Gago.

Tímidamente arrastró la silla de mimbre, que colocó, respetuoso, detrás de la de su jefe. Y después de quitarse los guantes negros, que ahora llevaba siempre para realzar su posición, recordó que el tren llegaba al apeadero de Craquede a las diez y cuarenta, si no traía retraso. Pero tal vez el señor doctor se apease en Corinde, a causa del equipaje...

—Lo dudo—murmuró Gracita—. En todo caso, José está con deseos de salir de madrugada para recibirle en la bifurcación, en Lamello.

—¡Nosotros, no!—dijo *Titó,* que se había sentado familiarmente en el borde de la terraza—. Nuestro grupo irá simplemente a Craquede. Es ya tierra de familia y un sitio más tranquilo para los vivas... Pero, entonces, ¿ese hombre no se ha detenido en Lisboa, prima?

—Está allí desde el domingo, primo Antonio. Llegó el domingo de París, en el sudexpreso. Y tuvo un recibimiento brillante... ¡Oh, muy brillante! Ayer recibí una carta de María Mendoza, una larga carta, en que cuenta...

—¿Cómo? ¿La prima María Mendoza está en Lisboa?

—Sí, desde fines de agosto, como huéspeda de doña Ana Lucena...

Juan Gouveia empujó vivamente la silla, con una curiosidad que ciertamente le acució:

—¡Es verdad, doña Gracia! Entonces, ¿parece ser que doña Ana Lucena compró una casa en Lisboa y anda arreglando el moblaje? ¿No lo ha oído usted, doña Gracia?

No, Gracita no lo sabía. Pero era natural ahora, que residía tanto en Lisboa, que aprovechaba muy poco la Feitosa, tan bonita quinta...

—¡Entonces, se casa!—exclamó Gouveia, con enorme convicción—. Si

anda en esos arreglos de muebles, entonces, se casa. Es natural; quiere tener una posición. Además, lleva ya cuatro años de viudez, y...

Gracita sonrió. Pero *Titó*, que se rascaba lentamente la barbilla, volvió a la carta de la prima María Mendoza, contando la llegada.

—Sí—replicó Gracita—, me lo cuenta; estuvo en la estación del Rocío. ¡Parece que Gonzalo viene magnífico, más fuerte!... Mira, primo Antonio, lee la carta. ¡Léela alto! No tiene secretos. Es toda sobre Gonzalo...

Sacó del bolsillo un abultado sobre, con un sello de armas en el lacre. Pero la prima María escribía siempre de prisa, con una letra confusa, cruzando los renglones. Tal vez el primo Antonio no la entendiese... Y, en efecto, ante las cuatro hojas de papel, erizadas de graciosas líneas negras, que parecían un seto espinoso, *Titó* retrocedió, aterrado. Pero Juan Gouveia se ofreció inmediatamente, con su pericia para descifrar oficios de alcaldes... ¡No habiendo secretos!

—No, no hay secretos—corroboró Gracita, riendo—. Es únicamente sobre Gonzalo, como en un periódico.

El alcalde hojeó la extensa carta y se pasó los dedos por el bigote, con cierta solemnidad.

«Mi querida Gracia: La modista del Silva dice que el vestido...»

—¡No!—interrumpió Gracita—. Está en la otra carilla, arriba. Vuelva la hoja.

Pero el alcalde bromeó, ruidosamente. ¡Oh! Claro estaba, una carta de señora, trapos en seguida... Y eso que doña Gracia aseguraba que era toda sobre Gonzalo. Ya verían cómo, a la mitad, volvían a hablar de vestidos... ¡Ah! ¡Estas señoras con los trapos!... Y después, reanudó la lectura en la otra hoja, con lentitud y seriedad:

«... Estarás ahora ansiosa por saber de la gran llegada del primo Gonzalo. Fué realmente brillante, y parecía el recibimiento a una persona de la familia real. Estábamos allí más de treinta amigos. Naturalmente, compareció todo el grupo de nuestra parentela; si llega a estallar de repente esa mañana una revolución, los republicanos hubieran atrapado, allí reunida, en la estación del Rocío, a toda la flor y nata de la nobleza portuguesa, de la vieja, de la buena. De señoras, estaban la prima Chellas, la tía Louredo, las dos Esposendes—con el tío, que, a pesar de su reuma y de la vendimia, vino expresamente de la quinta de Torres—y yo. Hombres, todos. Y como estaban el conde de Arega, que es secretario del rey, y el primo Olhalvo, que es su mayordomo mayor, y el ministro de Marina y el de Obras Públicas, los dos condiscípulos e íntimos de Gonzalo, la gente en la estación debía imaginarse que llegaba el rey. El sudexpreso trajo cuarenta minutos de retraso. De modo que parecía aquello un salón, con todo ese grupo de alta sociedad, muy alegre, y el primo Arega, siempre tan amable y gracioso, y haciendo ya invitaciones para una comida—que ha dado después—al primo Gonzalo. Asistí a esa comida con mi vestido verde, nuevo, que me quedó bien...»

Gouveia gritó, triunfante:

—¿Eh? ¿Qué decía yo? Ya está aquí el vestido. ¡Un vestido verde!

—¡Sigue, hombre!—vociferó *Titó*.

Y el alcalde, realmente interesado, prosiguió con entonación:

«... con mi vestido verde nuevo, excepto la falda, un poco pesadota. Creo que fuí yo la primera que divisó al primo Gonzalo, en la plataforma del sudexpreso. ¡No puedes imaginarte cómo viene!... ¡Magnífico! Hasta más guapo y, sobre todo, más hombre. El Africa no le ha tostado lo más mínimo la piel. Siempre la misma blancura. ¡Y con una elegancia, un aplomo! ¡Prueba de cómo progresa la civilización africana!, decía el primo Arega, «¡éste es el nuevo estilo de taparrabos en Macheque!...» Como podrás figurarte, hubo muchos abrazos, muchos besuqueos. La tía Louredo lloriqueó. ¡Ah, me olvidaba! Estaba también el vizconde de Río Manso con su nieta Rosita. Muy linda la chica, con un vestido de Redfern, hizo sensación. Todos me preguntaban quién era, y el conde de Arega, claro es, mostró en seguida un gran afán por serle presentado. Río Manso también lloriqueó al abrazar al primo Gonzalo. Y allá fuimos todos, en noble séquito, estación afuera, entre el asombro del pueblo. Pero hubo inmediatamente una escena. De repente, en medio de toda aquella nata de la heráldica, el primo Gonzalo se separa y cae en los brazos del hombrecillo de gorra galoneada que recogía los billetes en la puerta. ¡Siempre el mismo Gonzalo! Parece ser que le conoció al llegar a Lorenzo Marqués, donde aquel hombre trataba de establecerse como fotógrafo. Pero iba ya a olvidar lo mejor: ¡Benito! No te imaginas a Benito... ¡Magnífico! Se ha dejado crecer un poco de patillas. Es un modelo, vestido en Londres, de gran gabán de viaje de paño claro hasta los pies, guantes amarillos y una seriedad inmensa. Le agradó verme en la estación y preguntó en seguida, con ojos húmedos, por la señora doña Gracia y por Rosa. Por la noche, José y yo comimos en familia, con el primo Gonzalo, en el Braganza, para hablar de la torre y de los Cunhaes. El contó muchas cosas interesantes de Africa. Trae notas para un libro, y parece que la finca prospera. En estos pocos años ha plantado dos mil cocoteros. Tiene también mucho cacao, mucho caucho. Las gallinas, a miles. Verdad es que una gallina gorda vale en Macheque dos reales. ¡Qué envidia! Aquí, en Lisboa, cuesta tres pesetas, sólo tiene huesos, ¡porque si tiene también alguna carne en la pechuga, sube a un duro, y gracias! En la posesión ya se ha construído una gran casa, cercana al río, con veinte ventanas y pintada de azul. Y el primo Gonzalo afirma que no vende ya esa finca ni por ochenta mil duros. Para completa felicidad, hasta ha encontrado un excelente administrador. Yo dudo todavía que vuelva él a Africa. Tengo ahora una bonita idea para el porvenir del primo Gonzalo. Tal vez te rías. Y no adivinas... En efecto, esa misma noche que comimos en el Braganza tuve de pronto la inspiración. Río Manso está también en el Braganza. Cuando bajábamos a comer, hacia un gabinete, encontramos en el corredor al viejo con la pequeña. El hombre volvió a abrazar a Gonzalo con una *ternura de padre*. Y Rosita se puso tan colorada, que hasta Gonzalo, a pesar de estar excitado y distraído, lo notó y se sonrojó también ligeramente. Parece que existe ya entre ellos una antigua amistad, con motivo de un cesto de rosas, y que desde hace años el Destino los está acercando bajo cuerda. Ella es, realmente, una belleza. ¡Y tan simpática, tan bien educada!... Diferencia de edades: once años sólo; y la dote, tremenda. Se habla de quinientos mil duros. Queda únicamente la cuestión sangre, y la de ella, pobrecita... En fin, como se dice en heráldica: «El rey hace reina a la pastora.» Y los Ramírez no sólo descienden de reyes, sino que los re-

yes vienen de los Ramírez... Y ahora, pasando a asuntos menos interesantes...»

Discretamente, Juan Gouveia dobló la carta y se la entregó a Gracita, ensalzando a doña María Mendoza como una reportera preciosa. Y después, con un saludo:

—Y si sus predicciones se realizan, señora...

¡Pero no! ¡Gracita no lo creía! ¡Vamos! ¡Fantasías de María Mendoza!

—El primo Antonio ya la conoce y sabe lo casamentera que es...

—Si hasta a mí me quiso casar —exclamó con voz tronante *Titó*, bajándose del borde de la terraza—. Imagínate, prima... ¡Hasta a mí! Con la viuda de Pino, la de la pañería.

—¡Anda!

Pero Gouveia insistió, con superioridad, mostrando un verdadero sentido de vida positiva:

—Mire, doña Gracia, crea usted que eso siempre sería mejor arreglo para Gonzalo que Africa. Yo no tengo fe en esas posesiones... Ni en Africa. Le tengo horror a Africa. Sólo sirve para darnos disgustos. ¡Es buena para vender, señora! El Africa es como esas quintas en medio del monte, que la gente hereda de una tía vieja, en una tierra muy inculta, muy distante, donde no se conoce a nadie, donde no se encuentra siquiera un estanco; habitada sólo por cabreros y con calenturas todo el año. ¡Buena para vender!

Gracita enrollaba lentamente los dedos en la cinta del delantal:

—¡Cómo! ¿Vender lo que tanto costó ganar, con tantos trabajos en el mar, tantas pérdidas de vidas y de haciendas?

El alcalde protestó en seguida con ardor, enredado ya en la discusión:

—¿Qué trabajos, señora? Era desembarcar allí en la playa, plantar unas cruces de madera, dar unos empellones a los negros... Esas glorias de Africa son *trolas*. Claro es, usted habla como nieta de hidalgos. Pero yo, como economista. Y digo más...

Su dedo agudo amenazaba con argumentos agudos. *Titó* intervino y salvó a Gracita:

—¡Oh Gouveia! Estamos quitando el tiempo a la prima Gracita, que anda con sus arreglos. Esas cuestiones de Africa son para después, con Gonzalo, de sobremesa... Entonces, mi querida prima, hasta el domingo, en Craquede. Allí comparecerá toda la pandilla. ¡Y seré yo quien dispare los cohetes!

Pero Gouveia, alisando el hongo con la manga, esperaba aún convertir a doña Gracia a las sanas ideas sobre política colonial.

—¡Para vender, señora, para vender!

Ella sonrió, asintiendo ya y estrechando la mano a Videiriña, que vacilaba con los dedos tiesos:

—Y qué, señor Videira, ¿tiene usted ahora algunos versos nuevos para el *Fado?*...

Ruborizándose, Videiriña balbució que «había compuesto una cosita, también en un fado, para el regreso del señor doctor». Gracita le prometió aprenderla para cantarla al piano.

—Muy agradecido, señora... A sus pies, señora...

—Entonces, hasta el domingo, primo Antonio... Hace una tarde preciosa.

—Hasta el domingo, en Craquede, prima.

Pero en la puerta acristalada, Juan Gouveia se detuvo más tieso, movió la cabeza:

—¡Ya me olvidaba, perdóneme usted! He recibido una carta de Andrés Cavalleiro, desde Figueira da Foz. Manda muchos recuerdos a su marido. Y quiere saber si le podría enviar un poco de aquel vino verde de Vidaiños. Es también para un africanista, para el conde de San Román... ¡Parece que la señora condesa se vuelve loca por el vino verde!

Y los tres amigos, en fila, cruzaron el comedor, donde el vozarrón de *Titó* retumbó aún, elogiando la estera nueva de colores. En el corredor, Videiriña miró hacia la biblioteca, observó el manojo de plumas de ganso abierto en la vieja escribanía de metal, que esperaba, rebrillando solitariamente sobre la mesa desnuda, sin papeles ni libros. Después, Rosa apareció en la puerta del cuarto de Gonzalo, cargada de ropa, con una risa en cada arruga de su cara redonda y color ladrillo, que el amplio pañuelo de cambray, muy blanco, circundaba como un nimbo. *Titó* palmeó cariñosamente el hombro de la buena cocinera:

—¿Qué, tía Rosa? ¿Ahora empezarán otra vez aquellas grandes comilonas?

—¡Bendito sea Dios, don Antonio! Que creí que no volvería a ver nunca más a mi querido señor. Lo tenía ya decidido... Si enterraban mi cuerpo aquí en Santa Irene, antes de ver yo al niño, el alma, con seguridad, hubiera marchado al Africa a hacerle una visita.

Sus ojillos se guiñaron, lagrimeando de gusto, y siguió por el corredor, tiesa y decidida, con su lío de ropa, que trascendía a manzana camuesa. Gouveia murmuró con una mueca: «¡Andando!» Y los tres amigos bajaron al patio, donde, por curiosidad de *Titó*, visitaron las obras en las cuadras.

—¡Vea usted!—exclamó él, dirigiéndose a Gouveia, que encendía el puro—. ¡Y usted negándolo! Muebles, obras, yegua inglesa... Todo del dinero de Africa.

El alcalde se encogió de hombros:

—Veremos después cómo trae el hígado...

Ante el portón, *Titó* se detuvo aún para coger, en el rosal acostumbrado, una rosita con que florecer el ojal de su chaqueta de pana. Y justamente entraba entonces el padre Soeiro, de darse una vuelta por los Bravaes, con su gran quitasol y su breviario. Todos acogieron cariñosamente al santo y docto viejo, tan alejado ahora de la torre.

—Entonces, ¡tenemos el domingo por acá a nuestro hombre, padre Soeiro!

El capellán aplastó sobre el pecho su mano gruesa, con respeto y gratitud:

—Dios ha querido concederme, en mi vejez, este gran favor más... Pues casi no le esperaba. Tierras tan duras, para él tan delicado...

Y para hablar de Gonzalo, de la espera en Craquede, acompañó a aquellos señores hasta el puente de la Portella. Juan Gouveia cojeaba, atormentado por unas infames botas nuevas que había estrenado aquella mañana. Descansaron un momento en el hermoso banco de piedra que el padre de Gonzalo mandó colocar allí, siendo gobernador civil de Oliveira. Era aquél el grato lugar desde donde se divisa Villa-Clara, tan aseada, tan blanca siempre, a aquella hora toda rosada, desde el amplio convento de Santa Teresa hasta el muro nuevo del cementerio alto, con sus finos cipreses.

Más allá de los cerros de Valverde, lejos, en la costa, caía el sol como un metal candente que se enfriase, entre nubes rojas, encendiendo aún, en oro brillante, las ventanas de la villa.

Al fondo del valle, un resplandor

nimbaba las altas ruinas de Santa María de Craquede, entre su espesa arboleda. Bajo el arco, el río, crecido, corría sin un rumor, ya dormido en la sombra de los chopos finos, donde cantaban todavía unos pájaros. Y en el recodo de la carretera, por encima de los álamos que ocultaban el caserón, la vieja torre, más vieja que la villa y que las ruinas del monasterio y que todos los caseríos esparcidos, erguía su estrecho mirador, envuelto en el vuelo oscuro de los murciélagos, espiando silenciosamente la llanura y el sol sobre el mar, como en cada tarde de aquellos mil años, desde el conde Ordoño Méndez.

Un chiquillo, con una larga aguijada, pasó conduciendo dos vacas lentas. Del lado de la villa, el padre José Vicente de la Finta trotó en su yegua blanca, saludó al señor alcalde, al amigo Soeiro, bendiciendo también la llegada del hidalgo, para quien había preparado ya una hermosa cesta de su uva moscatel. Tres cazadores, con una jauría de perros conejeros, cruzaron la carretera, bajando por el portillo al callejón que bordea el caserío de Miranda.

Un silencio aún claro, de inmenso reposo, tan dulce como si descendiese del cielo, cubría la vastedad poblada de los campos, donde no se movía una hoja, en la suave transparencia del aire de septiembre. Los humos de las chimeneas encendidas ya se escapaban, lentos y ligeros, entre las tejas escasas. En la tienda de Juan Pereira, frente a la Portella, el resplandor de la forja se avivó, más rojo. Un *bum-bum* de tambor resonó festivamente del lado de los Bravaes, creció apresurado, marchando; después se desvió en algún cerro, murió, sumido en seguida en las arboledas o en el valle más hondo.

Juan Gouveia, que se había recostado en la esquina del ancho asiento de piedra, con el hongo sobre las rodillas, señaló hacia los Bravaes:

—Estoy acordándome de ese pasaje de la novela de Gonzalo, cuando los Ramírez, disponiéndose a socorrer a las infantas, andan reuniendo la mesnada. Y así, a estas horas de la tarde, con tambores; y dice en unos párrafos: «En la frescura del valle...» ¡No! «Por el valle de Craquede...» ¡Tampoco! Esperen ustedes, que tengo buena memoria... ¡Ah! «Y por todo el fresco valle, hasta Santa María de Craquede, los atambores moriscos, apagados entre la arboleda, ¡rataplán!, ¡rataplán!, o más rápidos en los cerros, ¡ralatán!, ¡ralatán!, convocaban la mesnada de los Ramírez, en la dulzura de la tarde...» ¡Es bonito!

Por encima de las espaldas de *Titó*, que, inclinado, rayaba pensativo con el bastón el polvo de la carretera, Videiriña avanzó hacia su jefe con la cara tendida y una cortés sonrisa:

—¡Oh señor alcalde, fíjese que quizá sea aún mas bonito cuando los Ramírez se lanzan a perseguir al Bastardo! Para mí, tiene más poesía. Cuando el viejo hace aquel juramento con la espada, y después, en la torre, la campana, muy despacio, empieza a tocar a difuntos... ¡Es de aúpa!

Al borde del asiento, encogido contra *Titó*, para que el señor alcalde se arrellanase cómodamente, el padre Soeiro, con las manos en el puño de su quitasol, asintió:

—¡Ciertamente! Son unos lances interesantes... ¡Ciertamente! En esa novela hay una rica imaginación, muy rica; y hay ciencia, hay veracidad.

Titó, que después del *Simón de Mantua*, de su infancia, no había vuelto a abrir las hojas de un libro, y no conocía *La torre de don Ramírez*, murmuró, haciendo una raya más ancha en el polvo:

—¡Es extraordinario este Gonzalo!

Videiriña no abandonaba su extasiada sonrisa:

—Tiene mucho talento... ¡Ah! El señor doctor tiene mucho talento.

—¡Tiene mucha raza!—exclamó *Titó*, alzando la cabeza—. Y es lo que le salva de sus defectos... Yo soy un amigo de Gonzalo, y de los verdaderos. Pero no se lo oculto ni a él... Sobre todo a él. Es muy ligero, muy incoherente... Pero le salva la raza.

—¡Y su bondad, señor Villalobos! —atajó suavemente el padre Soeiro—. Una bondad, sobre todo, como la de don Gonzalo, también salva... Mire, algunas veces existe un hombre muy serio, muy puro muy austero un Catón, que siempre cumplió el deber y la ley... Y, sin embargo, nadie le quiere, nadie le busca. ¿Por qué? Porque nunca dió, nunca perdonó, nunca acarició, nunca sirvió. Y al lado, otro, ligero, descuidado, que tiene defectos, que tiene culpas, que olvidó incluso el deber, que ofendió incluso a la ley... Pero ¿qué? Es amable, generoso, abnegado, servicial, siempre con una palabra dulce, siempre con un rasgo cariñoso... Y por eso todos le quieren, y no sé, incluso, Dios me perdone, si Dios también le prefiere...

La corta mano que señaló hacia el cielo volvió a caer sobre el puño de hueso del quitasol. Después, sonrojándose con la osadía de tan espiritual pensamiento, terminó con cautela:

—¡Esta no es propiamente doctrina de la Iglesia!... Pero está en las almas; está ya en muchas almas.

Entonces, Juan Gouveia dejó el respaldo del banco de piedra, y erguido en la carretera, con el hongo hacia un lado, abrochándose de nuevo la chaqueta, como siempre que formulaba un resumen:

—Pues yo he estudiado mucho a nuestro amigo Gonzalo Méndez. ¿Y saben ustedes, sabe el padre Soeiro a quién me recuerda?

—¿A quién?

—Tal vez se rían. Pero yo sostengo la semejanza. Ese *todo* de Gonzalo su franqueza, su dulzura, su bondad, su inmensa bondad, que señaló el padre Soeiro... Los fuegos y entusiasmos que acaban en seguida en humo, y al mismo tiempo mucha persistencia, mucha tenacidad cuando se aferra a su idea... La generosidad, la indolencia, la constante confusión en los asuntos, sentimientos muy honrosos, unos escrúpulos casi pueriles, ¿no es verdad?... La imaginación, que le lleva siempre a exagerar hasta la mentira, y al mismo tiempo un espíritu práctico, atento siempre a la realidad útil. La viveza, la facilidad para comprender y captar... La esperanza incesante en algún milagro, en el viejo milagro de Ourique, que allanará todas las dificultades... La vanidad, el gusto de engallarse con altivez, de brillar, y una sencillez tan grande, que da en la calle el brazo a un mendigo... Un fondo de melancolía, a pesar de ser tan charlatán, tan sociable. La terrible desconfianza de sí mismo, que le acobarda, le encoge, hasta que un día se decide, y surge un héroe, que lo arrasa todo... Hasta esa antigüedad de la raza, adherida aquí a su vieja torre, hace mil años... Hasta, recientemente, ese arranque de marcharse a Africa... Así, todo entero, con sus partes de bien y de mal, ¿saben ustedes a quién me recuerda?

—¿A quién?

—A Portugal.

Los tres amigos emprendieron de nuevo el camino de Villa-Clara. En el cielo blanco temblaba una estrelli-

ta sobre Santa María de Craquede. Y el padre Soeiro, con su quitasol debajo del brazo, regresó a la torre despacio, en el silencio y la dulzura de la tarde, rezando sus Avemarías y pidiendo la paz de Dios para Gonzalo, para todos los hombres, para los campos y las casas adormecidos, y para la hermosa tierra de Portugal, tan llena de gracia amable, que fuera siempre bendita entre todas las tierras.

FIN DE «LA ILUSTRE CASA DE RAMÍREZ»

LA CIUDAD Y LAS SIERRAS

(1901)

ACOTACION MARGINAL

José Sarmenta, el brillante periodista portugués, en uno de sus artículos, «In memoriam», sobre Eça de Queiroz, afirma que en el año de 1895 ya estaba Eça revisando pruebas de La ciudad y las sierras: *«... durante cinco meses vi pasar esas pruebas por transformaciones inconcebibles.» (Ya Oliveira Martins, antes, en 1889, aludió vagamente a cinco libros de Eça, en preparación, uno de los cuales pudiera ser éste.)*

El editor José Lello calculaba en 1900 que faltaban unas cuarenta páginas de impresión de La ciudad y las sierras, *y tenía la esperanza de que el original de esta novela, completo, se encontrase en París, entre los papeles del escritor, ya fallecido por entonces; éste no pudo revisar, como hubiera anhelado, todas las pruebas. Se encargó de este trabajo (que realizó con la máxima delicadeza y un exquisito respeto) el más íntimo amigo de Eça, su compañero y colaborador, el también excelente escritor Ramalho Ortigao, fallecido en septiembre de 1915. El mismo lo hace saber, aunque sin firmarla, en la «Advertencia» que figura (desde la primera edición) al final de este libro, como verá el lector. Primera edición que vió la luz pública en 1901.*

Surgida esta novela (con la amplificación y el desenvolvimiento necesarios) del cuento de Eça La civilización, *representa el idealismo exacerbado de la nostalgia, el sentimiento íntimo y saudoso de la tierra nativa (de la tierra, no de la ciudad), depurada, limpia de toda mácula. Eça de Queiroz (¿sincero del todo, insincero en parte? Es igual, puesto que la obra de arte puede serlo, aun no poseyendo como cualidad esencial la sinceridad) quiere demostrar que la felicidad espiritual, material; que la paz interna y externa, que el pleno y perfecto equilibrio moral y físico, sólo se pueden hallar en la Naturaleza, en las sierras bravías, en el retiro campestre, alejado de la peligrosa, enrevesada y agobiante civilización de las grandes urbes. Eça trasplantó aquí a nuestra época el sentido bucólico, casi de égloga, de muchos clásicos—sentido que retorna hoy en cierto momento con gran fuerza—, ese deseo humilde y hondo que siente el hombre hiperestésico y dolorido, de vivir lejos «del*

mundanal ruido», ni «envidiado ni envidioso», embebido en la Naturaleza, gozando de una existencia sencilla y pura, con un ansia pánida... Para mí es, sobre todo, ésta: entre las novelas de Eça de Queiroz, la de más entrañable medula nostálgica. Eça, alejado de su país, soñaba desde gran distancia con su sol, su color, sus sierras, sus campos y sus costas; soñaba con esa alegría total y definitiva, en fin, del lugar nativo, tan añorado por quien no puede gozarlo... Y en su imposibilidad de realizar su sueño, como una reacción contra la vida, para él absurda (en sus años postreros, sobre todo), de l gran capital, como una protesta lírica, escribió La ciudad y las sierras, *haciendo resplandecer en este libro todas las atracciones de la Naturaleza, en contraste triunfal con los inconvenientes, falsedades y convencionalismos sociales de una gran ciudad. Eça escribe aquí un poema bucólico con sus propios recuerdos y sus impresiones personales. El supercivilizado* Fradique Mendes, *el sosias de Eça, se desvanece de pronto, y surge otro sosias suyo—¿auténtico?—en el protagonista, ese joven riquísimo, Jacinto, curioso del saber y de los productos de la civilización, bueno y generoso, pero harto ya de aquella vida, interiormente artificial, morbosa, excesivamente cerebral, hastiado, o, mejor aún, desabusé del juego vital, de los hombres y de las mujeres ciudadanos. Jacinto, a quien llaman el* Príncipe de la Gran Ventura, *al no poder conseguir la felicidad plena, tal como él la concibe, ni ayudado por su fortuna y su posición, marcha, por azar, hacia la Naturaleza, y encuentra en ella, en su contacto, en el bucólico Tormes, de la novela, todo lo que anhelaba, incluso el amor, cerrando así el ciclo de su destino... Nos lo cuenta con un exacto sentido de fiel y desinteresado corifeo, ese personaje que encarna la amistad—simpático, sensible y cordial—, que se llama Pepe Fernández. Libro éste que es realmente saludable, como una excursión deliciosa al campo y a la montaña, para desintoxicarnos de todos los venenos de nuestra vida urbana diaria, sintiendo esa euforia especial del* plein air, *casi deportiva, y tan necesaria realmente como variación...* La ciudad y las sierras *está escrita con un lirismo saturado de fina ternura, de un amor—auténtico y constante en Eça de Queiroz—por los humildes, por los desheredados de la fortuna. El pinta aquí tipos rurales con admirable destreza, trasplantados directamente de la realidad, tipos que viven y respiran—¡poder siempre mágico del arte!—, como, por ejemplo, ese rentero y administrador Silverio, que tantas calidades atesora.*

Y como tenía que suceder en una novela tan luminosa, tan llena de aires aromosos de serranía, de soles y de aguas magníficos, su final es también claro, soleado, natural, sencillamente humano, lleno de esa justa dicha de los mejores cuentos... Se ve, realmente, que en esta novela Eça de Queiroz centró su ensueño último, su ambición más acariciada en sus años finales de cansancio melancólico de enfermedad: vivir en la paz campesina de su país, al pie de las sierras, oyendo el viento y el agua con ese sosiego y ese silencio que le harían soñar como nunca sentirse leve y puro hasta que le llegase (y, por su desgracia, el Azar dispuso lo contrario) una muerte suave, plácida, escondida, representando otra paz: la paz más honda y perenne...

LA CIUDAD Y LAS SIERRAS

I

Mi amigo Jacinto nació en un palacio, con más de quinientas mil pesetas de renta en tierras de siembra, viñedos, corcho y olivar.

En el Alemtejo, por Extremadura, a lo largo de las dos Beiras, espesos cercados ondulando por colina y valle, muros altos de buena piedra, ríos, carreteras, delimitaban los campos de esta vieja familia agricultora que ya amontonaba trigo y plantaba cepas en tiempos del rey don Diniz. Su quinta y casa señorial de Tormes, en el Bajo Duero, cubrían una sierra Entre el Túa y el Tiñela, en cinco leguas largas, toda aquella tierra le abonaba renta. Y espesos pinares suyos negreaban desde Arga hasta el mar de Ancora. Pero el palacio donde Jacinto nació y donde siempre había vivido estaba en París, en los Campos Elíseos, en el número doscientos dos.

Su abuelo, aquel gordísimo y riquísimo Jacinto, a quien llamaban en Lisboa *Don Galeón*, bajando una tarde por la travesía de la Trabuqueta, junto a un muro de quinta que entoldaba un emparrado, se escurrió sobre una cáscara de naranja y cayó en el enlosado. De la puertecita de la huerta salía en aquel momento un hombre moreno, afeitado, con gruesa chaqueta de lana verde y botas altas de picador, que bromeando y con una fuerza fácil levantó al enorme Jacinto y hasta recogió su bastón de puño de oro, que había rodado por el barro. Después, fijando en él los ojos negros, de largas pestañas:

—¡Oh Jacinto *Galeón!* ¿Qué haces tú aquí a estas horas, rodando por las piedras?

¡Y Jacinto, aturdido y deslumbrado, reconoció al serenísimo infante don Miguel!

Desde aquella tarde amó a aquel buen infante como nunca había amado, a pesar de ser tan glotón, a su vientre, ¡y a pesar de ser tan devoto a su Dios! En el noble salón de su casa—en la Pampulla—colgó sobre los damascos el retrato de «su salvador», adornado con ramitos como en un retablo, y debajo, el bastón que las magnánimas manos reales les habían recogido del barro. Mientras el adorable y deseado infante sufrió en el destierro de Viena, el barrigudo señor corría, bamboleado en su carruaje amarillo, del café María, en Belem, a la botica de Plácido, en los Algibebes, gimiendo las añoranzas del *angelito*, tramando el retorno del *angelito*. El día, bendito entre todos, en que la *Perla* apareció en la barra con el Mesías, enguirnaldó la Pampulla, levantando en pleno empedrado un monumento de cartón-piedra y lona, donde don Miguel, convertido en San Miguel, blanco, con aureola y alas de arcángel, alanceaba desde su corcel al dragón del liberalismo, que se retorcía vomitando la Carta constitucional. Durante la guerra con el «otro», con «el masón», mandaba arrieros a San Tirso y a San Ginés a llevar al rey fiambres, cajas de dulce, botellas de su vino de Tarrafal y bolsas de torzal rebosantes de monedas, que él enjabonaba para avivar el oro. Y cuando supo que don Miguel, con dos viejos baúles

amarrados sobre un mulo, había tomado el camino de Sines y del destierro final, Jacinto *Galeón* corrió por la casa, cerró todas las ventanas como en un luto, chillando furiosamente:

—¡Tampoco yo me quedo aquí! ¡Tampoco me quedo aquí!

¡No, no quería quedarse en la perversa tierra de donde partía, despojado y expulsado, aquel rey de Portugal que levantaba en la calle a los Jacintos! Embarcó para Francia con su mujer, doña Angelina Fafes—de la famosa casa de los Fafes de Avellán—; con su hijo Cintito, niño paliducho, blandengue, lleno de ganglios y furúnculos; con el aya y con el negrito. En las costas cantábricas, el buque encontró tan fuerte marejada, que doña Angelina, desgreñada, de rodillas en el jergón del camarote, prometió al Señor de los Pasos, de Alcántara, una corona de espinas de oro, con las gotas de sangre de rubíes del Perú. En Bayona, adonde arribaron, Cintito tuvo ictericia. En la carretera de Orleáns, en una noche turbulenta, el eje de la berlina en que viajaban se partió, y el obeso señor, la delicada señora de la casa de Avellán y el niño caminaron tres horas bajo la lluvia y sobre el barro del destierro hasta una aldea, donde, después de llamar como mendigos a puertas mudas, durmieron en los bancos de una taberna. En el Hotel de los Santos Padres, en París, sufrieron los terrores de un incendio, que estalló en la caballeriza, bajo el cuarto de *don Galeón*, y el digno hidalgo, rodando por las escaleras, en camisa, hasta el patio, pisó con el pie descalzo sobre un trozo de vidrio. Entonces, alzó amargamente hacia el cielo el puño velludo, rugiendo:

—¡Por vida de...! ¡Esto es demasiado!

Y después, aquella semana, sin escoger más, Jacinto *Galeón* compró a un príncipe polaco, que, una vez tomada Varsovia, se metió fraile cartujo, aquel palacete del número doscientos dos de los Campos Elíseos. Y bajo el pesado oro de sus estucos, entre las floreadas sedas, se enconchó, descansando de tantas agitaciones, en una vida de holganza y de buena mesa, con algunos compañeros de emigración—el magistrado Nuño Velho, el conde de Rabacena y otros menos importantes—, hasta que murió de una indigestión de lamprea escabechada que le mandó su administrador de Montemayor. Los amigos creyeron que doña Angelina Fafes volvería al reino. Pero la buena señora temía el viaje, los mares, los coches que se rompen. Y no quería separarse de su confesor, ni de su médico, que tan bien entendían sus escrúpulos y su asma.

—Yo, por mi parte, me quedo aquí, en el doscientos dos—declaró ella—, aunque necesitaría mi buena agua de Alcolena... Cintito, por la suya, que decida cuando crezca.

Cintito creció. Era un muchacho más chupado y lívido que un cirio, de largos cabellos lacios, narigudo, silencioso, envuelto en ropas negras, muy anchas y arrugadas; de noche, sin dormir, a causa de la tos y de las sofocaciones, vagaba en camisa con una lamparilla por el doscientos dos; y los criados, en la cocina, le llamaban siempre la *sombra*. En aquella mudez e indecisión suyas de sombra, salió al fin del luto del papá, con una viva afición a tornear madera; después, más adelante, en la melosa flor de sus veinte años, brotó en él otro sentimiento, de deseo y asombro, por la hija del magistrado Velho, una muchacha redondita como una tórtola y tan habilidosa que esmaltaba, doraba,

arreglaba relojes y confeccionaba sombreros de fieltro. En el otoño de 1851, cuando no se deshojaban ya los castaños de los Campos Elíseos, Cintito escupió sangre. El médico, rascándose la barbilla y con una seria arruga en la inmensa frente, aconsejó que el muchacho saliese pronto hacia el golfo Juan o hacia las templadas playas de Arcachón.

Cintito, sin embargo, en su obstinación de sombra, no se quiso separar de Teresita Velho, de quien se había convertido, por París, en la muda y cansina sombra. Como una sombra se casó; dió unas cuantas vueltas más al torno, escupió un resto de sangre y se fué como una sombra.

Tres meses y tres días después de su entierro nació mi buen Jacinto.

*

Desde la cuna, junto a la cual su abuelo esparcía hinojo y ámbar para ahuyentar la mala suerte, Jacinto creció con la firmeza, la fuerza, la rica savia de un pino de las dunas.

No pasó el sarampión ni tuvo lombrices. Las letras, la Aritmética y el latín penetraron en él tan fácilmente como el sol por un cristal. Entre sus camaradas, en los patios de los colegios, levantando su espada de latón y lanzando un grito de mando, fué en seguida el vencedor, el rey, al que se adula y a quien se cede la fruta de la merienda. En la edad en que se lee a Balzac y a Musset no sufrió nunca los tormentos de la sensibilidad; ni cálidos crepúsculos le retuvieron en la soledad de una ventana, padeciendo ansias sin forma ni nombre. Todos sus amigos (éramos tres, contando su viejo criado negro, Grillo) conservaron siempre hacia él una amistad pura y verdadera, sin que jamás la participación en su lujo la avivase o la desanimasen las pruebas de su egoísmo. Sin corazón lo bastante fuerte para concebir un amor pujante, y satisfecho con aquella incapacidad que le liberaba, sólo gozó la miel del amor, esa miel que el amor reserva a los que la extraen, a la manera de las abejas, con ligereza y movilidad, cantando. Rico, fuerte, indiferente al Estado y al gobierno de los hombres, nunca le conocimos más ambición que la de comprender bien las ideas generales; y su inteligencia, en los alegres años de escuelas y controversias, se movía dentro de las filosofías más densas como anguila reluciente en el agua limpia de un estanque. Su valía, genuina, de finos quilates, no fué nunca desconocida ni desestimada; y toda opinión, o simple broma, que lanzase, hallaba en seguida una ráfaga de simpatía y afinidad que la elevaba y la mantenía mecida y rebrillando en las alturas. Era servido por las cosas con docilidad y cariño; y no recuerdo que jamás se le cayese un botón de la camisa, o que un papel se escondiese maliciosamente de sus ojos, o que ante su vivacidad y prisa un cajón perdido se agarrotase. Cuando un día, riendo con descreída risa de la Fortuna y de su rueda, compró a un sacristán español un billete de lotería, la Fortuna, inmediatamente, ligera y risueña sobre su rueda, corrió en un destello, para traerle cuatrocientas mil pesetas. Y en el cielo las nubes, cargadas y lentas, si divisasen a Jacinto sin paraguas, retenían con respeto sus aguas hasta que él pasaba... ¡Ah! ¡El ámbar y el hinojo de doña Angelina habían ahuyentado de su destino, muy triunfalmente y para siempre, la mala suerte! La afable abuela—a

quien conocí obesa y con barba—solía citar un soneto natalicio del magistrado Núñez Velho, que contenía un verso de excelente aleccionamiento:

Sabed, señora, que esta vida es un río...

Pues un río de verano, manso, traslúcido, armoniosamente extendido sobre una arena tersa y blanca, entre arboledas fragantes y felices aldeas, no ofrecería a aquel que bajase por él en un barco de cedro, bien entoldado y bien mullido, con frutas y champaña refrescándose entre hielo, con un ángel gobernando el timón y otros ángeles tirando de la sirga, más seguridad y dulzura que la vida ofrecía a mi amigo Jacinto.

Por eso le llamábamos nosotros «¡el Príncipe de la Gran Ventura!»

Jacinto y yo, José Fernández, nos encontramos e hicimos amistad en París, en las escuelas del barrio latino, adonde me mandó mi buen tío Alfonso Fernández Lorena de Noroña y Sande, cuando aquellos malvados me expulsaron de la Universidad por haber despachurrado, una tarde de procesión, en la Sofía, la cara sórdida del doctor Paes Pitta.

Y por aquel tiempo Jacinto concibió una idea... Aquel príncipe concibió la idea de que el «hombre sólo es supremamente dichoso cuando está supremamente civilizado». Y por hombre civilizado entendía mi amigo aquel que fortaleciendo su fuerza pensante con todas las nociones adquiridas desde Aristóteles, y multiplicando la potencia corporal de sus órganos con todos los mecanismos inventados desde Terámenes, creador de la rueda, se convierte en un magnífico Adán, casi omnipotente, y apto, por tanto, para captar dentro de una sociedad y de los límites del progreso—tal como éste se desarrollaba en 1875—todos los beneficios que provienen de saber y de poder... Por lo menos así formulaba Jacinto profusamente su idea, cuando conversábamos sobre fines y destinos humanos, bebiendo *bocks* polvorientos bajo el toldo de las cervecerías filosóficas en el bulevar Saint-Michel.

Este concepto de Jacinto había impresionado a nuestros camaradas de cenáculo, que habiendo surgido a la vida intelectual de 1866 a 1875, entre la batalla de Sadowa y la de Sedán, oyendo sin cesar, desde entonces, a los técnicos y a los filósofos, que había sido la espingarda de aguja la que venció en Sadowa y el maestro de escuela quien venció en Sedán, estaban ampliamente dispuestos a creer que la felicidad de los individuos, como la de las naciones, se realiza por medio del ilimitado desenvolvimiento de la mecánica y de la erudición. Uno de aquellos muchachos, incluso, nuestro inventivo Jorge Carlande, redujo la teoría de Jacinto, para facilitar su difusión y condensar su brillantez, a una fórmula algebraica:

Suma ciencia × suma potencia =
= suma felicidad.

Y durante unos días, del Odeón a la Sorbona, fué ensalzada por la juventud positivista la *ecuación metafísica de Jacinto*.

Para Jacinto, sin embargo, su concepto no era meramente metafísico y lanzado por el placer elegante de ejercitar la razón especulativa, sino que constituía una regla, toda realidad y utilidad, que determinaba la conducta y modelaba la vida. Y ya en ese tiempo, de acuerdo con su precepto, adquirió la *Pequeña Enciclopedia de los conocimientos universales*, en setenta y cinco volúmenes, e instaló, sobre el tejado del doscientos dos, en un torreón acristalado, un telescopio. Justamente, con ese telescopio me hizo él palpable su idea, una noche de agosto, de enervante y soñoliento calor. En el cielo remoto destellaban relámpagos lánguidos. Por la avenida de los Campos Elíseos rodaban los fiacres hacia el frescor del Bosque, lentos, abiertos, cansinos, rebosantes de vestidos blancos.

—Aquí tienes, Pepe Fernández—comenzó Jacinto, recostado en la ventana del torreón—, la teoría que me gobierna, bien comprobada. Con estos ojos que recibimos de la madre Naturaleza, agudos y sanos, sólo podemos distinguir allí, en la avenida, en aquella tienda, un escaparate iluminado. ¡Y nada más! Si yo, sin embargo, añado a mis ojos los dos simples cristales de unos gemelos de carreras, percibo detrás del escaparate jamones, quesos, botes de jalea y cajas de ciruelas secas. Deduzco, por tanto, que es una tienda de comestibles. He obtenido una noción: tengo sobre ti, que con los ojos indefensos ves sólo brillar la luna del escaparate, una ventaja positiva. Si ahora, en vez de estos cristales sencillos, empleara yo los de mi telescopio, de fabricación más científica, podría divisar también en el planeta Marte los mares, las nieves, los canales, el recorte de sus golfos, toda la geografía de un astro que circula a miles de leguas de los Campos Elíseos. ¡Es otra noción, y tremenda! Tienes aquí, pues, el ojo primitivo, el de la Naturaleza, elevado por la civilización a su máxima potencia de visión. Y ya, por el lado del ojo, soy, por tanto, yo, civilizado, más feliz que el incivilizado, porque descubro realidades del Universo que él no sospecha y de las que está privado. Aplica esta prueba a todos los órganos, y comprenderás mi principio. En cuanto a la inteligencia y a la felicidad que de ella se logra por la incansable acumulación de las nociones, sólo te pido que compares a Renán con Grillo... Claro está, por consiguiente, que debemos rodearnos de civilización en las máximas proporciones para gozar, en las máximas proporciones también, de la ventaja de vivir. ¿Estás ahora conforme, Pepe Fernández?

No me parecía innegablemente cierto que Renán fuera más feliz que Grillo; ni percibía yo qué beneficio espiritual o temporal se consigue en distinguir a través del espacio las manchas de un astro, o a través de los Campos Elíseos jamones en un escaparate. Pero me mostré conforme, porque soy bueno, y no apartaré nunca a un espíritu del concepto en que él encuentra seguridad, disciplina y motivo de energía. Me desabroché el chaleco, y haciendo un gesto hacia el lado del café y de las luces:

—¡Vamos entonces a beber, en las máximas proporciones, *brandy and soda* con hielo!

Por una conclusión muy natural, la idea de la civilización, para Jacinto, no se separaba de la imagen de la ciudad, de una enorme ciudad, con todos sus amplios órganos funcionando poderosamente. Ni este mi supercivilizado amigo comprendía que lejos de unos almacenes servidos por tres mil cajeros; de unos mercados donde se vuelcan las huertas y tierras de treinta provincias; de unos Bancos en que tintinea el oro universal; de unas fábricas humeando afanosas, inventando con ansia; de unas bibliotecas abarrotadas hasta estallar, con papeles de siglos; de hondas millas de calles, cortadas por debajo y por encima, por hilos telefónicos y telegráficos, por cañerías

de gas y de excrementos; de la fila ensordecedora de ómnibus, tranvías, carros, bicicletas, carruajes, troncos de lujo; y de dos millones de una vaga humanidad, hormigueando, jadeantes, entre la Policía, en la dura búsqueda del pan o con la ilusión del goce, ¡el hombre del siglo XIX pudiese saborear plenamente la delicia del vivir!

Cuando Jacinto, en su cuarto del doscientos dos, con los balcones abiertos sobre los lilos, me mostraba esas imágenes, todo él crecía, iluminado. ¡Qué augusta creación la de la ciudad! Sólo por ella, Pepe Fernández, sólo por ella ¡puede el hombre afirmar soberbiamente su alma!...

—¡Oh Jacinto! ¿Y la religión? ¿Acaso no prueba el alma la religión?

El se encogía de hombros. ¡La religión! La religión es el desarrollo suntuoso de un instinto rudimentario común a todos los brutos, el terror. Un perro lamiendo la mano de su dueño, de quien le vienen el hueso o el látigo, constituye ya toscamente un devoto, el devoto consciente, postrado en oración ante el Dios ¡que reparte el cielo o el infierno!... Pero ¡el teléfono!, ¡el fonógrafo!

—¡Ahí tienes el fonógrafo!... Sólo el fonógrafo, Pepe Fernández, me hace sentir realmente mi superioridad de ser pensante y me separa del animal. ¡Créeme, no hay más que la ciudad, Pepe Fernández; no hay más que la ciudad!

Y, además—añadía—, sólo la ciudad le daba la sensación, tan necesaria a la vida como el calor, de la solidaridad humana. Y en el doscientos dos, cuando miraba a su alrededor, las espesas masas de los edificios de París, dos millones de seres jadeando entre la obra de la civilización—¡para mantener en la Naturaleza el dominio de los Jacintos!—, sentía un sosiego, un bienestar, sólo comparables al del peregrino que, al cruzar el desierto, se yergue en su dromedario y divisa la larga fila de la caravana avanzando, llena de lumbres y de armas...

Yo murmuraba, impresionado:

—¡Caramba!

Por el contrario, en el campo, entre la inconsciencia y la impasibilidad de la Naturaleza, él temblaba con el terror de su fragilidad y de su soledad. Estaba allí como perdido en un mundo que no le fuese fraternal; ningún zarzal encogería las espinas para que él pasase; si gimiera de hambre, ningún árbol, por cargado que estuviese, le tendería su fruto en la punta compasiva de una rama. Además, en medio de la Naturaleza, él asistía a una súbita y humillante inutilización de todas sus facultades superiores. ¿De qué servía, entre plantas y bichos, ser un genio o un santo? Los trigales no comprenden las *Geórgicas*; y serían necesarios el socorro ansioso de Dios, la inversión de todas las leyes naturales y un violento milagro para que el lobo de Agubio no devorase a San Francisco de Asís, que le sonreía, tendiéndole los brazos, llamándole «¡hermano lobo!» Toda la intelectualidad se esteriliza en los campos y sólo queda la bestialidad. En esos reinos toscos del vegetal y del animal, dos únicas funciones se mantienen vivas: la nutritiva y la procreadora. Aislada, sin ocupación, entre hocicos y raíces que no cesan de chupar y de pastar, sofocada en el cálido hálito de la fecundación universal, su pobre alma se encogía toda, se reducía a una migaja de alma, a una chispita espiritual que brillaba temblorosa como muerta sobre una pizca de materia; y en esa materia surgían dos instintos, imperiosos, punzantes: el de devorar y el de generar. Al cabo de una semana rural, de todo su ser, tan noblemente compuesto, ¡sólo quedaban un estómago y, más abajo, un falo! ¿El alma? Sumida bajo la bestia. ¡Y necesitaba correr, reingresar en la ciudad, sumergirse en las ondas lustrales de la civilización para desprenderse en ellas de la costra vegetal, y resurgir rehumanizado, de nuevo espiritual y jacíntico!

Estas exquisitas metáforas de mi amigo expresaban sentimientos reales, que yo presencié, que me divirtieron mucho, en el único paseo que dimos por el campo, al muy amable y muy sociable bosque de Montmorency. ¡Oh delicias de entremés, Jacinto en contacto con la Naturaleza! En cuanto se alejaba de los pavimentos de madera o de macadán, cualquier suelo que sus pies hollasen le llenaba de recelo y de terror. Toda la hierba, por segada que estuviera, le parecía rezumar una humedad mortal. De debajo de cada terrón, de la sombra de cada piedra, temía el ataque de alacranes, de víboras, de formas rastreras y viscosas. En el silencio del bosque sentía una lúgubre despoblación del Universo. No soportaba la familiaridad de las ramas que le rozaban la manga o la cara. Saltar una cerca era para él un acto degradante, que le hacía retroceder al macaco inicial. Todas las flores que no hubiera ya visto en jardines, domesticadas por largos siglos de servidumbre ornamental, le inquietaban como venenosas. Y consideraba de una tristeza funambulesca ciertos modos y formas del ser inanimado, la prisa experta y vana de los riachuelos, la desnudez de los peñascales, todas las contorsiones de la arboleda y su murmullo solemne y necio.

Después de una hora en aquel honesto bosque de Montmorency, mi pobre amigo jadeaba empavorecido, sintiendo ya ese lento menguar y hundirse del alma que le convertía en un bicho entre bichos. Sólo se calmó cuando entramos en el empedrado y el gas de París, y nuestra *victoria* se destrozó casi contra un ómnibus retumbante, repleto de personas. Mandó bajar por los bulevares para disipar, con su tosca sociabilidad, aquella materialización en que sentía la cabeza pesada y confusa como la de un buey. Y me pidió que le acompañase al teatro de las Variedades para desprenderse, con los estribillos de *La femme à papa*, el rumor importuno que le había quedado de los mirlos cantando en los altos chopos.

Este delicioso Jacinto cumplió por entonces veintitrés años, y era un soberbio mozo, en quien surgió la pujanza de los viejos Jacintos rurales. Sólo por la nariz, afilada, con aletas casi transparentes, de una inquieta movilidad, como si estuviera olisqueando perfumes, pertenecía a las delicadezas del siglo XIX. El pelo se mantenía aún, a la manera de las épocas rudas, crespo y casi lanoso; el bigote, como el de un celta, caía en sedosas guías, que él necesitaba recortar y rizar. Su indumentaria toda, las gruesas corbatas de raso oscuro, con una perla prendida; los guantes de gamuza blanca, el betún de las botas, venían de Londres en cajones de cedro; y llevaba siempre en el ojal una flor, no natural, sino confeccionada hábilmente por su florista con pétalos de flores distintas, clavel, azalea, orquídea o tulipán, mezcladas en el mismo tallo, entre hojas de hinojo.

*

En febrero de 1880, en una gris y friolenta mañana de lluvia, recibí una carta de mi buen tío Alfonso

Fernández, en la que, después de unas lamentaciones sobre sus setenta años, sus dolencias hemorroidales y la pesada gerencia de sus bienes, «que requerían un hombre más joven, con las piernas más fuertes», ¡me ordenaba que regresase a nuestra casa de Guiaes, en el Duero! Recostado en el mármol partido de la chimenea, donde la víspera mi Niní había dejado su corsé envuelto en el *Journal des Débats*, censuré severamente a mi tío, que cortaba así en capullo, antes de abrirse, la flor de mi ciencia jurídica. Luego, en un *post scriptum*, añadía él: «El tiempo está aquí precioso, lo que se puede llamar de rosas, y tu santa tía se afana mucho, porque hacen hoy treinta y seis años que nos casamos, tenemos aquí al abad y a Quintaes a comer, y quiere ella hacer una sopa de pescado.»

Echando un leño a la lumbre, pensé cómo debía estar la sopa de pescado de la tía Vicenta. ¡Cuántos años hacía que no la probaba, ni el lechón asado, ni el arroz al horno de nuestra casa! Con un tiempo tan bueno, ya las mimosas de nuestro patio se doblarían bajo sus grandes corolas amarillas. Un trozo de cielo azul, del azul de Guiaes, pues no hay otro tan brillante y terso, entró por el cuarto, iluminó, sobre la lisa tristeza de la alfombra, hierbas, riachuelos, margaritas y flores de trébol, de que mis ojos estaban ansiosos. Y entre los visillos de sarga pasó un aire fino, denso, oloroso a sierra y a pinar.

Silbando un fado tierno, saqué de debajo de la cama mi vieja maleta, y metí cuidadosamente, entre pantalones y calcetines, un tratado de Derecho civil, para aprender, al fin, en los ocios de la aldea, tumbado bajo el haya, las leyes que rigen a los hombres. Después, aquella tarde, anunció a Jacinto que partía para Guiaes. Mi camarada retrocedió con un sordo gemido de espanto y de compasión:

—¡Para Guiaes!... ¡Oh Pepe Fernández, qué horror!

Y toda aquella semana me indicó cariñosamente los consuelos de que debería yo proveerme para poder conservar, en los yermos agrestes, tan lejos de la ciudad, un poco de alma dentro de un poco de cuerpo. «¡Llévate un sillón! ¡Lleva la *Enciclopedia general!* ¡Llévate latas de espárragos!...»

Aunque para mi buen Jacinto, desde que me arrancaban así de la ciudad, era yo un arbusto desarraigado que no reviviría. La pena con que me acompañó al tren hubiera sido perfectamente adecuada en mis funerales. Y cuando cerró sobre mí la portezuela, grave y supremamente, como se cierra la verja de una sepultura, yo casi sollocé con mis nostalgias.

Llegué a Guiaes. Aún quedaban flores en las mimosas de nuestro patio; comí con deleite la sopa de pescado de la tía Vicenta; presencié, calzado con zuecos, la siega del maíz. Y así, de cosechas en labranzas, tostándome al sol de las eras, cazando perdices en los helados matorrales, calando la sandía fresca entre la polvareda de las ferias, reuniendo meriendas, trasnochando a la luz de los candiles, atizando hogueras de San Juan, adornando nacimientos en Nochebuena, se me pasaron allí dulcemente siete años, tan atareados, que no logré nunca abrir el tratado de Derecho civil, y tan sencillos, que sólo recuerdo que en vísperas de San Nicolás el abad se cayó de la yegua a la puerta del Braz de las Cortes. De Jacinto recibí escasas veces algunas líneas, garrapateadas de prisa entre el tumulto de la civilización.

Después, un septiembre muy caluroso, en plena tarea de la vendimia, mi buen tío Alfonso Fernández murió, tan apaciblemente, Dios sea alabado por tal merced, como enmudece un pajarito al final de su bien cantado y bien volado día. Usé por la aldea mi ropa de luto. Mi ahijada Juanilla se casó por la matanza. Hicieron obras en nuestro tejado. Volví a París.

II

Era de nuevo febrero y un final de tarde friolenta y gris cuando bajé por los Campos Elíseos en busca del número doscientos dos. Delante de mí caminaba, levemente encorvado, un hombre que, desde las botas relucientes hasta las alas cortas del sombrero, del que se escapaban mechones de pelo crespo, rezumaba elegancia y familiaridad con las cosas finas. En las manos, cruzadas a la espalda y enguantadas de ante blanco, sostenía un grueso bastón con puño de cristal. Y sólo cuando se detuvo en el portal del doscientos dos reconocí la nariz afilada, las guías del bigote, lacias y sedosas.

—¡Oh Jacinto!

—¡Hombre, Pepe Fernández!

El abrazo que nos enlazó fué tan alborozado, que mi sombrero rodó por el barro. Y ambos murmuramos conmovidos, franqueando la verja:

—¡Hace siete años!...

—¡Hace siete años!...

¡Y, sin embargo, nada había cambiado durante aquellos siete años en el jardín del doscientos dos! Aún, entre las dos avenidas bien enarenadas, se redondeaba el césped, más liso y limpio que la lana de una alfombra. En medio, el jarrón corintio esperaba abril para resplandecer con tulipanes, y luego, junio, para rebosar de margaritas. Y al lado de las escalinatas fronteras, cubiertas por una marquesina de cristales, las dos esbeltas diosas de piedra, de tiempos de *don Galeón*, sostenían los antiguos globos de luz, esmerilados, donde silbaba ya el gas.

Pero dentro, en el peristilo, me sorprendió en seguida un ascensor instalado por Jacinto, a pesar de que el doscientos dos tenía solamente dos pisos, unidos por una escalera tan suave, que no irritaría nunca el asma de doña Angelina. Espacioso, alfombrado, ofrecía, para aquel viaje de siete segundos, numerosas comodidades, un diván, una piel de oso, un plano de París, unos estantes alambrados, con puros y libros. En la antesala, donde desembarcamos, encontré la temperatura suave y templada de una tarde de mayo en Guiaes. Un criado, más atento al termómetro que un piloto a la brújula, regulaba con destreza la dorada boca del calorífero. Y unos pebeteros entre palmeras, como en una terraza sagrada de Benarés, esparcían un vapor, perfumando y humedeciendo saludablemente aquel aire delicado y superfino.

Murmuré, en las profundidades de mi asombrado ser:

—¡He aquí la civilización!

Jacinto empujó una puerta y entramos en una nave llena de majestad y de sombra, en la que reconocí la biblioteca al tropezar en una pila monstruosa de libros nuevos. Mi amigo tocó levemente la pared con el dedo, y una guirnalda de luces eléctricas, brillando entre los artesonados, alumbró los estantes monumentales, todos de ébano. En ellos descansaban más de treinta mil volúmenes, encuadernados en blanco, en rojo y en negro, con adornos de oro, tiesos en su pompa y en su autoridad como doctores en un concilio.

No pude contener mi admiración:

—¡Oh Jacintillo! ¡Qué depósito!

El murmuró, con una débil sonrisa:

—Hay que leer, hay que leer...

Noté entonces que mi amigo había enflaquecido, y que su nariz se afilaba más, entre dos arrugas muy marcadas, como las de un actor cansado. Los rizos de su pelo lanoso escaseaban sobre la cabeza, que había perdido la antigua serenidad de mármol bien pulido. No se rizaba ahora el bigote, mustio, cuyas guías caían, pensativas. Noté también que se encorvaba.

Levantó un tapiz y entramos en su gabinete de trabajo, que me inquietó. Sobre el espesor de las alfombras oscuras nuestros pasos perdieron pronto el sonido y como la realidad. El damasco de las paredes, los divanes, las maderas, eran verdes, de un verde oscuro de hoja de laurel. Sedas verdes envolvían las luces eléctricas, dispersas por lámparas tan bajas que recordaban estrellas caídas sobre las mesas, acabando de enfriarse y de morir; sólo una lucía, clara y desnuda, en lo alto de un estante cuadrado, larga, solitaria como una torre en una llanura y en la que la luz parecía ser el faro melancólico. Un biombo de laca verde, fresco verde de hierba, tapaba la chimenea de mármol verde, verde de mar oscuro, donde se extinguían las brasas de una leña aromática. Y entre aquellos verdes relucía, sobre peanas y pedestales, toda una mecánica suntuosa: aparatos, láminas, ruedas, tubos, engranajes, astiles, frialdad y rigidez de metales...

Pero Jacinto mullía los almohadones del diván, donde se había sepultado con un gesto cansado que yo no le conocía:

—¡Ven acá, Pepe Fernández, ven acá! ¡Tenemos que relatarnos estas vidas nuestras, tan alejadas hace siete años!... ¡Siete años en Guiaes! ¿Qué hiciste allí?

—Y tú, ¿qué has hecho, Jacinto?

Mi amigo se encogió de hombros con indolencia. Vivir, realizar serenamente todas las funciones, las que pertenecen a la materia y las que pertenecen al espíritu...

—¡Y has acumulado civilización, Jacinto! ¡Santo Dios...! ¡Está tremendo el doscientos dos!

Esparció él a su alrededor una mirada, en la que no brillaba ya la antigua vivacidad:

—Sí, hay comodidades... ¡Pero falta mucho! La Humanidad está aún mal pertrechada, Pepe. Y la vida conserva rebeldías.

De pronto, en un rincón repicó el timbre del teléfono. Y mientras mi amigo, inclinado sobre la placa, murmuraba, impaciente: «¿Está ahí? ¿Está ahí?», examiné con curiosidad, sobre su inmensa mesa de trabajo, una extraña y menuda legión de instrumentitos de níquel, de acero, de cobre, de hierro, afilados, con argollas, con tenazas, con ganchos, con dientes, indicando todos usos misteriosos. Cogí uno que intenté manejar, e inmediatamente una punta malévola me pinchó un dedo. En ese instante salió de otro rincón un *tic-tic-tic* acelerado, casi ansioso. Jacinto exclamó con la cara en el teléfono:

—¡Ve ahí el telégrafo!... Junto al diván. Una tira de papel que debe estar corriendo.

Y, en efecto, de una redoma de cristal, colocada en una columna, y que contenía un aparato experto y diligente, se deslizaba hacia la alfombra, como una tenia, la larga tira de papel con caracteres impresos, que yo, hombre de las sierras, recogí, maravillado. ¡La línea, trazada en azul, anunciaba a mi amigo

Jacinto que la fragata rusa *Azov* entraba en Marsella con averías!

Ya él había dejado el teléfono. Deseé saber, inquieto, si le perjudicaba directamente aquella avería de la *Azov*.

—¿De la *Azov*? ¿La avería? ¿A mí?... ¡No! Es una noticia.

Después, consultando un reloj monumental que, al fondo de la biblioteca, señalaba la hora de todas las capitales y el curso de todos los planetas:

—Necesito escribir una carta, seis líneas... ¿Me esperas, no, Pepe Fernández? Tienes ahí los periódicos parisienses de la noche, y los de Londres, de esta mañana. También las ilustraciones, allí, en aquella carpeta de piel con broches de hierro.

Pero yo preferí inventariar el gabinete, que daba a mi profanidad de serrano todos los goces de una iniciación. A los lados de la silla de Jacinto colgaban unos gruesos tubos acústicos, por donde él seguramente soplaba sus órdenes a través del doscientos dos. De las patas de la mesa, unos cordones, hinchados y blandos, coleando sobre la alfombra, corrían hacia los rincones de sombra como serpientes asustadas. Sobre una banquetita, y reflejada en su barniz como en el agua de un pozo, había una máquina de escribir; delante estaba una inmensa máquina de calcular, con filas de orificios, desde donde aparecían esperando unos números rígidos y de metal. Después me paré ante la estantería, que me preocupaba, así solitaria, a la manera de una torre en una llanura, con su alto faro. Uno de aquellos frentes estaba repleto todo él de diccionarios; el otro, de manuales; el otro, de atlas; el último, de guías, y entre ellas, al abrirla, encontré una guía de las calles de Samarkanda. ¡Qué maciza torre de información! Sobre unos estantes admiré unos aparatos que no comprendía: un compuesto de láminas de gelatina, donde se desvanecían, medio borradas, las líneas de una carta, tal vez amorosa; otro, que sostenía sobre un pobre libro encuadernado, como para despedazarlo, un cuchillo funesto; otro, que adelantaba la boca de una trompeta, abierta para las voces de lo invisible. Ceñidos a los marcos de las puertas, enrollados a las molduras, brillaban alambres, que huían por el techo hacia el espacio. Todos se sumían en fuerzas universales, todos transmitían fuerzas universales. ¡La Naturaleza convergía disciplinada al servicio de mi amigo y penetraba en su domesticidad!...

Jacinto lanzó una exclamación impaciente:

—¡Oh, estas plumas eléctricas!... ¡Qué lata!

Estrujó, colérico, la carta comenzada, y yo escapé, respirando, hacia la biblioteca. ¡Qué majestuoso almacén de los productos del raciocinio y de la imaginación! Yacían allí más de treinta mil volúmenes, todos seguramente esenciales a la cultura humana. Desde la misma entrada divisé, con letras de oro sobre el lomo verde, el nombre de Adam Smith. Era, pues, la región de los economistas. Avancé y recorrí, espantado, ocho metros de Economía política. Vi luego los filósofos y sus comentadores, que cubrían toda una pared, desde las escuelas presocráticas hasta las escuelas neopesimistas. En aquellas tablas se encastillaban más de dos mil sistemas, todos contradictorios. Por las encuadernaciones se deducían en seguida las doctrinas: Hobbe, abajo, era pesado, de piel negra; Platón, encima, resplandecía en una piel pura y alba. Más adelante empezaban las historias universales. Pero allí una inmensa pila de li-

bros sin encuadernar, oliendo a tinta reciente y a documentos nuevos, subía contra la estantería, como tierra fresca de aluvión tapando una ribera secular. Bordeé aquella colina y me sumí en la sección de Ciencias Naturales, peregrinando con un asombro creciente desde la orografía hasta la paleontología, y desde la morfología a la cristalografía. Aquella estantería terminaba junto a un balcón abierto sobre los Campos Elíseos. Aparté las cortinas de terciopelo y descubrí detrás otra portentosa ringlera de volúmenes, todos de historia religiosa, que trepaban montañosamente hasta los últimos cristales, vedando la entrada, en las mañanas más cándidas, al aire y a la luz del Señor.

Pero seguidamente rebrillaba en claros tafiletes el estante amable de los poetas. Como un descanso para el espíritu cansando de todo aquel saber positivo, Jacinto había dispuesto allí un cómodo rincón, con un diván y una mesa de limoncillo, más brillante que un fino esmalte, con habanos, cigarrillos orientales y tabaqueras del siglo XVIII. Sobre un cofre de madera bruñida veíase aún, olvidado, un plato con albaricoques del Japón. Cedí a la seducción de los almohadones; cogí un albaricoque y abrí un volumen; y sentí extrañamente, al lado, un zumbido como de un insecto de alas armoniosas. Sonreí a la idea de que fuesen abejas fabricando su miel en aquel bloque de versos en flor. Después noté que el susurro remoto y adormecedor venía de aquel cofre de caoba, de aspecto tan discreto. Aparté una *Gaceta de Francia*, y descubrí un cordón que salía de un orificio abierto en el cofre, terminado en un embudo de marfil. Lleno de curiosidad, acerqué el embudo a mi confiada oreja, habituada a los sencillos rumores de la sierra. Y en seguida una voz, muy apacible, pero muy decidida, aprovechando mi curiosidad para apoderarse de mí y de mi entendimiento, susurró capciosamente:

—«... ¡Y así, por la disposición de los cubos diabólicos, consigo comprobar los espacios hipermágicos!...»

Di un brinco y lancé un grito:

—¡Oh Jacinto, aquí hay un hombre! ¡Está aquí un hombre hablando dentro de esta caja!

Mi camarada, acostumbrado a los prodigios, no se alborotó:

—Es el conferenciófono... Exactamente como el teatrófono, sólo que aplicado a las aulas y a las conferencias. ¡Muy cómodo!... ¿Y qué dice ese hombre, Pepe Fernández?

Yo contemplaba el cofre, aturdido todavía:

—¡No lo sé! Habla de cubos diabólicos, de espacios mágicos, de toda clase de horrores...

Sentí dentro la sonrisa superior de Jacinto:

—¡Ah! Es el coronel Dorchas... Lecciones de metafísica positiva sobre la cuarta dimensión... ¡Conjeturas, una pesadez! Oyeme, Pepe, ¿tú hoy comerás conmigo y con unos amigos?

—No, Jacinto... ¡Estoy todavía agarrotado por el sastre de la sierra!

Y volví al gabinete a mostrar a mi camarada el chaquetón de gruesa franela, la corbata de pintitas rojas, con que los domingos, en Guiaes, visitaba al Señor. Pero Jacinto afirmó que aquella simplicidad montaraz interesaría a sus invitados, que eran dos artistas... ¿Quiénes? El autor de *Triple corazón*, un psicólogo femenino, de trascendental agudeza, maestro muy experimentado y consultado en ciencias sentimentales; y Vorcan, un pintor mítico, que había interpretado de un modo etéreo hacía un año el simbolismo rapsódico

del sitio de Troya, en una amplia composición, *Elena, devastadora*...

Yo me rasqué la cabeza:

—No, Jacinto, no... Vengo de Guiaes, de las sierras; necesito entrar en toda esta civilización con cautela, porque si no, reviento. Además, en una misma tarde la electricidad, el conferenciófono y los espacios hipermágicos, y el feminista y el etéreo, y el simbolismo devastador, ¡es demasiado! Volveré mañana.

Jacinto doblaba despacio su carta, en la que había metido sin disimulo —como correspondía a nuestra fraternidad—dos violetas blancas, arrancadas del ramo que florecía su ojal.

—Mañana, Pepe Fernández, vienes antes de almorzar, con tus maletas en un fiacre, para instalarte en el doscientos dos, en tu cuarto. En el hotel todo son privaciones, molestias. Aquí tienes el teléfono, el teatrófono, libros...

Acepté en seguida, con naturalidad. Y Jacinto murmuró por la boca de un tubo acústico:

—¡Grillo!

De la pared, tendida de damasco, que se abrió de repente, sin ruido, surgió su viejo criado—aquel negrito que había yo visto con *don Galeón*—, al que me alegró encontrar tan fuerte, más negro, reluciente y venerable, con su tiesa corbata y su chaleco blanco de botones dorados. A él también le agradó ver de nuevo al «siñó Fernandes». Y cuando supo que yo ocuparía el cuarto del abuelo de Jacinto, tuvo una clara sonrisa de negro, en la que envolvió a su señor, gozoso de verle al fin provisto otra vez de una familia.

—Grillo—dijo Jacinto—, esta carta a madame Oriol... ¡Escucha! Telefonea a casa de los Trèves que los espiritistas sólo están libres el domingo... ¡Escucha! Me daré antes de comer una ducha tibia, a diecisiete grados. Fricción con malvarrosa.

Y cayendo pesadamente sobre el diván, con un bostezo arrastrado y vago:

—Pues es cierto, mi buen Pepe Fernández; aquí estamos, como hace siete años, en este viejo París...

Pero yo no me apartaba de la mesa, en mi afán de completar mi iniciación:

—¡Eh, Jacinto! ¿Para qué sirven todos estos instrumentitos? Entre ellos hay uno desvergonzado que me pinchó. Parecen malignos... ¿Son útiles?

Jacinto esbozó lánguidamente un gesto que los sublimaba.

—Providenciales, hijo, absolutamente providenciales, ¡por la simplificación que proporcionan al trabajo! Así—y señaló, uno—. Este arrancaba las plumas usadas; este otro numeraba rápidamente las páginas de un manuscrito; aquél servía para tachar... Y aún había otros para pegar sellos, imprimir fechas, derretir lacre, atar documentos...

—Pero, en efecto—añadió—, es una lata. Con sus muelles y sus picos a veces hacen daño, hieren... Ya me sucedió inutilizar alguna carta por haberla manchado con huellas de sangre de mis dedos. ¡Es una lata!

Entonces, como mi amigo consultara nuevamente el reloj monumental, no quise que retrasase por mí el consuelo de la ducha y de la malvarrosa.

—Bueno, Jacinto, ya te he vuelto a ver, ya estoy satisfecho... Y ahora, hasta mañana, con las maletas.

—¡Qué diablo, Pepe, espera un momento!... Vamos al comedor. ¡Tal vez sufras la tentación!

Y, cruzando la biblioteca, entramos en el comedor, que me encantó por su lujo sereno y fresco. Una madera blanca, laqueada, más brillante y tersa que un raso, revestía las pa-

reres, enmarcando medallones de damasco color fresa, de fresa muy madura y exprimida; los aparadores, discretamente labrados con flores y volutas, resplandecían con la misma nevada; y unos damascos frescos tapizaban también las sillas blandas, muy amplias, hechas para la lentitud de gulas delicadas, de gulas intelectuales.

—¡Viva mi príncipe! Sí, señor... ¡He aquí un comedor muy comprensible y muy calmante, Jacinto!

—¡Come entonces, hombre!

Pero yo me empezaba ya a inquietar notando que a cada cubierto le correspondían seis tenedores, todos de formas solapadas. Y me impresionó más aún cuando Jacinto me reveló ¡que uno era para las ostras, otro para el pescado, otro para las carnes, otro para las legumbres, otro para las frutas y otro para el queso! Al mismo tiempo, con una sobriedad que habría ensalzado Salomón, sólo había dos copas para dos vinos: un burdeos rosado en jarras de cristal, y un champaña, que se helaba dentro de unos recipientes de plata. Todo un aparador, sin embargo, se doblaba bajo el lujo excesivo, casi asustante, de las aguas: aguas oxigenadas, carbonatadas, fosfatadas, esterilizadas, salinas, y otras aún en botellas panzudas, con tratados terapéuticos impresos en las etiquetas.

—¡El santísimo Nombre de Dios, Jacinto! Entonces, ¿eres siempre el mismo tremendo bebedor de agua, eh?... «¡Un acuático!», como decía nuestro poeta chileno, que traducía a Klopstock.

El esparció sobre toda aquella botillería, encaperuzada con metal, una mirada desconsolada:

—No... Es a causa de las aguas de la ciudad, contaminadas, llenas de microbios... Pero todavía no he encontrado una buena agua que me convenga, que me satisfaga... Hasta padezco sed.

Quise entonces conocer la comida del psicólogo y del simbolista, trazada, junto a los cubiertos, en tinta roja, sobre unas láminas de marfil. Empezaba honradamente por unas ostras clásicas, de Marennes. Luego venía una sopa de alcachofas y huevas de carpa...

—¿Es bueno eso?

Jacinto se encogió de hombros con despego:

—Sí... Yo no tengo nunca apetito, hace ya tiempo... Hace ya años.

Del otro plato sólo entendí que contenía pollos y trufas. Después saborearían aquellos señores un filete de venado, macerado en jerez, con jalea de nuez. Y de postre, simplemente, naranjas heladas con éter.

—¿Con éter, Jacinto?

Mi amigo vaciló, esbozando con los dedos la ondulación de un aroma que se disipa.

—Es una cosa nueva... Según parece, el éter desarrolla, hace brotar el alma de las frutas...

Incliné mi ignorante cabeza y murmuré para mis profudidades:

—¡He aquí la civilización!

Y bajando por los Campos Elíseos, encogido en mi gabán, pensando en aquel plato simbólico, consideré la tosquedad y el petrificado atraso de mi Guiaes, donde desde hace siglos el alma de las naranjas permanece ignorada y desaprovechada dentro de los gajos zumosos, ¡por todas aquellas huertas que sombrean y perfuman el valle, desde la Roqueiriña a Sandofim! Ahora, sin embargo, gracias a Dios, en la convivencia de un iniciado tan excelso como Jacinto, comprendería yo todas las exquisiteces y todas las potencias de la civilización.

Y—¡mejor aún para mi afecto!—contemplaría la rareza de un hombre que, concibiendo una idea de la vida, la realiza, y a través de ella y por ella recoge la felicidad perfecta.

¡Realmente, bien se afirmaba este Jacinto como príncipe de la Gran Ventura!

III

Todas las mañanas, a las nueve, en el número doscientos dos, después de mi chocolate y todavía en zapatillas, entraba yo en el dormitorio de Jacinto. Encontraba a mi amigo bañado, afeitado, friccionado, envuelto en una bata blanca de piel de cabra del Tibet, ante su tocador, todo de cristal—a causa de los microbios—y repleto de esos utensilios de tortuga, marfil, plata, acero y madreperla que el hombre del siglo XIX necesita para no afear el suntuario conjunto de la civilización y mantener en ella su tipo. Los cepillos, sobre todo, renovaban cada día mi deleite y mi espanto, pues los había anchos como la rueda maciza de un carro sabino; estrechos y más recurvados que el alfange de un moro; cóncavos, en forma de teja aldeana; puntiagudos, en forma de hoja de hiedra; tiesos que ni unas cerdas de jabalí; ¡suaves que ni un plumaje de tórtola! De todos, fielmente, como amo que no desdeña a ningún siervo, se servía mi buen Jacinto. Y así, ante aquel espejo con moldura de follajes de plata, permanecía aquel príncipe pasándolos por su pelo durante catorce minutos.

Entre tanto, Grillo y otro criado, detrás de unos biombos de Kioto, de sedas labradas, manipulaban, con pericia y vigor, los aparatos de aseo, que eran sólo un resumen de las máquinas monumentales del cuarto de baño, la suma maravilla de aquel doscientos dos. En aquellos mármoles simplificados existían únicamente dos grifos, graduados desde cero hasta ciento; las dos duchas, fina y gruesa, para la cabeza; la fuente esterilizada para los dientes; el surtidor hirviendo para la barba; y más discretos botones aún, que, al ser pulsados, desencadenaban chorros, cascadas rumorosas o una leve llovizna estival. De aquel rincón pavoroso, donde unos delgados tubos mantenían en disciplinada servidumbre tantas aguas hirvientes y tantas aguas violentas, salió al fin mi buen Jacinto secándose las manos en una toalla de felpa; luego, en una de hilo; en otra de cuerda trenzada, para restablecer la circulación; en otra de seda floja, para dejar de nuevo tersa la piel. Después de aquel rito postrero, que le arrancaba a veces un suspiro y otras un bostezo, Jacinto, tumbado en el diván, hojeaba una agenda, donde se reunían, inscritas por Grillo o por él, las ocupaciones de su día, tan numerosas en ocasiones, que cubrían dos páginas.

Todas ellas se relacionaban con su sociabilidad, su civilización muy compleja o con los intereses que mi príncipe, en aquellos siete años, habíase creado para vivir en más consciente comunión con todas las funciones ciudadanas—Jacinto, en efecto, era presidente del Club de La Espada y el Blanco; socio comanditario del diario *Le Boulevard*; director de la Compañía de Teléfonos de Constantinopla; socio también de los Bazares Reunidos del Arte Espiritualista; miembro del Comité de Iniciación de las Religiones Esotéricas, etc.—. Ninguna de aquellas ocupaciones parecía, sin embargo, grata a mi amigo, porque, a pesar de la apacibilidad y armonía de sus maneras, con frecuencia arrojaba a la alfombra aquella agenda que le esclavizaba. Y una de esas mañanas de viento y nieve, cogiendo su libro opresor, encuader-

nado en piel de un suave tono rosa marchita, descubrí que mi buen Jacinto tenía, después del almuerzo, que hacer una visita en la calle de la Universidad, otra en el parque Monceau, otra entre las arboledas distantes de la Muette; asistir por fidelidad a una votación en el Club; acompañar a madame de Oriol a una exposición de abanicos; escoger un regalo de novia para la sobrina de los Trèves; comparecer en el funeral del viejo conde de Malville; presidir un tribunal de honor por una cuestión de escamoteo, entre unos caballeros, al *ecarté*... Y todavía se amontonaban otras notas, garrapateadas a lápiz por Jacinto: «Carrocero... *Five-o'clock* de los Efraims... La pequeña de las Variedades... Llevar la nota al periódico...» Contemplé a mi príncipe. Tendido en el diván, con los ojos lastimeramente cerrados, bostezaba con un bostezo enorme y mudo.

Pero los quehaceres de Jacinto empezaban muy pronto en el doscientos dos, después del baño. Desde las ocho el timbre del teléfono le llamaba con impaciencia, casi con cólera, como a un esclavo rezagado. Y apenas seco, dentro de su bata de piel de cabra del Tibet o de unos gruesos pijamas de piel color oro viejo, salía constantemente al comedor a cuchichear con individuos tan afanosos, que conservaban en la mano el paraguas goteando sobre la alfombra. Uno de ellos, siempre presente—y que pertenecía con seguridad a los Teléfonos de Constantinopla—era pavoroso, todo él chupado, tiznado, con unos dientes averiados, llevando debajo del brazo una enorme cartera grasienta, y disparando, entre el alto cuello de piel raída, como desde la abertura de un cubil, unos ojillos torvos y de rapiña. Sin cesar, inexorablemente, aparecía un criado, con tarjetas de visita en una bandeja... Luego eran proveedores de industria y de arte; tratantes en caballos, rubicundos y con gabán claro; inventores, con gruesos rollos de papeles; libreros de viejo, que traían en el bolsillo una edición «única», casi inverosímil, de Ulrico Zell o del *Lapidanus*. Jacinto circulaba aturdido por el doscientos dos, garrapateando sobre la cartera, llamando al teléfono, desatando nerviosamente paquetes, tropezando al pasar con algún emboscado que surgía de las sombras de la antesala ¡extendiendo como un trabuco su memorial o su catálogo!

Al mediodía, un batintín argentino o melancólico resonaba, llamando para el almuerzo. Con el *Figaro* o *Las Novedades* abiertas sobre el plato, yo esperaba siempre media hora a mi príncipe, que entraba como una ráfaga, consultando el reloj, exhalando con la cara extenuada su eterna queja:

—¡Qué pesadez! Y luego una noche abominable, enredada en pesadillas... Tomé sulforal, llamé a Grillo para que me friccionase con trementina... ¡Una pesadez!

Esparcía por la mesa una mirada ya harta. Ningún plato, por escogido que fuera, le seducía; y como a través de su tumulto matinal fumaba incontables cigarrillos que le resecaban, empezaba por inundarse con una inmensa copa de agua oxigenada, o carbonatada, o gaseosa, mezclada con un coñac raro, muy costoso, horriblemente endulzado, con moscatel de Siracusa. Luego, de prisa, sin gana, con la punta vacilante del tenedor, picaba aquí y allá un trozo de fiambre, o de langosta, y pedía con impaciencia el café, un café de Moka, enviado cada mes por un colono del Dedjah, hervido a la

turca, muy espeso, que él removía con un palillo de canela!

—¿Y tú qué vas a hacer, Pepe?

—¿Yo?

Recostado placenteramente en la silla, con los dedos metidos en los bolsillos del chaleco:

—¡Voy a vaguear, regaladamente, como un perro natural!

Mi solícito amigo, removiendo el café con el palito de canela, rebuscaba a través de la numerosa civilización de la ciudad una ocupación que me sedujese. Pero apenas sugería una exposición, o una conferencia, o monumentos o paseos, se encogía en seguida de hombros, desconsoladamente.

—¡En fin, no vale la pena, es una lata!

Encendía otro de los cigarrillos rusos, en que aparecía impreso su nombre, en oro, sobre la hoja. Atusándose con una prisa nerviosa las guías del bigote, escuchaba aún, a la puerta de la biblioteca, a su administrador, el grueso y majestuoso Laporte. Y, por último, seguido de un criado, que llevaba debajo del brazo un paquete enorme de periódicos para llenarle el *coupé*, el príncipe de la Gran Ventura se sumía en la ciudad.

*

Cuando el día social de Jacinto se presentaba más desahogado, y el cielo de marzo nos concedía cariñosamente un poco de azul aguado, salíamos después del almuerzo, a pie, por París. Aquellos lentos y errabundos paseos eran en otro tiempo, en nuestra época de estudiantes, un goce muy amado de Jacinto, porque en ellos saboreaba más intensa y minuciosamente la ciudad. Ahora, sin embargo, a pesar de mi compañía, sólo le producían una impaciencia y una fatiga que desentonaban desoladoramente con el antiguo e iluminado éxtasis. Con espanto—hasta con dolor, porque soy bueno y me entristece siempre el derrumbamiento de una creencia—descubrí, la primera tarde que bajamos a los bulevares, que el denso hormiguero humano sobre el asfalto y el sombrío torrente de los coches sobre el macadán afligían a mi amigo con la brutalidad de su prisa, de su egoísmo y de su estridencia. Apoyado y como refugiado en mi brazo, el nuevo Jacinto empezó a lamentarse de que las calles, en nuestra civilización, ¡no estuvieran pavimentadas con caucho! ¡El caucho representaba claramente, para mi amigo, la sustancia discreta que amortigua el choque y la aspereza de las cosas! ¡Oh maravilla! ¡Jacinto ansiando caucho, el caucho aislador, entre su sensibilidad y las funciones de la ciudad! Después no me permitió asombrarme ante aquellas doradas y espejeantes tiendas, que él consideraba en otro tiempo como los «preciosos museos del siglo XIX...»

—No vale la pena, Pepe Fernández. ¡Revelan una inmensa pobreza y sequedad de invención! Siempre los mismos florones Luis quince, siempre las mismas pieles... ¡No merece la pena!

Abría yo los ojos hacia aquel transformado Jacinto. Y me impresionaba sobre todo su horror a la multitud, hacia ciertos efectos de la multitud, sólo para él sensibles, y que él denominaba «las estelas».

—Tú no los notas, Pepe. Vienes de las sierras... ¡Pues esas estelas constituyen el áspero inconveniente de las ciudades! Es un perfume muy agudo y petulante, que una mujer lanza al pasar, y que se instala en el olfato, estropeando para todo el día el aire respirable. Es una frase que se sorprende en un grupo y que

revela un mundo de bellaquería, de estupidez o de petulancia, y que se nos queda adherida al alma, como una salpicadura, indicando la inmensidad del fango a cruzar. O si no, hijo mío, es una cara intolerable por la presunción, o por el mal gusto, o por la impertinencia, o por la dureza, y de cuya visión repulsiva no puede uno ya desprenderse... ¡Un horror esas estelas, Pepe Fernández! Por lo demás, ¡qué diablo!, son las pequeñas miserias de una civilización deliciosa.

Todo esto era especioso, tal vez pueril; pero para mí revelaba, en aquel ardiente devoto de la ciudad, el enfriamiento de su devoción. Aquella misma tarde, si recuerdo bien, bajo una luz suave y fina, entramos en el centro de París, en las calles largas, en los kilómetros de edificios, todos de color gris, erizados de chimeneas de negro cinc, con las ventanas siempre cerradas, los visillos siempre corridos, ahogando, ocultando la vida. Sólo ladrillo, sólo hierro, sólo argamasa, sólo estuco; líneas rectas, ángulos ásperos; todo seco, todo rígido. Y de los suelos a los tejados, por toda la fachada, tapando los balcones, cubriendo los muros, muestras y muestras de tiendas.

—¡Oh este París, Jacinto, este París tuyo! ¡Qué enorme, qué grosero bazar!

Y más para sondear a mi príncipe que por convicción, insistí en la fealdad y la tristeza de aquellas fincas, duros almacenes, ¡cuyos pisos son estantes donde se apiña la Humanidad! ¡Una Humanidad implacablemente catalogada y encajonada! La más vistosa y de lujo, en los estantes bajos, bien barnizados. La ordinaria y trabajadora, en los altos, en los desvanes, sobre tablas de pino al natural, entre el polvo y la carcoma.

Jacinto murmuró, con cara estremecida:

—¡Es feo, muy feo!

Y agregó en seguida, agitando en el aire su guante de gamuza:

—¡Pero qué maravilloso organismo, Pepe Fernández! ¡Qué solidez! ¡Qué producción!

En lo que Jacinto me parecía más renegado era en su antigua y casi religiosa afección por el Bosque de Bolonia. De muchacho creó sobre el bosque teorías complicadas y notables. Sostenía, con ojos centelleantes de fanático, que la ciudad iba cada tarde a robustecer en el Bosque su fuerza, consiguiendo, por la presencia de sus duquesas, de sus cortesanas, de sus políticos, de sus financieros, de sus generales, de sus académicos, de sus artistas, de sus *clubmen*, de sus judíos, la certeza consoladora de que toda su gente se mantenía en número, en vitalidad, en funcionamiento, ¡y de que ningún elemento de su grandeza había desaparecido ni acabado! «Ir al *Bois*» constituía entonces para mi príncipe un acto de consciencia. Y volvía siempre confirmando orgullosamente que la ciudad ¡poseía todos sus astros, garantizando la eternidad de su luz!

Ahora, sin embargo, me llevaba al Bosque sin fervor, indolentemente, al Bosque, donde yo, aprovechando la clemencia de abril, intentaba engañar mi nostalgia de arboledas. Mientras subíamos al noble trote de sus yeguas lustrosas, la avenida de los Campos Elíseos y la del Bosque, rejuvenecidas por los tiernos céspedes y el lozano verdear de los botones, Jacinto, lanzando el humo del cigarrillo por las ventanillas abiertas del *coupé*, seguía siendo el buen camarada, de amable vena, con

quien era grato filosofar por París. Pero no bien pasábamos las verjas doradas del Bosque y entrábamos en la avenida de las Acacias, colocándonos en la lenta fila de los coches de lujo y de alquiler, bajo el silencio correcto, sólo cortado por el chirriar de los frenos y por las ruedas lentas aplastando la arena, mi príncipe enmudecía, blandamente recostado en los almohadones, de donde no se despegaba más que para bostezar con hartura por su antigua costumbre de comprobar la presencia confortadora de «la gente, de los astros»; todavía algunas veces señalaba hacia un *coupé* o una victoria rodando con ruido rechinante en otra lenta fila, y murmuraba un nombre. Y así fuí conociendo la acarocolada barba hebraica del banquero Efraim; y la larga nariz patricia de madame de Trèves sobre una sonrisa perpetua; y las fláccidas mejillas del poeta neoplatónico Dornan, siempre derrengado en el fondo del fiacre; y los largos *bandós* prerrafaelistas y negros de madame Verghane; y el monóculo ahumado del director de *Le Boulevard;* y el bigotito vencedor del duque de Marizac, reinando desde lo alto de su faetón de guerra; y otras sonrisas aún inmóviles, y unas barbitas a lo Renacimiento, y párpados caídos, y ojos cansados, y cutis empolvados, todos ellos ilustres y de la intimidad de mi príncipe. Pero desde el final de la avenida de las Acacias volvíamos a bajar, a un paso refrenado, moliendo lentamente la arena; en la fila que subía, berlina detrás de landó, victoria detrás de fiacre, volvíamos a ver fatalmente el monóculo ahumado del hombre del *boulevard*, y los *bandós* furiosamente negros de madame Verghane, y el vientre derrengado del neoplatónico, y la barba talmúdica, y todas aquellas figuras de una inmovilidad de cera, superconocidas por mi camarada, con las que nos cruzamos y cruzamos todas las tardes a lo largo de los rememorados años, siempre con las mismas sonrisas, bajo los mismos polvos de tocador, en la misma inmovilidad de cera; entonces Jacinto no podía contenerse, y gritaba al cochero:

—¡A casa, de prisa!

Y era por la avenida del Bosque y por los Campos Elíseos, una fuga ardiente de las yeguas, a las que la anterior lentitud contenida, en un chirriar de frenos, entre otras yeguas también superconocidas por ellas, precipitaban en una exasperación comparable a la de Jacinto.

Para sondearle, yo difamaba el Bosque:

—¡Ya no es tan divertido, ha perdido su esplendor!...

Y él replicaba tímidamente:

—No, es agradable; no hay nada más agradable; pero...

Y culpaba a la frialdad de las tardes, o al despotismo de sus quehaceres. Regresábamos entonces al dosciendos dos, donde, en efecto, envuelto a poco en su bata blanca, ante la mesa de cristal, entre la legión de cepillos, con toda la electricidad luciendo, mi príncipe empezaba a vestirse para el servicio social de la noche.

Y fué precisamente una de aquellas noches—un sábado—cuando pasamos, en aquel cuarto tan civilizado y protegido, por uno de esos brutales y turbulentos terrores como sólo los produce la ferocidad de los elementos. Ya tarde, de prisa—comíamos con Marizac en el club para acompañarle después a *Lohengrin* en la Ópera—Jacinto perfilaba el nudo de su corbata blanca, cuando en el lavabo, bien porque se rompiese el tubo o se desoldase el grifo, el chorro de agua

hirviendo reventó furiosamente, humeante y silbando. Una densa neblina de vapor caliente veló las luces, y, perdidos en ella, percibimos, entre los gritos del criado y de Grillo, el chorro devastador chocando contra las paredes, y esparciendo una lluvia que escaldaba. Bajo nuestros pies, la alfombra empapada era un barrizal ardiente. Y como si todas las fuerzas de la Naturaleza, sometidas al servicio de Jacinto, se agitasen, animadas por aquella rebelión del agua, oímos ruidos sordos en el interior de las paredes, y por los cables de las luces eléctricas saltaron chispas amenazadoras. Huí por el corredor, donde se extendía la densa neblina. Había por todo el doscientos dos un tumulto de desastre. Ante el portal, atraídas por la humareda que se escapaba de los balcones, estaban la policía y una multitud. En la escalera tropecé con un reportero con el sombrero sobre la nuca y la carpeta abierta, gritando ansiosamente «si había muertos».

Dominada el agua, aclarada la bruma, encontré a Jacinto en medio del cuarto, en calzoncillos, lívido.

—¡Oh Pepe, esta labor nuestra!... ¡Qué impotencia, qué impotencia! Por segunda vez este desastre. Y ahora con aparatos perfectos y un nuevo procedimiento...

—Y yo inundado por ese nuevo procedimiento. Y sin otro frac.

Alrededor, las nobles sedas bordadas, los brocados Luis XIII, cubiertos de manchas negras, humeaban. Mi príncipe, pálido, secaba una fotografía de madame de Oriol, con los hombros descotados, que el brutal chorro había llenado de ampollas. Y yo, con rencor, pensaba que en mi Guiaes el agua se calentaba en seguras ollas, y subía a mi lavabo, por la mano fuerte de Catalina, en seguras jarras. No comimos con el duque de Marizac, en el club. Y en la Opera no saboreé *Lohengrin*, ni su alma blanca, ni su blanco cisne, ni sus blancas armas, apretado, molesto, agarrotado en las axilas por el frac que me dejó Jacinto y que olía de un modo mareante a flores de Nassari.

*

El domingo, muy temprano, Grillo, que el día anterior se había escaldado las manos y las llevaba vendadas y envueltas en seda, entró en mi cuarto, abrió las ventanas, y al borde del lecho, con su radiante sonrisa de negro:

—¡Viene en el *Figaro!*

Desdobló triunfalmente el diario. Eran, en los «Ecos», doce líneas, donde nuestras aguas rugían, corriendo a borbotones, con tanta magnificencia y tanta publicidad, que yo también sonreí, encantado.

—Y toda la mañana el teléfono, *siñó Fernandes*—exclamó Grillo, reluciente su ébano—. Que quieren saber, que quieren saber... «¿Está ahí? ¿Está escaldado?» París todo afligido, *siñó Fernandes*.

El teléfono, en efecto, repicaba, insaciable. Y cuando bajé para el almuerzo, el mantel desaparecía bajo una capa de telegramas, que mi príncipe abría con el cuchillo, ceñudo, rezongando contra aquella «lata». Sólo se apaciguó al leer uno de aquellos papeles azules que tiró encima de mi plato, con la misma sonrisa complacida con que sonreímos por la mañana Grillo y yo.

—Es del gran duque Casimiro... ¡Agradable bromista! ¡Pobre!

Saboreé, entre los huevos, el telegrama de su alteza. «¡Cómo! ¡Mi buen Jacinto inundado! Muy *chic* en los Campos Elíseos. No vuelvo al doscientos dos sin chaleco salvavidas. Compasivo abrazo. *Casimiro...*»

Murmuré también con deferencia: «Amable bromista. ¡Pobre!» Después, revolviendo lentamente el montón de telegramas que se extendía hasta mi copa:

—Oye, Jacinto. ¿Quién es esta Diana que te escribe sin cesar, te telefonea, te telegrafía, te...?

—¿Diana?... Diana de Lorge. Es una *cocotte*. ¡Una gran *cocotte!*

—¿Es tuya?

—Mía, mía... No. Tengo un poco de parte.

Y como lamentase yo que mi príncipe, un señor tan rico y de tan fino orgullo, por ahorrarse una gamella propia, se revolcase con otros en una gamella pública, Jacinto se encogió de hombros, con un camarón pinchado en el tenedor.

—Vienes de las sierras... Una ciudad como París, Pepe Fernández, necesita tener cortesanas de gran boato, de gran fastuosidad. Ahora bien: para sostener en París, en esta tremenda carestía de París, una *cocotte*, con sus vestidos, sus diamantes, sus caballos, sus criados, sus palcos, sus fiestas, su palacete, su publicidad, su descaro, es necesario que se agremien unas cuantas fortunas, que se forme un sindicato. Somos unos siete en el club. Yo pago una parte... Pero simplemente por civismo, por dotar a la ciudad de una *cocotte* monumental. Además, no me revuelco. ¡Pobre Diana!... De los hombros para abajo no sé siquiera si tiene la piel color de nieve o color limón.

Abrí unos ojos divertidos:

—¿De los ojos para abajo?... ¿Y para arriba?

—¡Oh! Para arriba va empolvada. Pero es una lata. Siempre cartitas, siempre recados telefónicos, siempre telegramas. Y tres mil francos al mes, además de las flores... ¡Una lata!

Y las dos arrugas de mi príncipe, a los lados de su nariz, inclinada sobre la ensalada, eran como dos valles muy tristes, al atardecer.

Acabábamos el almuerzo, cuando un criado, muy discretamente, con un murmullo, anunció a madame de Oriol. Jacinto dejó tranquilamente el veguero; yo casi me atraganté en un sorbo sobresaltado de café. Entre los reposteros de damasco color fresa apareció ella, toda de negro, de un negro liso y austero de Semana Santa, haciendo con el manguito un lindo gesto para tranquilizarnos. E inmediatamente, con una volubilidad suavemente modulada:

—Es un momento, no se levanten. Pasaba, iba hacia la Magdalena, no pude contenerme, quise ver los estragos... ¡Una inundación en París, en los Campos Elíseos! No hay nadie como este Jacinto. ¡Y viene en el *Figaro!* ¡Lo asustada que estaba cuando telefoneé! ¡Imagínense! Agua hirviendo como en el Vesubio. ¡Pero es de una novedad! Y, naturalmente, las telas y las alfombras estropeadas... ¡Estoy muerta de impaciencia por admirar las ruinas!

Jacinto, que no me pareció conmovido ni agradecido ante aquel interés, volvió a coger, risueño, su veguero:

—Está todo seco, señora mía, todo seco. Lo hermoso fué ayer, cuando el agua humeaba y rugía. ¡Qué lástima no se haya derrumbado, al menos, una pared!

Pero ella insistió. No todos los días se gozaba en París los destrozos de una inundación. Lo contaba el *Figaro*... Y era una aventura deliciosa una casa escaldada en plenos Campos Elíseos.

Toda su persona, desde las plumitas que se rizaban en su sombrero hasta la punta reluciente de las botitas de charol, se agitaba, vibraba,

como una rama tierna bajo la algarabía del pájaro trinando. Sólo la sonrisa, tras el espeso velo, conservaba un brillo inmóvil. Y se esparcía ya en el aire un aroma, una dulzura, emanadas de toda su movilidad y de toda su gracia.

Jacinto entre tanto cedió, alegremente: y por el corredor madame de Oriol elogiaba aún al amable *Fígaro*, confesando lo que había temblado... Volví a mi café, felicitando mentalmente al príncipe de la Gran Ventura por aquella perfecta flor de civilización que le perfumaba la vida. Pensé entonces en la delicada armonía en que se agitaba aquella flor. Y corrí vivamente a la antesala a comprobar ante el espejo mi peinado y el nudo de mi corbata. Después volví al comedor, y junto al balcón, hojeando lánguidamente *La Revista del Siglo XIX*, adopté una actitud elegante y culta. Casi inmediatamente reaparecieron ellos; y madame de Oriol, que, siempre sonriendo, se declaraba defraudada, no habiendo encontrado nada que recordase las aguas furiosas, se acercó a la mesa donde Jacinto buscaba, para ofrecerla, mandarinas de Malta, *marrons glacés* o una galleta mojada en vino de Tokai.

Ella lo rechazaba con las manos metidas en el manguito. No era alta ni fuerte, pero cada pliegue del vestido o de la capa caía y ondulaba armoniosamente, como perfecciones cubriendo perfecciones. Bajo el velo echado, sólo percibí la blancura del rostro empolvado y la negrura de los grandes ojos. Y con aquellas sedas y terciopelos negros, y un poco de cabello rubio, de un rubio cálido, retorcido apretadamente sobre las pieles que adornaban su cuello, toda ella esparcía una sensación de fina tersura. Yo la contemplaba porfiadamente como una flor de civilización; y pensaba en el secular trabajo y en la cultura superior que necesitaba el terreno donde ella había brotado tan delicadamente, ya abierta, en pleno perfume, más graciosa por ser flor de esfuerzo y de estufa, y trayendo en sus pétalos un no sé qué descolorido y prematuramente marchito.

Entre tanto, con su volubilidad de pájaro, charlando para mí o charlando para Jacinto, mostró ella un lindo espanto ante aquel montón de telegramas sobre el mantel.

—Todo, esta mañana y con motivo de la inundación... ¡Ah! Jacinto es hoy el hombre, el único hombre de París. ¿Muchas mujeres en esos telegramas?

Lánguidamente, con el puro humeante, mi príncipe empujó hacia su amiga el telegrama del gran duque. Entonces madame de Oriol lanzó un ¡ah! muy serio y muy sentido. Releyó con mucha atención el papel de su alteza., que sus dedos acariciaban con un ávido respeto. Y siempre grave y siempre seria:

—Es magnífico.

—¡Oh, ciertamente!

En aquel desastre todo había ocurrido con mucho esplendor, en un tono muy parisiense. Y la deliciosa criatura no podía entretenerse más, porque se había hecho reservar un sitio en la Magdalena para el sermón.

Jacinto exclamó, con ingenuidad:

—¿Sermón?... ¿Es ya la época de los sermones?

Madame de Oriol tuvo un movimiento de cariñoso escándalo y de pena. ¡Cómo! ¿Ni en la austera casa de los Trèves había notado la entrada de la Cuaresma? Por otra parte, no se extrañaba. Jacinto era un turco. E inmediatamente ensalzó al predicador, un fraile dominico, el padre Granou. ¡Oh, de una elocuencia! ¡Y de una violencia! En el último sermón predicó sobre el amor, la fragilidad de los amores mundanos. Y tuvo cosas de una inspiración, de una brutalidad... Y luego, ¡qué gesto!, un gesto terrible que aplastaba, en que se le subía toda la manga, mostrando el brazo desnudo, un brazo soberbio, muy blanco, muy fuerte.

Su sonrisa seguía siendo clara bajo la mirada que negreaba tras el velo negro. Y Jacinto, riendo:

—Un buen brazo de director espiritual, ¿eh? Para doblegar y aplastar almas.

Ella replicó:

—No. Desgraciadamente, el padre Granou no confiesa.

Y, rectificando de pronto, aceptó un bombón y una copa de tokai. Era necesario un cordial para afrontar las emociones del padre Granou. Los dos nos precipitamos cogiendo uno la botella y ofreciendo el otro el plato de bombones. Alzó el velo hacia los ojos, y mordisqueó el bombón, bebiendo el tokai. Y como Jacinto, fijándose casualmente en el sombrero que ella lucía, se inclinara con curiosidad, impresionado, madame de Oriol apagó la sonrisa, muy seria, ante una cosa seria:

—Elegante, ¿verdad? Es una creación completamente nueva de madame Vial. Muy respetuoso y muy sugestivo, ahora en la Cuaresma.

Su mirada que me envolvió, me invitaba también a admirar. Acerqué mi hocico de hombre de las sierras para contemplar aquella creación suprema del lujo cuaresmal. Era maravilloso. Sobre el terciopelo, en la sombra de las plumas rizadas, hundida entre encajes, prendida por un clavo, se posaba delicadamente, hecha de azabache, una corona de espinas.

Los dos nos extasiamos. Y madame de Oriol, con un movimiento y una sonrisa que esparcieron *más aroma y más luz*, salió presurosa hacia la Magdalena.

Mi príncipe se paseó sobre la alfombra con pasos pensativos y perezosos. Y bruscamente, encogiéndose de hombros con una determinación inmensa, como si moviese un mundo:

—Oye, Pepe Fernández, vamos a pasar este domingo en algún sitio sencillo y natural.

—¿En dónde?

Jacinto reviró los ojos muy abiertos, como si a través de la vida universal buscase ansiosamente una cosa natural y sencilla. Y luego, descansando en mí aquellos mismos ojos grandes que volvían de muy lejos, cansados y con poca ilusión:

—Iremos al Jardín de Plantas a ver la jirafa.

IV

Aquella fecunda semana, una noche volvíamos los dos de la Opera, cuando Jacinto, bostezando, me anunció una fiesta en el doscientos dos.

—¿Una fiesta?

—Iniciada por el pobre gran duque, que va a enviarme un pescado delicioso y muy raro que se pesca en la Dalmacia. Yo quería un almuerzo sencillo. El gran duque reclama una cena. Es un bárbaro, untado de literatura del siglo XVIII, que cree todavía en cenas, en París. Reuniré el domingo a tres o cuatro mujeres y a unos diez hombres muy representativos para divertirle. Te será provechoso. Hojearás París en un resumen. Pero es una amarga *lata*.

Sin el menor interés por su fiesta, Jacinto no se cansó en organizarla con relieve y esplendor. Encargó tan sólo una orquesta de zíngaros — los zíngaros, sus blusas rojas, la melancolía áspera de las czardas, aún en aquellos tiempos remotos emociona-

ban a París—, y mandó empalmar, en la biblioteca, el teatrófono con la Opera, con la Comedia Francesa, con el Alcázar y con los Bufos, previendo todos los gustos desde el trágico hasta el picaresco. Después, aquel domingo señalado, al atardecer, revisamos los dos la mesa de la cena, que resplandecía con las antiguas vajillas de *don Galeón*. Y la fastuosa profusión de orquídeas, en largas guirnaldas sobre el mantel bordado en seda, enroscadas a los fruteros de Sajonia, rebosando de los cristales tallados y afiligranados de oro, esparcía una tan fina sensación de lujo y de gusto, que murmuré: «¡Caramba, bendito sea el dinero!» Por primera vez también admiré el *office* y su instalación abundante y minuciosa, sobre todo los dos ascensores que venían de las profundidades de la cocina, uno para los pescados y las carnes, calentado por tubos de agua hirviendo, y otro para las ensaladas y helados, revestido de planchas frigoríficas. ¡Oh aquel doscientos dos!

A las nueve, sin embargo, bajando yo al despacho de Jacinto para escribir a mi buena tía Vicenta, mientras él se había quedado en el tocador con el manicuro que le hacía las uñas, sufrimos en aquel delicioso palacio, florido y de gala, un susto vulgar. Todas las luces eléctricas se apagaron de pronto en todo el doscientos dos. Con el inmenso temor a aquellas fuerzas universales, me precipité hacia la puerta, tropezando en la oscuridad, gritando un ¡a mí, socorro!, que trascendía a Guiaes. Jacinto, encima, chillaba con el manicuro agarrado al pijama. Y de nuevo, como sirvienta derrengada que vuelve arrastrando las zapatillas, la luz resurgió con lentitud. Pero mi príncipe, que había bajado, pálido, mandó buscar a un ingeniero a la Compañía Central de la Electricidad Urbana. Por precauciión, otro criado corrió a la tienda a comprar paquetes de velas. Y Grillo sacó ya de los armarios los candelabros abandonados, los pesados candelabros arcaicos de los tiempos anticientíficos de *don Galeón;* era una reserva de recios veteranos, para el caso pavoroso de que más tarde, en la cena, fallasen pérfidamente las fuerzas biñosas de la civilización. El electricista, que acudió jadeante, afirmó, sin embargo, que la electricidad se mantendría fiel, sin más disgustos. Yo escondí en mi bolsillo dos cabos de vela.

La electricidad se mantuvo fiel, sin disgustos. Y cuando bajé de mi cuarto, tarde—porque perdí el chaleco de baile, y sólo después de una búsqueda furiosa y maldiciente, lo encontré tirado detrás de la cama—, todo el doscientos dos refulgía, y los zíngaros, en la antesala, agitando sus melenas, interpretaban los compases de un vals tan arrebatador, que, por las paredes, los inmensos personajes de los tapices, Príamo, Néstor, el ingenioso Ulises, oscilaban y se agitaban sobre sus venerables pies.

Tímidamente, sin ruido, tirándome de los puños, entré en el despacho de Jacinto. Y me acogió en seguida la sonrisa de la condesa de Trèves, que, acompañada por el ilustre historiador Danjon—de la Academia Francesa—, recorría, maravillada, los aparatos, los instrumentos, toda la suntuosa mecánica de mi supercivilizado príncipe. Nunca me había parecido más majestuosa que con aquellas sedas color azafrán, los encajes cruzados sobre el seno a lo María Antonieta, el cabello crespo y rubio levantado en un moño sobre la cabeza dominadora, y la aguileña nariz patricia, cobijando la sonrisa siempre brillante, como un arco de puente cobija la flúida brillantez de un río. Recta como en un trono, con los largos impertinentes de concha pegados a los ojillos de un azul desvaído, escuchaba ella ante el grafófono y luego ante el micrófono, como unas melodías supremas, los comentarios que mi buen Jacinto iba haciendo precipitadamente con una amabilidad penosa. Y ante cada rueda, cada muelle, eran un asombro, un elogio finamente expresado, en que atribuía a Jacinto, con astuta ingenuidad, todos aquellos inventos del saber. Los utensilios misteriosos que colmaban la mesa de ébano fueron para ella una iniciación que la extasió. ¡Oh el aparato «foliador»!, ¡oh el «pegador de sellos»!

La caricia prolongada de sus dedos afilados calentaba los metales. Y solicitó las señas de los fabricantes para proveerse de todas aquellas cosas útiles y adorables. ¡Qué fácil y llana resultaba la vida así provista! Aunque se necesitaban el talento y el gusto de Jacinto para escoger, para «crear». Y no sólo a mi amigo—que la recibía con resignación—ofrendaba ella la fina miel. Acariciando con el mango de los impertinentes el telégrafo, encontró la posibilidad de recordar la elocuencia del historiador. Incluso para mí—cuyo nombre ignoraba—, tejió junto al fonógrafo, y acerca de las «voces de amigos que es grato coleccionar», una pequeña lisonja redondeada y brillante, que yo chupé como un caramelo celestial. Como una buena granjera que va arrojando el grano a las gallinas hambrientas, a cada paso y maternalmente, nutría ella una vanidad. Ansioso de otro caramelo, acompañé su cola susurrante y color azafrán. Se detuvo ante la máquina de calcular, de la que Jacinto ya le había dado pacientemente una sabia explicación. Rozó de nuevo los orificios desde donde acechaban los números negros, y con su sonrisa exsiada murmuró:

—Prodigiosa esta prensa eléctrica...

Jacinto interrumpió:

—No, no. Esta es...

Pero ella sonreía y continuaba... Madame de Trèves no había entendido ningún aparato de mi príncipe. Madame de Trèves no había atendido a ninguna disertación de mi príncipe. En aquel gabinete de suntuosa mecánica, ella se había dedicado únicamente a practicar, con provecho y perfección, el arte de agradar. Toda ella era una sublime falsedad. No oculté a Danjon la admiración que me sobrecogía.

El facundo académico reviró sus ojos saltones:

—¡Oh! ¡Es de un gusto, de una inteliencia, de una seducción!... Y, además, ¡qué bien se come en su casa! ¡Qué café! Mujer superior, mi querido señor, verdaderamente superior.

Me deslicé hacia la biblioteca. En la misma entrada de la erudita pieza, junto al estante de los Padres de la Iglesia, donde algunos caballeros conversaban, me detuve a saludar al director de *Le Boulevard* y al psicólogo feminista, al autor de *Triple corazón*, con quien el día anterior había casi intimado en el almuerzo del doscientos dos. Su acogida fué paternal, y como si necesitase de mi presencia, retuvo en su mano ilustre, rutilante de sortijas, con fuerza y avidez, mi gruesa palma serrana. Todos aquellos señores, en efecto, celebraban su novela *La coraza*, lanzada aquella semana, entre gritos de gozo y un cálido rumor de faldas alborozadas. Uno sobre todo, con una gran cabeza de hechura a lo Van Dyck que parecía postiza, proclamaba, empinado sobre las puntas de los pies, que nunca había penetrado tan honda-

mente, en la vieja alma humana, la punta de la Psicología experimental. Todos coincidían, se apretaban contra el psicólogo, llamándole «maestro». Yo mismo, que ni siquiera había visto la portada amarilla de *La coraza*, pero hacia quien él volvía los ojos pedigüeños y hambrientos de más miel, murmuré, con un leve silbido:

—Una delicia.

Y el psicólogo, radiante, con los labios húmedos, atiesado en un alto cuello al que se enrollaba una corbata a lo 1830, confesaba modestamente que había disecado todas aquellas almas de *La coraza* con «cierto cuidado», sobre documentos y trozos de vida aún palpitantes, sangrando todavía... Y entonces fué cuando Marizac, el duque de Marizac, observó, con una sonrisa más afilada que el rebrillar de una navaja, y sin sacar las manos de los bolsillos:

—Sin embargo, mi querido amigo, en ese libro tan profundamente estudiado hay un error muy extraño, muy curioso.

El psicólogo volvió vivamente la cabeza:

—¿Un error?

¡Oh, sí, un error! Y muy inesperado en un maestro de tanta experiencia. Y era el de achacar a la espléndida enamorada de *La coraza*, a una duquesa y del gusto más depurado, *un corpiño de raso negro*. Ese corpiño, así, negro y de raso, aparecía en la página de análisis y de pasión en que ella se desnudaba en la alcoba de Ruy de Alice. Y Marizac, siempre con las manos en los bolsillos, más grave, apelada a aquellos señores. Era inverosímil, en una mujer como la duquesa, estética, prerrafaelista, que se vestía en Doucet, en Paquin, en los modistos intelectuales, un corpiño de raso negro.

El psicólogo enmudeció, sobrecogido, traspasado. Marizac era una autoridad tan suprema en las ropas íntimas de las duquesas, que al atardecer, en alcobas de muchachos, ¡por impulsos idealistas y anhelos de alma dolorida, se quedan en corpiño y enaguas! Por otra parte, el director de *Le Boulevard* condenó en seguida, inexorablemente, con firme experiencia, aquel corpiño, sólo admisible en alguna tendera atrasada que buscase aún afectos de una carne rolliza sobre raso negro. Y yo, para que no me juzgasen ajeno a las cosas de los adulterios ducales y al lujo, intervine, pasándome los dedos por el pelo:

—Realmente, negro, sólo si hubiera estado de luto riguroso por su padre.

El pobre maestro de *La coraza* sucumbió. Era su gloria de doctor en elegancias femeninas derruídas, y todo París suponiendo que él nunca había visto a una duquesa desabrocharse el corpiño en su alcoba de psicólogo. Entonces, pasándose el pañuelo por los labios resecos de angustia, confesó el error, atribuyéndolo humildemente a una improvisación tumultuosa:

—Ha sido un tono falso, un tono perfectamente falso que se me escapó. En efecto: es absurdo un corpiño negro. Incluso por armonía con el estado de alma de la duquesa, debería ser lila, tal vez color reseda muy suave, con blandos encajes antiguos de Malinas. Es prodigioso cómo se me escapó. Pues tengo mi cuaderno de entrevistas bien anotadas, bien documentadas.

En su amargura, terminó por rogar a Marizac que difundiera por todas partes, en el club, en los salones, su confesión. Era una equivocación del artista, que trabaja febrilmente, sumido en las almas, perdido en las profundidades negras de las almas.

No se fijó en el corpiño, confundió los tonos. Gritó con los brazos extendidos hacia el director de *Le Boulevard*:

—Estoy dispuesto a hacer una rectificación en una interviú, mi querido maestro. Envíeme a uno de sus redactores. Mañana, a las diez. Hacemos una interviú, fijamos el color. Evidentemente, es lila. Mándeme uno de sus hombres, querido maestro. Será también una ocasión para confesar yo, muy alto, los servicios que *Le Boulevard* ha prestado a las ciencias psicológicas y feministas.

Así suplicaba aquel hombre, recostado en el estante, sobre los tejuelos de los Santos Padres. Y yo me aparté de prisa viendo al fondo de la biblioteca a Jacinto, que se debatía y se negaba entre dos invitados.

Eran los dos hombres de madame de Trèves, el marido, el conde de Trèves, descendiente de los reyes de Candía, y el amante, el terrible banquero judío, David Efraim. Y tan apasionadamente atacaban a mi príncipe, que no me reconocieron, llamándome los dos con un apretón de mano blando y vago, «querido conde». En un destello, rebuscando vegueros sobre la mesa de limoncillo, comprendí que se estaba tramando la Compañía de las Esmeraldas de Birmania, horrenda empresa en la que refulgían millones, y para la cual los dos confederados de bolsa y alcoba, pedían, desde primero de año, el nombre, la influencia y el dinero de Jacinto. El se resistía, ahito de negocios, desconfiando de aquellas esmeraldas, enterradas en un valle de Asia. Y ahora el conde de Trèves, un hombre macilento, de cara chupada erizada de barba rala, bajo una frente redonda y amarilla como un melón, aseguraba a mi pobre príncipe que del prospecto ya preparado, demostrando la grandiosidad del negocio, brotaba un fulgor de las *Mil y una noches*. Pero, sobre todo, aquella excavación de esmeraldas atraía a todo espíritu culto por su acción civilizadora. Era una corriente de ideas occidentales, invadiendo, educando a Birmania. El había aceptado la dirección por patriotismo .

—Además, es un negocio de joyas, de arte, de progreso, que debe de ser realizado en un mundo superior, entre amigos.

Y al otro lado, el terrible Efraim, pasándose la corta y gruesa mano por su bella barba, más rizada y negra que la de un rey asirio, afianzaba el éxito de la empresa por las grandes potencias que en ella participaban, los Nagayers, los Bolsans, los Saccart...

Jacinto fruncía el ceño, enervado:

—Pero, al menos, ¿están hechos los estudios? ¿Se ha demostrado ya que hay esmeraldas?

Tanta ingenuidad e x a s p e r ó a Efraim:

—¡Esmeraldas! ¡Claro que hay esmeraldas! Hay siempre esmeraldas en cuanto hay accionistas.

Y yo admiraba la grandeza de aquella máxima, cuando apareció, jadeante, desdoblando el pañuelo, muy perfumado, uno de los familiares del doscientos dos, Todelle—Antonio de Todelle—, joven ya calvo, de infinitas dotes, que dirigía cotillones, imitaba a cantores de *café concert*, condimentaba ensaladas raras y conocía todos los enredos de París.

—¿Ha venido ya? ¿Está aquí ya el gran duque?

—No, su alteza no había llegado aún.

—¿Y madame de Todelle?

—No puede venir. En el sofá... Se ha desollado una pierna.

—¡Oh!

—Casi nada... Se cayó de la bicicleta.

Y Jacinto, interesado, en seguida:

—¡Ah! ¿Madame de Todelle monta ya en bicicleta?

—Aprende. No tiene bicicleta. Ahora, en Cuaresma, se dedicó más a ello, en la bicicleta del padre Ernesto, el cura de San José. Pero ayer, en el Bosque, ¡zas!, al suelo. Una pierna desollada. Aquí.

Y en su propio muslo dibujó vivamente con la uña la desolladura. Efraim, serio y brutal, murmuró:

—¡Diablo! Es el mejor sitio.

Pero Todelle no le oyó, corriendo hacia el director de *Le Boulevard*, que avanzaba lento y barrigudo, con su monóculo ahumado semejante a un pachón. Los dos se recostaron en un estante, cuchicheando largamente.

Jacinto y yo entramos entonces en el billar, forrado de viejos cueros de Córdoba y donde se fumaba. En la esquina de un diván, el gran Dornan, el poeta neoplatónico y místico, el maestro sutil de todos los ritmos, despatarrado en los almohadones, con un pie debajo del grueso muslo, como un dios indio, desabrochados dos botones del chaleco, con la papada caída sobre el ancho cuello, chupaba majestuosamente un inmenso veguero. Junto a él, también sentado, un viejo que no había yo visto nunca en el doscientos dos, esbelto, de pelo blanco y rizoso, echado por detrás de las orejas, con la cara empolvada, un bigotito muy negro y retorcido, terminaba, sin duda alguna, cuento de buena sal gorda, porque ante el diván, en pie, Joban, el crítico supremo del teatro, reía con la calva enrojecida de gozo, y un joven muy rubio—descendiente de Coligny—, de perfil de periquito, agitaba los brazos, cortos como alas, y chillaba:

—¡Delicioso! ¡Divino!

Sólo el poeta idealista permanecía impasible, en su obesa majestad. Pero cuando nos acercamos, aquel maestro del ritmo perfecto, después de lanzar una densa bocanada y de saludarme con un pesado movimiento de párpados, comenzó con una voz de rico y sonoro metal:

—Los hay mejores, infinitamente mejores. Todos aquí conocen a madame Noredal. Madame Noredal tiene unas enormes nalgas...

Por desgracia para mi deleite, Todelle invadió el billar, requiriendo a Jacinto a gritos. Eran las señoras que deseaban oír en el fonógrafo un aria de la Patti. Mi amigo se encogió de hombros, con sorda irritación:

—¡Un aria de la Patti!... ¡Y yo qué sé! Todos los cilindros están revueltos. Además, el fonógrafo funciona mal. ¡Ni siquiera funciona! Tengo tres, y ninguno funciona.

—¡Bien! — exclamó, alegremente, Todelle—. Les cantaré yo la *Pauvre fille*. Es más para una cena. *Oh, la pauv, pauv, pauv...*

Se cogió de mi brazo, y arrastró mi timidez serrana hacia el salón color de rosa mustia, donde, como diosas en un círculo escogido del Olimpo, resplandecían madame de Oriol, madame Verghane, la princesa de Carman y otra dama rubia, con gruesos brillantes en el claro pelo, y con los hombros, los brazos y el seno tan desnudos, que su vestido blanco con bordados de oro pálido parecía una camisa, escurriendo. Impresionado, detuve a Todelle, y rugí en voz baja:

—¿Quién es?

Pero el festivo individuo corría hacia madame de Oriol, con quien reían, en una familiaridad superior y fácil, Marizac—el duque—y un joven de una barba color trigo y más leve que el plumón, que se balanceaba grácilmente sobre sus pies, como una espiga bajo el viento. Y yo, recostado en el piano, me restregaba lentamente las manos, amasando mi turbación, cuando madame Verghane se levantó del sofá, donde conversaba con un viejo—que ostentaba la gran cruz de San Andrés—, y avanzó, se deslizó sobre la alfombra, pequeña y rolliza, con su larga cola de terciopelo verdinegro. Tan fino era el talle, entre los hombros carnosos y la amplitud del pecho, todo desnudo y nacarino, que yo temía que se partiese por la mitad, en su lento ondular. Sus famosos bandós negros, de un negro furioso, le tapaban por completo las orejas; y en el gran aro de oro que los rodeaba, refulgía una estrella de brillantes, como en la frente de los ángeles de Botticelli. Conociendo, sin duda, mi autoridad en el doscientos dos, me dedicó al pasar, como un rayo benéfico, una sonrisa que humedecía más aún los líquidos ojos, y murmuró:

—¿Vendrá con seguridad el gran duque?

—¡Oh! Con toda seguridad, señora. Para el pescado.

—¿Para el pescado?

Pero justamente rompió a sonar en la antesala, con redobles y compases triunfales, la marcha de Rakoczy. ¡Era él! En la biblioteca nuestro retumbante mayordomo anunció:

—¡Su alteza real el gran duque Casimiro!

Madame de Verghane, con un breve suspiro de emoción, hizo palpitar su pecho, como para mostrar mejor su magnificencia ebúrnea. Y el hombre de *Le Boulevard*, el viejo de la gran cruz, Efraim, me empujaron casi, arremetiendo hacia la puerta, en la inmensa ansiedad por la persona real.

Precedido por Jacinto, surgió el gran duque. Era un hombre fornido,

de puntiaguda barba, ya canosa, un poco calvo. Durante un momento vaciló con un lento balanceo sobre los pies pequeños, calzados con zapatos lisos, casi ocultos bajo los pantalones muy largos. Después, pesado y risueño, fué a estrechar la mano a las señoras, que se sumergían en los terciopelos y las sedas, en las reverencias de corte. E inmediatamente, palmeando jovialmente en el hombro de Jacinto:

—¿Y el pescado? Preparado según la receta que le mandé, ¿verdad?

Un murmullo de Jacinto tranquilizó a su alteza.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!—exclamó, con su vozarrón de mando—. ¡Que yo no he comido, no he comido en absoluto! Es que se está comiendo deplorablemente en casa de José. Pero, ¿por qué se va a comer todavía a José? Siempre que vengo a París pregunto: «¿Dónde se come ahora?» ¡En casa de José! ¡Cómo! ¡No se come! Hoy, por ejemplo, chochas... ¡Una peste! No tienen, no, noción de las chochas.

Sus ojos azulados, de un azul sucio, brillaban, dilatados por la indignación:

—París está perdiendo todas sus superioridades. ¡Ya no se come en París!

Entonces, a su alrededor, aquellos señores asintieron, desolados. El conde de Trèves defendió el Bignon, donde se conservaban nobles tradiciones. Y el director de *Le Boulevard*, que se inclinaba hacia su alteza, atribuía la decadencia de la cocina en Francia a la República, al gusto democrático y torpe por lo barato.

—Todavía en Paillard... — insinuó Efraim.

—¡En Paillard!—gritó en seguida el gran duque—. ¡Pero los Borgoña son tan malos! ¡Los Borgoña son tan malos!...

Dejó caer los brazos, los hombros, descorazonado. Después, con su lento andar balanceado como el de un viejo piloto, echando un poco hacia atrás las solapas del frac, fué a saludar a madame de Oriol, que refulgió toda, en la sonrisa, en los ojos, en las joyas, en cada pliegue de sus sedas color salmón. Pero apenas la clara y tersa criatura, abriendo el abanico como un ala alegre, empezó a charlar, su alteza se fijó en el aparato del teatrófono, colocado sobre una mesa entre flores, y llamó a Jacinto:

—¿En comunicación con el Alcázar?... ¿El teatrófono?

—Ciertamente, señor.

¡Excelente! ¡Muy *chic!* El se había quedado con la pena de no haber oído a Gilberte en una canción nueva, *Les casquettes* (1). ¡Las once y media! Era justamente la hora en que ella cantaba, en el último acto de la *Revista eléctrica*... Pegó las orejas a los dos receptores del teatrófono, y permaneció embebido, con una arruga seria en la dura frente. De pronto, con una orden enérgica:

—¡Es ella! ¡Chist! ¡Vengan a escuchar!... ¡Es ella! ¡Vengan todos! ¡Princesa de Carman, hacia aquí! ¡Todos! ¡Es ella! ¡Chist!...

Entonces, como Jacinto había instalado generosamente dos teatrófonos, provistos cada uno de doce hilos, las señoras y todos aquellos caballeros se aprestaron a acercarse sumisamente un receptor al oído y a permanecer inmóviles para saborear *Les casquettes*. Y en el salón color rosa mustia, en la nave de la biblioteca, donde se hizo un silencio augusto, sólo yo quedé desligado del teatrófono, con las manos en los bolsillos y ocioso.

En el reloj monumental, que señalaba la hora de todas las capitales y el movimiento de todos los planetas, la manilla calada se adormeció. Sobre la mudez y la inmovilidad pensativa de aquellas espaldas, de aquellos descotes, la electricidad refulgía con una tristeza de sol helado. Y de cada oreja atenta, que la mano tapaba, pendía un hilo negro como una tripa. Dornan, acodado sobre la mesa, cerró los párpados en una meditación de monje obeso. El historiador de los duques de Anjou, con el receptor en la punta delicada de los dedos, alzando la nariz aguda y triste, cumplía gravemente un deber palaciego. Madame de Oriol sonreía, toda lánguida, como si el hilo le murmurase ternuras. Para desentumecerme, arriesgué un paso tímido. Pero cayó en seguida sobre mí un *chist* severo del gran duque. Reculé hacia las cortinas del balcón, a cobijar allí mi ociosidad. El psicólogo de *La coraza*, alejado de la mesa, con su largo hilo estirado, se mordía el labio en un esfuerzo de penetración. La beatitud de su alteza, sepultado en una amplia poltrona, era perfecta. A su lado, el cuello de madame Verghane ondulaba como una ola de leche. Y mi pobre Jacinto, con concienzuda aplicación, se inclinaba sobre el teatrófono tan tristemente como sobre una sepultura.

Entonces, ante aquellos seres de superior civilización, sorbiendo en un silencio devoto las obscenidades que la Gilberte les chillaba, por debajo del suelo de París, a través de unos hilos enterrados en las alcantarillas, ceñidos a los tubos de la inmundicia, pensé en mi aldea adormecida. La luna en creciente que, seguida de una estrellita, corría entre nubes sobre los tejados y las chimeneas negras de los Campos Elíseos, también brillaba allí huyendo, más brillante y más suave, por encima de los pinares. Las ranas croaban a lo lejos en la poza de la Dama. La pequeña ermita de San Joaquín blanqueaba en el cerro, desnuda y cándida.

(1) Gorras. *Sic* en el texto.

Una de las señoras murmuró:

—¡Pero si no es la Gilberte!...

Y uno de los hombres:

—Parece un cornetín...

—Ahora suenan aplausos...

—No, es Paulin.

El gran duque lanzó un *chist* feroz. En el corral de nuestra casa ladraban los perros. Al otro lado del río contestaban los perros de Juan Saranda. ¿Cómo me encontré bajando por una reguera, bajo la enramada, con mi cayado al hombro? Y percibía entre la seda de las cortinas, en un fino aire suave, el olor de las piñas estallando en las chimeneas, el calor de los establos a través de los setos altos, y el susurro soñoliento de los canales de riego...

Desperté con un grito que no salió ni de los corrales ni de las sombras. Era el gran duque que se levantó, encogiéndose furiosamente de hombros:

—¡No se oye nada!... ¡Sólo chillidos! ¡Es un zumbido! ¡Qué pesadez!... Pues es una preciosidad la canción:

Oh les casquettes,
Oh les casque-ee-ttes!...

Todos soltaron los hilos, proclamando a Gilberte deliciosa. Y el mayordomo bendito, abriendo ampliamente las dos hojas, anunció:

—*Monseigneur est servi!*

En la mesa, que, por el esplendor de las orquídeas, mereció los elogios ruidosos de su alteza, estuve entre el etéreo poeta Dornan y aquel joven del plumón rubio que se balanceaba como una espiga bajo el viento. Después de desdoblar la servilleta y de colocarla placenteramente sobre las rodillas, Dornan desenganchó de la cadena del reloj unos grandes lentes para recorrer el *menú*, que aprobó. E inclinando hacia mí su cara de apóstol obeso:

—Este oporto de mil ochocientos treinta y cuatro, aquí, en casa de Jacinto, debe de ser auténtico, ¿eh?

Afirmé al maestro de los ritmos que el oporto había envejecido en las bodegas clásicas del abuelo *Galeón*. El apartó, con metódica preparación, las largas y espesas hebras del bigote que le crubrían la abultada boca. Los criados servían un *consommé* frío con trufas. Y el joven color de trigo, que esparcía por la mesa su mirada azul y dulce, murmuró, con un desconsuelo risueño:

—¡Qué pena! ¡Sólo faltan aquí un general y un obispo!

En efecto. Todas las clases dominantes comían en aquel momento las trufas de mi buen Jacinto. Pero, enfrente, madame de Oriol lanzó una risa más cantarina que un gorjeo. El gran duque, en la guirnalda de orquídeas que adornaba su pesto, notó una, sombriamente horrenda, semejante a un alacrán verde claro, de alas lustrosas, gordo y repleto de veneno, y muy delicadamente ofreció la monstruosa flor a madame de Oriol, que, con su risa de trinos, se la puso solemnemente en el pecho. Unido a aquella carne tersa, de una blancura de nata fina, el alacrán se hinchó, más verde, con alas temblorosas. Todos los ojos se encendieron, clavados en el lindo seno, cuyo encanto salpimentaba la deforme flor de color venenoso. Ella triunfaba, radiante. Para colocar mejor la orquídea, sus dedos ensancharon el escote, exponiendo bellezas, guiando aquellas curiosidades que la desnudaban. La cara arrugada de Jacinto se inclinaba hacia el plato vacío. Y el elevado lírico del *Crepúscu-*

lo *místico*, pasándose la mano por las barbas, murmuró, con desdén:

—Bella mujer... Pero con caderas escurridas, y apuesto a que no tiene nalgas.

Entre tanto, el joven del rubio plumón volvió a su extraña lamentación. ¡No tener entre nosotros un general con su espada ni un obispo con su báculo!...

—¿Y para qué, mi querido señor? Hizo él un suave ademán, en que todas sus sortijas refulgieron:

—Para tirar una bomba de dinamita. Tenemos aquí un espléndido ramillete de flores de civilización, con un gran duque en medio. ¡Imagínese una bomba arrojada desde la puerta!... ¡Qué bello final de cena en un final de siglo!

Y como le mirase yo asombrado, él, bebiendo unos sorbitos de Château-Yquem, declaró que hoy la única emoción, verdaderamente fina, sería aniquilar la civilización. Ni la ciencia, ni las artes, ni el dinero, ni el amor, podían ya dar un goce intenso y real a nuestras almas ahitas. Todo el placer que se sacaba de crear estaba agotado. Sólo quedaba ahora el divino placer de *destruir*.

Explayó aún otras enormidades, con una risa clara en los claros ojos; pero yo no atendía al gentil pedante, invadido por otra preocupación, notando que a nuestro alrededor, de pronto, todo el servicio se había paralizado como en el cuento de la Bella Durmiente. Y el plato que correspondía era el pescado famoso de la Dalmacia, el pescado de su alteza, el pescado inspirador de la fiesta. Jacinto, nervioso, aplastaba entre sus dedos una flor. Y todos los criados desaparecidos.

Afortunadamente, el gran duque contaba la historia de una cacería en los cotos de Servan, en que una señora, esposa de un banquero, cayó bruscamente del caballo en un descampado sin árboles. El y todos los cazadores se detuvieron, y la galante señora, lívida, con el traje de amazona arremangado, corrió detrás de un peñasco... Pero no supimos nunca qué hizo la banquera en aquel descampado, agachada detrás de la piedra, porque precisamente en aquel instante el mayordomo apareció, brillante de sudor, y balbució una confidencia a Jacinto, que se mordió el labio, agitado. El gran duque enmudeció. Todos se miraban con alegre ansiedad. Entonces mi príncipe, con paciencia y heroicidad, forzando débilmente una sonrisa:

—Amigos míos, ocurre una desgracia...

Dornan saltó en su silla:

—¿Fuego?

No, no era fuego. Era el torno de los platos, que, inesperadamente, al subir el pescado de su alteza, se había descompuesto y no se movía, encajado allí.

El gran duque tiró la servilleta. Toda su cortesía se desprendió como un esmalte mal adherido:

—¡Esto sí que es bueno!... ¡Un pescado que me dió tanto trabajo! ¿Para qué estamos entonces aquí, cenando? ¡Qué estupidez! ¿Y por qué no lo trajeron a mano, sencillamente? ¡Descompuesto!... ¡Quiero verlo! ¿Dónde está el *office?*

Y furiosamente avanzó hacia el *office*, conducido por el mayordomo, que tropezaba, doblando la espalda ante aquella abrumadora cólera de príncipe. Jacinto los siguió, como una sombra, en la ráfaga producida por su alteza. Y yo no pude contenerme, y me lancé también hacia el *office*, para contemplar el desastre, mientras Dornan, palmeándose el muslo, pedía que se cenase sin pescado.

Allí estaba el gran duque, asomado al pozo oscuro del torno, donde

se hundía una vela que enrojecía más su cara congestionada. Miré por encima de su hombro real. Abajo, en la oscuridad, sobre una ancha tabla, blanqueaba el precioso pescado, colocado en la bandeja, humeante aún, entre rodajas de limón. Jacinto, blanco como su corbata, torturaba desesperadamente el muelle complicado del torno. Después fué el gran duque quien, con las muñecas velludas, dió un tremendo tirón a las cuerdas con las que funcionaba. En vano. El aparato se agarrotaba con una inercia de bronce eterno.

Unas sedas rozaron la entrada del *office*. Era madame de Oriol, y detrás madame Verghane, con los ojos chispeantes, en la curiosidad de aquel incidente en que el príncipe ponía tanta pasión. Marizac, nuestro íntimo, surgió también risueño, proponiendo el descenso al pozo con escaleras. Después fué el psicólogo el que se aproximó, hizo psicología, atribuyendo propósitos sagaces al pescado que así se negaba. Y a cada uno de ellos el gran duque, congestionado, le señalaba con un dedo trágico, en el fondo del agujero, su pescado. Todos hundían la cara murmurando: «¡Ahí está!» Todelle, en su precipitación, estuvo a punto de caerse. El «periquito» descendiente de Coligny batía las alas, chillando:

—¡Qué olor echa, qué delicia!

En el *office*, repleto, los escotes de las señoras rozaban la librea de los criados. El viejo empolvado metió el pie en un cubo de hielo, con un berrido feroz. Y el historiador de los duques de Anjou movía por encima de todos su nariz picuda y triste.

De repente, Todelle tuvo una idea.

—Sí, es muy sencillo. No hay más que pescar el pez.

El gran duque se dió una palmada triunfal en el muslo. Claro estaba. Pescar el pez. Y en la alegría de aquella broma, tan rara y tan nueva, toda su cólera se disipó, volvió a ser el príncipe amable, de magnífica cortesía, deseando que las señoras se sentasen para asistir a la pesca milagrosa. El mismo sería el pescador. No se necesitaba para la divertida hazaña más que un bastón, un cordel y una horquilla. Inmediatamente madame de Oriol, excitada, ofreció una de sus horquillas. Apiñados a su alrededor, oliendo su perfume, sintiendo el calor de su piel, todos elogiamos su amable contribución. Y el psicólogo declaró que nunca se había pescado con tan divino anzuelo.

Cuando dos criados aturdidos volvieron trayendo un bastón y un cordel, ya el gran duque, radiante, había doblado la horquilla en forma de anzuelo. Jacinto, con una paciencia lívida, alzaba una lámpara sobre la oscuridad del hondo pozo. Y los señores más serios, el historiador, el director de *Le Boulevard*, el conde de Trèves, el individuo de la cabeza a lo Van Dick, sonreían, amontonados en la puerta, con un interés respetuoso por la fantasía de su alteza. Madame de Trèves examinaba serenamente con sus nobles impertinentes la instalación del *office*. Sólo Dornan no se levantó de la mesa, con los puños cerrados sobre el mantel, el gordo cuello metido, con el tedio sombrío de la fiera a la que le arrancan la tajada.

Entre tanto, su alteza pescaba con fervor. Pero en vano. La horquilla, poco aguda, sin peso, bamboleándose al extremo del cordel flojo, no enganchaba.

—¡Oh, Jacinto, levante esa luz! —gritaba, hinchado y sudoroso—. ¡Más! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Es en la agalla! ¡Sólo puede prenderlo la

horquilla en la agalla! ¡Ahora! ¡Quia! ¡Qué diablo! ¡No sirve!

Sacó la cara del pozo, resoplando y apenado. No era posible. Sólo unos carpinteros con palancas... Y todos ansiosamente, gritamos que se renunciase al pescado.

El príncipe, risueño, sacudiéndose las manos, estaba conforme en que, finalmente, «había sido más divertido pescarlo que comerlo». Y la elegante pandilla refluyó ávidamente hacia la mesa, a los sones de un vals de Strauss, que los zíngaros acometieron con compases de lánguido ardor. Sólo madame de Trèves se quedó todavía allí, reteniendo a mi pobre Jacinto para asegurarle cuánto admiraba el arreglo de su *office*. ¡Oh, perfecta! ¡Qué comprensión de la vida, qué fina inteligencia consoladora!

Su alteza, encalmado por el esfuerzo, vació enérgicamnte dos copas de Château-Lagrange. Todos le aclamaron como a un pescador genial. Y los criados sirvieron el *Barón de Pauillac*, cordero de las marismas que, preparado con ritos casi sagrados, toma ese gran nombre sonoro y entra en la nobleza de Francia.

Comí con el apetito de un héroe de Homero. En mi copa y en la de Dornan, el champaña centelleó y corrió ininterrumpidamente como una fuente de invierno. Cuando sirvieron los *hortelanos* helados, que se derretían en la boca, el divino poeta murmuró para mi deleite, su soneto sublime a «Santa Clara». Y como, al otro lado, el joven del rubio plumón insistía en la destrucción del viejo mundo, asentí también, y, trasegando el champaña coagulado en sorbete, nos dedicamos a maldecir el siglo, la civilización y todos los orgullos de la ciencia. Entre las flores y las luces, mientras tanto, seguía yo las olas jadeantes del amplio pecho de madame Verghane, que reía como una bacante. Y no me compadecía de Jacinto, que, con la dulzura de San Jacinto sobre el cepo, esperaba el final de su martirio y de su fiesta.

Acabó ésta al fin. Aún recuerdo, a las tres de la madrugada, al gran duque en la antesala, muy colorado, vacilante sobre sus pies pequeños, sin acertar con las mangas de su gabán de pieles que Jacinto y yo le ayudábamos a ponerse, invitando a mi amigo, con cariñosa efusión, a ir a cazar a sus tierras de la Dalmacia.

—Debo a mi gran Jacinto una hermosa pesca, y quiero que él me deba una hermosa cacería.

Y mientras le acompañábamos, entre las filas de criados, por la amplia escalera, donde el mayordomo le precedía levantando un candelabro de tres brazos, su alteza repetía, pegajoso:

—Una hermosa cacería... Y que vaya también Fernández. El buen Fernández, Pepe Fernández. Cena magnífica, Jacinto. Ese *barón de Pauillac*, divino... Creo que le debemos nombrar duque... El señor duque de Pauillac... Un pedazo más de pierna del señor duque de Pauillac... ¡Ja, ja!... No salgan... No se constipen...

Y desde el fondo del cupé, al arrancar, berreó aún:

—El pescado, Jacinto, saca el pescado... Excelente para el almuerzo, frío, con salsa verde...

Subiendo fatigosamente los escalones, con una blandura producida por el champaña y el sueño en que los ojos se me cerraban, murmuré a mi príncipe:

—Fué divertido, Jacinto. Suntuosa mujer la Verghane. Lástima grande eso del torno...

Y Jacinto, con un tono hueco que era bostezo y rugido:

—¡Una lata! ¡Todo falla!

*

Tres días después de aquella fiesta en el doscientos dos, recibió mi príncipe inesperadamente, de Portugal, una noticia importante. Sobre su quinta y solar de Tormes, por toda la sierra, había estallado una tormenta devastadora de viento, rayos y agua. Con las grandes lluvias «o por otras causas que dirán los peritos» —como exclamaba en su carta angustiada el administrador, Silverio—, una parte de monte que avanzaba en bancales sobre el valle de la Carriza, se desplomó, arrastrando la vieja iglesia, una iglesita rústica del siglo XVI, donde yacían sepultados los abuelos de Jacinto desde los tiempos del rey don Manuel. Los huesos venerables de aquellos Jacintos estaban ahora soterrados bajo un montón informe de tierra y piedra. Silverio había empezado ya con los mozos de la quinta a descombrar los «preciosos restos». Pero esperaba ansiosamente las órdenes del señor...

Jacinto palideció, impresionado. Aquel viejo suelo serrano, tan recio y firme desde los godos, que de repente se desmoronaba. Aquellos sepulcros de piadosa paz, precipitados con fragor, en la tormenta y la oscuridad, hacia el negro fondo de un valle. Aquellas osamentas, que conservaban todas un nombre, una fecha, una historia, mezcladas con una basura de ruina.

—Cosa extraña, cosa extraña.

Y toda la noche me interrogó acerca de la sierra y de Tormes, que yo conocía desde niño, porque el viejo solar, con su noble avenida de hayas seculares, se erguía a dos leguas de nuestra casa, en el antiguo camino de Guiaes a la estación y al río. El rentero de Tormes, el buen Melchor, era cuñado de nuestro colono de la Roqueiriña; y muchas veces, después de mi intimidad con Jacinto, había yo entrado en el robusto caserón de granito, valorando el grano esparcido por las sonoras salas, y probando el vino nuevo en las inmensas bodegas.

—¿Y la iglesia, Pepe Fernández? ¿Has entrado en la iglesia?

—Nunca. Pero era pintoresca, con una torrecilla cuadrada, toda negra, donde hace muchos años vivía una familia de cigüeñas. ¡Terrible trastorno para las cigüeñas!

—Cosa extraña—murmuró de nuevo mi príncipe, en tono agorero.

Y telegrafió a Silverio que descombrase el valle, recogiese las osamentas, reedificase la iglesia, y para aquella obra de piedad y respeto gastase el dinero sin tasa, como el agua de un ancho río.

V

Mientras, Jacinto, desesperado con tantos desastres humillantes (los grifos que se desoldaban, los tornos que se agarrotaban, el vapor que se contraía, la electricidad que se iba), decidió valerosamente vencer las resistencias finales de la materia y de la fuerza por medio de nuevas y más poderosas acumulaciones de mecanismos. Y en aquellas semanas de abril, mientras las rosas se abrían, nuestra agitada casa, entre las otras tranquilas de los Campos Elíseos que se erguían al sol, tembló sin cesar, envuelta en polvo de cal y de tierra, con el brutal picar de la piedra y el retumbante martilleo del hierro. En los silenciosos corredores, donde érame grato fumar antes del almuerzo un pensativo cigarro, circulaban

ahora, desde la madrugada, cuadrillas de obreros con blusas blancas silbando el *Petit-bleu*, y atemorizando mis pasos cuando cruzaba yo con el faldón de la camisa fuera y en zapatillas hacia el cuarto de baño o hacia otros sitios. Apenas colocaban con pericia algún andamio, tropezaba uno en seguida con un montón de vigas, una espuerta de herramientas o un enorme cubo de argamasa. Y los cascotes del suelo levantado mostraban tristemente, como en un cadáver abierto, todo el interior del doscientos dos, su osamenta, los sensibles nervios de alambre, los negros intestinos de hierro fundido.

Cada día se detenía ante la puerta algún lento carro, de donde los criados, en mangas de camisa, descargaban cajones de madera, fardos de lona, que se desclavaban y se descosían en una habitación asfaltada, al fondo del jardín, detrás del cercado de lilas. Y yo bajaba, requerido por mi príncipe, para admirar una nueva máquina que nos haría la vida más fácil, estableciendo de un modo más seguro nuestro dominio sobre la sustancia. Durante los calores, que apretaron después de la Ascensión, probamos ilusionadamente para refrescar las aguas minerales, la *soda-water* y los Médocs ligeros, tres neveras, que se amontonaban en el *office* sucesivamente desprestigiadas. Con la fresa temprana apareció un instrumentito astuto para arrancarla delicadamente el rabo. Después recibimos otro, prodigioso, de plata y cristal, para remover frenéticamente las ensaladas; y la primera vez que lo probé, todo el vinagre salpicó a los ojos de mi príncipe, que huyó gritando. Pero él se obstinaba. En nuestros actos más elementales para aliviar o apresurar el esfuerzo, se ayudaba Jacinto de la dinámica. Y ahora lo hacía con la intervención de una máquina que abrochaba los calzoncillos.

Y simultáneamente, u obedeciendo a su idea, o impulsado por el despotismo del hábito, no cesaba, al lado de la mecánica acumulada, de acumular erudición. ¡Oh, la invasión de libros en el doscientos dos! Solitarios, a pares, en paquetes, dentro de cajones, delgados, abultados y repletos de autoridad, envueltos en plebeya cubierta amarilla o revestidos de piel y oro, perpetua y torrencialmente irrumpían por todas las anchas puertas de la biblioteca, donde se extendían sobre la alfombra, se repantigaban en las blandas sillas, se entronizaban encima de las recias mesas, y trepaban, sobre todo, contra las ventanas, en voraces pilas, como si, sofocados por su propia multitud, buscasen con ansia espacio y aire. En la erudita habitación, donde sólo algunos de los cristales más altos quedaban al descubierto, sin el muro de libros, se adensaba perennemente un pensativo crepúsculo otoñal mientras junio refulgía afuera. La biblioteca se expandía a través de todo el doscientos dos. No se abría un armario sin que desde dentro se precipitase, falto de sustentación, un montón de libros. Y fué enorme mi indignación cuando una mañana, corriendo a toda prisa, con las manos en los tirantes, encontré obstruída, por una tremenda colección de estudios sociales, la puerta del W. C.

Más amargamente, sin embargo, recuerdo la noche histórica en que en mi cuarto, rendido y apabullado por un paseo a Versalles, con los párpados polvorientos y semicerrados, tuve que desalojar de mi lecho, maldiciendo, un pavoroso Diccionario de la Industria en treinta y siete volúmenes. Sentí entonces el supremo hartazgo del libro. Colocando a puñetazos las almohadas, maldije la

imprenta, la facundia humana... Y ya tumbado me adormecía, cuando tropecé y casi me partí la preciada rótula contra el lomo de un volumen que se había agazapado entre la pared y los colchones. Furioso y con un grito, tiré el afrentoso tomo, que derribó el jarro, inundando una rica alfombra de Daghestan. No sé si después me dormí, porque mis pies, cuyas pisadas y ruido no oía, como si me llevase un suave viento, siguieron tropezando con libros en el corredor apagado, luego en la arena del jardín que la luna blanqueaba, después en la avenida de los Campos Elíseos, poblada y ruidosa como en una fiesta cívica. Y ¡oh, portento!, todas las casas a los dos lados estaban construídas con libros. En las ramas de los castaños susurraban hojas de libros. Y los hombres, las finas damas, vestidos de papel impreso con títulos sobre la espalda, mostraban en vez de rostro un libro abierto, cuyas hojas volvía suavemente la lenta brisa. Al fondo, en la plaza de la Concordia, divisé una escarpada montaña de libros, a la que intenté trepar, jadeante, unas veces enterrando la pierna en fláccidas series de versos, y otras chocando contra los lomos, duros como piedras, de unos de exégesis y crítica. A tan grandes alturas subí, más allá de la tierra y de las nubes, que me encontré, maravillado, entre los astros. Giraban serenamente, enormes y mudos, cubiertos por espesas costras de libros, de donde surgía, aquí y allí, por alguna rendija, entre dos volúmenes mal unidos, un rayito de luz sofocada y ávida. Y así ascendí al Paraíso. Era, sin duda, el Paraíso, porque con mis ojos de mortal arcilla vislumbré el Anciano de la Eternidad, Aquel que no tiene mañana ni tarde. En una claridad que de Él irradiaba más radiante que todas las claridades, entre hondos estantes de oro abarrotados de códices, sentado sobre viejísimos infolios, con las hebras de las barbas infinitas esparcidas sobre resmas de folletos, prospectos, gacetas y catálogos, el Altísimo leía. La frente superdivina que concibiera el Mundo se apoyaba sobre la mano superfuerte que creara el Mundo; y el Creador leía y sonreía. Me atreví, estremecido de sagrado horror, a espiar por encima de su hombro radiante. El libro era en rústica, de tres francos... El Eterno leía a Voltaire, en una edición barata; y sonreía.

Brilló una puerta, chirriando, como si alguien penetrase en el Paraíso. Creí que un nuevo santo llegaba de la tierra. Era Jacinto con el puro encendido, un ramito de clavales en el ojal, con tres libros amarillos debajo del brazo, que la princesa de Carman le prestaba para leer.

*

En una de aquellas activas semanas, sin embargo, mi atención se apartó del interesante Jacinto. Huésped del doscientos dos, conservaba yo en el doscientos dos mi maleta y mi ropa; y, amparado bajo la bandera de mi príncipe, aunque ocasionalmente, comía de su suntuosa olla. Pero mi alma, mi embrutecida alma, y mi cuerpo, mi embrutecido cuerpo, vivían aún en la calle de Helder, número dieciséis, piso cuarto izquierda.

Bajaba yo una tarde, en una alegre paz de ideas, el bulevar de la Magdalena, cuando divisé ante la estación de los ómnibus, vagando por el asfalto, con un paso lento y felino, una criatura seca, muy morena, casi tiznada, con unos ojos hundidos, tristes y taciturnos, y una mata de pelo rubio, toda crespa y rebelde, bajo el viejo sombrero de plumas negras.

Me paré, como cohibido por un tirón en las entrañas. La criatura pasó, con su flaco deslizamiento de gata negra, por el alero de un tejado, bajo la luna de enero. Dos pozos profundos no lucen más negra y taciturnamente que lucían sus ojos taciturnos y negros. No recuerdo—¡alabado sea Dios!—cómo rocé su vestido de seda, lustroso y grasiento en los pliegues, ni cómo le musité un ruego entre los dientes que rechinaban, ni cómo subimos ambos, amorosamente y más silenciosos que unos condenados, hacia un reservado del café Durand, raído y triste. Ante el espejo, la criatura, con la lentitud de un rito triste, se quitó el sombrero y la manteleta, salpicada de abalorios La seda brillante del corpiño se deshilachaba en los agudos codos. Y sus cabellos eran enormes, de una dureza y una espesura de melena de león, en dos tonos rubios, unos más dorados y otros más tostados, como la corteza de una torta al salir caliente del horno.

Con una risa trémula, cogí sus dedos, largos y fríos:

—¿Cómo te llamas, encanto?

Y ella seria, casi grave:

—Madame Colombe, dieciséis, calle de Helder, piso cuarto, izquierda.

Y yo—¡mísero Pepe Fernández!—me sentí también muy serio, traspasado por una emoción grave, como si nos envolviese en aquella alcoba de café la majestad de un Sacramento. En la puerta, empujada levemente, asomó la cara rolliza del mozo. Encargué una langosta, pato con pimientones y borgoña. Y fué solamente al terminar el pato cuando me levanté, estrujando convulsivamente la servilleta, y, temblando, la besé en la boca, todo trémulo, con un beso profundo y terrible, en que dejé el alma entre saliva y sabor a pimiento. Después, en un coche abierto, bajo unas ráfagas de tormenta, subimos la avenida de los Campos Elíseos. Frente a la verja del doscientos dos murmuré, para deslumbrarla con mi lujo:

—Vivo ahí todo el año.

Y como al mirar hacia el palacete asomada, rozara ella con la mata leonada de pelo crespo mi barba, grité desesperadamente al cochero que galopase hacia la calle de Helder, número dieciséis, piso cuarto, izquierda.

Amé a aquella criatura. Amé a aquella criatura con amor, con todos los amores que encierra el amor, el amor divino, el amor humano, el amor bestial, como San Antonino amaba a la Virgen, como Romeo amaba a Julieta, como un macho cabrío ama a una cabra. Era estúpida y triste. Yo apagaba deliciosamente mi alegría en la ceniza de su tristeza; y con un inefable goce hundía mi razón en la densidad de su estupidez. Durante siete furiosas semanas perdí la conciencia de mi personalidad de P e p e Fernández, Fernández de Noroña y Sande, de Guiaes. Unas veces creía ser un pedazo de cera que se derretía con horrenda delicia en un horno rojo y rugiente; otras me parecía ser una voraz hoguera donde llameaba, estallaba y se consumía un montón de ramas secas. De aquellos días de sublime sordidez sólo conservo la impresión de una alcoba tendida de cretonas sucias, de una bata de lana color lila con *soutaches* negros, de unas vagas botellas de cerveza sobre el mármol de un lavabo y de un cuerpo tiznado que crujía y que tenía pelo en el pecho. Y me queda también la sensación de desnudarme sin cesar y con arrobado deleite, y de arrojar en un regazo, que se ahuecaba entre un vientre hundido y unas rodillas agudas, mi reloj, los dijes,

mis sortijas, mis gemelos de zafiro, y las ciento noventa y siete libras en oro que había yo traído de Guiaes en un cinturón de gamuza. Del fornido, decoroso y bien provisto Pepe Fernández sólo quedaba un armazón errando a través de un sueño, con las piernas blandas y cayéndosele la baba.

Después, una tarde, subiendo con el ansia habitual la escalera de la calle de Helder, encontré la puerta cerrada y arrancado de encima de la mirilla aquel cartón que decía *Madame Colombe*, que yo leía siempre tan devotamente y que era su muestra. Todo mi ser tembló como si el suelo de París temblase. Aquélla era la puerta del mundo que ante mí se cerraba. Del otro lado estaban las gentes, las ciudades, la vida, Dios y ella. Y yo me quedaba solito, en aquel rellano del no ser, fuera de la puerta que se había cerrado, único ser fuera del mundo. Rodé por las escaleras, con el fragor y la incoherencia de una piedra, hasta el cuchitril de la portera y de su hombre, que jugaban a las cartas, en feliz calma, como si tan pavorosa conmoción no hubiera derruído el Universo.

—¿Madame Colombe?

La barbuda comadre recogió lentamente su baza:

—Ya no vive aquí. Se marchó esta mañana a otras tierras, con otra puerca.

¡A otras tierras! ¡Con otra puerca! Vacío, sombríamente vacío de todo pensamiento, de todo sentimiento, de toda voluntad, me tambaleé dando tropezones, como un tonel vacío entre la corriente presurosa del bulevar, hasta que encallé en un banco de la plaza de la Magdalena, donde me tapé con las manos, cuya fiebre no sentía, los ojos, cuyo llanto no sentía tampoco. Tarde, muy tarde, cuando se cerraban ya con estruendo los cierres metálicos de las tiendas, surgió, de entre todas aquellas ruinas de mi ser, la eterna superviviente de todas las ruinas, la idea de comer. Entré en el Durand con los pasos torpes de un resucitado. Y en una recordación que me escaldaba el alma, encargué la langosta, el pato, el borgoña. Pero al ensanchar el cuello, empapado por el calor de aquella tarde de julio, entre la polvareda de la Magdalena, pensé con desconsuelo: «Por el santísimo nombre de Dios. ¡Qué inmensa sed me da esta desgracia!» Con un gesto llamé al camarero:

—Antes del borgoña, una botella de champaña, con mucho hielo, y una copa grande.

Creo que aquel champaña había sido embotellado en el cielo, donde corre perennemente la fresca fuente del consuelo, y que en la botella bendita que me trajeron había penetrado, antes de ser entaponada, un largo chorro de esa fuente inefable. ¡Jesús! ¡Qué trascendental agasajo el de aquella noble copa, empañado, helado, espumeante, que picaba en un brillo de oro! Y después, ¡oh botella de borgoña! Y después, ¡oh botella de coñac! Y después un ansioso deseo de apalear con mi recio garrote de Guiaes a la puerca que había huído con otra puerca. Dentro del coche cerrado que me trasladó en un galope al doscientos dos, no sofoqué aquel sagrado impulso, y con mis puños serranos di puñetazos retumbantes contra los cojines, donde *veía, veía* yo furiosamente la mata inmensa de pelo rubio en que mi alma se perdió una tarde, debatiéndose tres meses, y manchándose para siempre. Cuando el fiacre se paró en el doscientos dos, aún golpeaba yo tan desesperadamente a la ingrata bestia, que, a los gritos del cochero, acudieron dos criados y me sostuvieron, so-

portando sobre sus hombros y sobre sus nucas serviles los últimos y cansados ramalazos de mi cólera.

Arriba rechacé la solicitud de Grillo, que intentaba imponer al *siñó Fernandes*, a Pepe Fernández, de Guiaes, la inmensa indignidad de una taza de manzanilla. Y, tumbado en el lecho de *don Galeón*, con las botas sobre el cuadrante y el sombrero echado hacia los ojos, me reí, con una risa dolorosa, de este mundo grotesco y sórdido de Jacintos y de Colombes. Y de repente sentí una tremenda angustia. Era ella. Era madame Colombe que salía de la llama de la vela, saltaba sobre mi lecho, desabrochaba mi chaleco, rompía mis costillas, y toda ella con las faldas sucias se hundía dentro de mi pecho, y, asiendo con su boca mi corazón, chupaba a sorbos lentos, como en la calle de Helder, la sangre de mi víscera. Entonces, convencido de la muerte, llamando a gritos a mi tía Vicenta, me dejé colgar fuera del lecho para hundirme en mi sepultura, que, a través de la niebla final, divisaba yo sobre la alfombra, redondita, de porcelana y con asa. Y sobre mi propia sepultura, que tan irrespetuosamente se parecía a mi orinal, vomité el borgoña, el pato, la langosta. Después, con un esfuerzo sobrehumano, con un rugido, sintiendo que no solamente las entrañas, sino el alma, se vaciaba toda, vomité madame Colombe. Volví a caer sobre el lecho de *don Galeón*. Me puse otra vez el sombrero sobre los ojos para no sentir los rayos del sol. Era un sol nuevo, un sol espiritual, que se levantaba sobre mi vida. Y me dormí como un chiquillo, suavemente mecido en una cuna de mimbre por el ángel de la guarda.

Por la mañana me lavé la piel en un baño profundo, perfumado con todos los aromas del doscientos dos, desde hojas de madreselva india hasta esencia de jazmín de Francia; me lavé el alma con una cariñosa carta de la tía Vicenta, con su letra grande, contándome de nuestra casa, de la hermosa promesa de las viñas, de la compota de guinda que no le había salido nunca tan fina, de la alegre hoguera en el patio la noche de San Juan, de la niñita muy gorda y peluda que había llegado del cielo para mi ahijada Juanilla. Después, en el balcón, bien limpio de cuerpo y de alma, con una chaqueta de seda blanca, tomando té de Naipó, respirando los rosales del jardín, reanimados por la lluvia de la madrugada, pensé con divertido asombro que durante siete semanas me había emporcado en la calle de Helder con un esperpento muy flaco y muy tiznado. Y me dije, en conclusión, que había padecido una larga fiebre, fiebre de la carne, fiebre de la imaginación, cogida en un charco de París, en uno de esos charcos que se forman por la ciudad con las aguas estancadas, los fangos, las basuras, el moho y los gusanos de una civilización que se pudre.

*

Entonces, curado ya, todo mi espíritu se volvió en seguida, como una aguja hacia el Norte, hacia mi complicado príncipe, que, en las últimas semanas de mi infección sentimental había yo entrevisto tumbado siempre en los sofaes, o haraganeando por la biblioteca entre sus treinta mil volúmenes, con arrastrados bostezos de inercia y de vacío. Yo, en mi indigna prisa, sólo le lanzaba un distraído «¿Qué es eso?» Él, en su moroso desaliento, sólo murmuraba un seco «Es calor».

Y aquella mañana de mi liberación, al entrar antes del almuerzo en su cuarto, le encontré sepultado en el sofá con el *Fígaro* abierto sobre la barriga, la agenda caída en la alfombra, toda la cara envuelta en sombra y abandonados los pies, con una soberana tristeza, al pedicuro, que le arreglaba las uñas. Seguramente mi mirada, reanimada y purificada; la blancura de mis franelas, que representaba el sosiego de mis sensaciones, y la segura armonía en que se movía visiblemente todo mi ser, impresionaron a mi príncipe, a quien la melancolía no embotaba nunca la agudeza. Alzó con indolencia un brazo:

—¿Entonces ese capricho...?

Esparcí sobre él todo el fulgor de una risa triunfante:

—Muerto. Y como el señor de Marlborough, «muerto y bien enterrado». Yace. O mejor dicho, corre. En efecto: debe de estar ahora corriendo por dentro de la cañería de un sumidero.

Jacinto bostezó, murmurando después:

—¡Este Pepe Fernández de Noroña y Sande!...

Y en mi nombre, en mi digno nombre envuelto así en un bostezo con indiferente ironía, se resumió todo el interés de aquel príncipe por la sucia tormenta en que se había debatido mi corazón. Pero no me arredró aquel consumado egoísmo. Notaba yo claramente que mi buen Jacinto atravesaba una densa niebla de tedio, tan densa y tan hundido él en su densitud, que las glorias o los tormentos no le conmovían, como muy remotos, intangibles, separados de su sensibilidad por inmensas capas de algodón. ¡Pobre príncipe de la Gran Ventura, a quien la inercia tendía sobre un sofá, con los pies en el regazo del pedicuro! ¡En qué fangoso hastío había caído, después de renovar tan animosamente todo el contenido mecánico y erudito del doscientos dos, en su lucha contra la fuerza y la materia! Y aquel hastío no lo ocultó ya más a su viejo amigo Pepe Fernández cuando se reanudó entre nosotros la comunión de vida y alma, a la que yo me arranqué tan torpemente una tarde, ante la estación de los ómnibus, en el charco de la Magdalena.

No eran, ciertamente, confesiones enunciadas. El elegante y reservado Jacinto no se retorcía los brazos, gimiendo «¡Oh, vida maldita!». Eran solo expresiones hartas; un gesto de rechazar con rencor la importunidad de las cosas; a veces una inmovilidad determinada, de protesta, en el fondo de un diván, de donde no se separaba, como para un descanso que desease fuera eterno; después los bostezos, los huecos bostezos con que sublimaba cada acto, continuado por debilidad o por deber ineludible; y, sobre todo, aquella muletilla que se hacía perenne y natural: «¿Para qué?» «¡No merece la pena!» «¡Qué *lata!*...»

Una noche, en mi cuarto, quitándome las botas, consulté a Grillo:

—Jacinto anda tan mustio, tan jorobado... ¿Qué será, Grillo?

El venerable negro declaró, con inmensa certeza:

—El señor padece de hartazgo.

Era hartazgo. Mi príncipe sentía de un modo sofocante el hartazgo de París; y en la ciudad, en la simbólica ciudad, fuera de cuya vida culta y fuerte—como gritaba él en otro tiempo, iluminado—el hombre del siglo XIX no podría nunca saborear plenamente la «delicia de vivir», él no encontraba ahora ninguna forma de vida, espiritual o social, que le interesase, que mereciera el esfuerzo de una carrera corta en un fiacre fácil. ¡Pobre Jacinto! Un viejo diario, setenta veces releído desde el *fondo*

hasta los anuncios, con la tinta parduzca y los dobleces desgastados, no hastiaría más al solitario, que sólo posevese en su soledad aquel alimento intelectual, que lo que el parisianismo hastiaba a mi buen camaranismo. Si yo en aquel verano le arrastraba capciosamente a un *café-concert* o al festivo pabellón de Armenonville, mi buen amigo Jacinto, pegado pesadamente a la silla, con un maravilloso ramo de orquídeas en el frac y las finas manos apoyadas sobre el puño del bastón, conservaba toda la noche una seriedad tan fatigada, que yo, compadecido, me levantaba, le libertaba, gozando con su prisa de escapar, con su fuga de ave suelta... Rara vez—y entonces lo hacía con un vehemente arranque, como quien salta un foso—iba a uno de sus clubs, al final de los Campos Elíseos. Ya no se ocupaba de sus sociedades y compañías, ni de los *Teléfonos de Constantinopla*, ni de las *Religiones Esotéricas*, ni del *Bazar Espiritualista*, cuyas cartas, cerradas, se amontonaban sobre la mesa de ébano, de donde Grillo las barría tristemente como la basura de una vida acabada. Se apartaba también lentamente de todas sus amistades. Las páginas de la agenda color rosa mustia estaban vacías, en blanco. Y si accedía aún a dar un paseo en *mail-coach* o a una invitación en algún castillo de un amigo en los alrededores de París, lo hacía de un modo tan forzado, con un esfuerzo tan harto al ponerse el gabán ligero, que me recordaba siempre a un hombre que, después de una copiosa comida provinciana, ya para reventar, por cortesía o en obediencia a un dogma, tuviese aún que comer una empanada de lamprea. Tumbarse, tumbarse en casa, tras la seguridad de las puertas bien cerradas y bien defendidas contra toda intrusión del mundo, sería un goce para mi príncipe si su propio doscientos dos, con todo aquel tremendo contenido de civilización, no le causase una sensación dolorosa de ahogo, de amontonamiento. Julio abrasaba; y los brocados, las alfombras, tantos muebles voluminosos y blandos, todos sus metales y todos sus libros, tan densamente le oprimían, que abría sin cesar los balcones de par en par para ampliar el espacio, la claridad, la frescura. Pero era entonces la polvareda, sucia y acre, que se precipitaba en tristes bocanadas, enfureciéndole:

—¡Oh, este polvo de la ciudad!

—Pero oye, Jacinto, ¿por qué no vamos a Fontainebleau, a Montmorency, o a...?

—¿Al campo? ¡Cómo! ¿Al campo?

Y en su cara arrugada, a través de aquel rito, relampagueaba siempre tanta indignación, que yo inclinaba la cabeza, humilde, arrepentido de haber ultrajado afrentosamente al príncipe a quien tanto quería. ¡Desventurado príncipe! Con su dorado cigarrillo de Yake humeante, vagaba entonces por los salones, lento y mustio, como quien vaga por una tierra ajena. Sin afectos ni ocupaciones. Aquellos desalentados y ociosos pasos le traían monótonamente a su centro, al gabinete verde, a la biblioteca de ébano, donde había acumulado civilización en las máximas proporciones para gozar en las máximas proporciones de la delicia de vivir. Esparcía en torno suyo una mirada harta. Ninguna curiosidad, ningún interés atraían sus manos, sepultadas en los bolsillos de los pantalones de seda, con una inercia de derrota Aniquilado, bostezaba con descorazonada languidez. Y no existía nada más instructivo y doloroso que ver a aquel hombre supremo del siglo XIX en medio

de todos los aparatos reforzadores de sus órganos, de todos los cables que disciplinaban a su servicio las fuerzas universales, y de los treinta mil volúmenes repletos del saber de los siglos, parándose, con las manos vencidas en el fondo de los bolsillos, y expresando en su cara y en la mueca indecisión de un bostezo el embarazo de vivir.

VI

Todas las tardes, cultivando una de esas intimidades que entre todo lo que cansa no cansan jamás, Jacinto, a las cuatro, visitaba a madame de Oriol, porque aquella flor del parisianismo habíase quedado en París, incluso después del *Grand Prix*, a marchitarse en la calma y el polvo de la ciudad. Una de aquellas tardes, sin embargo, un ansioso repique del teléfono avisó a Jacinto que su dulce amiga comía en Enghien con los Trèves—aquellos señores gozaban de su veraneo a la orilla del lago en una casa toda blanca y revestida de rositas blancas, que pertenecía a Efraim.

Era un domingo silencioso, nublado y suave, que invitaba a las voluptuosidades de la melancolía. Y yo—en interés de mi alma—sugerí a Jacinto que subiéramos a la basílica del *Sacré Cœur*, en construcción, en la alturas de Montmartre.

—Es un aburrimiento, Pepe Fernández.

—¡Con mil demonios! Yo nunca he visto la basílica.

—Bueno, bueno. Iremos a la basílica, hombre fatal de Noroña y Sande.

Y por fin, no bien empezamos a entrar, pasado San Vicente de Paul, por barrios estrechos y escarpados, de una paz provinciana, con muros viejos cerrando jardincitos rústicos, mujeres despeinadas cosiendo al sol en las puertas, carritos desenganchados descansando ante las tabernas, gallinas sueltas picoteando la basura y pañales mojados secándose en cuerdas, mi aburrido camarada sonrió ante aquella libertad y sencillez de las cosas.

La victoria paró frente a la larga calle de escaleras que trepa, cortando callejitas campestres, hasta la explanada, donde, envuelta en andamios, se yergue la inmensa basílica. En cada rellano, barracas de feria devota, forradas de percalina roja, rebosaban de imágenes, escapularios, crucifijos, Corazones de Jesús bordados en seda, claros manojos de rosarios. Por los rincones, unas viejas agachadas musitaban el Avemaría. Dos curas bajaban, tomando risueñamente un polvo de rapé. Una lenta campana sonaba en la dulzura grisácea de la tarde. Y Jacinto murmuró, con agrado:

—Es curioso.

Pero la basílica, arriba, no nos interesó, ahogada entre vallas y andamios, toda blanca y rígida, de una piedra muy nueva, sin alma aún. Y Jacinto, en un impulso muy *jacíntico*, fué ávidamente hacia el borde de la terraza a contemplar París. Bajo el cielo ceniciento, en la planicie cenicienta, la ciudad yacía, toda cenicienta, como una extensa y gruesa capa de piedra, cal y tejas. Y en su inmovilidad, en su mudez, alguna espiral de humo, más tenue y fino que el humear de unos escombros mal apagados, era todo el vestigio visible de su vida magnífica.

Entonces embromé animadamente a mi príncipe. Allí estaba, pues, la ciudad, augusta creación de la Humanidad. Hela allí, precioso Jacinto. Sobre la costra cenicienta de la

tierra era una capa de materiales, un poco más cenicienta tan sólo. Y, sin embargo, hacía aún unos momentos la habíamos dejado prodigiosamente viva, llena de una población fuerte, con todos sus poderosos órganos funcionando, abarrotada de riqueza, resplandeciente de sapiencia, en la triunfal plenitud de su orgullo, como reina del mundo coronada de gracia. Y ahora yo y el guapo Jacinto subíamos a una colina, acechábamos, escuchábamos, y de toda la estridente y radiante civilización de la ciudad no percibíamos ni un rumor ni un destello. ¿Y el doscientos dos, el soberbio doscientos dos, con sus alambres, sus aparatos, la pompa de su mecánica, sus treinta mil libros? Sumido, esfumado en la confusión de tejas y ceniza. ¿Hacia aquella esfumación de la obra humana, apenas se contemplaba desde cien metros de altura, se afanaba, pues, el obrero humano con tan angustioso esfuerzo? ¿Eh, Jacinto? ¿Dónde están tus almacenes servidos por tres mil cajeros? ¿Y los Bancos en que se retiene el oro universal? ¿Y las bibliotecas repletas con el saber de los siglos? Todo se funde en una mancha parda que ensucia la tierra. A los ojos guiñadores de un Pepe Fernández, no bien sube él, fumando su cigarro, a una alejada colina, la sublime edificación de los tiempos no es más que un silencioso estercolero del espesor del tono del polvo final. ¡Qué será entonces a los ojos de Dios!

Y ante estos clamores, lanzados con afable malicia para aguijonear a mi príncipe, él murmuró, pensativo:

—Sí, todo es tal vez una ilusión. Y la ciudad la mayor ilusión.

Al verme tan fácilmente victorioso, redoblé mi facundia. Realmente, mi príncipe es una ilusión. Y la más amarga, porque el hombre cree tener en la ciudad la base de toda su grandeza, y no tiene en ella más que el origen de toda su miseria. ¡Mira, Jacinto! En la ciudad perdió él la fuerza y la belleza armoniosa del cuerpo, y se convirtió en ese ser reseco, flaco u obeso y ahogado en grasa, de huesos blandos como trapos, de nervios trémulos como alambres, con gafas, con pelucas, con dentaduras postizas, sin sangre, sin fibra, sin lozanía, retorcido, jiboso; ese ser en el que Dios espantado apenas puede reconocer a su esbelto, fuerte y noble Adán. En la ciudad acabó su libertad moral; cada mañana ella le impone una necesidad, y cada necesidad le empuja hacia una dependencia; pobre y subalterno, su vida es un constante implorar, adular, curvarse, rastrear, aguantar; rico y superior como un Jacinto, la sociedad le enreda en seguida en tradiciones, preceptos, etiquetas, ceremonias, costumbres, ritos, servicios más disciplinarios que los de una cárcel o un cuartel. Su tranquilidad—bien tan elevado que Dios premia con él a los santos—, ¿dónde está, mi querido Jacinto? Sumida para siempre en esa batalla desesperada por el pan, o por la fama, o por el poder, o por el goce, o por la huidiza rodaja de oro. ¿Cómo puede haber alegría en la ciudad para esos millones de seres que alborotan en la afanosa ocupación de *desear* y que, al no saciar nunca el deseo, padecen sin cesar desilusión, desesperanza o derrota? Los sentimientos más genuinamente humanos se deshumanizan en seguida en la ciudad. Mira, mi buen Jacinto. Son como luces que el áspero viento de la vida social no deja arder con serenidad y limpidez; y aquí sacude

y hace temblar; y allá apaga brutalmente; y delante, obliga a llamear con desnaturalizada violencia. Las amistades nunca pasan de alianzas que el interés, en la hora inquieta de la defensa o en la hora ansiosa del asalto, ata apresuradamente con un cordel presuroso, y que se rompe al menor embate de la rivalidad o del orgullo. ¿Y el amor en la ciudad, mi afable Jacinto? Contempla esos amplios almacenes con espejos donde la noble carne de Eva se vende, tarifada por libras, como la de una vaca. Contempla a ese viejo dios del himeneo que circula llevando, en vez del ondeante hachón de la pasión, la abultada cartera de la dote. Observa esa turba que huye de los anchos caminos soleados, en que los faunos aman a las ninfas según la buena ley natural, y que busca tristemente los rincones lóbregos de Sodoma o de Lesbos. Pero lo que la ciudad corrompe más en el hombre es la inteligencia, porque o la agrupa dentro de la vacuidad, o la empuja hacia la extravagancia. En esta densa y paciente camada de ideas y fórmulas que constituye la atmósfera mental de las ciudades, el hombre que la respira, envuelto en ella, sólo piensa todos los pensamientos ya pensados, sólo expresa todas las expresiones ya expresadas; o si no, para sobresalir en la gris y roma rutina y trepar al frágil andamiaje de la vanagloria, inventa con gimiente esfuerzo, hinchándose el cráneo, una novedad deforme que espante y que detenga a la multitud como a un papanatas en una feria. Todos, intelectualmente, son carneros que recorren el mismo trayecto, balando con el mismo balido, con el hocico inclinado hacia el polvo donde pisan, en fila, las mismas pisadas; y algunos, como simios, brincan en el tope de vistosos mástiles, con muecas y cabriolas. Así, mi buen Jacinto, en la ciudad, en esta creación tan antinatural donde el pavimento es de madera, fieltro y alquitrán, y el carbón oculta el cielo, y la gente vive encamada en las casas como las telas en la tiendas, y la claridad viene por tubos, y las mentiras se murmuran a través de alambres, el hombre aparece como una criatura antihumana, sin belleza, sin fuerza, sin libertad, sin risa, sin sentimiento, y llevando en sí un espíritu que es pasivo como un esclavo o desvergonzado como un histrión. Y aquí tiene el apuesto Jacinto lo que es la bella ciudad.

Ante estas venerables invectivas repletas de experiencia, repetidas con puntual estruendo por todos los moralistas bucólicos, desde Hesíodo, a lo largo de los siglos, mi príncipe inclinó la dócil cabeza, como si brotasen, inesperadas y lozanas, de una revelación superior, en aquellas alturas de Montmartre.

—Sí, en efecto, la ciudad... Es tal vez una ilusión perversa.

Insistí en seguida, con prolijidad, tirándome de los puños, saboreando mi fácil filosofar. Y si al menos esa ilusión de la ciudad hiciera feliz a la totalidad de los seres que la mantienen... Pero no. Sólo una reducida y refulgente casta goza en la ciudad de los goces especiales que ella crea. El resto, la oscura, la inmensa plebe, sólo en ella sufre, y con sufrimientos especiales que sólo en ella existen. Desde esta terraza, junto a esta suntuosa basílica consagrada al Corazón que amó al pobre y sangró por él, divisamos muy bien nosotros ese lóbrego caserío donde la plebe se doblega bajo ese antiguo oprobio de que ni religión, ni filosofías, ni morales, ni

su propia fuerza brutal la podrán jamás liberar. Ahí yace, esparcida por la ciudad, como estiércol vil que fecunda la ciudad. Ruedan los siglos, y siempre inmutables harapos la cubren el cuerpo, y siempre, debajo de ellos, a lo largo del dilatado día, los hombres penarán y las mujeres llorarán. Y con esa labor y ese llanto, mi buen príncipe, se edifica la abundancia de la ciudad. Hela aquí ahora llena de viviendas en que ellos no se cobijan; repleta de telas con que ellos no se abrigan; abarrotada de alimentos con que ellos no se sacian. Para ellos es sólo la nieve, cuando cae la nieve, y entorpece y sepulta las criaturas apiñadas en los bancos de las plazas o bajo los arcos de los puentes de París. La nieve cae, muda y blanca, en la oscuridad; los niños se hielan en sus andrajos, y la Policía, alrededor, ronda atenta para que no sea perturbado el sueño de aquellos que aman la nieve para patinar en los lagos del Bosque de Bolonia, con abrigos de pieles de tres mil francos. Pero qué, mi querido Jacinto. Tu civilización reclama insaciable regalos y pompas, que sólo logrará, en esta amarga inarmonía social, dando el capital al trabajo, por cada afanoso esfuerzo, una migaja regateada. Es, pues, irremediable que la plebe sirva sin cesar, que la plebe pene. Su extenuada miseria es la condición del esplendor sereno de la ciudad. Si en sus platos humease la debida ración de caldo, no podría aparecer en las vajillas de plata la lujosa porción de *foie-gras* y trufas que son el orgullo de la civilización. Hay andrajos en la buhardillas para que las bellas madamas de Oriol, resplandecientes de sedas y encajes, suban, con suave ondulación, la escalera de la Opera. Hay manos heladas que se tienden y labios descoloridos que agradecen el magnánimo don de cinco céntimos, para que los Efraims tengan diez millones en el Banco de Francia, se calienten a la rica llama de la leña aromática, y surtan de collares de zafiros a sus concubinas, nietas de los duques de Atenas. Y un pueblo llora de hambre, y del hambre de sus pequeños, para que los Jacintos, en enero, mordisqueen, bostezando, sobre platos de Sajonia, fresas heladas en champaña y sazonadas con unas gotas de éter.

—Y yo comí de tus fresas, Jacinto. ¡Miserables tú y yo!

El murmuró, desolado:

—Es horrible, comemos esas fresas. Y tal vez por una ilusión.

Se separó, pensativo, del borde de la terraza, como si la presencia de la ciudad, extendida en la planicie, fuera escandalosa. Y caminamos despacio, bajo la blandura cenicienta de la tarde, filosofando, pensando que para aquella iniquidad no había cura humana, lograda por el esfuerzo humano. ¡Ah, los Efráims, los Trèves, los voraces y sombríos tiburones del mar humano, sólo abandonarán o suavizarán la explotación de las plebes, si una influencia celestial, por un nuevo milagro, más grande que los viejos milagros, transformase sus almas. El burgués triunfa, muy fuerte, endurecido todo en el pecado, y contra él son impotentes los llantos de los humanitarios, los raciocinios de los lógicos, las bombas de los anarquistas. Para ablandar tan duro granito sería precisa, tan sólo, una dulzura divina. He aquí, pues la esperanza de la tierra puesta nuevamente en un Mesías. Uno, ciertamente, descendió antaño de los grandes cielos; y para mostrar bien la misión que traía, penetró mansamente en el mundo por la puerta de un establo. ¡Pero su paso entre los hombres fué tan corto! Un tierno sermón en una montaña, al final de una tarde tierna; una reprensión moderada a los fariseos que entonces redactaban *Le Boulevard;* algunos azotes a los Efraims vendedores ambulantes, y en seguida, a través de la puerta de la muerte, la fuga radiante hacia el Paraíso! ¡Ese adorable Hijo de Dios tuvo demasiada prisa en regresar a casa de su Padre! Y los hombres a quienes Él encomendó la continuación de su obra, envueltos en seguida por las influencias de los Efraims, de los Trèves, de la gente de *Le Boulevard,* se olvidaron muy pronto de la lección de la Montaña y del lago de Tiberíades, ¡y hete aquí que por un turno suyo revisten la púrpura, y son obispos, y son papas, y se alían a la opresión, y reina con ella, y edifican la duración de su reino sobre la miseria de los sin pan y de los sin hogar! Así, tiene que ser comenzada de nuevo la obra de la Redención. Jesús, o Guatama, o Christna, u otro de esos hijos que Dios a veces escoge en el seno de una Virgen, en los apacibles vergeles del Asia, deberá descender nuevamente a la tierra de esclavitud. ¿Vendrá Él, el deseado? ¿Por ventura ya algún grave rey de Oriente despertó y miró la estrella, y tomó la mirra en sus reales manos y montó pensativamente sobre un dromedario? ¿Ya por esas cercanías de la dura ciudad, de noche, mientras Caifás y Magdalena cenan langosta en *Paillard,* anduvo un ángel atento, en pausado vuelo, escogiendo un establo? ¿Ya de lejos, sin mozo que los guíe, en la gozosa prisa de un divino encuentro, vienen trotando la vaca y el borriquillo?

—¿Lo sabes tú, Jacinto?

No; Jacinto no lo sabía, y quería encender el puro. Le di una cerilla a mi príncipe. Rondamos aún por la terraza, difundiendo en el aire otras ideas sólidas que en el aire se deshacían. Después entrábamos en la basílica, cuando un sacristán rollizo, con bonete de terciopelo, cerró fuertemente la puerta, y pasó un cura, sepultando en el bolsillo, con un cansado gesto final y como para siempre, su viejo breviario.

—Tengo una sed, Jacinto... ¡Ha sido esta tremenda filosofía!

Bajamos la escalera, preparada como una feria devota. Mi pensativo camarada compró una imagen de la basílica. E íbamos a entrar en la victoria, cuando alguien gritó fuertemente, con sorpresa:

—¡Eh, Jacinto!

Mi príncipe abrió los brazos, asombrado también:

—¡Hombre, Mauricio!

Y en un alborozo, cruzó la calle hacia un café, donde bajo un toldo de lona a rayas un hombre robusto, con la barba en pico, removía su ajenjo, con el sombrero de paja echado hacia atrás, la chaqueta desabrochada sobre la camisa de seda, sin corbata, como si descansase en un banco entre las sombras de su jardín.

Y ambos, estrechándose las manos, se admiraban de aquel encuentro, en un domingo de verano, en las alturas de Montmartre.

—¡Oh! ¡Yo estoy aquí en mi barrio!—exclamó alegremente Mauricio—. En familia, en zapatillas... Hace tres meses que he subido hacia estas cimas de la verdad... ¡Pero tú, en la sagrada colina, hombre profano de la llanura y de las calles de Israel!

Mi príncipe señaló a su gran Pepe Fernández.

—Con este amigo, en peregrinación a la basílica... Mi amigo Fernández Noroña... Mauricio de Mayolle, viejo camarada.

Monsieur de Mayolle—que por su ancha cara y su nariz noblemente gruesa, recordaba a Francisco de Valois, rey de Francia—levantó su sombrero de paja. Y empujando una silla, insistía en que nos sentásemos para tomar un ajenjo o un *bock*.

—¡Toma un *bock*, Pepe Fernández—indicó Jacinto—. ¡Estabas reventando de sed!

Pasé lentamente la lengua sobre los labios, más secos que pergaminos.

—¡Estoy reservando esta sed para luego, para la comida, para un vinillo helado!

Mauricio saludó con silenciosa admiración la experta malicia mía. E inmediatamente, dirigiéndose a Jacinto:

—Hace tres años que no te veía, Jacinto... ¿Cómo ha sido posible en este París, que es un villorrio y que tú llenas?

—La vida, Mauricio, la vida, que desune... ¡En efecto! Hace tres años, desde la casa de los Lamotte-Orcel. ¿Tú sigues visitando ese santuario?

Mauricio hizo un gesto amplio y desdeñoso, que removía un mundo.

—¡Oh! Hace más de un año que me separé de esos bichos heréticos... ¡Una turba indisciplinada, querido Jacinto! Ninguna fijeza, un *dilettantismo* atolondrado, carencia completa y grotesca de toda base experimental... Cuando tú ibas a casa de los Lamorre-Ordel y a la Parola del treinta y siete y a la Cervecería Ideal, ¿qué era lo que privaba?

Jacinto escudriñó lentamente en sus recuerdos, tirándose del bigote.

—¡Yo qué sé!... Privaban Wagner y la mitología celta, y el Raganarock y las normas... Y mucho prerrafaelismo también, y Mantegna, y fra Angélico... Y en moral, el renanismo.

Mauricio se escogió de hombros.

¡Oh, todo aquello pertenecía a un pasado arcaico, casi lacustre! Cuando madame de Lamotte-Orcel amuebló de nuevo su salón con terciopelos Morris, gruesas alcachofas sobre tonos azafrán, ya el renanismo había pasado, tan olvidado como el cartesianismo...

—¿Tú eres aún de la época del culto del *yo?*

Mi príncipe suspiró, risueño.

—Aún lo cultivo.

—Pues bien. Vino después el kartmanismo, lo inconsciente. Después, el nietzscheanismo, el feudalismo espiritual... Después cundió el tolstoyismo, un furor inmenso de renunciamiento neocenobítico. Aún recuerdo una comida, en que apareció un eslavo zote, de sórdida melena, que clavaba los horrendos ojos en el descote de la pobre condesa de Arche, y que gruñía con el dedo tieso: «¡Busquemos la luz, muy por lo bajo, en el polvo de la tierra!» Y en la sobremesa ¡bebimos por el deleite de la humildad y del trabajo servil de aquel champaña Marceaux con que Matilde obsequiaba en los días grandes, en copas en formas de santo Grial! Vino luego el emersonismo... ¡Pero la plaga cruel fué el ibsenismo! En fin, hijo, una babel de éticas y de estéticas. París parecía enloquecido. Había ya unos descarriados que tendían hacia el luciferismo. Y algunas amiguitas nuestras, ¡pobrecitas!, iban bajando hacia el falismo, una mezcolanza místico-guasona, predicada por aquel pobre La Carte, que después se hizo monje blanco y que anda por el desierto... ¡Un horror! ¡Y una tarde, de repente, toda esa masa se precipitó con ansia hacia el ruskinismo!

Yo, agarrado al bastón, bien fijo en el suelo, sentía como un vendaval que remolineaba y me retorcía el cráneo. Hasta Jacinto balbució, aturdido:

—¿El ruskinismo?

—Sí, el viejo Ruskin... ¡John Ruskin!

Mi dichoso príncipe comprendió:

—¡Ah, Ruskin!... *Las siete lámparas de la Arquitectura, La corona de olivo silvestre...* Es el culto de la belleza.

—¡Sí! El culto de la belleza—confirmó Mauricio.

Pero en aquel momento yo, aburrido, descendí ya de todas esas nubes vanas... Pisaba un suelo más seguro, más fértil.

Bebió lentamente un sorbo de ajenjo, cerrando los ojos. Jacinto esperaba, con las aletas de su fina nariz dilatadas, como para aspirar la flor de la novedad que iba a abrirse.

—¿Y entonces?

Pero el otro murmuró desordenadamente, entre reticencias que velaban su pensamiento:

—Vine hacia Montmartre. Tengo aquí un amigo, un hombre genial, que ha recorrido toda la India... Ha vivido con los toddas, estuvo en los monasterios de Garma-Khian y de Dashi-Lumbo, y estudió con Gegen-Chutu en el sagrado retiro de Urga... Gegen-Chutu fué la décimasexta encarnación de Guatama, y era, por tanto, un Boddisattva... Trabajamos, buscamos... No son visiones. Sino hechos, experiencias muy antiguas, que vienen tal vez de los tiempos de Christna...

A través de aquellos nombres, que exhalaban un perfume triste de vetustos ritos, apartó la silla. Y en pie, dejando caer sobre la mesa, distraídamente, para pagar el ajenjo, unas monedas de plata y de cobre, murmuró, con los ojos fijos en Jacinto, pero perdidos en otra visión:

—Finalmente, todo se reduce al supremo desenvolvimiento de la voluntad dentro de la suprema pureza de la vida. Es toda la ciencia y la fuerza de los grandes maestros hindúes... ¡Pero la pureza absoluta de la vida, he aquí el obstáculo! No basta siquiera con el desierto, ni con el bosque del más viejo templo en el alto Tibet... Aun así, mi querido Jacinto, ya hemos obtenido resultados muy extraños. Ya conoces las experiencias de Tyndall, con las llamas sensitivas... El pobre químico, para demostrar las vibraciones del sonido, tocó casi las puertas de la verdad esotérica. Pero ¿qué quieres? ¡Hombre de ciencia, y, por consiguiente, hombre estúpido, se quedó de este lado, con sus placas y sus retortas! Nosotros fuimos al otro lado. ¡Comprobamos las *ondulaciones de la voluntad!* ¡Ante nosotros, por la expansión de la energía de mi compañero, y acorde con su mandato, una llama, a tres metros, onduló, se arrastró, despidió lenguas ardientes, lamió una alta pared, rugió furiosa y negra, resplandeció recta y silenciosa y, bruscamente deshecha en ceniza, murió!

Y el extraño individuo, con el sombrero hacia la nuca, se quedó inmóvil, con los brazos abiertos y la mirada encendida, como en el renovado asombro y en el trance de aquel prodigio. Después, volviendo a caer en su actitud fácil y serena, y encendiendo despacio un cigarrillo:

—Una de estas mañanas, Jacinto, aparezco por el doscientos dos para almorzar contigo, y llevo a mi amigo. El sólo come arroz, un poco de ensalada y fruta. Y hablamos... Tú tenías un ejemplar del *Sepher-Zerijah* y otro del *Targum de Onkelus*. Necesito hojear esos libros.

Estrechó la mano de mi príncipe, saludó a este asombrado Pepe Fernández, y tranquilamente siguió por la apacible calle, con el sombrero de paja sobre la nuca, las manos hundidas en los bolsillos, como un hombre natural entre cosas naturales.

—¡Oh Jacinto!... ¿Quién es este brujo? ¡Cuenta!... ¿Quién es, por el Santísimo Nombre de Dios?

Recostado en la victoria, arreglándose la raya del pantalón, mi príncipe contó concisamente. Era un muchacho noble y leal, muy rico, muy inteligente, de la antigua casa soberana de Mayolle, descendiente de los duques de Septimania... Y murmuró a través del acostumbrado bostezo:

—El desenvolvimiento supremo de la voluntad... Teosofía, budismo esotérico... Aspiraciones, decepciones... Ya lo probé... ¡Una lata!

Cruzamos, callados, el ruido de París, la blandura sofocante del crepúsculo estival, para comer en el Bosque, en el pabellón de Armenonville, donde los zíngaros, al divisar a Jacinto, interpretaron el *Himno Nacional de la Carta*, con pasión y languidez, en una cadencia de czarda dolorosa y áspera.

Y yo, desdoblando, complacido, la servilleta:

—Pues venga ahora para mí buena sed ese vinillo helado. Me lo merezco de verdad, caramba, pues filosofé superiormente. Y creo que ya asenté definitivamente en el espíritu de don Jacinto el saludable horror a la ciudad.

Mi príncipe recorría, atusándose el bigote, la lista de los vinos, mientras el encargado de éstos esperaba con deferente reverencia.

—Mande helar dos botellas de champaña Saint - Marceaux. Pero antes venga un barsac añejo, fresco nada más. Agua de Evian. No, de Bussang. Bueno, de Evian y de Bussang. Y para empezar, un *bock*.

Después, bostezando y desabrochándose lentamente la levita gris:

—Pues siento ganas de construir una casa en la cumbre de Montmartre, con un mirador en lo alto, todo de cristal y hierro, para descansar después y dominar la ciudad.

VII

Teminó julio con una lluvia refrescante y consoladora; y yo pensaba en realizar, por fin, mi peregrinación a las ciudades de Europa, siempre aplazada, a lo largo de la primavera, por las sorpresas del mundo y de la carne. Pero, de repente, Jacinto empezó a rogar y a exigir que su gran Pepe Fernández le acompañase todas las tardes a casa de madame de Oriol. Y yo comprendí que mi príncipe—a la manera del divino Aquiles, que, bajo la tienda, y junto a la blanca, sosa y dócil Briseida, no perdonaba nunca a Patroclo—deseaba tener, en el refugio del amor, la presencia, el consuelo y el auxilio de la amistad. ¡Pobre Jacinto! Desde por la mañana combinaba por teléfono con madame de Oriol aquella hora de calma y de dulzura. Y así encontrábamos siempre a la superfina dama prevenida y sola en aquel salón de la calle de Lisboa, donde Jacinto y yo apenas cabíamos, ahogándonos en aquella confusión, entre las canastillas de flores, los oros y abalorios, los monstruos del Japón, la galante fragilidad de las Sajonias, las pieles de fieras extendidas a los pies de los sofaes adormecedores y los biombos de Aubusson formando alcobas propicias y lánguidas. Acurrucada en una silla de bambú laqueada de blanco, entre cojines perfumados con verbena de la India, con una novela en el regazo, ella esperaba a su amigo, con cierta indolencia pasiva y mansa que me recordaba siempre el Oriente y un harén. Pero por las frescas sedas Pompadour parecía también una marquesita de Versalles cansada del gran siglo; o si no, con sus brocados oscuros y sus anchos cinturones claveteados, era como una veneciana, preparada para un dux. Mi intrusión en la intimidad de aquellas tardes no la contrariaba, antes bien, le traía un nuevo vasallo, con unos ojos juveniles para contemplarla. Era yo ya su *cher Fernández*.

Y apenas despegaba los labios avivados de rojo, semejantes a una herida fresca, empezaba a charlar y nos envolvía en seguida en el burbujeo y la murmuración de París. Ella sólo sabía hablar de su persona, que era el resumen de su clase, y de su existencia, que era el resumen de su París; y su existencia, desde que se casó, había consistido en adornar con suprema ciencia su lindo cuerpo; entrar perfectamente en un salón y deslumbrar; moverse entre telas y conferenciar pensativamente con el gran modisto; rodar por el Bosque colocada en su victoria como una figura de cera; descotarse y blanquear su cuello; pizcar una pata de chocha en mesas de lujo; hendir multitudes suntuosas en bailes concurridos; dormirse con la vanidad fatigada; recorrer por la mañana, tomando su chocolate, los «Ecos» y las «Fiestas» del *Figaro;* y de cuando en cuando murmurar a su marido: «¡Ah! ¿Eres tú?» Además de eso, entre dos luces, sobre un sofá, algunos breves suspiros, entre los brazos de alguien a quien era fiel. A mi buen príncipe le pertenecía aquel año el sofá. Todos esos deberes de ciudad y de casta los cumplía sonriendo. Tanto sonreía, desde que se casó, que dos arrugas le doblaban las comisuras de los labios de un modo indeleble. Pero ni en el alma ni en la piel mostraba otras señales de cansancio. Su agenda de visitas contenía mil trescientos nombres, todos de la nobleza. A través, sin embargo, de aquella fulgurante sociabilidad, guardaba en su cerebro —donde seguramente penetraron los polvos perfumados que desde el colegio cubrían su cara—algunas ideas generales. En política era monárquica; y todos los otros «horrores», la república, el socialismo, la democracia que no se lava, los hechizaba, risueña, con un abanicazo. En Samana Santa unía los encajes del sombrero con la corona amarga de espinas, por ser ésos, para la gente bien nacida, días de penitencia y de dolor. Y ante todo libro o todo cuadro sentía una emoción y expresaba finamente un juicio, que en su mundo y en esa Semana Santa fuera elegante expresar y sentir. Tenía treinta años. No se había dejado dominar nunca por los tormentos de una pasión. Apuntaba con severa regularidad todos sus gastos en un libro de cuentas encuadernado en piel verde. Su religión íntima—y más genuina que aquella otra, que la llevaba todos los domingos a misa en San Felipe de Roule—era el orden. En invierno, no bien empezaban en la amable ciudad a morirse de frío, bajo los puentes, niños sin abrigo, ella preparaba con conmovido cuidado sus toaletas para patinar. Y preparaba también las ropas de caridad, porque era buena y contribuía para bazares, conciertos y tómbolas, siempre que fuesen patrocinados por las duquesas de su «pandilla». Después,

en primavera, muy metódicamente, regateando, vendía a una ropavejera los vestidos y las capas de invierno. París admiraba en ella una suprema flor del parisianismo. Pues respirando aquella tersa y fina flor pasábamos las tardes de aquel julio mientras las otras flores pendían y se marchitaban en la calma y el polvo. Pero en la intimidad de su perfume, Jacinto no parecía hallar ese contento de alma que entre todo lo que cansa no cansa jamás. Con la paciente lentitud con que se suben todos los calvarios, era como subía él ya la escalera de madame de Oriol, tan suave y adornada con tan frescas palmeras. Cuando la apetitosa criatura, con todo afecto, para entretenerle, lucía su viveza como despliega un pavo real su cola, mi pobre príncipe se tiraba de los pelos de su bigote lacio, en la mustia actitud de quien, en una mañana de mayo, mientras los mirlos cantan en los cercados, asiste en una iglesia negra a un responso fúnebre por un príncipe. Y en el beso que él dejaba sobre la mano de su dulce amiga al despedirse había siempre alegría y alivio.

Pero al otro día, al empezar la tarde, después de vagar de la biblioteca al gabinete de trabajo, sacando sin curiosidad la tira del telégrafo, dando algún recado distraído por teléfono, esparciendo la vista desanimada sobre el saber inmenso de los treinta mil volúmenes, removiendo la colina de los diarios y revistas, acababa por llamarme, ya con la triste pereza de la hazaña a que me obligaba:

—¿Vamos a casa de madame de Oriol, Pepe Fernández? Tenía para hoy seis o siete cosas, pero no puedo, es una pesadez. Vamos a casa de madame de Oriol. Al menos allí, algunas veces, hay un poco de frescura y de paz.

Y una de aquellas tardes en que mi príncipe buscaba así desesperadamente un «poco de frescura y de paz», nos encontramos, en medio de la suave escalera, entre las palmeras, al marido de madame de Oriol. Yo ya le conocía, porque Jacinto me lo enseñó una noche en el *Grand Café*, cenando con unas bailarinas del *Moulin Rouge*. Era un mozo gordinflón, indolente, de una blancura mate de tocino, con una calvicie ya seria y lustrosa, constantemente acariciada por sus gruesos dedos cargados de sortijas. Aquella tarde, sin embargo, bajaba todo rojo y emocionado, poniéndose, iracundo, los guantes. Se paró ante Jacinto, y, sin estrecharle siquiera la mano, haciendo un gesto hacia el rellano:

—¿Va usted arriba de visita? Pues encontrará a Juana en pésima disposición. Hemos tenido una escena, y tremenda.

Dió otro tirón desesperado al guante color paja, ya desgarrado:

—Estamos separados, cada uno vive como le apetece, lo cual es excelente. Pero en todo hay una medida y una forma. Ella lleva mi nombre, y yo no puedo consentir que en París, con conocimiento de todo París, sea la amante del lacayo. Amantes de nuestro mundo, pase. Un lacayo, no. Si quiere acostarse con los criados, que emigre al fondo de una provincia, a su casa de Corbelle. Y allí hasta con los animales... ¡Esto fué lo que le dije! Se ha puesto como una fiera.

Estrechó entonces la mano de Jacinto, que «era de su mundo», y se precipitó por la escalera florida y noble. Mi príncipe, inmóvil en un escalón, con la frente baja, se atusaba lentamente las guías del bigote. Después, mirándome, como un ser saturado de tedio y en quien ningún nuevo tedio puede ya caber:

—¿Ahora subimos ya, no?

*

Partí entonces con mucha alegría hacia mi ansiada peregrinación por las ciudades de Europa.

¡Iba a viajar! Viajé. Treinta y cuatro veces, de prisa, resoplando, con toda la cara arrebatada, deshice y volví a hacer la maleta. Once veces pasé el día en un vagón envuelto en polvo y humo, sofocado, jadeante, sudando, saltando a cada estación para sorber desesperadamente limonadas sosas que me estropeaban el estómago. Catorce veces subí derrengado detrás de un criado la escalera desconocida de un hotel; y esparcía la mirada vaga por un cuarto desconocido; y extrañé una cama desconocida, de donde me levantaba atontado, para pedir en lenguas desconocidas un café con leche que me sabía a habas, un baño que me olía a lodo. Ocho veces tuve altercados odiosos en la calle con cocheros que me robaban. Perdí una sombrerera, quince pañuelos, tres calzoncillos y dos botas, una de color y otra de charol, ambas del pie derecho. En más de treinta mesas redondas esperé tristemente a que me llegase el *boeuf-à-la mode*, ya frío, con salsa coagulada, y a que el camarero me trajese la botella de burdeos que yo probaba y rechazaba con una mueca de disgusto. Recorrí en la fresca penumbra de los granitos y de los mármoles, con respetuoso y apagado paso, veintinueve catedrales. Me paseé con indolencia, sintiendo un dolor sordo en la nuca, en catorce museos, por ciento cuarenta salas llenas hasta los techos de Cristos, héroes, santos, ninfas, princesas, batallas, arquitecturas, verduras, desnudos, sombrías manchas de betún, tristezas de las formas inmóviles. Y el día más dulce para mí fué cuando, en Venecia, donde llovía a torrentes, encontré a un viejo inglés de nariz llameante que vivía en Oporto y conocía a Ricardo, a José Duarte, al vizconde del Buen Suceso y a las Limas de Buena Vista. Me gasté seis mil francos. Había viajado.

Por fin, una bendita mañana de octubre, con los primeros fríos y nieblas de otoño, divisé con enternecido alborozo las cortinas de seda aún corridas de mi doscientos dos. Acaricié el hombro del portero. En el rellano, donde encontré el aire suave y templado que dejé en Florencia, estreché la mano del excelente Grilo:

—¿Y Jacinto?

El digno negro murmuró, entre su alto y brillante cuello:

—El señor se mueve. Pesadote, harto. Volvió tarde del baile de la duquesa de Loches.

Era el anuncio de esponsales de mademoiselle de Loches. Tomó, sin embargo, antes de acostarse un té helado. Y dijo, rascándose la cabeza: «¡Ah, qué pesadez! ¡Qué pesadez!»

Después del baño y del chocolate, a las diez, confortado y calentito dentro de la bata de terciopelo, irrumpí en el cuarto de mi príncipe, con los brazos abiertos y ansiosos:

—¡Oh Jacinto!

—¡Oh viajero!

Cuando nos abrazamos hasta la saciedad, retrocedí para mirarle la cara, y en ella el alma. Ceñido en una chaqueta de paño color malva, adornada con piel de marta, con las

guías del bigote lacias, sus dos arrugas más marcadas, y una blandura en los anchos hombros, mi amigo parecía ya encorvado bajo el peso, la opresión y el terror de su día. Sonreí para que él sonriese:

—Valeroso Jacinto. Entonces, ¿qué tal has vivido?

Y él respondió, muy serenamente:

—Como un muerto.

Forcé una leve carcajada, como si su mal fuera leve:

—Aburridote, ¿eh?

Mi príncipe lanzó, con un gesto tan vencido, un ¡oh! tan cansado, que yo, compadecido de nuevo, le abracé, le estreché como para transmitirle una parte de esta alegría sólida y pura que recibí de mi Dios.

*

Desde aquella mañana, Jacinto empezó a mostrar clara y abiertamente a su buen Pepe Fernández el tedio de que le había saturado la vida. Su cuidado y su esfuerzo consistieron realmente entonces en sondear y expresar ese tedio, con la esperanza de vencerlo no bien conociera bien su origen y su potencia. Y mi pobre Jacinto reprodujo la comedia poco divertida del melancólico que razona perpetuamente su melancolía. En ese razonamiento partía él siempre del hecho irrecusable y de peso de que su vida especial contenía todo el interés y todas las facilidades posibles en el siglo XIX, en la vida de un hombre que no es un genio ni un santo. En efecto. A pesar del apetito embotado por doce años de champañas y de salsas sabrosas, él conservaba su fortaleza de pino agreste; en la luz de su inteligencia no habían aparecido ni temblor ni pabilo; la buena tierra portuguesa y algunas compañías sólidas le suministraban puntualmente sus doce centenas de miles de duros; siempre activas y siempre fieles, le rodeaban las simpatías de una ciudad inconstante y burlona; el doscientos dos estallaba de comodidades; ninguna amargura de corazón le atormentaba, y, sin embargo, era un triste. ¿Por qué? Y de aquí saltaba, con fulgurante certeza, a la conclusión de que su tristeza, aquel ceniciento sayal en el que su alma estaba amortajada, no provenía de su individualidad como Jacinto, sino de la vida, del lamentable, del desastroso hecho de vivir. Y así el sano, inteligente, riquísimo y bien acogido Jacinto cayó en el pesimismo.

Y en un pesimismo irritado. Porque —según afirmaba—él había nacido para ser tan naturalmente optimista como un gorrión o un gato. Y hasta los doce años, mientras fué un animalito superiormente animado, con su piel siempre abrigada y su plato siempre bien lleno, no sintió nunca fatiga, o melancolía, o contrariedad, o pena, y las lágrimas eran para él tan incomprensibles, que le parecían viciosas. Sólo cuando creció, y de la animalidad entró en la humanidad, despuntó en él aquel fermento de tristeza, mucho tiempo contenido en el tumulto de las primeras curiosidades, y que después se extendió, lo invadió todo, se le hizo consustancial y como si fuera la sangre de sus venas. Sufrir era, por tanto, inseparable de vivir. Sufrimientos diferentes en los destinos diferentes de la vida. En la turba de los humanos existe la lucha angustiosa por el pan, por el cobijo, por el fuego; en una casta, agitada por necesidades más elevadas, existe la amargura de las desilusiones, el mal de la imaginación insatisfecha, el orgullo chocando contra el obstáculo; en él, que tenía todos los bienes y ningún deseo, era el tedio. Miseria del cuerpo, tormento de la voluntad, hastío de la inteligencia; he aquí la vida. Y ahora, a los treinta y tres años, su ocupación era bostezar, deslizar los dedos desalentados por la cara inclinada para palpar en ella y ansiar la calavera.

Fué entonces cuando mi príncipe empezó a leer apasionadamente, desde el *Eclesiastés* hasta Schopenhauer, todos los líricos y todos los teóricos del pesimismo. En aquellas lecturas encontraba la confortadora comprobación de que su mal no era mezquinamente «jacíntico», sino grandiosamente resultante de una ley universal. Ya hacía cuatro mil años, en la remota Jerusalén, la vida, hasta en sus deleites más triunfales, se resumía en ilusión. Ya el rey incomparable, de divina sapiencia, sumo vencedor, sumo constructor, se aburría, bostezaba entre los despojos de sus conquistas y los mármoles nuevos de sus templos, y sus tres mil concubinas, y las reinas que venían del fondo de Etiopía para que él las fecundase y engendrase un dios en su vientre. No hay nada nuevo bajo el sol, y la eterna repetición de las cosas es la eterna repetición de los males. Cuanto más se sabe, más se sufre; y el justo como el perverso, nacidos del polvo, en polvo se convierten. Todo tiende a lo efímero en Jerusalén y en París. Y él, oscurecido en el doscientos dos, padecía por ser hombre y por vivir, como en su trono de oro, entre sus cuatro leones de oro, padeció el hijo magnífico de David.

No se separaba entonces del *Eclesiastés*. Y circulaba por París llevando dentro de su cupé a Salomón, como hermano de dolor, con quien repetía el grito desolado que es la suma de la verdad humana: *Vanitas vanitatem*. Todo es vanidad.

Otras veces, desde por la mañana le encontraba tumbado en el sofá, con una bata de seda, absorbiendo Schopenhauer, mientras el pedicuro, arrodillado sobre la alfombra, le arreglaba con pericia y respeto las uñas de los pies. Colocaba a su lado la taza de Sajonia, llena de aquel café de Moka enviado por emires del desierto, que no le satisfacía nunca, ni por su fuerza ni por su aroma. A ratos, dejaba el libro sobre el pecho y deslizaba una mirada compasiva hacia el pedicuro, como pensando qué dolor le torturaría, puesto que a toda vida le corresponde un sufrimiento. Con seguridad, el moverse así, perpetuamente, entre pies extraños... Y cuando el pedicuro se levantaba, Jacinto le dedicaba una sonrisa de confraternidad, con un «¡adiós, amigo mío!», que era un «¡adiós, hermano mío!»

Aquéi fué el período espléndido y soberbiamente divertido de su tedio. Jacinto había encontrado, por fin, en la vida una ocupación grata: maldecir a la vida. Y para que la pudiese maldecir en todas sus formas, las más ricas, las más intelectuales, las más puras, recargó su propia vida con un nuevo lujo, con nuevos intereses del espíritu, y hasta con fervores humanitarios y curiosidades sobrenaturales.

El doscientos dos, aquel invierno, refulgió de magnificencia. Entonces fué cuando inició él en París, repitiendo lo hecho por Heliogábalo, los festines de color, narrados en la *Historia augusta*; y ofreció a sus amigos aquella sublime comida color rosa, en que todo era rosado: las paredes, los muebles, las luces, las porcelanas, los cristales, los helados, los champañas, y hasta—por una invención de alta cocina—los

pescados, las carnes y las legumbres que servían los lacayos, empolvados de rosa, con libreas color rosa, mientras del techo, de un velorio de seda rosada, caían pétalos frescos de rosas. La ciudad, deslumbrada, clamó: «¡Bravo, Jacinto!» Y mi príncipe, al terminar la fiesta fulgurante, se plantó delante de mí con las manos en las caderas, y gritó, triunfalmente:

—¿Eh? ¡Qué pesadez!

Después fué el humanitarismo; y fundó un hospicio en el campo entre jardines para ancianos desvalidos y otro para niños débiles a orillas del Mediterráneo. Después, con el mayor Dorchas y Mayolle y el hindú de Mayolle, penetró en el teosofismo, y organizó tremendas experiencias para comprobar la misteriosa *exteriorización de la fuerza motriz*. Luego, desesperadamente, unió el doscientos dos con los hilos telegráficos del *Times*, para que en su gabinete, como en un corazón, palpitase toda la vida social europea.

Y a cada uno de aquellos esfuerzos de la elegancia, del humanitarismo, de la sociabilidad y de la inteligencia indagadora, se volvía hacia mí, alegres los brazos con un grito victorioso: «¿Lo ves, Pepe Fernández? ¡Una pesadez!» Cogía entonces su *Eclesiastés*, y abandonaba a Schopenhauer. Ni fiestas, ni los hilos del *Times*, ni teosofismos, ni sus hospicios, parecían interesar ahora a mi amigo, ni siquiera como demostraciones gloriosas de su fe. Y su abominable función se limitó de nuevo a bostezar, a pasarse los dedos blandos sobre su cara inclinada palpando la calavera. Sin cesar aludía a la muerte como una liberación. Una tarde, incluso, en el melancólico crepúsculo de la biblioteca, antes de brillar las luces, me asustó extraordinariamente hablando en tono helado de muertes rápidas, sin dolor, por el contacto con una amplia pila eléctrica o con la violencia compasiva del ácido cianhídrico. ¡Diablo! El pesimismo, que había aparecido en la inteligencia de mi príncipe como un concepto elegante, atacó bruscamente su voluntad.

Todo su impulso fué entonces el de un buey inconsciente que marcha bajo el yugo y la aguijada. Ya no esperaba de la vida contento alguno, ni siquiera se lamentaba de que ella le trajese tedio o dolor. «Todo es indiferente, Pepe Fernández.» Y tan indiferentemente saldría a su balcón para recibir una corona imperial ofrecida por un pueblo, como se tumbaría en un sillón roto para enmudecer y yacer allí. Siendo todo inútil, y no conduciendo sino a una mayor desilusión, ¿qué podía importar la más rutilante actividad o la más enojosa inercia? Su gesto constante, que me irritaba, era encogerse de hombros. Ante dos ideas, dos caminos, dos platos, se encogía de hombros. ¿Qué importaba? Y en el mínimo acto, rascar una cerilla o desdoblar un periódico, ponía una morosidad tan desconsolada, que todo él parecía atado desde los dedos hasta el alma por las vueltas apretadas de una cuerda que no se veía y que le trababa.

*

Muy desagradablemente recuerdo el día de su cumpleaños, el 10 de enero. Por la mañana, temprano, recibió una carta de madame de Trèves con una canastilla de camelias, azaleas, orquídeas y lirios del valle. Y fué aquel delicado rasgo lo que le recordó la fecha notable. Sopló sobre los pétalos el humo del cigarro y murmuró, con una risa lenta de escarnio:

—¿Entonces hace treinta y cuatro años que ando metido en esta tabarra?

Y como le propusiera yo que telefoneásemos a los amigos para beber en el doscientos dos el champaña del «natalicio», él se negó con gesto enojado. ¡Oh, no! ¡Qué horrible aburrimiento! Y chilló, incluso, a Grillo:

—Hoy no estoy en París para nadie. Me he marchado al campo, a Marsella. ¡Me he muerto!

Y su ironía no cesó hasta el almuerzo ante las cartas, telegramas, tarjetas, que crecían, se redondeaban como una colina sobre la mesa de ébano, como un homenaje de la ciudad. Otras flores que llegaron, en vistosas canastillas, con vistosos lazos, fueron comparadas por él con las que se depositan sobre una tumba. Y sólo le interesó un momento el regalo de Efraim, una ingeniosa mesa, que se bajaba hasta la alfombra o se levantaba hasta el techo. ¿Para qué, Santo Dios?

Después del almuerzo, como llovía sombríamente, no salimos del doscientos dos, con los pies tendidos hacia la lumbre, en un perezoso silencio. Acabé por adormecerme beatíficamente. Desperté a los pasos apresurados de Grillo. Jacinto, sepultado en la poltrona, recortaba papel con unas tijeras. Y nunca compadecí a aquel amigo, que fatigó su juventud en acumular todas las nociones formuladas desde Aristóteles y reuniendo todos los inventos realizados desde Terámenes, como aquella tarde de fiesta, en que él, rodeado de civilización en las máximas proporciones para gozar con las máximas proporciones la delicia de vivir, se encontraba reducido, junto a su chimenea, a recortar papeles con unas tijeras.

Grillo trajo un regalo del gran duque—una caja de plata, forrada de cedro, y llena de un té precioso, cogido flor a flor, en las vegas de Kiang-Seu por manos puras de vírgenes, y transportado por toda Asia en caravanas con la veneración de una reliquia. Entonces, para despertar nuestra soñolencia, propuse que tomásemos el divino té, ocupación muy a tono con la tarde triste, la densa lluvia que inundaba los cristales y la clara llama bailando en el hogar. Jacinto accedió, y un criado acercó en seguida la mesa de Efraim para que estrenásemos sus ingeniosos servicios. Pero mi príncipe, después de levantarla, ante mi asombro, hasta los colgantes de cristal de la araña, no consiguió, a pesar de una extenuante y desesperada batalla con los muelles, que la mesa volviese a una altura humana y casera. Y el criado se la llevó de nuevo, levantada como un andamio, quimérica, utilizable únicamente para el gigante Adamastor. Después llegó la caja del té entre cazos, lámparas, coladores, todo un fausto de utensilios de plata que daban a aquella ocupación, tan dulce y sencilla en casa de mi tía, *hacer el té*, la majestad de un rito. Prevenido por mi camarada de la sublimidad de aquel té de Kiang-Sou, alcé la taza a los labios con una reverencia. Era una infusión descolorida que sabía a malva y a hormigas. Jacinto probó, escupió, blasfemó. No tomamos té.

Al cabo de otro pensativo silencio, murmuré, con los ojos perdidos en el fuego:

—¿Y las obras de Tormes? La iglesia... ¿Ya estará la iglesia nueva?

Jacinto volvió a coger el papel y las tijeras:

—No lo sé. No he vuelto a recibir carta de Silverio. Ni puedo imaginar dónde estarán las osamentas. ¡Qué lúgubre historia!

Llegó después la hora de las luces y de la comida. Yo había encargado por mediación de Grillo a nuestro magistral cocinero una gran fuente de arroz con leche, con las iniciales de Jacinto y la fecha feliz, en canela, a la moda grata de nuestra dulce tierra. Y mi príncipe, ya en la mesa, recorriendo la lámina de marfil donde en el doscientos dos se anotaban los platos con lápiz rojo, ensalzó fervorosamente la idea patriarcal:

—¡Arroz con leche! Está escrito con dos eses, pero no ofrece duda. Excelente recuerdo. Hace mucho tiempo que no tomo arroz con leche. Desde la muerte del abuelo.

Pero cuando el arroz con leche apareció triunfalmente, ¡qué vejación! El arroz, macizo, moldeado en forma de pirámide de Egipto, emergía de un jarabe de cereza, y desaparecía bajo las frutas secas que lo cubrían hasta el copete, donde se equilibraba una corona de conde hecha de chocolate y gajos de mandarina helada. Y las iniciales, la fecha, tan lindas y solemnes en la ingenua canela, venían trazadas en los bordes de la fuente con violetas garapiñadas. Rechazamos con mucho horror el plato afrentoso. Y Jacinto, alzando su copa de champaña, murmuró, como en un funeral pagano:

—¡*Ad Manes*, por nuestros muertos!

Volvimos a la biblioteca a tomar el café en el bienestar y la alegría del fuego. Fuera, el viento bramaba como en un yermo serrano; y los cristales retemblaban, inundados, bajo el aguacero furioso. ¡Qué dolorosa noche para los diez mil pobres que en París vagan sin pan y sin lumbre! En mi aldea, entre cerro y valle, tal vez rugiese así la tormenta. Pero allí, cada pobre, al abrigo de su chamizo, con su olla repleta de coles, se agacha en su manteo al calor del hogar. Y para los que no tenían ni leña ni col, allí estaba Juan el de las Quintas o la tía Vicenta, o el abad, a quienes conocen todos los pobres por sus nombres y con los que cuentan, como siendo de los suyos, cuando el carro va al monte y la hornada entra en el horno.

¡Ah, Portugal pequeñito, que eres aún bueno con los pequeños!

Suspiré. Jacinto haraganeaba. Y acabamos por hojear lánguidamente los periódicos que trajera el mayordomo, en un montón facundo, sobre una bandeja de plata, periódicos de París, de Londres, semanarios, *magazines*, revistas, ilustraciones... Jacinto desdoblaba y tiraba; de las revistas ojeaba el sumario, hartándose en seguida; rasgaba las hojas de las ilustraciones con dedo indiferente, bostezando por encima de los grabados.

Después, más estirado hacia la lumbre:

—Es una lata. No hay nada que leer.

Y de repente, rebelándose contra aquel hastío opresor que le esclavizaba, saltó del sillón con el arranque de quien rompe unas esposas, y se quedó tieso, lanzando a su alrededor una mirada dura e imperativa, como si intimase a aquel su doscientos dos, tan abarrotado de civilización, a que, por un momento siquiera, proporcionase a su alma algún interés vivo, a su vida algún goce fugaz. Pero el doscientos dos permaneció insensible: ni una luz para animarle avivó su brillo mudo;

sólo los cristales retemblaron bajo los embates más violentos del agua y del viento.

Entonces mi príncipe, vencido, arrastró sus pasos hasta su gabinete, empezó a recorrer todos los aparatos completadores y facilitadores de la vida, su telégrafo, su teléfono, su fonógrafo, su radiómetro, su grafófono, su máquina de escribir, su máquina de calcular, su imprenta eléctrica, la otra magnética, todos sus utensilios, todos sus tubos, todos sus cables... Como un suplicante recorre los altares de los que espera socorro. Y toda su suntuosa mecánica se mantuvo rígida, reluciendo fríamente, sin que girase una rueda, ni vibrase una lámina, para entretener a su señor.

Sólo el reloj monumental, que señalaba la hora de todas las capitales y el curso de todos los planetas, se compadeció dando las campanadas de medianoche, anunciando a mi amigo que se había marchado un día más llevándose su peso, disminuyendo aquel sombrío peso de la vida, bajo el cual gemía él, curvado. El príncipe de la Gran Ventura decidió entonces volver a la cama con un libro. Y durante un momento permaneció inmóvil en medio de la biblioteca, contemplando sus treinta mil volúmenes reunidos allí con pompa y majestad como doctores en un Concilio, luego las pilas revueltas de los libros nuevos que esperaban por los rincones, sobre la alfombra, el reposo y la consagración de los estantes de ébano. Atusándose con indolencia el bigote, se dirigió, por fin, hacia la región de los historiadores; observó siglos, escudriñó razas; pareció atraído por el esplendor del imperio bizantino; penetró en la Revolución francesa, de la que se apartó desencantado, y palpó con mano vaga toda la vasta Grecia, desde la fundación de Atenas hasta la aniquilación de Corinto. Pero, bruscamente, torció hacia la hilera de los poetas, que brillaban en pieles claras, mostrando sobre el lomo, en oro, en los títulos fuertes o lánguidos, el interior de sus almas. No apeteció ninguna de aquellas seis mil almas, y retrocedió, desconsolado, hasta los biólogos... Tan macizo y apretado era el estante de Biología, que mi pobre Jacinto se quedó aterrado como ante una ciudad inaccesible. Empujó la escalera, y, huyendo, trepó hasta las alturas de la Astronomía: separó astros, volvió a colocar mundos; todo un sistema solar se desplomó con fragor. Aturdido, bajó, empezó a rebuscar entre los montones de obras nuevas, en rústica aún, en sus ropajes ligeros de combate. Cogía, hojeaba, tiraba; para sacar un volumen demolía una torre de doctrinas; saltaba por encima de los problemas, pisaba las religiones; y ojeando una línea, recorriendo más allá un índice, a todos interrogaba, de todos se desinteresaba, rodando casi a la rastra entre las gruesas olas de tomos que caían, sin poderse detener, con el ansia de encontrar un libro. Se detuvo entonces en medio de la inmensa pieza, en cuclillas, sin ánimo, contemplando aquellos muros todos forrados, aquel suelo todo cubierto, sus treinta mil volúmenes, y, sin saborear su sustancia, ya absolutamente harto, abarrotado, sintiendo náuseas con la opresión de su abundancia. Terminó por volver al montón de periódicos estrujados, levantó melancólicamente un antiguo *Diario de Noticias*, y, con él debajo del brazo, subió a su cuarto, para dormir, para olvidar.

VIII

Al final de aquel invierno, oscuro y pesimista, una mañana en que yo holgazaneaba en la cama, sintiendo a través de los cristales llenos de sol aún pálido una bocanada primaveral tímida todavía, Jacinto asomó a la puerta de mi cuarto, vestido con ligeras franelas, de una blancura de azucena. Se paró lentamente al borde de los colchones, y con gravedad, como si anunciase su casamiento o su muerte, dejó caer sobre mí esta declaración formidable:

—Pepe Fernández, quiero marchar a Tormes.

El brinco con que me senté conmovió el recio lecho de caoba del viejo *don Galeón*:

—¿A Tormes? ¡Oh Jacinto! ¿A quién has asesinado?

Complacido con mi emoción, el príncipe de la Gran Ventura sacó del bolsillo una carta, y empezó a leer estas líneas, seguramente ya releídas y detenidamente estudiadas:

«Ilustrísimo señor: Tengo una satisfacción en comunicar a usted que en esta semana deben de quedar terminadas las obras de la nueva capilla...»

—¿Es de Silverio?—exclamé.

—Es de Silverio. «... las obras de la nueva capilla. Los venerables restos de sus excelsos abuelos, señores de todo mi respeto, pueden ser trasladados en breve desde la iglesia de San José, donde han estado depositados por bondad de nuestro santo abad, que saluda a usted con toda consideración... Obediente, aguardo las valiosas órdenes de usted respecto a esta majestuosa y triste ceremonia...»

Alcé los brazos, comprendiendo:

—¡Ah, bien! Quieres asistir al traslado.

Jacinto se guardó la carta en el bolsillo.

—¿No te parece, Pepe Fernández? No es a causa de los otros abuelos, que son unos huesos confusos, y a quienes no conocí. Es a causa del abuelo *Galeón*... Tampoco le he conocido... Pero éste doscientos dos está lleno de él; tú estás acostado en su cama; yo uso aún su reloj. No puedo dejar a Silverio y a los renteros el cuidado de instalarle en su nuevo sepulcro. Hay en esto un escrúpulo de decoro, de elegancia moral... En fin, lo he decidido. Me apreté la cabeza con los puños y grité: «¡Voy a Tormes!» ¡Y voy! ¡Y tú vienes!

Me puse las zapatillas, apretando el cordón de la bata:

—Pero tú sabes, mi buen Jacinto, que la casa de Tormes está inhabitable...

Clavó él en mí sus ojos aterrados.

—Horrible, ¿no?

—Horrible, horrible, no. Es una hermosa casa de hermosa piedra. Pero los caseros que en ella viven hace treinta años duermen en catres, toman el caldo en la olla y usan las habitaciones para secar el trigo. Creo que los únicos muebles de Tormes, si mal no recuerdo, son un armario y una espineta, coja, ya sin teclas.

Mi pobre príncipe suspiró con un gesto cansado en que se entregaba al destino:

—¡Se acabó! *Alea jacta est!* Como no marcharemos hasta abril, hay tiempo de pintar, de entarimar, de poner cristales... Mandaré de aquí alfombras y camas... Un carpintero de Lisboa irá después a tapar algún agujero... Llevaremos libros, una máquina para hacer hielo... Es ésta, incluso, una ocasión para poner, al fin, en una de mis

casas de Portugal alguna decencia y algún orden. ¿No te parece? ¡Pues vaya! Una casa que data de mil cuatrocientos diez. Existía aún el imperio bizantino.

Yo me enjabonaba lentamente con la brocha. Mi príncipe encendió, muy pensativamente, un cigarro, y no se apartó del tocador, contemplando mi aseo con una atención triste que me molestaba. Por fin, como si repitiese una sentencia mía, para captar bien su moral y su jugo:

—Entonces, definitivamente, Pepe Fernández, ¿crees que es un deber, un absoluto deber, que vaya yo a Tormes?

Aparté del espejo el rostro enjabonado para encararme, risueñamente divertido, con mi príncipe:

—¡Oh Jacinto! Fué a ti, y sólo a ti, a quien se le ocurrió la idea de ese deber. Dicho sea en honor tuyo, chico... No cedas a nadie ese honor.

Tiró el cigarro, y con las manos sepultadas en los bolsillos de los pantalones, vagó por el cuarto, tropezando en las sillas, embistiendo contra las columnas torneadas del viejo lecho de *don Galeón*, con un vago balanceo, como un barco ya desamarrado de su seguro fondeadero, sin rumbo en el incierto mar. Después se acomodó encima de la mesa donde yo conservaba enmarcada, por graduaciones de sentimientos, desde el daguerreotipo de mi padre hasta la fotografía de *León*, mi perdiguero, la galería de mi familia.

Y nunca mi príncipe—al que yo contemplaba poniéndome los tirantes—me pareció tan encorvado, tan alicaído, como desgastado por una lima que desde hacía mucho le estuviera limando hondamente. Así venía a acabar, deshecha en civilización, en aquel superexquisito flacucho, sin músculo y sin energía, la fortísima raza de los Jacintos. Aquellos melenudos Jacintos, que en sus altas tierras de Tormes, al volver de vencer al moro en el Salado o al castellano en Valverde, ni siquiera se quitaban las rígidas armaduras para labrar sus tierras o atar la vid al olmo, edificando el reino con la lanza y con la azada, ambas tan recias y ásperas. Y ahora allí estaba aquel último Jacinto, un *jacintículo*, con la tersa piel empapada en perfumes, la minúscula alma envuelta en filosofías, cohibido y suspirando bajito en la pequeña indecisión de la vida.

—¡Oh Pepe Fernández! ¿Quién es esta labradoraza rechoncha?

Estiré el cuello hacia la fotografía que él levantaba entre las de mi galería, en su honrado marco de peluche rojo:

—Más respeto, don Jacinto. Un poco más de respeto, caballero. Es mi prima Juanilla de Sandofim, la de la casa de la Flor de Malva.

—Flor de Malva—murmuró mi príncipe—. Es la casa del condestable, de Nuño Alvarez.

—Flor de la Rosa, hombre. La casa del condestable estaba en la Flor de la Rosa, en el Alemtejo... Esta ignorancia tuya embrollada de las cosas de Portugal.

Mi príncipe dejó caer blandamente la fotografía de mi prima de entre sus dedos blandos, que se llevó a la cara, en su gesto horrendo de palpar a través de ella la calavera. Luego, de repente, con un soberbio esfuerzo, en que se enderezó y creció:

—¡Bien! *Alea jacta est!* Marchemos, pues, a las sierras. Y ahora ni reflexión ni descanso. Manos a la obra. En marcha.

Tiró con la mano del dorado picaporte de la puerta como si fuese el

negro cerrojo que abre los destinos, y en el corredor llamó a Grillo, con una potente y precipitada voz que nunca le había oído, y que me recordó la de un jefe ordenando, al amanecer, que se levante el campo, y que la hueste parta con pendones y bagajes.

Aquella misma mañana—con una actividad en que reconocí la prisa repugnada de quien toma aceite de ricino—escribió a Silverio mandando pintar, entarimar y poner cristales en el caserón. Y después del almuerzo, apareció en la biblioteca, llamado violentamente por teléfono, para organizar el envío de muebles y objetos de comodidad, el director de la *Compañía Universal de Transportes*.

Era un hombre que parecía el anuncio de su Compañía, ceñido en un traje a cuadritos oscuro, con botines sobre unas botas de color, una cartera de piel en bandolera y una roseta multicolor en el ojal que resumía sus condecoraciones exóticas de Madagascar, de Nicaragua, de Persia y otras más, que probaban la universalidad de sus servicios Apenas Jacinto mencionó «Tormes, en el Duero...», él, en seguida, con una sonrisa superior, extendió el brazo, atajando otros esclarecimientos, en su intimidad minuciosa con aquellas regiones.

—Tormes... Perfectamente. Perfectamente.

Escribió rápidamente en la cartera, sobre la rodilla, una nota presurosa, mientras yo contemplaba, asombrado, la vastedad de su saber geográfico, familiarizado así con los rincones de una sierra de Portugal y con todos sus viejos solares. Ya él cerraba la cartera. Y «mis queridos señores, ya no tenemos más que embalar las ropas, los muebles, las preciosidades. Yo mandaré los carros a buscar los cajones, sobre los que pondré con letras gruesas la dirección...»

—¡Tormes! Perfectamente. Línea española del Norte, Medina-Salamanca... ¡Perfectamente! Tormes... ¡Muy pintoresco! ¡Y antiguo, histórico! ¡Perfectamente, perfectamente!

Desencajó su cabeza en una inclinación profundísima, y salió de la biblioteca con pasos que devoraban leguas y anunciaban la presteza de sus transportes.

—Ya ves—murmuró Jacinto, muy serio. ¡Qué prontitud, qué facilidad! En Portugal hubiera sido una tragedia. No hay como París.

Comenzó entonces en el doscientos dos el colosal encajonamiento de todas las comodidades necesarias a mi príncipe para un mes de áspera sierra, colchones de pluma, bañeras niqueladas, lámparas de gas, divanes profundos, cortinas para impedir las rendijas ingratas, alfombras para ablandar los suelos toscos. Los sótanos, donde se guardaban los pesados trastos del abuelo *Galeón,* fueron vaciados, porque el caserón medieval de mil cuatrocientos diez permitía los muebles románticos de mil ochocientos treinta De todos los almacenes de París llegaban en cada mañana fardos, cajas, pavorosos paquetes que los embaladores deshacían, llenando los corredores de montañas de paja y de papel de estraza, donde nuestros pasos presurosos se enredaban. El cocinero, jadeante, organizaba el envío de hornillos, neveras, latas de trufas y de conservas, panzudas botellas de aguas minerales. Jacinto, recordando las tormentas de la sierra, compró un enorme pararrayos. Desde el amanecer, en los patios, en el jardín, se martillaba, se clavaba, con gran estruendo como en la construcción de una ciudad. Y el desfile de equipajes por el portal recordaba una página de Herodoto narrando la marcha de los persas.

Desde los balcones, Jacinto, con el brazo extendido, saboreaba aquella actividad, aquella disciplina:

—¿Ves, Pepe Fernández, qué facilidad? Salimos del doscientos dos, llegamos a la sierra, y encontramos allí el doscientos dos. ¡No hay como París!

Volvía a amar la ciudad mi buen príncipe, mientras preparaba su éxodo. Después de haber dado prisa aquella mañana a los embaladores, descubriendo nuevas comodidades para el abandonado solar, telefoneando nutridas listas de encargos a cada tienda de París, se vestía con deleite, se perfumaba, se florecía, se hundía en la victoria o saltaba al pescante del faetón, y corría al Bosque, y saludaba la barba talmúdica de Efraim y los *bandós* furiosamente negros de Berghane y al psicólogo de fiacre y a la condesa de Trèves en su nuevo coche de ocho ballestas, conseguido merced a las operaciones conjuntas de Bolsa y de alcoba. Después agrupaba amigos para comidas de sorpresa en el Voisin o en el Bignon, donde desdoblaba la servilleta con la impaciencia de un hambre alegre, vigilando fervorosamente que los burdeos estuviesen bien templados y los champañas bien helados. Y en el teatro de las *Nouveautés*, en el *Palais Royal*, en los Bufos, reía, golpeándose el muslo, con viejos chistes de viejas farsas, con antiquísimos gestos de antiquísimos actores, con los que ya rió en su infancia, antes de la guerra, bajo el segundo Napoleón.

De nuevo, en dos semanas, se abarrotaron las páginas de su agenda. La magnificencia de su traje, representando a Federico II, emperador de Suavia, deslumbró en el baile de disfraces de la princesa Cravon-Rogan—donde fuí también de *galeote*—. Y en la *Asociación para el Fomento de las Religiones Esotéricas,* discurseó y luchó valientemente por la construcción de un templo budista en Montmartre.

Con terror mío empezó también de nuevo a hablar, como en los tiempos de estudiante, de la «famosa civilización en sus máximas proporciones». Mandó embalar su antiguo telescopio para utilizarlo en Tormes. Temí, incluso, que germinase en su espíritu la idea de crear, en la cumbre de la sierra, una ciudad con todos sus órganos. Por lo menos no consentía mi buen Jacinto que aquellas semanas en el agreste Tormes interrumpieran la ilimitada acumulación de las nociones, porque una mañana irrumpió en mi cuarto, desolado, gritando que entre tantas comodidades y formas de civilización olvidábamos los libros. Así era; ¡qué vejamen para nuestra intelectualidad! Pero, ¿qué libros escoger entre los facundos millares bajo los cuales se doblegaba el doscientos dos? Mi príncipe decidió en seguida dedicar sus días serranos al estudio de la Historia Natural, y nosotros mismos, inmediatamente, echamos al fondo de un gran cajón nuevo, como lastre, los veinticinco tomos de Plinio. Metimos después, a brazadas, Geología, Mineralogía, Botánica... Esparcimos por encima una capa aérea de Astronomía. Y para mantener bien en el cajón aquellas ciencias oscilantes, pusimos alrededor cuñas de Metafísica.

Pero cuando la última caja, clavada y encintada de hierro, salió por el portal del doscientos dos en el último carro de la *Compañía de Transportes*, toda aquella animación de Jacinto se derrumbó como la efer-

vescencia en una copa de champaña. Era a mediados de marzo, ya templado. Y de nuevo sus desagradables bostezos atronaron el doscientos dos, y todos los sofaes crujieron bajo el peso del cuerpo que se echaba sobre ellos, mortalmente vencido por el hartazgo y el tedio, en un deseo de reposo eterno, bien envuelto en soledad y silencio. Me desesperé. ¡Cómo! ¿Iba yo a soportar más a aquel príncipe que se palpaba amargamente la calavera, y que cuando el crepúsculo entristecía la biblioteca, aludía, en un tono ronco, a la dulzura de las muertes rápidas por la violencia misericordiosa del ácido cianhídrico? ¡Ah, no, caramba! Y una tarde que le encontré tendido en un diván, con los brazos cruzados, como si fuese ya su estatua de mármol sobre su sepultura de granito, le sacudí, indignado, furiosamente, gritando:

—¡Despierta, hombre! ¡Vámonos a Tormes! El caserón debe de estar preparado, reluciente, abarrotado de cosas. Los huesos de tus abuelos piden reposo en un sepulcro suyo. En marcha, a enterrar esos muertos, y a vivir nosotros, nosotros los vivos. ¡Por Jesucristo! Estamos a cinco de abril. Es el buen tiempo en la sierra.

Mi príncipe resucitó lentamente de su petrificada inercia:

—Silverio no me ha escrito, no ha contestado aún. Pero, en efecto, debe de estar todo preparado. Ya tendremos allí seguramente los criados y el cocinero de Lisboa. Yo sólo me llevo a Grillo y a Anatole, que limpia bien el calzado, y tiene disposición para pedicuro. Hoy es domingo.

Pateó sobre al alfombra, con heroísmo:

—Bueno, salimos el sábado. Avisa tú a Silverio.

Comenzó entonces el laborioso y meditado estudio de los horarios, y el dedo flaco de Jacinto se paseó sobre el mapa, avanzando y retrocediendo entre París y Tormes. Para escoger el «coche-salón» que debíamos utilizar durante el temido viaje, recorrimos dos veces el depósito de la estación de Orleáns, hundiéndonos en barro, detrás del jefe de tráfico, aturdido. Mi príncipe rechazaba este salón a causa del color tristón del tapizado; después rechazaba aquel otro a causa de la mezquindad entristecedora del W. C. Una de sus preocupaciones era el baño, en las mañanas que pasaríamos rodando. Sugerí una bañera de caucho. Jacinto, indeciso, suspiraba. Pero nada le aterraba tanto como el transbordo en Medina del Campo, de noche, en las tinieblas de Castilla la Vieja. En vano, la Compañía del Norte de España y la de Salamanca, por cartas y por telegramas, tranquilizaron a mi camarada, afirmando que cuando él llegase en el tren de Irún dentro de su salón, ya otro salón enganchado al tren de Portugal, esperaría, bien caldeado, bien iluminado, con una cena que le ofrecía uno de los directores, don Esteban Castillo, ruidoso y rubicundo invitado del doscientos dos. Jacinto se pasaba los dedos ansiosos por la cara:

—Y los maletines, las pieles, los libros, ¿quién los trasladaba del salón de Irún al de Salamanca?

Yo berreaba, desesperado, que los mozos de Medina eran los más rápidos, los más diestros de toda Europa. El murmuraba:

—Sí, sí; pero de noche, y en España...

La noche, lejos de la ciudad, sin teléfono, sin luz eléctrica, sin puestos de Policía, parecíale a mi amigo poblada de sorpresas y de asaltos

Sólo se calmó después de comprobar en el Observatorio Astronómico, bajo la garantía del sabio profesor Bertrand, que la noche de nuestro viaje era de luna llena.

Por fin, el viernes, terminó la tremenda organización de aquel viaje histórico. El sábado predestinado amaneció con un generoso sol, de acariciadora suavidad. Y acababa yo de guardar en la maleta, envueltas en papel grueso, las fotografías de las mimosas mujercitas que durante aquellos veintisiete meses de París me habían llamado *mon petit chou!, mon rat chéri!* (1), cuando Jacinto irrumpió en el cuarto con un soberbio ramo de orquídeas en el ojal, pálido y todo nervioso.

—¿Vamos al Bosque, de despedida?

Fuimos a la gran despedida. ¡Y qué encanto! Hasta en los almohadones y muelles de la victoria sentí en seguida una elasticidad más agradable. Después, por la avenida del Bosque, me pesaba casi no quedarme rodando eternamente, al trote acompasado de las yeguas perfectas, en el rebrillar de metales y barnices sobre aquel macadán más liso que un mármol, entre flores tan bien regadas y céspedes de tan tentadora frescura, cruzándome con una Humanidad fina, de elegancia bien perfilada, que había tomado su chocolate en porcelanas de Sèvres o de Minton, saliendo de entre sedas y alfombras de tres mil francos; y respiraba la belleza de abril con ociosa exquisitez y pensamientos ligeros. El Bosque resplandecía en una armonía de verde, azul y oro. Ningún hoyo o tierra esparcida alteraban las alisadas avenidas que el arte trazara y enroscara en la espesura, ninguna rama caída desordenaba las ondulaciones tersas del follaje que el Estado barre y asea. El piar de los pájaros se elevaba solamente para esparcir una gracia leve de vida alada; y parecía más natural, entre la arboleda sociable, el crujir de las monturas nuevas, en las que se acomodaban, con esbelto balanceo, las amazonas vestidas por Redfern. Frente al pabellón de Armenonville nos cruzamos con madame de Trèves, que nos envolvió a los dos en la caricia de su sonrisa, más avivada a aquella hora por el *rouge*, húmedo todavía. Un poco detrás, la barba talmúdica de Efraim negreó, fresca también de la brillantina matinal, en lo alto de un faetón cascabeleante. Otros amigos de Jacinto circulaban por las Acacias; y las manos que le saludaban con señas, lentas y afables, lucían guantes impecables color paja, color perla, color lila. Todelle relampagueó junto a nosotros sobre una gran bicicleta. Dornan, tumbado en una silla de hierro, bajo un espino en flor, chupaba su inmenso veguero, como perdido en la busca de rimas sensuales y gruesas. Más adelante, fué el psicólogo, que no nos divisó, conversando con melancólica galantería hacia el interior de un cupé que trascendía a alcoba, y al cual un cochero obeso prestaba dignidad y decencia. Y rodábamos aún, cuando el duque de Marizac, a caballo, levantó el bastón y detuvo nuestra victoria para preguntar a Jacinto si aparecería aquella noche en los «cuadros vivos» de los Verghanes. Mi príncipe murmuró un «no, salgo para el Mediodía», que apenas le pasó entre los bigotes lacios. Y Marizac lo lamentó, porque era una fiesta estupenda. Cuadros vivos de la Historia

(1) Expresiones cariñosas que podrían traducirse, aproximadamente, por algunas equivalentes en castellano, como «Tronchito mío» y «Ratita querida». En francés en el original.

Sagrada y de la historia romana. Madame Verghane, de Magdalena, con los brazos y el pecho desnudos, las piernas también al aire, limpiando con sus cabellos los pies de Cristo. El Cristo, un soberbio mocetón, pariente de los Trèves, empleado en el ministerio de la Guerra, gimiendo, extenuado, bajo una cruz de cartón piedra. Aparecería también Lucrecia en el lecho, y Tarquino, a su lado, con un puñal, tirando de las ropas. Y después había una cena en mesas sueltas, todos con sus trajes históricos. El estaba ya emparejado con madame de Malbe, que era Agripina. Cuadro portentoso éste: Agripina muerta, cuando Nerón la viene a contemplar, y examina sus formas, admirando unas, desdeñando otras por imperfectas. Pero, por cortesía, quedó combinado que Nerón admiraría sin reserva las formas todas de madame de Malbe. En fin, colosal y asombrosamente instructivo.

Dimos un largo adiós a aquel alegre Marizac, y regresamos sin que Jacinto saliese del silencio crispado en que se sumió, con los brazos rígidamente cruzados, como rumiando pensamientos decisivos y vigorosos. Después, ante el arco del Triunfo, movió la cabeza, y murmuró:

—¡Es muy serio abandonar Europa!

*

Y partimos, al fin. Bajo la dulzura del crepúsculo, que se nubló, salimos del doscientos dos. Grillo y Anatole nos seguían en un fiacre lleno de libros, de estuches, de gabanes, de impermeables, de almohadas, de aguas minerales, de maletines de piel, de rollos de mantas; y detrás rechinaba un ómnibus bajo la carga de veintitrés maletas. En la estación, Jacinto compró aún todos los diarios, todas las ilustraciones, guías, más libros y un sacacorchos de una forma complicada y hostil. Guiados por el jefe de tráfico y el secretario de la Compañía, ocupamos profusamente nuestro departamento-salón. Yo me puse mi gorro de seda y calcé mis zapatillas. Un silbido traspasó la noche. París rebrilló en un postrer resplandor de balcones. Para captarlo, Jacinto se asomó aún a la ventanilla. Pero rodábamos ya en la oscuridad de la provincia. Mi buen príncipe volvió a dejarse caer entonces sobre los almohadones:

—¡Qué aventura, Pepe Fernández!

Hasta Chartres, hojeamos en silencio las ilustraciones. En Orleáns, el mozo vino a hacer, respetuosamente, nuestras camas. Rendido con aquellos catorce meses de civilización, me dormí; y sólo desperté en Burdeos, cuando Grillo, celoso, nos trajo nuestro chocolate. Fuera, una lluvia menuda goteaba blandamente de un cielo denso de algodón sucio. Jacinto no se había acostado, temiendo la aspereza y la humedad de las sábanas. Y envuelto en una bata de franela blanca, con la cara crispada de frío y adormilada, mojando un bollo en el chocolate, murmuró, sombríamente:

—¡Este horror! ¡Y ahora con lluvia!

En Biarritz, ambos observamos, con certeza indolente:

—Es Biarritz.

Después, Jacinto, que acechaba tras el cristal empañado, reconoció el paso lento y zancudo, la nariz picuda y triste, del historiador Danjon. Era él, el facundo hombre, con un traje a cuadritos, al lado de una dama rolliza que llevaba de la correa una perrita lanosa. Jacinto bajó el cristal violentamente, gritó al

historiador con el ansia de comunicar aún, a través de él, con la ciudad, con el doscientos dos. Pero el tren se hundió en la lluvia y en la niebla.

Sobre el puente del Bidasoa, previendo el final de la vida fácil, los abrojos de la incivilización, Jacinto suspiró, con desaliento:

—¡Ahora adiós, empieza España!

Indignado, yo, que saboreaba ya el generoso aire de la tierra bendita, salté hacia mi príncipe, y con un zarandeo de tremendo salero, castañeteando con los dedos, entoné una *petenera* condigna:

A la puerta de mi casa,
¡ay Soledad, Soledá... á... á... á! (1)

El extendió los brazos, suplicante:

—Pepe Fernández, ten piedad del enfermo y del triste.

—¡Irún! ¡Irún!

En cuyo Irún almorzamos suculentamente, porque velaba por nosotros, como diosa omnipresente, la Compañía del Norte. Después, el jefe de Aduanas y el jefe de estación nos instalaron preciosamente en otro coche-salón, nuevo, con rasos color aceituna, pero tan reducido, que una buena parte de nuestras comodidades en mantas, libros, maletines e impermeables pasó al compartimiento del *sleeping*, donde se arrellanaban Grillo y Anatole, los dos con gorros escoceses y fumando unos gruesos puros.

—*¡Buen viaje! ¡Gracias! ¡Servidores!* (2).

Y entramos silbando en los Pirineos.

Bajo la influencia de la lluvia empañadora de aquellas sierras siempre iguales, que se desplegaban, ateridas, esfumadas en la niebla, caí

(1) En español en el texto.
(2) En español en el texto.

en un dulce sopor; y cuando abría los párpados veía a Jacinto en un rincón, olvidado del libro cerrado en las rodillas, sobre las cuales cruzaba los flacos dedos, contemplando valles y montes con la melancolía de quien penetra en las tierras de su exilio. Llegó un momento en que, tirando el libro y calándose más el sombrero blando, se levantó con tal arranque, que temí fuese a detener el tren para saltar a la carretera, correr por las Vascongadas y Navarra hacia atrás, hacia el doscientos dos. Sacudí mi soñolencia y exclamé:

—¡Ah, chico!...

¡No! Mi pobre amigo iba sólo a empalmar su tedio en otro rincón, sepultado en otra almohada, con otro libro cerrado. Y a medida que crecía la oscuridad de la tarde, y con ella la tormenta de viento y agua, una inquietud más aterradora se apoderaba de mi príncipe, desgajado así de la civilización, arrastrado hacia la Naturaleza, que le cercaba ya de brutalidad agreste. No cesó entonces de interrogarme sobre Tormes:

—Las noches serán horribles, ¿eh, Pepe Fernández? Todo negro, enorme soledad... ¿Y médico? ¿Hay médico?

De repente, el tren se paró. Más densa y ruidosa, la lluvia azotó los cristales Estábamos en un descampado, todo en tinieblas, por el que soplaba ululando un viento muy fuerte. La máquina pitaba con angustia. Brilló una linterna, corriendo. Jacinto pateaba: «¡Es horroroso! ¡Es horroroso!...» Entreabrí la portezuela. En la confusa claridad de los cristales surgían cabezas estiradas, asustadas: «*¿Qué hay? ¿Qué hay?*» (1). Una ráfaga violenta me

(1) En español en el original.

hizo retroceder; y esperamos durante unos lentos y callados minutos, limpiando desesperadamente los cristales empañados para sondear la oscuridad. De repente el tren reanudó la marcha, muy sereno.

En breve aparecieron las lucecitas mortecinas de una estación estilo barraca. Un revisor, con el capote impermeable chorreante, subió al salón; y por él supimos, mientras taladraba los billetes, que el tren, muy retrasado, ¡tal vez no alcanzase en Medina al de Salamanca!

—Pero ¿y entonces...?

El capote impermeable se deslizó por la portezuela, fundido en la noche, dejando un olor a humedad y grasa. Y nosotros inauguramos un nuevo tormento... ¿Y si el tren de Salamanca se hubiera marchado? El coche-salón, tomado hasta Medina, era desenganchado en Medina; ¡y hete aquí nuestros preciosos cuerpos con nuestras preciosas almas descargados en Medina, sobre el barro, entre veintitrés maletas, en una ruda confusión española, bajo la tormenta de viento y de agua!

—¡Oh Pepe Fernández, una noche en Medina!

A mi buen príncipe se le aparecía como una desgracia suprema aquella noche en Medina, en una fonda sórdida, apestando a ajo, con densas filas de chinches corriendo por las sábanas de retor mugrientas!... No cesé entonces de mirar con desasosiego las manecillas del reloj; entre tanto, Jacinto, por la ventanilla abierta completamente, azotado por la lluvia clamorosa, escudriñaba la oscuridad, con la esperanza de divisar las luces de Medina y un tren paciente humeando... Después volvió a dejarse caer en el diván, secándose el bigote y los ojos, maldiciendo a España. El tren jadeaba, hendiendo el amplio viento de la llanura desolada. Y a cada pitido era un tumulto ¿Medina? ¡No! Algún insignificante apeadero, donde el tren se demoraba, extenuado, resoplando, mientras unas soñolientas figuras encapuchadas, envueltas en mantas, rondaban bajo el tejadillo del barracón, que las linternas empañadas hacían más lúgubre. Jacinto se golpeaba en la rodilla. «Pero ¿por qué para ahora este maldito tren? ¡No hay aquí ni tráfico ni gente! ¡Oh esta España!...» La campana sonaba moribunda. Y de nuevo hendíamos la noche y la tormenta.

Resignadamente empecé a recorrer un *Diario del Comercio*, antiguo, traído de París. Jacinto machacaba la gruesa alfombra del coche-salón con pisadas rencorosas, gruñendo como una fiera. Y así se deslizó, gota a gota, una hora llena de eternidad. ¡Un silbido, otro silbido!... Un muro sucio de barracón blanqueó, y bruscamente en la portezuela, abierta con violencia, apareció un individuo barbudo, con capa española, llamando a gritos a don Jacinto... ¡De prisa! ¡De prisa! ¡Que se iba el tren de Salamanca!

«¡Que no hay un momento, caballeros! ¡Que no hay un momento!» (1).

Cogí aturdido mi gabán y el *Diario del Comercio*. Saltamos ansiosamente, y por el andén, por los raíles, entre charcos, tropezando en bultos, empujados por el viento y por el hombre de la capa española, nos metimos por otra portezuela, que se cerró con un tremendo portazo... Ambos jadeábamos.

Era un coche-salón forrado de paño verde, que se comía la escasa luz. Y extendía yo el brazo para recibir de los mozos apresurados nuestras maletas, nuestros libros,

(1) En español en el original.

nuestras mantas, cuando en silencio, sin un pitido, el tren arrancó y rodó. Los dos nos arrojamos a los cristales con gritos furiosos:

—¡Pare! ¡Nuestras maletas, nuestras mantas! ¡Hacia aquí!... ¡Oh Grillo! ¡Grillo!

Una inmensa ráfaga se llevó nuestros gritos. Era de nuevo el tenebroso descampado, bajo la lluvia desatada. Jacinto alzó los puños con un furor que le atragantaba.

—¡Oh, qué servicio! ¡Oh, qué canallas!... ¡Sólo en España!... ¿Y ahora? ¡Las maletas perdidas!... ¡Ni una camisa, ni un cepillo!

Calmé a mi desgraciado amigo:

—¡Escucha! Entreví a dos mozos recogiendo nuestras cosas... Seguramente Grillo vigiló. Pero en la prisa, naturalmente, se llevó todo a su departamento... Ha sido un error no traer a Grillo con nosotros en el coche-salón... ¡Hasta hubiéramos podido jugar a las cartas!

Por lo demás, la solicitud de la Compañía, diosa omnipotente, velaba por nuestra comodidad, ya que en la puerta del lavabo blanqueaba el cesto con nuestra cena, mostrando en la tapa una tarjeta de don Esteban con estas gratas palabras, a lápiz: «*Para don Jacinto y su egregio amigo, que les dé gusto*» (1). Olisqueé un aroma de perdiz. Y alguna tranquilidad penetró en nuestro corazón suponiendo también a nuestras maletas bajo la tutela de la diosa omnipotente.

—¿Tienes hambre, Jacinto?

—No. ¡Siento horror, furor y rencor!... Y tengo sueño.

En efecto. Después de tan distintas emociones, sólo ansiábamos las camas, que esperaban blandas y abiertas. Cuando caí sobre la almohada, sin corbata, en calzoncillos, ya mi príncipe, que no se había desnudado, envolviéndose sólo los pies en mi gabán, nuestro único abrigo, roncaba majestuosamente.

Después, muy tarde y muy lejano, percibí junto a mi litera, en la claridad de la mañana, entreví por las cortinillas verdes, un uniforme, un gorro, que murmuraban bajito, con inmensa suavidad:

—¿El señor no tiene nada que declarar?... ¿No lleva maletines de mano?...

¡Era mi tierra! Murmuré bajito, con inmensa ternura:

—No tenemos aquí nada... Pregunte usted por Grillo... Ahí detrás, en un departamento... El tiene las llaves y todo... Grillo...

El uniforme desapareció, sin ruido, como una sombra benéfica. Y yo volví a dormirme con el pensamiento en Guiaes, donde la tía Vicenta, atareada, con el blanco pañuelo cruzado sobre el pecho, preparaba ya, seguramente, el lechón.

Desperté envuelto en un grande y dulce silencio. Era una estación muy tranquila, muy barrida, con rositas blancas trepando por los muros y otras rosas en matas en un jardín, donde un pequeño estanque, lleno de barro, dormía bajo dos mimosas en flor, que olían fuertemente. Un mozo pálido, con un gabán color miel, dando con el bastoncillo sobre el suelo, contemplaba pensativamente el tren. Agachada junto a la verja de la huerta, una vieja, ante su cesta de huevos, contaba unas monedas de cobre en el regazo. Sobre el tejado se secaban calabazas. Encima brillaba el espléndido y terso azul que anhelaban mis ojos.

Sacudí violentamente a Jacinto.

—¡Despierta, hombre, que estás en tu tierra!

Desprendió él sus pies de mi ga-

(1) Esta frase figura en este gracioso y algo fantástico español en el original.

bán, se atusó el bigote y vino sin prisa a la ventanilla, que había yo abierto, a conocer su tierra.

—Entonces ¿es Portugal, eh?... Huele bien.

—¡Claro que huele bien, animal!

La campana tintineó lánguidamente. Y el tren se deslizó con suavidad, como si se paseara por placer suyo sobre las dos cintas de acero, silbando y gozando de la tierra y del cielo.

Mi príncipe extendió los brazos, desolado.

—¡Y ni una camisa, ni un cepillo, ni una gota de agua de Colonia!... ¡Entro en Portugal, inmundo!

—En Regoa hay parada; tenemos tiempo de llamar a Grillo y de recuperar nuestros chismes... ¡Mira el río!

Rodábamos por la vertiente de una sierra, sobre peñascos que se desplomaban hasta anchos bancales cultivados de viñedos. Abajo, en una explanada, blanqueaba una casa noble, de opulento reposo, con la capillita muy enjalbegada entre naranjos maduros. Por el río, donde el agua turbia y densa no se quebraba contra las rocas, descendía un barco, lento, cargado de pipas. Más allá, otros bancales de un verde pálido de reseda, con olivos empequeñecidos por la grandeza de los montes, subía hasta otros peñascales, que se embebían, todo blancos y soleados, en la fina profusión del azul. Jacinto se acariciaba los pelos lacios del bigote.

—El Duero, ¿eh?... Es interesante, tiene grandeza. ¡Pero ahora sí que siento hambre, Pepe Fernández!

—¡Y yo también!

Destapamos el cesto de don Esteban, de donde surgió una opípara comida, con jamón, cordero, perdices y otras viandas frías que el oro de las dos nobles botellas de amontillado, además de otras dos de Rioja, calentaban con un calor de sol andaluz. Engullendo el jamón, Jacinto lamentó arrepentido su error. ¡Haber dejado Tormes, un solar histórico, así abandonado y vacío! ¡Qué delicia, en aquella mañana tan brillante y templada, subir a la sierra, encontrar su casa bien provista, bien civilizada!... Para animarle, recordé que con las obras de Silverio y tantos cajones de civilización enviados desde París, Tormes resultaría confortable incluso para Epicuro. ¡Oh! ¡Pero Jacinto quería decir un palacio perfecto, un doscientos dos en el desierto!... Y, discurriendo así, atacamos las perdices. Descorchaba yo una botella de amontillado cuando el tren, muy cautelosamente, entró en una estación. Era Regoa. Y mi príncipe soltó en seguida el cuchillo para llamar a Grillo, reclamar las maletas que traían el aseo de nuestros cuerpos.

—¡Espera, Jacinto! Tenemos mucho tiempo. El tren para aquí una hora... Come con tranquilidad. No estropeemos este almuercillo con esos arreglos de maletas... Grillo no tardará en aparecer.

Y corrí, incluso, la cortina, porque desde fuera un cura muy alto, con una colilla colgándole en el labio, se detuvo a curiosear indiscretamente nuestro festín. Pero cuando acabamos las perdices, y Jacinto, confiadamente, desempaquetaba un queso manchego, sin que Grillo ni Anatole compareciesen, yo, inquieto, corrí a la ventanilla para dar prisa a aquellos criados calmosos..., y en aquel instante el tren arrancó y se deslizó con el mismo cauteloso silencio. Mi príncipe tuvo un gran disgusto.

—Nos quedamos otra vez sin un peine ni un cepillo... ¡Y yo que quería mudarme de camisa! ¡Por culpa tuya, Pepe Fernández!

—¡Es espantoso!... Para siempre

una eternidad, ¡y hoy llega y sale en seguida! Paciencia, Jacinto. Dentro de dos horas estamos en la estación de Tormes... No merecía tampoco la pena de cambiar de camisa para subir a la sierra. En casa tomaremos un baño antes de comer... Debe de estar instalada ya la bañera.

Ambos nos consolamos con unas copitas de un divino aguardiente de Chinchón. Después, tumbados en los sofás, saboreando los dos vegueros que nos quedaban, con los cristales abiertos al aire adorable, hablamos de Tormes. En la estación estaría, seguramente, Silverio con los caballos...

—¿Qué tiempo se tarda en subir?

Una hora. Después de lavarnos nos quedaba tiempo sobrado para dar un buen paseo por las tierras con el rentero, el excelente Melchor, para que el señor de Tormes tomase solemnemente posesión de su señorío. ¡Y por la noche, el primer banquete de la sierra, con los manjares vernáculos del antiguo Portugal!

Jacinto sonreía, seducido:

—Vamos a ver qué cocinero ha buscado ese Silverio. Le encargué que fuese un soberbio cocinero portugués, clásico. Pero ¡que supiera trufar un pavo, estofar un filete en salsa de molleja, estas cosas sencillas de la cocina francesa!... Lo malo es que no puedas quedarte mucho y que tengas que continuar a Guiaes...

—¡Ah, chico! El sábado es el cumpleaños de la tía Vicenta... ¡Día sagrado! Pero volveré. Dentro de dos semanas estoy en Tormes, para que compongamos una buena bucólica. Y, claro está, para asistir al traslado.

Jacinto extendió el brazo.

—¿Qué caserón es aquél, allá en el cerro, con la torre?

Yo no lo sabía. Algún solar de un noble del Duero... Tormes era en ese aspecto, asentado y macizo. Casas de siglos y para siglos, pero sin torre.

—¿Y se ve Tormes en seguida, desde la estación?...

—¡No! Muy en lo alto, en una depresión de la sierra, entre la arboleda.

En mi príncipe había nacido ya, sin duda, una curiosidad por su ruda casa ancestral. Miraba el reloj, impaciente. ¡Treinta minutos todavía! Después, sorbiendo el aire y la luz, murmuró, con el primer encanto de iniciado:

—¡Qué dulzura, qué paz!...

—¡Las tres y media; estamos al llegar, Jacinto!

Guardé mi viejo *Diario del Comercio* dentro del bolsillo del gabán, que eché sobre el brazo; y ambos, en pie, en las ventanillas, esperamos con alborozo la pequeña estación de Tormes, término feliz de nuestras pruebas. Apareció al fin, clara y sencilla, a la orilla del río, entre rocas, con sus vistosos girasoles llenando un jardincito reducido, las dos altas higueras sombreando el patio, y detrás la sierra, cubierta de añosa y espesa arboleda... Divisé, complacido en seguida, en el andén, la inmensa barriga y los mofletes infantiles del jefe de estación, el rubio Pimenta, mi condiscípulo de Retórica, en el Liceo de Braga. Con seguridad los caballos esperaban, a la sombra, bajo las higueras.

Apenas paró el tren, saltamos ambos alegremente. La panzuda masa de Pimenta se precipitó hacia mí, cordialmente.

—¡Viva el amigo Pepe Fernández!

—¡Oh guapo Pimenta!...

Presenté al señor de Tormes. E inmediatamente:

—Oyeme, Pimenta... ¿No está ahí Silverio?

—No... Silverio marchó hace casi

dos meses a Castillo de Vide, a ver a su madre, herida de una cornada de buey!

Lancé a Jacinto una mirada inquieta:

—¡Vaya! ¿Y Melchor el casero?... ¿No están ahí los caballos para que subamos a la quinta?

El digno jefe alzó sorprendido las cejas color trigo.

—¡No!... Ni Melchor ni los caballos... Melchor. ¡Hace tiempo que no veo a Melchor!

El factor tocó lentamente la campana para dar la salida al tren. Entonces, no viendo a nuestro alrededor, en la lisa y despoblada estación, ni criados ni maletas, mi príncipe y yo lanzamos el mismo grito de angustia:

—¿Y Grillo? ¿Y las maletas?...

Corrimos al borde del tren, gritando con desesperación:

—¡Grillo!... ¡Eh, Grillo!... ¡Anatole!... ¡Eh, Grillo!...

Con la esperanza de que él o Anatole vinieran mortalmente dormidos, trepábamos a los estribos, metiendo la cabeza por dentro de los departamentos, asustando a la gente tranquila con el mismo grito, que retumbaba: «¡Grillo! ¿Estás ahí, Grillo?» Ya en un tercera, donde sonaban rasgueos de guitarra, un chistoso chilló con zumba:

—¿No hay por ahí un grillo? ¡Aquí están unos señores pidiendo un grillo!

¡Y ni Anatole ni Grillo!

Sonó la campana.

—¡Oh Pimentita, espera, hombre, no dejes salir el tren!... ¡Nuestras maletas, hombre!

Y, apenado, empujé al enorme jefe hacia el furgón de cola para rebuscar y descubrir nuestras veintitrés maletas. Sólo encontramos barriles, cestos de mimbre, latas de aceite, un baúl atado con cuerdas... Jacinto se mordía los labios, lívido. Y Pimentita, sobrecogido:

—¡Oh muchachos, yo no puedo detener más el tren!...

Repicó la campana... Y con un bello humo claro el tren desapareció por detrás de los altos peñascales. Todo alrededor pareció más callado y solitario. ¡Allí nos quedábamos, pues, trasladados, perdidos en la sierra, sin Grillo, sin administrador, sin casero, sin caballos, sin maletas! Conservaba yo el gabán claro, del que salía el *Diario del Comercio*. Jacinto tenía un bastón. ¡Eran todos nuestros bienes!

Pimenta abría hacia nosotros los ojillos saltones y compadecidos. Conté entonces a aquel amigo el apresurado transbordo en Medina, bajo la tormenta, con Grillo extraviado, detenido con las veintitrés maletas, o rodando, quizá, hacia Madrid, sin dejarnos ni un pañuelo...

—¡No tengo un pañuelo!... Tengo este *Diario del Comercio*. Es toda mi ropa blanca.

—¡Gran fastidio, caramba!—murmuró Pimenta, impresionado—. ¿Y ahora?

—Ahora—exclamé—, no hay más que trepar hacia la quinta, a pata... A no ser que se encuentren por ahí unos burros.

Entonces el mozo indicó que cerca, en el caserío de la Giesta, perteneciente todavía a Tormes, el casero, su compadre, tenía una buena yegua y un jumento... Y aquel hombre servicial salió en una carrera hacia la Giesta, mientras mi príncipe y yo nos desplomábamos sobre un banco, jadeantes y rendidos, como náufragos. El obeso Pimenta, con las manos en los bolsillos, no cesaba de contemplarnos y de murmurar: «¡Qué fastidio!» El río, enfrente, corría perezosamente y como atormentado bajo la calma pesada

ya de mayo, abrazando sin un susurro una ancha isleta de piedra, que rebrillaba. Más allá, la sierra crecía en suaves jorobas, con una honda brecha donde se cobijaba, muy recogida y olvidada del mundo, una clara aldeíta. El espacio inmenso reposaba en un inmenso silencio. En aquellas soledades de monte y peñascales, los gorriones, revoloteando en el tejado, parecían aves considerables. Y la masa redonda y rubicunda de Pimenta dominaba, colmaba la región.

—¡Está todo arreglado, señor! ¡Ahí vienen los animales!... ¡Lo que no se encontró fué una sillita para la burra!

Era el mozo el digno hombre, que volvía de la Giesta, agitando en la mano dos espuelas desparejadas y mohosas. Y no tardaron en aparecer por la torrentera, para llevarnos a Tormes, una yegua rucia, un jumento con albarda, un rapaz y un podenco. Estrechamos la mano sudorosa y amiga de Pimentiña. Cedí la yegua al señor de Tormes. Y empezamos a trepar por el camino, que no se había alisado ni desmontado desde los tiempos en que lo pisaban, con rudos calzados de hierro, cortando de río a monte, los Jacintos del siglo XIV. Inmediatamente después de cruzar un movedizo puente de madera sobre un riachuelo cortado por piedras, mi príncipe, con la mirada de dueño súbitamente aguzada, notó la robustez y la abundancia de los olivos... ¡Y en breve nuestros males se olvidaron ante la incomparable belleza de aquella sierra bendita!

¡Con qué brillo e inspiración profusa la formó el divino artista que hace las sierras, que tanto las cuidó y tan ricamente las dotó en este su Portugal bien amado! La grandeza igualaba a la gracia. Hacia los valles, poderosamente hendidos, descendían grupos de árboles, tan copudos y redondos, de un verde tan lozano, que eran como un musgo suave, sobre el cual apetecía caer y rodar. Por las pendientes muy elevadas, junto a la vereda fragosa, anchos ramajes extendían su amable toldo, cuya fragancia removía el leve revoloteo de los pájaros. A través de los muros seculares que sostienen las tierras, unidos por las hiedras, brotaban gruesas raíces sinuosas, a las que se enroscaba también la hiedra. En toda la tierra, de cada grieta, salían flores silvestres. Blancas rocas, en las laderas, extendían la sólida desnudez de su vientre, pulido por el viento y el sol; otras, revestidas de líquenes y de zarzales floridos, avanzaban como proas de galeras adornadas, y entre las que se apiñaban en las cimas alguna casucha subida hasta allí, toda machacada y retorcida, espiaba por los negros postigos, bajo las despeinadas greñas de verdura, que el viento esparció sobre las tejas. Por todas partes el agua susurrante, el agua fecundante... Vivos regatos huían riendo con los guijarros, entre las patas de la yegua y del burro; crecidos arroyos presurosos saltaban con fragor de piedra en piedra; chorros rectos y brillantes como cuerdas de plata vibraban y refulgían desde las alturas a los barrancos, y numerosas fuentes, colocadas al borde de las veredas, manaban por un caño, benéficamente, en espera de los hombres y de los ganados... Todo un cerro era a veces un trigal, donde un copudo roble ancestral, solitario, dominaba como su señor y su guarda. En los bancales verdeaban naranjos olorosos. Caminos de losas sueltas circundaban exuberantes prados, con carneros y vacas retozando; o, más estrechos, encajonados entre

muros, penetraban, bajo enramadas de parra frondosa, en una penumbra de reposo y frescor. Trepábamos entonces alguna callejuela de aldea, diez o doce casuchas hundidas entre higueras, donde se elevaba, huyendo de la chimenea por las tejas, el humo blanco y oloroso de las piñas.

En los altos remotos, por encima de la negrura pensativa de los pinares, blanqueaban ermitas. El aire fino y puro entraba en el alma, y en el alma difundía alegría y fuerza. Un disperso tintineo de cencerros y cascabeles moría por las quebradas.

Jacinto, delante, en su yegua rucia, murmuraba:

—¡Qué belleza!

Y yo, detrás, en el burro de Sancho, murmuraba:

—¡Qué belleza!

Frescas ramas rozaban nuestros hombros con familiaridad y cariño. Por detrás de los setos, cargados de moras, los manzanos extendidos ofrecían sus manzanas verdes, porque no las tenían maduras. Todos los cristales de una casa vieja, con su cruz en el remate, refulgieron hospitalariamente cuando pasamos. Durante mucho rato nos siguió un mirlo, de las encinas a los olmos, silbando nuestras alabanzas. ¡Gracias, hermano mirlo! ¡Ramas de manzano, gracias! ¡Aquí estamos, aquí estamos! ¡Y que siempre contigo nos quedemos, sierra tan acogedora, sierra de abundancia y de paz, sierra bendita entre las sierras!

Así, despacio y maravillados, llegamos a esa avenida de hayas que siempre me encantó por su noble gravedad. Dando un latigazo al burro y a la yegua, nuestro rapaz, con su podenco a los talones, gritó:

—¡Ya estamos, señores amos!

Y al fondo de las hayas aparecía, en efecto, el portón de la quinta de Tormes, con su escudo de armas de secular granito, que el musgo retocaba y embellecía más. Dentro, los perros ladraban ya con furor. Y cuando Jacinto, en su sudorosa yegua, y yo detrás, en el burro de Sancho, franqueamos el umbral solariego, bajó hacia nosotros, por la escalera de piedra desgastada, un hombre grueso, rapado como un cura, sin chaleco ni chaquetilla, apaciguando a los perros, que se encarnizaban contra mi príncipe. Era Melchor, el casero. Apenas me reconoció, toda la boca se le abrió en una risa hospitalaria, que mostró la falta de algunos dientes. Pero cuando le descubrí en aquel caballero de bigotes rubios que se apeaba de la yegua frotándose las caderas, al señor de Tormes, el buen Melchor retrocedió, sobrecogido de espanto y de terror, como ante un fantasma.

—¡Cómo!... ¡En el Santísimo Nombre de Dios! Pues entonces...

Y entre el gruñir de los perros, con un braceo desolado, balbució una historia que a su vez aterraba a Jacinto, como si el negro muro del caserón fuera a derrumbarse. ¡Melchor no esperaba al señor! Nadie esperaba al señor...—él decía *siñor*—. El señor Silverio estaba en Castillo de Vide desde marzo, con la madre, herida de una cornada de buey en la ingle. Y seguramente hubo equivocación, cartas perdidas... Porque el señor Silverio sólo contaba con el señor en septiembre, ¡para la vendimia! En la casa las obras seguían despacito, despacito... El tejado, en la parte sur, seguía aún sin tejas; muchas ventanas esperaban sin cristales todavía; ¡y para terminar, Virgen santa, ni una cama preparada!...

Jacinto se cruzó de brazos con una cólera tumultuosa, que le sofocaba. Y por fin, con un grito:

—Pero ¿y los cajones? ¿Los cajones mandados desde París, en febrero, hace cuatro meses?...

El desgraciado Melchor abrió mucho los ojos, que se le llenaban de lágrimas. ¿Los cajones? ¡No había llegado nada, nada había aparecido!... Y en su trastorno miraba hacia los arcos del patio, se palpaba el bolsillo de los pantalones. ¿Los cajones? ¡No, no tenía los cajones!

—¿Y ahora, Pepe Fernández?

Me encogí de hombros.

—Ahora, hijo mío, no tienes más que venirte conmigo a Guiaes... Pero son dos horas largas a caballo. ¡Y no tenemos caballos! Lo mejor será ver el caserón, comer la buena gallina que nuestro amigo Melchor nos asará en el espetón, dormir en un catre, y mañana temprano, antes del calor, trotar hacia arriba, hacia la tía Vicenta.

Jacinto replicó, con furiosa decisión:

—¡Mañana troto, pero hacia abajo, hacia la estación!... ¡Y después, hacia Lisboa!

Y subió la gastada escalera de su solar con amargura y rencor. Encima, una ancha terraza acompañaba la fachada del caserón, bajo una pérgola de negras vigas, toda adornada, entre los pilares de granito, con cajas de madera donde florecían claveles. Cogí un clavel amarillo y entré detrás de Jacinto en las nobles estancias, que él contemplaba con un murmullo de horror. Eran enormes, de una sonoridad de sala capitular, con los gruesos muros ennegrecidos por el tiempo y el abandono, y heladas, desoladoramente desnudas, conservando sólo en los rincones algún montón de canastas o algún azadón entre maderos. En los techos, distantes, de roble artesonado, brillaban a través de las grietas trozos de cielo. Las ventanas, sin cristales, conservaban esas macizas maderas, con salientes para las trancas, que cuando se cierran esparcen las tinieblas. Bajo nuestros pasos, aquí y allá, una viga podrida crujía y cedía.

—¡Inhabitable! —rugía Jacinto sordamente—. ¡Un horror! ¡Una infamia!...

Pero después, en otras salas, el suelo alternaba con remiendos de tablas nuevas. Los mismos remiendos claros resaltaban en los techos viejísimos, de rico roble oscuro. Las paredes repelían por la albura cruda de la cal fresca. Y el sol apenas atravesaba los cristales, empañados y grasientos de la masilla y de las manos de los vidrieros.

Penetramos, por fin, en la última, la más grande, rasgada por seis ventanas, amueblada con un armario y un catre pardo y corto, abierto en un rincón; y nos detuvimos junto a él y sobre él depositamos lo que nos quedaba de veintitrés maletas: mi gabán claro, el bastón de Jacinto y el *Diario del Comercio*, que nos era común. A través de las ventanas, abiertas de par en par, sin cristales, el aire puro de la sierra entraba y circulaba como en un terrado, con un olor fresco a huerta regada. Pero lo que divisábamos desde el borde del catre era un pinar cubriendo un cerro y descendiendo en suave pendiente, a la manera de una hueste en marcha, con pinos al frente en avanzada, tiesos, emplumados de negro; más lejos, las sierras, al otro lado del río, de un fino y suave color violeta; después, la blancura del cielo, todo liso, sin una nube, de una majestad divina. Y allá abajo, de los valles, subía, perdida y melancólica, la voz de un pastor cantando.

Jacinto fué lentamente, hacia el poyo de una ventana, sobre el que

cayó aniquilado por el desastre, sin resistencia ante aquel brusco desaparecer de toda la civilización. Yo palpaba el catre, duro y helado como un granito en invierno; y pensando en los lujosos colchones de pluma y de muelles, tan pródigamente embalados en el doscientos dos, desahogué también mi indignación:

—Pero ¿y los cajones, caramba?... ¿Cómo pueden perderse así treinta y un cajones enormes?...

Jacinto se encogió amargamente de hombros.

—¡Detenidos por ahí, en algún sitio, en un barracón!... En Medina, tal vez, en esa horrenda Medina. Indiferencia de las Compañías, inercia de Silverio... ¡En fin, la Península, la barbarie!

Fué a arrodillarse sobre el otro poyo, dirigiendo los ojos consolados hacia el cielo y el monte.

—¡Es una belleza!

Mi príncipe, después de un grave silencio, murmuró, con la cara apoyada en la mano:

—Es una preciosidad... ¡Y qué paz!

Bajo la ventana extendíase, lozana y exuberante, una huerta, con repollos, judías, tablares de lechugas, gruesas hojas rastreras de calabaza. Una era mal alisada y antigua dominaba el valle, de donde subía ya tenuemente la niebla de algún hondo río. Toda la esquina del caserón, por aquel lado, se enclavaba en un naranjal. Y de una fuentecilla rústica, medio ahogada entre rosas temblonas, brotaba un largo y rutilante chorro de agua.

—¡Tengo un ansia desesperada de ese agua!—declaró Jacinto, muy serio.

—Yo también... ¿Bajamos al huerto, eh? Y pasaremos por la cocina a preguntar por el pollo.

Volvimos al terrado. Mi príncipe, más conformado con la suerte inclemente, cogió un clavel amarillo. Y por otra puerta baja, de ancho marco, entramos en una habitación llena de escombros, sin techo, cubierta sólo de gruesas vigas, de donde se levantó una bandada de gorriones.

—¡Mira este horror!—murmuró Jacinto, estremecido.

Y bajamos por una lóbrega escalera de castillo, caminando después a tientas por un corredor de ásperas losas, obstruído por hondos arcones capaces de guardar todo el grano de una provincia. Al fondo, la cocina inmensa, era una masa de formas negras, madera negra, piedra negra, densas negruras de manchas seculares. Y en aquel negror brillaba en un rincón, sobre el suelo de tierra negra, el fuego rojo, lamiendo cazuelas y ollas de hierro, despidiendo una humareda que se escapaba por la reja abierta en el muro y luego por entre el follaje de los limoneros. En el enorme hogar, donde calentaban y asaban sus gruesas tajadas de cerdo y buey los Jacintos medievales, ahora desaprovechado por la frugalidad de los renteros, negreaba un polvoriento montón de cestas y herramientas; y toda la claridad penetraba por una puerta de castaño, abierta sobre un huertecillo rústico, en el que se mezclaban coles, lombardas y junquillos hermosos. Alrededor de la lumbre, un grupo tumultuoso de mujeres desplumaba pollos, movía las cacerolas, picaba cebolla, con una animación presurosa y locuaz. Todas enmudecieron cuando aparecimos, y de entre ellas el pobre Melchor, aturdido, con la gruesa cara de abad congestionada, corrió hacia nosotros, jurando que «el almuercillo de los señores no tardaría ni un credo...»

—¿Y respecto a camas, amigo Melchor?

El digno hombre balbució una disculpa tímida «sobre jergones en el suelo...»

—¡Eso nos basta!—repliqué para consolarle—. Por una noche, y con sábanas limpias...

—¡Ah, de las sábanas respondo yo!... ¡Pero un disgusto así, señor! Coger a la gente sin un colchoncillo de lana, sin un lomito de vaca... Yo ya he pensado, y hasta se lo dije a mi comadre, que podían ir los señores a dormir a los *Nidos*, a casa de Silverio. Allí tienen camas de hierro, lavabos... Está a una legua corta de mal camino...

Jacinto, bondadoso, le interrumpió:

—No, todo se arreglará, Melchor. Por una noche... ¡Hasta me gusta más dormir en Tormes, en mi casa de la sierra!

Salimos a la explanada, un trozo de huerta cerrado por gruesas rocas cubiertas de verdura, lindando con los bancales de la sierra, donde amarilleaba el centeno. Mi príncipe bebió del agua nevada y rutilante de la fuente, gozosamente, con los labios en el caño; le apeteció la lechuga rechoncha y rizada, y sacudió las ramas altas de un copudo cerezo, todo cargado de fruto. Después, bordeando el antiguo lagar, cuyo tejado blanqueaba un bando de palomas, nos deslizamos hasta el sendero abierto en la ladera del monte. Y, andando pensativamente, mi príncipe se asombraba ante los trigales, ante las vetustas encinas plantadas por vetustos Jacintos, ante las casuchas esparcidas por los cerros en la negra linde de los pinares.

De nuevo penetramos en la avenida de hayas y traspusimos el señorial portón entre el ladrar de los perros, más mansos, oliendo un amo. Jacinto reconoció en seguida «cierta nobleza» en la fachada de su hogar. Pero le agradó, sobre todo, la larga avenida, recta y amplia, como trazada para que desfilase por ella una cabalgata de señores con plumas y pajes. Después, desde el terrado, viendo el nuevo tejado de la capilla, elogió a Silverio, «aquel pelma», por cuidar, al menos, de la morada del Señor.

—Y este terrado también es agradable—murmuró, hundiendo la cara en el aroma de los claveles—. Necesita grandes sillones, grandes divanes de mimbre...

Dentro, en «nuestro salón», nos sentamos los dos en los poyos del balcón, contemplando el dulce sosiego crepuscular que lentamente se cernía sobre el valle y el monte. Arriba temblaba una estrellita, Venus diamantiña, lánguida anunciadora de la noche y de sus gozos. Jacinto no había contemplado nunca detenidamente aquella estrella de amoroso brillo, que perpetúa en nuestro cielo católico el recuerdo de la diosa incomparable; ni asistió nunca, con el alma atenta, al majestuoso adormecimiento de la Naturaleza. Y aquella negrura de los montes que se embozan en sombra, el rebrillo de los caseríos mansamente apagado, la manta de niebla bajo la cual se tiende y abriga la frialdad de los valles, un toque soñoliento de campana que rueda por las quebradas, el cuchicheo confidencial de las aguas y de las hierbas oscuras, eran para él como una iniciación. Desde aquel balcón, abierto sobre las sierras, entreveía otra vida, que no estaba solamente llena del hombre y del tumulto de su obra. Y oí que mi amigo suspiraba como quien descansa por fin.

De aquel arrobamiento nos arran-

có Melchor con el dulce aviso del «almuercillo de los señores». Era en otra sala, más desnuda, más abandonada; y en la misma puerta mi supercivilizado príncipe se detuvo, espantado de la incomodidad, escasez y tosquedad de las cosas. En la mesa, apoyada en el muro renegrido, surcado por el humo de las velas, sobre un mantel de retor, dos velas de sebo en candeleros de latón iluminaban unos bastos platos de loza amarilla, orillados por cucharas de estaño y tenedores de hierro. Los vasos, de un vidrio grueso, conservaban la sombra roja del vino que los colmó en largos años de abundantes vendimias. La cazuela de barro, llena de aceitunas negras, satisfaría a Diógenes. Clavado en la corteza de un inmenso pan relucía un tremendo cuchillo. Y en la silla señorial reservada a mi príncipe, último mueble de los viejos Jacintos, con la madera carcomida, la crin se escapaba en greñas por los rotos del asiento muy usado.

Una formidable moza, de pechos enormes, que temblaban dentro del rameado pañuelo cruzado, sudorosa y sofocada aún por el calor del hogar, entró haciendo crujir el piso, con una sopera humeante. Y Melchor, que la seguía levantando el cántaro de vino, esperaba que los señores le perdonasen porque faltó tiempo para colar el caldito. Jacinto ocupó el sitio ancestral, y durante unos momentos (de sobrecogida ansiedad para el excelente rentero) restregó enérgicamente, con la punta de la servilleta, el negro tenedor, la tosca cuchara de estaño.. Después, desconfiado, probó el caldo, que era de gallina y muy oloroso. Lo probó, levantando hacia mí unos ojos que brillaban, sorprendidos. Volvió a sorber una cucharada más llena, más saboreada. Y sonrió, con asombro:

—Está bueno.

Estaba magnífico; tenía hígado y molleja; su aroma enternecía; por tres veces ataqué fervorosamente aquel caldo.

—También repito yo—exclamó Jacinto, con inmensa convicción. Es que tengo un hambre... ¡Santo Dios! Hace años que no sentía este hambre.

Fué él quien escarbó con avidez la sopera. Y vigilaba ya la puerta, esperando a la portadora de los otros manjares, la recia moza de pechos temblequeantes, que apareció, al fin, más sofocada, aplastando el entarimado, y dejó sobre la mesa una fuente rebosante de arroz con habas. ¡Qué desconsuelo! Jacinto, en París, detestó siempre las habas... Probó, sin embargo, un poco tímidamente con el tenedor, y de nuevo aquellos sus ojos que el pesimismo veló, brillaron buscando los míos. Llenó esta vez el tenedor, con una lentitud de fraile que se recrea, y luego, con un grito:

—¡Magníficas!... ¡Ah, de estas habas, sí! ¡Oh, qué habas! ¡Qué delicia!

Y por aquella santa gula elogiaba la sierra, el arte perfecto de las mujeres charlatanas que abajo removían las cazuelas, a Melchor que dirigía el banquete...

—De este arroz con habas no lo hay en París, amigo Melchor.

El buen hombre sonreía, serenado por completo:

—Pues aquí es la comidita de los mozos de la quinta. Y cada platazo, que hasta los señores se reirían... Pero ahora, aquí, don Jacinto, va también a engordar y a fortalecerse.

El buen rentero creía sinceramente que, perdido en aquellos remotos países, el señor de Tormes, lejos de la abundancia de Tormes, padecía hambre y escasez. Y mi príncipe, a

decir verdad, parecía saciar una viejísima hambre y una larga nostalgia de abundancia, estallando así, a cada plato, en más copiosas alabanzas. Ante el dorado pollo asado en el espetón y la ensalada que él codició en la huerta, aliñada ahora con un aceite de la sierra digno de los labios de Platón, acabó por chillar:

—¡Es divina!

Pero nada le entusiasmó tanto como el vino de Tormes, cayendo desde lo alto de la panzuda cántara verde, un vino fresco, denso, sabroso, y que tenía más alma, que penetraba más en el alma, que muchos poemas o libros sagrados. Contemplando, con la vela de sebo, el vaso grueso que aquél ornaba con una leve espuma rósea, mi príncipe, con un esplendor de optimismo en la cara, citó a Virgilio:

—*Quo te carmina dicam, Rethica?* ¿Quién te cantará dignamente, amable vino de estas sierras?

A mí no me gusta que me aventajen en saber clásico, y por eso desempolvé también mi Virgilio, alabando las dulzuras de la vida rural:

—*Hanc olim veteres vitam coluere, Sabini.* Así vivieron los viejos Sabinos. Así, Rómulo y Remo. Así creció la valerosa Etruria. Así Roma se convirtió en la maravilla del mundo.

E inmóvil, con la mano aferrada a la cántara, Melchor abría mucho los ojos hacia nosotros con infinito asombro y religiosa reverencia.

*

¡Ah! Comimos deliciosamente, bajo los auspicios de Melchor, que, incluso, después, próvido y tutelar, nos proporcionó tabaco. Y como se alargaba ante nosotros una noche de monte, volvimos a las ventanas sin cristales, en la sala inmensa, a contemplar el suntuoso cielo de verano. Filosofamos entonces con calma y facundia.

En la ciudad—como observó Jacinto—no se mira ni se recuerda nunca a los astros, a causa de los faroles de gas o de los globos eléctricos que los ocultan. Por eso — observé yo—, no se entra nunca en esa comunión con el Universo, que es la única gloria y el único consuelo de la vida. Pero en la sierra, sin casas de seis pisos, sin la humareda que encubre a Dios, sin los afanes que, como pedazos de plomo, tiran del alma hacia el polvo rastrero, un Jacinto, un Pepe Fernández, libres, bien comidos, fumando en los poyos de un balcón, miran hacia los astros y los astros les miran. Unos, ciertamente, con ojos de sublime inmovilidad o de sublime indiferencia. Pero otros, curiosa y ansiosamente, con una luz que hace señas, una luz que llama, como si intentasen desde tan lejos revelar sus secretos, o, desde tan lejos, comprender los nuestros.

—¡Oh Jacinto! ¿Qué estrella es ésa, tan viva, sobre el borde del tejado?

—No lo sé. ¿Y aquélla, Pepe Fernández, allí, encima del pinar?

—No lo sé.

No lo sabíamos. Yo, a causa de la espesa costra de ignorancia con que salí del vientre de Coimbra, mi madre espiritual. El, porque en su biblioteca tenía trescientos ocho tratados de Astronomía, y el saber, así acumulado, forma un m o n t e que nunca se franquea ni se poda. Pero, ¿qué nos importaba que aquel astro se llamase Sirio y aquel otro Aldebarán? ¿Qué les importaba a ellos que uno de nosotros fuese Jacinto y el otro Pepe? Ellos tan inmensos, nosotros tan pequeñitos, éramos todos obra de la misma voluntad. Y todos, Uranos o Lorenas de

Noroña y Sande, constituímos modos diversos de un ser único, y nuestras diferencias esparcidas componen la misma compacta unidad. Moléculas del mismo todo, regidas por la misma ley, rodando hacia el mismo fin... Del astro al hombre, del hombre a la flor del trébol, de la flor del trébol al mar sonoro, todo es el mismo cuerpo, por el que circula, como una sangre, el mismo Dios. Y ningún estremecimiento de vida, ni el más mínimo, pasa por una fibra de ese sublime cuerpo, que no repercute en todas, hasta en las más humildes, hasta en las que parecen inertes, faltas de vitalidad. Cuando un sol que no diviso ni divisaré nunca, muere de inanición en las profundidades, ese delgado gajo de limonero, abajo en la huerta, siente un secreto escalofrío de muerte; y cuando doy yo una patada en el suelo de Tormes, allá lejos, el monstruoso Saturno se estremece, y ese estremecimiento recorre el universo entero. Jacinto aferró con fuerza el borde de la ventana. Y yo grité:

—¡Créeme! El sol tembló.

Y después—como observé—debíamos pensar en que sobre cada uno de esos granos de polvo luminoso existía una creación, que incesantemente nace, perece, renace. En aquel instante, otros Jacintos, otros Pepes Fernández, sentados a las ventanas de otros Tormes, contemplan el cielo nocturno, y en él un pequeñísimo punto de luz, que es nuestra poderosa tierra, tan sublimada por nosotros. No tendrán todos esta forma nuestra, muy frágil, muy incómoda y—exceptuando el Apolo del Vaticano, la Venus de Milo y tal vez la princesa de Carman — singularmente fea y grotesca. Pero, horrendos o de una belleza inefable; colosales y de una carne más dura que el granito, o leves como gasas y ondulando en la luz, todos ellos son seres pensantes y tienen conciencia de la vida, porque seguramente cada mundo posee su Descartes, o ya nuestro Descartes los recorrió todos con su método, su oscura capa, su agudeza elegante, formulando la única certeza tal vez cierta, el gran *pienso, luego existo*. Por tanto, todos nosotros, habitantes de los mundos, en las ventanas de nuestros caserones, allá en los Saturnos o aquí en nuestra tierrecilla, ejecutamos constantemente un acto sacrosanto que nos penetra y nos afirma, que es sentir en nuestro pensamiento el núcleo común de nuestras modalidades, y, por consiguiente, realizamos un momento, dentro de la conciencia, la unidad del Universo. ¿Eh, Jacinto?

Mi amigo gruñó:

—Tal vez... Estoy cayéndome de sueño.

—Y yo también. «Nos hemos remontado mucho, excelentísimo señor», c o m o decía Pentaniña en Coimbra. Pero nada más bello y más vano que una charla en lo alto de la sierra, mirando las estrellas. ¿Sigues pensando en irte mañana?

—Sin duda, Pepe Fernández. Con la certeza de Descartes. «Pienso, *luego me fugo*.» ¿Cómo quieres que me quede en estas ruinas, sin una cama, sin un sillón, sin un libro? ¡No sólo de arroz con habas vive el hombre! Pero me quedaré en Lisboa para hablar con Cesimbra, mi administrador. Y también en espera de que estas obras acaben, aparezcan los cajones y pueda yo volver decentemente con ropa limpia para el traslado...

—Es verdad, esos huesos...

—Pero queda todavía Grillo. ¡Qué animal! ¿Dónde andará ese perdido?

Entonces, paseando lentamente por la enorme sala, donde la vela de sebo, ya derretida en la palmatoria de latón, era como la lumbre de un cigarro en un descampado, meditamos sobre la suerte de Grillo. El apreciado negro, o había sido evacuado en el barrizal de Medina con las veintitrés maletas, entre gritos, o, cómodamente dormido, rodaba con Anatole en el tren hacia Madrid. Pero ambos casos se le aparecían a mi amigo como irremediablemente destructores de su bienestar.

—No; escucha, Jacinto. Si Grillo se quedó en Medina, dormiría en la fonda, gozando de las chinches, y esta madrugada habrá corrido hacia Tormes. Cuando mañana bajes a la estación, a las cuatro, te encontrarás a tu precioso hombre con tus preciosas maletas, metido en ese tren que te llevará a Oporto y a la capital.

Jacinto agitó los brazos como quien se mueve entre las mallas de una red:

—¿Y si ha seguido hacia Madrid?

—Entonces aparecerá esta semana en Tormes, donde encontrará la orden de regresar a Lisboa y de reincorporarse a tu séquito. Queda el interesante caso de mi equipaje. Si mañana te encuentras en la estación a Grillo, separa mi maleta negra, el saco de lona y la sombrerera. Grillo los conoce. Y pide a Pimenta, al gordinflón, que me avise a Guiaes. Si Grillo llegase azacanado de Madrid, con toda esa maletería, déjale mis cosas aquí, a Melchor... Yo le hablaré mañana.

Jacinto se ensanchó furiosamente el cuello.

—¿Pero cómo puedo yo marchar a Lisboa mañana, con esta camisa de dos días, que me da ya una comezón horrible? Y sin un pañuelo... ¡Sin siquiera un cepillo de dientes!

Fértil en ideas, extendí las manos en un hermoso gesto tutelar.

—¡Todo se arreglará, Jacinto, todo se arreglará! Yo, saliendo de aquí temprano, hacia las seis, llegaré a Guiaes a las diez, sin calor aún. E incluso antes de almorzar y de charlar con tía Vicenta, te mando inmediatamente, con un mozo, un saco de ropa blanca. Mis camisas y mis calzoncillos te estarán, quizá, largos. Pero un mendigo como tú no tiene derecho a elegancias ni a ropas bien cortadas. El mozo, en un buen trote, estará aquí a las dos; tienes tiempo de mudarte antes de bajar hacia la estación... Puedo meter en la maleta un cepillo de dientes.

—¡Oh Pepe Fernández! Entonces mete también una esponja!... ¡Y un frasco de agua de Colonia!

—Agua de espliego excelente, hecha por tía Vicenta...

Mi príncipe suspiró, impresionado en su miseria sucia con aquel donativo de ropas.

—Bien; entonces, vamos a dormir, que estoy cansado de emociones y de astros...

Precisamente Melchor entreabría la pesada puerta con timidez, para avisarles que estaban «preparaditas las camas de los señores». Y siguiendo al buen rentero, que levantaba una palmatoria, ¿qué vimos nosotros, mi príncipe y yo, hermanados hacia un momento con los astros? Pues en dos salitas, que una abertura en arco separaba, lóbrego arco de piedra, dos jergones sobre el suelo. Junto a la cabecera del más ancho, que pertenecía al señor de Tormes, una palmatoria sobre un alquez; a los pies, como lavabo, un barreño vidriado encima de un banquillo. Para mí, serrano de aquellos lugares, ni barreño ni palmatoria.

Lentamente, con el pie, mi super-

civilizado amigo palpó el jergón. Y sin duda le notó una dureza intransigente, porque quedó inclinado sobre él, pasándose desconsoladamente las manos por la cara, desfalleciente.

—Y lo peor no es el jergón—murmuró, al fin, con un suspiro—. ¡Es que no tengo ni camisa de dormir ni zapatillas!... Y no puedo acostarme con camisa almidonada.

Por iniciativa mía recurrimos a Melchor. De nuevo aquel benemérito actuó de providencia, trayendo a Jacinto, para que descansasen sus pies, unos zuecos, y para envolver el cuerpo, una camisa de su comadre, enorme, de retor, áspera como una estameña de penitente, con unos volantes más tiesos y duros que tallas en madera. Para consolar a mi príncipe recordé que Platón, cuando componía el *Banquete*, y Vasco de Gama, cuando doblaba el Cabo, ¡no durmieron en mejores lechos! ¡Los colchones duros mortifican las almas, oh Jacinto!... Y sólo vestido de estameña se entra en el Paraíso.

—¿Tienes—me dijo mi amigo, secamente—algo para leer? No puedo dormirme sin un libro.

¿Yo? ¿Un libro? Sólo tenía el número antiguo del *Diario del Comercio*, que se había salvado de la dispersión de nuestros bienes. Partí la extensa hoja por la mitad y la compartí con Jacinto, fraternalmente. El cogió su mitad, que era la de los anuncios... Y quien no ha visto entonces a Jacinto, el señor de Tormes, agazapado al borde del jergón, junto a la vela, que se derretía sobre la madera del alquez, metidos los pies en los zuecos, perdido dentro de los rígidos volantes de la camisa serrana, recorriendo en un viejo trozo de periódico las salidas de los vapores, no puede saber lo que es una intensa y verídica imagen del Desaliento.

Recogido en mi alcoba, me desabrochaba con un delicioso cansancio, cuando mi príncipe me llamó aún:

—Pepe Fernández...

—Dime.

—Mándame también en el saco un abrochador de botas.

Tendido cómodamente en el duro jergón, murmuré, como murmuro siempre al entrar en el sueño, que es un primo de la Muerte: «¡Alabado sea Dios!» Luego cogí la mitad del *Diario del Comercio* que me pertenecía.

—Pepe Fernández...

—¿Qué hay?

—Podías meter también en el saco polvos de dientes... Y una lima de las uñas... ¡Y una novela!

Ya el medio periódico se me escapaba de las manos dormidas. Pero desde su alcoba, después de soplar la vela, Jacinto murmuró entre un bostezo:

—Pepe Fernández...

—¿Eh?

—Escribe a Lisboa, al Hotel Braganza... ¡Estas sábanas, al menos, son frescas, huelen bien a sano!

IX

Temprano, de madrugada, sin ruido, para no despertar a Jacinto, que, con las manos cruzadas sobre el pecho, dormía beatíficamente en su jergón de granito, marché a Guiaes.

Al cabo de una semana, volviendo una mañana para el almuerzo, encontré en el corredor mis tan deseadas maletas, que un mozo del caserío de la Giesta había traído en un carro, con «recuerdos del señor Pimenta». Mi pensamiento voló hacia mi príncipe. Y lancé por telégrafo, hacia Lisboa, hacia el Hotel Braganza, este alegre grito: «¿Estás ahí? Sé recuperaste Grillo y civilización. Hurra. Abrazos.» Sólo después de siete días, ocupados en una delicada recolección de espárragos, con que en otro tiempo había civilizado la huerta de tía Vicenta, notó el silencio de Jacinto. En una tarjeta postal reiteré, desarrollé el amistoso grito: «¿Estás ahí? ¿Son los placeres de la Baixa los que así te vuelven descortés y mudo? ¡Yo soy todo espárragos! Dime cuándo vienes. ¡Tiempo delicioso! Veintitrés grados a la sombra. ¿Y los huesos?...» Llegó después la devota romería de Nuestra Señora de la Roqueiriña. Durante la luna nueva fuí a una corta de árboles a mis tierras de las Corcas. La tía Vicenta vomitó con una indigestión de morcillas. Y el silencio de mi príncipe era ingrato e impenetrable.

Por fin, una tarde, volviendo de la Flor de Malva, de casa de mi prima Juanita, me detuve en Sandofim, en la venta de Manuel Rico, para beber cierto vino blanco que mi alma conoce y reclama siempre. Enfrente, a la puerta del herrador, Severo, sobrino de Melchor, el de Tormes, y el más diestro albéitar de la sierra, picaba tabaco, a horcajadas en un banco. Mandé llenar otro cuartillo; él acarició el cuello de mi yegua, a la cual había ya salvado de un enfriamiento; y como yo le preguntase por Melchor, Severo me contó que el día anterior había comido con él en Tormes, y que pudo acercarse también al hidalgo...

—¡Cómo! ¿Entonces don Jacinto está en Tormes?

Mi asombro divirtió a Severo.

—¿No lo sabía usted?... ¡Pues en Tormes está hace ya más de cinco semanas, sin moverse! ¡Y, según parece, se queda para la vendimia, y habrá allí mucho rumbo!

¡En el Santísimo Nombre de Dios! Al otro día, domingo, después de la misa, y sin asustarme con el bochorno sofocante, troté alegremente hacia Tormes. A los ladridos de los mastines, cuando pasé el portal solariego, la comadre de Melchor acudió por el lado del corral, con un barreño de lavar apoyado en la cadera.

—¿Y don Jacinto?...

Pues don Jacinto andaba allí abajo, con Silverio y Melchor, en los campos de Freixomil...

—¿Y el señor Grillo, el negro?

—Hace un ratito también le vi en la huerta, con el francés, cogiendo limones dulces...

Todas las ventanas del caserón brillaban, con cristales nuevos, bien limpios. En un rincón del patio vi artesas de cal y cubas de pintura. Una escalera de albañil descansaba durante el día festivo arrimada al tejado. Y junto al muro de la capilla dormían dos gatos sobre unos montones de paja, desembalada de grandes cajones.

—Bien—pensé—. ¡He aquí la civilización!

Até la yegua y subí presuroso la escalera. En el terrado, sobre una pila de listones, relucía en un rayo de sol una bañera de cinc. Dentro encontré todos los entarimados, compuestos con tablas nuevas, fregadas con estropajo. Las paredes, muy encaladas y desnudas, refrescaban como las de un convento. Un cuarto, al que me condujeron tres puertas abiertas de par en par, era, seguramente, el de Jacinto: la ropa colgaba de unas perchas de madera; el lecho, de hierro, con colcha de algodón, encogía tímidamente su rigidez virginal en un rincón, entre el muro y el banquillo, donde una palmatoria de latón resplandecía sobre un tomo del *Don Quijote*; en el lavabo, pintado de amarillo, imi-

tando bambú, sólo cabían el jarro, la jofaina, un trozo grande de jabón, y una pequeña repisa bastaba para la esmerada colocación del cepillo, de las tijeras, del peine, del espejito comprado en la feria y del frasquito de agua de espliego que le mandé de Guiaes. Las tres ventanas, sin cortinas, contemplaban la belleza de la sierra, aspirando un delicado y suave aire, aromado por las resinas de los pinares y después por los rosales de la huerta. Enfrente, en el corredor, otro cuarto repetía la misma sencillez. Ciertamente, la previsión de mi príncipe lo destinaba a su amigo Pepe Fernández. Colgué, pues, dentro, en la percha, mi guardapolvo de lustrina.

Pero en la sala inmensa donde tanto filosofamos contemplando las estrellas, Jacinto había arreglado un centro de reposo y de estudio, desplegando aquella «grandeza, aquel lujo» que impresionaban a Severo. Las sillas de mimbre de la isla Madera, amplias y con brazos, ofrecían la comodidad de unos almohadoncitos de percal. Sobre la mesa enorme de madera blanca, hecha en Tormes, admiré un quinqué de metal de tres brazos, un tintero frailuno, armado de plumas de ganso, y un florero de capilla, rebosante de claveles. Entre dos ventanas, una cómoda antigua, de marquetería, con labrados herrajes, sostenía sobre su mármol rosado el devoto peso de un nacimiento, en el que Reyes Magos, pastores de vistosos zurrones, corderos de despeinada lana, se apresuraban por unas cuestas escarpadas hacia el Niño, que en su pequeña gruta les abría los brazos, teniendo sobre El una enorme corona real. Un estante de madera ocupaba otro lienzo de pared, entre dos retratos negros, con marcos negros también; sobre una de sus tablas descansaban dos escopetas; en las otras esperaban, esparcidos, como los primeros doctores en los bancos de un concilio, algunos nobles libros, un Plutarco, un Virgilio, la *Odisea*, el Manual de Epicteto las *Crónicas* de Froissart. Después, en digna fila, sillas de paja, muy nuevas, muy barnizadas. Y en un rincón, un manojo de bastones.

Todo resplandecía de limpieza y de orden. Las hojas de las ventanas cerradas defendían del sol, que daba en aquel lado de Tormes, abrasando los antepechos de piedra. De la solana, regada, subía, en la suavizada penumbra, un frescor. Olían los claveles. No ascendía ni de los campos ni de la casa ningún ruido. Tormes dormía en el esplendor de la mañana santa. Y penetrado por aquella consoladora quietud de convento rural, acabé por sentarme en una silla de mimbre, junto a la mesa; abrir lánguidamente un tomo de Virgilio, y murmurar, adaptando el dulce verso que encontré:

Fortunate Jacinthe! Hic, inter arva nota
et fontes sacros, frigus captabis opacum...

¡Afortunado Jacinto, en verdad! ¡Ahora, entre campos que son tuyos y aguas que te son sagradas, logras, al fin, la sombra y el sosiego!

Leí otros versos. Y con el cansancio de las dos horas de yegua y de calor, desde Guiaes, me adormecía irreverentemente sobre el divino Bucólico, ¡cuando me despertó un grito amistoso! Era mi príncipe. Y muy resueltamente, después de desprenderme de su apretado abrazo, le comparé a una planta descolorida, mustia en la oscuridad, entre alfombras y sedas, que llevada al viento y al sol, profusamente regada, reverdece, se abre y honra a la Na-

turaleza. Jacinto ya no se encorvaba. Sobre su fría palidez de supercivilizado, el aire montés, o la vida más verdadera, habían difundido un moreno rubor, cálido, de sangre renovada, que le prestaba una virilidad soberbia. De los ojos que en la ciudad se mostraban siempre tan crepusculares y desviados del mundo, brotaba ahora un brillo de mediodía, amplio y resuelto, contento de empaparse en la belleza de las cosas. Hasta el bigote se le encrespaba. Y ya no se pasaba la mano desencantada sobre la cara, sino que se golpeaba con ella triunfalmente el muslo. ¿Qué sé yo? Era un Jacinto novísimo. Y casi me asustaba, porque tenía yo que conocer y que indagar, en aquel nuevo príncipe, las maneras y las ideas nuevas.

—Caramba, Jacinto; ¿pero qué es esto?...

Él encogió jovialmente los hombros, ensanchados ahora de nuevo. Y sólo me supo contar, pisando soberanamente con sus zapatos blancos y cubiertos de polvo el suelo de madera reparado, que, al despertar en Tormes, después de lavarse en una tina y de ponerse mi ropa blanca, ¡se había sentido de repente como *serenado*, como *desenviejado*! Almorzó un platazo de huevos con chorizo, sublime. Paseó por toda aquella magnificencia de la sierra con pensamientos ligeros de paz y libertad. Mandó a Oporto a comprar una cama, unas perchas... Y allí estaba...

—¿Para todo el verano?

—¡No! Sólo un mes... ¡Dos meses! ¡Mientras haya chorizos y agua de la fuente, bebida en el caño o en una hoja de col, me saben tan divinamente!

¡Caí sobre la silla de mimbre y contemplé, pasmado, casi aturdido, a mi príncipe! Liaba en un papel de fumar tabaco picado, un tabaco ordinario, guardado en un puchero de barro. Y exclamó:

—¡Ando por ahí, por las tierras, desde que amanece! Ya he pescado hoy cuatro truchas magníficas... Allá abajo, en un riachuelo que corre por el valle de la Seranda... ¡Tenemos esas truchas luego para comer!

Pero yo, ansioso de saber la historia de aquella resurrección:

—¿Entonces no estuviste en Lisboa?... Yo telegrafié...

—¡Qué telégrafo ni qué Lisboa! Estuve ahí arriba, junto a la fuente de la Lira, a la sombra de gran árbol, *sub tegmine* no sé qué, leyendo a ese adorable Virgilio... ¡Y también arreglando mi palacio! ¿Qué te parece, Pepe Fernández? ¡En tres semanas todo solado, encristalado, encalado, amueblado!... ¡Ha estado trabajando la feligresía entera! Hasta yo he pintado, con una brocha inmensa. ¿Viste el *comedero?*

—No.

—Ven entonces a admirar la belleza en la sencillez, so bárbaro.

Era la misma habitación donde nos entusiasmó tanto el arroz con habas, pero muy fregada, muy encalada, con un friso embadurnado de azul chillón, en el que adiviné en seguida la mano de mi príncipe. Un mantel de lino de Guimaraes cubría la mesa, con los bordes rozando el suelo. En el fondo de los platos de loza fuerte brillaba un gallo amarillo. Eran el mismo gallo, la misma loza donde, en nuestra casa de Guiaes, se sirven las judías a los cavadores.

Pero en el patio ladraban los perros. Y Jacinto corrió al terrado, con una extraña ligereza que me deleitó. ¡Ah, se había roto definitivamente aquella red de malla que no se percibía y que en otro tiempo le aprisionaba! En aquel momento apareció Grillo, con chaqueta de hilo, llevando en cada mano una botella

de vino blanco. Le alegró mucho «ver en la quinta al *siñó Fernandes*». Pero su venerable cara ya no resplandecía como en París, con un tan sereno y feliz brillo de ébano. Hasta me pareció que se encorvaba. Cuando le interrogué sobre aquel cambio, avanzó indeciso el morrudo labio:

—Al niño le gusta, y a mí también. El aire es muy bueno, *siñó Fernandes*, el aire es muy bueno.

Después, más bajo, envolviendo en un gesto desolado la loza de Barcellos, los estantes de pino como en un refectorio de franciscanos:

—Pero hay mucha escasez, *siñó Fernandes*, mucha escasez.

Jacinto volvió con un paquete de periódicos enfajados:

—Era el cartero. Como ves, no he reñido del todo con la civilización. Aquí tienes la Prensa. Pero nada de *Fígaro* ni de la horrenda revista de *Ambos Mundos*. Periódicos de agricultura. Para aprender cómo se producen las alegres mieses y bajo qué signo se combinan la viña y el olmo y qué cuidados requieren las diligentes abejas. *Quid faciat laetas segetes.* Aunque para esta noble educación, me bastaban las *Geórgicas*, que tú desconoces.

Reí:

—¡Alto ahí! *Nos quoque gens sumus et nostrum Virgilium sabemus!*

Pero mi novísimo amigo, asomado a la ventana, daba palmadas, como Catón para llamar a los siervos en la sencilla Roma. Y gritaba:

—¡Ana Vaquera! ¡Un vaso de agua bien lavado de la fuente vieja!

Di un brinco, enormemente divertido:

—¡Oh Jacinto! ¿Y las aguas carbonatadas? ¿Y las fosfatadas? ¿Y las esterilizadas? ¿Y las sódicas?

Mi príncipe se alzó de hombros con un desdén soberbio. Y aclamó la aparición de un gran vaso, empañado todo por el frescor nevado del agua refulgente, que una bella moza traía en un plato. Yo admiré sobre todo a la moza. ¡Qué ojos, de un negro tan húmedo y serio! ¡Qué armonía y qué gracia de ninfa en el andar, en el quebradizo talle!

Y apenas desapareció por la puerta la espléndida aparición:

—¡Oh Jacinto, yo también voy a querer agua dentro de un momento! Y si le corresponde a esa muchacha traer las cosas, yo, cada minuto, pediré una cosa. ¡Qué ojos, qué cuerpo! ¡Caramba, chico! He aquí la poesía, toda viva, de la sierra.

Mi príncipe sonreía con sinceridad:

—No. No nos engañemos, Pepe Fernández, no forjemos una Arcadia. Es una guapa moza, pero una bruta. No hay en ella más poesía ni más sensibilidad, ni siquiera más belleza que en una vaca brava. Merece su nombre de Ana Vaquera. Trabaja bien, digiere bien, engendra bien. Para eso la ha hecho la Naturaleza así, sana y fuerte; y ella cumple. El marido, sin embargo, no parece contento, porque la muele a golpes. También es un espléndido bruto. No, hijo mío, la sierra es maravillosa, y le estoy muy agradecido. Pero tenemos aquí la hembra en toda su animalidad y al macho en todo su egoísmo. Son, sin embargo, verdaderos, genuinamente verdaderos. Y esta verdad, Pepe, es para mí un reposo.

Lentamente, gozando de la frescura, del silencio y de la libertad del amplio caserón, retrocedimos a la sala que Jacinto llamaba la biblioteca.

Y de repente, al divisar en un rincón una caja con la tapa medio desclavada, casi me atragantó en la furiosa curiosidad que me asaltó:

—¿Y los cajones, Jacinto? ¿Toda aquella inmensa cajonería que enviamos, abarrotada de civilización? ¿Supiste de ellos? ¿Aparecieron?

Mi príncipe se detuvo, golpeándose alegremente el muslo:

—¡Sublime! ¿Te acuerdas aún de aquel hombrecillo, con la cartera en bandolera, que nos asombró tanto con su sagacidad y su ciencia geográfica? ¿Te acuerdas? Apenas le hablé de Tormes, gritó que lo conocía, garrapateó una nota... No era necesario más «¡Oh Tormes! ¡Perfectamente, muy antiguo, muy curioso!» Pues lo mandó todo a Alba de Tormes, a España. Está todo en España.

Me rasqué la cabeza, desconsolado:

—Vaya, vaya. Un hombre tan enterado, tan dispuesto, que hacía tanto honor al progreso. ¡Todo a España! ¿Y lo has mandado traer?

—No. Quizá más adelante. Ahora, Pepe Fernández, estoy saboreando esta delicia de levantarme por la mañana y de tener sólo un cepillo para plancharme el pelo.

Contemplé, lleno de recuerdos, a mi amigo:

—Tenías unos nueve.

—¿Nueve? Tenía veinte. Tal vez treinta. Y era un lío, no me bastaban. Nunca he ido en París mejor peinado. Lo mismo con mis treinta mil volúmenes: eran tantos, que nunca leí ninguno. E igual con mis ocupaciones. Tanto me abrumaban, que nunca fuí útil.

*

Por la tarde, con el sol ya bajo, fuimos a vagar por los caminos sinuosos de aquella quinta rica, que ondula por valle y monte a lo largo de dos leguas. No había estado con Jacinto en plena Naturaleza desde el remoto día grotesco en que él tanto sufrió en el apacible y frecuentado bosque de Montmorency. ¡Ah! Pero ahora, ¡con qué firmeza, con qué idílico amor se movía mi amigo entre esta Naturaleza, de la cual estuvo tantos años apartado por teoría y por hábito! Ya no temía la humedad mortal de la hierba, ni rechazaba como impertinente el roce de las ramas, ni el silencio de las alturas le inquietaba como una despoblación del Universo. Con delicia, con un consolado sentido de estabilidad recobrada, hundía él sus zapatones en las tierras blandas, como en su elemento natural y paterno; sin motivo, separábase de los senderos fáciles para adentrarse entre arbustos enmarañados y recibir en la cara la caricia de las hojas nuevas; sobre los cerros permanecía inmóvil, deteniendo mis gestos y casi mi respiración para empaparse en silencio y paz; y por dos veces le sorprendí atento, sonriendo al borde de un regato rumoroso, como si escuchase sus confidencias.

Luego filosofaba, sin cesar, con el entusiasmo de un converso, ávido de convertir:

—Cómo se libera aquí la inteligencia, ¿eh? ¡Y qué animado está todo por una vida fuerte y profunda! Dices tú ahora, Pepe Fernández, que no hay aquí pensamiento.

—¿Yo? Yo no digo nada, Jacinto.

—Pues es una manera de reflexionar muy estrecha y muy grosera.

—¡Vamos! Pero si yo...

—No, no te das cuenta. La vida no se limita a pensar, mi querido doctor.

—No lo soy.

—La vida es esencialmente voluntad y movimiento; y en aquel pedazo de tierra plantado de trigo existe todo un mundo de impulsos, de fuerzas que se revelan y que alcanzan su expresión suprema, que es

la forma. No, esa filosofía tuya es aún sumamente tosca.

—¡Caramba! Pero si yo no...

—Y, además, chico, ¡qué inagotable, qué milagrosa diversidad de formas!... ¡Y todas bellas!

Agarraba mi pobre brazo, exigía que observase yo con reverencia. En la Naturaleza no descubriría yo nunca un contorno feo o repetido. Jamás dos hojas de hiedra que en el verdor o en la silueta se asemejasen. En la ciudad, por el contrario, cada casa repite servilmente otra casa; todos los rostros reproducen la misma indiferencia o la misma inquietud; las ideas tienen todas el mismo valor, el mismo cuño, la misma forma, como las monedas; y hasta lo que hay de más personal e íntimo, la ilusión, es en todos idéntica, y todos la respiran, y todos se pierden en ella como en la propia niebla. ¡La identidad, he aquí el horror de las ciudades!

—Pero aquí. Mira ese castaño. Hace tres semanas que le contemplo cada mañana, y siempre parece otro. La sombra, el sol, el viento, las nubes, la lluvia, le prestan incesantemente una expresión diversa y nueva, siempre interesante. No podría hartarme nunca su frecuentación...

Yo murmuré:

—¡Lástima que no hable!

Mi príncipe retrocedió con ojos llameantes, de apóstol.

—¿Cómo que no habla? ¡Pero si es precisamente un sublime conversador! No tiene, claro es, frases ni lanza teorías, *ore rotundo*. Pero siempre que paso junto a él me sugiere un pensamiento o me descubre una verdad. Hoy, incluso, cuando volvía yo de pescar las truchas... Me detuve, y él en seguida me hizo sentir cómo su vida toda de vegetal está exenta de trabajo, de la ansiedad, del esfuerzo que la vida humana impone; no tiene que preocuparse del sustento, ni del vestido, ni del cobijo; hijo amado de Dios, Dios le nutre, sin que él se mueva o se inquiete. Y esta seguridad es lo que le da tanta gracia y tanta majestad. ¿No te parece?

Yo sonreía, asintiendo. Todo aquello era, ciertamente, rebuscado y especioso. Pero, ¿qué importaban las esmeradas metáforas y aquella metafísica apenas madura, cogida de prisa en las ramas de un castaño? Bajo toda aquella ideología se traslucía una excelente realidad: la reconciliación de mi príncipe con la vida. Estaba asegurada su resurrección después de tantos años de sepulcro, del blando sepulcro en que yaciera, vendado como una momia entre las fajas del pesimismo.

¡Y lo que mi buen príncipe me cansó aquella tarde! Husmeaba con una curiosidad insaciable todos los rincones de la sierra. Subía corriendo a los cerros, con la esperanza de descubrir, allí en lo alto, los esplendores nunca contemplados de un mundo inédito. Y su tormento era no conocer los nombres de los árboles, de la más insignificante planta que brotaba de las grietas de un bancal. Me hojeaba constantemente como si fuera yo un diccionario.

—He seguido toda clase de cursos, he pasado por los más ilustres profesores de Europa, tengo treinta mil volúmenes, y no sé si aquel señor de allí es un álamo o un alcornoque.

—Es una encina, Jacinto.

Ya la tarde caía cuando regresamos muy lentamente. Y toda aquella adorable paz del cielo, realmente celestial, y de los campos, donde cada hojita conservaba una quietud contemplativa, en la luz suavemente desmayada, que se posaba sobre las cosas con tersa y leve caricia, penetraba tan hondamente a

Jacinto, que le oí, en el silencio que nos envolvió, suspirar de puro alivio.

Y luego, con mucha gravedad:

—Dices que en la Naturaleza no hay pensamientos.

—¡Otra vez! ¡Vaya pesadez! Yo...

—Pero por estar en ella, está suprimido el pensamiento; es por lo que le está ahorrado el sufrimiento. Nosotros, desgraciados, no podemos suprimir el pensamiento; pero, evidentemente, lo podemos disciplinar e impedir que se aturda o se canse, como en el horno de las ciudades, ideando goces que nunca se realizan, aspirando a certezas que nunca se alcanzan. Y es lo que aconsejan estas colinas y estos árboles a nuestra alma, que vela y se agita: que viva en la paz de un sueño vago, que no ansíe nada, que nada tema, ni contra nada se rebele; que deje rodar al mundo, no esperando de él más que un rumor armonioso, que le meza y le facilite el sueño dentro de la mano de Dios. ¿Eh, no te parece, Pepe Fernández?

—Tal vez. Pero es necesario entonces vivir es un monasterio, con el temperamento de San Bruno, o tener ciento ochenta mil duros de renta y el arrojo de ciertos Jacintos. Y me parece también que hemos andado leguas. Estoy rendido. ¡Y con qué hambre!

—Tanto mejor para las truchas y para el cabrito asado que nos esperan.

—¡Bravo! ¿Quién te cocina?

—Una ahijada de Melchor. Mujer sublime. Ya verás qué caldo de gallina. Ya verás qué menudillos. Es horrenda, casi enana, con los ojos bizcos, uno verde y otro negro. Pero, ¡qué paladar! ¡Qué talento!

En efecto, Horacio hubiera dedicado una oda a aquel cabrito asado en un espetón de cerezo. Y con las truchas, el vino de Melchor, los menudillos, en que la sublime enana de los ojos bizcos puso inspiraciones que no son de la tierra, y aquella dulzura de la noche de junio que por las ventanas abiertas nos envolvió en su negro terciopelo, tan plácido y tan consolado me quedé, que en la sala donde nos esperaba el café me dejé caer sobre una silla de mimbre, la más ancha y de mejores almohadones, y lancé un grito de puro goce.

Después, acuciado por un recuerdo, limpiándome el bigote:

—¡Oh Jacinto! ¿Y cuando andábamos por París con el pesimismo a cuestas, gimiendo que todo era ilusión y dolor?

Mi príncipe, a quien el cabrito había puesto más alegre aún, pisaba a grandes pasos el suelo, liando un cigarrillo:

—¡Oh! ¡Qué engañosa bestia el tal Schopenhauer! ¡Y mayor bestia yo, que me lo sorbía, y me desconsolaba con sinceridad! Y, sin embargo, el pesimismo es una teoría muy consoladora para los que sufren, porque individualiza el sufrimiento, lo amplía hasta convertirlo en una ley universal, la ley misma de la vida; por consiguiente, le quita el carácter punzante de una injusticia especial, cometida contra el que sufre por un destino enemigo y faccioso. Realmente, nuestro mal nos amarga, sobre todo cuando contemplamos o imaginamos el bien de nuestro vecino, porque nos sentimos escogidos y destacados hacia la infelicidad, pudiendo, como él, haber nacido para la fortuna. ¡Quién se quejaría de ser cojo si toda la Humanidad cojease? ¿Y cuáles no serían los gritos y la furiosa rebeldía del hombre envuelto en la nieve, frío y borrasca de un invierno espe-

cial, organizado en los cielos para envolverle a él únicamente, mientras a su alrededor toda la Humanidad se moviese en la clara benignidad de una primavera?

—En efecto—murmuré—; ese individuo tendría una razón enorme para chillar.

—Y luego—siguió diciendo mi amigo—el pesimismo es excelente para los inertes, porque disminuye en ellos el desairado delito de la inercia. Si toda meta es un monte de dolor, contra el cual va el alma a chocar, ¿para qué marchar hacia la meta, a través de las coacciones del mundo? Y, por otra parte, todos los líricos y teóricos del pesimismo, desde Salomón hasta el maligno Schopenhauer, lanzan su canto o su doctrina para disfrazar la humillación de sus miserias, subordinándolas todas a una vasta ley de vida, una ley cósmica, y adornando así con la aureola de un origen casi divino sus menudas desdichas de temperamento o de suerte. El buen Schopenhauer formula todo su *schopenhauerismo,* cuando es un filósofo sin editor y un profesor sin discípulos; y sufre horriblemente de terrores y manías; y esconde su dinero debajo del entarimado; y redacta sus cuentas en griego entre los perpetuos lamentos de la desconfianza; y vive en los sótanos por miedo a los incendios; y viaja con un vaso de plata en el bolsillo para no beber en un cristal que hayan podido contaminar los labios de un leproso. Entonces Schopenhauer es sombríamente *schopenhauerista.* Pero apenas entra en la celebridad, y sus miserables nervios se calman, y le rodea una paz amable, no hay entonces en todo Francfort burgués más optimista, de cara más jocunda, y que goce más ordenadamente de los bienes de la inteligencia y de la vida... Y el otro, el israelita, el pedantesco rey de Jerusalén, ¿cuándo descubre ese sublime retórico que el mundo es ilusión y vanidad? A los setenta y cinco años, cuando el poder se le escapa de las manos trémulas, y su serrallo de trescientas concubinas le resulta ridículamente superfluo. Entonces rompe en pomposas quejas. Todo es vanidad y aflicción de espíritu. No existe nada estable bajo el sol. En efecto, mi buen Salomón, todo pasa, especialmente el poder utilizar trescientas concubinas. Pero que se le restituya a ese viejo sultán asiático, embadurnado de literatura su virilidad, y ¿dónde se sumirá el lamento del *Ecclesiastés?* Entonces volverá, con segura y triunfal edición, el éxtasis del *Libro de los Cantares...*

Así discurseaba mi amigo en el nocturno silencio de Tormes. Creo que afirmó también sobre el pesimismo otras cosas joviales, hondas o elegantes; pero yo me dormí beatíficamente, envuelto en optimismo y dulzura.

Pronto, sin embargo, me hizo saltar y abrir los pesados párpados una fuerte, sana y genuina risotada. Era Jacinto, tendido en un sillón, que leía *Don Quijote.* ¡Oh bienaventurado príncipe! Había podido conservar el agudo poder de arrancar teorías a una espiga de trigo verde aún y por una clemencia divina que hizo reflorecer el tallo seco recobraba el divino don de reír con las bromas de Sancho.

Aprovechando mi compañía y las dos semanas de bucólica ociosidad que le concedí, mi buen Jacinto preparó entonces la ceremonia tan hablada y pensada: el traslado de los huesos de los viejos Jacintos, de las «respetables osamentas», como decía, siempre cumplimentero, el buen Silverio, el administrador, aquella

mañana del viernes en que almorzaba con nosotros, embutido en un horroroso chaquetón de terciopelo amarillo ribeteado de seda azul. La ceremonia, por lo demás, requería mucha sencillez, por ser inciertos, casi impersonales, aquellos restos que íbamos a dejar en la capillita del valle de la Carriza, aquella capillita toda nueva y fría, aún sin alma y sin calor de Dios.

—Porque, en fin, comprenderá usted, señor—explicaba Silverio, pasándose la servilleta por la sudorosa cara y sobre las inmensas barbas negras, como de un turco—, en aquella mezcolanza... ¡Oh, perdóneme, señor! En aquella confusión, cuando todo se derrumbó, no podíamos ya saber a quién pertenecían los huesos. Ni siquiera, a decir verdad, sabíamos bien qué dignos abuelos de usted yacían en la capilla vieja, así, tan antiguos, con las inscripciones borradas, señores de todo nuestro respeto, ciertamente; pero si me lo permite usted, señor, señores ya muy deshechos. Luego vino el desastre, la mezcolanza. Y aquí tiene lo que decidí, después de pensarlo. Mandé hacer tantos féretros de plomo como calaveras se cogieron allí abajo, en la Carriza, entre los escombros y los pedruscos. Había siete calaveras y media. Quiero decir siete calaveras y una pequeñita. Metimos cada calavera en su caja. Y después... ¿Qué quiere usted? No había otro medio. Aquí, el señor Fernández, dirá si no le parece que obramos con habilidad. Añadimos a cada calavera cierta porción de huesos, una porción razonable... No había otro medio... No todos los huesos se encontraron tampoco. Canillas, por ejemplo, faltaban. Y es muy posible que las costillas de alguno de aquellos señores se quedasen con la cabeza de otro... Pero, ¿quién podía saberlo? Sólo Dios. En fin, hicimos lo que aconsejaba la prudencia... Después, el día del Juicio, cada uno de esos hidalgos presentarán los huesos que le pertenecen.

Lanzaba aquellas cosas macabras y tremendas, penetrado de respeto, casi con majestad, clavando unas veces en mí y otras en mi amigo sus ojillos agudos y brillantes, como abalorios.

Yo aprobé a aquel pintoresco hombre:

—Perfectamente. Hizo usted perfectamente, amigo Silverio. ¡Son tan vagos, tan anónimos, todos esos abuelos!... Sólo da pena, una gran pena que se extraviasen los restos del abuelo *Galeón.*

—No estaba allí—interrumpió Jacinto—. Vine a Tormes exclusivamente a causa del abuelo *Galeón,* y al final, resulta que su sepultura no estuvo nunca aquí, en la capillita de la Carriza... ¡Afortunadamente!

Silverio movió gravemente la morena calva:

—No tuvimos nunca al excelentísimo señor *Galeón.* Hace cien años, señor Fernández, hace cien años que no se depositaba en la capilla antigua ningún cuerpo de caballero de la casa.

—Entonces, ¿dónde están?

Mi príncipe se encogió de hombros. Por el reino... En la iglesita, en el cementerio de alguna de las feligresías numerosas, donde él poseía tierras. Una casa tan dispersa...

—Bien—concluí—. Entonces, como se trata de osamentas vagas, sin nombre ni fecha, conviene una pequeña ceremonia muy sencilla, muy sobria.

—Tranquilita, tranquilita—murmuró Silverio, tomando un gran sorbo silbante de su café.

Y fué tranquilita, de una rústica y dulce sencillez, la ceremonia con

aquellos altos señores. Temprano, en una mañana ligeramente nublada, las ocho cajitas, cubiertas de un terciopelo rojo, más de fiesta que de funeral, con manojos de rosas esparcidos, conteniendo cada una su montoncito de huesos inciertos, salieron a hombros de los sepultureros de Tormes y de los mozos de la quinta, de la iglesia de San José, cuya campana tañía en la nublada dulzura de la mañana—¡cuán fina y levemente!—como pía un pajarillo triste. Delante, un esbelto mozo de sobrepelliz, alzaba con fervor la vieja cruz plateada; abrigándose el cuello con un inmenso pañuelo de rapé, de cuadros azules, el viejo y giboso sacristán asía pensativamente el pequeño recipiente del agua bendita; y el buen abad de San José, con los dedos entre el breviario cerrado, movía los labios en un lento y susurrante rezo, que iba, por el aire suave esparciendo más dulzura. Inmediatamente detrás de la última caja, la más pequeñita, la de la calavera infantil, marchaba Jacinto, y después yo, estallando dentro de un traje negro de Jacinto, sacado a toda prisa de una de las maletas de París aquella mañana, cuando, ya tarde para mandar a Guiaes, recordé que toda mi ropa era de colores alegres y festivos.

Después iba Silverio, solemnísimo, luciendo una inmensa pechera, sobre la cual se extendían sus barbas inmensas, negrísimas. De frac, con el labio abultado caído por la tristeza de aquel entierro que se unía a la tristeza de la sierra, Grillo llevaba al brazo su corona, enorme, de rosas y de hiedra. Y, finalmente, seguía Melchor, entre un grupo de mujeres, que, hundidas en la sombra de los pañuelos negros, desgranando largos rosarios, murmuraban sordas avemarías, entre espaciados suspiros, tan doloridos como si les doliese inconsolablemente la pérdida de aquellos Jacintos. Así, por las vegas erizadas de riachuelos, lenta en las pendientes de la maleza, deslizándose más rápida por los cerros pedregosos, marchaba la procesión, siempre con la cruz delante, alta y plateada, rebrillando a veces en un breve rayito de sol que surgía perezosamente de la niebla deshecha. Ramas bajas de almez o de salguero hacían una postrer caricia sobre el terciopelo de las cajas.

A veces, un regato nos acompañaba, con un discreto refulgir entre la hierba, susurrante y como rezando también alegremente, y en los huertecillos umbrosos, a nuestro paso, los gallos, encima de los montones de leña, hacían resonar su festivo clarín. Después, ante la fuente de la Lira, como el camino se alargaba, y deseáramos ahorrar cansancio a nuestro viejo abad, cortamos por entre unos trigales, ya altos, casi maduros, mezclados con amapolas.

Alumbró el sol; bajo la amplia brisa que se había llevado la niebla, toda la mies onduló en una lenta ola dorada, en que se balanceaban las cajas; y como una enorme amapola, la más roja, refulgía el quitasol abierto en seguida por el sacristán para cobijar al abad.

Jacinto me tocó con el codo:

—Bonitos vamos. Y ahora fíjate en la Naturaleza... En un simple entierro de huesos, ¡cuánta gracia y cuánta belleza!

En la capillita nueva, dominando el valle de la Carriza, solitaria y muy desnuda en medio de un atrio, aún mal alisado, sin un verdor de hierba ni una frescura de arbusto, dos mozos sostenían a la puerta manojos de antorchas que Silverio repartió con pasos graves y reverencias, solemnísimo. Dentro, las cortas llamas apenas lucían, esparcían apenas su triste amarillez, esfumadas en la reluciente blancura de los muros estucados, en la jovial claridad que caía de las altas vidrieras muy brillantes. En torno a las cajas, colocadas en bancos cubiertos con pesados terciopelos, el abad murmuraba un suave latín, mientras al fondo las mujeres, sumidas en la sombra de sus negros pañuelos, gemían *amenes* agudos, sofocando un respetuoso sollozo. Después, cogiendo levemente el hisopo, el buen abad asperjó aún, en una postrera purificación, los inciertos huesos de los inciertos Jacintos. Y todos desfilamos ante mi príncipe, tímidamente apoyado sobre el marco de la puerta, con Silverio al lado, que aplastaba contra la pechera las barbas enormes, inclinada la cabeza y cerrados los párpados, como conteniendo las lágrimas.

En el atrio, mi príncipe encendió gustosamente un cigarro pedido a Melchor.

—Bueno, Pepe Fernández, ¿qué te ha parecido la pequeña ceremonia?

—Muy campestre, muy suave, muy risueña. ¡Una delicia!

Pero el abad, que se desnudaba en la sacristía, apareció, ya con su gran sobretodo de lustrina, su viejo sombrero de alas caídas, traídos por el mozo de la residencia en un saco de tela. Jacinto le agradeció inmediatamente tantos cuidados, la afable hospitalidad que había ofrecido a los huesos durante la construcción de la nueva capillita. Y el apacible viejo, muy blanquito, de facciones todavía infantiles y coloreadas, con una clara sonrisa de dientes sanos, elogió a Jacinto, que había venido así desde tan lejos, en tan largo viaje, para cumplir aquel deber de buen nieto.

—Son abuelos muy remotos y ahora tan confusos...—murmuró Jacinto, sonriendo.

—Pues más mérito aún el de usted. Respetar a un abuelo muerto, bien, es corriente... Pero respetar los huesos de un quinto antepasado, de un séptimo abuelo...

—Sobre todo, señor abad, cuando no se sabe nada de ellos, y, naturalmente, nada han hecho.

El viejo movió, risueño, el pulgar:

—¡Quién sabe, quién sabe! Tal vez fueran excelentes. Y, en fin, quien mucho se rezaga en el mundo, como yo, acaba por convencerse de que en él no hay cosa ni ser inútiles. Ayer mismo leía yo en un diario de Oporto que, por fin, según han descubierto, son las lombrices las que abonan y labran la tierra, antes de que lleguen el labrador y los bueyes con el arado. Hasta las lombrices son útiles. No hay nada inútil... Yo tenía allá, en la residencia, una porción de cardos en un rincón de la huerta que me afligían. Pues reflexioné, y acabé por festejarme con ellos haciéndolos jarope. Los abuelos de usted por aquí anduvieron, aquí trabajaron, aquí sufrieron. Es decir, aquí sirvieron. Y, en último caso, que les recemos un padrenuestro por alma no les puede hacer más que bien, a ellos y a nosotros.

Y así, filosofando apaciblemente, nos detuvimos en un soto de encinas, donde esperaba la viejísima yegua del abad, porque el santo hombre, ahora, después de su reuma del último invierno, ya no afrontaba con tanta valentía como antes los duros caminos de la sierra. Para que montase, Jacinto, filialmente, le sostuvo el estribo. Y mientras la yegua se afanaba por el cerro arriba, casi tapada bajo el inmenso quitasol rojo con que se amparaba el vie-

jo, nosotros volvimos a casa, adentrándonos por la sierra de la Lombiña, entre los trigales, y andando de prisa, porque yo estaba muy molesto con la ropa negra de mi príncipe.

—Ya están, pues, acomodados esos señores, Pepe Fernández. Sólo queda rezar por ellos ese padrenuestro que recomienda el abad. Ahora que yo no sé, ya no me acuerdo del padrenuestro.

—No te aflijas, Jacinto: pediré a la tía Vicenta que rece por ti y por mí. Es ella siempre quien reza mis padrenuestros.

*

Durante aquellas semanas que haraganeé en Tormes asistí, con enternecido interés, a una notable evolución de Jacinto en sus relaciones con la Naturaleza. De aquel período sentimental de contemplación, en que cogía teorías en las ramas de cualquier cerezo, y edificaba sistemas sobre el espumear de los arroyos, mi príncipe pasaba ahora al deseo de la acción. Y de una acción directa y material, en que su mano, restituída al fin a una función superior, removiese la tierra.

Después de tanto «comentar», mi príncipe aspiraba, evidentemente, a «crear».

Una tarde, al anochecer, sentados en el huerto, al borde del estanque, mientras Manuel, el hortelano, cogía naranjas en lo alto de una escalera arrimada a un crecido naranjo, Jacinto observó, más para sí que para mí:

—Es curioso. No he plantado nunca un árbol.

—Pues es uno de los tres grandes actos, sin los cuales, según dice no sé qué filósofo, no se es nunca un verdadero hombre... Hacer un hijo, plantar un árbol y escribir un libro. Tienes que darte prisa para ser un hombre. Tal vez nunca hayas prestado un servicio a un árbol, como se presta a un semejante.

—Sí. En París, de pequeño, regaba los lilos. Y en verano es un bello servicio. Pero nunca he sembrado.

Y como Manuel bajaba de la escalera, mi príncipe, que nunca creía del todo—¡pobre hombre!—en mi ciencia agrícola, reclamó en seguida el parecer de aquella autoridad:

—¡Eh, Manuel! Oígame, ¿qué se podría sembrar ahora?

Con el cesto de las naranjas al brazo, Manuel exclamó, con una risa lenta, entre respetuosa y divertida:

—¿Sembrar, amo? Ahora toca antes recoger. Mire, ya se está limpiando la era para la trilla, mi amo.

—Bueno, sí. ¡Pero no siendo trigo ni cebada! Entonces, aquí en la huerta, junto al muro viejo, ¿no se podía plantar una hilera de melocotoneros?

La risa de Manuel aumentó:

—Eso, sí, señor. Eso es para los Santos o para Nochebuena. Ahora sólo la col en la huerta, la verdolaga, las espinacas, alguna judía en tierra muy fresca...

Mi príncipe apartó con blando gesto aquellas legumbres rastreras.

—Bien; buenas noches, Manuel. Esas naranjas, ¿son del naranjo que, según dice Melchor, las da muy dulces y finas? Entonces lleve para sus pequeños. Lleve muchas para sus pequeños.

No. Su empeño era crear un árbol. Por el árbol contemplado en la sierra en su verdadera majestad, en la beneficencia de su sombra, en la frescura de su murmullo que mecía, en la gracia y santidad de los nidos que lo poblaban, se inició, tal vez, lentamente, su reciente amor a la tierra. Y ahora soñaba con un Tormes todo cubierto de árboles cuyos frutos, verduras, sombras, suaves susurros y abrigados nidos, fuesen obra y afán de sus manos paternales.

En el grave silencio del crepúsculo que caía, murmuró aún:

—¡Oh Pepe Fernández! ¿Cuáles son los árboles que crecen más de prisa?

—Pues verás, Jacinto... El árbol que crece más de prisa es el eucalipto, el feísimo y ridículo eucalipto. En seis años tienes a Tormes cubierto de eucaliptos.

—Es todo tan lento, Pepe...

Porque su sueño, que yo comprendía, era plantar huesos que creciesen en recios troncos y se ensanchasen en verde ramaje, antes de volver él, a comienzo del invierno, al doscientos dos.

—¡Un roble! ¡Treinta años antes de que esté hermoso! ¡Qué desaliento! Eso está bien para Dios, puede esperar. *Pations quia æternus.* ¡Treinta años! De aquí a treinta años, unos árboles sólo para cubrir mi sepultura.

—Ya es una utilidad. Y después para tus hijos, Jacinto.

—¡Hijos! ¿Dónde los tengo?

—Es el mismo sistema que con los castaños. Siembra. No faltan por ahí tierras agradables. En nueve meses tienes creada una planta. Y cuanto más frágiles y más pequeñitas, más encantan esas plantas.

El murmuró, cruzando las manos sobre las rodillas:

—Tarda todo tanto tiempo...

Y al borde del estanque, nos quedamos, callados, en la fresca dulzura del anochecer, entre el olor avivado de las madreselvas del muro, contemplando la luna en creciente que surgía de los tejados de Tormes.

Y, sin duda, aquella prisa en convertirse entre la Naturaleza, no ya en un soñador, sino en un creador, enfocó vivamente su interés hacia el ganado. Repetidamente en nuestros paseos por la quinta, él notaba aquella soledad.

—Faltan aquí animales, Pepe Fernández.

Creí que él deseaba en Tormes el ornato alegante de venados y pavos reales. Pero un domingo, bordeando el amplio campo de la Ribeiriña, siempre escaso de agua y ahora más reseco con un verano de tanta sequía, mi príncipe se detuvo a contemplar los tres carneros del rentero, que retozaban en un recuadro herboso, casi pelado.

Y de repente, como apenado:

—Justamente. Aquí está el sitio para un hermoso prado, muy verde, muy abundante, con rebaños de carneros blancos, gordísimos como bolas de algodón posadas sobre la hierba. ¿Sería bonito, eh? ¿Es fácil, verdad, Pepe Fernández?

—Sí. Trae agua al prado. Aguas no faltan en la sierra.

Y mi príncipe, enlazando en seguida aquella idea con otra, más amplia y rica, indicó cuánta belleza daría a Tormes llenar aquellos prados, aquellos verdes herrenales, de manadas de vacas, hermosas vacas inglesas, bien gordas y lucidas. ¿Eh? Una hermosura. Para cobijar aquellos ganados ricos, construiría corrales perfectos, de una arquitectura leve y útil, toda hierro y cristal, hondamente barridos por el aire, ampliamente lavados por el agua. ¿Eh? ¡Qué hermosura! Después, con todas aquellas vacas, y la leche a chorros, nada más fácil, más divertido y hasta más moral, que la instalación de una quesería, a la reciente moda holandesa, toda blanca y reluciente, de mármol y azule-

jos, para fabricar los Camemberts, los Bries, los Coulommiers... ¡Qué comodidad para la casa! ¡Y qué actividad para la sierra!

—¿No te parece, Pepe Fernández?

—Con seguridad. Tú tienes, en abundancia, los cuatro elementos: aire, agua, tierra y dinero. Con estos cuatro elementos se forja fácilmente una gran hacienda. Cuanto más una quesería.

—¿No es verdad? ¡Y hasta como negocio! Para mí, claro es, el lucro es el deleite moral del trabajo, el empleo fecundo del día. Pero una quesería así, perfecta, rinde. Rinde prodigiosamente. Y educa el paladar, incita a instalaciones iguales, implanta tal vez en el país una industria nueva y rica. Ahora bien: con esa instalación perfecta, ¿cuánto me podría costar cada queso?

Guiñé un ojo, calculando:

—Te diré... Cada queso, cada uno de esos quesitos redondos, como el Camembert o el Rabaçal, puede costarte, a ti, Jacinto quesero, de doscientos cincuenta a trescientos duros.

Mi príncipe retrocedió, con unos ojos alegres que me miraban, asombrados:

—¿Cómo trescientos duros?

—Pongamos doscientos... Ten la seguridad. Con todos esos prados, las canalizaciones de agua, la configuración de la sierra variada, las vacas inglesas, los edificios de porcelana y cristal, las máquinas, la extravagancia, la francachela bucólica, cada queso te costará a ti, productor, doscientos duros. Pero, con certeza, lo venderás en Oporto a peseta. Pon otra para el envase, etiquetas, transporte, comisión, etc. Tienes únicamente en cada queso una pérdida de novecientas noventa y nueve pesetas.

Mi príncipe no se desanimó.

—Perfectamente. Haré uno de esos espantosos quesos a la semana, el sábado, para comérnoslo los dos el domingo.

Y tanta energía le comunicaba su nuevo optimismo, tan ansiosamente aspiraba a crear, que en seguida, arrastrando a Silverio y a Melchor por cerros y barrancos, se dedicó a recorrer la quinta entera, para decidir dónde brotarían, a su inspirado mandato, los verdes prados, y se alzarían, brillando al sol de Tormes, los elegantes corrales. Con la espléndida seguridad de sus quinientas mil pesetas de renta, no había dificultad, risueñamente murmurada por Melchor, o lanzada con respetuoso asombro por Silverio, que él no apartase blandamente con leve gesto, como una rama de rosal silvestre atravesado en un sendero.

¿Aquellas rocas de allí obstruían? Que las arrancasen. ¿Un valle importuno dividía dos campos? Que se cegase. Silverio suspiraba, secándose sobre la morena calva un sudor casi angustioso. ¡Pobre Silverio! Fuertemente removido de la suave pachorra de su administración, calculando gastos que se le figuraban sobrehumanos a su parsimonia serrana, obligado a jadear sin descanso bajo las solaneras de junio, el desgraciado adquiría, a su vez, el aspecto que Jacinto abandonó en París, y era él quien se pasaba por las largas barbas tenebrosas los dedos desalentados. Por fin, una tarde se desahogó conmigo en un rincón del terrado, mientras Jacinto, en la biblioteca, escribía a un amigo suyo de Holanda, el conde Rylant, mayordomo mayor de Palacio, pidiéndole diseños, planos y adornos para una quesería perfecta.

—Mire usted, señor Fernández, si va adelante toda esa grandeza, le digo que don Jacinto entierra aquí

en la sierra docenas de miles de duros. ¡Docenas de miles de duros!

Y como aludiese yo a la fortuna de mi príncipe, a quien todas aquellas obras tan amplias, que cambiarían el antiquísimo aspecto de la sierra, no le costarían más que a otros el arreglo de unos bancales, el buen Silverio dejó caer los largos brazos sobre los gruesos muslos, más desolado aún:

—Pues por eso mismo, señor Fernández. Si don Jacinto no tuviese ese dineral, se echaría atrás. Pero así, pues, ¡zas, zas!, adelante; yo no le censuro su idea. Si tuviera yo la renta del señor me lanzaría también a cultivos de capricho. Pero no aquí, señor Fernández, en estas serranías, entre pendientes. ¡Un señor que tiene esa linda finca de Montemayor, en los campos del Mondego, donde hasta podía plantar jardines que desbancarían los del Palacio de Cristal de Oporto! ¿Y la Velleira? ¿No conoce usted la Velleira, allí, por el lado de Peñafiel? ¡Eso es un condado! Y una tierra llana, buena, reunida toda alrededor de la casa, con una torre. Un regalo, señor Fernández. ¡Pero, sobre todo, Montemayor! Allí sí que estarían bien prados, manadas de vacas inglesas y quesería y rica huerta, abundante, y treinta pavos en el gallinero...

—¿Qué quiere usted, Silverio? A Jacinto le gusta la sierra. Y, además, este solar es el de su familia, y aquí empezaron en el siglo catorce los Jacintos.

El pobre Silverio, en su desesperación, olvidaba el respeto debido a la secular nobleza de la casa.

—¡Pues, vaya! Hasta resultan mal en usted, s e ñ o r Fernández, esas ideas, en este siglo de la libertad... ¿Son ahora tiempos para hablar de noblezas, ahora que por todas partes anda todo en república? Lea usted el *Século*, señor Fernández. Léalo, y verá. Y, además, quiero yo ver a don Jacinto aquí, en invierno, con la niebla subiendo del río por la mañana temprano, y el frío que traspasa los huesos, y los ventarrones que levantan encinas en el aire, y lluvias y más lluvias, que parece deshacerse la sierra. Mire usted, hasta por amor a la salud, don Jacinto, que está debilucho y acostumbrado a la ciudad, necesita salir de la sierra. En Montemayor es donde estaría bien el señor. Y usted, señor Fernández, que es tan amigo suyo, que tiene sobre él tanta influencia, debería insistir y chillar hasta llevárselo a Montemayor.

Pero, desgraciadamente p a r a la tranquilidad de Silverio, Jacinto echó allí raíces, fuertes y amorosas raíces, en su áspera sierra. Era, realmente, como si le hubieran plantado con rodrigón en aquel antiquísimo suelo de donde había brotado su raza, y el mantillo antiquísimo refluyese y le penetrase todo, y le estuviera transformando en un Jacinto rural, casi vegetal, tan del suelo y tan apegado al suelo, como los árboles que él tanto quería.

Y, además, lo que le arraigaba a la sierra era haber encontrado en ella lo que en la ciudad, pese a su sociabilidad, no encontró n u n c a: unos días tan llenos, tan deliciosamente ocupados, de tan sabroso interés, que entraba en ellos siempre como en una verdadera fiesta o en una gloria.

Muy de mañana, a las seis, yo, en mi cuarto, moviendo todavía gozosamente mi cuerpo sobre los colchones de frescas hojas, oía sus gruesos zapatones por el corredor y su canturreo desafinado, pero feliz como el de un mirlo. A los pocos instantes abría de par en par mi puerta, ya con el sombrero de alas ba-

jadas, el bastón de cerezo dispuesto con íntimo fervor para los caminos conocidos de la sierra.

Y era también la misma noticia, casi orgullosa:

—He dormido deliciosamente, Pepe Fernández. Tan bien, con una tranquilidad tal, que empiezo a creer que soy un bendito. ¡Bonito día! Cuando abrí la ventana, a las cinco, grité casi de puro gusto.

En su prisa, no me dejaba ni entretenerme en la frescura del baño; y cuando repetía la raya mal hecha del pelo, aquel antiguo hombre de los treinta y nueve cepillos de cabeza protestaba contra aquel desperdicio afeminado de un tiempo debido a los pujantes goces de la tierra.

Pero cuando, después de acariciar a los mastines en el patio, desembocábamos en la avenida de plátanos, y ante nosotros se dividían matinalmente, más blancos entre el verde matinal, los caminos serpeantes de la quinta, toda su prisa acababa, y entraba en la Naturaleza con la respetuosa lentitud de quien entra en un templo. Y sostenía repetidamente que era «contrario a la estética, a la filosofía y a la religión el andar de prisa por los campos». Por otra parte, con aquella sutil sensibilidad bucólica que se había desarrollado en él, y que se afinaba sin cesar, cualquiera pequeña belleza, del aire o de la tierra, le bastaba para un largo arrobamiento. Podía él entretener dichosamente toda una mañana, caminar por un pinar, de tronco a tronco, callado, embebido en el silencio, en el frescor, en el resinoso aroma, empujando con el pie las agujas y las piñas secas. Cualquier agua corriente le retenía, enternecido, ante esa servicial actividad que se apresura cantando hacia el terrón que tiene sed y en él se hunde y se pierde. Y recuerdo aún cómo me tuvo medio domingo, después de misa, en el cerro, junto a un viejo corral desmantelado, bajo un gran árbol, sólo porque alrededor había quietud, suave brisa, un fino piar de pájaros en la enramada, un murmullo de arroyo entre cañas verdes, y sobre el seto, al lado, un perfume, muy fresco y penetrante, de flores escondidas.

Después, cuando yo, antiguo familiar de las sierras, no me entregaba a los mismos éxtasis que henchían su alma aún novicia, mi príncipe rugía con la indignación de un poeta que descubre un tendero bostezando con Shakespeare o Musset. Yo reía.

—Mira, hijo mío, que yo no paso de ser un modesto propietario. Para mí no se trata de saber si la tierra es *bonita,* sino si la tierra es *buena*. Fíjate lo que dice la Biblia: «Trabajarás la quinta con el sudor de tu rostro.» Pero no dice «contemplarás la quinta con el arrobamiento de tu imaginación».

—¡Cómo no!—exclamaba mi príncipe—. Un libro escrito por judíos, por ásperos semitas, siempre con la turbia mirada puesta en el lucro. Fíjate, hombre, en aquel trozo de valle, y consigue no pensar, por un momento, en los treinta duros que produce. Verás que por su belleza y gracia produce más goce a tu alma que los treinta duros al cuerpo. Y en la vida sólo el alma es lo que importa.

De regreso al caserón, nos encontrábamos ya con las ventanas semicerradas, los suelos fregados para aquellos abrasadores rayos de sol de junio, que, después del almuerzo, nos retenían dulcemente en la biblioteca, en grata ociosidad.

Pero, realmente, la alegre actividad de mi príncipe no cesaba ni dis-

minuía bajo el peso de la siesta. A aquella hora, mientras en la muda arboleda los más inquietos gorriones dormitaban, y el mismo sol parecía reposar, inmóvil en la refulgencia de su luz, Jacinto, con el espíritu despierto, ávido siempre de gozar, ahora que había conquistado aquella facultad, cogía con delicia *su libro*. Porque el poseedor de treinta mil volúmenes era ahora, en su casa de Tormes, después de resucitado, el hombre que sólo tenía un libro. Aquella misma Naturaleza que le había libertado de las ligaduras amortajadoras del tedio, gritándole su bello *Ambula, camina,* seguramente le había gritado también *et lege,* y lee. Y, libertado al fin de la prisión sofocante de su biblioteca inmensa, mi dichoso amigo comprendía, por fin, la incomparable delicia de *leer un libro*. Cuando corría yo a Tormes—después de las revelaciones de Severo en la venta del *Tuerto*—, él se quedaba con *Don Quijote,* y aún le oía las últimas risotadas con las palabras deliciosas, y seguramente profundas, que el obeso Sancho le murmuraba, a horcajadas en su burro. Pero ahora mi príncipe se sumía en la *Odisea,* y vivía todo él en el asombro y el deslumbramiento de haber encontrado así, en medio del camino de su vida, al viejo vagabundo, al viejo Homero.

—¡Oh Pepe Fernández! ¿Cómo fué el llegar yo a mi edad sin haber leído a Homero ?

—Otras lecturas más urgentes... El *Fígaro,* Jorge Onhet...

—Has leído la *Ilíada?*

—Chico, me precio de no haber leído nunca la *Ilíada*.

Los ojos de mi príncipe me fusilaban.

—¿Tú sabes lo que hizo Alcibíades una tarde, en el Pórtico, a un sofista, un desvergonzado sofista que se jactaba de no haber leído la *Ilíada?*

—No.

—Pues alzó la mano, y le dió una tremenda bofetada.

—¡Quieto ahí, Alcibíades! ¡Mira que he leído la *Odisea!*

¡Oh! Pero seguramente la leería, de corrido, con el alma distraída. E insistió en iniciarme él y en conducirme por el libro sin igual. Yo reía. Y riendo, con la pesadez del almuerzo, acababa por acceder, y me tumbaba en el canapé de mimbre. El ante la mesa, tieso en su silla, abría el libro gravemente, pontificalmente, como si fuera un misal, y empezaba por una lenta oda emocionada. Aquel gran mar de la *Odisea,* sonoro y resplandeciente, siempre azul, todo azul bajo el vuelo blanco de las gaviotas, rodando y quebrándose mansamente sobre la arena fina o contra las rocas de mármol de las islas divinas, exhalaba en seguida una frescura salina, bien venida y consoladora en aquella calma de junio, en que la sierra se entorpecía. Después las estupendas mañanas del sutil Ulises y sus peligros sobrehumanos, tantas cantilenas sublimes y un anhelo tan esparcido por la patria perdida, y toda aquella intriga en que embrollaba a los héroes, conquistaba a las diosas, ilusionaba a los hados, tenían un sabor delicioso allí, en los campos de Tormes, donde no se necesitaba nunca la sutileza y el ingenio, y la vida se desenvolvía con la seguridad inmutable con que cada mañana nacía el sol siempre igual, y donde siempre, trigos y centenos, regados por iguales aguas, crecían seguramente, espigaban, maduraban... Mecido por la declamación grave de mi príncipe, cerraba yo los párpados suavemente. A poco, un amplio rumor por tierra y cielo me alborozaba. Y eran los

rugidos de Polifemo, o el griterío de los compañeros de Ulises robando las vacas de Apolo. Con los ojos muy abiertos hacia Jacinto, murmuraba yo en seguida: *¡Sublime!* Y siempre, en aquel momento, el ingenioso Ulises, con su gorro verde y el largo remo al hombro, sorprendía con su facundia la clemencia de los príncipes, o reclamaba presentes debidos al huésped, o sonsacaba astutamente algún favor a los dioses. Y Tormes dormía en el esplendor de junio. Cerraba yo suavemente los párpados consolados, bajo la caricia inefable de la amplia frase homérica. Y medio dormido, encantado, divisaba constantemente, lejos, en la divina Hélade, por el mar muy azul, la blanca vela, vacilante, buscando Itaca.

Después de la siesta, mi buen príncipe se iba de nuevo por los campos. Y a aquella hora, siempre más activa, volvía con ardor a «sus planos», a aquellos cultivos de lujo, a las elegantes construcciones que cubrirían la sierra de magnificencias rurales. Sentía ahora todo el espléndido anhelo de una huerta que había imaginado, una inmensa huerta ajardinada, en la que todas las legumbres, clásicas o exóticas, crecerían soberbiamente en vistosos tablares, cerrados por setos de rosas, de claveles, de espliego, de dalias. El agua de los riegos correría por lindas regueras de loza esmaltada. En las calles, la sombra caería de espesos emparrados de moscatel, sostenidos por puntales revestidos de azulejos. Y mi príncipe había dibujado el plano de aquella maravillosa huerta con lápiz rojo en un papel inmenso, que Melchor y Silverio, consultados, contemplaban largamente, el uno, rascándose, risueño, la nuca, y el otro, con los brazos fuertemente cruzados y un ceño trágico.

Pero aquellos proyectos, el de la quesería, el del gallinero y el otro, suntuoso, de un palomar tan poblado, que todo el cielo de Tormes se pondría, por las tardes, blanco y todo tembloroso de alas, no salían de nuestras alegres conversaciones, o de los papeles en que Jacinto los dibujaba, y que se amontonaban sobre la mesa, platónicos, inmóviles, entre el tintero de metal y el búcaro con flores.

Ni una azadonada hendió la tierra, ni una palanca removió piedra alguna, ni una sierra aserró madera para iniciar aquellas maravillas. Contra la resistencia obstinada y solapada de Melchor, contra la respetuosa inercia de Silverio, quedaban encallados los planos de mi amigo, como vistosas galeras en rocas o en fango.

No convenía tocar nada—clamaba Silverio—antes de las cosechas y de la vendimia. Y después—añadía Melchor, con una sonrisa muy prometedora—«para las buenas obras, el mes de enero», porque ya lo dice el refrán:

Mete al obrero en enero,
sigue avante, más no antes.

Y, por otra parte, el gozo de concebir sus obras y de señalar, alzando el bastón sobre valle y monte, los sitios privilegiados que aquéllas hermosearían, bastábale, por ahora, a mi príncipe, aún más imaginativo que actuante. Y mientras meditaba aquellas transformaciones de la tierra muy progresivamente y con un grato esfuerzo, se iba familiarizando con los hombres sencillos que la cultivaban. Al llegar a Tormes, mi príncipe sufría de una extraña timidez ante los renteros, los jornaleros y hasta cualquier chiquillo que pasase, arreando una vaca, hacia los pas-

tos. No se quedaba entonces nunca hablando con los mozos, cuando, al borde de un camino o en un campo escardado, se erguían con el sombrero en la mano, con un respeto de antiguo vasallaje. Sin duda, se lo impedía la pereza y tal vez también el púdico recato de franquear toda la inmensa distancia que se extendía desde su complicada supercivilización hasta la ruda sencillez de aquellas almas naturales; pero le contenía, sobre todo, el miedo a mostrar su ignorancia del cultivo y de la tierra, o de parecer quizá desdeñoso de ocupaciones e intereses, que para los otros eran supremos y casi religiosos. Compensaba entonces aquella reserva con una profusión de sonrisas, de señas cariñosas, quitándose también el sombrero con grandes saludos, con tal cortesía enfática, que yo temía a veces que murmurase a los jornaleros: «¡Buenas tardes tenga usted, señor... Servidor de usted!»

Pero ahora, después de aquellas semanas de sierra, y sabiendo ya—con un saber frágil aún—la época de las sementeras y de la siega, y que los árboles frutales se plantan en invierno, le gustaba pararse junto a los trabajadores, contemplar descansadamente el trabajo, decir cosas afables y vagas.

—Qué, ¿marcha eso?... ¡Vaya, mejor que mejor!... Este trozo de terreno es tan rico... El bancal de allí delante está necesitando un arreglo...

Y cada una de aquellas frases tan sencillas érale grata, como si por medio de ellas penetrase más hondamente en la intimidad de la tierra, y consolidase su encarnación en «hombre de campo», dejando de ser una mera sombra circulando entre realidades. Por eso ya no se cruzaba en el camino con el muchachito arreando a las vacas sin pararle para preguntarle: «¿Adónde vas tú? ¿De quién es el ganado? ¿Cómo te llamas?» Y, contento de sí mismo, elogiaba siempre gustoso la desenvoltura del chico o la listeza de sus ojos.

Otra satisfacción de mi príncipe era saber los nombres de todos los campos, los manantiales y los linderos de su quinta.

—Mira allí, al otro lado del río, aquel pinar. Ya no es mío, es de los Alburquerques.

Y con la perenne alegría de Jacinto, las noches en el amplio caserón eran fáciles y cortas. Mi príncipe tenía entonces un alma que se simplificaba; y cualquier pequeño goce le bastaba, con sólo que hubiera en él paz o dulzura. Con verdadera delicia se quedaba después del café tumbado en una silla, sintiendo, a través de las ventanas abiertas, la nocturna quietud de la sierra bajo la mudez estrellada del cielo.

Los sucesos que yo le contaba, muy sencillos y caseros, de Guiaes, del abad, de la tía Vicenta, de nuestros parientes de la Flor de Malva, le interesaban tan sinceramente, que tenía yo que empezar la crónica completa de Guiaes, con todos los amoríos y las hazañas de fuerza, y las desavenencias a causa de servidumbres o de aguas. También algunas veces nos entregábamos con ahinco a una partida de chaquete, sobre un bonito tablero de ébano, con incrustaciones de viejo marfil, que nos prestaba Silverio. Pero nada, ciertamente, le encantaba tanto como cruzar las habitaciones hasta una salita que daba al jardín, y permanecer allí recostado en la ventana, sin luz, en un arrobado sosiego, escuchando largo rato, lánguidamente, a los ruiseñores que cantaban en el naranjal.

X

Una de aquellas mañanas—precisamente la víspera de mi regreso a Guiaes—, el tiempo, que estaba tan alegre en la sierra, con una inalterable risa de luz rutilante, todo vestido de azul y de oro, levantando una polvareda en los caminos y alborozando a toda la Naturaleza, desde los pájaros hasta las riachuelos, repentinamente, con uno de esos cambios que tornan su temperamento tan semejante al del hombre, apareció triste, enfurruñado, envuelto todo en su manto ceniciento, con una tristeza tan pesada y contagiosa, que toda la sierra se entristeció. Y no hubo ya pájaro que cantase, y los arroyos corrieron entre las hierbas con un lento murmullo de llanto.

Cuando Jacinto entró en mi cuarto no pude resistir al deseo malicioso de asustarle.

—Sudoeste... Los grajos graznando por todos esos sotos... Tendremos mucha agua, don Jacinto. Y ahora sí que va a saberse quién es aquí el buen amador de la Naturaleza, con lluvia desatada, vendaval y la sierra toda chorreante.

Mi príncipe fué hacia la ventana con las manos en los bolsillos:

—¡En efecto! Está cargadito. Ya he mandado abrir una de las maletas de París y sacar un impermeable... ¡No importa! Así se pone la arboleda más verde. Y es conveniente que conozca yo Tormes en sus costumbres de invierno.

Pero como Melchor le afirmara que la «llovizna sólo empezaría a la tarde», Jacinto decidió ir antes del almuerzo a Corujeira, donde Silverio le esperaba para decidir de la suerte de unos castaños, muy añejos y muy pintorescos, realmente interesantes, pero ya secos y amenazando caerse. Y, confiando en las predicciones de Melchor, salimos sin que Jacinto se vistiese a prueba de agua. No habíamos recorrido, sin embargo, la mitad del camino, cuando, después de un estremecimiento en la arboleda, se adensó la negrura del cielo, y, bruscamente, descargó sobre nosotros un aguacero oblicuo, azotado por el viento, que nos dejó aturdidos, agarrando los sombreros, enrollados por la tormenta. Llamados por una fuerte voz que se desgañitaba en el viento, divisamos en un campo más alto, cerca de un cobertizo, a Silverio, debajo de un paraguas rojo, que nos hacía señas y nos indicaba el camino más corto para llegar a aquel refugio. Y hacia allá nos dirigimos, escurriéndonos la lluvia por la cara, patinando sobre el barro, encorvados, tambaleantes, aturdidos por el vendaval, que en un instante había inundado los campos, hecho crecer los riachuelos, desmoronando la tierra de los bancales, inclinando con desesperación toda la arboleda, volviendo negra la sierra, bravamente agreste, hostil, inhabitable.

Cuando, por fin, bajo el ancho paraguas con que Silverio nos esperaba en la linde del campo, corrimos hacia el cobertizo y nos refugiamos en aquel abrigo inesperado, chorreantes, jadeando, mi príncipe, secándose la cara y el cuello, murmuró, desfallecido:

—¡Caray! ¡Qué ferocidad!

Parecía asombrado de aquella brusca y violenta cólera de una sierra tan amable y acogedora, que en dos meses, inalterablemente, sólo le ofreció dulzura y sombra, y suaves cielos y quietas enramadas y murmullos discretos de riachuelos mansos.

—¡Santo Dios! ¿Se repiten así muchas veces estos chubascos?

Inmediatamente Silverio aterró a mi príncipe:

—Esto de ahora son bromas de verano, señor. Pero ya verá usted en invierno, si quiere aguantar aquí. Entonces hay cada temporal, que hasta parece que los montes tiemblan.

Y contó que le había cogido a él también cuando iba hacia la Corujeira. Afortunadamente, por la mañana temprano, cuando oyó el viento enfurruñado y la agitación de las hojitas de los chopos, se preparó con el sombrero de lluvia y las grandes botas.

—Estuve por cobijarme en casa de Esgueira, que es un rentero de por aquí. Aquella casa, allí abajo, donde está la higuera... Pero la mujer está enferma hace unos días... Y como podía ser cosa que se pegase, viruelas o algo por el estilo, pensé para mis adentros: «Nada, más seguro es morir de viejo.» Me fuí hacia el cobertizo. Y no había transcurrido un credo cuando divisé al señor. ¡Qué casualidad! Y lo que debería hacer, don Jacinto, es volver a casa, y mudarse, que tenemos un día y una noche de agua.

Pero justamente la lluvia empezó a caer perpendicular, de un cielo negro todavía; el viento habíase callado; y al otro lado del río y de los montes se divisaba una claridad, como entre unas cortinas de paño ceniciento que se descorren.

Jacinto descansaba. Yo no cesaba de sacudirme, de patear con los pies empapados, que se me helaban. Y el bueno de Silverio, pasándose la mano pensativa por la negrura de sus barbas, reflexionaba, enmendaba sus pronósticos:

—Pues no, señor... Aún va a escampar. Nunca lo hubiese creído. Es que ha cambiado el viento.

El cobertizo que nos defendía se asentaba sobre dos paredes en ángulo, de piedra suelta, restos de alguna casucha desmoronada, y sobre un puntal formando cuña. En aquel momento sólo cobijaba madera, un montón de cestos vacíos y una carreta de bueyes, en la que mi príncipe se sentó, liando un cigarrillo consolador. La lluvia se precipitaba, copiosa, en largos chorros brillantes. Y los tres permanecíamos callados, en aquella contemplación inerte, vacía de pensamiento, en la que una lluvia densa y serena inmoviliza y retiene siempre ojos y almas.

—Silverio—murmuró, lentamente, mi príncipe—, ¿qué estaba usted diciendo de viruelas?

El administrador volvió la cara, sorprendido:

—¿Yo, señor? ¡Ah, sí! La mujer de Esgueira. Podía ser, sí, podía ser. No crea usted que faltan por aquí enfermedades. El aire es bueno, no digo que no. Un airecillo sano, y un agüita ligera. Pero algunas veces, con permiso del señor, anda por ahí mucha calentura.

—Pero, ¿no hay médico, no hay botica?

Silverio tuvo la risa superior de quien habita en regiones civilizadas y bien surtidas.

—¿Cómo no iba a haberlos? Hay un boticario en Guiaes, casi junto a la casa de aquí, de nuestro amigo. Es un hombre entendido. Fermín, ¿verdad, señor Fernández? Hombre capaz. Médico es el doctor don Avelino, a media legua de aquí, en las Bolsas. Pero ya ve usted, señor, esta gentecilla es pobre... No tienen casi para pan, cuanto menos para remedios.

Y de nuevo hubo un silencio bajo el cobertizo, en el que entraba el frío creciente de la sierra inundada. Al otro lado del río, la prometedora claridad no se ensanchaba entre las espesas cortinas grises. En el campo, por la pendiente de en-

frente de nosotros, se veía un largo correr de arroyos fangosos. Acabé por sentarme en el extremo de un madero, enervado, con el hambre agudizada ya por la mañana agreste. Y Jacinto, al borde de la carreta, con los pies colgando, se atusaba el bigote húmedo, palpándose la cara, donde, con espanto mío, reaparecía la sombra, la sombra triste de los días pasados, las sombras del doscientos dos.

Y entonces surgió por detrás del cobertizo un chiquillo, muy harapiento, muy delgadito, con una carita menuda, toda amarilla bajo la porquería, y en la que dos grandes ojos negros se abrían hacia nosotros, con un asombro y un miedo vagos. Silverio le reconoció en seguida:

—¿Cómo está tu madre? No te molestes en acercarte, sigue ahí. Oigo bien. ¿Cómo está tu madre?

No percibí lo que los pequeños labios descoloridos murmuraron. Pero Jacinto, interesado:

—¿Qué dice? Deje acercarse al chico. ¿Quién es tu madre?

Fué Silverio quien le informó, respetuosamente:

—Es esa mujer que está enferma, la mujer de Esgueira, allí en el caserío de la higuera. Y tiene todavía otro más pequeño que éste. Hijos, no le faltan.

—Pero este chiquillo también parece enfermo—exclamó Jacinto—. ¡Pobrecito, tan amarillo!... ¿Tú también estás malito?

El chiquillo enmudeció, chupándose el dedo, con los tristes ojos asombrados. Y Silverio sonrió, bondadoso:

—¡Nada! Este está muy sanito. Pobrecillo, es así, muy pálido y encanijadito, porque... ¡Qué quiere usted, señor! Mal comido, mucha miseria... Cuando hay un pedacito de pan es para toda la pandilla. ¡Hambrecita, hambrecita!

Jacinto saltó, bruscamente, del borde de la carreta:

—¿Hambre? Entonces, ¿tiene hambre? ¿Hay aquí gente con hambre?

Sus ojos centelleaban, con un asombro conmovido, pidiendo, tanto a mí como a Silverio, la confirmación de aquella miseria insospechada. Y fuí yo quien se lo aclaré a mi amigo:

—¡Hombre! ¡Claro que hay hambre! ¿Imaginabas tal vez que el paraíso se había perpetuado aquí en las sierras, sin trabajo y sin miseria...? En todas partes hay pobres, hasta en Australia, en las minas de oro. Donde hay trabajo, hay proletariado, ya sea en París o ya sea en el Duero...

Mi príncipe tuvo un gesto de afligida impaciencia:

—No quiero saber lo que hay en el Duero. Lo que pregunto es si aquí, en Tormes, en mi finca, dentro de estos campos que son míos, hay gente que trabaje para mí y que tenga hambre... Si hay criaturas como ésta, famélicas... Eso es lo que quiero saber.

Silverio sonreía respetuosamente, ante aquella cándida ignorancia de las realidades de la sierra:

—Pues está bien a la vista, señor, que hay por aquí renteros que son muy pobres. Casi todos... Es una miseria, y si no fuera por algún socorro que se les da, yo no sé... Este Esgueira, con ese montón de chicos que tiene, es una desdicha... Tenía que ver usted, señor, las casitas en que viven... Son pocilgas. La de Esgueira está allá...

—Vamos a verla—atajó Jacinto, con una decisión exaltada.

Y salió en seguida del cobertizo, sin fijarse en la lluvia, que caía aún, más leve y espaciada. Pero entonces, Silverio extendió los brazos ante él con ansiedad, como para salvarle de un precipicio:

—¡No! Usted, señor, no entra en casa de Esgueira. No se sabe lo que tiene la mujer. La cuidan, toma caldo de gallina...

Jacinto no se alteró en su paciente cortesía:

—Agradecido a su solicitud, Silverio. Abra su paraguas, y adelante.

Entonces, el administrador se inclinó, y, como mandaba el señor, abrió ruidosamente el inmenso paraguas, tapando, respetuoso, a Jacinto por el campo encharcado. Yo les seguí pensando en la suntuosa limosna que el buen Dios enviaba a aquella pobre casucha por mediación de un remoto señor de las ciudades. Detrás venía el pequeñín, aturdido con un enorme asombro.

Como todas las casuchas de la sierra, la de Esgueira era de gruesa piedra suelta, sin revoco, con un endeble tejado, de tejas musgosas y negras, un postigo en lo alto, y la recia puerta que servía para el aire, la luz, el humo y la gente. Y alrededor, la Naturaleza y el trabajo habían, a lo largo de los años, acumulado allí enredaderas y flores silvestres, y rinconcitos de huerta, y setos olorosos, y viejos bancos roídos de musgo, y regueras cantarinas, y parras enroscadas en los olmos, y sombras y charcos espejeantes que hacían deliciosa, como para una égloga, aquella morada del hambre, de la enfermedad y de la tristeza.

Cautelosamente, con la contera del paraguas, Silverio empujó la puerta, llamando:

—¡Eh, tía María!... ¡Hola, muchacha!

Y en la rendija entreabierta apareció una moza, muy alta, morena y sucia, con unos ojos tristes e hinchados, que se clavaron en nosotros, serenamente.

—Qué, ¿cómo anda tu madre? Abre la puerta, que están aquí estos señores.

Ella abrió lentamente, y fué murmurando con una voz doliente y arrastrada, pero sin quejas, acompañada por una sonrisa vaga y resignada:

—¡Pobre! ¿Cómo va a andar? Malucha, malucha.

Y desde dentro, en un gemido que subía como del suelo, entre ropas, amodorrado y lento, la madre repitió la desconsolada queja:

—¡Ay! Aquí estoy, y malucha, malucha...

Silverio, sin pasar de la puerta, con el paraguas en ristre medio abierto, como un escudo contra la infección, lanzó un vago consuelo:

—No será nada, tía María... Eso ha sido frío. No fué más que frío.

Y sobre el hombro de Jacinto, encogido:

—Ya ve usted, señor... ¡Mucha miseria! Hasta les llueve ahí dentro.

En el trozo de suelo que veían, suelo de tierra removida, brillaba una mancha húmeda de la lluvia goteando de una teja rota. La pared, cubierta de hollín de los anchos humos del hogar, estaba tan negra como el suelo. Y aquella penumbra sucia parecía repleta, en un desorden oscuro, de trapos, de trastos, de restos de cosas, donde sólo mostraba una forma comprensible un arca de ébano, y encima, colgada de un clavo entre una sierra y una vela, una gruesa saya roja.

Entonces, Jacinto, muy azorado, murmuró, distraídamente:

—Está bien, está bien.

Y escapó al campo en dirección al cobertizo como si huyese, mientras Silverio revelaba seguramente a la muchacha la presencia augusta del «hidalgo», porque la oímos desde la puerta levantar la voz, afligida:

—¡Ay! Que Nuestro Señor le dé muy buena suerte. Que Nuestro Señor le acompañe.

Cuando Silverio, con las grandes pisadas de sus recias botas, nos alcanzó, en medio del campo, Jacinto se detuvo, mirándome y retorciendo el bigote con los dedos trémulos, y murmuró:

—¡Es horrible, Pepe Fernández, es horrible!

A su lado atronó el vozarrón de Silverio:

—¿Qué quieres tú otra vez, pequeño? Vete con tu madre, criatura.

Era el chiquillo harapiento, hambriento, que se unía a nosotros en un inmenso asombro por nuestras personas, y con la vaga esperanza de que, quizá, de ellas, como de unos dioses encontrados en un camino, le viniesen caricias o beneficios. Y Jacinto, hacia quien abría él más los ojos tristes, y al que aquella miseria y su muda humildad cohibían, avergonzaban horriblemente, sólo supo sonreír, murmurando su vago: «Está bien, está bien.» Fui yo el que le di al pequeñín unos cuartos para colmarle, para desprenderle de nuestros pasos. Pero como él, con sus monedas bien agarradas, nos seguía aún, como en el surco de nuestra magnificencia, Silverio tuvo que espantarle como a un pájaro, dando palmadas y gritándole:

—¡Hala para tu casa! Y lleva ese dinero a tu madre. ¡Corre, corre!

—Y nosotros vámonos a almorzar —indiqué, consultando el reloj—. El día va a quedar hermoso todavía.

Sobre el río, en efecto, brillaba un trozo de azul lavado y reluciente, y la gruesa capa de nubes se iba enrollando bajo el lento barrido del viento que se las llevaba, deshechas y rotas, hacia un rincón solitario del cielo.

Entonces regresamos lentamente hacia casa por una vereda escarpada que indicó Silverio, y donde un ligero torrente corría aún, saltando y murmurando. De cada rama que tocábamos caía una leve lluvia. Todo el verdor, ampliamente embebido, relucía, consolado.

Bruscamente, al salir de la vereda hacia un camino más ancho, entre un bancal y una hilera de cepas, Jacinto se detuvo, sacando lentamente la pitillera:

—Bueno, Silverio, yo no quiero ver más estas horribles miserias en la quinta.

El administrador hizo un movimiento de hombros, con un vago *¡eh!, ¡eh!*, de obediencia y de duda.

—Ante todo—prosiguió Jacinto—, mande hoy mismo llamar al doctor Avelino para esa pobre mujer... Los medicamentos, que los vayan a buscar después a Guiaes. Y recomiende al médico que vuelva mañana, y todos los días, hasta que mejore. ¡Escuche! Y quiero, Silverio, que le lleve dinero para los caldos, para la dieta, quince o veinte duros. ¿Bastará?

El administrador no pudo contener una risa estrepitosa. ¡Veinte duros! Bastaban unas pesetas. No era bueno acostumbrar así, a tanta espiendidez, a aquella gente. Después todos querrían, t o d o s pedigüeñarían...

—Pero es que todos han de tener —dijo Jacinto, simplemente.

—Usted manda—murmuró Silverio.

Se encogió de hombros, parado en el camino, sorprendido de aquellas extravagancias. Tuve yo que darle prisa, impaciente.

—Vamos andando y hablando. Es ya mediodía. Tengo un hambre de lobo.

Caminamos con Silverio en medio, pensativo, con la frente arrugada bajo el ala ancha del sombrero, la barba inmensa esparcida sobre el pecho y el bulto exorbitante del paraguas rojo enrollado debajo del brazo. Y Jacinto, tirándose nerviosamente del bigote, insinuaba otras ideas benéficas cautelosamente, en su irrefrenable miedo a Silverio:

—Y las casas también. ¡Esa casa es un cubil! Quisiera alojar mejor a esa pobre gente. Y, naturalmente, la de los otros caseríos serán pocilgas iguales. Es necesaria una reforma. Construir casas nuevas a todos los renteros de la quinta...

—¿A todos?—Silverio se atragantaba, hasta que enmudeció.

Y Jacinto balbució, aterrado:

—A todos... En fin, quiero decir... ¿Cuántos serán?

Silverio hizo un gesto enorme:

—Son veinte o más... Veintitrés, si mal no recuerdo. ¡Quia, quia! Veintisiete...

Entonces Jacinto enmudeció también, como reconociendo la grandeza de la cifra. Pero quiso saber también cuánto costaría cada casa. ¡Oh! Una casa sencilla, pero limpia, cómoda, como la que tenía la hermana de Melchor, junto al lagar. Silverio se paró de nuevo. ¿Una casa como la de Ermelinda? ¿Quería saberlo el señor? Y arrojó la cifra muy desde lo alto, para aplastar a Jacinto:

—Doscientos duros, s e ñ o r. Más bien más que menos.

Reía yo de la trágica amenaza de aquel hombre excelente. Y Jacinto, con mucha dulzura para calmar a Silverio:

—Bueno, amigo mío... Son unas mil pesetas... Pongamos mil quinientas, porque yo quisiera dar a todos algunos muebles y alguna ropa.

Silverio lanzó entonces un grito de terror:

—Pero entonces, señor, es una revolución.

Y como nosotros, de un modo irresistible, nos reíamos de sus ojos desorbitados de horror, de sus largos brazos echados hacia atrás, como si viese desplomarse el mundo, el buen Silverio se enfadó:

—¡Ah! ¿Se ríen ustedes, señores? Casas para todos, muebles, plata, telas, mil quinientas pesetas. Entonces también me río yo, ¡ja, ja, ja! ¡Viva la broma! Son buenas las carcajadas.

Y de repente, con una profunda reverencia, c o m o declinando toda responsabilidad en aquel disparate magnífico:

—En fin, usted es quien manda, señor.

—Está mandado, Silverio. Y quiero saber también las rentas que paga esa gente, los contratos que hay, para mejorarlos. Hay que mejorar mucho. Venga usted a almorzar con nosotros. Y así hablamos.

Tan saturado de asombro estaba Silverio, que no le causó mayor asombro aquella «mejora de rentas». Agradeció la invitación, conmovido. Pero pedía permiso al señor para pasar antes por el lagar para ver a los carpinteros que estaban arreglando los maderos del río. Era un instante, y estaría en seguida a las órdenes del señor.

Se metió, acortando, por la maleza, saltando una cancela. Y nosotros seguimos, con pasos que eran ligeros, por la hora del almuerzo que se retrasaba, por el azul alegre que reaparecía y por toda aquella justicia hecha a la pobreza de la sierra.

—No has perdido hoy el día, Jacinto—dije, palmeando, con una ternura que no disimulé, en el hombro de mi amigo.

—¡Qué miseria, Pepe! Yo no podía soñarla. ¡Haber por ahí, a la vista de mi casa, otras casas donde

unas criaturas tienen hambre! Es horrible.

Estábamos entrando en la alameda. Un rayo de sol, saliendo entre dos gruesas y algodonosas nubes, paseó sobre una esquina del caserón, al fondo, una viva franja de oro. El clarín de los gallos sonaba claro y alto. Y un suave viento que se levantó puso en las hojas lavadas y relucientes un temblor alegre y suave.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Jacinto? Que te ha sucedido lo de esa leyenda de San Ambrosio... No, no era San Ambrosio... No recuerdo el santo... Ni era un santo... Sólo un caballero pecador que se enamoró de una mujer, puso toda su alma en ella, únicamente por haberla visto a distancia en la calle. Y después, una tarde que la seguía, arrobado, entró ella en el pórtico de una iglesia, y allí, de repente, se levantó el velo, entreabrió el vestido, y mostró al pobre caballero el seno roído por una llaga. Tú también estabas enamorado de la sierra, sin conocerla, sólo por su belleza veraniega. Y la sierra, hoy, ¡zas!, de pronto, descubre su gran úlcera. Es tal vez tu preparación para ser San Jacinto.

Se detuvo él, pensativo, con los dedos en los bolsillos del chaleco:

—Es cierto. He visto la llaga. Pero, en fin, ésta, gracias a Dios, es de las que puedo yo curar.

No quise desengañar a mi príncipe. Y los dos subimos alegremente la escalera del caserón.

XI

Al día siguiente al de aquellas pródigas caridades regresé a Guiaes. Y desde entonces, tantas veces troté por aquellas tres leguas entre la nuestra y la antigua alameda de los Jacintos, que mi yegua, cuando la desviaba de aquella carretera familiar que conducía a una cuadra familiar—donde ella era la predilecta con el potro de Melchor—, relinchaba de pura nostalgia. Hasta la tía Vicenta se mostraba vagamente celosa de aquel Tormes, hacia donde yo corría siempre, de aquel príncipe de quien celebraba sin cesar el rejuvenecimiento, la caridad, los manjares y las quimeras agrícolas. Ya un día, con una pizca de sal y de ironía—lo único que cabía en un corazón lleno todo de inocencia—, ella me dijo, moviendo con más viveza las agujas de su media:

—Lo que le puedes alabar. Hasta siento curiosidad de conocer a ese Jacinto. Tráeme aquí esa maravilla, muchacho.

Me eché a reír:

—Tranquilícese, tía Vicenta, que le traeré ahora, para el día de mi cumpleaños, a comer. Daremos una fiesta, habrá su bailoteo en el patio, y vendrá todo ese señorío de los alrededores. Tal vez hasta se encuentre una novia para Jacinto.

Había ya invitado, en efecto, a mi príncipe para aquel «natalicio». Y, además, convenía que el señor de Tormes conociera a todos aquellos señores de las buenas casas de la sierra. Sobre todo, como le dije, riendo, convenía que conociera a algunas de aquellas fuertes muchachas de los solares serranos, porque Tormes tenía una soledad muy monástica; y el hombre, sin un poco del eterno femenino, se embastece y adquiere una corteza áspera como la de los árboles en la soledad.

—Y este Tormes, Jacinto, esta reconciliación tuya con la Naturaleza y el renunciamiento a las mentiras de la civilización, son unos bonitos cuentos. Pero, ¡caramba!, faltan mujeres.

El asentía, riendo, recostado lán-

guidamente en una silla de mimbre:

—En efecto; aquí hay falta de Mujer, con eme mayúscula. Aunque esas señoras de las casas de los alrededores... No sé; pero estoy pensando que deben parecerse a las legumbres. Sanas, nutritivas, excelentes para la olla, pero legumbres al fin. Las mujeres que los poetas comparan a las flores son siempre las mujeres de las cortes, de las capitales; a éstas, invariablemente, desde Hesíodo y Horacio, se rinden los poetas. Y, evidentemente, no hay perfume, ni gracia, ni elegancia, ni primor, en una zanahoria o en una col. No deben ser interesantes las señoras de mi sierra.

—Te diré... Tu vecina más cercana, la hija de don Teotonio, en efecto, salvo el respeto que se debe a la ilustre casa de los Barbedos, ¡es una zote! La hermana de los Albergarias, de la quinta de la Loja, no tentaría tampoco ni al propio y necesitado San Antonio. ¡Sobre todo, si se desnudase, porque es una espinaca infernal! Esa es realmente una legumbre, y no de las alimenticias.

—¡Tú lo has dicho, una espinaca!

—Tenemos también a doña Beatriz Velloso... Esa es bonita... Pero, chico, ¡qué horriblemente bien hablada! Habla como las heroínas de Camilo (1). Tú nunca has leído a Camilo. Y luego, un tono de voz que no sabría describirte, el tono con que se habla en *Doña María* y en las obras sentimentales. Tú tampoco has visto nunca *Doña María* en el teatro... ¡En fin, un horror! Y con preguntas pavorosas: «Usted, señor doctor, ¿no se deleita con Lamartine?» ¡Ya me dijo esto, la muy indecente!

—¿Y tú?

—¿Yo? Abrí mucho los ojos... «¡Oh Lamartine!» ¡Aunque la pobre es una excelente chica! Ahora, por otro lado, tenemos a las Rojaes, las hijas de Juan Rojao, dos flores muy frescas, muy alegres, con un olor y un brillo sanos, y muy sencillas... Tía Vicenta se muere por ellas. Después está la mujer del doctor Alipio, que es una belleza. ¡Oh, una criatura espléndida! Pero, en fin, es la mujer del doctor Alipio, y tú has renunciado a los deberes de la civilización... Aparte de lo cual es una mujer muy seria, absorbida toda por sus dos pequeños, que parecen dos angelitos de Murillo... ¿Y quién más? Quiero completar la lista del personal femenino. Tenemos a la de Mello Rebello, de Sandofim, muy graciosa, con un bonito pelo... Borda a la perfección, como una monja del antiguo régimen... Había también una Julia Lobo, muy guapa, pero murió... Por ahora no recuerdo más. ¡Aunque falta la flor de la sierra, que es mi prima Juanita, la de la Flor de Malva! Es una perfección de muchacha.

—¿Y tú, el primo Pepe, cómo te has resistido?

—Somos como hermanos, criados juntos desde pequeños, más acostumbrados y familiares que tú y yo... La familiaridad esfuma los sexos. La madre de ella era la única hermana de tía Vicenta, y murió muy joven. Juanita, casi desde la cuna, se ha criado en nuestra casa de Guiaes; tío Adrián, el padre, es un buen hombre. Erudito, anticuario, coleccionista... Colecciona toda clase de cosas exquisitas, campanillas, espuelas, sellos, hebillas... Tiene una curiosa colección. Hace mucho que

(1) Se refiere aquí Eça al famoso novelista coetáneo suyo Camilo Castello-Branco (1826-1890), muy popular, sobre todo, en Portugal.

quiere venir a Tormes, a visitarte... Pero el pobre sufre de la vejiga y no puede montar a caballo. Y la carretera de la Flor de Malva está imposible hasta aquí para coches...

Mi príncipe se desperezó largamente:

—No, claro es. Soy yo el que tengo que visitar a tu tío y a tu tía Vicenta. Quiero conocer a mis vecinos Pero más adelante, cuando descanse. Ahora estoy muy ocupado con mi pueblo.

Y, en efecto, Jacinto era ahora como un rey fundador de un reino, el gran constructor. Por todo su dominio de Tormes se realizaban obras para la renovación de las casas de los renteros: unas podían arreglarse y las otras más viejas eran derruídas para reconstruirlas con una cómoda generosidad. Por los caminos rechinaban constantemente carros, cargados de piedra o de maderas cortadas en los pinares.

En la taberna de Pedro, a la entrada de la feligresía, había un desusado movimiento de albañiles y carpinteros contratados para las obras; y Pedro, con los brazos arremangados detrás del mostrador, no cesaba de llenar vasos con una gran jarra.

Jacinto, que tenía ahora dos caballos, recorría todas las mañanas temprano las obras amorosamente. Yo, inquieto, sentía otra vez palpitar e irrumpir en mi príncipe su viejo y maniático furor de acumular civilización. El proyecto primitivo de las obras era incesantemente ampliado y perfeccionado. En las ventanas, que debían tener tan sólo las maderas, conforme a la secular costumbre de la sierra, decidió él poner cristales, a pesar de que el maestro de obras le dijo honradamente que al mes de habitarlas no habría casa con un solo cristal. Para sustituir las clásicas vigas, quería estucar los techos; y yo veía bien claramente que él se contenía, se fortificaba dentro de la sensatez, para no dotar a cada casa de timbres eléctricos. Ni siquiera me asombró al decirme una mañana que la porquería de la gente de campo provenía de que no tenían dónde lavarse cómodamente, por lo cual estaba pensando en dotar a cada casa de una bañera. Bajábamos en aquel momento con los caballos de la rienda por un sendero muy pendiente y escabroso; un viento ligero agitaba las ramas, un arroyuelo saltaba ruidosamente entre las piedras. No me asombré; pero, realmente, me pareció que las piedras, el arroyo, las enramadas y el viento se reían alegremente de mi príncipe. Y, además, con aquellas comodidades, a las que Juan, el maestro de obras, con unos ojos locamente desorbitados, llamaba las «grandezas», Jacinto meditaba el bien de las almas. Ya había encargado a su arquitecto de París el plano perfecto de una escuela que quería levantar en aquel campo de la Carriza, junto a la capillita que guardaba «los huesos». Poco a poco crearía allí también una biblioteca, con libros de estampas, para entretener los domingos a los hombres a quienes ya no fuese posible enseñar a leer. Yo inclinaba la cabeza, pensando: «Ahí aparece la terrible acumulación de las nociones. He aquí el libro invadiendo la sierra.» Pero otras ideas de Jacinto eran conmovedoras; a mí mismo me entusiasmaron; y excité el entusiasmo de tía Vicenta con aquel proyecto suyo de un asilo infantil, donde él esperaba pasar unas mañanas muy divertidas viendo a las criaturas gatear, correr a tropezones detrás de una pelota. Por otra parte, nuestro boticario de

Guiaes estaba ya encargado de establecer una pequeña farmacia en Tormes, bajo la dirección de su ayudante, un ahijado de tía Vicenta, que había publicado un artículo sobre las fiestas populares del Duero en el *Almanaque de Recuerdos.* Y ya había sido anunciada la plaza de médico de Tormes con un sueldo de mil pesetas.

—No te falta más que un teatro —le decía yo, riendo.

—Un teatro, no. Pero tengo la idea de una sala con proyecciones de linterna mágica para enseñar a esta pobre gente las ciudades del mundo, y las cosas de Africa, y un poco de Historia.

También me enorgulleció aquella innovación. Cuando se la conté al tío Adrián, el digno anticuario se dió, a pesar de su reúma, una palmada tremenda en el muslo.

—Sí, señor. Bella idea. Así se podía enseñar a aquella gente iletrada, de un modo vivo, por medio de imágenes, la Historia sagrada, la Historia romana y hasta la de Portugal.

Y vuelto hacia la prima Juanita, el tío Adrián declaró a Jacinto «un hombre de corazón».

Y realmente, por la sierra aumentaba la popularidad de mi príncipe. En aquel «guarde Dios al señor», con que las mujeres le saludaban al pasar y se volvían aún para mirarle, había una seriedad de oración, el deseo muy sincero de que Dios le guardase siempre. Los chiquillos, a quienes él repartía monedas, olían de lejos su paso; y era a su alrededor un oscuro hormiguear de caritas morenas y sucias, de ojazos muy abiertos, que si mostraban todavía asombro, ya no tenían miedo. Como el caballo de Jacinto se escurriera una tarde, al desembocar de la avenida, en unas gruesas piedras que obstruían allí la carretera, en seguida, al otro día, una cuadrilla de hombres, sin que Jacinto lo ordenase, vino por simpatía a enarenar aquel trozo peligroso de camino, aterrados con el riesgo que había corrido el buen señor. Ya por la comarca se difundía aquel calificativo de «buen señor». Los más viejos de la feligresía no le encontraban sin exclamar, unos con gravedad, otros con grandes risas desdentadas: «Este es nuestro bienhechor.» A veces, alguna vieja corría desde el fondo del corral a la puerta de su casucha, al divisarle en el camino, para gritar con grandes ademanes de los brazos flacos: «¡Ay! ¡Que Dios le llene de bendiciones!»

Los domingos, el padre José María—buen amigo mío y gran cazador—venía de Sandofim en su yegua rucia a Tormes para decir la misa en la capillita. Jacinto asistía al oficio desde su tribuna, como los Jacintos de otras épocas, para que aquella gente sencilla no le supusiese extraño a Dios. Casi siempre recibía él por entonces presentes que las hijas de los renteros o los chiquillos venían, muy colorados, a traerle al terrado; y eran tiestos de albahaca o un grueso ramo de claveles, y a veces un pato gordo. Había entonces un reparto de bollos y merengues de Guiaes a las muchachas y a los chiquillos, y en el patio, para los hombres, circulaban las cántaras de vino blanco. Silverio sostenía ya con asombro y redoblado respeto que don Jacinto dispondría en breve de más votos en las elecciones que el doctor Alipio.

Yo mismo me quedé harto impresionado cuando Melchor me contó que Juan Torrado, un viejo singular de aquellos lugares, de grandes

barbas blancas, herbolario, un poco albéitar, un poco brujo, morador misterioso de una cueva en lo alto de la sierra, afirmaba a todos que aquel buen señor era el rey don Sebastián que había vuelto.

XII

Así llegó septiembre, y con él mi cumpleaños, que era el 3 y caía en domingo. Toda aquella semana la pasé en Guiaes, con los preparativos de la vendimia, y por la mañana temprano, aquel domingo ilustre, fuí a asomarme al balcón del cuarto del añorado tío Alfonso, vigilando la carretera por la que debía aparecer mi príncipe, que iba a visitar, por fin, la casa de su buen Pepe Fernández. Tía Vicenta desde la madrugada, andaba atareada por la cocina y la despensa, porque, deseando mostrar a mi príncipe «el personal de la sierra», había invitado a comer a algunas familias amigas de los alrededores, de las que tenían coches u otros vehículos, y podían regresar tarde por las carreteras en mal estado, después de un baile campestre en el patio, ya adornado para aquel efecto con farolillos chinos. Pero después, a las diez, me desesperé, al recibir por un mozo de la Flor de Malva una carta de mi prima Juanita, en la que me participaba «la pena que sentía de no poder venir, porque su padre estaba desde la víspera con un furúnculo, y ella no quería dejarle solo». Corrí, indignado, a la cocina donde tía Vicenta dirigía un violento batir de yemas de huevos dentro de una inmensa sopera.

—Juanita no viene. Siempre así. Dice que está su padre con un furúnculo. Ese tío Adrián escoge siempre los días grandes para tener furúnculos, o para que le dé la punzada...

La bondadosa cara redondita y colorada de tía Vicenta se enterneció:

—¡Pobre! Será en un sitio que no le permita sentarse en el coche. ¡Pobre! Mira, si le escribes dile que se ponga un emplastito de hojas de romero. Es con el que tu tío se ponía bien.

Yo grité, simplemente, hacia el mozo que daba de beber al burro en el patio:

—Diga a la señorita Juana que lo sentimos mucho... Que tal vez aparezca yo por allí mañana.

Y volví al balcón, impaciente, porque el reloj del comedor, muy atrasado, había ya dado las diez y media, y mi príncipe se retrasaba para el almuerzo. Pero apenas habíame acercado al balcón, apareció justamente en la vuelta de la carretera Jacinto, con un gran sombrero de paja en su caballo, seguido de Grillo, que, también con sombrero de paja y cobijado bajo un inmenso quitasol verde, se esparrancaba en el albardón de la vieja yegua de Melchor.

Detrás seguía un mozo con una maleta en la cabeza. Y yo, en la alegría de divisar al fin a mi príncipe trotando hacia mi casa de aldea el día de mis treinta y seis años, pensaba en otro cumpleados, el suyo, en París, en el doscientos dos, cuando, entre todos los esplendores de la civilización, bebimos nosotros tristemente, *ad manes*, por nuestros muertos.

—*Salve!*—grité desde el balcón—. *Salve, domine Jacinthi!*

Y entoné para acogerle, con alegre acompañamiento, el himno nacional.

—Esto es también bonito por aquí —gritó él desde abajo—. Y tu palacio tiene un soberbio aspecto. ¿Dónde está la puerta?

Pero yo me precipitaba ya hacia el patio, donde Jacinto, apeándose, me contó alegremente los tormentos de Grillo, que no había montado nunca a caballo y no cesaba de chillar ante los peligros de aquella aventura.

Y el digno negro, jadeante, reluciente de sudor y lívido bajo el esplendor de su negrura, exclamaba, señalando con la mano trémula hacia la pobre yegua que, suelta, y con la cabeza pensativa, parecía de piedra sobre las patas, más inmóviles que mojones:

—Pues si el *siñó Fernandes* hubiera visto... Una fiera que no ha ido un momento tranquila. Siempre hacia la izquierda, siempre hacia la derecha, por aquí, por allá. Sólo para sacudirme, sólo para sacudirme.

Y no resistió a la tentación. Con la punta del quitasol tiró un pinchazo vengativo a la yegua por encima del albardón.

Subiendo la corta escalera, y penetrando en el alegre comedor, con su ventana al fondo enguirnaldada de rositas, Jacinto elogiaba mucho nuestra casa, que le descansaba de los recios muros, de las gruesas puertas feudales de Tormes. Y en su cuarto agradeció los cuidados maternales de tía Vicenta, que había llenado de flores los dos jarrones de China sobre la cómoda y adornado la cama con una de nuestras más suntuosas colchas de la India, color canario, con grandes pájaros de oro. Yo sonreía, enternecido. Nos estrechamos en un gran abrazo por el cumpleaños.

—¿Treinta y ocho, eh, Pepe Fernández?

—Treinta y seis, animal.

Y mi príncipe, abriendo la maleta, sobria maleta de filósofo, ofreció los «nobles presentes que son debidos», como dice siempre el astuto Ulises en la *Odisea*. Era un alfiler de corbata con un zafiro, una pitillera con reborde de oro mate adornada con una florida rama de manzano en delicado esmalte, y un cuchillo para libros con una vieja labor china. Protesté contra aquella prodigalidad.

Es todo de las maletas de París. Las mandé abrir anoche. Y me tomé la libertad de traer este recuerdo a tu tía Vicenta. No vale nada... Es sólo por haber pertenecido a la princesa de Lamballe.

Era una pila de agua bendita, en plata labrada, de un gusto florido y casi galante.

—La tía Vicenta no sabe quién es la princesa de Lamballe; pero se quedará encantada. Es una garantía, porque ella sospecha de tu religiosidad, como hombre de París, de la tierra de la impiedad... Y ahora, a lavarte, a cepillarte y a almorzar.

Tía Vicenta pareció muy sorprendida, y luego encantada con mi amigo, que ella suponía realmente un príncipe, arrogante, áspero y difícil. Cuando él le ofreció la pila con un delicado ruego «para que se acordase de él en sus oraciones», dos anchas rosas más rosadas y frescas que las rosas que llenaban la mesa, cubrieron las redondeadas facciones de la buena señora, que no había recibido nunca tan piadoso obsequio con tan linda frase. Pero lo que, sobre todo, la cautivó fué el tremendo apetito de Jacinto, la entusiasta convicción con que él, acumulando en el plato montañas de menudillos, después altas sierras de arroz al horno, luego filetes con nutrida cebolla, exaltaba nuestra cocina y juraba no haber probado nunca nada tan sublime. Ella resplandecía:

—Da gusto verle, da gusto verle.

Ahora otra batatita más de esas rellenas...

—¡Ya lo creo, señora! ¡Y hasta dos! Mis raciones en mesas tan perfectas como ésta son siempre las de Gargantúa.

—No cites a Rabelais, que tía Vicenta no conoce los autores profanos—exclamé también radiante—. Prueba este vino blanco de nuestra cosecha, y da gracias a Dios que madura tales uvas.

Y el almuerzo transcurrió muy alegre, muy íntimo, muy locuaz, sobres las obras de Jacinto en Tormes y su asilo infantil, que extasiaba a tía Vicenta, y las esperanzas de la vendimia, y mi prima Juanita, que tenía su padre enfermo, y el pésimo estado de los caminos. Pero fué mayor aún el enternecimiento cuando, al servir el café, el criado puso al lado de Jacinto un platito con una rama de canela, su extraña y acostumbrada rama de canela.

No lo había olvidado la tía Vicenta. Allí tenía su ramita de canela. Quería que él, en Guiaes, prosiguiese sus costumbres como en Tormes. Y aquella ramita de canela fué el símbolo de adopción de mi príncipe como nuevo sobrino de tía Vicenta.

Volvió ella en breve a la cocina para ultimar los preparativos del banquete. Nosotros nos fumamos un lento veguero en el jardín, junto al surtidor, bajo la recogida sombra del cedro. Después, inexorablemente, como dueño, mostré a mi príncipe toda la posesión, con inhumana minuciosidad, sin perdonarle un tablar, una reguera, un árbol, una cepa de viña. Sólo cuando su cara empezó a desfallecer y a palidecer de cansancio y que su entendimiento totalmente aturdido exhalaba únicamente un vago «¡Muy bonito! ¡Hermosa tierra!», volví hacia casa, dando todavía un rodeo largo para enseñarle el lagar, un plantío de espárragos y el sitio donde existían las ruinas de un antiguo fuerte romano. Al entrar de nuevo, por el jardín, en la fresca sala, le empujé aún, como una res, hacia la biblioteca de mi buen tío Alfonso, para enseñarle las preciosidades, una magnífica crónica de don Juan I, por Fernán López; la primera edición del *Emperador Clarimundo;* una *Henriade*, con la firma de Voltaire; fueros del rey don Manuel, y otras maravillas. El respiró cerrando el último pergamino, cuando le arrastré a la bodega para que admirase la famosa pipa, que tenía en relieve sobre la madera de la tapa las complicadas armas de los Sandes. Eran las cuatro. Mi príncipe presentaba un aspecto desfallecido y lívido. Clavando en él unos ojos inexorables, unos ojos en los que yo mismo sentía brillar la ferocidad, declaré «que iríamos ahora a ver el troje». Pero entonces, con las manos en los riñones, él murmuró humildemente, con un susurro infantil:

—No me importaría sentarme un poquito.

Tuve entonces compasión, abrí las garras y dejé que él se arrastrase detrás de mí hacia su cuarto, donde se descalzó frenéticamente las botas y cayó sobre un fresco canapé forrado de algodón, murmurando, con profundo abatimiento:

—Hermosa posesión.

Consentí generosamente en que él se durmiese, y yo mismo bajé a comprobar si Gertrudis había colocado bien los cepillos, las toallas de encaje en el cuarto donde los invitados al llegar, en breve, se lavarían las manos y se cepillarían el polvo de la carretera. Y precisamente rodaba un coche en el patio, el viejo carruaje de don Teotonio, con el tronco rucio. Observando desde la ventana, descubrí, complacido, que venía solo, con corbata blanca bajo el guardapolvo, sin su horrenda hija. Corrí alegremente al cuarto de tía Vicenta, que, ayudada por Catalina, se abrochaba de prisa sus ricas pulseras de topacios.

—¡Tía Vicenta! Ha llegado don Teotonio. Afortunadamente, viene sin la hija No se retrase, los otros no tardarán. Que Manuel esté bien peinado, con la corbata muy tiesa. Vamos a ver cómo transcurre la fiesta.

XIII

¡Ay de mí! La fiesta de mi cumpleaños no transcurrió con brillo ni con alegría. Cuando mi príncipe entró en la sala con una elegancia—en que noté las maletas de París abiertas la víspera—, una rosa blanca en el ojal de la chaqueta negra, chaleco blanco bordado en realce, ancha corbata de seda blanca abullonada con una perla negra prendida, ya todos los invitados estaban allí: don Teotonio, Ricardo Velloso, el doctor Alipio, el gordo Mello Rebello, de Sendofim; los dos hermanos Albergarias, de la quinta de la Loja; todos en pie, en un compacto grupo. Alrededor del sofá donde tía Vicenta se sentaba, un montón de sillas reunía a las señoras: Beatriz Velloso, de gasa blanca sobre seda, que la hacía más flaca y aérea, con su inmensa mata de pelo erizado; las dos Rojao—con la tía Adelaida—, coloraditas como camuesas y las dos de blanco, y la mujer del doctor Alipio, de negro, espléndida como una Venus rústica... Y en la sala fué como si entrase realmente un príncipe de esos países del Norte donde los príncipes son magníficos, muy distantes de los hombres y asustan a las gentes. Un silencio como si el techo de roble se desplomase, nos abrumaba; y todas las miradas se clavaron en mi desgraciado Jacinto, como en una cacería hindú, cuando al borde de la floresta surge el tigre real. En vano, en las confusas y apresuradas presentaciones con que le llevé por la sala, sus apretones de mano, las sonrisas, el vago murmullo de «un gran honor, mucho gusto», fueron acompañados de simpatía y sencillez. Todos los caballeros permanecían reservados, observando a aquel príncipe que había subido a la sierra; y las señoras se refugiaban más a la sombra de tía Vicenta, como ovejas alrededor del pastor cuando asoma el lobo. Inquieto ya, me dirigí a don Teotonio, el más ornamental de aquellos caballeros:

—Don Teotonio ha sido muy amable en venir, Jacinto. Raras veces sale de su preciosa casa de la Abrujeira.

El digno don Teotonio sonrió, atusándose los espesos bigotes blancos, de viejo brigadier:

—¿Ha llegado usted directamente de Viena?

No. Jacinto venía directamente de París con el amigo Pepe Fernández. Don Teotonio insistió:

—Pero seguramente visita Viena muchas veces.

Jacinto sonrió, sorprendido:

—Viena, ¿por qué? No. Hace más de quince años que no voy a Viena.

El hidalgo murmuró un lento ¡ah!, y quedó callado, con los ojos bajos, como removiendo hondos análisis, con las manos cruzadas bajo los faldones de su larga levita azul. Entonces yo, vigilante, abordé al doctor Alipio:

—Nuestro doctor, mi querido Jacinto, es el más poderoso e influyente personaje de toda la provincia.

El doctor inclinó la cabeza bien formada, con un hermoso pelo negro, admirablemente planchado y lustroso. Pero tía Vicenta, que se había levantado del sofá, llamaba a mi príncipe, porque Manuel anunció la comida, silencioso, mostrando sólo en la puerta de la sala su corpulenta persona, muy tieso y azorado.

En la mesa, donde los flanes, las fuentes de dulce de huevos, los añejos vinos de Madera y de Oporto en sus pesadas jarras de cristal tallado, fundían felizmente sus tonos ricos y cálidos, Jacinto quedó entre tía Vicenta y una de las Rojas, Luisita, su ahijada, que, por una antigua costumbre, cuando comía en Guiaes, se colocaba siempre a la sombra de su buena madrina. Y la sopa, que era de gallina con macarrones, fué tomada en un silencio tan largo y pesado, que yo, en mi afán de romperlo, exclamé, al azar, sin pensar que me encontraba en Guiaes después de tanto tiempo y en mi propia casa:

—¡Deliciosa esta sopa!

Y Jacinto hizo eco:

—¡Divina!

Pero como a todos los invitados les extrañó, sin duda, aquel grito y la excesiva admiración de Jacinto, el silencio cargado de etiqueta, se llenó aún más de embarazo. Por fortuna, tía Vicenta, con aquella bondadosa sonrisa suya, observó que a Jacinto parecía gustarle la comida portuguesa. Y yo, siempre en mi propósito de animar la conversación, no dejé siquiera que mi príncipe confirmase su cariño a la cocina vernácula, y grité:

—¡Cómo gustarle! ¡Delira por ella! ¡Tendría que ver! Tanto tiempo en París, privado de los platos lusitanos...

Y como recordara, complacido, el plato de arroz con leche preparado en ocasión del cumpleaños de Jacinto por el cocinero del doscientos dos, conté la historia, profusamente, exagerándola, afirmando que aquel arroz contenía *foie-gras*, y que sobre su adornada pirámide ondeaba la bandera tricolor encima del busto de Chambord. Pero el arroz con leche de París, estropeado así, tan lejos de la sierra, no interesó a nadie. Hizo aparecer tan sólo algunas sonrisas de educada condescendencia, cuando yo me volvía alternativamente, hacia un caballero o hacia una señora, insistiendo, preguntando:

—Extraordinario, ¿eh?

Don Teotonio observó misteriosamente que el «cocinero sabía para quién cocinaba». Y la bella mujer del doctor Alipio se atrevió a murmurar, sonrojándose:

—Debía de ser un bonito plato y tal vez no supiera mal.

Yo, siempre en mi afán de espiritualizar el banquete, de mantener la conversación, ataqué con ruda alegría a doña Luisa por defender así la profanación de nuestro gran plato nacional. Pero, ¡pobre de mí! Tan excesiva y ruidosamente interpelé a la hermosa señora, que ella se enconchó, enmudeció, toda colorada, y más hermosa así. Y otro silencio cayó sobre la mesa como una niebla, cuando tía Vicenta, providencial, se disculpó con Jacinto de no ofrecerle pescado. Pero, ¿qué quería? Allí, en la sierra, era imposible, aun a peso de oro, tener pescado, de no ser merluza salada o bacalao. El excelente Rojao, con aquel tono suyo tan suave, en que cada sílaba para deslizarse más fácilmente parecía lubricada con santos óleos, recordó que don Jacinto poseía una ancha faja del Duero con una concesión para la pesca del sábalo. Jacinto no lo sabía ni imaginaba que hubiese sábalos. Al doctor Alipio no le extrañaba, porque aquellas concesiones habían sido vendidas a Cuña, el brasileño, hacía veinte años, en la juventud de don Jacinto. Y hoy, según don Teotonio, no valían ni dos duros. ¡Si ya no había sábalos! Y, a propósito de las antiguas pescas en el Duero, se fueron formando alrededor de la mesa, entre los hombres más próximos, lentas charlas rurales, que las señoras aprovecharon para cuchichear, en el desahogo de aquel silencio ceremonioso, que venía pesando cada vez más desde la sopa hasta los pollos guisados. Temiendo que aquella orla de murmullos pausados, sin brillo ni alegría, se formase de nuevo, me arrojé, para animar, a interpelar a Jacinto, recordando el famoso incidente del pescado de Dalmacia encajonado en el montacargas.

—Fué ésa una de las mejores historias que nos sucedieron en París. Jacinto, con motivo de un pescado muy raro que le había enviado el gran duque Casimiro, daba una magnífica cena, a la que el gran duque..., sí, el gran duque, el hermano del emperador.

Todos los ojos se desviaron hacia mi buen Jacinto, que se servía guisantes; y Mello Rebello se atragantó casi en un sorbo precipitado de su copa, por captar en mi amigo algún reflejo del gran duque. Y yo conté con profusión lo del pescado retenido en el montacargas, el gran duque pescando con una horquilla de la princesa de Carman, el duque de Marizac cayéndose casi por el hueco del montacargas... Pero no se oyó una sola risa, y la atención misma era prestada con esfuerzo, por cortesía. En vano amontonaba yo aquellos nombres magníficos de príncipes y princesas, mezclados a cosas picarescas. Ninguno de mis invitados comprendía la maquinaria del montacargas, una fuente encajonada en un pozo negro. Ante lo de la horquilla de la princesa, las Albergaria bajaron los ojos. Y mi deliciosa historia murió en una reticencia, más helada aún por la exclamación inocente de tía Vicenta:

—¡Oh hijo mío, qué cosas!

Pero como Jacinto se enfrascó de pronto en una larga conversación con Luisita Rojao, que reía, luminosa y locuaz, todos, como liberados del peso ceremonioso de su presencia augusta, se lanzaron en unas charlas discretas, a las que el champaña, ahora, después del asado, daba mayor viveza. Eran los tristes murmullos, alrededor de la mesa, que se perpetuaban definitivamente. Entonces fué cuando desistí de animar la comida. Me sumí con la bella mujer del doctor Alipio en la gran cuestión social de aquel momento en Guiaes: la boda de doña Amelia Noroña con el administrador. Yo defendía a doña Amelia y los derechos del amor, cuando se hizo un silencio: era Jacinto, que se incorporaba con la copa en la mano:

—¡Viejo amigo Pepe Fernández, a tu salud! Muchos y buenos años en compañía de tu tía, y señora de todos mis respetos, a quien me permito saludar también.

Todas las copas, donde la espuma moría sobre un fondo de champaña, se levantaron con un amplio rumor de amistad y buena vecindad. Hice vivamente una seña a Manuel para que llenase las copas; y también en pie, echando hacia atrás la levita:

—Señores, solicito un brindis cordial para mi viejo amigo Jacinto, que honra por primeza vez esta casa fraterna... ¿Qué digo? Que honra por primera vez con su presencia su querida patria. Y que se quede aquí,

por las sierras, muchos años, todos venturosos. ¡A tu salud, viejo amigo!

Corrió otro rumor por la mesa, pero más ceremonioso y tranquilo. Nuestra oratoria no encendía, evidentemente, las imaginaciones. Tía Vicenta hizo tintinear su copa, casi vacía, contra la de Jacinto, que tocó en la copa de su vecina, Luisita Rojao, toda resplandeciente y más encarnada que una peonía. Después fué una cadena de brindis, con las copas casi vacías, entre todos los invitados, sin olvidar al tío Adrián y al abad, ambos ausentes y ambos con furúnculos. Y tía Vicenta esparcía aquella mirada que preparaba el levantarse, el arrastrar de sillas, cuando don Teotonio, alzando su copa de vino de Oporto y con la otra mano apoyada en la mesa, medio levantado, llamó a Jacinto, y con una voz respetuosa, ahuecada:

—Este es completamente personal y entre nosotros... ¡Brindo por el ausente!

Vació la copa, como religiosamente, pontificando. Jacinto bebió asombrado, sin comprender. Arrastraban las sillas, y yo di el brazo a la tía Albergaria.

Y solamente comprendí en la sala, cuando el doctor Alipio, con su taza de café y el puro humeante, me dijo, con una de aquellas miradas finas, que le habían valido el apodo de *doctor Agudo:*

—Espero que, al menos aquí, por Guiaes, no se alce de nuevo la horca...

Y la misma fina mirada me lanzó don Teotonio, que arrastró a Jacinto hacia las cortinas de una ventana, hablándole con un aire de fe y de misterio. ¡Era el miguelismo, santo Dios! El buen Teotonio consideraba a Jacinto como un hereditario y férreo miguelista, y en su inesperada visita al solar de Tormes entrevió una misión política: el comienzo de una propaganda enérgica, el primer paso para una intentona de restauración Y en la reserva de aquellos caballeros ante mi príncipe sentí entonces la sospecha liberal, el recelo de una influencia rica, nueva, en las elecciones próximas, y la creciente irritación contra las viejas ideas, representadas por aquel joven, tan acaudalado, de una civilización tan superior. Derramé casi el café en la alegre sorpresa de aquel disparate. Y retuve a Mello Rebello, que dejaba otra vez la taza vacía en la bandeja, mirando con cierta risa al *doctor Agudo.*

—Entonces, francamente, ¿creen los amigos que Jacinto ha venido a Tormes a laborar por el miguelismo?

Muy serio, Mello Rebello acercó su espeso bigote a mi oreja:

—Hasta se dice, como cosa cierta, que el príncipe don Miguel está con él en Tormes.

Y como yo los contemplase estupefacto, el *doctor Agudo*—¡y tan agudo!—corroboró:

—Es lo que dicen... ¡Disfrazado de criado!

—¿De criado? ¡Oh santo Dios! ¡Era Bautista! Precisamente, Ricardo Velloso vino, con su cigarrillo a encenderlo en mi puro. Y el buen Rebello invocó en seguida su testimonio. ¿No se rumoreaba que el hijo de don Miguel estaba en Tormes, escondido?

—Disfrazado de lacayo — confirmó acto seguido el digno Rebello.

Encendió el cigarro, exhaló el humo y alzando mucho las cejas, meditabundas:

—Si es así, me parece un atrevimiento. A mí no me disgustaría verle. Dicen que es un guapo mozo, de buena facha. Pero, en fin, mi tío Juan Vaz Rebello fué deshecho a hachazos en la cárcel de Almeida...

Y si empiezan de nuevo estas cuestiones, malo, malo. Ahora bien, su amigo...

Enmudeció. Jacinto, que se había desprendido del viejo don Teotonio, y conservaba aún un resto de risa, de divertido asombro, venía hacia mí, a desahogarse.

—¡Extraordinario! Veo que aquí, en la sierra, se conservan aún, sin una arruga, las viejas y buenas ideas.

Inmediatamente, sin poderse contener, Mello Rebello intervino:

—Según a lo que usted llame *buenas ideas.*

Y yo ahora, furioso con aquella disparatada patraña, que rodeaba de hostilidad a mi pobre Jacinto y estropeaba aquella grata noche de cumpleaños, repliqué, con viveza:

—¿Tú juegas al tresillo, Jacinto? No juegas. Entonces, vamos a organizar dos mesas. Don Teotonio querrá manejar cartas.

Y arrastré a Jacinto hacia las señoras, que de nuevo se agrupaban a la sombra de tía Vicenta, instalada en su esquina del sofá. Todas callaron, pareciendo encogerse ante la aparición de mi príncipe, como palomas que divisan al buitre. Y dejé al hombre temido afirmando a la mujer del doctor Alipio — un poco separada del bando de las aves tímidas—que le causaba un gran placer tener ocasión de conocer a sus vecinas de Tormes. Ella abrió, nerviosamente, el abanico, sonriendo; y seguramente no había nunca admirado Jacinto en la ciudad una boca más roja ni unos dientecillos más brillantes. Pero después de organizar la mesa de tresillo, tuve que sentarme yo en sustitución de Manuel Albergaria, que era dispéptico, se declaró fatigado y deseaba respirar un momento en el balcón. Todos aquellos caballeros, por otra parte, se quejaron del calor. Mandé abrir los balcones que daban sobre las mimosas del patio. Velloso, al barajar, se paró, resoplando, como oprimido:

—Es sofocante... ¡Tendremos aún tormenta

Y el doctor Alipio, inquieto porque tenía una hora de camino hasta su casa, y una de las yeguas del coche era muy nerviosa, corrió al balcón a observar el cielo, que había ennegrecido, triste y pesado.

—En efecto; va a caer agua.

Los tallos de las mimosas susurraban, estremecidos; y el aire que agitaba las cortinas era intermitente, alocado. Seguramente en la sala, entre las señoras surgió la misma inquietud, porque la tía Albergaria apareció, avisando a Jorge con la mano.

Era prudente pensar en partir, la noche amenazaba... Y el doctor Alipio, sacando el reloj, propuso que, acabada aquella puesta, se preparase la marcha. Precisamente Albergaria venía del balcón calmado, aliviado con una copa de ginebra; y volvió a coger sus cartas, anunciando también que se acercaba una fuerte tormenta.

Al volver a la sala, encontré a Jacinto muy alegre entre las señoras, que se habían familiarizado con él, escuchando, llenas de risa y de gozo, la historia de su llegada a Tormes, sin maletas, sin criados, tan desprovisto, que durmió con la camisa de la rentera. Pero mi pobre noche de cumpleaños terminaba, desorganizada. La tía Albergaria rondaba de balcón en balcón, asustada con el regreso a la Roqueiriña, espiando las tinieblas sofocantes. Poniéndose lentamente los guantes la bella esposa del doctor Alipio, preguntaba si quedaba aún resto en la mesa de juego. Y tía Vicenta apresuró el té, que Manuel, seguido de Ger-

trudis, con la bandeja de pasteles, empezó ya a servir a las señoras. Jacinto en p i e, ofreciendo tazas, bromeaba:

—Entonces, ¿tanta prisa y tanto miedo a causa de una tormentilla?

Ellas replicaron, familiarizadas con una creciente simpatía por mi príncipe:

—Usted habla así porque se queda bajo techado...

—Ya querríamos verle... si fuese ahora hacia Tormes, con esta noche cerrada.

El tresillo había terminado en las dos mesas; y aquellos caballeros, desde los balcones, gritaban órdenes hacia el patio, negro, donde esperaban los coches enganchados:

—¡Baja la capota de la victoria, Diego!

—¡Enciende los faroles, Pedro! Siempre ayudará la luz de los faroles.

Quiteria, la criada, llegaba a la puerta con los brazos cargados de chales y de mantillas de encaje. Como una de las Albergarias iba en el asiento delantero en la victoria, corrí a buscar mi gabán impermeable, para que se abrigase si la lluvia empezaba a caer. Y sólo don Teotonio, que tenía hasta su casa media legua de buen camino, apenas no se daba prisa, agarrado otra vez a mi príncipe, a quien llevaba a los rincones más solitarios, en profundas conversaciones, que su dedo, solemne y rígido, sublimaba. Pero la tía Albergaria gritó que ya llovía, y hubo entonces una prisa en las señoras, que besuqueaban vivamente a tía Vicenta, mientras los hombres, en la antesala, se ponían precipitadamente los gabanes.

Jacinto y yo bajamos al patio para acompañar aquella desbandada, y un carruaje tras otro la tartana del doctor Alipio, la victoria de las Albergaria, el viejo e inmenso landó de los Velloso, rodaron en la noche, entre nuestros deseos de buen viaje. Por fin, don Teotonio se puso los guantes negros y entró en su coche, diciendo a Jacinto:

—Bueno, primo y amigo, permita Dios que de nuestro encuentro y de lo demás que pueda ocurrir, resulte algún bien para esta tierra.

Subiendo la escalera, mi príncipe se desahogó:

—Este Teotonio es extraordinario. ¿Sabes lo que he descubierto por fin? Que me toma por un miguelista, y se figura que he venido a Tormes a preparar la restauración de don Miguel.

—¿Y tú?

—Yo me he quedado tan atónito, que no le he desengañado.

—Pues vas a saber más, mi pobre amigo. Todos piensan lo mismo, están desconcertados, y temen ver levantarse de nuevo las horcas en Guiaes. Y se rumorea que tú tienes al príncipe don Miguel escondido en Tormes, disfrazado de lacayo. ¿Y sabes quién es él? ¡Bautista!

—Eso es sublime—murmuró Jacinto, con los ojos muy abiertos.

En la sala, tía Vicenta nos esperaba, desconsolada, entre todas las luces que ardían aún en el silencio y la paz de la tertulia dispersa:

—¡Qué cosas! No han querido quedarse a tomar un poco de jalea, una copita de oporto.

—Ha estado todo muy desanimado, tía Vicenta—exclamé, desahogando mi tedio—. Todo ese mujerío enmudeció; los amigos, con un aire desconfiado...

Jacinto protestó, muy divertido y muy sincero:

—No. Todo lo contrario. Me gustó muchísimo. ¡Excelentes personas! Y tan sencillas... Todas estas muchachas me parecen magníficas. ¡Y tan

frescas, tan alegres! Voy a tener aquí buenos amigos, cuando comprueben que no soy miguelista.

Entonces contamos a tía Vicenta la prodigiosa historia de don Miguel, escondido en Tormes. Ella se reía. ¡Qué cosas! Y malo sería...

—Pero usted, don Jacinto, ¿no lo es?

—Yo, señora, soy socialista.

Intervine explicando a tía Vicenta que socialista era estar del lado de los pobres. La buena señora consideraba aquel partido el mejor, el verdadero:

—Mi Alfonso, que en gloria esté, era liberal. Mi padre también, y hasta amigo del duque de la Terceira.

Pero un fuerte trueno rodó, atronando la noche negra; y el aguacero cantó en los cristales y en las piedras del balcón.

—¡Santa Bárbara bendita!—gritó tía Vicenta—. ¡Ay, esa pobre gente! Hasta me dejan con cuidado. Las Rojao que van en la victoria...

Y corrió hacia su cuarto, en su prisa de encender las dos velas acostumbradas en el oratorio, aun antes de ir a guardar la plata y de rezar el rosario con Gertrudis.

XIV

Al día siguiente, después del almuerzo, Jacinto y yo montamos a caballo para dar un gran paseo hasta la Flor de Malva, a saber de mi tío Adrián y de su furúnculo. Y sentía yo una curiosidad interesada y hasta inquieta en presenciar la impresión que haría a mi príncipe Juanita, aquella prima nuestra que era el orgullo de nuestra casa. Ya aquella mañana, estando todos en el jardín escogiendo una bella rosa de té para el ojal de mi príncipe, tía Vicenta celebró con tanto fervor la belleza, la gracia, la caridad y la dulzura de su sobrina muy amada, que yo protesté:

—¡Oh tía Vicenta! Mire que esos elogios corresponden solamente a la Virgen María.

La tía Vicenta está a punto de caer en pecado de idolatría. Jacinto después va a encontrarse una criatura sólo humana y a sufrir un tremendo desencanto.

Y ahora, trotando por la llana carretera de Sandofim, recordé aquella mañana en el doscientos dos en que Jacinto encontró el retrato de ella en mi cuarto y la calificó de *labradoraza*. En efecto; era grande y fuerte Juanita. Pero la fotografía databa de su época de lozanía rústica, cuando ella era sólo una bella, fuerte y sana planta de la sierra. Ahora había entrado en los veinticinco, y pensaba y sentía ya; y el alma que en ella se formó habíase afinado y suavizado, espiritualizando su esplendor rubicundo.

La mañana, con el cielo purificado todo por la tormenta de la víspera, y las tierras reverdecidas y lavadas por los ligeros chubascos, ofrecía una dulzura luminosa, fresca, que hacía grato, como dicen el viejo Eurípides o el viejo Sócrates, mover el cuerpo y dejar ociosa el alma, sin prisa ni afanes. La carretera no tenía sombra, pero el sol caía sin fuerza y nos rozaba con una caricia casi alada. El valle parecíale a Jacinto, que no había pasado nunca por allí, un lienzo de la escuela francesa del siglo XVIII; tan graciosamente ondulaban en él las verdes tierras, con tanta paz y frescura corría el risueño Serpao y tan afables y prometedores de abundancia y contento blanqueaban los caseríos entre los tiernos verdores. Nuestros caballos marchaban con paso pen-

sativo, gozando también de la paz de la mañana adorable. Y no sé, no supe nunca, qué pequeñas plantas silvestres y ocultas esparcían aquel delicado aroma que yo tantas veces olí, en aquel camino, al comenzar el otoño.

—¡Qué delicioso día! —murmuró Jacinto—. Este camino hacia la Flor de Malva es el camino del cielo. Oye, Pepe Fernández, ¿de qué es este olorcillo tan dulce, tan bueno?

Sonreí, con cierto pensamiento:

—No sé. Es tal vez ya el olor del cielo.

Después, deteniendo el caballo, señalé con la fusta hacia el valle:

—Mira, allá, donde está aquella fila de olmos y brilla el riachuelo, son ya tierras del tío Adrián. Tiene allí un huerto que da los melocotones más deliciosos de Portugal. He de pedir a la prima Juanita que te mande un cesto de ellos. Y el dulce que hace ella con esos melocotones es, chico, algo celestial. También le diré que te mande ese dulce.

Él reía.

—Eso será abusar de la prima Juanita.

Y yo—¿por qué?—recordé y lancé a mi príncipe estos cuatro versos de una balada caballeresca compuesta en Coimbra por mi pobre amigo Procopio:

Mandaré un siervo querido,
¡recibidle, dama hermosa!
Os entregará un anillo,
con el anillo, una rosa.

Jacinto rió alegremente:

—Pepe Fernández, eso sería excesivo, sólo por media docena de melocotones y un tarro de dulce.

Reíamos así cuando apareció a la vuelta de la carretera el largo muro de la quinta de los Velloso, y después la capillita de San José de Sandofim. E inmediatamente piqué espuelas hacia la taberna del *Tuerto*, a causa de aquel vinillo blanco que siempre me pide el alma cuando por allí la llevo. Mi príncipe censuró aquello, indignado:

—¡Oh Pepe! ¿Cómo vas a beber vino blanco a esta hora, después de almorzar?

—Es una antigua costumbre. Aquí, en la tabernita del *Tuerto*... Un vasito... El alma me lo pide.

Y paramos; grité llamando a Manuel, que apareció, moviendo su abultada panza sobre las piernas torcidas, con la jarra verde y un vaso.

—Dos vasos, amigo *Tuerto*. Pues aquí, este señor, también lo aprecia.

Después de una débil protesta, mi príncipe quiso también, miró el limpio y dorado vino al trasluz y vació el vaso con delicia, chasqueando la lengua con alta estimación.

—¡Delicioso vinillo! Me gustará tomarlo en Tormes. Es perfecto.

—¿Eh? Fresquito, ligero, aromático, alegrador, todo alma. Llene otra vez los vasos, amigo *Tuerto*. Este caballero es don Jacinto, el hidalgo de Tormes.

Entonces, desde el umbral de la taberna, un vozarrón sonó hueca y solemnemente:

—¡Bendito sea el padre de los pobres!

Y un extraño viejo, de largos cabellos blancos, que le comían la cara color ladrillo, asomó en la puerta, apoyado en un cayado, con una caja de lata en bandolera, y clavó en Jacinto unos ojillos de un brillo negro que chispeaban. Era el tío Juan Torrado, el profeta de la sierra. Le tendí en seguida la mano, que él estrechó, sin apartar de Jacinto los ojos, que se abrían más negros aún. Mandé traer otro vaso, y presenté a Jacinto, que se sonrojó, azorado.

—Pues aquí tiene al señor de Tor-

mes, que hace por ahí todo ese bien a los pobres.

El viejo extendió bruscamente el brazo, que salía velludo y casi negro de una manga muy corta.

—¡La mano!

Y cuando Jacinto se la dió, después de quitarse vivamente el guante, Juan Torrado la retuvo largo rato con un apretón lento y pensativo, murmurando:

«Mano real, mano que da; mano que viene de arriba, mano ya rara.»

Después cogió el vaso que le ofrecía el *Tuerto*, bebió muy pausadamente, se secó las barbas, dió un toque a la correa que sostenía la caja, y, golpeando con la punta del cayado en el suelo:

—Pues alabado sea Nuestro Señor Jesucristo que por aquí me trajo, que no perdí el día y vi un hombre.

Y yo entonces, inclinándome hacia él más confidencialmente:

—Oiga, tío Juan. ¿Es verdad que anda usted diciendo por todos sitios que ha vuelto el rey don Sebastián?

El pintoresco viejo apoyó las dos manos sobre el cayado, la quijada de esparcida barba sobre las manos, y murmuró, sin mirarnos, como siguiendo el curso de sus pensamientos:

—Tal vez haya vuelto, tal vez no haya vuelto. No se sabe quién va ni quién viene. La gente ve los cuerpos, pero no ve las almas que están dentro. Hay cuerpos de ahora con almas de antes. Cuerpo y traje, alma y persona. En la feria de Roqueiriña, quién sabe con cuántos reyes antiguos topa uno, cuando anda a tropezones entre los vaqueros. En ruin cuerpo se esconde buen señor.

Y como acabó en un murmullo, yo, lanzando una mirada a Jacinto, para gozar de aquellas extrañas y pintorescas maneras de vidente, insistí:

—Pero, ¿piensa usted, realmente, tío Juan, en conciencia, que el rey don Sebastián no murió en la batalla?

El viejo alzó hacia mí la cara, que se arrugó con recelo:

—Esas cosas son muy antiguas. Y no resultan bien aquí a la puerta del *Tuerto*. El vino era bueno, y tiene usted prisa, hijo mío. La flor de la Flor de Malva tiene a su padre malito. Pero el mal va ya sierra abajo, con la hinchazón a cuestas. Da gusto ver a quien da gusto a los tristes. Encima de Tormes hay una estrella clara. ¡Y hala, hala, a trotar, a trotar, que está hermoso el día!

Con la descarnada mano hizo un gesto para que siguiésemos. Y pasábamos ya el crucero cuando su grito retumbó de nuevo, con hueca solemnidad:

—¡Bendito sea el padre de los pobres!

Muy tieso en medio de la carretera, alzaba el cayado como dirigiendo las aclamaciones de un pueblo. Y Jacinto se asombraba de que hubiese aún en el reino un sebastianista.

—Todos lo somos aún en Portugal, Jacinto. En la sierra o en la ciudad, cada cual espera su don Sebastián. Hasta la lotería de la misericordia es una forma de sebastianismo. Yo, todas las mañanas, aunque no sean de niebla, espero a ver si llega el mío. O, mejor dicho, la mía, porque espero una doña Sebastiana. ¿Y tú, potroso?

—¿Yo? ¿Una doña Sebastiana? Estoy muy viejo, Pepe Fernández. Soy el último Jacinto. ¡Jacinto, punto final! ¿Qué casa es aquélla con los dos torreones?

—La Flor de Malva.

Jacinto sacó el reloj.

—Son las tres. Hemos empleado hora y media. Pero ha sido un hermoso e instructivo paseo. Es bonito este sitio.

Sobre un pequeño cerro, separada de la carretera por la arboleda, que cerraba un muro y en lo alto, la Flor de Malva volvía hacia Oriente, hacia el sol su larga fachada con los dos torreones cuadrados, donde las ventanas con barandilla estaban enmarcadas con azulejos. El gran portón de hierro, bordeado por dos bancos de piedra, quedaba al fondo de la pequeña explanada, donde un inmenso castaño esparcía verdor y sombra. Sentado sobre las fuertes raíces del gran árbol, esperaba un chiquillo reteniendo un burro por el ronzal.

—¿Está por ahí Manuel, el portero?

—Ahora mismo subió por la alameda.

—Bien; empuja el portón.

Y subimos por una corta avenida, hasta otra explanada, con una pérgola, una casa para la servidumbre cubierta de hiedra y una perrera, de donde saltó, con un ruido de cadena arrastrada, un mastín, *Tritón*, al que calmé en seguida haciendo que reconociese a su antiguo amigo Pepe Fernández. Y Manuel, el portero, corrió desde la fuente, en la que llenaba un gran balde, para coger nuestros caballos.

—¿Cómo está el tío Adrián?

Sordo, el excelente Manuel sonrió complacido:

—Entonces, ¿está bien el señor? La señorita Juanita estaba ahora en el naranjal con el niño de la Josefa.

Seguimos por unas callecitas bien enarenadas, con bordes de espliego y de alto boj, mientras yo contaba a mi príncipe que aquel pequeño de la Josefa era un ahijado de mi prima Juana, y ahora, su encanto y su cuidado entero.

—Esta santa prima mía, aun siendo soltera, tiene ahí por la feligresía una verdadera serie de ahijados. Y no sólo les da ropas y regalos y ayuda a las madres: hasta los lava, los peina y les cura la tos. Me la encuentro siempre con alguna criatura en brazos. Ahora tiene una pasión por este Joselito...

Pero cuando llegamos al naranjal, al borde de la ancha calle de la quinta que conducía al estanque, en vano busqué y me adentré y hasta grité:

—¡Eh, Juanita! Tal vez esté allá abajo, hacia el estanque.

Bajamos la calle, entre árboles que la cubrían con las espesas ramas cruzadas. Una fresca y límpida agua de riego corría y rebrillaba por una canaleja de piedra. Entre los troncos, los rosales silvestres conservaban aún un frescor veraniego. Y el campito que se divisaba al otro lado resplandecía suavemente, todo amarillo y blanco, de margaritas y botones de oro.

El estanque, redondo, había sido vaciado para limpiarlo, y ahora el surtidor lo iba llenando nuevamente de un agua muy clara, baja todavía, donde los peces rojos se agitaban en la alegría de recobrar su pequeño océano. Sobre uno de los bancos de piedra que rodeaban el estanque, había un cesto lleno de dalias cortadas. Un mozo que sobre una escalera podaba las camelias, había visto a la señorita Juana dirigirse hacia el lado del parral.

Fuimos hacia el parral, cargado aún todo él de uvas negras. Dos mujeres, lejos, enjabonaban en un lavadero, a la sombra de los grandes nogales. Grité:

—¡Eh! ¿Han visto por ahí a la señorita Juana?

Una de las mozas desgañitó la voz, que se perdió en el amplio aire luminoso y suave.

—Bueno, vamos a la casa. No podemos rastrear así toda la tarde.

—Es una hermosa quinta—murmuraba mi príncipe, encantado.

—¡Magnífica! Y bien cuidada. El tío Adrián tiene un rentero excelente. No es tu Melchor. Observa y aprende, labrador. Mira aquellos cebollinos.

Pasamos por la huerta, una huerta ajardinada como la soñó mi príncipe, con sus tablares adornados de espliego y la madreselva enroscada a los pilares de piedra, que formaban callecitas frescas entoldadas de espesa parra. Y dimos la vuelta a la capilla, donde crecía a los dos lados de la puerta un rosal de té, con una rosa única, muy abierta, y una mata de vainilla, de la que Jacinto cogió una ramita para oler. Entramos luego en el terrado frente a la casa, con su balaustrada de piedra, rodeada toda de jazmines amarillos. La puerta acristalada estaba abierta, y subimos por la escalera de piedra, en el inmenso silencio en que reposaba toda la Flor de Malva, hasta la antesala, de altos techos artesonados, con anchos bancos de madera, sobre los cuales se desvanecían en su vieja pintura las armas complicadas de los Cerqueira. Empujé la puerta de otra sala que tenía los balcones abiertos, y en cada uno la jaula de un canario.

—¡Es curioso!—exclamó Jacinto. Parece mi Nacimiento... Y mis sillas.

En efecto; sobre una cómoda antigua, con bronces antiguos también, había un Nacimiento, semejante al de la biblioteca de Jacinto. Y las sillas, de cuero labrado, tenían, como las que él descubrió en el sótano, unas armas bajo un capelo cardenalicio.

—¡Oh señores!—exclamé—. ¿No habrá un criado?

Di unas fuertes palmadas. Y el mismo grato silencio se mantuvo largo rato, todo luminoso y aromado por el aire suave de la quinta, interrumpido tan sólo por los brinquitos de los canarios en las cañitas de las jaulas.

—Es el palacio de la Bella en el bosque dormido—murmuró Jacinto, casi indignado—. Da un grito.

—¡No, caramba! Voy ahí dentro.

Pero en la puerta, que se abrió de repente, apareció mi prima Juanita, sofocada del paseo y del aire libre, con un vestido claro un poco abierto en el cuello, que fundía más tiernamente, en una amplia claridad, el esplendor blanco de su piel y el rubio ondulado de su bello pelo, lindamente risueña con la sorpresa que agrandaba sus ojazos, negros y luminosos, trayendo en brazos una niñita, gorda y sonrosada, cubierta solamente con una camisita de grandes lazos azules.

Y así fué como Jacinto, aquella tarde de septiembre, en la Flor de Malva, vió a aquella con quien se casó en mayo, en la capillita de azulejos, cuando el gran esqueje del rosal se cubrió todo de rosas.

XV

Y ahora, entre rosales que revientan y viñas que se vendimian, han pasado ya cinco años sobre Tormes y la sierra. Mi príncipe ya no es el último Jacinto, el Jacintito punto final, porque en aquel solar que ya declinaba corren ahora, con pujante vida, una gorda y colorada Teresita, mi ahijada, y un Jacintillo, caballero muy de mi intimidad. Y,

padre de familia, empezó a resultar monótono por la perfección de la belleza moral, aquel hombre tan pintoresco por su inquietud filosófica y por los variados tormentos de su fantasía insaciada. Cuando él, ahora, buen conocedor de las cosas del cultivo, recorría conmigo la quinta, en sólidas charlas agrícolas, prudente y nada quiméricas, yo casi compadecía a aquel otro Jacinto que arrancaba una teoría de cada rama de árbol, y, azotando el aire con el bastón, proyectaba queserías de cristal y porcelana y quesitos que costaban doscientos duros cada uno.

También la paternidad había despertado su responsabilidad. Jacinto tenía ahora un cuaderno, pequeño aún, garrapateado a lápiz, con hojas y papelitos sueltos entremezclados, pero donde sus gastos y sus rentas se alineaban, como dos huestes disciplinadas.

Había visitado ya sus posesiones de Montemayor y de la Beira, y arreglaba, amueblaba las viejas casas de aquellas fincas para que sus hijos, más adelante, ya crecidos, encontrasen los «nidos hechos». Pero donde comprobé que, definitivamente, un perfecto y feliz equilibrio se había establecido en el alma de mi príncipe, fué cuando él, abandonando ya aquel primitivo y ardiente fanatismo de la sencillez, entreabrió la puerta de Tormes a la civilización. Dos meses antes de nacer Teresita, una tarde entró por la avenida de plátanos una larga y rechinante fila de carros, requisados por toda la feligresía, y llenos de cajones. Eran los famosos cajones, detenidos tanto tiempo en Alba de Tormes, y que llegaban para vaciar la ciudad sobre la sierra. Yo pensé: «¡Malo! Mi pobre Jacinto sufre una recaída.» Pero las comodidades más complicadas que contenían aquellos cajones pavorosos fueron, con gran sorpresa mía, llevadas a los sótanos inmensos, hacia el polvo de la inutilidad; y el viejo solar sólo se benefició con algunas alfombras para sus suelos, cortinas para los desabrigados balcones y hondos sillones, hondos sofaes para que los descansos por los que él suspiraba fueran más lentos y suaves. Atribuí aquella moderación a mi prima Juanita, que amaba Tormes en su áspera desnudez. Ella juró que así lo había ordenado su Jacinto. Pero pasadas unas semanas, temblé. Apareció, llegado de Lisboa, un capataz con obreros y más cajones para instalar un teléfono.

—¿Un teléfono en Tormes, Jacinto?

Mi príncipe e x p l i c ó, humildemente:

—Es para casa de mi suegro. Ya lo ves.

Era razonable y cariñoso. El teléfono, sin embargo, sutil y mudamente, extendió otro largo hilo hacia Valverde. Y Jacinto, alargando los brazos, casi suplicante:

—Hacia casa del médico, ¿comprendes?

Era prudente. Pero cierta mañana, en Guiaes, me despertaron los gritos de tía Vicenta. Había llegado un hombre misterioso, con otros hombres, trayendo alambre para instalar en nuestra casa el nuevo invento. Tranquilicé a tía Vicenta, jurándole que aquel aparato no armaba barullo, ni causaba enfermedades, ni atraía las tormentas. Pero corrí a Tormes. Jacinto sonrió, encogiéndose de hombros:

—¿Qué quieres? En Guiaes están el boticario, el carnicero... Y luego estás tú.

Era un detalle fraternal. Pensé de nuevo: «¡Estamos perdidos! ¡Dentro de un mes tenemos a la pobre Juana abrochándose el vestido por medio de una máquina. ¡Pues no!»

El progreso que, intimado por Jacinto, había subido a Tormes para establecer allí sus maravillas, creyendo tal vez que conquistaba un reino para afearlo, bajó, silenciosamente, desilusionado, y no vimos más en la sierra su rígida sombra color hierro y hollín. Entonces comprendí que, realmente, en el alma de Jacinto se había establecido el equilibrio de la vida, y con él la gran ventura, de la que durante tanto tiempo fué él príncipe sin principado. Y una tarde, en el huerto, al encontrarme a nuestro viejo Grillo, reconciliado ahora con la sierra, desde que la sierra le dió niños que llevar a cuestas, observé al digno negro que leía su *Figaro*, armado con unos lentes enormes:

—Bueno, Grillo, ahora sí que podemos decir que don Jacinto está firme.

Grillo apartó los lentes hacia la frente, y levantando en el aire los cinco dedos curvados como pétalos de un tulipán:

—El señor ha brotado.

¡Profundo y digno negro! Sí. Aquel reseco vástago de ciudad, plantado en la sierra, agarró, chupó el mantillo de la tierra heredada, creó savia, echó raíces, engrosó de tronco, dió ramas, se abrió en flores, fuerte, sereno, dichoso, benéfico, noble, produciendo frutos, esparciendo sombra. Y, cobijados bajo el gran árbol y nutridos por él, cien casas alrededor le bendecían.

XVI

Muchas v e c e s, Jacinto, durante aquellos años, habló, complacido, de una vuelta de dos o tres meses al doscientos dos, para enseñar París a la prima Juanita. Y yo sería su compañero fiel para archivar los asombros de mi serrana ante la ciudad. Después se convino en esperar a que Jacintito cumpliera los dos años para que pudiese viajar sin incomodidad y señalando ya con su dedo hacia las cosas de la civilización. Pero cuando el niño cumplió en octubre aquellos dos años anhelados, la prima Juanita sintió una pereza enorme, casi aterrada, del tren, del estruendo de la ciudad, del doscientos dos y de sus esplendores. «¡Estamos aquí tan bien! ¡Hace un tiempo tan hermoso!», murmuraba, echando los brazos, siempre deslumbrada, al fuerte cuello de su Jacinto. El desistía en seguida de París, encantado. «Iremos en abril, cuando los castaños de los Campos Elíseos estén en flor.» Pero en abril aparecieron aquellos cansancios que inmovilizaban a Juanita en el diván, feliz, risueña, con manchas en la piel y la bata más desceñida. Por todo un largo año quedaba aplazada la alegre aventura. Yo sufría por entonces de desocupación. Las lluvias de marzo prometían una abundante cosecha. La tal Ana Vaquera, colorada y bien formada, viuda, que proveía a las necesidades de mi corazón, partió con su hermano hacia el Brasil, donde dirigía una taberna. Desde el invierno sentía yo también en el cuerpo como un comienzo de enmohecimiento, que lo agarrotaba, y ciertamente, en algún sitio de mi alma nació una pizca de moho. Además, murió mi yegua. Marché a París.

Una vez en Hendaya, apenas pisé la dulce tierra de Francia, mi pensamiento, como un palomo en un viejo palomar, voló al doscientos dos, tal vez al ver un enorme cartel en que una mujer desnuda, con flores bacánticas en las trenzas, se retorcía, sosteniendo en una mano una botella espumante y blandiendo en

la otra, para anunciarlo al mundo, un nuevo sacacorchos. Y, ¡oh sorpresa!, he aquí que inmediatamente después, en la estación clara y quieta de San Juan de Luz, un joven esbelto, de perfecta elegancia, entró vivamente en mi departamento, y, después de mirarme, gritó:

—¡Hombre, Fernández!

¡Marizac! ¡El duque de Marizac! Era ya el doscientos dos. ¡Con qué agradecimiento estreché su fina mano por haberme reconocido! Y, arrojando en un rincón del coche un paquete de periódicos que el criado le entregó, el bueno de Marizac exclamó, con la misma sorpresa, alegre:

—¿Y Jacinto?

Conté lo de Tormes, la sierra, su primer amor por la Naturaleza, su otro gran amor por mi prima y los dos hijos que llevaba montados en el cuello.

—¡Ah, qué canalla!—exclamó Marizac, con los ojos clavados en mí—. Es capaz de ser feliz.

—Espantosa, locamente... Bueno. No hay adverbios...

—Indecentemente — murmuró Marizac, muy serio—. ¡Qué canalla!

Yo entonces quise saber de nuestra pandilla familiar del doscientos dos. Y él, encogiéndose de hombros y encendiendo un cigarrillo:

—Toda esa gente circula...

—¿Y madame de Oriol?

—Continúa.

—¿Y los Trèves? ¿Y Efraim?

—Continúan los tres.

Hizo un lánguido gesto.

—Durante cinco años, en París, todo sigue... Las mujeres, con un poco más de polvos y la piel un poco más blanda y arrugada... Los hombres, con un poco más de dispepsia. Pero todo sigue. Tuvimos los anarquistas. La princesa de Carman se fugó con un acróbata del circo de invierno..., y *voilà!*

—¿Y Dorman?

—Sigue también. No le he vuelto a ver desde el doscientos dos. Pero veo a veces su nombre en *Le Boulevard*, con unos versos preciosos, con obscenidades muy exquisitas, muy sutiles.

—¿Y el psicólogo?... ¿Cómo se llamaba?...

—Sigue también. Siempre con las feminidades a tres francos cincuenta... Duquesas en camisa, almas desnudas... Cosas que se venden bien.

Pero cuando yo, encantado, iba a preguntar por Todelle, por el gran duque, el tren entró en la estación de Biarritz; y, rápidamente, cogiendo el gabán y los periódicos, después de estrecharme la mano, el delicioso Marizac saltó por la portezuela, que le abrió su criado, gritándome:

—¡Hasta París! Siempre en la *rue* Cambori.

Entonces, en el departamento solitario, bostecé, con una extraña sensación de monotonía, de hartura, como rodeado ya de gentes muy vistas, murmurando historias muy sabidas y cosas muy dichas entre sonrisas cansadas. A los dos lados del tren se desplegaba la larga llanura monótona, sin variedad, muy cuidadosamente cultivada, muy recortada, de un verde de reseda, verde ceniciento y apagado, donde ningún centelleo, ni un tono alegre de flor, ni siquiera un accidente del suelo, alteraban la mediocridad discreta y ordenada. Pálidos chopos, en hileras pautadas y finas, bordeaban canalillos muy rectos y claros. Las casas, todas del mismo color parduzco, apenas se alzaban del suelo, apenas resaltaban sobre la verdura descolorida, como encogidas en su mediocridad y cautela. Y por encima el cielo, despejado, sin una nube, con

un sol pálido, parecía un amplio espejo muy lavado, hasta quitarle todo el esmalte y el brillo. Me dormí en una dulce insipidez.

¡Con qué bonita mañana de mayo entré en París! Tan fresca y fina, ya suave, que, a pesar del cansancio, me metí con desgana en el profundo y sombrío lecho del Grand Hotel, todo cerrado por gruesos terciopelos, gruesos cordones, pesadas borlas, como un palenque de gala. En aquella honda cueva de plumas soñé que en Tormes se había construído una torre Eiffel, y que a su alrededor las señoras de la sierra, las más respetables, la propia tía Albergaria, danzaban desnudas, agitando en el aire sacacorchos enormes. Con las conmociones de aquella pesadilla y después con el baño y el desempaquetar la maleta, eran ya cerca de las dos cuando salí, por fin, del gran portal, y pisé, al cabo de cinco años, el bulevar; e inmediatamente me pareció que aquellos cinco años enteros había yo permanecido a la puerta del Grand Hotel: tan fatigosamente conocido me era aquel estridente rodar de la ciudad, y los árboles enclenques, y las gruesas mariposas, y los inmensos sombreros llenos de plumas sobre trenzas teñidas de rubio, y las tiesas levitas con las rosetas de la Legión de Honor, y los «golfos» ofreciendo en voz baja y ronca barajas obscenas y cajas de fósforos obscenas... «¡Santo Dios!», pensé. ¡Hace años que estoy en París!» Compré entonces en un quiosco un periódico, *La Voz de París*, para que me contase, durante el almuerzo, las noticias de la ciudad. La mesa del quiosco desaparecía rebosante de publicaciones ilustradas; y en todas se repetía la misma mujer, siempre desnuda, o semidesnuda, unas veces enseñando las flacas costillas, de gata famélica, y otras volviendo hacia el lector dos tremendas nalgas... Y murmuré de nuevo: «¡Santo Dios!» En el café de la Paix, el lívido camarero, con un resto de polvos sobre su lividez, aconsejó a mi apetito, por ser tan tarde, un lenguado frito y una chuleta.

—¿Y qué vino, señor conde?

—Chablis, señor duque.

Sonrió él ante mi delicioso chiste, y yo abrí, satisfecho, *La Voz de París*. En primera columna, entre una prosa muy retorcida, toda ella con brillos de joya barata, entreví una princesa desnuda y un capitán de dragones que sollozaba. Salté a otras columnas, donde se relataban hazañas de *cocottes* de sonoros nombres. En otra página, escritores elocuentes celebraban vinos digestivos y tónicos. Venían después los crímenes de costumbre. «¡No hay nada nuevo!» Puse a un lado *La Voz de París*, y sostuve entonces una lucha pavorosa con mi lenguado. El miserable, que se había frito contra mí rencorosamente, no consentía que desprendiese yo de su espina una carne escasa. Todo él se había resecado en una especie de suela impenetrable y tostada, contra la que el cuchillo se doblaba, impotente y trémulo. Llamé al camarero lívido, el cual con un cuchillo más fuerte, y afirmando en el suelo los zapatos de hebilla, arrancó, al fin, a aquel malvado dos tiritas, finas y cortas como palillos, que engullí juntas y que me dejaron hambriento. De un sólo bocado acabé con la chuleta. Y pagué quince francos con un buen luis de oro. En el cambio, que me devolvió el camarero, con la exquisita palidez de una civilización muy extendida, había dos francos falsos. Y, con aquella suave tarde de mayo, salí para tomar en la terraza un café color sombrero hongo, que sabía a habas.

Con el puro encendido, contemplé el bulevar a aquella hora, en toda la prisa y la estridencia de su basta sociabilidad. El denso torrente de los ómnibus, coches, carretones, troncos de lujo, rodaba vivamente, como una oscura humanidad hormigueando entre patas y ruedas, con una celeridad inquieta. Aquel movimiento continuo y rudo aturdió muy pronto mi espíritu, afecto durante cinco años a la quietud de las sierras inmutables. Intenté entonces, puerilmente, descansar en alguna forma inmóvil, ómnibus parado, fiacre que se parase de pronto en un brusco resbalón del tronco; pero en seguida alguna espalda apresurada se internaba por la portezuela del coche o un grupo de figuras oscuras trepaba ansiosamente por el ómnibus; y empezaba de nuevo, rápido, el retumbante rodar. Inmóviles, ciertamente, estaban las altas casas rígidas, colinas de piedra y cal, que contenían y disciplinaban aquel torrente jadeante. Pero desde la calle a los tejados, en cada balcón, por toda la fachada, eran rótulos de muestras encima de rótulos, apretados por otros rótulos de muestras; y me cansaba más percibir la tenaz continuidad del trabajo latente, el agotador cansancio del lucro, jadeando detrás de las fachadas ornadas y mudas. Entonces, mientras me fumaba mi veguero, se apoderaron de mí los sentimientos que Jacinto experimentó años antes en medio de la Naturaleza, y que tanto me divirtieron. Allí, a la puerta del café, entre la indiferencia y la prisa de la ciudad, sentí yo también, como él en el campo, la vaga tristeza de mi fragilidad y de mi soledad. Realmente, estaba allí como perdido en un mundo que no me era fraternal. ¿Quién me conocía? ¿Quién se interesaba por Pepe Fernández? Si sintiese yo hambre y lo confesase, nadie me daría de su pan. Por muy dolorosamente que mi rostro revelase una angustia, nadie en su prisa se detendría a consolarme. ¿De qué me servirían también las excelencias del alma, que sólo en el alma florecen? Si yo fuera un santo, a aquella turba no le importaría mi santidad; y si yo abriese los brazos y gritase, allí en el bulevar: «¡Oh hombres, hermanos míos!», los hombres, más feroces que el lobo ante el Pobrecito de Asís, reirían y pasarían indiferentes. Dos únicos impulsos, correspondientes a dos funciones únicas, parecían estar vivos tan sólo en aquella multitud: el lucro y el goce. Aislada entre ellos, y bajo el contagio ambiente de su influencia, mi alma en breve se contraería, convirtiéndose en un duro guijarro de egoísmo. Del ser que había yo aportado de la sierra, sólo quedaría al poco tiempo aquel guijarro, y en él, vivos, los dos apetitos de la ciudad: llenar la bolsa y saciar la carne. Y poco a poco las mismas exageraciones de Jacinto ante la Naturaleza, me invadían ante la ciudad. Aquel bulevar rezumaba para mí un vaho mortífero, extraído de sus millones de microbios. De cada puerta parecíame que salía un ardid para robarme. En cada cara divisada en la ventanilla de un fiacre sospechaba yo un bandido en acción. Todas las mujeres me parecían blanqueadas como sepulcros, conteniendo sólo podredumbre. Y consideraba de una tristeza funambulesca las formas de toda aquella multitud, su prisa áspera y vana, la afectación de las actitudes, las inmensas plumas de los sombreros, las expresiones postizas y falsas, la pompa de los pechos jadeantes, la encorvada espalda de los viejos mirando las imágenes obscenas de los escaparates. ¡Ah! Todo aquello era pueril, casi cómico por mi parte, pero es lo que yo sentía en el bulevar, pensando en la necesidad de hundirme en la sierra, para que, bajo su aire puro, se me desprendiese la costra de la ciudad, y resurgiese yo humano, y *Pepe Fernándico*.

Entonces, para disipar aquella pesadumbre, pagué el café, y marché lentamente a visitar el doscientos dos. Al pasar por la Magdalena, ante la estación de los ómnibus, pensé: «¿Qué habrá sido de madame Colombe?» Y ¡oh miseria! Por mi mísero ser subió una corta y cálida bocanada de deseo bruto por aquella bestia sucia y flaca. Era el charco donde yo me envenené que me envolvía en las emanaciones sutiles de su ponzoña. Después, al doblar la calle Royale hacia la plaza de la Concordia, topé con un robusto e impetuoso varón, que se detuvo, levantó el brazo y el vozarrón, a modo de mando:

—¡Eh, Fernández!

Era el gran duque. El apuesto gran duque, de chaqueta clara y sombrero tirolés color miel. Estreché con gratitud respetuosa la mano del príncipe, que me había reconocido.

—¿Y Jacinto? ¿En París?

Conté nuevamente lo de Tormes, la sierra, el rejuvenecimiento de nuestro amigo entre la Naturaleza, mi dulce prima y los robustos pequeños que llevaba él a cuestas. El gran duque se encogió de hombros, desconsolado:

—*Oh là, là!...* ¡Bah! Casado, en la aldea, con una chiquillería... ¡Hombre perdido! ¡Ahora se acabó! ¡Un muchacho útil! ¡Y que nos divertía y tenía gusto! Aquella comida color de rosa fué una fiesta muy linda... No se hizo ni ha vuelto a hacerse nada tan brillante en París... Y madame de Oriol... Hace pocos días la vi en el palacio de Hielo... Agradable mujer, mujer muy agradable todavía... Aunque no sea mi género... ¡Dulzona, lechosa, perfumada, nieve con vainilla! ¡Pero ese Jacinto!...

—Y vuestra alteza, ¿se queda en París?

El formidable personaje bajó la cabeza, ceñudo y confidencial:

—No. París resulta inaguantable... Está echado a perder, realmente echado a perder... ¡Ni siquiera se come! Ahora es el Ernest, de la plaza Gaillon, ese Ernest que era *maître d'hôtel* del Maire... ¿Ha comido usted allí? ¡Un horror! Todo se reduce al Ernest ahora. ¿Dónde se come? En el Ernest. ¡Quia! Esta mañana mismo almorcé allí... ¡Un horror! Una ensalada Chambord... como paja, como indecente paja. No tienen noción de lo que es una ensalada. París ha sido. El teatro, una birria. Mujeres, ¡puah! Un desastre todas. No hay nada. Aun así, en uno de los teatritos de Montmartre, en la Roulotte, hacen una revista que puede verse: *Vengan mujeres*, graciosa, bien desnuda... Celestine tiene una cancioncilla, medio sentimental, medio cochina, el *Amor en el W. C.*, que divierte y tiene tupé... ¿Dónde está usted, Fernández?

—En el Grand Hotel, señor.

—¡Qué barracón! Y su rey, ¿siempre bueno?

Incliné la cabeza:

—Su majestad, bien.

—¡Me alegro! Bueno, Fernández, he tenido mucho gusto... Ese Jacinto es el que me desconsuela. Vaya a ver esa revista... Buenas piernas la Celestine... Y tiene gracia el tal *Amor en el W. C.*...

Un fuerte apretón de mano, y su alteza subió pesadamente a su victoria, y me hizo aún una amable seña, que agradecí. ¡Excelente hombre aquel gran duque! Más reconci-

liado con París, crucé los Campos Elíseos. En toda su noble y hermosa largura, enteramente verde, con los castaños en flor, corrían, subiendo, bajando, las bicicletas. Me paré a contemplar aquella fealdad nueva, aquellos innumerables espinazos arqueados, aquellas piernas flacas, agitándose desesperadamente sobre dos ruedas. Viejos gordos, de morrillo rojo, pedaleaban pesadamente. Bergantes delgados, de pantorrillas descarnadas, huían en una hilera esfumada. Y las mujeres, muy pintadas, con chaquetilla corta y pantalones bombachos, pedaleaban más rápidamente aún, en el placer equívoco de la carrera, montadas sobre los cuadros metálicos. Y a cada instante pasaban otras horribles máquinas, victorias y faetones con motor, con una complicación de tubos y calderas, espitas y chimeneas, rodando con una trepidación estridente y pesada y esparciendo un denso olor a petróleo. Seguí hacia el doscientos dos, pensando en lo que diría un griego del tiempo de Fidias si viese aquella nueva belleza, aquella nueva gracia del andar humano.

En el doscientos dos, el portero, el viejo Vian, mostró una alegría enternecedora al reconocerme. No se hartaba de informarse del casamiento de Jacinto y de aquellos queridos niños. Y era para él una dicha verme aparecer, precisamente cuando estaban limpiándolo todo para el comienzo de la primavera. Cuando entré en la amada casa, sentí más vivamente mi soledad. No quedaba en toda ella ni uno de los acostumbrados aspectos que habrían hecho revivir la antigua camaradería con mi príncipe. Desde la antesala, grandes lonas cubrían los tapices heroicos, e igual lona parda ocultaba las telas de las sillas y de las paredes, así como las anchas estanterías de la biblioteca, donde los treinta mil volúmenes, noblemente alineados como doctores en un Concilio, parecían separados del mundo por aquel telón que sobre ellos había bajado después de terminar la comedia de su fuerza y de su autoridad. En el despacho de Jacinto, sobre la mesa de trabajo, había desaparecido aquella confusión de pequeños instrumentos de los que ya no me acordaba; y sólo la maquinaria suntuosa, sobre peanas y pedestales, recién limpia, relucía, con sus engranajes, tubos, ruedas, rígidos metales, de una frialdad inerte, en la inactividad definitiva de las cosas sin uso, como colocadas ya en un museo, para servir de ejemplos del instrumental caduco de un mundo pasado. Intenté tocar el teléfono, que no se movió; la llave de la electricidad no encendió ninguna luz; todas las fuerzas universales habían abandonado el servicio del doscientos dos, como sirvientes despedidos. Y entonces, paseando por los salones, me pareció, realmente, recorrer un museo de antigüedades; y que más adelante otros hombres, con una comprensión más pura y exacta de la vida y de la felicidad, recorrerían, como yo, largos salones, llenos de los instrumentos de la supercivilización, y como yo, se encogerían desdeñosamente de hombros ante la gran ilusión que había terminado, ahora inútil para siempre, recogida como una basura histórica y guardada debajo de la lona.

Cuando salí del doscientos dos, tomé un fiacre, y subí al Bosque de Bolonia. Y apenas rodé unos instantes por la avenida de las Acacias, en el silencio propicio, interrumpido únicamente por el rechinar de los frenos y por las ruedas lentas aplastando la arena, empecé a reconocer las viejas caras, siempre con la misma sonrisa y los mismos polvos de tocador, los mismos párpados mortecinos, los mismos ojos cansados, la misma inmovilidad de cera. El novelista de *La coraza* pasó en una victoria, fijó en mí su monóculo ahumado, pero permaneció indiferente. Los negros landós de madame de Verghane, tapándole las orejas, parecían aún más furiosamente negros entre la armonía de todo el blanco que la vestía, sombrero, plumas, flores, encajes y corpiño, bajo el cual su pecho inmenso se embravecía como una ola. En el paseo, bajo las acacias, extendido en dos sillas, el director de *Le Boulevard* chupaba la colilla de su puro. Y en un gran landó, madame de Trèves repetía su sonrisa de hacia cinco años, con dos arruguitas más marcadas en las comisuras de los labios secos.

Me precipité hacia el Grand Hotel, bostezando, como en otro momento Jacinto. Y acabé mi día en París, en el teatro de las Variedades, aturdido con una comedia muy fina, muy aplaudida, chispeante toda del más vivo parisianismo, en que toda la trama se desenvolvía alrededor de una cama, en la que se revolcaban sucesivamente mujeres en camisa, individuos gordos en calzoncillos, un coronel con emplastos de linaza en las nalgas, cocineros con medias de seda bordadas, y más gente todavía, ruidosa y saltarina, chispeante de sensualidad y de broma. Tomé un té melancólico en Julien, entre un áspero y lúgubre mercado amoroso de prostitutas, olisqueando una presa. En dos de ellas, de piel brillante y cobriza, de ojos oblicuos, cabello duro y negro como crin, noté el Oriente, su felina provocación... Pregunté al camarero, un horrendo ser, de una obesidad fofa y lívida, de eunuco. El monstruo me explicó con voz ronca y sorda:

—Son mujeres de Madagascar...

Fueron importadas cuando Francia ocupó la isla.

Arrastré entonces por París unos días de inmenso tedio. A lo largo del bulevar volví a ver en los escaparates todo el lujo que ya me hartaba hacía cinco años, sin una gracia nueva, sin una pequeña y reciente invención. En las librerías, sin descubrir un libro, hojeé centenares de volúmenes amarillos, donde, de cada página que abría al azar, se desprendía un olor triste a alcoba y a polvos de tocador, entre líneas trabajadas con afeminado primor, como encajes de camisas. Al comer, en cualquier restaurante, encontraba, adornando o disfrazando las carnes o las aves, la misma salsa, que ya por la mañana, en otro restaurante, brillante y dorada, me había dado náuseas en el pescado o en las legumbres. Pagué precios crecidos por nuestro astringente y rústico vino de Torres, ennoblecido con el título de Château esto, Château aquello, con un polvo falso en el gollete. Por la noche, en los teatros, encontraba yo la cama, la acostumbrada cama, como centro y único fin de la vida, atrayendo con más fuerza que el estercolero atrae a los moscardones, a todo un enjambre de gentes aturdidas, temblando de erotismo, zumbando bromas seniles. Aquella sordidez de la llanura me impulsó a buscar mejor aire para el espíritu en las alturas de la colina de Montmartre; y allí, en medio de una elegante multitud de señoras, de duquesas, de generales, de todo el alto personal de la ciudad, recibía yo, desde lo alto del palco, gruesos chorros de obscenidades, que hacían estremecer de goce las orejas velludas de gordos banqueros, y jadear con deleite los corpiños de Worms y de Doucet, sobre los pechos postizos de las nobles damas. Y regresaba asqueado con

tanto vaho de alcoba, vagamente dispépsico con las salsas de pomada de la comida, y, sobre todo, descontento de mí mismo, por no divertirme ni comprender la ciudad, y errar por ella, entre su civilización superior con la reserva ridícula de un censor, de un austero Catón. «¡Oh, señores!—pensaba—. ¿No me divertiré yo en esta deliciosa ciudad? ¿Llevaré en mí el moho de la vejez?»

Pasé los puentes que separan en París lo temporal de lo espiritual; me sumí en mi dulce Barrio Latino, evoqué ante ciertos cafés el recuerdo de mi Niní; y, como en otro tiempo, subí perezosamente las escaleras de la Sorbona. En un anfiteatro, donde oí un fuerte suspiro, un hombre flaco, con una cabeza muy blanca y grande, como modelada para alojar pensamientos altos y puros, enseñaba, hablando de las instituciones de la ciudad antigua. Pero apenas entré, su frase elegante y límpida fué sofocada por gritos, aullidos, patadas, un tumulto rencoroso de turba bestial, que salía de la juventud apiñada en los bancos, la juventud de las Universidades, primavera sagrada en la que yo fuí flor marchita. El profesor se detuvo, esparciendo a su alrededor una mirada fría, revolviendo sus notas. Cuando el gruñido se convirtió en un murmullo receloso, él volvió a empezar con elevada serenidad. Todas sus ideas eran frías e insustanciales, expresadas en un lenguaje puro y fuerte; pero inmediatamente se desencadenó una furiosa ráfaga de pitos, berridos, relinchos, cacareos, entre flacas manos que se tendían levantadas para estrangular las ideas. A mi lado, un viejo, encogido en el alto cuello de un macfarlán a cuadros, contemplaba el tumulto con tristeza, moqueando acatarrado. Le pregunté:

—¿Qué quieren? ¿Es aversión al profesor..., o es política?

El viejo movió la cabeza, estornudando:

—No, siempre sucede así, ahora y en todos los cursos. No quieren ideas. Creo que quieren canciones. Es el amor a la porquería y a la mofa.

Entonces chillé, indignado:

—¡Silencio, brutos!

Y he aquí que un pequeño aborto, paliducho y pecoso, de largas melenas y enormes gafas relucientes, se yergue con altivez, me mira y me grita:

—*Sale maure!* (1).

Alcé mi recio puño serrano, y el desgraciado, en una confusión de melenas, ensangrentada toda la cara, rodó como un montón de trapos fofos, berreando desesperadamente, mientras el huracán de aullidos y cacareos, chillidos y silbidos envolvió al profesor, que se cruzó de brazos esperando con sencilla serenidad.

Desde aquel momento decidí abandonar la fastidiosa ciudad; y el único día alegre y divertido que en ella pasé fué el último, comprando para mis queridos seres de Tormes juguetes notables, tremendamente complicados por la civilización: buques de acero y de cobre, provistos de calderas para viajar en estanques; leones de piel de verdad rugiendo pavorosamente, muñecas vestidas por la Lafarrières, con un fonógrafo en la barriga...

Por último, me marché precipitadamente una tarde, después de lanzar desde mi balcón sobre el bulevar mis despedidas a la ciudad:

—¡Bueno, adiós y hasta nunca!

(1) «¡Cochino moro!» *Sic* en el original.

No me pillarás más en el fango de tu vicio y en el polvo de tu vanidad. Lo que tienes de bueno, que es tu genio elegante y lúcido, lo recibiré allá, en la sierra, por correo.

En la tarde del segundo domingo, asomado a la ventanilla del tren que se deslizaba perezosamente a orillas de un lento río, en medio de un silencio hecho todo de azul y de sol, divisé en el andén de la tranquila estación de mi aldea a los señores de Tormes con mi ahijada Teresa, muy colorada, abriendo sus soberbios ojos, y al bueno de Jacintito, empuñando una bandera blanca. El feliz alborozo con que abracé y besé a aquella tribu bien amada sería perfectamente adecuado a quien volviese vivo de una guerra distante en la Tartaria. En la alegría de recordar la sierra, hasta besuqueé a Pimentita, que, estallando de obesidad, se apresuraba gritando al factor que cuidase de mis maletas.

Jacinto, magnífico, con un gran sombrero serrano y chaqueta, me abrazó de nuevo:

—¿Y ese París?

—¡Horrible!

Estreché después en mis brazos al guapo Jacintito.

—¿Para qué esta bandera, señor mío?

—Es la bandera del castillo—declaró el niño con una bella seriedad en sus grandes ojos.

La madre reía. Aquella mañana, no bien supo la llegada del tío Pepe, apareció con la bandera, hecha por Grillo, y no la soltó ya; con ella almorzó y con ella bajó a Tormes.

—¡Bravo! ¡Y qué magnífica está la prima Juanita! Yo también vengo de ver las pieles tersas en París... ¡Pero te encuentro triunfante! ¿Y el tío Adrián? ¿Y tía Vicenta?

—Todos estupendos—gritó Jacinto—. La sierra, gracias a Dios, prospera. Y ahora vamos para arriba. Tú hoy te quedas en Tormes. Para contarnos cosas de la civilización.

En la plaza de detrás de la estación, bajo los eucaliptos, que volví a ver con agrado, esperaban los tres caballos y dos bonitos burros blancos, uno con sillín para Teresa y el otro con un cesto de mimbre para meter dentro al heroico Jacintito, llevando los dos al estribo un criado. Ayudaba yo a montar a la prima Juanita, cuando el factor apareció con un paquete de diarios y semanarios, que me había olvidado en el departamento. Era un montón de papel del que habíame provisto en la estación de Orleáns, lleno todo de mujeres desnudas, de historietas sucias, de parisianismo, de erotismo. Jacinto, que reconoció aquello, me gritó, riendo:

—Deja eso por ahí.

Y yo tiré hacia un montón de basura, en un rincón del patio, aquel desecho pútrido de la civilización. Monté. Pero al torcer hacia el camino empinado de la sierra, me volví todavía para gritar ¡adiós! a Pimenta, de quien me olvidaba. El digno jefe, inclinado sobre la basura, cogía, sacudía, salvaba con amor aquellas bellas estampas que llegaban de París, que contaban las delicias de París, que esparcían por el mundo la seducción de París.

Comenzamos a subir, en fila, hacia la sierra. La tarde suavizaba su esplendor estival. Una brisa traía, como en ofrenda, los perfumes de las flores silvestres. La enramada movía con un gesto de dulce acogida sus hojas vivas y brillantes. Todos los pájaros cantaban en un tumulto de alegría y de alabanza. Las aguas corrientes, saltarinas, relucientes, despedían un brillo más vivo,

con una prisa más animada. Lejanas cristaleras de gratas viviendas llameaban con un fulgor dorado. La sierra toda se ofrecía en su belleza eterna y verdadera. Y siempre delante de nuestra fila, entre la verdura, tremolaba en el aire la bandera blanca, que Jacintito no soltaba desde dentro de su cesto, con el astil bien aferrado en la mano. Era la *bandera del castillo*, según afirmaba él.

Y en verdad me parecía que, por aquellos caminos, entre la Naturaleza campestre y apacible, mi príncipe, curtido por las solaneras y los vientos de la sierra; mi prima Juanita, tan dulce y risueña madre, los dos primeros representantes de su bendito linaje, y yo, tan alejados de amargas ilusiones y de falsas delicias, pisando un suelo eterno y de eterna solidez, con el alma contenta y Dios contento de nosotros, serena y seguramente subíamos hacia el castillo de la Gran Ventura.

ADVERTENCIA FINAL

Después de las quince primeras páginas del capítulo IX hasta el final, las pruebas de este libro no fueron revisadas por su autor, arrebatado por la muerte, antes de haber dado a esta parte de su manuscrito aquel último repaso en que solía él poner la diligencia más perseverante y más admirablemente lúcida.

Aquel de sus amigos y compañero de letras a quien fué confiada la delicada labor de manejar el manuscrito póstumo de Eça de Queiroz, al concluir el desempeño de esa misión, besa con el más enternecido y nostálgico respeto la mano, inmóvil para siempre, que escribió estas páginas encantadoras; y hace votos por que la revisión de que se encargó no desluzca muy torpemente la inmortal aureola con que quedará resplandeciendo en la literatura portuguesa este libro, en que el espíritu del gran escritor parece exhalarse en un tierno suspiro de dulzura, de paz y de puro amor a la tierra de su patria.

24 de abril de 1901.

FIN DE
«LA CIUDAD Y LAS SIERRAS»

LA CAPITAL

(1925)

ACOTACION MARGINAL

CUENTA *el hijo mayor de Eça de Queiroz—José María también, como su padre—, en una interesante* Introducción *a* La capital, *que halló casualmente el manuscrito de esta novela a principios de 1924, al abrir una maleta en la que se guardaban diversos trabajos y papeles de su padre. Tardaron luego, él y su hermano Alberto (ambos han fallecido ya), casi un año en descifrar, ordenar y numerar las dos mil y pico cuartillas de esta obra póstuma.*

Ya en 1878 Eça de Queiroz se refería a esta novela en varias de las cartas que dirigió a su primer editor, Chardron. Empezó el original por tener unas dimensiones reducidas; fué Eça aumentando su tamaño con todo deleite, en plena inspiración, hallando cada vez más honda y varia riqueza en el asunto. Pensaba él, al principio, incluir esta novela en una serie de ellas, planeadas durante largo tiempo con el título genérico de Escenas de la vida portuguesa, *y propuestas en diversas ocasiones al mencionado editor.* La capital *debía encabezar esa serie ambiciosa y soñada. Vinieron luego dilaciones, aplazamientos (unas veces a causa del propio autor, y otras a causa de los demás o de factores imponderables), nuevos proyectos, otros libros que provocaron un mayor entusiasmo en él por escribirlos; así fué transcurriendo el tiempo, y a Eça le llegó la muerte «tan callando» que no tuvo la satisfacción de ver publicada esta novela en vida. Sin embargo,* La capital *había empezado a imprimirse, y Eça revisó y corrigió incluso las pruebas, juntamente con las de* El crimen del padre Amaro *y las de* El primo Basilio.

Pero, como antes se dice, pasaron los años, y, después del de 1883, hay un silencio y una laguna en la correspondencia de Eça con relación a esta obra, no volviendo a aparecer mencionada ya La capital, *como si su autor, no sabemos si deliberada o forzadamente, la hubiese puesto a un lado, con algunas otras de sus obras, que sólo después de su muerte han sido publicadas.*

Es esta novela, de gran aliento y potencia, como todas las de Eça, una crítica terrible, despiadada, amarga, contra Lisboa, la capital, que hace y deshace a los hombres y en donde se mezclan monstruosamente, como en las grandes ciudades, la fealdad, el vicio y la hipocre-

sía con la bondad sensible, la belleza y la rectitud, en una amalgama que rige el Azar. En esta novela Eça es el realista crudo, pero siempre artista, que aplica su lente, su monóculo de disector, y contempla y nos descubre la vida—macrocosmos y microcosmos—de la urbe con trazos seguros, templando ese realismo con el arma que él tan diestramente manejaba: la ironía. Aunque en su independencia, pese a esa etiqueta de escuela literaria, él maneja aquí también una admirable fantasía propia. Porque Eça no toma partido ni en pro ni en contra, no nos lanza a la cabeza una presunta moral en esta novela ni—¡naturalmente!—en ninguna de las suyas... Pues como buen escritor realista, él recuerda y hace suyo el famoso epígrafe con que Zola encabeza su Teresa Raquin: *«El vicio y la virtud son unos productos como el vitriolo y el azúcar.»*

Arturo, el protagonista de La capital, *es una víctima ingenua, sentimental, propiciatoria, que acude atraído por la curiosidad, la ambición, un infiltrado tedio provinciano, hacia la capital. Y le seguimos, con expectante interés en sus primeras y luego en sus demás andanzas, hasta el final, que Eça de Queiroz quiso que fuese, más que amargo, desencantado... Hay en esta novela, tan autobiográfica en el fondo, como lo son las grandes novelas, como prueba reiterada de uno de los admirables dones del auténtico novelista que era Eça (este novelista que no siente sobre su obra el paso del tiempo, que tantas obras aja y deshace), personajes que ya nunca más olvidaremos: todos ellos adquieren importancia, están estudiados con idéntica perfección, aun aquellos de aparente categoría secundaria, como el propio protagonista. Así, por ejemplo, como comprobará el lector, esa suave y tierna viejecilla, la tía Sabina, tímida y entrañable, otra desencantada, a su manera, de la vida y del amor, que se resigna a vivir dominada para siempre por su antitética hermana... Así, en Lisboa ese periodista, Melchor, venal, inculto, embotado, lleno de groseras ansias y de impudicicia... Y el belicoso e infeliz demente Alburquerquecito... Y Vasco, el necio boticario... Y esas pobres muchachas de la vida (¿alegre?) lisbonense... Y tantos otros personajes, tristes y alegres, obtusos y sensibles, pero siempre humanos, quizá demasiado humanos...*

Y esta larga, minuciosa y nutrida galería de retratos es una de las muestras más logradas del arte novelístico de Eça de Queiroz, arte que se revela en La capital *en sus múltiples facetas, y que en una hábil transición nos va llevando a un final en que se mezclan hondamente la melancolía dolorosa del fracasado en la capital con la resignación desencantada del hombre que ha cometido el peor, el más abrumador de los errores: realizar un sueño...*

Jacinto, el fracasado, el desencantado, se siente removido e irritado ante sus recuerdos—más ingratos que gozosos—, que ya sólo serán siempre meros recuerdos; y la escena final e impresionante ocurre en el apacible y sencillo cementerio de Oliveira de Azemeis, junto a la también sencilla tumba de la tía Sabina, la dulce anciana que fué para el protagonista el único afecto sincero que queda en su vida... Y Jacinto comprende entonces, en aquel reducido y sosegado campo de los muertos, que hasta llegar a obtener la paz perdurable que allí siente es preciso ir hacia todas las ilusiones de la vida y volver de ésta azotado y herido por todas las desilusiones...

INTRODUCCION

LOS ULTIMOS INEDITOS DE EÇA DE QUEIROZ

No fué, debo decirlo, sin vacilaciones, sin consultar, sin haber oído la opinión de algunos hombres superiores, como adopté la resolución definitiva de dar al público esta cosa extraordinaria: siete volúmenes inéditos de Eça de Queiroz, siete volúmenes que durmieron durante más de veinticinco años en el fondo de una maleta, ignorados, desconocidos, insospechados, y que sólo ahora aparecen, haciendo revivir al autor de *Los Mayas*, trayéndonos, después de un cuarto de siglo de silencio, ¡un eco de ultratumba de su ironía, de su talento, de su elegancia, en una palabra, de su arte!

A muchos seguramente se les figurará maravillosa la aparición tan tardía de estos siete volúmenes; a otros les parecerá, tal vez, inexplicable la existencia de una obra tan amplia y tan diversa desconocida por aquellos mismos que más han estudiado y comentado la obra de Eça de Queiroz; a algunos también les podrá parecer sospechosa la publicación de tantos inéditos, transcurridos tantos años de la desaparición de su autor.

Por todas estas consideraciones, cuyos primeros ecos me trajo, aquí y allá, ya una crítica anticipada, consideré necesario este pequeño estudio previo, que no tiene la pretensión de ser un prólogo, y mucho menos un prefacio, sino tan sólo una simple nota explicativa del hecho sensacional, y, hasta donde sea posible, la historia de los manuscritos y de las obras cuya publicación comienza con el presente volumen.

Sé que el gran público no va a leer mi nota, y que los propios entusiastas de mi padre saltarán por encima de estas líneas con un gesto de tedio casi irritado, para correr al primer capítulo y comenzar con un ¡ah! de satisfacción: «La estación de Ovar, en el ferrocarril del Norte...»

Creo, sin embargo, que desde que asumí la responsabilidad de publicar este volumen, y los seis que deben seguirle, era deber mío decir al público por qué lo hice y cómo lo hice. Así, en esta nota quedará sólo como la explicación del hecho inesperado, como la autenticación de los manuscritos aparecidos, como un documento para el estudio de la obra póstuma de mi padre, y, finalmente, como un aviso a los lectores y a la crítica de la índole muy especial de estas publicaciones.

Hace cerca de un año, buscando un autógrafo inédito que alguien me había pedido, abrí el pequeño cofre o maleta de hierro donde, hacía veinticinco años, aún en París, habían sido guardados todos los papeles que se encontraban en el despacho de mi padre. De aquella maleta habían salido ya publicaciones preciosas: *La ciudad y las sierras*, los tres *Santos*, varios artículos. Allí había aún los originales de diversas obras ya conocidas, y una gran cantidad de *papelotes* en desorden, esparcidos en el fondo de la maleta por los ajetreos de numerosos viajes, papelotes de los cuales decíamos muchas veces: «Cualquier día tene-

mos que leer todo aquello... y ver lo que es en realidad.» Y fué lo que ahora se hizo: se leyó todo aquello ¡y se vió lo que era!

¿Por qué no se hizo antes? La dificultad de la letra, cerrada, nerviosa, vertiginosa; la confusión de las hojas, en desorden y sin numeración; el convencimiento de que *todo aquello* hubiera sido ya revisado por Ramalho Ortigao, cuando éste se hizo cargo de la revisión de *La ciudad y las sierras*, y de que no habría allí nada realmente notable o nuevo, todo eso lo podría explicar hasta cierto punto, y hasta cierto punto contribuyó a ese largo silencio. Sin embargo, la razón principal fué la ausencia de los hijos de Eça de Queiroz, desterrados desde 1910, viviendo largos años en el extranjero, unas veces en un país, otras en otro, sin residencia fija ni instalación definitiva, llevando una vida inestable que no les permitió nunca estudiar y organizar todos esos manuscritos desconocidos.

Fué, por tanto, a principios de 1924 cuando, al abrir la maleta de los originales para buscar un autógrafo, resolví, con mi hermano Alberto, arrimar el hombro a la tarea monumental de ordenar, coordenar, numerar, leer—pudiera decir descifrar—, las dos mil y pico de páginas manuscritas de la obra póstuma que ahora damos al público.

Sin embargo, nos esperaba una sorpresa más: de Río de Janeiro me llegaba un día, fechada el 11 de julio de 1924, una carta sumamente interesante de don José Vasco Ramalho Ortigao, en que el hijo del gran escritor me decía: «Entre la enorme cantidad de papeles que recibí de Lisboa, con la biblioteca de mi padre, encuentro varios manuscritos de Eça de Queiroz, algunas cartas de Fradique y pruebas corregidas y originales de *La capital*. Estas últimas, muy difíciles de ordenar...» Y, en efecto, poco tiempo después me llegaba del Brasil un voluminoso paquete de manuscritos, que venía a aumentar milagrosamente el valor de mi descubrimiento. Era, realmente, una segunda forma de *La capital*, con cerca de cien páginas impresas, corregidas, refundidas, aumentadas con largas tiras pegadas a las páginas, cubiertas de enmiendas y de añadidos a lápiz; eran también cinco cartas de Fradique, inéditas, y, por último, ese curiosísimo *Conde de Abraños*, el más extraño de los manuscritos de mi padre, escrito todo de un tirón, de cabo a cabo, casi sin una enmienda, con una letra vertiginosa de borrador, completo, perfecto y... a lápiz.

Muchos meses nos llevó el descifrar y copiar los manuscritos. Fué un trabajo benedictino, agotador, y al mismo tiempo lleno de sorpresas, de deslumbramientos, de desánimos, de entusiasmos, en que íbamos de descubrimiento en descubrimiento, a través de un mundo nuevo, reconstituyendo lentamente vidas enteras, personajes, aventuras, dramas, desesperaciones, desencantos. Era el melancólico Arturo Corvello que se esbozaba; era Genoveva, que resplandecía, aureolada con el prestigio de las civilizaciones superiores por que atravesara; era Camilo Serrán, que se agitaba febrilmente en su arte estéril; el astuto Abraños, subiendo, a fuerza de habilidades, en política, y el triste Godofredo, resignado, reorganizando su pobre vida; todo un pueblo nos era revelado, intensamente vivo, moviéndose en un mundo intensamente real, con sus sentimientos, sus defectos, sus cualidades, sus amores, sus ambiciones ¡y sus ridículos!

Así, donde esperábamos encontrar borradores, notas sueltas, bocetos,

descubríamos novelas, cuentos, recuerdos de viajes, toda una obra lanzada al papel en el primer choque de la inspiración, pero completa en su estructura definitiva, en su intención. ¿Por qué habían sido abandonados estos trabajos? Es proverbial el afán de perfección de mi padre, artista siempre insatisfecho, deseando siempre algo mejor, criticando sus propios libros, encontrándolos siempre incompletos, imperfectos, inferiores a su deseo.

De su inmensa obra, que, después de publicados los siete libros de esta última serie, totalizará veinticuatro volúmenes, sólo cinco novelas fueron dadas al público durante su vida. Son, seguramente, esos cinco libros las cinco joyas máximas de su obra; sin embargo, la desproporción entre lo mucho que escribió y lo poco que publicó es característica. Su temperamento, indiferente al lucro, indiferente a la popularidad; su naturaleza, toda de entusiasmos rápidos, que le hacía dar de lado, desinteresarse de repente, de la idea de la víspera para entregarse por entero a la nueva idea, hacen comprender, hasta cierto punto, que dejase él en el cajón tantos trabajos por completar. Pero es sobre todo en las cartas a su editor, Ernesto Chardron, donde vamos a buscar los datos más seguros para el estudio de su manera de trabajar y para la historia de los originales de estos últimos siete volúmenes.

Que estaban destinados a la publicidad, es indudable. En efecto, tanto *La capital* como *La tragedia de la calle de las Flores*, y hasta tal vez *El conde de Abraños*, formaban parte de un amplio plan que, por desgracia, no llegó nunca a ser ejecutado. La idea de esta serie de publicaciones—que hace pensar en una pequeña *Comédie Humaine*, reducida a las proporciones más modestas de *Comedia portuguesa*—aparece por primera vez en una carta al editor, fechada en Newcastle el 5 de octubre de 1877, y de la que separo los siguientes párrafos:

«... Tengo una idea que creo daría excelente resultado. Es una colección de pequeñas novelas, que no excedan de ciento ochenta páginas a doscientas, que fuese la pintura de la vida contemporánea en Portugal: Lisboa, Oporto, provincias, políticos, negociantes, nobles, jugadores, abogados, médicos; todas las clases, todas las costumbres, entrarían en esta galería.

»La cosa podría titularse *Escenas de la vida real*, o cualquier otro título genérico más pintoresco. Cada novela tendría después su título propio. Como comprenderá, estas novelas deberán de ser cortas, condensadas, todas de efecto, y no deben exceder de unos doce volúmenes. Los personajes de una aparecerían en las otras, de modo que la colección formaría un todo.

»Tengo ya el asunto de tres novelas y una casi completa. En una de ellas pintaré el juego y los jugadores; en otra, la prostitución; la última es un drama de incesto doméstico. El encanto de estas novelas —que son más difíciles de escribir que una novela grande—es que no hay digresiones, ni declamación, ni filosofía: todo es interés y drama, está rápidamente contado; se lee en una noche y queda impresión para una semana. He aquí la idea en general. A mí esta idea de las novelas cortas me encanta.

»En todo caso, una de las novelas está casi hecha: sólo falta copiarla; se titula *El desastre de la Travesía do Caldas*, o, tal vez, no sé todavía, *El caso atroz de Genoveva*. Se trata

de un incesto involuntario. Algunos amigos a quienes comuniqué la idea de ella y parte de la realización, quedaron impresionados, aunque un poco escandalizados. Esto no quiere decir que sea inmoral. Es cruel...»

Estaba lanzada la primera idea de ese plan literario, que durante mucho tiempo interesó a mi padre, y ya aquí encontramos una referencia a *La tragedia de la calle de las Flores*, si bien bajo un título diferente, pero tan explícito que no nos puede dejar dudas sobre su identidad. Vemos que comenzó por ser, en proyecto, una pequeña novela de doscientas páginas, y fué creciendo hasta transformarse en el grueso volumen de *La tragedia de la calle de las Flores*, que, a su vez, refundida, aumentada, elevada a las proporciones de un estudio crítico de la vida lisbonense, conservando sólo de la novela primitiva y de la novela que le siguió el episodio sentimental que sirve de pretexto a ese estudio, se transformó, finalmente, en los dos volúmenes magistrales de *Los Mayas*. Por otra parte, esta tendencia a aumentar, a desarrollar indefinidamente sus temas, es una de las características del procedimiento literario de mi padre, y vemos que le sucede lo mismo más adelante con *La capital*, a la que él se refiere en estos términos, en carta a Chardron de 13 de junio del 78: «... Espero remitir a usted en estos días *La capital*; estoy, sin embargo, muy contrariado, porque no sé lo que debo escribir de original para hacer las doscientas páginas convenidas. *La capital* creo que da ¡cuatrocientas! Esto a usted le será igual, porque señala el precio que quiere, ¿no es verdad? Seguramente, si alguno de los episodios lo requiere, no vacilaré en escribir seiscientas; pero hacerlo por equivocación ¡es duro!...» El 12 de agosto del mismo año insistía: «... En cuanto a *La capital*, según los cálculos de la imprenta, el volumen debe tener de cuatrocientas a cuatrocientas veinte páginas...» Y en otra carta de 20 de octubre del 79, ya el libro había adquirido mayores proporciones aún: «... De *La capital*, no hablemos: le he vendido un libro de doscientas páginas y estoy haciendo un volumen de seiscientas...»

Entre tanto, el plan de las *Escenas de la vida real*, sólo esbozado en la primera carta que cité, iba tomando cuerpo. Se va desenvolviendo la idea inicial, se organizan, se definen los detalles. El título genérico cámbiase por el de *Crónicas de la vida sentimental*, aprovechado después en *Los Mayas*, modificado en el de *Episodios de la vida romántica*. Es interesantísima la carta al editor, de 3 de noviembre del 77:

«... Tengo pensado nuestro negocio de las *Crónicas*, y he aquí lo mejor que creo poder proponerle: Las *Crónicas de la vida sentimental*—título provisional—constan de doce volúmenes. Cada una de las novelas tiene su acción propia, su desenlace propio; pero siendo estudios de los hechos más característicos de nuestra sociedad, forman en su todo un cuadro general de la vida contemporánea. La obra es una especie de galería de Portugal en el siglo XIX.

»Para producir, sin embargo, un alto grado de interés, es necesario darles diversidad. Así, algunas pintarán costumbres generales de nuestra sociedad: *La casa número 16* será el juego; *La linda Augusta*, la prostitución; *El licenciado Sarmiento*, la educación y las escuelas, etcétera. Otras serán el estudio de alguna pasión o drama excepcional. Así, *Genoveva* es el incesto; *Sor Margarita*, la monomanía religiosa; habrá aún *El milagro del Valle de Reriz*, para mostrar el fanatismo de las aldeas; *El buen Salomón*, nos describirá la usura, etc.

»El primer volumen va muy adelantado; dudo. Tal vez *El desastre de la calle de las Flores*, tal vez *Los amores de una linda muchacha*. En todo caso, es el incesto...

»*El primo Basilio* es más para el público literario; ¡pero ésta es una verdadera bomba literaria y moral!...»

El 21 del mismo mes escribía de nuevo sobre el mismo asunto: «... El primer número está casi concluído; es, creo yo, la novela mejor y más interesante que he escrito hasta hoy. A ésta sigue, en el orden de los trabajos, si Dios quiere, *El milagro del Valle de Reriz*...»

Poco después, sin embargo, parece que el plan inicial vuelve a sufrir modificaciones: el título genérico se transforma otra vez en el de *Escenas de la vida portuguesa*. De *La tragedia de la calle de las Flores*, ni una palabra. Sobre esa novela, «*la mejor y más interesante que he escrito hasta hoy*», no encuentro más referencias en las cartas que he podido consultar. La perdemos de vista, cae en el cajón y en el olvido, desaparece totalmente, para resurgir tan sólo, pasados los años, remodelada, transformada bajo la forma definitiva de *Los Mayas*. Es probable que ya en esa época el manuscrito hubiese alcanzado su tamaño actual y que mi padre decidiese sacar de la serie de crónicas de doscientas páginas un volumen que él sentía no poder encerrar dentro de ese límite. Supongo, incluso, dado el valor que él daba a ese trabajo, que desde entonces resolviera hacer de eso una novela aislada, como *El primo Basilio* o *El crimen del padre Amaro*. Por eso, *La tragedia de la calle de las Flores* desaparece de las *Crónicas*, y en su lugar encontramos *Los Mayas*, que probablemente estaban destinados a ser la simple pintura de una familia noble. Se ve que después los dos asuntos se condensaron en una obra única, en la que, dentro del marco aristocrático de *Los Mayas*, fué injertado el episodio dramático de *La tragedia de la calle de las Flores*. Todo esto lo deduzco de los siguientes párrafos de una carta de 28 de junio del 78, fechada aún en Newcastle:

«... Para evitar desacuerdos posteriores, le ruego que me diga si no le conviene que algunos de los cuentos tengan doscientas cincuenta páginas. Realmente, varios de los nuevos asuntos, por lo que veo, requieren mayor espacio que el convenido...» Y más adelante, volviendo a su plan: «... No encuentro título mejor que el de *Escenas portuguesas*. Podía también ser *Escenas de la vida portuguesa*. Si tiene ocasión de escribir a Ramalho, consúltele sobre esto. Creo conveniente y deseo que sólo anuncie *en preparación* los tres primeros cuentos: el primero debe ser *La capital*. He aquí los títulos de los cuentos, si Dios quiere que todo marche bien:

»I.—*La capital*.

»II.—*El milagro del Valle de Reriz*.

»III.—*La linda Augusta*.

»IV.—*El violón*.

»V.—*El buen Salomón*.

»VI.—*La casa número 16*.

»VII.—*Gorjao, primera dama*.

»VIII.—*La ilustre familia Estarreja*.

»IX.—*El Casino de Foz*.

»X.—*El conspirador Matías*.

»XI.—*Historia de un gran hombre.*
»XII.—*Los Mayas.*
»Sería ridículo anunciar más de tres; el primero, en todo caso, será *La capital,* que está preparada...»

Esta carta es sumamente curiosa y, sobre todo, aclaratoria. Por primera vez oímos hablar de *La capital,* y, lo que es aún más extraordinario, de *La capital* «ya preparada». Surge también, con la desaparición de *La tragedia de la calle de las Flores,* la primera mención de *Los Mayas.* Por otro lado, me parece reconocer en el título del octavo cuento la idea de que debía de salir mucho después *La ilustre casa de Ramírez.* ¿Y no sería ya la *Historia de un gran hombre* el primer pensamiento de la biografía del *Conde de Abraños?* Paréceme esto probable, aunque no posea datos ningunos que lo comprueben, ya que si la idea de la biografía germinó en esa época, es, sin embargo, cierto que sólo después de 1879 tuvo realización, según las cartas que cito más adelante.

Sin embargo, la novela que más se adapta a la índole de esa serie de cuentos o crónicas es, indiscutiblemente, aquella a la que puso—a falta de otro—el título de *Alves & Cia.* Por su poca extensión, cerca de doscientas páginas; por el asunto, ligero cuadro de costumbres de la pequeña burguesía lisbonense; por su estructura misma, en que no hay «digresiones, ni declamación, ni filosofía» y «todo es interés y drama y está contado rápidamente», parece, en efecto, una novela especialmente escrita para las *Escenas de la vida portuguesa,* tales como mi padre las planeó. No tengo, sin embargo, sobre ese manuscrito, la menor nota que pueda servirnos de explicación: ni una referencia, ni una fecha, ni siquiera una mención de título. Sólo la letra y el formato del papel me inclinan a creer que no hay gran error si se fecha la novela en aquella época de asombrosa producción.

Durante algún tiempo parece haber seguido con la idea primitiva de las doce novelas; pero ya en 4 de agosto del 78 mi padre, sin abandonar aún la idea, concentra su labor más especialmente en *La capital:* «... En cuanto a las *Escenas,* trabajo en ellas. Me ha llevado tiempo trazar en líneas generales este trabajo, que es amplio y más importante e interesante de lo que creí al principio. Después he escrito ya *La capital,* cuya copia va muy adelantada, y que le remitiré en breve, si Dios quiere...» Y más adelante: «Estoy bastante contento con *La capital,* aunque temo que se repitan las acusaciones de escándalo, esta vez más serias, porque no se trata de mujeres ni de amores, sino que son las pinturas, un poco crueles, de la vida literaria en Lisboa (periodistas, artistas, etc.). Quiera Dios que ninguno cometa la tontería de juzgarse ofendido.»

Entre tanto, todo este trabajo, un poco incoherente, tumultuario, en que se siente el borboteo del talento, de las ideas, la fuerza productora en todo su vigor, era efectuado paralelamente a la revisión de la segunda edición de *El crimen del padre Amaro* y las pruebas de *El primo Basilio;* y el autor, el 12 de octubre del 78, confiesa con buen humor que no puede llevar adelante tantos trabajos simultáneos: «Pero ¿qué hemos de hacer con *La capital?* Tengo el manuscrito dispuesto hasta la última línea; pero necesito revisarlo con minuciosidad, y si repaso el *Padre Amaro,* no puedo ocuparme de *La capital.* Yo no soy un hombre como César, que escriba dos cartas—o dos libros—a un tiempo. Me parece, pues, que lo mejor, lo más prudente, lo más hábil, será aplicar todo el esfuerzo al *Padre Amaro* y dejar *La capital* para fin de año. Es necesario no cansar al público con mis libros. Si le presentamos tres al mismo tiempo, perderé, como escritor, la gran cualidad *de la novedad y de la rareza.* Un autor que escribe mucho es como una mujer bonita que se luce por todas partes; ¡el público termina por *no impresionarse!* Tenemos ahora *El primo Basilio.* Bien. Después de una pausa, para fines de noviembre, lanzamos *El padre Amaro.* Hacemos entonces otra pausa, mayor, como cuando se quiere producir una sensación, y le damos *La capital.* ¿No le parece esto más razonable? Las páginas de *La capital* impresas pueden permanecer durante algún tiempo almacenadas, esperando.»

Como vemos, *La capital* empezó a imprimirse, y mi padre pensó en dejarlas a un lado para acabar *El padre Amaro.* No fué, sin embargo, abandonada por completo, pues al mes siguiente, el 10 de noviembre, mi padre escribía a Ernesto Chardron: «... En cuanto a las pruebas de *La capital,* es otro caso. Yo mismo, al revisar las primeras pruebas, diré si quiero o no segundas, y espero poder casi siempre prescindir de las segundas. La prisa que usted tiene—y que ahora tengo yo también—no es, sin embargo, tan urgente que me lleve a arriesgar mi crédito con la presentación de un trabajo incorrecto. Ya sabe usted cómo es mi estilo: de no revisarlo escrupulosamente, es un *lío.*»

Esta apreciación de su propio estilo no deja de ser inesperada. Ese *lío* me parece que existe exclusivamente en la letra, que es, en efecto, a veces, un jeroglífico. Todos esos manuscritos pasaron por mis manos: los descifré, los leí, los copié, y los presento hoy al público, textualmente, con poco más de una leve revisión de puntos y comas, alguna repetición eliminada, algún que otro corte aquí y allá; y quedé con la impresión de que era un *lío* singularmente claro.

Entre tanto, tal vez por exigencia del editor, *La capital* seguía imprimiéndose, y mi padre revisaba las pruebas juntamente con las del *Padre Amaro* y las del *Primo Basilio;* y en medio de esta complejidad de asuntos y de trabajos surge, súbitamente, la idea de un nuevo libro, que, por desgracia, supongo no fué nunca escrito: *La batalla del Caia.* Encuentro mencionado este libro en la siguiente carta, de 23 de diciembre del 78: «Le ruego que me manden las pruebas de *Amaro* y de *La capital;* sin ellas me resulta casi imposible hacer la revisión de lo restante. Espero con impaciencia, de Lisboa, una respuesta sobre *La batalla del Caia.* Todo mi empeño es desembarazarme de *Amaro* y de *La capital* lo más pronto posible, y si la cosa se resuelve bien, dedicarme a *La batalla.* ¡Este sí que es un libro!»

Poseo sobre esta *Batalla del Caia* un documento curioso: el plan inicial del libro. Debía de ser una novela extraordinaria, de gran alcance patriótico, en la que Portugal, invadido, derrotado, batido, iba a encontrar en las humillaciones de la derrota y de la ocupación extranjera el renacimiento de la fe y de las energías perdidas que un día provocarían nuestro resurgimiento nacional. No fué, sin embargo, del todo inútil la idea de este gran libro, porque de ella nació más adelante un cuento extraño, a veces casi profético: *La catástrofe.* Me es impo-

sible fechar ese cuento, simple folleto escrito a lápiz, sin mención de fecha, ni siquiera de título. Por la letra, sin embargo, y por la similitud del papel, me inclino a creer que fué escrito en la misma época que *El conde de Abraños*, que ahora encontramos, ¡falto de *La batalla del Caia!*

Este *Conde de Abraños*, que surge así ante nosotros inesperadamente, es un curioso original, totalmente escrito—podría decirse garrapateado—a lápiz, y que da la impresión de haber sido compuesto de un tirón, en media docena de días. El 8 de junio del 79 mi padre escribió al editor, desde Dinan (Côtes-du-Nord): «Voy a darle una sorpresa: contésteme a vuelta de correo si puede, o quiere, publicar *inmediatamente* un libro mío, de doscientas a doscientas cincuenta páginas. Esto no obsta para que siga con *Amaro* rápidamente y con *La capital*, más despacio. Pero el libro a que me refiero es para ahora; creo que debe producir cierta sensación.»

Y en seguida, el 23 del mismo mes, dice más explícitamente: «Ante su respuesta, paso a darle algunos informes sobre mi nuevo libro, para su propio esclarecimiento y para que pueda hacer los anuncios y reclamos necesarios; y le ruego que los haga profusamente, ahí y en el Brasil. El libro se titula:

EL CONDE DE ABRAÑOS

Apuntes biográficos y recuerdos íntimos, por

Z. ZAGALLO

su secretario particular.

»Como usted ve, es una biografía. La biografía de un individuo imaginario, escrita por un sujeto imaginario también.

»El conde de Abraños es un estadista, orador, ministro, presidente del Consejo, etc., etc., que, bajo esa apariencia grandiosa, es un bribón, un pedante y un asno. El libro es, además de una crítica de nuestras costumbres políticas, la exposición de las pequeñeces, estupideces, pillerías y artificios que se ocultan en un hombre que un país entero proclama *grande*. Zagallo, el secretario, es tan tonto como el ministro, y lo *piquant* (1) del libro es que, queriendo hacer la apología de su amo y protector, el idiota Zagallo nos presenta en su cruda realidad la nulidad del personaje. Pero para apreciar este elemento cómico es preciso leer la cosa.

»Siendo una biografía, el libro es implícitamente una novela, porque el conde de Abraños, como hombre, tiene pasiones, casa, es engañado, se bate en duelo, pasa por episodios grotescos o dramáticos, etc., etc. De tal modo, que el libro es realmente una pequeña novela, presentado bajo una forma nueva, que creo no tiene precedentes en literatura. Tal es el libro...»

Parece, sin embargo, que la idea no agradó mucho a Ernesto Chardron, y el tomito, admirable de *verve* y de alegre humorismo, fué dejado a un lado en seguida; un mes después de haber nacido, con el mismo buen humor y la misma viveza con que había sido concebido, escrito y ofrecido al editor. La carta que le condena está fechada también en Dinan, a 10 de julio del 79:

«No comprendo lo que me dice. Hablando de *El conde de Abraños*, expresa usted su sorpresa *¡de que no aparezca con mi nombre!* ¡Un libro mío sin mi nombre! ¿Qué quiere usted decir?... Pues creo que había en él más elementos de éxito

(1) Curioso, interesante en este caso. *Sic* en el texto.

ruidoso que en ninguno de los otros libros míos, o ajenos. ¡En todo caso, *n'en parlons plus!*»

¡Y, sin embargo, yo creo realmente *qu'on en parlera encore, et longtemps!*

Desinteresado en seguida de este pobre *Conde de Abraños*, vemos, por una carta de 10 de agosto del 79, que mi padre ha vuelto a dedicarse a *La capital*: «... En cuanto termine el *Padre Amaro*, empezaré *La capital*. No creo que eso me lleve más de quince días...»

Poco después, sin embargo, surge entre el autor y el editor un desacuerdo de orden puramente material. Había, sin duda, entre ellos algún contrato para la publicación de *La capital*, novelita de doscientas páginas, que, como hemos visto, ¡alcanzaba ya seiscientas! Chardron, buen negociante, reclamaba el libro, y mi padre, defendiendo su trabajo, le escribía en 20 de octubre del 79: «... nuestro último acuerdo, propuesto en carta suya, era que se publicase *El padre Amaro* a fines de octubre o principios de noviembre, y *La capital*, a primeros de año. A este acuerdo es al que me ciño, ¡y para cumplirlo trabajo noche y día!... De *La capital*, no hablemos; le vendí un libro de doscientas páginas por veinte libras, ¡y estoy haciendo un volumen de seiscientas! Puede usted, si quiere, publicar *La capital*, o los capítulos que tiene ahí de *La capital*. No tengo poder para impedirlo. Son sólo tres capítulos que no significan nada, y que, publicados, parecerían una mixtificación, pues la acción de la novela no aparece en ellos y únicamente se presentan los personajes. Si lo hace, declararé en la Prensa que eso es sólo el comienzo de una novela que tiene más de seiscientas páginas, y que el público debe, por tanto, esperar a que la novela sea publicada íntegra...»

Parece, sin embargo, que llegaron rápidamente a un acuerdo. Cuál fué, es difícil saberlo. No me fué posible obtener más elementos sobre ese período tan interesante en que *El primo Basilio* acababa de salir de la imprenta, en que la segunda edición del *Padre Amaro*, completamente refundida, está en vísperas de ser lanzada al público y se discute ya la publicación de *La capital*. Faltan por completo las cartas referentes a esa época de actividad extraordinaria.

No obstante, de *La capital* volvemos a tener noticias el 15 de noviembre del mismo: «... van pruebas, y mañana, original. Si Dios quiere, espero tener en estas semanas dispuesto *El padre Amaro*. Faltan sólo dos hojas. En seguida me dedicaré con toda energía a *La capital*. Le ruego, pues, que me envíe a vuelta de correo las pruebas de *La capital* que tiene ahí de impresión inutilizada, para hacer unas enmiendas. Dígame también en qué formato la va a imprimir...» Ahora bien: esta carta, en que se habla de «impresión inutilizada», me lleva a creer que el verdadero motivo del desacuerdo entre mi padre y su editor fué esa «inutilización» de algunas pruebas de *La capital*. El libro entró en prensa definitivamente, y tenía ya, en realidad, cerca de ochenta páginas impresas. Sin embargo, mi padre, descontento de la obra, decidió refundirla, inutilizando así unas semanas de trabajo y unas resmas de papel. Pero, como digo, me faltan informes exactos, y deduzco esto sólo de la circunstancia de existir en mi mano ochenta páginas de impresión definitiva, completamente inutilizadas, refundidas, aumentadas: largas tiras de papel pegadas metódicamen-

te a las páginas impresas, cubiertas de una letra menuda, cerrada, a lápiz, pero muy clara, transforman esas ochenta páginas en cerca de doscientas. La presentación de los personajes adquiere mayor desenvolvimiento; se introducen nuevos episodios, otros se perfeccionan; se liman aristas, durezas; un personaje es modificado por completo, y otro, totalmente nuevo, surge inesperadamente. Es una figura emocionante de muchacha de provincia, Cristina, que viene a poner en el todo un poco amargo de la novela una nota fresca de sencillez y de dulzura enternecida. Sentimos en seguida, sólo con la aparición de su sonrisa bondadosa y un poco triste, que ella venía a alterar totalmente la curva primitiva de la novela. Quien haya estudiado la obra de mi padre y conozca su arte de hacer novelas, sabe que todos sus personajes son útiles: ninguno aparece casualmente, sin un fin, sin un motivo definido; ninguno que no tenga su grado de influencia, mayor o menor, en el desenvolvimiento de la acción. La influencia de esa figura de pequeña provinciana, sólo entrevista en uno de los primeros capítulos, debía, seguramente, de ser decisiva. Ella sería, al final de la novela, la consoladora, el refugio moral, la única dulzura en la vida del triste héroe de ese libro.

Sin embargo, por desgracia, con la última de las páginas enmendadas, esa dulce figura desaparece súbitamente, y la acción de la novela vuelve a su dureza primitiva. Por eso, para conservar en lo posible a la obra su todo armónico, me decidí, no sin tristeza, a eliminar la figura encantadora e incompleta del nuevo personaje.

Entre tanto, según vemos, habiendo llegado a un acuerdo con el editor, mi padre continuó la revisión de pruebas de *La capital*. En diciembre del 79, escribía desde Bristol: «... remití pruebas de *La capital*, y le ruego todas sus habilidades de *réclame* para esa novela. Merece, realmente, creo yo, que se haga algo por ella. Mejor escrita hasta ahora que *El primo Basilio*, conteniendo en medio lo que el público tal vez llame un escándalo político, y al final, lo que puede parecer un escándalo de moral, es natural que excite la curiosidad. Esperemos que sea así. Yo, naturalmente, no he tenido el propósito de hacerla escandalosa. El público es el que, con su obtinada manía de ver en todo el escándalo, lo puede considerar como tal. Que hagan bien la revisión es lo que recomiendo...»

Esta carta es sumamente interesante, pero necesita una explicación. *La capital*, según se publica en el presente volumen, consta de dos partes: la primera está formada por aquellas ochenta páginas impresas, aumentadas por las enmiendas hasta cerca de doscientas. La segunda parte tiene de nuevo la forma primitiva, pero recopiada, y para mi padre, copiar es ya enmendar, modificar, refundir. Esta carta, por eso, es incomprensible para quien no conozca la primera forma de la novela. Más corta, más áspera, de una crítica más aguda, más mordaz, diferente a veces a la copia que publicamos, tiene, en efecto, en su mitad, «lo que el público llame tal vez un escándalo político, y al final «lo que puede parecer un escándalo de moral», por lo menos en aquellos tiempos pacatos en que los libros de mi padre se juzgaban audaces. Esta es una de las características del proceso de trabajo de mi padre. Trazado el plan, escribía en seguida el libro, de un tirón, vertiginosamente,

hasta la última línea. Los personajes quedan en pie; la obra, construída por entero; sin embargo, el asunto está tratado sólo en sus líneas generales, en sus características más salientes, duramente, casi con crueldad. Los caracteres, los defectos, los vicios, se nos aparecen un poco deformados, excesivos; hay casi una exageración de la vena humorística; la crítica parece hecha a través de un cristal de aumento. Después, el manuscrito es recopiado por entero; y durante la copia, mi padre empieza a moderar esos excesos de su crítica: suprime los cuadros más audaces, ablanda los episodios más crueles, equilibra los caracteres, suaviza los rasgos morales de sus personajes. Esto fué lo que hizo con *La capital*; por idéntico proceso, *La tragedia de la calle de las Flores*, a la que él mismo llamaba «un libro c r u e l», suavizada, ablandada, se transformó en *Los Mayas*. Lo mismo sucedió con la segunda edición de *El padre Amaro*; e igual hubiera ocurrido seguramente con los restantes inéditos que publicamos, si mi padre los hubiese llevado en vida a la imprenta, a través de la larga tortura suavizadora de las copias, de las enmiendas y de las interminables correcciones. De esa copia de *La capital* nos habla la siguiente carta de 7 de febrero de 1880: «... en cuanto a *La capital*, no me molesta su impaciencia, porque la mía es aún mayor; pero usted no me ha comprendido. No hubo *fausse alerte*. Como le dije, la segunda parte está preparada, y no se la mando porque la estoy *copiando*.

»*Comprenez-vous maintenant?*

»De este modo, evito las segundas pruebas. ¿Se figura que estoy copiándola por gusto y diversión? No. Es para apresurar el trabajo. Pero si aun así no cree en mi *ardiente voluntad* de sacar el libro a la calle en dos meses, entonces, de aquí en adelante, voy a enviarle original como sale, repleto de enmiendas, y que en la imprenta se las arreglen. Crea que hago todo lo que es posible para entregar *La capital* a mediados de abril, o antes, si Dios quiere...»

Vemos que en esa época mi padre seguía trabajando activamente en *La capital*. Pero tenemos aquí ahora una nueva laguna documental. Salió la segunda edición, refundida, de *El padre Amaro*, y, por una desdichada coincidencia, vuelve a faltar la correspondencia entre autor y editor. Así no se explica bien que en 11 de agosto del 80 mi padre anuncie a Ernesto Chardron: «... en cuanto termine *Los Mayas*, que estarán dentro de unos días, me quedaré libre para entregarme por entero a la terminación de *La capital*, que irá de prisa, si Dios quiere...»

¿Quedó entonces *La capital* preterida en favor de *Los Mayas*? Por otra parte, el editor debía saber lo que para mi padre significaban estas palabras «dentro de unos días», tratándose de una revisión literaria. Y, efectivamente, *Los Mayas* «aumentaban» como había aumentado su antecesora *La tragedia de la calle de las Flores*, y como aumentó *La capital*. En 1880, *Los Mayas* parecían estar dentro de unos días, ¡y tardaron ocho años en llegar al público!

¿Cómo tomó el editor esa preterición de *La capital*? Hay aquí, por desgracia, otra laguna en la correspondencia que no me permite decirlo. Sólo un año después, el 16 de enero del 81, volvemos a oír hablar del libro, aunque sin gran interés; mi padre trabajaba aún en *La capital*, «aquí y allá, pero trabajo casual». Todo su entusiasmo va hacia

Los Mayas. La nueva obra le absorbe, ocupa todo su tiempo: «... ¡tiene usted razón, mil veces razón, a propósito de *La capital!* Pero, ¿qué quiere? Me he metido en esta empresa de *Los Mayas*, que debían ser sólo cuento, ¡y se han convertido en una verdadera novela! Y dedico todo mi tiempo a trabajar en eso... No crea que no he trabajado también en ella—en *La capital*—aquí y allá, pero en trabajo casual que poco adelanta. *Los Mayas* me absorben...» Nótase en el tono de esta carta, a pesar de las vagas promesas, que *La capital* está condenada. ¿Cansancio del asunto? ¿Aburrimiento por las discusiones con el editor, suscitadas por el libro? ¿Quién podrá decirlo? Trabajó en ella durante más de dos años, la escribió, la copió, la refundió en parte, enmendó, por lo menos, la mitad de sus capítulos; después, otros trabajos intervinieron «otros estudios, otros libros le llamaron». Esto estaba en la naturaleza del artista, y la historia debía repetirse, como siempre se repite la historia; años después, a propósito de *San Frey Gil*, que él dejó «tendido en la hierba a orillas de un río claro», mi padre decía a Silva Pinto: «¿Proseguirá él alguna vez su viaje hacia Toledo? No lo sé. Otros estudios, otros libros, me han llamado, y hasta otros santos que me seducen por su santidad más dulce y más sencilla.» Y así, el manuscrito de *San Frey Gil*, olvidado, iba a hacer compañía al olvidado manuscrito de *La capital*.

En efecto; pasan meses, años incluso, sin que sepamos nada de la novela. La correspondencia con el editor parece haber cesado—o desaparecido—, hasta que, el 16 de marzo del 83, ante las reclamaciones de Chardron, mi padre se limita a contestar agriamente: «Tiene usted razón en todo lo que dice respecto a su derecho a editar *La capital*. Ese derecho lo adquirió de hecho, habiendo comenzado la impresión de una especie de cuento que tenía ese título que dió origen a la novela...

»A pesar de lo cual, es mi intención que, si Dios quiere, sea usted también quien edite *La capital*. Todo está en que nos entendamos...»

¿Se entendieron? Sobre *La capital*, con seguridad que no, ya que no volvemos a oír hablar más del libro. A pesar de todo, no se separaron; faltan, sin embargo, en el archivo de la Casa Chardron las cartas que podrían decir a qué acuerdo definitivo llegaron el autor y el editor. Se sabe únicamente que el 85, dos años después, Ernesto Chardron adquiere *Los Mayas*, falleciendo a poco de esto. Le suceden en la casa editora los señores Lugan & Genelioux; cámbianse cartas, se renuevan contratos; pero de *La capital* no se habla nunca más. Después, se publica *El mandarín*, se imprimen *Los Mayas*, aparece la *Revista de Portugal* y también las primeras cartas de Fradique...

Estaban definitivamente dejados a un lado todos estos trabajos de juventud: *La tragedia de la calle de las Flores*, *La capital*, *Alves*, *El conde Abraños*; y todo aquel mundo que había vivido un momento tan intensamente en el espíritu del artista, sumíase tristemente en el olvido, comenzando su largo sueño de cuarenta años en el fondo de un cajón, bajo la capa de polvo de los manuscritos despreciados.

*

Encontrados los manuscritos, descifrados, conocida su historia, era todavía grande mi indecisión.

¿Sería legítima la publicación de

esos originales que mi padre dejó en el cajón de su mesa de trabajo, que su pluma no retocó, que, en su necesidad de perfección, consideraría él seguramente como bocetos informes; él, que escribiendo a Oliveira Martins, llamaba a *Los Mayas* «un cartapacio extenso y recargado», y hablaba de *La reliquia* a Luis de Magalhaes como de un «librejo defectuoso»?

Y, por otro lado, ¿podíamos guardar para nosotros, egoístamente, el descubrimiento maravilloso, todo ese mundo que nos era revelado, creado por mi padre con su sentido de la realidad, su arte de la composición, su visión de los hombres y de las cosas, su espíritu crítico, su ironía, su originalidad?

¿Y sería razonable sepultar en el fondo de un cajón todos esos pedazos de vida palpitante por la simple razón de ser solamente primeras formas, escritas al correr de la pluma, sin preocupaciones de estilo, sin la absoluta perfección de forma de *La reliquia* o de *El mandarín?*

Yo creo que la obra de arte no está exclusivamente en la forma, y que, por el contrario, su mayor valor reside en la solidez de estructura de una novela, en la originalidad del asunto, en la agudeza de la observación, en la seguridad de la psicología.

El hecho mismo de haber sido *La capital* y *La tragedia de la calle de las Flores* más adelante condensados en los dos volúmenes de *Los Mayas*, no me parece aún razón suficiente para condenar aquellas dos novelas a no ver la luz del sol, de la crítica y de la publicidad. Y si en *La tragedia de la calle de las Flores* el episodio sentimental en torno al cual gira toda la acción tiene un parentesco con el drama de María Eduarda y de Carlos de la Maya, en *La capital* hay también una crítica de Lisboa y de su sociedad. Los medios sociales que estos libros describen, los caracteres nuevos que presentan, la forma diversa con que el mismo asunto fué tratado, alejan toda idea de repetición. *Los Mayas* no están así reeditados bajo otras formas y otros títulos, sino, por el contrario, completados con nuevos elementos, aumentada la galería de sus personajes y haciéndonos conocido más por completo todo cuanto a mi padre le sugirió la Lisboa de los últimos años del siglo XIX.

Todas estas consideraciones las pesé detenidamente. La obra en sí no me dejó nunca dudas sobre su valor intrínseco. La consideré en seguida, desde la primera lectura, magistral, formidable, incluso, en su diversidad, que nos lleva jadeantes de la *charge* (1) más caricaturesca a la emoción más trágica. En toda ella aparece, resplandeciente, hondamente marcada, indeleble, la *griffe du maître* (2). Sólo la forma me hacía vacilar, esa forma imperfecta del primer impulso, aún por pulir, cuyas aristas están sin limar, a la que falta el último toque del artista. Y cuando así vacilaba yo, cayó en mis manos uno de los mejores libros de Henri Bordeaux, y bajo mis ojos el siguiente párrafo: «M. Abel Hermant, je crois, observait que le travail du style ne modifie pas le style essentiellement: on perfectionne, mais déjà l'on écrit bien ou mal du premier jet, et les premiers textes de Chateaubriand et de Flaubert,

(1) En este caso, caricatura, imitación grotesca, burlona. *Sic* en el texto.

(2) «La garra del maestro». *Sic* en el original.

sont, comme les derniers, du Chateaubriand et du Flaubert» (1).

Y como si esa opinión de peso no bastase, y la Providencia, acudiendo en mi auxilio, quisiera acumular a mi alrededor los argumentos decisivos, aquella noche, al hojear *L'Echo de Paris*, se me presentó este párrafo, con el cual mi padre parecía responder a mis vacilaciones:

«Víctor Hugo ha publicado este mes un volumen más, *Toute la Lyre*. Como el Cid, que ganaba batallas aun después de muerto, Hugo lanza cada año, desde dentro de su sepulcro, un radiante y victorioso poema. A propósito de éste, se ha discutido de nuevo si estas publicaciones póstumas de versos, que él en vida arrojaba a un rincón, aumentan realmente la gloria poética de Hugo. Discusión ociosa. Seguramente no aumentan su gloria. Esa está ya asentada y fija en su máximo esplendor con las *Contemplations*, la *Légende des Siècles* y los *Châtiments*. Pero aumentan nuestro conocimiento del poeta, revelando nuevos pensamientos, nuevas emociones o formas diferentes de expresar las emociones y los pensamientos que le eran habituales. Víctor Hugo era un gran espíritu, que sentía y pensaba en verso. Cada verso nuevo que nos es descubierto constituye, pues, un documento nuevo sobre el poeta, sobre su visión espiritual o sobre su verbo lírico. Y cuantos más documentos se reúnen sobre un hombre de genio como Hugo, más completo resulta el trabajo crítico sobre su personalidad y sobre su obra. Para ampliar y completar el conocimiento de los grandes hombres, se publican sus cartas, todos los papeles íntimos, hasta las facturas del sastre. Así se ha hecho con Lamartine, con Balzac, etcétera.»

Cesaba toda duda; y así, con la autorización, casi con el consejo de su propio autor, quedó decidida la publicación, si no de las facturas del sastre, por lo menos, de las novelas, de los cuentos, de los artículos, de las notas «que él en vida arrojaba a un rincón», y que vienen a aumentar nuestro conocimiento del artista, «revelándonos nuevos pensamientos, nuevas emociones o formas diferentes de expresar las emociones y los pensamientos que le eran habituales».

*

Además de estos manuscritos, cuya historia he intentado esbozar, decidimos publicar en esta última serie de inéditos todo cuanto entre los papeles de mi padre nos pareció tener, por la forma, por el asunto o por la originalidad, un interés auténtico.

Así se reúnen en un volumen de *Páginas olvidadas* trozos inéditos de *Prosas bárbaras, Cartas desde Inglaterra, Correspondencia de Fradique Mendes*, artículos, y, por último, el comienzo de un cuento o novela—es imposible aclararlo—, pero que, por el formato del papel y por la letra ancha, clara, serena, pertenece, seguramente, a la última fase literaria de mi padre, a la fase admirable de los *Santos*, en que el espíritu crítico se atenúa tanto y la forma alcanza su máximo esplendor. Este volumen, en su diversidad, se nos aparece así como un corto resumen de toda una carrera literaria, desde los escritos *bárbaros* de la primera juventud hasta las páginas de serenidad magnífica de los últimos años.

En otro volumen se reunirán las *Notas de viaje*, encontradas, garrapateadas a lápiz en tres cuadernitos de bolsillo: visiones luminosas del Oriente, impresiones apuntadas de prisa, notas tomadas sobre la rodilla entre las ruinas milenarias de un templo, ante la dulzura de un paisaje evangélico o en medio de la confusión multicolor de un bazar de El Cairo.

Y, finalmente, después de la intensidad dramática de las novelas, de la fantasía humorística de los cuentos, de la diversidad de las *Páginas olvidadas*, de la espontaneidad de las *Notas de viaje*, cerrando la serie de estas publicaciones, el volumen de su *Correspondencia*, documento flagrante de su personalidad, viene a mostrarnos a Eça de Queiroz entre sus amigos, conversando como él sabía conversar, o difundiendo a los cuatro vientos del mundo, en las hojas leves de sus cartas, algo de su personalidad excepcional, de su originalidad y de su arte.

José María d'Eça de Queiroz.

Granja, 1925.

(1) «Monsieur Abel Hermant, según creo, observaba que el trabajo del estilo no modifica esencialmente el estilo: se perfecciona uno, pero se escribe bien o mal al primer impulso, y los primeros textos de Chateaubriand y de Flaubert son, como los últimos, genuinamente de Chateaubriand y de Flaubert.»

LA CAPITAL

I

La estación de Ovar, en la línea del Norte, estaba muy silenciosa, hacia las seis de la tarde, antes de la llegada del tren de Oporto.

En un extremo del andén, un muchacho flaco, de ojos grandes y melancólicos, con la cara muy pálida de la fina frialdad de octubre, una de las manos metida en el bolsillo de un viejo gabán color piñón y la otra doblando contra el suelo un bastón barnizado, examinaba el cielo. Por la mañana había llovido, y la tarde iba cayendo con una suavidad muy pura. Manchas rosadas esfumábanse en las alturas como pinceladas de carmín muy diluído en agua, y lejos, sobre el mar, más allá de la línea oscura de los pinares, por detrás de gruesas nubes tocadas en el centro de tonos sanguíneos y orladas de oro vivo, subían cuatro fuertes rayos de sol, divergentes y decorativos, que el muchacho flaco comparaba con las flechas ricamente dispuestas de un trofeo luminoso.

En la estación había sólo un viajero esperando al tren; era un mocetón del campo, que se mantenía inmóvil, recostado en la pared, con las manos en los bolsillos y los ojos duramente clavados en el suelo; a su lado, sentadas sobre un arca nueva de pino, estaban dos mujeres, una vieja y una muchacha gruesa y pecosa, ambas muy desconsoladas, teniendo a los pies, entre ellas, un saco de indiana y un pequeño bulto, del que salía el cuello negro de una botella.

El jefe de estación, gordo, con un carrillo tapado por un pañuelo de seda negra, la gorra galoneada muy ladeada, apareció en la puerta de la sala de equipajes, con el puro entre los dientes. El muchacho flaco se dirigió a él:

—Creo que el tren viene con retraso...

El jefe asintió silenciosamente con la cabeza, y después de una chupada:

—Viene siempre con retraso los sábados... Es la parada en Espiño.

El muchacho estuvo un momento raspando el suelo con el bastón, y fué andando despacio a lo largo del andén. Se fijó ahora en el mozo del campo: seguramente iba a Lisboa, a embarcar para el Brasil; e impresionado por la cara tan desolada de la vieja, pensaba que el *emigrante* proporcionaría un motivo emocionante de poesía social, estrofas de rico colorido, los vastos azules del mar contemplados desde uno de los costados del paquebote; las noches nostálgicas, lejos, en una hacienda del Brasil, cuando la luna es muy clara y los ingenios están silenciosos... Y aquí, en la casucha de la aldea, los padres llorando ante el hogar y esperando el correo... Vislumbraba, incluso, los primeros versos:

Vedle, deja el hogar, a la madre llo-[rando,
los verdes campos, la risueña casa...

Buscaba la rima, interesado, ya cuando un sujeto bajito y mofletudo, con una gorra escocesa, apareció en la verja de la estación, con una sombrerera de cartón azul, bromeando con dos muchachas que le seguían, ofreciéndole dulce de huevos o mejillones para que se los llevase a Lisboa.

—A ti sí que te llevaría yo, Mariquilla. ¿Quieres venir?

—¡Cómo no, don Joaquín!... Voy a buscar al padre Méndez, y que nos case ahora mismo.

Pero el individuo mofletudo divisó al muchacho flaco, del gabán color piñón, y exclamó:

—¡Hola, don Arturo! Qué, ¿también va usted a Lisboa?

Don Arturo sonrió.

—¡Ojalá! No; he venido sólo a esperar a mi padrino, que pasará para allí.

El otro se subió los pantalones hacia la cintura, y dijo, riendo:

—¡Bueno está! ¿Y viene el amigo de Oliveira de Azemeis para ver pasar a su padrino en el tren?...

—¡Claro! A darle un apretón de manos y a desearle feliz viaje...

—¡Diablo!—dijo el otro—. ¡Eso es ser un buen ahijado!... Yo no lo haría ni por mi padre.

Dejó la sombrerera, sopló la lumbre y, dando una chupada al cigarro, prosiguió con satisfacción:

—¡Pues yo me voy a la capital!... ¡A desenmohecerme!... Si quiere usted algo...

—¡Que se divierta!

—¡Eso queda de mi cuenta! ¡Va a llenarse esta barriguita! ¡Vamos a tener un buen invierno en Lisboa! Sassi en el San Carlos, unas cancanistas francesas en el Casino... Y, naturalmente, nueva hornada de españolas... No le digo más...

Dió otro estirón a los pantalones, y fué a colocar, prudentemente, la sombrerera de cartón al lado de un saco de lona. Arturo observaba su gruesa espalda, inclinada sobre el equipaje; las caderas de obeso, sobre las que estallaba un pantalón color avellana, y pensaba con desconsuelo que era aquel ser adinerado el que iba a Lisboa, aquel Juanito Méndez, de Ovar, a quien apodaban en Coimbra el *Chorizo*, ¡y que era incapaz de entender un libro, ni siquiera un cuento! Y recordaba la noche en que Taveira, en El Carnero, muy bebido, improvisó suculentas injurias al tal Juanito Méndez:

En el sucio saladero,
y metiendo de una vez,
en tripa de la sandez,
un trozo gordo y rollizo
de lomo de estupidez,
¡hizo Dios este *Chorizo*!

Taveira, con todo su talento, era un abogado pobre vegetando en Traz-os-Montes, y el *Chorizo*, rico

propietario, iba en primera a oír a Meyerbeer... Aquel mofletudo en Lisboa parecíale algo así como un lagarto de col posado sobre la miel de un cáliz de madreselva; y esta sutil comparación, que el *Chorizo* no podría inventar nunca, le consoló un momento de la amarga diversidad de la fortuna...

Pero un pitido penetrante de locomotora cortó el aire callado, e inmediatamente apareció el tren, deslizándose sobre los carriles y lanzando hacia lo alto chorros rectos de humo blanco.

—Pues yo—dijo el *Chorizo*, acercándose con júbilo, mientras el tren paraba—me tumbo ahora a lo largo y paso la noche de un sueño hasta Lisboa. Pero toda, ¿eh? Y mañana, a estas horas, ¡en la juerga! Viene poca gente. ¡Caramba, guapa chica!

Era una señora, con un vestido a cuadros, que se había asomado a la ventanilla de un departamento de primera; llevaba un libro cerrado en la mano, y su sombrero, pequeñito, hecho de plumas, parecía la pechuga rolliza de un ave negra.

Arturo siguió a lo largo del tren, buscando a su padrino; no le encontró. Quiso interrogar al maquinista, que, al fondo, vigilaba la descarga de unos cajones. Pero el hombre no le atendió, aturdido, con la gorra hacia la nuca y los ojos coléricos; a su alrededor, un guardia, el jefe de estación, con las manos llenas de papeles, el cochero del charabán de la villa, vociferaban y accionaban tan trastornados en torno a los cajones, como si los sorprendiese la acumulación inesperada de todas las mercancías del Universo. Por detrás de la verja cerrada de la estación, las muchachas voceaban también, ofreciendo mejillones y dulce de huevos de Aveiro. Arturo, desconsolado, volvió otra vez a mirar por las ventanillas hasta los coches de tercera, donde unos soldados que conducían a un desertor bebían de una botella.

Allí, el mozo del campo colocaba despacio, debajo del asiento, su saco de indiana y el bulto; se pasó después el pañuelo por la cabeza para secarse el sudor, y bajo, muy pálido, con labios temblorosos:

—¡Adiós, madre!—dijo.

La vieja se le abrazó desesperadamente al cuello.

—¡Hijo mío! ¡Hijo querido, que ya no te volveré a ver! ¡Ay mi hijo, Señor! ¡Que no le volveré a ver!

—¡Adiós, madre! ¡Adiós, Joaquina! ¡Tiene que ser, tiene que ser!

Besó violentamente la cara de la vieja, estrechó en sus brazos a la muchacha y subió de un salto al vagón, quedándose con la cabeza entre los puños, sollozando.

Arturo se conmovió. Pensó de nuevo en la tristeza de los que emigran, en los pobres, en las vidas penosas en que el pan es una preocupación amarga. ¿Cuándo se realizaría en la tierra una revolución de paz y de justicia, que diese a cada uno un campo propio que cultivar, un hogar abundante en la vejez?

Fué andando despacio junto al tren. El *Chorizo* habíase instalado ya en un primera, con el gabán sobre los hombros y el puro entre los dientes.

—Qué, ¿y el padrino?—preguntó, bromeando.

—No le veo.

El *Chorizo* se restregó las manos, divertido.

—¡Esta sí que es buena! Y haber venido expresamente el amigo desde Oliveira de Azemeis...

Y después de un momento:

—A propósito, dígame una cosa; ¿cómo va Teodosio?

—No le he visto. Está en la quinta.

—¿Y qué hace el amigo por Oliveira?

—Pues por allí estoy.

—¿Todavía hace versitos, eh?

Arturo sonrió con ambigüedad. El *Chorizo* sacaba el reloj, impaciente. El factor cerraba las portezuelas. Las muchachas, con las bandejas sobre la cabeza, regresaban a la villa; había ahora un silencio en el andén, de donde desaparecieran el jefe y el maquinista. En aquella estación soñolienta el tren parecía haberse dormido, en la tarde serena; sólo una mocita iba diciendo, a intervalos, con un tono plañidero y gangoso: «¡Agua! ¡Agua!». Y sin cesar, delante, la máquina jadeaba sordamente.

—Entonces, ¿vamos a quedarnos aquí toda la vida?—exclamó una voz irritada.

Era un sujeto gordo, que iba con la señora del vestido a cuadros. Arturo reparó entonces en ella, y le pareció tan linda, que se quedó con los ojos pasmados, en un arrobamiento que le invadía, sintiendo latir con fuerza el corazón; nunca había él visto aquella delicadeza fina de piel ni una dulzura tan tierna en la línea ovalada: sus ojos negros, de largas pestañas, un poco tristes, enternecían. Estaba aún asomada a la ventanilla con el libro amarillo en la mano; era pequeñita y delicada, y el ceñido corpiño del vestido dibujaba un seno menudo, que debía caber en el hueco de la mano.

Ella pareció advertir también a aquel joven tan asombrado; se retiró despacio hacia dentro del departamento; pero volvió en seguida a asomarse a la ventanilla, arreglándose ligeramente el lazo fofo de la corbata de encaje; y los ojos de ambos se encontraron.

—¿Buena mujercita, eh?—dijo el *Chorizo*—. Estuve por meterme en su mismo departamento, y tenía diversión para toda la noche. Pero me fué antipática la cara del marido.

Arturo le encontró también odioso, con sus mofletes hinchados y pálidos, el sombrero blando sobre el pelo encrespado, los labios sensuales de comilón y unos grandes quevedos con la cinta pasada por detrás de la oreja.

—Me parece que le conozco de Lisboa, y hasta creo que es barón—dijo el *Chorizo*.

Pero el jefe de estación agitaba la campanilla, y el tren empezó a rodar despacio, con secos rechinamientos de los frenos tensos.

—¡Adiós, amigo; salud!—exclamó el *Chorizo*.

—¡Hasta la vista!

Los ojos de la señora del vestido a cuadros se posaron todavía un momento en los de Arturo. Otras caras pasaron ante él, apoyadas en los cristales; los soldados y el desertor bromeaban con la botella de boca en boca, y el mozo del campo, con los ojos rojos como carbones, decía adiós agitando un gran pañuelo; la vieja iba siguiendo al vagón, gimiendo, tendiéndole aún desesperadamente las manos duras y negras. Por fin, el tren, con un pitido penetrante, desapareció en la curva, entre los pinares ya oscuros.

Arturo sentíase triste. Toda la noche así, aquel tren rodaría, pasando ante las estaciones iluminadas, las aldeas dormidas, llevándose al *Chorizo* feliz, tumbado dentro de su gabán; al pobre emigrante, bañado en lágrimas, y a aquella linda mujer hacia su palacete. De madrugada llegaría a Lisboa: a Lisboa, que le parecía más deseable, pensando que era sólo allí donde una civilización superior producía aquellas bellezas delicadas, de perfil patricio, ¡como

ciertas flores preciosas que sólo nacen en terrenos muy preparados! ¿Quién sería ella? El gordo de los lentes era, seguramente, el marido; y notaba allí dos existencias desacordes: él, pesado y material; ella, de una sensibilidad sutil... Hubiese deseado conocer su nombre y su pasado, sus gustos, el tono de su voz y qué poeta prefería. Feliz el que escribió aquel volumen que iba leyendo y que le hacía pensar; sería, tal vez, una novela de Daudet o de Sandeau, una obra delicada y noble. ¿En qué pensaría ella durante toda aquella noche, con la cabecita pálida apoyada en el respaldo del departamento, mientras enfrente el marido roncaría muy prosaicamente? ¿Se acordaría de la estación de Ovar?...

Arturo echó aún una ojeada a los carriles que iban así, continuamente, paralelos y relucientes hasta Lisboa, y cruzó al otro lado de la estación, donde le esperaba el charabán de Oliveira de Azemeis.

Estaba tan pensativo, que Manuel, el cochero, tuvo que preguntarle dos veces «si el padrinito había pasado».

—No ha venido. ¡Vamos allá, vamos allá!

Se dejó caer en un rincón del charabán, y mientras el carruaje rodaba sordamente por la carretera, ya oscura, Arturo, mirando fijamente por la ventanilla abierta la suave claridad de la luna, que aparecía por encima de los pinares, recitaba versos de Hugo, sofocado por una melancolía deliciosa:

> *Et j'étais devant toi plein de joie*
> *[et de flamme,*
> *car tu me regardais avec toute ton*
> *[âme...* (1).

Arturo tenía entonces veintitrés años. Pertenecía a una familia burguesa, originaria de Lisboa, pero diseminada por provincias desde la guerra civil. Su bisabuelo paterno, que seguía siendo, en la tradición familiar, como una gloria doméstica, formó parte en Lisboa del grupo de poetas parásitos que se entusiasmaban platónicamente en los cafés con Mirabeau y Robespierre, hacían sonetos a los nobles en días de cumpleaños, deseaban morir por la libertad y apaleaban a la ronda al salir de los saraos, donde eran admitidos para recitar elegías a las Malvinas. Ya viejo, comenzó a traducir en verso *Las ruinas*, de Volney, y sus manuscritos eran propiedad de una de sus nietas, que habíase casado en Oliveira de Azemeis, y se llevó, para que la acompañasen, a sus dos hermanas más jóvenes: Ricardita y Sabina. Su abuelo, por su parte, fué en Oporto un notario correcto y oscuro. Su padre, después de haber publicado, en su primera juventud, dos *Meditaciones* fúnebres en un semanario de Oporto, contrajo matrimonio con doña María de las Nieves Alpedrín, una señora pálida y flaca, que tocaba el arpa y había sido comparada en un folletín de aquel tiempo con una *Virgen de Ossián*; más tarde se estableció de hecho en Ovar, donde obtuvo el puesto de escribano de Derecho.

Allí fué donde nació Arturo, años después, y la madre, encantada, le dió este nombre en memoria de sus tiempos de arpa y de los caballeros de jácara, cuyos amores y proezas en Tierra Santa le habían conmovido.

El padre, hombre excelente y tierno, que hasta entonces sentíase desolado con la esterilidad de su matrimonio, adoró en seguida a la criatura, y con su respeto supersti-

(1) Y estaba ante ti lleno de alegría y de ardor,—porque me mirabas con toda tu alma...

cioso a la magistratura, cuando Arturo no había sido aún bautizado, ya el buen Manuel Corvello decidió ahorrar con método para enviarle más adelante a Coimbra y que se licenciase allí; pero esperaba secretamente que el hijo cultivase las bellas letras, y su esperanza era que Arturito, algún día, reuniese en él las cualidades de los dos hombres que él admiraba más en Ovar: el juez Pimenta, de una argumentación tan capciosa, nutrido de legislación, un Pegas destinado en un Juzgado, y el abogado Silveira, de imágenes floridas, célebre en la comarca por sus folletines poéticos en *El Campeón de Aveiro.*

A veces, cuando el pequeño Arturo rabiaba mucho, el pobre padre, a altas horas de la noche, en zapatillas y gabán, acunábale en sus brazos por el cuarto, canturriando con voz gangosa *El gentil paje del rey* hasta dormirle; y quedábase entonces arrobado contemplando aquella carita, amarilla por las lombrices, con una lagrimita todavía en las pestañas, imaginándole ya con su toga de magistrado, célebre como Labao ¡y autor de un libro dilecto como *Amor y melancolía!* El, infeliz, por aquel tiempo estaría viejo; no podría trabajar; pero aquel niñito, que ahora, soñando, le chupaba el dedo, sería entonces un hijo ilustre y bueno, que por su posición en la Magistratura haría su vejez libre de estrecheces y por la gloria en las Letras tornaría clásico el apellido.

Fué grande su alegría cuando notó que nada calmaba las raras rabietas de Arturito como hojear algún venerable infolio de antigua legislación; y, sobre todo, más adelante, cuando vió que la diversión preferida del pequeño no era redoblar en tambores o cabalgar en escobas, sino, cobijado entre las faldas de la madre, coser cuardenitos de papel, que forraba con tapas color de rosa y que acumulaba en colecciones con el fervor de un viejo bibliófilo.

—Signos de inteligencia—decía, muy serio, el buen hombre.

Por eso muy pronto Arturo empezó a trabajar su Tito Livio y su Telémaco. Pero la madre, que después del parto quedó siempre delicada, se afligía con el tamaño de las lecciones, y si el muchacho, con sueño, no hacía el tema, mandaba al otro día secretamente una libra de té o de azúcar al maestro, Juan Graiña, para calmar su severidad. En verano y en invierno poníale camisetas, y si le oía estornudar hacíale beber en la comida copitas de agua caliente; no le dejaba nunca dormirse sin comprobar si tenía a los pies su botella, a la cabecera la imagen de Nuestra Señora y al lado la campanilla, la lamparilla, la tetera, el azucarero y un cuadradillo de mermelada. Y el propio padre iba a buscarle a la escuela para impedir que los otros pequeños le hiciesen correr o le dirigiesen burlas.

El muchacho, con aquel régimen, no se desarrolló. Tenía la palidez, la gracia nerviosa de una niña; un portazo repentino le hacía lanzar un grito. Su sensibilidad era como la cuerda muy afinada de un violín: una historia triste, un *no* violento, hacían asomar dos gruesas lágrimas a sus párpados. Su memoria, que retenía largas poesías, causaba asombro a los amigos de la casa, y ya cuando tenía ocho años era para el padre un gran orgullo oírle, en las noches de *partida,* entre el semicírculo enternecido de las vecinas, comenzar con una melopea:

Es de noche, el nostálgico astro
desgarra, con esfuerzo, el plúmbeo
[cielo...

—Llegará lejos—decía, con tono profundo, el escribano, acariciando, convencido, los tres pelos de la calva. Pero el verdadero espectáculo era oírle recitar tiernamente la fábula de los *Dos palomos*:

Deux pigeons s'aimaient d'amour ten-
[dre... (1).

Ya entonces pasaba los finales de tarde, después de clase, apoyado en la ventana del huerto, llevando siempre algún volumen de la pequeña biblioteca del papá, un tomo de Filinto Elysio o los *Mártires,* de Chateaubriand, o, sobre todo, alguna novela de la «Biblioteca de las Damas».

Era, por lo demás, como decía el abogado Silveira, «una criatura monísima». Tenía, naturalmente, los modales de un hombrecito, y a la madre se le caía la baba cuando le veía, en la sala, precipitarse a recoger de manos de una señora la jícara vacía, o cuando daba un *shakehands* al juez Pimenta, con los pies muy juntos, todo inclinado, como en la corte.

Finalmente, un día, el padre, conmovido, sorprendió sus primeros versos, copiados en limpio, con una bonita letra cursiva:

Junto a un río serpeante,
un sauce llorón se inclina,
y yo, tierno y fiel amante...

Fué al otro día al Tribunal, con los ojos húmedos, a enseñárselos al abogado Silveira, la mayor autoridad literaria de Ovar. Silveira los elogió ampliamente, sobre todo el final, de una cadencia lírica tan rica, que le sorprendió:

... y con mi flauta amena,
celebraré tus ojos de morena...

—Los versos son muy seguros—dijo Silveira—, ¡y hay dos imágenes opulentas. ¡Delicioso muchacho!

Y tomó, incluso, tanto afecto a Arturo, que le regaló un *Eurico,* y propuso al padre que los días de fiesta le dejase ir a su despacho, donde le abriría su biblioteca, «un verdadero banquete para la inteligencia». Y así, los domingos, mientras Silveira, ante su mesa, con el puro entre los dientes, iba llenando de imágenes floridas su folletín semanal, Arturo, en un rincón, encogido en una vieja poltrona, devoraba novelas y versos de Delille, de Garrett, de Volney y de Lamartine... Volvía siempre a su casa exaltado. Se cerraba en su cuarto a trabajar en su Poema, del que contaba ya quince octavas, y que tenía lugar todo él en un jardín, entre él, unos ángeles y unos caballeros. Estaba perdidamente enamorado de la Juanita de los *Viajes por mi tierra,* pero con un amor amplio, complejo, ¡que la abarcaba a ella, a la casita blanca, al ruiseñor y a todo el valle de Santarem!

Era entonces un muchachito tranquilo y triste, de lindos ojos y cabello liso. El crepúsculo, la campana del Angelus, el fado con guitarra, le sofocaban de melancolía. Pensaba mucho en el amor, y a veces en la muerte. Tenía gustos delicados, un pudor ingenuo. La cocinera, una recia mocetona de Estarreja, de ojos de azabache, se restregaba constantemente contra él, tentada por aquella piel tersa de paje tierno; y una noche en que los padres habían ido a la *soirée* de los Cuñas y Arturo, constipado, quedó solo en casa, en la cama, Luisa entró en su cuarto, se sentó a su lado, llamándole en broma «su hijito», y de repente, encendida toda, le aplastó los labios en el cuello. El mucha-

(1) Dos pichones se amaban tiernamente...

cho la rechazó, arrebolado como una Ofelia insultada, y cerrando los puños de cólera:

—¡Si vuelves a tener esos atrevimientos, se lo digo a papá y te echa a la calle!

Era de temperamento linfático y calmoso, y por aquel tiempo, habiendo ya olvidado a Juanita, amaba idealmente a la mayor de las siete hermanas Téllez, señora alta y vaporosa, cubierta siempre de tules flotantes, a quien él celebraba misteriosamente con el nombre de Laura de Castilla.

El abogado Silveira aconsejó a Manuel Corvello, no bien Arturo aprobó su bello examen de Retórica, que le mandase a estudiar a Coimbra los últimos preparatorios de Geometría e Ingreso:

—Así se acostumbra a Coimbra y a la vida universitaria, y cuando ingrese en la Universidad no irá ya como un recluta bisoño, sino como un soldado aguerrido—habíale dicho con una de sus hermosas y vagas imágenes.

Y en octubre siguiente, en una oscura mañana de lluvia, que las lágrimas de su madre hicieron parecer más triste todavía a Arturo, fué el padre a llevarle a Coimbra con todo cuidado. Le instaló muy económicamente, en casa de las Barbosas, sita en la calle de la Matemática, y le dejó recomendado al hijo de un viejo amigo suyo, Teodosio Margarido, valentón de grandes bigotes, terrible con los novatos, gran matador de gatos, que usaba un enorme garrote y cursaba el tercer año de Derecho.

Todo aquel primer año en Coimbra fué triste, ocupado por el estudio de la Geometría, de fórmulas positivas que le eran antipáticas, dominado por el miedo constante a las bromas y a las novatadas. Al toque de la campana catedralicia recogía puntualmente sus compendios, obedeciendo a aquel tañido melancólico como quien obedece a un precepto moral; las únicas horas felices de aquella época las pasó extasiándose con los claros de luna en la Peña de la Añoranza, donde iba a veces bajo la protección de Teodosio, armado con su pavoroso garrote, o, sobre todo, en vísperas de fiesta, al Trony, siempre a la sombra de Teodosio, donde admiraba a los billaristas famosos de la Universidad, haciendo bajo la cruda luz de gas carambolas con efecto. Pero después de su examen volvió a Ovar, orgulloso de su *batina* y de pertenecer a la *Briosa*, compenetrado de la importancia social de la Universidad, de sus privilegios y de su himno, odiando ya al *futrica* (1) temblando ante el catedrático, soñando con futuros artículos en *La Idea* o en *El Instituto* y captado ya por Coimbra con un afecto sentimental, que abarcaba el paisaje elegíaco del Mondego, la tertulia, la *batina* y la alegre independencia de la vida escolar. Traía, además de eso, un drama casi terminado, *El conde de Allende el Mar*, cuyo segundo acto, que juzgaba sublime, era una fiesta a la moda del Renacimiento florentino, que tenía lugar en un vago palacio junto al Tajo, donde se bebía vino de Siracusa, había sicarios enmascarados y por el río, al fondo, pasaban góndolas, en que la voz de contralto de las mujeres se combinaba con el gemido de los oboes.

Al año siguiente Teodosio, que tomó cariño a la naturaleza obediente de Arturo, y quería «tener su novato a mano», le arregló un cuarto en la

(1) *Futrica*, frase despreciativa empleada por los estudiantes universitarios de Coimbra para referirse a los novatos.

casa donde vivía, en la Coraza. Fué una aventura, un entusiasmo para Arturo, que conocía la tradición y admiraba de lejos a los compañeros de casa de Teodosio, muchachos sumamente literarios, redactores apasionados del periodiquillo *El Pensamiento*.

Aquella pequeña revista semanal fué fundada al principio con un elevado espíritu de fraternidad juvenil para aportar recursos a Taveira, muchacho muy pobre y el gran lírico del grupo. Ultimamente estaba dirigida, sin embargo, por Damián, el ilustre Damián, que habiéndose ganado un suspenso, repetía alegremente su cuarto año; y apenas *El Pensamiento* alcanzó crédito entre aquella generación, habíanse precipitado hacia él, como espíritus sofocados por el anónimo, hacia un respiradero de publicidad, no sólo todos los amigos de Damián, que se nutrían de Michelet y de Quinet, sino también aquellos que admiraban todavía a Pelletan, y hasta el grupo Cesáreo, que por un progreso revolucionario y científico devoraba ya a Proudhon, a Comte, a Littré, a Stuart Mill y a Spencer, sin contar los temperamentos puramente artísticos, que, sintiendo horror por la abstracción filosófica y por los entusiasmos de la Pasión, se demoraban en la admiración a Hugo, a Musset, a Vigny y a Byron.

A aquella vaga asociación de fanatismos la denominaban en Coimbra los *filósofos*, y también los *ateos*. Ellos mismos se llamaban el *Cenáculo*. Y aunque no había sesiones organizadas con regularidad, casi todas las noches se reunían en el amplio cuarto de Damián, en la Coraza. Y Arturo sintió humedecérsele los ojos de entusiasmo cuando por primera vez, entre la humareda de los cigarros, donde los tres brazos del candelero de metal ponían tres lucecitas mortecinas, oyó voces fanáticas discutir, con estilo de oda, el arte, las religiones, el panteísmo, el positivismo, la estupidez de los catedráticos, el ser, el *Ramayana*, el mesianismo germánico, la revolución del 89, Mozart y el absoluto.

En aquella «charla filosófica» sólo el fornido Teodosio se mantenía mudo, asombrado de las ideas como ante las puertas augustas e inaccesibles de un santuario. Pero su presencia atlética era querida por todo el *Cenáculo*; además de ser un excelente muchacho, siempre con unas pesetas en el bolsillo para compartirlas con un condiscípulo pobre, tenía él una admiración servil por todos aquellos «genios». Al lado de tales espíritus, exclusivamente ocupados en la idea, ponía él la protección formidable de sus músculos y de su garrote. Una noche que el *Cenáculo* discutía furiosamente a Lutero y la Reforma, oyéronse en el fondo de la escalera los gritos del hijo de la criada, apaleado por *futricas*. Todos se levantaron para acudir allí. Entonces Teodosio vociferó, alzando la mano:

—¡No se mueva nadie! ¡Que siga la bella discusión! ¡Aquí, en la casa, para dar palos, estoy yo!

Bajó con el enorme garrote, y a poco, en la calle, fué una desbandada dolorida de *futricas* derrotados.

Desde entonces, tácitamente, entre los miembros del *Cenáculo*, que se consideraban una aristocracia de la inteligencia, semidioses muy por encima de la oscura humanidad universitaria, en la cumbre de un Olimpo, Teodosio, con sus bigotes, sus puños, que levantaban arrobas, y, sobre todo, su tremenda maza, fué el Hércules, el Alcides pagano, el dominador de los rebeldes, y al lado de los sacerdotes de la idea, la personificación de la fuerza. Pero eso

no bastaba a Teodosio, y en su adhesión a los «genios» con quienes vivía, para compartir más directamente sus intereses espirituales, servir útilmente al *Cenáculo* y colaborar en el culto de la idea, no pudiendo aportar teorías y frases, se encargaba poco a poco de ir comprando los libros. Hijo de ricos propietarios, con una mensualidad abundante, era él quien proveía de volúmenes la biblioteca del *Cenáculo*, y todas las semanas, siguiendo las instrucciones de Damián o de Cesáreo, aparecía llevando en triunfo un tomo de Michelet, de Renán, de Taine o de Heine, cuyas páginas abría respetuosamente, diciendo con aire sagaz:

—¡Vamos a ver ahora qué dice aquí el *patrón!*

Y después de haber abierto mucho los ojos un instante hacia el libro, concluía gravemente:

—Ya veo que es obra curiosa y para una lectura reposada. La saborearé en la cama.

Entregaba el volumen a alguno del *Cenáculo* y subía al cuarto a estudiar su lección de viola francesa.

Pero conquistó así el derecho de ser uno de los *filósofos*. Contribuía también pródigamente a los gastos de *El Pensamiento*, lo que le permitía, si alguien le era antipático, formular paralelamente estas dos amenazas atroces: «el peso de su garrote y una tunda en el diario». Pero lo que más le satisfacía era poder pronunciar frases notables, que recogía en el *Cenáculo*; así, cuando salía con los amigos a matar gatos a garrotazos, no dejaba nunca de exclamar, señalando al cielo estrellado:

—Eso, chicos, no es una cosa cualquiera. *¡Es la lepra luminosa de la cara de Dios!*

Así fué cómo Arturo se encontró, por casualidad, en el medio que debía desarrollar las inclinaciones de su temperamento. Al principio, naturalmente, admiró sobre todo los individuos, las personalidades, la fraseología nueva, las raras excentricidades; tembló de entusiasmo viendo, una noche de tormenta, en la feria, al propio Damián sacar el reloj del bolsillo, una «patata» plateada, y en una actitud de Satán rebelde, conceder cinco minutos a Dios para que le fulminase, pasados los cuales, en un gran silencio del cielo, guardarse desdeñosamente el reloj, diciendo con hastío: «Está demostrado con creces que no hay nada allá en el cielo», y añadiendo, con los ojos fijos en las estrellas: «¡A no ser algún polvo luminoso de dioses muertos!» Se extasió ante el ilustre Fonseca, que en su horror por las expresiones vulgares pedía un bistec en el Carneiro, exclamando: «¡Tráigame una lonja del vetusto Apis, preparado según las fórmulas del progreso!» Palpitó de simpatía con el humanitario Villena, oyéndole responder a quien se extrañaba ante su tristeza: «¿Cómo quieren ustedes que el hombre ría cuando Polonia sufre?» Pero ninguno le impresionó tanto como el gran Marcial, con su bello rostro clásico, su cabellera y la impasibilidad marmórea de un dios del Atica. Tuvo la gloria de acompañarle una noche en que Marcial iba a ver a su amante, esposa de un profesor del Liceo. En la estrecha calle, al llegar bajo la ventana donde se asomaba un bulto claro, Marcial, soberbiamente sereno, alzando el rico metal de su voz, preguntó hacia arriba:

—¿Ha salido ya el venado?

Del bulto blanco llegó como un hálito sutil:

—Se ha ido ahora mismo al Club.

Y entonces, desdeñoso de la presencia de Arturo y de una familia

que pasaba, con el mismo tono sonoro y fuerte:

Echa entonces la escala de Romeo,
que suba yo a besar tus blancos senos.

Aquellas audacias, aquellas palabras, parecíanle a Arturo prodigiosas, de una raza de hombres superiores a los mortales, y ansiaba poder imitarlas. Lo que le exaltaba, sin embargo, por encima de todo, era la tertulia, aquella relampagueante tertulia del *Cenáculo*, donde todas las noches se trazaban, fumando cigarros, nuevas concepciones del Universo, se decidía en cuatro palabras un nuevo orden para la Humanidad, con un chiste se aniquilaba la gloria de un héroe, y en que las argumentaciones temerarias iban a derribar, en el fondo de los cielos, a los dioses más poderosos. Hablaban de todas las mujeres con el esplendor del *Cantar de los Cantares*; todo sueño era bien venido, y la propia realidad del mundo tangible parecía desvanecerse cuando Taveira, arrastrando por el cuarto la capa desgarrada, declamaba, alzando, con un gran gesto lírico, los brazos hacia el cielo:

¡Al galope, al galope, oh Fantasía!
Plantemos una tienda en cada estrella!...

Entonces, para igualar a aquellos genios y poder encajar una frase en aquellas discusiones, Arturo comenzó a devorar todos los libros de Teodosio con una avidez confusa, yendo de Petrarca a la *Historia de la Revolución francesa*, de San Agustín a Balzac, comenzando, incluso, por Hegel y precipitándose luego en las *Orientales* y en la legión de los románticos. Y así, poco a poco, perdiendo el culto exclusivo hacia la personalidad del *Cenáculo*, se elevó en él la admiración más vaga hacia personajes del Arte o de la Historia, hacia épocas de la Humanidad, civilizaciones e ideas.

Le entusiasmó la Edad Media, sus catedrales y sus monasterios, y el Rin gótico, con sus castillos de burgraves heroicos sobre cimas de rocas; le encantó el Oriente y sus ciudades erizadas de alminares, donde se posan las cigüeñas, las caravanas por el desierto, los jardines de los serrallos, donde suspira, entre el murmullo del agua, la pasión musulmana; después le atrajo el Renacimiento italiano, sus decamerones galantes y las galas de los Papas; un libro de Arsenio Houssaye le comunicó por algún tiempo la admiración hacia el siglo XVIII; después adoró la bohemia de Murger y de Gerardo de Nerval... Y sentía otros entusiasmos vagos por paisajes, heroísmos, teorías y actitudes, los ríos sagrados de la India, los corsarios patriotas del archipiélago griego, la regeneración de las prostitutas, San Bernardo de Clairvaux y Dantón en la Convención. Le torturaba entonces el deseo permanente de reproducir las imágenes de que aquellos entusiasmos y sus lecturas le llenaban vagamente el cerebro; pero no sabía aún qué arte emplearía. A veces sus ideales eran tan indefinidos, que le parecía que sólo arias y melodías podrían expresarlos; pensaba entonces en estudiar música, y ningún genio humano le parecía superior a Mozart o a Beethoven, a los que nunca había oído; ambicionaba componer sinfonías sobre temas que amaba, y para los cuales encontraba insuficientes la poesía, como la muerte en el Calvario o el caballero sir Galaad, buscando por la tierra y por los mares el vaso del Santo Grial. Otras veces era el color, la belleza de líneas, lo que le

interesaba; deseaba entonces ser pintor, llevar al lienzo el rico esplendor de las estofas, las decoraciones luminosas de un cielo oriental, escenas de Shakespeare o episodios grandiosos de la Historia; y ningún destino humano le parecía igual al de un Miguel Angel, componiendo el *Juicio final*, viviendo de pan y agua, y en los intervalos de descanso escribiendo un soneto inmortal.

Ya sus compendios de Derecho natural y romano le parecían odiosos, y se pasaba las noches escribiendo versos. Aquellos versos sólo los enseñaba a un compañero que vivía en el cuarto contiguo, pero que no pertenecía al *Cenáculo*. Este joven, aunque pariente de Taveira y, como él, de Braganza, por ser sumamente grueso y hablar con frecuencia del *Pote das almas*, como de la mayor impresión que traía de Lisboa, era conocido en el *Cenáculo* por el remoquete de *Pote-sin-Alma*. Amaba locamente a una prima, que le había dejado por un mayorazgo de los alrededores de Braganza, y desde entonces la ocupación de *Pote-sin-Alma* era aprenderse puntualmente sus apuntes y llorar aquel amor perdido. Era, sin embargo, siempre en el calor de la cama donde le hería aquella nostalgia, y todas las noches, con regularidad, la voz de bajo de *Pote* atronaba la casa, bramando entre las sábanas:

—¡Ay, qué buen pedazo de mujercita! ¡Ay, quién me la diera aquí!

Este grito lúbrico y doloroso escandalizaba el gusto delicado de los artistas del *Cenáculo*. Y un día, en la comida, Damián, muy severo, se volvió hacia *Pote-sin-Alma*:

—*Pote*, usted todas las noches se lamenta de la pérdida de su prima Felicia de un modo que nos resulta insoportable. Usted, como hombre y como *pote*, es libre, y no podemos prohibirle su queja. Pero tenemos derecho, por lo menos, a que dé a su nostalgia una expresión literaria y noble. Y ya que Dios, para emplear este término anticuado y convencional, le ha dado en gordura lo que le negó en ideas, aquí, el amigo Taveira, se va a encargar de formularle en dos o tres estrofas correctas un grito de desesperación decoroso. Y usted, *Pote*, va a tener la bondad de usar, de ahora en adelante, esta fórmula, siempre que le desgarre el dolor de esa pasión desventurada.

La «fórmula» compuesta por Taveira era una imitación de algunas estrofas de *Loksley Hall*, la patética elegía de Tennyson, en que el poeta, visitando de nuevo los prados y los arenales donde antaño, con su prima Amy, dió los paseos sentimentales del amor armónico, lanza el grito tan célebre en la tradición romántica:

Oh, my cousin shallow hearted! Oh
[my Amy, mine no more!
Oh, the dreary, dreary moorland! Oh
[the barren, barren shore! (1)

Y la composición de Taveira, después de hablar con amargura de los prados y arenales de Braganza, donde Felicia y *Pote* se habían amado, en la humedad de la hierba, junto a las espumas del mar, terminaba con el mismo apóstrofe dislacerante:

¡Oh mi prima Felicia! ¡Mía ya nun-
[ca más!
¡Prados desiertos, sí, desiertos! ¡Tris-
[tes, sí, tristes arenales!

---

(1) La traducción *ad litteram* de estas dos estrofas del célebre poema de Tennyson, puede ser: «¡Oh prima mía, la de corazón frívolo!—¡Oh mi Amy, mía ya no!—¡Oh el triste, triste yermo! ¡Oh la árida, árida playa!»

Ahora, todas las noches, *Pote-sin-Alma*, después de haber arreglado la cama, con el gabán a los pies y la capa por encima, se acostaba, y, arremetiéndose la ropa hacia los hombros, exhalaba un ¡ah! deleitado de gozo, y con la nariz fuera de las sábanas, a toda voz, bramaba en el silencio:

¡Oh mi prima Felicia! ¡Mía ya nun-
[ca más!
¡Prados desiertos, sí, desiertos! ¡Tris-
[tes, sí, tristes arenales!

Al principio este mugido lírico asombró a Arturo; después, la proximidad del cuarto le trajo la intimidad con *Pote*; le oyó la historia de la prima y los elogios a las «piernas de la pequeña», y en estas confidencias, en la charla nocturna, acabó por leerle algunos versos y, sobre todo, una elegía titulada *Ofelia*, que él ambicionaba publicar en *El Pensamiento*. *Pote* llevó la poesía a Taveira, y como era la semana de Carnaval, en que faltó original para *El Pensamiento*, *Ofelia* apareció en folletín. ¡Qué sorpresa para Arturo! ¡Qué hora deliciosa! Era la entrada en una gran carrera poética. Sentíase ya igual a Taveira, y, más adelante, célebre como Musset, sería el confidente querido de almas tiernas. Aquel día, en la comida, Damián le dijo protectoramente:

—Tiene usted la fibra y la forma, novato: ¡Trabaje, trabaje! Es necesario tener la idea. ¡Busque la idea!

Arturo envió en seguida a Ovar varios ejemplares de *El Pensamiento*. No dudó de su genio, y empezó a buscar la *Idea*.

Se entusiasmó por el panteísmo. Decidió ser el gran poeta panteísta de Portugal; soñó un alma en las cosas, y parcelas de divinidad en las hojas de los sauces. Esbozó inmediatamente el plan de un poema dramático que sería la explicación del Universo, y en el que estrellas, montes, rocas y árboles eran personajes y tenían las pasiones, los caprichos y las tristezas de una Humanidad inerte y muda.

Esta idea, sin embargo, era muy vasta para su debilidad de anémico, y sólo escribió la primera estrofa, el *Coro de los montes*, monologando bajo la luna, en el silencio de un cielo de verano:

Los montes somos. Y las níveas
[frentes
de brillantes estrellas coronamos.
Los montes somos, severos gigantes,
que al susurro del agua meditamos...

Por aquel tiempo se enamoró de una señora casada, de la Calzada, cuyos ojos árabes y gracia de palmera joven habían sido ya cantados por los líricos de otra generación universitaria; pasó entonces las noches dando vueltas a pensamientos a lo Romeo, contemplando la ventana del cuarto donde ella, con camiseta de franela y los pies sobre la botella de agua caliente, roncaba junto al marido. No ambicionaba más que posar un leve beso sobre su cabeza una noche de luna; solo, en su cuarto, apretaba convulsivamente las manos contra el pecho, murmurando en un vago delirio: «¡Oh, te adoro!» Olvidó su poema filosófico, cayó en el lirismo, prodigado en cuartetas, en las que ella era sucesivamente Julieta, la bella Andaluza, o la Esposa del *Cantar de los Cantares*. Pensó que en la vida sólo importaba la pasión; comprendió, admiró a René, a Werther, a Rolla, a Manfredo, a Lara, ¡y a otros peores! Y como la felicidad deseada, el beso bajo la luna no llegaba, para seguir la tradición de las desesperaciones románticas, empezó a emborracharse. Fueron entonces con Taveira trasnochadas de exaltación platónica, re-

gadas con medios cuartillos, en la tía Poncia y en el Arsenio. Iba después, tambaleándose, hacia el cuarto de *Pote* a declamar sus desesperaciones. Y éste, en una nostalgia que se le contagiaba, pero obediente al *Cenáculo*, mugía entre las sábanas:

¡Oh mi prima Felicia! ¡Mía ya nun-
[ca más!
¡Prados desiertos, sí, desiertos! ¡Tris-
[tes, sí, tristes arenales!

Y más bajo, torciéndose y gruñendo de concupiscencia:

—¡Ah chico, si la pillase aquí!

Llegaron al fin los exámenes, y Arturo se llevó un suspenso. Tan grande injusticia le produjo un odio hacia toda autoridad: odió a los tiranos, desde Jehová hasta los catedráticos, desde el zar hasta el bedel de la Facultad; ambicionó una república gobernada por poetas y por genios; pensó incluso en abandonar la Universidad, el país que desconocía así sus talentos, partir, ir a luchar por Polonia; seríale grato morir en una batalla por la libertad, entre cantos patrióticos, ¡pensando en ella!

Su padre tuvo un gran disgusto con el suspenso. Arturo, sin embargo, en una carta poética, le demostró que había sido víctima de la envidia que suscita un genio naciente, y le enviaba una lista de todos los grandes hombres que fueron mal apreciados en la Universidad, y que más tarde, ministros, poetas, sabios, glorias nacionales, ¡conservaban en su pasado montones de suspensos injustos!

Durante aquellas vacaciones, su madre, enferma desde el invierno, murió de una tisis laríngea. El padre, muy afectado, tuvo los primeros síntomas de una dolencia cardíaca.

Fué un verano desgraciado para el pobre Arturo en aquella casa triste, en que le parecía estar oyendo siempre los martillazos sobre el féretro de su madre y percibir aún el olor de los cirios y los suspiros ceremoniosos de los pésames. Las últimas semanas, sobre todo, fueron las más tristes, ante aquel padre todo enlutado, con los ojos hinchados por las lágrimas, y que ahora, invadido también por fúnebres presentimientos, le hablaba constantemente del futuro, de la necesidad de trabajar, del dolor de dejarle sin recursos. No tenía siquiera a su antiguo amigo Silveira para desahogarse; pensó deslumbrarle con las historias del *Cenáculo* y los entusiasmos allí adquiridos, pero Silveira estaba de baños en Espiño, donde hacía palpitar el corazón de las señoras con su bigote fatal, sus imágenes, su perro de Terranova y su capa española. La vuelta a Coimbra fué para Arturo un alivio.

Habíase olvidado por completo de la señora de la Calzada. Venía entonces con ideas más definidas de carrera y resoluciones de estudiar. La publicación feliz del *Don Jaime* le dió la ambición de componer, durante la licenciatura, un poema histórico; iría después a establecerse a Lisboa, a ejercer la abogacía y a lanzar su epopeya. Estaba buscando tema cuando la lectura de la *Vida de Jesús*, de Renán, le hizo entusiasmarse por la Judea y por la leyenda mesiánica. Se le ocurrió la idea, que juzgó grandiosa, de rehacer el Evangelio, pintar en un poema social un Jesús pálido y rubio, vagando por los valles nazarenos y junto a los lagos sirios, amado por las mujeres y los niños, enseñando la democracia a las almas tiernas. Pero Damián, consultado, escarneció la idea. En el progreso de su evolución intelectual, se lanzó con el grupo cesario al culto exclusivo de Proudhon, Stuart Mill y Augusto Comte, y no comprendía realmente ¡qué tenían que hacer Jesús, Magdalena y los sicomoros de Betania, en pleno siglo XIX, en la hora del positivismo y del socialismo! ¡Que el querido Arturo cantase la revolución, el pueblo y su antiguo oprobio! Que fuese Virgilio haciendo la epopeya sintética de un nuevo mundo, o Juvenal lanzando la sátira sobre un mundo decrépito... ¡Pero que dejase los lirismos evangélicos a las duquesas cloróticas del *faubourg Saint Germain!*... Arturo no fué Virgilio, ni Juvenal, pero desistió del poema sobre Cristo, como había abandonado el poema histórico sobre don Sebastián. Cayó entonces de repente, sin motivo, en un vago desconsuelo de la vida, invadido por el tedio de todas las realidades, llena el alma de ambiciones nubladas, de felicidades indefinidas. Odió de nuevo los compendios; sentíase vacío de imágenes y de rimas: una cuarteta le costaba los esfuerzos dolorosos de una epopeya. Por la tarde, íbase por la Sofía, mustio, encogido dentro de la capa, con el gorro metido hasta la nuca, arrastrándose hacia la Chopera, a saturarse de melancolía; por la noche, o iba hacia la Peña de la Añoranza a mirar la luna, en el valle, o se quedaba en el cuarto de Damián, en el ardor de las conversaciones del *Cenáculo*, sin hallar una frase, una réplica, más triste por aquella esterilidad.

—Este Arturo es prodigioso—decía Cesáreo—. Está a los diecinueve años como Byron a los treinta. ¡Con esta precocidad de sentimientos llegará a ser un gran idiota!

Por aquel tiempo fué cuando Teodosio le llevó, una noche, a casa de Anita la Serrana, entonces la meretriz más cara de Coimbra, el sueño ardiente de toda la Universidad pobre, a quien Taveira, en una poesía delirante, había llamado «estrofa de carne y Venus cristiana». La Anita tenía en la ventana unas cortinas de *reps* amarillo, usaba una bata color fuego y leía *La Dama de las Camelias*; contábase como una leyenda singular que se bañaba; y era cierto que Salgado se envenenó por ella. Tanto romanticismo fascinó a Arturo; le dedicó unos tercetos en *El Pensamiento*, y la Anita, conquistada, concibió por él un capricho *gratis*. En la madrugada en que salía él de su lecho, extenuado de amor, sintió que toda la melancolía de aquellos meses pasados se le disipaba como una niebla bajo el sol cálido de mayo; su vida tenía ahora un centro y una significación: quería ser el Armando Duval de aquel ángel, regenerarla por el amor e inmortalizarla en un poema, como *Intermezzo*.

Dos semanas después, Anita le abandonó por un cajero de la Sofía. Lloró de dolor. En la misma página de *El Pensamiento* en que la había celebrado, la insultó ahora, con estrofas amargas a *La mujer de mármol*; y en el baile del martes de Carnaval, en el teatro Don Luis, excitado por la ginebra, viéndola brincar vestida de odalisca, en una polca frenética, exclamó, con tremendo escándalo:

—Diviértete, vil Mesalina... ¡Eres podredumbre y en podredumbre te convertirás! ¡Brinca, prostituta! ¡Oh Serrana, oh suripanta, devuélveme los calcetines que te dejé en el prostíbulo!...

El chulo de la Anita, un airoso estudiante de cuarto año, gran gimnasta, le abofeteó inmediatamente. Fué un incidente pavoroso. Arturo quería esperarle a la salida para apuñalarle. Se saturó de coñac hasta volverse feroz... Y los compañeros tuvieron que arrastrarlo hacia su casa, idiotizado por el alcohol, abrazándose a todos los faroles, regándolos de lágrimas y gimiendo:

—¡Mujer, tu nombre es vileza!

Al otro día quiso enviar a la Anita una moneda de duro, escribiéndole como en otro tiempo Armando: «Ahí va el precio de tu amor y de mi insulto.» Pero temió a los músculos formidables del gimnasta, y, furioso, dejó de creer en las mujeres.

—Sólo el arte no traiciona, Arturo—le dijo un día Taveira.

Y Arturo se lanzó desesperadamente en el arte. Se consideró cínico a lo Musset y a lo Byron, y quiso, como ellos, dar a su vida un delirio romántico: comenzó de nuevo a emborracharse. Y una mañana que regresaba, todavía soñoliento, de un lupanar—como correspondía a un hermano de Rolla—, encontró en su casa una carta de Silveira: la víspera, mientras él, en el Garrano, con Taveira, brindaba a la Muerte y a la orgía, su padre, de repente, al entrar en el casino, habíase desplomado muerto hacia un lado, murmurando solamente: «¡Oh hijo mío!»

El pobre muchacho, que quería a su padre, se desmayó, y, después de las primeras lágrimas, quedóse aterrado. Allí estaba, solo en la vida, sin recursos para continuar su licenciatura, teniendo que abandonar a Coimbra, el *Cenáculo*, la vida poética...

Por consejo de Silveira, fué a Ovar a vender en pública subasta el moblaje, alguna plata de la casa. Pasó allí una semana amarga, en la fonda, todo enlutado, con los ojos rojos como carbones, fumando cigarros, haciendo y deshaciendo planes, o con la nariz en los cristales, viendo caer la lluvia menudita de marzo. Una noche, por fin, el juez Pimenta, que, muy solícitamente, dirigió la subasta, vino a traerle cuarenta y cinco libras en oro. Al ver aquella riqueza rebrillando sobre el verde paño de la mesa, una esperanza desordenada se alzó en su alma. Con una economía sagaz, podría vivir dos años en Coimbra; durante ese tiempo, dando lecciones, fundando una revista, allegaría recursos regulares... Y, a pesar de llorar aún al mirar el daguerrotipo de su padre, comenzó a gozar instintivamente de la idea de su libertad, sin familia que le trazase arbitrariamente un destino y con unos apretados cartuchos de dinero en la maleta.

Volvió a Coimbra, y a las dos semanas pagaba a los líricos del *Cenáculo* una orgía en casa de la Poncia; después compró todas las obras de Víctor Hugo y un revólver; se hizo un traje, se divirtió con la guitarra, jugó al monte, alquiló coches para ir a Condeixa a comer en el castillo con Taveira.

En los exámenes siguientes se llevó otro suspenso. Y, en vacaciones, cuando Coimbra empezaba a quedarse desierta, se encontró con ocho duros en el bolsillo.

Fué entonces cuando se acordó de sus tías, a quienes nunca había visto, y que vivían en Oliveira de Azemeis. Eran dos, Ricardita y Sabina; la más vieja, la tía Loló, había muerto tísica, un año después de su marido.

Les escribió una carta patética, con frases a lo Musset, pidiendo a las dos viejas que «le ayudasen en esta gran batalla de la vida, en que él se sentía flaquear, porque era de esta generación nerviosa y pálida que necesita el amparo de una ternura de ángel...»

Como la respuesta tardase, partió desesperado hacia Ovar, a la misma fonda, como si esperase ver otra vez rebrillar sobre el paño de la mesa el oro de otro puñado de libras.

Allí, su viejo amigo, el abogado Silveira, que había roto con *El Campeón* e iba a casarse con una viuda rica a la que había fascinado en

Espiño, le irritó con consejos prácticos, sólidamente burgueses: «¡La vida no era poesía, había que tratar del pan!» Pero ¿en dónde?, ¿cómo? ¿Ir a garrapatear papel en casa de un notario? ¿Ir a vender *cheviots* en un mostrador de Oporto.

—¡Sería idiotizarme para siempre, anular mis facultades, Silveira!

Una mañana, por fin, llegó la carta de las tías. Era breve, con una bonita letra de mujer:

«Mi querido sobrino: Recibimos aquí tu carta, que revela que tienes mucho talento; nos hizo llorar a todos, y hasta Alburquerquecito pareció muy afectado. Y yo no tendría felicidad mayor que poder ayudarte en tu licenciatura, pues se ve que tienes vocación para doctor y habrías de hacer buena figura. Pero, desgraciadamente, como tú no ignoras, pues nuestro hermano Manuel estaba al corriente de todo, nosotras poco tenemos; lo suficiente apenas para vivir con algún decoro. Tú, sin embargo, eres de nuestra sangre, y por eso te puedo decir que en esta casa has de encontrar buena acogida, porque hasta tenemos un cuarto con algunos muebles y podía servirte a ti, y hasta la tía Sabina lo anda ya arreglando, pues esperamos que aceptes este ofrecimiento que te hacemos de corazón, tanto más cuanto que el señor Vasco dice que ahora hay vacaciones en Coimbra. Escribe anunciando el día que vienes y recibe un apretado abrazo de tu tía que te quiere de corazón,

Ricardita.»

El abogado Silveira, a quien corrió a enseñar la carta, le dijo en seguida, cruzando la pierna y con una de sus imágenes floridas:

—¡Ahí tienes! ¡Eras la barca zarandeada por la tempestad: se te abre el puerto hospitalario!

Arturo, paseando cabizbajo por el despacho, imaginaba, por aquel estilo de la carta de la tía Ricardita, la existencia en Oliveira de Azemeis, entre las dos señoras oliendo a rapé, haciendo por la noche punto, soñolientas, después del rosario rezado con la criada, ante la cómoda, dispuesta como oratorio.

—¿Quién será este Alburquerquecito?

—Algún viejo amigo de la familia. Jugador de chaquete, naturalmente —dijo el elocuente Silveira.

—En fin—exclamó Arturo—, iremos hacia Oliveira de Azemeis. *Alea jacta est!*

Partió de Ovar, al final de un día tórrido de agosto, y cuando entró, con el mozo que le llevaba el baúl, en el patio triste del caserón de las tías, la torre de San Francisco, al lado, daba nueve campanadas sobre la villa silenciosa.

Las señoras, muy enlutadas, salieron al rellano de la escalera a recibir al sobrino, con los brazos abiertos:

—¡Oh muchacho, a qué hora vienes!—exclamó la tía Ricardita—, ¡y sin avisar! ¡Jesús, qué cosa! ¡Ay hermana Sabina, que es el retrato de nuestro Manuel! ¡Ay, venga un abrazo, hijo!

Arturo, muy azorado, dejó en el suelo la sombrerera, el gabán, el quitasol, para recibir el beso de Ricardita, que le esperaba con una lágrima a lo largo de su gran nariz aguileña; después cayó en los brazos de Sabina, toda pequeñita, muy enternecida, de una blancura marfileña bajo su toca negra.

—¡Ay hijo—repetía la tía Ricardita, llevándole hacia la sala—, eres el retrato de tu padre! Mira, íbamos ahora mismo a tomar el té.

Sobre la mesa estaba la bandeja con las tazas, y al lado, a la luz de

un quinqué con pantalla transparente, que representaba escenas de nieve en un paisaje de Noruega, un individuo grueso y calvo hacía un solitario, muy tranquilamente.

—Alburquerquecito, aquí está Arturito. Es el retrato de nuestro hermano Manuel...

El hombre dejó despacio la baraja, se volvió en la silla, y, con las piernas muy separadas y las manos abiertas sobre las rodillas, examinó largamente a Arturo, que se retorcía el bozo, todo cortado.

—¡Vaya, viva mi amigo!—exclamó súbitamente, levantándose y cogiéndole la mano, que conservó mucho tiempo, sacudiéndola acompasadamente—. ¡Vaya, viva mi amigo! ¡Viva mi amigo!

Sentóse, después de haber alisado con método, a un lado y a otro de la calva, los cuatro pelos canosos, y cogió de nuevo su baraja.

Pero el mozo esperaba en la puerta, y Arturo, rebuscando en el bolsillo, le tendió una peseta.

—¡Cómo!—exclamó Ricardita—¡Tú estás loco, muchacho! ¡Qué cosa! Está muy bien con dos reales. Ande, Juana, ayúdele a subir el baúl. Espera, yo también iré. Siempre será mejor que vaya yo. Y tú debes de estar cayéndote de debilidad, hijo. Ocúpate de que le preparen algo, Sabina. ¡Anda, no te quedes ahí pasmada!

Sabina se apresuró hacia la cocina, mientras el Alburquerquecito, muy serio, iba barajando sosegadamente sus cartas.

—¿Buen viaje?—preguntó, mirando a Arturo.

—He tenido muy buen viaje, gracias...

—¿El mar picado?

—¿El mar?...—murmuró Arturo, asombrado—. Yo vengo de Ovar...

—¡Hum!—gruñó el hombre con desdén—. ¡En la diligencia! Nelson, el gran Nelson, no iba en diligencia...

—Nelson era un almirante, y yo...

—¡Silencio!—dijo imperiosamente Alburquerquecito, que, habiendo organizado un cuadrilátero de cartas, iba ahora volviendo una por una las que quedaban en la baraja—: ¡As!, ¡tres!, ¡sota!, ¡rey!

Arturo examinaba con asombro su grave cabeza de notario, la calva bruñida y lustrosa como una madreperla, con cuatro pelos blancos sobre cada oreja; la cara colorada y rolliza, la boquita brillante, las patillas cortas, canosas, y el majestuoso chaleco blanco sobre el cual serpenteaba una cadena. Pero lo que le maravillaba eran tres galones de oro, de general, que llevaba él cosidos en la bocamanga.

—¿Es usted aficionado a los solitarios?—preguntó Arturo, para romper el silencio.

Un ¡chis! lanzado con cólera le hizo enmudecer. Arturo se levantó, ofendido; una de las ventanas estaba abierta a la noche cálida de agosto; enfrente, rojeaban los dos bocales de cristal en el escaparate de la botica, y alrededor, bajo el negro cielo, todas las casas, la plaza, parecían adormecidas en el aire pesado, con alguna que otra ventana abierta, mortecinamente iluminada. Debía ser aquél el extremo de la villa, porque se oía en el gran silencio, a distancia, más allá de la masa oscura de la capilla, un croar triste de ranas.

Arturo encendió un cigarro y permaneció allí, pensando en las noches de verano en Coimbra, en los claros de luna sobre el elegíaco Mondego... Veíase en el puente con los ojos fijos en la luna, redonda y blanca, que a aquella hora contemplaban también el pastor en la montaña, tendido sobre una piedra; el marinero, en los mares tranquilos, en cubierta; y al lado, la voz extática de Taveira, murmurando: «¡Luna, hostia del infinito!»...

Dentro, la sala parecía continuar la tristeza de la plaza y de la villa, con su alto armario de caoba, la mesita de patas torneadas, cubierta con un tapete de raso, sosteniendo preciosamente un jarrón con flores, y un rincón de alcoba, con un viejo diván hundido por el uso, donde seguramente, de día, las señoras charlaban haciendo punto. Y la gruesa voz de Alburquerquecito, una voz de brigadier enronquecida en las maniobras, proseguía: ¡Cuatro, caballo, as, tres!...

Pero Ricardita apareció al fin, apresurada:

—Perdona, estuve arreglándote el cuarto. ¡Venir sin avisar, qué cosas!

Calló, oliendo alrededor:

—¡Oh muchacho! ¿Es que fumas? ¡Ay, qué peste!, ¡qué peste!

Cogió una servilleta y azotó el aire violentamente:

—¡Ay, debías quitarte la costumbre, pues Vasco dice que estraga la salud y da malas ideas! Te he puesto el baúl a los pies de la cama. Mira, ahí viene la tía Sabina. Ve con ella, que te enseñará tu cuarto, que yo voy a recostarme aquí y a estar un rato calladita...

Pero no se calló, contando en seguida sus achaques, el daño que la sequía estaba haciendo a las tierras, los bonitos paseos hacia los lados del Covo, la maravilla de la fábrica de vidrio...

—¿Hizo su solitario, Alburquerquecito?

—Dos, hija mía—dijo el viejo, que barajaba las cartas—, dos *imperiales*.

—En seguida lo traerán todo, pues Sabinita tiene que ir arriba... ¡Ay, qué jaleo, Dios mío! Pues mira, hasta me duele la cabeza. Es el humo del tabaco. Y también de salir de mis costumbres...

—¡Chis!—chilló Alburquerquecito, que volvía a empezar el cuadrilátero.

Y Ricardita, bajando la voz:

—Anda, Sabina, ve a enseñarle su cuarto, que para eso tienes piernas.

—Por aquí, hijo, por aquí—dijo en seguida Sabina, levantándose.

Arturo, aturdido, la siguió por la empinada escalera; pero al llegar al corredor, se detuvo asombrado, viendo ante una puerta, apostado, con el arma al hombro, un soldado de papel de tamaño natural, pegado a una tabla, que había sido recortada siguiendo el contorno de la figura.

—¿Qué es esto?

—Es el cuarto de Alburquerquecito; éste es el centinela—dijo Sabinita, con una sonrisa enternecida.

—¿Quién es ese sujeto?—preguntó Arturo.

—¡Ay, es un santo! No debes de hacerle caso... Tiene la cabecita desarreglada; no piensa más que en barcos y en cosas del mar.

—¿Fué oficial de marina?

—¡Oh, no! Alburquerquecito era un amigo de nuestro hermano; después de viudo empezó a desvariar. Y como no tenía parientes y no era un loco declarado para ir al manicomio, le trajimos a vivir aquí, a casa, pues Alburquerquecito es rico y tiene una finca muy buena junto a Santa Eufrasia.

Hablaba enternecida, con el candelero en la mano, al lado del enorme centinela con quepis, uniforme azul y bigotes napoleónicos. Fué ella la que le colocó en la bocamanga los galones de almirante. Era ella quien cosía las velas de sus navíos.

—¡Ay, pobrecito mío, es un santo! Sólo tiene esa manía de los bar-

cos, pues en todo lo demás conserva su juicio.

Le enseñó entonces el cuarto, contiguo al de Alburquerquecito. Sobre la cómoda habían colocado un gran ramo de rosas, y las sábanas de la cama estaban bordadas.

—Aquí tienes agua caliente... Y la vista es bonita.

Arturo echó una ojeada a la ventana, pero sólo vió una vaga negrura, donde formas de árboles, otra torre lejana, ponían sombras más densas, y de las cuales subía el mismo croar triste de las ranas.

Pero tía Sabinita, al retirarse, vaciló un momento, y casi con una súplica en la voz:

—No te rías, hijo, quisiera pedirte una cosa. Siempre que hables a Alburquerquecito, llámale «señor almirante».

Cuando Arturo bajó, el té estaba en la mesa, y Sabina, muy conmovida, disponía sobre el mantel la cena «del muchacho». Tuvo él entonces que contar sus estudios en Coimbra, cómo recibió la noticia de la muerte de su padre, lo que había producido la subasta...

Pero de repente, Alburquerquecito tiró la tostada que había cogido del plato y, enderezado en la silla, haciendo crujir los nudos de los dedos, miró sucesivamente a las dos viejas, con rencor. Exigía las tostadas calientes, doradas, chorreando manteca, y al encontrarse una seca gruñó con acritud:

—¡Si saben que me hace daño! ¡Si saben que me hace mucho daño! Y no es una, están secas todas. ¡Ya es descuido!

Fué un disgusto para las señoras. Había sido el atropellamiento. ¡La llegada del muchacho! ¡Alburquerquecito tenía que perdonar!

—Ha sido mía la culpa—dijo Sabina—, que se las dejé preparar a Juana.

—¡Claro es—exclamó Ricardita—que ha sido tuya la culpa! Bien te dije que dejases los huevos a Juana e hicieras tú las tostadas. ¡Pero no, siempre quieres seguir las ideas de tu cabeza!—y aflautando la voz y muy tiesa—: ¡y fíjate el disgusto que has tenido!

Sabinita, encogida, sorbía su taza. Y Alburquerque, volviéndose hacia Arturo, con el ceño fruncido:

—El amigo, que viene de Coimbra, lo comprenderá: ¡o son tostadas o es pan seco!

Arturo respondió muy serio:

—Tiene usted mucha razón, señor almirante.

Súbitamente, el viejo se calmó, pasándose con satisfacción las manos abiertas sobre los cuatro pelos de la calva. Las caras de las señoras se iluminaron con una gratitud conmovida, y Sabinita, sin poderse contener, pasó los dedos flacos por el rostro de Arturo, diciendo, enternecida:

—¡Ay, no puedes negar que eres hijo de nuestro hermano! Tienes el mismo corazón de ángel.

Y durante un momento, Arturo se sintió a gusto entre aquellos corazones anticuados, tan fáciles de alegrar, en aquella casa adormecida, en un rincón de la villa triste, donde vagaba entre los muebles, a los que el largo uso había dado una expresión casi humana, un tenue olor a espliego.

E incluso Alburquerquecito le pareció conmovedor, cuando, extendiendo sobre la mesa su brazo galoneado de oro, le declaró amistosamente:

—Tengo que llevarle mañana a bordo.

—Será un gran honor—respondió, sonriendo.

Pero habían dado las diez y media y las señoras se levantaron para ir, con las dos criadas, a rezar el rosario al oratorio.

Arturo, abrumado, se quedó solo en la sala, triste, frente a Alburquerquecito, que, con las manos cruzadas sobre el vientre, había caído en una somnolencia que le invadía generalmente después del té.

Cuando las tías volvieron, cabeceando, de aquel rosario monótono en el oratorio, Alburquerquecito despertó, se atusó los pelos de la calva y, levantándose, dijo con satisfacción:

—Bueno, señoras, ya se pasó el ratito de la noche.

Dieron entonces un candelabro a Arturo, con infinitas recomendaciones: que apagase la luz antes de dormirse, que no dejase los fósforos tirados, a causa de los ratones...

—Yo estoy al lado, estoy al lado—dijo Alburquerque—. Ya vigilaré. Y si el amigo quiere algo, ¡no tiene más que dar en la pared! ¡Vamos, buenas noches!

Y subieron hacia el corredor, Alburquerquecito delante, despacio, bostezando, cogiéndose al pasamanos.

—Bueno, amigo—dijo—, no hay nada mejor que un sueñecito después de las tostadas. Estaban hoy malas; pero, en fin, fué día de huésped. Lo que el amigo debe venir es cansado. Tres horas en diligencia... Oiga, las *conveniencias* están al fondo del corredor.

Y Arturo se asombraba de verle tan sensato, cuando Alburquerquecito, parándose a la puerta de su cuarto, hizo el saludo militar al soldado de papel y dió este *santo y seña* para entrar a bordo:

—¡Nelson y Sabinita!

Solo ya en su cuarto, Arturo, sentado en la cama, comenzaba a fumar su cigarro, cuando desde fuera la voz de Ricardita habló por la cerradura:

—¿Pero estás todavía en pie, hijo? ¡Ay, apaga la luz, apaga!... Di, ¿estás fumando?

—No, tía Ricardita.

—¡Ay, hijo, por los clavos de Cristo, ten cuidado con el fuego!

Se acostó desesperado, pensando en lo que haría para huir a toda prisa de aquella casa embrutecedora, donde no podría leer de noche en la cama o trabajar, sin que viniese una de las viejas, en su ronda, a hacerle apagar la luz y la imaginación.

Al día siguiente, al levantarse, fué a abrir la ventana. Era una mañana resplandeciente. Abajo extendíase todo un verdor de pomares y huertas, con estanques aquí y allá, donde espejeaba el agua; blancuras de ropa a secar, casas enjalbegadas relucían al sol. El huerto de las tías, de donde se subía por tres escalones de piedra al patio del corral, estaba cercado por un muro bajo erizado de cascos de botellas. Había en él plantadas coles, lechugas, judías; matas de rosales y dalias formaban un jardincillo en un rincón; al fondo, bajo unos árboles, estaba el pozo; y sobre su pedestal, una estatuita de yeso de la Fortuna, con el pie en el aire y el cuerno de la abundancia en alto, blanqueaba bajo la fuerte luz.

Y Arturo, asomado, fumaba, cuando de la ventana contigua salió un brazo galoneado de oro, e inmediatamente retumbó una voz formidable:

—¡Orza a barlovento! Señor segundo teniente, ¡abra las escotillas de proa!—y sonó una trompeta: Tararí, tarará, rá, rá, á...

Y entonces, de un portavoz que apareció por fuera de la ventana, salió un vozarrón:

—¡Cierre los trinquetes! ¡Fuego! ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!... Tararí, tarará, rá, rá, á...

¡Era Alburquerquecito, con bicornio, mandando, desde el antepecho

de la ventana, su fragata de guerra!

Comenzó entonces para Arturo una vida desventurada, en que los días se seguían como las páginas blancas de un libro que se va hojeando tristemente. Durante toda la mañana las dos señoras hacían su punto en la sala, con las ventanas cerradas, el suelo regado, en un silencio en que vagaba el zumbido de las moscas.

A veces, para distraerle, Sabina le llevaba al huerto a ver el corral; le enseñaba los conejos nuevos brincando sobre las capas de coles mojadas, con el hocico fruncido, las orejas tiesas, mirando con los ojitos rojos como rubíes o negros como abalorios las cortezas que ella traía; y a su alrededor era un correr de polluelos, redondos como bolas de plumón, un *cuá-cuá* de patos, un disparo de graznidos de los dos pavos hinchados. Pero el olor del gallinero, de la conejera, la tufarada tibia y acre de los pelos y de las plumas asqueaban a Arturo; detestaba los lechones, con la piel color de rosa, sudando de gordura, hozando hasta los ojos, gruñendo de gozo al rebañar las gamellas. Sólo no le desagradaba el viejo gallo *Fierabrás*, de flamante cola y pomposas pisadas; muy atrevido, *Fierabrás* se plantaba delante de él, irguiendo la cresta sanguinolenta, mirándole de lado con su ojo rutilante, y, de pronto, batiendo las alas, estirando el pescuezo, por el que corrían reflejos esmaltados rojos y azules, lanzaba su toque de clarín; los gallos de otros huertos respondían; las gallinas iban dando alrededor, en el suelo apisonado, picotazos sutiles y voraces.

Pero Arturo declaraba que no le agradaban más que las palomas y los pavos reales; y subía hacia la casa, bostezando, mientras la tía Sabina, dolorida ante aquella indiferencia, se quedaba mirando desconsoladamente «sus bichos».

Después del almuerzo, pronunciadas las gracias, era la siesta: todo parecía adormecerse en una lasitud entorpecida, hasta los muebles y las moscas. Y Arturo, tumbado sobre la cama, miraba vagamente las vigas del techo, rumiando pensamientos nostálgicos de amor, de celebridad, oyendo afuera, en sus jaulas de mimbre, arrullarse las tórtolas. Al final de la tarde las señoras iban a tomar el fresco al fondo del huerto, al pie de la estatuita de la Fortuna, mientras Alburquerquecito hacía navegar en el estanque del pozo su bote lleno de soldados de plomo; y en aquel reposo del follaje, cansadas del ardor del día, oíase el agua del riego murmurar al lado, en el pomar de Freitas. Y allí permanecían hasta tarde, olvidadas, hasta que alguna estrellita brillaba trémula en lo alto y los murciélagos revoloteaban en torno a la Fortuna. A esa hora Arturo volvía de su paseo triste por la carretera de Ovar o del Covo, y empezaba la velada, con las ventanas, por donde entraban mariposillas blancas, abiertas a la tibia oscuridad de la plaza.

Era aquélla la hora peor. El punto de las dos señoras, los solitarios de Alburquerquecito, los cuartos que caían quejumbrosamente de la torre de San Francisco, le producían un tedio taciturno. Las tías imaginaban que eran las añoranzas del papá:

—No tengas esa manía—decían—; quien allá está, allá está.

Y Arturo las detestaba, por no comprender la elevación espiritual de su melancolía.

Luego Alburquerquecito había tomado afecto a Arturo y quería confiarle su escuadra. Eran dos gruesos cuadernos de papel, en que él pegaba en fila los navíos y paquebotes recortados de los anuncios de los periódicos, con los nombres escritos con tinta roja: *Valeroso, Relámpago, Fragata Sabina, Nelson...* Había las escuadras de todos los países de Europa, y como no cesaba de recortar tenía ahora escuadras de tierras exóticas: la flota de Laponia, la flota de Cafrería, la flota de la Arabia...

—¡Eh, amigo mío! ¡Qué escuadra!... ¡Y todo a mis órdenes!—decía, mostrando los galones de su bocamanga—. Me da mucho que hacer...

—¡Seguramente, señor almirante, seguramente!

Al final de la velada, subiendo hacia su cuarto, levantaba él los brazos hacia el cielo en una muda acusación. ¿Cuándo acabaría aquella vida? ¿Cuándo volverían noches como las del *Cenáculo?* Por la ventana abierta entraba la paz oscura de la villa dormida. Miraba entonces las casas apagadas, los tejados haciendo en la sombra sombras más densas; a aquella hora toda una burguesía dormía, roncando, boca arriba; ninguno de aquellos seres había leído a Alfredo de Musset ni comprendería los sueños que revoloteaban en su alma como bandadas de aves cautivas; la cerrazón de aquel hato de tenderos y de propietarios sin ideal ni emoción, ignorando a los poetas, preocupados con el precio de la carne y el abono de las tierras, le exasperaba, dándole vagos deseos de una revolución, en que el poder y el dinero perteneciesen a los genios y a las almas delicadas.

Ocupábase entonces, para no perder la comunicación intelectual con el *Cenáculo*, en componer para *El Pensamiento* una larga elegía, titulada *La muerte*, y dedicada a la memoria de su padre. Pero Damián, que pasaba el verano en Coimbra, le devolvió el manuscrito con una carta, diciéndole que el *Cenáculo* había decidido que no se publicase *El Pensamiento* durante las vacaciones; tal vez, incluso, al año siguiente, ahora que Taveira se había licenciado, *El Pensamiento* se convirtiese en una revista puramente filosófica y científica, de la que los poetas líricos, como en la República de Platón, serían excluídos, «a no ser que dejando la estrecha preocupación del dolor individual se consagraran a la simpatía más amplia hacia la Humanidad martirizada...» Censuraba su poesía, «llena de lamentaciones caóticas y lamartinianas»; le aconsejaba un libro fuerte y democrático: «La muerte—decía—es una transformación trivial de la sustancia, y no contiene adjetivos tan asombrados, verbos tan dolientes ni esas hileras de interjecciones que parecen avenidas de cipreses. Sólo la vida es interesante, por ser un fenómeno único. ¡Escriba páginas vivas!...»

Aquel final de *El Pensamiento*, que cortaba su última comunicación con la vida intelectual, le dejó desolado. Así se completaba el aislamiento de su alma. Por otra parte, sentíase vacío de ideas, de imágenes, de rimas. Atribuía aquella esterilidad al ambiente dormido, a la falta de conversaciones, de excitación inspiradora. La carencia de libros le amargaba. Los que tenía habíalos vendido en Coimbra cuando vió que se acababan las libras de la subasta, y no podía lograr otros porque los propios cigarros que fumaba en el huerto los compraba con alguna moneda que le daba la buena tía Sabinita.

Su tedio era tan grande, que empezó a desear, como un acontecimiento, la aparición en las veladas de Vasco y de doña Galatea, que por entonces convalecía de su último parto. Sabinita le había hablado de doña Galatea como de una «verdadera belleza», y por aquel nombre literario, por lo que oyó de su amor a las novelas, de su talento en el piano, llegó a concebir una mujer de ojos tristes y alma impresionable, sufriendo con la existencia mezquina de aquella villa y soñando con amores elevados. Pero fué una desilusión cuando vinieron ellos un domingo. Doña Galatea era casi una cuarentona, gorda y blanca, de fuerte bozo, con unos senos y unas caderas que bajo el vestido ligero de gasa clara le daban el aspecto fláccido de un odre mal lleno. Cruzó la plaza en zapatillas, con unas cintas verdes en el pelo y un cartucho de caramelos en la mano; y su conversación sobre la leche del ama y los cuidados en que se veía con el sarampión de Pedrín, sobre la canasta de membrillos que había comprado aquella tarde, indignó a Arturo, que hizo de ella esta definición irreverente: *¡Es una vaca!*

Vasco, por su parte, le pareció odioso. Poca gente le había visto el rostro entero: con la cabeza y los ojos siempre cubiertos por la visera enorme de la gorra, la quijada y la boca constantemente ocultas por una bufanda roja, mostraba sólo en Oliveira de Azemeis la nariz, ganchuda y reluciente. Vivía en una irritación permanente. Y todo el día era un pasear furioso por la botica, sorbiendo por las narices, haciendo crujir violentamente los nudos de sus dedos, con sacudidas desesperadas de la cabeza, como si huyese del aguijón de un moscardón invisible, masticando en seco, dentro siempre de la bufanda, como si la vida le supiese mal. Nadie se explicaba en la villa aquella acritud hipocondríaca.

Las veladas de las Corvellos, sin embargo, parecían calmarle: mostraba entonces los pelos canosos que le cubrían el cráneo estrecho, y la bufanda, ensanchada, dejaba ver una mandíbula blanda, que huía hacia las cuerdas del cuello. Y la cabeza, emergiendo así de las envolturas, con aquel largo saliente de la aguda nariz, recordaba la de un pájaro pelado.

Arturo comprendió inmediatamente que Vasco era un celoso: le veía mudo, con la quijada en movimiento como si royese algo, los ojillos de esclerótica amarillenta clavados ansiosamente, unas veces en él, y otras en la gruesa Galatea; y cuando ésta, contoneándose, le interrogaba sobre sus paseos por los alrededores, su visita a la fábrica de vidrio del Covo, Vasco, retenido a distancia por la charla de Ricardita, sondeaba con ojos centelleantes la oscuridad debajo de la mesa, con el terror de que hubiese un tierno roce de rodillas por debajo del mueble. Por fin, cuando trajeron el té, fué bruscamente a plantarse entre ellos, como un áspero muro erizado de clavos. Entonces, Arturo se indignó. ¡Ser sospechoso él, con la fina delicadeza de sus gustos idealistas, de desear a aquella matrona de carnes fofas!... Y para demostrar claramente su desdén por la Galatea, por las conversaciones ridículas, por toda la villa, subió a su cuarto y fué a tumbarse en la cama, gimiendo interiormente de la soledad de su corazón. A poco, la voz de la tía Sabina decía desde fuera:

—¿Estás malo? Ven a jugar a la lotería.

Fué él a abrir:

—No, tía Sabina. No estoy para soportar a los Vascos. Diga que estoy escribiendo a Coimbra. No sé jugar a la lotería.

Abajo, la nariz de Ricardita, ante aquella explicación, se alargó:

—¡Podía escoger otra hora para escribir!

—¡Estos muchachos!—dijo Vasco, satisfecho—. Habrá dejado el corazón en Coimbra.

Y la lotería empezó alrededor de la mesa, mientras ante el álbum abierto de las escuadras universales Alburquerquecito daba su breve cabezada.

Ya Vasco iba a marcharse y había ocultado de nuevo su rostro de ave triste bajo la gorra y la bufanda, cuando Arturo bajó. El farmacéutico le estrechó la mano con afecto:

—He tenido mucho gusto en conocerle... Ya sabe dónde tiene su casa... Leí su carta a las tías... Revela mucho talento. ¡Yo admiro el talento!

¡Pobre Vasco! Doña Galatea, aun después de diez años de casados, le producía ardores inmoderados y agudos celos. En otro tiempo había interceptado una esquelita de su mancebo, en que el mozo la trataba de *tú* y hablaba de *los goces celestiales de la otra noche*; más adelante la había sorprendido, innegablemente, sobre las rodillas del sobrino de Carneiro, jovenzuelo imberbe que estudiaba geometría. Perdonó, pero desde entonces la desconfianza, la pasión tenaz, unidas a una hipocondría causada por una enfermedad de hígado, le ocasionaron aquellos celos taciturnos. La virtud de Arturo, que experimentó en otras veladas, hizo que le tomase afecto. Después, habiendo conversado con él sobre cuestiones que le interesaban, como la electricidad y el magnetismo animal, deslumbrado por algunos recuerdos de los compendios de preparatorio que Arturo adornaba con frases del *Cenáculo*, concibió una estimación ilimitada por el talento y por la ciencia del «sobrino de Corvello». Pero no se entregó imprudentemente a aquella simpatía; quiso sondar los principios y el carácter de Arturo, y un día en que éste había entrado en la botica a buscar el jarabe de Sabinita, Vasco cerró la puerta para lograr una soledad propicia, y cruzando fuertemente los brazos, le lanzó esta pregunta:

—¿Cuáles son sus ideas respecto a la familia?

Arturo, desconcertado, balbució:

—Pues... a mí me parece que es una institución respetable.

—De modo que un galancete que atenta contra la paz del hogar ¿es un canalla?

—¡Creo que es un canalla!

—Muy bien. Y si el señor Corvello fuese legislador, ¿qué pena le impondría?

Arturo se pasó los dedos por la cabeza, confuso, buscando penas:

—A mí me parece que el castigo actual del Código es suficiente... Tres o cuatro años de cárcel...

—¡Perfectísimamente bien!—exclamó Vasco, estrechándole la mano—. Me congratula que no se aparte de esos principios respetables...

Y en su agradecimiento a las Corvellos, por tener un sobrino de tanta virtud doméstica, pesó un cuarto de kilo de caramelos, los metió en una bolsa y exclamó:

—Para sus señoras tías, de mi parte. Comprendo que estén tan satisfechas con usted.

Por aquel tiempo fué cuando Vasco, contrariado con todos los mancebos que había tenido y que invariablemente atentaban contra su honor, obligado últimamente a despedir al muy hábil Alfredo, por ser un Teno-

rio, ideó un plan que a los pocos días fué muy seriamente a comunicar a las Corvellos. Era el de tomar a Arturo de mancebo. ¡Oh! Ya sabía él que un muchacho de semejante talento, con dos años de Coimbra, merecía un puesto más elevado en sociedad. Pero, en fin, Arturo estaba allí, en la villa, desocupado, comiendo el pan de las tías... Su deseo de tenerle era tan grande, que le ofrecía ¡diez duros al mes! Por otra parte, la farmacia era una ciencia. El estaba viejo, averiado por el hígado, ávido de reposo, y si don Arturo revelaba talentos realmente farmacéuticos, podría más adelante dejarle la botica, la mejor de toda la provincia. Además, no sería difícil, en algunos meses, con los estudios que había cursado, iniciarle en la manipulación de los elementos químicos, «que son de tanta responsabilidad, señoras mías...»

Fué una intensa alegría para las tías. No estaba aún en el patio Vasco, y ya ellas estaban llamando a la puerta del cuarto de Arturo, que se encerraba por dentro para componer con ardor versos entusiastas:

¡Yo quiero una existencia fulgu-
[rante!
¡Moverme libre bajo el libre cielo!
Quiero la gloria épica de Dante
y el amor culminante de Romeo...

¡Se quedó petrificado cuando Ricardita, enternecida, le anunció la proposición de Vasco, de aquel santo!

¡Mancebo de botica!

Parecía atontado, con la pluma en la mano y el pelo desgreñado, ¡rodando así de los cielos poéticos, donde se cernía, a los morteros de la botica de Vasco!

—Es una ocupación para ti—decía Ricardita.

—Tendrás, al menos, para tu tabaco y tus caprichos...—añadió Sabina—. Pues nosotras mensualidad no podemos darte. Y cuando termine tu luto tienes que hacerte un traje... Y esto son diez duros...

No podía negarse a trabajar; balbució lúgubremente que «sí».

Pero el desconsuelo que mustió su cara flaca fué tan visible, que conmovió a la tía Sabina:

—Es por tu bien—murmuró—. Porque si fuésemos ricas... Pero, en fin, si te resulta muy penoso...

—¿Qué ha de serle penoso? ¿Qué ha de serle penoso?—exclamó Ricardita—. ¡Ya está mi hermana con sus cosas! ¡Vaya un despropósito! Si la dejasen regirse por su cabeza, no habría en esta casa más que desdichas. Miren adónde la llevó su cabeza... ¡Vaya disgusto que se llevó! Está muy bien; es una fortuna para él.

—Sí, tía Ricardita. Muchas gracias. Hasta me alegro...

Cuando ellas salieron, rompió los versos. Y hasta la comida, paseando agitado por el cuarto, lleno de desesperación, pensó en huir de Oliveira de Azemeis. Tenía la seguridad de que su talento, en la convivencia con Vasco, fenecería como un lirio deshojándose en una caverna. ¿Por qué no marcharía él a París, a trabajar allí de obrero, a amar a una Mimí republicana del *faubourg Saint Antoine*, y a conspirar contra el imperio? Pensó en irse a Lisboa, en servir como criado en una casa noble, donde su figura y sus réplicas profundas le conseguirían muy pronto el amor de la señora condesa o de la mujer del banquero...

Pero sus desesperaciones eran superficiales, y a los pocos días, con el mandil de laboratorio que había pertenecido al diestro Alfredo, preparaba resignadamente, bajo la paternal mirada de Vasco, su primer frasco de mixtura salina.

Se consolaba hallando a su suerte semejanzas con biografías ilustres: pensaba en Michelet, impresor; en Proudhon, transportando por el Ródano cargamentos de madera; recordaba la frase de Damián: «El hombre moderno debe trabajar con sus manos y filosofar con su cerebro» Y luego, eran diez durillos al mes...

Por otra parte, el trabajo era breve. El principal negocio de Vasco consistía en unas *pastillas pectorales* inventadas por él, y que suministraba a toda la provincia. Por la noche le dispensaba a Arturo; a esa hora, doña Galatea bajaba a la botica, y Vasco, a pesar de su confianza en la virtud heroica del nuevo mancebo, no quería, por sistema, después de ponerse el sol, «corazones de veinte años en la botica». Temía, sobre todo, a la noche, como más propicia a tiernas flaquezas y a la entrega de esquelitas subrepticias, destructoras de su honor

Tuvo después otra felicidad. Una mañana que estaba solo en la botica, se abrió la puerta y entró el coloso Teodosio. Estaba de paso en la villa; venía a buscar pastillas de Vasco para «una pequeña que se había acatarrado»; hizo crujir los huesos del novato con un abrazo, le invitó a ir a la quinta, y oyéndole quejarse de su aburrimiento en la villa, de la falta de libros, exclamó, divertido:

—¡Ah, pipiolo! ¿Y eso es lo que te falta? ¡Pues llegas bien! He traído dos cajones repletos de librotes; pero allá en la quinta no me sirven de nada... Si quieres, te mando para acá uno... ¡O los dos! Ten cuidado con las encuadernaciones, que eso me gusta mucho.

—¡Me das la vida, Teodosio!

—¡Pues vaya cosa, novato!

La llegada de los dos cajones, una tarde, fué un alborozo en casa de las Corvellos. Arturo se precipitó a pelo desde la farmacia. Y Ricardita, que subió al cuarto a vérselos abrir, se aterró ante aquellos montones de volúmenes amarillos, en los que seguramente debían tramarse cosas contra la religión.

—Vas a perder el juicio leyendo, muchacho... ¡Mira, no vaya a hacerte daño!

Después del té se encerró en el cuarto y se lanzó sobre su tesoro ansiosamente, como si hubiera encontrado en el huerto una olla con dinero. Eran novelas, poemas, críticas, dramas, filosofía... Pero sólo los poetas le atraían, e iba entre los volúmenes esparcidos en la cama leyendo una página o una estrofa y pasando en seguida a otra, ávido de versos sonoros, de diálogos, de adjetivos ricos; y cada libro renovaba en él aquella exaltación del tiempo de Coimbra, despertando en su alma antiguos entusiasmos del *Cenáculo*.

Con Víctor Hubo sintióse otra vez panteísta, se fundió en el alma universal del ser, declamó:

Arbres, rochers, roseaux, tout vit! Tout
[est plein d'âmes! (1)

Todo el platonismo de los meses en que amó idealmente volvió a invadirle con languideces elegíacas que pasaban por su alma, releyendo a Lamartine:

Un soir, t'en souviens-tu, nous vo-
[guions en silence! (2)

(1) «¡Arboles, rocas, cañas, todo vive! ¡Todo está lleno de almas!»
(2) «¡Una noche, ¿te acuerdas?, bogábamos en silencio!»

Y los *Iambes*, de Barbier, hicieron palpitar de nuevo su corazón con las aspiraciones de una democracia lírica:

La liberté n'est pas une comtesse
du noble faubourg Saint-Germain,
que le son d'un fusil fait tomber en
[faiblesse,
qui met du rouge et du carmin.
C'est une forte fille, aux puissantes
[mamelles,
aux mains rouges et teintes de sang! (1)

Leyó toda la noche, sentado a los pies de la cama, respirando a grandes sorbos, con la delicia de quien sale de una cárcel, la atmósfera que le envolvía, hecha de las emanaciones de ideal que exhalaban aquellos volúmenes románticos. Y era, entre aquellas paredes de su cuarto, como una región luminosa por encima de la tierra, donde no había tías ni farmacias, donde el hálito de las pasiones grandiosas se mezclaba con la música de los nuevos ritmos y en que él se movía arrebatadamente entre las creaciones del arte. Allí palpitaban en el éter las alas de Eloá; en un rincón de taberna romántica vibraba la risa lúgubre de Rolla; más allá, la alondra cantaba en el jardín de los Capulettos; no había un solo carruaje que no llevase a una pálida Dama de las Camelias; todos los animales eran poéticos, como la cabrita de Esmeralda, y en los cementerios Hamlet meditaba, haciendo rodar sobre un suelo trágico la calavera de Yorick.

Cuando la vela de sebo se derritió en la palmatoria de metal, quedó desesperado. Quería prolongar aquella trasnochada romántica; entonces salió cautelosamente, desgreñado, rascando fósforos. En su cuarto, bajo la protección del centinela, Alburquerquecito roncaba; en el corredor, los ojos del gato le miraron, fosforescentes y aterrados. No encontró candelero ni vela... Fué al oratorio. Encima de una antigua cómoda, con herrajes, erguíase un alto crucifijo, ennegrecido por los años; se apiñaba toda una corte celestial, de barro, de pasta y de madera... Una lamparilla ardía perpetuamente a los pies del crucifijo, y en aquella alcoba ahogada el reflejo de la torcida ponía una vaga claridad mística en torno, en la aureola pálida de una santa, en el dorado lívido de un Niño Jesús, en la blancura del encaje de un paño, en la encuadernación canónica de un viejo infolio. Flotaba un olor dulzón a junquillos secos, a cera y a manzana camuesa... Arturo cogió la lamparilla, dejó a los santos en las tinieblas, y todo el resto de la noche aquel pabilo devoto, acostumbrado a alzar la adoración de su lucecita hacia las llagas de Jesús o la estameña de San Antonio, alumbró páginas profanas, llenas de gritos de pasión y de rebeldías de la duda.

Se durmió cuando ya el alba aparecía por las rendijas de la ventana, y soñó que iba remando en una barca, con Taveira, por un río de leyenda, siguiendo el cuerpo de Ofelia, que la corriente arrastraba..., cuando despertó, estremecido, a los gritos de la tía Ricardita, que había abierto la ventana y se apretaba la cabeza con las manos, atónita, ante la lamparilla seca.

—¡Tú me quieres matar a disgustos, hijo!—gritaba sofocada—. Pero ¿has quitado la luz del oratorio?

(1) «La Libertad no es una condesa—del noble barrio de Saint-Germain,—a quien el ruido de un tiro hace desfallecer,—que se pone arrebol y carmín.—Es una recia moza, de senos poderosos,—de manos rojas y teñidas de sangre!»

Arturo explicó que había sufrido un dolor de vientre.

—Si se encontraba malito...—murmuró en seguida la tía Sabina, que había entrado detrás de ella, asustada.

—¡No hay males que valgan! ¡Que hubiese llamado! ¡Es un desacato! Un disgusto que me llevará a la tumba. Es la primera vez en cuarenta años... ¡Cómo puede nadie esperar ayuda de Nuestro Señor si hasta se le quita su poquito de luz! ¡No me vengas con tus cosas, Sabina! Conozco bien tu cabeza. Ya ves lo que te costó. ¡Mira el disgusto que te llevaste!

Y salió lanzando ayes por el corredor.

Arturo, rodeado de libros de versos, creyó haber recobrado la «vena», tal vez; sobre todo, porque la celebridad, el prestigio poético que les habían dado a sus autores estimulaba su ambición. Decidió reunir, pacientemente, un volumen de poesías suyas, al que daría el título refulgente de *Esmaltes y joyas*. Y aun antes de componerlo ya le palpitaba el corazón ante la idea de ver su libro en el escaparate de las librerías, con su portada color de rosa. Decidió añadirle un retrato suyo en una actitud de cabeza contemplativa; seguramente alguna mujer inteligente le amaría por la noble tristeza que sus ojos revelarían... Y su vida la formarían una serie ininterrumpida de besos arrebatados y de rimas sonoras.

Pero pasaron los meses en aquella vida de una regularidad triste de péndulo, entre la casa y la farmacia; y el grueso libro encuadernado donde él debía copiar los *Esmaltes y joyas* seguía todo en blanco. Allí estaban los tres poemas que acogió *El Pensamiento*: *Ofelia*, *A ti*—¡que era Anita, la serrana amada!—y *Mujer de mármol*—¡que era Anita, la serrana odiada!—. Obedeciendo a Damián, escribió también una *Oda a la libertad*. Oliveira de Azemeis le suministró *La luna*, *Delirios* y *Puesta de sol*. Pero después de aquellos esfuerzos la corriente de la imaginación, en que flotaban fragmentos de sonetos, trozos de imágenes, se fué inmovilizando poco a poco, como un riachuelo que se hiela. A veces creía que era el *tema*, la materia poética, lo que le faltaba, e iba a buscarlo entre los libros amados; y cuando, después de una lectura de las *Orientales*, imaginaba que el Oriente y su pintoresquismo le inspirarían ricas estrofas, o cuando, después de una página de Vigny, le invadía el entusiasmo de cantar el amor de los ángeles, era la expresión, el verbo, los que se le escapaban. Entonces, desesperado, culpaba a la monotonía de la triste villa, que le esterilizaba. ¡Ah, si estuviera en Coimbra, en Lisboa sobre todo! Allí, entre los periodistas, la Opera, los poetas, su cerebro, que ahora le parecía una piedra que, a pesar de haber sido muy golpeada, conserva tenazmente su chispa, llamearía entonces en una continua inspiración.

Pero no desistía, sostenido por la ambición histérica de ver su nombre en folletines, de ser admirado por las señoras sensibles; y las tías no comprendían qué hacía él, paseando hasta altas horas por el cuarto, gastando regularmente una vela de sebo por noche, ¡mientras Alburquerquecito, que estaba loco, en el cuarto contiguo roncaba, en cambio, sensatamente!

La tía Sabina descubrió un día que el muchacho hacía versos, y vino a preguntarle en secreto si eran para alguna señora de Coimbra. ¿Quién era?

—No son para ninguna señora, tía Sabina. Son versos para un libro...

Ella no lo creyó, y amenazándole con el dedo cariñosamente:

—¡Ah, niño, niño!... ¡Son cosas de tu edad, hijo, de tu edad!

Pero Ricardita, por su parte, censuró con muchos aspavientos «el desmejoramiento del chico». ¡Y era para eso, para hacer versos, por lo que estropeaba así su salud, acostándose de madrugada y teniendo aquella cara lívida! ¡Que viese adónde habían llevado los versos al tío Teotonio! ¡Y eso que aquél era un talento, íntimo de nobles, conocido en la corte! ¡Pues murió por ahí, en un jergón de hospedería, con una camisa en la maleta y un montón de papelotes!...

Y en su horror a la poesía, a la que consideraba el origen fatal del hambre y del vicio, pidió a Vasco que aconsejase al muchacho ideas más serias, más prácticas, de carrera y de porvenir. El boticario lo hizo en frases muy solemnes y meditadas: si al señor Corvello le gustaba emplear sus ocios, como era justo a su edad, ¿por qué no unía lo útil a lo agradable? ¿Por qué no estudiaba la hermosa Física, la bella Química que le serían de tanta ayuda en su porvenir farmacéutico? Y agregó, bondadoso:

—Yo no digo que cuando se tiene ya una posición en sociedad y algunas pesetas ahorradas no sea bonito componer un buen acróstico, o, sin malignidad, un gracioso epigrama... Pero hacer de la poesía la principal ocupación, ¡no! Discúlpeme el señor Corvello, pero es una grave imprudencia, que contribuirá a apartarle de sus deberes!

Arturo palidecía de rabia.

Sólo en su tía Sabina hallaba simpatía. Esta, desde el descubrimiento del cuaderno de los *Esmaltes y joyas*, parecía estimarle más, como si la habilidad poética fuese una prueba de la ternura de su alma. Un día, incluso, cuando estaba arreglando su cajón, la buena vieja sacó de un libro de oraciones un papel amarillento, de dobleces muy desgastados, y con misterio le pidió que lo leyese, ¡pero bajito!

Eran versos, versos a la tía Sabina, versos fechados desde Oporto ¡en 1841!

Ha llegado el momento de partir;
se apoderan de mí luto y dolor;
lejos de ti, mi ángel seductor,
¡es tiniebla la vida, yo no puedo
[vivir!

Y había doce estrofas por el estilo, trabajadas conforme al gusto de aquel tiempo, mezclando fanatismos amorosos y palpitaciones mortales con las melancolías del otoño y las tristezas de la separación.

Arturo dijo, sonriendo, con una complacencia de maestro amable:

—Son bonitos, tía Sabina; están bien hechos...

La vieja dobló en silencio el papel.

—Y eran verdad en aquel tiempo, hijo—murmuró por fin—. ¡Cuando una es joven!...

¡Arturo sintió deseos de abrazarla! Su timidez le retuvo. Pero la estimó más desde entonces; casi deseó contarle sus tristezas y sus ambiciones; pero viéndola después, por la noche, cabecear soñolienta sobre la mesa, o en la sombra del oratorio, desgranando avemarías, sintió que la pobre vieja no le comprendería.

¡Ahora ansiaba sin cesar tener a alguien con quien desahogarse! Hubiera deseado leer sus versos, sentir el calor de una admiración amistosa, hablar de sus poetas queridos, de entusiasmos, de aspiraciones revolucionarias. Pero a la casa de sus tías sólo venían los Vascos, y la botica era frecuentada únicamente por un vejete grotesco y anticuado, Sequeira, y por un propietario, Abreu, que todas las tardes, apoyado en el puño del bastón, murmuraba sombríamente las mismas palabras: «Bueno, ¿qué hay de política? Las cosas van mal, las cosas van mal...» En la villa había, realmente, dos jóvenes licenciados, pero Arturo no los conocía: eran del casino, de las famosas *soirées* de las Carneiros, que todos los sábados hacían brillar los tres saledizos nobles de su casa. Muchas veces, al pasar por allí, las contemplaba con acritud, pensando cuán fácil le sería cautivar a las señoras recitando, diciendo frases poéticas. Pero le excluían de aquella sociedad brillante la oscuridad de las tías y su posición de subalterno en la farmacia; se consolaba entonces pensando que aquél sería un mundo burgués, ocupado de las intrigas de la villa, indiferente al arte e incapaz de sentir acorde con él. Más valía su soledad de alma incomprendida.

Sin embargo, las noches en que se sentía sin «vena», cuando odiaba los libros, como si su esterilidad le hiciese antipática la profusión de los elocuentes, aquel aislamiento completo le amargaba como un destierro en una roca desierta. La nostalgia de Coimbra, de las charlas poéticas del *Cenáculo*, de aquella vida intensa que le parecía ahora sublime, volvía a él más penetrante; y, ávido de poetas y de filósofos, tenía que ir a sentarse entre sus tías, que hacían su punto soñolientas, y Alburquerquecito, que, muy convencido, hacía sus solitarios o revistaba el álbum de las escuadras. ¡Si tuviera él al menos una hermana inteligente y poética! Le hacía suspirar, cerrar los ojos, la idea de una mujer de alma romántica, que le amase y recibiese, agradecida, la revelación de sus sentimentalismos, ¡y para calmarle supiera tocar al piano melodías de Weber o arias de Mozart!

Aquella necesidad de convivencia literaria fué la que le llevó, seguramente, a entablar amistad con un individuo de la villa, a pesar de haber entre ambos un contraste radical de temperamento, de gustos y de comprensión de la vida. Le llamaban en Oliveira de Azemeis *Violón*. Era un hombretón, de carota audaz y sanguínea, gruesos bigotes de mosquetero, muy tieso en su chaquetón de alamares, ribeteado de astracán; con su sombrero ladeado, la punta del pañuelo muy sacada, un recio bastón de caña de la India, parecíale a Arturo, cuando le veía pasar por la plaza, volviendo hacia las criadas que iban a la fuente unos ojos congestionados por la ginebra, uno de esos maestros de armas, capitanes a medio sueldo, agrios y turbulentos, de las novelas de Eugenio Sue. Era empleado del Ayuntamiento y nadie sabía cómo se encontraba allí hacía diez años. Porque era de Lisboa, maldecía Oliveira de Azemeis; apenas sabía redactar un oficio y tronaba libremente contra los gobiernos. Era un billarista famoso en la villa, gran hombre del café de la Corcovada, donde permanecía desde las cuatro de la tarde hasta medianoche, haciendo carambolas, echándose al coleto copitas de ginebra y hablando con autoridad de política y de mujeres. Fué allí donde se conocieron una noche en que Arturo, al pasar, se cobijó de un chaparrón en el billar, casi desierto. *Violón*, que hacía melancólicamente carambolas solitarias, propuso a Arturo una partida a veinticinco.

—Porque usted, como ha frecuentado a Coimbra, debe ser de la cofradía del taco.

—Juego mal.

Pero aceptó, por curiosidad hacia aquella figura que tenía en Oliveira un relieve pintoresco. Y tirando carambolas, conversaron.

Violón, inmediatamente, injurió al Gobierno, y nació la mutua simpatía al confesarse ambos republicanos. Sin embargo, disentían: Arturo quería los Estados Unidos de Europa, gobernados por grandes genios: Víctor Hugo debía ser el presidente de Francia; Castelar, el de España; no habría ejércitos, y los pueblos federados sentaríanse fraternalmente en banquetes simbólicos, cantando *La Marsellesa*. *Violón* exigía un Robespierre, un Cromwell, para guillotinar a los nobles, confiscar los bienes de los capitalistas ¡y hacer trizas a los curas!

—¡Ni barones ni sotanas!—bramó, blandiendo el taco.

—Por lo que veo—dijo Arturo—, es usted de la escuela de Proudhon.

—Yo no soy de la escuela de nadie, señor mío. ¡Y soy una fiera! ¡Cuando pienso en el estado a que ha llegado el país, soy una fiera!

Tronó entonces contra el clero; pero no coincidían tampoco sobre cuestiones religiosas. Arturo entendía que se debía adorar la Naturaleza, en los campos, ante el cielo, templo eterno. ¡Y admiraba a Jesús, filósofo y demócrata! *Violón* no admitía a Jesús, «porque, una de dos, mi querido señor, o era un Dios, y entonces tenía poder para no dejarse matar, o no era un Dios, y entonces no podía haber resucitado, porque dejarse matar para tener el placer de hacerse resucitar ¡parecíale un embrollo político, impropio de un ente divino!»

Y dejando el taco, invitó a Arturo a cenar. La Corcovada tenía al fondo, para los íntimos, entre la cocina y la cuadra, un cubículo con una mesa de pino y bancos de rejilla. De una pared colgaba el retrato de Pío IX, con la mano alzada en una bendición; enfrente, en una litografía en colores, una odalisca semidesnuda ensartaba perlas. Oíase al lado rabiar a los nietos de la Corcovada, chisporrotear en el hogar la leña verde, y las mulas de los arrieros, tirando de la argolla de los pesebres, patear sobre el suelo enlosado.

Violón encargó a Mariquilla, sobrina de la Corcovada, «una hermosa fritada de huevos con chorizo y dos medios litros del regio».

Y señalando con un guiño de ojos a la moza, pecosa y rolliza:

—¡Buenas piernas!

Escupió hacia un lado, y sentándose ante la mesa, quiso saber la opinión de Arturo «sobre el ganado».

—¿Qué ganado?

—El ganado, las hembras...

La brutal expresión escandalizó la delicadeza de Arturo, y su desprecio por *Violón* fué completo cuando le oyó declarar, con ojos lúbricos, que lo que apreciaba en el ganado eran «las buenas carnes».

—¿El amigo no ha estado nunca en Lisboa?

—No—dijo Arturo.

Violón se dió una palmada en el muslo:

—¡Entonces, mi querido amigo, no sabe usted lo que es ganado! ¡No se da idea de lo que es un pie elegante!—Y con un puñetazo sobre la mesa—: ¡No sabe usted entonces lo que es una francachela!

Habló inmediatamente de sí mismo. ¡Había vivido en Lisboa, con caballos, butaca en el San Carlos y coche! ¡Como un príncipe! ¡En los tiempos en que madame Ortza era una belleza y el Marrare un cielo abierto! ¡Qué correrías hacia las puertas de Algés! ¡Qué orgías con la Contadini!

—¡Comí de todo, me traté a cuerpo de rey!—dijo, dándose un tirón al bigote.

Arturo le contemplaba ahora con interés, como a una ruina novelesca.

—Entonces debe usted de conocer bien a Lisboa...

—¿Lisboa?

Bebió un trago del «regio», y pasándose el borde velludo de la mano por los labios:

—Mi querido amigo, conozco a Lisboa desde lo más alto—y su gesto en el aire parecía señalar doseles de tronos—¡hasta lo más bajo! ¡Hasta lo más bajo!

Y agitaba la mano debajo de la mesa como removiendo lodos.

Violón adquirió en seguida para Arturo una autoridad imprevista por aquella experiencia tan compleja de la gran ciudad, de sus glorias, de sus misterios. Naturalmente, había convivido con escritores y artistas...

—¡Grandes muchachos!—exclamó *Violón*—. ¡A todos los tuteo! ¡Buenos juerguistas!

Citó nombres. ¡José Esteban! ¡Garrett! ¡La Sociedad del Delirio! ¡Una broma regia!

Pero volvió con ardor a las mujeres:

—¡No hay como Lisboa para encontrar cosa buena! ¡Todo sedas y terciopelos!—y se arrellanaba, retorciéndose las guías, significando así que se había revolcado en lechos de condesas—. Y las españolas, ¿eh, amigo? ¿Y las españoles?

Llameaban sus ojos. Para él no había como una rica andaluza, llena de *salero* (1) y de *chic*, de talle de avispa y piececito elegante... ¡Ah, chico!

Dióse un tirón a los pantalones, bufó de concupiscencia.

—¡Y ahora aquí, chupándome el dedo!—terminó sombríamente—. ¡Qué asco de vida! Aquí le sale moho hasta a un hombre...

—A mí se me paralizan las facultades...

—Y yo pierdo mi antigua tacada...

Aquellos gustos bajos, las locuciones incultas de *Violón*, revelaron a Arturo un bruto a quien el dinero, la petulancia, habían mezclado casualmente a las existencias desordenadas de las almas ardientes. Y preocupado tan sólo del mundo del Arte y de la Literatura, le interrogó más sobre los teatros, las bailarinas. Debía de ser una vida deliciosa entre bastidores..., cenas con los periodistas...

—¡El delirio, amigo! ¡De miedo! ¡Para venirse todo abajo!

Y Arturo imaginaba ruidosas orgías, el estampido del champaña, cancanes, en que los cabellos sueltos perfumaban el aire cálido...

—¡Y la gente vive aquí!—suspiró.

—¡En un estercolero!—coreó *Violón*.

Y agriados ante la idea de las felicidades inaccesibles, se unían en una simpatía naciente.

A Arturo lo que le salvaba eran los libros. Volvía temprano a casa, cogía su Víctor Hugo...

Violón abrió mucho los ojos.

—¡Víctor Hugo!—vociferó con voz cavernosa—. ¡Un mundo!

Aquella admiración, condensada en una palabra profunda, entusiasmó a Arturo. Y con las pupilas encendidas y acodado sobre la mesa:

—¿No es cierto? *¡Las contemplaciones! ¡Los miserables!* ¿Y Lamartine?

Violón abrió los brazos como para designar un seno de proporciones más que humanas, y exclamó:

—¿Lamartine? ¡Un mundo!

—El tipo de Elvira, ¿eh? ¿Y el ti-

(1) En español en el original.

po divino de Graziella? Pues ¿y Alfredo de Musset? ¡Oh Alfredo de Musset!

Violón reflexionó, con una arruga en la frente:

—De ése no estoy al tanto... ¡Pero Guizot! ¡Un mundo! ¡Para temblar todo!... Otros dos cuartillos, guapa María...

Eran las once cuando salieron de la Corcovada. Al pasar por delante de la iglesia de San José, *Violón*, excitado, insultó a los curas y dijo chistes sobre el dogma.

—¿Para qué sirve esto, este cubil? Y blandía el grueso bastón hacia la fachada de la iglesia, negra y muda.

—Debían convertirlas en escuelas —dijo Arturo.

Violón, indiferente a la enseñanza, se encogió de hombros:

—¡Debían arrasarlo todo!

Después, la casa de Carneiro, el rico comerciante de paños, cubierta de azulejos, con sus tres balcones salientes, le exasperó.

—¡Grandísimo burro! Y si le quitásemos el dinero, ¿eh? Podríamos coger en seguida el tren hacia Lisboa y a pasear por Dafundo con un par de chicas

Hundió las manos en los bolsillos y se puso sombrío.

Había cesado la lluvia; un viento frío empujaba densas nubes y aparecían estrellas en espacios azules.

—Pues hemos tenido una buena charla—dijo *Violón* cuando Arturo se paró ante la puerta de su casa—. Me gusta hablar con quien me entienda, y usted, amigo, es de los míos. Vaya por la Corcovada. No se pasa mal.

Y divisando un gato, le arreó un bastonazo. Aquella brutalidad escandalizó a Arturo. Se acostó, convencido de que *Violón* era un grosero, sin cultura literaria, de una lubricidad de macho cabrío.

Pero había vivido en Lisboa y bebido champaña en orgías literarias; y, sobre todo, era republicano; y a los pocos días Arturo volvió a la Corcovada, con el pretexto de pagar la cena a *Violón*, pero realmente para enseñarle su *Oda a la Libertad*.

Violón se entusiasmó en seguida, sobre todo cuando Arturo, exaltado, lanzó este final de su estrofa dilecta:

Ha sonado la hora, llega la Aurora...
¡Cae ya la realeza!
Lejos, en la ciudad, se oye sonora
¡rugir *La Marsellesa!*

Violón pegó un puñetazo en la mesa:

—¡Caramba, eso es de un artista! ¡Usted lo que debe es ir a Lisboa, pues allí los desbanca a todos!

Arturo no lo dudaba; y aquella palabra cimentó la intimidad entre ambos. Aquel aplauso se le hizo necesario. *Violón* era *su público*; juzgábale inteligente, de gusto muy seguro, desde que admiraba sus versos; leyóle sucesivamente todas las poesías de *Esmaltes y joyas*, y para halagarle en sus antipatías clericales—espíritu afeminado, adulaba ya servilmente los instintos de *su público*—compuso una sátira contra los curas, a quienes llamaba *negros servidores de un dogma estéril*. Su cerebro pareció deshelarse bajo el hálito caliente de aquella grosera admiración; hizo sonetos; y lo que escribía ahora, hacíalo con la preocupación «de lo que diría *Violón*». Sin embargo, *Violón* empleaba siempre la misma fórmula crítica: escuchaba con los brazos cruzados, ennobleciendo su actitud ante las rimas: si la poesía era lírica y amorosa, tenía una sonrisa muda, que le llenaba de arrugas la cara, haciéndole enseñar

la negra dentadura; y arrastrando la voz con deleite:

—¡Cosa rica!

Si era «una pieza filosófica», abría mucho los ojos, la nariz se le alargaba, erizábasele el bigote y gruñía cavernosamente:

—¡Es de aúpa!

Y terminaba por exclamar, con una palmada en la rodilla:

—¡Caramba, Arturo; usted debe de ir a Lisboa! ¡Llegará a ministro!

Arturo suspiraba. La seguridad que *Violón* le daba de su celebridad en Lisboa, él, que tan bien la conocía, encendía su deseo de vivir allí y de ser una de las personalidades principales. Lisboa era ahora su necesidad, su ideal, su manía. Pensaba que allí, en la capital, sus facultades se desarrollarían prodigiosamente, como ciertas plantas raras que sólo crecen en terrenos ricos; allí encontraría seguramente las glorias del corazón en amores aristocráticos; y, discutido en los folletines, recitado en los teatros, a mucha altura en la jerarquía de las Letras, ¡tal vez podría sacar una fortuna de las arcas de los editores!

Todo lo que le rodeaba y le retenía, la casa de sus tías, la farmacia de Vasco, le parecía entonces más odioso; todo en la villa le daba una sensación de oscuridad que le ahogaba; las calles, que encontraba estrechas como las ideas; las fachadas, que eran inexpresivas como los rostros; detestaba a aquella gente, que nunca leería sus versos, y que, seguramente, le despreciaba; el fiel de fechos, que pasaba al mediodía por la plaza, con su saco de lustrina lleno de autos, y Carneiro, en bata, con la cara llena y satisfecha, fumando su puro en el balcón...

Y trabajaba con un ardor continuo, forzando la premiosa imaginación, con la ansiedad de terminar sus *Esmaltes y joyas*, como si el libro fuese el final de todas sus desesperanzas. Las tías y Vasco le encontraban una «cara de desenterrado», y las personas que habitaban en la plaza miraban casi con compasión a aquel joven triste, que pasaba mañana y tarde por allí con los ojos bajos, el pelo muy largo, encogido en su gabán color piñón.

Estaba, como en una expansión, componiendo una epístola en cuartetas, dedicada al poeta que dijo:

Yo nunca vi a Lisboa, y siento pena...

Arturo, sin conocerle, llamándole de tú con una familiaridad del Parnaso, comulgaba en la misma ambición. Y las mañanas en que no había trabajo en la farmacia, era un pasear desordenado por su cuarto, declamando:

Tampoco he visto yo a Lisboa, amigo,
¡profunda Babilonia junto al mar!
¡Oh, si pudiera estar allí contigo!...

Y al lado, desde el antepecho de la ventana, extendiendo el brazo, galoneado de oro, Alburquerquecito vociferaba en un acceso:

—¡Orza a barlovento! ¡Aferra los trinquetes de gavia! ¡Fuego!

Un hálito de locura parecía soplar en aquel piso de la casa, mientras abajo, en la sala, las tías hacían su punto y el gato blanco dormitaba en un rayo pálido del sol de noviembre.

Por aquel tiempo, Arturo recibió de Oporto, de su padrino, el acaudalado Guedes Craveiro, una extraña carta, en que aquél lamentaba, aun después de dos años, «la muerte fatal de mi nunca bastante llorado amigo Manuel Corvello», hablaba misteriosamente «de un cruel disgusto que la Providencia le había infligido el mes pasado», y prodiga-

ba frases devotas, pidiendo a Arturo que no le olvidase en sus oraciones. Y en *post-scriptum* le anunciaba que pasaría por Ovar el sábado, de paso hacia Lisboa, y que sería una gran alegría para su corazón ¡poder estrechar en sus brazos y conocer a su muy querido ahijado!

Fué un asombro para Arturo. No había visto nunca a su padrino Guedes. Recordaba que en su casa de Ovar le llamaban el *santurrón*; más tarde, durante unas ferias, su padre, volviendo de Oporto, habló de los escándalos que daba en aquel momento Guedes. Era una historia triste: el pobre *santurrón*, impulsado por una de esas pasiones brutales que irrumpen a veces en una existencia devota, habíase enamorado furiosamente de una tal Lola, comparsa de zarzuela del Baquèt, y se hubiera seguramente casado con ella de no tener Lola ya un esposo, un bandido, que se instaló en la quinta de Guedes, se bebía su vino, usaba su ropa blanca y le sacaba dinero con amenazas de suicidio. Desde entonces, no supo nunca más del padrino, del *santurrón*, ¡del amante de Lola! ¿Qué significaba aquel cariño inesperado, aquel «disgusto», tantas declamaciones lúgubres?

Ricardita decidió en seguida que el muchacho debía ir a la estación de Ovar en el charabán del servicio público. Sabina indicó que Arturito debía llevarle un pollo frío «para que aquel hombrecito cenase en el viaje».

—¿El «hombrecito», hermana?—exclamó Ricardita—. ¿El «hombrecito»? ¡Vaya! ¡Es uno de los señores más ricos de Portugal! ¡Tiene trenes, tiene de todo!

Y *Violón*, enterado, dijo, en conclusión, autoritario:

—Debe usted ir a Ovar. Y hacerle carantoñas. Si el individuo sostiene a una chiquita española, es hombre de gusto y de los nuestros. Y, óigame: si la pequeña va con él, no se haga usted el tímido. Es de gran finura decirlo: *¡Salero! ¡Viva la gracia!* (1). ¡Conozco a las españolas; he probado ese género!

II

Cuando el charabán paró ante la puerta de la casa, de vuelta de la estación, Ricardita, llena de curiosidad, estaba en lo alto de la escalera.

—¿Qué?

No, el padrino no iba en el tren.

Fué un asombro para las señoras. ¿Le había buscado bien por el tren?

—¡Miré hasta en los terceras! ¡Ni rastro!

—¿Miró usted en la cala?—preguntó Alburquerquecito, interesado.

—Miré en la cala, señor almirante. ¡Nadie!

—¡Jesús!—dijo Sabinita—. Pobrecillo, le ocurriría alguna...

—¡Ay, no me parece bien! ¡No me parece bien—exclamó Ricardita—. Después de haber avisado, de obligar al viaje y al gasto... ¡Es un despropósito!

—Me sirvió de paseo—dijo Arturo, encendiendo su palmatoria—. Y la noche está hermosa.

Subió presuroso las escaleras, con la impaciencia de recordar las sensaciones de la tarde, de pensar en aquella figurita del vestido a cuadros, que ya comenzaba a ser *Ella*. Fué en seguida al espejo, a mirarse, como para comprobar que su rostro pálido y fino merecía aquella ternura curiosa de una señora que vivía en Lisboa con la mayor elegancia. Nunca había visto en una mujer tan cautivador encanto. Adoraba, sobre todo, su cuerpo pequeñito, de Venus menudita de jaspe, que cabía todo en un abrazo y podía llevarse cogido al cuello, como el de una niña; todos sus movimientos tenían una armonía rítmica; había en su seno una gracia virginal, algo así como una provocación sabia, ingenua y *coquette*. Pero eran sus ojos negros los que, sobre todo, le trastornaban: deseaba besarlos largo rato, sintiendo en los labios las pestañas arqueadas y espesas.

Con la seguridad, sin embargo, de su simpatía, revelada en las dos miradas que le lanzó, fué a la Corcovada a preguntar a *Violón*, quien tal vez la reconocería por la descripción que él le hiciese.

Pero cuando le vió, con la cachimba en la boca y el taco al hombro, sintió pudor y cierta repugnancia de hablar de *Ella* entre aquel fétido olor a petróleo, percibiendo el aliento de ginebra de *Violón*.

—¿Qué, los vió? ¿Qué tal es la chica?—exclamó en seguida el otro, blandiendo la tiza.

—No los vi, no pasaron—dijo Arturo.

Cuando volvió hacia la casa se encerró en su cuarto y escribió a Damián, que entonces vivía en Lisboa, una carta, en la que, después de hablar, con un amplio lirismo, «de la tenebrosa soledad de su alma» y «de sus aspiraciones incesantes hacia un ideal mayor», le pedía que averiguase quién era la señora del vestido a cuadros, de la que hacía una descripción minuciosa; quería saber dónde vivía, cuáles eran sus amistades, sus costumbres; «en fin, hágame sobre ella un estudio a lo Balzac». Y empezó a esperar la respuesta, pensando en *Ella*. Era un estado de alma nuevo para él, dulcísimo.

Bajo la influencia permanente de la excitación poética, su corazón había sido hasta entonces como un altar vacío, en que todo está preparado para la adoración: hacheros, incienso, flores, y donde sólo falta la santa. La santa llegaba al fin, bien vestida, aristocrática. Y todas sus ternuras, sus deseos, las ambiciones que hasta allí se cernían en lo vago como aves inquietas fuera de los nidos, hallaban un centro, se ordenaban poniendo perpetuamente, en torno de aquella imagen, el susurro de un culto.

La idealizaba como quien cubre un ídolo con capas de oro, haciéndola cada día más digna de su poesía, extrayendo de las menores cosas certezas de su perfección: su sombrerito de plumas demostraba la originalidad de su gusto; el libro que llevaba, Lamartine y Musset, confirmaba el refinamiento de su inteligencia; la prontitud en interesarse por él era la garantía de su temperamento amoroso y de las impaciencias de su alma ardiente.

Pero era sólo un sentimiento poético y vago, y, como un agua aislada y perdida que es absorbida o se evapora, aquel gran amor tendía, a veces, a hundirse; lo retenía entonces ansiosamente para mantener en su vida mezquina un interés ideal, gozar las felices melancolías de aquella ocupación elevada, poseer también él su Beatriz. Le hacía versos, tenía con ella largos diálogos imaginarios, una perpetua convivencia con su imagen invocada; y, en efecto —como quien acaba por adorar un dios que ha inventado—, no tardó en experimentar por aquella señora, entrevista al atardecer en un tren, un sentimiento real, formado de vanidad, de deseo, de la esperanza de encontrarla en Lisboa y de sus necesidades de ternura insatisfecha.

Un soneto que escribió por entonces, trabajado conforme al estilo de

(1) En español en el original.

Juan de Dios, con toques de idealismo a lo Camoens, y que era la mejor obra de su corta carrera poética, daba la explicación de su alma:

La vida en que mis años se pasaban
era como un terreno abandonado,
que no produjo nunca, ni fué arado,
y que aguas de los cielos inundaban.

Nunca allí las abejas susurraban,
ni de ave alguna se escuchó el trinado;
un yermo oscuro bajo un sol nublado,
donde no más que cardos negreaban.

¡Pero viniste tú! Y tras las cumbres,
en el frescor del aire, el sol brilló...
¡Logré ver horizontes de lumbres!

Resonaron en mi alma, que se abrió,
fuentes y aves con gratas dulcedum-
[bres,
¡y una mies de deseos onduló!

Al fin llegó la respuesta de Damián:

«Querido Arturo: A no ser que la biografía de su dama del vestido a cuadros se encuentre en la *Enciclopedia del siglo XIX*, del buen padre Larousse, yo no estoy facultado para darle esos informes a lo Balzac que su pobre alma reclama. Me parece curioso que en un asunto tan mundano, que es casi oficial, se dirija a mí; si esa persona pertenece a las *clases dirigentes* y es bisnieta de uno de los brutos que llevaban antaño el nombre de caballeros, ¿por qué no escribe directamente al monarca? Y si es simplemente una *Magdalena* o, como decían nuestros honrados abuelos del tercer Estado, una *barragana*—porque todo es posible en el mundo gracioso de las baronesas constitucionales—, diríjase a cualquiera de los negociados ministeriales, donde obtendrá una información abundante y pintoresca. Yo, querido poeta, vivo muy alejado de la sociedad establecida: habito en estos pisos quintos de las ciudades modernas, que son para la democracia lo que fueron las catacumbas para el Cristianismo...

»He tomado debida nota de sus desesperaciones románticas. Las encuentro divertidas, aunque completamente adecuadas a la tradición lamartiniana. Consuélese haciendo un tomito de versos—ya que las circunvoluciones de su cerebro le llevan fatalmente al verso—, no sobre las estrellas y los lirios—debe usted dejar esas parcelas de sustancia a los astrónomos y a los jardineros—, sino sobre el hombre, que es la verdadera materia poética moderna. Y, sobre todo, venga para acá. La capital es, a fin de cuentas, el único punto vivo de esta fétida babosa muerta que se extiende a orilla del viejo Atlántico, bajo el nombre desacreditado de Portugal. Venga para acá y tendrá una *chance* de encontrar, amar y cantar a su dama del vestido a cuadros, ya que un resto del viejo espíritu teológico requiere que todo Tasso tenga su Leonor y todo Dante su Beatriz; sin que sea agraviarle esto de compararle con el Tasso, ese pobre rimador en octavas de los decretos del Concilio de Trento, ni con Dante, ese tristón libelista gibelino. Si ve usted a esa bestia inmunda y velluda que lleva en la tierra el jocoso nombre de Teodosio, adviértale con severidad que se llevó entre sus libros mi *Origen de las especies*, de Darwin. Me repugna saber al gran naturalista entre los bárbaros, sirviendo, tal vez, de peana, sobre una cómoda de cerezo, al busto de Rodrigo da Fonseca Magalhaes o a otro cualquiera de los idiotas clásicos del constitucionalismo. *Vale*, como decía ese odioso burgués Cicerón.

Damián.»

¡Esta carta cayó sobre su exaltación como alcohol en una hoguera! Todo su antiguo afán por Lisboa se avivó. Veíase en un relámpago en el quinto piso de Damián, «aquella catacumba moderna», palpitante todo con los intereses del arte y de la democracia, componiendo en silencio un poema ¡y saliendo a altas horas de la noche para verse con *Ella* en un *boudoir* de encajes y sedas!

Y fué entonces, durante semanas, un suspirar casi histérico por Lisboa, ahora doblemente maravillosa para él: un paraíso de la inteligencia y un paraíso de la pasión, un anhelo permanente que le invadía bajo las formas más pueriles, hasta el punto de mirar con nostalgia las nubes que el viento iba llevando hacia el Sur, del lado de Lisboa, y de envidiar al recadero que cada quince días venía a recoger encargos a la farmacia y partía, trotando en su yegua, a tomar el tren en Ovar. A veces sentíase ridículo, reía; pero su deseo no tardaba en punzarle de nuevo con una persistencia morbosa.

¡Lisboa! Imaginaba la vida que la henchía, violenta y grandiosa, como el mundo de la *Comedia humana*, de Balzac. En realidad, reconstruía la sociedad lisboeta por las novelas francesas, y no tenía una idea menos desproporcionada de su edificación, imaginándola de calles enormes, ruidosa de vehículos y llameante de gas, asentando su pompa agitada sobre la amplia bahía azul, ¡donde maniobraban escuadras y se conservaban las torres de otros siglos! Pero era la vida nocturna de Lisboa la que, sobre todo, le fascinaba: creía oír, en los cafés, entre el oro de los espejos, cernirse el susurro de las conversaciones literarias; veía a la puerta de los teatros apiñarse una multitud ávida de arte, y alrededor, en las plazas muy iluminadas, discutir grupos, con sutileza, la estética de los poetas y la política de los oradores. Después parecíale divisar ventanas empañadas de restaurantes, donde artistas y cortesanas celebraban orgías poéticas como fiestas palaciegas; más lejos vislumbraba los balcones de los salones aristocráticos, de los que salía una claridad discreta, tamizada por la seda de las cortinas; allí idealizaba la vida de un mundo superior, en que los rostros están pálidos por la emoción contenida de los sentimientos novelescos; allí, diplomáticos, cuyas sonrisas tenían la frialdad de la razón de Estado, cambiaban frases a lo Talleyrand; allí, sentadas en muebles de terciopelo y raso, ideales figuras de belleza patricia aspiraban ramos de violetas con miradas en que brillaba, bajo un flúido, el ardor de los adulterios; allí vivía *Ella*, la señora del vestido a cuadros... Y alrededor, en el misterio de la vasta ciudad, imaginaba la existencia de las personalidades atormentadas de la novela o del teatro: los Rastignacs, removidos de ambición; los Vautrins, dedicados pavorosamente a la caza de los millones; los Camors, escépticos; los Giboyers, sublimes, y los visionarios, que, en un quinto piso, planean la destrucción de la sociedad.

Pero en aquella fantasmagoría le entusiasmaba, sobre todo, el mundo de los periodistas: era un ruido incesante de máquinas de imprimir, salas de redacción resplandecientes de gas, plumas que corren sobre el papel derribando ministerios o edificando glorias y frases de folletinistas, ¡que tienen la profundidad de una filosofía con la precisión de un aforismo!... ¡Veíase allí, revisando pruebas, leyendo su nombre en cada diario, forjando civilización!

A veces, abrumado por aquellas imaginaciones, iba al azar, de noche, por la villa, y aquellas calles apagadas, donde sólo se oía un llanto triste de un niño en las casas de adobe, o un ruido rezagado de zuecos, torcíale más vivamente el pensamiento hacia Lisboa, donde, a aquella hora, los estribos de los coches bajaban en el peristilo iluminado de los teatros, y en las salas los violines exhalaban las primeras notas... Se imaginaba entonces en una *soirée* ya ilustre. Hablaba bajo, en el hueco de un *boudoir* tapizado de raso, a la señora del vestido a cuadros, que sonreía, hechizada por la dulzura de sus palabras; le rogaban después que recitase; él se levantaba despacio, pensativo; alrededor murmuraban: «¡Es Corvallo, un genio!» Y, arrastrado por la ilusión, declamaba alto, en la calle:

Mientras duermes en el diván de [seda,
contemplo la dulzura de tu rostro...
Así descansa el ave en la alameda,
y duerme el agua a la luna de agosto...

Su voz hacía pararse, sobresaltado, a algún burgués que volvía del casino, envuelto en su capote... Y Arturo regresaba triste y fatigado, como después de un exceso, deseando ingresar poéticamente en un convento, ¡o vivir en Lisboa con un empleo de mil duros!

Encontraba en casa la soñolienta tertulia alrededor de la mesa.

—¿De dónde vienes, hijo? ¿De la tertulia de Vasco?

—¡No!—exclamaba, irritado de que pudiesen suponer en él algún interés por las charlas de la botica.

Todo el rostro de Ricardita, con su larga nariz sobre la mesa, cubríase entonces de encolerizada severidad; sabía que el muchacho frecuentaba la Corcovada, y la convivencia con *Violón*, el billar, el tabaco, le parecían funestas costumbres, que le traerían la ruina de la salud y la desconsideración de la villa.

—¡No sé qué gusto puede sentirse en trasnochar así!—rezongaba.

—¡Chis! — exclamaba Alburquerquecito, embebecido todo en su solitario.

Entonces, alrededor de la mesa, hacíase un silencio amistoso.

—¡Ya está!—exclamaba él, triunfante—. Es el *Imperial*. Apúntelo ahí, Sabinita.

Sabina cogía el cuaderno de los solitarios logrados y trazaba una raya con lápiz.

—¿Cuántos *imperiales* van este mes, amiga mía?

—Catorce, Alburquerquecito.

—Buen mes...

Ella, hojeando el cuaderno, muy interesada:

—El mes pasado fué mejor. Veinticuatro... Pero faltan nueve días para acabar el mes; hay que tenerlo en cuenta.

—¡Chis! — decía Alburquerquecito, que empezaba de nuevo a formar su cuadrilátero de cartas.

Arturo, sintiéndose muy desgraciado, subía a su cuarto y permanecía allí, desesperándose contra aquella existencia, lanzando su alma hacia Lisboa, hacia *Ella*, hasta que oía en el corredor la voz de mando de Alburquerquecito dar, al subir a bordo, el santo y seña al centinela.

Por fin, una noche fué a la Corcovada a declarar a *Violón* que estaba decidido a marchar a Lisboa. Iría en tercera, y Damián, seguramente, le buscaría un empleo en la Redacción de algún diario o en las oficinas de un editor. En último caso, con la práctica adquirida podría colocarse en una farmacia.

—¡Eso es un disparate!—exclamó con ímpetu *Violón*.

Si quería él ir a Lisboa era para gozarla, ¿verdad? Por tanto, necesitaba tener cuartos. Para irse a vivir a un quinto piso, comer por tres reales en la taberna del *Pote* o trabajar en otra botica, era preferible quedarse en Oliveira, comiendo los filetes y el cocido de sus señoras tías y conservando la amistad de Vasco... En Lisboa era necesario estar sacando siempre dinero del bolsillo...

—Por ejemplo, el amigo está en un café con los muchachos: se organiza una juerga en Dafundo, con chicas guapas... Es preciso contar, por lo menos, con dos o tres duros para el coche, la botellita de collares, etcétera.

—Pero no es eso—dijo Arturo, impaciente—. ¡Yo no voy a juerguearme! Voy a estudiar, a trabajar.

Violón cruzó con fuerza los brazos, y gritó desde lo alto de su experiencia:

—¡A trabajar! Pero ¿en qué quiere trabajar el señor? En las redacciones todo está archilleno. La mayoría de ellos hoy escriben gratis... ¡Sacar dinero con unos versitos es como para que se rían los muertos! Y el amigo no sabe hacer nada más. Yo conozco a Lisboa, hombre. Si usted escribiese dramas...

—¿Usted cree que con un drama...?

—¡Eso, sí; eso es mejor que ser director general!

Le explicó el sistema de los derechos de autor. El hacía una obra o una piececilla de magia, fina, en cinco actos: ¡en día de lleno, con el tanto por ciento, serían veinte o treinta duros en el bolsillo!

—Y, además, muchacho, codeándose por dentro con las actrices y las chicas del coro, se pesca algo bueno, y gratis...

—No se me había ocurrido—murmuró Arturo, impresionado.

—¡Piénselo!—dijo *Violón* muy serio—. ¡Es de rechupete!

¡Fué como la aparición de una luz salvadora! ¡Un drama! ¡El teatro! La idea le atraía por todos sus probables resultados: era la gloria directa, pero palpablemente gozada, lograda de frente con palmas y *bouquets*; era la fama rápida, llegando a todas las clases sociales, cultas o sólo impresionables; era el dinero, ¡cobrado todas las mañanas, en la caja, al contado!... Y *Ella* iría a ver *su* drama; él tutearía a las actrices, como un camarada. *Violón* tenía razón, ¡debía escribir para el teatro!...

Fué hacia su casa con el delirio de aquella esperanza. Pero ¿qué escribiría? ¿Una comedia a lo Sardou? ¿Un drama a lo Hugo? Lo pensó durante una semana, sin decidirse. Vislumbraba títulos, lances, decorados; oía los violines gimiendo en los finales de acto; se veía inclinado, dando las gracias... Oía los aplausos, ¡pero no hallaba la idea!

Su temperamento le atraía hacia el drama histórico en verso, ornado de arquitecturas curiosas y de chambergos de plumas. Pero ¿qué hazaña, qué pasión dramatizaría? ¡Conocía tan poco la historia de Portugal! Empezó, en otro tiempo, a leerla; pero desde las primeras páginas, el estudio de las razas iberas, godas, visigodas, galorromanas, lusitanas, todo aquel mundo bárbaro y extinto, sin episodios ni personalidades, le aburrió prodigiosamente. Desistió; y todo el pasado de su patria era para él como una gran tiniebla, donde resaltaban, aquí y allá, con un débil relieve desgastado por el tiempo: Egas Moniz con la soga

al cuello, Inés de Castro muerta en un trono; un hecho vago, que era la revolución de 1640; otro libertino, que era el proceso de Alfonso VI, el marqués de Pombal y el terremoto... ¡Pero ninguno de aquellos hechos, de aquellos personajes apenas entrevistos, contenía para él la idea de un drama!

Se decidió por lo moderno. Y habiendo encontrado fácilmente un título—*Amores de poeta*—, dedujo de él una acción.

El poeta Alvaro—que era él mismo, Arturo—, pobre y sublime, fascinaba y poseía a la bella y dulce duquesa de San Romualdo, que era *Ella*, la señora del vestido a cuadros. El duque, un cazador obtuso y brutal, cuyos antepasados se remontaban a los visigodos—para quien le sirvió de modelo el valiente Teodosio—, insultaba al poeta, arrojándole el blanco guante en un baile de máscaras. Se batían de madrugada en un cementerio, después de un monólogo, en que, a la manera de Hamlet, Alvaro, cogiendo cráneos en la mano, meditaba sobre la muerte; herido, el poeta iba a morir en el regazo de la duquesa, que corría, vestida de blanco, entre hileras de cipreses. El drama tenía lugar, unas veces en un castillo, junto a Cintra, ¡y otras en un confuso palacio, en las cercanías de la calle del Ouro! En torno a la acción movíanse numerosos personajes secundarios, unos, nobles viles y embrutecidos; otros, plebeyos, invariablemente dignos y elocuentes. Todo el drama era así un desahogo amoroso y una propaganda revolucionaria; él lo percibía y parecíale hábil y profundo poner en su obra todos los lirismos de su pasión por *Ella* y lanzar al pueblo, al mismo tiempo, los *¡adelantes!* de una *Marsellesa*. *Ella* lloraría, comprendiendo hasta qué punto un pecho ardiente y democrático ama mejor que el reseco corazón de un aristócrata. Por otro lado, el gran Damián aprobaría el drama. ¡Sirviendo a su amor, servía a la democracia! Y entusiasmado con su idea, empezó a trabajar afanosamente.

Fué un período muy exaltado y, con seguridad, el más feliz de su vida. Componía el papel de Alvaro con lo más sentimental que sentía en sí mismo, cuando pensaba en *Ella*, y lo más rebelde cuando majaba linaza en el mortero de la farmacia; dió a la duquesa todas las gracias, todas las abnegaciones; la impregnó de reminiscencias de Julieta, de Carlota, de Lelia, de la Dama de las Camelias; acumuló en el duque el prosaísmo, los materialismos que le indignaban en los burgueses de Oliveira; uno de sus nobles era Vasco, ¡para quien la poesía consistía en la facilidad para hacer acrósticos! Y brincaba por el cuarto, frotándose las manos, radiante, cuando encontraba réplicas elocuentes para alguno de sus plebeyos. ¡No dudaba entonces de que su drama armaría un *escándalo social!* Lo releía, extasiado; e iba a mirarse al espejo, ¡como admirando en la expresión de sus facciones el esplendor de sus facultades!

Se aisló. No apareció durante mucho tiempo por la Corcovada, donde las tacadas, el olor a petróleo, los chistes libertinos de *Violón* le parecían odiosos, después de la frecuentación ideal de sus personajes y de la pompa de sus diálogos. De la farmacia corría hacia su casa, sintiéndose prodigiosamente feliz apenas penetraba en aquella atmósfera especial del cuarto, donde parecíale que flotaba, como éter, todo el ideal que emanaba de las hojas de su manuscrito.

Las tías se quejaban ahora del muchacho, que se pasaba todas las horas encerrado arriba:

—¡Y yo que pensaba que nos serviría de compañía!—decía Ricardita con acritud—. Es como si no hubiese un hombre en casa.

Algunas veces mandaba a Sabina arriba, para saber si desde el corredor «oía al muchacho». Y aquélla volvía desconsolada, diciendo que paseaba agitado por el cuarto, hablando solo.

—Es como el padre Manuel Fernández cuando estaba aprendiéndose el sermón. ¡Qué despropósito! ¡Qué despropósito! —respondía Ricardita.

Y muy sorprendida, con una cara sombría, iba pinchando vivamente la lana con sus largas agujas. Parecíales a ambas que el muchacho no tenía «apego a la familia»; notaban por instinto que él buscaba en los libros y en los papeles distracciones mejores que las de aquellas veladas apacibles; y esto aumentaba el antiguo desconsuelo de verle tan indiferente a los intereses de la casa y de la hacienda.

—Es como un extraño, como si tuviésemos un huésped—decía Ricardita.

Bajaba él siempre tarde para el almuerzo, habiendo velado toda la noche sobre su manuscrito.

—¡Ay! Estás hoy amarillo como un desenterrado... Esto hasta te hace daño... Mucho mejor sería que pasases las noches durmiendo ricamente...

—Sí, sería mejor. Pero ¿y qué? Son gustos—decía él, riendo.

—M u c h a c h o reconcentradísimo —afirmó Vasco el domingo, cuando le vió salir apresuradamente después de engullir las tostadas—. En la farmacia no suelta una palabra. Pero hace su trabajo con inteligencia... Pues yo no le pierdo de vista.

—Ingrato, ingrato—afirmó Ricardita, indignada.

Sabina, por su parte, le encontraba tan sólo «triste».

—¿Por qué? ¿Por qué? No le falta nada—respondía Ricardita—. ¿No es verdad, doña Galatea? Es un chico de mal talante. ¡En la comida no se le oye la voz! Y después del té, *buenas noches* y se va escapado a su agujero...

—¡Ay! A mí no me gusta la gente así—decía doña Galatea, con hastío.

—Pero hombre de bien, hombre de bien—solía decir Vasco, resumiendo.

Por fin, un día Arturo terminó la copia de su quinto acto; fué un momento delicioso aquel en que escribió, todo emocionado, en la primera página blanca:

AMORES DE POETA

DRAMA EN CINCO ACTOS

por

ARTURO CORVELLO

¡Allí estaba, acabado!

Pero entonces, en los días siguientes, le invadió una lasitud, como la nostalgia de un mundo superior perdido, de gloriosas intimidades cortadas para siempre. Incluso en su amor por la desconocida de la estación de Ovar sentía cierta disminución, como si durante su trabajo se hubiera ella desvanecido poco a poco de su alma, entre aquellos largos flujos de lirismo. La Lisboa real ya no le fascinaba tanto. Era como una visión que palidecía, desde que había él pintado una Lisboa dramática con tan intensos colores. Releía en todo momento el manuscrito; pero las escenas mejores ahora le parecían frías; y sin fe escribió a Damián, contándole la trama y pidiéndole, como un favor, a él y a la

Idea Democrática, que consiguiese fueran representados *Amores de poeta* en el Doña María o en el Gimnasio. Y para darle idea de la forma y del estilo, le remitía una copia de la gran escena entre Alvaro y la duquesa, en un parque de Cintra.

Pasaron semanas y la respuesta de Damián no llegó. Le disgustaba tener allí el manuscrito sobre la mesa, sin sacar de él un provecho directo en aplausos o dinero. Una noche no pudo contenerse: corrió a la Corcovada con su drama bajo el gabán, en busca de *Violón*.

Se instalaron en el cubículo, ante una botella de ginebra. A las primeras escenas amorosas, líricas como un dúeto de ópera, *Violón*, moviendo la cabeza, con los ojos cerrados, murmuró solamente:

—Cosa fina, cosa fina.

Pero el insulto en el baile de máscaras, el apóstrofe del duque: «¡Quien ose alzar los ojos siquiera hacia la duquesa de San Romualdo, puede encargar la mortaja!», el duelo en el cementerio, las declamaciones en la agonía, levantaron a *Violón*. Y pegando un puñetazo en la mesa:

—¡Con mil diablos! ¡Esto es la cosa de mayor efecto que se ha visto en Lisboa! Se viene la sala abajo. ¡Es de aúpa! ¡Arregla al empresario! ¡Enhorabuena, demonio! ¡Tiene usted el demonio en el cuerpo!

Aprobó con furor que Arturo hubiese escrito a Damián.

—¡Pues en cuanto se enteren de esto en Lisboa, todos los empresarios querrán acapararlo! ¡Es de aúpa! ¡Caray!

Arturo, conmovido, pagó la cena. Y *Violón* hizo planes tremendos: apenas el amigo Arturo recibiese el primer dinero, le mandaba a él un giro postal y se iba a Lisboa. ¡Aún tenía amigos en Lisboa que le ofrecerían un homenaje! ¡Caray! ¡Se vendría abajo aquel Matta con una cena formidable! ¡Champaña y chicas! ¡Caray!

Arturo entró en casa con una excitación absurda; ahora, animado por aquella admiración de *Violón*, su drama se le aparecía con un esplendor imprevisto, y no dudaba del «éxito». ¡Pediría dinero adelantado al empresario, iría él mismo a dirigir los ensayos!...

Ante aquella idea latíale con fuerza el corazón, en el delirio de una esperanza. Veíase ya entrando en el escenario, vestido de negro, muy mirado por las actrices; seguramente alguna se enamoraría de él: sería un paréntesis carnal en su grande amor a Petrarca... Hasta que una noche, ante una multitud petrificada en el santo respeto al Arte, con los últimos acordes de la orquesta, se levantaría despacio el telón; *Ella* estaba allí, en un palco, con brillantes en el cuello desnudo; y lloraría... ¡la dulce criatura lloraría viendo morir al poeta! ¡Pero, no, tontina; si estoy aquí, vivo, amante, cautivo! ¡Y toda esta gloria es como una alfombra que extiendo para que pongas encima esos piececitos finos y breves, que te han de llevar a los *rendez-vous* del divino pecado!» ¡Y en la sala, con un tumulto de ovaciones, bajo el brillo del gas, la ciudad le aclamaba! ¡Pañuelos de encaje, en los palcos, enjugaban caras mimosas!... ¿Dónde se vería después con *Ella?* ¿En un rincón contemplativo? ¿Entre el frescor de las enramadas húmedas, donde los *frufrús* de las alas se mezclan con el fluir de los manantiales?... Y toda su vida se le aparecía así, ideal y vibrante, con dulzuras de égloga y brillos de triunfo: los *Esmaltes y joyas*, publicados, se convertirían en las estrofas amadas por las almas tiernas; su *Oda a la Libertad* haría palidecer a los conservadores y preocuparía al Gobierno; podría tal vez alcanzar un alto cargo del Estado; viviría gloriosamente, discutido en los periódicos, en el primer piso de un hotel caro, con una bata de terciopelo, teniendo a los pies un perro de San Bernardo. ¡Y aquello sucedía lejos, en un lugar que debía de ser Lisboa, en una refulgencia apoteósica!

Se sofocaba; abrió la ventana. Una espléndida noche de julio henchía el espacio. Infinitas estrellas centelleaban; los huertos, los jardines, dormían; de aquella Naturaleza extendida abajo parecía brotar el aliento de un ser consciente, adormecido; un tibio olor subía de las tejas recalentadas, y por los follajes, muy saturados de sol, en el denso vaho, lleno del ardor del tórrido día, la evaporación de los estanques hacía pasar ráfagas frescas; por los jardines, al lado, el agua de riego murmuraba en la sombra, suavemente; flotaba un aroma a clemátides y a flores de los judiales.

—¡Qué bella noche!—dijo, alto.

Alzó los ojos, olvidando sus deseos, extasiado, hacia aquel fastuoso cielo de verano: era como una enorme polvareda de luz, suspensa e inmóvil, muy alta en el espacio, con puntos más gruesos que chispeaban en una palpitación febril, y otros fijos, con un brillo de serenidad eterna. Deseó saber el nombre de ciertas estrellas, ansió habitar en ellas: e iba siguiendo conmovido la Vía Láctea, que se extendía como una niebla luminosa, con tonos de plata antigua, hecha de átomos de soles. Entonces, ante aquellas profundidades, se enterneció religiosamente; sintióse muy puro, muy elevado; necesidades de fe y de sacrificio pasaron por su alma; pensó en Dios, en un amor santo e inmortal, en libros inconcretos, que escribiría, consolando a los desgraciados, esparciendo la paz... Fué la hora más noble de su vida.

¡Con qué precipitación abrió a los pocos días la respuesta, al fin, de Damián! Eran dos hojas de su letra retorcida, que tenía semejanzas con su estilo. Decíale que, por la descripción de la obra, «Alvaro, lírico de profesión, haragán y lleno de ardores ilegítimos», le parecía enteramente digno de la Policía correccional; la duquesa, ídem, y todo el drama, una sucursal del Limonero (1). En cuanto «a la intención democrática de la obra», le afirmaba «que esa democracia lírica, exhalada en suspiros, con tristezas humanitarias», resultaba odiosa. No era una idea, sino una sensibilidad. Si él, Damián, rigiese un día una dictadura a lo Robespierre, a ese demócrata no le guillotinaría, para no deshonrar la cuchilla de acero que cortó la cabeza de Dantón, «lo desharía a palos». «Por lo que respecta a empresarios —añadía—, dicen que los hay, pero parece que viven en castillos inaccesibles, desde donde hacen fuego, y con razón, sobre los poetas románticos. Si el amigo tuviese una opereta o una farsa con retruécanos, no sería difícil encontrar un teatro benévolo; pero para hacer representar un drama romántico es necesario ser ministro o consejero de Estado.» Acumulaba otras chirigotas, y añadía: «Arturo, tiene talento y marcha por un camino florido, pero equivocado. ¡Sea usted un hombre, qué diablo! Tire a los estercoleros de Oliveira ese romanticismo femenil, morboso y estéril. Haga una obra moderna y lea a Proudhon. No le escribo más, porque mi vecino brasileño

(1) La cárcel de hombres que había en Lisboa.

empieza ahora, como todas las noches, a rasguear en la guitarra el himno nacional; la ejecución en la bandurria de ese trozo vil me cercena de raíz la crítica y la prosa.» Y escribía aún en un *post-scriptum*:

«Le devuelvo la escena que me envió para que apreciase el estilo del drama; francamente, me parece escrito como un libreto de ópera; hay párrafos que requieren con urgencia el acompañamiento de flautín. Esas florescencias de lenguaje—que Shakespeare elevó a lo sublime, pues eran en él la exuberancia de un genio bárbaro despreciando las reglas, y que son históricamente explicables en otros poetas más tranquilos y más conscientes del Renacimiento—resultan hoy de un mal gusto deplorable y de una ridiculez hilarante. Sé muy bien que en ese estilo escriben los genios que se pavonean por el Chiado... Pero los genios del Chiado tienen por misión histórica y social hacer reír, reír con risa consoladora y serena; son nuestro mejor chiste, sobre todo cuando se ponen tristes, y constituyen la única alegría que un Destino adverso nos suministra escasamente, gota a gota; sin ellos, Portugal sería el legendario solar del tedio. ¡Amigo! Alvaros, poetas líricos, duquesas sentimentales, cementerios, interjecciones, suspiros hacia la luna, todo eso es enfermizo. Cúrese. La Península ibérica parece ser que heredó una neurosis, que en España se convirtió en genio surcado de locura, y en Portugal degeneró en imbecilidad, mezclada con bellaquería. Junto a eso—me refiero a Portugal—, las influencias hereditarias de una demencia genérica explica muchas cosas del país. Perdone las observaciones *retro* sobre su literatura: tienen lo doloroso y lo saludable de la cirugía. ¿Sabe usted lo que le aconsejo que haga con su drama? Como tratamiento interno, jarabe de Gibert; como tratamiento externo, cauterio con nitrato de plata. Su amigo inalterable, *malgré tout*,

Damián.»

—¡Pedante!—rugió Arturo, estrujando la carta con desesperación.

¿Y ahora? No conocía a nadie más en Lisboa y sentíase como un hombre en el fondo de una cueva, que mira hacia las alturas donde se respira y se vive ¡sin ver una cuerda, una escala, un brazo, que se tiendan hacia él compasivamente! No le dolían las ironías de Damián. ¡Era la envidia! ¡Un poco también el desprecio filosófico que siempre tuvo, el muy pedante, por la poesía y por el estilo! Era un teórico, enterrado en sistemas abstractos, ¡sin comprender la pasión!... Lo que más le enfurecía era que Damián, un camarada del *Cenáculo*, un demócrata, que sabía que aquel drama era para él el amor, el pan, la carrera, en lugar de precipitarse por Lisboa, moviendo influencias amistosas para que se abriesen las puertas de un teatro, no se apartase de su «catacumba», escribiendo con egoísmo: *Empresarios dicen que los hay...*

Dejó de creer en la amistad, en el *Cenáculo*, en la democracia. Aquella noche, en la Corcovada, con *Violón*, se mostró excesivo: declamó contra los ricos, el Gobierno, los poetas que publicaban y, como todo plebeyo oscuro y literario, haciendo a la monarquía, a la sociedad oficial, culpables de su oscuridad y de su literatura, ansió una revolución sangrienta... Pero la democracia, tal como la concebía Damián, tan secamente positiva, ocupada en el Derecho, ignorando el sentimiento, hostil a los poetas, parecíale odiosa.

—No hay nada—exclamaba con desaliento—. ¡Todo esfuerzo es inútil en este desdichado país!

Violón meneaba la cabeza, con los brazos lúgubremente cruzados: el Gobierno Civil de Oporto, por aquellos días, habíale negado una gratificación, y *Violón* pasaba también por un período especial de rencor a la sociedad.

—¡Un asco!—rezongó—. ¡Es un asco!

Arturo dió un empujón a su copa de ginebra.

Allí estaba, por falta de dinero, de amistades sociales, encarcelado en el anónimo; y las cosas fuertes sobre las que hubiera deseado apoyarse en la vida, y de donde habría querido extraer su propia fuerza, se le hacían ahora inaccesibles.

—¡Me dan ganas de quemar todo lo que tengo escrito!...

Violón extendió con autoridad la mano velluda:

—¡Escuche!—dijo.

Y arrancándose una a una las palabras del pecho amargado:

—¡Escuche!... ¡Esto es un asco!... ¡Pero tengo aún amigos en Lisboa!... A pesar de haber salido de Lisboa hace doce años, ¡caramba, aún saben allí quién soy yo!... Voy a escribir a Melchor, a Melchor, el de *La Opinión*. ¡Melchor es un *tío!*

Arturo, pálido, estaba pendiente de sus abultados labios, de los que le parecía ver fluir una miel consoladora.

—Melchor, ¿eh?

—¡Sí, Melchor! ¡Es un *vivo!* ¡Melchor consigue un teatro!

—¡Usted me salva, *Violón!*

Violón se echó al coleto la copa de ginebra, y dijo con seguridad:

—¡Aún tiene uno influencia con los muchachos!... ¡Aún es uno un *vivo!*

Y allí mismo colaboraron en una carta a Melchor, el de *La Opinión*, en que, a los lirismos dictados por Arturo, se mezclaba, como un bicho entre flores, el caló de *Violón*. El final de un párrafo decía así: «Es éste, pues, el espléndido drama de un alma de poeta, en el que hierven las aspiraciones sociales más nobles de este siglo de democracia...» Y *Violón* agregaba: «... ¡y ahora no me venga usted con historias y recorra bien esa Baixa para pescar un teatrito que ponga la cosa y suelte la *tela!*»

Arturo, entonces, sintió renacer su esperanza, más viva aún. Releyó los *Amores de poeta*, y con su antiguo respeto por Damián, a pesar de odiarle ahora, esfumó lo que había en el papel de Alvaro de excesivamente lírico, introdujo dos escenas de comedia para romper la uniformidad lúgubre, y reanudó sus sueños. Pero pasaron las semanas y no llegó la respuesta de Melchor, el de *La Opinión*.

—Será que escribe en otro periódico—decía *Violón*—. No le habrá llegado la carta a sus manos. ¡Melchor es un *tío!*...

Escribió entonces a un sobrino suyo, Venancio Guedes, empleado en el Ministerio de la Gobernación, pidiéndole noticias de Melchor Cordero, «pues le necesito para unas cosas de teatro». Decíale también que averiguase si «en el Doña María podrían poner una bella obra titulada *Amores de poeta*, obra muy buena, de la que respondo...»

A los pocos días, *Violón*, en la Corcovada, mostraba furioso a Arturo la respuesta del sobrino, escrita en papel de oficio: «No sé dónde vive ese Melchor—decía Venancio Guedes—, ignoro quién sea, y no frecuento literatos. En cuanto a teatros y empresarios, mis ocupaciones no

me permiten malgastar el tiempo en esas pesquisas...»

—¡Qué mal criado!—rugió *Violón*—. ¡Un trasto a quien coloqué! ¡Fuí yo quien coloqué a este bestia! ¡Las peores víboras se encuentran en nuestra propia sangre!...

—Es mi destino—declaró sombríamente Arturo.

Tiró los manuscritos con rencor en el fondo del baúl, y volvió a sumirse en una vida inerte. Ahora que no podía conseguir de la literatura fama o un puesto en Lisboa, abandonaba los libros.

Poco a poco su espíritu, como un agua aislada y recogida en un remanso, que se va enfangando, secándose, fué perdiendo la transparencia viva que refleja los azules y las nubes; y Arturo, con una lasitud casi satisfecha, leía ahora en la farmacia el *Almanaque de recuerdos*. A veces entraba una mujer, entregaba la receta y se sentaba a esperar; algún labriego, de voz torpe, venía a pedir un ungüento para una herida; Arturo se levantaba y los preparaba melancólicamente; y cuando, con un trote cansino, con los tirantes flojos, pasaba por la calle el charabán del servicio, todos se volvían con un asombro triste.

Todas las noches, por regla general, iba a la Corcovada. Allí empezaba a encontrar consideraciones. Bajo la enseñanza de *Violón* se iba convirtiendo en uno de los buenos tacos de la villa, y ya los asiduos, en los bancos, alrededor del billar, fumando y escupiendo en el suelo, admiraban sus carambolas. Hasta entonces, viéndole modesto, le creían inhábil; pero cuando él, animado por aquella simpatía ambiente, empezó a hablar, atusándose el bozo, con su copa de ginebra delante, fué escuchado con admiración y considerado como «chico de talento».

—Es muy profundo—decía Villela, que, por ser el corresponsal de la villa para *La Verdad*, diario de Oporto, era una autoridad en la Corcovada.

Arturo, poco a poco, se acostumbró a las caras, que encontraba ahora menos atontadas, y a las conversaciones, que le parecían ya menos vulgares; reíase, incluso, con los chistes, muy celebrados, de Juan Valente. Estrechó su amistad con Villela, y llegó a ser una personalidad eminente del café cuando estalló la guerra francoprusiana y se proclamó la República en Francia. Un soplo heroico removió súbitamente su romanticismo adormecido; quería ir a combatir por Francia, como voluntario de Garibaldi; leía en pie la proclama de Víctor Hugo; encontraba sublime que, ante la fuerza desproporcionada de la invasión, Gambetta, con sus ejércitos destrozados, con toda Francia vencida, se refugiase, para morir, en el antiguo campo atrincherado de las Galias...

—¡Gran talento, gran talento!—murmuraban alrededor, con voces emocionadas.

Pero el violento Villela, muy alemán por patriotismo, gritaba:

—¡Está bien hecho! ¡Abajo Francia! Así aprenderán a meternos en otra como la del *Charles et Georges*...

Arturo, exaltado, hablaba del mesianismo, de Francia, de los derechos del hombre, de los bulevares, de Víctor Hugo; injuriaba a los alemanes, aquellos bárbaros...

—Pues son muy profundos, muy profundos — gritaba Villela, dando con el pie en el suelo.

—¡Qué profundos! ¡Francia sí que es admirable!—rugía *Violón*—. Para un rato de cancán, no hay como la francesa guapa.

Todos reían; cada cual removía su café o bebía un sorbo de ginebra; y Arturo, pasándose la mano por el pelo, declaraba que dentro de dos años toda Europa sería republicana.

Resultaba exagerado; e incluso cuando llegó la Comuna, impresionado por el lado dramático del alzamiento, se declaró internacionalista, habló de Proudhon, exaltando al obrero.

Una noche, y acompañado de *Violón*, que encontraba la Comuna «de aúpa», entonó *La Marsellesa*. Villela pateó, lanzó alaridos; la gorda Corcovada, a quien le gustaba la animación de los clientes, corrió desde la cocina, rodeada de los chiquillos, abriendo la boca con una satisfacción risueña; y en la calle, donde llovía a cántaros, los transeúntes, agachados bajo los paraguas, se paraban a mirar por la puerta acristalada.

—¡Buena juerga!—dijo *Violón*, al salir con Arturo—. ¡Buena juerga!

Vasco lo supo, y aconsejó a Arturo bondadosamente: no censuraba sus diversiones; podía ir al café a tomar su café, a jugar su partida de billar; ¡pero meterse en cantes y jaleos, y hablar de repúblicas internacionales!... Eso debía evitarlo, por él mismo, por no perder su buen nombre en la villa, por respeto a sus señoras tías, y, en fin, por él, Vasco, por el crédito de la farmacia...

Arturo consideró su libertad de pensamiento indignamente violada por aquella exigencia del patrono, y entonces, por odio al cerrilismo conservador de Vasco, que personificaba toda una sociedad, sus opiniones se hicieron un momento sanguinarias. Deseó el comunismo en Oliveira de Azemeis; y las señoras, en casa, al verle azucarar melancólicamente su té, no podían imaginar que bajo aquella cabeza pálida, apoyada en la mano, se agitaban ideas de incendios vengadores y de exterminios de clases.

Pero aquellas imaginaciones feroces se disiparon muy pronto. Por aquel tiempo, Villela, por embrollos de demandas y de embargos, se encontró de pronto dueño de una casa, y se le ocurrió la idea de fundar un diario en Oliveira. Habló a Arturo, que se exaltó en seguida con un entusiasmo desordenado.

Se vió inmediatamente, desde el banco de la Redacción, dominando a Oliveira, temido en el Casino, siendo una fuerza en el distrito, citado en Lisboa. Encontró un título: *La Nueva Era*; y fueron unas semanas de conferencias entre ellos sobre el formato, el papel, la casa de la Redacción, la política y la literatura del periódico. Arturo quería publicar los *Esmaltes y joyas* en folletines y defender los principios de la Revolución francesa. Villela quería echar abajo al administrador del Concejo. Fué Arturo quien redactó el prospecto: hablaba de la Humanidad, de Víctor Hugo, de la Justicia y de Mozart. *Violón* lo declaró «¡de aúpa!», y Arturo pensaba ya en despedirse de la farmacia y pasarse los días en la Redacción, donde quería poner cortinas de *reps* rojo y un sofá.

Pero los prospectos trajeron pocas suscripciones. De los dos diarios que había en Oliveira, uno se titulaba *El Oliveirense*; el otro, *El Eco de Oliveira*; y aquel título *La Nueva Era*, considerado muy «filosófico», representando intereses humanitarios extraños a la localidad, no atrajo la adhesión de la villa. Realmente, la autoridad, asustada, conspiró activamente contra la creación de la *Era*; decíase que el señor administrador había ido de tienda en tienda, pidiendo que no se alentase «una oposición facciosa, que quería sembrar

la cizaña en la villa». El Casino, hostil al café de la Corcovada, devolvió el prospecto. Juan Valente, que había prometido generosamente cincuenta duros para los gastos iniciales, exigió después fiador y una letra de Villela, a noventa días fecha. Villela, ofendido, le insultó en la Corcovada. Riñeron. Y la *Era* murió como un haz húmedo de sarmiento, que, después de humear un minuto, se extingue sin encender la pila de leña que tiene encima.

Fué un disgusto para Arturo. Pero quedó muy impresionado por aquella idea de influencia local. Lisboa le parecía ahora inaccesible; su gran amor por la linda desconocida de Ovar, que le atraía hacia allí, desapareció insensiblemente como agua absorbida por la arena. Sin protección, viviendo en aquel rincón de provincia, nunca podría hacer representar allí los *Amores de poeta*. Su carrera estaba limitada a la villa y a la farmacia...

¡Pues bien! ¿Por qué no aplicar su talento, sus maneras, a hacer la conquista de Oliveira de Azemeis? Sus dos años de Coimbra, el nombre respetado de las tías, le facultaban para conocer a Carneiro, a las Guedes; podría asistir a sus *soirées*. Allí, seguramente, haría sensación con su charla, sus versos, recitados al piano; lanzaría la idea de una «representación de aficionados». Podría proponer los *Amores de poeta*; tal vez fuese el medio de hacer una buena boda...

Empezó en seguida a frecuentar la misa de diez, con sombrero nuevo y guantes negros; se colocaba junto al altar mayor, muy serio, mostrando su devoción. Al final de la misa cumplimentaba respetuosamente a los caballeros de al lado, el licenciado Pimenta y el administrador. Evitaba, incluso, pasear con *Violón*. Sin embargo, según decía Villela, que le admiraba y que era confidente de aquellas ambiciones, para «colarse en Oliveira» era indispensable ser del Casino; él mismo, lleno de solicitud, se encargó de sondar a Carneiro, presidente del Centro aquel año.

A las primeras palabras, sin embargo, Carneiro se negó; abriendo mucho los ojos, exclamó:

—¡Cómo! ¡Pues sí! ¡Si dejamos entrar a un ayudante de farmacia, tenemos mañana aquí al mozo que marca en el billar!

—¡Escuche, hombre! Es el sobrino de las hermanas Corvello. Son personas respetables.

—¡Un pariente pobre! Le tienen en casa de limosna. ¡Nada de pelagatos, nada de pelagatos!

Socios acaudalados, como Castro y Boavida, enterados de la pretensión de Arturo, murmuraron, incluso:

—¡Miren el granuja!...

Una repulsa tan injustificada enfureció a Arturo, y en el arrebato de la desesperación compuso unos versos terribles contra el Casino y Carneiro, de quien exclamaba:

> Se le ve arrellanado en la ventana,
> sobando los cordones de su bata,
> con una panza en forma de puchero
> y una nariz de lengua a la escarlata...

Y en la última estrofa declaraba que sólo quisiera ir desde la farmacia al Casino

> Provisto de mi polvo insecticida,
> ¡para matar, con ánimo asqueado,
> esas chinches de Castro y de Boavida!

Los versos fueron furiosamente aplaudidos por la noche en la Corcovada, y a la mañana siguiente aparecieron pegados, en pasquines, con letras colosales, a la puerta del

Casino y en la esquina de la casa de Carneiro.

¡Qué gritería! Unos socios del Casino, aterrados como ante un peligro público, rodeaban al administrador, exigiendo que se «¡pusiera a la gente de bien al abrigo de la canalla!»

El ilustre señor, retorciéndose la perilla, emocionado, musitó serias palabras sobre «providencias..., medidas enérgicas...» En la plaza había grupos; se decía que el autor era Arturo, el sobrino de las Corvellos, y habiendo visto, al anochecer, a Carneiro entrar impetuosamente en la farmacia, la gente corrió a espiar entre los bocales rojos, con la certeza de que «iba a haber hule».

Pero Arturo, a aquella hora, triunfaba en la Corcovada.

A la mañana siguiente, sin embargo, al entrar en la botica, encontró sobre el mostrador una carta a su nombre, de puño y letra de Vasco, que en su rincón parecía enfrascado en *El Comercio de Oporto*. La carta decía:

«Don Arturo:

»El digno propietario y tendero de paños ilustrísimo señor Carneiro ha venido a este establecimiento a quejarse de unos malévolos y ofensivos versos que usted, sin respeto a la farmacia, que goza de antiguo crédito, arrojó a las caras del señor Carneiro y de otros miembros respetables de la sociedad oliveirense. Y, no contento con esto, se ha jactado usted en los aludidos versos de usar los productos de este respetable establecimiento para fines reprensibles y criminosos. ¡Está muy bien! Espero que tal hecho no se repita, en honor a esta casa. Y en consideración a sus estudios y a su comportamiento virtuoso, hasta hoy, así como a sus respetables tías, a quienes no deseo dar este golpe, consiento, por esta vez, en cerrar los ojos al monstruoso delito. Pero le advierto con ésta, solemnemente, que cualquier otra pieza lírica difundida en desdoro del noble propietario Carneiro, o de cualquier otro caballero oliveirense, me obligará a adoptar la severa medida de librar a esta honrada farmacia de un enemigo de la tranquilidad pública. Que sea respetada mi voluntad es lo que exige

El jefe del establecimiento
y farmacéutico de 1.ª clase,
Vasco de la Concepción Pedroso.»

Arturo, pálido, se adelantó hacia él con la carta abierta; pero Vasco se levantó impetuosamente, y con voz sibilante y agitando los brazos:

—¡Lo escrito, escrito está! ¡Lo que escribí, escribí!

Tanta imbecilidad indignó a Arturo.

—¡Entonces, venga la cuenta!

—¿Qué cuenta, señor, qué cuenta? ¡Cuentas me las debe el señor a mí, que le di un duro adelantado de este mes, y estamos a siete! El señor ha sido una víbora que calenté en mi pecho... Un hombre a quien quería yo como a un hijo... ¡Lejos de mi vista, ingrato! ¡Lejos de esta botica de bien, serpiente!

Arturo se precipitó furioso hacia casa; muy pálido, contó de un tirón «la escena con Vasco». Las tías se quedaron aterradas. Juzgábanse desacreditadas en Oliveira. Ricardita imaginaba ya que, por venganza, Carneiro, la autoridad, ¡les subiría la contribución!

—¡Ay, qué desgracia! ¡Ay, qué desgracia!—exclamaba por la sala, con las manos en la cabeza.

Entonces, viéndolas llorar tan afligidas, Alburquerquecito, que desde la

víspera estaba excitado, comenzó a balancearse sobre las piernas, con los puños cerrados, la mirada vaga, murmurando:

—¡Hola!... ¡Hola!...

Y, de repente, se adentró por el corredor y subió las escaleras, gritando:

—¡Aferra el trinquete de gavia! ¡Abordaje! ¡Abordaje! ¡Fuego! ¡Pum! ¡Tararí!... ¡He de vengarlas! ¡Orza a barlovento!

Arturo, aturdido, salió, y tropezó en la escalera con Vasco, que subía corriendo los peldaños, resoplando furiosamente. ¡Venía a dar a las señoras una explicación de caballero! Les leyó los versos. Les citó las palabras emocionadas de Carneiro: «Tengo cincuenta y cinco años honrados, ¡y es la primera vez que soy insultado públicamente!» Acusó a Arturo de perverso.

—Y cuando yo, en mi bondad, iba a perdonar, iba a olvidar..., se dirige a mí como una fiera...

Ricardita sollozaba.

—¡Me quiere matar a disgustos! ¡Me quiere matar de vergüenza!... ¡Pues que se vaya, que se vaya y nos deje en nuestro sosiego!...

—No ha sido de mí, señora—decía Vasco, conmovido—, no ha sido de mí de quien vino el golpe. Fué de él, de ese ingrato... Pero ahora es *per omnia sœcula sœculorum*... ¡Que yo también tengo mi energía! ¡Soy Vasco de la Concepción Pedroso!...

Miró a una y a otra, y repitió con majestad:

—Yo también tengo mi energía.

Y salió muy digno.

La comida fué lúgubre. Hasta el cocido, Ricardita no levantó del plato la cara reprobatoria. Sabina, muy pálida en su negra toca, parecía más pequeñita, encogida en la silla, limpiándose a escondidas los ojos enrojecidos.

Y Alburquerquecito, calmado ahora, con la servilleta al cuello, devoraba; de vez en vez dejaba el cubierto y guiñaba el ojo a Arturo:

—¡Buen combate! ¡Le metí dos balazos en el costado!... ¡Mal pirata! ¡Mal pirata!

Pero Sabina, muy triste, rechazó el arroz. Y Ricardita, secamente:

—¡Ay, no comes, hermana! No vale la pena afligirse por quien no lo merece...

Arturo, furioso, dió un empujón al plato, se levantó y fué a encerrarse en su cuarto. Pero en seguida un repiqueteo de dedos sonó en la puerta tímidamente. Era la tía Sabina; venía a hacerle compañía, a consolarle... La tía Ricardita tenía aquel genio, pero se le pasaba; era sólo la pena de ver que perdía el empleo... ¡Pues ellas no eran ricas! ¡No sabía él lo que les costaba vivir!... ¡Ay! ¡Debía ir a pedir perdón a Vasco!...

—¡Antes reviento!... ¡Antes me muero de hambre!

Rebuscó furiosamente en el bolsillo y mostró a la tía un puñado de calderilla.

—¡Mire todo lo que tengo en este mundo! Siete reales. ¡No me importa! ¡Estoy harto de sufrir! Se acabó...

—¡Jesús, hijo, el orgullo es lo que pierde a los hombres!

Pero ¿qué quería hacer ahora?

—Yo veré, tía Sabina, yo veré —dijo él, paseando por el cuarto, mordiéndose los labios, con dos gruesas lágrimas en los párpados.

Se acordó entonces del padrino, y decidió escribirle, pidiéndole un empleo, cualquier colocación... ¡Si no conseguía nada, se alistaba como voluntario o iba a trabajar con la azada!

Y por la noche fué a la Corcovada, a desahogarse con *Violón*.

Pero *Violón*, a quien el administrador había censurado severamente sus relaciones con el poeta, simuló un interés absorbente por la partida que jugaba con el mozo del marcador, y le hizo sólo, con dos dedos, un seco saludo. Juan Valente sumió la cabeza entre las manos, con la nariz sobre *El Comercio de Oporto*. Por las mesas estaban otros asiduos, y Arturo notó en seguida en las «buenas noches» muy secas, en las caras reservadas, una hostilidad ambiente. Villela, por fin, le dijo, azorado:

—Hombre, esto es el diablo... ¡La cosa ha armado un barullo excesivo! Siempre es un insulto a las personas principales de la villa. Ya comprenderá usted..., en una población pequeña..., todos tenemos nuestras relaciones, nuestras subordinaciones... Ya ve, usted mismo ha perdido lo de la botica... ¡Qué tontería!... Debe usted intentar ponerse a bien con todo el mundo. Es necesario arrastrarse un poquillo en esta villa...

Y hundiendo las manos en los bolsillos, se fué a observar, con las piernas abiertas, las jugadas de *Violón*.

Arturo palideció. ¡El café renegaba de él! Salió dando un portazo, y anduvo por las calles, furioso, hasta tarde, planeando cosas vagas que haría para mostrar su carácter, vengarse y humillar a Oliveira. Rendido, entró en su cuarto, pensando en el suicidio.

La puerta entonces rechinó despacito. Era la tía Sabina, con el sayo sobre los hombros, que venía a traerle un platito de mermelada y pan, porque le había visto comer muy poco en la cena.

Aquella bondad le conmovió, y rompió a llorar de un modo irrefrenable. La vieja le estrechó en sus brazos, le besó el pelo, callada. Y sacando de un bolsillo un envoltorio de papel, con monedas de a peseta:

—Es para tus gastos, hijo mío; ahora que no tienes otra cosa... Son mis ahorros... Diez duros... Eran para comprarte la tela de las camisas..., para ti era...

*

Dos semanas después, un domingo, Arturo, volviendo pronto del correo, entró en la Corcovada. Había escrito a su padrino una carta suplicante y desolada; la respuesta tardaba, y ahora casi todas las mañanas, después de pasar el viejo cartero por la plaza, cojeando, se ponía el sombrero e iba allí a preguntar a Gómez, el del correo, «si no habría por casualidad un error, si no habría llegado una carta que él esperaba».

—¿No la han llevado a casa, verdad?—rezongaba Gómez, alzando los lentes hacia la cabeza—. Pues entonces...

El café, a aquella hora, estaba desierto. Una faja de sol tibio de noviembre atravesaba el local, haciendo parecer más triste el suelo ennegrecido, el papel azul rameado que surcaban las rayas de los fósforos, la cortina de paño rojo sobre la puerta acristalada de la cocina. Uno de los pequeños rabiaba, y el maestro de la Filarmónica, que vivía encima, ensayaba en su clarinete. Arturo permaneció un momento haciendo en el billar carambolas melancólicas, y fué luego a observar a Juan el barbero, que enfrente, en su puerta, bajo la bacía reluciente de cobre, esperaba a los parroquianos, con el peine clavado en las greñas. Por último, entró a sentarse ante *El Diario del Comercio*, con la cabeza entre los puños. Un suelto atrajo casualmente su atención: era la

larga descripción de una *soirée* en Lisboa... Muy pronto interesado, lo devoró. Hablábase allí «del espléndido ornato del salón de baile, de las *toilettes*, de las joyas; a las dos habíase abierto un delicioso *buffet*; el amable secretario de la Embajada de España dirigió el cotillón con su acostumbrado *entrain*, y era después un desfile de invitados, condes, ilustrísimos, diputados, consejeros, diplomáticos y el aplaudido poeta de *Idilios y devaneos*...

Le invadió la tristeza. Y releía el suelto, deteniéndose en ciertas frases, viendo a través de ellas—a una luz vaga que venía, en parte, del pálido rayo de sol que atravesaba el café, y en parte de la irradiación de las arañas de aquella fiesta—, el salón con dorados, cuellos desnudos, las pecheras lustrosas de las camisas, los negros fraques y los ojos tristes que se habían fijado en él en la estación de Ovar, brillando ahora más alegres... *Ella* habría estado allí, con seguridad...

Y súbitamente el antiguo amor reapareció, enterneciendo todo su ser; era como la aparición de la luna, grave y triste, en una noche oscura.

Permaneció allí mucho tiempo, con los codos sobre la mesa sucia, pensando en *Ella*; pero no distinguía ya bien sus facciones: parecían perderse, disiparse en el lujo que le rodeaba, en la música de la *soirée*, en las luces, en todo lo que él también deseaba: las calles de Lisboa, las salas de los teatros, las redacciones de los periódicos; aquello mismo se esfumaba en lejanías muy vagas, y brillaba a una distancia que érale inaccesible, rodando entre un ruido de ricos carruajes, de óperas, de besos adúlteros y de poemas aplaudidos... Suspiró muy triste, y, levantando la cabeza, vió enfrente, por la puerta abierta de Juan el barbero, un parroquiano que esperaba con el cuello hacia atrás, rodeado de la toalla, con las mejillas blancas de jabón.

Salió y fué andando hacia casa. Iba pensando en el poeta de *Idilios y devaneos*. Sus versos le parecían muy vulgares—como su fisonomía, que él conocía por los retratos—, el pelo con raya en medio, los grandes lentes sobre la abultada nariz: ¡y estaba en la *soirée*, estrechaba la mano de los embajadores y los diarios celebraban su cumpleaños!...

¡Con algunas poesías mediocres habíase impuesto en sociedad! Y esto le parecía el resultado de sutiles enredos, de influencias femeninas, porque la sociedad, que él conocía tan sólo a través de las novelas, se le figuraba como el mundo de Balzac, regida por los caprichos de la belleza y por el genio de los intrigantes. Creía en la influencia que puede tener, en una existencia, el apretón de manos de un duque, y, como en el caso de Vautrin, la protección secreta de un forzado. La Fortuna era la presa de los fuertes; y entonces, en esa hora de las resoluciones grandiosas por que atraviesan todas las almas débiles, decidió violentamente ser él también un fuerte, sacudirse aquellos sentimentalismos estériles en que se desgastaba, derribar los obstáculos con el ímpetu de un Alcides, apoderarse a la fuerza de la Fama, de un puesto en la civilización y de un sofá en el *boudoir* de *Ella*. Hasta entonces su deseo lloriqueaba; ahora iba a luchar... Y recorrió la calle, movido por aquellos ímpetus, a grandes pasos, como si fuese a apoderarse del mundo. El charabán que iba al galope hacia la estación de Ovar, le obligó a refugiarse en un portal; tuvo por un momento la tentación de arrojarse dentro, de ir a tomar el tren para Lisboa y comenzar la batalla; ¡pero tenía en el bolsillo tres reales! Y ante tal punzada mezquina de la realidad, aquella amplificación de su voluntad se arrugó súbitamente, como un globo agujereado.

Cuando entró en casa, Juana corrió desde la cocina a decirle que el señor Coutiño, el notario, había venido para hablarle, y mandado después una carta con su criado. Estaba encima de la mesa.

Arturo, sorprendido, corrió a la sala y abrió vivamente el sobre:

«Muy distinguido señor mío:

»Mi colega, habilitado en Oporto, el señor Fernández Gouveia, de la calle del Laurel, me encarga primero de la dolorosa misión de participarle que su digno padrino, el señor Guedes Craveiro, falleció el día 25 del corriente, a las cinco de la mañana, y al propio tiempo del grato cometido de anunciarle que por un codicilo a su testamento de 18 de abril del corriente año le lega...»

—¡Oh Santo Dios!...

«... le lega, para completar su educación, como mejor entienda, la suma de dos mil duros...»

Todo tembloroso, gritó hacia la puerta:

—¡Juana! ¡Juana!

La vieja acudió, asustada.

—¡El padrino me deja un dineral! ¡¡Dos mil duros!!

—¡Oh, hijo mío, hijo mío! ¡Ay! ¡Y las señoras que están en misa! ¡Voy a llamarlas! Voy corriendo...

Pero ellas entraban en aquel momento.

Ricardita, en el patio, regañaba al mozo de la quinta.

Arturo corrió a lo alto de la escalera, con los brazos levantados:

—¡Tía Sabina! ¡Tía Sabina! ¡El padrino me dejó un dineral! ¡Dos mil duros!

—¡Han sido mis oraciones!—exclamó la vieja, agarrándose a la barandilla, medio desmayada—. ¡Oh hijo mío! ¡Oh hijo mío!...

—¿Qué estás diciendo?—gritaba Ricardita, dando tropezones por la escalera.

Entraron en la sala, con Juana detrás, y cuando Arturo acabó de leerles la carta, en que el notario decía que el legado se componía de dos mil duros, depositados en el Banco de Portugal, y que al día siguiente recibiría él una orden a cargo del señor Carneiro, comerciante de paños, para recibir «a la vista» quinientas pesetas, oro o papel, para los primeros gastos del luto, ¡las dos señoras y la criada, temblando todas, rompieron a llorar!

—¡Oh, caramba, caramba!—decía Arturo, andando por la sala, con toda la cara congestionada, tropezando contra los muebles. Y pensaba con una alegría tumultuosa en el insulto que dedicaría a Vasco, en qué regalo haría a las tías, en qué tren tomaría para Lisboa. Se veía ya allí, asistiendo a los ensayos de su drama, encontrando a la señora del vestido de cuadros...

—Voy a casa de Coutiño—exclamó de repente—. ¡Voy a ver qué es eso de la orden de mañana!...

—Desayuna primero, hijo—dijo Ricardita.

Pero él, sin escucharla, se precipitó fuera. Ricardita, entonces, se puso los lentes, releyó en voz baja la carta, impresionada con aquellas palabras «orden a la vista», «depósito en el Banco», sintiendo inesperadamente un nuevo respeto hacia el muchacho.

—Arturo querrá ahora volver a Coimbra—dijo, por fin, Sabinita, que, sentada al borde de la silla, con su

manteleta de seda bordada de abalorios y el libro de misa en el regazo, se secaba todavía alguna lágrima.

—¡A Coimbra, sí, sí!—exclamó Ricardita—. ¡Un muchachote de veinticinco años! Ya no está para maestros... Lo que debe hacer es comprar la farmacia a Vasco.... ¡que está loco por traspasársela!—Y después de un momento—: Pues miren, hasta se me revolvió el estómago. Una cosa así tan repentina... Y tú, hermana, no te quedes ahora así con tus lloriqueos... y vete a encender otra lamparilla en el oratorio; anda, que debemos agradecérselo al Señor...

Arturo no encontró a Coutiño: había marchado a su finca. Cuando cruzaba la plaza salían de misa de once. Entonces se acordó de Dios, y en la humildad de su reconocimiento musitó allí mismo un padrenuestro. *Violón*, que, a pesar de su ateísmo, frecuentaba la misa para no ofender las opiniones católicas del señor administrador, apareció majestuoso, con su chaqueta de los domingos, poniéndose los guantes negros. Arturo corrió hacia él en su ansia de desahogarse, y con una risa nerviosa:

—¡Ha muerto el padrino y me ha dejado un dineral!

—¡Con mil diablos!

—¡Es verdad, es verdad!—dijo Arturo, con los ojos húmedos, restregándose estúpidamente las manos—. ¡Dos mil duros!

—¿Y qué? ¡Ahora, a Lisboa!

—¡Cómo no!—exclamó Arturo con fervor.

—¡Ladrón!

Le cogió del brazo con efusión, le acompañó hasta su casa, forjando en seguida el proyecto de ir a reunirse con él en Lisboa, en primavera. Vivirían los dos juntos, y haciendo fondo común; tenía que vivir en la parte baja de Lisboa.

A Arturo le molestaba aquella participación que *Violón* se arrogaba en su fortuna, y dijo muy serio:

—Voy a hacer una vida retirada..., a trabajar...

Violón golpeó enérgicamente con el bastón en las losas:

—No me venga con melindres. Mande la literatura al diablo. Eso está bien para los pobretones. Usted ahora tiene *tela*, y debe gozar, refocilarse... Lo primero que tiene usted que hacer es mandarme una boquilla de espuma...

En el almuerzo, tía Ricardita discutió el empleo del dinero del muchacho. Tenía ahora su fortuna asegurada. Vasco quería traspasarle la farmacia, y con aquel dinero...

Arturo, indignado, saltó en su silla:

—Pues ¡vaya! ¡Comprar la farmacia! ¡Enterrarme en Oliveira!

Y afirmó, dando un puñetazo en la mesa, que al día siguiente marcharía a Lisboa.

Las viejas estaban asustadas de la estridencia de su voz, de la insensatez de sus resoluciones.

—¿Te has vuelto loco, muchacho?

—¡Me volvería loco si me quedase aquí!

Y en una exaltación, paseando por el comedor, habló de su talento, de la elevada posición que da la literatura, de la influencia de la prensa, de un escaño en el Congreso y de la posteridad.

—Pero nunca serás un Nelson—exclamó Alburquerquecito, mirándole fijamente.

—Pero puedo ser ministro de Marina, señor almirante—dijo Arturo, muy serio.

Por la tarde se difundió por la villa la noticia de la herencia; unos decían veinte mil duros, otros cien; algunos afirmaban que iba a haber pleito. Vasco acudió por la noche, emocionado, con doña Galatea, para abrazar al heredero. Pero a aquella hora Arturo estaba en la Corcovada, instalado ante los licores del establecimiento con una caja de puros al lado; y *Violón*, a cada cliente que aparecía, exclamaba, señalando a Arturo, con un amplio gesto a lo *Ecce-homo*:

—¡Aquí está! ¡Un millonario!

Y a las preguntas ansiosas, respondía vagamente, agitando las manos:

—¡Un fortunón! Como para caerse... Va a tener coche en Lisboa. ¡Y yo aquí, aquí enterrado!

Arturo volvió a casa, torpe de la ginebra. La tía Sabina vino de puntillas a su cuarto a hablar nuevamente de la farmacia. Vasco había dicho que se la cedía barata, con pago a tres meses. Además, ellas estaban tan viejas..., no tenían a nadie más en el mundo... Era necesario un hombre en la casa...

—Por nada del mundo me quedo aquí veinticuatro horas más, tía Sabina... ¡Es inútil, caray!

Sabina bajó, llorando. Parecíale que el muchacho estaba embriagado. Y ante el lecho de Ricardita, ya acostada, iba murmurando con gran pesar:

—¡El maldito dinero! ¡El maldito dinero!

Al día siguiente, Arturo entró en la tienda de Carneiro llevando la orden, muy inquieto, con el temor de que, por venganza, el tendero «pusiera dificultades»...

—Sé a lo que viene; recibí el aviso—dijo secamente Carneiro—. ¿Oro o billetes?

Entonces, impulsado por la gratitud, Arturo balbució:

—De las dos cosas... Yo, realmente, señor Carneiro, tengo que pedirle que me disculpe... Fué una chiquillada...

Aquella caballerosidad por parte de un heredero, de un capitalista, enterneció a Carneiro, que le tendió las manos con efusión:

—Nada; lo pasado, pasado está... No me causó perjuicio. Mi enhorabuena. ¡A gozar! ¡A gozar!

Le hizo contar los billetes y comprobar las monedas. A la vista de aquella fortuna (1) allí amontonada, brillando sobre el mostrador, Arturo reprimía un deseo nervioso de reír, y cuando salió, abrochándose con cuidado la chaqueta sobre el dinero, sintió el mundo a sus pies.

Las tías, cuando él extendió sobre la mesa el dinero para que lo guardasen, se quedaron asombradas. ¡Cómo! ¿Y quería llevar a Lisboa aquella riqueza? Hasta les parecía un pecado, y miraban el oro, los billetes, con pavor, pensando que iba a ser devorado en la Babilonia, como si viesen rebrillar en las monedas ojos de sirenas, y en los billetes, negrear programas de bacanales. ¡Se negaban

---

(1) El lector español debe tener en cuenta la fecha en que Eça de Queiroz escribió esta novela. Pero, además, las condiciones, realmente inverosímiles, paradisíacas, de la vida en todo Portugal, y en Lisboa, durante muchísimo tiempo. Dentro del país vecino—y pese a lo bajo de su moneda en relación con otras de Europa— el *standard* de vida era asombroso en su baratura, debido, sin duda, a la profusión de géneros—especialmente alimenticios—, muy ayudada por sus magníficas colonias, en un país pequeño en extensión y habitantes. Así, no ya en el tiempo en que Eça centra esta novela, sino mucho después, desde principios de este siglo hasta la guerra europea de 1914, la baratura de la vida—aun para los propios naturales—era legendaria en Portugal. Recuerdo que el dueño del único hotel frente al Atlántico, en la playa das Macas—o de las «Manzanas»—, al pie de Cintra, me aseguraba, hace

a guardarlo! No querían responsabilidades...

—Vamos, tía, no voy a ir por ahí con este dinero en el bolsillo. Mi baúl tiene la cerradura rota. Voy a comprar una maleta.

Por fin, accedieron ellas, y guardaron el tesoro en el cajón de la cómoda que servía de oratorio, poniéndolo bajo la protección vigilante de los santos adorados.

Aquella noche, Arturo cenó, como despedida, con *Violón*, que le tenía preparada una carta de recomendación para «el calavera de Melchor».

—Se entera usted dónde vive, le entrega esta carta ¡y él le hará gozar! ¿Dónde piensa usted alojarse?

Arturo tenía la intención de irse a vivir con Damián. A fin de cuentas, era el único amigo que tenía en Lisboa. Además, Damián, un genio, debía de estar bien relacionado en la literatura, en la prensa..., y, en fin, él quería, sobre todo, vivir en los medios intelectuales...

Violón meneaba la cabeza, desaprobando:

—Métase en un buen hotel, métase en el Universal, que está en el Chiado. Tiene hasta cantadoras, a mano... Buena mesa redonda... Todo de lo fino, de lo elegante. Vaya, como le digo, y métase en el Universal.

Pero Arturo, en los primeros días, no quería exponerse al lujo desproporcionado de un hotel en el Chiado. Más tarde, sí, cuando se hubiera hecho ropa de vestir e interior...

—Entonces, vaya usted al Español, en la calle de la Plata. Tiene también su buena diversión. Vaya al Español.

Y le fué dando consejos hasta la puerta de su casa: que visitase Cintra; que fuese a Juan el de la Morería, para saborear el verdadero «fadito»; que no dejase de buscar españolas. ¡Y que le escribiese!

Arturo, abotagado por la cena, le escuchaba confusamente, con las manos en los bolsillos, el puro caro entre los dientes; y en el fondo oscuro de la noche parecíale ver su vida en Lisboa elevarse, muy alta, como un trofeo muy adornado, donde de arriba abajo centelleasen dichas vagas y deliciosas.

Cuando llamó a la puerta, se quedó sorprendido al oír una voz seria, que no conocía, preguntar con recelo:

—¿Quién es?

Hubo un ruido de trancas y de cerrojo descorrido, y la puerta se abrió despacio. Un mocetón, con la escopeta montada, le esperaba en medio del patio, y la tía Sabina, en saya, alumbraba desde el rellano. Con tanto dinero no habían querido quedarse solas. Vasco lo aprobó, y mandaron venir de la quinta al mozo con la escopeta.

Al día siguiente, la despedida fué triste. Desde por la mañana, Sabina lloraba por la casa. Ricardita, para disimular su desconsuelo, reñía, muy nerviosa. Hasta Alburquerquecito parecía impresionado: toda la mañana estuvo paseando por el comedor,

más de veinte años, que en tiempos de la monarquía de don Carlos I de Braganza, en Lisboa costaba una comida de tres platos, con pan, vino y postre, una *coroa*, y menos—la equivalencia aproximada, hace diez u once años, entre nosotros, de ¡cincuenta céntimos de peseta!—. Y era cierto, como he podido comprobar directamente. Hasta hace una docena de años, el escudo portugués—y ello venía siendo así desde hacía mucho tiempo—, que es el «duro» para ellos, y a la par, se cotizaba, sin altibajos, a 0,33 ó 0,35 céntimos españoles. Con esto podrá formarse una idea aproximada el lector español de la enorme facilidad de vida en el país vecino, pobre, sin embargo, por sus circunstancias y medios propios.

con el ceño fruncido y las manos a la espalda, rezongando:

—¡Ingrato!... ¡Ingrato!... ¡Mal pirata, mal pirata!

El día estaba nublado y ventoso. Al lado, en la iglesia, doblaban a difuntos por la mujer del doctor Marques; y aquella negrura invernal, el tañido de la campana, parecían aumentar la tristeza de la separación.

Arturo, emocionado, repetía a cada momento que era sólo por dos meses:

—Apenas empiece la primavera, estoy aquí de vuelta.

Y era sincero, invadido por una nostalgia de aquellos afectos sencillos que dejaba, de su cuarto, que durante aquellos años había él poblado de ensueños y de fantasías queridas.

A las dos, el mozo del charabán vino a buscar el baúl, y *Violón* apareció. Iba a acompañar a Arturo a la estación, y se mantenía a la puerta de la sala, con el sombrero en la mano, tieso, muy digno, en presencia de las señoras.

—¡Adiós, tías, adiós!

Entonces, en un estallar de sollozos, Arturo fué de los brazos de Ricardita a los de Sabina.

—Es por poco tiempo, es por poco tiempo—balbucía.

—Y va bien recomendado, señoras mías—dijo *Violón*, inclinándose.

Y Arturo salió, con los ojos arrasados de lágrimas. En el patio se encontró a Alburquerquecito con los brazos abiertos:

—Buen viaje, Arturito. Vaya tranquilo, que yo vigilaré. ¡Habrá orden a bordo!...

En medio de la carretera, un tirante que se rompió retrasó el carruaje. Un viento triste gemía entre los pinos; comenzaban ya a caer gotas de lluvia. Arturo iba callado, todavía conmovido, y *Violón* fumaba sombríamente, con la sombrerera de Arturo entre las rodillas.

Pero a la vista de la estación, de la máquina, que ya resoplaba, vuelta hacia Lisboa, una alegría tumultuosa invadió a Arturo; ya en el vagón, reía, nervioso, sintiendo la blandura del asiento, forrado de lona sucia, hundirse muellemente como un gozo anticipado de la vida en que iba a moverse ahora. Desde la portezuela, *Violón* proseguía sus consejos: ¡Que buscase españolas! ¡Que la gozase bien!

Y de cuando en cuando, contemplándole con amargura:

—¡Los hay afortunados!—murmuraba.

Pitó la locomotora, y el tren empezó a rodar.

—¡No se olvide de mi boquilla!—le gritó aún *Violón*.

III

En Entroncamento, después de cenar, Arturo se envolvió cuidadosamente las piernas en la manta y encendió su puro con una felicidad inmensa.

El tren de Madrid, retrasado, acababa de llegar: el coche iba a partir. Fuera llovía, soplaba un fuerte viento, y Arturo seguía con los ojos una linterna rojiza que vagaba por el lado de los carriles, en la noche tenebrosa, cuando la portezuela se abrió vivamente y un individuo jadeante apareció, arrojando hacia el asiento una maleta charolada, un rollo de *plaids*, otro de bastoncitos, un cesto atado con cintas de seda azul y un almohadón con volantes. Venía abrigado en un gabán de pieles, y el alto cuello levantado, el gorro de piel sobre los ojos, sólo dejaban ver una cara sonrosada y llena y una bella barba rubia.

Arturo le supuso en seguida extranjero; pero el individuo, después de acomodarse, habló cortésmente, diciendo:

—¡Qué terrible noche!

—Terrible—asintió Arturo.

Le juzgó entonces diplomático, viniendo de Madrid o de París. Examinó su fastuoso gabán de pieles, la petaca con una corona de plata en relieve, de donde escogía una breva; los guantes muy gruesos, de una piel áspera y blanca; y pensaba, fascinado, que aquella digna figura habría cruzado salones reales, rozándose con personajes históricos.

—¿A Lisboa, supongo?—le preguntó el individuo.

—A Lisboa voy, sí—dijo Arturo.

—¿Qué tal el San Carlos este año?

Arturo escupió una partícula de tabaco, y sonrojándose levemente:

—¿Este año?... Este año muy bien.

—Eso nos hace falta—dijo el individuo.

Y permaneció inmóvil, con los párpados cerrados, fumando beatíficamente.

Arturo temió en seguida otras preguntas sobre Lisboa, familias de la nobleza, músicos, y no queriendo revelar una ignorancia plebeya, iba a fingir una somnolencia fatigada, arrellanándose en su rincón, cuando vió al sujeto desatar las cintas del cesto y sacar hacia su regazo un perrillo rubio, que le pareció semejante a un sapo, de hocico negro y achatado, surcado por dos viejas arrugas, y con unos ojos redondos y estúpidos.

—Ha tenido un viaje muy penoso—dijo el individuo.

—¿Ha venido en el cesto?

—¡Desde París, pobre *John!*

Se lo llevó a los labios como una cosa preciada y santa, y le dió sobre la barriga, tersa y tibia, besitos ruidosos. Le llamó también *perla, ángel.* Le calentó bajo el gabán, contra el corazón. Y exclamó, convencido, hacia Arturo:

—¡Es un amor!—Y después de una bocanada—: Es para la marquesa de Folces. ¿La conoce usted tal vez?

Arturo dijo muy bajo:

—Sí...

—¡Ah! ¿La conoce?—exclamó el individuo, con la cara iluminada por la risa.

Inquieto, Arturo replicó:

—¡De nombre!

—¡Ah!... Excelente señora.

Acomodó maternalmente a *John* en el cesto, sobre su lecho de algodón, y estirando discretamente los brazos, declaró que lo que debían hacer era dormir hasta Lisboa. Si el señor se lo permitía, correría la cortinilla de la lámpara, ¿no? Perfectamente. Arregló el almohadón, se estiró con un ¡ah! de satisfacción, cruzó las manos sobre el gabán, y canturrió con melancolía, como una oración nocturna:

Si tu n'avais rien à me dire
pourquoi venir auprès de moi?... (1)

Bostezó con ganas, y a poco roncaba con dignidad.

Arturo, fatigado, fué cerrando los ojos, en su rincón, entre la penumbra del departamento... Parecíale estar en un salón, todo de oro y terciopelo, donde la señora marquesa de Folces conversaba con la tía Sabina, hablando de él.. ; pero no las oía bien a causa de un estruendo de hierros que rodaban sordamente. De repente hacíase un silencio y despertaba: luces mortecinas, al lado, alumbraban una estación; bultos abrigados, fuera, en la noche, pasaban con linternas. Seguía lloviendo; había un silencio infinito en la negrura de los campos adormecidos, y delante, en la sombra, sin cesar, la máquina resoplaba bajo. Después, el tren rodaba de nuevo y su sueño volvía a invadirle a través de una sensación de frío en los pies: reconocía que era un lago muy azul, brillando bajo la luna; *Violón* y él remaban en un bote, con el almirante al timón.

Entonces, junto a él, en la oscuridad, una voz con acento andaluz suspiraba su nombre; volvíase, y veía unos ojos árabes, llameando bajo una mantilla española; ¡iba a besarlos, pero al escurrirse la mantilla descubría una calavera! Despertó con un estremecimiento... Una voz iba diciendo a lo largo del tren parado:

—¡Alhandra! ¡Alhandra!

Un aire lívido de madrugada clareaba a través de la neblina lluviosa. Pasaban aldeanos con cayados, envueltos en mantas listadas; en el andén descargaban unos cajones; un tren de mercancías rodó al lado, con vagones cargados de barriles, y otros, enrejados, de donde salían cuernos de bueyes. Después, un criado de librea pasó corriendo con un ramo de flores en la mano.

El corazón de Arturo latió, invadido por la alegría de aquella proximidad a Lisboa.

El tren partió de nuevo. Parecióle, a través de la niebla, entrever la superficie de un río de acero; después, un campo de olivos corrió al lado; y sus ojos, fijos en los cristales empañados, se fueron cerrando con la fatiga de aquella madrugada fría.

—¡Povoa! ¡Povoa!

Despertó. El individuo del gabán de pieles se desperezaba.

—¡Vamos, por fin! *Nous voilà!*

Se levantó, ajustóse el gabán, se puso un sombrero blando, y entreabriendo el cesto del *pug* (1):

—Amor, estamos al final de nuestras penalidades. Cómo ha dormido el amigo *John,* ¿eh? Ya llegamos. ¿No lo has notado?... ¡Estás en la patria de Luis de Camoens!

Se volvió hacia Arturo, riendo de su gracia:

—No está mal, ¿eh?—Y repitió al *pug,* que chillaba—: Estamos en la patria de Camoens.

La máquina pitaba. Y Arturo, excitado, veía ahora, a la izquierda, extenderse el río amplio y turbio, agitado por el viento. Los montes de la otra orilla confundíanse con el esfumado de las nubes. Una falúa, con la vela hinchada, cortaba la espuma, navegando de bolina, en la mañana cruda. Arturo devoraba con los ojos aquellos alrededores de Lisboa: la fachada sucia de una casa que pasaba, una pila de madera, altas chimeneas de ladrillo. El individuo del gabán de pieles, creyendo ver a un amigo en el andén, se precipitó hacia la ventanilla, gritando:

—¡Eh, vizconde, vizconde!

Pero el tren arrancó. Viejos vagones desmantelados, un cobertizo con fardos, corrieron al lado, y un revisor, todo mojado, abriendo vivamente la portezuela, recogió de prisa los billetes.

Arturo palpitaba todo. ¡Lisboa! ¡Era, al fin, Lisboa! Bajó el cristal, y el aire le pareció lleno de una vida más intensa, impregnado de la amplia respiración de la ciudad que dormía aún en la mañana húmeda.

Con un gran estruendo, el tren entró en la estación. El andén se llenó en seguida de gente que se movía afanosa, con paquetes, sombre-

(1) «Si no tenías nada que decirme,—¿por qué te acercaste a mí?»

(1) *Pug,* en inglés, raza de perros llamada en España bracos o nachos. *Sic* en el texto.

reras, codeándose. Aldeanos, con el paso pesado de sus suelas claveteadas, se apresuraban; había en los rostros un gesto de asombro y de modorra; un niño lloraba desesperadamente, y cuando, en la puerta de salida, el empleado quiso ver las maletas, Arturo, empujado, aturdido, avergonzado, no encontraba las llaves. Le temblaban las manos, sentíase tímido, tenía casi nostalgia de la casa de las tías, de la pequeñez de Oliveira de Azemeis. Poco después, con el talón de su equipaje, muy atolondrado, casi afligido, vagaba por la gran sala de espera, lanzando aquí y allá un vistazo a los anuncios, donde se leían en grandes letras nombres de ciudades—Sevilla, Córdoba, Madrid, París—, que representaban para él civilizaciones magníficas y le daban una cortedad mayor.

Por fin, un mozo de cuerda, que parecía ocupado por propio deleite en rezongar blasfemias, transportó con un aire taciturno su baúl a un carruaje, y el cochero arrancó hacia el Español.

Al borde del asiento, con las manos en las rodillas, Arturo, a través de los cristales empañados, iba mirando ávidamente las fachadas de las casas, los carteles en las esquinas, la extensión de las calles. Gallegos encorvados bajo el barril de agua chapoteaban en el barro, la gente pasaba encogida bajo los paraguas. ¡La causaron asombro los arcos del Terreiro do Paço (1), el río, las arboladuras de escuadras! Por la calle de la Plata fué leyendo ávidamente las muestras de las tiendas. ¿Quién viviría en aquellas altas casas, cerradas todavía? A aquella hora, seguramente, los periodistas, las duquesas, dormían, después de las agitaciones intelectuales y amorosas de la noche... Y una felicidad exuberante hinchó de pronto su pecho.

Paró el coche.

De la escalera sombría del Español salía un olor repugnante a amoníaco. Un criado de patillas y cabellera desgreñadas, que le llamó de *usted* (1), le condujo hacia un cuarto pequeño, empapelado en verde. La ventana se abría sobre un zaguán triste, y el agua que caía del canalón cantaba abajo en un cubo de cinc.

Al poco rato, encogido entre las sábanas, Arturo dormía profundamente.

*

Despertó al ruido de la puerta: el criado, en mangas de camisa, con un par de botas en la mano, le decía, reprendiéndole:

—Entonces, *¿usted* no va a comer? Son las cinco. ¡Ya ve *usted!* La *comida* (2) es a las cinco.

¡Las cinco ya! Arturo tenía los riñones doloridos; el tono crepuscular del cuarto, un ruido de platos que oía al lado, el llanto de un niño, le produjeron una vaga tristeza.

El criado, entonces, dió vueltas a las botas en la mano, contempló un momento con tristeza el elástico deshilachado y el tacón medio desprendido, y murmuró:

—Están en las últimas...

Arturo se puso rojo.

(1) Nombre del palacio real en Lisboa.

(1) Téngase en cuenta que en Portugal es obligado y habitual siempre, aun entre gente distinguida, el tratamiento de *vossa excellencia*, máxime al comienzo de una amistad. De aquí el asombro, un tanto indignado, de Arturo ante esa confianza, casi española, del mozo del hotel, que, por lo visto, seguía normas también españolas con sus huéspedes.

(2) En español en el original.

—Pues cuando *usted* quiera comer, es ahí abajo—añadió el hombre. Y antes de salir, arrastrando los zapatos sin calzar, repitió, señalando con tristeza las botas—: ¡Están en las últimas! ¡Ya *usted* ve!

Servían la sopa cuando Arturo fué a sentarse tímidamente a la mesa. Frente a él, dos españoles, de barbas de azabache y caras chupadas, comían, taciturnos, con las capas sobre los hombros; en la otra punta estaba una muchacha gordita y baja, bonita, con una bata roja y un peinado alto; junto a ella, un individuo calvo, de cogote frailuno, vivos colores en el rostro carnoso y un bigotito canoso, la veía comer con unos ojillos de ternura babeante, haciendo bolitas de pan con los dedos.

Arturo admiró un momento las altas fachadas de enfrente, «¡tan nobles!» Después escuchó a los españoles, que engullían y hablaban bajo, recelosos; y habiendo percibido los nombres de Castelar, Pi y Margall, Contreras, Salmerón, sintió en seguida una enorme admiración hacia ellos. Eran republicanos perseguidos; seguramente habían peleado en las barricadas, conspiraban; y como uno de ellos extendió el brazo hacia las aceitunas, Arturo se apresuró a acercarle el plato respetuosamente. El individuo dijo, muy serio, «gracias, caballero» (1), y Arturo, muy halagado, pensó que más adelante podría conocerlos, oírles contar episodios históricos, ¡unirse a ellos en simpatías revolucionarias!... ¡Qué buena idea la de venir al Español! Todo allí le agradaba, el aparador barnizado, el espejo con el marco resguardado bajo una gasa rosa, y el retrato de Prim, sobre un caballo empinado, agitando un estandarte. Y casi con orgullo, después del café, encendió su puro y fué a asomarse al balcón: la tarde habíase despejado, las calles se secaban bajo el frío viento del Norte; un carruaje que pasó, con el cochero y el lacayo de librea blanca, le hizo pensar que tal vez lo ocupase *Ella,* su desconocida del vestido a cuadros; cuando se agachó para mirar, ¡entrevió un hombre gordo con lentes! Pero todas sus ansias de amores, de lujo, de fama, habíanse puesto a trinar como pájaros despiertos. Examinaba ávidamente las *toilettes* de los hombres; encontró adorables dos señoras que cruzaban la calle, con los vestidos arremangados, mostrando las blancas enaguas, que se agitaban en torno a sus tobillos. No había imaginado nunca Lisboa tan grande, tan aparatosa, y le parecía que las ideas debían de tener allí, seguramente, la amplitud de las calles, y los sentimientos, la elegancia de las indumentarias.

La muchacha de la bata roja vino entonces a asomarse al balcón contiguo; alzaba el rostro, miraba el cielo y el tiempo. Arturo la encontró deliciosa, con su cuello muy blanco, las formas exuberantes, toda rolliza y cálida.

—¿Quién es esta señora?—le preguntó al criado, que quitaba la mesa, canturriando.

El mozo se acercó, miró:

—Es la Mercedes—y mirando las botas de Arturo con un triste meneo de cabeza desgreñada, volvió a repetir—: Están en las últimas. ¡Ya *usted* ve!...

Arturo se encogió de hombros, furioso. Aunque, observando a los hombres en la calle, había visto que su traje de Oliveira estaba mal cortado, era provinciano; por eso salió de noche, después de encendido el gas.

¡Con qué deleite pisó al fin las losas aún húmedas de los paseos,

(1) En español en el texto.

respiró el frío invernal, el aire de Lisboa, que, después de la pesadumbre de las callecitas de Oliveira, le parecía tener la vitalidad oxigenada en que se dilatan las facultades! Quedábase pasmado ante los escaparates iluminados de las tiendas; se paraba, asombrado, mirando las caritas pálidas de las mujeres que pasaban; volvíase con admiración para seguir los carruajes con lacayos perfilados; y de la claridad del gas, de la amplitud de las calles, de la multitud rumorosa, veníale como una sensación de actividades esparcidas, de pasiones, de grandezas vagas que le trastornaba; era como si la atmósfera estuviera saturada de las emanaciones de una vida rica, sabia, idealizada y ardiente! Pero sentíase cohibido: a pesar de ansiar prodigiosamente una corbata azul que vió en un escaparate, no se atrevió a entrar en la tienda; el trote de los troncos le atontaba; el andar desenvuelto de los hombres, hablando alto, le causaba un miedo pueril a las agresiones; le daba vergüenza de su viejo gabán, más corto que los faldones de la chaqueta que traía; se sintió incluso agradecido a un sujeto que le pidió lumbre, cortésmente, como si recibiese de él un acto de benevolencia. El hombre, después de encender el puro, le dijo a otro que esperaba, silbando:

—Hacia el Martiño, ¿no?

Y Arturo los fué siguiendo tímidamente, ¡ansioso de ver el Martiño! Le pareció espléndido, con aquella cantidad de sombreros de copa entre los espejos dorados, bajo una niebla de humo de tabaco, en el rumor continuo de las conversaciones. No se atrevió a entrar. A la puerta charlaba un grupo, y Arturo lo contemplaba de lejos, con devoción, pensando que debían de ser poetas y estadistas... Le subió de repente al cerebro un vaho excitante de emanaciones intelectuales: tuvo prisa por entrar en aquella existencia, por relacionarse, ¡por regalarse con las discusiones sobre arte e ideal, por «ser también de Lisboa»!

Paró un coche y le mandó ir hacia la plaza de la Alegría, ¡hacia casa de Damián! Empezó de nuevo a llover y el empedrado relucía a la luz del gas. Y recostado en el fondo del cupé, que trotaba a lo largo de las verjas oscuras del paseo, Arturo iba pensando en el traje nuevo que se haría y en los filósofos con los que, seguramente, iba a encontrarse en la «catacumba» de Damián.

Al toque de la campanilla, una mujer de piel muy blanca y cintas rojas en el pelo le hizo entrar en una sala esterada, para decirle que don Damián había marchado hacia el Algarve. Examinó rápidamente a Arturo, y añadió después que si el señor deseaba cuartos, los de don Damián estaban libres...

—No, gracias; venía sólo a buscarle.

—¡Ay! Puede usted entrar.

Y con una voz muy cantarina, muy lisboeta:

—Don Damián estaba muy contento. Es la casa más tranquila del barrio, hay la mayor limpieza. Hasta doña Ermelinda me dice siempre: «¡Oh señora Juana!» (es mi nombre; mi hermana se llama Adelaida). «¡Oh señora Juana!—me dice doña Ermelinda—. Hace usted mal en cuidar tanto a los huéspedes; ¡mire que no lo agradecen!» Y yo, entonces, le digo: «¡Oh doña Ermelinda! (nos tratamos mucho)—le digo—, mire que es de carácter». No teniéndolo todo como los chorros del oro, me pongo mala. Don Damián ocupaba sólo un cuarto. Tengo también a Faria; tiene que conocerle, a Fariaciño...

Aquella verbosidad sin motivo aturdía a Arturo. Repitió, por cumplido:

—Sí, ya volveré.

—¡Ay! Puede quedarse ahora. Yo no gasto cumplidos. Hasta doña Ermelinda me lo dice siempre: «¡Oh señora Juana! Por quien es, debe usted estar en su lugar.» Y yo le digo: «¡Oh doña Ermelinda!, ¿qué quiere? ¡Es mi carácter!» Y todo el mundo me estima. Fariaciño está en mi casa hace dos años. Se lo puede preguntar...

—Pues ya volveré—interrumpió Arturo, desconcertado. Dió las buenas noches y bajó rápidamente la escalera.

Aquella ausencia de Damián le contrariaba. Sentíase muy desconsolado. Contaba con Damián para guiarle, enseñarle Lisboa, presentarle a escritores, escuchar su drama; y su marcha hacia el Algarve parecía ensanchar a su alrededor una soledad inesperada.

Por fortuna, tenía las cartas de presentación de *Violón*.

Fué entonces bajando al azar por Molino de Viento, y al pasar por San Pedro de Alcántara se adentró bajo los árboles y fué a apoyarse en las verjas. La ciudad abríase abajo, en el valle oscuro, acribillado por los puntos de luz de las ventanas iluminadas, y en la oscuridad, los tejados, los edificios, formaban unas sombras empastadas más densas. Aquellas luces, debajo de aquellos techos, ¡qué fermentación de vida! ¡Cuántos amores, cuántos misterios, cuántos crímenes, tal vez! Allí, periodistas escribían artículos, oradores preparaban discursos, estadistas conferenciaban, mujeres aristocráticas, en sus salones, hablaban de amores, y en los ricos pianos gemían las cavatinas apasionadas. ¡Qué grande Lisboa!

Volvió a invadirle la misma sensación, siempre repetida, de una vasta capital, con una intensa vida social; y miraba, vagamente exaltado, como si todas aquellas existencias acumuladas le enviasen al corazón el vaho de las pasiones que él les suponía.

Una brisa fría le hizo encogerse bajo su gabán color piñón. Fué bajando, parándose ante los escaparates, volviéndose hacia los rostros pálidos de las mujeres, medio escondidos bajo estolas de lana o velos oscuros, siguiendo con los ojos los faroles de los carruajes fastuosos, que ponían claridades sobre las libreas claras de los lacayos. Bajando siempre, llegó junto al río. Estaba oscuro, soplaba vientecillo cortante, y las luces de los mástiles temblaban en la noche. Sintió, sin motivo, una melancolía, una impresión de soledad. A aquella hora todos estaban en sus casas, bien amuebladas, en el esplendor de las *soirées* y la comodidad de las convivencias íntimas; las mujeres recibían a sus amantes, los amigos discutían, fumando, alrededor del *punch*... ¿Cómo iba a conseguir hacer conocimientos, relacionarse, vivir, *introducirse* en aquella gran ciudad rumorosa? Ahora todo le parecía más difícil, y las grandes fachadas sombrías de las casas esparcían en torno de él una sensación de aislamiento, de inaccesibilidad...

—¿Querría usted, caballero, favorecer a un cabeza de familia cesante?—dijo una voz quejumbrosa junto a él.

Arturo se enderezó y sacó veinte céntimos de su bolsillo, que puso en la mano que le tendía un sujeto alto, de chaqueta raída, con el cuello cerrado por un alfiler.

Aquella miseria entrevista le entristeció más. El Aterro, largo y solitario, con aquel vientecillo frío, le produjo un sentimiento de melanco-

lia; el corazón se le oprimió, sintió la necesidad de volver hacia el hotel, de ver luz, de estar bajo techado, de releer su drama, para fortalecerse con la certeza de su talento, de contar su dinero, para animarse con la evidencia de sus recursos. Empezó a andar de prisa por la calle del Arsenal; pero en el Terreiro do Paço se perdió: confundía las calles anchas, paralelas, interminables. Anduvo, volvió; le daba vergüenza preguntar por el Español. En una calle estrecha, unas voces desde detrás de unas persianas verdes, le chistaron con familiaridad; dos borrachos le asustaron, tambaleándose, maldiciendo; y, aturdido, casi afligido ya, llamó a un coche que pasaba despacio.

—¡Al Hotel Español!—dijo, subiendo.

El cochero le miró un momento, admirado; pero inmediatamente fustigó el tronco. Arturo se sentó; y acababa de subir el cristal cuando el coche se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Ya estamos, señorito. El Español es aquí.

Arturo se apeó, avergonzado.

—¿Cuánto es?—preguntó tímidamente al cochero.

—Una pesetilla...

Por miedo a una cuestión, Arturo pagó.

—Muchísimas gracias, caballero —dijo el individuo.

En el corredor del hotel, de una puerta vivamente iluminada salían sones de guitarra; una voz penetrante de mujer cantaba en tono de *malagueña*:

A la puerta de mi casa
hay una piedra muy larga,
la, ra, la, lá... (1).

Y las manos batían palmas, en cadencia, al repicar de los bordones.

Inmóvil, con la palmatoria en la mano, Arturo escuchaba: voces españolas hablaban con desenvoltura; sonaban taponazos de cerveza. Pensó que debía de ser la muchacha de la bata roja y los emigrados, ¡que recordaban canciones de sus provincias, y aquello le pareció muy poético!

Una voz fuerte de hombre se elevó entonces: hacía castañetear los dedos, y en un ritmo de gaita gallega canturriaba:

Doces galleguiños aires,
quittadoiriños de penas...

Hubo risotadas, y la puerta se cerró bruscamente. Arturo fué subiendo despacio. Vínole un recuerdo de cuando era niño y estuvo un verano en Oporto, con su padre, en la fonda del León de Oro. En las tardes calurosas del domingo, llenas de polvo, el criado le llevaba a una huerta, hacia el lado de la Lapa; comían altramuces junto a un judial, donde susurraba el agua de riego, e iban a ver a los gallegos bailar bajo el emparrado, al son de la gaita, que hacía: *¡mu-ñe-i-ra!, ¡mu-ñe-i-ra!* Después, el tazón de vino verde pasaba alrededor; oíanse al lado los *¡paf!* secos del juego de bolos; entonces levantábase una gallega, y con las rubias trenzas cayendo sobre el corpiño rojo, los brazos abiertos, poníase a girar despacio al son del pandero! ¡Cuánto tiempo hacía de aquello! ¡Si su padre le pudiese ver ahora, en Lisboa, con dinero en el bolsillo y unos originales en el baúl! Y, confortado, se estiró en la cama, murmurando con voluptuosidad: «¡Estoy en Lisboa! ¡Estoy en Lisboa!»

*

(1) En español en el original.

Al día siguiente, después del desayuno, con un sol magnífico, Arturo se dispuso a visitar, con su carta de recomendación, al sobrino de *Violón*, don Venancio Guedes. Para presentarse elegante compró en un almacén de ropas hechas un gabán de paño azul, con cuello de terciopelo, que le aconsejó un dependiente de aspecto desgraciado; después, en una zapatería, adquirió unas botas de charol, y, así equipado, con guantes negros, en un bonito carruaje, se dirigió a la plaza del Carmen.

Un individuo barrigudo, de espesas patillas color azabache, le abrió la puerta, y con una voz de trombón gritó hacia dentro:

—¡Le busca un señor, don Venancio!

—¡Hágale entrar, Ferraz!

Don Venancio, a la mesa, desayunaba. Los gestos menuditos con que abría los huevos pasados por agua; su carita paliducha, de labios finos; el cabello correctamente planchado, revelaban un individuo meticuloso, muy admirador de su director general. Abrió la carta de *Violón*, y comenzó a leerla, tirándose del bigotito rubio, recortado con tijera. En la habitación contigua, por detrás de un repostero azul, una voz cantaba a gritos:

¡Acepta el sable de mi padre!
¡Acéptalo! ¡Acéptalo!...

De las paredes colgaban grabados en colores chillones, donde se veían damas y caballeros entre paisajes idílicos; un loro, ante la ventana, se agitaba en su percha, y Ferraz esperaba, con una de las gruesas manos apoyadas en la mesa y la otra puesta con *chic* sobre la abultada cadera.

Don Venancio dejó la carta, se abrochó nerviosamente la bata sobre el pecho, y con una vocecilla agria, quebrada:

—¡Pero si yo no conozco a literatos! ¡Yo no conozco literatos, mi querido señor! Quiere que le presente. Pero ¿a quién? ¿A quién? ¡Si yo no conozco a nadie!

Acepta el sable, el sable, el sable,
acepta el sable de mi papá.
¡Pan, pa, pa, pa, pum!

gritaba la voz estridente.

—Yo vivo muy retraído, mi querido señor. Vivo para mis ocupaciones. No conozco a esa gente...

Arturo, avergonzado ya, replicó:

—Su tío me dijo que tal vez usted supiera el domicilio de don Melchor Cordero...

Venancio tuvo un brinquito de contrariedad:

—¡Y vuelta! ¡Yo no conozco a nadie!

El repostero azul se abrió, y un muchacho de grandes bigotes apareció, exclamando con ímpetu:

—¡Venga el desayunito! ¡Lorito real! ¡Amigo Ferraz, las vituallas!

—¿Tú conoces a un tal Melchor Cordero?—dijo Venancio, volviéndose hacia él y alisando nerviosamente su peinado.

El otro se detuvo, inclinó ligeramente la cabeza ante Arturo, y retorciéndose vivamente el bigote con ambas manos:

—Melchor Cordero, Melchor Cordero...—murmuró.

Arturo le miraba casi con ansiedad; en la calle cantaban pregones, y por el lado del cuartel sonaban cornetas marcando los movimientos de la instrucción.

—Es un periodista—indicó Arturo.

—¡No le conozco!

Y dirigiéndose jovialmente al loro:

—¡Lorito real! ¡Viva la Constitución!

—Ya ve usted—dijo Venancio, con regocijo mal reprimido—. Nadie conoce a semejante gente.

Y se puso a escarbarse los oídos con satisfacción.

Arturo, profundamente despechado, cogió el sombrero.

—Y mi señor tío, ¿se emborracha aún todas las noches?—preguntó Venancio, volviendo a abrir los huevos.

Arturo, petrificado, balbució:

—Eso no me consta; no, no me consta...

Pero el sujeto barrigudo abrió la puerta, y, bajando la escalera furioso, Arturo oía aún los gritos del loro y la voz regocijada del otro cantar desesperadamente:

¡Acepta el sable, el sable, el sable!
¡Acepta el sable, el sable de mi papá!

En la plaza, la mañana resplandecía. Después de los días de lluvia, aquel sol delicioso daba a la ciudad la alegría de un renacer; hasta dos mozos que en un patio lavaban un coche con cubos de agua, y los gallegos que charlaban al borde de la fuente pública, parecían tan satisfechos como los canarios que gorjeaban en las ventanas. Pero Arturo estaba como desencantado. Damián habíase marchado, el famoso Melchor se perdía en lo vago, ¡y en aquella ciudad tan llena sentía la hondura de la soledad! Su voluntad, que, a la manera de un inválido, necesitaba ser constantemente estimulada y ayudada, decaía, desfallecida: la celebridad, las relaciones, los amores, todo lo que en Oliveira le pareció de conquista tan fácil, en la mano, retrocedía ahora hacia cimas inaccesibles; tenía la sensación de masas de oscuridad, sofocantes como bóvedas, que le aprisionaban en el anónimo. Los escaparates de las tiendas, las altas casas, los carruajes, dábanle una opresión indefinida; sentía agitarse a su alrededor un enorme egoísmo burgués, hecho del orgullo del dinero y del desprecio de las ideas; ¡y los rostros, como las fachadas, adquirían para él un aspecto obtuso y duro, que algunos pobres versos delicados no podrían nunca conmover! El sentimiento de su soledad se agudizó: ¿y si cayera enfermo?, pensó. Y aturdido por el movimiento, abstraído, desgraciado, iba bajando el Chiado, con los pies doloridos por el charol nuevo recalentado, sintiéndose «cursi», ¡odiando a Lisboa, furioso contra el zapatero! Cuando entró en el hotel, se tiró encima de la cama, y para confortarse con la certeza de su talento, se puso a releer, salteando el original, sus *Esmaltes y joyas*. Pero los versos que en Oliveira le parecían de tan noble ideal, leídos ahora allí, en Lisboa, tenían un tono de afectación pueril, en medio de las vastas grandezas que sentía a su alrededor y de los vastos intereses que sospechaba. Le invadió una desesperación, se encontró «burro», pensó incluso en regresar a Oliveira; le retenía, sin embargo, una curiosidad de la ciudad, la esperanza de verla a *Ella* y el deseo de las satisfacciones que podía proporcionarle el dinero—teatros, mujeres—. ¡Qué diablo! Tenía allí en el baúl ¡más de mil duros! Y se desesperezó sobre el lecho con voluptuosidad, como si recibiese de repente de todos los lindos rostros que había entrevisto, de las voces que la víspera le chistaban desde detrás de las persianas verdes, un efluvio afrodisíaco. Y bajó a cenar, resuelto a «lanzarse aquella noche a la juerga».

Como el día anterior, los dos españoles estaban allí, y taciturno. junto a Mercedes, el sujeto calvo y baboso. Esperando la sopa, Arturo abrió el *Diario del Comercio*, que estaba sobre la mesa; lanzó un vistazo de soslayo a la española, y de repente ¡recordó que tal vez en el hotel conociesen a Melchor, el periodista!

Preguntó inmediatamente al criado, que entraba con la sopa.

—¡Ah Melchorcito!—dijo el mozo; y dirigiéndose al calvo—: Señor Videira, ¿usted sabe dónde está Melchor?

—¿Melchorcito?—respondió el calvo—. En la redacción del *Seculo*. Por el lado de la calle del Carvalho.

—¡Ya ve *usted!*—dijo el criado, con satisfacción.

Arturo, en su alegría, indiferente a la comida, cogió el sombrero, corrió a la calle, tomó un coche, fué a la Redacción del *Seculo*: don Melchor había salido, pero podría encontrarle al día siguiente, a la una de la tarde.

*

Aquella visita preocupó a Arturo toda la noche. Melchor era un periodista, un literato, y la conversación versaría seguramente sobre libros, estilos, escuelas; deseaba mostrarse elevado en las críticas, original en las frases; preparó incluso dos definiciones pintorescas de Lisboa y de la provincia:

«Lisboa es la *estación central* de la inteligencia.»

«La provincia es la *penitenciaria* del espíritu.»

Y al otro día, muy emocionado, se apeaba a la puerta de la Redacción. Un muchachito de blusa azul le hizo cruzar un patio sucio, entrar en un corredor carcomido, y abriendo una puerta:

—¡Un caballero, don Melchor!

Ante una ancha mesa, forrada de hule, dos individuos trabajaban. Uno de ellos, de pelo muy corto, a lo quinto, macilento y con lentes ahumados, cortaba sueltos de un periódico con unas tijeras de sastre; el otro, bajo y grueso, con la cabeza hundida entre los puños, parecía absorto en el estudio de una cuartilla garrapateada: se levantó bruscamente, inquieto. Era Melchor. Tenía esa calva precoz, llamada de *juerguista*, sobre la cual crecía, peinado hacia atrás, un pelo fino como tela de araña; bajo la carnosa nariz se retorcía un espeso bigote.

Abrió la carta de *Violón*, en pie. Sus manos abultadas tenían un ligero temblor habitual; y apenas leyó las primeras líneas:

—¡Ah, perfectamente!... Tenga la bondad de sentarse. ¡Cómo no! Siéntese, por Dios... ¿Y cómo está ese granuja? ¿Eh? ¿Siempre tan jaranero? Si usted me lo permite, voy a terminar un trabajillo, y soy todo de usted. Tenga la bondad de sentarse. Esto está un poco desarreglado. Si quiere leer los periódicos...

Arturo cogió un diario y se sentó junto a la ventana. En las paredes, mazos de periódicos desdoblados colgaban de unos ganchos, resmas de diarios llenaban los rincones y un tenue polvo lo cubría todo: los papeles, las sillas, el viejo mapa de Portugal y España; la calle, fuera, tenía un silencio tímido; en una ventana de enfrente un jilguero cantaba en su jaula, y las enormes tijeras del individuo de los lentes iban recortando periódicos.

—¡Eh, Estévez! ¿Trajeron las *llegadas?*—dijo de repente Melchor. Y a una señal afirmativa del otro—: ¿Haces el favor de dictarme?

Estévez buscó entre los papelotes una cuartilla escrita a lápiz y comenzó inmediatamente, con voz un poco ronca y sumamente monótona:

«El consejero don Abilio Acevedo, de Villa Nova de Famalicao, que se hospeda en Los Embajadores...»

Melchor escribía, murmurando alto:

—«Llegó nuestro estimado amigo el excelentísimo señor consejero don Abilio Acevedo... Nova de Famalicao...» Con una sola *ele*, ¿verdad?

El otro movió afirmativamente la cabeza y prosiguió:

—«El vizconde de la Ameixoeira, de Vizeu, y su respetable familia... Nuestro suscriptor Tadeo Carneiro... El ilustre propietario don Eustaquio Alcoforado...» No; éste salió para Burdeos.

—¿Salió o llegó, chico? ¡Porque no es lo mismo!—exclamó Melchor.

Lanzó una risita, vuelto hacia Arturo, dió una chupada al puro y pidió a Estévez que «por caridad le dictase los cumpleaños».

Estévez, con un gesto cansado, sacó de un cajón un almanaque, con hojas blancas intercaladas, bostezó profundamente y comenzó con su tono lúgubre:

«Día 14 de diciembre... El comendador Figueiredo... ¡Grandísimo bestia! Doña Ernestina de la Concepción Valladares... El gracioso actor Maldonado...»

Melchor alzó la pluma, y mirando hacia Estévez fijamente:

—¿Dice ahí gracioso? ¡Eso es de hace dos años! Ahora hace papeles serios.

Reflexionó entonces, tirándose de los pelos del bigote:

—Pon el actor *lleno de promesas*.

¿Lleno de promesas? ¡Un hombre que representaba hacía doce años!...

Y se miraron embarazados, con la urgencia de un adjetivo.

Entonces, Arturo adelantó la cara, risueña y obsequiosa, y dijo:

—El *impresionante*, quizá.

—¡Magnífico!—exclamó Melchor, escribiendo, aliviado. Y miró un momento a Arturo con respeto—. ¿Qué más, Estévez? ¡Anda, hombre, anda!

«El concejal don Fernando Cardoso... La angelical hija de doña Elvira Cuña Rego... El distinguido poeta Augusto Roma, ilustre autor de *Idilios y devaneos*...»

Se abrió una puerta lateral, y un rostro blanco y fofo, con lentes de oro y un bigote tan negro que parecía de crespón postizo, apareció, diciendo con voz gangosa:

—Oye, Melchor, redacta una noticia con la llegada de Meiriño, de París... El hombre me habló ya de eso tres veces. Me trajo de allí, el infeliz, un lapicero. Siete u ocho líneas amables.

Y la puerta se cerró.

Melchor se puso serio, y frotándose las manos despacio, encendió pensativamente otro puro; y acodado sobre la mesa, con los ojos cerrados, empezó a rascarse lentamente la cabeza; después escribió, tachó, releyó, comenzó de nuevo y, por fin, recostándose en la silla, murmuró, exhausto:

—No estoy de humor... Hoy no irá.

En aquel momento, el sujeto de los lentes de oro volvió de dentro, con el sombrero puesto y abrochándose los guantes:

—¿Lo hiciste ya?

Melchor confesó que estaba pesado de cabeza.

—¡Escribe ahí, hombre!—dijo el de los lentes de oro, encogiéndose de hombros con el desdén de un ricachón de ideas—: «Se halla entre nosotros don Juan Meiriño, nuestro estimado amigo, uno de los ornatos más brillantes de la *high-life* lisboeta. Meiriño, igualmente apreciado en todas las capitales europeas...»—Vaciló, y pasándose los dedos por las cejas, muy fruncidas—: «... europeas, donde sus cualidades eminentes le convierten en el blanco de los respetos de todas las clases sociales, es siempre bien venido a la hermosa ciudad del Tajo, donde...»

—Hay dos *dondes*—advirtió, bajo, Melchor.

—¡Déjalo! Escribe: « a cuya sociedad aporta él esa animación, que es el distintivo de la brillante...»

—Hay dos *brillantes*—corrigió Melchor.

La observación ante un extraño irritó, sin duda, al sujeto, que replicó secamente:

—¡Métete en tus cosas! Pon: «... de la espléndida capital de Francia, ese esplén..., ese resplandeciente centro del arte y de las letras.» ¡Ahí tiene el muchacho una notita *chic!*

Fué a salir; pero Melchor, levantándose ceremoniosamente:

—Quiero presentarle al señor don Arturo Corvello, un poeta; el señor Saavedra, nuestro director.

Saavedra estrechó protectoramente la mano que Arturo le tendió con servilismo, y ladeándose más aún el sombrero:

—¡Ah! Me olvidaba. Juan Carolino, el del Ministerio de la Gobernación, me entregó un folletín para mañana... Mándalo para dentro, pues él vendrá a revisar las pruebas.

Y antes de echar el manuscrito sobre la mesa, lo abrió y leyó:

«*A la orilla del mar*.—Sentado en una peña, dejo bogar el pensamiento sobre la superficie líquida, donde los dorados rayos del sol poniente esparcen mil cambiantes de luz. Y con el alma arrebatada, contemplo la pasmosa maravilla de la creación. ¡Oh! ¡Materialistas, esconded el rostro en la vergüenza de vuestra perversa blasfemia! Venid a esta peña si queréis tener la certeza de la existencia de Dios. Venid a esta peña gigante de granito...»

—¡Opulento!—murmuró a continuación.

Tiró el manuscrito a Estévez, hizo una inclinación de cabeza a Arturo y salió tarareando.

Melchor se levantó en seguida con una sonrisa:

—¡Estoy a sus órdenes, señor Corvello! ¡Oye, Estévez, aquí te dejo las noticias, eh!—Y en pie, íbale entregando unas pequeñas cuartillas, cuyas primeras líneas leía, en una rápida comprobación: «Ha sido nombrado becario, etc... Fué aprobada la tarifa especial, etc... Parece que el señor Vieira no acepta el nombramiento, etc... El conocido Mezquita saca a subasta su casa de empeños, etcétera... Fué aceptada por la Cámara municipal de Villa Nova de Famalicao la proposición del tratante en ganado Augusto, etc... Ayer hubo un tumulto en el callejón del Monete, etc...»—. Ahí tienes las dos anécdotas que venían en el periódico español. La llegada de Meiriño. Es todo lo que hay. No vendrá mal el número de mañana...

Fué interrumpido por una llamada de nudillos en la puerta, y casi inmediatamente entraron dos hombres. Parecían obreros; uno de ellos, rechoncho, tenía una cara modesta que atraía; pero fué el otro, cenceño y pálido, quien tomó la palabra. Un poco cohibido, tirándose de los pelos del bigote y golpeándose el muslo con el sombrero, empezó despacito, forzando la voz:

—Nosotros somos hijos del trabajo...—Vaciló, procurando en presencia de unos periodistas embellecer sus frases—: Somos de la fábrica de hilados de la Pampulha, y como el señor sabe, estamos en huelga... La Comisión ha entendido que debía pu-

blicar un comunicado, para dar valor, para levantar los ánimos...—Pareció consultar a su compañero, y añadió, enrojeciendo—: Aunque haya que abonar algo... Pues las circunstancias...—Y tendía el original.

Melchor y Estévez se miraron:

—No—dijo Melchor—, no es nada; los señores están en huelga y el *Seculo* se halla en la oposición... Saldrá mañana, pueden irse tranquilos.

—La justicia está de nuestra parte—balbució el muchacho.

Pareció querer colocar una frase final, vaciló, hizo una seña al compañero, y salieron ambos despacio, tambaleándose ligeramente.

Estévez había abierto el comunicado y parecía sorprendido. Melchor, entonces, fué a mirar por encima del hombro de aquél, y leyó alto:

«*¡Hermanos del trabajo!* Cuando desde lo alto del Gólgota el Redentor del género humano, ya exangüe, lanzó el grito supremo, fué para proclamar una aurora de paz y de esperanza y arrancar la cadena de la esclavitud de los muñecas de los hijos de la democracia...» Y continuaba así, en dos páginas, hablando de la «collera de hierro de los tiranos», del «credo de la libertad», del «arca de la alianza». Explicaba la huelga de la Pampulha, como siendo la «aurora que despunta para las víctimas del despotismo»; aconsejaba, en fin, a los obreros «que refrescasen las frentes fatigadas en el puro seno de las hijas del pueblo»; y después de nuevas ampulosidades sobre Cristo, terminaba: «Vuestra Comisión os grita desde lo alto de la colina: ¡valor, héroes del trabajo, valor!»

—¡Eh!—exclamó Melchor, atónito—. ¡Para ser de un obrero! ¡Está magnífico! ¡Mándalo poner en segunda plana, caramba!

También Arturo estaba sorprendido. ¡Qué ciudad Lisboa, en que desde los empleados a los tejedores todos tenían la preocupación de la elocuencia y la fe en la publicidad! No pudo contenerse, y soltó su frase:

—Lisboa es la estación central de la inteligencia...

Pero el muchachito de la blusa azul entró en la Redacción:

—¡Está ahí otra vez el hombre del hotel con la cuenta!

Melchor se metió de un salto en la salita interior, y por la puerta entornada, con grandes gestos y sofocando la voz:

—¡Que no estoy, que me he ido al campo!

Oyóse fuera un vozarrón irritado, y al muchachito, desgañitándose, replicar, con enfado; hubo después un silencio, y Melchor, con cautela, asomó el inquieto rostro:

—¿Se marchó?

Estévez, que silbaba la *Somnánbula*, afirmó con la cabeza.

—Pues estoy a sus órdenes—dijo Melchor, súbitamente tranquilizado. Sacó del bolsillo la carta de *Violón*, y sentándose—: Oiga lo que me dice el granuja de *Violón*: «Ahí va el amigo Arturo Corvello, con versos muy finos y un drama que es «de aúpa». ¡Su cabeza es un mundo! Quiere conocer a la *muchachada* literaria, y como su bondadoso padrino le ha dejado mucha pasta, ahí le tienes queriendo lucir en la capital y darse unos buenos ratos de festín y jarana.»

Arturo protestó en seguida:

—No; yo vengo, sobre todo, a causa del drama.

—¡Hay tiempo para todo!—dijo Melchor, con amplio gesto—. Entonces, ¿va usted a quedarse aquí tiempo?

—Naturalmente.

—Pues estoy a sus órdenes, disponga de mí. Con franqueza... ¿Cuán-

do está usted en casa? Iré por allí, almorzamos, hablamos y vamos por ahí a ver lo que haya. ¿Le hace?

Arturo dió las gracias, emocionado. Melchor fué a un pequeño lavabo que había en el rincón, se lavó las manos, y acercándose y subiéndose los pantalones:

—Mañana, por ejemplo, ¿eh?

—Perfectamente. Estoy en el Hotel Español.

—Oye, Estévez, esos libros que enviaron ahí para el anuncio llévalos a Salomón, pero no los largues por menos de dos pesetas cada uno, ¡por amor de Dios!—Y volviéndose hacia Arturo—: *Andiamo?*

En la puerta, sin embargo, se lamentó de no poder acompañar a Arturo; tenía un *rendez-vous*.

—Sabe usted el camino, ¿verdad? Bien. ¡Mañana, a las once, en el Español! ¡Almuerzo sencillito! *All right!* Servidor de usted.

*

Pero no acudió a la mañana siguiente ni al otro día. Y Arturo, ya inquieto, y queriendo al mismo tiempo aprovechar la oportunidad de demostrar estilo, decidió escribirle una misiva muy literaria: «Seguramente, los altos trabajos de esa roca de Sísifo que se llama la prensa le tienen absorbido y olvidó usted que prometió venir a compartir conmigo la *leche y las castañas* de que habla el divino Virgilio...» Había cerrado el sobre y se limpiaba con agua de Colonia, una mancha en la levita negra para salir, cuando la puerta se abrió despacio y apareció Melchor.

—¡Iba precisamente a enviarle una carta!—exclamó Arturo.

Melchor alegó quehaceres, una persona de su intimidad que había estado enferma...

—¡Pero estaba limpiándose la ropa; no lo interrumpa, por amor de Dios!

Examinó la levita y observó como buen entendedor:

—Eso, sólo con bencina.

Arturo enrojeció, tiró la prenda sobre una silla y dijo negligentemente:

—Es una levita vieja; tengo que hacerme ropa...

Melchor adoptó un aire muy serio:

—Con franqueza, yo le aconsejaré. En Lisboa es necesario ir bien vestido. ¿Qué tal le parece esto?—Y giraba sobre los talones, despacio, mostrando su traje de *cheviot* claro—. Muy *chic*, ¿no es verdad? Pues aquí, entre nosotros, pero no lo diga, por Dios, no lo diga... Dieciséis duros. En el Strauss pedían cuarenta. ¿Eh? ¡Qué ganga!

Y en conclusión, le demostró que debía hacerse el traje en «su hombre», que era Victorino, el Victorino de los Calafates.

—Decidido, ¿eh? ¿Vamos a Victorino?

Arturo aceptó en seguida, reconocido, y bajaron a almorzar.

El mozo pareció volver a ver con alegría al señorito Melchor; éste también se regocijó de encontrar a Manuel; y le preguntó incluso si estaba Vicente aún en el Hotel... ¿Y Justina, que estaba tan bien formadita? ¡Ah, el Español ya no era el mismo! Manuel opinaba igual. Y ambos tuvieron un movimiento nostálgico de cabeza, lanzando un vistazo desanimado por el comedor, como en una muda contemplación de ruinas.

—¡Usted bien lo sabe!—suspiró Manuel—. ¡Usted bien lo sabe!

El almuerzo fué largo, copioso, muy saboreado. Y con gran placer de Arturo, Melchor habló mucho de Lisboa. ¡Lo mejor que había allí, según él, eran los jóvenes! Porque todo eso de *soirées*, bailes, ¡eran his-

torias! En resumidas cuentas, ¿para qué estaba uno en este mundo? Para gozar, tener amigos alegres, una buena comida, una juerguecita, unas mujercitas de cuando en cuando. ¡Y para eso no había como Lisboa!

—¡Ya lo verá el amigo!—exclamó, dando palmaditas en el hombro a Arturo.

Parecía simpatizar con él; en el café le propuso incluso prescindir del tratamiento (1); lo mejor era el usted, y así habría más libertad... A él le gustaba la libertad...

—Como a todo hombre inteligente y de espíritu moderno—dijo Arturo, que procuraba con insistencia elevar el tono del diálogo.

—No me refiero a la política—replicó Melchor, sorbiendo el fondo de la copa de coñac—. ¡Eso son historias! ¡Yo hablo de esta clase de libertad! Una charla con un buen amigo, una comidita en un hotel conocido.., unas chicas guapas. ¡Lo demás es tontería!

Arturo, a quien la preocupación poética torturaba, dijo entonces, un poco cohibido, con una sonrisa forzada:

—A propósito de libertad... Si al amigo no le parece una lata..., querría yo que me diese su opinión sobre algunos versos..., en especial una *Oda a la Libertad*. Tal vez no le desagrade...

Melchor bebió de un trago otra copa de coñac, y secándose los labios precipitadamente:

—¡A sus órdenes!

Y ambos se levantaron.

Arturo, al subir hacia el cuarto, sentía «tembladeras». Iba, por fin, a mostrar su literatura a un periodista, a un crítico, a un lisboeta... Abrió el manuscrito con manos trémulas:

—¿Qué tal le parece el título, *Esmaltes y joyas?*

Melchor, que se había sentado a los pies de la cama, en la pesadez del almuerzo, dijo, complacido:

—Tiene *chic*.

Arturo buscó la cuartilla, escupió y comenzó:

ODA A LA LIBERTAD

Ahí está erguida en la colina santa
¡la santa Libertad!
Al cielo mira y desgreñada canta:
¡despierta, Humanidad!

Y seguía, en el mismo estilo estrófico, un largo monólogo de la Libertad; maldecía a los reyes, bendecía a los pueblos; se proclamaba «virgen inmaculada, aérea visión, paloma del arca y margarita del valle»; prometía mieses a los humildes y colleras de tormento a los grandes; exaltaba la túnica de Cristo y las cadenas de Espartaco; y blandiendo en el aire de la mañana una espada mística, terminaba clamando:

Ha sonado la hora, llega la aurora...
¡Cae ya la realeza!
Lejos, en la ciudad, se oye sonora
¡rugir *La Marsellesa!*

—¿Qué le parece?—preguntó Arturo, jadeante aún de excitación declamatoria.

—¡Es fuerte, es fuerte como el diablo!—y Melchor, mirándole casi con terror, añadió—: ¡Caray, el amigo tiene ideas muy exaltadas! Y en seguida hacia la Comuna, ¿eh? ¡Caray! Pero si el amigo me lo permite, se le ha escapado ahí una cacofonía. Es cuando la Libertad entra y dice que arrastra el manto... Lea usted.

(1) Téngase en cuenta que el tratamiento de mayor cumplido en Portugal es el de *excellencia*, acompañado del *vos* (*vossa* y *vosso*, vuestra y vuestro).

Arturo releyó, inquieto; era una de sus estrofas preferidas:

¿Me llamáis, ciudadanos? ¡Ya he [llegado!
¡Yo soy la Libertad!
Nunca cola más pura se ha arrastrado
¡por losas de ciudad!

—¡Ahí está!—exclamó Melchor—. Cacofonía. Lo repito, y el amigo me disculpará. Pero, vea, *nunca cola...*, ca-co..., ¡ca-co! (1). ¡Discúlpeme, pero a veces son cosas que se escapan! ¡Y aquí, en Lisboa, la crítica comienza en seguida a pegar! ¡Es muy severa, para echarse a temblar! Empiezan en seguida a burlarse: ca-co, ca-co..., ¡y se arma! Tenga usted paciencia. ¡Son cosas en que es necesario poner mucho cuidado!

Arturo estaba rojo; aquella cacofonía de su oda le avergonzaba tanto como si le hubiesen encontrado un piojo en el cuello de la levita; tachó en seguida el verso, con rabia. Aquello, naturalmente, se le había escapado al copiar. Y para desquitarse, quiso leer *La rosa del valle*.

Pero Melchor replicó:

—¡Mire que se hace ya tarde para ir a casa de Victorino!—y con un tono profundo—: ¡Mejor será que vayamos a casa de Victorino!

Como le debía una cuenta, y Victorino se impacientaba, Melchor aprovechaba con júbilo aquella oportunidad para «suavizarle», llevando allí a un burgués rico; e iba por la calle, muy pegado a Arturo, aconsejándole en los gastos:

—¡Hágase frac, debe hacerse un frac! ¡En Lisboa es esencial!... ¡Y son la especialidad de Victorino!—y apretándole el brazo y muy serio—: Y una levita... ¡Es de rigor!

Subieron a un tercer piso, y en una salita con transparentes color crema en la ventana y unos cortes de telas escogidas en una vitrina, Victorino, un individuo flacucho, cojo, color limón, los recibió a brinquitos sobre la muleta; flotaba allí un vago olor a guisado; en un cuarto contiguo oíase rabiar una criatura y el tic-tic-tic de una máquina de coser, que recordó a Arturo el triste establecimiento de Serrano, su sastre de Oliveira. Hubiera querido ir a alguna casa célebre, con pilas de géneros en el suelo, figurines sobre las mesas y altos espejos en las paredes; pero, dominado por la locuacidad de Victorino y por los consejos entusiásticos de Melchor, con la vaga y blanda inercia que le había dado el almuerzo y el sol cálido de la calle, accedió a encargarse un frac, una levita, unos pantalones y un traje de mezclilla, sin entusiasmo, muy descontento de los géneros; aludió, incluso, más por complacer a Melchor que a influencias de su antiguo sueño, a una bata de trabajo, con cordones de borla.

—También se le hará, también se le hará—replicó Victorino, excitado.

—De terciopelo—apuntó tímidamente Arturo.

—¡Cáspita!—exclamó Melchor, inclinándose en una profunda reverencia—. Qué cliente, ¿eh? ¡De los que no pesca todos los días, *don* Victorino!

Victorino corrió a buscar muestras de terciopelo, cuando del cuarto contiguo salió una mujer bien formada y de piel muy blanca, con un niñito medio dormido al cuello, todo enrabietado. Melchor abrió vivamente los brazos, con una exclamación:

—¡Viva el duque! ¿Qué tal anda, doña Teresa? ¿Cómo le va?

Y se apresuró a besuquear al pequeñín, llamándole su «querido amigo», haciéndole cosquillas en la ba-

(1) En portugués, *caco* tiene en sentido de burla, la acepción de *cabeza*; y, en sentido directo, la de *casco*.

rriguita y rozándose mucho con la madre.

—Ha cogido una rabieta—dijo ella.

—¡Es usted un tunante, sí, un tunante! —dijo, fingiendo severidad, Melchor, con voz cavernosa. Y señalándole a Arturo—: ¡Qué preciosidad!, eh? ¡Qué preciosidad!

El pequeño, asustado de los bigotes de Melchor, empezó a berrear de nuevo. El periodista, muy servil, le acarició, le hizo *glu-glú* con la lengua, siguió incluso a la madre al cuarto, haciendo el payaso, y a los pocos instantes, sin duda para calmar a la criatura, Arturo le oyó rasguear en la guitarra, canturriando un fado criollo.

Victorino, diligente, iba tomando medidas a Arturo.

—¡Melchor es como de la casa! ¡Gran cabeza! El pantalón más bien largo, ¿no?

—Sí, largo...

—Quedará usted servido con todo esmero.

Cuando salieron, doña Teresa salió hasta el rellano; el pequeño se había calmado, con dos gruesas lágrimas en las pestañas. Melchor fué a hacerle cosquillas en las rosquitas del cuello, le volvió a besuquear, llamándole «amor y príncipe»; después estrechó largamente la mano a Victorino, le habló al oído y le abrazó incluso por la cintura.

—¡Buena gente!—decía, bajando la escalera.

—Y la mujer no es fea—observó Arturo.

—Atrae la mirada—dijo Melchor.

En la calle del Ouro pareció asombrado de que fuesen ya las tres.

—¡Anda, diablo! ¡Tengo una cita a las tres y media!

No ocultó incluso que era cuestión de faldas... Pero le violentaba dejar solo al amigo Arturo. Qué buena mañana habían pasado, ¿eh? ¡Caramba, podían hacer una cosa! El vendría a buscarle a las cinco e irían a comer juntos al Universal. ¡Ya vería qué comida! ¡Y qué chicas! Conformes, ¿eh? ¡A las cinco!

Arturo volvió en seguida al hotel. La cacofonía en su *Oda a la Libertad* le torturaba desde por la mañana, y como esperaba leer las otras poesías a Melchor, toda la tarde, curvado sobre los originales, con el lápiz en la mano y la atención desmenuzadora de un jardinero sobre un arriate de rosas, buscó cacofonías en los versos.

Melchor, muy puntual, le encontró todavía trabajando:

—Con los versitos a vueltas, ¿eh?

Sentóse pesadamente en la cama, y retorciéndose los bigotes:

—¿Y qué tal de mujeres allá por Oliveira?

—¡Un horror!

—¡Descalcitas, olorcillo a sudor! —y recostándose con satisfacción—: No deja de tener su atractivo...

Arturo encontró aquello «muy grosero»; pero sonrió para halagarle, y confesó que deseaba leerle *La rosa del valle*.

—¡Mire que se hace tarde para ir al Universal!—exclamó inmediatamente Melchor, poniéndose en pie—. ¡Corremos el riesgo de no encontrar sitio! ¡En el Universal son muy serios!

Se pasó rápidamente el peine por el pelo y por el bigote, y mirándose satisfecho al espejo:

—¡Ya verá qué chicas! ¡Muy *chic!*

Arturo recordaba las descripciones de *Violón*: seguramente encontraría en el Universal a literatos, diputados, diplomáticos, cantantes, un mundo de civilización superior; y un poco avergonzado de su levita negra, quiso al menos comprarse unos guantes claros.

—¡Hombre!—dijo Melchor—. ¡También yo necesito guantes!

Pero ¡qué lata! Se le había olvidado el dinero. Arturo, inmediatamente, antes de entrar en la tienda, le ofreció su portamonedas abierto... Qué diablo, entre muchachos...

—¡Usted encaja conmigo, Arturo, encaja perfectamente!—exclamó Melchor en un impulso de irrefrenable simpatía.

Y ambos, con guantes claros, subieron por el Chiado, del brazo, decididos tácitamente a estimarse, ligados ya por una amistad naciente.

Habían servido la sopa cuando entraron en el comedor del hotel. Y al primer golpe de vista, el aspecto de las mesas, con brillos de cristales y de *plaqués* (1) contelleando bajo la cruda luz de las lámparas de gas, los ramos de flores formando centro para la preparación de las sobremesas, las personas bien vestidas que él juzgaba ilustres, las corbatas blancas de los criados, produjeron en Arturo un vivo deslumbramiento, le inmovilizaron junto a la puerta, un poco azorado, pasándose con un gesto confuso los dedos por el bigote. Pero Melchor, que se había apoderado de dos sillas junto a un individuo pálido, le llamaba en voz muy alta:

—¡Aquí, amigo Arturo; nos quedamos aquí, al lado de Carvalhosa!

Al adelantarse, aturdido, con las palmas de las manos sudorosas, tropezó con un criado, que se volvió, furioso; y Melchor inmediatamente le presentó al señor Carvalhosa, el ilustre diputado.

—Yo conocí al señor en Coimbra—dijo Arturo con un esfuerzo.

Le conoció cuando Carvalhosa publicaba meditaciones democráticas en *La Idea*, pronunciaba discursos líricos en el teatro universitario y era ilustre por vicios que le habían dejado para siempre en la cara una lividez de tísico. En el tercer año se llevó un suspenso, y pasó entonces a ser en La Briosa el republicano más ardoroso. Sin embargo, nombrado diputado gubernamental por influencias de un tío suyo, presentado en Lisboa a senadores del reino, introducido en algunas casas donde recitaba, se había entusiasmado por las instituciones y concebido un respeto desmedido por la monarquía. Tenía un ansia enorme por la cartera de Marina, y hablaba con voz hueca sobre cuestiones políticas, a la puerta de la Casa habanera, retorciéndose la punta de la perilla con los dedos, quemados por el cigarro. Era conocido por sus imágenes—desgastadas por el uso de generaciones, como viejos *patacos* del tiempo de don Juan VI—, y en los periódicos su nombre iba siempre precedido del adjetivo «¡inspirado!»

Hizo una leve inclinación de cabeza a Arturo y habló a Melchor con condescendencia, como desde lo alto de una noble escalinata intelectual. Era de provincia, vivía en provincia y notábase, oyéndole, que los serios propietarios de Arcos de Val-de-Vez debían de decir en el Casino, con admiración y desconfianza: «¡Gran cabeza, pero demasiado poeta!»

—Entonces, ¿dejó usted a Coimbra?—preguntó él a Arturo.

—¡Hace dos años!

Melchor se apresuró a recitar con *verve*:

Coimbra, tierra de encantos,
del Mondego, alegre flor...

Y Arturo terminó en seguida:

Vengo a pagarte en mis cantos
¡tributo de antiguo amor!

(1) Metal cubierto con una finísima capa de oro o plata. *Sic* en el texto.

Y Carvalhosa enmendó:

Vengo a pagarte en gargajos
¡tributo de mi rencor!

—¡Bravo! ¡Bravo!—exclamó Melchor, ruidosamente—. ¡Eso está muy bien!

Aquel corto fragmento de diálogo le pareció también muy fino a Arturo, muy de la capital, y se recostó en su silla, con una satisfacción emocionada. Toda su vanidad se dilataba al sentirse allí, ante una mesa rica, entre individuos que suponía personajes eminentes de la política, de las letras o de las finanzas; todos los detalles le agradaban—la fuerte luz del gas, los ramos, la atención de los criados, los sifones—; pero movía los brazos con un cuidado tímido, como si temiese romper algo, observándose, imponiéndose movimientos delicados. Su alegría fué completa cuando un individuo que estaba a su lado y en el cual no se había fijado, se volvió hacia él y le dijo amablemente:

—Qué, ¿ya más descansadito de su viaje?

¡No le había reconocido! Era el individuo del departamento que llevaba el perrito en el cesto. Hablaron de las fatigas del tren, de la lluvia en Entroncamento. Entonces, Melchor, advirtiendo el diálogo, tendió precipitadamente la mano por detrás de la silla de Arturo, exclamando:

—¡Oh Juan Meiriño, discúlpeme, no me había fijado!

—¡Ya vi eso, ya lo vi!—replicó en seguida Meiriño, con el rostro grueso brillando de reconocimiento—. ¡Ya lo vi! ¡Muy bien la noticia! A todos les gustó mucho. Es muy amistosa, muy amistosa—y señalando a Arturo—: Fuimos compañeros de viaje.

Arturo recordó ahora la noticia que había visto redactar en el *Seculo*, y se sintió todo alborozado con la amistad de aquel «ornato de la *high-life*», estimado en tantas capitales europeas. Creyó delicado decirle:

—Ya había leído la noticia...

—Me hacen el honor de estimarme—dijo Meiriño, enternecido—. ¡Me hacen el honor de estimarme!

Se tornó entonces muy afable con Arturo; le ofreció su agua Apollinaris para mezclarla con el vino, le dió noticias del perrito: había llegado perfectamente y era el mimo de las chicas. ¡Era un amor! Después habló de sí mismo. Había mucha verdad en la noticia del *Seculo*: en general, era estimado, y por esta razón ¡le gustaba ser obsequioso! ¡No se imaginaba el señor Corvello los encargos que trajo de París! Vivía en París modestamente, porque no era rico... ¡Dios mío, nada más equivocado! Pero venía cada dos años a Lisboa. París, ¡qué deliciosa tierra!, ¿verdad? ¡Ah, allí tenía buenos amigos! Hasta el duque de Grammont le decía siempre: *Merignó, vous êtes tout à fait des nôtres!* ¡Ah! Allí eso era muy apreciado... Pero, en fin, este rinconcito de nuestro Portugal era muy apreciable. Y, además, había otra cosa: en Lisboa no sufría tanto de neuralgias...

Hablaba con una voz baja, afectuosa, acariciando su bella barba clara, con la mano muy cuidada, donde centelleaba un brillante; llevaba en el ojal de la levita la roseta de la Orden de Carlos III, de España; y era tan afable, que al asado ya le decía a Arturo ¡mi apreciable amigo, mi buen compañero de viaje!

Quiso saber si vivía él en Lisboa.

—¿No? ¡Ah! La provincia es muy apreciable... Hay mucha bondad en nuestras provincias, mucha bondad. Yo, por ejemplo...

Se interrumpió para responder a un individuo de aspecto pomposo, rostro agraciado, color de cera, y bigotes tan relucientes que parecían barnizados, que desde el otro lado de la mesa le preguntaba por qué no había ido el martes a casa de doña Juana Coutiño:

—¡No pude, mi buen Padilla! La señora marquesa no consintió, realmente, no consintió. Teníamos una deliciosa partida de tresillo...

Pidió entonces detalles de aquella *soirée*:

—Don Federico ¿ganó mucho al *whist?* ¿Había estado la divina vizcondesita de Lordello? Y tú, ¿qué hiciste, Padilla?

El individuo enarcó la pechera brillante y muy abierta:

—¿El martes pasado? *Oboe* y *Emilia de las Nieves*. Gustaron mucho.

—¿Conoce usted a doña Juana Coutiño?—preguntó Meiriño, bajo, a Arturo.

—No.

¡Ah! Pues era un salón adorable. Excelente música, lindas mujeres; se bailaba, se recitaba. Iban muchos extranjeros.

—Deliciosos martes—dijo con arrobamiento, cerrando los ojos.

Bajo la influencia de aquella intimidad y de la comida, Arturo se aclimataba; habíale incluso preguntado, acentuando su desembarazo, a Carvalhosa:

—Y usted, ¿no volvió a Coimbra?

—El forzado en libertad no vuelve a visitar las galeras—respondió Carvalhosa secamente.

Arturo buscó inútilmente una frase pintoresca: no la encontró, y, callado, comenzó a escuchar aquí y allá, con curiosidad. Las conversaciones le interesaban prodigiosamente, y en las palabras triviales, nuevas para él, parecía entrever, bajo las ampliaciones de la imaginación, revelaciones de existencias superiores. Una discusión, en un extremo de la mesa, sobre la disolución de la Cámara, llena de nombres de ministros y de citas de oradores, le produjo admiración por la vida política, grandiosa por el predominio de los fuertes, pintoresca por las emociones de la intriga, ennoblecida por los idealismos de la elocuencia. Sujetos que hablaban pesadamente de bancos, letras, fondos, corretajes, le hacían interesarse por la vida financiera, en que se manejan millones, y el genio de los Nucingens, como en Balzac, crea tesoros. A su lado, una pregunta sobre el San Carlos excitó su amor al teatro. Meiriño había empezado a elogiar los martes de doña Juana Coutiño, y la vida social se le aparecía, en toda la novelería de los amores aristocráticos, acompañada de arias al piano, en salones con espejos, ¡donde se movía graciosamente la gentil señora del vestido a cuadros!

¡Qué poco había pensado en ella en aquel primer deslumbramiento que le produjera Lisboa! Seguramente, muchos de aquellos hombres la conocerían; pero eran casi todos de una edad intermedia, de caras cansadas, con intereses positivos, y no sentía celos, en la certeza de que ninguno podría interesarla. Y de toda aquella «tertulia» ruidosa se desprendía para él el indefinido conjunto de la vida de Lisboa, compleja, intensa, fuertemente dramática, donde, como sobre un fondo luminoso, resaltaba la figura delicada de la señora del vestido a cuadros, que él adoraba ahora, en aquella dilatación de su sensibilidad que le causaba la excitación de la comida.

Habían servido el café y se alzaba un vocerío entre el humo blancuzco de los habanos. Acodados sobre la mesa, en actitudes pesadas de hartura, individuos diversos hablaban con intimidad; al fondo del come-

dor, en un áspero altercado, un señor de lentes gritaba, preguntando si le tomaban por tonto; un hombre de piel muy dorada, repleto, eructaba tranquilamente; Padilla echaba coñac en el café, y Melchor, excitado, discutía con el vizconde, con palabras muy crudas, las piernas de la Vizenti, la primera bailarina del San Carlos.

Pero Meiriño se levantó y fué a dar unas palmaditas en el hombro de Melchor:

—¿Quiere usted venir conmigo al cuarto de Sarrotini? ¡Y también el amigo!—añadió, dando otras palmaditas en el hombro de Arturo.

—Ahora mismo—exclamó Melchor. Y en pie, tirándose de los pantalones, con el puro muy encendido—: De aquí al San Carlos, ¿eh, Arturo? ¡Día completo!—Llamó al criado—: Traiga la cuenta a este señor, Vicente; de prisa, ¿eh? ¡Buena comida, Meiriño!

Arturo encontró también excelente la comida.

—Mejor que en el Español—indicó Melchor, ¿no es verdad? Usted, Arturo, lo que debía hacer era trasladarse aquí, a este hotel. ¡Aquí se goza!

Meiriño dijo con autoridad:

—Y para quien quiere relacionarse, nada mejor.

Arturo había ya entrevisto, con delicia, aquella posibilidad. Y dirigiéndose hacia el cuarto de Sarrotini, la alfombra del pasillo, el repiqueteo de un timbre, un criado apresurándose con una bandeja en la que tintineaban porcelanas, el sonido distante de un piano, íbanle persuadiendo tentadoramente. ¡Qué interesante vivir allí!

—¿Quién es Sarrotini?

—El segundo bajo del San Carlos —dijo Melchor—. ¡Gran juerguista!

Abrieron la puerta del cuarto; pero Melchor, al divisar a un individuo de rizado pelo, que fumaba lánguidamente tendido en el sofá, no entró; tenían que ir al San Carlos, no podían detenerse.

Junto a la puerta, Sarrotini, con un chaquetón de terciopelo y unos pantalones color romero, grueso y colorado, abrazó a Melchor, «el ilustre periodista»; estrechó la cintura de Meiriño, «dilecto amico»; dió un *shake-hands* efusivo a Arturo, hablando un italiano mezclado con español, verboso y jovial.

Arturo observaba con curiosidad la salita: varias personas conversaban animadamente, bebiendo café; en torno a las luces de un piano abierto había una imponderable niebla de humo de puros, y un individuo de lentes de oro preludiaba, con la mirada errante en el techo; sobre una mesa había un violín, libros de música llenaban un sillón, y en pie, con gestos vivos, un muchacho de traje claro hablaba violentamente: discutíase de arte, y Arturo, entusiasmado, oía los nombres de Courbet, de Corot, de Delacroix...

Pero hubo un ¡chis! Y un joven pálido, de bozo rubio, se acercó al piano, se echó los cabellos hacia atrás con un suave gesto, habló bajo al pianista de los lentes de oro, y cerrando los ojos, con la cabeza inclinada y los labios entreabiertos, cantó. Por la letra, Arturo reconoció el düeto de *Romeo y Julieta*: era una melodía de una adoración mística y contemplativa, y la voz del joven pálido subía en una súplica extasiada al decir:

Ce n'est pas l'alouette,
non, ce n'est pas le jour;
c'est le doux rossignol, confident de
[l'amour... (1)

(1) No es la alondra,—no, no es el día;—es el dulce ruiseñor, confidente del amor...

Arturo escuchaba, encantado; parecíale ver en el ritmo de la música dos brazos trémulos alzarse desde los peldaños de una escala de seda hacia un balcón gótico, en el que se asoma una forma blanca, mientras el ruiseñor canta en los macizos de un antiguo jardín...

Pero Melchor, cerrando la puerta, le cogió del brazo y le fué llevando por el pasillo, aún deslumbrado de aquella *soirée* de literatura y de arte, tan rápidamente entrevista.

—Esto sí que es pasar bien la noche—dijo.

—El amigo debía venirse a este hotel—dijo Meiriño.

Melchor insistía, parecíale mejor. Y Arturo, con una vaga sonrisa, imaginaba por anticipado *soirées* como aquélla, llena de conversaciones originales, oyendo música, en la pereza enternecida de las buenas digestiones.

—Tal vez no haya cuarto—indicó, ya seducido.

—¡Cómo no!—exclamó Meiriño.

Y como pasaba el contable silbando, le llamó en seguida, le llevó a un rincón, y como si se tratase de un grave asunto, le habló con animación: era un huésped más; él lo que quería era que el hotel prosperase, ¿eh? Y esperaba que comprendiesen que él hacía todo lo posible para atraer huéspedes...

El contable tenía precisamente en el tercer piso «un cuartito que encajaba». Y Melchor, que se deleitaba ante la idea de venir a comer repetidamente con Arturo, exclamó en seguida «que lo debían ir a ver ya, para dar su opinión...»

Era un cuarto con cortinajes de *reps* azul, con ventana a la calle; el moblaje, que de noche, a la luz del gas, le parecía tener un tono rico, le tentaba. Pero ¡el precio! Entre tanto, pensaba que resultaba indispensable vivir allí, para sus relaciones literarias. Era incluso hábil; además, un artista debía estudiar la vida, no en sus miserias, sino en su lujo.

—Tiene de vecina a la Baretti, la segunda dama—dijo el contable, guiñando el ojo.

—¡Buena mujer, caramba!—dijo Melchor.

Y Meiriño, tocando maliciosamente en el brazo de Arturo:

—¡Es lo que le conviene!

Y aquella proximidad de una cantante bonita decidió a Arturo definitivamente.

Meiriño, que volvía al cuarto de Sarrotini, los acompañó hasta la escalera. Parecía más afectuoso con Arturo desde que Melchor le dijo rápidamente «que el muchacho había heredado un fortunón de su padrino». Le estrechó efusivamente la mano, diciendo:

—Y en la mesa le guardaré un puesto junto a mí. Y para todo lo que quiera, ya sabe que mi flaco es obsequiar... Tengo que llevarle a casa de doña Juana Coutiño.

Arturo se puso colorado de placer. Ya se veía allí, en una *soirée*, en el rincón menos iluminado, murmurando palabras poéticas junto al rostro de *Ella*, de la señora del vestido a cuadros, que sonreía detrás del abanico.

—Me parece buena persona este Meiriño—dijo en la calle a Melchor.

El otro murmuró, soltando una bocanada de humo:

—¡Es muy despierto!

Consideraba ya a Arturo como «suyo», y la influencia creciente de Meiriño le producía una agria contrariedad.

—Sí, es muy despierto—añadió.

Y comenzó a explicar por qué no había querido entrar en el cuarto de Sarrotini: es que estaba allí el bes-

tia de Guerrero Méndez... ¡Le ponía los nervios de punta aquel animal!

Arturo se sorprendió. ¿Guerrero Méndez? ¿El autor de *Margarita*, una novela de una pasión tan intensa, a lo *Werther?*

—¡Es un bestia!—resumió con tedio Melchor, que antes de comer le había parecido a Arturo tan lleno de campechanía, y que ahora, bajo los efectos del collares y del coñac, tenía en sus expresiones y en sus juicios una dureza irritada—. Ahí tiene usted el San Carlos: *chic*, ¿eh?

Le llevó en seguida a la taquilla para adquirir dos butacas «del lado del palco regio». ¡Aquel demonio de Saavedra no soltaba la butaca del San Carlos! Abajo pidió al «amigo acomodador», a quien dió familiarmente en el hombro, los gemelos del señor Mezquita; apagó el puro fumado a medias, que guardó en un rincón, porque «los tiempos no estaban para desperdiciar», y habiéndose atusado los bigotes, empujó la puerta verde.

*

Como escribió al día siguiente a *Violón*, Arturo quedó deslumbrado por el San Carlos: «la majestuosa arquitectura de los palcos, la amplitud del escenario, el soberbio palco regio y esa concurrencia elegante, silenciosa, escuchando una divina música, ¡es, en verdad, amigo *Violón*, impresionante!»

Cantaban *La Africana*, y el telón se levantó para el segundo acto. Sintiéndose contemplado al cruzar hacia su butaca, Arturo, azorado, con la cara encendida, iba pisando a señores indignados.

—¡Oh señores!—exclamó alguien, torciéndose furioso en la butaca.

Arturo, encogido, no pudo «pedir perdón», e inmóvil en su butaca, con el sombrero sobre las rodillas, el ánimo abrumado, se asombraba ante una decoración de cárcel, donde una dama gruesa, cobriza, bárbaramente engalanada, junto a un catre en que dormía un hombre, movía, cantando, un abanico de plumas. Su voz cálida, vibrante en los agudos, lasciva en las modulaciones dulces, le produjo un escalofrío de emoción.

—Es la Sassi—le dijo en voz baja Melchor—. ¿Qué le parece el teatro?

Arturo hizo un movimiento admirativo con las cejas. Como Melchor dijo después, «durante todo aquel acto estuvo apabullado». Los personajes, con sus gestos melodramáticos, parecíanle moverse vagamente en la instrumentación sustancial y maciza, como en una atmósfera sonora de ensueño. Miraba la decoración, los pasos salvajes de Nelusko, las dos columnas de la sala, junto al proscenio, heridas de arriba abajo por una faja de luz; los palcos, que le parecían muy distantes; la palidez de los rostros bajo la luz del gas, y sentíase envuelto en una armonía magnífica e incomprensible, en la que a veces seguía, durante un momento, melodías delicadas, que el tumulto de la instrumentación absorbía muy pronto. La magnificencia orquestal, junto a la riqueza social que sentía alrededor, producíanle una vaga opresión. Cuando bajó el telón, ¡respiró con alivio!

—¡Vamos a ver el «ganado»!—dijo en seguida Melchor, levantándose. Saludó alrededor con la mano—: ¡Hola, vizconde! ¡Buenos días, amigo Silva!—y después de examinar rápidamente los palcos, declaró con desdén que no había nada decente y que iba a terminar el purito.

Intimidado por el susurro de voces que se alzaba en la sala, Arturo no se movió. Sus ojos saciábanse con los detalles, ávidamente. Y de la elevada disposición de los palcos, de

un tono rico y oscuro; de la araña, con las fulguraciones de sus colgantes, poniendo en la tonalidad sombría relieves claros de barnices y de dorados; de la gravedad monárquica del palco regio, desdoblando su cortina de terciopelo color cereza entre las cariátides hercúleas; de los reyes, de las *toilettes*, de los fraques de los hombres, desprendíase como la evidencia de la grandeza de la capital y de la magnificencia de la monarquía. Las mujeres, sobre todo, le impresionaban: en la compostura de sus movimientos, en la blancura de sus cuellos, sentía la influencia de las genealogías que las ennoblecían y de los palacetes que habitaban; admiró los guantes de ocho botones y las formas de los peinados; deseaba saber lo que decían, por qué sonreían. ¿Estaría *Ella?* La buscó hasta en las alturas del teatro, con los gemelos. No la vió, y sintióse entristecido vagamente. La comida le pesaba, el calor le empezaba. En las filas, ahora con huecos, de las butacas, fijábase en los hombres, de pelo reluciente y bien cortado, con pecheras resplandecientes, en actitudes lánguidas. Su traje, rozado, le separaba de aquella sociedad bien vestido, con *frufrús* de sedas y corbatas blancas; había en todas aquellas personas la afinidad de una convivencia permanente, se conocían, sabían unos de otros, los sentimientos, las fortunas, el timbre de la voz, los parentescos; él se sentía vagamente como un intruso: deseó tener un título, ¡y que Victorino le mandase en seguida el frac! Además, presentía en aquella sociedad, instintivamente, una indiferencia por el arte, por la poesía, por el genio; había en las maneras algo ficticio, incompatible con la preocupación por el ideal, y en las conversaciones no se sabía qué de ligero, que revelaba la trivialidad de las ideas. Parecíale ahora que su libro *Esmaltes y joyas*, todas sus poesías, su drama, no serían suficientes para interesar aquella indiferencia, lo mismo que su dinero, ¡ay!, era insuficiente para igualar aquella elegancia. Le invadió una vaga tristeza por las excelencias de su corazón desconocido y los centelleos de su talento inédito. Y, triste, con el desconsuelo de notarse mal vestido, de ser oscuro, tímido, miraba hacia el mástil del violón apoyado en la verja de la orquesta, pensando en su cuarto de Oliveira de Azemeis, en las noches vibrantes de trabajo, en tantas aspiraciones de entonces, que la presencia de una burguesía rica, próspera y linajuda le hacía ahora parecer irrealizables. Y se acordaba de Oliveira de Azemeis como de un elemento natural en que no desentonaba.

Pero los músicos, saliendo por debajo del escenario, se colocaban y corrían por la orquesta afinaciones de violín; el público volvía y el telón, levantándose despacio, descubrió un galeón arrogante y decorativo.

Pasaban soldados con mosquetes en el castillo de proa. En un cubículo bajo, un noble, con jubón de terciopelo y gorro de plumas, medía con un compás sobre un mapa; y rodeada de comparsas con caras avejentadas y macilentas, una dama gorda cantaba, sentada en una postura de baile.

La desafinación de los coros irritaba a los *dilettanti*; hubo unos «¡oh!» de escarnio. «¡Qué escándalo!», murmuraban en voz alta, con indignación. «¡Ay Jesús!», chillábase con estremecimientos. Melchor, fingiendo un horror de crítico, se tapaba los oídos. La dama enrojecía, palidecía, se le notaba un sudor afligido y no separaba del seno abulta-

do la carnosa manita. Pero una campanilla dió un toque melancólico, y soldados y marineros iniciaron un canto amplio, rezando a Santo Domingo. Entonces, unos tacones patearon; un individuo, al lado, soltó una brutalidad irritada. Melchor se volvía hacia todos lados, acusando al director de escena, a la empresa, al Gobierno; y acabó por hundirse en la butaca con una resignación sombría.

—¡Esto ni es el San Carlos ni es nada! ¡Es una porquería!

Entre tanto, Nelusko, apareciendo junto al mástil, a proa, lanzaba desde una gran altura su «¡Alerta!»

Alerta, marinari,
Il vento cangia...

Silbaron pitos de maniobra, y en la orquesta pasaron los rumores grandiosos de un mar desencadenado, que brama bajo la pavorosa cerrazón.

Arturo, entusiasmado, hallábase en plena *Historia trágicomarítima*. El período de los descubrimientos, que sólo conocía en fragmentos, siempre había tenido para él una poesía emocionante, y la anticuada estructura del galeón, las plumas de los nobles, el farol primitivo en el castillo de proa, lanzando la primera luz sobre las aguas virginales, traíanle visiones de navegaciones heroicas; parecíale ver las carabelas de Gama doblando el Cabo; oía la oración de los hombres, con un gran miedo en el corazón; percibía el bramido del mar chocando en vano contra las peñas; los gritos que pasan por el aire, y que son el alma errante de los muertos en naufragios... Y aquellas imaginaciones del arte le exaltaban retrospectivamente hacia las realidades de la Historia.

—¡Magnífico, Melchor! — dijo, bajo.

El otro le dió un codazo.

—Escuche ahora esto.

Era Nelusko, que, entre la marinería aterrada, con gestos empavorecidos y honduras en la voz, cantaba la cólera de Adamastor. Estallaron aplausos, hubo gritos de «¡bis!» El ruido de los aplausos electrizó a Arturo; envidió la gloria de los «maestros». Nelusko, brillándole la cara cobriza con el sudor, daba las gracias, inclinándose, y la respiración jadeante alzaba sobre su pecho los collares de cuentas, de colorido chillón.

Pero el tenor, después, no gustó; un murmullo hostil corrió por las butacas. Y cuando, entre tiros de arcabuces, bajó el telón, Melchor cogió su sombrero.

—¡Vaya interpretación la de esta *Africana!* Vamos a fumar un cigarrillo fuera.

Arturo le siguió. Estaba vagamente fatigado de la atmósfera sobrecargada de tantos alientos, del gas, de la admiración, del collares. Aquella música fuerte, resonando muy cerca de sus oídos, le había aturdido; no encontró en ella la sensación fina que le producían las melodías que oyera de *Lucía* o de *La somnámbula*, que espiritualizaban su cerebro y traían a sus ideas, en la alegría o en la tristeza, un ritmo cantarín. Y en el pequeño rellano de piedra, arriba, junto al brazo de gas, fumaba callado, al lado de Melchor, con una dejadez de todos sus músculos y un vago bostezo repetido.

Un individuo que bajaba de los anfiteatros liando un cigarrillo, le pidió «lumbre, por favor». Su pelo, que parecía de estopa negra, salía del ala del sombrero; era bajo, seco, con un rostro moreno y afeitado, de seminarista; usaba lentes azules, y la corbata de algodón, con pintas blancas, le caía en un lazo fofo, sobre la chaqueta estrecha, abrochada hasta arriba. Encendió el cigarro y dió las gracias cortésmente.

—¡Vaya pájaro! —murmuró Melchor.

—¿Quién es?

—Jacobo Nazareno, un republicano de la pandilla de Matías; ¡un granuja!

Arturo quiso verle mejor; pero el hombre había desaparecido ya entre la masa oscura de sombreros de copa que al fondo de los escalones de piedra se movía entre un rumor pesado, de donde salía una espesa humareda de cigarros.

Melchor, que parecía detestarle y temerle, explicaba que era uno de esos «niños» que conspiraban contra el rey, contra la nobleza, y que querían la Comuna...

—¿Qué está usted hablando ahí de Comuna, don Melchor?—dijo, parándose, un individuo alto, de pecho hundido, nariz afilada, que llevaba el cuello del gabán subido y tosía secamente.

—Hola, Inglés—replicó Melchor—. ¿Cómo por aquí? ¿Ha venido la pequeña?

El sujeto tosió, escupió.

—Está ahí arriba con la Lola.

Su voz, ronca, parecía dificultosa, de escaso aliento; los labios, entreabiertos, anémicos, mostraban los dientes mal cuidados.

—¿Y cómo va eso?—preguntó Melchor.

El otro se encogió de hombros con un gesto triste de los labios.

—¡Menos Venus! ¡Menos Venus! —exclamó Melchor en tono de broma.

—¡Es usted un pillín! —dijo el otro, dándole una palmadita en el estómago y en tono canalla.

Y encorvado, tosiendo, subió despacio hacia los palcos.

—Está con la Concha—dijo en seguida Melchor—, una belleza, amigo, la mejor española que ha venido a Lisboa. ¡El no está aquí, está en la tumba! ¡Pero la Concha!

Y muy entusiasmado:

—¡Vamos a ver si la pescamos!

Entraron. Melchor, en pie, exploraba las alturas con los gemelos; ¡quería que Arturo la viese! ¡Era como para volverse loco: unos modales de duquesa, unos ojos, un talle!...

Pero no la descubrió, y el telón se levantaba.

En la escena, finas arquitecturas, adornadas de monstruos quiméricos y de ídolos hieráticos, entre palmeras color de bronce y florescencias sanguíneas de cactos, esfumábanse en una pulverización de luz abrasadora, como una luz imponderable de oro refulgente.

Lentas filas de sacerdotes, con barbas de estopa, entraban despaciosamente; flacos guerreros corrían con gestos descoyuntados, y las bayaderas, las plañideras, ejecutaban un bailable, que unas veces parecía un rito nupcial y otras un fúnebre ceremonial. Revolaban gasas mezclando lo negro y lo blanco, discos de metal tintineaban, y la instrumentación, el canto, tenían gravedades de santuario y molicies de serrallo.

Alrededor, con risitas, hacíanse comentarios sobre las bailarinas; había exámenes lúbricos de piernas y caderas, y Arturo se impacientaba ante aquellos ramalazos de lujuria, que cortaban suciamente la elocuencia de la orquesta.

Escuchaba inmóvil, con la piel escalofriada de admiración, devorando el ardiente decorado, el girar de las bailarinas; y se le ocurrían pensamientos, reminiscencias, vagos sentimentalismos, dispersos en seguida por las ráfagas de la instrumentación. Todo su ser, arrastrado por las

masas de armonía, vibraba con las emociones que contenían; sus hombros se inclinaron casi en un movimiento de adoración al aparecer Celina, triunfal, en su *palké* refulgente de pedrerías, bajo doseles de plumas. Tuvo el mismo éxtasis que Vasco de Gama al penetrar en un rincón del bosque sagrado, en que los aromas tienen una sensualidad venenosa; raros gorjeos vagan en una flora llameante, y tersas aguas fluyen de pilones de jaspe; las amplias frases de Nelusko llenáronle el pecho con el soplo de las pasiones grandiosas; sintió, con el düeto, todas las fiebres de un amor asiático y mortal, y cuando, entre los cantos suaves del galeón, que se aleja, cayó el telón, se quedó como abrumado, con un cansancio en el alma, guiñando los ojos, aún repletos de los deslumbramientos de la decoración, trémulo, con todas las sensaciones sobrenaturales que había recorrido.

Melchor, por su parte, estaba desesperado con el tenor y mostraba deseos de darle una paliza... Un individuo de piel grasienta, con un ramito en el ojal, quiso aplacarle; era tan buen muchacho el tenor...

—¿Dónde hemos comido juntos? ¿Dónde hemos comido juntos?—interrumpió Melchor, irritado, saliendo.

—Miren el burro de Melchor—dijo el individuo, mirado a su alrededor, atónito—. ¡Valiente burro! ¿Qué querrá?

E iba siguiendo a lo largo de las butacas, con grandes gestos, explicando a los que le preguntaban el motivo de su cólera:

—¡Es el burro de Melchor! ¿Qué querrá? ¡Valiente burro!

Arturo examinaba perezosamente los palcos cuando, de repente, en la primera fila de la izquierda, ¡la vió a *Ella,* la señora del vestido a cuadros! ¡Qué sorpresa! Los gemelos le temblaban en la mano. Estaba con otras señoras, una ya de edad, con impertinentes de oro, y seguramente hasta entonces habíase mantenido al fondo del palco. De espaldas a la escena, volvía el rostro levemente, mirando hacia abajo, al patio de butacas; la luz contorneaba suavemente la adorable redondez de su hombro, y la manga ponía alrededor del codo un montón de encajes blancos; con la mano desnuda, en la que no brillaban sortijas, tamborileaba sobre el terciopelo de la barandilla, despacio, distraídamente, como en el teclado de un piano. Toda la fatiga, toda la tristeza de Arturo desaparecieron. Las cosas que le rodeaban tomaron un encanto inesperado: una luz más viva irradiaba de la araña; ¡ya no se sentía aislado ni oscuro! *Ella,* seguramente, se acordaría, repetiría la dulce mirada de la estación de Ovar. Aquella mirada quería atraerle: la contemplaba con intensidad, con magnetismo; dábanle ganas de aplaudir, de lanzar un grito. Empujó violentamente una butaca; al lado, un vejete que dormitaba se le quedó mirando, despertándose sobresaltado, con unos ojillos muy abiertos. Sintiose entonces desesperado. *Ella* hablaba ahora hacia el fondo del palco, y él veía su prendedor, en el que relucía una cosa roja, flor o pedrería.

Habían suprimido el düeto de las damas, y el telón se alzó, mostrando el negro manzanillo, en una playa áspera, junto a un mar triste, en una noche de luna llena. Los violines, al unísono, prorrumpieron en los *dieciséis compases.*

Aquella armonía, que le pareció sobrenatural, mística, le inmovilizó; invadíale una sensación extraña, como si los arcos de los violines rozasen sus nervios. *Ella,* ahora, miraba hacia la escena, con los gemelos de marfil; y aquella música parecíale a Arturo la expresión del viento y del mar en una región desolada, unas veces, y otras la queja trascendental de una gran alma herida; y le producía un delirio de amor poético: todo su ser sensible se lanzaba en una necesidad de adoración, hacia aquel palco del primer piso; desfallecía con la esperanza de besarle las manos; quería saber su nombre; decidía inmortalizarla en un poema, y su alma se extendía por las largas hileras de los violines, toda desfallecida de pasión y dolorida de nostalgia.

Celina, entrando lúgubremente bajo sus largos crespones, retuvo su mirada un instante. Cuando se volvió, el palco estaba vacío, y un individuo de frac sentóse en el sitio de *Ella,* bostezó discretamente y permaneció inmóvil, con la cabeza apoyada en la pared, tirándose de los pelos del bigote...

¡Y Melchor no volvía, y él no iba a poder saber quién era *Ella!*

Todo el encanto del teatro desapareció, y el canto de Celina, la orquestación, le parecieron muy distantes, como si hubieran retrocedido infinitamente hacia un fondo vago y luminoso.

Un individuo le tocó en el brazo.

—Mire, allí le llaman.

Era Melchor, que desde la puertecita le hacía gestos impacientes. Tenía que ir a la Redacción, se le hacía tarde... Había estado en el escenario, de charla.

Salieron. Los coches ponían en la plaza oscura hileras de luces rojizas o pálidas; regresaban unos grupos, en los que resaltaban las capas blancas de las señoras. En el cielo, muy negro, había un centelleo de estrellas. Melchor silbaba los *dieciséis compases,* y Arturo, a su lado, silencioso, con el cuello del gabán subido, iba pensando en las cosas vagas que haría para revelar su talento, conocerla a *Ella,* hablarle, ser ilustre como Meyerbeer, bien vestido como el vizconde. Recuerdos de las melodías del bailable cruzaban por su memoria; veía la luna llena brillar sobre el mar triste, por detrás del manzanillo...

—¿Qué, le gustó, eh?—preguntó Melchor.

—¡Cómo no!

En la sala de Redacción, bajo el brazo de gas, un sujeto de barba canosa revisaba pruebas. Alzó los lentes hacia la frente, miró a Arturo, gruñó un «hola», y después de tomar un polvo de rapé:

—¿Hay alguna cosa más que mandar, Melchor?

A Melchor pareció ocurrírsele una idea; miró a Arturo, sonrió, y, sentándose con el sombrero hacia la nuca, mojó la pluma, meditó de codos sobre la mesa, y con los ojos cerrados, atusándose el bigote con la mano gorda y trémula, escribió, tachó, interlineó, y por fin, después de carraspear:

—Escuche usted, Arturo—leyó—: «Llegó a la capital, y se encuentra alojado en el Hotel Universal, nuestro amigo y poeta, que tanto promete, Arturo Corvello—Arturo se puso todo rojo—, que en breve va a publicar su bello libro *Esmaltes y joyas.* Algunos de los trozos que hemos oído causarán, seguramente, sensación.» ¿Eh?

Arturo, con voz emocionada, golpeó sólo en el hombro de Melchor repetidamente.

—¡Gracias, gracias!

El corrector de pruebas le miraba con el rabillo del ojo, cínicamente.

Al poco rato, en un coche que trotaba hacia el Español, Arturo hacía el resumen de su día. Había sido maravilloso: se encargó ropa, comió en el Universal, conoció a diputados, al bajo Sarrotini, al buen Mel-

riño, la vió a *Ella*, tan linda en el lujo de la Opera, entre las divinas armonías de *La Africana*, y, finalmente, gracias al suelto, ¡entraba en la celebridad! Sentíase ahora en Lisboa como en su elemento natural; la vida le sería fácil, sin obstáculos, luminosa; sus *Esmaltes y joyas* le harían ilustre; por Meiriño la conocería a *Ella*, se amarían; tendría otros días divinos, con buenas comidas, una ópera escuchada, de frac, en butacas; y *Ella*, desde el palco, le sonreiría de un modo disimulado y lánguido. El coche paró.

—¿Cuánto es?

El cochero saltó del pescante.

—Lo que el señor quiera.

Arturo, en un impulso de generosidad, de gratitud supersticiosa al Destino, le dió tres pesetas.

—¡Muy agradecido al señor marqués!

Ya en su cuarto, fué en derechura al espejo: se encontró guapo, con un aspecto próspero. Se desperezó con una voluptuosa confianza en la vida. Y al poco rato soñaba que paseaba con *Ella* por un bosque sagrado, junto a un templo indio; de los tamarindos en flor venía el olor fuerte del pelaje leonado de las fieras; un faquir desnudo, descarnado, anquilosado, contemplaba filosóficamente su ombligo, y unos tigres domesticados rondaban con la lengua colgante y roja, como pedazos de sangre coagulada.

IV

Al día siguiente Arturo se hospedó en el Hotel Universal. Colocó su escasa ropa blanca en la cómoda, ordenó sobre la mesa, cubierta de un viejo tapete de felpa, montones de cuartillas y plumas nuevas, y junto a la ventana abierta, hundido en un sillón de muelles rechinantes, se saturó de la sensación de lujo que le daban los *reps* azules, el alto espejo, las cortinas de la cama, y el Chiado, abajo, con su movimiento de calle rica; aquellos refinamientos le traían como un ennoblecimiento de su personalidad entera.

Sentía, sobre todo, un remordimiento indefinido, pensando en la pobreza en que vivían las tías; pero, ¡qué diablo!, no era con el dinero de ellas con el que él se festejaba en buenas comidas y pagaba aquel cuarto caro. Y, además, aquel lujo érale necesario para su profesión literaria, como un medio de propaganda y de estudio social.

Sentíase, sin embargo, un poco solo. Meiriño había marchado a Oporto; Melchor no aparecía, y Arturo no había vuelto a la Redacción, porque, creyéndose conocido desde que se publicó el suelto en el *Seculo*, no quería aparecer por allí sin su traje nuevo. Se ocupó entonces de completar los *Esmaltes y joyas*; tenía un plan de poesías nuevas, suscitado por la impresión que le había producido Lisboa, la *Nueva Babilonia*, y el *Galcón*, en que quería versificar los vagos entusiasmos del tiempo de los viajes y de los descubrimientos, inspirados por la música de *La Africana*. Pero le faltaba «vena». Las comidas causábanle un lánguido bienestar de hartazgo, que entorpecía su imaginación, y el rumor del Chiado, el vago susurro de la ciudad, le tenían en una distracción extasiada. Con la ventana abierta al día espléndido de un invierno luminoso, fumaba, pensando en paseos, *soirées*, a las que asistiría; futuras críticas, aplausos en el teatro, corbatas que deseaba, y con pereza para trabajar en su libro, quedábase imaginando, en una vaga y distante fulguración, la celebridad que le aportaría.

Por aquel tiempo recibió una carta de *Violón*, que le exaltó: la noticia del *Seculo*—del cual mandó seis números a Oliveira—había causado sensación en la villa. Según parecía, los mismos que nunca le habían hablado afirmaban ahora haber percibido siempre su genio y previsto sus altos destinos. Vasco, el de la botica, leía el suelto a todos sus clientes «para que supiesen qué clase de hombre era su ayudante». Carneiro se jactaba en el casino de ser quien le administraba su fortuna. «Y yo —terminaba *Violón*—, que conozco a Lisboa y a los muchachos, digo todos los días muy alto, a esta partida de bandidos, ¡que usted, y tal es mi convicción, va para ministro!»

Como si aquella gloria parcial de Oliveira hubiera saciado por una temporada su hambre de fama, abandonó todo trabajo. Victorino, a quien instó y apremió mucho, le mandó el traje; habíase comprado una boquilla de espuma, que representaba una cabeza de *cocotte*; y como un caballero impaciente por usar sus armas, se puso la levita nueva y empezó «a gozar de la calle». Su vida tenía ahora grandes satisfacciones: los días eran muy claros, con un polvo dorado de luz; en el Chiado cantaban los pregones, rodaban los carruajes; su mejor momento era, después del almuerzo, recostarse junto a la ventana a fumar su puro; y en el indolente entorpecimiento de la *omelette* y del filete, miraba desde lo alto, con la pupila húmeda de bienestar, reinar abajo la vida, agitarse, y lanzaba hacia el cielo luminoso bocanadas blancas del habano caro. Después se vestía, empapábase de agua de Colonia, y con sus guantes claros permanecía un momento a la puerta del hotel, gozando del amplio portal, del conserje decorativo; en seguida iba a la Casa habanera a florecer su ojal con una camelia, y con la boquilla en ristre, doblando su *badine* (1), bajaba por el Chiado, correteaba por la Baixa, daba una vuelta por el Aterro, con una molicie de ocioso, intentando encontrarla a *Ella*. Pero todas las mujeres jóvenes le hacían olvidarla, volverse, con la esperanza indefinida de que iba a ser amado por ésta o por aquélla, impresionadas por su figura, por su levita azul y por el suelto del *Seculo*. Echaba una ojeada distraída a los escaparates de las librerías, sintiendo siempre por un momento el deseo agudo de producir, de verse impreso: volvíanle entonces vagos afanes de celebridad literaria; pero el rodar de un coche con lacayos de librea, los cortes de seda detrás de unos cristales, los dispersaban súbitamente; y se abandonaba a las ambiciones indefinidas que le agitaban ahora, de amistades ilustres, nobles amores, abono en el San Carlos y coche de abono. Después iba de nuevo a pararse a la puerta de la Casa habanera; y sentía un deleite indefinido en permanecer allí inmóvil, viendo alrededor grupos de diputados, de elegantes, de empleados, aumentando las emanaciones intelectuales y sociales que parecíanle brotaban de las conversaciones, de los perfiles, de las actitudes. Y oía siempre con una satisfacción envanecida, a las seis, la campanilla de la comida; bajaba entonces hacia el hotel; ya la tarde caía, y aquel crepúsculo de ciudad, a la hora que precede el gas, tenía para él un tono rico, superior, interesante. Desde la escalera del hotel hasta la mesa saboreaba menudos triunfos, el saludo obsequioso del gerente, el pisar sobre la alfombra del pasillo, las lámparas encendidas, los ramos de flo-

(1) Bastoncillo delgado y flexible. *Sic* en el texto.

res en el centro de las mesas, la sonrisa cortés de Padilla, el saludo con dos dedos de Carvalhosa, el respeto de los criados de corbata blanca. Comía con un apetito provinciano, y los nombres franceses de los platos acrecían para él su sabor.

Después, ahíto, pesado, con una vaga voluptuosidad, bajaba al Martiño, mirando intensamente a las mujeres que pasaban, transmitiéndole la agitación del Chiado una vaga excitación.

En el café encontraba, generalmente, solo ante su taza, al individuo del pelo semejante a estopa negra, a Jacobo Nazareno, aquel granuja, como decía Melchor. Arturo le miraba con insistencia, imaginándole jefe de sociedades secretas, temido por el rey, vigilado por la Policía: aquel hombre, que él juzgaba una fuerza social, cuya vida, seguramente, se movía en un peligro dramático incesante, le atraía con una simpatía creciente. Iba a sentarse a alguna mesa próxima y le espiaba desde detrás de un periódico desdoblado. Su actitud aislada, fría, muda, le traía la idea de planes secretos, de preparativos de alzamiento, que ponían en la vida de Lisboa un tono pintoresco, parisiense, de insurrección y de tragedia.

Por la noche iba al San Carlos. Había comprado unos gemelos, y para gozar de la obsequiosidad de los acomodadores, que empezaban ya a conocerle, ocupaba siempre el mismo sitio, del lado del palco regio. Además, encontraba a veces a Saavedra, y le gustaba estrechar su mano en público. Después la buscaba a *Ella* por los palcos. No había vuelto a verla, pero el canto y las decoraciones le consolaban; todas las mujeres le impresionaban, y hubiese amado a cualquier otra que le dedicase una mirada como aquella que le dirigió la señora del vestido a cuadros en la estación de Ovar; a veces ocurría que alguna dama, en un palco cercano, atraída por sus gemelos insistentes, se fijaba en él, mirándole un instante con curiosidad; Arturo se exaltaba en seguida, imaginando encuentros providenciales, una pasión dramática, lágrimas, poemas; después, no pensaba más en aquello: ella no volvía a mirar, y él se refugiaba de nuevo en la preocupación de su desconocida, como si el amor fuese un complemento tan necesario a su asiduidad a la Opera, como el frac o la flor en el ojal.

Cuando entraba, de noche, en su cuarto, invadíale una muelle tristeza: la música, las luces, la presencia de las señoras, excitaban sus nervios; el rodar de los carruajes, las ventanas iluminadas del restaurante Silva, traíanle ideas de cenas, de citas nocturnas, y le desconsolaba su vida estéril, deseando amores nobles y orgías sonadas. ¡Si él tuviese un título! ¡Si fuese, al menos, gentilhombre del rey! Y se paseaba por el cuarto, de frac, retrasando el momento de quitárselo, como si aquella prenda representase la encarnación de la vida social que le cautivaba.

Una mañana, al bajar tarde para el desayuno, encontró en el comedor a Meiriño, que había llegado de Oporto aquella madrugada. Se saludaron con júbilo. ¿Qué había hecho el amigo Arturo? ¿Veía al tunante de Melchor? ¿Se había divertido?

Arturo se quejó vagamente de «haber estado un poquito solo»...

—¡Ah, pero ahora estoy yo aquí! —exclamó Meiriño afectuosamente.

Pareció reparar con satisfacción en la *toilette* más elegante de Arturo. Le afirmó que «estaba hecho un dandi; y juzgándolo, sin duda, lo suficientemente bien vestido para relacionarse con la gente «bien», le aconsejó que se hiciese socio del Casino. ¡Si él quería, le llevaba a casa de doña Juana Coutiño! ¡Ella tendría mucho gusto en conocerle!

Arturo enrojeció de alegría. Y, agradecido, se interesó por el viaje de Meiriño. ¿Muy cansado, seguramente?...

—Rendido, amigo mío—dijo Meiriño, quejumbrosamente. Y suspiró—: ¡No estoy para estos excesos!—Se quedó un momento mirando la pared, como si viese allí, con claro dibujo, la representación de sus antiguas energías, y dijo, soltando delicadamente los cubiertos—: ¡Y miré que he sido fuerte, amigo!

Contó entonces proezas de vitalidad, admiradas por personajes ilustres: viajar cinco días en ferrocarril, pasar tres noches en claro... Y con una risita lúbrica:

—¡Y algo peor! ¡Algo peor!

Describió hazañas amorosas... ¡Ah, los buenos tiempos!

—¡Una sombra de lo que fuí, mi querido amigo!—y en un tono más serio—: A pesar de lo cual, por hacer un favor a un amigo, todavía soy hombre capaz de andar un día y una noche...

Sorbió el fondo de su taza de café, se limpió la barba, y, levantándose, se desperezó; pero pidió en seguida perdón por aquel abandono familiar, aunque, en fin, entre paisanos...

—Porque yo soy de Oporto, soy de la provincia...

Rió sin motivo, con la piel de alrededor de los ojos muy arrugada. Encontró a Arturo mejor cara.

—¿Y nuestro buen Padilla? Buen muchacho, ¿eh? Venga a fumar un purito arriba, a mi cuarto...

Estaba alojado en el segundo piso. Su cuarto, más amplio y mejor que el de Arturo, mostraba un orden minucioso. Había, metido en un jarrón, un plumerito de plumas, con el cual limpiaba él mismo el polvo de las rendijas más pequeñas. Metidas en el marco del espejo tenía todas las tarjetas de visita de las personas que venían a verle, como una exposición heráldica de sus relaciones; sobre la cómoda, colocadas en semicírculo, sobre *passe-partouts* de marfil, figuraba la galería de sus entusiasmos: la reina, sentada en el antepecho de una ventana cubierta de hiedra; la emperatriz Eugenia, con un rostro digno de viuda ilustre; mademoiselle Theo, de los Bufos, con una firma de asesino, casi en la punta del seno izquierdo; Pío IX, con su sonrisa cálida de Pontífice amable; Paul de Kock, con gabán de pieles; Víctor Manuel, con su cara de *bull-dog* heroico; y sobre el tocador, un acerico, bordado en colores, ostentaba un letrero como un objeto de museo: «Regalado el día de mi cumpleaños por la noble marquesa de Falces.»

Meiriño habíase tendido lánguidamente en el sillón y miraba con satisfacción sus zapatillas, bordadas con cuentas de colores. Por la ventana abierta, la brisa hinchaba el *reps* de las cortinas; enfrente, en una ventana con antepecho, una criada sacudía una alfombra; y los ruidos de la calle tenían un tono alegre, en la mañana muy luminosa.

—¡Cómo estará el perrito!—dijo Meiriño con una sonrisa conmovida.

Y pidió permiso a Arturo para volver a desperezarse; y mirándole con un parpadeo—: Me está entrando sueño. ¿Quién le ha hecho esa levita? Está muy bien.

Arturo se miró en el espejo; le parecía bien, ¿eh?

—¡Muy bien!—y mirándole gravemente, como en una profunda resolución—: ¡Pero le voy a enseñar una rica obra!

Se levantó con esfuerzo y fué a sacar del guardarropa repleto un ga-

bán ligero, color marrón, con vueltas de seda. Lo expuso a la luz de la ventana, y muy serio:

—¿Qué me dice de esta riqueza?

Arturo sopló el humo del puro hacia un lado:

—¡Muy bonito!

—¿Verdad? Pues puedo cedérselo.

Arturo, cohibido, dijo:

—No, no...

—¡Puedo cedérselo, palabra!—insistió Meiriño—. ¡Y por su precio, con franqueza! No me lo puse nunca. No me he atrevido. ¡Es muy claro para mi edad! ¡Pruébeselo, pruébeselo!

El mismo se lo puso rápidamente, con una destreza servicial de criado fino; asentó a la espalda, lo estiró, y llevándole ante un espejo:

—¡Parece usted un príncipe! ¿Eh?, ¡qué *chic!*... ¡Como si estuviera hecho para usted, de verdad! Quédese con él, con franqueza... Cincuenta duros. Casi gratis. Es de París, de una gran sastrería. Aquí no lo harían.

Arturo, tentado por el gabán y por complacer a Meiriño, aceptaba, enrojecido, cuando aquél, con un gesto de la mano abierta:

—Perdón, podemos hacer otra cosa.

Fué a la cómoda y trajo solemnemente una cajita de tafilete verde; y con una grave lentitud:

—¡Mi querido amigo, va usted a ver una preciosidad!

Era un par de pistolas, muy relucientes, sobre un mullido de terciopelo negro.

—¿Eh? Un primor.

Hizo funcionar los gatillos, se colocó en posición de duelo y luego en actitud de suicidio. Era en broma; él no se quería matar: el hombre que atentaba contra su vida ¡era un ateo! Ya había oído él esa opinión a personas muy instruídas: ¡era un ateo! Después apuntó hacia un lado, hacia otro; explicó la precisión del tiro... Ningún joven elegante podía estar sin un par de pistolas. ¡En Lisboa, incluso, estaba mal visto! Hacían *chic* en un tocador. El conde de Lambertini, Alonso, Paul de Cassagnac, Ezpeleta, ¡todos los grandes tiradores de París tenían pistolas como aquéllas! El precio era prodigioso: ¡veinte duros! Tal vez no lo creyese; bien veía en sus ojos que no lo creía. Pues era cierto, y la cosa se explicaba...

Pero no la explicó; le puso la caja en la mano, diciendo:

—No hablemos más de esto. El gabán y el par de pistolas, setenta duros. Qué ganga, ¿eh? Pero, en fin, hemos sido compañeros de viaje, vivimos en el mismo hotel, somos paisanos. ¡Ahí tiene usted!

Arturo, enrojeciendo, dijo que no tenía allí la cartera...

—¡Qué tontería!—interrumpió Meiriño, con un gran gesto—. Luego, mañana, cuando quiera.

Se desperezó; realmente, iba a echarse un sueñecito, pues el viaje había sido muy pesado. ¡Ah! Habíase acordado de él...

—Cuando trajimos el perrillo, porque usted, amigo mío, me ayudó: se lo dije a la marquesa de Falces—sonrió en su bella barba rubia—. ¡Cómo estará ese encanto!—Bostezó enormemente—. ¡Nada, que voy a echarme un sueñecito!

Y Arturo, saliendo con el gabán al brazo y la caja de pistolas en la mano, le oyó aún desde el pasillo canturriar melancólicamente:

Si tu n'avais rien à me dire,
pourquoi venir auprès de moi?...

*

Aquel gasto inesperado contrarió a Arturo. Ya algunas veces había sentido inquietudes por su dinero. ¡Los billetes se le iban, se le iban! ¡Estaba en Lisboa hacía quince días y había gastado ya dos mil pesetas! ¿En qué, santo Dios? Se puso a anotar los gastos que recordaba—¡el traje, el sombrero, la boquilla!—. Pero ¿cómo? Faltaban dieciocho o veinte duros tal vez. Se aterró, intentó recordar el número de butacas en el San Carlos, cuántos guantes, cuántos coches... Se confundió, tiró la pluma, impaciente, irritado contra la brutal evidencia de los números. Decidió, entonces, hacer una prudente economía.

Pero apenas estuvo en la calle, sintióse en seguida débil, sin resistencia ante las pequeñas tentaciones y las pequeñas vanidades: compraba «otro» par de guantes, tomaba en el San Carlos «otra» butaca en lugar de una «general», decidiendo siempre que era aquélla la última vez. Desde que había ido con Melchor al Matta a comer ostras, se acostumbró a aquella cena, y para no perder la consideración del camarero, a pesar de sus remordimientos, bebía un sauternes claro y daba una peseta de propina. Se justificaba vagamente pensando que la publicación de sus *Esmaltes y joyas*, la representación de los *Amores de poeta*, llenarían de nuevo los cartuchitos de monedas que guardaba en el fondo del baúl, algunos ya con el papel vacío y arrugado.

La cuenta del hotel, que le fué presentada por aquellos días, le decidió ir a hablar con Melchor para la impresión inmediata del volumen. Se reprochaba incluso aquellos aplazamientos ociosos, consumidos en la calle: el drama representado le produciría todas las noches seis o siete duros; y veía ya su retrato vendido en las tiendas, los folletines llenos con su biografía. Ya a aquella hora podía tener sus ingresos regularizados, ¡ser conocido por *Ella!* Y en una súbita impaciencia fué a la redacción del *Seculo*.

Al comienzo de la calle del Correo, sin embargo, se encontró a Melchor. Venía con un individuo bajo y gordo, de barba negra, fina, de carnes fofas, con los ojos hinchados; la cinta de su sombrero estaba grasienta y el cuello postizo parecía sucio por el roce con el pescuezo gordiflón; sobre el delantero de la chaqueta abrochada pendían unos lentes enormes de cristales ahumados, sostenidos por una ancha cinta de muaré. Era el poeta Roma, autor estimado de *Idilios y devaneos*. Tuvo sólo hacia Arturo una seca inclinación de cabeza. Y cuando Melchor le dijo que el amigo Arturo había estado en Coimbra, tuvo una sonrisita arrugada, un tanto socarrona, y en toda su rolliza persona una indolente reserva. Parecía constipado, y de cuando en cuando se estiraba el pantalón con un gesto desmañado.

—¡Aquí, el amigo, es de ideas muy exaltadas!—dijo Melchor, dando a Arturo en el hombro.

—¡Esperemos que no venga a fusilarnos!—replicó Roma.

Al hablar torcía ligeramente la boca.

Arturo se puso rojo. Y cohibido por el aspecto de Roma, dijo a Melchor «que iba allí al Correo» a preguntarle «cuándo podrían verse».

—Hombre, no haberse molestado; iré a comer con usted. A las seis, ¿eh?

Arturo oyó a Roma soltar una risita, al cogerse del brazo de Melchor. Se volvió, y el poeta, de espaldas, le pareció más odioso aún, con sus caderas gruesas, los pantalones deshilachados por detrás, el pelo lacio, cubriendo un ancho morrillo.

*

Melchor fué puntual, y desde la puerta, echándose el sombrero hacia atrás:

—Dígame... ¿Ha tenido usted algo con Roma?

—No... El, nada. ¡Era la primera vez que le veía!

—Me había parecido—dijo Melchor. Y añadió, con palabras vagas, que los jóvenes debían estar unidos. Las cuestiones literarias no servían para nada... Y dejándose caer en el sillón—: Bueno, ¿qué quería usted decirme?

Arturo se lo explicó: deseaba editar los *Esmaltes y joyas*.

Según Melchor, nada era más fácil: Gonzálvez, el revisor de pruebas, el de las barbas, un entendido, le llevaría a los Castros, que le harían un tomo elegante; después, Gonzálvez se encargaría de colocarlo a los libreros, a comisión. Porque allí no había que pensar en un editor. Un editor para un libro de poesías: ¡era más fácil encontrar un brillante en el Chiado! ¡Que lo dejase de su cuenta!

Arturo accedió, hablándole de su obra *Amores de poeta*; desearía leerla a algún director teatral. El mejor le parecía el del Doña María...

Melchor, avanzando los labios, se atusaba el bigote, callado.

—Eso ya es más serio—murmuró por fin.

Arturo le miró con ansiedad.

—Es más serio—repitió el otro, con un grave movimiento de cabeza.

Pero sonó la campanilla de la comida, y Melchor se levantó de un salto: ¡estaba cayéndose de hambre! Y lavándose ruidosamente las manos:

—Tenemos que pensar en eso. ¡Es ya cosa más seria!

Arturo no insistió, por timidez, e incluso, quitándole el cepillo de las manos, le acepilló la chaqueta clara por la espalda.

El extremo de la mesa, junto a la puerta, estaba desocupado; sentáronse allí, e inmediatamente apareció Meiriño, frotándose las manos, jovial, reanimado por el sueñecito; al poco rato entró Padilla, serio, y, como dijo Melchor, «formaron una pandillita elegante».

Arturo, en el centro, esponjábase de placer. Después de la sopa, que era un mal puré de guisantes, y a propósito de la nomenclatura francesa de los *menus*, Meiriño contó anécdotas de París: era muy bonapartista. Según él, «después del Imperio, Francia decaía a ojos vistas; París ya no era París». Esta era también la opinión de Padilla, que tenía ideas católicas y el amor a la aristocracia. Recordando el Imperio, Meiriño contó una historia, levemente obscena, de la princesa Matilde, «que era, por lo demás, una excelente señora». Vinieron los cuentos sucios: Melchor contó el del cura sorprendido por el marido; Meiriño contribuyó con el del panadero, y Padilla, con su agraciado rostro pálido, narró, imitando las voces, el de la inglesa y el gendarme. A cada trozo más pornográfico, retorcíanse de risa: a veces quedábanse mirando los platos, gozando aún del sabor de la obscenidad. Aquello formaba allí un rincón de alegría lúbrica, y señores serios, al fondo de la mesa, masticando, miraban con envidia aquel grupo divertido, animado todo de risa y de broma. Un individuo de lentes de oro pidió, incluso, desde una punta de la mesa, que «contasen en voz alta».

—¡Esto es para nosotros—gritó Meiriño—, para los de la pandilla!

Arturo se recostó con satisfacción, feliz de pertenecer «a la pandilla». Reía exageradamente; contó también una porquería, y quedó halagado de la carcajada de Meiriño, de la risa solemne de Padilla. Le encontraron gracioso. Entonces Meiriño insinuó que él debía *pagar la entente* con una botellita de champaña, aunque, añadió en seguida, dándole en la pierna, que estaba de buen humor, que lo decía en broma. Arturo, sin embargo, insistió: quería *pagar la entente*; y Meiriño pidió inmediatamente una botella de Clicquot. Fué un momento muy cordial de simpatía expansiva.

—Usted es de mi carácter, Arturo—le decía Melchor; y como Meiriño y Padilla hablaban de amistades, de *soirées*—: ¿Sabe usted lo que se me ocurre? Pues que antes de llevar el drama al Doña María, debía usted conocer a los muchachos.

Pero ¿cómo? ¡El no podía ir en peregrinación por las casas de los poetas, de los folletinistas, estrechando manos, entablando amistades!...

—Lo he estado pensando—dijo Melchor, acodándose sobre la mesa y hablándole con mucha intimidad—; es preciso cogerlos juntos. ¿Sabe usted cómo? En una pequeña cena.

Y explicó con mucha prolijidad que los escritores eran unos exquisitos. Había que tener con ellos consideraciones. No había nada como una comida:

—Usted invita a los principales, y antes de la sopa, ¡zas!, les lee los pasajes más importantes del drama. Al otro día la prensa habla, la cosa llega a oídos de los empresarios, ya prevenidos, y como el drama es bueno, ¡zas! Y en seguida el reparto de papeles, etcétera, etcétera.

¡Arturo, radiante, veíase ya en el escenario, rodeado de lindas actrices, distribuyendo obras!

—Y, además, el placer de la comida—añadió Melchor—. Vea usted lo que nos hemos divertido hoy. ¡Figúrese estando la «muchachada»! Todo son anécdotas, bromas, brindis, una francachela imperial. ¡Qué diablos son veinte o veinticinco duros!

Arturo se encogió desdeñosamente de hombros.

—¿No le parece a usted, Meiriño?

Meiriño, puesto al corriente, coincidió con entusiasmo. Así se hacía en París. Era *chic*, era de *gentlemen*. Podía organizarse una comidita deliciosa. Que le dejasen encargarse a él...

Arturo callaba. Veíase a la cabecera de una mesa resplandeciente, ¡y los escritores levantando hacia él, en un *toast* frenético, las esbeltas copas de champaña!

—Hay una dificultad—dijo Melchor—. Y es que aquí, el amigo, no conoce a ninguno y no puede invitar... ¿Quién va a invitar? ¡Si él no conoce a nadie! ¡Eso es lo malo!

Meiriño reflexionó, pasándose la mano por la barba.

—Es contrario a la etiqueta—murmuró.

Padilla, a quien consultaron, afirmó que aquello «se salía por completo de la costumbre».

—¡Es un demonio!—gruñó Melchor.

Y callados un instante, en el embarazo de aquella dificultad, iban tomando el flan.

De repente, Melchor se dió una palmada en la frente. ¡Una idea! ¡El medio era que invitase él! El conocía toda la muchachada, invitaba, presentaba a Arturo, que era el héroe de la fiesta, leía su drama, etcétera... ¿Eh? Y añadió bajito:

—Usted, naturalmente, paga la comida; yo invito y ¡zas! ¿Eh? Cosa buena, ¿no?

Meiriño aprobó: ¡era lo mejor! Y muy juntos, cuchichearon, organizando la fiesta.

—¿Qué diablos están ustedes ahí conspirando?—preguntó el individuo de los lentes de oro, que, sin duda, se aburría al extremo de la mesa, y a quien aquella animación íntima, limitada a los de «la pandilla», irritaba.

—¡Nada! ¡Ya se verá después!—dijo Melchor.

Meiriño, muy interesado, había cogido a Arturo de la manga:

—Una cosa elegante—decía—; dos sopas, entremeses, dos principios: asado, caza...; unas ciento cincuenta a doscientas pesetas...

Arturo se asustó con aquel precio... Pero ¡y los aplausos, la publicidad! Dijo, incluso, para parecer espléndido:

—Sí, hasta doscientas pesetas...

Meiriño se acercó a su oído:

—Es preciso invitar a Padilla, hombre muy de mundo.

—Y a Saavedra—añadió Melchor, del otro lado—, persona de influencia.

—Con el *menu* impreso—indicó Meiriño.

—Para que salga en los periódicos—replicó Melchor. Y se restregó las manos, muy jubiloso.

—La comidita, de etiqueta—dijo Meiriño.

Melchor, que tenía el frac empeñado, se escandalizó: ¡aquello lo echaba todo a perder! Era una comida de muchachos, sin petulancia. ¡Nada de *poses!*

Bosquejaron la lista de los invitados. Naturalmente, los cuatro de la «pandillita». Después, Meiriño indicó personas tan inútiles como el viejo don Federico. Cada uno quería traer a sus íntimos. Por último, Melchor, conciliador, dijo:

—Usted es quien dirige la comida, Meiriño; pero yo soy el que invita. Yo sé los elementos que hacen falta. ¡División de trabajo! ¡Cada cual a su negociado!

—Va a ser una comida sonada—afirmó Meiriño.

—¡Y con qué gente!...—dijo Melchor, lanzando un silbido admirativo.

Deslumbraban a Arturo. Iban perfeccionando el proyecto primitivo: además de la lectura, podría haber música; sería necesario invitar a Sarrotini; para que hiciese el brindis a la prensa, invitaríase a Carvalhosa. Y Arturo veía engrandecerse poco a poco aquella fiesta, como un gran trofeo que se adorna. Melchor acabó por afirmar ¡que la cosa constituiría un clamor en el país!

Y convinieron con el contable y gerente del hotel en que la comida sería el martes siguiente, a las seis.

*

Cuando Arturo y Melchor entraron en el salón reservado «para ver la mesa», Meiriño, atareado, colocaba él mismo en la abertura de las servilletas ramitos de violetas con capullos de camelias.

La luz profusa de la gran lámpara y de los brazos en la pared, los grupos de copas, las hojas de los cuchillos tenían un centelleo alegre, atrayente, sobre el blanco lienzo del mantel. En el pesado aparador de caoba, ante dos hileras oscuras de botellas, estaban colocados los platos de ostras. Había un olor a crema quemada, en que flotaba sutilmente un leve aroma de limón. Las dos velas del piano estaban encendidas, porque Sarrotini había prometido cantar un aria.

Melchor, entusiasmado, se puso delante de Meiriño, aplaudiendo despacio, con la cara bañada en una amplia sonrisa:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bravo!

Meiriño hizo una profunda reverencia.

—Mucha experiencia—murmuró—, ¡mucha experiencia!

Y señaló el *menu*, en cartulina satinada, donde aparecía en lo alto, en letras doradas: «Comida literaria del día 15 de diciembre.»

—¡Regio!—exclamó Melchor, triunfante.

Estaba de levita, con una gran camelia blanca en el ojal. Llamaba a los camareros, contaba las botellas de champaña, hablaba «de sus invitados»; por lo demás, en el hotel decían «la comida de Melchor». El mismo había afirmado en un grupo, en el corredor, que iba a demostrar «a aquellos señores lo que era dar una comida *chic*»; e incluso la gente se preguntaba por lo bajo de dónde habría sacado Melchor el dinero para pagar aquella fiesta...

Arturo, entre tanto, estaba muy nervioso. Había ensayado toda la mañana, declamando escenas de *Amores de poeta*; ciertas frases sonoras le daban la certeza de los aplausos; pero otras veces temblaba, pensando en caras desconocidas, cuyas bocas se entreabrían en bostezos aburridos. Había preparado algunos párrafos literarios para el brindis, ¡y sólo deseaba que todo Oliveira de Azemeis pudiese verle désde lejos, en el centro de la mesa, entre flores y luces, aclamado por la capital!

Cuando el reloj dió las seis, el estómago se le contrajo de emoción.

El primero que apareció fué el folletinista Xavier: bajo una nariz gruesa, el bigote poblado, muy horizontal, tenía la espesura de un rollo de crepé; de cara demacrada y sienes estrechas, usaba lentes ahumados, con el cordón pasado por detrás de la oreja; debajo del traje negro se adivinaba un cuerpo esquelético.

Melchor le presentó en seguida a Arturo:

—Aquí, el amigo tiene un drama y nos va a dar luego una pequeña lectura...

Se interrumpió y corrió a estrechar la mano al actor Cordeiro, un muchacho esbelto, tímido, que con la cabeza un poco ladeada retorcía constantemente, con un gesto maquinal, un ligero bozo castaño.

—¿Drama histórico?—preguntó Xavier a Arturo.

—Moderno...

—¿De qué género?

Pero Padilla, que había entrado solemnemente, vino a dar una palmadita en el hombro de Arturo, paternalmente; se presentaba de frac, con la pequeña cruz de caballero del Cristo.

Xavier le vió, y haciendo saltar la crucecita con un dedo:

—Merced regia, ¿verdad?

Padilla lanzó con el rabillo del ojo una mirada satisfecha a la condecoración, y con seriedad:

—Fué el ministro de la Gobernación, a la fuerza; ¡que la había de tener, que la había de tener! ¡Y allá va! Me vió hacer unas imitaciones en casa de doña Juana Coutiño, le gustó... ¡Y acepté!

—¿Y cómo va doña Juana, esa sílfide?—preguntó Xavier.

Padilla pareció sorprendido de aquella expresión familiar, se puso serio y dijo:

—¡Un poco acatarrada!

Giró sobre los talones y se alejó, limpiándose los labios con un pañuelo de monograma bordado.

—¡Gran tipo!—dijo Xavier a Arturo—. Ahí tenemos al ilustre Sarrotini.

El cantante entraba con la levita abierta, el pecho saliente bajo el chaleco escotado, la piel de un sonrosado saludable y la mirada llameante. Dió un abrazo a Xavier, que le sacudió todo el esqueleto; besó, con escándalo de todos, en la cara agraciada de Cordeiro, que se ruborizó como una virgen, y con gestos de escenario y voz dominante fué diciendo hacia todos los lados: *Dilecto amico!, carissimo hijo mio!*

Levantó en el aire a Meiriño, que gritó, perneando; rieron, hablaron de la fuerza. Sarrotini fué en seguida a levantar por una pata una silla y la sostuvo en el aire, con el brazo tieso y la cara congestionada. Después pidió vermut y exclamó: *Portucallo e Italia siamo fratelli!* A

todos les parecía un granuja delicioso.

Entre tanto, Arturo se fijó en un individuo barrigudo y calvo, que con las manos a la espalda y unos pasitos menudos iba girando alrededor de la mesa, de las ostras, de las botellas, con cara de sabueso, desconfiada. Iba a preguntar a Melchor quién era, cuando entró Saavedra.

Le rodearon en seguida. Y él, con la cabeza erguida, consciente de su importancia, la mirada protectora, decía, bromeando:

—Bueno, ¿qué les parece mi Melchor? ¡Qué *chic* va derramando!, ¿eh?

Sarrotini le pasaba la mano por el hombro, se apoderaba de él, dábale nombres cariñosos: «¡Gran periodista!, ¡dilecto amico!» Pero Cordeiro se lo arrebató, y llevándole junto a una ventana, cuchichearon:

—Comprende usted, Saavedra; la chiquita tiene talento; es preciso animarla. Va a darle un papel en *La princesa Juska*...

Saavedra prometió, benévolo, la protección del *Seculo*.

—¿Es usted quien la *cultiva?*—preguntó.

Cordeiro negó con indolencia.

—¡So sultán! — dijo Saavedra, riendo. Y con un gesto desdeñoso de los labios—: Es un manojito de huesos; a mí me gusta la carne más llenita.

Mientras tanto, junto al aparador, Meiriño y Melchor parecían discutir vivamente. Arturo, inquieto, se acercó.

—¡Se están echando a perder, se están echando a perder!—decía Meiriño, excitado. Y volviéndose hacia Arturo—: Con el calor y con las luces, se estropean. Es preciso empezar ya.

Melchor insistía, aunque débilmente; en fin, primero la lectura del drama. Si no, después...

—¡Después, después!—exclamó en tono sofocado Meiriño—. El drama puede esperar; pero las ostras, no; se ablandan...

Arturo se quedó aterrado, pálido: ¡tanto gasto y no hacer su lectura! Miró al periodista de un modo tan suplicante, que Melchor, compadecido, insistió: ¡primero el drama; las ostras, que se las llevase el diablo!

Meiriño retrocedió, mirándolos a ambos con rencor. Y con un gran gesto:

—¡Bien! ¡Es una comida perdida! ¡Yo no cargo ya con responsabilidad alguna!

E iba a salir, furioso, cuando tropezó con Roma.

El poeta entraba despacio, con su aire vago de despecho, tan extraño en un hombre rozagante, quitándose los guantes negros. Pareció no ver a Arturo. Lanzó un vistazo de soslayo hacia la mesa, y dando un toque al ramito de romero que llevaba en el ojal, se acercó a Xavier, tirándose de los pantalones hacia arriba con su gesto desmañado.

—*Ecco el eggregio oratore!*—dijo Sarrotini con un vozarrón que dominó los rumores.

Era Carvalhosa. Venía envuelto en una bufanda roja y parecía descontento. Díjole en seguida a Melchor que venía como un gran favor, pues había cogido un constipado y necesitaba cuidarse. Y se palpaba la garganta, mirando alrededor, receloso, buscando una corriente de aire, una rendija traicionera.

—Este es un órgano serio—dijo hacia Sarrotini—, con la diferencia de que para estos señores es cuestión de notas, y para nosotros, de ideas...

Y después de soltar aquella frase, fué hacia Arturo, y tendiéndole la mano con negligencia:

—¿Cómo va el amigo?

Arturo se interesó servilmente por su garganta. No sería nada de cuidado, seguramente...

—¿Y a qué se espera?—le preguntó Carvalhosa, bajo, arrugando la nariz.

Arturo, enrojeciendo, balbució:

—No lo sé.

Melchor se acercaba radiante, y dando una palmada en el hombro de Arturo:

—¡Aquí el amigo nos va a leer su drama!

Carvalhosa pareció desconcertado, y exclamó:

—¡Ah!

Y fué andando, con miradas hacia la mesa y hacia las botellas, en derechura al grupo ruidoso, donde Xavier gesticulaba.

—Entonces — dijo Carvalhosa en voz baja, indignado—, ¿tenemos que aguantar la pelmacería de un drama?

Los otros se encogieron de hombros con sombría resignación. A Roma parecíale aquello una *faena indecente* de Melchor. ¡Y era en cinco actos! Xavier proponía que se hiciese una instancia firmada pidiendo la sopa. ¿Y si interviniese la Policía?...

Llamaron a Melchor, le rodearon, con miradas interpelantes, le sacudieron. ¿Qué escándalo era aquel de encajarles un drama? Invitar a personas inofensivas, desprevenidas...

—¡Oh muchachos, por vuestra salud!—suplicaba Melchor—. ¡Era una fatalidad! El diablo de Arturo le había sido recomendado, se lo prometió. El muchacho había traído el original. Además, eran sólo dos escenas.

—¡Ni dos sílabas!—dijo, furioso, Carvalhosa—. ¡Voy a hablarle!

Melchor, afligido, le agarró del brazo.

—¡Oh, chico, por amor de Dios! ¡Que me comprometes! ¡Jesús, qué disgusto! ¡Es un instante, pobre muchacho!

Y le habló al oído. Había risitas sofocadas.

Arturo, pálido, miraba de lejos aquel grupo, y notando que allí se tramaba algo funesto para los *Amores de poeta* y para su propia dignidad, vagaba por el comedor con la cara arrebolada.

Vió de repente a Melchor desprenderse del grupo, correr hacia la puerta y abrazar a un individuo grueso y rubicundo, con una especie de capote y un aire jovial y rozagante... Era un tío de Melchor.

Propietario en Beja, exaltado por las cuestiones de la política local, ardiendo en un odio provinciano hacia el gobernador civil, había fundado un periódico de oposición, *La Voz del Distrito*, y no encontrando en Beja un escritor lo bastante elocuente para ponerle en párrafos floridos los insultos a la autoridad, venía a Lisboa en busca de un estilista. Ofrecía cuarenta duros al mes y casa-vivienda con huerta. Melchor le invitó, para hacerle admirar su comida, su posición social, ponerle en relación con escritores, y, saturándole de champaña, colocarle en posición propicia para los veinte duros que quería pedirle.

Fué en seguida a presentarle a Xavier, a Carvalhosa, a Saavedra.

—Mi tío Antonio de Moura, jefe de la oposición en Beja, muy conocido...

Le quitó con cariño su capote, le abrazó; y repetía, abriendo los ojos hacia los lados:

—¡Mucha influencia en el distrito..., mucha influencia!

Pero viendo entrar a un oficial de Lanceros, con el pecho saliente y unos bigotes feroces, exclamó:

—¡Viva el ejército! ¡Ya estamos todos! ¡Ya está toda la hermosa pandilla!

En medio del grupo de escritores, el tío Antonio, muy complacido, con

fina risita, explicaba las condiciones en que deseaba contratar a un escritor: audaz, elocuente y sin escrúpulos, para dar palos sin compasión. Y contaba con prolijidad sus quejas contra el gobernador civil, la cuestión de la Junta parroquial, del muro del cementerio, del administrador del Patrimonio.

—Tengo que acabar con ellos—decía, sacudiendo la mano, gorda y pequeña.

A su alrededor bromeaban, querían «disfrutarle». Xavier le aconsejaba que se dirigiese a Alejandro Herculano. ¿Por qué no escribía a Víctor Hugo? ¡Víctor Hugo era el individuo que le convenía!

El tío Antonio reía campechano, con una pizca de picardía en los ojillos relucientes:

—¡Quisiera un joven como los presentes, que ladre, que ladre! ¡Y que muerda! ¡Je, je, je!

Arturo iba de grupo en grupo: sentía, desconsolado, una vaga brutalidad ambiente; latíale el corazón cada vez que veía una mirada impaciente volverse hacia el reloj, o una boca abrirse despacio en un bostezo de debilidad. Se acercó un momento a Sarrotini, que, muy rodeado y admirado, hacía, entre risas, la imitación de un moscardón perseguido: se encogía como con el susto de ser picado, lanzada la mano bruscamente para atraparlo, mirando al aire, con cara atenta; luego, de repente, dábase una palmada en la rodilla para aplastarlo...; pero el moscardón escapaba y ponía sobre el grupo un zumbido agrio, adormecedor, continuo. Le admiraban, reían. Padilla, con el ceño fruncido en una arruga de reflexión crítica, murmuró:

—¡Es un artista, un artista!—Y sacando el reloj, se volvió hacia Arturo—: ¿Y Melchor? Se está haciendo tarde, ¡qué diablo!

Arturo, fingiendo que iba a buscar a Melchor, se separó, muy colorado. Temía ahora que no fuese posible efectuar la lectura, y sentía la amargura de la desesperación. Por una curiosidad simpática se acercó al individuo calvo, del traje claro. Habíase establecido entre ambos, en miradas repetidas, una afinidad: eran los más oscuros, los más aislados.

—Buen tiempo, ¿eh?—dijo Arturo, sonriendo.

—Precioso—dijo el calvo. Y luego, más bajo—: Dígame, ¿a qué se espera? He oído decir que teníamos lectura... ¡Qué lata!, ¿eh?

Arturo se puso como la grana. Pero en aquel momento Melchor dió unas palmadas: los rostros se volvieron con curiosidad.

—Señores...—empezó Melchor, junto a la mesa, en una postura seria.

Pero saltaron unas voces, bromeando:

—¡Melchor, déjate de discursos! ¡Despídete ya! ¡Menos elocuencia y más sopa! ¡No seas tonto, ínclito Melchor!

Melchor, irritado, golpeó fuertemente con un cuchillo en la mesa. Roma dijo alto:

—¡Respeten al gran orador!

Todos rieron.

—Señores—repitió Melchor—, aquí mi amigo Arturo Corvello va a leernos su drama, ¡mejor dicho, dos o tres escenas de su drama!

Hubo un silencio hondo, hostil. Meiriño, que hablaba bajo con el gerente, alzó la cara para lanzar un aislado «¡Muy bien! ¡Aprobado!»

Habían apartado dos cubiertos en la mesa, y junto a un candelabro estaba el manuscrito abierto. Arturo se sentó. Temblaba todo. Temía que le faltase la voz, que se le saltasen lágrimas nerviosas.

Melchor iba de unos a otros pidiendo, en voz baja, por caridad, que

se sentasen, que tuvieran paciencia, era un momentito...

—¡Maldito! — murmuró Xavier, con rabia.

—¡Canalla!—exclamó Roma, dándole un puntapié en el tobillo.

Y Carvalhosa, pellizcándole:

—¡Ya me las pagarás, asesino!

Él se retorcía, tenía miradas ansiosamente suplicantes:

—¡Oh, hijos míos, por vuestra alma! ¡Es sólo un momento! ¡Por amor de Dios! ¡Portaos decentemente!

Arturo, lívido, percibía la hostilidad. Pero no leer ahora podría parecer un desaire... Además, contaba dominarlos con la elocuencia del drama. Hizo un esfuerzo y dijo en voz baja, estrangulada:

—No voy a leerlo todo...

—¡Sí!—le replicaron—. ¡Una o dos escenas para darnos una idea!

Melchor, desde detrás de la silla de Arturo, lanzaba miradas suplicantes. Las sillas iban siendo colocadas en semicírculo; el tío Antonio, con las manos en las rodillas, muy separadas, abría mucho los ojos en su cara carrilluda; Sarrotini arqueaba el recio busto, con los brazos arrogantemente cruzados sobre el pecho; Carvalhosa se palpaba la garganta con miradas recelosas hacia la puerta y hacia las ventanas; Roma, con las piernas muy estiradas y los pies cruzados, mantenía la mano sobre la boca como para ocultar probables bostezos; veíanse mandíbulas tristemente caídas sobre las corbatas; las miradas tenían una blanda resignación. Y el contable y gerente, andando de puntillas, acababa de disponer una nueva y apretada hilera de botellas sobre el aparador. Para Arturo, aquellos rostros alineados resultaban casi pavorosos.

Había explicado, trémulo, que los *Amores de poeta* simbolizaban la lucha entre el talento y los prejuicios sociales.

—Alvaro, un poeta, ama a la duquesa de San Romualdo...

Padilla saltó:

—¡Cómo! ¿Qué va a pensar entonces la señora condesa de San Romualdo, una dama respetabilísima?

Arturo, aturdido, balbució:

—Esta es duquesa...

—Duquesa o condesa. Es un título nobiliario, un título antiquísimo. Soy amigo de la familia, personas de la mejor sociedad...

Coincidieron alrededor en que era preciso cambiar el título. Entonces, todos hablaron, en un bullicio, que era el desquite del forzado silencio, indicando títulos: *Duquesa de Vallehermoso.* ¡No! *Duquesa de Piedras Negras.* ¡Quia! *Duquesa de la Santa Casa...* Y se decidió al fin que fuese simplemente *¡la duquesa!*

Aquel interés por el título animó a Arturo. Prosiguió con más firmeza:

—Lo que voy a leerles ahora es cuando el poeta hace en casa de la duquesa el elogio de la poesía. En fin, ustedes verán. Es en una *soirée*:

«EL CONDE DE SAN SALVADOR.—¿Ha leído *Cielos estrellados*, marquesa?

»LA MARQUESA DE ALVARENTA.—(*Despechada.*) Hasta encuentro impertinente que me lo pregunte, conde. Una persona de mi alcurnia y de mi educación no toca ni con guantes...

»EL VIZCONDE DE FREIXAL.—(*Tartamudeando.*) ¡La ma... mar... quesa, en cues... cuestiones de es... estrellados, so... sólo... conoce los huevos!»

Todos rieron.

¡Muy bien, muy bien! Meiriño fingía retorcerse. ¡Le dirigieron incluso un severo siseo!

—¡Déjenme saborearlo, déjenme saborearlo!—decía, sofocado, con las manos en los costados—. ¡Magnífico!

Arturo, animado, continuó ya con inflexiones teatrales:

»EL DUQUE.—La marquesa tiene razón. Platón excluía a los poetas de su República, y Platón, a mi juicio, era un hombre de talento y un estadista. ¿Para qué sirven los poetas?

»EL POETA.—(*Que conversaba en voz baja con la duquesa, levantándose con arrebato.*) ¿Para qué sirven, duque?

»LA DUQUESA.—(*Bajo.*) ¡Alvaro, por quien eres, no le irrites, que nos pierdes!

»EL POETA.—(*Sin escucharla.*) ¿Para qué sirven? ¡Siembran el ideal!

»Y el poeta, seguramente en pie, con gestos nobles, hacía el elogio de la poesía. Maldecía los prejuicios, las acciones, los fondos públicos, los bancos, todo el materialismo económico. Acusaba a los nobles, seguramente cabizbajos, de no comprender el alma de la Naturaleza, el diálogo de las aves con las flores y lo que dice el viento a los pinos. «¿De qué os sirven vuestros castillos, vuestro oro, vuestras libreas?—preguntaba, desgreñado—. ¿Qué almas habéis consolado? ¿Qué lágrimas habéis enjugado?»

Arturo, ahora, agitado por las ondulaciones de la retórica, tenía énfasis de voz, y su mirada y sus gestos se dirigían sobre todo al poeta Roma, como para conquistar la simpatía del versificador, incensándole con aquella glorificación de la rima.

Pero Roma habíase calado sus enormes lentes, y en su postura estirada fijaba los cristales, de reflejos oscuros, en la punta redonda de sus botas. Cuando el poeta invocaba a Dios, se inclinó hacia Carvalhosa y murmuró:

—¡Qué bestia! ¡Qué burro!

Carvalhosa, que a cada momento se palpaba el estómago, encogíase de hombros con una resignación sombría; sin embargo, secretamente, aquel estilo ampuloso le agradaba como orador; y también a Saavedra, que, bamboleando la pierna cruzada, fingía una distracción elevada, preocupaciones políticas. Sólo Cordeiro admiraba francamente, meditando actitudes de actor, en armonía con la elocuencia de la prosa. Padilla removíase en su asiento, indignado, viendo en cada frase un insulto a sus amigos los nobles; y al lado, el tío Antonio, con los brazos gruesos y cortos cruzados, cerraba los ojos, como si la cadencia de los párrafos le produjese la somnolencia de un acunamiento soporífero.

Cuando Arturo, jadeante, terminó la escena, sólo Melchor y Meiriño profirieron ¡bravos!

Después de una pausa, Arturo comenzó a leer el acto del baile de máscaras. Era largo: tenía lugar en el palacio del duque, en un lugar indeterminado, en la Baixa, con terrados sobre un río desconocido, de balada. Por las acotaciones parecía tratarse de una fiesta veneciana del Renacimiento: una máscara vestida de trovador cantaba una serenata, dos napolitanos danzaban la tarantela, circulaban pajes con copas de vino de Siracusa, un pícaro robaba con destreza la bolsa a los caballeros, y por el fondo pasaba un barco, en que flautas y violines alternaban con una voz de mujer, cantando, en la noche, versos de Petrarca.

Xavier, con su experiencia teatral, contenía la risa, sofocado.

Había diálogos singulares: «Marquesa—decía un dominó—, ¿no siente cernirse en esta fiesta un presentimiento de muerte?» Y la marquesa respondía, pasando y arrastrando brocados: «¡El amor es un alhelí que florece en una calavera!»

Dos hidalgos avanzaban hacia las candilejas:

«HIDALGO 1.º—¿Cómo se portó contigo el Destino en el baile de la princesa?

»HIDALGO 2.º—¡Perdí seis mil cruzados a los dados!»

Cuando Arturo leyó el apóstrofe del duque, después de arrojar el guante al poeta: «¡Quien se atreva a alzar los ojos hacia la duquesa de San Romualdo, puede ir encargando la mortaja!», hubo un rumor lento, lánguido, de ¡muy bien!, ¡muy bonito!, ¡de mucho efecto! Los literatos estaban tranquilos: el acto era idiota; Arturo, inofensivo, y gozaban en actitudes repantigadas, con caras risueñas, la evidencia de aquella mediocridad. Excelente drama para ser representado en un casino de provincias, por aficionados de algún orfeón. ¡Pobre necio! Y Roma se mesaba la barba con deleite.

Algunas escenas del cuarto acto, en casa del poeta, la víspera del duelo, con una madre humilde, criatura sacrificada, cansaron. Sarrotini retorcíase en la silla, impaciente por el silencio y la inmovilidad; el alférez bostezaba sin pudor; sacaban los relojes a hurtadillas; había miradas desesperadas hacia el aparador; Carvalhosa, con los codos en las rodillas, hundía la cabeza en las manos; y Arturo, percibiendo el tedio ambiente caer sobre su cerebro con un puño helado, se apresuró a decir:

—¡Ahora voy a leer el desafío!

Hubo un suspiro de alivio: ¡con la muerte del poeta llegaba seguramente el final!

Arturo prosiguió:

—«Un cementerio. Cruces, tumbas, cipreses. Empieza a alborear. Un sepulturero se aleja con el azadón al hombro, cantando.» Y entonó una melodía triste, emocionante:

Los alhelíes brotan sobre la tierra [yerta,
y las lozanas rosas sobre las sepulturas.
Que es eterna la muerte, sí, es eterna [la muerte.
¡Ay engañosa vida, qué brevemente [duras!

—¡Bravo!—gritó Sarrotini.

La canción había impresionado. Arturo explicó que se la oyó realmente a un sepulturero en el cementerio de Oliveira. Se extasiaron y él la repitió. Y aquella tonada, de una vaguedad melancólica, ponía allí, en el comedor, bajo el gas, una visión de cementerio de aldea, en un atardecer triste.

Animado, Arturo comenzó el monólogo del poeta, que entraba envuelto en una capa y dejaba sobre una tumba dos espadas. Las fisonomías volvieron a sumirse en una blanda fatiga, en una postración famélica; Xavier, que padecía del estómago, no pudo contenerse, y fué de puntillas a coger de la mesa unas pasas y unas almendras, repartiéndolas con Saavedra, que se removía en la silla, desesperado; el oficial de Lanceros fué entonces a buscar un pedazo de pan; Meiriño había desaparecido. El grito del poeta al ser atravesado por el florete del duque difundió en los rostros una alegría feroz. El poeta expiraba; la duquesa corría, vestida de blanco, entre los cipreses. Era la escena más trabajada, la que le había costado un mes de borradores, de vigilias. La leía trémulo; en las últimas palabras el poeta estaba pálido de emoción, y la vela, a su lado, hacía parecer su cara más macilenta, como si se reflejase en el rostro la agonía del personaje:

«EL POETA.—¡Adiós, ángel! Dios te pague toda la felicidad que me diste en la tierra. Fuiste la gota de agua en el desierto, la estrella matutina en la oscuridad. Si alguna vez, en las fiestas de tu palacio, entre los valses, los madrigales y los cortesanos, te viene a la memoria el poeta que en la tumba fría es pasto de los gusanos, llora y di conmigo: ¡Nadie como él, nadie sabía amar! Veo una

luz... ¡Es la patria divina! ¡Julia, tu mano! ¡Oh, sufro! ¡Adiós! ¡Ah! (*Da un grito y muere.*)

»LA DUQUESA.—(*Cayendo de rodillas.*) ¡Oh bien amado; mi alma se marcha contigo y este cuerpo miserable irá a fenecer en la soledad de un claustro! (*Cae el telón.*)»

Se levantaron ruidosamente. Había como un agradecimiento por «la terminación de la pelmacería». Arturo, muy pálido, en pie, con los ojos brillantes, miraba a unos y a otros.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

Pero Roma estaba desesperado. En aquel final había reconocido emoción, ideal, estilo; y con mucha perfidia:

—¡El chiste de los huevos es una obra maestra!

Los demás, inmediatamente, se lanzaron sobre aquel detalle, lo exaltaron, aplastaron con él el drama entero. Era divina la salida del tartamudo. La repetían: «¡Estrellados, sólo los huevos!» Era soberbio. Le rodeaban, parecían admirarle por haber hecho aquel hallazgo chistoso. Carvalhosa le dijo muy serio:

—¡El amigo debe escribir comedias!

—¡Es un retruécano pistonudo!—insistía Melchor.

Arturo sentíase cohibido por aquella admiración dedicada exclusivamente a un chiste tan jovial en medio de un drama tan sombrío. Preguntó tímidamente qué les parecía el final.

—Sí, muy bien—dijo Saavedra—. Pero lo de los huevos es espléndido... ¡No vuelve usted a hacer nada mejor!

Entonces, Melchor exclamó desde la puerta:

—*Messieurs, le dîner est servi!*

Detrás entraba uno de los camareros con la sopera. Hubo una aclamación entre un ruido de sillas. Sentábanse, hablando alto, en la proximidad sabrosa de la comida tan esperada. Pero súbitamente Roma se levantó, lívido, exclamando:

—¡Somos trece!

Se contaron, inquietos. Sarrotini apartóse con horror de la mesa. El alférez se refugió, aterrado, junto al aparador. El tío Antonio reía:

—¡Vamos, déjense de pamplinas! ¡Nada de agorerías!

Era necesario llamar a alguien; entonces, Melchor cogió el sombrero y salió corriendo.

Contaban ahora desgracias, muertes inesperadas, ocurridas después de comidas de trece comensales; estaban en pie; los camareros, inmóviles, esperaban.

Poco después volvió Melchor con un individuo de traje claro, despeinado, muy pálido y que mostraba unos costurones en el cuello. Le presentó como el señor Gallina. Nadie le conocía, ¡pero era el décimocuarto!

Y, ya tranquilos, atacaron alegremente las ostras, mientras el señor Gallina, como si le hubiesen despertado sobresaltadamente, parpadeando a la luz, ¡volvía hacia todos lados una cara alcoholizada y lívida de juerguista!

*

A la mañana siguiente, Arturo corrió al café Tavares, en la calle de San Roque, para leer en el *Seculo* la reseña de la comida. Venía sólo un breve suelto:

«Nuestro colaborador Melchor Cordeiro ofreció ayer una opulenta comida a sus amigos políticos y literarios en el Hotel Universal. Lo avanzado de la hora nos obliga a aplazar hasta mañana la descripción de esta notable fiesta.»

Aquella apropiación que Melchor hacía con la comida le indignó. Aunque al final no había por qué extrañarse, pensó; habían convenido en que, aparentemente, Melchor le ofrecía la comida a él, Arturo. Seguramente, al otro día una reseña detallada explicaría el motivo de la fiesta y las impresiones de la lectura.

A la mañana siguiente se levantó más temprano, y a las nueve entraba en el Tavares, latiéndole con fuerza el corazón. La noticia ocupaba dos columnas; decía así:

«LA COMIDA LITERARIA EN EL UNIVERSAL.

»El banquete ofrecido por nuestro colaborador Melchor Cordeiro constituyó una verdadera fiesta de la inteligencia. En el espléndido salón del Hotel Universal hallábase reunido lo más eminente de la literatura, la política y la *high-life*: un *bouquet* de celebridades. Vimos al inspirado orador Carvalhosa, al brillante poeta Roma, al aplaudido barítono Sarrotini, al aristocrático Padilla, al talentoso folletinista Xavier, ese Jules Janin de la prensa portuguesa; al estudioso actor Cordeiro y a nuestro querido director, señor Saavedra.

»El *menu* de la comida, elegantemente impreso en cartulina satinada, contenía todo cuanto el arte culinario francés ha inventado de *plus raffiné*; hubiérase dicho, en suma, una de aquellas fiestas del segundo Imperio, en las que concurrían, en los dorados salones del Café Inglés, emperadores y reyes, que venían a inclinarse ante el poder de *Napoleón el Pequeño*, según la inmortal expresión del vidente de Hauteville-House (1). He aquí el *menu*:

Huitres
Hors-d'oeuvre
Potages:
Julienne, Tapioca Crécy
Poisson:
Turbot, sauce hollandaise
Entrées:
Escaloppe de veau à la Macédoine
Suprême de volaille à la Melchior
Jambons d'York aux épinards
Filets mignons à la Saavedra
Gibier:
Perdreaux rôtis à la crapaudine
Entre-mets:
Charlotte Russe
Dartois doré
Glaces, dessert
Vins:
Bucellas, Collares, St. Julien, Campagne, Porto.
Café.—Liqueurs.

»Como ven los lectores, entre los platos había dos dedicados, uno al simpático anfitrión y otro a nuestro querido director, señor Saavedra, que fué objeto de las más efusivas manifestaciones.

»El adorno de la mesa, así como la composición del *menu*, fueron hechos bajo los inteligentes consejos del popular Juan Meiriño, a quien una larga residencia en las capitales de la civilización hace de él un *artiste* en estos acontecimientos de la vida elegante y *boulevardière*.

»Los brindis fueron numerosos y elocuentes: el del señor Carvalhosa, a la literatura contemporánea, fué una de las improvisaciones más brillantes que hemos escuchado, y trajo a la memoria de todos el recuerdo del inmortal José Estevan. El señor Roma, acogido con un entusiasmo exuberante, recitó su delicada elegía *El adiós de Elvira*: vimos lágrimas en muchos ojos. Sarrotini cantó, con su maestría habitual, una deliciosa canción napolitana. El amigo Padilla, siempre obsequioso, realizó algunas de sus mejores imitaciones, que tantos aplausos le conquistan en los salones de la *high-life*: fueron notables las del *Oboe*, *Emilia de las Nieves*, *Perdiz* y *Partida de un tren*. Cordeiro, el inspirado galán joven, recitó con prodigioso talento el monólogo de *Hamlet*, del gran bardo de la fría Albión, tan primorosa-

(1) Victor Hugo.

mente traducido por una regia pluma. Hubo también la lectura de trozos de una comedia, escrita por un mancebo de Oliveira de Azemeis, el señor Corvello, si no nos falla la memoria, que logró hacer sonreír con algunos *calembours*.

»La mayor cordialidad, el ingenio más punzante, las anécdotas más finas, las conversaciones más espirituales, ocuparon la noche. Todos se retiraron bendiciendo al distinguido señor Melchor, que es una de las personalidades más simpáticas de la república de las letras, por haber proporcionado tan notable medio de demostrar que Lisboa no debe envidiar a París por la suntuosidad de los hoteles, el talento de los escritores y las buenas maneras de la *high-life*. Estas fiestas elevan el espíritu y hacen remontar el recuerdo a los tiempos de Garrett y de don Juan de Azevedo, ¡en que la vida elegante se unía en un provechoso convivio a la vida literaria!»

*

Arturo bajó la calle de San Roque hasta el hotel como una piedra que rueda, maldiciendo alto, de indignación; subió presuroso las escaleras, resoplando; ya en el cuarto, tiró el sombrero contra la pared; sentía hacia Melchor un odio homicida; pensaba tumultuosamente en venganzas vagas, midiendo el suelo con pisadas nerviosas. Reparó entonces en una carta que habían metido por debajo de la puerta. ¿Una explicación de Melchor, tal vez? ¿Proposiciones de rectificación?...

Era la factura de la comida. Comprobó el total, trémulo: ¡sesenta y dos duros!

Se dejó caer en una silla con el papel desdoblado en la mano y lágrimas de rabia en los ojos, murmurando:

—¡Canallas!

V

Recibió al día siguiente pruebas de las primeras hojas de *Esmaltes y joyas*, y, muy corregidas, iba a llevarlas él mismo, precisamente, a la tipografía de los Castros, cuando al llegar a la plaza de Camoens, en el momento en que se paraba para dejar pasar un carro, ¡vió, bajando por la calle de San Roque, a la señora del vestido a cuadros!

En el deslumbramiento que le produjeron su presencia, su rostro ovalado, que iluminaban unos ojos negros la gracia de su cabeza, toda su figura pequeñita y graciosa, se quedó inmóvil. Un carruaje al trote casi le atropelló; refugióse, aturdido, junto a la verja de la plaza, y la vió seguir hacia la calle del Correo.

¡No se fijó en él! Llevaba de la mano un niño. Su vestido de lana azul tenía unos adornos de seda de un azul más oscuro; iba despacio, recogiéndose con gracia la cola del vestido. Calzaba guantes de *peau de Suède* clara, y al andar, se volvía hacia la criatura, que charlaba andando con pasitos muy vivos, enfundadas las piernecillas en unas medias encarnadas, toda sonrosada, gordiflona, sana, apetitosa como un fruto, fresca como una rosa.

La fué siguiendo. No oía los ruidos de la calle; las fachadas de las casas habían desaparecido: parecíale que sólo ella pasaba por las losas del paseo y que la claridad del día adquiría un dorado glorioso. Pese a estar magnetizado, aminoraba el paso; temía ofenderla yendo muy cerca de ella, como en una persecución, y devoraba con la mirada los volantes de su vestido, una blancura de encajes de la enagua, los altos tacones de sus botinas.

En la esquina de una travesía, junto a un portal, pedía limosna una pobre con un niño en el regazo; ella

se detuvo, le dió una limosna, y aquella sencilla caridad conmovió a Arturo como una revelación de bondades delicadas, de piedades democráticas; discretamente, para unirse a ella en una generosidad común, dejó dos reales en la mano descarnada de la mujer.

Un ávido deseo de presentarse, de manifestarse, henchíale el pecho; aquel talle fino, recto, atraía los brazos, la negra trenza, con un prendedor, atraía las puntas de los dedos; ponía él toda el alma en los ojos, tan intensamente, que no le habría sorprendido que ella se parase y, volviéndose, le tendiera la mano.

Observaba ansiosamente todos sus movimientos, como revelaciones de su carácter; la vió alzar los ojos hacia un cartel y lamentó que no fuese el de su obra, anunciada allí en gruesas letras negras; tuvo odio a un aguador que al pasar torpemente rozó casi la manga del vestido azul: ¡cómo se precipitaría si alguien la ofendiese o la pisase! Y apretaba con furia el bastón, mirando alrededor, dispuesto a defenderla, imaginando que un borracho, al salir de una taberna, le pasaba las manos inmundas por el rostro... El se lanzaba; ella se refugiaba en sus brazos, le reconocía, iniciándose un amor delicioso, que constituiría la gloria, el fin, la alta significación de su vida. Impulsado por aqullas fantasías, iba casi junto a ella. Había entrado en la calle de San Benito; pensó entonces en adelantarla, volverse, mirarla con adoración, decirle con una larga mirada: ¡Soy yo! Mírame, ¿no te acuerdas?

Pero la timidez le contenía. Iba, al fin, a adelantarse, cuando ella, cruzando la calle, ¡entró en el ancho portal de una espaciosa casa de un piso! ¡Qué rabia!... ¡Pero tal vez se asomaría ella al balcón!

Había uno entreabierto, por donde él veía, entre la tela oscura de las cortinas, brillar confusamente, en el fondo sombrío, dorados de marcos. Encendió un puro y se puso a pasear despacio, esperando a cada momento ver aparecer en el balcón la cabecita pálida y fina, ya sin sombrero. Vivía allí con seguridad, y la casa, con su fachada amarilla, las ventanas del piso bajo enrejadas, el patio de piedra menuda, con dos hojas de bayeta verde al fondo, sobre un escalón, le atraía extrañamente, con su expresión discreta, aristocrática, como si la mujer amada que allí moraba le comunicase una gracia digna y recogida.

Un portero grueso, barbudo, vino a situarse en la puerta, lanzando a su alrededor miradas majestuosas, y Arturo, temiendo que advirtiese su curiosidad inquieta, por prudencia, volvió a subir la calle del Correo. Habíase olvidado ahora de las pruebas del libro, y caminando rápidamente, pensaba con energía en cosas vagas que intentaría para darse a conocer ¡y conseguir su amor! La casa de doña Juana Coutiño, sus *soirées* aristocráticas y literarias, a las cuales ella, tan bonita, tan noble, concurría seguramente, le ofrecerían el medio más asequible. Eran el lugar de cita de nuestra *high-life*, había dicho Meiriño cuando le prometió presentarle. Iría él de frac, con una camelia roja... Pediría a Meiriño delicadamente que le presentase... ¡Cómo! ¡Debía exigirlo! Tenía derecho a eso: ¡habíale comprado un gabán y dos pistolas, le obsequió con una buena comida! Era necesario ser hábil. Meiriño debía saber el nombre de ella, sus amistades, sus costumbres; Melchor, también; él, que decía conocer hasta los perros vagabundos de la calle...

Y de repente se dió de frente con el periodista, que bajaba por la calle del Carvalho:

—Hombre, en usted estaba pensando—dijo expansivamente, olvidando la infamia de la noticia del *Seculo.*

Melchor tuvo un movimiento de huída; pero le dió un apretón de mano blando, vacilante, con la cara como la grana.

¿Qué había hecho? ¿Por qué no apareció por la Redacción? Saavedra había preguntado por él, le gustó mucho el drama a Saavedra...

Mascaba las palabras espesamente, con un azoramiento que le entumecía las facciones, y de repente, sin transición, en voz muy alta, con grandes gestos, que hacían volverse a los transeúntes asombrados, comenzó a insultar a Roma.

¡Fué Roma quien escribió el artículo del *Seculo*, aquel canalla! ¡Había sido una perfidia! El, cuando lo leyó, se arrancaba los pelos...

Y cruzando los brazos con violencia, casi escandalizado con Arturo:

—Pero ¿por qué no me dice usted la verdad? ¿Qué le ha pasado con Roma?

Arturo juró enérgicamente que no tenía nada contra él.

—¡Pues no le puede tragar!

Y para hablar con menos cautela, le fué llevando por las calles más aisladas del Barrio Alto.

—¡Comprenderá usted que yo no podía haber escrito esa reseña! ¡Qué diablo! Habiendo yo dado la comida, no hubiese sido decente. Se lo encargué a Roma: ¡siempre es una figura y un estilista! ¡Le recomendé que hablase del drama, con gran elogio, un elogio de aúpa! ¡Y va y escribe esa infamia!

Arturo, entonces, se indignó. ¡Qué poca vergüenza! ¡Y él, que hasta admiraba a Roma y sus *Idilios y devaneos!*

¡Pues que tuviese cuidado! Que había en los *Idilios* muchos defectos... ¡Versos equivocados, imitaciones, errores gramaticales!...

Exaltado, hablaba alto, con los ojos brillantes. Melchor le miraba de soslayo, inquieto ya ante aquella cólera, inesperada en un joven provinciano y tímido. Y entonces exageró él también su odio a Roma. ¡La afrenta se la había hecho a él, Melchor! ¡Ah! ¡Pero Roma se las pagaría! ¡Que lo dejase de su cuenta!

—¡Usted no se imagina el disgusto que me llevé! Yo soy así. Por los amigos—y usted, caramba, ha conquistado mi simpatía—, ¡por los amigos, todo! Soy una víctima de mi abnegación. ¡Soy una víctima!

Con una verbosidad impetuosa contó entonces otros casos en que su buena fe había sido sorprendida, ¡indignamente sorprendida! Y es que él era un caballero: ¡creía en la caballerosidad de los demás! Por eso no tenía un céntimo. Era un despilfarrador con todos. Le sucedió lo mismo con la herencia de su padre: perdió más de dos mil duros. ¿Por qué? ¡Buena fe, caballerosidad! Pero, al menos, podía pasear por la ciudad con la cabeza alta...

Aquellas explicaciones tan íntimas, tan amistosas, confidenciales, enternecían casi a Arturo. Sentíase agradecido a Melchor viéndole sufrir a causa del suelto del *Seculo*. Le invadió una oleada de amistad rebosante hacia él: deseaba pasar el brazo por su cintura, ofrecerle dinero; se le ocurrió de repente regalarle una boquilla. No se había enfadado con él, le iba diciendo: *Violón* habíale afirmado siempre que el amigo Melchor era un muchacho de intención muy recta.

—¡*Violón* lo sabe bien; sí, él bien lo sabe!—exclamaba Melchor, captando ansiosamente aquel testimonio y alzando los ojos y las manos hacia el cielo azul.

¡Ah, pero no se había perdido nada! Roma había cometido aquella infamia; pero ¿por qué? Por envidia.

Todos juzgaban el drama una maravilla...

—Me lo dijo Saavedra: Arturo es un gran dramaturgo. ¡Es único! Y Xavier, que entiende como nadie, ¡estaba entusiasmado! Me lo dijo también. Usted publique el librito de versos, y él escribirá un folletín que hará reventar de rabia a Roma... ¡Porque no le puede ver al tal Roma!

Se lamentó entonces de aquellas enemistades entre muchachos. ¡La juventud debería estar unida!

Habían bajado la calle de San Roque, y Melchor, queriendo aplacar por completo a Arturo, declaró que para borrar la mala impresión de la «noticia de la comida» era preciso publicar otra sobre el drama...

—Por ejemplo...—y parado enfrente al Tavares, meditaba, con un dedo sobre los labios y el sombrero un poco hacia atrás—. Una noticia *chic*, sensacional... Por ejemplo... Espere usted...

Pero de repente, al tropezar sus ojos con dos individuos que subían despacio la calle, se inmutó, y murmurando «¡Ah, diablo; adiós, amigo!», giró sobre sus talones y se alejó presuroso, huyendo a grandes zancadas. Arturo, atónito, le vió cortar, pegado a la esquina, por una travesía del Barrio Alto.

Los dos sujetos se acercaban tranquilamente, riendo; uno de ellos, grueso, de larga perilla, miró de soslayo a Arturo, y alzando la voz:

—El gallina de Melchor se ha escabullido de la paliza. Pero no se la perderá. ¡Esas orejas de burro me pertenecen y se las he de arrancar en el momento oportuno!

Y siguieron, con aire de burla.

*

Aquella tarde, mientras comían en el Universal, Arturo dió tímidamente a Meiriño las señas de la señora del vestido a cuadros, preguntándole si la conocía... Vivía en la calle de San Benito, en un palacete de un solo piso...

Meiriño pareció humillado de no conocerla. Por otra parte, como había estado tanto tiempo ausente de Lisboa..., había caras nuevas. No era de extrañar que no la conociese.

Y recostándose en la silla, haciendo girar en su dedo la sortija con el escudo, como para complacerse en la pureza de su alcurnia, se lamentó de la formación de una aristocracia nueva, brasileña, que era la que tenía el dinero, los coches... Citó la frase del viejo marqués de Arreffaña, «aquel excéntrico»: «Yo, cuando pasa un fastuoso landó, vuelvo la cabeza, porque estoy seguro de que es gente ordinaria; pero si veo un alquilón, me quito el sombrero, porque tengo la certeza de que van en él personas de noble cuna...»

—Está bien dicho, ¿eh?—Se atusó con satisfacción la bella barba rubia, e inclinándose al oído de Arturo—: ¿Por qué? ¿Tenemos alguna conquista?

Arturo negó. Era pura curiosidad. Había encontrado a aquella señora, le pareció bonita... Se quejó entonces de su soledad: no tenía relaciones... Algunas veces, de noche, se aburría. Y dijo, riendo, con negligencia, como en broma:

—Qué, ¿cuándo vamos a casa de doña Juana Coutiño?

Meiriño tragó de prisa, bebió un sorbo de vino, y dejando la copa:

—¡Ah! No lo he olvidado. Incluso tengo en ello empeño... Es necesario, primero, naturalmente—de acuerdo con la etiqueta—, pedirle autorización—y más bajo—: Ya vi, ya vi la noticia del *Seculo*. Me hicieron mucho favor... Me tienen aprecio...—Se recostó beatíficamente, cerrando los ojos, como para saborear la simpatía

ambiente—: ¡Porque la fiesta resultó bonita, muy bonita!... Con franqueza, ¿cuánto?

Arturo enrojeció y dijo:

—¡Sesenta y dos durillos!

Meiriño reflexionó un momento, y luego, con gravedad:

—¡Muy razonable, muy razonable! Y ya vi que sus *calembours* tuvieron mucha aceptación...

Y dirigiéndose a un individuo pesado, de labios gruesos y barba canosa, que comía con lenta gula, brillante de sudor aceitoso su piel arrugada:

—¡Hombre, Benito Correia, aquí tiene usted un rival!

Al oír el nombre de Benito Correia, una antigua celebridad, casi clásica, periodista, funcionario, Arturo se puso colorado.

Benito Correia se volvió, y con una voz pastosa, lenta, con la boca llena:

—Entonces, ¿pertenece a la cofradía?

—Tenía que haberle oído. En la comida de Melchor nos leyó una comedia... ¡Oh, amigo, de las de caerse! ¡Con deliciosos *calembours!*

Estaba convencido de la excelencia de los *calembours* desde que los vió elogiados en el periódico. Arturo, desesperado, lleno de vergüenza, replicó:

—No, no es sólo eso... Es un drama...

—¡No, señor; no, señor!—exclamó Meiriño, como para contradecir aquella modestia excesiva—. ¡Muy buenos! ¡Muy buenos! ¡El de los huevos es delicioso! ¡Digno de! *Fígaro!*

—Venga ese de los huevos—dijo Benito Correia, con su tranquilidad majestuosa y atiesada.

Meiriño lo repetió riendo, saboreándolo de nuevo. Benito Correia pareció satisfecho, y dijo en seguida otro que había él hecho, la víspera, en la reunión de la mayoría; repitió el *boeuf-à-la-mode*, y siguió hablando en aquel tono pastoso con un individuo que estaba a su lado y que escuchaba con los ojos, con la mandíbula, con toda su persona provinciana, con una admiración de discípulo, escarbándose los dientes con la uña.

Arturo contemplaba la gruesa cara reluciente de Benito Correia, su mirada mortecina, que surgía de unos párpados pesados, su masticación lenta, pensando, exasperado, ¡que para aquel hombre ilustre él era tan sólo un confeccionador de *calembours*, un insignificante! Era aquélla, seguramente, la opinión de los otros, de todos los que leyeron el *Seculo*. Parecíale ver en los rostros, iluminados por una satisfacción necia, completa, un desdén apático por sus habilidades «de fabricante de chistes». Los aspectos nobles de su talento ¡desaparecían bajo la popularidad de una broma incidental! ¡Y había sido Roma, aquel canalla, quien preparó aquella perfidia abrumadora! ¡Y era el imbécil de Meiriño el que la exageraba y la prodigaba! ¡Les tenía odio! Meiriño, sobre todo, le irritaba con aquel gesto al acariciarse la bella barba rubia, engarabitando el meñique de uña bruñida. Su furor aumentó cuando Carvalhosa, que llegó tarde, con el aspecto sucio de quien viene de lejos, roja la frente por la señal del sombrero, despeinado, le dijo, sentándose, con un tono negligente y superior:

—Qué, ¿tenemos algún nuevo *calembour?*

¡Realmente, era una conspiración! ¡Querían rebajarle, empequeñecerle, reducirle a las proporciones de un chistoso de almanaque! Vagos proyectos cruzaron por su espíritu: hacer una declaración en los periódicos, ¡imprimir inmediatamente su drama! Deseaba, sobre todo, dar de

golpes a Roma. Y, furioso, iba a levantarse, cuando apareció el señor Alvim, adelantando hacia la mesa su carita envejecida, muy afeitada, de duras arrugas, con aquellos tonos de greda lívida que la caracterización y el gas dan a los antiguos actores. Pequeñito, sutil, vagaba todo el día por el hotel, haciendo trucos de prestidigitación ante las personas con quienes se encontraba, sacándose un limón del cuello, una moneda de la nariz, empalmando un par de guantes, bajo la mirada atónita de algún provinciano; tendía gustosamente la mano a una moneda de peseta y su sonrisa menuda tenía un servilismo adulador; deshacíase en reverencias con la elasticidad de un *clown*; según decían, conocía a usureros y regentaba un lupanar; era generalmente estimado por tratarse del «granuja de Alvim». Pareció desde un principio simpatizar con Arturo, encontrando en él una pasividad favorable a sus «trucos». Y apenas entró, acercándose en las puntas de sus botas deterioradas, seguido por las miradas ya divertidas, le sacó de la mandíbula, con una sorpresa cómica, una pera de invierno. Alrededor rieron:

—¡Bravo, señor Alvim!

Y Benito Correia expresó paternalmente:

—¡Eso es sacar una *perilla* de una mandíbula afeitada! (1).

¡Gracioso *calembour!* ¡Causó deleite! ¡Aquel demonio de Correia!... ¡Tenía unos golpes!... Meiriño, entusiasmado, dió con el codo a Arturo:

—¡Este es soberbio, hombre! ¡Póngalo en su comedia, póngalo en su comedia!

(1) Intento aquí conservar el retruécano del original, basado en la homonimia, en portugués, del vocablo *pêra*, que puede significar la fruta, *pera*, y *perilla* (barba en esa forma, usada en el siglo pasado).

Y Carvalhosa, con la boca llena, repetía:

—¡Póngalo en su comedia! ¡Es magnífico!

—De artista—dijo con autoridad Padilla, mirando a Arturo como aconsejándole que utilizase aquel soberbio *calembour*.

Arturo sentía ante los ojos una niebla sangrienta. ¡Aquélla era una mofa, no cabía duda! Se sofocaba. Dijo vagamente: ¡Qué calor! Y cogiendo el sombrero, salió, oyendo aún las risotadas en el comedor. ¡Se reían de él, evidentemente!

Bajó el Chiado, dando codazos a la gente, con palabras vagas, murmuradas, que le brotaban de la boca como un vapor de cólera. Entró en el Martiño, y el camarero, que limpiaba el mármol de la mesa, se quedó admirado del gesto brusco con que se dejó caer en una silla y de la voz furiosa con que pidió ginebra.

Cuando su furor se desvaneció, Arturo reparó en el republicano, en Nazareno, que, al lado, con la taza delante, fumaba, con la cabeza apoyada en la pared, y brillándole los lentes sombríamente. Los burgueses del Universal habíanle indignado tanto, que sintió, en un impulso, una ardiente simpatía por aquel hombre, enemigo de la burguesía, que hablaba en los clubs contra ella y preparaba su muerte. Después de los rostros necios que habían reído del *calembour* de Benito Correia, hallaba una elevada expresión de inteligencia crítica en aquella fisonomía seca de jacobino, que tomaba su café con una mansedumbre filosófica. ¡Cómo agradaría su drama, que era la glorificación democrática del genio plebeyo, a aquel republicano, a aquel igualitario! Parecíale ahora que los Carvalhosas, los Padillas, querían empequeñecer su drama por sentir en él un gran aliento revolucionario; y en su indignación contra los conserva-

dores, Benito Correia, los Meiriños, decidió servir las ideas de Nazareno, dramatizarlas. Deseaba conocerle, desahogarse con él, hablar mal, odiosamente mal, de la canalla que allí arriba, en el Universal, se lamía los bigotes, húmedos de café, partiendo nueces apáticamente, en el hartazgo de una alimentación cara. Buscaba un medio de abordarle, cuando Nazareno pidió al camarero *La Revolución de Septiembre*, que estaba delante de Arturo, abierta y sucia; se apresuró a ofrecérsela, levantándose a medias y sonriendo; el republicano le dió las gracias con un movimiento reservado, recorrió el periódico un momento, lo tiró a un lado con desdén y bebió los últimos sorbos de su café. Aquel gesto encantó a Arturo: mostraba el desprecio del republicano por la literatura de los Romas, de los Xavier, ¡de la canalla! Y pidió otro café, deteniéndose, esperando un incidente, una mirada, alguna palabra casual que los reuniese. Pero Nazareno, inmóvil, lanzaba espaciadamente el humo de su cigarro. Era tal vez amigo de Damián, pensó Arturo. Podría preguntarle, con mucha naturalidad, el domicilio de Damián o cuándo regresaría del Algarve. E iba a hablarle, animado por dos copas de ginebra, cuando el republicano puso unas monedas sobre el mármol de la mesa, se levantó, y dándose un toque en el pelo ante el espejo, salió, erguido y seco. ¡Qué contrariedad!

Salió él también, desconsolado. Aquella contrariedad le hizo pensar en las otras mucho mayores que alteraban su vida: su amor por aquella mujercita pálida, entrevista y perdida en seguida; la reputación de farsa adjudicada a su drama, tan filosófico; las *soirées* de doña Juana Coutiño, prometidas y siempre aplazadas; sus entusiasmos literarios por Roma y por Carvalhosa, correspondidos con perfidias, desdenes, burlas... Todo en su vida era así, incompleto, esbozado, fragmentario; no encontraba nada sólido en qué asentarse, a qué consagrarse: amor, relaciones, gloria, todo se le escapaba de entre las manos, como el agua que un niño quiere coger y que se le escurre entre los dedos. Y sentía una soledad, una frialdad, que la noche neblinosa aumentaba. Habíase extendido una niebla que las altas casas encajonaban, adensaban, en la que la luz del gas se amortiguaba y los bultos tomaban un tono neutro y encogido; las fachadas oscuras parecían más tristes, vagamente fundidas en la incierta opacidad de la bruma.

Arturo caminaba triste; sentía cómo la niebla se le prendía al bigote, a las pestañas, ablandando el almidonado del cuello; cómo toda aquella humedad se posaba en su alma. Lleno de tedio, sintiéndose más solo aún en las calles vacías, de donde la niebla había alejado a la gente, le dieron deseos de emborracharse, de caldear el cuerpo y el espíritu con ginebra, de entregarse a excesos. Volvió al Rocío: entró en un cafetín, donde el color sucio de la pared, el suelo negro, el estuco manchado, rebajaban la escasa luz de los tristes brazos de gas.

Se situó en un rincón con la botellita de ginebra delante, melancólico, pensando en el café de la Corcovada, que ahora le parecía más confortable, más grato que todo cuanto había encontrado en Lisboa, con la simpatía locuaz de *Violón*, la lumbre chisporroteando al otro lado del tabique en el fogón de la cocina, y las voces conocidas canturriando en el billar.

Una tos ronca y pertinaz en una mesa de al lado le hizo fijarse en un individuo que tomaba aguardiente triple: bajo y gordo, llevaba un capote sobre los hombros, y su cara redonda, afeitada, fofa, tenía un color lívido de piel de gallina; en su mirada empañada había una languidez morbosa y grotesca. Le sonrió a Arturo, dirigiéndose a él con una vocecilla aflautada:

—¡Mala noche!

—¡Muy mala!

El individuo, inmediatamente, se corrió sobre el banco de rejilla hasta quedar junto a Arturo, con un movimiento derrengado de caderas, revirando los ojos en una ternura llorosa:

—¿Quiere aceptar una copita?

Arturo se negó. Aquella proximidad del viejo le embarazaba; el individuo tenía un no sé qué de pegajoso en la piel, una morbidez de pierna afeminada que repelía, y en sus ojos, de color indeciso y que no se apartaban de Arturo, vagaba una lujuria turbia, equívoca, fláccida.

—Entonces, ¿no acepta una copita?—dijo el hombre, más bajo, acercándose.

Arturo, instintivamente, retrocedió con asco. El otro tuvo un movimiento de caderas, le tocó en la rodilla y muy canallamente:

—¡No tenga miedo, jovencito!

Arturo comprendió, y levantándose con los puños cerrados:

—¡Es usted un granuja!

—¡Bueno, hijo, bueno!—dijo el otro tranquilamente.

Arturo llamó a gritos al mozo, tiró una moneda sobre la mesa y salió furioso.

La niebla se adensaba; y Arturo, subiendo por el Chiado, impulsado por la indignación, iba murmurando:

—¡Canalla de ciudad!

*

A los pocos días, por la mañana, revisaba las pruebas de los *Esmaltes y joyas*, cuando la puerta se abrió discretamente y entró Meiriño, pidiendo muchas veces permiso, envuelto en su bella *robe-de-chambre* rameada, con un aspecto más risueño y más servicial.

¡Si estaba trabajando, no quería molestarle! Revisando pruebas, ¿eh? Las examinó por encima del hombro de Arturo, sin dejarle levantar, diciendo:

—¡Por Dios, por Dios, paisano! ¡No he venido a molestar! Bonito tipo; elzeviriano, ¿no? Es muy *chic*. Versitos de amor, ¿eh? ¡Es usted un bribón!... Bueno, vamos a ver, vamos a ver—e inclinaba el rostro para escuchar, con arrobo.

Arturo, halagado, leyó en la hoja que revisaba algunas estrofas a las *Colinas de San Esteban*, «que estaban allí, en su tierra»:

> Oh colinas verdinegras,
> donde se esconden casitas,
> poniendo alburas de cal
> en las negras enramadas...
>
> Colinas de San Esteban,
> donde, al ocaso, paseo
> buscando en las nubes blancas
> ¡motivos para el ensueño!

A Meiriño le pareció «suculento». Y sonriendo maliciosamente, quiso saber si él no hacía algunas veces «versitos frescos», como los de Bocage, por ejemplo...

Arturo enrojeció como una virgen; ¡claro que no! ¡Qué horror!

—Pues tienen su aceptación—dijo Meiriño, con aire de entendido—. ¡A mí me arrebatan! ¡Y mire que en sociedad gustan mucho! ¡Ya se sabe, nada de indecencias gordas! Del estilo de Padilla. ¡Padilla para eso era un Dios! ¿Conoce usted su *Botón de rosa?* ¿No lo conoce?—y parecía asombrado—: Pues mire, es famoso, y como usted es literato... ¡Pero en París sí que hay muchachos para eso! ¡Oh!—y ponía los ojos en blanco—: ¡Y poetas de gran

fama! Son muy apreciados. ¡Es muy *chic!*

Arturo estaba rojo e indignado. Había en la voz convencida, en los movimientos de ojos de Meiriño, al hacer el elogio de la poesía obscena, una satisfacción lánguida que le recordaba, por vagas semejanzas, al viejo del café del Rocío; y aquellas opiniones estúpidas hacían parecer más irritante la corrección de su barba y la elegancia de su bella *robe-de-chambre* rameada.

Meiriño se pasó el pañuelo con el monograma bordado por la nariz, y cambiando de tono:

—¡Pues yo venía a saber si el amigo quiere ir hoy a casa de doña Juana Coutiño!

¡Qué sorpresa! Sin embargo, a la alegría repentina que le invadió mezclábase un vago miedo, que le hizo decir sin saber por qué:

—Hoy, no...

Se arrepintió en seguida. Quiso rectificar. Removía nerviosamente las hojas impresas del libro, con las orejas coloradas. Meiriño exclamó:

—¡Cómo! El amigo no tiene qué hacer. Hablé ya a doña Juana: ella tiene mucho gusto... Allí se recita, naturalmente. Tiene usted que llevar algún versito...

Arturo accedió, al fin, agradecido. Y para disimular su entusiasmo provinciano, preguntó a qué horas debía ir, quién estaría allí...

—¡Ah!—exclamó Meiriño—. Tal vez encuentre a esa señora que vive en San Benito. Si es persona de mundo, algún martes tendrá que ir allá. ¡Va todo lo mejor!

Arturo se puso rojo de placer. En seguida calculó que debía ir a comprar unos guantes color paja, una flor... Sentía una nueva estimación por Meiriño; era realmente un buen amigo; pensaba incluso dedicarle una poesía del libro...

—¡Cómo ha mejorado el tiempo!, ¿eh?—exclamó Meiriño, que se había acercado a la ventana.

Por la mañana había lloviznado todavía; pero ahora el cielo azul, de un azul suave y húmedo, brillaba entre grandes nubes algodonosas, que la luz orlaba con un tono terso y lechoso.

Arturo abrió la ventana. Al contento producido por el lindo día mezclábase la alegría de ir a la *soirée*: sentíase vagamente enternecido. Veíase allí en un rico salón, donde colas de seda rozan las alfombras, hablándole bajo a *Ella*, muy cerca del abanico abierto sobre el lindo rostro, arrebolado por dulces emociones. ¿Qué recitaría?

—Se recita, ¿eh?—preguntó de nuevo a Meiriño.

—Suelen hacerlo—dijo el otro, que parecía distraído, paseando por el cuarto, acariciándose la barba, apretándose los cordones de la bata. A veces se paraba, sonreía a Arturo, cerraba los ojos, daba unos pasos, inclinado hacia sus zapatillas bordadas. Y de repente dijo:

—Entonces, a las nueve, de frac...

Se dirigió hacia la puerta; pero se detuvo, y con un gran gesto:

—¡Hombre, se me olvidaba!—y rió suavemente un momento, como si fuese a decir algo cómico—: Me sucede una historia graciosa. Esperaba hoy un dinero... Tiene gracia, ¿no? ¡Cosas de este país!... ¡Es de una ridiculez!... Esperaba un dinero... Pues, Señor, se han descuidado... Y aquí estoy yo... ¿Tendría el amigo diez duros hasta mañana?

Arturo, sorprendido un instante, fué en seguida al baúl a sacar los duros de un cartucho. Y Meiriño, dejándolos escurrir con negligencia en el amplio bolsillo de la bata:

—¡Es de una ridiculez!, ¿eh? ¡Cosas de mi administrador!—y volvió a reír con ambigüedad—: Entonces, a las nueve, de frac. Y corbata negra; se puede prescindir de la corbata blanca...

Sorbió otra risa, y ya con la mano en el picaporte:

—Doña Juana Coutiño le ha de apreciar mucho. Ya le hablé de sus *calembours*. ¡Lo sabe ya, lo sabe ya!

Rió de nuevo, y con un suave deslizar de las zapatillas salió diciendo:

—*Au revoir, cher!*

Arturo se quedó sumamente agitado. Iba a ver, al fin, aquella cosa extraordinaria: *¡la sociedad!*

Imaginaba vagos diálogos, frases originales que diría, posturas que adoptaría; y sentía ya unos temores indefinidos, a los que se mezclaba una ráfaga de vanidad alegre y de timidez huraña. ¿Y si *Ella* estaba allí? ¿Se atrevería a recordarle lo de la estación de Ovar? Y fumando por el cuarto, se perdía en imaginaciones fluctuantes, en que formaba y deshacía la novela fragmentaria de sus amores con *Ella*, desde la primera mirada hasta los celos del marido, ¡hasta un posible desafío!...

En aquel momento un criado entró con una carta; era de don Melchor, y el recadero esperaba contestación. «Amigo Arturo—decía el periodista—: Hoy, por casualidad, yo y otro amigo hemos organizado una excursión a Dafundo con damas españolas. Gastos repartidos como en un *pic-nic* de amigos. ¿Quiere usted venir? El otro muchacho es conocido, es de los nuestros. Conteste. El *rendez-vous* es a las nueve en punto en la Casa Habanera.—*P. S.* ¡La hermosa Concha está dispuesta a ir y a que usted sea su *cavalier!* ¡Viva la juerga!»

Arturo permaneció con el billete en la mano, vacilando; en la letra irregular y desmañada de Melchor entreveía como una impetuosidad de jarana, un desaliño de *toilette*. La idea de la orgía se le presentaba toda centelleante de tentaciones: ¡en una profusión de luces de gas, chorros dorados de champaña saltando de los estrechos golletes, mujeres de escotes atrevidos cantando, valses improvisados haciendo retemblar los cristales sobre la *mesa* y en que el *frufrú* de las sedas se mezclaba al estallido de los besos!... Sentía un gran deseo de ir, pero ¿y su promesa a un hombre tan bien relacionado como Meiriño?... ¿La esperanza de verla a *Ella?...*

Respondió, no sin orgullo, «que lo sentía mucho, pero que estaba ya invitado a una *soirée* en la *high-life*».

*

La casa de doña Juana Coutiño, en Santa Isabel, era un antiguo edificio, con un patio enlosado de piedra menuda, donde a veces se veía, en un rincón, desenganchado, el carretón del agua.

Casada con un noble provinciano, rico y ya de edad, doña Juana Coutiño recibía los martes: aquellas *soirées* demostraban su posición social. De cuando en cuando, con la prudencia de quien aviva una lumbre que tiende a apagarse, algunos amigos (Benito Correia decía «algunos devotos») hacían publicar en los diarios «que los deliciosos martes de la excelentísima señora doña Juana Coutiño seguían siendo la gran atracción de la sociedad elegante». Decíase generalmente que eran «*soirées* eclécticas»; veíanse, en efecto, en los tres salones seguidos viejos aristócratas, nuevos diputados, periodistas, algún que otro banquero, un ministro, poetas y extranjeros. A veces se recitaba allí; cuando predominaban las muchachas, se valsaba a los sones del piano; y como su marido conservaba muchas relaciones en provincias, veíase también vagar entre los grupos característicamente lisbonenses algún individuo huraño, de colores

sanos, llegado del fondo de la Beira o de las alturas de Traz-os-Montes, molesto dentro del frac surcado por las arrugas de la maleta. Lo que sobre todo hacía estimadas aquellas *soirées* era la disposición del moblaje y la moderación de la luz: las sillas y los sofás, cubiertos en verano y en invierno con sus fundas de fustán blanco, estaba colocados de tal modo que formaban retiros propicios a la intimidad de un grupo o de una *coterie*, rincones oscuros, excelentes para el diálogo susurrante de una pareja sentimental. Algunas veces veíase así, en un rincón poco iluminado, una pechera de camisa muy cerca de un abanico abierto: era un pequeño escándalo en plena función, como decía el maligno Xavier; otras veces, de una de aquellas alcobas—Benito Correia decía con descaro «las alcobas de doña Juana»—se veía levantarse a un individuo, con la cara muy seria, entumecida, roja, parpadeando como un hombre a medio despertar a quien desearía uno preguntar: «Ha echado usted un sueñecito, ¿eh?» Las luces, lámparas Carcel, de globo esmerilado, con gruesas pantallas, concentraban toda su claridad en medio de la sala sobre inocentes álbumes y honestas vistas estereoscópicas, dejando junto a las paredes una zona de sombra adorable; así no era necesario a las señoras, como se decía, «esmerarse mucho en la *toilette*»; ligeras modificaciones de adornos en el mismo vestido bastaban para un trimestre; además de lo cual, la penumbra favorecía los rostros muy pintados, y las bellezas ruinosas tomaban, en aquella suave esfumación de tonos neutros, un encanto imprevisto.

Por eso doña Juana Coutiño era muy estimada. Pese a estar casada con un viejo monótono y pasivo y a haber, con sus espléndidos ojos negros, su alta estatura airosa, «inspirado un bonito par de pasiones», era honrada. Tenía grandes amistades femeninas: veíasela a veces durante un invierno entero con alguna muchacha a la que nadie conocía, arrancada de los fondos neutros de la burguesía, y que ella llevaba a su lado en el landó, colocada en el mejor asiento de su palco en el San Carlos o en el centro de su salón, los martes, acechándola siempre con ojos brillantes, levantándose de pronto para ir a susurrarle un secreto, con cálidas risitas, muy celosa de sus miradas, de sus apretones de mano. Después, al invierno siguiente, «reinaba otra favorita»; sus criadas tenían fama de bonitas, y los muchachos, al entrar, solían retrasarse en los pasillos, quitándose los gabanes, con la esperanza de entrever alguna de las caritas pícaras de «las esclavas de doña Juana». Tales circunstancias daban lugar a sonrisas maliciosas: la llamaban riendo *don Juana*. Pero ella era tan amable, tenía una sonrisa tan bondadosa, sus apretones de mano hacían tintinear sus brazaletes de un modo tan atrayente siempre pronta a servir de mediadora con un ministro, a organizar una tómbola de caridad, a congregar un auditorio para la lectura de un poema triste, que—como decía Benito Correia—«todo el mundo tenía la caridad de no ahondar».

Su marido, por lo demás, parecía contento y orgulloso de ella. Era un hombrecillo pálido y silencioso, a quien los invitados, al entrar, daban un flojo apretón de mano, y las señoras mostraban los dientecillos en una breve sonrisa; después, nadie volvía a ocuparse de él. Muy metódico, muy ahorrativo, vagaba sutilmente toda la noche por la casa, colocando una silla, bajando en el pasillo la llama de un brazo de gas, recogiendo un gabán caído. Decíase

generalmente que padecía de un aneurisma: dos individuos, ambos empleados en el Ministerio de la Gobernación, ambos serios, seguían con impaciencia la marcha de la enfermedad, estudiando su palidez, sus fatigas, con la esperanza de disfrutar aún algún día de los diez mil duros de renta de la viuda. Decíase, sin embargo, que, una vez fallecido su esposo, doña Juana se retiraría a un convento, donde el número y la edad de las educandas satisfarían ampliamente sus necesidades de ternura femenina.

Daban las nueve en el reloj del pasillo cuando Meiriño y Arturo entraron, para quitarse los gabanes, en un gabinetito alumbrado por serpentinas, al lado de una consola antigua de provincia. Arturo, muy nervioso, empapado de agua de Colonia, tieso en su frac, con el estómago oprimido por el miedo, se ponía un poco trémulo los guantes color paja, cuando oyó, saliendo de una sala próxima, ¡un rebuzno clamoroso de jumento! Se volvió, asombrado, hacia Meiriño... Pero éste sólo sonrió, enarcó la pechera, peinó cuidadosamente al espejo la bella barba y dijo:

—Es perfecto, ¿eh?

Al lado, el burro roncaba convulsivamente, y aquel ronquido bestial, que llegaba a través de un repostero de paño oscuro con un monograma bordado debajo de una corona, dábale a Arturo la impresión de un corral instalado en una *soirée*.

—Es nuestro amigo—volvió a decir Meiriño. Se estiró el frac y alzó la cortina.

Era, en efecto, Padilla: en medio del salón, torcido sobre una silla, con las manos en la cintura y la cara roja, ¡hacía su gran imitación del «burro en celo»!

¡Le admiraban! Individuos serios, con las manos a la espalda, mostraban en sus rostros burocráticos expresiones aprobatorias y profundas; desde los sofás, en la penumbra, estirábanse flacos cuellos avejentados, bocas de escasos dientes se entreabrían de asombro; y las señoras, en pie, con el pecho enarcado y la cabeza ladeada, la cara radiante de satisfacción, ¡saboreaban con risitas cálidas la sensación de bestialidad que difundía por el salón aquel ronco bramido de celo!

—¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Magnífico!

El se levantó con los ojos inyectados, jadeante; ensanchando el cuello de la camisa, murmuraba:

—¡Esto del burro me mata!

Le trajeron agua con azúcar; las señoras le rodeaban, electrizadas, como buscando en él el olor, el calor, la excitación ardorosa del animal. ¡Y le pedían que hiciese la *Emilia de las Nieves!* ¡Sólo un momentito! Padilla las rechazaba casi brutalmente hinchado, resoplando; y fué a refugiarse en un sofá, junto a dos viejas, abanicándose con el pañuelo:

—¡No es moco de pavo! ¡No es moco de pavo! ¡Esta del burro me mata!

Meiriño, entonces, corriendo hacia doña Juana Coutiño, que cruzaba el salón, presentó a Arturo. Ella le dió un fuerte *shake-hands* varonil, con una sonrisa amistosa, que descubrió sus dientes hasta las encías:

—¡Mucho gusto!... ¡Es admirable Padilla! ¡Nos hemos divertido enormemente!

Arturo la miraba con admiración: muy alta, de facciones un poco masculinas, las mejillas salientes y coloradas, la nariz grande, los labios tan rojos que parecían ensangrentados, su fuerza residía en los ojos hundidos, muy negros, brillantes, voluntariosos; de su talle encorsetado, seco, caía una serie densa de enaguas, con un *frufrú* de almidonados y de sedas duras; y había en su flacura,

en sus movimientos de una ondulación felina, en su cabello negro y duro, en la tersura de sus manos largas y estrechas, en aquella cantidad de enaguas rígidas, un tono ardiente, decidido, que preocupaba e irritaba.

—¿Está hace mucho en Lisboa?—le preguntó ella.

Pero Padilla, alzando la voz desde el fondo del salón, de entre un grupo de señoras:

—¡Oh doña Juana, venga acá! ¡Venga a decidir!

Ella dedicó una sonrisa a Arturo y fué en seguida hacia Padilla, balanceando la capa sonora de enaguas.

Arturo, solo, aislado, buscó a Meiriño con una mirada inquieta, y no viéndole, permaneció muy cohibido, con el clac pegado a la pierna, sintiendo que le entorpecía la timidez, con los dedos errantes sobre el bigote. La penumbra proyectada por la gruesa pantalla verde esfumaba las fisonomías en un tono neutro, apagado: todas éranle desconocidas. Miró un momento a una mujer bonita, con vestido de seda amarilla, que, sepultada en un sillón bajo y con el abanico abierto sobre el cuello, la mirada en el suelo, escuchaba con una vaga sonrisa a un individuo de lentes y muñecas delgadísimas, que gesticulaba, muy pegado a ella; junto a la mesa, tres muchachas cuchicheaban con risitas, unidos los rostros, examinando un álbum. Arturo, entonces, deseó también tener un álbum que hojear, y sus ojos se volvieron ansiosamente hacia doña Juana Coutiño, que en pie ante Padilla, muy estirado en el sofá entre vestidos de mujeres, reía, toda animada, con el brazo pasado por el talle de una muchacha rubia y gordita.

Para no estar quieto, se acercó a examinar un cuadro que colgaba sobre una consola, donde había porcelanas; pero en la semioscuridad que producía la pantalla sólo veía los dorados deslucidos del marco; se volvió, más cohibido, sintiéndose desgraciado; dos viejas con adornos negros y las manos en el regazo, con un aspecto de placidez embrutecida, parecían examinarle con una curiosidad desdeñosa; casi angustiado, furioso con Meiriño, que había desaparecido; con doña Juana, que le había olvidado, entró en el salón con la esperanza ¡de verla a *Ella!* En su turbación, percibió sólo en la misma penumbra que caía de las pantallas pecheras blancas de individuos recostados, corpiños de seda, en que relucían medallones; palpitaban abanicos pausadamente; hablábase francés. Junto a una jardinera, en medio del salón, una soberbia mujer de aspecto escultural, con una bella y magnífica masa de cabello rubio, manejaba distraídamente unas fotografías esparcidas: sentada de lado al borde de la silla, toda la riqueza de sus líneas aparecía en relieve y la larga cola roja del vestido extendíase ampliamente sobre la alfombra. Pero *Ella* no estaba, no había venido, ni figuraba tal vez siquiera entre las amistades de doña Juana. La *soirée* perdió para Arturo todo encanto; el atrayente calor ambiente le pareció ficticio, de un frío ceremonial.

Iba a retirarse, intimidado, cuando oyó la voz de Carvalhosa: gesticulaba entre dos individuos, al fondo, junto a la chimenea, donde un guerrero de bronce sobre un caballo empinado blandía una espada. Se acercó en seguida a él, con una sonrisa acaso servil, todo agradecido; Carvalhosa le dirigió un «¡hola!» seco, desdeñoso, e incluso bajó la voz. Arturo, entonces, desesperado, examinó un momento el bronce: sentía los pies pesados como el plomo, las orejas abrasadas; muy trastornado, fué a tropezar en una larga cola de seda roja: la señora se volvió con una mi-

rada centelleante y recogió el vestido con un gesto brusco, casi irritado.

Arturo volvió al primer salón y permaneció un momento junto a la puerta, inmóvil; sentía que las articulaciones se le embotaban. ¿E iba a pasarse toda la noche vagando así de puerta en puerta, mudo, grotesco, lúgubre?...

¡Y las tres muchachas que seguían hojeando el álbum egoístamente! Hubiera deseado acercarse a Padilla, refugiarse en él como en una intimidad animadora; ¡pero le veía tan rodeado de faldas, de sedas, de peinados rellenos, de abanicos abiertos!... Y, sobre todo, la intimidad que unía a aquellas personas y las envolvía como una atmósfera, hacía más punzante su aislamiento. Debían pensar, seguramente: «¡Qué provinciano, qué ordinario!» ¡Le pareció aquella gente artificial, egoísta, amanerada! ¡Qué nostalgias de su bata de terciopelo, en el cuarto del Universal, o del café de la Corcovada, en Oliveira! ¡Sin embargo, no podía quedarse allí, pegado espectralmente al marco de la puerta! Había sorprendido ya miradas de soslayo, sonrisas que hacían correr por su espalda un sudor afligido, y con un esfuerzo de su voluntad en tensión se acercaba a la mesa para apoderarse de las vistas estereoscópicas, cuando doña Juana, con el pecho saliente, agitando el abanico, con un *frufrú* de ricas sedas, se dirigió a él:

—Entonces, ¿le ha gustado Lisboa?

—¡Mucho, señora!—respondió con toda la sangre en la cara.

—¡Ah, gusta siempre!...—sonreía por encima del hombro de Arturo hacia el grupo de muchachas que hojeaban el álbum; las amenazó incluso con el abanico, con un rápido centelleo de las pupilas negras—. Hace un tiempo muy agradable, ¿verdad?

—¡Adorable!

—Y va a durar, es de esperar...—volvió a sonreír hacia las muchachas y a amenazarlas con el abanico—. ¿Y va a quedarse aquí mucho?

—¡Es probable!

—Tendré mucho gusto...—inclinó la cabeza con un lento movimiento, que le cerró los párpados, y con otra sonrisita que descubrió sus encías, se alejó, diciendo todavía—: Meiriño está ahí, con su *whist*...

Arturo la vió un momento hablar con las muchachas, riendo, con el talle siempre flexible, como sostenido en el aire por el ahuecado de las enaguas; y después, inclinarse hacia el álbum, hablarles junto al rostro, posando la mano en el hombro de una o de otra, viva, radiante; la encontraba provocativa con su larga nariz, los dientes tan blancos, aquella delgadez casi masculina, por la que corría una vibración de nervios excitados; y más animado, como si las palabras que dijera le hubiesen disipado el entorpecimiento, cruzó el otro salón para ir a ver a Meiriño en su partida de *whist*. Había dos reposteros; separó uno de ellos y topó con una puerta simulada: ¡en el hueco había una escoba! Rojo hasta la raíz de los cabellos, alzó el otro: al fondo de una salita estaba Meiriño ante una mesa de *whist*. Arturo se apoderó ávidamente de una silla y se colocó entre él y un individuo de patillas canosas y lentes de oro.

—Qué, ¿se ha divertido?—le preguntó Meiriño.

Recogió sus cartas y volvió a sumirse en una reflexión inmóvil, rascándose despacio la barba. Arturo no conocía el *whist*; pero como se fumaba, encendió un puro, mostrándose interesado por el juego, siguiendo atentamente las cartas, instalado allí como en un refugio grato, con el terror del salón, de las puertas solitarias, de las colas de seda...

El monótono movimiento de las

cartas le iba produciendo un torpor soñoliento: con el clac en las rodillas, la cabeza vacía, una vaga sed, se abandonaba a una inercia blanda, aburrida, de la que le sacaba Meiriño de cuando en cuando, diciéndole con tono satisfecho:

—¡No se hace ni un céntimo!

Aquello escandalizaba al individuo de lentes de oro, que perdía:

—¡Lo que no se hace, lo que no es decente es tener una suerte tan escandalosa!

Parecía ser de un genio irritable; ciertas jugadas le hacían removerse en la silla con un gruñido hostil; ya por dos veces había mirado hacia Arturo, de soslayo, con rencor.

Arturo encendía otro puro, cuando el individuo de los lentes, que había lanzado una carta iracundo, dando con ella fuertemente en la mesa, al ver a Meiriño extender la mano hacia la baza, brincó en la silla, hizo crujir los nudillos, rechazó la caja de rapé, y dijo entre dientes:

—¡Yo, cuando hay *gafes* (1), no puedo! ¡No puedo! ¡Ni siquiera gozo el placer del juego!

Arturo no sabía lo que era *gafe*, pero le chocó el tono sibilante, furioso, de aquella voz grotesca; sintió que aquel individuo le detestaba; el que le hacía pareja, más serio, muy calvo, dijo:

—Qué, ¿no se va a hacer la corte a las señoras?

Arturo respondió:

—¡Estoy bien aquí; me gusta ver jugar!

El de los lentes se retorció en la silla, resoplando.

Meiriño, mudo, se acariciaba la barba, la cara risueña, iluminada por la alegría de la ganancia.

Repartieron de nuevo cartas; pero al ver las suyas, el individuo de los lentes dió un puñetazo sobre la mesa:

—¡Es imposible con una cosa así!

Tenía la cara inyectada, y por detrás de los lentes sus ojillos centelleaban; de repente, a una jugada desdichada, hizo retroceder la silla con un «¡oh!» sordo, rechinó los dientes, y volviéndose hacia Arturo, trémulo de cólera:

—¡Perdón; no tengo el gusto de conocerle, pero no puedo más, no puedo! ¡Estos amigos lo saben, conocen mi genio! ¡Tenga la bondad de cambiarse de sitio!—y sin contenerse, gritó, con los puños cerrados—: ¡No puedo con los *gafes!*

Arturo se levantó, pálido, balbuciendo:

—¡Cómo no! ¡Cómo no!...

Tiró el puro y, pisando la alfombra con pasos nerviosos, salió dispuesto a marcharse de la *soirée*, indignado, humillado, furioso contra Meiriño. Al levantar el repostero tropezó con doña Juana Coutiño, que muy afable le llamó:

—¡Iba a buscarle! Meiriño me dijo que era usted poeta... Quisiéramos que nos recitara alguna cosa.

Todo su despecho se disipó; sintió que le envolvía de pronto una simpatía ambiente:

—¡Cómo no, cómo no, señora! Recitaré *La paloma.*

Se inclinó enternecido, y entrando en el salón fué a coger el álbum que las muchachas habían dejado, muy entretenidas ahora con Padilla, que les leía en las palmas de las manos la buenaventura, con ceremonias de brujo, poniendo voz sepulcral. ¡Y reían!...

Arturo, hojeando el álbum—personas reales, vistas del castillo de la Pena, señores de uniforme—, recor-

(1) En portugués, *calisto,* que significa el individuo a cuya presencia atribuye un jugador perdidoso su mala suerte. Creo que la mejor palabra para interpretar esa del original es, en castellano, *gafe,* la popular y muy del caló madrileño.

daba las estrofas de *La paloma.* Dos individuos paseaban por en medio de la sala, pausadamente: uno, muy alto, de perfil tosco y una enorme cabeza aplastada en lo alto, escuchaba con una mirada vacía, somnámbula; el otro, flacucho, de pasitos de baile, hablaba con verbosidad, con una de las manos por debajo del faldón del frac, enseñando así un poco de la camisa, y la otra con el pulgar estirado, horadando el aire con gestos vivos, aquí y allá; Arturo les oyó al pasar junto a él: «El decreto... Influencias de la prima... El rey es el que quiso... El ministro furioso...» A veces se paraban, y el más alto lanzaba alrededor la mirada sin brillo de sus ojos pasmados, de besugo. Un individuo fornido hablaba con dos señoras de edad ¡de la irreligión de los criados! ¡Era una cosa que él no soportaba! Las viejas lamentaban la perdición de los tiempos... El pueblo era descreído, por obra de la masonería... Pero un vejancón, con un cuello enorme y gruesos mofletes, se acercó arrastrando la pierna; le preguntaron si estaba mejor: «No; estaba decidido a la operación... Tal vez fuese a que se la hiciesen en París.» Discutieron entonces sobre médicos, farmacias; y las voces adoptaban tonos dolientes, como en un cuarto donde se agoniza.

Pero Arturo tuvo que apartarse un poco para hacer sitio en la mesa a la señora del vestido color paja, que se acercó con el joven flaco de lentes: era alta, de seno opulento, piel espléndida y hermosos ojos; sentóse y cogió unos cuantos retratos sueltos que había en un cesto de filigrana; el joven flaco le dijo unas palabras en voz baja y se separó con la cabeza erguida, limpiando los lentes con el pañuelo. Ella lanzó un rápido vistazo a Arturo, otro lento al borde del vestido, reprimió un leve bostezo y empezó a examinar distraídamente los retratos; Arturo admiraba sus manos, de una blancura lechosa, llenas de pedrerías; el comienzo del brazo, cuyo torneado, terso como un mármol, se perdía entre ricos encajes, cuando Padilla, que había acabado de leer la buenaventura, vino a hablarle; no la había visto nunca con mejores colores...

Ella rió:

—¿Sí?... Bueno, ¿y no va usted a hacernos otra imitación?

—¡Ah, ya he trabajado, ya he trabajado! La del burro me cansa mucho. Aquí, nuestro amigo—y señaló a Arturo—, va a recitarnos...

Miró ella hacia Arturo un poco de soslayo, y Padilla, muy correcto, le presentó:

—Mi amigo Arturo Corvello. Y ahora—añadió—voy a ver a don Federico, que ha perdido y está furioso... *Au revoir,* baronesa!

Arturo, rojo, buscaba una palabra, cuando ella, fijándose en una de las fotografías, se la enseñó:

—Es Rochefort, ¿verdad?

Arturo, c a s i inconscientemente, soltó:

—¡Valiente *tío!*

Y asombrado, aterrado de aquella frase ordinaria que se le había escapado sin querer, como un eructo, sintió que la vergüenza le encendía la piel, haciéndole sudar las manos, inmovilizándole. Vió a los dos individuos que paseaban pararse junto a la baronesa; pero a través del zumbido que le henchía los oídos, sus voces le llegaban sólo como un murmullo remoto; percibió vagamente que hablaban de *El fin de don Juan,* el poema reciente de un poeta ilustre. A la baronesa, que justamente lo había leído aquella mañana, no le gustaba; encontraba que tenía páginas incomprensibles; el individuo flacucho atacaba el libro; no era que lo hubiese leído—¡oh, eso no!—, no tenía tiempo para ocuparse de ver-

sos, de novelas, de literatura, pero le constaba que estaba repleto de inmoralidades y de ideas de la Comuna... El individuo sonnámbulo, a su vez, parecía buscar una frase en la lámpara Carcel, en el peinado de la baronesa, en la pechera de su propia camisa, con miradas de un ansia abstracta; no la encontró y se pasó despacio los dedos por la cabeza enorme, con una lentitud llena de agonía, mientras el flacucho seguía hablando: ¡parecía furioso con las ideas nuevas, los libros nuevos, la gente nueva! Era de opinión que el Gobierno debía intervenir. El somnámbulo, con un esfuerzo que entumeció más su rostro, dijo por fin con una voz pastosa, torpe:

—¡Es, sin embargo, un muchacho bastante profundo!—hizo otro esfuerzo y murmuró con tono cavernoso—: ¡Me han dicho que tiene mucho fondo!

Era posible; pero la baronesa prefería a todo *El fin de don Juan* una sencilla estrofa de las *Flores del alma*: «Las flores del alma, que crecen tan bellas...»

—¡Ah!—dijeron ambos, asintiendo impetuosamente.

Las palabras que llegaban en fragmentos a Arturo, a través de su turbación, hacíanle entrever en la señora baronesa lecturas, curiosidades artísticas, un gusto formado, y su frase *¡valiente tío!* ¡le parecía entonces más estúpida, más torpe!

Se levantó suavemente, encogido de azoramiento, y fué a refugiarse, ardiéndole la cabeza, en el salón amarillo, desierto, donde las luces de las serpentinas lanzaban grandes llamas rectas. Se arrojó en el sofá, dándose un puñetazo en la rodilla, con un «¡oh!» de rabia. ¿Cómo pudo escaparse de sus labios aquella palabra abyecta? ¡El, que al solo nombre de Rochefort sentía acumularse en su cerebro finas apreciaciones, originales, pintorescas! ¡Y era a aquella mujer hermosa, toda vestida de seda amarilla, con una carnación tan pura y que tenía la majestad de un mármol, a quien había él lanzado semejante ordinariez! ¡Presentado como un poeta, un estilista, un delicado, abría los labios y soltaba una sandez fea; él, que incluso entre hombres, cuando se desabrochan los chalecos y se habla entre una humareda de cigarros, empleaba siempre una honesta corrección de palabra!... ¡Oh!, ¿qué habría pensado ella? ¿Qué diría doña Juana?...

Unos sones de piano le sacaron de su modorra. Se levantó; su rostro, en el espejo, le pareció envejecido, necio, y con el clac pegado al muslo, llegó hasta la puerta del salón. Estaban valsando.

Doña Juana, que pasaba del brazo del barón, un muchachote gordo y bajo, de cuello muy abierto y barbita rala, se paró, y volviendo la cara hacia Arturo:

—Han preferido bailar. ¡Estas muchachas!... Pero otra noche espero tener ocasión de escucharle... Busque pareja para un vals...

Arturo se puso rojo:

—No valso.

—¿Para unos lanceros, entonces?

—No, gracias; no bailo...

—¡Ah!—dijo ella, y se alejó, riendo bajo, con el barón.

Arturo la tuvo odio. Deseó rabiosamente poseer un título, una cartera de ministro, la gloria de un duelista, ¡una fama cualquiera que le hiciese temido y admirado!

—¿Tiene la bondad de dejar pasar?—le dijo sobre el hombro una voz impaciente.

Se volvió: era el joven de los lentes, que llevaba del brazo a la magnífica mujer de la gran cola roja. Arturo retrocedió bruscamente, y viendo junto a una vieja una silla desocupada, se refugió allí, en una actitud abrumada y hostil, detrás de un sillón, donde dejó el clac, que le impacientaba. ¡Cómo hubiera deseado entrar en aquel salón al frente de una multitud furiosa, en una noche de revolución! ¡Destrozar los espejos a culatazos, cargar de cadenas aquellas muñecas de escuchimizados! ¡Ver a aquellas mujeres tan triunfantes, de senos altos, arrastrarse de rodillas a sus pies, en la súplica sollozante de una casta vencida!

El individuo flacucho que admiraba las *Flores del alma* tocaba al piano *El Danubio azul* con movimientos tiernos de cabeza, que armonizaban con sus preferencias poéticas; habían apartado la mesa, y en el suelo, encerado a la francesa, cuatro parejas giraban con un *frufrú* de sedas, en un rápido resbalar de suelas; las porcelanas sobre la consola retemblaban levemente; los abanicos tenían una palpitación más apresurada; hablábase con una viveza transmitida por el ondear de las faldas y la vibración del teclado; las muchachas, al borde de las sillas, con los piececitos impacientes, tenían un brillo más vivo en las pupilas, y el globo de la lámpara, sin pantalla, alumbraba, frente a Arturo, un gran cuadro de Salvatore Rosa, donde había ruinas, mansos pinos y bandidos románticos.

Entonces, la vieja señora de los adornos negros pareció despertar, bostezó, masticó en seco, y volviéndose hacia Arturo:

—Haz el favor de decirle a María que ya va siendo hora.

Arturo vaciló, balbuciendo:

—Yo no conozco...

La vieja le miró con curiosidad, desprendió un binóculo de oro de los dijes del reloj, se lo aplicó con la cabeza levantada, y llamando a un joven rubio, que acudió muy afable, secándose la cabeza del sudor del vals:

—Haz el favor de decirle a María que ya es hora...

—¡Oh doña Sofía, por amor de Dios!—replicó el joven—. Eso es una tiranía. ¡Media hora más, por amor de Dios!—y abría los brazos suplicantes.

—Es que yo no la resisto—murmuró la vieja—; anda, anda...

Volvió a mascar en seco y pareció adormecerse de nuevo.

Los zapatos de charol empezaban a torturar a Arturo; decidió marcharse, y fué a la sala de juego a llamar a Meiriño. Al verle el individuo de los lentes de oro tuvo un movimiento de terror, y Meiriño, que perdía ahora, muy colorado, respondió con impaciencia:

—¡Aquí cada cual se va cuando quiere!

Y cogió las cartas, furioso.

Aquellas bruscas palabras escandalizaron a Arturo: recordó con despecho los diez duros prestados y decidió pedírselos. Detestaba ahora a Meiriño, a doña Juana, a la sociedad, a Lisboa, y se ponía en el vestíbulo su gabán, cuando notó, aterrado, que se había olvidado el clac en el salón, sobre el sillón. Se quitó de nuevo el gabán, desesperado, y volvió allí. ¡Qué rabia! Una señora robusta, a quien llamaban familiarmente «la vizcondesa», ¡estaba sentada en el sillón! Pensó aún que ella habría visto el clac y que lo hubiese dejado en otra silla cercana. ¡No! ¡Gorda, enorme, con un enorme amontonamiento de faldas y volantes, habíase sentado, sin notarlo, encima de su clac aplastado! Se quedó aniquilado. ¿Cómo se atrevería a pedir a aquella majestuosa señora «que se levantase, que quería su sombrero»? Creyó que se levantaría pronto, libertando así su clac, y se situó un momento junto al marco de la puerta; después, fué a mirar todas las fotografías en el sa-

lón donde el jinete de bronce alzaba su espada; fué después a examinar los libros de una estantería acristalada; no se atrevía a consultar a Meiriño, Padilla valsaba, Carvalhosa había salido. Decidió entonces decir a la vizcondesa una frase ingeniosa, original, que la hiciese levantarse en seguida, riendo, amable, encantada; pero sólo se le ocurría la frase natural, seca: «¡Señora, está usted sentada encima de mi sombrero!» De repente recordó que tal vez fuese aquello una *novatada*: ¡querían escarnecerle, torturarle! Una ráfaga de orgullo, de rebeldía, removió su voluntad: ¡no! Iría al salón, haría levantar a aquel enorme corpachón de matrona obesa, ¡y si veía sonreír a algún hombre, le largaría una bofetada! Volvió al salón, resuelto; pero se quedó en seguida inerte, abrumado, ¡viendo a la vizcondesa inmóvil, con su gran nariz borbónica reluciente, rodeada por el joven de los lentes, el somnámbulo y el flacucho!

Le acometieron impulsos homicidas; sentíase tan desgraciado, que se le humedecieron los ojos. Sin motivo, de repente, se acordó de su madre, y, enternecido, volvió a la salita amarilla y se dejó caer sobre el sofá, con la cabeza entre las manos.

Un *frufrú* de sedas rozó la alfombra, y una voz dijo:

—¿Está indispuesto?

Era doña Juana, del brazo del barón. Arturo se levantó bruscamente, y explicó que tenía jaqueca...

Sí, en efecto, dentro del salón hacía mucho calor... Pero no consentían que se abriese un balcón... El aire le sentaría bien. Y añadió:

—¡Ah! Si espera a Meiriño, sepa usted que él no deja el *whist* hasta la madrugada.

Y Arturo, aturdido, pensando vagamente que doña Juana le echaba:

—¡Ah! Me voy ya, no me detengo...

Ella le tendió la mano:

—Espero volver a tener el gusto... Los martes...

Arturo, solo en el salón, pensaba: ¿y el sombrero? Ahora que se había despedido de doña Juana, no podía volver a pararse en el marco de la puerta, esperando que la vizcondesa se levantase. ¿Podría explicar que su clac estaba debajo de las gorduras de la excelente señora? Se reirían, resultaría prodigiosamente grotesco.

Volvió al salón con una esperanza: allí estaba la vizcondesa, repantigada, con las gruesas manos en el regazo, bien asentada, charlando con su voz nasal. Doña Juana Coutiño pareció sorprendida de verle, y muy amable:

—¿Perdió usted algo?

—No—replicó—; era Carvalhosa...

—¡Ah! ¡Se marchó! Ese ingrato está un momento y desaparece...

Arturo se inclinó y salió. ¡Estaba harto, qué diablo! Se puso el gabán y bajó la escalera sin sombrero; pero se quedó aterrado: en el patio había dos lacayos con libreas blancas y un cochero de plaza. ¿Volver a subir?... ¡No! Tensó su voluntad, se dirigió hacia el portalón, mientras el criado, atónito, abría despacio la gruesa cerradura. Oía a su espalda risitas sofocadas; la llave, atascada, parecía resistir. Arturo temblaba de rabia y de vergüenza; por fin, la maciza puerta giró, y una frialdad húmeda le envolvió la cabeza: lloviznaba.

Entonces se ató el pañuelo con un nudo por debajo de la mandíbula, y pegado a las fachadas, queriendo sepultarse en la oscuridad, se apresuró, corriendo casi, azotado el rostro por la lluvia menuda, henchida la garganta de lágrimas. Pero se perdió, anduvo vagando por el Rato, por el Salitre; ¡algunas personas se paraban, asombradas de aquel individuo cuyos pasos parecían de beodo, con un pañuelo atado sobre la cabeza! En la calle de la Escuela encontró un carruaje que volvía; se lanzó dentro, gritando:

—¡Al Universal!

¡Qué alivio pisar la alfombra del cuarto! Se quitó el frac con una cólera impaciente, arrancó bruscamente la corbata, como si quisiese arrojar de sí, con la *toilette* que le recordaba la *soirée* odiosa, todos sus anhelos de mundanería, de encuentros amorosos en salones aristocráticos...

¡Sólo cuando iba a apagar la luz le vino a la memoria que al otro día, en casa de doña Juana Coutiño, encontrarían el sombrero! ¡Por las iniciales que, tonto de él, había hecho bordar en el forro de raso azul lo reconocerían! ¡Qué carcajadas! ¡Crearíase la leyenda del poeta de Oliveira, que había olvidado su clac, el muy *paleto!* ¡Oh! Pero ¡qué le importaba eso! ¡Estaba completamente decidido a no volver allí, ni a ninguna otra *soirée!* ¡Se aislaría en el mundo de la Poesía y del Arte! ¡Intimaría con Nazareno, sería un revolucionario, conspiraría contra aquel mundo burgués, bancario, falso, idiota! ¡Y escribiría una tremenda sátira contra los ridículos jugadores de *whist* y las grotescas vizcondesas gordas!

—¡Canallas!—murmuró, arropándose entre las sábanas.

Y comenzaba a dormirse, cuando, como el frío de un cuchillo, le atravesó el cerebro la idea de la frase que había dicho: *¡Valiente tío!* ¡Era la única que pronunció! Dió un golpe en el colchón, rugió una obscenidad, y con un ¡oh! de rabia y de vergüenza sepultó la cabeza en el cuadrante.

Soñó toda la noche con la *soirée*: valsaba con la señora baronesa, pero se escurría en el suelo encerado, entre las agudas carcajadas de la vieja de los adornos lúgubres; no se podía levantar, y aquella gente cruel, estúpida, egoísta, continuaba valsando alegremente sobre su cuerpo postrado; sentía sobre la cabeza, donde moraban ideales que ella no tenía, saltar los zapatitos de raso de la señora de la cola roja, ¡y en el pecho, donde palpitaba un corazón, que no latía en el pecho de él, hundirse los clavos de los tacones del somnámbulo!

*

Dormía, ya tarde, al día siguiente, cuando la puerta se abrió bruscamente, luego la ventana, y vió junto al lecho a Meiriño, pálido, con los ojos fuera de las órbitas, ¡y su clac en la mano!

—¡De modo—gritó—, de modo que el señor se marchó anoche sin sombrero!

Arturo se fingió adormilado, bostezó y, desperezándose, dijo vagamente:

—¿Cómo? ¿Qué es?

—¿Qué es?—y el clac temblaba en las manos coléricas de Meiriño—. ¡Pues esto! ¡Su sombrero! ¡De modo que el señor se marchó sin sombrero!

Arturo fingió reír; creyó que lo había perdido, lo buscó, tenía dolor de cabeza, había un coche abajo...

Meiriño se llevó las manos a la cabeza:

—¡Ay Jesús! ¡Qué vergüenza, mi querido amigo! Y yo que esta mañana recibo un sombrero con una cartita de doña Juana, diciendo que habían encontrado este clac, y que, sólo después de torturarse mucho la memoria, ¡había descubierto que era el de usted! ¡Estaba en un sillón! ¡La vizcondesa estuvo sentada encima de él toda la noche!

Arturo intentó reír; ¡si hasta tenía gracia!

—¿Gracia?—bramó Meiriño, dando, asombrado, una palmada—. ¡Gra-

cia! ¡Es una vergüenza! ¡Qué van a decir! ¡Yo no me atrevo a ir por allí; yo no me atrevo a volver! ¡Después de una cosa así!...

Se llevó las manos a la cabeza y salió desesperado.

El clac había quedado sobre la cama; entonces Arturo, lívido, lo agarró y lo retorció con tanto rencor, que partió los muelles. «¡Vete, maldito!» Y lo tiró furioso hacia el rincón de la ropa sucia.

Saltó descalzo al suelo, y toda la mañana, con los ojos inyectados, envuelto en la *robe de chambre*, estuvo rimando una sátira amarga contra la sociedad, contra la *high-life*:

¡Oh corazones de piedra! ¡Oh varones
¡del millón!

VI

Aquella noche, al entrar en el Martiño, vió complacido un sitio vacío junto a la mesa donde, como de costumbre, Jacobo Nazareno tomaba su café. Desde la víspera, su deseo de conocerle había aumentado. Rechazado de la *soirée* de doña Juana por el mundo conservador, oficial, instaurado, tendía instintivamente, en su despecho, a refugiarse en el mundo revolucionario, sublevado, del que Nazareno se le aparecía como el representante. Amaba, sobre todo, la democracia por ciertos aspectos humanitarios, sentimentales, reparadores, y suponía en los hombres que la servían un calor de corazón, una fraternidad sensible, que su naturaleza afeminada apetecía, y de que carecía la gente seca, falsa, sin generosidad y sin entrañas, que tanto le humilló en Santa Isabel. Además de eso, le devoraba el deseo vago de vengarse de la sociedad, y quería contribuir a su probable destrucción, aliándose con Nazareno y sus amigos, llevándoles sus poesías, su estilo, su dinero y su odio.

Para facilitar el conocimiento, tuvo cuidado, al sentarse, de cumplimentar discretamente al republicano, y como advirtiera que él no bebía nunca alcoholes, no tomó su ginebra habitual: pidió *anisette*. Fumando despacio su puro, revolvía frases filosóficas que le diría, esperando una casualidad que los reuniese, cuando un individuo de aspecto enfermizo, y que parecía salir de un hospital, se acercó despacio a Nazareno; tenía los labios constantemente entreabiertos, la nariz afilada, una palidez lustrosa, la barba descuidada; parecía salir de la cama y conservaba aún en la piel, en la camisa sórdida, en la áspera melena, el olor de la fiebre y el relente de los sudores; apoyaba en el mármol de la mesa unas manos lívidas, blandas, pegajosas, de uñas negras, y con una voz débil, de una ronquera asmática:

—¿Qué, cuándo estará preparado?

Nazareno, colocando el cigarro al borde del platillo, dijo:

—Dentro de quince días. Ha sido necesario empapelarlo, porque la pared estaba indecente.

Su voz, que Arturo oía por primera vez, tenía un timbre enérgico y resuelto. El enfermo barrió la mesa con la palma de la mano, se limpió los dientes con la lengua, y preguntó más bajo:

—¿Y Matías?

—Tiene hoy neuralgia.

—Hablé con el hombre de Alcántara.

—¿Y qué?

El enfermo alargó el labio y meneó la cabeza:

—Sí, buenas ideas; se le atraerá, pero... Es preciso pincharle. ¡Voy a mandarle mañana a Matías!

—Matías tiene neuralgia; tiene siempre dos días de neuralgia.

—¡Ah! ¿Y Damián? ¿Cuándo viene?

Nazareno sacó del bolsillo un montón de papeles y le enseñó una carta. El enfermo sonrió, mostrando las encías blancas, y dijo:

—Cosas de Damián...

Esparció alrededor su mirada morbosa, tosió con fatiga, y subiéndose el cuello del gabán:

—Me voy hacia allá, porque hay humedad... Vaya usted, Nazareno.

El republicano volvió a coger su periódico; pero Arturo tenía ahora un pretexto, casi un derecho, a hablar: amigo de Damián, quería saber si su ausencia en la provincia iba a prolongarse. Se animó, y enrojeciendo, sombrero en mano y con voz tímida:

—Perdone usted. No tengo el gusto de conocerle; pero he oído, sin querer, hablar de Damián. Es íntimo amigo mío... Deseaba saber si va a volver, si...

—Damián estará fuera todavía un mes.

Dobló el periódico, bebió un sorbo de café y afianzándose los lentes:

—Entonces, ¿conoce a Damián?

Arturo cogió una silla y se sentó ante la mesa. Exageró en seguida sus relaciones con Damián: eran íntimos ya desde Coimbra, fueron compañeros de casa, se escribían siempre... El había venido, incluso, a Lisboa a vivir con él... Por desgracia, se había marchado. ¿Gran muchacho, eh?

Nazareno tuvo un gesto de respeto simpático, y exclamó:

—¡Ah!

Arturo entonces exaltó a Damián. Ya en Coimbra ocupaba el centro de las inteligencias. Era uno de los cerebros privilegiados del país. Y qué talento, ¿eh? Con un magnífico corazón. No lo había mejor en el partido democrático... Repitió dos veces: *el partido democrático*, para colocarse en comunión de ideas con Nazareno. Pero el republicano le escuchaba reservado, dejando la ceniza del cigarro en el platillo: le examinaba con insistencia, poniendo en sus miradas, defendidas por los lentes ahumados, honduras de bisturí.

—¿Conoce usted a Matías?—le preguntó bruscamente.

No, por desgracia, y bien lo deseaba. Y el señor Nazareno ¿conocía a Fonseca? ¿No? ¡Gran muchacho! Vivía en Castello-Branco. ¡Ah! Había, por entonces, en Coimbra, en la época del *Pensamiento*, una soberbia juventud. Y también unión... Lo que faltaba en Lisboa era unión y un diario... Y sorprendido, contento de la facilidad con que le acudían las palabras, desquitábase de la mudez que le había dominado en la *soirée* de doña Juana, mostrándose a Nazareno bajo un aspecto cautivador de joven entusiasta y generoso.

El republicano respondía sólo con monosílabos, con unos *síes* musitados y afirmaciones de cabeza.

Arturo le ofreció un *anisette*, algo; Nazareno lo rechazó todo, incluso un puro. Había en toda su persona un retraimiento, una frialdad que desanimaba a Arturo y desvanecía su verbosidad como la humedad extingue una hoguera: tuvo que encender otro puro para llenar una pausa. Pero Nazareno le dijo entonces:

—¿Vive usted en Lisboa?

Desgraciadamente, no. Contó con sinceridad lo que le había traído a la capital: la publicación de un libro de versos, la representación de un drama, el deseo de un medio inteligente, literario, y el horror a la provincia...

—¿Y qué tal se piensa en la provincia? ¿Hay buenas ideas democráticas?

Arturo rió. ¡Cómo! Estaban tan atrasados como en tiempos de los frailes. Una colección de pequeños burgueses imbéciles, rutinarios, caquécticos; media docena de ricachos que seducen mozas y manipulan elecciones... Citó ejemplos de Oliveira de Azemeis, no dudando, para halagar al republicano y resultar gracioso, en hacer la caricatura de la estupidez de Carneiro, de los vicios de *Violón*, de la devoción de las tías... Y el pobre pueblo...

—Reza y paga—dijo sombríamente Nazareno.

Echó el cigarro en el fondo de la taza, dió un toque a la copa del sombrero con la mano abierta y se levantó diciendo que para hablar era mejor salir afuera. Había allí gente que escuchaba, y no toda la gente debía oír. Y ya en la puerta añadió, enderezando su estatura:

—Tengo para los espías, en casa, un bastón muy decoroso.

Caminaron callados hasta el Rocío. La noche tenía un vago aspecto lúgubre: oscuras nubes cubrían y descubrían la luna fría de invierno, de tonos lívidos.

—Perdóneme—dijo Nazareno—; ¿a quién tengo el honor...?

—Arturo Corvello.

Y para dar al republicano una impresión favorable, propuso que fuesen a conversar al Hotel Universal: tenía allí un cuarto cómodo...

Sin embargo, Nazareno, con el tono rígido de un devoto que alude a una orgía, respondió que él no frecuentaba aquellos cubiles de conservadores... Todo lujo, en efecto, le irritaba; sin envidia, pero sobrio y sencillo, lo condenaba como funesto a la democracia.

Arturo, temiendo que la elegancia de su instalación le hiciese dudar de la sinceridad de su liberalismo, se apresuró hábilmente a condenar el lujo, explicando que lo que le convenía a él era vivir en un cuartito modesto, que en el Universal la convivencia con los conservadores y brasileños le irritaba, que había ido allí mal informado, poniendo en sus explicaciones una humildad y un fervor que, sin embargo, no calmaban a Nazareno.

—En esos sitios no hay más que ladrones y libertinos—dijo.

Esta fué en seguida la opinión de Arturo, y dando satisfacción a su odio de la víspera, al mismo tiempo que halagaba a Nazareno, citó a Meiriño como la personificación de aquella «granujería de la sociedad»; le pintó como un idiota, preocupado de perrillos de marquesas, embaucador, pidiendo dinero aquí y allá, vendiendo a precios de ladrón trajes hechos que pasaba sin pagar aduana, inventando detalles, para mostrar su fervor de artista y su indignación de justo.

—Todos son lo mismo, todos son lo mismo—murmuraba Nazareno.

Una mujer enlutada se adelantó hacia ellos pidiendo limosna, con un murmullo quejumbroso. Arturo, para mostrar su humanitarismo, se apresuró a darle una moneda de plata, diciendo: «Pobre criatura, con este frío.»

—El pueblo no necesita caridad; necesita justicia—dijo dogmáticamente Nazareno.

Arturo, un poco sorprendido de la forma literaria del principio, objetó, sin embargo, que mientras que llegaba la justicia...

—Es malo—interrumpió el republicano—acostumbrar al pueblo a contar con la caridad. ¡El sabe cuáles son sus derechos: que se los tome!

Arturo sentía confusamente que se le ocurrían muchas respuestas, todas justas; pero por timidez enmudeció, murmurando: «Tal vez, tal vez...»

El republicano empezaba a desagradarle. Sus temperamentos—uno todo de impresiones y el otro todo raciocinio—disentían, y había entre ellos como algo frío, hostil, que los separaba. Pero lo que más desagradaba a Arturo era no ver en el republicano aquella bondad cálida y evangélica, que era para él el mejor atributo de la democracia...

—¿Sobre qué es su libro de versos?—le preguntó el otro.

Para dar una idea de las tendencias de su libro, habló entonces de la *Oda a la Libertad*, de la sátira *La sociedad*. Era un libro democrático...

La poesía moderna, como decía Damián, debía ser revolucionaria. Pero Nazareno detestaba la poesía: su forma lujosa, totalmente idealista, servía sólo para reblandecer las virilidades. No leía nunca a los poetas.

Arturo, ofendido, exclamó:

—Pero ¿y Alfredo de Musset, y Garrett?...

—¡Unos trapaceros!—dijo dogmáticamente el republicano—. Musset era un libertino, un borracho, un bohemio, que no comprendió nunca a su tiempo ¡y que supo celebrar únicamente la lujuria! ¡Y Garret era un elegante! ¡Usaba corsé y en pleno siglo diecinueve vino a hablarnos de novelas de caballería y de otras tonterías góticas!... ¡Un vendido!

Arturo sentíase indignado. ¿Y qué tenía que decir de Lamartine?

—¡Un erótico!

—¡Vamos! Pues en el cuarenta y ocho...

—Lo comprometió todo. Hizo frases. ¡Le faltó la idea, la inspiración de la justicia, el alma del pueblo! Venía de los salones, de las camarillas. Su ideal era la regencia de la duquesa de Orleáns, de la que él quería ser primer ministro y amante, a lo Mazarino. ¡Un vendido!

¡Oh, era demasiado! Arturo, atónito, buscaba razones, frases, pareciéndole ahora que el republicano era tan seco, tan falso como los burgueses de la *soirée* de doña Juana Coutiño.

—Y su drama, ¿qué es?—dijo aún Nazareno, con un tono interrogante de pedagogo.

Arturo, a quien aquel interés halagó, le describió en seguida el drama, insistiendo en el lado democrático—la glorificación del amante plebeyo, la humillación del marido noble—, ocultándole el elemento lírico y novelesco de la obra. El plan, contado así, pareció agradar a Nazareno; sin embargo, le dió consejos: ¿para qué adjudicar al protagonista, al hijo del pueblo, la profesión estéril e inmoral de poeta lírico? Le debía hacer ingeniero, médico, empleado en una compañía; debía seducir a la duquesa, no por el brillo de su lirismo, sino por la justicia de sus ideas. A pesar de todo, la verdadera obra de teatro era la comedia satírica a lo Molière, la comedia aristofanesca, la exposición de los vicios, de las infamias, de la imbecilidad de aquella canalla lisbonense: ¡algo fustigante, flagelador! Y decía esto con un tono de odio que silbaba entre sus dientes, ¡dando latigazos al aire con el paraguas, como si azotase en una sola espalda a toda una sociedad!

Arturo se apresuró a asentir. Esa era su intención; y se extendía en consideraciones sobre la comedia social, haciendo renacer la simpatía común. Incluso, para mostrar su vena de observador, para desahogar su despecho, empezó a decirle qué hermoso acto inspiraría la *soirée* de doña Juana—«una *soirée* idiota, adonde había sido arrastrado, y que era de lo mejor que había en Lisboa»—, porque no le desagradaba mostrar que tenía relaciones aristocráticas, aunque hiciese su caricatura. Contó la opinión de los dos hombres serios

sobre *El fin de don Juan*, la conversación del viejo sobre la irreligiosidad del pueblo, los adulterios que había él presentido, la grotesca figura de la vizcondesa, los vicios de doña Juana...

—¡Puah!—exclamó Nazareno con repugnancia—. ¡Qué sociedad, qué asco! ¡No, realmente, Matías tiene razón: es humillante luchar contra una sociedad semejante! La lucha supone fuerzas que chocan; pero aquí ¡tenemos de un lado la fuerza y del otro la pústula! ¡Puah! Portugal no debe ser reformado, como dice Damián: ¡debe ser quemado con nitrato de plata!...

Estaban en el Torreiro do Paço: una luna lívida dejaba caer de entre las nubes una mancha luminosa sobre el agua sombría.

—¡Hay que arrasar todo esto!—dijo aún Nazareno, señalando a su alrededor los negros Ministerios, de una uniformidad enfática. Habíase parado y miraba, apretando colérico el puño del paraguas, todo aquel conjunto de edificios oficiales, como la pesada y anticuada personificación de regímenes funestos—el Banco y su agio, la Aduana y sus derechos, los Ministerios y su burocracia—, y pensando en el mundo establecido, harto, que vive de esas instituciones.

—¡Y pensar—exclamó—que un hombre como Matías se ve reducido, para ganarse la vida, a revisar diccionarios, cartillas y manuales enciclopédicos! ¡Oh! ¡Me dan ganas de salir a la calle y disparar contra toda esta gente!

Después de su reserva, aquella expansión de cólera impresionaba a Arturo, y las injusticias sociales le parecían mayores, desde que podían exaltar con tan elevada desesperación aquella figura seca de seminarista.

Pero Nazareno se calmó. Se puso entonces a hablar de Matías, y su voz se tornó grave, casi solemne. Matías era un justo: era casto, incorruptible, de una alta elevación moral; vivía en un quinto piso, pobre, sereno; de día trabajaba en la tipografía; de noche, en su libro; no tenía un pensamiento que no perteneciese a la libertad y a la revolución.

—¡Es un Robespierre!—resumió Nazareno, que, con su espíritu autoritario y dogmático muy bilioso, tenía un culto por el jefe del Club de los Jacobinos.

Arturo, electrizado, mostró un gran deseo de conocerle. Pero unas gotas de lluvia cayeron, y Nazareno, abriendo su paraguas, prometió que le hablaría. Sería incluso posible conseguir que le admitiesen como socio del Club Republicano.

Arturo experimentaba una profunda satisfacción. ¡Era su antiguo ideal, realizado al fin! La simpatía generosa de Jacobo Nazareno le conmovía: se rozaba contra él, se le acercaba, orgulloso de su amistad y del cobijo de su paraguas. Matías, el Club Republicano, la vaga idea de un partido, se le aparecían como una cosa fuerte, en que su vida, llena de fluctuaciones, hallaría por fin estabilidad, norma y una idea elevada, cuyo servicio engrandecería su personalidad.

—Yo no valgo mucho—decía, humillándose más por ternura que por modestia—; pero, en fin, para escribir, para luchar... Si fuesen necesarios fondos para un periódico...—Se ofrecía con una abnegación real, deseando en aquel momento tener, para el servicio de la República, ¡genio, tesoros, las fuerzas de un león!

Había cesado la lluvia, y Nazareno, cerrando el paraguas:

—Ya se encontrará en qué emplearle; todas las aptitudes van a ser necesarias para preparar la gran colada.

—Pero ¿cuándo llegará?—dijo Arturo con desaliento, como si necesi-

tase sin demora los vagos triunfos, las vagas venganzas que entreveía en la República...

Nazareno se detuvo y dijo, blandiendo el paraguas:

—¡La pera está madura!—y explicó jovialmente que era aquella frase un chiste del 48, que hacían en Francia, en los banquetes reformistas, cuando a la figura barriguda de Luis Felipe le pusieron el mote de «pera», y sus terquedades de déspota burgués le habían atraído el odio público.

Arturo, sin embargo, encontraba al partido republicano en Portugal muy desunido, muy vago y, sobre todo, muy limitado...

Nazareno citó en seguida las fuerzas de que disponían, dispersas aún, pero que un sentimiento creciente de justicia y de progreso tendía a unir, a organizar. Habló de los obreros de Lisboa y de Oporto; la pequeña burguesía, «que es por instinto republicana». Y bajando la voz, en tono grave por la importancia de la revelación:

—En Coimbra se ha formado un club; en Oporto, otro; en Vizeu, otro...—calló un momento y prosiguió—: Pero, además, ¿qué importa? Las ideas se abren camino sin los hombres; no son necesarios muchos hombres para hacer triunfar una idea. Los Apóstoles eran doce, ¡y el mundo es cristiano!

Empezó a llover de nuevo; y al final de la plaza del Alecrín se separaron, cuando sonaban despacio las once en la torre de la iglesia de San Pablo.

*

Arturo subió de prisa la calzada del Alecrín, impresionado, exaltado. Decidíase ahora a abandonar todas las costumbres de sociedad, las vanas esperanzas en amores falsos, la literatura puramente lírica: quería trabajar para la instauración de la República, componer comedias satíricas, a la manera del *Casamiento de Fígaro*, que derrocasen el viejo régimen; y sentía un deseo de entregarse a todos los que sufren, como si las palabras de Nazareno hubiesen transmitido a su alma una energía tan grande de amor humanitario, que sólo pudiera satisfacerle desposándose con la miseria universal.

Y al mismo tiempo, recuerdos de lecturas de la Historia de la Revolución francesa le volvían a la memoria, dándole modelos para imaginar actitudes, situaciones, episodios: se veía blandiendo una espada, al frente de obreros, a los que un antiguo oprobio llenaba de furor; o de noche, en una vaga sala baja, donde unas vagas sombras se agitaban, decretando incendios de palacios; o también severo, interrogando al rey prisionero, como en el regreso de Varennes. Y como los impulsos de piedad y de fraternidad volviesen a su corazón, miraba alrededor, buscando algún pobre que socorrer, algún oprimido que libertar. Veía sólo las parejas de guardias, cuyos gruesos capotes de hule relucían bajo la lluvia.

Al entrar en el hotel, las ventanas iluminadas del restaurante Silva le hicieron pensar en cenar; sin embargo, pensando que a aquella hora familias obreras padecían hambre, se impuso con orgullo aquella privación, por respeto a los necesitados y con un sentimiento de vaga igualdad fraternal.

Cuando entró en el cuarto, fué a mirarse al espejo, enternecido de sentirse tan bueno; y veníanle al mismo tiempo tufaradas de vanidad, un gusto anticipado de desquite, pensando que un día, cercano tal vez, aparecería ante aquella sociedad, que le desconocía y le desdeñaba, poderoso, entre un terror de apoteosis

popular. Se acostó, hizo maquinalmente la señal de la cruz, como tenía por costumbre, y se durmió, fatigado.

Fué Melchor quien le despertó al día siguiente, abriendo las ventanas ruidosamente. Venía muy jovial, y dándole palmadas por encima de las ropas:

—¡No sea holgazán! ¡Aúpa, aúpa!

Arturo abrió a la luz unos ojos entontecidos de sueño: estaba soñando precisamente que desde el portal de la Casa Consistorial de Oliveira de Azemeis proclamaba la República, entre el ondear de los pañuelos en las ventanas, los estallidos de los cohetes y los vivas furiosos de la plebe libertada; y vibrante aún de los entusiasmos de aquella fiesta, no reconocía la gruesa figura de Melchor, con los bigotes retorcidos hacia arriba, la cara alegre y un ramito de violetas en el ojal del chaquetón.

—Bueno, ¿y por qué no vino usted al *pic-nic*, so faltón?

Arturo se desperezó y dijo, bostezando, que estaba ya comprometido.

—¡Pues usted se lo perdió!—exclamó Melchor—. ¡Menuda juerga! Todo tranquilito, sin jaleos, sin bromas, en buena amistad... ¡Una cenita suculenta y un bello fado! ¡En fin, una nochecita completa! ¡Y la Concha se quedó con un morro! ¡Tiene muchas ganas de conocerle, hombre! ¡Arde en deseos de verle!

Arturo lamentó no haber podido... Se comprometió a ir a casa de doña Juana Coutiño...

—¡Caray!—exclamó Melchor, haciendo una reverencia—. ¿Y qué tal?

Muy bien. Todos muy amables; habíase divertido... Asistió gente muy distinguida.

—¡Caray! ¡Caray! —decía Melchor, retorciéndose el bigote. Y en un tono ambiguo, descontento, declaró que para él las *soirées* eran una pelmacería. Nunca iba, aunque siempre estaban detrás de él; pero... ¡se aburría, qué diablo! No había, para regalo del cuerpo y del alma, como una buena francachela en Dafundo. Y entonces, tal vez para darle envidia a Arturo, contó los goces de la juerga, dió detalles, refirió incidentes, hablando ¡de la Concha, de la belleza de la Concha, de la piel de la Concha!

—Pero ¿quién es la Concha?

Melchor se encogió de hombros, con impaciencia, como si Arturo le hubiese preguntado quién era Pío IX.

—¡La Concha! ¿No lo sabe usted, entonces? ¿No se acuerda de aquel muchacho tísico, el inglés, que vimos en el San Carlos? Bueno, pues la Concha estaba con él; le dejó, pues el pobre diablo ya no se levanta, ¡echa cubos de sangre por la boca! Es la española más bonita que ha pisado a Lisboa. Muchacha fina... La infeliz tiene que dedicarse a la vida..., pero es muy fina. Es hija de un general y está perfectamente educada. Toca el piano, ¡cosa buena, amigo! Y luego, ¡qué maneras! ¡Comiendo es una duquesa! ¡Y qué pie, qué pie! Para volverse loco.

Arturo se desperezó con una vaga languidez:

—Bonita, ¿eh?

—¡Caramba! — exclamó Melchor con un gran gesto.

Del cuarto contiguo llegaron sones de piano, y dos voces, una de soprano y otra de tenor, comenzaron a cantar el dúo del acto tercero del *Fausto*:

Al pallido chiarore del astri d'oro...

Melchor escuchó un momento: debía de ser la segunda dama del San Carlos, que había estado enferma, ensayando con Videlli.

—¡Ande, vístase, hombre!—exclamó—. Estoy cayéndome de hambre. ¡Hace un día precioso!

Abrió los cristales. Entraron los ruidos de la calle con la amplia luz festiva.

—¡Arriba! ¡Arriba!

Arturo saltó vivamente al suelo. La hermosa mañana, el alegre rodar de los coches, aquel ensayo, al lado, de un aria elegante, que ponía en el cuarto una intimidad de bastidores; la idea de la Concha, «que le quería ver», dábanle vagas incitaciones de felicidad; sentíase ligero, ansioso de ir a la calle, de ver mujeres con lindas *toilettes*, el acero de los arreos de los fastuosos carruajes reluciendo a la puerta de las tiendas. Y se acicalaba con esmero, mientras Melchor se asomaba al balcón, retorciéndose el bigote, escupiendo alto, a ver si divisiba a la segunda dama.

En el desayuno, Melchor volvió a hablar de la Concha mientras devoraba su *omelette*: si él fuese rico, la ponía casa... Era una muchacha con la que hasta se podía hablar... ¡Era verdad, tenía picardía! Y, además, corazón... ¡Sentía, qué diablo!

Arturo le contemplaba, observando la mofletuda cara ocupada en masticar, la piel arrugada alrededor de los ojos, la calva incipiente, el bigote levantado: «¡Si la Concha sentía algo, no era, seguramente, por aquel tipo!». Y como Melchor insistía, diciendo «que ella deseaba con mucho afán ver a Arturo», recorríanle vagos estremecimientos de vanidad, de deseo. ¡Tal vez ella le amase!

—¿Y me conoce?

—Le vió en el San Carlos. ¡Se fijó en usted!

Arturo se recostó en la silla: no dudaba que le hubiese hecho impresión. Después de sus humillaciones, aquella idea le deleitaba; a veces, en aquellas mujeres andaluzas se encuentran almas hondamente amantes, ávidas de sacrificio... Le gustaría, en un mañana así, almorzar con ella, fresca y blanca, con su peinador de encajes fofos, o también, por la noche, en verano, con las ventanas abiertas, oírla lanzar las notas cálidas de una *malagueña*, que irían a morir en la tranquilidad suave del aire alumbrado por la luna. Y en el fondo de su espíritu se agitaba confusamente aquel vago deseo de un amor romántico por una *Dama de las Camelias*, de un sentimiento a lo Armando, con aquellas ideas de rehabilitación que ya en Coimbra tanto le perturbaban.

Dijo, poniéndose un poco colorado:

—¿Cómo podré conocerla?

Melchor, muy cínico, rió:

—¡Se cuela usted por allí adentro, amigo!

Pero Arturo «encontraba eso innoble». Quería un encuentro delicado, con *chic*... Verse en una cena, por ejemplo...

Nada más fácil, dijo Melchor. Podía organizarse otra juerguecita, sin jaleo. Ahora que él no podía aquella semana.

—Déjeme ver... El sábado, ¿eh?

—El sábado—asintió Arturo, desperezándose con voluptuosidad.

Melchor bebió su café. «Se escapaba, porque tenía que ir al *Seculo*». Arturo subió a su cuarto y se quedó fumando un puro en la ventana. Al lado, ahora, la soprano cantaba el aria de *Rigoletto*:

Caro nome de mio sposo...

Arturo escuchaba: parecíale ver el bulto blanco, con la lámpara en la mano, subiendo la escalerita de la casa oculta entre la arboleda, parándose a cada peldaño, para lanzar, con la mirada conmovida, las notas cálidas que se perdían en la sombra suave de la noche. Acudíanle ideas de noches de ópera, de elegancias amorosas. Sentía una molicie perezosa, viendo el humo blanco del

puro disiparse en aroma. La luz le envolvía como una caricia; todas las conversaciones sombrías de la víspera, aquellas ideas violentas de Nazareno, habían sido arrastradas con las nubes lúgubres de la noche: eran tan incompatibles con el sol radiante como unos vuelos de murciélago. Lo que sentía ahora no eran deseos de Justicia, de Igualdad, sino de los muelles blandos de un carruaje, de un rostro aristocrático al que amar... Había hecho impresión a la Concha, ¿eh? Y se retorcía el bozo, arreglándose la corbata. ¡Era la impresión que le hizo ya a la señora de la estación de Ovar! ¡La señora del vestido a cuadros! Experimentó un deseo intenso de verla; aquella mañana brillante, festiva, dorada, requería una ocupación delicada, elegante: ¿si pudiese verla en el balcón, seguirla por la calle? Y cepillando el sombrero, iba acompañando con movimientos lánguidos de cabeza las notas amorosas del aria de *Rigoletto*.

Corrió a comprar una flor en la Casa Habanera, y fué a la calle de San Benito. Allí estaba el portero, tieso, con el vientre majestuoso y las manos a la espalda. El mismo balcón, entreabierto, dejaba ver las cortinas de encaje cruzadas sobre unos visillos de gasa, el interior de una sala, oscuro y rico. Pero nadie se asomó al balcón, nadie salió del portal. Arturo encendió un puro, más contrariado y más enamorado ahora, ante la casa de *Ella*, en presencia de aquella fachada muda, que era como algo de su persona. No pudo contenerse, y entró en un estanco próximo, compró fósforos, puros y preguntó con negligencia a la estanquera quién vivía en aquella casa.

—¿Ahí, donde está el portero?—dijo la mujer, una flaquita, en meses avanzados de embarazo—. La señora baronesa de Paradas.

¡Al menos, sabía ahora su nombre! Y subiendo por la calzada del Correo, se arrepentía de no haber comprado alguna cosa más en el estanco e interrogado a la mujer sobre las costumbres, las horas de salida, las relaciones, la edad de la señora baronesa. La mujercilla, con su enorme vientre, la boca muy abierta y la cara llena de pecas, parecía accesible a las tentaciones de una propina. Por ella podría hacerle llegar una carta, tal vez...

Preguntó aquella noche a Meiriño si conocía a la baronesa de Paradas...

—No la he visto nunca.

—Una señora muy bonita, con un pequeñín.

—No la he visto nunca.

Desde el incidente del sombrero le trataba con sequedad; Padilla también. Arturo sospechaba que habíase hablado y bromeado sobre el episodio en casa de doña Juana. Aquella noche tuvo la certeza, cuando al pasar por el corredor Carvalhosa le detuvo para preguntarle con su aire soberano:

—¿Qué historia es esa del sombrero? ¡No se habla de otra cosa!

Arturo, muy rojo, quiso reír:

—¡Tonterías!

Y Carvalhosa, con el puro en la comisura de la boca y las manos en los bolsillos, con un bamboleo de burla:

—¡Hombre, sembrar así sombreros con muelles por las casas particulares!...

Arturo sintió deseos de abofetear sus lívidos mofletes. No encontrando respuesta, subió furioso al cuarto. No se hablaba de otra cosa, ¿eh? ¡Por eso había sorprendido miraditas, risitas!... ¡Canallas!

Empezaba ahora a tener odio al hotel: desde que se sentía vagamente escarnecido, las fisonomías parecíanle tan estúpidas como las conversa-

ciones; Benito Correia, que fingía ignorarle, le soliviantaba con su gula tranquila, aquella masticación rumiada, cayéndole churretes de salsa sobre la barba; sentía una vaga ironía, un desdén ambiente rodearle; le llamaban el *poeta*. Un día oyó al contable decir al criado: «Es para el poeta del 26.» Meiriño había cambiado de sitio para no sentarse junto a él con seguridad; quiso por venganza reclamarle los diez duros, pero no se atrevió; además de eso, seguía teniendo la idea de que Meiriño le sería aún necesario, más adelante, para relacionarse con la señora baronesa de Paradas; por eso le dirigía siempre la misma sonrisa muy amistosa, a la que Meiriño contestaba sólo con un seco movimiento de cabeza. Ahora, durante la comida, permanecía aislado, mudo, sintiéndose vagamente «un paria». Levantábase siempre de la mesa desesperado, pensando con toda su alma en ideas de venganza y de revolución. Sin embargo, últimamente Nazareno no aparecía por el Martiño, y como no sabía su dirección, su vida se arrastraba de nuevo en aquellas fluctuaciones intolerables, sin fin y sin resultado. Además, su dinero «se iba derritiendo»; el manuscrito de los *Amores de poeta* allí estaba, improductivo, inútil, en el fondo del baúl, entre las camisetas. Su única alegría era la revisión de pruebas de los *Esmaltes y joyas*, ya muy adelantada.

Cierta mañana—un sábado—, cuando trabajaba en su cuarto, recibió de la redacción del *Seculo* unas letras de Melchor:

«Amigo: Hoy, sábado, es el día de la juerguecita. Estuve esta mañana con las sílfides. Aceptan. Yo llevo a Carmen y usted a Concha. Ya está comprometido el coche de José Tezo. A las nueve iré a buscarle al hotel. La divina Concha está ansiosa por ver al *señor Arturito* (1). ¡Salero! (2).»

Se quedó entusiasmado. ¡Llegaba con oportunidad aquella juerga, después del aburrimiento de los últimos días! Era su primera orgía con muchachas *chic*, e imaginaba un coche corriendo a la luz de la luna, entre sones de canciones; después, el champaña espumeando bajo una lámpara de gas y camisitas de encajes deslizándose de unos hombros blancos como mármol. Estiró los brazos en una sensación de concupiscencia brutal. ¡Quería emborracharse, gritar, delirar, y ante aquellos goces carnales, el platonismo, la sociedad, el arte, la revolución, parecíanle cosas absolutamente falsas! No pudo, en su excitación, seguir revisando las pruebas. Salió al azar, por el Chiado. Pensaba en la Concha, y a la idea de tenerla semidesnuda en los brazos, sentía una viva contracción en el estómago; la imaginaba alta, pálida, de ojos árabes, con los ardores de una sangre sevillana y las melancolías de una existencia descarriada. La deseaba ahora tanto, que casi la amaba; no dudaba de la impresión que le había hecho, y miraba vagamente los escaparates, pensando en el regalo que le ofrecería cuando ella, desinteresada y amorosa, rechazase el dinero y le pidiese sólo fidelidad.

Por la tarde, cuando volvió al hotel, el portero le señaló un jovencito de bozo, con sombrero hongo, que le esperaba recostado en la puerta:

—Un recado para el señor.

El joven se acercó, y con voz cautelosa:

—¿Es usted el señor don Arturo Corvello?

—Yo soy.

—¿No hay engaño?

—¡No, hombre, no!

(1) En español en el original.
(2) Idem id.

—Tenga la bondad de escuchar una palabra—le llevó por la calle, hasta enfrente del Casino casi, y sacando una carta del bolsillo—: Es de allí, de los amigos...

Arturo leyó a la luz de un farol de gas:

«Camarada: Hoy es la instalación del Club en la nueva casa. Preside Matías. Esté usted muy puntual a las ocho menos cuarto, en la esquina del teatro de Doña María, lado occidental. No le digo que esté sin falta, pues sería ofender sus sentimientos de patriota. *Queme este papel.*»

—Haga el favor de darme recibo—dijo el joven.

Arturo le dió una tarjeta suya, y el muchacho, llevándose la mano al hongo, dijo con voz sorda y grave, que impresionó a Arturo:

—¡Salud y fraternidad!

Arturo entró en el hotel profundamente contrariado. Era tarde para avisar a Melchor, y, sin embargo, no podía faltar a Nazareno, a Matías; además de eso, la idea de la sala, del estrado de la presidencia, aquella esperanza de una sesión secreta, de pavorosas revoluciones, le atraían por su lado dramático. ¡Y a pesar de todo, lamentaba perderse la cena, la noche de amor!

Llamó la campanilla para la comida. Antes del asado, bajo la influencia del collares, pensaba ya en dejar la sesión republicana e ir con la Concha; el coñac le decidió: sentía incluso un refinamiento de placer animal en «mandar las ideas al diablo» y en arrojarse sobre el cuerpo blanco que se le ofrecía todo cálido. Diría a Nazareno que había tenido un cólico, que recibió un telegrama... Las sesiones del Club seguirían celebrándose a diario, y a la Concha, despechada si él faltaba, podía pasársele el capricho o regresar a España. Y para que, por una casualidad, Jacobo no viniese a sorprenderle, salió. A las nueve volvería, encontraría a Melchor y marcharían a Dafundo. Con el puro en la boca y el sombrero ladeado, cruzaba el pasillo, tarareando, cuando Meiriño, que conversaba en un grupo, al divisarle, se dirigió hacia él con cara severa:

—Perdón, amigo mío—dijo—; siento tener que decirle una cosa. Yo le llevé a casa de doña Juana Coutiño, una señora de la mejor sociedad, y usted, amigo, pasados los diez días, ni siquiera le ha dejado una tarjeta...

La cara de Arturo se encendió de vergüenza.

—Y esto no se hace—continuó Meiriño, muy serio—. Es colocarme en una mala posición; da a entender que yo llevo allí gente que desconoce las costumbres sociales... Esto no se hace.

Arturo, petrificado, no encontró palabra que responder; le vió girar sobre los talones y reunirse con el grupo, acariciándose la barba.

Allí estaban Benito Correia, mascando el puro; Carvalhosa, erguiendo la melena llena de caspa; Padilla, retorciéndose solemnemente la perilla; el brasileño Gomes, con su boca blancuzca, risueña... ¡Arturo los tuvo un odio sangriento, que se extendía a todo cuanto representaba la sociedad, la política, las finanzas! Olvidó por un momento a Melchor, el cuerpecillo de la Concha, el champaña y la luna. Sintió la necesidad de vengarse, de humillar, de aterrar a aquel conciliábulo de idiotas, ahitos de comida, preocupados de necedades, viviendo en la falsedad... ¡Y furioso, con una sed de su sangre, partió como un bala en busca de Nazareno!

*

Cuando a las nueve Arturo entró con Nazareno en el Club de la calle del Príncipe, parecióle que había solamente, en lugar de la numerosa concurrencia que él esperaba, catorce o quince personas. La sala era grande, de un aspecto helado, empapelada de un gris sembrado de florecillas azules; del techo, recién encalado, pendía una lámpara de dos brazos, sin globos, dando una luz cruda de café; sillas de rejilla, como las de los asilos, se alineaban junto a la pared; el suelo viejo mostraba remiendos de tablas nuevas; al fondo, ante una ventana que daba al patio de una cervecería contigua, cubierto por una ancha cortina verde, estaba el estrado de la presidencia, con su mesa forrada de hule, cuya falda era de bayeta roja; al lado, en un veladorcito, sobre el que ardía una vela, un individuo, con heridas en la cabeza, garrapateaba, muy miope, con la nariz sobre el papel. Conversaban en grupos.

Nazareno dió unos apretones de mano mudos y llevó a Arturo a una sala contigua recién encalada, que alumbraba un brazo de gas que salía de la pared. Había en el suelo frascos de tinta, y junto a la ventana, de maderas cerradas cuidadosamente, un banco de carpintero. Al lado de una pila de tablas apoyadas en la pared, un individuo, todo de negro, hablaba con dos sujetos, que le escuchaban con los puros en la boca. Era el ilustre Matías.

Arturo fué presentado por Nazareno como «nuestro poeta». Matías le estrechó la mano con una seriedad seca, murmuró un «muy honrado» y continuó con el gesto pausado, medido, de sus manos, enfundadas en unos guantes negros: «... Por eso, en el caso de Luis, yo haría lo siguiente: apenas se descubriese el escándalo, la expulsaba de casa, sin cólera, y volvía tranquilamente a trabajar...»

Arturo le examinaba: era alto, de facciones aguileñas, pelo cortado a lo cepillo; su bigote corto, castaño, tenía unos pelos ásperos y salientes, y su mirada, azul y clara, era fría, apagada, muy dura.

Uno de los sujetos dijo, escupiendo partículas de tabaco:

—Bueno; pero, en fin, siempre es su mujer. Si él la expulsa sin recursos, abre la puerta al público...

Matías se encogió de hombros, con una indiferencia que significaba: ¿qué importa eso?

—¡Ah!—exclamó el otro, meneando la cabeza—. Es que resulta muy desagradable saber que una persona es su mujer, que está usando su nombre y que se dedica, desde detrás de unas persianas, a chistar a los individuos que pasan...

M a t í a s interrumpió dogmáticamente:

—Desde el momento en que por su culpa el pacto conyugal se deshace, no tiene uno nada que ver con sus actos. ¡Mi honra es mía y no de ella! Si la veo detrás de las persianas, mi deber es avisar a la Policía para que la inscriba en una cartilla y la ponga bajo el control de la higiene, y a los ciudadanos a cubierto del contagio...

Pero entró alguien en la otra sala, porque se oyó: «¡Hola! ¡Viva! ¿Cómo va eso? ¡Dichosos los ojos!» En fin, el rumor simpático en torno a una presencia estimada. Y casi inmediatamente entró un individuo grueso en la salita, con el sombrero hacia atrás, el aire risueño, una gruesa cadena de reloj sobre una barriguita rozagante. Matías le tendió vivamente la mano; los otros vinieron a darle palmaditas en los hombros, con miradas enternecidas. Y con sus mofletes joviales, el individuo obeso exclamó:

—¡Vaya, ya estamos aquí, ya estamos aquí!

Era don Abilio Pimenta, comerciante de paños y propietario. Debiendo

ser por profesión, por fisonomía, por interés, un conservador, su presencia era para los republicanos una satisfacción permanente, muy saboreada; con su vientre, su cadena, su rostro mofletudo, el vago olor a almacén que desprendía, el amigo Basilio daba al Club ese tono de respetabilidad, de estabilidad, de orden, que la propiedad confiere a las ideas que apoya; la cooperación de aquel propietario era la prueba gloriosa de la viabilidad de la República: él representaba la adhesión de la burguesía, y su persona traía a los republicanos de la plebe ese orgullo que daba a los diputados del tercer Estado, en el 89, la estancia en sus bancos de los hidalgos de las casas de Noailles o de Montmorency. Su presencia quitaba al Club el aspecto de grupo inquietante de pobretones descontentos, y las teorías más exaltadas tomaban la seriedad de leyes prudentes, cuando, para escucharlas, se veía a aquel honrado tendero, de aire bondadoso y paternal, con dinero en el Banco, inclinarse, haciendo con la mano regordeta una concha alrededor de la oreja velluda. Su asiduidad en el Club era proverbial, y, sin embargo, sus ideas parecían nebulosas. Se expresaba vagamente, diciendo con jovialidad:

—¡Hay que empezar por abajo, hay que empezar por abajo!

Y a fin de «tirar para abajo», aconsejaba la fundación de un periódico y previamente la compra por suscripción de una casa, máquinas, etcétera. El mismo se ofrecía a dar su óbolo: que apareciese el dinero, y la casa, máquinas, etc., no estarían lejos... Ultimamente había estado enfermo, amenazado de dolores reumáticos, y, muy interesados por aquella vida preciosa, Matías y Nazareno requerían detalles de su convalecencia.

—Gracias al mucho alcohol alcanforado...—explicó él con campechanía—. Fué mi señora la que me curó. Nada de médicos, me decía ella. ¿Tienes dolores en las caderas? Fricciones de alcohol. Pues bien, señores, hizo restablecerme... Yo me tumbaba en la cama, y mi señora venga restregar, mi señora venga restregar...

Rieron con enternecimiento: aquello parecía muy patriarcal, de una alta unión doméstica. Uno de los individuos que mascaba el puro hizo notar la diferencia entre aquella honrada señora, cuidando al marido, y las de las otras clases, ocupadas en *toilettes chics* y en modistas...

—Debo decirle—replicó el tendero—que también a mi señora le gustan los trapos... ¡Y miren que los domingos no va otra igual al Paseo!... Podrán llevar otros adornos encima, ¡pero más alhajas y mejores sedas, ninguna!

Una voz dijo a la puerta de la salita:

—¡Oye, Matías, que son las nueve!

Matías se dió un tirón a la chaqueta; con un gesto rápido y maquinal se arregló la corbata, y seguido de los otros entró en la sala, diciendo a Arturo:

—Tuve carta de nuestro Damián. Su libro saldrá en estos días...

Subió al estrado, y, cuando el ruido de las sillas cesó, dijo, sentándose y removiendo unos papeles sobre la mesa:

—Se abre la sesión.

Un miembro del Club, muy flaco y bizco, se levantó bruscamente. Y con la cabeza erguida y las manos en la cintura:

—Propongo que se cambie esta fórmula de *se abre la sesión*. Huele mucho al Congreso.

Hubo un murmullo alrededor: ¡Vaya! ¡Tonterías! ¿Para qué?

—¿Para qué?—exclamó el bizco, que parecía de genio irritable—. Por la misma razón que se dice «ciudadanos» en lugar de «señores». Todas esas fórmulas son buenas...

Matías le interrumpió con un gesto breve de la mano abierta:

—A mí me parece esta fórmula tan inocente como la de *buenos días*. Se usaba en la Convención—y mirando alrededor—: Lo que me parece más útil es evitar la costumbre de fumar...

El bizco, que tenía el cigarro en los dedos, lo tiró, sentándose con un refunfuño. Arturo apagó en seguida su puro contra la suela de la bota. Dos o tres, más ahorrativos, fueron a colocar al borde del estrado los puros a medio consumir.

El secretario, que se había estado arrancando pellejos de las heridas de la cabeza, en pie, inclinado hacia la luz, con la nariz sobre el papel, iba murmurando la lectura de un acta; por las sillas se hablaba bajo, y Arturo, sentado junto a Nazareno, examinaba las caras. No tenían las expresiones exaltadas y siniestras que él imaginó. A excepción de un individuo calvo y obeso, que ocupaba casi dos sillas, tanto los rostros como los cuerpos eran delgados: notábase en ellos las vidas mezquinas en cuartos estrechos de casas de huéspedes, el tedio de un trabajo monótono de oficina o de ministerio, el aire vago y fatigado que da la ociosidad; había dos curas, de ojos duros, azulosa la piel de la barba espesa, muy afeitada, y labios lúbricos; un viejo militar sostenía entre las rodillas un enorme bastón de hierro. No había un solo obrero, y todos parecían sentir una infinita vanidad con aquel aparato de sesión, gozando del simulacro parlamentario. Un individuo, sin embargo, parecióle a Arturo muy original: tenía una cabeza enorme, casi calva, apoyada en el respaldo de la silla, y muy estirado a la larga, con su bonito traje de *cheviot* claro y las manos en los bolsillos, parecía dormitar, con una indiferencia irrespetuosa; entre los zapatos de charol y los pantalones asomaba un pedazo de calcetín, a rayas negras y rojas; Arturo le encontraba elegante, pareciéndole que todo lo que saliese de su boca fina, movible, de contorno bien trazado, debía de ser original y gracioso.

—¿Quién es?—preguntó a Nazareno.

—Un loco—dijo el otro, encogiéndose de hombros.

El secretario, entre tanto, terminó la lectura; y con la mano apoyada en la mesa:

—Aprobada, ¿no?—preguntó.

—¡Aprobada, aprobada! — dijeron todos.

Matías se levantó entonces. Su cara, bien modelada, parecía más pálida sobre el fondo verde oscuro de la cortina; dió con ambas manos, enfundadas aún en los guantes negros, un leve tirón al cuello de la chaqueta, y comenzó:

—Señores—y corrigió en seguida—: Ciudadanos. Hoy estamos aquí para instalarnos. Como ven, hay que hacer aún algunos arreglos en la sala; espero que queden efectuados para la semana próxima. Las sesiones regulares podrán empezar entonces—y echó un vistazo a las filas de sillas—: Creo que hay que hacer algunas presentaciones...

Jacobo Nazareno se levantó en seguida, y con solemnidad:

—Propongo y presento bajo mi garantía a don Arturo Corvello, autor de un drama de tendencias democráticas y amigo desde Coimbra de nuestro Damián. Creo que no habrá objeciones.

Unas voces dijeron:

—¡Aceptado!

Fueron unos minutos gloriosos para Arturo. El secretario, volviendo hacia él una cara muy risueña, le llamaba:

—¡Tenga la bondad! Es para que firme aquí.

Y mientras Arturo, rojo, emocionado, firmaba en un gran libro-registro encuadernado, el joven del traje claro de *cheviot*, levantándose a medias de su silla, dijo con una voz bien timbrada, mordaz:

—Propongo a mi amigo Vicente Falcón.

Un hombre muy pálido, de aspecto místico, con una larga levita eclesiástica, se adelantó hacia el centro de la sala. Se inclinó, y en el silencio, un poco admirado, dijo cavernosamente:

—Deseando formar parte del Club Democrático, quiero evitar equívocos. Una sola palabra los deshará: ¡yo soy socialista!—miró alrededor y repitió con ímpetu—: ¡Soy socialista! ¡So-cia-lis-ta!

Retrocedió un paso, cruzó los brazos sobre el pecho, alzando la cara lívida, como para afrontar la muerte.

Alrededor había en las fisonomías una vaga expresión de asombro, de recelo; se cuchicheaba, narices fruncidas inquirían con un gesto mudo; oíanse risitas apagadas. ¿Qué es? ¿Quién es? ¿Qué dice?

El joven vestido de *cheviot* exclamó:

—¡Aprobado! ¡Bueno es prevenirles!

Matías le lanzó una fría mirada de odio, y con una voz afectadamente cortés:

—Este Club no tiene exclusivismos...

—¡Pero tiene divergencias!—interrumpió el joven vestido de claro. Y levantándose—: ¡Pido la palabra! —no esperó a que se le concediesen, y prosiguió—: Entre personas que aspiran solamente a sustituir un rey constitucional por un presidente jacobino, que se indignan porque hay vizcondes, que hacen la guerra a la lista civil y otras zarandajas—y entre nosotros, que queremos la evolución democrático-social en su amplia acción—, hay divergencias muy graves. Es conveniente aclarar los equívocos. Estoy con el señor Falcón: una declaración a tiempo define los terrenos...

El bizco soltó un *aprobado* semejante a un rugido. Nazareno, que se agitaba, impaciente, se levantó bruscamente, y con el puño tendido:

—Es mejor deshacer el Club al nacer y que acabemos...

—¡Orden! ¡Orden!—se oyó decir.

—¿Qué significa—gritaba Nazareno, accionando—traer estas divergencias, apenas nos hemos instalado? No están aún pintadas las puertas y ya nos dividimos en partidos.

—¡No queremos que nos confundan con los jacobinos!—rugió el bizco.

—¡Ni nosotros con los comunistas!—lanzó un individuo de barba y lentes.

Algunos gritaban monótonamente: «¡Orden! ¡Orden!», repitiendo la fórmula parlamentaria. El viejo militar gruñía: «¡Fuera los petroleros!» Un confuso susurro corría por las filas de sillas, roto aquí y allá por una voz más fuerte, que chillaba: «¡Más seriedad! ¡Más decencia!» El místico se mantenía inmóvil, espectral, con los brazos cruzados. Y un individuo con bufanda, sentado junto a Arturo, le preguntó al oído, con una expresión ansiosa de ignorancia impaciente:

—¿A qué viene todo esto? ¿Qué quieren ésos?

Nadie parecía saber «lo que ellos querían», hasta que Matías, que, seguramente, juzgó el tumulto irrespetuoso para su dignidad, agitó, nervioso y pálido, una campanilla de cuarto de convaleciente:

—Es lamentable—dijo en el silencio que se hizo—que se produzcan antipatías tan patentes apenas nos reunimos para un fin de justicia. Estas escenas son las que justifican lo que dicen nuestros enemigos: ¡que en el partido republicano no hay más que desuniones! Este Club no tiene exclusivismos, repito. Acepta toda opinión democrática que se presente en oposición al constitucionalismo. En presencia de la vergüenza del sistema actual, el deber de todo hombre libre e inteligente es asociarse para su destrucción.

Había ahora en las filas de sillas una atención intensa de rostros tendidos, atentos a sorprender, a captar, el significado de aquella divergencia irritada. El amigo Abilio hacía con la mano una concha acústica en torno a su oreja. Con la barbilla apoyada en la mano, algunos abrían mucho los ojos, en que brillaba la adoración por Matías. Sólo el socialista, el joven del traje claro, el bizco y otro, que con los párpados bajos se miraba los pelos del bigote, fingían distracciones, con bamboleos muy irónicos de la pierna, arqueados los labios en sonrisas de tedio. Y Matías proseguía:

—Si el señor Falcón—el místico se dobló en dos—entiende por socialismo...

El místico dijo entonces de un tirón:

—Entiendo por él una nueva concepción de la propiedad, del trabajo, del matrimonio, de la educación, de la sanción moral, etc., en oposición a las soluciones dadas por la Iglesia y las instituciones que las realizan...

Matías extendió el brazo:

—Entonces, más o menos, somos todos socialistas...

—*Quod Deus avertat*—interrumpió Gilberto, el joven del traje claro.

El individuo de la bufanda parecía sumamente impaciente, intrigado:

—Pero ¿adónde quieren ir a parar?—preguntó nuevamente Arturo.

La explicación hubiera sido larga, complicada, y para abreviar, Arturo le dijo, bajo:

—Partidos. Son dos partidos...

—¡Teorías!—dijo el de la bufanda, que parecía tener por la ideología un odio de economista—. La cuestión es fundar un periódico... Y poner una cortina en aquella puerta, de donde viene una corriente de aire que me mata...

Matías hablaba ahora de la revolución social:

—Si el señor Falcón entiende, como socialista, que debe ser realizada por el pueblo, educado en una filosofía popular positivista...—buscaba los adjetivos—proudhoniana, con exclusión de toda dirección autoritaria, de toda iniciativa gubernamental, entonces podemos divergir. Si en la cuestión política pretende imponer la fórmula federativa en oposición a la fórmula unitaria, seguramente habrá también divergencias entre nosotros...

—Siempre divergencias—interrumpió Gilberto.

Matías continuó:

—Pero estamos unidos para el mismo fin, y más adelante, desembarazado el país de las instituciones del pasado, podremos debatir esas altas cuestiones...

—¡Frases!—murmuró Gilberto.

Aquella irreverencia pareció escandalizar a la asistencia: ojos encendidos, airados, se volvían hacia él; el viejo militar acariciaba sombríamente el puño del bastón, y las mismas voces repetían: «¡Decencia! ¡Decencia!»

—El jacobinismo—continuó Matías—, ya que esta palabra agrada al señor Gilberto, el jacobinismo no combate al socialismo; lo prepara —repitió con un gesto vivo—: ¡lo prepara! El socialismo es un poder espiritual sustituyendo a otro poder espiritual...

El místico bajó la cabeza, asintien-

do. Había en todas las fisonomías un vago aire asombrado, de incomprensión, de fatiga.

—Pero esa sustitución—continuaba Matías—, para ser realizada sin lucha, sin choque, precisa ser llevada a efecto dentro de un régimen amistoso que la favorezca, la promueva y garantice la paz social mientras se hace la transformación espiritual.

—Pretextos para el cesarismo—gruñó Gilberto.

El individuo de la bufanda se apretó la cabeza con las manos, murmurando con voz plañidera:

—¡Ay Jesús! ¡Yo no los entiendo, no los entiendo!

No parecían «entenderlos» en general. Los ojos, que el deseo de comprender desorbitaba, iban de Gilberto a Matías, implorando claridad: en toda aquella fraseología nebulosa, ¿dónde estaba la República? ¿Por qué no decían claramente cómo había que derrocar la casa de Braganza? ¿Por qué no se repartían ya los empleos de los que iban a ser expulsados los conservadores? ¿Con qué regimientos se contaba? Y los que se habían adscrito al Club con la esperanza de una futura satisfacción de necesidades o de ambiciones, sentían como un vasto engaño al encontrar, en lugar de preparativos de acción, argumentaciones doctrinarias.

Un individuo afeitado y muy amarillo expresó la impaciencia de todos diciendo con una voz fina:

—Vamos a lo que importa: ¡basta de filosofías!

Matías le lanzó su mirada, fría como una puñalada:

—Señor Malaquías, si carece de respeto a las ideas, debe tenerlo, cuando menos, a las personas.

—¡Bravo! ¡Aprobado!

Malaquías alzó los brazos, sepultando la cabeza entre los hombros; y con una voz fina, muy asustada, pegajosa, que estremecía los nervios:

—Yo no lo decía por ofender; yo lo decía para...

Arturo, entonces, se fijó en él: era amarillo, de una amarillez morena, lustrosa, con una boca muy grande, y parecía sucio, viscoso; notábase que debía exhalar mal olor.

Matías, entonces, resumió:

—El incidente queda concluso, y creo expresar la opinión del Club diciendo que nos honramos con ver entre nosotros al señor Falcón, y que, sean cuales fueren las divergencias de opinión, es un orgullo contar con la cooperación de un hombre de bien y con un demócrata ilustre.

El místico se dobló hasta el suelo, y entre «¡Aprobados!» fué a firmar en el registro.

Pero Malaquías se levantó en seguida, y con gestos lentos, blandos, gelatinosos, comenzó a hablar de un modo tortuoso, pastoso; dijo que él era republicano, que respetaba a todo el mundo, que cuantos más miembros, mejor...—y se detenía, pasábase las manos, lívidas y flacas, por la cara afeitada, meneaba la cabeza—; él no quería poner en duda las convicciones de los caballeros admitidos, pero... porque, en fin, era necesario cautela... Lejos de él insinuar cosa alguna... Sin embargo...

—Acabe, hombre—le gritaron, impacientes ya de la voz, de la blanda indecisión, de los gestos indolentes.

—La cuestión es ésta—dijo, por fin—: ¿estamos o no estamos aquí para conspirar contra el Gobierno? Ahora bien...: sí, digo yo, sin ofender a nadie; pero, en fin... Sí, digo yo... ¿quién nos asegura a nosotros—repitió, poniendo los cinco dedos abiertos sobre el pecho hundido—, quién nos asegura a nosotros... que no hay personas que vienen aquí para escuchar, para espiar?...

Jacobo Nazareno dió un salto:

—¿Eso es insinuar algo respecto a mi amigo?—y señaló a Arturo, que escuchaba rojo, inmóvil.

El místico se precipitó en dos zancadas hasta el centro de la sala, y con voz trémula, agitando los enormes brazos flacos:

—Ciudadanos, es triste que después de toda una vida de estudio y consagración a la democracia, el día mismo en que vengo a reunirme con los camaradas para un fin de justicia, ¡me vea señalado como un espía, yo!—y se golpeaba frenéticamente el pecho con los puños.

El sucio Malaquías protestaba, llevándose las manos a la cabeza:

—¡Por amor de Dios, qué cosas! Ya están ahí el señor Falcón con sus exageraciones y el señor Nazareno con su genio. Yo no he dicho..., yo no dije... Yo lo que quería decir es que era necesario no hacer las cosas sin orden ni concierto. Es preciso más solemnidad... ¿Por qué no ha de exigirse a los que son admitidos el juramento?

—¡Sobre un cráneo!—lanzó Gilberto.

Hubo risas. «¡Muy bien!» Y Gilberto se levantó.

—Pido la palabra. Observarán que siempre es del señor Malaquías de quien parten las ideas cómicas sobre el simbolismo del Club; fué él quien hace tiempo exigió el santo y seña; hoy quiere el juramento; mañana exigirá el subterráneo, ¡y después, en lugar del gas, las antorchas! La democracia del señor Malaquías pertenece a la calle de los Condes. En cuanto al señor Falcón, bien conocidas son sus ideas, su carácter, sus artículos en *La Evolución*, su vida...

—¡Aprobado! ¡Aprobado!

Nazareno se levantó:

—Y con respecto al señor Corvello, creo que es inútil afirmar la sinceridad de sus convicciones, su odio intransigente a la sociedad conservadora...

—¡Aprobado! ¡Aprobado! ¡Terminado el incidente!...

Malaquías se inclinó, y dijo todavía:

—Yo, en mi pequeña experiencia, siempre he visto exigir el juramento... Fuera de aquí hacen lo mismo... Pero, en fin, si los sabios no quieren... Yo lo decía para lo futuro; pero, en fin... ¡Je, je, je!

Alrededor le tiraban del gabán; se sentó, refunfuñando; pero levantándose en seguida con la elasticidad de un resorte, volvió a empezar con su voz irritante, que producía comezón en la sangre:

—Perdonen si vuelvo a la carga; pero, en fin... Es para dirigir una pregunta a la Mesa... ¿Quería saber si la suscripción de un duro por cabeza para las obras de la sala ha sido superada o si queda algún saldo? Y si hay un déficit, ¿quién responde?... Sí, en estas cuestioncillas de dinero... Yo no quiero ofender...—y sepultaba la cabeza entre los hombros, con un gesto retorcido de los brazos—: Pero, en fin...

Matías dijo con sequedad:

—Las cuentas serán presentadas, examinadas y discutidas. La pregunta es inoportuna y está mal formulada.

Malaquías lanzó su risa metálica:

—Yo era para saber... Me gusta saber... ¡Je, je, je!

Y se quedó sentado, pasándose por la mandíbula los largos y flacos dedos.

Inmediatamente, un hombre de edad, muy feo, con una barba de pelos canosos y escasos, se levantó con un cuaderno en la mano. Escupió, y con una voz lenta, adormecida, un poco cavernosa:

—Pensé que en este día de inauguración sería conveniente leer algunas páginas que colocasen ante el

espíritu de todos las fases por que ha atravesado la libertad. Si me lo permiten...—y viendo que Matías inclinaba la cabeza en señal de asentimiento, el hombre feo abrió el cuaderno, carraspeó y empezó a leer—: «Si nos remontamos a los tiempos casi mitológicos, encontramos al primer mártir de la Libertad encadenado a una roca mientras le roía el hígado el pico de bronce de un buitre incansable...»

Había alrededor un vago asombro: ¿qué era aquello? Examinaban el grueso cuaderno azul, cosido con bramante. ¡Cómo! ¿Iba a leer todo aquello?

«... El insensato—prosiguió él, lento, pausado, pastoso—, habiendo querido arrebatar a los inmortales el fuego sagrado, vió cómo encadenaban sus miembros al Cáucaso; y la Historia saluda en él al primero que reivindicó los derechos del hombre contra la tiranía de la divinidad...»

¡Se comprendió entonces vagamente que era la larga historia de los mártires de la Libertad, desde Prometeo! Algunos querían escuchar por camaradería, o con la esperanza de oír anécdotas típicas o declamaciones que halagasen sus opiniones; pero los párrafos densos, repletos, moviéndose sordamente, como un lento rodar de odres mal llenos, constituían una retórica fatigante; la voz era tan soñolienta, de un fluir tan monótono, que amodorraba; se entablaron algunas conversaciones en voz baja; un individuo se levantó de puntillas y fué a coger en el estrado el medio puro que había dejado allí, y se refugió cautelosamente en la salita; otros le siguieron; los más tímidos, simulando, con las manos en los pantalones, una necesidad urgente; y los que quedaban, para resistir la somnolencia creciente, hacían un susurro de voces sibilantes. Entonces, Matías, que tenía los ojos fijos en el techo, tamborileaba con los dedos sobre el borde de la mesa; y en el silencio deferente que se hacía, oíase la voz perezosa hablando «de las cadenas de Espartaco, del puñal de Bruto o de la hoja de Lucrecia». Pero el rumor crecía gradualmente, y uno a uno, individuos de puntillas, encogidos, desaparecían por la estrecha puerta de la salita. Venía de allí una humareda de tabaco; a veces, una cara con el cigarro en la boca asomaba a espiar la sala; oíanse risitas... Impasible, absorto, solemne, el hombre feo iba exponiendo las miserias de la plebe romana.

Arturo, por respeto a Nazareno, se mantenía inmóvil: una blanda inercia le aflojaba los músculos en un abandono de fatiga. Pensaba en Melchor; a aquella hora, si no fuese por la República, él también correría hacia Dafundo, sintiendo bajo el asiento del coche los piececitos de Concha entre los suyos; llegarían; la vería en el cuarto de la cena quitarse abrigos y aparecer a la luz del gas triunfante en su escote; y sentiría su fino talle doblarse entre los brazos, mientras su cuello blanco, lleno, inclinándose hacia atrás, atraía deliciosamente los besos. Estiró las piernas, los brazos, en un desperezo lánguido... La pastosa voz estaba apostrofando a Tiberio y a la galera de velas de púrpura que lo llevaba a Capri...

Jacobo bostezó entonces a plena boca: miró un momento el gas, el grueso manuscrito, y con brusca decisión se levantó de puntillas y salió. Arturo iba a seguirle, pero la fría mirada de Matías le inmovilizó. Ahora abríanse las bocas en francos bostezos; caras quejumbrosas, suplicantes, se volvían hacia la impasibilidad de Matías; algunos, sacando el reloj, tenían un gesto desesperado; el secretario dormitaba, y Gilberto leía un libro sin dimisulo... En una transición que nadie había seguido, el hombre feo divagaba sobre los persas...

Jacobo volvió a sentarse junto a Arturo, y con una voz rencorosa:

—¡Esto es una cosa extraordinaria! ¡Está hablando hace tres cuartos de hora! ¡Y lo que le queda aún de manuscrito!

—¿Quién es él?

—Un bestia—dijo el otro entre dientes con un furor reconcentrado.

Estuvo un momento mordiéndose nerviosamente las uñas; pero volvió a levantarse, y haciendo sonar ahora los tacones como en una demostración hostil, entró en la salita... El hombre feo, sereno, después de haber celebrado el suicido de Catón, comenzaba a comentar la crucifixión de Cristo.

Fué entonces cuando notaron que el amigo Abilio se había dormido profundamente. En la monotonía de la lectura, aquello adquirió el interés maligno de un incidente grotesco: seguían con risitas sofocadas los bruscos cabeceos que le doblaban el cuerpo hacia las rodillas, y en las miradas alegres lucía la esperanza de verle rodar por el suelo. Pero Matías, celoso de la dignidad del Club, hizo señas al secretario, que bajó del estrado de puntillas, y, como era de temperamento tímidamente bromista, en lugar de despertar disimuladamente al tendero, le hizo cosquillas en la oreja con las barbas de la pluma. Abilio brincó con un grito, y la carcajada que se había estado preparando estalló incontenible. El amigo Abilio, con las facciones hinchadas, rojo, desconfiado, miraba alrededor con ojillos soñolientos; el hombre feo interrumpió un párrafo sobre Savonarola, y Matías, severo, dió un campanillazo reprobatorio. Y restablecida ya la seriedad, el hombre feo prosiguió, deplorando, con imágenes floridas, la hoguera en que ardió Juan Huss...

Arturo aprovechó el ligero tumulto para ir de puntillas, con los riñones entumecidos de cansancio, a fumar a la salita.

—¿Por dónde va ese hombre?

—¡Por los mártires de la Reforma!

—¡Tres siglos todavía!—murmuró un individuo de barbas y lentes, alzando al cielo los brazos y los ojos.

Se hablaba a media voz, fumando, de futuras sesiones, de proyectos, de esperanzas políticas, de infamias de la monarquía; y las voces sofocadas prestaban un tono de conspiración a las acusaciones, a las injurias lanzadas contra el Gobierno: se le atribuía unánimemente la decadencia vil de la nación; en un círculo, de donde se elevaba una humareda de cigarros, cada cual exponía «una gran vergüenza», la ruina económica, el bajo precio de los salarios, el compadrazgo de los empleos, el abandono de las colonias; se hablaba con vagas generalidades; ¡era un asco! ¡El país estaba perdido! ¡Nada, nada, nada! ¡Todo una canalla! Y los hombros se encogían con hastío, las caras se deformaban al aspirar el humo del tabaco. Pero, en general, la irritación contra las personas excedía a la hostilidad contra las instituciones: se atacaba la vida inmoral de los ministros, contábanse al oído anécdotas de la corte, se gruñía contra el rebajamiento de los periodistas conservadores; un individuo flaco, lleno de granos, parecía atribuir todos los sufrimientos de la Humanidad al teniente de alcalde del Barrio Central, a quien odiaba, con seguridad. Otros, entonces, referían quejas personales. Y como justificación de aquellas cóleras, volvían constantemente a las afirmaciones humanitarias: «la miseria de los obre-

ros», la «indignidad de los ricachos». Los más incultos formulaban su indignación política con términos de caló o con obscenidades tabernarias; los más cultos declamaban vagamente, hablando con seriedad de la «corrupción del bajo imperio». Nadie parecía tener una noción exacta de reformas definidas; pero todos, vagamente, confiaban en que de la República fluiría la felicidad pública, penetrando en todas las clases, hasta en las más oscuras casuchas, con la fecunda universalidad de la luz que cae de un astro. A veces, uno de ellos iba a escuchar a la puerta, otros le seguían, escondiendo los cigarros a la espalda... Y se oía la voz morosa del hombre feo, impasible, declamando consideraciones sobre el proceso de los girondinos...

Matías, desde lejos, los reclamaba con una mirada imperiosa; algunos obedecían resignadamente, yendo a inmovilizarse en sus sillas, bajo el lento fluir de la prosa interminable; otros retrocedían rápidamente, refugiándose en el fondo de la salita, donde el brazo del gas alzaba su tulipán de luz cruda.

Nazareno parecía el más impaciente. Según él, era inútil celebrar sesiones si éstas debían de ser ocupadas por aquellas lecturas retóricas. Entonces se discutieron los trabajos urgentes del Club. Ante todo, era necesario fundar un periódico. Un individuo de barba rubia indicó la necesidad de atraerse algunos militares. El Club debía lanzar un manifiesto a todos los liberales, indicó otro, y ponerse en comunicación con los republicanos españoles. Este proyecto pareció desagradar; algunos le encontraban un odioso sabor ibérico... ¡Pero si la salvación de la península era una República federal!... Y, además de eso, para instaurar la República era preciso dinero y armas... ¿De dónde iban a venir? ¿De España?

—¡Nada de españoles, nada de españoles!

—Españolas, sí—dijo un bromista.

El tumulto que se produjo fué interrumpido por el secretario, que vino a decir:

—¡Oíd, muchachos! ¡Matías está furioso! Armáis aquí una algazara que se oye ahí dentro... El hombre está terminando... Venid, por amor de Dios.

Arturo, que temía el descontento de Matías, fué a ocupar de nuevo su silla... El hombre feo esparcía las flores de la elocuencia sobre las tumbas, alineadas juntas, de los cuatro sargentos de La Rochelle.

Poco a poco entraban otra vez los republicanos, y, de pronto, el hombre feo se sentó.

Hubo un rumor de alivio, ampliamente respirado. Algunos cogían los sombreros; eran las once y media, ¡qué diablo!

Pero Matías hizo sonar la campanilla.

—He de consultar a la asamblea sobre la proposición que al final de su notable trabajo nuestro ilustre conciudadano—y señaló al hombre feo—acaba de hacer.

¡Fué un asombro! ¿Qué proposición?... ¡Nadie se había enterado de ella! Las miradas interrogaban, se encogían los hombros.

Matías, entonces, explicó:

—Nuestro amigo propone que se cuelguen en las paredes del Club los retratos de todos los mártires de la Libertad, desde los tiempos mitológicos hasta...—pareció consultar por un momento su memoria—. Perdón, señor Esqueira, ¿hasta...?

El hombre feo recitó de un tirón:

—Joaquín Vicente de la Costa Esqueira, muerto en los calabozos de Almada, a hachazos, por sus ideas jacobinas. Era mi tío.

Corrió una carcajada por las sillas. El viejo militar, que parecía admirar al hombre feo, rugió:

—¡Más decencia!

Y Matías, severo:

—Me parece inoportuna esa hilaridad...

El hombre feo creyó, sin duda, deber suyo indignarse, y levantándose con solemnidad:

—¡Es extraño que cause risa a hombres liberales un pariente mío que murió por la Libertad!

Algunas risas sofocadas se escaparon aquí y allá; y entonces Gilberto, en medio de la sala, con el sombrero en la mano:

—La idea es noble; pero además de que no hay sitio para contener en estas paredes a todos los mártires de la Libertad, es difícil obtener un retrato de la mayoría de ellos, como no sean dibujos de fantasía, que, por falsos, tenderían a causar indiferencia en vez de inspirar veneración. Aparte de esto, los mártires son innumerables, y las paredes no son más que cuatro...

—¡Aprobado! ¡Aprobado!

El hombre feo pareció descontento.

—Al menos, el inmortal Rousseau... —comenzó.

—¡Ninguno! ¡Ninguno!—gritaron con impaciencia.

Estaban casi todos en pie; se alzaba un griterío. Entonces se oyó la voz de don Abilio decir:

—Yo, sólo dos palabras...

Se hizo un silencio deferente; había sonrisas amistosas ante aquella frase bien venida.

—Yo—continuó Abilio en pie, con cara jovial—, yo quiero ofrecer al Club (decía *Clubio*) un regalito. Tengo allí, en casa, una cabeza de yeso que mi señora dice que es Minerva...

Un lento rumor de simpatía corrió ante aquella campechanía, casi fraternal.

—Yo no sé si es Minerva, pero la cosa parece tener valor. Y a mí me parece—perdonen si digo una tontería—que podría muy bien figurar como un busto de la República. Si lo quieren, está a su disposición con sumo gusto. Yo ya lo dije a mi señora, porque, en fin, son cosas que pertenecen a la casa; pero ella, la pobre, accedió... Y yo tengo mucho gusto en ofrecer...

—¡Bravo! ¡Aprobado! ¡Se acepta! ¡Muy bien!

Abilio reclamó silencio:

—Entonces, lo mando aquí mañana, con la criada.

Estallaron aplausos. Y Matías, levantándose:

—Se levanta la sesión.

Arturo se encontró arrastrado en el movimiento impaciente que se hizo hacia la puerta. Y en el patio, mientras encendía un puro, se halló al lado del hombre de la bufanda.

—No ha sido floja la lata...

Arturo dijo, por condescendencia:

—La lectura fué larga.

El otro se inclinó hacia su oído:

—¡Es que no se hace nada! Todo esto es un cuento. ¡Es charlar, charlar! ¡No se hará nada mientras no se eche el Gobierno abajo! Yo ya se lo dije a Matías: quiero ir de recaudador a Belem. Yo soy franco...

Y desapareció, encogido en su gabán, porque empezaba a lloviznar.

Cuando Arturo llegó al hotel, el portero le dijo que había estado allí un individuo a buscarle a las nueve, que volvió a las nueve y media, luego a las diez y después a las diez y media. La última vez estaba tan furioso, que dió puñetazos sobre la mesa, soltando maldiciones.

Por la descripción, gordote, un poco achispado, con grandes bigotes, Arturo reconoció a Melchor.

VII

Al día siguiente Arturo recibió las últimas pruebas de *Esmaltes y joyas*, y las estaba revisando en su cuarto cuando la puerta se abrió y apareció Melchor con un ímpetu airado. El aspecto de Arturo, trabajando tranquilamente, con *robe de chambre* de terciopelo, le exasperó más aún, y, doblándose hasta el suelo, dijo irónicamente, con una voz vibrante de odio:

—¡Sí, señor! ¡La hizo usted buena!

Arturo iba a hablar; pero Melchor, bruscamente, con un gesto vivo:

—¡Es sencillamente una canallada! Vengo aquí con el coche, con las chicas, a las nueve: ¡nada, había usted salido! Vuelvo a las nueve y media, con las chicas, en el coche: ¡nada! Vuelvo a las diez: ¡nada! Y me encuentro con las mujeres, con el coche, corriendo las calles, Chiado abajo, Chiado arriba, ellas furiosas, el cochero desconfiado: ¡en fin, una indecencia!

Arturo iba a explicarle...

—¡Conmigo — interrumpió Melchor—, conmigo se acabaron las juergas!

Y entonces divagó prolijamente, con un despecho acumulado: En Lisboa no se gastaban aquellas bromas... ¿Con quién creía él que estaba tratando? El cochero era nada menos que el *Tieso*, que llevaba sólo a muchachos escogidos. ¿Y las chicas? Las había molestado, obligándolas a salir de casa... ¿Para qué? Así se perdía todo el crédito, era uno mal recibido. El quería hacer una vida muy derechita... Porque, al final, el responsable era él... Era un hombre de bien, y le gustaba portarse como tal. ¡En fin, que don Arturo le había reventado!

Viendo aquella indignación verbosa, aquella mirada taladrante, Arturo creyó que había cometido una vileza excepcional. Habló de pedir perdón, de ir él mismo a explicar a la Concha...

—Y es que hubo gastos—interrumpió Melchor, serio ante la responsabilidad adquirida—. Es que hubo gastos. ¿Se figura el amigo que el cochero estuvo para arriba y para abajo gratis? Yo lo tomé por cuenta de usted... ¿Y las chicas?

Arturo sacó en seguida del bolsillo el portamonedas de malla de plata. Entonces Melchor, calmado, se comprometió a arreglar las cosas decentemente con «diez durillos».

—¿Y dónde diablos estaba usted? —preguntó, ya risueño—. ¿Otra vez en la *high-life?*

Arturo, discreto, dijo un *sí* ambiguo, gozando interiormente de la cautela del conspirador. Había estado en una casa hasta tarde... Le invitaron de repente...

—Pues yo pasé un mal rato—dijo Melchor, peinándose el bigote ante el espejo—. ¡Y estaba la Concha!... ¡Hombre! ¡Una divinidad! Se quedó furiosa... No, palabra, tiene mucha curiosidad por verle.

Arturo deploraba íntimamente aquella ocasión perdida. ¿Y para qué? ¡Para oír durante hora y media fluir monótonamente, con una lentitud de agua oleosa, el elogio plúmbeo, blando, de los mártires de la Libertad! ¡Qué estupidez! A pesar de sus deseos, no se atrevía a proponer otra «juerga» a Melchor. Dijo solamente, andando alrededor de la mesa con la cabeza baja, liando un cigarrillo:

—Lo siento, sí, lo siento en el alma... Otra vez será, ¿no?

Pero Melchor no le escuchaba; fué, según su costumbre, a la ventana a tararear, a retorcerse las guías del bigote, a ver «si pescaba a la segunda dama».

Arturo, entonces, le fué a enseñar las últimas pruebas de los *Esmaltes y joyas*, y, enrojeciendo levemente, le preguntó si no sería posible anunciar su próxima publicación.

—¡Pues claro que sí! Y hasta se publicará una poesía. Da *chic*. Luego veremos eso. ¿Usted qué hace esta noche? ¿Nada? Bueno; vendré a cenar con usted y preparamos la noticia—le palmeó en el hombro—: ¿Eh, soy un amigo o no?

Arturo le dió las gracias.

—¿Y para la venta del volumen?

—Entiéndase con Gonzálvez, el corrector. Yo se lo arreglaré; no le quepa duda. Se coloca el tomo a los libreros, a comisión. Usted no tiene que tomarse ningún trabajo, más que el de cobrar... Es preciso darle algo a Gonzálvez, como es natural. El infeliz es hombre servicial, cabeza de familia...

Acepilló su sombrero, y dijo que «se iba porque tenía un *rendez-vous*». Miró una última vez por la ventana; pero como «no podía echarle el ojo al demonio de la cantante», salió tarareando el fado.

*

Terminada la tarea de las pruebas, los días tornáronse muy vacíos para Arturo. Pero se hallaba entonces en una situación de ánimo tranquila, muy segura. En breve, con la publicación de su libro, y gracias a la crítica del *Seculo*—Melchor le había prometido «un folletín de aúpa»—, iba a ser ilustre; su adhesión a los republicanos y al Club le producía una secreta vanidad de revolucionario peligroso; hubiera sido completamente feliz de haber podido ver y conocer a la señora baronesa de Paradas.

Ahora, todas las mañanas, por ociosidad, con una vaga esperanza, iba a pasear por la calle de San Benito, esperando siempre que tendría al fin el deseado encuentro, recibiendo cada vez un desconsuelo mayor ante aquella larga fachada, impasiblemente asentada y vacía. ¿Qué haría *Ella* dentro? La imaginaba leyendo, tendida en un sofá, o en el jardín que debía haber en la parte trasera de la casa, bordando bajo algún vetusto árbol, viendo al pequeñín revolcarse sobre la hierba.

Por la noche iba al San Carlos, sondando todos los palcos con sus gemelos; y los domingos, en el Paseo, por la tarde en el Pote das Almas o por el Chiado, no cesaba de esperarla, de invocarla. Pero no había vuelto a verla, y esto ponía una nota discordante en la felicidad tan unida de sus días. ¿Dónde podría encontrarla? ¿Cómo? El recuerdo odioso de la *soirée* de la Coutiño dábale, con el terror a la sociedad, el deseo de verla, de amarla, fuera de los convencionalismos mundanos, en la deliciosa seguridad del misterio, de un modo literario y excitante, a lo *Romeo y Julieta*. Hubiese querido encontrársela en un parque, en unas pequeñas ruinas, lejos, en algún rincón pintoresco de valle o de carretera. Una mañana se sintió todo alborozado, viendo en el *Seculo*, entre las noticias de la *high-life*, que la señora baronesa de Paradas cumplía veinticinco años. Pero, entonces, ¿Melchor y Saavedra la conocían?... Corrió a la Redacción. Melchor se encogió de hombros: había copiado la noticia del almanaque del año anterior, eran apuntes del cronista. Tal vez Saavedra lo supiese... Pero tampoco: había oído decir que era una señora brasileña...

—Pero ¿para qué quiere usted saberlo?—preguntó Melchor, con una sonrisa maliciosa, con mucha curiosidad—. ¿Tenemos conquista?

Arturo negó débilmente.

—Vamos, hombre, vamos; cuente usted—insistió Melchor—. ¿Miraditas, cartitas, eh?

Arturo no pudo resistir a la tentación de decir, afectando reserva:

—¡Nos conocemos, pero nada más!

—¡Es usted el hombre de la suerte!—dijo el otro con envidia—. ¿Se da bien ese mirlo blanco, eh?

Y Arturo se atusaba el bigote, hinchado de vanidad, con mirada enternecida.

Melchor, entonces, por un despecho instintivo, fingió no dar importancia a la aventura que sospechaba; bostezó, se estiró en la silla, habló del San Carlos, del circo, de otras cosas. Y de repente:

—Entonces, ¿es usted ahora de la pandillita de Nazareno?

Arturo enrojeció.

—Nos conocemos. Es un amigo de Damián, el que fué compañero mío en Coimbra. ¿Por qué?

—Le vi ayer en el Martiño... Usted no me vió. Estaba de gran charla con Nazareno...

Y después de una pausa:

—Hace usted mal. Compañía poco recomendable.

Arturo, entonces, protestó; hizo el elogio de Nazareno, de Matías; les atribuía todas las virtudes, grandes excelencias de espíritu.

Melchor, muy estirado en la silla, con el vientre saliente, envuelto todo en el humo del puro, dijo con desprecio:

—¡Unos granujas! ¡Unos granujas!

Arturo se escandalizó. Eran, dijo, los espíritus más nobles de Lisboa. E irritado por el tono de burla de Melchor, por su actitud repantigada de escritorzuelo pedante, afirmó que Matías y Nazareno, dentro de dos o tres años, habrían de gobernar el país. El partido republicano estaba seguro de triunfar...

Melchor, que se limpiaba las uñas con un cortaplumas, tuvo una risita seca.

—¡Déjese de historias, amigo! ¡Cuatro guardias municipales, con los charrascos desenvainados, barren a todos los republicanos!

Aquella contradicción hizo olvidar a Arturo toda prudencia. Habló del Club, de la organización del partido socialista en Oporto, en Vizeu, en Coimbra; había quince mil obreros preparados; inventó fuerzas sociales al servicio de la democracia; el dinero no faltaba, y—recordando la presencia del «amigo Abilio» en el Club de la calle del Príncipe—juró que toda la burguesía de Lisboa, propietarios, banqueros, pertenecían al partido republicano...

Melchor le miró un momento con la expresión victoriosa de quien obtiene la confesión de un crimen.

—¡Ah! ¿Conque el amigo es también del Club?

Arturo, rojo, pensando que necesitaba para su libro el apoyo conservador del *Seculo*, negó. No pertenecía; pero, en fin, la verdad era la verdad... El partido republicano era fuerte...

—Media docena de andrajosos —murmuró Melchor, cuya verbosidad habitual parecía haberse acabado.

Callaron. Y al poco rato Arturo se marchó, descontento. Melchor no levantó la cabeza del papel; le dijo solamente un *adiós, amigo*, sumamente seco.

La injusticia cometida con sus amigos se los hacía parecer más dignos, más elevados. Y como las palabras de Melchor le habían indignado, juró consagrarse a los republicanos como a los únicos hombres de justicia y de verdad que había encontrado hasta entonces.

No dejó, incluso, aquella noche de contar a Nazareno su cuestión con «el tonto de Melchor». Pero Nazareno no conocía del *Seculo* más que a Saavedra, que, según dijo, «era un depravadillo, que merecía que le cruzasen la cara con el bastoncito que llevaba en la mano».

Arturo, entonces, indicó la necesidad de mostrar al país la fuerza del partido; parecíale perjudicial que el Club hubiese, hacía quince días, suspendido sus sesiones. El motivo era que Matías estaba preparando su gran *Programa de organización democrática*, y le parecía inútil reunirse antes de poseer aquella base de trabajo, de acción, que era, según Nazareno, «una de las grandes obras que se habían escrito en este siglo».

—Matías me leyó ayer la primera parte. Desde Proudhon no se había vuelto a escribir nada tan fuerte y tan elevado. ¡Ya verá usted!

Entre tanto, Arturo estaba inquieto a causa de «su cuestión con Melchor»; no sabía qué amplio fondo de indiferencia por las ideas hay en los espíritus inferiores, y creyendo haberle escandalizado en su fervor monárquico, temía perder la noticia, el prometido folletín crítico en el *Seculo*, y hasta los servicios del viejo Gonzálvez, ¡padre de tantos hijos! Por eso, a la mañana siguiente se quedó encantado encontrando a Melchor, que venía, risueño y florido, «a almorzar con el querido Arturo».

Justamente Arturo había recibido, al despertar, una tarjeta de la tipografía, anunciándole la terminación del volumen y enviando la factura de la impresión. Melchor la examinó, encontrándola muy moderada; prometió mandar a Gonzálvez a la tipografía, y aseguró que después del almuercillo iba a redactar una notita fina.

Y, en efecto, al otro día Arturo pudo leer, con el corazón anegado en vanidad, los elogios del *Seculo*: «Hoy se pone a la venta el libro de poesías de nuestro ilustre amigo Arturo Corvello, *Esmaltes y joyas*. Es un bello volumen de doscientas cincuenta páginas, claramente impreso en la excelente tipografía de Castro & Hermano. Vamos a leerlo y hablaremos ampliamente de este interesante *début* del inspirado poeta. Es natural que la crítica se ocupe largamente de este magnífico volumen. Damos hoy un pequeño extracto, que nos parece una verdadera *joya*, en la que no falta el *esmalte*.»

Y seguía la transcripción de una pequeña poesía, en que Arturo, utilizando de nuevo una antigua imagen del viejo Gautier, comparaba su alma, llena de deseos, a un palomar repleto de palomas.

Recibió poco después de la tipografía los volúmenes destinados a regalo, y en bata, con una taza de café al lado, pasó una mañana deliciosa, escribiendo dedicatorias en la primera página, en un estilo lapidario, poético, afectando en la irregularidad de la letra el desorden de la inspiración. Remitió un ejemplar a las tías, otros a Carneiro, a la Corcovada, a *Violón*, a Vasco el boticario, a Nazareno, a Matías, a doña Juana Coutiño, a Padilla, a Víctor Hugo, y otro también a Garibaldi, con estas palabras: *Al sublime héroe de la espada, el humilde pulsador de la lira*. Mandó colocar volúmenes en los cuartos de Meiriño y de Carvalhosa, y en un último ejemplar escribió solamente: *15 de mayo. Estación de Ovar. Remember*... Entre las páginas colocó dos violetas aplastadas, y dirigió el sobre al palacete de la señora baronesa de Paradas, San Benito.

Después, sentado en el balcón, con un ejemplar en la mano, permaneció largo rato, saboreando el delicioso orgullo que aquél le producía; la calidad del papel daba una suavidad inesperada a la armonía de las ri-

mas, y el color canario de la portada, con su nombre en elzeviriano, le enternecía; leía aquí y allá versos, trozos, y a veces sentía ahora palpitaciones de vanidad ante bellezas que, impresas, le parecían de un brillo especial, y otras veces se asustaba ante incorrecciones de forma descubiertas de pronto, que se le habían escapado en las pruebas y que estaba decidido a corregir en la *segunda edición*.

Entró aquella noche en el Martiño emocionado. Seguramente el volumen, popularizado por la nota del *Seculo*, habría sido ya hojeado. Entre el rumor de las conversaciones pareciale oír su nombre, citar trozos del libro; debían, seguramente, mirarle, examinarle; y calculaba sus movimientos, la manera de recostarse en la silla, de pasarse la mano por el pelo, para dar de él una idea más favorable y como la revelación pública de su talento íntimo.

Nazareno, que tomaba su café, aún no había leído el libro; pero vió la noticia en el *Seculo*.

—Palabra, me quedé sorprendido —replicó Arturo—. Después de mi cuestión con Melchor, me figuré que me harían la guerra. Pero, no. En el fondo son buenos chicos, y es necesario estar a bien con los periódicos...

—Sin duda—dijo Nazareno, que parecía reflexionar.

Y después de un momento:

—¿Entonces es usted muy amigo de la gente del *Seculo*, eh?

Arturo afirmó que tenía alguna influencia en el *Seculo*.

—Me alegro—dijo Nazareno—, porque entonces vamos a arreglar una cosa...

Buscó en su bolsillo y sacó un montón de cuartillas. Y bajando la voz:

—Es necesario hacer que se publique esto...

Arturo tuvo un deslumbramiento: creyó que por fraternidad revolucionaria Nazareno había escrito un estudio sobre los *Esmaltes y joyas*, y su desconsuelo fué grande cuando el otro, acodado sobre la mesa, con aire un poco lúgubre, le dijo que era un artículo de Matías sobre el libro de Damián.

Había salido hacía una semana, y se titulaba *El renacimiento en Portugal*.

Nazareno afirmó que era un libro concebido con un espíritu muy libre, de gran estilo, de una elevada ciencia, «la verdadera iniciación en Portugal de la crítica histórica y literaria». ¡Una gran obra de democracia, en fin! Era útil para el partido, para los intereses de la inteligencia, crear en torno al libro un clamor de artículos; como ellos no tenían periódico, era necesario—y por otra parte conveniente—que los periódicos conservadores popularizasen el volumen. El no conocía a periodistas; pero al ver la noticia en el *Seculo*, sabiendo que el amigo Corvello conocía la redacción, pensó que... ¿Eh?

—Sí—dijo Arturo—; hablaré a Saavedra. Tendré, incluso, mucho gusto... Soy amigo de Damián.

—Esto hará dos folletines—dijo Nazareno.

Arturo se llevó el original, aunque estaba contrariado. En el momento en que él necesitaba del folletín del *Seculo* para sus *Esmaltes*, pareciale imprudente solicitarlo para el libro de Damián. Encontraba egoísta a Nazareno. ¡Era abusar, qué diablo! Tenía ahora un vago temor de que Saavedra accediese a publicar aquello, y que el libro de Damián tuviese un éxito ruidoso, bajo el cual su tomito lírico desapareciese como un suspiro en una tormenta. Pensó en guardar el original hasta que saliese el folletín del *Seculo* sobre los

Esmaltes... O también podría decir a Nazareno, con un gesto desolado, «que el granuja de Saavedra ni a tiros lo insertaba»... Pero entonces el granuja sería él, Arturo. ¡Qué estúpida idea la de Nazareno! Le detestaba ahora, y sentíase inclinado vagamente hacia las opiniones de Melchor acerca de «aquella partida de pillos de los republicanos».

Pero al otro día, por un sentimiento de lealtad—que la límpida claridad de la mañana contribuyó, sin duda, a fortalecer—fué al *Seculo*. Y sin efusión, cumpliendo estricta y únicamente lo que había prometido, tendió el original a Melchor, diciendo:

—Le estimaría que publicase usted esto en su diario. Es sobre el libro de Damián, un amigo mío.

Melchor barajó las cuartillas casi con miedo. Venían de Matías, de los republicanos, y pareciale que debajo de aquella letra menudita debía tramarse algo funesto para el *Seculo*, para la monarquía, para los placeres tranquilos de la Baixa. Dirigió una mirada recelosa a Arturo, y dijo despacio, rascándose la cabeza:

—En fin, hablaré a Saavedra; pero no quiero compromisos... Como usted ve..., es una responsabilidad... ¿Tiene usted mucho empeño?

Arturo vaciló; sin embargo, la honradez triunfó, y dijo con firmeza:

—¡Lo tengo!

—¡Bien!

Y Melchor guardó el original con llave, para mayor precaución, como si fuese dinamita o cualquier otra sustancia explosiva.

Arturo pasó aquel día y el siguiente haciendo el recorrido de las librerías donde se vendían sus *Esmaltes y joyas*, para gozar viendo el tomo en los escaparates, las primeras dulzuras de la publicidad. No quedó satisfecho: unas veces el volumen no estaba bastante en evidencia, y otras lo encontraba colocado junto a algún libro francés, cuya portada ilustrada absorbía la atención; aquellos detalles le disgustaron. Los escaparates de las librerías parecíanle, además, muy indiferentes al público: hombres, señoras, pasaban en la prisa de sus ocupaciones o en el callejeo ocioso, parándose ante las joyerías, las camiserías, las modistas; nunca delante de las librerías. No encontraba en las fisonomías nada que revelase la impresión producida por sus versos; el libro parecía pasar sobre la ciudad como una gota de agua sobre gutapercha.

Por la noche, en el Martiño, en el San Carlos, se rozaba con los grupos, con la esperanza ávida de oír su nombre; llegábanle retazos de discusiones sobre política, finanzas, juego, mujeres; nunca sobre los *Esmaltes y joyas*. Entraba en el hotel y poníase a releer el volumen. Entonces todo le parecía vulgar, imitado, mal rimado, sin relieve, y le invadían desesperaciones mudas y como un punzante sentimiento de soledad y de tiniebla. Una idea le consolaba: a aquella hora la linda baronesa tenía ya el libro, lo habría leído palpitante de emoción, ¡viendo que el simpático joven de la estación de Ovar era un poeta! Esperaba una respuesta, una tarjeta de visita, una flor seca dentro de un sobre, un *¡te amo!* en una hoja de papel perfumado. Y no llegó nada.

De las personas a quienes había enviado el libro no recibió ninguna palabra animadora. ¡Carvalhosa no le dió ni las gracias! Meiriño le murmuró en el pasillo un «agradecido» seco. Padilla le dijo, desde el otro lado de la mesa:

—Ya recibí eso; es un tomito lindo.

Sólo Nazareno la dió una opinión crítica:

—Posee usted la forma; ahora hay que buscar la idea. Se comprende en un primer libro de poesía el género lírico. Pero es necesario no reincidir. Víctor Hugo hizo las *Orientales*, una pequeña composición ridícula; pero se desquitó con los *Châtiments*. Ahora hay que dejar a un lado el amor y los lirios y hablarnos de cosas más serias. ¿Y el artículo sobre el libro de Damián?

Arturo afirmó—de acuerdo con lo que le dijo repetidamente Melchor—que Saavedra iba a leerlo... Naturalmente, se publicaría. Tal vez salga mañana, añadía. Ya vería él.

Pero lo que realmente quería ver todas las mañanas, lo que ambicionaba con palpitaciones de corazón al abrir el *Seculo*, era el folletín prometido sobre los *Esmaltes*. No lo encontraba. Y sentía entonces una gran irritación al no ver el artículo de Matías sobre el libro de Damián.

Y era aquél el pretexto que tomaba para indignarse con Melchor, ir a la Redacción, y al principio con tímidas maneras, y después más secamente, recordarle «su palabra».

—¡Oh muchacho! Saavedra tiene ahí el folletín...

Pero era necesario decidir, ¡qué diablo!—insistía él, furioso, contra Melchor, que, obtusamente, no comprendía que la promesa que él quería, en realidad, ver cumplida no era sobre el libro del otro—¡poco le importaba!—, sino sobre el suyo... ¡Sobre el suyo!

Melchor, sin embargo, comprendió; muy lealmente intentó, en una noche de luna, redactar una crítica sobre los *Esmaltes y joyas*; llegó a tener hecha media columna, en que hablaba de la «claridad de la tirada y de la gran inspiración». Pero faltaban cuatro columnas y media, y ni dos tazas de café, ni varios puros fumados en la ventana con la cabeza a la brisa de la noche, ni varios polvos de rapé para despejar el cerebro, ni paseos furiosos por el cuarto, ni el apretarse la cabeza entre las manos, como un limón cuyo zumo se requiere, nada forzaba su amplia frente calva, que parecía contener un mundo, ¡a producir una línea más! Y desistió, furioso contra una «falta de vena tan extraordinaria».

Arturo subía ahora casi todas las mañanas al *Seculo*, pretextando ir a echar un vistazo a los periódicos; pero en su presencia, en su voz, en la manera de sentarse, Melchor sentía flotar una vaga acusación, y le temía ya como a un acreedor.

—Mañana hablo a Saavedra—le juró un día.

Y a la mañana siguiente, al verle entrar, se levantó en seguida, y diciéndole en voz baja que iba a resolver la cuestión, fué a llamar discretamente con los nudillos en la puertecita verde del despacho del señor director.

—¡Entre!

Melchor entró, haciendo a Arturo un gesto en que le prometía ser enérgico.

Pero a poco volvió, y cerrada la puerta, abrió los brazos, sepultando la cabeza entre los hombros, expresando así toda clase de imposibilidades.

—¿Qué?—preguntó Arturo.

—¡Dice que no!—contestó el otro, abriendo mucho los ojos. Y llevándole hacia el hueco de la ventana—: ¡No me ha dado explicaciones! ¡Dice que no! Que es un libro comunista, lleno de horrores... Y el artículo de Matías también. ¡En fin, dice que no!

Arturo no pareció muy irritado. Estaba liando un cigarrillo, con la cabeza baja, y de repente, un poco sonrojado, con la voz ligera de quien se acuerda de una menudencia:

—Hombre, a propósito, ¿y el folletinito sobre los *Esmaltes*?

Melchor enrojeció, pero no queriendo confesar su miseria intelectual:

—¡Qué quiere usted! ¡Ha dicho también que no!

—¡Cómo!

—Le hablé—continuó el otro, con gestos desolados—; es a causa de la *Oda a la Libertad*, de la *Sátira de la sociedad*. Ha dicho que no. Que si el diario está con el Gobierno; que si estuviese en la oposición, entonces... ¡Dijo que no!—y bajando la voz—: ¡Un asno!

Arturo bajó corriendo la calzada del Correo, hablando alto de indignación. En su necesidad de desahogarse, de rugir, se precipitó hacia el cuarto de Nazareno. No le encontró. Entonces fué a sentarse al Paseo, debajo de un árbol, y allí permaneció rumiando su cólera. Una gran dulzura parecía descender del alto azul, purísimo; el rumor de la ciudad llegaba a retazos sofocados, como si quedase apresado, enredado en los ramajes medio desnudos. Un jardinero regaba. Y en la calle, donde la arena brillaba al sol tibio, dos niños muy rubios corrían, vigilados por una inglesa vestida de verano, con gafas azules, que leía en un banco, con un *King Charles* en el regazo. Pero aquella paz de jardín burgués no le calmó. El mundo oficial, del que el *Seculo* era la expresión literaria, parecíale ahora vil, de una vileza mezquina, presuntuosa, con algo senil y estúpido: ¡nunca se sintió tan decidido a servir las ideas de Nazareno! Su libro ahora, rechazado, ignorado de la prensa, le parecía sublime. La negativa de Saavedra la atribuía a envidia, a la influencia, tal vez, de la enemiga de Roma. Y pensaba en cosas vagas que haría, que escribiría para demostrar su fuerza, para hacer sentir la importancia de su talento. Pero poco a poco, en la molicie que le producía aquel tibio mediodía invernal, le invadió como la indefinida conciencia de su ineptitud para la lucha: necesitaba contar con una amistad fuerte o un amor inspirador, apoyarse en algo duradero, consolador... ¿En qué? Y los dos niños, corriendo, blancos y rosados, frescos como flores, apetitosos como frutas, le daban vagos deseos de paternidad, le hicieron pensar en la familia, en una casa bonita, toda sonora de risas infantiles, donde el *frufrú* de un vestido pusiera en el aire ambiente una ternura sutil. Se acordó de la hija de Carneiro. ¡Puah! Usaba pelo postizo y no podría comprender nunca las necesidades de su espíritu ni las bellezas de sus versos. Además, la provincia le aterraba. Pero Lisboa le impacientaba ya. Y le invadía como un desconsuelo de todo, una sensación de malestar: bostezó a plena boca, se levantó y fué, arrastrando los pasos, aburrido, hasta el hotel. Ya no sentía indignación contra Saavedra, porque en su temperamento linfático todo se reblandecía, moría pronto—indignación o entusiasmo—, como en un aire sin oxígeno se marchitan todas las flores.

Por la noche, en el Martiño, contó tranquilamente a Nazareno la respuesta de Saavedra. El republicano se puso pálido de rabia, y su indignación, expresada con violencia, llegó a reavivar, a caldear de nuevo la cólera de Arturo. Todo provenía de no tener ellos un diario... Un diario los haría respetados, temidos; les prestaría una voz, una posición...

—¿Y dónde está el dinero?—exclamó Nazareno.

Arturo, pensando en sus mil duros, guardados allí en la provincia, en la caja de caudales de Carneiro, calló, encogiéndose de hombros.

Contó entonces a Nazareno, como para consolarle y mostrar bien la sinceridad de su despecho, que Saave-

dra se había negado también a publicar un folletín sobre los *Esmaltes*. Nazareno, sin embargo, no le pareció a Arturo lo bastante indignado:

—¿No le parece una gran granujada, Nazareno?

El otro hizo un gesto vago de asentimiento, y después de una pausa:

—Matías hojeó ya su volumen. Lo encuentra muy erótico...

Arturo se mordió los labios y volvió al hotel desesperado con aquella opinión. ¡Qué entendía el tonto de Matías de versos y de estilos! Aquella tendencia a querer reducir todo el arte, incluso la poesía, a un auxiliar subalterno de ambiciones políticas, parecíale propia de espíritus estrechos, egoístas. Y se acostó, descontento de Saavedra, de Matías, de Lisboa, de sí mismo, de la vida.

*

Acababa de desayunar a la mañana siguiente, cuando Melchor apareció con una cara radiante. Tiró un número del *Seculo* encima de la mesa, exclamando:

—¡Ahí va ese regalito!

¡Qué sorpresa! Era una reseña, la primera, que decía:

«El ilustre autor de *Esmaltes y joyas*, que tanta sensación ha causado, nuestro apreciado amigo Arturo Corvello, muy conocido en nuestra sociedad aristocrática, donde sus maneras, su espíritu, le hacen blanco de las mayores atenciones, ha terminado, al fin, su gran drama *Amores de poeta*, que en breve será representado en una de nuestros primeros teatros. El drama, que, por algunos pasajes que hemos oído, nos parece primorosamente escrito, es un estudio de costumbres de la alta sociedad y, por decirlo así, una protesta contra las teorías subversivas que, aquellos que en Portugal pretenden introducir las ideas republicanas, difunden para destruir la familia, la religión, la elegancia y todo lo que constituye el patrimonio de la gente bien educada. Los *Amores de poeta* están dedicados a un augusto personaje. El público espera con ansiedad este *début* teatral del inspirado vate.»

Arturo, atónito, exclamó con los ojos muy abiertos hacia Melchor:

—¡Hombre!... ¿Dedicado a un augusto personaje?

—¿Eh?—exclamó el otro, triunfal—. ¡Buena jugada!, ¿eh? ¡Es un hallazgo! ¡Es fino! ¿Qué le parece?

Había redactado aquella noticia sobre el drama para consolarle de la falta de la crítica sobre los versos, y orgulloso del «hallazgo»—la idea de la dedicatoria del drama al rey, a la reina—, repetía, con los ojos brillantes:

—¡Es fino! ¡Es de rechupete!

Arturo, cohibido, dijo:

—Pero ¡no es verdad, hombre! Pueden suponer que es al rey.

—¡Claro que lo supondrán! ¡Para eso lo he escrito! ¡Hará un efectazo!

—Pero si el rey se entera... Es abusar.

El otro tuvo un encogimiento de hombros:

—¡Vamos! ¡Ni él se entera, ni le importa! ¡Y si fuese necesario, pues usted se lo dedica! Hará un efectazo... No habrá empresario que no quiera llevárselo...

Arturo, en medio de su vanidad satisfecha, sentía una vaga contrariedad. ¿Qué dirían los republicanos, viéndole designado así como «el niño bonito» de la alta sociedad, haciendo dedicatorias a los tiranos? Se retorció el bigote; parecía asustado.

—¿Y todavía no está usted contento?—exclamó Melchor, despechado ante aquella acogida llena de embarazo ante una noticia que debió de ser recibida con exclamaciones victoriosas.

Arturo dijo:

—No; lo estoy. Estoy agradecido, Melchor, pero...

—¡Pero qué, con mil diablos! ¿Qué pasa?

—Es que tengo amigos... Nazareno, Matías... Parece una traición...

Melchor puso una cara seria:

—Va usted por un mal camino, Arturo—y sin dejarle hablar, con una verbosidad repentina, continuó—: Si se mete usted con esa gente, está perdido. Conozco a Lisboa. Si quiere usted medrar y que se hable de usted, que le representen su drama y tratar con gente fina, debe dejar esa partida de granujas. ¿Qué es lo que pueden darle? ¿Diversiones? ¿Dónde?... ¿Empleos? ¿Con cuáles cuentan ellos?... ¿Posición? *¡Nanay!* ¿Introducirle en sociedad? ¡Son unos pelagatos! Entonces, ¿para qué? Usted puede aspirar a mucho: es lo que dice Saavedra. Pero es necesario estar con la gente decente. Vea usted: ¿por qué no pescó la crítica en el *Seculo?* Pues a causa de esas historias de *Odas a la Libertad*, y *Marsellesas*, ¡y toda esa morralla! Usted tiene dinero, ¿verdad? ¿Para qué se ha de unir con unos andrajosos? ¡Lo que ellos quieren es explotarle, hombre!...

Arturo le escuchaba, abatido.

—Y además de eso...—siguió diciendo Melchor.

Entró un criado con una carta para Arturo. Era una simple tarjeta de visita:

JUANA CÁNDIDA MENESES COUTIÑO

Le agradece su delicioso libro de versos.

Un rubor de orgullo se difundió por su rostro. Tendió la tarjeta a Melchor, que exclamó, con el ímpetu alegre de quien, combatiendo, se apodera de una nueva arma:

—¡Ahí tiene usted! ¿Lo ve? Si ella supiese que pertenece usted a esa canalla que dirige Matías, le devolvía el libro, tan cierto como que yo estoy aquí.

—Es muy amable—dijo Arturo, releyendo las palabras escritas en la tarjeta.

Y volvió a ver el salón de doña Juana Coutiño, las *toilettes* de seda, los hombres de frac; allí se apreciaba la poesía amorosa, elegante; y pensaba en Nazareno, viviendo en un quinto piso, con una chaqueta raída, con relaciones miserables, quemados los dedos por el cigarro y hostil al lirismo. Y aquellas sencillas gracias de doña Juana se le aparecían como una puerta que se abría sobre la sociedad y de donde salían aquellas emanaciones de lujo, de amores nobles, de gracias femeninas, que íntimamente le habían cautivado siempre. Melchor, ¡qué diablo!, tenía tal vez razón. Se lo dijo.

—¡Claro que la tengo!—y, retorciéndose el bigote, se acercó al balcón.

Pero lanzó en seguida una exclamación, y haciendo un gran gesto hacia Arturo:

—¡Chis! ¡Venga acá, hombre, venga de prisa!

Arturo corrió: vió sólo un coche de alquiler que bajaba por el Chiado al trote largo, con dos cabezas tocadas con mantillas españolas.

—Era la Concha—dijo Melchor, dando un puñetazo sobre la barandilla del balcón—. ¡Qué bonita iba! Y la Paca... ¡Ay amigo!—y exaltado—: ¿Quiere usted una cosa? Vamos a Dafundo con ellas, ¿eh?

Y le brillaban los ojos.

Arturo tuvo un ímpetu juvenil, ardoroso; dijo vivamente:

—¡Conforme!

—¡Caramba!—exclamó el otro. Y, sin duda para prepararse a la excitación nocturna, reclamó una copita de coñac.

El mismo criado entró con otra carta para Arturo.

—Es el día de las cartas—dijo él con una leve vanidad.

Y de repente se le ocurrió la idea, viendo aquella letra, que no conocía, de que era de la baronesa: la alegría de sus rasgos fué tan patente, que Melchor preguntó con ojillos maliciosos:

—¿Cartita de amor?

Era de Nazareno. Decíale que al día siguiente, a las nueve de la noche, Matías leía su gran trabajo. «¡Sin falta, querido conciudadano!»

Arturo se guardó la carta en el bolsillo, afectando discreción.

—Una pequeña cita, ¿eh?—dijo Melchor, ya envidioso.

Arturo creyó no mentir, contestando:

—¡Una pequeña cita para mañana!

—¡Es usted un afortunado!—replicó el otro.

Y para ocultar su despecho, apuró la copa de coñac con su *chic* especial, echándosela al coleto de un golpe. Chasqueó la lengua, y dejando la copa:

—¡Hoy la andaluza, mañana la baronesa! ¡Fíjese si la República le podría proporcionar estas gangas!

Arturo sonrió, retorciéndose con fatuidad el bigote.

Partieron a las nueve, en un coche descubierto: llevaban a Concha y a Carmen. Melchor, que parecía entusiasmado, mandó al *Tieso* pasar por el Chiado, y muy derecho en el asiento, con el sombrero ladeado y el puro llameante, lanzaba adioses con la punta de los dedos hacia los grupos oscuros de la Habanera y del Baltresqui. Arturo, un poco azorado, encogido, admiraba a Concha: la mantilla negra daba una palidez más mimosa, más emocionante, a su rostro, de finas facciones, de expresión melancólica; sus ojos árabes, húmedos, muy rasgados, tenían en la sombra una negrura más profunda; se recostaba con un abandono lánguido, pero señorial, recogiendo castamente los piececitos para no tropezar con las botas de Arturo. Ya en el Aterro, Melchor empezó sus chirigotas: hacía declaraciones inflamadas a Carmen, una recia andaluza, de carnes exuberantes y ojos bañados en un fluido negro como tinta; y besuqueándole las manos, la llamaba en un español grotesco: *mi paloma, flor de benedicción...* (1). Le pellizcaba el vestido, la atraía por los brazos, haciéndola reír, con una risa cálida de cosquillas y de juerga. Para imitar su animación, Arturo quiso coger torpemente las manos de Concha; pero ella, con dignidad, reprobando, sin duda, las expansiones públicas de concupiscencia, las retiró suavemente. Aquella frialdad le extrañó a Arturo: se desesperaba por no poder hablar español y cautivaría con la elocuencia de la fraseología poética. Entonces se recostó, callado, mirando la noche: una dulzura infinita flotaba en el aire, que tenía un vago color añil desvaído; blanduras de luna bañaban trozos de fachadas; y el coche corría al trote, con el *Tieso*, muy derecho en el pescante, la cabeza baja y el látigo en ristre, las puntas de la faja ondeando sueltas, guiando con su estilo elegante.

—¿No es mejor esto que todas las *soirées* de la *high-life?*—dijo Melchor—. ¡Y en pasando las puertas, a cantar la bella *malagueña!*

Y aconsejaba a Arturo que cogiese a la Concha y que «se pusiera a la altura de las circunstancias», ¡pues esto de la juerga sin animación era dinero tirado a la calle!

—¡Eh, *Tieso,* aprisa, aprisa!

Habían pasado Pedrouços, dormido

(1) Conservo estas frases en la graciosa ortografía española con que las utilizan estos personajes queirosianos.

y oscuro, y la Carmen, muy solícita, entonó su *malagueña.* Melchor, mascando el puro con entusiasmo, seguía el compás, contoneando la cintura, y hacía el acompañamiento con palmas cadenciosas. La voz de la muchacha era áspera y penetrante, y las notas arrastradas, los ayes muy modulados, perdíanse en la noche, mezclados al golpeteo de las herraduras, al rodar del coche sobre el enarenado del macadán. En el alto silencio azulado brillaba una luna inmóvil, muy serena, y corría un aire vivo, salobre por las emanaciones del río. Arturo sintió una oleada de ternura triste, de encanto poético, sofocar su pecho; y recostando la cabeza, suspiró.

Entonces, muy tierna, la Concha se inclinó sobre él, y llamándole *hijo mío* (1), quiso saber qué le hacía sufrir. El saturó su voz de dulzura para decir: *¡nada!* La muchacha le apretó la mano cariciosamente, y Arturo no dudó de su amor.

Pero Melchor había entonado el fado: ponía una voz especial, nasal, estrangulada, enronquecida, muy de fadista:

> Yo fuí un día a Dafundo,
> ¡ay, en brazos del Amor!...

Pero se interrumpió: el fado sin guitarra no resultaba. En Dafundo era donde debían cantar, si estaba allí Pepe el de las Tres. ¡Ya vería Arturo! ¡Era para llorar!

Y declaró que sentía hambre. ¡Pero iban a tener una cena regia! Abrazó las rodillas de Carmen, que lanzaba grititos, y para animar al *Tieso,* aconsejó a Arturo que le diese un puro. Le llamaba *Tiesito.*

—Hemos corrido muchas juntos. ¿Verdad, *Tiesito?* ¿Eh? En tiempos del señor vizconde, ¿no? ¡Viva el *salero! ¡Llegamos, niñas!* (2).

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.

Estaban, en efecto, ante el Hotel de Dafundo (1). Melchor saltó rápidamente; pero se quedó en la portezuela, escuchando, petrificado; del hotel salían gritos de mujeres y una luz corría por el primer piso.

—Tenemos jaleo—dijo el *Tieso,* echando la manta sobre las ancas de los caballos.

Las muchachas habían bajado, asustadas ya; sin embargo, entraron. En el pasillo se cruzaron con un hombre que llevaba una toalla y una jofaina en la mano. Una mujer, de enaguas muy almidonadas, pasó también, lanzando ayes y gemidos. Y Arturo, con la Concha, muy trémula, agarrándose a su brazo; Melchor, pálido, un poco encogido detrás de la Carmen, se dirigieron al salón de la izquierda, iluminado, de donde salían los sollozos desgarradores de una mujer ronca.

Junto a la mesa, un hombre, con el busto todo desnudo, el rostro lívido, los cabellos amazacotados por un sudor frío, alzaba el brazo derecho, todo cubierto de una mancha de sangre oscura, que goteaba despacio; el suelo estaba encharcado en una negra humedad. Sobre el mantel, apartado hacia un rincón, empapado en vino derramado, había platos rotos, cristales de copas, y una joven, a la que dos mujeres tranquilizaban, sujetándola, lloraba convulsivamente, restregándose, con ojos espantados, la cara, manchada de rojo. Un individuo gordo y calvo, de aspecto importante, intentaba contener la san-

(1) Pequeña localidad de las cercanías de Lisboa, término de una de las principales líneas de tranvías que parten de la capital. Dafundo, situado junto a Algés (una de las playas más frecuentadas por los lisbonenses), posee como máxima atracción el magnífico acuario Vasco de Gama, inaugurado en 1898, y se han construído allí hermosos chalets y restaurantes de lujo y populares.

gre; pero la toalla se empapaba pronto; la carne estaba desgarrada por unas cuchilladas transversales, y apenas lavada con agua abundante, la sangre volvía a manar, cayendo en densas gotas. El joven, inmóvil, mudo, valeroso, perdía el color; sus ojos se empañaban. Todos los rostros estaban lívidos de terror: preguntábase en voz baja por el médico: una criada, toda desgreñada, fregaba el suelo; y el dueño del hotel, en mangas de camisa, con los pantalones muy subidos por los tirantes, iba pidiendo que «se retirasen, que no armasen barullo», afirmando que no era nada, «que fué casual», seguido de su mujer, que, exhibiendo el pecho, intentaba calmar a un niño, despierto bruscamente, que se retorcía dando gritos.

Melchor, muy blanco, quiso marcharse inmediatamente; no dejó al *Tieso* dar un pienso a los caballos; empujó apresurado a las españolas hacia dentro del coche, y subió, cerrando rápidamente la portezuela, como para refugiarse en el vehículo, trémulo, aterrorizado ante el jaleo, los fadistas, la Policía y la sangre.

—¡Esto sólo a nosotros nos ocurre!—díjole a Arturo.

Afirmó que tenía mareos.

—¡Anda, *Tieso!* ¡Arrea, qué diablo!

El regreso a Lisboa fué lúgubre; las muchachas hablaban en voz baja, llenas de un vago terror; habían reconocido al joven: era Alvaro, el *querido* (1) de la Adela, la de la calle del Norte. Habría sido cuestión de celos, seguramente; y elogiaban su valor, la blancura de la piel, como enamoradas de él. Melchor, mudo como una estatua, sin ánimo, retorciéndose nerviosamente el bigote, iba sondando los rincones oscuros del camino, con miedo a posibles asaltos, dando prisa al *Tieso*, ansioso por verse en Lisboa, en la tranquilidad de las calles populosas, bajo la protección de las parejas de guardias. Sólo empezó a calmarse cuando el coche rodó por la calle del Ouro. ¡Era una juerga estropeada! Y renegaba ahora de todo lo que hasta entonces había estado ensalzando: de los fadistas, de la soledad de Dafundo y del trato con prostitutas.

(1) En español en el original.

Fueron a cenar al Silva. Y allí, bien seguro dentro de las cuatro paredes del reservado, a la luz cálida del gas, recobrada su locuacidad, contó otros jaleos que había presenciado, cómo salvó al célebre *Viola* de una cuchillada del *Rey de Copas* y los fadistas que había él abofeteado. Le gustaba ahora haber presenciado aquel suceso, y fué al salón en busca de personas conocidas, a quienes repetía prolijamente el *caso*, asegurando que de no haber sido por él, aquel pobre diablo se hubiera desangrado.

Entre tanto, en el reservado, esperando las ostras, Arturo fijaba unos ojos tiernos en la Concha, construyendo laboriosamente frases españolas; y para darle una elevada idea de su valía, le recitaba con ardor dos versos de Espronceda que se sabía de memoria:

¿Por qué vuelve a la memoria mía
triste recuerdo del placer perdido? (1).

Al día siguiente, cuando, a las diez de la mañana, entró en el hotel para cambiar de ropa, estaba enamorado de la Concha.

*

(1) Estos dos versos de Espronceda figuran transcritos en el original portugués, levemente equivocados. Nuestro gran poeta romántico escribió:

«¿Por qué volvéis a la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido,
[etcétera.»
(*El Diablo mundo*, II, «A Teresa».)

En la intimidad de la alcoba, ella le contó su vida. No era hija de un general—según la versión de Melchor—, sino que su padre, cuñado de un capitán, comerciaba honradamente en vinos en una población que ella no quiso revelar. Seducida—¡inocente como era entonces!—por el hijo de un marqués, fué a ocultar su gloria y su vergüenza en un tercer piso de la triste calle de San Juan de Dios, en Madrid. Su amante, cuyo título aparecía confuso, conde unas veces y simplemente vizconde otras, era un carlista fanático, que se alistó en el bando de Saballo y murió junto a Estella en un combate de caballería. Ella—*¡pobrecita!* (1)—, sola, sin blanca, después de haber empeñado una por una todas sus ricas alhajas—rubíes, perlas, brillantes, que el carlista le regaló con una liberalidad de grande de España—, se vió forzada, ¡ah, realmente forzada!, a aceptar el amor del director de una Compañía de ferrocarriles, un primer piso en Fuencarral y un *coche* (2). Aquel coche parecía ser la gloria ilustre de su pasado: lo hacía rodar constantemente por su biografía, unas veces *victoria* abierta entre los tibios aromas de los árboles del *Retiro*; otras, cupé guatado de raso, corriendo silenciosamente sobre la nieve de la *Fuente*, tirado por un caballo blanco, que se llamaba *Miramolinos*... Pero los celos feroces del director de la Compañía de ferrocarriles, su bastón, tan duro para los tiernos hombros, la obligaron un día a refugiarse en Lisboa, con el «vestidito que llevaba puesto», en una casa amistosa y hospitalaria de la calle de San Roque... *¡Muy desgraciada!* (3).

Habló después más especialmente de sus sentimientos. Decía que eran sencillos como los de un niño, amorosos como los de una paloma. Para ella, lujos, teatros, *toilettes*, ¡puah!, eran miserias. Su ideal era tener una *casita* (1) suya y un hombre joven que la quisiese y tratara como una señora. Ella misma se cosería sus vestidos ¡y era fácil de alimentar como un pajarito! Unos cuantos *garbanzos* (2), mucho cariño ¡y era feliz!

(1) En español en el original.
(2) Idem id.
(3) Idem id.

Iba revelando aquellos pormenores de su pasado y de su carácter al mismo tiempo que se desnudaba y mostraba las bellezas de su cuerpo. Sus infortunios daban un encanto emocionante a sus formas; había como una armonía entre las fragilidades sentimentales de su alma y la fina delicadeza de sus líneas. Arturo la escuchaba fascinado por su piel y enternecido por su vida, ¡lleno de ardores libidinosos y de piedades cristianas! Y mientras se daba ella polvos despacio ante el espejo, con el seno al aire, sobre el cual corrían venas azules de una finura aristocrática, Arturo, a su alrededor, con los ojos encendidos y la imaginación cautivada, ¡se impacientaba con el deseo de poseerla y ante la idea de regenerarla!

Después, a altas horas de la noche, hizo ella nuevas revelaciones sobre el director de la Compañía de ferrocarriles. Era un monstruo, que la tiraba del pelo, la amarraba por un tobillo a la pata de una mesa y la dejaba así, como una cabra atada a una estaca, con una copa de agua y caramelos... Hasta una vecina, doña Angela Lorenzo, se deshacía en lagrimas...

Arturo se retorcía, sintiendo un odio infernal por aquel director *de los ferrocarriles* (3).

(1) En español en el original.
(2) Idem id.
(3) Idem id.

—Pero ¿por qué era así ese bruto? Ella suspiró y le reveló al oído que era «porque se mostraba fría con él»... ¡Qué le iba a hacer! Con hombres que no le gustaban no podía ser sino fría. Y le daba así a entender que la exaltación voluptuosa que había mostrado era una seguridad de su amor por él.

Ante aquella revelación, Arturo, apretándola locamente en sus brazos, le juró que la amaba y que la haría feliz. La prometió volver aquella misma noche, y que la llevaría una sombrillita color tórtola que había ella visto en Valente y que le quitaba el sueño.

Todo el día lo pasó saboreando, rumiando las dichas de la noche. Siempre, desde Coimbra, desde sus lecturas de Musset, las andaluzas—*les andalouses aux seins brunis* (1)—habían seguido siendo para él como un ideal de voluptuosidad; la posesión de una de ellas, por fin, y tan conmovedora, tan desdichada, tan ingenua, tan aristocrática, le producía como el orgullo de una iniciación. Le compró la sombrilla y dos pares de guantes, y hubiera deseado regalarla brillantes, como un devoto que adorna a un ídolo. E iba por las calles con una vaga sonrisa beatífica, cansado el cuerpo y suavemente enternecida el alma, pensando en ella, pareciéndole que la ciudad tenía una elegancia más amorosa, que el cielo era más azul, respirando con languidez algo romántico y triste que le parecía flotar en el aire.

Pensó incluso con hastío en el Club Democrático, adonde tenía que ir aquella noche; encontraba muy aburrido el plúmbeo aparato de una sesión republicana, ahora que sólo respiraba bien en el aire sofocante del cuartito de Concha. Y como quiso ir a verla, a besarla, después de cenar, eran casi las diez cuando llegó al Club.

*

En medio de un grave silencio, Matías acababa de leer su gran obra: *Programa de organización democrática*. Como todas las sillas estaban ocupadas, Arturo, un poco cohibido, se quedó en pie, recostado en la pared.

La sala estaba caldeada por las respiraciones y la intensa atención apasionada. Matías parecía pálido de fatiga: su voz seca, lenta, tenía ahora, al leer su perorata, un vigor excitante, y en todas las fisonomías, en las actitudes, había la animación satisfecha de quien respira un aire regenerador.

La primera parte de la lectura fué un amargo libelo contra el régimen constitucional, inferido de hechos y de cifras, y que regocijó a todos los descontentos como la expresión bien clara de odios indefinidos; después, la parte práctica del programa, mostrando los medios de instaurar la República, apaciguó, al fin, a los ambiciosos, que hasta allí, en el Club, no habían escuchado más que una vaga fraseología balanceándose al azar; finalmente, la perorata, las grandes frases, con llamamientos a la Justicia e invocaciones a la Libertad, electrizaba a los más obtusos, como una bella ráfaga musical. Todos parecían comprender, querer, sentir; Arturo desconocía aquellos rostros, que había visto vacíos e idiotizados, y que encontraba ahora expresivos y resueltos; y él mismo se sintió vibrar, en armonía con la elocuencia revolucionaria de aquella prosa elevada, ¡cuando Matías terminó con un amplio apóstrofe a la República universal!

Los *¡bravos!* estallaron; un rumoreo animado se elevó; y entonces, entre aquel alboroto, Arturo vió a Malaquías, el hombre sucio y lívido, que hablaba vuelto hacia el secretario, agitando un periódico.

—¡Pido la palabra, pido la palabra!—exclamaba.

Se levantó y fué a hablar bajo a unos y a otros, con grandes gestos de sus flacos brazos. Algunas miradas se volvieron vivamente hacia Arturo, y tres individuos cuchicheaban con Nazareno, que parecía más pálido y muy excitado.

—¡Pido la palabra!—gritó Malaquías, blandiendo el periódico.

Sonó la campanilla, y de repente se hizo un silencio disciplinado. Malaquías entonces miró alrededor, triunfalmente: su ancha boca abierta se abría aún más en una sonrisa perversa, mientras se acariciaba la quijada con los flacos dedos, como rumiando un íntimo gozo. Después de bambolear la cabeza, empezó a decir con su voz gangosa y aguda que antes de discutir el profundo trabajo que todos acababan de oír con admiración—Matías hizo un gran saludo—, era deber suyo, deber de todos —y se inclinaba respetuosamente hacia los lados—, realizar un acto de justicia. Cuando él, en la última sesión, exigía garantías para los nuevos miembros admitidos, por ejemplo, el juramento, sabía muy bien lo que decía...

—¡Sabía bien lo que decía! ¡No soy ningún tonto!—y agitaba los brazos, desgañitado—. Pero los maestros...—y con la boca torcida, bajaba la cabeza, humillándose irónicamente—: Pero los maestros... ¡Y ahí tienen el resultado! Yo no quiero lanzar catilinarias; pero, si lo permiten, voy a leer lo que se dice en un periódico respecto ¡a cierto miembro últimamente admitido, y los ciudadanos verán lo que conviene hacer!

Arturo sintió una punzada en el corazón: ¡en el periódico que Malaquías blandía acababa de reconocer, aterrado, el *Seculo!* Miradas indignadas se clavaban en él, y el silencio era tan grande, que se oían vagamente, en ciertos momentos, en la cervecería contigua, los sones agudos de un violín, con acompañamiento de arpa, tocando el cancán de la *Bella Elena*.

Malaquías, entonces, desdobló el periódico despacio, con solemnidad, escupió y dijo:

—Y ahora escuchen, señores, este primor: «El ilustre autor de *Esmaltes y joyas*, que tanta sensación ha causado, nuestro amigo Arturo Corvello...»

¡Santo Dios! Era la noticia de Melchor... Quiso interrumpir, explicar; pero la lengua le pesaba como un pedazo de plomo; miraba ansiosamente hacia unos y otros, buscando una protección; pero sólo veía caras duras, vagamente envanecidas de ser llamadas a juzgar. Malaquías iba leyendo lentamente, subrayando con perversidad, poniendo intenciones profundas hasta en las comas. ¡La frase en que los *Amores de poeta* eran designados como una protesta contra las ideas republicanas fué seguida por exclamaciones indignadas! Una voz gritó:

—¡Oh, qué canallada!

Arturo pensaba en huir, en precipitarse por la escalera, cuando Malaquías, volviéndose hacia él con los ojos rebosantes de triunfo y el brazo acusador, leyó con énfasis: «¡los *Amores de poeta* están dedicados a un augusto personaje!»

Entonces, un rumor de cólera corrió por las sillas. Oíanse interjecciones de desprecio, risas de compasión; algunos, más escandalizados, se volvían hacia Arturo, amenazadores. Y Matías, inmóvil, adoptaba un aspecto severo, a lo Fouquier-Tinville, de juez que decreta la muerte.

(1) «Las andaluzas de senos atezados...» *Sic* en el texto.

Malaquías levantó la voz:

—¡Y yo ahora pregunto tan sólo si el señor Corvello puede seguir formando parte del Club!

—¡No! ¡No! ¡Fuera!—clamaron.

—Yo sólo quiero saber si un hombre que frecuenta los salones y dedica a los tiranos...

—¡No! ¡No! ¡Fuera!

Malaquías se volvió hacia Nazareno:

—Y el señor Nazareno, que fué...

Pero Jacobo estaba ya en pie, terrible, pálido de rabia. Y con una viveza estridente:

—¡Señores, yo hasta esta noche no he leído ese periódico! ¡Señores, he sido engañado en mi buena fe!—y se golpeaba desesperadamente en el pecho—: Acogí como un amigo a quien sólo era un espía...

Arturo, lívido, con un sudor frío en los cabellos, trémulo como una rama tierna, extendía los brazos, y con una voz estrangulada:

—Pido que se me deje explicar a estos caballeros...

—¡Nada de *caballeros!*—le gritaron.

—Los señores pueden estar seguros de que yo no conocía la noticia... No es cierto que...

Jacobo le gritó, enseñándole el puño:

—¡Miente! —y volviéndose hacia Matías—: Ese hombre me declaró hace días que era íntimo de los redactores del *Seculo*... Y yo le di un artículo sobre el libro de Damián para que consiguiese su publicación... Era una mera cuestión literaria..., nada de política... Este señor vino a decirme que el artículo no salía porque el director del periódico lo encontraba lleno de ideas revolucionarias, cuando es evidente ahora que fué él quien impidió su publicación...

—¡Lo juro!—gritó Arturo.

—¡Miente! — exclamó Nazareno, golpeando con el pie en el suelo—. El juramento cuesta poco a los traidores. Vino aquí a espiar... ¡Y yo, que le presenté, confieso mi yerro y pido la expulsión de ese hombre!

Se oyeron unos «¡aprobado!» frenéticos, de una cólera contagiosa. Matías hizo sonar la campanilla, y en el silencio profundo se oyeron de nuevo, abajo, los vagos sones del violín.

—¡Invito a don Arturo Corvello —dijo Matías con solemnidad— a que salga inmediatamente de la sala!

—¡Fuera! ¡Fuera!

Arturo, desconcertado, dejó caer el sombrero; alguien, de un puntapié, lo lanzó contra la pared; se agachó para recogerlo; se oyó un silbido, y el hombre ascético, levantándose, le gritó con un ímpetu a lo Mirabeau:

—¡Y dígale al augusto personaje que le mandó que aquí estamos nosotros, sin miedo, preparando el día de la justicia!

—¡Bravo! ¡Bravo!

Voces burlonas gañían injurias:

—¡Recuerdos al augusto personaje!

—¡Lámale las botas!

La campanilla de Matías resonó, celosa de la seriedad democrática. Y Arturo, aturdido, como ebrio, estallándole las sienes, se encontró en la oscura escalera, tropezando en los peldaños; y a través de los zumbidos que atronaban sus oídos, los agudos sones del violín le perseguían con los motivos estridentes de *La hija de madame Angot*.

Aquella noche, la Concha, al despertar, no le encontró a su lado; saltó del lecho en camisa, y a la mortecina luz de la lamparilla le vió en el sofá de crin, abatido, con la cara sepultada entre las manos.

—¿Qué tenía? ¿Qué era?

Tanto cariño le conmovió, le enterneció, y dijo en una explosión de sentimentalismo:

—¿Me quieres, nena?

¡Sí, le amaba!...

Se abrazó a ella, ocultó el rostro en su seno, entre los encajes de la camisa, como en un postrer refugio, ¡y la juró que de allí en adelante vivirían siempre juntos!

*

Tomó aquella medida, sobre todo, por desesperación; sentíase como un hombre que ve solamente a su alrededor puertas que le dan con violencia en la cara. La sociedad le desdeñaba, la democracia le expulsaba, el público despreciaba su libro, la literatura le rechazaba, el amor le huía. ¡Sólo aquella dulce muchacha le había acogido con abnegación y sinceridad! Pues bien: recompensaría tanto afecto: le daría la *casita* tranquila que ella ambicionaba, un amor poético y juvenil, *toilettes* y la consideración de esposa. ¿Qué le importaba la señora baronesa de la calle de San Benito? ¡No había contestado una palabra al libro enviado con tan discreto amor! Y casi la detestaba por formar parte de aquel mundo egoísta, seco, artificial, que en el salón de doña Juana Coutiño le miró de soslayo, que no compraba su libro, que no le reconocía como un «grande hombre»... ¿Y los republicanos? ¡Idiotas! ¡Cretinos! Ahora los odiaba. Y después de tanta injusticia, de tanta hostilidad, el amor de la Concha, en su fácil sinceridad, pareciale delicioso, digno de dominar su vida. Se instalaría cómodamente con ella: ¡mandaría al diablo las vanidades de la sociedad y las ambiciones de justicia! ¡Estaba desilusionado! ¡La lección había sido formidable, y de allí en adelante sólo creería en las dichas de la carne: comer bien, rodar sobre los buenos muelles de un coche, poseer las bellezas de una andaluza! ¡Y lo demás, a paseo!

Melchor, consultado al día siguiente en la redacción del *Seculo*, aprobó ruidosamente aquellas resoluciones. ¡Por fin, tenía juicio Arturo! ¡Aquellas cosas de sociedad, de literatura, eran historias! Gastarse el dinero con una chica guapa, se comprende. ¡Al menos, goza uno su dinero!

Arturo no le reveló el desastre del Club. Pero le dijo, al hablar sobre el plan de concubinato con la Concha:

—Oígame una cosa: ¡me dan deseos de escribir un artículo atizando a los republicanos!

Melchor se quedó atónito:

—¿Por qué?

Arturo vaciló:

—Es que ahora, que los conozco mejor, me están pareciendo una pandilla de bandidos...

Melchor le miró:

—¡Le sacaron dinero! — exclamó, radiante.

Arturo, por vengarse, teniendo que dar a Melchor una explicación de aquel odio tan repentino, dijo con vaguedad:

—Me hicieron una porquería...

—¿Un sablacito? ¿Qué le decía yo? ¡Son una canalla! ¿Y es una cantidad crecida?

Por un resto de honestidad, Arturo dijo, enrojeciendo:

—No hablemos más de eso.

Pero Melchor habló, y seguro ahora del apoyo de Arturo, se despachó contra aquella «gentuza».

—Pero ¿por qué los detesta usted tanto, Melchor?

Melchor se puso serio, afectó preocupaciones políticas, murmuró: «¡Cuestiones de principios!», pero de un modo tan ambiguo, que Arturo sospechó odios personales en aquella indignación filosófica, recordando entonces vagamente haber oído la historia de una «tunda» que en otro tiempo dió Nazareno al rollizo Melchor en pleno Martiño. Insistió en-

tonces en publicar un artículo sobre el Club Democrático.

Pero Melchor se rascó la cabeza, dió unos pasos por la salita, con las manos metidas en los bolsillos:

—Como usted ha visto, el periódico es muy serio. No queremos discusiones con esa gente. Fingimos no saber que existen. ¡Qué diablo!... Y, además, están locos. Son capaces de venir a tomarse satisfacción, y me vería en la necesidad de romperles la cara. ¡Porque se la rompo! ¡Se la rompo tan cierto como que estamos aquí! Pero, en fin, comprenderá usted ¡que siempre es desagradable!

A Arturo le irritaba prescindir de aquel desquite. Pensaba que Melchor, que había provocado el insulto del Club con su estúpida noticia, debería ahora facilitarle la venganza. Hubiese incluso roto con él de no serle necesario para la representación del drama y para futuras noticias; además de eso, la Concha se moría por él: Melchor la adulaba, la hacía reír, la enseñaba a tocar la guitarra; ella le llamaba riendo: *mi abuelo* (1), y Arturo pensaba, cuando viviese con ella, tenerle de confidente, de cortesano, de amigo, de dependiente y de bufón.

Por consejo de Melchor, se decidió a ir a vivir con la muchacha al hotel Español. Era la instalación más rápida y evitaba las dificultades de criadas, cocinera, etc. Y, además, resultaba divertido, había dicho Melchor. ¡Sin contar que era más *chic!*

La Concha se quedó entusiasmada con aquel plan, y dos días después Arturo se despidió del Universal.

Cuando, hecha la maleta, miró alrededor, por última vez, aquel cuarto de *reps* azul que había proporcionado tantas satisfacciones a su vanidad, donde se forjó tantas ilusiones, sintió una conmoción. Tuvo nostalgias del criado, un viejo muy moreno, que le servía. Quiso ver otra vez el comedor que tanto le agradaba, cuando, después del almuerzo, lanzaba, desde el balcón bañado por el buen sol invernal, el humo de su puro costoso, oyendo al lado el tintineo de la loza, y abajo, el Chiado, con su rumor de vida rica.

En el pasillo se encontró a Carvalhosa:

—Entonces, ¿el amigo nos abandona?

Arturo, lisonjeado, se apresuró a decir:

—¡Oh, por pocos días!

—¡No moriremos de dolor!—murmuró el otro con un movimiento negligente de cabeza.

Arturo sintió que le congestionaba la cólera. ¡Canalla!, pensó; y bajó apresurado, ávido del Español y de sus delicias.

—¿Y dónde quiere el señor que le envíe las cartas, si las hay?—le preguntó el conserje, contento de la propina.

Arturo, con la vaga esperanza de que la baronesa contestase aún, le pidió que las guardasen. Y para darse importancia hasta con el conserje, añadió con misterio:

—¡Pero muy en secreto! ¡Que nadie lo vea!

Su baúl y su saco de noche estaban ya en el coche. Y al cerrar la portezuela, mandó arrear hacia el Rocío, porque no quiso, por vanidad, decir ante el conserje que se mudaba al Español. Rodó el carruaje, y Arturo, con su última mirada hacia los balcones del hotel, murmuró sentimentalmente:

—Otra página de mi vida que he doblado... ¡Adelante!

*

Fué aquella noche con Melchor a buscar a la Concha. Las compañeras estaban en la sala, rodeándola como una familia en torno a una novia la mañana nupcial.

El ama, que se declaró conmovida, llevó a Arturo a un cuarto, y allí, durante veinte minutos, le fué enseñando las deudas de Concha: cuentas del peluquero, de la lavandera, del zapatero... Arturo, aturdido, asustado, impaciente, pagaba, oyendo afuera los grititos cálidos de las chicas, a las que Melchor pellizcaba.

Por fin, volvió a la sala, y empezaron los adioses. La Lola, íntima de Concha, rompió en un llanto excesivo, desproporcionado, que irritó al ama, temerosa de que «fuese a ponerse fea con tanta lágrima». Después, la Concha quiso ir a la cocina, a despedirse del cocinero, «que era de *su pueblo*» (1), y de otra chica que estaba arriba, en el segundo piso, enferma de un furúnculo. Volvió con los ojos enrojecidos. Melchor se burlaba de ella, retorciéndose en llantos cómicos. ¡Ellas le llamaban *perdido, bandido!* Salieron todas al descansillo: los besos, los abrazos, los secretitos, la parlería de las voces impacientaban ya a Arturo, y la Concha, arrancándose de aquellas expansiones de despedida, bajó, al fin.

Pero las voces agudas la seguían por la escalera. Ella contestaba, y era una algarabía de bandada de pájaros.

—*¡Adiós, hija!*

—*¡Adiós, Lolita!*

—*¡Dé usted expresiones a Pancho!*

—*¡Que se le vea a usted, Arturito!*

—*¡Carmita, hija, que no se haga usted olvidada!*

—*¡Adiós! ¡Adiós!* (2).

Melchor salió por delante, con el sombrero hacia la nuca, radiante, bromista, cantando el coro nupcial de *Lucía*. Y Arturo, detrás, bajaba con la Concha del brazo, un triunfo de novio en el alma, la mirada brillante, el pecho saliente, ¡en la posesión, al fin, de su andaluza!

VIII

El primer día, cuando bajó al comedor del Español a buscar puros, Arturo encontró los mismos huéspedes que en él se alojaban meses antes, a su llegada a Lisboa. Allí estaban la española guapa y gordita, con su bata roja, y el hombre calvo, de grueso morrillo y cara colorada, viéndola comer, inmóvil, con ojillos extasiados y lacrimeantes. Los dos republicanos españoles se sentaban en el mismo sitio, cabizbajos, con las capas sobre los hombros, más pálidos, más tenebrosos. Nuevos, había un hombretón barbudo, que parecía un tratante en ganado, y un individuo de lentes azules y nariz picuda, que debía ser notario de provincia. Y alrededor de la mesa, con la fuente del cocido, Manuel, aquel Manuel que tanto desesperó a Arturo en otro tiempo, compadeciendo las botas rotas, arrastraba las zapatillas, flaco, amarillo, con su pelo sin brillo, color ratón, y desgreñado. El mismo tul color rosa protegía el marco dorado del espejo, y Prim, de un modo inalterable, alzaba en el aire su bandera desplegada.

Manuel pareció satisfecho de ver a Arturo:

—Entonces, ¿ha vuelto *usted?* ¡Vaya con *usted!...*—le decía, mientras Arturo escogía los puros—. Y qué, ¿por dónde anduvo *usted?*

—Viajando—dijo Arturo.

—¡Vaya con *usted!* La comidita es a las siete, ¿eh? ¡Será *usted* bien servido!

Para evitar la mesa redonda, ha-

(1) En español en el original.

(1) y (2) En español todas las frases subrayadas. Tanto éstas como todas las anteriores y las subsiguientes, las transcribo con la misma ortografía, sintaxis, etc. (algunas veces graciosamente arbitrarias y pintorescas) del texto queirosiano.

bían tomado, junto a la alcoba, otro cuarto, donde, quitando la cama, se improvisó un comedor. La cómoda servía de aparador; y para dar alegría y comodidad, les pusieron un canario colgado ante la ventana.

Las primeras semanas fueron deliciosas. El invierno era muy benigno y luminoso, y se sucedían los días de sol, en un amplio azul, de donde venía un calorcillo suave y una alegría dulce. Los balcones, que daban sobre la calle da Prata, animaban el cuarto.

Era la primera vez que Arturo vivía con una mujer en intimidad conyugal; las menores cosas: el almidón de las enaguas, los cordones del corsé, los bordados de las camisitas, le interesaban como descubrimientos; admiraba cada vez más a «su Conchita», encontrando un raro goce en cada uno de sus movimientos. En los actos más insignificantes—cuando se lavaba los brazos desnudos, cuando se estiraba las medias o pasaba una cinta rosa por los adornos de la camisa—encontraba el sabor inesperado de una nueva voluptuosidad. Rondaba en torno de ella con una curiosidad devota, interesado unas veces por los pelillos de la nuca, otras por la forma de las uñas, otras por cierto contoneo del talle; no amaba sus ojos con el mismo amor con que amaba sus pechos o sus orejas pequeñitas, porque cada parte de su cuerpo, como si fuesen entes distintos con influencias especiales, le inspiraba un entusiasmo peculiar. Melchor le definió como el hombre «al que se le cae la baba»; y ponía en esta expresión un fondo de envidia y de vago despecho.

Como la Concha era muy holgazana, se levantaban tarde. Por lo general, desayunaban en la cama: una criada que hablaba un español mezclado con portugués, traía el desayuno a «los palomitos» a las once. Y era para Arturo una delicia, renovada todas las mañanas, ver a Concha, con los senos al descubierto, un abriguito de franela roja sobre los hombros, mover sobre la bandeja los brazos blancos y partir los huevos pasados por agua delicadamente; con el filo del cuchillo, engarabitando el meñique; después, en el nidal de la ropa caliente, cuerpo contra cuerpo, saboreaban un cigarrillo.

Arturo cada día la encontraba unas maneras más señoriales. Hasta en los ardores amorosos mostraba ella una reserva de dama. Al acostarse, no le daba nunca un beso sin hacer antes la señal de la cruz: lo mismo que se ve un libro de oraciones sobre la cómoda de un lupanar. Arturo atribuía aquellas delicadezas a sus convivencias distinguidas, y no se hartaba de oirle la historia de sus amores con el conde o vizconde carlista: la interrogaba incluso sobre la manera de amarla él, cómo la abrazaba y se lavaba, gustando de penetrar en los detalles íntimos de una vida aristocrática y de besar la boca donde se habían posado los labios de un grande de España; a pesar de lo cual, sentía una íntima satisfacción en saberle enterrado en algún desfiladero de las montañas de Navarra.

Hacia las dos venía Pancho, el peluquero, a peinarla; era obeso, amarillo como un limón, con unos bigotes negros como la tinta; usaba la misma camisa de percal, de cuello muy abierto, cuatro o cinco semanas seguidas; y manejando con sus manos gruesas y blandas de pomada los largos cabellos negros de Concha, conversaban, tuteándose, por ser del mismo *pueblo* (1). Eran siempre historias de otras muchachas españolas a quienes Pancho confeccionaba los altos peinados, lo que hacía la Trina, o lo que había dicho la Pepita, quién

(1) En español en el original.

era el querido de la Lola... Como hablaban con el rápido acento andaluz, en caló, Arturo no los entendía, y aquel tuteo familiar del peluquero le irritaba sordamente. Pero a la Concha érale imposible prescindir de Pancho porque no sabía peinarse. No sabía, por lo demás, hacer nada, ni coser un botón, ni hacer un zurcido: cuando intentaba coger una aguja, le daban dolores de cabeza. Cada día Arturo se sorprendía más ante aquel temperamento: unas veces tenía raptos de animación, y entonces se movía por el cuarto, azotando los muebles con las largas enaguas muy almidonadas, abriendo y cerrando ventanas, sacando y volviendo a colocar la ropa en los cajones, canturriando, batiendo palmas sin motivo, arrogante toda de vida animal; otras, balanceándose en una mecedora, con el cuerpo blando, los brazos caídos, entregada a una holganza vaga, con los ojos semicerrados, fumaba infinitos cigarrillos; o también, sentada encima de la cama, como una turca, con el piececito en una de sus manos y la cara marchita, parecía un animalito amodorrado, a fines del invierno.

Pero se animaba siempre en presencia de Melchor. Venía él generalmente por la tarde, entrando con impetuosa jovialidad, trayendo un alboroto de juerga a aquel cuarto soñoliento. Se había convertido inmediatamente en el «amigo íntimo». La Concha le besaba delante de Arturo, que sonreía, tranquilo, confiado: en su ignorancia acerca de las mujeres, no sentía celos, porque Concha le había dicho un día que «Melchor era *muy feo*» (1). El, por otra parte, afectaba con ella un trato paternal, haciéndose el viejo, adoptando aires de *abuelo*; la daba lecciones de guitarra, hacíale recados, la ayudaba incluso, a veces, a atarse las cintas de las botinas, con manos trémulas, que se demoraban con avidez en los finos tobillos de la joven. Arturo, tranquilo, los dejaba solos, salía; y si unos vagos celos le mordían en la calle, se tranquilizaba al entrar, abriendo la puerta del cuarto de un modo deliberadamente imprevisto, y encontrándolos muy separados uno de otro, en una actitud indiferente, ella meciéndose, con un bostezo leve, y él, muy colorado, pulsando las cuerdas de la guitarra.

Ultimamente, Melchor había tomado la costumbre de venir a comer con ellos; iba entonces abajo a combinar con Manuel platos españoles: arroz a la valenciana, bacalao a la vizcaína... En la mesa, Arturo, a quien le era difícil hablar español, se refugiaba en un silencio inmóvil, mirando a Concha con aire beatífico. La conversación de Melchor se parecía a la de Pancho: eran las mismas habladurías sobre la Lola, la Trina, la Angelita, los *queridos*. La Concha parecía considerar a Melchor como «de los suyos», conocedor de las chicas, al corriente de los secretitos y de los arreglos amorosos; tenían simpatías comunes, de igual bajeza; Melchor era un aficionado a los lupanares: conocía su estilo, sus costumbres, sus preocupaciones. La Concha, a veces, respondía bruscamente a Arturo cuando éste quería intervenir en una de aquellas conversaciones, «que él no entendía nada de aquello». Había-le afirmado, incluso, que sólo Melchor «sabía tratar con españolas».

Por eso, cuando él no estaba, parecía aburrirse. La mayor parte del tiempo lo pasaba en el balcón, muy vestida, llena de sortijas: conocía ya de vista a todos los vecinos, las tiendas, el color del pelo de los dependientes. Arturo iba de una silla a otra, con un libro que apenas leía, el puro entre dientes, satisfecho de verla, gozando la presencia de su lin-

(1) En español en el original.

do cuerpo. Ella, a veces, en ráfagas de amabilidad, y con la seriedad forzada de quien cumple un deber, intentaba hablarle de las cosas que creía le interesaban; y como sabía que era escritor, conversaba sobre política. Pero sus opiniones desconsolaban a Arturo: admiraba ella mucho a un poeta del que nadie había oído hablar, un tal López, que ella conoció, y que le hizo unos versos; después se declaraba *isabelista*, llamaba *pillo* (1) a Castelar y ladrones a los republicanos. Arturo quería discutir, educarla, pero le faltaban las palabras españolas, tenía miedo a «aburrirla», y se limitaba a sonreír con una condescendencia de grande hombre. Y, sin embargo, la admiraba, encontrábale talento, espíritu: sus expresiones vivas, que le producían la sorpresa del acento y de la lengua, le parecían siempre pintorescas y le dolía que ella sólo supiese deletrear y únicamente pudiera poner su nombre en letras mayúsculas.

Para divertirla, por la noche iban a los teatros, al Price, y Melchor los acompañaba; las noches más templadas paseaban hasta Belem en coche descubierto: eran horas deliciosas para Arturo, muy extendido en el asiento del carruaje, pasado el brazo por el talle de Concha, sofocado el corazón de concupiscencia; enfrente, humeaba el puro de Melchor, y sus ojos, bajo el ala del sombrero, echado hacia la frente, devoraban a Concha, muy blanca en su mantilla negra. ¡Y entre palcos, coches, comiditas, el dinero se iba! Las diez mil pesetas que Arturo había traído estaban casi «consumidas».

En vista de la cual, pensó en cobrar el producto de la venta de sus *Esmaltes*. El corrector del *Seculo*, encargado de hacer el recorrido por las librerías, volvió con cuatro pesetas, precio de dos ejemplares vendidos.

Arturo quedó aterrado, aniquilado. Y creyendo que debía haber error, descuido o tal vez granujería del corrector fué él mismo a la mañana siguiente a recorrer las librerías. Sin embargo, no se atrevía a preguntar, creyéndose conocido y previendo la respuesta. Por fin, en la calle del Ouro, después de hojear algunos libros, de examinar títulos, cogió un ejemplar de los *Esmaltes*; lo abrió por varios sitios, fingió interés, preguntó el precio, pagó, y al recibir el cambio de un duro, dijo con aire distraído:

—¿Se ha vendido mucho esto?

—Es el primero—dijo el individuo, cogiendo de nuevo la pluma para proseguir su correspondencia.

Y Arturo salió sin habla, enrollando en las manos nerviosas su propio libro.

Acusó al público y a la ciudad de estupidez. ¿Cómo podía sorprender que una burguesía embrutecida y de cráneo blando fuese indiferente a la poesía y a las nobles ideas? Ser poeta en un mundo tan torpe era una «tontería de remate». Cuando les espera semejante desdén a las almas delicadas deben éstas refugiarse en una mudez orgullosa y triste. ¡Es lo que él haría, qué diablo! Si cogía la pluma sería para escribir algún dramón con buenos derechos de autor, ¡o algún *Rocambole* bien pagado y vendido por entregas! ¡Y todo lo más, satisfacer la carne! Y se refugió desesperado en la posesión de su Concha.

¡Ya no le importaba el dinero! ¡Cuando se le acabase lo poco que tenía, Dios diría! ¡Era preciso extraer de la hora presente todo el goce, como el zumo fresco de una naranja! Y por una vanidad nerviosa, compró a Concha un vestido de seda, dos sombreros, y decidió satis-

(1) En español en el original.

facer sus incesantes deseos de guantes, encajes, cintas y frascos de perfumes.

Concha, por otra parte, tenía una variedad extraordinaria de caprichos y apetencias: sufría por una sombrilla que viera en un escaparate, y después de usarla con exaltación uno o dos días, se cansaba y decía que «no le iba bien». Arturo encontraba muchas veces en la salita a una vieja de mantón y pañuelo a la cabeza, poblado bozo, habla dulce, muy cumplimentera, que, apenas entraba él, se levantaba, ocultaba un pequeño cabás debajo del mantón, se inclinaba en una reverencia, iba a buscar a un rincón un enorme quitasol de seda teñida y salía sutilmente, ceceando:

—Servidorita de usted, caballero.

La Concha la acompañaba hasta el pasillo, cerrando la puerta detrás, y allí permanecían cuchicheando horas enteras; volvía ella roja, diciendo que era una mujer muy decente, que compraba vestidos y daba cosas muy baratas de segunda mano.

—*¡Mis cosas, mis cosas!* (1).

Estaba, en efecto, cambiando constantemente objetos, empeñando un par de pendientes para adquirir un encaje inútil, vendiendo el encaje para tener un par de medias más, cediendo ante los caprichos. Y, últimamente, para ir de tiendas, según decía, salía sola por la mañana y en coche.

Un día en que aquellos paseos le irritaron más, Arturo hizo una observación áspera. La Concha se volvió con la dignidad de una esposa ofendida, pasándole por los ojos como el resplandor de un disparo, y con la cabeza alta le preguntó ¡si la tomaba por una esclava! ¡Era la consecuencia de vivir con un portugués! Y de sus labios entreabiertos brotaba un desprecio inmenso. ¡Nunca su conde le había hecho semejante ofensa! Pero aquél era un noble, un hombre que sabía amar y respetar a una mujer. Y dejándose caer en una silla, comenzó a lloriquear... *¡Qué desgraciada era!* (1).

Arturo, apabullado por su gran gesto, enternecido con sus lágrimas, se arrodilló ante ella y le juró que nadie la había amado como él... ¡Que dispusiera de su vida! ¡Era capaz de casarse con ella!...

Pero la Concha le respondió fríamente que no imaginase que le hacía un gran honor. Ya otras veces Arturo, en algún momento de delirio más expansivo, la habló de casamiento, pero de un modo bromista, ligero; y aquella palabra la ponía siempre muy seria. E incluso un día le confesó que varios hombres ricos, de apellidos ilustres, habían querido casarse con ella; en Madrid, antes de venir a Portugal, un marqués le ofreció su mano y un palacio.

—¿Qué marqués?

—*¡Mi marqués!* (2).

Aquel marqués que aparecía así súbitamente en su pasado—del que Arturo creía conocer los menores episodios—, le irritó extraordinariamente. Exigió la historia de aquellas relaciones, y la Concha acabó por jurarle que era un viejo repugnante; por eso le había rechazado. Pero días después se le escapó, hablando otra vez del marqués—que se había convertido en un tema siempre presente—que era un chico *muy guapo* (3). Y añadió que seguía persiguiéndola para que volviese ella a Madrid.

Arturo sintió entonces unos celos

(1) En español en el original.

(1) En español en el original.
(2) Idem id.
(3) Idem id.

grotescos por aquel personaje: si la veía enfurruñada, suponía que estaba llena de nostalgias del marqués; si la oía secretear con la criada, imaginaba que eran recados del marqués; llegó, incluso, a sospechar que se hallaba él en Lisboa, disfrazado, para raptarla; y sentía que algo funesto se tramaba contra su amor.

Un día, curioseando en un cajón de ella, encontró un pañuelo muy fino con un monograma bajo una corona. Se enfureció: ¡una corona! ¿De quién?

—*¡Mi marqués!* (1)—dijo ella, fríamente.

Arturo, pálido, hizo tiras el pañuelo y quedó luego temblando, temiendo un acceso de cólera, un rompimiento. Pero ella, tranquilamente, con una serenidad de ser frágil martirizado, recogió las tiras una por una, poniendo un hociquito lloroso, como una niña que recoge los pedazos de una muñeca partida; las unió, las besó y las contempló, murmurando:

—*¡Mi marqués! ¡Mi marqués!* (2).

A los pocos días Arturo encontró las preciosas tiras olvidadas, arrastrando entre la ropa sucia.

Aquello le tranquilizó como una prueba de indiferencia por el marqués. Por otra parte, si a veces, de día, las maneras de ella, sus distracciones, sus enfados, sus suspiros sin razón, le causaban unos celos vagos, el ardor con que ella por la noche le oprimía entre sus brazos desnudos, era como la evidencia deliciosa de su amor. Y se iba prendiendo tanto a ella por la trama sutil del hábito, que ya ni salía a la calle. No hubiese cambiado aquel cuarto, con enaguas arrugadas encima de las sillas y envoltorios de ropa sucia debajo de la cama, por las galerías del Vaticano; los paisajes del Paraíso no le habrían dado más satisfacción y enternecimiento que la contemplación de las fachadas sucias de las casas vecinas. Había allí, en aquel limitado espacio, un olor a mujer, a polvos, a sueño, que le deleitaba, y tumbado en la cama, con el cigarro en la boca, oyendo a Melchor tocar el fado y viendo a su andaluza arrastrar la falda, tenía horas gratas de holganza, de torpor lascivo; el gemir de la guitarra, el meneo de la Concha le sumían en un sentimentalismo bajo y ocioso; extendía los brazos hacia ella, la reclamaba, y los ojos se le cerraban en una tibia voluptuosidad, sintiendo bajo la bata la cálida flexibilidad de la cintura sin corsé. No leía un libro ni un periódico. Todo movimiento espiritual érale odioso, como si el alma fatigada, amodorrada en una bajeza muy ardorosa, en la molicie lánguida de aquella vida de gallo, se negase a toda ascensión hacia algo más elevado. Le era casi difícil lavarse, arreglarse: el cuerpo se complacía en la suciedad. Y se levantaba de la cama en zapatillas, con un derrengamiento canalla del cuerpo, para ir a la mesa del comedor, donde permanecía hasta las diez, bebiendo con Melchor copitas de ginebra. Después se iniciaban los fados, las malagueñas, y él, de nuevo tumbado sobre la cama, con las piernas abiertas en un embrutecimiento de bestialidad satisfecha, levantaba sólo la voz para decir en un tono idiota, creyéndose un elegante, vagas palabras españolas que había aprendido: *¡Vivan las niñas! ¡Chiquita, no digas eso!* (1).

Aquellos días de holganza, sin embargo, acabaron cuando la Concha declaró que quería comer en la mesa redonda. Dijo que la aburría comer allí, en aquella salita un poco oscura, solos; que quedaba luego un olor de comida, desagradable; que el comedor de abajo era, por lo menos, alegre; que veía uno allí gente. Arturo, contrariado, notando en aquel deseo un comienzo de cansancio, apoyado por Melchor—a quien le parecía que no había nada como la «juergecita» allí, en la intimidad—, se resistió. Pero la Concha, al día siguiente, a cada plato que le presentaba el criado, hacía un gesto triste de repulsa, con un suspiro. Arturo se apenó: ¡qué diablo, era una criatura!

Declaró ella simplemente que mientras comiesen allí, en aquel cuchitril, había jurado a Nuestra Señora de Atocha no tocar con sus ricos labios ni una miga de pan.

Arturo, furioso, exclamó:

—¡Bien, Manuel! ¡Mañana comemos abajo!

Ella se arrojó a su cuello, recompensándole con un efusivo beso.

Su propósito era humillar a la otra española, a la Mercedes. Hacía mucho que la preocupaba aquella «colega», según la expresión irónica de Melchor. Sabía por la criada cómo vestía, la ropa blanca que tenía, qué forma tenían sus piernas, lo que le daba el amante, sus «líos» amorosos, ¡todo! Y cuando comprobó que ella tenía más vestidos, mejores sortijas, otro *chic*, decidió «aplastarla». No la quería mal: ¡deseaba tan sólo hacerle llorar de rabia!

El día que bajaron a comer a la mesa redonda tardó horas en rizarse, en probarse vestidos, en perfumarse; obligó a Arturo a ponerse mucho cosmético en el pelo, una camelia en el frac, para parecer *guapo* (1), y adoptando su gran aire de duquesa, bajó, con un *frufrú* de sedas, del brazo de Melchor. La pobre Mercedes, desprevenida, tenía puesta su bata roja, el cabello desgreñado, y a su lado, el calvo, con el cuello postizo sucio, la devoraba con los ojillos, rebosantes de concupiscencia. Las dos mujeres se atravesaron con dos miradas, penetrantes como puñaladas; todo el color de la bata de Mercedes se le subió al rostro, y Concha, sentándose con actitudes de princesa que se ve obligada a comer en una taberna, apoyó el codo sobre la mesa, la cara en la mano, con todas las piedras de las sortijas asestando sus luces sobre la otra. Durante toda la comida la hizo sufrir. Tenía maneras hastiadas de coger los platos, secretitos con Arturo, con miradas desdeñosas a la fealdad del calvo; hablaba a Melchor con ímpetu, como una reina a un cortesano, y a cada momento se daba toquecitos en la manga del vestido para hacer notar la riqueza de la seda. La otra no comía, petrificada; había incluso rechazado con una furia contenida un gesto tierno del calvo; y cuando, a una orden de Concha, Arturo pidió una botella de champaña, se levantó, pálida de rabia, y salió, arrastrando la falda, seguida del calvo, encorvado, que apretaba contra el pecho las alas de su sombrero de paja con aire lamentable.

Al día siguiente, Mercedes apareció en la mesa con un vestido de seda azul, con escote cuadrado, toda llena de alhajas y con dos camelias en el pelo.

Aquella tarde, por primera vez, sentóse a la mesa un muchacho español, muy guapo, de una deliciosa palidez, miradas rebosantes de languidez flúida, un bigotito que parecía dibujado con tinta de China, elegante, con el pelo muy rizoso y peinado con dos tupés a lo *Capoul*. Parecía conocido de la Mercedes y del calvo: cambiaban a lo largo de la mesa algunas palabras. Mercedes le miraba mucho, y Concha, al final

---

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.

(1) En español en el original.

(1) En español en el original.

de la comida, viendo al muchacho, muy obsequioso, partir avellanas para aquélla, se mordió los labios, furiosa.

Su deseo de humillarla se convirtió entonces en una ardiente preocupación; exigió a Arturo otro vestido, quería ir todas las noches al teatro, para que la otra lo supiese, *tragase quina*. A las horas en que la veía en la ventana del piso primero, mandaba buscar un coche abierto, bajaba la escalera con gran alboroto e iba a recostarse en el asiento, riendo en voz alta, fingiéndose muy animada, llamando a Melchor y a Arturo, y diciéndoles que se le había olvidado la sombrilla, que le fuesen a buscar el pañuelo de encaje... En la calle se paraban las personas, asombradas de aquella vivacidad, admirándola. Mercedes, arriba, si no tenía tiempo de retirarse de la ventana, fingía mirar al cielo o a la casa de enfrente, o, vuelta de espaldas a la calle, hablaba y reía hacia el interior del cuarto. La Concha se desesperaba ante aquella indiferencia, la llamaba los nombres más hediondos, y apenas llegaba al Aterro, mandaba volver al hotel, para «pillarla aún en la ventana», darle el espectáculo de su *chic*, de su gran cola, de sus medias color de rosa, al saltar del estribo del carruaje. Y mientras, Arturo pagaba al cochero, pensando:

—¡Dos pesetas más tiradas a la calle!

Porque volvía a preocuparle el dinero. Quería escribir a Carneiro pidiéndole las otras diez mil pesetas que le guardaba en depósito, pero vacilaba; comprendía que se las gastaría en seguida con aquella vida pródiga. ¿Y después? ¿Iba a dejar a Concha? Era matar a la pobre criatura que le amaba, que por un sentimiento de regeneración, para hacerse digna de él, se iba volviendo cada día «más señora», hasta el punto de oír misa todos los domingos, querer aprender piano y deletrear dificultosamente después del desayuno el *Diario de Noticias*. ¡Cómo podía dejarla! ¡Sería una vileza! Pero ¿era posible tampoco regresar a Oliveira de Azemeis, recaer en aquel embrutecimiento triste, con partidas de billar en la Corcovada y paseos entre los pinos de la carretera, los domingos por la tarde, en el polvo del macadán?

Una de aquellas mañanas, cuando estaba en la salita—Pancho peinaba a Concha—, apareció Melchor, desplomándose sobre una silla con un aire tan abatido, que Arturo, siempre bondadoso, le preguntó con mucho interés:

—¿Qué ha ocurrido?

El otro le miró con ansiedad, y apretándole las manos dramáticamente:

—¡Oh Arturo, usted me puede salvar! Necesito sin falta mañana diez duros. Si no, estoy perdido. ¡Oh Arturo!...

Arturo le interrumpió, desolado. Tenía sólo catorce duros—era todo lo que le quedaba de dos mil—; debía la cuenta del hotel, no podía...

El otro dió un furioso puñetazo en el aire:

—¡Es mi mala suerte!—murmuró con rencor.

—Hombre, comprenderá usted...

—¡Basta, hombre! ¡Mal rayo me parta!

Y fué a rasguear en la guitarra con furor, viendo peinar a la Concha.

Arturo—que debía tomar un palco para el Price, porque Concha quería ir allí, para «apabullar» a Mercedes con un sombrero nuevo—, se marchó muy contrariado. Aquella petición de Melchor colocaba brutalmente la realidad ante sus ojos: ¡estaba sin blanca! Dentro de breves días ¡no tendría siquiera para tomar un coche! Y, además, érale penoso negar dinero a Melchor; era su íntimo, su confidente; tan bueno con la Concha, tan servicial, tan alegre...

Cuando volvió, estaba decidido a pedir quinientos duros a Carneiro; en todo caso, ahorraría, ¡qué diablo!... No le daría los diez duros a Melchor. ¡Antes que nadie, él!

Estaba dejando el sombrero sobre una silla cuando Concha, erguida, noble, cruzándose de brazos, ¡le preguntó con severidad qué significaba aquello de no querer sacar de apuros al pobre Melchor! ¡Era necesario ser muy ingrato! ¡Valiente amistad! ¡Ah, bien veía ahora que los portugueses eran como tigres unos para otros! ¡Ah, si fuese el conde o el marqués! ¡Eran gente distinta!

Arturo, avergonzado, balbució que, en realidad, había negado el dinero a Melchor por suponer que lo quería para jugar, ¡e intentaba apartarle del vicio! Habló entonces de Melchor con exaltación: ¡era su mejor amigo! ¡Por él daría la vida! Tuvo frases líricas, habló de Orestes y de Pílades. Y la Concha, que no le entendía nunca cuando hablaba de prisa o con estilo, le volvió la espalda diciendo que, entonces, debía portarse como un *caballero* (1).

Arturo, aquella misma noche, dió los diez duros a Melchor, diciendo con vaguedad «que había recibido algún dinero». Y entonces se sinceró con él: le contó que sus tías, aun siendo ricas, empezaban a asustarse de aquellos gastos; su fortuna personal, la de él—porque la tenía en dinero contante y sonante—, se iba agotando; era necesario pensar en buscar dinero... La única manera sería hacer representar el drama...

Melchor extendió la mano abierta, como para impedir que continuase:

—De eso me encargo yo. Ni una palabra más. Eso es cosa mía. ¿Dónde está el original?

—Comprenderá usted, Melchor, que después, si el drama produce, habrá lo que se quiera...

—Ni una palabra más. ¡Venga el original!

Y en esa seguridad, Arturo escribió una carta a Carneiro diciendo que «para unos negocios» quería quinientos duros.

Dos días después, estando aún en la cama, irrumpió Melchor en el cuarto con aspecto triunfal. ¡Había hablado aquella mañana al empresario! Le pilló de buen talante y habíale prometido una contestación dentro de quince días. ¡Naturalmente, la cosa marchaba! ¿Eh? ¡No había otro como Melchorcillo!

Y en su entusiasmo, hacía cosquillas en los pies de Concha por encima de la ropa. Ella daba grititos, se encogía contra Arturo, que, radiante, le había prometido un vestido nuevo para la primera representación. Melchor indicó entonces que debían dar una cena a los actores. Concha aplaudió gozosa, exaltada ya ante la idea de sentarse, presidiendo una fiesta, entre el galán Cuña y María Juana, la ingenua. ¡Era una nueva manera de dar envidia a la otra!

Porque la lucha continuaba, más áspera aún. Lo que desesperaba a Concha era que Mercedes trataba, tenía amistad con el guapo español; comía él ahora al lado de ella: y eran risitas, secretitos, amabilidades, junto al calvo estático, que parecía gozar con aquella animación de su española. La Concha se mostraba indignada con aquella intimidad; encontraba obscena a Mercedes: ¡coquetear con aquel *pollo* en las propias barbas de un hombre bueno, tan enamorado! ¡No era siquiera una perdida! Y adoptaba en la comida actitudes de severa puritana ofendida por los escándalos de una meretriz.

(1) En español en el original.

Pero sus ojos, a veces, tenían centelleos mirando al español. Mercedes, muy fina, los notaba, exagerando en seguida su familiaridad con él, hablándole desde muy cerca, poniéndole los dedos sobre el brazo, con una mirada rendida. Concha se removía en la silla, toda nerviosa, y el español, con corbatas resplandecientes, se tiraba de los puños de la camisa lujosa, se retorcía el bigotillo, recostado con languidez, sonriendo a Mercedes, lanzando a Concha ojeadas tiernas.

Cada día subía Concha más exaltada a su cuarto. Tenía ahora muchos secretos con la criada; y Arturo, más de una vez, asomándose con ella a la ventana, veía en el balcón de abajo al galán, recostado en una actitud elegante, que hacía resaltar bajo la chaqueta las caderas femeniles, lanzando el humo del puro y alzando extasiadamente hacia ella sus grandes ojos gaditanos. Aquello le irritaba. Sabía que era un emigrado de Cádiz, comprometido en la sublevación de Salvochea. Le encontraba guapo, y su presencia le inquietaba. Pero se tranquilizó oyendo una noche decir a Concha, con gran desdén, a Melchor, que parecía sentir un rencor feroz por el emigrado:

—*¡Mira! ¡Si es un niño! ¡Si es un pollo! ¡Más feo...!* (1).—Y declaró incluso, con cara de asco, que detestaba a los hombres con cara de mujer. ¡Puah! ¡Hasta le encontraba ridículo!

Por otra parte, Arturo estaba de nuevo preocupado con sus ambiciones literarias. Una noche de aplausos, ¡y entrada en la notoriedad, en la gloria, en los artículos de prensa! Era el desquite resplandeciente de sus oscuras humillaciones. Recordaba ciertas escenas del drama, las predilectas, y no dudaba del triunfo. ¡Qué vida entonces! Los aplausos de la multitud se mezclarían con la dulzura de los besos de Concha; porque ella le amaría más ¡viéndole célebre, enamorado por otras, considerado como una gloria nacional! Y se acumularían las dichas a diario, a todas horas; por la noche, los aplausos de un teatro electrizado; la cena con el buen Melchor y con otros amigos; después, los delirios con la apasionada Concha; ¡y por la mañana, en la caja del teatro, los duros amontonados!

¡Entre tanto, no llegaba la respuesta de Carneiro! Arturo empezó a sentir accesos repentinos de terror. ¿Y si aquel hombre hubiera huído o quebrado? ¿Si se negase a rendirle cuentas? ¿Si fuese necesario entablar un pleito? ¡Santo Dios! A las horas en que aparecía el cartero tenía ansiosas palpitaciones, y como no llegaba carta, apenas podía comer, con la garganta contraída, la mirada vaga, pensando que tal vez fuese aquélla su última comida con la Concha. Envió, incluso, un telegrama a Carneiro, y una mañana, más inquieto, como un hombre que prepara de antemano la explicación de una desgracia probable, confesó a Concha ¡que estaba esperando un dinero que no llegaba! ¡Era una *lata!* Temía, incluso, que hubiese dificultades con el remitente...

Ella acogió la noticia con absoluta indiferencia. Sus maneras se iban volviendo singulares; el balcón parecía ser el centro de su existencia; acercábase allí un momento, volvía, frotándose las manos, con la cabeza baja, contrariada; otras veces parecía asomarse tan radiante e interesada, que Arturo, al verla, se aproximaba con curiosidad; pero no descubría nada: solamente, en el balcón del cuarto del español, una silla vacía con un periódico doblado encima. Los secreteos con la criada

(1) En español en el original.

aumentaban; Concha parecía adorarla, no podía estar sin ella, llamándola constantemente, colmándola de regalos, de cintas viejas, de botinas, de camisas ya muy usadas; y cuando Arturo se sorprendía de aquella intimidad, ella contestaba que una mujer necesitaba tener una amiga para desahogarse: no tenía otra a mano; ¿quería él, por ventura, que hiciese amistad con la meretriz del primero? ¿No? ¡Chitón, entonces!

—¿Y de qué habláis?

—¡De ti!

Pero a pesar de aquel amor, que Arturo juzgaba cada día más fuerte, era a veces brusca con él; rechazaba con hastío sus abrazos: ¡una mujer, *Dios mío* (1), no podía estar siempre pringosa de los besuqueos de un paleto!

A veces, por la noche, al acostarse, con el pretexto de una jaqueca, no consentía que Arturo la tocase ni con la punta de la uña, dejando la pasión del autor de *Esmaltes y joyas* contrariada, como un perro al que le quitan una tajada. Otras veces sentía ardores súbitos, a horas extrañas, sin razón alguna. Arturo explicaba aquellos cambios etnográficamente, por la sensibilidad muy refinada de las razas andaluzas, y cada día la encontraba más adorable. ¡Hubiera sido completamente feliz si Carneiro contestase!

Por fin, el respetable Carneiro respondió en una ancha hoja de papel rayado, en la que explicaba la demora de la remesa por un viaje que había hecho a «la invicta ciudad, a donde le llamaron exigencias de sus negocios, así como también para llevar al teatro de San Juan, a ver una obra lírica, a su joven Adelaida, que...»

Arturo, aburrido, tiró la carta a un lado, y releyó con satisfacción que la letra de cambio era sobre un comerciante de la Baixa. No se resistió incluso a comunicar su alegría a Concha, y agitando la letra, dijo con un aire negligente, de ricachón:

—Dinerito fresco.

—¡Ah!—contestó ella secamente.

Aquella indiferencia escandalizó a Arturo. No la comprendía: cuando él, por cariño, para darle todos los privilegios de una esposa, quería hacerla compartir íntimamente sus intereses, sus sentimientos, ennobleciendo así aquella unión, ella se retraía, rechazaba toda comunión muy cercana, evitando participar de sus planes y secretos, entregándole su cuerpo, pero reservándose el alma y la voluntad. Parecía querer mantenerse únicamente en su papel de concubina. Arturo notaba algo sutil alzarse entre ellos, separarlos; sus naturalezas, como sus epidermis, se tocaban sin penetrarse, y Arturo, teniendo una mujer con quien comía, dormía y cohabitaba, sentía, a pesar de eso, una dolorosa falta de simpatía, una inactividad triste de sus facultades afectivas. Y para no encontrarse a sí propio, carente de afectos ajenos, su alma se refugiaba en el recuerdo de la tía Sabina, como un ser que busca un elemento personal.

Pensaba incluso en escribirle, cuando un día recibió una larga carta de ella. ¡Qué buena sorpresa! La letra era casi ininteligible, pero por todas las carillas del papel erraba un buen calor de amistad, y los rasgos de sus *ejes* y de sus *tes* eran como curvas de abrazos. Decía así:

«Mi querido sobrino: Espero que ésta te encuentre bien, lo cual pido todos los días a Nuestra Señora con todo el alma; y acabo de saber por Vasco que mandaste pedir un horror de dinero, que hasta pecado me parece. ¡Si tú supieras lo que aquí nos asustamos por saberte tan lejos y

(1) En español en el original.

tal vez enfermo en esa tierra tan grande y sin tus comiditas a sus horas, y nos aflige ver que gastas tanto lo que le costó ganar a tu padrino, en esa Babilonia sin religión! Yo no lo he pasado bien; es ya la vejez; es esta vida que ya no quiere seguir adelante, y por eso quién sabe si te volveré a ver; y todos los días le pido a Nuestra Señora que te guarde, porque lo mereces. Me dicen que hasta los periódicos hablan de ti, lo cual me tiene asustada, aunque Vasco dice que los periódicos hablan sólo de la gente importante y del Estado. Alburquerquecito va tirando, gracias a Dios, y ya ha hecho este mes doce solitarios de quince, lo cual es un buen mes. Adiós, hijo mío, que Dios te acompañe en tu corazón. La tía te manda recuerdos y ha estado con su romadizo. La Roja te está haciendo unos calzoncillos con una piececita de hilo que yo logré ahorrar, y el morrongo se atragantó y me dió un buen susto; y el invierno ha sido malo para los viejos. Si pudieras volver, ven, pues me dice el corazón que Nuestra Señora me llama y voy a encontrar la paz del alma y a los otros que allí están ya. Alburquerquecito te manda recuerdos y es siempre el mismo santo varón. No debes abusar ahí de las comidas, que me dicen son tan malas. Adiós, hijo mío; que puedas ser en tus cosas tan feliz como yo no lo fuí, y ahora veo que la muerte está cerca. Con un apretado abrazo de tu tía, que te quiere,

Sabina.»

Arturo permaneció con la carta en la mano y el alma distante: estaba allí, en la casita de Oliveira de Azemeis tan tranquila, tan dulce, y una buena faja de sol, en la que dormitaba el morrongo, se extendía por el comedor; el viejo reloj exhalaba su tictac, la tía Sabina hacía punto; al mediodía, en la torre, cantaban todos los gallos, y en el silencio de la villa adormecida chirriaba una noria.

Concha le hizo levantar de los pies de la cama, donde habíase quedado pensativo: estaba buscando una liga, con los cabellos sueltos, la cara abotagada de sueño; enaguas sucias se arrastraban por las sillas; un aire perfumado emperezaba; en el tocador, entre cepillos pelados, se veían postizos de pelo. Concha habíase despertado malhumorada, y ante su cara desagradable, Arturo pensaba vagamente que fuera de aquel cuarto donde él vivía en un concubinato enervante, había aires lavados, campos frescos y existencias dignas de interiores aseados: deseó algo más elevado, más puro...

Melchor apareció en la puerta, y como Concha se vestía, Arturo fué con él hacia la salita, llevando aún en la mano la carta de la tía Sabina.

—¿Cartita de casa?—preguntó el periodista.

—De mi tía...

—¿Con *parné?*—y los ojos de Melchor relucían.

Arturo respondió, enrojeciendo:

—Mandó algún dinero.

—¡Hay que correrla! ¿Buena cantidad?

—Aceptable.

—¡Hay que correrla! ¡Hay que correrla!—repitió Melchor con entusiasmo.

—¡Eso queda de mi cuenta!—dijo Arturo, afectando un cinismo elegante.

Pocos días después, Arturo bajó al comedor a comprar puros, unos llamados *Intimidades de Carvajal* (1), famosos en el hotel. Manuel le enseñó la última caja vacía.

—Ya ve *usted...*

Arturo pareció contrariado; entonces, el español guapo, que leía su

(1) En español en el original.

periódico en una mesa, tomando café, se levantó muy afablemente y ofreció su petaca:

—*Son iguales. Fume usted* (1).

Arturo dió las gracias, azorado. Pero el español insistió efusivo, y Arturo, después de aceptar un puro, se embrollaba en una frase española, cuando el emigrado, sonriendo, le dijo que podía hablar portugués: él lo entendía y hasta lo *hablaba* (2); por otra parte, los dos idiomas eran tan parecidos..., eran como un solo pueblo, *¡porque españoles y portugueses son hermanos!...* (3).

Arturo, contento de poder expresarse en portugués—la necesidad de hablar español le torturaba—y queriendo ser amable, le preguntó si estaba hace mucho en Lisboa.

Hacía cuatro meses. Y con locuacidad familiar dijo que era republicano federal, que había combatido en las barricadas de Cádiz y estaba condenado a muerte.

Un destino tan patético impresionó a Arturo. El muchacho le pareció grande como Dantón; y por una necesidad súbita e instintiva de emparejar las simpatías, se declaró también republicano, habló con vaguedad del Club Democrático, se confesó entusiasta de Castelar. Había aceptado un café, y ambos en la mesa, lanzando el humo de los vegueros, intercambiaban una simpatía común.

El emigrado tenía una voz vibrante y cálida. La viveza andaluza daba a sus gestos, a la expresión de su fisonomía, llena de movilidad, una seducción singular. Parecía conocer a Arturo desde hacía muchos años: le hizo en seguida confidencias políticas, apostrofó a los Borbones, profetizó la república universal y llamó dios a Víctor Hugo, tratando a Arturo de *hijo mío* (1).

Sorprendíale a Arturo encontrar ideas literarias y sociales, que juzgaba admirables por coincidir con las suyas, en un muchacho que tenía el aspecto, los modales, de un *chulo* (2) de mujeres. Y habló entonces con entusiasmo de España, del país de Cervantes, gran raza... El español, electrizado, le juró que no había encontrado nunca un portugués a quien apreciase tanto; y para celebrar un pacto de amistad al antiguo modo andaluz, envió a buscar al cuarto una botella de *manzanilla* (3) especial..., «un licor divino». Bebieron, se estrecharon las manos. Arturo encontró el vino delicioso, y el español cantó con *verve* el aria de Robinsón:

Pero el jerez...
da fuerza al hombre, fuego a la mu-
[jer... (4).

Invitó a Arturo a venir a Cádiz: quería mostrarle los sitios en que peleó y donde los federales hicieron proezas. ¡Tenía que ver a su amigo Salvochea, un héroe! Por otra parte, esperaba la amnistía y lamentaba abandonar a Portugal: era un país que él admiraba ¡por su libertad de prensa y por la belleza de las portuguesas!

Y a propósito, como acordándose de repente, le preguntó quién era aquella joven con quien estaba.

—Es mi pequeña—dijo Arturo, poniéndose un poco colorado.

El otro bostezó, se arrellanó en la silla, dijo con negligencia que su *querida* (5) se había quedado en Sevilla... Además, en la actualidad, la política debía prevalecer sobre el sentimiento: ¡cuando el pueblo sufre,

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.
(3) Idem íd.

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.
(3) Idem íd.
(4) Idem íd.
(5) Idem íd.

no se puede pensar en placeres! ¡Su *querida*, ahora, era la patria!

Le obligó a aceptar otro puro, y diciendo que iba a escribir su correspondencia, ¡salió silbando *La Marsellesa!*

Arturo subió presuroso la escalera para ir a contarle a Concha el conocimiento hecho, contento de mostrar la simpatía que había inspirado a un español tan guapo y tan ilustre. Concha se puso como la grana, dió dos vueltas por el cuarto con la cabeza baja, mirándose la punta de las botinas; fué a ordenar los cepillos en el tocador, un poco trémula, y dijo, por fin, con una voz ambigua, que encontraba cara de malo a *su paisano* (1). Pero, de repente, acometida por una brusca jovialidad, cogió a Arturo por la cintura y le hizo dar una vuelta de vals.

Al poco rato, el criado entraba con una caja de habanos *Intimidades*; era un regalo del español, que lo enviaba con su tarjeta de visita:

MANUEL MANRIQUE ROJAS Y CUEVAS

Arturo se sintió muy halagado, y Concha declaró, con la autoridad de una mujer acostumbrada a la sociedad, que era preciso invitarle a comer. Arturo admiró tan fino tacto, y al atardecer, cuando Concha, muy vestida y perfumada, iba a sentarse a la mesa, cansada de esperar, Arturo, que salió a las cuatro, apareció del brazo de don Manuel Manrique; ella se puso muy colorada, su seno jadeó y, bajando los ojos, se inclinó en un digno saludo.

La comida fué muy alegre. Don Manuel interesó profundamente a Arturo. Le hizo reír contando episodios picarescos de su huída hacia Portugal, con cuatro *duros* (2) en el bolsillo; le entusiasmó por los viajes, describiéndole la Habana, los cafetales, las selvas tropicales, las danzas de los negros y los profundos cielos abrasados; le hizo exaltarse por los romanticismos de la guerra civil, explicando la defensa heroica de las barricadas en la *calle de la Aduana* (1), en Cádiz, y le dejó asombrado con la grandeza de sus planes políticos, haciéndole entrever una gran federación de las repúblicas latinas, en oposición a los despotismos sajones y eslavos. E iba a declamar contra el papado y contra la Iglesia, con un furor de impiedad democrática, cuando la Concha, muy devota, hizo un gesto escandalizado. Don Manuel inmediatamente se retractó, diciendo incluso:

—*¡Pero nada se hace sin la voluntad de Dios!* (2).

Aquello le pareció a Arturo de muy buen gusto, de alta cortesía, y, electrizado, le entregó sin reserva su amistad. Hablaron entonces de Lisboa, de Madrid, de teatros, mientras bebían fraternalmente, cuando Melchor abrió la puerta con ímpetu. Al ver al español cómodamente instalado en su sitio habitual, tuvo una expresión de desencanto tal, que Concha exclamó, con una carcajada:

—*¡Es Melchor, el pobre!* (3).—Pero en seguida presentó con seriedad al emigrado.

Melchor arrastró despacio una silla, recibió con aire taciturno una copa de curaçao y permaneció enfurruñado, mudo, retorciéndose el bigote con dedos trémulos, lanzando feroces miradas a Arturo, a Concha, al español.

Por último, no pudiendo contenerse, se levantó, llamó a Arturo al cuarto, y cruzándose desesperadamente de brazos, con voz estrangulada, dijo:

—Bueno, ¿qué significa el borracho del español metido aquí de hoz y de coz?

Arturo explicó su encuentro, el ofrecimiento de los puros; elogió al español: era un muchacho de gran talento; había estado en la Habana...

—¡Que se lo lleve el diablo!

—¡Hable bajo, hombre!—dijo Arturo, inquieto, yendo a cerrar la puerta del cuarto.

—¡Qué bajo! ¡Es un borracho! ¡Vaya una broma! Estábamos aquí los tres como los propios ángeles... ¡Y ahora todo se ha estropeado! Yo, por mi parte, no vuelvo a poner aquí los pies...

La cólera le erizaba los pelos del bigote. Arturo intentaba calmarle: don Manuel le parecía una persona fina...

—¡Ya verá usted! ¡Puede que lo lamente!

—Pero ¿por qué, diablos?

Melchor vaciló, como si fuese a hacer una revelación; pero después de encogerse desesperadamente de hombros:

—¡La culpa es del Gobierno! ¡Canallas de españoles! ¡Yo es la gente que más odio!—y se lanzó en violentas declamaciones patrióticas: ¡la unión ibérica era la infamia de las infamias! Que se librase un español de cruzarse en su camino. ¡Se bebía su sangre! ¡Se bebía su sangre, sin duda alguna!...

Una carcajada muy fuerte, muy cálida, de Concha, dentro, en la salita, le interrumpió, le inmovilizó: miró a Arturo de pies a cabeza con odio, con desprecio, y echándose hacia atrás el sombrero, se precipitó por el corredor, blasfemando.

Cuando Arturo volvió a la salita, a contar que Melchor habíase marchado, encontró a Concha muy animada, con un color radiante en la cara: nunca la había visto tan bonita; acababa de descubrir que don Manuel era, además, pariente suyo, ¡y se llamaban ya con toda familiaridad Conchita, Manolo!

El emigrado se convirtió en su íntimo. Concha no quiso volver a la mesa redonda—por no comer junto a la «indecente del primer piso»—, y cuando Manolo no venía a comer con ellos, aparecía de sobremesa para tomar el café y fumar un *puro* (1). Arturo le apreciaba cada día más: su alegría arrogante le cautivaba; sus servicios a la república le inspiraban respeto; le agradaban las discusiones políticas, con la copita de curaçao delante, cortando y recortando Europa, conforme a planes vagos de una democracia universal; y gozaba momentos deliciosos oyéndole contar anécdotas de la revolución del 68, cantar coplas políticas o hacer gemir en la guitarra las seguidillas andaluzas. Poseía toda clase de habilidades: hacía caricaturas con un fósforo apagado sobre un plato, sabía nigromancia, tiraba a espada, e incluso daba lecciones a Arturo, en su propio cuarto, donde le hacía admirar retratos de republicanos ilustres que él conoció o de actrices que habían sido *queridas* (2) suyas. Con la Concha era de una familiaridad fraternal, pero discreto, con tonos respetuosos; la divertía mucho, echándole las cartas, leyéndole la buenaventura, con profecías complicadas, en que los destinos de ella y de Arturo aparecían siempre unidos, rebosando dichas, como copas muy llenas.

Melchor no volvió durante los primeros días. Pero una tarde, Arturo, al entrar en el cuarto a las cuatro, le encontró sentado junto a Concha, retorciéndose con satisfacción el bi-

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.
(3) Idem íd.

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.

gote: había hecho las paces con la pequeña. Se mostró aquella noche más conciliador con el español, hasta el extremo de declararse él también republicano, e incluso aceptó complacido una invitación que le hizo el emigrado para una comida que iba a dar *a Conchita y al amigo Arturo* (1). Fué una fiesta muy alegre. En la sobremesa, con la excitación del champaña, juraron quererse siempre ¡y formar una sociedad de franca-chela titulada *Arturo, Concha y Compañía!*

A Arturo se le acabaron los vagos celos que al principio habíale inspirado don Manuel: ciertamente, Concha era muy afable con él, casi cariñosa, pero sólo veía en aquel sentimiento una amistad de compatriotas que se encuentran en un país extraño, y el afecto de unos parientes lejanos. Además de eso, Concha, a solas con él, en las conversaciones íntimas del lecho, habíale confesado a veces que Manuel le gustaba, pero que desconfiaba de él: le encontraba «cara de malo»: le preguntó incluso si sabía quién era la *querida* (2) de él. Ya varias veces, delante de Arturo, preguntó ella a Manolo *quién eran sus amores* (3); Manolo retorcíase el bozo en un silencio discreto. Y, apremiado, acababa por decir con énfasis ¡que su *querida* (4) era la patria! Por otra parte, Concha afirmaba que Manolo, aun siendo guapo, no era el prototipo de las mujeres: ¡muy afeminado, muy marica!

Por su lado, Manolo, en la intimidad, a solas con Arturo, le confesó, como impelido por la verdad y lamentando aquella franqueza, que Concha no le parecía bonita; no era fea, no; ¡pero había que ver las mujeres de Cádiz! ¡Tenía que ver su pequeña, que estaba en Sevilla! ¡Eso sí! Pero Concha...

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.
(3) Idem íd.
(4) Idem íd.

Y Arturo vivía tranquilo. Los dejaba solos a veces, y le escandalizaba casi el gesto indiferente, seco, que ponía Concha cuando algunas mañanas Manolo la enviaba un ramo de camelias.

—¡Pero si es muy amable por su parte, hija! ¡Es muy delicado! ¡Debe agradarte!

—*No me gusta, no me gusta* (1) —decía ella, poniéndose de espaldas con el ramo en la mano y envolviendo las flores en una mirada dulce como un beso.

Lo que de nuevo preocupaba seriamente a Arturo era el dinero. Desde que empezó aquella intimidad con Manolo, los gastos aumentaban. El republicano tenía todos los días una idea costosa: ir a Queluz, tomar un palco en el San Carlos, una cena en Ponte d'Algés, ¡y con las cuentas del hotel, los coches, los guantes, los puros, había días de diez y quince duros!

Pero no podía modificar su existencia. ¡Estaba llena de tantas dulzuras! Concha, a quien se le habían aplacado ahora todos sus «nervios», se mostraba muy igual, muy amorosa. El emigrado y Melchor constituían la pequeña corte de Arturo: le gustaba verlos en *su* mesa, bebiendo de *su* coñac, cortejando a *su* amante. Se complacía en ofrecerles el espectáculo de sus amores: besuqueaba a Concha delante de ellos, lo cual producía en Melchor la inmediata necesidad de levantarse, estirarse los pantalones con malos modos, y en el español, la de atusarse el bozo, bajando sus bellas pestañas; hasta que un día Concha le dijo que era faltarla al respeto abrazarla y hacerle caricias delante de gente.

Por otra parte, Manolo ponía un

(1) En español en el original.

celo delicado en halagar a Arturo: recibió emocionado el regalo de los *Esmaltes y joyas* y se tomó el trabajo de aprenderse algunas estrofas de la *Oda a la Libertad*. Le prometió traducir el volumen entero para un diario republicano de Murcia, y le decía en la mesa, con apasionamiento:

—*¡Don Arturo, es usted el primer poeta del siglo! ¡Es usted Hugo! ¡Es usted un Dante!* (1).

Y así, con un amigo que le comprendía tan bien, una amante que le quería tanto, el autor de *Esmaltes y joyas* tenía días en que se sentía henchido de gozo. ¡Si no fuese por el dinero! ¡El maldito dinero!...

Entre tanto, la respuesta del empresario se retrasaba, y Arturo instaba a Melchor para que volviese a hablarle, para que le presionara. ¡Qué diablo, la cosa urgía! Y había ahora, en su impaciencia, no sólo la necesidad de recursos, sino el deseo de deslumbrar al español con el espectáculo de una sala arrebatada. Melchor, complaciente, fué a ver al empresario, que se declaró «ocupadísimo, chico, ocupadísimo», pidiendo ¡quince días más! ¡Pero la cosa iba a darse, la cosa iba a darse!

Sin embargo, Melchor sentíase de nuevo receloso con el español: le irritaba, sobre todo, el saber que Concha había vuelto a tomar la costumbre de salir por las mañanas dos, tres veces a la semana. Unos días iba a ver a la Paca, que estaba muy malita; otros, a la modista; otros, sólo a dar *un paseíto* (2). Censuró a Arturo por consentir aquellas salidas.

—No va a estar la muchacha aquí como en un convento—decía Arturo.

Y añadía, girando con fatuidad sobre los talones:

—¡Estoy tan seguro de ella como de mí mismo!

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.

Melchor lanzaba sobre sus espaldas una mirada rencorosa, llena de un inmenso desprecio.

No podía, a veces, ocultar súbitos accesos de odio por el emigrado. De repente, sin razón, se enojaba. Concha lo notaba, venía a bromear con él a preguntarle qué tenía *su abuelito* (1), si estaba enfadado con su *nietita* (2), le retorcía el bigote, sentábase incluso sobre sus rodillas, riendo, brincando, mientras Manolo, muy serio, rasgueaba en la guitarra o jugaba con Arturo al ecarté, a real la postura. Melchor, por lo general, se calmaba; pero sólo con Arturo se desahogaba: ¡no podía tragar al Manolo! ¡No podía! Un día le rompía la cara...

—Pero ¿por qué, Melchor?

Melchor callaba, y a poco gruñía:

—El Gobierno es el que tiene la culpa; ¡admitir esta partida de forajidos!...

A Arturo le asombraba un patriotismo tan fanático, tan intolerante. ¡Era necesario también no ser terco, qué diablo! Los españoles eran una raza noble...

—¡Unos granujas!—rugía Melchor.

Y dando zancadas por el cuarto, se registraba con mano nerviosa los bolsillos como buscando un arma:

—¡Un día le saco las tripas a un castellano!

Y en una ocasión, no pudiendo contenerse, dijo a Arturo, en una explosión:

—Pero ¿usted no ve cómo ella le hace cara a Manolo?

Arturo rió. ¡Vamos, historias! Pero aquellas palabras, con la lentitud de un veneno absorbido, comenzaron a difundir por su sangre unos celos crecientes. Observó a los dos. ¡Sin embargo, los veía tan naturales, tan francos, tan camaradas, tan inocen-

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.

tes!... Creyó que «disimulaban», y sospechó de las salidas de Concha. Un día en que la oyó decir que iba a casa de la Paca, la siguió de lejos, pegado a las fechadas. ¡Qué alivio cuando la vió entrar, en efecto, en el portal de la Paca! Se juró a sí mismo, en un impulso de agradecimiento, quererla más para compensarla de la injusta sospecha con que la ofendiera. Pero después reflexionó que en la casa de la Paca había otros pisos, y también que Concha podía haber salido por una puerta trasera. Vanidoso, le irritó haber sido cándido y casi deseó que fuera ella culpable. Así, cierta mañana que sabía que estaba ella allí, la siguió y fué a tirar de la campanilla. Preguntó por la *señorita* (1) Concha: esperó diez minutos, y la vió aparecer con sombrero, la cara arrebatada, los ojos brillantes.

¿Qué pasaba? ¿Por qué había venido?

El rió: pasaba por allí y se acordó de ir a buscarla. Pero en casa, de repente, la preguntó casi con severidad por qué había salido tan colorada. En lugar de escandalizarse con aquella pregunta, rebosante de desconfianza, le contó ella que ¡había sido testigo de una escena! ¡Ah! ¡La Paca, que se creía perdida, rompió a llorar! ¡El *querido* (2) lloró también! ¡El pequeño, lo mismo! ¡Un horror!

Pero Arturo no estaba tranquilo. Tenía la sensación vaga de que ella «se le iba escapando». La notaba menos *suya*. Y aquella incertidumbre exaltaba su amor. Tenía un deseo punzante de saber sus pensamientos. Desconfiaba de todo, de Manuel, de la criada especialmente; y sentía una contrariedad amarga cuando veía entrar a Manolo. Las veladas eran menos alegres; había silencios embarazosos, y el emigrado, para colmarlos, tenía que agotar su repertorio de *malagueñas*, que la Concha escuchaba taciturna, con los brazos cruzados, alzando a veces hacia él o hacia Arturo su mirada, muy brillante.

Una mañana, oyéndola decir que iba a casa de la Paca, Arturo declaró que estaba indispuesto, que deseaba que ella le hiciera compañía. Ella arrojó en seguida sobre una silla el vestido que iba a ponerse y fué a preguntarle con mucho cariño qué le dolía, si quería acostarse.

—Estoy raro; se me pasará pronto—respondió Arturo, muy satisfecho de la prontitud con que ella había desistido del «paseo» y viendo en su solicitud la persistencia de su amor.

Estaban por entonces cerca del Carnaval. Aquella semana, por dos o tres veces ya, Arturo la impidió hábilmente salir; ella no pareció contrariada; tan sólo tenía tristezas, «morros», se declaraba nerviosa, quejábase de jaquecas. El viernes, antes del Domingo de Carnaval, Arturo, al volver, a las dos, de la Redacción del *Seculo*, se la encontró con sombrero, poniéndose el velo. Iba a casa de la Paca.

—¡Vamos, deja a la Paca!

—¡Es que tengo también que ir a la modista!...

—¡Vamos, déjate de modistas!

Esperaba una «escena», y se quedó admirado viéndola quitarse, sin decir una palabra, el sombrero, el velo, el vestido, coger un pañuelo, cuyo dobladillo estaba cosiendo hacía mes y medio, e ir a sentarse, con un suspiro, al balcón. Arturo, despechado ante aquella resignación muda, cogió un libro y se tumbó en la cama. Y el silencio que se hizo entre ellos le pareció triste y oscuro como una separación.

Manolo debía ir a comer aquella noche; pero, a las tres, Manuel vino a decir que el señor Manrique pedía le disculpasen, pero que, por haber llegado un pariente suyo de Badajoz, sólo podría acudir de sobremesa.

Concha no se movió, cosiendo despacio, lúgubremente, y en el silencio del cuarto sólo se oía, sutilmente, el ruido de las hojas del libro al ser vueltas.

La comida fué triste. Concha, con dos chapetas rojas en las mejillas, no comía; Arturo, cuyos celos se exaltaban ante aquel silencio desdichado, aquel hastío desconsolado, se inmovilizaba con desesperación en su mudez, lleno su cerebro de palabras, de recriminaciones, de frases emocionadas, que su lengua, pesada como plomo, se negaba a pronunciar. Pasó la sobremesa, y Manolo no acudió.

En lugar de él fué Melchor el que apareció a la hora del café, y con cara satisfecha dijo en seguida, bruscamente, que al entrar en el comedor había visto a Manolo con la Mercedes, como uña y carne, muy pegaditos, ¡mientras al pobre calvo, el muy asno, se le caía la baba junto a ellos!

Concha se puso pálida y luego roja. Y de pronto se puso muy amable con Melchor, le obligó a sentarse a su lado, «muy juntitos»; le hizo ella misma el café, le despeinó, ocupándose de él, hablando alto, sin una mirada ni una palabra a Arturo.

—¿Están ustedes enfadados?—preguntó Melchor, con el rostro hinchado de placer.

Arturo tuvo una sonrisa amarga:

—La niña está con los nervios.

Pero Concha se levantó bruscamente, entró en el cuarto, cerrando la puerta tras ella, por si la oían en el pasillo llamar a la criada.

—¿Qué diablos le pasa?—preguntó Melchor, sorbiendo plácidamente su café.

Arturo tuvo tentaciones de desahogarse, de contar sus sospechas; pero, vanidoso, no queriendo dar a Melchor el «gusto» de ver justificados sus recelos, se encogió de hombros y dijo:

—¡Yo qué sé! ¡Cosas de mujeres!

Melchor le miró de soslayo, compasiva y desdeñosamente, y pareció sorber con deleite la última gota de la taza.

Pero Concha volvió, con los ojos muy brillantes, un poco sofocada, muy empolvada. Mostraba una excitación artificial, histérica; declaró ¡que estaba dispuesta a todo! Quiso tocar el fado, pero arrojó la guitarra con hastío; dió un salto hacia las rodillas de Melchor, se levantó, valsó sola por la salita y fué preciso arrancarle la botella de coñac, porque se la quería beber de un trago. Seguía sin hablar a Arturo, sin mirarle; preguntó incluso a Melchor si quería ir solo con ella a dar un paseo hasta Belem, pero ¡solo con ella, *los dos, como dos novios!* (1).

Y Melchor reía, rebosante todo de gozo.

—¡Ande—dijo campechanamente—, ande, haga usted las paces con su marido!

Ella se encogió de hombros con un desprecio soberano y tendió los brazos a Melchor para un vals. Y tarareando, giraban por la sala, brincando, tropezando en las sillas, haciendo retemblar el suelo con sonoras carcajadas, con un gran bullicio jovial; desaparecieron, incluso, un momento en el cuarto a oscuras, y Arturo, furioso, oía reír a Concha con risitas cálidas de cosquillas. No se levantó de la mesa, fumando, con lúgubre desesperación, con sollozos en la garganta.

Cuando ella volvió a la sala, arreglándose el pelo, seguida de Melchor,

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.

(1) En español en el original.

que se retorcía el bigote, Manuel levantaba la mesa.

—*Vaya a decir al señor Manrique, abajo, que le esperamos*—dijo ella—. *¡Listo!* (1).

Manuel volvió de allí a los pocos momentos:

—Dice que no puede venir. Estaba en el cuarto de Mercedes, de gran juerga...

Toda la animación de Concha se disipó, como después de un vendaval una bandera, cayendo a lo largo del mástil. Dió unas vueltas por la salita y se dirigió hacia el cuarto, a oscuras. Fueron a buscarla al poco rato, y la encontraron enroscada sobre la cama, doblada sobre sí misma, en una inmovilidad hostil. Contestó con brusquedad que tenía dolor de cabeza, fiebre. Para distraerla, Melchor quiso tocar un fado: ¡ella gritó que se callase! Y como Arturo, creyéndola enferma, la interrogaba con un cariño que imploraba la reconciliación, ella se enfureció: ¡no podía una pobre mujer estar mala sin que la martirizasen! ¡Era el colmo! Y como Arturo insistía, y Melchor se movía alrededor del lecho, saltó al suelo, y con una fuerza nerviosa extraordinaria, los empujó hacia la salita, furiosa, a golpes, dándoles con la puerta en las espaldas.

—¡Hay que dejarla! ¡Hay que dejarla!—dijo Arturo—. ¡Está loca!

Estaba pálido, temiendo un escándalo.

—Pero ¿qué diablos le pasa?—preguntó Melchor, que, con las manos en los bolsillos, paseaba cabizbajo, con el rostro sombrío.

Oyeron entonces a Concha gritar de nuevo en el pasillo llamando a la criada, y apenas subió la mujer, cerrarse en el cuarto con ella, dando a la llave una vuelta, colérica.

—¡Qué poca vergüenza!—exclamó Melchor—. Aquí hay *lío*—agregó, en pie ante Arturo, mirándole fijamente a los ojos.

Arturo no respondía. Habíase levantado y paseaba melancólicamente, encendiendo cigarros, que tiraba en seguida, yendo a recostarse contra los cristales, a mirar la noche oscura, presintiendo vagamente, en el fondo de toda aquella cólera, a Manolo. Seguramente, al impedirla salir, había trastornado un *rendez-vous*; Manolo, despechado, para hacerla rabiar, decidió pasar la *soirée* con la Mercedes, de francachela; ¡y, celosa, Concha deliraba! ¡Eso era todo! Pero entonces recordó todas aquellas semanas de amor, el fuego de sus besos, sus juramentos balbuceados en plena voluptuosidad e incluso la indiferencia que había ella mostrado otras veces hábilmente cuando él le había trastornado otros *rendez-vous*. ¿Y podía dudar de su amor? Su vanidad acumulaba pruebas como un albañil diligente que acarrea piedras para un muro; y la certeza del amor de ella se iba alzando indestructible, sólida, maciza. Prefería atribuir aquella «escena» a los nervios, al tiempo, a los humores. De cuando en cuando iba a escuchar a la puerta del cuarto: oía cuchichear las voces de las dos mujeres; por fin, se decidió a llamar despacito...

Concha gritó que no abría.

—¡Oh, qué desvergonzada!—exclamó Melchor.

Y entonces censuró locuazmente la debilidad de Arturo. ¡Si estuviese con él! ¡Oh, si estuviese con él! ¡Le habría roto un bastón en las costillas! Y expuso la teoría «de que las españolas sólo a golpes». ¡Por lo demás, les gustaba que se los diesen! ¡Hasta se apasionan así! Citó ejemplos, contó sucedidos. Un amigo suyo, desde que le dió una tunda a la Lola, la tenía como un cordero, cayéndosele la baba por él.

(1) En español en el original.

—¡A las chicas de la vida, lo mejor es la paliza! Yo sí que sé lidiar con ellas—añadió, furioso.

—¡Llámela usted, háblele usted!—dijo Arturo, muy desconsolado.

Melchor reflexionó, se retorció el bigote, se enderezó con toda su estatura, y con una mirada a Arturo, que significaba *¡va a ver usted!*, fué a pegar la boca en la cerradura, y poniendo mucha seducción en la voz:

—¡Abre ya, Conchita!

¡La española le lanzó desde dentro una injuria horrorosa!

Melchor retrocedió, lívido:

—¡Si fuese cosa mía, me bebía su sangre!

Y entonces, furioso, excitó a Arturo; ¡era una cobardía dejarse tratar así por una borracha! El pagaba, ¿verdad? ¡Pues, entonces, no debía aguantar sus caprichos! ¡Valiente lata!

—¡Usted es un marica, usted no tiene sangre en las venas! ¡Eche abajo la puerta!

Arturo, avergonzado de su debilidad, se levantó y dijo, decidido:

—Yo lo que temo es al escándalo, que si no...

—¡Qué escándalo! Usted está en su habitación. ¡Quien paga es usted! ¡Si se pone tonta, la pone de patitas en la calle!

Y Arturo, ya irritado, excitado por Melchor, golpeó en la puerta con fuerza, ordenó:

—¡Abre la puerta, Concha!

—*¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero!* (1)—gritó desde dentro la Concha.

—¡Tire la puerta abajo!—exclamó Melchor, con los ojos inyectados.

Arturo, furioso, pegó un puntapié a la puerta, que hizo temblar la cerradura. Y de repente la puerta se abrió, apareció Concha en camisa y, bruscamente, le arreó una bofetada que le hizo tambalearse.

(1) En español en el original.

Melchor se precipitó, pero la puerta fué cerrada rápidamente. Desde dentro, la Concha gritaba; rompía frascos contra el suelo; las sillas, empujadas, golpeaban contra las paredes, y la voz afligida de la criada decía, casi llorando:

—¡Vamos, *hija!* (1). ¡Vamos, *hija!* ¡Por Dios! (2).

Arturo, con la cara señalada, los ojos rojos como brasas, habíase quedado en medio de la sala, petrificado. Y Melchor, por miedo a la Policía, a los escándalos, a los gritos de *¡socorro!* en el balcón, se calmó de repente, muy pálido. Y dijo incluso, cogiendo su sombrero:

—¡Mi querido amigo, yo me largo, que no estoy para meterme en líos!

Pero, a instancias de Arturo, se quedó. Y ambos, sentados a la mesa, con la botella de coñac delante, se confeccionaron hasta la madrugada *grogs* fríos, fumando, cabizbajos.

—¡Mal rayo les parta a las mujeres!—decía Melchor de cuando en cuando.

—¡Un disgusto así!—murmuraba Arturo.

Y volvían a sumirse en un silencio triste.

Entre tanto, la criada, que tres o cuatro veces, por la puerta del pasillo, fué abajo y volvió, pareciendo llevar y traer recados, vino, casi de madrugada, a decirles, de puntillas, que la *pobrecita* (3) se había dormido.

Como era tarde, Melchor se quedó en el hotel, y Arturo, trémulo, emocionado, entró en el cuarto. Concha, encogida en la ropa, roncaba bajito. Arturo se desnudó sin hacer ruido, se deslizó entre las sábanas, dejando

(1) En español en el original.
(2) Idem íd.
(3) Idem íd.

un beso cauteloso en el desnudo brazo.

Se despertó al poco rato—ya entraba el sol por las rendijas de la ventana—, oyendo ruido en el cuarto: Concha, en pie, abría la puerta de la salita.

—¿Qué pasa?—dijo él, adormilado.

—Voy a buscar agua, que estoy seca.

Arturo, postrado por las emociones, por los cansancios de la noche, se acomodó entre las ropas, durmiéndose profundamente.

Cuando despertó, debían de ser las diez, estaba solo en la cama. Saltó al suelo, abrió el balcón al sol magnífico de un día adorable. La puerta de la salita estaba abierta. ¡Vió en seguida la chambra de ella tirada en el suelo, las zapatillas, una sombrerera abierta! ¿Qué era? ¿Dónde había ido?

Al tirón de la campanilla, la criada vino corriendo, e inmediatamente empezó a decir, con grandes gestos, que ella no sabía nada, ¡que no había visto a la señora, que no se quería meter en jaleos!

Arturo, aterrado, se puso una chaqueta, corrió al cuarto de Melchor. Al oír, aún adormilado, «que la Concha había salido», sentóse de un brinco en la cama:

—¡Llame usted a Manuel!

El criado vino fumando su cigarro, con la cabeza baja, los ojillos maliciosos, rascándose el pelo por detrás de la oreja.

—¿Dónde está la señora?—gritó Melchor.

Manuel miró a uno y después al otro, y con los brazos en jarras, la barriga saliente, el cigarro en la boca y el ojo medio cerrado por el humo:

—¿Entonces ustedes no saben...?

—¿El qué, hombre?

Manuel tiró el cigarro y se retorció despacio, en una carcajada interna, muda.

—¡Acaba, verdugo!—gritó Melchor, dando un puñetazo al colchón.

—¡Se las ha *pirado!*—dijo el otro, con una voz muy aguda de gozo.

—¿Con Manolo?—exclamó Melchor, sofocado, de rodillas en la cama, con ojos de loco.

—Ya lo ve usted—dijo el criado, como encontrándolo perfectamente lógico.

Melchor se volvió hacia Arturo, que se había quedado muy blanco, y con una expresión de desprecio, de furor, lanzándole las palabras como salivazos:

—¡So bestia! ¡So bestia!

—Pero, entonces—balbució Arturo—; pero, entonces...

Manuel se acercó a la cama, y con su voz arrastrada:

—Pues que el Manolo y la Conchita estaban liados hace mucho. ¡Desde que él empezó a venir a las comiditas aquí arriba! ¡Se veían en casa de la Paca! Luego, usted empezó a poner dificultades. ¡Y ya usted ve! El Manolo por su labia, la chica con su pasión... ¡Ya ve usted!

Arturo, doblándosele las piernas, se desplomó sobre una silla, a la cabecera de la cama. ¡La adoraba ahora a aquella mujer!...

La voz arrastrada del criado continuó:

—¡Manolo mandó ya buscar los baúles! ¡Estaba visto! Usted empezó a poner dificultades... ¡Ya usted ve!

Arturo, sintiendo una oleada de nostalgias, ocultó la cabeza entre los brazos, sobre el cuadrante del lecho...

—¡Memo!—murmuró Melchor, congestionado de rabia.

—¡Dedíquese usted a comer y a beber!—dijo filosóficamente Manuel—. ¡Métase usted dentro buenos bisteques! ¡Ya ve usted! ¡Las mujeres! ¡Dedíquese a comer y a beber!

IX

Para consolarse, aquella noche fueron a comer al Hotel Central: estaban taciturnos. Arturo apenas comió, e incluso le pareció un espectáculo grosero e indigno de su tristeza el deleite muy expansivo con que Melchor devoró y repitió del *jambon d'York aux épinards*. Y, sin embargo, Melchor había estado lúgubre toda la tarde en la Redacción, lanzando de cuando en cuando suspiros estruendosos, que divertían a Estévez; y no pudo redactar ni un suelto «de sociedad», a pesar de sus esfuerzos de parturiente: realmente, aquel *jambon d'York* era su primer consuelo aquel día. Y limpiándose los labios, murmuró al oído de Arturo:

—Creo que nos merecemos una botellita de *bourgogne*.

Arturo accedió con un gesto indiferente. Parecíale que una niebla imponderable, gris y fúnebre cubría las cosas y las fisonomías, y en una gran lasitud del cerebro veía constantemente ante él formas fragmentadas de Concha o sitios y situaciones por que había pasado con ella. Era un trabajo de reminiscencia nostálgica, con que intentaba revivir las alegrías que perdiera; tenía en los miembros molicies de noches en que apenas se duerme, y en el alma, una sensación de afrenta; le acometían de repente, como chispas, odios sanguinarios hacia el tal Manolo.

Sus vagos suspiros reprimidos habían ya hecho volver la cabeza a un alemán de lentes y barbas doctorales, que a su lado pelaba un plátano con método.

Como era noche de luna, salieron después del café; siguieron sin dirección, a lo largo del Aterro.

—¡Y mañana es Domingo de Carnaval!...—gruñó Melchor con una furia sombría.

—Domingo de Carnaval...—murmuró Arturo con tristeza.

Otros Carnavales antiguos, en Coimbra, pasaron por su memoria, tan alegres, con las tardes de la Sofía, llenas de «batinas», ¡de donde salen de repente los chorros de una gran jeringa de latón! Y el divertido bullicio, los combates de huevos, los rigodones por la noche en el teatro de Don Luis, y los *grogs*, las dichas!... ¡El, que esperaba divertirse tanto aquel Carnaval con la Concha!...

—¡Marcharse así!—murmuró.

Inmediatamente Melchor se enfureció. ¿Y de quién era la culpa? ¿Para qué había metido al español en su intimidad?

—¿Quién podía adivinarlo?

—¿Que quién lo podía adivinar?—exclamó Melchor con tanta ira, que Arturo retrocedió, temiendo un acto violento—. ¡Bastaba con tener ojos en la cara! ¿Para qué estaba el sinvergüenza del andaluz siempre metido en el cuarto? ¡Pero usted, con su buena fe de Oliveira de Azemeis!... ¡Es preciso conocer a Lisboa! ¡Es preciso tener vista!—y estirando con el dedo la piel de la cara, se desorbitaba un ojo, junto a la cara de Arturo, de un modo feísimo.

Rompió entonces en improperios contra la Concha. ¡Era una borracha! Tenía los vicios más repugnantes. Cada palabra que decía era una vil mentira. Hacía *faenas* como aquella a todo el mundo. Era baja por naturaleza. Intentaba pasar por hija de un comerciante... ¡No era mal comerciante! El padre era un trapero de Madrid, y ella fué, desde los doce años, de las que andan por la Puerta del Sol ¡llamando a los soldados desde el hueco de los portales! ¡Y había transmitido una enfermedad asquerosa al conde de Villa-Rica, un pobre viejo!

Arturo se rebeló. ¡Era mentira!

Melchor se escandalizó: hizo reve-

laciones, citó nombres, fechas, sitios, y como un hombre que ve flotar inmundicias sobre las aguas de una alcantarilla, Arturo vió desfilar, con la verbosidad del periodista, todas las infamias de la Concha. ¡Parecíale increíble!

—¿Por qué no me lo dijo usted?

—Yo no soy ningún *soplón*...

Y entonces injurió a Manolo: ¡si lo tuviese allí, lo hacía cachitos! Y como si el *bourgogne* exaltase su locuacidad, echándose el sombrero hacia la nuca, extendió su odio por el español a toda España: cubrió de vituperios a esa nación ilustre, diciendo ¡que era un cubil de miserables! ¡Bastaba sólo con echar un vistazo a sus finanzas, de tramposos! ¿Y la Administración? ¡Una ladronera! ¿Y el Ejército? ¡De una cobardía indecente! ¡Y todavía se hablaba de unión ibérica! ¡Que viniesen a él!

Se calló un momento, y blandiendo el bastón hacia el cielo:

—¡Ah, como vuelva yo a creer en mujeres!

Arturo quedó petrificado. ¿Qué le había ella prometido o jurado, entonces? Y vió de repente en la cólera de Melchor, no el interés del amigo, sino el despecho del amante. ¡Cómo! ¡También con él! Aquella sospecha le fué dolorosa. Y caminando en silencio, miraba con el rabillo del ojo el perfil basto, la figura obesa, el pesado andar. ¿Y ella se había entregado a un ser grotesco como aquél? ¡Era demasiado! Al menos, la pasión por Manolo tenía su justificación: ¡era guapo, era valiente, era novelesco, era divertido! ¡Pero este Melchor, pelagatos, sablista, cobarde, relajado, imbécil, borracho! ¡Puah! Todos los defectos de Melchor se le aparecían ahora disformes, monstruosos. ¡Se avergonzó de su amistad como se sonrojó de su amor! ¡Qué amante!... ¡Y qué amigo! Le vino como un deseo infinito de otro ambiente más limpio, más elevado, más digno. Y en la esquina de la calzada del Alecrín se despidió secamente del periodista.

Iba decidido a olvidar a Concha. Pisando con nervioso paso la calle del Arsenal, construía ya el plan de una nueva existencia: ¡arrancaría de su cerebro, como se quita una pústula de la piel, el recuerdo de aquella prostituta de instintos viles, infectada de virus, que había preferido a Melchor, la muy puerca! Empezaría a trabajar otra vez: ¡a fin de cuentas, su destino era hacer obras de arte y no vivir acurrucado entre las faldas sucias de una *muchacha* (1) de burdel! ¡Después de los *Amores de poeta* escribiría otro drama, comedias en verso! ¡Forzaría a la fama como quien viola a una mujer! ¡Y sería un grande hombre, mientras ella, abandonada por el emigrado, consumida de dolencias, vagaría famélica por el lodo del callejón del Monete! ¡Y él tendría otros amores, dignos de su elevado corazón y de su posición en las letras! Renovaría las relaciones con la baronesa, que abandonó—¡idiota!— por aquella meretriz barata. ¡Oh!

Cuando entró en el cuarto, todo su porvenir se le aparecía tan refulgente de dichas, que consideraba ya providencial que «¡aquel estafermo se hubiera largado!»

—¡Vaya! ¡Al fin, respiro! ¡Uf!

Pero el aspecto de la *robe de chambre* de ella, su camisita de dormir doblada a los pies de la cama, todo aquel olor de mujer de que estaba impregnado el aire, le produjeron una conmoción tan brusca, que sus nervios se distendieron: una nostalgia infinita ablandó su alma, ¡y arrojándose de bruces sobre la cama, rompió a llorar!

(1) En español en el original.

¡Ah, pero no había de quedar así, sin venganza! Pensó en escribirle una carta, llena de todas las infamias que Melchor le reveló, amenazándola con escupirle en la cara si se atrevía, al verle, a alzar los ojos hacia él. Pero ¿adónde enviaría la carta? ¿Estaría aún en Lisboa? Pensó mortificarla con celos, echándose otra española—la Angelita, a quien ella odiaba—y llenándola de vestidos y de alhajas... Pero ¿y el dinero? ¡En cinco semanas se había gastado casi los quinientos duros! ¡Y con quién! Con aquella criatura vil. Aquella dilapidación hizo crecer su odio. La llenó de injurias; rompió en pedazos su fotografía; decidió no mandarle los baúles, o enviárselos después de haber destrozado a tijeretazos los vestidos y machacado a martillazos las alhajas que ella le arrancó, ¡porque se las arrancó la muy ladrona!

Quiso dormirse, pero no podía. La idea de que ella, a aquella hora, deliraba locamente en brazos de Manolo; de que en los intervalos de la lubricidad, con los cuerpos cansados, muy unidos se burlaban de él, se reían, le llamaban «el burro portugués», le producía un odio, mezclado de celos carnales, que le hacía retorcerse sobre el colchón, dando puñetazos al cuadrante. Como Melchor, sintió odio a España. ¡Oh, si hubiese una guerra! ¡Con qué júbilo de venganza iría por el país, lanzando proclamas, armando aldeas, empujando hacia la frontera masas arrolladoras de patriotas! ¡Y decidió escribir artículos sobre España, «poniéndola más baja que el lodo»!

Bajo aquellas impresiones soñó toda la noche con invasiones y batallas: veíase al frente de Portugal armado en masa, pasando el Caia, invadiendo a España, a lo Atila, y yendo, con la furia irreprimible de un elemento, a caer sobre Madrid aterrado; allí, sentíase un semidiós, era Aquiles: estaba desnudo, tenía un yelmo pelásgico y arrastraba tres veces en torno a las murallas, que le parecían las de Troya, entre un llanto de viudas que se elevaba hacia la mudez del cielo, el cuerpo blanco y exangüe de Manolo. Después, era en Lisboa, en la celebración de la victoria: allí era el Cid; llevaba una armadura refulgente de emblemas; estaba en un palenque cubierto de paños ligeros de seda, al lado del rey, de don Luis de Braganza, que tenía sobre la cabeza, metida hasta los ojos, una enorme corona de emperador de la Península. Amarrada a una picota, desnuda, retorcíase la Concha, a quien unos diestros verdugos, de músculos atléticos, iban arrancando la piel a latigazos; enfrente, hasta perderse de vista, extendíase una negrura de formas humanas: eran las razas de España, cautivas, con las muñecas amoratadas y uncidas a los cuellos, que unos sargentos de caballería, retorciéndose el bozo y agitando los vergajos, iban llevando hacia los descampados, donde debían, plebe vil, abonar los campos de trigo y azufrar las viñas.

Cuando despertó al ruido de la puerta que se abría, la voz de Manuel le trajo a la realidad:

—Es la Conchita, que quiere los baúles. Está ahí abajo con el mozo de cuerda...

—¡De aquí no sale nada! ¡No sale nada!—exclamó Arturo con una violencia que participaba aún de su sueño de invasión.

Se envolvió entre las sábanas, quiso volver a dormirse. No pudo: le faltaba aquel lindo cuerpo tan conocido, que él abrazaba al despertar, lánguido aún de sueño. Saltó de la cama y empezaba a vestirse cuando Manuel, entreabriendo la puerta cautelosamente, avanzó el rostro, bañado en satisfacción:

—Manolo manda decir que si no

salen los baúles, manda aquí un guardia o viene él con una fusta...

Arturo se volvió como una fiera, pero el Manuel replicó:

—¡Queda usted mal! ¡Dé usted las ropitas! ¡Mire que va a tener un jaleo!

Su voz era tan antipática, que por no verle, por cansancio, por asco, para acabar de una vez con la Concha y el Manolo, y vagamente asustado ante un escándalo, gritó, furioso:

—¡Llévese todo! ¡Lléveselo con los diablos! ¡Déjeme!

—¡Está usted *escocidito!* —dijo muy jovialmente Manuel.

Aquel hombre era tan odioso, que decidió marcharse del hotel. Y como se sentía vejado ante Mercedes, ante la criada, ante los dos españoles tenebrosos, fué aquella mañana a desayunar al Aurea. Sólo cuando vió en las calles las tiendas cerradas se acordó de que era Domingo de Carnaval. ¿Cómo lo pasaría?

Prolongó el desayuno, leyó todos los periódicos, la *Ilustración Francesa*, y a las dos estaba tomando su café, cuando en la mesa contigua vino a sentarse el calvo Videiriña, a quien el mozo, seguramente por costumbre, sirvió en seguida un coñac con sifón. Videiriña saludó a Arturo con afabilidad, y, sin duda, «para pegar la hebra», dijo, campechano:

—¡Dominguillo de Carnaval!

—Es verdad, Domingo de Carnaval...—respondió Arturo.

Videiriña inmediatamente vino a sentarse junto a él, y con una voz de pésame, bajo:

—¡Ya he sabido el disgusto! ¡Lo siento mucho! Mi Merceditas también lo ha sentido mucho.

Arturo, furioso con la compasión de Videiriña, respondió impaciente:

—¡Qué tontería! ¿Disgusto? ¡Vamos! ¡Alivio! ¡Estaba harto de ella!

Videiriña, sin creerlo, bebió discretamente un sorbo de coñac. Y haciendo chasquear la lengua y alzando mucho las cejas:

—¡Son grandes golpes; ¡Sí, grandes golpes! Merceditas hasta se puso mala...

Arturo, que recordaba el entusiasmo de Mercedes por Manolo, tuvo una piedad desdeñosa «por la imbecilidad del calvo», y dijo con una sonrisa:

—Parece buena chica.

Videiriña estuvo un momento callado, con la mirada sumida en un éxtasis imbécil, y luego, con una voz muy suave:

—¡No la hay mejor, no la hay mejor!

—Y es bonita—dijo Arturo, que se divertía de encontrar «un tipo».

Videiriña tuvo un vago encogimiento de hombros, muy lánguido, como si expresase un «¡de eso ni se habla!»

Miró un momento a Arturo, y sacando una cartera de tafilete, extrajo de ella y colocó sobre la mesa una cintita sucia de cinco o seis pulgadas, que parecía una medida. La estiró con los dedos sobre la mesa, delicadamente, la miró con una concupiscencia extasiada, y dijo con ternura:

—¡El piececito! ¡La medida del piececito!...

—Muy pequeño—dijo cortésmente Arturo.

—¡No lo hay mejor!—lo contempló de nuevo—: Cuando no estoy con ella, pongo delante de mí la medida del piececito, y me paso las horas mirándolo, gozándola por dentro.—Suspiró—: ¡No lo hay mejor!

Guardó con devoción la cinta, e inclinándose hacia Arturo:

—¡Pongo en usted esta confianza porque sé que es de la cofradía, amante de las bellas españolas!

Estuvo un momento mirando vagamente hacia el aire, con pasión, y recostándose, con los ojos cerrados:

—¡Me ha servido de mucho consuelo!—y confesó entonces a Arturo que estaba enseñándola francés—: Ahora voy a darle la leccioncilla; está todavía en el verbo *rendre*. ¡Tiene una memoria! ¡Luego, ella lee el periódico, le gusta mucho leer el periódico, y yo le rasco la cabecita! Después, si hay algo que coser en la máquina... Yo coso muy bien a la máquina; hasta ella me dice: *¡oh, pupú!...* Me llama *pupú*; tiene gracia, ¿eh? Me dice ella: *¡oh pupú!* ¿Qué iba yo a decir? ¡Esta cabeza! ¡Ah, sí! Me dice ella: *¡oh pupú! Si hasta da gusto verte coser...* Pobrecilla, me hace siempre justicia... Luego nos echamos una siestecilla...—reviró los ojos, y con una voz grave, dándole a Arturo en la rodilla—: ¡Le cuento todo esto, señor mío, porque sé que usted aprecia a las bellas españolas; son unos grandes goces!

Y como eran las tres, para no hacerla esperar, pagó el coñac, se puso con cuidado su sombrero de paja, se levantó, estiró los pantalones hacia su barriguita saliente, e inclinándose sobre la mesa, casi al oído de Arturo:

—Vamos hoy al Casino, disfrazados. Mi Merceditas va muy bien, de *paje*. Yo también voy soberbio..., de *húngaro*... Pero, ¡chis! Guarde el secreto, ¿eh?

Y salió presuroso, con su paso menudo.

Arturo se desperezó, hojeó de nuevo la *Ilustración*, y pensando: «¡pobre idiota!», salió, fué andando hasta la calle Nueva del Carmen. Estaba llena de gente, que se movía despacio, con una ociosidad pasmada; en los balcones, algunos con los cristales cerrados, aparecían señoras, huían, se asomaban figuras con un aire excitado. Cartuchos de *confetti* esparcíanse como una polvareda multicolor; individuos enharinados lanzaban sobre los sombreros puñados de judías; unos transeúntes tenían gestos furiosos, otros seguían con un seco desdén; aquí y allá, «zarraspastrosas» cruzaban apresuradas, como si fuesen a un negocio, o se exhibían con muecas locas, lanzando de repente chillidos idiotas; las parejas de guardias daban vueltas con aire aburrido, y una atmósfera baja, gris, pesaba lúgubremente, penetrando los cuerpos, dando a las expresiones un blando hastío.

Arturo, temiendo una pedrea contra su sombrero o un jeringazo en la cara—insultos muy irritantes para quien tiene el alma dolorida—, retrocedió rápidamente hasta el hotel. Pero al pasar por el sombrío pasillo, un bulto se destacó del hueco de una puerta y le asestó tranquilamente un chorro de perfume en el cuello; dió un grito con la frialdad del líquido, y volviéndose, furioso, vió la cara de Videiriña, rebosante de júbilo.

—¡Fué Merceditas la que me lo mandó! ¡Ella fué! Dice que era para distraerle a usted. Tiene gracia, ¿verdad? Me ha enharinado todo Merceditas...

—Divertirse, divertirse—dijo Arturo, subiendo presuroso hacia su cuarto.

Sentóse allí con un libro, en el balcón, y unos ratos leyendo y otros mirando a la calle, vió llegar el crepúsculo, menos triste que su corazón. En la sombra del cuarto la colcha blanca del lecho clareaba vagamente: él la veía allí, como la vió tantas veces, durmiendo, con las largas pestañas bajadas sobre la cara pálida, brillando los dientecillos entre los labios, suavemente entreabiertos, y los dos globos blancos de los senos asomando entre los encajes de la camisita. Y aquella visión era tan nítida, que, con un largo sollozo de

nostalgia, se levantó, y arrojándose sobre la cama, abrazó al azar la colcha.

Fué a comer aquella noche a un restaurante de la Baixa. Y lleno de odio por el ruido de los coches rodando hacia los teatros, por los grupos festivos excitados por el vino, por las parejas de máscaras con guantes blancos, fué a encerrarse de nuevo en su cuarto. Hubiera deseado un claustro conventual, una roca en que diese la luna, junto al mar gimiente, un sitio distante, que fuese, por su tristeza, como la digna decoración de su alma triste.

Entonces hizo versos; y con la imaginación aguzada por la nostalgia, compuso con facilidad, escribiendo hasta tarde, mientras resonaban gritos de borrachos por las calles y rodaban constantemente los coches de alquiler de un teatro para otro.

Terminó, avanzada la noche, una última estrofa, en la que decía que su vida, saturada hasta lo más hondo del amor a Concha, no tendría otros amores más que como tiendas que se arman por una noche y se pliegan al amanecer. A aquella hora, en el teatro de Doña María, la Concha y Manolo, apasionadamente enlazados, ¡giraban con furor en un vals a los compases estridentes de *La hija de madame Angot!*

*

Se quedó al día siguiente en la cama hasta muy tarde, y por la noche, después de cenar, decidió, para «matar el tiempo», ir al San Carlos. Tenía una vaga esperanza de encontrar allí a la baronesa.

Llegaba a la esquina del Rocío, cuando vió la figura delgadita de Damián, con gabán claro, paraguas al brazo, que venía conversando con Nazareno. ¡Qué felicidad! Era en su aflicción como un consuelo, una fuerza, una dirección que le llegaba... Corrió hacia él con los brazos extendidos:

—¡Eh, Damián!

Damián retrocedió, y mirándole fijamente, dijo tan sólo:

—¡Yo no hablo con canallas!

Dió un paso hacia un lado, se cogió del brazo de Nazareno y siguió.

Arturo se quedó como cataléptico: quería correr, y los pies se le pegaban al suelo; quería hablar, y la lengua se le paralizaba; sentía que le hervía el cerebro, y un fuego, lleno de zumbidos, le abrasaba las orejas; las luces del Rocío centelleaban ante sus ojos en zigzags, y las personas, con un ruido sofocado, parecíanle moverse en el aire. Dos dominós presurosos le empujaron: despertó. Los labios empezaron a temblarle y las lágrimas humedecieron sus ojos. Aquella palabra de Damián—¡canalla!—le atravesó el cerebro, el rostro, los oídos, con el estampido y el ímpetu de una bofetada. Sintió una desesperación, un deseo sangriento de venganza: acudían ahora a su lengua las palabras vibrantes que debió haber lanzado a Damián; sentía ahora en el brazo la fuerza de la bofetada que debía haberle dado en la cara... Pero aquel ímpetu ardió un instante y se extinguió como un reguero de pólvora; y abatido, postrado, fué siguiendo a lo largo de las casas hacia el Terreiro do Paço, inconscientemente, con pasos blandos que oscilaban.

Sentía un asombro, una rebeldía aterrada contra el Destino. ¿Por qué merecía todo lo que le estaba sucediendo? ¿Qué había hecho? ¡Era bueno, era cariñoso, era inteligente, era honrado, y a cada paso que daba en la vida surgíale una indiferencia, un escarnio, una humillación, un ultraje! ¡Tuvo conciencia de su flaqueza moral, de su debilidad afeminada! Se indignó consigo mismo...

¡Le habían llamado canalla, y él se quedó aturdido, temblando! Odió la contextura anémica de su cuerpo, la languidez novelesca de su alma: sentíase un cobarde, una *marica*, un temblón, un ridículo... ¿De qué servía en la vida? ¡Más valía morir, desaparecer como una pompa de jabón que estalla en un bloque de espuma! ¿Para qué vivir? ¡No tenía dinero, ni posición, ni una amistad, ni un amor! ¿Qué le quedaba? ¿Ir a enterrarse en Oliveira de Azemeis? ¿Ser esclavo de Vasco, majar en un mortero simiente de linaza perpetuamente? ¡No! ¿Y entonces...? Y la muerte se le aparecía con la dulzura de un reposo y la atracción de un refugio. Dios le había hecho amarga la vida para que le desagradase, para obligarle a abandonarla, a dejar el sitio a otro más fuerte, como en una hospedería se disgusta al huésped pobre para dar paso al huésped rico. El, que comprendía tan bien el amor, no encontraba una mujer que le dirigiese una mirada compasiva; él, que sentía dentro de sí ideas, imágenes, estilo, no tenía un diablo que dijese una palabra de su libro, ¡que le diese una migaja de aquella celebridad que tanto ansiaba! ¡Se acercaba lleno de simpatía, de efusión, ávido de ser útil, y recibía un empellón! Había ido en derechura a la sociedad, con tanta admiración por ella, y recibió por única acogida unas miradas secas, espaldas vueltas con soberbia; se lanzó hacia la República, vibrante de entusiasmo, y fué expulsado con rechiflas y silbidos. ¡Concha, a la que adoraba, se le marchaba! ¡Damián, a quien admiraba, le insultaba! ¿De qué le servía vivir, caminando así, envuelto en su mala suerte, como en una atmósfera ineludible?

Un aire frío y húmedo le envolvió: estaba junto al muro del Terreiro do Paço. El río, agitado en la marea alta, batía tristemente en la oscuridad contra las escaleras del malecón; entre los botes amarrados, el agua tenía frías tenebrosidades; bultos de barcos formaban en la noche oscura amontonamientos de sombras, y aquí y allá, en un mástil, temblaba un fanal mortecino. Era sólo subirse al parapeto, saltar, y estaba libertado... Sería la agonía de un momento, una sofocación convulsiva, sorbos de agua tragados, ¡y la paz!... Entonces le pareció que estaba ya muerto, que le encontraban hinchado, verde, todo cubierto de légamo: le reconocían ¡y el misterio dramático de su muerte llenaría los diarios, le daría una trágica celebridad!... Los *Esmaltes y joyas* serían leídos; se buscaría en ellos el secreto de su resolución, como en un documento de amargura; habría artículos donde le compararían con Chatterton, con Gerardo de Nerval... ¡Concha lloraría, la baronesa amaría su memoria!... Y aquella gloria en torno a su cadáver le tentaba extrañamente: ¿Por qué no? ¿Por qué no?... Algunos reflejos más negros del agua le llamaban con intenciones de pupilas humanas; le contuvo el horror al frío, a la ropa mojada adherida al cuerpo y una vaga inercia, la pereza de adoptar una resolución tan violenta... Y al mismo tiempo, sentíase enternecido, con una nostalgia novelesca de su propia existencia extinta. Y miraba el agua, en pie, con la cabeza calenturienta...

Una voz fina, muy lisboeta, dijo a su lado:

—¿No ha visto usted por casualidad, caballero, cómo me quitaron el sombrero?

Se volvió como si despertase con sobresalto. Era un individuo barrigudo, rollizo, de pelambre canosa, que repitió:

—¿No ha visto usted, caballero, cómo me quitaron el sombrero?

—¿Yo? ¡No!—dijo Arturo, impaciente.

—¡Vamos, hombre! Me había recostado allí... Comí en casa de Gonzálvez, el de la calle de los Retrozeiros; le tiene usted que conocer, González, el diputado... Comí con él, vine después a dar mi paseo higiénico: me siento allí un rato..., siento un cansancio, tal vez de la copita de oporto; Gonzálvez tiene buen oporto, buenos vinos. El suegro es negociante en vinos... ¡Y de repente siento un ligero frío en la calva: me habían quitado el sombrero! ¿Usted no lo vió?

—¡No lo vi!—dijo Arturo, alejándose, furioso con aquel importuno.

Pero el individuo se puso a andar a su lado, y con gestos rápidos y una voz muy cantarina:

—¡Vamos, hombre! ¡No es por el sombrero, que el diablo se lo lleve! ¡Es por la broma! ¿Qué va a decir mi señora? ¡Pero, chico!, ¿de dónde vienes sin sombrero? ¡Vaya, vaya! ¡Si estuviesen abiertas las tiendas! ¡Que ya no es por los tres duros! ¡Es porque no están abiertas! Si no, iba a casa de Rojo, claro que iba a casa de Rojo. Rojo me conoce mucho. Pero ¡qué lata! ¡Un sombrero nuevo! ¿Así es que no lo vió? ¡Irme a casa sin sombrero! ¡Hay siempre tanto ladrón por la Baixa! ¡No me hubiese importado el pañuelo! ¡Pero el sombrero! ¡Es la broma! ¿No lo vió usted, caballero?

—¡Ya le he dicho que no!—y Arturo apresuraba el paso, indignado con aquella interrupción burlesca a su trágica meditación.

Pero el individuo seguía a su lado, queriendo acompasar su paso al suyo, locuaz, excitado; le acompañó por el Terreiro do Paço; repetía la historia del sopor, hablaba de la comida de Gonzálvez, contó casos de otros robos, hasta que a la puerta del Español, ya nervioso, desesperado, Arturo le interrumpió:

—¡Bueno; yo vivo aquí; adiós!

Pero el otro le retuvo por el botón del gabán, y Arturo, inmovilizado, tuvo que escucharle.

—Como usted comprenderá, yo soy muy conocido en la Baixa; no puedo salir por ahí sin sombrero. ¿Qué va a decir mi señora? Porque ella es una santa: estoy casado hace veinticinco años y jamás me dió un disgusto. Es de las Pereiras, de las Pereiras de San Amaro. ¡Es de las mejores, una santa! ¡Pero, en fin, irme a casa sin sombrero! Empezará en seguida Joaquina, ¡con lo que es la Joaquina!... Es la criada; buena criada, trabajadora... Empezará en seguida: «¡Miren, el señor sin sombrero!» ¿Y cómo no, si me lo han quitado? ¡Yo es por la broma!

Arturo tenía lágrimas en los ojos. El hombre no soltaba el botón del gabán; él retrocedía hacia el portal, se retiraba; el individuo le seguía. Entonces, ya no pudo contenerse:

—¡Oigame, caballero! ¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—¡El que tengo que ver soy yo, que me quedé sin sombrero!

Arturo se enfureció, y pateando en el suelo, gritó:

—¡Pero si yo no se lo he quitado!

El individuo retrocedió, asustado, y viendo, sin duda, poca seguridad en aquel patio oscuro, salió rápidamente a la calle. Debajo del farol, atusándose los grises mechones, murmuró con desconsuelo:

—¡Vaya una lata! ¡Tengo que irme sin sombrero!

Arturo entró en su cuarto, y en un desahogo iracundo tiró el sombrero contra la pared, pegó un puntapié a una silla y se tumbó sobre la cama, postrado, embrutecido, con la garganta sofocada de sollozos, anhelando una enfermedad, un cataclismo, un terremoto... Y, por fin, se durmió, pensando, más consolado, ¡que sería ridículo haberse suicidado, porque podían haber atribuído su muerte al disgusto de haber sido abandonado por una española de burdel!

*

Le despertó un ruido de aldabas en el portal. Sobre la mesa, la vela se apagaba en el candelabro. Debía de ser ya tarde: Manuel habría ido al Casino o dormiría borracho. Otra aldabada atronó el patio. ¡Era tal vez la Concha, arrepentida, o Damián, que venían a darle una explicación! Saltó de la cama, corrió al balcón:

—¿Quién es?

—*Yo*—dijo una voz de mujer en español.

¡Adormilado aún, le pareció la voz de la Concha! Y, trémulo, cogió la palmatoria y bajó corriendo. No sabía si la expulsaría o si la llevaría al cuarto, comiéndosela a besos. Al descorrer el cerrojo, las palpitaciones de su corazón le sofocaban. Giró la puerta y se encontró ante un Aquiles con casco y guantes blancos, manchada la túnica, flotante el manto rojo y con una espada al costado, que le gritó con voz simulada, chillona:

—¡Eh, Arturito! ¡Eh, juerguistón!

Arturo retrocedió, y el Aquiles, quitándose una careta de bigotes retorcidos, mostró la cara reluciente y jovial de Videiriña. Detrás, un paje, con el gorro en equilibrio sobre un peinado complicado, la pierna rolliza, unas caderas abultadas, graznaba:

—¡Muchas gracias! ¿Y Manuel? ¡Se ha dormido el tío ése! ¡Es usted muy amable, Arturito! ¡Buenas noches! ¡Gracias! (1).

La palmatoria temblaba en la mano de Arturo, pálido de desconsuelo. Y Videiriña, dejando pasar adelante al paje de las caderas rollizas:

—Venimos del Trindade—dijo al oído de Arturo—. Mercedes ha hecho furor con las piernitas. ¡Mírele usted las piernitas!

Y los ojillos de Videiriña se dilataban de lujuria idiotizada mirando al paje, que en la escalera, derrengado, se iba subiendo agarrado a la barandilla, ¡mostrando el talle fino, las enormes redondeces posteriores, un abultado muslo y los altos tacones de las botinas de raso verde!

*

Manuel le despertó a la mañana siguiente con una carta de Oliveira de Azemeis. La abrió con un vago susto, pensando que podía ser la noticia de que Carneiro ¡había huído con sus últimos quinientos duros! Era de Vasco, el boticario, y decía:

«Mi apreciado amigo: Su tía Sabina está mal, incluso muy mal. Dice el doctor Azevedo que durará días, y la pobre señora se obstina en ver a usted. Cuenta las horas y los días, y sólo pide a Dios que no se la lleve sin que vuelva «su niño». Podrá imaginar el apreciado amigo lo que esto nos aflige, y contamos con que vendrá usted cuanto antes para los fines oportunos.

»Crea usted, mi apreciado amigo, en la estimación de

Vasco de la Concepción Pedroso.»

¡La tía Sabina muriéndose! ¡Santo Dios! ¡Era el único corazón que le quería, y que se iba también!

Saltó de la cama, pidió a gritos la cuenta del hotel. La pagó; quedábanle veinte duros, lo suficiente para el viaje, y hacía de prisa su maleta, muy conmovido, cuando entró Melchor.

(1) En español en el original.

—¡Me marcho ahora mismo! ¡Mi tía está muy mal!

Melchor quedó consternado.

—¡Vaya! ¡Y yo que venía a buscarle para ir al baile del Doña María!

Arturo le enseñó la carta de Vasco:

—¡Vea usted! Me voy esta noche...

Pero, ¡qué diablo!, no corría prisa, le dijo Melchor. No era un peligro urgente, podía muy bien salir a la mañana siguiente. Era ridículo irse un martes de Carnaval. ¡Y más él, que no había visto nunca el Carnaval en Lisboa!... Se pasaba la noche en el baile y se metía en el tren de por la mañana. Y viendo que Arturo seguía colocando la ropa apresuradamente:

—¿Sabe usted por qué quería yo que fuéramos al Doña María? ¡Porque tenemos allí a la Concha esta noche! Acabo de ver al sinvergüenza de Manolo hablando con el taquillero. ¡Estaba tomando un palco, el bandido! Yo quería que fuéramos allá para pasearnos por delante de sus narices riendo, hablando de mujeres, mostrando indiferencia... ¡Y revienta ella de rabia!

Arturo se retorcía el bozo, mirando el baúl; sentía un furioso deseo de ver de nuevo a la Concha, de insultarla con el desprecio, de bailar con otras españolas, demostrando que ni se enfadaba, ni se afligía, ni lloraba, ¡sino que se lamía como el buey suelto! Dijo con voz ambigua:

—En efecto, da igual llegar esta noche o por la mañana...

—¡Pues claro!—exclamó Melchor.

Arturo vió de repente, lejos, en Oliveira, la cara de la tía Sabina, con una palidez agónica, volviéndose ansiosamente hacia la puerta por donde debía él aparecer.

—¡Tomamos una comidita *chic*, nos entonamos, y viva la juerga!

Por un resto de sentido moral, Arturo intentó resistir:

—¡Lo malo es el dinero!

—¿Qué dinero? Para comer, el teatro y unos *grogs* ponga usted cinco duros. ¿Cuánto tiene usted? ¿Veinte duros? Le quedan de sobra para el viaje...

Pero Arturo necesitaba una razón más poderosa, de orden moral; y fué Melchor quien se la proporcionó, diciendo:

—Hasta puede hacerle daño a la pobre señora verle a usted aparecer así, de repente...

¡Eso era verdad! Podía hacerle daño. Mandaría primero un telegrama diciendo que iba... ¡Buena idea la de Melchor!

Y al atardecer, después de haber contemplado desde lo alto del Chiado los festivos disfraces de las personas de la «mejor sociedad», fueron a comer al Central, coincidiendo en que la ida de Arturo aquella noche «podía matar a la pobre vieja».

*

No encontraron a la Concha en el Doña María, pero Arturo, que había bebido en abundancia «para ponerse a tono», según frase de Melchor, tenía ahora el deseo irritado de verla. Fueron al Trindade y luego al San Carlos. Escudriñaban los palcos con los gemelos: vieron a la Paca, a la Lola, a la Carmen, y peinados que revelaban andaluzas, ¡pero no la vieron a ella!

—¡Que el diablo se la lleve!—dijo Melchor con ira—. Estará en el nido con el canalla del federal. Vamos a ver a las cancanistas, al Casino, y la Concha que se vaya a la...

Y cruzando hacia el Casino, maldecía en voz alta, de indignación.

La fachada del Casino llameaba. Un grupo de gente pobre estaba parado en la puerta, con miradas de una envidia triste hacia los balcones iluminados y ruidosos, hacia las más-

caras apresuradas. Los dominós de percal mostraban al extremo de las mangas manazas de obreros, trozos de pantalones raídos sobre botas torcidas; sones de instrumentos de metal resaltaban arriba, vagamente, en el *brouhaha* (1) continuo y en el ruido de suelo pisado.

En el guardarropa encontraron a Carvalhosa, acompañado del jovial diputado Abréu, con su acento provinciano, dejando allí los bastones.

—Vienen a la saturnal—dijo Carvalhosa, presuntuosamente.

—¡A las cancanistas! —exclamó Melchor, excitado ya por el ruido del baile.

—¡Movamos las piernas! ¡Movamos las piernas!—chilló con voz aflautada y de un modo dengoso el ilustre Abréu, de la mayoría, que parecía bebido.

Subieron. El salón estaba lleno, sofocante, con un calor pegajoso que parecía formado de exhalaciones de sudor. La cruda luz de las lámparas hería los colores claros y fuertes de las paredes, de la decoración, y rebrillaba, haciendo flotar una irradiación casi densa. En la orquesta, el director agitaba furiosamente la batuta, impeliendo las vagas estridencias de una música grosera; y una multitud de gabanes, de sombreros de copa, de dorsos curvados en una curiosidad ávida, se concentraba en torno al cancán. Arturo, excitado, se adentró entre la masa de gente, y estirando el cuello, de puntillas, logró ver a las francesas: eran cuatro, y resaltaban por sus cabellos rubios color manteca; una de ellas, bajita, rolliza, vestida de marinero, con el sombrero de hule hacia la nuca, el cuello carnoso muy saliente, las enormes caderas ceñidas

(1) Rumor, murmullo, runrún, ruido confuso que suele haber en las reuniones muy numerosas. En francés en el original.

hasta estallar por un calzón blanco, se contoneaba con movimientos que hacían brincar los senos fláccidos bajo la camisola azul; otra, ligera, endemoniada, vestida de húngara, saltaba con grandes gestos de flacucha, golpeando furiosamente el suelo con los altos tacones de las botas, bordeadas de piel; una tercera, que iba disfrazada de cantinera, parecía pesada, vieja, meneándose por obligación, seriamente; pero la más admirada era una bacante, una alta rubia de formas soberbias, que provocaba en los ojos de alrededor un vago brillo de concupiscencia burguesa. Bailaban en fila, en una cuadrilla, con cuatro granujas: un payaso que parecía descoyuntado; un *chicard* (1), que hacía ondear los enormes faldones de la levita grotesca, agarrándolos con gestos torpes, lanzándolos hacia la enorme nariz de cartón con dos bigotazos de estopa rubia, bajo las ventanas; un hombrecillo rollizo, con un casco de bombero, del que salía un largo penacho rojo; y el último, un aficionado portugués, que llevaba un dominó de percal, y sin aliento ya, moviéndose como loco, con el casco caído, mostraba unos pelos sucios, amazacotados con el sudor.

Alrededor se divertían. Había en los rostros una dilatación lúbrica, jovial, y estallaban los *bravos* cuando las piernas se levantaban al máximo. Las cabezas se apretujaban en la admiración babeante al *chic* extranjero, y hasta vejetes, de belfos colgantes, abrían mucho los ojos lamiendo las formas de las piernas, de los pechos, el color de los cabellos. Guasones bebidos excitaban a las baila-

(1) Disfraz carnavalesco, en el que se usan botas altas, pantalón ceñido y un casco con plumas (en lenguaje popular, genéricamente, quiere decir cosa o persona elegante, que poseen *chic*). *Sic* en francés en el original.

rinas con gritos de «¡Hala!, ¡hala! ¡Venga, más meneo!» La bacante, sobre todo, entusiasmaba al público: como el tirso la molestaba, habíalo dejado en los brazos de un individuo gordo, de lentes de oro, que lo sostenía inmóvil, con respeto y orgullo. Con los brazos ya libres, la mujer deliró: se adelantaba con los brazos en jarras, el pecho saliente, los senos marcados, en un meneo frenético de caderas, y balanceándose, alzaba las piernas hasta el penacho del bombero, que sacudía los brazos como un muñeco epiléptico, lanzando agudos *¡eh!* Sólo le igualaba el *chicard*: avanzaba de soslayo, sacando las caderas, en un arqueamiento canalla, con torpes movimientos de vientre: recibía en la mandíbula el zapato del marinero, redondo como una pata, y como herido, extendía las manos hacia el suelo, daba una cabriola, giraba sobre los pies, y entonces, entre un susurro de deleite, alrededor, las cuatro parejas enlazábanse y remolineaban en un *galop* desesperado.

Pero el bombo lanzó los compases finales, y el cancán terminó entre una gritería y un estallar de aplausos. La sala se llenó inmediatamente hasta los rincones de una multitud que se movía despacio, como una masa mal cocida. Las francesas, jadeantes, eran seguidas por grupos ansiosos, apasionados, y alrededor de la bacante, para tocarla, palparla, verla de cerca, había empujones, frases gruesas. Un individuo, no pudiendo contenerse, le agarró las trenzas; la mujer, furiosa, le largó una bofetada; hubo un bullicio, y un guardia soñoliento, apartándose del marco de la puerta, se adelantó, girando los ojos de besugo, plateados e idiotas.

Arturo erraba entre la gente. Había una polvareda flotante en el aire entre un olor acre a sudor y a telas teñidas; dominós entreabiertos dejaban ver pantalones innobles. Toda la prostitución barata mostraba las formas de una gordura fofa o de una delgadez famélica: había *cantineras*, *noches* con velos de crespón, *pajes*, criaturas cubiertas de ropajes confusos de una pobretería triste; los brazos mostraban codos despellejados, por la postura habitual de estar asomados al balcón; se hablaba con una excitación ansiosa, atolondrada, bestial; los borrachos provocaban cuestiones, y de las parejas unidas sentíanse subir las pasiones morbosas y brutales del burdel.

Casi sofocado, Arturo fué a tumbarse sobre el sofá, en el rellano. La multitud pasaba incesantemente, con un pesado arrastrar de suelas; gente sofocada se abanicaba, chillaban voces de máscaras, y en las salas de juego, a veces, el peón chino en movimiento ponía en el aire su gran zumbido sordo.

—¡Esto está brillante!—vino a decirle Melchor, con ojos excitados—. ¡Vamos a disfrazarnos, amigo!

Estaba muy orgulloso por haber paseado a la bacante del brazo: la prometió un suelto en el periódico. Habló de la cena, «una gran orgía», y pidiéndole dos duros a Arturo para hacer frente a los *grogs*, desapareció.

Carvalhosa, que pasaba con las manos en los bolsillos, se paró ante Arturo:

—Entonces, ¿el poeta del ideal aquí, en este cubil de la lujuria?

Arturo sonrió, halagado.

—¡Movamos las piernas! ¡Movamos las piernas!—chillaba Abréu, el de la mayoría, que iba detrás, despacio, enderezándose con esfuerzo, satisfecho de sí mismo, y que parecía no poder extraer otras palabras de su cerebro embrutecido.

Arturo sintió entonces un deseo de movimiento, de alegría, de broma.

Bajó al café a calentarse con un *grog*.

Las mesas estaban llenas, entre una algazara: dominós sin antifaz trasegaban alcoholes y *grogs*; resonaban las voces agudas de los camareros; bastones furiosos, golpeando sobre el mármol de las mesas, reclamaban bebidas; y las parejas, amancebadas por una noche, se besuqueaban sin pudor.

Arturo no pudo conseguir su *grog*; pero el olor a hembra, los tonos de los hombros desnudos, el vaho caliente de los *grogs* con rodajas de limón, le excitaron, le produjeron una vibración de lubricidad. E iba a buscar a Melchor para disfrazarse, cuando le vió aparecer con la bacante del brazo, rojo de vanidad, con el pecho saliente.

Entonces, como Melchor conocía al camarero, Benito, obtuvieron, en la esquina de una mesa, tres coñacs, y el periodista presentó Arturo a la bacante como un «gran poeta». Estaban rodeados de una humareda de cigarros, suspendida en el aire caluroso; sentada en un saliente, con las piernas magníficamente extendidas, la piel de tigre caída sobre la línea de los riñones, en una actitud orgullosa, la bacante escuchaba distraídamente los discursos de Melchor, que en un francés horrible se le declaraba. Sus ojos eran de un gris oscuro, grandes, duros, y los labios tan rojos, que parecían ensangrentados; había en sus miembros fuertes, nerviosos, algo ondulante, vibrante, que recordaba los movimientos de un tigre. Bebiendo su *grog*, levantaba mucho la copa, echando la cabeza hacia atrás, poniendo en relieve la línea de la garganta, de una blancura de rubia, y las formas rígidas y soberbias del seno. Arturo la admiraba, lleno de deseo. Ella le miró, pasó con negligencia los dedos por la cara de él, y ante aquel contacto sintió Arturo desde la nuca a los talones una sacudida de concupiscencia: su vestuario pagano le excitaba, dándole vagas ideas de mitologías clásicas, que le hacían pensar en Baco, conducido en un carro tirado por tigres, y en los misterios de los bosques sagrados, donde unas bacantes, bajo un cielo tormentoso, se apoderan de un poeta de miembros de efebo, y le dejan exhausto bajo caricias devoradoras, al son irritante de los tamboriles. No se atrevía a hablarle, y fumaba, comiéndosela con los ojos encendidos.

Alrededor la algazara aturdía; sonaban copas rotas; un altercado suscitó en una mesa un delirio de gritos, y dos individuos, agarrados, rodaron por el suelo; una mujer chillaba; intervinieron dos municipales con una brutalidad pretenciosa.

Pero Melchor insistía con la bacante para que bailasen una polca. Le hablaba con los ojos muy abiertos, rozándose con ella, atontado todo por el olor de sus formas fuertes. Ella se cansó, y rechazando el coñac:

—*Assez, mon bonhomme, assez!* (1).

Se levantó, asió el brazo de Arturo, y con una pirueta le arrastró:

—*Il m'embête ce gros-là!* (2).

Y dejaron a Melchor furioso, rebuscándose en los bolsillos en busca de cambio para Benito, gruñendo obscenidades.

La bacante se llevó a Arturo hacia el salón de entrada, donde unos espejos alternaban con plantas en un decorado pobretón. Quiso saber el nombre de él, y con una carcajada:

—*Arthur! J'ai trouvé un Arthur! C'est mon Arthur!...* (3).

(1) Basta, buen hombre, basta. En francés en el original.

(2) Me molesta este gordo. *Sic* en el original.

(3) «¡Arturo! ¡He encontrado un Arturo! ¡Es mi Arturo!» *Sic* en el texto.

Y paseaba a lo largo del salón, junto a los espejos, hacia los que lanzaba miradas a cada momento, con movimientos lentos, ondulantes, que recordaban siempre a Arturo el andar de un tigre. Y tenía él una sensación extraña que le aturdía, hacíale perder el sentido real de la vida, del sitio en que estaba, viendo pasar por el fondo azulado de los espejos su gabán oscuro junto a aquel cuerpo de bacante clásica.

Pero ella dijo sentirse escalofriada, se encogía bajo su *maillot*, y pidió a Arturo otro *grog*, llamándole *mon chéri*. Lleno de vanidad, no dudó él de que le había inspirado un capricho, y volvieron al café. La bacante bebió el *grog* de un trago, sin una mueca: en su mirada fluctuaba un vaho de embriaguez, y su recia mandíbula daba a su expresión una intención bestial. Cuando Arturo pagó el *grog*, cogió ella el cambio y lo tiró con negligencia al camarero, que se dobló en dos, murmurando:

—Muchas gracias, *madame*.

Pero la bacante quería hablar a otra francesa, al marinero, que en una mesa cercana, entre hombres, canturriaba: *Quand les canards s'en vont à l'eau* (1), con una voz nasal y canalla que extasiaba a los horteras inflamados; y Arturo, aprovechando aquel instante, corrió a alquilar un dominó. Volvió entusiasmado, envuelto en la amplia túnica de percal, que le comunicaba, con su olor a carnaval, una petulancia de máscara. Viendo a Carvalhosa, se agarró a él, le hizo girar, gritándole al oído, con aullidos:

—¡Eh, ilustre orador!

El diputado le rechazó, molesto:

—¡Eh, bruto!

Arturo, un poco bebido, iba a insultarle, a enumerar las tonterías de sus discursos, a vengarse de todas las amarguras que le había causado, cuando vió pasar a la bacante con un individuo de chaqueta que empuñaba un bastón de puño homicida.

La siguió por la escalera, desesperado, con unos celos violentos. El del chaquetón le pasaba el brazo por el talle, posando la mano gruesa y morena por los riñones, hablándole junto al cuello. Arturo sentía un deseo agudo de insultar, de arrebatarle la bacante, pero temía al bastón, a las cuchilladas del fadista, a los guardias. Y muy contrariado, se retorcía el fondo de los bolsillos, sin adoptar una decisión, cuando un guardia, acercándose al individuo de la chaqueta, le dijo algo del bastón. El hombre se disculpó y bajó rápidamente al guardarropa. Entonces, la bacante, abriendo blandamente los brazos, gritó con una voz de borracha:

—*J'ai perdu mon Arthur!*...

El se precipitó, y como la orquesta iniciaba una polca, se lanzaron a la sala, enlazados. Era la primera vez que Arturo bailaba. La bacante, indiferente al compás, brincaba al azar, con grandes movimientos de piernas, arrastrándole, levantándole casi del suelo, pegándose a él, respirando con fuerza, con mirada enloquecida. Arturo se asía a ella, todo excitado de deseo: la sala le parecía oscilar vagamente, y las cabezas de las parejas —melenas, capuchones de dominó, cascos, sombreros de aldeanas—, agitándose a su alrededor en un ritmo saltarín, le aturdían.

—¡Basta! ¡Basta!—decía.

Ella no le escuchaba, muy animada: la piel de tigre se le desprendió de los hombros y se la arrojó a un individuo que la admiraba boquiabierto; y libre, con su gran cuerpo todo en relieve, iba, en revueltas furiosas, golpeando el suelo sonoro. Arturo creía verla toda desnuda en sus brazos, y con la bestialidad del deseo, mezclada al atontamiento de las vueltas, sentía que se desmayaba, y parecíale, con náuseas del *grog*, que era sobre su estómago sobre el que redoblaba el tambor.

(1) Cuando los patos se van al agua. *Sic* en el texto.

Se detuvieron, jadeantes. La bacante quería beber, y bajaron las escaleras en aluvión, apartando a codazos a gentes serias. Encontraron a Melchor sentado con una cantinera delgadita, que parecía prudente y metódica, y los dos amigos, después de haberse consultado en un rincón sobre los fondos de que disponían, decidieron cenar en un reservado.

Se sentaron ante una mesa. Sobre el mantel, ya todo manchado de vino, había una raspa de lenguado. La bacante, jadeando, con la gran masa de cabellos desarreglada, se había tirado sobre el sofá de tela desgarrada, y retorciendo los brazos reclamaba a Arturo. El se arrojó de rodillas, la dijo frases líricas, quería llevársela ya y le ofrecía en el Español el lugar, la posición de la Concha. Ella se reía de su francés, pero juraba que le adoraba.

—*Je t'adore!*—y se quedaba con la boca abierta, prolongando las sílabas con una estupidez de borracha.

Le examinó entonces por primera vez, quiso saber si era fornido: le palpó los brazos, las pantorrillas; después exhibió sus bellezas, contó que había sido modelo, y agarrando a Arturo del cuello, rodó con él sobre el diván. La cantinera, con los labios fruncidos, parecía escandalizada. Además de eso, Melchor se olvidaba de ella, rozándose con la bacante, con los ojos encendidos, robándole besos en el cuello. La cantinera se enfadó, finalmente:

—¡A ver si los señores hacen menos indecencias!...

Al entrar Benito con los bisteques, se sentaron. La cena fué larga. La bacante, que mezclaba el coñac con el champaña, tenía una locuacidad desatinada: cantó cuplés obscenos, se declaró republicana, se desbocó contra la religión. Por otra parte, decía, en París tenía coches y sus amantes eran príncipes. Pero lo que ella quería ahora, declaró, ¡era la orgía, el vicio, el crimen! Y reía, besaba a Arturo, despeinaba a Melchor, decía finezas a la cantinera, que la mirada sin entender, fascinada por su labia, asombrada de la broma.

Pero la bacante se enfureció de pronto, sin motivo: sus ojos tuvieron una violencia sombría, maldijo a su madre y se jactó de haber acuchillado en Marsella a un amante suyo... Cogió incluso un cuchillo y amenazó a Arturo.

Melchor, pálido, empezaba a asustarse:

—¡Tonterías no valen; no valen tonterías!

Y la cantinera, recogiendo rápidamente el quepis, el barrilito y los guantes, dijo:

—Yo no quiero verme metida en líos; soy una chica pacífica. Pueden ustedes tomar informes...

Pero la bacante, súbitamente calmada, comenzó a engullir con una gula fingida, riendo sin motivo, metiendo los dedos en la salsa y limpiándolos en el pelo de Arturo. Y Melchor, tranquilo, volvió a divertirse.

—¿Eh, amigo, buena juerguecita?... ¡Y quería usted marcharse a Oliveira de Azemeis!

Arturo sintió una punzada en el corazón: vió de repente la casa, allá lejos; el cuarto de la tía Sabina y la cara agonizante sobre el cuadrante de volantes almidonados; tocaba una campanilla en la calle, unas voces entonaban el *Bendito*: era el padre Joaquín con los Santos Sacramentos, seguido por unos vecinos con

hopas rojas. Y en el cuarto, lleno del terror de la muerte y del aparato de la agonía, corrían las lágrimas de Ricardita y sonaban lúgubremente las oraciones de la Juana...

Para rechazar aquella alucinación, bebió de un trago una copa de coñac. Y cuando salieron del reservado se tambaleaba, jurando a la bacante, con voz torpe, que se iba a casar con ella.

Al llegar al salón de baile, la cuadrilla final empezaba y el cancán electrizante de *Orfeo en los infiernos* reavivó su excitación. El baile tomaba el aspecto de una multitud borracha: personas sin máscara tenían expresiones de cansancio imbécil; otras se agitaban bruscas, de mal humor, violentas; sólo algunos, roncos de gritar, iban aún balbuciendo chistes. Arturo, ante la bacante, se debatía furiosamente: el alcohol le producía la rabia de los movimientos convulsivos: ponía verdadera cólera en el golpeteo de los pies, un frenesí en la agitación de los brazos; habíasele bajado el capuchón del dominó, se le cayó el botón del cuello, y con la cara lívida, manchada, sudorosa, se retorcía con demencia, lanzando gritos. Pero al son estridente de la orquesta comenzó el *galop*: era una confusión estrujada de cuerpos enlazados, precipitándose descoyuntadamente, con brincos grotescos y patadas frenéticas en el suelo... La polvareda sofocaba, y el director, con el chaleco desabrochado, asomándose la camisa por la cintura, agitaba la batuta, subrayando los agudos. A ratos, en los ritmos más pausados, toda aquella densa multitud se balanceaba, tomando aliento, como una vasta aspiración jadeante... Pero en seguida estallaban los compases electrizantes: el director se descoyuntaba, las caras hinchadas soplaban en los clarinetes, y las estridencias de las flautas y los aullidos de los violines partían, impulsando el *galop*, como latigazos sonoros dados en los riñones de la canalla. Todos se embestían. Las colas de los vestidos se descosían, las trenzas postizas caían sobre las espaldas colgando de una horquilla, voces agudas gritaban en una exaltación impetuosa; y turcos, Aquiles, dominós, pastorcillas, fadistas, prostitutas, ebrios, tambaleantes, iban en un tropel de multitud desbandada, con un descoyuntamiento insensato, en un torbellino circular, mientras las manillas marcaban gravemente la primera hora triste del miércoles de Ceniza.

La última sensación clara de Arturo fué su entrada en un coche con una mujer: enloquecido de alcohol, abrazado a ella con frenesí, intentaba morderla; ella le rechazaba a puñetazos; él se arrojaba y luchaban, despeinándose, mientras el coche rodaba al trote largo por la calle, ya con sol, donde las lecheras iban haciendo sonar los cencerros de sus vacas.

*

Cuando despertó, al mediodía, se encontró tendido en un cubículo oscuro, de olor infecto. Su mirada adormilada, vagamente inconsciente, se fijaba en una cortina roja, atravesada fuera por la luz de una salita. Estaba en mangas de camisa, con las botas puestas. A su lado, una mujer tendida roncaba en voz alta. Permaneció un momento entorpecido, sin memoria, oyendo afuera a alguien manejar loza, un arrastrar de zapatillas. Entonces, el baile, el cancán, la bacante, volvió a verlo todo claramente, como en la víspera, a la luz cruda del gas... Sentía un mal gusto de boca, un dolor penetrante en la nuca, y tenía la certeza, sin verla, de que la mujer a su lado no era la bacante, y debía ser horrenda, sucia, con un aliento apestoso. ¿Cómo había venido a parar allí, a aquel catre, cuyo jergón de paja blanda notaba? Y tenía casi miedo de saber, de ver: se hallaba bien en aquella oscuridad, con todo el cuerpo derrengado, una vaga somnolencia en el cerebro, en los párpados. Y entonces, inmóvil, con los ojos cerrados, como si en las tinieblas bestiales en que su espíritu estaba aún sumido, despuntase lentamente una aurora espiritual, comenzó a recordar, *a ver* delante de él todo un paisaje del Mondego, en una tarde de verano: en las pobladas salcedas, donde la sombra está adensada y adormecida, los pájaros pían alegremente; en las colinas de una suave dulzura de líneas, blanquean unas casas, y bajo el cielo de un azul claro, transparente, corre el río, con un nostálgico sosiego, en un límpido mantel, donde relucen espacios de arena; algo dulce, discreto, tierno, flota en el aire sutil, y, pausadamente, una barca, en que negrean «batinas», viene a atracar debajo de unos sauces llorones, junto a la entrada melancólica de la Quinta de las Lágrimas... Veíase allí paseando con amigos, en la dulzura apacible de la tarde clara, hablando de poetas, recitando versos, o también callado, perdido en alguna alta y romántica meditación. Después veía un trozo de la carretera de Oliveira de Azemeis a Ovar, donde, al fondo de unas tierras bajas, corre un riachuelo, entre altas hierbas, oscurecido todo por la sombra que esparcen los árboles inclinados; se elevaba un frescor del agua, de la hierba verde... Y se sentaba allí, con un libro, lleno del enternecimiento que le producían aquellas frescas florescencias y las aguas humildes... Patas de insectos rozaban la superficie del río casi inmóvil; los musgos cubrían las piedras con su aterciopelado suave, y unas florecillas azules, rojas, timidas, pequeñitas, exhalaban un vago aroma agreste; madreselvas, agitadas por leves ráfagas, hacían vagar su perfume dulzón; un silencio suave, en que sólo se oía el gotear del hilo de agua, proporcionaba un cobijo tierno a las almas delicadas; y la suya se dilataba, llenándose de la serenidad de las cosas, cubriéndose de transparencias, y exhalando como un aroma propio una simpatía ascendente.

De pronto, la mujer, a su lado, saltó al suelo, y con blandas pisadas, que hacían crujir el suelo, fué a beber agua en la jarra: se desperezó, guardando aún mal el equilibrio de pie, y descorrió la cortina roja: entró una luz amplia, hirió a Arturo en los ojos, y ambos quedaron asombrados, uno frente a otro, sin conocerse, tristes.

Arturo, sin una palabra, saltó también al suelo, poniéndose el gabán, que había quedado a los pies de la cama, mientras la mujer se abrochaba torpemente una falda, mareada aún, por lo cual tenía que apoyar la mano en la pared en algunos momentos, respirando con fuerza.

Arturo sentía ahora curiosidad, a la que se mezclaba cierta repulsión, por saber si había besado aquellos labios, rojos aún del vino de la víspera, y tocado aquel cuerpo blando, caído, sobado, que exhalaba un acre olor; pero no se atrevió a preguntar. No profirieron una palabra: la mujer se vestía de prisa, y Arturo, rebuscando en sus bolsillos, tiró sobre la mesa, para pagar el alojamiento, sus últimas dos pesetas. Era todo lo que poseía. Después buscó su sombrero, pero no aparecía; y la mujer, entonces, con una voz ronca, como si le faltase la campanilla, dijo:

—Quizá lo dejase usted en el baile, en el alquilador de disfraces...

Y como ella también se había disfrazado de hombre, pudo dar a Artu-

ro el sombrero que usó, un sombrero de ala ancha, inmundo, sin cinta, y pisoteado todo él por muchas botas.

*

Cuando entró en el Español oyó un ruido de voces en el rellano, junto a la ventana del portal. Era Manuel, que parecía malhumorado, hablando con dos mujeres vestidas de negro. Pero al ver a Arturo:

—Mire—dijo a la de más edad—, hable usted a este señor. Es un amigo. El le dirá.

La mujer levantó hacia Arturo un rostro pálido, dolorido, que había sido agraciado, y en el que se notaba el beso constante de las lágrimas y el cansancio de las vigilias.

—Es la mujer de Videiriña—dijo Manuel, encogiéndose de hombros.

La mujer posó levemente la mano en el brazo de Arturo, como para retenerle, para implorarle, y con una voz triste:

—Si usted, caballero, le conoce, podía ir a decirle... Hace tres días que no aparece por casa. Vive aquí con una mujer... Yo no tengo en casa ¡ni un pedazo de pan, nada que empeñar! Me mato a trabajar...—la sofocaron los sollozos un momento, y viendo a Arturo mirar hacia la otra, la más joven, con una cara dulce y triste—: Es mi hija...—dijo—. ¡El no me da un real de lo que gana en su empleo! Yo no quiero importunar... Deseaba sólo que me diese algo, aunque fuese poco; yo lo estimaría... Sólo para tener un pedazo de pan en casa...

Arturo rebuscóse maquinalmente en los bolsillos. Ella le tocó otra vez en el brazo, y con dignidad:

—No pedimos limosna... Quería que usted le hablase, le dijese que estamos aquí. Aunque sólo fuese una peseta...—las lágrimas le corrían por la nariz, pálida y afilada.

Manuel, entonces, intervino:

—Ya se lo he dicho a usted: ¡Videiriña está durmiendo! No le gusta que le molesten. ¡Ya usted ve!

—Pero soy su mujer, es su hija —dijo ella, toda trémula de indignación, de vergüenza.

—¡Ya ve usted! Si a Videiriña no le gusta...

La muchacha, entonces, tiró del mantón de la madre, y con la voz apagada, desfalleciente toda por la afrenta:

—Deja, madre mía, vámonos...

La idea de aquella muchacha bonita y honesta con hambre levantó en Arturo una oleada de indignación:

—Espere un instante—dijo.

Subió las escaleras de prisa y fué a llamar con fuerza en la puerta de Mercedes.

—¿Qué es?—preguntó la voz de Videiriña.

E inmediatamente, dando la vuelta a la llave, apareció adormilado, con la cara abotagada, gordito, en camisa, mostrando el pecho velludo y canoso, horrendo.

—Son su mujer y su hija—dijo Arturo, que odió en aquel momento la cara rolliza e imbécil.

Videiriña hizo un gran gesto:

—¡Hable bajo, amiguito! ¡Está durmiendo Merceditas! ¡Vino muy cansadita! ¿Qué quieren ellas, qué quieren? ¡No puede una persona gozar de la vidita con sosiego!

—Quieren un pedazo de pan—dijo Arturo, que sentía deseos de abofetearle.

Videiriña se rascó la calva. Parecía furioso: dióse un puñetazo colérico en el muslo y entró en el cuarto de puntillas. En la ventana cerrada se dibujaban las rendijas con la luz de fuera; en la penumbra resaltaban vagas blancuras de enaguas, y salía de dentro un olor a cerrado, a polvos, a libertinaje.

Videiriña, siempre de puntillas, volvió entonces, puso dos pesetas en la mano de Arturo y, cogiéndole de la manga, al oído:

—¡A ver si me las empuja usted hacia fuera, amiguito! ¡Si se entera Merceditas! ¡Ella, que siente aversión por las escenas! Está durmiendo como un angelito... Volvimos del Doña María a las tres. Fuimos a cenar al Matta... Y con las copitas de la champaña ella se quedó... ¡Ah, qué noche, amiguito, qué noche!

Y le tiraba de la manga, ansioso de contarle... Arturo se soltó, enojado.

Cuando la mujer recibió abajo las dos pesetas, las tuvo un momento en la mano abierta, con una amarga sonrisa. Las pálidas facciones de la hija se sonrojaron de vergüenza.

—Yo lamento...—balbució Arturo.

—Dios se lo pague—dijo ella simplemente—. Alcanza para un pedazo de pan.

Manuel se pasaba pensativamente la mano por la mandíbula:

—¡Ya ve usted! Videiriña tiene buen fondo... Lo que pasa es que se le cae la baba por la pequeña.

Sin una palabra, las dos mujeres saludaron a Arturo, y muy juntas, como para esconderse una en otra, encogidas en sus pobres vestidos negros, bajaron sin ruido.

Arturo subió al cuarto, empujó las hojas abiertas de la ventana, como si la presencia de las fachadas, de la calle, de la ciudad, le causasen asco. Se quitó con repulsión el traje, arrugado del baile y de la cama de la otra, y al poco rato, postrado, dormía.

Cuando despertó, el cuarto estaba oscuro, como si afuera hubiera caído ya la tarde: había un gran silencio en el hotel. Entonces, viniendo del lado del Rocío, oyó un redoble de tambores, acompasado, monótono, en que se percibía el crespón que los cubría: el sonido, distante, parecía avanzar muy despacio; instrumentos de metal, como velados por la distancia, resonaban en lentos compases de marcha fúnebre. Aquello llegaba con una lentitud aparatosa de funeral. Y entonces, de repente, pensó en la tía Sabina, allá lejos: tal vez a aquella hora un entierro pobre saliese de la casa, con la cruz alzada delante, ¡y el ataúd reducido de la vieja pequeñita, llevado por los hermanos de la Misericordia!... ¡Y él sin un real para partir!

Los sones fúnebres se acercaban. Saltó de la cama, se vistió de prisa y corrió a la ventana: una tarde gris, nublada, triste, pesaba sobre la ciudad. Gente vestida de luto se asomaba a los balcones; y a lo lejos, en el Rocío, negreaba una multitud. En el espacio libre de la calle, solado con piedrecitas menudas, dos hileras de cirios, de llamas tristes en la tarde nublada, caminaban en procesión; tonos rojos de hopas se sucedían, y al fondo, con un leve balanceo, a impulsos ligeros, una cruz negra con un enorme Cristo blanco crucificado, avanzaba, erguida en el aire: se percibían los largos cabellos lúgubres cayendo bajo la corona de espinas, el albo paño enrollado a la cintura... Y sin cesar, con tonalidades sombrías de tambores, la marcha fúnebre resonaba en sordina. Era la procesión de la Ceniza.

Entonces, la relajada multitud del Casino flameó un momento en su memoria: tuvo como la sensación funeraria de una gran penitencia difundida por la ciudad, cálida aún del libertinaje del Carnaval, en las calles sucias todavía de *confetti*, en las caras aún amarillas de las trasnochadas, en el aire, donde debía flotar aún la fina polvareda de los polvos perfumados. En su balcón, abajo, Merceditas, con una mantilla roja por la cabeza, se arrodillaba compungidamente.

Entonces sintió el deseo de entris-

tecerse también, de mezclarse al arrepentimiento de la ciudad, de recibir de cerca las emanaciones expiatorias de las andas y de los cirios. Se puso de prisa un gabán, se calzó las botas, y casi corriendo fué a apostarse a la esquina, hendiendo la masa de gente. El palio rojo pasaba entre lámparas levantadas en alto: debajo, un grupo, donde relucían oros de capas y blanqueaban sobrepellices, se adelantaba con pompa entre un humo leve de incienso; los compases funerarios de la marcha se esparcían por la tarde triste, sobre las cabezas curvadas de la población arrodillada.

Y Arturo, inclinado, invadido por un vago terror, sintiendo pasar algo divino, ¡pidió desde el fondo de su alma, siguiendo con los ojos al Cristo crucificado, que la tía Sabina no muriese!

*

Aquella noche fué al *Seculo* a buscar a Melchor. Tenía una prisa inquieta, afligida, por abandonar a Lisboa. La ciudad le causaba horror, y aspiraba a Oliveira de Azemeis como un hombre postrado de cansancio y enlodado del viaje aspira al recogimiento de su cuarto y a la comodidad de sus zapatillas. ¡Si Melchor no le podía dar los cinco duros que le debía, al menos que le ayudase a conseguir dinero de algún usurero!

Melchor, sin embargo, no estaba; había escrito a Estévez que no podía ir aquella noche.

—Debe de estar aún durmiéndola —dijo Estévez, interrumpiendo su eterno silbido.

Arturo fué a su casa: la patrona, una hermosa mujer cuarentona, «no había visto a Melchorcito desde el sábado antes de Carnaval».

—¡No ha puesto aquí todavía los pies ni para mudarse de camisa!

Entonces, Arturo, desde un café, escribió una carta a Meiriño, en la que le pedía, con circunloquios afectuosos, la devolución de los diez duros que le prestó. Y él mismo fué a llevarla al portero del Universal, que pareció sorprendido de verle:

—Entonces, ¿por dónde anduvo?

—Estuve fuera—dijo Arturo.

—¡Pues está más delgadito! ¡Está más delgadito!

Al día siguiente volvió al *Seculo*.

—Aún no se ha dignado aparecer —le dijo en seguida Estévez.

Arturo se sentó a esperarle, leyendo los periódicos, junto a la ventana. Recordó vagamente otra mañana en que estuvo esperando también sentado en aquella misma silla, mientras Melchor escribía las notas de sociedad. El estaba entonces en toda la vibración de la esperanza: llegaba de Oliveira de Azemeis, iba a ser célebre por sus poemas, iba a encontrar a la linda señora del vestido a cuadros, la vida era para él fácil, amplia, dulce; tenía en su baúl, en buenas monedas, mil duros, y desde lejos le seguía el afecto de la tía Sabina... ¡Pobre tía Sabina, que ahora agonizaba, sin que él tuviese los cinco duros para correr a darle el último beso! ¡Cómo había cambiado todo! ¡Hasta el tiempo, que aquella otra mañana era luminoso y vivo, y ahora aparecía nublado, gris, lúgubre como su corazón!

La puerta se abrió y entró Saavedra: removió con negligencia los periódicos, ajustándose los lentes con las manos enfundadas en guantes verdes. Hizo un leve saludo con los dedos a Arturo y pasó a su despacho. ¡Ah, aquél no cambiaba! Tenía siempre la misma cara fofa, satisfecha; la misma pechera de camisa almidonada, importante; y continuaba en la vida imperturbable, contento, escribiendo todas las noches las mismas trivialidades, las mismas menti-

ras, naturalmente feliz, como el jilguero que cantaba en la ventana de enfrente.

—Mucho tarda Melchor—dijo Arturo.

Y se marchó, decidido a buscar a Meiriño.

Pero no se atrevía a entrar en su cuarto a pedirle los diez duros. Fué primero al Español, a ver si había contestado a su humilde carta. Ninguna respuesta. Volvió al Chiado, sintiéndose entristecido. Llegó dos veces al portal del Universal, pero le invadía la timidez: lo aplazaba, y, por fin, pensando, para animarse, en que la tía Sabina contaba los minutos, al borde ya de la muerte, se decidió a entrar, muy nervioso. Estaba preguntando por él al portero, cuando le vió bajar la escalera, con el pecho saliente, la barba correcta, un aire de benevolencia, los faldones del gabán, forrado de seda, echados hacia atrás, doblando su junquillo, con las manos muy ceñidas por unos guantes claros. Apenas vió a Arturo se detuvo, con breve titubeo; pero en seguida, adelantándose hacia él, sin transición, con una cara seria:

—Siento que se haya usted molestado por una bagatela. No imaginé nunca que le inspirase yo tan poca confianza...

Arturo replicó:

—¡Por amor de Dios! No es eso. Es que estoy sin un real. Quiero marcharme en seguida; mi tía está muy mal...

Meiriño tuvo una sonrisa incrédula, amarga:

—Lo comprendo perfectamente. Temió usted perder su dinero...—miró al suelo, y con una voz casi solemne—: Tengo cuarenta y cinco años, he vivido en el extranjero, lo he visto todo, soy conocido, y nunca sufrí una afrenta...

—¡Por amor de Dios, Meiriño! Créame. Yo era sólo...

Meiriño se inclinó:

—Bien; si no fué con intención ofensiva, fué entonces irreflexivamente, una de esas cosas que se hacen a la ligera, sin prever las consecuencias; perfectamente. No hablemos más de ello. Somos amigos, hemos comido mucho tiempo juntos, frecuentamos ambos la sociedad, quiero conservar tan buenos recuerdos. No hablemos más de eso... Y qué, ¿se divirtió estos Carnavales?

—Sí—dijo Arturo, muy avergonzado—; sí, me divertí.

Meiriño se pasó la mano por la barba, y con los ojos semicerrados:

—Tuvimos una deliciosa *soirée costumée* (1) en casa de la señora marquesa de Falces. ¡Deliciosa!... Yo fuí de Enrique Cuarto. Me hicieron el honor de apreciar, de elogiar mi disfraz. Me hicieron, sí, ese honor...

E iba andando hacia la puerta. Arturo, cohibido, colorado, no se atrevía ahora a hablar del dinero.

—¡Que se le vea a usted!—le dijo Meiriño, encendiendo el puro con el fósforo que le ofreció el portero—. ¡Que se le vea! Padilla hace ahora una imitación nueva, soberbia. ¡*El gato en el tejado*, una obra maestra!

Y bajó por la calle con la cabeza erguida, sacando el pecho, azotando el aire con su junquillo.

¡Arturo ya no podría marchar aquella noche si no encontraba a Melchor! ¡Otro día perdido!

Por una antigua costumbre, se detuvo un momento a la puerta del Baltresqui: enfrente estaba parado un cupé, con un cochero serio, correcto, de librea blanca; inmóvil junto a la portezuela, un lacayo, muy colorado, se acariciaba los guantes oscuros. Una señora comía en el mostrador, limpiando con el pañuelo las migas de hojaldre: era baja y grue-

(1) Fiesta nocturna, velada, baile de disfraces o de máscaras. *Sic* en el texto.

sa, y parecía embarazada. Cuando volvió al cupé, el dependiente la siguió con un envoltorio de papel gris. Una pobre, entonces, se adelantó con la descarnada mano tendida y un niño arrebujado en el negro mantón; y mientras la señora le daba diez céntimos con un gesto de asco, Arturo pudo verle el rostro: era tan moreno que parecía mulata, y aquella su carita pequeña, de rasgos arrugados, los ojillos parecían sólo dos agujeritos negros. Subió al cupé con dificultad, y el tronco trotó, subiendo por el Chiado. El dependiente, que se había quedado en la puerta saludando, dijo entonces hacia dentro, hacia el mostrador:

—La *Charlotte Russe* (1), a las cinco, para la señora baronesa... A San Benito.

Arturo tuvo un sobresalto:

—Perdón—dijo, poniendo la mano en el brazo del dependiente—. ¿Quién es esta señora?

—La señora baronesa de Paradas, que vive en San Benito.

Se quedó petrificado. ¡Oh! ¿Y era a aquel bicho a quien él envió su libro de versos? ¿Fué hacia el balcón de aquel monstruo adonde él envió toda su alma, en la adoración de sus ojos? ¿Eran las paredes de su horrible casa las que habían hecho palpitar tan dulcemente su corazón? Oprimió su alma todo el vejamen de existencia; se encontró grotesco; y por falta de cinco duros ¡no podía huir, librarse de aquella estúpida ciudad, en donde todo le torturaba ahora!

Entonces, desesperado, volvió al *Seculo*. Pisaba las losas de la calle con rabia; le daban ganas de empujar, de maltratar a las personas que pasaban a su lado, con aires pacíficos y satisfechos.

Odiaba ahora a Lisboa, con un odio múltiple, pueril, absurdo. Llegó rendido al *Seculo*. Melchor no había aparecido aún.

—Para mí—dijo tranquilamente Estévez—, ¡este hombre está en la cárcel!

Le invadió entonces una fatiga enervada, una indiferencia hostil. Hubiera visto sin pestañear perecer a la Humanidad. Volvió al hotel y comió solo, lúgubremente, frente a los dos españoles tenebrosos.

Por la noche salió sin rumbo fijo. No tenía dinero... ¡ni para tomar un café!

Viendo el teatro de Doña María iluminado, fué a vagar un momento por el vestíbulo: leyó los carteles, bebió una copa de agua en un café, y salía con las manos en los bolsillos, cabizbajo, cuando pasó ante él, rápida, una señora pequeñita, con una capa blanca de teatro, una gran cola de seda oscura. La reconoció en seguida: ¡era *Ella!* ¡Era *Ella*, la señora del vestido a cuadros! Detrás, con el cuello del gabán subido, iba el marido, el del bigote rubio, con el abanico, los gemelos y un ramo de flores. Exaltado, la vió subir hacia los palcos plateas, y entonces, con la sensación dolorosa de una cuchillada, ¡pensó que no tenía dinero para una entrada! ¡Rechinaron sus dientes de rabia! Pero tal vez Melchor estaría ya en el *Seculo*. Subió presuroso la calle, jadeante. No estaba... Ni Estévez, ni Saavedra, ¡ni nadie a quien le pudiese sacar tres pesetas! Bajó como una piedra que rueda hasta el Español, para pedírselas a Videiriña.

Manuel, silbando, levantaba la mesa:

—Videiriña salió ahora mismo. ¡Ya ve usted!

Pensó que la dueña del hotel podría seguramente prestarle tres pesetas a quien se gastaba allí muchos cientos. Preguntó por ella.

(1) Bizcochada de crema batida.

—¿La señora? La señora está en Campo Grande con su cuñada.

Entonces, desesperado, Arturo perdió el pudor, y acercándose a Manuel y poniéndole la mano en el hombro:

—Oye, Manuel, ¿tienes ahí un duro?

Manuel abrió los brazos, desolado:

—Ni un ochavo. Tenía dos, pero se los acabo de dar a Videiriña para ir a jugar al monte. ¡Ya ve usted! ¡Si no, estaban a su disposición! ¡Ya ve usted!

¡Maldición! Se le ocurrió una idea: ir a Ferin, el librero, donde le conocían, y ver si habían vendido algunos ejemplares de *Esmaltes y joyas*. Cuando llegó iban a cerrar, y con la cara encendida de vergüenza interrogó aparte, en voz baja, al cajero.

Su voz ansiosa revelaba tanta necesidad, que el dependiente se tomó un gran trabajo, buscando en los libros, deseando encontrar algún asiento; y con todo su pesar, aquel buen muchacho le dijo:

—No, no se ha vendido ninguno... Hay que tener en cuenta que han sido días de fiesta...

Volvió al *Seculo* por cuarta vez, ya avergonzado. En la Redacción, desierta, el gas ardía silenciosamente. Entonces, sudoroso, sin respiración, con los pies doloridos, volvió al Doña María. Tal vez estuviese allí algún conocido en los palcos, o encontrase a Meiriño, a Padilla, a Carvalhosa... ¡Pediría dinero fuese a quien fuese, incluso al propio Roma! Porque ahora, no pudiendo verla, se le figuraba —¡cómo no, tenía la certeza!—que si *Ella* le miraba un momento, ¡habría de reconocerle, y todo su destino cambiaría! El amor de *Ella* se convertiría en su fuerza, su finalidad, su dirección: volvería a Lisboa con sus quinientos duros, para refugiarse en una guardilla, gastándolos avaramente, de real en real, ¡y trabajando, haciendo una gran obra, subiría! ¡Y su consuelo único en aquella existencia pobre y penosa sería alguna carta recibida, una mirada de lejos, en el Chiado, o una entrevista rápida, un beso fugaz, como antaño Rafael y Elvira! ¡Oh, tenía que verla, por todos los diablos!

Había empezado el segundo acto cuando él fué, humildemente, a rogar al acomodador de las butacas que le permitiese entrar un momento «para ver un palco». El hombre, serio, con su gorra galoneada, abrió la puerta verde: y Arturo la vió en seguida, en una platea de enfrente, con su perfil pálido y dulce, que el vestido oscuro hacía más emocionante. Todo su antiguo amor se precipitó en su alma, agitando todas las sensibilidades pasadas, como una ráfaga que entra en un salón, agita los papeles, las cortinas, los bordes del tapete de la mesa, dando a todo una vibración viva. ¡Ella lucía un medallón sobre el pecho! ¡Un mechón blando, leve, caíale sobre la cabeza de un bruñido marfil! Y sus ojos grandes, dulces, negros, se fijaban en el escenario. Eran aquellos ojos los que quería que se volviesen hacia él: los miraba, los atraía, los magnetizaba, pero no se movían, clavados en una horrible criatura con un vestido de seda amarilla, que se retorcía los brazos en escena, con muecas de la boca. Entonces sondeó la sala con una mirada que había adquirido una sensibilidad extraordinaria, buscando ansiosamente una cara amiga, conocida. Nadie. En los rostros, vagamente asombrados, sólo descubrió al vejete que en casa de doña Juana Coutiño deploraba la irreligiosidad de las masas.

—¿Lo vió ya?—dijo el acomodador, bajo.

—Un momento—suplicó Arturo.

¡Y permaneció allí un poco más, con toda el alma en los ojos! ¡Oh,

por piedad, que se volviese *Ella* un instante! Era la pasión, el sacrificio, el amor, la fe, todo cuanto hay de dulce y elevado, lo que allí estaba en un rincón, por detrás del arco del violón, implorando una cosa muy sencilla: que volviese despacio los ojos hacia él. Pero no los volvió. El monstruo del vestido amarillo daba horrendos chillidos. Y *Ella* lo admiraba, su corpiño jadeaba, mientras el marido, al lado, intentaba mirarse los pelos del bigote.

—Qué, ¿lo vió?—dijo el acomodador, impaciente.

—Sí, gracias: lo vi.

Salió encorvado, envejecido. Fué despacio hacia el hotel, subió a su cuarto. Y sólo entonces, de repente, ¡se acordó de que podía haber llevado algún traje a una casa de empeños! Pero era tarde, sentíase postrado, enervado, con un tedio de todo, un deseo de dormir mucho tiempo, interminablemente, ¡en una inmovilidad de muerte! Se tiró encima de la cama, ¡y, vencido, comenzó a llorar bajo, con la cabeza sepultada en el cuadrante!

*

Al otro día encontró, al fin, a Melchor en la redacción del *Seculo*; con un aire saturado de felicidad secreta se retorcía con satisfacción los enormes bigotes.

—¿Dónde ha estado usted, hombre?—le gritó Arturo.

—En *el nido*—dijo Melchor.

Y no quiso dar explicaciones.

Cuando Arturo le contó todas sus aflicciones y que quería partir forzosamente aquella noche, Melchor movió los labios, y rascándose la cabeza:

—Hombre, yo no tengo ahora los diez duros...

—No hablemos de eso, Melchor. Lo que yo quiero es alguien que me vaya a empeñar unos trajes, las pistolas de Meiriño...

—¡Pronto! ¡Pronto! —exclamó Melchor, cogiendo el sombrero—. Si es eso, pronto. ¡Vamos al Chiado a buscar al *Rey Bamba!*

Pero no le encontraron; un muchacho cojo les dijo que debía de estar en el Baldanza; fueron allí, pero Gregorio, siempre exagerado, juró por el honor de su madre que el *Rey* se había ido a la plaza de Camoens a hacer un encargo. En la plaza de Camoens, un cochero afirmó haberle visto subir—¡y, por cierto, muy tambaleante!—hacia la calle de San Roque. Le cogieron junto a San Pedro de Alcántara, completamente bebido, pero serio, misterioso, con voz sepulcral, escuchando con un aire profundo. Prometió ir al Español media hora después, a buscar el bulto. Fué muy puntual, y llegó más bebido. Se llevó la *robe de chambre* de terciopelo, el frac, los gemelos, las pistolas, todo metido en un saco de ropa sucia. Melchor y Arturo fueron a esperarle a la puerta de la Aurea. Cuando volvió, al cabo de tres cuartos de hora, ya no podía hablar, pero guardaba el equilibrio con dignidad, y depositó misteriosamente en la mano medio abierta de Arturo un cartucho con once duros. Recibió la propina y salió despacio, abrumado.

Entonces, cuando sintió el dinero en el bolsillo, Arturo tuvo súbitamente una vaga nostalgia enternecida de Lisboa, de la vida que abandonaba. La ciudad, iluminada por un buen sol, con sus carteles en las esquinas, las librerías abiertas, los carruajes rodando, parecíale ser el único lugar posible para una existencia inteligente: ¡si no consiguió llamar la atención de la señora del vestido a cuadros el día anterior, podía ser más afortunado otras veces! Nunca Melchor le había parecido tan afectuoso; y encontraba de repente en las

caras que pasaban un vago gesto inesperado de simpatía. Conmovido, dijo:

—Al menos, por última vez, comamos juntos, Melchor.

Sólo entonces el periodista pareció darse cuenta de que Arturo partía realmente. Se enterneció. ¡Qué lástima! ¡Cuando ellos empezaban a entenderse, a estrechar su amistad, a estimarse! Fué él mismo a ayudarle a hacer la maleta, a envolver las botas en periódicos. Abajo, en el cuarto de Mercedes, que tenía el balcón abierto, alguien tocaba la guitarra.

Melchor echó un vistazo a las paredes, a los muebles, y pensando seguramente en Concha:

—¡Ah, cuartito, cuartito! —exclamó.

Arturo, que extendía con cuidado su levita azul, suspiró; al reunir ahora los objetos dispersos por el cuarto, cada uno le traía la brusca reminiscencia de una dicha: un programa del Price le recordó la primera noche en que fué allí a buscar a Concha, que acudió en compañía de la Paca; todavía no vivían juntos ¡y se amaban! Una gola de la Concha le hizo casi llorar: la guardó devotamente en un rincón del baúl. Y luego, fueron las cartas del impresor, la tarjeta de visita de doña Juana Coutiño, ¡unos viejos pares de guantes *gris-perle!*

La comida en el Cruz fué triste. ¡Qué diferencia con la primera cena en el Universal! Y se le aparecían otras reminiscencias de aquel invierno: la juerga en Dafundo, las noches del San Carlos, en los palcos altos, con la Concha... Arturo sentía la garganta acongojada. Y Melchor, lúgubre, sólo repitió del embuchado con guisantes, porque dijo «era un plato que le iba bien al alma».

—Pero ¿usted volverá, Arturo?

—¡Si admiten el drama, vendré a los ensayos!

—¿Cómo que si admitían el drama? ¡Eso corría de su cuenta! Y Melchor se golpeaba el pecho, convencido. ¡No daría más largas al empresario! ¡Dentro de quince días tendría una respuesta en Oliveira de Azemeis!

—Y, además, si muere su tía y le deja *tela*, le tenemos a usted por aquí otra vez...

Arturo no vaciló en decir que en tal caso se establecería en Lisboa. ¡Y pensaba en la pobreza de la tía Sabina, triste y dulce criatura, que lo único que tenía era corazón!

—Lisboa, amigo mío—dijo Melchor, resumiendo—, ¡es el consuelito del alma!—y apuró la copa final.

Fueron a la plaza de Camoens a tomar un coche que los llevase a la estación de Santa Apolonia. El cochero era precisamente el *Tieso*.

—¿A Dafundo, señorito?—preguntó en seguida.

—No, al Español—dijo Arturo, satisfecho de ver que el *Tieso* le había reconocido; y aquello aumentó su nostalgia de Lisboa.

El Chiado, muy iluminado, estaba en su hora de animación, y Arturo, derecho en el asiento, iba devorando con los ojos los sitios que amaba: la Casa Habanera, el balcón de su cuarto, allí arriba, en el Universal —¡qué lástima irse!—y el Baltresqui, con los *lunchs* a las dos, y el Godefroy, donde compraba frasquitos de perfume a Concha... ¡Ah! El cartel del San Carlos le hizo morderse los labios de emoción: volvía a ver la gran lámpara, el amplio escenario, los coros; ¡pasaban otros coches con cochero de librea que iban hacia allá! ¡Y él se marchaba!...

—Por cierto—dijo Melchor de repente—, ¿qué hizo usted con la francesa?

—No lo sé, hombre. Me encontré al otro día con un diablo de criatura que no había visto nunca. ¿Y usted?

Entonces Melchor extendió los pies sobre el asiento de enfrente y se encogió de gozo, sin contestar.

—Dígame, ¿qué hizo usted?

Melchor, inmóvil, soplaba el humo del puro, en un rumiar envanecido de gozo.

—¡Dígalo, qué diablo!

—¡Dar gusto a la carnecita!—soltó, por fin.

Pero habían llegado al Español. Arturo subió al cuarto, y mientras Manuel bajaba el baúl, se quedó un momento inmóvil, mirando las paredes, el lecho donde durmió tantas semanas con la Concha, el balcón al que ella se asomó tantas veces, el espejo ante el cual Pancho peinaba sus trenzas negras.

—¡Se acabó!—dijo, al fin, bajando.

Quiso despedirse de Videiriña, pero Manuel le dijo «que se había ido a jugar un ratito al monte». Arturo entonces pensó en dejarle una tarjeta; pero al recordar a las dos mujeres de negro en el rellano, se metió rápidamente la cartera en el bolsillo.

—¿Quiere usted que yo le diga algo?—preguntó Manuel.

Arturo respondió:

—¡Déle dos puntapiés en la barriga!

Manuel se inclinó, masticando una risita. Estaba, sin embargo, sentido por la marcha de Arturo, y cuando iba él a entrar en el coche, no se contuvo, le cogió la mano, y estrechándosela:

—¡Ya ve usted! ¡Cuando vuelva, deja aquí unos amigos!

Arturo lanzó aún una mirada al balcón de su cuarto, y el *Tieso* arrancó.

Cuando llegaron a Santa Apolonia tuvo sólo tiempo de comprar el billete y de correr al andén. Faltaban dos minutos en el reloj transparente.

Entonces, Arturo, después de colocar la maleta, tendió los brazos a Melchor:

—¡Adiós, buen viejo!

Melchor le abrazó, conmovido, y le besó en la cara. Ante tanta simpatía, los ojos de Arturo se llenaron de lágrimas. Se estrecharon las manos desesperadamente, con palabras trémulas:

—¡Amigos hasta la tumba!

—¡Gracias, gracias!

Un individuo de gorra galoneada pasó:

—¡Va a salir el tren, señores!

Arturo, con los ojos arrasados de lágrimas, se precipitó hacia el departamento.

—¡Vaya a ver al empresario, Melchor!

—¡Mañana! ¡Mañana temprano!

Pero el tren no salía: llegaba gente corriendo; rodaban carretillas con equipajes; unos soldados equipados, con mochila, embrutecidos, buscaban un tercera; un cura parecía enloquecido, vagando ansiosamente con una sombrerera de cartón azul en la mano; y sin cesar, delante, en la sombra, la máquina resoplaba.

Melchor, con la mano apoyada en la portezuela, mascaba el puro. No hablaban, con una vaga impaciencia de separarse al fin. Arturo pensaba confusamente en su salida de Oliveira de Azemeis, en los adioses de *Violón*; y le parecía verle ya en la Corcovada, inclinado sobre el billar, con la pierna al aire, haciendo elegantes carambolas.

Silbó la máquina.

Se estrecharon de nuevo las manos, nerviosamente:

—¡Adiós!

—¡Adiós!

—¡No olvide lo del empresario!

—¡Mañana!

—¡Escriba!

—¡Y usted lo mismo!

El tren empezó a rodar despacio.

Y entonces Arturo, asomándose ansiosamente a la ventanilla:

—¡Ah, diablo! ¡Eh, Melchor! ¿Trajo usted el paquete?

—¿El paquete? ¡Ah, sí, el paquete!—se registró los bolsillos, y corriendo a lo largo del tren, cuya velocidad aumentaba, tendió un paquete a Arturo, que lo cogió ávidamente. Eran dos pares de guantes negros y un *plastron* negro también, que había comprado aquella tarde, y que llevaba a Oliveira para lucir cosas *chics*, cosas de Lisboa, en el luto de la tía Sabina.

X

Tres días después, al anochecido, Arturo salió de casa para ir por primera vez a la Corcovada.

La tía Sabina había sido enterrada la víspera de su llegada. Los tres días de duelo habían pasado, y como aquella noche los sollozos de la tía Ricardita, postrada a oscuras en el oratorio, y los ayes de la Juana, por los rincones, hacíanle más lúgubre la casa, decidió, para distraerse, ir un rato hasta el billar.

El primero que le vió cuando empujaba la puerta acristalada fué Juan Valente, que se levantó con los brazos alzados, gritando:

—¡Viva el elegante!

Violón corrió desde el billar, y tirando el taco, le subió hasta él en un abrazo frenético. Personas que él no conocía se levantaron, vinieron a estrecharle la mano, y Arturo, radiante, reconoció que la villa entera le consideraba un *gran hombre*.

La mesa a la que él se sentó quedó en seguida rodeada de un grupo ávido de escucharle, de verle, de examinar su traje; había a su alrededor tres filas de muchachos, y unos viejos pacíficos, con capote sobre los hombros, colocaban desde lejos la mano sobre la oreja para escuchar sus opiniones. Tuvo que describir su llegada a la redacción del *Seculo*, al Universal, al San Carlos, a las *Cámaras*, a las *soirées* mundanas. Uno quería saber lo que se decía del Ministerio; otro parecía devorado de curiosidad por los bailes de máscaras; un tercero, bajando la voz, pedía—ya que estaban allí entre hombres—algunos detalles sobre las *chicas*. Arturo prodigaba noticias, juicios, anécdotas. Algunos, que habían visitado la capital, escuchaban con una vaga sonrisa de entendidos, aprobando con la cabeza, murmurando:

—¡Así es! ¡Eso mismo! Era igual en mi tiempo... Bien se ve que el amigo conoce a Lisboa...

Fué para Arturo una hora completa, triunfal, de gran goce. Lanzaba a cada momento los nombres de los personajes ilustres que había entrevisto apenas, diciendo: «Mi amigo Roma...», «Una vez estaba yo con Carvalhosa...», «Entonces, el conde de Villa-Rica...»

En las fisonomías de alrededor difundíase una admiración respetuosa. Obligaron incluso a los jugadores obstinados a suspender su partida, porque el chocar de las carambolas, la voz del hombre del marcador, producían interrupciones poco respetuosas. Arturo, por último, ya un poco ronco de hablar, se echó hacia atrás en la silla, y entonces, muy solícito, declaró con autoridad:

—Está bien; déjenlo ahora. No le atosiguen más.

Y levantándose, le arrastró, apoderándose de él, y declarando en voz alta «que tenía que decirle cosas privadas», quiso llevárselo hacia el cubículo de las cenas. Pero todos protestaban: un individuo, incluso, empujó a Arturo hacia un rincón y le pidió que le recomendase a un ministro; otro le agarró por la manga, y deslumbrado, sin duda, por los re-

latos, quiso saber cuánto era preciso gastarse para gozar un mes en la capital. Entonces, *Violón* se enfadó. ¡Qué diablo, que dejasen al muchacho; tenía cosas importantes que decirle!... Y le iba llevando por fin hacia el cubículo, cuando el señor Cardoso, uno de los elegantes más considerados de Oliveira, le condujo hacia una mesa apartada, y allí le preguntó delicadamente si le sería posible mandar traer una boquilla «como ésa»—y señalaba con veneración aquella en la que Arturo fumaba un puro barato, que en nombre de los amigos habíale ofrecido Juan Valente.

Finalmente, *Violón* consiguió libertarle, y cerrando la puerta del cubículo:

—¡Caray con los pelmas!—exclamó.

Y allí, a solas, conversaron íntimamente hasta las dos de la madrugada.

Arturo gozó entonces algunos días de celebridad. Su fama había empezado con la publicación de las noticias en los periódicos. La Corcovada se vió obligada a suscribirse al *Seculo*, porque los clientes asiduos, considerándolo como la crónica oficial de Arturo, querían seguir en él sus glorias. Vasco colgó su retrato en la botica; Carneiro decía ahora alto, por todas partes, «que el Casino se honraría mucho con tenerle en su seno». El Casino se vió incluso obligado a comprar seis ejemplares de los *Esmaltes y joyas*, porque apenas ponían el volumen en el salón de lectura, inmediatamente desaparecía, robado por uno de los socios. El hecho se atribuía a que todas las señoras querían tener el libro, y aquellos robos consecutivos dieron incluso lugar en el Casino a discusiones ruidosas.

En misa, en la plaza, era muy contemplado. Se comentaron incluso las miradas que no cesaba de lanzarle en todos los lugares públicos la gruesa esposa del doctor Azevedo. Y el administrador del Concejo, el día en que se encontraron, fué el primero en quitarse el sombrero.

Sin embargo, su hora triunfal era en la Corcovada. Tenía allí un sitio reservado, al que llamaban *la mesa de Arturo*. Era él el juez, el árbitro, quien decidía sobre todas las cuestiones: sobre elecciones, literatura, *toilettes*, intereses locales, de política extranjera, casamientos. Pero lo que le deleitaba más que nada era perorar, narrar los lados íntimos de la vida de Lisboa, *soirées* aristocráticas, cenas artísticas; ponía en las descripciones más imaginación poética de la que le fuera necesaria para escribir *Esmaltes y joyas* y hasta los *Amores de poeta*. Gustábale deslumbrar a aquellos burgueses haciéndoles ver la vida literaria más exquisita para parecer él mismo más interesante. Afirmaba que los literatos lo eran todo en Lisboa: imponían la ley, iban a Palacio, guiaban tílburis y se casaban con condesas. Por otra parte, no era difícil creerlo a quienes le escuchaban viendo los Ministerios llenos de antiguos poetas líricos.

Una noche, un viejo que no había salido nunca de Oliveira de Azemeis, debido a ser desde siempre de constitución delicada y de costumbres caseras, le preguntó si era cierto lo que se contaba: que los escritores celebraban cenas en que danzaban mujeres desnudas al son de las orquestas.

Alrededor protestaban:

—¡Vaya con don Albino! ¡Qué ocurrencia!

Pero Arturo se interpuso con autoridad:

—No, no diré que desnudas, pero ¡que son unas orgías magníficas, eso sí! ¡Hay orgías deliciosas!...

Violón exclamó, dándole en el hombro:

—¡Eso lo sabemos bien nosotros!

Y Arturo sonrió con complacencia.

Violón tomaba en aquellas conversaciones una parte eminente: su mayor placer era hacer preguntas sobre personajes, gente de Lisboa, que sólo él y Arturo debían conocer, lo cual, ante los otros, los aislaba en una importancia elegante y superior.

—Melchor ¿sigue viviendo en los Cardaes, junto a Jesús? ¿Con quién está Lolita? ¿Quién va ahora al Paula? Juan el Gordo, ¿se emborracha todavía? Y el vejete—¿cómo se llama?; ¡ah, sí!, el conde de Pisaes—, ¿sigue en casa de la pequeña?

Arturo contestaba, hasta cuando lo ignoraba.

Y *Violón* se recostaba, como invadido por la nostalgia:

—¡Ah Lisboa! ¡Lisboa!

—¡Gran sitio!—murmuraban alrededor, respetuosamente.

Y Arturo se retorcía el bigotito, con satisfacción.

Pero en contraste con aquella alegría de la Corcovada, ¡qué tristeza en casa! La hora de la comida, sobre todo, era lúgubre: la tía Ricardita, apenas veía el sitio vacío de Sabinita, empezaba a lloriquear; y entonces repetía la historia de su enfermedad, de los remedios que tomó, de la reserva del doctor Azevedo, y de lo que ella dijo, hablando siempre de su Arturito, hasta el último día, en que, ya moribunda, seguía repitiendo: «¡Qué ingrato! ¡Qué ingrato!» Y en aquella añoranza de Ricardita había una vaga irritación, como si se sintiera ella escandalizada de que Sabinita muriese dejándola sola, sin nadie con quien hablar, que le hiciese compañía en el cuarto. El propio Alburquerquecito parecía otro; había abandonado las escuadras internacionales, y hasta sin interesarse ya por sus solitarios, vagaba por la casa lúgubremente, muy abatido, mirando a Arturo de soslayo y murmurando entre dientes: «¡Mal pirata! ¡Mal pirata!» Y no pudiendo soportar la fúnebre languidez de aquellas veladas, Arturo, apenas acababa de comer, se escapaba, iba a su cuarto a peinarse un poco y bajaba de puntillas la escalera, dirigiéndose hacia la Corcovada.

De haber querido—y ésta fué, más adelante, la opinión de *Violón*—, Arturo podría haber aprovechado aquella popularidad para lograr una posición en la villa. Se contentó tan sólo con perorar en el café, prodigar anécdotas, y al poco tiempo vió disminuir la curiosidad que inspiraba, y los pequeños intereses de la localidad resurgir, adquirir de nuevo en las conversaciones, en las preocupaciones, su importancia esencial. En la Corcovada estaban ya acostumbrados al «gran hombre». Ya no era el centro de los grupos. El billar recobró su imperio pacífico y tenaz; las bromas de Juan Valente, poco atendidas una temporada, volvían a ser celebradas con alegría. Hasta la Corcovada, muy fina, no renovó la suscripción al *Seculo*. Ahora, la única satisfacción de Arturo era, como en otro tiempo, cenar con *Violón*. Habíale contado, con los detalles más íntimos, sus amores con la Concha. *Violón* se interesó apasionadamente por aquella novela: exigió una descripción del cuerpo de la Concha, y la escuchaba con un aire de honda reflexión, de entendido, frunciendo el entrecejo, con la mirada fija.

—Buen tobillo, ¿eh?

—¡Precioso!

—Sí, ¿eh?—y escupía enérgicamente—: ¿Y la pantorrilla?

—¡Adorable!

Violón hacía un gesto de asentimiento:

—Sí, como todas las españolas. Y una piel fina, ¿no?

—¡De raso!

—¡Sí!—Volvía a escupir con ganas, y satisfecho, iba recorriendo así todo el cuerpo de Concha.

Se le dilataba la nariz de sensualidad ante aquellas revelaciones. Gozaba a la Concha con aquellas descripciones de Arturo, y no pudiendo separarse de él, le acompañaba hasta casa, rozándose contra su cuerpo, como si percibiese aún en el pelo y en la ropa de Arturo un vestigio del olor de la española.

Pero poco a poco—como un barniz muy usado pierde su brillo—aquellas conversaciones se empañaban, perdían su frescor reciente. Arturo comenzó a aburrirse en la Corcovada, donde ya no tenía nada que contar ni nadie a quien deslumbrar: la casa, lúgubre, enlutada, le desolaba, y reaparecía la nostalgia de Lisboa, muy amarga. Ahora todo cuanto allí había pasado le parecía bueno, hasta los apuros de dinero que sufrió. Las amarguras padecidas al perder a la Concha tenían, al menos, un elevado tono sentimental, romántico. Allí él vivía, aun contrariado; aquí, ¡santo Dios!, bostezaba. La ciudad, a distancia, se le aparecía más noble, más bella; atribuía ahora las contrariedades sufridas a sus propios defectos: de no ser él tan tímido, de un carácter tan susceptible al abatimiento, podría haber llegado a intimar con doña Juana Coutiño y recuperar su puesto en el Club Democrático. Debió haber perseverado, insistido, conservado enhiesta la voluntad, ¡y hubiese medrado! Y sentía ahora deseos de coger sus quinientos duros y volver a Lisboa: vivir allí con economía en alguna casa de huéspedes, retirado, en un quinto piso. Pero esperaba para decidirse la respuesta del empresario y de Melchor, a quien escribía largas cartas, de rebuscado estilo, pintándole románticamente su tristeza y haciendo la caricatura literaria de los concurrentes a la Corcovada.

Y, entre tanto, para ocupar su espíritu vacío, intentó volver a interesarse, a amar a la señora del vestido a cuadros; pero, a pesar de los esfuerzos que hacía para evocar el antiguo sentimiento, pronto sintió que todo su amor por ella habíase desvanecido; se pasaba días enteros sin acordarse de ella; después, repentinamente, se esforzaba en amarla, en tenerla siempre presente en su corazón; y, en efecto, conseguía obligar a su memoria a ocuparse de ella durante una mañana entera; luego, se distraía de nuevo, y su imagen, como un perfume destapado, se evaporaba insensiblemente.

Quiso entonces hacer versos. Pero así como en Lisboa el barullo de la calle, al principio, espantaba la inspiración, era ahora el sopor silencioso de la villa lo que parecía alejarla. Recayó por ello en un tedio pasivo, triste, lleno de horas vacías; daba largos paseos al azar; descoyuntaba sus mandíbulas en bostezos interminables.

Por aquel tiempo, Vasco, que había expulsado al último mancebo, a quien su esposa encontraba «¡guapo!, ¡guapo!», fué a buscar a Arturo. Empezó por decirle que era tal vez una osadía ofrecer un simple puesto de ayudante a un hombre tan conocido de las letras... Pero que él no acudía allí como jefe del establecimiento, sino como amigo: no era un ayudante lo que buscaba, sino un colaborador... En fin, que le ofrecía veinte duros mensuales, y más adelante podrían llegar a un acuerdo para la cesión total de la farmacia.

Arturo no reconocía a Vasco, al Vasco de genio áspero. Le veía benévolo, amable, y si su fisonomía conservaba el antiguo aire hostil, sus palabras rebosaban afecto. Confesó a Arturo que era él el único que no le había causado inquietudes respecto al honor de su nombre. Y terminó diciendo:

—Esto no es urgente. Puede darme su contestación durante toda esta semana.

—Yo lo pensaré—dijo Arturo cortésmente, para no darle una negativa demasiado seca.

Pero sentíase vagamente halagado por aquella afabilidad de su antiguo patrón, que antes le asustaba sólo con sorber por las narices. Sorbía aún, pero discretamente.

Arturo repitió:

—Yo lo pensaré.

—Pues piénselo—dijo Vasco con tono profundo.

Pocos días después recibió al fin la deseada carta de Melchor. Abrió el sobre con ansiedad y leyó estas líneas:

«Mi querido amigo Arturo: Hace mucho que quería escribirle, pero usted ya conoce Lisboa y sabe que unas cosas traen otras, y entre el quehacer, los placeres, etc., no tiene la gente un ratito disponible...»

¡Qué diferencia con su vida de ahora! El tenía toda la jornada vacía, inútil, ociosa... También a él, cuando estaba en Lisboa, se le pasaban las horas como los vagones sucesivos de un tren expreso.

«... Sabrá, ante todo, que estuve con la Concha. La encontré con la caballería de Manolo, en el Price; estaban incluso a mi lado, y no pude dejar de hablarles. La Concha, muy bonita y muy *chic*...»

El pecho de Arturo se levantó con un vago suspiro.

«... Manolo tuvo el atrevimiento de invitarme a ir con ellos al Matta, y me vi obligado a aceptar. Debo decir—porque la verdad es la verdad—que Manolo estuvo muy amable. En el fondo es un buen muchacho y valiente; me invitó a comer con ellos en el Pelicano, donde viven como marido y mujer...»

Arturo se indignó con Melchor: le parecía un traidor, desertando hacia quienes le habían injuriado. ¡Qué granuja!

«... Estuve ayer en el Aurea con Videiriña. Tomamos un chocolate y hablamos mucho de usted...»

—Pobres, son buenos chicos—pensó Arturo con una nostalgia enternecida.

«... Otra novedad es que sus amigos los republicanos van a fundar un periódico, *El Futuro*. Damián y Matías son los redactores. Yo di la noticia en el *Seculo*, diciendo incluso que deseaba grandes prosperidades al nuevo colega, porque, en fin, conviene ser delicado...»

Aquel auge del partido que le había rechazado hizo sentir a Arturo con mayor agudeza la desgracia de su separación.

«... He dejado para el final las malas noticias. Después de haber ido tres o cuatro veces a casa del empresario, sin encontrarle, pude hablar con él esta mañana en el teatro. Dijo muchas cosas y acabó por declarar que no podía aceptar los *Amores de poeta*. Afirma que es irrepresentable, que resulta muy bueno para leído, pero que no hace efecto en escena. Quise, sin embargo, argumentar; pero el hombre me demostró que para ponerlo en escena era necesario rehacerlo desde la primera línea hasta la última, es decir, que era mejor tirar el original a la lumbre y escribir otro. Tuve que bajar la cabeza...

«Y usted, ¿cuándo viene? Lisboa, brillante; buen tiempo, compañía francesa que ha llegado, el delirio. Si la viejuca le dejó *tela*, haga las maletas y caiga por aquí, para que reanudemos la hermosa francachela. Su amigo del alma,

Melchor.»

Arturo permaneció con la carta en la mano, sentado ante la ventana de su cuarto. El día era adorable, y un buen sol cálido daba un brillo vigoroso al follaje de los árboles, que mostraban el verde de la primavera; la torre de la iglesia, muy aguzada, blanqueaba sobre el azul, y de un palomar vecino emprendieron el vuelo unas palomas, esparciéndose por los huertos. Maquinalmente, Arturo las siguió, interesándose un momento por los sitios donde posaban sus patitas rosadas; un muro blanco con enredaderas, un encañado donde verdeaba una parra, la piedra de un estanque donde el agua tenía espejos y sombras... Había un vago rumor durmiente, compuesto de la lenta agitación del follaje y de un vago piar de pájaros; un aroma de espliego subía a ratos en las ráfagas, y todo era sereno, suave, tranquilo, hecho para calmar una existencia agitada.

Y entonces, serenado por aquella paz de la Naturaleza, sin cólera ya contra aquella última desilusión que le abrumaba, consideró su destino: volver a Lisboa sin recursos permanentes, sin amistades útiles, sólo con sus pobres quinientos duros, que se evaporarían en un verano, era imposible. No había que engañarse con sofismas: era imposible. ¿Qué le quedaba entonces? Someterse, permanecer allí, en la villa. Al menos, tenía un lecho, la comida segura; si aceptaba la proposición de Vasco, tendría además veinte duros al mes, y los fondos depositados en Carneiro serían una reserva. La tía Ricardita estaba vieja, enferma, al borde de la tumba; heredaría de ella algunos miles de duros, cinco o seis, los que fuesen; podría entonces, con un apoyo más sólido, recomenzar la vida, volver a Lisboa. Hasta entonces tenía sus libros, aquella tranquilidad de villa bonita; y sería una temporada de reposo, en que su espíritu maduraría y se calmarían los dolores de tantas desilusiones. Se consideró entonces, sentimentalmente, como un afligido convaleciente de la vida.

Había salido de aquel invierno en Lisboa como un vencido de una batalla, con heridas en todas partes, en su amor traicionado, en su ambición ilusionada. Necesitaba descanso, la santa influencia de un lugar recogido. ¡Oliveira le servía; allí se quedaba!

Releyó la carta de Melchor: «Lisboa está brillante.» Y vió entonces, en las letras de aquella frase sencilla, todo cuanto había él amado allá lejos: las anchas calles, la gente apresurada, el rodar de los coches, el vestíbulo, iluminado de los teatros, los cafés llameantes, los amores nobles y los amoríos ardientes, llenos de la poesía de la sensualidad! ¡Para él todo había terminado! Cogió la carta del periodista, la rompió en pedacitos y los tiró hacia el huerto; los papelitos blancos revolotearon, girando en el aire, fueron a caer sobre las hojas, sobre la jaula de mimbre de los conejos, sobre las ramas espinosas del limonero; y Arturo los siguió melancólicamente, como si fuesen fragmentos de su pasado fenecido rodando hacia los abismos... ¡Se acabó!

Cepilló cuidadosamente su sombrero y se dirigió a la farmacia de Vasco. El boticario, como en otro tiempo, rumiaba el *Almanaque de recuerdos*. Se levantó con satisfacción, y para honrar la entrada de Arturo se quitó levemente el gorro: Arturo no se hubiese quedado más sorprendido viendo que un rey le saludaba quitándose la corona. Para hablar más a gusto, fueron hacia el laboratorio, y cuando al cabo de un cuarto de hora, Arturo, pálido, salió, cerrando tras él la puerta acristalada de la farmacia, suspiró y dijo para sus adentros:

—*Consummatum est!*

*

Aquella tarde, con la serenidad melancólica de quien ha tomado una resolución dolorosa, se fué a pasear al azar por las afueras de la villa. Iba resumiendo su vida, intentando explicarla: ¿a qué se debía el hecho de no haber recibido en el mundo más que desengaños? De su falta de simpatía, pensó. ¿Quién le había querido, estimado, desde que su padre murió, cuando hizo él su entrada en la vida? ¡Nadie! En Coimbra no había dejado amigos: para sus compañeros, con quienes comía y a los que admiraba, era Arturito, el *novato*. Había pasado en la generación universitaria desconocido, rumiando sus exaltaciones, encogido en su «batina», sin ruido. Un día, el *novato* se vino abajo, ¡se acabó! Después, en Oliveira, ¿a quién había encontrado? Teodosio era un bruto, para quien la amistad consistía en acompañarle de madrugada, entre los rastrojos de San Esteban, a la caza de perdices. *Violón*, ¿qué sabía de afectos, de uniones espirituales, aquel embrutecido, retirado por pobreza de los burdeles y de los garitos, viviendo entre una copa de aguardiente y una carambola elegante? ¿Y en Lisboa? Meiriño le había sableado; Melchor le sacó comidas y coches; Nazareno le insultó; Damián le llamó canalla; Manolo le robó la muchacha, ¡y desear la estimación de Videiriña era como buscar un perfume en una alcantarilla!

Nunca había recibido el amparo de la amistad, ni sentido el calor fortificante de la simpatía ambiente, sin el cual el hombre va por la vida como por una selva oscura, tropezando contra troncos que le magullan, cayendo sobre zarzas que le hieren, sin encontrar el camino real donde está la luz, la paz. ¡Nadie! ¡Nadie!

Y, sin embargo, se engañaba: alguien le había amado: una pobre vieja, sencilla, de corazón amante, que en la vida sólo vertió lágrimas, y que estaba ahora bajo una losa, en aquel cementerio, cuyos cipreses veía él al fondo del atajo por el que caminaba. Apresuró entonces el paso: quería ver la sepultura de la tía Sabina.

La verja del cementerio estaba abierta. Junto a la entrada, bajo un sauce llorón, había una carretilla de arena, una pala, y alrededor, en la tierra apisonada, daban saltitos unos pájaros. Por todo el terreno, negros cipreses aguzaban su triste inmovilidad; los sauces llorones doblaban los largos ramajes, lisos y pálidos, y por la hierba verde, sembrada de florecillas, blanqueaban lápidas y se veían cruces negras, torcidas sobre la tierra bianda. Aquí y allá pasaba un piar rápido de gorrión, y en el cielo cóncavo la tarde tibia de primavera palidecía.

Arturo fué andando por una veredita bordeada de altos espliegos. Le pareció oír canturriar una voz; escuchó:

Crecen con los alhelíes
rosas en las sepulturas.
¡Muerte eterna! ¡Muerte eterna!
¡Vida que tan poco duras!

Era la extraña canción que había ya oído muchas veces al sepulturero, y que él transcribió en la escena del cementerio de los *Amores de poeta*, tan apreciada en la comida del Universal. Se adelantó. Junto a una mata de rosas silvestres, el tío Jacinto, en mangas de camisa, con la espalda curvada, mostrando los remiendos pardos de los pantalones, cavaba despacio, abriendo una fosa: la tierra negra se amontonaba a un lado y la

azada arrancaba matas de hierbas, que quedaban allí, con las raíces prendidas aún al terrón, caídas, muertas también.

El tío Jacinto canturriaba bajito:

Crecen con los alhelíes
rosas en las sepulturas...

La tonada entristecía a Arturo, pero su misma melancolía le causaba un vago placer romántico, e instintivamente se comparaba con Hamlet, vagando por el cementerio de Elsinor, discutiendo con el sepulturero y levantando del polvo, en sus manos de príncipe triste, la calavera de Yorick...

Crecen con los alhelíes
rosas en las sepulturas...

—Buenas tardes, tío Jacinto.

El sepulturero se volvió:

—¡Hombre, si es don Arturito! Qué, ¿por la villa otra vez?

—Vine hace días. ¿Para quién es esa tumba?

Y su voz, al hacer esta pregunta en el aire triste y callado del cementerio, le emparejaba más en su melancolía con el poético Hamlet.

El tío Jacinto se rascó la cabeza, con embarazo:

—Mire, pues, la verdad, don Arturito, no puedo decírselo... Fué Caipira, Joaquín el sacristán, el que vino a avisar... Es para una muchacha que vivía ahí, junto a la carretera del Hondón... Ha muerto tísica...

—¡Ah!

El tío Jacinto siguió cavando:

Crecen con los alhelíes
rosas en las sepulturas...

E interrumpiéndose:

—¿No quiere usted ver, don Arturito, la sepultura de su tita?

—¿Dónde está?

El tío Jacinto dejó la azada, se sacudió las manos y empezó a caminar junto al muro, donde crecían rosas contra la cal, muy blanca. Pero se detuvo, indignado: uno de los rosales estaba partido, y en el muro encalado había raspones como de suelas que se hubiesen apoyado al escalar...

—Pero ¿usted ve, don Arturito, cómo han vuelto a saltar de noche?

—¿Quién?

El tío Jacinto contemplaba con tristeza el rosal partido, murmurando:

—¡Rediez! ¿Quién? ¡Vaya usted a saber quién! ¡Tiene que ser la misma partida que venía a robarme las patatas! ¡Si pillo a uno!...

—Pero ¿y usted plantaba patatas en el cementerio, hombre?

—¿Y por qué no, don Arturito? Pero el señor Alves, el diputado, empezó a meterse. Hasta dijo que era pecado. Pecado es quitar a un pobre el pedacito de su negocio. ¡Ricas patatas! Y es que le digo que no hay tierra de sementera como ésta—y con un amplio gesto señalaba el cementerio—: Crece todo lo que usted plante. ¡Está abarrotadita de abono!... Por aquí, don Arturito; la tita está hacia este lado.

Era una piedra lisa, bordeada de una cerca de madera. Al lado había un ciprés y las hierbas crecían altas. Arturo permaneció en pie, apoyado en la cerca, y casi le desesperaba no sentir ni emoción ni nostalgia; se esforzaba por conmoverse, pensando que allí debajo, en su mortaja azul, estaba la dulce viejita; pero su corazón se mantenía sereno, como si debajo de aquella piedra hubiera otra piedra y no el cuerpo de aquel tierno ser que le había amado. Se juzgó seco, endurecido, y forzaba su sensibilidad, intentando recordar las lágrimas de ella al separarse, el cuidado por su ropa, el cariño de su mirada. Pero su corazón permanecía inalterable, ocupado sólo de su función orgánica, sin obedecer a la imaginación que le incitaba a la añoranza. Por último, dijo:

—Debían poner aquí unos rosales, para que resultase esto más bonito. ¡A ella, que le gustaban tanto las flores! ¡Pobre tía Sabina!...

Pero el sepulturero no le escuchaba: poniéndose de puntillas sobre sus zapatones, miraba entre los cipreses hacia la fosa donde había dejado la azada. Y dando una fuerte palmada con sus manazas, como para ahuyentar a unos pájaros importunos:

—¡Eh, allí! ¡Eh! ¡Eh, bribona!

Arturo se volvió: una chiquilla delgaducha, rubia como una espiga de trigo, se divertía en hacer rodar terrones hacia la fosa, y otra, que había saltado dentro, cavaba con las manos, buscaba bichos, y de repente desapareció en el negro agujero, tendida, sin duda, *haciéndose la muerta*; y sus risitas claras y finas llegaban mezcladas con el piar de los pájaros.

—¡Eh, so bribona!—gritó otra vez el tío Jacinto—. ¡Allá voy, espera! No tengas tantas prisas por tumbarte en la fosa, que ya te llegará el día, ¡y más pronto de lo que quieras, desvergonzada! ¡Deja la azada, muchacha! ¡Ah condenada!

Y él mismo se apartó, gruñendo:

—¡Mala ralea de mujeres!

Arturo fué entonces andando entre las otras sepulturas. Había venido con intención de tener un momento serio de contemplación, de añoranza, ante la losa de la tía Sabina; pero su espíritu se resistía a la tristeza, se distraía: sonrió al ver el panteón de Carneiro, un monumento muy apreciado y admirado, en que el Angel de la Tristeza lloraba sobre una columna truncada. Leyó aquí y allá epitafios laudatorios, y hasta lió un cigarrillo, distraídamente. Quiso pensar en la muerte, en la eternidad, impregnarse de una melancolía mística, mezclarse, él, para quien la existencia que iba a volver a empezar constituía una semimuerte, con aquellos difuntos que se deshacían bajo las raíces de las florecillas agrestes. Pero su espíritu se resistía a perderse en la penumbra lúgubre de la idea de aniquilamiento y de término. Era, sin duda, la influencia de aquel cementerio, que, según decía el tío Jacinto, era una tierra de sementera... Palpitaba una fecundación en el suelo bien abonado; hierbas perennes formaban a ras del suelo una blanda espesura; toda clase de florecillas, azules, rojas, amarillas, menudas y profusas, se apretaban en las grietas de las losas mal unidas; en el muro, donde la cal, bajo la humedad, se desprendía, retorcíase una hiedra de un verde intenso, y unas clavellinas colgaban abiertas. Había un olor fuerte a hierbas, y en los árboles los pájaros piaban tan desesperadamente, que Arturo dió unas palmadas para hacerlos enmudecer.

El tío Jacinto, cavando apresuradamente, volvió a entonar su canción, y su voz, en la pura limpidez de la tarde, llegaba hasta Arturo pintoresca, con el ruido sordo de los azadonazos:

Crecen con los alhelíes
rosas en las sepulturas...

Entonces, él mismo tarareó bajito la melodía: recordaba ahora la noche en que la canturrió mientras leía su drama en el Universal; y veía de nuevo el mantel resplandeciente, lleno de blancuras de loza brillando a la luz del gas, y a Carvalhosa serio, meciendo la pierna, con la garganta muy abrigada; y sonreía acordándose de Padilla, furioso porque veía en la declamación del protagonista injurias a los nobles, amigos suyos... Entonces rememoró la *soirée* de doña Juana; Padilla rebuznando; el *frufrú* de las faldas, de las sedas,

de los vuelos de doña Juana, con los pómulos salientes, su gran nariz y los ojos reluciendo bajo las arcadas prominentes; veía a la gorda vizcondesa—¡aquel estafermo!—sentada sobre su clac; recordó a la señora del vestido color paja, que le habló de Rochefort, y a quien él sólo supo contestar: «¡Valiente tío!» Ante aquel recuerdo, su cara enrojecía aún, y dió con el pie en el suelo del cementerio con un ¡ah! de rabia y de vergüenza. Desde aquella noche se inició la serie de sus desventuras: veíase en la sesión del Club, lívido ante Matías, con la levita muy abrochada, que le expulsaba del partido republicano, con un gran gesto a lo Fouquier-Tinville, mientras llegaban hasta él, por ráfagas, de la cervecería contigua, vagos acordes de arpa y de violín. Conoció por entonces a la Concha, aquel día en que vió al joven pálido, ¡desnudo de cintura para arriba, levantando el brazo, del que escurría una sangre negra! Después, eran el Español, las cenas, los buenos desayunos, cuando la Concha, con la capita de lana sobre los hombros, partía los huevos pasados por agua, engarabitando el meñique. Habíase acercado insensiblemente a la sepultura de la tía Sabina, y mirando la piedra blanca, su pensamiento estaba lejos, allá, en el cuarto del Español, viendo de nuevo por la noche a Concha arreglándose el cabello ante el tocador, antes de acostarse; en la mesilla de la cabecera, la luz levantaba su llama recta; ella corría a meterse entre las sábanas, con un estremecimiento de frío...

Corrió una brisa por las hojas del ciprés, junto a la sepultura, y entonces le invadió un horror de aquellas visiones lascivas, evocadas sobre la tumba de la tía Sabina. Le pareció una profanación, una ofensa a la muerta: quiso calmarla, hacerse perdonar, y por superstición, creyendo que nada sería más grato al alma de la dulce vieja, se arrodilló junto a la cerca. Pero no podía rezar: sólo recordaba trozos de antiguas oraciones del catecismo, inexpresivos como tonadillas... No sabía cómo era preciso hablar a Dios...

El sepulturero se acercó entonces, diciendo:

—Vamos a cerrar, don Arturito...

Pero viéndole arrodillado, enmudeció; y silenciosamente empezó a quitar la hierba en torno a la sepultura: tenía ya un puñado, y agachado, iba escogiendo la de un verde más claro, la más cercana a la lápida, la más tierna.

Arturo se levantó instintivamente e hizo la señal de la cruz.

—Amén—dijo el sepulturero.

Se echó la azada al hombro, y Arturo le fué siguiendo.

—Aquí no es como en Lisboa—dijo entonces el tío Jacinto—. Allí sí que hay mausoleos, y de gusto...

—¡Ah, sí!—murmuró Arturo, distraído.

—Eso es lo que me convenía—siguió diciendo el tío Jacinto—: tener allí mi arreglito, para cuidar de las tumbas, enarenar las calles, tener frescas las flores. ¡Ah, allí, en Lisboa, sí! ¡Pero aquí!...

También el tío Jacinto tenía ambiciones, ¡también él soñaba con la capital!

Junto a la verja, debajo del sauce llorón, las dos niñas esperaban: la más pequeña se había sentado en la carretilla de arena, las piernecillas colgantes, y la otra, flaquita y rubia, iba empujando, a los gritos de la pequeña, que la incitaba como a un jumento tardo. Entonces el tío Jacinto se enfureció; ¡en dejándolas solas, venía en seguida el maleficio!... Eran sus sobrinillas. La más pequeña se llamaba María, y la otra, Rita...

—Hala, desalmada, recógete la falda y lleva bien tu brazada de hierba.

Y echó en la faldita que la pequeña extendía la hierba cogida al borde la sepultura de la tía Sabina.

—Es de la nueva—dijo él—, es de la que ha crecido después de enterrada la señora...

Arturo, instintivamente, miró el montón de hierba que la pequeña apretaba con mucho cuidado en la falda plegada, contra la barriguita. Ya contenía en aquella hierba—porque desde los tiempos de Coimbra conservaba él ideas panteístas—algo de la dulce viejita.

—¿Y para qué es esa hierba, tío Jacinto?

—¿La hierba, don Arturito? ¡Ah, es que era muy tierna! La escogía a propósito...

—Pues sepa usted que es para los conejos—respondió el tío Jacinto, echando la llave a la puerta del cementerio.

FIN DE «LA CAPITAL»

EL CONDE DE ABRAÑOS

NOTAS BIOGRAFICAS, POR Z. ZAGALLO

(1925)

ACOTACION MARGINAL

FIGURA *esta novela entre las obras póstumas de Eça de Queiroz, y se publicó en su primera edición (Librería Chardron, Lello e Irmao, Sucesores) en 1925.*

El primogénito del gran escritor, José María (como él fallecido, a su vez, prematuramente, en 1929), a quien ya me he referido, y sobre cuyos datos e informaciones directos y personales hay que apoyarse muchas veces, nos dice en la breve Introducción *que aparece encabezando* El conde de Abraños *(1), que esta obra, como casi todas las póstumas de su padre, está en su primera forma, ya que, desgraciadamente, la muerte truncó el propósito constante de Eça de Queiroz de corregir, revisar, pulir sus originales, no ya en sus manuscritos, sino en las mismas pruebas de imprenta. El original de* El conde de Abraños *estaba escrito a lápiz, y constaba de dos paquetes de cuartillas, «sin plan, casi sin una enmienda ni una corrección». José María, ayudado por su segundo hermano, Alberto (hoy también desaparecido),* recompuso, *descifró, ordenó y dió su natural encadenamiento al texto. «Todo ello—realmente, como señala el mencionado hijo—da un mayor interés, una visión inesperada de la espontaneidad, de la limpidez con que escribía Eça.»*

Fué escrita esta novela, según parece, por el año 1879 (es decir, estando su autor en plena madurez, a los treinta y cuatro años), en la pequeña ciudad francesa de Dinán. Pertenecía, conforme al plan trazado por Eça, a la serie que iba a componer las Escenas portuguesas. *El novelista, en su versátil fecundidad, se sintió atraído inmediatamente por otras obras planeadas, y dejando a un lado, olvidándose, en realidad, de* El conde de Abraños, *hizo que esta novela se perdiera de vista durante el largo período de cuarenta y cinco años. Hasta 1924 no fué descubierta inesperadamente entre los papeles*

(1) Como en algún otro texto queirosiano, al encontrar vocablos con *nh*, aquí, por la repetición constante de este apellido, que es el del protagonista, y atendiendo siempre a razones eufónicas y de facilidad de lectura para los lectores españoles, convierto el *Abranhos* del original en este *Abraños*; ello, por otra parte, es perfectamente lícito y admitido cuando se trata de traducir palabras portuguesas en castellano, lo mismo nombres comunes que propios (así, por ejemplo, *Minho* se traduce Miño; *hespanhol*, español; *sanha*, saña, etcétera, etc.).

del íntimo amigo y compañero de Eça de Queiroz Ramalho Ortigao, por el hijo de este último, José Vasco Ramalho, quien remitió entonces el manuscrito a José María Eça de Queiroz.

Este transcribe en facsímile en su citada Introducción *a esta novela, la carta autógrafa de su padre, con la que envió el manuscrito de* El conde de Abraños *a su editor. Eça denomina esta obra en dicha carta «biografía de un biógrafo», al titularla textualmente:* «El conde de Abraños. Apuntes biográficos; recuerdos íntimos, por Z. Zagallo, su secretario particular.»

Esta novela es una deliciosa caricatura, bosquejada a través de una trama novelesca de un personaje político, ese eterno figurón político, huero, ambicioso, cobarde, adulador, vanidoso, superficial, de una moral y de una psicología falsas y acomodaticias. Su figura, sus actos y sus palabras—¡sus famosas frases!*—, las recoge y registra fiel y reverentemente ese secretario suyo y fiel admirador, cretinizado. Y, como señala el propio Eça de Queiroz en esa carta al editor, refiriéndose a este individuo, «queriendo hacer la apología de su amo y protector, el idiota Zagallo nos muestra en su más cruda realidad la nulidad del personaje».*

Caricatura, sin embargo, tan fina y certeramente trazada, que, como observa atinadamente el hijo del gran novelista, «con el transcurso de los años el libro gana actualidad», pues si los tiempos han cambiado ciertos personajes de esa política al uso, ¡aun hoy!, son eternos en sus perfiles grotescos. Hay, como verá el lector, en esta novela escenas e incidentes en los que paradójicamente se mezcla la realidad con la fantasía exuberante del artista, siempre creador. Así, por ejemplo, ese largo momento en que Alipio Abraños, acompañado de su esposa y de algunos de sus íntimos (y, naturalmente, de su secretario), cuyas caricaturas traza también Eça con mano maestra, esperan, con una agonía impaciente, la visita del nuevo presidente del Consejo para ofrecerle una cartera en su flamante y nuevo Gobierno. *Y seguimos con una auténtica tensión las diversas reacciones del personaje y de su grupito, hasta que suena la campanilla, y, en efecto... Pero no es cosa de revelar aquí, en este umbral, la interesante y graciosa trama de esta novela.*

Pese a ese elemento esencial caricaturesco que predomina en esta obra, Eça, sin embargo, pinta la vida con su exacta, fea y lamentable realidad. Una vez más, Eça de Queiroz demuestra con ello el vigor, la maestría, la originalidad de su temperamento de novelista impar, cuyo arte gana, como un vino admirable, con los años, conservando siempre, al concentrarse, sus mejores cualidades.

INTRODUCCION

DOS MANUSCRITOS A LAPIZ

Cuando terminé de revisar las pruebas de este pequeño volumen, comprendí que, a pesar del ligero estudio que precede a *La capital*, era necesario decir algunas palabras, no sólo sobre los manuscritos de *El conde de Abraños* y de *La catástrofe*, sino también sobre las razones que hoy hacen legítima su divulgación. Deseo así dejar aquí expresados

muy claramente los motivos de orden literario—y también de orden moral—que me impulsaron a promover la publicación de estas dos obras, inacabadas en cuanto a la forma, y, sobre todo, embrionarias en cuanto a la composición.

La serie de obras que estamos ahora publicando son, como es sabido, simples primeras formas. Al presente volumen podríamos llamarlo más propiamente un borrador. En efecto, tanto *El conde de Abraños* como *La catástrofe* son sólo dos montones de cuartillas sueltas, totalmente escritas a lápiz, con una inspiración vertiginosa, casi sin una enmienda ni una corrección.

No es, por tanto, suficiente la habitual afirmación de que este trabajo «no fué revisado por el autor». Es necesario decirse, más explícitamente, que este trabajo «fué solamente esbozado por el autor». Borrador, esbozo, apunte a lápiz, son, efectivamente, los términos que nos sugiere, desde luego, la vista de los manuscritos de *El conde de Abraños* y de *La catástrofe*: el lápiz, a veces un poco desgastado, hace que la letra sea sumamente difícil descifrarla; palabras incompletas parecen abreviaturas; otras sólo indicadas fueron más adivinadas que leídas; y el papel, todo aprovechado, sin aquel ancho margen en blanco que mi padre solía dejar en sus manuscritos, para las enmiendas futuras, da realmente la impresión de un apunte rápido, de cosa provisional, incompleta, de borrador.

Pero esta circunstancia, a mi entender, hace más interesante la publicación de los dos inéditos: tenemos así una visión inesperada de la espontaneidad, de la limpidez con que realmente escribía el artista que en Portugal enmendó más, corrigió más, trabajó más, limó más, buriló más su estilo.

No es éste, sin embargo, el único interés del presente volumen, ni es solamente a título de curiosidad literaria por lo que decidí su publicación: el libro tiene su valor propio, y la originalidad del asunto creo que compensa ampliamente de las deficiencias de la forma. Así, encuentra el público en su lectura la dilatada risa y la emoción grave que encontré yo cuando, por primera vez, descifré los dos manuscritos de *El conde de Abraños* y de *La catástrofe*.

Inmediatamente después de esa primera lectura fué cuando se me ocurrió la idea de reunir en un mismo volumen la novela humorística y el cuento trágico. Ambos escritos a lápiz, la primera en un momento de buen humor; el otro, en una hora de inspiración profética; los dos probablemente de la misma época, y los dos, sobre todo, versando sobre asuntos que se relacionan con nuestra política nacional, todo parecía destinarlos a que afrontasen juntos la luz de la publicidad.

Sus destinos, sin embargo, habían sido hasta aquí muy diversos. Mientras *La catástrofe* dormía en el olvido del fondo de un cajón, esperando su hora, *El conde de Abraños*, ese extraordinario Abraños, que en su horror al mar y a los barcos no había visitado nunca a Inglaterra, «por ser, desgraciadamente, una isla», debía, por una suprema ironía del Destino, arribar a Río de Janeiro y atravesar dos veces el Océano antes de hallar su lugar natural y definitivo en las páginas impresas del presente volumen.

En efecto, *El conde de Abraños*, como ya he tenido ocasión de decir, escrito en el 79, en la pequeña ciudad francesa de Dinán, dejado a un lado el mes siguiente, habíase perdido de vista durante un largo período de cuarenta y cinco años, hasta que en 1924 fué descubierto inespe-

radamente en Río de Janeiro, entre los papeles de Ramalho Ortigao, por el hijo del gran escritor, don José Vasco Ramalho Ortigao, quien tuvo la amabilidad de remitirme el manuscrito a Portugal, al saber que estaba yo organizando la publicación de los últimos inéditos de mi padre.

En la introducción a *La capital* menciono la carta de 8 de junio del 79, en la cual por primera vez es anunciado y ofrecido al editor Ernesto Chardron el original de *El conde de Abraños*.

Este *Conde de Abraños*, repito, no es propiamente un libro: es más bien el boceto de un libro, boceto en cuanto a la forma, pero, sobre todo, en cuanto a la composición. Se presiente en seguida, al leerlo, todo cuanto en él sería más tarde modificado, refundido, cuando no eliminado, y que los caracteres, pasando por la criba finísima de la revisión del autor, tomarían un aspecto más equilibrado, más moderado, perdiendo lo que puedan tener de excesivo en el ridículo o de exagerado en la perversidad. Mostré en la introducción a *La capital* el proceso de perfeccionamiento progresivo, de suavizamiento, de equilibrio por que pasaban generalmente los manuscritos de mi padre; ese trabajo de depuración faltó totalmente en *El conde de Abraños*. El autor quiso hacer una sátira; sólo que, dejándonos únicamente el primer trazo de su obra, nos legó una caricatura. La novela, por tanto, debe tomarse y ser criticada como una caricatura.

Creo que por estas consideraciones, y aun teniendo el original en su poder, Ramalho Ortigao no lo dió nunca a la publicidad, y ni siquiera lo mencionó. Ramalho vivió en aquellos tiempos felices en que la vida era fácil, sencilla, sin choques violentos; en que la honorabilidad era una virtud corriente, y los hombres, ni muy buenos ni muy malos, vivían en paz, sin ambiciones desmedidas, dentro de los límites de una estimable medianía moral. *El conde de Abraños*, entonces, con su exceso crítico y su exageración casi caricaturesca, habría desentonado: el personaje constituiría una excepción, una anomalía, iba a decir una monstruosidad.

Hoy, sin embargo, los tiempos han cambiado, y la lectura de *El conde de Abraños* nos sugiere esta observación paradójica: con el transcurso de los años ¡el libro ha ganado actualidad! Los tiempos y los hombres parecen querer encargarse de transformar en realidad flagrante lo que no pasaba de exageración burlesca. Con la decadencia de nuestras costumbres políticas, con el rebajamiento del nivel moral e intelectual de nuestros hombres públicos, *El conde de Abraños*, año tras año, va tomando fueros de exactitud psicológica: la caricatura adquiere el valor de una fotografía, la sátira se transforma en un retrato fiel. El personaje, finalmente, no es tan excesivo como podía parecerlo en la época en que el libro fué escrito; hoy sabemos que existe, en carne y hueso, tal como mi padre lo trazó. ¡Sólo que, por tercera vez, ha cambiado de partido!

Así, habiendo desaparecido la desproporción entre el personaje y la realidad, o más bien, habiendo la realidad descendido hasta el nivel del personaje, cesan las razones de orden artístico o moral que pudieron, en otro tiempo, haberse opuesto a su publicación; así se hizo legítima, casi meritoria, la presentación al público del curiosísimo manuscrito.

Una vez más vemos la vida superar a la imaginación, la realidad ir al encuentro de la fantasía, y comprobamos ese intenso poder de visión de mi padre, que, incluso cuando se de-

jaba llevar por la imaginación o arrastrar por la fantasía, lograba aún pintar la vida tal como es, en su dura, exacta y lamentable realidad.

En cuanto a *La catástrofe*, es ese pequeño cuento de veinte páginas de que hablé en la introducción a *La capital*, primer pensamiento de una novela extraña, que debía titularse *La batalla del Caia*, y de la cual, por desgracia, no existen otros vestigios fuera del plan inicial del libro. El cuento es poco más que ese plan inicial ampliado: es la preparación de la novela—como ese otro cuento, *La civilización*, era ya una primera forma de *La ciudad y las sierras*—. Encontré mezcladas con el montón de los restantes manuscritos esas veinte hojas sueltas, escritas a lápiz, que contienen las súmulas de una novela entera, toda la tragedia de una raza, y, al final, consoladoramente, una previsión de resurgimiento nacional.

*

Así, *El conde de Abraños* y *La catástrofe*, la novela y el cuento, habiendo recorrido caminos tan diversos, viniendo de puntos tan distantes, se encuentran hoy de nuevo, reunidos en el mismo volumen, bajo la misma portada nueva, como seguramente lo estuvieron un día en el espíritu de su autor.

Creo no equivocarme mucho atribuyendo estos dos trabajos a un mismo pensamiento. Cierto es que mi padre no fué nunca lo que se llama vulgarmente «un político». La actividad vana de los profesionales de la política, la lucha febril y estéril de los partidos, no le causaron nunca más que el asombro un poco risueño de quien no toma muy en serio todas esas grandes afirmaciones palabreras que fueron la frágil base del pensamiento político del siglo XIX.

Que no juzgaba, sin embargo, del todo inofensivas esa actividad vana y las luchas incomprensibles, lo prueba la cruel ironía que se trasluce bajo la forma humorística de *El conde de Abraños*. Pero lo prueba, sobre todo, el tono más grave de *La catástrofe*.

En realidad, las dos obras se completan, o más bien el cuento completa la novela corta. Los Abraños habían preparado aquella atmósfera de inercia colectiva, de incapacidad de esfuerzo espontáneo, en que el país, habiendo abdicado toda iniciativa en manos de los gobiernos, viviendo sólo de la vida esterilizadora de los Ministerios, estaba condenado a aceptar pasivamente todas las crisis, todas las convulsiones, todas las catástrofes. *La catástrofe* se nos presenta así como la continuación natural de *El conde de Abraños*, como su consecuencia lógica, y casi podríamos suponer que es también el mismo Zangallo, aterrado por el espectáculo de nuestras desdichas, quien nos describe la catástrofe mísera, y, finalmente, nos señala con un dedo profético un futuro mejor, en una patria lentamente redimida ¡por la fe tradicionalista de la «generación que se prepara»!

JOSÉ MARÍA EÇA DE QUEIROZ.

Granja, 1925.

EL CONDE DE ABRAÑOS

A LA EXCELENTISIMA SEÑORA CONDESA DE ABRAÑOS

Señora mía:

He tenido durante quince años la honra tan envidiada de ser el secretario particular de su excelentísimo esposo, Alipio Severo Abraños, conde de Abraños, y me consume, desde el día de su muerte, el deseo de glorificar la memoria de aquel varón eminente, orador, publicista, estadista, legislador y filósofo.

Vuestra excelencia, señora condesa, le está levantando actualmente en el cementerio de los Prazeres un mausoleo conmemorativo, donde el cincel del escultor Craveiro hace revivir la noble figura del conde.

Respetuosamente me atrevo, señora condesa, a imitar el piadoso acto de vuecencia, y en este libro — así como el artista esculpió en el mármol su envoltura física—pretendo yo reconstituir su ser moral. La estatua queda así completada por la biografía: en la piedra, las generaciones contemporáneas podrán contemplar la grandeza de su actitud y la expresión de su rostro; en el libro, admirarán la elevación del espíritu y la rectitud del alma.

¿Y quién mejor que yo podría hacer que conociesen a este portugués histórico, yo, a quien hizo él confidencia de sus creencias, de su filosofía, tan hondamente religiosa, de su alta ambición, de su puro amor a la patria, de su vasta ciencia política? Yo, que tengo delante su correspondencia — cuidadosamente archivada en el copiador—, sus manuscritos, los borradores de sus discursos, con aquella letra ancha y grande, que tenía una semejanza con su alma; yo, que tuve el piadoso cuidado, durante quince años, de recoger las menores palabras que salieron de sus labios, ¡ay!, que la anemia iba adelgazando tan cruelmente; y apenas entraba en mi cuarto piso de la calle del Roble, nido doméstico que su generosidad me permitía disfrutar, escribía las conversaciones que a la hora del té, o más tarde en su despacho, me arrebataban de admiración.

Yo fuí testigo de su vida. Otros le vieron en el Congreso, en los ministerios, en Palacio, en el Casino; pero sólo yo le vi, perdóneme vuecencia, señora condesa, la expresión familiar, en zapatillas y con *robe de chambre.*

Todos conocen al grande hombre. Yo conozco al hombre. Yo y vuecencia, de quien él me decía, poco antes de morir, cuando le daba la cucharada de bromuro de potasio: «Amigo Zagallo, al final de la experiencia de ocho años de matrimonio, Lulú (porque en los momentos de expansión conmigo era éste el nombre que le daba a vuecencia, señora condesa, ya que, por lo general, ante los inferiores decía la condesa, y ante sus iguales doña Catalina), Lulú, amigo Zagallo, ha sido, más que una esposa, ha sido un *bálsamo.*» Se refería el ilustre esposo de vuecencia a las circunstancias dolorosas de su primer casamiento, al que solía él referirse llamándolo *una llaga.*

Tales son los motivos, señora condesa, el deseo de erigirle un monumento espiritual y mi conocimiento íntimo de su vida, que me impulsan, después de madura reflexión, a escribir esta biografía del conde.

Ya sé, aunque mis tentativas literarias hayan logrado en el país una acogida remuneradora, que me faltan casi las cualidades de estilo y de crítica para escribir la historia compleja de este grande hombre; sería necesario, para pintarle bien, un Plutarco o, en tiempos más modernos, un Víctor Cousin (a quien él tanto admiraba), o también, entre los contemporáneos, un Herculano, un Rebello, un Castilho, uno de esos astros que resaltan en nuestro cielo con una luz de serenidad eterna.

Sé, además de eso, que no son necesarias apoteosis biográficas para que el país reconozca al hombre que perdió en el conde de Abraños. El dolor de toda Lisboa debió de ser muy grato a su alma. Sí, señora condesa, debió de ser muy grato a su espíritu inmortal, arrebatado ya a la serenidad de los elegidos, ver aquí abajo, en esta capital que él amaba, en estas calles que él tan bien conocía, la imponente ceremonia de su cortejo fúnebre: el gentilhombre que representaba a su majestad el rey; el presidente del Consejo, que, a pesar de la firmeza de su férrea voluntad, no podía contener las lágrimas, que le humedecían los ojos; la representación de los niños del Asilo de San Cristóbal, por el cual tomaba él un interés tan delicado, y a los que llamaba, con aquella gracia que en las horas felices era el encanto de su conversación, *mis polluelos*; las comisiones de ambas Cámaras, llevando a su frente al orador de la mayoría, el poeta maravilloso de los *Sueños y embrujos,* que me dijo estas palabras memorables, que quedarán en la Historia: «Venimos en nombre de la viuda...» Y al preguntarle yo, admirado: «¿En nombre de la señora condesa?», «No—respondió el poeta—; ¡en nombre de la Tribuna, viuda del Genio!» Y, finalmente, cerrando el cortejo, veinte carruajes particulares, veinticinco de abono y algunos de alquiler, entre los cuales divisé con asombro algunos obreros de la Agrupación Probidad Cristiana, cuya formación él tanto ayudó, y que acudían a rendir un tributo postrero al hombre que, más que ninguno en Portugal, ¡amó, protegió y educó al obrero! Allí iban cuatro, en un coche de plaza, con sus trajes del domingo, lágrimas en los ojos, la fe en el pecho, a llevar con nostalgia a la sepultura a aquel que un día exclamó en la Cámara de los Diputados (sesión de 15 de agosto, *Diario Oficial,* número 2.758): «No podemos dar al obrero el pan en la tierra; pero obligándole a cultivar su fe, ¡le preparamos en el cielo banquetes de luz y de bienaventuranza!»

¿Y quién negará ahí que no sea ésa la verdadera manera de promover la felicidad de las clases trabajadoras?

Pero no fueron ésas las únicas demostraciones del duelo social. La Prensa, a la que se enorgullecía en pertenecer, y a la cual llamaba con tanta elevación *el portavoz del progreso,* le dedicó páginas que, por la unanimidad del sentimiento y hasta, si se me permite descender a estos detalles, por el tipo grande de los artículos, entre barras negras, recordaban los funerales de un rey.

Las musas, incluso, le lloraron, y ¿quién olvidará esa joya de la poesía portuguesa que dedicó a su muerte nuestro gran lírico el melodioso autor de *Cánticos y suspiros?* ¡Ah señora condesa! Recitemos ambos, en nuestro dolor común, esta estrofa, digna de los Hugos, de los Passos y de los Leales:

Bajan tu cuerpo a la tierra tan fría...
Tierra de Portugal. La tiniebla sombría
¡te cubre y te devora!
Mas no perecerá tu genio altivo;
surgirás a la Historia redivivo,
así de la noche la aurora...

La música, incluso (para que todas las artes se reuniesen en el coro de llantos), iba a rendirle allí su tributo, en esa inspirada composición *La civilización*, vals dedicado a la memoria del ilustre conde de Abraños por el padre Abilio Figueira.

Ya era hora, pues, señora condesa, de que yo, que en esa gran explosión de dolor me mantuve taciturno y retraído (debiendo decirse que el cruel ataque al hígado que entonces me postró, consecuencia de las largas noches en vela a la cabecera del eminente enfermo, me obligó a un silencio involuntario), venga, al fin, a depositar sobre su tumba este humilde recuerdo.

A él, señora condesa, se lo debo todo. El pan del cuerpo y el pan del alma me los dió él con generosidad amplia y noble. Nunca lo olvidaré. A veces, cuando me veía (sobre todo después de la bronquitis que padecí el invierno de 1870) un poco pálido, debilitado, él mismo iba al armario de su despacho, y por su propia mano me servía una y a veces dos copas de vino de Oporto de 1815. En los días en que tenía gente a comer, no se olvidaba nunca de mandar guardar algún postre para que se lo llevase yo a mis hijos, que le deben, además de este recuerdo afectuoso, la educación sólida y cristiana de que gozan, y que los habilitará, así lo espero, para ingresar, con justo mérito, en las oficinas del Estado.

Pero, señora condesa—y soy feliz al poderlo decir muy alto—, lo que por encima de todo debo al conde de Abraños es haberme él rehecho un ser moral. Yo, que en mi juventud, bajo la influencia perniciosa de lecturas inadecuadas o de camaradas fútiles, compartía las ideas que la sociedad condena, me vi transformado por su ejemplo, por sus consejos, por su elocuencia y por su protección. Sí, señora condesa, su ilustre esposo me encontró pobre, y, por tanto, nutriéndome de lecturas perniciosamente democráticas, y acompañado de jóvenes de talento, es cierto, pero devorados totalmente por los estragos de una filosofía materialista y de una sociología anárquica, empleándome como secretario particudar suyo, con un sueldo suficiente para las necesidades de mi familia (me casé por entonces con mi angélica Magdalena), el conde de Abraños me proporcionó los medios materiales para transformarme en un conservador convicto, en un defensor fervoroso de las instituciones, en un amigo del orden. Poniéndome al abrigo de la pobreza, lo digo bien alto, me puso al abrigo de la depravación intelectual, moral y social.

Y de vuecencia, señora condesa, ¿qué diré que no hayan dicho en la tierra los pobres cuyos males cura vuecencia y en el cielo los ángeles, de quienes con seguridad es vuecencia la predilecta, y con certeza futura compañera? Permítame, pues, señora condesa, que ponga a los pies de vuecencia este trabajo, en el cual he consignado la primera fase de la carrera admirable del conde de Abraños, esa ascensión vertiginosa a las cumbres del poder, de modesto hijo de Peñafiel, a ministro ilustre, y donde he puesto lo que en mi alma hay de mejor, de más noble, de más duradero: mi respetuosa admiración por la gran figura del conde de Abraños.

Es de vuecencia el más humilde servidor,

Z. Z.

Ex secretario del excelentísimo señor conde de Abraños. Socio honorario del Casino Recreativo de Río Grande del Sur.

Calle del Roble, 108 (Lisboa).
1 de enero de 1879.

EL CONDE DE ABRAÑOS

Alipio Severo Abraños nació en el año de 1826, en Peñafiel, el día de Navidad.

La Providencia, por un símbolo sutil e ingenioso, hizo nacer en el día santo en que nació Jesús de Nazaret a aquel que en Portugal debía ser el más fuerte pilar y defensor más elocuente de la Iglesia, de sus intereses y de su reino.

Muchas veces el conde se complacía en contar que aquella noche del 24 de diciembre de 1826, invierno que quedó en la Historia por las grandes nevadas que cayeron, sus padres—conforme a la tradición venerada en la familia—habían preparado un nacimiento, como era costumbre en aquellos tiempos en que la buena fe portuguesa amaba la piadosa devoción de los altares íntimos. En el centro del nacimiento, florido con mucha verdura, entre los animales de la narración evangélica, el Niño Jesús sonreía en brazos de una Virgen, obra delicadamente trabajada por Antón Serrano, el gran imaginero de Amarante. Alrededor ardían las velas de cera; en la cocina cantaban en las sartenes los torreznos para la cena; la lumbre de leña húmeda chisporroteaba alegremente, y fuera, en la nieve que caía, las campanas repicaban para la misa del gallo, cuando la madre del conde, súbitamente,

Sintió el tierno ser...

como dice nuestro gran lírico en su poema *A la madre*.

El parto fué singularmente feliz, y aludiendo a esta circunstancia, el conde me decía con frecuencia, que, según su viejo amigo el doctor Flores, la facilidad en nacer era el indicio misterioso de un destino *fácil* y de fortunas imprevistas. Todos los hombres providenciales—Napoleón I, nuestro Santo Papa Pío IX, el gran estilista Fonseca Magalhaes, nacieron, como decía el conde con gracejo, «¡con una pierna en la espalda!»

La fortuna comenzó para ellos en el vientre materno; la puerta de la vida se les abría de par en par, mostrándoles una serie de épocas gloriosas, como salones en fiesta. Otros tienen que derribar con dolor esa misma puerta, saliendo hacia un destino oscuro como una carretera en invierno. ¡Providenciales antítesis de la Suerte!

Y el parto de la madre del conde resultó tan feliz, que media hora después de los primeros dolores el pequeño Alipio fué llevado triunfalmente hacia la sala. La comadre habíase sentado casualmente ante el nacimiento, y los dos niños—el que había de ser un hombre y el que era un Dios—¡se sonreían a la claridad de las velas festivas de Navidad, ambos desnuditos, ambos en brazos, mientras de afuera, lanzados vivamente, venían los repiques de la campana, a través de los copos de nieve!

Cuadro conmovedor; conozco pocos—si consideramos la gloria del conde de Abraños—que merezcan más ser captados en el lienzo o esculpidos en el mármol.

Los padres del conde, hecho bien notorio, eran pobres. Pero el origen de su familia no sólo no es plebeyo—como fingían suponer sus adversarios en ideas—, sino, bien estudiado, revela un origen tan noble como

los de las mejores casas del norte de Portugal.

Los Abraños son oriundos de Amarante, y enlazados por sus mujeres a la ilustre casa de Noroña. En 1758, doña Jacinta Ana de Sobral Vieira Alcoforado y Noroña, viuda del capitán mayor Téllez Azurara, señora ya de años, pero todavía de aspecto imponente, se casó con Manuel Abraños, quien, por sus formas atléticas y belleza varonil, era llamado el *Apolo de Amarante*. Manuel Abraños no era, ciertamente, un hidalgo; pero es totalmente inexacta la especie, que se publicó en *La Revolución de Septiembre*, de que era un carnicero. ¡Cómo estas insinuaciones pérfidas deshonran las grandes luchas intelectuales de la política!

Doña Jacinta Ana concibió por él una de esas pasiones como aquellas que la poesía ha celebrado, y, pese a la repugnancia de los parientes —que hace recordar la de los Capuletos, padre y hermano de la dulce Julieta (hasta tal punto se asemejan las familias históricas en los grandes sentimientos que las conmueven)—, doña Jacinta se apoderó del guapo Abraños, y ofició en el casamiento—lo recuerdo a título de curiosidad histórica—el padre Vicente Tardiño, rector de Varzelhe, que tan célebre llegó a ser después, en un proceso resonante. Ya entonces, digámoslo de paso, bajo la influencia de la ráfaga revolucionaria que soplaba de Francia, había empezado esa larga persecución al clero, que un nefasto día debía tomar las proporciones que, en cierto modo, recuerdan las persecuciones de Diocleciano.

El matrimonio, lo escribo con dolor, no fué feliz. No poseo los documentos necesarios para decidir de quién es la responsabilidad de las discrepancias crecientes; pero lo cierto es que el bello Apolo, que, como decía con un gracejo adorable el conde, «frecuentaba mucho a su colega Baco», zurraba tan inesperadamente a doña Jacinta, que obligó muchas veces a esta dama a refugiarse en casa de sus parientes, ¡llevando sólo sobre sus formas, que habían conservado una gran majestad aristocrática, un sayo de franela! A pesar, sin embargo, de tales violencias, la pasión de doña Jacinta, a quien yo comparo respetuosamente con la mujer de Putifar o con las Fedras de la antigua leyenda, la llevaba de nuevo, sumisa y enamorada, a la casa común y al lecho conyugal, hasta que un día—y aquí copio textualmente una carta existente en el archivo de la familia, y escrita por Segismundo de Noroña, hermano de la dama vapuleada—: «... la soba fué tan fuerte, que vimos a nuestra hermana Jacinta entrar por el portal de casa en camisa y con unos cardenales tan rojos e hinchados en los hombros, que el padre Simoes, nuestro buen capellán, los comparó, con el debido respeto, con las rojas magulladuras de los hombros del Redentor después de doce horas de *vía crucis*.»

La familia Noroña exigió una reparación. Doña Jacinta se vino a vivir con sus hermanos, y cinco meses después dió a luz un niño, que, por creer que no sobreviviría, fué bautizado de prisa por el capellán Simoes con el poético nombre de Florido. Sobrevivió, sin embargo, afortunadamente. Y aquí encuentro un hecho que, por respeto a las dos familias Abraños y Noroña, no envuelvo en comentarios; es igualmente justificable y condenable. Biógrafos irreverentes y temerarios podrían, tal vez, emitir una opinión clara, cortante, definitiva; yo me abstengo, y así debe hacer todo historiador honrado, siempre que se trate de hechos en que dos familias,

ambas ilustres, ambas históricas, tengan un conflicto de intereses: el orden social se basa sobre estas respetuosas reticencias.

El hecho es éste, en su desnudez histórica: el niño Florido fué depositado en el torno.

Un hermano, sin embargo—y aquí doy amplio curso a mi deseo de glorificar a los Abraños—, un hermano, sin embargo, de Apolo—Apolo, en aquellos días, había desaparecido de Amarante—reclamó a Florido, lo adoptó, lo educó, y se vió recompensado de tan noble abnegación, porque Florido Abraños fué un espejo de virtudes y la flor de la honradez. Tal vez llega aquí la ocasión de disipar otro error, que tiende a introducirse en la Historia: el hermano de Apolo, tío de Florido, sin estar, seguramente, en una alta posición social, no era, sin embargo, como pérfidamente insinuó en tiempos *La Gaceta de Portugal*, un panadero. Como decía el conde con gran elevación moral, esas pesquisas menudas, mezquinas, en la intimidad familiar de un hombre de Estado, son singularmente odiosas.

Florido, que por el lado materno era un Noroña, se casó en Peñafiel, y su vida tuvo la tranquilidad límpida de un bello río de aguas claras, que corre entre márgenes de serenidad idílica. Vivió, amó, trabajó...

Et sa vieillesse fut comme le soir d'un
[beau jour... (1).

Tuvo dos hijos: una niña, que heredó la belleza de su abuelo Apolo, y un chico, que fué Antonio Abraños, el padre feliz que en la Nochebuena de 1826, ante la pompa del Niño Jesús, en su nacimiento encendido, estrechó en sus brazos a su hijo único: Alipio Severo de Noroña Abraños, futuro conde de Abraños.

(1) Y su vejez fué como la noche de un hermoso día...

*

El conde pertenece, por tanto, a la familia de los Noroñas, y de los Noroñas, ¿qué diré yo que no sepa la patria? Su nombre figura en la Historia por los altos hechos, y en la leyenda, por los amores poéticos.

¿No recordáis esta noble canción?

Aldina en la alta torre,
alta torre de Aljeciras,
llora de noche y de día,
que la condenó su padre
a no tener ya alegría...
Arrastrad su llanto, ¡oh ríos!
Nubes, llevad sus suspiros... (2)

Aldina es una Noroña. De la torre de Aljeciras quedan vestigios, todo un lienzo de edificación, evidentemente del siglo XIII, descubierto recientemente por nuestro distinguido arqueólogo Macedo Garzón, que ofreció a la familia Noroña una hermosa fotografía de la ruina.

Otra Noroña fué de gran belleza, e ilustró su nombre y el de su raza compartiendo el lecho de nuestro rey don Alfonso V.

Doña Violante de Noroña, de una belleza clásica, que le mereció el nombre de Juno—en esta familia la belleza de las mujeres iguala la bravura de los hombres—, recibió el mismo alto favor de nuestro rey don Pedro II.

(2) *La leyenda de los caballeros*, por Saavedra Botto. Este hermoso libro, sobre cuyas páginas nuestras madres suspiraron y quedaron pensativas de amor, revela ya las altas cualidades de ese relampagueante ingenio, que más tarde debía ser el ilustre reformador de nuestra legislación administrativa. (*N. del A.*)

De los varones de esta casa citaré a Fernando de Noroña, tan celoso de su estirpe, que un día, entrando en el momento en que un criado repelía con violencia a su hijo Alfonso, que en un inocente juego le tiraba de los cabellos, mandó cortar la mano derecha al siervo.

Estos actos inspiraban un terror saludable, y aunque en nuestros tiempos más suaves podrían ser desaprobados, y el jurado mandaría, seguramente, a su autor hacia las costas de Africa, eran, sin embargo, necesarios en aquella época gloriosa de la monarquía, para mantener a las clases dentro de los justos límites señalados por la Providencia.

Citaré también a Camilo de Noroña, que ya en este siglo fué notable como torero y barrendero de ferias. Su destreza en el juego de la lucha era tal, que al llegar a una feria dispersaba y asustaba a la multitud, derribando hombres por tierra como tira un niño un regimiento de soldaditos de plomo. Se cuentan de él deliciosas anécdotas. En Covilha, por ejemplo, tenía un caballo amaestrado, que coceaba en cuanto el jovial Camilo de Noroña silbaba. Solía acercarlo a hidalgos y señoras—pero sobre todo a plebeyos—... Un rápido silbido, una coz imprevista, y el individuo o la dama eran llevados en brazos, en medio de la hilaridad que entre sus amigos causaban siempre tales hazañas. Sin aprobar por entero estas distracciones violentas, no se puede, sin embargo, dejar de reconocer que hay en tales actos una plenitud de savia, de vida animal y de fuerza que agrada en jóvenes nobles.

Estas migajas de Historia, recogidas al azar, pintan a grandes rasgos la contextura de esta ilustre familia. Los Noroñas usan sobre campo de plata tres castillos de oro, con este mote: *In Christo spes mea* (en Cristo pongo mi esperanza), sublime divisa, la mejor, la más noble. Esta fué la divisa del conde de Abraños hasta que, por decreto del 1 de enero de 1860, su majestad le concedió el título de conde. Adoptó entonces este otro mote: *Ex corde pro rege* (¡De corazón por el rey!) Estas palabras, pronunciadas por un hombre que no era un cortesano, y que hasta entonces no había mostrado especial afecto al monarca, me parecen un alto y resplandeciente ejemplo de gratitud en este siglo de ingratitudes contumaces y de lealtades endebles.

Fué siempre para mí un motivo de asombro que durante su infancia Alipio Abraños no hubiese—como Napoleón, Chateaubriand o lord Byron—revelado su futura elevación de espíritu y de carácter con alguna de esas extrañas precocidades que son como las chispas inesperadas que brotan de un fuego aún latente. Sus primeros años carecen de relieve y de peculiaridad. El mismo lo reconocía con modestia cuando decía, sonriendo: «Como todo el mundo, cogí nidos e hice cometas de papel...»

Verdad es que el medio en que transcurrió su juventud no ofrecía ocasión para que se revelasen sus gustos innatos y se acentuasen sus inclinaciones. Estoy completamente seguro de que si hubiera sido educado en una de esas casas nobles donde generaciones cultas formaban ricas y sabias bibliotecas, hubiésemos visto al pequeño Alipio dejar los nidos y las cometas para ir a esconderse a algún rincón de la silenciosa librería y hojear allí las antiguas novelas de caballerías, o, lo que era más natural a la contextura nativa de su espíritu, leer, entendiéndolos apenas, los filósofos del pasado. Es, sin embargo, sabido que su padre—y no creo ofender su memoria revelándolo—tenía una pequeña y honrada sastrería, y las únicas publicaciones que con seguridad habría allí serían los volúmenes del antiguo *Espejo de la moda*. Creo, sin embargo, que esa falta de vida intelectual fué singularmente favorable a su desenvolvimiento físico. No teniendo libros que le mantuviesen en casa, Alipio pasaba sus días por las huertas y por los jardines, creciendo en plena Naturaleza, tostado por el sol, curtido por los amplios aires, y, como decía un poeta antiguo, mamando hasta hartarse en los pechos de Cibeles.

Fué esa vigorosa educación rural la que le dió aquellos colores sanos, aquel porte erguido, que resaltaban con tan edificante relieve entre los torsos anémicos y las caras paliduchas de la raza lisboeta. Y a esa primitiva comunicación con la Naturaleza debió él su espíritu recto y tan bien ponderado, amando en todo el orden, el equilibrio, la hermosa disposición de las jerarquías. *Mens sana in corpore sano*; que para mí creo que las ideas falsas, anárquicas, son resultado de los organismos débiles. Las ciudades modernas, con sus calles mal enarenadas, sus quintos pisos ahogados, su ruido retumbante de fábricas y vehículos, la luz cruda del gas, la alimentación insana, forman estas generaciones pálidas, nerviosas, agitadas por un deseo histérico de novedad, de artificio, de desorden y de violencia. Este es el origen del espíritu revolucionario. El hombre que, por el contrario, habita en el campo, que respira el aire de los extensos prados, descansa la vista en la amplia línea del horizonte, en la serenidad silenciosa de las aldeas, logra, en un cuerpo fuerte, un espíritu tranquilo: odia la agitación, está naturalmente preparado para respetar la autoridad, los principios sólidos, el orden, toda la ordenación armónica y bella del Estado.

Tengo, sin embargo, la certeza de que el conde, con su gran modestia, no expresaba completamente la verdad cuando atribuía a los nidos y a las cometas ¡el privilegio de absorber todo su interés! ¡No! Ya entonces por aquel espíritu de niño debían de pasar ideas, aún indefinidas, pero fuertemente marcadas, de originalidad: soltando por los aires sus cometas, es de creer que pensase en la eterna aspiración del alma hacia las cimas azuladas de la gracia; y al contemplar huevecillos de jilguero, blandamente colocados en el fondo de un nido muy caliente y suave, seguramente debía de pasar por su alma la idea eterna de la institución familiar. Un día, incluso, al contarle estas suposiciones que habían atravesado mi espíritu:

—¡Qué historias!—respondió con benevolencia el conde—. Eso son cosas de su imaginación de poeta. ¡Aquí donde usted me ve, era yo una cabra!... ¡No niego, sin embargo, que fuí aficionado a remover cuestiones sociales!...

Y cuando veo hoy muchachos salidos de las universidades, sin experiencia de la vida, del Estado ni de la Administración, querer reformar la sociedad, ¡cuán admirable me parece la modestia de este hombre notable, que clasificaba así su gran genio filosófico: *¡aficionado a remover cuestiones sociales!...*

Así, pues, crecía el joven Alipio Abraños cuando—¡de lo que depende el destino de los hombres, y muchas veces la suerte de las naciones!—su tía Amalia vino a Peñafiel a consultar a un dentista americano, famoso entonces por todo el Norte.

Aquella señora providencial—en la que reaparecía la singular belleza del Apolo de Amarante—habíase casado de joven con un rico propietario de

Amarante, y viuda y sin hijos vivía aislada en su quinta de los Migueles.

Naturalmente, en Peñafiel la tía Amalia vió con frecuencia a su sobrino Alipio, y muy pronto la gracia, la viveza, la disposición del pequeño cautivaron a la tía, que, íntimamente desventurada por no tener hijos, se había visto hasta entonces obligada a emplear su caudal de afecto maternal en las aves domésticas y en los diversos animales de su quinta. Alipio era como un hijo inesperado que se le aparecía «en medio del camino de su vida» (Dante).

No es hoy un secreto para nadie que el conde de Abraños preparaba un volumen de *Memorias íntimas* cuando le acometió la enfermedad. De esas notas interrumpidas, truncadas, transcribo yo los siguientes párrafos, referentes a ese período decisivo de su carrera:

«Mi tía Amalia había concebido el plan—¡bendito plan!—de llevarme a la quinta de los Migueles, y mandar que me diesen una educación que me facultase para ocupar en sociedad el puesto elevado que naturalmente me pertenecía por mi bisabuela paterna: en una palabra, hacer de mí un Noroña digno de los Noroñas.

»Habló a este respecto con mi padre, quien accedió prontamente, deslumbrado por la perspectiva de verme poseedor de una educación que sus medios de fortuna no le permitían darme. Su voluntad, sin embargo, encontró formidables escollos en las lágrimas de mi madre. Separarse del hijo que ella criara a sus pechos parecíale tan doloroso como una amputación. Recuerdo vagamente verla abrazada a mí, diciendo, bañada en ríos de lágrimas: «¡Oh Lipito, te quieren llevar! ¡Ay Lipito, quieren hacer de ti un doctor!»

»Pero mi padre, con su buen sentido; mi tía, con sus promesas, vencieron aquella resistencia, igual a la de la leona a quien el imprudente cazador quiere arrebatar los cachorros, y en una mañana de agosto —¡cómo recuerdo el opulento sol naciente, clavando en el mundo sus flechas de oro!—partí con mi tía Amalia hacia la pintoresca quinta de los Migueles, donde transcurrieron mi infancia y mi pubertad, primero entre juegos infantiles, y más tarde en útiles estudios. Y no volví nunca a visitar la quinta de los Migueles sin una profunda nostalgia de aquellos años apacibles y sin ir al pequeño cementerio—donde reposa mi tía Amalia en su bien cuidada sepultura, rodeada de alhelíes floridos—a arrodillarme y a murmurar una agradecida oración, en el silencio de la tarde, por el alma sencilla que me abrió su bolsa y me puso en condiciones de acudir a las aulas de nuestra sabia Universidad.»

¡Admirable página, en que se nos revelan las cualidades eminentes del escritor y la conmovedora bondad del hombre! ¡Qué cuadro ese en que le vemos, ya ilustre, ya con un título, ya ministro, seguir el camino estrecho del cementerio, en alguna tarde suave de otoño, hincar la rodilla sobre la hierba, descubrirse y rezar! ¡Admirable página, repito, saturada de una grave nostalgia, con un colorido tan delicado de paisaje!

En la quinta de los Migueles pasó su juventud el conde de Abraños. Allí estudió la gramática y el latín, bajo la dirección del abad Serzedello, anciano de raras virtudes cristianas. Allí pasó sus vacaciones de licenciatura.

Tuve el honor de acompañarle cuando el conde fué a tratar de una elección a Amarante, durante una visita a la quinta de los Migueles.

Desde el portón, una calle bordeada de laureles conduce a la vivienda, baja, sólida, cubierta en uno de los lados por una hermosa enredadera, repleta de rositas blancas. Una ancha escalera de piedra, adornada de antiguos jarrones azules, lleva al salón grande, pintado en tono crema, con cortinas rojas y blancas, y en las paredes litografías de las batallas de Napoleón. Todo es sencillo, patriarcal y serio. El conde me enseñó su cuarto y el antepecho de la ventana donde, de pequeño, colgaba jaulas de grillos, con su hojita verde de lechuga. Desde allí se divisa la carretera, trazada sobre el antiguo camino, donde el conde—según él mismo me contó—veía pasar con envidia las literas que transportaban a Braga y a Oporto a los hidalgos de las cercanías. Ya entonces, un sentimiento vago—presagio de su elevado destino o simple aspiración de un espíritu distinguido hacia los centros cultos e inteligentes—le llevaba constantemente a ansiar la vida de las grandes ciudades.

Al fondo de la quinta huye un riachuelo muy claro, muy lento, cuyo rumor tiene la tristeza de las aguas mansas que corren entre altas hierbas; las orillas están cubiertas de sauces; en primavera, los ruiseñores llenan de nidos aquel lugar sombroso y acogedor.

Como la noche que pasé en la quinta era muy tranquila, fuimos, después de cenar, a pasear junto al Riberal, que es el nombre de ese rincón de paisaje elegíaco, y nunca olvidaré la bella confidencia con que allí me honró el conde.

—El señor conde—había yo observado—debía, muchas veces, durante las vacaciones, venir a pasear aquí y sentirse inspirado...

El conde, que, a causa de la frescura de la noche, se estaba envolviendo cuidadosamente en su *cachenez*, se paró y dijo, con aquel gesto grave que tanto impresionaba a la Cámara:

—No lo cuente en Lisboa, Zagallito, ¡pero una noche, aquí, compuse unos versos!...

Yo no me atrevía a pedirle que me los recitase, pero, sin duda, la claridad de la luna sobre mi rostro reveló un deseo tan intenso de oírlos, que el conde, siempre bondadoso, me cogió del brazo y dijo:

—Era una noche opulenta: estaba yo aquí paseando, pensando, fumando mi puro—pues tía Amalia tenía horror al humo del tabaco—, cuando de repente la luna se levantó por detrás de los sauces y un ruiseñor empezó a cantar... Y sin saber cómo hice una cuarteta. ¡No la repita!... Me acuerdo perfectamente:

¡Todo prueba que hay un Dios!
¡Tanto tú, orgulloso sol,
como tú, ramita humilde,
en que canta el ruiseñor!

No pude contener un bravo respetuoso, pero sentido.

—El pensamiento es bonito, pero no lo diga en Lisboa, Zagallito. Si los periódicos supieran que he hecho versos... Qué platito de gusto para la oposición...

Yo exclamé, riendo:

—Qué platito de gusto para la oposición, pero qué gloria para el Ministerio...

El agregó:

—En fin, son chiquilladas. Todos nosotros, más o menos, de muchachos, fuimos poetas y republicanos... Preferible es eso a estar trasegando ginebra por los cafés y a frecuentar meretrices... Pero cuando se entra en la verdadera vida política, es necesario dejar a un lado esos sentimientos tiernos...

Yo, entonces, cité con respeto algunos de nuestros hombres de Esta-

do que fueron y son aún poetas de alta imaginación.

—Es cierto...—interrumpió el conde—. Pero tienen su puesto marcado en la formación del Ministerio... ¡Un poeta no podría ser ministro de la Gobernación, pero puede muy bien serlo de Marina!

¡Gran verdad política!

Cuando entramos me atreví a pedir al señor conde que escribiese aquella hermosa cuarteta en el álbum de mi esposa, que había yo llevado allí, esperando obtener en Oporto y en Braga autógrafos de algunos poetas y prosistas de las provincias del Norte.

El conde cogió el álbum sonriendo y se retiró a su cuarto. Cuál no fué, a la mañana siguiente, mi alegría, cuando me lo devolvió, y leí al abrir la página:

¡Todo prueba que hay un Dios!
¡Tanto tú, orgulloso sol,
como tú, ramita humilde,
en que canta el ruiseñor!

«Estos versos, que escribí cuando verdeaban en mi alma las ilusiones de la juventud, podría escribirlos hoy, que la experiencia de la vida me ha demostrado que fuera de Dios no hay más que ilusión y vanidad...

Conde de Abraños.»

*

Cuando regresé a Lisboa y mostré esa preciosa página a mi Magdalena, ¡qué sorpresa, qué arrebato! Hablamos hasta muy tarde, aquella noche, de la bondad del conde y de la magnitud de su genio.

Si me he detenido en este incidente íntimo de una existencia histórica ha sido para mostrar que el conde no era un hombre falto de sentimiento poético y de imaginación idealista. En aquel cerebro, todo ocupado de legislación, de reformas, de economía política, de debates parlamentarios, había existido un momento en su juventud en que floreció, como una violeta aislada, pero lozana, la flor delicada del sentimentalismo. Y he querido también probar que la poesía no es por completo un arte inferior y propio de espíritus afeminados, puesto que un hombre de tan robusto genio práctico no desdeñó un día, bajo la influencia de un paisaje romántico, servirse de ella para expresar un alto concepto filosófico. Estoy seguro de que los poetas contemporáneos, los Hugo épicos, los delicados Tennyson, los Campoamor de humorística melancolía, se enorgullecerían de este colega que yo les revelo, y que si tan sólo una vez pulsó la lira, lo hizo con tal originalidad, vigor y elevación, que ese simple verso aislado sube más alto en el cielo del arte que muchas sinfonías majestuosas de un libertino como Musset o de un histérico como Baudelaire:

¡Todo prueba que hay un Dios!
¡Tanto tú, orgulloso sol,
como tú, ramita humilde,
en que canta el ruiseñor!

No haré una narración detallada de la juventud estudiosa del conde. Este estudio no es propiamente una biografía, en que deba seguir, año por año, la carrera intelectual de su vasto espíritu. Son simples apuntes, cuadros relevantes de una noble carrera, que servirán para que un ingenio más alto—según la frase enérgica del épico—reconstruya, con el suficiente relieve, esta soberbia figura histórica.

Desde los once años, pues, Alipio Abraños vivió en compañía de su tía Amalia, y a no ser durante las vacaciones del segundo año, en que la dolencia de su madre le llamó imperiosamente a Peñafiel, no volvió a ver a sus padres.

Se comprenderá fácilmente que el joven Alipio, habiendo penetrado en un medio más elevado, habituado en Oporto, donde estudió parte del preparatorio, y después en Coimbra, a las convivencias eruditas, cultas, educadas, se encontrase sumamente fuera de lugar en la compañía pobre e inculta de su padre. Cuando, durante años, se ha vivido imaginativamente con los héroes de la Historia y de la novela, cuando tiene uno el oído acostumbrado al noble lenguaje de los Cicerones, de los Tito Livios; cuando está el espíritu habituado a los intereses de la ciencia, de la lógica y de la metafísica, no es fácil soportar la conversación de personas que sólo se preocupan de pequeños intereses locales, «de chismes de villa pobre».

Después de las amplias salas y de los vastos horizontes de la quinta de los Migueles, la casita del padre, con el suelo atorado de piezas de tela y el aire sofocante del olor acre de los estofados, la pequeña villa oscura, donde los vecinos van de noche a barrer las inmundicias, causaban a las nobles costumbres de aquel Noroña una repulsa instintiva.

Ya entonces revelaba él su afición al lujo, a las amplias habitaciones alfombradas, al servicio armónico de lacayos disciplinados. La pobreza y sus aspectos éranle odiosos. Cuántas veces, más tarde, subiendo él por el Chiado de mi brazo, me vi obligado a apartar con dureza a los pobres, que a la puerta del Baltresqui o de la Casa Habanera acudían, con el pretexto de hijos con hambre o de miembros lisiados, a pedir limosna; el conde, si los veía desde muy cerca, «estaba todo el día asqueado». Sin embargo, su caridad es bien conocida, y el asilo de San Cristóbal, al que en parte debió su título nobiliario, ahí está como un testimonio glorioso de su magnanimidad.

Además de eso, él reconocía que la caridad era la mejor institución del Estado. En cuanto a la depauperación, la tenía por una fatalidad social: fuesen cuales fuesen las reformas sociales, decía, habría siempre pobres y ricos; la fortuna pública debía estar, naturalmente, en manos de una clase, de la clase culta, educada, bien nacida. Sólo de este modo se pueden mantener los estados, formarse las grandes industrias, tener una clase dirigente, fuerte por poseer el oro y base del orden social.

Esto hacía necesariamente que parte de la población «tiritase de frío y rabiase de hambre». Era ciertamente lamentable, y él, con su grande y vasto corazón, que palpitaba ante todo sufrimiento, lo lamentaba. Pero a esa clase se le debía dar la limosna con método y discernimiento; y al Estado pertenecía organizar la limosna. Porque el conde censuraba mucho la caridad privada, sentimental, toda espontaneidad. La caridad debía ser disciplinada, y por amor a los desvalidos, reglamentada; por eso quería el asilo, el recogimiento de los desvalidos, donde los pobres, habiendo probado con buenos documentos su miseria, después de presentar buenos certificados de moralidad, recibiesen del Estado, bajo la superintendencia de hombres prácticos y despojados de vanas piedades, un techo contra la lluvia y un caldo contra el hambre. El pobre debía vivir allí, separado, aislado de la sociedad, y no debía permitirse que viniese a perturbar con la expresión de su cara flaca y el relato exagerado de sus necesidades, las calles de la ciudad. «¡Aíslese al pobre!», dijo él un día en el Congreso de Diputados, sintetizando un magnífico proyecto para la creación de los Recogimien-

tos del Trabajo. El Estado suministraría grandes caserones, con celdas provistas de un jergón, donde serían acogidos los miserables. Para conseguir su admisión, deberían probar ser mayores de edad, haber cumplido sus deberes religiosos, no haber sido condenados por los tribunales—esto para evitar que obreros de ideas subversivas que, por medio de la huelga y del libertinaje, traman la destrucción del Estado, acudiesen, en días de miseria, a pedir a ese mismo Estado que los recogiese—. Deberían también probar la sobriedad de sus costumbres, no haber vivido nunca amancebados ni tener la costumbre de maldecir y blasfemar. Reconocidas estas cualidades elevadas con certificados de los párrocos, alcaldes, etcétera, sería asignado a cada miserable una celda y una ración de caldo igual a la que tienen los presos.

Pero se dirá: el Estado, entonces, ¿los sustenta gratuitamente? No, podría exclamar triunfalmente el conde, mostrando las páginas admirables de su reglamento, en el que se establecía, con un profundo sentido de los deberes del ciudadano para con la ciudad, que todo pobre admitido sería obligado a una considerable suma de trabajo, de conformidad con sus aptitudes. El párrafo más útil, a mi entender, es aquel que determina que grupos de pobres sean obligados a empedrar las calles, colocar las tuberías del gas, trabajar en monumentos públicos, etc. Tales servicios, todos en favor del Ayuntamiento, le obligarían a contribuir a los desembolsos de este organismo, aliviando así al Estado de una gran parte de los gastos.

Una vez admitidos, los recogidos perderían el derecho a salir, a no ser que probasen que iban de allí a ser colocados, de tal modo que no les fuese posible recaer en los azares de la miseria.

En ninguna legislación humana conozco institución tan justa, tan eficaz, tan hondamente cristiana, tan benéficamente social. Es incluso muy preferible a la *Work House* inglesa: allí, el pobre conserva una cantidad de independencia que le hace suponer la existencia de una cantidad de derechos; se considera todavía un ciudadano, tiene pretensiones al respeto, a la igualdad, a la consideración; desobedece, se subleva, huye de la *Work House*, vuelve a caer en la relajación, en el hambre, en el desorden, en el vicio. Aquí, no: ¡el pobre queda prisionero de la caridad! Pierde el derecho a tener hambre. Y las clases dirigentes, teniendo la certeza de que sus pobres están allí, bien encerrados, con un razonable jergón y un caldo diario, pueden dormir tranquilas, sin temor a perturbaciones del orden o a revueltas de la depauperación.

Por desgracia, ese proyecto, tan perfecto, del que todos los periódicos serios hablaron con palabras de conmovida admiración, no consiguió nunca pasar en las Cámaras. Motivos mezquinamente gubernamentales impidieron que tan hermosa institución resolviese el gran problema de la miseria, pues con esas sabias medidas es como se arrancaría del seno de la sociedad, ¡y no con vuestras reformas hipócritas, sofistas de la revolución social!

Fué esa instintiva repulsión por la pobreza, por las maneras toscas, por las instalaciones incómodas, la que impidió a Alipio, desde que gozaba en la quinta de los Migueles las ventajas de la educación y los regalos de la riqueza, visitar a menudo la casa modesta de sus padres. Es, sin embargo, una calumnia decir—como hicieron ciertos libelos indecorosos—que el conde, rico ya y ya ministro, *renegó de su familia.*

Es para mí un honor venir hoy

ante Portugal a explicar y a destruir ese error deliberado y hostil.

No bien el conde entró en la Cámara, efectuó su tan rico casamiento y se instaló en Lisboa, pensó sin demora en elevar por igual la situación social de su padre. Encontró, sin embargo, en él tales exigencias, que hicieron imposible la realización de sus deseos. Las negociaciones fueron largas, muy delicadas y secretas. Tengo en mis manos toda esa correspondencia, y puedo decir que en ella el conde muestra un tacto, una prudencia y una previsión geniales. Su padre, al principio, deseó que el conde le proporcionase medios para abrir en Lisboa un gran establecimiento de sastrería. Esto era, naturalmente, inaceptable. Como el conde me dijo muchas veces, no podía pasar, con el correo de gabinete detrás, por la calle donde reluciese la muestra *Abraños, sastre.* ¿Cómo iba él a conseguir en la Cámara aniquilar a un adversario, que podría responderle: «Todo eso es muy bonito; pero lo peor es que su señor padre ¡me estropeó por completo estos pantalones y me robó en la tela!»?

Era imposible esa permanente tortura moral. Y el padre del conde lo comprendió tan bien, que escribió—no cito textualmente, porque ni su ortografía ni su gramática podrían tener cabida en un libro correcto—: «Si no quieres que yo tenga una tienda del oficio en que me crié, que es honrado y me ha ayudado a vivir, así como a tu madre, entonces, lo mejor es que vaya yo a vivir contigo, a tu casa, donde tu madre, que es tan ahorrativa y tan hábil en los arreglos, puede ser un ama de gobierno útil y evitar a tu mujer todas las incomodidades «de los aceites y vinagres» (esta expresión es de él).

El conde se negó, indignado. Realmente, la exigencia era curiosa. Venir aquel hombre y aquella mujer

de Peñafiel, con las costumbres, los modales, las figuras, el habla de dos trabajadores, ¡a vivir en una casa donde se recibía a la nobleza de Lisboa, a los representantes de los reyes extranjeros, a la flor y nata de la literatura, a la mayoría parlamentaria! ¡Absurdo! Si el conde, como él decía, no fuese un hombre público, podría sacrificarse a aquella compañía plebeya. Pero como estadista, la presencia en su casa de aquel padre de hechura ordinaria, comiendo arroz con el cuchillo, hurgándose en los dientes con las uñas, preguntando a las señoras: «¿Cómo va ese valor?», con su catarro, cuya expectoración perpetua era repulsiva, sólo hubiera servido para rebajar la autoridad moral del conde y el prestigio de su talento. En nombre de los intereses superiores del Estado, debía rechazar aquella proposición. Si un día tenía invitado a comer al embajador de Inglaterra o al de Francia, en el momento de una negociación delicada y de alto interés para Portugal, ¿cómo podría impresionar a los diplomáticos extranjeros con su padre al lado, sacándose el cerumen de los oídos?

Por eso informó a su padre de que únicamente le recibiría en su casa a condición de que no apareciese nunca en las comidas o en las *soirées.* El viejo, seguramente mal aconsejado por intrigantes políticos, respondió con una carta—que por las razones antes expresadas no cito textualmente—en que le dice que, desde el momento en que el hijo se avergüenza del padre, todos los arreglos son inútiles, y que cada uno siga su camino. «Yo—dice él—no puedo, a los cincuenta y cinco años, cambiar mis costumbres ni mi catarro; soy como soy; no tengo las maneras de un elegante, pero tengo mi honor y mis sentimientos. ¡Que mi hijo coma en el comedor y me obligue a comer en

la cocina, no! Sigue siendo Abraños, diputado, que yo seguiré siendo Abraños, sastre. Pero no por eso dejo de ser tan hombre de bien como tú.»

¡Hombre de bien! No lo era, ciertamente, dando, con su ingrata terquedad, motivo para que si un día se llegaba a saber, como se supo, ese incidente, ¡el conde fuera insultado en la prensa y escarnecido en la Cámara!

Esa respuesta de su padre disgustó mucho al conde; pero con una bondad casi sobrehumana le escribió nuevamente, remitiéndole mil pesetas y asegurándole que si algún día, por falta de trabajo o enfermedad, se encontraba necesitado, le avisase en seguida, pues, a pesar de su carta ofensiva, ¡jamás él, como hijo cristiano, perdería el respeto que le debía!

A esta carta tan noble, tan filial, el viejo sastre respondió devolviendo la letra, envuelta en un papel, en cuyos dobleces había sólo una palabra: ¡M...! No transcribo la palabra—que, por otra parte, la inteligencia de los que me leen habrá comprendido en seguida—por respeto propio y porque no pongo nunca en mis libros esas obscenidades que se permitió escribir el visionario autor de *Los miserables*, ¡ese épico enfático de una democracia estéril!

¡M...! Esa palabra fué para el conde el grave disgusto de su vida. ¡Era evidente que su padre, olvidando el respeto propio, propendía a la obscenidad! ¡Buena razón tuvo él, pues, en no admitirle en su casa, en la convivencia de la sociedad más *raffinée* de Portugal!

De este incidente de la vida del conde ¿qué más puedo decir que no conozca el país? Es hoy sabido—hasta tal punto popularizó el escándalo ese episodio—que, obstinándose en su ingratitud, el sastre murió pobre, sin haber vuelto a escribir nunca a su hijo, que sólo tuvo noticia de ello cuando habían enterrado al viejo. Pero el señor Carvalhosa, el diputado de la oposición por Peñafiel, con esa perfidia que inspira el despecho político, apenas tuvo conocimiento de que el viejo expiraba en la miseria, se apresuró, con toda pompa y toda publicidad, a ir a su casa, a llevar allí un médico y a enterrarle a su costa. ¿Para qué? Para que se pudiera imprimir en los periódicos de la oposición ¡que el señor ministro había dejado morir a su padre en una guardilla infecta, y que fué el diputado de la oposición quien, por misericordia, le acercó a los labios la última taza de caldo!

Yo vi al conde llorar en la intimidad de su biblioteca. Lágrimas de rabia, que para otras no había motivo. Aquella muerte aislada, oscura, silenciosa, en una miseria voluntaria, *¡era la venganza de su padre!* Le dejaba aquella afrenta permanente. ¡Quién sabe, incluso, si el sastre no habría combinado con la oposición toda aquella lúgubre escena, el jergón, la aparición de Carvalhosa, la tumba de limosna!

—¡Ay Zagallo!—me dijo el conde, abrazándome—, ¡el mayor error de mi vida fué nacer de semejante padre!

¡Y sí que lo fué! Por eso, el conde, en su severa justicia, dejó que el cuerpo del sastre reposase en la sepultura adonde le llevaron de misericordia.

Ante Dios, como él decía, se consideraba hijo de su tía. Y a ella, filialmente, le erigió ese bello monumento donde el ángel llora sobre una columna truncada que sustenta un libro, símbolo de la educación que forjó al conde, y una pequeña bolsa, emblema de la fortuna en tierras que le dejó por testamento.

*

Pero estas digresiones necesarias —pues, repito, que yo no cuento en su disposición cronológica los episodios de tan ilustre existencia, sino que doy tan sólo, a grandes trazos, los rasgos esenciales de su fisonomía histórica—me llevan a los años, nada remotos, en que el conde de Abraños vió, por decirlo así, Portugal a sus pies.

Vuelva, pues, conmigo el lector a esa hermosa carretera de Oporto, donde en una diligencia, acompañado del administrador de su tía, va nuestro Alipio en dirección a Coimbra.

Los siete años que allí vivió fueron serenos y graves.

Muchas veces el conde me dijo que la Universidad le hizo una profunda impresión, no tanto como edificio —aunque sea imponente ese monumento en lo alto del monte, severo y aislado, como una inmutable fortaleza de vetusta ciencia—, sino, sobre todo, como institución. Yo confieso no ser tal vez competente para justipreciar estas cuestiones de enseñanza y de educación. La pobreza de mis padres no me permitió el honor ventajoso de ser licenciado; pero habiendo convivido con tantos hombres ilustres, soy como aquel antiguo fabricante de ídolos, que, a fuerza de vivir entre ellos, tenía en las manos y en la túnica algo de su oro. Además de eso, en este asunto, como en todos, sigo, por muda admiración y por correcta gratitud, las ideas y opiniones del conde de Abraños.

La primera ventaja de la Universidad como institución social es la separación que se efectúa, naturalmente, entre *estudiantes* y *futricas* (1), entre los que sólo viven de remover ideas y teorías, y aquellos que viven del trabajo. Así, el estudiante queda para siempre penetrado de esta gran idea social: que hay dos clases, una que sabe y otra que produce. La primera, naturalmente, por ser el cerebro, gobierna; la segunda, por ser la mano, trabaja, y viste, calza, alimenta y paga a la primera.

Dos mundos—como dice nuestro poeta Gavilán—que no pueden confundirse, y que, viviendo aparte, con fines distintos, marchan paralelamente en la civilización, uno con el título egregio de *licenciado*, y otro con el nombre emblemático de *futrica*. *Licenciados* son los políticos, los oradores, los poetas y, por tácita adopción, los capitalistas, los banqueros, los altos comerciantes. *Futricas* son los carpinteros, los albañiles, los cigarreros, los sastres... El licenciado, al tener conciencia de su superioridad intelectual, de la autoridad que ésta le confiere, dispone del mundo; al *futrica* le corresponde producir, pagar para que el licenciado pueda vivir, y rezar al Divino Ser para que proteja al licenciado.

El licenciado, por ser el espíritu, debe impedir que el *futrica*, que es sólo la materia, aspire a vivir como él, a pensar como él y, sobre todo, a gobernar como él. Debe mantenerle, por tanto, en su trabajo subalterno, que es su destino providencial. Y esto porque el uno *sabe* y el otro *ignora*.

Esta idea de división en dos clases es saludable, porque así, educados en ella, los que salen de la Universidad no corren el peligro de ser contaminados por la idea opuesta, idea absurda, atea, destructora de la armonía universal, de que el *futrica* pue-

(1) Como ya se ha dicho, *futrica* es el mote que los estudiantes de la Universidad de Coimbra dan a los que no usan el traje escolar, la conocida *batina*; la emplean, naturalmente, con un marcado tono despectivo.

de saber tanto como el licenciado. No, no puede; luego las inteligencias son desiguales, y así queda destruído ese principio pernicioso de la igualdad de las inteligencias, base funesta de un socialismo perverso.

¿Cómo puede realmente el hombre que ha trabajado todo el día en su telar, y que, por la noche, después de la sopa de coles, ha dormido con el sueño brutal de la fatiga física, participar en el gobierno de la cosa pública, como ese otro hombre que conoce idiomas, sabe los principios de la introducción a los tres reinos, ha estudiado Derecho romano, se penetró del Derecho canónico, ha leído los poetas del siglo, discutido las leyes en el Parlamento, regido Ministerios?

¡Irrisión!

Otra ventaja de la Universidad es la organización de sus estudios. El conde la consideraba admirable y asimismo la mejor garantía de la idea conservadora. Y aquí copio textualmente el informe que acompaña a su notable *Proyecto de reforma de la enseñanza*:

«Algunos espíritus, ávidos de innovación, aunque en el fondo sinceramente amantes de los principios conservadores, han sostenido que el sistema de los apuntes impresos litográficamente—la *Sebenta*, como los llama en su jovial lenguaje la juventud estudiosa—es anticuado. Yo considero, sin embargo, la *Sebenta* como la más admirable disciplina para los espíritus juveniles. El estudiante, acostumbrándose, durante cinco años, a aprenderse de memoria todas las noches, palabra por palabra, párrafos que hace cuarenta años permanecen inmutables, sin criticarlos ni comentarlos, adquiere el hábito saludable de aceptar sin discusión y con obediencia las ideas preconcebidas, los principios adoptados, los dogmas probados, las instituciones reconocidas. Pierde la funesta tendencia—que tanto daño produce—de querer indagar la razón de las cosas, de examinar la verdad de los hechos; pierde, en fin, el hábito deplorable de ejercer el libre examen, que no sirve más que para hacer un proceso científico a venerandas instituciones, que son la base de la sociedad. El libre examen es el principio de la revolución. El orden ¿qué es? La aceptación de las ideas adoptadas. Si se acostumbra a la juventud a no recibir ninguna idea de sus maestros sin comprobar si es exacta, se corre el peligro de verla, más adelante, no aceptar ninguna institución de su país sin intentar saber si es justa. ¡Tendríamos entonces el espíritu de la revolución, que termina en las catástrofes sociales!

»Hoy, destruído el régimen absolutista, tenemos la feliz certeza de que la Constitución liberal es justa, es sabia, es útil, es sana. ¿Qué necesidad hay de examinarla, discutirla, comprobarla, criticarla, compararla, ponerla en duda? El hábito de aprenderse la *Sebenta* de memoria trae más tarde como consecuencia la costumbre de aceptar la Carta constitucional. ¡La *Sebenta* es la piedra angular de la Constitución! El licenciado es el germen de lo constitucional.»

Conozco en la filosofía contemporánea—sin exceptuar siquiera los libros de los Thiers, de los Guizot, de los Bastiat, de los Pagés—pocas páginas tan profundas. La frase es tersa, viril, noble, bien meditada; la argumentación es sana y cerrada, inexpugnable; la idea tiene la severa solemnidad de un dogma. ¡Noble página! ¡Y pensar que aquel que la escribió no escribirá otra, y reposa bajo el pedestal de su estatua, con las manos cruzadas, en la tierra bruta!

No menos maravilloso le parecía al conde el sistema de las relaciones entre el *estudiante* y el *catedrático*.

La costumbre de depender en absoluto del catedrático, de doblarse servilmente ante su austera figura, de lograr por medio del tesón que su severidad se ablande, forma los espíritus en el saludable respeto a la autoridad. El sentimiento excesivo de la dignidad personal lleva al amor exagerado a la independencia civil. Cada cual se convierte de ese modo en su propio dueño, en su jefe, en su rey, en su Dios. ¡Y es la anarquía! Acostumbrado así durante cinco años a curvarse, a solicitar, a sonreír, a obedecer, a lisonjear, a suplicar, a depender, el licenciado entra en la vida pública disciplinado, y en lugar de ser el hombre que quiere ocupar en la vida el lugar que le conviene—lo cual sería la desorganización de las posiciones sociales—, va humildemente a colocarse con una sonrisa en el sitio, en la fila, en el rinconcito que le señalan los que gobiernan. Así se forma una imperecedera armonía social.

El joven Abraños mostró muy pronto en Coimbra su profundo amor a la disciplina y al orden.

El catedrático de Derecho natural era entonces el viejo doctor Pascual; ya muy miope, su venerable ciencia, sus achaques, sus servicios como decano, inspiraban a todos los que admiran a estos vetustos sabios encanecidos en los comentarios de vetustos compendios una admiración simpática.

Había, sin embargo, en ese curso—el recuerdo reciente de las guerras civiles lo explica en cierto modo—temperamentos rebeldes y perniciosos, que, por pertenecer aquel anciano a una vieja familia miguelista, intentaban, como decía el conde, *reventar su explicación* en clase. Así fué como en una ocasión, de repente, desde los bancos, levantó el vuelo un murciélago, y atontado por la luz, revoloteó furiosamente, yendo a chocar contra los cristales, contra los muros, y, finalmente, contra el venerable rostro del doctor Pascual. El viejo gritó, corrió el bedel... Pero, como dice nuestro gran poeta, el autor de los *Cánticos del cielo*:

¿Quién sabe de dó viene la fresca brisa?
¿Quién sabe de dó viene el vuelo del ave?

¿Quién sabía de dónde venía el murciélago?

Al día siguiente, cuando acababa el venerable doctor de abrir la lista, otro murciélago, mayor, más negro, ¡empezó a revolotear furiosamente por el aula! El venerable doctor Pascual cerró la lista y salió del aula, todo trémulo y pálido...

Alipio, sin embargo, había visto al indigno condiscípulo que soltó los murciélagos, y allí mismo, en el aula, decidió, por amor a la disciplina violada y al profesorado escarnecido, acusarle ante el decano. Pero como repugnaba a su carácter leal ir a casa del doctor Pascual a denunciar de viva voz a un condiscípulo, redactó una carta anónima con estas palabras: «¡El villano que arrojó el murciélago a la cara de usía y perturbó el recinto escolar es el número 89!»

Era un tal Adriano Cravilho, que, gozando de una inteligencia notable y de un honrado temperamento, tenía, como se dice en Coimbra, «la manía de hacer jugarretas».

Una semana después, condenado en un proceso secreto y sumario, era expulsado de la Universidad *ad perpetuitatem*. El respetable doctor Pascual quedó, sin embargo, tan agrade-

cido al «anónimo» que le había descubierto el autor del maleficio, que solía decir en el consejo de la Facultad que si supiera quién era, «le largaba un *accésit* a fin de curso. Porque, en fin, queridos colegas, ha librado a la clase de un malvado».

Estas palabras, difundidas, impresionaron a Alipio. Su acto se le apareció revestido de una importancia inesperada; examinándolo, descubría en él nobleza, lo consideraba como un verdadero servicio hecho a la ciencia, a la disciplina, al orden, al principio de autoridad. Y le parecía que si está justificado el pudor que nos hace ocultar el servicio hecho a un amigo, hay una falsa modestia en esconder un beneficio prestado a la sociedad. ¡Puede hurtarse a la gratitud quien salva a un hombre, no quien salva un principio!

Y días antes de los exámenes se dirigió a casa del doctor Pascual, y escribiendo ante él las palabras textuales de la carta anónima, le invitó a comparar las dos letras, probando al venerable profesor que era él, Alipio, quien había prestado aquel servicio tan señalado a la disciplina.

—Pues haga el favor de dejar su nombre..., haga el favor de dejar su nombre—exclamó el anciano, que estaba en esa edad en que la memoria es como una tela usada, que, estirada, se desgarra.

Alipio dejó su nombre, y a fin de curso le dieron el primer *accésit*.

Tuvo también el primer *accésit* en el segundo año, en que él dedicó precisamente su disertación sobre el *Derecho de gentes* al doctor Capello, conocido por la redundancia de sus párrafos, con esta dedicatoria: «Al dios de la elocuencia, excelentísimo señor Capello, ofrenda sincera de Alipio Abraños, su discípulo deslumbrado.»

Tuvo una *mención* en el tercer año, año en que—según veo en sus notas—la tía Amalia le aumentó su mensualidad, lo cual facultó a Alipio para hacer delicados regalos a doña Rosalinda Carreira, a quien la calumnia señalaba como concubina de su catedrático de Derecho civil.

En el cuarto año obtuvo al fin el segundo premio, a lo que contribuyó una sabatina (1), en la que, discutiendo con el catedrático, el sofista doctor Abréu, y entusiasmado con un sofisma complejo, le lanzó estas bellas palabras: «No sé qué contestar; la lucha es desigual: ¡yo sólo tengo en mi favor el estudio, y usía tiene el genio!»

En el quinto año ignoro qué recompensa logró su fecunda aplicación.

Esos honores, sin embargo, no eran otorgados únicamente a su talento: eran también el premio a su conducta moral. Jamás el joven Alipio fué visto en peleas con *futricas* o en trasnochadas por los billares de la Baixa. Su odio a las calaveradas era tan grande, que, para evitar la brutalidad burlesca del Carnaval, se refugiaba en Cellas, adonde iba a pie, en deliciosas excursiones por las suaves orillas del Mondego. No se crea, sin embargo, que las severidades del estudio—tan justamente comparadas por nuestro lírico con un *viento esterilizador*—habían resecado en el joven Alipio las naturales florescencias del sentimiento juvenil. Si no temiese afectar una forma preciosista, le compararía con un código entre cuyas páginas brotase un pensamiento. En este *oso*—nombre pintoresco que se da en Coimbra a los matrículas de honor y a los premiados que, absortos por el estudio, olvidan de cultivar las gracias exteriores—, en este *oso* había un *gamo*, si tomamos al gamo como símbolo animal de la viveza natural y de la incontenible simpatía. Sólo que Alipio era de esos temperamentos prudentes que ocultan cuidadosamente lo que el destino, el acaso o la Providencia les otorgó de más excesivo o desordenado.

(1) Lección compuesta de todas las de la semana, que los estudiantes daban el sábado. Y también, por aplicación genérica, ejercicio literario que se realizaba los sábados. Este término se empleaba (con leves modificaciones ortográficas) tanto en Portugal como en España, Francia e Italia, refiriéndose a ese mismo acto estudiantil.

Todo hombre tiene vicios, pasiones o gustos perversos; pero su deber está en ocultarlos y en mostrarse sólo a sus semejantes como un ser ordenado, de buen equilibrio. Esto hacía, por ejemplo, que aun gustándole la ginebra, Alipio no se entregase nunca a esa afición en la brutal publicidad de los cafés ruidosos: allí tomaba sobriamente su vaso de horchata. Pero habiendo así cumplido su deber de hombre, de ciudadano, de premiado, dando un severo ejemplo de sabia sobriedad, juzgaba poder sin escrúpulos, una vez satisfecho el deber, satisfacer la afición; y en casa, en su cuarto solitario, usaba con largueza de la botella de ginebra, que guardaba debajo de la cama en el saco de la ropa sucia. ¡Conmovedor ejemplo de respeto personal y de sumisión al decoro!

La misma discreción empleaba en lo que se refiere a los sentimientos tiernos: era incapaz de ir con unos condiscípulos en «pandilla», a casa de una de esas Venus vulgares que pasean las calles con zapatos torcidos, y cuyo lecho es como una plaza pública. Pero si la naturaleza, en sus ineludibles exigencias, que a veces los efluvios primaverales o la muelle y tibia atmósfera del otoño hacen más acuciantes, reclama sus fueros, esperaba a la noche, y con zapatos de goma, para que no se oyesen sus pasos, buscaba las callejas más retiradas, donde, después de haber convenido con la paciente en que le guardaría un secreto absoluto, sacrificaba con seriedad en el altar de Venus Afrodita.

Gracias a esa discreción tan digna, nadie—ni siquiera sus compañeros—tuvo conocimiento de un episodio ocurrido durante su quinto año. Era él por entonces huésped de las Barrosos, respetables viejas, donde los estudiantes encontraban cariños maternales por precios asequibles. La sirvienta, una tal Julia, tenía dieciocho años, era virgen y, según me confesó el conde, su belleza delicada y emocionante recordaba esos tipos de odaliscas que se encuentran en los *Keepsakes* (1) recostadas en cojines, a la sombra de arcadas moriscas, acariciando con la punta aguzada de los dedos ideales una gacela mansa. Tanta belleza y tan noble, en condición tan rastrera—la Naturaleza se complace a veces en estas irónicas antítesis—conmovieron el corazón de Alipio, y una noche, en que la criada dormía en su guardilla, el joven de quinto año se atrevió a subir, de puntillas, a admirar las formas delicadas más bellas en la camisa de algodón que las Venus que los artistas florentinos recostaban en cojines de seda, con ropajes de damasco... Pero al rechinar ásperamente la puerta, la sirventa despertó: iba a gritar, asustada, cuando Alipio, tapándole la boca con la mano—sin hacerla daño, no obstante—, suplicó, con el balbuceo suplicante del deseo:

—Pero oye, hija mía, oye primero lo que voy a decirte...

¿Qué le dijo? ¿Quién sabe lo que la arboleda dice al viento, lo que di-

(1) Vocablo que proviene del inglés, en cuyo idioma significa *regalo*, *recuerdo*, y que se refiere a un libro que se da como presente (por regla general en fechas señaladas, Año Nuevo, Navidad, etc., o en ocasión de una fiesta). Este libro o álbum va ilustrado con grabados, viñetas, etc., y contiene composiciones poéticas mezcladas con fragmentos de prosa.

cen las alegres aguas corrientes a las hierbas de los prados, lo que dice el ruiseñor en la sombra de los sauces, cuando sobre la colina, serena y blanca, se levanta la luna?

Desde aquella noche, Alipio ¡no hubiese cambiado aquella guardilla, donde la cal se desprendía con la humedad, por las salas de mármol del Vaticano! Pero, admirable ejemplo de la seriedad de su espíritu, incluso allí no olvidaba su trabajo: llevaba la *Sebenta*, los apuntes, y después del primer transporte amoroso, mientras, como ave fatigada, la sirvienta se encogía en el hueco del jergón, nuestro Alipio, a la luz de una vela de sebo, iba estudiando las más altas cuestiones de Derecho penal, hasta que el deseo, despótico aguijón, le lanzaba de nuevo en los blancos brazos que el sueño languidecía. ¡Delicioso idilio!

Y cuántas veces, en sus años ilustres, cuando él forjaba historia, volverían seguramente a su memoria, como un trozo de melodía apenas recordada, aquellos meses de verano y de amor romántico, en que la bella Julia y el joven Alipio, sofocando sus risas, se dedicaban en el cuarto miserable, bajo las tejas, a la caza de mosquitos en las paredes y de chinches en las rendijas... ¡Ah! Bien lo han dicho los poetas: la juventud, como el sol, todo lo esfuma y envuelve en una vaga niebla de oro; y los mosquitos que se matan a los veinte años en una alcoba amada ¡parecen deliciosos a aquellos que, a los cuarenta, duermen bajo cortinas de seda, oyendo en la calle, junto a la puerta, el paso respetuoso del centinela protocolario!

Cuando Alipio, terminada la licenciatura, abandonó a Coimbra, Julia estaba en el tercer mes de su embarazo. Sin embargo, él la conservó una tierna estimación, hasta que un compañero, pasado algún tiempo, le escribió diciendo que Julia había sido expulsada de la respetable casa de las Barrosos—como era justo, por otra parte—, y que, encontrándose sin colocación, hermosa y con un hijo que mantener, se lanzó a la prostitución.

Desde entonces nuestro gran Alipio sólo sintió por ella desprecio y repulsión, porque en aquel espíritu noble hubo siempre el horror a las miserables que, olvidando lo que deben al respeto propio, a la sociedad, a la familia, al hijo, van a pedir al indolente abandono del lupanar el pan que deberían obtener de las severas fatigas del trabajo. Negó, incluso, con indignación la limosna que ella le mandó pedir, temiendo que los pocos duros que podría enviarle contribuyeran por casualidad al adorno y al acicalamiento de una nueva sacerdotisa de Venus callejera. ¡Hasta tal punto a ese alma severa le repugnaban las blandas condescendencias y las piedades superfluas!

*

Dos años después de su licenciatura encontramos a Alipio Abraños en Lisboa, en una casa de la calle del Ouro, que hace esquina al Rocío, practicando en el bufete del famoso doctor Vaz Correia.

El conde no me dió nunca pormenores minuciosos sobre esos primeros años en Lisboa, ni encuentro en sus notas elementos con los cuales pueda yo hacer de ellos un relato detallado. El país había por entonces atravesado la gran crisis social conocida popularmente con el nombre de *María de la Fuente*. No me propongo en este estudio, puramente íntimo, hacer crítica histórica o apreciar las consecuencias de esa formidable convulsión de nuestra política portuguesa.

Una ventaja, sin embargo—e insisto en ella porque se relaciona indirectamente con la carrera política del conde de Abraños—, obtuvimos de la Junta: y es la de quedar probada la imposibilidad en Portugal de uno de esos Ministerios a lo Polignac y a lo Cabral, que van, con una obstinación altiva y brutal, contra las tendencias del espíritu público y pretenden imponerse por la fuerza en lugar de conquistar con la habilidad. El pueblo es como uno de esos monstruosos elefantes de la India, de los que he oído hablar: de una pujanza indomable y de una simplicidad risible, el mundo entero, por la violencia, no puede obligarlos a caminar contra su voluntad, y un niño, por la astucia, los obliga a hacer cabriolas grotescas. El pueblo tiene la fuerza de un elefante, y un regimiento no le puede imponer una idea que un simple abogado, diestro en declamación, le hace aceptar sin esfuerzo. Estas eran verdades ya viejas en el antiguo mundo helénico. Los Polignac, los Guizot, los Cabrales, son culpables, por tanto, no de falta de civilización, sino de falta de astucia. ¿Para qué se ha de combatir a un monstruo invencible cuando es tan sencillo engañarlo?

Las novelas de caballerías no dan una alta lección política cuando nos pintan esos horrendos gigantes que guardaban las entradas de los puentes, sobre torrentes tenebrosos: las lanzas de los mejores caballeros, intentando forzar el paso, se rompían al chocar contra la piel coriácea de los pavorosos brutos, hasta el día en que un bravo Percival o un Lancelot, flor de la caballería, mandaban un enano pérfido y diestro en artimañas, que adormecía profundamente al coloso; y los caballeros podían impunemente trepar sobre el vientre monstruoso como sobre una montaña inerte y entrar en el castillo deseado, donde los esperaba un seno blanco y los vinos raros que proceden de las colinas de Insbruck.

Polignac, Guizot, Cabral, rompieron sus lanzas al chocar con el gigante; vivirían aún hoy, y estarían seguramente en el castillo, coronados de rosas, en brazos de la princesa, si en lugar del heroico y vano esfuerzo hubiesen mandado por delante al enano, experto en mañas.

Los políticos de la moderna generación han comprendido y aceptado la grave lección de *María de la Fuente*. El sistema de la violencia fué abandonado por inútil, y comenzó, con éxito, el dúctil método de la habilidad.

El conde de Abraños, con su alta intuición, sintió que se estaba preparando una nueva política, que, coincidiendo con su temperamento, sería el elemento natural en que su fortuna medraría como en un terreno propicio. El bien sabía que el Gobierno no perdía nada de su poder discrecional, que tan sólo lo escondía. En vez de atizar una fuerte patada al país, clamando con fuerza: «¡Por aquí! ¡Yo lo quiero!», los Gobiernos democráticos lo consiguen todo, con más seguridad propia y con la admiración total de la plebe, doblando el espinazo y diciendo con dulzura: «¡Por aquí, hacen el favor! ¡Créannos, éste es el buen camino!»

Tomemos un ejemplo: el elector que no quiere votar a favor del Gobierno. Hele ahí, junto a la urna de la oposición, con su voto hostil en la mano, hinchado por su derecho. Si para obligarle a votar con el Gobierno le empujan a culatazos y a palos, el hombre se vuelve, coge una pistola y ya tenemos la guerra civil. ¿Para qué esa brutalidad anticuada? No lo apaleen, sino, por el contrario, acompáñenle al café o a la taberna, según esté en el campo o en la ciudad; páguenle generosamente bebi-

das, pregúntenle por los pequeños, póngale una moneda de dos pesetas en la mano y llévenle del brazo, con el cigarro en la boca, tarareando el himno nacional, hasta una urna del Gobierno, ¡vaso del poder, copa de la felicidad! Tal es la tradición humana, suave, civilizada, hábil, que hace que se pueda tiranizar a un país con el aplauso del ciudadano y en nombre de la Libertad.

Cuántas veces me dijo el conde que era éste el secreto de las democracias constitucionales: «Yo, que soy Gobierno, débil, pero hábil, doy aparentemente la soberanía al pueblo, que es fuerte y simple. Pero como la falta de cultura le mantiene en la imbecilidad, y el adormecimiento de la conciencia le ablanda en la indiferencia, le hago ejercer esa soberanía en mi provecho... En cuanto a su beneficio..., ¡de verano, compadre! Le pongo una espada en la mano, y él, babeante, dice: ¡yo soy la fuerza! Le dejo una bolsa en el regazo, y él, envanecido, afirma: ¡yo soy la hacienda! Le coloco un libro ante la nariz, y él exclama, pavoneándose: ¡yo soy la ley! ¡Idiota! ¿No ve que detrás de él soy yo, astuto manejador de títeres, el que mueve los hilos que sostienen la espada, la bolsa y el libro?»

Y yo, que durante quince años viví en la honrosa intimidad del conde de Abraños y me compenetré con sus ideas, tengo tanta fe en esa verdad, que a base de un jefe de Estado irresponsable, ministros y una Cámara electiva, me comprometo, ¡oh lectores!, ¡a hacer que gobierne ese grande y vetusto reino de la Taprobana Camila la *Pelona*, la del callejón de los Caballetes! ¿Cómo me las compondría? Cogería a la *Pelona*, haría que se enamorase de ella el jefe del Estado, lo cual es muy fácil hoy, que la relajación posee las persuasiones de una religión y los métodos de una ciencia. Dirigido por ella, el jefe del Estado escogería los ministros, y los ministros, como en el cuento popular, convencerían a los electores, que nombrarían a los diputados, y éstos ¡los legalizarían a ellos, ministros, y a sus caprichos, decretos, empréstitos y discursos! El pueblo, satisfecho, afirmaría: ¡yo soy el amo! Yo me reiría. El ama sería la Camila; y si yo, por casualidad, fuese el amante de la Camila, sería yo, al final, quien gobernaría a Taprobana ¡desde el cobijo de las sábanas de una alcoba, en el callejón de los Caballetes!

Todo esto lo comprendió en un santiamén el conde, cuando, después de la *María de la Fuente*, los Ministerios de la fuerza dejaron paso a los Ministerios de la astucia. La *María de la Fuente* fué la introducción en el Estado de una nueva táctica social.

*

Entre tanto, queriendo aparecer en la palestra con todas sus armas, el conde preparaba su reputación literaria, como redactor jefe de *La Bandera Nacional*, diario del cual, atendiendo al brillo que le prestó la colaboración de Alipio y a su breve existencia, yo podría decir, parafraseando el conocido verso de Malherbe sobre la rápida vida de las rosas: ¡que vivió lo que vive un cohete, el espacio que media entre un estallido y un resplandor!

La Bandera Nacional era uno de esos numerosos diarios que, fundados sin capitales y no respondiendo a ninguna necesidad intelectual, ocupan en sociedad un lugar aislado y sin valor, arrastran una vida precaria, teniendo que mendigar aquí y allá—ya de la oposición, o bien del Gobierno—la limosna de una subvención, y cuando ésta les falta, se

extinguen por sí propios, en el silencio y en la oscuridad.

Los fundadores de *La Bandera*, jóvenes ambiciosos, que rondaban en torno a las oficinas del Estado, habían encontrado su jefe en un hombre político, alta y relevante figura en la historia constitucional, el consejero Gama Torres. La protección que dispensaba, sin embargo, a *La Bandera* ese hombre notable era, como decía sutilmente el conde, *¡platónica, completamente platónica!* No le daba dinero, porque, como jefe de familia, entendía, y muy bien, que la política no debe tragarse fortunas, sino, por el contrario, crearlas. No daba tampoco ideas, porque, pese a su alta ilustración, que le hace ser uno de nuestros grandes contemporáneos, su prudencia, su reserva eran tales, que rara vez se le había oído una opinión clara.

Sabíase que aquella frente un poco calva, de anchas entradas, estaba repleta de ideas; sólo que las conservaba como un tesoro escondido. Era, por decirlo así, un avaro intelectual. Sus ideas eran para él; en el silencio de su despacho las removía como el viejo Grandet removía su oro, gozando con su brillo y su sonoridad. Pero si entraba alguien de repente, cerraba todo muy de prisa en el cofre del cerebro, y su ancha testa, de altas entradas, no mostraba más que una fachada impenetrable y monumental, que impresionaba a todos y no aprovechaba a nadie.

Era alto, corpulento, y sus ojos, azulados y redondos, tenían una singular falta de expresión y de intenciones. Sin embargo, todos sabían que detrás de aquella mirada quieta un mundo de ideas fermentaba.

Es curioso observar cuántos hombres públicos de nuestro país tienen esa apariencia apagada, vacía, vaga, abstracta, somnámbula; y, sin embargo, yo, que fuí admitido por el conde a conocerlos, sé cuánto genio mora secretamente en esas cabezas calvas o cabelludas, a las que los superficiales que no conocen sus secretas riquezas encuentran un aire atontado. Es que nosotros somos una raza reservada, enemiga de la ostentación y de las actitudes; a la inversa de los franceses, que, apenas tienen una pizca de talento, tratan de hacerlo brillar, relucir, deslumbrar; nosotros, con amplitudes de genio por dentro, despreciamos esas demostraciones vanidosas y guardamos para nosotros nuestras riquezas intelectuales. Así hace el árabe, que cerca sus jardines deliciosos y sus habitaciones doradas con un muro negro de piedra y barro, ¡de tal modo, que cree uno ver una choza donde, realmente, existe una Alhambra! Pero ¿no somos acaso de raza árabe?

Por eso, el consejero Gama Torres no se dignó nunca hacer a *La Bandera Nacional* la limosna de una idea. Le dió, sin embargo, la protección de su nombre; decíase: «la *Bandera* de Gama Torres», y esto prestaba al diario una autoridad imprevista.

Muchas veces, según me contó el conde, durante los meses de verano, en que la política, refugiada en la sombra de las quintas o en la frescura de las playas, dormita, el redactor de *La Bandera*, sin tema para su artículo de fondo, recurría al genio del consejero, como un pobre avergonzado. Gama Torres, sin embargo, poniéndose en medio de la sala, con las piernas separadas, el vientre saliente, las manos a la espalda, miraba hacia el suelo, y bamboleando el cráneo fecundo, murmuraba sordamente:

—¡Tiene m u c h a s cuestiones!... Hay cuestiones terribles. Hay la prostitución..., la indigencia... Tiene muchas cuestiones...

Pero, repito, era un avaro intelectual a quien no le gustaba dar la

limosna de una idea. No le censuro, pues es sabido que dedicaba su tiempo y todo su genio a las grandes cuestiones sociales. Estas le preocupaban de tal modo, que era usual —siempre que se hablaba delante de él de asuntos políticos—oírle murmurar taciturnamente:

—¡Hay muchas cuestiones! Cuestiones terribles: ¡la indigencia, la prostitución! ¡Son grandes cuestiones! ¡Cuestiones terribles!...

Y parecían, en efecto, terribles esas cuestiones, de una tenebrosidad de abismo, cuando se veía la mirada atónita con que él parecía contemplarlas mentalmente.

Poco tiempo antes de su muerte recuerdo haberle visto una noche en casa del conde, con ocasión de una crisis ministerial, y nunca olvidaré la terrible impresión que me produjo aquel grande hombre, en pie en medio de la sala, desorbitando los ojos a su alrededor y diciendo cavernosamente:

—Pueden ustedes, señores, creerlo, no todo son bromas; hay cuestiones terribles... La prostitución, la miseria, el ultramontanismo... ¡Cuestiones terribles!

Y en el silencio pavoroso que dejó aquella voz profética, en la que se percibía la amenaza de graves tormentas sociales rodando desde el fondo del horizonte, me acerqué instintivamente al conde, como quien busca un refugio seguro.

Tal era el director de *La Bandera*. Debo añadir que los únicos artículos que entregaba él para el diario anunciaban sus viajes de veraneo, los frecuentes partos de su esposa y también los progresos de su dolencia de vejiga: artículos cortos, por lo demás, pero en un lenguaje terso, firme, grave, ¡en que se notaba al hombre de Estado!

La colaboración de Alipio Abraños en *La Bandera Nacional* vino a dar al diario anémico una sangre nueva y viva. Tengo en mi poder—precioso presente del conde—una colección de *La Bandera*, ricamente encuadernada, y muchas veces, abriéndola con veneración, me sacio de esos artículos, que, como prosa y argumentación, dejan oscurecidos a los famosos Girardin, a los Sampaios, tan alabados. Quisiera transcribir aquí algunos de esos modelos de literatura periodística; pero la brevedad de este estudio sólo me permite extractar un trozo, por el que el lector presentirá al coloso, como Cuvier adivinó al mastodonte por una vértebra.

El diario, a quien el Ministerio de aquel momento negó, sin razón, una honrosa subvención, hacía una oposición amarga. El ministro presentó un proyecto de *Reforma administrativa*. Estas reformas han sido tan numerosas en Portugal—tal es el honroso esfuerzo de todos los Gobiernos hacia un ideal mejor—, que no puedo precisar los principios sobre los que aquélla se basaba: en vano he preguntado a los hombres públicos que entonces la discutieron y votaron: ninguno se acuerda. Deduzco, sin embargo, de los artículos de *La Bandera* que era de espíritu centralizador. Fué entonces cuando Alipio escribió ese artículo, tanto más admirable cuanto que es cierto que concordaba por completo con los principios defendidos en la *Reforma*. Sin embargo, periodista de oposición, no dudó en fulminarlos: tal era su lealtad a los compromisos políticos.

He aquí la conclusión de ese trozo inmortal: «... La centralización, pues, llamando toda la vida política del país al centro, a la capital, a la cabeza de la nación, crea, por decirlo así, un estado político pletórico y apoplético, en que el centro es el que posee toda la sangre, todo el vigor, y las extremidades, adonde no llega la circulación necesaria para que

ellas conserven un calor benéfico y saludable, se hielan, y, a poco, se consumen, quedando como organismos muertos, sólo ligados, para expresarme así, por tendones artificiales, que el más pequeño choque desgarra, lo cual produce la situación anormal de un cuerpo que, por falta de una vitalidad que lo mantenga intacto y compacto, se ve a cada momento expuesto a perder miembros esenciales, cuya falta le hace sentir inmediatamente la aproximación de la muerte, siendo ya tarde para insuflarle de prisa una vida, que, por otra parte, sólo podrá ser artificial, y que rápidamente se extinguiría, dejando, por consecuencia, que la gangrena moral haga su siniestra obra de aniquilamiento y de descomposición. Sépalo, pues, el Gobierno, que, con desprecio de todos los principios más probados de la Economía y del Derecho, está al frente de nuestra entidad nacional: si su *Reforma* fuese adelante, se expone a que el país se descomponga socialmente y a que la posteridad, un día, viendo su cadáver al borde del camino de la civilización, diga, señalando con horror hacia los locos que tienen en sus manos culpables las riendas de la gobernación: ¡ahí están los asesinos!»

¡Enséñenme, si la conocen, una página igual en todo el periodismo contemporáneo! ¡Cómo se desenvuelve el período en curvas lustrosas y flúidas, siguiendo la cadencia melódica! Y cuando el lector extático imagina que va a terminar, he aquí que se yergue de nuevo y se arquea, más límpido y más fácil, para cerrarse en un remate sonoro y magistral.

Así, en las playas del mar Tirreno, ¡se suceden y forman unas tras otras las olas de curvas blandas, en que los antiguos veían las líneas armoniosas de Venus, madre del Amor!

¡Qué imagen ésa, en que la posteridad, al borde del camino de la civilización, tropieza con Portugal exangüe, fulminado por la apoplejía causada por el exceso de sangre administrativa en el cerebro, y exclama: *¡ahí están los asesinos!*, ¡señalando caras pálidas de estadistas encogidos en la sombra!

Por eso no me admira que siempre que en Portugal se anuncia una reforma administrativa, ese sublime artículo reaparezca textualmente, palabra por palabra, en los periódicos que por deber de partido combaten la centralización, causando siempre la misma impresión profunda.

Sólo, con respeto lo digo a mis colegas de la prensa, es lamentable que lo reproduzcan como obra original, tanto más cuanto que todos los hombres cultos saben quién es su autor, y hasta los *Trozos escogidos* para el curso de portugués de segundo año de los colegios lo ha recopilado como modelo de estilo oratorio y periodístico.

Por otra parte, la facilidad del conde era extraordinaria. Bien lo prueba una anécdota, que me fué referida por un sabio profesor de Economía política, que por aquel tiempo escribía en *La Bandera* folletines de mucha imaginación. Como dije, el Gobierno había negado una subvención a ese diario—¡hasta tal punto es pertinaz en Portugal la tradición cruel de hacer pasar hambre al genio!—, y *La Bandera* rugía en la oposición, cuando el ministro hizo el nombramiento de un tal Abranches —persona hoy olvidada—, nombramiento considerado por toda la gente de bien como un torpe favor. Había, además, en ese caso una repugnante complicación de esposa cedida a la concupiscencia de un estadista lúbrico.

Era una magnífica ocasión para derribar el Ministerio, y nuestro Alipio escribió inmediatamente un artículo, que el sabio profesor que me relata

la anécdota compara con las sátiras de Juvenal y con las clásicas filípicas de Cicerón indignado.

El Gobierno, sin embargo, que en aquel momento comprendió que era necesario ahogar toda protesta, calculó en seguida que el ataque más violento vendría, sin duda, de *La Bandera Nacional*. Por eso se vió, a medianoche, al gerente del diario, que había ido a casa del ministro, precipitarse enloquecido en la Redacción, exclamando:

—¡El Gobierno da la *tela!* ¡Doscientos duros al mes!

Y corriendo a la ventana, gritó con fuerza hacia el fondo del patio donde estaban los talleres tipográficos:

—¡Tío Marzal, suspenda la tirada! ¡Traiga aquí esa tunda! ¡Tenemos la *tela!*

Y mientras el tío Marzal mandaba descomponer la filípica, nuestro Alipio, cogiendo la pluma, improvisó otro artículo, elogiando el nombramiento de Abranches—que el sabio profesor que me cuenta ese notable incidente compara, por su vigor, su lógica, su elevación moral y la agudeza de sus argumentos, con las más célebres defensas de la Historia—, ¡algo semejante a lord Brougham defendiendo en la Cámara de los Pares de Inglaterra a la desolada princesa Carolina!

Cuando un hombre posee tales poderes intelectuales y hace de ellos un uso tan útil, su carrera política está señalada, y mirar hacia él es como ver una prolongación verdeante de altos arcos triunfales.

Pero—tal es la tradicional ingratitud de los grandes—el Gobierno, después de obtener aquella defensa sublime de su torpe patrocinado, suspendió inmediatamente la subvención, porque entonces era ya claro que *La Bandera*—carente de suscripciones—, al faltarle aquel apoyo, terminaría su gloriosa marcha hacia adelante.

En su justa cólera, Alipio quiso escribir un tercer artículo, donde el caso Abranches quedase revelado en su abyecta realidad. Pero era tarde: pasó un mes, la opinión se desinteresó del incidente, y el tal Abranches, inconmoviblemente instalado en su sinecura, parecía indiferente a las iras de la opinión en la crítica a los poderes públicos.

La Bandera, pues, se despidió de sus lectores en un artículo admirable, en que Alipio exclama: «*La Bandera* no muere: se enrolla por un momento, en virtud de consideraciones privadas, pero para desplegarse triunfante un día, muy pronto, ¡y ondear entonces muy alta en el parapeto de la civilización a todos los vientos de la Libertad!»

*

Disgustado con las luchas de la prensa por aquel indigno proceder del Ministerio, Alipio volvió a dedicarse a su trabajo de abogado, concurriendo más asiduamente al bufete del famoso doctor Vaz Correia, con quien practicaba. Vaz Correia, de quien Alipio había celebrado muchas veces en *La Bandera* los triunfos forenses, tenía por Alipio una gran consideración, a la que se mezclaba, emotivamente, una simpatía paternal. ¿Quién no ha conocido, además, al doctor Vaz Correia?

Ofrecía él plenamente el tipo del «picapleitos». Que esta palabra no sea tomada en su sentido grotesco: el doctor Vaz Correia era un espejo resplandeciente de lealtad. Sus ojillos vivos, que espiaban por encima de los lentes; su carita redonda y arrugada; los dos mechones de cabello canoso, tiesos como orejas del diablo a cada lado de la calva; la alta corbata de seda negra con pintas, el chaleco de cuadros y el hábito de hablar con las manos a la espalda, sacando su barriguita próspera, son rasgos suyos bien conocidos en Lisboa.

Lo que menos se conocía era su gran bondad, que me haría decir—si no odiase yo los preciosismos de lenguaje—¡que en aquel hombrecillo había un San Cristóbal! Y digo San Cristóbal, porque entre toda la población santificada del reino de los cielos, ese buen gigante, con su campechanía, su paciencia, su aire paternal, me parece un amable modelo de bondad terrestre.

Yo, en realidad, ignoro los actos de bondad del doctor Vaz Correia. Debía, sin embargo, de tenerlos, y grandes; pero su historia íntima me es desconocida. Sin embargo, a juzgar por su comportamiento con Alipio, queda justificado que se le compare con San Cristóbal, que, apoyado en su pino, ayudaba a los débiles y a los fatigados a pasar el torrente traicionero.

Una crisis, en efecto, estalló en la vida serena de Alipio Abraños. Su tía Amalia, de cuyas mensualidades vivía él, y con cuya fortuna contaba, contrajo inesperadamente segundas nupcias con un joven fiscal de Amarante. Ni la edad, ni la obesidad—que le atacó los últimos años—, ni el respeto a sus propias canas la contuvieron, y sintiendo una llama tardía, pero exigente, cambió la delicia, toda moral de ayudar a la ilustre carrera de su sobrino, por los encantos, bajamente materiales, de un robusto esposo. Fué para el futuro estadista un severo golpe. Su tía, es cierto, no le retiraba, por el momento, la mensualidad; pero la certeza de su fortuna se disipaba, porque no sólo una dama de pasiones tan ardientes podría, pese a la edad, tener descendencia, sino que, seguramente, encadenada a la voluntad del marido, vería todos sus bienes pasar a los bolsillos del fiscal y de los parientes hambrientos que rondaban sus posesiones con ojos ávidos y codiciosos.

Alipio pasó días de amargura: no era él de esos seres orgullosos que levantan muy alta la cabeza y creen que pueden apoderarse de la fortuna por el simple juego de sus energías naturales. Por el contrario, nuestro Alipio era de esos sabios espíritus que no se arriesgan nunca en el camino de la vida sin ir bien amparados a izquierda y a derecha sin que alguien los alumbre por delante, y alguien, también, por detrás, los proteja de las fieras imprevistas.

Aquel desaliento de su espíritu se divulgaba en su expresión; y el doctor Vaz Correia, enterado del caso, viéndole inclinado sobre los autos como «sobre el río del Destino», según la expresión bíblica, le preguntó un día, desde el fondo de su poltrona:

—¿Conoce usted, amigo mío, al magistrado Amado?

—No le conozco, señor doctor. Es decir, le conozco de nombre, de vista, pero no personalmente.

El doctor se sumió en el papel sellado, y durante unos minutos su larga pluma de ganso escribió prosa sabia. Por último, recostándose nuevamente en la poltrona:

—¿Entonces no conoce usted, amigo mío, al magistrado Amado?

—No le conozco, señor doctor. Es decir, repito, al menos personalmente. Es persona muy estimable, según dicen.

El doctor alisó los dos mechones grises de la calva, y después de carraspear:

—Pues si quiere usted, amigo mío, le llevaré a casa del magistrado Amado, ya que es mañana el cumpleaños de su hija. ¿Conoce usted a su hija?

—No la conozco, señor doctor. Es

decir, me pasa lo mismo, no la conozco personalmente.

—¡Buena moza!

—Muy galante—dijo, respetuosamente, Alipio.

*

Este diálogo fué, podría decirse, el origen del casamiento del conde de Abraños, del que yo, conforme a las notas del propio conde y a los relatos de testigos presenciales, quiero hacer una narración detallada.

El magistrado señor Amado era de una buena familia del Norte, y había tenido una carrera singularmente fácil. Decíase de él: «Se ha dejado ir y ha llegado.»

Sostenido por la gran influencia de su parentela, fué, en efecto, llevado, sin conmociones ni choques, en un ascenso gradual y cómodo, hasta su poltrona de damasco rojo de la Audiencia de Lisboa. Allí se dejó caer con el peso de su obesidad, y cruzando las manos sobre el estómago, comenzó a rumiar plácidamente. Que en modo alguno se crea que quiero yo rebajar con acritud los méritos de aquel varón obeso; quiero tan sólo mostrar la naturaleza, toda indolencia y egoísmo del magistrado Amado, dedicado a alimentarse con abundancia, atento exclusivamente al ejercicio de sus funciones, asustado si la vejiga, el bazo o el hígado revelaban trastornos, sin tener valor para moverse del sofá durante noches enteras, desinteresado por completo de los hombres, y hasta de Dios.

Nuestro inmortal José Esteban, viéndole un día entrar en una recepción en casa del llorado duque de Saldaña, exclamó, designándole con un verso conocido de Juvenal:

—¡Ese vientre que viene ahí es Amado!

Era, en efecto, un vientre, que en ciertos días de la semana se ponía solemnemente los lentes y firmaba con mano carnosa donde los colegas le indicaban con el dedo; de su ciencia jurídica nada diré, para no avergonzar a las paredes y los muebles de este cuarto donde escribo; de su honradez, sé que su gran fortuna y sus posesiones de Azeitao le dejaban indiferente a las tentaciones del dinero; pero hubiese condenado a Jesús y absuelto al mal ladrón si le sobornaban con un par de patos bien cebados o con un salmón fresco del río Miño.

Hacía, al tomar la sopa, un *gluglú* molesto y asqueante, y lanzaba al suelo los salivazos que hubiera merecido en la cara. Así era aquella bestia obesa. El conde le detestaba. Y a mí mismo, sólo el respeto que le debía como suegro del señor conde me impidió cierta noche—¡aún tiemblo al recordarlo!—echarle las manos al pescuezo gordiflón y apretárselo, apretárselo, hasta que le colgase, hinchada y negra, aquella lengua en que la trivialidad era más usual que la saliva, y le saliesen de las órbitas aquellos ojos, que sólo habían mirado en este mundo con algún interés las tajadas de ternera de que se abarrotaba.

Era una noche que él pasó en casa del conde. Desde la comida, tendido en una poltrona, revelando tan sólo su presencia por frecuentes eructos, había dormido el sueño bestial de su hartazgo senil. Estaba yo justamente contando a la señora condesa, que me escuchaba con interés, una deliciosa anécdota de don Juan VI, que había leído aquella tarde, cuando oí desde el fondo de la poltrona donde dormitaba aquel Vitelio estas palabras, con aquella voz espesa y brutal que era la repercusión sonora de su inteligencia:

—¡Oiga, señor secretario, vaya a ver abajo si ha llegado ya mi coche!...

Me quedé petrificado, con la lividez de la cal. Pero la señora condesa, que, sean cuales fuesen sus culpas, tenía delicadezas conmovedoras, replicó inmediatamente:

—¡Oh papá!

Y agitando la campanilla, se dirigió a Juan, que había aparecido en seguida:

—¡Vea si está ya el coche del señor!

Mientras fuí secretario del conde traté con nobles, con ministros, con embajadores, con personajes augustos, y sólo recibí de todos esos excelentísimos señores—y podría decir de sus majestades y altezas reales—una benévola consideración, que tal vez mis aptitudes justificasen, pero que recibía como preciosa recompensa a mi abnegación. Incluso, junto a las gradas del trono sólo encontré bondad, y la mano que iba yo a besar con la humildad tradicional, estrechaba la mía con una simpatía que me dejaba en el alma impresiones inolvidables.

¡Sólo aquel obeso armazón se atrevió a tratarme como un lacayo!

Murió. Murió de la vejiga. Se notó con sorpresa la fetidez que exhaló su cuerpo, después de muerto, y la descomposición muy rápida de las materias serosas; esto tal vez se debiese a la disolución del cuerpo; pero el olor asqueroso venía de su alma torpe que se desprendía, produciendo la emanación de una letrina que se destapa.

El arcón en que lo llevaron pesaba arrobas, y cuando lo embalsamaron y le extrajeron el cerebro vieron que no era más voluminoso que el de un lechoncillo recién nacido. En la cavidad craneana le metieron un pedazo de esponja vieja, ¡seguramente más útil y tan inteligente como el cerebro al que sustituía!

Lo amortajaron con su toga de raso, que no cubre ahora a un magistrado más muerto y más putrefacto que el que cubrió en los días de sesión de la Audiencia de Lisboa. Lo llevaron al Alto de San Juan, al paso de cuatro yeguas cubiertas de negras gualdrapas; y las cuatro yeguas meneaban la cabeza, como envanecidas del cadáver que transportaban; fué el único orgullo que inspiró nunca la compañía de su persona. Allí se pudre aquel resto de materia mal organizada, que rodó durante sesenta años por la tierra bajo el nombre desacreditado de Justiniano Sarmento Amado.

Aquel vientre—según la frase de José Esteban—era, naturalmente, un títere, un títere obeso en manos de su mujer: era ella quien tiraba de los hilos de su voluntad. Doña Laura Amado, en su aspecto, daba la impresión de una regla: flaca, aplastada, recta, perpendicular, con su vestido de seda negra, parecía, no una señora, viviendo en una casa en la Estrella, sino una creación pintoresca del ilustre Dickens. Moralmente, tenía la misma rigidez, dura e inflexible; la misma forma rectilínea de una regla. Era una devota, de una puntualidad de máquina en el cumplimiento de su devoción. Desde joven hasta el día en que se la llevó una benemérita escarlatina, rezó, rezó imperturbablemente, cronométricamente, con un tic, tic, tic, de reloj.

Estaba dotada de una lengua feroz, con que desgarraba a todas aquellas señoras—porque raras veces, seguramente por pudor, se refería ella a los hombres—que no practicaban una devoción tan complicada, o que tenían los gozos, los lujos, las pasiones que le prohibía su Dios, un Dios especial, de ella, un Dios terrible, que vivía en la iglesia de Santo Domingo, insaciable de alabanzas, pródigo en catástrofes, siempre pronto

a despedir como rayos dolencias mortales o disgustos con las criadas, y al que era necesario ablandar constantemente con promesas, misas, letanías y ofrendas, porque su divino temperamento, de una irritabilidad fuera de lo vulgar, le mantenía en el deseo frenético de hacer daño.

El sacerdote particular de aquel Dios, el intérprete en la tierra de sus voluntades, era el padre Augusto, que vivía en una casa de huéspedes de la puerta de San Antonio, y de quien doña Laura recibía la dirección espiritual, las órdenes, los consejos, las amonestaciones y el aliento impregnado de olor a ajo.

Puede parecer irrespetuosa esta apreciación sobre la familia Amado; pero, para justificación mía, diré que el señor conde la detestaba. Y, sin embargo—hasta tal punto su cortesía era perfecta—, no dejó nunca de besar respetuosamente la mano de su devota suegra, mano descarnada, amarilla y seca como un cangrejo, de largos dedos, que tenía ella siempre colocados en actitud de rezo, sobre el pecho, en la iglesia; sobre el regazo, en la sala, o encima del plato, en la mesa.

¡De esta devota y del otro, del montón de grasa de que hablé antes, había nacido un ángel!

¡Que me perdone la memoria del conde, pero doña Virginia Sarmento Amado, primera condesa de Abraños, era un ángel!

No ignoro sus culpas; pero si para atenuarlas no bastase con recordar que hace mil ochocientos años Jesús de Nazaret defendió de las piedras fariseas a la pobre mujer amorosa postrada a sus pies, me sería suficiente recordar la bondad de doña Virginia, su conmovedora delicadeza, la afabilidad de sus maneras, aquella necesidad de ver a todos a su alrededor llenos de bienestar y de contento... Era un ángel, tanto por su alma, *viva y toda espontánea*, como por sus cabellos rubios, siempre un poco desordenados; por sus grandes ojos activos y bañados en una amplia risa dulce; por su nariz tan fina, de un tono marfileño; por su figura delicada, noble, de movimientos de ave... ¡Era un ángel!

De esta familia, el padre fué magistrado condecorado, la madre, devota respetada, y la hija—según la ley y la moral corriente—, criminal repulsiva. Hoy duermen los tres en el sepulcro monumental del Alto de San Juan, y yo estoy segurísimo de que esa opinión de los hombres no fué corroborada por Dios. La devota estimada está, no lo dudo, atravesada por el espetón tradicional que un diablo, por toda la eternidad, va haciendo girar para asarla de un lado y de otro. El padre, magistrado cubierto de honores, imposible para ser de Dios, muy abyecto para ser del diablo, debe de estar en ese lugar tenebroso, letrina de la eternidad, donde los Vitelios torpes y los Amados putrefactos chapucean para siempre en una masa líquida, hecha de los excrementos de los hombres y de la baba de las fieras.

Y a ella, la dulce culpable, la rubia condesa, me parece verla, con un vestido blanco, la palma verde en la mano, las hebras de oro fino de sus cabellos sueltos, bañada en la luz paradisíaca y mística que brota de los ojos de Dios.

Que no se me acuse de ir, con estas apreciaciones, en contra de la moral social, o, poseído de un orgullo sobrehumano, de dar indiscretamente un consejo a Dios. El crimen de Virginia es horrendo; pero su persona era adorable. A la que pecó como ella, Cristo la perdonó, y—lavada la culpa por el perdón divino—lo que nos resta es una deliciosa criatura rubia, de ese rubio que un día cantó en versos inolvidables el tierno poeta de las *Nieblas*:

Vale el oro de tu trenza
los millones de un avaro;
y no paga así muy caro
¡el morir quien te ha besado!...

Ese ángel cumplía dieciocho años la noche en que el doctor Vaz Correia llevó a Alipio a la casa-palacio del magistrado Amado.

El conde, que era supersticioso como Napoleón y Lamartine, me contó después que había entrado en la sala con el pie izquierdo.

Preocupado con esto, cuando se halló delante de una gran barriga, cubierta con un amplio chaleco blanco, en lugar de decir «señor magistrado», titubeó y dijo «señor consejero», lo cual fué tan grato al obeso magistrado, que, al presentar a Alipio a su seca y tiesa esposa, exclamó:

—Es ya colega de Vaz... ¡Dice que tiene un talentazo!...

Esto hizo mala impresión en la devota señora, que en todos los hombres jóvenes y con talento veía invariablemente enemigos de la religión.

Pero nuestro Alipio disipó en seguida aquella impresión hostil, asegurando a doña Laura, lo cual era, por otra parte, exacto, que siempre, *antes* y *después* de los exámenes, en Coimbra, iba a la catedral nueva a postrarse a los pies de la imagen de Nuestra Señora de la Salud, *antes*, a implorar su mística influencia con los catedráticos; *después*, a agradecer humildemente el «aprobado». Y corroboró aquella descripción de la piedad de sus costumbres mostrando la seriedad de sus maneras: en vez de buscar la compañía de las muchachas, que, con boquita mimosa y ojos tiernos, perturban la paz de los espíritus puros, fué, con preferencia, a unirse al grupo severo de los magistrados y sólidos negociantes. Lo cual hizo decir a doña Laura que Alipio parecía ser «un joven de intenciones rectas».

La *soirée* era, por lo demás, animada; y por el conocimiento que tuve más adelante de la famosa sala del magistrado y de las personas que habitualmente la frecuentaban, y pensando en la influencia que aquella noche ejerció en el destino del conde de Abraños, más de una vez me he entretenido en reconstituir aquella *soirée*, con sus personajes, sus grupos y su decorado.

Allí están, bajo el retrato al óleo del magistrado, el alto sofá de damasco rojo y los cuatro sillones rectos y pretenciosos en que se sientan doña Laura y las dos ricas hermanas Victorino, ambas flacas, color limón, de nariz acaballada, *bandós* aplastados, con adornos negros, todos de una tonalidad negra, donde resalta el pañuelo blanco, sostenido en la mano seca, de tendones salientes, sobre el regazo. Muy liberales, su hermano, magistrado también, fué ahorcado en Oporto, en tiempos de don Miguel, y aquel incidente patético, del que hablan todavía, parece haber perpetuado la tristeza en su alma y la amarillez en sus caras.

Allí veo también al viejo Serrán, coronel retirado, con su espeso bigote gris, recortado a tijera; los pantalones color flor de romero, estirados por las presillas, tieso aún, lleno de opiniones, censurando con rencor las promociones del ejército, y acompañando a su hija, una flacucha de vestido de gasa con pintitas, dientes averiados por el abuso de los dulces, omóplatos salientes bajo la tela transparente, y teniendo al hablar con los hombres la impertinencia familiar de quien está siempre pensando en sus veinte mil duros de dote. En la sombra, casi en un rincón, está la pobre doña Juana Carneiro, triste y dolorida, con su tumor de estómago,

muy compadecida por todos, que admiran su resignación, aunque censuran su fetidez de aliento.

Junto al piano veo también a doña Amalia Saraiva, cuyos senos enormes parecen dos odres; lleva siempre a su hijita, de siete años, Julita, que durante toda la noche, muy tranquila, enmarcada la carita flaca por el cabello, hojea el tomo ilustrado del *Asia pintoresca*, admirando pagodas indias y salvajes semidesnudos, hasta que la llaman para recitar; entonces, en el círculo admirativo, bajo la mirada ansiosa de su madre, cuyos odres jadean de emoción, declama con una vocecita fina e igual, como el fluir del hilillo de agua de un grifo estrecho:

La luna despunta alta en la man-
[sión de la noche.
Ya medianoche ha sonado con moro-
[sas campanadas...

Al fondo, junto a la mesa de tresillo, preparada ya, el consejero Andrade, atraído allí por su afición a las cartas, va haciendo despacio su solitario y explicando sus contratiempos de labranza al amigo Torres Pato y a otro personaje taciturno, conocido únicamente por el nombre del «doctor», que, muy ceñido en una levita azul, rompe tan sólo su lúgubre silencio para murmurar, con la frente arrugada en una gran concentración de pensamiento:

—¡Es notable! ¡Hombre, es notable!

Más allá veo también, con el pecho enhiesto y un peinado soberbio, a la bella Luisa Fradiño, casada hace poco con el doctor Fradiño, abogado y publicista, que aparece detrás ajustando en la nariz los lentes de oro o retorciendo con los dedos finos la punta de las patillas de azabache.

Doña Luisa es, en las *soirées* del magistrado, la *beldad*, la sirena. El coronel, el consejero, los magistrados admiran sus soberbios ojos, su cuerpo estatuario, sus *toilettes* de equipo de novia; se murmura que inspiró una pasión a un augusto personaje; sus movimientos, sus miradas, sus gestos, son seguidos por ojos voraces de viejas que la critican, con la vaga sensación de la influencia que debe de tener sobre los hombres aquella magnífica criatura de piel tan brillante: una encuentra que ríe excesivamente y con coquetería; otra, que arruina al marido con sus vestidos; y cuando, al final de la noche, el doctor Fradiño le dice: «Ya es hora, hijita; ve a ponerte el abrigo», todos, el coronel, el consejero, las damas, la enferma del estómago, los siguen con la vista, con un pensamiento involuntario del lecho conyugal donde van a recogerse con seguridad.

En una esquina del sofá, en su sitio consagrado, veo también, con un largo gabán negro de vueltas blancas, con una cara gorda, seria, afeitada toda, al reverendo padre Augusto.

Junto al balcón, la adorable Virginia, con dos amigas, las hijas del consejero Andrade cuchichean vivamente, con las cabecitas muy juntas.

Y junto a la mesa de tresillo, en una poltrona, ahito y obtuso, dormita el obeso Amado.

Tal debía de ser por esa época una *soirée* en casa del magistrado; y en aquel medio un tanto vulgar, la figura esbelta del joven redactor de *La Bandera* tendría, sin duda, un fuerte relieve.

Alipio era entonces, me atrevo a decirlo, un guapo mozo: de elevada estatura, bien proporcionado, la frente amplia y alta como la idea que cobijaba, los hombros sólidos de quien puede sin esfuerzo sostener un mundo, la mirada azul, penetrante, preparado por la Naturaleza para sondar, en sus más remotas conse-

cuencias, las altas decisiones políticas—una de esas miradas que atraviesan y exploran en un santiamén todo un problema complicado—; la barba rubia, en forma de collar, como era aún moda en aquel tiempo y se ve en el retrato del inmortal Garrett; así era a los veintiséis años el futuro conde de Abraños. Y puedo decir que tanto Virginia como las Andrades y, me atrevo a decirlo, la propia y bella Fradiño, vieron, con cierta contrariedad, apartarse aquel esbelto joven de su compañía graciosa, para ir, pausado y grave, a conversar con el consejero, el coronel y el amigo Torres Pato.

Ocurrió incluso que, al servir el té, cuando Alipio—ya entonces el excesivo calor de una sala le producía opresiones asmáticas—se acercaba al balcón, advirtió que la bella Fradiño conservaba en la mano su taza vacía. Inmediatamente, como un auténtico Noroña, muy en hombre de mundo, en hombre de corte, Alipio se apresuró a cogerla de su mano, dejándola sobre el piano. Doña Luisa le dió las gracias, y en seguida, con gran volubilidad:

—Creo haberle visto a usted en la tribuna del Congreso de Diputados.

—Frecuento con regularidad las sesiones de la Cámara, señora—fué la seria respuesta del redactor de *La Bandera*.

Y como había junto a la bella Fradiño un sillón vacío, sentóse respetuosamente allí, y bien pronto la conversación, encauzada por la inteligente señora, tomó un tono elevado y crítico. Hablaron de oradores ilustres, de los folletines notables de *La Revolución*, de poetas y de arte, cuando Alipio percibió con terror que las matronas, el coronel, el consejero, doña Laura y las dos colegialas tenían los ojos clavados en aquel diálogo aislado. Se separó en seguida un poco, irguiéndose en el sillón; pero esto ¡sólo hacía más saliente la gesticulación animada de la bella Fradiño! Entonces, aterrado ante las posibles sospechas, Alipio se levantó bruscamente. Para él no existía nada más sagrado que la *familia*, y aquellos ataques al honor conyugal, que la sociedad, culposamente, con complacencia, admite y hasta idealiza, los consideraba, como muchas veces me afirmó, el *cúmulo de la deshonestidad*, sobre todo tratándose de señoras que por su posición social son muy observadas, y no pueden traer al seductor más que disgustos y tropiezos en su vida, además de dar un ejemplo funesto a las clases inferiores.

Fué siempre fiel a este severo principio. Es cierto que le acusaron de tener relaciones culpables con la mujer de un tal Benito, guarnicionero en la puerta de San Antón; pero este caso es distinto por completo. El guarnicionero era tan insensible al honor de su hogar, que consentía que su mujer fuese a visitar diariamente a una tía que él sabía fallecida hacía meses. Además de eso, por su posición modesta, aquel amorío no podría ser puesto nunca en evidencia ni andar en boca de la gente, salvándose así del riesgo de ser una lección perniciosa para la juventud.

Por estas consideraciones—que él pesó concienzudamente antes de entregarse a actos libidinosos con la mujer del guarnicionero—, Alipio creyó poder, sin peligro para el orden social y sin perjuicio para su carrera, permitirse aquel goce oculto.

Por otra parte, compensó con nobleza la injuria moral que hizo al guarnicionero, ya que, cuando aquel artesano quebró, Alipio, entonces diputado, le proporcionó un provechoso empleo en una oficina del Estado.

Bajo la influencia, pues, de esos

altos principios, se arrancó él con dignidad a la conversación cautivadora con la bella Fradiño, yendo incluso a decir al marido, que con la pierna cruzada fumaba en la salita contigua:

—Acabo de tener una conversación muy filosófica con su señora esposa, y rara vez he visto una dama tan instruída... Hemos discutido sobre Víctor Hugo...

—¡Ah, ah! ¡Sí, está muy enterada!... Y yo no le prohibo ese gustito, porque soy de mi siglo y entiendo que una mujer, para hacer buen papel en sociedad, debe saber su poquito de literatura y tener su barnicito de filosofía.

—Tiene usted mucha razón...

Pero habíase hecho en la sala un silencio y se veía en todos los rostros una risa muda de aprobación complaciente. Dirigida por doña Amalia, la de los senos repletos como odres, Julita estaba en medio de la habitación, paliducha, flaca, con el cuerpecillo blando y las ojeras hondas, y de su boquita, abierta como el pico de un polluelo que espera un grano de trigo, salía una vocecilla trémula, que decía:

> Es de noche y el astro lloroso
> logra abrir apenas el plomizo cielo,
> y esfuma su rostro, redondo y hermoso,
> un húmedo, leve y blanquecino velo...

Esa niña precoz fué luego doña Julia de Mendoza, esposa de mi llorado amigo Carlos Luis de Mendoza, experto taquígrafo del Congreso de Diputados. No correspondió, sin embargo, su vida de mujer a su delicado sentimiento de niña, pues, como es sabido, olvidando lo que se debía a sí misma, fué sorprendida en la propia alcoba conyugal en los brazos plebeyos de un tal Alfredo, galán joven del Gimnasio. Y era tal su perversidad — estos pormenores no son indiscretos, ya que ambos cónyuges reposan en el cementerio de los Prazeres—, que sacaba del cajón de su esposo las mejores camisas y los calzoncillos más finos para regalárselos al abyecto cómico, quien la sedujo por su pelo rizado y sus ojos lánguidos de trovador de balada. ¡Ah! Muy mal pagó los desvelos de su madre, que la educó en el culto de todo cuanto es fino y delicado, enseñándole de pequeña los poemas de nuestros mejores líricos, rodeando su juventud de ejemplos tan elevados. ¡Los cándidos lirios que habían sido sembrados en aquella alma reflorecieron más adelante como plantas venenosas!

A los siete años, sin embargo, era un angelito dotado de una extraordinaria memoria; y nada más dulce que la tierna languidez de sus ojos, cuando declamaba, apretando las manos contra el pechito, donde seguramente se formaban ya los dos frutos gemelos del seno:

> Dulce luna, tus secretos
> ¿dó los fuiste a guardar?
> ¿Entre los boscajes quietos
> de playas, allende el mar?

Incluso nuestro Alipio, impresionado por la revelación de un alma tan sensible en un cuerpo tan delgado, no pudo contener una exclamación:

—¡Bravo, Julita! ¡Va a ser una mujer de gran ilustración!

—¡Bravo! ¡Bravo!

Y Julita, devorada a besos, pasaba de los lindos brazos llenos de encajes de la bella Fradiño a las rodillas del respetable coronel, que le decía:

—¡Ah, pequeña, querría yo esa memoria tuya para mi Catalina!... Pero la chica es una tumba para los versos...

—Pues es muy aprovechada, coronel...

—Es muy aprovechada para la sociedad, doña Victorina... Pero la chica nunca ha tenido memoria, y yo nunca quise forzarla, porque es delicada e hija única.

—Tiene usted razón, coronel.

—Creo tenerla, doña Victorina.

Alipio, entonces, volvió a la salita donde fumaban los hombres, y vió con asombro al doctor Fradiño acercarse a él y pedirle, en nombre de las señoras, que recitase «alguna cosilla» al piano, y sin casi darle tiempo para dejar en el antepecho de la ventana el puro a medio fumar, lo arrastró hacia la sala, exclamando:

—¡Aquí le traigo a la fuerza!... ¡Y ahora hay que obligarle!

En vano Alipio expuso que la seriedad de sus trabajos no le dejaba nunca ocasión para aprenderse las poesías sublimes de los Garrett o de los Castilhos... No admitieron la disculpa. Erales difícil comprender, en realidad, que un licenciado no supiese alguna poesía bonita, habiendo, además, dirigido durante unos años con tanta elocuencia *La Bandera Nacional*. No, las señoras no le perdonaban. ¡Allí estaba doña Luisa al piano, con el piececito en el pedal de los *graves!* ¡Había que ser complaciente! ¡Era día de cumpleaños y de *jaleo!*, como decía el padre Augusto.

Alipio veía a su alrededor los rostros iluminados por una admiración anticipada, y pareciéndole que los ojos de Virginita, cuyos cabellos rubios le habían impresionado, se fijaban en él con una súplica casi emocionada, se apoyó en el respaldo de una silla, y después de pasarse el pañuelo por los labios, dijo con gravedad:

—Obedezco a ustedes, señoras y señores míos. Aunque debo decir que no soy un recitador. Lo haré sólo por complacerlos... En Coimbra, algunas veces, por pasatiempo, recitaba, pero realmente no tengo estudiada ninguna poesía... En fin, voy a recitar *Celos del cielo*, de nuestro llorado Gómez Guiaes.

La bella Fradiño pulsó el teclado, y Alipio comenzó estos hermosos versos, que un acompañamiento suave, gimiente y triste, acentuaba deliciosamente:

> ¿Te acuerdas, Elvira, de la playa [triste,
> donde paseamos una noche, solos?
> La luna brillaba sobre el mar tranquilo,
> y tú murmurabas con voz temblorosa:
>
> ¿Para qué levantas sin cesar, poeta,
> la frente, y contemplas la luna sin [velo?
> ¿No ves tú, poeta, dentro de mis ojos,
> secretos más hondos que los de ese [cielo?

Pero los *Celos del cielo* son muy conocidos. No hay en todo Lamartine un canto más desolado y más filosófico. Elvira se queja de que los ojos del poeta se alzan constantemente, explorando los cielos, yendo a buscar, allá lejos, el ideal, cuando está allí cerca, en una mirada del ser que le adora. Pero el poeta explica su alma: encuentra en las grandes alturas a que se eleva un gozo divino que no hallaría nunca en la tierra. Y Elvira, toda celosa de que haya en el Universo algo que el poeta prefiera a ella, incluso el cielo, incluso la divina faz de Dios, promete darle a conocer un goce mayor que le hará olvidar el misterio insondable que le atrae: «¡Soy tuya!», exclama, uniendo sus labios a los de él en un beso interminable. Y el poeta, recordando ese momento, en que su alma conoció el supremo éxtasis, exclama, atormentado por la nostalgia:

> Viento que murmuras, ¿dónde están [los ecos,
> el timbre divino de esa tierna voz?
> ¿Dónde están, oh rocas, los ayes do- [lidos
> que esa noche, tristes, lanzamos los [dos?

En la rubia arena reclinaste el cuerpo,
mi mano, temblando, tu talle cogió...,
¡y un beso infinito acabó en el aire,
rosa que la brisa allí deshojó!

Pero en aquel momento, alzando casualmente los ojos hacia la puerta de la sala, nuestro Alipio vió con asombro al doctor Vaz Correia, de puntillas, que le hacía con los ojos y con los labios señas impacientes que parecían significar: ¡No! ¡No! ¡Cuidado! ¡Fíjese!...

Pero doña Luisa pulsó una nota grave, y Alipio, desconcertado, comenzó la siguiente estrofa:

¡Qué divinos besos, qué suaves sollozos,
qué dulce momento, que ideal anhelo!...
La luna de plata, colgada en el cielo,
hería la curva blanca de tu seno.

Seno de alabastro, de color de espuma,
luminoso, cálido, palpitante, ¡mío!
¡Por él llegaría a olvidar el mundo,
renegar la fe, declararme ateo!

Vaz Correia no se contuvo entonces: rompió el silencio con su fuerte tos catarrosa; y cuando Alipio, naturalmente, levantó la vista hacia él, como todos los presentes, le vió mudo, tieso, apoplético, clavando en él una mirada llameante. Pero llevado por el ritmo de la música, Alipio, arrebatado, tuvo que continuar:

Mis ojos ya no quiero levantar hacia Dios...

La voz seca y dura de doña Laura cortó el recitado:

—¡Virginia! ¡Vete adentro! ¡Vete adentro, niña, que esto no es para señoras!...

Y Alipio aterrado se dió cuenta de que había provocado un escándalo.

Con su maravillosa penetración, comprendió en seguida que sólo podría salvarse si lograba improvisar algunas estrofas, en que el poeta, terminado su reprobable delirio, rechazase la seducción de la carne, representada por Elvira, y volviese la orgullosa frente hacia el cielo, vivo espejo del alma. Esto daría con seguridad una hermosa intención moral al canto lúbrico... ¡Pero Alipio no era poeta! Como él me dijo después, habría dado en aquel momento todos sus trabajos, su soberbia disertación universitaria, sus maravillosos artículos periodísticos, por tener la potencia imaginativa de un Hugo o de un Garrett, e improvisar una conclusión hondamente religiosa, ¡que lograra reconciliarle inmediatamente con aquellas honestas señoras!

Pero en la imposibilidad de hacerlo embrolló versos, saltó estrofas, y concluyó presuroso:

No te olvides nunca de ese instante, Elvira,
de lo que dijiste, trémula la voz,
de la blanca luna sobre la ancha playa,
donde nos amamos, a solas, los dos.

Enmudeció. Unas voces discretas dijeron aquí y allá:

—¡Muy bonito! ¡Muy bien!...

Y cubierto de un frío sudor, Alipio se dirigía hacia la salita, cuando Vaz Correia le cogió del brazo, murmurando con voz apoplética:

—Bonita la ha hecho usted! ¡Dése contra la pared! Todo está perdido... ¡Menudo escándalo armó!

—¡Oh señor doctor! Pero si yo...

—¡Todo se vino abajo! ¡Un hombre sensato, premiado! ¡Ponerse a recitar esas indecencias! ¡La madre está como una fiera! ¡Todo se ha perdido!...

—Pero escúcheme, señor doctor...

—No escucho nada. Yo me lavo las manos. ¿Cree usted que se encuentra todos los días una muchacha bien educada y bonita, con doce mil pesetas de renta?

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que le traje aquí para agradar a la pequeña, a la madre, al padre, al reverendo don Augusto, a las Victorinos, ¡y que usted, como un simple, escandaliza a las Victorinos, al padre Augusto, a los papás y a la niña! ¡Dése usted contra la pared y patalee en este atolladero!

—Es usted severo...

—¿Severo? ¿Me llama usted severo? ¿Cree usted sensato ponerse en medio de un salón a soltar obscenidades?

—Es una poesía...

—¡Es una obscenidad!

—Yo no sabía... Es una poesía muy conocida... Se recita en todas partes.

—Esto no es todas partes. Esto es la casa de doña Laura y del padre Augusto. Aquí se recita el Agnusdéi y la letanía... ¡Y en día de fiesta, de cumpleaños, por excepción, por galantería, la chica recita la *Luna de Londres!*...

—Voy a pedir perdón a doña Laura—dijo Alipio, resuelto.

—Yo me lavo las manos—respondió el doctor fríamente.

Y Alipio, inmediatamente, con aquella energía que más adelante, en las crisis políticas, le dió tantas veces el triunfo, se dirigió hacia el sofá de damasco rojo, donde doña Laura, tiesa, pálida, con la nariz más larga, le recibió con ojos llameantes.

—Señora mía, vengo a dar una explicación a usted.

—Es una indecencia, señor doctor..., venir a una familia...

—Ruego a usted, señora, que me conceda un momento, un momento sólo. Usted, señora, es muy cristiana para condenarme sin oírme. Le diré únicamente: ¿cree, señora, que iba yo a venir a una casa, a la casa de usted, a quien yo respeto, a quien he respetado siempre como una de las señoras más virtuosas de Lisboa, un modelo de cualidades cristianas, un ángel de caridad, una madre ejemplar, que iba yo a venir deliberadamente a ofender los principios más sagrados, principios que son los míos? Contésteme a esto, señora. Yo le ruego, señora, que responda a esto.

—Precisamente por eso, don Alipio, me escandalicé...

—Dése usted cuenta, señora. Me piden que recite. Para ser agradable...

Doña Casimira Victorina, que estaba al lado, tiesa, siniestra y arrugada, interrumpió:

—Para ser agradable no necesitaba usted ponerse a decir porquerías.

—¡Oh doña Casimira! ¡Oh señoras mías, por quienes son! Tengan ustedes en cuenta... *Celos del cielo* son una poesía conocida, considerada por la mejor crítica como una magnífica pieza lírica... Me refiero a la forma. El asunto, lo confieso, es torpe e infame... Pero cuando se recita, se trata de apreciar la forma. Es como una música para el oído... Yo no sé otra poesía de memoria... No me acordé, así, de pronto, de esa abyecta escena de la playa... Después, llevado por el ardor de la declamación... Pero crean ustedes que comprendo su desaprobación, que me acuso, me reprocho el haberla recitado, aunque se recita en casas muy respetables... ¡Pero confieso que el asunto es torpe! Ustedes, señoras mías, no me conocen, pero el doctor Vaz Correia sabe mis principios morales, mi horror al relajamiento, mi indignación con todos los casos de infidelidad conyugal; en fin, mis convicciones. Apelo a él...

Y sin esperar la respuesta, inclinándose profundamente, se apartó, cruzó la sala, yendo a acercarse a la mesa del tresillo.

—Fresquitos los versos—le dijo el consejero Andrade.

Alipio replicó:

—¡Oh señor consejero, no me ha-

ble de eso! ¡Qué disgusto!... ¡Yo nunca imaginé!...

—¡Valiente historia! A mí no me pareció bien, a causa de las chicas; pero aquí, en mi interior, me gustan los versos picantes... ¿Recuerda usted Bocage? *Siete veces volvió el amor*... Cómo, ¿las tres bazas? ¡Oh amigo Torres, el señor les cambia los colores, evidentemente!

Entre tanto, Alipio, desde la mesa del tresillo, seguía los movimientos del padre Augusto: le vió levantarse pesadamente de la silla, ir a hacer unas cosquillas en el cuello de Julita; después, con las manos por debajo del gabán, moviendo los faldones, conversar, inclinado, con la bella Fradiño; y, por último, ir despacio hacia la salita de los fumadores. Alipio se precipitó en seguida, y dirigiéndose vivamente a él:

—Oh reverendo padre Augusto, aun sin tener el honor de conocer a usted, vengo a pedirle un favor. Usted es un sacerdote de gran cultura, de gran virtud, de gran elocuencia, y debe de comprender mi situación. A mí me pidieron que recitase...

El padre Augusto, que conservaba una de sus manos, con el cigarro, a la espalda, dijo, rascándose la mandíbula con la otra:

—Hombre, mire, no es por decirle... Pero los versos son tremendos... Los estaba yo viendo delante de mí, en la playa; la mujer echada, el hombre... ¡Oh señor doctor!...

—¡Pero usted ya sabe lo que es la poesía, cosa de imaginación, de exageración!

—Pero es que realmente los está uno viendo. ¡Es que no se aparta el cuadro de mis ojos! La mujer toda desabrochada... Fué un disgusto para doña Laura. Y si usted supiese con qué cuidado, con qué recato ha sido educada Virginita. Es la primera que ella oye... Es la primera, ¡y de arrope!

—Pues mire, padre Augusto, usted es un sacerdote, y yo, créame, siento el respeto más profundo por el clero. Me inclino con toda reverencia ante usted, porque tiene experiencia, y sé cuánta virtud, cuánto saber se ocultan debajo de una sotana modesta... Y, realmente, lo que yo deseo es que usted sea un verdadero sacerdote cristiano. Esto es, que restablezca la armonía y que disipe la irritación de doña Laura. Yo se lo he explicado ya, la he suplicado... Pero lo hice tartamudeando... ¡Su virtud me inspira tal respeto!... Deseo que usted la convenza de que lo hice de buena fe, inocentemente, por estupidez—ahí está lo que fué: por estupidez—. Sin fijarme cómo, empecé a recitar... ¡Y le diré aquí, en secreto, que suprimí varias estrofas, las peores! Me acordé a tiempo... Hágame usted este favor. No le ofrezco mi amistad, porque le sería inútil; pero si como abogado, como periodista, como hombre, como creyente, puedo un día servirle, no tiene más que decir: «¡Aquí, Alipio!», y Alipio estará allí, al lado de usted, padre.

—¡Oh caballero, muy agradecido, muy agradecido! No es para tanto. Déjelo pasar, que yo hablaré a doña Laura. Yo le hablaré. Ha de arreglarse... Ha de quedar todo apaciguado.

—Se lo agradezco infinito, padre—dijo Alipio; e iba a retirarse, cuando la voz del padre Augusto le llamó con un siseo discreto.

Alipio se volvió, y el padre, llevándole hacia el hueco de un balcón:

—Disculpe la curiosidad. Pero yo soy curioso en estas cosas de la literatura. Soy un aficionado. Me gustan los buenos versos... ¡cuando son buenos!—y bajando la voz—: Vamos a ver cómo son las tales estrofas...

—¿Cuáles? ¿Las que suprimí?

—Sí, las que suprimió.

—¡Ah, deliciosas!

Y, complaciente, nuestro Alipio recitó al oído del padre Augusto estas estrofas, de un ardiente erotismo lírico:

¡Fría, me decías! ¿Fría tú, mujer?
¡Oh brazos locamente estremecidos!
¡Oh cuerpo que el delirio hace arder!
¡Boca ardiente de roncos gemidos!

¿Por qué en el delirio murmuras, [inerte?
¿Por qué desfalleces, adorada amante?
¡Oh, dame tus labios, invoca la muer- [te...,
que morir es dulce en tan dulce ins- [tante!

El padre Augusto se rascó vivamente la cabeza:

—¡Hum! Es lo que yo decía. ¡Los estoy viendo! Pues es una bella poesía... Yo le hablaré a doña Laura: todo se arreglará, todo se arreglará... ¡Bella poesía!

El resto de la noche la actitud de Alipio fué reservada y cauta. Lo pasó junto a la mesa de tresillo, en silencio, siguiendo con grave atención el interesante movimiento de las bazas. Pero, como me confesó más adelante, «tenía la cabeza ardiendo». Las palabras del doctor Vaz Correia volvían constantemente a su memoria, tocando a rebato y alegrando su imaginación: «¡Le traje aquí para agradar a la madre y a la chica!» Y parecióle entonces que en su porvenir, oscurecido últimamente, aparecían aquí y allá, ¡como claros brillantes, resplandores entrevistos de posibles felicidades!

¡Doce mil pesetas de renta! Y el magistrado, con aquella obesidad morbosa; doña Laura, con aquella lividez artrítica, no podían seguramente, los pobres, durar mucho... Los cabellos de Virginia eran realmente deliciosos... Y el escaño en el Congreso sería accesible a quien dispusiera de una renta de doce mil pesetas. Excelente casa aquella: ¡muebles sólidos y prácticos, rica plata, buen piano!...

Y su deseo de agradar a la familia, a los amigos de ésta, era tan intenso, que habiendo el consejero—que perdía—hablado con irritación de «los mirones, que daban mala suerte», nuestro prudente Alipio se levantó sin ruido, alejándose discretamente.

Su *soirée* había sido hasta entonces singularmente desdichada: queriendo ser amable con la bella Fradiño, vió en las miradas indignadas de las señoras que se sospechaba de sus intenciones; deseando dar a la reunión el gozo de una bella poesía bien recitada, ofendió los sentimientos púdicos de doña Laura; creyendo halagar al consejero con el placer que manifestaba en verle jugar, ¡le daba mala suerte! Entonces, para no herir ninguna susceptibilidad, ni ninguna conveniencia social—como un hombre que en una tienda de antigüedades no se mueve por temor a romper alguna pieza cara—, nuestro Alipio se refugió en el hueco de un balcón, y permaneció allí, entre las cortinas, solitario, inmóvil. Aquel aislamiento voluntario, sin embargo, fué pronto ampliamente compensado: cuando examinaba a través de los cristales el cielo que se encapotaba, un *frufrú* de sedas corrió sobre la alfombra de la sala, y al volverse, pudo ver a Virginia que pasaba, y que le lanzó una larga mirada, una mirada de mudo reproche, como si ella también quisiera decirle:

¿Para qué levantas sin cesar, poeta,
la frente y contemplas la luna sin velo?
¿No ves tú, poeta, dentro de mis ojos
secretos más hondos que los de ese [cielo?

Tuvo una gran tentación de entrar en la sala y hablar con ella. Le retuvo, sin embargo, el temor a la indignación de doña Laura si veía al

hombre que recitaba versos lúbricos en íntima conversación con su hija.

Por eso, y porque eran las once, fué a despedirse de doña Laura; y cuál no fué su emoción cuando la oyó, con una voz que ahora era casi suave y amistosa, decirle:

—Cuando quiera, señor doctor, ya sabe que en esta casa nos tiene a sus órdenes. Será para nosotros un placer verle por aquí...

Junto a ella, el padre Augusto sonreía, y nuestro Alipio comprendió que debía aquella benevolencia inesperada a la diplomática intervención del honrado sacerdote.

¡Qué influencia tenía el reverendo! Todo en doña Laura había cambiado: la voz, la mirada y hasta la mano, que ahora le pareció menos rígida, más cálida, más humana.

Y al bajar, envolviéndose cuidadosamente en su *cache-nez*, preguntó al criado que le acompañaba:

—¿Sabría decirme dónde vive el señor cura don Augusto?

—En la puerta de San Antón, treinta y seis, segundo, señor. En casa de la Gervasio.

Y dos días después, como hubiese en casa de Adelaida Gervasio un cuarto desocupado, Alipio lo tomó y pasó a ser el compañero, el confidente, el amigo del benévolo sacerdote.

Muchas veces me dijo el conde, años más tarde, que aquella convivencia con el padre Augusto fué para él sumamente instructiva, porque le esclareció definitivamente sobre las costumbres íntimas de los señores eclesiásticos, y disipó muchos prejuicios que una tradición injusta ha formado en torno del clero, en su hostilidad contra los excesos de los frailes. Así se convenció de que es absolutamente infundada la fama que achacan a los reverendos de tener costumbres lúbricas. «Durante dieciocho meses que viví con el padre Augusto, Zagallito, ni con palabras, ni con miradas, ni con obras, le vi apartarse de la regla impuesta por los votos. ¡Un modelo de castidad, Zagallito! ¡Un modelazo!»

El mismo comprobó esa verdad por sus propios ojos. Su cuarto y el del padre Augusto estaban separados por un tabique, en el que hubo antes una comunicación sin puerta. Esa abertura fué después tapada con una simple lona, cubierta de papel pintado, en el que un pequeño rasgón triangular permitía a Alipio hundir un ojo observador en el interior del cuarto del reverendo. Consiguió así comprobar que aquel hombre inteligente podría ser comparado—si tal comparación no fuese ofensiva para su cualidad de sacerdote cristiano—al profeta del Islam, de quien las leyendas del desierto celebran las costumbres sencillas y el amor a las tareas domésticas. El propio reverendo sacerdote zurcía sus calcetines, cosía sus alzacuellos y limpiaba su sotana con bencina; vivía arreglando, quitando el polvo al cuarto, y todos los días bruñía su palmatoria de metal con una disolución de ácido oxálico que él mismo iba a comprar a la farmacia de Azevedo. Colgado ante la ventana tenía un canario, del que se ocupaba con cuidados femeninos. Al volver por la noche, colocaba sobre la mesa un tarro de mermelada, una botella de oporto—del que doña Laura le tenía siempre bien provisto—, y con satisfacción y método tomaba su cena, teniendo delante el breviario abierto, en el que nunca iba leyendo. Alipio no le vió nunca tomar más de media copa de oporto, a sorbitos, que conservaba un momento en la boca, saboreando su aroma, y que tragaba con un chasquido de lengua, plácido. Después se desnudaba, doblaba la ropa con minucioso método, y a poco roncaba con fuerza. ¡Vida de santo!

Una tarde de gran calma, a mediados de agosto, la planchadora de la casa, después de llevar la ropa a Alipio, entró en el cuarto del padre Augusto. Era una hermosa muchacha. Alipio corrió inmediatamente a aplicar el ojo al rasgón de la lona, para observar qué haría el eclesiástico, solo en el cuarto con la planchadora, en aquella tarde de verano, en que la casa estaba solitaria y callada. El padre Augusto dormitaba en su sillón, con el pañuelo de seda sobre el rostro, las piernas extendidas, las manos sobre el vientre. Alipio creyó que pasaría, al menos, los dedos por la barbilla de la muchacha, que le pellizcaría el brazo apetitoso. Pues no: alzó la punta del pañuelo, y viendo con el ojo semicerrado que era la planchadora, ¡continuó su plácida siesta! Exceso de cansancio, se dijo. Pero no, porque a poco Alipio le oyó decir desde debajo del pañuelo:

—¡Eh, niña! No olvide el par de calcetines de la otra vez.

¡Tan grande era su indiferencia a las tentaciones del amor!

Era, además de eso, sobrio—lo cual echa abajo por entero la conocida y legendaria gula canónica—y no del todo hostil a las profanidades del arte, puesto que siempre que el hombre del organillo daba, al caer las tardes veraniegas, su vuelta por el barrio, el padre Augusto iniciaba entre los huéspedes de doña Adelaida una suscripción de diez céntimos por cabeza para mandar tocar al italiano las piezas escogidas de *Norma*, que él escuchaba con deleite.

El flaco de aquel santo varón era el ajo; le gustaba crudo; frotaba con ajo el filo del cuchillo, la miga del pan, el fondo del plato, y decía siempre, después de aquella operación:

—Muy estomacal, queridos compañeros, muy estomacal...

No era un fanático; su conversación no recaía nunca sobre «cuestiones religiosas». Cuando se hablaba delante de él del progreso de las ideas revolucionarias, no se exaltaba, sino que, rascándose la cabeza, decía:

—Será lo que ustedes quieran, queridos compañeros, será lo que quieran. Pero acuérdense de las palabras de Cristo: «No prevalecerán contra él las puertas del infierno; ¡la barca de San Pedro no se hundirá!»

Y si oía a alguno de los compañeros—un tal Azevedo, del Ministerio de la Gobernación, sobre todo—proferir impiedades o escarnecer los dogmas, el buen sacerdote sonreía:

—Todo eso está muy bien mientras se tiene salud, amigo Azevedo. Pero cuando llega la vejez, y las enfermedades y el final... ¡Eh! ¡Eh! Ya verá el amigo cómo se llega a las buenas ideas. ¡Verá cómo aún me manda llamar! ¡No, es que la eternidad es cosa seria!

Así era aquel santo hombre. Sus ocupaciones eran sencillas: por la mañana, decir misa en Santo Domingo; durante el resto del día, salvar el alma de doña Laura.

Ni gula, ni lubricidad, ni ambición. Los tres «enemigos del alma» del catecismo, los tres siniestros colegas —mundo, demonio y carne—que cogidos del brazo rondan en torno a la Humanidad, a la caza de las almas indefensas, o nunca se atrevieron a acercarse a aquel varón impecable, o, si lo hicieron, fueron vergonzosamente ahuyentados, como ratones—si se me permite la comparación—sorprendidos sobre un viejo pedazo de queso.

La admiración que inspiró a Alipio fué grande y duradera.

Muchas veces oí al conde afirmar cuando se debatían las grandes cuestiones del clero y del ultramontanismo:

—No, no... ¡No es así! El clero es sumamente virtuoso. Miren, conozco yo un sacerdote, el padre Augusto,

que fué compañero mío en la puerta de San Antón... Una vez...

Y era seguro que venía entonces alguna deliciosa anécdota, en que las virtudes del padre Augusto resplandecían como joyas fulgurantes delicadamente engastadas.

Y juzgando a todos los eclesiásticos del mundo entero por aquel sacerdote que él conoció en su juventud—hasta tal punto su espíritu práctico amaba las opiniones *a posteriori* y basadas en la experiencia—, el conde no concibió nunca al clero sino como una clase llena de virtudes, zurciendo calcetines, indiferente a las planchadoras y llena de benevolencia por las flaquezas humanas.

Pocos días después de su instalación en la casa de huéspedes de doña Adelaida, la intimidad de Alipio con el padre Augusto era tan completa, que por la noche, después de acostados, conversaban aún a través del tabique. El tema no variaba nunca: los Amados, las virtudes de doña Laura, las prendas de Viginita, las dotes del magistrado, los méritos de Ana, la cocinera: de tal suerte, que al cabo de una semana Alipio conocía a los Amados, sus costumbres, sus debilidades, sus posesiones, sus gustos, sus ideas, mejor que si con su propia imaginación los hubiese concebido y descrito en las hojas manuscritas de una novela.

Así pudo esclarecer cuál era el tipo de marido que doña Laura deseaba para su hija. Ese tipo no revelaba en ella ambiciones desmedidas: un licenciado, de costumbres honestas, con una carrera empezada, temeroso de Dios, sin tísicos en su familia, observando los ayunos, ahorrativo, casero y puntual en la misa.

Alipio, con una gran humildad, se interrogó, se sondó, se hojeó como quien hojea un libro, y vió que casaba exactamente con el *tipo* de doña Laura. Estoy seguro de que si hubiera encontrado en sí condiciones diferentes, si se hubiera reconocido aficionado a frecuentar los billares, o débil ante la belleza, o si alguno de sus parientes hubiera echado sangre por la boca, estoy seguro, repito—pues he conocido bien aquel carácter rectilíneo y rígido—, de que él se habría considerado indigno de ser el marido de la rubia Virginia. Pero como ninguna de esas circunstancias objetables concurrían en él, Alipio no vaciló, y hábilmente dejó ver al padre Augusto que allí, del otro lado del tabique, existía un licenciado con todas las cualidades de salud, fe, moral y disciplina que doña Laura exigía al futuro marido de su hija Virginia, *rubia como los rubios trigales*, según la hermosa expresión del poeta.

El padre Augusto, por otra parte, lo reconocía; y aumentaba su simpatía por aquel joven que no blasfemaba, que le acompañaba en su paseo higiénico a lo largo de los muelles del Sodré, que le había regalado dos hermosas navajas barberas, y que una noche en que él estaba sufriendo con un catarro terrible, le puso un sinapismo de mostaza, con cuidados y solicitudes de enfermera. De tal suerte, que aquel muchacho ejemplar, bondadoso, afable, culto, se convirtió en la preocupación dominante del buen sacerdote; y apenas llegaba a casa del magistrado, aun antes de servirse la sopa, el padre Augusto, poniéndose la servilleta alrededor del cuello, iniciaba su tema predilecto: ¡Alipio!

Sin embargo, doña Laura podía comprobar por sí misma las cualidades de Alipio, o, por lo menos, aquella que más la interesaba: su devoción. En misa de nueve, en Santo Domingo, en la Salve, en el Santísimo, en el Mes de María, podía ella ver a aquel licenciado impecable, unas veces de rodillas, devorando las

oraciones de su devocionario; otras en pie, con la cabeza bajada en una grave meditación; otras, extático, contemplando el edificante centelleo de los altares. Jamás se distraían sus ojos, atraídos por algún sombrero más alto en que resaltase el color vivo de un ramillete, o por cualquier *frufrú* de sedas. No. Allí estaba, serio, compenetrado, circunspecto, reverente. A la salida, al pasar doña Laura, una cortesía respetuosa; y después, tac, tac, tac, seguía su camino con su libro debajo del brazo y los ojos en las piedras de la acera.

—Es un modelo—decía un día doña Laura—. Un muchacho así agrada a una madre.

Estas palabras, repetidas de noche por el padre Augusto, mostraron a Alipio que podía él, al fin, honradamente, hacer al sacerdote la confesión de su sentimiento y de su ambición.

Lo hizo con palabras dignas, graves, elevadas... Desde que vió a Virginia, la amaba. La amaba menos por su belleza—aun siendo grave y cautivadora—que por sus cualidades morales, que ella no podía dejar de tener, siendo «hija de tal madre». No se atrevió al principio a decírselo a él, al padre Augusto; no conociéndole bien, podría sospechar que, siendo un pobre licenciado, él sólo aspiraba a la dote de la joven. Pero ahora el padre Augusto le conocía, ¿verdad? Estaba bien seguro de su desinterés, de su desapego por todas las ambiciones monetarias, ¿no era cierto? ¡Creía por eso que podía desahogarse con un amigo sincero! ¡Amaba a Virginia! Pero le pedía una cosa al padre Augusto—le pedía una cosa como amigo, como compañero—: ¡que no dijese nada a aquellas señoras! Si él tuviera una posición social, una fortuna sólida en tierras, un título nobiliario del reino, ¡entonces, ciertamente, no vacilaría en revelar el elevado anhelo de su corazón! Pero estaba solamente al comienzo de su carrera, por desgracia. Por modestia, por dignidad, por circunspección, debía callarse... ¡Y, sin embargo, sentía en él energías, delicadezas, todas las condiciones para hacer feliz, muy feliz, a una muchacha!... ¿Sabía el padre Augusto lo que él desearía? Casarse con ella, tener una casita en Campolide, sobresalir en la carera del foro, vivir con comodidad y tener un viejo amigo respetable que viniese todos los días a tomar la sopa en la intimidad y a jugar su partida de tresillo... Un amigo como el padre Augusto... ¡Porque si él se casaba, el padre Augusto no seguiría viviendo allí, en el cuarto reducido de Adelaida Gervasio, con una ventana dando a las piedras del portal! Viviría con ellos, tendría su cubierto en la mesa, su ropa blanca bien cuidada, su caldo de gallina a la noche, el afecto de una familia... Pero, en fin, todo aquello eran sueños...

Días después, al salir de la iglesia de Santo Domingo, Virginia—que, como me afirmó el conde más adelante, tenía, de muchacha, la costumbre de escuchar en las puertas—, al ver a Alipio, se sonrojó prodigiosamente.

A la semana siguiente, Alipio recibió del padre Augusto una invitación verbal para ir a pasar la noche con los Amados. Fué una *soirée* íntima, seria, un poco silenciosa, edificante. Alipio habló de su excelente tía, de su caridad y de la caridad de los Noroñas. Contó la maravilla de un anciano, junto a Peñafiel, que vivía hacía veinte años en estado de gracia; narró anécdotas piadosas de San Bartolomé de los Mártires; demostró cómo todos los países protestantes—Inglaterra, Alemania, Suecia—marchaban hacia una decadencia progresiva y fatal; volvió las ho-

jas de la *Oración a la Virgen*, que Virginia tocó con mimo al piano, é hizo, con el padre Augusto, de compañero para el tresillo del señor magistrado.

Y cuando regresaba con el sacerdote a la puerta de San Antón, tuvo el gozo de oírle estas palabras memorables:

—¡Hay que ver cómo ha agradado usted a las señoras! Y todos lo aprobamos. Es decir, nuestro magistrado es el único que parece un poquillo reacio...

—Si doña Laura quiere... Mejor dicho, ¡si el padre Augusto quiere!...

—No digo que no. Me estiman en la familia... Hacen caso de lo que yo les digo. ¡Pero algunas veces nuestro magistrado tiene unas terquedades!

Había empezado a lloviznar, y para que el padre Augusto, tan propenso a los catarros, no se constipase, nuestro Alipio, siempre bueno y afectuoso, tomó generosamente un coche.

Las terquedades del obeso y obtuso Amado eran realmente singulares. Sin razón, de repente, *se emperraba*. Y era entonces como el obstáculo bruto, inerte, material, de una enorme piedra en una carretera. Era una resistencia pasiva y densa; los mofletes se le ponían más fofos, los párpados como bolsas, más pesados, y sin dar razones, gruñía sordamente:

—No estoy por eso... No me gusta... ¡No encaja conmigo!

¡Y causaba indignación y horror sentir aquella masa bestial y adiposa obstruyendo tercamente el camino!

El doctor Vaz Correia, que todas las mañanas pedía a Alipio que le relatase el *estado del negocio*, se lo había avisado:

—¡Y cuidado con ese animal! Si empieza a decir que no encaja con él, se acabó. Choca usted y no podrá avanzar.

¿Cómo consiguió Alipio vencer la resistencia inerte y tenaz del magistrado? No poseo documentos en los que pueda basar una narración anecdótica fidedigna. Sé únicamente que al cabo de tres meses—Alipio iba entonces todos los jueves y domingos a casa de los Amados—el magistrado, según la expresión pintoresca del doctor Vaz Correia, empezó a «derretirse». Decía ya:

—No es mal muchacho... ¡Empieza a encajar conmigo!

Pude averiguar que nuestro sutil Alipio le dió una receta para hacer té de hierbas de cidro, que aliviaba al magistrado en sus monstruosas digestiones. El día de su cumpleaños publicó en *La Semana* una breve biografía, en que, con un estilo grandioso, a lo Plutarco, era comparada la integridad del magistrado a la de los Sénecas y Catones.

Por último, tuvo ocasión de prestarle un servicio brillante, que debió de contribuir grandemente al «derretimiento» del magistrado.

La historia me fué contada así:

En el despacho del doctor Vaz Correia practicaba, hacía años, un tal doctor Pimentel, joven estimable, pero que, según la expresión moderna, tenía «chaladuras».

Era un mozo pálido, melancólico, de gran nariz y lentes de oro, que se pasaba horas enteras en silencio, tirándose de los pelos del bigote, uno por uno.

Excesivamente metódico, siempre, antes de salir, lavaba cuidadosamente las puntas de las plumas, para que no se estropeasen. Tenía sobre la mesa cajitas hechas con naipes, con dísticos en letra gótica para designar sus diversos usos: *caja de las plumas*, *caja de la goma*, *caja del limpiaplumas*, *caja de las obleas*, etcétera. Era tan escrupuloso con

las cosas que le pertenecían, que hacía en lo alto de sus lápices una ancha entalladura, en la que escribía su nombre. Habíase casado joven, y cuando se refería a su mujer, decía siempre: *mi señora*. Ella fué quien le bordó el almohadón de terciopelo verde sobre el cual se sentaba. Aquel almohadón era para él objeto de una veneración supersticiosa: antes de sentarse lo limpiaba cuidadosamente, y al levantarse, cuando se iba, lo cubría religiosamente con un pedazo de gasa. Su terror constante era que, en su ausencia, alguien se sentase sobre el almohadón de *su señora*; para eso tenía preparado un cartelito, que pegaba con una oblea al respaldo de la silla, y donde se leía, escrito con tinta azul: «Se ruega respeten esta silla, que es del doctor Pimentel.» Esto, sin embargo, incitaba a individuos bromistas a sentarse con ferocidad sobre el almohadón sagrado, y a veces, al entrar súbitamente en el despacho, el doctor Pimentel se quedaba petrificado, viendo un cuerpo profano ¡arrellanado sobre el terciopelo que su señora, con sus propias manos, había bordado amorosamente! Tales irreverencias eran para él unos *crímenes*, y, con una idea estricta de la justicia penal y la perversidad natural de los hipocondríacos, inventó un desquite horrendo: colocaba un clavo muy agudo, de cabeza muy chata, sobre el almohadón, con la punta hacia arriba, de modo que si algún jocoso osaba profanar su almohadón, el horrible clavo penetraba en su carne, siendo el *delito* seguido inmediatamente por la *pena*. No reveló a nadie aquella perfidia, y ni siquiera rompió el aviso escrito en tinta azul, como si para gozar mejor de la venganza quisiera facilitar la ofensa.

Por aquel tiempo fué cuando, una mañana en que el doctor Pimentel había salido, apareció inesperadamente el magistrado Amado en el despacho; tenía una demanda con un vecino, propietario de Campolide, y venía a hablar con el doctor Vaz Correia, que en aquel momento vociferaba en la Audiencia.

Alipio, apenas divisó en la puerta el vientre enorme del magistrado, se precipitó para quitarle el sombrero de las manos y preguntarle por las señoras; se ofreció, incluso, para ir a la Audiencia a buscar al doctor Vaz Correia.

—Nada de *molestias*—dijo Amado—. Con este calor hasta tengo ganas de descansar...

—¿Quiere usted un vaso de horchata?

El doctor Vaz Correia tenía siempre, en la salita de dentro, una jarra de horchata fresca, durante los meses de verano.

—Bueno, venga esa horchata. Servirá de refresco.

Alipio entró en la salita, y estaba preparando la bebida, ¡cuando un chillido horroroso, venido del despacho, atronó la casa! Corrió, aterrado. ¡En pie, junto al sillón del doctor Pimentel, lívido, con los ojos desorbitados, la boca abierta, exhalando mugidos de dolor, el magistrado apretaba sus dos manos abiertas sobre sus rotundidades posteriores!

—¿Qué ha sido, señor magistrado, qué ha sido?

—¡Se me clavó una cosa!...

El escribiente, que había acudido, pálido, a los mugidos del magistrado, tuvo un grito de horror:

—¡Debe de ser el clavo del doctor Pimentel!

Y desapareció aterrado, seguramente, por las consecuencias de tan gran crimen.

Sin perder su sangre fría, nuestro Alipio empujó al herido junto a la

ventana, se agachó, levantó los faldones de la levita y descubrió en seguida la cabeza amarilla de un clavo reluciendo sobre el negro pantalón del magistrado, clavado en la carne.

El magistrado, casi desvanecido, con chorros de sudor frío en la frente, no quería que Alipio le arrancase el clavo: había oído decir que un cuchillo, un puñal, una hoja que se arrancan de una herida, causan inmediatamente la muerte por hemorragia. Y pedía un médico, con roncos gemidos.

Pero el escribiente había desaparecido cobardemente, y Alipio estaba solo en el despacho. Entonces, con una brusca decisión, como esas que cuentan de Dupuytren, de Nélaton, de los grandes operadores clásicos, Alipio tiró vivamente del clavo. El magistrado dió un mugido terrible, y Alipio, sosteniéndolo, cobijándolo en sus brazos, lo llevó hasta el sillón amigo del doctor Vaz Correia.

Pero el excelentísimo señor magistrado jadeaba de dolor. Parecíale que tenía allí una brasa, sentía la sangre empapar el calzoncillo... Quería un médico.

Entonces, en un arranque súbito, Alipio comprendió que tenía allí, herido, necesitando auxilio, a un magistrado, a un propietario, a un cristiano, a un semejante, al padre de Virginia, y con una voz impregnada de afecto y de solicitud:

—No se asuste, señor magistrado. No es nada... Venga usted conmigo.

Y, siempre ayudándole, lo llevó con él a un cuarto deshabitado, que era la cocina del piso primero; allí había un lavabo y una esponja colgada en la pared de un bramante.

Con mucho cuidado quitó la levita al magistrado, desabrochó con respeto los pantalones, los calzoncillos de hilo, y, agachándose, examinó la parte herida, de la que corría un hilillo de sangre, como un trocito de torzal rojo.

—¿Es muy honda?—gimió el magistrado.

—Una bagatela, señor magistrado, un arañazo.

Limpió con la toalla el hilillo de sangre; llenó la jofaina de agua fresca, cogió la esponja y, pidiendo al magistrado que se agachase, él mismo, Alipio Abraños, de la casa de los Noroñas, ¡esponjó con cariño la nalga obesa del excelentísimo señor!

—¡Qué alivio! — murmuraba el magistrado, respirando con esfuerzo.

—¿Fresquito, eh, señor magistrado?

Y esponjaba solícito, cogía más agua en el hueco de la mano, rociaba la carne fofa.

—¿Mejor, señor magistrado?

—Más aliviado, amigo, más aliviado.

Después, con una toalla limpia, secó la piel, metió la camisa, apretó los calzoncillos del señor magistrado, que le dejaba hacer, con los brazos inertes, los párpados cerrados, resoplando, con la cara lívida, toda bañada en sudores doloridos.

Luego le sirvió un vaso de horchata, le instaló en el sofá, y, cogiendo el sombrero, corrió a buscar un coche.

El mismo le acompañó a su casa, recomendando al cochero que fuese despacio para que los baches no irritasen la parte herida.

El magistrado estuvo una semana en la cama; y al médico que le venía a ver, al padre Augusto, a doña Laura, a Virginia, a todos los amigos de la casa, repetía:

—¡Ese muchacho fué mi ángel salvador!

Se refería a Alipio, que, dos meses después, en una mañana de octubre, se casaba con Virginia Sarmento Amado, encantadora heredera de doce mil pesetas de renta.

*

Fueron a pasar la luna de miel a la casa de Campolide. Sin embargo, de ese período de profunda felicidad no debe describir nada mi pluma. La alcoba nupcial posee el augusto recato de un templo, y a su puerta el ángel de los amores delicados vela con las alas abiertas, la mirada risueña y un dedo sobre los labios.

Dejemos, pues, a aquella pareja enamorada pasear bajo las rumorosas arboledas de la quinta, al rítmico son de las aguas que cantan en los pilones de mármol, y veamos lo que a esas horas pasaba en la tierra.

Hacia cualquier nación que volvamos nuestros ojos, veremos, bajo la aparente tranquilidad, realizarse una muda transformación interior.

Este es, realmente, el momento en que se preparan los hechos que darán a la historia del siglo XIX su grandioso carácter.

Veremos allá, en el pequeño Estado de Prusia, un militar con cara de fraile viejo, bajo un casco de forma bárbara, preparar ocultamente, por medio de desconocidos procedimientos científicos, la destrucción infalible de los antiguos ejércitos mandados con los métodos antiguos de la inspiración y de la bravura; y al lado, un grueso diplomático, con morrillo de toro, tan seguro de sí mismo como si tuviera en la mano el dado de hierro del Destino, tramando la manera de apoderarse de la Europa central, ensanchando el pequeño Estado de Brandeburgo hasta las proporciones de un imperio germánico, e hinchando a un flaco Hohenzollern devoto hasta darle la corpulencia heroica de un César gótico.

En Italia vemos la siniestra jauría republicana y mazzinista, con la que se alió, ¡ay!, una dinastía gloriosa, alucinada por la ambición, precipitarse, a los clamores fanfarrones de un Garibaldi, contra el trono de San Pedro, donde un anciano sublime reza imperturbablemente; y a los que le arrancan la posesión de algunas leguas de tierra, responde él por la voz de un Concilio, apoderándose del dominio ilimitado del alma universal.

En España vemos generales despechados e insensatos, ávidos de honores, conspirar contra el principio del que emanan y contra el trono que les da significación; y veremos, seguramente, más adelante, las pasiones plebeyas libertadas por aquellos del garrote providencial, que las contenía, precipitarse por la nación española, destruyéndolo todo sin discernimiento, como toros devastadores sueltos en una huerta bien plantada.

Miremos hacia Inglaterra, ese deforme imperio artificial, mayor que ningún imperio clásico, formado por continentes distantes, unidos entre sí por cables telegráficos que reposan en el fondo de los mares. Esa inmensa mole amenaza a cada momento con desoldarse, aquí y allá, en la India, en Africa, en Oceanía; una oligarquía más orgullosa de su dominio universal que el patriciado romano, apenas puede mantenerla unida por la espada y el oro; y, entre tanto, la revolución social, con un movimiento preciso, acompasado, geométrico, automático, va preparando el fin de esa oligarquía anticuada y la disolución del inmenso Imperio reblandecido.

En la Rusia autocrática, la sola voluntad de un hombre, del hombre, del zar, realiza con una pala-

bra lo que América del Norte sólo puede conseguir derrochando miles de millones y regando el suelo de sangre; en Rusia y en América, los esclavos son libres. En el Imperio, una firma consigue lo que en la República sólo puede alcanzarse con una guerra civil; profunda lección que nos da el poder social concentrado en manos de un elegido.

Volvamos, por último, los ojos hacia Francia—la *Mater-Gallia*—: nunca la hemos visto más alta, gloriosa y firme, resplandeciendo bajo los Napoleones. Jamás su homogeneidad pareció más sólida y su mesianismo más penetrante. París, reedificado, enarenado, verdeante, rectilíneo, resplandece. Sus modas son, por un momento, dogmas, como sus filosofías: de ella recibe el mundo con devoción la *Crinoline*, el positivismo. La tradición galante de las clases aristocráticas permanece tan inalterable, que un descendiente de los La Trémouille, que tenían primacía sobre el rey, paga 25.000 pesetas por las botinas de raso con que mademoiselle Cora Pearl debuta en el teatro.

El hermoso desdén galo, que inspiraba *calembours* a los que subían a la guillotina, se conserva tan brillante que, en la suave playa de Biarritz, coroneles elegantes, oyendo al señor de Bismarck desenvolver sus planes, murmuran con gracia: «¡Qué idiota!» La sana influencia religiosa penetra en tal forma en la vida social, que hasta en las figuras de cotillón los regalos más delicados representan minúsculas mitras episcopales y pequeños báculos de chocolate.

La galantería francesa sigue tan rediviva, que un miembro de la Academia no vacila en firmar sus escritos: *Mérimée, bufón de su majestad la emperatriz.* El lujo, que origina la prosperidad industrial, es tan refinado, que cuestan miles de duros las *robes de chambre* del señor duque de Morny, y la deuda de una virtuosa dama a su modista de ropa blanca ¡sobrepasa la suma fabulosa de noventa y seis mil pesetas!

¡Hermoso espectáculo de un país próspero!—diréis—. ¡Mas ay! ¡Ay de nosotros!—En esa hermosa armonía se perciben síntomas siniestros: ya el inmortal Cousin yace en su lecho de dolor, con su dolencia de hígado; ya un Thiers se atreve a condenar la soberbia expedición de Méjico; ya el espíritu frondista de los salones aplaude los epigramas de un Prévost-Paradol, y los *boulevards* ríen, cuando un granuja, Rochefort, injuria el postizo de su majestad la emperatriz; y, supremo dolor, ya César, devorado por una dolencia pertinaz, se pasa los días en baños de sal, con los párpados caídos, y la muñeca que un día salvó el orden y la sociedad, abandonada entre los dedos del especialista Ricord. Y, entre tanto, desde una roca del Canal de la Mancha, un personaje legendario, un San Pablo romántico de la Santa Democracia, de genio tan extraordinario y de orgullo tan alucinado, que se confunde a sí mismo con Dios y se cree en el secreto de la Naturaleza, escribe *Los miserables*, *Las contemplaciones*, *La leyenda de los siglos*, y profetiza, en actitudes teatrales, el monstruoso desquite de la plebe y una vaga fraternidad entre los hombres reconciliados.

Tal es Europa, mientras nuestro Alipio murmura al oído de Virginia esas palabras eternas que hace tres mil años salen de los labios de los amantes.

Y ahora volvamos los ojos hacia Portugal. En Portugal, en esa época, no veo que suceda cosa alguna, a no ser que el Ministerio Cardoso

Torres acaba de declarar que su programa será: orden, moralidad y economía.

En esa serena y tranquila unidad nacional aparece, pues, Alipio Abraños y franquea a grandes pasos los umbrales de la Historia.

*

La manera de ser elegido diputado Alipio Abraños parece completamente providencial. El Ministerio Cardoso Torres había, como saben los que conocen la historia política de esa época, disuelto las Cámaras. El Ministerio anterior, denominado el *ministerio varioloso*—de cinco ministros, singular coincidencia, tres estaban picados de viruelas—, no cayó conforme a los métodos parlamentarios: se desmoronó, se hundió. En plena mayoría, sin razón, sin discusión, de repente, desapareció, caso singular, muchas veces repetido después, y comparable a la conocida catástrofe de la corbeta *Zaragoza*. La *Zaragoza*, en un día delicioso de junio, con un mar tan tranquilo como una balsa de aceite, sin borrasca, sin viento, *se hundió en el fondo del mar*. El casco, al parecer, estaba tan podrido, que se disolvió como azúcar en una taza de té. Un individuo que estaba en la explanada, viéndola dar una virada magnífica bajo un sol resplandeciente, se agachó para atarse una cinta del zapato, y al enderezarse no vió la corbeta: sondó ansiosamente con unos gemelos el horizonte azul turquí, miró afligido alrededor, por la playa; e incluso, en un gesto grotesco, pero muy naturalmente instintivo, se palpó ávidamente los bolsillos: ¡nada! El mar brillaba sereno, azul, inmóvil, cubierto de sol.

El *ministerio varioloso* acabó como la corbeta *Zaragoza*. El nuevo ministerio fué, por tanto, extraído del mismo grupo de la mayoría, y, como es consiguiente, disolvió las Cámaras, precaución exagerada, porque los jefes de la mayoría afirmaban al ilustre doctor Cardoso que darían al nuevo Gobierno—si él, como el Gobierno anterior, hacía también suyo el lema: *Orden, Moralidad y Economía*—un apoyo eficaz y homogéneo.

Razones fácilmente comprensibles decidieron al doctor Cardoso Torres a persistir en la disolución, tanto más cuanto que en el primer Consejo de ministros, el doctor Cardoso y sus colegas, cotejando la lista de parientes, amigos y notabilidades que deseaban entrar en la Cámara, reconocieron que necesitaban veintitrés distritos, y que sólo había, al presente, cuatro vacantes. Y como, además de eso, esos veintitrés individuos eran generalmente hombres de cultura, de respetabilidad, de buenos títulos y de fortuna, la disolución era justa.

Su majestad la firmó, lo cual dió origen a aquel artículo famoso de *El Estandarte*, órgano del *ministerio de los variolosos*, donde se amenazaba a su majestad con la suerte de Luis XVI o de Carlos I, exactamente ocho días después que el mismo diario comparaba a su majestad, por sus virtudes, con Tito; por la justicia, con San Luis, ¡y por el respeto a la Constitución, con la reina Victoria!

La respuesta de *El Globo*, diario del doctor Cardoso Torres, fué enérgica: decía que sólo se podía contestar con una fusta a un periodista que amenazaba con el cadalso a su majestad, quien, por sus virtudes, estaba muy por encima de San Luis, y por el respeto a la Constitución era incomparablemente superior a su graciosa majestad la reina Victoria; artículo elocuente que apareció,

exactamente, quince días después de otro violento, en que, desde la oposición entonces, el redactor de *El Globo*, inspirado por el doctor Cardoso, daba claramente a entender ¡que el fin probable de su majestad sería la guillotina de Luis XVI, o, por lo menos, el cadalso de Carlos I!

Poniendo en relieve estos hechos, yo no quiero en modo alguno insinuar que haya en la prensa política falta de sinceridad, de lógica o de dignidad. Quiero sólo hacer notar la perniciosa influencia de la ambición y del apasionamiento en espíritus cultos. Creo, sin embargo, que su majestad, al verse alternativamente destinado, por el mismo periódico, al cadalso de Luis XVI o a la canonización de San Luis, no experimentaría, seguramente, ni terror ni vanidad, ya que ninguna de esas amenazas representaban el deseo íntimo del periodista, sino que eran únicamente la explosión de una cólera biliosa o de una gratitud enternecida. ¡Y muchas veces, incluso, una maniobra útil en la táctica de la vida pública!

Uno de los distritos menos disputados era, en aquella ocasión, el de Freixo-de-Espada-á-Cinta. Proponían como diputado de la oposición a un oscuro Gervasio Maldonado, propietario local, con una numerosa parentela en aquella tierra, intereses agrícolas, etc., y el Gobierno Cardoso Torres le combatía, presentando en la lista gubernamental, como candidato por Freixo-de-Espada-á-Cinta, al joven licenciado Arturo Gavilán, hijo del presidente del Banco Nacional, a quien el padre, cansado de su disipación, quería obligar, por los deberes que le imponía el Parlamento, a una vida disciplinada, sobria y útil.

Cuéntase que don Alejandro Herculano dijo a este respecto, con ese espíritu misantrópico que su voz áspera acentúa con amargo relieve:

—¡Si Gavilán quiere que el chico se corrija, debe dejarle en el burdel y no enviarle al Parlamento!

Pero lo que pienso yo de don Alejandro Herculano, de sus frases, de su misantropía, de su moral y de sus obras, lo escribiré algún día, valientemente.

Arturo Gavilán—que murió después tan desdichadamente ahogado, junto a Caxias—era, pues, el candidato gubernamental por Freixo-de-Espada-á-Cintra, cuando don Joaquín Osorio Teixeira, ministro de Justicia, declaró con energía que era sencillamente una afrenta al buen sentido, a la Cámara y a la dignidad del Gobierno designar por Freixo-de-Espada-á-Cintra a un individuo que, a las cuatro de la tarde, bajaba por el Chiado, en un coche de plaza, con meretrices andaluzas, completamente borracho.

Gavilán padre, más adelante, afirmaba que esa oposición del Ministerio de Justicia no estaba inspirada en puros motivos de moralidad pública, sino que representaba la venganza personal de una antigua humillación, caso complicado de unas letras a noventa días, etc., etc..., como añadía con una reticencia maligna.

El presidente del Consejo, sin embargo, amigo de Gavilán, y deseando conservar para el Gobierno aquel sólido apoyo del capital y de la propiedad, insistía en la candidatura del libertino Arturo.

Un día, a pesar de eso, Joaquín Osorio Teixeira declaró que hacía de aquella candidatura cuestión personal, que él no podía autorizar el patrocinio legal de la relajación, y que si su colega Cardoso insistía, él, Joaquín Osorio Teixeira, marcharía a Cintra a poner su dimisión en manos de su majestad.

Cardoso, temiendo el conflicto, tachó, sin más observaciones, de la lista gubernamental el nombre del jovial libertino.

Por la noche, sin embargo, en su casa, a la hora del té, expresó con acritud su embarazo: no sólo descontentaba a Gavilán padre—un coloso—, sino que allí quedaba el distrito de Freixo-de-Espada-á-Cintra vacante, viudo...

—Hombre — replicó inmediatamente el doctor Vaz Correia, viejo amigo de la casa—, me parece que tengo exactamente lo que le conviene: ¡Alipio Abraños!

Cardoso Torres no le conocía personalmente. Vaz Correia, sin embargo, le demostró con profusión elocuente las ventajas de su elegido: como familia, Abraños era un Noroña; como ilustración, contaba con premios; como posición económica, era yerno de Amado; como experiencia política, había sido redactor de *La Bandera*, y estaba formado en la escuela del taciturno y profundo consejero Gama Torres; como maneras, era un noble; como lealtad, ¡un Bayardo!

Y Cardoso, apuntando inmediatamente, en el libro de notas que llevaba siempre consigo, el nombre, la edad, el domicilio y los premios, cogió de nuevo su taza de té, diciendo:

—Pues mándemelo aquí. ¡Lo encasillaremos por Freixo!

Las elecciones se verificaron tres semanas después, y el Ministerio obtuvo una mayoría compacta, sólida, homogénea.

Los periódicos de la oposición, es cierto, afirmaron que como corrupción, falsedades, violencias, sobornos, influencias obscenas, no sólo continuaban la tradición anticuada de los Cabrales, ¡sino que ofrecían la prueba dolorosa de nuestra decadencia social!

El Estandarte decía: «Es una enorme torpeza; pero nosotros aplaudimos, porque un Ministerio que procede así, inspira, *ipso facto*, un asco genérico. Este Gobierno no ha de caer, porque no es un edificio. ¡Tiene que salir con bencina, porque es una mancha!»

El Progreso Social afirmaba: «¡Somos el escarnio de Europa!»

La Nacionalidad informaba con gracejo: «Se ha averiguado que la mayor parte de las urnas tenían doble fondo: no asombra el sistema, viniendo de un Ministerio de escamoteadores»—aludiendo con esto maliciosamente al ministro de Obras Públicas, cuya destreza en hacer habilidades con los naipes era generalmente apreciada y gustaba mucho en sociedad.

Pero *El Globo*, diario del Gobierno, tuvo esta salida resplandeciente: «*El Estandarte*, diario de los *variolosos*, escribe en su artículo de ayer: «El Gobierno no ha de caer, porque no es edificio. ¡Tiene que salir con bencina, porque es una mancha!» El plagio es torpe: esa frase fué escrita por nosotros, *ipsis verbis*, en el número 1.214 de este diario, ¡cuando los *variolosos* eligieron la Cámara anterior!»

¡Ambos partidos se consideraban mutuamente una mancha, y querían suprimirse con bencina! ¡Ah!, ¿cuándo se compenetrará la Prensa con la elevación de su sacerdocio?

La única elección que no fué nunca vituperada en los periódicos fué la de Freixo. En efecto, Alipio Abraños, no bien supo su triunfo, previendo los berridos de la minoría, corrió a las redaciones donde, desde el tiempo de su colaboración en *La Bandera*, conservaba lazos afectuosos, y fué diciendo, aquí y allá, con una notable habilidad política:

—Dense ustedes cuenta. Yo vengo por Freixo. Vengo por el Gobierno...

Pero no estoy ligado ni comprometido. Permanezco a la expectativa. Dense ustedes cuenta...

Se dieron cuenta, creo yo, y *La Nacionalidad* escribió, incluso: «El mejor resultado de estas elecciones fué enviar a la Cámara a nuestro antiguo condiscípulo don Alipio Abraños, esposo de la bella hija del digno magistrado Amado, que ya en las aulas de la Universidad estaba justamente reputado por sus notables dotes de orador.»

Conservo religiosamente la carta que Alipio Abraños escribió al doctor Cardoso Torres, agradeciendo su elección. La considero sinceramente como un modelo epistolar; puede, realmente, compararse con todas las cartas históricas, sin exceptuar la célebre carta del doctor Samuel Johnson al conde de Chesterfield. He aquí ese notable monumento de estilo:

«Excelentísimo señor:

Al expresar a vuecencia mi reconocimiento imperecedero por la manera espontánea con que vuecencia me abrió de par en par las puertas de la vida pública, no creo necesario lanzar muy alto la afirmación de mi profunda adhesión al Gobierno. El Ministerio que vuecencia preside representa lo que hay de más elevado como inteligencia, de más completo como ciencia de administración, de más rígido como moral y de más genuino como elemento conservador. No existe casi mérito en que un hombre—que sólo desea para su país instrucción, administración proba, moral y orden—conceda su apoyo incondicional y absoluto a quien tan altamente garantiza la prosperidad pública.

Quiero, sin embargo, expresar a vuecencia mi adhesión personal hacia la persona de vuecencia, y rogarle que me proporcione lo antes posible ocasión de demostrársela públicamente, no porque me pese esa honrosa deuda de gratitud, sino porque me consume el deseo de dar público testimonio de mi admiración por las altas dotes políticas y personales de vuecencia.

De vuecencia, etc.,

Alipio Abraños.»

Esta carta dió motivo para que se estableciese en las regiones políticas un útil y noble principio, que ha contribuído grandemente a mantener ante el país el prestigio de los hombres públicos.

Cuando, tres meses después de haberla escrito, Alipio Abraños pasó a los bancos de la oposición y pronunció aquel notable discurso en que demostró claramente al país que el Gobierno Cardoso Torres no poseía ni inteligencia, ni ciencia, ni orden, ni economía, ni moralidad, Cardoso Torres, en un condenable impulso de venganza mezquina, quiso hacer pública la carta que acabo de transcribir respetuosamente.

No había, en realidad, nada desagradable para Alipio Abraños en la publicación de esa elocuente página de prosa; pero semejante publicidad, autorizada por tal personalidad, equivalía a desconocer el sano principio del *secreto de la correspondencia privada*, en materia política. Por eso, en defensa del principio, Alipio Abraños intimó a Cardoso Torres a que no publicase su carta.

Las negociaciones fueron largas y muy delicadas. Pero ante la opinión de varios miembros del Gobierno, de numerosos hombres de la mayoría, de periodistas y de notabilidades de todos los credos políticos, quedó establecido que una carta particular no admitía publicación; de despreciarse tal regla, se establecería un pernicioso sistema de venganzas y de represalias; que en ese caso, muchas cartas que por motivos obvios convenía guardar en los archivos, aparecerían en público, y, finalmente, que era del interés de todos los partidos e indispensable para su consideración pública que no se diesen nunca a la luz de la publicidad documentos privados; esto obedeciendo a esa sabia regla política, tan pintorescamente formulada por Napoleón I: «¡Es necesario que la ropa sucia se lave siempre en casa!»

*

Tenemos, pues, a Alipio Abraños diputado por Freixo-de-Espada-á-Cinta. Su sorpresa al verse repentina e inesperadamente sentado en un escaño del Congreso fué deliciosa, en realidad.

Contaba, ciertamente, con entrar algún día en la vida pública, adonde lógicamente le llamaban su talento y sus estudios; pero no esperaba que fuese tan pronto, apenas llegado de la quinta de Campolide y de los mimos de la luna de miel. Podía, pues, decir con orgullo que no habían sido la intriga, la corrupción, la influencia, las que le daban posesión de aquel distrito, que se había abierto de par en par a su talento dominador. El, en realidad, conocía tan poco a Freixo-de-Espada-á-Cinta, que le sucedió decir en el discurso de agradecimiento a sus electores: «Un día, amigos míos, iré a visitar vuestra hermosa provincia del *Miño*, que sólo conozco incompletamente; y espero entonces, ¡oh freixinenses!, estrechar vuestras honradas manos de verdaderos liberales y de verdaderos portugueses!» Y, como es bien sabido, Freixo-de-Espada-á-Cinta no está en el Miño, sino en Traz-os-Montes.

Sin embargo, este natural equívoco—del cual se reía él mismo más adelante con campechanía—*es la prueba más decisiva de que Alipio Abraños fué elegido diputado, no por haber «intrigado» en un distrito, sino por la simple evidencia de su magnífico talento.*

Por otra parte, apenas se abrieron las Cámaras, habiéndose enterado con todo cuidado de los nombres de las personas influyentes de Freixo-de-Espada-á-Cinta, escribió a todas, ofreciéndoles su influencia, los servicios de su elocuencia y su casa.

Y fué infatigable: cartas de presentación, recomendaciones para exámenes, condecoraciones, empleos subalternos, permisos para visitar a Monserrate, todo lo dió pródigamente, espontáneamente, a los freixinenses. Ninguna petición llegada de Freixo era desatendida. Incluso un joven poeta, hijo de un influyente, que vino a implorar su protección, tuvo el orgullo de ver su drama—*La venganza de un rival*—representado en el Doña María, aunque sufrió al final el disgusto de un pateo memorable. Alipio, sin embargo, le consoló, dandole un destino inmediatamente en el negociado de Contribuciones Indirectas.

El primer año en que yo ejercí las funciones de secretario particular suyo, advertí muchas veces, en la mesa, o por la noche en el salón, a individuos silenciosos que se sentaban con timidez al borde de las sillas, se levantaban siempre que el conde pasaba junto a ellos, y tenían en sus caras y en sus levitas un no sé qué de insólito: eran freixinenses que venían a la capital y encontraban allí una hospitalidad benévola, y que luego, de regreso a su montaña, celebraban el poder del diputado y su gran afabilidad. Naturalmente, no bien el conde fué nombrado senador del reino, aquella benevolencia sistemática terminó, y él, según su graciosa expresión, «¡se

libró para siempre de aquella horda de garrapatas!»

Como ya he dicho, su elección causó en Alipio Abraños una viva alegría. Más tarde, la condesa me contó que pocos días después del triunfo le sorprendió, una mañana, delante del espejo, vestido con su nuevo uniforme de diputado, y exclamando:

—¡Pido la palabra, señor presidente! ¡Orden! ¡Orden! ¡Aprobado! ¡No seremos nosotros los que desertaremos la bandera del progreso!...

La señora condesa, en su simplicidad de mujer, se reía de ese incidente. Pero a mí me conmovió, haciéndome pensar en Demóstenes ensayando, junto al mar, sus sublimes apóstrofes a los tiranos.

Toda la familia, por lo demás, gozaba prodigiosamente con aquel triunfo inesperado. Su propia tía le escribió una larga carta, que tengo ante mí, en que su ternura divaga en los zigzags de la gruesa letra picuda. Le pedía que no olvidase nunca que a ella «debía la gran posición que tenía», y prometía visitarle con su marido, «no sólo para ver las bellezas de la capital, ¡sino para admirarte ahora que estás en la cumbre!» Hasta doña Laura, tan desinteresada de las cosas terrenas, leía el extracto de las sesiones en los periódicos, gozando al ver impreso el nombre del yerno, y el padre Augusto, pese a su habitual timidez, iba ahora todas las noches al Martiño para sorprender, en el rumor de las conversaciones, los elogios prodigados a Alipio Abraños. Doña Virginia, por su parte, frecuentaba asiduamente la tribuna de la Cámara, hasta el día en que el estado avanzado de su embarazo no le permitió, como ella decía, «mostrarse decentemente en público».

Alipio, sin embargo, conservaba en la Cámara un silencio discreto. Yo podría decir, parafraseando una expresión histórica, que no estaba mudo, sino reconcentrado. Entre tanto, se preparaba; íbase compenetrando con las costumbres parlamentarias, estudiaba el reglamento, el mecanismo legislativo, los enredos; por decirlo así, aguzaba despacio y con cautela las finas hojas de su espíritu locuaz. Formaba por entonces su biblioteca de hombre de Estado: se proveyó de los discursos de Mirabeau, de Berryer, de Lamartine, de Guizot; adquirió el útil diccionario de conversación; estudió pacientemente las instituciones de Bélgica; pero, sobre todo, frecuentaba el trato y escuchaba a los viejos parlamentarios, a los venerables prácticos de la política constitucional. ¡Como Aquiles, recogido en su tienda, Alipio Abraños forjaba sus armas para la batalla!

Su *début,* es decir, la primera palabra que soltó en la Cámara, fué singularmente admirada. No fué propiamente un discurso: sólo una breve interrupción. Pero así como un sorbo de agua contiene un mundo de organismos, en una interrupción puede existir toda una revolución.

Tenemos un ejemplo clásico de esta verdad política en la sesión de la Convención que precedió a la caída de Robespierre: el siniestro y rígido dictador, en la tribuna, siente de pronto que la voz se le altera, se le va...

—¡Es la sangre de Dantón, que te sofoca!—le grita Lemaillet.

El estremecimiento, el grito de apoyo que corre por las tribunas ante ese lúgubre apóstrofe prueba que Robespierre está realmente abandonado por Francia, ¡que llegó al fin el glorioso Termidor!

La interrupción de nuestro Alipio no tuvo, ciertamente, aquel énfasis trágico, porque no se trataba, por

fortuna, de derribar a un tirano. Era, simplemente, la discusión de la contestación al discurso de la Corona; hablaba el obeso señor Gómez Barreto, de la minoría, adicto a los *variolosos,* y, con el rostro congestionado y el puño en alto, atacaba al ministerio Cardoso Torres en párrafos brutales.

—¿Quiénes sois? ¿Adónde vais? —exclamaba—. ¿Qué representáis en el país? ¿Dónde están vuestras medidas, vuestros beneficios? ¡Nadie os conoce! ¿Erais una minoría oscura e intrigante! (*¡Orden! ¡Orden!*) Intrigante, señor presidente, ¡una minoría intrigante y tortuosa! De repente os veo ahí, en esos escaños amados del poder... Tengo derecho a preguntaros: ¿cómo os llamáis, qué hacéis? ¡Sois el Ministerio que entró en el poder con ganzúa!

Pero en aquel momento Alipio se levantó y gritó:

—¡Y vosotros sois el Ministerio que se hundió aquí por escotillón!

Entonces, ante esta rencorosa alusión al modo de desaparecer del poder el Gabinete de los *variolosos,* a la manera de la corbeta *Zaragoza,* una enorme hilaridad sacudió los costados de la Cámara, de las tribunas, de los taquígrafos... Una hilaridad inmensa, como aquella que el viejo Homero pone en boca de los dioses y que hacía temblar las columnas de cristal del Olimpo. Bravos roncos brotaron impetuosamente de las tribunas, negras de gente. Y el presidente, el honrado doctor Antón Carneiro, rojo de risa contenida, lanzando por la nariz estallidos de risa mal reprimidos, agitó furiosamente la campanilla...

—¡Son los del escotillón! ¡Son los del escotillón!—ruge con júbilo la mayoría.

Los lentes de Gómez Barreto cayeron al suelo; chorros de sudor cubren su cabeza color cidro, y aniquilado, engullendo aún algunos párrafos confusos, ¡rueda de la tribuna con la inercia de una piedra desprendida!

Todos los periódicos, a la mañana siguiente, citaban la *frase,* y Alipio Abraños conquistó la popularidad.

¿Gozó él con ese triunfo? No. Muchas veces me lo dijo, más adelante: aquella frase le salió de la boca inesperadamente, sin querer, como un acceso de tos, ¡como un eructo! No lo pudo contener. Lo que él estaba preparando desde el comienzo del discurso de Gómez Barreto era esta bella frase: «¡Nosotros nos llamamos el *Progreso* y vamos hacia la *Libertad!*» Por desgracia le salió aquella otra frase, pintoresca, pero bajamente populachera.

Alipio Abraños tuvo así el disgusto de pasar durante algún tiempo «por un gran guasón».

Las orejas le ardían de vergüenza cuando, aquella noche, el padre Augusto vino a decirle que en Martiño era voz general que «¡para la guasa no había otro!»

Hubiese querido debutar mostrando la profundidad de un filósofo, y le adjudicaban la fama de un folletinista... Tuvo rencor a su *interrupción.* Negarla era imposible: allí apareció al día siguiente en el *Diario de Sesiones* con esta indicación del resultado: (*Enorme hilaridad.*)

Tuvo entonces que sufrir el martirio mudo, grotesco, de recibir parabienes por una hazaña que le vejaba. Cardoso Torres le dijo:

—¡Es de lo que no hay! ¡De lo que no hay! Veo que es usted, amigo mío, hombre chistoso. ¡Los mata con guasitas!...

¡Qué agonía! Y fué aún peor cuando su tía le escribió, diciendo que en Amarante, en casa de las Nieves y de las Cuñas, «se había hablado mucho del chiste que dijo él en la Cámara, que hizo reír a toda

Lisboa», y que la opinión general era que debía de ser muy temido, «a causa de las bromas que soltaba». Esto era odioso para un espíritu elevado como el de Alipio Abraños.

Entonces su actitud se volvió cautelosa. Para acabar con aquella falsa y grotesca fama de «guasón», se ensombreció, subrayó su natural seriedad. Quiso hacer bien patente que aquella *frase* era, en sus costumbres intelectuales, una extravagancia aislada. Conversaba con prudencia, evitando todo lo que pudiera ser tomado como «gracejo», «salida» o «chiste». Su actitud en la Cámara fué como la afirmación exterior de la gravedad de sus pensamientos: manteníase erguido, con los brazos cruzados, la frente arrugada, pensativo. Y un día que Cardoso Torres le dijo:

—El amigo se ha recogido en el silencio. ¡Lánceles otro epigrama, hombre! ¡No los deje..., pínchelos!...

Alipio respondió, despechado:

—Cuando yo combata a la oposición, señor Cardoso Torres, será con la lógica, ¡no con el chiste!

—Sí, sí; pero mire que el ridículo es un gran arma.

—No la sé manejar, señor Cardoso Torres.

—¡Eso son cuentos!... Tiene usted gracia... Utilícela.

Alipio Abraños tomó rencor a aquel caballero, y pudo, incluso atrevidamente, datar de esa entrevista su resolución de separarse del Ministerio Cardoso Torres.

Entre tanto, él comprendía que la manera eficaz y digna de mostrar a la Cámara y al país la verdadera contextura de su talento serio era pronunciar un gran discurso de grave elocuencia; se preparó entonces con fervor para su verdadero *début*.

Los proyectos pueriles que se discutían en aquel momento no le daban oportunidad para hacer un discurso elevado. Eran medidas subalternas—carreteras, un proyecto de ferrocarril, legislación para las colonias—, una serie de trabajos monótonos, en que se complacía el espíritu mezquinamente práctico de Cardoso Torres, y que la mayoría votaba, distraída, desinteresada, ante las tribunas vacías.

Esperábase, sin embargo, una *Reforma de la instrucción*, y Alipio Abraños decidió hacer en esa ocasión «su *début* de estadista».

La composición de aquel discurso célebre fué hecha en medio de preocupaciones graves de familia. Llegaba marzo, y con él el noveno mes de embarazo de doña Virginia Abraños. Doña Laura se instaló en casa de su yerno, para hallarse más cerca de su hija en el momento del trance. Una hermosa moza de Campolide, la futura ama, estaba ya en la casa, y toda la noche ardían lamparillas propiciatorias junto a santos especiales.

Entre tanto, en su despacho, Alipio Abraños, rodeado de autores, redactaba su discurso.

La condesa, más adelante, me confesó muchas veces cuánto la afectaba, en medio de sus terrores—pues estaba segura de que iba a morir—, ver de repente, a las once, y a medianoche, entrar a su marido en zapatillas y *robe de chambre*, con la mirada brillante, y leerle algún párrafo magnífico que acababa de producir. Con la ropa hinchada, que le atirantaba la piel alrededor de los ojos, escuchaba, mirando la sombra grotesca, de gran nariz, que el perfil de Alipio proyectaba sobre la pared, y se aterraba pensando que el niño —o la niña—¡pudiera nacer con aquella nariz descomunal, fuera de toda proporción, como una trompa, horrible!

Llegó, al fin, el día. Aquella mañana, doña Virginia había sentido, de madrugada, algunos dolores, y esto provocó un pequeño altercado entre doña Laura y Alipio a la hora del desayuno. La vieja devota no comprendía que Alipio Abraños fuese a la Cámara aquel día, cuando su mujer estaba en un trance tan grave y próxima a un peligro posible.

—Pero, señora, estoy apuntado para hablar...

—¡No hay hablas ni discursos! Su deber es estar aquí, animar a la pequeña... ¡Su lugar hoy está en casa! Lo primero de todo son los deberes que tiene para con su esposa.

Alipio Abraños la aniquiló con esta noble frase:

—Si tengo grandes deberes para con mi mujer, no los tengo menores para con mi país.

Y para terminar el incidente, añadió, dirigiéndose al criado:

—José, vaya a buscarme un coche. ¡Cerrado!

Tomó, no bien se levantó, dos yemas para aclarar la voz, fortalecerla, y quería evitar el frío de aquella áspera mañana de marzo. El tiempo, en efecto, le inquietaba; había un suroeste brusco en el aire neblinoso, y temía que la lluvia alejase al público de tribunas.

Llovió, por desgracia, a torrentes, y Alipio tuvo el disgusto de ver, al llegar al Congreso, que no sólo la Cámara estaba menos concurrida que de costumbre, sino que los bancos de las tribunas se hallaban casi desiertos.

Los diputados que habían venido a pie y traían las botas empapadas y las rodillas húmedas, charlaban y se movían por los pasillos; la lluvia azotaba ruidosamente la claraboya. Y Alipio no podía dejar de pensar con despecho que había por parte de Dios cierta ingratitud, haciendo

tan lluviosa aquella mañana memorable en que él venía a la Cámara a defender el sagrado principio de la educación religiosa.

—Tiene la palabra don Alipio Abraños—dijo, al fin, con su voz un poco gangosa, el presidente, doctor Antón Carneiro.

Muchas veces me dijo el conde que sintió en aquel momento una agonía: el estómago se le contraía, y temió un momento que un repentino dolor de vientre le obligase a correr a los evacuatorios—situación horrible—, o que, de pronto, se le fuese de la memoria, como barrido, todo el discurso que hacía tres noches declamaba sucesivamente, en el silencio de su despacho.

Afortunadamente para el país, ni la memoria ni los intestinos le traicionaron..., y Alipio Abraños, en aquella fría mañana de marzo, pronunció el primer discurso de su fecunda y grandiosa carrera política.

Ese discurso es bien conocido (1). Algunos de sus mejores trozos figuran transcritos en las *Lecturas escogidas*, para uso de los alumnos del tercer año de portugués.

El conde conservó siempre por ese primer trabajo suyo una predilección especial. Es, en efecto, pese al liberalismo exagerado que le caracteriza—y que más tarde la experiencia, el poder, los años, el conocimiento de los hombres, debían tan justamente disminuir—, la obra mejor trabajada del conde, desde el punto de vista literario.

Esa exageración liberal es, sin embargo, fácilmente explicable. No sólo entonces, joven aún, su espíritu, aun siendo grave y meditador, era susceptible de cierto entusiasmo, sino también el discurso, compuesto

(1) Véanse *Discursos del conde de Abraños*, con notas y críticas de la Prensa. Edit. Cruz, 1873. Lisboa. (*Nota del autor.*)

bajo la influencia de recientes lecturas de Mirabeau y de Lamartine, tomó, naturalmente, la amplia retórica liberal que predomina en los discursos de esos maestros. Ese excesivo espíritu de liberalismo puede decirse que es puramente reflexivo; pareciéndose tanto a la elocuencia de esos inspiradores, el discurso conservó algo de sus doctrinas. Que es, sin embargo, genuinamente de Alipio Abraños lo atestiguan el estilo, el colorido, el párrafo.

¿Quién no conoce esa hermosa imagen sobre el envenenamiento de las fuentes públicas, comparado con el envenenamiento de las fuentes del espíritu? ¡Qué hermoso cuadro aquel en que describe la «sombría figura de Felipe II» en El Escorial! ¡Con qué vigor pinta la poesía de los tiempos caballerescos de la Edad Media! ¡Qué página aquella en que traza la invasión de los bárbaros y «el caballo de Atila, que donde posa la pata no vuelve a brotar la hierba de los prados»! ¡Qué sublime apóstrofe lanzado contra Tiberio! ¡Qué rasgos de un pintoresquismo histórico en esa imagen del sombrío jesuíta, poniendo aquí en la mano de Ravaillac el puñal regicida, y apretando la carabina que ha de hacer añicos los cristales del coche de don José I, vertiendo después, en la copa de vino de Chipre que el Papa Clemente se lleva a los labios, el negro veneno de los Borgias!» ¡Qué párrafos, saturados de lágrimas, sobre el cadalso de Luis XVI! ¡Qué grandeza épica, describiendo, a través de Europa, «el galope triunfal del caballo blanco de Napoleón I!»

Podría decirse que todo esto no siempre venía a propósito; podría decirse, incluso, como el conocido litigante al abogado locuaz: «No se trata de Roma, de Cartago, ni de la destrucción de Babilonia: se trata de mi sobrino. ¡Hable de mi sobrino!» Pero a esto habría que responder: «¡Entonces reclame para siempre la supresión de la Poesía, de la Elocuencia, del Genio!»

Cada una de esas grandes imágenes, destinadas a enriquecer el peculio nacional de la oratoria clásica, era seguida de un estallido entusiástico de «¡bravos!», de «¡sublimes!» La voz, muy admirada, tenía una plenitud metálica y sonora, e iba, en sus vibrantes ondulaciones, como olas triunfantes que bañan las rocas de la playa, a golpear las filas de pechos dilatados y extáticos. El gesto fué considerado perfecto, aunque los frecuentes puñetazos sobre el borde de la tribuna, produciendo un sonido hueco de madera, pareciesen impetuosos en demasía.

Y Alipio, que había subido a la tribuna como simple Alipio Abraños, era, cuando bajó de allí, «¡nuestro inspirado Alipio Abraños!»

Muchas veces este adjetivo, u otros paralelos—«nuestro espiritual», «nuestro fértil»—, constituyen todo el provecho de una vida de labor y de producción. ¡Cuántos—que dan todo lo que contiene su cerebro, hasta la última gota, quedando después para siempre con el aspecto grotesco y triste de un limón exprimido — logran como recompensa, al final de tanto esfuerzo doloroso, un empleíllo en una oficina del Estado y un adjetivo delante del nombre!

Pero para Alipio Abraños la recompensa no se limitó a un adjetivo, y aquel discurso fué el comienzo de su prodigiosa carrera.

Al entrar en su casa, vibrante aún de las emociones de la Cámara, le esperaba otra alegría, más grave, más íntima: ¡era padre! ¡Era padre desde las tres de la tarde! Fué su suegra quien vino a anunciárselo en lo alto de la escalera, con un grito:

—¡Y el señor hasta estas horas por ahí fuera! ¡Ha terminado todo! ¡Es un niño! ¡Y con la mayor felicidad!... ¡Es un niño! ¡Su vivo retrato!

No describiré la escena conmovedora y tierna que se desarrolló en el cuarto de la parturienta, porque no asistí a ella. No quiero, como esos biógrafos de antiguos reyes y estadistas, que describen los gestos y las palabras de escenas pasadas en otros siglos, introducir el elemento imaginativo, la novela, en este trabajo histórico. Pero todos nosotros podemos imaginar la emoción de aquel padre, saliendo apenas de un triunfo social para venir a gozar inesperadamente de un triunfo hogareño, en el mismo día orador consagrado y padre venturoso.

Me dicen que Alipio Abraños, abrumado por una felicidad muy intensa, se dejó caer sobre un sillón, con los ojos arrasados de lágrimas, el hijo en brazos, envuelto en sus blancas mantillas, y murmuró:

—Este es un día histórico..., ¡éste es un día histórico!

Hubo entonces, a los dos lados de la cama—donde doña Virginia, blanca como los encajes de las sábanas, sonreía con una vaga sonrisa, exhausta—un cambio conmovedor de impresiones exaltadas. Alipio contaba su discurso, y doña Laura, el parto.

—¡La Cámara se levantó como un solo hombre, y todo eran bravos y gritos!

—Los primeros dolores fueron terribles, ¿verdad, hija mía? Estaba cogida a mi brazo, y hasta tengo la certeza de que me dejó una moradura.

—¡Pobrecita! Pero lo mejor fué cuando descendí de la tribuna: los apretones de mano, los abrazos...

—¡Abrazos merece ella, que se portó con mucho valor! Y también la criatura, que salió como por una puerta abierta...

En el rincón del cuarto, el nuevo ser, tierno retoño de la casa de Noroña, iba de los brazos de la partera a los del ama, lloraba bajito, con un sonido de muñeco al que se le aprieta la barriga, en sus primeras contrariedades humanas.

Ese mismo día, «en atención a la coincidencia de su nacimiento y del triunfo del papá», como dijo el padre Augusto, se decidió que el niño se llamase Carlos Bienvenido.

*

Durante el período legislativo de aquel año, Alipio Abraños pronunció dos discursos más: uno, sobre política colonial, y otro, sobre el proyecto del ferrocarril del Este. El último es sobre manera elocuente: podría llamársele la *Oda al ferrocarril.*

Nunca el utilitario medio de comunicación fué descrito con tal colorido, con tal vigor de imaginación: «Ved—exclamó el orador—ese monstruo de hierro, soltando por sus narices torbellinos de humo, ¡semejante al Leviatán de la fábula! *(¡Bravo! ¡Bravo!)* Vedlo cruzando como un relámpago los más áridos terrenos: ¡qué maravilloso espectáculo se nos ofrece entonces! Al contrario del caballo de Atila, cuya pata seca la hierba de los prados, por donde pasa este nuevo caballo de fuego *(¡Bravo! ¡Bravo!)* brotan las mieses, se cubren las colinas de viñas *(¡Muy bien! ¡Muy bien!)*, cuélganse los rebaños en las laderas verdeantes de los montes, murmuran los arroyos en las veredas *(¡Muy bien!)*, y el jovial labrador allá va, satisfecho y alegre, entonando las deliciosas canciones campestres, junto a la esposa fiel, ¡coronada con las mimosas

flores de los prados! (*¡Bravo! ¡Bravo! Sensación.*)»

Suspendidas las sesiones, Alipio Abraños, su esposa y el tierno Bienvenido partieron para Campolide, donde iban a pasar el verano.

Fueron tres meses de concentración, de íntima felicidad. Habían pasado allí, hacía un año, su luna de miel, y la sombra de cada árbol, cada mata de flores, tenían para ellos el valor de un recuerdo delicioso: la quinta se les convirtió en un vasto confidente simpático; llevaban orgullosos al tierno Bibí, pataleando en brazos del ama, como el fruto vivo del amor que aquélla protegía.

Pero no por eso Alipio permaneció inactivo. Trabajó mucho, y allí escribió fragmentos, imágenes, peroraciones de futuros discursos. Allí también fué donde tomó, paseando al atardecer por la bella avenida de laureles, como acostumbraba, despacio, con las manos a la espalda, la importante resolución que debía tener en su carrera una influencia tan grave.

El Ministerio Cardoso Torres, al final de la última sesión parlamentaria, estaba *gastado*. Esta expresión, que yo llamaría, si no me contuviese el respeto, la «artimaña constitucional», se refiere a un fenómeno venerable y repetido, que jamás he comprendido bien, a pesar de las benévolas explicaciones que me fueron dadas por conservadores, republicanos y escépticos.

Hay ministerios *que se gastan*. Y, sin embargo, esos ministerios, como los otros, administran el tesoro con honestidad, llevan el despacho en los diversos departamentos con suficiente regularidad, mantienen en el país un orden beneficioso, no oprimen a la prensa ni a la conciencia, son respetuosos con el jefe del Estado, acompañan, con dignidad, al alto de San Juan a todos los difuntos ilustres, hablan en las Cámaras con honrosa corrección, son en la vida privada ciudadanos estimables, y, a pesar de todo esto, al cabo de algunos meses de esa rutina honesta, pacata e higiénica, *se gastan*.

Se gastan, ¿por qué? Se comprende que un Ministerio que lucha con dificultades, que se coloca en contra de la opinión pública, *se gaste*, como a través de una frágil estacada que una corriente hostil bate incesantemente. Compréndese también que un Gobierno creado especialmente para resolver determinadas cuestiones sociales o políticas, resulte innecesario una vez que las haya resuelto, y quede como el zángano que ha fecundado a la abeja y es de allí en adelante un inútil.

Pero cuando no se da ninguna de esas hipótesis; cuando los ministros no han sido traídos del seno de sus familias para resolver cuestiones sociales, bien porque no las haya, o bien porque sea un principio tácitamente establecido el dejarlas sin resolver, cuando en lugar de esforzarse contra la amplia corriente de la opinión, los ministros le acarician cariñosamente el lomo, no comprendo cómo un ministerio se puede *gastar*.

Un día pedí respetuosamente al conde de Abraños la explicación de la palabra y del fenómeno, y su excelencia, lo que raras veces sucedía, dió una respuesta vaga, tortuosa, reticente:

—Es una cosa que se nota en el aire. Es un no sé qué... Se percibe que la situación está gastada...

No me permitió el respeto insistir; ¡pero en el fondo de mi entendimiento conservo un secreto terror por ese fenómeno incomprensible!

El Ministerio Cardoso Torres estaba, por tanto, *gastado*. Se calculaba que podría sobrevivir durante gran parte de la próxima sesión; pero para fines de abril debía desaparecer súbitamente, ¡como habían desaparecido los *variolosos* y la corbeta *Zaragoza!*

El Partido Nacional volvería entonces a ocupar el poder, y Alipio Abraños, que era ahora Gobierno, Influencia, Fuerza, Ley, pasaría a ser el diputado locuaz de una oposición estéril, ya que nadie creía que los *reformadores*—a los que pertenecía Cardoso Torres—, habiendo subido al poder por un *azar*, viesen repetirse ese *azar*. Los *reformadores* eran, pues, según la frase clásica, «un partido sin porvenir». El próximo Ministerio *nacional* habría de pegarse a los escaños del poder durante años. Y Alipio Abraños ¿podría, durante unos años, ver sus facultades, su talento, gastarse en la retórica hostil y rencorosa de la oposición?

Además de eso, su distrito de Freixo no era todavía un distrito seguro. Durante aquellos cortos meses de sesiones, Alipio no había tenido tiempo de captar definitivamente por la gratitud, por el interés, por la lisonja, por los servicios prestados, a los influyentes de Freixo. Si los *nacionales* disolvían la Cámara, quién sabía si Alipio Abraños no se vería empujado involuntariamente hacia las dulzuras de la vida íntima, haciendo cariñitos en la carita de Bibí, bajo las sombras de Campolide, mientras otros, sin su elocuencia ni sus estudios, marcharían hacia palacio, arrellanándose en los almohadones del poder.

Ciertamente tenía obligaciones respecto a Cardoso Torres: él fué quien le nombró diputado, quien le abrió las puertas de la vida pública, quien le formó... Pero, por otro lado, tenía deberes mayores para consigo mismo, para con su carrera, su nombre, y, sobre todo, para con el tierno Bibí. ¿No debía él hacerse grande en su país para poder algún día apoyar la carrera de Bibí? Tenía también deberes para con Virginia, a quien pesaba la oscuridad social, y que, como una verdadera portuguesa, ansiaba hacer su gran *reverencia* de corte ante sus majestades. Tenía, en fin, deberes para con el país, ¡al cual no podía negar los servicios de su alto entendimiento!

Estas consideraciones las pesó bien Alipio Abraños, en esas horas de la tarde en que paseaba solitario por la avenida de laureles, y cuando a principios de noviembre regresó a Lisboa, había decidido, en el secreto de su alma, pasarse con las armas de su elocuencia y el bagaje de su saber al campo enemigo. ¡Iba a hacerse de la oposición!

Esa resolución no se la reveló a nadie, ni a su esposa; pero durante unos meses preparó el gran discurso en que explicaría, como él dijo, «las razones de Estado que me hacen pasar de esos bancos estériles (y señalaba la mayoría) ¡hacia aquellos bancos fecundos!» (y señalaba la oposición).

Muchas veces, ese gran acto político ha sido motejado de «indecente traición». Nada más absurdo. Yo pregunto: ¿qué es traicionar? ¡Es abandonar los ideales que uno ha servido y pasar, sin razón, al servicio de ideales opuestos, que hasta entonces se combatían! Esto es normal y materialmente una traición.

Pero ¿existían entre los *reformadores* y los *nacionales* ideales opuestos? ¿Abandonaba Alipio Abraños ideas queridas para ir, por intereses groseros, a defender ideas detestadas? No.

Las ideas que servía entre los *reformadores* iba a servirlas entre los *nacionales*.

En Religión, ¿qué eran los *refor-*

madores? Católicos, apostólicos, romanos. ¿Y los *nacionales?* Idem.

En política, ¿qué eran los *reformadores?* Conservadores constitucionales. ¿Y los *nacionales?* Idem.

¿No tenían ambos el mismo amor por la dinastía? El mismo.

¿No eran ambos sostenes abnegados de la propiedad? Abnegadísimos.

¿No deseaban ambos la estricta aplicación de la *Constitución, sólo de la Constitución, la Constitución íntegra?* Ambos la deseaban ardientemente.

¿No eran ambos *centralistas?* Lo eran.

¿No se mantenían ambos firmes en el sostenimiento de un ejército permanente? Firmísimos ambos.

¿No sentían ambos un noble rencor a los principios revolucionarios? Un rencor nobilísimo.

Y en cuestiones de instrucción, de prensa, de policía, ¿no tenían ambos las mismas ideas? Absolutamente las mismas.

¿No eran ambos patriotas? ¡Fanáticamente!

¿Entonces? ¿Podía decirse que Alipio Abraños, yendo de los *reformadores* a los *nacionales*, traicionaba sus ideas? ¡No! Ciertamente, no!

Pero, se dirá, traicionó a su amigo Cardoso Torres.

Distingamos: en Cardoso Torres había el hombre y el político. Traicionar al hombre sería, por ejemplo (aunque tal suposición me hace temblar de horror) poner una mano libidinosa en el seno respetable de doña Josefa de Cardoso Torres. ¿Hizo esto Alipio Abraños?

¡Vuestro grave silencio es la mejor respuesta!

Pero traicionó al político, diréis. Veamos: ¿qué es un político? Es un ser que simboliza un complejo de ideas; sólo se le puede traicionar traicionando las ideas que representa. Ahora bien: he probado lo suficiente que Alipio Abraños no traicionó ni en religión, ni en moral, ni en economía política, ni en administración, ni en pedagogía, las ideas representadas por el excelentísimo señor Cardoso Torres.

Pasó, pues, a la oposición nuestro gran Alipio, y con qué prodigiosa impresión fué recibido ese paso en el país, lo dice la historia constitucional.

Fué en el discurso de contestación al mensaje de la Corona cuando se vió a Alipio Abraños subir a la tribuna, y, con palabras conmovidas, decir que su conciencia, sus principios, su patriotismo, le obligaban a separarse de amigos «cuyo estandarte seguí»—exclamó—«mientras juzgué que ellos llevaban el país a la conquista del progreso, pero de quienes me separo con dolor, aunque con firmeza, el día en que veo que empujan a mi patria, a esta patria que yo amo más que amé a mi madre, ¡hacia el abismo y hacia la ruina!» (*¡Bravo! ¡Bravo!*)

Con un gran tacto político, Alipio Abraños no enunció nunca claramente, en ese discurso magistral, los hechos que le probaban que el excelentísimo señor Cardoso Torres fuese arrastrando a Portugal hacia el abismo; pero la aprobación unánime, los bravos frenéticos de la oposición, le mostraban que, aunque él, por respeto a sus antiguos camaradas, callase aquellos hechos, la oposición los comprendía por completo.

Así, qué gran ovación cuando Alipio Abraños trazó el inspirado cuadro del estado del país bajo la administración de Cardoso Torres: «Mirad alrededor y ved esta hermosa tierra de Portugal, que jurasteis, en manos del rey, defender y hacer prosperar, miradla y decidme si sois

dignos de estar en esos bancos una hora más: por todas partes el despilfarro de la hacienda pública, por todas partes el favoritismo logrando primacía sobre el mérito; la escuela, esa fuente pública, seca de instrucción; las fértiles campiñas, desoladas; las carreteras que prometisteis, cubiertas por las piedras y los barros de la incuria; las cárceles, esos depósitos del mal, rebosantes; y el pobre campesino, que sucumbe bajo el peso de los impuestos, ¡regando con lágrimas el escaso grano que le da un suelo desolado!» (*¡Bravo! ¡Bravo!*) Y los ministros, en sus escaños, con los brazos caídos, la cabeza colgante, sintiendo retumbar en sus oídos esa voz, igual que la otra de la antigüedad que desde el fondo de los aires apostrofó a Caín, ¡parecían contemplar aterrados la visión pavorosa de la patria arruinada!

Fué prodigiosa la sensación.

Aquella noche, cuando, echado en su sofá, extenuado por su gran hazaña oratoria, Alipio se confortaba en la placidez del té hogareño, recibió una carta del consejero Guedes Navarro, jefe de la oposición *nacional*, en que le decía, después de otras consideraciones:

«Como discurso, conozco pocos iguales en Mirabeau o en Lamartine. Es para el partido nacional un honor, no sólo haber recibido en sus filas a un hombre de su valía, sino haber dado ocasión a que pronunciase un discurso de tal elevación. No ya solamente para cumplir nuestro pacto le será reservada una cartera en la formación de un Ministerio nacional; esa cartera no es, de ahora en adelante, la recompensa de su adhesión: es una necesidad de existencia para el partido nacional, que tendrá en usted, en lo futuro, a su Mirabeau conservador.»

De donde se deduce, por otra parte, que Alipio Abraños, con gran alcance político y una profunda experiencia de los hombres, no dió aquel paso sin tener primero garantizados todos los medios de subir al poder y de prestar al país aquellos altos servicios que le preparaba su talento político.

La desesperación del Gobierno y de la mayoría tuvo un raro carácter de alucinación. Alipio Abraños pasó a ser el *infame*, el *canalla*. Aquella misma noche fué explorada toda su vida, escudriñada como un bolsillo viejo, con la esperanza de encontrar algún escándalo olvidado. Se dijo que había sido el amante de la vieja madame Gato, que regentaba un prostíbulo en el Arco de la Bandera; se difundió que era hijo de un zapatero de Peñafiel, condenado muchas veces por ladrón; se afirmó que vivía en continuas desavenencias con su mujer y que los vecinos oían de noche los gritos de las peleas conyugales; se contó que el viejo doctor Vaz Correia le había dado de puntapiés en su bufete por haberle encontrado falsificando un documento; se murmuró que se entregaba en Coimbra a relaciones contra natura.

De los artículos de los periódicos no hablaré, para no contribuir a desacreditar más aún ante el público una institución a la que implícitamente pertenezco.

Notábase que la sesión siguiente sería, según la frase ritual, «tempestuosa». En efecto, las tribunas rebosaban de gente: todos los amigos que en otro tiempo concurrían a las *soirées* del magistrado Amado y que ahora empezaban a frecuentar la casa de los Abraños, allí estaban. Esperábase que ante las recriminaciones que no podían dejar de producirse por parte de la mayoría, indignada, Alipio Abraños pronuncia-

ría otro discurso en el cual el orador se mostrase, según la frase que oí a no sé qué personaje, «¡Demóstenes multiplicado por tres!»

Allí estaba el coronel Serrán, que idolatraba a Alipio, lanzando miradas feroces como cuchilladas a «¡los cachorros de la mayoría!» Allí estaba el consejero Andrade, acompañando a doña Virginia y a la bella Fradiño; allí estaba el sobrino de la pobre doña Juana Carneiro, de puntillas, en el último banco, y enfrente, más sombrío, más meditabundo, el *doctor*.

Antes del orden del día, un diputado de estatura hercúlea y voz de bravucón pidió la palabra. Era el famoso Gorjón, y su presencia en la tribuna, adonde subió, erguido, haciendo rebrillar bajo las cejas pobladas una mirada centelleante, reveló lo suficiente el infame plan de la mayoría. Yo califico ese plan con una palabra: tentativa de asesinato.

El famoso Gorjón representaba en el partido de los *reformadores*, al cual, por otra parte, siempre había pertenecido, el papel que desempeñaba en las redacciones de los diarios parisienses de la Restauración el espadachín tan vigorosamente descrito por Balzac. El espadachín era, por regla general, un antiguo oficial de la Guardia Imperial, a quien había retirado la Restauración, y que, impulsado a la miseria por el ajenjo, el tabaco y los mujeres, alquilaba la fuerza de su brazo y su destreza con la espada a algún diario de combate. De ojos alcoholizados, voz catarrosa, bigote erizado, abultado abrigo forrado de astracán, abrochado hasta el cuello, pelo en forma de cepillo, sombrero ladeado, aquel personaje pavoroso se pasaba el día en la antesala de una Redacción, culotando una cachimba de espuma, nutriéndose en los diarios de historias de crímenes y de robos y esperando que las personas ofendidas subiesen las escaleras a pedir explicaciones de algún artículo insultante o de una calumnia muy directa. Y si algún desdichado aparecía, el feroz individuo erguía su enorme estatura, escupía en el suelo y preguntaba con voz agresiva y los ojos inyectados de sangre:

—¿Qué arma elige? ¿Cuáles son sus padrinos? ¡A sus órdenes!

Y el ofendido retrocedía ante la horrenda aparición de aquel perro de presa, o quedaba, al otro día, con alguna entraña esencial atravesada por la hoja infalible de su espada.

Gorjón era, entre los reformadores, el espadachín del partido. ¡Fué, durante veinte años, en este país, *el coco!* Su barba negra era feroz, y cuando bajaba por el Chiado con el sombrero sobre los ojos, haciendo silbar el bastón, un terror invencible contraía el corazón de los ciudadanos... Su biografía, desde Coimbra, era una leyenda pavorosa de cabezas partidas, mandíbulas deshechas y tremendos heroísmos musculares. Cuando entraba en un café, toda la gente se doblaba, palideciendo, sobre el periódico o la copa de ginebra, procurando pasar inadvertida ante él, pues se decía que su mirada iba inmediatamente seguida por su puñetazo. El Marrare, entonces floreciente, era el antro de aquella fiera. Cuando murió, de un catarro a la vejiga, Lisboa sintió un suave alivio y las espaldas de los ciudadanos se enderezaron, porque ya no las amenazaba desde lo alto el bastonazo de Gorjón.

La perversa intención de la mayoría era, pues, clara: Gorjón injuriaba desde la tribuna a Alipio; Alipio, valiente, replicaba con irritación, y Gorjón, en los pasillos, molía a Alipio a golpes, o al día si-

guiente, ¡en los campos de la Pólvora, lo ensartaba de una estocada!

Parece hoy demostrado que semejante plan fué decidido en una reunión de la mayoría: ¡vergüenza eterna! No hubiese procedido de otro modo una conjuración de zulúes, agachados ferozmente entre la maleza africana, en el *kraal* de Cetivayo! ¡Aquel voluminoso bruto había ido al Congreso para asesinar a la elocuencia, al patriotismo y al genio, en la persona de Alipio Abraños!

Menos mal que te mató, fiera, un providencial catarro a la vejiga: tu bastón no oprime ya a los hombres libres, y yo puedo impunemente, y con regocijo, escupir sobre tu tumba, ¡ya que el escupirte en la cara me hubiera sido imposible, por ser, como soy, de constitución endeble!

En efecto, las fauces del perro de presa se abrieron, y durante una hora ladró injurias, y como tenía (¡Dios mío, seamos justos con todo el mundo!) cierta habilidad en la prosa, una experiencia astuta de la perfidia parlamentaria, no lo hizo a las claras, lo cual hubiese atraído sobre sus espaldas las severidades del reglamento. No pronunció el nombre de Alipio. Habló tan sólo del *traidor*, del *apóstata*, y, bajo esta designación vilmente vaga, rugió, con puñetazos de atleta, su estudiada diatriba. El desgraciado, sin embargo, participaba, como todos los de su corpulencia, de la clásica estupidez de los colosos: no contaba con la finura, la habilidad, el talento de Alipio.

En efecto, nuestro héroe le dió una lección severa: ¡todo el tiempo que el Roldán de la Baixa tronó, Alipio, inclinado, tamborileaba tranquilamente con los dedos sobre su carpeta charolada!

Y cuando, entre los aplausos de la mayoría alucinada, el horrendo Gorjón terminó, lanzando un apóstrofe «a los cobardes que ante la injuria, en lugar de alzar la cabeza desafiantes, tamborilean, agachados, sobre los pupitres», Alipio, a quien esperaban todos ver saltar hacia la tribuna, cogió serenamente el *Diario Oficial* y se puso a hojearlo con placidez.

De los bancos de la mayoría salieron voces:

—¡Qué asco! ¡Qué abyección!

Pero el gran hombre, pálido, sí, de la emoción reprimida, pero sereno en apariencia, siguió imperturbable hojeando el *Diario Oficial*. Así, el plan de la mayoría fallaba. Alipio Abraños provocado, insultado, calumniado, ¡leía el *Diario Oficial!*

¡Creyendo provocar en él una cólera fatal, le producían sólo una serenidad sublime!

Hubo por ello una rabia desatada, y otro orador de la mayoría, don Albino Peixoto, subió a la tribuna: después del Roldán tonante, era Simón de Nantua, el melifluo.

Aquel personaje, en efecto, por su cara redondita y jovial, con lentes de oro, por toda su personilla barriguda, por la vaga untuosidad de sus palabras, por su plácida cortesía, semejábase al amable filántropo lleno de refranes y de virtud de que habla el libro querido donde aprendemos a deletrear.

Su discurso fué la repetición de las mismas injurias, pero hecha con voz suave y llorosa. Los vituperios que el otro rugió, éste los lacrimeó. Era, por otra parte, persona de una proverbial timidez: había en sus movimientos la vacilante cortedad de un miope que ha perdido los lentes; caminaba por la vida con sumo cuidado, evitando pisar un callo o una susceptibilidad.

A consecuencia de su autoridad intelectual (y no, como vilmente se

dijo, porque a éste no le tuviese miedo), Alipio decidió contestarle.

El silencio que se hizo en la Cámara cuando Alipio Abraños se levantó y pidió la palabra fué uno de esos clásicos silencios, muy conocidos y estimados en retórica «que preceden a las tempestades».

Comenzó por decir que se levantaba para responder a don Albino Peixoto—y sólo a don Albino Peixoto—, añadiendo estas palabras tan admiradas, tan dignas de quedar como clásicas (aunque se dijo después pérfidamente que las había imitado de Guizot):

—¡Puede su señoría acumular las calumnias, que no llegarán nunca a la altura de mi desprecio!

Peixoto se levantó de un impulso, y tieso, palidísimo:

—¿Insinúa su señoría que yo soy un calumniador?...

—¡Orden! ¡Orden!

Respuesta admirable de Alipio Abraños:

—Yo no quiero insinuar que su señoría es un calumniador. ¡Yo sólo he afirmado, y claramente, que su señoría ha acumulado calumnias!

—¡Orden! ¡Orden!

Leo en el extracto de la sesión esta infecta interrupción de Gorjón:

—¡No conteste, Peixoto! Para los cobardes no hay más que el salivazo y la fusta...

Alipio Abraños no se dignó responderle.

Pero el pacífico Peixoto, a quien con seguridad excitaba la mayoría, exclamó, lívido:

—¡El desprecio de un hombre de bien podría dolerme; el desprecio de un traidor sólo me regocija!

Alipio Abraños replicó, triunfante:

—Traidores son los que venden su pluma y hacen de un periódico un prostíbulo.

Esta alusión a ciertos hechos lamentables de la carrera periodística de Albino Peixoto produjo una tormenta que encuentro así descrita en el *Diario de Sesiones*: («*Sensación prolongada. Diversas interrupciones que no llegan a la mesa de los taquígrafos. Los señores diputados, en pie, en medio de una gran confusión, cambian frases iracundas. El señor presidente, no pudiendo hacerse oír, suspende la sesión.*»)

Lo que me queda por contar es doloroso. En los pasillos de la Cámara, Alipio Abraños es súbitamente interpelado por el doctor Albino Peixoto, que se lanza desde un grupo de la mayoría, y le grita:

—¡Retire usted las palabras que pronunció!

Alipio, prudente, balbució:

—Pero colega..., pero querido colega...

—¡Retire esas palabras, canalla! —rugió Peixoto.

Alipio (como me contó después) iba, tal vez por amor a la dignidad parlamentaria, a retirarlas, cuando Gorjón intervino bruscamente y tronó:

—¡No retira nada! Entre caballeros estas cuestiones de honor no se tratan así. ¡No retira nada! Venga usted, Peixoto...

Arrastró al doctor Peixoto, y a poco volvía acompañado de un tal Sequeira, que después murió en Africa, y, dirigiéndose a Alipio Abraños:

—Necesito hacerle una comunicación seria. Tenga la bondad de acompañarnos al salón *A* de la Comisión de Hacienda.

Alipio le siguió, y con él todos sus amigos, en la expectativa excitante de un conflicto inesperado. Sin embargo, entraron solos en el salón *A* de la Comisión de Hacienda, y allí Gorjón, que había recobrado su aspecto solemne, declaró:

—Venimos aquí con una misión de honor. Nuestro amigo, el doctor Albino Peixoto, exige una satisfacción. Usted le llamó vendido...

—Pero él me llamó primero...

—¡Usted le llamó vendido! Lo que él le haya llamado a usted nos es en absoluto indiferente. Usted le llamó vendido, y, o usted, cuando se reanude la sesión, da explicaciones...

—Estoy dispuesto a dar explicaciones... (Oigo desde aquí estas palabras precipitadas de Alipio Abraños, que, con sus altos principios de civilización, tenía horror a los conflictos de fuerza.)

—Perfectamente. Las explicaciones son éstas: va usted a subir a la tribuna y a decir: «Declaro que cuando dije que mi amigo Albino Peixoto era un vendido, mentí, ¡y que poseo las pruebas más evidentes de su probidad impecable!»

—¿Entonces, quieren ustedes, señores, que yo diga públicamente que mentí?...

—De no querer dar esta explicación, tenga la bondad de decirnos a qué hora podemos entrevistarnos con dos amigos suyos, para señalar las condiciones del encuentro...

—¿Del encuentro?... Pero, queridos colegas, pónganse en mi lugar...

A estas palabras tan cordiales, tan conciliadoras, el brutal Gorjón respondió:

—¡En su lugar, cualquiera de nosotros hubiese hace mucho rato señalado la hora y las armas!... ¿Qué nos dice usted?

—Quiero consultar al menos con algunos amigos...

—Consulte usted con sus amigos.

Consultó, en efecto, con dos amigos; pero, por desgracia, escogió a aquellos que eran menos adecuados para hallar una solución humana, sensata y cristiana. No los mencionaré, porque viven aún y ocupan altos cargos en el Estado. Le llamaré a uno A*** y al otro B***.

A***, noble de alto porte, recibió de las tradiciones de su estirpe, un poco averiada, el prejuicio clásico del *puntillo de honor*. B***, joven estimable, valiente, cazador, tenía una sola especialidad: su destreza con la pistola y el sable. Ambos, en cuestiones de honor, tenían que mantener una reputación de seriedad y de valor. Por otra parte, tanto el uno como el otro, eran unos perfectos caballeros, pero, por desgracia, muy predispuestos, por temperamento, a las soluciones violentas.

Esos dos amigos opinaron, con la unanimidad del coro antiguo, que, aceptar tal exigencia, era aceptar implícitamente una humillación infamante. Un hombre que se declara mentiroso, se cierra las puertas de la sociedad, de la vida pública y de sus conocidos. El señor Abraños pasaría de allí en adelante a ser un cobarde reconocido. El miedo sería su profesión. Se convertiría en el hombre a quien se puede insultar sin peligro. B*** le dijo, incluso, brutalmente:

—¡Un hombre que comete, al comienzo de su vida pública, semejante cobardía, se convierte, más tarde o más temprano, en un *almacén de golpes!* Haga usted ver que es hombre, y nadie le volverá a insultar!

¿Qué se podía responder a esto? Había, desde el punto de vista social, cierta verdad en aquellas frases triviales. Alipio Abraños, o tenía que ceder a las reglas absurdas anticuadas, monstruosas, que regulan la sociedad, o tenía que abandonar aquella sociedad y la carrera que algún día le proporcionaría el delicioso placer de dominarla.

¡Pero la idea de colocarse ante una espada desenvainada o ante una pistola montada!... Sintió, un momento, el deseo furioso de huir con doña Virginia y con Bibí hacia

un rincón ignorado de la tierra, y allí, vil pero intacto, sin elogios en los diarios, pero con todos los miembros de su cuerpo, gozar egoístamente del amor, de la paternidad, del reposo, de la Naturaleza, del bienestar...

Pero ¿consentiría Virginia en ser la esposa del *cobarde Alipio?* ¿No sería cruel condenar a Bibí a ser el hijo del *abyecto Abraños?* ¿Qué dirían los periódicos? ¿Qué diría el coronel Serrán? ¡Qué risotadas en el Marrare! Esta idea le torturaba. Y respondió con gran dignidad a A*** y a B***:

—Yo no tengo miedo; ustedes, amigos míos, bien lo saben. Mi cuestión es de principios. Soy un hombre de progreso; y me repugna ese medio de salvar el honor, a la manera de la Edad Media! Pero, en fin, la sociedad es la sociedad... Vayan a entenderse con la fiera de Gorjón. Los espero en casa... Pero, prudencia; recuerden que tengo una familia.

Las negociaciones fueron largas, muy delicadas. Por desgracia, parece ser que desde la primera palabra entre los testigos, quedó asentado, *a priori*, como base natural de la discusión, que «habría desafío», y a las ocho de la noche, Alipio recibió en su despacho a sus amigos A*** y B***, que le anunciaron, en voz baja, que él, Alipio Abraños, se batía a espada, a las siete de la mañana, en la Cruz Quebrada, y que los testigos de Peixoto le dejaban a él, Abraños, la elección del cirujano que más le agradase.

—¡Un cirujano!—exclamó Alipio, juntando las manos, atónito.

—Es necesario un cirujano, para el caso en que sea preciso, por ejemplo, ligar una arteria. En fin, siempre es indispensable un cirujano...

Alipio se inclinó, en silencio. Hay en ciertos silencios humanos, en cierta curvatura de espalda, una ironía feroz, que debe de hacer sonrojar al Destino, avergonzado de su tiranía... Alipio Abraños quedó solo, en su despacho, postrado sobre el canapé, teniendo delante la visión clara de un cuerpo desgarrado a espadazos, que una viuda llora, desgreñada.

La voz del padre Augusto, que, como de costumbre, decía alguna inocente broma a Juana (bonita criada que yo conocí todavía), le sacó de aquel legítimo torpor, y, de repente, como un pájaro que cruza súbitamente una sala abierta, una idea de un ingenio sutil atravesó su espíritu.

Abrió la puerta, llamó al cura, y con una gravedad que hizo dilatarse de terror los ojos del buen sacerdote, murmuró:

—Padre Augusto, voy a confiarle un gran secreto... Un secreto tremendo, que ha de quedar en usted.

El padre, aterrado, balbució:

—¿Es en confesión? ¿Es secreto de confesión?

—¡No!—exclamó en seguida Alipio—. ¡Por amor de Dios! ¡No lo considere ni por asomo secreto de confesión! ¡Qué tontería! ¡Pues vaya! Eso lo echaba todo a perder... Quede bien entendido que no es un secreto de confesión... Pero es un secreto el que le voy a confiar: ¡me bato mañana!

—¡Caramba!—exclamó el respetable sacerdote, cayendo de golpe sobre el canapé.

Entonces Alipio, sentándose junto a él, le contó la historia de su duelo. Y terminó diciendo:

—Si le digo a usted todo esto es para que sea el amigo que mañana, si ocurriera una desgracia, consuele a Virginita. Y ahora, adiós, que tengo varios papeles que poner en orden... Pero guarde el secreto, que

pudiera llegar la cosa a oídos de la Policía y todo se trastornaría.

El sacerdote quiso objetar, predicar, hacer parábolas; pero Alipio, suave y firme, empujándole por los hombros:

—Es cosa resuelta. Adiós. Y ahora tenga cuidado, padre Augusto, no vaya a decirlo... Porque la Policía, si se entera, impediría la cosa... Adiós. Es mañana, a las siete, en la Cruz Quebrada. No lo olvide, a las siete, y guárdeme el secreto, amigo mío.

El padre Augusto fué a la percha del pasillo, cogió su teja y se precipitó por la escalera, como una piedra que rueda.

Al otro día, a las siete de la mañana, una mañana clara, fría y seca, cuando Alipio con sus testigos llegaban al sitio señalado, el alcalde de barrio de Belem y seis cabos de policía, surgiendo con ímpetu de detrás de un macizo de árboles, ¡prendieron a los siete caballeros (incluyendo al respetable Téllez, cirujano)!

Fueron puestos en libertad a las diez, de modo que doña Virginia supo por su marido el peligro que había corrido, y la intervención providencial que le salvó. Fué grande su orgullo. ¡Alipio tomó para ella las proporciones de un D'Artagnan, de un conde de Montecristo. Y su cariño, sus mimos, su admiración, estaban proporcionando a Alipio unos momentos deliciosos, cuando Juana le vino a decir que los señores A*** y B*** querían hablarle sin falta y esperaban en la sala.

—Será para el almuerzo... Suele haber siempre un almuerzo...

No, no era para aquel fin honesto: era para decirle, para que A... le dijese secamente, sin sentarse, con las manos en los bolsillos, haciendo tintinear nerviosamente un manojo de llaves:

—Está comprobado — tenemos la prueba evidente—que la Policía fué avisada por un amigo de esta casa... Esto es un juego torpe. Ni los testigos de Peixoto, ni nosotros, somos personas con quienes se juega torpemente. El duelo que no ha podido tener lugar hoy, debe tener lugar mañana, en el Lumiar. Si la Policía aparece de nuevo, lo cual no es natural, ahora que está desprevenida, sabremos que el mismo amigo de esta casa la ha avisado, en cuyo caso todos nosotros nos consideraremos ofendidos, y tendrá usted que batirse, por orden de número, con el amigo Gorjón, el amigo Sequeira, el amigo B***, con este servidor de usted; ¡y luego con Peixoto! ¡Cinco duelos en lugar de uno!

—Pero yo les doy mi palabra de honor... Yo no tengo la culpa... ¡Es un asesinato!

—Tenemos el honor de desear a usted muy buenas tardes. Aquí estaremos mañana, a las siete. Vendremos en el mismo coche; el cochero es seguro... Es el *Pintado.* No se moleste... Servidores de usted...

Alipio, solo ya en el despacho, tuvo un grito de rebeldía:

—¡Esto es lo que saca un hombre de bien por tratar con espadachines!

Si él hubiera puesto aquel asunto en las manos prudentes del consejero Andrade o de Fradiño, por ejemplo, la solución seguramente habría sido otra, muy honrosa, completamente amistosa; pero se había entregado a dos personajes ansiosos de publicidad, engreídos con el puntillo de honor, ¡y allí estaba ahora, empujado fatalmente hacia una espada desnuda!

¿Qué pasó en el alma del grande hombre en esa noche de agonía? No sospechaban los transeúntes, a la salida del San Carlos, por la plaza de Quintella, que allí, en el segundo piso, detrás de un balcón ilu-

minado, había un *Huerto*, una hora del *Jardín de los Olivos*.

¡Cuántas sensaciones, ideas, fantasías, se removieron en aquel complicado cerebro de estadista! El me reveló algunas de aquellas torturas, con detalles. Al principio intentó correr a casa de Petit, y pedirle que le enseñase una *estocada secreta*, de esas que había leído en las novelas, que se aprenden en Italia y que inspiran terror en las salas de armas. Pensó en hacer testamento, pero le pareció un *mal augurio*, lúgubre. Deseó entonces que hubiese una revolución o un incendio que devorase la mitad de la ciudad, una catástrofe social; y permaneció mirando, desesperadamente, hacia la tenebrosa pequeñez de la plaza de Quintella. Recordó con placer, con esperanza, que Peixoto padecía un aneurisma... Quiso rezar, pero se distraía: tenía sin cesar la misma visión de la víspera: un cuerpo atravesado a estocadas y una viuda, desgreñada, sollozando.

¡Qué desesperación! Aquella tarde aún estaba tan seguro, habiendo ya pasado todo peligro, saboreando las felicitaciones por su fácil heroísmo, tranquilo para siempre; y ahora se veía allí otra vez, recayendo en las agonías de la incertidumbre y en los terrores de la eternidad...

En fin, al otro día, después de un sueño agitado, un carruaje que paró a la puerta le despertó.

Dijo la víspera a doña Virginia que tenía, en efecto, un almuerzo con unos amigos en el Faro de la Guía, y que debían salir temprano; y tan convencida quedó ella, que sólo murmuró, medio dormida, volviéndose hacia la pared:

—Ten cuidado... No hagas excesos, ya sabes que te da el dolor...

Aludía a ciertos espasmos nerviosos de que él sufría en el estómago.

Partieron. La mañana, muy fría, estaba nublada y gris. A*** y B***, justo es decirlo, que la víspera se habían mostrado tan secos, tan cortantes, desempeñaban ahora con una solicitud conmovedora su papel de *padrinos*. Mientras el coche arreaba, pareciéndole a Alipio Abraños que tal velocidad era una exageración irritante, le daban consejos prácticos, tomados de su propia experiencia y adecuados a los conocimientos elementales que Alipio Abraños tenía de la esgrima: que no se descubriese mucho; la punta de la espada siempre ante los ojos del adversario; que no retrocediese nunca; y su solicitud era tal, que apagaron los puros matinales, al notar que el humo revolvía el estómago a Alipio. El gran orador, entre tanto, como él me reveló más tarde, sentía una laxitud extraordinaria, el deseo morboso de un sueño profundo, de años, en que nada le perturbase, ni las cóleras de Peixoto, ni la crisis del Estado, ni la piedad de sus amigos. A veces, una casa, la esquina de una calle, le recordaban otras épocas de felicidad tranquila, en que la muerte se le aparecía como una hipótesis remota. ¡La muerte!... ¡Maldición! Iba ahora tal vez hacia ella, al trote exagerado de aquel flaco tronco de alquiler... Lamentó entonces las cosas buenas de la vida: ¡las comiditas en familia, las caricias de Virginia, su cuarto en casa de las Barrosos, en Coimbra, y los dulces de coco, que tanto le gustaban!

Pero temiendo que su silencio pudiese ser tomado como una postración del miedo, comenzó a hablar con sus amigos de política con una prodigiosa lucidez y—según me afirmó después uno de aquellos caballeros—en un tono en que se percibía una solemnidad de testamento.

Llegaron, por fin, y vieron en seguida, junto a un árbol mísero, el grupo de Peixoto y de sus padrinos, charlando jovialmente.

Después de los saludos tradicionales, los cuatro caballeros, reunidos junto al árbol, hablaron bajo, marcaron el terreno, desenvolvieron las espadas y colocaron a los adversarios en sus sitios, con una viveza muda, que parecía a Alipio Abraños comparable, por lo que leyera, con los preparativos rápidos y taciturnos de los verdugos en el cadalso.

Apenas colocado, Alipio sintió con terror que le acometían unas vagas náuseas: ya fuese el balanceo del coche o el aire frío de la madrugada, el estómago, según la frase popular, «se le revolvía».

Cuando le dieron su espada, un sudor frío bañó su cabeza; una debilidad le punzaba los riñones... Deseó vivamente una cama, un apoyo; pero viendo que Peixoto le miraba por detrás de sus lentes de oro, decidió mostrarse heroico y se plantó firmemente sobre el suelo, erguido, esperando la señal.

A*** dió una palmada, y entonces, súbitamente, vieron a Alipio revirar los ojos, abrir la boca, y apoyándose fuertemente sobre la espada, inclinado sobre ella, vomitar, vomitar largamente, primero los residuos apenas digeridos de la comida, después una baba gelatinosa, ¡y, finalmente, con unas ansias roncas, heces verdosas! A*** le sostenía por los hombros; B*** le cogía la cabeza, y el gran orador, entre las arcadas de los vómitos, murmuraba con labios babeantes:

—¡Es del estómago!... ¡Un poco... de indigestión!

Todos vieron que, realmente, era «del estómago», y nadie dudó de su valor.

Peixoto, sin embargo, olvidando toda delicadeza, dijo alto, con desdén, volviéndose hacia sus padrinos:

—Esperaré... D é j e n l e vomitar... ¡Que vomite, que vomite!

Tanto desprecio indignó a Alipio: enderezándose, pálido, cogiendo la espada, balbució:

—Estoy bien, me siento mejor... ¡Vamos a ello!

Y con una patada en la tierra blanda, alzó la espada.

El conde me contó después que no tenía apenas conciencia de la lucha; vió dos largos centelleos de las hojas brillantes, y súbitamente sintió en la oreja una frialdad fina, penetrante. Retrocedió, con un grito:

—¡Estoy herido! ¡Estoy herido en la oreja!

Acudió corriendo el cirujano, y la serenidad penetró honda y ampliamente en el alma de Alipio, cuando le oyó declarar:

—No es nada: un golpecito. ¡Con tafetán estará cerrado en tres días!

El honor, conforme al estilo de ritual, fué declarado satisfecho; los dos adversarios, que, según decía el acta, se habían batido como leones, se estrecharon las manos, llamándose caballeros, y Alipio volvió hacia Lisboa con sus padrinos, en el coche, tapándose la oreja con el pañuelo.

Tal fué aquel combate histórico.

Los diarios de la oposición celebraron al orador que mantenía sus ideas con la espada y vertía por ellas la sangre de su oreja. Doña Virginia sintió llamear más alto y más potente todo su amor por aquel hombre que le parecía superior a los Roldanes y a los Oliveiros. Los diarios del Gobierno, esos sí, hablaron con escarnio de la vomitona del orador, pero fueron muy pronto reducidos al silencio por los de la oposición, que recordaron que años antes, el ministro de Obras Públicas, batiéndose en un desafío, no vomitó, pero tuvo un vergonzoso contratiempo intestinal, siendo necesario conducirle a una venta próxima, donde durante unas horas el postrado estadista ¡estuvo yendo y viniendo de un banco

de la cocina a un rincón del corral, como bajo la influencia disolvente del aceite de ricino, tomado sin medida!

Como, sin embargo, ni la intempestiva indigestión de Alipio Abraños, ni la desastrosa relajación del señor ministro de Obras Públicas aparecieron mencionadas en las actas, el público consideró aquellas insinuaciones como meras tácticas de discusión política, y el valor de Alipio quedó asentado sobre bases duraderas. Más tarde, el conde sentía incluso cierta vanidad de aquel duelo, al que llamaba su «bautismo de sangre». Le debió, al menos, un resultado estimable: después de aquella gota de sangre, los comentarios irritantes sobre su paso a la oposición fueron respetuosamente suprimidos.

*

Fué por aquel tiempo—si no me engañan los documentos que poseo—cuando se empezó a organizar en torno a Alipio Abraños un grupo fiel de amigos íntimos, al que se denominó maliciosamente la *coterie Abraños* o la *pandilla Abraños*, pero que yo después designé en un artículo de *El Globo*, generalmente estimado, con el nombre más respetuoso y más justo de «Salón de su excelencia». No se crea, sin embargo, que digo el «Salón de su excelencia» como diría el salón de madame Récamier, o el salón de madame de Girardin, o el salón de madame Adolphe Adam, o también, en una clase más efímera y más bohemia, el salón de madame Troubetskoi; esos salones son una pura institución parisiense, que Londres, Viena, Roma, Madrid, Berlín copian, dándoles la hechura especial de la raza, de las maneras y de la preocupación nacional. Todo es diferente, por ejemplo, entre un salón de Berlín y un salón de Roma, desde el decorado de las habitaciones hasta las figuras familiares y características. En un salón berlinés todo es duro, estrecho, rígido, de mucho relieve, desde el color vivo del empapelado o de las sedas baratas, hasta la fuerte iluminación de un gas económico, que da el mismo tono áspero al rubio seco del cabello de las mujeres y a la figura reglamentada de un oficial de Estado Mayor.

Por el contrario, en un salón de Roma todo es discreto, de medias tintas, desde el decorado de los mármoles plácidos, de los ligeros dorados, de la luz aristocrática de los candelabros, hasta la palidez de los rostros, el *frufrú* sutil de las colas de los cardenales y el suave murmullo del italiano, hablado por voces discretas y delicadas.

No hablo por experiencia propia. Mi posición inferior en sociedad no me ha permitido nunca viajar o penetrar en esos recintos augustos; pero una persona eminente de mi familia, mi buen tío Julián, turista muy conocido, ha aclarado para mí esas formas lujosas de las civilizaciones superiores.

En Lisboa, sin embargo, el «Salón» no existe. No me corresponde estudiar aquí las razones de semejante deficiencia: enuncio tan sólo el hecho; por tanto, cuando digo el «Salón del conde de Abraños», quiero designar una reunión apacible e íntima, donde se toma un té bien servido, se organiza una mesa de tresillo, se toca un vals conocido y se habla del precio de los alimentos o de «los vicios» de las familias.

Las *soirées* del conde de Abraños eran de esta estimable especie. No había ceremonial ni aparato: a las diez aparecía el té, con tostadas y galletas; a veces, dos señoras enlazadas valsaban graciosamente; en no pocas ocasiones fuí requerido para recitar alguna poesía de nuestros grandes líricos; y los hombres serios descansaban de los cuidados del Estado en un pacífico tresillo de a real.

Insisto en estos detalles para destruir la equivocada opinión—que tiende a introducirse en la historia contemporánea—de que el «Salón Abraños» era una «caverna política». No niego, ciertamente, que a veces se hablase de los negocios públicos, y que cuando el excelentísimo señor conde era ministro, las personalidades eminentes de la mayoría viniesen a tomar sin etiqueta su taza de té. Puedo, sin embargo, afirmar que jamás en aquellas apacibles *soirées* se decidieron o se tramaron los grandes movimientos de la política, como sucede en los «salones» extranjeros, donde, según me ha contado mi buen tío Julián, se organizan, por detrás de los abanicos, golpes de Estado ¡y se deciden los destinos de la patria entre dos bazas de *whist!*

Los íntimos de los Abraños eran, en su casi totalidad, los antiguos concurrentes del magistrado Amado.

Era el coronel Serrán, que llegaba el primero, resoplando con fuerza, con su aspecto feroz y su corazón bondadoso, siempre en compañía de su hija Catalina, flaca y atolondrada, con su gran postizo, los dientes averiados por el abuso de los dulces, y las paletillas salientes bajo el corpiño del vestido arrugado. No simpatizó nunca con esta gente.

Era la excelente doña Juana Carneiro, cuyo tumor de estómago se extendía, inspirando general compasión, trayendo todas las noches la narración de los síntomas crecientes de su dolencia. La acompañaba con frecuencia su sobrino, un petimetre de pantalón ajustado y chaqueta ceñida, gran frecuentador del café Central, con la voz ronca de la trasnochada de la víspera, y siempre cohibido de encontrarse en aquel salón, entre señoras, en un sitio donde no había fadistas, ni pencos, ni botellas. Su tía, preocupada con el porvenir, intentaba ansiosamente colocarle en una oficina del Estado.

Era también la enorme doña Amalia Saraiva, a la que ya me he referido en este trabajo: los senos fenomenales de aquella señora, que se iban desarrollando progresivamente con los años, parecían dos mundos. Cuando desabrochase el vestido, fuertemente encorsetado, que los contenía, el rebosar de aquellas dos prodigiosas masas de tejido celular ¡debía de constituir un espectáculo aterrador y grandioso! Viuda de un hombre que había prestado vagos servicios al Estado, reclamaba ahora con tenacidad una justa pensión. Acudía generalmente con su delicada hija, la conmovedora Julita, adorable por la fidelidad y gracia juvenil con que recitaba *La luna de Londres* y otras maravillas de la literatura patria.

No debo olvidar al consejero Andrade, ahora frecuentador asiduo del «Salón Abraños», pequeño, tieso, rizoso, con su perfil de jurista, las patillitas blancas, el aire satisfecho. Propietario acaudalado del Ribatejo, seguía prestando toda su atención a la agricultura, y como ahora escribía profundos artículos en el *Archivo Rural*, este lado literario de su personalidad estableció entre nosotros una simpatía que, por venir de un hombre tan opulento, es aún uno de los honores de mi carrera.

Contertulio indefectible era también el «doctor», aquel caballero estimable, pero de aspecto lúgubre, que todos conocían solamente por este nombre, el «doctor». Siempre vestido de negro, siempre con guantes, amarillo como un limón, persistía en su mudez taciturna; sin embargo, seguía escuchando con una atención intensa, con la frente fruncida, gui-

fiando vivamente los ojos, como en un profundo trabajo cerebral. Venerador ferviente de las instituciones, de las personalidades oficiales, nadie sabía aún dónde vivía, ni de qué vivía; pero se precipitaba con tanta solicitud—porque era hombre de mundo—a coger las tazas vacías de manos de las señoras, decía con tanta convicción con su voz cavernosa: «tiene usted carretadas de razón», que era considerado, generalmente, como un excelente joven.

Pero la mayor animación de aquellas *soirées* la daban, como en otro tiempo en casa del magistrado, nuestros conocidos Fradiños. El doctor Fradiño, que tuvo después una carrera tan gloriosa, no pasaba entonces de ser un modesto abogado. Tenía, sin embargo, cierta fortuna, y con sus lentes de oro y el bigote espeso era realmente un hombre guapo. Nada seducía, sin embargo, en él como la viveza de su conversación. No es, en verdad, que yo le oyese nunca exponer una idea original o una frase brillante; pero era fecundo y verboso. Nadie conocía mejor nuestra legislación y, sobre todo, la de Bélgica, su país favorito. Era, además de eso, activo, ambicioso, dúctil, y su admiración, su fidelidad hacia Alipio Abraños, constituían el rasgo dominante de su carácter.

De doña Luisa Fradiño ¿qué diré? Como en casa del magistrado, cuando ella entraba en el salón de los Abraños, con su bello cuerpo de Juno, el peinado alto, el brillo de los ojos felices, la habitación se iluminaba con esa luz especial que irradia la belleza femenina. Es cierto que su amabilidad, su ingenio, dieron lugar a que su reputación fuese manchada por la mancha de una calumnia anónima; yo no la creo, sin embargo, culpable, y si había entre ella y el licenciado Tavares una gran intimidad, provenía solamente de que sus espíritus, muy semejantes, encontraban en la conversación un encanto mutuo y absolutamente intelectual.

Ese licenciado Tavares era un primo segundo de doña Virginia. ¡Hermoso y variado talento el suyo! Pintor, poeta, dramaturgo, cultivaba esas artes como aficionado. Algunas de sus deliciosas traducciones de *vaudevilles* fueron representadas con éxito en el Gimnasio, bajo el seudónimo de *César Trajano*, y sus versos, de un encanto penetrante y de una sencilla suavidad, a lo Juan de Dios, sólo los recitaba cuando le insistian mucho, o regalaba a las señoras alguna copia, que era al mismo tiempo una obra notable de caligrafía.

Este magnífico talento era escribiente en la Fiscalía de su majestad, y él no me ocultó que esperaba del futuro encumbramiento político de Abraños su propia elevación en la carrera pública, esperanza que era, por otra parte, compartida por todos los asiduos al «Salón Abraños», a los cuales debemos agregar el padre Augusto y los Amados.

Toda aquella gente, en efecto, seguía con ansioso interés la carrera parlamentaria de Alipio Abraños. Puede decirse que ésta, desde su paso a la oposición, no era pacífica ni ociosa: el gran orador, según la expresión conocida, estaba «siempre en la brecha». Jamás tuvo un Ministerio un enemigo más persistente, más en acecho: interpelaciones, mociones, órdenes del día, discursos, interrupciones, y muchas veces, en su justa indignación, patadas en el suelo, todo lo empleó contra el Gobierno, a la manera del bravo combatiente Roldán, ¡que iba a combatir a los moros a estocadas, a pedradas y a coces de su corcel! Fué un período febril, de combate. Dícenme que había entonces en sus palabras, en sus ojos, en sus pasos, algo guerrero, belicoso. Por la noche, en el té, entre los amigos, exclamaban en pie en medio del salón, con la taza en la mano:

—¡Los he de tirar patas arriba, señoras! ¡Los he de tirar patas arriba!...

Como es sabido, sin embargo, la Providencia decidió que el Ministerio Cardoso Torres no fuese «tirado patas arriba», según su pintoresca expresión, por nuestro sublime Alipio Abraños.

En efecto, cuando las Cámaras se cerraron en abril, el Ministerio Cardoso Torres era, como decía Esquilo, el pomposo dramaturgo, «torre de hierro, de fuerza y de dominio». Alipio Abraños, por tanto, se retiró como de costumbre hacia Campolide, a templar de nuevo en la comunión con la Naturaleza sus fuerzas cerebrales, exhaustas por tantos combates de la inteligencia.

¡Y fué allí, en una clara y luminosa mañana de junio, donde recibió de golpe la noticia de que el Ministerio Cardoso Torres había sido derribado por una revolución!

No me corresponde hacer aquí el relato del alzamiento del 20 de junio. Los detalles de ese episodio son familiares a nuestra generación. Un viejo general despechado, saltando por encima de la Constitución con la desenvoltura con que en un circo salta un atleta a través de un aro de papel, marchó tranquilamente hacia Palacio, seguido de tres regimientos, y pidió la dimisión del Ministerio y la concentración en su heroica y legendaria persona de todo el poder social. Fué, por otra parte, un *pronunciamiento* a la española, en la proporción, sin embargo, que existe entre el feroz genio castellano y nuestro temperamento pacífico, entre una sangrienta corrida de Sevilla y una alegre «tourada» en el Campo de Santa Ana (1). No vimos los patéticos derramamientos de sangre que son tradicionales en la violenta tierra del Cid; hubo sólo, según se cuenta, ligeras heridas, que fueron curadas fácilmente en una farmacia amiga. Y el general ilustre, que partió a las siete de la mañana, rebelde, a la cabeza de un ejército rebelde también, volvía a las siete y media, al trote tranquilo, ¡presidente del Consejo, al frente de las fuerzas del orden!

¡Qué sorpresa para esta buena población de Lisboa! ¡Pero qué disgusto para mí!

Yo, que nunca había presenciado una revolución ni una guerra civil, perdía así, roncando estúpidamente el sueño de la madrugada, la oportunidad de ver un *pronunciamiento*, de asistir a episodios de guerra, de ser testigo de la única revolución armada de mi época, en mi país. Y esto completamente por negligencia mía. Yo escribía entonces, con provecho y aplauso, los sueltos locales en el diario *El Estandarte*; a las dos de la mañana, después de revisar las pruebas de una deliciosa anécdota que había copiado del *Almanach pour rire*, me disponía a abandonar la Redacción, cuando entraron dos colegas trayendo el rumor de que el citado general organizaba un movimiento para aquella madrugada, y proponiendo que tomásemos un coche para «ir a ver la revolución a Belem».

Bajamos al Rocío y alquilamos un coche: el cochero, un auriga respetable, el *Guinda*, nos pidió tres du-

(1) Como muchos lectores saben, en Portugal muy pocas veces se celebran corridas de toros con picadores y en que las reses sean estoqueadas. Las «touradas», en las que intervienen distintos elementos que en nuestras corridas, los «moços forçados», por ejemplo, admiten sólo el simulacro de la suerte de banderillas, y en muchas se siguen empleando toros embolados.

ros y medio por llevarnos a Belem, a presenciar el alzamiento. Eramos tres, y aquello representaba un desembolso de más de cinco pesetas por cabeza, para ir a presenciar un hecho histórico... Tanta rapacidad nos indignó. Nos pareció odioso que el *Guinda* aprovechase las desdichas de su patria para subir tan descaradamente la cifra de sus tarifas. Se lo dijimos con palabras severas y elocuentes: el *Guinda* nos amenazó con el látigo. Entonces, notando que empezaban ya a desencadenarse las pasiones de la plebe, regresamos—yo, por lo menos—a casa, pensando que si el rumor del alzamiento era exacto y el descaro del *Guinda* un síntoma, veríamos al otro día, repetidos en el Chiado y en la Baixa, los horrores del 93 y las matanzas de septiembre.

Pero la verdad es que yo no creía en la revuelta; y en mi cuarto, después de haber meditado, como acostumbra hacer todas las noches, sobre las ventajas del orden y la grandeza del Ente Supremo, me dormí, tranquilo y satisfecho.

¡Cuál no fué mi disgusto al otro día cuando el señor Ferreira, apreciable dueño de la casa de huéspedes donde entonces vivía yo, en la travesía de la Concepción, me anunció, atónito, que aquella madrugada había estallado una «revolución» en Portugal!

Corrí precipitadamente a *El Estandarte*... a la misma hora en que entraba un coche al trote largo en la ciudad, transportando a Alipio Abraños, a doña Virginia, a Bibí y al ama. El noble hombre público, como me dijo después textualmente el conde, «¡se precipitó hacia su puesto en cuanto supo la crisis de la patria!»

De haber una guerra civil, él quería combatir en defensa de la Constitución y de la legalidad, y teniendo en cuenta, conforme al acta de su desafío, el valor que mostró ante la espada de Peixoto, no dudo que proporcionaría un valiente soldado a la monarquía, a la manera de los Charettes y de los La Rochejaquelins, de memoria imperecedera.

De no haber guerra civil, pensaba combatir la dictadura militar en la tribuna, si estaba abierto el Parlamento; en la prensa, si había libertad, y si no, en la calle, en la Casa Habanera, en el Casino, en el San Carlos, en el Magalhaes del Chiado, ¡pues la índole del púlpito no le importa a quien predica la verdad!

Apenas llegó el conde a su casa, el coronel Serrán, Fradiño y el «doctor» aparecieron simultáneamente, previendo con sagacidad que Alipio Abraños no se aislaría seguramente en Campolide «cuando Lisboa estaba entregada a Escila», como dijo el elocuente Fradiño.

Entonces, en medio de sus amigos, cerradas las puertas, Alipio se desató. Una violación tal de la Constitución, la introducción jactanciosa en Lisboa de los métodos españoles, «la tiranía de la soldadesca», le indignaban. Estuvo, como me contó después Fradiño, sublime; sentíase, oyendo su verbosidad tonante—que por su cólera recordaba a Juvenal y por su corrección a Cicerón—, que, si le fuese dado a Alipio Abraños subir a la tribuna, aniquilaría, en una sola sesión, la dictadura, la autoridad del viejo general y la influencia nefasta de las armas.

Fradiño le hacía coro con una explosión parecida de cólera patriótica; el «doctor», con la frente más fruncida, mugía sordas aprobaciones. Sólo el coronel, callado, fumaba con desesperación. En el fondo de su alma, el triunfo del viejo general y del elemento militar le encantaban: ¡era su gente, qué diablo! ¡Eran sus viejos compañeros, caramba! Sin em-

bargo, su respeto fervoroso por las opiniones de Alipio estremecía su entusiasmo; y se rascaba frenéticamente el pelo gris, recortado en forma de cepillo, lanzando miradas feroces, indeciso entre la influencia civil de Alipio y el prestigio militar del viejo general, furioso con su propio cerebro, que no producía en aquella crisis una opinión provechosa y personal.

De repente, doña Virginia abrió la puerta del salón para anunciar que «un primo del general quería hablar con Alipio». Ella no le conocía, pero venía de uniforme y parecía amable: ¡en el pasillo había hecho, incluso, cosquillas en la barriguita a Bibí!

Alipio Abraños enderezó su noble estatura, en la actitud clásica del patriota ultrajado, pensando que, a la manera de Luis Bonaparte después del golpe de Estado del 51, el general dictador iba a encarcelar, a lanzar al destierro a las inteligencias liberales.

Sin embargo, las cosquillas en la barrriguita de Bibí parecían presagiar una misión amistosa... Y con firmeza, aunque pálido, se precipitó hacia la biblioteca.

Los tres amigos oyeron en el pasillo la voz alegre del militar exclamando:

—¿Cómo está usted, señor mío? Tengo un placer inmenso en verle. Quisiera decir a usted una palabra...

¡Evidentemente, venía en misión amistosa! Los tres se miraron, petrificados, sin comprender; y durante un cuarto de hora—pues todo aquel tiempo duró la entrevista, por el reloj del «doctor»—pasearon del balcón a la puerta, callados, en fila, con los puros en ristre y las manos a la espalda.

Fradiño me contó después que le palpitaba fuertemente el corazón, que sentía retortijones, como en Coimbra en las Sabatinas, cuando se oyó de nuevo en el pasillo la voz jovial del militar:

—Servidor de usted, señor mío... Respeto sus escrúpulos. A las tres, entonces... No se moleste usted...

No bien Alipio abrió la puerta, más pálido, tres voces devoradoras le asaltaron:

—¿Qué? ¿Qué hay?

—¿Qué era?

—¿Qué hay de nuevo?

—El general me propone que forme parte del Ministerio... Para la cartera de Justicia...

—¿Y qué?

—He pedido dos horas para reflexionar...

Sin embargo, «el caso» parecía prodigioso a Fradiño. ¿Cómo? ¿El general había llevado a cabo un alzamiento sin formar de antemano, en una lista, en un papel, su Ministerio? Pero Alipio explicó «el caso». Existía, en efecto, un Ministerio preparado, que, según la frase pintoresca e histórica del capitán, acompañó la expedición a Palacio, entre el bagaje. Pero a última hora el caballero que debía ocupar la cartera de Justicia se negaba con obstinación, se negó con frenesí, dando patadas en el suelo. Y el general, ante aquella terquedad, se la ofrecía a Alipio. Porque el general deseaba la legalidad, quería Cámaras, y necesitaba un Demóstenes (palabras del capitán).

—¡Y para eso no hay otro en Portugal más que usted, se lo juro!—exclamó con entusiasmo el coronel.

Era también, realmente, la opinión de Fradiño. Porque, en fin, había que pensar con sentido común: ¿cuál había sido, durante su campaña en la oposición, la finalidad, la ambición de Alipio? ¡Tirar patas arriba a los *reformadores*! ¡Caramba, eran sus palabras textuales! ¡Y los *reformadores* allí estaban patas arriba, con las piernas en el aire, mi querido

amigo, postrados! ¡El general, pues, había hecho con la espada lo que Alipio quería hacer con la lengua! Era lamentable, ciertamente; pero desde el momento que el rey había entregado el Poder al general, la espada rebelde a las siete de la mañana convertíase en legal a las siete y medía. ¿Podía Alipio sentir escrúpulos en servirla? Además, él, por la autoridad de su talento, introducía en aquel Ministerio, nacido de la rebelión, un elemento de moderación, de orden; él iría con su práctica parlamentaria constitucional a contrapesar lo que hubiese en el temperamento del general de excesivamente autoritario y de fanfarrón. El sería el elemento jurídico, ponderado, que equilibraría el elemento militar. Aunque le fuera penoso, debía aceptar, para impedir que el general se lanzase a una dictadura muy personal. Era un sacrificio al orden, a la libertad, a la Constitución. ¡El amigo Alipio debía sacrificarse!

Alipio, con una palidez creciente, rascándose nerviosamente la barba, vislumbraba los aspectos de aquella cosa codiciada, vaga, centelleante y prodigiosa: ¡el Poder! ¡El Gobierno! Veía su entrada en el Ministerio, entre espinazos respetuosamente doblados; se veía repartiendo los empleos, dominando la magistratura; a la puerta le esperaba el correo de gabinete; y a lo lejos se extendía el camino delicioso que llevaba a Palacio, el apretón de mano del rey.

¡Qué sensación en Peñafiel cuando se supiese! ¡Qué rabia para los que le habían llamado en la Prensa *pedante* y *bravucón!* ¡Qué venganza para Virginita, que iría a Palacio, mientras que la mujer de Cardoso Torres, que le había llamado *buscavidas*, quedaba fuera de la Corte, reducida a su *crochet!* Podría recompensar, por fin, al padre Augusto por sus servicios tan continuos y desinteresados; se alzaría ante Amado, su suegro, que nunca le había respetado lo suficiente, como un coloso: ¡no sería ya el yerno, sería el ministro de su suegro! ¡Ah! ¡Los requerimientos seductores de la ambición son realmente irresistibles, poseen la persuasión fatal del oro y de la desnudez femenina!

Pero observad la nobleza de espíritu de Alipio Abraños: respiró profundamente, porque sentía el pecho oprimido, y dijo:

—Todo eso es muy bonito; pero, como los amigos saben muy bien, este Ministerio no ha de durar tres meses...

Entonces, el coronel le interrumpió con ímpetu. Ya no vacilaba: ahora Alipio y el viejo general le parecían idénticos, sentados juntos en el banco azul. Y su profunda simpatía por el antiguo compañero, por las espadas, por los militares, hizo explosión furiosamente... Y con un mugido gritó:

—¿Tres meses? ¡Si él quiere, con el ejército detrás, está en el poder tres años! ¡Tres siglos!...

Tres siglos era tal vez exagerado, como observó con sensatez el «doctor». ¡Ah, pero tres años era muy posible!

Fradiño se estiró vivamente hacia arriba los pantalones y dijo:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Tiene razón el coronel! Con el ejército de su parte, ¿quién le va a echar abajo?

Y los cuatro caballeros se miraron asombrados de aquella posibilidad deliciosa. Sí, ¿quién le iba a echar abajo? Su influencia en el ejército era ya grande: ¡y disponiendo ahora de los ascensos, de las condecoraciones, ¡caramba!, esa influencia sería atroz! Los intereses del general se confundían con los del ejército; el general en la presidencia del Consejo, era *ipso facto* el ejército en la presidencia del Consejo. El Ministerio no era un hombre, sino diez mil, quince mil muñecos armados hasta los dientes. ¿Quién iba a derribar a aquella multitud formidable?

Alipio, muy conmovido, murmuró:

—Pero la opinión...

Fradiño y el coronel, al mismo tiempo, gritaron en una nota aguda:

—¡Bah, la opinión!

Y el «doctor», con una nota grave, repitió:

—¡Bah, la opinión!

Pero Alipio Abraños, con el olfato sutil de los verdaderos hombres de Estado, insistía:

—No, este Ministerio no dura...

Entonces Fradiño se exasperó. ¿Y por qué no había de durar? El general era el gran patriota nacional. ¡Los otros ministros eran inteligencias estimables! ¡A fin de cuentas, aunque el general instaurase la dictadura, qué caramba! ¡La dictadura era necesaria en un país como éste! ¿Qué había hecho la Cámara? ¡Charlar! Ochenta caballeros charlando no organizan, no crean, no fecundan. ¡Era preciso un hombre! ¡Vea usted Napoleón! ¡Necesitamos un Napoleón!

Pero Abraños murmuró, obstinadamente:

—No dura, ya lo verán, amigos míos. No dura tres meses... ¡Si durase! Pero no dura...

Fradiño perdió el dominio de sí mismo. Arrastró a Alipio hacia el hueco del balcón y le atacó con sordina: «¿Por qué no había de aceptar la cartera? Si no por él, que lo hiciese por su esposa, por sus amigos... ¡Era necesario franqueza, qué diablo! ¡Allí estaba la pobre doña Juana, con su tumor de estómago, la pobre, y el títere del sobrino, sin un pedazo de pan! ¡Era necesario colocar a aquel títere! Allí estaba doña Amalia, que solicitaba su pensión. Allí estaba el padre Augusto—y todos sabían los servicios que le había prestado—, ¡que se consumía en el ansia de ser canónigo!... Abraños no podía traicionar a sus amigos, ni sus legítimas esperanzas... El, Fradiño, podía hablar con toda libertad, pues no deseaba nada. Tenía su bufete de abogado, cuatro mil pesetas al año. Pero los otros: ¡el coronel!, ¡el «doctor»!, ¡Tavares! Era necesario tener consideración con los amigos, que se extenuaban yendo de aquí para allá ¡para glorificar a don Alipio Abraños!... Debía aceptar la cartera por decencia, por gratitud...

—No me huele bien, no me huele bien...—murmuró aún Alipio.

Entonces, Fradiño, rojo, sudoroso del esfuerzo, se reunió con los otros dos, y cogiéndolos del brazo:

—¡Es un animal! ¡Pues no dice que no le huele bien! Vámonos ahora mismo; dejémosle con su mujer. Ella se las cantará.

En efecto, doña Virginia atacó al marido con su habilidad femenina. Parecíale a ella una tontería perder aquella ocasión. ¿Cuándo se presentaría otra así? Era tentar la suerte. ¡Ella no quería que él fuese ministro para ir a Palacio, para figurar, para presumir! Era para tapar la boca a ciertos fulanos y menganos que habían dicho—ella lo sabía por las Victorino y por su madre—«¡que Abraños era un fantoche que nunca llegaría a ministro!»

—¿Cómo? ¿Dijeron eso?—exclamó Alipio.

Y en aquel instante sintió el deseo furioso de aceptar la cartera y de triunfar allí, en Lisboa. Pero su razón de estadista le mantuvo firme, y sólo añadió:

—¿Es posible que hayan dicho semejante cosa?

—Te lo juro, hijo mío. Se lo han dicho a mamá. Ya ves qué descaro...

Tengo razones para creer que doña Virginia inventaba; pero no por

eso su viveza femenina es menos admirable.

Alipio, sin embargo, se desprendió de su seducción, de aquellas caricias penetrantes que querían ablandarle, hacer ceder su integridad política, y dijo con bondad:

—Tú no entiendes de estas cosas, hija. Yo no soy tonto. Por ser ministro una vez no quiero perder la posibilidad de serlo diez veces...

Tal era, en efecto, el raciocinio de aquel grande hombre. El Ministerio del general era un Ministerio de sublevación, de azar, de sorpresa, de conspiración, que prestaría un carácter sospechoso a todos cuantos formasen parte de él, inutilizándolos para la vida política, hecha de legalidad, por haberse introducido una vez en el poder por la puerta falsa de la rebelión. No eran políticos, eran insurrectos, y no podrían volver al poder más que por la sublevación, lo cual equivalía a decir que no volverían más en su vida. Y como, a través de las fórmulas precisas que empleaba, hablando con su mujer, él parecía sentir más intensamente la prudencia, la sabiduría de su resolución, se apresuró a escribir esta carta, que quedará en la Historia, y que es de los más bellos documentos que conozco de patriotismo esclarecido:

«Mi general:

»Siento el respeto más profundo por la persona de vuecencia; pero, lamento decirlo, yo no podría, dados mis principios, aceptar una cartera en un Ministerio que ha tenido su origen en un acto violento y anticonstitucional.

»De vuecencia muy respetuosamente, su servidor

Alipio S. de Noroña Abraños.»

Aquella noche, una vez que aquél rechazó obstinadamente la cartera de Justicia, después de pensarlo, el Ministerio militar y revolucionario del 20 de junio quedó definitivamente organizado.

Pero los días siguientes fueron amargos para Alipio Abraños. Doña Juana Carneiro y doña Amalia Saraiva, informadas por el coronel de la negativa de Alipio, acudieron de mañana «a hacer una escena» a doña Virginia. La una veía su pensión indefinidamente aplazada, y la otra allí estaba con su tumor y aquel sobrino sin colocación que la atormentaba a disgustos. ¡Don Alipio no tenía entrañas! Lloriquearon, y doña Virginia no les ocultó que reconocía en su marido un carácter temible, obstinado, testarudo. ¡Ay! ¡Una mujer debía pensarlo mucho antes de casarse!

—Y a ti, hija—dijeron lacrimosamente las dos amigas—, ¡negarte una posición, la consideración!...

—Yo no es por mí, sino por mamá... ¡Pues él, al ser ministro de Justicia, lo era también de Asuntos eclesiásticos, y fíjense qué influencia!

—¡Ay! ¡Es una villanía! Mira que el pobre padre Augusto la ocasión que pierde...

El padre Augusto sentíase, en efecto, engañado. En casa de los Amados se quejó con amarga resignación. Habló, incluso, de *promesas muy explícitas*...

—Es un bolonio, siempre lo he dicho—rezongó, sofocado por la indigestión, el bestial magistrado, padre de Virginia.

El coronel, por su parte, fanático del nuevo Ministerio, el Ministerio de la militarada, no vaciló en decir que no volvía a *poner los pies en casa de Alipio*, e insinuó, incluso, que en él aquella negativa no era política, sino miedo.

—Ahí tienen ustedes lo que es: ¡mucho miedo en esas entrañas!

Fradiño declaró que Alipio «era todo verborrea, sin ningún tacto político». Él le aconsejó; pero desde que aquel pedante quería regirse por su propia cabeza, le abandonaba... «¡Y ya le verán ustedes patalear!...»

El jueves siguiente, el salón de los Abraños estaba desierto. Vino tan sólo, fielmente, el «doctor». Pero parecía más lúgubre, y la tela del traje, la piel de los guantes, eran más negras, de un negro amargo.

Viendo aquella soledad, doña Virginia, despechada, fué a lloriquear al cuarto del ama, y Alipio, solo, muy ofendido de aquel abandono toda la noche, frente al «doctor» taciturno, hojeó secamente la *Revista de Ambos Mundos*.

Al otro día, después de algunas entrevistas con los hombres eminentes de su partido, en que hizo resaltar muy alto su rasgo de lealtad política, se retiró a Campolide, a esperar, en el remanso del campo, la próxima crisis.

Fueron tres meses largos, penosos, arrastrados. Aquel verano, si recuerdan bien, fué calurosísimo. El estiaje y el Ministerio parecían a Alipio eternos.

Su ambición, como una cobra aletargada, fué vivamente sacudida, despertada, por aquella rápida visión de una cartera, y desde entonces no sosegaba, inquieta, retorciéndose con furia, con las fauces abiertas de par en par, ávida de la presa. Los días se sucedían en la monotonía del mismo cielo tórrido, azul turquí, del mismo follaje inmóvil en su verde requemado, bajo un velo de polvo; y allí estaba el Ministerio, imperturbable, gozando de sus vacaciones, en la dispersión providencial de la oposición por las quintas y por las playas.

Campolide, según una expresión muy de él, «le aburría mortalmente». Sentía nostalgias—el término es correcto—de la verbosidad jovial de Fradiño, de la presencia del coronel, de la gran cola de la bella doña Luisa en las *soirées* de los jueves; le faltaba, incluso, la figura sombría del «doctor» taciturno.

Su suegra, cuando los venía a ver, hacíase odiosa, al decir con escarnio:

—En lugar de estar usted aquí papando moscas, ¡podía estar ahora muy bien en la poltrona! ¡Y que hay Ministerio para unos años!

Era aquélla una idea que pasaba a veces, con un sudor de agonía, por el espíritu del estadista, a pesar de las cartas animadoras de los amigos del partido, que le afirmaban «que el trabajito bajo cuerda iba bien, que el general estaba minado todo por debajo...» Sin embargo, las palabras del coronel—aunque, en el fondo, le considerase un estúpido—le trastornaban: «¡Si él quiere, nadie lo echa abajo!» ¡Y era posible, caramba! El general tenía al ejército quieto, ciertamente; pero como un perro de presa que dormita, si sintiese que le venían a quitar furtivamente el poder, ello bastaría para despertar a la fiera, ¡y en seguida, apenas gruñese, oposición, periódicos, poderes del Estado, Constitución, todo se curvaría, con las piernas temblonas!

*

Pero, finalmente, vino la crisis, o, mejor dicho, terminó.

Sería en estas memorias una redundancia contar su desenlace inesperado y doloroso. ¿Quién no recuerda ese día — un día sofocante, de cielo plomizo y canicular—, en que se difundió la noticia de que el general estaba expirando? Habíamosle visto, hacía unos días, subir por el Chiado a caballo, como acostumbraba, y allí estaba ahora agonizando,

entre el terror de los que habían ligado a él sus carreras y sus fortunas, y la esperanza de aquellos que por deber oficial rodeaban su lecho, pero que ansiaban heredar el poder del cual se adueñara.

¿Quién no recuerda aquellos grupos, reunidos ante su palacio, en la Estrella, ávidos de noticias, viendo pasar entre ellos, a cada momento, oficiales y correos de gabinete, en cuyos rostros notábase una súbita desorientación moral?

Lisboa olvidó los yerros de aquel hombre para recordar tan sólo su personalidad cautivante y el brillo de su carrera.

Yo, buscando noticias para *El Estandarte*, estaba allí, entre aquellos grupos, oyendo ya en los comentarios del pueblo forjarse la leyenda de aquella personalidad, en la que había rasgos de héroe. Vi pararse a la puerta la berlina roja del señor cardenal patriarca, que acudía a llevarle la Extremaunción. La puerta se abrió con gran ruido, y el venerable sacerdote desapareció en la sombra del patio, que tenía ya algo de funerario, con su rápido paso de cura, arrastrando la cola roja.

Después llegó otro carruaje: se levantaron sombreros aquí y allá; era el rey, que entraba en el vetusto palacio a despedirse del viejo servidor.

La calle estaba enarenada, y había un continuo rechinar de pasos sutiles sobre la áspera arena. Y las caras consternadas contemplaban los tres balcones del aposento, por detrás de los cuales los médicos ¡sostenían hacía tres días una batalla desesperada con la muerte!

¡Y quién no recuerda también, pocos días después, el suntuoso funeral, caminando despacio, con solemnes paradas; la morbosa monotonía de la música fúnebre, el grave arrastrar de las espadas, aquella marcha fúnebre de un ejército, y delante, entre antorchas que levantaban en lo alto sus llamas lívidas, la complicada hechura del féretro, cubierto de crespones y de dorados, marchando con una lenta oscilación; y detrás, el largo y negro cortejo, solemne, cadencioso, desprendiéndose de toda aquella multitud silenciosa hacia el azul turquí de un espléndido día de septiembre, una sensación difusa de duelo y de muerte!

La brillantez sombría de aquel duelo la comparé, en mi artículo de *El Estandarte*, a la magnificencia lúgubre con que Roma lloró a César. ¡Y lamenté no tener la pluma de Tácito para contar las pompas de los funerales de Augusto!

Apenas se dispersó el humo de las últimas descargas, los personajes ilustres, viendo cerrarse sobre el general las puertas del sepulcro, donde quedaba bien aprisionado en su triple ataúd de plomo, tuvieron una sensación de inmenso alivio. Un *¡uf!* colosal, de quien respira en paz, a pleno pulmón, salió del tórax uniformado de aquellas excelencias. ¡El gran perturbador estaba enterrado! ¡Al fin!

El Ministerio, aquella tarde, entregó su dimisión en manos del rey, y los regimientos volvieron a los cuarteles, desposeídos de su prestigio y del terror que inspiraban, como si con la desaparición de la influencia que los movía hubiese fenecido la fuerza que los hacía temibles.

Alipio Abraños, no bien supo la noticia de la dolencia del general, regresó inmediatamente a Lisboa, y tuvo el gusto de ver que volvían sus amigos, más fieles, más adictos, más fervorosos, a tomar su taza de té en el salón de *reps* azul.

La tarde del día en que enterraron al general se supo que el rey había encargado de formar Gobierno a Guedes Navarro, jefe del partido nacional.

En casa de Alipio Abraños, sin embargo, sabíase con más precisión que Guedes Navarro había sido llamado a palacio a las siete de la tarde; y desde las siete y media todos los amigos comenzaron a afluir.

¡Qué *soirée!* Fradiño me confesó muchas veces que nunca había tenido tantos «espasmos de estómago». Por el relato detallado que me hizo, y por informes recogidos de otros testigos presenciales, pude reconstituir en todos sus pormenores los episodios de aquella noche histórica, que marca un momento decisivo en la carrera del conde de Abraños. Todos en la casa sabían que existían compromisos antiguos, por los cuales, si los nacionales subían al poder, la cartera de Marina sería adjudicada a Abraños.

Aquel pacto databa del día en que Alipio, con gran brillantez y pompa, se separó de los *reformadores*; pero no por eso se podía olvidar que él era sólo, según la frase de Fradiño, «¡un nacional de la víspera!» Guedes Navarro tenía en su partido hombres con largos servicios, amigos de años, nacionales de tradición; ¿tendría él fuerza suficiente para disponer de una cartera en favor de un nuevo, de un principiante, de un intruso? Era, ciertamente, un intruso de talento; pero ¿quién tiene en cuenta el talento cuando se trata de recompensar la amistad? Además de eso, su mismo paso a los nacionales, tan brusco, con un salto de *clown*, hacíale sospechoso, y era para los viejos del partido un argumento ya preparado para apartar aquella nueva ambición. Si Guedes Navarro tenía compromisos con Abraños, no los tendría, seguramente, menores con los otros; estaba, sobre todo, el famoso Torres, que había sido ya dos veces ministro de Marina con Navarro; aquella cartera parecía pertenecerle como un patrimonio; tenía de su parte la experiencia lograda, su talento de orador, su posición literaria, que le hacía uno de nuestros más estimados dramaturgos. ¡Era un coloso! ¿Iba Guedes Navarro a sustituirle por Alipio Abraños?

Estas consideraciones que Fradiño hacía y comunicaba a los amigos de la casa no escapaban al espíritu penetrante de Alipio.

Cuando sobrevino la dolencia del general, una alegría furiosa le conmovió. ¡Al fin! Muerto el personaje, el poder iría a parar por ley, por uso político, a las manos ávidamente tendidas de los nacionales; y hubo un momento ¡en que se «sintió ministro»! Pero después reflexionó; y su espíritu, debatiéndose entre la duda y la esperanza, fué como un campo devastado por las cornamentas de dos ciervos rivales. Había un síntoma terrible: el día del entierro, en el cementerio de los Prazeres, Alipio se acercó a Guedes Navarro y le dijo:

—Es una gran desgracia. Pero, en fin, *le roi est mort, vive le roi!* Creo que puedo dar a usted mis parabienes.

Y Alipio, con aquella frase hábil, esperaba obtener esta respuesta, lógica, puesto que existían compromisos formales: «¡También yo se los puedo dar, amigo Abraños!»

Sin embargo, Guedes Navarro, en lugar de aquella respuesta natural, tuvo sólo un vago encogimiento de hombros, y dijo, resistiéndose:

—Todo depende del rey... La voluntad del rey es la que ha de decidir...

—Sin duda, sin duda—murmuró Alipio.

Pero, a pesar del calor canicular, sentíase muy frío, muy mustio. ¿Qué significaba aquella reserva, aquella

sequedad de Navarro? ¿Había olvidado los compromisos adquiridos? ¿Intentaba traicionarle?

Una cólera vaga se alzó en su alma. Si así fuera, ¡qué venganza horrenda tomaría! El conocía bien a los nacionales, sus podredumbres, y si «le ponían el pie encima», fundaría, con la dote de Virginia, un periódico, donde aplastaría al partido, revelando con indignación sus escándalos y su corrupción. Siguió entonces, en el cementerio, con mirada vigilante, todos los movimientos de Guedes Navarro. Esto le tranquilizó un poco: Guedes Navarro se mantenía taciturno, reservado, ensombreciendo su rostro con una consternación de hombre educado.

Por eso se comprende que aquella noche, apenas supo que Navarro había sido llamado a palacio, sufriese los asaltos terribles y contradictorios de la esperanza y del recelo.

Fradiño me afirmó muchas veces que aquella noche la cara de Alipio Abraños mostraba una lividez terrosa. Quería ante los amigos aparentar serenidad, incluso jovialidad; pero no podía permanecer en el mismo sitio; tenía, según las alternativas de esperanza o de desaliento, risas bruscas, optimistas, o un abatimiento que ponía en su cara una sombra, una molicie de vencido.

En el salón había una tirantez manifiesta. Nadie hablaba de la *cosa*: demostrar esperanzas podría hacer más amargo el desencanto; revelar desaliento hubiera sido descortés. Había, de repente, silencio desagradable: eran los momentos en que cada cual pensaba en sus «propias esperanzas»: la gruesa doña Amalia, en su pensión; la doliente doña Juana, en el empleo de su sobrino; el padre Augusto, en la canonjía; el «doctor», en vagos puestos...

El licenciado Tavares se ofreció para ir a la Baixa, al Martiño, al Central, a recoger rumores; pero volvió jadeante, secándose el sudor del cuello, a decir que no se sabía nada: Guedes debía de estar aún en palacio.

Eran entonces las nueve y media. Aquella demora en palacio parecía inexplicable. Fradiño, sin embargo, que era el más animado, recordó que sería necesario, por lo menos, hora y media para ir hasta Ajuda (1). El padre Augusto protestó:

—¿Hora y media?... Tres cuartos de hora, con su permiso. Fué hacia palacio a las siete, llegó a las ocho menos cuarto; un cuarto de hora para conferenciar con el rey; volvió a las ocho, llegó a Lisboa a las ocho y tres cuartos. Son las nueve y media: hace tres cuartos de hora que está en Lisboa.

Aquel cálculo consternó las caras.

—Pero depende del cochero—dijo el consejero Andrade.

—Ni con un correo de gabinete—observó el licenciado—se va en menos de una hora.

Y como aquello—el tiempo que se tardaba hasta Belem—era un tema, se apoderaron de él ansiosamente. Encubría las preocupaciones, evitaba los vacíos de los silencios, tan

(1) Ajuda, barrio de los alrededores de Lisboa, al que hoy se va fácilmente, en minutos, en los tranvías de esa línea. El *Paço* (o palacio) *de Ajuda*, emplazado en un sitio magnífico, sobre una altura que domina Belem, ha sido residencia real, en último lugar, de la reina madre María Pía (murió en 1911), esposa de Luis I. El palacio, empezado bajo Juan VI (1816-1826), ha quedado sin terminar. Debe su nombre a una capilla de la Virgen de la Salud (*ajuda*), colocada antes allí. En él se conservan lienzos magníficos de algunos primitivos flamencos y portugueses. Es notable también la biblioteca, así como diversas estatuas y objetos de arte. En el parque del castillo se encuentra actualmente el Instituto de Agronomía y Veterinaria.

desagradables. Fradiño contó después que en cuestiones de velocidad, él, Fradiño, había ido a Cintra en hora y media. ¿Era arrear, eh?

Pero el licenciado, que de joven cantó fados, tenía historias aún más superiores de coches veloces: ¿qué les parecía ir a Cintra y de Cintra a Cascaes, todo en tres horas?

—¡Imposible! ¡Imposible!

—¡Oh señores!, ¿imposible?—gritó el licenciado—. Lo he hecho yo. ¡Puedo traerles aquí al cochero, al propio cochero, uno picado de viruelas!

—¿Sin descansar el tronco?

—¡Sin descansar el tronco!

—¡Eso son cuentos!

Nadie quería irritar a aquel excelente joven; pero le contradecían para entablar una discusión, proferir palabras, y, en efecto, el licenciado, sintiendo un súbito flujo labial, prodigó historias de velocidades mayores. Estaba encantado de sentirse el centro de la conversación; hablaba dándose tirones de los puños para producir efectos. Desde Oporto había ido a Foz en media hora, ¡y, exaltado, contó otros hechos, sólo comparables a la velocidad de un tren expreso o a la de la electricidad atmosférica!

El reloj del salón dió, entre tanto, las diez; y aquellas campanadas tristes despertaron las inquietudes: nadie contradijo al licenciado, y el silencio pesó más angustioso.

La bella Fradiño, entonces, probó a distraerlos con el piano; todos parecieron escuchar con una atención tan *dilettante*, que doña Luisa, que al principio sólo quiso tocar para llenar el silencio, se animó, estimulada, hizo deslizar sobre el teclado sus dedos ágiles, donde brillaban las sortijas con las que, por amor hacia ella, se arruinaba el abogado.

Pero eran las diez y veinte. Según él mismo contó después, Alipio Abraños se esforzaba por considerar que, naturalmente, Guedes Navarro, a la vuelta de Palacio, habría ido primero a hablar con otros «colegas». Sin embargo, aquella hipótesis no era suficiente para calmarle. Entonces, sin poder contenerse, fué a preguntar a los criados si «era verdad» que no habían oído tocar la campanilla; pero al encontrarlos en la cocina, hablando alto, se enfureció: ¿qué barullo era aquél? ¡Qué poca vergüenza! ¡Podían haber venido veinte personas a buscarle, que así no era posible oír llamar a la puerta!

La idea de que Guedes Navarro podía haber venido, tocando en vano, e ir, despechado, «a llamar a otra puerta», le aterró. Gritó a los criados, llamándolos bestias:

—¡Si vuelvo a oír aquí una palabra más, se marchan todos a la calle! ¡Qué desatino! ¡Parece esto una feria!

Sin embargo, pensó que Guedes Navarro no vendría a pie, y que en el salón se hubiese oído el coche; aquella idea le calmó; pero, por precaución, mandó a Juan al patio, a esperar.

Cuando entró en el salón había un silencio pesado. El licenciado marchó otra vez a la Baixa, a recoger rumores; y viendo que era insoportable aquella situación, Abraños, con gran sinceridad, habló él mismo de la «cosa».

—Era inútil que Alfredito se molestase. Yo, hablándoles con franqueza, estoy viendo lo que pasa... Guedes Navarro es amigo mío; pero, en fin, tiene compromisos antiguos.

Fué un alivio para todos que él mismo autorizase a hablar de la «cosa». Hubo una explosión alborozada de opiniones. Fradiño exclamó que Guedes Navarro, si hacía tal cosa, ¡era un canalla!

El padre Augusto, sin embargo,

apostaba, apostaba, a pesar de su carácter sacerdotal, que Guedes Navarro tenía que ser leal.

Alipio, entre tanto, se declaró indiferente. ¡Hasta agradecía incluso el no entrar ahora en el Ministerio! La posibilidad de aquella negativa causó una indignación general. ¿Cómo? ¡Negarse! ¿Por qué?

—¡Que usted se mantuviese a la expectativa con el general, bien!—exclamó Fradiño—. Fué un acto digno. El general, grande hombre y lo que quieran, está ya en el reino de la Verdad, ¡pero era un «insurrecto»! ¡El amigo hizo perfectamente en rehuir semejante compromiso! Yo mismo se lo aconsejé, si recuerda bien, aquí, en este mismo salón... ¡Pero negarse ahora a entrar con sus amigos en el Poder!...

La voz de Fradiño sonaba fuerte, pero su indignación era puramente artificial: ¡porque él sabía, todos lo sabían en el salón, que Alipio Abraños no rechazaría la cartera! Lo que empezaban a temer era que no se la ofreciesen; y las miradas devoraban las gruesas manillas del reloj, cuyo tictac pareciales a todos que sonaba con una prisa sorprendente.

De repente, un carruaje que venía por el lado de la calle del Alecrín rodó por la plaza: hubo un silencio grave, una espera ansiosa; el coche trotó por la calzada hacia la calle de San Francisco.

Entonces todos se quedaron mustios. Eran casi las once. Cada cual pensaba que a aquella hora el Ministerio debía de estar formado, o, por lo menos, que las negociaciones se realizaban lejos, en otras casas, con otros personajes. A Alipio no le daban la importancia de consultarle. Fradiño tuvo la franqueza de confesármelo más adelante: a aquella hora—las once—¡juzgó a Alipio un imbécil! Evidentemente, no le tomaban en serio. Hablaba bien, pero no le consideraban hombre de Estado. Y no pudiendo contenerse, llamó al «doctor»—que me lo contó—hacia el hueco de un balcón del comedor:

—Le han dado un chasco... Guedes no ha tenido nunca intención de darle la cartera. ¡Es un hombre perdido!... ¡Ese paso, con armas y bagajes, a la oposición, lo mató! No ofrece garantías de lealtad. ¡Es un bestia!...

Un carruaje a medio galope paró de repente a la puerta. Fradiño entró en el salón. Había un silencio angustioso. La campanilla repicó, y el padre Augusto se precipitó, por temor a que el criado se hubiera dormido.

¡Era Guedes Navarro, que quería hablar con el señor!

Poco después entraba el licenciado; venía de recoger rumores, de la Baixa, pero las fisonomías de todos eran tan especialmente expresivas, que él exclamó en seguida, adivinando:

—¿Vino ese hombre?

—¡Están los dos en el despacho!

—Hurra!—gritó, agitando el sombrero.

Doña Laura, sin embargo, observó con prudencia:

—Nada de cantar victoria... Nadie sabe... ¡Es tentar a Dios! Hay que esperar, hay que esperar...

Pero no esperaron mucho. Oyeron la puerta del despacho abrirse con ruido, y dos voces, la de Guedes y la de Abraños, en el pasillo, hablando alto, joviales. Después, el coche, abajo, se alejó al trote, y Alipio entró en el salón.

—¿Qué?...—exclamaron todos.

—¡Voy a Marina!—dijo él, bañado en una risa irreprimible.

Corrieron hacia él. Doña Virginia se le colgó del cuello, y las señoras y los hombres intentaban apoderarse de las manos, de la manga del ministro. El rodaba de los brazos de

uno a los brazos de otro, sofocado, con los ojos húmedos, defendiéndose débilmente.

—¡Déjenlo! ¡Déjenlo! ¡Que lo ahogan, vaya!—exclamó doña Laura—. ¡Déjenlo!

El «doctor», entonces, estuvo sublime. Aquel hombre taciturno soltó una voz de trombón, y con gestos furiosos, como alucinado:

—¿Cómo déjenlo? ¡Es nuestro, es mío! ¡Y todo él!

Y le daba furiosos apretones, ávido de él, queriendo sepultarle en su pecho, saturarse de su excelencia.

Todos rieron. Quisieron saber «cómo había sido», lo que le dijo Guedes Navarro. Le rodearon, tendiendo las caras, iluminadas de risa para beber sus palabras.

Abraños fué muy correcto, muy discreto:

—Su majestad — dijo — está muy afectado. La muerte del general le ha causado una gran emoción. Pero, en fin, constitucionalmente, está satisfecho. Nota que los servicios públicos están desorganizados. Quiere un Ministerio fuerte. Es necesario, en efecto, una situación fuerte.

Los hombres coincidieron en que era necesaria una situación fuerte. Gozaban como si fuesen parte, elementos de esa fuerza. Fradiño había crecido, sentíase un personaje; y el «doctor», cuya manera vacilante de andar daba la impresión de que no estaba muy firme sobre la tierra, tenía ahora, plantado en medio del salón, la actitud inconmovible de un monumento edificado por los romanos.

Entonces, para celebrar el triunfo, el licenciado propuso que se bebiese una botella de champaña. No lo había en casa: mandar a un criado a comprarlo parecía ridículo; podría saberse, dar motivos de burla a la oposición. Entonces, el licenciado se ofreció a ir él mismo a buscarla:

—¡Diré que es para mí, para llevarla a Dafundo, a una juerga!—exclamó.

Y por tercera vez aquella noche se precipitó por las escaleras, con el sombrero hacia la nuca.

*

Alipio Abraños, entre tanto, daba otros detalles, que todos devoraban golosamente: su majestad estaba contento con el Ministerio formado por Guedes. No le conocía a él, Alipio, pero había visto a doña Virginia en el San Carlos; se la enseñaron, y la encontró muy bonita.

—¡Es mentira!—exclamó ella, con toda la sangre en la cara, congestionada de orgullo.

—Palabra de honor, hija. Se lo dijo a Guedes: «Yo no conozco a ese caballero; pero tiene una señora muy bonita; me la enseñaron en el teatro.»

Entonces todos la felicitaron: ¡Ah! ¡Ah! ¡Iba a ser la belleza de la Corte! ¡Enhorabuena!

Ella lo negaba. ¡Eran tonterías de Lipito! Y doña Juana, la del tumor, de conmovida que estaba, empezó a lloriquear.

Pero el licenciado apareció, triunfante, con dos botellas en los brazos. El mismo, con su experiencia, las abrió, haciendo estallar los tapones. Y después de un brindis, quedaron todos en grupo, en medio del salón, con las copas en la mano, gozando de la atmósfera ministerial de que estaba ya saturada la casa.

El ministro, entre Fradiño, el «doctor» y el consejero Andrade, se felicitaba de ocupar la cartera de Marina: había mucho que hacer en la Marina. Así, por ejemplo: ¡siendo nosotros los primeros descubridores del mundo, parecía increíble que no hubiésemos enviado una expedición al Polo!

Los tres caballeros no parecían extraordinariamente impresionados con aquella idea. El «doctor», incluso, después de reflexionar con la frente fruncida, y viendo que no tenía ciertamente nada que ganar con aquel heroísmo geográfico, dijo sólo, por cortesía:

—Tiene usted razón. Es una gran idea.

—Hay que reformarlo todo; el personal administrativo de las colonias, íntegramente... ¡Son una colección de inútiles!—indicó Fradiño

—También hay algo que hacer en ese sentido—asintió el ministro.

Entonces, el «doctor» pareció especialmente entusiasmado:

—¡Tiene usted muchísima razón! ¡Esa sí que es una gran idea!

Pero era casi la una de la madrugada. La infeliz doña Juana fué a buscar su abrigo. Y se repitieron las felicitaciones: los besos estallaban en la cara colorada de doña Virginia; el ministro sentía su mano apretada al mismo tiempo por el licenciado, por el consejero, por el «doctor»; y Fradiño, encendiendo el puro, dijo con una voz en que se notaba el gozo de aquella intimidad:

—Mañana apareceré por aquí, para que hablemos...

—¡Mañana es cuando hay que leer los periódicos!—exclamó el padre Augusto.

Entonces, el «doctor» estuvo otra vez sublime: con una verbosidad asombrosa en aquel taciturno, exclamó:

—El decreto vendrá mañana en el *Diario Oficial*: ¡de modo, señoras y señores míos, que voy a mandar enmarcar el ejemplar del *Diario Oficial!*

Aquella broma pareció deliciosa. Y la escalera se llenó un momento de risitas, de *frufrús* de vestidos y del ruido que hacía el licenciado, muy animado, saltando los peldaños de dos en dos.

Apenas se cerró la puerta, doña Virginia corrió a la cocina, y ante los criados, en pie:

—¿No saben ustedes?... Al señor le han hecho ministro. De aquí en adelante ¡deben ustedes llamarle siempre *señor ministro!* Es la costumbre.

Cuando volvió al salón, Alipio Abraños, nervioso, paseaba con el pecho enarcado alisándose el cabello.

—Bueno, ¿qué le parece a usted, doña Virginia?—preguntó, radiante—. ¿Está usted satisfecha?

—¡Y tú, delante de toda esa gente, con esa mentira respecto a lo que dijo el rey!

—¡Oh hija mía! Te juro que es verdad. Te lo juro. Se lo dijo a Guedes, palabra... ¡Es muy natural!... Los amigos parece que están contentos... Y el «doctor», ¿eh? ¡Tiene gracia! ¿Eh?... Es un buen diablo... ¡Y tiene talento!... ¡El diablo tiene talento!

Se abrió la puerta, y Juan, el criado, muy serio, pronunció estas palabras:

—¿A qué hora quiere el señor ministro el desayuno?

Alipio, cogido de sorpresa, sintió por todo su cuerpo una caricia deliciosa; estuvo un momento gozando, con una sonrisa muda, y dijo luego bondadosamente:

—A las diez. Llámeme a las diez, Juan.

—Muy buenas noches, señor ministro.

—Buenas noches, Juan—y volviéndose hacia doña Virginia, que cerraba el piano—: Es buen chico este Juan.

*

Entre tanto, los amigos íntimos, parados en lo alto de la calle del Alecrín, donde cada uno tomaba su camino, charlaban aún. Según doña Amalia, el más satisfecho de los dos era Virginia: el ministro lo parecía ella.

La bella Fradiño quiso saber si podría ir Virginia al San Carlos al palco del Gobierno. No, no era costumbre. Pero sería presentada en Palacio.

—¡Y hará buena figura!—dijo doña Amalia.

—Son todo ilusiones—dijo con sequedad la bella Fradiño—. Lo importante es ser cada uno feliz en su casa. Ahora, eso sí, él ha de ser un buen ministro...

—Alipio es un genio—afirmó Fradiño—. Hace poco se lo decía yo al «doctor»: los va a asombrar a todos. Tiene ideas. Es aún de los pocos que tienen ideas.

Y el padre Augusto, demostrando su sensatez, resumió:

—En fin, no es por hablar. ¡Pero ahora estamos en candelero!

Todos rieron.

—Quiero decir—replicó—al decir *nosotros*..., ya saben los amigos que es una costumbre que tengo. Soy tan adicto a esa familia... Quiero decir, en fin, que nuestro Alipio está en candelero.

Entonces hubo un momento de silencio. Todos gozaban con aquella idea de que ellos, los íntimos, estaban «en candelero».

Se separaron. El «doctor» bajó por la calle del Alecrín, silbando. Fradiño llamó un coche: era un caso para tomar un coche. Se ofreció, incluso, a llevar a su casa a doña Juana, que estaba sintiéndose mal por el sorbito de champaña. Y el licenciado estaba tan entusiasmado, que, para celebrar el caso, según me confesó después, fué a pasar la noche en un prostíbulo.

*

Portugal sabe bien que el Ministerio Nacional duró dos años y lo que fué la actuación del conde de Abraños en los asuntos de Marina y de Ultramar.

Dos servicios, que se completan y viven el uno por el otro—las Colonias y la Armada—constituyen ese Ministerio, y en ambos dejó Alipio Abraños las espléndidas huellas de su talento administrativo. Y nótese que el conde no era, como vulgarmente se dice, «un hombre del oficio». Hasta la edad de veintiún años, en que, con motivo de las ferias del lugar, hizo una visita a la playa pintoresca de Buarcos, no había visto nunca el mar. Y ese formidable elemento, que cubre las cuatro quintas partes del globo—mundo de tinieblas y de misterio, sembrado de restos, asfixiador, hostil al hombre—, le dió una impresión que, según él me dijo, con aquel vigor pintoresco de su frase, le «erizó el vello de todo el cuerpo».

Siempre detestó el mar, y si alguna vez pasó la temporada veraniega en Cascaes, fué únicamente por respeto a los deberes sociales de su posición en el país, o por complacer a doña Virginia, y después a su segunda mujer, la respetable condesa de Abraños. Era tal esa repugnancia, que el conde de Abraños no estuvo nunca en Inglaterra, porque siendo ese gran país de los Pitt y de los Chaucer una isla, por desgracia, no le hubiera sido posible visitarlo sin embarcar, y el horror del conde a los barcos era invencible.

Representaba, incluso, para él un grave sacrificio cuando sus elevadas funciones le obligaban a visitar algún navío de guerra. Por otra parte, el mismo paisaje marítimo—ese infinito de agua azul—le causaba, como él decía, «un peso estúpido en la cabeza», y es, por tanto, más de ad-

mirar que, con esa antipatía hacia el mar y hacia todo lo que de él vive o en él trabaja, rigiese los diversos negociados de Marina con tan gran brillantez.

Otra circunstancia que hace más admirables esos servicios es el hecho de que habiendo el conde consagrado todo su tiempo al estudio de las cuestiones sociales, jamás se ocupó del conocimiento inferior de la geografía. Según él decía, ¡nunca pudo retener todos esos nombres exquisitos y bárbaros de ríos, cordilleras, volcanes, cabos, istmos! Así, por ejemplo, no comprendió nunca, me lo confesó muchas veces, esos cálculos extraños de grados, latitudes y longitudes, ni daba gran crédito a la ciencia de la navegación.

Y nos admiran más aún los servicios que prestó sabiendo que su conocimiento de nuestras colonias no era detallado. Se dice, por ejemplo, ¡que sólo a los dieciocho meses de ser ministro supo, por casualidad, dónde estaba Timor! Dieciocho es una pérfida exageración de sus mezquinos adversarios. Pero, aunque aceptemos que sólo adquiriese esa insignificante información después de algunos meses de gerencia de los asuntos coloniales, ¿qué prueba esto sino que su vasta inteligencia, orientada toda hacia los altos problemas políticos, no daba valor a esas pequeñas ciencias de exactitud local?

*

En una ocasión, en la Cámara, hablaba él de Mozambique, como si considerase esa posesión nuestra en la costa «occidental» de Africa. Algunos diputados, más escrupulosamente enterados de esos detalles, le gritaron con furor:

—¡Mozambique está en la costa «oriental», señor ministro de Marina!

Y la réplica del conde fué genial:

—¡Que esté en la costa occidental o en la oriental, en nada se opone a que sea verdadera la doctrina que sustento! ¡Los reglamentos no cambian con las latitudes!

Esta réplica viene una vez más a demostrar que el conde se ocupaba, sobre todo, de ideas generales, dignas de su gran espíritu, y que no se detenía en esa comprobación microscópica de detalles prácticos que preocupan a los espíritus inferiores.

No me corresponde, sin embargo, en estos recuerdos íntimos del conde de Abraños, hacer la historia política de su actuación en los asuntos de Marina. Esa misión gloriosa pertenece a los Herculanos y a los Rebellos del siglo XX.

He querido solamente, sin invadir el campo pomposo y difícil de la Historia, dejar aquí consignado que, en mi opinión, de todos esos estadistas, esos poetas ardientes, esos jóvenes de amplio aliento lírico, esos estimables caballeros que en Portugal, desde el otorgamiento de la Carta constitucional, han regido los asuntos de la Marina y de Ultramar, ninguno como Alipio Abraños comprendió tan patrióticamente el espíritu en que debe inspirarse nuestra política colonial.

*

Aún perdura la obra imperecedera que nos legó ese genio glorioso que hoy, rodeado de la veneración nostálgica de Portugal, reposa en el cementerio de los Prazeres. Sobre el mausoleo conmemorativo que la añoranza de la respetable condesa de Abraños le mandó erigir, el talento del escultor Craveiro hizo revivir en el mármol la figura majestuosa del estadista.

Con una emoción siempre profunda, acudo todos los años en piadosa peregrinación a contemplar la alta figura marmórea, con su porte majestuoso, el pecho cubierto de las condecoraciones que le valió su mérito, una de las manos sosteniendo el rollo de sus manuscritos, para indicar al hombre de letras; la otra, apoyada sobre el puño de su espadín de hidalgo de ejecutoria, para indicar al hombre de Estado, ¡y los ojos, detrás de los lentes de armadura de oro, alzados hacia el firmamento, simbolizando su fe en Dios y en los destinos inmortales de la patria!

FIN DE
«EL CONDE DE ABRAÑOS»

LA CATASTROFE

(1925)

ACOTACION MARGINAL

La *narración que con este título va a continuación es lo único, por desgracia, que ha llegado al público de una obra de gran envergadura e intención que planeó Eça de Queiroz con el título de* A batalha do Caia *(del río Caia o Cayo, en España, pequeño afluente del Guadiana). Se trata, pues, de un verdadero boceto o acaso de un trozo casi mnemotécnico, en el que el gran escritor quiso trazar algunas líneas básicas de la obra mencionada.*

Según parece, la idea de La batalla del Cayo *se le ocurrió a Eça hacia 1878, cuando estaba destinado como cónsul de Portugal en Newcastle. En el prefacio a estas traducciones queda recogido y explicado todo lo que sucedió en torno a* La batalla del Cayo *entre Eça y su íntimo colaborador en* El misterio de la carretera de Cintra *y en* As Farpas, *Ramalho Ortigao. Este tachó incluso de chantaje la pretensión, el propósito de Eça de publicar esa obra, que pensaba habría de tener una sensacional resonancia en su país. Pero todo quedó aclarado sobre esa cuestión, y Eça de Queiroz, exculpado por completo de la acusación, un tanto apasionada, de su amigo Ramalho, quien, quizá, malogró una gran novela. Todo esto lo verá el lector en la parte correspondiente (noviembre de 1878) de las cartas cruzadas entre los amigos. Parece probado que esa novela iba a formar parte también de aquella obra cíclica planeada con gran entusiasmo por Eça y propuesta a su editor Chardron, bajo el título genérico de* Escenas de la vida portuguesa *(antes las llamó* Escenas de la vida real *y luego* Crónicas de la vida sentimental).

Con esta narración de tipo fantástico quiso Eça actuar de profeta y despertar en sus compatriotas un sano temor a la catástrofe *que hubiera representado para el pequeño país —algo entregado por entonces al desgobierno político y a cierta frivolidad inconsciente—una invasión por parte de determinadas potencias. Eça tuvo una visión dantesca de aquel desastre; y tan poseído e impresionado estaba por el tema, que escribió, al parecer, esa obra quizá con más facilidad que ninguna otra. Aun habiéndose malogrado la realización (o, mejor dicho, la publicación) de esa novela grande* La batalla del Cayo, *esta narración nos aporta, sin embargo, una intensa vibración dramática, pese a su brevedad. Quizá en ninguno de sus cuentos o fantasías hallamos como en* La catástrofe *esas cualidades, esa* maîtrise *del admira-*

ble novelista, aplicadas en este caso a mantener la angustia en un acontecimiento presentido *por el artista, y evidentemente* sentido *muy a fondo por el amante de su país. Todo ello le da un carácter especial a esta narración. Tan es así, que coincidimos con la opinión del fino escritor y biógrafo de Eça Joao Gaspar Simoes, cuando, refiriéndose a* La catástrofe, *escribe textualmente: «... Las páginas conocidas de aquella novela* (La batalla del Cayo), *que constituyen* La catástrofe, *son, después de* La muerte de Jesús, *la más perfecta, evidente y elegante prueba de estilo que Eça nos legó antes de* Los Maias. *Por eso también, como complemento a la lectura de estas páginas de* La catástrofe, *sería muy de desear para todos los infinitos lectores y admiradores de Eça de Queiroz—gran parte de los cuales son españoles—, como pidió ya otro fino escritor portugués (autor también de una interesante biografía de Eça), Lopes d'Oliveira, que fuera publicado por los hijos del gran novelista (en cuyo poder se halla, según parece)* el esbozo total o plan-programa de La batalla del Cayo, *encontrado con otros papeles del escritor en 1924 del modo más casual e inesperado. Máxime, como dice bien Lopes d'Oliveira, «ahora que la monarquía portuguesa, que podría temer esa obra, está enterrada hace más de treinta y cinco años, esto es, a más de treinta y cinco brazas de hondura... Y Eça, el cónsul, duerme también desde comienzos de este siglo su sueño eterno». Sería realmente de desear la publicación de ese inédito tan interesante, puesto que ahora sólo podría tener, ciertamente, por fortuna, como tantas obras de Eça, un valor exclusivamente artístico, literario, del cual es muestra esta magnífica y dramática narración* prematura *que se titula* La catástrofe.

LA CATASTROFE

Vivo en la esquina de la plaza del Pelouriño, justamente enfrente del Arsenal.

Ya antes de la guerra y de nuestros desastres, habitaba yo ahí, en el piso segundo, derecha. Nunca me gustó el sitio: sin ser bucólico, mi ambición fué siempre vivir lejos de esos amontonamientos tristes de la Baixa, en un barrio de más aire y de mayor horizonte, con un huerto, un frescor de follaje y algunos metros de tierra, donde, entre un rumoreo de árboles, pudiese tener rosales y acoger pájaros en las tardes de verano.

Pero cuando heredé a mi tía Petronila, compré esta casa, enfrente del Arsenal. Estas fincas son, a causa de las tiendas y de los almacenes, de mayor rendimiento que las de los otros barrios, y como inversión de capital, una casa en la Baixa es más ventajosa que una casa bonita en Buenos Aires o en el barrio de las Janellas Verdes. Eso fué, al menos, lo que me dijeron propietarios de experiencia.

Por otra parte, yo tenía el propósito de alquilar la casa e irme a vivir, con los míos, a una casita pequeña, alegre y fresca, que codiciaba por la parte del valle de Pereiro. Pero cuando ocurrieron nuestras desgracias y el ejército enemigo ocupó a Lisboa, la necesidad de economizar, los tiempos tan difíciles, me obligaron a abandonar ese proyecto de vivir en el campo, y aquí sigo todavía, en este triste segundo piso de la plaza del Pelouriño, frente al Arsenal.

En mala hora vine aquí. Porque creo que esta vecindad del Arsenal me hizo sentir con mayor intensidad todas las amarguras de la invasión. Los que viven en Buenos Aires, hacia las Janellas Verdes o hacia el valle de Pereiro, sufren, no lo dudo, dolorosamente, con la presencia de un ejército extranjero en Lisboa. Aunque el primer terror haya pasado, y la ciudad vaya recobrando poco a poco su fisonomía ordinaria, y circulen los coches de plaza y los tranvías, pesa todavía un no sé qué doloroso sobre la ciudad: el aire está cargado de cierta cosa sutil y opresiva, como una atmósfera intolerable que circula por las plazas, penetra en las casas, cambia de sabor al agua, hace parecer el gas menos luminoso y deja en el alma una tristeza continua, dominadora.

Algunas veces, cuando una persona sale, y, ocupada por algún asunto, distraída con él, se olvida del gran desastre que nos envuelve, basta, en una esquina, la presencia de un uniforme enemigo, para hacer inmediatamente recaer en el alma, con el peso de un peñasco, la idea de la derrota y del fin de la Patria. No sé qué es; pero, por ejemplo, desde que en lo alto de algún edificio ondea la bandera extranjera, parece que ese azul no es ya el de nuestro cielo, y que tiene algo de bruma luctuosa.

¡A pesar de lo cual, en otras casas, en otros barrios, basta que la gente se aísle en sus casas para sustraerse a esta desolación ambiente!

Ya que no hay patria, hay familia: se cierran las puertas, se reúnen todos en la sala, alrededor de la lámpara hogareña; se conversa. El recuerdo de las desdichas ofrece como un alivio punzante y la perspectiva de la esperanza ilusiona con una felicidad pasajera; recuérdanse los amigos, los conocidos que murieron bravamente en la batalla; a veces, el recuerdo de un hecho heroico da como la sensación del honor conservado; después, alrededor de la luz, en voz baja, con una palpitación de todo el ser, ¡hay una pequeña conspiración familiar!

Y el sueño del desquite hace soportar la realidad de la catástrofe...

Pero a mí, ni siquiera me es permitido ese aislamiento, porque, a no ser que cierre las ventanas, que me sepulte en una tiniebla constante, que viva a la luz del gas cuando el sol de julio brilla afuera, no puedo dejar de ver delante de mí, como un *memento* odioso, a la puerta del Arsenal, el centinela extranjero pisando la tierra de la Patria.

Y es precisamente ese centinela el que me indigna: verdad es que otros uniformes extranjeros, todos esos oficiales de los acorazados anclados en el puerto, pasan a todas horas, con la insolencia brillante de sus indumentos espectaculares... Pues bien: esos no me irritan... Hay en ese vaivén de oficiales algo de apresurado, de inquieto, que me da la idea de una ocupación transitoria, de escuadras que van a levar anclas, de humillaciones que van a acabar para siempre.

Pero ese centinela, eterno, que me parece siempre el mismo, tiene un aire de estabilidad, de perpetuidad, que ensombrece mi corazón. Cada pisada que da con su recia suela cae con un lúgubre eco sobre mi alma, y, en su monótono paseo, de garita a garita, me produce la sensación de que nunca dejará de haber, sobre la tierra portuguesa, un centinela extranjero.

¡Y no puedo apartarme de ese espectáculo! Por la mañana, al afeitarme, me quedo con la navaja en el aire y la cara cubierta de copos de espuma, asombrado ante el pequeño soldado, que parece fajado en el ca-

pote azul, con el gorro de piel brillante y el arma al hombro..., una de esas armas que alcanzaban el doble que las nuestras, y que segaban desde lejos, en las líneas de defensa, regimientos enteros.

De modo que ahora conozco ya a casi todos los centinelas del Arsenal. Durante algún tiempo fueron soldados de marina; ahora son, generalmente, del 15.º de línea. Pero hay, sobre todo, un tipo de soldado que me indigna: es el mocetón robusto, sólido, bien plantado sobre las piernas, de cara decidida y ojos relucientes; pienso siempre: ¡Este fué el que nos venció! No sé por qué, acordándome de nuestro propio soldado, bisoño, sucio, encogido, encanijado por el aire viciado de los cuarteles y la insalubridad de los ranchos, veo en esa superioridad de tipo y de raza toda la explicación de la catástrofe.

Antiguamente, antes de la invasión, raras veces pensé en observar al centinela del Arsenal: recuerdo, sin embargo, haberlo visto, por casualidad, al acercarme a la ventana: si llovía, era seguro que le descubría encogido en la garita, fijando una mirada apagada y triste sobre la cortina de agua; si hacía buen tiempo, era su andar, su caída de hombros, los que me impresionaban... Era la molicie lenta del paso, una expresión continua y evidente de tedio y de fatiga; y después, al cabo de dos horas de servicio, era un derrengamiento mayor, un embrutecimiento, una manera idiotizada de mirarlo todo —los bueyes, los ómnibus, las mujeres de la costa pregonando el pescado, los vendedores ambulantes, la tienda de enfrente—, que hacían visible la falta de nervio, de vigor, de fijeza disciplinada, de firmeza, de persistencia. ¡Y esta visión de nuestro soldado paréceme entonces que se agranda y abarca toda la ciudad, todo el país! Fueron esa somnolencia lúgubre, ese tedio, esa falta de decisión, de energía, esa indiferencia cínica, ese relajamiento de la voluntad, creo yo, lo que nos perdió...

Aún hoy resuenan en mis oídos las acusaciones, tantas veces repetidas, del tiempo de la lucha: ¡No teníamos ejército, ni escuadra, ni artillería, ni defensas, ni armas!... ¡Cómo! Lo que no teníamos era alma... Era eso lo que estaba muerto, apagado, adormecido, desnacionalizado, inerte... Y cuando en un Estado las almas están envilecidas y caducas, lo que resta poco vale...

Nunca se me olvidará la impresión que sentí el día en que supe que nos habían declarado la guerra y que estaban concentradas tropas organizadas de antemano, para la invasión, por el Sur y por el Norte.

Cumplía años mi pobre amigo Núñez, que vivía entonces en el Rocío. Desde la tarde en que el pánico se cernía sobre la ciudad, porque la verdad es que, hasta cuando estalló en Europa la guerra, tan violentamente provocada por Alemania, al invadir a Holanda, jamás en Lisboa, por lo menos en la mayoría de la población, hubo el temor de que la cosa llegase aquí, a nuestro rincón, como entonces se decía.

Ni siquiera cuando el viejo Salisbury, casi en su lecho de muerte, lanzó su gran manifiesto y declaró la guerra a Alemania, y cuando vimos así nuestra única protectora tan ocupada en una lucha en el Norte, nos consideramos en peligro. ¡Y, sin embargo, parecía haber llegado el día terrible en que podían desaparecer de Europa las pequeñas nacionalidades!... Por eso, al ser, en aquella tarde fatal, anunciada oficialmente la entrada de un ejército enemigo por la frontera, toda la ciudad quedó como petrificada, en un enloquecimiento de terror.

¡El primer movimiento de la población fué correr a las iglesias! Ya creían ver los regimientos enemigos

esparciéndose por las calles... No pienso, incluso, que hubiera existido la idea de una resistencia seria. Se dijo, es cierto, que intentaríamos presentar batalla junto a Camiña, o en Tancos, sólo para mostrar a Europa que poseíamos aún alguna vitalidad; pero era únicamente una demostración, porque la idea sería concentrarnos en las líneas de Torres Vedras y defender a Lisboa. Yo, por otra parte, no estaba en los secretos del Estado Mayor ni del Gobierno, y sólo sé lo que se decía en los grupos que llenaban las calles, empavorecidos, hablando bajo.

Aquella noche fuí al Rocío. Núñez daba una *soirée*... En el salón pesaba la misma tristeza lúgubre de la calle. Había en las caras, en las voces, como una expresión desvariada de espanto y de terror: una singular manera de preguntar «¿Qué?» con los ojos muy abiertos en los rostros pálidos...

A pesar de haber dos salas, la de visitas y otra, donde se jugaba, estaban todos aglomerados alrededor del sofá, como un rebaño que siente al lobo... La dueña de la casa, que tenía un hijo militar en Tancos, pese a su vestido azul, escotado, mostraba una cara atónita y los ojos enrojecidos e hinchados... Había llorado durante todo el día. Y en las mujeres, en los hombres, había como un abatimiento invencible, en la muda aceptación de la derrota futura, en la pasividad de las almas débiles... Como no se sabían noticias, los rumores eran absurdos; en todo momento se hacían silencios, silencios lúgubres, que daban la sensación del recogimiento ceremonioso de los días de entierro. Núñez, el pobre, muy pálido, iba al azar por la sala, con los faldones del frac ondeando, frotándose nerviosamente las manos, queriendo distraernos de aquellas preocupaciones dolorosas, proponiendo que se hiciese algo. Hubo una solicitud de rigodón... Sentóse una señora al piano, pero los primeros compases de los lanceros sonaron, se perdieron en el susurro general de las conversaciones amedrentadas; nadie sacó pareja, y no se bailó... Alguien indicó un juego de prendas, una charada de figuras; caras asustadas sonreían, murmurando con esfuerzo:

—Vamos, no estará eso mal...

Pero quedábanse sentados, con las manos inertes y los pies quietos.

Fuí hacia la sala de juego a conversar con algunos individuos. Había periodistas, magistrados, políticos, y ahora, a través de las frases, notábase en todos el abatimiento de las almas. Nadie creía en una resistencia posible, y, ante el peligro, el egoísmo se alzaba feroz y brutal. El odio al enemigo era violento, menos por la pérdida de la Patria libre que por los desastres personales que traería la derrota: uno temía por su empleo; otro, por el interés de sus acciones. Hasta entonces, el Estado había dado pan al país, y en la pérdida del Estado se veía el fin del pan de cada día. Pero aquella indignación palabrera parecía agotar toda la cantidad de patriotismo que podían producir aquellas almas: porque en cada proposición que sugerían las palabras aterradas—ceder las colonias a cambio de una alianza inglesa inmediata, o hacer entrega de dos provincias—, había, en el fondo, la idea inmutable de la capitulación, el horror de la lucha, la ansiedad de no perder el empleo, el terror de perder las acciones. Y, por otra parte, cada cual, sintiendo la debilidad egoísta de su alma, juzgaba instintivamente al país invadido por idéntico abatimiento. La idea de un levantamiento en masa, de la creación de una guardia móvil, de unas milicias, era recibida con un encogimiento de hombros: ¿Para qué? ¡No se puede hacer nada! ¡Estamos aplastados!

Mientras hablaban así, junto a la

mesa de juego, donde yacían olvidadas las cartas del antiguo y apacible tresillo, me acerqué al balcón: todo el amplio cielo estaba entoldado por una niebla blancuzca; pero bajo el Arco Bandeira ensanchábase un gran espacio azul, como la entrada circular de un inmenso pórtico, y en el centro brillaba una ancha luna triste, muda, lívida. La colina, al lado, con su castillo, recortaba en oscuro su línea blanda sobre la palidez azul del fondo. Una tristeza inmensa parecía caer de aquella decoración. Me invadió el alma una vaga piedad por las desdichas patrias, y, sin saber por qué, me sentí penetrado de una nostalgia angustiosa, la nostalgia de algo que desaparecía, que acababa para siempre y que yo no sabía bien lo que era... Abajo, el Rocío brillaba sordamente entre las líneas iluminadas de las tiendas; la plaza, alrededor de la columna, que la luna tocaba con un trazo pálido, negreaba de gente; ni un grito, ni una voz... Era una masa oscura, que parecía estar allí amodorrada, arrebatada en el terror instintivo que congrega a los animales, esperando resignadamente la tormenta; y de las casas blancas, altas, desconsoladas, caía la misma sensación de abstención aterrada y de concentración egoísta en un miedo oscuro.

De repente, por el lado de la calle del Carmen, llegó un rumor: era como una melopea acompasada, que se oía, que venía en el aire, que se aproximaba; luces de hachones, resaltando sobre el encalado de las casas, aparecieron en la esquina del Rocío, y desembocó un grupo, marchando con viveza, al compás de un himno patriótico, cuyo ritmo le empujaba, en un paso largo:

Guerra, guerra, que es santa la guerra,
por la santa independencia...

Eran tal vez veinte y parecían, desde arriba, desde el balcón, por los altos sombreros, muchachos de las escuelas o de alguna de las asociaciones que entonces abundaban en la ciudad.

Siguieron a lo largo del Rocío, agitando los brazos, alzando la voz, en un llamamiento a la multitud oscura. Pero no les respondió ningún gesto; toda la masa se apiñaba para ver pasar aquellos entusiasmos solitarios; se apagaron unas tiendas, se cerraron con rapidez, como ante un motín; y en aquel silencio frío, que venía de la indiferencia de la gente y de la mudez de las fachadas, parecía que el canto se extinguía por sí mismo, que el entusiasmo se abatía, ¡como una bandera a la que le falta la brisa, cayendo a lo largo del mástil! Cuando llegaron cerca del teatro de Doña María, el himno casi cesó, los hachones se apagaban... Aquello se sumió, se perdió entre la masa oscura de la gente, como un esfuerzo efímero de heroísmo en una vasta indiferencia pública.

Me retiré hacia dentro, pensando, con la garganta oprimida, que estábamos perdidos para siempre.

Al fin, como la noche avanzaba, fué necesario hacer algo para disipar aquel pavor ambiente. Yo, Núñez y Correia, nos sentamos para un tresillo. En la sala se sintió también, sin duda, la necesidad de sacudir el torpor empavorecido de las señoras; hubo una escala en el piano, acordes ahogados, y, después, una voz, que reconocí como la de un oficial de caballería, amigo de la casa, se alzó, blanda y doliente, recitando la *Judía*:

Duerme, que yo velo, seductora ima-
[gen...

Entonces, la melodía, la voz cálida y nostálgica, me parecieron singularmente extrañas en aquella hora. Era como un sonido antiguo, en desuso, la voz de un mundo fenecido, pasando en sueños. Alrededor de

la mesa, las voces monótonas continuaban: «Paso; doy cartas...» De abajo, del Rocío, venía el mismo rumor sordo de la multitud, que llenaba la plaza, y en la sala, en la languidez amorosa del acompañamiento, meciéndose exquisitamente, la voz del alférez suspiraba:

Duerme, que yo velo, seductora ima-
[gen...

¡Y ya, a esa hora, el ejército enemigo pisaba el suelo de la Patria! ¡Pobre alférez!

*

Nos encontramos más tarde... Yo seguía entonces con mis compañeros de la milicia nacional. ¡Y qué milicia! ¡Todo el uniforme que teníamos era un capote andrajoso! ¡Y qué armas las nuestras! ¡Armas de caza! Pero, en fin, allá íbamos, en aquella fría mañana de abril, bajo la lluvia torrencial.

Al parecer, se estaba librando una gran batalla; pero no sabíamos nada. Nos encontrábamos allí, a media ladera de una colina que nos tapaba la vista del frente, junto a una casucha abandonada. Allí permanecíamos hacía dos horas, con barro hasta las rodillas, empapados, después de haber caminado toda la noche, idiotizados de cansancio, hambrientos, apoyándonos unos en otros para no dormirnos. A nuestro alrededor, de un cielo bajo y lúgubre, caía un diluvio; y la casucha parecía, entre sus cuatro árboles, toda envuelta en la lluvia, tan encogida y tan soñolienta como nosotros. A distancia, retumbaba la artillería; otras veces eran descargas secas, que parecían una gran pieza de seda que se rasgase; pero no veíamos el humo en aquella niebla de aire y de lluvia. No sé dónde estábamos, ni lo que defendíamos.

Quien mandaba la compañía era el alférez, ¡el mismo que cantaba la *Judía!* Pálido, empapado, encogido en su capote, iba y venía frente a nosotros. ¡Ay! No se parecía al alférez que se retorcía el bigote junto al piano, poniendo ojos tiernos en los versos más conmovedores.

De depente, en la tierra mojada, un galope sordo: era un oficial, con el uniforme desabrochado, la espada en el puño, el rostro encendido por la cólera de la batalla; guapo mozo, con un hilo de sangre cayéndole de la oreja. Paró el caballo y gritó con una voz furiosa:

—¿Quién manda este destacamento?

—Yo, mi capitán—respondió el alférez, enderezándose.

—¡Con dos mil diablos! ¡Da la vuelta a la izquierda, por detrás de la casa, a tomar posiciones en la carretera, junto a la encrucijada!

Y partió al galope. Y allí seguimos nosotros, la soñolienta marcha, por el barro, en el que se hundían los pies, haciendo un esfuerzo brutal para trepar por aquel terreno, de una resistencia blanda, jadeando bajo la tormenta de lluvia y el estruendo de la artillería, que parecía ahora acercarse.

Pasamos frente a la casucha; a la puerta, unos carros de ambulancia, y, dentro, gritos de heridos.

Era la primera vez que oíamos aquellos chillidos desgarradores de dolor abandonado, y hubo en el destacamento como una impresión, una vacilación: ¡era nuestra carne de paisanos, de burgueses, la que se resistía ante aquella prueba tan brusca de la muerte y del dolor!

—¡En marcha!—gritó el alférez.

Llegamos a la carretera; pero no veíamos nada. Enfrente, una línea pálida de chopos; después, otros árboles, una ermita en lo alto de un monte, y, por todo el valle, la niebla agreste y áspera de la lluvia incesante. Nos paramos: a distancia negreaba otro destacamento. Y allí permanecimos, en la misma inmovilidad,

bajo el agua, tiritando, con una fatiga mortal. Ni un trago de aguardiente... Los pies, hinchados en las botas empapadas, nos torturaban. Y, pensando en los días de la paz, cuando veía yo caer la lluvia desde el sillón de mi despacho, me invadía una cólera furiosa contra el extranjero, un furor de avanzar, un deseo brutal de carnicería... Y, desesperado de aquella inmovilidad, acusaba, en la alucinación de la cólera, a los generales, al Gobierno, a todos los que estaban encima, y que no mandaban avanzar. Aquella inacción era odiosa. La ropa se nos pegaba al cuerpo y sentíamos escurrir el agua por las piernas; las manos se helaban sobre los cañones de los fusiles, bajo el viento penetrante y agreste, que soplaba, encajonado en el valle.

De repente, un ruido sordo: era una batería de artillería, galopando, a tomar posiciones; pasó como un torbellino, entre gritos, en la niebla, la lluvia y el barro, corveteando los caballos, dando tumbos los carros, en un furioso restallar de fustazos, y cruzó presurosamente, perdiéndose en la bruma, con un ruido sordo y blando sobre la tierra empapada.

Súbitamente, a nuestra derecha, estalló una descarga de fusilería; ahora oímos silbar las balas. Instintivamente nos agachamos, en un retroceso de milicia bisoña...

—¡Firmes!—grita el alférez.

Ante mí, un soldado se desplomó como un fardo, sobre el barro... Y quedó inmóvil, muerto... Ahora veíamos nubecillas de humo gris, que la lluvia arrastraba y el viento sacudía... El alférez, de repente, se tambalea, cae sobre una rodilla; está herido en el brazo... Pero se yergue como un resorte, agita la espada, como loco, gritando:

—¡Fuego!... ¡Fuego!

Después..., no recuerdo bien. El tremendo estampido de la artillería nos alucina. Como en un sueño, en un somnambulismo, hago fuego, al azar, contra la niebla gris, que lo envuelve todo ante mí.

A mi lado, el alférez cae otra vez; se revuelca por el suelo, lanzando gritos, en un furor de agonía:

—¡Rematadme, muchachos! ¡Rematadme, muchachos!...

¡En ese momento nos sentimos envueltos, abrumados por una masa negra, que baja como una tromba, con la violencia de un elemento! ¡Partimos, corriendo, tirando las armas, en medio de una gritería ensordecedora!... Sentí que aquella enorme mole de gente se rompía, se dispersaba en grupos; éramos unos ciento, en medio, los que corríamos, cayendo, levantándonos, rodando por el barro, perseguidos... Tenía yo la vaga conciencia de que era la derrota, la desbandada, el pánico de las milicias... Y huí, huí, con una amargura exasperada, gritando sin saber por qué, con el ansia abyecta de encontrar un rincón, una casa, un agujero...

Recuerdo que vi, en aquella carrera, ante mí, un oficial a pelo, una figura desgreñada y furiosa, gritando con la boca abierta, agitando la espada, queriendo seguramente detener la desbandada... Pero la marejada de gente se abatió sobre él, lo envolvió, y yo sentí, vagamente, mi bota resbalar sobre su cuerpo inerte y aplastado...

¡Oh maldita guerra!

Cómo entré en Lisboa y cómo me encontré en mi casa, realmente no lo sé. Recuerdo, sí, que pasé por el Rocío y que lo vi lleno de una multitud horrible; toda la población de los alrededores refugiándose, en una fuga aterrada ante el enemigo. Era un caos de carros, de ganado, de muebles, de mujeres, gritando; una masa brutal y empavorecida, remolineando sobre sí misma, pidiendo pan, bajo la lluvia implacable.

Fué en Lisboa donde supe, a retazos, todos los detalles de la catás-

trofe: las escuadras enemigas, en el Tajo; la ciudad, sin agua, porque la conducción del Alviella había sido cortada; la sublevación, en las calles, y una plebe alucinada, pasando del abatimiento al furor, ora arrojándose contra las iglesias, ora pidiendo armas, y mezclando a la confusión de la derrota los horrores de la demagogia!

¡Días amargos! Encaneció todo mi pelo.

¡Y pensar que durante años enteros podíamos habernos preparado! ¡Y pensar que, a la manera de Inglaterra, podíamos haber creado cuerpos de voluntarios, haciendo de cada ciudadano un soldado, y preparando así, de antemano, un gran ejército nacional de defensa, armado, equipado, enérgico y que hubiese recibido, con el hábito de la disciplina, el orgullo del uniforme!...

¡Pero de qué vale ahora pensar en lo que se podía haber hecho!... ¡Nuestro gran mal fué el abatimiento, la inercia en que habían caído las almas! ¡Hubo aún algún tiempo en que se atribuyó toda la culpa al Gobierno! Acusación grotesca que hoy nadie se atrevería a repetir.

¡Los Gobiernos! Podían haber creado, es cierto, más artillería, más ambulancias; ¡pero lo que ellos no podían crear era un alma enérgica al país! Habíamos caído en una indiferencia, en un escepticismo imbécil, en un desdén de toda idea, en una repugnancia de todo esfuerzo, en una anulación de toda la voluntad... ¡Estábamos caquécticos! El Gobierno, la Constitución, tan escarnecida, nos dieron todo lo que nos podían dar: una amplia libertad. Al abrigo de esa libertad, la Patria, la masa de los portugueses, tenía obligación de hacer a su país próspero, vivo, fuerte, digno de la independencia. ¡El Gobierno! El país esperaba de él lo que debía sacar de sí mismo, ¡pidiendo al Gobierno que hiciese todo lo que le correspondía hacer a él mismo!... ¡Quería que el Gobierno le cultivase las tierras, que el Gobierno crease su industria, que el Gobierno escribiese sus libros, que el Gobierno alimentase a sus hijos, que el Gobierno construyese sus edificios, que el Gobierno le diese la idea de su Dios!

¡Siempre el Gobierno! ¡El Gobierno debía ser el agricultor, el industrial, el comerciante, el filósofo, el sacerdote, el pintor, el arquitecto, ¡todo! Cuando un país abdica así en manos de un Gobierno toda su iniciativa, y se cruza de brazos, esperando que la civilización le caiga hecha desde los ministerios, como la luz le viene del sol, ese país está mal: las almas pierden el vigor, los brazos pierden el hábito del trabajo, la conciencia pierde la norma, el cerebro pierde la acción. Y como el Gobierno está ahí para hacerlo todo, el país se estira al sol y se acomoda para dormir. Pero cuando despierta —así despertamos nosotros—¡hay un centinela extranjero a la puerta del Arsenal!

¡Ah! ¡Si nosotros lo hubiéramos sabido!

¡Pero ahora lo sabemos! Esta ciudad, hoy, parece otra. Ya no es aquella multitud abatida y fúnebre, apiñada en el Rocío, en vísperas de la catástrofe. Hoy, se ve en las actitudes, en las maneras, una decisión. Cada mirada brilla con un fuego contenido, más valiente; y los pechos se levantan, ¡como si realmente contuviesen un corazón! Ya no se ve por la ciudad aquella torpe ociosidad: cada cual tiene la ocupación de un alto deber que cumplir. Las mujeres parecen haber sentido su responsabilidad, y son madres, porque tienen el deber de preparar ciudadanos. Ahora trabajamos. Ahora leemos nuestra historia, y las propias fachadas de las casas ya no tienen aquel aspecto estúpido de caras sin ideas, porque ahora, detrás de cada ventana, se

presiente una familia unida, organizándose vigorosamente.

Por mi parte, todos los días llevo a mis hijos a la ventana, los levanto en brazos, ¡y les muestro el CENTINELA! Se lo muestro, paseando despacio, de garita a garita, en la sombra que forma el edificio, al cálido sol de julio, y los saturo del horror, del odio hacia ese soldado extranjero...

Les cuento entonces los detalles de la invasión, las desgracias, los episodios pavorosos, los capítulos sangrientos de la siniestra historia... Después les señalo hacia el futuro, y les hago desear ardientemente el día en que, ¡desde esta casa donde habitan, desde esta ventana, vean, en la tierra de Portugal, pasear otra vez un centinela portugués! Y para eso les muestro el camino seguro—el que debíamos haber seguido nosotros—: trabajar, creer, y, siendo pequeños por el territorio, ser grandes por la actividad, por la libertad, por la ciencia, por el valor, por la fuerza del alma... Y los acostumbro a amar a la Patria, en vez de despreciarla, como hicimos nosotros en otro tiempo.

¡Cómo lo recuerdo! Ibamos hacia los cafés, hacia el casino, a arrellanarnos y a decir indolentemente, entre dos bocanadas del puro:

—¡Esto es un asco! ¡Esto está perdido! ¡Esto está en manos de los otros!...

Y, en lugar de esforzarnos por salvar «esto», pedíamos más coñac y marchábamos hacia el lupanar.

¡Ah, generación cobarde, bien castigada fuiste!...

Pero ahora, esta nueva generación se compone de otra gente. Esta ya no dice «esto»» está podrido; se calla, espera; si no está animada, está reconcentrada...

Y, además, no todo son tristezas: ¡también tenemos nuestras fiestas! Para fiestas todo nos sirve: el 1 de diciembre, la concesión de la Carta Constitucional, el 24 de julio, cualquier cosa, con tal que conmemore una fecha nacional. No en público —aún no lo podemos hacer—, pero cada cual en su casa, a su mesa. En esos días se ponen más flores en los jarrones, se adorna la araña con follaje, se coloca bien a la vista la bonita bandera antigua, las «quinas» o los cinco escudos de nuestro blasón, de la que sonreíamos y que hoy nos enternece, y luego, todos en familia, cantamos en sordina, para no llamar la atención de los espías, el viejo himno, el himno de la Constitución... ¡Y se brinda ampliamente por un futuro mejor!

¡Y hay un consuelo, una alegría íntima, en pensar que a la misma hora, en casi todas las casas de la ciudad, la generación que se prepara está celebrando, en el misterio de sus habitaciones, de un modo casi religioso, las antiguas fiestas de la Patria!

FIN DE
«LA CATÁSTROFE»

ALVES & COMPAÑIA

(1925)

ACOTACION MARGINAL

Debió de escribir esta novela Eça de Queiroz entre 1878 y 1879, aunque no exista ningún antecedente concreto que lo demuestre. Fué publicada como obra póstuma, apareciendo en su primera edición en 1925.

Aunque no figura en la lista de esa serie de novelas proyectada con minucioso entusiasmo por Eça y propuesta a su editor, cuyo título general iba a ser el de Escenas portuguesas, *según varios de sus biógrafos y amigos, esta obra debió de ser escrita en su primera forma (que es como ha llegado al público) para formar parte de esa serie, que nunca llegó a tener realización.*

El hijo mayor del escritor, José María, se refiere a esta novela, advirtiéndonos que no tiene historia. «No se sabe de dónde vino, ni de cuándo data. No se sabe siquiera el título que el autor pensaba darle. Alves & Compañía *es anónimo y desconocido. El autor no se refirió nunca a este libro ni en una carta, ni en una conversación o en un artículo; no lo ofreció nunca a un editor, ¡ni siquiera lo mencionó jamás!» Sin embargo, José María Eça de Queiroz nos cuenta que este original (como el de* La capital *y el de* El conde de Abraños*) apareció en 1924 en esa célebre maleta metálica donde dormía hacía más de un cuarto de siglo, con otros inéditos de Eça que no pudieron ser nunca ya revisados, ampliados, corregidos amorosamente por su autor.*

Es esta novela (pese a su estado de primera forma, sin el pulimento ni el desarrollo que quizá hubiera deseado para ellos Eça) un cuadro de costumbres, un nuevo estudio sobre el matrimonio, sobre aquellos matrimonos en que la mujer, la jovencita, se casaba (como la de otros países) sin un sentido exacto y hondo de ese estado, ni de los hombres, ni de la vida en general. Y así el matrimonio resultaba lamentablemente fallido, porque la vida, los hombres, el amor (ese otro amor, el prohibido según los convencionalismos sociales, que aparecía tarde, pero abrasador, para sus víctimas), todo se vengaba en los cónyuges, trayendo una vida, a veces dramática, de decepciones, de renunciamientos, de dolor o de goces dolorosos también. Así, en esta novela, para mí de un tono como molieresco, Eça de Queiroz diseca, entre irónico y piado-

so, *pero humano y sensible siempre*, *el adulterio, como había hecho ya en forma de novela* grande *en el famoso* Primo Basilio. *Aunque, como dice sagazmente Gaspar Simoes*, «Alves & Compañía *es una especie de* Primo Basilio, *sin prejuicios sociales ni pretensiones científicas*». *Y añade*: «*Eça de Queiroz muestra en este libro el problema del adulterio visto* desde el lado del marido, *desde el punto de vista puramente individual.*»

Y *Eça nos hace asistir a las reacciones del marido, Godofredo Alves; eleva esas reacciones del* cocu, *del* cocuage, *hasta adoptar un verdadero enfoque filosófico, que le permite lograr el sosiego, readaptarse a su amada* costumbre... *Alves, engañado, pasa por una primera reacción violenta, ciega, ante su desventura, para llegar luego, en una hábil y, ¿por qué no decirlo?*, humana *transición, hasta el olvido deliberado, al perdón egoísta, pues al cicatrizar su herida, que estaba en carne viva y escocedora, siente como nunca que su mujer es para él la más fuerte y perti*naz de las costumbres, *ya que sólo ella, con su presencia, le puede aportar la paz interior y exterior, la tranquilidad en su vida y en su hogar. Por eso, como apunta también el ya mencionado escritor Gaspar Simoes, «la moral de esta novela no está en sus páginas, sino en la interpretación que le demos». Porque Eça de Queiroz, como gran novelista que es, no muestra una simpatía ética (siempre deformadora) por ninguno de sus personajes o hacia alguna de sus reacciones. Se limita —¡y de qué modo lo consigue siempre!— a trazar el dibujo, a darle el colorido, a crear en su cuadro el aire donde viven, aman, odian, altos o pequeños, sensibles o grotescos, sus personajes, uniéndolos por ese hilo tan tenue y tan difícil de fabricar que es la emoción. Nos hace pensar, sonriendo. Así, en esta novela* Alves & Compañía, *que cerramos complacidos con esa sonrisa, hecha de comprensión y de piedad, que sólo las obras de arte perdurable provocan en el lector atento, agudo, libre, buceador sempiterno de emociones...*

NOTA PRELIMINAR

Es éste el cuarto volumen de la nueva serie de inéditos que, lenta y pacientemente, he venido organizando hace cerca de dos años, y que, de un mes a esta fecha, voy lanzando tumultuosamente al público.

Y en cada volumen que surge aparezco yo, locuaz y alborozado, historiando, explicando, presentando y justificando el nuevo libro.

Hoy, sin embargo, en el momento de lanzar en brazos de los lectores y de la crítica este cuarto volumen, reconozco desconsolado que no tengo nada que decir. *Alves & Compañía* no tiene historia. *Alves & Compañía* no se explica. No se sabe de dónde vino, ni de cuándo data. No se sabe siquiera el título que el autor le tenía destinado. *Alves & Compañía* es anónimo y desconocido. Nunca el autor se refirió a él en una carta, en una conversación o en un artículo; nunca lo ofreció al editor; ¡ni siquiera lo mencionó nunca!

¿Qué podía yo, pues, decir, en cumplimiento de mi nueva función de «confeccionador de prólogos»? ¿Sólo lo que sabía? ¡Era poco!

Así, habiendo reducido la habitual y pomposa *Introducción* a las proporciones más modestas de *Nota*, resolví limitarme a la necesaria presentación del tomito, reeditando aquí, para quienes no lo leyeron, aquello que ya quedó dicho en el estudio que precede a *La capital*.

Alves & Compañía apareció una tarde, a principios del año 1924, en la ya célebre maleta de hierro, donde dormían, hace más de un cuarto de siglo, los originales inéditos de mi padre. Eran ciento quince cuartillas sueltas, sin título ni mención de fecha, cubiertas con una letra, como siempre, vertiginosa, y, como siempre, sin un retoque ni una corrección. Por el formato del papel, por la letra, por la poca extensión, por el asunto, sobre todo, me incliné primero a pensar que el manuscrito formaba parte del amplio plan inicial de las *Escenas de la vida portuguesa*, lo cual fechaba la novela entre 1877 y 1879. Aunque esto era sólo una suposición.

Lo cierto es que de los doce títulos destinados a los doce estudios sociales—o simplemente humanos—que debían formar las *Escenas de la vida portuguesa*, ninguno puede razonablemente aplicarse a *Alves & Compañía*.

Por otro lado, ciertas características de la novela hacían legítima mi suposición. Mi padre, en una carta a Chardron, ya citada en la Introducción a *La capital*, daba las líneas esenciales de la futura obra, de la que hablaba como de una «colección de pequeñas novelas, no excediendo de ciento ochenta a doscientas páginas, que fuese la pintura de la vida contemporánea en Portugal: Lisboa, Oporto, las provincias, políticos, *negociantes*, nobles, abogados, médicos, todas las clases, todas las costumbres, entrarían en esa galería». Y más adelante añadía: «El encanto de estas novelas es que no hay digresiones, ni declamación, ni filosofía: todo es interés y drama, y está contado rápidamente.» Son éstos, en efecto, los rasgos que caracterizan a *Alves & Compañía*, que es, en realidad, un breve estudio social de doscientas páginas, una pintura de la pequeña burguesía comercial de Lisboa, una novela corta en la que «no hay digresiones ni declamación», y en que «todo es interés y drama, y está contado rápidamente».

Más adelante, sin embargo, descubrí, en otra carta, ésa dirigida a Luis de Magalhaes, una frase que me dejó perplejo. Luis de Magalhaes, por entonces subdirector de *La Revista de Portugal*, reclamaba para dicha revista una novela inédita de mi padre; a lo cual mi padre respondía: «En cuanto a una novela, usted no se figura lo lento que soy para trabajar. No tengo nada hecho en el cajón, más que un pequeño estudio, que, por su naturaleza, un poco *cruda*, no conviene a la revista.» La carta estaba fechada en París, en 1891.

¿Sería ese estudio de «naturaleza un poco cruda», y que mi padre no quería ver publicado en *La Revista de Portugal*, la novelita tan finamente irónica, el drama vulgar que agita un momento tan grotescamente las vidas inferiores del buen Alves y de su amigo? ¿Se refería realmente la carta al manuscrito que hoy nos ocupa? Es muy posible, tanto más cuanto que de ese estudio «de naturaleza un poco cruda» nunca más oímos hablar, ni aparece otro entre los papeles de mi padre, que, de lejos o de cerca, pueda corresponder a esa descripción. Y por eso, seguramente, como no convenía a la revista, el pequeño estudio volvió a hundirse en el cajón, donde vemos que ya por entonces esperaba resignadamente. Aunque esto también no pase de ser una suposición.

Pero, ¿para qué acumular hipótesis que nadie podrá comprobar nunca, o argumentos que son meramente conjeturales?

Sólo hay, en resumidas cuentas, dos puntos en la historia confusa de

este manuscrito, que se pueden aseverar con seguridad y precisión: que mi padre lo escribió y que yo le doy publicidad.

El primero de esos puntos no tiene discusión. Es un hecho: tiene la indestructibilidad de un monumento de la remota antigüedad egipcia.

En cuanto al segundo, ¿para qué reunir comentarios que lo justifiquen? *Alves & Compañía* inicia hoy su carrera: por mis manos entra en el ruido de la publicidad y afronta la sentencia de la crítica. Obra de primer impulso, lanzada sobre el papel en una improvisación magistral, padece, sin duda, las deficiencias de la revisión de un lego, y, a pesar de todo, pongo confiadamente el librito en manos del público, seguro de que la justeza de sus tipos, su intenso sabor lisboeta, la gracia de sus diálogos, el equilibrio de su composición, la ironía de sus situaciones, en una palabra: el arte consumado que el manuscrito revela, son la más segura garantía de su éxito y la mejor justificación de la publicidad que hoy le doy.

José María Eça de Queiroz.

Granja, 1925.

ALVES & COMPAÑIA

I

Aquella mañana, Godofredo de la Concepción Alves, sofocado, resoplando, por haber venido del Terreiro do Paço casi corriendo, abrió la hoja de bayetón verde de su oficina, en la calle de los Doradores, cuando el reloj de pared, encima de la carpeta del tenedor de libros, daba las dos, con aquel tono hueco al que el techo bajo prestaba una sonoridad doliente y triste. Godofredo se detuvo, comprobó su propio reloj, sujeto por una cadena de pelo sobre el chaleco blanco, y no contuvo un gesto de irritación viendo su mañana así perdida por los negociados del Ministerio de Marina. Era siempre lo mismo, cuando su negocio de comisiones para ultramar le llevaba allí. A pesar de tener un primo director general, de deslizar de cuando en cuando una moneda de peseta en la mano de los ordenanzas, de haber descontado letras a favor de dos oficiales segundos, eran siempre las mismas esperas soñolientas por parte del ministro, un hojear eterno de papelotes, vacilaciones, demoras, todo un trabajo irregular, rechinante y descoyuntado de la vieja máquina, medio destornillada.

—Siempre el mismo entumecimiento—exclamó, dejando el sombrero sobre la carpeta del tenedor de libros—. Dan ganas de hostigarlos como a los bueyes: ¡eh, Ruso!, ¡hala, Manchado!, ¡riá!...

El tenedor de libros, joven pálido, de aspecto enfermizo, sonrió. Esparció arenilla sobre la ancha hoja que acababa de escribir, y dijo, sacudiéndola:

—El señor Machado dejó unas líneas ahí dentro... Dijo que iba a Lumiar.

Godofredo, que se secaba la cabeza con el pañuelo de seda, encubrió una sonrisa detrás del pañuelo y se puso a examinar la correspondencia que el tenedor de libros seguía espolvoreando de arenilla.

Fuera, un carro retumbó un momento por la calle estrecha, con un ruido de herrajes sacudidos. Después, todo volvió a sumirse en un silencio pesado.

Un empleado, agachado ante un

cajón, escribía un nombre sobre la tapa. La pluma de ganso del tenedor de libros crujía; por encima, el reloj producía un tictac fuerte, y en aquel gran calor del día, en la sofocación de los techos bajos, subía de los cajones, de los fardos, de los polvorientos papelotes, un vago olor a rancio y a mercería.

—El señor Machado estuvo ayer en el Doña María—murmuró el tenedor de libros, sin dejar de escribir.

Alves apartó la carta que leía, interesado, con la mirada más viva:

—¿Qué echaban ayer?

—*El trapero de París*...

—¿Qué tal?

El tenedor de libros alzó los ojos de la carta para contestar:

—A mí me gustó mucho Teodorico...

Alves esperó aún algún detalle, una opinión; pero el tenedor de libros cogió de nuevo la pluma; y él continuó su lectura. Durante unos instantes el trabajo del empleado, agachado, le interesó: seguía el pincel, admirando las curvas de las letras.

—¡Póngale un acento, hombre! Fabián lleva un acento...

Y como el muchacho se aturrullaba, él mismo se inclinó, cogió el pincel y colocó su acento a Fabián.

Hizo todavía unas recomendaciones al tenedor de libros sobre una remesa de bayeta roja a Loanda, y, empujando otra hoja verde, bajó dos peldaños, porque en aquel piso bajo los suelos eran de diferentes niveles, y, entrando en su gabinete, pudo al fin desabrocharse el chaleco y tenderse en su sillón de *reps* verde.

Fuera, el día de julio abrasaba, rebrillando en las piedras de los paseos. Pero allí, en aquel gabinete donde nunca daba el sol, sombreado por las altas casas de enfrente, había una frescura que las persianas verdes, echadas, envolvían en una apacible penumbra; y el charol de las dos carpetas—la de él y la de su socio—, la estera que cubría el suelo, el *reps* verde bien acepillado de las sillas, una moldura dorada enmarcando una vista de Loanda, la blancura reluciente de un gran mapa en la pared, tenían un aspecto de arreglo, de orden, que ponía en el despacho un reposo, una frescura mayor. Había incluso un ramo de flores, que su mujer, la buena Lulú, le mandó la víspera, compadecida al saberle, en aquellas mañanas de calma, en la sofocación de la oficina, sin el color vivo de una flor que le alegrase los ojos. Había puesto el ramo sobre la carpeta de Machado; pero, sin agua, las flores se marchitaban.

Se abrió la hoja verde, y el tenedor de libros mostró la cara pálida y doliente:

—¿El señor Machado dejó algún encargo respecto al vino de Collares para Cabo Verde?—preguntó.

Sólo entonces, Alves pensó en la carta de su socio que estaba sobre la escribanía. La abrió: *las dos primeras líneas* explicaban su ida a Lumiar; después, en efecto, empezaba: «Respecto al collares...»

Alves entregó la carta al tenedor de libros, y, cuando la hoja se cerró de nuevo, tuvo otra vez la misma sonrisa encubierta. Desde el comienzo del mes, era la cuarta o quinta vez que Machado desaparecía así de la oficina, ora para ir a Lumiar a ver a su madre, ora a la otra orilla a visitar a un amigo tísico, ora, incluso, sin motivo, con esta palabra vaga: «un negociejo». Y Alves sonreía. ¡Empezaba a desconfiar de aquel «negociejo»!

Machado tenía veintiséis años y era un guapo mozo. Con su bigotito rubio, el pelo rizado y cierto aire elegante, gustaba a las mujeres. Desde que eran socios, Alves le había conocido tres amoríos: una española, que, loca por él, dejó a un rico brasileño, un antiguo influyente de provincia, que le puso casa; después, una actriz del Doña María, que no tenía más

que unos lindos ojos, ¡y ahora aquel «negociejo»! Pero estos nuevos amores eran, sin duda, más delicados, ocupaban un lugar mayor en el corazón y en la vida de Machado. Godofredo lo notaba claramente, por cierto aire inquieto y preocupado de su socio, por algo violento, triste a veces... Por otra parte, Machado no le contaba nunca sus aventuras, no mostraba jamás la menor tendencia a una efusión, a una confidencia... Eran íntimos. Machado iba muchas noches a casa de él, trataba a Lulú casi como a una hermana, comía allí todos los domingos; pero, o porque hubiese entrado en la razón social hacía poco, o por ser diez años más joven, o porque Alves hubiera sido amigo de su padre y uno de sus albaceas testamentarios, o, quizá también, por ser casado, Machado mantenía con él cierta reserva, un vago respeto, y no se estableció nunca entre ellos una verdadera camaradería de hombres. Por eso Alves no le preguntaba tampoco. El «negociejo» no pertenecía a los intereses de la razón social: él no tenía nada que ver con aquello.

A pesar de aquellas ausencias repetidas, Machado seguía siendo muy trabajador, atado a la carpeta diez y doce horas en días de embarque; activo, listo, viviendo todo para la prosperidad de la razón social, y Alves no podía dejar de confesar que si en la Sociedad él representaba la buena conducta, la honradez doméstica, la vida regular, la seriedad de costumbres, Machado representaba la finura comercial, la energía, la decisión, las amplias ideas, el olfato del negocio.

El, Godofredo, fué siempre de carácter indolente, como su padre, que, por gusto, se hacía transportar de una habitación a otra en un sillón de ruedas.

Por otra parte, a pesar de sus principios severos de joven educado seriamente en los jesuítas, lleno de buenas creencias, y que nunca, antes de casarse, había tenido una aventura, un amor irregular, él sentía por aquellas «tonterías» de Machado una vaga y simpática indulgencia. En primer lugar, había conocido a Machado de pequeño, y bonito como un querubín; además, nunca dejó de impresionarle vagamente la buena familia de su socio: su tío, el vizconde de Villar; sus relaciones en sociedad, el caso que le hacía doña María Forbes, que le invitaba a sus jueves, aun siendo un comerciante. Admiraba sus bellas maneras y ciertas exquisiteces de su elegancia; le impresionaba aquel buen aire, aquella distinción de Machado. Pero había otra razón más, una razón de temperamento, para que él no dejase de simpatizar vagamente, a su pesar, con las aventuras amorosas de Machado. Y es que, en el fondo, aquel hombre de treinta y seis años, ya un poco calvo, de espeso bigote negro, era aún, a pesar de las preocupaciones del negocio, ligeramente romántico. Heredó aquello de su madre, una señora delgada, que tocaba el arpa y se pasaba la vida leyendo versos. Ella fué quien le puso aquel nombre ridículo de Godofredo. Más tarde, todo aquel sentimentalismo que durante largos años se entregara a las cosas literarias, a los claros de luna, a los amores novelescos, se volvió hacia Dios, en un principio de monomanía religiosa. La lectora de Lamartine se convirtió en una devota maniática del Señor de los Pasos, ¡y sus últimos días fueron un largo terror de infierno! El heredó algo de aquellas aficiones de su madre. De chico, sintió toda clase de entusiasmos, que no se concretaban, que fluctuaban, yendo de los versos de Garret al Corazón de Jesús. Después, se calmó, a continuación de unas fiebres tifoideas, y cuando llegó la ocasión de quedarse con la casa de comisiones de su tío,

era un hombre práctico, viendo la vida por su lado material y serio. Quedábale, sin embargo, en el alma un fondo de sentimentalismo romántico que no quería morir: así, le gustaba el teatro, los dramones, los episodios violentos. Leía muchas novelas; las grandes hazañas, las grandes pasiones, le exaltaban, y sentíase a veces capaz de un heroísmo o de una tragedia. Pero todo aquello era vago, casi inconsciente, moviéndose sordamente en el fondo de su corazón, ¡y si las pasiones románticas le interesaban, con seguridad no pensó nunca en probar su miel o su amargura! No: él era un hombre casto, que amaba a su Lulú; sólo que le gustaba verlas en el teatro o en los libros. Y ahora, la novela que él percibía allí, a su lado, en su oficina, le interesaba. Era como si los fardos, los papelotes, se espiritualizasen con aquel vago perfume de aventura que emanaba de Machado...

De nuevo la hoja verde se abrió, y la cara pálida del tenedor de libros apareció. Venía a devolver la carta del señor Machado, y, antes de retirarse, recordó desde la puerta, entornada:

—Hoy es la junta general de la Transtagana.

Alves tuvo una sorpresa:

—¿Cómo?... ¿Entonces, hoy, es nueve?

—Hoy es nueve.

Por lo demás, sabía perfectamente que era día nueve. Pero es que la idea de la reunión anual de la Transtagana le traía bruscamente el recuerdo del aniversario de su boda. Durante los dos primeros años fué un día de fiesta íntima, con una bonita comida a la que asistía la familia, un pequeño baile, por la noche, a los sones de un simple piano. Después, el tercer aniversario coincidió con los primeros tiempos del luto por su suegra, cuando en la casa, aún triste, Lulú lloraba todavía por los rincones. Y ahora, este día de fiesta, transcurría, había pasado casi, y ni uno ni otro habían pensado siquiera en eso. Lulú no se acordó, con seguridad. Cuando salió él, de mañana, ella se peinaba al espejo, ya en pie, y no le habló para nada. Era una lástima que aquel bello día terminase así, sin que se abriese una botella de vino de Oporto, sin tener al menos unas natillas más cuidadas, a los postres. Además de eso, debía haber invitado a su suegro o a su cuñada, aunque últimamente sus relaciones se hubieran enfriado y existiese cierto alejamiento, a causa de una criada nueva que se había hecho todopoderosa en casa del viudo.

Pero, en fin, en una fecha de ésas, como en un cumpleaños, esas cosas se olvidaban, predominando el sentimiento familiar. Y decidió en seguida correr a la calle de San Benito, recordar a Lulú aquella gran fecha, y enviar un recado al suegro, que vivía en Santa Isabel. Eran casi las tres, la correspondencia estaba firmada, no había aquel día otros quehaceres en aquella especie de reposo que seguía siempre al apresuramiento con ocasión de un embarque. Y, cogiendo el sombrero, lleno de regocijo por la media fiesta, se alegraba a la idea de ir a sorprender a su querida Lulú. Sólo una cosa le contrariaba: que Machado estuviese en Lumiar y no pudiera comer con ellos.

—¿Va a volver?—le preguntó el tenedor de libros, al verle con el sombrero puesto.

Godofredo pensó un momento en invitarle, pero temió que Machado se molestase al enterarse de que su cubierto había sido tan fácilmente sustituído.

—No vuelvo... Si el señor Machado viniese aquí por casualidad—no es natural—, pero, en fin, si apareciese, dígale que le esperamos en casa a las seis..., como habíamos quedado.

Al bajar la escalera sentíase con-

tento, como si se hubiera casado la víspera. Era un deseo ardiente de entrar en casa, con aquel calor, de ponerse su chaqueta de hilo, de calzar las zapatillas y de permanecer allí, esperando la comida, gozando de su piso, de los movimientos y de la presencia de su linda Lulú. Y en aquella oleada de felicidad que le invadía, se le ocurrió la idea de llevarle un regalo. Pensó en un abanico, pero después se decidió por una pulsera que había visto días atrás en el escaparate de una joyería: una serpiente de oro, con dos rubíes en los ojos, mordiéndose la cola. Aquel regalo tenía un significado: simbolizaba la eterna continuidad, el giro regular de los días felices, algo que está siempre dando vueltas en un círculo de oro.

Temió, sin embargo, que la joya fuese cara. Pero no: sólo costaba treinta duros, y como mientras la examinaba el joyero le asegurase que el día anterior había vendido una igual a la señora marquesa de Lima, no vaciló más y pagó en seguida. Y no había dado aún dos pasos por la calle, cuando se paró a la sombra, abrió de nuevo el estuche y la echó otro vistazo; tan contento estaba de su compra. Sentía como un enternecimiento, como le sucede siempre a quien ofrece un regalo: es como una puertecita abierta en el egoísmo y en la avaricia natural del hombre, a través de la cual irrumpiese toda la onda expansiva de las generosidades latentes. En aquel momento, Godofredo deseó ser rico y poder ofrecer a Lulú un magnífico collar de brillantes. Estaban casados hacía cuatro años y nunca hubo entre ellos ni una nubecilla.

Desde que la vió, una tarde, en Pedrouços, la adoraba. Sin embargo, ahora podía confesarlo, al principio la tuvo miedo. La creyó imperiosa, orgullosa, exigente, seca. Todo a causa de su bella estatura, de sus grandes ojos negros, de su porte erguido, de su pelo ondulado y abundante... Pero, finalmente, dentro de aquel cuerpo magnífico de reina bárbara, había encontrado un corazoncito de niña. Era buena, era caritativa, era alegre, y su genio corría igual y suave, como la superficie transparente de un río en una tarde de verano.

Sólo durante una temporada, hacía cosa de cuatro meses, mostraba ella ciertas desigualdades, un poco de melancolía, una pizca de nervios: hasta él sospechaba si... Pero no, no era eso, por desgracia. Eran nervios y habían pasado; vino una reacción y nunca como en los últimos tiempos se mostró ella tan tierna, tan alegre, y le llenó de tanta felicidad...

Y todo le bailaba alegremente en torno al corazón, mientras subía, bajo la calma ardiente, amparado por su quitasol, la calle Nueva del Carmen. En lo alto de la calle, en el restaurante Matta, se paró a encargar una empanada de pescado para las seis. Y compró, además, unos fiambres, un queso de la sierra; y miraba alrededor para ver qué más podía llevar, con la alegría y la ansiedad de un pájaro que abastece su nido. Subió el Chiado. Se detuvo un momento a mirar con respeto a un gran hombre, un gran poeta, un gran historiador, que en aquel momento, con un viejo chaquetón de alpaca y sombrero de paja, conversaba en la puerta del Bertrand, con su enorme pañuelo rameado preparado para sonarse. Godofredo admiraba sus novelas y su estilo. Después, compró puros destinados a su suegro, para después de la comida. Bajó, por fin, la calzada del Correo, que brillaba bajo el sol, polvorienta y seca. A pesar del calor, caminaba de prisa, palpando de cuando en cuando el estuche de la pulsera, que había metido en el bolsillo de la chaqueta.

Llegó a la calle de San Benito, a media docena de pasos de su casa, cuando dentro de la pastelería vió a su criada, Margarita, esperando ante el mostrador. Comprendió en seguida que Lulú no había olvidado el día, la fecha feliz: Margarita bajaba a comprar dulces, postres.

En dos pasos entró en su portal. Era una casa de dos pisos, pintada de azul, apretada entre dos edificios sórdidos. El ocupaba el piso primero, y, a pesar de no tratarse con los vecinos de encima, gente turbulenta y ordinaria y de no gustarle que participasen del lujo de su entrada, había mandado últimamente, a petición de Lulú, alfombrar la escalera. Y no se arrepentía: era siempre un placer renovado sentir, al entrar en casa, bajo los pies, aquella alfombra que se desenrollaba por los escalones, transmitiéndole una sensación de comodidad sólida. Aquella alfombra le proporcionaba un aumento de consideración hacia sí mismo. Margarita, que había salido sólo por un momento, dejó abierta la puerta; un profundo silencio reinaba dentro de la casa; todo parecía dormido bajo la gran calma del día. Una luz fuerte caía de la claraboya y el cordón de la campanilla, con su borla roja, colgaba inmóvil.

Se le ocurrió entonces una idea absurda, de novio retozón: entrar cautelosamente e ir al cuarto a sorprender a Lulú, que, por regla general, a aquella hora se vestía para la comida. Y sonreía ya del gritito que iba ella a dar, tal vez en enaguas, con sus bellos brazos desnudos... La primera habitación era el comedor, que comunicaba por dos puertas de cortinas con el *boudoir* de ella y con la sala de visitas. Entró. En el suelo esterado, sus zapatos de verano, de suela fina, no hacían el menor ruido. Las habitaciones parecían deshabitadas, en un silencio tan completo que se oía viniendo de la cocina un ruido de fritura, y en el balcón los saltitos del canario dentro de su jaula. Se dirigió hacia el repostero del *boudoir*, y, sonriendo calladamente, iba a levantarlo, a asustarla, cuando de la sala de visitas, a través del repostero medio corrido, vino un rumor ligero, indistinto, como un vago suspirar, como un gorjeo muy leve. Godofredo se volvió, sintiéndola allí; espió... Y lo que vió—¡santo Dios!—le dejó petrificado, sin respiración, con toda la sangre en la cabeza y un dolor tan agudo en el corazón, que casi le hizo caer al suelo: sobre el canapé de damasco amarillo, ante una mesita en la que había una botella de vino de Oporto, Lulú, en bata blanca, se recostaba, entregada, sobre el hombro de un individuo que le pasaba un brazo por el talle, contemplando su perfil con una mirada impregnada de languidez. ¡Y aquel individuo era Machado!

II

Al estremecerse el repostero, Ludovina le vió y, dando un grito, saltó instintivamente lejos del sofá. Godofredo oyó aquel grito, pero no se podía mover. Sin saber cómo, se encontró caído sobre una silla, junto a la puerta, y temblaba, como si tuviese calentura, estremecido de frío. A través del rumor febril que henchía su cabeza, dejándole sin ideas, oía todo el barullo que había dentro de la sala, unas pisadas fuertes sobre la alfombra, unas palabras cambiadas, en un soplo, con angustia... El cerrojo de la puerta de entrada fué corrido; después, un silencio... Entonces, súbitamente, la idea de que ellos hubiesen huído le hizo recobrar bruscamente las fuerzas. Un furor se apoderó de él, y de un salto se precipitó hacia la sala. Pero tropezó en una piel de zorro que adornaba el umbral, ¡y cayó cuán

largo era, ridículamente, sobre la alfombra!

Cuando se levantó, furioso, con los puños cerrados, el repostero de la puerta de la escalera se mecía con el aire: no había nadie en la sala.

Corrió al rellano: la escalera se desenvolvía bajo la luz viva de la claraboya con su gran aspecto de decencia burguesa. Entonces, alucinado, se precipitó hacia el balcón: por la calle, a grandes zancadas, Machado se alejaba con el quitasol en la mano. ¿Dónde estaba ella, entonces? Cuando se volvió, en medio de la sala, vió a Margarita, atónita, con su paquete de pasteles en la mano.

—¿Dónde está la señora?—le gritó Godofredo.

Al principio, la muchacha no comprendió; pero de pronto dejó caer el paquete, se llevó el delantal a los ojos y rompió a llorar. El la rechazó, casi la tiró al suelo; corrió hacia la cocina: con la puerta cerrada, cantando muy fuerte hacia el portal, y descamando el pescado, la cocinera nada había oído, no sabía nada. Entonces Godofredo volvió y se arrojó contra la puerta del cuarto de Ludovina: ¡estaba cerrada!

—¡Abre, o la echo abajo!—aulló.

No hubo respuesta. El pegó la oreja a la madera: venía de dentro como un hálito de angustia y de terror, un confuso sollozar...

—¡Abre, o la echo abajo!—gritó de nuevo, y, lleno de ideas de sangre y de muerte, pegó un puñetazo a la puerta, como si diese ya sobre el cuerpo de ella.

Entonces, desde dentro, una voz afligida respondió en un grito de súplica:

—¡Pero no me hagas daño!...

—Te juro que no te haré daño... ¡Abre! ¡Abre!

Rechinó la llave. El se precipitó, mientras Ludovina, con su largo peinador blanco, se refugiaba detrás de la cama, apretando las manos, con los ojos dilatados de miedo y arrasados de lágrimas.

Y entonces, ante aquella mujer que lloraba, se apagó su furor, y allí permaneció con la garganta oprimida, clavando en ella unos ojos de loco, casi llorando también. Ella dió dos pasos lentos hacia él, con los brazos abiertos, y temblándole la voz, temblando toda ella, gritó entre sus lágrimas:

—¡Oh Godofredo, por tu salud, perdóname; yo no había hecho mal alguno, y era sólo la primera vez!...

Y él, con la garganta estrangulada, únicamente lograba articular, con los dientes cerrados.

—La primera vez..., la primera vez...

Su cólera repentina hizo explosión en un grito:

—¿Y qué tiene que ver que fuese la primera vez? ¡Y con quién, infame! ¡Con quién! Lo que yo debía hacer es matarte. Vete, vete ahora mismo; sal de aquí, déjame, criatura... ¡Vete, vete!...

Salió ella, con un llanto desesperado; y, volviéndose Godofredo, vió, a la puerta del pasillo, a la cocinera, que acechaba, curiosa, con la mirada encendida, y detrás, más en la sombra, a Margarita, inquieta y encogida, espiando también.

—¿Qué hacen ustedes aquí?—rugió—. ¡A la cocina! ¡Si oigo un solo ruido, se van las dos a la calle!

Cerró con un portazo, poniéndose a pasear furiosamente por el cuarto, donde el gran lecho con los cuadrantes unidos mostraba su blancura. Y a través de la sangre que hervía en su cabeza, sus ideas se iban fijando. Decidió en seguida batirse con Machado, en un duelo a muerte, y a ella enviarla a casa de su padre. Pensó también en mandarla a un convento, pero le pareció deprimente para ella, más digno para él, ir sencillamente a restituirla al padre. Y apenas midió, pesó, fijó aquellas

dos resoluciones, su gran cólera se calmó.

Ahora sentía una tristeza dura, sombría, a la que se mezclaba la necesidad imperativa, fría, aguda, de vengarse... Y la casa parecía de nuevo adormecida al sol, conservando sólo en el ambiente como un sordo calor de la cólera que allí había estallado.

Godofredo, entonces, intentó serenar su rostro: se arregló incluso la corbata ante el espejo, y, empujando la puerta, entró en el comedor. Allí estaba ella, sentada en una silla, recostada en la pared, con el pañuelo en la mano, llorando bajo y sonándose entre lágrimas. Su bello pelo negro estaba aún recogido en una redecilla roja, y la chambra, que se le desabrochó, dejaba ver un trocito de encaje de la camisa, una vaga blancura de seno... El desvió los ojos: no la quería ver llorar. Y, vuelto hacia la ventana, seco y duro, dijo:

—Arregle sus cosas para irse a casa de su padre.

Siempre con los ojos vueltos hacia el cristal, sintió que detrás de él el blando llanto había parado. Pero ella no respondió. Godofredo esperó aún una súplica, un grito de afecto, una palabra de arrepentimiento: pero sólo la oyó sonarse. Entonces se hizo cruel:

—En mi casa—continuó, siempre vuelto hacia la ventana, con una voz mordiente que debía quemarla—no quiero prostitutas. Puede llevarse todo... Todo lo que es suyo, lléveselo. Pero ¡de prisa!

Se volvió de espaldas y fué a encerrarse en su despacho, una especie de alcoba pequeña, donde tenía únicamente una escribanía y un estante. Sentóse, preparó el papel, escribió arriba la fecha, con una mano trémula que hacía irregular su hermosa cursiva comercial. Después dudó si decir: *Mi querido papá*, o tan sólo: *Muy señor mío*; pero se decidió en seguida por esta última fórmula, porque ahora, finalmente, todo parentesco había terminado: ¡ya no tenía familia! Y ante el pliego de papel blanco, se quedó pensando, revolviendo esta idea: ya no tenía familia. Una inmensa tristeza le invadió, haciéndole sentir una gran compasión hacia sí mismo. ¿Por qué le sucedía aquello, a él, tan bueno, tan trabajador y que la quería tanto? Brotó una lágrima de sus ojos. Pero no quería conmoverse, quería escribir fría, rápidamente, su carta. Al sacar el pañuelo para secarse los ojos, encontró un estuche: ¡el estuche de la pulsera! Lo abrió: en su fondo de seda, la cobra de oro con ojos de rubíes, se enroscaba, mordiéndose la cola. ¡Y allí estaba el bello símbolo de la eterna continuidad de los días felices que vuelven, uno por uno, como algo que está siempre girando en un círculo de oro! Sintió un deseo furioso de abrumarla, de echarle en cara todas las bondades que había tenido con ella, sus sacrificios, las *toilettes* que le regaló, los caprichos a que obedeció... Y el palco en el San Carlos, y las abnegaciones de su amor. No pudo contenerse y volvió al comedor con los labios llenos de reproches.

Ella seguía allí, pero ahora en pie, y, como él poco antes, miraba estúpidamente la casa de enfrente, secándose los ojos. La luz bañaba su bello perfil y la línea suave de la falda seguía la gracia fuerte de su cuerpo. De repente, Godofredo sintió que las palabras se le secaban en la boca. No encontraba una transición para comenzar sus invectivas, y, ante la otra ventana, se retorcía furiosamente el bigote, con el corazón torturado y los labios estériles. Por fin, una idea absurda surgió de su vago fondo romántico: tiró la pulsera encima de la mesa, gritando:

—Mete eso también en la maleta;

te lo había comprado hoy; es un regalo más...

Ella, instintivamente, echó un vistazo a la pulsera. Después empezó de nuevo a llorar.

Aquellas lágrimas mudas le importunaban, le excitaban:

—¿Para qué estás llorando? ¿De quién es la culpa? ¡Mía no es, que aquí no te faltó nunca nada!

Entonces fué una explosión. Paseando por el comedor, en voz baja y rápida, le lanzó a la cara toda su ternura, toda su abnegación. Ella habíase dejado caer sobre una silla, llorando siempre: parecía deber llorar así eternamente. El gritó:

—Pero déjate de llantos; ¡habla!... Dime, explica... ¿No tienes nada que te disculpe? ¿Fuiste tú la que quisiste, fuiste tú la que le provocaste?...

Ella levantó vivamente el rostro. Un resplandor brilló en sus ojos a través de las lágrimas. Y ansiosamente, como quien se agarra para no caer, acusó a Machado. Fué él. él solo tuvo la culpa. Aquello había comenzado hacía cuatro meses, cuando había roto con la del Doña María. Entonces empezó con ella; y le hablaba, le escribía, la tentaba, y aparecía allí cuando Godofredo estaba en la oficina, y un día, por fin, casi a la fuerza...

—Te juro que fué así... Yo no quería, se lo supliqué por todo... Después tuve miedo de que Margarita oyese el jaleo...

¡Godofredo oía aquellas cosas lívido!

—Déjame ver las cartas de él—dijo, por último, con una voz apenas audible.

—No las tengo...

El dió un paso hacia el cuarto, diciendo:

—¡Yo las encontraré!

Ella se levantó con un grito, envolviéndole en sus brazos:

—Te juro que no las tengo. ¡Que Dios me condene si miento!... Se las entregué todas hace unos días...

El la apartó, fué al tocador. Precisamente, el manojo de llaves estaba sobre el mármol, entre los frascos. Y comenzó una busca desesperada entre las sábanas, los encajes, las cajas de abanicos, todas esas cosas íntimas de una mujer...

Ella, a veces, le cogía del brazo; volvía a jurarle que no tenía las cartas. Pero él, tranquilamente, la apartaba y seguía revolviendo los cajones. Un abanico de marfil se rompió al caer; un rosario de cuentas, con su cruz, yacía en el suelo.

Y le parecía ya que no le engañaba, cuando vió el paquete de cartas, atadas con una cinta de seda, mostrándose estúpidamente a su vista, desde el principio, entre dos cepillos. Se las arrebató: no eran cartas de él, sino de ella. La primera que abrió comenzaba así: *Angel mío*. Entonces, tranquilamente, se las metió en el bolsillo, y, volviéndose hacia ella, que había quedado postrada al borde del lecho, dijo:

—Arréglese para salir hoy mismo.

Volvió a su despacho, y allí leyó las cartas, una por una. No podía haber nada más imbécil: era la perpetua repetición de frases hechas y ampulosas: «Angel mío adorado: ¿por qué no hizo Dios que nos encontrásemos hace más tiempo?...» «Amor mío: ¿piensas en la que daría su vida por ti?» E incluso esto: «¡Ay, quién me diera un hijo tuyo!...» Cada frase caía sobre su corazón como un golpe sordo que le deshacía. Una sobre todo le enfureció: «Riquín de mi alma, ¡qué tarde la de ayer!...»

Entonces, vivamente, rasgando casi el papel con la pluma, escribió la carta a su suegro, cuatro simples palabras—«que había encontrado a su mujer con un hombre, y deseaba que él viniese a buscarla y la recogiese. Si no, él la pondría en la calle

como a una meretriz, siéndole indiferente el destino que siguiese.» Y en un *post-scriptum* añadía que iba a salir de cinco a siete, y le rogaba que aprovechase aquella ausencia suya para venir a buscar a su hija. Se metió la carta en el bolsillo, se arregló la chaqueta, pasó instintivamente la manga por la seda del sombrero, y salió.

En la escalera encontró a un chico con delantal blanco, que llevaba un cesto al brazo.

—¿Es aquí donde vive el señor Alves?

Eran la empanada, los fiambres, el queso de la sierra, todas las buenas cosas que él compró. Una oleada de tristeza le inundó el corazón. Tuvo que sujetarse al pasamanos para no desfallecer...

—¿Es de casa de Matta?—preguntó con esfuerzo.

—Sí, señor—respondió el chico, asombrado de aquel señor que parecía tan enfermo.

Godofredo murmuró:

—Sube, y llama arriba...

Y se quedó escuchando. Oyó al chico tocar, abrirse la puerta, y luego la voz de Margarita decir hacia dentro:

—Es un chico que trae una empanada, señora...

Entonces Godofredo bajó las escaleras de cuatro en cuatro; pero abajo, dominado por la grave decencia de su portal, procuró calmarse, se abrochó la chaqueta, se pasó las manos por la cara, y salió con aquel aire de sólida prosperidad que le hacía tan respetado de la vecindad.

III

Afortunadamente, delante de la mercería, estaba un mozo que a veces le hacía recados y que conocía la casa de su suegro. Le entregó la carta, encargándole que la entregase en propia mano y no esperase contestación; y como sabía la honradez de aquel hombre encanecido en el servicio del barrio, añadió:

—Ten cuidado, va dinero dentro... Un billete.

El viejo guardó la carta en las profundidades del pecho, debajo de la camisa.

Y entonces, de lejos, Godofredo se puso a seguir aquella carta. Vió al hombre entrar en la casa donde vivía su suegro, un edificio de cuatro pisos, sucio, con una tienda de muebles viejos abajo. Netto vivía allí, en lo alto, en el piso en cuyo balcón había un tiesto de flores. Durante un tiempo, que le pareció una eternidad, estuvo, desde lejos, vigilando el portal. El mozo no bajaba y sintió el terror de que su suegro no estuviese en casa. ¿Y si había salido? ¿Si regresaba tarde? ¿Si comía fuera? No daría entonces señales de vida hasta la noche. Y él, ¿qué iba a hacer? ¿Vagar por las calles, en espera de que su mujer saliese? Esto le producía una sensación terrible de abandono, de desorden, como si para siempre hubiese acabado la regularidad de las cosas. De repente vió al mozo: había entregado la carta al señor Netto, y bajó en seguida, sin esperar. Entonces Godofredo, aliviado, siguió caminando al azar. Instintivamente sus pasos emprendieron el camino habitual de todas las mañanas, el camino de su oficina. Bajó por el Chiado. En la calle del Ouro se paró un momento a mirar una pistola, en el escaparate de Lebreton, y la idea de la muerte le traspasó. Después, a las siete, cuando regresase y estuviera ya la casa vacía, entonces, sí; pensaría en el duelo, en el ajuste de cuentas con el otro. Por un momento pensó en ir al Paseo Público, pero temió encontrarse a Machado. Siguió por el Terreiro do Paço y el Aterro, casi hasta Alcántara. Iba como un somnámbulo, sin

fijarse en la gente, que le daba codazos, ni en la belleza de la tarde de verano, que moría en un esplendor de oro vivo. No pensaba en cosa alguna. Tenía en el cerebro como una ondulación de ideas en la que desfilaban toda clase de cosas—recuerdos de su noviazgo con Ludovina, paseos que habían dado juntos; después la manera de estar ella recostada en el brazo del otro, ¡con la botella de oporto delante! Y a cada momento veníanle a la memoria fragmentos de aquellas cartas: «Angel mío, ¿por qué no tendré un hijo tuyo?» Era lo mismo que ella le dijera, con los labios unidos a los de él, de noche, en el calor del lecho... ¡Se alegraba ahora de no tener un hijo con semejante infame!

Iba anocheciendo; pensó en volver. Sentía una gran fatiga por todas aquellas profundas emociones, por aquella caminata en el aire enervante del día de julio. Entró en un café, pidió un gran vaso de agua, y permaneció sentado, con la cabeza apoyada en la pared, abandonándose al placer de su corto descanso en la semipenumbra del café.

Un crepúsculo caluroso envolvía a la ciudad. Todas las ventanas y balcones abiertos respiraban, después del gran fuego del día; algunas luces íbanse encendiendo; y se veía pasar gente sofocada, con el sombrero en la mano.

Y él sentía un vago placer en aquella penumbra y en aquel reposo. Parecíale que su dolor se disipaba, se disolvía en la absoluta inacción del cuerpo, entre las sombras del anochecer. Y le invadía un deseo de quedarse allí para siempre, sin que se encendiesen nunca las luces, sin que él tuviese jamás que moverse, que dar un paso en la vida. La idea de la muerte le penetró de un modo insinuante y sereno como el soplo de una caricia. Deseó realmente morir. En aquel abatimiento en que su cuerpo había caído, todas las amarguras por las que tenía aún que pasar, todas las cosas crueles que tenía que hacer—el regreso a la casa solitaria, el encuentro con Machado, los pasos a dar para buscar padrinos—le parecían otros tantos esfuerzos intolerables, como peñas que sus pobres manos no podrían nunca levantar... Y sería delicioso recostar la cabeza en el muro, y permanecer allí en aquella silla, muerto, liberado, exento de todo dolor, habiendo salido de la vida con la silenciosa tranquilidad de una luz que acaba.

Por un momento pensó en el suicidio. Y no le aterraba ni le hacía estremecer la idea de matarse. Sólo que buscar un arma, dar un paso para tirarse al río, eran también esfuerzos, iniciativas que le repugnaban en aquel desfallecimiento de toda su voluntad. Hubiera deseado morir allí, sin moverse. Si bastase con una palabra, con una orden dada muy bajito a su corazón para que se detuviese y enfriase, él diría aquella palabra tranquilamente...

Y, tal vez, quién sabe, ella le llorase, quizá notase su falta...

Pero ¿y el otro?

Y ante esta idea, la idea del otro, Alves recobró su decisión; una energía, vaga aún, suficiente, sin embargo, para hacerle levantarse y proseguir su camino. Sí, muy contento se quedaría el otro si él desapareciese para siempre aquella noche. ¡Sentiría un alivio completo! Durante unos días, se mostraría pesaroso, tal vez se sintiese realmente conmovido. Pero continuaría la vida: la razón social pasaría a ser Machado & Compañía. El tendría otras amantes, seguiría frecuentando los teatros, poniéndose *cire-à-moustache* (1) en el bigote... Este detalle le irritó. ¡Aquello no era justo! Había sido el otro

(1) Cosmético o fijador para el bigote. En francés en el original.

el causante de todos aquellos estragos, quien destruyó una hermosa felicidad... ¡Era el otro quien debía morir! Era Machado el que debía desaparecer; ¡era Machado el que se debía matar! Eso, sí, sería más justo.

Y las cosas ocurrirían al contrario: la razón social continuaría siendo Alves & Compañía; él podría, más adelante, reconciliarse con su mujer, y la vida seguiría, resignada y tranquila... Era así como debía ser. Dios, mirando hacia uno y hacia otro, midiendo los méritos y las culpas de cada uno, ¡debía hacer desaparecer a Machado, inspirándole a él la idea del suicidio!

Y entonces, de aquellas dos fantasías absurdas que se mecían en su espíritu trastornado—su suicidio, el suicidio del otro—surgió una idea, como chispa viva entre dos nubes pesadas, una idea clara en todos sus detalles, que le pareció justa, realizable, la más conveniente, la única digna: ¡proponer a Machado que uno de ellos se suicidase!

Pero en aquel momento algo familiar en las casas junto a las cuales caminaba, le hizo notar que había vuelto inconscientemente hacia su portal. Se detuvo, invadido todo por la idea de Ludovina, contemplando la casa. Con su farol de gas enfrente, ponía, entre los dos altos edificios contiguos, la decencia de su fachada limpia, pintada de azul. En su piso estaba todo apagado. ¿Seguiría ella allí todavía? ¿Habría su padre venido a buscarla? Y una angustia terrible hacía palpitar su corazón. Por un momento deseó que ella estuviese allí, pensó en la posibilidad de perdonar; de tal modo el aspecto de aquellas ventanas vacías le aterraba. Pero sintió en seguida que permanecía ante ella, de allí en adelante, helado, cohibido... ¡No! ¡Era mejor que no se volviesen a ver nunca más!

Entonces, una curiosidad le empujó hacia casa de su suegro, al final de la calle. Allí estaba la alta casa descuidada, sucia. En el piso tercero de su suegro, los balcones abiertos respiraban la frescura de la noche, pero no salía de allí ninguna luz. Ni una ni otra de aquellas fachadas mudas le respondían, le quitaban el peso de la horrible inquietud.

Volvió a su casa; entró en el portal. La escalera alfombrada dormía en la cálida luz del brazo de gas y el sonido apagado de sus pasos le pareció que repercutía en un lugar desierto y hueco. Del segundo piso venía un vago son de piano, algo del *Fausto*. ¡La gente de arriba era feliz, tocaba el piano!

Salió a abrir la cocinera, y no sabía que en sus modales reveló en seguida a Godofredo que Ludovina habíase marchado.

En el comedor, sobre el hule de la mesa, ardía una vela. La cogió y entró en la alcoba. Vió en seguida la maleta, cerrada, el baúl... Pero había aún por todo el cuarto objetos de ella: sus chinelitas, junto a la cama, y sobre la *chaise longue*, extendida, la chambra blanca que llevaba aquella mañana...

Al dejar la vela sobre el tocador su rostro se le apareció en el espejo, pálido, envejecido, mirándole con un aire extraño de ruina y de abandono...

Vagamente, cogió de nuevo la vela y fué a la sala de visitas. Allí había quedado un aspecto de catástrofe: la piel de zorro, enrollada a un lado; sobre la mesa, frente al sofá, la botella de oporto, y, en el borde de un plato, apagada, una colilla de puro. Ante aquella colilla de puro, el puro del otro, una cólera sorda le invadió; le pareció sentirse abofeteado por una recia mano de hierro; le recorrió el estremecimiento de un insulto mayor, y juró ser de bronce, no perdonar nunca, mandar él mismo

las maletas en seguida, y ver al otro a sus pies, muerto..., ¡o morir él!

Pero inmediatamente decidió resistir aquel estado de trastorno, de inquietud. Quiso que en su espíritu reinase el orden, que todo en la casa recobrase su aire regular y tranquilo. Ella habíase marchado; sus maletas la seguirían aquella noche.

De allí en adelante él era un viudo, pero la marcha de la casa seguiría sin desorden, serenamente.

Llamó en seguida a Margarita:

—¿Es que hoy no se come en esta casa? ¿A estas horas, y no está puesta la mesa?

La muchacha le miró, como asombrada de que él quisiera comer, de que se volviese a comer en aquella casa. Iba seguramente a contestar algo, pero él la miró de un modo tan enérgico, que ella salió de estampía, sin volverse, y poco después ponía la mesa, presurosa, mostrando un activo celo, como si quisiera hacerse perdonar su vaga complicidad. Puso incluso en la mesa todo lo que contenía el cesto: la empanada, los fiambres, el queso serrano...

Godofredo, entre tanto, fué hacia su despacho. Ahora, aquella idea que le había traspasado buscamente, al regreso de la amarga caminata por el Aterro, volvíale, más concreta, más clara, arraigando en su espíritu, convirtiéndose en el centro de toda su actividad interior. Era muy sencillo: ¡echarían a suertes, él y el otro, cuál de los dos debía matarse!

Y aquello no le parecía excesivo, ni trágico, ni absurdo. Por el contrario, era una cosa razonable, digna, de perfecta viabilidad, la única posible. Creía estar razonando con la mayor claridad, muy fríamente. Un duelo a espada, dos comerciantes en mangas de camisa, tirándose cuchilladas torpes e ineficaces, le parecía ridículo, y no era serio cambiar dos balas de pistola, ¡fallándose ambos, y luego, cada uno entre sus padrinos, volver a meterse ceremoniosamente en los coches de alquiler!

No. Para una ofensa de aquéllas, sólo la muerte: una única pistola cargada, sacada a suertes entre ellos, disparada a la distancia de un pañuelo. Pero aquello no era realizable, bien lo comprendía. ¿Dónde encontraría él unos testigos que consintiesen, que quisieran compartir la responsabilidad de aquella tragedia? En vano les explicaría la ofensa: el adulterio es una cosa grave para el marido; los demás lo consideran un fracaso que no exige esos excesos sangrientos. Además de eso, si él era el muerto bien; se acababa. Pero, y si viese caer al otro a sus pies, ¿cuál sería después su existencia? Tendría que huir, que abandonar sus negocios, que rehacer su fortuna en una tierra extraña. ¿Dónde? Y, además, subsistía la gran dificultad: ¿dónde encontraría unos padrinos que aceptasen tales condiciones? Sería entonces el escándalo, los comentarios, toda la verdad se difundiría. Mientras que del otro modo todo era fácil, secreto, decente, sin molestias para nadie. Echaban a suertes, y aquel que perdiese, ¡se mataba dentro del año! Si él perdiese, no vacilaría un momento, se mataría en seguida, y no dudaba que Machado haría lo mismo. Sí. Seguramente aceptaría. ¿Cómo podía negarse? Le había deshonrado y debía pagar con su sangre... Al mismo tiempo, un vago presentimiento le decía que sería él el sacrificado... «¡Acabaré, tanto mejor!», pensó.

¿Qué gozo le podía traer ahora la vida, en aquella casa solitaria, siempre solo, no quedándole ni siquiera el gusto del trabajo, puesto que perdía el placer de gastar?

No vaciló más. Escribió en seguida un billete seco a Machado, pidiéndole que compareciese al día siguiente, domingo, a las diez de la mañana, en la oficina... Cerraba el sobre cuando Margarita vino a decirle que la comida estaba en la mesa. Cogió rápidamente el sombrero, bajó a la calle, echó la carta en el buzón de la mercería, y cuando entró en el comedor, Margarita y la cocinera, ante la sopa que se enfriaba, ¡estaban asombradas de aquellas extrañas maneras del señor!

La presencia de la criada le molestaba. La miraba como cómplice, como confidente de aquella infamia. Pensó en despedirla. Pero ¿no sería soltar por otras casas aquella lengua de chismosa, que contaría su caso y comentaría su desgracia?

Prefirió conservarla, aguantar su presencia, y obtener su silencio por miedo a que la despidiese.

Había desdoblado la servilleta y destapado la sopera, cuando la campanilla repiqueteó con fuerza.

Margarita fué a abrir mientras Godofredo permanecía suspenso, con el corazón saltándole en el pecho... La muchacha volvió, corriendo, y exclamó con el tono con que anunciaría la aparición de la Providencia, castigadora y reparadora:

—¡Señor, es el señor Netto!

IV

Entró Netto. Al ver la mesa puesta, la gran empanada, los fiambres, y a Godofredo con la servilleta al cuello y la botella al lado, se paró en la puerta, con el sombrero en una mano, el bastón en la otra y las cejas alzadas en un asombro mudo.

Por fin, murmuró con una pizca de amargura.

—¡Está bien, veo que no falta apetito!

Godofredo se levantó en seguida, y, cogiendo una vela de encima del aparador, se dirigió hacia la sala de visitas. Sin embargo, Netto no lo consintió:

—No, señor, tenemos tiempo de hablar; acabe usted de comer...

Pero Alves, después de llevarse a la boca una cucharada de sopa, rechazó el plato, tocó la campanilla. Netto, entre tanto, dejaba pausadamente el sombrero y el bastón sobre una silla, llenando el silencio que se hizo con la lentitud de sus movimientos. Netto era alto y había sido en otros tiempos un hombre guapo: conservaba aún un fino perfil, al que la gran palidez daba cierto aire de finura y distinción. Sobre la calva negreaban dos mechones de pelo, laboriosa y singularmente peinados; el bigote canoso parecía recortado en una línea, de un solo tijeretazo, y sus menores gestos tenían tal afectación de dignidad, que, incluso en aquel momento, quitándose despacio los guantes, parecía estar cumpliendo un acto importante de la vida oficial.

La criada, entre tanto, trajo el cocido, y como se detenía alrededor de la mesa, arreglando, retrasándose, con la esperanza de oír alguna palabra, Netto, con un aire de hombre de mundo, quiso mostrar indiferencia, adoptó un tono natural, diciendo con sencillez que hacía «un calor de espanto».

—Mucho calor—repitió Godofredo, que desde la entrada de su suegro, recostado en la silla, se tiraba de la punta del bigote, sin levantar los ojos del borde de la mesa.

Por fin, la criada salió, con orden de esperar a otro toque de campanilla para traer lo demás. Y en seguida Godofredo se levantó, fué a cerrar la puerta. Entonces, Netto, viendo que podía hablar libremente, sentóse más al borde de la silla, permaneció un momento pensativo, frotándose las rodillas con las manos y comenzó en un tono lento, con palabras estudiadas, de intención elocuente, para impresionar:

—Yo he cumplido mi deber de padre...

Esperó un momento, mirando a su yerno, esperando una interrupción, una palabra. Godofredo servíase arroz.

Entonces Netto continuó:

—He cumplido mi deber de padre y lo estoy cumpliendo aún en este momento, que es solemne... No bien recibí la carta, en cuanto vi que había en esta casa un desacuerdo vine a buscar a mi hija, para dar tiempo al tiempo, para que se puedan cambiar explicaciones, para que se desenrede la madeja... Cuando dos personas no están de acuerdo lo mejor es que cada cual se aparte hacia su lado. De lejos, a sangre fría, todo se trata mejor. Cara a cara, una palabra tira de otra, y todo se viene abajo...

Las palabras solemnes le iban escaseando; y acumulando las expresiones vulgares, excitado, habló de «trifulca».

—En fin—concluyó—, lo que quiero saber es qué significa todo este escándalo.

Godofredo le había oído en silencio, picando vagamente granos de arroz con la punta del tenedor. Estaba decidido a no alterarse, a ser respetuoso y rígido. Despreciaba a su suegro por ciertas historias equívocas que sabía de él, sobre todo por sus sucios amores con la cocinera. Aquel aire solemne no le impresionaba, y con dos o tres palabras secas iba fácilmente a dominarle.

—El escándalo no es, ni más ni menos, que lo que le he escrito—dijo—. Encontré a su hija con un hombre y la envié a su casa.

Netto se estremeció. Aquel tono seco le pareció un insulto. Se levantó con los ojos centellantes y la calva irritada:

—¡Cómo! ¡Cómo! ¿Y si yo no la quisiera en casa? ¡Está bueno! ¿De modo que se casa con una hija de familia, la tiene cuatro años en su poder, y al cabo de los cuatro años, ahora, hija mía, vuélvete con tu padre? ¡Está bueno! ¿Y si yo no la quiero en mi casa, mi querido amigo, y si yo no la quiero en mi casa?

Braceaba, olvidando todas sus cautelas, con una voz que debía de oírse en la cocina.

Muy fríamente, Godofredo respondió:

—En ese caso, quedará en la calle.

Esto acabó de enfurecer a Netto.

—¿En la calle? ¿En la calle?

—Sin duda alguna. Me deshonró, deshonró mi casa; aquí no la tolero... ¡Que haga sus maletas, y adiós!... Si su padre, si nadie la recoge, claro es que quedará en la calle...

Netto no podía creer en aquella resolución implacable. Había cruzado los brazos y contemplaba a su yerno con mirada llameante:

—Hombre, deje que le mire... ¡Deje que le mire como a un monstruo! Entonces, ¿quiere usted decir que abandonaría a su mujer, que la dejaría en la calle, sin un rincón donde cobijarse?

Tanta palabrería torturaba a Godofredo. Era como si hurgasen en una herida sangrante aún. Se levantó, queriendo acabar la discusión, pero Netto no le dejó despegar los labios, y gritó:

—¡No se pone así a una mujer en la calle, sólo porque se la haya encontrado con una visita!

Godofredo se le quedó mirando, con labios trémulos, sin poder proferir las palabras que le apretaban la garganta. Sentía como el horror de decir alto, allí mismo, a su suegro, cómo la había encontrado en brazos de otro. Y ante aquel silencio, Netto se exaltó, triunfante:

—¡Son necesarias pruebas!... La ley requiere que el delito sea flagrante...

Usted no vió nada, no cogió una sola carta...

Toda la cólera de Godofredo hizo explosión:

—¡Cartas infames, señor mío! ¡Cartas obscenas, señor mío! ¿Sabe usted lo que le decía? ¡Que quería tener un hijo de él! Un hijo que yo vestiría, alimentaría, querría, educaría... ¡Un hijo! ¡Y ésta es la educación que ha dado usted a su hija!...

Netto quedó cabizbajo. Su hija no le habló de aquellas cartas. Se pasó la mano por los dos mechones de la calva con aire confuso, y murmuró, después de un gran silencio:

—Las mujeres, cuando les da la locura, escriben cosas sin ton ni son...

Godofredo no respondió. Se paseaba por el comedor, con las manos en los bolsillos; sobre la mesa, un plato de arroz, olvidado, se enfriaba.

Netto bebió entonces una gran copa de agua, y súbitamente, como quien toma una resolución, dijo la cosa suprema que allí le llevaba:

—Pero, en fin, ¿de qué quiere usted que viva ella? Yo no tengo para vestirla ni para calzarla...

Godofredo se detuvo inmediatamente en su lúgubre paseo. Esperaba aquello, tenía preparada su respuesta, en la que puso un tono de dignidad, de hombre superior a las miserias del dinero:

—Mientras su hija esté en casa de su padre y se porte bien, tendrá treinta duros al mes.

La calva de Netto se iluminó. Pareció súbitamente satisfecho, y toda su cólera desapareció.

—Eso ya es razonable, es razonable—dijo, en un tono casi enternecido.

Y los dos hombres permanecieron callados, como si no tuviesen ya nada que decirse.

Godofredo tocó la campanilla; la criada acudió en seguida, lanzando desde la entrada su mirada curiosa sobre uno y sobre otro.

—El café—dijo Alves.

—Y una taza para mí, Margarita—añadió Netto, recobrando pronto en la casa su familiaridad de suegro.

Godofredo seguía paseando por el comedor. Netto habíase sentado a la mesa y preparaba cuidadosamente un cigarro, echando de cuando en cuando una ojeada de soslayo a su yerno. Tardó una eternidad en hacer el cigarro: lo enrolló despacio, haciéndolo grueso, liso, y, por fin, metiéndose la petaca en el bolsillo, exclamó con un vago suspiro:

—¡Lo peor son las habladurías!

Godofredo no respondió; el otro rascó el fósforo, encendió pausadamente el cigarro.

—Y a usted, con su posición en esta plaza, sólo le traerá perjuicios...

Godofredo se volvió, impaciente:

—¿Y quién tiene la culpa de ello?

Bueno, perfectamente, *la culpa no era de él, bien lo sabía... Pero, en fin, lo mejor sería evitar las habladurías. Por lo menos en aquellos primeros tiempos...*

Entró Margarita con el café. Godofredo se sentó. Y, removiendo el azúcar, uno frente a otro, suegro y yerno estuvieron un momento callados. Netto probó el café, le echó más azúcar; después lanzó dos bocanadas, y volvió a su idea:

—Ni para usted ni para mí es conveniente que hablen por ahí...

Entonces aquellas lentitudes, aquellas pausas, acabaron por irritar a Godofredo:

—¿Y qué diablo quiere usted que yo le haga?

Pero Netto conservaba ahora su aire tranquilo y reflexivo. Y habló con voz serena de sus sentimientos. El siempre se tuvo por buen padre, y si no fuera por las circunstancias en que se encontraba, no aceptaría aquella mensualidad para su hija... No exigiría nada. Se la llevaría a su casa; allí vivirían todos, y se acabó... Y todo lo que fuera necesario para

hacer que cesase el escándalo, lo haría por su cuenta.

Godofredo empezaba a comprender: a Netto se le había ocurrido alguna otra idea para sacarle más dinero. Quiso poner en seguida las cosas en claro:

—Veamos, sin más circunloquios, qué piensa usted.

Pero a Netto le gustaban los circunloquios. La mejor manera de evitar el escándalo era marcharse de Lisboa. Y la época los favorecía: era la temporada de baños... A nadie le sorprendería que él saliese, por ejemplo, para Ericeira, llevándose a su hija casada. Todo el mundo supondría que Alves no podía acompañarla a causa de sus negocios... Pero nadie sabría si él iba o no a ver a su mujer todas las semanas. La idea era buena, pero...

Godofredo le interrumpió:

—Pero usted quiere que yo le dé el dinero para eso...

—A no ser que lo robe—confesó el otro con toda franqueza.

Godofredo reflexionó. Aquella era una manera hábil de pasar el verano en la playa a costa de él. Pero al mismo tiempo la idea era práctica, cortaba las habladurías... Aceptó. Y en un momento convinieron los detalles. Para el alquiler de la casa, viajes, transporte de algunos muebles, Godofredo daba cien duros; y en los meses de agosto, septiembre y octubre, la mensualidad a la hija, para gastos en la playa, la aumentaría a cincuenta duros. Y apenas dijo esto, se levantó, queriendo a toda costa acabar aquella entrevista:

—No hablemos más de esto, pues tengo la cabeza hecha un bombo...

Estaba, en efecto, pálido como un muerto, con un comienzo de jaqueca y un deseo de acostarse, de dormirse, de olvidar por mucho tiempo. Pero Netto, en pie, quería aún decir una última palabra. De allí en adelante él se hacía responsable de su hija. Confiaba en Dios, tenía la seguridad de que más adelante, pasado aquel primer disgusto, habría más indulgencia por ambas partes, y ellos volverían a unirse...

Godofredo negó con un movimiento de cabeza y una sonrisa dolorida; no, no volvería nunca a unirse a ella.

—El futuro sólo a Dios pertenece—dijo Netto—. Ahora, estoy de acuerdo en que es mejor que estén separados una temporada. Y era a esto a lo que yo quería llegar: mientras esté en mi casa es como si estuviese en un convento... Respondo de ella.

Godofredo tuvo un vago encogimiento de hombros. Todo aquello parecíale sólo palabrería. Ahora lo que deseaba era estar solo. Llamó a Margarita, le mandó abrir la puerta, alumbrar al señor Netto. Este cogió el sombrero, bebió, ya en pie, el último sorbo de café, y, después de estrechar la mano de su yerno, salió, recomendando en voz baja a la criada que tuviese preparadas las maletas de la señora...

—Me encargó que le dijese que no olvide ese azucarerito de plata que le regaló el padrino por su cumpleaños; el azucarerito es de ella.

Y bajó la escalera, regocijándose con aquella buena ocurrencia. Su hija no le había hablado del azucarero. Pero, en fin, era de ella, una bonita pieza de plata, y no estaba mal que volviese también a casa.

Fuera, la noche era sofocante, y Netto se encaminó a su casa, despacio, con el sombrero en la mano, calculando los gastos de estancia en Ericeira, contento de sí mismo. Los baños le sentarían bien. Con los cincuenta duros al mes podía estar con holgura, y como Lulú no tenía que alternar, no habría gastos de *toilettes*: ¡aún se metería dinero en el bolsillo!

Cuando, después de subir, despacio, sus ciento cincuenta escalones, llamó a la puerta, fué Teresa, la hija soltera, quien salió a abrir, corriendo, con los ojos brillantes, toda excitada. Nadie le ocultó la verdad. Sabía ya que a Lulú le sorprendieron con un hombre, que había un gran disgusto y que su padre fué a tener una explicación con Godofredo.

—¿Qué?—preguntó con ansiedad.

—Ahí dentro, ahí dentro hablaremos—respondió Netto.

Cruzaron la cocina, a oscuras, con la claridad de la lumbre del fogón, donde hervía una olla, y entraron en el comedor, una especie de cuchitril, en la parte de atrás. Sentada ante la mesa redonda, cubierta con un hule, la criada, la Juana, una muchachota fresca, con un par de ricos pendientes de señora y vestida de lana azul, leía el *Diario das Novidades* a la luz de un quinqué; junto al aparador, tendida en un sillón de mimbre, callada, estaba Ludovina.

Cuando el padre apareció, se levantó, con los ojos enrojecidos aún, toda vestida de negro. Netto se sentó, secándose el cuello con el pañuelo de seda. Los ojos de las tres mujeres le devoraban, y como él no se daba prisa, gozando con la ansiedad de la familia, fué Juana la que le gritó:

—¡Vamos, hable usted ya!

El dobló despacio el pañuelo, y respondió en el silencio profundo del comedor:

—Godofredo da treinta duros al mes.

Hubo un vago suspiro de alivio, y las recorrió un estremecimiento de satisfacción. Teresa miraba a su hermana, asombrada ante aquellos treinta duros, que le caían así en el bolsillo. ¡por haber sido cogida con un hombre! La Juana confesó que aquello era de caballero. Sólo Ludovina no veía en ello nada de extraordinario: ¡era lo que le faltaba, que la pusiera en la calle sin cinco céntimos!

Entonces el padre se volvió hacia ella, con la frente fruncida:

—Me dices que no habías escrito nada, y él asegura que te ha cogido unas cartas indecentes.

—Es mentira—dijo ella simplemente—; las cartas no dicen nada, son una broma.

Hubo un silencio. Netto, con los ojos en el borde de la mesa, alisaba con dignidad los mechones de la calva. Y las tres mujeres seguían mirándole, esperando otros detalles, toda la historia de la entrevista.

—¿Y las maletas de Lulú, papá?—preguntó Teresita, que vivía desde aquella tarde con el ansia de ver llegar las maletas, de que las abriesen, de conseguir algún regalo.

Pero el papá, siguiendo su idea, continuó, sin responder a la hija:

—Y ha quedado convenido, para evitar habladurías, que nos iremos a pasar el verano a Ericeira.

Fué entonces una explosión de alegría. Teresita aplaudía. Juana reía de satisfacción; ¡a ella, que tanta falta le hacían los baños! Sólo Ludovina permanecía indiferente, con una sombra de tristeza en la cara, pensando en los bellos planes de que Godofredo venía últimamente hablando: los dos meses de agosto y septiembre, pasados en Cintra... Y fué a sentarse de nuevo, mientras Juana y Teresita asediaban de preguntas a Netto, haciendo ya planes las dos con el entusiasmo de aquella temporada de baños inesperada. Surgían ya mil proyectos. Teresita hablaba desatinadamente. Juana indicaba cosas que era necesario llevar: los colchones, la vajilla y el piano, para darle mayor alegría. Lo mejor sería ir todos a Ericeira para alquilar la casa. Entonces Ludovina salió de su mutismo:

—Y es neecsario una casa en donde se quepa... Que no es cosa de dormir en un cuartucho como este de aquí.

Ante aquella exigencia, el padre frunció el ceño. No se contuvo, y dijo en seguida:

—Dormirás donde puedas... Si querías las comodidades de casa de tu marido, haberte portado bien y seguirías allá.

Hubo un silencio embarazoso. Nadie se atrevía a replicar cuando Netto alzaba la voz. Entonces, en aquella atmósfera de respeto y de miedo que se formó en torno a su voz irritada, él se acercó más a la mesa, sacó un lápiz del bolsillo, se ajustó los lentes en la nariz, y, bajo el quinqué, comenzó a hacer, en un margen del periódico, el cálculo de los gastos en Ericeira.

Casi tendida sobre la mesa, Teresita veía alinearse los números—tanto para casa, tanto para viaje—, como una hilera de placeres, que resplandecían, entre los guarismos. Dentro, en la cocina, la olla hervía... Una tranquilidad honesta envolvía la casa. Y en la sombra, Ludovina, callada, como abrumada ante la vida que ahora la esperaba—las molestias, la mala comida, el genio del padre, la autoridad de la criada de la casa, todo cuanto la esperaba y todo cuanto había perdido—, maldecía su estupidez, cayendo así en brazos de un individuo al que no amaba, de quien no recibía placer, ¡empujada a aquello sin razón, por tonterías, por no tener qué hacer; ni ella misma sabía por qué!

V

A la mañana siguiente, un rayo de sol, entrando por la ventana, despertó bruscamente a Godofredo. Se irguió sobre un codo, y, parpadeando en la luz cruda, quedó asombrado de encontrarse allí, en un sofá, vestido, con las botas puestas. Entonces, de repente, el recuerdo de su desgracia cayó sobre su corazón pesadamente, y un velo de crespón pareció envolverlo todo a su alrededor.

El día anterior, después de la salida de Netto, se tumbó allí, muerto de cansancio, y se durmió en seguida, con un sueño profundo y pesado. Sentóse en el sofá; reinaba un gran silencio en la casa y en la calle. Su reloj señalaba las seis. En torno suyo, el cuarto conservaba el desorden de la víspera, con las maletas en el centro, la chambra de Ludovina tirada a los pies de la cama. Echó una larga ojeada a aquella chambra, al gran lecho, intacto, donde nadie había dormido, con sus dos cuadrantes juntos. Después, como la tarde anterior, recorrió la casa. En el comedor, la mesa tenía aún el mantel sucio, y encima del aparador una vela olvidada habíase derretido, apagándose dentro de la palmatoria.

Pero ante la puerta de la sala de visita sintió una cobardía: no se atrevió a levantar el repostero. Y, volviéndose hacia la alcoba, sentóse de nuevo en el sofá, con las manos colgantes y la mirada vaga, sin saber qué hacer a aquella hora temprana, en que la ciudad, alrededor, dormía aún.

A aquella hora, seguramente, Ludovina descansaba... Y recordaba las mañanas en que ella despertaba temprano, se levantaba sin hacer ruido e iba a abrir una rendija en la ventana, con su bello pelo recogido en una redecilla, los encajes de la camisa envolviéndole el cuello y las largas pestañas negras poniéndole una sombra en la cara... Ahora el lecho, rígido, por deshacer, en aquella luz clara del amanecer, le daba una sensación de frío y de desabrimiento... Le invadía una tristeza inmensa, infinita, que le deshacía el alma, dándole deseos de reclinar la cabeza en una esquina del sofá, de permanecer allí, de morir. Y la misma idea de la víspera, la idea de la muerte, volvía, insinuándose en su espíritu, con la lenta suavidad de una caricia...

Pensó entonces en que dentro de unas horas todo estaría resuelto, y

tal vez él fuese un cadáver. Era a las diez cuando debía entrevistarse con el otro. Le palpitó el corazón ante la idea de que iba a verle otra vez frente a él: le parecía imposible imaginarlo en otra actitud que no fuese aquella en que le vió, con el brazo alrededor del talle de ella.

A pesar de todo, ahora la idea de la víspera—el suicidio echado a suertes que se le figuró tan natural—le causaba cierto espanto. Parecíale extraño que fuera él, él, Alves, quien allí, en aquella casa de la calle de San Benito, que el sol de la mañana doraba, hubiese tenido aquella idea trágica, propia de un corazón violento. Le invadía una inquietud. ¿Qué diría el otro ante semejante proposición? ¿Y si se negaba? Y surgían otras dificultades de detalle. ¿Cómo echarían a suertes? ¿Con papeles blancos? Y, de pronto, sintió el temor de que, ante una idea tan exaltada, el otro sólo se riese... ¡En este caso, le abofeteaba! Pero no era posible, no; no podía negarse; ¡era un hombre de honor! No quería dudarlo: aquella idea le obsesionaba, le impedía sufrir, le daba cierta consideración hacia sí mismo, atenuaba lo ridículo de su situación.

Al poco rato oyó pasos en la cocina; las criadas se habían levantado. De la calle iba ascendiendo un rumor, voces de pregones, carros que pasaban, el susurro confuso de una ciudad que despierta.

Y entonces, poco a poco, insensiblemente, Godofredo fué entrando en la rutina diaria; se puso los gemelos en la camisa limpia, afiló la navaja para afeitarse... Pero aquella gran maleta en medio del cuarto le molestaba...

De repente recordó que debía hacer testamento. Permaneció inmóvil ante el espejo, con la mitad de la cara enjabonada, removiendo aquella idea. Y un vago asombro, una extrañeza, le invadían, viéndose allí, en su cuarto, en mangas de camisa, pensando fríamente en la muerte. Porque ahora, gradualmente, todas las ideas que en la fiebre de la víspera le habían parecido simples y fáciles iban adquiriendo, en aquella luz clara de la mañana, entre la rutina de su *toilette*, un aspecto poco natural, falso, que repugnaba al lado positivo de su carácter.

A las ocho sonó la campanilla. Fué a escuchar: en el descansillo, unas voces de mujer cuchicheaban. Después, la criada anduvo hacia dentro y hacia afuera. Se dió cuenta de que era la criada de Netto, pero no se atrevió a hacer preguntas ni a indagar lo que quería.

Después llegó el desayuno. Godofredo devoró. Echó incluso de menos los fiambres en la mesa, y la criada, al traérselos, le avisó de que la señora mandaría a la tarde por sus maletas. Godofredo no respondió. Detestaba cada vez más a Margarita, que parecía seguir velando por los intereses de su señora, recibía sus encargos, era aún su confidente, y como faltaba el azucarero, fué áspero, exageró aquella falta, amenazó con ponerla en la calle; y como la muchacha salía murmurando, gritó, irritado:

—¡Menos barullo!

A cada momento sentía oprimírsele el corazón ante la idea de entrevistarse con el otro. Pero era la hora. Con un terror a cruzar la calle, donde tal vez se hablase de su desgracia, mandó buscar un coche. La criada tardó. El tiempo pasaba. Y él, nervioso, con fiebre, iba del balcón a la puerta, poniéndose los guantes, con la extraña impresión de que el suelo que pisaba era blando y cedía bajo sus pies. Por fin llegó el cupé, y él bajó, con la garganta apretada por una angustia horrible; se había quedado casi sin voz al dar las señas de la oficina al cochero.

Una vez en camino, le pareció que

el coche volaba, y con aquella emoción, se le iba revolviendo el estómago, y el desayuno se le subía a la garganta.

Llegó al fin; y en su azoramiento, no encontraba en el bolsillo una moneda de dos pesetas para pagar al cochero.

La oficina dormía en el gran silencio del día festivo, y cuando empujó la hoja de paño verde, el reloj daba las diez, con aquel tono hueco al que los techos bajos daban una sonoridad triste y doliente. Corrió a su despacho: parecíale que no entraba allí desde hacía siglos, y que había algo cambiado en los muebles y en el orden de las cosas. En su jarrón, el ramo de flores que acababa de secarse.

Entonces, bruscamente, se hizo una reacción en su ser. Ante aquellos muebles, aquellas mesas de socios, una junto a otra, recordándole una intimidad, una confianza de años, se apoderó de él una cólera terrible. ¡Sí, Machado era un infame, que merecía la muerte! Y cada objeto, las paredes incluso, como impregnadas del honor comercial que allí residía, eran una acusación muda contra su socio.

De repente sonó un paso ligero: era Machado.

Godofredo, instintivamente, se refugió detrás de su mesa, removiendo papeles al azar, con las manos trémulas, sin atreverse a levantar los ojos.

Se abrió la hoja, y entró Machado, pálido como un muerto, con el sombrero y el bastón en una mano y la otra en el bolsillo del pantalón, haciendo un bulto sospechoso.

Pero Godofredo no veía aquello. Su mirada vagaba de aquí para allá, sin atreverse a fijarse en él, buscando una palabra, una cosa profunda y digna que decir. Por fin, con un esfuerzo, se encaró con el socio, y aquella mano en el bolsillo llamó su atención; tuvo incluso un gesto instintivo, temiendo un arma, un ataque. Machado lo sorprendió. Lentamente sacó la mano del bolsillo y fué a colocar el sombrero y el bastón sobre su mesa. Entonces Godofredo, trémulo, con la prisa, con el ansia de romper aquel silencio, balbució esta frase lamentable:

—Después de lo sucedido ayer, no podemos seguir siendo amigos...

Machado, que mostraba en la cara una expresión de ansiedad, cerró los ojos y respiró más libremente. Esperaba una violencia, algo terrible, y aquella moderación, aquel lamento triste de una amistad traicionada, le asombraron, le impresionaron casi. En aquel momento deseó poder arrojarse en brazos de su socio, y con una emoción sincera, y un sollozo en la garganta, respondió:

—Por desgracia, por desgracia.

Entonces Godofredo le hizo seña de que se sentase, y, con la cabeza baja, Machado fué a sentarse al borde del sofá de *reps* verde.

Godofredo se dejó caer como una masa inerte sobre el banquillo, junto a la mesa. Y durante unos minutos reinó un silencio profundo, más profundo aún en aquella calle tan pasajera, adormecida en el domingo, bajo la calma.

Godofredo se pasaba la mano trémula por la cara, buscando las palabras. El otro esperaba, mirando la estera.

—Un duelo entre nosotros es imposible—dijo, por fin, Godofredo, con esfuerzo.

El otro balbució:

—Estoy a sus órdenes; usted disponga...

—Es imposible — replicó Godofredo—. Se reirían de nosotros... Sobre todo un duelo de esos que se efectúan por ahí... Sería caer en el ridículo... No podemos, en nuestra posición... Toda la plaza se reiría de un duelo entre socios...

Calló un momento, agitado por aquella idea de que eran socios; y todo el pasado que los ligaba pareció alzarse ante Godofredo. Nunca había sentido tan vivamente la infamia de Machado como viéndole allí, en aquel despacho, donde, durante tres años, habían trabajado juntos.

Y se desahogó:

—¡Su infamia no tiene nombre!...

Habíase levantado y su voz se afirmaba; su sentimiento de amigo traicionado le daba ahora una dignidad, una solemnidad que abrumaba al otro. Y le lanzaba las palabras como bofetadas: conocíale desde niño; fué él quien le protegió al comienzo de su vida, quien le dió participación en su negocio, quien le abrió las puertas de su casa, ¡quien le recibió allí como a un hermano!

—¿Y qué hace el señor a mi espalda? ¡Deshonrarme!

El otro se levantó con la cara angustiada, queriendo terminar aquel tormento.

—Sé todo eso—balbució—, y estoy dispuesto a darle todas las reparaciones, todas, cualesquiera que sean.

Entonces Godofredo, exaltado, lanzó su idea:

—No hay más reparación que ésta: uno de nosotros tiene que morir... Un duelo es absurdo... ¡Echemos a suertes cuál de nosotros ha de matarse!

Apenas soltó aquellas palabras patéticas, se le aparecieron como sonidos extraños e inconexos. La plácida atmósfera de la oficina, los propios muebles, parecieron rechazarlas. Pero las había soltado, y sentía un alivio inmenso, después de liberar por fin su alma de aquella idea que desde la víspera le llenaba de perturbación y de tormento.

Machado se le quedó mirando, con los ojos dilatados:

—¿Echar a suertes? ¿Cómo, echarlo a suertes?

Parecía no comprender. Aquel suicidio, echado a suertes, se le antojaba algo grotesco e insensato.

Y como Godofredo continuase en pie, junto a la mesa, sin decir nada, retorciéndose nerviosamente el bigote, se impacientó, y dijo:

—Pero ¿eso es en serio? ¿Lo ha dicho en serio?

Fué entonces cuando Godofredo le miró, confuso. Lo que él temió se realizaba. Machado encontraba aquello absurdo, se negaba. Y su furor aumentó como si viese que se le escapaba la venganza.

—Ya ayer huyó usted cuando le sorprendí, huyó cobardemente. Ahora quiere huir también de esto...

El otro, lívido, gritó:

—¿Huir de qué?

Una cólera le invadía, encendíale los ojos. Todas las acusaciones del otro le habían exasperado. ¡Y luego venía aquella proposición absurda de un suicidio echado a suertes! Ahora le insultaba. ¡No! ¡*Eso no lo toleraría!* Y, ya excitado:

—¿Huir de qué?—balbució—¿Huir de qué? Yo no huyo de nada...

—Entonces—interrumpió Godofredo, golpeando en el tablero—¡echemos aquí a suertes cuál de los dos debe desaparecer!

El otro le miró un momento, con un odio frío, como si le fuese a estrangular. Después cogió vivamente el sombrero y el bastón, y, junto a la puerta, con voz mordiente, decidida, que vibraba:

—Estoy dispuesto a darle todas las reparaciones y con toda mi sangre... Pero ha de ser de un modo sensato y regular, con cuatro testigos, a espada o a pistola, como quiera, a la distancia que le parezca, un duelo a muerte; todo lo que quiera, estoy a sus órdenes. Hoy todo el día, mañana todo el día, esperaré en mi casa. Pero con ideas de loco yo no me entiendo... ¡Y no tenemos más que hablar!

Dió un portazo con la hoja, sus pa-

sos furiosos sonaron fuera un momento, y todo volvió a sumirse en un gran silencio.

Y Godofredo se quedó solo, con las ruinas lamentables de su gran idea, humillado, confuso, avergonzado, latiéndole las sienes, ¡y sin saber qué debía hacer!

VI

Por fin, como hiciera Machado, cogió él vivamente su sombrero y salió presuroso de la oficina. Iba tan aturdido, que sólo en la calle del Ouro se acordó de que no había cerrado la puerta con llave. Volvió atrás, y esto pareció poner algún orden en sus ideas.

Estaba decidido a batirse con su socio, en un duelo a muerte, y nada en el mundo parecía satisfacerle más que ver a Machado a sus pies, con una bala en el corazón.

¡Cómo! ¡Aquel hombre le deshonraba, le robaba el amor de su mujer, y ahora, encima, le trataba como a un insensato, le llamaba loco! ¡Esto sobre todo, le irritaba, porque ahora comprendía vagamente que en aquella idea de un suicidio a suertes había, efectivamente, algo de absurdo! ¡Sí, tal vez lo hubiese! Pero el otro no debió decirlo, debió aceptarlo todo, resignarse a la reparación que él exigiese.

¿No quería? ¿Exigía una reparación regular y sensata? Pues bien, así sería: se batirían a pistola, pero con una de las pistolas cargada y la otra no, sorteándolas, apuntando a la distancia de un pañuelo. ¡Era de nuevo el azar, era otra vez la suerte, era aún dejarlo todo en la mano justa de Dios!

Entre tanto, seguía rápidamente hacia el Rocío, donde vivía su íntimo amigo Carvalho, el que había sido director de la Aduana de Cabo Verde y se casó rico.

Se dirigía a él, primeramente. Se lo contaría todo, entregándose a su vieja amistad. Después irían a buscar a su otro gran amigo, Téllez Medeiros, hombre de posición y de mundo, que tenía panoplias de floretes en la sala y la experiencia en cuestiones de honor.

Daban las doce; el sol de julio abrasaba las calles, y las tiendas cerradas, la gente con su ropa de domingo, los carruajes de alquiler refugiados en el lado de la sombra, aumentaban la sensación de calma y de inercia. Una polvareda sutil empañaba el azul luminoso, y un sonido de campanas se arrastraba pesadamente en el aire denso.

Cuando Godofredo subía la escalera de Carvalho, tropezó justamente con éste, que bajaba, satisfecho y fresco, con su traje nuevo de *cheviot* claro, poniéndose los guantes *grisperle*.

La cara despavorida, el aire afligido de Godofredo le asustaron, y volvió en seguida a subir, abrió él mismo la puerta con el llavín, y le hizo entrar en un gabinetito donde había una estantería y un ancho sillón de mimbre en forma de cama de campaña. Al lado, alguien tocaba el piano, unos rápidos compases de vals que hacían retemblar la casa.

Carvalho corrió el repostero, cerró el balcón, y sólo entonces preguntó qué era.

Godofredo dejó el sombrero en una esquina de la mesa, e inmediatamente se desahogó de un tirón.

A las primeras palabras—sofá, brazo por el talle—, Carvalho, que se quitaba lentamente los guantes, se quedó petrificado, en medio del gabinete, y fué a correr más herméticamente el repostero, como si temiese que la historia de aquella traición difundiese un vaho indecente a través de la respetabilidad de su casa. Pero en la confusión con que Godofredo contaba su historia, en la an-

siedad con que el otro escuchaba, no se llegaba a entender bien quién era el individuo; Carvalho comprendía sólo que Machado estaba presente, y cuando descubrió que el hombre del sofá era el propio Machado, dió una palmada con una exclamación de horror:

—¡Qué infamia!

—¡Un hombre que era como un hermano para mí!—repetía Godofredo, bajando la voz, agitando los puños—. ¡Y me lo paga así! ¡No! Tiene que haber una muerte. Quiero un duelo a muerte...

Entonces todo el rostro barbudo de Carvalho expresó una súbita inquietud. Ahora lo comprendía: Godofredo no había acudido allí sólo para desahogarse: ¡venía en busca de un padrino! Y le invadió en seguida un vago temor de burócrata, un miedo a la ley, el recelo de comprometerse. Su egoísmo se rebeló contra las cosas violentas y perturbadoras que presentía. Quiso suavizar, buscó explicaciones. En fin, si Godofredo no había visto nada más..., si estaban solamente en la sala... Podía ser una broma, una tontería...

Godofredo se rebuscaba febrilmente en los bolsillos. El piano, dentro, se abandonaba ahora a una vaguedad de sones inciertos, como de dedos que tantean, que buscan una melodía olvidada; de repente, un trozo de *Rigoletto* irrumpió, con un arrebato gimiente, sollozante. Y Godofredo, que había encontrado al fin lo que buscaba, puso ante los ojos de Carvalho una carta de Ludovina. El otro leyó a media voz:

«Riquín de mi alma, ¡qué tarde la de ayer!...»

Y como si aquellas palabras, leídas así por otro, le pareciesen más infames aún, Godofredo no pudo contenerse; alzó la voz, gritó:

—¡No! Esto sólo se lava con sangre, ¡es necesario un duelo a muerte!

Carvalho, inquieto, le hizo señas de que callase. Y como el piano se interrumpió un momento, permaneció escuchando, con el temor de que los gritos del otro hubieran sido oídos.

—Es Mariana—dijo, señalando la sala—. Por ahora, es mejor que no sepa nada.

Y volvió a leer la carta lentamente. Palpaba el papel, le daba vueltas, conservándolo entre los dedos con una curiosidad excitada, como si sintiese allí el calor del «adulterio»...

Pero Godofredo seguía buscándose por los bolsillos, disgustado por haberse olvidado las otras cartas, ¡porque las había peores todavía! Y citó frases, exhibió toda la tontería, todo el descaro de Ludovina, ¡sintiendo ahora el deseo de convencer plenamente a Carvalho de que su mujer era una prostituta!

—¡Además, él no negó; dijo a todo que sí!

—¿Cómo? ¿Habéis hablado?

Entonces, después de un titubeo, Godofredo completó la confidencia. Contó su idea del suicidio a suertes, el encuentro con Machado... Y Carvalho, que se había dejado caer sobre el sofá, como deshecho, abrumado por todas aquellas revelaciones, abría unos grandes ojos en su cara tostada por el sol de Cabo Verde, con el asombro de que aquellas cosas violentas y terribles hubieran sucedido realmente y se dijesen allí, en su tranquila casa del Rocío.

Cuando Godofredo contó que Machado había encontrado aquello insensato, Carvalho no pudo contenerse:

—¡De loco! ¡De loco por completo!—exclamó, levantándose.

Y, gesticulando por el estrecho gabinete, buscaba un término, una frase para calificar aquello; habló otra vez de «locura» y acabó por decir ¡que tales cosas sólo se veían en *Rocambole!*

—Viene a ser lo mismo—dijo Godofredo—. Porque yo exijo que el due-

lo sea a pistola, pero con una sola cargada y echada a suertes...

Carvalho dió un salto:

—¿Una sola pistola, a suertes? Pero ¡eso es un asesinato! ¡No, conmigo no cuentes! No hay motivo para eso... ¡Pero aunque lo hubiera, no me meto yo en una cosa así!

Viéndose abandonado, Godofredo se rebeló. Entonces, en aquella crisis terrible, su mejor amigo, ¿dejaba que él quedase mal? ¿De quién se iba a valer? ¿A quién había de confiar su honor?

El otro se arrebató. Habló otra vez de asesinato, de crimen, de cárcel, y acabó diciendo:

—Si me vinieses a pedir que fuésemos a pegar fuego al Banco de Portugal, ¿crees que debería yo aceptar?

Godofredo quiso explicar que no era lo mismo; las dos voces se alzaban mezcladas, cuando un silencio del piano los hizo callar súbitamente. Una discusión estalló en la sala contigua; las voces subían también, había un altercado, en que las palabras «enagua blanca» «so puerca», «la señora no dijo nada», llegaban en un tono irritado. Carvalho escuchó durante un momento. Después se encogió de hombros; debía de ser algún nuevo descuido de la criada, una descarada que llevaba allí un mes y que no hacía nada a derechas. Después, oyendo un portazo, dentro, no se contuvo y fué a ver.

Godofredo quedó solo un momento, y sintió que le invadía un gran cansancio. Desde la víspera, sus nervios vibraban tensos como las cuerdas de una guitarra muy afinada. Todo hasta entonces habíale parecido fácil y su venganza segura. Pero ahora uno tras otro recibía dos choques seguidos. Machado no aceptaba el suicidio a suertes y éste ¡no quería el duelo a muerte! Algo en su interior empezaba a ceder como si su alma se fuese cansando de mantenerse durante tantas horas en una actitud sombría de venganza y de muerte. Tenía un comienzo de jaqueca, aquella jaqueca que le amenazaba desde la víspera. Entonces sentóse en el sofá con la cabeza en las manos y un largo suspiro levantó su pecho.

Carvalho volvió rojo y excitado. Habíase producido una escena; él despidió a la criada. Y entonces se desató: quejóse de aquella mala suerte que no le dejaba tener una criada decente... Todas eran una pandilla de sinvergüenzas puercas y que le robaban. Añoraba las negras, que no había nada como las criadas negras.

Godofredo le interrumpió:

—Bueno, dime: ¿qué piensas tú de todo esto?—preguntó, con aire desanimado.

Carvalho se encogió de hombros.

—Lo mejor es dejarlo todo tal como está: tu mujer en casa de su padre, tú en la tuya y Dios dirá...

Pero le invadió un remordimiento, quiso demostrar su buen corazón, y añadió:

—En último caso, cuenta conmigo para todo... Todavía, un duelo regular, a espada o incluso a pistola, para salvar el honor, sí, señor. Aquí me tienes. ¡Pero cosas trágicas, no!

Godofredo dijo entonces, cogiendo el sombrero:

—Vamos a ver qué dice Téllez Medeiros, vamos a casa de Téllez.

A Carvalho le contrarió aquello. Iba a pasar el día a Pedrouços con su mujer, a casa de sus suegros. Era el cumpleaños de su cuñado... Pero en fin, en un caso como aquél, era necesario hacer algo por los amigos.

—Vamos allá; déjame decir a Mariana que no puedo ir...

Y cuando volvió, al poco rato, poniéndose los guantes, traía un aire desapacible e irritado. Ya en la escalera, se detuvo, y, volviéndose hacia Godofredo, que le seguía:

—¿No sabes que mi mujer está de

meses?... Un susto podría serle fatal, y si sabe que soy padrino de un duelo... No es broma... En fin, vamos allá... Los amigos son para las ocasiones...

Abajo tomaron un coche, porque Medeiros vivía allá en el infierno, delante de la Estrella. Era un cupé casi nuevo, blando y aseado, que rodaba sin ruido. Y Carvalho, de mejor humor, se recostó, acabando de abrocharse los guantes.

Durante algún tiempo no cambiaron palabra. Sólo cuando el cupé cruzaba el Loreto, una gran curiosidad pareció invadir súbitamente a Carvalho. Godofredo habíale dado pocos detalles. ¿Qué había dicho Ludovina? ¿Cómo supo él la cosa? ¿Qué dijo Netto?

Godofredo, con aire fatigado, en breves palabras, completó su relato.

El otro desaprobó la mensualidad de treinta duros: era «una gratificación concedida a la infamia». Y viendo a Godofredo, con un aire abatido, que se mordía emocionado los labios, con los ojos arrasados de lágrimas, murmuró vagamente:

—¡Esta vida es un asco!

No cambiaron más palabras hasta casa de Medeiros.

Cuando tocaron la campanilla, el criado que salió a abrir les dijo que el señor estaba aún en la cama.

Entonces Carvalho subió la escalera, entró en la alcoba de Medeiros, con mucha intimidad, armando barullo, llamándole haragán y juerguista. Detrás iba Godofredo, tropezando con los muebles, en la oscuridad del cuarto.

Desde la sombra de las cortinas, la voz malhumorada de Medeiros preguntaba qué invasión era aquélla, y cuando abrieron la ventana, gritó, se sepultó entre las sábanas, no pudiendo soportar bruscamente la fuerte claridad del día. Pero acabó por mostrar la cara atónita, hinchada de sueño; después, se desperezó, levantóse sobre un codo y cogió un cigarro que estaba a la cabecera de la cama.

Carvalho se había sentado a los pies de la cama, y durante un momento hablaron de aquella pereza de Medeiros; él explicó que se había acostado a las cinco de la mañana...

Entonces Carvalho comenzó:

—Venimos aquí para un asunto muy grave...

El otro le interrumpió, dando un grito al criado. Quería saber si había venido una carta aquella mañana. El sirviente la traía en el bolsillo. Medeiros, sentado en la cama, con el pelo todo desgreñado, la abrió, nervioso, recorriéndola con un rápido vistazo; y, exhalando un suspiro de alivio, la metió debajo de la almohada.

—¡Caramba, ayer estuve a punto de que me atrapasen! Por un segundo... Y si el marido entra en la cocina, que está al lado de la puerta, ¡se venía abajo todo lo que Marta había arreglado! ¡Caray, no se me había pasado el susto!

Carvalho y Godofredo cambiaron una mirada, y el primero tuvo esta frase desdichada:

—Pues a una cosa así venimos...

Y añadió:

—Alves ha tenido un disgusto.

Y ante la mirada atónita de Medeiros, Godofredo sintióse súbitamente sofocado por el sentimiento de su ridículo... Se vió perteneciendo a aquella tribu grotesca de los maridos engañados que no podían entrar en su casa sin que, de cualquier rincón, escapase algún amante... Y era así por toda la ciudad, una infamia por los rincones, amantes que huían y amantes atrapados... El había cogido a uno... Este otro hubiera sido atrapado de haber entrado el marido en la cocina; y le parecía ver por toda la ciudad aquella zarabanda de amantes y maridos, unos escabulléndose, otros intentando cogerlos, un *chassé*-

croisé (1) de hombres, ¡persiguiéndose en torno a las faldas de las mujeres! Y de nuevo sintió que le invadía un cansancio, un horror de contar su historia lamentable.

Pero los ojos de Medeiros, la cara de Medeiros, esperaban, exigían, y él acabó por decir, con una mirada extraña:

—Ocurrió ayer. Sorprendí a Ludovina con Machado.

—¡Caramba! — exclamó Medeiros, dando un salto en la cama.

Y tirando la colilla y cogiendo vivamente otro, quiso saber más detalles...

Fué Carvalho quien se los dió, ahora hablador, gozando de su papel, detallando el caso, con la confianza del marido de una estantigua rica que jamás tentará a nadie.

Lo contó todo, mientras, desplomado sobre una silla, con el sombrero todavía en la mano, Godofredo iba aprobando con la cabeza.

—Déjame ver la carta—acabó por decir Medeiros.

Y Godofredo la sacó de nuevo del bolsillo, y oyó por segunda vez una voz extraña murmurar aquellas palabras de su mujer: «Riquín de mi alma, ¡qué tarde la de ayer!...»

Medeiros, en camisa, repetía la frase, acordándose de los ojos negros de Ludovina, de su cuerpo de reina, inflamado ya, palpando el papel, dándole vueltas en todos sentidos, como había hecho el otro. Y, súbitamente, le acometió un furor terrible contra Machado. ¡Qué diablo, ya era ser canalla! En fin, ella tenía culpas en aquel carteo, ¡qué diablo, cuando ellas querían no podía uno ser el casto José!... Pero nunca con la mujer de un amigo íntimo, y de un socio, además...

—Esto pide sangre—dijo, excitado, saltando en medio del cuarto, en camisa y zapatillas.

Godofredo exclamó en seguida, mostrando de nuevo su valor:

—Yo quería un duelo a muerte, pero éste dice que no...

Carvalho, entonces, apeló al amigo Medeiros. ¿Era, por ventura, razonable aquella idea de una sola pistola cargada, escogida al azar?

Medeiros le miró, y, después a Godofredo, asombrado. No. ¡Ciertamente que no! Ni había motivo para eso, ni...

Era la segunda vez que Godofredo oía aquella razón de que no había motivo. Y entonces se debatió:

—¡No hay motivo! ¡No hay motivo! Entonces, ¿cuál es el motivo, lo bastante importante, para que dos hombres se maten?...

—Un salivazo en la cara, o una cosa así—dijo Medeiros con autoridad.

Y, en camisa aún, se peinaba de prisa.

Godofredo quiso discutir, pero el otro, volviéndose con el peine en la mano, puso punto final a la cuestión:

—Aunque hubiese motivo, yo no acepto una cosa así. Yo no me meto en una cosa de ésas...

—¡Ahí tienes!—exclamó Carvalho triunfante—. ¿Qué te decía yo? Nadie quiere cargar con una responsabilidad así. Además, mi mujer está de meses... ¡Fíjate qué broma!

Alves quedó abatido. Y, sin embargo, en el fondo de su corazón sentía un comienzo de alivio, como si parte de aquella indecisión en que se encontraba desde la víspera desapareciera y algo se consolidase. Ahora estaba resuelto a que no hubiese ni suerte de azar; que no hubiese ninguna muerte; y en todo aquel aturdimiento en que hasta ese momento vivía, aquello formaba un punto fijo, una base, una decisión en que podía apoyarse. Y no era él el que así de-

(1) Una «contradanza», y genéricamente, una serie de cambios y mudanzas que se suceden sin objeto ni resultado.

cidía; eran sus mejores amigos, que razonaban a sangre fría...

Pero en todo caso, dejando a un lado la muerte de uno de ellos, algo había de hacerse.

—¿Qué me aconsejáis, entonces, vosotros? ¿Qué se ha de hacer? Yo no voy a quedarme así, cruzado de brazos...

Entonces Medeiros, en pie en medio del cuarto, en camisa, enseñando los flacos tobillos, metidos los pies en unas grandes zapatillas, exclamó con solemnidad:

—¿Quieres dejar tu honor en mis manos?

Claro que quería; para eso estaba allí...

—Bien—exclamó Medeiros—. Entonces no tienes que pensar más en ello. Déjate llevar; nosotros lo arreglaremos todo.

Y se fué para dentro, hacia un cuartito, donde le oyeron lavarse los dientes, enjuagarse, armar una tempestad dentro de la jofaina.

Godofredo, sin embargo, no parecía satisfecho; se acercó a la puerta del cuartito, quiso saber algo más...

—No tienes nada que saber—exclamó el otro desde dentro, lavándose con un ruido de esponja y de agua—. Tampoco nosotros podemos saberlo... Tenemos que ir primero a Machado, a ver lo que dice, entendernos con los testigos de él, etcétera. Tú vete a tu casa y no salgas hasta que aparezcamos... Y déjanos ahí el coche, ¿oyes?, para que demos todos esos pasos... ¡Domingo! Prepara la levita negra, el pantalón negro... Todo negro...

Al oír esto, Carvalho echó una mirada a su traje de *cheviot* claro. Pero él no se fijaba en esas tonterías de *toilette*: con una camisa limpia sobre la piel, un hombre estaba decente para ir a todas partes.

Godofredo, sin embargo, paseaba por el cuarto, pensativo aún. Y acabó por decir a Carvalho lo que le perturbaba:

—Es preciso que llevéis las condiciones estudiadas ya. Y yo, como no sea a pistola y a veinte pasos...

—Déjale eso a Medeiros—interrumpió Carvalho.

Y Medeiros, que apareció en seguida, con la toalla en la mano y el pelo mojado, añadió:

—Mira, tú entenderás mucho de negocios. Pero de cuestiones de honor, entiendo yo... Tú, desde este momento, no tienes más que esperar a que vayamos a decirte: es a tal hora, en tal sitio y con tales armas. ¡Y después, al día siguiente, en marcha! Ni siquiera tienes que preocuparte de médico. Yo le pediré a Gómez, que entiende mucho de heridas, y no es hombre que pierda la cabeza, que venga, por si alguno de vosotros queda descalabrado...

Godofredo sintió un escalofrío por el espinazo abajo y que se le encogía el corazón. Pero Carvalho le decía por su lado:

—Y tú vete a casa, si tienes que hacer o que poner en orden papeles o alguna otra cosa...

No habló de testamento, pero la alusión era tan clara que aquello irritó a Alves.

Ciertamente, él era el primero en querer que el duelo fuese en serio, incluso mortal; pero, en fin, aquellos dos amigos suyos, sus íntimos, el uno hablando de heridas, el otro empujándole a la puerta para que pudiese hacer testamento, le parecían groseros e inútilmente crueles...

Sin una palabra, bajó las escaleras y salió.

Y, arrojándose al fondo del cupé, rendido de cuerpo y de alma, pensó esta cosa profunda:

—¡Y para esto se casa la gente! ¡Y para esto quiere uno tener familia!...

VII

A las seis de la tarde, Godofredo, en zapatillas, acababa de lacrar un montón de papeles, cuando sonó la campanilla, y sus dos amigos aparecieron.

Carvalho, a pesar de su indiferencia por la etiqueta, se había mudado de traje: iba de levita negra, y ambos traían un aspecto grave. Medeiros, ahora muy correcto, con el bigote engomado, sentóse en el sofá y empezó a quitarse lentamente los guantes negros, mirando a Godofredo. Después habló:

—¿Estás ahí reventando de curiosidad? Pues mira: ¡por ahora no hay nada hecho!

Godofredo, que permanecía con los ojos muy fijos en él y que estaba muy pálido, pareció respirar mejor. Pero, de pronto, se enfureció: ¿Cómo que nada hecho? ¿Entonces, el infame se negaba a darle una reparación?

Carvalho intervino:

—¡No, hombre! A cada uno lo suyo. Machado, en esto, se comporta bien.

—¿Entonces?

—Han sido los testigos suyos los que se mostraron recalcitrantes—dijo Medeiros—. Aquí tienes lo sucedido.

Era una larga historia, que Medeiros contó prolijamente, recreándose en los detalles. Habían hablado con Machado, que les prometió que dos amigos suyos estarían a las cuatro en casa de él, Medeiros. Y puntualmente aparecieron allí Núñez Vidal, a quien Godofredo conocía perfectamente, muchacho de experiencia en cuestiones de honorabilidad, y Cuña, Albertito Cuña, que habló poco y que iba como comparsa. Entraron, saludos, etc...., todo muy en serio, y con absoluta amabilidad. Pasaron luego a la cuestión. Núñez Vidal declaró en seguida que, en principio, el señor Machado estaba dispuesto a aceptar todas las condiciones, todas, cualesquiera que fuesen, propuestas por el señor Alves: todas en absoluto. Pero que él, Núñez Vidal, y su amigo Cuña, entendían que el deber de los testigos era, ante todo, buscar paz y conciliación. Y que, por tanto, si en principio su poderdante, el señor Machado, por un exceso de pundonor y de orgullo, estaba dispuesto a dejarse matar, sus testigos, que se habían hecho cargo de sus intereses, estaban allí, habían ido allí, no sólo para intentar, hasta donde fuera posible, evitar que le sucediese una desgracia en el terreno a su amigo, sino, incluso, para que en torno a su nombre no se suscitara un escándalo que le perjudicase...

—Todo esto muy bien dicho—añadió Medeiros—, muy bien explicado, con bonitas palabras... En serio, me gustó Vidal.

—¡Ah, es chico de mucho talento! —murmuró Carvalho.

En fin, que Vidal acabó por decir que, una vez considerado todo bien, no creía él que hubiese motivo para un duelo grave, a pistola.

¡Otra vez la falta de motivo! Godofredo saltó:

—¡Con mil diablos! Entonces, ¿qué otra cosa peor quería ese burro que me hubiese hecho Machado?

Medeiros le detuvo con un gesto:

—No te exaltes, hombre, no te exaltes... Déjame a mí, que ya se lo dije todo. Vidal es muy listo, pero mira que yo no me callé. Pregúntale a Carvalho...

—Estuviste hecho un héroe—dijo Carvalho.

—Pero entonces, ¿qué diablos ha dicho Vidal?—exclamó de nuevo Godofredo.

Pues Vidal había dicho que no había un motivo sangriento, porque lo sucedido entre Machado y la señora fué un simple cortejo...

Godofredo tuvo un gesto furioso. Y Medeiros, levantándose, también:

—No te exaltes, hombre, escucha. Yo ya se lo dije todo. Le conté cómo los sorprendiste, y las cartas «Riquín de mi alma, ¡qué tarde la de ayer!» y lo demás. Le expuse todos los datos para convencerle de que el adulterio era completo... ¿No es verdad, Carvalho?

—Todos.

—Se lo dije claramente: mi poderdante, nuestro amigo Alves, es, en toda la extensión de la palabra, un marido que... En fin, que necesita una reparación. ¿No es cierto, Carvalho?

Carvalho hizo un gesto de asentimiento.

—Pero Vidal me demostró que no —prosiguió Medeiros—. Leyó las cartas también él. Machado se lo contó todo, y, después de haber examinado y meditado, llegaron a esta consecuencia: que no había pasado de ser un cortejo.

Hubo un silencio en la sala.

Godofredo se paseaba vivamente, con las manos en los bolsillos. Carvalho contemplaba con aire distraído un cuadro representando *Leda y el cisne*. De repente, Godofredo se paró y dijo con voz sorda, espaciando las palabras:

—Ahí, en ese sofá, los vi yo, abrazados... ¿Qué dice a esto Vidal?

—Ese es el único punto—exclamó Medeiros—. Ese punto no se puede negar, porque tú lo viste con tus ojos. Pero Machado se lo explicó a Vidal. Y Vidal nos lo ha explicado a nosotros. ¡Era una broma, era para reír, era para hacerle cosquillas!...

—¿Y la carta: «¡qué tarde la de ayer!»?—exclamó Godofredo.

—Dijo Vidal que se refiere simplemente a un paseo que disteis hasta Belem... ¿Habéis ido a Belem?

Godofredo reflexionó un momento. Sí, habían ido a Belem... Era verdad que fueron los tres a Belem.

—Entonces, ahí tienes. Era para recordarla el placer de haber ido todos, de festejo, de excursión...

—De modo—exclamó Godofredo—que todo queda en esto: que no hubo nada. ¡Y tengo que tragarme la afrenta!

Medeiros se levantó, indignado. ¡Cómo! Entonces, ¿por quién le tomaba a él? ¿Había o no dejado su honor en manos de él y de Carvalho? Así lo había hecho. Entonces no podía suponer que ellos, sus amigos, le abandonasen en el fango, miserablemente...

—Pero...—murmuró Alves.

—Pero ¿qué? Claro está que te vas a batir. Fué lo que se decidió. No hay motivo para que sea a pistola, porque fué un simple cortejo. Pero como el señor Machado no tiene derecho a cortejar a tu mujer, existen todos los motivos para que sea a espada, un duelo más sencillo... Vamos a entrevistarnos luego con ellos en mi casa, a las ocho, y a convenirlo todo.

—Y no nos queda mucho tiempo que perder—dijo Carvalho, sacando el reloj—, porque son las seis y media y tenemos aún que comer. Yo me estoy cayendo...

Godofredo les indicó en seguida que comiesen con él. Por otra parte, él ya había calculado que aparecerían a la hora de la comida, y mandado preparar un poco de asado, además.

—No habrá más que un trozo de asado—les dijo—; pero, en fin, en campaña, cualquier cosa basta... ¡Y nosotros estamos en guerra!

Era la primera vez que sonreía desde la víspera; pero aquella compañía de sus amigos en la comida le alegraba, evitándole la soledad que temía.

Y la comida fué casi alegre. Habían convenido en no hablar del duelo ni del caso; pero, a partir del cocido, siempre que Margarita no estaba delante volvían a la idea predominante, con frases cortas y vagas alusiones. Por último, Godofredo dijo a

la criada que no volviese hasta que oyera la campanilla, y la conversación entonces ya no cesó. Godofredo contó cómo había conocido a Ludovina, y su noviazgo, y el día de la boda. Habló después de Machado, pero ya sin cólera, llegando incluso a decir que era *un muchacho de empuje*. El mismo iba a buscarle al colegio cuando Machado era pequeño, y a veces le llevaba al teatro. Y aquellos recuerdos le enternecían. Acabó por sofocar un sollozo, pidiendo que no se hablase más de semejante cosa. Tocó la campanilla y Margarita trajo el asado.

Hubo un corto silencio. Medeiros elogió el collares. Y Carvalho, a propósito del collares, que él solía beber en Cabo Verde, recordó un caso de duelo allí, en que él actuó de testigo. Y apenas salió la criada lo contó: era un caso parecido al de Alves, también a causa de una mujer; ¡pero aquélla era negra!

Esto le parecía increíble a Medeiros. Pero Carvalho ensalzó a las negras, reluciéndole los ojos:

—En acostumbrándose la gente, no quieren más que eso... ¡La negra es una gran mujer!

—Pero, ¡qué diablo!, no hablemos más de mujeres—dijo Godofredo.

Y en aquel ruego, que acompañó con una vaga sonrisa, había como una resignación en su desgracia, una idea incipiente de gozar aún de la vida, en compañía de unos amigos, con las preocupaciones del negocio, sin los disgustos ni las complicaciones que trae invariablemente la pasión por las faldas...

Hablaron entonces de Núñez Vidal. Medeiros estaba satisfecho de haberse enfrentado, en un caso tan serio como aquél, con Núñez Vidal, muchacho austero, de experiencia y de honor. Al principio temió que a Machado se le hubiese ocurrido la idea de nombrar padrino suyo a aquel idiota de Segismundo, con quien andaba siempre. Y esto trajo de nuevo a Machado a la conversación. Entonces, un poco animado por el collares, Medeiros confesó que él ya le «birló una» a Machado: ¡había sido amante de la francesa con quien aquél estuvo!

Empezó a hablar de sí mismo y de sus conquistas; volvió a la historia de la víspera, donde por poco no le cogen en la cocina...

Carvalho también había tenido un lance parecido en Thomar. Aunque allí se vió obligado a saltar por la ventana, y cayó encima de un estercolero... Pero Medeiros sabía de un caso mucho peor que aquél: un amigo suyo, Piñeiro, no el flaco, sino el otro, el picado de viruelas, estuvo escondido en una pocilga durante seis horas. ¡Se sintió morir! Y ahora, cuando veía un cerdo, se ponía más blanco que la cal de la pared.

Hubo entonces entre Carvalho y Medeiros un desfile de anécdotas de adulterios. Sólo Godofredo, hombre casado y honesto, no tenía recuerdos de aquéllos. Su vida había sido hogareña, sin aventuras, y escuchaba, bebiendo a sorbitos su café, gozando de aquel final alegre de comida, sonriendo a veces.

Y acabó por notar que le invadía un hálito cálido de juventud; dijo:

—Hombre, es preferible divertirse uno por su cuenta a que otros se diviertan a costa nuestra...

Pero se acercaban las ocho, y Carvalho comenzó a ponerse los guantes negros. Entonces, Godofredo habló de acompañarlos. Permanecería en el cuarto de Medeiros mientras se celebraba la conferencia en la sala: así se evitaban la molestia de volver a la calle de San Benito a darle cuenta del resultado.

Y a pesar de que Medeiros consideraba aquello contrario a la etiqueta, acabaron accediendo, «por no tratarse de un caso muy grave». Buscaron un coche, y, apiñados los tres dentro, trotaron hacia la Estrella.

En casa de Medeiros, el criado había encendido ya las velas de la araña, y subían la escalera, cuando sonó la campanilla. Eran los testigos, muy puntuales. Y mientras Godofredo iba a ocultarse al cuarto, los otros entraron hacia la sala, donde se elevó en seguida un rumor de voces.

En el cuarto, a oscuras, sin atreverse a llamar al criado, Godofredo buscaba, palpaba sobre el tocador, a la caza de una caja de fósforos. No los encontró, pero sus dedos tropezaron en un repostero. Lo descorrió y vió delante una rendija de luz, en una puerta, detrás de la cual llegaban rumores de voces. Estaba, al otro lado, la sala donde se hallaban conferenciando. Se adelantó, pero tropezó con un jarro, que rodó con un ruido de agua derramada. Se quedó inmóvil un momento, y, por último, chapoteando en la humedad, fué a pegar el oído a la cerradura.

Pero habíase hecho en la sala un silencio que él no comprendía. Sólo a veces uno de los amigos de Machado tosía. ¿Qué diablos estarían haciendo? Quiso espiar, pero no vió más, vagamente, que un trozo de espejo, donde se reflejaba la luz del quinqué. De repente, la luz desapareció, y se colocó delante de él un bulto negro, seguramente la espalda de alguien. Entonces se elevó una voz: era la de Medeiros, diciendo «que le parecía concluyente...» Después, otras voces, hablaron todas al mismo tiempo, en un rumor que él no podía entender. Luego, otra voz dijo muy claramente:

—En estas cosas es necesario, sobre todo, dignidad.

En efecto, era necesario dignidad; y, realmente, no era muy digno estar allí ¡escuchando en la puerta! A tientas, volvió hacia el centro del cuarto, y, habiendo tropezado con el sofá, sentóse allí pesadamente. De la sala no venía el menor ruido; un aire sofocante cerníase en el cuarto. Y aquel silencio, aquella oscuridad, le trajeron ideas sombrías de heridas, de intervenciones médicas. Al día siguiente tal vez estuviera él así, en un cuarto a oscuras, postrado en un lecho, y solo, sin nadie, atendido por Margarita...

Aquella idea le causó un gran horror. Recordó casos de heridas de que había oído hablar. Una estocada, de momento, daba sólo una sensación de frío; los dolores venían después, durante las largas noches de inmovilidad, cuando los colchones se calientan y el cuerpo no se puede mover. Y entonces pensó en todo lo que había dicho Núñez Vidal: «Era la primera vez que Machado la abrazaba, por broma...» ¿Y si aquello fuera verdad? También ella se lo dijo, en un grito de dolor: ¡Era la primera vez! Bien podía haber sido únicamente una ligereza, un galanteo, lo que los ingleses llaman una *flirtation*. ¿Debería perdonar? No, ciertamente. Pero, entonces, no había motivo para batirse. Bastaba con expulsar a Machado de su casa... Y otras cosas acudíanle al espíritu: nunca, como últimamente, se había mostrado Ludovina tan amante. En otro tiempo era él el que la provocaba, quien la hacía caricias... Pero ahora era ella la que, a veces sin motivo, le echaba los brazos al cuello. ¿Podía afirmar que ella no le amaba? No. Y aquello no era fingido: él no era tonto y sabía reconocer muy bien una emoción sincera. ¿Por qué entonces consintió ella en que la cortejase Machado? ¡Vaya usted a saber! Coquetería, vanidad... En todo caso, el castigo era merecido. ¡Nunca más la vería, y se batiría con el otro!

Entonces recordó que jamás había manejado una espada y que Machado había dado lecciones de esgrima. ¡Seguramente quedaría él herido! Y el mismo terror agudo le invadió.

Parecíale que no temería tanto una muerte brusca, una bala que le atravesase el corazón... Pero una herida grave, que le retuviese en cama semanas interminables, con su marcha lenta; la fiebre, la inflamación, el peligro de la gangrena... Era horrible. Toda su carne se encogía ante aquella idea... Pero se acabó... ¡Era el honor el que lo exigía!

De repente oyó voces en el pasillo, risas, todo un barullo cordial de amigos que se despiden. Latíale el corazón; se dirigía hacia la puerta cuando apareció una luz. Era Medeiros, todavía con la vela con que alumbró a los otros.

—Todo resuelto—dijo al entrar.

Detrás de él venía Carvalho, que confirmó:

—Está todo decidido.

Godofredo los miraba, pálido, temblando de nervioso.

—No te bates—explicó Medeiros, poniendo la palmatoria sobre la mesa.

—¿Qué te dije yo en seguida?—exclamó Carvalho, radiante—. Todo tenía que quedar lo mismo. Era de buen sentido.

Y Medeiros explicó lo sucedido. Núñez Vidal se había portado con una caballerosidad extraordinaria. Empezó por decir que si él estuviese convencido de que había allí una traición de Machado, un delito de adulterio con la mujer del socio, él no hubiese intervenido en el caso. Después afirmó que si ellos exigían el duelo, él tenía instrucciones de aceptarlo todo, sin discutir: la hora, el sitio, las estocadas. Y, llegado al terreno, Machado cogería la espada y se dejaría herir como un *gentleman*. Pero Núñez Vidal apelaba a ellos, como hombres de honor y de buen sentido...

—¿No fué esto lo que dijo, Carvalho?

—Y como hombres de mundo—corrigió Carvalho.

—Justamente: y como hombres de mundo. Apeló a nosotros, preguntando si debíamos consentir en un duelo, cuando no había motivo y cuando Machado, en una carta que Vidal nos dió a leer, le afirmaba por su sagrado honor de caballero que doña Ludovina era inocente, y que no hubo más que unas cartas cambiadas y aquel abrazo... Por consiguiente, dijo Núñez Vidal: «¿A qué viene un duelo? Compromete a doña Ludovina, da a entender a la gente que hubo realmente adulterio, coloca al señor Alves en una postura ridícula y perjudica la firma comercial...»

—Y el dilema de Núñez...—indicó por su lado Carvalho.

—¡Es verdad! El dilema—gritó Medeiros, acordándose—. Núñez presentó este dilema: estos señores eligen la espada. Ahora bien: si hubo adulterio, la espada es aún poco; pero si no lo hubo, está de más... De manera que hemos decidido que no haya duelo...

Godofredo no decía nada. Pero una sensación de paz y de serenidad le invadía silenciosamente. Aquellas rotundas afirmaciones de Núñez Vidal, un muchacho de tanta honorabilidad, casi le convencían de que realmente no hubo más que un galanteo sin consecuencias. El mismo lo había dicho: si estuviese convencido de que había adulterio, no hubiera intervenido en el caso. Ahora bien: si se trataba de un simple galanteo, no había realmente motivo para que se batiesen; y esto le producía tal alivio... Mil ideas abominables desaparecían y surgían otras, de reposo, de tranquilidad, tal vez de felicidad aún. Ciertamente, no perdonaría a su mujer aquel simple galanteo; no volvería a hablar a Machado. Pero la vida sería para él menos amarga, pensando que ellos no le habían traicionado, realmente; y Aquello consolaba su orgullo: mostraría que él era un marido rígido y digno, que expulsaba a su mujer por una simple mirada cambiada con otro hombre.

Así su honor quedaba a salvo y su corazón sufría menos.

Y le invadió la alegría de desprenderse al fin de aquellos pensamientos violentos de muerte en que estaba envuelto, y de reintegrarse a la rutina de su vida, de sus negocios, de sus relaciones, de sus libros. De repente, ante la idea de rutina, de negocios, de casa comercial, se le ocurrió un pensamiento que le llenó de agitación:

—¿Y Machado? ¡Yo no puedo volver a hablar más con Machado?

Pero Medeiros h a b í a discutido aquel punto con Núñez Vidal. Y fué éste quien tuvo una idea de buen sentido. Vidal dijo: «Desde el momento en que no hay motivo para un duelo, no hay motivo para que interrumpan sus relaciones comerciales...»

Godofredo protestó:

—Entonces, ¿va a aparecer mañana por mi oficina?...

—¿Quién te dice mañana, hombre? Fíjate en lo que ha dicho Vidal: Machado mañana te escribe una carta oficial para que el tenedor de libros y los empleados la vean, diciendo que se marcha fuera de Lisboa con su madre, y en la que te pide que mires tú por la casa, etcétera, etcétera. Después, al cabo de uno o dos meses, vuelve, os saludáis, os sentáis cada cual ante vuestra mesa, habláis de lo que tengáis que hablar sobre los negocios, y se acabó. Lo que no mantenéis son relaciones íntimas. Incluso os podéis ahorrar el tuteo.

Y como Godofredo miraba hacia el suelo, reflexionando, los dos, a una, cayeron sobre él:

—Así tapas la boca al mundo—dijo Carvalho.

—Te salvas del ridículo—añadió Medeiros.

—Mantienes la razón social intacta y unida...

—Libras a tu mujer de una mala fama...

—Conservas un socio inteligente y trabajador...

—¡Y tal vez un amigo!

Entonces Godofredo *sintióse* invadido por una fatiga inmensa, por un deseo intenso de no pensar más en aquel disgusto, de no hablar más del caso, de dormir tranquilo; y cedió, se entregó, preguntando con voz trémula:

—¿Entonces vosotros creéis, por vuestro honor, que así queda todo bien?...

—¡Lo creemos!—respondieron ambos.

Godofredo estrechó la mano a uno, luego al otro, conmovido, casi con lágrimas:

—Gracias, Carvalho. Gracias, Medeiros.

Y, para tapar la boca al mundo, fueron los tres hacia el Paseo Público, donde había aquella noche iluminaciones y fuegos artificiales.

VIII

Entonces comenzó para Godofredo una existencia abominable.

Habían pasado unas semanas, y Machado volvió. Ocupaba ahora, como de costumbre, su mesa en el despachito de *reps* verde.

Godofredo temió siempre aquel acontecimiento. No creyó que pudieran ellos jamás pasar las horas, uno al lado del otro, consultando sus papeles, ligados por mil intereses comunes, con la idea aún viva de aquel día de julio, de aquel encuentro trágico sobre el sofá.

Por fin, todo sucedió muy correctamente, y no había rozamientos.

La víspera de su llegada, Machado le escribió una carta cortés, casi humilde, en la que se notaba inclu-

so cierto tono de tristeza: decíale que iba a volver, que al día siguiente aparecería por la oficina, que esperaba que todo recuerdo del pasado desapareciese en sus nuevas relaciones, y que en éstas dominase siempre una respetuosa cortesía. Añadía que, comprendiendo, sin embargo, las dificultades de esta nueva solución, él sólo la aceptaba por poco tiempo, para salvar la dignidad y hacer callar la maledicencia, reservándose el derecho a abandonar la razón social no bien lo pudiese hacer sin escándalo.

Aquel día, Godofredo fué más temprano a la oficina e hizo una cosa hábil: dijo al tenedor de libros, delante del cajero, que se habían suscitado ciertas discrepancias entre él y el señor Machado y que sus relaciones habían sufrido con ello ciertas alteraciones. Aquellas palabras vagas tenían por objeto evitar la sorpresa y los comentarios del tenedor de libros cuando los viese ahora, uno frente a otro, secos, corteses y tratándose de *señor Alves* y *señor Machado*.

El tenedor de libros murmuró que lo *sentía mucho*, y a los pocos instantes apareció Machado. Fué un momento desagradable. Durante el resto del día apenas pudieron prestar atención a lo que hacían, y los propios gestos de Machado, al sacar el pañuelo, al pisar el suelo, despertaban en Godofredo toda clase de recuerdos irritantes. Una o dos veces le acometió un deseo violento de vituperarle, de culparle de todas las tristezas que ahora llenaban su vida. Pero se contuvo, siendo sólo impotente para tragarse algún que otro suspiro.

La actitud de Machado fué respetuosa y triste. No cambiaron casi ninguna palabra. Algo angustioso pesaba en el aire, y el estúpido del cajero hacía aquel embarazo más perceptible, obstinándose en andar de puntillas, como en una casa donde hay un moribundo.

Transcurrieron otros días iguales; pero, poco a poco, la presencia de Machado iba dejando de impresionar a Godofredo. Ya podía verle sin pensar en el sofá amarillo...

Se estableció una rutina: el último en llegar daba los buenos días al otro cortésmente; después, cada cual ante su mesa, hablaban sólo de negocios, con las palabras indispensables. Cuando no había qué hacer, Machado salía, dejando el despacho a Godofredo, que se quedaba allí leyendo los periódicos en el sofá. Y esta existencia continuó, regular, sin rozamientos, porque, en el fondo, sólo había en Machado estimación por Alves, y Alves, a pesar suyo, conservaba un fondo de simpatía por aquel joven al que casi había educado. En vano se decía a sí mismo que fuera del negocio era un trasto; el simple tono de su voz, sus maneras afables, le atraían irresistiblemente.

Y así, cuando llegaron los primeros días de octubre, toda aquella tumultuosa agitación que se había producido en la vida de Godofredo, y que le tuvo durante semanas enteras como somnámbulo, se calmó. Ludovina estaba en Ericeira, con su padre, y el recuerdo de aquel momento en que la vió en el sofá amarillo, aquel recuerdo que había sido en el corazón del pobre Godofredo como una llaga viva que el menor movimiento, el menor roce, irritaba, era ahora como una herida que comenzaba a cicatrizarse, causando sólo uno de esos dolores sordos y vagos a que el cuerpo se acostumbra.

El choque desagradable del encuentro con Machado pasó también. En la oficina de la calle de los Doradores continuaba la rutina de relaciones, frías, corteses, soportables.

Pero ahora, más tranquilo, Godofredo sentía con redoblada intensi-

dad todos los detalles de aquella vida de viudo, que debía ser la suya para siempre, y sólo descubría en el futuro incomodidad y tristeza.

Al principio, pensó en dejar la casa de la calle de San Benito y en irse a vivir a un hotel. Pero después temió a la opinión, a la maledicencia. Nadie sabía que él estaba separado de su mujer. Se suponía que ella estaba en los baños con su padre, y que Godofredo la iba a ver de cuando en cuando; y él tenía que mantener aquella ficción por todos los medios. Además de eso, ¿qué iba a hacer con las dos criadas? Porque persistió en la idea de mantener el silencio en torno a su desgracia, conservando bajo llave, ligadas a él por el interés de una buena situación, a aquellas dos mujeres que la conocían. Se quedó en San Benito, y su existencia allí era perfectamente desgraciada. Una por una, las comodidades que tanto amaba habían desaparecido, porque las dos mujeres, sin nadie que las vigilase, habiendo notado que el señor no las despediría, dependiendo de la lengua de ellas, estaban completamente desmoralizadas.

El tormento del día empezaba para Godofredo a las nueve. Era una tortura conseguir que le trajesen agua para afeitarse: nunca la había caliente. La cocinera, que ahora se levantaba tarde, no tenía nunca encendida la lumbre antes de las diez. Después era otra lucha para conseguir el desayuno, y cuando llegaba, hecho de prisa, sin cuidado, sin variedad, casi le asqueaba. Desde agosto, todas las mañanas le traían los mismos huevos pasados por agua, unas veces crudos, otras cocidos del todo, y los mismos bisteques córneos, negros, como dos tiras de cuero quemado.

El se sentaba, veía con horror la servilleta y el mantel sucios, y sentía un profundo desconsuelo. ¡Ay! ¿Dónde estaban los tiempos en que la propia Ludovina iba a hacerle los huevos pasados por agua, guiándose por el relojito de oro? Entonces, había siempre flores en la mesa, y su *Diario de Noticias* y su *Diario del Comercio* le esperaban al lado del plato. El los desdoblaba con un sentimiento de paz y de comodidad, oyendo alrededor el rumor de su falda, el calor de su presencia y un vago aroma de vinagrillo de tocador.

Ahora, cuando volvía a las cuatro, encontraba los restos de su triste desayuno todavía sobre la mesa, con la salsa de la carne secándose en el plato, el resto del té en la taza, todo sucio y triste bajo el revoloteo de las moscas. Por el suelo había siempre migas. Todos los días rompían algo. Y, a final de mes, eran unas cuentas enormes, un despilfarro, un exceso absurdo de gastos. Ya por dos veces habíase encontrado hombres en la escalera o visitas para las criadas. Su ropa sucia se arrastraba por los rincones, y cuando él se enfurecía y entraba en la cocina como una bomba, gritando, las dos mujeres no contestaban, fingían una compunción más odiosa aún que una respuesta insolente: bajaban la cabeza, daban con respeto una disculpa absurda, y se quedaban después, dentro, riendo y beborroteando copitas de sus vinos.

Pero peores aún eran las largas noches solitarias. El había sido siempre un hombre casero, amante de recogerse temprano, de ponerse sus zapatillas, de gozar de su casa.

Antes, en la sala, Ludovina se sentaba al piano; él mismo iba a encender las luces con la devoción de quien prepara un altar, porque adoraba la música, e iba a terminar su puro en un sillón, oyéndola tocar, contemplando la masa negra del cabello que colgaba sobre su espalda, en una gracia de abandono y de intimidad. Ciertas músicas que ella

tocaba parecíanle que acariciaban su corazón con algo aterciopelado y muy suave que le hacía desfallecer: sobre todo, una, cierto vals, *Souvenir d'Andalousie*... ¡Cuánto tiempo sin oírla tocar!

Mientras duró el verano, todas las tardes daba su paseo. Pero el mismo espectáculo de las calles le traía el recuerdo de su felicidad perdida. Era un balcón abierto, con una señora vestida de claro, tomando el fresco, que le recordaba su casa desierta, donde ya no había un rumor de faldas... Era, al anochecer, una ventana dejando salir la claridad discreta de una velada tranquila, de donde llegaba el vago sonido de un piano... Y él pasaba, con sus botas polvorientas, el cuerpo fatigado, sintiendo de un modo agudo y doloroso la evidencia de su soledad.

Las noches peores eran aquellas en que buscaba la animación del Paseo Público. Lo llevaba allí el horror de la soledad; pero aquel aislamiento en medio de tanta gente, bajo los árboles iluminados por el gas, viendo a tanto hombre llevando a una mujer del brazo, ¡érale aún más doloroso que la sala desierta y fría, con su aspecto deshabitado y su piano inútil!

Después, cuando principió el invierno, la vida empezó a resultar intolerable. Noviembre fué muy lluvioso. Volvía él de la oficina tarde, y después de la comida desconsoladora, que engullía de prisa, quedábase en zapatillas, aburrido, moviéndose vagamente de la sala a la alcoba. Ninguna silla, por cómoda que fuese, le daba una sensación completa de reposo y de bienestar. Sus libros parecían haber perdido súbitamente todo interés, desde que no la sentía a su lado, cosiendo mientras él leía, ante la misma mesa, bajo la misma luz. Y un pudor, un escrúpulo, una vaga vergüenza, le impedían ir a los teatros.

Además de eso, invadíale ahora una inquietud constante, desde que ella había vuelto de Ericeira y sabía que estaba allí, en la misma calle, a diez minutos de aquella casa donde él sufría todas las tristezas de la viudez. De noche, veinte veces su pensamiento hacía aquel camino, subía la escalera de Netto, entraba en la sala que tan bien conocía él, con su *chaise longue* forrada de cretona roja. Era en aquella *chaise longue* donde solía ella sentarse cuando iban a ver al suegro. Y sentía celos, una desesperación, pensando que a aquella hora ella estaría allí, sentada con una costura o un libro en la mano, tranquila, olvidada, sin pensar en él.

Netto vino a verle, al regreso de Ericeira. Y cada palabra de aquel granuja fué una puñalada para Godofredo. Se habían divertido mucho en Ericeira. No se trataban con nadie, porque, en fin, las circunstancias de Ludovina no permitían festejos ni *pic-nics*; pero lo habían pasado muy bien, en familia. Ludovina se bañó; estaba fuerte, más gruesa y no la había él visto nunca con tan buena cara; había tocado mucho el piano y parecía resignada y de buen humor. Y después de pintársela así, tan sana, tan deseable, se marchó sin pronunciar la palabra que Godofredo ansiaba, una simple palabra: «¡Haced las paces!» Porque ahora era aquél su deseo más ardiente. Sólo que no quería dar el primer paso, por orgullo, por dignidad, por un resto de celos y de enfado. Pero pensaba que era a Netto a quien correspondía aquella reconciliación, y que empezaba a odiarle, viendo que quería conservar a la hija en su casa. Era fácil de comprender: al bigardo no le disgustaban los treinta duros que caían así en su bolsillo todos los meses. Pensó incluso en retirarle la mensualidad: se lo impidió un sentimiento de caballerosidad. Lo que le torturaba, sobre todo, era

no haber logrado aún verla. En vano pasaba y volvía a pasar por delante de la casa de Netto; en balde iba los domingos a misa, a la iglesia de ella; en vano rondaba la casa de la modista, una tal Justina, en la plaza del Carmen, con la esperanza de verla salir o entrar allí. Hasta que un día, estando en la puerta de un estanco, encendiendo el puro, de repente la vió de espaldas...

Se quedó tan trastornado, tan tembloroso, que, en lugar de correr a seguirla, a verla, como le exigía furiosamente su deseo, se metió vivamente hacia el fondo del estanco, y permaneció allí vacilante, sintiendo las palpitaciones de su corazón, pálido y entorpecido. Y cuando pudo reaccionar y salió para verla otra vez, en vano subió y bajó el Chiado; ya no la encontró: habíala perdido. Y fué hacia su casa, con una añoranza inmensa, teniendo ante los ojos aquella figura alta, vestida de negro, con una flor amarilla en el sombrero.

Sin embargo, el encanto se rompió, y una semana después, cuando bajaba la acera del Correo, la divisó subiendo con su hermana. Sintió el mismo trastorno, el mismo embarazo, la misma idea absurda de esconderse en un portal... Pero, por fin, brincándole el corazón, se decidió a afrontar el encuentro: afirmó el paso, se dió un leve estirón a los puños, se enderezó. Y de lado, temblando todo, la vió bajar los ojos y sonrojarse, agitada.

Fué hacia su casa en un estado extraordinario de exaltación. Sentía que la adoraba y desfallecía su corazón ante la idea deliciosa de estrecharla otra vez en sus brazos. Y, al mismo tiempo, sentía unos celos furiosos y vagos, celos de los otros hombres, de la calle, de los pasos que ella daba, de las palabras que podría pronunciar, de las miradas lanzadas a otros. La quería para él solo, allí, bajo llave, entre aquellas paredes que eran suyas, en su cuarto, en la prisión de sus brazos. Y no pudiendo permanecer en casa, salió, casi a medianoche, y fué hasta Santa Isabel a contemplar los balcones de Netto.

Después, cuando volvió, le escribió una carta absurda, seis hojas de pasión, a las que se mezclaban aún, caóticamente, violentas acusaciones. Al releerla, la encontró mal escrita, poco amorosa.

Aquella noche no durmió. Veía sin cesar la bella cara enrojecer, bajarse las largas pestañas... Sí, estaba, como le dijo Netto, más llena, más bella. ¡Oh, qué mujer divina! ¡Y era *suya, su* mujer! ¡Realmente, aquello no podía durar, no podía continuar aquella vida desgraciada y solitaria!

Pasó enero sin que él volviese a verla. Y su pasión aumentaba. Ahora esperaba que una casualidad los reuniese. Cada mañana imaginaba que no pasaría el día sin que la encontrase; y estaba decidido a hablarle.

Ya una vez, al tropezar con Netto, habló vagamente de los inconvenientes de aquella separación. Pero Netto se encogió de hombros con un aire de melancolía y de dolor paternal. Era muy triste, pero ¿qué se le iba a hacer?

Después, una tarde, en el Martiño, Netto volvió a hablarle: le dijo que había reflexionado mucho y que estaba dispuesto a hacer con su hija un viajecito hasta el Miño... ¡para evitar habladurías!

Godofredo se quedó asombrado, y sin poderse contener:

—¡Pero no será a mi costa!—murmuró.

Y, volviéndole la espalda, se fué hacia su casa, furioso. Eran las siete; había una luna clara y fría. Llegaba a su portal, cuando se dió de frente, en la acera, con Ludovina, que volvía acompañada de su hermana.

Instintivamente, bajó de la acera con rapidez, se apartó; pero luego volvió con una inspiración, presuroso, y llamó:

—¡Ludovina!

Ella se detuvo, sorprendida. Estaban junto a una mercería, bajo la luz del gas; y quedaron uno frente a otro, sin encontrar una palabra, perplejos, con toda la sangre en la cara. Godofredo estaba tan trastornado, que ni saludó a su cuñada; no la veía siquiera. Sus primeras palabras fueron absurdas:

—¿Entonces dicen que te vas al Miño?

Ludovina le miró asombrada, y luego a su hermana:

—¿Al Miño?—murmuró.

Y él, con una voz aturrullada:

—Me lo dijo tu padre... ¡Me pareció la cosa más ridícula!... ¡Oh Teresita, perdone, no la había visto!... ¿Lo han pasado bien? Y tú, Ludovina, ¿lo pasaste bien?

Ella se encogió de hombros:

—Así, así...

El la devoraba con los ojos, encontrándola adorable con aquella capa de terciopelo que no le conocía y que debía de ser nueva.

Parece que te divertiste mucho en Ericeira.

Ella tuvo una sonrisa amarga:

—¿Yo? ¡Sí!...—y añadió con un vago suspiro—: Lo que he hecho es aburrirme y llorar...

Una ternura, una piedad inmensa invadió a Godofredo, y con la voz trémula, casi llorando, balbució:

—Vaya, vaya, por Dios...

Después añadió al azar, ya en tono de intimidad, como si desde aquel momento se hubiera efectuado la reconciliación:

—Pues, en casa, aquello no marcha bien... Margarita se descuida mucho. Y, a propósito, quería preguntarte... ¿Cómo diablos se enciende el quinqué del despacho, que no ha sido posible ponerlo en condiciones?

Ella rió, Teresa también. Notaban perfectamente que de allí en adelante Ludovina era otra vez la mujer de Godofredo. Dijo ella:

—Si quieres, iré yo a enseñarle a Margarita cómo se arregla eso.

Todo él fué un grito de alegría:

—¡Sí, sí, ven! Teresita puede venir también. Es un momento.

Y subió delante, a toda prisa, desfalleciendo de voluptuosidad al oír el rumor de las faldas de ella escalera arriba.

Oyendo voces, Margarita había corrido a abrir, y, al ver a las señoras, quedó sin habla.

—Traiga aquí el quinqué del despacho—le gritó, atolondrado, Godofredo.

Ludovina y su hermana habían entrado en el comedor, y permanecían en pie, con el sombrero y las manos en los manguitos, mientras Godofredo, como atontado, corrió a la cocina, entró después en la alcoba, se precipitó luego a encender las luces de la sala de visitas, donde no había gas.

Ludovina, entre tanto, examinaba el comedor, el aparador, el tapete, escandalizada del descuido que allí se notaba, parándose a contemplar, indignada, un lindo frutero de cristal que tenía un asa rota.

Godofredo la encontró así.

—¡Ay!—exclamó él—. Hay un destrozo por ahí que no puedes ni imaginar. Mira, ven aquí dentro, ven a ver, ven aquí, a nuestro cuarto...

El pasó primero y ella, con un rubor de virgen que penetra en la estancia nupcial, le siguió. Y apenas entró, él se apoderó de ella, la arrastró hacia la alcoba del lavabo, y allí, a oscuras, violenta y frenéticamente, la besó en los ojos, en el pelo, en el sombrero, hartándose de la tersura de su piel, sintiéndose morir al contacto con aquel frescor que traía ella de fuera.

Ella dijo, bajo:

—¡No, no, está ahí Teresa!...

—Dile que se vaya en seguida, yo la acompañaré—murmuró él—. Tú te quedas aquí, amor mío, no vuelven a separarnos nunca más...

Y ella accedió con un beso.

IX

Al día siguiente, en un momento de enternecimiento, queriendo dar a su felicidad un marco más poético, Godofredo propuso que fuesen a pasar unos días a Cintra. Fué una nueva luna de miel. Se hospedaron en el Lawrence, donde ocupaban un saloncito para ellos solos. Se levantaban tarde, bebían champaña en la comida y se besaban a escondidas, por los bancos, debajo de los árboles. Godofredo no dejaba a Ludovina ni un instante, ávido de gozar de nuevo de aquella intimidad que creyó perdida, sintiendo el placer infinito de su presencia y de su amor.

Al cabo de cuatro días, volvieron, y aquella luna de miel se prolongó aún en Lisboa, llena y amplia, sin una nube, sin reparar en gastos, con un coche de abono y palcos en el San Carlos.

Godofredo quería mostrarse en todas partes con ella, para tapar las bocas del mundo.

En el San Carlos tomaba siempre un palco muy a la vista, exhibiendo su felicidad doméstica. Y como Ludovina, con los aires de Ericeira, había vuelto más fuerte, más llena, magnífica en su firme belleza de morena sana, los hombres del patio de butacas la miraban con insistencia, y había siempre algunos gemelos clavados en ella.

—Ya están mirando—decía Godofredo—. Les asombra vernos juntos... ¡Pues que rabien!...

Y de frente, en el palco, se tiraba despacio de los puños, sonreía a su Lulú.

Una de aquellas noches cantaban *La Africana* por primera vez, y Ludovina, que durante todo el espectáculo había estado atormentada por unos zapatitos nuevos, quiso salir antes que terminase el último acto. Godofredo accedió en seguida, a pesar del placer que le producían los gorjeos patéticos de la Alteroni, bajo los ramajes de los manzanillos, a la luz trágica de la luna llena. Le puso el abrigo, dióle el brazo, y en un rincón del peristilo esperaban a que se acercase el coche de abono, cuando de repente apareció Machado, con el puro en la boca, poniéndose el gabán. El, seguramente, no los vió, porque siguió cruzando el peristilo, con su paso levemente oscilante, tapándose la corbata blanca, acabando de abrocharse el gabán. De repente se enfrentó con ellos. Pareció vacilar un segundo, se quedó cortado, pálido, con los dedos paralizados sobre los botones. Después, muy correcto, se quitó el sombrero hasta los pies. Desde dentro del cuello alto de su capa blanca, ella hizo un ligero movimiento de cabeza, bajando los ojos, seria, impasible, inmóvil, con la larga cola azul de su vestido recogida en la mano. Y Godofredo, que tuvo un momento de indecisión, acabó por decir muy alto un «¡Hola, Machado, buenas noches!»

Machado salió rápidamente.

Al día siguiente, cuando Godofredo llegó a la oficina, Machado estaba ya sentado ante su mesa. Cambiaron los saludos secos y habituales, y Godofredo permaneció removiendo sus papeles, leyendo la correspondencia. Después echó un vistazo vago y distraído al periódico, preocupado sin duda con el pensamiento en otra cosa. Y de repente se recostó en la silla, hizo crujir los dedos y preguntó a Machado:

—¿Qué le pareció anoche la Alteroni?

¡Era la primera vez que le dirigía

una palagra ajena a los negocios de la razón social! Machado se levantó, un poco nervioso, para contestar:

—Me gustó mucho... ¿Y a usted?... Buena voz, ¿eh?

Y apenas soltadas, aquellas palabras triviales fueron como las compuertas de un dique que se abre. Godofredo se levantó también, y fué un flujo de palabras de uno y de otro, al principio inseguras, después adquiriendo calor, acercándolos de nuevo, formando una viva corriente de simpatía. Parecían dos amigos que se encuentran después de una larga ausencia; cada cual reconocía en el otro aquello que en él siempre apreció: un chiste trivial de Machado sobre el tenor hizo estallar de risa a Godofredo; una observación de Godofredo sobre el unísono de los violines interesó enormemente a Machado, haciéndole pensar que Godofredo era, realmente, un gran entendido en música.

Después, Godofredo mencionó su estancia en Cintra, y hablaron un momento de Cintra, enumerando cada cual los sitios que allí prefería, la impresión que les producían, como si, después de aquella larga separación, sintiesen la necesidad de comparar sus ideas y sus gustos respectivos.

Después, como Machado tenía que salir más pronto, el apretón de manos que cambiaron al despedirse fué largo, efusivo, de una completa reconciliación, uniéndolos otra vez para siempre.

*

Y entonces, de nuevo la vida de Godofredo fué tranquila y feliz. En la calle de San Benito volvieron a entrar el orden y la alegría. Los huevos del desayuno ya no aparecían crudos o cocidos del todo, y por la noche el *Souvenir d'Andalousie* volvía a producir en Godofredo una vaga y feliz nostalgia de los jardines de Granada. Y a cada momento, la voz de ella, el *frufrú* de su vestido, inundaban de alegría su corazón.

Y había pasado así el invierno, y pasó la primavera, y empezaban los primeros calores de marzo, cuando cierta mañana, al salir al pasillo, Godofredo divisó, entre dos puertas, a Margarita que entregaba subrepticiamente, en secreto, una carta a Ludovina. Fué como si arrojasen un peñasco contra su pecho. Apenas atinaba con el picaporte. Imaginó en seguida otro hombre, otro amante, y su felicidad, aquella felicidad tan laboriosamente reconstruída, se resquebrajó por todos lados. Sintió un terror absurdo, como si fuese víctima de un hado, de un hado terrible y bestial, de la fatal incontinencia de la hembra.

Después pensó si sería otra vez Machado, y le pasó por delante de los ojos una oleada de sangre. Juró que aquella vez no habría conferencias, ni consultas, ni testigos, sino que entraría en la oficina y le metería a quema ropa un balazo en el corazón.

Y en su agitación, sintiendo que no podría tolerar la vista de Machado, no fué a la oficina: vagó por la Baixa, teniendo siempre ante los ojos aquella visión de la mano de la criada, del papel blanco y del aspecto cohibido de Ludovina. Entró en su casa sombrío y taciturno. No podía estar quieto, iba de una habitación a otra, tropezando con las puertas, como un hombre que se sofoca, sintiendo alrededor el aire cargado de engaño y de traición. Ludovina, sin comprender, acabó por preguntarle qué tenía.

—¡Los nervios!—respondió, de mala manera.

Y poco después, cediendo a un impulso violento, se volvió hacia ella y declaró que estaba harto de misterios, que aquella vida era un infierno y que quería saber qué papel era

aquel que le había entregado Margarita.

Ella le miró, asombrada de aquella violencia, de aquella voz estridente, llevándose instintivamente la mano al bolsillo del vestido. El siguió su gesto:

—¡Ah! ¡Tienes ahí la carta! Déjame ver...

Ella entonces se mostró ofendida ante semejante desconfianza. ¿Volvían otra vez las sospechas, las preguntas? ¿Cómo? ¿No podía ella recibir un papel sin que él quisiera en seguida meter la nariz?

Godofredo, pálido, con los puños cerrados, gritó:

—¡O me das la carta o te acogoto!

Ella se puso muy blanca, le llamó mal educado, y cayó encima del sofá, llorando, con las manos en la cara.

—Dame la carta—gritaba él, en puntillas—. ¡Dame la carta!... Y esta vez no será como la otra... ¡Vas a un convento!... ¡Te mato!

Y sin esperar la respuesta, se arrojó sobre ella, le retorció los brazos, le rasgó el vestido, se apoderó de la carta... Pero no entendía la letra. Eran unos garrapatos sin ortografía, en un pedazo de papel rayado. Empezaba: *Mi querida señora*; la firmaba *María del Carmen*, y se hablaba allí de limosna, del pequeñín, que estaba mejor, y de unas oraciones que no dejarían de rezar por aquella generosa limosna...

Trémulo, mustio, humillado, con el papel en la mano, Godofredo fué a sentarse junto a Ludovina, que lloraba con la cabeza entre las manos. Y, pasándole el brazo por el talle, balbució:

—Está bien, veo que no es nada... Perdona... Dime, ¿qué es?

Ella le rechazó, se puso en pie, muy ofendida. ¿Estaba satisfecho? ¿Había leído la carta, verdad? ¿Era de un hombre, no?...

El balbució, avergonzado.

—Pero, también, todos esos misterios...

Y como Ludovina, bella y en pie, se secaba los ojos, tragándose los sollozos, él no pudo contenerse, sintió la necesidad de humillarse, cayó de rodillas, y, con las manos juntas, murmuró:

—Perdón, Lulucita, ha sido una estupidez mía...

Con un sollozo más hondo, ella le golpeó levemente con la punta de los dedos en la cara...

Y entonces, en un enternecimiento, casi llorando también, Godofredo le besó las manos, le abrazó las rodillas y acabó por levantarse con un esfuerzo, agarrado a la falda de ella, llenándole el cuello de besos...

Y durando aún la conmoción de los dos, entre abrazos, ella le contó la historia de las limosnas secretas que hacía. Era una pobre muchacha que había conocido en Ericeira, a la que un granuja sedujo y abandonó con dos criaturas, una de pecho todavía.

—Pero, ¿por qué tanto misterio?—insistió él, conmovido y apasionado.

Ella, entonces, confesó que le había dado ya más de cinco duros, y que tenía miedo de que a él le pareciese una locura...

La alegría que Godofredo sintió fué tan viva, que exclamó:

—¿Cómo locura? ¡Dale otros cinco!... Estos por mi cuenta.

Y todo terminó en un beso.

Sólo entonces Godofredo recordó sus sospechas de aquella mañana y su cólera contra Machado: ¡había pensado otra vez en matar a Machado! Y sentía ahora la necesidad de volver a verle, de estrecharle con fuerza la mano..., dedicándole en aquel momento una amistad mayor; sentía por él como una vaga gratitud que le enternecía.

Al otro día, cuando entró en la

oficina, no pudo contenerse, y abrazó a Machado por la cintura.

El otro correspondió al abrazo de su socio sin extrañar aquella efusión, pero con una manera, un enternecimiento, un abandono triste, que sorprendieron a Godofredo. Y su sorpresa aumentó al notar que Machado tenía los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado:

—Es mi madre, que está muy mal —dijo Machado, respondiendo a la interrogación de su socio.

Y Alves, con su alegría cortada por aquel dolor, sólo pudo murmurar:

—¡Diablo!

Sí, era un diablo, sí. El médico no daba esperanza. La pobre señora padecía una serie de enfermedades mezcladas, de hígado, de riñones, de corazón, que parecían resolverse ahora en un desquiciamiento total de la vida.

El día antes tuvo un desmayo de dos horas. Él la creyó muerta; y aquella mañana presentaba un alivio extraordinario, del que él desconfiaba.

Y el pobre Machado suspiraba al contarlo. El amor a su madre había sido hasta entonces su sentimiento más intenso; vivieron siempre juntos; a causa de ella no quiso él casarse nunca, y ahora, aquella pérdida parecía llevarse de su vida todo lo que se la hacía más querida...

—Dios no ha de querer una desgracia—murmuró Godofredo, conmovido.

Machado se encogió de hombros, con desaliento, y poco después volvió a marcharse para volver junto a su pobre enferma.

Entonces todos los días, tres, cuatro veces, Godofredo iba a casa de Machado, a saber noticias. La pobre señora empeoraba. Afortunadamente no sufría, y sus últimos días estaban confortados por aquel cariño con que la rodeaba su hijo, sin apartarse un momento de su lecho, conteniendo su dolor, ocultando su palidez, animándola, hablando de proyectos y de idas al campo, e incluso bromeando, como en los buenos tiempos.

Después, una tarde, llegó Godofredo en busca de noticias. La criada apareció con el delantal en los ojos: la señora había fallecido hacía una hora, como un pajarito.

Entró. Y Machado se arrojó en sus brazos, bañado en llanto.

Godofredo no se separó de él ya. Pasó allí la noche; se ocupó del entierro, de las invitaciones, de la compra de una sepultura en el alto de San Juan. Y al otro día, en la solemnidad de los pésames, los amigos de la casa le daban apretones de mano tan sentidos, tan mudos, como al propio Machado, reconociendo en él, más que a un amigo, casi a un hermano.

El entierro estuvo concurrido: hubo más de veinte coches; Godofredo llevaba la llave del ataúd, y en el cementerio dirigió las ceremonias, invitó a los más íntimos a coger las cintas del féretro, cuchicheó con los curas, se prodigó, y cuando la caja fué bajada a la tumba, las únicas lágrimas que la acompañaron fueron las suyas.

Al día siguiente, Machado partió para Villafranca, a casa de una tía suya, y Godofredo le acompañó a la estación, se ocupó del equipaje y lloró otra vez, abrazado a él.

Pasados quince días, Machado regresó.

Ocupó otra vez su mesa, en el despachito de *reps* verde. No parecía el mismo. Estaba más sereno, pero tan triste en su luto, que Godofredo, siempre romántico, pensó para sus adentros que aquellos labios no volverían a sonreír nunca más.

Después, viendo que se quedaba ante la mesa, sin ganas de volver a su casa, hacia la casa ahora vacía, para la comida, ahora en soledad, tuvo uno de sus bruscos impulsos de

bondad: lo olvidó todo, abrió los brazos a Machado:

—¡Lo pasado, pasado está! ¡Véngase a comer con nosotros!

Y no le dejó vacilar; casi le puso el gabán, le arrastró escaleras abajo, llamó a un coche, lo metió dentro y se lo llevó en triunfo a la calle de San Benito.

Machado no dijo nada durante todo el trayecto, temblando ante aquel encuentro, palideciendo ya, buscando una frase natural que decir al entrar.

Ya en la escalera, oyeron el sonido del piano, y a los pocos instantes, Godofredo, asomando la cabeza por el repostero de la sala, exclamó, radiante:

—Ludovina, te traigo un invitado.

Ella se levantó y se encontró de pronto ante Machado, que se inclinaba profundamente, ocultando su turbación en la profundidad de aquella reverencia.

Ella se puso roja, pero su voz fué clara y firme al tenderle la mano, diciendo:

—¿Cómo está, señor Machado? ¿Llegó usted bien?

Él balbució unas palabras ininteligibles, y permaneció en pie, frotándose las manos despacio, mientras Ludovina disipaba aquel embarazo con una infinidad de palabras, contando a Godofredo una visita que había recibido de unos Mendozas, hablando del tal Mendoza y de la Mendoza, y del Mendoza pequeño, vivamente, nerviosa, ardiéndole las orejas. Después, se apresuró a salir, para dar unas órdenes.

Cuando se quedaron solos, Godofredo tuvo esta frase profunda:

—¡Cuando hay educación todo esto acaba siempre bien!

Al poco rato, Ludovina volvió, más serena, habiéndose puesto, sin duda, una capa de polvos. Machado se sentó en seguida en el famoso sofá amarillo y quiso levantarse, dejarle aquel sitio; pero ella no lo consintió, sentóse al lado, en el sillón, y, como si quisiera enmendar un olvido, se apresuró a decir, sin parar, como quien recita una lección:

—Sentí mucho la pérdida que ha tenido usted...

Él se inclinaba, murmurando unas palabras, pero Godofredo interrumpió, exclamando:

—¡De eso no se habla ahora! Deben aceptarse los designios de Dios; se acabó.

Pero una sombra pasó por la cara conmovida de Machado, y un hálito tibio de tristeza pesó sobre la sala.

Y fué aquella tristeza la que los hizo sentirse a gusto. Era como si Machado, con aquel luto pesado, aquella nostalgia de su madre, aquella tumba aún reciente, no fuese el mismo que había bebido allí copas de oporto, con ella entre los brazos, sobre el sofá amarillo. Era otro Machado, un muchacho serio, curvado por un dolor que era preciso consolar; envejecido, e incompatible para siempre con las aventuras amorosas.

Ludovina le encontraba cambiado, y mirándole, no recordaba cómo era en otro tiempo; por su parte, Machado la encontraba tan extraña como si fuese por primera vez a aquella casa.

El marido olvidaba. Ellos olvidaban también. Y acabaron por mirarse mutuamente, por hablar, sin embarazo, con naturalidad, llamándole ella «señor Machado» y respondiendo él «señora», fríos, habiendo acabado para siempre de estremecerse uno ante otro, sin conmoción, como dos carbones apagados.

Y la comida fué tranquila, apacible, íntima, casi alegre.

*

Entonces, la vida siguió pasando, vulgar y lisa, como es.

El luto de Machado terminó. Vol-

vió a frecuentar los teatros, tuvo otras amantes, enamoró a otras señoras.

Después murió Netto, de repente, de una apoplejía, dentro de un ómnibus, y Teresita fué a vivir con su hermana.

Al cabo de dos años, Machado se casó con una de las Cantañedes, por quien concibió una pasión absurda, frenética, que no le permitió esperar, y que le hizo arreglar el noviazgo, el equipo, las licencias necesarias, todo en el espacio de un mes.

Hubo un baile: Ludovina apareció con una bella *toilette*, pero no bailó.

Después, al cabo de un año, la pobre Cantañede murió de parto, y otra vez Machado sollozó, bañado en llanto, en los brazos de Godofredo. Y otra vez Godofredo recibió la llave del ataúd, y dió apretones de mano fuertes y mudos durante las visitas de pésame.

Pero aquella vez Ludovina le ayudó, llorando también, porque ella y la pobre Cantañede eran íntimas, pasaban los días juntas, no se separaban, y su pena era casi tan grande como la del infeliz Machado.

*

De nuevo la vida prosiguió, vulgar y lisa, como es.

Al cabo de dos años, Machado tenía por amante a una actriz del Gimnasio.

Por aquel tiempo hubo en casa de los Alves un disgusto: la boda de Teresita, contra la voluntad de su hermana y del cuñado, con un empleaducho de la Aduana, un imbécil insignificante y sin un real, que sedujo a la muchacha por ser pálido y rubio como una espiga. Fué necesario casarlos, porque Teresita se consumía, amenazaba con tirarse por la ventana, y porque había, además, otros recelos.

Pasaron los meses, y después los años. La razón social Alves & Compañía crecía, hacíase rica. La oficina, ahora más amplia, más lujosa, con seis empleados, se encontraba en la esquina de la calle de la Plata.

Godofredo estaba más calvo. Ludovina engordaba. Tenían coche, y los veranos iban a Cintra.

Después, Machado se volvió a casar con una viuda, casamiento inexplicable, porque la viuda no era ni bonita ni rica; tenía sólo unos ojos extraordinarios, muy negros, de largas pestañas, muy tiernos, desfallecientes de languidez.

Fué una boda sin pompa, y los novios marcharon a París.

Volvieron. Fueron a vivir cerca de los Alves, que se habían mudado ahora a un palacete, en el barrio de Buenos Aires; y en seguida nació otra gran amistad entre Ludovina y la señora de los ojos lánguidos.

Ahora las dos familias viven una junto a otra, van envejeciendo una junto a otra.

El día de los cumpleaños de Ludovina hay siempre un gran baile, y siempre, unido de un modo inseparable a ese día, viene a la memoria de Alves aquel otro cumpleaños en que él entró en su casa, y vió en el sofá amarillo...

¡Pero cuánto tiempo hace ya de aquello!

Y ese recuerdo ahora sólo le hace sonreír. Y le hace también pensar: porque aquel hecho sigue siendo el gran acontecimiento de su vida, y de él extrae generalmente su filosofía y sus reflexiones habituales.

Como él dice muchas veces a Machado: «¡Qué cosa más prudente es la prudencia!»

Si aquel día del sofá amarillo él se hubiese entregado a su cólera, o si hubiera persistido después en ideas de venganza y de rencor, ¿cuál habría sido su vida?

Estaría hoy separado de su mujer; habría roto su amistad íntima y comercial con su socio; su razón social no hubiese prosperado, ni aumentado su fortuna; su casa sería la de un solterón agriado, dependiendo de las criadas, mancillado tal vez por el libertinaje.

En aquellos treinta años transcurridos, ¡cuántas cosas bellas habría perdido, cuánto bienestar hogareño, cuántas comodidades, cuántas dulces veladas de familia, cuántas satisfacciones de la amistad, cuántos largos días de paz y de honor!

A estas horas estaría viejo, con la vida averiada, ¡y aquella mancha de su pasado quemándole siempre el alma!

¡Qué diferencia así!

Tendió los brazos compasivos a la mujer culpable y al amigo desleal; y con aquel simple abrazo hizo, para siempre, de su mujer una esposa perfecta; de su amigo, un corazón leal.

Y ahora, allí estaban, todos juntos, unidos, honrados, serenos, felices, envejeciendo en camaradería, en medio de la riqueza y del sosiego.

A veces, pensando en esto, Alves no puede dejar de sonreír con satisfacción. Da entonces en el hombro a su amigo, le recuerda el pasado y le dice con una sonrisa:

—¡Y pensar que estuvimos a punto de batirnos! La gente joven es siempre muy imprudente... ¡Y a causa de una tontería, amigo Machado!

Y el otro responde, sonriendo también:

—¡A causa de una gran tontería, amigo Alves!

FIN DE
«ALVES & COMPAÑÍA»

CUENTOS

(1903)

ACOTACION MARGINAL

La obra de Eça de Queiroz en su calidad de cuentista—una de las que le han hecho lograr mayor brillantez y más justa fama—, se inició en los primeros trabajos de juventud publicados en La Revolución de Septiembre, primero, y en la Gaceta de Portugal, algo después. Continuó más adelante cultivando ese género en la Gaceta de Noticias, de Río de Janeiro, y en La Revista Moderna, inspirada por él. Comprende esta fase del gran novelista todos los cuentos escritos a partir del titulado Rarezas de una muchacha rubia, que tanto había de llamar la atención, no sólo en Portugal, sino al ser traducido al francés y a otros idiomas. Algunos de estos cuentos fueron esbozos de obras suyas de mayor importancia; es decir, Eça los amplió después hasta darles las dimensiones y el carácter de una novela. Así sucedió, por ejemplo, con el que lleva por título Civilización, que él transformó en esa admirable novela, verdadero poema lírico del campo y de la montaña, La ciudad y las sierras.

Hállanse en estos cuentos las mejores cualidades del escritor: observación, ternura, ironía, sentido dramático, interés apasionante, originalidad de asunto y de expresión. Todo ello resuelto con ese estilo suyo directo, rápido, aunque no excluya, a veces, cuando el asunto o los personajes lo requieren, un lirismo relampagueante, una maestría innegable de la frase, de las imágenes, del diálogo. En este género tan difícil y tan ambicioso—por ser uno de los más utilizados en la literatura contemporánea—, Eça de Queiroz revela, una vez más, un espíritu y una sensibilidad sin par. Narraciones (preferiríamos llamar así a estos cuentos) como La nodriza, constituyen una perfecta evocación de costumbres y caracteres remotos y legendarios, con un final de un patetismo conmovedor en su heroica sencillez... En otros, como en el titulado Un poeta lírico, campea el humorismo precursor, certero, de Eça. Por último, en el titulado Un suave milagro, el escritor alcanza, a nuestro juicio, el más alto grado de posesión del género, trazando en un estilo inimitable, comparable al de las mejores narraciones de Flaubert, el cuadro—¡tan difícil, para no incurrir en el tópico o en la fácil y fría erudición antiartística!—en que se movió la altísima figura de Jesús, el Rabí de Galilea... En

esta narración, Eça nos conduce a un final admirable en su ternura, en la suavidad del milagro inefable. Pero tendríamos que referirnos a todos y a cada uno de los cuentos que forman esta serie, y éste no es lugar apropiado para ello. Queda por señalar el juicio, muy reciente, de un poeta de la inmutable categoría y del riguroso criterio selectivo de Juan Ramón Jiménez, quien, en una carta a propósito de la aparición de la novela Nada, *afirma que entre los que él considera y reconoce como maestros del género, figuran, en primer término, «Dostoyevski, Flaubert y Eça de Queiroz». Opinión de tal valía, que no necesita comentarios. Realmente, Eça de Queiroz quedará para goce y admiración de las generaciones actuales y venideras, tanto en su calidad de novelista—ya indiscutida e indiscutible—como en su calidad de cuentista magistral.*

RAREZAS DE UNA MUCHACHA RUBIA

I

Empezó por decirme que su caso era sencillo, y que se llamaba Macario...

Debo contar que conocí a este hombre en una posada del Miño. Era alto y grueso; tenía una calva ancha, reluciente y lisa, con unas guedejas blancas que se le erizaban alrededor; y sus ojos negros, con la piel circundante arrugada y amarillenta, de ojeras hinchadas, poseían una singular claridad y franqueza, tras de sus lentes redondos con montura de concha. Iba afeitado, y su mandíbula era saliente y decidida. Llevaba una corbata de raso negro, atada por detrás con una cinta, y una levita ceñida, color piñón, de mangas estrechas, con puños de terciopelo. Y por la abertura de su chaleco de seda, en el que brillaba una cadena antigua, asomaban los blancos pliegues de una camisa bordada.

Esto fué en septiembre; anochecía ya más temprano, con un viento fino y seco y una oscuridad aparatosa. Había yo bajado de la diligencia, cansado, hambriento, tiritando bajo un capote a rayas rojas.

Acababa de cruzar la sierra y sus lugares pardos y desiertos. Eran las ocho de la noche. El cielo estaba nublado y sucio. Y ya fuese cierta somnolencia cerebral, producida por el monótono rodar de la diligencia, o la influencia del paisaje escarpado y árido, bajo el cóncavo silencio nocturno, o la opresión de la electricidad que henchía las alturas, el hecho es que yo, que soy, por naturaleza, positivista y realista, había venido tiranizado por la imaginación y las quimeras. Existe en el fondo de cada uno de nosotros, en verdad—por fríamente educados que seamos—, un resto de misticismo; y basta a veces un paisaje lúgubre, el viejo muro de un cementerio, un páramo ascético, las suaves blancuras del claro de luna, para que ese fondo místico ascienda, se ensanche como una niebla, llene el alma, la sensibilidad y el pensamiento, y haga así al más matemático o al más crítico, tan triste, tan visionario, tan idealista como un viejo monje poeta. A mí, lo que me impulsó a la quimera y al ensueño fué el aspecto del monasterio de Rastelo, que había visto a la claridad suave y otoñal de la tarde, en su apacible colina. Entonces, mientras anochecía y la diligencia rodaba sin cesar, al trote ligero de sus flacos caballos blancos, y el postillón, con la capucha del gabán echada sobre la cabeza, mordía su cachimba, me puse elegíaca y ridículamente a considerar la esterilidad de la vida; deseaba ser un monje, estar en un convento, tranquilo, entre arboledas o en la rumorosa concavidad de un valle, y mientras el agua del jardín canta sonoramente en los pilones de piedra, leer la *Imitación*, y oyendo los ruiseñores en los laureles sentir nostalgias del cielo. No se puede ser más estúpido. Pero así me encontraba, y atribuyo a esta disposición visionaria la falta de ánimo—la sensación—que me produjo la historia de aquel hombre de los puños de terciopelo.

Mi curiosidad comenzó en la cena, cuando desmenuzaba yo la pechuga de una gallina sepultada en arroz blanco, con rojas lonchas de embuchado, y la sirvienta, gorda y llena de pecas, hacía espumear el vino verde en el vaso, dejándolo caer desde lo alto de una jarra. El hombre estaba frente a mí, comiendo tranquilamente su jalea; le pregunté con la boca llena y mi servilleta de hilo de Guimaraes entre los dedos si era de Villa Real.

—Vivo allí. Hace muchos años—me dijo.

—Tierra de mujeres bonitas, según me consta—repliqué.

El hombre enmudeció.

—¿Eh?—insistí.

El hombre se recogió en un silencio extraño. Hasta aquel momento había estado alegre, riendo con ganas, locuaz y bonachón. Pero ahora inmovilizó su fina sonrisa.

Comprendí que había tocado la carne viva de un recuerdo. Existía, con seguridad, en el destino de aquel viejo una *mujer*. Allí estaban su melodrama o su farsa, porque me afirmé inconscientemente en la idea de que el *hecho* o el *caso* de aquel hombre debía de ser grotesco, rebosante de escarnio.

De modo que le dije:

—A mí me han asegurado que las mujeres de Villa Real son las más bonitas del Norte. Para ojos negros, Guimaraes; para cuerpos, San Alejo; para pelo, Los Arcos; aquí es donde se ven los cabellos claros color trigo.

El hombre seguía callado, comiendo, con los ojos bajos.

—Para talles finos, Viana; para piel tersa, Amarante, y para todo ello junto, Villa Real. Yo tengo un amigo que fué a casarse a Villa Real. Tal vez usted le conozca: Peixoto, uno alto, de barba rubia, licenciado.

—Peixoto, sí—me dijo, mirándome con gravedad.

—Fué a casarse a *Villa Real*, como antes iba uno a *casarse a Andalucía*, *a fin de lograr la flor y nata de la perfección. A su salud.*

Le cohibía yo, sin duda, porque se levantó, fué a la ventana, con un pesado andar, y me fijé entonces en sus gruesos zapatos, de suela doble y cordones de cuero. Y salió.

Cuando pedí mi candelero, la criada me trajo uno de reluciente metal antiguo, y me dijo:

—El señor está con otro en el cuarto. Es el número tres.

En las posadas del Miño, algunas veces, las alcobas son incómodas.

—¡Vaya!—exclamé.

El número tres estaba al fondo del corredor. Los huéspedes habían dejado en las puertas su calzado para que se lo limpiasen: veíanse un par de gruesas botas de montar, llenas de barro, con espuelas de correa; las botas de color de un cazador; otras de propietarios, con altas cañas rojas; otras de un cura, con su borla de torzal; los borceguíes de becerro, con los tacones torcidos, de un estu-

diante, y en una de las puertas, en el número quince, había unas botitas de mujer, de paño, finas y pequeñitas, y, al lado, los zapatitos de un niño, todos usados y vulgares; y las cañas de piel caían hacia los lados con los cordones desatados. Todos dormían. Ante el número tres estaban los zapatos de suela doble, con cordones de cuero, y cuando abrí la puerta vi al hombre de los puños de terciopelo, que se ataba a la cabeza un pañuelo de seda; estaba con una chaqueta corta, de tela rameada, unos calcetines de lana altos y gruesos y calzado con unas zapatillas de orillo.

—No se preocupe por mí—me dijo.

—Como guste.

Y para establecer la intimidad, me quité la levita.

No diré los motivos por los que, al poco rato, ya acostado, me contó su historia. Hay un proverbio eslavo de la Galitzia, que dice: «Lo que no cuentes a tu mujer, ni a tu amigo, cuéntaselo a un extraño en la posada.» Pero él tuvo rabias inesperadas y dominantes en su larga y sentida confidencia. Ésta versó acerca de mi amigo Peixoto, el que fué a casarse a Villa Real. Vi llorar a aquel viejo, de casi sesenta años. Tal vez la historia parezca trivial: a mí, que aquella noche estaba nervioso y sensible, me pareció terrible; pero él me la contó sólo como un incidente singular de la vida amorosa...

Empezó, pues, por decirme que su caso era sencillo y que se llamaba Macario.

Le pregunté entonces si pertenecía a una familia que yo conocía y que llevaba el apellido de *Macario.* Y como me contestase que era primo de aquéllos, me forjé en seguida una idea simpática de su carácter, porque los Macarios eran una antigua familia, casi una dinastía de comerciantes, que mantenían con una severidad religiosa su vieja tradición de honor y de escrúpulo. Macario me dijo que en aquel tiempo, en 1823 ó 33, en su mocedad, su tío Francisco tenía en Lisboa un almacén de paños, y él era uno de los dependientes. Después, el tío, convencido de ciertos instintos inteligentes y del talento práctico y matemático de Macario, le asignó la contabilidad. Y Macario se convirtió en un tenedor de libros.

Me dijo que, siendo él, por naturaleza, linfático e incluso tímido, su vida tenía en aquellos tiempos una gran concentración. Un trabajo escrupuloso y fiel, algunas raras meriendas en el campo, un esmero notable en el traje y en la ropa blanca, eran todo el interés de su vida. La existencia en aquella época era casera y apocada. Una gran sencillez social depuraba las costumbres: los espíritus eran más ingenuos, los sentimientos menos complicados.

Comer alegremente en una huerta, bajo los emparrados, viendo correr el agua de los riegos, y llorar con los melodramas que rugían entre los bastidores del Salitre, alumbrados con velas, eran regocijos que bastaban a los retraídos burgueses. Además, los tiempos eran confusos y revolucionarios; y nada vuelve al hombre retirado, circunscrito al hogar, simple y fácilmente feliz, como la guerra. Es la paz la que, al dar ocios a la imaginación, origina las impaciencias del deseo.

Macario, a los veintidós años, no tenía aún, como le estaba siempre diciendo una vieja tía suya, que fué querida del juez Curvo Semeda, de la Arcadia, *el sentido de Venus.*

Pero por aquel tiempo vino a alojarse enfrente del almacén de los Macarios, en un piso tercero, una mujer de cuarenta años, vestida de luto, de piel blanca y mate, seno bien formado y redondo y aspecto apetecible. Macario tenía su mesa en el piso primero, encima del almacén, junto al balcón, y desde allí vió una mañana a aquella mujer, con el negro y rizoso pelo suelto, una chambra blanca, desnudos los brazos, acercarse a una ventanita con antepecho y sacudir un vestido. Macario pensó, sin otros informes, que aquella mujer, a los veinte años, debió de haber sido una persona atrayente y llena de dominio; porque sus cabellos, ásperos y rebeldes, las espesas cejas, el labio enérgico, el perfil aguileño y firme, revelaban un temperamento activo y una imaginación apasionada. Entre tanto, siguió alineando serenamente sus cifras. Pero por la noche fué a sentarse, fumando, a la ventana de su cuarto, que daba al patio; era en julio, y la atmósfera estaba electrizada y amorosa; el violín gemía una jacara morisca, que entonces emocionaba, y que era un melograma; el cuarto estaba en una penumbra suave y llena de misterio; y Macario, en zapatillas, empezó a recordar aquel pelo negro y fuerte, aquellos brazos que tenían el color de los mármoles pálidos; se desperezó, rodó blandamente la cabeza por el respaldo de una silla de mimbre, como los gatos sensibles que se restriegan, y decidió, bostezando, que su vida era monótona. Y al día siguiente, impresionado aún, sentóse ante su mesa, con el balcón abierto y mirando a la casa frontera, donde se exhibía aquella cabellera larga; empezó a cortar pausadamente su pluma de ganso. Pero nadie se acercó a la ventana con antepecho y marco verde. Macario estaba aburrido, pesado, y el trabajo fué lento. Parecióle que había en la calle un sol alegre, y que en los campos las sombras debían de ser mimosas, ¡y que se estaría bien viendo palpitar las mariposas blancas en las madreselvas! Y cuando cerró el pupitre, sintió abrirse la ventana de enfrente; eran, sin duda, los negros cabellos. Pero aparecieron unos cabellos rubios. ¡Oh! Y Macario fué en seguida, aparatosamente, hacia el balcón a afilar un lápiz. Era una muchacha de veinte años tal vez, fina, fresca, rubia como un grabado inglés. La blancura de su piel tenía algo de la transparencia de las porcelanas antiguas, y su perfil una línea pura, como de una medalla vetusta; los viejos poetas pintorescos la hubieran llamado paloma, armiño, nieve y oro.

Macario se dijo:

—Es la hija.

La otra vestía de luto, pero ésta, la rubia, llevaba un vestido de gasa a pintitas azules, un pañuelo de cambray sobre el pecho y unas mangas perdidas, de encajes; y todo ello era limpio, juvenil, fresco, flexible y tierno.

Macario era en aquel tiempo rubio, con barba corta. Su pelo rizado y su cara debían de tener ese aire seco y nervioso que, pasado el siglo XVIII y la Revolución, fué tan vulgar en las razas plebeyas.

La muchacha rubia reparó, naturalmente, en Macario, y, también naturalmente, cerró el cristal, corriendo por detrás un visillo de gasa bordada. Esta clase de visillos datan de Goethe y tienen en la vida amorosa un amoroso destino: descubren. Alzar una de sus puntas y espiar, descorrerlos suavemente, revela un fin; correrlos, poner en ellos una flor, agitarla indicando que, detrás, un rostro atento se mueve y espera, son viejas maneras con que en la realidad y en el arte empieza una novela. El visillo se alzó despacito y el rostro rubio espió.

Macario no me contó con pulsaciones la historia minuciosa de su corazón. Me dijo simplemente que a los cinco días de aquello *estaba loco por ella.* Su trabajo se hizo perezoso e

infiel, y su bella cursiva inglesa, firme y ancha, adquirió curvas, ganchos, rasgueos, en los que estaba toda la novela impaciente de sus nervios. No podía verla por la mañana: el sol abrumador de julio batía y abrasaba la ventanita con antepecho. Sólo por la tarde se alzaba el visillo, y ella, colocando un almohadoncito sobre el borde del antepecho, venía a apoyarse, mimosa y fresca, con su abanico. Abanico que preocupó a Macario: era un pay-pay chino, redondo, de seda blanca, con dragones rojos bordados en realce, una orla de pluma azul, fina y temblorosa, como vello; y su mango de marfil, del que colgaban dos borlas de hilo de oro, tenía incrustaciones de nácar a la linda manera persa.

Era un abanico magnífico, y, en aquel tiempo, raro en las manos plebeyas de una muchacha vestida de gasa. Pero como ella era rubia y la madre tan meridional, Macario, con esa intuición interpretativa de los enamorados, explicó a su curiosidad: *será hija de un inglés*. El inglés va a China, a Persia, a Ormuz, a Australia y viene lleno de esas joyas de los lujos exóticos; y Macario no sabía por qué aquel abanico de mandarina le preocupaba así; pero, según me dijo, *aquello le agradó*.

Pasó una semana, cuando un día Macario vió desde su mesa, que ella, la rubia, salía con la madre, pues se había acostumbrado a considerar como madre a aquella magnífica persona, magníficamente pálida y vestida de luto.

Macario fué al balcón y las vió cruzar la calle y entrar en el almacén. ¡En su almacén! Bajó en seguida trémulo, ansioso, apasionado y con palpitaciones. Estaban ellas ya apoyadas en el mostrador y un dependiente les fué enseñando casimires negros. Esto conmovió a Macario. El mismo me lo dijo.

—Porque, en fin, amigo, no era natural que viniesen a comprar, para ellas mismas, casimires negros.

No; ellas no usaban *amazonas* ni querían seguramente forrar sillas con aquella tela negra, ni había hombres en su casa; por consiguiente, su venida al almacén era un medio delicado para verle de cerca, para hablarle, que tenía el encanto penetrante de una mentira sentimental. Le dije a Macario que, siendo así, a él debió extrañarle aquel impulso amoroso, porque revelaba una complicidad equívoca de la madre. El me confesó *que no había pensado tal cosa*. Lo que hizo fué acercarse al mostrador y decir estúpidamente:

—Sí, señor, van bien servidas; esos casimires no encogen.

Y la rubia levantó hacia él su mirada azul, y fué como si Macario se sintiese envuelto en la dulzura de un cielo.

Pero cuando iba él a decirle una palabra reveladora o vehemente, apareció por el fondo del almacén el tío Francisco, con su larga levita color piñón, de botones dorados. Como resultaba singular y desusado encontrarse al señor tenedor de libros vendiendo en el mostrador, y el tío Francisco, con su criterio estrecho, de solterón, podía escandalizarse, Macario empezó a subir lentamente la escalera de caracol que llevaba al escritorio, y oyó aún la voz delicada de la rubia decir suavemente:

—Quisiera ahora ver pañuelos de la India.

Y el dependiente fué a buscar la cajita que contenía aquellos pañuelos, colocados y envueltos en una tira de papel dorado.

Macario, que veía en aquella visita una revelación de amor, casi una *declaración*, se pasó el día entregado a las impaciencias amargas de la pasión. Anduvo distraído, absorto, pueril, no prestó atención a los libros;

comió callado, sin escuchar al tío Francisco, que ensalzaba las albóndigas; se fijó apenas en su sueldo, que le fué pagado en duros a las tres, ni oyó tampoco los consejos de su tío y la preocupación de los dependientes por la desaparición de un paquete de pañuelos de la India.

Macario, entre tanto, rumiaba secretamente una carta; pero sucedió que al día siguiente, estando él en el balcón, la madre, la del pelo negro, vino a apoyarse en el antepecho, en cuyo momento pasó por la calle un muchacho amigo de Macario, que, al ver a aquella señora, se paró, quitándose con risueña cortesía su sombrero de paja. Macario se sintió radiante; aquella noche buscó en seguida a su amigo, y, bruscamente, sin medias tintas:

—¿Quién es esa señora a la que saludaste hoy frente al almacén?

—Es la de Villaza. Guapa mujer.

—¿Y la hija?

—¡La hija!

—Sí, una rubia clara, con un abanico chino.

—¡Ah, sí! Es la hija.

—Eso pensaba yo.

—Sí, ¿y qué?

—Es bonita.

—Es bonita.

—Y es buena gente, ¿eh?

—Sí, buena gente.

—Está bien. ¿Y tú las conoces mucho?

—Las conozco. Mucho no. Me las encontraba antes en casa de doña Claudia.

—Bien, escúchame.

Y Macario, contándole la historia de su corazón despierto y exigente, y hablando del amor con la exaltación de entonces, le pidió, como la gloria de su vida, que encontrase *un medio de introducirle allí*. No era difícil. Las de Villaza solían ir los sábados a casa de un notario muy rico de la calle de los Calafates; eran reuniones sencillas y apacibles, donde se entonaban canciones al clavicordio, se glosaban motes y se jugaba a las prendas a estilo de la época de Doña María I, y a las nueve la criada servía horchata. Bien. Y aquel sábado Macario, de levita azul, pantalones de algodón con presillas de trama de metal y corbata de seda roja, se inclinaba ante la esposa del notario, doña María de la Gracia, señora seca y flaca, con un vestido bordado en colores, una nariz ganchuda, unos enormes impertinentes de concha y la pluma de marabú en su pelo canoso. En un rincón de la sala estaba ya, entre un *frufrú* de amplios vestidos, la joven Villaza, la rubita, vestida de blanco, sencilla, lozana, con su aire de grabado inglés. La madre, aquella espléndida mujer pálida, cuchicheaba con un juez de cara aplopética. El notario era un hombre culto, latinista y amigo de las musas; escribía en un periódico de entonces, *La Canastilla de las Damas*, pues era, sobre todo, galante, y él mismo se llamó en una oda pintoresca *joven criado de Venus*. Por eso, sus reuniones estaban consagradas a las bellas artes, y aquella noche, un poeta del tiempo iría a leer un poemita, ¡titulado *Elmira, o la venganza del veneciano!*... Empezaban por entonces a aparecer las primeras audacias románticas. Las revoluciones de Grecia comenzaban a atraer a los espíritus novelescos y salidos de la mitología hacia los países maravillosos del Oriente. Por todas partes se hablaba del bajá de Janina. Y la poesía se apoderaba entonces vorazmente de aquel mundo nuevo y virginal de alminares, serrallos, sultanas color ámbar, piratas del archipiélago y salas enrejadas, llenas de perfume de áloe, donde unos bajaes decrépitos acariciaban leones. De modo que la curiosidad era grande, y cuando el poeta apareció, con melena, una nariz

aguileña y fatal, el cuello rodeado por el de su frac, alto, a la moda de la Restauración, y un canuto de lata en la mano, Macario no experimentó la menor sensación, porque estaba allí todo embebecido hablando con la niña de Villaza. Y le decía tiernamente:

—¿Entonces, el otro día, le gustaron los casimires?

—Mucho—dijo ella bajito.

Y desde aquel momento los envolvió un destino nupcial.

Entre tanto, en la amplia sala transcurría la noche espiritualmente. Macario no pudo darme todos los pormenores históricos y característicos de aquella reunión. Recordaba tan sólo que un alcalde de Leiria recitó el *Madrigal a Lidia*; lo leyó en pie, con una lente redonda aplicada al papel, la pierna derecha levantada y la mano en la abertura del chaleco blanco, de alto cuello. Y alrededor, formando círculo, las damas, con vestidos rameados, cubiertas de plumas, las mangas estrechas terminadas en un bullón de encajes, mitones de seda negra, mostrando el centelleo de las sortijas, tuvieron tiernas sonrisas, cuchicheos, suaves murmuraciones, risitas, y un muelle palpitar de abanicos recamados de lentejuelas. ¡Muy bonito, decían, muy bonito! El alcalde, apartando la lente, saludaba sonriendo; y se le veía un diente estropeado.

Después, la preciosa doña Jerónima de la Piedad y Sande, sentándose con maneras conmovidas ante el clavicordio, cantó con su voz pastosa la antigua aria de Lulli:

> ¡Oh Ricardo, oh mi rey,
> el mundo te abandona!...

lo que obligó al terrible Gaudencio, demócrata del 20 y admirador de Robespierre, a gruñir rencorosamente junto a Macario:

—¡Reyes!... ¡Víboras!

Después, el canónigo Saavedra cantó una tonadilla muy popular en tiempos de Don Juan VI: *Lindas mozas, lindas mozas*. Y la noche transcurrió así, literaria, pausada, erudita, primorosa y toda llena de musas.

Ocho días después, un domingo, Macario era recibido en casa de Villaza. La madre le invitó, diciéndole:

—Espero que nuestro vecino honre aquella choza.

Y hasta el apoplético juez, que estaba al lado, exclamó:

—¡Choza! ¡Diga mejor alcázar, hermosa dama!

Estaban allí aquella noche el amigo del sombrero de paja, un viejo caballero de Malta, baldado, estúpido y sordo; un beneficiado de la catedral, famoso por su voz de tiple, y las hermanas Hilarias, la más vieja de las cuales, habiendo asistido, como aya de una señora de la casa de la Mina, a la corrida de toros de Salvatierra, en que murió el conde de los Arcos, no dejaba nunca de contar los episodios pintorescos de aquella tarde: la figura del conde de los Arcos, de cara afeitada, con una cinta de raso rojo en la coleta, el soneto que un poeta flaco, parásito de la casa de Vimioso, recitó al salir el conde, haciendo marchar de lado a su caballo negro, enjaezado a la española, con una gualdrapa donde estaban bordadas sus armas en plata; la caída que sufrió en aquel momento un fraile franciscano desde las gradas altas, y la hilaridad de la corte, pues hasta la condesa de Povolide se apretaba los costados con las manos; luego, el rey Don José I, vestido de terciopelo granate, recamado de oro, inclinado todo sobre el borde de su palco, y haciendo girar entre dos dedos su caja de rapé labrada, y detrás, inmóviles, el médico Lorenzo y el fraile, su confesor; después, el rico aspecto de la plaza, llena de gente, de Salvatierra: mayorales, mendigos de los alrededores, frailes, lacayos, y el grito que resonó al entrar Don José I: «¡Viva el rey, nuestro señor!» El pueblo se arrodilló, y el rey habíase sentado, comiendo dulces que llevaba un criado en un saquito de terciopelo, a su zaga. Después, la muerte del conde de los Arcos, los desmayos y hasta el rey, con todo el cuerpo asomado, dando con la mano en el barandal, gritando en la confusión, y el capellán de la casa de los Arcos, que corrió a buscar la extremaunción. Ella, Hilaria, se quedó estremecida de pavor: oía los mugidos de los toros, gritos agudos de mujeres, los aullidos de la multitud, y vió entonces un viejo, todo vestido de terciopelo negro, con la fina espada en la mano, forcejear entre nobles y damas que le asían, ¡queriendo tirarse al ruedo, bramando de rabia! «¡Es el padre del conde!», explicaban alrededor. Ella, entonces, se desmayó en brazos de un padre de la Congregación. Cuando volvió en sí se encontró junto a la plaza; la berlina regia estaba a la puerta, con los postillones emplumados, los caballos llenos de cascabeles y los batidores montados, al frente; veíase dentro al rey, escondido en el fondo, pálido, aspirando febrilmente rapé, todo encogido, con el confesor; y enfrente, con una de las manos apoyada en el alto bastón, fuerte, de anchas espaldas, con aspecto sombrío, el marqués de Pombal hablaba despacio e íntimamente, accionando con el monóculo. Pero los batidores arrancaron, los látigos de los postillones restallaron y la berlina partió al galope, mientras el pueblo gritaba: «¡Viva el rey, nuestro señor!», y la campana de palacio tocaba a difuntos. Era un honor que el rey concedía a la casa de los Arcos.

Cuando doña Hilaria acabó de contar, suspirando, aquellas desgracias pasadas, empezó el juego. Era extraño que Macario no se acordase de lo que había jugado aquella noche radiante. Sólo recordaba haber permanecido al lado de la joven Villaza (que se llamaba Luisa), que se fijó mucho en su fina piel sonrosada, herida por la luz, y en la tierna y amorosa pequeñez de su mano, con unas uñas más bruñidas que el marfil de Dieppe. Y recordaba también un incidente excéntrico, que determinó en él, desde ese día, una gran hostilidad hacia el clero de la catedral. Macario estaba sentado a la mesa, junto a Luisa; estaba la joven toda vuelta hacia él, apoyando en una de sus manos su delicada cabeza rubia, y descansando la otra en el regazo. Enfrente sentábase el beneficiado, con su bonete negro, sus lentes en la punta aguda de la nariz, el tono azulado de la fuerte barba afeitada y sus grandes orejas, complicadas y velludas, despegadas del cráneo, como dos ventanillas abiertas. Ahora bien: como era necesario, al final de la partida, pagar unos tantos al caballero de Malta, que estaba junto al beneficiado, Macario sacó del bolsillo una moneda, y cuando el caballero, todo inclinado y con un ojo guiñado, hacía la suma de los tantos en el reverso de un as, Macario conversaba con Luisa y hacía girar sobre el paño verde su moneda de oro, como un bolillo o un peón. Era una moneda nueva, que relucía y centelleaba al girar, y hería la vista como una bola de niebla dorada. Luisa sonreía viéndola girar; y le parecía a Macario que todo el cielo, la pureza, la bondad de las flores y la castidad de las estrellas se concentraban en aquella sonrisa divertida, espiritual, arcangélica, con que ella seguía el girar fulgurante de la pieza de oro nueva. Pero de repente la moneda, corriendo hasta el borde de la mesa, cayó hacia el regazo de Luisa, y desapareció sin

oírse en el suelo de madera su ruido metálico. El beneficiado se bajó en seguida cortésmente; Macario apartó la silla, mirando por debajo de la mesa; la señora de Villaza alumbró con un candelabro, y Luisa se levantó y sacudió con un tironcito su vestido de gasa. La moneda no apareció.

—Es curioso—dijo el amigo del sombrero de paja—, yo no la he oído sonar en el suelo.

—Ni yo, ni yo—dijeron varias voces.

El beneficiado, inclinado aún, buscaba tenazmente, y la Hilaria más joven murmuró la oración de San Antonio.

—Pues en la casa no hay agujeros—dijo la Villaza madre.

—¡Qué desaparición!—rezongó el beneficiado.

Entre tanto, Macario se deshizo en exclamaciones desinteresadas:

—¡Por amor de Dios! ¡Qué cosas tienen! ¡Mañana aparecerá! ¡Tengan la bondad! ¡Vamos, doña Luisa! ¡Por amor de Dios! No tiene importancia.

Pero se convenció mentalmente de que había habido una sustracción, y la achacó al beneficiado. La moneda rodó, sin duda, hasta él, sin ruido; le puso encima su zapatón eclesiástico de gruesos clavos; después, en el movimiento corto y brusco que hizo, la agarró vilmente. Y cuando salieron, el beneficiado, todo arrebujado en su amplio capote de camelote, díjole a Macario por la escalera:

—¡Vaya una desaparición la de esa moneda! ¿Eh? ¡Qué bromita!

—¿Eso le parece a usted, señor beneficiado?—dijo Macario, deteniéndose, asombrado de aquel descaro.

—¿Cómo que si me parece? ¡Una moneda de cinco duros! Como no las siembre usted... ¡Caray! ¡Yo me hubiera vuelto loco!

Macario sintió asco ante aquella astucia fría. No le contestó. Fué el beneficiado el que añadió:

—Mañana por la mañana mande a buscarla, hombre. ¡Qué diablo!... ¡Dios me perdone! ¡Qué diablo! Una moneda no puede perderse así. ¡Qué jugada!

Y Macario sintió ganas de pegarle.

Al llegar a este punto fué cuando Macario me dijo, con voz extrañamente emocionada:

—En fin, amigo mío, para abreviar detalles, decidí casarme con ella.

—Pero ¿y la moneda?

—¡No pensé más en aquello! ¿Cómo iba yo a pensar en la moneda? Decidí casarme con ella.

II

Macario me contó lo que le decidió más a tomar aquella resolución grave y perpetua. Fué un beso. Pero ese suceso, casto y sencillo, lo silencio; incluso, porque el único testigo fué una imagen en grabado de la Virgen, que estaba colgada, en su marco de madera negra, en la oscura salita que daba a la escalera... Un beso fugaz, superficial, efímero. Pero aquello bastó a su espíritu recto y severo para obligarle a tomarla por esposa, a concederle una fidelidad inmutable y la posesión de su vida. Se celebraron, pues, los esponsales. Aquella simpática sombra de las ventanas vecinas se convirtió para él en su destino, en el fin moral de su vida, en la idea dominante de su trabajo. Y esta historia adquiere, en seguida, un elevado carácter de santidad y de tristeza.

Macario me habló mucho del carácter y de la figura del tío Francisco: de su recia estatura, de sus lentes de oro, de su barba canosa, en forma de sotabarba; del tic nervioso que tenía una de las aletas de su nariz; de la dureza de su voz; de su austera y majestuosa tranquilidad; de sus principios tradicionales, autoritarios y tiránicos, y de la brevedad telegráfica de sus palabras.

Cuando Macario le dijo una mañana, en el almuerzo, bruscamente, sin blandos preámbulos: «Le pido permiso para casarme», el tío Francisco, que echaba azúcar en su café, se quedó callado, removiendo despacio, con la cuchara, majestuoso y terrible, y cuando acabó de sorber, con gran ruido, se quitó la servilleta del cuello, la dobló, aguzó un palillo de dientes con su cuchillo, se lo metió en la boca y salió; pero en la puerta del comedor se paró, y, volviéndose hacia Macario, que estaba en pie junto a la mesa, dijo secamente:

—No.

—¡Perdón, tío Francisco!

—No.

—Pero escúcheme, tío Francisco...

—No.

Macario sintió una gran cólera.

—En ese caso, lo haré sin su permiso.

—Despedido de la casa.

—Me iré. No lo dude.

—Hoy.

—Hoy.

Y el tío Francisco iba a cerrar la puerta; pero, volviéndose:

—¡Oye!—dijo a Macario, que estaba exasperado, apoplético, tamborileando en los cristales de la ventana:

Macario se volvió, esperanzado.

—Dame de ahí la caja de rapé—dijo el tío Francisco.

¡Había olvidado la caja de rapé! Por tanto, estaba trastornado.

—Tío Francisco...—comenzó Macario.

—Basta. Estamos a doce. Percibirás tu mes entero. Anda.

La antigua educación producía estas situaciones insensatas. Era brutal e idiota. Macario me afirmó que así fué.

Aquella tarde, Macario se encontraba en el cuarto de una fonda, en la plaza de la Figueira, con unas monedas, su baúl de ropa blanca y su pasión. Sin embargo, estaba tranquilo. Sentía su destino lleno de dificultades. Tenía relaciones y amistades en el comercio. Era conocido ventajosamente: la claridad de su labor, su honorabilidad tradicional, el apellido familiar, su tacto comercial, su bella cursiva inglesa, le abrirían de par en par, respetuosamente, las puertas de todos los escritorios. Al día siguiente fué a buscar alegremente al comerciante Faleiro, antigua relación comercial de su casa.

—Con mucho gusto, amigo mío—me dijo—. ¡Quién pudiera tenerle aquí! Pero, si le admito, me pondré a mal con su tío, mi viejo amigo de hace veinte años. Me lo ha dicho categóricamente. Ya ve usted. Fuerza mayor. Lo siento, pero...

Y todos aquellos a quienes se dirigió Macario, confiado en sus sólidas relaciones, temían *ponerse a mal con su tío, viejo amigo de hacía tantos años*.

Y todos *lo sentían, pero...*

Macario se dirigió entonces a los comerciantes nuevos, ajenos a su casa y a su familia, y, sobre todo, a los extranjeros: esperaba encontrar gente libre de la amistad de veinte años del tío. Pero para ésos, Macario era un desconocido, e igualmente desconocidas su dignidad y su habilidad en el trabajo. Si tomaban informes, se enteraban de que él había sido despedido de casa del tío repentinamente, a causa de una muchacha rubia, vestida de gasa. Semejante circunstancia quitábale simpatías a Macario. El comercio evita al tenedor de libros sentimental. De modo que Macario empezó a sentirse en un momento apurado. Buscando, pidiendo, removiendo, pasaba el tiempo, e iba agotando una por una sus monedas.

Macario se mudó a una casa de

huéspedes barata y siguió afanándose. Pero como siempre había tenido un temperamento tímido, no se hizo amigos. De suerte que se encontró desamparado y solitario, y la vida se le aparecía como un descampado.

Se le acabó el dinero. Macario entró, poco a poco, en esa antigua tradición de la miseria. Tiene ella solemnidades fatales y establecidas: empezó por empeñar y luego vendió. El reloj, las sortijas, la levita azul, la cadena, el gabán con cuello de piel, todo se lo fué llevando poco a poco una vieja seca y asmática.

Entre tanto, veía a Luisa por la noche, en la oscura salita que daba al rellano: una lamparilla ardía encima de la mesa; era feliz allí en aquella penumbra, sentado muy castamente, junto a Luisa, en una esquina de un viejo canapé de paja. No iba a verla de día, porque tenía ya la ropa muy raída, las botas torcidas y no quería mostrar a la lozana Luisa, toda mimosa en sus frescas cambrays, su miseria remendada; allí, bajo aquella luz tenue y esfumada, exhalaba él su pasión creciente y escondía su ropa ruinosa. Según me dijo Macario, era muy singular el temperamento de Luisa. Tenía el carácter rubio como el pelo, si es cierto que el rubio es un color flojo y pálido; hablaba poco, sonreía siempre con sus blancos dientecillos y decía a todo *pues sí*; era muy sencilla, casi indiferente, llena de transigencias. Amaba, ciertamente, a Macario, pero con todo el ardor que podía dar su naturaleza débil, blandengue, nula. Era como una madeja de lino, se hilaba como uno quisiera; y algunas veces, en aquellas citas nocturnas, tenía sueño.

Un día, sin embargo, Macario la encontró excitada; estaba con prisa, con el chal puesto al desgaire, mirando continuamente hacia la puerta interior.

—Mamá lo ha notado—dijo ella.

Y le contó que la madre desconfiaba, siempre irritada y áspera, y que, seguramente, se olía aquel proyecto matrimonial tramado como una conjuración.

—¿Por qué no vienes a pedir mi mano a mamá?

—¡Pero, hija mía, si no puedo! No tengo ningún empleo. Espera. Es un mes más, probablemente. Tengo ahora un negocio por buen camino. Nos moriríamos de hambre.

Luisa enmudeció, retorciendo la punta del chal, con los ojos bajos.

—Pues al menos—dijo ella—, mientras no te haga yo una seña desde la ventana, no vuelvas a subir, ¿eh?

Macario rompió a llorar; los sollozos brotaban violentos y desesperados.

—¡Chis!—le dijo Luisa—. ¡No llores alto!...

Macario le contó la noche que había pasado, caminando al azar por las calles, rumiando febrilmente su dolor y aguantando el frío de enero con su levita corta. No durmió, y en seguida, al día siguiente, por la mañana, entró como un vendaval en el cuarto del tío Francisco y le dijo bruscamente:

—Mire todo lo que tengo—y le enseñó unos céntimos—. Estoy sin ropa. Lo he vendido todo. Dentro de poco tendré hambre.

El tío Francisco, que se afeitaba ante la ventana, con el pañuelo de la India atado a la cabeza, se volvió, y, poniéndose los lentes, le contempló.

—Ahí está su mesa. Siga—y terminó con un gesto decisivo—soltero.

—¡Tío Francisco, escúcheme!...

—Soltero, he dicho—continuó el tío Francisco, pasando la navaja sobre un suavizador de cuero.

—No puedo.

—¡Entonces, fuera!

Macario salió aturdido. Llegó a su

casa, se acostó, lloró y se durmió. Cuando salió al anochecer, no tenía ninguna resolución, ninguna idea. Estaba como una esponja empapada. Se dejaba arrastrar.

De repente, una voz gritó desde dentro de una tienda:

—¡Eh! ¡Pchs! ¡Oiga!

Era el amigo del sombrero de paja; abrió unos brazos asombrados.

—¡Diablo! Te estoy buscando desde esta mañana.

Y le contó que había llegado de provincias, y, enterado de su aprieto, le traía una solución.

—¿Aceptas?

—Todo.

Una casa comercial quería un hombre hábil, resuelto y duro para ir en una difícil misión, de gran rendimiento, a Cavo Verde.

—¡Pronto!—dijo Macario—. ¡Pronto! Mañana.

Y marchó en seguida a escribir a Luisa, pidiéndole una despedida, un último encuentro, ese en que los brazos, desolados y vehementes, se desenlazan con tanto trabajo. Fué. La encontró toda arrebujada en su chal, tiritando de frío. Macario lloró. Ella, con su pasiva y rubia dulzura, le dijo:

—Haces bien. Quizá ganes.

Y Macario partió al día siguiente.

Conoció las travesías penosas por mares enemigos, las náuseas monótonas en un camarote ahogado, los duros soles de las colonias, la brutalidad tiránica de los hacendados ricos, el peso de los fardos humillantes, los desgarramientos de la ausencia, las incursiones al interior de las tierras negras y la tristeza de las caravanas que costean, en noches turbulentas, durante días y días, los ríos tranquilos de los que emana la muerte.

Regresó.

Y aquella misma tarde la vió a ella, a Luisa, luminosa y fresca, reposada, serena, apoyada en el antepecho de la ventana, con su pay-pay chino. Y al otro día, ansiosamente, fué a pedir su mano a la madre. Macario había conseguido reunir una suma notable, y la señora de Villaza le abrió unos amistosos brazos, llena de exclamaciones. Fijaron la boda para dentro de un año.

—¿Por qué?—le pregunté a Macario.

Y él me explicó que las ganancias de Cabo Verde no podían constituir un capital definitivo; eran sólo un capital de aptitud. Traía de Cabo Verde elementos para grandes negocios; trabajaría durante un año, heroicamente, y al final podría, con toda tranquilidad, crearse una familia.

Y trabajó; puso en aquel trabajo la fuerza creadora de su pasión. Se levantaba de madrugada, comía de prisa, no hablaba apenas. Al anochecer visitaba a Luisa. Después volvía afanosamente hacia la fatiga, como un avaro hacia su arca. Sentíase fuerte, duro, indómito; utilizaba con igual ímpetu las ideas y los músculos; vivía en una tempestad de cifras. Algunas veces, Luisa entraba, al paso, en su almacén; aquel posarse de ave fugaz le daba alegría, fe, confortación para todo un mes lleno de trabajo.

Por aquel tiempo, el amigo del sombrero de paja vino a pedir a Macario que fuese fiador suyo por una crecida suma que había pedido para abrir una ferretería en grande. Macario, que estaba en el auge de su crédito, accedió con alegría. El amigo del sombrero de paja había sido quien le proporcionó el asunto providencial de Cabo Verde. Faltaban entonces dos meses para la boda. Macario sentía ya, algunas veces, subir a su rostro los febriles rubores de la esperanza. Empezó ya a ocuparse de las amonestaciones. Pero un día, el amigo del sombrero de paja desapareció con la mujer de un alférez. El esta-

blecimiento estaba en su iniciación. Era una aventura confusa. No se podía precisar claramente aquel *embroglio* doloroso. Lo positivo fué la calidad de fiador de Macario. Macario debía reembolsar aquella suma. Cuando lo supo palideció y dijo simplemente:

—¡Pago y liquido!

Y cuando liquidó, se quedó otra vez pobre. Pero aquel mismo día, como el desastre tuvo una gran publicidad y su honorabilidad estaba santificada en la opinión, la Casa Pérez y Compañía, que le había enviado a Cabo Verde, vino a proponerle otro viaje y otras ganancias.

—¡Volver a Cabo Verde otra vez!

—Usted hace allí otra fortuna, hombre. ¡Usted es el diablo!—le dijo don Eleuterio Pérez.

Cuando se vió así, solo y pobre, Macario rompió a llorar. Todo estaba perdido, terminado, muerto; era necesario empezar de nuevo, pacientemente, la vida; volver a las largas miserias de Cabo Verde; ¡temblar otra vez con las pasadas desesperaciones, sudar los antiguos sudores! ¿Y Luisa? Macario le escribió. Luego rompió la carta. Fué a casa de la muchacha; había luz en las ventanas; subió hasta el primer piso, pero allí sintió pena, cobardía, en revelar el desastre, ¡el trémulo pavor de una separación, el terror a que ella se negase, vacilase! ¿Querría ella esperar más? No se atrevió a hablar, a explicar, a pedir; bajó, paso a paso. Era de noche. Caminó al azar, por las calles; había una serena y silenciosa luna. Iba sin rumbo; de repente oyó, desde una ventana iluminada, un violín que tocaba la *jácara morisca*. ¡Recordó la época en que conoció a Luisa, el bueno y claro sol que lucía entonces y el vestido de ella, de gasa con pintas azules! Hallábase en la calle donde estaban los almacenas de su tío. Siguió andando. Se paró a contemplar su antigua casa. El balcón del escritorio estaba cerrado. ¡Cuántas veces vió él desde allí a Luisa y el blando movimiento de su abanico chino! Pero en una ventana del segundo piso había luz; era la alcoba del tío. Macario fué a espiar desde más lejos; había una cara apoyada, por dentro, en los cristales: era el tío Francisco. Sintió la nostalgia de todo su pasado sencillo, retirado, plácido. Recordó su cuarto y el viejo pupitre con cerradura plateada, y la miniatura de su madre, que colgaba encima de la cabecera de su lecho; el comedor y su viejo aparador de caoba, y la gran jarra de agua, cuya asa era una serpiente irritada. Se decidió, e impulsado por un instinto, llamó a la puerta. Sintió abrir el cristal y la voz de su tío preguntar:

—¿Quién es?

—Soy yo, tío Francisco, soy yo. Vengo a decirle adiós.

Se cerró el cristal, y de allí a poco la puerta abrióse, con un gran ruido de cerrojos. El tío Francisco sostenía un quinqué de aceite en la mano. Macario le encontró enflaquecido, más viejo. Le besó la mano.

—Suba—dijo el tío.

Macario iba en silencio, pegado al pasamanos.

Cuando llegó al cuarto, el tío Francisco colocó el quinqué sobre una ancha mesa de palo santo, y, en pie, con las manos en los bolsillos, esperó.

Macario estaba callado, atusándose la barba.

—¿Qué quiere?—le gritó el tío.

—Vengo a decirle adiós; vuelvo a Cabo Verde.

—Buen viaje.

Y el tío Francisco, volviéndole la espalda, fué a tamborilear en el cristal.

Macario se quedó inmóvil, dió dos pasos en el cuarto, todo indignado, y se dispuso a salir.

—¿Dónde va, estúpido?—le gritó el tío.

—Me marcho.

—¡Siéntese allí!

Y el tío Francisco prosiguió, dando grandes zancadas por la alcoba:

—¡Su amigo es un canalla! ¡Una ferretería! ¡No está mal! El señor es un hombre de bien. Estúpido, pero hombre de bien. ¡Siéntese ahí! ¡Siéntese! ¡Su amigo es un canalla! ¡El señor es un hombre de bien! ¡Fué a Cabo Verde! ¡Ya lo sé! Pagó todo. ¡Claro es! ¡También lo sé! Mañana haga el favor de ir a su despacho, ahí abajo. He mandado poner asiento nuevo de paja a su silla. Haga el favor de poner en las facturas «Macario y Sobrino», y cásese. ¡Cásese, y que le aproveche! Gaste dinero. El señor necesita ropa blanca y muebles. Gaste dinero. Y póngalo en mi cuenta. Su cama está hecha ahí.

Macario, aturdido, radiante, con lágrimas en los ojos, quería abrazarle.

—Bien, bien. ¡Adiós!

Macario iba a salir.

—¡Ah, burro! ¿Y quería irse de esta su casa?

Y yendo a un armarito, trajo jalea, un molde de dulce, una botella añeja de oporto y galletas.

—¡Coma!

Y, sentándose junto a él, y llamándole otra vez estúpido, tenía una lágrima que resbalaba por su piel arrugada.

De modo que la boda quedó fijada para un mes después. Y Luisa empezó a ocuparse de su equipo de novia.

Macario estaba entonces en la plenitud del amor y de la alegría.

Veía el final de su vida colmado, completo, feliz. Estaba casi siempre en casa de la novia, y un día que las acompañaba de compras, él también quiso hacerle un pequeño regalo. La madre habíase quedado en una modista, en un piso primero de la calle del Ouro, y ellos fueron alegremente, riendo, a un platero establecido abajo, en la misma casa, en la tienda.

Era un día de invierno, claro, fino, frío, con un amplio cielo azul turquí, profundo, luminoso, consolador.

—¡Qué bonito día!—dijo Macario.

Y con su novia del brazo, caminó un poco a lo largo del paseo.

—¡Deténte!—dijo ella—. Pueden fijarse; nosotros solos...

—Deja, estamos tan bien...

—No, no.

Y Luisa le arrastró suavemente hacia la platería. Estaba sólo un dependiente moreno, de pelo hirsuto.

Macario dijo:

—Quería ver sortijas.

—Con piedras—dijo Luisa—, y de lo más bonito.

—Sí, con piedras—dijo Macario—. Amatista, granate. En fin, lo mejor.

Y entre tanto, Luisa iba examinando las bandejas forradas de terciopelo azul, donde brillaban las gruesas pulseras labradas, las cadenas, los collares de camafeos, los anillos, las finas alianzas, frágiles como el amor, y todo el centelleo de la pesada joyería.

—Mira, Luisa—dijo Macario.

El dependiente había extendido, al otro extremo del mostrador, encima del cristal de la vitrina, un refulgente manojo de sortijas de oro, de pedrerías, labradas de esmaltes; y Luisa, cogiéndolos y soltándolos con las puntas de los dedos, íbalos repasando y diciendo:

—Es fea... Esta es pesada... Es ancha...

—Mira ésta—dijo Macario.

Era una sortija con perlitas.

—Es bonita—respondió ella—. ¡Muy linda!

—Deja ver si te sirve—insistió Macario.

Y cogiéndole la mano, le puso la sortija despacio, suavemente, en el

dedo; y ella reía, con sus blancos y finos dientecillos, de bello esmalte.

—Es muy holgada—dijo Macario—. ¡Qué pena!

—Se achica, a petición. Se deja a la medida. Estará para mañana.

—Buena idea—dijo Macario—, sí, señor. Porque es muy bonita. ¿No es verdad? Las perlas son muy iguales, de muy bonito oriente. ¡Muy linda! ¿Y estos pendientes?—añadió, yendo al extremo del mostrador, a la otra vitrina—. ¿Estos pendientes con concha?

—Veinticinco duros—dijo el dependiente.

Y entre tanto, Luisa seguía examinando las sortijas, probándoselas en todos los dedos, revolviendo aquella delicada vitrina, refulgente y preciosa.

Pero de repente, el dependiente se puso muy pálido, y miró fijamente a Luisa, pasándose despacio la mano por la cara.

—Bien—dijo Macario, acercándose—; entonces estará arreglada la sortija mañana, ¿a qué hora?

El dependiente no respondió y empezó a mirar fijamente a Macario.

—¿A qué hora?

—A mediodía.

—Bien, adiós—dijo Macario.

Y fueron a salir. Luisa llevaba un vestido de lana azul, que arrastraba un poco, dando una ondulación melodiosa a su paso, y sus manos menudas estaban escondidas en un manguito blanco.

—¡Perdón!—dijo de repente el dependiente.

Macario se volvió.

—El señor no ha pagado...

Macario le miró con gravedad.

—Claro que no. Mañana vendré a recoger la sortija, y mañana pagaré.

—¡Perdón!—insistió el cajero—. Es la otra...

—¿Qué otra?—exclamó Macario con voz sorprendida, avanzando hacia el mostrador.

—La señora sabe—afirmó el dependiente—. La señora lo sabe...

Macario sacó la cartera despacio.

—Perdón, si hay una cuenta antigua...

El dependiente abrió la vitrina y con aspecto resuelto:

—Ninguna, caballero, es de ahora. Es una sortija con dos brillantes que se lleva la señora.

—¡Yo!—dijo Luisa en voz baja, toda arrebolada.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo?

Y Macario, pálido, con los dientes cerrados, convulso, miraba coléricamente al dependiente. Este dijo entonces:

—La señora sacó de ahí una sortija.

Macario se quedó inmóvil, mirándole.

—Una sortija con dos brillantes —continuó el joven—. Lo he visto perfectamente.

El dependiente estaba tan excitado que tartamudeaba, con una voz que brotaba dificultosa.

—No sé quién es esa señora. Pero sacó la sortija. La cogió de allí...

Macario, maquinalmente, le asió del brazo, y volviéndose hacia Luisa, con palabras sofocadas y gotas de sudor en la frente, lívido:

—Luisa, dice...

Pero la voz se le cortó.

—Yo... —balbució ella, trémula, asombrada, sobrecogida, descompuesta.

Y dejó caer el manguito al suelo.

Macario fué hacia ella, la agarró de la muñeca, mirándola; y su aspecto era tan decidido y tan imperioso, que ella metió la mano en el bolsillo, bruscamente asustada, y mostrando la sortija:

—¡No me haga daño!—suplicó, encogiéndose toda.

Macario se quedó con los brazos

caídos, absorto, exangües los labios; pero de repente, dando un tirón a la levita y recobrándose, dijo al dependiente:

—Tiene usted razón. Ha sido una distracción... ¡Claro está! La señora se había olvidado. Es la sortija. Sí, señor, sin duda... Ten la bondad. Toma, hija, toma. Deja, este señor la envolverá. ¿Qué precio tiene?

Abrió la cartera y pagó.

Después cogió el manguito, lo sacudió suavemente, secóse los labios con el pañuelo, dió el brazo a Luisa, y diciendo al dependiente: *perdone, perdone*, se la llevó, inerte, pasiva, aterrada, medio muerta.

Dieron algunos pasos por la calle, que un amplio sol iluminaba intensamente; los carruajes se cruzaban, rodando entre el restallar de las fustas; pasaban caras risueñas conversando; los pregones subían en gritos alegres; un jinete con calzón de ante hacía marchar de lado a su caballo, adornado con moñas, y la calle estaba rebosante, ruidosa, viva, animada, feliz y llena de sol.

Macario andaba maquinalmente, como en el fondo de un sueño. Se paró en una esquina. Tenía cogido el brazo de Luisa; y le veía la mano colgando, su linda mano de cera, con las venas suavemente azuladas y los dedos finos y amorosos; ¡era la mano derecha, y aquella mano era la de su novia! E instintivamente leyó el cartel que anunciaba para aquella noche, *Palafox en Zaragoza*.

De repente, soltando el brazo de Luisa, le dijo bajito:

—Vete.

—¡Escúchame!...—suplicó ella, con la cabeza baja.

—Vete—y con una voz sofocada y terrible—: Vete. Mira que llamo a un guardia. Y te mando a la cárcel. Vete.

—Pero ¡óyeme, por Dios!

—¡Vete!—e hizo un gesto con el puño cerrado.

—¡Por amor de Dios, no me pegues aquí!—dijo ella, sofocada.

—¡Vete! Pueden notarlo. No llores. Que nos miran. ¡Vete!

Y, acercándose a ella, le dijo en voz baja:

—¡Eres una ladrona!

Y volviéndole la espalda, se alejó, despacio, arañando el suelo con el bastón.

Ya a distancia, se volvió: vió aún, entre los transeúntes, su vestido azul.

Como marchó aquella tarde a provincias, no supo nunca más de aquella muchacha rubia.

UN POETA LIRICO

He aquí, simplemente, sin frases ni adornos, la triste historia del poeta Korriscosso. De todos los poetas líricos de que tengo noticia, es éste, sin duda, el más desventurado. Le conocí en Londres, en el hotel de Charing-Cross, una glacial madrugada de diciembre. Había yo llegado del continente, rendido por las dos horas de Canal de la Mancha... ¡Ah, qué mar! Y era sólo una brisa fresca del Noroeste: pero allí, en cubierta, bajo un capote impermeable con que me había cubierto un marinero, como se cubre un cadáver, azotado por la nieve y las olas, oprimido por aquellas tinieblas tumultuosas que el buque iba hendiendo entre estruendos y sacudidas, me pareció un tifón de los mares de China...

Apenas entré en el hotel, helado y aturdido, corrí a la gran chimenea del vestíbulo, y allí permanecí, saturándome de aquella paz cálida en que estaba adormecido el salón, con los ojos beatíficamente clavados en la buena lumbre roja... Fué entonces cuando vi aquella figura flaca y larga, ya de frac y corbata blanca, que al otro lado de la chimenea, en pie, con la taciturna tristeza de una cigüeña que medita, miraba también los carbones ardientes, con una servilleta al brazo. Pero el conserje había entrado mi equipaje, y fuí a inscribirme al *bureau*. La *tenedora de libros*, tiesa y rubia, con un perfil anticuado de medalla desgastada, dejó su *crochet* al lado de su taza de té, se acarició con un dulce gesto los dos bandós rubios, apuntó correctamente mi nombre, con el dedito levantado, haciendo refulgir un brillante; e iba yo a subir la amplia escalera, cuando la figura flaca y fatal se dobló en ángulo, y murmuró en un inglés silabeado:

—Ya está servido el desayuno de las siete...

Pero yo no quería el desayuno de las siete. Me fuí a dormir.

Más tarde, ya descansado, reanimado por el baño, cuando bajé al restaurante para el *lunch*, divisé en seguida, plantado melancólicamente al pie de la ancha escalera, al individuo flaco y triste. El salón estaba desierto entre una luz gris; las chimeneas llameaban; y afuera, en el silencio dominical, en las calles silenciosas, la nieve caía sin cesar de un cielo amarillento y nublado. Yo veía sólo la espalda de aquel hombre; pero había en su línea flaca y un poco encorvada una expresión tan evidente de desaliento, que me interesó aquella figura. El pelo largo, de tenor, que le caía sobre el cuello, era, claramente, de un meridional; y toda su delgadez friolenta se encongía ante el aspecto de aquellos tejados cubiertos de nieve, bajo la sensación de aquel lívido silencio... Le llamé.

Cuando se volvió, su fisonomía, que apenas pude entrever la víspera, me impresionó: era una cara larga y triste, muy morena, de nariz judaica, con una barba corta y rizosa, una barba de Cristo de estampa romántica; la cabeza era de esas que, en buena literatura, se llaman, según creo, de *pensativa frente*: ésta era ancha y brillante. Tenía la mirada hundida y vaga, con una indecisión de ensueño flotando en un flúido enternecido... ¡Y qué delgadez! Cuando andaba, los pantalones cortos se le enroscaban alrededor del tobillo como pliegues de bandera en torno a un mástil; el frac tenía dobleces de túnica amplia; los dos faldones largos y en punta resultaban desdichadamente grotescos. Recibió la orden de mi almuerzo, sin mirarme, con un tedio resignado; se arrastró hacia el *comptoir*, donde el *maître d'hotel* leía la Biblia, se pasó la mano por la cabeza con un gesto vago y doliente, y le dijo con voz sorda:

—Número trescientos siete. Dos chuletas. Té...

El *maître d'hotel* apartó la Biblia, apuntó el *menu*, y yo me acomodé ante la mesa y abrí el tomo de Tennyson que había traído para que almorzase conmigo, porque creo haberles dicho ya que era domingo, día sin periódicos y sin pan reciente. Afuera seguía nevando sobre la ciudad muda. En una mesa lejana, un viejo color ladrillo, de cabeza y patillas blancas, que acababa de almorzar, dormitaba con las manos sobre el vientre, con la boca abierta y los lentes en la punta de la nariz. Y el único ruido venía de la calle, una voz gimiente que la nieve sofocaba más, una voz pedigüeña que en la esquina de enfrente entonaba gangosamente un salmo... Un domingo de Londres.

Fué el flaco quien me trajo el almuerzo, y apenas se acercó, con el servicio del té, noté en seguida que aquel volumen de Tennyson en mis manos le había interesado e impresionado: fué el suyo un vistazo rápido, ávidamente clavado en la página abierta, un estremecimiento casi imperceptible, emoción fugaz, seguramente, porque después de haber colocado el servicio, giró sobre los talones y fué a plantarse tristemente ante el balcón, con los ojos tristes clavados en la nieve, triste también. Atribuí aquel movimiento curioso al esplendor de la encuadernación del volumen, que eran los *Idilios del rey*, en tafilete negro, con el escudo de armas de Lanzarote del Lago, el pelícano de oro sobre un mar de sinople.

Partí aquella noche en el expreso hacia Escocia, y no había pasado aún York, adormecido en su gravedad episcopal, cuando ya me olvidé del criado romántico del restaurante Charing-Cross. Sólo al cabo de un mes, de regreso en Londres, fué cuando, al entrar en el restaurante y ver de nuevo aquella figura lenta y fatal cruzar con un plato de rosbif en una mano y en la otra un *pudding* de batata, sentí renacer mi antiguo interés. Y aquella misma noche tuve la rara felicidad de saber su nombre y de entrever un fragmento de su pasado. Era ya tarde y volvía yo del *Covent-Garden*, cuando, en el vestíbulo del hotel, encontré, majestuoso y próspero, a mi amigo Bracolletti.

¿No conocen ustedes a Bracolletti? Su porte es formidable; tiene la panzuda amplitud, el negro cerrado de la barba, la lentitud y el ceremonial de un gordo bajá; pero esa voluminosa gravedad turca está moderada en Bracolletti por su sonrisa y su mirada. ¡Qué mirada! Una mirada dulce, que me recuerda la de los animales de la Siria: tiene la misma ternura. Parece errar en su flúido suave la afable religiosidad de las razas que producen los Mesías... ¡Pero la sonrisa! La sonrisa de Bracolletti es la más completa, la más perfecta, la más rica de las expresiones humanas; hay finura, inocencia, hombría de bien, abandono, ironía suave, persuasión en aquellos labios que se entreabren y dejan brillar el esmalte de unos dientes de virgen... ¡Ah! Pero también esa sonrisa es la fortuna de Bracolletti.

Moralmente, Bracolletti es un hombre hábil. Nació en Esmirna, de padres griegos; es todo cuanto él confiesa; además, cuando se le pregunta por su pasado, el buen griego mueve un instante la cabeza de hombro a hombro, oculta bajo los párpados cerrados bonachonamente sus ojos mahometanos, despliega la sonrisa de una dulzura que tentaría a las abejas, y murmura como ahogado en bondad y enternecimiento:

—*Eh! Mon Dieu! Eh! Mon Dieu!*

Y nada más. Parece, sin embargo que ha viajado, porque conoce el Perú, Crimea, el Cabo de Buena Esperanza, los países exóticos, tan bien como Regent-Street; pero es evidente para todos que su existencia no fué tejida, como la de los vulgares aventureros de Levante, con oro y estopa, con esplendores y mezquindades; es un ser gordo y, por tanto, un ser prudente; su magnífico solitario no dejó nunca de brillar en su dedo; ningún frío le sorprendió jamás sin un gabán de pieles de dos mil francos; y no deja nunca de ganar, todas las semanas, en el Fraternal Club, del que es miembro dilecto, diez libras al *whist*. Es un hombre fuerte.

Pero tiene una debilidad. Le gustan singularmente las jovencitas de

doce a catorce años; le gustan delgaditas, muy rubias y con la costumbre de maldecir. Las colecciona con método por los barrios pobres de Londres. Las instala en su casa, y allí las tiene, como pajarillos en la jaula, dándoles la papilla en el pico, oyéndolas charlar babeante, animándolas a que le roben los chelines del bolsillo, gozando con el desarrollo de los vicios en aquellas flores, poniendo a su alcance las botellas de *gin* para que aquellos angelitos se saturen; y cuando alguna, excitada por el alcohol, con el cabello al viento y la cara encendida, le injuria o le tira del pelo, babeando obscenidades, el bueno de Bracolletti, arrellanado en el sofá, con las manos beatíficamente cruzadas sobre la panza, y la mirada anegada en un éxtasis, murmura en su italiano de la costa siria:

—*Piccolina! Gentilleta!*

¡Querido Bracolletti! Le abracé, realmente complacido aquella noche, en Charing-Cross; y como no nos veíamos hacía mucho, fuimos a cenar juntos al restaurante. Allí estaba el criado triste, ante su *comptoir*, inclinado sobre el *Journal des Débats*. Y apenas Bracolletti apareció, con su majestad de obeso, el hombre le tendió silenciosamente la mano; fué un *shake-hands* solemne, enternecido y sincero.

¡Santo Dios, eran amigos! Arrastré a Bracolletti al fondo del comedor, y vibrando de curiosidad, le interrogué ansiosamente. Quise saber lo primero el nombre del individuo.

—Se llama Korriscosso—me dijo Bracolletti.

Ansié luego conocer su historia. Pero Bracolletti, como los dioses del Atica, que, en sus apuros terrenales, se retiraban a su nube, Bracolletti se refugió en su vaga reticencia.

—*Eh! Mon Dieu!... Eh! Mon Dieu!*

—No, no, Bracolletti. Vamos. Quiero la historia... Esa cara fatal y byroniana debe de tener una historia...

Entonces Bracolletti adoptó el aire ingenuo que le permiten su panza y sus barbas, y me confesó, dejando caer las frases a gotas, que habían viajado juntos por Bulgaria y Montenegro... Korriscosso fué secretario suyo... Buena letra... Tiempos difíciles... *Eh! Mon Dieu!...*

—¿De dónde es?

Bracolletti respondió sin vacilar, bajando la voz con un gesto lleno de desconsideración:

—Es un griego de Atenas.

Mi interés se desvaneció como agua absorbida en la arena. Cuando se ha viajado por Oriente, haciendo las escalas de Levante, se adquiere fácilmente el hábito, tal vez injusto, de sospechar del griego; ante los primeros que se ven, sobre todo teniendo una educación universitaria y clásica, el entusiasmo se enciende un tanto, piensa uno en Alcibíades y en Platón, en las glorias de una raza estética y libre, y se perfilan en la imaginación las líneas augustas del Partenón. Pero, después de haberlos tratado en las mesas redondas y en las cubiertas de los *Messageries*, y especialmente después de haber escuchado la leyenda de bellaquería que han dejado ellos desde Esmirna hasta Túnez, los otros que uno ve provocan tan sólo estos movimientos: abrocharse rápidamente la levita, cruzar fuertemente los brazos sobre la cadena del reloj, y aguzar la inteligencia para rechazar la *escroquerie* (1). A causa de esa reputación funesta, la gente griega que emigra hacia las escalas de Levante, es una plebe torpe, en parte pirata, y en parte lacayuna, bando de rapiña astuto y perverso. La verdad es que apenas supe que Korriscosso era griego, recordé en seguida

(1) Estafa, timo. *Sic* en el texto.

que mi bello volumen de Tennyson, en mi última estancia en el Charing-Cross, había desaparecido de mi cuarto, y recordé asimismo la mirada ávida, de presa, que clavó en él Korriscosso... ¡Era un bandido!

Y durante la cena no hablamos de Korriscosso. Nos sirvió otro criado, rojo, honrado, sano. El lúgubre Korriscosso no se apartó del *comptoir*, abismado en el *Journal des Débats*.

Sucedió que aquella noche, al volver a mi cuarto, me perdí... El hotel estaba repleto y yo me había alojado en aquellos altos del Charing-Cross, en una complicación de corredores, escaleras, rincones, ángulos, donde casi necesita uno derrotero y brújula.

Con el candelabro en la mano, penetré en un pasadizo por el que corría un tufo triste a calleja mal aireada. Las puertas no tenían allí números, sino pequeños cartones donde estaban inscritos nombres: *John Smith, Charlie, Willie...* Eran, en fin, evidentemente, los cuartos de los criados. De una puerta abierta salía la claridad de un brazo de gas; me adentré y vi en seguida a Korriscosso, de frac aún, sentado ante una mesa llena de papeles, con la cabeza apoyada en una mano, escribiendo:

Levantó hacia mí una mirada adormecida y velada: parecía resurgir de muy lejos, de otro universo; movió los párpados, repitiendo:

—¿Quinientos ocho? ¿Quinientos ocho?...

Y entonces divisé sobre la mesa, entre papeles, cuellos sucios y un rosario, ¡mi tomo de Tennyson! ¡Vió mi mirada el bandido! Y se delató con un rubor que inundó su cara chupada. Mi primer movimiento fué reconocer el libro: como era un movimiento bueno, y obedeciendo en seguida a la moral superior del maestro Talleyrand, lo reprimí; señalando el volumen con un dedo severo, un dedo de Providencia irritada, le dije:

—Es mi Tennyson...

No sé qué respuesta tartamudeó, porque yo, apiadado, sintiendo de nuevo interés por aquella cara picaresca de griego sentimental, añadí en un tono rebosante de perdón y de disculpa:

—¿Gran poeta, verdad? ¿Qué le pareció? Tengo la certeza de que le habrá entusiasmado...

Korriscosso enrojeció más; pero no era el despecho humillado del salteador sorprendido: era, juzgué, la vergüenza de ver su inteligencia, su gusto poético adivinados, y de vestir un frac raído de criado de restaurante. No respondió. Pero las páginas del volumen que yo abrí respondieron por él; la blancura de los anchos márgenes desaparecía bajo una red de comentarios a lápiz: *¡Sublime! ¡Grandioso! ¡Divino!*, palabras trazadas con letra convulsa, en un temblor de mano, agitada ésta por una sensibilidad vibrante...

Entre tanto, Korriscosso permanecía en pie, respetuoso, culpable, con la cabeza baja y el lazo de la corbata blanca huyendo hacia el cuello. ¡Pobre Korriscosso! Me compadecí de aquella actitud, que revelaba todo un pasado sin suerte, tantas tristezas de esclavitud... Recordé que nada impresiona tanto al hombre de Levante como un gesto dramático, escénico; le tendí las manos en un ademán a lo Talma, y le dije:

—¡Yo también soy poeta!...

Esta frase extraordinaria parecería grotesca e impudente en un hombre del Norte; el levantino percibió en seguida en ella la expansión de un alma fraterna. Porque (pero ¿no os lo he dicho?) lo que Korriscosso estaba escribiendo en una cuartilla eran estrofas, era una oda.

Al poco rato, con la puerta cerra-

da, Korriscosso me contaba su historia, o, mejor dicho, fragmentos, anécdotas desaparejadas de su biografía. Es tan triste, que la condenso. Además, había en su narración lagunas de años; y yo no puedo reconstituir con lógica y orden la historia de aquel sentimental. Todo es vago y sospechoso. Había nacido, efectivamente, en Atenas; su padre, al parecer, era cargador en el Pireo. A los dieciocho años, Korriscosso servía como criado a un médico, y en los intervalos del servicio frecuentaba la Universidad de Atenas; estas cosas son frecuentes *là-bas*, como él decía. Se licenció en Leyes: esto le sirvió, más tarde, en tiempos difíciles, para ser intérprete de hotel. De aquel tiempo datan sus primeras elegías en un semanario lírico titulado *Ecos del Atica*. La literatura le llevó directamente a la política y a las ambiciones parlamentarias. Una pasión, una crisis patética, un marido brutal, amenazas de muerte, le obligaron a expatriarse. Viajó por Bulgaria, fué en Salónica empleado en una sucursal del Banco Otomano; envió endechas quejumbrosas a un periódico de provincias, *La Trompeta de la Argólida*. Aquí hay una de esas lagunas, un negro agujero en su historia. Reaparece en Atenas, con traje nuevo, liberal y diputado.

Aquel período de gloria fué breve, pero suficiente para ponerle en evidencia; su palabra colorista, recamada de imágenes ingeniosas y brillantes, encantó a Atenas: poseía el secreto de florecer, como él decía, los terrenos más áridos; de una discusión sobre impuestos o sobre obras públicas hacía él surgir églogas de Teócrito. En Atenas, ese talento lleva al Poder: Korriscosso estaba indicado para un alto cargo del Estado; el Gobierno, sin embargo, y con él la mayoría, de la que era Korriscosso el tenor predilecto, cayeron, se hundieron, sin lógica constitucional, en uno de esos repentinos derrumbamientos políticos tan corrientes en Grecia, en donde los Gobiernos se desmoronan como las casas en Atenas: sin motivo. Falta de base, decrepitud de materiales y de individualidades... Todo tiende hacia el polvo en un suelo de ruinas...

Nueva laguna, nuevo socavón oscuro en la historia de Korriscosso.

Vuelto a la superficie, miembro de un club republicano de Atenas, pide en un periódico la emancipación de Polonia, y que sea Grecia gobernada por un concilio de genios. Publica entonces sus *Suspiros de Tracia*. Tiene otra aventura sentimental... Y, por fin—y esto me lo dijo sin más explicaciones—, se ve obligado a refugiarse en Inglaterra. Después de probar en Londres varios puestos, se coloca en el restaurante de Charing-Cross.

—Es un puerto de refugio—le dije, estrechando su mano.

El sonrió con amargura. Era, sin duda, un puerto de refugio, y ventajoso. Está bien alimentado; las propinas son razonables; tiene un viejo colchón de muelles, pero las delicadezas de su alma se sienten, en todo momento, dolorosamente heridas...

Días atribulados, días crucificados, los de aquel poeta lírico, ¡obligado a repartir en un comedor, a burgueses establecidos y glotones, chuletas y botellas de cerveza! No es la dependencia lo que le aflige; su alma de griego no se siente especialmente ávida de libertad; le basta con que el dueño sea educado. Y, como él me decía, le es grato reconocer que la clientela del Charing-Cross no le pide nunca la mostaza o el queso sin decir *if you please* (1); y cuando salen, al pasar ante él, se llevan

(1) «Hace usted el favor, o si usted gusta». *Sic* en el original.

dos dedos al ala del sombrero; esto satisface la dignidad de Korriscosso.

Pero lo que le tortura es el contacto constante con el alimento. Si él fuese contable de un banquero, primer dependiente de un almacén de sedas... En eso hay una sombra de poesía, los millones que se remueven, las flotas mercantes, la brutal fuerza del oro, o también el disponer ricamente las telas, los cortes de seda, hacer que la luz se deslice por las ondulaciones de los muarés, dar al terciopelo las blanduras de la línea y del pliegue... Pero en un restaurante, ¿cómo puede uno probar su gusto, la originalidad artística, el instinto del color, del efecto, del drama, cortando lonchas de rosbif o de jamón de York?... Además, como él dice, dar de comer, suministrar alimento, es servir exclusivamente la panza, la tripa, la baja necesidad material. En el restaurante, el vientre es el Dios: el alma queda fuera, como el sombrero que se cuelga en el perchero o como el paquete de periódicos que se deja en el bolsillo del gabán.

¡Y las humillaciones, y la falta de conversación! ¡No se volvían nunca hacia él más que para pedirle salchichón o sardinas de Nantes! No abría él nunca sus labios, de los que estuvo pendiente el Parlamento de Atenas, más que para preguntar: «¿Más pan? ¿Más carne?» Aquella privación de elocuencia érale dolorosa.

Además de lo cual, el servicio le impedía trabajar. Korriscosso compone de memoria; cuatro paseos por el cuarto, un toque al pelo, y surge la oda dulce y armoniosa... Pero la interrupción glotona de la voz del burgués pidiendo alimento es fatal para esa manera de trabajar. Algunas veces, recostado en un balcón, con la servilleta al brazo, Korriscosso está haciendo una elegía; todos son claros de luna, ropajes albos de vírgenes pálidas, horizontes celestes, flores del alma dolorida... Es feliz; está remontándose a los cielos poéticos, a las llanuras azuladas donde acampan los sueños, galopando de estrella en estrella... De repente, una gruesa voz hambrienta chilla en un rincón:

—¡Bistec con patatas!

¡Ay! ¡Las aladas fantasías levantan el vuelo como palomas despavoridas! Y ahí tienen al infeliz Korriscosso, precipitado desde las cimas ideales, con la espalda encorvada y los faldones del frac ondulantes, preguntando con una sonrisa lívida:

—¿Pasado o semicrudo?

¡Ah! ¡Es un amargo destino!

—Pero—le pregunté—, ¿Por qué no deja este cubil, este templo del vientre?

Inclinó su bella cabeza de poeta. Y me confesó la razón que le ata: me la dijo casi llorando en mis brazos, con el nudo de la corbata blanca ladeado: Korriscosso ama.

Ama a una Fanny, criada para todo, en el Charing-Cross. La ama desde el primer día en que entró en el hotel; la amó no bien la vió fregando la escalera de piedra, con los brazos rollizos al aire, y el cabello rubio, el fatal cabello rubio, de ese rubio que atonta a los meridionales; cabello rico, de un tono cobrizo, de un tono de oro mate, retorcido en una trenza de diosas. ¡Y luego su encarnación, esa encarnación de una inglesa de Yorkshire, leche y rosas!...

¡Y lo que Korriscosso lleva sufrido! ¡Todo su dolor se exhala en odas, que pone en limpio el domingo, día de descanso y día del Señor! Me leyó algunas. Y vi hasta qué punto la pasión puede trastornar a un ser nervioso: ¡qué ferocidad de lenguaje, qué ayes de desesperación,

qué gritos de un alma desgarrada lanzados desde allí, desde aquellos altos del Charing-Cross hacia la mudez del cielo frío! Y es que Korriscosso tiene celos. La desgraciada Fanny desconoce a aquel poeta que vive a su lado, a aquel sentimental, a aquel delicado, y ama a un *policeman*. Ama a un *policeman*, un coloso, un Hércules, una montaña de carne erizada de una floresta de barbas, con el pecho como el costado de un acorazado y unas piernas como fortalezas normandas. Este Polifemo, como dice Korriscosso, presta, generalmente, servicio en el Strand; y la pobre Fanny se pasa el día acechándole desde una ventana de los altos del hotel.

Todos sus ahorros se los gasta en cuartillos de ginebra o de *brandy*, que le lleva por la noche en copitas, debajo del delantal; le mantiene fiel gracias al alcohol; el monstruo, plantado reciamente en la esquina, recibe en silencio la copa, la vacía de un sorbo en sus fauces tenebrosas, eructa sonoramente, se pasa la mano velluda por la barba de Hércules, y sigue allí taciturno, sin un «gracias», sin un «te quiero»», martilleando la acera con sus amplias suelas sonoras. La pobre Fanny le admira babeante... Y tal vez en ese momento, en la otra esquina, el flaco Korriscosso, esfumando en la niebla como un alto poste telegráfico, solloza con el flaco rostro bajo las manos transparentes.

¡Pobre Korriscosso! Si al menos pudiese él conmover... ¡Pero quia! Ella desprecia aquel cuerpo de tísico triste; y el alma no la comprende... No es que Fanny sea inaccesible a unos ardientes sentimientos expresados en un lenguaje melodioso. Pero Korriscosso sólo puede escribir sus elegías en su lengua materna... Y Fanny no entiende el griego... Y Korriscosso es sólo un gran hombre, en griego...

Cuando bajé a mi cuarto, le dejé sollozando sobre el catre. Le he visto después, otras veces, al pasar por Londres. Está más flaco, más fatal, más consumido de celos, más encorvado cuando se mueve por el restaurante con la fuente de rosbif, más exaltado en su lirismo... Siempre que me sirve le doy un chelín de propina; y luego, al salir, le estrecho sinceramente la mano.

EN EL MOLINO

Doña María de la Piedad era considerada en toda la villa como «una señora modelo». El viejo Núñez, jefe de Correos, siempre que se hablaba de ella, decía, acariciando con autoridad los cuatro pelos de su calva:

—¡Es una santa! ¡Eso es lo que es!

La villa sentíase casi orgullosa de su belleza delicada y conmovedora; era una rubia, de fino perfil, piel marfileña, y ojos oscuros de un tono violeta, cuyo brillo sombrío y suave sombreaban más las largas pestañas. Vivía al final de la carretera, en una casa azul de tres balcones, y era, para la gente que por las tardes iba a dar una vuelta hasta el molino, un encanto siempre renovado verla a través de los cristales, entre las cortinas de gasa, inclinada sobre su costura, vestida de negro, seria y honesta. Pocas veces salía. El marido, más viejo que ella,

era un paralítico, siempre en la cama, inutilizado por una dolencia del espinazo; hacía años que no bajaba a la calle; le divisaban a veces también en la ventana mustio y baldado, agarrado al bastón, encogido en su bata, con una cara macilenta, la barba descuidada y un gorrito de seda hundido tristemente hasta el cuello. Los hijos, dos muchachitas y un chico, eran también enfermizos, creciendo poco y con dificultad, llenos de tumores en las orejas, llorones y melancólicos. La casa, por dentro, parecía lúgubre. Andaban de puntillas, porque el padre, en la excitación nerviosa que le producían los insomnios, se irritaba con el menor ruido; había sobre las cómodas algún frasco de botica, algún cacharro con cataplasmas de linaza; las mismas flores con que ella, en su arreglo y en su afán de frescor, adornaba las mesas, se marchitaban en aquel aire cargado de fiebre, que no se renovaba nunca a causa de las corrientes de aire; y era una tristeza ver siempre alguno de los pequeños con un emplasto sobre la oreja, o en una esquina del canapé, arrebujado entre mantas con una amarillez de hospital.

María de la Piedad vivía así desde los veinte años. Incluso de soltera, en casa de sus padres, su existencia había sido triste. La madre era un ser desagradable y agrio; el padre, que frecuentaba las tabernas y los garitos, ya viejo, siempre borracho, los días que aparecía por su casa se los pasaba junto a la chimenea, en un silencio sombrío, fumando su pipa y escupiendo hacia las cenizas. Todas las semanas zurraba a su mujer. Y cuando Juan Coutiño pidió la mano de María, aun estando él ya enfermo, ella aceptó sin vacilar, casi agradecida, para salvar la casucha del embargo, no oír más los gritos de la madre, que la hacían temblar y rezar arriba, en su cuarto, donde la lluvia entraba por el tejado. No amaba a su marido, ciertamente; e incluso en la villa habían lamentado que aquel lindo rostro de Virgen María, aquella cara de hada, fuese a pertenecer a Juanito Coutiño, que desde chico estaba paralítico. Coutiño, a la muerte de su padre, quedó rico; y ella, acostumbrada por fin a aquel marido malhumorado, que se pasaba el día arrastrándose sombríamente desde la sala hasta la alcoba, se habría resignado, en su temperamento de enfermera y de consoladora, si sus hijos, al menos, hubieran nacido sanos y robustos. Pero aquella familia que le había caído en desgracia, con la sangre viciada, aquellas vidas tristes vacilantes, que parecían pudrírsele entre las manos, a pesar de sus cuidados afanosos, la abrumaban. A veces, únicamente, mientras cosía, corríanle las lágrimas por la cara: un cansancio de la vida la invadía, como una niebla, oscureciendo su alma.

Pero si el marido la llamaba desde dentro, desesperado, o uno de los pequeños lloriqueaba, se secaba en seguida los ojos y aparecía con su lindo rostro tranquilo, pronunciando alguna palabra consoladora, arreglando la almohada a uno, yendo a animar al otro, feliz en su bondad. Toda su ambición era ver a su pequeño mundo bien cuidado, tratado con cariño. No tuvo nunca, desde que se casó, una curiosidad, un deseo, un capricho; nada le interesaba en la tierra sino las horas de las medicinas y el sueño de sus enfermos. Todo esfuerzo le resultaba fácil cuando era para animarlos: aun siendo débil, paseaba horas enteras llevando en brazos al pequeñín, que era el más impertinente, con las llagas que convertían sus finos labios en una costra oscura; durante los insomnios del marido, no dormía

ella tampoco, sentada junto a la cama, conversando, leyéndole las vidas de los santos, porque el pobre baldado iba entregándose a la devoción. Por la mañana estaba un poco más pálida, pero muy arreglada, con su vestido negro, fresca, con los bandós brillantes, embelleciéndose para ir a dar las sopas de leche a los pequeños. Su única distracción era sentarse por la tarde con su costura en la ventana, mientras los niños, a su alrededor, jugaban tristemente en el suelo. El mismo paisaje que veía ella desde aquella ventana era tan monótono como su existencia: abajo, la carretera; luego, una ondulación de campos, una tierra mísera plantada aquí y allá de olivos y, alzándose al fondo, una colina triste y pelada, sin una casa, un árbol, un humo de alquería que pusiera en aquel terreno solitario y pobre una nota humana y viva.

Viéndola así, tan resignada y tan sujeta, algunas señoras de la villa afirmaban que era beata: aunque nadie la encontraba en la iglesia, a no ser los domingos, con el niño mayor de la mano, todo pálido en su traje de terciopelo azul. En efecto, su devoción limitábase a aquella misa semanal. Su casa la ocupaba mucho para dejarse invadir por las preocupaciones del cielo: en aquel deber de buena madre, cumplido con amor, hallaba una satisfacción suficiente para su sensibilidad; no necesitaba adorar a los santos o enternecerse con Jesús. E incluso, instintivamente, pensaba que todo el afecto excesivo consagrado al Padre Celestial, todo el tiempo gastado en prosternarse ante el confesonario o junto al altar, sería una cruel disminución de sus cuidados de enfermera; su manera de rezar era vigilar aquellos hijos; y aquel pobre marido, clavado en una cama, dependiendo por entero de ella, contando sólo con ella, le parecía tener más derecho a su fervor que el otro, clavado en una cruz, ya que tenía para amarle toda una eternidad. Aparte de lo cual, no había experimentado nunca esos sentimentalismos de alma triste que llevan a la devoción. Su larga costumbre de dirigir una casa de enfermos, de ser ella el centro, la fuerza, el amparo de aquellos inválidos, la había hecho más tierna, más práctica; y así, era ella quien administraba ahora la casa de su marido, con un buen sentido regido por el afecto, una solicitud de madre cuidadosa. Tales ocupaciones bastaban para entretener su día: el marido, por otra parte, detestaba las visitas, el aspecto de las caras saludables, las conmiseraciones formularias; y transcurrían meses enteros sin que en casa de María de la Piedad se oyese ninguna voz extraña a la familia, a excepción de la del doctor Abilio, que la adoraba y que decía de ella con los ojos en blanco:

—¡Es una hada! ¡Es una hada!...

*

Por eso fué grande la excitación en la casa cuando Juan Coutiño recibió una carta de su primo Adrián, anunciándole que llegaría a la villa dentro de dos o tres semanas. Adrián era un hombre célebre, y el marido de María de la Piedad sentía un orgullo enfático por aquel pariente. Se había suscrito incluso a un diario de Lisboa sólo para ver su nombre en las noticias y en la crítica. Adrián era novelista, y su último libro, *Magdalena*, un estudio de mujer trazado con gran estilo, de un análisis delicado y sutil, le consagró como un maestro. Su fama, que había llegado hasta la villa, en una vaguedad de leyenda, le presentaba como una personalidad interesante, un

héroe de Lisboa, amado por las damas de la nobleza, impetuoso y brillante, destinado a una elevada posición social. Pero, realmente, en la villa era, sobre todo, conocido por ser primo de Juan Coutiño.

Doña María de la Piedad se quedó aterrada con aquella visita. Veía ya su casa revuelta con la presencia del huésped extraordinario. Además, la necesidad de arreglarse más, de alterar las horas de la comida, de conversar con un literato ¡y tantos otros esfuerzos crueles!... Y la brusca invasión de aquel mundano, con sus maletas, el humo de su puro, su alegría de hombre sano, en la triste paz de su hospital, le daban la impresión empavorecida de una profanación. Por eso fué un alivio, casi una gratitud, cuando llegó Adrián y se instaló, muy sencillamente, en la antigua fonda del tío Andrés, al otro extremo de la villa. Juan Coutiño se escandalizó: tenía el cuarto del huésped preparado con sábanas de encajes, una linda colcha de damasco, plata sobre la cómoda, y quería tener todo para él al primo, al hombre célebre, al gran autor... Adrián, sin embargo, se negó.

—Yo tengo mis costumbres, y vosotros tenéis las vuestras... No nos molestemos, ¿eh?... Lo que haré es venir aquí a comer. Además, no estoy mal en casa del tío Andrés... Veo desde la ventana un molino y una presa que componen un cuadrito delicioso... Quedamos amigos, ¿verdad?

María de la Piedad le miraba asombrada: aquel héroe, aquel seductor por quien lloraban mujeres, aquel poeta glorificado por los periódicos, era un hombre sumamente sencillo, ¡mucho menos complicado, menos espectacular que el hijo del recaudador! Ni guapo era, y con su sombrero de ala ancha sobre una cara llena y barbuda, la chaqueta de franela cayendo a lo largo de un cuerpo robusto y pequeño, y sus zapatones, parecíale uno de aquellos cazadores de la aldea que se encontraba a veces, cuando de mes a mes iba a visitar las haciendas del otro lado del río. Además, no hacía frases; y la primera vez que fué a comer, habló solamente, con gran campechanía, de sus negocios. Por ellos había venido. De la fortuna de su padre, la única tierra que no estaba consumida, o abominablemente hipotecada, era la Curgossa, una hacienda junto a la villa, muy mal arrendada, por lo demás... El quería venderla. ¡Pero eso le parecía tan difícil como escribir la *Ilíada!...* Y lamentaba sinceramente ver al primo allí, inútil en una cama, sin poder ayudarle en las gestiones a realizar con los propietarios de la villa. Por eso oyó con gran alegría a Juan Coutiño decirle que su mujer era una administradora de primer orden, ¡hábil en aquellas cuestiones como un antiguo leguleyo!...

—María irá contigo a ver la hacienda, hablará con Téllez, y te arreglará todo esto... ¡Y la cuestión del precio, déjala a ella!...

—Pero ¡qué dotes, prima!—exclamó Adrián, maravillado—. ¡Un ángel que entiende de números!

Por primera vez en su vida, María de la Piedad se sonrojó oyendo a un hombre. Y se dispuso en seguida a ser abogada del primo...

Al día siguiente fueron a ver la hacienda. Como estaba cerca, y era un día de marzo fresco y claro, marcharon a pie. Al principio, azorada por la compañía de aquel conquistador, la pobre señora caminaba junto a él con el aire de un pájaro asustado; a pesar de ser él tan sencillo, había en su figura enérgica y musculosa, en el rico timbre de su voz, en sus ojos pequeños y brillantes, algo que rebosaba fuerza, dominio y

que la sobrecogía. Habíasele enganchado en el borde de su vestido una rama de zarzal, y como él se inclinara para desprenderla delicadamente, el contacto de aquella mano blanca y fina de artista en el borde de su falda, la molestó singularmente. Apresuró el paso para llegar pronto a la hacienda, avivar el asunto con Téllez y volver inmediatamente a refugiarse, como en su propio elemento, en el aire triste y ahogado de su hospital. Pero la carretera se extendía blanca y larga, bajo el sol tibio, y la conversación de Adrián la fué acostumbrando poco a poco a su presencia.

Se mostró él desolado de aquella tristeza de la casa. Le dió algunos buenos consejos: lo que los pequeños necesitaban era aire, sol, otra vida distinta de aquella sofocación de alcoba...

Ella también lo creía así, pero ¡qué le iba a hacer! El pobre Juan, siempre que se le hablaba de marcharse a pasar una temporada a la quinta, se afligía atrozmente; tenía horror al aire libre, a los amplios horizontes. La Naturaleza bravía le hacía casi desmayarse; habíase convertido en un ser artificial, escondido entre las cortinas de la cama...

El entonces la compadeció. Seguramente podrá existir alguna satisfacción en un deber tan santamente cumplido... Pero, en fin, ella debía tener momentos en que desearía otra cosa además de aquellas cuatro paredes impregnadas del vaho de la enfermedad...

—¿Qué más voy a desear yo?—dijo ella.

Adrián enmudeció: le pareció absurdo suponer que ella ansiara realmente el Chiado o el teatro de la Trinidad... El pensaba en otros deseos, en las ambiciones del corazón insatisfecho... Pero le pareció tan delicado, tan grave de decir a aquella criatura virginal y seria, que habló del paisaje...

—¿Has visto ya el molino?—le preguntó ella.

—Tengo ganas de verlo, si quieres tu enseñármelo, prima.

—Hoy es tarde.

Convinieron en ir a visitar aquel rincón de verdor, que era el idilio de la villa.

En la hacienda, la larga conversación con Téllez creó un acercamiento mayor entre Adrián y María de la Piedad. Aquella venta que ella discutía con astucia de aldeana, establecía entre ellos como un interés común. Le habló ella ya con menos reserva cuando volvieron. Había en las maneras de él, de un tierno respeto, una seducción que la llevaba, a su pesar, a confiarse, a entregarle su confianza; nunca habló tanto con nadie; a nadie mostró jamás aquella melancolía que vagaba constantemente en su alma. Además, sus quejas eran sobre el mismo dolor, la tristeza de su hogar, las enfermedades, tantos graves cuidados... Y sentía por él una simpatía, como un indefinido deseo de tenerle siempre presente, desde que él se convertía así en depositario de sus tristezas.

Adrián volvió a su cuarto, en la fonda de Andrés, impresionado, sintiendo interés por aquella criatura tan triste y tan dulce. Sobresalía ella en el mundo de las mujeres que hasta allí conociera, como un perfil suave de ángel gótico entre fisonomías de mesa redonda. Todo en ella armonizaba deliciosamente: el oro del cabello, la dulzura de la voz, la modestia en la melancolía, la línea casta, componiendo un ser delicado y conmovedor, al que, hasta su pequeño espíritu burgués y cierto fondo rústico de aldeana y una leve vulgaridad de costumbres, prestaban encanto: era un ángel que vivía hacía mucho tiempo en un poblacho gro-

sero y que estaba preso por muchos lados a las trivialidades del lugar; pero bastaría un soplo para hacerle remontar al cielo natural, a las puras cumbres del sentimentalismo...

Encontraba absurdo hacer la corte a la prima... Pero pensaba sin querer en el delicioso goce de hacer palpitar aquel corazón que no estaba deformado por el corsé, de poner sus labios en una cara que no estuviera cubierta de polvos... Lo que le tentaba sobre todo era pensar que podría recorrer toda la provincia de Portugal sin encontrar ni aquella línea de cuerpo ni aquella conmovedora virginidad de alma adormecida... Era una ocasión que no volvería a presentarse.

El paseo al molino fué encantador. Era un rincón de Naturaleza, digno de Corot, sobre todo a la hora del mediodía, en que fueron ellos, con la frescura del verde, la sombra recogida de los grandes árboles y toda clase de murmullos de agua corriente, huyendo, brillando entre los musgos y las piedras, llevando y esparciendo por el aire el frío del follaje, de la hierba, por la que corrían cantarinas. El molino era altamente pintoresco, con su viejo edificio de piedra secular, su enorme rueda, casi podrida, cubierta de hierbas, inmóvil sobre la helada limpieza del agua oscura. Adrián lo encontró digno de una escena de novela, o, mejor aún, de ser vivienda de una hada. María de la Piedad no decía nada, pero encontraba extraordinaria aquella admiración por el molino abandonado del tío Costa. Como llegaba ella un poco cansada, se sentaron en una escalera desunida de piedra, que hundía en el agua de la presa sus últimos escalones; y allí permanecieron un momento callados, en el encanto de aquel frescor rumoroso, oyendo piar a los pájaros en las ramas. Adrián la veía de perfil, un poco inclinada, agujereando con la contera de su sombrilla las hierbas agrestes que invadían los escalones: estaba deliciosa así, tan blanca, tan rubia, de una línea tan pura sobre el fondo azul del aire; su sombrero era de mal gusto; su manteleta, anticuada; pero él encontraba, incluso, en aquello, una ingenuidad picante. El silencio de los campos a su alrededor los aislaba; e, insensiblemente, él empezó a hablarle en voz baja. Era de nuevo la misma compasión por la tristeza de su existencia en aquella villa, también triste, por su destino de enfermera... Ella le escuchaba con los ojos bajos, asombrada de encontrarse allí, tan sola, con aquel hombre tan robusto; temerosa toda y hallando un sabor delicioso a su temor... Hubo un momento en que él habló del encanto de quedarse allí para siempre, en la villa.

—¿Quedarte aquí? ¿Para qué?—preguntó ella, sonriendo.

—¿Para qué? Para esto, para estar siempre junto a ti...

La cubrió un rubor y se le escapó la sombrillita de las manos. Adrián temió haberla ofendido, y añadió en seguida, riendo:

—¿Es que no sería delicioso?... Podía yo alquilar este molino, hacerme molinero... Tendrías tú, prima, que traerme tu parroquia...

Esto la hizo reír; estaba más bonita cuando se reía: resplandecía todo en ella: los dientes, la piel, el color del pelo. El continuó bromeando con su proyecto de hacerse molinero, y de ir por la carretera conduciendo un burro cargado de sacos de harina.

—¡Pues vendré a ayudarte, primo!—dijo ella, animada por su propia risa, por la alegría de aquel hombre a su lado.

—¿Vendrías?—exclamó él—. ¡Te juro que me hago molinero! ¡Qué

paraíso: nosotros aquí los dos, en el molino, ganándonos alegremente la vida, oyendo cantar estos mirlos!

Ella enrojeció de nuevo ante el ardor de su voz, y retrocedió como si fuese él ya a arrastrarla hacia el molino. Pero Adrián ahora, entusiasmado con aquella idea, le describía, con su palabra colorida, toda una vida novelesca, de una felicidad idílica, en aquel escondrijo de verdor; por la mañana temprano, a pie, hacia el trabajo; después, la comida en la hierba, a la orilla del agua; y por la noche, las buenas pláticas, sentados allí, a la claridad de las estrellas o bajo la sombra cálida de los negros cielos de verano...

Y de repente, sin que ella resistiese, la cogió en sus brazos y la besó en los labios, con un solo beso profundo e interminable. Ella había quedado contra su pecho, blanca, como muerta; y dos lágrimas le corrían por la cara. Aparecía así tan dolorosa y débil, que él la soltó; se levantó ella, recogió su sombrillita y permaneció ante él con los menudos labios temblorosos, murmurando:

—Está mal hecho..., está mal hecho...

El también se sentía tan trastornado, que la dejó bajar hacia el camino; y al poco rato seguían ambos, callados, hacia la villa. Sólo cuando estuvo en la fonda pensó él: «¡He sido un tonto!»

Pero en el fondo estaba contento de su generosidad. Por la noche fué a casa de ella: se la encontró con el pequeño en brazos, lavándole con agua de malva las heridas que tenía en la pierna. Y entonces le pareció odioso separar a aquella mujer de sus enfermos. Además, un momento como aquél, en el molino, no volvería. Sería absurdo quedarse allí, en aquel rincón odioso de una provincia, desmoralizando, en frío, a una buena madre... La venta de la hacienda estaba concertada. Por eso, al día siguiente, apareció por la tarde a decirle adiós; partía al anochecer en la diligencia. La encontró en la sala, en la ventana de costumbre, con los niños enfermizos cobijados entre sus faldas... Oyó que él se marchaba, sin cambiar de color, sin que su pecho jadease. Pero Adrián sintió la palma de su mano tan fría como un mármol; y cuando él salió, María de la Piedad se quedó vuelta hacia la ventana, mirando abstraída al paisaje que se oscurecía, con las lágrimas, cayéndole de cuatro en cuatro, sobre la costura...

Le amaba. Desde los primeros días su cara resuelta y fuerte, sus ojos brillantes, toda la virilidad de su persona, se le habían grabado en la imaginación. Lo que la encantaba en él no eran su talento, ni su celebridad en Lisboa, ni las mujeres que le habían amado; eso se le aparecía a ella confuso y poco comprensible; lo que la fascinaba era aquella seriedad, aquel aire honesto y sano, aquella robustez vital, aquella voz tan grave y rica; y presentía, al otro lado de su existencia ligada a un inválido, otras existencias posibles, en las que no hay siempre ante los ojos una cara enflaquecida y moribunda, en que las noches no se pasan esperando las horas de los medicamentos... Era como una ráfaga de aire impregnado de todas las fuerzas vivas de la Naturaleza, que cruzaba, de pronto, por su alcoba ahogada; y ella la respiraba con delicia... Además, había oído aquellas conversaciones en que él se mostraba tan bueno, tan serio, tan delicado; y a la pujanza de su cuerpo, que admiraba, uníase ahora un corazón tierno, de una ternura varonil y recia, para cautivarla... Aquel amor latente la invadió, se apoderó de ella una noche en que se le apareció esta idea, esta visión: *¡si él fuese mi ma-*

rido! Toda ella se estremeció; apretó desesperadamente los brazos contra el pecho, como fundiéndose con la imagen evocada, aferrándose a ella, refugiándose en su fuerza... Después, él la dió aquel beso en el molino.

¡Y se fué!

*

Entonces empezó para María de la Piedad una existencia de abandonada. Todo de repente, a su alrededor—la enfermedad del marido, los achaques de los hijos, las tristezas de su día, su costura—, le pareció lúgubre. Sus deberes, ahora que no ponía en ellos toda su alma, éranle pesados como fardos injustos. Su vida se le presentaba como una desgracia excepcional: no se rebelaba aún; pero sentía esos abatimientos, esas súbitas fatigas de todo su ser, en que caía sobre la silla con los brazos colgantes, murmurando:

—¿Cuándo terminará esto?

Se refugiaba entonces en aquel amor como en una compensación deliciosa. Juzgándolo todo puro, todo del alma, dejábase penetrar por él y por su lenta influencia. Adrián se convertía en su imaginación en un ser de proporciones extraordinarias, en todo lo que es fuerte, bello y representa la razón de la vida. No quiso que nada de lo que era de él o de él venía le fuese ajeno. Leyó todos sus libros, sobre todo aquella *Magdalena*, que también amó, y que murió de abandono. Aquellas lecturas la calmaban, daban como una vaga satisfacción a su deseo. Llorando los dolores de las heroínas de novela, parecía sentirse aliviada de los suyos.

Lentamente, aquella necesidad de henchir la imaginación con aquellos lances amorosos, con aquellos dramas desgraciados, se apoderó de ella. Y fué durante meses enteros un devorar constante de novelas. Ibase así creando en su espíritu un mundo artificial e idealizado. La realidad se le hacía odiosa, sobre todo bajo aquel aspecto de su casa, donde tenía siempre agarrado a sus faldas un ser enfermo. Surgieron las primeras rebeldías. Se volvió impaciente y áspera. No soportaba que le arrancasen de los episodios sentimentales de su libro para ir a ayudar a volverse a su marido y percibir su fétido aliento. Empezó a sentir asco de los frascos, de los emplastos, de las heridas de los niños, que debía lavar. Comenzó a leer versos. Se pasaba las horas sola, callada, en la ventana, teniendo bajo su mirada de virgen rubia toda la rebeldía de una apasionada. Creía en los amantes que escalan los balcones, entre el canto de los ruiseñores; y quería ser amada así, poseída en el misterio de una noche romántica...

Su amor se desprendió poco a poco de la imagen de Adrián, y se ensanchó; extendióse hacia un ser vago que estaba formado de todo lo que la encantaba en los héroes novelescos; era un ente medio príncipe y medio facineroso, que poseía, sobre todo, la fuerza. Pues era eso lo que admiraba, lo que quería: ansiaba, en las noches calurosas, durante las cuales no podía dormir, dos brazos fuertes como el acero, que la estrechasen en un abrazo mortal, unos labios de fuego que, en un beso, la chupasen el alma. Era una histérica.

Algunas veces, junto al lecho del marido, viendo ante ella aquel cuerpo de tísico, en una inmovilidad de paralítico, sentía un odio torpe, un deseo de apresurar su muerte...

Y en medio de aquella excitación morbosa del temperamento irritado, tenía debilidades súbitas, sustos de ave que se posa, gritos al oír un portazo, una palidez de desmayo si ha-

bía flores muy olorosas en la sala... Por la noche se sofocaba; abría la ventana; pero el aire caluroso, el vaho tibio de la tierra abrasada por el sol, la henchían de un intenso deseo, de un ansia voluptuosa, entrecortada por accesos de llanto...

La santa se convertía en Venus.

Y el mórbido romanticismo había penetrado tanto en aquel ser, desmoralizándolo tan hondamente, que llegó un momento en que hubiera bastado que un hombre la tocase para caer en sus brazos; y eso fué lo que sucedió al fin, con el primero que la cortejó, dos años después. Era el practicante de la botica.

Por causa de él escandalizó a toda la villa. Y ahora deja la casa en desorden, los hijos sucios y pringosos, en andrajos, sin comer hasta horas avanzadas; al marido, gimiendo, abandonado en su alcoba; los trapos de los emplastos encima de las sillas, todo en un triste descuido, para ir detrás de ese hombre, un tunante odioso y puerco, de cara fofa y gordiflona, lentes sostenidos con una ancha cinta pasada por detrás de la oreja y una gorrita de seda elegantemente ladeada. Va el individuo de noche a las entrevistas, con zapatillas de orillo; huele a sudor, y la pide dinero prestado para mantener a una tal Juana, mujerona obesa, a la que llaman en la villa *Bola de Sebo*.

CIVILIZACION (1)

I

Tengo un amigo preciadísimo (Jacinto es su nombre), que nació en un palacio, con cuarenta mil duros de renta en pingües tierras de trigo, aceite y ganado.

Desde la cuna, donde su madre, una señora gorda y crédula de Traz-os-Montes, esparció hinojo y ámbar para retener a las hadas benéficas, Jacinto fué siempre más sano y resistente que un pino de las dunas. Un bonito río, rumoroso y transparente, con un lecho liso de arena muy blanca, reflejando sólo pedazos lustrosos de un cielo de verano o ramajes siempre verdes y de buen aroma, no ofrecería a aquel que descendiese por él en una barca repleta de almohadones y de champaña helado más dulzura y facilidades que las que ofrecía la vida a mi camarada Jacinto. No tuvo sarampión ni lombrices. No padeció nunca, ni siquiera en la edad en que se lee a Balzac y a Musset, los tormentos de la sensibilidad. En sus amistades fué siempre tan feliz como el clásico Orestes. Del amor sólo probó la miel, esa miel que el amor invariablemente otorga a quien lo practica, como las abejas, con ligereza y movilidad. Ambición, sintió únicamente la de comprender bien las ideas generales, y la «punta de su intelecto» (como el viejo cronista medieval) no era, sin embargo, roma ni herrumbrosa... Aunque, desde los veinte años, Jacinto venía ya atracándose de Schopenhauer, del *Eclesiastés* y de otros pesimistas menores, y bostezaba tres o cuatro veces al día, con un bostezo hueco y lento, pasándose los finos dedos por el rostro, como si en él palpase palidez y ruina. ¿Por qué? Era él, de todos los hombres que he conocido, el más complejamente civilizado, o, mejor dicho, aquel que se había provisto de más amplia cantidad de civilización material, ornamental e intelectual. En aquel palacio (llamado floridamente el Jazminero), que su padre, Jacinto también, construyó sobre una honrada casa del siglo XVII, solada con pino y blanqueada con cal, existía, creo yo, todo cuanto han creado los hombres para bienestar del espíritu o de la materia, a través de la incertidumbre del ser, desde que abandonaron el valle feliz de Septa-Sindu, la tierra de las aguas fáciles, el dulce país ario. La biblioteca, que en dos salones, amplios y claros, forraba las paredes por completo, desde las alfombras de Karamania hasta el techo, de donde, alternativamente, a través de los cristales, el sol y la electricidad vertían una luz estudiosa y tranquila, contenía veinticinco mil volúmenes, colocados en estantes de ébano y magníficamente encuadernados en tafilete rojo. Sólo sistemas filosóficos (y con justa prudencia, para ahorrar espacio, el bibliotecario no había coleccionado más que los que se contradicen de un modo irreconciliable), ¡había mil ochocientos diecisiete!

Una tarde que deseaba yo copiar un dictamen de Adam Smith, recorrí, buscando a ese economista a lo largo de los estantes, ¡ocho metros de Economía política! Así se hallaba formidablemente abastecido mi amigo Jacinto de todas las obras esenciales de la inteligencia, e incluso de la estupidez. Y el único inconveniente de aquel monumental almacén de la sabiduría era que todo el que entraba en aquella sala se dormía allí a causa de los sillones, que, provistos de finas repisas móviles para sostener el libro, el puro, el lápiz de notas, la taza de café, ofrecían, además, una combinación oscilante y blanda de almohadones, sobre los que el cuerpo encontraba en seguida, para mal del espíritu, la dulzura, la profundidad y la paz horizontal de un lecho.

Al fondo, y como un altar mayor, estaba el gabinete de trabajo de Jacinto. Su silla, grave y abacial, de cuero, con blasones, databa del siglo XIV, y en torno a ella colgaban numerosos tubos acústicos, que, sobre las paredes de seda color musgo y color hiedra, parecían serpientes adormecidas y colgadas en un viejo muro de la quinta. Siempre recuerdo con asombro su mesa, rebosante toda de sagaces y sutiles instrumentos para cortar papel, numerar páginas, pegar sellos, afilar lápices, raspar enmiendas, imprimir fechas, derretir lacre, atar documentos y sellar cuentas. Unos de níquel, otros de acero, brillantes y fríos, todos eran de un manejo laborioso y lento; algunos, con los muelles rígidos, las puntas aguzadas, pellizcaban y herían; y en las anchas hojas de papel Whatman, en que él escribía, y que costaban un duro cada una, sorprendía algunas veces gotas de sangre de mi amigo. Pero a todos los consideraba él indispensables para redactar sus cartas (Jacinto no escribía obras), así como los treinta y cinco diccionarios, los manuales, las enciclopedias, las guías, los directorios que colmaban un estante aislado, estrecho, en forma de torre, que giraba silenciosamente sobre su pedestal, y que yo denominaba el Faro. Lo que, sin embargo, daba con mayor fuerza a aquel gabinete un carácter de civilización, eran, sobre sus peanas de roble, los grandes aparatos facilitadores del pensamiento, la máquina de escribir, los autocopistas, el telégrafo Morse, el fonó-

(1) Con respecto a este cuento, remito al lector, como recordatorio y explicación, a la Acotación marginal que encabeza la traducción de estos *Cuentos*.

grafo, el teléfono, el teatrófono y otros más, todos de metales relucientes y largos alambres. Sonaban constantemente ruidos breves y secos en el aire tibio de aquel santuario. ¡Tic, tic, tic! ¡Tilín, tilín, tilín! ¡Crac, crac! ¡Trre, trre!... Era mi amigo comunicando. Todos aquellos alambres se hundían hacia fuerzas universales, transmitían fuerzas universales. ¡Y ellas no siempre, por desgracia, se mantenían domadas y disciplinadas! Jacinto recogió en el fonógrafo la voz del consejero Pinto Porto, una voz oracular y rotunda, en el momento de exclamar con respeto y autoridad:

—«*¡Maravilloso invento!*» *¿Quién no admitirá los progresos de este siglo?*

Luego, en una suave noche de San Juan, mi supercivilizado amigo, deseando que unas señoras parientas de Pinto Porto (las amables Gouveias) admirasen el fonógrafo, hizo brotar de la boca del aparato, que parece una trompa, la conocida voz rotunda y oracular:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Pero, torpe o brusco, descompuso sin duda algún resorte vital, porque de repente el fonógrafo empezó a repetir sin cesar, interminablemente, con una sonoridad cada vez más rotunda, la sentencia del consejero:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

En vano Jacinto, pálido, con dedos trémulos, torturaba el aparato. La exclamación volvía a empezar, rodaba, oracular y majestuosa:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Enervados, nos retiramos a un salón distante, densamente envuelto en tapices de Arras. ¡Inútil! La voz de Pinto Porto proseguía allí entre los paños de Arras, implacable y rotunda:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Furiosos, sepultamos un almohadón en la bocina del fonógrafo, echamos encima mantas y colchas gruesas para sofocar aquella voz abominable. ¡En vano! Bajo la mordaza, bajo las gruesas lanas, la voz proclamaba, sorda, pero oracular:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Las amables Gouveias se habían escapado, apretando desesperadamente los chales sobre sus cabezas. Hasta a la cocina, donde nos refugiamos, bajaba la voz, entrecortada y tartajosa:

—*¿Quién no admirará los progresos de este siglo?*

Huímos despavoridos hacia la calle. Era de madrugada. Un fresco grupo de muchachas, de vuelta de las fuentes, pasó cantando, con brazadas de flores:

Todas las hierbas son benditas
en la mañana de San Juan...

Jacinto, respirando el aire matinal, se secaba las gotas lentas de sudor. Regresamos al Jazminero con el sol ya alto y ya abrasador. Abrimos con mucho cuidado las puertas, como temiendo despertar a *alguien*. ¡Horror! Desde la antesala percibimos unos sonidos estrangulados, roncos: «*¡admirará... progresos... siglo!...*» Solamente a la tarde un electricista logró hacer callar aquel fonógrafo horrendo.

Mucho más grato (para mí) que aquel gabinete pavorosamente repleto de civilización, era el comedor, por su ornato, fácil e íntimo. En la mesa sólo cabían seis amigos, que Jacinto escogía con sano criterio, en la literatura, el arte y la metafísica, y que, entre los tapices de Arras, representando colinas, jardines y puertos del Atica llenos de clasicismo y

de luz, renovaban allí repetidamente unos banquetes que, por su intelectualidad, recordaban los de Platón. Cada bocado se mezclaba con un pensamiento o con palabras hábilmente expresadas en forma de pensamiento.

Y a cada cuchara correspondían seis tenedores, todos de formas desemejantes y solapadas: uno para las ostras, otro para el pescado, otro para las carnes, otro para las legumbres, otro para la fruta y otro para el queso. Las copas, por la diversidad de sus contornos y colores, parecían, sobre el mantel, más brillantes que un esmalte, ramilletes silvestres esparcidos sobre la nieve. Pero Jacinto y sus filósofos, recordando lo que el prudente Salomón enseña sobre las ruinas y amarguras del vino, bebían sólo en tres gotas de agua una gota de burdeos (Chateaubriand de 1860). Así lo recomiendan Hesíodo en su *Nereu*, y Diocles en sus *Abejas*. Y había siempre en el Jazminero un lujo abundante de aguas, aguas heladas, carbonatadas, esterilizadas, gaseosas, de sales, minerales y otras más, en serias botellas con tratados terapéuticos, impresos en la etiqueta... El cocinero, maese Sardón, era de esos que Anaxágoras equiparaba a los retóricos, a los oradores, a todos los que saben el arte divino de «condimentar y servir la Idea»; y en Sibaris, ciudad de la Vida Excelente, los magistrados habrían otorgado a maese Sardón, en las fiestas de Juno Lacina, la corona de oro y la túnica Milesia, que se concedía a los bienhechores cívicos. Su sopa de alcachofa y huevos de carpa, sus filetes de venado maceros en madera añejo con puré de nueces, sus moras heladas en éter y otros manjares más, numerosos y profundos (los únicos que soportaba Jacinto), eran obras de un artista, superior por la abundancia de ideas nuevas, y reunían siempre la rareza del sabor a la magnificencia de la forma. Algún plato de aquel maestro incomparable parecía, por el adorno, por la gracia florida de las labores, por la disposición de los coloridos frescos y armoniosos, una joya esmaltada del cincel de Cellini o Meurice. ¡Cuántas tardes quise yo fotografiar aquellas composiciones de excelente fantasía antes que el trinchante las partiese! Y aquel refinamiento en la comida se combinaba deliciosamente con el del servicio. Por encima de una alfombra, más blanda y mullida que el musgo de la floresta de Brocelandia, se deslizaban como sombras uniformadas de blanco cinco criados y un lacayo negro, a la moda vistosa del siglo XVIII. Las fuentes (de plata) subían de la cocina y del *office* por dos montacargas, uno para los manjares calientes, forrado de tubos de agua hirviendo; el otro, más lento, para los manjares fríos, forrado de cinc, amonio y sal, y ambos ocultos por flores tan espesas y lozanas, que era como si hasta la sopa saliese humeante de los románticos jardines de Armida. Y recuerdo muy bien un domingo de mayo en que, comiendo con Jacinto un obispo, el erudito obispo de Chorazin, el pescado se atascó en medio del ascensor, siendo necesario que acudiesen, para extraerlo, unos albañiles con palancas.

II

Las tardes en que había «banquete de Platón» (así denominábamos aquellas fiestas de truchas e ideas generales), yo, vecino e íntimo, aparecía al ponerse el sol, y subía familiarmente a las habitaciones de nuestro Jacinto, donde le encontraba siempre indeciso entre sus fraqués, porque los usaba alternativamente de seda, de

paño, de franelas Jaegher y de *foulard* de las Indias. El cuarto respiraba el frescor y el aroma del jardín por dos amplios balcones, provistos magníficamente (además de unas cortinas de seda blanda Luis XV), de un bastidor exterior de cristal de una pieza, de otro bastidor interior de cristalitos, de un toldo que bajaba de la cornisa, de un *store* de seda floja, de unas gasas que se recogían y se enrollaban como nubes y de una celosía móvil de dibujo morisco. Todas aquellas defensas (sabia invención de Holland & C°., de Londres), servían para resguardar del sol y del aire, de conformidad con los avisos de termómetros, barómetros e higrómetros, montados en ébano, y cuya precisión venía a comprobar todas las semanas un meteorologista (Cuña Guedes).

Entre los dos balcones brillaba la mesa del tocador, una enorme mesa de cristal toda, para hacerla impenetrable a los microbios y cubierta por todos esos utensilios de aseo y adorno que el hombre del siglo XIX necesita en una capital para no afear el conjunto suntuario de la civilización. Cuando nuestro Jacinto, arrastrando sus ingeniosas zapatillas de piel y seda, se acercaba a aquel ara, yo, bien arrellanado en un diván, abría con indolencia una revista, generalmente la *Revista Electropática* o la de *Investigaciones Psíquicas*. Y Jacinto comenzaba... Cada uno de aquellos utensilios de acero, marfil o plata, imponían a mi amigo, por la influencia todopoderosa que las cosas ejercen sobre su dueño (*sunt tyranniæ rerum*) el deber de utilizarlo con aptitud y deferencia. Y así, las operaciones del aseo de Jacinto ofrecían la prolijidad, reverente e ineludible, de los ritos de un sacrificio...

Empezaba por el pelo... Con un cepillo chato, redondo y duro, alisaba el cabello, suave y rubio, en lo alto, a los lados de la raya; con un cepillo estrecho y curvado, a la manera del alfanje de un persa, ondulaba el pelo sobre la oreja; con un cepillo cóncavo, en forma de teja, planchaba el cabello por detrás, sobre la nuca... Respiraba y sonreía. Después, con un cepillo de largas cerdas, atusaba el bigote; con un cepillo ligero y blando redondeaba las cejas; con un cepillo de plumón arreglaba las pestañas. Y de este modo, Jacinto permanecía delante del espejo, pasando pelos sobre su pelo, durante catorce minutos.

Peinado y rendido, iba a purificarse las manos. Dos criados, al fondo, manejaban con pericia y energía los aparatos del lavado, que era sólo un resumen de las maquinarias monumentales del cuarto de baño. Allí, sobre el mármol verde y rosa de dicho lavabo, había sólo dos duchas (caliente y fría) para la cabeza; cuatro chorros, graduados desde *cero hasta cien grados*; el vaporizador de perfumes, la fuente de agua esterilizada (para los dientes), el surtidor para la barba, y aún había grifos que brillaban y botones de ébano que, pulsados levemente, desencadenaban la marejada y el estridor de unos torrentes en los Alpes... Nunca me acerqué, para mojarme los dedos, sin terror a aquel lavabo, escarmentado por la tarde amarga de enero en que, bruscamente, al desoldarse el grifo, el chorro de agua a *cien grados* reventó, silbando y humeante, furioso, devastador... Huimos todos, despavoridos. Un clamor atronó el Jazminero. El viejo Grillo, criado que lo fué de Jacinto padre, sufrió grandes quemaduras y quedó con la cara y las manos fieles llenas de ampollas.

Cuando Jacinto terminaba de secarse laboriosamente con toallas de felpa, de hilo, de cáñamo tejido (para restablecer la circulación), de seda blanda (para abrillantar la piel), bostezaba, con un bostezo hueco y lento.

Y era aquel bostezo, perpetuo y vago, el que nos inquietaba a nosotros, sus amigos y filósofos. ¿Qué le faltaba a aquel hombre excelente? Tenía una inquebrantable salud de pino agreste, crecido en las dunas; una inteligencia luminosa, apropiada para alumbrarlo todo, firme y clara, sin temblor ni pabilo; cuarenta mil magníficos duros de renta; todas las simpatías de una ciudad burlona y escéptica; una vida desprovista de sombras, más libre y despejada que un cielo de verano... Y, sin embargo, bostezaba constantemente, y se palpaba en la cara, con los finos dedos, la palidez y las arrugas. ¡A los treinta años Jacinto iba encorvado, como bajo un fardo injusto! Y por la pereza desconsolada de toda su actividad parecía atado, desde los pies hasta la voluntad, por las mallas apretadas de una red invisible que le trababa. ¡Era doloroso presenciar el hastío con que él, para apuntar unas señas, cogía su lápiz neumático o su pluma eléctrica, o para avisar al cochero asía el tubo telefónico!... En aquel movimiento lento del brazo delgado, en los surcos que le arrugaban la nariz, hasta en sus silencios, largos y extenuados, sentíase el grito constante que henchía su alma: *¡Qué lata! ¡Qué lata!* La vida era, claramente, para Jacinto, un cansancio, por laboriosa y difícil, o por carente de interés, por vacía... Por eso mi pobre amigo intentaba constantemente introducir en ella nuevos intereses, nuevas facilidades. Dos inventores, hombres de mucho celo e investigación, estaban encargados, uno en Inglaterra y otro en América, de informarle y de suministrarle todos los inventos, hasta los más nimios, que contribuyesen a perfeccionar la comodidad del Jazminero. Además, él mismo se carteaba con Edison. Y, por el lado del pensamiento, no cesaba tampoco de buscar intereses y emociones que le reconciliasen con la vida, penetrando a caza de esas emociones y de esos intereses por los senderos más apartados del saber, hasta el punto de devorar desde enero a marzo setenta y siete volúmenes sobre la *evolución de las ideas morales entre las razas negroides*. ¡Ah! ¡No hubo nunca hombre de este siglo que batallase más esforzadamente contra *la pesadez de la vida!* ¡En vano! ¡Hasta de exploraciones tan atrayentes como ésa, a través de la moral de los negroides, volvía Jacinto más mustio, con más profundos bostezos!

Y entonces era cuando se refugiaba intensamente en la lectura de Schopenhauer y del *Ecclesiastés*. ¿Por qué? Sin duda, porque esos dos pesimistas le confirmaban en las conclusiones que él extraía de una experiencia paciente y severa: «que todo es vanidad o dolor, que cuanto más se sabe más se sufre, y que haber sido rey de Jerusalén y obtenido todos los goces en la vida sólo lleva a una mayor amargura...» Pero, ¿por qué caía así en tan oscura desilusión el saludable, rico, sereno e inteligente Jacinto? El viejo criado Grillo pretendía que «¡su señor padecía de hartura!»

III

Ahora bien: justamente después de aquel invierno, en que él se adentró en la moral negroide e instaló la luz eléctrica entre las arboledas del jardín, ocurrió que Jacinto tuvo la necesidad moral ineludible de marchar hacia el Norte, hacia su viejo solar de Torges. Jacinto no conocía a Torges y se preparó con insólito te-

dio, durante siete semanas, para aquel viaje agreste. La quinta radica en las sierras, y la basta casa solariega, en la que queda aún una torre del siglo xv, estaba ocupada, hacía treinta años, por los renteros, buena gente, trabajadora, que tomaba su caldo entre la humareda de la chimenea y ponía el trigo a secar en las salas señoriales.

Jacinto, desde principios de marzo, escribió previsoramente a su administrador, Sousa, que residía en la aldea de Torges, ordenándole que reparase los tejados, encalase los muros y pusiera cristales en las ventanas. Después mandó expedir, en trenes rápidos, embalados en cajones que pasaban con dificultad por los portones del Jazminero, todas las comodidades necesarias para dos semanas de montaña: colchones de plumas, sillones, divanes, lámparas de petróleo, bañeras de níquel, tubos acústicos para llamar a los criados, alfombras persas para ablandar los suelos. Uno de los cocheros partió con un cupé, una victoria, un *break*, mulas y cascabeles.

Después, marchó el cocinero, con la batería, la botillería, la nevera, latas de trufas, hondas cajas de aguas minerales. Desde el amanecer, en los amplios patios del palacete se clavaba, se martillaba, como en la construcción de una ciudad. Y los equipajes, desfilando, recordaban una página de Herodoto, cuando narra la invasión persa. Jacinto enflaqueció con las preocupaciones de aquel éxodo. Por fin, partimos una mañana de junio con Grillo y treinta y siete maletas.

Acompañaba yo a Jacinto, en mi ruta hacia Guiaes, donde vivía mi tía, a una legua larga de Torges, e íbamos en un departamento reservado, entre grandes almohadones con perdices y champaña, en un cesto. A mitad de camino debíamos cambiar de tren, en esa estación que tiene un nombre sonoro en *ola* y un tan suave y cándido jardín de rosales blancos. Era un domingo de enorme polvareda y riguroso sol, y encontramos allí, llenando el estrecho andén, todo un pueblecillo festivo que venía de la romería de San Gregorio de la Sierra.

Para efectuar aquel transbordo, en tarde de feria, el horario sólo nos concedía tres minutos avaros. El otro tren esperaba ya, junto a los cobertizos, impaciente y pitando. Una campana repicaba con furor. Y sin atender siquiera a las lindas mozas que por allí se contoneaban en grupos, sofocadas, con pañuelos chillones, el abundante seno cubierto de oro y la imagen del santo prendida en el sombrero, corrimos, empujamos, nos abrimos paso, saltamos a otro departamento, ya reservado y señalado por un cartelito con las iniciales de Jacinto. Inmediatamente, el tren arrancó. ¡Pensé entonces en Grillo y en las treinta y siete maletas! Y, asomado a la ventanilla, divisé aún, junto a la esquina de la estación, bajo los eucaliptos, una montaña de equipajes y unos hombres de gorra galoneada que, ante ellos, gesticulaban con desesperación.

Murmuré, cayendo de nuevo sobre los almohadones:

—¡Qué servicio!

Jacinto, en un rincón, sin entreabrir los ojos, suspiró:

—¡Qué lata!

Una hora entera nos deslizamos lentamente entre trigales y viñedos; y daba aún el sol en los cristales, calurosos y polvorientos, cuando llegamos a la estación de Gondim, donde debía el administrador de Jacinto esperarnos con cabalgaduras para realizar la ascensión de la sierra hasta el solar de Torges. Detrás del jardín de la estación, todo florido también de rosas y margaritas, Jacinto reconoció en seguida sus carruajes, tapados todavía con lonas.

Pero cuando nos apeamos en el pequeño muelle blanco y fresco sólo hubo en torno a nosotros soledad y silencio. El jefe de estación, a quien yo pregunté con ansiedad «si no había aparecido por allí el señor Sousa, si no conocía al señor Sousa», se quitó afablemente la gorra galoneada. Era un muchacho gordo y redondo, con unos colores de manzana camuesa, que llevaba debajo del brazo un tomo de poesías. ¡Conocía perfectamente al señor Sousa! Tres semanas antes había estado jugando a la manilla con él. ¡Aquella tarde, sin embargo, por desgracia, no había visto al señor Sousa! El tren desapareció por detrás de los altos peñascales que cuelgan allí sobre el río. Un factor liaba un cigarro, silbando. Junto a la verja del jardín, una vieja, toda de negro, dormitaba acurrucada sobre el suelo, con una cesta de huevos delante. ¿Y nuestro Grillo y nuestro equipaje?... El jefe alzó los rollizos hombros risueñamente. Todos nuestros bienes habían encallado, sin duda, en aquella estación de rosales blancos que tiene un nombre sonoro en *ola*. Y allí estábamos nosotros, perdidos en la agreste sierra, sin administrador, sin caballos, sin Grillo y sin maletas.

¿Para qué relatar minuciosamente el lance lamentable? Junto a la estación, en un barranco de la sierra, había una casa de renteros de la quinta, donde conseguimos, para que nos llevasen y nos guiasen hasta Torges, una yegua matalona, un jumento blanco, un rapaz y un podenco. Y allí iniciamos tediosamente la ascensión de aquellos caminos agrestes, los mismos seguramente por donde fueron y vinieron, desde el monte al río, los Jacintos del siglo xv. Pero, pasado un tembloroso puente de madera que cruza un riachuelo quebrado todo de peñas (¡donde abunda la trucha adorable!), quedaron olvidados nuestros males ante la inesperada e incomparable belleza de aquella sierra bendita. El divino artista que está en los cielos formó, indudablemente, ese monte en una de sus mañanas de más solemne y bucólica inspiración.

La grandeza era tanta como la gracia... Expresar los blandos valles de verdor, los jardines olorosos y en flor, la frescura de las aguas cantarinas, las pequeñas ermitas blanqueando en las alturas, las rocas musgosas, el aire de una tibieza paradisíaca, toda aquella majestad y aquella hermosura, no es para mí, hombre de escaso arte. Ni creo que fuese, incluso, para el maestro Horacio. ¿Quién puede describir la belleza de las cosas tan sencillas e inefables? Delante, Jacinto, en la yegua, murmuraba:

—¡Ah, qué belleza!

Yo, detrás, en el burro, con las piernas arqueadas, musitaba a mi vez:

—¡Ah, qué belleza!

Los rápidos regatos reían, saltando de roca en roca. Finas ramas de arbustos floridos rozaban nuestras caras con familiaridad y cariño. Durante largo rato nos siguió un mirlo, volando de los chopos a los castaños, silbando nuestras alabanzas. Sierra tan acogedora y amable... ¡Ah, qué belleza!

Entre exclamaciones maravilladas llegamos a una avenida de hayas, que nos pareció clásica y noble. Arreando un nuevo fustazo al burro y a la yegua, nuestro rapaz, con su podenco al lado, gritaba:

—¡Ya estamos!

Y al fondo de las hayas había, en efecto, un portón de quinta grandemente ennoblecido por un escudo de

armas de vieja piedra desgastada, roída de musgo. Dentro, ladraban, ya furiosos, los perros. Y apenas Jacinto y yo, detrás, en el burro de Sancho, transpusimos el umbral solariego, un hombre de blanco, afeitado como un cura, sin chaleco ni chaqueta, corrió hacia nosotros desde lo alto de la escalera, alzando en el aire, asombrado, los brazos desolados. Era el rentero, Pepe Braz. Y en seguida, allí, sobre las piedras del patio, entre los ladridos de los perros, surgió una tumultuosa historia que el pobre Braz balbucía, aturdido, y que henchía la cara de Jacinto de palidez y de cólera. El rentero no esperaba a su excelencia (1). Nadie esperaba a su excelencia (y él pronunciaba *su inselencia*).

El administrador, el señor Sousa, estaba en la frontera desde mayo, cuidando a su madre, herida por la coz de una mula. Y, seguramente, hubo un error, alguna carta perdida... Porque el señor Sousa no contaba con su excelencia hasta septiembre, para la vendimia. En la casa no se había comenzado obra alguna. Y, por desgracia para su excelencia, los tejados estaban aún sin tejas, y las ventanas sin cristales...

Me crucé de brazos, con justo espanto. Pero ¿y los cajones, aquellos cajones enviados a Torges, con tanta prudencia, en abril, llenos de colchones, de regalos, de civilización?... El casero, confuso, sin comprender, abría mucho los ojillos, a los que asomaban ya las lágrimas. ¿Los cajones? Nada había llegado, ni aparecido. Y, en su trastorno, Pepe Braz buscaba entre los arcos del patio, en los bolsillos de sus pantalones... ¿Los cajones? ¡No, no tenía los cajones!

Fué entonces cuando el cochero de Jacinto (que había traído los caballos y los coches) se acercó con gravedad. Aquél era un civilizado, y acusó en seguida al Gobierno. Ya cuando él servía al señor vizconde de San Francisco se habían perdido lo mismo, por negligencia del Gobierno, dos cajas de vino añejo de Madera, y ropa blanca de señora. Por eso él, escarmentado, desconfiando de la nación, no se había separado de los coches, que eran todo lo que quedaba a su excelencia: el *break*, la victoria, el cupé y los cascabeles. Ahora que en aquella escarpada montaña no había caminos por donde pudieran rodar. Y como sólo podían subir a la quinta en grandes carros de bueyes, él los había dejado abajo, en la estación, quietos, cubiertos con las lonas...

Jacinto se quedó plantado ante mí, con las manos en los bolsillos:

—Y ahora, ¿qué?

No había más que entrar, ingerir la sopa del tío Pepe Braz, y dormir sobre la paja que los hados nos concediesen. Subimos. La noble escalera conducía a una galería cubierta toda con un tejadillo, formando parte de la fachada del caserón y adornada, entre los gruesos pilares de granito, con cajones llenos de tierra, en los que florecían claveles. Cogí un clavel. Entramos. Y mi pobre Jacinto contempló, al fin, los salones de su casa solariega. Eran enormes, con las altas paredes tendidas de cal, que el tiempo y el abandono habían ennegrecido, y vacías, desoladoramente desnudas, mostrando sólo como vestigios de habitabilidad y de vida, en los rincones, una pila de cestos o algún montón de azadas. En los distantes techos de oscuro roble blanqueaban

(1) Como es sabido, en Portugal, este tratamiento, que se da a algunos por su dignidad o empleo, se generaliza allí a las personas de la buena sociedad, globalmente, y en especial a las señoras

manchas que eran el cielo ya pálido del atardecer, visto a través de los agujeros del tejado. No quedaba ni un cristal. A veces, bajo nuestros pasos, una viga podrida crujía, cediendo.

Nos detuvimos, finalmente, en el último y más amplio, donde había dos arcones para guardar grano: y allí dejamos, melancólicamente, lo que nos quedaba de las treinta y siete maletas, nuestros abrigos claros y un *Diario de la Tarde*. A través de las ventanas sin cristales, por las que se divisaban las copas de los árboles y las sierras azules al otro lado del río, entraba el viento, fuerte y montés, circulando libremente como en una era, con aromas de pinares bravíos. Y allí abajo, de los valles subía, desgarrada y triste, una voz de pastora, cantando. Jacinto balbució:

—Es hermoso.

Y yo murmuré:

—¡Es campestre!

IV

Pepe Braz, entre tanto, con las manos en la cabeza, desapareció a encargar la cena para *sus inselencias*. El pobre Jacinto, abatido por el desastre, sin poder resistir aquel brusco desvanecimiento de toda la civilización, se dejó caer pesadamente sobre el poyo de una ventana, contemplando desde allí los montes. Y yo, a quien aquellos aires serranos y el canto del pastor sabían gratamente, acabé por bajar a la cocina, guiado por el cochero, pasando por escaleras y corredores donde la oscuridad provenía menos del crepúsculo que de las densas telarañas.

La cocina era una espesa masa de tonos y formas negras, color hollín, en que brillaba al fondo, sobre el suelo de tierra, una hoguera rojiza, que lamía gruesas ollas de metal y se perdía en una humareda por el ventanucho enrejado que dejaba, en lo alto, filtrarse la luz. Allí, un grupo alborozado y charlatán de mujeres desplumando pollos, batía huevos y limpiaba arroz con un santo fervor... En medio de ellas, el buen rentero, aturdido, se precipitó hacia mí jurando que «la cena de *sus inselencias* no tardaría un credo». Y cómo le interrogase yo respecto a camas, el digno Braz exhaló un vago y tímido murmullo sobre «unos jergoncillos en el suelo».

—Con eso basta, Pepe Braz—le repliqué, para consolarle.

—¡Pues alabado sea Dios!—suspiró aquel hombre excelente, que pasaba en aquellos momentos el trance más amargo de su vida serrana.

Al volver arriba con aquellas consoladoras noticias de cena y de cama, encontré todavía a mi Jacinto en el poyo de la ventana, empapándose todo en la dulce paz crepuscular, que lenta y calladamente se cernía sobre el valle y el monte. En lo alto centelleaba ya una estrella, el lucero de la tarde, diamantino, ¡que es todo lo que en este cielo cristiano queda del esplendor corporal de Venus! Jacinto no había observado nunca bien aquella estrella ni asistido a aquel suave y majestuoso adormecer de las cosas. Aquel oscurecimiento de montes y arboledas, caseríos claros fundiéndose en la sombra, un tañido soñoliento de campana que venía por los barrancos, el cuchicheo de las aguas entre hierbas bajas, eran para él iniciaciones. Yo estaba enfrente, en el otro poyo. Y le oí suspirar como un hombre que descansa al fin.

Así nos encontró, en aquella contemplación, Pepe Braz, con el grato aviso de que estaba la *cenita* en la mesa. Se hallaba más adelante, en otro salón más desnudo y ennegre-

cido. Y allí, mi supercivilizado Jacinto retrocedió con ingenuo pavor. Sobre la mesa de pino, cubierta con una toalla de las manos, arrimada a la sórdida pared, una vela de sebo medio consumida en una palmatoria de latón, iluminaba dos platos de loza amarilla, a cuyos lados había unas cucharas de palo y unos tenedores de hierro. Los vasos de vidrio, grueso y empañado, conservaban el color rojo del vino que habían contenido en años pródigos de abundosas vendimias. El platillo de barro con las aceitunas hubiese deleitado con su ática sencillez el corazón de Diógenes. En la abultada borona estaba clavado un gran cuchillo... ¡Pobre Jacinto!

Pero, una vez allí, se sentó resignado, y durante largo rato, pensativamente, estuvo restregando con su servilleta el negro tenedor y la cuchara de palo. Luego, mudo, desconfiado, probó un sorbito del caldo, que era de gallina y muy oloroso. Lo probó y alzó hacia mí, su compañero y amigo, unos grandes ojos que brillaban, sorprendidos. Volvió a sorber otra cucharada de caldo, más llena, más lenta... Y sonrió, murmurando con asombro:

—¡Está bueno!

Estaba realmente bueno: tenía hígado y molleja; su aroma enternecía. Por tres veces y con energía, ataqué aquel caldo, aunque fué Jacinto quien escarbó la sopera. Pero ya, apartando la borona y la vela, el bueno de Pepe Braz depositó sobre la mesa una fuente de loza rebosante de arroz con habas. Ahora bien: aun perteneciendo el haba (que los griegos denominaban *ciboria*) a las épocas supremas de la civilización, y habiendo dado tal impulso a la sabiduría que existió en Sicio, en la Galacia, un templo dedicado a Minerva Ciboriana, Jacinto había detestado siempre las habas. De nuevo sus ojos, agrandados por el asombro, buscaban los míos. Otra cucharada, otro montón... Y hete aquí que mi dificilísimo amigo exclama:

—¡Está divino!

Sin embargo, nada le entusiasmó como el vino, el vino escanciado desde lo alto, desde la panzuda jarra verde; un vino sabroso, penetrante, vivo, caliente, ¡que tenía en sí más alma que muchos poemas o libros santos! Mirando a la luz de sebo el tosco vino orillado de espuma, recordaba yo el día geórgico en que Virgilio, en casa de Horacio, bajo la enramada, cantaba el fresco tinto de la Rética. Y Jacinto, con un color que no le había visto nunca en su palidez schopenhaueriana, susurró en seguida el dulce verso:

Rethica quo te carmina dicat.

¡Quién podrá cantarte dignamente, vino de aquellas sierras!

Así almorzamos deliciosamente, bajo los auspicios de Pepe Braz. Y después volvimos a los únicos goces de la casa, hacia las ventanas sin cristales, a contemplar silenciosamente un suntuoso cielo de verano, tan lleno de estrellas que todo él parecía una densa polvareda de oro vivo, suspendida, inmóvil, por encima de los montes negros. Como indiqué a Jacinto en la ciudad, no se observan nunca los astros a causa de los faroles, que los oscurecen; y por eso no está uno jamás en comunión con el universo. El hombre, en las capitales, pertenece a su casa, o si le impulsan poderosas tendencias de sociabilidad, a su barrio. Todo le aísla y le separa de la restante naturaleza: los edificios obstructores de seis pisos, el humo de las chimeneas, el rodar lento y estrepitoso de los ómnibus, la red aprisionadora de la vida urbana... Pero

¡qué diferencia, en la cima de un monte, como Torges! Aquí, todas esas bellas estrellas nos miran de cerca, centellando, como ojos conscientes, unas fijamente, con sublime indiferencia, otras ansiosamente, con una luz que palpita, y que llama, como si intentasen revelar sus secretos o comprender los nuestros... Y resulta imposible no sentir una solidaridad perfecta entre esos inmensos mundos y nuestros pobres cuerpos. Todos somos obra de la misma voluntad. Todos vivimos de la acción de esa voluntad inmanente. Todos, por tanto, desde los Uranos hasta los Jacintos, constituímos modos diversos de un ser único, y, a través de sus transformaciones, nos reunimos en la misma unidad. No existe idea más consoladora que ésta: yo, tú y aquel monte, y el sol que ahora se oculta, somos moléculas del mismo Todo, regidas por la misma ley, rodando hacia el mismo fin. En seguida desaparecen las responsabilidades torturadoras del individualismo. ¿Qué somos nosotros? Formas sin fuerza, impelidas por una Fuerza. ¡Y hay un alivio delicioso en esta certeza, aún fugaz, de que es uno el grano de polvo irresponsable y pasivo, que va arrastrado por el vendaval, o la gota perdida en el torrente! Jacinto asentía, sumido en la sombra. Ni él ni yo sabíamos los nombres de aquellos astros admirables. Yo, a causa de la pétrea e indesbastable ignorancia de licenciado con que salí del vientre de Coimbra, mi madre espiritual. Jacinto, porque en su nutrida biblioteca ¡tenía *trescientos dieciocho* tratados de Astronomía! Pero ¿qué nos importaba, por lo demás, que aquel astro de allá se llamase Sirio y aquel otro Aldebarán? ¿Qué les importaba a ellos que uno de nosotros fuese José y el otro Jacinto? Eramos formas transitorias del mismo ser eterno, y en nosotros había el mismo *Dios*. Y *si* ellos lo entendían también así, *allí* estábamos nosotros en la *ventana* de un caserón serrano, *ellos en su* maravilloso infinito, realizando un acto sacrosanto, un perfecto acto de gracia, que era sentir conscientemente nuestra unidad, y llevando a cabo, durante un instante, en la conciencia, nuestra divinización.

Filosofábamos así, confusamente, cuando Pepe Braz, con una vela en la mano, vino a avisar que «estaban preparadas las camas de *sus inselencias...*» Del idealismo bajamos gustosos a la realidad, y ¿qué vimos entonces nosotros, los 'hermanos de los astros? En dos cuartos tenebrosos y hondos, dos jergones colocados sobre el suelo, en un rincón, con dos colchas de algodón; a la cabecera, una palmatoria de latón, puesto sobre un colodro; ¡y a los pies, como lavabo, un barreño encima de una silla de madera!

En silencio, mi supercivilizado amigo palpó su jergón y notó en él la dureza del granito. Después, pasándose por la cara macilenta los dedos mustios, ¡pensó que, perdidas sus maletas, no tenía zapatillas ni bata! Y fué de nuevo Pepe Braz el que actuó de providencia, trayendo al pobre Jacinto, para que descansara sus pies, unos tremendos zuecos de madera, y para envolver su cuerpo, dulcemente educado en Sibaris, una camisa de la rentera, enorme, de un retor más áspero que la estameña de un penitente, con volantes crespos y duros como labores en madera... Para consolarle, recordé que Platón, cuando escribía *El banquete*, y Jenofonte, cuando mandaba los diez mil, dormían en catres peores. Los jergones austeros forjan las almas fuertes, y sólo vestido de estameña se penetra en el paraíso.

—¿Tiene usted—murmuró mi ami-

go, seco y desabrido—algo para leer?... ¡No puedo dormirme sin leer!

Yo tenía tan sólo el número del *Diario de la Tarde*, que rasgué por la mitad y compartí con él, fraternalmente. ¡Y quién no vió entonces a Jacinto, señor de Torges, acurrucado al borde del jergón, junto a la vela que goteaba sebo sobre el colodro, con los pies ocultos en los gruesos zuecos, perdido dentro de la camisa de la patrona, toda de volantes, recorriendo en la mitad del *Diario de la Tarde*, con los ojos turbios, los anuncios de los paquebotes, no puede saber lo que es una imagen acusada y real del desaliento!

Así le dejé, y al poco rato, tendido sobre mi jergón también espartano, ascendía a través de un sueño jovial y erudito, al planeta Venus, donde encontraba, entre los olmos y los cipreses, en un vergel, ¡a Platón y a Pepe Braz, en una alta camaradería intelectual, bebiendo el vino de la Rética en los vasos de Torges! Entablamos los tres, bruscamente, una controversia sobre el siglo XIX. A lo lejos, entre un boscaje de rosales más altos que encinas, blanqueaban los mármoles de una ciudad y resonaban cánticos sagrados. No recuerdo lo que Jenofonte sustentó acerca de la civilización y el fonógrafo. De repente, quedó todo trastornado por hoscos nubarrones, a través de los cuales vislumbraba yo a Jacinto, huyendo en un burro, ¡qué él incitaba furiosamente con los talones, con una fusta, con gritos, hacia el Jazminero!

V

Temprano, de madrugada, sin hacer ruido, para no despertar a Jacinto, que, con las manos sobre el pecho, dormía plácidamente en su lecho de granito, marché hacia Guiaes. Y durante tres apacibles semanas, en aquella villa donde se conservan las costumbres y las ideas de tiempos del rey Don Diniz, nada supe de mi desconsolado amigo, quien seguramente habría huído de los techos agujereados, sumergiéndose de nuevo en la civilización. Después, en una calurosa mañana de agosto, bajando de Guiaes, pisé otra vez la avenida de hayas, y pasé el portón solariego de Torges, entre el furioso ladrar de los mastines. La mujer de Pepe Braz apareció alborozada en la puerta del troje. Y me comunicó en seguida que el señor don Jacinto (en Torges, mi amigo tenía *don*) se encontraba por allí abajo, con Sousa, en los campos de Freixomil.

—Entonces, ¿está aún aquí don Jacinto?

Su inselencia estaba aún en Torges, ¡y *su inselencia* se quedaría hasta la vendimia!... Precisamente, noté que las ventanas del caserón tenían cristales nuevos; en un rincón del patio había artesas de cal; una escalera de albañil estaba apoyada sobre el balcón; y dentro de un cajón abierto, lleno aún de paja de embalar, dormitaban dos gatos.

—¿Y apareció Grillo?

—El señor Grillo está en el jardín, a la sombra.

—¡Bien! ¿Y las maletas?

—Don Jacinto tiene ya su maletín de cuero...

¡Alabado sea Dios! ¡Mi buen Jacinto estaba, al fin, provisto de civilización! Subí contento. En el noble salón, solado de nuevo y bien fregado, encontré una mesa con tapete de hule, unas repisas con loza blanca de Barcellos y unas sillas de paja, alineadas junto a las paredes muy encaladas que exhalaban un frescor de capilla nueva. Al lado, en el otro salón, también de

deslumbradora blancura, había la comodidad inesperada de tres sillones de mimbre de la isla de Madera, con anchos brazos y almohadones de algodón; sobre la mesa de pino, las gruesas cuartillas, la lámpara de aceite, las plumas de ganso clavadas en un tintero frailuno, parecían preparadas para un estudio tranquilo y dichoso de Humanidades, y en la pared, colgado de dos clavos, un estante contenía cuatro o cinco libros, hojeados y usados: *Don Quijote*, un Virgilio, una *Historia de Roma*, las *Crónicas*, de Froissart. Enfrente estaba, sin duda, la alcoba de don Jacinto, un cuarto claro y casto, de estudiante, con un catre de hierro, un lavabo de hierro también, y ropa colgada de toscas perchas. Brillaba todo de aseo y de orden. Las ventanas, cerradas, defendían del sol agosteño, que abrasaba afuera los antepechos de piedra. Del suelo, rociado de agua, subía una frescura consoladora. En un antiguo florero azul, un manojo de claveles alegraba y perfumaba. No se oía ningún ruido. Torges dormía en el esplendor de la siesta. Y envuelto en aquel reposo de convento lejano, acabé por tenderme en un sillón de mimbre, junto a la mesa, y abrí lánguidamente el Virgilio, murmurando:

Fortunate Jacinthe! Tu inter arva [nota.
Et fontes sacros frigus captabis opa- [cum.

Me adormecí, incluso, irrespetuosamente sobre el divino bucólico, cuando me despertó un grito amistoso. Era nuestro Jacinto. E inmediatamente le comparé con una planta, medio marchita y seca en la oscuridad que fuera regaba profusamente y reviviese a pleno sol. No se encorvaba. Sobre su palidez de supercivilizado, el aire de la sierra o la reconciliación con la vida habían difundido un tono moreno y fuerte que le virilizaba soberbiamente. De sus ojos, que en la ciudad había yo conocido siempre mortecinos, brotaba ahora un brillo de mediodía, resuelto y amplio, que se sumía francamente en la belleza de las cosas. Ya no se pasaba las manos mustias por la cara: ahora se golpeaba fuertemente en el muslo... ¡Qué sé yo! Era una reencarnación. Y todo lo que me contó, pisando alegremente con los zapatos blancos, fué que se había sentido, al cabo de tres días en Torges, como despejado; mandó comprar un colchón blando, reunió cinco libros, que no leía nunca, y allí estaba...

—¿Para todo el verano?

—¡Para siempre! Y ahora, hombre de las ciudades, ven a saborear unas truchas que he pescado y comprende al fin lo que es el cielo.

Las truchas eran, efectivamente, celestiales. Y apareció también una ensalada fría de coliflor y judías verdes, y un vino blanco de Azaes... Pero ¿quién os podrá cantar, comidas y bebidas de aquellas sierras? Al atardecer, pasada la solanera, paseamos por los caminos, serpenteando la amplia quinta que se extiende desde los valles a los montes. Jacinto se detenía a contemplar con cariño los altos trigos. Con la mano abierta y fuerte golpeaba sobre el tronco de los castaños, como en las espaldas de unos amigos recuperados. Todo regato, toda mata de hierba, toda cepa de viña, le preocupaban como vidas filiales, de las que fuera él responsable. Conocía ciertos mirlos que cantaban en determinados chopos. Y exclamaba enternecido:

—¡Qué encanto la flor del trébol!

Por la noche, después de un cabrito asado al horno, al que maese

Horacio le hubiera dedicado una oda (e incluso, tal vez, un carmen heroico), conversamos sobre el Destino y la Vida. Cité, con discreta malicia, a Schopenhauer y al *Ecclesiastés*... Pero Jacinto se encogió de hombros con firme desdén. Su confianza en aquellos dos sombríos explicadores de la vida habíase esfumado, irremediablemente, sin poder volver más, como una niebla que el sol deshace. ¡Tremenda tontería! Afirmar que la vida se compone, simplemente, de una larga ilusión, es levantar un aparatoso sistema sobre un punto especial y estrecho de la vida, dejando fuera del sistema toda la vida restante, como una contradicción permanente y soberbia. Era como si él, Jacinto, señalando una ortiga crecida en aquel patio, declarase triunfalmente: «¡Aquí hay una ortiga! Toda la quinta de Torges, por tanto, es una masa de ortigas.» Pues bastaría que el huésped alzase los ojos ¡para ver las eras, las huertas y los viñedos!

Además de aquellos dos ilustres pesimistas, uno el alemán, ¿qué sabía él de la vida, de aquella vida de la que hiciera, con doctoral majestad, una teoría definitiva y doliente? ¡Todo lo que puede saber quien, como aquel genial farsante, vivió cincuenta años en una lúgubre posada provinciana, levantando sólo los ojos de los libros para conversar en la mesa redonda con los alféreces de la guarnición! Y el otro, el judío, el hombre de los *Cantares*, el muy pedante rey de Jerusalén, sólo descubre que la vida es una ilusión a los setenta y cinco años, cuando el poder se le escapa de las manos trémulas, y serrallo de trescientas concubinas se torna ridículamente superfluo para su frígido organismo. El uno dogmatiza fúnebremente sobre lo que no sabe y el otro sobre lo que no puede. Pero que se dé al bueno de Schopenhauer una vida tan plena y completa como la de César, y ¿adónde irá a parar su schopenhauerismo? Que se restituya a ese sultán, atrofiado por la literatura, que tanto moralizó y profesó en Jerusalén, su virilidad, ¿y adónde irá a parar el *Ecclesiastés?* Además, ¿qué importa bendecir o maldecir la vida? Afortunada o dolorosa, fecunda o inútil, tiene que ser vida. Locos son aquellos que, para cruzar por ella, se envuelven en seguida en pesados velos de tristeza y desilusión, de tal modo que en su camino todo les sea escarpado, no sólo las leguas realmente sombrías, sino también aquellas sobre las que brilla un grato sol. En la tierra todo vive, y sólo el hombre siente el dolor y la desilusión de la vida. Y los siente tanto más cuanto más agranda y acumula la obra de esa inteligencia que le hace ser hombre y que le separa de la restante naturaleza, que no piensa que es inerte. En la fase máxima de civilización es cuando él experimenta el máximo tedio. La sabiduría, por tanto, está en retroceder hasta ese honesto mínimo de civilización, que consiste en tener un techo de paja, una fanega de tierra y el grano necesario para sembrar en ella. En resumen, para lograr de nuevo la felicidad es preciso retornar al Paraíso y estarse allí, quieto, con su hoja de parra, enteramente desprovisto de civilización, ¡contemplando al cordero brincando entre el tomillo, y sin buscar, ni con el deseo, el funesto árbol de la ciencia! *Dixi!*

Yo escuchaba, asombrado, a aquel Jacinto novísimo. Era, verdaderamente, una resurrección por el estilo magnífico de la de Lázaro. Al *surge et ambula* que le habían susurrado las aguas y los bosques de Torges, levantábase él del fondo de la cueva del pesimismo, se desprendía de sus le-

vitas de Poole, *et ambulabat*, empezaba a ser dichoso. Cuando volví a mi cuarto, a esas horas honestas, adecuadas al campo y al optimismo, cogí entre las mías la mano ya firme de mi amigo, y pensando que había alcanzado por fin la verdadera realeza porque poseía la verdadera libertad, le grité mis parabienes a la manera del moralista de Tibur:

Vive et regna, Fortunate Jacinthe!

Al poco rato, a través de la puerta abierta que nos separaba, oí una carcajada fresca, juvenil, genuina y consolada. Era Jacinto, que leía *Don Quijote*. ¡Había conservado el agudo poder de criticar y recuperado el don divino de reír!

*

Han pasado cuatro años. Jacinto sigue viviendo en Torges. Las paredes de su casa solariega están siempre bien caladas, pero desnudas. En invierno se pone un gabán de lana y enciende un brasero. Para llamar a Grillo o a la moza, da una palmada, como hacía Catón. En sus deliciosos ocios, ha leído ya la *Ilíada*. No se arregla la barba. En los caminos campestres, se detiene y habla con los niños. En todas las casas de la sierra le bendicen. He oído decir que va a casarse con una fuerte, sana y bella muchacha de Guiaes. ¡Con toda seguridad nacerá allí una tribu, que será grata al Señor!

Como él, recientemente, me mandó pedir libros de su biblioteca (una *Vida de Buda*, una *Historia de Grecia* y las obras de San Francisco de Sales), fuí después de estos cuatro años al Jazminero desierto. Cada paso mío sobre los mullidos tapices de Karamania sonó tristemente como sobre losas sepulcrales. Todos los bordados estaban agrupados, rotos. Por las paredes colgaban, como ojos fuera de las órbitas, los botones eléctricos de los timbres y de las luces; y había alambres sueltos, enroscados, en los que la araña cebada e imperante había tejido sus espesas telas. En la biblioteca todo el amplio saber de los siglos yacía en una inmensa mudez, bajo una inmensa capa de polvo. Sobre los lomos de los sistemas filosóficos blanqueaba el moho: vorazmente la polilla había devastado las Historias Universales; flotaba allí un olor vago a literatura podrida. ¡Huí velozmente, con el pañuelo en la nariz, completamente seguro de que en aquellos veinte mil volúmenes no quedaba una verdad viva! Pero los maravillosos aparatos del lavabo del cuarto de baño, herrumbrosos, agarrotados, desolados, no soltaron ninguna gota de agua; y como llovía en aquella tarde abrileña, tuve que salir al balcón y pedir al cielo que me lavase.

Al bajar, entré en el gabinete de trabajo de Jacinto y tropecé en un montón negro de metales, ruedas, láminas, timbres, tornillos... Entreabrí la ventana y reconocí el teléfono, el teatrófono, el fonógrafo y otros aparatos, caídos de sus peanas, sórdidos, deshechos, bajo el polvo de los años. Empujé con el pie aquella basura del ingenio humano. La máquina de escribir, despanzurrada, con los negros orificios señalando las letras arrancadas, era como una boca inexpresiva y desdentada. El teléfono parecía aplastado, enrollado en sus tripas de alambre. En la bocina del fonógrafo, retorcida, deformada, muda para siempre, se amontonaban las cucarachas. Allí yacían tan lamentables y grotescos aquellos geniales inventos, que salí riendo, como de una broma descomunal, de aquel supercivilizado palacio.

La lluvia abrileña habíase secado: los tejados distantes de la ciudad negreaban sobre un poniente oro y carmesí. Y, por las calles más frescas, iba yo pensando que este nuestro magnífico siglo XIX se asemejaría algún día a aquel Jazminero abandonado, y que otros hombres, con una certeza más pura de lo que es la Vida y la Felicidad, pisarían como yo en la basura de la super-civilización, y como yo, se reirían alegremente de la gran ilusión que concluía, inútil y cubierta de moho.

A aquella hora, seguramente Jacinto, en su amplio balcón de Torges, sin fonógrafo ni teléfono, reincorporado a la sencillez, veía bajo la lenta paz de la tarde, al centelleo de la primera estrella, el regreso de la carreta entre el canto de los boyeros.

EL TESORO

I

Los tres hermanos de Medraños: Ruy, Guanes y Rostabal, eran por entonces en todo el reino de las Asturias los nobles más famélicos y harapientos.

En la casona solariega de Medraños, a la que el viento de la sierra arrancó cristales y tejas, pasaban ellos las tardes de aquel invierno, arrebujados en sus zamarras de camelote, arrastrando las suelas rotas sobre las losas de la cocina, ante el amplio y negro hogar, donde hacía mucho tiempo que no chisporroteaban los leños ni hervía la olla de hierro. Al anochecer devoraban una corteza de pan negro untada de ajo. Después, sin vela, cruzando el patio y hendiendo la nieve, íbanse a dormir a la cuadra, para aprovechar el calor de las tres yeguas, llenas de mataduras, que, hambrientas como ellos, roían la madera del pesebre. Y la miseria hacía a aquellos señores más feroces que lobos.

Pues bien: en primavera, una silenciosa mañana de domingo, andando los tres por los matorrales de Roquelanes acechando rastros de caza y cogiendo setas entre los robles, mientras las tres yeguas pacían la hierba temprana de abril, los hermanos de Medraños hallaron, detrás de una mata de espinos, en una cueva rocosa, un viejo cofre de hierro. Como si lo cobijase una segura torre, conservaba las tres llaves en sus tres cerraduras. Sobre la tapa, apenas descifrable entre el orín, había un dístico en caracteres árabes. Y el interior ¡estaba lleno, hasta los bordes, de doblones de oro!

En el asombrado esplendor de la emoción, los tres señores se quedaron más lívidos que cirios. Después, hundiendo furiosamente las manos en el oro, prorrumpieron en risas, con unas carcajadas tan estrepitosas, que las hojas tiernas de los olmos, a su alrededor, temblaban... Y retrocedieron de nuevo, mirándose bruscamente, con ojos llameantes, con tan áspera desconfianza, que Guanes y Rostabal palpaban en sus cintos los mangos de los grandes cuchillos. Entonces, Ruy, que era gordo y rubio, y el más sagaz, alzó los brazos, como un árbitro, y comenzó por decidir que el tesoro, viniera de Dios o del diablo, pertenecía a los tres, y entre los tres se repartiría, austeramente, pesando el oro en una balanza. Pero ¿cómo podrían cargar hasta Medraños, hacia las cumbres de la sierra, aquel cofre tan repleto? No convenía que saliesen de la espesura antes de cerrar la noche. Por eso él entendía que el hermano Guanes, como más ligero, debía trotar hacia la vecina villa de Retortillo, llevando ya oro en su bolsita, a comprar tres alforjas de cuero, tres maquilas de cebada, tres empanadas de carne y tres botellas de vino. El vino y la carne eran para ellos, que no habían comido desde la víspera: la cebada era para las yeguas. Y así repuestos, señores y cabalgaduras, ensacarían el oro en las alforjas y subirían hacia Medraños, con la seguridad de la noche sin luna.

—¡Bien ideado! —gritó Rostabal, hombre más alto que un pino, de larga guedeja y con una barba que le caía desde los ojos, veteados de sangre, hasta la hebilla del cinturón.

Pero Guanes no se apartaba del cofre, ceñudo, desconfiado, pellizcando entre sus dedos la negra piel de su cuello de grulla. Por fin, brutalmente:

—¡Hermanos! El cofre tiene tres llaves... ¡Yo quiero cerrar mi cerradura y llevarme mi llave!

—¡También yo quiero la mía, mil rayos!—rugió en seguida Rostabal.

Ruy sonrió. ¡Sin duda, sin duda! A cada dueño del oro le correspondía una de las llaves que lo cerraban. Y cada uno en silencio, agachado ante el cofre, cerró su cerradura con fuerza. Inmediatamente, Guanes, apaciguado, saltó sobre la yegua y se adentró por la vereda de olmos, lanzando a las ramas su canción habitual y doliente:

¡Olé! ¡Olé!
Sale la cruz de la iglesia,
Vestida de negro luto... (1).

(1) En español en el original.

II

En el claro, frente al matorral que ocultaba el tesoro (y que los tres habían desbastado a cuchilladas) un manantial que brotaba entre rocas caía sobre una gran losa ahuecada, formando como un pequeño estanque, claro y tranquilo, antes de deslizarse hacia las hierbas altas. Y al lado, en la sombra de un haya, yacía un viejo pilar de granito, volcado y musgoso. Allí fueron a sentarse Ruy y Rostabal, con sus tremendos espadones entre las rodillas. Las dos yeguas trasquilaban la buena hierba, moteada de amapolas y de botones de oro. Entre el ramaje movíase un mirlo, silbando. Un aroma errante a violetas endulzaba el aire luminoso. Y Rostabal, mirando al sol, bostezaba de hambre.

Entonces Ruy, que se había quitado el sombrero (1), y atusaba las viejas plumas rojas, empezó a decir, con su voz cauta y suave, que Guanes, aquella mañana, no había querido bajar con ellos a la espesura de Roquelanes. ¡Y así era la suerte ruin! Si Guanes se hubiera quedado en Medraños sólo ellos dos habrían descubierto el cofre, ¡y sólo entre ellos dos repartirían el oro! ¡Qué gran lástima! Tanto más cuanto que la parte de Guanes estaría en breve derrochada, con rufianes, a los dados, por las tabernas.

—¡Ah Rostabal, Rostabal! ¡Si Guanes hubiese pasado por aquí solito y hubiera encontrado este oro, no lo repartiría con nosotros, Rostabal!

El otro rezongó sordamente, con furor, dando un tirón a las barbas negras:

—¡No, con mil rayos! Guanes es codicioso... Recordarás que el año pasado, cuando ganó cien ducados al

(1) En español en el original.

espadero de Fresno, ¡no quiso prestarme tres para comprarme un jubón nuevo!

—¿Lo ves?—gritó Ruy, resplandeciente.

Ambos se habían levantado del pilar de granito, como impulsados por la misma idea, que los deslumbraba. Y con sus violentas zancadas, silbaban las altas hierbas.

—¿Y para qué?—prosiguió Ruy—. ¿Para qué le sirve todo el oro que nos quita? ¿Tú no oyes, de noche, cómo tose? ¡Alrededor de la paja, en que duerme, todo el suelo está negro de la sangre que escupe! ¡No dura hasta las próximas nieves, Rostabal! Pero hasta entonces habrá derrochado los buenos doblones que deberían ser nuestros, para que levantásemos nuestra casa, para que tú tuvieses jinetes y armas y ricos trajes, y tu tercio solariego, como corresponde a quien, como tú, es el mayor de los de Medraños...

—¡Pues que muera y que muera hoy!—bramó Rostabal.

—¿Quieres?

Vivamente, Ruy agarró el brazo de su hermano y, señalando hacia la vereda de olmos, por donde Guanes marchó cantando:

—Ahí delante, al final del camino, hay un buen sitio, en los zarzales. Y has de ser tú, Rostabal, ya que eres el más fuerte y el más diestro. Una cuchillada, de punta, en la espalda. La justicia de Dios dice que seas tú, pues muchas veces, en las tabernas, Guanes te llamaba, con todo impudor, *cerdo* y *torpe*, por no saber las letras ni los números.

—¡Malvado!

—¡Ven!

Fueron. Ambos se emboscaron detrás de unas zarzas que dominaban el atajo, estrecho y pedregoso como el lecho de un torrente. Rostabal, escondido en la zanja, tenía ya la espada desnuda. Un viento ligero hizo temblar en la cuesta las hojas de los álamos; oyeron el repique leve de las campanas de Retortillo. Ruy, rascándose la barba, calculaba la hora por el sol, que se hundía ya hacia las sierras. Una bandada de cuervos pasó sobre ellos, graznando. Y Rostabal, que siguió su vuelo, volvió a bostezar con hambre, pensando en las empanadas y en el vino que el otro traería en las alforjas.

¡Por fin! ¡Alerta! Oíase en la vereda la canción doliente y ronca, lanzada hacia las ramas:

¡Ole! ¡Ole!
Sale la cruz de la iglesia,
toda vestida de negro...

Ruy murmuró: «¡En el costado! ¡No bien pase!» El trote cochinero de la yegua resonó sobre las piedras, y la pluma de un sombrero rojeó sobre la punta de los zarzales.

Rostabal irrumpió de entre las zarzas por un hueco, y estiró el brazo con la larga espada; toda la hoja se hundió blandamente en el costado de Guanes, cuando, al ruido, giró bruscamente en la silla. Con un sordo suspiro, cayó de lado, sobre las piedras. Ya Ruy se precipitaba hacia las riendas de la yegua: Rostabal, arrojándose sobre Guanes, que jadeaba, le hundió de nuevo la espada, cogida por la hoja como un puñal, en el pecho y en la garganta.

—¡La llave!—gritó Ruy.

Y arrancando la llave del cofre del pecho del muerto, ambos se marcharon por la vereda, Rostabal delante, huyendo, con la pluma del sombrero rota y torcida, la espada desnuda aún, sostenida debajo del brazo, todo encogido, escalofriado, con el sabor de la sangre que le salpicó hacia la boca; Ruy, detrás, tirando desesperadamente de las riendas de la yegua, que con las patas

clavadas en el suelo pedregoso, mostrando la larga dentadura amarillenta, no quería dejar a su amo, tendido así, abandonado, al borde de la cerca.

Tuvo que aguijonearla en las ancas, cubiertas de mataduras, con la punta de la espada; y así, corriendo tras ella con la hoja en alto, como si persiguiera a un moro, desembocó en el claro donde el sol no doraba ya las hojas. Rostabal tiró en la hierba el sombrero y la espada, e inclinado sobre la piedra ahuecada, formando estanque, con las mangas subidas, se lavaba ruidosamente la cara y las barbas.

La yegua, tranquila, volvió a pacer cargada con las nuevas alforjas que Guanes había comprado en Retortillo. De la más amplia, abarrotada, asomaban los golletes de dos botellas. Entonces Ruy sacó, lentamente, del cinturón, su ancho cuchillo. Sin un ruido sobre la espesa hierba, se deslizó hasta Rostabal, que resoplaba con las barbas chorreantes. Y, serenamente, como si clavase una estaca en un bancal, sepultó la hoja entera en la ancha espalda inclinada, certera, hasta el corazón.

Rostabal se desplomó sobre el estanque, sin un gemido, con el rostro en el agua y los largos cabellos flotando sobre ella. Su vieja escarcela de cuero quedó cogida debajo del muslo. Para sacar de allí la tercera llave del cofre, Ruy levantó el cuerpo, y brotó una sangre espesa, que se deslizó humeante por el borde de la piedra.

III

¡Ahora eran de él, sólo suyas, las tres llaves del cofre!... Y Ruy, estirando los brazos, respiró con deleite. Apenas cayese la noche, con el oro metido en las alforjas, conduciendo las tres yeguas por los senderos de la sierra, ¡subiría a Medraños y enterraría en la bodega su tesoro! Y cuando allí, en la fuente, y junto a los zarzales, sólo quedasen bajo las nieves de diciembre algunos huesos inanimados, sería él el magnífico señor de Medraños, y en la capilla nueva del solar reedificado mandaría decir buenas misas por sus dos hermanos muertos... Muertos, ¿cómo? ¡Como deben morir los de Medraños: peleando contra el turco!

Abrió las tres cerraduras y cogió un puñado de doblones, que hizo tintinear sobre las piedras. ¡Qué oro más puro, de más finos quilates! ¡Y era *su* oro! Después fué a examinar la capacidad de las alforjas, y al encontrar las dos botellas de vino y un gordo capón asado, sintió un hambre enorme. Desde la víspera sólo había comido un trocito de pescado seco. ¡Y hacía tanto tiempo que no probaba el capón!

¡Con qué delicia se sentó sobre la hierba, con las piernas abiertas, y entre ellas el ave dorada, tan olorosa, y el vino color ámbar! ¡Ah! Guanes había sido un buen mayordomo, no olvidó las aceitunas. Pero ¿por qué trajo él, para tres comensales, dos botellas solamente? Arrancó un ala del capón: devoraba a grandes dentelladas. Caía la tarde, suave y pensativa, con nubecillas sonrosadas. A lo lejos, en la vereda, graznaba una bandada de cuervos. Las yeguas, hartas, dormitaban, con los hocicos colgantes. Y la fuente cantaba, lavando al muerto.

Ruy levantó la botella y la miró al trasluz. Con aquel color añejo y caliente no habría costado menos de tres maravedises. Y acercando el cuello a su boca, bebió a lentos sorbos, que hacían ondular su velludo pescuezo. ¡Oh vino bendito, que tan rápidamente calentaba la sangre! Tiró la botella vacía y des-

tapó la otra. Pero como era cauto, no bebió, porque el trayecto hacia la sierra, con el tesoro, requería firmeza y acierto. Tumbado sobre el codo, descansando, pensaba en Medraños, retejado, en las altas llamas del hogar en noches de nieve, y en su lecho con brocados, donde tendría siempre mujeres.

De repente, con súbita ansiedad, sintió prisa en desocupar las alforjas. La sombra se espesaba ya entre los troncos. Empujó una de las yeguas junto al cofre, levantó la tapa y cogió un puñado de oro... Pero vaciló, soltando los doblones, que tintinearon sobre el suelo, y se llevó las manos afligidas al pecho. ¿Qué es, don Ruy? ¡Rayos de Dios! Era una lumbre, una lumbre viva, que se le encendía dentro y le subía hasta la garganta. Había ya rasgado el jubón, daba pasos oscilantes, y, jadeando, con la lengua fuera, se limpiaba las gruesas gotas de un horrendo sudor que le dejaba helado como nieve. ¡Oh Virgen Madre! Otra vez la lumbrarada acrecida, corroyéndole! Gritó:

—¡Socorro! ¡Acuda alguien! ¡Guanes! ¡Rostabal!

Sus brazos, retorcidos, azotaban el aire desesperadamente. Y dentro, la llama subía veloz, sentía estallar los huesos como las vigas de una casa incendiada.

Fué, tambaleándose, hasta la fuente para apagar aquella brasa, tropezó en Rostabal, y con la rodilla hundida en el muerto, arañando la roca entre aullidos, buscaba el chorro que le caía sobre los ojos, por el pelo. Pero el agua le abrasaba más, como si fuese un metal derretido. Retrocediendo, se desplomó sobre la hierba que arrancaba a puñados y que mordía, mordiéndose también los dedos, para chupar su frescor. Se incorporó aún, con una espesa baba escurriéndole por las barbas, y de repente, abriendo pavorosamente los ojos, berreó, como si comprendiese al fin la traición, todo el horror:

—¡Es veneno!

¡Oh! ¡Era veneno, cauto don Ruy! Porque Guanes, apenas llegó a Retortillo, e incluso antes de comprar las alforjas, habría corrido cantando hasta una calleja, detrás de la catedral, a comprar al viejo herbolario judío el veneno que, mezclado con el vino, le haría a él y sólo a él dueño de todo el tesoro.

Anocheció. Dos cuervos de la bandada que crascitaba al otro lado de los zarzales, se habían posado ya sobre el cuerpo de Guanes. La fuente, cantando, lavaba al otro muerto. Medio enterrada en la hierba negra, toda la cara de Ruy se había vuelto negra también. Una estrellita centelleaba en el cielo.

El tesoro aún sigue allí, en la espesura de Roquelanes.

FRAY ENEBRO

I

En aquel tiempo vivía aún en su soledad de las montañas de Umbría el divino Francisco de Asís, y ya por toda Italia se ensalzaba la santidad de fray Enebro, su amigo y discípulo.

Fray Enebro, en verdad, completaba la perfección en todas las virtudes evangélicas. Con la abundancia y perpetuidad de la oración arrancaba él de su alma las raíces más pequeñas del pecado, tornándola limpia y cándida como uno de esos jardines celestiales en que el suelo está regado por el Señor, y donde sólo pueden brotar azucenas. Su penitencia, durante veinte años de claustro, había sido tan dura y elevada, que ya no temía al Tentador; y ahora, sólo con sacudir la manga del hábito, rechazaba las tentaciones, las más aterradoras o las más deliciosas, como si fueran únicamente moscas importunas. Benéfica y universal a la manera de un rocío de verano, su caridad no se derramaba solamente sobre las miserias del pobre, sino sobre las tristezas del rico. En su humildísima humildad, no se consideraba ni siquiera igual a un gusano. Los bravíos barones, cuyas negras torres aplastaban a Italia, acogían respetuosamente e inclinaban la cabeza ante este franciscano descalzo y remendado, que les enseñaba la mansedumbre. En Roma, en San Juan de Letrán, el Papa Honorio besó las heridas de las cadenas que le habían quedado en las muñecas, del año pasado en la Mauritania, donde, por amor a los esclavos, sufrió él esclavitud. Y como en aquella época los ángeles viajaban aún por la tierra, con las alas ocultas, apoyados en un bordón, muchas veces recorriendo una vetusta carretera pagana o cruzando una selva, se encontraba a un joven de inefable hermosura, que le sonreía y murmuraba:

—¡Buenos días, hermano Enebro!

Ahora bien: un día yendo este admirable mendicante de Spoleto a Terni, y vislumbrando bajo el azul y el sol de la mañana, sobre una colina poblada de encinas, las ruinas del castillo de Otofrid, pensó en su amigo Egidio, antiguo novicio como él en el monasterio de Santa María de los Angeles, que se había retirado a aquel yermo para acercarse más a Dios, y allí moraba en una cabaña de paja, junto a las murallas derruídas, cantando y regando las lechugas de su huerto, porque su virtud era amena. Y como habían transcurrido más de tres años desde que visitó al buen Egidio, abandonó la carretera, cruzó abajo, sobre las piedras, el riachuelo que huía entre los almendros en flor, y empezó a subir, lentamente, la colina frondosa. Después de la polvareda y el calor del camino de Spoleto, resultaba grata la ancha sombra de los castaños y la hierba que le refrescaba los pies doloridos. A media pendiente, en una roca sobre la que se enmarañaban zarzales, susurraba y relucía un manantial. Tendido al lado, en las húmedas piedras, dormía, roncando satisfecho, un hombre, que, sin duda, guardaba allí cerdos, porque vestía una gruesa zamarra de cuero y llevaba colgado del cinto un cuerno de porquerizo. El buen fraile bebió levemente, espantó los moscardones que zumbaban sobre la ruda cara adormecida y siguió subiendo la colina, con su alforja y su cayado, agradeciendo al Señor aquel agua, aquella sombra, aquel fresco, tantos bienes inesperados. Pronto vislumbró, en efecto, la piara de cerdos, esparcidos bajo la fronda, rezongando y hozando las raíces, unos flacos y agudos, de duras cerdas, y otros redondos, con la jeta corta sepultada en grasa; y los lechones corriendo en torno a las tetas de las madres, relucientes y sonrosados.

Fray Enebro pensó en los lobos y lamentó el sueño del pastor descuidado. Al final del matorral empezaba la roca, donde los restos del castillo lombardo se erguían, recubiertos de hiedra, conservando aún alguna saetera abierta sobre el cielo, o en una esquina de torre, una gotera que, estirando su cuello de dra-

gón, acechaba en medio de las zarzas monteses.

La cabaña del ermitaño, con una techumbre de paja, asegurada con pedruscos, sólo se veía entre aquellos oscuros granitos, por la huerta que verdeaba enfrente, con sus tallos de coles y las estacas del judial, entre oloroso espliego. Egidio no andaría lejos, porque sobre el pequeño muro de piedra, sin argamasa, había quedado su cántaro, su podón y su azada. Y suavemente, para no importunarle si en aquella hora de la siesta se hallaba recogido y rezando, fray Enebro empujó la puerta de viejas tablas, que no tenía cerrojo, para resultar más hospitalaria.

—¡Hermano Egidio!

Del fondo de la tosca choza, que más parecía un cubil, llegó un lento gemido:

—¿Quién me llama? ¡Aquí, en este rincón, en este rincón estoy muriendo!... ¡Muriendo, hermano!

Fray Enebro acudió con gran aflicción: encontró al buen ermitaño tendido sobre un montón de hojas secas, envuelto en harajos, y tan enflaquecido, que su cara, antes llena y sonrosada, era como un trocito de viejo pergamino muy arrugado, perdido entre los mechones de las barbas blancas. Con infinita caridad y dulzura le abrazó.

—¿Y cuánto tiempo hace que se halla en este abandono, hermano Egidio?

¡Alabado fuese Dios, desde la víspera! Sólo la víspera, al atardecer, después de mirar por última vez hacia el sol y hacia su huerto, vino a tenderse en aquel rincón para acabar... Pero hacía meses que le había invadido un cansancio tal, que no podía siquiera sostener el cántaro lleno cuando volvía de la fuente.

—Y decidme, hermano Egidio, ya que el Señor me trajo, ¿qué puedo hacer por vuestro cuerpo? Por el cuerpo, digo; que por el alma, ¡bastante habréis hecho en la virtud de esta soledad!

Gimiendo, arrebujando hacia el pecho las hojas secas en que yacía, como si fuesen los pliegues de una sábana, el pobre ermitaño murmuró:

—Mi buen fray Enebro, no sé si es pecado, pero toda esta noche, os confieso en verdad, que me apeteció comer un pedazo de carne, ¡un pedazo de cerdo asado!... Pero ¿será pecado?

Fray Enebro, con su inmensa misericordia, le tranquilizó en seguida. ¿Pecado? ¡No, con seguridad! Aquel que, por torturarse, niega a su cuerpo una honesta satisfacción, desagrada al Señor. ¿No ordenó El a sus discípulos que comiesen las buenas cosas de la tierra? El cuerpo es esclavo; y está en la voluntad divina que sus fuerzas sean alimentadas, para que preste al espíritu, su dueño, un bueno y leal servicio. Cuando fray Silvestre, ya tan malito, sintió aquel hondo deseo de uvas moscateles, el buen Francisco de Asís le condujo en seguida a la viña, y con sus manos le cogió los mejores racimos, después de bendecirlos para que fuesen más jugosos y más dulces...

—¿Es un pedazo de cerdo lo que os apetece?—exclamó, risueño, el buen fray Enebro, acariciando las manos transparentes del ermitaño—. Pues sosegaos, hermano querido, que sé muy bien cómo os voy a contentar.

E inmediatamente, con los ojos brillantes de caridad y de amor, asió el afilado podón que estaba sobre el muro de la huerta. Subiéndose las mangas del hábito y más ligero que un gamo, porque era aquél un servicio del Señor, corrió por la colina hasta los espesos castaños donde había encontrado la piara de cerdos. Y allí, andando furtivamente de tronco en tronco, sorprendió un lechón apartado que hozaba bellotas, cayó sobre él y, mientras le tapaba el hocico ahogando sus gritos, con dos golpes certeros de podón cortó la pata por donde le tenía agarrado. Después, con las manos salpicadas de sangre y el pernil en alto, goteando sangre, dejando al animal jadeante en un charco de sangre, el piadoso hombre subió velozmente la colina, corrió a la cabaña y gritó hacia adentro alegremente:

—¡Hermano Egidio, ya dió el Señor el trozo de carne! Y yo era, en Santa María de los Angeles, un buen cocinero.

En la huerta del ermitaño arrancó una estaca del judial, que aguzó, con el podón ensangrentado, en forma de espetón. Encendió una hoguera entre dos piedras. Con celoso cariño asó la pata del cerdo. Y era tanta su caridad, que para dar a Egidio todos los gustos anticipados de aquel banquete, raro en tierra de mortificación, anunciaba con palabras festivas y de buena promesa:

—¡Ya se va dorando el lechoncillo, hermano Egidio! ¡La piel ya está tostada, mi buen santo!

Entró al fin en la choza, triunfalmente, con el asado que humeaba y trascendía, rodeado de frescas hojas de lechuga. Tiernamente ayudó a sentarse al viejo, que temblaba, babeando de gula. Apartó de la pobre cara macerada los cabellos que el sudor de la debilidad había amazacotado. Y para que el buen Egidio no se avergonzase de su voracidad y de tan carnal apetito, iba afirmando, mientras le partía las gruesas tajadas, que también él comería con satisfacción de aquel excelente cerdo, si no hubiera almorzado hasta hartarse en el Figón de los Tres Caminos.

—¡No podría pasar ahora ni un solo bocado, hermano! ¡Me sacié con una gallina entera! ¡Y luego, una fritada de huevos! ¡Y un cuartillo de vino blanco!

Y el santo hombre mentía santamente, porque desde la madrugada no había probado más que un desustanciado caldo de hierbas, que le dieron como limosna a la puerta de una granja.

Harto, consolado, Egidio exhaló un suspiro y se dejó caer de nuevo en su lecho de hojas secas. ¡Cuánto bien le había hecho, cuánto bien! ¡Que el Señor, en su justicia, pagase a su hermano Enebro aquel trozo de cerdo! Hasta sentía su alma fuerte para el temido viaje... Y el ermitaño, con las manos juntas, y Enebro arrodillado, alabaron fervorosamente al Señor, que socorre de lejos toda necesidad solitaria.

Entonces, habiendo cubierto a Egidio con un pedazo de manta, puesto a su lado el cántaro lleno de agua fresca y tapado las rendijas de la cabaña contra el viento de la tarde, fray Enebro, inclinado sobre él, murmuró:

—Mi querido hermano, no podéis quedaros en este abandono... Me lleva una obra de Jesús que no admite demora. Pero pasaré por el convento de Sambricena y encargaré que venga un novicio y os cuide con amor en vuestro trance. Que Dios os guarde entre tanto, hermano; ¡que Dios os sosiegue y os ampare con su diestra!

Pero Egidio había cerrado los ojos y ni se movió, ya fuera porque se adormeciese o porque su espíritu, una vez pagado aquel postrer tributo al cuerpo, como a un buen servidor, partiera para siempre, terminada su obra en la tierra. Fray Enebro bendijo al anciano, cogió su bordón y bajó la colina de las grandes encinas. Bajo la fronda, hacia el lado donde estaba la piara, el cuerno

del porquerizo resonaba ahora en un toque de alarma y de furor. Sin duda despertó y habría descubierto su cerdito mutilado... Acelerando el paso, fray Enebro pensaba cuán magnánimo era el Señor al permitir que el hombre, hecho a su augusta imagen, recibiera tan fácil consuelo de un pernil asado entre dos piedras.

Volvió a la carretera y marchó hacia Terni. Y desde aquel día fué prodigiosa la actividad de su virtud. Por toda Italia, sin descanso, predicó el Evangelio Eterno, endulzando la aspereza de los ricos, ampliando la esperanza de los pobres. Su inmenso amor iba también hacia los que sufren, incluso hacia los que pecan, ofreciendo un alivio a cada dolor, otorgando un perdón a cada culpa; y con la misma caridad con que trataba a los leprosos convertía a los bandidos. Durante los inviernos rigurosos y las nieves, daba innumerables veces su túnica y sus sandalias a los mendigos; los abades de los monasterios ricos, las damas devotas, vestíanle de nuevo, para evitar el escándalo de su desnudez por las ciudades, y sin demora, en la primera esquina, ante cualquier desharrapado, él se despojaba sonriendo. Para redimir siervos que penaban bajo un amo feroz, penetraba en las iglesias y quitaba del altar los candelabros de plata afirmando jovialmente que más complacía a Dios un alma liberada que un cirio encendido.

Rodeado de viudas y de criaturas famélicas, invadía las panaderías, las carnicerías, hasta las tiendas de los cambistas, y exigía imperiosamente, en nombre de Dios, la parte de los desheredados. Sufrir, sentir humillación, eran para él las únicas alegrías completas: nada le deleitaba más que llegar de noche, mojado, hambriento, tiritando, a una opulenta abadía feudal y ser rechazado de la portería como un mal vagabundo; sólo entonces, acurrucado en el lado del camino, masticando un puñado de hierbas crudas, sentíase él realmente hermano de Jesús, sin tener siquiera, como los animales del bosque, un cubil donde cobijarse. Cuando un día, en Pascua, las cofradías salieron a su encuentro, con banderas festivas, entre el repique de las campanas, corrió él hacia un montón de estiércol, en el que se revolcó y ensució para recibir solamente de aquellos que venían a engrandecerle compasión y escarnio. En los claustros, en los descampados, en medio de las multitudes, durante las tareas más pesadas, oraba constantemente, no por obligación, sino porque en el rezo hallaba un deleite adorable. Deleite mayor, sin embargo, era para el franciscano enseñar y servir. Así, durante largos años, vagó entre los hombres, derramando su corazón como el agua de un río, ofreciendo sus brazos como alabanzas incansables; y tan pronto, en una ladera desierta aliviaba a una pobre vieja de su carga de leña, como en una ciudad amotinada, donde rebrillaban armas, se adelantaba, a pecho descubierto, y apaciguaba las discordias.

Finalmente, una tarde, en vísperas de Pascua, cuando se encontraba descansando en las gradas de Santa María de los Angeles, divisó de repente, en el aire encalmado y blanco, una gran mano luminosa que se abría y relucía sobre él. Pensativo, murmuró: «He aquí la mano de Dios, su diestra que se extiende para acogerme o para rechazarme.»

Dió en seguida a un pobre que allí rezaba el Avemaría, con su zurrón sobre las rodillas, todo lo que le quedaba en el mundo, que era un tomo del Evangelio, muy usado y manchado con sus lágrimas. El do-

mingo, en la iglesia, al alzar la Hostia el sacerdote, se desmayó. Sintiendo entonces que iba a terminar su viaje terrestre, quiso que le llevasen hacia un corral y le tendiesen sobre una capa de ceniza.

En santa obediencia al guardián del convento, consintió que le limpiasen de sus harapos y le vistieran un hábito nuevo; pero con los ojos anegados de ternura, suplicó que le enterrasen en una tumba prestada, como fué la de Jesús, su Señor.

Y, suspirando, sólo se quejaba de no sufrir:

—El Señor, que tanto sufrió, ¿por qué no me manda a mí el padecimiento bendito?

De madrugada pidió que abriesen de par en par el portón del corral.

Contempló el cielo que clareaba, escuchó las golondrinas que, en la frescura y el silencio, empezaban a chillar en el alero del tejado, y, sonriendo, recordó una mañana así, fresca y silenciosa, en que, yendo con Francisco de Asís por la orilla del lago de Perusa, el maestro incomparable se detuvo ante un árbol lleno de pájaros, y, fraternalmente, les recomendó ¡que alabasen siempre al Señor! «Hermanos míos, mis hermanos pajaritos, ¡cantad bien a vuestro Creador, que os dió ese árbol para que en él habitéis y toda esa limpia agua para beber de ella, y esas plumas bien calientes para envolveros, vosotros y vuestros hijitos!» Después, besando humildemente la manga del monje que le sostenía, fray Enebro murió.

II

En cuanto cerró él sus ojos carnales, un Gran Angel penetró diáfanamente en el corral y cogió en sus brazos el alma de fray Enebro. Durante un momento, en la fina luz de la madrugada, se deslizó sobre el prado contiguo tan levemente que ni siquiera rozaba las puntas húmedas de rocío de la alta hierba. Luego, abriendo las alas, radiantes y níveas, transpuso, en un vuelo sereno, las nubes, los astros, el cielo todo que los hombres conocen.

Cobijada en sus brazos, como en la suavidad de una cuna, el alma de Enebro conservaba la forma del cuerpo que había quedado sobre la tierra; el hábito franciscano le cubría aún, con un resto de polvo y ceniza en los rígidos pliegues, y, con una nueva mirada, que ahora todo lo traspasaba y comprendía, contemplaba ella, en un deslumbramiento, aquella región en que se había detenido el Angel, más allá de los universos transitorios y de todos los rumores siderales. Era un espacio sin límite, sin contorno ni color. Por encima comenzaba una claridad que ascendía esparcida a la manera de una aurora, cada vez más blanca, más refulgente y radiante, hasta que resplandecía con un fulgor tan sublime que en ella un sol centelleante sería como una mancha pardusca. Y por debajo extendíase una sombra cada vez más oscura, más opaca, más cenicienta, hasta formar como un denso crepúsculo de honda e insondable tristeza. Entre aquella refulgencia creciente y la oscuridad inferior, permanecía el Angel inmóvil, esperando también, entre el Purgatorio y el Paraíso. Entonces, súbitamente, en las alturas, aparecieron los dos inmensos platillos de una balanza, uno que rebrillaba como el diamante y estaba reservado a sus Buenas Obras, y otro, más negro que el carbón, para recibir el peso de sus Malas Obras. Entre los brazos del Angel, el alma de Enebro se estremeció... Pero el plato diamantino empezó a inclinarse lentamente. ¡Oh gloria y contento! Cargado con sus Buenas Obras, ba-

jaba tranquilo y majestuoso, difundiendo claridad. Tan pesado aparecía, que sus gruesas cuerdas se tesaban, crujían. Y entre ellas, formando como una montaña de nieve, blanqueaban magníficamente sus virtudes evangélicas. Allí estaban las incontables limosnas que sembró él en el mundo, abiertas ahora en albas flores, llenas de aroma y de luz.

Su humildad era una cima, aureolada por un resplandor. Y su perenne oración ascendía y se enrollaba alrededor de las cuerdas, a la manera de una deslumbrante niebla de oro.

Sereno, con la majestad de un astro, el platillo de las Buenas Obras se detuvo, finalmente, con su preciosa carga. El otro, allí arriba, no se movía tampoco, negro, color carbón, inútil, olvidado, vacío. Ya de las profundidades, sonoras bandadas de Serafines volaban balanceando verdes palmas. El pobre franciscano iba a entrar triunfalmente en el Paraíso, y aquélla era la milicia divina que le acompañaría cantando. Un estremecimiento de alegría pasó en la luz paradisíaca, enriquecida por un nuevo Santo. Y el alma de Enebro gozó por anticipado las delicias de la Bienaventuranza.

Sin embargo, de repente, en lo alto, el platillo negro ¡osciló como bajo un peso inesperado que sobre él cayese! Y comenzó a descender, duro, pavoroso, haciendo una sombra doliente a través de la claridad celestial. ¿Qué mala acción de Enebro soportaba aquél, tan pequeña que no se divisaba, tan pesada que obligaba al platillo luminoso a subir, a remontarse ligeramente como si la montaña de Buenas Acciones que de él rebosaban fuese un humo mendaz? ¡Oh aflicción!, ¡oh desesperanza! Los Serafines retrocedían con las alas temblorosas. Por el alma de fray Enebro corrió un inmenso escalofrío de terror. El plato negro descendía, firme, inexorable, con las cuerdas tensas. Y en la región que se abría bajo los pies del Angel, cenicienta, de inconsolable tristeza, una masa de sombra, blandamente, sin ruido, cabeceó, creció, rodó, como el oleaje de una marea devoradora.

El platillo, más triste que la noche, se detuvo en un pavoroso equilibrio con el platillo que rebrillaba. Y los Serafines, Enebro, el Angel que le había traído, descubrieron en el fondo de aquel platillo que invalidaba a un Santo, un cerdo, un pobre lechoncillo con una pata bárbaramente cortada, jadeando, muriendo, en un charco de sangre... ¡El animal mutilado pesaba tanto en la balanza de la justicia como la montaña luminosa de virtudes perfectas!

Entonces, de las alturas, surgió una gran mano, abriendo los dedos que centelleaban. Era la mano de Dios, su diestra, la que apareció a Enebro en la escalinata de Santa María de los Angeles, y que ahora, con gesto supremo, se extendía para acogerle o rechazarle. Toda la luz y toda la sombra, desde el Paraíso refulgente hasta el Purgatorio crepuscular, se contrajeron en un recogimiento de inefable amor y terror. Y en la estática mudez, la amplia mano, a través de las alturas, hizo un gesto que rechazaba...

Entonces, el Angel, inclinando el rostro compadecido, abrió los brazos y dejó caer, en la oscuridad del Purgatorio, el alma de fray Enebro.

ADAN Y EVA EN EL PARAISO

I

Adán, padre de los hombres, fué creado el día 28 de octubre, a las dos de la tarde...

Así lo afirma, con majestad, en sus *Annalis Veteris et Novi Testamenti*, el muy docto y muy ilustre Userio, obispo de Meath, arzobispo de Armagh y canciller mayor de la catedral de San Patricio.

La Tierra existía desde que la luz se hizo, el 23, en la mañana de todas las mañanas. Pero ya no era aquella Tierra primordial, parda y blanda, anegada en aguas cenagosas y ahogada en una densa niebla, irguiendo aquí y allá rígidos troncos de una sola hoja y de un solo brote, muy solitaria, muy silenciosa, con una vida toda escondida, revelada tan sólo sordamente por la agitación de unos animales oscuros, gelatinosos, incoloros y casi informes, creciendo en el fondo de los lodos. ¡No! Ahora, durante los días genesíacos del 26 al 27, toda ella se completó, se abasteció y se abordó, para escoger dignamente al Predestinado que llegaba. El día 28 apareció perfecta, *perfecta*, con las provisiones y ornatos que la Biblia enumera, las hierbas verdes de espiga madura, los árboles provistos del fruto entre la flor, todos los peces nadando en los mares resplandecientes, todas las aves volando por los aires clarificados, todos los animales pastando sobre las colinas exuberantes, y los riachuelos regando, y el fuego almacenado en el seno de la piedra, y el cristal, y el ónice, y el oro muy puro del país de Hevilath...

En aquellos tiempos, amigos míos, el Sol giraba aún en torno a la Tierra. Esta era joven, hermosa, y la preferida de Dios. El no se había sometido aún a la augusta inmovilidad que le impuso más tarde, entre malhumorados suspiros de la Iglesia, maese Galileo, estirando un dedo desde el fondo de su huerto, junto a los muros del convento de San Mateo, de Florencia. Y el Sol, amorosamente, corría alrededor de la Tierra, como el novio de *los Cantares*, que, en los lascivos días de la ilusión, sobre el otero de mirra, sin descanso y saltando con más ligereza que los gamos de Galaad, rodeaba a la Bien Amada, la cubría con el fulgor de sus ojos, coronando de sal gema, brillando de fecunda impaciencia. Ahora bien: desde esa alborada del día 28, según el cálculo mayestático de Userio, el Sol, muy joven, sin pecas, sin arrugas, sin grietas en su cabellera flameante, envolvió la Tierra durante ocho horas, en una continua e insaciada caricia de calor y de luz. Cuando la octava hora centelleó y huyó, una emoción confusa, hecha de miedo y de gloria, pasó por toda la creación, agitando con un estremecimiento las hierbas y las frondas, erizando el pelaje de las fieras, arqueando el lomo de los montes, apresurando el borboteo de los manantiales, arrancando a los pórfidos un brillo más vivo... Entonces, en una floresta muy espesa y tenebrosa, cierto Ser, soltando lentamente la garra de la rama de un árbol, donde permaneció encaramado toda aquella mañana de largos siglos, se dejó escurrir sobre el tronco comido por la hiedra, posó las dos patas en el suelo, que el musgo

ablandaba, se afirmó sobre ellas con denodada energía y permaneció erguido, y extendió los brazos libres, y dió un recio paso, y sintió su desemejanza con la animalidad. ¡Y concibió el deslumbrado pensamiento de lo que era, y verdaderamente fué! Dios, que le había amparado, en aquel instante le creó. Y vivo, con una vida superior, desprendido de la inconsciencia del árbol, Adán caminó hacia el Paraíso.

Era horrendo. Un pelo crespo y brillante cubría todo su grueso y macizo cuerpo, escaseando sólo alrededor de los codos, de las rodillas recias, cuya piel aparecía curtida y del color del cobre oscuro. Del achatado y huidizo cráneo, surcado de arrugas, salía una melena rala y rubia, más espesa sobre las orejas puntiagudas. Entre las poderosas quijadas, en la enorme hendidura de los labios morrudos, alargados como un hocico, brillaban los colmillos, agudamente afilados para rasgar la carne y triturar el hueso. Y bajo las cuencas sombríamente hundidas, que un vello hirsuto orillaba como una zarza bordea el arco de una caverna, los ojos redondos, de un amarillo de ámbar, se movían sin cesar, temblaban, llameantes de inquietud y de espanto... ¡No, no era bello nuestro venerable Padre, en aquella tarde de otoño, cuando Jehová le ayudó con cariño a bajar de su árbol! Y, sin embargo, en aquellos ojos redondos, de fino ámbar, incluso a través del temblor y del espanto, rebrillaba una belleza superior, la Energía inteligente, que le impulsaba torpemente, sobre las piernas arqueadas, hacia fuera de la maleza donde había pasado su mañana de largos siglos, saltando y chillando por encima de las ramas altas.

Pero (si los compendios de Antropología no nos engañan) los primeros pasos humanos de Adán no se dirigieron en seguida, con viveza y confianza, hacia el destino que le esperaba entre los cuatro ríos del Edén. Entorpecido, envuelto por las influencias de la floresta, desprende aún con dificultad la pata del fondoso suelo de helechos y begonias, y se roza con los pesados ramos de flores que le humedecen de rocío el pelo y acaricia las largas barbas de liquen blanco, colgantes de los troncos de roble y de teca, donde había gozado las dulzuras de la irresponsabilidad. En las ramas que tan generosamente, durante tan largas edades, le nutrieron y le mecieron, coge él de nuevo las bayas jugosas, los vástagos más tiernos. Para cruzar los riachuelos que por todo el bosque brillan y susurran después de la estación de las lluvias, todavía se cuelga de un recio bejuco, entrelazado de orquídeas, y se balancea, y prepara el salto, con pesada indolencia. Y yo sospecho firmemente que cuando el viento resonase por la espesura, cargada con el olor cálido y acre de las hembras acurrucadas en las copas, el Padre de los Hombres dilataba aún las chatas narices y exhalaba del peludo pecho un gruñido ronco y triste.

Pero camina... Sus pupilas amarillentas, donde chispea la Voluntad, sondan, muy dilatadas, por entre el ramaje, buscan más allá el mundo que él desea y teme, cuyo violento estruendo oye ya, como formado de lucha y de rencor. Y, a medida que la penumbra de los follajes clarea, va surgiendo, dentro de su cráneo bisoño, como el alba que penetra en una casucha, el sentido de las formas diferentes y de la vida distinta que las anima. Esa rudimentaria comprensión sólo trajo a nuestro venerable Padre turbación y terror. Todas las tradiciones, las más orgullosas, concuerdan en que Adán, al hacer su entrada inicial en las llanuras del Edén, tembló y gritó como un niñito perdido en una feria turbu-

lenta. Y bien podemos pensar que, de todas las formas, ninguna le amedrenta más que la de esos mismos árboles donde él ha vivido, ahora que las reconocía como seres tan desemejantes a su Ser e inmovilizadas en una inercia tan contraria a su energía. Liberado de la animalidad, en camino hacia su humanización, la arboleda que fué para él un cobijo natural sólo le parecía ahora un cautiverio de degradante tristeza. Y aquellas ramas retorcidas, impidiendo su marcha, ¿no serían brazos fuertes que se extendían para asirle, derribarle, retenerle en las frondosas cimas? Aquel susurro ramoso que le seguía formado del desasosiego irritado de cada hoja, ¿no era la selva toda, reclamando, con alborozo, a su secular morador? De tan extraño medio nació tal vez la primera lucha del hombre con la Naturaleza. Cuando una rama extendida le rozase, seguramente nuestro Padre lanzaría contra ella sus garras desesperadas, para rechazarla y huirla. En aquellos bruscos ímpetus, ¡cuántas veces perdió el equilibrio, y sus manos cayeron, faltas de apoyo, sobre el suelo de maleza o de roca, precipitado de nuevo a la postura bestial, retrocediendo a la inconsciencia entre el clamor triunfal de la floresta! ¡Qué angustioso esfuerzo entonces para erguirse, recobrar la postura humana, y correr con los velludos brazos despegados de la tierra bruta, libres hacia la obra inmensa de su humanización! Esfuerzo sublime, en el que ruge, muerde las raíces detestadas, y, ¡quién sabe!, levanta ya los ojos de ámbar brillante hacia los cielos, donde confusamente siente a Alguien que le viene amparando y que en realidad le levanta.

Pero de cada uno de estos tumbos transformantes, nuestro Padre resurge más humano, más nuestro Padre. Y tiene ya conciencia, afán impaciente del raciocinio, en los resonantes pasos con que se arranca de su limbo arbóreo, despedazando el tejido vegetal, hendiendo la silvestre espesura, despertando los tapices adormecidos bajo hongos monstruosos, o espantando a algún osezno extraviado que, de patas contra un olmo, chupa, medio borracho, las uvas de aquel abundante otoño.

*

Finalmente, Adán sale de la oscura floresta; y sus ojos de ámbar se cierran vivamente bajo el deslumbramiento en que le envuelve el Edén.

Al fondo de aquella pendiente, donde se detuvo, resplandecen amplias campiñas (si las tradiciones no exageran) con desordenada y sombría abundancia. Lentamente, cruzándolas, corre un río, sembrado de islas, inundando, en fecundos y extensos remansos, las verduras, donde crece ya tal vez la lenteja y se extiende el arrozal. Rocas de mármol rosado rebrillan con cálida rojez. Por entre bosques de algodoneros, blancos como rizada espuma, suben oteros cubiertos de magnolios, de un esplendor más blanco aún. Más allá, la nieve corona una sierra con un radiante nimbo de santidad, y fluye, entre las laderas hendidas, en finas franjas refulgentes. Otros montes lanzan mudas llamas. Del borde de ásperas escarpas cuelgan profusamente, sobre dunas, palmeras desgreñadas. Por las lagunas, la bruma arrastra la luminosa blandura de sus encajes. Y el mar, en los confines del mundo, centelleando, lo abarca todo como un aro de oro. En este fecundo espacio toda la Creación se enlustrece, con la fuerza, la gracia, la bravía vivacidad de una juventud de cinco días, cálida aún de las ma-

nos de su Creador. Nutridos rebaños de aurochs, de rubio pelaje, pastan, majestuosamente, sepultados en las hierbas, tan altas, que en ellas desaparece la oveja y su cordero. Medrosos y barbudos uros pelean contra gigantescos venados-elefantinos, entrechocan cuernos y astas con el seco fragor de robles que el viento raja. Una manada de jirafas rodea una mimosa de la que van ramoneando, delicadamente, en las trémulas copas, las hojitas más tiernas. A la sombra de los tamarindos reposan deformes rinocerontes, bajo el vuelo presuroso de unos pájaros que los libran servicialmente de gusanos. Cada acometida del tigre produce una desbandada furiosa de ancas, astas y crines, donde, más seguro y más leve, se dispara el salto grácil de los antílopes. Una rígida palmera se dobla toda bajo el peso de la boa que en ella se enrosca. Entre dos peñas aparece, a veces, circundada por abundosa melena, la testa magnífica de un león, que mira serenamente al sol y a la inmensidad radiante. En el remoto azul, enormes cóndores duermen inmóviles, con las alas abiertas, entre la hilera nívea y rosada de las garzas y los flamencos. Y frente a la ladera, en un alto, entre la maleza, pasa lenta y montañosa una recua de mastodontes, con la áspera crin del lomo erizada al viento y balanceando la trompa entre los dientes, más curvos que hoces.

Así describen crónicas muy vetustas el vetustísimo Edén que estaba en las campiñas del Eufrates, tal vez en la trigueña Ceilán o entre los claros ríos que riegan hoy Hungría, o incluso en estas tierras benditas donde nuestra Lisboa calienta su vejez al solazo, cansada de proezas y mares. Pero ¿quién puede dar fe de esos bosques, de esos animales, puesto que desde ese día 28 de octubre, que inundaba el Paraíso de esplendor otoñal, han pasado ya, muy veloces y muy repletos, sobre el grano de polvo que es nuestro mundo, más de siete veces setecientos mil años? Sólo parece cierto que ante Adán, amedrentado, pasó un gran pájaro. Un pájaro ceniciento, calvo y pensativo, con las plumas revueltas como los pétalos de un crisantemo, que saltaba pesadamente sobre una de las patas, alzando en la otra, bien agarrado, un manojo de hierbas y de ramas. Nuestro venerable Padre, con el rostro sombrío y ceñudo, en el doloroso esfuerzo de comprender, ¡quedábase pasmado ante aquel pájaro, que al lado, al abrigo de las azaleas en flor, terminaba muy seriamente la construcción de una cabaña! Vistosa y sólida cabaña, con su suelo de greda bien alisada, recias ramas de pino y haya formando estacas y vigas, un seguro techo de hierba seca ¡y en la pared, de fibras bien unidas, el desahogo de una ventana!... Pero el Padre de los Hombres, aquella tarde, no comprendió, sin embargo.

Caminó después hacia el ancho río, con recelo, sin apartarse de la orilla del bosque cobijador. Lento, husmeando el olor nuevo de los gruesos herbívoros de la llanura, con los puños fuertemente cerrados sobre el velludo pecho, Adán va jadeando entre el ansia de aquella resplandeciente Naturaleza y el terror de los seres nunca vistos que le estorban y le atruenan con tan fiera turbulencia. Pero en su interior borbotea, no cesa, el sublime manantial de la energía, que le impulsa a desprenderse de la grosera brutalidad y a ensayar, con esfuerzos que son medio penosos, porque son semilúcidos, los dones que afirmarán su supremacía sobre aquella Naturaleza incomprendida, y le librarán de su terror. Así, en la sorpresa de todas aquellas inespera-

das apariciones del Edén, reses, pastos, montes nevados, radiantes inmensidades, Adán lanza roncas exclamaciones, gritos con los que se desahoga, voces vacilantes en que, por instinto, reproduce otras voces, y clamores, y tonos, e incluso el bullicio de los niños, y hasta el estruendo de las aguas despeñándose... Y aquellos sonidos quedan ya en la oscura memoria de nuestro Padre unidos a las sensaciones que los arrancan; de modo que el áspero grito que se le escapó al topar con un canguro con sus crías embolsadas en el vientre resonará de nuevo en los labios hocicudos cuando otros canguros, huyendo de él, delante, se adentren en la negra sombra de los canelos. La Biblia, con su exageración oriental, cándida y simpática, cuenta que Adán, no bien hizo su entrada en el Edén, puso nombres a todos los animales y a todas las plantas, muy definitiva y eruditamente, como si compusiera el léxico de la Creación, entre Buffon, ya con sus puños, y Linneo, ya con sus anteojos. ¡No! Eran sólo gruñidos, roncos, pero verdaderamente augustos, porque todos ellos se aferraban a su conciencia naciente como las toscas raíces de esa palabra por la cual realmente se humanizó, y fué después, sobre la tierra, tan sublime y tan grotesco.

Y bien podemos pensar con orgullo que al bajar por la orilla del río edénico, nuestro Padre, compenetrado de lo que *era*—¡y qué diferente de los otros seres!—se afirmaba ya, se individualizaba, y, golpeándose en el pecho sonoro, rugía soberbiamente: «Eheu! Eheu!» Después, dirigiendo los ojos relucientes hacia aquel largo brazo de agua que corría lentamente al otro lado, intenta ya exteriorizar su asombrado sentimiento de los espacios y rezonga con pensativo gesto: *Lhla! Lhla!*

II

Tranquilo, magníficamente fecundo, corría el noble río del Paraíso, entre las islas, casi hundidas bajo el recio peso de la recia arboleda, fragantes todas y atronadas por el clamor de las cacatúas. Y Adán, trotando pesadamente por la orilla baja, siente ya la atracción de las aguas disciplinadas que andan y viven, esa atracción que será tan poderosa en sus hijos cuando descubran en el río al buen servidor que aplaca la sed, abona, riega, muele y acarrea. Pero ¡cuántos terrores especiales le estremecen aún, le precipitan con despavoridos saltos hacia el cobijo de los sauces y de los chopos! En otras islas, de arena fina y rosada, se emperezan pétreos cocodrilos, de vientre achatado, que jadean blandamente, abriendo de par en par las hondas bocazas en la tibia holganza de la tarde, impregnando todo el aire con un olorcillo a almizcle. Entre los cañaverales colean y refulgen gruesas serpientes de agua, de cuello enarcado, que miran furiosas a Adán, rutilantes y silbando. Y para nuestro Padre, que nunca las ha visto, serían pavorosas con seguridad las inmensas tortugas de aquel comienzo del mundo, pastando, con reptante maniobra, por los prados nuevos. Pero una curiosidad le atrae, resbala casi en la ribera fangosa, donde la franja de agua se extiende y agita. En la anchura del río explayado, una larga y negra fila de aurochs, serenamente, con los cuernos altos y la espesa barba flotante, nada hacia la otra orilla, campiña cubierta de rubias mieses, donde tal vez maduran ya las espigas sociables del centeno y del maíz. Nuestro venerable Padre mira la lenta fila, mira el río lustroso, concibe el confuso deseo de cruzar también hacia aquellas lejanías en que rebrillan las hier-

bas, y arriesga la mano en la corriente, en la impetuosa corriente que la arrastra hacia atrás, como para atraerle e iniciarle. El gruñe, arranca la mano y sigue, con rudas patadas, aplastando, sin oler siquiera su perfume, las frescas fresas silvestres que ensangrientan la hierba... A poco se detiene, contemplando una bandada de aves posadas en un peñasco rayado todo de guano, que acechan, con el pico atento, hacia abajo, donde hierven las aguas apretadas. ¿Qué acechan las blancas garzas? Lindos bancos de peces, que se precipitan contra la corriente, y brincan, rebrillando en las claras espumas. Y bruscamente, en un áspero abaniqueo de alas blancas, una garza y luego otra, hienden el alto cielo, llevando atravesado en el pico un pez que se retuerce y reluce. Nuestro venerable Padre se rasca el costado. Su grosera gula entre aquella abundancia del río ansía también una presa, y lanza la garra y atrapa en su vuelo zumbador coriáceos insectos que huele y engulle. Pero nada asombró seguramente al primer hombre como un grueso tronco de árbol, medio podrido, que flotaba, siguiendo la corriente, llevando sentados en un extremo, con gracia y seguridad, dos animales sedosos, rubios, de hocico vivo y blandas colas vanidosas. Para seguirlos y observarlos corrió ansiosamente, enorme y descoyuntado. Y sus ojos brillaban, como si comprendiese ya la malicia de aquellos dos animales, embarcados en un tronco y viajando, bajo la suave frescura de la tarde, por el río del Paraíso.

Entre tanto, el agua, que costeaba, era más baja, turbia y lenta. Ya en su anchura no verdean islas, ni en ella se moja la linde de los abundantes pastos. Más allá, sin límite, fundidas en las neblinas, huyen descampadas soledades, por donde rueda un viento lento y húmedo. Nuestro venerable Padre enterraba las patas en blandas riberas, entre aluviones e inmundicias silvestres, donde chapoteaban, para intenso horror suyo, enormes ranas croando furiosamente. Y el río, en breve, se perdió en una amplia laguna, oscura y desolada, resto de las grandes aguas sobre las que flotó el espíritu de Jehová. Una tristeza humana oprimió el corazón de nuestro Padre. En medio de gruesas burbujas que se hinchaban en la tranquila lisura del agua triste, surgían constantemente horrendos hocicos, desprendiendo limos verdes, bufaban ruidosamente y luego se hundían, como arrastrados hacia dentro por los lodos viscosos. Y cuando de entre los altos y negros cañaverales, manchando la rojez de la tarde, se elevó, se ensanchó sobre él una nube estridente de moscones voraces, Adán huye, aturdido, pisa arenas pegajosas, se deja el pelo en la aspereza de los cardos blancos que el viento retuerce, resbala por una ladera pedregosa y se detiene en la arena fina. Jadea: sus largas orejas se mueven, escuchando hacia el otro lado de las dunas un vasto rumor que rueda, cae y retumba... Es el mar. Nuestro Padre transpone las pálidas dunas, ¡y delante de él está el mar!

*

Entonces fué el supremo pavor. Con un salto, golpeándose convulsivamente con los puños en el pecho, retrocede hasta donde tres pinos, secos y sin rama, le ofrecen el refugio hereditario. ¿Por qué avanzan hacia él, sin cesar, en una henchida amenaza, aquellos verdes rollos con su crin de espura, y se precipitan, se despedazan, hierven, babosean rudamente la arena? Pero toda la otra vasta agua permanece inmóvil, como muerta, como una gran mancha de sangre que palpita. Toda aquella sangre cayó, sin duda, de la herida del sol, redonda y bermeja, sangrando encima, en un cielo desgarrado por hondos golpes ya rojos. Más allá de la niebla lechosa que cubre las lagunas, de los charcos salados, adonde la marejada aún llega y se extiende muy lejos, un monte arde y humea. Y siempre ante Adán, contra Adán, los verdes rollos de la verde ola avanzan y cubren la playa de algas, de conchas, de masas gelatinosas que blanquean lívidamente.

¡Mas he aquí que todo el mar se puebla! Y, encogido contra el pino, nuestro Padre venerable dirige los ojos inquietos y trémulos hacia un lado y hacia otro, hacia las rocas cubiertas de sargazos, donde gordísimas focas se arrastran majestuosamente; hacia los chorros de agua que saltan mar adentro hasta las nubes rojizas y vuelven a caer en una lluvia radiante; hacia una linda armada de caracolas, inmensas caracolas blancas y nacaradas, navegando de bolina, rodeando las peñas con elegante maniobra... Adán se asombra sin saber que aquéllas son las amonitas y que ningún otro hombre, después de él, verá la refulgente y rósea armada navegando en los mares de este mundo. El la admira aún, tal vez con la impresión inicial de la belleza de las cosas, cuando, bruscamente, en un temblor de albos surcos, ¡toda la maravillosa flota zozobra! Con el mismo salto blando se precipitan las focas, se zambullen en la ola profunda. Y pasa un terror, un terror surgido del mar, tan intenso, que una bandada de albatros, muy segura entre un acantilado, levanta, con aturdidos gritos, el vuelo despavorido.

Nuestro Padre venerable aferra la mano a una rama de pino, sondeando, estremecido, la inmensidad desierta. Entonces, mar adentro, bajo la claridad pálida del sol que se oculta, un dorso inmenso sale *lentamente de las aguas, como una larga colina,* traspasada *toda de negros y* agudos fragmentos de roca. *¡Y avanza!* Delante, un tumulto de *burbujas* se arremolina *y revienta; y de entre* ellas emerge, por último, *respirando* hondamente, una cabeza *deforme,* de fauces entreabiertas, donde rebrillan y se hunden bancos de peces que sus sorbos van tragando...

¡Es un monstruo, un pavoroso monstruo marino! Y bien podemos suponer que nuestro Padre, olvidando toda su dignidad humana (reciente aún), trepó desesperadamente al pino hasta donde terminaban las ramas. Pero incluso en aquel refugio temblaban sus poderosas mandíbulas, con un miedo convulso, ante el horrorífico ser surgido de las profundidades. Con un golpe raspante, machacando conchas, piedras y ramas de coral, el monstruo tropieza en la arena, que excava *hondamente, y sobre* la que estira las dos patas, más gruesas que troncos de teca, con las uñas enrolladas todas de zarzas marinas. De la caverna de sus fauces, a través de los dientes aterradores, que los limos y musgos verdean, lanza un hálito denso de fatiga o de furor, tan fuerte, que hace remolinear las algas secas y los ligeros caracoles. Entre las costras pedregosas que acorazan su frente, negrean dos cuernos cortos y romos. Sus ojos, lívidos y vidriosos, son como dos enormes lunas muertas. La inmensa cola dentada se arrastra por el distante mar y a cada lento coletazo levanta una tempestad.

Por esos rasgos poco amables habréis reconocido ya al ictiosaurio, el más horrendo de los cetáceos concebidos por Jehová. ¡Era él! Tal vez el último que había perdurado en las tinieblas oceánicas hasta ese día memorable del 28 de octubre, para que nuestro Padre entreviese los oríge-

nes de la Vida. Y ahora está frente a Adán, uniendo los tiempos vetustos con los nuevos; y con las escamas del lomo erizadas, muge devastadoramente. Nuestro venerable Padre, enroscado al alto tronco, aúlla de agudo horror... Y he aquí que del lado de los charcos neblinosos, un silbido hiende los cielos, prolongado e impetuoso, como el de un áspero viento en un desfiladero de la serranía. ¡Cómo! ¿Otro monstruo?... Sí, el plesiosaurio, que corre del fondo de los pantanos. Y ahora se traba de nuevo, para asombro del primer hombre (y gozo de los paleontólogos) el combate que fué la desolación de los prehumanos días de la Tierra. Allí aparece la fabulosa cabeza del plesiosaurio, terminada en pico de ave, pico de dos brazas, más agudo que el dardo más agudo, erguida sobre un larguísimo y flaco pescuezo, ¡que ondula, jadea, resopla y acomete con pavorosa elegancia! Dos aletas de incomparable reciedumbre vienen moviendo su deforme cuerpo, fofo, viscoso, todo arrugado, manchado por una lepra de hongos verdosos. Y tan inmenso es así, arrastrándose, con el cuello alzado, que, ante la duna donde crecen los pinos que cobijan a Adán, parece él otra duna negra sosteniendo un pino solitario. Avanza furiosamente. Y de repente se oye un horroroso tumulto de mugidos, silbos, choques retumbantes, arenas remolineando y gruesos chorros que se elevan. Nuestro venerable Padre salta de un pino a otro, temblando de tal modo que tiemblan con él los recios troncos. Y cuando se arriesga a observar, al aumentar los bramidos, sólo percibe, en la enroscada masa de los dos monstruos, a través de una niebla de espuma que enrojecen los chorros de sangre, el pico del plesio, sepultado todo en el blando vientre del ictio, cuya cola, erguida, se retuerce furiosamente en la palidez de los cielos espantados. ¡De nuevo esconde enloquecidamente la cara nuestro venerable Padre! Un aullido de monstruosa agonía rueda por la playa. Las pálidas dunas se estremecen, las oscuras cavernas resuenan. Después hay una calma muy larga, en que el ruido del Oceano no es más que un consolado murmullo de alivio. Adán acecha, asomado entre las ramas... El plesio retrocede, herido, hacia el tibio fango de sus pantanos. Y sobre la playa yace el ictio muerto, como una colina donde la ola de la tarde se quiebra mansamente.

Entonces, nuestro Padre venerable, cautelosamente, se deja escurrir de su pino y se acerca al monstruo. La arena, alrededor, está horrorosamente revuelta; y por toda ella, en lentos regueros, en charcos oscuros, la sangre que no ha empapado, humea. Tan montañoso es el ictio, que Adán, levantando el rostro asombrado, no divisa las púas del monstruo, erizadas a lo largo de aquel espinazo escarpado, al que el pico del plesio arrancó escamas más pesadas que losas. Pero, ante las manos trémulas del hombre están los desgarrones del vientre fofo, de donde brota la sangre, y manan grasas, y asoman inmensas tripas, y cuelgan trozos rasgados de carne rosácea... Y la chata nariz de nuestro Padre venerable avanza y husmea.

Toda aquella tarde había caminado desde la floresta, por el Paraíso, succionando bayas, royendo raíces, mordiendo los insectos de caparazón picante. Pero ahora el sol penetró en el mar, y Adán tiene hambre en aquel arenal yermo, donde sólo blanquean cardos que el viento retuerce. ¡Oh aquella carne recia, ensangrentada, viva aún, que exhala un olor tan fresco y salino! Sus férreas mandíbulas se abren en un bostezo irritado y famélico... El Océano jadea, como adormecido... Entonces, irresistiblemente, Adán hunde en una de las heridas del saurio los dedos, que lame y chupa, chorreantes de sangre y grasa. El asombro de un sabor nuevo inmoviliza al hombre frugal, que viene de las hierbas y de las frutas. Después, con un salto, arremete contra la montaña de abundancia y arranca un trozo, que mastica y engulle, gruñendo con un furor y una prisa en que hay el gozo y el miedo de la primera carne comida.

*

Habiendo cenado así tajadas crudas de un monstruo marino, nuestro Padre venerable siente una gran sed. Son saladas las charcas que rebrillan en la arena. Pesado y triste, con los labios recubiertos de grasa y sangre, Adán, bajo el silencioso crepúsculo, cruza las dunas, vuelve a adentrarse en las tierras, buscando ansiosamente agua dulce. Por toda la hierba, en aquellos tiempos de humedad universal, corría y murmuraba un riachuelo. Al poco rato, tendido en una ribera fangosa, Adán bebió regaladamente con largos sorbos, bajo el vuelo espantado de moscas fosforescentes que se le posaban en la melena.

Era junto a un bosque de robles y hayas. La noche, ya espesa, ennegrecía un suelo todo de plantas, donde la malva se apoyaba en la menta, y el perejil en el hinojo ligero. En aquel claro, fresco, penetró nuestro venerable Padre, rendido por la caminata y los asombros de aquella tarde del Paraíso. Y apenas se tendió en la olorosa alfombra, con la hirsuta cara posada sobre las palmas juntas, las rodillas recogidas sobre el vientre, tenso como un tambor, se sumió en un sueño como nunca había él dormido, poblado todo de sombras movedizas, que eran aves construyendo una casa, patas de insectos tejiendo una tela, dos animales navegando por las aguas impetuosas.

Ahora bien: según cuenta la leyenda, entonces, alrededor del primer hombre adormecido, empezaron a surgir, entre la maleza baja, hocicos husmeadores, finas orejas erizadas, ojillos relucientes como botones de azabache, y espinazos inquietos que la emoción arqueaba, mientras que, de las copas de los robles y hayas, en un sofocado temblor de alas, asomaban picos curvos, picos rectos, picos bravíos, picos pensativos, blanqueando todos en la fina claridad de la luna, que ascendía por detrás de los montes y bañaba las frondas altas. Después, al borde del claro, apareció una hiena, cojeando, maullando lastimera. Por la campiña trotaban dos lobos, flacos, famélicos, con los verdes ojos encendidos. Los leones no tardarán, con sus reales fauces erguidas, soberanamente arrugadas, en una profusión de melenas llameantes. En confusa manada, que llegaba bufando, los cuernos de los aurochs se entrechocaban impacientes con las largas astas de los renos. Todos los pelajes se erizaban cuando el tigre y la pantera negra, ondulando callada y aterciopeladamente, se deslizaban, con las lenguas colgantes y rojas como coágulos de sangre. De los valles, de las sierras, de los peñascales, acudían otros con tan ansiosa prisa, que los horrendos caballos primitivos se empinaban sobre los canguros y la trompa del hipopótamo, escurriendo légamo, empujaba las ancas lentas del dromedario. Entre las patas y los cascos apiñados, coleaban reunidos el hurón, la lagartija, la comadreja, la refulgente cobra que se engulle a la comadreja y la alegre mangosta que asesina a la cobra. Una manada de gacelas tropezaba, hiriéndose las finas patas

contra el dorso costroso de los cocodrilos, que subían en fila de la orilla de las lagunas, con las fauces preparadas y gimiendo. Ya toda la llanura palpitaba bajo la luna, en la blanda agitación de lomos apretados, de donde se alzaba, unas veces el cuello de la jirafa y otras el cuerpo de la boa, como mástiles hundidos, balanceándose entre las olas. Y por último, estremeciendo el suelo, henchiendo el cielo, con la trompa enrollada entre los dientes curvos, asomó el rugoso mastodonte.

Era toda la animalidad del Paraíso, que, sabiendo dormido al primer hombre, indefenso, en un bosque solitario, corría, con la inmensa esperanza de destruirle y de eliminar de la tierra la fuerza inteligente destinada a someter a la fuerza bruta. Pero en aquella pavorosa turba humeante, que se atropellaba en la linde del claro, donde Adán dormía sobre la menta y la malva, ninguna fiera avanzaba. Los largos dientes relucían, ferozmente amenazadores; todos los cuernos acometían; cada garra saliente desgarraba con ansia la tierra blanda; y los picos, encima de las ramas, traspasaban los rayos de la luna con picotazos hambrientos... Pero ni el ave bajaba, ni la fiera avanzaba, porque al lado de Adán velaba una figura, seria y blanca, de blancas alas cerradas, con los cabellos aprisionados en un aro de estrellas, el pecho resguardado por una coraza de diamantes y las rutilantes manos apoyadas en el puño de una espada que era de fuego, y vivía.

*

Despuntó el alba, con ardiente pompa, comunicando a la tierra alegre, a la tierra bravíamente alegre, a la tierra sin andrajos, a la tierra sin sepulturas aún, una alegría superior, más grave, religiosa y nupcial. Adán despertó; y, moviendo los oscuros párpados, en la sorpresa de su despertar humano, sintió sobre el costado un peso que era suave y grato. En aquel terror que desde los árboles no se apartaba de su corazón, saltó en pie, y con tan ruidoso salto, que, por la selva, los mirlos, los ruiseñores, las currucas, todas las avecillas de fiesta y amor, despertaron y rompieron en un canto de congratulaciones y de esperanzas. Y, ¡oh maravilla!, ante Adán, y como desprendido de él, estaba otro Ser semejante a él, pero más esbelto, suavemente cubierto de un pelo más sedoso, que le contemplaba con grandes ojos brillantes y líquidos. Una cabellera rubia, de un rubio tostado, rodaba en espesas ondas hasta sus caderas redondeadas en una plenitud armoniosa y fecunda. De entre los brazos vellosos, que había cruzado, surgían, abundantes y repletos, los dos pechos, del color del madroño, con una pelusa rizosa bordeando la punta, que se erguía, endurecida. Y rozando, con un roce lento, con un roce muy suave, las rodillas peladas, todo aquel sedoso y tierno Ser se ofrecía con una sumisión pasmada y lasciva. Era Eva... ¡Eras tú, Madre venerable!

III

Entonces comenzaron para nuestros Padres los días abominables del Paraíso.

Su constante y desesperado esfuerzo fué sobrevivir en medio de una Naturaleza que sin cesar y furiosamente tramaba su destrucción. Y Adán y Eva pasaron aquellos tiempos, que los poemas semíticos celebran como inefables, ¡temblando siempre, chillando siempre, huyendo siempre! La Tierra no era aún una obra perfecta; y la Divina Energía que la estaba formando la enmendaba incesantemente, con una tan agitada inspiración, que en el sitio cubierto al alborear por una floresta, por la noche rebrillaba una laguna, donde la luna, ya doliente, venía a observar su palidez. ¡Cuántas veces nuestros Padres, reposando en la ladera de un otero inocente, entre el romero y el tomillo (Adán, con la cara apoyada sobre el muslo de Eva, Eva rascando con dedos ágiles el pelo de Adán), fueron removidos en la grata ladera como en un dorso irritado, y rodaron, envueltos entre el estruendo, las llamas, la humareda y la ceniza caliente del volcán que Jehová improvisaba! ¡Cuántas noches huyeron, aullando, de alguna cobijadora caverna, cuando corría ya sobre ella un gran mar hinchado que bramaba, se desenrollaba, permanecía hirviendo entre las rocas, con las negras focas muertas, flotantes. O si no, era el suelo, el seguro suelo, ya sociable y fertilizado para las mieses sociales, que de repente rugía como una fiera, abría una insondable boca y se tragaba rebaños, prados, manantiales, benéficos cedros con todas las tórtolas que en su rama se arrullaban.

Después eran las lluvias, las largas lluvias edénicas, que se precipitaban en chorros clamorosos, durante inundados días, durante torrentosas noches, tan desmedidamente, que del Paraíso, amplio charco fangoso, sólo aparecían las copas de la arboleda anegada y las cimas de los montes repletas de animales trémulos, que braman con el terror de las aguas desbordadas. Y nuestros Padres, refugiados en algún elevado peñasco, gemían lamentablemente, escurriéndoles arroyos por los hombros, y ríos entre los pies, como si el barro nuevo de que Jehová los había creado estuviese ya deshaciéndose.

Más aterradores eran los estiajes. ¡Oh el incomparable tormento de las sequías en el *Paraíso! Durante* *lentos y tristes días, tras lentos y tristes días, la inmensa brasa del sol* candente relampagueaba *furiosamente en un cielo cobrizo, en que el aire,* empañado y denso, crepitaba y palpitaba. Los montes estallaban agrietados; y las llanuras desaparecían bajo una renegrida capa de hebras retorcidas, enmarañadas, tensas como alambres, que eran los restos de los verdes pastos. Todo el tiznado follaje rodaba bajo los vientos abrasados, con rugiente crujido. El lecho de los ríos evaporados tenía la rigidez del hierro fundido. El musgo se desprendía de las rocas como una piel seca que se despega descubriendo anchos huesos. Cada noche ardía un bosque, hoguera crepitante de leña reseca, caldeando más la bóveda del horno inclemente. Todo el Edén estaba cubierto de bandadas de buitres y cuervos, pues con tanto animal muerto de hambre y de sed abundaba la carne podrida. En el río, el agua que quedaba apenas corría, encharcada por la masa hirviente de cobras, ranas, nutrias, tortugas, refugiadas en aquella última vena, fangosa y tibia. Y nuestros venerables Padres, con las flacas costillas jadeando contra el pelo tostado, la lengua colgante y más dura que corteza, vagaban de fuente en fuente, sorbiendo desesperadamente alguna gota que aún brotaba, gota rara, que silbaba al caer sobre las piedras abrasadas...

Y así Adán y Eva, huyendo del fuego, huyendo del agua, huyendo de la tierra, huyendo del aire, iniciaban la vida en el Jardín de las Delicias.

Y en medio de tantos peligros constantes y flagrantes, ¡era necesario comer! ¡Ah! ¡Comer, qué portentosa empresa para nuestros venerables Padres! Sobre todo desde que Adán (y después Eva, iniciada por Adán), habiendo probado los fatales

deleites de la carne, ya no hallaban sabor, ni hartura, ni decencia, en los frutos, en las raíces y en las bayas del tiempo de su animalidad. Ciertamente, no faltaban las buenas carnes en el Paraíso. Delicioso sería el salmón primitivo, pero nadaba alegremente en las aguas rápidas. Sabrosa sería la becada o el faisán rutilante, nutridos con los granos que el Creador consideraba buenos, pero volaban por los cielos, con triunfal seguridad. El conejo, la liebre, ¡cuán ligeros huían por los matorrales olorosos!... Y nuestro Padre, en aquellos días cándidos, no poseía anzuelo ni flecha. Por eso, sin cesar, rondaba en torno de las lagunas, a orillas del mar, donde casualmente encallaba, flotando, algún cetáceo muerto. Pero aquellos hallazgos de abundancia eran raros, y la triste pareja humana, en sus marchas famélicas a orilla de las aguas, sólo cogía, aquí y allá, en la roca o en la arena revuelta, algún feo cangrejo, contra cuyo duro caparazón se desgarraban sus labios. Aquellas soledades marinas estaban también infestadas de manadas de fieras, esperando, como Adán, que las olas trajesen los peces vencidos por la borrasca o en la lucha. ¡Y cuántas veces nuestros Padres, ya con la garra clavada en una tajada de foca o de delfín, huían desconsoladamente, oyendo el paso blando del horrible *speleo* o el resoplar de los osos blancos, tambaleándose por el blanco arenal, bajo la blanca indiferencia de la luna!

Seguramente, su ciencia hereditaria de trepar a los árboles, auxiliaba a nuestros Padres en aquella conquista de la presa. ¡Cuando, bajo el ramaje del canelo, desde donde ellos acechaban, solapadamente, aparecía algún cabrito destrozado o una tortuga joven y bisoña, se arrastraban hacia la hierba corta, y allí tenían el banquete asegurado! En un abrir y cerrar de ojos, el cabrito quedaba despedazado, y toda su sangre era chupada en sorbos convulsos; y Eva, nuestra fornida Madre, chillando sombríamente, arrancaba, una por una, de debajo del caparazón, las patas de la tortuga... Pero ¡cuántas noches, después de angustiosos ayunos, se veían los Elegidos de la Tierra obligados a ahuyentar a la hiena, con fuertes gritos, por los claros, para robarla un oso fétidamente baboseado, que era ya la sobra de un león harto! Y transcurrían días peores, en que el hambre forzaba a nuestros Padres a volver a la detestada frugalidad del tiempo del árbol, a las hierbas, a los retoños, a las raíces amargas, conociendo así, entre la abundancia del Paraíso, la primera forma de la miseria!

¡Y durante aquellos trabajos no los abandonaba el terror a las fieras! Porque si Adán y Eva comían los animales débiles y fáciles, eran también una presa apetecida por todos los irracionales superiores. Comerse a Eva, tan redonda y carnosa, fué seguramente el sueño de muchos tigres entre los juncos del Paraíso. ¡Cuánto oso, incluso ocupado en robar panales de miel en un tronco hueco de roble, no se detuvo y se balanceó, lamiéndose el hocico, con una gula más refinada, al divisar, entre el ramaje, en un rayo errante de sol, el oscuro corpachón de nuestro venerable Padre! Y el peligro venía no sólo de las hordas hambrientas de los carnívoros, sino también de los lentos y saciados herbívoros, del aurochs, del uro, del ciervo-elefántico, que alegremente cornearían y pisotearían a nuestros Padres, por estupidez, por desemejanza de raza y olor, por ocupar la vida ociosa. Y a esto hay que añadir los que mataban para no ser muertos, porque Miedo, Hambre y Furia fueron las leyes de la vida en el Paraíso.

Realmente, nuestros Padres eran también feroces, de una inmensa fuerza, y perfectos en el arte salvador de trepar a las copas frondosas. ¡Pero el leopardo saltaba de rama a rama, sin ruido, con una destreza más felina y segura! La boa se abría paso con la cabeza hasta las últimas ramas del más alto cedro, para atrapar a los macacos, y bien podría asir con la boca a Adán, con aquella obtusa incapacidad que tuvieron siempre las boas para distinguir, bajo la similitud de formas, la diversidad de méritos. Y ¿de qué servían las garras de Adán, incluso unidas a las de Eva, contra aquellos pavorosos leones del Jardín de Delicias que la Zoología, aún hoy estremecida, llama *Leos Anticua*? ¿O contra la *hiena-spelea*, tan atrevida, que en los primeros días del *Génesis*, los Angeles, cuando bajaban al Paraíso, tenían que caminar siempre con las alas recogidas para que ella, saltando de entre los bambúes, no les arrancase las plumas refulgentes? ¿O contra los perros, los horrendos perros del Paraíso, que, atacando en cerradas y aulladoras huestes, fueron, en esos comienzos del hombre, los peores enemigos del hombre?

Y entre toda aquella animalidad adversa, Adán no contaba con un aliado. Sus propios parientes, los antropoides, envidiosos y farsantes, le apedreaban con enormes cocos. Sólo un animal, y formidable, conservaba al hombre una majestuosa y pachorruda simpatía: era el mastodonte. Pero la brumosa inteligencia de nuestro Padre no comprendía aún en aquellos días edénicos la bondad, la justicia, el corazón servicial del paquidermo admirable. Por eso, convencido de su debilidad y de su aislamiento, vivió él, durante aquellos trágicos años, en un ansioso terror. Tan ansioso y largo, que su estremecimiento, como una extensa ondulación, se perpetuó *entre toda* su descendencia: es el *viejo miedo* de Adán el que nos *hace sentirnos* inquietos cuando cruzamos *la maleza* más segura en la inmensa *soledad* crepuscular.

Tengamos en cuenta, *además, que* aún quedaban en el Paraíso, *entre* animales de formas racionales, *civilizadas*, preparados ya para la noble prosa de monsieur de Buffon, algunos de los monstruos grotescos que deshonraron la Creación antes de la madrugada purificadora del 28 de octubre. Seguramente Jehová evitó a Adán el degradante horror de vivir en el Paraíso en compañía de aquel escandaloso monstruo al que los paleontólogos, asombrados, han dado el nombre de *Iguanodón!* La víspera del advenimiento del Hombre, Jehová, muy caritativamente, ahogó a todos los iguanodones bajo los cienos de un pantano, en un rincón escondido del Paraíso, donde hoy se extiende Flandes. Pero Adán y Eva conocieron aún a los pterodáctilos. ¡Oh aquellos pterodáctilos!... Cuerpos de caimán, escamosos y peludos; dos lúgubres, negras y carnosas alas de murciélago; un pico disparatado, más grueso que el cuerpo, tristonamente caído, erizado de centenares de dientes, finos como los de una sierra. ¡Y no volaba! Bajaba con blandas alas silenciosas y ahogaba entre ellas a la presa, como en un paño viscoso y helado, para partirla toda con los contundentes golpes de sus mandíbulas fétidas. Y aquel funambulesco fantasmón nublaba el cielo del Paraíso con la misma abundancia con que los mirlos o las golondrinas cruzan hoy los santos aires de Portugal. Los días de nuestros venerables Padres fueron atormentados para ellos, y nunca su pobre corazón temblaba tanto como cuando, del otro lado de los montes, se despeñaba, con siniestro estruendo de alas y picos,

la bandada de los pterodáctilos. ¿Cómo sobrevinieron nuestros padres en aquel Jardín de Delicias? ¡Seguramente mucho rebrilló y trabajó la espada del Angel que los guardaba!

*

¡Pues bien, amigos míos! A todos aquellos furiosos seres debe el hombre su carrera triunfal. Sin los saurios, los pterodáctilos, la *hiena-spelea*, y el estremecido terror que difundían, y la necesidad de contar, contra su ataque, siempre bestial, con una defensa siempre racional, la Tierra seguiría siendo un pavoroso Paraíso, por donde vagaríamos todos degreñados y desnudos, chupando al borde de los mares la grasa cruda de unos monstruos varados. Al encogido miedo de Adán se debe la supremacía de su descendencia. Fué el animal perseguidor el que le obligó a escalar las cimas de la Humanidad. Y buenos conocedores de los orígenes se han mostrado los poetas mesopotámicos del *Génesis* en esos versículos sutiles en que un animal, y el más peligroso, la serpiente, ¡lleva a Adán, por amor a Eva, a coger el fruto de la Sabiduría! Si no hubiese rugido antaño el león de las cavernas, no trabajaría hoy el hombre de las ciudades, puesto que la civilización nació del desesperado esfuerzo defensivo contra lo inanimado y lo inconsciente. La sociedad es realmente obra de la fiera. Si la hiena y el tigre, en el Paraíso, hubiesen comenzado por acariciar lánguidamente el hombro peludo de Adán con una pata amiga, Adán seguiría siendo el hermano del tigre y de la hiena, compartirían sus cubiles, sus presas, sus ocios, sus goces salvajes. Y la energía inteligente, que le hizo bajar del árbol, se apagaría en breve dentro de su inerte brutalidad, como se apaga la llama, incluso entre ramas secas, si una ráfaga fría, venida de un oscuro agujero, no la incita a vivir, para vencer la frialdad y la negrura.

Pero una tarde (como enseñaría el exacto Userio), al salir Adán y Eva de la espesura de un bosque, un oso enorme, el padre de los osos, apareció ante ellos, se alzó sobre las negras patas y abrió las fauces sangrientas... Entonces, viéndose así, sin refugio, en el ansia presurosa de defender a su hembra, el padre de los hombres arrojó contra el padre de los osos el cayado en que se apoyaba, una recia rama de teca, que acababa en una aguda punta... Y el palo atravesó el corazón de la fiera.

¡Ah! Desde aquella tarde bendita hubo realmente sobre la tierra un hombre. Era ya un hombre, y superior, cuando dió un paso, asombrado, y arrancó el palo del pecho del monstruo tendido, y miró la punta goteando sangre, con la frente fruncida en el afán de comprender. Sus ojos resplandecieron, en un deslumbrado triunfo. Adán comprendía...

¡Ni se preocupó ya de la buena carne del oso! Volvió a adentrarse en la floresta, y toda la tarde, mientras la luz se arrastró por las frondas, arrancó ramas a los troncos, cautelosa y hábilmente, para que las puntas quedasen bien cortadas y agudas. ¡Ah, qué soberbia poda de astiles, en el fondo del bosque, a través del frescor y de la sombra, para la obra de la primera redención! Selva amable, que fuiste el primer taller, ¡quién supiera dónde yaces, en tu secular sepultura, convertida en negro carbón!... Cuando salieron de la maleza, humeantes de sudor, nuestros Padres venerables se doblaban bajo el peso glorioso de dos gruesos manojos de armas.

Y desde entonces ya no cesan las hazañas del hombre. No habían descarnado aún los cuervos y los chacales la mole del padre de los osos, cuando ya nuestro Padre hiende una punta de su cayado victorioso; incrusta uno de esos guijarros afilados y picudos en los que a veces se herían sus patas, al bajar a la orilla de los ríos, y asegura el fino fragmento con los haces muy apretados de una fibra de bejuco seco. ¡Y he aquí la lanza! Como aquellas piedras no abundaban, Adán y Eva ensangrientan sus garras, intentando partir los pedruscos redondos de sílex en trozos cortos, que resulten perfectos, con punta y filo, para rasgar y clavar. La piedra resiste, poco deseosa de ayudar al hombre, que, en los días genesíacos del gran octubre, había ella procurado suplantar (como cuentan las prodigiosas Crónicas de Backum). Pero de nuevo se ilumina la cara de Adán, en una idea que le atraviesa, como chispa emanada de la Eterna Sabiduría. Coge un guijarro, golpea la roca, arranca el trozo... ¡Y he aquí el martillo!

Después, en otra tarde bendita, costeando una oscura y escarpada colina, descubre, con aquellos ojos suyos que ya rebuscan y comparan, una gran piedra negra, áspera, tallada, oscuramente brillante. Le asombra su peso y presiente en seguida en ella un mazo superior, de decisiva reciedumbre. ¡Con qué alborozo la lleva agarrada contra el pecho, para martillear el sílex rebelde! Junto a Eva, que le espera a la orilla del río, martillea en seguida fuertemente sobre el pedernal... Y ¡oh asombro! ¡Salta, brilla y muere una chispa! ¡Ambos retroceden, se miran, con un terror casi sagrado! Es un fuego, un vivo fuego el que él arrancó así con sus manos de la roca bruta, semejante al fuego vivo que centellea entre las nubes. Golpea nuevamente, tembloroso. Brilla la centella, se extingue, y Adán examina y husmea el oscuro guijarro. Pero no comprende.

Y pensativos, nuestros venerables Padres suben, con los cabellos al viento, hacia su acostumbrada caverna, que está en la ladera de un cerro, junto a una fuente borboteando entre helechos.

Y allí, en su retiro, Adán, con una curiosidad en la que palpita una esperanza, aprieta nuevamente el sílex, tan grueso como una calabaza, entre los encallecidos pies, y empieza otra vez a martillar, bajo el hálito de Eva, que se inclina y jadea. Salta siempre la chispa, rebrilla en la sombra, tan refulgente como esas luces que ahora palpitan, miran, desde allá, en las alturas. Pero aquellas luces permanecen, a través de la negrura del cielo y de la noche, vivas, acechando en su irradiación. Y aquellas estrellitas de la piedra no han vivido aún y ya han muerto... ¿Será el viento el que las lleva, él que todo lo arrastra: voces, nubes, hojas? Nuestro Padre venerable, huyendo del viento maligno que ronda en el monte, retrocede hasta el fondo más abrigado de la caverna, donde se afofan las capas de heno muy seco, que son su lecho. Y de nuevo hiere la piedra, despidiendo centella tras centella, mientras Eva, agachada, resguarda con las manos aquellos refulgentes y fugaces seres. Y he aquí que de los henos se eleva un humillo, que engruesa y se enrolla, y, a través de él, sobresale, roja, una llama... ¡Es el fuego! Nuestros Padres huyen despavoridos de la caverna, oscurecida por una humareda olorosa, en la que llamean alegres y rutilantes lenguas, que lamen la roca. Acurrucados a la puerta del cubil, ambos jadean, con el asombro y el terror de su obra, lacrimeándoles los ojos por el humo acre. E incluso, en medio del asombro y del susto, sienten una dulzura infinita muy nueva que los invade y que proviene de aquella luz y de aquel calor... Pero ya

el humo se escapó de la caverna, el viento arrebatador se lo llevó. Las llamas rastrean, inseguras, azuladas; a poco sólo queda un rescoldo que se descolora, se vuelve ceniciento, se deshace en polvo; y la última chispa corre, tiembla, se desvanece. ¡Murió el fuego! Entonces, invade el alma naciente de Adán un dolor de ruina Avanza los abultados labios y gime. ¿Sabrá él nunca repetir el acto maravilloso?... Y es nuestra Madre, ya consoladora, quien le consuela. Con sus bastas manos conmovidas, porque realiza sobre la tierra su primera obra, reúne otro montón de henos secos, coloca entre ellos el sílex redondo, coge el oscuro guijarro, golpea fuertemente, en un chisporroteo de estrellitas. Y de nuevo rueda el humo, y de nuevo refulge la llama. ¡Oh triunfo! He aquí la hoguera, la hoguera inicial del Paraíso, y no brotada casualmente, sino encendida por una clara Voluntad, que ahora ¡ya siempre, para todo, cada noche y cada mañana, podrá repetir con seguridad la hazaña suprema!

A nuestra venerable Madre pertenece desde entonces, en la caverna, la dulce y augusta tarea del fuego. Ella lo crea, ella lo alimenta, ella lo defiende, ella lo perpetúa. Y, como madre deslumbrada, descubre cada día, en aquel resplandeciente hijo de sus cuidados, una virtud o una gracia nueva. ¡Ahora ya Adán sabe que *su* fuego espanta a todas las fieras y que en el Paraíso existe, al fin, un agujero seguro, que es *su* agujero! No sólo seguro, sino grato, porque la llama lo ilumina, lo calienta, lo alegra, lo purifica. Y cuando Adán, con un montón de lanzas, desciende a la llanura o se adentra en la selva a cazar la presa, mata ya con ansia acrecida, para volver de prisa a aquella buena seguridad y aquel consuelo del fuego. ¡Ah, qué dulcemente le penetra y seca en su pelo la frialdad de la maleza y dora como un sol la peña de su cobijo! Y, además, capta sus ojos, le conduce y le guía en un fecundo meditar, en que inspiradamente se le aparecen ¡formas de flechas, redes con mangos, huesos curvados que arponean los peces, trozos dentados que asierran la madera!... ¡A su fornida hembra debe Adán aquella hora creadora!

¡Y cuánto no le debe la Humanidad! Recordemos, hermanos míos, que nuestra Madre, con aquella adivinación superior que más tarde la convirtió en profetisa y sibila, no vaciló, cuando la serpiente le dijo, arrastrándose entre las rosas: «¡Come del fruto de la Sabiduría, que tus ojos se abrirán y serás sabia como los dioses!» Adán se habría comido la serpiente, bocado más suculento. No hubiera creído en frutos que transmiten la Divinidad y la Sapiencia, él que tanta fruta comió en los árboles, y que se mantenía inconsciente y bestial como el oso y el aurochs. Eva, en cambio, con la credulidad sublime que realiza siempre en el mundo las transformaciones sublimes, comió en seguida de la manzana, con cáscara y pepitas. Y convenciendo a Adán de que participase del pomo dulcísimo, ¡le persuadió con dulce embrollo del provecho, de la felicidad de la gloria y de la fuerza que proporciona el saber! Esta alegoría de los poetas del *Génesis* nos revela con magnífica sutileza la inmensa obra de Eva en los años dolorosos del Paraíso. Por ella, Dios prosiguió la Creación superior, la del reino espiritual, la que iba a desarrollar sobre la Tierra el hogar, la familia, la tribu, la ciudad. Es Eva la que asienta y dispone las grandes piedras angulares en la construcción de la Humanidad.

¡Ved, si no! Cuando el bravío cazador vuelve a la caverna, rendido bajo el peso de las piezas muertas,

oliendo todo a selva, y a sangre, y a fiera, es él, sin duda, quien desuella la res con el cuchillo de piedra, y corta las tajadas, y descarna los huesos (que ansiosamente guarda bajo el muslo y reserva para su ración, porque contienen el preciado tuétano). Pero Eva junta aquella piel, cuidadosamente, con las otras pieles almacenadas; esconde los huesos partidos porque sus agudas esquirlas clavan y horadan, y en una cavidad de la roca fresca guarda la carne sobrante. A poco, una de aquellas abundantes tajadas queda olvidada, caída junto a la hoguera perpetua. El fuego se extiende, lame lentamente la carne por el lado más grueso hasta que un olor desconocido y sabroso acaricia y dilata las bastas narices de nuestra venerable Madre. ¿De dónde viene aquel sabroso aroma? Del fuego, donde la tajada de ciervo o de liebre emparrillada restalla. Entonces, Eva, inspirada y grave, empuja la carne hacia la brasa viva, y espera, arrodillada, hasta que con el espetón de una punta de hueso la retira de la llama ruidosa y la muerde, en sombrío silencio. Sus ojos brillantes proclaman otra conquista. Y con la amorosa prisa con que ha ofrecido la manzana a Adán, le presenta ahora aquella carne tan nueva, que él huele desconfiado y que después devora a fuertes dentelladas, gruñendo de gozo! ¡Y he aquí cómo, por aquel pedazo de ciervo asado, nuestros Padres subieron victoriosamente otro escalón de la Humanidad!

El agua la beben aún en el vecino manantial, entre los helechos, con la cara sumergida en la clara vena. Después de beber, Adán, apoyado en su gruesa lanza, mira a lo lejos el correr del lento río, los montes coronados de nieve o de fuego, el sol sobre el mar, pensando con pausada meditación si en aquellas tierras que se extienden y se esconden al otro lado no será la mesa más segura y las selvas menos espesas. Pero Eva regresa en seguida a la caverna, para entregarse sin descanso a una labor que la encanta. Agazapada en el suelo, toda atenta bajo la crespa cabellera, nuestra Madre abre, con un huesecillo agudo, finos agujeros al borde de una piel y luego al borde de otra piel. Y tan embebecida está, que no oye entrar a Adán y remover sus armas: une las dos pieles, pasando por los agujeros una delgada fibra de las algas que se secan ante el fuego. Adán contempla desdeñoso aquel menudo trabajo, que no añade fuerza a su fuerza. No presiente aún, el obtuso Padre, que aquellas pieles, cosidas, serán el amparo de su cuerpo, el armazón de su tienda, el saco de sus provisiones, el odre de su agua, el tambor en que golpee cuando sea un guerrero, ¡y la página en que escriba cuando sea un profeta!

Otros goces y actos de Eva le irritan también: y algunas veces, con una inhumanidad que es ya muy humana, nuestro Padre coge por los cabellos a su hembra y la derrumba, y la pisa con la planta encallecida. Así, una tarde le invadió un furor al ver, en el regazo de Eva, sentada ante la hoguera, un cachorrillo blando y torpe, que ella, con cariño y paciencia, enseñaba a chupar en un trozo de carne fresca. A la orilla de la fuente descubrió ella al cachorrillo perdido y gimiendo; y muy suavemente lo recogió, lo calentó, lo alimentó, con una sensación que érale grata y que dibujaba en la abultada boca, ignorante aún del gesto de sonreír, una sonrisa maternal. Nuestro venerable Padre, con las pupilas llameantes, lanza su garra, quiere devorar al cachorro, que había entrado en su caverna. Pero Eva defiende al animalito, que tiembla y lame. ¡El primer sentimiento de caridad, informe como la primera flor que

brotó del légamo, aparece en la Tierra! Y, con las breves y roncas voces que constituían el habla de nuestros Padres, Eva intentó, tal vez, asegurar que sería útil en la caverna del hombre la amistad de un animal... Adán avanza el labio morrudo. Después, en silencio, pasa los dedos por el lomo suave del cachorrillo encogido. ¡Y éste es en la Historia un momento pasmoso! ¡He aquí que el hombre domestica al animal! De aquel cachorro acogido en el Paraíso nacerá el perro amigo, por él la alianza con el caballo y después el dominio sobre la oveja. Aumentará el rebaño; el pastor lo conducirá; el perro fiel lo custodiará. Eva, al borde de su fuego, prepara los pueblos errantes que pastorean.

Después, durante aquellas largas mañanas en que Adán, bravío, cazaba, Eva, errando del valle al monte, cogía conchas, huevos de aves, raíces curiosas, simientes, por el gusto de acumular, de abastecer su caverna de nuevas riquezas, que escondía en las hendiduras de la roca. Pues bien: un puñado de aquellas simientes cayó, entre sus dedos, sobre tierra húmeda y negra, cuando volvía por la orilla de la fuente. Brotó una punta verde; después creció un tallo; luego maduró una espiga. Sus granos son sabrosos. Eva, pensativa, entierra otras simientes con la esperanza de crear en torno a su hogar, en una parcela de su terruño, altas hierbas que espiguen y le den el grano dulzurado y tierno... ¡Y he aquí el trigo! Y así nuestra Madre hace posibles, desde el fondo del Paraíso, los pueblos estables que labran la Tierra.

*

Entre tanto, bien podemos suponer que Abel nació, y, unos tras otros, los días se deslizan en el Paraíso más seguros y felices. Ya los volcanes se van apagando lentamente. Las rocas no se despeñan con fragor sobre la abundancia inocente de los valles. Tan amansadas están las aguas, que en su transparencia se reflejan, con despacioso cuidado, las nubes y las ramas de los olmos. Rara vez un pterodáctilo mancilla con el escándalo de su pico y de sus alas los cielos, donde el sol alterna con la bruma, y los estíos están rayados de lluvias ligeras. Y en esa tranquilidad que se establece hay como una sumisión consciente. El mundo presiente y acepta la supremacía del hombre. El bosque ya no arde con la ligereza del rastrojo, sabiendo que en breve el hombre le pedirá la estaca, la viga, el remo, el mástil. El viento en las gargantas de la sierra se disciplina, y ensaya las ráfagas regulares con que moverá la muela del molino. El mar ahogó sus monstruos y estira el lomo preparado para el corte de la quilla. La tierra estabiliza su gleba, y se humedece blandamente, para cuando lleguen el arado y la simiente. Y todos los metales se alinean en filón, y se preparan alegremente para el fuego que los dará forma y belleza.

Y por la tarde, Adán regresa satisfecho, con caza abundante. Llamea el hogar e ilumina el rostro de nuestro Padre, que el esfuerzo de la vida ha embellecido, donde ya los labios se afinan, y la testa se ha henchido con el lento pensar, y los ojos se encalman con un brillo más firme. El cordero, traspasado en un espetón, se asa y gotea sobre las brasas. En el suelo se amontonan las cáscaras de cocos llenas de agua clara de la fuente. Una piel de oso ablanda la cama de helechos. Otra piel, colgada, resguarda la entrada de la caverna. En un rincón, que es el taller, están los montones de sílex y el mazo; en otro rincón, que es el arsenal, están las lanzas y las clavas. Eva retuerce las hebras de lana de una cabra. Al grato calor, sobre una capa de hojas, duerme Abel, muy gordo, todo desnudo, pero ya con pelo más escaso en las carnes más blancas. Compartiendo las hojas y el mismo calor, vigila el perro, ya crecido, con la mirada amable y el hocico entre las patas. Y Adán (¡oh la extraña tarea!), muy absorto, intenta grabar con la punta de una piedra, sobre un ancho hueso, ¡las astas, el lomo, las patas tensas de un ciervo corriendo!... La leña chisporrotea. Todas las estrellas del cielo están presentes. Dios, pensativo, contempla el crecimiento de la Humanidad.

*

Y ahora que he encendido, en la noche estrellada del Paraíso, con ramas bien secas del árbol de la ciencia, este verídico hogar, permitid que os deje, ¡oh Padres venerables!

Ya no temo que la Tierra inestable os aplaste; o que las fieras superiores os devoren; o que, apagada, a la manera de una lámpara imperfecta, la energía que os aporté de la floresta, volváis a vuestro árbol. Sois ya irremediablemente humanos y cada mañana progresaréis, con tan poderoso impulso, hacia la perfección del cuerpo y el esplendor de la razón, que, en breve, dentro de unos centenares de miles de breves años, ¡Eva será la hermosa Helena y Adán el inmenso Aristóteles!

Pero no sé si felicitaros, ¡oh Padres venerables! Otros hermanos vuestros quedaron en la espesura de los árboles, y su vida es dulce.

Todas las mañanas, el orangután despierta entre sus sábanas de hojas de helecho sobre el blando colchón de musgo que él extendió, cuidadosamente, sobre un lecho de ramas olorosas. Lánguidamente, sin inquietudes, se empereza en la molicie de los musgos, *escuchando las finas arias de los pájaros, gozando de los rayos del sol que se adentran entre el encaje de las hojas, y lamen en el vello de sus brazos el rocío dulzón.* Después de rascarse y de restregarse bien, sube con calma al árbol predilecto, que eligió en todo el bosque por su frescura y por la elasticidad balanceadora de su ramaje. Desde allí, después de respirar las brisas cargadas de aromas, salta, con ágiles brincos, entre las siempre fáciles y siempre abundantes despensas del bosque, donde come el plátano, la manga, la guayaba, todos los finos frutos que le hacen ser tan sano e inmune a las enfermedades como los árboles donde los cogió. Recorre entonces, muy sociable, las calles y callejas parlanchinas de la espesura; hace cabriolas con diestros amigos, en juegos gratos de fuerza y ligereza; galantea a las orangutanas gentiles, que le espulgan, y, colgadas con él, de un florido bejuco, se columpian charlando; trota, entre alegres grupos, a la orilla de las aguas claras; o, sentado en la punta de una rama, escucha algún viejo y fecundo chimpancé, contando divertidas historias de caza, de viajes, de amores y de mofas a las fieras pesadas que se mueven por la hierba y no pueden trepar. Vuelve pronto a su árbol, y, tumbado en la hojosa hamaca, se abandona blandamente a la delicia de soñar un sueño despierto, semejante a nuestras metafísicas y a nuestras epopeyas, aunque versando todo él sobre sensaciones reales, es, al contrario de nuestros inciertos sueños, un sueño hecho todo de certeza. Finalmente, la selva enmudece lentamente, la sombra se desliza entre los troncos, y el orangután, dichoso, baja a su cama de pinos y musgos y se adormece en la inmensa paz de Dios, de Dios, a quien él no se ha cansado nunca en comentar,

ni siquiera en negar, y que, sin embargo, derrama sobre él, con afecto imparcial, los bienes enteros de su misericordia.

Así ocupó su día el orangután, en los árboles. Y entre tanto, ¿cómo gastó su día en las ciudades el hombre, primo del orangután? ¡Sufriendo, por arrastrar consigo, irredimiblemente, ese mal incurable que es su alma! Sufriendo, porque nuestro Padre Adán, en el terrible día 28 de octubre, después de escudriñar y husmear el Paraíso, no se atrevió a declarar respetuosamente al Señor: «Agradecido, ¡oh mi dulce Creador! ¡Entrega el gobierno de la Tierra a quien mejor escojas, al elefante, al canguro, que yo, por mi parte, más cauto, vuelvo ya hacia mi árbol!...»

Pero, en fin, ya que nuestro venerable Padre no tuvo la previsión o la abnegación de declinar la gran supremacía, sigamos reinando sobre la Creación y siendo sublimes... Continuemos, sobre todo, utilizando, insaciablemente, del mejor don que Dios nos concedió entre todos los dones, el más puro, el único genuinamente grande, el don de amarle, puesto que no nos concedió también el don de comprenderle. Y no olvidemos que El nos enseñó ya, con voces proféticas en Galilea, bajo los mangles de Veluvana y en los severos valles de Yen-Chu, que la mejor manera de amarle es que nos amemos los unos a los otros, y que amemos su obra toda, incluso el gusano, y la dura roca, y la raíz venenosa, y hasta esos inmensos seres que no parecen necesitar nuestro amor, esos soles, esos mundos, esas esparcidas nebulosas, que, encerradas al principio, cómo nosotros, en la mano de Dios, y hechas de nuestra sustancia, no nos aman, seguramente, ni tal vez nos conocen.

LA NODRIZA

Erase una vez un rey, joven y valiente, señor de un reino abundante en ciudades y campos de labor, que partió a pelear a tierras lejanas, dejando sola y triste a su reina y a un hijito, que vivía aún en su cuna, envuelto en pañales.

La luna llena que le vió marchar, llevado por su sueño de conquista y de fama, empezaba a menguar, cuando uno de sus caballeros apareció, con las armas rotas, ennegrecido de la sangre seca y del polvo de los caminos, trayendo la amarga nueva de una batalla perdida y de la muerte del rey, atravesado por siete lanzas, entre la flor de su nobleza, a orillas de un gran río.

La reina lloró magníficamente al rey. Lloró también desoladamente al esposo, que era apuesto y alegre. Pero, sobre todo, lloró ansiosamente al padre que así dejaba al hijito desamparado, en medio de tantos enemigos de su frágil vida y de aquel reino que sería el suyo, sin un brazo que le defendiese, fuerte por la fuerza y fuerte por el amor.

De aquellos enemigos, el más terrible era su tío, hermano bastardo del rey, hombre depravado y feroz, consumido de codicias groseras, ansiando sólo la realeza a causa de sus tesoros, y que hacía años vivía en un castillo sobre la cumbre de los montes, con una horda de rebeldes, a la manera de un lobo que, acechando en su trampa, espera la presa.

¡Ay! ¡La presa era ahora aquella criatura, rey lactante, señor de tantas provincias, y que dormía en su cuna con su sonajero de oro apretado en la mano!

A su lado, otro niño dormía en otra cuna. Pero éste era un esclavito, hijo de la bella y robusta esclava que amamantaba al príncipe. Ambos habían nacido en la misma noche de verano. El mismo seno los criaba. Cuando la reina, antes de dormirse, venía a besar al principito, que tenía el cabello rubio y fino, besaba también, por amor hacia él, al esclavito, que tenía el pelo negro y crespo. Los ojos de ambos relucían como piedras preciosas. Sólo que la cuna del uno era magnífica y de marfil, entre brocados, y la cuna del otro, pobre y de mimbre. La leal esclava, sin embargo, rodeaba a los dos de igual cariño, porque si el uno era su hijo, el otro sería su rey.

Nacida en aquel palacio real, sentía ella la pasión, la religión de sus señores. No corrió ningún llanto más sentidamente que el suyo por el rey muerto a la orilla del gran río. Pertenecía, no obstante, a una raza que cree que la vida terrenal continúa en el cielo. El rey, su amor, seguramente estaría ya ahora reinando en otro reino, más allá de las nubes, abundante también en campos de labor y ciudades. Su caballo de batalla, sus armas, sus pajes habrían ascendido con él a las alturas. Sus vasallos que fueran muriendo, irían prontamente a aquel reino celeste y volverían a rendirle vasallaje. Y ella, un día, a su vez, remontaría en un rayo de luz a habitar en el palacio de su señor y a encender de nuevo la cazoleta de sus perfumes; sucedería en el cielo como en la tierra, y ella sería feliz en su servidumbre.

¡Aunque también ella temblaba por su principito! ¡Cuántas veces, teniéndole colgado al pecho, pensaba en su fragilidad, en su larga infancia, en los años que transcurrirían antes que él fuese al menos del tamaño de una espada, y en aquel tío cruel, de rostro más negro que la noche y corazón más negro que el rostro, hambriento del trono y acechando desde la cima de su peña, entre los alfanjes de su horda! ¡Pobre principito de su alma! Con una ternura mayor le apretaba entonces entre los brazos. Pero si su hijo gorjeaba al lado, hacia él iban sus brazos con un ardor más feliz. Este, en su indigencia, nada tenía que temer de la vida. Desgracias, embates de la mala suerte, nunca le podrían dejar más desnudo de glorias y bienes mundanales de lo que estaba ya, allí en su cuna, bajo el pedazo de lino blanco que guardaba su desnudez. La existencia, en verdad, era para él más preciosa y digna de ser conservada que la de su príncipe, porque ninguno de los duros cuidados con que aquélla ennegrece el alma de los señores rozaría siquiera su alma libre y sencilla de esclavo. Y, como si le amase más por aquella humildad dichosa, cubría su rollizo cuerpecillo de besos pesados y devoradores, aquellos besos que ella hacía ligeros sobre las manos de su príncipe.

Entre tanto, un gran temor llenaba el palacio, donde ahora reinaba una mujer entre mujeres. El bastardo, el hombre de rapiña, que vagaba por la cima de las sierras, había bajado al llano con su horda, y ya, entre los caseríos y aldeas, iba dejando un rastro de matanza y de ruinas. Las puertas de la ciudad habían sido aseguradas con cadenas más fuertes. En las atalayas ardían fuegos más altos. Pero le faltaba disciplina viril a la defensa. Una rueca no gobierna como una espada. Toda la nobleza fiel había perecido en la gran batalla. Y la reina desventurada sólo sabía correr a cada instante a la

cuna de su hijito y llorar sobre él su debilidad de viuda. Sólo la nodriza leal parecía segura, como si los brazos con que estrechaba a su príncipe fuesen murallas de una ciudadela que ninguna audacia puede transponer.

Ahora bien: una noche de silencio y oscuridad, cuando iba ella a dormirse, ya vestida, en su catre, entre sus dos niños, adivinó más que oyó un breve rumor de hierro y de pelea lejos, a la entrada de los jardines reales. Envuelta de prisa en un manto, echándose los cabellos hacia atrás, escuchó ansiosamente. Por la tierra arenosa, entre los jazmines, corrían pasos pesados y rudos. Después, hubo un gemido, y un cuerpo cayó blandamente sobre las losas, como un fardo. Apartó violentamente la cortina. Y allá, al fondo de la galería, divisó unos hombres, un resplandor de linternas, un rebrillar de armas... En un relámpago lo comprendió todo: ¡el palacio, sorprendido, el cruel bastardo viniendo a robar, a matar a su príncipe! Entonces, rápidamente, sin una vacilación ni una duda, sacó al príncipe de su cuna de marfil, lo dejó en la humilde cuna de mimbre, y, quitando a su hijo de la cuna servil, entre besos desesperados, lo acostó en la cuna real, que cubrió con un brocado.

Bruscamente, un hombre enorme, de cara encendida, con una capa negra sobre la cota de malla, surgió en la puerta de la estancia, entre otros, que levantaban linternas. Miró, corrió a la cuna de marfil donde los brocados resplandecían, arrebató el niño como si cogiese una bolsa de oro y, ahogando sus gritos en la capa, salió furiosamente.

El príncipe dormía en su nueva cuna. El ama quedóse inmóvil en el silencio y la oscuridad.

Pero unos gritos de alarma atronaron de repente el palacio. Por las ventanas pasó el largo llamear de las antorchas. Los patios resonaban con el choque de las armas. ¡Y desgreñada, casi desnuda, la reina invadió la estancia, entre las ayas, clamando por su hijo! Al ver la cuna de marfil, con las ropas revueltas, vacía, se desplomó sobre las losas, deshecha en llanto. Entonces, calladamente, muy pálida, el ama descubrió la humilde cuna de mimbre... Allí estaba el príncipe tranquilo, dormido en un sueño que le hacía sonreír, e iluminaba su cara entre los cabellos de oro. La madre cayó sobre la cuna, con un suspiro, como cae un cuerpo muerto.

Y en aquel instante un nuevo clamor corrió por la galería de mármol. Era el capitán de la guardia y su gente fiel. En sus clamores había, sin embargo, más tristeza que triunfo. ¡El bastardo había muerto! Cogido, al huir, entre el palacio y la ciudad, aplastado por la poderosa legión de arqueros, sucumbió y con él veinte de su horda. Su cuerpo quedó allí, con flechas en el costado, en un charco de sangre. Pero ¡ay! ¡Dolor sin nombre! El tierno cuerpecillo del príncipe también quedó allí, envuelto en una capa, ya frío, ¡amoratado aún de las manos feroces que le habían estrangulado! Así, tumultuosamente, lanzaban la noticia cruel los hombres de armas, cuando la reina, deslumbrada, con lágrimas entre risas, alzó en sus brazos, para enseñarlo, al príncipe, que había despertado.

Fué un asombro, una aclamación. ¿Quién le había salvado? ¿Quién?... ¡Allí estaba, junto a la cuna de marfil vacía, muda y yerta, aquella que le había salvado! Ella fué la que, para conservar la vida a su príncipe, mandó a la muerte a su hijo... Entonces, sólo entonces, la madre dichosa, saliendo de su alegría extática, abrazó apasionadamente a la madre dolorosa, y la besó, llamándola

hermana de su corazón... Y de entre aquella multitud que se apretaba en la galería se elevó una nueva y ardiente aclamación, con súplicas de que fuese recompensada magníficamente la sierva admirable que había salvado al rey y al reino.

Pero ¿cómo? ¿Qué bolsas de oro pueden pagar un hijo? Entonces, un anciano de noble alcurnia propuso que fuese llevada al tesoro real y escogiese entre aquellas riquezas, que eran como las mayores de los mayores tesoros de la India, todas las que su deseo apeteciera...

La reina cogió a la sierva de la mano. Y sin que su cara de mármol perdiese la rigidez, con un paso de muerta, como en un sueño, fué ella así conducida hacia la cámara de los tesoros. Caballeros, ayas, hombres de armas, las seguían, con un respeto tan conmovido que sólo se oía el roce de las sandalias en las losas. Las gruesas puertas del tesoro real giraron lentamente. Y cuando un siervo abrió las ventanas, la luz del alba, ya clara y rosada, entrando por las verjas de hierro, ¡encendió un maravilloso y centelleante incendio de oro y pedrerías! Desde el suelo de roca hasta las sombrías bóvedas, por toda la cámara relucían, centelleaban, refulgían los escudos de oro, las armas taraceadas, los montones de diamantes, las pilas de monedas, las largas sartas de perlas, todas las riquezas de aquel reino, acumuladas por cien reyes durante veinte siglos. Un largo *¡ah!*, lento y maravillado, pasó sobre la turba, que enmudeció. Luego hubo un silencio ansioso. Y en medio de la cámara, envuelta en la preciosa refulgencia, la nodriza no se movía... Sólo sus ojos, brillantes y secos, se habían alzado hacia aquel cielo que, al otro lado de las rejas, se teñía de rosa y de oro. Era allí, en aquel cielo fresco de la madrugada, donde estaba ahora el niño. ¡Estaba allí, y ya el sol se levantaba, y era tarde, y su niño lloraría seguramente, buscando el pecho!... Y entonces, la nodriza sonrió y tendió la mano. Todos seguían, sin respirar, aquel lento ademán de su mano abierta. ¿Qué joya maravillosa, qué hilo de diamantes, que puñado de rubíes iba ella a escoger?

El ama tendía la mano, y sobre un escabel, a su lado, entre un montón de armas, asió un puñal. Era un puñal de un viejo rey, todo incrustado en esmeraldas, y que valía una provincia.

Agarró el puñal, y, apretándolo fuertemente en la mano, señalando hacia el cielo, donde subían los primeros rayos de sol, se encaró con la reina y con la multitud, y gritó:

—¡Salvé a mi príncipe, y ahora voy a dar de mamar a mi hijo!

Y se clavó el puñal en el corazón.

EL DIFUNTO

I

En el año 1474, que fué para toda la Cristiandad tan abundante en mercedes divinas, reinando en Castilla el rey Enrique IV, vino a habitar en la ciudad de Segovia, donde había heredado rentas y una huerta, un joven caballero, de muy limpio linaje y gentil presencia, que se llamaba don Ruy de Cárdenas.

Aquella casa que le había legado su tío, arcediano y doctor en cánones, estaba situada al lado y en la sombra

silenciosa de la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, y enfrente, al otro lado del atrio, donde cantaban los tres caños de una antigua fuente, se alzaba el oscuro y enrejado palacio de don Alonso de Lara, hidalgo de grandes riquezas y maneras sombrías, que ya en la madurez de su edad, todo encanecido, se había casado con una joven afamada en Castilla por su blancura, cabellos color de sol claro y cuello de garza real. Don Ruy había tenido precisamente de madrina en su nacimiento a Nuestra Señora del Pilar, de quien siempre fué devoto y fiel servidor; aunque, por ser de sangre brava y alegre, amaba las armas, la caza, los bailes galantes, e incluso, a veces, una noche ruidosa de taberna con dados y picheles de vino. Por devoción y por las facilidades de aquella santa vecindad, adquirió él la piadosa costumbre, desde su llegada a Segovia, de visitar todas las mañanas, a la hora prima, a su divina madrina, y de pedirle, con tres Avemarías, la bendición y la gracia.

Al oscurecer, incluso después de alguna larga correría por campos y montes con lebreles o halcón, regresaba aún con tiempo, en la salutación de Vísperas, para musitar dulcemente una Salve.

Y todos los domingos compraba en el atrio, a una ramilletera morisca, algún ramo de junquillos o de claveles, o de rosas sencillas, que esparcía, con ternura y galante cuidado, ante el altar de la Señora.

A aquella venerable iglesia del Pilar iba también todos los domingos doña Leonor, la tan afamada y bella esposa del señor de Lara, acompañada de un aya ceñuda, de ojos más abiertos y duros que los de una lechuza, y por dos robustos lacayos que la escoltaban y guardaban, como torres. Tan celoso era don Alfonso, que sólo por habérselo ordenado su confesor y por miedo a ofender a Nuestra Señora, su vecina, permitía él aquella visita fugaz, cuyos pasos y tardanza se quedaba vigilando ansiosamente entre las rejas de una celosía. Todos los lentos días de la semana los pasaba doña Leonor en la clausura del enrejado caserón de granito negro, sin tener para entretenerse y respirar, incluso en las calmas del estío, más que el fondo de un jardín verdinegro, cercado por tan altos muros que sólo se divisaba, sobresaliendo de ellos, aquí y allá, alguna punta de triste ciprés. Pero aquella corta visita a Nuestra Señora del Pilar bastó para que don Ruy se enamorase de ella locamente, la mañana de mayo en que la vió, de rodillas ante el altar, en un rayo de sol, aureolada por sus cabellos de oro, con las largas pestañas inclinadas sobre el libro de Horas, el rosario cayendo entre los finos dedos, esbelta toda ella, tersa y blanca, de una blancura de lirio abierto en la sombra, más blanca aún entre los encajes negros y los negros rasos que se plegaban alrededor de su cuerpo, lleno de gracia, en duros pliegues sobre las losas de la capilla, vetustas losas sepulcrales. Cuando después de un momento de arrobo y de delicioso pasmo se arrodilló, fué menos ante la Virgen del Pilar, su divina madrina, que ante aquella aparición mortal, cuyo nombre y cuya vida no sabía, y sí tan sólo que por ella daría vida y nombre, si ella se rindiese por tan incierto precio. Balbuciendo, con un rezo ingrato, las tres Avemarías con que cada mañana saludaba a María, cogió su sombrero, bajó lentamente por la nave sonora y se quedó en el pórtico, esperándola, entre los mendigos leprosos que se despiojaban al sol. Pero cuando al cabo de un rato, durante el cual don Ruy sintió en el corazón un desusado latir de ansiedad y temor, doña Leonor pasó y se detuvo, mojando los dedos en la pila

de mármol de agua bendita, sus ojos bajo el velo echado, no se alzaron hacia él, tímidos o indiferentes. Con el aya de ojos muy abiertos pegada a los vestidos, entre los dos lacayos como entre dos torres, cruzó despaciosamente el atrio, piedra tras piedra, gozando sin duda, como una encarcelada, del aire puro y del libre sol que lo inundaban. Y fué un asombro para don Ruy cuando ella penetró en la sombría arcada, de gruesos pilares, sobre los cuales se asentaba el palacio, y desapareció por una estrecha puerta recubierta de herrajes. Era, pues, aquélla la tan famosa doña Leonor, la bella y noble señora de Lara...

Entonces comenzaron siete largos días, que él se pasó sentado en un poyo de su ventana, contemplando aquella negra puerta recubierta de herrajes, como si fuera la del Paraíso y por ella debiese salir un ángel para anunciarle la bienaventuranza. Hasta que llegó el descansado domingo, y, atravesando el atrio, a la hora de prima, al repicar de las campanas, con un manojo de claveles amarillos para su celestial Madrina, se cruzó él con doña Leonor, que salía de entre los pilares de la oscura arcada, blanca, dulce y pensativa, como una luna de entre nubes. Los claveles casi se le cayeron con aquel feliz alborozo en que su pecho palpitó más que un mar y su alma entera se le escapó tumultuosamente a través de la mirada con que la devoró. Y ella alzó también los ojos hacia don Ruy, pero unos ojos tranquilos, serenos, en los que no había curiosidad, ni siquiera conciencia de estarse cruzando con otros, tan encendidos y sombríos por el deseo. El joven caballero no entró en la iglesia, con el piadoso temor de no prestar a su celestial Madrina la atención que, con seguridad, le robaría por entero aquella que era sólo humana, pero dueña ya de su corazón y en él divinizada.

Esperó ansiosamente a la puerta, entre los mendigos, secando los claveles con el ardor de sus manos trémulas, pensando en lo largo que era el rosario que ella rezaba. Y cuando doña Leonor avanzó por la nave sintió él ya el dulce crujir de las duras sedas que arrastraba por las losas. La blanca señora pasó, dejando caer sobre él la misma distraída mirada indiferente y tranquila que esparció sobre los mendigos del atrio, ya fuera porque no comprendiese a aquel joven que de repente se ponía tan pálido o porque no le diferenciaba aún de las cosas y de las formas indiferentes.

Don Ruy se marchó a toda prisa, con un hondo suspiro; y ya en su cuarto, colocó devotamente ante la imagen de la Virgen las flores que no había ofrecido en la iglesia a su altar. Toda su vida se convirtió entonces en una larga queja al sentir tan fría e inhumana a aquella mujer, única entre las mujeres, que se había apoderado de su corazón ligero y errante, tornándole serio. Con una esperanza, en la que presentía claramente el desengaño, comenzó a rondar los altos muros del jardín, o embozado en una capa, recostado el hombro en una esquina, permanecía largas horas contemplando las rejas de las celosías, negras y gruesas como las de una cárcel. Los muros no se hendían; de las verjas no salía siquiera un rastro de luz prometedora. Todo el caserón era como una tumba donde yacía un alma insensible, y, detrás de las frías piedras, había también un frío pecho. Para desahogarse, compuso, con piadoso esmero, en noches de vela, sobre el pergamino, trovas gimientes, que no le aliviaban. Ante el altar de Nuestra Señora del Pilar, sobre las mismas losas donde la vió arrodillada, posaba

él sus rodillas, y permanecía, sin palabras de rezo, en una agridulce meditación, esperando que su corazón se serenase y se consolase, bajo la influencia de Aquella que todo lo consuela y serena. Pero siempre se levantaba más desdichado, teniendo sólo la sensación de cuán frías y duras eran las piedras sobre las cuales se arrodillaba. El mundo entero le parecía contener únicamente rigidez y frialdad.

Otras claras mañanas de domingo encontró a doña Leonor, y siempre los ojos de ella permanecían indiferentes y como absortos, o cuando se cruzaban con los suyos era tan sencillamente, estaban tan desprovistos de toda emoción, que don Ruy los habría preferido ofendidos y chispeantes de ira, o soberbiamente desviados, con altivo desdén. Seguramente, doña Leonor ya le conocía; pero como conocía también a la ramilletera morisca, agachada ante su cesto a la orilla de la fuente, o a los mendigos que se despiojaban al sol ante el pórtico de Nuestra Señora. Don Ruy ni siquiera podía pensar ya que fuera inhumana y fría. Era sólo soberanamente distante, como una estrella que gira y refulge en las alturas, sin saber que abajo, en un mundo que ella no divisaba, unos ojos que no sospechaba la contemplaban, la adoraban y le entregaban el gobierno de su ventura y de su suerte.

Entonces don Ruy pensó:

—Ella no quiere y yo no puedo; fué un sueño que terminó; ¡que Nuestra Señora nos tenga a los dos en su gracia!

Y como era un caballero muy discreto, desde que la supo así inquebrantable en su indiferencia, no la buscó, ni siquiera alzó los ojos hacia las rejas de sus ventanas, e incluso no penetró ya en la iglesia de Nuestra Señora cuando, casualmente, desde el pórtico, la veía arrodillada, con su cabeza tan llena de gracia y de oro inclinada sobre su libro de Horas.

II

La vieja aya, de ojos más abiertos y duros que los de una lechuza, no tardó en contar al señor de Lara que un mozo audaz, de gentil apostura, nuevo morador de las viejas casas del arcediano, se cruzaba con ellas constantemente en el atrio, se apostaba ante la iglesia para lanzar el corazón por los ojos a su señora doña Leonor. Bien amargamente lo sabía ya el celoso hidalgo, porque cuando desde su ventana espiaba, como un halcón, a la airosa señora, había observado las vueltas, las esperas, las miradas penetrantes de aquel mozo galante, y se había tirado de las barbas con furor. Desde entonces, en verdad, su más ardiente ocupación era odiar a don Ruy, el impudente sobrino del canónigo, que se atrevía a mostrar su bajo deseo ante la alta señora de Lara. Teníale ahora constantemente vigilado por un criado, y conocía todos sus pasos y actividades, los amigos con quienes cazaba o se holgaba y hasta quién le cortaba los jubones y quién le bruñía la espada, y cada hora de su vida. Con mayor ansiedad aún vigilaba a doña Leonor, y cada uno de sus movimientos, sus más leves actos, sus silencios y conversaciones con las ayas, las distracciones sobre el bordado, las meditaciones bajo los árboles del jardín, y el aire y el color con que regresaba de la iglesia... Pero doña Leonor se mostraba tan inalterablemente serena en el sosiego de su corazón, que ni el celoso más imaginador de culpas hubiera podido hallar manchas en aquella pura nieve. Con redoblada aspereza se volvía entonces el rencor de don Alonso contra el sobrino del canónigo, por haber apetecido aquella pureza, aquellos cabellos color de sol claro y aquel cuello de garza real, que eran sólo suyos, para espléndido goce de su vida. Y cuando paseaba por la sombrosa galería del caserón, sonora y toda abovedada, envuelto en su jubón bordeado de pieles, con la punta de la barba canosa tiesa hacia adelante, la melena crespa erizada hacia atrás y los puños cerrados, removía siempre la misma hiel:

—Atentó contra la virtud de ella, atentó contra mi honor... ¡Está culpado de dos culpas y merece dos muertes!

Pero a su furia se mezcló el terror cuando supo que don Ruy ya no esperaba en el atrio a doña Leonor, ni rondaba amorosamente los muros del palacete, ni entraba en la iglesia cuando rezaba ella allí los domingos; y que se apartaba tan por completo de ella, que una mañana, estando junto a la arcada, y oyendo claramente rechinar y abrirse la puerta por donde la señora iba a aparecer, permaneció vuelto de espaldas, sin moverse, riendo con un caballero obeso que le leía un pergamino. Tan bien afectada indiferencia sólo servía con seguridad (pensó don Alonso) para encubrir alguna condenada intención. ¿Que tramaba el diestro engañador? Todo, en el desabrido hidalgo, se exacerbó—celos, rencor, vigilancia, dolor de su edad encanecida y fea—. En la tranquilidad de doña Leonor sospechó astucia y fingimiento, e inmediatamente la prohibió las visitas a Nuestra Señora del Pilar.

En las mañanas acostumbradas, corría él a la iglesia para rezar el rosario, a llevar las disculpas de doña Leonor: *«Que no puede venir* —murmuraba, inclinado—*¡por lo que sabes, Virgen purísima!»* (1). Con todo cuidado examinó y reforzó los negros cerrojos de las puertas de su caserón.

De noche soltaba dos mastines en las sombras del jardín tapiado.

A la cabecera del amplio lecho, junto a la mesa donde estaba el velón, un relicario y la copa de vino caliente con canela y clavo para recobrar fuerzas, brillaba siempre una espada desnuda. Pero, a pesar de tantas seguridades, apenas dormía, y a cada instante se incorporaba sobresaltado sobre las mullidas almohadas, asiendo a doña Leonor con mano brutal y ansiosa que le aplastaba el cuello, para rugir muy bajo, con ansia: «¡Di que me quieres sólo a mí!...» Después, con el alba, allí se encaramaba, acechando, como un halcón, las ventanas de don Ruy. Jamás le divisaba ahora, ni a la puerta de la iglesia en las horas de misa, ni volviendo del campo, a caballo, al toque del Avemaría.

Y al notarle así, alejado de los sitios acostumbrados, fué cuando más le sospechó dentro del corazón de doña Leonor.

Finalmente, una noche, después de mucho pasear por las losas de la galería, removiendo sordamente odios y recelos, llamó a su intendente y ordenó que preparasen ropas y cabalgaduras. ¡Temprano, de madrugada, partiría con doña Leonor hacia su heredad de Cabril, a dos leguas de Segovia! La partida no fué de madrugada, como la fuga de un avaro que va esconder lejos su tesoro, sino que se efectuó con aparato y calma, permaneciendo la litera ante la arcada, esperando largas horas, con las cortinillas abiertas, mientras un caballerizo paseaba por el atrio la mula blanca del higalgo, enjaezada a la morisca, y por el lado del jardín la recua de machos cargados de baúles, sujetos a las argollas, bajo el sol y las moscas, atronaban la calleja

(1) En español en el original.

con el tintineo de los cascabeles. Así, don Ruy supo el viaje del señor de Lara, y así lo supo toda la ciudad.

Fué una gran alegría para doña Leonor, a quien le agradaban Cabril, sus exuberantes huertos, sus jardines, a los que daban, libres y sin rejas, las ventanas de sus aposentos claros. Allí, al menos, tenía amplio aire, pleno sol, y arriates que regar, una pajarera, y tan largas calles de laureles y tejos, que eran casi la libertad. Y, además, esperaba que en el campo se calmasen aquellas preocupaciones que tenían, en los últimos tiempos, tan ceñudo y taciturno a su esposo y señor. Pero no logró aquella esperanza, porque al cabo de una semana no se había despejado todavía la cara de don Alfonso, ni había, ciertamente, frescor de arboledas, susurros de aguas corrientes, o aromas esparcidos en los rosales en flor, que calmasen agitación tan amarga y honda. Como en Segovia, en la galería sonora de gran bóveda, paseaba él sin descanso, envuelto en su jubón, con la punta de la barba atiesada hacia adelante, la melena áspera erizada hacia atrás y un gesto que le hacía entreabrir silenciosamente la boca, como si meditase maldades cuyo acre sabor gozaba de antemano. Y todo el interés de su vida se reconcentraba en un criado, que galopaba constantemente entre Segovia y Cabril, y a quien a veces esperaba a la entrada de la aldea, junto al Crucero, quedándose escuchando al hombre que se apeaba, jadeante, y le comunicaba después noticias apresuradas.

Una noche en que doña Leonor, en su cuarto, rezaba el rosario con las ayas, a la luz de un cirio, el señor de Lara entró muy despacio, llevando en la mano una hoja de pergamino y una pluma metida en su tintero de hueso. Con rudo ademán despidió a las dueñas, que le temían como a un lobo. Y, empujando un escabel junto a la mesa, y volviendo hacia doña Leonor el rostro, al que impuso tranquilidad y agrado, como si sólo viniera por cosas naturales y fáciles:

—Señora—dijo—, quiero que me escribáis aquí una carta que es muy conveniente escribir...

Tan habitual era en ella la sumisión, que, sin otro reparo o curiosidad, yendo sólo a colgar de la barra del lecho el rosario con que rezaba, se acomodó en el escabel, y sus dedos finos, con mucha aplicación, para que la letra fuera clara y esmerada, trazaron la primera línea breve que el señor de Lara le dictó, y que era: «Mi buen caballero...» Pero cuando él dictó la siguiente, más larga y de un modo amargo, doña Leonor arrojó la pluma como si le abrasase, y, apartándose de la mesa, gritó con afición:

—Señor, ¿para qué conviene que escriba yo tales cosas y tan falsas?...

Con brusco furor, el señor de Lara sacó del cinto un puñal y lo agitó junto a la cara de ella, rugiendo sordamente:

—¡O escribís lo que os mando y que a mí me conviene, o por Dios que os traspaso el corazón!...

Más blanca que la cera del cirio, estremecida su carne ante aquella hoja que rebrillaba, con un terror supremo y que todo lo aceptaba, doña Leonor murmuró:

—¡Por la Virgen María, no me hagáis mal!... Ni os irritéis, señor, que yo vivo para obedeceros y serviros... Ahora, mandad, que yo escribiré.

Entonces, con los puños cerrados sobre el borde de la mesa, donde había dejado el puñal, aplastando a la frágil y desdichada mujer bajo la dura mirada que asesinaba, el señor de Lara dictó, lanzó roncamente, a trozos, a sacudidas, una carta que decía, una vez concluída y trazada con letra muy insegura y trémula: «Mi buen caballero: Muy mal habéis comprendido, o muy mal pagáis el amor que os tengo, y que no os pude nunca, en Segovia, demostrar claramente. Aquí estoy ahora en Cabril, ardiendo por veros; y si vuestro deseo corresponde al mío, bien fácilmente lo podéis realizar, pues mi esposo se halla ausente en otra heredad, y esta de Cabril es toda fácil y abierta. Venid esta noche, entrad por la puerta del jardín, del lado del sendero, pasando el estanque, hasta la terraza. Allí veréis una escala apoyada en una ventana de la casa, que es la de mi aposento, donde seréis dulcemente acogido por quien ansiosamente os espera...»

—¡Ahora, señora, firmad debajo con vuestro nombre, que eso, sobre todo, conviene!

Doña Leonor trazó despaciosamente su nombre, tan sofocada como si la desnudasen delante de una multitud.

—Y ahora—ordenó el esposo, más sordamente, a través de los dientes cerrados—, ¡dirigidla a don Ruy de Cárdenas!

Ella se atrevió a alzar los ojos, con la sorpresa de aquel nombre desconocido.

—¡Vamos!... ¡A don Ruy de Cárdenas!—gritó el hombre sombrío.

Y ella dirigió su deshonesta misiva a don Ruy de Cárdenas.

Don Alonso metió el pergamino en el cinto, junto al puñal, que había envainado, y salió en silencio, con la barba tiesa, apagando el ruido de sus pasos en las losas del corredor.

Ella se quedó en el escabel, con las manos laxas y caídas en el regazo, en un infinito espanto, y la mirada perdida en la oscuridad de la noche silenciosa. ¡Menos oscura le parecía la muerte que aquella sombría aventura en que se sentía envuelta y arrastrada! ¿Quién era aquel doy Ruy de Cárdenas, de quien nunca oyó hablar, que jamás pasó por su vida, tan quieta, tan poco poblada de recuerdos y de hombres? Y él con seguridad la conocía, la había visto y seguido, al menos con los ojos, puesto que era cosa natural y adecuada que recibiese de ella una carta tan apasionada y prometedora...

¿Así, pues, un hombre, y joven, seguramente bien nacido, tal vez apuesto, penetraba bruscamente en su destino, llevado por la mano de su esposo? E incluso aquel hombre se adentraba tan íntimamente en su vida, sin que ella lo notase, que ya para él ¡se abría de noche la puerta del jardín, y, apoyada en su ventana, para que él subiese, ponían una escala!... Y era su esposo el que, con mucho secreto, abría la puerta y quien, con mucho secreto también, arrimaba la escala... ¿Para qué?

Entonces, en un relámpago, doña Leonor comprendió la verdad, la afrentosa verdad, que le arrancó un grito ansioso y mal sofocado. ¡Era una celada! El señor de Lara atraía a Cabril a aquel doy Ruy con una promesa magnífica, ¡para apoderarse de él y matarle seguramente, indefenso y solitario! Y ella, su amor, su cuerpo, eran las promesas que hacían rebrillar ante los ojos seducidos del joven desventurado. ¡De modo que su esposo utilizaba su belleza, su lecho, como la red de oro en que había de caer aquella presa alocada! ¿Dónde habría mayor ofensa? ¡Pero también, cuánta imprudencia! Bien podría aquel don Ruy de Cárdenas desconfiar, no acceder a la invitación tan claramente amorosa, ¡y después enseñar por todo Segovia, riendo y triunfador, aquella carta en que le ofrecía su lecho y su cuerpo la esposa de Alonso de Lara! ¡Pero no! El desventurado correría a Cabril, ¡para morir, miserablemen-

te, en el negro silencio de la noche, sin sacerdote ni sacramentos, con el alma encenagada en un pecado de amor! Para morir, con seguridad, porque nunca el señor de Lara permitiría que viniese el hombre que recibiera tal carta. Así, aquel joven iba a morir por amor a ella, ¡por un amor que, sin proporcionarle un goce, le valía en seguida la muerte! Seguramente por amor a ella, puesto que aquel odio del señor de Lara, odio que con tanta deslealtad y villanía se nutría, sólo podía nacer de los celos, que le oscurecían por entero su deber de caballero y de cristiano. Sin duda él habría sorprendido miradas, pasos, intenciones de aquel señor don Ruy, poco cauto y muy enamorado.

Pero ¿cómo?, ¿cuándo? Confusamente recordó ella un joven que un domingo se cruzó con ella en el atrio y la esperó en el pórtico de la iglesia con un manojo de claveles en la mano... ¿Sería aquél? Era de noble apostura, muy pálido, con unos grandes ojos, negros y ardientes. Ella pasó, indiferente... Los claveles que sostenía en la mano eran rojos y amarillos... ¿A quién los llevaba? ¡Ah, si pudiera avisarle, muy temprano, de madrugada!

¿Cómo, si no había en Cabril criado o aya de quien pudiera fiarse? ¡Pero dejar que una brutal espada atravesase traicioneramente aquel corazón que estaba lleno de ella, palpitando por ella, con toda su esperanza puesta en ella!...

¡Oh la desabrida y ardiente correría de don Ruy, desde Segovia a Cabril, con la promesa del encantador jardín abierto, de la escala colocada contra la ventana, bajo el silencio y la protección de la noche! ¿Mandaría realmente el señor de Lara apoyar una escala en la ventana? Seguramente, para poder con más facilidad matar al pobre, al tierno e inocente joven, cuando él subiese, inseguro sobre un frágil peldaño, ocupadas sus manos con la espada durmiendo en la vaina... ¡Y así, a la noche siguiente, frente a su lecho, su ventana estaría abierta y una escala apoyada contra su ventana en espera de un hombre! Emboscado en la sombra del aposento, su esposo mataría seguramente a aquel hombre...

Pero ¿y si el señor de Lara esperaba fuera de los muros de la quinta y acometía brutalmente, en algún sendero, a aquel don Ruy de Cárdenas, y por menos diestro o por menos fuerte, en un chocar de armas caía él atravesado, sin que el otro supiese a quién mataba? Y ella allí, en su aposento, sin enterarse, con todas las puertas abiertas y la escala levantada, y aquel hombre asomando por la ventana en la sombra suave de la noche tibia, y el esposo que debía defenderla muerto al borde de un sendero... ¿Qué haría ella, Virgen Madre? ¡Oh, seguramente rechazaría altivamente al joven temerario! Pero ¿y el asombro de él y la cólera de su deseo engañado? «¡Por vos he venido llamado, señora!» Y llevaba, sobre el corazón, la carta de ella, con su nombre, escrita por su mano. ¿Cómo le podría contar la emboscada y el engaño? Era todo tan largo de narrar, en aquel silencio y soledad de la noche, mientras los ojos de él, húmedos y negros, la estarían suplicando y traspasando... ¡Desgraciada de ella si el señor de Lara moría, dejándola sola, sin defensa, en aquella amplia casa abierta! Pero cuán desgraciada también si aquel joven, llamado por ella y que la amaba, y que por aquel amor acudía corriendo deslumbrado, encontrase la muerte en el lugar de su esperanza, que era el de su pecado, y al morir en pleno pecado se precipitase hacia la eterna desesperanza... Veinticinco años tenía él, si era el mismo

que recordaba, pálido y tan apuesto, con un jubón de terciopelo rojo y un ramo de claveles en la mano, a la puerta de la iglesia, en Segovia...

Dos lágrimas brotaron de los cansados ojos de doña Leonor. Y, doblando las rodillas, elevando toda su alma hacia el cielo, donde la luna empezada a surgir, murmuró, con una fe y una pena infinitas:

—¡Oh Santa Virgen del Pilar, Señora mía, vela por nosotros dos, vela por todos nosotros!...

III

Don Ruy entraba, en la hora de calma, en el fresco patio de su casa, cuando de un banco de piedra, en la sombra, se levantó un mozo del campo, que sacó de su zurrón una carta y se la entregó, murmurando:

—Señor, daos prisa en leer, que tengo que volver a Cabril, a quien me mandó...

Don Ruy abrió el pergamino; y en el deslumbramiento que le invadió golpeó con él sobre su pecho, como para sepultarlo en el corazón...

El mozo de campo insistió, inquieto:

—¡Aviad, señor, aviad! No necesitáis contestar. Basta con que me deis una señal de haber recibido el recado...

Muy pálido, don Ruy se arrancó uno de los guantes bordados en torzal, que el mozo enrolló y guardó en el zurrón. Y salía ya de puntillas, pisando con sus alpargatas ligeras, cuando don Ruy le detuvo con un gesto:

—Escucha: ¿Qué camino tomas tú para Cabril?

—El más seguro y solitario para la gente osada, que es el que va por el Cerro de los Ahorcados.

—Bien.

Don Ruy subió veloz las escaleras de piedra, y ya en su aposento, sin quitarse siquiera el sombrero, volvió a leer junto a la celosía aquel pergamino celestial, en el que doña Leonor le llamaba de noche a su cuarto, para la entera posesión de su ser. Y no le maravillaba aquella oferta, después de una tan constante e imperturbable indiferencia. Antes bien, percibía en esa indiferencia un amor muy astuto por ser muy hondo, que con gran paciencia se oculta ante los obstáculos y peligros, y prepara, silenciosamente, su hora de satisfacción, mejor y más deliciosa al estar tan preparada. Ella habíale, pues, amado siempre desde la mañana bendita en que sus ojos se cruzaron en el pórtico de Nuestra Señora. Y mientras él rondaba aquellos muros del jardín, maldiciendo una frialdad que le parecía más fría que la de los fríos muros, ya ella le había entregado su alma, y, llena de constancia, con amorosa sagacidad, reprimiendo el menor suspiro, adormeciendo recelos, preparaba la noche radiante en que le entregaría también su cuerpo.

¡Tanta firmeza, tan fino ingenio en las cosas del amor, se la hacían aún más bella y más apetecida! ¡Con qué impaciencia miraba entonces el sol, tan lento aquella tarde en ponerse tras los montes! Sin reposo, en su aposento, con las celosías cerradas, para concentrar mejor su felicidad, lo preparaba todo para el triunfal viaje: las finas ropas, los finos encajes, un jubón de terciopelo negro y las esencias perfumadas. Por dos veces bajó a la caballeriza a comprobar si su caballo estaba bien herrado y alimentado. Dobló y volvió a doblar contra el suelo, para probarla, la hoja de la espada que llevaría en el cinto... Pero su mayor preocupación era el camino de Cabril, a pesar de conocerlo bien, lo mismo que la aldea apiñada

en torno al monasterio franciscano, y el vetusto puente romano con su Calvario, y el hondo sendero que conducía a la heredad del señor de Lara. Aquel invierno precisamente pasó por allí yendo de montería con dos amigos de Astorga, y, al divisar la torre de los Laras, pensó: «¡Esa es la torre de mi ingrata!» ¡Cómo se engañaba! Las noches ahora eran de luna y él saldría de Segovia calladamente, por la puerta de San Mauro. Un corto galope le llevaría al Cerro de los Ahorcados... Bien conocía también aquel paraje triste y pavoroso, con sus cuatro pilares de piedra, en que se ahorcaba a los criminales y donde quedaban sus cuerpos, balanceados por el viento, resecos por el sol, hasta que las cuerdas se pudrían y caían las osamentas, blancas y descarnadas por el pico de los cuervos. Detrás del cerro estaba la laguna de las Damas. La última vez que estuvo él allí fué el día del apóstol San Matías, cuando el corregidor y las Cofradías de la Paz y Caridad iban en procesión a dar sepultura sagrada a las osamentas caídas en el negro suelo, descarnadas por las aves. Desde allí, el camino corría después llano y recto a Cabril.

Así, don Ruy meditaba su viaje venturoso, mientras iba cayendo la tarde. Pero cuando oscureció, y en torno a las torres de la iglesia empezaron a revolotear los murciélagos, y en las esquinas del atrio se encendieron las hornacinas de las ánimas, el valiente mozo sintió un miedo extraño, el miedo de aquella felicidad que se acercaba y que le parecía sobrenatural. ¿Era, pues, cierto que aquella mujer de divina hermosura, famosa en Castilla y más inaccesible que un astro, iba a ser suya, toda suya, en el silencio y la seguridad de una alcoba, dentro de breves instantes, cuando aún no se hubieran apagado ante los retablos de las ánimas aquellas luces devotas? ¿Y qué había hecho él para conseguir un bien tan grande? Pisar las losas de un atrio, esperar en el pórtico de una iglesia, buscando con los ojos otros ojos, que no se alzaban, indiferentes o distraídos. Entonces, sin dolor, abandonó su esperanza... Y he aquí que de repente aquellos ojos distraídos le buscaban, aquellos brazos cerrados se le abrían, amplios y desnudos, y con el cuerpo y el alma aquella mujer le gritaba: «¡Oh torpe, que no me entendiste! ¡Ven! ¡La que te desanimó te pertenece!» ¿Hubo jamás ventura igual? ¡Tan alta, tan rara era, que con seguridad, tras ella, si no falla la ley humana, debía ya de andar la desdicha! En realidad, ya estaba allí, ¡pues cuánta desventura había en saber que, después de semejante dicha, cuando de madrugada saliese de los brazos divinos y regresase a Segovia, su Leonor, el bien sublime de su vida, tan inesperadamente logrado en un instante, volvería a quedar en poder de otro dueño!

¡Qué importaba! ¡Que viniesen después dolores y celos! ¡Aquella noche era espléndidamente suya, el mundo entero una apariencia vana! ¡Y la única realidad, aquel aposento de Cabril, mal iluminado, donde ella le esperaría con los cabellos sueltos! Bajó ansiosamente la escalera y montó en su caballo. Después, por prudencia, cruzó el atrio muy despacio, con el sombrero bien alzado sobre la cara, como si fuera dando un sencillo paseo, buscando fuera de las murallas de la ciudad el fresco de la noche. Ningún encuentro le inquietó hasta la puerta de San Mauro. Allí, un mendigo, acurrucado en la oscuridad de un arco, y que tocaba monótonamente su organillo, pidió plañidero a la Virgen y a todos los Santos que llevasen a aquel buen caballero en su dulce y santa guarda.

Don Ruy se paró para arrojarle una limosna, cuando recordó que aquella tarde no había ido a la iglesia, a la hora de Vísperas, a rezar y a pedir la bendición a su celestial Madrina. Con un salto se apeó del caballo, porque, precisamente, junto al viejo arco, temblaba una lamparilla iluminando un retablo. Era una imagen de la Virgen con el pecho atravesado por siete espadas. Don Ruy se arrodilló, dejó el sombrero sobre las losas y con las manos juntas, lleno de fervor, rezó una Salve. El resplandor amarillento de la luz envolvía el rostro de Nuestra Señora, que, sin sentir los dolores de las siete hojas o como si éstas sólo produjesen goces inefables, sonreía con los labios muy rojos. Mientras rezaba, en el vecino convento de Santo Domingo la campana inició el toque de agonía. De entre la sombra negra del arco, dejando de tocar el organillo, el mendigo murmuró: «¡Ahí está muriendo un fraile!» Don Ruy rezó un Avemaría por aquel fraile que moría. La Virgen de las siete espadas sonreía dulcemente: ¡el toque de agonía no era, pues, de mal presagio! Don Ruy montó alegremente y partió.

Pasada la puerta de San Mauro, después de algunas casuchas de alfareros, el camino seguía, estrecho y negro, entre altas pitas. Por detrás de las colinas, al fondo de la oscura planicie, ascendía la primera claridad, amarillenta y lánguida, de la luna llena, aún oculta. Y don Ruy marchaba al paso, temiendo llegar a Cabril muy temprano, antes que las ayas y los mozos hubiesen terminado la velada y el rosario. ¿Por qué no le señalaba la hora doña Leonor, en aquella carta tan clara y bien pensada? Entonces su imaginación se lanzaba, irrumpía en el jardín de Cabril, subía velozmente por la escala prometida, y él se lanzaba también en una carrera ansiosa que arrancaba piedras del camino mal afirmado. Después, refrenaba el caballo jadeante. ¡Era pronto, era pronto! Y volvía a tomar el lento paso, sintiendo el corazón golpear contra su pecho, como el ave presa que golpea contra los barrotes.

Así llegó al Crucero, donde la carretera se dividía en dos, más juntas que las puntas de una horquilla, corriendo ambas a lo largo del pinar. Al descubrirse ante la imagen crucificada, don Ruy tuvo un instante de angustia, pues no recordaba cuál de ellas conducía al Cerro de los Ahorcados. Habíase adentrado ya por la más angosta, cuando de entre los pinos callados surgió una luz danzando en la oscuridad. Era una vieja harapienta, con las largas melenas sueltas, curvada sobre un bordón y llevando una vela.

—¿Hacia dónde va este camino? —gritó Ruy.

La vieja balanceó más en alto la vela para mirar al caballero.

—Hacia Jarama.

Y la luz y la vieja desaparecieron inmediatamente, hundidas en la sombra, como si hubieran surgido tan sólo para avisar al caballero de su camino equivocado... Ya él había girado rápidamente; y, rodeando el Calvario, galopó por la otra carretera, más ancha, hasta divisar sobre la claridad del cielo los pilares negros, los negros maderos del cerro de los Ahorcados. Entonces se detuvo, erguido sobre los estribos. En una colina alta, seca, sin hierba ni brezos, unidos por un muro bajo, todo desconchado, alzábanse negros, enormes, sobre la amarillez de la luna, los cuatro pilares de granito semejantes a las cuatro cuñas de una casa derruída. Sobre los pilares descansaban cuatro gruesas vigas. De éstas colgaban cuatro ahorcados negros y rígidos, en el aire quieto y mudo. Todo en torno parecía muerto como ellos.

Gruesas aves de rapiña dormían, posadas en los maderos. Más allá relucía lívidamente el agua muerta de la laguna de las Damas. Y en el cielo, la luna era grande, llena.

Don Ruy musitó el Padrenuestro que debe todo cristiano a esas almas culpables. Después empujó el caballo, y pasaba ya, cuando en el inmenso silencio y en la inmensa soledad se levantó y resonó una voz que le llamaba, suplicante y lenta:

—¡Caballero, deteneos y venid acá!

Don Ruy cogió bruscamente las riendas, y, erguido sobre los estribos, dirigió los ojos asombrados por todo el siniestro yermo. Sólo divisó el áspero cerro, el agua brillante y muda, los maderos, los muertos. Pensó que habría sido una ilusión de la noche o la osadía de algún demonio errante. Y, serenamente, espoleó el caballo, sin sobresalto ni prisa, como en una calle de Segovia. Pero por detrás, la voz volvió a sonar, llamándole con más urgencia, ansiosa, casi afligida:

—Caballero, ¡esperad, no os vayáis, volved, venid aquí!...

De nuevo don Ruy se paró, y, girando sobre la silla, miró valientemente a los cuatro cuerpos colgados de las vigas. Por aquel lado había sonado la voz, que, siendo humana, ¡sólo podía salir de una forma humana! Uno de aquellos ahorcados, pues, le había llamado con tanta prisa y ansia.

¿Quedaría en alguno, por maravillosa merced divina, aliento y vida? ¿O sería que, para mayor maravilla, uno de aquellos despojos medio podridos le detenía para transmitirle un aviso de ultratumba?... Pero, que la voz brotase de un pecho vivo o de un pecho muerto, gran cobardía era huir despavoridamente sin atenderla y oírla.

Dirigió hacia la parte interior del cerro a su caballo, que temblaba; y, parando, erguido y sereno, con la mano en el costado, después de mirar uno por uno los cuatro cuerpos colgados, gritó:

—¿Cuál de vosotros, hombres ahorcados, ha osado llamar a don Ruy de Cárdenas?

Entonces, el que volvía las espaldas a la luna llena, respondió, desde lo alto de la cuerda, muy tranquila y naturalmente, como un hombre que conversa desde su ventana hacia la calle:

—Señor, he sido yo.

Don Ruy hizo avanzar en derechura el caballo. No distinguía el rostro, hundido en el pecho, oculto por las largas y colgantes melenas. Sólo vió que tenía las manos sueltas y desatadas, y sueltos también los pies descalzos, ya resecos y color betún.

—¿Qué me quieres?

El ahorcado murmuró, suspirando:

—Señor, hacedme la gran merced de cortar esta cuerda de la que estoy colgado.

Don Ruy sacó la espada y de un golpe firme cortó la cuerda, medio podrida. Con un siniestro ruido de huesos entrechocados cayó el cuerpo al suelo, donde yació un momento, estirado. Pero inmediatamente se irguió sobre los pies, vacilantes y aún dormidos, y alzó hacia don Ruy una cara muerta, que era una calavera con la piel muy pegada y más amarilla que la luna que en ella daba. Los ojos no tenían movimiento ni brillo. Los labios se entreabrían en una sonrisa petrificada. De entre los dientes, muy blancos, surgía la punta de una lengua muy negra.

Don Ruy no mostró terror ni asco. Y, envainando serenamente la espada:

—¿Estás muerto o vivo?—preguntó.

El hombre encogió los hombros con lentitud.

—No lo sé, señor... ¿Quién sabe lo

que es la vida? ¿Quién sabe lo que es la muerte?

—Pero ¿qué quieres de mí?

El ahorcado, con los largos dedos descarnados, ensanchó el nudo de la cuerda que le apretaba aún el cuello, y declaró muy serena y firmemente.

—Señor, debo ir con vos a Cabril, adonde vais.

El caballero se estremeció con tan fuerte asombro, tirando de las riendas, que su buen caballo se empinó como asombrado también.

—¿Conmigo a Cabril?

El hombre dobló el espinazo, en que se veían todos los huesos, más agudos que los dientes de una sierra, a través de un ancho jirón de la camisa de estameña:

—Señor—suplicó—, no me lo neguéis. ¡Que yo he de recibir gran salario si os hago un gran servicio!

Entonces don Ruy pensó de repente que bien podía ser aquél un ardid del demonio. Y, clavando los ojos muy brillantes en la cara muerta que se alzaba hacia él, ansiosa, en espera de su consentimiento, hizo una lenta y amplia señal de la cruz.

El ahorcado dobló las rodillas con aterrada reverencia:

—Señor, ¿para qué me probáis con esa señal? Sólo por ella alcanzamos perdón, y sólo de ella espero misericordia.

Entonces don Ruy pensó que si aquel hombre no era enviado por el demonio, ¡bien podía serlo por Dios! Y en seguida, devotamente, con un gesto sumiso en que lo entregaba todo al cielo, accedió, aceptó aquel pavoroso compañero:

—¡Ven conmigo, pues, a Cabril, si Dios te lo manda! Pero yo nada te preguntaré y tú nada me preguntes.

Bajó entonces el caballo hacia la carretera, toda iluminada por la luna. El ahorcado seguía a su lado, con pasos tan ligeros, que hasta cuando don Ruy galopaba él se mantenía junto al estribo, como llevado por un viento silencioso.

A veces, para respirar más libremente, ensanchaba el nudo de la cuerda, enroscada a su cuello. Y cuando pasaban entre unos setos donde vagaba el aroma de las flores silvestres, el hombre murmuró, con infinito alivio y deleite:

—¡Qué bueno es correr!

Don Ruy iba en un asombro, en una atormentada inquietud. Bien comprendía ahora que aquél era un cadáver reanimado por Dios, para un extraño y oculto servicio. Pero ¿para qué le daba Dios tan horrendo compañero? ¿Para protegerle? ¿Para impedir que doña Leonor, amada del cielo por su piedad, cayese en pecado mortal? Y para tan divina incumbencia de tan alta merced, ¿no tenía ya el Señor ángeles en el cielo, y necesitaba emplear un ajusticiado?... ¡Ah, qué alegremente volvería él riendas hacia Segovia, si no fuera por la galante lealtad de caballero, por el orgullo de no retroceder nunca, por sumisión a las órdenes de Dios, que sentía pesar sobre él!...

Desde un alto de la carretera divisaron de repente a Cabril, las torres del convento franciscano blanqueando bajo la luna, las casas adormecidas entre las huertas. Muy silenciosamente, sin que un perro ladrase detrás de las puertas o desde los muros, pasaron el viejo puente romano. Ante el Calvario, el ahorcado cayó de rodillas sobre las losas, alzó los lívidos huesos de las manos y permaneció largo rato rezando, entre hondos suspiros. Después, al entrar por el sendero, bebió mucho tiempo, consoladoramente, de una fuente que corría y cantaba bajo las frondas de un sauce. Como el sendero era muy estrecho, caminaba delante del caba-

llero, todo inclinado, con los brazos cruzados fuertemente sobre el pecho, sin un ruido.

La luna estaba ya alta en el cielo. Don Ruy contemplaba con amargura aquel disco, lleno y brillante, que esparcía tanta y tan indiscreta claridad sobre su secreto. ¡Ah, cómo se malograba la noche que debió de ser divina! Una enorme luna surgía entre los montes, iluminándolo todo. Un ahorcado bajaba de la horca para seguirle y saberlo todo. Dios lo ordenaba así. Pero ¡qué tristeza llegar a la dulce puerta, tiernamente prometida, con tal intruso a su lado, bajo aquel cielo todo claro!

Bruscamente, el ahorcado se detuvo, levantando el brazo, del que colgaba la manga en harapos. Estaban al final del sendero, que desembocaba en un camino más ancho y frecuentado, y ante ellos blanqueaba el largo muro de la quinta del señor de Lara, mostrando allí un mirador de pétrea barandilla, y todo recubierto de hiedra.

—Señor—murmuró el ahorcado, asiendo respetuosamente el estribo de don Ruy—, a pocos pasos de ese mirador está la puerta por donde debéis penetrar en el jardín. Conviene que dejéis aquí el caballo, amarrado a un árbol, si lo tenéis por seguro y fiel. ¡Que en la empresa a la que vamos, sobra ya con el ruido de nuestros pies!...

Silenciosamente, don Ruy se apeó, y ató el caballo, que sabía fiel y seguro, al tronco de un álamo seco.

Y tan sumiso se tornó a aquel compañero impuesto por Dios, que sin otro reparo le fué siguiendo junto al muro, iluminado por la luna.

Con reposada cautela, y en la punta de los pies descalzos, avanzaba ahora el ahorcado, vigilando lo alto del muro, sondando la negrura del seto, parándose a escuchar rumores que sólo para él eran perceptibles, porque nunca don Ruy había visto noche más hondamente adormecida y muda.

Y tal sobresalto en quien debía de ser indiferente a peligros humanos, fué invadiendo también al valeroso caballero, con tan viva desconfianza, que sacó el puñal de la vaina, enrolló la capa al brazo y marchó a la defensiva, con la mirada centelleante, como en un camino de emboscada y lucha. Así llegaron a una puerta baja, que el ahorcado empujó y que se abrió sin rechinar en sus goznes. Penetraron en una calle bordeada de frondosos tejos, hasta un estanque lleno de agua, donde flotaban hojas de nenúfares, circundado por toscos bancos de piedra, cubiertos por las ramas de unos arbustos en flor.

—Por allí—murmuró el ahorcado, extendiendo el brazo, muy flaco.

Había al otro lado del estanque una avenida que unos espesos y añosos árboles abovedaban y oscurecían. Por ella se adentraron, como sombras en la sombra, el ahorcado delante, don Ruy siguiéndole con mucho cuidado, sin rozar una rama, pisando apenas en la arena. Un delgado hilo de agua susurraba entre las hierbas. Por los troncos subían rosas trepadoras, que olían suavemente. El corazón de don Ruy comenzó a latir de nuevo con una esperanza amorosa.

—¡Chis!—profirió el ahorcado.

Y don Ruy tropezó casi en el hombre siniestro, que se había detenido con los brazos en cruz, como los largueros de una cancela. Agachados, subieron los escalones, y, al fondo de un jardín sin árboles, todo de arriates bien trazados, que bordeaban bojes recortados, divisaron un lado de la casa, iluminado por la luna llena. En medio, entre las ventanas de antepecho, cerradas, un balcón de piedra, con jarrones en las esquinas, tenía las hojas abiertas de par en par. Dentro, el aposento, apagado, era como un agujero tenebroso en la claridad de la fachada, bañada por la luna. Y, apoyada contra aquel balcón, estaba una escala con peldaños de cuerda.

Entonces, el ahorcado empujó a don Ruy vivamente desde los escalones hacia la oscuridad de la avenida. Y allí, con tono apremiante, dominando al caballero, exclamó:

—¡Señor! ¡Conviene ahora que me deis vuestro sombrero y vuestra capa! Vos quedaos aquí, en la oscuridad de estos árboles. Yo voy a trepar por esa escala y a acechar hacia ese aposento... Y si fuere como deseáis, aquí volveré, y con Dios sed feliz...

¡Don Ruy retrocedió con el horror de que aquel ser subiese a tal ventana!

Y, golpeando con el pie, gritó sordamente:

—¡No, por Dios!

Pero la mano del ahorcado, lívida en la oscuridad, le arrancó bruscamente el sombrero de la cabeza y le quitó la capa del brazo. Y se cubría y se embozaba ya, murmurando ahora, con una súplica ansiosa:

—¡No me lo neguéis, señor, que si os hiciese gran servicio lograré gran merced!

Y subió los escalones con celeridad: estaba en la iluminada y amplia terraza.

Don Ruy subió a su vez, aturdido, y espió. Y—¡oh maravilla!—era él, don Ruy, él por completo, con su figura y modales, aquel hombre que, por entre los arriates y el boj recortado, avanzaba airoso y ligero, con la mano en la cintura, la cara erguida risueñamente hacia la ventana, la larga pluma del sombrero balanceándose triunfal. El hombre avanzaba bajo la espléndida luna. El aposento amoroso estaba allí esperando, abierto y oscuro. Y don Ruy miraba, con ojos chispeantes, *temblando de asombro y de cólera. ¡El hombre llegó a la escala: se desembozó, asentó el pie en el peldaño de cuerda!* «¡Oh, allí sube *el maldito*!», *rugió* don Ruy. El ahorcado subía. Ya la alta figura, que era la *suya propia*, la de don Ruy, estaba a la *mitad* de la escala, toda negra contra la pared blanca. ¡Se paró!... ¡No! No se había parado; subía, llegaba, posaba ya sobre el borde de la baranda la rodilla cauta. Don Ruy mirada, desesperadamente, con los ojos, con el alma, con todo su ser... Y he aquí que de repente, del negro cuarto surge un *bulto negro*, una *voz furiosa* brama: «¡*Villano, villano!*»—y ¡la hoja de una daga rebrilla y cae, y otra vez se alza, y rebrilla de nuevo, y vuelve a caer, y refulge aún, y se hunde nuevamente!... Como un fardo, desde lo alto de la escala, pesadamente, el ahorcado *cae sobre* la blanda *tierra. Cristales y maderas* del balcón se cierran con estrépito. Y no hubo más que el silencio, la suave serenidad, la luna muy alta y redonda en el cielo de verano.

En un relámpago, don Ruy comprendió la traición; desenvainó la espada, retrocediendo hacia la oscuridad de la avenida, cuando—¡oh milagro!—, corriendo por la terraza, aparece el ahorcado, que le coge de la manga y le grita:

—¡A caballo, señor, y huyamos, de prisa, que la cita no era de amor, sino de muerte!

Ambos bajan precipitadamente por la avenida, costean el estanque, bajo el refugio de los arbustos en flor; se adentran por la calle estrecha, bordeada de tejos; franquean la puerta y se detienen un momento, jadeantes, en la carretera, donde la luna, más refulgente, más llena, alumbraba como si fuese claro día.

¡Y entonces, sólo entonces, don Ruy descubrió que el ahorcado con-

servaba clavada en el pecho, hasta la empuñadura, la daga, cuya punta le salía por la espalda, limpia y rutilante!... Pero ya el pavoroso hombre le empujaba, dándole prisa:

—¡A caballo, señor, y de prisa, que aún está sobre nosotros la traición!

Estremecido, con el ansia de terminar aquella aventura tan llena de milagro y de horror, don Ruy cogió las riendas y galopó con impaciencia. Y, con gran prisa, el ahorcado montó también a la grupa del fiel caballo. El buen caballero se estremeció todo al sentir que rozaba su espalda aquel cuerpo muerto, descolgado de una horca y atravesado por una daga. ¡Con qué desesperación galopó entonces por la carretera interminable! Pese a tan violenta carrera, el ahorcado no osciló siquiera, rígido sobre la grupa, como un bronce en un pedestal. Y don Ruy, a cada momento, sentía un frío más helado, que le entumecía los hombros, como si llevase sobre ellos un saco lleno de hielo. Al pasar por el Crucero murmuró: «¡Señor, valedme!» Mas allá del Crucero se estremeció de repente con el quimérico temor de que tan fúnebre compañero permaneciera para siempre acompañándole, y fuese ya su destino galopar por el mundo, en una noche eterna, llevando un muerto a la grupa... No pudo contenerse, y gritó hacia atrás, en el viento de la carrera que los azotaba:

—¿Adónde queréis que os lleve?

El ahorcado, recostándose tanto sobre el cuerpo de don Ruy, que le magulló con la empuñadura de la daga, secreteó:

—¡Señor, conviene que me dejéis en el Cerro!

Grato e infinito alivio fué para el buen caballero, pues el Cerro estaba cerca y divisaba ya en la suave claridad los pilares y las vigas negras...

A poco detuvo el caballo, que temblaba, blanco de espuma.

En seguida, el ahorcado, sin ruido, se deslizó de la grupa, y sostuvo como buen criado el estribo de don Ruy. Y con la calavera erguida, la lengua negruzca asomando más entre los dientes blancos, murmuró con respetuosa súplica:

—Señor, hacedme ahora la gran merced de colgarme otra vez de mi madero.

Don Ruy se estremeció de horror:

—¡Por Dios! ¿Que yo os ahorque?

El hombre suspiró, abriendo los largos brazos:

—¡Señor, es la voluntad de Dios y la de Aquella que es más querida para Dios!

Entonces, resignado, sumiso a los mandatos del cielo, don Ruy se apeó y empezó a seguir al hombre, que subió hacia el Cerro pensativamente, curvando la espalda, de la que sobresalía, tiesa y reluciente, la punta de la daga. Se detuvieron ambos bajo la viga vacía. En torno de las otras vigas, colgaban los demás despojos. El silencio era más triste que los otros silencios de la tierra. El agua de la laguna ennegreció. La luna se ponía, desfallecida.

Don Ruy contempló la viga donde había quedado, corto, en el aire, el trozo de cuerda que él tajó con su espada.

—¿Cómo queréis que os cuelgue? —exclamó—. No puedo alcanzar ese pedazo de cuerda con la mano. Ni me basto yo solo para izaros hasta ahí.

—Señor—respondió el hombre—, ahí, en un rincón, debe de haber un largo rollo de cuerda. Me ataréis una punta de ella a este nudo que llevo en el cuello; la otra punta la echaréis por encima de la viga, y, tirando después, fuerte como sois, bien me podréis ahorcar de nuevo.

Curvados ambos, con pasos lentos,

buscaron el rollo de cuerda. Y fué el ahorcado quien lo encontró y lo desenrolló... Entonces, don Ruy se quitó los guantes. Y aleccionado por él (que tan bien lo aprendió del verdugo), ató una punta de la cuerda al lazo que el hombre conservaba al cuello, y lanzó con fuerza la otra punta, que onduló en el aire, pasó sobre la viga y quedó colgando junto al suelo. Y el fornido caballero, asentando los pies, tesando los brazos, empujó, izó al hombre hasta que quedó éste colgado, negro en el aire, como un ahorcado natural entre los otros ahorcados.

—¿Estáis bien así?

Lenta y hueca, sonó la voz del muerto:

—Señor, estoy como debo.

Entonces, don Ruy, para mantenerlo, enrolló la cuerda en gruesas vueltas al pilar de piedra. Y, quitándose el sombrero, limpiándose con el dorso de la mano el sudor que le bañaba, contempló a su siniestro y milagroso compañero. Estaba ya rígido como antes, con el rostro inclinado sobre las melenas caídas, los pies atiesados, todo podrido y descarnado, como una vieja osamenta. En el pecho conservaba clavada la daga. Por encima, dos cuervos dormían quietos.

—Y ahora, ¿qué más queréis? —preguntó don Ruy, empezando a ponerse los guantes.

Desmayadamente, desde lo alto, el ahorcado murmuró:

—Señor, os ruego ahora encarecidamente que al llegar a Segovia se lo confeséis todo, con fidelidad, a Nuestra Señora, vuestra Madrina, ¡que de Ella espero gran merced para mi alma, por este servicio que os hizo mi cuerpo!

Entonces, don Ruy de Cárdenas lo comprendió todo, y, arrodillándose devotamente sobre el suelo de dolor y de muerte, rezó una larga oración por aquel buen ahorcado. Después galopó hacia Segovia. La mañana clareaba cuando él transpuso la puerta de San Mauro. En el aire fino, las claras campanas tocaban a maitines. Y al entrar en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar, aún con el desaliño de su terrible viaje, don Ruy, de rodillas ante el altar, narró a su celestial Madrina el ruin propósito que le llevó a Cabril, el auxilio que del cielo había recibido, y, con ardientes lágrimas de arrepentimiento y gratitud, le juró que nunca más pondría su deseo donde hubiera pecado, ni daría entrada en su corazón a pensamiento que viniese del mundo y del mal.

IV

A esa hora, en Cabril, don Alonso de Lara, con los ojos desorbitados de asombro y de terror, escudriñaba todas las calles, rincones y sombras de su jardín.

Cuando al amanecer, después de escuchar a la puerta de la estancia donde aquella noche había encerrado a doña Leonor, bajó él cautelosamente al jardín y no encontró, debajo del balcón, junto a la escala, como esperaba con delicia, el cuerpo de don Ruy de Cárdenas, tuvo por seguro que el hombre odiado, al caer, todavía con un débil resto de vida, se habría arrastrado sangrando y jadeando, intentando llegar hasta su caballo y huir de Cabril... Pero con aquella recia daga que él le sepultó por tres veces en el pecho, y que allí quedó, no se arrastraría el villano muchos codos, y debía de yacer en algún rincón, frío y tieso. Rebuscó entonces por cada calle, cada sombra, cada macizo de arbustos. Y—¡maravilloso caso!—no descubrió el cuerpo, ¡ni pisadas, ni tierra removida, ni siquiera un rastro de sangre sobre la arena! ¡Y, sin embargo, él, con ma-

no certera y ansiosa de venganza, le había hundido tres veces la daga en el pecho, y en el pecho se la dejó!

¡Y era Ruy de Cárdenas el hombre que él mató, pues bien le conoció en seguida, desde el fondo oscuro del cuarto donde acechaba, cuando llegó por la terraza a la luz de la luna, confiado, ligero, con la mano en la cintura, la cara risueñamente erguida y la pluma del sombrero agitándose triunfal! ¿Cómo podía ocurrir aquella cosa tan extraña, un cuerpo mortal sobreviviendo a un puñal que por tres veces le atraviesa el corazón y en él queda clavado? ¡Y lo más extraño era que ni en el suelo, debajo del balcón, donde corría a lo largo del muro una hilera de alhelíes y de azucenas, había dejado una huella aquel fornido cuerpo, cayendo desde tan alto, pesadamente, inerte, como un fardo! ¡Ni una flor aplastada; todas estaban erguidas, lozanas, como recién abiertas, con ligeras gotas de rocío! Inmóvil de asombro y casi de terror, don Alonso de Lara permanecía allí parado, contemplando el balcón, midiendo la altura de la escala, mirando aturdido los alhelíes tiesos, frescos, sin un tallo o una hoja doblada. Luego volvió a recorrer alocadamente la terraza, la avenida, la calle de tejos, con la esperanza de hallar aún una pisada, una rama partida, una mancha de sangre en la fina arena.

¡Nada! Todo el jardín mostraba un desusado arreglo, una limpieza reciente, como si sobre él no hubiese pasado nunca ni el viento que deshoja ni el sol que mustia.

Entonces, al anochecer, consumido por la incertidumbre y el misterio, cogió un caballo y, sin escudero ni caballerizo, partió hacia Segovia. Cautelosa y ocultamente como un forajido, penetró en su palacio por la puerta del huerto, y su primer cuidado fué correr a la galería abovedada, abrir las maderas de la ventana y escudriñar ávidamente la casa de don Ruy de Cárdenas. Todas las celosías de la vieja morada del arcediano estaban oscuras, abiertas, respirando la frescura de la noche, y a la puerta, sentado en un banco de piedra, un mozo de caballeriza templaba perezosamente la bandurria.

Don Alonso de Lara bajó a su estancia, lívido, pensando que no había realmente desgracia en una casa donde todas las ventanas están abiertas al fresco y en cuyo portón los mozos se divierten. Entonces batió palmas y pidió furiosamente la cena. Y apenas sentado a la cabecera de la mesa, en su alto sillón de cuero labrado, mandó llamar al intendente, a quien ofreció en seguida, con extraña familiaridad, una copa de vino añejo. Mientras el hombre, en pie, bebía respetuosamente, don Alonso, cardándose las barbas con los dedos y forzando su sombrío rostro a sonreír, preguntó noticias y rumores de Segovia. Durante aquellos días de su estancia en Cabril, ¿no hubo ningún suceso que produjera en la ciudad asombro y murmuración?... El intendente se limpió los labios, para afirmar que no había ocurrido nada en Segovia que provocara murmuración, a no ser que la hija del señor Gutiérrez, tan joven y rica heredera, había tomado el velo en el convento de las Carmelitas Descalzas. Don Alonso insistió, mirando vorazmente al intendente. ¿No hubo una gran contienda?... ¿No se había encontrado herido, en la carretera de Cabril, un joven caballero muy famoso?... El intendente se encogió de hombros: nada había oído en la ciudad de contienda ni de caballero herido. Con gesto desabrido, don Alonso despidió al intendente.

Cenó muy parcamente y volvió en seguida a la galería a espiar las ventanas de don Ruy. Estaban ahora cerradas: en la última, la de la esquina, brillaba una luz. Don Alonso veló toda la noche, dando vueltas, incansablemente, al mismo asombro. ¿Cómo habría podido escapar aquel hombre con el corazón atravesado por una daga? ¿Cómo había podido?... Al clarear la mañana, cogió una capa y un ancho sombrero, bajó al atrio, todo embozado y oculto, y estuvo rondando ante la casa de don Ruy. Las campanas tocaban a maitines. Los mercaderes, con los jubones mal abrochados, salían a abrir las puertas de las tiendas, a colgar las muestras. Ya los hortelanos, estimulando a los burros cargados de seras, lanzaban los pregones de hortaliza fresca, y unos frailes descazos, con las alforjas al hombro, pedían limosna y bendecían a las mozas.

Beatas arrebujadas, con gruesos rosarios negros, se encaminaban ansiosamente hacia la iglesia. Después, el pregonero de la ciudad, parándose en un rincón del atrio, tocó un cuerno, y, con voz tremenda, empezó a leer un edicto.

El señor de Lara se detuvo junto a la fuente pública, pasmado, como absorto, con el murmullo de los tres caños de agua. De repente pensó en aquel edicto, leído por el pregonero de la ciudad; se refería tal vez a don Ruy, a su desaparición... Corrió a la esquina del atrio, pero ya el hombre enrollaba el papel, se alejaba majestuosamente, golpeando las losas con su vara blanca. Y cuando se volvía para espiar de nuevo la casa, hete aquí que sus ojos atónitos toparon con don Ruy. ¡Con don Ruy, a quien él había matado, y que venía andando hacia la iglesia de Nuestra Señora, ligero, airoso, con la cara risueña y erguida en el fresco aire de la mañana, con una de las manos puesta sobre el cinto y la otra agitando distraídamente un bastón de borlas de torzal de oro!

Don Alonso regresó entonces a su casa con pasos lentos y envejecidos. En lo alto de la escalera de piedra encontró a su viejo capellán, que venía a saludarle, y que, entrando con él en la antecámara, después de solicitar, respetuosamente, noticias de doña Leonor, le contó en seguida un prodigioso caso que causaba por la ciudad grave murmuración y asombro. La víspera, por la tarde, yendo el corregidor a visitar el Cerro de las Horcas, pues se acercaba la fiesta de los Santos Apóstoles, descubrió, con gran admiración y escándalo, ¡que uno de los ahorcados tenía una daga clavada en el pecho! ¿Era una broma de algún pícaro siniestro? ¿O una venganza que ni en la muerte se saciaba?... Y, para mayor prodigio aún, el cuerpo había sido descolgado de la horca, arrastrado por una huerta o jardín (pues se encontraron prendidas en los viejos harapos hojas tiernas), ¡y después ahorcado otra vez y con una cuerda nueva!... ¡Tal era la turbulencia de aquellos tiempos, que ni los muertos se libraban de sus ultrajes!

Don Alonso escuchaba con las manos trémulas y el pelo erizado. E inmediatamente, con ansiosa agitación, gritando, tropezando contra las puertas, quiso partir, y comprobar con sus propios ojos la fúnebre profanación. En dos mulas enjaezadas a toda prisa salieron precipitadamente hacia el Cerro de los Ahorcados él y el capellán, arrastrado y aturdido. Numerosa gente de Segovia se había reunido ya en el Cerro, ¡asombrada ante el maravilloso horror del muerto a quien habían vuelto a matar!... Todos se apartaron ante el noble señor de Lara, que, precipitándose Cerro arriba, se detuvo a mirar, trastornado y lívido, hacia el ahorcado y hacia la daga que le atravesaba el pecho. Era su daga: ¡él había sido quien mató al muerto!

Galopó despavorido hacia Cabril. Y allí, se encerró con su secreto, comenzando muy pronto a ponerse amarillo y flaco, siempre alejado de doña Leonor, escondido por las sombrías calles del jardín, murmurando palabras al viento, hasta que en la madrugada de San Juan, una sirvienta que volvía de la fuente con su cántaro, le encontró muerto, debajo del balcón de piedra, todo estirado en el suelo, con los dedos clavados en el arriate de alhelíes, donde parecía haber estado escarbando la tierra largo rato, rebuscando...

V

Para huir de tan lamentables historias, doña Leonor, heredera de todos los bienes de la casa de Lara, regresó a su palacio de Segovia. Pero como ahora sabía que don Ruy de Cárdenas había escapado milagrosamente a la celada de Cabril, y como cada mañana, acechando por entre las celosías semicerradas, le seguía con ojos que no se hartaban y se humedecían, cuando él cruzaba el atrio para entrar en la iglesia, no quiso ella, temiendo las prisas e impaciencias de su corazón, visitar a Nuestra Señora del Pilar mientras durase su luto. Después, una mañana de domingo, cuando en vez de negros crespones se pudo cubrir de sedas rojas, bajó la escalera de su palacio, pálida por una emoción nueva y divina, pisó las losas del atrio y transpuso las puertas de la iglesia, don Ruy de Cárdenas estaba arrodillado ante el altar, donde dejara su ramo votivo de claveles amarillos y blancos. Al rumor de las finas sedas, alzó los ojos con una esperanza muy pura, hecha toda de gracia celestial, como si un ángel le llamase. Doña Leonor se arrodilló, con el pecho jadeante, tan pálida y tan feliz, que la cera de los cirios no era más pálida, ni más felices las golondrinas que revoloteaban con alas libres por las ojivas de la vetusta iglesia.

Ante aquel altar, y de rodillas sobre aquellas losas, fueron casados por el obispo de Segovia, don Martín, en el otoño de gracia de 1475, siendo ya Reyes de Castilla Isabel y Fernando, muy poderosos y católicos, por quienes Dios obró grandes acciones en la tierra y sobre el mar.

JOSE MATIAS

¡Bonita tarde, amigo mío!... Estoy esperando el entierro de José Matías, de José Matías de Alburquerque, sobrino del vizconde de Garmilde... Mi amigo seguramente le conoció: un muchacho apuesto, rubio como una espiga, con un bigote rizado sobre una boca indecisa de contemplativo; hábil jinete, de una elegancia sobria y fina. Y espíritu curioso, muy aficionado a las ideas generales, ¡tan sagaz, que comprendió mi *Defensa de la Filosofía hegeliana!* Esta imagen de José Matías data de 1865: porque la última vez que le encontré, una tarde cruda de enero, metido en un portal de la calle de San Benito, tiritaba dentro de una levita color miel, rota en los codos, y olía abominablemente a aguardiente.

Pero mi amigo, en una ocasión en que José Matías se detuvo en Coimbra, de regreso de Oporto, cenó con él ¡en el Paço do Conde! Hasta Cra-

veiro, que preparaba las *Ironías y dolores de Satán*, para azuzar más la contienda entre la escuela purista y la escuela satánica, recitó aquel soneto suyo de tan fúnebre idealismo: *En la jaula de mi pecho, el corazón...* Y recuerdo también a José Matías, con una gran corbata de raso negro, abullonada entre el chaleco de piqué blanco, sin apartar los ojos de las velas de los candelabros, sonriendo pálidamente a aquel corazón que rugía en su jaula... Era una noche de abril, de luna llena. Paseamos después en pandilla, con guitarras, por el Puente y por la Chopera. Januario cantó ardientemente las endechas románticas de nuestro tiempo:

> Ayer tarde, en el ocaso,
> contemplabas, silenciosa,
> la corriente caudalosa
> que se agitaba a tus pies...

Y José Matías, recostado en el parapeto del Puente, ¡quedábase con el alma y los ojos perdidos en la luna! ¿Por qué no acompaña, amigo mío, a este joven interesante al cementerio de los Prazeres? Tengo un simón, con número y todo, como corresponde a un profesor de Filosofía... ¡Cómo! ¡A causa de los pantalones claros! ¡Oh amigo mío querido! De todas las materializaciones de la simpatía, ninguna más groseramente material que el casimir negro. ¡Y el hombre que vamos a enterrar era un gran espiritualista!

Ya llega el féretro, que sale de la iglesia... Sólo tres coches lo acompañan. Pero, realmente, mi querido amigo, José Matías murió hace seis años, en su puro esplendor. Ese que transportamos ahí, medio descompuesto, dentro de unas tablas, galoneadas de amarillo, es el despojo de un borracho, sin historia y sin nombre, que el frío de febrero mató en el hueco de un portal.

¿Ese sujeto de lentes de oro, del cupé?... No le conozco, amigo mío. Tal vez sea un pariente rico, de esos que aparecen en los entierros, con el parentesco correctamente cubierto de vanidad, cuando el difunto ya no importuna ni compromete. El hombre obeso, de carota lívida, de la victoria, es Alves, *Capón*, que tiene un diario donde, desgraciadamente, la Filosofía no abunda, y que se titula *El Chiste*. ¿Qué relaciones le unían con Matías?... No lo sé. Tal vez se emborrachaban en las mismas tascas; tal vez José Matías colaborase últimamente en *El Chiste*; tal vez debajo de esa gordura y de esa literatura, ambas tan sórdidas, se cobije un alma compasiva. Ahora llega nuestro coche... ¿Quiere que baje el cristal? ¿Un pitillo?... Tengo cerillas. Pues este José Matías fué un hombre desconsolador que, como yo, amó en vida la evolución lógica y pretendió que la espiga naciera coherentemente del grano. En Coimbra siempre le consideramos como un alma escandalosamente vulgar. A este juicio coadyuvaba quizá su horrenda corrección. ¡Nunca un desgarrón brillante en su uniforme universitario! ¡Nunca una mota de polvo en sus zapatos! ¡Nunca un pelo rebelde en la cabeza o en el bigote, escapándose de aquel aliño que nos desconsolaba! Además, en nuestra ardiente generación, él fué el único intelectual que no rugió con las miserias de Polonia; que leyó sin palidez o llanto *Las contemplaciones*, ¡que permaneció insensible ante la herida de Garibaldi! Y, sin embargo, en este José Matías ¡no había ninguna sequedad, dureza, egoísmo o desafecto! ¡Todo lo contrario! Un suave camarada, siempre cordial y mansamente risueño. Toda su inalterable calma parecía provenir de una inmensa superficialidad sentimental. Y, en aquel tiempo, no sin razón y propiedad, dimos a aquel mozo tan suave, tan rubio y tan ligero, el apo-

do de *Matías, corazón de ardilla.* Cuando se licenció, como se le murieran el padre y después la madre, linda y delicada señora, de quien heredó cincuenta *contos* (1), marchó a Lisboa, a alegrar la soledad de un tío suyo que le adoraba, el general vizconde de Garmilde. Mi amigo recordará, sin duda, aquella perfecta estampa del general clásico, siempre con los bigotes aterradoramente engomados, los pantalones color flor de romero, desesperadamente estirados por las presillas sobre las botas relucientes, ¡y la fusta debajo del brazo, con la punta temblona, ávida de azotar al mundo! Guerrero grotesco y deliciosamente bueno... Garmilde vivía entonces en Arroyos, en una antigua casa de ladrillos, con un jardín donde él cultivaba apasionadamente soberbios arriates de dalias. Aquel jardín subía muy suavemente hasta el muro cubierto de hiedra que le separaba de otro jardín, el amplio y bello jardín de rosas del consejero Mattos Miranda, cuya casa, con una enarenada terraza entre dos torrecillas amarillas, se erguía en la cima de la colina y se llamaba la casa de *la Parra*. Mi amigo conoce (al menos por tradición, como se conoce a Helena de Troya o a Inés de Castro) a la hermosa Elisa de Miranda, la Elisa de la Parra... Fué la sublime belleza romántica de Lisboa a fines de la Regeneración. Pero, realmente, Lisboa sólo la divisaba detrás de los cristales de su gran carretela, o en alguna noche de iluminación del Paseo Público, entre la polvareda y la turba, o en los dos bailes del Casino del Carmen, del que Mattos Miranda era el presidente venerado. Por gusto friolero de provinciana o por pertenecer a aquella burguesía seria que en esa época conservaba aún en Lisboa los antiguos hábitos de severa clausura, o por imposición paternal del marido, ya diabético y con sesenta años, la diosa rara vez salía de Arroyos y se mostraba a los mortales. Pero quien la vió, y con facilidad constante, de un modo casi irremediable, no bien se instaló en Lisboa, fué José Matías, porque, estando asentado el palacete del general en la falda de la colina, a los pies del jardín y de la casa de *la Parra*, no podía la divina Elisa asomarse a una ventana, cruzar la terraza, coger una rosa entre las calles de bojes, sin ser deliciosamente visible, tanto más cuanto que en nuestros dos jardines soleados ningún árbol extendía la cortina de su ramaje espeso. Mi amigo seguramente canturrió aquellos versos repetidos, pero inmortales:

Era en otoño cuando la imagen tuya,
a la luz de la luna...

¡Pues como en esa estrofa, el pobre José Matías, al regresar de la playa de la Ericeira en octubre, en el otoño, vió a Elisa Miranda, una noche en la terraza, a la luz de la luna! Mi amigo no contempló nunca aquel precioso tipo, de un encanto lamartiniano. Alta, esbelta, ondulante, digna de la comparación bíblica de la palmera en el viento. Cabellos negros, brillantes y espesos, en rizados bandós. Una piel de camelia muy lozana. Unos ojos negros, líquidos, lánguidos, tristes, de largas pestañas... ¡Ah, amigo mío, hasta yo mismo, que ya por entonces anotaba laboriosamente a Hegel, después de encontrarla una tarde de lluvia esperando el coche a la puerta de Seixas, la adoré durante tres exaltados días y le rimé un soneto! No sé si José Matías le dedicó sonetos. Pero todos nosotros, sus amigos, notamos en seguida el fuer-

(1) El *conto*, ya se sabe, equivalía, a la par, a unas 5.000 pesetas.

te, profundo y absoluto amor que había él experimentado, desde esa noche de otoño, a la luz de la luna, aquel corazón que en Coimbra considerábamos de *ardilla!*

Como es fácil de comprender, un hombre tan comedido y tranquilo no se deshizo en públicos suspiros. Ya, sin embargo, en tiempo de Aristóteles, se afirmaba que el amor y el humo no pueden ocultarse, y de nuestro hermético José Matías empezó a escaparse en seguida el amor, como el humo ligero a través de las rendijas invisibles de una casa cerrada que arde vorazmente. Recuerdo muy bien una tarde que le visité en Arroyos, a mi regreso del Alemtejo. Era un domingo de julio. El iba a comer con una tía abuela suya, una doña Mafalda Noroña, que vivía en Bemfica, en la quinta de los Cedros, donde comían habitualmente los domingos también Mattos Miranda y la divina Elisa. Creo, incluso, que sólo en aquella casa se encontraban ella y José Matías, sobre todo con las facilidades que ofrecen pensativas alamedas y retiros de sombra. Las ventanas del cuarto de José Matías daban sobre su jardín y sobre el jardín de los Mirandas; y cuando entré, él aún se estaba vistiendo lentamente. ¡Nunca había admirado, amigo mío, una cara humana aureolada por una felicidad más firme y serena! Sonreía luminosamente cuando me abrazó, con una sonrisa que venía de las profundidades del alma iluminada; sonreía aún con deleite mientras yo le contaba todos mis malos ratos en el Alemtejo; sonrió después extáticamente, aludiendo al calor y liando un cigarrillo, distraído; y sonrió siempre, arrobado, al escoger en el cajón de la cómoda, con religioso escrúpulo, una corbata de seda blanca. Y a cada momento, de un modo irresistible, por una costumbre ya tan inconsciente como el pestañeo, sus ojos risueños, tranquilamente enternecidos, se volvían hacia los cristales cerrados... De tal modo, que, acompañando aquel rayo feliz, descubrí en seguida, en la terraza de la casa de *la Parra*, a la divina Elisa, vestida de claro, con un sombrero blanco, paseando perezosamente, poniéndose los guantes, pensativa, y vigilando también las ventanas de mi amigo, que un rayo oblicuo de sol cegaba con manchas de oro. José Matías, entre tanto, conversaba, o más bien murmuraba, con la sonrisa perenne, cosas afables y sueltas. Toda su atención se concentraba en el espejo, en el alfiler de coral y perla para la corbata, en el chaleco blanco, que se abrochaba y ajustaba con la devoción con que un cura joven, en la cándida exaltación de la primera misa, se reviste de la estola y del amito para acercarse al altar. ¡Nunca había visto a un hombre echar, con tan hondo éxtasis, agua de colonia en el pañuelo! ¡Y después de ponerse la levita, floreciendo su ojal con una rosa, abrió de par en par los cristales con una inefable emoción, sin contener un suspiro delicioso! *Introibo ad altarem Deos!* Yo permanecí discretamente sepultado en el sofá. Y créame, mi querido amigo, envidié a aquel hombre, en la ventana, inmóvil, erguido en su adoración sublime, con los ojos, y el alma y todo el ser clavados en la terraza, en la blanca mujer poniéndose los guantes claros, ¡y tan indiferente al mundo como si éste fuera sólo el ladrillo que ella pisaba y cubría con los pies!

¡Y aquel arrobamiento, amigo mío, duró diez años así, espléndido, puro, lejano e inmaterial! No se ría... Seguramente se encontraban en la quinta de doña Mafalda; seguramente se escribían, y extensamente,

tirando las cartas por encima del muro que separaba las dos quintas; pero nunca, por encima de las hiedras de aquel muro, buscaron la rara delicia de una conversación robada o la delicia aún más perfecta de un silencio oculto en la sombra. Y nunca cambiaron un beso... ¡No lo dude! Algún apretón de mano fugaz y ansioso, bajo las arboledas de doña Mafalda, fué el límite exaltadamente extremo que la voluntad señaló al deseo. Usted, amigo, no comprende cómo se mantuvieron así dos frágiles cuerpos, durante diez años, en tan terrible y morboso renunciamiento... Sí, con seguridad les faltó para perderse una hora de seguridad o una puertecita en el muro. Además, la divina Elisa vivía realmente en un convento en que cerrojos y rejas estaban formados por los hábitos de severa reclusión impuestos por Mattos Miranda, diabético y tristón. Pero, en la castidad de aquel amor hubo mucha nobleza moral, una suprema finura de sentimiento. El amor espiritualiza al hombre y materializa a la mujer. Esa espiritualización era fácil para José Matías, que (sin que lo sospecháramos nosotros) había nacido exaltadamente espiritualista; pero la humana Elisa encontró también un goce delicado en aquella ideal adoración de monje, que no se atreve a rozar, con los dedos trémulos y enredados en el rosario, la túnica de la Virgen sublimizada. ¡El, sí! El gozó en aquel amor, desmaterializado de modo trascendente, un encanto sobrehumano. Y durante diez años, como el Ruy-Blas del viejo Hugo, caminó, vivo y deslumbrado, dentro de su sueño radiante, sueño donde Elisa habitó realmente dentro de su alma, en una fusión tan absoluta, ¡que se tornó consustancial con su ser! ¿Puede usted creer, amigo mío, que dejó él el habano, hasta cuando paseaba solo a caballo, por los alrededores de Lisboa, no bien descubrió una tarde en la quinta de doña Mafalda que le molestaba el humo a Elisa?

Y aquella presencia real de la divina criatura en su ser creó en José Matías nuevas y extrañas maneras, procedentes de la alucinación. Como el vizconde de Garmilde comía temprano, a la hora vernácula del Portugal antiguo, José Matías cenaba, después del San Carlos, en aquel delicioso y nostálgico café Central, en donde el lenguado parecía frito en el cielo, y el collares embotellado en el cielo también. Pues nunca cenaba sin candelabros, profusamente encendidos y con la mesa sembrada de flores. ¿Por qué? Porque Elisa cenaba allí también, invisible. De ello provenían aquellos silencios bañados en una sonrisa religiosamente atenta... ¿Por qué? ¡Porque la estaba siempre escuchando! Aún recuerdo que quitó de su cuarto tres grabados clásicos de faunos atrevidos y de ninfas lánguidas... Elisa se cernía idealmente en aquel ambiente, y él purificaba las paredes, que mandó forrar de sedas claras. El amor arrastra al lujo, sobre todo un amor de tan elegante idealismo, y José Matías prodigó con esplendor el lujo que ella compartía. No podía dignamente andar con la imagen de Elisa en un coche de alquiler, ni consentir que aquella augusta imagen rozase los asientos de paja del patio de butacas del San Carlos. Montó, por tanto, en carruajes de un gusto sobrio y puro; y se abonó a un palco en la Opera, donde instaló para ella un sillón pontificio, de raso blanco, bordado con estrellas de oro.

Además de eso, al descubrir la generosidad de Elisa, se volvió congénere y suntuosamente generoso; y no hubo nadie en Lisboa que esparciese con más risueña facilidad billetes de mil pesetas. ¡Y así derrochó, rápidamente, sesenta *contos*, por el amor de aquella mujer a quien nunca había dado una flor!

¿Qué hacía durante ese tiempo Mattos Miranda? ¡Amigo mío, el bueno de Mattos Miranda no alteraba ni la perfección ni la tranquilidad de aquella felicidad! ¿Tan absoluto era el espiritualismo de José Matías que sólo se interesaba por el alma de Elisa, indiferente a las esclavitudes de su cuerpo, envoltura inferior y mortal?... No lo sé. ¡Será verdad! Aquel digno diabético, tan serio, siempre con su bufanda de lana oscura, sus patillas canosas y sus solemnes lentes de oro, no sugería ideas inquietantes de marido ardiente, cuyo ardor, fatal e involuntariamente, se comparte y abrasa. Aunque nunca comprendí yo, filósofo, aquella consideración casi cariñosa, de José Matías por el hombre que, incluso desinteresadamente, podía, con todo derecho, por costumbre, ¡contemplar a Elisa desatando las cintas de la blanca enagua!... ¿Habría en ello gratitud por haber descubierto Miranda en una lejana calle de Setúbal (donde José Matías nunca la hubiese divisado) aquella divina mujer, y por mantenerla regaladamente, bien alimentada, finamente vestida, transportándola en coches de blandas ballestas? ¿O recibió José Matías aquella acostumbrada confidencia—«no soy tuya ni de él»—que tanto consuela del sacrificio porque tanto lisonjea el egoísmo?... No lo sé. Pero, con seguridad, aquel su magnífico desdén por la presencia corporal de Miranda en el templo donde habitaba su diosa daba a la felicidad de José Matías una perfecta unidad, la unidad de un cristal que rebrilla por todos lados, igualmente puro, sin mancha o arañazo. Y esa felicidad, amigo mío, duró diez años... ¡Qué escandaloso lujo para un mortal!

Pero un día, la tierra, para José Matías, tembló toda, en un terremoto de incomparable espanto. En enero o febrero de 1871, Miranda, ya debilitado por la diabetes, murió de una neumonía. Por aquellas mismas calles, en un pachorrudo coche de alquiler, acompañé su entierro, nutrido, suntuoso, con ministros, porque Miranda pertenecía al Estado. Y después, aprovechando el coche, visité a José Matías en Arroyos, no por curiosidad maligna, ni para expresarle unas felicitaciones indecorosas, sino para que, en aquel suceso deslumbrador, sintiera él a su lado la fuerza moderadora de la Filosofía. Encontré allí, sin embargo, un amigo más antiguo y confidencial: a aquel brillante Nicolás de la Barca, que ya acompañé también a este cementerio, donde yacen ahora, bajo unas lápidas, todos esos camaradas con quienes levanté castillos quiméricos... Nicolás había llegado de Velosa, de su quinta de Santarén, de madrugada, requerido por un telegrama de Matías. Cuando entré, un criado, atareado, preparaba dos enormes maletas. José María salía aquella noche para Oporto. Había ya vestido incluso un traje de viaje, todo negro, con zapatos de color; y después de estrecharme la mano, mientras Nicolás removía un *grog*, siguió vagando por el cuarto, mudo, como desconcertado, en una actitud que no era emoción, ni alegría púdicamente encubierta, ni sorpresa de su suerte bruscamente sublimada. ¡No! Si el buen Darwin no nos engaña en su libro *La expresión de las emociones*, José Matías, aquella tarde ¡sentía y expresaba solamente embarazo! Enfrente, en la casa de *la Parra*, todas las ventanas permanecían cerradas bajo la tristeza de la tarde gris. ¡Y, sin embargo,

sorprendí a José Matías lanzando hacia la terraza una mirada en que se traslucía inquietud, ansiedad, casi terror! ¿Cómo diré? ¡Aquélla era la mirada que se desliza hacia la jaula, poco segura, donde se agita una leona! En un momento en que él entró en la alcoba, le murmuré a Nicolás, por encima del *grog*: «Matías hace perfectamente en irse a Oporto...» Nicolás se encogió de hombros. «Sí, creyó que era más delicado... Yo le aprobé. Pero sólo durante los meses de luto riguroso...» A las siete acompañamos a nuestro amigo a la estación de Santa Apolonia. De regreso, en el cupé azotado por una fuerte lluvia, filosofamos. Yo me sentía contento: «Un año de luto y después mucha felicidad y muchos hijos... ¡Es un poema acabado.» Nicolás replicó con seriedad: «Y acabado en una deliciosa y suculenta prosa. La divina Elisa se queda con toda su divinidad y con la fortuna de Miranda, unos diez o doce mil duros de renta... ¡Por primera vez en nuestra vida, vemos, tú y yo, la virtud recompensada!»

*

¡Mi querido amigo! Los meses tradicionales de luto pasaron, y luego otros, y José Matías no se movió de Oporto. Aquel agosto le encontré instalado con toda estabilidad en el hotel Francfort, donde entretenía la tristeza de los días calurosos, fumando (porque había vuelto al tabaco), leyendo novelas de Julio Verne y bebiendo cerveza helada hasta que la tarde refrescaba y él se vestía, se perfumaba y se florecía para comer en Foz.

Y, a pesar de acercarse el bendito final del luto y de la desesperada espera, no noté en José Matías ni alborozo, elegantemente reprimido, ni indignación contra la lentitud del tiempo, ese viejo a veces tan moroso y baldado... ¡Al contrario! La sonrisa de radiante certeza que durante aquellos años le iluminó con un nimbo de beatitud, había sido sustituída por una seriedad opresora, toda sombría y rugosa, de quien se debate en una duda insoluble, siempre presente, corrosiva y dolorosa. ¿Quiere que se lo diga? Aquel verano, en el hotel Francfort, me pareció siempre que José Matías, a cada instante de su vida regulada, hasta cuando apuraba la fresca cerveza, hasta cuando se ponía los guantes al subir al coche que le llevaba a Foz, preguntaba angustiosamente a su conciencia: «¿Qué he de hacer? ¿Qué he de hacer?» Y luego, una mañana, en el almuerzo, me dejó asombrado, exclamando al abrir el periódico, con una oleada de sangre en el rostro: «¡Cómo! ¿Estamos ya a veintinueve de agosto? ¡Santo Dios!... ¡Ya fines de agosto!...»

Regresé a Lisboa, amigo mío. Pasó el invierno, muy seco y muy azul. Trabajé en mis *Orígenes del utilitarismo*. Un domingo, en el Rocío, cuando ya se vendían claveles en los estancos, divisé dentro de un cupé a la divina Elisa, con plumas rojas en el sombrero. Y aquella semana encontré en mi *Diario Ilustrado* la noticia breve, casi tímida, de la boda de la señora doña Elisa Miranda... ¿Con quién, amigo mío? ¡Con el conocido propietario don Francisco Torres Nogueira!...

Mi amigo hizo aquí una pausa y se golpeó el muslo, asombrado. Yo también cerré los dos puños, pero para levantarlos hacia el cielo, donde se juzgan los actos de la tierra, y clamar furiosamente, a gritos, ¡contra la falsedad, la inconstancia ondulante y pérfida, toda la engañadora torpeza de las mujeres, y de aquella especial de Elisa, rebosante de infamia entre las mujeres! ¡Traicionar presurosa, embrolladamente, apenas terminó el luto riguroso, a aquel noble, puro e intelectual Matías! ¡Y a su amor de diez años, sumiso y sublime!...

Y después de alzar los puños hacia el cielo, aún los apreté contra la cabeza, gritando: «Pero ¿por qué? ¿Por qué?» ¿Por amor? Durante años enteros había ella amado locamente a aquel joven, y con un amor que no se desilusionaba ni saciaba, porque permanecía suspenso, inmaterial, insatisfecho. ¿Por ambición? Torres Nogueira era un amable ocioso, como José Matías, y poseía en viñas hipotecadas los mismos cincuenta o sesenta *contos* que José Matías había ahora heredado del tío Garmilde, en tierras excelentes y libres. Entonces, ¿por qué? ¡Seguramente, porque los bigotazos negros de Torres Nogueira apetecían más a su carne que el bozo rubio y pensativo de José Matías! ¡Ah, bien enseñó San Juan Crisóstomo que la mujer es un monstruo de impureza, erguido a la puerta del infierno!

Pues bien: amigo mío, cuando yo así rugía, me encuentro una tarde, en la calle del Alecrín, a nuestro Nicolás de la Barca, que salta del coche, me empuja hacia un portal, agarra, excitado, mi pobre brazo, y exclama entrecortado: «¿No sabes? ¡Fué José Matías el que la rechazó! ¡Ella le escribió! Estuvo en Oporto, lloró... ¡El no consintió siquiera en verla! ¡No se quiso casar, no quiere casarse!» Me quedé consternado. «¿Y entonces ella?...» «Despechada, sitiada con insistencia por Torres, cansada de la viudez, con esos treinta años en flor, ¡qué diablo! ¡La infeliz se casó!» Alcé los brazos hacia la bóveda del patio: «Pero, entonces, ¿aquel sublime amor de José Matías?» Nicolás, su íntimo y confidente, juró con inquie-

brantable seguridad: «¡Sigue siendo el mismo! Infinito, absoluto... ¡Pero no quiere casarse!» Nos miramos los dos, y después nos separamos, encogiéndonos de hombros, con esa estupefacción resignada propia de los espíritus prudentes ante lo desconocido. Pero yo, filósofo, y, por tanto, espíritu imprudente, sondé durante toda la noche el acto de José Matías con la punta de una psicología que agucé de intento, y, ya de madrugada, rendido, deduje, como se deduce siempre en Filosofía, ¡que me encontraba ante una causa primaria, y, por tanto impenetrable, contra la que se rompería, sin ventaja para él, para mí o para el mundo, la punta de mi instrumento!

Después, la divina Elisa se casó y siguió viviendo en *la Parra*, con su Torres Nogueira, con la comodidad y el sosiego de que había ya gozado con su Mattos Miranda. A mediados de verano, José Matías regresó de Oporto a Arroyos, al caserón de su tío Garmilde, donde volvió a ocupar sus antiguas habitaciones, con los balcones al jardín, ya florido de dalias, que nadie cuidaba. Llegó agosto, silencioso y cálido, como siempre en Lisboa. Los domingos, José Matías comía con doña Mafalda de Noroña, en Bemfica, solitariamente, porque Torres Nogueira no conocía a aquella venerable señora de la Quinta de los Cedros. La divina Elisa, con vestidos claros, paseaba al atardecer por el jardín entre los rosales. De modo que el único cambio en aquel suave rincón de Arroyos parecía ser el de Mattos Miranda, en su hermosa sepultura de los Prazeres, toda de mármol, por Torres Nogueira, que ocupaba el lecho excelente de Elisa.

Había, sin embargo, una tremenda y dolorosa variación: ¡la de José Matías! ¿Adivina usted, amigo, cómo consumía ese desdichado sus es-

téreles días? ¡Con los ojos y la memoria y el alma y todo el ser clavados en la terraza, en las ventanas, en los jardines de *la Parra!* Pero ahora no lo hacía con los cristales abiertos de par en par, en amplio éxtasis, con la sonrisa de firme beatitud: era desde detrás de las cortinas echadas, a través de una estrecha rendija, escondido, hurtando furtivamente los blancos surcos del vestido blanco, con la cara toda trastornada por la angustia y la derrota. ¿Y no comprende usted por qué sufría así ese pobre corazón? Seguramente porque Elisa, desdeñada por sus brazos cerrados, se había precipitado en seguida, sin lucha y sin escrúpulos, hacia otros brazos más accesibles y dispuestos... ¡No, amigo mío! Y observe ahora la complicada sutileza de esta pasión. José Matías seguía creyendo devotamente que Elisa, en la profundidad de su alma, en aquel sagrado fondo espiritual donde no intervienen las imposiciones de las conveniencias, ni las decisiones de la razón pura, ni los ímpetus del orgullo, ni las emociones de la carne, le amaba a él, y con un amor que no se consumía, ni se alteraba, que florecía con toda su lozanía, ¡hasta sin ser regado o cuidado, como la antigua rosa mística! ¡Lo que le torturaba, amigo mío, lo que le había marcado con duras arrugas en breves meses, era que un hombre, un macho, un bruto, se hubiera apoderado de aquella mujer que era suya! ¡Y que del modo más santo y más socialmente puro, bajo el patrocinio enternecido de la Iglesia y del Estado, pringase con los duros bigotes negros, a saciedad, los divinos labios que él no se atrevió nunca a rozar, con el supersticioso fervor, casi con el terror de su divinidad! ¿Cómo le diría yo?... ¡El sentimiento de este extraordinario José Matías era el de un monje, postrado ante una imagen de la Virgen, con trascendental arrobamiento, ¡cuando de repente un sacrílego bestial sube al altar, y levanta obscenamente la túnica de la imagen! Sonríe usted, amigo mío... ¿Y entonces Mattos Miranda? ¡Ah, amigo mío! Ese era diabético, serio y obeso, y existía ya, instalado en *la Parra*, con su obesidad y su diabetes, cuando él conoció a Elisa y la entregó para siempre la vida y el corazón. ¡Pero Torres Nogueira, ése, irrumpió brutalmente a través de su purísimo amor, con los negros bigotes, y los carnosos brazos, y el rudo arranque de un antiguo «derribador» de toros (1) y arrebató a aquella mujer, a quien reveló tal vez lo que es un hombre!

Pero ¡con mil diablos! Aquella mujer, él la había rechazado cuando se le ofreció, en la lozanía y la grandeza de un sentimiento que ningún desdén secó o destruyó. ¡Qué quiere usted!... ¡Es la asombrosa tortuosidad espiritual de ese Matías! Al cabo de unos meses, él había *olvidado, olvidado* evidentemente, aquella repulsa afrentosa, como si fuera una insignificante divergencia de intereses materiales o sociales, ocurrida hace unos meses, en el Norte, ¡cuya realidad y cuya leve amargura quedaban disipadas por la distancia y el tiempo! Y ahora, aquí en Lisboa, con las ventanas de Elisa ante sus ventanas, y las rosas de los dos jardines unidos trascendiendo

(1) Sustituyo el «pegador de toiros» del original, como equivalente más exacto, a mi entender, por este de «derribador». Se trata de esos forzudos que constituyen una variación en los cosos taurinos de Portugal, y cuyo arte consiste en agarrar a los toros de los cuernos, y, si pueden, derribarlos (como se sabe, en el país vecino, no siempre se autoriza la suerte de matar, y además los toros allí suelen lidiarse *embolados*).

en la sombra, el dolor presente, el dolor real, ¡era que él amaba de una manera sublime a una mujer, que la había colocado entre las estrellas para su más pura adoración, y que un bestia moreno, de bigotes negros, arrancaba aquella mujer de entre las estrellas y se la llevaba a la cama!

Embrollado caso, ¿eh?, amigo mío. ¡Ah!, mucho filosofé sobre él, por deber de filósofo. Y saqué en conclusión que Matías era un enfermo, atacado de hiperespiritualismo, de una inflamación violenta y pútrida del espiritualismo, que temía con pavor las materialidades del matrimonio, las zapatillas, la piel poco fresca al despertar, un vientre enorme durante seis meses, los niños berreando en la cuna mojada... Y ahora rugía de furor y tormento, porque cierto materialote, en cambio, se había apresurado a aceptar a Elisa en camiseta de lana. ¿Un imbécil?... ¡No, amigo mío! Un ultrarromántico, locamente ajeno a las fuertes realidades de la vida, que nunca sospechó que zapatillas y pañales de niños son cosas de suprema belleza en una casa donde entre el sol y haya amor.

¿Y sabe usted, amigo mío, lo que exacerbó más furiosamente aquel tormento? ¡Pues que la pobre Elisa mostraba por él el antiguo amor! ¿Qué le parece? ¿Infernal, eh?... Por lo menos, si no sentía el antiguo amor intacto en su esencia, fuerte como en otro tiempo y único, conservaba por el pobre Matías una irresistible curiosidad y repetía los gestos de aquel amor... ¡Tal vez fuese sólo la fatalidad de los jardines vecinos! No lo sé. Pero en cuanto llegó septiembre, cuando Torres Nogueira partió hacia sus viñedos de Carcavellos para asistir a la vendimia, ella recomenzó desde la orilla de la terraza, sobre las rosas y las dalias abiertas, aquel dulce envío de dulces miradas con que durante diez años extasió el corazón de José Matías.

No creo que se escribiesen por encima del muro del jardín, como bajo el régimen paternal de Mattos Miranda... El nuevo señor, el hombre robusto de los bigotes negros, imponía a la divina Elisa, incluso de lejos, desde las viñas de Carcavellos, retraimiento y prudencia. Y, calmada por aquel marido, joven y fuerte, menos sentiría ella ahora la necesidad de algún encuentro discreto en la sombra tibia de la noche, aun cuando su elegancia moral y el rígido idealismo de José Matías consintiesen en aprovechar una escalera apoyada contra el muro... Además, Elisa era fundamentalmente honesta; y conservaba un respeto sagrado a su cuerpo, al sentirlo tan bello y tan cuidadosamente hecho por Dios, más todavía que el respeto a su alma. Y ¿quién sabe?... Tal vez la adorable mujer perteneciese a la bella raza de aquella marquesa italiana, la marquesa Julia de Malfieri, que mantenía dos enamorados a su dulce servicio, un poeta para las delicadezas románticas y un cochero para las necesidades groseras.

¡En fin, amigo mío, no hagamos más psicología sobre esta viva, yendo detrás del muerto que murió por allá! El hecho fué que Elisa y su amigo recayeron insensiblemente en la vieja unión ideal por los jardines en flor. Y en octubre, como Torres Nogueira seguía vendimiando en Carcavellos, José Matías, para contemplar la terraza de *la Parra*, ¡abría ya de nuevo los cristales, de par en par y extáticamente!

Parece natural que un espiritualista tan extremado, reconquistando la idealidad del antiguo amor, debía de volver a gozar de la antigua felicidad perfecta. El reinaba en el al-

ma inmortal de Elisa. ¿Qué importaba que otro se ocupase de su cuerpo mortal? ¡Pero no! El pobre joven sufría angustiosamente. Y para apartar el dolor pungente de aquellos tormentos, acabó, él tan sereno, de una tan dulce armonía de maneras, por volverse un turbulento. ¡Ah, amigo mío, qué agitación y qué estrépito de vida! ¡Desesperadamente, durante un año, removió, aturdió, escandalizó a Lisboa! De ese tiempo datan algunas de sus extravagancias legendarias... ¿Conoce usted la de la cena?... ¡Una cena ofrecida a treinta o cuarenta mujeres de las más torpes y sucias, atrapadas por las negras callejas del Barrio Alto y de la Morería, que él mandó después montar en burros, y a las que muy seria y melancólicamente, poniéndose a su frente, en un gran caballo blanco, con un enorme látigo, condujo a los altos de la Gracia para saludar la aparición del sol!

Pero todo aquel estruendo no disipó su dolor, ¡y entonces fué cuando, aquel invierno, comenzó a jugar y a beber! Se pasaba todo el día en su casa (seguramente detrás de los cristales, ahora que Torres Nogueira había regresado de sus viñas) con los ojos y el alma clavados en la terraza fatal; después, por la noche, cuando las ventanas de Elisa se apagaban, salía en un coche de alquiler, siempre el mismo, el coche del *Gago*, corría a la ruleta del Bravo, y luego al club de Caballero, donde jugaba frenéticamente hasta la tardía hora de cenar, en el reservado de un restaurante, con haces de velas encendidas, y el collares, el champaña y el coñac corriendo a chorros desesperados.

¡Y esa vida, torturada por las furias, duró años, siete años! Todas las tierras que le dejó su tío Garmilde se disiparon, ampliamente jugadas y bebidas; sólo le quedaba el caserón de Arroyos y el dinero conseguido, porque lo había hipotecado. Pero, de pronto, desapareció de todos los antros de vino y de juego. ¡Y supimos que Torres Nogueira estaba muriéndose de hidropesía!

Por aquel tiempo, y a causa de un asunto de Nicolás de la Barca, que me telegrafió ansiosamente desde su quinta de Santarem (asunto embrollado referente a una letra), busqué a José Matías en Arroyos, a las diez, una noche calurosa de abril. El criado, mientras me conducía por el corredor mal iluminado, desprovisto ya del adorno de las ricas arcas y tallas de la India del viejo Garmilde, confesó que el señor no había acabado de comer... ¡Y recuerdo aún con un escalofrío la impresión desolada que me produjo el desdichado! Estaba en el cuarto que daba sobre los dos jardines. Ante una ventana, cerrada por las cortinas de damasco, resplandecía la mesa, con dos candelabros, un cesto de rosas blancas y algunas de las nobles platas de Garmilde, y al lado, tendido en una poltrona, con el chaleco blanco desabrochado, la lívida cara caída sobre el pecho y una copa vacía en la mano, José Matías parecía dormido o muerto.

Cuando le toqué en el hombro alzó, sobresaltado, la cabeza, toda despeinada: «¿Qué hora es?» Apenas le grité, con tono alegre, para despertarle, que era tarde, que eran las diez, llenó precipitadamente la copa, de la botella más próxima, de vino blanco, y bebió lentamente, con la mano temblando, temblando... Después, apartando el pelo de la cabeza húmeda: «Bueno, ¿qué hay de nuevo?» Aturdido, sin comprender escuchó, como en un sueño, el recado que le mandaba Nicolás. Por último, con un suspiro, agitó una botella de champaña dentro del cubo en donde se helaba y llenó otra copa, murmurando: «¡Qué calor!... ¡Qué sed!...» Pero no bebió: desprendió el pesado cuerpo del sillón de mimbre y dirigió los pasos inseguros hacia la ventana, cuyas cortinas y cristales abrió con violencia... Y permaneció rígido como sorprendido por el silencio y el oscuro sosiego de la noche estrellada. ¡Aceché yo también, amigo mío! En la casa de *la Parra* brillaban dos ventanas, fuertemente iluminadas, abiertas a la brisa. Y aquella viva claridad envolvía una figura blanca, en los largos pliegues de una bata blanca, parada al borde de la terraza, como absorta en una contemplación. ¡Era Elisa, amigo mío! Detrás, en el fondo del oscuro aposento, el marido jadeaba, con seguridad, con la opresión de la hidropesía. Ella, inmóvil, descansaba, lanzando una dulce mirada, tal vez una sonrisa, a su dulce amigo. El miserable, fascinado, sin respirar, sorbía el encanto de aquella visión bienhechora. Y entre ellos trascendían, en la suavidad de la noche, todas las flores de los dos jardines... Súbitamente, Elisa se retiró de prisa, llamada por algún gemido o impaciencia del pobre Torres. Y las ventanas se cerraron en seguida; toda la luz y la vida desaparecieron en la casa de *la Parra*.

Entonces, José Matías, con un sollozo desgarrado, de rebosante tormento, se tambaleó, y asiéndose tan ansiosamente a la cortina que la rasgó, cayó inerte en los brazos que le tendí, y con los que le arrastré hasta la silla, pesadamente, como a un muerto o a un borracho. Pero, volviendo en sí un momento, ante mi asombro, el extraordinario hombre abrió los ojos, sonrió con una lenta y desfallecida sonrisa, y murmuró casi serenamente: «Es el calor... ¡Qué calor hace! ¿No quiere usted tomar el té?»

Rehusé y salí precipitadamente, mientras él, indiferente a mi fuga, tendido en la poltrona, encendía con mano trémula un inmenso veguero.

*

¡Santo Dios! ¡Ya estamos en Santa Isabel! ¡Qué de prisa van arrastrando esos jamelgos al pobre Matías hacia el polvo y el gusano final! Pues bien, amigo mío, después de esa curiosa noche, murió Torres Nogueira. La divina Elisa, durante el nuevo luto, permaneció en la quinta de un cuñada suya, también viuda, en Corte Moreira, al pie de Beja. Y José Matías desapareció, se evaporó, sin que me llegasen noticias de él, ni siquiera vagas, tanto más cuanto que el íntimo suyo por quien las hubiera sabido, nuestro brillante Nicolás de la Barca, marchó a la isla de Madera, con su último trozo de pulmón, sin esperanza, por un deber clásico, casi un deber social, de tísico.

Todo ese año anduve yo también consagrado a mi *Ensayo sobre los fenómenos afectivos*. Después, un día, a comienzos del verano, bajando por la calle de San Benito, con los ojos levantados, buscando el número doscientos catorce, donde estaban catalogando la biblioteca del mayorazgo de Azemel, ¿a quién diviso en el balcón de una casa nueva y de esquina? ¡A la divina Elisa, poniendo hojas de lechuga en la jaula de un canario! ¡Y qué bella, amigo mío! Más llena y más armoniosa, toda madura, suculenta y deseable, ¡a pesar de haber festejado en Beja sus cuarenta y dos años! Pero esa mujer es de la gran raza de Helena, que, cuarenta años también después del sitio de Troya, todavía deslumbraba a los hombres mortales y a los dioses inmortales. Y, ¡curioso caso!, esa misma tarde, después, supe por

Secco, Juan Secco, el de la Biblioteca, que estaba catalogando la del mayorazgo, la historia de esa Helena admirable.

La divina Elisa tenía ahora un amante... Y únicamente lo hacía por no poder, con su acostumbrada honestidad, tener un legítimo y tercer marido. El afortunado joven a quien ella adoraba era, en efecto, casado... Casado en Beja con una española que, al cabo de un año de la boda y de otros galanteos, marchó a Sevilla, a pasar devotamente la Semana Santa, y allí se adormeció en los brazos de un ganadero riquísimo. El marido, pacífico funcionario de Obras Públicas, siguió en Beja, donde se dedicaba también a enseñar vagamente un vago dibujo... Una de sus discípulas era la hija de la dueña de Corte Moreira; y allí, en la quinta, mientras él guiaba el difumino de la chica, Elisa le conoció y amó, con una pasión tan apremiante, que le arrancó a toda prisa de Obras Públicas, y le arrastró a Lisboa, ciudad más propicia que Beja para una felicidad escandalosa y que se oculta. Juan Secco es de Beja, donde había pasado las Navidades; conocía perfectamente al funcionario, a las señoras de Corte Moreira; y comprendió aquella novela cuando, desde las ventanas de ese número doscientos catorce, donde catalogaba la biblioteca de Azemel, reconoció a Elisa en el balcón de la esquina, y al empleado, entrando muy orondo en el portal, bien vestido, bien calzado, con guantes claros y aspecto de ser mucho más dichoso en aquellas obras particulares que en las públicas.

¡Y desde esa misma ventana del doscientos catorce conocí yo también al empleado! Guapo mozo, fornido, blanco, de barba oscura, en excelentes condiciones de cantidad (y tal vez, incluso, de calidad), para henchir un corazón viudo, y, por tanto, «vacío», como dice la Biblia. Yo frecuentaba ese número doscientos catorce, interesado por el catálogo de la biblioteca, pues el mayorazgo de Azemel poseía, por esa irónica casualidad de las herencias, una colección incomparable de filósofos del siglo XVIII. Y, pasadas unas semanas, al abandonar una noche aquellos libros (Juan Secco trabajaba de noche) y detenerme delante, junto a un portal abierto, para encender el puro, entreveo, sumido en la sombra, ¡a José Matías! Pero ¡qué José Matías, amigo mío! Para examinarle más detenidamente, encendí otra cerilla. ¡Pobre José Matías! Se había dejado la barba, una barba rara, indecisa, sucia, blanda como algodón amarillento; se había dejado crecer el pelo, que asomaba en lacios mechones bajo un viejo sombrero hongo; pero todo él parecía, además, disminuído, menguado, dentro de una levita de paño mugrienta y de unos pantalones negros de anchos bolsillos, donde escondía las manos con el gesto tradicional, tan infinitamente triste, de la miseria ociosa. En la asombrada compasión que me invadió sólo pude balbucir: «¡Cómo! ¡Usted! ¿Qué hace?» Y él, con su cortés mansedumbre, aunque secamente, para librarse de mí, y con una voz enronquecida por el aguardiente: «Por aquí, esperando a un individuo.» No insistí, y me marché. Después, más adelante, me detuve, y comprobé lo que en un relámpago había adivinado: ¡que el portal negro estaba enfrente de la casa nueva de los balcones de Elisa!

Pues bien, amigo mío, ¡tres años vivió José Matías sumido en aquel portal!

*

Era uno de esos patios de la antigua Lisboa, sin portero, siempre desconchados, siempre sucios, cavernas laterales de la calle, de donde nadie expulsa a los emboscados de la miseria o del dolor. Al lado había una taberna. Infaliblemente, al anochecer, José Matías bajaba por la calle de San Benito, pegado a los muros, y, como una sombra, se hundía en la penumbra del portal. A esa hora ya los balcones de Elisa brillaban, en invierno empañados por la neblina; en verano, abiertos aún y refrescándose en el reposo de la calma. Y hacia ellos, inmóvil, con las manos en los bolsillos, José Matías permanecía en contemplación. Cada media hora, cautelosamente, se deslizaba en la taberna. Copa de vino, copa de aguardiente, y, sin ruido, volvía a la negrura del portal, a su éxtasis. Cuando los balcones de Elisa se apagaban, ya avanzada la larga noche —encogido, transido, pisando la acera con las suelas rotas, o sentado al fondo del portal, en los peldaños de la escalera—, ¡quedábanse apresados sus ojos turbios en la negra fachada de aquella casa, donde sabía que ella estaba durmiendo con el otro!

Al principio, para fumar apresuradamente un cigarro, subía hasta el rellano desierto, para ocultar la lumbre que le hubiese denunciado en su escondrijo. Pero después, amigo mío, fumaba sin cesar, pegado al quicio, ¡chupando el cigarro con avidez, para que la punta brillase y le iluminara! ¿Y sabe usted por qué, amigo mío?... ¡Porque Elisa había descubierto ya que, dentro de aquel portal, adorando sumisamente sus balcones, con el alma de otro tiempo, estaba su pobre José Matías!...

¿Y creerá usted, amigo mío, que entonces, todas las noches, o desde detrás de los cristales o asomada al balcón (con el funcionario dentro, tendido en el sofá, en zapatillas ya, leyendo el *Diario de la Noche*), permanecía ella mirando al portal muy quieta, sin otro gesto, con aquella antigua y muda mirada de la terraza por encima de las rosas y las dalias? José Matías lo notaba, deslumbrado. ¡Y ahora avivaba desesperadamente la lumbre, como un farol, para guiar en la oscuridad los amados ojos de ella, y mostrarle que estaba allí, transido, todo suyo, y fiel!

De día no pasaba él nunca por la calle de San Benito. ¿Cómo iba a atreverse con aquel chaquetón roto por los codos y con las botas torcidas? Porque aquel joven, de una elegancia sobria y fina, había caído en la miseria andrajosa. ¿De dónde sacaba, incluso, a diario, los cuatro reales para el vino y la tajada de bacalao en las tabernas? No lo sé... ¡Pero ensalcemos a la divina Elisa, amigo mío! Muy delicadamente, recurriendo a medios ocultos y astutos, ella, rica, procuró asignar una pensión a José Matías, mendigo. ¿Situación picaresca, eh? ¡La agradecida señora, dando dos sueldos mensuales a sus dos hombres, al amante del cuerpo y al del alma! El, sin embargo, adivinó de dónde procedía la pavorosa limosna, y la rechazó, ¡sin indignación, ni gritos de orgullo, hasta enternecido, incluso con lágrimas en los ojos, hinchados por el aguardiente!

Pero sólo muy entrada la noche se atrevía a bajar por la calle de San Benito y a meterse en su portal. ¿Y adivina usted, amigo mío, en qué pasaba él el día? ¡En acechar, en seguir, en husmear la pista del empleado de Obras Públicas! Sí, amigo mío, ¡era una curiosidad insaciada, frenética, atroz, por aquel hombre, escogido por Elisa!... Los dos anteriores, Miranda y Nogueira, habían entrado en la alcoba de Elisa públicamente, por la puerta de la Iglesia, y para otros fines humanos, además del amor: para tener un hogar, hijos tal vez, estabilidad y sosiego en la

vida. Pero éste era tan sólo el amante que ella había nombrado y mantenía únicamente para ser amada; y en aquella unión no aparecía más motivo racional que el de la unión de dos cuerpos. No se hartaba, por consiguiente, de estudiarle, en su figura, en la ropa, en los modales, ansioso de saber bien cómo era aquel hombre que, para completarse, su Elisa había preferido entre la turba de los otros hombres. Por decoro, el funcionario vivía en el otro extremo de la calle de San Benito, frente al Mercado. Y aquella parte de la calle, donde no le sorprenderían en su ruin tarea los ojos de Elisa, era el lugar de acecho de José Matías, desde por la mañana, para mirar y husmear a aquel individuo, cuando éste volvía de casa de Elisa, todavía con el calor de su alcoba. Después no le abandonaba ya, cautelosamente, como un ratero, olfateando desde lejos su rastro. Y yo sospecho que le seguía así menos por curiosidad perversa que para comprobar si, entre las tentaciones de Lisboa, terribles para un empleaducho de Beja, aquel hombre mantenía su cuerpo fiel a Elisa. ¡En servicio a la felicidad de ella, fiscalizaba al amante de la mujer que amaba!

¡Furioso refinamiento de espiritualismo y de fervor, amigo mío! El alma de Elisa era la suya y a ella iba perennemente la perenne adoración; y ahora ¡quería que el cuerpo de Elisa no fuese menos adorado, ni con menos lealtad, por aquel a quien ella entregaba su cuerpo! Pero el empleado era fácilmente fiel a una mujer tan hermosa, tan rica, con medias de seda y brillantes en las orejas, que le deslumbraba. ¿Y quién sabe, amigo mío? Tal vez aquella fidelidad, pleitesía carnal a la divinidad de Elisa, fuese para José Matías la última felicidad que le concedió la vida. Estoy convencido de ello, porque el invierno pasado encontré al empleado, una mañana de lluvia, comprando camelias a una florista de la rúa del Ouro, y enfrente, en una esquina, José Matías, cadavérico, andrajoso, ¡espiaba al individuo con cariño, casi con gratitud! Y quizá aquella noche, en el portal, tiritando, pateando con las suelas mojadas y los ojos enternecidos fijos en los oscuros cristales, pensaría: «¡Infeliz Elisa! ¡Se habrá puesto contenta por haberle traído él esas flores!»

Esto duró tres años.

Finalmente, amigo mío, anteayer apareció Juan Secco en mi casa, ya tarde, despavorido: «¡Han llevado a José Matías en una camilla al hospital, con una congestión pulmonar!»

Según parece, le encontraron, de madrugada, tendido sobre los ladrillos, todo encogido en el delgado chaquetón, jadeando, con una cara mortal, vuelta hacia los balcones de Elisa. Corrí al hospital... Había fallecido... Subí, con el médico de guardia, a la sala. Levanté la sábana que le cubría. Por la abertura de la camisa, sucia y rota, colgada del cuello por un cordón, asomaba una bolsita de seda, desgastada por el uso y sucia también. Seguramente contenía una flor, o unos cabellos, o un trocito de encaje de Elisa, de la época de los primeros éxtasis y de las tardes de Bemfica... Pregunté al médico, que le conocía y le contemplaba compasivamente, si había sufrido. «¡No! Tuvo un momento comatoso, luego abrió los ojos, exclamó *¡Oh!* con un gran asombro y expiró.»

¿Fué el grito del alma, en el asombro y el horror de morir también? ¿O bien el alma, triunfante, al reconocerse al fin libre e inmortal? No lo sé, amigo mío; ni lo supo tampoco el divino Platón; ni lo sabrá el último filósofo en la última tarde del mundo.

Hemos llegado al cementerio. Creo

que debemos coger las cintas de la caja... Realmente, es muy raro ver a Alves, el *Capón,* acompañar tan compungido, a nuestro pobre espiritualista... Pero, ¡Santo Dios, mire! Allí, esperando, a la puerta de la iglesia, aquel individuo apenado, de levita, con un gabán claro... ¡Es el funcionario de Obras Públicas! Y lleva un gran ramo de violetas... ¡Elisa manda a su amante carnal a que acompañe hasta el sepulcro y cubra de flores a su amante espiritual! ¡Sin embargo, nunca hubiese ella enviado a José Matías a que esparciese violetas sobre el cadáver del empleado! ¡Y es que siempre la Materia, aun sin comprenderlo, sin hallar en él su felicidad, adorará al Espíritu, y se tratará a sí propia, a través de los goces que de ella recibe, con brutalidad y desdén! ¡Gran consuelo, amigo mío, el de este empleado con su ramo, para un metafísico que, como yo, ha comentado a Spinoza y a Mallebranche, ha rehabilitado a Fichte y ha probado suficientemente la ilusión de los sentidos! Sólo por esto merecía la pena acompañar a la tumba a este inexplicado José Matías, que era quizá mucho más que un hombre, o tal vez menos todavía que un hombre... En efecto, hace frío... Pero, ¡qué bonita tarde!

LA PERFECCION

I

Sentado sobre una roca, en la isla de Ogigia, con la barba hundida en las manos, de las que había desaparecido la aspereza callosa y manchada de las armas y de los remos, Ulises, el más sutil de los hombres, contemplaba, con sombría y opresora tristeza, el mar, muy azul, que mansa y armoniosamente rodaba sobre la arena blanquísima. Una túnica bordada de flores escarlata envolvía en blandos pliegues su vigoroso cuerpo, que había engordado. En las correas de sus sandalias, que calzaban unos pies tersos y perfumados con esencias, refulgían esmeraldas de Egipto. Y su bastón era una maravillosa rama de coral, rematado por una piña de perlas, como los que usan los dioses marinos.

La Isla divina, con sus rocas de alabastro, los bosques de cedros y tuyas olorosas, las mieses eternas dorando los valles, el frescor de los rosales que recubrían las suaves colinas, resplandecía en la molicie de la siesta, rodeada toda por el mar refulgente. Ni una ráfaga de los Céfiros curiosos, que brincan y corren sobre el archipiélago, alteraba la serenidad del aire luminoso, más dulce que el más dulce vino, impregnándolo todo del fino aroma de los prados de violetas. En el silencio, embebido de grato calor, eran de una armonía más acariciadora los murmullos de las fuentes y de los arroyos, el arrullo de las palomas volando de los cipreses a los plátanos, y el lento rodar y quebrarse de las olas mansas sobre la arena tersa. Y en aquella inefable paz, en aquella belleza inmortal, el sutil Ulises, con los ojos perdidos en las aguas brillantes, gemía amargamente, removiendo el lamento de su corazón...

Siete años, siete inmensos años, habían pasado desde que el rayo refulgente de Júpiter hendió su nave de alta proa bermeja, y él, asido al

mástil partido, rodó entre la mugiente impetuosidad de las espumas sombrías, durante nueve días y nueve noches, hasta que flotó en aguas más tranquilas, ¡y pisó las arenas de aquella isla donde Calipso, la diosa radiante, le recogió y amó! Y durante aquellos inmensos años, ¿cómo transcurrió su vida, su grande y pujante vida, que desde la partida hacia los muros fatales de Troya, abandonando entre copiosas lágrimas a su Penélope, de claros ojos, a su pequeño Telémaco, envuelto en pañales en brazos de su nodriza, estuvo siempre tan agitada por peligros, guerras, astucias, tormentas y rumbos perdidos?... ¡Ah, dichosos los reyes fenecidos, con hermosas heridas en el blanco pecho, ante las puertas de Troya! ¡Felices sus compañeros tragados por la onda amarga! ¡Feliz él si las lanzas troyanas le hubieran atravesado aquella tarde de gran viento y polvareda, cuando, junto al Haya, defendió de los ultrajes, con su sonora espada, el cuerpo muerto de Aquiles! ¡Pero, no! ¡Había vivido! ¡Y ahora, cada mañana, al salir sin alegría del penoso lecho de Calipso, las ninfas, siervas de la Diosa, le bañaban con un agua muy pura, le perfumaban con lánguidas esencias, le cubrían con una túnica siempre nueva, unas veces bordada con sedas finas y otras de oro pálido! Entre tanto, sobre la reluciente mesa, colocada a la puerta de la gruta, a la sombra de las enramadas, junto al susurro adormecido de un arroyo diamantino, los cestillos y las bandejas rebosaban de pasteles, de frutas, de tiernas carnes humeantes, de peces rebrillando como redes de plata. La venerable despensera helaba los vinos dulces en las copas de bronce, cubiertas de rosas. Y él, sentado en un escabel, tendía las manos hacia los manjares perfectos, mientras al lado, sobre un trono de marfil, Calipso, esparciendo a través de la nívea túnica el resplandor y el aroma de su cuerpo inmortal, sublimemente serena, con una sonrisa triste, sin tocar los alimentos humanos, mordiscaba la ambrosía y bebía a sorbitos el néctar transparente y rojizo. Después, cogiendo aquel bastón de Príncipe de Pueblos con que Calipso le obsequiara, volvía a recorrer, sin curiosidad, los conocidos caminos de la Isla, tal lisos y cuidados, que jamás sus relucientes sandalias se manchaban de polvo, tan impregnados de la inmortalidad de la Diosa, que nunca encontró en ellos una hoja seca, ni una flor mustia colgando del tallo. Sentábase entonces sobre una roca, contemplando aquel mar que también bañaba a Itaca, allí tan bravío, aquí tan sereno, y pensaba y gemía, hasta que las aguas y los caminos se cubrían de sombra, y él regresaba a la gruta ¡para dormir, sin deseo, con la Diosa, que le deseaba!... Y durante aquellos inmensos años, ¿qué destino había correspondido a su Itaca, la abrupta Isla de sombrías malezas? ¿Vivían aún los seres amados? ¿Se erguía aún sobre la pujante colina, que dominaba la ensenada de Reitros y los pinares de Neus, su palacio, con los bellos pórticos pintados de rojo y púrpura? Al cabo de tan largos y vacíos años, sin noticias, extinta toda esperanza como una lámpara, ¿habríase quitado su Penélope la túnica pasajera de la viudez y pasado a los brazos de otro esposo fuerte, que manejaría ahora sus lanzas y vendimiaría sus viñas? ¿Y su tierno Telémaco? ¿Reinaría él en Itaca, sentado, con el blanco cetro, sobre el alto mármol del Agora? Ocioso y rondando por los patios, ¿bajaría los ojos bajo el duro dominio de un padrastro? ¿Erraría por ciudades extranjeras, mendigando un salario?... ¡Ah, si su existencia,

arrancada así para siempre de la esposa y del hijo, tan dulces a su corazón, estuviese al menos ocupada en ilustres hazañas! Diez años antes desconocía también la suerte de Itaca y de los seres amados que allí dejó, solos y débiles; pero una empresa heroica le agitaba, y cada mañana su fama crecía como un árbol en un promontorio, llenando el cielo, contemplado por todos los hombres. Entonces era la llanura de Troya ¡y las blancas tiendas de los griegos a lo largo del sonoro mar! Meditaba, sin cesar, astucias guerreras; con soberbia facundia discurseaba en la Asamblea de los Reyes; uncía sólidamente los caballos empinados a la vara de los carros; con la lanza en alto, corría, entre la gritería y la velocidad, ¡contra los troyanos de altos yelmos, que surgían, de repente y con estrépito, de las puertas Skaias!... ¡Oh! ¡Y cuando él, Príncipe de Pueblos, oculto bajo harapos de mendigo, con los brazos manchados de llagas pintadas, cojeando y gimiendo, penetró en los muros de la orgullosa Troya, por el lado del Haya, para robar de noche, con astucia y bravura incomparables, el paladión tutelar de la ciudad! ¡Y cuando, desde dentro del vientre del Caballo de Madera, en la oscuridad, apretado con todos aquellos guerreros rígidos y cubiertos de hierro, calmaba la impaciencia de los que le sofocaban, y tapaba con la mano la boca de Antiklos enfurecido, al oír afuera, en la llanura, los ultrajes y los escarnios troyanos, y a todos murmuraba: «¡Calla, calla! Que caiga la noche y Troya es nuestra!...» ¡Y después, los prodigiosos viajes! ¡El pavoroso Polifemo, burlado con una astucia que maravilló para siempre a las generaciones! ¡Las sublimes maniobras entre Escila y Caribdis! ¡Las Sirenas, bogando y cantando en torno al mástil, desde donde él, atado, las rechazaba con la muda mirada de sus ojos más agudos que dardos! ¡La bajada a los Infiernos, jamás permitida a un mortal!... ¡Y ahora, el hombre de tan brillantes acciones, yacía en una Isla envuelta en molicie, eternamente prisionero, sin amor, por el amor de una Diosa! ¿Cómo podría él huir, rodeado de un mar indomable, sin nave, sin compañeros que manejasen los largos remos? ¡Los Dioses dichosos olvidaban sin duda a quien tanto combatiera por ellos y les ofrendara siempre piadosamente las reses de ritual, incluso entre el fragor y el humo de las ciudadelas derruídas, hasta cuando su proa encallaba en tierra agreste!... Y al héroe, que recibió de los reyes de Grecia las armas de Aquiles, cabíale por destino amargo engordar en la ociosidad de una Isla más lánguida que una cesta de rosas, tender las manos reblandecidas hacia los manjares abundantes, y, cuando aguas y caminos se cubrían de sombra, dormir sin deseo con una Diosa que, sin cesar, le deseaba.

Así gemía el magnánimo Ulises a orillas del rutilante mar... Y he aquí que, de repente, un surco de desusado brillo, de más blanca refulgencia que el de una estrella precipitándose, rayó el esplendor del cielo, desde las alturas hasta el oloroso ramaje de tuyas y cedros que sombreaba un golfo sereno, a oriente de la Isla. El corazón del héroe latió con alborozo. Tan refulgente rastro, en la refulgencia del día, sólo un Dios podía trazarlo a través del enorme Uranos. ¿Es que bajaba entonces un Dios a la Isla?

II

Sí, bajaba un Dios, un gran Dios... Era el Mensajero de los Dioses, el ligero, el elocuente Mercurio. Calzado

con esas sandalias que tienen dos
alas blancas, los cabellos color vino
cubiertos por el casco, donde se abren
también dos alas claras, alzando en
la mano del caduceo, había atravesa-
do el éter, rozado la lisura del apa-
cible mar, pisado la arena de la Is-
la, sobre la cual sus pisadas se que-
daban rebrillando como suelas de
oro nuevo. A pesar de recorrer toda
la tierra, con los innumerables en-
cargos de los Dioses, el luminoso
Mensajero no conocía aquella Isla de
Ogigia; y admiró, sonriendo, la be-
lleza de los prados de violetas, tan
gratos para correr y brincar las Nin-
fas, y el armonioso rebrillar de los
arroyos entre los altos y lánguidos
lirios. Una parra, sobre puntales de
jaspe, cargada de racimos maduros,
conducía, como fresco pórtico salpi-
cado de sol, hasta la entrada de la
gruta, toda de rocas lisas, de donde
colgaban jazmines y madreselvas,
rodeadas por el zumbido de las abe-
jas. Y divisó en seguida a Calipso,
la Diosa feliz, sentada en un trono,
hilando en una rueca de oro, con un
huso de oro también, la hermosa la-
na de púrpura marina. Un aro de es-
meraldas sujetaba sus cabellos muy
rizosos y cálidamente rubios. Bajo la
túnica diáfana, la juventud inmor-
tal de su cuerpo rebrillaba, como la
nieve cuando la aurora la tiñe de ro-
sa en las colinas pobladas de Dioses.
Y mientras retorcía el huso, entona-
ba, con trinos, un fino canto, como
trémulo hilo de cristal vibrando des-
de la Tierra al Cielo. Mercurio pen-
só: «¡Linda Isla y linda Ninfa!» De
una clara hoguera de cedro y tuya
ascendía, muy recto, un humo delga-
do que perfumaba toda la Isla. Alre-
dedor, sentadas en esteras sobre el
suelo de ágata, las Ninfas, siervas de
la Diosa, devanaban las lanas, bor-
daban en la seda las flores ligeras,
tejían las puras telas en telares de
plata. Todas enrojecieron, con el seno
jadeante, al notar la presencia del
Dios. Y sin detener el huso relum-
brante, Calipso reconoció en seguida
al Mensajero, pues todos los Inmorta-
les saben los nombres, hechos y ros-
tros soberanos de los demás, hasta
cuando habitan retiros remotos se-
parados por el Eter o el Mar.

Mercurio se detuvo, risueño, en su
desnudez divina, exhalando el per-
fume del Olimpo. Entonces la Diosa
alzó hacia él, con digna serenidad,
el amplio esplendor de sus ojos ver-
des:

—¡Oh Mercurio! ¿Por qué has ba-
jado a esta Isla mía, humilde, tú,
venerable y querido, a quien nunca
vi pisar la Tierra? Dime qué espe-
ras de mí. Ya mi franco corazón me
manda que te satisfaga, si tu deseo
cabe dentro de mi poder y del Ha-
do... Pero entra, descansa y que yo
te sirva, como dulce hermana, la me-
sa de la hospitalidad.

Despegó su talle de la roca, apar-
tó los bucles sueltos del radiante pe-
lo, y con sus nacaradas manos puso
sobre la mesa, que las Ninfas acer-
caron a la hoguera aromática, el pla-
to rebosante de ambrosía y las copas
de cristal donde centelleaba el néc-
tar.

Mercurio murmuró: «¡Grata es tu
hospitalidad, oh Diosa!» Colgó el
caduceo de la fresca rama de un plá-
tano, tendió los dedos relucientes ha-
cia la bandeja de oro, y alabó, ri-
sueño, la excelencia de aquel néctar
de la Isla. Y satisfecha el alma, re-
costando su cabeza en el tronco liso
del plátano, que se cubrió de clari-
dad, comenzó con palabras perfectas
y aladas:

—Has preguntado por qué ha ba-
jado un Dios a tu morada, ¡oh Dio-
sa! Y ciertamente ningún Inmortal
recorrería sin motivo, desde el Olim-
po hasta Ogigia, esta desierta inmen-
sidad del salado mar, en que no se
encuentran ciudades de hombres, ni

templos rodeados de bosques, ni siquiera un pequeño santuario del que ascienda el aroma del incienso, el olor de las carnes votivas o el gozoso murmullo de las preces... Pero ha sido nuestro Padre Júpiter el que me mandó con este encargo. Tú has recogido y retienes con la fuerza inconmensurable de tu dulzura al más sutil e infortunado de todos los Príncipes que combatieron durante diez años a la elevada Troya, y embarcaron después en las hondas naves para volver a la tierra patria. Muchos de ésos lograron regresar a sus ricos lares, cargados de fama, de despojos y de historias magníficas que contar. Vientos contrarios, sin embargo, y un hado más inexorable, arrojaron a esta Isla tuya, envuelto en las sucias espumas, al facundo y astuto Ulises... Ahora bien: el destino de este héroe no es permanecer en la ociosidad inmortal del lecho, lejos de los que le lloran y que se encuentran faltos de su fuerza y de su destreza divinas. Por eso Júpiter, regulador del Orden, te ordena, ¡oh Diosa!, que libertes al magnánimo Ulises de tus blancos brazos y lo restituyas, con los presentes tiernamente debidos, a su amada Itaca y a su Penélope, que teje y deshace la tela, astutamente, rodeada de los pretendientes arrogantes, ¡devoradores de sus cebados bueyes y bebedores de sus frescos vinos!

La divina Calipso se mordió levemente el labio, y sobre su faz luminosa descendió la sombra de las espesas pestañas color jacinto. Después, con armonioso suspiro, con el que onduló todo su espléndido pecho:

—¡Ah grandes Dioses, Dioses felices! ¡Qué ásperamente celosos sois de las Diosas que, sin esconderse en la espesura de los bosques o en los oscuros refugios de los montes, aman a los hombres elocuentes y fuertes!... Este, que me envidiáis, rodó sobre las arenas de mi Isla, desnudo, magullado, hambriento, atado a una quilla partida, perseguido por *todos* los furores, todos los vientos y *todos* los rayos de que dispone el Olimpo. Yo le recogí, le lavé, le nutrí, le amé y le cobijé para que permaneciese eternamente a cubierto de las tormentas, del dolor y de la vejez. Y ahora Júpiter tonante, al cabo de ocho años en que mi dulce vida se enroscó en torno a este afecto como la vid al olmo, decide separarme del compañero que había yo escogido para mi inmortalidad. ¡Realmente, sois crueles, oh Dioses, que aumentáis constantemente la raza turbulenta de los Semidioses yaciendo con las mujeres mortales! ¿Cómo quieres que mande yo a Ulises a su patria, si no poseo naves, ni remeros, ni piloto conocedor que le guíe entre las islas? Pero ¿quién puede resistir a Júpiter, que acumula las nubes? ¡Sea! Y que Olimpo ría, obedecido. Enseñaré al intrépito Ulises a construir una balsa segura, con la que de nuevo hienda el lomo verde del mar...

Inmediatamente, el Mensajero Mercurio se levantó del escabel adornado con clavos de oro, cogió otra vez su caduceo, y, bebiendo una última copa de néctar excelente de la Isla, ensalzó la obediencia de la Diosa:

—¡Bien harás, oh Calipso! Así evitas la cólera del Padre tonante. ¿Quién se le resiste? Su omnisciencia rige su omnipotencia. Y él sostiene como cetro un árbol que tiene como flor el Orden... Sus decisiones, clementes o crueles, encierran siempre armonía. Por eso su brazo se torna aterrador para los pechos rebeldes. Por tu pronta sumisión serás hija estimada, y gozarás de una inmortalidad llena de sosiego, sin intrigas ni sorpresas...

Ya las alas impacientes de sus

sandalias palpitaban y su cuerpo, con sublime gracia, se balanceaba por encima de las hierbas y las flores que tapizaban la entrada de la gruta.

—Además—agregó—, tu Isla, ¡oh Diosa!, está en la ruta de las naves osadas que cortan las olas. En breve, quizá, otro héroe robusto, habiendo ofendido a los Inmortales, arribará a tu suave playa, abrazado a una quilla... ¡Enciende una clara hoguera, de noche, en las rocas altas!

Y riendo, el Divino Mensajero se elevó serenamente, dejando en el éter una estela de elegante fulgor, que las Ninfas, olvidando su labor, seguían, con los frescos labios entreabiertos y el seno jadeante, con el deseo de aquel hermoso inmortal.

Entonces Calipso, pensativa, echando sobre sus ondulados cabellos un velo color azafrán, caminó hacia la orilla del mar, por los prados, con una prisa que le enrollaba la túnica, a la manera de una leve espuma, alrededor de las piernas redondas y sonrosadas. Tan levemente pisó la arena, que el magnánimo Ulises no la oyó deslizarse, perdido en la contemplación de las aguas brillantes, con la negra barba entre las manos, aliviando con gemidos el peso de su corazón. La Diosa sonrió, con fugaz y soberana amargura. Después, posando sobre el ancho hombro del héroe sus dedos tan blancos como los de Eos, madre del día:

—¡No te lamentes más, desventurado, ni te consumas mirando al mar! Los Dioses, superiores a mí en inteligencia y voluntad, deciden que partas, afrontes la inconstancia de los vientos y pises de nuevo la tierra de la patria...

Bruscamente, como el cóndor lanzándose sobre la presa, el divino Ulises, con cara asombrada, saltó de la roca musgosa:

—¡Oh Diosa! ¿Qué dices?...

Ella prosiguió sosegadamente, con los hermosos brazos colgantes, enrollados en el velo color azafrán, mientras la ola rodaba, más suave y cantarina, en el amoroso respeto a su divina presencia:

—Bien sabes que no poseo naves de alta proa, ni remeros de recio pecho, ni piloto amigo de las estrellas, que te conduzcan... Pero en verdad te entregaré el hacha de bronce que fué de mi padre, para que derribes los árboles que te señalaré y construyas con ellos una balsa en que embarques... Después la proveeré de odres de vino, de alimentos perfectos y la empujaré con amistoso soplo hacia el mar indomado...

El cauto Ulises retrocedió lentamente, clavando en la Diosa una dura mirada que la desconfianza ennegrecía. Y, alzando la mano, que temblaba toda, con la ansiedad de su corazón:

—¡Oh Diosa! ¡Tú abrigas un pensamiento terrible cuando así me invistas a afrontar en una balsa las olas difíciles, sobre las que apenas se sostienen hondas naves! ¡No, Diosa peligrosa, no! Combatí en la gran guerra, en que los Dioses lucharon también, y conozco la malicia infinita que contiene el corazón de los inmortales! Si supe resistir a las sirenas irresistibles, y me libré con sublimes maniobras del paso entre Escila y Caribdis, y vencí a Polifemo con un ardid que me tornará eternamente ilustre entre los hombres, ¡no fué seguramente, oh Diosa, para que ahora, en la isla de Ogigia, como pajarillo de escaso plumaje, en su primer vuelo desde el nido, caiga en la trampa ligera, preparada con palabras de miel! ¡No, Diosa, no! Sólo embarcaré en tu extraordinaria balsa si juras, con el juramento terrorífico de los Dioses, que no preparas, con esos apacibles ojos, mi irreparable pérdida.

Así clamó, a orilla de las olas, con el pecho jadeante, Ulises, el héroe cauto... Entonces, la Diosa clemente rió, con cantarina y refulgente risa. Y yendo hacia el héroe, y deslizando sus celestes dedos por sus espesos cabellos, más negros que la pez:

—¡Oh maravilloso Ulises!—dijo—¡Eres, en verdad, el más desconfiado, trapacero y malicioso de los hombres, pues no concibes que exista espíritu sin astucia ni falsía! ¡Mi ilustre Padre no me engendró con un corazón de hierro! A pesar de ser inmortal comprendo las desventuras mortales. ¡Sólo te he aconsejado lo que yo, Diosa, realizaría si el hado me obligase a salir de Ogigia por el incierto mar!...

El divino Ulises apartó lenta y sombríamente la cabeza de la rosada caricia de los dedos divinos:

—Jura, sin embargo... ¡Oh Diosa, jura, para que inunde mi pecho, cual oleada de leche, la sabrosa confianza!

Ella alzó el blanco brazo hacia el azul donde moran los Dioses:

—Por Gaya y por el cielo superior, y por las aguas subterráneas de la Estigia, que es la mayor invocación que pueden hacer los Inmortales, juro, ¡oh hombre, Príncipe de los hombres!, que no preparo tu pérdida, ni mayores miserias...

El valeroso Ulises respiró ampliamente. Y, subiéndose entonces las mangas de la túnica, y frotándose las palmas de las robustas manos:

—¿Dónde está el hacha de tu magno padre? ¡Señálame los árboles, oh Diosa!... ¡Cae el día y el trabajo es largo!

—¡Tranquilízate, oh hombre ávido de males humanos! Los Dioses superiores en sapiencia han decidido ya tu destino... Vuelve conmigo a la dulce gruta, a reforzar tus fuerzas... Cuando Eos aparezca rojiza, mañana, yo te conduciré a la selva.

III

Era, en efecto, la hora en que hombres mortales y dioses inmortales se acercan a las mesas cubiertas de vajillas, donde los espera la abundancia, el reposo, el olvido de las inquietudes y las amables conversaciones que alegran el alma. A poco, Ulises se sentó en el escabel de marfil, que conservaba aún el aroma del cuerpo de Mercurio, y ante él las Ninfas, siervas de la Diosa, pusieron los pasteles, las frutas, las tiernas carnes humeantes, los peces refulgentes como redes de plata. Sentada en un trono de oro puro, la Diosa recibió de manos de la despensera venerable el plato de ambrosía y la copa de néctar. Ambos tendieron las manos hacia los alimentos perfectos de la Tierra y del Cielo. Y, una vez que hicieron una abundante ofrenda al Hambre y a la Sed, la ilustre Calipso, apoyando el rostro en sus dedos sonrosados y contemplando pensativamente a Ulises, profirió estas palabras aladas:

—¡Oh Ulises!, muy sutil quieres regresar a tu morada mortal y a la tierra de la patria... ¡Ah! ¡Si supieras, como yo, cuántos duros males tendrás que padecer antes de divisar las rocas de Itaca, te quedarías entre mis brazos, mimado, bañado, bien nutrido, vestido de suaves linos, sin perder nunca la amada fuerza, ni la agudeza del entendimiento, ni el calor de la facundia, pues yo te transmitiría mi inmortalidad! Pero deseas volver a la esposa mortal que vive en la Isla abrupta, donde las malezas son tenebrosas. Y, sin embargo, yo no soy inferior a ella ni en belleza, ni en inteligencia, porque las mortales brillan ante los inmortales como lámparas humeantes ante estrellas puras...

El facundo Ulises acarició su áspera barba. Después, levantando el bra-

zo como acostumbraba en la Asamblea de los Reyes, a la sombra de las altas popas, ante los muros de Troya, dijo:

—¡Oh Diosa venerable, no te escandalices! Sé perfectamente que Penépole es muy inferior a ti en hermosura, sapiencia y majestad. Tú serás eternamente bella y joven, mientras los Dioses duren; y ella, en pocos años, conocerá la tristeza de las arrugas, del cabello blanco, de los dolores de la decrepitud, de los pasos que tiemblan apoyados en un bastón que tiembla también. Su espíritu mortal vaga entre la oscuridad y la duda; tú, bajo esa fuente luminosa, posees luminosas certezas. Pero, ¡oh Diosa!, ¡precisamente por lo que ella tiene de incompleto, de frágil, de grosero y de mortal, la amo y ansío su compañía afín! ¡Piensa cuán penoso es que, en esta mesa, cada día, coma yo vorazmente el cordero de los pastos y la fruta de los vergeles, mientras tú, a mi lado, por la inefable superioridad de tu naturaleza, te llevas a la boca, con soberana lentitud, la divina ambrosía! Durante ocho años, ¡oh Diosa!, no brilló nunca tu cara con una alegría ni de tus verdes ojos brotó una lágrima; tu pie golpeó el suelo con airada impaciencia; ni, gimiendo con un dolor, te arrojaste sobre el blando lecho... Así invalidas todas las virtudes de mi corazón, pues tu divinidad no permite que yo te alegre, ni te consuele, ni te tranquilice, o incluso que frote tu cuerpo dolorido con el jugo de las hierbas benéficas... Piensa también que tu inteligencia de Diosa posee todo el saber, alcanza siempre la verdad; y durante el largo tiempo que contigo dormí, ¡no gocé nunca la felicidad de enmendarte, de contradecirte y de sentir, ante la debilidad del tuyo, la potencia de mi entendimiento. ¡Oh Diosa, tú eres ese ser aterrador que tiene siempre razón! Piensa asimismo que, como Diosa, conoces todo el pasado y todo el porvenir de los hombres; ¡yo no he podido saborear la incomparable delicia de contarte, de noche, bebiendo el vino fresco, mis ilustres hazañas y mis sublimes viajes! ¡Oh Diosa, tú eres impecable! Y cuando resbalo sobre una alfombra extendida o se me rompe una correa de mi sandalia, no puedo gritarte, como los hombres mortales gritan a sus esposas mortales: «¡Fué tuya la culpa, mujer!», lanzando ante el hogar un cruel alarido. ¡Por eso soportaré con paciente espíritu todos los males con que los Dioses me acometan en el sombrío mar, por volver a una humana Penélope, a quien yo mande, consuele, reprenda, acuse, contraríe, enseñe, humille y deslumbre, y a quien por eso ame con un amor que se alimenta constantemente de esas maneras diversas, como el fuego se alimenta de los vientos contrarios!

Así, el facundo Ulises se desahogaba ante la taza de oro vacía, y, serenamente, la Diosa le escuchaba con una sonrisa triste, inmóviles las manos, sobre el regazo, enrolladas en la punta del velo.

Entre tanto, Febo Apolo descendía hacia Occidente, y ya de las ancas de sus cuatro corceles sudorosos subía y se extendía sobre el mar un vaho aurirrosado. A poco, los caminos de la Isla se cubrieron de sombras. Y sobre las pieles preciosas del lecho, al fondo de la gruta, Ulises, sin deseo, y la Diosa, que le deseaba, gozaron el dulce amor, y luego el dulce sueño.

Temprano, apenas Eos entreabrió las puertas del amplio Uranos, la divina Calipso, que habíase vestido con una túnica más blanca que la nieve del Pindo y plegado sobre sus cabellos un velo transparente y azul como el ligero éter, salió de la gruta, trayendo al magnánimo Ulises, sentado ya a la puerta, bajo la enramada, ante una copa de vino claro, el hacha potente de su ilustre padre, toda de bronce, con dos filos y un fuerte mango de olivo cortado en las laderas del Olimpo.

Limpiándose rápidamente la espesa barba con el revés de la mano, el héroe asió el hacha venerable.

—¡Oh Diosa, cuántos años hace que no toco un arma o una herramienta, yo, el devastador de ciudadelas y el constructor de naves!

La Diosa sonrió. E iluminada su tersa faz y con palabras aladas:

—¡Oh Ulises, vencedor de hombres! Si te quedases en esta Isla, ¡yo encargaría para ti a Vulcano y a sus forjas del Etna armas maravillosas!...

—¿De qué sirven armas sin combates ni hombres que las admiren? Además, ¡oh Diosa!, ya he combatido mucho, y mi gloria entre las generaciones está soberbiamente asegurada. ¡Sólo aspiro al apacible reposo, vigilando mis rebaños, creando sabias leyes para mis pueblos!... ¡Sé benévola, oh Diosa, y señálame los recios árboles que me conviene cortar!

Caminó ella en silencio por un sendero florido de altas y radiantes azucenas, que conducía a la punta de la Isla más poblada de árboles, hacia el lado de oriente; y detrás iba el intrépido Ulises, con el hacha reluciente al hombro. Las palomas dejaban las ramas de los cedros, o las anfractuosidades de las rocas donde bebían, para revolotear en torno a la Diosa, en amoroso tumulto. Al paso de ella, un aroma más delicado subía de las flores, abiertas, como incensarios. Las hierbas que el borde de su única rozaba reverdecían con más lozana exuberancia. Y Ulises, indiferente a los prestigios de la Diosa, impaciente por la serenidad divina de su paso armonioso, planeaba su balsa, *ansiaba hallarse en* el bosque.

Espeso y oscuro lo divisó al fin, poblado de encinas, de viejísimas tecas, de pinos que movían su ramosa copa en el éter. De su lindero bajaba un arenal, cuya perfecta suavidad no manchaba ni una concha, ni una rama quebrada de coral, ni la pálida flor de un cardo marino. Y el mar refulgía con un brillo de zafiro, en la quietud de la mañana blanquirroja. Yendo de las encinas a las tecas, la Diosa señaló al atento Ulises los troncos secos, robustecidos por soles innumerables, que flotarían con más ligera seguridad sobre las aguas traidoras. Después, acariciando el hombro del héroe, cual otro árbol robusto, predestinado también a las aguas crueles, volvió a su gruta, donde cogió la rueca de oro, e hiló todo el día, y todo el día cantó...

Con ruidosa y magnífica alegría, Ulises lanzó el hacha contra una corpulenta encina, que gimió. Y a poco, toda la Isla retumbaba, con el estruendo de la obra sobrehumana. Las gaviotas, adormecidas en el silencio eterno de aquellas costas, alzaron el vuelo en amplias bandadas, chillando con asombro. Las flúidas divinidades de los ríos indolentes, estremeciéndose con refulgente escalofrío, huían entre los cañaverales y las raíces de los álamos. Durante aquel corto día, el valeroso Ulises derribó veinte árboles, robles, pinos, tecas y chopos, y los desbarató y escuadró todos, alineándolos sobre la arena. Su cuello y su levantado pecho humeaban de sudor cuando regresó pesadamente a la gruta para saciar el hambre voraz y beber el vino helado. ¡Y nunca le pareció tan hermoso a la Diosa inmortal, quien, sobre el lecho de pieles preciosas, apenas los caminos se cubrieron de sombra, encontró incansable y dispuesta la fuerza

de aquellos brazos que habían derribado veinte troncos!

Así trabajó durante tres días el héroe.

Y como arrebatada por aquella actividad magnífica que conmovía la Isla, la Diosa ayudaba a Ulises, llevando desde la gruta a la playa, en sus delicadas manos, las cuerdas y los clavos de bronce. Las Ninfas, por orden suya, abandonando las suaves labores, tejían una tela fuerte para la vela, que hincharían amorosos los vientos amables. Y la venerable despensera llenaba ya los odres de vino fuertes, y preparaba con generosidad los abundantes víveres para la incierta travesía. Entre tanto, la balsa aumentaba, con los troncos bien unidos y un banco levantado en medio, donde se erguía el mástil, que era un pino desbastado, más redondo y liso que una vara de marfil. Cada tarde, sentada en una roca a la sombra del bosque, la Diosa contemplaba al admirable calafate martillando furiosamente, y cantando con vigorosa alegría una canción de remero. Y ligeras, en las puntas de los brillantes pies, entre la arboleda, las Ninfas, abandonando su labor, venían a espiar, con ávidos ojos rutilantes, aquella fuerza solitaria, que, en el solitario arenal, iba construyendo magníficamente una nave.

IV

Finalmente, el cuarto día por la mañana, Ulises acabó de escuadrar el timón, que reforzó con barrotes de álamo, para que soportara mejor el embate de las olas. Después, amontonó un lastre abundante de tierra y de piedras lisas de la Isla inmortal. Sin descansar, con un ansia risueña, aferró a la alta verga la vela cortada por las Ninfas. Sobre unos pesados rollos, maniobrando con palanca, empujó la inmensa balsa hasta la espuma de la ola, en un sublime esfuerzo, con músculos tan tensos y venas tan hinchadas, que él mismos parecía hecho de troncos y cuerdas. Cabeceó un extremo de la balsa, levantando con cadencioso movimiento por la ola armoniosa. Y el héroe, alzando los brazos relucientes de sudor, alabó a los Dioses inmortales.

Entonces, como la obra había terminado y la tarde resplandecía, propicia a la partida, la generosa Calipso llevó a Ulises, entre las violetas y las anemones, a la fresca gruta. Con sus divinas manos le bañó en una concha de nácar, le perfumó con esencias sobrenaturales, le puso una hermosa túnica de lana bordada y echó sobre sus hombros un manto impenetrable a las neblinas del mar, y extendió sobre la mesa, para que saciase su hambre voraz, los alimentos más finos y saludables de la tierra. El héroe aceptaba los amorosos cuidados con paciente benevolencia. La Diosa de gestos serenos sonreía tristemente.

Después, cogió ella la mano velluda de Ulises, palpando con agrado las callosidades que le produjo el hacha, y por la orilla del mar le condujo a la playa, donde la ola lamía mansamente los troncos de la recia balsa. Ambos descansaron sobre una roca musgosa. Nunca la Isla había resplandecido con una belleza tan serena, entre un mar tan azul, bajo un cielo tan terso. Ni el agua fresca del Pindo bebida durante una calurosa caminata, ni el dorado vino que producen las colinas de Chío, eran más dulces de beber que aquel aire cargado de aromas compuesto por los Dioses para que lo respirase una Diosa. La frescura imperecedera de los árboles penetraba en el corazón, pedía casi la caricia de los dedos. Todos los rumores, el de los arroyos entre la hierba, el de las olas en la playa y el de las aves en las sombras frondosas, se elevaban, suave y finamente fundidos, como las armonías sagradas de un templo lejano. El esplendor y la gracia de las flores retenían los rayos pasmados del sol. Eran tantos los frutos en los vergeles y las espigas en los campos de trigo, que la Isla parecía ceder, hundida en el mar, bajo el peso de su abundancia.

Entonces la Diosa suspiró levemente al lado del héroe, y murmuró con una sonrisa alada:

—¡Oh magnánimo Ulises, partes en verdad! Te impulsa el deseo de volver a ver a la mortal Penélope y a tu amado Telémaco, que dejaste en brazos de la nodriza cuando Europa se lanzó contra Asia, y que ahora sostiene ya en la mano una lanza temida. Siempre de un amor antiguo, con hondas raíces, brotará más adelante una flor, incluso triste. ¡Pero dime! Si en Itaca no te esperasen la esposa tejiendo y destejiendo la tela y el hijo ansioso que dirige los ojos hacia el mar, ¿abandonarías tu, oh hombre prudente, esta dulzura, esta paz, esta abundancia y esta belleza inmortal?

El héroe, al lado de la Diosa, extendió el brazo poderoso, como en la Asamblea de los Reyes ante los muros de Troya, cuando sembraba en las almas la verdad persuasiva:

—¡Oh Diosa, no te escandalices! Pero aunque no existieran, para atraerme, ni hijo, ni esposa, ni reino, ¡yo afrontaría alegremente los mares y la ira de los Dioses! Porque, en verdad, ¡oh Diosa muy ilustre!, mi corazón saciado no soporta ya esta paz, esta dulzura y esta belleza inmortal. Piensa, ¡oh Diosa!, que durante ocho años no he visto nunca amarillear y caer el follaje de estos árboles. Nunca este cielo rutilante se empañó con oscuras nubes; ni tuve el goce de tender, bien abrigado, las manos hacia el grato fuego, mientras la fuerte borrasca conmueve los montes. Todas esas flores que brillan en sus esbeltos tallos son las mismas, ¡oh Diosa!, que admiré y aspiré la primera mañana que me mostraste estos prados perpetuos. ¡Y hay lirios que odio con un odio amargo, por la impasibilidad de su blancura eterna! ¡Esas gaviotas repiten tan incesante, tan implacablemente su vuelo blanco y armonioso, que yo escondo ante ellas mi rostro, como otros lo esconden de las negras arpías! ¡Cuántas veces me refugio en el fondo de la gruta para no oír el murmullo siempre lánguido de estos arroyos, siempre transparentes! Piensa, ¡oh Diosa!, que en tu Isla no encontré nunca un charco, un tronco podrido, la osamenta de un animal cubierta de moscas zumbadoras. ¡Oh Diosa!, hace ocho años, ocho años terribles, que estoy privado de ver el trabajo, el esfuerzo, la lucha y el sufrimiento... ¡Oh Diosa, no te escandalices! Me siento ansioso de hallar un cuerpo jadeando bajo una carga, dos bueyes humeantes tirando de un arado, unos hombres que se injurien al pasar un puente, los brazos suplicantes de una madre que llora, un cojo con su muleta mendigando a la puerta de las ciudades... Diosa: hace ocho años que no veo una sepultura... ¡No puedo soportar más esta serenidad sublime! Mi alma toda arde en deseos de lo que se deforma, se ensucia, se despedaza y se corrompe... ¡Oh Diosa inmortal, me muero de añorar la muerte!

Inmóvil, con las manos quietas sobre el regazo, enrolladas en las puntas de su velo, la Diosa escuchaba, con una sonrisa serenamente divina, la furiosa queja del héroe cautivo... Entre tanto, ya por la colina las Ninfas, siervas de la Diosa, bajaban llevando sobre la cabeza y sos-

teniéndolos con el redonde brazo los jarros de vino, los sacos de cuero, que la venerable despensera enviaba para abastecer la balsa. Silenciosamente, el héroe colocó una tabla desde la arena hasta el borde de los altos troncos. Y mientras pasaban sobre ella las Ninfas, ligeras, con las ajorcas de oro tintineando en los brillantes pies, Ulises, atento, contando los sacos y los odres, gozaba en su noble corazón aquella generosa abundancia. Y una vez amarrados con las cuerdas a las clavijas aquellos fardos soberbios, todas las Ninfas, lentamente, se sentaron sobre la arena en torno a la Diosa, para contemplar la despedida, el embarco y las maniobras del héroe sobre el lomo de las olas... Entonces, los grandes ojos de Ulises relampaguearon de cólera. Y ante Calipso, cruzando furiosamente los brazos, exclamó:

—¡Oh Diosa! ¿Crees en verdad que no falta nada para que despliegue la vela y navegue? ¿Dónde están los ricos presentes que me debes? Ocho años, ocho duros años, he sido el huésped magnífico de tu Isla, de tu gruta, de tu lecho... Siempre los Dioses inmortales decidieron que a los huéspedes, en el momento amistoso de la partida, se les ofrendasen ricos presentes! ¿Dónde están, ¡oh Diosa!, esas riquezas abundantes que me debes, según costumbre de la Tierra y ley del Cielo?

La Diosa sonrió con sublime paciencia. Y con palabras aladas, que huían en la brisa:

—¡Oh Ulises, eres, sin duda, el más interesado de los hombres! Y también el más desconfiado, ya que supones que una Diosa iba a negar los presentes debidos a aquel a quien amó... Tranquilízate, ¡oh héroe sutil!... Los ricos presentes no tardarán, numerosos y brillantes.

En efecto, por la suave colina bajaban otras Ninfas, ligeras, con los velos ondulantes, llevando en sus brazos unos objetos preciosos, ¡que rutilaban al sol! El magnánimo Ulises tendió las manos y los miró con ojos voraces... Y mientras ellas pasaban sobre la tabla crujiente, el héroe astuto contaba, valoraba en su noble espíritu, los escabeles de marfil, los rollos de telas bordadas, los cántaros de bronce labrado, los broqueles incrustados de pedrerías...

Tan rica y bella era el ánfora de oro que la última Ninfa sostenía sobre el hombro, que Ulises la detuvo, le arrebató el ánfora, la sopesó, la examinó y gritó con una magnífica y estridente risa:

—¡En verdad, este oro es bueno!

Después de colocados y de atados bajo el ancho banco los preciosos objetos, el héroe, impaciente, asiendo el hacha, cortó la cuerda que retenía la balsa al tronco de un roble, y saltó sobre los altos troncos que la espuma envolvía. ¡Pero entonces se acordó de que ni siquiera había besado a la generosa e ilustre Calipso! Rápido, recogiendo su manto, brincó entre la espuma, corrió por la arena y puso un sereno beso sobre la frente aureolada de la Diosa. Ella se apoyó levemente sobre su hombro robusto:

—¡Cuántos males te esperan, oh desdichado! Mejor sería que te quedases, para toda la inmortalidad, en mi Isla perfecta, entre mis perfectos brazos.

Ulises retrocedió, con un grito magnífico:

—¡Oh Diosa, el irreparable y supremo mal está en tu perfección!

Y huyó entre las olas, trepó ansiosamente a la balsa, desplegó la vela, hendió el mar, ¡y partió hacia los trabajos, hacia las tormentas, hacia las miserias, hacia la delicia de las cosas imperfectas!

EL MILAGRO INEFABLE

Por aquel tiempo, Jesús no se había alejado aún de Galilea y de las suaves y luminosas orillas del lago de Tiberíades; pero la noticia de sus milagros llegó ya hasta Enganim, ciudad rica, de fuertes murallas, entre olivares y viñedos, en el país de Isacar.

Una tarde, un hombre de ojos ardientes y deslumbrados pasó por el fresco valle y anunció que un nuevo Profeta, un hermoso Rabí, recorría los campos y las aldeas de Galilea, prediciendo la venida del reino de Dios, y curando todos los males humanos. Y mientras descansaba, sentado a la orilla de la Fuente de los Vergeles, contó también que aquel rabí, en la carretera de Magdala, había sanado de la lepra al siervo de un decurión romano sólo con extender sobre él la sombra de sus manos; y que otra mañana, cruzando en una barca hacia la tierra de los gesenos, donde comenzaba la cosecha del cáñamo, resucitó a la hija de Jaira, hombre notable y docto que comentaba los libros de la Sinagoga. Y como a su alrededor, asombrados, labradores, pastores y las mujeres trigueñas, con un cántaro en el hombro, le preguntasen si aquél era, en verdad, el Mesías de Judea, si ante él refulgía la espada de fuego, y si iban a su lado, caminando como la sombra de dos torres, las sombras de Gog y de Madog, el hombre, sin beber siquiera de aquella agua tan fría de la que bebió Josué, cogió el cayado, sacudió sus cabellos y se adentró pensativamente por debajo del acueducto, desapareciendo en seguida en la espesura de los almendros en flor. Pero una esperanza, deliciosa como el rocío, en los meses en que canta la cigarra, refrescó las almas sencillas: muy pronto, por toda la campiña que verdea hasta Ascalón, el arado pareció más suave de enterrar, más leve de mover la piedra del lagar; y los niños, cogiendo ramos de anemones, acechaban por las caminos para ver si detrás de la esquina del muro o bajo el sicomoro no brotaba un resplandor, y en los bancos de piedra, a las puertas de la ciudad, los ancianos, mesándose las hebras de las barbas, no explicaban ya con tan sabia certeza los dictámenes antiguos.

Por entonces vivía en Enganim un viejo llamado Obed, de una familia pontifical de Samaria, que sacrificó en las aras del monte Ebal, señor de nutridos rebaños de numerosas viñas y de corazón tan lleno de orgullo como su granero de trigo. Pero un viento árido y abrasador, ese viento de desolación que por mandato del Señor sopla desde las inhóspitas tierras de Assur, mató las reses más gordas de sus manadas, y por las laderas donde sus viñas se enroscaban al olmo y se extendían en el airoso encañado, sólo dejó, en torno a los olmos y pilares desnudos sarmientos, cepas secas, y la parra roída de encarrujado moho. Y Obed, acurrucado en el umbral de su puerta, con la punta del manto sobre la cara, palpaba el polvo, lamentaba su vejez, rumiaba quejas contra Dios cruel.

Apenas oyó hablar de aquel nuevo Rabí de Galilea, que alimentaba a las multitudes, espantaba a los demonios, enmendaba todas las desventuras, Obed, hombre culto que había viajado por Fenicia, pensó en seguida que

Jesús sería uno de esos hechiceros tan habituales en Palestina, como Apolonio, o el rabí Ben-Dossa, o Simón el *Sutil*. Esos, incluso en noches tenebrosas, conversan con las estrellas, para ellos siempre claras y fáciles en sus secretos; con una vara ahuyentan sobre las mieses los moscardones nacidos en los légamos de Egipto, y cogen con los dedos las sombras de los árboles, que conducen, como toldos benéficos, encima de las eras, a la hora de la siesta. Jesús de Galilea, más joven, con magias más poderosas sin duda, si él le pagaba espléndidamente, haría cesar la mortandad de sus ganados y reverdecería sus viñedos. Entonces Obed ordenó a sus siervos que partiesen a buscar por toda Galilea al nuevo rabí, y, con promesa de dineros u objetos preciosos, le trajeran a Enganim, al país de Isacar.

Los siervos apretaron los cinturones de cuero y marcharon por la carretera de las caravanas, que, costeando el lago, se extiende hasta Damasco. Una tarde divisaron hacia el poniente, rojo como una granada muy madura, las nieves finas del monte Hermón. Después, en el frescor de una mañana suave, el lago de Tiberíades resplandeció ante ellos, transparente, lleno de silencio, más azul que el cielo, bordeado todo de prados floridos, de espesos vergeles, de rocas de pórfido y de blancas terrazas entre los jardines, bajo el vuelo de las tórtolas. Un pescador que desamarraba perezosamente su barca de un ribazo, sombreado por almendros, escuchó, sonriendo, a los siervos. ¿El rabí de Nazaret? ¡Oh! Desde el mes de Ijar, el rabí había bajado con sus discípulos hacia el lado por donde fluyen las aguas del Jordán.

Los siervos, corriendo, siguieron por las orillas del río, hasta el vado, donde aquél se extiende en un ancho remanso, descansa y se adormece un instante, inmóvil y verde, a la sombra de los tamarindos. Un hombre de la tribu de los Esenios, vestido todo de lino blanco, cogía lentamente hierbas salutíferas a la orilla del agua con un corderito blanco en los hombros. Los siervos le saludaron humildemente, porque el pueblo ama a esos hombres de corazón tal limpio, claro y cándido como sus ropas lavadas en estanques purificados. ¿Sabía él del paso del nuevo Rabí de Galilea, que, como los Esenios, enseñaba la dulzura y curaba las gentes y los ganados? El Esenio murmuró que el Rabí había cruzado el oasis de Engadí, adentrándose después más allá... —Pero ¿dónde «más allá»? Moviendo un ramo de flores que cogiera, el Esenio señaló las tierras al otro lado del Jordán, la llanura de Moab. Los siervos vadearon el río y buscaron en vano a Jesús, cansándose por los abruptos caminos, hasta los peñascales donde se alza la ciudadela siniestra de Makaur... En el pueblo de Yacob reposaba una larga caravana, que transportaba a Egipto mirra, especias y bálsamos de Gilead; y los camelleros, sacando el agua con baldes de cuero, contaron a los siervos de Obed que en Gadara, con la luna llena, un Rabí maravilloso, más grande que David o Isaías, había arrancado siete demonios del pecho de una tejedora, y que, a su voz, un hombre degollado por el salteador Barrabás se levantó de su sepultura y regresó a su huerto. Los siervos, esperanzados, subieron en seguida presurosos por el camino de los Peregrinos hasta Gadara, ciudad de altas torres, y aún más lejos, hasta los manantiales de Amalha... Pero Jesús, aquella madrugada, seguido de una multitud que cantaba agitando ramos de mimosa, habíase embarcado en el lago, en un batel pesquero, y navegaba a la vela hacia Magdala.

Y los siervos de Obed, descorazonados, cruzaron de nuevo el Jordán por el puente de las Hijas de Jacob. Un día, con las sandalias ya destrozadas por los largos caminos, pisando las tierras de la Judea romana, encontraron a un fariseo sombrío, que regresaba a Efraim, montado en su mula. Con devota reverencia detuvieron al hombre de la Ley. ¿Había él topado, por casualidad, con aquel nuevo Profeta de Galilea que, como un Dios que paseara por la Tierra, sembraba milagros? La corva cara del fariseo se ensombreció arrugada, y su cólera retumbó como un orgulloso tambor:

—¡Oh esclavos paganos! ¡Oh blasfemos! ¿Dónde habéis oído que existan profetas o milagros fuera de Jerusalén? Sólo Jehová tiene poder en su templo. De Galilea salen los necios y los impostores...

Y como los siervos retrocedían ante su puño alzado, envuelto todo en dísticos sagrados, el furioso doctor se apeó de su mula, y con los guijarros de la carretera apedreó a los siervos de Obed, aullando: *Racca! Racca!*, y todos los anatemas rituales. Los siervos huyeron hacia Enganim. Y fué grande el desconsuelo de Obed, porque sus ganados morían, sus viñas se secaban, y, mientras, radiantemente, como una alborada, por detrás de las sierras, crecía consoladora y llena de promesas divinas la fama de Jesús de Galilea.

Por aquel tiempo, un centurión romano, Publio Septimio, mandaba el fuerte que domina el valle de Cesarea, hasta la ciudad y el mar. Publio, hombre áspero, veterano de la campaña de Tiberio contra los partos, se enriqueció durante la rebelión de Samaria con presas y saqueos; poseía minas en el Atica, y gozaba, como favor supremo de los dioses, de la amistad de Flaco, legado imperial de Siria. Pero un dolor corroía su prosperidad tan poderosa, como roe un gusano un fruto muy sabroso. Su hija única, para él más amada que la vida y que los bienes, fenecía de un mal sutil y lento, extraño incluso para el saber de los esculapios y magos que él mandó consultar en Sidón y en Tiro. Blanca y triste como la luna en un cementerio, sin una queja, sonriendo pálidamente a su padre, se consumía, sentada en la alta explanada del fuerte, bajo un velario, dirigiendo nostálgicamente los negros ojos tristes hacia el azul del mar de Tiro, por donde había ella navegado desde Italia, en una opulenta galera. Cerca de ella, algunas veces, un legionario, entre las almenas, apuntaba perezosamente su flecha hacia lo alto y atravesaba una gran águila, que volaba con ala tranquila en el cielo rutilante. La hija de Septimio seguía un momento al ave, girando hasta caer muerta sobre las rocas; después, con un suspiro, más triste y más pálida, volvía a mirar hacia el mar.

Entonces, Septimio, oyendo contar a unos mercaderes de Corazim de aquel Rabí admirable, que poseía tanto poder sobre los espíritus, que sanaba los males tenebrosos del alma, envió tres decurias de soldados para que le buscasen por Galilea y por todas las ciudades de la Decapolia, hasta la costa y hasta Ascalón. Los soldados metieron los escudos en sacos de lona, clavaron en los yelmos ramos de olivo, y sus sandalias herradas se alejaron, resonando presurosamente sobre las losas de basalto de la estrada romana que desde Cesarea hasta el lago divide toda la tetrarquía de Herodes. Sus armas, por la noche, brillaban en la cumbre de las colinas, entre la llama ondulante de las teas levantadas. De día invadían los caseríos, rebuscaban entre la espesura de los jardines, traspasaban con la punta de las lanzas la pa-

ja de las hacinas, y las mujeres, asustadas, para aplacarlos, acudían presurosas con bollos de miel, higos tempranos y escudillas llenas de vino, que ellos apuraban de un trago, sentados a la sombra de los sicomoros. Así recorrieron la Baja Galilea, y sólo hallaron del Rabí el rastro luminoso en los corazones. Cansados de las inútiles marchas, recelando que los judíos ocultaban a su hechicero para que los romanos no se aprovechasen de su extraordinario hechizo, expresaban tumultuosamente su cólera por la piadosa tierra sometida. A la entrada de los puentes detenían a los peregrinos, gritando el nombre del Rabí, rasgando los velos de las vírgenes; y a la hora en que llenan los cántaros en las cisternas, invadían las calles estrechas de las aldeas, penetraban en las sinagogas y golpeaban sacrílegamente con los puños de las espadas en las *Thebahs*, los santos armarios de cedro que guardaban los libros sagrados. En las cercanías de Hebrón arrastraron a los solitarios por las barbas afuera de las grutas, para arrancarles el nombre del desierto o del palmar donde se escondía el Rabí; y dos mercaderes fenicios que venían de Joppé con un carga de malabatro, y a quienes no había llegado nunca el nombre de Jesús, pagaron por aquel delito cien dracmas a cada decurión. Ya las gentes de los campos, incluso los bravíos pastores de Idumea, que conducen las blancas reses al templo, huían despavoridas hacia las serranías, apenas rebrillaban, en alguna revuelta del camino, las armas del bando violento. Y en el borde de las eras, las viejas sacudían como talegos la punta de sus cabellos desgreñados, y lanzaban sobre ellos los maleficios, invocando la venganza de Elías. Así vagaron tumultuosamente hasta Ascalón, sin encontrar a Jesús; y retrocedieron a lo largo de la costa, hundiendo las sandalias en las ardientes arenas.

Una madrugada, cerca de Cesarea, caminando por un valle, divisaron sobre un otero un bosque verdinegro de laureles, donde blanqueaba, recogidamente, el fino y claro pórtico de un templo. Un viejo de largas barbas blancas, coronado de hojas de laurel, vestido con una túnica color azafrán, empuñando una corta lira de tres cuerdas, esperaba gravemente, sobre las gradas de mármol, la aparición del sol. Debajo, agitando un ramo de olivo, los soldados reclamaron a gritos al sacerdote. ¿Conocía él un nuevo Profeta, surgido en Galilea, y tan hábil en milagros que resucitaba a los muertos y transformaba el agua en vino? Serenamente, extendiendo los brazos, el apacible anciano exclamó por encima de la verdura del valle, húmeda de rocío:

—¡Oh romanos! ¿Cómo creéis que en Galilea o en Judea aparezcan profetas que realicen milagros? ¿Cómo puede un bárbaro alterar el orden instaurado por Zeus?... Magos y hechiceros son buhoneros que murmuran palabras huecas para sonsacar el dinero a los simples... Sin permiso de los Inmortales no puede caer una rama del árbol, ni una hoja seca puede ser sacudida de él. No existen profetas, ni hay milagros... ¡Sólo Apolo Délfico conoce el secreto de las cosas!

Entonces, despacio, con la cabeza baja, como en una tarde de derrota, los soldados regresaron a la fortaleza de Cesarea. Y grande fué la desesperación de Septimio, porque su hija fenecía, sin una queja, mirando al mar de Tiro, mientras la fama de Jesús, sanador de lánguidos males, crecía siempre más fresca y consoladora, como la brisa de la tarde que sopla del Hermón y, sobre los huertos, reanima y levanta las azucenas colgantes.

Ahora bien: entre Enganim y Cesarea, en una casucha derruída, oculta en una anfractuosidad del cerro, vivía por aquel tiempo una viuda, más desgraciada que todas las mujeres de Israel. Su hijito único, todo tullido, había pasado del fláccido pecho con que ella lo criara a los harapos del jergón podrido, donde yacía, hacía siete años, consumiéndose y gimiendo. También a ella la dejó medio impedida la dolencia, en los trapos jamás cambiados, más negra y retorcida que una cepa arrancada. Y sobre ambos, la miseria creció densa como el moho sobre unos trastos arrojados en un erial. Hasta en la lámpara, de barro rojizo, habíase secado hacía mucho el aceite. Dentro del arca pintada no quedaba ya grano ni corteza. En verano, falta de pasto, la cabra había muerto. Después, en el huerto, se secó la higuera. Tan alejada del poblado estaba la casucha, que allí no entraba nunca una limosna de pan o miel. ¡Y sólo las hierbas cogidas en las hendiduras de las rocas, cocidas sin sal, nutrían a aquellas criaturas de Dios en la Tierra Elegida, donde hasta las aves maléficas tenían sobrado sustento.

Un día, un mendigo entró en la casucha, repartió lo que llevaba en su saco con la madre afligida, y, sentándose un momento en la piedra del hogar, rascándose las llagas de las piernas, contó aquella gran esperanza de los tristes, aquel Rabí que había aparecido en Galilea, y que de un pan hacía siete en el mismo cesto, que amaba a todos los niños, enjugaba todos los llantos y prometía a los pobres un grande y luminoso Reino, de una abundancia mayor que la corte de Salomón. La mujer escuchaba con ojos hambrientos. ¿Y dónde se encontraba aquel dulce Rabí, esperanza de los tristes? El mendigo suspiró. ¡Ah, aquel dulce Rabí! ¡Cuántos le deseaban, desesperados! Su fama se difundía por toda la Judea como el sol que hasta sobre cualquier viejo muro se extiende y se goza; pero no divisaban el resplandor de su rostro más que los afortunados a quienes su deseo escogía. Obed, tan rico, había enviado sus siervos por toda Galilea para que buscasen a Jesús y le trajesen con promesas a Enganim; Septimio, tan poderoso, mandó sus soldados hasta la orilla del mar para que buscasen a Jesús y le condujeran, por orden suya, a Cesarea.

Pidiendo limosna por tantos caminos, habíase él topado con los siervos de Obed y después con los legionarios de Septimio. Y todos volvían, como derrotados, con las sandalias destrozadas, sin haber descubierto en qué bosque o en qué ciudad, en qué casucha o palacio se escondía Jesús.

Caía la tarde. El mendigo cogió su bordón y bajó por el escabroso camino, entre brezos y rocas. La madre volvió a su rincón, más doblada, más abandonada. Y entonces el hijito, con un murmullo más débil que el roce de un ala, pidió a su madre que le trajese aquel Rabí, que amaba a los niños, hasta a los más pobres, y sanaba los males, hasta los más antiguos. La madre abrazó la cabeza desgreñada:

—¡Oh hijo! ¿Cómo quieres que te deje aquí y me vaya por los caminos, en busca del Rabí de Galilea? Obed es rico y tiene siervos, y en vano han buscado éstos a Jesús por arenales y colinas, desde Corazim hasta el país de Moab. Septimio es poderoso, y tiene soldados, ¡y en vano han corrido detrás de Jesús, desde el Hebrón hasta el mar! ¿Cómo quieres que te deje? Jesús está muy lejos y nuestro dolor vive con nosotros entre estas paredes, y entre ellas nos oprime. Incluso si le encontrase, ¿cómo convencería yo al Rabí tan deseado, por

quien ricos y poderosos suspiran, a que bajase, cruzando las ciudades, hasta este erial, para sanar a un niñito tullido tan pobre, sobre un jergón tan roto?

El niño, corriéndole dos largas lágrimas por la cara flaquita, murmuró:

—¡Oh madre! Jesús ama a todos los niños. ¡Y yo, todavía tan pequeño, con un mal tan pesado, y que tanto desearía sanar!

Y la madre, sollozando:

—¡Oh hijo mío! ¿Cómo puedo dejarte? Largos son los caminos de Galilea y corta la piedad de los hombres. Tan andrajosa, tan torpe, tan triste, hasta los perros me ladrarían desde la puerta de los caseríos. Nadie atendería mi pregunta ni me indicaría la morada del dulce Rabí! ¡Oh hijo mío! Tal vez Jesús haya muerto... Ni siquiera los ricos y los poderosos le encuentran. El cielo le trajo, el cielo se lo llevó. Y con él murió para siempre la esperanza de los tristes.

De entre los denegridos harapos, alzando sus pobres manitas, que temblaban, el niño murmuró:

—Madre, yo quería ver a Jesús...

Y en seguida, abriendo despacio la puerta y sonriendo, Jesús dijo al niño:

—Aquí estoy.

UN DIA DE LLUVIA (1)

Era medianoche, y José Ernesto, que extrañaba los colchones duros, de hollejos, iba, por fin, a dormirse, cuando un pesado y amplio ramalazo de agua se abatió bruscamente sobre el Paço de Loures. Despertó, estremecido, levantó la cabeza de la dura funda, llena de bordados, que le molestaban, y permaneció un momento con los ojos muy abiertos en la oscuridad, escuchando el rumor del agua empujada, que inundaba los tejados y crepitaba sobre el duro follaje del naranjo. Después, pensando en la vetustez de aquel caserón del siglo XVI, deshabitado, según afirmó el padre Ribeiro, desde 1850, encendió la vela y examinó medio incorporado los techos negros de roble, temiendo que hubiese algún agujero. Pero los viejos techos artesonados parecían sólidos, y José Ernesto acabó por soplar la vela, estirar la colcha, que al acostarse había empujado hacia los pies, sofocado por la cena de cabrito y el vino de Piedras Negras, y cerró los ojos, encogido en el tibio hueco que la lluvia de afuera, agreste y azotada por el viento, hacía más grato, y donde se fundía el gran cansancio de su viaje, en aquella mitad ya calurosa de abril.

Pero no se durmió, contrariado con aquella lluvia de luna nueva, que podía acortar y alterar su visita al Paço de Loures. Y al mismo tiempo, ante aquel ruido invernal surgiendo en abril, pensaba en el extraño impulso que le había llevado, a él, soltero y sociable, amando las ciudades y la comodidad, a querer comprar una quinta tan lejos de Lisboa, en una región de sierras y de nieblas.

Era, sin embargo, un deseo muy antiguo, ya de tiempos del colegio, cuando vivía con su padre en Lisboa, en el piso cuarto de una calle ruidosa, teniendo como único horizonte un solar, horriblemente seco, todo de arena y cascajo, encajonado entre dos casas, y desde donde no veía más color que el gris de la cal sucia. En verano olía todo a polvo, hasta las almohadas y las sábanas; y él soñaba con grandes árboles llenos de sombra y de pájaros, con aguas muy frías y muy brillantes, rebosando de los estanques de riego. Después, en Coimbra, tuvo por compañero de casa a un muchacho del Norte, que hablaba constantemente de su casa de San Braz y de sus grandes avenidas de encinas, de las cascadas, de los rosales y del mirador sobre el río, donde tomaban el café las noches de verano. Y ya entonces, José Ernesto pensaba en su cuarto, inclinado sobre sus libros: «¡Qué diablo, cuando sea rico, también yo he de tener mi San Braz!» Más que nada, sin embargo, ciertas impresiones de lecturas sobre Inglaterra y su suntuosa y hospitalaria vida de campo habían desarrollado en él aquel ansia de tener una quinta y una amplia casa con muchas habitaciones y una bodega bien surtida, donde pudiese recibir a los amigos alegres de Lisboa y presidir, como un castellano risueño, comidas soberbias con lechón asado, después de una cacería por las sierras...

Sin embargo, cuando heredó la fortuna del tío Benito habíase olvidado de la quinta, de la Naturaleza, de la vida bucólica, con la alegría de realizar otros sueños, vivos también y llenos de novedad. Viajó entonces por toda Europa, conoció mundo y acabó por organizar en Lisboa una instalación de joven elegante, estética, con robles labrados, sillas de cuero y colchas de la India. Allí vegetó dos o tres años en la ociosidad de la capital, con un faetón, una butaca en el San Carlos, una tal Micaela, corista del Trinidad, y una pasión por la mujer del dueño de la casa, en la calle de San Benito.

Aquel gran sentimiento, al cabo de un año, se marchitó, naturalmente, como una bella flor, y fué entonces cuando despertó en él el antiguo deseo del campo, de la quinta y de los huéspedes alegres en torno al lechón asado, después de una cacería por las sierras...

Justamente, por casualidad, había leído en *Las Novidades*, en una crónica de provincia, el anuncio de una quinta, con un nombre sonoro, que él recordaba haber encontrado en alguna parte, en una novela o en una crónica. En la quinta, por otro lado, había una ruina histórica, capilla o torre, y pertenecía a un noble provinciano de quien él no oyó nunca hablar, pero que tenía *don* y unos apellidos interminables. Escribió entonces a aquel señor don Gaspar, que le contestó con cierta elegancia y en una linda letra inglesa, proponiendo que visitase el Paço de Loures, donde el reverendo padre Ribeiro le esperaría para darle alojamiento y enseñarle la finca. Y como en aquel momento Lisboa le resultaba penosa, José Ernesto marchó hacia el Norte, tentado, medio decidido ya a comprar aquella quinta a aquel noble amable y culto, que tenía capellán y una tan bonita cursiva inglesa.

En la estación encontró al padre Ribeiro, administrador de don Gaspar, con dos caballejos, para trasladarle al Paço. Era al oscurecer, y, en seguida, el camino hacia la quinta le encantó, a pesar de ser abrupto, con sus arboledas apacibles, un rumor de agua corriente, un fuerte olor a pomares y a prados. El caserón, allá arriba, pintado de amarillo, con una gran terraza cubierta, que le unía a una vieja ruina, tenía un bello aspecto romántico; la cena

(1) Este cuento y el siguiente no figuran en el volumen portugués titulado *Cuentos*, sino en el publicado por el hijo del autor bajo el título de *Cartas inéditas de Fadrique Méndez y más páginas olvidadas.*

que había preparado el casero olía apetitosamente...

El padre Ribeiro le desagradó, con su cigarro, su nuca carnosa y la desconfianza con que le observaba por encima de sus lentes redondos, de armadura de concha. Parecía, además de eso, terriblemente pesado, y la descripción meticulosa que le hizo de la posesión, y las demandas, y de cierta cuestión de aguas con un vecino, y de las contribuciones, y de la iglesia de San Lucas, y de los disgustos de don Gaspar, y de los arreglos efectuados en el lagar y en el granero, ¡le hicieron casi amargo el delicioso vino blanco de la quinta!

Y su última impresión, antes de dormirse, después de aquel primer día de campo, fué la del horror de un día de lluvia, allí encerrado, en aquel caserón vacío, solo, abandonado, indefenso contra el padre Ribeiro...

*

Por la mañana, temprano, el casero, el excelente Braz, vino a llamar tímidamente a la puerta del cuarto, anunciando al señor que eran las ocho; y el primer gesto de José Ernesto fué el de escuchar hacia el lado de la ventana. ¡Llovía!

Desesperado, José Ernesto saltó del casto lecho de caoba, abrió las gruesas maderas de las ventanas, y comprobó el desastre. ¡Llovía! Tras de los cristales empañados, verdeaban vagamente las copas de un naranjal, que parecía estar muy en lo hondo, como enterrado en un valle; después, eran campos con arboledas, colinas bajas, la blancura de un caserío, todo esfumado, medio diluído en niebla. Y de un cielo confuso, todo de blandos vellones de nubes pardas, caía la lluvia, lenta, recta, despaciosa, reposada y como asentada sobre el Paço de Loures así para toda la eternidad.

—¡Qué lata! ¡Qué estúpida lata!

Y en seguida le pareció todo alrededor inmensamente triste, de una incomodidad agreste, aquella cal blanca de las paredes, el suelo desnudo, remendado con tablas mal alisadas, las tres sillas de paja rectas, estrechas, rígidas, que repelían, y el lavabo con su piedra de losa y su jofainita verde, donde apenas cabían las manos... ¡No, realmente, no le convenía aquella finca de nombre sonoro!

Y fué mayor aún su indignación cuando oyó al casero, desde fuera de la puerta, murmurar que el padre Ribeiro iba a decir misa en la capilla de la casa ¡y que no esperaban más que al señor! ¡Valiente descaro el del padre Ribeiro! ¿Cómo sabía o con qué autoridad infería el reverendo padre Ribeiro que él, José Ernesto, era católico o tan siquiera cristiano? Precisamente hacía años que no oía misa, desde los primeros entusiasmos con la mujer de su casero, cuando la seguía por Lisboa, y todos los domingos, esperándola, ¡sentía grandes palpitaciones de corazón, bajo las acacias, ante la iglesia de Santa Isabel!... ¡Y ahora, aquel horrendo pelma penetraba así familiarmente en su conciencia y le imponía una misa! Pero ¿qué hacer? Era un huésped, no podía escandalizar la devoción sencilla de los caseros... Y acabó de vestirse, furioso, con bruscos tirones a la ropa y largas miradas, llenas de amargura, hacia aquella lluvia que caía lenta y serena, como complaciéndose en caer...

Pero cuando el casero, cruzando las grandes salas casi desnudas, donde sus pasos eran sonoros, le condujo a la capilla, a la tribuna, la tribuna señorial, con su verja de roble y dos viejos almohadones de terciopelo verde en el suelo, toda su irritación se disipó: sintió, incluso, el encanto de presidir así la devoción de

los mozos de labranza, de las muchachas del lugar, en una capillita propia, ante una Virgen que era como una diosa doméstica, patrona y amiga de la casa. Hasta el padre Ribeiro le pareció menos horrendo, a través del suave susurro del latín, con su vieja casulla, en la que el oro descolorido se deshilachaba. Dos o tres mocitas, que no eran feas, con sus grandes arracadas y sus vistosos pañuelos, volvieron hacia la tribuna, al agacharse en el suelo, unos ojos curiosos y negros. La elevación de la hostia, con el fino tintineo de la campanilla, el lento golpear en los pechos, fué muy dulce. Uno de los almohadones en que se arrodillaba tenía unas vagas armas bordadas... Y José Ernesto pensó que había mucha belleza en la antigua vida de una casa solariega portuguesa.

Después, al bajar del altar con el cáliz en las manos, el padre Ribeiro saludó hacia la tribuna, al huésped.

—En el fondo no parece mal hombre—murmuró José Ernesto.

Y le acogió ya con una sonrisa amable cuando aquél apareció en la gran sala, donde iban a servir el desayuno. Hablaron en seguida de la lluvia. Según el casero, era posible que cesase, allá para el final de la tarde. El padre Ribeiro, sin embargo, no lo creía. Allí, en aquella parroquia de Loures, había unas lluvias así, como en ninguna otra localidad del reino...

—Recuerdo perfectamente que en mil ochocientos setenta y seis...

Y fué una historia horrenda la que él narró despacio, con fechas, nombres, detalles, sentado al borde de la silla, inmóvil, con las velludas manos sobre las rodillas y los lentes inmensos clavados en el huésped. José Ernesto acabó por no atender, murmurando sólo al azar, con una vaga sonrisa: «¡Ah, es curioso!...» Y mientras el padre Ribeiro desgranaba su historia, fué examinando la sala, atraído por tres viejos retratos colgados en las paredes, dentro de unos marcos, de los que la humedad y el tiempo iban borrando el dorado. Uno de ellos era el retrato de un jovencito delgado, de gran nariz, con una gola de encajes sobre el jubón negro. El otro parecía un magistrado, por la toga de amplios pliegues que le cubría, y sobre la que resaltaba, muy roja aún, la Cruz del Cristo. Pero el que más le interesaba a José Ernesto era el tercero: una bella muchacha, fuerte, con una sonrisa bondadosa, que le hacía dos hoyitos en la cara, y un bonito cuello escotado, que el tiempo había amarilleado, pero que debía de haber sido de una gran blancura. José Ernesto pensó, incluso, sonriendo, que los poetas de su época lo habrían comparado, seguramente, con *la leche y las rosas*... En la mano, de deditos afilados, sostenía una rosa, y toda ella daba una vaga impresión de buena criatura, natural, sana y apaciguadora...

—De modo que—seguía contando el padre Ribeiro, con las manos apoyadas sobre las rodillas—estábamos aquí sin poder salir, y la lluvia sin parar, zas, zas... Recuerdo muy bien que doña Manuela, que Dios tenga en gloria, sufría aquel día una jaqueca, y hasta se echó en ese mismo canapé donde está usted sentado. Y era domingo... Es curioso, era también domingo. Hasta fué el rector de San Braz quien dijo la misa. Acá vino el pobre... Porque era fuerte. Andaba por los setenta y venía aquí desde la residencia, que está a una legua, una legua larga, a pie... Había dicho ya la misa, y estaba sentado allí, ante la ventana...

Por fortuna, apareció el casero, atareado, con la moza, que traía una gran fuente de huevos fritos; y al arrimar la silla, atarse la servilleta al cuello, limpiar bien la copa, so-

narse concienzudamente y contemplar, placentero, los huevos, el padre Ribeiro dejó escapar los hilos enmarañados de la historia de doña Manuela y del viejo rector de San Braz.

En la mesa, el digno sacerdote enmudecía. Y cuando José Ernesto le preguntó, señalando hacia los tres cuadros, si eran retratos de la familia, el padre Ribeiro dió sólo una información breve, rápida, para no espaciar los bocados. El magistrado de la Cruz del Cristo era don Jorge Manuel de Villena, director de Aduanas en tiempo de doña María II; la señora era la hija, tía de don Gaspar; el muchachito pertenecía a otra rama, la de los Valladares de la Guarda.

—¡Pues era una bonita mujer la tía de don Gaspar!—murmuró José Ernesto, que permaneció ante el retrato y que seguía interesándose por aquel rostro medio descolorido, pequeño y fino, tan dulce en su sonrisa.

Después de los huevos apareció un pollo guisado, que José Ernesto encontró delicioso. Y aquella sabrosa cocina de provincia, que encantaría a sus amigos de Lisboa cuando él los invitase, le impacientaba más contra la lluvia tenaz, que no le permitía visitar la quinta y hacerse en seguida una idea de sus ventajas y de los otros placeres rurales que allí le esperaban.

¿No sería posible, con paraguas y zuecos, ir, por lo menos, a dar una vuelta por el pomar hasta el jardín?

¡No, señor! Estaba todo encharcado... No se podía apreciar la importancia de los campos, de la labor, hasta Villa-Fría.

—¡Qué pesadez!

El casero se encogió de hombros y fué a mirar al cielo con melancolía. El padre Ribeiro volvió a atacar al pollo, en silencio.

Pero a los pocos instantes ocurrió otro desastre. Al sacar la pitillera, José Ernesto encontró un solo cigarro de los que él fumaba, cigarrillos turcos emboquillados. Y cuando fué hacia dentro, a buscar en la maleta una de las cajas de que se proveyó en Lisboa, descubrió con terror, después de revolver toda la ropa, ¡que su criado habíase olvidado de meterla! Y allí estaba él, preso por la lluvia, dentro de un viejo caserón, ¡sin esperanza y sin tabaco! Afortunadamente, el padre Ribeiro fumaba unos horrendos cigarros *Ferreriños*, que José Ernesto aceptó, abrumado.

Encendidos los cigarros, fueron a recorrer la casa detalladamente, hasta las bodegas. Pero todo el interés de José Ernesto, el placer que se prometía de ir imaginando su instalación, las obras a efectuar, ciertos muebles que colocar, quedó desbaratado cruelmente por el padre Ribeiro, que se detenía en cada habitación, le narraba la historia de la casa y quién había dormido y muerto allí, y los hermosos muebles que la adornaban en tiempo del padre de don Gaspar... En vano José Ernesto quería seguir; él le retenía por el brazo con familiaridad:

—Un momento... Es necesario que vea usted... Aquí, en esta alcoba, nació doña María Juana, la hija mayor... Hay en esa esquina una puerta de comunicación... Recuerdo perfectamente que aquella noche...

Y la anécdota brotaba, lenta y extensa. En una de las salas José Ernesto tuvo que escuchar, a propósito de un conciliábulo político que allí se celebró en el 48, toda la historia de María de la Fonte. Más allá, frente a un escalón de piedra que separaba dos cuartos, fué el relato de la caída que allí sufrió una doña Mafalda y de las penalidades de él, que tuvo que ir a buscar el médico a las diez de la noche...

—¡Y llovía! ¡Oh señores, peor que esto de hoy! Figúrese que estábamos muy tranquilos jugando al chaquete don Gaspar y yo...

José Ernesto sonreía con amarga resignación. A cada momento lanzaba una mirada a través de los cristales... Llovía siempre, cayendo la lluvia de un cielo sucio, en el que parecía que no volvería nunca a asomar el azul. Las salas, desamuebladas, tenían un aspecto más triste en aquella luz cenicienta y húmeda... Y ansiaba un cigarro; pero, en su irritación ante aquella locuacidad que le enervaba, no quería pedírselo al padre Ribeiro.

Así llegaron a la famosa terraza cubierta, que era la belleza y el lujo de la casa, con sus artísticos azulejos del siglo XVIII, y la extensa vista, que abarcaba tres leguas de campos y poblados, hasta las sierras. Pero la lluvia, ahora más fuerte, lo esfumaba todo, lo fundía en su vasto velo de agua y de niebla. El padre Ribeiro, sin embargo, con el brazo extendido, señalaba los lugares, las fincas vecinas, las aldeas, las dependencias de la propiedad. Hacia acá estaba el alcornocal. Detrás de los alcornoques, a lo lejos, aquella casa blanca, era de los Valladares. Después, ¿no veía el señor aquel muro? Era el cementerio de la parroquia. Pero José Ernesto no escuchaba ya, sentado en un banco, cruzado de brazos. Había perdido todo interés por la casa y por los campos; aquella lluvia estúpida y la parla del padre Ribeiro se los iba haciendo, bruscamente, intolerables. Y sólo preveía, si por casualidad fuese a vivir allí, ¡largos días melancólicos de lluvia y conversaciones interminables y fastidiosas, murmuradas con lentitud! Además de eso, aquel caserón enorme, frío, que de noche debía de tener ecos siniestros, no le convenía; y no quiso visitar el lagar, las bodegas.

Pretextando cansancio, un leve dolor de cabeza, que requería reposo, marchó presuroso al cuarto.

Encontró allí al casero con una de las mozas haciendo la cama.

—Oiga, señor Braz, ¿a qué hora pasa mañana el tren?

El señor tenía tren a las dos, pero si estaba lloviendo como hoy, el señor no podía pensar en marcharse, con dos horas a caballo hasta la estación... ¿Y en carro no se podría ir? Completamente imposible; no había carro que se metiese por aquellos caminos. El Gobierno prometió hacía mucho tiempo la carretera a la estación. Todos los años, sobre todo en vísperas de elecciones, aparecían allí los de Obras públicas. Y después, no volvían.

—¡Es inaccesible, es inhóspito, es horrible!—pensaba José Ernesto.

Ahora no le quedaba más que tener paciencia, hasta que fuese factible el viaje a la estación.

¡Si tuviese él, al menos, un libro, periódicos! Acabó por tenderse en la cama. Pero el cuarto enorme y sin muebles, el gran silencio, la luz tristona, aquel caer lento y continuo de la lluvia, le producían una tristeza que le hacía insoportable la inmovilidad. Saltó de los duros colchones y empezó a pasear entre los cuatro muros encalados, como una fiera en su jaula. Aburrido, fué a abrir la ventana, para tener, al menos, más cerca la compañía de la lluvia; por aquel lado, la casa era muy alta, una muralla lisa, a la que se adhería una estrecha escalerilla de piedra, bajando hacia un naranjal, muy hundido abajo, y que parecía, bajo la lluvia y la niebla, lleno de sombra y de humedad. Sintió odio entonces por aquella vieja casa, y tuvo, sin razón, un terror absurdo a enfermar allí repentinamente. Para librarse de aquella idea, salió hacia el salón, a riesgo, incluso, de encontrar al padre Ri-

beiro; no había nadie. Y por otras puertas que abrió, en otros cuartos que cruzó, había la misma soledad.

Sintió entonces una nostalgia punzante de su casa de Lisboa, del ruido de los coches, de los vecinos, de las calles que le llevaban, seguras y secas, al Club, a los amigos, a la Avenida. Volvió a la terraza y permaneció allí, apoyado en el barandal, viendo con tristeza caer la lluvia. Pero extrañamente, a su pesar, sus ojos se volvían siempre hacia aquel muro blanco que le mostró el padre Ribeiro, el muro del cementerio. Como a aquella distancia, el campo santo no se diferenciaba, entre la niebla que lo envolvía todo, de los campos de labor, le parecía al pobre José Ernesto que el cementerio era inmenso. ¡Que la quinta estaba toda cercada por un cementerio, que la propia casa era una tumba!... ¿Y el muerto? ¿Dónde estaba el muerto?... Impacientado con aquella idea absurda, abandonó la terraza, vagó de nuevo por las salas, volvió a entrar en el cuarto, reanudó su paseo de fiera entre los cuatro muros encalados, y no pudiendo soportar más la soledad ni la falta de tabaco, cedió, por fin, vencido, y fué a buscar al padre Ribeiro.

Podía, para evitar su locuacidad, proponerle una partida de brisca, si había baraja...

Una criada que colocaba loza en el comedor le dijo que el señor cura debía de estar en su cuarto; y José Ernesto fué a llamar humildemente a la puerta del sacerdote.

—¡Oh señor cura, perdóneme! ¿Podría darme un cigarro?

El padre abrió en seguida, en mangas de camisa, con la pluma en la mano. Estaba escribiendo, pero invitó al huésped a entrar, y, empujando incluso hacia la ventana un viejo sillón de cuero, abrió el cajón donde tenía los cigarros.

—Acabe su carta, señor capellán...

El otro tuvo un gesto amable. Estaba escribiendo por ociosidad. Tenía mucho más gusto en hacer compañía al señor. Era una lástima, una gran lástima, aquella lluvia, porque se podía haber empleado el día en visitar la quinta. ¡Si él hubiera tenido allí, al menos, el plano! Pero no. Estaba en el archivo, en Villa-Fría.

—¿Hace mucho que es usted, padre, administrador de estos señores?

—Treinta y tres años. He visto casar a don Gaspar y nacer a sus tres hijas. Le contaré cómo conocí a don Gaspar, porque es curioso. Había yo ido a pasar el Carnaval a Castello Branco...

Y brotó allí otra historia torrencial. Pero eran tan profundos el tedio y la soledad de José Ernesto, que se interesó en seguida por aquellas tres niñas. Esperó, incluso, con paciencia, para conocerlas, a que el padre Ribeiro llegase al final de su profusa narración, desde los lejanos tiempos en que don Gaspar estaba aún soltero. Por último, cuando se extendía mucho sobre las virtudes de doña Constanza, que Dios tuviera en gloria, esposa de don Gaspar, José Ernesto llevó al padre hacia los tiempos presentes. Deseó saber si don Gaspar era viejo.

—Don Gaspar cumplirá el dieciocho de septiembre cincuenta y seis años. Parece más viejo a causa de su gran barba, toda blanca. Pero eso es de familia: a los cuarenta años empiezan a encanecer. La hija mayor, doña María Augusta, hasta tiene un mechoncito blanco en la cabeza. Y cumple veintisiete años en septiembre, como el padre. Y le da gracia el mechoncito, le da mucha gracia...

Entonces, para obtener más detalles, José Ernesto, de repente, se pasó las manos por la cara, como en un esfuerzo por recordar, y declaró que, en realidad, le parecía conocer muy bien a don Gaspar y a sus hijas.

Habían estado en Lisboa, ¿verdad?... No, no habían ido nunca a Lisboa... ¡Entonces, debió de ser en Oporto! Sí, allí debió de ser; hacía dos años pasaron uno o dos meses en Oporto.

—¡Justamente! — exclamó José Ernesto—. Lo recuerdo muy bien. En el Palacio de Cristal, las tres con un viejo de barba blanca, alto, fuerte. Y las tres señoras, altas también...

El padre Ribeiro rectificó. La más joven, doña María Juana, era alta; las otras dos, en cambio, eran bajas. Tenía él las medidas de todas en centímetros. No recordaba ahora la cifra exacta; pero doña María Juana era lo que se suele llamar una señora alta, una señora guapa.

—Sí—replicó José Ernesto—. Había una más alta. Y morenas todas... Quiero decir, de pelo oscuro.

El administrador enmendó con enorme seriedad aquel error histórico. ¡No, no! ¡Entonces no eran ellas! Las dos mayores, en efecto, tenían el pelo oscuro, como el padre en su juventud. Pero doña María Juana era rubia. ¡Oh, muy rubia! Exactamente como doña Constanza. ¡Hasta más rubia!...

—¡Es un color notable! ¡Porque, lo crea usted o no, el pelo de doña María Juana reluce al sol como el oro! A veces, en el jardín... El archivo tiene un ventana que da al jardín, y mi mesa queda justamente junto a esa ventana. Pues bien, mi querido señor: a veces anda ella por el jardín, cuidando de sus flores, y cuando pasa así, entre dos árboles, y la da un rayo de sol—aunque no se deba mezclar lo sagrado con lo profano—, me recuerda siempre la aureola de una santa... ¡Oro! ¡Oro puro!

Y como José Ernesto sonreía ante la idea de todo aquel oro encendido por el sol, entre los rosales, en un viejo jardín de provincias, el padre Ribeiro añadió, como cediendo a una poderosa verdad:

—Hay que hacer justicia a esa muchacha; pero en lo que se refiere a cara y figura, es digna de ser admirada en todas partes. En este punto no hay más que ensalzar.

Y como mostraba una reserva, José Ernesto, ya curioso, arrimó más el sillón junto al padre Ribeiro, murmurando con familiaridad, brillantes los ojos:

—Veo que doña María Juana no es su predilecta, señor capellán.

El sacerdote protestó. ¡Oh, él las quería a todas por igual! ¡Y cómo no, si las había llevado a todas ellas en brazos!

—Doña María Juana, es verdad, tiene sus ideas... Pero es buena muchacha. Es también muy buena muchacha.

Ahora, vivamente interesado, José Ernesto deseó conocer *«las ideas»* de doña María Juana, y, pidiendo otro cigarro al padre Ribeiro, mostró su extrañeza de que ella y las otras dos no se hubiesen casado. Pero el locuaz padre Ribeiro tuvo sólo un «¡eh!, ¡eh!» discreto y vago. Y hubo, incluso, un silencio, en que el padre Ribeiro, moviendo el tintero, echó un vistazo a la carta interrumpida.

—¡Oh señor cura, continúe su carta! — indicó discretamente José Ernesto—. ¿Qué hora es? ¿Las cuatro y media? Me voy yo también un rato a la terraza a tomar el aire. ¿Qué día éste, eh? Parece diciembre, con semejante negrura.

En efecto, había ya una tristeza crepuscular: caía la lluvia más lenta, más apretada, con un rumor que parecía desolado, invernal y agreste, en aquel declinar de la luz. Desde la terraza, adonde fué él a acabar el cigarro del padre Ribeiro, sólo se veía el extenso velo de lluvia, que

lo fundía, lo esfumaba todo en una niebla igual y gris, hasta las colinas de Villa-Fría.

Sentado en un banco miraba él y escuchaba la lluvia. Ya no se sentía tan solo, ahora, con aquellas figuras que habían surgido en medio de su tedio y que adquirían relieve y realidad: don Gaspar, con su barba blanca; doña María Juana, con sus cabellos de oro... No conocía a nadie en Lisboa que tuviese unos cabellos de oro así... Y ¿qué ideas serían aquellas que tan claramente desagradaban al padre Ribeiro? Toda aquella familia, sus costumbres, sus asuntos, le empezaban a interesar, y por primera vez pensó en los motivos que impulsarían a don Gaspar a vender el Paço. Seguramente, deudas, una administración de noble, descuidada y confusa. Y, sin embargo, aquel caserón, arreglado, con muebles sencillos y cretonas claras, podía ser una grata vivienda. Si él la compraba, adornaría toda la baranda de la terraza con rosas... ¡Pero la soledad, sobre todo con aquella lluvia!... El campo, en verdad, sólo es agradable con familia, y todo árbol resulta triste si bajo su sombra no juega un niño...

Un ruido en la puerta acristalada despertó a José Ernesto. Era Braz, que venía a saber a qué hora deseaba el señor la comida.

—Cuando el señor cura quiera... A las seis... Yo tengo ya apetito...

—Efectos de los aires buenos—observó el casero, sonriendo, con la mano apoyada en el marco de la puerta. La gran pena era la lluvia, a causa de la cual no podía el señor visitar la finca, alargarse en un bonito paseo hasta el Mieiro, a ver la cascada... La lluvia era necesaria con la tierra así, tan sedienta... Pero tal vez parase. Y la quinta era digna de verse...

—¿Don Gaspar no viene aquí nunca?—preguntó José Ernesto.

Don Gaspar ya no venía al Paço hacía cuatro años. La última vez que apareció por allí fué de paso, con doña Juanita, durante tres días.

—¿A las señoritas no les gusta estar aquí en el Paço?

El casero sonrió. A decir verdad, la casa, ahora, así, sin muebles, no convidaba mucho. ¡Aunque a doña María Juana eso no la importaba! Era una señora capaz de dormir en una silla... Con tal de tener, por la mañana temprano, agua para zambullirse, estaba bien. En esa última ocasión en que estuvo en el Paço, ¡hasta hizo que le subieran una bañera al cuarto! Y con agua fría... ¡Era para estremecerse! Pero la señora fué siempre muy fuerte.

—¿Es una rubia, no es verdad? —preguntó también José Ernesto.

—Rubia como el trigo... ¡Ah, muy vistosa, muy vistosa! Cuando estuvo aquí, era por San Juan, hubo una gran hoguera, y vino toda la juventud a bailar... Doña María Juana se vistió de labradora... ¡Parecía un sol!

—Bonita, ¿eh?

El casero imaginaba que no podía haber otra más bonita ¡ni en Lisboa! ¡Y alegre! ¡Y afable! Que las otras señoritas eran también buenas... Pero doña María Juana era un sol...

—¿Qué edad tiene?

—Eso no sé decirlo al señor. ¡Es jovencita, muy jovencita! ¡Pero la favorece mucho su buen tipo, el ser así, fuerte! ¡Qué bien está a caballo! ¡Porque es una gran caballista!

José Ernesto miraba vagamente, sonriendo. Y después de un silencio:

—Pues esto por aquí tiene que ser bonito cuando no llueva.

—Esto es muy bonito. Y la terraza es una alegría, con esa vista hasta Villa-Fría. E, incluso, la quinta

allá hacia abajo, hacia el río... Todo es muy bonito. Todo es muy bonito...

—La pena es que esté tan lejos de la estación.

¿Y qué? En verano era hasta un paseo agradable. Pero cuando llegaba el invierno resultaba lejitos, lejitos... En fin, la carretera estaba trazada, y pasaba, además, junto al encinar, que el señor no podía ver... Quien tuviese influencia con el Gobierno, arreglaba lo de la carretera.

José Ernesto pensó en seguida en amigos suyos de Lisboa, políticos e influyentes. Y, de pronto, con otra idea:

—¿Cuánto tiempo se tarda de aquí a Villalba?

¿A la quinta de don Gaspar? Se tomaba el tren de por la mañana y se apeaba uno en la estación de Quintans; desde allí había media hora a caballo. La casa de don Gaspar quedaba, incluso, a la entrada de la parroquia. En total, unas cuatro horas de camino.

—¿Y es bonita la casa de don Gaspar?

¡Oh, a ésa no le faltaba nada! Una casa noble, con capilla y un hermoso jardín con un lago, rodeado de cedros...

Pero viendo que José Ernesto se abrochaba la chaqueta, el casero temió que el señor cogiese humedad. Era mejor entrar, tanto más cuanto que eran cerca de las seis... El iba a dar una vuelta por la cocina, para ver cómo llevaban sus chicas la *comidita*.

José Ernesto, entonces, volvió a su cuarto. Como iba oscureciendo, encendió la vela y empezó a pasear, bostezando, con una indecisión que le había invadido de repente sobre su regreso a Lisboa. Era estúpido, ciertamente, quedarse allí enterrado en aquel caserón, en espera de un trozo de cielo despejado y seco, que le permitiese visitar la quinta y los alrededores. Pero también, ¿marchar a Lisboa, después de aquel inmenso viaje, que resultaba así inútil, sin haber dado siquiera una vuelta por el campo para formarse una idea de la quinta, tal vez excelente, y que podía realizar muy bien su sueño antiguo? Era absurdo. Además, la idea del regreso a Lisboa, tan pronto, le molestaba ya, para ver de nuevo la Avenida polvorienta, el Club por la noche, con los amigos bostezando en los sillones, y su casero, risueño, con gafas azules, apareciendo muy de mañana para abrazarle y «almorzar sin etiqueta»... Y al mismo tiempo iba sintiendo, a pesar de aquella desdicha de la lluvia, una vaga atracción por la aldea y el silencio rural y la cocina sabrosa, y aquellas fiestas alegres y sencillas, con hogueras, en que las señoras se visten de labriegas... Incluso para su salud le convenía pasar unas semanas entre el verdor, como un caballo cansado. Y, en fin, ¡qué diablo!, la compra de una finca que le iba a costar diez o doce mil duros no se podía hacer así, aturrulladamente, en unas horas, sin un examen de las tierras, una buena experiencia de su compatibilidad con el campo, e incluso una conferencia con don Gaspar para salvar bien sus intereses. En realidad, don Gaspar era quien debía haber venido al Paço: «Usted—decía el administrador—va, examina y después se entiende por carta con don Gaspar.» ¡No! Las cartas no resuelven nunca bien los asuntos. Es indispensable, cuando se trata de muchos miles de duros, hablar, repetir, combinar... Evidentemente, debía ver a don Gaspar...

Cuando rumiaba aquella nueva idea, el padre Ribeiro vino a llamar a la puerta del cuarto para preguntar si el señor estaba preparado para la comida.

—Entre, señor capellán, puede entrar—exclamó él.

El padre Ribeiro venía restregándose despacio las manos; declaró que el tiempo se había puesto frío.

—O será—añadió, riendo—que el estómago esté pidiendo el calorcillo de la sopa.

Pero el administrador esparcía una mirada por el inmenso cuarto, donde el lecho, con la colcha blanca, mal iluminado por la lucecita de la vela, ¡parecía perdido en la vastedad del suelo y del techo negro! ¡El señor no estaba muy bien instalado, no! Pero así, de repente, con la casa desamueblada y lejos de la ciudad...

—Estoy perfectamente—replicó José Ernesto. Y con sinceridad—: Al contrario. Hasta me gusta esta amplitud... La gente, en Lisboa, en aquellos cubículos, se muere ahogada.

El padre Ribeiro sonrió amistosamente:

—Pues entonces, véngase acá, a la provincia... Mire, amplitud tiene. Y buenos aires. Y lo que se come es sano. Claro es que no hay las comodidades de la corte, ni los teatros, ni esas sociedades de que hablan los periódicos...

Y como José Ernesto se encogía de hombros, riendo, con el desdén y el cansancio de aquellos regalos, el padre Ribeiro expresó con entera franqueza su opinión sobre las ciudades:

—¡Las ciudades, mi querido señor, son canteras! Mucha piedra, mucha pared. ¡Y gente en exceso; anda uno a tropezones; todo son etiquetas; no hay esta rica libertad! Recuerdo muy bien cuando yo vivía en Lamego... Lamego tiene recursos... ¡Pues hoy no me pillaba nadie en Lamego! Mire, ¿sabe usted lo que no cansa? Pues abrir una persona por la mañana su ventana y respirar el olor al verde, y oír a los pajarillos y bajar en zapatillas hasta la sombra, y estarse allí muy quieto, con Dios. Hoy nadie me pillaba en Lamego...

—También es que usted, padre, está muy apegado a don Gaspar y a las muchachas...

Pero el casero entreabrió la puerta, anunciando la sopa. Y cuando entró en el comedor, José Ernesto tuvo una sensación de bienestar y de apetito, ante la mesita, aquella noche más alumbrada, con el mantel muy blanco, el platito de aceitunas brillantes, las dos jarras en las que el vino tenía aún espuma. Su silla tenía brazos; la lluvia, afuera, cantaba más pesada; la sopa olía muy bien.

Y terminó por frotarse las manos él también, y por exclamar, riendo:

—Ahora, en este momento, no importa la lluvia. Hasta resulta bien oírla caer fuera.

Y el casero, con un brillo en los ojos:

—Y la tierra va bebiendo, que bien lo necesitaba.

Y los tres sonreían contentos.

La comida estaba deliciosa, con un sabor lleno de relieve y el olor sabroso de los guisos del campo; y José Ernesto, llenándose la copa, pensaba que un rostro, unos cabellos de mujer, allí, en la luz, entre las lozas claras, harían encantadora aquella habitación, incluso así desnuda y sin comodidad, con la lluvia cantando en el naranjal.

—Esta casa debe de ser antigua—observó él, desafiando ahora, con placer, la locuacidad del padre Ribeiro.

El administrador respondió en seguida, contando que existía en el archivo un viejo pergamino referente a una compra de tierras hacia el lado del río, que llevaba fecha de mil cuatrocientos doce.

—¡Es bonito!—murmuró José Ernesto, con respeto—: comienzos del siglo quince. Aún existía el Imperio romano de Occidente.

Y aquello dió motivo al señor cura para desenvolver la genealogía de don Gaspar. Era ilustre. Hundía sus raíces vetustas en las invasiones godas, lanzaba ramas pujantes por todos los reinos de España, y a través de ella se entreveían armaduras de héroes y aureolas de santos. Don Gaspar era el décimosexto señor de las Quelhas. Otro don Gaspar antiguo llevó el pendón real en la batalla de Las Navas de Tolosa...

José Ernesto, que escuchaba muy interesado, terminó por decir, echando hacia atrás la cabeza y pasándose la mano por el pelo:

—Es realmente todavía algo notable una buena sangre...

—Pues mejor que ésta, mi querido señor, no la hay en el reino. Y mire que la raza, pese a su vetustez, es fuerte. Don Gaspar, hace dos o tres años, ¡aún doblaba el cañón de una escopeta con una mano! Y yo no he visto entrar un médico en la casa.

José Ernesto exclamó, casi entusiasmado:

—¡Eso es todo! La salud es lo esencial en una familia, en una raza. Esas mujeres de Lisboa parece que se deshacen, que se están deshuesando. Si al menos esa debilidad física estuviese compensada por la exquisitez, por el refinamiento de su carácter... ¡Pero, qué! ¡Son enfermizas y tontitas!

Estaba realmente excitado, y el administrador sonreía, satisfecho, removiendo la ensalada. Sí, las señoras de Lisboa eran raquíticas... ¡Más alimentación, más aguas!

El casero, que entraba con una botella especial de vino del abad de Carmelinde, anunció que la lluvia había cesado: se veía, incluso, un trozo de cielo despejado. Hubo entonces una gran esperanza; y bebieron el delicioso vino del abad entre planes para la visita a la quinta y a los alrededores, al día siguiente, por la mañana temprano. Pero el casero y el sacerdote no se ponían de acuerdo: el uno quería que fuesen derechos al Mieiro, entrando por el camino del encinar, de modo que el señor se formase primero idea de toda la parroquia, y el otro prefería que el señor visitase primero la quinta, empezando por el campo de la Costa, y que fuesen después al Cerezal, donde tenían los caballejos, para ir a dar aquel lindo paseo hasta San Eraz. Ambos, sin embargo, aseguraban al huésped que había tiempo para visitarlo todo y tomar el tren de las seis hacia Oporto.

José Ernesto, sin embargo, no respondía, retorciéndose el bigote. Aquella partida hacia Oporto, y desde allí a Lisboa, que le habría de separar durante unos cuantos meses del Paço, aunque se decidiese a comprarlo, le pareció de repente brusca y desagradable. Era como si, de pronto, le arrancasen de al lado de un *no sé qué* vago y al mismo tiempo real, que le estaba interesando y despertando su curiosidad. Necesitaba realmente estudiar, conocer mejor aquella región. Le gustaría quedarse, vagar una semana por aquellas arboledas y valles.

Después de un silencio, de repente, preguntó él si no había un hotel en Villalba. El padre Ribeiro y el casero sonrieron.

—¿En Villalba un hotel? ¡Ni un catre para un obrero!

Entonces José Ernesto, que había terminado el café, fué a la ventana. En efecto, no había ya rumor de lluvia benéfica. Los campos reposaban en la paz de la noche, saciados y mudos.

Acabando el cigarro, fué a sentarse en el canapé de paja, y comenzó la velada con un largo silencio entre él

y el administrador, que habíase quedado en su silla, acodado sobre la mesa, en un reposo de somnolencia de la digestión que le cerraba irresistiblemente los abultados párpados.

—Si hubiese una baraja—dijo, por fin, José Ernesto—, podíamos jugar una brisca.

El administrador abrió los ojos, sonrió, hizo «¡eh!, ¡eh!», y de nuevo se le bajaron los párpados, pesados y soñolientos. Y José Ernesto acabó por tenderse en el canapé, pensando con tedio en su regreso a Lisboa. Su vida en la capital, ahora que la veía así, desde lejos, entre aquel silencio de aldea, en su conjunto le parecía insoportablemente vacía y estéril. ¿Qué era él? Un señorito con una buena fortuna en títulos y casas. Un día, en cada trimestre, recibía su renta del Estado y de los inquilinos, y los trescientos sesenta y un días los pasaba gastando aquella renta en comer, en pasear, en actos de instinto, ¡exactamente como los de su perro! Actos de inteligencia, de una humanidad superior, no pasaban de algún libro hojeado por la noche para dormirse, de un rato de *bluff* en el Club, de alguno que otro baile en invierno y de pararse, en el Chiado, ante algún amigo para murmurar con tedio: «¿Qué hay de nuevo?» ¡No podía llamarse realmente una existencia humana! ¡Y era, sobre todo, de una tan grande soledad!... Amigos, consocios, las damas que bailaban, eran, en realidad, para él como sombras, meras apariencias; y cuando, por casualidad, se constipaba y tenía que quedarse en casa, todas aquellas sombras se disipaban y para él dejaban de existir el mundo y la sociabilidad humana. Ciertamente, podía casarse: tenía que casarse, como todos los hombres... Pero ¿con quién? ¡El exigía tanto en una mujer! ¡Alegría! ¡Salud! ¡Bondad! ¡Sencillez!... Y, además, ¡firmes principios para que su hogar fuese honrado! Y luego, también, un entronque antiguo, porque «en el fondo es una buena condición»!... ¿Dónde estaba, por casualidad, aquella maravilla?

El padre Ribeiro, que hacía unos instantes roncaba, lanzó un ronquido tan fuerte, que se despertó; y enderezándose en la silla, pidiendo perdón al señor, su primer cuidado fué ir a la ventana a ver si llovía. En efecto, no, el cielo se había despejado, prometía un día claro. De modo que le parecía lo más razonable, en vista de que habrían de madrugar para recorrer la parroquia, retirarse al valle de las sábanas... Y él mismo preparó la vela de José Ernesto, a quien acompañó, todavía medio dormido y bostezando, hasta la puerta del cuarto.

—El señor cura, allí, en Villalba —iba diciendo José Ernesto por el corredor—, se acuesta temprano, todos se acuestan temprano...

Sí, en efecto, en Villalba, alrededor de las diez estaban todos recogidos. Sólo doña María Juana trasnochaba.

—Se pasa a veces hasta la una de la madrugada, y más aún, solita, ¡leyendo! Y con la casa toda apagada. ¡Y no tiene miedo! En fin, cada persona tiene allí sus costumbres y sus ideas.

Estaban ante la puerta del cuarto, los dos, con la palmatoria en la mano; y entonces José Ernesto, riendo y con gran familiaridad, acusó al padre Ribeiro de poca predilección por doña María Juana.

El administrador abrió mucho los ojos, casi ofendido:

—¡Cómo! ¡Eso sería una ingratitud! ¡Oh Jesús! Soy tan amigo de ella como de las otras muchachas...

José Ernesto reía, bromeaba:

—¡Era una broma, padre Ribeiro! Pero como habló usted ya de las ideas de doña María Juana, tachándola de raras...

El padre Ribeiro estuvo conforme en que no siempre apoyaba las ideas de doña María Juana:

—Mire usted, por ejemplo, disentimos en política...

—¿En política?

—Así como le digo... Doña María Juana ha leído muchos libros. ¡Llega a ser republicana!... ¡Para ella todos son iguales! No hay ni nobleza ni pueblo. Yo también soy liberal; pero, en fin, hay jerarquías. Y usted, por ejemplo, no da la mano a su criado...

—¡Ni doña María Juana!...

—¡Es muy capaz de ello, mi querido señor, es muy capaz de hacerlo!

—¡Pero, en fin, no se casaría con el criado! —exclamó José Ernesto, riendo siempre, con el más vivo interés por aquellas confidencias.

El padre Ribeiro se encogió de hombros; ¡ni él mismo sabía si era ella capaz de casarse con el criado!

—Créame usted que no lo sé. ¡Es muy capaz de eso! Quiero decir, no se casa, porque el criado no llegaría a esas alturas en que ella fantasea. ¡Pero si llegase! Mire, ha perdido ya dos partidos soberbios. El último, con el mayorazgo de Avellá, nuestro vecino. ¡No se comprende! ¡Un guapo mozo, con hermosas propiedades! Pero no le encontraba listo. ¡Le dijo al padre que el muchacho era un sosote, nada más! Verdad es que el mayorazgo de Avellá no es hombre de libros. ¡Pero yo no sé a quién espera ella!

Volvió a encogerse de hombros.

—En fin, tiene sus ideas; pero es una perfección de muchacha, y Dios ha de hacerla feliz. ¡No será por falta de pedírselo yo!... Y aquí estamos de palique con las palmatorias en la mano. ¡A las seis le mandaré despertar!

José Ernesto entró en el cuarto, fué despacio a dejar la palmatoria sobre la mesa y permaneció apoyado al borde de la cama, perdido en vagos pensamientos, con los ojos en la luz. La soledad de su existencia volvía de nuevo a aparecérsele muy clara, con una forma casi material, como un gran descampado donde era siempre crepúsculo. Y al mismo tiempo sentía un vago deseo de quedarse allí mucho tiempo, en aquella aldea, donde, sin embargo, la soledad seríale más profunda y real. Cuando se acostó suspiraba sin razón, con un vago enternecimiento. Y antes de dormirse, en la oscuridad del cuarto, veía pasar, huir, el brillo de unos cabellos de oro que corrían por un jardín.

A las siete, el casero llamó a la puerta del cuarto. José Ernesto gritó desde dentro, adormilado:

—¿Qué hay?

—Sepa el señor que está lloviendo y con ganas...

José Ernesto escuchó. ¡Caía la lluvia, en catarata, sobre el Paço!

Cuando José Ernesto, al poco rato, apareció en el comedor, el padre Ribeiro, que esperaba plantado tristemente ante la ventana, abrió los brazos, desolado:

—¿Qué me dice usted de esta desdicha? ¡A fines de abril!

José Ernesto vaciló un instante, con un leve rubor en la cara; después, mirando también al oscuro cielo, a los largos cordajes de agua:

—He estado pensando, señor capellán, y he aquí lo que me parece más razonable. Este tiempo no mejora. Yo tampoco puedo regresar a Lisboa sin haber visto la finca y tomado una resolución. Pero como ya estoy aquí y el viaje a Villalba no es grande, encuentro que lo más razonable es ir, durante estos días de lluvia, a hablar directamente con don Gas-

par, porque la gente por carta nunca se entiende; fijamos bien nuestras condiciones, y después, cuando mejore el tiempo, vuelvo por aquí y visito la finca y el lugar con el amigo Braz. ¿Qué le parece?

El padre Ribeiro se refregaba las manos lentamente:

—Lo encuentro muy bien... ¡Lo encuentro muy bien! Don Gaspar lo estimará mucho... Yo no puedo ofrecer la casa, porque no es mía; pero estará usted en casa de la tía Rita perfectamente. Yo hablaré con ella... Tengo hoy el coche para volver... Lo encuentro muy bien.

—Podemos marchar después del almuerzo.

—Como usted quiera. Don Gaspar tendrá mucho gusto. Estaremos allí alrededor de las cuatro. Lo encuentro muy bien.

José Ernesto volvió en seguida al cuarto, canturriando, a arreglar la maleta. Después fué a recorrer con el padre otra vez el Paço todo, hasta la bodega. Pero ahora se detenía ya en las salas, estudiando arreglos, tabiques que tiraría; e hizo, incluso, bocetos de muebles. Cuando fueron a almorzar parecía ya como si fuese el dueño del Paço; y declaró, incluso, que dejaría allí el comedor.

A mediodía cesó la lluvia; e inmediatamente Braz propuso una visita, por lo menos hasta el río, por la avenida de las encinas. Pero José Ernesto se negó. No valía la pena mojarse hasta las rodillas, recibir, tal vez, una impresión desfavorable, cuando de allí a dos días volvería él entonces a hacer la visita completa y reposada. Por otra parte, el cochero, ya en el patio, les instaba a partir para aprovechar aquel claro.

José Ernesto, alegre y ligero, llevó él mismo, a pesar de las exclamaciones del casero, su maleta hacia el carruaje. Entonces Braz rogó que esperasen un instante: quería ir a buscar unas pocas rosas de un bello rosal, junto al estanque, que el señor cura llevaría a las señoritas. El ramo fué colocado dentro de un cesto; y José Ernesto quitó una rosita, que se puso en el ojal.

Después, al enfilar el carricoche la gran carretera, que subía allí toda en pendiente, José Ernesto preguntó:

—¿Cómo es el nombre completo de don Gaspar?

—Don Gaspar María Alcoforado Téllez de Meneses.

La lluvia había cesado del todo; había una franja de cielo azul.

*

Cuando el carricoche iba entrando en Villalba, al pasar por el Crucero, el padre Ribeiro tuvo un sobresalto, se asomó a la ventanilla, gritando al cochero que parase.

—¡Son las señoritas! ¡Es don Gaspar!

Y, en efecto, junto al Crucero, iba caminando un hombre alto, de gran barba y sombrero con el ala hacia abajo, con una señora envuelta en una capa de lana. El padre Ribeiro saltó del coche, y allí mismo, en la carretera, hizo la presentación del huésped. ¡Y por los magníficos cabellos rubios José Ernesto reconoció a doña María Juana! Era alta, de un blanco saludable y suave, con unos bellos ojos verdes, finos y tiernos.

El padre Ribeiro mostró en seguida el cesto de flores. Ella sacó una rosa, que prendió en lo alto del abrigo. José Ernesto iba ya conversando con don Gaspar, caminando a pie hacia la tía Rita, que estaba muy cerca del Crucero, en las primeras casas de la villa. Después, al acercarse, el viejo se apartó para dar una orden al cochero. María Juana y José Ernesto se quedaron solos un momento en la carretera.

Tenían los dos, en el pecho, rosas del mismo rosal... Seis meses después se casaban en la capilla del Paço de Villalba, en una mañana también de gran lluvia.

ENGELBERTO (1)

Engelberto, senescal de las islas, príncipe de Escania y señor de Elfingor, a quien otros también llamaban el Caballero de Estaño, era, en la rubia y colorada flor de sus veintitrés años, el más empedernido pecador de la cristiandad.

En toda Dinamarca se contaba que su abuelo, el viejo Ulfán, para hacerle bravío y ajeno a toda dulzura, le dió a chupar en la cuna corazones de osos, sangrientos aún.

Engelberto tuvo por madre a la hija de este jefe temido, la duquesa Tifania, «Tifania la muy soberbia» o «Tifania la de los pechos erguidos», pues bajo estos dos nombres la celebró, en versos latinos, Hinkmar, deán de la catedral de Roskilde; la tan nombrada Tifania, que de joven, vestida de cuero y con un casco de hierro, mandó una flota de piratas, estranguló al conde Magnus, su primer marido; vivió después en pregonado y triunfal concubinato con el abad del monasterio de Soroé, y, por último, se casó con el príncipe de Escania, joven necio y risueño, que tenía unos lindos cabellos color de oro. Pero al padre de Engelberto, ni Tifania, seguramente, le conocía, porque estando el príncipe de Escania y sus huestes guerreando con Canuto IV contra el margrave de Visgrath, ella recibía alternativamente en su lecho, abierto y tumultuoso como una plaza pública, a un caballero de Aquitania, a un forajido de Dinamarca, a un carnicero, cuyos brazos velludos y sucios de sangre, lanzando la barra en la fiesta de San Andrés, la habían maravillado, y al cardenal de Módena, legado del Papa.

Cuando Engelberto nació, todos los hachones y lámparas del castillo de Kolnor—así lo juraron el vílico y las ayas sobre los santos Evangelios—se apagaron bruscamente, y las que estaban apagadas empezaron maravillosamente a arder con una luz muy clara y muy firme. Después, al cabo de tres días, Tifania murió, sin agonía, dichosa y serenamente, exhalando un levísimo suspiro por entre los labios, donde vagaba una sonrisa de virgen que duerme, cansada, después de una fiesta, y que sueña con guirnaldas, sedas, luces y las dulces cadencias de las arpas. Sobre su cuerpo, envuelto en blancos brocados y cubierto de jazmines blancos también, tres obispos, los de Aahruz, Calmar y Elsenor, esparcie-

(1) Es imposible definir exactamento este fragmento, encontrado entre los papeles de Eça de Queiroz. Además del título lacónico, *Engelberto*, el original no presenta ninguna otra indicación, ni está acompañado de ese «plano de la obra» en que el autor sintetizaba, generalmente, el desenvolvimiento de sus escritos de largo aliento. Se puede, sin embargo, conjeturar que se trata de un fragmento de cuento, o más bien del primer capítulo de una novela corta. El formato del papel; la letra, pausada y grande; la completa falta de enmiendas, permiten, a pesar de todo, afirmar que se trata de un original de los últimos años, de la época de las vidas de santos o de *La ilustre casa de Ramírez*.

ron el incienso y las aguas lustrales, y en facundos panegíricos declararon que la muy alta duquesa, señora de Elfingor, tan poderosa en la tierra, sería asimismo todopoderosa en el cielo, resplandeciendo al lado de Dios Padre.

El príncipe de Escania, antes de terminado su luto y su dolor, porque aquel necio joven amaba a su terrible mujer, murió también de una pústula maligna. Y Engelberto, huérfano de padre y madre, quedó con su sombrío abuelo Ulfán, en el castillo de Kolnor, donde fué creciendo como un prodigio en belleza y maldad.

Muy niño aún, por la noche, ante el hogar, jugando junto al gran sillón de roble donde el viejo Ulfán permanecía inmóvil en su larga pelliza de ratón de Armenia, el hijo de Tifania hurtaba hábilmente los alfileres de las ayas para clavarlos en los pies descalzos del fraile que, sobre su escabel, y a la sombra de su capucha, leía soñolientamente la *Historia de las cien batallas* o los *Milagros de San Anscario*. Sus ayas estaban siempre con los rostros arañados y heridos por la violencia de sus manos, poco mayores y más blancas que pétalos de magnolia. Desde que pudo correr por el castillo, su mayor goce, el que ponía en sus ojos admirables un brillo de máxima satisfacción, era chamuscar con un hachón la cabellera crespa de los pajes, o, desde lo alto de una galería, arrojar pesados escabeles sobre los siervos y hombres de armas que cruzaban el claustro.

En una ocasión, tanta alegría le produjo partir con una barra de hierro las patas de una galguita italiana que en otro tiempo regaló el legado del Papa a Tifania, que desde entonces buscaba por las perreras y las corralizas algún cachorro o cordero indefensos a los que pudiese torturar. Un día que vagaba por fuera de las murallas, divisando una vieja que caminaba lentamente al borde los fosos, encorvada bajo un haz de leña, corrió de puntillas y empujó a la triste criatura al agua, que, por fortuna, era baja y escasa, porque terminaba el estío y había paz en Kolnor.

Pero cuando el domingo, en la iglesia, sobre el estrado señorial, quieto al lado del viejo Ulfán, con sus lindos cabellos de oro, todos en bucle, que le caían sobre el jubón de brocado, con el gorro dejado en el suelo y las manos juntas, alzaba suavemente los ojos hacia el coro, donde los novicios cantaban, las mujeres, en la nave, sonreían de admiración, extasiadas como ante un ángel. Y luego también, por las calles, pensaban en aquellos ojos de un azul tan luminoso, profundo y transparente, como ellas no habían visto jamás ni en el mar ni en el cielo.

Su inteligencia era singularmente clara y despierta. El viejo canónigo de la catedral de Roskilde, que vivía en Kolnor, en una torre aislada, y que le enseñaba la Historia sagrada, las letras, los números, las divisiones del mundo y el curso de los astros, supo en breve menos que Engelberto, y ante su curiosidad por las cosas del saber quedábase arrobado, balbuciente, hasta que el terrible discípulo, saltando del escabel y riendo, iba a tirarle de las barbas o a tiznarle la cara de tinta.

Un día, el viejo clérigo fué llorando a rogar a Ulfán que le permitiese volver a Soroé, a rezar en su celda sus Horas canónicas. Y el rudo abuelo, que no supo nunca siquiera escribir su nombre, riendo y de buen grado, accedió a ello, temiendo que el heredero de sus armas y tierras fuese a estragar su vida, como un rapado y macilento clérigo, entre pergaminos cubiertos de letras. Ya

él sentíase inquieto viendo al nieto más pacífico y sin aquella turbulencia, aquel desdén por el dolor y aquella indiferencia por el sufrimiento, que son prenuncios de un alma esforzada y soberana.

Engelberto aprendió a montar en cualquier cabalgadura, a lanzar flechas, a manejar el montante, a usar el broquel, sin que a través de aquel contacto con las armas, y en el afán de probar su destreza y su fuerza, se entregara a otras violencias, aparte de azotar a algún caballerizo o de romper los dientes con el guante a algún paje pachorrudo. Y Ulfán le vió ya dos veces, con disgusto, durante las tardes templadas, pasear por el vergel, despacio, parándose a escuchar el canto de los surtidores o a coger una rosa silvestre, a la manera de una doncella y como si se deslizasen en su alma pensamientos de gracia y de dulzura.

Entonces, para apartarle de la molicie, quiso que se entregase a la caza, que despierta y agudiza el placer de la guerra; y con ese propósito le preparó una jauría de alanos y de lebreles de Bretaña y los mejores azores y halcones que el margrave de Holtorp pudo conseguir en Pomerania y en el país ruso.

Inmediatamente, Engelberto se tornó un cazador violento e insaciable. No bien despuntaba el alba, saltaba sobre la silla, y con el arco al hombro, la aljaba llena y el cuchillo sujeto en el cinturón, lanzaba tres toques de trompa, saludando al abuelo, que desde lo alto de la torre, envuelto en su pelliza de ratón de Armenia, con las barbas ondeando al viento frío, le saludaba con la mano velluda. Y entonces, llevando sobre el guante el halcón encapirotado de cuero, Engelberto franqueaba al galope el puente levadizo, y desaparecía en la arboleda, sobre la nieve dura, entre el aullar furioso de los alanos y la gritería de los monteros, armados de machetes, de redes, de rejones puntiagudos y de púas de hierro.

Sólo ya de noche cerrada regresaba a Kolnor, todo enrojecido por el aire agreste y el furor de la matanza, ronco de gritar a los lebreles, con manchas de sangre sobre el jubón de cuero, oliendo a selva y a fieras.

Era, sobre todo, la caza bravía de los jabalíes y de los osos la que le deleitaba. Pero ni el abatir a los animales, ni el hundir el cuchillo en las carnes jadeantes, recibiendo sobre la cara los chorros de sangre caliente, ni el rasgar las pieles y arrancar las entrañas, calmaban su fiebre de matanza. Y todavía en la cena, contando al abuelo sus proezas, ¡repetía los largos chillidos de la montería, clavando furiosamente el cuchillo en la oscura madera de la mesa!

Pero después, junto al hogar, cansado y soñoliento sobre los cojines de cuero, con el rostro entre el oro de los cabellos, los pesados párpados suavemente cerrados y brillando el rubio bozo como seda fina sobre los labios grana y llenos de savia, era tan hermoso y parecía tan dulce, que el viejo capellán, posando el breviario sobre las rodillas, murmuraba hacia el viejo Ulfán:

—Ved cómo hace poco era Nemrod, tan cruel, y ahora le tomaríais por un menestral de gran gentileza, que pasaba y pidió cobijo.

Sin embargo, ni el capellán, ni el viejo Ulfán, le admiraban tanto en su gentileza como Korlina, el aya especial, que a aquella hora preparaba y traía a Ulfán el vino caliente con especias. Era una alemana de Holstein; había llegado con su hermano, enviado por el margrave para adiestrar los halcones y efectuar en ellos la delicada operación de coserles los párpados; y como se mostró

hábil en preparar los licores y los dulces, quedó al servicio de las cocinas de Kolnor, que aún eras toscas y de artes simples, como en tiempos de los Jarls.

Durante mucho tiempo mostró ella a Engelberto, claramente, sus deseos, en las vivas y relampagueantes miradas con que le llamaba. El mozo, sin embargo, a quien no había rozado aún ningún seno de mujer, apartaba la cara, enrojeciendo vivamente, atiesado en su orgullo. Pero una tarde, en el vergel, donde Korlina cogía hierbas aromáticas, cayó sobre ella bruscamente, y conoció de un modo brutal el amor.

Pero la trigueña moza fué sólo para él como una copa en que se bebe aprisa y de un sorbo, y que se rechaza, una vez saciada la sed. Muy pronto le asquearon las trenzas, muy negras y duras; los brazos vellosos, la piel amarillenta; e incluso terminó por empujarla con mano ruda cuando ella, surgiendo en algún sombrío corredor abovedado, le tiraba de la manga y le solicitaba, con humildad lasciva.

Habíala ya olvidado, se había ella desvanecido entre la turba confusa de los siervos, cuando una mañana de invierno y de gran nieve, al cruzar el patio hacia la perrera, la vió bajo la ancha puerta de la torre del Tesoro, colgada del cuello de un caballerizo, que reía neciamente. Acto seguido la mandó apresar con el pobre siervo, y llevarlos, encadenados, a uno de los negros calabozos del castillo. Por la noche, entraron cuatro hombres en la cárcel y amordazaron a Korlina y al caballerizo; ataron juntos los dos cuerpos, pecho contra seno, con fuertes cuerdas; tendieron aquel mísero fardo sobre unas angarillas, y así lo transportaron a la luz de una linterna por la nieve, hacia fuera de las murallas, hasta el hondo vallado, donde lo arrojaron sobre la nieve blanda. Otra nieve cayó, cubriéndolos para siempre...

Y en aquel momento, Engelberto, ante la chimenea llameante, pasando la mano cariñosa sobre la cabeza fina de un galgo, exclamó de repente, riendo, hacia el capellán, que leía en un viejo infolio:

—¡Rezad ahora una de vuestras oraciones por dos almas muy ardorosas que yo mandé enfriar!

Del otro lado, entre las gruesas pieles en que se amodorraba, pesado del vino caliente, el viejo Ulfán murmuró con pereza:

—Cuenta la hazaña...

Engelberto se encogió de hombros:

—¡Una bagatela, señor; villanos castigados!...

Y el viejo jefe volvió a cerrar los párpados pesados.

Toda la vida de Engelberto estaba consagrada a la caza. Pero harto ya de abatir osos, lobos y jabalíes, completaba ahora aquella fiesta de matanza con correrías por los poblados y por los caminos, esparciendo ruinas y dolor. Sus mozos de caza formaban, por el número y por el ruido de las armas, una verdadera partida de guerra. Con ellos, en galopes furiosos, entre el estridor de las trompas, pasaba destructoramente sobre las mieses maduras, cruzaba las aldeas, atropellando a los niños que jugaban en el umbral de las puertas o en la ladera de una colina, caía bruscamente sobre un rebaño, que se desbandaba espantado, mientras él asaeteaba a las reses y al pastor. Después, el sombrío bando, sofocado y jadeante, invadía alguna taberna al borde de una carretera, vaciaba las pipas de cerveza, apaleaba al tabernero y encendía un gran fuego en el hogar con los bancos partidos y las arcas destrozadas a hachazos.

Cierta tarde, divisando en la orilla de un bosque una recua de machos cargados y a tres mercaderes que

descansaban y comían a la sombra de una encina, galopó hacia ellos y ordenó que le mostrasen sus salvoconductos. Y mientras el más viejo, que tenía una larga nariz aguileña y una barba aguda de macho cabrío, se rebuscaba en el pecho, por dentro de la zamarra, con mano trémula, ya Engelberto gritaba a su partida que le amarrasen, con los otros dos, a tres árboles, «¡porque aquéllas eran, seguramente, mercancías robadas!»

En vano los tres hombres, ya amarrados a los troncos, juraban, con los ojos desorbitados de terror, ¡que eran unos honrados mercaderes de Nuremberg, que iban a la feria de Roskilde, con cartas y franquicias del obispo de Tréveris!

Engelberto y sus hombres, desmontados, cortaban ya las cuerdas de los fardos, e iban esparciendo por el suelo, con ojos llameantes de codicia y de asombro, toda una riqueza de estofas purpureadas de Venecia, de cueros labrados de Córdoba, de tejidos de Gaza bordados en oro, de brocados de Arlés, de alfombras orientales, de armas taraceadas, de pieles de Frizia, de paquetes de especias, de frascos de esencia de rosa, de aceite de la Provenza, en cántaros forrados de paja.

Entonces, Engelberto, viendo que sus hombres se disputaban ya con ojos llameantes la posesión de aquellas cosas refulgentes y para ellos extrañas, lanzó un gran grito y ordenó que aquel rico botín fuese repartido conforme a la ley de la guerra, la ley antigua y venerable de Trotón el Grande. Y divertido, entusiasmado con la bella aventura, quiso que se cumpliese todo el viejo ceremonial.

Sonaron las trompas como en un final de batalla; los fardos, las mercancías, fueron amontonados en torno al estandarte de Kolnor, clavado en el suelo; y el más viejo de los hombres de armas dividió de prisa los tres lotes—porque el tercero pertenece al jefe—y fué depositando en grandes brazadas terciopelos, sedas, alfombras y cueros labrados a los pies de Engelberto, que se colocó sobre una piedra, muy serio, apoyado en su gran arco. Después, los restantes lotes fueron divididos en catorce quiñones y repartidos entre catorce hombres, a los que el vílico llamaba uno por uno, y que se agachaban, palpando con las manos morenas la suavidad de los terciopelos, y lanzaban gritos de placer cuando les correspondía algún arma con labores de plata, o se quedaban riendo neciamente ante algún espejo de marfil o algún montón de finos encajes, que desdoblaban. Y todos iban después a contemplar el lote de Engelberto, que suponían de cosas más preciosas, por ser el lote del jefe.

Pero Engelberto, para mostrar su desdén del botín, no bajó siquiera sus ojos sobre él, y apartando con su gruesa bota de cuero rojo, ataujiada de plata, los terciopelos, los cofres, las esencias y las piezas de vajilla que se amontonaban ante él, hizo un ademán con el arco y saltó sobre la silla.

Entonces, el más joven de los mercaderes amarrados a los árboles, viendo consumada e irreparable la rapiña de tantos bienes, no pudo contenerse, y agitándose convulsivamente entre las cuerdas, con el cuello estirado, estallantes todas las venas y con gruesas lágrimas en los ojos color azabache, gritó furiosamente:

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Ladrones!

Inmediamente, Engelberto, erguido sobre los anchos estribos, puso tenso el arco, apuntando la flecha al pecho del miserable.

Pero el vílico intervino:

—¡El fuego, mi dulce señor! ¡El

fuego, pues la flecha es arma noble para un maldito judío!...

Y así era, según la vieja costumbre sajona. Entonces, Engelberto mandó que amontonasen toda su parte de botín, mezclada con ramas secas, en torno al árbol donde gemía el judío amarrado, y que le prendiesen fuego, cual debe hacerse con los verdugos del Señor Jesucristo.

En breve, las llamas, el humo denso, envolvieron los aullidos, las convulsiones del miserable. Y los otros dos, al lado, no gimieron, lívidos de terror, cuando Engelberto les gritó, riendo:

—¡Vosotros, esperad a los lobos!

Y la banda montada partió con gran algazara...

*

Era la estación dulce y triste en que nunca anochece y el sol iba muy alto en el aire fino, con un brillo lívido de oro mate. Por los ásperos caminos, regresando a Kolnor, la cabalgata trotaba, ruidosa, extraña y más llena de colores que una procesión de Navidad. Algunos de los hombres habíanse echado sobre los hombros las anchas piezas de seda amarilla o roja, que caían, envolviendo los caballos, y parecían Reyes Magos. Sobre puntas de lanzas ondeaban como banderas ricas alfombras tejidas en Babilonia o finos velos nupciales, que dejaban en el aire una estela blanca; gruesas manos velludas agitaban en lo alto manojos de plumas multicolores y espejos que rebrillaban, heridos por el sol; y las risotadas no cesaban en torno de aquellos que glotonamente y de un solo trago habían vaciado alguna vasija de aceite de Arlés, y vomitaban, inclinados sobre el arzón, berreando contra los malditos judíos. Los que habían derramado esencia de rosa sobre los tabardos de piel de nutria, iban con una sonrisa continua, orgullosos del perfume que exhalaban. Y todos se lamentaban de que no se hubiese registrado a los judíos para arrebatarles los buenos doblones de oro que llevarían, seguramente, en el forro de sus zamarras. Al frente, al lado del estandarte de Kolnor, Engelberto, habiendo entregado su casco al escudero, con los cabellos sueltos, erguida la linda cara, sonreía, como perdido en suaves pensamientos.

Al llegar al otero sobre el cual se asentaba el castillo de Kolnor, fué él el primero que percibió en la torre de homenaje y sobre el camino de ronda arqueros y otros hombres, que hacían señales como si hubiese gran noticia. Lanzó el caballo por el otero, y en seguida, al franquear el puente levadizo, supo por el vigía que su abuelo Ulfán estaba muriendo.

Después, subiendo la negra escalera de piedra, el vílico le contó también que se recibieron aquella tarde noticias de haberse rebelado y huído al monte todos los siervos de Jarna...

Cuando Engelberto, abriendo la recia puerta de roble chapeado, vió al abuelo tendido en el rudo lecho, hecho de gruesas tablas negras, vestido con la cogulla del Cister, entre hachones encendidos, tuvo un grito de cólera contra los dos monjes y el escribano, que se mantenían inmóviles, junto a la alta tronera del cuarto abovedado.

—¿Cómo osasteis?... ¡Villanos, villanos! ¡Mi dulce señor muriendo sin sus armas, amortajado ya con el hábito de fraile andrajoso, entre hachones!

El más viejo de los monjes balbució, curvado bajo aquella gran cólera:

—Señor, está muerto desde la hora prima...

Engelberto agarró las santas barbas del santo hombre, y sacudiéndolas furiosamente:

—¡Mientes! ¡Está vivo!... ¡Vivo y fuerte para arrancarte la lengua, falsario! ¿Dónde viste tú en toda Dinamarca un señor—¡y el señor de Elfingor!—morir desarmado?

Con los guantes de caza, que habíase quitado, apagó violentamente las altas llamas amarillas de los hachones. Después, arrancando del pecho del abuelo el crucifijo, que tiró a uno de los monjes, gritó a los escuderos aterrados que pusieran a su señor todas sus armas negras, sin sobreveste, como en día de batalla.

Y mientras los escuderos se apresuraban, empujó al vílico hacia el hueco de la ventana, donde daba aún el sol:

—¿Qué me contaste hace poco de siervos y de revueltas en Jarna?

El vílico, muy pálido, sólo sabía, por mensajeros llegados aquella tarde, que los siervos se habían sublevado, matando al regente, por haber entregado veinte de sus mujeres y diez niños, con cien carneros y cincuenta marcos de plata, en pago de una deuda al monasterio de Soroé... ¡Habían quemado vivo al regente sobre una hacina de paja!...

Engelberto sonrió, tocándose el leve bozo:

—Iremos allá, a Jarna... Y también al monasterio de Soroé, a ver los carneros y la plata, que, seguramente, fueron mal contados...

Volvió al lecho, depositó sobre el cuerpo del abuelo, ya armado, la espada, de modo que el recio puño descansase bien sobre el corazón, y murmuró, como en el canto de muerte de Lodborg:

—¡Era fuerte e hirió con la espada!

Después extendió la mano, en un gran gesto de promesa, sobre la faz del viejo jefe, más pavoroso en su rigidez:

—Sosegaos, mi dulce señor, que yo seré tal como vos fuisteis en el mundo. Las tierras que me dejáis serán ensanchadas, y el nombre que de vos me viene aumentará en terror. De este negocio de Jarna no tengáis pena, que la venganza caerá donde sea debido. Para el gran viaje que vais a emprender no os faltará caballo, que yo mandaré enterrar con vos el vuestro, llevando en el arzón un saco de cien marcos. ¡Adiós! ¡Que la Señora Santa Virgen os lleve de su mano al Walhalla, como debe a un valiente señor de Elfingor!

Dobló lentamente la rodilla, besó la ruda mano velluda, posada rígidamente sobre la espada. Después, con un gesto seco a los monjes silenciosos y encogidos en la sombra de la capucha:

—¡Ahora, sí! ¡El señor de Elfingor ha muerto! ¡Traed la mortaja y rezad las oraciones!

Aquella noche, el cuerpo de Ulfán, Cabeza de Hierro, fué abierto y relleno de sal, y por encima de la armadura, con que de nuevo lo vistieron, rebrillaba una túnica de paño de oro, orlada de armiños teñidos de rojo. Y así lo colocaron, después de peinados los largos cabellos, en su amplio sillón de roble, en lo alto de la sala de armas, con su escudo a los pies, y en las manos un libro de horas cubierto de pedrerías refulgentes. Al lado, el bailío sostenía el pendón de Elfingor, un sol negro sobre un mar escarlata. Seis monjes rezaban, de rodillas en las losas. A trechos resonaban dos clarines. Y el escribano, en su larga garnacha negra, leía en un rollo de pergaminos, con voz fuerte, la reseña de las batallas en que combatió Ulfán, y los asaltos que efectuó, y las fortalezas que tomó.

Entre tanto, desfilaban los oficiales de Kolnor, los feudatarios, los arqueros, los hombres de armas, los ba-

llesteros y todos los siervos, y cada cual hincaba la rodilla ante el jefe muerto, hacía la señal de la cruz y tocaba las losas con los dedos, como para cubrirse de polvo. Y después iban a saludar a Engelberto, que en pie, en el otro estrado de la amplia sala, se mantenía inmóvil y tieso, con un trémulo y alto manojo de plumas blancas en el yelmo, una sobreveste de lana blanca sobre la armadura, un amplio manto de lana blanca arrastrándose en pliegues por el suelo y las manos envueltas en un velo blanco y posadas sobre la guarnición de la alta espada, de donde pendía un lazo blanco.

Al otro día, el gran cuerpo de Ulfán fué envuelto en una piel de venado y depositado en un sarcófago hecho con las tablas de la galera en que él mandó su expedición a Escania. A sus pies fué colocada una vasija llena de agua bendita del Jordán; sobre su pecho pusieron una reliquia santa, el hueso de un dedo de San Anscario, y sobre cada mejilla, la mitad de una hostia consagrada. Seis vasallos de Elfingor condujeron el féretro, cubierto con un paño tejido de oro, cuyas dos puntas franjeadas llevaba cogidas Engelberto, que caminaba detrás, con sus amplios ropajes blancos. Por toda la vasta explanada brillaban hileras de antorchas, y el rumor bajo el cielo ceniciento era grande y lúgubre, con el lento gemir de los clarines, el doblar de las campanas y los aullidos sueltos de las plañideras.

Cuando el féretro penetró en el amplio sarcófago de piedra sin pulir, tosca como una pila para el ganado, el alférez de la mesnada colocó sobre él, desenvainada, la espada de combate de Ulfán. Entonces, el escribano, sacando de dentro de la garnacha negra el rollo de pergamino, dijo de nuevo, con una lenta y fuerte voz, la nobleza de Ulfán, sus feudos, sus acciones, sus batallas y todos sus hechos en cincuenta años de errante y sangrienta gloria. Y a cada pausa, en un coro lloroso, las plañideras gritaban:

—¡Tanto revolvió la tierra, que abrió su sepultura!...

Después, sellada la enorme losa de piedra con los sellos de Elfingor y rezadas profusamente las bendiciones rituales, quemados el incienso y las resinas aromáticas, cada hombre de armas, cada siervo de las glebas, vino a depositar sobre el sarcófago una rama verde de pino o de abeto.

A la puerta de la tumba fué cavado un gran hoyo, donde fueron enterrados vivos el caballo de Ulfán y su lebrel favorito. Y para que el jefe muerto, antes de subir al Walhalla, no se sintiese solitario en su sepulcro, toda la noche, alrededor, ballesteros y soldados golpearon con las lanzas sobre los escudos y soplaron en las trompetas de guerra.

Y nunca en Dinamarca hubo tan gran festín fúnebre. De las salas tapizadas de hierba verde rebosaban las mesas hacia la explanada, donde ballesteros y colonos se sentaban sobre cojines, bajo velarios franjeados.

Los gamos, los gordos carneros asados, eran traídos sobre angarillas. Rodaban continuamente pipas, de donde las puntas de los venablos hacían brotar a chorro la cerveza nueva, y las jarras eran vaciadas de un trago, en honor del jefe muerto. Bardos y ministriles, pulsando las arpas, cantaban las *Lamentaciones*, de Gudrún; el *Canto de muerte*, de Lodbrog. Y los hombres de armas, excitados por los cantos heroicos, se arrancaban las lorigas de cuero y combatían hasta que hilos de sangre corrían sobre los pechos desnudos y blancos, entre el rudo vello rojizo.

En el aire ya triste de la tarde, las campanas no cesaban de doblar, lentas y lúgubres. En las rejas de las mazmorras, bajo la torre, aparecían las caras macilentas de los prisioneros, que el olor de las comidas atraía y que lloraban de hambre... Y los soldados cogían los arcos y asaeteaban a los miserables. Y cuando cayó la noche, saliendo sin ruido de la capilla, las plañideras siguieron a los soldados al borde de los fosos y debajo de los árboles de la huerta...

Al día siguiente, todo el vasallaje se congregó en la inmensa sala de armas, donde Engelberto, en pie ante la gran silla señorial, esperaba todo armado, con sus armas de combate, teniendo a un lado el alférez que sostenía el pendón, y al otro, al mariscal de la hueste, que llevaba sobre un cojín las llaves de los castillos de Kolnor, de Elfingor, de Jarna y de Lindau.

Entonces, por la gran puerta entró el senescal, llevando en las manos, religiosamente, una copa terrible y magnífica, un cráneo humano incrustado de rubíes, asentado sobre un pedestal de oro, y que perteneció a Siwaldo, Ojo de Anguila, rey de la Gothia y de la Jutlandia. Arrodillándose en un gran silencio, ofreció la copa a Engelberto, quien muy lentamente la alzó con ambas manos y gritó:

—¡Por mi abuelo Ulfán, por la copa de Siwaldo, que es la copa de la memoria, y ante vosotros todos, que sois testigos, juro que no pagaré nunca tributo! Con la espada y la lanza heriré, por amor a mis derechos; ante mis enemigos haré terrible mi nombre, ¡y moriré en pie y armado!

Bebió lenta y gravemente. Mojó las puntas de los dedos en las gotas que quedaban en el fondo de la copa, y trazó una ancha cruz sobre la coraza. Después, subiendo al estrado, tomó asiento con ímpetu en la silla señorial, golpeando con los puños cerrados, pesadamente, sobre los dos brazos de roble labrado, que representaban dos hocicos de lobo. Y el duro fulgor de la mirada, que campeó por la amplia sala cóncava, hizo bajar de terror todas las cabezas.

Pero ya los trompeteros, corriendo a los balcones, lanzaban hacia la explanada unos sones festivos y roncos. Las campanas repicaban con estridor. El sol negro del pendón, agitado, movía sus rayos negros sobre el yelmo de Engelberto; a sus pies yacían las gruesas llaves de los castillos; hacia la bóveda subían espirales de humo de los incensarios, que dos capellanes sin jefe balanceaban, saltando sobre las puntas de las sandalias. Y a un ademán arrebatado del mariscal de la hueste, todos clamaron, con las espadas y lanzas rebrillando en el aire:

—¡Pleitesía a Engelberto, príncipe de la Escania! ¡Pleitesía a Engelberto, señor de Elfingor! ¡Pleitesía a Engelberto, duque de Jarna!

La inmensa aclamación rodó, haciendo temblar las lanzas en sus soportes, y resonó aún en la explanada, más fuerte, repetida por el villanaje, que se apiñaba hasta las barbacanas, agitando ramas verdes. Excitados, tirando de las cadenas de hierro, los lebreles y los mastines ladraban furiosamente.

*

Aquella madrugada, Engelberto hizo tocar la alarma, y con diez lanzas y cien arqueros corrió hacia Jarna.

Los siervos rebeldes, armados de chuzos y de hoces, sólo cubiertos de pieles rotas de carnero, vagaban en una banda, ya desordenada e insegura, por los matorrales que limitaban la tierra señorial. Una tarde bajaron hacia la orilla de una laguna, que dominaban altas dunas.

Allí los cogió Engelberto y se pre-

cipitó sobre ellos con sus pesados hombres, cubiertos de hierro, y los mastines feroces, como en una alegre cacería.

Las armaduras, los penachos, los pendones, el estridor de las trompas, deslumbraron y aterraron a aquella horda miserable, y en breve, junto a la laguna cenicienta, bajo el cielo bajo y triste, no hubo más que un montón de cadáveres, a los que los perros lamían la sangre, y una fila de cautivos, amarrados con gruesas cuerdas, que los hombres de armas iban empujando a lanzadas hacia las murallas de Jarna.

Engelberto resplandecía, en el placer y la gloria de la sangrienta hazaña, e incluso a veces, durante la marcha por el valle sombrío, paraba el corcel y lanzaba una flecha sobre el grupo de los cautivos, riendo del grito agónico que se elevaba de los dorsos que se encogían de terror. Dos de los miserables, heridos, sin poder andar, fueron amarrados por las muñecas a los arzones de dos caballeros, y arrastrados.

Después, franqueadas las enormes murallas del inmenso castillo de Jarna, ya en la explanada, sin apearse y sin atender al vílico, que le saludaba y le ofrecía las llaves de la Torre, intimó a los siervos cautivos, so pena de ser todos descuartizados, a que le indicasen el jefe que los había incitado y conducido hacia el monte. Un hombre de fornidos miembros, más rubio que el trigo y de aspecto sencillo y dulce, se adelantó en seguida, golpeándose el pecho. Entonces, Engelberto, riendo, ordenó que le coronasen jefe y rey de rebeldes, con un aro de hierro al rojo. ¡Y después que lo desollasen!

Y con un gran gesto de desdén, consintió que a los otros cautivos sólo les cortasen una oreja y la nariz.

Entonces, apeándose, golpeó con el guante de hierro en el rostro del vílico, que esperaba, lívido y trémulo, y gritó:

—¡Villano falso, que así dejas descarriarse las reses de tu amo! ¡Límpiate la cara, bestia fea! ¡Y danos de beber, de beber de prisa, de la buena cerveza nueva, que fué grande la polvareda!

Al día siguiente, temprano, Engelberto salió del castillo, montado en una mula blanca, sin cota ni yelmo, llevando sólo una lanza de monte, y seguido de tres escuderos y de tres mastines. Así recorrió todas sus tierras, a seis leguas a la redonda de Jarna.

Delante marchaba el verdugo, con un hacha en la mano y un gran saco de cuero en bandolera. Y al pasar entre los siervos que trabajaban en los campos, ante las casuchas de los colonos o por en medio de los poblados, el verdugo se detenía, sacaba del saco pedazos de carne muerta y los arrojaba hacia las puertas y a las caras de los hombres arrodillados, gritando:

—¡Aviso! ¡Aviso! ¡Orejas y narices de siervos de Jarna!

*

Desde aquel hecho, Engelberto habitó en el castillo de Jarna, que por su vastedad, el espesor de sus torres, las rocas sobre las cuales se alzaba y la sombría riqueza de las viejas salas, se ajustaba mejor a su orgullo, a su afición al lujo y al riesgo de las bravas empresas; y el gran nombre del duque de Jarna empezó a sonar pavorosamente sobre Dinamarca, que, por debilidad del rey Elrico, el Cordero; por la feroz turbulencia de los condes y de los señores, y por la inmensa relajación de sus obispos, que vivían de la mortandad y del robo, se convirtió en una tierra bravía, sin ley humana ni divina, y tan desolada, tan hambrienta, tan revuelta, ¡que en ella era mejor ser lobo que hombre!

Como es grande en ramajes un abeto entre tojos rastreros, así entre los malvados barones era grande en maldad el duque de Jarna.

No había en toda Jutlandia castillos más fuertes en fosos, murallas, torres, carros y máquinas de guerra que los castillos de Jarna, de Kolnor y de Elfingor. Dentro de cada uno de ellos, en la recia torre albarrana, los muros desaparecían bajo los gruesos montones de armas, y las arcas estallaban con el peso del dinero, en oro y plata. Y atraídos por su fama resonante, por las amplias soldadas que daba, por la esperanza de las ricas conquistas y por la violencia de las empresas, toda clase de hombres bravíos, aventureros, bastardos pobres, vasallos, rebeldes, frailes excomulgados, bandidos y forajidos, corrían desde Escandinavia, desde la profunda Germania y hasta desde Aquitania y de Iberia, para acogerse a su seguro pendón y comer de su repleta caldera.

Así llegó a ser un jefe irresistible Engelberto, senescal de las islas, príncipe de Escania y señor de Elfingor, a quien también llamaban el Caballero de Estaño (1).

....

(1) Aquí termina el manuscrito.

FIN DE LOS «CUENTOS»

CORRESPONDENCIA DE FADRIQUE MENDEZ [1]

(1900)

ACOTACION MARGINAL

SUCEDE *con casi todos los escritores — o los artistas — estelares que, de un modo inconsciente y deliberado al mismo tiempo, se muestran, se revelan ellos mismos, encarnados en alguno de sus personajes... Desde los clásicos hasta los más modernos, ese afán irreprimible de trazar su autorretrato—hablando, sintiendo, enjuiciando—en el personaje elegido, podría condensarse en la famosa frase del siempre sagaz Oscar Wilde al decir que «la más elevada como la más baja forma de crítica son una manera de autobiografía». De ese modo, Eça de Queiroz, en plena juventud, creó un personaje (que utilizaron, al parecer, incluso, algunos de sus más íntimos y afines amigos y compañeros de letras) por cuyos labios habló él, en quien se retrató idealmente y del que hizo, no sólo un* dilettante *de las artes, sino, hasta en ciertas ocasiones, un poeta. Este personaje, sosias queirosiano, pese al gran empeño de Eça en dotarle de una realidad propia y ajena a la suya (en su deseo de* despistar *al público de entonces) fué Fadrique Méndez. Hizo de éste un personaje mítico y real, describiéndolo minuciosa y amorosamente, y adoptando para presentarlo, en su aspecto temperamental, en sus juicios y sentimientos, la forma epistolar. De aquí nació la ya célebre* Correspondencia de Fadrique Méndez, *cuyos destinatarios van desde un sastre, maestro único en su profesión, hasta varias damas de selecta alcurnia espiritual y sentimental. Eça pudo así opinar, por boca de su hermano casi siamés, con mayor libertad aún, jugando con las ideas y con los temas que le suministraba la actualidad de entonces o con esos otros perdurables: el amor, la amistad, el arte y la literatura. El personaje tenía tan serios y hábiles contornos de veracidad, que hubo gentes que creyeron hasta el final en su realidad. Fadrique Méndez vivió, pues, su auténti-*

---

(1) Aunque en el mundo literario sea conocido y recordado este personaje, magnífico *doble* intelectual de Eça de Queiroz, con su ortografía genuina portuguesa de *Fradique Mendes*, he preferido en este caso, traducir también, por sus equivalentes directos en castellano, el patronímico y el apellido del protagonista lusitano de esta *Correspondencia*, para mayor facilidad y recordación eufónica de los lectores españoles.

ca vida al margen de la de Eça de Queiroz, hasta que éste, muy a lo último—durante el invierno de 1888, y en París, según el novelista—, registró la muerte de Fadrique, «bajo la forma—explica Eça—que él, como César apeteciera siempre, inopinatam atque repentinam» de un fulminante ataque pulmonar. Y en el Père Lachaise yace, «no lejos de la tumba de Balzac».

Fadrique Méndez es un exquisito integral, muy moderno y muy antiguo, a un tiempo; impregnado de una cultura selectísima, gentleman en todo momento, verdadero dandi en su indumentaria y en su talento y sensibilidad. Paradójico, insatisfecho, escéptico, aunque vibrando ante cualquier manifestación de arte verdadero o de vida auténtica, hay en él un claro paralelismo con esos otros personajes que encarnan también a su creador a lo largo de la obra de Wilde: lord Henry Wotton, lord Illingworth, lord Goring... Fadrique Méndez, sin embargo, posee ciertas cualidades superiormente portuguesas—latinas—que lo diferencian de aquéllos: es más pura y entrañable su sensibilidad, menos cínico su enfoque de vida, de los hombres y de las mujeres, y, sobre todo, se advierten en él fuerzas hondas y removedoras más humanas que las de los sosias wildeanos: su melancolía, la saudade que envuelve sus juicios, sus reacciones, aun en los momentos más despegados aparentemente de su patria. Fadrique Méndez, el hombre cerebral, ama con todo el corazón, sin embargo.

*

Es esta Correspondencia (aumentada con siete cartas inéditas, cuyo hallazgo y publicación se deben a los felices trabajos de busca efectuados por José María, el malogrado y fino escritor, hijo primogénito de Eça de Queiroz, ya fallecido éste) un verdadero Manual de estética y de literatura, de bello vivir y de bello pensar. En sus páginas, el pensamiento y el arte de Eça de Queiroz refulgen con sus mejores destellos. Es, quizá, este su libro su creación más representativa, más del gusto de las minorías selectas, sin duda. La verdad y la ficción, la realidad y la fantasía, se depuran y cobran aquí su máximo esplendor, moviéndose a veces sobre la cuerda floja de la paradoja. Libro éste vario, de cambiantes siempre atrayentes, de una indiscutible dilección entre los de Eça.

Ya siempre nos acompañará el fantasma—¡tan real!—de Fadrique Méndez, ese Eça de Queiroz, quintaesenciado e idealizado, con un goce exquisito. Así, aunque Eça de Queiroz cayera en el olvido—cosa tan improbable, visto que su obra mantiene a lo largo de los años su mejor lozanía y resiste y acrecienta sus valores ante las más recientes revisiones literarias—; aun suponiendo esa hipótesis inverosímil, quedaría él, entre sus lectores de todo el mundo y para gloria de la literatura europea contemporánea, redivivo, perenne, bajo los rasgos de este gran señor, exquisito e hiperestésico, irónico y entrañable, que se llamó en la ficción Fadrique Méndez...

*

Con objeto de presentar al lector, agrupados en su lugar correspondiente, todos los trabajos de Eça de Queiroz, hemos insertado al final del libro *Cuentos* los titulados *Un día de lluvia* y *Engelberto*; las *Cartas inéditas* (con el prefacio escrito a la sazón por José María Eça de Queiroz)

aparecen a continuación de la *Correspondencia de Fadrique Méndez*; *Sinfonía de obertura*, que Eça escribió con destino a *Prosas bárbaras*, lo incluímos al final de éstas, y los restantes trabajos, relativos a crítica y polémica, constituirán el final de *Notas contemporáneas*.

CORRESPONDENCIA DE FADRIQUE MENDEZ

MEMORIAS Y NOTAS

I

Mi intimidad con Fadrique Méndez comenzó en 1880, en París, por Pascuas, precisamente la semana en que él regresó de su viaje al Africa Austral. Mi conocimiento, sin embargo, con este hombre admirable databa de Lisboa, del lejano año de 1867. Fué en el verano de ese año, una tarde, en el café Martiño, cuando encontré, en un número ya arrugado de *La Revolución de Septiembre*, este nombre de C. Fadrique Méndez, en letras enormes, al pie de unos versos que me maravillaron.

Los temas («los motivos emocionales», como decíamos en 1867) de esas cinco o seis poesías reunidas en folletín, bajo el título de *Lapidarias*, tuvieron para mí en seguida una originalidad cautivadora y bienvenida. Era la época en que yo y mis camaradas de Cenáculo, deslumbrados por el lirismo épico de la *Légende des siècles*, «el libro que un gran viejo nos trajo de Guernesey», decidimos abominar y combatir con fuertes gritos el lirismo íntimo, que, enclaustrado en las dos pulgadas del corazón, no percibiendo de entre todos los rumores del Universo más que el rumor de las faldas de Elvira, transformaba la poesía, sobre todo en Portugal, en una monótona e interminable confidencia de glorias y martirios amorosos. Ahora bien: Fadrique Méndez pertenecía, evidentemente, a los poetas nuevos que, siguiendo al maestro sin par de la *Légende des siècles*, iban, con una simpatía universal, a buscar motivos emocionales fuera de las limitadas palpitaciones del corazón—a la Historia, a la Leyenda, a las Costumbres, a las Religiones—, a todo lo que, a través de las edades, de un modo diverso y uno, revela y define al hombre. Pero, además de eso, Fadrique Méndez trabajaba otro filón poético que me seducía, el de la modernidad, la anotación fina y sobria de las gracias y de los horrores de la vida, de la vida ambiente y habitual, tal como la podemos presenciar o presentir en las calles que todos frecuentamos, en las casas vecinas, en los humildes destinos que se deslizan a nuestro alrededor en penumbras humildes.

Esos poemitas de las *Lapidarias* desarrollaban, en efecto, temas magníficamente nuevos. Allí, un santo alegórico, un solitario del siglo VI, moría una tarde en las nieves de la Silesia, asaltado y dominado por una tan inesperada y bestial rebelión de la carne, que, al borde de la bienaventuranza, le perdía de repente, y con ella el fruto divino y difícil de cincuenta años de penitencia y de desierto; un cuervo, parlador y viejo sobre toda vejez, contaba hazañas del tiempo en que siguió por las

Galias en alegre bandada a las legiones de César; después, a las hordas de Alarico, marchando hacia Italia, blanca y toda de mármoles sobre el azul; el buen caballero Parsifal, espejo y flor de idealistas, dejaba por ciudades y campos el surco silencioso de su armadura de oro, corriendo el mundo, desde largas eras, en busca del santo Grial, el vaso místico lleno de la sangre de Cristo, que una mañana de Nochebuena vió pasar y relampaguear entre nubes sobre las torres de Camerlon; un Satanás de contextura germánica, nutrido en Spinoza y Leibniz, daba en una calleja de ciudad medieval una serenata irónica a los astros, «gotas de luz, en el frío aire heladas»... Y entre estos motivos de espléndido simbolismo, allí estaba el cuadro de sencilla modernidad, las *Viejecitas*, cinco viejecitas con chales rameados sobre los hombros, un pañuelo o un capacho en la mano, sentadas en un banco de piedra, en un largo silencio de nostalgia bajo un rayo de sol otoñal.

No aseguro, sin embargo, la claridad de estas bellas reminiscencias. Desde esa siesta de agosto en el Martiño no volví a ver las *Lapidarias*; además, lo que en ellas me impresionó no fué la idea, sino la forma, una forma soberbia de plasticidad y de vida que me recordaba a un mismo tiempo el verso marmóreo de Leconte de Lisle, con una sangre más caliente en las vetas de mármol, y la nerviosidad intensa de Baudelaire. Y precisamente en ese año de 1867, yo, J. Teixeira de Acevedo, y otros camaradas habíamos descubierto en el cielo de la poesía francesa (el único hacia el cual se alzaban nuestros ojos) toda una pléyade de estrellas nuevas, entre las que sobresalían, por su refulgencia superior y especial, estos dos soles: Baudelaire y Leconte de Lisle. Víctor Hugo, a quien llamábamos ya «papá Hugo» o «Señor Hugo-Todopoderoso», no era para nosotros un astro, sino el Dios mismo, inicial e inmanente del que los astros recibían la luz, el movimiento y el ritmo. A sus pies, Leconte de Lisle y Baudelaire formaban dos constelaciones de un brillo adorable, ¡y su encuentro fué para nosotros un deslumbramiento y un amor! La juventud de hoy, positiva y estrecha, que practica la política, estudia las cotizaciones de Bolsa y lee a Jorge Ohnet, apenas puede comprender los santos entusiasmos con que nosotros recibíamos la iniciación de ese arte nuevo, que en Francia, a comienzos del segundo Imperio, surgió de las ruinas del romanticismo como su postrera encarnación, y que nos llegaba en poesía en los versos de Leconte de Lisle, de Coppée, de Dierx, de Mallarmé y de otros poetas menores; y tal vez puede comprender menos tales fervores esa parte de la juventud culta que, no bien salida de las escuelas, se nutre de Spencer y de Taine, y que intenta con ansia y agudeza ejercer la crítica, en lo que nosotros antaño, más ingenuos y ardientes, nos entregábamos a la emoción. Yo mismo sonrío hoy al pensar en aquellas noches en las que, en el cuarto de J. Teixeira de Acevedo, llenaba de sobresalto y de duda a dos canónigos que vivían al lado, pasándome las horas muertas clamando la *Charogne*, de Baudelaire, trémulo y pálido de pasión:

Et pourtant vous serez semblable à
[cette ordure,
A cette horrible infection.
Etoile de mes yeux, soleil de ma nature
Vous, mon ange et ma passion! (1).

(1) Y, sin embargo, seréis semejante a esa inmundicia,—a esa horrible infección.—Estrella de mis ojos, sol de mi naturaleza,—vos, mi ángel y mi pasión!

Del otro lado del tabique sentíamos rechinar las camas de los eclesiásticos, el raspar despavorido de las cerillas. Y yo, más pálido, en un éxtasis tembloroso:

Alors, oh ma beauté, dites à la ver-
[mine
Qui vous mangera de baisers,
Que j'ai gardé la forme et l'essence
[divine
De mes amours décomposés! (1)

Ciertamente, Baudelaire no valía aquel temblor y aquella palidez. Todo culto sincero posee, sin embargo, una belleza esencial, independiente de los merecimientos del Dios hacia quien vuela. Dos manos cruzadas con legítima fe serán siempre conmovedoras hasta cuando se alzan hacia un santo tan afectado y postizo como San Simeón Estilita. Y nuestro arrebato era cándido, nacido genuinamente del ideal, sólo comparable a aquel que en otro tiempo invadía a los navegantes peninsulares al pisar las tierras jamás holladas antes, Eldorados maravillosos, fértiles en delicias y tesoros, donde las piedrecitas de las playas parecían diamantes relucientes.

Leí en algún sitio que Juan Ponce de León, hastiado de las grises llanuras de Castilla la Vieja, no encontrando tampoco encanto en los jardines verdinegros de Andalucía, se hizo a la mar, para buscar otras tierras y «mirar algo nuevo». Tres años surcó errabundo la melancolía de las aguas atlánticas; meses tristes vagó perdido en las brumas de las Bermudas; acababa toda esperanza, ya las proas desgastadas se volvían hacia el lado donde quedaba España. Y he aquí que una mañana de gran sol, un día de San Juan, surgen ante la armada extática ¡los esplendores de la Florida! «Gracias te sean dadas, mi San Juan bendito, ¡que he mirado algo nuevo!» (1). Las lágrimas le corrían por las blancas barbas, y Juan Ponce de León murió de emoción. Nosotros no morimos, pero lágrimas parecidas a las del viejo navegante brotaron de mis ojos cuando por primera vez penetré en el brillo sombrío y los acres perfumes de las *Flores del mal*. ¡Así éramos de absurdos en 1867!

Por lo demás, exactamente como Ponce de León, yo sólo buscaba en literatura y poesía *algo nuevo que mirar*. Y para un meridional de veinte años, que ama sobre todo el color y el sonido en la plenitud de su riqueza, ¿qué podía ser ese *algo nuevo* sino el lujo nuevo de las nuevas formas? La forma, la belleza inédita y rara de la forma, he aquí, realmente, en aquellos tiempos de delicado sensualismo, ¡todo mi interés y toda mi ansiedad! Sin duda, yo adoraba la idea en su esencia; pero ¡cuánto más el verbo que la encarnaba! Baudelaire, mostrando a su amante, en la *Charogne*, los restos putrefactos del perro, y equiparando en ambos las miserias de la carne, era para mí una magnífica sorpresa arrobada, y ante aquella agria y atormentada sutilización del sentir, ¿qué podía representar el fácil y viejo Lamartine, en *El lago*, mostrando a Elvira la cansada luna y comparando en ambas la palidez y la tierna gracia? Pero si ese áspero y fúnebre espiritualismo de Baudelaire me hubiera llegado en la lengua lánguida y blanda de Casimiro Delavigne, yo no le habría concedido más aprecio que a los versos viles del *Almanaque de recuerdos*.

Me sepulté sensualmente en la ido-

(1) Entonces, ¡oh mi beldad, decid al gusano—que os comerá a besos—que he conservado la forma y la esencia divina—de mis amores descompuestos!

(1) En español en el texto.

latría de la forma, que hallé en esas *Lapidarias* de Fadrique Méndez, donde me pareció ver reunidas y fundidas las cualidades discordantes de majestad y de nerviosidad que constituían, o creía yo que constituían, la grandeza de mis dos ídolos, el autor de *Las flores del mal* y el autor de los *Poemas bárbaros*. A esto se añadía, para fascinarme, que este poeta era portugués, cincelaba así preciosamente la lengua que hasta entonces había tenido como joyas aclamadas *La prometida del sepulcro* y el *Ave, César!*, habitaba en Lisboa, pertenecía a los nuevos, poseía seguramente en el alma, tal vez en su vida, ¡tanta originalidad poética como en sus poemas! Y ese folletín arrugado de *La Revolución de Septiembre* adquiría así la importancia de una revelación de arte, una aurora de poesía, naciendo para bañar las almas juveniles en la luz y en el calor especial a que ellas aspiraban, medio adormecidas, casi heladas bajo el frío claro de luna del romanticismo. ¡Gracias te sean dadas, mi Fadrique bendito, que en mi vieja lengua *he mirado algo nuevo!* Creo que murmuré esto, rebosante de gratitud. Y con el número de *La Revolución de Septiembre* corrí a casa de J. Teixeira de Acevedo, a la travesía del Guardia Mayor, ¡a anunciar el espléndido advenimiento!

Le encontré, como de costumbre, en los silenciosos ocios de las tardes de verano, en mangas de camisa, ante una bandeja repleta de fresa y de vino de Torres. Con voces clamorosas, haciendo gestos hasta el techo, le declamé *La muerte del santo*. Si no recuerdo mal, aquel asceta, al fenecer en las nieves de la Silesia, ¡era traicionado miserablemente por la desleal Naturaleza! Todos los apetitos de la pasión y del cuerpo, tan laboriosamente rechazados por él durante medio siglo de desierto, irrumpían súbitamente, al borde de la eternidad, en un tumulto bestial, ¡no queriendo acabar para siempre con la carne que iba a acabar sin quedar satisfechos una vez! Y los ángeles, que, para recibirle, descendían con alas serenas, portando en los brazos manojos de palmas y cantando epitalamios, encontraban, en vez de un santo, un sátiro senil y grotesco, que, arrastrándose, entre bramidos sordos, ¡mordía con besos voraces la nieve, la tersa albura de la nieve, donde su delirio furioso imaginaba desnudeces de cortesanas!... Todo esto estaba tratado con una grandeza sobria y ruda, que me parecía sublime. J. Teixeira de Acevedo lo encontró también «sublime, pero licencioso». Y estuvo de acuerdo en que convenía sacar a Fadrique Méndez de la oscuridad y alzarle sobre el broquel como al radiante maestro de los nuevos.

Fuí después aquella noche a *La Revolución de Septiembre* a buscar a un compañero mío de Coimbra, Marcos Vidigal, que en nuestros alegres tiempos del Derecho romano y canónico logró, por tocar el acordeón, leer la *Historia de la Música*, de Scudo, y lanzar a través de la Academia los nombres de Mozart y de Beethoven, una soberbia autoridad sobre música clásica. Ahora, haraganeando por Lisboa, escribía en *La Revolución*, los domingos, una «Crónica lírica», para gozar de entrada gratis en el San Carlos.

Era un joven de pelo ralo color manteca, pecoso, apagado de ideas y de maneras, pero que despertaba y se iluminaba todo cuando tenía la *chance* (como él decía) de rozarse con un hombre célebre o de topar con una cosa original, y esto le hizo a él, poco a poco, casi original y casi célebre. Aquella noche, que era sábado y de un pesado calor, allí estaba ante la mesa, con una chaqueta

de alpaca, sudando, resoplando, exprimiendo de su pobre cráneo, como de un limón medio seco, gotas de una crónica sobre la Volpini. Apenas aludí a Fadrique Méndez, a aquellos versos que me tenían maravillado, Vidigal tiró la pluma, ya risueño, con un resplandor alborozado en su rostro fofo.

—¿Fadrique? ¿Que si conozco yo al gran Fadrique? ¡Es pariente mío! ¡Es mi paisano! ¡Somos coherederos!

—¡Enhorabuena, Vidigal, enhorabuena!

Fuimos al Paseo Público (donde Marcos estaba citado con un usurero). Tomamos unos sorbetes debajo de las acacias, y por el cronista de *La Revolución* conocí el origen, la juventud, los hechos del poeta de las *Lapidarias*.

*

Carlos Fadrique Méndez pertenecía a una vieja y rica familia de las Azores, y descendía por línea paterna del navegante don Lope Méndez, hijo segundo de la casa de la Troba, y titular de una de las primeras capitanías creadas en las islas a comienzos del siglo XVI. Su padre, hombre soberbiamente guapo, pero de gustos rudos, murió (cuando Carlos gateaba aún) en un accidente de caza. Seis años después, su madre, dama muy airosa, rubia y pensativa, que mereció de un poeta de Terceira el nombre de *Virgen de Ossian*, falleció también de unas fiebres contraídas en los campos, a donde estuvo bucólicamente un día de sol fuerte, cantando y segando heno. Carlos quedó en compañía y bajo la tutela de su abuela materna, doña Angelina Fadrique, vieja atolondrada, erudita y exótica, que coleccionaba aves disecadas, traducía a Klopstock y padecía eternamente de los «dardos del Amor». Su primera educación fué singularmente embrollada: el capellán de doña Angelina, antiguo fraile benedictino, le enseñó el latín, la doctrina, el horror a la masonería y otros sólidos principios; después, un coronel francés, rígido jacobino, que se había batido en 1830 en la barricada de Saint Méry, vino a conmover aquellos cimientos espirituales haciendo traducir al muchacho *La doncella*, de Voltaire, y la *Declaración de los derechos del hombre*; y, finalmente, un alemán, que ayudaba a doña Angelina a encajar a Klopstock en el marco vernáculo de Filinto Elisio, y se decía pariente de Kant, completó la confusión iniciando a Carlos, aun antes de salirle el bozo, en la *Crítica de la Razón pura* y en la heterodoxia metafísica de los profesores de Tubingue. Afortunadamente, a Carlos ya le gustaban por entonces los largos días a caballo por los campos, con su jauría de galgos; y de la anemia que le hubieran producido las abstracciones del raciocinio le salvó el áspero viento de los montes y la natural pureza de los arroyuelos en que bebía.

La abuela, habiendo aprobado imparcialmente aquellas embrolladas normas de educación, decidió de repente, cuando Carlos cumplió dieciséis años, enviarle a Coimbra, que ella consideraba un noble centro de estudios clásicos y el postrer refugio de las Humanidades. Se rumoreaba, sin embargo, en la isla que la traductora de Klopstock, a pesar de los sesenta años, que le recubrían el rostro con un vello más espeso que la hiedra de unas ruinas, decidió alejar al nieto para casarse con el postillón.

Durante tres años, Carlos tocó la guitarra por el *Pinar de la Nostalgia*, se impregnó de peleón en la tasca de las *Camellas*, publicó en *La Idea* sonetos ascéticos y amó desesperadamente a la hija de un herrador de Lorvao. Acababa de ser suspendi-

do en Geometría cuando la abuela murió súbitamente en su quinta de las Tornas, en un pabellón de rosales, donde permaneció toda una tarde de junio, durante la siesta, tomando café y escuchando la guitarra, que el cochero rasgueaba con los dedos llenos de sortijones.

Le quedaba a Carlos un tío, Tadeo Méndez, hombre acaudalado y de buena mesa, que vivía en París preparando la salvación de la sociedad con Persigny, con Morny y con el príncipe Luis Napoleón, de quien era devoto y creyente. Y Carlos fué hacia París a estudiar Derecho en las cervecerías que rodean la Sorbona, en espera de su mayoría de edad, que debía aportarle las herencias acumuladas de su padre y de su abuela, calculadas por Vidigal en más de dos millones de pesetas. Vidigal, hijo de una sobrina de doña Angelina, oriundo de Terceira, poseía por legado, conjuntamente con Carlos, una quinta llamada El Corcovello. Por eso era «pariente, paisano y coheredero» del autor de las *Lapidarias*.

Después de esto, Vidigal sólo sabía que Fadrique, libre y rico, salió del *Quartier Latin* para comenzar una existencia soberbia y fogosa. Con un ímpetu de ave suelta, viajó en seguida por todo el mundo, a todos los soplos del viento, desde Chicago hasta Jerusalén, desde Islandia hasta el Sáhara. En aquellos viajes, emprendidos siempre a requerimiento de la inteligencia o por afán de emociones, se había encontrado envuelto en hechos históricos y tratado con altas personalidades del siglo. Vestido con la camisa roja, acompañó a Garibaldi en la conquista de las dos Sicilias. Incorporado al Estado Mayor del viejo Napier, que le llamaba *the Portuguese Lion* (el León portugués), hizo toda la campaña de Abisinia. Recibió cartas de Mazzini. Hacía sólo unos meses que había visitado a Hugo en su roca de Guernesey...

¡Ante esto retrocedí, con los ojos desencajados! Víctor Hugo (todos aún se acuerdan), desterrado por entonces en Guernesey, tenía para nosotros, idealistas y demócratas de 1867, las proporciones sublimes y legendarias de un San Juan en Patmos. Y retrocedí protestando, con los ojos desencajados, ¡hasta tal punto que se me figuraba fuera de toda posibilidad que un portugués, un Méndez, hubiese estrechado con sus manos la mano augusta que escribiera *La leyenda de los siglos!* ¡Correspondencia con Mazzini, camaradería con Garibaldi, bueno! Pero en la isla sagrada, al rumor de las olas de la Mancha, pasear, conversar, pensar con el vidente de *Los miserables*, parecíame la descarada exageración de un isleño que quería embaucarme...

—¡Lo juro!—gritó Vidigal, levantando la mano veraz hacia las acacias que nos cobijaban.

E inmediatamente, para demostrar la veracidad de aquella gloria, ya altísima para Fadrique, me contó otra, muy superior, y que rodeaba al extraño hombre con una aureola más refulgente. No se trataba ya de ser estimado por un hombre excelso, sino, cosa preciosa entre todas, de ser amado por una excelsa mujer. ¡Pues bien! Durante dos años, en París, Fadrique fué el elegido de Ana de León, la gloriosa Ana de León, la más culta y bella cortesana (Vidigal decía «el mejor bocado») del segundo Imperio, ¡del que ella, por la gracia especial de su voluptuosidad inteligente, como Aspasia en el siglo de Pericles, era la expresión y la flor y nata!

Muchas veces había yo leído en el *Figaro* las alabanzas de Ana de León, y sabía que los poetas la celebraban bajo el nombre de *Venus victoriosa*.

Los amores con la cortesana no me impresionaron seguramente tanto como la intimidad con el hombre de las *Contemplaciones*; pero mi incredulidad cesó, y Fadrique adquirió para mí la estatura de uno de esos seres que, por la seducción o por el talento, como Alcibíades o como Goethe, dominan una civilización y extraen de ella, deliciosamente, todo cuanto puede dar de goces y triunfos.

Por eso, tal vez, enrojecí, intimidado, cuando Vidigal, pidiendo otro sorbete de leche, se ofreció a llevarme ante el sorprendente Fadrique. Sin decidirme, pensando en Novalis, que también vacilaba así, arrobado, al subir una mañana en Berlín la escalera de Hegel, pregunté a Vidigal si el poeta de las *Lapidarias* residía en Lisboa... ¡No! Fadrique había venido de Inglaterra a visitar a Cintra, que él adoraba, y donde compró la quinta Zaragoza, en el camino de los Capuchinos, para tener, en verano, un refugio noble en Portugal. Había estado allí desde el día de San Antonio, y ahora se alojaba en Lisboa, en el hotel Central, antes de regresar a París, su centro y su hogar. Por otra parte, añadió Marcos, no había nadie tan sencillo, tan alegre y tan abierto como Fadrique. Y si yo deseaba conocer al hombre genial, que le esperase al día siguiente, domingo, a las dos, después de la misa del Loreto, a la puerta de la Casa Habanera.

—¿De acuerdo? ¡A las dos, religiosamente, después de misa!

Me latió apresurado el corazón. Por fin, con un esfuerzo, como Novalis en el rellano de Hegel, aseguré, pagando los sorbetes, ¡que al día siguiente, religiosamente, pero sin misa, estaría en el portal de la Habanera!

II

¡Pasé la noche preparando frases, llenas de profundidad y belleza, para soltárselas a Fadrique Méndez! Todas ellas tendían a la glorificación de las *Lapidarias*. Y recuerdo que cincelé y pulí con amoroso cuidado ésta: «¡La forma que usted adopta es un mármol divino con estremecimientos humanos!»

Por la mañana me esmeré primorosamente en mi *toilette*, como si en vez de con Fadrique fuese a entrevistarme con Ana de León, con quien ya aquella madrugada, en un sueño impregnado de erudición y sensibilidad, paseé por la Vía Sacra que va de Atenas a Eleusis, conversando entre los lirios, que deshojábamos, acerca de la enseñanza de Platón y de la versificación de las *Lapidarias*. Y a las dos, dentro de un coche, para que el macadán regado no manchase el brillo de mis zapatos, paraba en la Habanera, pálido, perfumado y conmovido, con una tremenda rosa de té en el ojal. ¡Así éramos en 1867!

Marcos Vidigal me esperaba ya, algo impaciente, mordiscando su puro. Saltó dentro del coche; y cruzamos el Loreto, que abrasaba bajo el sol de agosto.

En la calle del Alecrín (para combatir la pueril emoción que me trastornaba) pregunté a mi compañero cuándo iba a publicar Fadrique las *Lapidarias* en volumen. Entre el barullo de las ruedas, gritó:

—¡Nunca!

Y contó que la publicación de aquellos trozos en *La Revolución de Septiembre* promovió casi, entre Fadrique y él, «una bronca intelectual». Un día, después de almorzar, en Cintra, mientras Fadrique fumaba su *chibouk* persa, Vidigal, en su familiaridad de paisano y de pariente, abrió sobre la mesa una cartera de terciopelo negro. Descubrió allí dentro, sor-

prendido, unas anchas cuartillas de versos, con una tinta amarillenta ya. Eran las *Lapidarias*. Leyó la primera, la *Serenata de Satán a los astros*. Y, maravillado, pidió a Fadrique, para publicarlas en *La Revolución*, algunas de aquellas estrofas divinas. El primo sonrió, accedió, con la estricta condición de que irían firmadas con un seudónimo. ¿Cuál?... Fadrique lo dejaba a la elección de la fantasía de Vidigal. En la Redacción, sin embargo, al revisar las pruebas, sólo se le ocurrieron seudónimos decrépitos y usados. *El Independiente*, *El Amigo de la Verdad*, *El Observador*, ninguno lo bastante nuevo para firmar dignamente una poesía tan nueva. Y entonces se dijo: «¡Se acabó! La sublimidad no es una afrenta. ¡Pondré su nombre!» Pero cuando Fadrique vió *La Revolución de Septiembre* se quedó lívido y llamó, heladamente, a Vidigal ¡«indiscreto, burgués y filisteo»! Y aquí Vidigal se interrumpió para preguntarme el significado de *filisteo*. Yo no lo sabía; pero archivé golosamente el vocablo, como amargo. Recuerdo, incluso, que aquella tarde ¡motejé en seguida de *filisteo* al notable autor del *Ave, César!*

—De modo que—concluyó Vidigal—¡es mejor que no le hables de las *Lapidarias!*

Sí, pensé yo. Tal vez Fadrique, a la manera del canciller Bacon y de otros grandes hombres de acción, ¡desee ocultar de este mundo, dedicado a la materialidad y a la fuerza, su fino talento poético! O tal vez aquella furia, al ver su nombre impreso al pie de unos versos con los que se enorgullecería el propio Leconte de Lisle, sea la del artista noble y perpetuamente insatisfecho, ¡que no acepta ante los hombres como suya la obra en la que él nota imperfecciones! Estas maneras de ser, tan superiores y nuevas, caían en mi admiración como el aceite en una hoguera. Al detenernos en el Central temblaba yo de encogimiento.

Sentí un alivio cuando el portero nos anunció que don Fadrique Méndes había tomado aquella mañana, temprano, un coche para ir a Belem. Vidigal palideció de desesperación.

—¡Un coche! ¡Para Belem!... ¿Hay algo en Belem?

Murmuré, con una idea de arte, que allí estaban los Jerónimos. En aquel instante un coche de alquiler, marchando al trote, paró en la calle, con los caballos humeantes. Un hombre bajó, ligero y fuerte. Era Fadrique Méndez.

Vidigal, alborozado, me presentó como un «poeta amigo suyo». El me tendió la mano sonriendo, una mano delicada y blanca, en la que rojeaba un rubí. Después, dando palmaditas en el hombro del primo Marcos, abrió una carta que le entregara el portero.

Pude entonces contemplar a gusto al cincelador de las *Lapidarias*, al íntimo de Mazzini, al conquistador de las Dos Sicilias, ¡al adorado de Ana de León! Lo que me sedujo en seguida en él fué su espléndida robustez, la sana y viril proporción de los miembros tensos y el aspecto tranquilo de poderosa estabilidad con que parecía asentarse en la vida, tan libre y firmemente como sobre aquel suelo de ladrillos sobre el que pisaban sus anchos zapatos de charol, brillantes bajo los botines de hilo. La cara tenía esa hechura aquilina y grave que se llama *cesárica*, aunque sin las líneas empastadas y la gordura fláccida que la tradición de las escuelas atribuye invariablemente a los Césares, en el lienzo o en el yeso, para revestirlos de majestad; antes bien, era pura y fina como la de un Lucrecio joven, en plena gloria, entregado todo a los en-

sueños de la Virtud y del Arte. En la piel, de una blancura lechosa y fresca, la barba, por ser escasa seguramente, no dejaba, después de afeitada, ni aspereza ni sombra; sólo un bozo crespo y leve orillaba sus labios, que, por su rojez húmeda y por su sinuosidad sutil, parecían, al mismo tiempo, supremamente trazados para la ironía y para el amor. Y toda su finura, mezclada de energía, estaba en los ojos, pequeños y negros, brillantes como cuentas de ónice, de una aguda penetración, tal vez demasiado insistente, que perforaba y se enterraba sin esfuerzo, como una barrena de acero en madera blanda.

Llevaba una levita amplia, de una tela negra y suave, igual a la de los pantalones, que caían sin una arruga; el chaleco de piqué tenía unos botones de coral pálido; y el lazo de la corbata, de raso negro, que daba relieve a la blancura espejeante del cuello de pajarita, mostraba la perfección concisa que me encantó ya en su verso.

No sé si las mujeres le considerarían guapo. A mí me pareció un varón magnífico, dominando, sobre todo, por una gracia clara, que emanaba de todo su vigor masculino. Era su lozanía lo que deslumbraba. La vida de tan varias y dificultosas actividades no le había marcado ni una arruga de fatiga. Parecía haber surgido, hacía unos instantes, así, de levita negra y afeitado, del fondo vivo de la Naturaleza. Y a pesar de haberme contado Vidigal que Fadrique celebró sus «treinta y tres» en Cintra, por la fiesta de San Pedro, yo sentía en aquel cuerpo la robustez tierna y ágil de un efebo en la infancia del mundo griego. Sólo cuando sonreía o cuando miraba sorprendíanse inmediatamente en él veinte siglos de literatura.

Después de leer aquella carta, Fadrique Méndez abrió los brazos con un gesto desolado y risueño, implorando la misericordia de Vidigal. Se trataba, como siempre, de la Aduana, ¡fuente perenne de sus amarguras! Ahora tenía allí detenido un cajón, conteniendo una momia egipcia...

—¿Una momia?...

Sí, perfectamente, una momia histórica: el cuerpo auténtico y venerable de Pentaour, escriba ritual del templo de Amnón, en Tebas, y cronista de Ramsés II. Lo mandaba traer de París para regalarlo a una señora de la Legación de Inglaterra, ladi Ross, amiga suya de Atenas, que en plena juventud y en plena dicha coleccionaba antigüedades funerarias de Egipto y de Asiria... Pero, a pesar de sus sagaces esfuerzos, no conseguía arrancar al difunto letrado de los almacenes de Aduanas, que había llenado de confusión y de horror. No bien desembarcó Pentaour, la primera tarde, fajado dentro de su cajón, la Aduana, aterrada, avisó a la Policía. Después, calmados los recelos de un crimen, surgió una dificultad insuperable: ¿qué partida del arancel podía aplicarse al cadáver de un hierogramata del tiempo de Ramsés? Fadrique indicó la partida que grava el arenque ahumado. Realmente, en el fondo, ¿qué es un arenque ahumado sino una momia, sin vendas ni inscripciones, de un arenque que vivió? Haber sido pez o escriba, nada importaba a los efectos fiscales. Lo que la Aduana veía ante ella era el cuerpo de un ser palpitante en otro tiempo y seco hoy al humo. Si él, en vida, nadaba en un banco entre las olas del mar del Norte, o si, en las orillas del Nilo, hace cuatro mil años, inscribía los ganados de Amnón y comentaba los *capítulos de final de día*, no era, ciertamente, cuenta de los Poderes públicos. Esto le parecía lógico. ¡Y, sin embargo, las autoridades de

Aduanas seguían vacilando, rascándose la barbilla, ante el arcón pintarrajeado que encerraba tanto saber y tanta piedad! Y ahora, en aquella carta, los amigos Pintos Bastos aconsejaban, como más nacional y más rápido, que se arrancase una orden del Ministerio de Hacienda para dejar salir sin derechos al cuerpo augusto del escriba de Ramsés. Ahora bien: esa orden, ¿quién mejor para lograrla que Marcos, puntal de la regeneración y su cronista musical?

Vidigal se frotaba las manos, iluminado. Allí estaba una cosa muy digna de él, «muy elegante»: ¡salvar del fisco la momia de «un figurón faraónico»! Y, arrebatando la carta de Pintos Bastos, fuése derecho al coche y gritó al cochero la dirección del ministro, su colega en *La Revolución de Septiembre*. Así me quedé solo con Fadrique, que me invitó a subir a sus habitaciones y a esperar allí a Vidigal, tomando «un limón con soda».

Por la escalera, el poeta de las *Lapidarias* aludió al tórrido calor de agosto. Y yo, que en aquel momento, frente al espejo del rellano, revisaba con mirada furtiva la línea de mi gabán y la frescura de mi rosa, dejé, atolondrado, escapar esta cosa hedionda:

—¡Sí, es de aúpa!

No se había extinguido el torpe sonido, y ya me desgarraba la aflicción ante aquella chulería de esquina de estanco, lanzada así, precipitadamente, como una salpicadura de grasa, ¡sobre el supremo artista de las *Lapidarias*, el hombre que conversaba con Hugo a la orilla del mar!... Entré en el cuarto aturdido, con gotas de sudor en la cara. Y en vano rebusqué desesperadamente alguna otra frase sobre el valor, ¡bien cincelada, toda centelleante y nueva! ¡Nada! Sólo se me ocurrían ordinarieces parecidas, en jerga pavorosa: «¡Es de alivio!» «¡Está para el arrastre!» «¡Le derrite a uno las mantecas!»... Pasé allí por una de esas angustias atroces y grotescas que a los veinte años, cuando comienza uno la vida y la literatura, se graban en el alma y no se olvidan nunca.

Afortunadamente, Fadrique desapareció por detrás de un cortinaje de la alcoba. Sólo, secándome el sudor, imaginando que hay altos pensadores que se expresan así, con ruda sencillez, me serené. Y a la agitación sucedió la curiosidad de descubrir alrededor, por el aposento, algún vestigio de la profunda originalidad del hombre que en él vivía. Vi sólo muelles sillas de *reps* azul turquí, una araña envuelta en tul y una consola de altas patas doradas, entre los dos balcones que daban sobre el río. Unicamente sobre el mármol de la consola, y en medio de los libros que llenaban una vieja mesa de caoba, había colocados unos soberbios ramos de flores; y en un rincón extendíase un blando y espacioso diván, instalado, sin duda, por Fadrique, con colchones superpuestos, que dos colchas orientales revestían de colores estridentes. Flotaba, además, por toda la habitación un aroma desconocido, que me pareció también oriental, como hecho de rosas de Esmirna, mezcladas con una pizca de canela y mejorana.

Fadrique Méndez volvió de dentro ¡vestido con una túnica china! Túnica de mandarín, de seda verde, bordada con flores de almendro, que me maravilló y me intimidó. Vi entonces que tenía el pelo castaño oscuro, fino y levemente ondulado en torno a la cara, más suave y blanca que los marfiles de Normandía. Y los ojos, bañados ahora en una luz franca, no mostraban aquella negrura profunda que yo comparé con el ónice, sino un color cálido

de tabaco oscuro de la Habana. Encendió un cigarrillo y encargó el «limón con soda» a un criado sorprendente, muy rubio y muy serio, con una perla prendida en la corbata, anchos pantalones a cuadros verdes y negros ¡y tres claveles amarillos en la solapa! (Noté que aquel siervo magnífico se llamaba Smith.) Mi arrobamiento aumentaba. Por fin, Fadrique murmuró, sonriendo con sincera simpatía:

—¡Este Marcos es una joya!

Asentí, conté la antigua estimación que me unía a Vidigal desde el primer año de Coimbra; de nuestros tiempos locos de acordeón y compendios. Entonces, alegremente, recordando a Coimbra, Fadrique me preguntó por los padres Penedo y Páez, por otros catedráticos del antiguo tipo frailesco y cerril; después, por las tías Camellas, aquellas encantadoras viejas que, escrupulosamente, a través de lascivas generaciones de estudiantes, habían permanecido vírgenes para poder pasar en el cielo, al lado de Santa Cecilia, toda una eternidad tocando el arpa... Era uno de sus mejores recuerdos de Coimbra, aquella taberna de las tías Camellas, y las cenas enormes que costaban cuatro reales, tomadas ruidosamente entre la penumbra humosa de las pipas, con el plato de sardinas sobre las rodillas, acompañadas de pavorosas disputas sobre Arte y Metafísica. ¡Y qué sardinas! ¡Qué arte divino para freír el pescado! ¡Muchas veces, en París, se acordó de las carcajadas, de las ilusiones y de los manjares de entonces!...

Todo esto dicho en un tono muy juvenil, sincero, sencillo, que yo —mentalmente— califiqué de *cristalino*. El estaba tendido en el diván; yo quedé junto a la mesa, donde un ramo de rosas se deshojaba con el calor sobre unos tomos de Darwin y del padre Manuel Bernárdez. Y entonces, disipada la timidez, en el ansia única de manejar con aquel hombre genial ideas de Literatura, sin recordar que, como Bacon, él deseaba ocultar su genio poético, o que el artista insatisfecho no reconocería nunca la obra imperfecta, aludí a las *Lapidarias*.

Fadrique Méndez se quitó el cigarrillo de los labios para reír con una risa que hubiera sido genuinamente divertida si en cierto modo no lo contradijese un velo de rubor que le subió a la cara lechosa. Después declaró que la publicación de aquellos versos, *con su firma*, fué una perfidia del irreflexivo Marcos. El no consideraba *firmables* aquellos trozos de prosa rimada, que compuso hacía quince años, en la edad en que se imita sobre unos versos de Leconte de Lisle, durante un verano de trabajo y de fe, en una guardilla de Luxemburgo, creyéndose a cada rima un genial innovador...

Y yo repliqué afirmando, todo llameante, ¡que después de la obra de Baudelaire nada me había impresionado tanto en arte como las *Lapidarias!* E iba a lanzar mi frase espléndida, cincelada aquella noche con paciente cuidado: «La forma adoptada por usted es un mármol divino...» Pero Fadrique se levantó del diván y, posando en mí sus ojos finos de ónice, con una curiosidad que me *barrenaba*:

—¡Por lo que veo—dijo—, es usted un devoto del camastrón de *Las flores del mal!*

Me sonrojé ante aquel espantoso calificativo de *camastrón*. Y, muy serio, confesé que para mí Baudelaire predominaba, a la manera de un gran astro, inmediatamente después de Hugo en la moderna poesía. Entonces Fadrique, sonriendo paternalmente, ¡afirmó que muy pronto perdería yo aquella ilusión! Baudelaire —a quien él conoció—no era verda-

deramente un poeta. Poesía presupone emoción; y Baudelaire, totalmente intelectual, no pasaba de ser un psicólogo, un analista, un disecador sutil de estados morbosos. *Las flores del mal* contenían sólo resúmenes críticos de torturas morales, que Baudelaire percibió muy finamente, pero que no *sintió* nunca personalmente. Su obra era como la de un patólogo, cuyo corazón late normal y serenamente mientras describe, ante la mesa, en una cuartilla, por medio de la erudición y la observación reunidas, los trastornos pavorosos de una lesión cardíaca. Tanto era así, que Baudelaire compuso primero en prosa *Las flores del mal*, y sólo más adelante, después de rectificar la exactitud de los análisis, las pasó al verso, laboriosamente, ¡con un diccionario de rimas!... Además, en Francia—añadió aquel hombre extraño—no había poetas. La genuina expresión de la clara inteligencia francesa era la prosa. Sus más finos conocedores preferían siempre a los poetas cuya poesía se caracterizase por la precisión, la lucidez y la sobriedad, que son cualidades de la prosa; y un poeta se hacía tanto más popular cuanto más claramente poseía el talento de prosador. Boileau seguiría siendo un clásico y un inmortal cuando ya nadie se acordase en Francia del tumultuoso lirismo de Hugo.

Decía estas cosas enormes con una voz lenta, penetrante, que iba recortando los términos con la certeza y la perfección de un buril. ¡Y yo escuchaba traspasado! Que un Boileau, un pedagogo, un cortesano glotón, permaneciese en las cimas de la poesía francesa con su *Oda a la toma de Namur*, su cabellera y su palmeta, cuando el nombre del poeta de la *Leyenda de los siglos* fuese como un suspiro del viento que pasó, me parecía una de esas afirmaciones de rebuscada originalidad con que se intenta asombrar a los simples, y que yo calificaba mentalmente de *insolente*. Tenía mil cosas abundantes y aplastantes que contestar; pero no me atrevía por no poder presentarlas en aquella forma traslúcida y geométrica del poeta de las *Lapidarias*. Aquella cobardía, sin embargo, y el esfuerzo por contener las protestas de mi entusiasmo por los maestros de mi juventud, me sofocaba, me llenaba de malestar, y ansiaba sólo poder escapar de aquel cuarto, donde con tan anticuadas opiniones clásicas, tanta rosa en los jarrones y todas las lánguidas emanaciones de canela y mejorana, se respiraba conjuntamente un aire sofocante de serrallo y de academia.

Al mismo tiempo juzgaba humillante haber soltado sólo, en aquella conversación con el íntimo de Mazzini y de Hugo, pequeños reparos sobre Pedro Penedo y el peleón de las Camellas. Y con la justa ambición de deslumbrar a Fadrique con un resumen crítico, demostrando mi selecta cultura literaria, recurrí a la frase cincelada sobre la forma de su verso. Sonriendo, retorciéndome el bozo, murmuré:

—En todo caso, la forma que usted adopta es un mármol...

De repente la puerta se abrió con estrépito y apareció Vidigal:

—¡Todo listo!—gritó—. ¡Despaché al difunto!

El ministro, hombre de poesía y de elocuencia, se interesó abiertamente por aquella momia de un «colega», y prometió en seguida evitarle el oprobio de ser tarifado como pescado en salazón. E incluso su excelencia había añadido: «¡No, señor! ¡No, señor! ¡Ha de entrar libremente, con todos los honores debidos a un clásico!» ¡No bien amaneciera, Pentaour saldría de la Aduana en coche de alquiler!

Fadrique rió con aquella denominación de *clásico* dada a un hierográmata del tiempo de Ramsés, y Vidigal, triunfante, sentándose ante el piano, tocó con brío *La gran duquesa*. Entonces yo, invadido, sin razón, por un sentimiento de inferioridad y de tristeza, alargué la mano hacia el sombrero. Fadrique no me retuvo; pero los dos pasos con que me acompañó en el pasillo, su sonrisa y su *shake-hands*, fueron perfectos. Apenas estuve en la calle, me desahogué: «¡Qué pedante!»

¡Sí, pero enteramente *nuevo*, desemejante a todos los hombres que había yo conocido hasta entonces! Y por la noche, en la travesía del Guardia Mayor—ocultando la escandalosa apología de Boileau para no mostrar nada imperfecto de él—espanté a J. Teixeira de Acevedo con *un* Fadrique idealizado, ¡en el que todo era irresistible: las ideas, el verbo, la túnica de seda, la cara marmórea de Lucrecio joven, el perfume que esparcía, la gracia la erudición y el gusto!

J. Teixeira de Acevedo tenía el entusiasmo difícil y lento en estallar. Aquel hombre le daba la impresión de ser sólo afectado y teatral. Convino, sin embargo, en que había que ir a estudiar «¡una maquinaria de *pose*, montada con tanto lujo!»

Fuimos ambos al Central, días después, encajonados en un coche de alquiler. Yo, con corbata de raso y gardenia en el ojal. J. Teixeira de Acevedo, caracterizado de «Diógenes del siglo XIX», con un pavoroso garrote de punta de hierro, un sombrero de Braga bordeado de grasa, una chaqueta mugrienta y remendada, que le había prestado el criado, ¡y unos gruesos zapatones rurales! Todo esto, rebuscado trabajosamente, costosamente, con intensa repugnancia, sólo por horrorizar a Fadrique ¡y afirmar altivamente ante aquel hombre escéptico y lujoso, como demócrata y como idealista, la grandeza moral del remiendo y la filosófica austeridad de la mancha! ¡Así éramos en 1867!

¡Todo perdido! ¡Perdida mi gardenia, perdida la inmundicia de mi camarada! Fadrique Méndez—nos dijo el portero—había partido el día anterior en un vapor que iba a buscar bueyes a Marruecos.

III

Pasaron algunos años. Trabajé, viajé. Fuí conociendo mejor a los hombres y la realidad de las cosas, perdí la idolatría de la forma, no volví a leer a Baudelaire. Marcos Vidigal, que a través de *La Revolución de Septiembre* ascendió desde la crónica musical a la Administración civil, gobernaba la India como secretario general, consagrado de nuevo, en aquellos ocios asiáticos que le dejaba el Estado, a la *Historia de la Música* y al acordeón; y trasladado así aquel grato amigo del Tajo a Mandovi, no volví a saber más del poeta de las *Lapidarias*. Nunca, sin embargo, se disipó en mí el recuerdo del hombre singular. Antes por el contrario, me ocurría a veces *ver* de pronto, *ver* claramente, con un relieve casi tangible, la cara ebúrnea y lozana, los ojos color tabaco, insistentes y barrenando, la sonrisa sinuosa y escéptica en la que vivían veinte siglos de literatura.

En 1871 recorrí a Egipto. En una ocasión, en Menfis, en el lugar en que estuvo Menfis, navegaba entre las orillas inundadas del Nilo, entre palmeras que emergían del agua, y que semejaban sobre un fondo radiante de claro de luna oriental el recogimiento y la solemnidad triste de largas arcadas de claustros. Era una soledad, un amplio silencio de

tierra muerta, roto únicamente por la cadencia de los remos y por el canto doliente de los patrones de barcas... Y he aquí que, de pronto —sin que ningún recuerdo evocase aquella imagen — *vi*, nítidamente *vi*, avanzando hacia el barco, y cortando con él las fajas de luz y sombra, el cuarto del hotel Central, el ancho diván de colores chillones, y a Fadrique con su túnica de seda ¡celebrando entre el humo del cigarrillo la inmortalidad de Boileau! Y yo mismo no estaba ya en Oriente, ni en Menfis, sobre las inmóviles aguas del Nilo, sino allá, entre el *reps* azul, bajo la araña envuelta en tul, ante los dos balcones que daban al Tajo, oyendo en la calle los carros de quincalla rodar hacia el Arsenal. Había perdido, sin embargo, la timidez que entonces me trastornaba. Y durante el tiempo que remamos así en aquel decorado faraónico hacia la morada del jeque de Abou-Kair, fuí discutiendo con el poeta de las *Lapidarias*, ¡y enunciando, al fin, en defensa de Hugo y de Baudelaire, las cosas finas y tremendas con que debí haberle callado aquella tarde de agosto! El patrón cantaba los vergeles de Damasco. Y yo gruñía mentalmente: «Vea usted en *Los miserables* la alta lección moral...»

Al día siguiente, que era el de la fiesta del Beiram, regresé a El Cairo en la hora más calurosa, cuando los almuédanos cantan la tercera oración. Y al apearme de mi borriquillo ante el hotel Sheperd, en los jardines de Ezbekieh, ¿a quién divisé? ¿Qué hombre entre todos los hombres divisé en la terraza, tendido en una larga tumba de mimbre, con las manos cruzadas detrás de la nuca, el *Times* olvidado sobre las rodillas, empapándose todo en calor y luz? A Fadrique Méndez.

Subí presuroso los escalones de la terraza, profiriendo el nombre de Fadrique, entre una risa de placer desbordante. Sin alterar su beatitud, él descruzó solamente un brazo, que me tendió con lentitud. El encanto de su acogida estuvo en la facilidad con que me reconoció, bajo mis gafas azules y mi amplio panamá:

—Qué, ¿cómo le va desde el hotel Central?... ¿Cuánto tiempo lleva en El Cairo?

Tuvo aún otras palabras indolentes y afables. Sentado en un banco, a su lado, todo yo sonreía, limpiándome el polvo que me cubría el rostro con el espesor de una careta. Durante el breve y grato momento que allí conversamos, supe que Fadrique había llegado hacía una semana de Suez, viniendo de las orillas del Eufrates y de Persia, por donde vagó, como en los cuentos de hadas, un año entero y un día; que tenía un *debarich* con el lindo nombre de *Rosa de las Aguas*, ya tripulado y amarrado en su espera en los muelles de Boulak, y que iba a remontar con él el Nilo hasta el alto Egipto, hasta la Nubia, más allá de Istambul...

Todo el sol del Mar Rojo y de las llanuras del Eufrates no había tostado su lechosa piel. Llevaba, exactamente lo mismo que en el Central, una amplia levita negra y un chaleco blanco con botones de coral. Y el lazo de su corbata de raso negro representaba bien en aquella tierra de ropajes rutilantes la precisión formalista de las ideas occidentales.

Me preguntó por la pachorruda Lisboa, por Vidigal, entregado a la burocracia entre los palmares bramánicos... Después, como siguiese yo limpiándome el sudor y el polvo, me aconsejó que me purificase con un baño turco, en la piscina que había junto a la mezquita de El-Monyed, y que descansase toda la tarde, para que recorriéramos por la noche las iluminaciones del Beiram.

Pero en lugar de descansar, después de aquel baño lustral, intenté todavía, al suave trote de un burro, a través de la polvareda cálida del desierto líbico, visitar fuera de El Cairo las sepulturas de los califas. Cuando, por la noche, en el salón del Sheperd, me senté ante la sopa de «rabo de buey», la fatiga me quitaba el ánimo de asombrarme ante otras maravillas musulmanas. Lo que me apetecía era el lecho fresco, en mi alcoba tapizada de esteras, donde tan románticamente se oían cantar en el jardín las fuentes entre los rosales.

Fadrique Méndez estaba ya comiendo en una mesa, donde llameaba, entre las luces, un enorme ramo de cactos. A su lado, sentada ligeramente sobre un escabel morisco, una dama vestida de blanco, de quien yo sólo veía la mata espléndida del rubio pelo y la espalda, perfecta y grácil como la de una estatua de Praxiteles que usase corsé de madame Marcel; enfrente, en un sillón, tendíase un hombre gordo y fofo, cuya ancha cara, de barbas acaracoladas, llena de fuerza tranquila como la de un Júpiter, había yo encontrado en algún sitio, viva o en mármol. Y me obsesionó en seguida aquella preocupación. ¿En qué calle, en qué museo había admirado ya aquel rostro olímpico, donde sólo la fatiga de la mirada bajo los pesados párpados revelaba la arcilla mortal?

Acabé por preguntar al negro de Seneh que servía los macarrones. El salvaje abrió una risa de reluciente blancura en el ébano de la redonda carota, y gruñó, a través de la mesa, con respeto: *C'est le dieu*... ¡Santo cielo! *Le dieu!* ¡Intentaría el negro afirmar que aquel hombre de barbas acaracoladas *era un dios!* ¡El *dios* conocido y especial que vivía en el Sheperd! Había sido, entonces, en un altar, en un cuadro devoto, donde vi aquella cara, dilatada majestuosamente por la absorción perenne del incienso y de la oración. De nuevo interrogué al nubio cuando volvió alzando en las manos abiertas una fuente humeante. Y de nuevo el nubio me lanzó, en sílabas claras, bien recortadas, disipando toda duda: *C'est le dieu!*

¡Era un dios! Sonreí ante aquella idea literaria, un dios de levita, comiendo en la mesa del hotel Sheperd. Y poco a poco, de mi imaginación fatigada, fué volando no sé qué sueño, tenue y difuso, como el humo que se eleva de una hoguera medio apagada. Estaba en el Olimpo, con los viejos dioses y aquel amigo de Fadrique, que se parecía a Júpiter. Los dioses (pensaba yo, sirviéndome con lentas cucharadas la ensalada de tomates) no habían muerto, tal vez; y desde la llegada de San Pablo a Grecia vivían refugiados en un valle de Laconia, entregados otra vez, en los ocios que les había impuesto el nuevo dios, a sus ocupaciones primordiales de labradores y pastores. Unicamente, ya fuera por el hábito que los dioses no perdían jamás de imitar a los hombres, o bien por evitar los ultrajes de una cristiandad pudibunda, los olímpicos sofocaban bajo faldas y levitas el esplendor de las desnudeces que la antigüedad adoró; y como tomaban otros hábitos humanos, bien por necesidad (cada día resulta más difícil ser dios), o bien por curiosidad (cada día resulta más divertido ser hombre), los dioses iban lentamente consumiendo su humanización. Ya algunas veces abandonaban la dulzura de su valle bucólico; y con baúles, maletines de moqueta, viajaban por distracción o por negocios, hojeando las *Guías Baedeker*. Unos iban a estudiar a las ciudades, entre la civilización, las maravi-

llas de la prensa, del parlamentarismo y del gas; otros, aconsejados por el erudito Hermes, interrumpían la monotonía de los largos estíos del Atica, bebiendo las aguas de Vichy o de Carlsbad; otros también, en la nostalgia imperecedera de las pasadas omnipotencias, peregrinaban hasta las ruinas de los templos, donde en otro tiempo les era ofrendada la miel y la sangre de las reses. Así resultaba verosímil que aquel hombre, cuya cara, llena de majestad y de fuerza serena, reproducía las facciones con que Júpiter se reveló a la Escuela de Atenas, fuera en realidad Júpiter tonante, el fecundador, padre inagotable de los dioses, creador de la norma y del orden. Pero ¿qué motivo le traería allí, vestido de franela azul, a El Cairo, al hotel Sheperd, para comer unos macarrones que profanadoramente se le prendían en las barbas divinas, por las que corrió la ambrosía? Seguramente, el dulce motivo que, a través de la antigüedad, en el cielo y en la tierra, inspiraron siempre los actos de Júpiter, del libertino y mujeriego Júpiter. ¿Qué le podía llevar a El Cairo sino *algunas faldas*, aquel deseo espléndidamente insaciable de diosas y de mujeres, que antaño dejaba pensativas a las doncellas de Helenia al aprender de memoria en la cartilla pagana las fechas en que él batió unas alas de cisne entre las rodillas de Leda, sacudió los cuernos de toro entre los brazos de Europa, fluyó en gotas de oro sobre el seno de Diana, brincó en lenguas de fuego hasta los labios de Egina, e incluso un día, enojando a Minerva y a las damas serias del Olimpo, cruzó toda la Macedonia con una escalera al hombro para trepar a la alta azotea de la morena Semelé? Ahora, evidentemente, había venido a El Cairo a pasar unas fiestas sentimentales, lejos de Juno, blanda y conyugal, con aquella lozana mujer, cuyo busto irresistible provenía de las artes conjuntas de Praxiteles y de madame Marcel. ¿Y ella? ¿Quién sería ella? El color de sus trenzas, la suave ondulación de sus hombros, todo revelaba claramente una de aquellas deliciosas ninfas de las islas de Jonia, que antaño los diáconos cristianos expulsaron de sus frescos regatos para bautizar en ellos a centuriones caquécticos y comidos de deudas, o a viejas matronas, con pelo en la quijada, baldadas con el incesante peregrinar a los altares de Afrodita. Ni él ni ella podían, sin embargo, ocultar su origen divino: a través del vestido de gasa, el cuerpo de la ninfa irradiaba una claridad; y fijándose bien, se hubiese visto la frente marmórea de Júpiter palpitar en cadencia, en el tranquilo esfuerzo de concebir perpetuamente la norma y el orden.

Pero ¿y Fadrique? ¿Cómo se encontraba allí Fadrique, en la intimidad de los inmortales, bebiendo con ellos champaña Clicquot, oyendo de cerca la armonía inefable de la palabra de Jove? Fadrique era uno de los últimos creyentes del Olimpo, postrado devotamente ante la forma y rebosante de alegría pagana. Había visitado a Laconia; hablaba la lengua de los dioses; recibía la inspiración de ellos. Nada más lógico que descubrir a Júpiter en El Cairo, y entrar en seguida a su servicio, como cicerone, en las tierras bárbaras de Alá. Y, seguramente, con él y con la ninfa de la Jonia iba Fadrique a remontar el Nilo, en la *Rosa de las Aguas*, hasta los derruidos templos donde Júpiter podría murmurar, pensativo, señalando ruinas de aras con la punta del quitasol: «¡Aspiré aquí mucho incienso!»

Así, entre la ensalada de tomates, yo desarrollaba y coordinaba estas fantasías, decidido a convertirlas en

un cuento para publicar en Lisboa en *La Gaceta de Portugal*. Debería titularse *La última campaña de Júpiter*; y en él lograba el fondo erudito y fantástico donde incrustar todas las notas de costumbres y de paisajes recogidas en mi viaje a Egipto. Unicamente, para dar al cuento un relieve de modernidad y de realismo picaresco, ¡haría que la ninfa de las aguas, durante el viaje por el Nilo, se enamorase de Fadrique y traicionase a Júpiter! Y hela aquí aprovechando cada rincón de palmar y cada sombra producida por los viejos pilares de Osiris para colgarse del cuello del poeta de las *Lapidarias*, murmurándose cosas en griego, más dulces que los versos de Hesíodo, dejarle en las ropas su perfume de ambrosía y ser por todo aquel valle del Nilo inmensamente *cochonne* (1), ¡mientras el padre de los dioses, atusándose las barbas acaracoladas, seguiría imperturbablemente concibiendo el orden, supremo, augusto, perfecto, atávico y cornudo!

Entusiasmado, construía ya la primera línea del cuento: «Era en El Cairo, en los jardines de Choubra, después del ayuno del Ramadán...», cuando vi a Fadrique adelantarse hacia mí con su taza de café en la mano. Júpiter se levantó también cansadamente. Me parecía un dios pesado y fofo, con un principio de obesidad, arrastrando la pierna, torpe, muy adecuado para el ultraje que yo le preparaba en *La Gaceta de Portugal*. ¡Ella tenía, sin embargo, la armonía, el aroma, el andar, la irradiación de una diosa!... Tan verdaderamente divina, ¡que decidí en seguida ocupar el lugar de Fadrique en el cuento, ser yo el cicerone, y con los inmortales bogar a la vela y a remo por el río inmortal! ¡Junto a mi cara, y no junto a la de Fadrique, balbucearía ella, desfallecida de pasión entre los granitos sacerdotales de Medinet-Abou, las cosas más dulces de la Antología! Al menos, en sueños, realizaba un viaje triunfal a Tebas. Y haría pensar a los suscriptores de *La Gaceta de Portugal*: «¡Lo que éste habrá gozado por allí!»

Fadrique se sentó, recibiendo de Jove y de la ninfa, que pasaban, una sonrisa, cuya dulzura me envolvió también. Acerqué vivamente la silla hacia el poeta de las *Lapidarias*:

—¿Quién es ese hombre? Conozco su cara...

—Naturalmente, de verla en los grabados... ¡Es Gautier!

¡Gautier! ¡Teófilo Gautier! ¡El gran Teo! ¡El maestro impecable! ¡Otro ardiente arrobamiento de mi juventud! No me había engañado, pues, por completo. Si no era un olímpico, era, al menos, el último pagano, ¡que conservaba, en estos tiempos de abstracta y gris intelectualidad, la religión verdadera de la línea y del color!

Y aquella intimidad de Fadrique con el autor de *Mademoiselle de Maupin*, con el viejo paladín de *Hernani*, ¡hizo en seguida en más preciado para mí aquel compatriota que daba a nuestra gastada patria un lustre tan original! Para saber si él prefería el anís o la ginebra, le acaricié la manga con ternura. Y sentí en mí un éxtasis ruidoso ante su agudeza, cuando él me aclaró el gruñir del negro de Seneh. Lo que yo había tomado por el anuncio de una presencia divina significada sólo *c'est le deux!* Gautier ocupaba en el hotel el cuarto número dos. Y para aquel bárbaro, el plástico maestro del romanticismo era solamente *el dos*.

Le conté entonces mi fantasía pagana, el cuento que iba a componer, los perfectos días de pasión que le reservaba en el viaje hacia la Nubia.

(1) Cochina, puerca (de sucio libertinaje). *Sic* en el original.

Pedí, incluso, autorización para dedicarle *La última campaña de Júpiter*. Fadrique me dió las gracias sonriendo. Desearía grandemente (confesó él) que aquélla fuera la realidad, porque no se podía encontrar mujer de más genuina belleza y de más aguda seducción que aquella ninfa de las aguas, que se llamaba Jeanne Morlaix, y era comparsa en los *Délassements Comiques*. Pero, por desgracia suya, la radiante criatura estaba perrunamente enamorada de un tal Sicard, agente de Bolsa, que la había traído a El Cairo y que estaba aquella tarde comiendo con unos banqueros griegos en los jardines de Choubra...

—En todo caso—añadió aquel hombre originalísimo—, ¡mi querido paisano, no olvidaré nunca su encantadora intención!

Descartes, mofándose, a mi juicio, de la física epicúrea o atomista, habla en alguna parte de las afecciones producidas por los *atomes crochus*, o átomos ganchudos, en forma de corchete o de anzuelo, que se enganchan invisiblemente de corazón a corazón, y forman esos eslabones resistentes como el bronce de Samotracia, que ligan y funden dos seres para siempre, en una constancia vencedora del Destino y que sobreviven a la vida. Cualquier *nada* provoca ese fatal o providencial enlace de átomos. A veces, una mirada, como les sucedió desventuradamente a Romeo y Julieta, en Verona; a veces, el impulso de dos criaturas hacia el mismo fruto, en un vergel real, como en la amistad clásica de Orestes y Pílades. Ahora bien: con aquella teoría (tan satisfactoria como cualquier otra en psicología afectiva), la espléndida aventura de amor que yo reservaba tan generosamente a Fadrique en *La última campaña de Júpiter* sería la causa misteriosa e inconsciente, ese *nada* que determinó su primera simpatía hacia mí, desarrollada y afirmada después en seis años de intimidad intelectual.

Muchas veces, en el curso de nuestra convivencia, Fadrique aludió gratamente a aquella mi *encantadora intención* de atarle alrededor del cuello los brazos de Jeanne Morlaix. ¿Le cautivó a él el sinuoso y poético homenaje que prestaba yo así a sus seducciones varoniles? No lo sé. Pero cuando nos levantamos para ir a ver las iluminaciones del Beiram, Fadrique Méndez, con unas maneras nuevas, abiertas, cálidas, casi íntimas, me había apeado ya el tratamiento.

*

Las iluminaciones en Oriente consisten, como las del Miño, en vasitos de barro y de cristal, donde arde un pabilo o una mecha de estopa. Pero la desmedida profusión con que se prodigan esas lamparillas (cuando las sufraga el bajá), hace a las viejas ciudades medio arruinadas que así se adornan en alabanzas de Alá realmente deslumbrantes, sobre todo para un occidental manchado de literatura y propenso a ver en todas partes las muy lindas maravillas de esas *Mil y una noches* que nadie leyó jamás.

En la celebración del Beiram (costeada por el jedive), las lamparillas eran incontables, y todas las líneas de El Cairo, las más quebradas y las más fugaces, resaltaban en la oscuridad, espléndidamente subrayadas por un haz de luz. Largas hileras de puntos brillantes señalaban el borde de las terrazas: las puertas se abrían sobre graderías y luces; de los toldos pendía una franja que centelleaba; temblaba un brillo con la brisa sobre cada hoja de árbol, y los alminares que lo poesía oriental compara clásicamente desde hace siglos con los brazos de la tierra alzados

hacia el cielo, ostentaban, como brazos en noche de fiesta, un lujo de ajorcas que refulgían en la serena tiniebla. Era (indiqué a Fadrique) como si durante todo el día hubiese caído sobre la sórdida ciudad una densa polvareda de oro, posándose en cada friso de *moucharabich* y en cada hierro de barandilla, y rebrillase ahora, con radiante relieve, en la negrura de la noche tranquila.

Pero para mí la belleza especial y nueva estaba en la multitud festiva que llenaba las plazas y los bazares, y que Fadrique, a través del rumor y del polvo, me explicaba como un libro de estampas. ¡Con cuánta profundidad, con cuánto detalle conocía el Oriente aquel paisano admirable! De todas aquellas gentes, hondamente distintas desde el color hasta el traje, él sabía la raza, la historia, las costumbres y el lugar propio en la civilización musulmana. Despacio, ceñido en un gabán de franela, con una fusta de vergajo (que es en Egipto el emblema de la autoridad) debajo del brazo, iba señalando, nombrando, ante mi curiosidad llameante, aquellas extrañas figuras, que yo comparaba, riendo, a las de una mascarada fabulosa, organizada por un arqueólogo en una noche de locura erudita, para reproducir las «modas» de los semitas y sus «figurines» a través de las edades: aquí, unos *fellahs* risueños y ágiles en su larga camisa de algodón azul; allí, unos beduínos sombríos moviendo gravemente los pies, entrapajados en vendas, con el pesado alfanje de vaina roja colgado sobre el pecho; más lejos, unos *abadiehs* de melena en forma de casco, erizada de largas cerdas de puerco espín, que los coronan con una aureola negra... Estos, de porte insolente, con largos bigotes agitándose al viento, ricas armas reluciendo en los cinturones de seda y cortos faldellines huecos y encañonados, eran arnaútes de la Macedonia; aquéllos, bellas estatuas griegas esculpidas en ébano, eran hombres del Sennar; los otros, con la cabeza envuelta en un pañuelo amarillo, cuyas inmensas franjas les formaban un turbante de hilos de oro, eran caballeros del Hedjaz... ¡Y cuántos más me hacía él comprender y divisar! Judíos inmundos, de mechones rizosos; coptas togados a la manera de senadores; soldados negros de Darfour, con chaquetillas de lino, manchadas de polvo y sangre; ulemas de turbante verde; persas con mitras de fieltro; mendigos de mezquita, cubiertos de llagas; escribientes turcos, pomposos y obesos, con chalecos bordados de oro... ¡Qué sé yo! Un Carnaval rutilante, en que pasaban a cada momento, traqueteados por el trote de los burros, sobre albardas rojas, enormes sacos hinchados de vanidad, que eran mujeres. Y toda aquella turba magnífica y ruidosa se movía entre invocaciones a Alá, repiques de panderetas, gemidos estridentes, exhalados por las cuerdas de las *daurbakas*, y cantos lentos, esos cantos árabes de una voluptuosidad tan doliente y tan áspera, que Fadrique decía que rozaban el alma con una «caricia rascante». Pero a veces, entre el caserío decrépito y agrietado, surgía un frontispicio blanco, vivienda suntuosa de un jeque o de un bajá, con el barandal en arquerías, en cuyo interior se divisaban, en un silencio de harén, sedas colgantes, recamados de oro, un temblor de luces en el cristal de las arañas, formas airosas bajo velos claros... Entonces, la multitud se paraba, enmudecía, y de todos lados salía un gran *¡ah!* lánguido y maravillado.

Así caminábamos cuando, al salir del Moujik, Fadrique Méndez se detuvo y muy gravemente cambió con un joven pálido, de espléndidos ojos,

el *salam*, esa salutación oriental, en que los dedos golpean por tres veces la frente, la boca y el corazón. Y como yo, riendo, le envidiase aquella intimidad con un «hombre de túnica verde y de mitra persa»:

—Es un ulema de Bagdad—dijo Fadrique—, de una casta antigua, sumamente inteligente... Una de las personalidades más finas y más seductoras que encontré en Persia.

Entonces, con la familiaridad que iba aumentando entre nosotros, pregunté a Fadrique que qué le había detenido así en Persia un año entero y un día, como en los cuentos de hadas. Y Fadrique confesó con toda sencillez que se detuvo tanto en las orillas del Eufrates por encontrarse ligado casualmente a un movimiento religioso que desde 1849 tomaba en Persia un desarrollo casi triunfal, y que se denominaba el *Babismo*. Atraído hacia aquella nueva secta por curiosidad crítica, para observar cómo nace y se funda una religión, llegó poco a poco a sentir por el Babismo un interés militante, no por admiración a la doctrina, sino por veneración a sus apóstoles. El Babismo (me contó él, andando por una calleja más solitaria y apropiada a las confidencias) tuvo por iniciador a cierto Mirza-Mahomet, uno de esos Mesías que surgen a diario en la incesante fermentación religiosa del Oriente, donde la religión es la ocupación suprema y amada de la vida. Habiendo conocido los Evangelios cristianos por contacto con los misioneros, iniciado en la pura tradición mosaísta por los judíos del Hiraz, conocedor profundo del Guebrismo, la vieja religión nacional de Persia, Mirza-Mohamed amalgamó esas dos doctrinas en una concepción más abstracta y pura del mahometismo, y se declaró bab. En persa, bab quiere decir puerta. El era, pues, la puerta, la única puerta a través de la cual los hombres podrían penetrar en la absoluta Verdad. Pero, literalmente, Miza-Mahomed se presentaba como el gran *portero*, el hombre elegido entre todos por el Señor para abrir a los creyentes la puerta de la Verdad, y, por tanto, del Paraíso. Era, en resumen, un Mesías, un Cristo. Como tal pasó por la clásica evolución de los Mesías: tuvo por primeros discípulos, en una oscura aldea, pastores y mujeres; sufrió su tentación en la montaña; cumplió las penitencias expiatorias; predicó parábolas; escandalizó en la Meca a los doctores, y padeció su pasión, muriendo, no recuerdo si degollado o fusilado, después del ayuno del Ramadán, en Tabriz.

Ahora bien: decía Fadrique que en el mundo musulmán hay dos divisiones religiosas: los sieds y los sunis. Estas diferencias tienen, sin embargo, en el fondo, un carácter más político y de raza que teológico y de dogma, aunque un *fellah* del Nilo despreciará siempre a un persa del Eufrates como *hereje* y *sucio*. La discordancia resalta más viva y pavorosa no bien sieds o sunis necesitan pronunciarse ante una nueva interpretación doctrinal o una nueva aparición del Profeta. Así, el Babismo tropezó entre los sieds con una hostilidad que aumentó hasta la persecución, y esto indicaba, desde luego, que sería acogido por los sunis con deferencia y simpatía.

Partiendo de esta idea, Fadrique, que en Bagdad se ligó familiarmente con uno de los más poderosos y autorizados apóstoles del Babismo, Said-el-Souriz (a cuyo hijo salvó él de unas fiebres palúdicas con aplicaciones de Fruit-Salt), le sugirió un día, conversando ambos en la terraza sobre aquellos elevados intereses espirituales, la idea de apoyar el Babismo en las razas agricultoras del valle del Nilo y en las razas nómadas

de Libia. Entre los hombres de la secta suni, el Babismo encontraría un campo fácil a las conversiones, ya por la tradicional marcha de los movimientos sectarios, que en el Oriente, como en todas partes, ascienden de las masas sinceras del pueblo hasta las clases cultas, tal vez aquella nueva oleada de emoción religiosa, partiendo de los *fellahs* y de los beduínos, llegase a penetrar en la enseñanza de algunas de las mezquitas de El Cairo, sobre todo en la mezquita de El-Azhar, la gran Universidad del Oriente, donde los ulemas más jóvenes forman una cohorte de entusiastas, siempre dispuesta a las innovaciones y a los apostolados combativos. Alcanzando allí autoridad teológica, y pulido literalmente, el Babismo podría entonces atacar con ventaja las viejas fortalezas del musulmanismo dogmático. Esta idea penetró hondamente en Said-el-Souriz. Aquel joven pálido con quien él cambió el *salam* fué enviado en seguida como emisario babista a Medinet-Abou (la antigua Tebas) para sondar al jeque Alí-Hussein, hombre de influencia decisiva en todo el valle del Nilo por su sabiduría y por su virtud; y él, Fadrique, no teniendo ahora en el Occidente ocupaciones atractivas, lleno de curiosidad por aquel pintoresco advenimiento, partía también hacia Tebas, debiendo encontrarse con el babista, en la luna menguante, en Beni-Soneff, a orillas del Nilo...

No recuerdo, después de tantos años, si éstos fueron los hechos ciertos. Sólo sé que las revelaciones de Fadrique, lanzadas así, a través de El Cairo en fiesta, me impresionaron de un modo indecible. A medida que hablaba del bab, de aquella misión apostólica, el viejo jeque de Tebas, que surgía de otra fe en el mundo musulmán, con su cortejo de martirios y de éxtasis, de la posible fundación de un Imperio babista, el hombre adquiría proporciones grandiosas ante mis ojos. No había conocido jamás a nadie mezclado en cosas tan elevadas, y sentíame al mismo tiempo orgulloso y aterrado de recibir aquel secreto sublime. No habría sido mayor mi conmoción si, en vísperas de embarcar San Pablo para Grecia, a llevar su palabra a los gentiles, ¡hubiese yo paseado con él por las calles estrechas de Seleucia, escuchando sus esperanzas y sus sueños!

Conversando, así, entramos en el atrio de la mezquita de El-Azhar, donde resonaba más fulgurante y estridente la fiesta del Beiram. Pero ya no me impresionaban las sorpresas de aquella feria musulmana, ni las almeas bailando entre brillos rojos y dorados; ni los poetas del desierto recitando las hazañas de Antar; ni los derviches, bajo sus tiendas de lino, aullando cadenciosamente las alabanzas a Alá... ¡Callado, obsesionado por el pensamiento del bab, daba vueltas en mi interior al deseo de aventurarme en aquella campaña espiritual! ¿Y si marchase yo a Tebas con Fadrique?... ¿Por qué no? Poseía juventud y entusiasmo. Más noble y viril sería iniciar en Oriente una carrera de evangelista ¡que regresar vulgarmente a Lisboa a garrapatear hojas de papel bajo una lámpara de gas en *La Gaceta de Portugal!* Y, poco a poco, de ese deseo, como de un agua que hierve, iba subiendo el lento vapor de una visión. Me veía yo discípulo del bab, recibiendo aquella noche del ulema de Bagdad la iniciación de la Verdad. ¿Partiría en seguida a predicar, a difundir el verbo babista? ¿Adónde iría yo? A Portugal, seguramente, llevando con preferencia la salvación a las almas que eran para mí más queridas. Como San Pablo, embarcaba yo en una galera: las borrascas acometían mi proa apostólica; la

imagen del bab se me aparecía sobre las aguas, y su serena mirada henchía mi alma de indomable vigor. Un día, por fin, divisaba tierra, y a la mañana siguiente surcaba el claro Tajo, donde hace tantos siglos que no entra un enviado de Dios. Después, ya desde lejos, lanzaba una injuria a las iglesias de Lisboa, construcciones de una fe vetusta y menos pura. Desembarcaba. Y abandonando mi equipaje en un desprendimiento ya divino de los bienes aún terrenales, recorría aquella bendita calle del Alecrín, y en medio del Loreto, a la hora en que los directores generales suben despacio de la Arcada, abría los brazos y berreaba: «¡Yo soy la *puerta!*»

No me entregué al apostolado babista, pero sucedió que, perturbado por aquellas fantasmagorías, me perdí del lado de Fadrique. ¡Y no sabía el camino del hotel Sheperd, ni para encontrarlo conocía otros vocablos utilizables en árabe que *agua* y *amor!* Fueron unos momentos angustiosos, en que me afané por la plaza de El-Azhar, tropezando en los hornillos en donde hervía el café, chocando atolondradamente contra rudos beduinos armados. Gritaba ya sobre las cabezas de la turba el nombre de Fadrique, cuando topé con él, mirando plácidamente a una almea que bailaba...

Pero siguió andando en seguida, encogiéndose de hombros. No me permitió admirar un poeta que, en medio de unos *fellahs* asombrados y de unos mogrebinos apoyados en sus lanzas, leía con un sonsonete lánguido y triste hojas de papel mugriento. La danza y la poesía, afirmó Fadrique, las dos grandes artes orientales, estaban en mísera decadencia. En una y en otra se habían perdido las tradiciones del estilo puro. Las almeas, pervertidas por la influencia de los casinos del Ezbequieh, donde se pataleaba el can-cán, ¡profanaban las gracias de las viejas danzas árabes, alzando la pierna en el aire a la moda vil de Marsella!

Y en poesía triunfaba la misma trivialidad, mezclada de extravagancia. Las formas delicadas del clasicismo persa ni se respetaban ni se conocían casi; la fuente de la fantasía secábase entre los musulmanes; y la pobre poesía oriental, tratando de temas vetustos con énfasis preciosista, resbalaba, como la nuestra, hacia un *Parnasianismo* bárbaro...

—De modo — murmuré — que el Oriente...

—Es ya tan mediocre como el Occidente.

Regresamos al hotel despacio, mientras Fadrique, acabando su puro, me contó que el espíritu oriental vive hoy solamente de la actividad filosófica, agitado cada mañana por una nueva y complicada concepción de la Moral, que le ofrecen los lógicos de los bazares y los metafísicos del desierto...

Al día siguiente acompañé a Fadrique a Boulak, donde debía embarcar para el Alto Egipto. Su *debarich* esperaba, amarrado a la estacada, cerca de las casas del Viejo Cairo, entre las barcas de Assouan, cargadas de lentejas y de caña dulce. El sol bañaba las arenas líricas, y en lo alto, el cielo se adormecía sin una sombra ni una nube, puro en toda su profundidad, como el alma de un justo. Una fila de mujeres coptas, con el cántaro amarillo colocado en el hombro, trabajaban cantando hacia el agua del Nilo, bendita entre todas las aguas. Y los ibis, antes de volver a sus nidos, venían, como en el tiempo en que eran dioses, a lanzar sobre las terrazas, con un aleteo satisfecho, la bendición crepuscular.

Bajé, detrás de Fadrique, al salón del *debarich*, acristalado, labrado, con armas colgadas para las ma-

ñanas de cacería, y montones de libros para las siestas de estudio y de calma, cuando se negaba lentamente a la sirga. Después, durante un momento, en cubierta, contemplamos aquellas orillas, que, a través de largos siglos, habían sido el pasmo de todos los hombres, porque todos sentían que en ellas la vida estaba llena de bienes mayores y de dulzura suprema. Cuántos, desde los rudos pastores que arrasaron a Thanis, se detuvieron aquí como nosotros, dirigiendo hacia estas aguas, hacia estos cielos, unos ojos codiciosos, extasiados o nostálgicos: reyes de Judá, reyes de Asiria, reyes de Persia; los magníficos Tolomeos; prefectos de Roma y prefectos de Bizancio; Amrou, enviado de Mahoma; San Luis, enviado de Cristo; Alejandro el Magno, soñando el imperio de Oriente; Bonaparte, reanudando el inmenso sueño; y también los que vinieron sólo para narrar esta tierra adorable, desde el locuaz Herodoto ¡hasta el primer romántico, el hombre pálido de una gran *pose*, que relató los dolores de René! Bien conocido es él, el paisaje divino y sin igual. El Nilo corre, paternal y fecundo. Más allá verdean, bajo el vuelo de las palomas, los jardines y los pomares de Rhodah. Más lejos, las palmeras de Giseh, finas y como de bronce, sobre el oro de la tarde, cobijan aldeas que tienen la sencillez de nidos. Al borde del desierto se levantan, en el orgullo de su eternidad, las tres Pirámides. Sólo esto, y el alma queda para siempre apresada y añorante, y para vivir en esta suavidad y en esta belleza, los pueblos entablan entre ellos largas guerras.

Pero llegó la hora: abracé a Fadrique con singular emoción. Izaron la vela a la brisa suave que estremecía el follaje de las mimosas. En la proa, el patrón, extendiendo las manos hacia el cielo, clamó: «¡En nombre de Alá, que nos lleve, clemente y misericordioso!»

Alrededor, desde otras barcas, unas voces lentas murmuraron: «¡En nombre de Alá, que nos lleve!» Uno de los remeros, sentado en la borda, pulsó las cuerdas de la *dourbaka*; otro cogió una flauta de barro. Y entre las bendiciones y cantos, la ancha barca hendió las aguas sagradas, llevando hacia Tebas a mi incomparable amigo.

IV

Durante varios años no volví a encontrar a Fadrique Méndez, que concentró sus viajes al interior de la Europa Occidental, mientras yo vagaba por América, por las Antillas, por las repúblicas del golfo de Méjico. Y cuando mi vida se aquietó al fin en un viejo condado rural de Inglaterra, Fadrique, acometido de nuevo por aquel «chismorreo etnográfico» a que él alude en una carta a Oliveira Martins, empezó su largo viaje al Brasil, a las Pampas, a Chile y a la Patagonia.

Pero el hilo de simpatía que nos unió en El Cairo no se rompió; ni nosotros, a pesar de ser tan tenue, lo dejamos perder entre los intereses más fuertes de nuestros destinos dispares. Casi todos los trimestres cambiábamos una carta, cinco o seis hojas de papel, que yo llenaba tumultuosamente de imágenes e impresiones, y que Fadrique colmaba, minuciosamente, de ideas y de hechos. Además de esto, yo sabía de Fadrique por algunos de mis camaradas con quienes durante alguna estancia suya más íntima en Lisboa, desde el otoño de 1875 al verano de 1876, él hizo amistades, en que todos hallaron provecho intelectual y encanto. Todos, a pesar de las disparidades de temperamento o de las maneras distintas de concebir la vida, habían

percibido, como yo, la seducción de aquel hombre adorable. De él me escribía en 1877 el autor de *Portugal contemporáneo*: «Por aquí encontré a tu Fadrique, a quien considero el portugués más interesante del siglo XIX. ¡Tiene semejanzas con Descartes! Es la misma pasión por los viajes, que impulsaba al filósofo a cerrar los libros para «estudiar el gran libro del mundo»; la misma atracción por el lujo y por el ruido, que en Descartes se traducía «por el gusto de frecuentar las cortes y los ejércitos»: el mismo amor al misterio y a las desapariciones repentinas; la misma vanidad, nunca confesada, pero intensa, por la cuna y la nobleza: el mismo valor sereno; la misma mezcla singular de instintos novelescos y de razón exacta, de fantasía y de geometría. Con todo esto, le falta en la vida un fin serio y supremo: que esas cualidades, excelentes en sí, contribuyesen a realizar. Y temo que en lugar del *Discurso sobre el método* deje solamente un *vaudeville*.»

Ramalho Ortigao decía, poco después, en una carta cariñosa: «Fadrique Méndez es el más completo, el más acabado producto de la civilización, en el que me ha sido dado embeber mis ojos. Nadie está más superiormente pertrechado para triunfar en el arte y en la vida. La rosa de su ojal es siempre la más fresca, como la idea de su espíritu es siempre la más original. Camina cinco leguas sin parar, vence con el remo a los mejores remeros de Oxford, se interna solito en el desierto a cazar el tigre y arremete con una fusta en la mano contra un grupo de lanzas abisinias; y por la noche, en un salón, con su frac de Cook, una perla negra en el esplendor de la pechera, sonríe a las mujeres con el encanto y el prestigio con que ha sonreído al cansancio, al peligro y a la muerte.

»Tira a las armas como el caballero de Saint Georges, posee las nociones más nuevas y más exactas sobre Física, sobre Astronomía, sobre Filología y sobre Metafísica. Es una enseñanza, una lección de elevado gusto, verle en su cuarto, en la vida íntima de *gentleman*, de viaje, entre sus maletas de piel de Rusia, los grandes cepillos de plata labrada, las túnicas de seda, las carabinas de Winchester, preparándose, escogiendo un perfume, bebiendo sorbos de té que le manda el gran duque Vladimiro, y dictando a un criado de calzón corto, más venerablemente correcto que un mayordomo de Luis XIV, telegramas que llevarán noticias suyas a los *boudoirs* de París y de Londres. Y después de todo esto, cierra su puerta al mundo y lee a Sófocles en el original.»

El poeta de *La muerte de don Juan* y de *La musa en vacaciones* le llamó «un Sainte-Beuve encuadernado en Alcides». Y explicaba así en una carta de aquel tiempo, que conservo, su aparición en el mundo: «Dios cogió un día un trozo de Enrique Heine, otro de Chateaubriand, otro de Brummel, unos pedazos ardientes de aventureros del Renacimiento y unos fragmentos resecos de sabios del Instituto de Francia; vertió encima champaña y tinta de imprenta, lo amasó todo con sus manos omnipotentes, modeló de prisa a Fadrique y, arrojándole a la Tierra, dijo: ¡Anda, y vístete en Poole!» Y, finalmente, Carlos Mayer, lamentando, como Oliveira Martins, que a las múltiples y vigorosas aptitudes de Fadrique les faltase coordinación y convergencia hacia un fin superior, trazó un día sobre la personalidad de mi amigo un resumen sagaz y profundo: «El cerebro de Fadrique está admirablemente construído y amueblado. Sólo le falta una idea que lo alquile para vivir y gobernar allí dentro. ¡Fadrique es un genio con papeles de alquiler!»

También Fadrique, aquel invierno, conoció al pensador de las *Odas modernas*, de quien, en una de sus cartas a Oliveira Martins, habla con tanta elevación y cariño. Y el último compañero de mi juventud que trató al antiguo poeta de las *Lapidarias* fué J. Teixeira de Acevedo, en el verano de 1877, en Cintra, en la quinta Zaragoza, donde Fadrique fué a descansar de su viaje al Brasil y a las Repúblicas del Pacífico. Allí conversaron mucho, siempre discordes. J. Teixeira de Acevedo, por ser un nervioso y un apasionado, sentía una insuperable antipatía por lo que él llamaba el *linfatismo crítico* de Fadrique. Hombre todo emocional, no se podía fundir intelectualmente con aquel hombre, todo analítico. La extensa cultura de Fadrique tampoco le impresionaba. «Las nociones de ese guapo erudito—escribía él en 1879—son trozos del Larousse diluídos en agua de Colonia.» Y, además, ciertas exquisiteces de Fadrique—cepillos con mango de plata y camisas de seda—, su voz mordiente recortando la palabra con perfección y preciosismo, su costumbre de beber el champaña con *soda-water* y otros rasgos más, causaban una irritación casi física a mi viejo camarada de travesía del Guardia Mayor. Confesaba, sin embargo, como Oliveira Martins, que Fadrique era el portugués más interesante y más sugestivo del siglo XIX. Y se escribía regularmente con él, aunque para contradecirle con acritud.

En 1880—nueve años después de mi peregrinación a Oriente—pasé en París la semana de Pascua. Una noche, después de la Opera, fuí a cenar solo al Bignon. Había empezado las ostras y una crónica del *Times*, cuando por detrás del diario, que había yo apoyado en la botella, asomó una ancha mancha clara, que era un chaleco, una pechera, una corbata, una cara, todo de incomparable blancura. Y una voz muy serena murmuró: «Nos separamos hace años en el muelle de Boulak...» Me levanté con un grito, y Fadrique con una sonrisa: el *maître d'hôtel* retrocedió asombrado ante la meridional y ruidosa efusión de mi abrazo. De aquella noche en París dató, realmente, nuestra intimidad intelectual, que en ocho años, siempre igual y siempre auténtica, no tuvo ni una intermitencia ni una sombra que empañase su pureza.

La llamo deliberadamente intelectual, porque esa intimidad nunca fué más allá de las cosas del espíritu. En las alegres temporadas que con él conviví en París, en Londres y en Lisboa, nuestra copiosa correspondencia de esos años tuvo siempre acceso sin reserva a la inteligencia de Fadrique, y asistí ininterrumpidamente y me mezclé a su vida pensante; nunca, sin embargo, penetré en su vida afectiva de sentimientos y de corazón. Ni, en verdad, me atormentó la curiosidad de conocerla, tal vez por advertir que la rara originalidad de Fadrique se concentraba toda en el ser pensante, y que el otro, el ser sensible, hecho de la vulgar arcilla humana, repetía, sin relieve especial, las acostumbradas fragilidades de la arcilla. Además, desde esa noche de Pascua en París, que inició nuestras relaciones, conservamos siempre el hábito especial, un poco altivo, tal vez estrecho, de considerarnos dos puros espíritus. Si yo entonces hubiese concebido una filosofía original, preparado los mandamientos de una nueva religión o robado a la Naturaleza distraída una de sus leyes secretas, habría escogido con preferencia a Fadrique como confidente de esa actividad espiritual;

pero nunca, en relación con el sentimiento, hubiese ido a él con la confidencia de una esperanza o de una desilusión. Y Fadrique, igualmente, mantuvo conmigo esa actitud de inaccesible recato, mostrándose ante mis ojos solamente en su función intelectual.

Recuerdo muy bien una resplandeciente mañana de mayo, en que cruzábamos, conversando bajo los castaños en flor, el jardín de las Tullerías; Fadrique se apoyaba en mi brazo; iba desarrollando indolentemente la idea de que la extraordinaria democratización de la ciencia, su universal e ilimitada difusión entre la plebe era el gran error de nuestra civilización, que preparaba con él para muy pronto su catástrofe moral... De repente, al trasponer la verja hacia la plaza de la Concordia, el filósofo, que lanzaba así, entre los tiernos verdores de mayo, aquellas predicciones de desastres y de muerte, ¡se detuvo, enmudeció! Delante de nosotros, al trote fino de una yegua de lujo, pasó rápidamente, hacia el lado de la calle Royale, un cupé donde entreví, en la penumbra de los rasos que lo forraban, unos cabellos color de miel. Rápidamente también, Fadrique soltó mi brazo, balbució un «¡Adiós!», llamó un coche y desapareció al galope jadeante del tronco hacia el Quai d'Orsay. «¡Mujer!», pensé. Era, en efecto, la mujer de su tormento, y, como se desprende de una carta a madame de Jouarre—fechada en «mayo», un sábado, y que comienza: «Ayer filosofaba yo con un amigo por el jardín de las Tullerías...», Fadrique corría en aquel *fiacre* a una desilusión muy brusca y mortificante. Ahora bien: a la caída de aquella tarde fuí—como habíamos quedado—a buscar a Fadrique a la calle de Varennes, al viejo palacio de los Tredennes, donde él había instalado desde Nochebuena sus habitaciones con un lujo tan noble y tan sobrio. Apenas entré en la sala, a la que llamábamos la «heroica», porque la revestían cuatro tapices de Luca Cornelio figurando los *Trabajos de Hércules*, Fadrique se apartó del balcón desde donde contemplaba el jardín, ya difuminado en la sombra, y vino hacia mí serenamente, con las manos en los bolsillos de una chaqueta de seda. Y como si desde aquella mañana *ninguna otra preocupación* le hubiera tenido absorto, excepto su tema del jardín de las Tullerías:

—No le acabé de decir hace un rato... La ciencia, mi querido amigo, tiene que ser recogida, como antaño, en los santuarios. No hay otro medio de salvarnos de la anarquía moral. Ha de ser recogida en los santuarios y entregada a un sacro colegio intelectual que la guarde, que la defienda contra las curiosidades de la plebe. ¡Hay que hacer de esta idea un programa para las nuevas generaciones!

Tal vez en su cara, si me hubiese yo fijado, habría encontrado vestigios de palidez y de emoción; pero el tono era sencillo, firme como el de un crítico genuinamente ocupado en la deducción de su concepto. Otro hombre que, como aquél, hubiera sufrido horas antes una desilusión tan mortificante y ruda, murmuraría, al menos, en un desahogo genérico e impersonal: «¡Ah, amigo mío, qué estúpida es la vida!» El habló de la ciencia y de la plebe, desarrollando resueltamente ante mí, o imponiéndolos tal vez a sí mismo, los razonamientos de su cerebro para que mis ojos no penetrasen ni levemente, o los suyos no se detuviesen demasiado en las amarguras de su corazón.

En una carta a Oliveira Martins, de 1883, dice Fadrique: «El hombre, como los antiguos reyes de Oriente, no debe mostrarse a sus semejantes sino única y serenamente *ocupado en el oficio de reinar, esto es, de pensar*.» Esta norma de un orgullo sólo permisible a un Spinoza o a un Kant, regía severamente su conducta. Por lo menos, conmigo, así se comportó él inmutablemente a través de nuestra activa convivencia, no franqueándose, no ofreciéndose todo, más que en las funciones de la inteligencia. Por eso, tal vez, más que ningún otro hombre, ejerció él sobre mí imperio y seducción.

V

Lo que impresionaba desde el primer momento en la inteligencia de Fadrique, o antes en su manera de practicarse, era la suprema libertad junto a la suprema audacia. No he conocido jamás un espíritu tan impermeable a la tiranía o a la insinuación de las «ideas hechas»; y, seguramente, nunca un hombre tradujo su pensar original y propio con más tranquila osadía. «A pesar de afirmarme treinta siglos de Geometría—dice él en una carta a J. Teixeira de Acevedo—*que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos*, si yo viese que para subir de la puerta del hotel Universal a la puerta de la Casa Habanera me resultaba más directo y breve rodear por el barrio de San Martín y por los altos de la Merced, declararía en seguida a la Geometría secular que la distancia más corta entre dos puntos ¡es una *curva* vaga y delirante!» Esta independencia de la razón, que Fadrique pregona así con desordenada fantasía, constituye una rara cualidad; pero el valor de afirmarla resueltamente ante la majestuosa tradición, ante la regla y las conclusiones oraculares de los maestros, ¡es ya una virtud rarísima, de radiante excepción! Fadrique (en otra carta a J. Teixeira de Acevedo) habla de un polaco, G. Cornuski, profesor y crítico, que escribía en la *Revista Suiza*, y que (dice Fadrique) «sentía constantemente su gusto, muy personal y decidido, rebelarse contra las obras de literatura y de arte, que la unanimidad crítica ha consagrado desde hacía siglos como magistrales: la *Jerusalén libertada*, del Tasso; los lienzos del Ticiano, las tragedias de Racine, las oraciones de Bossuet, nuestros *Lusiadas* y otros monumentos canonizados. Pero siempre que su probidad de profesor y crítico le imponía la proclamación de la verdad, ese hombre robusto, sanguíneo, que se había batido heroicamente en dos sublevaciones, temblaba y pensaba: ¡No! ¿Por qué ha de ser mi criterio más seguro que el de tan finos entendimientos a través de los tiempos? ¿Quién sabe? Tal vez en esas obras exista la sublimidad, y sólo en mi espíritu la impotencia de comprenderla. Y el desgraciado Cornuski, con el alma más triste que un crepúsculo de otoño, seguía ante los coros de *Athalie* y ante los desnudos del Ticiano murmurando desconsoladamente: ¡Qué bello es!

Muy pocos sufren angustias críticas del desdichado Cornuski. Todos, sin embargo, con risueña inconsciencia, practican su servilismo intelectual. Ya sea porque, en efecto, nuestro espíritu no posea el viril coraje de afrontar la autoridad de aquellos a quienes tradicionalmente se atribuye un criterio más firme y un saber más alto; ya sea porque las ideas establecidas, al fluctuar difusamente en nuestra memoria, después de lecturas y conversaciones, nos parezcan las propias nuestras; ya sea porque la sugestión de esos conceptos se imponga y nos lleve sutilmente a una conclusión de acuerdo con ellos, la

lamentable verdad es que hoy todos nosotros tendemos servilmente a pensar y sentir como antes que nosotros y a nuestro alrededor se ha sentido y pensado ya.

El hombre del siglo XIX, el europeo, porque sólo él es esencialmente del siglo XIX (dice Fadrique en una carta a Carlos Mayer), «vive dentro de una pálida y triste infección de trivialidad, originada por los cuarenta mil volúmenes que todos los años, sudando y gimiendo, Inglaterra, Francia y Alemania depositan en las esquinas, y en los que interminable y monótonamente reproducen, en cubiertas con uno u otro disfraz, las cuatro ideas y las cuatro impresiones legadas por la antigüedad y el Renacimiento. El Estado, por medio de sus escuelas, canaliza esta infección. A esto, ¡oh Carolus!, se llama ¡educar! El niño, desde su primera «Selección de lecturas», aún mal deletreadas, comienza a absorber esa camada del lugar común, camada que después, todos los días, a través de la vida, el diario, la revista, el folleto, el libro, le van metiendo a presión en el espíritu, hasta empastarlo todo en trivialidad, dejándoselo tan inútil para la producción como un suelo cuya fertilidad nativa feneció bajo la arena y las piedras con que fué bárbaramente cubierto. Para que un europeo lograse aun hoy tener algunas ideas nuevas, de lozana originalidad, sería necesario que se internase en el desierto o en la pampa, y que esperase allí pacientemente a que los hálitos vivos de la Naturaleza, removiéndole la inteligencia y barriendo de ella poco a poco los detritos de veinte siglos de literatura, le rehiciesen una virginidad. Por eso yo te afirmo, ¡oh Carolus Mayerensis, que la inteligencia que pretenda altivamente readquirir la divina potencia de engendrar debe ir a curarse de la civilización literaria por medio de una resistencia tónica, durante dos años, entre los hotentotes y los patagones. La Patagonia actúa sobre el intelecto como Vichy sobre el hígado, desobstruyéndolo y permitiéndole el sano ejercicio de la función natural. Después de dos años de vida salvaje entre el hotentote desnudo, moviéndose en la plenitud lógica del instinto, ¿qué le quedará al civilizado de todas sus ideas sobre el progreso, la moral, la religión, la industria, la economía política, la sociedad y el arte? Harapos. Los harapos colgantes que le quedarán de los pantalones y de la levita que trajo de Europa después de veinte meses de matorral y de terreno inculto. Y no teniendo a su alrededor libros y revistas que le renueven su provisión de *ideas hechas*, ni un benéfico almacén que le proporcione «otra serie de *ropas hechas*», el europeo irá insensiblemente volviendo a la nobleza del estado primitivo, desnudez de cuerpo y originalidad del alma. Cuando regrese de allí será un Adán fuerte y puro, virgen de la literatura, con la cabeza limpia de todos los conceptos y de todas las nociones amontonadas desde Aristóteles, pudiendo proceder soberbiamente a un examen inédito de las cosas humanas. Carlos, espíritu que destilas *espíritus*, ¿quieres sumergirte en los orígenes y venir conmigo a la inspiradora Hotentocia? Allí, libres y desnudos, tendidos al sol entre la palmera y el arroyo, que tutelarmente nos darán el sustento del cuerpo, con nuestra recia lanza clavada en la hierba, y unas mujeres vertiéndonos, en un dulce canto, la porción de poesía y de ensueño que el alma necesita, dejaremos libremente que nuestros costados tostados estallen de risa ante la idea de las grandes filosofías, de las grandes morales, de las grandes economías, de las grandes críticas, de las grandes bromas que andan por esa Europa, donde densos hormigueros de sombreros de copa se atropellan, ¡atontados por las supersticiones de la civilización, por la ilusión del oro, por la pedantería de las ciencias, por las mistificaciones de los reformadores, por la esclavitud de la rutina y por la estupidez de sí mismos!...»

Así dice Fadrique. Ahora bien: este examen inédito de las cosas humanas, que sólo es posible, según el poeta de las *Lapidarias*, al Adán renovado que volviese de la Patagonia con el espíritu limpio del polvo y de la basura de los largos años de literatura, lo intentó él sin abandonar los muros clásicos de la calle de Varennes con incomparable vigor y sinceridad. Y en esto demostraba intrepidez moral. En el mundo, al que le ligaban irresistiblemente sus gustos y sus costumbres, mundo mediocre y reglamentado, sin inventiva y sin iniciativa intelectual, donde las ideas, para agradar, deben de ser como las maneras, «generalmente adoptadas» y no individualmente creadas, Fadrique, con su indócil y brusca libertad de juicio, afrontaba el peligro de pasar por un petulante rebuscador de originalidad, ávido de lucimiento y de relieve excesivo. Un espíritu inventivo y nuevo, con una fuerza de pensar muy propia, dejando rebosar la vida abundante y múltiple que le anima y le llena, es más desagradable a este mundo que el hombre rudamente natural que no regula ni limita dentro de las «conveniencias» el espesor de su cabellera, el ruido de sus carcajadas y el franco movimiento de los miembros corpulentos. De ese espíritu indisciplinado y creador se murmura en seguida con recelo: «¡Pretencioso! ¡Busca el efecto y lo hace resaltar!»

Ahora bien: Fadrique nada detestaba más profundamente que el *efecto* y el *resalte excesivo*.

No le vi nunca más que corbatas oscuras. Y lo prefería todo a ser señalado como uno de esos hombres que, sin odio sincero a Diana y culto y sólo para que se hable de ellos con espanto en las plazas, van, en plena fiesta, agitando un gran hachón, a incendiar el templo de Efeso. Lo pasaba todo menos (como decía él en una carta a madame de Jouarre) «el tener que vestir a la Verdad en los almacenes del Louvre, para poder entrar con ella en casa de Ana de Varle, duquesa de Varle y d'Orgement. De entrar, he de llevar a mi amiga desnuda, totalmente desnuda, pisando las alfombras con sus pies descalzos, enderezando hacia los hombres las puntas fecundas de sus nobles senos desnudos. *Amicus Mundus, sed magis amica Veritas!* Este bello latín significa, madrina mía, que yo, en el fondo, creo que la originalidad es agradable a las mujeres y sólo desagradable a los hombres, lo cual me lleva doblemente a amarla con obstinación».

Esta independencia, esta libre elasticidad de espíritu e intensa sinceridad, impidiendo que por seducción se entregase por entero a un sistema en el que permaneciese para siempre por inercia, eran, además, las cualidades que mejor convenían a la función intelectual que llegó a ser para Fadrique la más continua y preferida. «No hay en mí, por desgracia (escribía a Oliveira Martins en 1882), ni un sabio, ni un filósofo. Quiero decir con esto que no soy uno de esos hombres seguros y útiles, destinados por temperamento a los análisis secundarios que se llaman ciencias, y que consisten en reducir una multitud de hechos dispersos a tipos y leyes particulares, por los que se explican modalidades del Universo; ni soy tampoco uno de esos hombres fascis-

nantes y poco seguros destinados por carácter a los análisis superiores que se llaman filosofías, y que consisten en reducir esas leyes y esos tipos a una fórmula general, por la cual se explica la esencia misma del Universo entero. No siendo, pues, un sabio, ni un filósofo, no puedo contribuir al mejoramiento de mis semejantes, ni aumentando su bienestar por medio de la ciencia, que es una productora de riqueza, ni elevando su bien sentir por medio de la metafísica, que es una inspiradora de poesía. El ingreso en la Historia también me está vedado; porque si para producir literatura basta con poseer talento, para seducir a la Historia conviene tener virtudes. ¡Y yo!... Sólo me queda ser, por consiguiente, a través de las ideas y de los hechos, un hombre que pasa, enormemente curioso y observador. La egoísta ocupación de mi espíritu, hoy, querido historiador, consiste en acercarme a una idea o a un hecho, deslizarme suavemente dentro de ellos, recorrerlos minuciosamente, explorar su parte inédita, gozar todas las sorpresas y emociones intelectuales que ellos puedan proporcionar, recoger con cuidado las enseñanzas o las parcelas de verdad que existan en sus repliegues, y salir, pasar a otro hecho o a otra idea, con calma y lentitud, como si recorriese una a una las ciudades de un país artístico y suntuoso. Así visité en otro tiempo a Italia, extasiado por el esplendor de los colores y de las formas. Temporal y espiritualmente, seguí siendo simplemente un turista.»

Estos *touristes* de la inteligencia abundan en Francia y en Inglaterra. Ahora que Fadrique no se limitaba, como ellos, a unos exámenes exteriores e impersonales, a la manera del que en una ciudad de Oriente, conservando las nociones y los gustos europeos, estudia solamente el relieve aéreo de los monumentos y ropajes de las multitudes. Fadrique (para emplear su imagen) se convertía en «ciudadano de las ciudades que visitaba». Sostenía, por principio, que se debía *creer* momentáneamente, para comprender bien una creencia. Por eso se hizo babista, para penetrar y descubrir el babismo. Y así, se afilió en París a un club revolucionario. Las Panteras de Batignolles, y asistió a sus reuniones, encogido en una levita sórdida, prendida con alfileres, con la esperanza de captar allí «la flor de alguna extravagancia instructiva». Así se incorporó en Londres a los positivistas rituales, que los días festivos del calendario comtista van a quemar incienso y mirra en el ara de la Humanidad y adornar con rosas la imagen de Augusto Comte. Así se unió a los *teosofistas*, contribuyó generosamente a la fundación de la *Revista Espiritista* y presidió las evocaciones en la calle Cardinet, envuelto en la túnica de lino, entre los dos médiums supremos, Patoff y ladi Thorgan. Así residió un largo verano en Seo de Urgel, la católica ciudadela del carlismo, «para indagar minuciosamente (decía él) cuáles son los motivos y las fórmulas de que se compone un *carlista*, porque todo sectario obedece a la realidad de un motivo y a la ilusión de una fórmula». Así se convirtió en confidente del venerable príncipe Koblaskini, para poder desmontar y estudiar pieza por pieza el mecanismo de un cerebro de nihilista. Así se preparaba (cuando le sorprendió la muerte) a volver a la India para hacerse budista practicante y penetrar a fondo en el budismo, sobre el que fijó la curiosidad y la actividad crítica de sus últimos años. De modo que de él bien puede decirse que fué el creyente de todas las religiones, el partidario de todos los partidos, el discípulo de todas las

filosofías, cometa errante a través de las ideas, embebiéndose convencidamente en ellas, recibiendo de cada una una porción más de sustancia, dejando en cada una algo del ardor y de la energía de su impulso pensante. Los que le conocían mal clasificaban a Fadrique como un *dilettante*. ¡No! La seria convicción (a la que los ingleses llaman *earnestness*) (1) con que Fadrique se lanzaba al fondo real de las cosas, daba a su vida una valía y una eficacia muy superiores a los que el *dilettantismo*, la escéptica diversión que tantas injurias arrancó a Carlyle, da a las naturalezas que se abandonan deliciosamente a él. El *dilettante*, en efecto, revolotea entre las ideas y los hechos, como las mariposas (a las cuales se le compara desde hace siglos) revolotean entre las flores, para posarse, emprender nuevamente el vuelo atolondrado, hallando en esa huidiza movilidad un supremo deleite. Fadrique, en cambio, iba, como la abeja, extrayendo de cada planta su miel; quiero decir, recogiendo de cada opinión esa «parcela de verdad» que cada una contiene invariablemente, desde que unos hombres, después de otros hombres, la han fomentado con interés o pasión.

Así actuaba aquella diligente y alta inteligencia. ¿Cuál era, sin embargo, su cualidad esencial e intrínseca? Hasta donde pude discernir, la suprema cualidad intelectual de Fadrique me pareció siempre ser una percepción extraordinaria de la realidad. «Todo fenómeno (dice él en una carta a Antero de Quental, sugestiva a través de cierta oscuridad que la envuelve) tiene una realidad. La expresión *realidad* no es filosófica, pero yo la empleo, la lanzo al azar y tanteando, para captar dentro de ella lo más posible de un concepto poco coercible, irreducible casi al verbo. Todo fenómeno tiene, pues, en relación con nuestro entendimiento y con su potencia de discriminación, una realidad, quiero decir, ciertos caracteres o (para expresarme por medio de una imagen, como aconseja Buffon) ciertos *contornos* que lo limitan, lo definen, le dan hechura propia en el disperso y universal conjunto, y constituyen su *exacto, real* y *único* modo de ser. Unicamente el error, la ignorancia, los prejuicios, la tradición, la rutina y, sobre todo, la ilusión, forman alrededor de cada fenómeno una bruma que difumina y deforma sus contornos e impide que la visión intelectual lo divise en su *exacto, real* y *único* modo de ser. Es, justamente, lo que sucede con los monumentos de Londres sumergidos en la niebla... ¡Todo esto va expresado de una manera muy vacilante e incompleta! Allá fuera, el sol está cayendo de un cielo nítido sobre mi jardín conventual, cubierto de *nieve dura*; en este aire tan puro y claro, en que las cosas toman un relieve rígido, perdí toda la flexibilidad y fluidez de la tecnología filosófica: sólo podría expresarme por medio de imágenes recortadas a tijera. Pero usted, seguramente, comprenderá, ¡Antero excelente y sutil! ¿Estuvo usted en Londres, en el otoño, en noviembre? En las mañanas de niebla, en una calle de Londres, es difícil distinguir si la densa sombra que se empasta a lo lejos es la estatua de un héroe o un trozo de vallado. Una grisácea ilusión sumerge toda la ciudad, y se encuentra, espantado, en una taberna quien creía entrar en un templo. Ahora bien: para la mayoría de los espíritus una niebla igual fluctúa sobre las realidades de la vida y del mundo. De ahí proviene el que casi todos sus pasos sean extraviados, casi todos

(1) Seriedad, formalidad, buena fe. *Sic* en el texto.

sus juicios, engañosos; y estén ellos confundiendo constantemente el templo y la taberna. Raras son las vistas intelectuales lo bastante agudas y poderosas para romper a través de la niebla y sorprender las líneas exactas, el verdadero contorno de la realidad. He aquí lo que deseaba yo tartamudear.»

Pues bien: Fadrique poseía una de esas vistas privilegiadas. El modo mismo que tenía de posar lentamente los ojos y de *detallar en silencio*, como decía Oliveira Martins, revelaba en seguida su proceso interior de concentrar y aplicar la razón, a la manera de un largo y pertinaz rayo de luz, hasta que, disipadas las nieblas, la realidad surgiese poco a poco ante él en su rigurosa y *única* forma.

La manifestación de esta magnífica fuerza que impresionaba más era su poder de definir. Poseyendo un espíritu que *veía* con la máxima exactitud; poseyendo un verbo que *traducía* con la máxima concisión, él podía así hacer resúmenes absolutamente profundos y perfectos. Recuerdo que una noche, en su casa de la calle de Varennes, en París, se discutía ardorosamente la naturaleza del arte. Repitiéronse todas las definiciones del arte enunciadas desde Platón; se inventaron otras, que eran, como siempre, el fenómeno visto limitadamente a través de un temperamento. Fadrique se mantuvo algún tiempo mudo, asestando sus ojos hacia el vacío. Finalmente, con aquella manera lenta (que para quienes le conocían superficialmente parecía doctoral), murmuró, en el silencio deferente que se hizo: «El arte es un resumen de la Naturaleza hecho por la imaginación.»

¡En verdad, no conozco una definición más completa del arte! Y con razón afirmaba un amigo nuestro, hombre de excelente fantasía, que «si el buen Dios, un día, compadecido de nuestras indecisiones, nos arrojase desde arriba, desde su divino yermo, la explicación final del arte, ¡oiríamos resonar entre las nubes, soberbia como el rodar de cien carros de guerra, la definición de Fadrique!»

*

La superior inteligencia de Fadrique tenía por base una cultura rica y potente. Ya sus instrumentos de saber eran notables. Además de un sólido conocimiento de las lenguas clásicas (que en su época de poesía y de literatura decorativa le permitieron componer en latín bárbaro poemitas tan bellos como el *Laus Veneris tenebrosae*), poseía a fondo los idiomas de las tres grandes naciones pensantes, Francia, Inglaterra y Alemania. Conocía también el árabe, que (según me aseguró Riaz-Effendi, cronista del sultán Abdulaziz) hablaba con gusto y abundancia.

Las ciencias naturales éranle queridas y familiares; y una insaciable y religiosa curiosidad por el Universo le impulsó a estudiar todo cuanto lo compone divinamente, desde los insectos hasta los astros. Estudios hechos con cariño, con el corazón, porque Fadrique sentía por la Naturaleza, sobre todo por el animal y por la planta, una ternura y una veneración genuinamente budistas. «Amo la Naturaleza (me escribía él en 1882) por sí misma, toda e individualmente, en la gracia y en la fealdad de cada una de las formas innumerables que la llenan; y la amo también como manifestación tangible y múltiple de la suprema unidad, de la realidad intangible, a la que cada religión y cada filosofía dieron un nombre diverso, y a la que yo presto culto bajo el nombre de VIDA. En resumen: adoro la Vida, de la que son igualmente expresiones una rosa y una llaga, una constelación y (con horror lo confieso) el consejero Acacio. Adoro la Vida, y, por tanto, lo adoro todo, porque todo es vida, incluso la muerte. Un cadáver rígido en su ataúd vive tanto como un águila en su potente vuelo. Y mi religión está toda en el credo de Atanasio, con una pequeña variante: «Creo en la *Vida* todopoderosa, creadora del cielo y de la tierra...»

Cuando empezó, sin embargo, nuestra intimidad en 1880, su inquieto espíritu sumíase con frecuencia en las ciencias sociales, las que pertenecen especialmente a la prehistoria, la antropología, la lingüística, el estudio de las razas, de los mitos y de las instituciones primitivas. Casi todos los trimestres, altos montones de libros, enviados por la casa Hachette; gruesas filas de revistas especiales, cubriendo la alfombra de Caramania, me indicaban que una nueva curiosidad se había apoderado de él con intensidad y pasión. Le conocía, sí, ocupado sucesiva y ardientemente con los monumentos megalíticos de Andalucía; con las viviendas lacustres; con la mitología de los pueblos arios; con la magia caldea; con las razas polinesias; con el derecho consuetudinario de los cafres; con la cristianización de los dioses paganos... Estas tenaces investigaciones duraban mientras podía extraer de ellas «alguna emoción o sorpresa intelectual». Luego, un día, revistas y volúmenes desaparecían; Fadrique anunciaba triunfalmente, recorriendo con pasos alegres la alfombra desocupada: «¡He sorbido todo el sabeísmo!», o «¡Agoté los polinesios!»

El estudio, sin embargo, al que se consagró sin interrupción, con especial constancia, fué al de la Historia. Desde pequeño (escribía él a Oliveira Martins, en una de sus últimas cartas, en 1886) «tuve la pasión de la Historia. ¿Y adivina usted, historiador, por qué? Por el sentimiento apacible y recoleto que ella me daba de la solidaridad humana, cuando, cumplidos once años, mi abuela, de repente, *para acostumbrarme a las cosas duras de la vida* (como ella decía), me arrancó de la cansina enseñanza del padre Núñez, enviándome a una escuela llamada *terceirense*. El jardinero me llevaba de la mano; y todos los días el abuelo me daba con solemnidad un real para que comprase en la tía Marta, confitera de la esquina, pasteles para mi merienda. Aquel criado, aquel real, aquellos pasteles, eran costumbres nuevas que ofendían mi monstruoso orgullo de pequeño mayorazgo y me rebajaban al humilde nivel de los hijos de nuestro administrador. Un día, sin embargo, hojeando una *Enciclopedia de antigüedades romanas*, con estampas, leí, sorprendido, que los chicos en Roma (¡en la gran Roma!) iban también por la mañana a la escuela, como yo, de la mano de un siervo, llamado el *capsarius*; y compraban también, como yo, un pastel a una tía Marta del Velabro o de las Carinas, para su merienda, que denominaban el *Ientaculum*. ¡Pues bien, querido: en el mismo instante la venerable antigüedad de aquellas costumbres las despojó de toda la vulgaridad que en ellas me humillaba tanto! Después de haberlas odiado, por ser comunes a los hijos de Silva, el administrador, las respeté por haber sido habituales a los hijos de Escipión. La compra del pastel se convirtió en una especie de rito que desde la antigüedad realizaban todos los chicos de una escuela, y que me era dado, a mi vez, efectuar en una honrosa solidaridad con la gran gente togada. Todo esto no lo sentía, evidentemente, con tan clara conciencia. Pero nunca entré, de allí en adelante, en la tienda de la tía Marta sin levantar la cabeza, pensando con

una vanagloria heroica: «¡Así hacían también los romanos!» Era yo por aquel tiempo un poco más alto que una espada goda, y amaba a una mujer gruesa que vivía al final de la calle...»

En esa misma carta, más adelante, Fadrique añade: «Me llevó, pues, realmente, a la Historia mi amor a la unidad, amor que encierra el horror a las interrupciones, a las lagunas, a los espacios oscuros, donde no se sabe lo que hay. Viajé por todos los sitios viajables, leí todos los libros de exploraciones y de travesías, porque me repugnaba no conocer el globo en que habito hasta sus límites extremos y no sentir la continua solidaridad del pedazo de tierra que tengo bajo mis plantas con toda la otra tierra que se comba más allá. Por eso exploro infatigablemente la Historia, para percibir hasta en sus postreros límites la Humanidad, a la que pertenezco, y sentir la compacta solidaridad de mi ser con la de todos cuantos me precedieron en la vida. Tal vez murmure usted con desdén: «¡Mera chismografía!» ¡Amigo mío, no desprecio la chismografía! Ella es un impulso humano, de infinita amplitud, que, como todos, va de lo tosco a lo sublime. ¡Lleva, por un lado, a escuchar detrás de las puertas, y por otro, a descubrir a América!»

La cultura histórica de Fadrique sorprendía, realmente, por la vastedad y por el detalle. Un amigo nuestro exclamó un día, con esa ironía afable que en nuestros hombres de raza céltica subraya y corrige la admiración: «¡Este Fadrique! Saca la petaca y traza una síntesis profunda, de una transparencia cristalina, de la guerra del Peloponeso; enciende después el puro, ¡y explica la hechura y el metal de la hebilla del cinturón de Leónidas!» Y, en efecto, su vigorosa capacidad para comprender filosóficamente los movimientos colectivos, su fino poder para evocar psicológicamente los caracteres individuales se unían en él a un minucioso conocimiento arqueológico de la vida, de las maneras, de los trajes, de las armas, de los ritos de todas las edades, desde la India védica hasta la Francia imperial. Sus cartas a Oliveira Martins (sobre el sebastianismo, nuestro imperio en el Oriente, el marqués de Pombal) (1) son verdaderas maravillas por la sagaz intuición, la alta potencia sintética, la certeza del saber, la fuerza y la profusión de las ideas nuevas. Y, por otro lado, su erudición arqueológica aclaró y auxilió repetidamente, en la sabia composición de sus lienzos, al paciente y fino reconstructor de las costumbres y maneras de la antigüedad clásica, al viejo Suma-Rabêma. Así me lo confesó una tarde Suma-Rabêma, regando los rosales, en su jardín de Chelsea.

Fadrique se encontraba, además, ayudado por una memoria prodigiosa, que lo captaba y lo retenía todo, amplio y claro almacén de hechos, nociones y formas, todos bien dispuestos, bien clasificados, prontos siempre a servir. Nuestro amigo Chambray afirmaba que, comparable a la memoria de Fadrique, como instalación, orden y excelencia del *stock*, sólo conocía la bodega del café Inglés.

La cultura de Fadrique recibía un constante alimento, un acrecimiento, con los viajes que él emprendía sin cesar, a impulso de admiraciones o curiosidades intelectuales.

Sólo la Arqueología le llevó cuatro veces a Oriente: aunque su última estancia en Jerusalén, que duró dieciocho meses, fué motivada (según

(1) Célebre político portugués (1699-1782). Uno de los personajes más discutidos de la Historia, pero autor de diversas mejoras, durante su gobierno, en muchos de los ramos de la Administración en el vecino país.

me afirmó el cónsul Raccolini) por unos poéticos amores con una de las más espléndidas mujeres de Siria, una hija de Abrahán Côppo, el fastuoso banquero de Alepo, *tan lamentablemente* muerta después, ante las tristes costas de Chipre, en el naufragio del *Magnolie*. Su aventurada y áspera peregrinación por la China, desde el Tibet (donde casi dejó la vida intentando temerariamente penetrar en la ciudad sagrada de Lâssa), hasta la Alta Manchuria, constituye el más completo estudio realizado hasta hoy por un europeo sobre las costumbres, el gobierno, la ética y la literatura de ese pueblo, «profundo entre todos, que (como dice Fadrique) consiguió descubrir los tres o cuatro únicos principios de moral capaces, por su absoluta fuerza, de eternizar una civilización».

El examen de Rusia y de sus movimientos sociales y religiosos le tuvieron durante largos meses por las provincias rurales, entre el Dnieper y el Volga. La necesidad de una certeza sobre los presidios penales de Siberia le impulsó a afrontar centenares de millas de estepas y de nieves, en un tosco trineo, hasta las minas de plata de Nerchinski. Y hubiera continuado en aquel activo afán, de no haber recibido inopinadamente, al llegar a la costa, a Arcángel, este aviso del general Armankov, jefe de la cuarta sección de la Policía imperial:

Monsieur, vous nous observez de trop près pour que votre jugement n'en soit faussé; je vous invite donc, sur votre intérêt, et pour avoir de la Russie une vue d'emsemble plus exacte, d'aller la regarder de plus loin, dans votre belle maison de Paris! (1).

Fadrique salió precipitadamente para Vasa, en el golfo de Bosnia. Pasó después a Suecia, y mandó desde allí, sin fecha, esta esquela al general Armankov:

Monsieur, j'ai reçu votre invitation, où il y a beaucoup d'intolérance et trois fautes de français (2).

Los mismos intereses espirituales y esas «necesidades de certeza» le llevaron a América del Sur, desde el Amazonas hasta los arenales de la Patagonia, y al Africa Austral, desde el cabo hasta los montes de Zokunga... «He hojeado y leído atentamente el mundo como un libro lleno de ideas. Para ver *por fuera*, por mero placer de los ojos, no fuí nunca más que a Marruecos.»

Lo que hacía aquellos viajes tan fecundos como enseñanza era su rápida y cariñosa simpatía por todos los pueblos. No visitó nunca países a la manera del aborrecible *touriste* francés, para observar por encima y maliciosamente «los defectos», es decir, las divergencias con ese tipo de civilización mediocre y genérico del qué salía y qué prefería. Fadrique amaba en seguida las costumbres, las ideas, los prejuicios de los hombres que le rodeaban; y, fundiéndose con ellos en su modo de pensar y de sentir, recibía una lección directa y viva de cada sociedad en que se sumía. Este eficaz precepto: «En Roma, sé romano», tan fácil y grato de cumplir en Roma entre las viñas de la colina Celia y las aguas susurrantes de la fuente Paulina, él lo cumplía gustoso hollando con las alpargatas

(1) Señor: nos observa usted desde demasiado cerca para que su juicio no resulte erróneo; le invito, pues, en su propio interés, y para que tenga de Rusia una visión de conjunto más exacta, a que la vaya a contemplar desde más lejos, en su linda casa de París. *Sic* en el original.

(2) Señor: he recibido su invitación, en la que hay mucha intolerancia y tres faltas de francés. *Sic* en el texto.

rotas los desfiladeros del Himalaya. Y estaba tan homogéneamente en una cervecería filosófica en Alemania, profundizando el Absoluto entre profesores de Tubingue, como en un campo atrincherado africano del territorio de los Matabeles, comparando los méritos de la carabina Express y de la Winchester, entre cazadores de elefantes.

*

Desde 1880, sus movimientos se concentraron paulatinamente entre París y Londres, a excepción de las *visitas filiales* a Portugal, porque, a pesar de su dispersión por el mundo, de su facilidad para nacionalizarse en las tierras extrañas, y de su impersonalidad crítica, Fadrique fué siempre un portugués genuino, con arraigados rasgos de hidalgo isleño.

Lo más puro e íntimo de su interés se lo dedicó siempre a los hombres y a las cosas de Portugal. La compra de la quinta Zaragoza, en Cintra, la realizó (como dice en una carta a F. G., con insólita emoción) «para *poseer tierra en Portugal* y para enraizarse con el potente vínculo de la propiedad al suelo augusto de donde un día partieron, impulsados por un ingenuo tumulto de ideas magnas, sus abuelos, buscadores de mundos, ¡de quienes él había heredado la sangre y la curiosidad por el *más allá!*»

Siempre que venía a Portugal, iba «a templar su fibra» recorriendo alguna provincia, lentamente, a caballo, con paradas en villas decrépitas, que le encantaban, interminables charlas entre los hogares campesinos, confraternizaciones ruidosas en los atrios y en las tabernas, festivas excursiones a las romerías, en la carreta de bueyes, en el venerable carro sabino, con toldo de percal y adornado de laurel. Su región preferida era el Ribatejo, la tierra llana inundable, de los bueyes. «Allí (decía él), con chaqueta y faja, montado en un potro, con la pica de vaquero en alto, corriendo entre el ganado, en los finos y lavados aires de la mañana, siento más que en ninguna otra parte la delicia de vivir.»

Lisboa sólo le agradaba como paisaje. «Con tres fuertes retoques—me escribía él en 1881, desde el hotel Braganza—, con arboleda y pinares apacibles plantados en las colinas calvas de la otra orilla; con azulejos relucientes y alegres revistiendo las fachadas sucias del caserío; con un barrido definitivo por esas benditas calles, Lisboa no me parece soportable. Falta ahí una atmósfera intelectual, donde el alma respire. Y luego, ciertos aspectos, singularmente repugnantes, predominan. Lisboa es una ciudad *enliteratada, enfadistada, acicalada* y *enconsejerada.* Hay *enliteraturamiento* en la simple manera con que un tendero vende un metro de cinta; y en los propios melindres con que una señora recibe, se trasluce el *enfadistamiento*; incluso en el arte hay *consejerismo*; y hay *acicalamiento* hasta en los cementerios. Pero el asco supremo, amigo mío, proviene de la politiquería y de los politiquillos.»

Fadrique sentía por los políticos todos los horrores, los más injustificados: horror intelectual, al juzgarlos incultos, toscos, ineptos en absoluto para crear o comprender ideas; horror mundano, al presuponerlos ordinarios, de modales groseros, impropios para mezclarse con temperamentos de gustos; horror físico al imaginar que no se lavaban nunca, se mudaban rara vez de calcetines y que de ellos emanaba ese olor triste y denso que tanto incomoda y sorprende en San Benito a los que carecen de la costumbre profesional.

Había, sin duda, en aquellas opiniones feroces parte de perfecta verdad. Pero, en general, los juicios de Fadrique sobre política revelaban el sello de un prejuicio que dogmatiza y no de una observación que discrimina. Así lo afirmaba yo una mañana en el Braganza, mostrando que todas aquellas deficiencias de espíritu, de cultura, de maneras, de gusto, de finura, tan cruelmente señaladas por él en los políticos, se explican suficientemente por la rastrera vulgaridad de la vida provinciana, por las influencias abominables de la Universidad, y también por razones íntimas, que son, en el fondo, honrosas para esos desdichados políticos, destinados por un hado vengador a la destrucción de nuestro país.

Fadrique replicó simplemente:

—Si un ratón muerto me dijese: «Yo huelo mal por esto y por aquello, y, sobre todo, porque me he podrido», yo no dejaría por eso de mandar que lo barriesen de mi habitación.

Había en aquello una antipatía instintiva enteramente fisiológica, cuya intransigencia y obstinación no podían vencer ni hechos ni razones. Mucho más justo era el horror que le inspiraba, en la vida social de Lisboa, esa torpe, desmedida y rapaz imitación de París, sagazmente denunciada por él en una carta que me escribió en 1885, donde afirma, en un luminoso resumen, que «Lisboa es una ciudad traducida del francés al *argot*», se convertía para Fadrique, apenas salía de la estación de Santa Apolonia, en un verdadero tormento. Y su ansiedad perpetua era entonces descubrir, a través de los andrajos del afrancesamiento, algún resto del Portugal genuino.

La comida representaba para él un auténtico disgusto. A cada instante, en cartas y conversaciones, se queja de no poder conseguir «¡un cocido vernáculo!» «¿En dónde están —exclama él en algún sitio—los platos venerables del Portugal portugués, los macarrones del siglo XVIII, la albóndiga indigesta y divina del tiempo de los descubrimientos, o ese maravilloso menudillo de pollo, manjar predilecto de don Juan IV, del que los nobles ingleses que vinieron al reino en busca de la prometida de Carlos II llevaron a Londres la sorprendente noticia? ¡Todo se corrompió! El mismo provincianismo ordinario pone en *argot* las comedias de Labiche y los manjares de Gouffé. ¡Y nos estamos alimentando miserablemente de las sobras democráticas del *boulevard*, recalentadas y servidas en broma y con *galantina!* ¡Singular desastre! Las cosas más deliciosas de Portugal, el lomo de cerdo, la ternera de Lafoes, las legumbres, los dulces, los vinos, degeneran, se tornan insípidos...

»¿Desde cuándo? Según dicen los viejos, han degenerado desde el constitucionalismo y el parlamentarismo. Después de esos injertos funestos en el vetusto tronco lusitano, los frutos han perdido el sabor, de igual modo que los hombres han perdido el carácter...»

Sólo una vez, en esta especialidad notable, le vi plenamente satisfecho. Fué en una taberna de la Morería —adonde yo le llevé—, ante un plato complicado y repleto de bacalao, pimientos y garbanzos. Para saborearlo con todos los honores, Fadrique se quitó la levita. Y como uno de nosotros lanzara casualmente el nombre de Renán al atacar el manjar sin igual, Fadrique protestó con vehemencia:

—¡Nada de ideas! ¡Déjenme saborear este bacalao con perfecta inocencia de espíritu, como en tiempos

de don Juan Quinto, antes de la democracia y de la crítica!

La nostalgia del viejo Portugal era constante en él, y consideraba que por haber perdido aquel tipo de civilización intensamente original, el mundo quedó empequeñecido. Ese amor al pasado revivía en él muy curiosamente cuando veía realizados en Lisboa, con una inspiración original, el lujo y el «modernismo» inteligente de las civilizaciones más saturadas de cultura y de gusto perfecto. La última vez que le encontré en Lisboa fué en el Rato, en una fiesta de raro y delicado esplendor. Fadrique parecía desolado:

—En París—afirmó—, la duquesa de La Rochefoucauld-Bisaccia puede dar una fiesta igual: ¡y para esto no merecía la pena haber estado de cuarentena en Marpao! ¡Imagínese que yo venía a buscar aquí un sarao de la época de doña María Primera, en casa los Marialvas, con damas nobles sentadas en esteras, frailes tocando el *lundum* (1) en la bandola, jueces solicitando motes y los escuderos en el patio, entre los mendigos, ¡rezando a coro la letanía!... ¡Eso hubiera sido una cosa única, deliciosa, por la cual se podía hacer el viaje desde París a Lisboa en litera!

Un día que comíamos en casa de Carlos Mayer, y que Fadrique añoraba con melancólica sinceridad el viejo Portugal de tiempos de don Juan V, Ramalho Ortigao no pudo contenerse:

—¡Es usted un monstruo, Fadrique! ¡Lo que usted quisiera es habitar en el París confortable de mediados del siglo diecinueve, y tener aquí, a dos días de viaje, el Portugal del siglo dieciocho, donde pudiese venir como a un museo a deleitarse con lo pintoresco y lo arcaico... Usted allí, en la calle de Varennes, gozando de la decencia y del orden. Y nosotros aquí, en callejas hediondas, inundadas de noche por las aguas sucias, aturdidos por los motines del marqués de Cascaes o del conde de Aveiras, llevados a empujones a la cárcel por los esbirros de la Intendencia, etcétera, etcétera... ¡Reconozca usted que es lo que desearía!

Fadrique se volvió muy sereno:

—Sería mucho más digno y patriótico que en lugar de veros aquí a vosotros, hombres de letras, entregados a las corbatas y a las ideas que toda Europa usa, os encontrase con peluca y trenza, con las viejas faltriqueras de la casaca de seda llenas de odas sáficas, encogidos con el saludable terror al rey y al diablo, rondando los patios de casa de Marialva o de Aveiro en espera de que los señores de encima os mandasen, después de dadas las gracias, con un negrito, los restos del pavo y el mote. Todo eso sería dignamente portugués y sincero; vosotros no merecéis mejor, y la vida no es posible sin un poco de pintoresquismo después del almuerzo.

Y, en efecto, en aquella *saudade* de Fadrique por el Portugal antiguo había amor a lo «pintoresco», raro en un hombre tan subjetivo e intelectual; pero había, sobre todo, el odio a esta universal modernización que rebaja todas las costumbres, creencias, ideas, gustos, maneras; los más genuinos y más originalmente propios a un tipo uniforme —representado por el *individuo utilitario y serio*, de levita negra—, con la monotonía con que el chino recorta todos los árboles de un jardín hasta darles la forma única y dogmática de pirámide o de urna funeraria.

(1) Danza de negros, usada también en el Brasil, y el canto y la música de esa misma danza.

Por eso Fadrique amaba, sobre todo, en Portugal el pueblo, el pueblo que no ha variado, como no varía la Naturaleza que lo circunda y le transmite su carácter grave y dulce. Le amaba por sus cualidades y también por sus defectos: por su morosa paciencia de buey manso, por la alegría idílica que poetiza su trabajo, por la tranquila aquiescencia al vasallaje con que después de *su majestad el rey* venera al señor Gobierno; por su dulzura hechicera y naturalista, por su catolicismo pagano y su fiel cariño a los dioses latinos, convertidos en santos del calendario; por sus trajes, por sus canciones... «Le amo, incluso—dice él—, por su lenguaje, tan áspero y pobre, pero que es el único en Portugal en que no se nota la odiosa influencia del lamartinismo o de los compendios de Derecho público.»

VI

La última vez que Fadrique visitó a Lisboa fué esa en que le encontré en el Rato, añorando los apacibles y lozanos saraos del siglo XVIII. El antiguo poeta de las *Lapidarias* tenía entonces cincuenta años, y cada día se aferraba más a la tranquila dulzura de sus costumbres de París.

Fadrique vivía en la calle de Varennes desde 1880, en un ala del antiguo palacio de los duques de Tredennes, que había él amueblado con un lujo sobrio y serio, ya que siempre detestó ese amontonamiento de objetos y telas en que se mezclan y se contradicen las artes y los siglos, y que bajo el justo y bárbaro nombre de *bric-à-brac* (1) tanto seduce a los financieros y a las *cocottes*. Nobles y ricos tapices de paisaje y de historia; amplios divanes de Aubusson; algunos muebles artísticos del Renacimiento francés; porcelanas raras de Delft y de China; espacio, claridad, una armonía de tonos suaves: he aquí lo que se encontraba en las cinco salas que constituían el «cubil» de Fadrique. Todos los grandes balcones, de hierro calado, que databa de Luis XIV, se abrían sobre uno de esos jardines de árboles antiguos que en aquel barrio noble y eclesiástico forman remansos de silencio y de paz selvática, donde a veces, en las noches de mayo, se arriesga a cantar un ruiseñor.

La vida de Fadrique era medida por un reloj secular, cuya campana lenta y casi austera era precedida por una tonada argentina de antigua danza de corte; vida que mantenía con una inmutable regularidad su criado Smith, viejo escocés del *clan* de los Macduffs, de pelo ya todo blanco y de piel sonrosada aún, que hacía treinta años que le acompañaba, con severo celo, por la vida y por el mundo.

Por la mañana, a las nueve, apenas se esparcían en el aire los amables y melancólicos compases de aquel olvidado minué de Cimarosa o de Haydn, Smith irrumpía en la alcoba de Fadrique, abría todos los balcones a la luz, gritaba: *Morning, sir!* (1). Inmediatamente Fadrique salía de entre las sábanas con un brusco salto, que consideraba él «de higiene trascendental»; corría al inmenso laboratorio de mármol a chapuzarse la cara y la cabeza en agua fría, con un resoplar de tritón complacido. Después, poniéndose una de las túnicas de seda

(1) Como ya se ha dicho, baratillo, venta de objetos viejos o baratos, reunidos en mezcolanza, y la propia tienda de prendero. *Sic* en el texto.

(2) Buenos días, señor. *Sic*, en el texto.

que tanto me maravillaban, se abandonaba, tendido en una poltrona, a los cuidados de Smith, que, como barbero—afirmaba Fadrique—reunía la ligereza suave de Fígaro a la sapiencia confidencial del viejo Olivería de Luis XI. Y, en efecto, mientras le enjabonaba y descañonaba, iba haciendo a Fadrique ¡un resumen, claro y sólido, todo de hechos, de los telegramas políticos del *Times*, del *Standart* y de la *Gaceta de Colonia!*

Era para mí una sorpresa, siempre renovada y sabrosa, ver a Smith, con su alta corbata blanca a lo Palmerston, su chaqué, los pantalones a cuadritos verdes y negros—los colores de su *clan*—, los zapatos escotados de charol, pasando la brocha por la barba de su amo y murmurando con una ciencia y una conciencia perfectas: «No tendrá lugar la conferencia del príncipe de Bismarck con el conde Kalnocky... Los conservadores han perdido las elecciones parciales de York... Se hablaba ayer en Viena de un nuevo empréstito ruso...» Los amigos, en Lisboa, se reían de aquella «manía»; pero Fadrique afirmaba que había en ello un provechoso retroceso a la tradición clásica, que en todo el mundo latino, desde Escipión el *Africano*, instituyó a los barberos como «informadores universales de la cosa pública». Aquellos breves resúmenes de Smith formaban la armazón de sus nociones políticas; y Fadrique no decía nunca: «He leído en el *Times*...», sino «He leído en Smith...»

Ya bien afeitado y bien informado, Fadrique se sumergía en un baño ligeramente tibio, del que salía para entregarse de nuevo a las manos vigorosas de Smith, quien, con un par de manoplas de lana, de franela, de estopa, de crin y de piel de tigre, le friccionaba hasta que el cuerpo todo se le pusiera como el de Apolo, «rosado y reluciente». Tomaba entonces su chocolate, y se encerraba en la biblioteca, salón serio y sencillo, donde una imagen de la Verdad, radiantemente blanca en su marmórea desnudez, posaba el fino dedo sobre los labios puros, simbolizando, frente a la amplia mesa de ébano, un trabajo muy íntimo en busca de verdades que no son para el ruido ni para el mundo.

A la una almorzaba con la sobriedad de un griego: huevos y legumbres; y después, tendido en un diván, tomando sorbos lentos de té ruso, recorría en los diarios y en las revistas las crónicas de arte, de literatura, de teatro o de sociedad, que no eran de la competencia política de Smith. Leía entonces también con cuidado los diarios portugueses—a los que llama en alguna parte «fenómenos picarescos de descomposición social»—, siempre característicos, pero sumamente interesantes para quien, como él, se complacía en analizar «la obra genuina y sincera de la mediocridad», y consideraba a Calínez tan digno de estudio como a Voltaire. El resto del día lo dedicaba a los amigos, a las visitas, a los *ateliers* (1), a las salas de armas, a las exposiciones, a los clubs, a los quehaceres diversos que se crea un hombre de elevado gusto que vive en una ciudad de elevada civilización.

Por la tarde iba al *Bois*, guiando su faetón o montando *Saba*, una yegua maravillosa de las cuadras de Ain-Weibah, que le cedió el emir de Mossul. Y su noche—cuando no tenía butaca en la Opera o en la Comedia—la pasaba en algún salón, por la necesidad de acabar su día entre «el efímero femenino»—así decía Fadrique.

(1) Estudios, generalmente de pintor. *Sic*, en el texto.

La influencia de este «femenino» fué suprema en su vida. Fadrique amó a muchas mujeres; pero fuera de ésas, y sobre todas las cosas, amaba a la Mujer.

Su conducta con las mujeres era regida conjuntamente por devociones de espiritualista, curiosidades de crítico y exigencias de sanguíneo. A la manera de los sentimentales de la Restauración, Fadrique las consideraba como «organismos» superiores, divinamente complicados, diferentes y más dignos de adoración que todo cuanto ofrece la Naturaleza; al mismo tiempo, a través de ese culto, iba disecando y estudiando aquellos «organismos divinos» fibra a fibra, sin respeto, por pasión de analista; y con frecuencia el crítico y el entusiasta desaparecían, quedando sólo en él un hombre amando la mujer, según la sencilla y buena ley natural, como amaban los faunos a las ninfas.

Las mujeres, además de eso, estaban para él—al menos en sus teorías dialogales—clasificadas en especies. Había la «mujer exterior», flor de lujo y de mundanismo culto, y la «mujer interior», la que guarda el hogar, ante la cual, cualquiera que fuese su esplendor, Fadrique conservaba un tono lleno de respeto, que excluía toda investigación experimental. «Estoy en presencia de éstas—escribía él a madame de Jouarre—como ante una carta ajena, cerrada con sello y lacre.» En presencia, sin embargo, de aquellas que se «exteriorizan» y viven por entero en el ruido y en la fantasía, Fadrique sentíase tan libre e irresponsable como ante un libro impreso. «Hojear el libro—decía él también a madame de Jouarre—, anotarlo en las márgenes satinadas, criticarlo en voz alta con independencia y chispa, llevarlo en el cupé para leer por la noche en casa, aconsejarlo a un amigo, tirarlo a un rincón una vez recorridas sus mejores páginas, está bien permitido, creo yo, según el catecismo y el código.»

¿Serían estas sutilezas—como sugería un cruel amigo nuestro—las de un hombre que teoriza e idealiza su temperamento de carretero para hacerlo literariamente interesante? No lo sé. El comentario más instructivo de sus teorías lo ofrecía él, visto en un salón, entre el «efímero femenino». Ciertas mujeres muy voluptuosas, cuando escuchan a un hombre que las perturba, abren insensiblemente los labios. En Fadrique eran los ojos los que se dilataban. Los tenía él pequeños, color tabaco; pero junto a una de esas mujeres exteriores, «estrellas de mundanismo», volvíanse inmensos, llenos de luz negra, aterciopelados, casi húmedos. La vieja ladi Mongrave los comparaba a «las bocas abiertas de dos serpientes». Había en ellos, en efecto, un acto de atracción y de absorción; pero, sobre todo, la evidencia de la perturbación y del encanto que le inundaban. En aquella atención de devoto ante la Virgen, en el murmullo cálido de la voz, más enervante que el aire de una estufa; en la humedad atrayente de sus ojos galantes, las mujeres veían tan sólo la influencia omnipotentemente vencedora de sus gracias de forma y de alma sobre un hombre espléndidamente viril. Ahora bien: no hay hombre más peligroso que aquel que da siempre a las mujeres la impresión clara, casi tangible, de que son ellas irresistibles y de que subyugan el corazón más rebelde sólo con mover lentamente los hombros o con murmurar: «¡Qué linda tarde!» Quien se muestra fácilmente seducido, fácilmente se torna seductor. Es la leyenda india, tan sagaz y real, del es-

pejo encantado en que la vieja Marajani se veía radiantemente bella. Para lograr y retener aquel espejo en que con tanto esplendor se refleje su piel arrugada, ¿qué pecados y qué traiciones no cometerá la Marajani?...

Creo, pues, que Fadrique fué profundamente amado y que lo mereció de un modo extraordinario. Las mujeres encontraban en él ese ser, raro entre los hombres, un Hombre. Y para ellas Fadrique poseía esta superioridad inestimable, casi única en nuestra generación: un alma sumamente sensible, servida por un cuerpo sumamente fuerte.

*

De mayor duración e intensidad que sus amores fueron las amistades que Fadrique se atrajo por su excelencia moral. Cuando le conocí en Lisboa, en el remoto año de 1867, parecióme notar en su naturaleza—como en su poesía—una impasibilidad brillante y metálica, y a través de la admiración que me produjo su arte, su personalidad, su exuberancia, su túnica de seda, confesé un día a J. Teixeira de Acevedo que no había encontrado en el poeta de las *Lapidarias* aquella *tibia leche de la bondad humana*, sin la cual el viejo Shakespeare—ni yo después de él—no comprendía que un hombre fuese digno de la Humanidad. Su misma cortesía, tan risueña y perfecta, me parecía conseguida más bien por un sistema que genuinamente innata. En verdad, sin embargo, ayudó a la formación de este juicio una carta—ya antigua, de 1855—que alguien me confió, y en la que Fadrique, con toda la liviana altivez de la juventud, lanzaba este rudo programa de conducta: «Los hombres han nacido para trabajar; las mujeres, para llorar, ¡y nosotros, los fuertes, para pasar fríamente por entre ellos!...»

Pero en 1880, cuando nuestra intimidad se consolidó una noche, ante una mesa del Bignon, Fadrique tenía cincuenta años; y, o porque entonces le observase yo con una asiduidad más penetrante, o porque se hubiera operado ya en él con la edad ese fenómeno que Fustán de Carmanges llamó después *le dégel de Fradique* (1), sentí en seguida, a través de la impasibilidad marmórea del cincelador de las *Lapidarias*, brotar, tibia y generosamente, la *leche de la bondad humana*.

La fuerte expresión de virtud que me sorprendió en él después fué su incondicional e ilimitada indulgencia. O por una conclusión de su filosofía, o por una inspiración de su naturaleza, Fadrique, ante el pecado y el delito, desplegaba aquella vieja misericordia evangélica que, consciente de la universal flaqueza, pregunta de dónde se levantará la mano lo bastante pura para tirar la primera piedra al error. En toda culpa veía él—tal vez contra la razón, pero obedeciendo a aquella *voz* que hablaba bajo a San Francisco de Asís, y que aún no ha enmudecido—la irremediable flaqueza humana: y su perdón ascendía en seguida del fondo de esa piedad, que yacía en su alma como un manantial de agua pura en sierra feraz, siempre pronto a brotar.

Su bondad, sin embargo, no se limitaba a esa expresión pasiva. Todo el infortunio, desde la amargura limitada y tangible que pasa por la calle hasta la vasta y esparcida miseria que con la fuerza de un elemento devasta clases y razas, tuvo en él un consolador diligente y real. De él son, escritas en sus últimos

(1) «El deshielo de Fadrique». *Sic* en el texto.

años—en una carta a G. F.—estas nobles palabras: «Todos los que vivimos en este globo formamos una inmensa caravana que marcha confusamente hacia la Nada. Nos rodea una Naturaleza inconsciente, impasible, mortal como nosotros, que no nos comprende, ni nos ve siquiera, y de la que no podemos esperar ni ayuda ni consuelo. Sólo nos queda, para dirigirnos en la ráfaga que nos arrastra, este secular precepto, suma divina de toda la experiencia humana—«¡Ayudaos los unos a los otros!»—. Que en la tumultuosa caminata donde se mezclan pasos incontables, ceda cada uno la mitad de su pan al que tiene hambre, extienda la mitad de su manto al que tiene frío, alargue su brazo al que va a tropezar, recoja el cuerpo del que ya cayó, y si alguien, más seguro y bien provisto para el camino, necesitase sólo simpatía de alma, que las almas se abran hacia él, rebosantes de esa simpatía... Sólo así lograremos dar alguna belleza y alguna dignidad a esta oscura desbandada hacia la muerte.»

Ciertamente, Fadrique no era un santo militante, rebuscando por las callejas miserias que socorrer; pero no hubo nunca mal conocido por él que de él no recibiese alivio. Siempre que leía, por casualidad, en un diario una calamidad o una indigencia, señalaba la noticia con un trazo de lápiz, poniendo al lado una cifra que indicaba al viejo Smith el número de libras que debía remitir, sin publicidad, púdicamente. Su máxima para con los pobres—a quienes los economistas afirman que no se les debe caridad, sino justicia—era «que a la hora de las comidas más vale un duro en la mano que dos filosofías volando». Los niños, los menesterosos, sobre todo, le inspiraban un infinito enternecimiento; y era de esas personas tan raras, que al encontrar en un crudo día de invierno a un pequeñín mendigando, transido de frío, se detienen bajo la lluvia y el viento, desabrochan pacientemente el gabán, se quitan pacientemente también el guante para registrar el fondo del bolsillo en busca de la moneda de plata que va a convertirse en el calor y en el pan de un día.

Esa caridad se extendía budistamente a todo lo que vive. No he conocido hombre más respetuoso del animal y de sus derechos. En una ocasión, en París, corriendo los dos hacia una parada de *fiacres* para guarecernos de un chubasco desatado y seguir a toda prisa a una subasta de tapices—en la que Fadrique ambicionaba uno con *Las nueve musas danzando entre laureles*—, encontramos sólo un cupé, cuyo caballejo, con el saco colgando del hocico, comía melancólicamente su pienso. Fadrique se obstinó en esperar a que el penco terminase su pitanza con todo sosiego, y se quedó sin *Las nueve musas*.

En sus últimos tiempos le preocupaba, sobre todo, la miseria de la clase baja, al sentir que en estas democracias industriales y materialistas, furiosamente empeñadas en la lucha egoísta por el pan, las almas se vuelven cada día más secas y son menos capaces de piedad. «La fraternidad—decía él en una carta de 1886, que conservo—va desapareciendo, principalmente en estas vastas colmenas de cal y piedra donde los hombres se obstinan en amontonarse y luchar; y a través de la constante desaparición de las costumbres y de la simplicidad rurales, el mundo se precipita hacia un egoísmo feroz. La primera prueba de este egoísmo es el desarrollo ruidoso de la filantropía. Desde el momento en que la caridad se organiza y se consolida en institución, con regla-

mentos, informes, comités, sesiones, un presidente y una campanilla, y pasa de sentimiento natural a función oficial, es porque el hombre, no contando ya con los impulsos de su corazón, necesita obligarse públicamente al bien, según las prescripciones de unos estatutos. Con unos corazones tan duros y unos inviernos tan largos, ¿qué va a ser de los pobres?...»

¡Cuántas veces delante de mí, en los atardeceres de noviembre, en su biblioteca, iluminada sólo por la llama incierta y suave de los leños de la chimenea, Fadrique rompió un silencio en que sus miradas se perdían a lo lejos, como sumidas en horizontes de tristeza, para lamentar así, con enternecida elevación, todas las miserias humanas! Y volvía entonces la amarga afirmación de la creciente aspereza de los hombres, forzados por la violencia del combate y de la rivalidad a un egoísmo brutal, en que cada cual se convierte, con mayor intensidad de día en día, en lobo de su semejante, *homo homini lupus*.

—¡Sería necesario que viniese otro Cristo!—murmuré un día.

Fadrique se encogió de hombros.

—Y ha de venir; ha de libertar tal vez a los esclavos; ha de tener por eso su Iglesia y su liturgia; después será negado; más tarde, olvidado, y, finalmente, surgirán nuevas turbas de esclavos. No hay nada que hacer. No le queda más a cada cual, por prudencia, que reunir un peculio y adquirir un revólver, y que dar a sus semejantes, si llaman a su puerta, el pan o la bala, según los casos.

*

Así, llenos de ideas, de delicadas ocupaciones y de obras amables, transcurrieron los últimos años de Fadrique Méndez en París, hasta que en el invierno de 1888 la muerte le apresó bajo la forma que él, como César, siempre apeteció: *inopinatam atque repentinam*.

Una noche, al salir de una fiesta de la condesa de La Ferté—antigua amiga de Fadrique, con la que hizo en un yate un viaje a Islandia—, se encontró en el guardarropa que su pelliza rusa había sido cambiada por otra, cómoda y rica también, que tenía en un bolsillo una cartera con el monograma y las tarjetas del general Terran-d'Azy. Fadrique, que sentía repugnancias invencibles, no quiso ponerse el gabán de aquel militar malhumorado y catarroso, y cruzó la plaza de la Concordia a pie, de frac, hasta el Club de la *rue Royale*. La noche era seca y clara, pero cortada por uno de esos vientecillos sutiles, más tenues que el aliento, que durante leguas se afilan sobre las mesetas nevadas del Norte, y que fueron ya comparados por el viejo Andrés Vasali a «un puñal traicionero». Al día siguiente despertó con una tos ligera. Indiferente, sin embargo, a las precauciones, fiado en una robustez que había afrontado tantos aires inclementes, fué a Fontainebleau con varios amigos en lo alto de un *mail-coach*. Después, aquella noche, al retirarse, tuvo un largo e intenso escalofrío; y treinta horas más tarde, sin sufrimiento, tan serenamente que durante largo rato Smith le creyó dormido, Fadrique, como decían los antiguos, «acabó de vivir». No termina más suavemente un bello día de verano.

El doctor Labert declaró que se trataba de una forma rarísima de pleuresía. Y añadió, con un exacto sentido de las dichas humanas: *Toujours de la chance, ce Fadrique!* (1).

(1) ¡Siempre con suerte este Fadrique! *Sic*, en el texto.

Acompañaron su paso postrero por las calles de París, bajo un cielo ceniciento de nieve, algunos de los más gloriosos hombres de Francia en las cosas del saber y del arte. Lindos rostros, ya magullados por el tiempo, le lloraron con la añoranza de las emociones pasadas. Y en pobres viviendas, alrededor de hogares sin lumbre, fué también seguramente añorado aquel escéptico, finamente culto, que atendía a los males humanos envuelto en sutiles túnicas de seda.

Yace en el Père Lachaise, cerca del sepulcro de Balzac, en el cual mandaba él siempre colocar, el Día de los Difuntos, un ramo de esas violetas de Parma que tanto amó en vida el creador de la *Comedia humana*. Manos fieles, a su vez, conservan siempre perfumado de rosas frescas el sencillo mármol que le cubre en la tierra.

VII

El erudito moralista que se firma *Alceste* en la *Gaceta de París*, dedicó a Fadrique Méndez una crónica, en la que resume así su espíritu y su acción: «Pensador verdaderamente personal y vigoroso, Fadrique Méndez no deja una obra. Por indiferencia, por dejadez, este hombre fué el derrochador de una enorme riqueza intelectual. Del bloque de oro con el que pudo haber cincelado un monumento imperecedero sacó él, durante años enteros, pequeños fragmentos, migajas, que esparció a manos llenas, conversando, por los salones y por los clubs de París. Todo ese polvo de oro se perdió entre el polvo común. Y sobre la sepultura de Fadrique, como sobre la del griego desconocido que canta la Antología, se podría escribir: «Aquí yace el ruido del viento, que pasó derramando perfume, calor y semillas en vano...»

Toda esta crónica está pergeñada con la acostumbrada superficialidad y desconsideración de los franceses. Nada menos meditados que los términos *indiferencia, dejadez*, que se repiten en esa página bien adornada y sonora, como para marcar con precisión la naturaleza de Fadrique. El fué, por el contrario, un hombre todo pasión, labor tenaz, acción. Y mal puede ser acusado de *dejadez*, de *indiferencia*, quien, como él, tomó parte en dos campañas, predicó una religión, pisó los cinco continentes, absorbió tantas civilizaciones, recorrió todo el saber de su tiempo.

El cronista de la *Gaceta de París* acierta, sin embargo, con rara exactitud, al afirmar que de ese duro trabajador no queda una obra. Impresas y entregadas al mundo sólo conocemos de él, en efecto, las poesías de las *Lapidarias*, publicadas en *La Revolución de Septiembre*, y ese curioso poemita en latín bárbaro *Laus Veneris Tenebrosae*, que apareció en la *Revue de Poésie et d'Art*, fundada a fines del 69, en París, por un grupo de poetas simbolistas. Fadrique, sin embargo, dejó algunos manuscritos. Muchas veces, en la calle de Varennes, los entreví dentro de un arcón español del siglo XIV, de hierro labrado, que Fadrique denominaba la *fosa común*. Todos esos papeles—y la plena disposición de ellos—fueron legados por Fadrique a aquella Libuska de quien habla él largamente en sus cartas a madame de Jouarre, y que se nos hace tan familiar y real «con sus terciopelos blancos de veneciana y sus grandes ojos de Juno».

Esa dama, que se llamaba Varia Lobrinska, pertenecía a la antigua familia rusa de los príncipes de Palidov. En 1874, su marido, Pablo Lobrinski, diplomático silencioso e

indefinido, que servía en el regimiento de la Guardia Imperial, y que en lugar de *capitaine* acostumbraba escribir *capiténe*, falleció en París a finales del otoño, joven aún, de una extenuante y larga anemia. Inmediatamente, madame Lobrinska, con solemne dolor, rodeada de ayas y de crespones, se retiró a sus vastas propiedades rusas cerca de Starobelsk, en la provincia de Karkov. En primavera, sin embargo, volvió con las flores de los castaños, y desde entonces vivía en París, en suntuosa y risueña viudez. Un día, en casa de madame de Jouarre, encontré a Fadrique, que, extasiado por entonces en el culto de la literatura eslava, ocupábase con pasión del más antiguo y noble de sus poemas, *El juicio de Libuska*, hallado casualmente en 1818 en los archivos del castillo de Zelene-Hora. Madame Lobrinska era parienta de los señores de Zelene-Hora, condes de Colloredo, y poseía precisamente una reproducción de las dos hojas de pergamino que contienen esa vieja epopeya bárbara.

Ambos leyeron el texto heroico, hasta que llegó el dulce instante en que, como los enamorados de Dante, «no leyeron más en todo aquel día». Fadrique puso a madame Lobrinska el nombre de *Libuska*, la reina que en *El juicio* aparece «vestida de blanco y resplandeciente de sapiencia». Ella llamaba a Fadrique *Lucifer*. El poeta de las *Lapidarias* murió en noviembre, y días después madame Lobrinska se retiró de nuevo a la melancolía de sus tierras, cerca de Starobelsk, en la provincia de Karkov. Sus amigos sonrieron, murmurando con simpatía que madame Lobrinska había huído para llorar entre sus *mujiks* su segunda viudez, hasta que volvieran a florecer las lilas. Pero esta vez *Libuska* no retornó, ni con las flores de los castaños.

El marido de madame Lobrinska era un diplomático estudioso, que frecuentaba, sobre todo, los *menus* y los cotillones. Su carrera fué, por tanto, irremisiblemente subalterna y lenta. Durante seis años yació en Río de Janeiro, entre las arboledas de Petrópolis, como secretario, esperando aquella Legación en Europa que el príncipe Gortchakov, canciller imperial por entonces, afirmaba que pertenecía a madame Lobrinska *par droit de beauté et de sagesse* (1). La Legación en Europa, en una capital mundana, culta, sin bananos, no logró nunca compensar a aquellos desterrados que sufrían con la nostalgia de la nieve; y madame Lobrinska, en su destierro, llegó a aprender tan perfectamente nuestra dulce lengua portuguesa, que Fadrique me enseñó una traducción de la elegía de Lavoski, *La colina del adiós*, realizada por ella con suma pureza y relieve.

Sólo ella, pues, realmente, entre todas las amigas de Fadrique, podía apreciar como páginas vivas, donde el pensador depositó la confesión de su pensamiento, esos manuscritos que para las otras serían solamente secas y muertas hojas de papel cubiertas de líneas incomprendidas.

No bien empecé a coleccionar las cartas dispersas de Fadrique Méndez, escribí a madame Lobrinska contándole mi propósito de fijar en un estudio cariñoso los rasgos de aquel espíritu trascendental, y solicitando, si no algunos extractos de sus manuscritos, al menos, algunas revelaciones *sobre su carácter*. La respuesta de madame Lobrinska fué una negativa resuelta y bien fundamentada, mostrando que, indudablemente, bajo «los claros ojos de Juno» había una clara razón de Minerva.

(1) Por derecho de belleza y de sabiduría. *Sic*, en el texto.

«Los papeles de Carlos Fadrique (decía, en suma) le fueron confiados a ella, que vivía alejada de la publicidad y del mundo que se interesa y lucra con la publicidad, con la intención de que conservasen siempre el carácter íntimo y secreto en que Fadrique los mantuvo durante tanto tiempo; y en tales condiciones, *revelar su naturaleza* sería contrariar manifiestamente el recatado y altivo sentimiento que dictó ese legado...» Esto venía escrito con una letra gruesa y redonda, en una ancha hoja de papel áspero, en una de cuyas esquinas brillaba en oro, bajo una corona, de oro también, esta divisa: *Per terram ad coelum*.

De este modo se hizo la oscuridad en torno a los manuscritos de Fadrique. ¿Qué contenía, realmente, aquel cofre de hierro, al que Fadrique llamaba con desconsolado orgullo la *fosa común*, por juzgar pobres y sin brillo en el mundo los pensamientos que allí arrojaba?

Algunos amigos creen que ahí deben de encontrarse, si no completas, al menos esbozadas, o coordinadas ya en sus materiales, las dos obras a que Fadrique aludía como los libros más atrayentes para un pensador y un artista de este siglo: una *Psicología de las religiones* y una *Teoría de la voluntad*.

Otros (como J. Teixeira de Acevedo) opinan que en esos papeles existe una novela de un realismo épico, reconstruyendo una civilización extinguida, como la *Salambó*. Y deducen esa suposición (desagradable) de una carta a Oliveira Martins, en 1880, en la que Fadrique exclamaba, con misteriosa ironía: «¡Siento que me deslizo, querido historiador, a unas prácticas culpables y vanas! ¡Ay de mí, ay de mí, impulsado por la pena hacia el mal! ¿Qué demonio maléfico, cubierto por el polvo de las edades y sosteniendo debajo del brazo infolios arqueológicos, vino a murmurarme una de estas noches, noche de crudo invierno y de erudición decorativa: «¡Haz una novela! ¡Y resucita en ella la antigüedad asiática!»? ¡Y sus sugerencias me parecieron dulces, amigo, de una dulzura letal!... ¿Qué dirá usted, dilecto Oliveira Martins, si un día, estando desprevenido en su casa, recibe un tomo mío, impreso con solemnidad, y que comience así: «Era en Babilonia, en el mes de Sivanú, después de la recogida del bálsamo...»? Usted, seguramente (desde aquí lo veo), hundirá la cara aterrada entre las manos trémulas, murmurando: «¡Justo cielo! ¡Ahora se nos viene encima la descripción del templo de las Siete Esferas, con todas sus terrazas! ¡La descripción de la batalla de Halub, con todas sus armas! ¡La descripción del banquete de Sennacherib, con todos sus manjares!... ¡No nos perdonarán ni los bordados de una sola túnica, ni los relieves de una sola ánfora! ¡Y esto es un amigo íntimo!»

Ramalho Ortigao, por el contrario, se inclina a creer que los papeles de Fadrique contienen *Memorias*, ya que sólo a unas *Memorias* se puede imponer razonablemente la condición de permanecer secretas.

Y yo, por último, por mi mejor y más continuo conocimiento de Fadrique, pienso que él no dejó un libro de psicología, ni una epopeya arqueológica (que, indudablemente, le hubiese parecido a Fadrique una vana y culpable ostentación de sabiduría pintoresca y fácil), ni unas *Memorias*, inexplicables en un hombre todo idea y abstracción, que encubría su vida con tan altivo recato. Y afirmo atrevidamente que en ese cofre de hierro, perdido en una vetusta casa solariega rusa, no existe una *obra*, porque Fadrique no fué nunca realmente un *autor*.

Para serlo no le faltaban, ciertamente, ideas; pero le faltó la certeza de que éstas, por su valor *definitivo*, mereciesen ser registradas y perpetuadas; y le faltó también el arte paciente o la voluntad poderosa para producir la forma que él concibiera en abstracto como la única digna, por sus bellezas especiales y raras, de encarnar sus ideas. Desconfianza de sí mismo como pensador, cuyas conclusiones, renovando la filosofía y la ciencia, pudieran imprimir al espíritu humano un movimiento inesperado; desconfianza de sí mismo como escritor y creador de una prosa que, sólo por sí propia y separada del valor del pensamiento, ejerciese sobre las almas la acción inefable de lo absolutamente bello: he aquí las dos influencias negativas que mantuvieron a Fadrique inédito y mudo para siempre. Todo cuanto emanase de su inteligencia quería él que permaneciera actuando perpetuamente sobre las inteligencias, por su definitiva verdad o por su incomparable belleza. Pero la crítica inclemente y sagaz que practicaba sobre los otros la practicaba sobre sí mismo, a diario, con doble sagacidad e inclemencia. El sentido, tan vivo en él, de la realidad, haciale distinguir su propio espíritu tal como era, en su potencia real, en sus límites reales, sin que se le mostrasen más potentes o más amplios esos «humos de la ilusión literaria» que llevan a todo hombre de letras, apenas corre su pluma sobre el papel, a tomar por centelleantes rayos de luz algunos sucios trazos de tinta. Y viendo, en conclusión, que ni por la idea ni por la forma podía llevar a las inteligencias la persuasión o el encanto que resaltasen definitivamente en la evolución de la razón o del gusto, prefirió altivamente permanecer en silencio. Por motivos noblemente diferentes de los de Descartes, él siguió así la máxima que tanto seducía a Descartes: *Bene vixit qui bene latuit*.

No me confesó él ninguno de esos sentimientos; pero los sorprendí todos, claramente, en una de las últimas Nochebuenas que fuí a pasar a la calle de Varennes, donde Fadrique, con ocasión de las fiestas de Año Nuevo, me alojaba con inmerecido esplendor. Era una noche de crudo y ruidoso invierno; y tomando el café, con los pies extendidos hacia la alta llama de los troncos de haya que chisporroteaban en la chimenea, hablábamos de Africa y de las religiones africanas. Fadrique había recogido en la región del Zambeze notas muy flagrantes, muy vivas, sobre los cultos nativos, que son divinizaciones de los jefes muertos, convertidos por la muerte en mulungus, espíritus dispensadores de las buenas y las malas cosas, con residencia divina en las chozas y en las colinas donde tuvieron su residencia carnal; y, comparando los ceremoniales y los fines de esos cultos salvajes de Africa con los primitivos ceremoniales litúrgicos de los arios en Septa-Sandú, Fadrique afirmaba, en conclusión (como prueba una carta suya de esa época a Guerra Junqueiro), que en la religión lo que hay de real, esencial, necesario y eterno es el ceremonial y la liturgia, y lo que hay de artificial, de suplementario, de dispensable, de transitorio, es la teología y la moral.

Todas estas cosas me atraían irresistiblemente, sobre todo por los rasgos de vida y de naturaleza africana con que venían iluminadas. Y sonriendo, seducido:

—Fadrique, ¿por qué no escribe usted todo ese viaje suyo al Africa?

Era la primera vez que sugería yo a mi amigo la idea de hacer un libro. Levantó la cara hacia mí con gran espanto, como si le propusiera

yo caminar descalzo en la noche tormentosa, hasta los bosques de Marly. Después, tirando el cigarrillo a la lumbre, murmuró con lentitud y melancolía:

—¿Para qué?... No he visto nada en el Africa que los demás no hayan visto ya.

Y como le hiciera yo notar que él lo había visto de un modo diferente y superior, que no todos los días un hombre cultivado en la filosofía, saturado de erudición, hace la travesía del Africa, y que en la ciencia una sola verdad necesita mil experimentadores, Fadrique casi se impacientó:

—¡No! No tengo sobre el Africa ni sobre cosa alguna de este mundo conclusiones que por alterar el curso del pensamiento contemporáneo valga la pena de registrar... Sólo podría presentar una serie de impresiones, de paisajes. ¡Y entonces, peor! Porque la palabra humana, tal como la hablamos, es aún impotente para encarnar la menor impresión intelectual o reproducir la simple forma de un arbusto... ¡Yo no sé escribir! ¡Nadie sabe escribir!

Protesté riendo contra aquella generalización tan enérgica, que lo barría todo despiadadamente. Y recordé que a escasos metros de la chimenea que nos calentaba en aquel viejo barrio parisiense donde se alzaban la Sorbona, el Instituto de Francia y la Escuela Normal, hubo muchos hombres, los había aún, que poseían del modo más perfecto el «bello arte de decir».

—¿Quiénes?—exclamó Fadrique.

Comencé por Bossuet. Fadrique se encogió de hombros, con una violenta irreverencia que me hizo enmudecer. Y declaró en seguida, en un resumen tajante, que en los dos mejores siglos de literatura francesa, desde *mi* Bossuet hasta Beaumarchais, ningún pensador poseía para él relieve, color, intensidad, vida... Y entre los modernos, tampoco le satisfacía ninguno. La amplitud retumbante de Hugo era tan insoportable como la flaccidez untuosa de Lamartine. A Michelet le faltaba gravedad y equilibrio; a Renán, solidez y nervio; a Taine, fluidez y transparencia; a Flaubert, vibración y ardor. El pobre Balzac, ése, era de una exuberancia desordenada y bárbara. Y el preciosismo de los Goncourt y de su mundo parecíale perfectamente indecente...

Aturdido, riendo, le pregunté a aquel «feroz insatisfecho» qué prosa concebía él, pues, ideal y milagrosa, que mereciese ser escrita. Y Fadrique, emocionado (porque estas cuestiones de forma trastornaban su serenidad), balbució que él anhelaba en prosa «algo cristalino, aterciopelado, ondulante, marmóreo, que sólo, *por sí mismo, plásticamente*, realizase una absoluta belleza, y que expresivamente, como verbo, lo pudiese traducir todo, desde los más fugaces tonos de luz, hasta los más sutiles estados de alma...»

—¡En fin—exclamé—, una prosa como no puede haber!

—¡No!—gritó Fadrique—. ¡Una *prosa como aún no hay!*

Y después añadió, en conclusión:

—Y como aún no la hay, es inútil escribir. Sólo se pueden producir formas sin belleza, y dentro de esas mismas sólo cabe la mitad de lo que se quiere expresar, porque la otra mitad no se puede reducir al verbo.

Todo esto era, tal vez, especioso y pueril, pero revelaba el sentimiento que mantuvo mudo a aquel espíritu superior, poseído de la sublime ambición de producir tan sólo verdades absolutamente definitivas por medio de formas absolutamente bellas.

Por eso y no por indolencia de meridional, como insinúa *Alceste*,

Fadrique pasó por el mundo sin dejar otras huellas de la formidable actividad de su ser pensante que aquellas que durante largos años esparció, a la manera del sabio antiguo, «en conversaciones con que se deleitaba al atardecer, bajo los plátanos de su jardín, o en cartas, que eran también conversaciones naturales con los amigos de quienes le separaban las olas...» Sus conversaciones se las llevó el viento, al no tener, como el viejo doctor Johnson, un Boswell, entusiasta y paciente, que le acompañase por la ciudad y el campo, con las anchas orejas atentas y el lápiz preparado para anotarlo y eternizarlo todo. De él sólo quedan, pues, sus cartas, leves residuos de ese oro de que habla *Alceste*, y en las que se vislumbra el brillo, el valor intrínseco y la belleza del rico bloque a que pertenecían.

VIII

Si la vida de Fadrique estuvo así regida por un tan constante y claro propósito de abstención y silencio, yo, al publicar sus cartas, parezco lanzar irreflexiva y traicioneramente a mi amigo, después de muerto, a ese ruido y a esa publicidad a que él se negó siempre por una rígida probidad de espíritu. Y así sería si no tuviese yo la evidencia de que Fadrique aprobaría incondicionalmente la publicación de su correspondencia, organizada con discernimiento y cariño. En 1888, en una carta en que le contaba un romántico viaje por Bretaña, aludí a un libro que me acompañó y me encantó, la *Correspondencia de Xavier Doudan*, uno de esos espíritus retraídos que viven para perfeccionarse en la verdad y no para glorificarse en el mundo, y que, como Fadrique, sólo dejó vestigios de su intensa vida intelectual en su correspondencia, recopilada después con veneración por los confidentes de su pensamiento.

Fadrique, en su carta de contestación, consagrada toda a los Pirineos, donde había pasado el verano, añadía en un *post-scriptum*: «La correspondencia de Doudan es, realmente, muy legible, aunque a través de ella sólo se siente un espíritu naturalmente limitado, que desde joven se adentró en el doctrinarismo de la escuela de Ginebra, y que después, al caer en la soledad y en la dolencia, sólo por los libros conoció la vida, los hombres y el mundo. Leí, a fin de cuentas, esas cartas, como leo todas las colecciones de correspondencias que, no estando didácticamente preparadas para el público (como las de Plinio), constituyen un estudio excelente de psicología y de historia. He aquí una manera de perpetuar las ideas de un hombre, que apruebo decididamente: ¡publicar su correspondencia! Existe, desde luego, esta inmensa ventaja: que el valor de las ideas (y, por consiguiente, la elección de las que deben quedar) no está determinado por quien las concibió, sino por un grupo de amigos y de críticos, tanto más libres y más exigentes en su criterio cuanto que están juzgando a un muerto, del que sólo desean mostrar al mundo sus aspectos superiores y luminosos. Además de eso, una correspondencia revela mejor que una obra la individualidad, el hombre; y esto es inestimable para aquellos que en la tierra valieron más por el carácter que por el talento. Añádase también que si una obra no siempre aumenta el peculio del saber humano, una correspondencia que reproduce forzosamente las costumbres, los modos de sentir, los gustos, el pensamiento contemporáneo y ambiente, enrique-

ce siempre el tesoro de la documentación histórica. Tenemos, además, que las cartas de un hombre, por ser el producto cálido y vibrante de su vida, contienen mayores enseñanzas que su filosofía, que es sólo la creación impersonal de su espíritu. Una filosofía ofrece meramente una conjetura más que va a juntarse al inmenso montón de las conjeturas: una vida que se confiesa constituye el estudio de una realidad humana, que, puesta al lado de otros estudios, amplía nuestro conocimiento del hombre, único objetivo *accesible* al esfuerzo intelectual. Y, finalmente, como *las cartas son conversaciones escritas* (como afirma no sé qué clásico), excusan el revestimiento sacramental de *una prosa como no existe*... Pero este punto necesitaría ser más aclarado, y oigo pararse en la puerta el caballo sobre el que voy a subir al pico de Bigorra.»

Recordando esta opinión de Fadrique, tan clara y fundamentada, me decidí, apenas se fué calmando en mí la nostalgia de aquel camarada adorable, a reunir sus cartas, para que los hombres pudiesen aprender y amar algo en aquella inteligencia que yo amé y seguí tan íntimamente. Consagré un año a esa cariñosa tarea, porque la correspondencia de Fadrique, que, desde las tranquilas costumbres en que se refugió después de 1880 aquel «andarín de continentes», era su ocupación predilecta, y muestra la amplitud y la profusión de la correspondencia de Cicerón, de Voltaire, de Proudhon y de otros poderosos removedores de ideas.

Nótase pronto el placer con que escribía esas cartas en la forma del papel, espléndidas hojas de Whatman, lo suficientemente satinadas para que la pluma corriese sobre ellas con la soltura con que la voz corta el aire; lo suficientemente grandes para que cupiera en ellas el desarrollo de la idea más compleja; lo suficientemente fuertes, en su consistencia de pergamino, para que no prevaleciese contra ellas la carcoma del tiempo. «Calculé ya, ayudado por Smith (afirma él a Carlos Mayer), que cada una de mis cartas, en este papel, con sobre y sello, me cuesta una peseta con veinticinco céntimos. Ahora bien: suponiendo vanidosamente que cada quinientas cartas mías contengan una idea, resulta que cada idea me sale por *seiscientas veinticinco pesetas*. Este sencillo cálculo bastará para que el Estado y la ahorrativa clase media que lo dirige impidan con ardor la educación, mostrando, con una prueba irrefutable, que fumar es más barato que pensar... Contrapeso *pensar* y *fumar* porque son, querido Carlos, dos operaciones idénticas, que consisten en arrojar nubecillas al viento.»

Esas costosas cuartillas tienen todas en un ángulo las iniciales de Fadrique—F. M.—, minúsculas y sencillas, en esmalte rojo. La letra que las llena, singularmente desigual, ofrece la mayor semejanza con la conversación de Fadrique: unas veces cerrada y fina, pareciendo morder el papel como un buril para contornear estrechamente la idea; otras, vacilante y lenta, con trazos, separaciones, como en aquel esfuerzo tan suyo de tantear, acechar, rodear la real realidad de las cosas; otras, más flúida y rápida, dibujada con facilidad y largueza, recordando esos momentos de abundancia y de vena que Fustán de Carmanges denominaba *le dégel de Fradique*, y en que el gesto recortado y sobrio se le alteraba en un revolar de gallardete al viento.

Fadrique no fechaba nunca sus cartas; y si llegaban de moradas familiares a sus amigos, anotaba simplemente el mes. Existen así innumerables cartas con esta concisa in-

dicación: *París, julio*; *Lisboa, febrero*... Con frecuencia restituía también a los meses sus sobrenombres naturalistas del calendario republicano: *París, floreal*; *Londres, nivoso*. Cuando se dirigía a mujeres, sustituía asimismo el nombre del mes por el de la flor que mejor le simboliza; y tengo, por eso, cartas con esta bucólica fecha: *Florencia, primeras violetas* (lo cual indica el final de febrero); *Londres, llegada de los crisantemos* (lo cual indica el comienzo de septiembre). Una carta de Lisboa muestra, incluso, esta fecha atroz: *¡Lisboa, primeros flujos de la verborrea parlamentaria!* (Esto revela un enero triste, con barro, coches en la plaza de San Benito y unos estudiantes encima vomitando, entre injurias, heces de viejos compendios.)

No es, por tanto, posible disponer la correspondencia de Fadrique por orden cronológico; ni, por lo demás, importa ese orden, puesto que yo no edito su correspondencia completa e íntegra, formando una historia continua e íntima de sus ideas. En cartas que no son de un *autor* y que no constituyen, como las de Voltaire o Proudhon, el corriente y constante comentario que acompaña e ilumina la obra, era preciso, sobre todo, realzar las páginas que con mayor saliente revelasen la *personalidad*, el conjunto de ideas, gustos, modos, en que se siente tangiblemente y se palpa al hombre. Por lo cual, de estos voluminosos fajos de las cartas de Fadrique sólo escojo algunas, sueltas, entre las que muestran rasgos del carácter y momentos de la existencia activa; entre las que dejan entrever algún episodio instructivo de su vida entrañable; entre las que, manejando nociones generales sobre la literatura, el arte, la sociedad y las costumbres, caracterizan la hechura de su pensamiento; y también, por el interés especial que las realza, entre las que se refieren a cosas de Portugal, con sus «impresiones de Lisboa», transcritas con tan maliciosa realidad, para regalo de madame de Jouarre.

Sería inútil, indudablemente, buscar en estas páginas fragmentarias el resumen del alto y libre pensamiento de Fadrique o de su saber tan hondo y exacto. La correspondencia de Fadrique Méndez, como dice al final *Alceste, c'est son génie qui mousse* (1). En ella, efectivamente, vemos sólo la espuma brillante y efímera que hervía y rebosaba, mientras debajo reposaba el vino rico y sustancioso que no fué nunca repartido ni sirvió a las almas sedientas. Pero así, ligera y dispersa, muestra todavía un excelente relieve, la imagen de aquel hombre tan altamente interesante en todas sus manifestaciones de pensamiento, de pasión, de sociabilidad y de acción.

*

Además de mi deseo de que los contemporáneos lleguen a amar este espíritu que yo tanto amé, obedezco, publicando las cartas de Fadrique Méndez, con un propósito de puro y firme patriotismo.

Una nación vive tan sólo porque piensa. *Cogitat ergo est.* La fuerza y la riqueza no bastan para probar que una nación vive una vida que merezca ser glorificada en la Historia, como unos músculos tensos en un cuerpo y una bolsa repleta de oro no bastan para que un hombre honre por sí mismo a la Humanidad. Un reino de Africa, con guerreros incontables en sus campos atrincherados e incontables diamantes en sus

(1) Es su talento que hierve, o que borbotea. *Sic*, en el texto.

colinas, será siempre una tierra bravía y muerta, que, para lucro de la civilización, los civilizados pisan y labran tan resueltamente como se sangra y se corta la res para nutrir al animal pensante. Y, por otro lado, si Egipto y Túnez formasen resplandecientes centros científicos, literarios y artísticos, y a través de una serena legión de hombres geniales educasen incesantemente al mundo, ninguna nación, incluso en esta época del hierro y de la fuerza, se atrevería a ocupar como un campo inculto y sin dueño esos suelos augustos de donde se levantase, para mejorar las almas, el sublime enjambre de las ideas y de las formas.

Sólo en la verdad, el pensamiento y su creación suprema, la ciencia, la literatura, las artes, dan grandeza a los pueblos, atraen hacia ellos afecto y respeto universales, y formando dentro de ellos el tesoro de verdades y de bellezas que el mundo necesita, los hacen ante el mundo sacrosantos. ¿Qué diferencia hay, realmente, entre París y Chicago? Son dos palpitantes y productivas ciudades, donde los palacios, las instituciones, los parques, las riquezas, tienen una soberbia equivalencia. ¿Por qué forma, entonces, París un foco crepitante de civilización que fascina irresistiblemente a la Humanidad, y por qué tiene Chicago sólo en el mundo el valor de un rudo y formidable granero, donde se busca la harina y el grano? Porque París, además de los palacios, de las instituciones y de las riquezas de que Chicago se envanece, también con justicia, posee, por añadidura, un grupo especial de hombres—Renán, Pasteur, Taine, Berthelot, Coppée, Bonnat, Falguière, Gounod, Massenet—, que por la incesante producción de su cerebro convierten la trivial ciudad que habitan en un centro soberano de enseñanza. Si *Los orígenes del cristianismo*, el *Fausto*, los lienzos de Bonnat, los mármoles de Falguière, viniesen a nosotros de allende los mares, de la nueva y monumental Chicago, hacia Chicago y no hacia París, se volverían, como las plantas hacia el sol, los espíritus y los corazones de la tierra.

Si una nación, por consiguiente, posee sólo superioridad porque posee pensamiento, todo aquel que venga a revelar en nuestra patria un nuevo hombre de pensamiento original contribuye patrióticamente a aumentar la grandeza que la hará respetada, la única belleza que la hará amada; es como quien añadiera un sagrario más a sus templos o levantase un castillo más sobre sus murallas.

Michelet escribió un día en una carta, aludiendo a Antero de Quental: «Si en Portugal quedan cuatro o cinco hombres como el autor de las *Odas modernas*, Portugal seguirá siendo un gran país vivo...» El maestro de la *Historia de Francia* quería decir con esto que mientras viviese del lado de la inteligencia, aunque yaciese muerta del lado de la acción, nuestra patria no sería enteramente un cadáver que se pisa y se despedaza sin escrúpulo. Ahora bien: en el pensamiento hay diversas manifestaciones, y si no todas irradian el mismo esplendor, todas demuestran la misma vitalidad. Un libro de versos puede mostrar sublimemente que el alma de una nación vive aún por el genio poético; un conjunto de leyes salvadoras, emanando de un espíritu positivo, puede revelar sólidamente que un pueblo vive aún por el genio poético; pero la revelación de un espíritu como el de Fadrique prueba que un país vive también por los lados menos grandiosos, pero igualmente valiosos, de la gracia, de

la invención vivaz, de la ironía trascendental, de la fantasía, del humorismo y del gusto...

En los tiempos inciertos y amargos que corren, portugueses como éstos no pueden quedar para siempre olvidados, lejos, bajo la mudez de un mármol. Por eso lo revelo yo a mis conciudadanos, como un consuelo y una esperanza.

CARTAS DE FADRIQUE MENDEZ

I

AL VIZCONDE DE A.-T.

Londres, mayo.

Mi querido compatriota: Hasta anoche, ya tarde, al regresar del campo, no encontré la carta con que me honró usted altamente, preguntando a mi experiencia «cuál es el mejor sastre de Londres». Esto depende por entero del fin para el que necesite usted a ese artista. Si pretende tan sólo un individuo que cubra su desnudez con economía y comodidad, entonces le recomiendo aquel que tenga la tienda más cerca de su hotel. Son otros tantos pasos que se ahorra, y, como dice el *Ecclesiastés*, cada paso acorta la distancia de la sepultura.

Pero si, por el contrario, desea usted, mi querido compatriota, un sastre que le proporcione consideración y valía en su mundo; al que pueda usted citar con orgullo en la puerta de la Habanera, girando lentamente para mostrar el corte fino y ondulante del talle; que le habilite para mencionar a los lores que encontró allí, escogiendo, arrogantes, con la punta del bastón, *cheviots* para chaquetas de caza, y que le sirva más adelante, en la vejez, a la hora mortificante del reuma, como recuerdo consolador de juveniles elegancias, entonces, con ardorosa instancia, le aconsejo Cook (Thomas Cook), que es el de última moda, absolutamente ruinoso, y todo lo equivoca.

Para ulteriores consejos sobre «proveedores» en Londres o en otros puntos del universo, queda siempre a sus gratas órdenes,

Fadrique Méndez.

II

A MADAME DE JOUARRE

(Trad.) (1)

París, diciembre.

Mi querida madrina: Ayer, en casa de madame de Tressan, cuando pasé, acompañando para la cena a Libuska, estaba sentada, conversando con ella, debajo del atroz retrato de la mariscala de Mouy, una mujer rubia, de cabeza erguida y clara, que me sedujo en seguida, tal vez por presentir en ella, a pesar de hallarse tan indolentemente sepultada en un diván, una rara gracia en el andar, gracia altiva y ligera de diosa y de ave. ¡Muy diferente de la de nuestra culta Libuska, que se mueve con la espléndida gravedad de una estatua! Y del interés por ese otro andar, posiblemente alado y *diánico*

(1) Muchas de las cartas de Fadrique Méndez insertas aquí están, naturalmente, escritas en francés. Todas esas van señaladas con la indicación abreviada *trad.* (traducida). *(Nota del autor.)*

(de Diana), provienen estos garrapatos.

¿Quién era? Supongo que nos llegó del fondo de una provincia, de algún viejo castillo de Anjou, con hierba en los fosos, porque no recuerdo haber encontrado en París ese pelo fabulosamente rubio como el sol de Londres en invierno, ni esos hombros caídos, dolientes, *angélicos*, imitados de una madona de Mantegna, y enteramente desusados en Francia, desde el reinado de Carlos X, del *Lirio del Valle*, y de los corazones incomprendidos. No admiré con igual fervor el vestido, negro, en el que reinaban cosas escandalosamente amarillas. Pero los brazos eran perfectos; y de las pestañas, cuando las bajaba, parecía suspendida una novela triste. Me produjo así la impresión, al principio, de ser una elegíaca de la época de Chateaubriand. En los ojos, sin embargo, sorprendí después una chispa de viveza sensible, que la situaba en el siglo XVIII. Y dirá mi madrina: «¿Cómo pude yo abarcar tanto, al pasar, con Libuska al lado, fiscalizando?» Es que volví. Volví, y desde el marco de la puerta admiré de nuevo los hombros dolientes de virgen del siglo XIII; la masa de pelo, que el haz de velas, por detrás, entre las orquídeas, nimbaba de oro; y, sobre todo, el sutil encanto de los ojos, finos y lánguidos... Ojos *finos y lánguidos*. Es la primera impresión con que hoy capto decentemente la realidad.

¿Por qué no me adelanté y no solicité una «presentación»? No lo sé. Tal vez el deleite del *retraso*, que hacía que La Fontaine, aun dirigiéndose hacia la felicidad, tomase siempre el camino más largo. ¿Sabe usted lo que daba tanta seducción al palacio de las Hadas, en tiempos del rey Arthur? No lo sabe. Consecuencias de no leer a Tennyson... Pues era la inmensidad de años que se tardaba en llegar allí, a través de jardines encantados, donde cada rincón de bosque ofrecía la emoción inesperada de un *flirt*, de una batalla o de un banquete... (¡Con qué morbosa tendencia al estilo asiático he despertado hoy!) El hecho es que, después de esa contemplación apoyado en el marco, volví a cenar junto a mi radiante tirana. Pero entre el vulgar *sandwich* de *foie-gras* y una copa de tokay, en nada parecido a aquel tokay que Voltaire, ya viejo, recordaba haber bebido en casa de madame d'Etioles (los vinos de los Tressan descienden, por línea varonil, de los venenos de la Brinvilliers), vi, constantemente, *vi los ojos finos y lánguidos*. No hay más que el hombre, entre los animales, para mezclar la languidez de una mirada fina a unas rebanadas de *foie-gras*. No lo haría, seguramente, un perro de buena raza. Pero ¿seríamos nosotros deseados por el «efímero femenino» si no fuese por esta providencial brutalidad? Sólo la porción de materia que hay en el hombre hace que las mujeres se resignen a la incorregible porción de ideal que en él hay también, para eterno trastorno del mundo. Lo que más perjudicó a Petrarca ante los ojos de Laura fueron los *Sonetos*. Y cuando Romeo, ya con un pie en la escala de seda, se retrasaba, exhalando su éxtasis en invocaciones a la noche y a la luna, Julieta tamborileaba con dedos impacientes sobre el borde del balcón, y pensaba: «¡Ay, qué charlatán es este hijo de los Montecchis!» Este detalle no figura en Shakespeare, pero está comprobado por todo el Renacimiento. No me maldiga por esta sinceridad de meridional escéptico y mándeme decir qué nombre tiene, en su parroquia, la rubia castellana de Anjou. A propósito de castillos: cartas de Portugal me anuncian que el pabellón mandado levantar por mí

en Cintra, en mi quinta, y que le destinaba como «lugar de meditación y retiro en las horas de siesta», se vino abajo. Tres mil ochocientos francos deshechos en escombros. Todo tiende a la ruina en un país en ruinas. El arquitecto que lo construyó es diputado ¡y escribe en el *Diario de la Tarde* estudios melancólicos sobre finanzas! Mi administrador de Cintra recomienda ahora, para reedificar el pabellón, un muchacho de buena familia, que entiende de construcción ¡y que está empleado en la Administración general de la Corona! Tal vez, si necesitase yo un jurisconsulto, me propondrían un albañil. ¡Con estos elementos alegres procuramos restaurar nuestro imperio de Africa! Su humilde y devoto servidor,

Fadrique.

III

A OLIVEIRA MARTINS

París, mayo.

Mi querido amigo: Cumplo, por fin, la promesa hecha en su erudito santuario de Aguas Férreas, en aquella mañana de marzo, cuando conversábamos al sol sobre el carácter de los antiguos, y le remito como documento la fotografía de la momia de Ramsés II (que el francés banal, continuador del griego banal, se obstina en llamar Sesostris), recientemente descubierta en los sarcófagos reales de Medinet-Abou por el profesor Maspero.

Querido Oliveira Martins: ¿no encuentra usted picarescamente sugestivo este hecho, *Ramsés fotografiado*? Pero ahí está justificada la momificación de los cadáveres, hecha por los buenos egipcios con tanta fatiga y tanto gasto, para que los hombres gozasen, en su forma terrena, según dice el Escriba, de «¡las ventajas de la eternidad!» Ramsés, como él creía y le afirmaban los metafísicos de Tebas, resurge, en efecto, «con todos sus huesos y la piel que era suya» en este año de gracia de 1886. Ahora bien: 1886, para un Faraón de la décimanona dinastía, mil cuatrocientos años anterior a Cristo, representa muy decentemente la *eternidad* y la *vida futura*. Y henos aquí ahora pudiendo contemplar las «propias facciones» del mayor de los ramsesidas, tan realmente como Hokem, su eunuco mayor, o Pentaour, su cronista mayor, o aquellos que antaño, en días de triunfo, corrían a sembrar su camino de flores, llevando «sus pelucas de fiesta y el cutis untado con óleos de Segabai». Ahí lo tiene ahora, delante de usted, en fotografía, con los párpados bajos y sonriendo. ¿Y qué dice esa cara regia? ¡Qué humillantes reflexiones no provoca sobre la irremediable degeneración del hombre! ¿Dónde existe hoy uno, entre los que gobiernan los pueblos, que tenga esa soberana frente de tranquilo e inconmensurable orgullo; esa sonrisa superior de omnipotente benevolencia, de inefable benevolencia, que cubre el mundo; ese aire de inalterable e indomeñada fuerza; todo ese esplendor viril que la oscuridad de un hipogeo durante tres mil años no ha conseguido apagar? ¡He aquí, verdaderamente, un *amo de hombres!* Compare ese semblante augusto con el perfil socarrón, oblicuo y bigotudo de un Napoleón III; con el hocico de *bull-dog* encadenado de un Bismarck, o con la carota parada y afable del zar ruso, una carota parada y afable, que podía ser la de su copero mayor. ¡Qué chatedad, qué fealdad tacaña la de estos rostros de poderosos!

¿De qué proviene esto? De que el alma modela la cara como el soplo del antiguo alfarero modelaba el fino jarrón; y hoy, en nuestras ci-

vilizaciones, no hay lugar para que un alma se afirme y se produzca en la absoluta expansión de su fuerza. Antaño un simple hombre, un haz de músculos sobre un haz de huesos, podía levantarse y actuar como un elemento de la Naturaleza. Bastaba tener el ilimitado querer para sacar de él el ilimitado poder. Ahí está Ramsés, un ser que todo lo quiere y todo lo puede, y a quien Phtah, el dios sagaz, dice con espanto: «¡Tu voluntad da vida y tu voluntad da muerte!» El impulsa a su antojo las razas hacia el Norte, hacia el Sur o hacia el Este; él altera y arrasa, como cercas de un campo, las fronteras de los reinos; las ciudades nuevas surgen de sus pisadas; hacia él nacen todos los frutos de la tierra, y hacia él se vuelve toda la esperanza de los hombres; el lugar hacia donde él vuelve los ojos es bendito y próspera, y el lugar que no recibe esa luz benéfica yace como el «terrón que el Nilo no ha besado»; los dioses dependen de él, y Amnón se estremece inquieto cuando ante los pilares de su templo Ramsés ¡hace restallar las tres cuerdas trenzadas de su látigo de guerra! He aquí un *hombre* que puede, seguramente, afirmar en su canto triunfal: «Todo se doblegó bajo mi fuerza; yo voy y vengo con las amplias pisadas de un león; el rey de los dioses está a mi derecha, y también a mi izquierda; cuando yo hablo, el cielo escucha; las cosas de la tierra se extienden a mis plantas para que yo las coja con mano libre; ¡y estoy erguido para siempre sobre el trono del mundo!»

«El mundo», claro está, era aquella región, arenosa en su mayor parte, que va desde la cordillera líbica hasta la Mesopotamia; y nunca hubo más petulante énfasis que en los panegíricos de los escribas. Pero el hombre es, o cree ser, *inigualablemente grande*. Y la *conciencia de esta grandeza, del ilimitado poder*, viene necesariamente a resplandecer en la fisonomía y a darle esa altiva majestad, saturada de risueña serenidad, que Ramsés conserva, incluso, más allá de la vida, reseco, momificado, relleno de betunes de Judea.

Vea usted, por otro lado, las condiciones que rodean hoy a un poderoso del tipo de Bismarck. Un desgraciado de éstos no está por encima de nada y depende de todo. Cada impulso de su voluntad choca con la resistencia de un obstáculo. Su acción en el mundo es un perpetuo golpear de cráneo contra gruesas puertas bien defendidas. Toda clase de convenciones, de tradiciones, de derechos, de preceptos, de intereses, de principios, se levantan a cada instante ante sus pasos como fronteras sagradas. Un artículo de periódico le hace detenerse, indeciso. El embrollo de un legista le obliga a encoger precipitadamente la garra que iba ya a extender. Diez burgueses obesos y diez profesores melenudos, votando dentro de un salón, hacen venirse al suelo el alto andamio de sus planes. Unos cuantos florines dentro de un saco se convierten en el tormento de sus noches. Le es tan imposible disponer de un ciudadano como de un astro. No puede nunca avanzar de una arrancada, tieso y firme; ha de ser ondulante y rastrero. La vigilancia ambiente le impone la necesidad vil de hablar bajo y por los rincones. En vez de «recoger las cosas de la tierra con mano libre», roba las migajas, después de oscuras intrigas. Las irresistibles corrientes de ideas, de sentimientos, de intereses, trabajan por debajo de él, en torno a él; y, pareciendo dirigirlas, por lo mucho que bracea y gruñe desde arri-

ba, es, en realidad, arrastrado por ellas. Así, un omnipotente del tipo Bismarck va algunas veces, en apariencia, en la cima de las grandes cosas, como la boya suelta va encima de la corriente.

¡Mísera omnipotencia! Y el sentimiento de esta miseria no puede dejar de influir sobre la fisonomía de nuestros poderosos, dándole esa conformación contrahecha, crispada, torturada; aspereza y, sobre todo, *magullamiento* que se nota en la cara de Napoleón, del zar, de Bismarck, de todos los que reúnen la mayor suma de parte de poder contemporáneo, la conformación *magullada* de una cosa que rueda a empujones, chocando contra murallas.

En conclusión: la momia de Ramsés II—única cara auténtica de hombre antiguo que conocemos—prueba que, resultando imposible una vida humana vivida en su máxima libertad y en su máxima fuerza, sin otros límites que los de su propia voluntad, ha acabado por perderse para siempre, en el tipo físico del hombre, la suma y perfecta expresión de la grandeza. Ya no hay una cara sublime; hay rostros feos y mezquinos, en los que la bilis marca arrugas entre el marco del pelo. Las únicas fisonomías nobles son las de las fieras, genuinos Ramsés en su desierto, que no han perdido nada de su fuerza ni de su libertad. El hombre moderno, ése, incluso en las alturas sociales, es un pobre Adán aplastado entre las dos páginas de un código.

Si encuentra usted todo esto excesivo y fantástico, atribúyalo a que ayer comí y hablé inevitablemente con su correligionario P***, consejero de Estado y *muchas cosas más. Más* en español y *más* (1) también en portugués, en el sentido de pésimas. Esta carta es la reacción violenta de la conversación consejeril y consejerífera. ¡Ah amigo mío!, ¿qué hace usted después de recibir el flujo labial de un consejero? Yo tomo un baño por dentro, un baño lustral, inmenso baño de fantasía, donde vierto como perfume idóneo un frasco de Shelley o de Musset. Amigo verdadero *et nunc et semper*,

Fadrique Méndez.

(1) En portugués, *más* es el plural de *má*, mala.

IV

A MADAME S.

París, febrero.

Mi querida amiga: El español se llama don Ramón Covarrubia; vive en el pasaje Saulnier, 12, y como es aragonés y, por tanto, sobrio, creo que con diez francos por lección se contentará ampliamente. Pero si su hijo sabe ya el castellano suficiente para entender los *Romanceros* o *Don Quijote*, algunos de los «Picarescos», veinte páginas de Quevedo, dos comedias de Lope de Vega, una o dos novelas de Galdós, que es todo lo que hace falta leer de la literatura española, ¿para qué desea mi sensata amiga que él pronuncie ese castellano que sabe con el acento, el sabor y la «sal» de un madrileño nacido en las propias piedras de la calle Mayor? ¿Va a desperdiciar así el amable Raúl el tiempo que la sociedad le señaló para adquirir ideas y nociones—y la sociedad sólo concede a un muchacho de su fortuna, de su nombre y de su aposentura para ese abastecimiento intelectual, siete años, de los once a los dieciocho—, en qué? En el lujo de perfeccionar hasta una exquisitez superfina y superflua el mero instrumento de adquirir nociones e

ideas. Porque las lenguas, mi buena amiga, son únicamente instrumentos del saber, como instrumentos de labranza. Consumir energía y vida en aprender a pronunciarlas tan genuina y puramente, que parezca uno haber nacido dentro de cada una de ellas, y que por medio de cada una se pidió el primer pan y la primera agua de la vida, es hacer como el labrador que, en vez de contentarse, para cavar la tierra, con un hierro sencillo enmangado en un palo también sencillo, se dedicase, durante los meses en que la huerta ha de ser cultivada, en embutir emblemas en el hierro y en esculpir flores y follajes a lo largo del mango. Con un hortelano así, tan minuciosamente ocupado en hermosear y perfeccionar la azada, ¿cómo estarían ahora, señora mía, sus pomares de la Touraine?

Un hombre sólo debe de hablar, con impecable seguridad y pureza, la lengua de su tierra; todas las otras debe hablarlas mal, orgullosamente mal, con ese acento deformado y falso que revela en seguida al extranjero. En la lengua reside verdaderamente la nacionalidad, y quien fuese poseyendo con creciente perfección los idiomas europeos, iría sufriendo gradualmente una desnacionalización. No hay ya para él el especial y exclusivo encanto del *habla materna*, con sus influencias afectivas, que la envuelven y la aíslan de las otras razas; y el cosmopolitismo del Verbo le transmite irremediablemente el cosmopolitismo del carácter. Por eso, el poliglota no es nunca patriota. Con cada idioma ajeno que asimila se le introducen en el organismo moral modos ajenos de sentir. Su patriotismo desaparece diluído en extranjerismo. *Rue de Rivoli, calle de Alcalá, Regent Street, Wilhemstrasse*, ¿qué le importa? Todas son calles de piedra o de macadán. En todas el habla ambiente le ofrece un elemento natural y congénere, en que su espíritu se mueve libremente, espontáneamente, sin titubeos ni resistencias. Y como por el Verbo, que es el instrumento esencial de la fusión humana, se puede fundir con todas, en todas siente y acepta una patria.

Por otro lado, el esfuerzo continuo de un hombre para expresarse con genuina y exacta propiedad de construcción y de acento en idiomas extraños, esto es, el esfuerzo para confundirse con gentes extrañas en lo que ellas tienen de esencialmente característico, el Verbo, apaga en él toda la nativa individualidad. Al fin de sus años, ese habilidoso que llegó a hablar absolutamente bien otras lenguas, además de la suya, ha perdido toda la originalidad del espíritu, porque sus ideas deben tener forzosamente la naturaleza incaracterística y neutra que les permita ser adaptadas indiferentemente a las lenguas más opuestas en carácter y genio. Deben, de hecho, ser como esos «cuerpos de pobre» de que tan tristemente habla el pueblo: «que caben bien en la ropa de todo el mundo».

Además de eso, el intento de pronunciar con perfección lenguas extranjeras constituye un lamentable servilismo para con el extranjero. Hay en ello como el deseo servil de *no ser nosotros mismos*, de fundirnos en él en lo que él tiene de más suyo, de más propio: el vocablo. Y esto es una abdicación de dignidad nacional. ¡No, mi querida amiga! ¡Hablemos noblemente mal, patrióticamente mal, las lenguas de los otros! Incluso porque a los extranjeros el poliglota les inspira sólo desconfianza, como un ser que no tiene raíces, ni hogar estable; un ser que rueda a través de las nacionalidades ajenas, se disfraza sucesivamente

con ellas e intenta instalar su vida en todas, porque no es tolerado por ninguna. En efecto, si mi buena amiga recorre la *Gaceta de los Tribunales*, verá que el perfecto poliglotismo es un instrumento de la alta *escroquerie* (1).

Y he aquí cómo, llevado por el *dilettantismo* de las ideas, ¡en vez de unas señas le suministro un tratado!... Que mi locuacidad, al menos, le haga sonreír, pensar y evitar a nuestro Raúl el horroroso trabajo de pronunciar *¡Viva la gracia!* y *¡Benditos sean tus ojos!* (2) exactamente igual que si viviese en una esquina de la Puerta del Sol, con una capa de vueltas de terciopelo, fumando el cigarro de Lazarillo. Esto no impide, sin embargo, que se utilicen los servicios de don Ramón. El, además de zorrillista, es guitarrista; y puede sustituir las lecciones en la lengua de Quevedo por lecciones en la guitarra de Almaviva. Su guapo Raúl ganará así, además, una nueva facultad de expresión: la facultad de expresar emociones por medio de unas cuerdas de alambre. ¡Y este don es excelente! Conviene más en la juventud, e incluso en la vejez, saber por medio de las seis cuerdas de una guitarra desahogar el alma de las cosas confusas e innominadas que en ella alborotan, que poder, a través de los hoteles del mundo, pedir con perfección el pan y el queso en sueco, holandés, griego, búlgaro y polaco. ¿Y será realmente indispensable, hasta para atender, a través del mundo, a estas necesidades vitales del estómago y del alma, recorrer durante años y años, de la mano dura de los maestros, «los descampados y atolladeros de las gramáticas y fonéticas», como decía el viejo Milton? Yo tuve una admirable tía que hablaba únicamente el portugués—o antes el *miñoto*—y que recorrió toda Europa con soltura y comodidad. Esta señora, risueña, pero dispépsica, comía solamente huevos, que conocía exclusivamente bajo su denominación nacional y vernácula de *ovos*. Para ella, *huevos, oeufs, eggs, das ei* (1) eran sonidos de la Naturaleza bruta, que se diferenciaban muy poco del croar de las ranas o del estallido de la madera. Pues cuando en Londres, en Berlín, en París, en Moscú, quería sus huevos, esa expedita dama llamaba al criado del hotel, clavaba en él sus ojos penetrantes y muy expresivos, se agachaba gravemente sobre la alfombra, imitaba con un lento revuelo de las faldas ahuecadas a una gallina poniendo, y gritaba: *¡Ki-ki-ri-ki! ¡Ko-ro-ko-kó!* Y nunca, en ciudad o religión inteligente del Universo, dejó mi tía de comer sus huevos, ¡y sumamente frescos!

Le besa las manos, benévola amiga,

Fadrique.

V

A GUERRA JUNQUEIRO

París, mayo.

Mi querido amigo: Su carta rebosa ilusión poética. Suponer, como usted ingenuamente supone, que traspasando con versos—aun siendo suyos y más rutilantes que las flechas de Apolo—la Iglesia, el sacerdote, la liturgia, las sacristías, el ayuno de los viernes y los huesos de los mártires, se puede «descombrar a Dios del aluvión sacerdotal» y elevar el pueblo—en el pueblo incluye usted, seguramente, a los consejeros de Estado—a una comprensión total-

(1) Alta estafa. *Sic* en el texto.
(2) En español en el original.

(1) Como se ve, *huevos* en español, francés, inglés y alemán, respectivamente.

mente pura y abstracta de la religión—una religión que consista sólo en una moral apoyada en una fe—, es tener de la religión, de su esencia y de su finalidad, ¡una soñadora idea de soñador obstinado en los sueños!

Mi querido amigo: una religión de la que se elimine el ritual desaparece, porque las religiones, para los hombres—con excepción de los raros metafísicos, moralistas y místicos—no pasa de ser un conjunto de ritos, a través de los cuales cada pueblo procura establecer una comunicación íntima con su Dios y obtener favores de él. Este, sólo éste, ha sido el fin de todos los cultos, desde el más primitivo, el culto de Indra, hasta el culto reciente del Corazón de María, que tanto le escandaliza en su parroquia, ¡oh incorregible beato del idealismo!

Si usted quiere comprobarlo históricamente, abandone Viana do Castello, coja un bordón y suba conmigo por esa antigüedad hasta un sitio bien cultivado y regado, que está entre el río Indo, las escarpas del Himalaya y las arenas de un gran desierto. Estamos en Septa-Sindhou, en el País de las Siete Aguas, en el Valle Feliz, en la tierra de los arios. En el primer poblado en que paremos verá usted, sobre un otero, un altar de piedra cubierto de musgo fresco; encima brilla pálidamente un fuego lento, y en torno pasan unos hombres, vestidos de lino, con largos cabellos recogidos por un aro de oro fino. Son sacerdotes, amigo mío. Son los primeros capellanes de la Humanidad, y cada uno de ellos está, en la calurosa alborada de mayo, celebrando un rito de la misa aria. Uno limpia y desbasta la leña que ha de alimentar el fuego sagrado; otro maja dentro de un almirez, con golpes que deben de resonar cual «tambor de victoria», las hierbas aromáticas que producen el *sômma*; éste, como un sembrador, esparce granos de avena alrededor del ara; aquél, a su lado, abriendo las manos hacia el cielo, entona un austero cántico. Estos hombres, mi querido amigo, están ejecutando un rito que encierra en sí toda la religión de los arios, y que tiene por objeto hacerse propicio a Indra. Indra, el sol, el fuego, la potencia divina que puede llenar de ruina y de dolor el corazón del ario, secando el agua de los riegos, abrasando los pastos, provocando la pestilencia de las lagunas, haciendo a Septa-Sindhou más estéril que el «corazón del malo», o que puede, derritiendo las nieves del Himalaya y soltando con un haz de fuego «la lluvia que yace en el vientre de las nubes», restituir el agua a los ríos, la verdura a los prados, la salubridad a las lagunas, la alegría y la abundancia a la morada del ario. Trátase, pues, simplemente, de convencer a Indra para que, siempre propicio, derrame sobre Septa-Sindhou todos los favores que puede apetecer un pueblo rural y pastoril.

No hay aquí Metafísica, ni Etica, ni explicaciones sobre la naturaleza de los dioses, ni reglas para la conducta de los hombres. Existe meramente una liturgia, una totalidad de ritos que el ario necesita observar para que Indra le atienda, una vez que, por la experiencia de varias generaciones, se comprobó que Indra sólo le escuchará, sólo concederá los beneficios implorados cuando, en torno a su altar, determinados ancianos de cierta casta, vestidos de lino cándido, le dirijan dulces cánticos, le ofrenden libaciones, le amontonen dones de fruta, miel y carne de cordero. Sin presentes, sin libaciones, sin cánticos, sin cordero, Indra, irritado y sumido en el fondo de lo Invisible y de lo Intangible, no bajará a la tierra a prodigarse en su bon-

dad. Y si viniera de Viana do Castello un poeta a quitar al ario su altar de musgo, su leña sacrosanta, el almirez, la criba y el jarro del *sômma*, el ario se quedará sin medios para hacerse propicio a su Dios, se verá desatendido por su Dios y será en la tierra como la criaturita a quien nadie alimenta y cuyos pasos nadie ampara.

Esta religión primitiva es el tipo absoluto e inalterable de las religiones, que todas, por instinto, repiten y en el que todas—a pesar de los elementos extraños de Teología, de Metafísica, de Etica, que en ellas introducen los espíritus superiores—acaban por resumirse con fervor. En todos los climas, en todas las razas, bien divinizando las fuerzas de la Naturaleza, o bien divinizando el alma de los muertos, las religiones, amigo mío, consistirán siempre prácticamente en un conjunto de prácticas, por medio de las cuales el hombre sencillo intenta alcanzar de la amistad de Dios los bienes supremos de la salud, de la fuerza, de la paz, de la riqueza. E incluso cuando, ya más creyente en el esfuerzo propio, pide esos bienes a la higiene, al orden, a la ley y al trabajo, todavía persiste en los ritos propiciatorios para que Dios *ayude* su esfuerzo.

Lo que usted observó en Septa-Sindhou podrá comprobarlo igualmente hoy deteniéndose—antes que regresemos a Viana a beber ese vino verde de Monçao, que usted elogia—en la Antigüedad clásica, en Atenas o en Roma, donde quiera, en el momento de mayor esplendor y cultura de las civilizaciones grecolatinas. Si usted pregunta allí a un antiguo, ya sea un alfarero de Suburra o ya sea el propio *Flamen Dialis*, cuál es el cuerpo de doctrinas y de conceptos morales que forma la religión, él sonreirá sin comprenderle. Y responderá que la religión consiste en *paces deorum quærere*, en apaciguar a los dioses, en asegurarse la benevolencia de los dioses. En su idea, eso significa cumplir los ritos, las prácticas, las fórmulas, que una larga tradición demostró ser los únicos que consiguen fijar la atención de los dioses y ejercer sobre ellos persuasión o seducción. Y en ese ceremonial era indispensable no alterar ni el valor de una sílaba en la oración, ni el valor de un gesto en el sacrificio, porque de otro modo el Dios, al no reconocer el sacrificio de su dilección, ha demostrado son de su agrado, permanecía desatento y ajeno; y la religión falseaba su fin supremo: influir sobre el Dios. ¡Peor aún! Pasaba a ser irreligión; y el Dios, viendo en esa omisión de liturgia una falta de reverencia, lanzaba en seguida desde las alturas los dardos de su cólera. La oblicuidad de los pliegues en la túnica del sacrificador, un paso dado a la derecha o iniciado hacia la izquierda, el lento fluir de las gotas de la libación, el tamaño de los hachones del fuego votivo, todos estos detalles estaban prescritos inmutablemente por los rituales, y su exclusión o su alteración constituían impiedades. Constituían verdaderos crímenes contra la patria, porque atraían sobre ella la indignación de los dioses. ¡Cuántas legiones vencidas, cuántas ciudadelas derrumbadas porque el pontífice dejó perder un grano de ceniza del ara, o porque el arúspice no arrancó bastante lana de la cabeza del cordero! Por eso Atenas castigaba al sacerdote que alterase el ceremonial, y el Senado deponía a los cónsules que cometían un error en el sacrificio, aunque fuera tan leve como retener la punta de la toga sobre la cabeza cuando debía deslizarse sobre el hombro. De modo que usted, en Roma, lanzando ironías de oro a la Divinidad, hubiera sido, tal vez, un gran-

de y admirado poeta cómico; pero satirizando, como en *La vejez del Padre Eterno*, la liturgia y el ceremonial, sería un enemigo público, un traidor al Estado, arrojado a las mazmorras del *Tuliano*.

Y si, harto ya de esos tiempos antiguos, quiere usted volver a nuestros filosóficos días, encontrará en las dos grandes religiones del Occidente y del Oriente, en el catolicismo y en el budismo, una comprobación aún más saliente y más viva de que la religión consiste intrínsecamente en prácticas sobre las cuales la Teología y la Moral se superponen sin traspasarlas, como un lujo intelectual, accesorio y pasajero, flores prendidas en el altar por la imaginación o por la virtud idealista. El catolicismo—nadie lo sabe más furiosamente que usted—está hoy resumido en una breve serie de observancias materiales; y todavía no hubo nunca religión dentro de la cual la inteligencia alcanzase una más amplia y alta estructura de conceptos teológicos y morales. Esos conceptos, sin embargo, obra de doctores y de místicos, no salieron realmente nunca de las escuelas y de los monasterios, donde eran materia preciosa de dialéctica o de poesía; no penetraron nunca en las multitudes para regir metódicamente los juicios o gobernar conscientemente las acciones. Reducido a catecismos, a cartillas, ese cuerpo de conceptos fué adornado por el pueblo; pero nunca el pueblo se convenció de que tenía religión, y que, por tanto, *agradaba a Dios, servía a Dios* sólo por cumplir los diez mandamientos fuera de toda práctica y de toda observancia ritual. Y sólo adornó, incluso, esos *diez mandamientos*, y las *obras de misericordia*, y los otros preceptos morales del catecismo con la idea de que esos versículos, *recitados con los labios*, tenían, por una virtud maravillosa, el poder de atraer la atención, la bienquerencia y los favores del Señor. Para *servir a Dios*, que es el medio de *agradar a Dios*, lo esencial fué siempre oír misa, desgranar el rosario, ayunar, comulgar, hacer promesas, dar túnicas a los santos, etc. Sólo por estos ritos, y no por el cumplimiento moral de la ley moral, se hace propicio a Dios, esto es, se logran de él los dones inestimables de la salud, de la felicidad, de la riqueza, de la paz. El mismo cielo y el infierno, sanción extraterrestre de la ley, nunca, según la idea del pueblo, se ganaban o se evitaban con la puntual obediencia a la ley. Y tal vez con razón, por lo mismo que en el catolicismo el premio y el castigo no son manifestaciones de la *justicia* de Dios, sino de la *gracia* de Dios. Y la gracia, según el pensamiento de los simples, sólo se obtiene con la constante e incansable práctica de los preceptos, la misa, el ayuno, la penitencia, la comunión, el rosario, la novena, la oferta, la promesa. De modo que en el catolicismo del portugués, como en la religión del ario, en Septa-Sindhou como en Carrazeda de Anciaes, todo se resume en hacerse propicio a Dios por medio de prácticas que le cautiven. No hay aquí Teología ni Moral. Hay el acto del infinitamente débil queriendo agradar al infinitamente fuerte. Y si usted, para depurar este catolicismo, eliminara al sacerdote, la estola, las vinajeras y el agua bendita, todo el rito y toda la liturgia, el católico abandonaría inmediatamente una religión que no tiene Iglesia visible y que no le ofrece los medios sencillos y tangibles de comunicar con Dios, de obtener los bienes trascendentales para el alma y los bienes sensibles para el cuerpo. El catolicismo, en ese instante, habrá acabado; millones de seres habrán perdido su Dios.

La Iglesia es el ánfora de la que Dios es el perfume. Iglesia desaparecida, Dios volatilizado.

Si tuviéramos tiempo de ir a China o a Ceilán, toparía usted con el mismo fenómeno en el budismo. Dentro de esa religión fué elaborada la más elevada de las metafísicas, la más noble de las morales; pero en todas las razas en que aquél penetró, en las bárbaras y en las cultas, en las hordas del Nepal o en el mandarinato chino, consistió siempre para las multitudes en ritos, ceremonias, *prácticas*—la más conocida de las cuales es el *molino de rezar*—. ¿No luchó usted nunca con este molino? Es lamentablemente parecido al *molino de café*; en todos los países budistas lo verá usted colocado en las calles de las ciudades, en las encrucijadas del campo, para que el devoto, al pasar, dando dos vueltas a la manivela, pueda remover dentro las oraciones escritas y comunicar con el Buda, quien, por ese acto de cortesía trascendental, «le quedará agradecido y le aumentará sus bienes».

Ni el catolicismo ni el budismo están por ese hecho en decadencia. ¡Al contrario! Están en su estado natural y normal de religión. Una religión, cuanto más se materializa, más se populariza, y, por tanto, más se diviniza. ¡No se espante! Quiero decir que cuanto más se desprende de sus elementos intelectuales de Teología, de Moral, de Humanitarismo, etc., rechazándolos hacia sus regiones naturales, que son la Filosofía, la Ética y la Poesía, tanto más coloca al pueblo cara a cara con su Dios, en una unión directa y sencilla, tan fácil de realizar, que, por un mero doblar de rodillas, un mero balbuceo de padrenuestros, el Hombre absoluto que está en el cielo viene al encuentro del hombre transitorio que está en la tierra. Y este encuentro es el hecho esencialmente divino de la religión. Y cuanto más se materializa Aquél, más se diviniza ella en la realidad.

Dirá usted, sin embargo—y de hecho lo dice—: «Hagamos esa comunicación puramente espiritual y que, despojada de toda la exterioridad litúrgica, ella sólo sea como el espíritu humano hablando al espíritu divino.» Pero para eso es necesario que llegue el Milenio, en que cada cavador de azada sea un filósofo, un pensador. Y mientras ese Milenio detestable llega, y cada coche de alquiler vaya conducido por un Malebranche, tendrá usted aún que agregar a esta perfecta humanidad masculina una nueva humanidad femenina, fisiológicamente distinta de la que hoy embellece la tierra. Porque mientras haya una mujer constituída física, intelectual y moralmente como la que Jehová, con tan gran inspiración de artista, hizo de la costilla de Adán, habrá siempre al lado de ella, para uso de su flaqueza, un altar, una imagen y un cura.

Esa comunión mística del hombre y de Dios que usted quiere no podrá nunca ser más que el privilegio de una *élite* espiritual, lamentablemente limitada. Para la vasta masa humana de todos los tiempos, pagana, budista, cristiana, mahometana, salvaje o culta, la religión tendrá siempre como fin, en su esencia, la súplica de los favores divinos y el apaciguamiento de la cólera divina; y como instrumental material para realizar ese objetivo, el templo, el altar, el sacerdote, los oficios, las vestiduras, las imágenes. Pregunte a cualquier hombre medio salido de la turba, que no sea un filósofo, o un moralista o un místico, lo que es la religión... El inglés dirá: «Es ir al oficio religioso los domingos, bien vestido, a cantar himnos.» El hindú

dirá: «Es hacer *poojak* todos los días y ofrecer un tributo al *Mahadeo*.» El africano dirá: «Es ofrecer al *Mulungú* su ración de harina y aceite.» El portugués dirá: «Es oír misa, rezar el rosario, ayunar los viernes, comulgar por la Pascua.» ¡Y todos tendrán mucha razón! Porque su objeto, como seres religiosos, consiste por completo en comunicar con Dios; y ésos son los medios de comunicación que sus respectivos estados de civilización y las respectivas liturgias que de ellos se derivan les proporcionan. *Voilà!* Para usted, claro es, y para otros espíritus selectos, la religión es otra cosa, como era ya otra cosa en Atenas para Sócrates y en Roma para Séneca. Pero las multitudes humanas no están compuestas de Sócrates y de Sénecas, ¡afortunadamente para ellas y para los que las gobiernan, incluyéndole a usted, que las pretende gobernar!

¡Por lo demás, no se desconsuele usted, amigo mío! Hasta entre los simples hay maneras de ser religiosos, enteramente desprovistos de liturgia y de exterioridades rituales. Una presencié yo, deliciosamente pura e íntima. Fué a orillas del Zambeze. Un jefe negro, llamado Lubenga, quería, en vísperas de entrar en guerra con un jefe vecino, comunicar con su dios, con su *Mulungú*, que era, como siempre, un abuelo suyo divinizado. El recado o petición, sin embargo, que deseaba enviar a su divinidad no se podía transmitir a través de los hechiceros y de su ceremonial; tan graves y confidenciales temas contenía... ¿Qué hizo Lubenga? Llamó a un esclavo, le dió el recado pausada y minuciosamente al oído; comprobó bien que el esclavo lo había comprendido y retenido todo, e inmediatamente cogió un machete, le cortó la cabeza al esclavo, y clamó tranquilamente: «¡Parte!» El alma del esclavo allá fué, como una carta lacrada y sellada, en derechura al cielo, al *Mulungú*. Pero a los pocos instantes el jefe se dió una palmada afligida en la frente, llamó a toda prisa a otro esclavo, le dijo al oído unas rápidas palabras, cogió el machete, le cortó la cabeza y bramó: «¡Ve!»

Se le había olvidado algún detalle en su primera petición al *Mulungú*... El segundo esclavo era una posdata...

Esta manera sencilla de comunicar con Dios debe de regocijar su corazón. Su amigo entrañable,

Fadrique.

VI

A RAMALHO ORTIGAO

París, abril.

Querido Ramalho: El sábado, por la tarde, en la calle Cambón divisé dentro de un *fiacre* a nuestro Eduardo, que se asomó a la portezuela para gritarme: «¡Ramalho, esta noche! ¡De paso para Holanda! ¡A las diez, en el café de la Paz!»

Me quedé gratamente alborozado; y a las nueve y media, a pesar de mi justa repugnancia por la esquina del café de la Paz, centro elegante del *snobismo* internacional, me instalé allí, ante un bock, esperando a cada instante que surgiese, entre la turba vacía y amorfa del *boulevard*, el esplendor de la ramalhesca figura. A las diez saltó de un *fiacre* con ansiedad el vivaz Carmonde, que había abandonado de prisa una alegre sobremesa *pour voir ce grand Ortigan!* (1). Comenzó una espera emparejada ante dos bocks. Nada de

---

(1) Para ver al gran Ortigan. *Sic* en el texto.

Ramalho ni de su exuberancia. A las once apareció Eduardo, jadeante. ¿Y Ramalho? ¡Inédito aún! Espera tridua, impaciencia tridua, bocks triduos. Y así hasta que las campanas de bronce marcaron el final del día.

En compensación, un caso, y profundo. Carmonde, Eduardo y yo trasegábamos los últimos restos del bock, desengañados ya de Ramalho y de sus pompas, cuando rozó nuestra mesa un sujeto oscurillo, flacucho, tieso, que llevaba en la mano con respeto, casi religiosamente, un soberbio ramo de claveles amarillos. Era un hombre de allende los mares, de la República Argentina o peruana, y amigo de Eduardo, que le retuvo, y nos presentó al «señor Mendibal». Mendibal aceptó un bock, y yo empecé a contemplar en silencio aquella carita, toda de perfil, como recortada de la hoja de un hacha, de un color cobrizo de sombrero hongo inglés, en que la barbita rala, tímida, revelando una virilidad blandengue, parecía algodón, un algodón negro, un poco más negro que el cutis. La cabeza angulosa retrocedió, doblándose toda hacia atrás, asustada. La nuez de la garganta escuálida avanzó como el espolón de una galera entre las puntas vueltas de un cuello muy alto y más brillante que el esmalte. En la corbata, una gruesa perla.

Contemplo a Mendibal mientras habla. Habla arrastradamente, casi dolorosamente, con finales que desfallecen y se esfuman en un gemido. La voz tiene un tono de desconsuelo; pero en lo que dice revela la más fuerte, segura e insolente satisfacción de vivir. Este animal lo tiene todo: inmensas propiedades allende el mar, la consideración de sus proveedores, una casa en el Parque Monceau y una «esposa adorable». ¿Cómo se escurrió él a mencionar esa dama que embellece su hogar? No lo sé. Hubo un momento en que me levanté, llamado por un viejo inglés amigo mío que pasaba, de vuelta de la Opera, y que deseaba simplemente confesarme, con poderosa convicción, que ¡«la noche era espléndida»! Cuando volví a la mesa y a mi bock, el argentino iniciaba un monólogo de glorificación de «su señora». Carmonde devoraba al hombrecillo con ojos que reían y saboreaban, deliciosamente divertido. Eduardo, por su parte, escuchaba con la pesada compostura de un portugués antiguo. Y Mendibal, habiendo dejado al lado, sobre una silla, con devoto cuidado, el ramo de claveles, enumeraba las virtudes y los encantos de madame. Sentíase en él una de esas admiraciones efervescentes, burbujeantes, que no se pueden ocultar, que rebosan por todas partes, incluso sobre las mesas de los cafés: por dondequiera que pasase aquel hombre, iría dejando fluir su adoración por la mujer, como un paraguas empapado va goteando fatalmente el agua. Lo comprendí todo en cuanto el individuo, con un placer que hacía sobresalir más aún su nuez, reveló que madame Mendibal era francesa. Teníamos allí, por consiguiente, un fanatismo de negro por la gracia rubia de una frágil parisiense, de picante seducción y finura. No bien comprendí, simpaticé. Y el argentino percibió en mí esta benevolencia crítica, porque hacia mí se volvió, lanzando la última letanía, la más decisiva, sobre las excelencias de madame: «¡Sí, realmente, no había otra en París! Por ejemplo, el cariño con que ella cuidaba de mamá (de la mamá de él), ¡señora de mucha edad, llena de achaques! Y luego es de una paciencia, de una delicadeza, de una abnegación... ¡Para caer de rodillas! Y, además, los últimos días estuvo tan desasosegada la mamá... Había adelgazado in-

cluso madame Mendibal. De tal modo, que él mismo la rogó aquel domingo que fuera a distraerse, a pasar el día a Versalles, donde la madre de ella, madame Jouffroy, habitaba por economía. Y ahora venía de esperarla en la *gare* Saint-Lazare. Porque, señores, aquella santa criatura había estado todo el día en Versalles con la preocupación de su suegra, llena de nostalgia de la casa, con el ansia del regreso. ¡Ni siquiera había gozado con aquella visita a su mamá! ¡La mayor parte de la tarde, una tarde tan linda, se la pasó reuniendo aquel espléndido ramo de claveles amarillos para traérselos a él, a él!»

—¡Es verdad! ¡Vea usted, señor! ¡Este ramo de claveles! Hasta consuela. Mire, para estos recuerditos, para estos mimos, no hay como una francesa. ¡Puedo decir, gracias a Dios, que he acertado! Y si tuviese hijos, con uno solo me bastaba, un chico, no me cambiaría ni por el príncipe de Gales. No sé si es usted casado. Perdone la confianza. Pero si no lo es, le diré como digo a todo el mundo: ¡Cásese con una francesa, cásese con una francesa!...

No podía haber nada más sinceramente grotesco y conmovedor. Como usted no llegaba, huidizo Ramalho, nos separamos. Mendibal montó en un *fiacre* con su amoroso manojo de claveles. Yo arrastré mis pasos, en el calor de la noche, hasta el club. Allí me encontré a Chambray, a quien usted conoce, al «famoso Chambray». Me lo encontré hundido en un sillón, rendido y radiante. Le pregunté cómo le iba en la vida, qué opinión tenía aquel día de la vida. Chambray declaró que la vida es una delicia. E inmediatamente, sin contenerse, me confesó lo que le bailaba impacientemente en la sonrisa y en la húmeda mirada.

Había ido a Versalles con intención de visitar a los Fouquiers. En el mismo departamento iba una mujer, *une grande et belle femme* (1). Cuerpo soberbio de Diana en un vestido ceñido de Redfern. Pelo con raya en medio, abundante y apasionado, rizoso sobre la cabeza breve. Ojos serios. Dos solitarios en las orejas. Ser sustancial, sólido, sin postizos ni zarandajas; bien nutrido, arropado en consideración, superiormente instalado en la vida.

Y en medio de aquella respetabilidad física y social, un gesto goloso de humedecerse los labios a cada instante, vivamente, con la punta de la lengua... Chambray pensó para sus adentros: «Burguesa, treinta años, sesenta mil francos de renta, temperamento pasional, desilusiones de alcoba.» Y apenas arrancó el tren, adoptó su «gran apostura Chambray» y disparó a la dama una de esas miradas que eran simbolizadas, en otro tiempo, con las flechas de Cupido. Madame, impasible. Pero momentos después surgió entre los párpados, un poco pesados, recto hacia Chambray (que acechaba de soslayo por detrás del *Figaro* abierto) uno de esos rayos de luz indagadora, que, como los de la linterna de Diógenes, buscan un hombre que lo sea. Al llegar a Courbevoie, con el pretexto de bajar el cristal, a causa del polvo, Chambray arriesgó una palabra, atrevidamente tímida, sobre el calor de París. Ella concedió otra, aún indecisa y vaga, sobre la frescura del campo. Estaba iniciada la égloga. En Suresnes, Chambray se sentaba ya, fumando, en el sitio contiguo al de ella. En Sèvres, mano de madame arrebatada por Chambray, y mano de Chambray rechazada por madame;

(1) Una alta y bella mujer. *Sic* en el texto.

y ambas, insensiblemente, se entrelazan. En Viroflay, propuesta brusca de Chambray para dar un paseo por un sitio de aquel pueblo que sólo él conoce, rincón bucólico, de incomparable dulzura, inaccesible al burgués. Después, a las dos, tomarían el otro tren para Versalles. No la dejó vacilar; la arrebató moralmente o, mejor aún, fisiológicamente, con la simple fuerza de la voz cálida, de los ojos alegres, de toda su persona, franca y viril.

Helos ya en el campo, con un aroma de selva alrededor, y la primavera y Satanás conspirando y soplando sobre madame sus hálitos abrasados. Chambray conoce en el lindero del bosque, junto al agua, una tabernilla que tiene las ventanas enmarcadas por madreselvas. ¿Por qué no van a tomar allí una caldereta, regada con vino blanco de Suresnes? Madame, la verdad, siente un hambrecilla alegre de ave suelta en el prado; y Satanás, moviendo el rabo, corre por delante, a arreglar propiciatoriamente las cosas en la tabernilla. Encuentran allí, en efecto, una instalación magistral: cuarto fresco y silencioso, mesa puesta, cortina de gasa al fondo ocultando y revelando la alcoba. «En todo caso, que suban de prisa el almuerzo, pues tienen que marchar en el tren de las dos», ¡tal fué el grito sincero de Chambray!

Cuando llegó la caldereta, Chambray tiene una inspiración genial: se quita la levita y se sienta en mangas de camisa. Era un rasgo de bohemia y de libertad que la encantó, la excitó, hizo surgir la *pilluela* que hay casi siempre en el fondo de la *matrona*. Arrojó ella también el sombrero, un sombrero de doscientos francos, al extremo del cuarto, y estiró los brazos con este grito del alma:

—*Ah oui, que c'est bon de se desembêter!* (1).

Y después, como dicen los españoles:

—*La mar* (2).

El sol, al despedirse de la tierra por aquel día, los dejó aún en Viroflay, aún en la tabernita, aún en el cuarto; y otra vez a la mesa, ante un bistec confortador, como requerían los acontecimientos con urgencia y lógica.

¡Versalles, olvidado! Tratábase de volver a la estación para tomar el tren de París. Ella anuda despacio las cintas del sombrero y coge una de las flores de la ventana, que prende en su corpiño; dirige una mirada lenta alrededor por el cuarto y la alcoba, para grabárselo y retenerlo todo, y parten. En la estación, al subir a dos departamentos distintos (a causa de la llegada a París), Chambray, en un apretón de mano, ya presuroso y flojo, le suplica que le diga, al menos, cómo se llama. Y ella murmura: *Lucie*.

—Y es todo lo que sé de ella—termina Chambray, encendiendo su puro—. Sé también que es casada, porque en la *gare* Saint-Lazare, esperándola y acompañado por un serio lacayo de casa burguesa, estaba el marido... Es un rastacuero, color chocolate, con una barbita rala y una enorme perla en la corbata... El infeliz se quedó encantado cuando ella le dió un gran ramo de claveles amarillos que yo le mandé preparar en Viroflay... ¡Deliciosa mujer! ¡No hay como las francesas!

¿Qué dice usted ante estas cosas notables, mi buen Ramalho? Yo digo que, en resumen, este mundo nuestro es perfecto y no hay en el espacio otro mejor organizado. Porque fíjese cómo, al final de este domingo de mayo, esas tres excelentes criaturas, con un simple viaje a Versalles, obtuvieron una recompensa positiva en la vida. Chambray gozó de un inmenso placer y de una inmensa vanidad, los dos únicos resultados que él cuenta en la existencia como rentas sólidas y que merezcan la pena de vivir. Madame experimentó una sensación nueva o diferente que la reanimó, la desahogó, le permitió reincorporarse más calmada a la monotonía de su hogar y ser útil a los suyos con rediviva aplicación. Y el argentino adquirió otra inesperada y triunfal certeza de lo amado y feliz que era en su acertada elección. Tres dichosos, al final de ese día de primavera y de campo. Y si de ello resultase un hijo (el hijo que el argentino anhela) que herede las cualidades fuertes y brillantemente galas de Chambray, se añadirá, al contento individual de los tres, un provecho efectivo para la sociedad. Este mundo, por tanto, está superiormente organizado.

Es su fiel amigo, que fielmente le espera al regreso de Holanda,

Fadrique.

(1) ¡Ah sí! ¡Es tan agradable divertirse! *Sic* en el original.
(2) En español en el texto.

VII

A MADAME DE JOUARRE

(Trad.)

Lisboa, marzo.

Mi querida madrina: Fué ayer, ya de noche cerrada, en el tren, al llegar a Lisboa (viniendo del Norte y de Oporto), cuando de repente acudió a mi memoria soñolienta el juramento que le hice el sábado de Pascua en París, con las manos fervorosamente extendidas sobre su maravillosa edición de los *Deberes*, de Cicerón. Juramento muy atolondrado, éste, de enviarle todas las semanas, por correo, a Portugal, en «descripciones, notas, reflexiones y panoramas», como se lee en el subtítulo del *Viaje a Suiza* de su amigo el barón de Fernay, comendador de Carlos III y miembro de la Academia de Toulouse. Pues con tanta fidelidad cumplo yo mis juramentos (cuando han sido hechos sobre la moral de Cicerón y para regalo de quien reina en mi voluntad), que apenas lo recordé abrí en seguida de par en par los ojos para captar «descripciones, notas, reflexiones y panoramas» de esta tierra, que es la mía, y que *está a la disposición de usted*... (1). Llegamos a una estación que se llama Sacavem, y todo lo que mis ojos desencajados vieron de mi país, a través de los húmedos cristales del vagón, fué una densa oscuridad, de la que surgían mortecinamente, aquí y allá, unas lucecitas lejanas y vagas. Eran linternas de falúas durmiendo en el río, y simbolizaban de un modo muy humillante esas escasas y desmayadas parcelas de verdad positiva que al hombre le es dado descubrir en el universal misterio del ser. De modo que volví a cerrar resignadamente los ojos hasta que, en la portezuela, un hombre de gorra galoneada, con el gabán empapado de agua, me pidió el billete, diciendo: *¡Su excelencia!* En Portugal, buena madrina, todos somos nobles, todos formamos parte del Estado, y todos nos damos el tratamiento de *excelencia*.

Estábamos en Lisboa y llovía. Veníamos pocos en el tren, unos treinta, tal vez, gente sencilla, de maletas ligeras y sacos de lona, que bien pronto pasó por el registro paternal y soñoliento de la Aduana, y nos sumimos a continuación en la ciudad bajo la húmeda noche de marzo.

En el caserón lúgubre, en espera

(1) En español en el original.

de los equipajes serios, nos quedamos yo, Smith y una señora alta y delgada, con lentes, envuelta en una vieja capa de piel. Debían de ser las dos de la madrugada. El asfalto sucio del caserón helaba los pies.

No sé cuántos siglos permanecimos esperando así. Smith, inmóvil; la dama y yo, paseando en dirección opuesta y rápidamente para entrar en calor, a lo largo del mostrador de madera, donde dos guardias de Aduanas, negros como aceitunas, bostezaban con dignidad. De la puerta del fondo, un carro, sobre el cual oscilaba el montón de nuestros equipajes, se acercó, al fin, rodando pachorrento. La señora de nariz de cigüeña reconoció en seguida su baúl de madera de Flandes, cuya tapa, al caer hacia atrás, descubrió a mis ojos, que observaban (¡en su servicio, exigente madrina!), un peinador sucio, una caja de dulce, un libro de misa y dos tenacillas de rizar el pelo. El guardia sepultó el brazo a través de aquellas cosas íntimas, y con gesto clemente declaró satisfecha la Aduana. La dama salió precipitadamente.

Nos quedamos solos Smith y yo. Este había recogido ya con dificultad mi equipaje. Pero faltaba inexplicablemente un maletín de cuero; y en silencio, con la hoja de la guía en la mano, un cargador efectuaba una busca despaciosa entre los fardos, barricas, paquetes, baúles viejos, almacenados al fondo, contra la pared manchada. Vi a aquel digno hombre titubeando pensativamente ante un envoltorio de lona, ante un cajón de pino. ¿Sería cualquiera de aquéllos el maletín de cuero? Después, descorazonado, declaró que, realmente, en nuestro equipaje no había ni cuero ni maletín. Smith protestaba, ya irritado. Entonces, el capataz arrancó la hoja de las manos inexpertas del cargador, y recomenzó él, con su inteligencia superior de jefe, una rebusca a través de los «líos», escudriñando celosamente cajones, vasijas, pipas, sombrereras, canastos, latas y garrafones... Por fin, se encogió de hombros, con un tedio indecible, y desapareció hacia dentro, hacia la oscuridad de los andenes interiores. Pasados unos instantes volvió, rascándose la cabeza por debajo del gorro, clavando los ojos alrededor, por el suelo encharcado, esperando que el maletín brotase de las entrañas de este globo desconsolador. ¡Nada! Impaciente, inicié yo mismo una pesquisa ansiosa por el caserón. El guardia de la Aduana, con el cigarro pegado al labio (¡hombre bondadoso!), echaba también aquí y allá una mirada auxiliadora y magistral. ¡Nada! De repente, una mujer con pañuelo rojo a la cabeza, que vagaba por allí, en aquella madrugada agreste, señaló hacia la puerta de la estación:

—¿Será aquello, caballero?

¡Y era! Era mi maletín, fuera, en el paseo, bajo la llovizna. No quise averiguar cómo se encontraba allí, solito, separado del equipaje, al que lo añadía rigurosamente el número de orden estampado en la guía en letras gruesas, y busqué un coche. El cargador se echó la chaqueta por encima de la cabeza, salió a la explanada y volvió en seguida anunciando con tristeza que no había coches.

—¡No hay! ¡Sí que está bien! Entonces, ¿cómo salen de aquí los viajeros?

El individuo se encogió de hombros. «Algunas veces los había, otras veces no los había; dependía de la suerte...» Hice brillar una moneda de duro, y supliqué a aquel benemérito que corriese a las cercanías de la estación, a la caza de un vehículo cualquiera con ruedas, coche o carro, que me llevase al arrimo de una cal-

da y de una lumbre. El hombre se largó, rezongando. Y yo, en seguida, como patriota descontento, censuré (vuelto hacia el capataz y hacia el hombre de la Aduana) la irregularidad de aquel servicio. En todas las estaciones del mundo, hasta en Túnez, hasta en la Romelia, había, a la llegada de los trenes, ómnibus, carros, carretas, para transportar a la gente y los equipajes... ¿Por qué no los había en Lisboa? ¡He aquí un servicio detestable, que deshonraba a la nación!

El aduanero esbozó un movimiento de desaliento, como con la plena conciencia de que todos los servicios eran abominables, y la patria entera un irreparable desorden. Después, para consolarse, avivó con deleite la lumbre de su cigarro. Así se arrastró uno de esos cuartos de hora que dejan arrugas en la faz humana.

Finalmente, volvió el cargador, sacudiéndose la lluvia y afirmando que no había un coche en todo el barrio de Santa Apolonia.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Tengo que quedarme aquí?

El capataz aconsejó que dejase el equipaje, y que a la mañana siguiente con un coche seguro (contratado, acaso, por escritura notarial), viniese a recogerlo «completamente a gusto». Aquella separación no convenía, sin embargo, a mi comodidad. Pues, en caso contrario, él no veía otra solución, a no ser que por casualidad algún coche trasnochador y descarriado viniera a pasar por aquellos lugares.

Entonces, a la manera de unos náufragos en una isla desierta del Pacífico, nos apiñamos todos a la puerta de la estación, esperando, a través de la oscuridad, la vela, quiero decir el carromato salvador. ¡Espera amarga, espera inútil! Ninguna luz de faroles, ningún ruido de ruedas rompieron la mudez de aquel yermo.

Harto, completamente harto, el capataz declaró que «iban a dar las tres, ¡y él quería cerrar la estación!» ¿Y yo? Iba a quedarme allí, en la calle, amarrado bajo la noche revuelta a un montón de equipajes, intransportable? ¡No! En las entrañas del digno capataz había, seguramente, mejor misericordia. Conmovido el hombre, indicó otra solución. Y era que nosotros, yo y Smith, ayudados por un cargador, nos echásemos el equipaje a las espaldas y nos fuéramos con él hacia el hotel. En efecto, éste parecía ser el único recurso a nuestros males. Todavía (hasta tal punto a unas espaldas ablandadas por largos y deleitosos años de civilización les repugna cargar fardos, y tan tenaz es la esperanza en aquellos para quienes la suerte se ha mostrado amable), yo y Smith salimos una vez más a la explanada, mudos, sondando la oscuridad, con el oído inclinado hacia las losas, escuchando ansiosos por si a lo lejos, muy a lo lejos, oíamos rodar hacia nosotros el coche providencial. ¡Nada, desoladoramente nada, en la sombra avarienta!... Mi querida madrina, leyendo estos lances debe tener ya lágrimas asomando a sus compasivas pestañas. Yo no lloré, ¡pero sentía vergüenza, una inmensa y punzante vergüenza de Smith! ¿Qué pensaría aquel escocés de mi patria y de mí, su amo, parcela de esa patria desorganizada? Nada más frágil que la reputación de las naciones. ¡Un simple carruaje que falta una noche, y he aquí, en el ánimo del extranjero, desacreditada toda una civilización secular!

Mientras tanto, el capataz botaba. Eran las tres (incluso las tres y cuarto), ¡y él quería cerrar la estación! ¿Qué hacer? Nos entregamos, suspirando, a la decisión desesperada.

Agarré el estuche de viaje y el portamantas; Smith echó sobre sus respetables hombros, vírgenes de cargas, una gruesa maleta de cuero; el cargador gimió bajo el enorme baúl de cantoneras de acero. Y (dejando aún dos bultos para que los recogiesen de día) empezamos, sombríos y en fila, ¡a recorrer *a pata* la distancia que existe entre Santa Apolonia y el hotel Braganza! A los pocos pasos, como el estuche de viaje me desrrengaba el brazo, me lo eché a la espalda... Y los tres, con la cabeza baja y el lomo aplastado bajo unas decenas de kilos, con una honda amargura, que nos revolvía la bilis, así seguimos, despacio, en una hilera lúgubre, ¡avanzando hacia el interior de la capital de este reino! Venía yo a Lisboa con un propósito de reposo y de lujo. ¡Y aquél era el lujo, aquél el reposo! Allí, bajo la llovizna impertinente, jadeando, sudando, tropezando en las losas mal unidas, por una calle tenebrosa, ¡actuando de mozo de cuerda!...

No sé cuántas eternidades invertimos en aquel vía crucis doloroso. Sé que de repente (como si lo trajese de la rienda el ángel de nuestra guarda), un coche surgió al paso, en la negrura de una calleja. Tres gritos, ansiosos y desesperados, pararon el tronco. Y, a un tiempo, todo el equipaje rodó en catapulta sobre el carromato, a los pies del cochero, que, tomado por asalto y asombrado, levantó el látigo, maldiciendo con furia. Pero se calmó al comprender su espantosa omnipotencia, y declaró que al hotel de Braganza (una distancia poco mayor que toda la avenida de los Campos Elíseos) ¡no me podía llevar por menos de *tres mil reis!* ¡Sí, madrina, *dieciocho francos!* Dieciocho francos en metálico, plata u oro, por un carrera, en esta época democrática e industrial, después de todo el penoso afán de las ciencias y de las revoluciones para igualar y abaratar las comodidades sociales. Trémulo de cólera, pero sumiso, como quien cede a la exigencia de un trabuco, me hundí en el coche, después de haberme despedido con gran afecto del cargador, camarada fiel de nuestra ajetreada noche.

Partimos, al fin, en un galope desesperado. A los pocos momentos estábamos asaltando el portal adormecido del hotel de Braganza con repiques, clamores, puñetazos, cosquillas, injurias, gemidos, con todas las violencias y todas las seducciones. ¡En vano! ¡No fué más resistente al apuesto caballero Parsifal el portón de oro del palacio de la Felicidad! Por último, el cochero se arrojó contra ella y la coceó. E, indudablemente, por entender mejor aquel lenguaje, la puerta, pausada y soñolienta, giró sobre sus goznes. ¡Gracias te sean dadas, Dios mío, Padre inefable! Estábamos, por fin, bajo techado, en medio de las alfombras y estucos del progreso, al cabo de tan bárbaro viaje. Quedaba pagar al golpeador. Fuí hacia él con acerba ironía:

—Entonces, ¿son tres mil reis?

A la luz del vestíbulo, que me daba en la cara, el hombre sonreía. ¿Qué iba a contestar aquel granuja sin par?

—Aquello fué por hablar... No había yo conocido a don Fadrique... Bueno, para don Fadrique es lo que quiera.

¡Incomparable humillación! Sentí en seguida no sé qué torpe enternecimiento que me ablandaba el corazón. Era la campechanía, la relajada flaqueza que nos une a todos los portugueses, nos llena de culpable y mutua indulgencia, y corrompe irremediablemente entre nosotros toda disciplina y todo orden. Sí, mi querida madrina... Aquel bribón conocía a

don Fadrique. Tenía una sonrisa descarada y servicial. Los dos éramos portugueses. ¡Le di dos duros a aquel bandido!

Y aquí tiene, para enseñanza suya, la veraz manera de entrar en el último tercio del siglo XIX en la gran ciudad de Portugal. Todo suyo, éste que pena siempre lejos de usted,

Fadrique.

VIII

AL SEÑOR E. MOLLINET

Director de la *Revista de Biografía e Historia.*

París, septiembre.

Mi querido señor Mollinet: Encontré anoche, al volver de Fontainebleau, la carta en que mi docto amigo, en nombre e interés de la *Revista de Biografía e Historia*, me pregunta quién es este compatriota mío Pacheco (José Joaquín Alves Pacheco), cuya muerte está siendo tan amplia y amargamente deplorada en los diarios de Portugal. Y desea también mi buen amigo saber qué obras, o qué fundaciones, o qué libros, o qué ideas, o qué acrecimiento en la civilización portuguesa dejó ese Pacheco, a quien han seguido al sepulcro tan sonoras y respetuosas lágrimas.

Conocí casualmente a Pacheco. Tengo presente, como en un resumen, su figura y su vida. Pacheco no dió a su país ni una obra, ni una fundación, ni un libro, ni una idea. Pacheco era entre nosotros superior e ilustre únicamente porque *tenía un inmenso talento.* ¡Aunque, mi querido señor Mollinet, ese talento, que tan soberbiamente aclamaron dos generaciones, nunca diera, de su potencia, una muestra positiva, expresa, visible! ¡El talento inmenso de Pacheco permaneció siempre mudo, recogido en las profundidades de su ser! Pasó constantemente en la vida sobre alturas sociales: diputado, director general, ministro, gobernador de Bancos, consejero de Estado, senador, presidente del Consejo. Pacheco lo fué todo, lo tuvo todo, en este país, que, de lejos y a sus pies, le contemplaba, asombrado de su inmenso talento. Pero nunca en esos puestos, en beneficio suyo o por urgencia del Estado, Pacheco tuvo necesidad de dejar salir, para afirmarse y actuar al exterior, aquel inmenso talento, que le sofocaba por dentro. Cuando los amigos, los partidos, los diarios, los negociados, los Cuerpos colectivos, la masa compacta de la nación, murmurando en torno a Pacheco: «¡Qué inmenso talento!», le invitaban a ensanchar su dominio y su fortuna, Pacheco sonreía, bajando los ojos serios detrás de los lentes de cro, y seguía, siempre hacia arriba, siempre más hacia lo alto, a través de las instituciones, con su inmenso talento aprisionado dentro del cráneo como en el cofre de un avaro. Y esa reserva, esa sonrisa, ese rebrillar de los lentes, bastaban al país, que en ellos sentía y saboreaba la resplandeciente evidencia del talento de Pacheco.

Ese talento nació en Coimbra, en el aula de Derecho natural, la mañana en que Pacheco, desdeñando los compendios, aseguró que «el siglo XIX era un siglo de progreso y de luz». El curso comenzó en seguida a presentir y a afirmar, en los cafés de la Feria, que Pacheco tenía mucho talento; y esa admiración, cada día mayor, del curso, transmitiéndose, como todos los movimientos religiosos, desde las multitudes impresionables a las clases razonadoras, desde los jóvenes a los catedráticos, otorgó a Pacheco un *premio* a final del año. La fama de ese talento se extendió entonces por toda la Universidad,

que, viendo a Pacheco siempre meditabundo, ya con lentes, austero en sus pasos, con abultados volúmenes de jurisperitos debajo del brazo, percibía allí un gran espíritu que se concentra y se tensa todo en una fuerza íntima. Esa generación académica, al dispersarse, llevó por el país, hasta las más apartadas aldeas, la noticia del inmenso talento de Pacheco. Y ya en oscuras boticas de Traz-os-Montes, en tiendas parlanchinas de barberos del Algarve, se decía, con respeto y esperanza: «¡Parece que hay ahora por ahí un muchacho de un inmenso talento que se ha ido formando, Pacheco!»

Pacheco estaba maduro para la representación nacional. Llegó a su seno traído por un Gobierno (no recuerdo cuál), que consiguió, con dispendios y mañas, apoderarse del precioso talento de Pacheco. Luego, en la estrellada noche de diciembre, en que él, en Lisboa, fué al Martiño a tomar té con tostadas, se susurró por las mesas, con curiosidad: «¡Es Pacheco, muchacho de inmenso talento!» Y desde que las Cámaras se constituyeron, todas las miradas, las del Gobierno y las de la oposición, empezaron a volverse con insistencia, casi con ansiedad, hacia Pacheco, que en la punta de un escaño conservaba su actitud de pensador recluso, con los brazos cruzados sobre el chaleco de terciopelo, la frente inclinada hacia un lado como bajo el peso de las riquezas interiores y los lentes centelleantes... Por último, una tarde, en la discusión del discurso de la Corona, Pacheco tuvo un movimiento como para atajar a un sacerdote bizco que arengaba sobre la «libertad». El sacerdote, inmediatamente, se detuvo con deferencia; los taquígrafos aguzaron ansiosamente los oídos, y toda la Cámara cesó en su amplio murmullo, para que en un silencio convenientemente majestuoso se pudiese manifestar por primera vez el inmenso talento de Pacheco. Pacheco, entre tanto, no prodigó, desde luego, sus tesoros. En pie, con el dedo barrenador (gesto que fué siempre muy suyo), Pacheco afirmó, en un tono que revelaba la firmeza del pensamiento y de la sabiduría íntimos, «que ¡al lado de la libertad debía siempre coexistir la autoridad!» Era poco, realmente; pero la Cámara comprendió muy bien que bajo aquel corto resumen había un mundo, todo un formidable mundo de sólidas ideas. No volvió a hablar durante meses, pero su talento inspiraba tanto mayor respeto cuanto más invisible e inaccesible se conservaba allí dentro, en el fondo de su ser. El único recurso que les quedó entonces a los devotos de aquel inmenso talento (los tenía ya incontables) fué contemplar la cabeza de Pacheco, como se mira hacia el cielo con la certeza de que Dios está detrás disponiendo. La cabeza de Pacheco presentaba una superficie angulosa, ancha y brillante. Y muchas veces, junto a él, consejeros y directores generales balbucían, maravillados: «¡No es necesario más! ¡Basta con ver esa cabeza!»

Pacheco perteneció en seguida a las principales Comisiones parlamentarias. No accedió nunca, sin embargo, a redactar un proyecto, desdeñoso de las especialidades. Sólo a veces, en silencio, tomaba una nota lenta. Y cuando emergía de su concentración, barrenando con el dedo, era para lanzar alguna idea general sobre el orden, el progreso, el fomento, la economía. Había allí la evidente actitud de un inmenso talento, que (como secreteaban sus amigos, guiñando el ojo con malicia) «está a la espera, en las alturas, al pairo». El propio Pacheco, por lo demás, enseñaba (esbozando con la gruesa mano el vuelo alto de un ala sobre la arboleda copuda) que «el verdadero

talento sólo debía de conocer las cosas *por la rama*».

Ese inmenso talento no podía dejar de auxiliar a los Consejos de la Corona. Pacheco, en un cambio ministerial (provocado por un latrocinio), fué ministro; e inmediatamente se notó cuán firme consolidación venía a dar al Poder el inmenso talento de Pacheco. En su cartera (que era la de Marina), Pacheco no hizo durante los largos meses de su gerencia «absolutamente nada», como insinuaron tres o cuatro espíritus amargados y rígidamente positivos. Pero por primera vez dentro de este régimen, la nación dejó de sentir dudas e inquietudes sobre nuestro imperio colonial. ¿Por qué? Porque se dió cuenta de que, por fin, los intereses supremos de ese imperio estaban confiados a un inmenso talento, al talento inmenso de Pacheco.

En las poltronas ministeriales, Pacheco muy rara vez rompía su silencio, repleto y fecundo. Algunas, sin embargo, cuando la oposición se volvía clamorosa, Pacheco extendía el brazo y tomaba con lentitud una nota a lápiz; y aquella nota, trazada sabiamente con madurísimo pensamiento, bastaba para trastornar y repeler a la oposición. ¡Y es que el inmenso talento de Pacheco había acabado por inspirar en las Cámaras, en las Comisiones, en los Centros, un terror disciplinario! ¡Ay de aquel sobre quien viniese a desplomarse colérico aquel talento inmenso! ¡Quedaría humillado sin remedio! Así lo sintió muy dolorosamente el pedagogo que un día se atrevió a acusar al señor ministro de la Gobernación (Pacheco regía entonces ese departamento) ¡de descuidar la instrucción del país! Ninguna recriminación podía ser más sensible para aquel inmenso espíritu, que, según su frase lapidaria y suculenta, declaró que «un pueblo sin la enseñanza de los Liceos es un pueblo *incompleto*». Apuntando con el dedo (gesto siempre suyo), Pacheco aplastó a aquel hombre temerario con esta tremenda diatriba: «Al ilustre diputado que me censura sólo tengo que decir que mientras su señoría ahí, en esos escaños, está berreando, ¡yo, aquí, en este sitio, hago la luz!» Estaba yo en ese espléndido momento en la tribuna. ¡Y no recuerdo haber oído jamás, en una asamblea humana, una ráfaga tan apasionada y ferviente de aclamaciones! Creo que fué a los pocos días de eso cuando a Pacheco le fué otorgada la gran cruz de la Orden de Santiago.

El inmenso talento de Pacheco se convertía poco a poco en un credo nacional. Viendo el inconmovible apoyo que aquel inmenso talento prestaba a las instituciones a quienes servía, todos lo desearon. Pacheco empezó por ser director universal de Compañías y Bancos. Acaparado por la Corona, entró en el Consejo de Estado. Su partido reclamaba ávidamente que Pacheco fuese su jefe. Pero los otros partidos se amparaban con sumisa veneración en su inmenso talento. Y poco a poco se concentró en Pacheco la nación.

A medida que él envejecía y aumentaba así en influencia y dignidades, la admiración por su inmenso talento llegó a tomar en el país ciertas formas de expresión, sólo propias de la religión o del amor. Cuando fué presidente del Consejo, había devotos suyos que abrían la mano sobre el pecho con unción, y, poniendo los ojos en blanco, murmuraban piamente: «¡Qué talento!» Y había también amorosos que, cerrando los ojos y tirando un beso con las puntas de los dedos unidas, balbucían con languidez: «¡Ay, qué talento!» ¿Y por qué ocultarlo? Había otros a quienes aquel inmenso talento les irritaba amargamente, como un ex-

cesivo y desproporcionado privilegio. A ésos los oí gritar con furia, dando patadas en el suelo: «¡Vaya, que eso es tener demasiado talento!» Pacheco, entre tanto, no hablaba. Sonreía tan sólo. La cabeza se le ponía cada vez mayor.

No recordaré su incomparable carrera. Basta con que mi querido señor Mollinet recorra nuestros anales. En todas las instituciones, reformas, fundaciones, obras, encontrará el sello de Pacheco. Lo fué todo, lo tuvo todo. ¡Ciertamente, su talento era inmenso! ¡Pero inmenso fué también el agradecimiento de su patria! Pacheco y Portugal, por lo demás, necesitaban, insustituiblemente, el uno del otro. Sin Portugal, Pacheco no hubiera sido lo que fué entre los hombres; pero sin Pacheco, ¡Portugal no sería lo que es entre las naciones!

Su vejez tuvo un carácter augusto. Perdió el pelo por completo. Todo él era cabeza. Y más que nunca revelaba su inmenso talento hasta en las cosas más nimias. Recuerdo muy bien la noche (siendo él presidente del Consejo) en que, en el salón de la condesa del Arrodes, alguien ansió con fervor saber lo que su excelencia pensaba de Cánovas del Castillo. Silenciosa y magistralmente, sonriendo tan sólo, su excelencia hizo con la mano, grave, levemente, un corte horizontal en el aire. Y hubo alrededor un murmullo de admiración, lento y maravillado. En aquel gesto ¡cuántas cosas sutiles, hondamente pensadas! Yo, por mi parte, después de mucho rebuscar, lo interpreté de esta manera: «¡Mediocre, a media altura, el señor Cánovas!» Porque, fíjese usted, mi querido señor Mollinet, en que ese talento, aun siendo tan vasto, ¡era al mismo tiempo muy sutil!

Reventó, quiero decir que su excelencia falleció, casi de repente, sin sufrimiento, a comienzos de este cruel invierno. Iban a hacerle justamente marqués de Pacheco. Toda la nación le lloró con infinito dolor. Yace en el cementerio de San Juan, bajo un mausoleo donde, por iniciativa del señor consejero Acacio (en carta al *Diario de Noticias*), fué esculpida una figura representando a *Portugal llorando al genio*.

Meses después de la muerte de Pacheco encontré a su viuda en Cintra, en casa del doctor Videira. Es una mujer (aseguran amigos míos) de excelente inteligencia y bondad. Cumpliendo un deber de portugués, deploré delante de la ilustre y afable señora la pérdida irreparable, para ella y para la patria. Pero cuando, conmovido, aludí al inmenso talento de Pacheco, la viuda levantó, con brusco espanto, los ojos, que mantenía bajados, y una fugaz, triste, casi compasiva sonrisa, plegó las comisuras de su pálida boca... ¡Eterno desacuerdo de los destinos humanos! ¡La mediocre señora no había comprendido nunca aquel inmenso talento! Créame, mi querido señor Mollinet, su devoto,

Fadrique.

IX

A CLARA

(*Trad.*)

París, junio.

Mi adorada amiga: No, no fué en la Exposición de acuarelistas, en marzo, cuando tuve mi primer encuentro con usted por decreto de los hados. Fué en el invierno, mi adorada amiga, en el baile de los Tressans. Allí fué donde la vi conversando con madame de Jouarre, ante una consola, cuyas luces, entre los manojos de orquídeas, ponían en su pelo ese nimbo de oro que tan justamente le pertenece como «reina de la gracia entre las mujeres». Recuerdo aún, muy religiosamente, su sonrisa cansada, el vestido negro con adornos color botón de oro, el abanico antiguo, que tenía usted cerrado sobre el regazo. Pasé; pero inmediatamente todo, alrededor, me pareció irreparablemente enojoso y feo; y volví a readmirar, a *meditar*, en silencio su belleza, que me cautivaba por su esplendor patente y comprensible, y, además, por no sé qué de fino, de espiritual, de doliente y de tierno que brillaba a través de ella y que venía del alma. Y tan intensamente me embebí en aquella contemplación, que me llevé conmigo su imagen, grabada y entera, sin olvidar una hebra de su pelo o una ondulación de la seda que la cubría, y corrí a encerrarme con ella, alborozado, como un artista que en algún oscuro almacén, entre polvo y cachivaches, descubriese la obra sublime de un maestro perfecto.

Y ¿por qué no he de confesarlo? Esa imagen fué para mí, al principio, solamente un cuadro, colgado en el fondo de mi alma, que yo contemplaba a cada dulce momento, pero sólo para alabar, con creciente sorpresa, los encantos diversos de línea y de color. Era únicamente un raro lienzo, colocado en un sagrario, inmóvil y mudo en su esplendor, sin otra influencia sobre mí que la de una forma muy bella que cautiva un gusto muy educado. Mi ser seguía siendo libre, atento a las curiosidades que hasta entonces le seducían, abierto a los sentimientos que hasta allí le atraían; y sólo cuando sentía el cansancio de las cosas imperfectas o el deseo nuevo de una ocupación más pura, volvía a la imagen que en mí guardaba, como un Fray Angélico en su claustro, soltando los pinceles al final del día, y arrodillándose ante la Madona para implorar de Ella reposo e inspiración suprema.

Poco a poco, sin embargo, todo lo que no era esa contemplación perdió para mí valor y encanto. Comencé a vivir cada día más retirado en el fondo de mi alma, sumido en la admiración de la imagen que allí refulgía, hasta que sólo esa ocupación me pareció digna de la vida; en el mundo entero no reconocí más que una apariencia inconstante, y fuí como un monje en su celda, ajeno a las cosas más reales, de rodillas y erguido en su sueño, que es para él la única realidad.

Pero no era, mi adorada amiga, un pálido y pasivo éxtasis ante su imagen. ¡No! Era más bien un ansioso y potente estudio de ella, con que intentaba yo conocer, a través de la forma, la esencia y—puesto que la belleza es el esplendor de la verdad—deducir de las perfecciones de su cuerpo las supremacías de su alma. Y así fué como sorprendí lentamente el secreto de su naturaleza: su clara frente, que el cabello descubre, tan clara y tan lisa, me reveló la rectitud de su pensamiento; su sonrisa, de una nobleza tan intelectual, me mostró fácilmente su desdén por lo mundano, y lo efímero, su incansable aspiración hacia una vida de verdad y de belleza; cada gracia de sus movimientos me trajo una delicadeza de su gusto; y en sus ojos distinguí lo que en ellos tan adorablemente se confunde, luz de razón, calor de corazón, luz que mejor calienta, calor que mejor alumbra... Ya la certeza de tantas perfecciones bastaría para hacer doblar, en una adoración perpetua, las rodillas más rebeldes. Pero sucede aún que, a medida que la comprendía y que su esencia se me manifestaba, así visible y casi tangible, una influencia descendía de ella sobre mí, una influencia extraña, diferente de todas

las influencias humanas, y que me dominaba con trascendental omnipotencia. ¿Cómo podría decirle? Monje encerrado en mi celda, comencé a aspirar a la santidad para armonizarme y merecer la convivencia con la santa a la que me consagraba. Hice entonces sobre mí un riguroso examen de conciencia. Investigué con inquietud si mi pensamiento era condigno del suyo; si en mi gusto no habría desconciertos que pudieran herir la disciplina del suyo; si mi idea de la vida era tan elevada y seria como la que yo presentí en la espiritualidad de su mirada, de su sonrisa, y si mi corazón no se dispersaría y debilitaría con exceso para poder palpitar con paralelo vigor junto a su corazón. Y he realizado en mí un jadeante esfuerzo para ascender a una perfección idéntica a aquella que tan sumisamente adoro en usted.

De modo que, mi querida amiga, sin saberlo, se convirtió en mi educadora. Y tan dependiente quedé en seguida de esa dirección, que ya no puedo concebir los movimientos de mi ser más que regidos por ella y por ella ennoblecidos. Sé perfectamente que todo lo que hoy surge en mí de algún valor, idea o sentimiento es obra de esa educación que su alma da a la mía, de lejos, sólo con existir y ser comprendida. Si hoy me abandonase a su influencia—debería decir mejor, como un asceta, a su gracia—, todo yo rodaría hacia una inferioridad sin remisión. Vea, pues, cómo se me ha hecho necesaria y preciosa... Y considere que, para ejercer esta supremacía salvadora, sus manos no tuvieron que imponerse sobre las mías: bastó con que yo la viese de lejos, en una fiesta, resplandeciente. Así un arbusto silvestre florece al borde de una cuneta porque allá arriba, en los remotos cielos, brilla un gran sol, que no lo ve ni le conoce, y, magnánimo, le hace crecer, abrirse y exhalar su breve aroma... Por eso mi amor alcanza ese sentimiento inefable e innominado que la planta, si tuviera conciencia, sentiría por la luz.

Y considere también que, necesitando de usted como de la luz, nada le ruego, ningún bien imploro de quien tanto puede y es para mí dueña de todo el bien. Sólo deseo que me deje vivir bajo esa influencia que, emanando del simple esplendor de sus perfecciones, tan fácil y dulcemente opera mi perfección. Sólo solicito ese permiso caritativo. Vea, pues, cuán distante y vago me mantengo en la esfumada humildad de una adoración, que hasta teme que su murmullo, un murmullo de rezo, roce el vestido de la imagen divina...

Pero si, mi querida amiga, por casualidad, convencida de mi renunciamiento a toda recompensa terrenal, permitiese desenvolverse junto a ella, en un día de soledad, la agitada confesión de mi pecho, realizaría ciertamente un acto de inefable misericordia, como en otro tiempo la Virgen María, cuando animaba a sus adoradores, ermitaños o santos, descendiendo en una nube y concediéndoles una sonrisa fugaz, o dejando caer entre sus manos levantadas una rosa del Paraíso. Así, mañana iré a pasar la tarde con madame de Jouarre. No hay allí la santidad de una celda o de una ermita, pero sí casi su aislamiento; y si mi querida amiga surgiese en pleno esplendor y yo recibiera de ella, no diré una rosa, pero sí una sonrisa, quedaría entonces radiantemente seguro de que este amor o este sentimiento mío inexpresado y sin nombre, que va más allá del amor, halla ante sus ojos piedad y permiso para esperar,

Fadrique.

X

A MADAME DE JOUARRE

(Trad.)

París, junio.

Mi excelente madrina: He aquí lo que ha «visto y hecho», desde mayo, en la hermosísima Lisboa, *Ulyssipo pulcherrima,* su admirable ahijado. Descubrí a un compatriota de las Islas, pariente mío, que vive hace tres años construyendo un sistema de Filosofía en el piso tercero de una casa de huéspedes, en la travesía de la Paja. Espíritu libre, emprendedor y hábil, paladín de las ideas generales, mi pariente, que se llama Procopio, considerando que la mujer no vale el tormento que ocasiona a su alrededor, y que las cinco mil pesetas de un olivar bastan y sobran a una espiritualista, consagró su vida a la Lógica, y sólo se interesa y sufre por la verdad. Es un filósofo alegre; habla sin gritar; tiene un aguardiente de moscatel excelente; y yo subo con gusto dos o tres veces por semana a su oficina de Metafísica para saber si, conducido por la dulce alma de Maine de Biran, que es su cicerone en los viajes por el Infinito, entrevió él ya, al fin, oculta detrás de sus últimos velos, la causa de las causas. En estas piadosas visitas voy poco a poco conociendo algunos de los huéspedes que en ese piso tercero de la travesía de la Paja gozan una buena vida de ciudad por dos pesetas diarias, vino y ropa limpia aparte. Casi todas las profesiones en que se ocupa la clase media en Portugal están aquí representadas con fidelidad, y yo puedo así estudiar, sin esfuerzo, como en un índice, las ideas y los sentimientos que en nuestro año de gracia forman el fondo moral de la nación.

Esta casa de huéspedes ofrece encantos. El cuarto de mi primo Procopio tiene una estera nueva, un lecho de hierro filosófico y virginal, gasa vistosa en las ventanas, rositas y aves por las paredes, y está mantenido en riguroso aseo por una de estas criadas como sólo produce Portugal, guapa moza de Traz-os-Montes, que, arrastrando sus zapatillas con la grave indolencia de una ninfa latina, barre, friega y arregla todo el piso; sirve nueve almuerzos, nueve cenas y nueve tés; limpia la loza; cose esos botones de pantalón y de calzoncillos que los portugueses están perdiendo constantemente; plancha las enaguas de madama; reza el rosario de su aldea, y tiene aún ratos libres para amar desesperadamente a un barbero vecino, que está decidido a casarse con ella en cuanto consiga un empleo en la Aduana. (Y todo esto por tres duros de salario.) El almuerzo se compone de dos platos, sanos y abundantes, de huevos y carne. El vino viene del cosechero, un vinillo ligero y nuevo, hecho según los venerables preceptos de las *Geórgicas* y semejante, seguramente, al vino de la Rethica: *quo te carmine dicam, Rethica?* Las tostadas, hechas con lumbre fuerte, son incomparables. Y los cuatro lienzos que adornan la sala, un retrato de Fontes (estadista ya fallecido, por quien sienten los portugueses una gran veneración), una imagen de Pío IX sonriendo y bendiciendo, una vista de la vega de Collares y las dos doncellas besuqueando a una tórtola, inspiran las sanas ideas, tan necesarias, de orden social, de fe, de paz campestre y de inocencia.

La patrona, doña Paulina Soriana, es una señora de cuarenta otoños, frescachona y rolliza, con un cuello muy grueso y toda ella más blanca que la chambra que usa sobre una

falda de seda roja. Parece una excelente señora, paciente y maternal, de buen juicio y de buena economía. Sin ser rigurosamente viuda, tiene un hijo, grueso ya también, que se muerde las uñas y sigue los cursos del Liceo. Se llama Joaquín, y cariñosamente, Quinito; padeció esta primavera no sé qué dura dolencia, que le obligaba a innumerables horchatas y baños de asiento; y está destinado por doña Paulina a la burocracia, que ella considera, y muy justamente, la carrera más segura y fácil.

—Lo esencial para un muchacho —afirmaba hace unos días la apreciable señora, después del almuerzo, cruzando la pierna—es tener padrinos y pescar un destino; ya está uno colocado; el trabajo es poco y se tiene el sueldecillo seguro a fin de mes.

Pero doña Paulina está tranquila respecto a la carrera de Quinito. Con la influencia—que es todopoderosa en estos reinos—de un amigo seguro, el señor consejero Vaz Netto, hay ya en el Ministerio de Obras Públicas, o en el de Justicia, una plaza de escribiente reservada, marcada con pañuelo, en espera de Quinito. E incluso como Quinito fué suspendido en los últimos exámenes, ya el señor consejero Vaz Netto indicó que, en vista de que se mostraba así, debilucho, con poca afición a las letras, lo mejor era no obstinarse más en los estudios y en el Liceo y entrar inmediatamente en un negociado...

—Aun así—añadió la buena señora, cuando me honró con estas confidencias—, me gustaría que Quinito terminase los estudios. No es por necesidad ni a causa del empleo, como usted ve, sino por gusto.

Quinito tiene, pues, su prosperidad gratamente garantizada. Además, supongo que doña Paulina guarda un peculio decente. En la casa, de buena clientela, tiene ahora siete huéspedes, todos fieles, estables, gastando, con los extras, de treinta a cuarenta duros al mes. El más antiguo, el más respetado—y al que yo precisamente conozco—es Pino, el brasileño Pino, el comendador Pino. El es quien todas las mañanas anuncia la hora del almuerzo—el reloj del pasillo está descompuesto desde la última Nochebuena—, saliendo de su cuarto a las diez en punto, con su botella de agua de Vidago y yendo a sentarse a la mesa, ya puesta, pero todavía desierta; su silla, una silla especial de mimbre, con almohadón hinchado, de goma. Nadie sabe del tal Pino la edad, ni la familia, ni la provincia en que nació, ni el trabajo en que se ocupaba en el Brasil, ni el origen de su encomienda. Llegó una tarde de invierno en un buque de la Mala Real; pasó cinco días en el lazareto; desembarcó con dos baúles, la silla de mimbre y cincuenta y seis latas de dulce de membrillo; tomó su cuarto en esta casa de huéspedes, con la ventana dando a la travesía; y aquí engorda pacífica y risueñamente, con el seis por ciento que rentan sus valores. Es un individuo prieto de carnes, rechoncho, de barba canosa, piel morena, toda ella de tonos ladrillo y café, siempre vestido con camisa negra, con unos lentes de oro colgando de una cinta de seda, que él, en la calle, en cada esquina, desenreda del cordón de oro del reloj para leer con interés y lentitud los carteles de los teatros. Su vida tiene una de esas prudentes regularidades que tan admirablemente ayudan a crear el orden en los estados. Después del almuerzo se calza las botas de caña, cepilla su sombrero de seda y se va, muy despacio, hasta la calle de los Tenderos, al escritorio de suelo de tierra del corredor Godiño, donde se pasa dos horas sentado en un banco,

junto al mostrador, con las manos velludas apoyadas en el puño del quitasol. Después se mete el quitasol debajo del brazo, y por la calle del Ouro, con una pachorra deleitosa, parándose a mirar a alguna señora con sedas ahuecadas o a alguna victoria con cochero de vistosa librea, encamina sus pasos hacia el estanco de Sousa, en el Rocío, donde bebe una copa de agua de Canecas y descansa hasta que la tarde refresca. Sigue entonces hacia la Avenida, a gozar del aire puro y del lujo de la ciudad, sentado en un banco; o da la vuelta al Rocío, bajo los árboles, con la cara erguida y dilatada de bienestar. A las seis regresa, se quita y dobla la levita, se pone las zapatillas de tafilete, endosa una cómoda chaqueta de algodón y cena, repitiendo siempre de la sopa. Después del café da un paseo «higiénico» por la Baixa, con paradas pensativas, pero risueñas, ante los escaparates de modas o las pastelerías; y algunos días sube por el Chiado, dobla la esquina de la calle Nueva de la Trinidad y regatea con placidez y firmeza una butaca para el Gimnasio. Todos los viernes entra en su Banco, que es el London Brazilian. Los domingos, al anochecido, recatadamente, visita a una moza gorda y limpia, que vive en la calle de la Magdalena. Cada semestre recibe los intereses de sus valores.

Toda su existencia posee así un pautado reposo. Nada le inquieta, nada le apasiona. El Universo, para el comendador Pino, consta de dos únicas entidades: él mismo, Pino, y el Estado, que le da el seis por ciento; por tanto, el Universo es perfecto y la vida perfecta, mientras Pino, gracias a las aguas de Vidago, conserve el apetito y la salud, y el Estado siga abonando fielmente el cupón. Además, poco necesita él para satisfacer la porción de alma y de cuerpo de que aparentemente se compone. La necesidad que todo ser vivo—incluso las ostras, según afirman los naturalistas—tiene de comunicar con sus semejantes por medio de gestos o sonidos, es en Pino poco exigente. Hacia mediados de abril sonríe y dice, desdoblando la servilleta: «Ya tenemos encima el verano.» Todos asienten, y Pino goza. A mediados de octubre se pasa los dedos por la barba, y murmura: «Ya tenemos encima el invierno.» Si otro huésped disiente, Pino enmudece, porque teme las discusiones. Y esta honesta permuta de ideas le basta. Mas en la mesa, con tal que le sirvan una sopa suculenta en un hondo sopero, que él pueda llenar dos veces, se siente satisfecho y dispuesto a dar gracias a Dios. *El Diario de Pernambuco*, el *Diario de Noticias*, alguna comedia del Gimnasio o de magia, contentan, y de sobra, esas otras necesidades de la inteligencia y la imaginación que Humboldt encontró, incluso, entre los botocudos. En las funciones sensuales, Pino sólo pretende, modestamente —como reveló un día a mi primo—, «no coger una enfermedad». Con las cosas públicas está siempre satisfecho, gobierne éste o aquél, con tal que la Policía mantenga bien el orden y no se produzcan en los principios y en las calles disturbios nocivos al pago del cupón. Y en cuanto al destino ulterior de su alma, Pino —como él mismo me lo aseguró— «sólo desea, después de muerto, que no le entierren vivo». Incluso acerca de una cuestión tan importante como es para un comendador su mausoleo, Pino poco exige: sólo una piedra lisa y decente, con su nombre, y un sencillo. *Rezad por él.*

Erraríamos, sin embargo, mi querida madrina, al suponer que Pino sea ajeno a todo lo humano. ¡No! Estoy seguro de que Pino respeta y

ama la Humanidad. Sólo que la Humanidad, para él, se ha hecho en el curso de su vida excesivamente restringida. Hombres, hombres serios, verdaderamente merecedores de ese noble nombre y dignos de que por ellos se sienta veneración y afecto, y se arriesgue un paso que no canse mucho, para Pino sólo existen los prestamistas del Estado. Así, mi primo Procopio, con una malicia muy inesperada en un espiritualista, le contó hace tiempo, confidencialmente, abriendo mucho los ojos, ¡que yo poseía muchos valores, muchas pólizas, mucho papel del Estado!... Pues la primera mañana que volví, después de esa revelación, a la casa de huéspedes, Pino, levemente colorado, casi conmovido, me ofreció un trozo de dulce de guayaba, colocado sobre una servilleta. ¡Acto conmovedor, que explica esa alma! Pino no es un egoísta, un Diógenes de chaqué negro, secamente retraído dentro del tonel de su inutilidad. No. Hay en él toda la humana voluntad de amar a los hombres, sus semejantes, y de beneficiarlos. Ahora que, ¿quiénes son, para Pino, sus genuinos semejantes? Los prestamistas del Estado. ¿Y en qué consiste para Pino el acto beneficioso? En la cesión a los demás de aquello que a él le es inútil. Y como a Pino no le sienta bien el dulce de guayaba, no bien supo que yo era poseedor de valores, un semejante suyo, capitalista como él, no vaciló, no se hurtó por más tiempo a su deber humano: realizó en seguida el acto beneficioso, y vino, ruboroso y feliz, trayendo su dulce sobre una servilleta.

¿Es el comendador Pino un ciudadano inútil? ¡No, ciertamente! Hasta para mantener con estabilidad y firmeza el orden de una nación, no hay ciudadano más útil que este Pino, con sus plácidas costumbres, su fácil asentimiento a todas las formas de la cosa pública, su cuenta en el Banco, comprobada los viernes; sus placeres, gozados con higiénico recato; su reticencia, su inercia. De un Pino no puede nunca salir idea o acto, afirmación o negación, que alteren la paz del Estado. Así, gordo y apacible, adherido al organismo social, no ayudando a su movimiento, pero no contrariándolo tampoco, Pino presenta todos los caracteres de una excrecencia sebácea. Socialmente, Pino es un lobanillo. Y no hay nada más inofensivo que un lobanillo; y, en nuestros tiempos, en que el Estado está lleno de elementos morbosos, que actúan sobre él como parásitos, lo succionan, lo infectan, lo sobreexcitan; esta inocuidad de Pino puede, incluso—en relación con los intereses del orden—, ser considerada como una cualidad meritoria. Por eso el Estado, según dicen, le va a hacer barón. Y barón es un título que los honra a ambos, al Estado y a Pino, porque con él se rinde simultáneamente un homenaje gracioso y discreto a la familia y a la religión. El padre de Pino se llamaba Francisco, Francisco José Pino. Y a nuestro amigo le van a hacer barón de San Francisco.

¡Adiós, mi querida madrina! ¡Vamos por nuestro décimoctavo día de lluvia! Desde comienzos de junio y de las rosas, en este país de sol sobre azul, en la tierra trigueña del olivo y del laurel, dilectos a Febo, está lloviendo, lloviendo con una lluvia densa, continua, inalterable, sin un soplo de viento que la ondule ni un rayo de luz que la adiamante, formando, desde las nubes a las calles, una trama blanda de humedad y tristeza, en que el alma se debate y consume como una mariposa apresada en la tela de una araña. Estamos en pleno versículo XVII del capítulo VII del *Génesis*. En caso de que estas aguas celestes no cesasen, sacaré la conclusión de que las intenciones de Jehová para con este país pecador son diluvianas; y no creyéndome menos digno de la Gracia y de la Alianza divina que Noé, voy a comprar madera y brea y a construir un arca conforme a los buenos modelos hebraicos o asirios. Si, por casualidad, de aquí a una temporada una paloma blanca fuese a dar con las alas en sus cristales, madrina, seré yo, que habré conducido a El Havre mi arca, llevando conmigo, entre otros animales, a Pino y a doña Paulina, para que más adelante, al descender las aguas, Portugal se repueble con provecho, y el Estado tenga siempre Pinos a quienes pida dinero prestado, y gordos Quinitos con quienes se gaste el dinero que pidiera a Pino. Su ahijado del corazón,

Fadrique.

XI

A M. BERTRAND B.
Ingeniero en Palestina.

París, abril.

Mi querido Bertrand: Con mucha ironía, hoy, en este Domingo de Pascua, en que los cielos, contentos, se han revestido pascualmente con una casulla de oro y azul, y las lilas nuevas perfuman mi jardín para santificarlo, me llega tu horrenda carta contando ¡que terminaste el trazado del ferrocarril de Jaffa a Jerusalén! ¡Y triunfas! Seguramente, en la puerta de Damasco, con las recias botas enterradas en el polvo de Josafat, el quitasol colocado sobre una piedra tumular de profeta, el lápiz aún errante sobre el papel, sonríes, te dilatas todo, y a través de las gafas ahumadas contemplas, marcada con banderitas, la «línea» donde en breve, humeante y chirriando, ¡rodará desde la vieja Jeppo hacia la vieja Sión, el negro tren de tu negra obra! Alrededor, los contratistas, secándose el profuso sudor de su hazaña, ¡desenvuelven las botellas de cerveza festejadora! Y detrás de vosotros, el Progreso, erguido contra las murallas de Herodes, todo goznes y tornillos, también triunfa, restregándose con ásperos crujidos sus rígidas manos de hierro fundido.

Bien lo siento, bien comprendo tu escandaloso trazado, ¡oh hijo dilecto y fatal de la Escuela de Caminos, Canales y Puertos! No necesitaba ese plano con que me deslumbras, todo en líneas rojas, semejantes a heridas hechas con una faca vil sobre una noble carne. Y es en Jaffa, en la antiquísima Jeppo, ya heroica y santa antes del Diluvio, donde tu primera estación con marquesina, carbón almacenado, básculas, campana, jefe de gorra galoneada, se alza entre aquellos naranjos, elogiados por el Evangelio; donde San Pedro, corriendo ante los gritos de las mujeres, resucitó a Dorcas, la buena tejedora, y la ayudó a salir de su sepulcro. De allí la locomotora, con su vagón de primera clase, tapizado de indiana, rueda descaradamente por la llanura de Saarón, tan amada del cielo, que, incluso bajo las brutales pisadas de las hordas filisteas, no se marchitaban nunca en ella las anemones y las rosas. Corta a través de Beth-Dagón y mezcla el polvo de su carbón de Cardiff al vetusto polvo del templo de Baal, que Sansón, mudo y traspasado de tristeza, derrumbó moviendo los hombros. Corre sobre Lida y atruena con pitidos al magno San Jorge, que, vestido aún con su armadura, emplumado, con el guantelete sobre la espada, duerme allí su sueño terrenal. Toma agua por un tubo de cuero del Pozo Santo, de donde la Vir-

gen, en la huída a Egipto, descansando bajo la higuera, dió de beber al Niño. Para en Ramleh, que es la vieja Arimatea—*¡Arimatea, quince minutos de parada!*—, la aldea de los dulces huertos y del dulce hombre que enterró al Señor. Penetra por túneles humeantes en las colinas de Judá, donde lloraban los profetas. Marcha entre ruinas, que fueron la ciudadela y después la sepultura de los Macabeos. Cruza sobre un puente de hierro el torrente en que David, errante, escogía piedras para su honda, derrumbadora de monstruos. Colea jadeante por el valle melancólico donde habitó Jeremías. ¡Ensucia también Emaús, vadea el Cedrón y se detiene, al fin, sudorosa, aceitada, sórdida de herrumbre, en el valle de Honnom, en la *terminal* de Jerusalén!

Ahora bien, mi buen Bertrand, yo, que no soy ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, ni accionista de la Compañía de los Ferrocarriles de Palestina, y sí sólo un peregrino añorando esos lugares adorables, considero que tu obra de civilización es una obra profanadora. ¡Ya lo sé, ingeniero! Pedro resucitando a la vieja Dorcas, la floración maravillosa de los rosales de Saarón, el Niño bebiendo, en la fuga a Egipto, a la sombra de los árboles que los ángeles iban sembrando delante, son fábulas... Pero son fábulas que hace dos mil años prestan encanto, esperanza, cobijo consolador y energía para vivir a una tercera parte de la Humanidad. Los lugares donde sucedieron esas historias, ciertamente muy sencillas y muy humanas, y que después, por esa necesidad que el alma tiene de lo divino, se transformaron en la tan bella mitología cristiana, son, por eso, venerables. En ellos vivieron, combatieron, enseñaron, padecieron, desde Jacob hasta San Pablo, todos los seres excepcionales que hoy pueblan el cielo. Jehová sólo se mostraba en esos montes, con terrorífico esplendor, en la época en que visitaba a los hombres. Jesús descendió a esos valles pensativos para renovar el mundo. Siempre Palestina fué la morada preferida de la divinidad. Nada de material debería, pues, alterar su recogimiento espiritual. Y es penoso que la humareda del progreso manche un aire que conserva el perfume del paso de los ángeles, y que sus caminos de hierro remuevan el suelo donde aún no se han apagado las pisadas divinas.

Tú sonríes y acusas precisamente a la vieja Palestina de ser una incorregible fuente de ilusión. Pero la ilusión, amigo Bertrand, es tan útil como la certeza; y en la formación de todo espíritu, para que sea completo, deben entrar tanto los cuentos de hadas como los problemas de Euclides. Destruir la influencia religiosa y poética de Tierra Santa, tanto en los corazones sencillos como en las inteligencias cultivadas, es un retroceso en la civilización, en la verdadera, en esa de la que tú no eres obrero, y que tiene por mejor esfuerzo perfeccionar el alma que fortificar el cuerpo, e, incluso por el lado de la utilidad, considera un sentimiento más útil que una máquina. Ahora bien: unas locomotoras maniobrando por la Judea y Galilea, con su materialidad de carbón y hierro, su desarrollo inevitable de hoteles, ómnibus, billares y faroles de gas, destruyen irremediablemente el poder emotivo de la Tierra de los Milagros, porque la modernizan, la industrializan, la vulgarizan.

Ese poder, esa influencia espiritual de Palestina, ¿de qué provenía? De haberse ella conservado a través de esos cuatro mil años inmutablemente *bíblica y evangélica*... Ciertamente, ha habido cambios en Israel: la

administración turca tiene menos esplendor que la administración romana; de los vergeles y jardines que rodeaban a Jerusalén sólo quedan peñascos y ortigas; las ciudades, desmoronadas, perdieron su heroísmo de ciudadelas; el vino es raro; todo el saber se extinguió, y no dudo que aquí y allá, en Sión, en alguna terraza de mercader levantino, se silbe a la luz de la luna el vals de *Madame Angot*.

Pero la vida íntima, en su forma rural, urbana o nómada; las maneras, las costumbres, los ceremoniales, los trajes, los utensilios, todo sigue como en los tiempos de Abrahán y de Jesús. Entrar en Palestina es penetrar en una Biblia viva. Las tiendas de piel de cabra, plantadas a la sombra de los sicomoros; el pastor apoyado en su alta lanza, seguido de su rebaño; las mujeres, veladas de amarillo o blanco, cantando, camino de la fuente, con su cántaro al hombro; el montañés tirando a las águilas con su honda; los viejos sentados, en la frescura de la tarde, a la puerta de las villas amuralladas; las claras terrazas llenas de palomas; el escriba que pasa con su tintero colgado de la cintura; las siervas moliendo el grano; el hombre de largas melenas nazarenas que nos saluda con la palabra *paz*, y que conversa con nosotros por medio de parábolas; la posadera que nos acoge, extendiendo para que pasemos una alfombra sobre el umbral de su vivienda, y también las procesiones nupciales, y las danzas lentas al repiqueteo de las panderetas, y las plañideras en torno a los sepulcros encalados, todo transporta al peregrino a la vieja Judea de las Escrituras, y de un modo tan presente y real, que a cada momento dudamos si aquella leve y morena mujer, con anchas ajorcas de oro y un aroma de sándalo, que conduce un cordero cogido por la punta del manto, no será aún Raquel, o si entre los hombres sentados allí, a la sombra de la higuera y de la viña, aquel de corta barba rizosa, que alza el brazo, no será Jesús enseñando.

Esta sensación, preciosa para el creyente, es preciosa también para el intelectual, porque le pone en comunión flagrante con uno de los más maravillosos momentos de la historia humana. Sin duda, sería igualmente interesante—más interesante, tal vez—que se pudiese captar la misma emoción en Grecia, y que allí encontrásemos también, con sus costumbres, sus maneras, su sociabilidad, la gran Atenas de Pericles. Por desgracia, aquella Atenas incomparable yace muerta, enterrada para siempre, deshecha en polvo, bajo la Atenas romana, y la Atenas bizantina, y la Atenas bárbara, y la Atenas musulmana y la Atenas constitucional y sórdida. Por todas partes el viejo escenario de la Historia está destrozado y en ruinas. Los montes mismos han perdido, al parecer, su clásica configuración, y nadie puede hallar en el Lacio el río y el fresco valle que Virgilio habitó y que tan virgilianamente cantó. Un solo sitio en la tierra permanecía aún con los aspectos y las costumbres con que lo habían visto y en que habían participado los hombres que dieron al mundo una de sus más altas transformaciones: ese sitio era un pedazo de la Judea, de la Samaria y de Galilea. Si fuera groseramente modernizado, nivelado al prototipo social, tan querido del siglo, como es el distrito de Liverpool o el departamento de Marsella, y si desapareciese así para siempre la oportunidad educadora de *ver* una gran imagen del pasado, ¡qué profanación, qué devastación brutal y bárbara! Y por perder esa forma su-

perviviente de las antiguas civilizaciones, el tesoro de nuestro saber y de nuestra inspiración queda irreparablemente rebajado.

Nadie aprecia y venera, seguramente, más que yo un ferrocarril, mi querido Bertrand; y me resultaría penoso tener que viajar de París a Burdeos como Jesús subía del valle de Jericó: montado a horcajadas en un burro. Las cosas más útiles, sin embargo, son importunas y hasta escandalosas cuando invaden groseramente lugares que no les corresponden. Nada más necesario en la vida que un restaurante, y, no obstante, nadie, por descreído o irreverente que fuese, desearía que se instalase un restaurante, con sus mesas, su chocar de platos, su olor a guisados, en las naves de Nuestra Señora de París o en la vetusta catedral de Coimbra. Un camino de hierro es obra encomiable entre París y Burdeos. Entre Jericó y Jerusalén basta con la yegua ligera que se alquila por dos dracmas y con la tienda de lona, que se planta al atardecer entre los palmares, a la orilla de un agua clara, y donde se duerme tan santamente bajo la paz radiante de las estrellas de Siria.

Y son precisamente esa tienda, y el camello grave que carga los fardos, y la escolta rutilante de beduínos, y las extensiones de desierto por las que se galopa con el alma henchida de libertad, y el lirio de Salomón, que se coge en las grietas de una ruina sagrada, y los frescos parajes junto a los pozos bíblicos, y los recuerdos del pasado, de noche, en torno a la hoguera del campamento, los que constituyen el encanto del viaje y atraen al hombre de gusto que ama las delicadas emociones de la Naturaleza, la Historia y el Arte. Cuando se parte de Jerusalén hacia Galilea en un vagón estridente y lleno de polvo, tal vez nadie emprenda la peregrinación magnífica, a no ser el hábil *commis-voyageur* (1), que va a vender por los bazares percales de Manchester o paños rojos de Sedán. Tu negro tren rodará vacío. ¡Qué pura alegría ésa para todos los entendimientos cultos que no sean accionistas de los Ferrocarriles de Palestina!...

¡Pero, tranquilízate, Bertrand, ingeniero y accionista! Los hombres, incluso los que mejor sirven al ideal, no resisten nunca las tentaciones sensuales del progreso. Si, de un lado, a la salida de Jaffa, la propia caravana de la reina de Saba, con sus elefantes y onagros, estandartes, liras y los heraldos coronados de anemones, y todos los fardos abarrotados de pedrerías y bálsamos, interminable de poesía y leyenda, se ofreciese al hombre del siglo XIX para transportarle lentamente a Jerusalén y a Salomón, y de otro lado, un tren, silbando, con las ventanillas abiertas, le prometiese el mismo viaje, sin solaneras ni tumbos, a veinte kilómetros por hora, con billete de ida y vuelta, ese hombre, intelectual y eruditamente artista, además, cogería su sombrerera y se metería ávidamente en el vagón, donde podría quitarse las botas y dormitar tumbado.

Por eso tu obra maligna prosperará por la propia virtud de su malignidad. Y dentro de pocos años, el occidental práctico que de mañana salga de la vieja Jeppo en su vagón de primera clase, y compre en la estación de Gaza la *Gaceta Liberal del Sinaí*, y coma divertido, en Ramleh, en el Grand-Hotel de los Macabeos, irá de noche a Jerusalén por la *Vía Dolorosa*, iluminada con electricidad, ¡a beber un *bock* y a tirar tres carambolas al Casino del Santo Sepulcro!

Esta será tu obra y el fin de la leyenda cristiana. ¡Adiós, monstruo!

Fadrique.

(1) Viajante de comercio, comisionista. *Sic* en el texto.

XII

A MADAME DE JOUARRE

Quinta de Refaldes (Miño).

Mi querida madrina: Estoy viviendo pingüemente en tierras eclesiásticas, porque esta quinta fué de unos frailes. Ahora pertenece a un amigo mío, que es, como Virgilio, poeta y labrador, y canta piadosamente los orígenes heroicos de Portugal mientras cultiva sus campos y engorda sus ganados. Tieso, lozano, requemado por los soles, tiene ocho hijos, con los que va poblando estas celdas monásticas tapizadas de cretonas claras. Y yo regresé precisamente de Lisboa a estos maizales del Norte para ser padrino del último, un famoso caballero de tres palmos, color ladrillo, todo roscas y morbideces, con menos pelo que un melón, los ojillos brillando entre arrugas como azabaches, y un aire hondamente escéptico y sesudo. El sábado, día de San Bernardo, bajo un azul que San Bernardo hizo especialmente vistoso y terso, al repique de las claras campanas, entre aromas de rosales y jazmines, le llevamos, todo adornado de lazos y encajes, a la Pía, donde el padre Teotonio le lavó por entero de la fétida costra del pecado original, que desde las mollas de los talones hasta la cabecita le cubría totalmente, pobre caballerete de tres palmos que no vivía aún con el alma y perdía ya el alma... Y desde entonces, como si Refaldes fuese la isla de los latofagios y yo hubiera comido, en vez de coliflor de la huerta, la flor de loto, aquí me quedé, olvidado del mundo y de mí, en la dulzura de estos aires, de estos prados, de toda esta rural serenidad que me acaricia y me adormece.

El caserón conventual donde moramos, y donde los canónigos reglares de San Agustín, los ricos y rollizos crucíferos, venían a haraganear en verano, se une por un claustro florido de hidrangeas a una iglesia lisa y sin arte, con un atrio sombreado por castaños, pensativo, grave, como son siempre los del Miño. Una cruz de piedra hay encima del pórtico, de donde cuelga aún de la cadena de hierro la lenta campanilla frailesca. En medio del patio, la fuente de la buena agua, que canta soñolienta, cayendo de pilón en pilón, tiene en el remate otra cruz de piedra, a la que un musgo amarillento reviste de secular melancolía. Más allá, en un amplio estanque, lago casero, bordeado de bancos, donde, seguramente, los buenos crucíferos venían a saturarse por las tardes de frescor y de ocio; el agua de los riegos, límpida y crecida, brota a los pies de una santa piedra, erguida en su hornacina, y que tal vez es Santa Rita. Más al fondo, en la huerta, otra santa enjuta, sosteniendo en sus manos un ánfora partida, preside, como una náyade, el borboteo de otra fuente, que por regueras de granito va rebrillando y corriendo a través del judiar. En los puntales de piedra que sostienen la parra hay a veces una cruz grabada, un sagrado corazón o un monograma de Jesús. Toda la quinta, santificada por signos devotos, recuerda una sacristía, en que los techos fuesen de parra, la hierba cubriese las solaneras, por cada herida burbujease un regato y el incienso brotase de los claveles.

Pero con todos estos emblemas sacros, nada hay que nos mueva o nos

arrastre severamente a los renunciamientos del mundo. La quinta fué siempre, como ahora, de rica abundancia, toda campos de pan, bien arada y bien regada, fecunda, extendida al sol como el vientre de una ninfa antigua. Los excelentes frailes que en ella habitaron amaban ampliamente la tierra y la vida. Eran nobles que prestaban servicio en la milicia del Señor, como sus hermanos más viejos lo prestaban en la milicia del rey, y que, como ellos, gozaban risueñamente de los ocios, privilegios y riqueza de su orden y de su casta. Llegaban a Refaldes, en las calmas de julio, en carruajes y con lacayos. La cocina era más visitada que la iglesia, y todos los días los capones se doraban en el asador. Un discreto polvo velaba la biblioteca, donde sólo algunas veces algún canónigo reumático y retenido en las almohadas de su celda mandaba a buscar el *Don Quijote* o *Las farsas de doña Petronila*. Muy limpia, aireada, bien catalogada, con rótulos y notas trazadas por la mano erudita de los abades, sólo la bodega...

No hay, pues, que buscar en esta morada de monjes el precioso sabor de las tristezas monásticas, ni las quebradas de la sierra y el valle, llenas de soledad y silencio, tan suaves para sentir en ellas deliciosamente las nostalgias del cielo; ni las espesuras de bosque en que San Bernardo se adentraba para hallar en ellas, mejor que en su celda, la «soledad fecunda»; ni los claros de un pinar quejumbroso, con rocas peladas, tan apropiadas para la cabaña y la cruz del ermitaño... ¡No! Aquí, en torno del patio (donde el agua de la fuente corre todavía desde los pies de la cruz), hay sólidas medidas para el grano, grandes corrales en que engorda el ganado, jaulones abarrotados de capones y de reverendos pavos. Delante está la huerta lozana, olorosa, suculenta, suficiente para colmar todas las ollas de una aldea, más adornada que un jardín, con calles que adornan y perfuman fajas de fresales y que sombrean los encañados, techados por espesas parras. Después, la era de granito, limpia y alisada, reciamente construída para largos siglos de cosechas, con su granero contiguo, bien atronerado, bien aireado, tan amplio, que los gorriones vuelan allí dentro como en un pedazo de cielo. Y, por último, ondulando ricamente hasta las colinas tersas, los campos de trigo y de centeno, los viñedos bajos, los olivares, los céspedes, el lino sobre los regatos, la florida maleza para el ganado... San Francisco de Asís y San Bruno detestarían este retiro frailuno y huirían de él escandalizados, como de un pecado vivo.

La casa ofrece por dentro la misma buena comodidad temporal. Las celdas espaciosas, de techos artesonados, dan sobre las tierras sembradas, y reciben de ellas, a través de los cristales, llenos de sol, la perenne sensación de hartura, de opulencia rural, de bienes terrenos que no engañan. Y la sala mejor, planeada para las ocupaciones más gratas, es el refectorio, con sus grandes huecos, donde los regalones frailes pudieran, al final de la comida, según la venerable tradición de los crucíferos, tomar su café a sorbitos, riendo a carcajadas, respirando al frescor, o siguiendo en las hayas del patio el alto cantar de un mirlo.

De modo que no hubo necesidad de alterar esta vivienda cuando de religiosa pasó a seglar. Estaba ya sabiamente preparada para lo profano; y la vida que en ella entonces se empezó a vivir no fué diferente de la del vetusto convento, sólo que más bella, porque, libre de las contradic-

ciones de lo espiritual con lo temporal, su armonía se tornó perfecta. Y tal como es, se desliza con incomparable dulzura. De madrugada, los gallos cantan, la quinta despierta, los perros de presa son encadenados, la moza va a ordeñar las vacas, el pastor se echa su cayado al hombro, la fila de jornaleros se encamina hacia las tierras y el trabajo principia, ese trabajo que en Portugal parece la más segura de las alegrías y la fiesta siempre incansable, porque todo está hecho para cantar. Las voces suenan, altas y desgarradas, en el fino silencio, allá, entre los trigos, o del campo en escardadura, donde blanquean las camisas de lino crudo, y los pañuelos de anchas franjas rojean más que amapolas. Y no hay en esa labor ni dureza ni ímpetu. Todo se hace con la mansedumbre con que el pan madura al sol. El arado acaricia, más que rasga, la gleba. El centeno cae solo, amorosamente, en la curva atrayente de la hoz. El agua sabe dónde tiene sed el terrón, y corre hacia allí murmurando y refulgiendo. Ceres, en estos lugares benditos, sigue siendo, realmente, como en el Lacio, la diosa de la Tierra, que a todo beneficia y ayuda. Ella refuerza el brazo del labrador, refresca su sudor y le limpia del alma toda sombría preocupación. Por eso los que la sirven conservan una serenidad risueña en la tarea más dura. Así era la dichosa configuración de la vida antigua.

A la una es la comida, seria y pingüe. La quinta todo lo suministra pródigamente; y el vino, el aceite, las hortalizas, la fruta tienen un sabor más vivo y sano, caídos así de las manos del buen Dios sobre la mesa, sin pasar por el comercio y por la tienda. En ningún palacio, por esa Europa superfina, se come en verdad tan deliciosamente como en estas rústicas quintas de Portugal. En la cocina ahumada, con dos ollas de hierro y cuatro astillas ardiendo en el suelo, estas amas de casa aldeanas, de mangas arremangadas, guisan un banquete que haría gozar al viejo Júpiter, aquel glotón trascendental, acostumbrado al néctar, el dios que más comió y más noblemente supo hacerlo, desde que hay dioses en el cielo y en la tierra. Quien no ha probado nunca este arroz en cazuela, este cordero pascual cándidamente asado en el espetón, estos menudillos de pollo contemporáneos de la monarquía, que colman el alma, no puede realmente saber lo que es la especial bienaventuranza, tan grosera y tan divina, que en tiempo de los frailes se llamaba la *comilona*. Y la quinta, después, con sus encañados de suave sombra, el soñoliento susurro de las aguas regantes, los oros claros y oscuros ondulando en los trigales, ofrece, más que en ningún otro paraíso humano o bíblico, el reposo apropiado ¡para quien emerge, pesado y risueño, de ese arroz y de ese cordero!

Si estos mediodías son un poco materiales, pronto la tarde traerá la parte de poesía que requiere el espíritu. En todo el cielo se apagó la refulgencia de oro, el esplendor arrogante que ciega y casi repele; ahora, apaciguado y tratable, esparce una dulzura, una paz que penetra en el alma, la torna también pacífica y tierna, y crea ese momento raro en que el cielo y el alma fraternizan y se entienden. Las arboledas reposan en una inmovilidad de contemplación, que es inteligente. En el breve y velado piar de los pájaros hay un recogimiento, una conciencia de nido feliz. En fila, los bueyes vuelven de los pastos, cansados y hartos, y van aún a abrevar al estanque, donde el goteo del agua bajo la cruz es más perezoso. Toca la campana al Avemaría. En todas las casas están mur-

murando el nombre de Nuestro Señor. Un carro rezagado, repleto de retama, gime en la sombra de la vereda. Y todo es tan tranquilo, sencillo y tierno, madrina, que en cualquier banco de piedra en que me siente me quedo extasiado, sintiendo la penetrante bondad de las cosas, y tan en armonía con ellas, que no hay en esta alma, toda manchada por el barro del mundo, pensamiento alguno que no pudiera contar a un santo...

Verdaderamente, estas tardes santifican. El mundo retrocede hacia muy lejos, más allá de los pinares y de las colinas, como una miseria olvidada; y estamos entonces, realmente, en la felicidad de un convento, sin reglas ni abades, hecho sólo de la religiosidad natural que nos envuelve, y tan apropiada es la oración, que no tiene palabras, y es por eso la mejor comprendida por Dios.

*

Después oscurece, hay ya luciérnagas en los cercados. Venus, pequeñita, centellea en lo alto. La sala de arriba está llena de libros, de los libros fechados en tiempos de los crucíferos, porque sólo desde que no pertenece a una orden espiritual se ha espiritualizado esta casa. Y el día termina en la quinta con una apacible y lenta controversia sobre ideas y letras, mientras al lado, en la guitarra, gime alguno de los fados portugueses, largo en nostalgias y en ayes, y la luna, al fondo del balcón, una luna rojiza y llena, surge, como para escuchar, por detrás de los negros montes.

Deus nobis hœc otia fecit in umbra Lusitaniœ pulcherrimœ... Mal latín, grata verdad.

Su agradecido y mal ahijado,

Fadrique.

XIII

A CLARA

(*Trad.*)

París, noviembre.

Amor mío: Hace aún unos instantes (diez instantes, diez minutos, que tanto tardé en un *fiacre* desolador desde nuestra *torre de marfil*), percibía yo el rumor de tu corazón junto al mío, sin que nos separase más que una tenue arcilla mortal, en ti tan bella, en mí tan áspera, y estoy ya intentando reanudar ansiosamente, por medio de este papel inerte, ese inefable *estar contigo* que es hoy la única finalidad de mi vida, mi suprema y única vida. Y es que, alejado de tu presencia, dejo de vivir, las cosas dejan de ser para mí, y me quedo como un muerto yaciendo en medio de un mundo fenecido. Apenas, pues, termina ese perfecto y breve momento de vida que me das, sólo con reposar junto a mí y murmurar mi nombre ¡comienzo de nuevo a aspirar desesperadamente hacia ti como hacia una resurrección!

Antes de amarte, antes de recibir de las manos de mi Dios a mi Eva, ¿qué era yo en verdad? Una sombra fluctuando entre sombras. Pero viniste tú, dulce adorada, para hacerme sentir mi realidad y permitir que gritase yo también triunfalmente mi «¡amo, luego existo!» Y no fué sólo mi realidad lo que me revelaste, sino también la realidad de todo este universo que me envolvía como un ceniciento e ininteligible montón de apariencias. Cuando hace días, en la terraza de Savran, al anochecer, te quejabas de que contemplase yo las estrellas estando tan cerca de tus ojos, y acechase el adormecimiento de las colinas junto al calor de tus hombros, no sabías, ni yo te supe entonces explicar, que esa contemplación era también un nuevo modo de adorarte, porque, realmente, estaba admirando en las cosas la belleza inesperada que tú derramas sobre ellas con una emanación que te es propia, y que, antes de vivir a tu lado, nunca les había yo notado, ¡como no se percibe el bermellón de las rosas o el verde tierno de la hierba antes de nacer el sol! Fuiste tú, mi bien amada, la que me iluminaste el mundo. Con tu amor recibí mi iniciación. Ahora comprendo, ahora sé. Y, como el antiguo iniciado, puedo afirmar: «También yo fuí a Eleusis; por la ancha carretera colgué mucha flor que no era verdadera, ante mucho altar que no era divino; pero llegué a Eleusis, penetré en Eleusis, ¡y vi y escuché la verdad!...»

Y añade a esto, para martirio y gloria míos, que tú eres tan suntuosa y tan etéreamente bella, de una belleza hecha de cielo y de tierra, belleza completa y sólo tuya, que yo ya concebí, que no creí nunca realizable. ¡Cuántas veces, ante la siempre admirada y enteramente perfecta Venus de Milo, pensé que si debajo de su testa de diosa pudieran agitarse los afanes humanos; si sus ojos soberanos y mudos se supieran velar de lágrimas; si sus labios, hechos sólo para la miel y los besos, accediesen a temblar en el murmullo de una oración sumisa; si bajo esos senos, que fueron el ansia sublime de los dioses y de los héroes, palpitase un día el amor, y con él la bondad; si su mármol sufriese, y con el sufrimiento se espiritualizase, uniendo al esplendor de la armonía la gracia de la fragilidad; si fuera ella de nuestro tiempo y sintiese nuestros males, y, aun sin dejar de ser diosa del placer, se convirtiese en señora del dolor, entonces no estaría colocada en un museo, sino consagrada en un santuario, porque los hombres, al reconocer en ella la alianza, siempre anhelada y siempre frustrada, de lo real y de lo ideal, habríanla, seguramente, aclamado *in æternum* como a la definitiva divinidad! ¡Pero cómo! La pobre Venus sólo ofrecía la serena magnificencia de la carne. Le faltaba en absoluto la llama que arde en el alma y la consume. ¡Y la criatura incomparable de mi pensamiento, la Venus espiritual, citerea y dolorosa, no existía, no existiría nunca!... Y cuando yo pensaba así, ¡he aquí que surges tú, y yo te comprendo! Eras la encarnación de mi sueño, o anterior a un sueño que debe de ser universal: ¡pero sólo yo te descubrí, o tan afortunado fuí, que sólo por mí quisiste ser descubierta!

¡Mira, pues, si voy a dejarte escapar jamás de mis brazos! Por lo mismo que eres mi divinidad, para siempre e irremediablemente estás apresada dentro de mi adoración. Los sacerdotes de Cartago sujetaban a las losas de los templos, con cadenas de bronce, las imágenes de sus Baals. Así te quiero también, encadenada dentro del templo avaro que te construí, sólo divinidad mía, siempre en tu altar, y yo siempre delante de él postrado, recibiendo constantemente en el alma tu visitación, sumiéndome sin cesar en tu esencia, de modo que ni por un momento se interrumpa esa fusión inefable, que es para ti un acto de misericordia y para mí de salvación. Lo que yo desearía, en realidad, es que fueses invisible para todos y como no existente, que perpetuamente un paño uniforme ocultase tu cuerpo, una muda rigidez encubriese tu inteligencia. Así pasarías en el mundo como una apariencia incomprendida. Y sólo para mí, desde dentro de la oscura envoltura, se revelaría tu rutilante perfección. Mira cuánto te amo, que te querría envuelta en un basto y vago vestido de lana, con un aire tranquilo, inanimado... Perdería así el

triunfal goce de ver resplandecer entre la multitud maravillada la que en secreto nos ama. Todos murmurarían compasivamente: «¡Pobre criatura!» ¡Y sólo yo sabría el cuerpo y el alma adorables de la «pobre criatura»!

¡Cuán adorables! No comprendo cómo teniendo conciencia de tu encanto, no estés enamorada de ti, como aquel Narciso que tiembla de frío, cubierto de musgo, al borde de la fuente, en Savran. Pero yo te amo ampliamente, ¡por mí y por *ti!* Tu belleza, en verdad, alcanza la altura de una virtud; y han sido, indudablemente, las maneras tan puras de tu alma las que fijaron las líneas tan hermosas de tu cuerpo. Por eso hay en mí una incesante desesperación de no saber amarte dignamente (pues has descendido de un cielo superior), de no saber tratar, como ella se merece, a la huéspeda divina de mi corazón. Desearía, a veces, envolverte toda en una felicidad inmaterial, seráfica, infinitamente tranquila, como debe ser la bienaventuranza, y deslizarnos así enlazados a través del silencio y la luz, muy blandamente, en un sueño lleno de certeza, saliendo de la vida a la misma hora y yendo a continuar en el *allá* el mismo sueño extático. Y otras veces desearía arrebatarte en una dicha vehemente, tumultuosa, fulgurante, toda de fuego, de tal modo ¡que en ella nos destruyésemos sublimemente, y sólo quedase de nosotros un poco de ceniza sin memoria y sin nombre! Tengo un viejo grabado que representa un Satanás, en toda la refulgencia aún de la belleza arcangélica, arrastrando en los brazos hacia el abismo a una monja, una santa, cuyos últimos velos de penitencia se van desgarrando en las puntas de las rocas negras. Y en la cara de la santa, a través del horror, brilla, irrefrenable y más fuerte que el espanto, una alegría y una pasión tales, tan intensas, ¡que yo las desearía para ti, oh mi santa raptada! Pero no sé amarte de ninguno de estos modos, tan débil o torpe es mi corazón, de manera que al no ser perfecto mi amor, tengo que contentarme con que sea eterno. Tú sonríes tristemente de esta eternidad: Ayer todavía me preguntabas: «En el calendario de tu corazón ¿cuántos días dura la eternidad?» Pero considera que yo era un muerto y que tú me resucitaste. La sangre nueva que circula por mis venas, el nuevo espíritu que en mí siente y comprende, son mi amor por ti; y si él se me escapase, tendría yo otra vez, helado y mudo, que reintegrarme a mi sepulcro. Sólo puedo dejar de amarte cuando deje de existir. ¡Y la vida contigo y por ti es tan inefablemente bella! Es la vida de un dios. Mejor acaso; y si yo fuese ese pagano que tú afirmas que soy, pero un pagano del Lacio, pastor de ganados, creyente aún en Júpiter y en Apolo, a cada instante temería que uno de esos dioses, envidiosos, te raptase, te elevase al Olimpo, para completar su ventura divina. Así no temo; toda mía te sé, y para todo y para siempre contemplo el mundo a nuestro alrededor como un paraíso creado para nosotros, y duermo seguro sobre tu pecho en la plenitud de la gloria, ¡oh mi tres veces bendita, reina de mi gracia!

No te figures que estoy componiendo cánticos en alabanza tuya. Dejo escapar con plena sencillez lo que está borboteando en mi alma... ¡Al contrario! Toda la poesía de todas las épocas, en su gracia o en su majestad, sería impotente para expresar mi éxtasis. Balbuceo como puedo mi oración infinita. Y en esta desoladora insuficiencia del verbo humano y como el más inculto y el más iletrado es como me arrodillo ante ti, ¡y

alzo las manos, y te afirmo la única verdad, mejor que todas las verdades: que te amo, te amo y te amo!...

Fadrique.

XIV

A MADAME DE JOUARRE

(Trad.)

Lisboa, junio.

Mi querida madrina: En esa casa de huéspedes de la travesía de la Paja, donde vive, atado a los labios angustiosos de la verdad, mi primo el metafísico, conocí, a mi regreso de Refaldes, a un sacerdote, el padre Salgueiro, que tal vez mi madrina, con esa su maliciosa paciencia de coleccionar tipos, encuentre interesante y psicológicamente divertido. Mi distraído y pálido metafísico afirma, encogiéndose de hombros, que el padre Salgueiro no sobresale por ninguna cualidad de cuerpo o alma entre los confusos curas de su diócesis; y que incluso compendia, con una fidelidad de índice, el pensar, el sentir, el vivir y el parecer de la clase eclesiástica en Portugal. En efecto, por fuera, en su cáscara, el padre Salgueiro es el acostumbrado y corriente sacerdote portugués, nacido en la gleba, desbravado y afinado después por el seminario, por el trato con las autoridades de las secretarías, por lazos de confesión y misa con ciertas nobles que tienen capilla y, sobre todo, por largas estancias en Lisboa, en estas casas de huéspedes de la Baixa, infestadas de literatura y de política. El pecho bien saliente, de hondo resuello, como el fuelle de una forja; las manos aún morenas, ásperas, a pesar del largo contacto con la albura y la suavidad de las hostias; la carota color cuero curtido, con un tono azuloso en las mejillas afeitadas; la coronilla lívida entre el pelo, más negro y duro que unas crines; los dientes muy blancos, todo en él pertenece a esa recia plebe agrícola de donde salió, y que aún hoy suministra en Portugal todo su personal a la Iglesia, con el deseo de aliarse y de apoyarse en la única gran institución humana que realmente comprende y de la que no desconfía. Por dentro, sin embargo, como sesera, el padre Salgueiro presenta toda una estructura moral deliciosamente pintoresca y nueva para quien, como yo, sólo ha entrevisto del clero lusitano una sotana desapareciendo por la puerta de una sacristía, un viejo pañuelo de rapé colocado al borde de un confesonario, o una sobrepelliz blanqueando en un coche detrás de un muerto...

Lo que en el padre Salgueiro me encantó en seguida, la noche en que tanto discutimos, dando vueltas calmosamente por el Rocío, fué su manera de concebir el sacerdocio. Para él, el sacerdocio (que, por otra parte, ama y acata como uno de los más útiles fundamentos de la sociedad) no constituye en modo alguno una función espiritual, sino única y terminantemente una función civil. Nunca, desde que fué destinado a su parroquia, se consideró el padre Salgueiro sino como un funcionario del Estado, un empleado público, que usa un uniforme, la sotana (como los guardias de la Aduana llevan una chaquetilla cuartelera), y que, en lugar de entrar todas las mañanas en un negociado del Terreiro do Paço, para garrapatear o archivar oficios, va, incluso los días santificados, a otro negociado, donde en vez de pupitre, hay un altar, a celebrar misas y a administrar sacramentos. Sus relaciones, por tanto, no son, no han sido nunca, con el cielo (del cielo sólo le interesa saber si está lluvioso

o despejado), sino con la Secretaría de Justicia y de Asuntos Eclesiásticos. Esa fué la que le destinó a su parroquia, no para continuar la obra del Señor guiando suavemente a los hombres por el limpio sendero de la salvación (misiones de que no se cuidan las Secretarías del Estado), sino como funcionario, para ejecutar ciertos actos públicos que la ley determina en beneficio del orden social: bautizar, confesar, casar, enterrar a los feligreses.

Los sacramentos son, pues, para este excelente padre Salgueiro meras ceremonias civiles, indispensables para la regularización del estado civil, y nunca, desde que los administra, pensó en su naturaleza divina, en la gracia que comunica a las almas, y en la fuerza con que ligan la vida transitoria a un principio inmanente. Seguramente que, en otro tiempo, en el seminario, el padre Salgueiro aprendió en compendios grasientos su Teología dogmática, su Teología pastoral, su Moral, su Santo Tomás, su Liguori; pero meramente por cumplir las disciplinas oficiales del curso, ser ordenado por su obispo, nombrado después para una parroquia por su ministro, como todos los otros licenciados que en Coimbra aprenden los compendios de Derecho natural y de Derecho romano para «aprobar el curso», recibir en su cabeza la borla de doctor y conseguir luego el bienestar de un empleo fácil. Sólo el grado es lo que importa, porque justifica la credencial. La ciencia es la formalidad penosa que a ello conduce, verdadera probación que, después de efectuada, no deja al espíritu deseos de volver a su disciplina, a su aridez, a su trajín. El padre Salgueiro, hoy, ya olvidó regaladamente la significación teológica y espiritual del matrimonio, pero casa, y casa con pericia, con buen rigor litúrgico, con buena fiscalización civil, desmenuzando escrupulosamente los certificados, poniendo en la bendición toda la unción prescrita, perfecto en lo de unir las manos con la estola, exacto en la eyaculación de los latines, porque el Estado le paga para casar bien a los ciudadanos, y, funcionario celoso, no quiere cumplir defectuosamente unas funciones que le son abonadas sin retraso.

Su ignorancia es deliciosa. Fuera de unos escasos actos de la vida activa de Jesús, la huída a Egipto en el borriquillo, los panes multiplicados en las bodas de Caná, los latigazos cayendo sobre los mercaderes del Templo, ciertas expulsiones de demonios, nada sabe del Evangelio, que considera todavía *muy bonito*. Le resulta tan extraña la doctrina de Jesús como la Filosofía de Hegel. De la Biblia tampoco conoce más que episodios sueltos, que aprendió seguramente en grabados: el Arca de Noé, Sansón arrancando las puertas de Gaza, Judit degollando a Holofernes. Lo que también me divierte, en las noches amistosas en que conversamos en la travesía de la Paja, es su desconocimiento absolutamente cándido de los orígenes y de la historia de la Iglesia. El padre Salgueiro se imagina que el cristianismo se fundó de repente, en un día (seguramente un domingo) por milagro flagrante de Jesucristo; y desde esa hora festiva todo se esfuma para él en una densa tiniebla, donde relucen vagamente nimbos de santos y tiaras de Papas, hasta Pío IX. No admira, sin embargo, en la obra pontificia de Pío IX ni la infalibilidad, ni el *Syllabus*; porque se precia de liberal, desea más progreso, bendice los beneficios de la instrucción y está suscrito al *Primero de Enero.*

En lo que le encuentro también sumamente pintoresco es charlando acerca de los deberes que le incumben como pastor de almas, los deberes para con las almas. Que él, como continuador de una obra divina, esté obligado a consolar dolores, apaciguar enemistades, dirigir arrepentimientos, enseñar el cultivo de la bondad, endulzar la dureza de los egoísmos, ¡es para el benemérito padre Salgueiro la más extraña e incoherente de las novedades! No es que ignore la belleza moral de esa misión, que él considera incluso *llena de poesía*. Pero no admite que, hermosa y honrosa como es, ¡le corresponda a él, padre Salgueiro! Otro tanto sería exigir de un vista de la Aduana que moralizase y depurase el comercio. Esa santa empresa pertenece a los santos. Y los santos, en opinión del padre Salgueiro, forman una casta, una aristocracia espiritual, con obligaciones sobrenaturales, que le son delegadas y pagadas por el cielo. ¡Muy distintas se presentan las obligaciones de un párroco! Funcionario eclesiástico, él sólo tiene que cumplir funciones rituales en nombre de la Iglesia, y, por tanto, del Estado, que la sostiene. ¿Hay que bautizar una criatura? El padre Salgueiro coge la estola y bautiza. ¿Hay que enterrar un cadáver? El padre Salgueiro coge el hisopo y lo entierra. A fin de mes recibe sus diez duros (y, además, la limosna), y el obispo reconoce su celo.

La idea que el padre Salgueiro tiene de su misión determina, con encomiable lógica, su conducta. Se levanta a las diez, hora clásicamente adoptada por los empleados del Estado. No abre nunca el breviario, a no ser en presencia de sus superiores eclesiásticos, y entonces, por deferencia jerárquica, como un teniente que ante su general se cuadra con la mano en la espada. En cuanto a oraciones, meditaciones, mortificaciones, exámenes de conciencia, todos esos pacientes métodos de perfeccionamiento y santificación propias, ni siquiera supone que le sean necesarios o favorables. ¿Para qué? El padre Salgueiro tiene presente sin cesar que, siendo un funcionario, él debe mantener, sin transigencias ni omisiones, el decoro que hará que el mundo respete sus funciones. Viste, por eso, siempre de negro. No fuma. Todos los días de ayuno injiere un austero pescado. No franquea nunca las puertas impuras de un café. Durante el invierno, sólo una noche va a un teatro, a la ópera en San Carlos, cuando cantan *Polieuto*, una ópera sacra, de purísima ejemplaridad. Se arrancaría la lengua con furor si de ella fluyese una mentira. Y es casto. No condena ni repele a la mujer con cólera, como los Santos Padres; la venera, incluso, si es ahorrativa y virtuosa. Pero el reglamento de la Iglesia prohibe la mujer, él es un funcionario eclesiástico, y la mujer, por tanto, no entra en sus funciones. Es rígidamente casto. No conozco mayor respetabilidad que la del padre Salgueiro.

Sus ocupaciones, según indiqué, consisten muy lógicamente, como empleado (además de las horas dedicadas a los deberes litúrgicos), en intentar mejorar de puesto. Por eso pertenece a un partido político; y en Lisboa, tres noches a la semana, toma el té en casa de su jefe, llevando caramelos a las señoras. Manipula hábilmente en las elecciones. Hace servicios y recados, complejos e indeterminados, a todos los directores generales de la Secretaría de Asuntos Eclesiásticos. Es incansable con su obispo; y hace pocos meses le encontré sudoroso y afligido, a causa de dos incumbencias de su ilustrísima: una, referente a unas tortas de Cintra, y otra, a una colección del *Boletín del Gobierno.*

No he hablado de su inteligencia. Es práctica y metódica, como com-

probé asistiendo a un sermón que él predicó por la fiesta de San Venancio. Por ese sermón encargado recibía el padre Salgueiro veinte duros, y por este precio pronunció un sermón suculento, documentado, abarcando todo cuanto convenía a la glorificación de San Venancio. Estableció la filiación del santo; expuso todos sus milagros (que son pocos) con exactitud, mencionando las fechas, citando las autoridades; narró con rigor hagiológico su martirio; enumeró las iglesias que le están consagradas, con las épocas de su fundación. Injertó hábilmente unos elogios al ministro de Asuntos Eclesiásticos. No olvidó a la familia real, a quien rindió pleitesía constitucional. Fué, en suma, un excelente informe sobre San Venancio.

Felicité aquella noche con fervor al reverendo padre Salgueiro. Y él murmuró, modesto y sencillo:

—San Venancio, por desgracia, no se presta. ¡No fué obispo, no ejerció nunca cargos públicos!... En todo caso, creo que he cumplido.

He oído que va a ser nombrado canónigo. Se lo merece ampliamente. Jesús no puede tener mejor amanuense. Y no he comprendido nunca realmente por qué razón otro amigo mío, un fraile de Varatojo, que, por el éxtasis de su fe, la profusión de su caridad, su celo devorador en la pacificación de las almas, me hace recordar a los ancianos evangélicos, llama siempre a este sacerdote tan celoso, tan puntual, tan eficaz, tan respetable, «¡el horrendo padre Salgueiro!»

¡Y ahora vea usted, querida madrina! Son necesarios más de treinta o cuarenta mil años para que una montaña se deshaga y reduzca hasta el tamaño de un cerro por el que un cabrito sube triscando. Y han bastado menos de dos mil años para que el cristianismo bajase de los grandes Padres de las Siete Iglesias del Asia hasta el divertido padre Salgueiro, que no es de Siete Iglesias, ni siquiera de una, sino tan sólo, y muy devotamente, de la Secretaría de Asuntos Eclesiásticos. Este batacazo probaría la fragilidad de lo divino, si no fuese porque realmente lo divino abarca las religiones y las montañas, el Asia, el padre Salgueiro, los cabritos triscando, todo lo que se deshace y todo lo que se rehace, y hasta este ahijado suyo, que es todavía humanísimo,

Fadrique.

XV

A BENITO DE S.

París, octubre.

Mi querido Benito: Tu idea de fundar un diario es dañina y execrable. Lanzando en un rico formato, con telegramas y crónicas, otra de «esas hojas impresas que aparecen todas las mañanas», como dice tan asustada y púdicamente el arzobispo de París, vas a contribuir a que en tu tiempo y en tu tierra se aligeren más los juicios ligeros, se exacerbe más la vanidad y se endurezca más la intolerancia. Juicios ligeros, vanidad, intolerancia: he aquí tres pecados sociales que, moralmente, matan a una sociedad, ¡y que tú te dispones alegremente a aguijonear! Inconsciente como la peste, propalas la muerte sobre las almas. ¡Con seguridad, el diablo está echando más brasas debajo de la caldera, en que después del Juicio te recocerás y aullarás, mi buen Benito, mi réprobo!

No pienses que, moralista amargo, exagero, como cualquier San Juan Crisóstomo. Considera antes cómo fué, indiscutiblemente, la imprenta la que, con su manera superficial, liviana y embrollada de afirmarlo to-

do, de juzgarlo todo, arraigó más en nuestro tiempo el hábito funesto de los juicios ligeros. En todos los siglos, sin duda, se improvisaron atolondradamente opiniones; el griego era irreflexivo y parlanchín; ya Moisés, en el largo desierto, sufría con la variable murmuración de los hebreos, pero nunca como en nuestro siglo presuroso, esa improvisación impudente se convirtió en operación natural del entendimiento. A excepción de algunos filósofos esclavizados por el método, y de algunos devotos roídos por el escrúpulo, todos nosotros hoy nos desacostumbramos o, mejor, nos desembarazamos alegremente del penoso trabajo de comprobar. Formamos nuestras macizas conclusiones con impresiones flúidas. Para juzgar en política el hecho más complejo, nos contentamos ampliamente con un rumor, apenas percibido en una esquina, durante una mañana ventosa. Para apreciar en literatura el libro más profundo repleto de ideas nuevas, que el amor de dilatados años encadenó fuertemente, nos basta sólo con hojear aquí y allá unas páginas, a través del humo oscurecedor del puro. Especialmente para condenar, nuestra ligereza es fulminante. ¡Con qué soberana facilidad declaramos: «Este es un bestia.» «Aquél es un tunante!» Para proclamar: «¡Es un genio!» o «¡Es un santo!» ofrecemos una resistencia más considerable. Pero aun así, cuando una buena digestión o la tersa luz de un cielo de mayo nos inclinan a la benevolencia, concedemos también singularmente, y sólo con lanzar una mirada distraída sobre el elegido, la corona o la aureola, y empujamos hacia la popularidad a un bergante adornado de laureles o nimbado de rayos. Y así, pasamos nuestro bendito día estampando rótulos definitivos en el dorso de los hombres y de las cosas. No hay acción individual o colectiva, personalidad u obra humana, sobre las que no estemos dispuestos a promulgar rotundamente una opinión finchada. Y la opinión tiene siempre, y solamente, por base ese minúsculo lado del hecho, del hombre o de la obra que pasó en un relámpago ante nuestros ojos deslizantes y casuales. Por un gesto juzgamos de un carácter; por un carácter valoramos un pueblo. Un inglés con quien en otro tiempo viajé por Asia, docto varón, colaborador de revistas, miembro de Academias, consideraba a los franceses todos, desde los senadores hasta los barrenderos, «unos puercos y unos ladrones...» ¿Por qué, querido Benito? Porque en casa de su suegro hubo un criado, vagamente oriundo de Dijón, que no se mudaba de cuello y hurtaba los puros. Este ilustre inglés ilustra magistralmente la formación escandalosa de nuestras generalizaciones.

Y ¿quién ha arraigado en nosotros esos hábitos de desoladora ligereza? El diario, el diario, que ofrece cada mañana una masa espumante de juicios ligeros, improvisados la víspera, a medianoche, entre el silbar del gas y el hervidero de las cuchufletas, por excelentes muchachos que irrumpen en la Redacción, cogen una cuartilla y, sin quitarse siquiera el sombrero, deciden con dos rasgos de pluma sobre todas las cosas divinas y humanas. Ya se trate de una revolución del Estado, de la firmeza de un Banco, de una comedia de magia o de un descarrilamiento, el garrapateo de la pluma, de un solo rasgo, difunde y juzga. Ningún estudio, ninguna documentación, ninguna certeza. Todavía este domingo último, mi querido Benito, un importante diario de París afirmaba, comentando la situación económica de Portugal, con aplomado conocimiento, que en Lisboa los hijos de las más ilustres fa-

milias de la aristocracia figuran como *cargadores de la Aduana*, ¡y al final de cada mes mandan a cobrar los sueldos *a sus criados!* ¿Qué te parecen los herederos de las casas históricas de Portugal cargando pellejos de aceite en el muelle de la Aduana, y manteniendo a unos criados de librea para que vayan a cobrar sus sueldos? Esos pellejos, esos hidalgos, esos criados de los cargadores forman una deliciosa y quimérica Aduana, que es menos de *Las mil y una noches* que de las mil y una sandeces. ¡Pues así lo insertó un diario considerado, rico, bien provisto de enciclopedias, de mapas, de estadísticas, de teléfonos, de telégrafos, con una Redacción muy erudita, pingüemente remunerada, que conoce a Europa, pertenece a la Academia de Ciencias Morales y Sociales y legisla en el Senado! Y tú, Benito, en tu diario, provisto también de enciclopedias y de teléfonos, vas, pluma en ristre, a lanzar sobre Francia y sobre la China, y sobre el desventurado universo, que se convierte en tema y propiedad tuya, juicios tan sólidos y comprobados como los que esa bendita gaceta archivó definitivamente acerca de nuestra Aduana y de nuestra nobleza...

Este es el primer pecado, muy negro. Considera ahora otro más negro aún. Por medio del periódico y con el reportaje, que será su función y su fuerza, ¡fomentarás en tu tiempo y en tu tierra todos los males de la vanidad! Ya sé que el reportaje es un útil proveedor de la Historia. Seguramente interesó saber si era ganchuda o chata la nariz de Cleopatra, pues de la hechura de esa nariz dependieron, durante algún tiempo, desde Filipo al Accio, los destinos del universo. Y cuantos más detalles revele la penetrante chismografía de los reporteros sobre el señor Renán, sus muebles y su ropa interior, tantos más elementos positivos poseerá el siglo XX para reconstruir con seguridad la personalidad del autor de *Los orígenes del cristianismo*, y, a través de ella, comprender su obra. Pero como el reportaje se realiza hoy menos sobre los que influyen en los asuntos del mundo, o sobre las directrices del pensamiento, que, como dice la Biblia, sobre toda «clase y condiciones de gente vana», desde los *jockeys* hasta los asesinos, su mezclada publicidad contribuye poco a la documentación de la Historia, ¡y mucho, prodigiosamente, escandalosamente, a la propagación de las vanidades!

El diario es, en efecto, el fuelle incansable que aviva la vanidad humana, la irrita y esparce su llama. ¡En todos los tiempos existió la vanidad humana! Ya sobre ella gimió el gemebundo Salomón, y por ella se perdió Alcibíades, tal vez el mayor de los griegos. Sin embargo, indudablemente, mi querido Benito, nunca la vanidad fué, como en nuestro condenado siglo XIX, el motor jadeante del pensamiento y de la conducta. En estos estados de civilización, ruidosos y hueros, todo deriva de la vanidad, todo tiende a la vanidad. Y la nueva forma de la vanidad para el civilizado consiste ¡en ver su rico nombre impreso en el diario, su rica persona comentada en el diario! *¡Venir en el periódico!* He aquí hoy ¡la impaciente aspiración y la recompensa suprema! En nuestros regímenes aristocráticos todo el afán consistía en obtener, si no el favor, al menos, la sonrisa del príncipe. En nuestras aristocracias, el ansia de la mayoría de los mortales es lograr en siete líneas las alabanzas del diario. Por conquistar esas siete líneas benditas, los hombres ejecutan todos los actos, incluso los buenos. ¡Hasta los buenos, querido Benito! Ese «nuestro generoso amigo Z***» envía exclusivamente las quinientas pesetas a la Inclusa para que el periódico exalte las quinientas pesetas de Z***, nuestro generoso amigo. Ni siquiera es necesario que las siete líneas contengan mucha miel y mucho incienso: basta con que coloquen el nombre en evidencia, bien negro, con esa tinta cuyo brillo es más apetecido que el antiguo nimbo de oro de la época de las santidades. Y no hay clase que no esté devorada por ese hambre morbosa del reclamo. Es tan roedora en los seres de ostentación y de mundanidad como en los que sólo parecían amar en la vida, como su forma mejor, la quietud y el silencio... Entramos en la Cuaresma (entre cenizas, y como ceniza, te estoy moralizando). Ahora, en estas semanas de pescado, surgen los frailes dominicos del fondo de sus claustros para predicar en los púlpitos de París. Y ¿por qué esos sermones sensacionales, de un arte profano y teatral, con exhibiciones de psicología amorosa, con afectaciones de anarquismo evangélico, y tan creadores de escándalo, que París corre más ávidamente a Nuestra Señora en tarde de dominico que a la Comedia Francesa en noche de Coquelín? Porque los frailes, hijos de Santo Domingo, ansían setenta líneas en los diarios del *boulevard* y toda la celebridad de los histriones. El diario extiende sobre el mundo sus dos hojas, salpicadas de negro, como aquellas dos alas con que los iconografistas del siglo XV representaban la Lujuria o la Gula; y el mundo entero se precipita hacia el periódico, queriendo agazaparse bajo las dos alas que lo lleven a la vanagloria, difundan su nombre por el aire sonoro. Y por esa vanagloria los hombres se pierden, las mujeres se envilecen, los políticos alteran el orden del Estado, los artistas ruedan en la extravagancia estética, los sabios hacen alarde de unas teorías deslumbrantes, y de todos los rincones, en todos los géneros, surge la horda aullante de los charlatanes... (¡Cómo me voy volviendo altilocuente y retumbante!...) ¡Pero es la verdad, mi querido Benito! ¡Fíjate cuántos hombres prefieren ser injuriados a ser ignorados! (Hombrecillos de letras, poetisas, dentistas, etc.) El propio mal desea ansiosamente las siete líneas que lo maldicen. Por aparecer en los diarios hay asesinos que matan. Hasta el viejo instinto de conservación cede ante el nuevo instinto de notoriedad, y existe algún títere que ante un funeral convertido en apoteosis por la abundancia de coronas, de coches y de llantos oratorios, se lame los labios, pensativo, ¡y desea ser el difunto!

Este verano, una mañana muy temprano, entré en una taberna de Montmartre a comprar cerillas. Junto al mostrador de cinc, ante dos copas de vino blanco, un maleante, que por sus narices chatas, el bigote hirsuto y caído, el gorro de piel de nutria, parecía (y era) un huno, un superviviente de las hordas de Alarico, gritaba triunfalmente a otro vagabundo imberbe y lívido, a quien entregaba un diario:

—¡Es verdad, ahí viene mi nombre con todas sus letras, mi nombre entero! En la segunda columna, ahí encima, donde dice: «Ayer, un infame e innoble bandido...» ¡Soy yo! ¡Mi nombre íntegro!

Y esparció lentamente a su alrededor una mirada triunfante. ¡Ahí tienes, como ahora se dice tan alambicadamente, un «estado de alma»! Y tú, Benito, vas a crear esos estados.

*

Considera después el último pecado, negrísimo. Vas a fundar con tu nuevo diario una nueva escuela de

intolerancia. En torno a ti, a tu partido, a tus amigos, levantas un muro de piedra menuda y bien cimentada; dentro de ese pequeño muro, donde pones tu banderola con el acostumbrado lema de *imparcialidad, desinterés*, etc., sólo habrá, según Benito y su diario, inteligencia, dignidad, saber, energía, civismo; al otro lado de ese muro, según el diario de Benito, ¡sólo habrá, necesariamente, sandez, inercia, egoísmo, tráfico! Es la disciplina de partido —y para agradarte considero partido en su sentido más amplio, abarcando la Literatura, la Filosofía, etcétera—, la que te impone fatalmente esta divertida separación de las virtudes y de los vicios. Desde que entres en batalla no podrás nunca admitir que la razón o la justicia o la utilidad se encuentren del lado de aquellos contra quienes descargues por la mañana tu metralla silbante de adjetivos y verbos, porque entonces la dignidad, o si no la conciencia, te obligarían a saltar el muro y a desertar hacia esos justos. Tienes que sostener que son maléficos, irrazonables, bellacos, y que merecen ampliamente el plomo con que los atraviesas. ¡Desde las suelas de los zapatos hasta la punta de tus escasos pelos, mi querido Benito, te hundes, desde luego, en la intolerancia! Toda idea que se eleve por encima del muro la condenarás como funesta, sin examen, sólo porque ha aparecido diez brazas delante del lado de los otros, que son los réprobos, y no del lado de los tuyos, que son los elegidos. ¿Realizan esos otros una obra? Benito no ahorrará prosa ni músculo para que esa obra perezca, y si entre las piedras que le tira vislumbra casualmente en ella cierta belleza o cierta utilidad, con más furia apresura su demolición, porque sería mortificante para sus amigos que naciese algo útil o bello de sus enemigos y que viviese. En los hombres que vaguen al otro lado del muro, tú sólo verás pecadores; y aunque reconocieras entre ellos a San Francisco de Asís, repartiendo a los menesterosos los últimos cetíes de la Porciúncula, te taparías la cara para que tanta santidad no te ablandase, y gritarías con mayor ímpetu: «¡Por ahí anda ese malandrín derrochando con los vagos el dinero que robó!»

Así serás en tu diario. Y a tu alrededor, los que lo compren y lo adopten, lenta y moralmente se harán a tu imagen. Todo el periódico destilará intolerancia, como un alambique destila alcohol, y cada mañana la multitud se envenenará a sorbos con ese veneno capcioso. Por obra del diario se agrian todos los viejos conflictos del mundo, y las almas, desevangelizadas, se vuelven más rebeldes a la indulgencia. La sociabilidad suaviza y redondea sin cesar las divergencias humanas, como un río redondea y alisa todos los guijos que en él ruedan; y la Humanidad, a la que una larga vejez y una larga cultura han ido haciendo dulcemente sociable, tendería a una suprema pacificación si cada mañana el diario no avivase los odios de principios, de clases, de razas, y con sus gritos no los azuzase como se azuzan los mastines hasta que se enfurecen y muerden. El diario ejerce hoy todas las funciones malignas del difunto Satanás, de quien heredó la ubicuidad; y es no sólo el padre de la mentira, sino el padre de la discordia. Es él quien, por un lado, inflama las exigencias más voraces, y, por otro, suministra piedra y cal a las resistencias más inicuas. Fíjate: cuando se extiende una huelga o cuando entre dos naciones chocan bruscamente intereses, o cuando, en el orden espiritual, se enfrentan hostilmente dos creencias: el instinto

primero de los hombres, enervado e indisciplinado por el abuso de la civilización material, es murmurar: *¡Paz!, ¡juicio!*, y tenderse las manos unos hacia otros, en ese gesto hereditario que asienta los pactos. Pero surge en seguida el periódico, irritado como la furia antigua, que los separa, y sopla en su alma la intransigencia, y los empuja a la batalla, y llena el aire de tumulto y de polvo. El diario ha matado en la tierra la paz. Y no sólo aviva las cuestiones ya durmientes como rescoldos del hogar, hasta que de ellos salta nuevamente una llama furiosa, sino que inventa nuevas disensiones, como ese antisemitismo naciente, que repetirá, antes que termine el siglo, las anacrónicas y brutales persecuciones medievales. Además, el diario es...

¡Pero, escucha! ¡Las once! Once horas ligeras están danzando en mi viejo reloj el minué de Gluck. Y esta carta va ya, como la de Tiberio, muy tremenda y verbosa, *verbosa et tremenda epistola*; y yo tengo prisa en acabarla, para ir, aún antes del almuerzo, a leer mis diarios con deleite. Tuyo,

Fadrique.

XVI

A CLARA

(*Trad.*)

París, octubre.

Mi muy amada Clara: Toda llena de quejas, casi colérica, y mentalmente vestida de luto, aparece ante mí hoy tu carta con los primeros fríos de octubre. Y ¿por qué, mi dulce descontenta? Porque, más fiero de corazón que un Trastamara o un Borgia, he estado cinco días—cinco breves días de otoño—sin enviarte una línea, sin afirmar esa verdad tan patente y que tú conoces como el disco del sol de «¡Que sólo en ti pienso y sólo en ti vivo!...» Pero ¿no sabes tú, oh superamada, que tu recuerdo late en mi alma tan natural y perennemente como la sangre en el corazón? ¿Qué otro principio gobierna y sostiene mi vida sino tu amor? ¿Necesitas realmente aún, cada mañana, un certificado, con letra bien firme, de que mi pasión está viva y lozana y te manda los *buenos días*? ¿Para qué? ¿Para sosiego de tu incertidumbre? ¡Dios mío! ¿No será más bien para regalo de tu orgullo? Sabes que eres diosa, y reclamas sin cesar el incienso y los cánticos de tu devoto. Pero Santa Clara, tu patrona, era una gran santa, de alto linaje, de triunfal belleza, amiga de San Francisco de Asís, confidenta de Gregorio IX, fundadora de monasterios, suave fuente de piedad y milagros, y, sin embargo, sólo es festejada una vez al año: el 27 de agosto!

¡Sabes bien que estoy bromeando, Santa Clara de mi fe! ¡No! No envié esa línea superflua, porque todos los males cayeron bruscamente sobre mí; un constipado burlesco, con tristeza, atontamiento y estornudos; un confuso duelo, del que fuí el aburrido padrino, y en que sólo una rama seca de chopo sufrió, cortada por una bala; y, finalmente, un amigo que regresó de Abisinia, cruelmente abisinófilo, y a quien tuve que escuchar con resignado asombro las caravanas, los peligros, los amores, las hazañas y los leones... Y ahí está cómo mi pobre Clara, solitaria en sus florestas, se quedó sin esa hoja, llena de mi letra, y tan inútil para la seguridad de su corazón como las hojas que la rodean, ya mustias seguramente, y bailando con el viento.

Porque no sé cómo se comportan tus bosques; pero aquí las hojas de

mi pobre jardín amarillean y ruedan por la hierba húmeda. Para consolarme del verdor perdido, encendí lumbre; y toda la noche de ayer me enfrasqué en la muy vetusta crónica de un cronista medieval de mi tierra, que se llama Fernán López. Se habla en ella de un rey que recibió el débil nombre del *Hermoso*, y que, a causa de un gran amor, desdeñó princesas de Castilla y de Aragón, disipó tesoros, afrontó sediciones, sufrió el desafecto de los pueblos, perdió el vasallaje de castillos y tierras, ¡y casi arruinó el reino! Yo ya conocía esa crónica, pero sólo ahora comprendo al rey. ¡Y le envidio grandemente, mi linda Clara! Cuando se ama como él—o como yo—, debe de ser un goce espléndido tener princesas de la cristiandad, y tesoros, y un pueblo, y un poderoso reino que sacrificar a unos ojos, finos y lánguidos, sonriendo por lo que esperan y más aún por lo que prometen... En verdad, sólo se debe amar cuando se es rey, porque sólo entonces se puede comprobar la altura del sentimiento con la magnificencia del sacrificio. Pero un mero vasallo como yo—sin huestes o castillos—, ¿qué posee de noble, de rico o de bello para sacrificar? ¿Tiempo, fortuna, vida? Mezquinos valores. Es como ofrecer en la mano abierta un poco de polvo. Y, además, la bien amada ni siquiera queda en la Historia.

Y en cuanto a historia, merece toda mi aprobación, mi estudiosa Clara, que estés leyendo la del divino Buda. Dices, desconsoladamente, que te parece sólo *un Jesús muy complicado*. Pero, amor mío, es necesario limpiar a ese pobre Buda del denso aluvión de leyendas y maravillas que han volcado sobre él, durante siglos, la imaginación de Asia. Tal como ella se desprendió de su mitología, y en su desnudez histórica, nunca un alma mejor visitó la tierra, y nada iguala, como virtud heroica, la *Noche de la renunciación*. Jesús fué un proletario, un mendigo sin viña ni tierra, sin ningún amor terrestre, que vagaba por los campos de Galilea, aconsejando a los hombres que abandonasen, como él, sus hogares y sus bienes, descendiesen a la soledad y a la mendicidad para penetrar un día en un reino venturoso, abstracto, que está en los cielos. Nada sacrificaba de sí e instigaba a los demás al sacrificio, rebajando todas las grandezas al nivel de su humildad. Buda, por el contrario, era un príncipe, como acostumbran serlo en Asia, de un poder ilimitado, de una riqueza sin fin; casó por un inmenso amor, y de ello le vino un hijo, en quien ese amor se sublimó; y este príncipe, este esposo, este padre, un día, por amor a los hombres, dejó su palacio, su reino, la esposa de su corazón, el hijito adormecido en la cuna de nácar, y bajo la ruda estameña de un mendigo marchó por el mundo, pidiendo y predicando la renunciación a los deleites, el aniquilamiento de todo deseo, el ilimitado amor a los seres, el incesante perfeccionamiento en la caridad, el fuerte desdén del ascetismo que se tortura, el cultivo perenne de la misericordia que redime y la confianza en la muerte...

Indiscutiblemente, a mi entender —hasta donde estas cosas excelsas se pueden discernir desde una casa de París, en el siglo XIX, y con un constipado—, la vida del Buda es más meritoria. Y luego considera la diferencia de la enseñanza de los dos divinos Maestros. Uno, Jesús, dice: «Yo soy el hijo de Dios, y os pido a cada uno de vosotros, mortales, que practiquéis el bien durante los breves años que pasáis en la tierra, para que yo, después, en recompensa, os dé a cada uno, individualmente, una existencia superior, infinita en años e infinita en delicias, en un palacio que está más allá de las nubes, y que es de mi Padre.» El Buda dice, simplemente: «Yo soy un pobre fraile mendicante, y os pido que seáis buenos durante la vida, porque de vosotros, en recompensa, nacerán otros mejores, y de ésos, otros aún más perfectos, ¡y así, con la práctica constante de la virtud en cada generación, se establecerá poco a poco en la tierra la virtud universal!» La justicia del Justo, según el Buda, aprovecha al ser que le sustituye en la existencia, y después al otro que de éste nazca, siempre durante el paso por la tierra, para beneficio eterno de la tierra. Jesús crea una aristocracia de santos, que se lleva al cielo, donde él es Rey, y que forman la corte celestial, para deleite de su divinidad; y de ella no se deriva ningún provecho directo para el mundo, que sigue sufriendo de su parte de mal, que nunca disminuye. El Buda crea, con la suma de virtudes individuales, santamente acumuladas, una Humanidad que en cada ciclo nace progresivamente mejor, que, finalmente, se torna perfecta y que se extiende a toda la tierra, de donde el mal desaparece, y donde el Buda es siempre, al borde del camino rudo, el mismo fraile mendicante. Yo, flor mía, me inclino al Buda. En todo caso, esos dos Maestros poseyeron, para bien de los hombres, la mayor porción de divinidad que hasta hoy ha sido dado contener al alma humana. Por lo demás, todo esto es muy complicado, y procederías sabiamente dejando al Buda en su budismo, y, dado que esos bosques tuyos son tan admirables, en templarte de nuevo en su fuerza y en sus aromas saludables. El Buda pertenece a la ciudad y al Colegio de Francia: en el campo, la verdadera ciencia del caer de los árboles, como en los tiempos de Eva. Cualquier hoja de olmo te enseña más que todas las hojas de los libros. Y, sobre todo, aquí estoy yo, pontificando y explicando, ante tus lindos ojos, tan finos y tiernos, un curso escandaloso de religiones comparadas.

*

Sólo me quedan tres pulgadas de papel y aún no te he contado, ¡oh dulce desterrada!, las noticias de París, *acta Urbis*—¡bueno, ahora, latín!—. Son escasas y pobres. Llueve. Seguimos en república; madame de Jouarre, que llegó de la *Roca* con menos canas, pero más cruel, invitó a algunos desventurados—el mayor de los cuales soy yo—a escuchar tres capítulos de un nuevo atentado del barón de Fernay sobre *Grecia*; los diarios publican otro prefacio del señor Renán, todo lleno del señor Renán, y en que éste se muestra, como siempre, el enternecido y erudito vicario de Nuestra Señora de la Razón; y tenemos, en fin, un casamiento de pasión y de lujo: el de nuestro escultural vizconde de Fonblant con *mademoiselle* Degrave, aquella nariguda, flacucha y de fea dentadura, que heredó milagrosamente los dos millones del cervecero, y que ahora tan lindamente ha engordado y ríe con dientes tan lindos. He aquí todo, mi adorada mía. Y ya es hora de que te envíe, en montón, en esta línea, las añoranzas, los deseos, las cosas ardientes y suaves y sin nombre de que mi corazón rebosa, sin que se agote por más que las eche a manos llenas a tus pies adorables, que beso con sumisión y fe.

Fadrique.

CARTAS INEDITAS DE FADRIQUE MENDEZ

(1929)

PREFACIO

La publicación de los inéditos de Eça de Queiroz obedeció desde un principio a un propósito: el de hacer conocer al público y a la crítica al escritor que en Portugal ha sido más apasionadamente comentado, y publicando sus cartas, notas, trabajos repudiados u olvidados, penetrar en la intimidad de su vida y de su pensamiento, y mostrar tal como era, no sólo al escritor, sino al hombre.

Creo que hasta cierto punto ese fin está conseguido. Sería hoy difícil hacer ciertas afirmaciones que hace aún unos meses—veinticinco años después de su muerte—eran corrientes y admitidas.

Eça de Queiroz fué durante muchos años, en Portugal, el más discutido de los desconocidos. Y esto se explica: vivió casi siempre en el extranjero, y con qué sacrificio, sus cartas lo dicen; era sumamente discreto hasta en sus relaciones con el público, detestando las exhibiciones, opuesto a todo autorreclamo, envolviendo su vida íntima en una discreción impermeable, y sin dejar nunca que bajo el escritor se transparentase el hombre.

Por otra parte, tuvo poca comunicación con el público portugués: en treinta años, aparte de *As Farpas*, en que colaboró desde los veinticinco a los veintiséis, y de *El misterio de la carretera de Cintra*, publicado a los veinticuatro y en folletines anónimos, dió a la estampa cinco volúmenes. La mayor parte de su obra se dispersó en artículos para los periódicos brasileños, y por eso él fué en vida mucho más conocido y mejor comprendido en el Brasil que en Portugal; el resto, lo sabemos ahora, lo guardó en el cajón de su mesa de trabajo. ¿Qué de extraño tiene, pues, que su personalidad y su psicología fuesen durante tantos años un enigma para la gente de su país? A excepción de un pequeño grupo de amigos, del que era él el centro y el animador, ¿quién le conocía? El escritor que nadie veía subir por el Chiado, al atardecer, ni pararse a la puerta de la Casa Habanera; que no frecuentaba las Redacciones ni el Casino; de quien se ignoraban las frases, los intereses y la vida particular, era casi desconocido para el portugués medio. Se sabía vagamente que había vivido en Inglaterra; después, en París; pero en aquel tiempo los portugueses no viajaban; ir a París era una aventura que señalaba a un hombre para toda una vida; ¡nadie llegaba hasta Londres! De año en año aquel desconocido lanzaba a la calle una novela, que apasionaba a la opinión. Había durante unos meses una excitación, un ruido de batalla en torno a su nombre. Después, durante otros tantos años, volvía al silencio, interrumpido sólo, aquí y allá, por alguna carta de *Fadrique* en *La Revista de Portugal*.

Verdad es que sus libros hacían furor, y que los periódicos hablaban de ellos: había polémicas, aparecían libelos; pero periodistas, polemistas y libelistas enaltecían o atacaban únicamente a un desconocido, a un colega a quien no frecuentaban, que no pertenecía a sus *coteries* y que nunca les respondía.

En estas condiciones, era natural y lógico, en un país de imaginación pronta y de juicios fáciles como el nuestro, que se formase inmediatamente una leyenda alrededor de aquel autor sensacional, del que sólo se habían leído cuatro o cinco libros, libros para los cuales el público portugués estaba, por otra parte, mal preparado por el largo período de somnolencia intelectual del que salía, y que intentó en seguida interpretar, con una viveza completamente meridional, sin reflexionar un momento en las intenciones del autor ni en el alcance de su obra.

Antes de Eça de Queiroz no existía en Portugal la novela de estudio social. Era una innovación, una revolución en el arte indígena. Por eso, el gran público—que es, al final de cuentas, el que forma opinión—, impulsado violentamente hacia una nueva estética y una nueva finalidad del arte, quedó desorientado y perplejo. Todos reconocían un talento fuera de lo vulgar que surgía, pero pocos le comprendían. No creo exagerar mucho diciendo que fuera de Los Vencidos de la Vida, aquella pléyade de jóvenes intelectuales que iba a arrancar al país de la larga apatía en que se consumía, pocos fueron los que desde el principio vieron en los trabajos de Eça de Queiroz lo que éstos realmente contenían.

La aparición de *El crimen del padre Amaro* fué un escándalo. ¡Era un ataque a la Iglesia! Y, sin embargo, con un poco de reflexión hubiera sido fácil descubrir en el autor —que al refundir su libro introdujo en él lealmente la figura redentora del padre Ferrao—, no la intención de atacar a la Iglesia ni como institución divina ni como poder espiritual, sino sólo al cura funcionario público, dependiendo de la política, político él mismo, para quien el sacerdocio era una carrera en lugar de una vocación, y el culto, un modo de vida en lugar de un sacrificio. Y así, Eça de Queiroz pasó a ser juzgado como un *mangeur de curés*, como dicen los franceses. Era el primer equívoco.

Con *El primo Basilio* se repite el caso. La novela, que es, en realidad, la dolorosa condenación del adulterio—tan exaltado y poetizado en la vieja literatura romántica—y del medio social que le hace casi inevitable, pareció en seguida un ataque descarado a la familia. Algunas audacias, donde fácilmente se podría percibir el intento de llamar violentamente la atención del público hacia la crapulosa miseria de aquello que hasta entonces le había sido presentado como la última palabra de la elegancia y del sentimiento, adquirieron el aspecto de una acometida contra las buenas costumbres. ¡Y así, Eça de Queiroz, enemigo de la religión, pasó a ser más genéricamente «enemigo de la moral»!

En el tipo del consejero Acacio (¡que nunca le fué completamente perdonado!), en las ironías crueles sobre las ridiculeces nacionales, se vió, en lugar del rudo ataque que realmente representaban a los principios y a las modas que entonces perjudicaban, y que siguen perjudicando, la natural evolución de la sociedad portuguesa, ¡la prueba evidente del más arraigado y violento antipatriotismo! Lo que, por otra parte, entrañaba—como lo hizo notar el propio Eça de Queiroz en una carta a Mariano Pina—la condenación de todas las literaturas de todos los tiempos, cuyo fin esencial ha sido y será siempre revelar, para corre-

girlos por medio de la elocuencia, la dialéctica o la ironía, los vicios, los errores o ridiculeces de sus patrias.

Además de eso, había la irritante cuestión de la lengua. Eça de Queiroz transformó el portugués, no con el fin de crear una escuela, sino con el encomiable intento de imprimir definitivamente a la lengua una nueva dirección, con nuevas posibilidades de brillo, de belleza y de maleabilidad. Era también en eso un innovador, y como todo innovador, comenzó por «forzar la nota». Más tarde encontró el justo equilibrio y llegó casi a la perfección; pero—tal es la fuerza de penetración de una idea en un país de gran indolencia mental—aún hoy se escribe seriamente que Eça de Queiroz no sabía portugués y desconocía las reglas más elementales de la gramática, lo cual parece insinuar que los escritores son la consecuencia de las gramáticas, en vez de ser las gramáticas la consecuencia de los escritores, y que, o la lengua llegó al fin de su evolución, tornándose insusceptible de perfeccionamiento o modificación, o, como en el Bajo Imperio, existen en Portugal dos lenguas: ¡una, la que se habla, y otra, la que se escribe!

Lo cierto es que Eça de Queiroz conoció su lengua como pocos y la *domó* como nadie. Existiría ingenuidad en señalar ignorancia allí donde sólo hubo propósito. Si la lengua de Eça de Queiroz fuera sólo el amontonamiento de errores y barbarismos que algunos quisieron ver, ¿cómo se explicaría la influencia decisiva que ella ejerció en las letras y la revolución que realizó? O el fondo de la lengua carecía de toda resistencia, lo cual es inadmisible, o la revolución llegaba a su tiempo, libertándola de toda trapería literaria con que la habían cubierto, acercándola de nuevo a la lengua hablada, esto es, al lenguaje del pueblo, ¡que es al final de todo quien, a través de los siglos, va forjando las lenguas, las gramáticas, las sintaxis... y las literaturas clásicas!

*

Sin embargo de todas esas «etiquetas» que tan obstinadamente se colgaban al nombre, ninguna tan porfiada como esa que quiso hacer pasar a Eça de Queiroz por un *plagiario* convicto e impenitente.

La palabra fué ya murmurada en vida de Eça; la provocó una coincidencia de título entre *El crimen del padre Amaro* y *La faute de l'abbé Mouret*, de Zola, coincidencia de que él mismo trata jovialmente en un artículo inserto en este volumen. Después de su muerte, sin embargo, el murmullo creció, se hizo gritería, provocó artículos, encendió discusiones y acabó incluso por servir de pretexto para la publicación de volúmenes enteros, ¡con título, retrato, índice y derechos de autor!

Y, sin embargo, a pesar de todo ese barullo y de toda esa literatura especial, pocas veces el caso fué tratado con esa serena sensatez que podía esparcir una amplia luz sobre un hecho tan sombrío (1).

A final de cuentas, ¿en qué consiste un plagio? ¿Dónde comienza? ¿Qué lo caracteriza? Un plagio es la apropiación voluntaria y deliberada de ideas o modos de decir ajenos. Su fin es prestar a la obra, que de esta manera se adorna, un brillo y un valor que su autor no hubiese podido darle nunca sin esa colaboración ilícita. Lo caracteriza la intención culpable, y, por tanto, el cuidado, o, al menos, la esperanza, de que no pueda nunca ser descubierto el fraude.

¡El enunciado de estos tres pun-

(1) Véase la excelente defensa en la Introducción de la *Antología*, por Agustín do Campos.

tos dice más, sólo por sí mismo, que todos los argumentos y todas las listas existentes de supuestos plagios de Eça de Queiroz!

Evidentemente, si yo pusiese mi nombre debajo de cualquiera de estas obras inéditas, por mí descubiertas y publicadas, presentándola como mía, cometería un plagio abominable. E incluso si, menos descarado, la guardase en un cajón, y callando su existencia, publicase un volumen de mi cosecha, en el que hubiese intercalado los trozos más originales, curiosos o literarios del manuscrito, sería también un plagiario no menos nefando.

Sin embargo, si al trazar estas líneas se me escapase de la pluma imprudente una frase de este género: «... nosotros, los latinos, que tenemos toda la locuacidad del *forum* romano...», nadie debería, sin injusticia, acusarme de plagiario. La certeza de que la frase sería fatalmente encontrada en las páginas de este mismo volumen, en una carta de *Fadrique*, alejaba necesariamente toda sospecha de intención culposa. La evidente inutilidad de la apropiación, el poco brillo que esas once palabras prestarían incluso a una prosa sin prestigio, le quitarían todo aspecto de plagio, ¡pudiendo afirmarse sin temor mi inocencia y mi honradez de joven ampliamente influído por la prosa paterna!

Ahora bien: Eça de Queiroz escribió cerca de diez mil páginas, en que tal vez no exista una que no tenga su nota marginal, personal o, por cualquier forma, interesante. La lista más completa de sus supuestos plagios contiene ¡unas tres docenas de *frases*, a lo sumo! ¿Para qué necesitaría el poseedor de aquella enorme riqueza de este diminuto subsidio? ¿Qué mayor brillantez, qué nuevo interés, qué sabor especial vendrían a dar a sus veinticinco volúmenes esa docena y media de líneas? Es perfectamente irrisorio.

Sin embargo, más irrisorio aún resulta esto cuando se conocen las fuentes misteriosas de donde fué hurtada esa pequeña fortuna literaria. ¿De algún viejo libraco perdido? ¿De algún autor desconocido o, por lo menos, olvidado, cuya obra agotada no corriese el riesgo de ver una segunda edición? ¡No! Los tres escritores —creo que se limitan a tres—más leídos, más discutidos, más analizados en su tiempo, aquellos que Eça de Queiroz admiró más, de quienes más habló, que más señaló al interés público, son: ¡Flaubert, Renán y Gerardo de Nerval! ¿Quién podrá tomar ese plagio en serio?...

Y, entonces, si entramos en el análisis de cada plagio aislado, nos quedamos confundidos. «Tengo que matar a este muerto», exclama Teodoro en *El mandarín*; «*Il y a des morts qu'il faut tuer...*» ¡afirmaba ya Renán en su libro! El hecho es innegable. Sin embargo, lo que es igualmente innegable es que esa frase, antes de Renán y después de él, ¡la deben de haber pronunciado, y probablemente escrito, unos cuantos miles de franceses! Con un conocimiento menos rudimentario de la lengua francesa, el descubridor del plagio hubiese hecho un segundo descubrimiento: la frase es popular, es del dominio público, no tiene dueño, ¡pertenece a quien la coge! Hace ya tiempo la leí en un artículo de León Daudet... Estoy de acuerdo, sin embargo, en que nadie tiene obligación de saber francés; pero todos la tienen, en cambio, de mostrar un ligero tinte de erudición. Había en la antigüedad un rito extraño, que consistía en sondar el futuro en la sangre de una gallina negra. Flaubert lo sabía. Eça de Queiroz también. Yo mismo, en buena verdad, lo sospechaba. Hubo, sin embargo, quien lo

ignoraba, y descubría en seguida un plagio indecoroso en el hecho de haber relatado Eça de Queiroz el caso en *La reliquia*, después de haberlo escrito Flaubert en su *Salambó*.

¿Valdrá la pena hacer comentarios? Cuando *La reliquia* apareció, el viejo Flaubert tenía ya, seguramente, sus cinco o seis millones de lectores, y *Salambó* había dado ya varias veces la vuelta al mundo. ¿Quién iría, conscientemente, a buscar inspiraciones clandestinas a esa vasta fuente pública?

Y para citar tan sólo otro ejemplo del espíritu que presidió la denuncia de los plagios en la obra de Eça de Queiroz, hablaré también de ese extraordinario descubrimiento, hecho treinta años después de su publicación, de que el célebre verso con que comienza una página de las *Prosas bárbaras*:

> Yo soy el tenebroso, el viudo, el in-
> [consolable...

¡no es original de Eça de Queiroz!

Ahora bien: esto se cree difícilmente; y, sobre todo, que un descubrimiento de ese género pueda haber provocado, entre escritores, una polémica ardorosa e irritada. Pero menos se creerá aún que, recientemente, no haya existido en el mundo un hombre de alma latina—un literato, tal vez incluso un profesional—que, por lo menos, a los quince años, en esos momentos deliciosos en que una extraña melancolía envuelve a los seres ingenuos, no haya murmurado sombríamente:

> *Je suis le ténébreux, le voeuf, l'in-*
> *[consolé,*
> *Le prince d'Aquitaine à la tour abo-*
> *[lie...* (1)

Queda la posibilidad de que el descubridor del plagio no tuviese aún quince años...

Sin embargo, si los tenía, me veo obligado a decir que o padeció aquí de exceso de celo crítico, o de falta de sinceridad. Si la moda prospera, temo que la miserable patrulla de plagiarios se encuentre elevada de repente a las proporciones lisonjeras de un ejército. Todos serán plagiarios—desde el autor de *Los Lusiadas*, que imitó la *Eneida*, hasta los antologistas, que copian a todo el mundo—, y nadie podrá escribir impunemente este verso clásico: «Las armas y los varones señalados...» sin añadirle esta coletilla, llena de elegancia y propiedad: «¡como ya dijo Luis de Camoens, poeta portugués!»

Por lo demás, esa minuciosidad agrada a ciertos espíritus. Teníamos nosotros en París un viejo amigo, cuya escrupulosidad era tal, que esmaltaba su conversación con citas como ésta, que se hizo célebre entre nosotros: «En la frase de Carlos Valbom: *¡estoy triste!...*»

¡Al lado de esta torre de escrúpulo, Eça de Queiroz era, ciertamente, un frágil pecador!

Sería divertido, por lo menos para mí, hacer el análisis de los plagios atribuídos a Eça de Queiroz. No lo haré, sin embargo. Tendría que ser cruel con algunos y molesto para todos, además de poder parecer que dudaba de la sagacidad de mis lectores, ¡si es que yo tengo algún lector!

Añadiré, sin embargo, una última observación. En una carta a la señora condesa de Filcalho, recientemente publicada, Eça de Queiroz se refiere a la «tristeza de las multitudes extrañas...» Más adelante, en esa misma carta, repite la frase, pero en esta forma: «... la tristeza de las multitudes extrañas, de que ya hablaba el viejo Renán...» Y ahí tenemos en una carta, en dos líneas, to-

(1) Soy el tenebroso, el viudo, el inconsolado—príncipe de Aquitania, con torre derruída... *Sic* en el texto.

da la explicación de sus palabras y la solución de una contienda. Vemos en seguida la naturalidad con que habla de esa tristeza que tanto experimentó él, que tan bien conoció: es la reproducción exacta de su pensamiento. Sólo después, cuando repite la frase, es cuando se acuerda del viejo Renán. Ese «de que ya hablaba» tiene casi la intención de «de que *también* hablaba». Se siente una concordancia de idea tan completa, la repetición surge tan naturalmente, que pierde todo su carácter de repetición. Eça de Queiroz, en su absoluta buena fe y en su naturalidad, no atribuye al caso la menor importancia, y tiene razón. Renán, Flaubert, Eça, ¿cuál de los tres aisladamente trazó una sola línea que los otros dos no *pudieran haber escrito?*

Este pecado—si puede llamársele pecado—es común a todos los escritores, a los grandes, sobre todo, pues en los otros nadie indaga. De Anatole France se dice que fué un gran pecador, y, sin embargo, dos generaciones han ido a beber a su pura ánfora griega. Racine copió a Tácito; Molière se inspiró en Plauto, que, a su vez, imitó a los antiguos cómicos griegos; La Fontaine bebió sin discreción en el amplio tonel de Rabelais... Y para hablar tan sólo de los portugueses contemporáneos, todos los puristas algo deben a la amplia copa de Camilo Castello Branco, todos los violentos metieron su cuchara en la cazuela de Fialho, y ¿quién no sorbió su traguito de la frágil copa de Eça de Queiroz?

Sin embargo, a los ojos del gran público, entre el cual tales cuestiones no llegan nunca a tener verdadera repercusión, no fué ése su mayor crimen. Indiferente al caso bizantino de los plagios, la masa de los lectores se volvió más exigente con respecto a eso que se llamó el «extranjerismo» de Eça de Queiroz.

En efecto, él fué siempre entre nosotros, desde el monóculo y el corte de sus levitas, que irritaban la modestia del Chiado, hasta las concepciones artísticas y los sentimientos que escandalizaban la rutina nacional, «el extrajerizado». Ahora bien: si esto es exacto en cuanto a las levitas y al monóculo, si tuvo, incluso, apariencias de verdad en cuanto a su concepción del arte, no pasó, con respecto a los sentimientos, de ser un equívoco más, una más de esas falsas etiquetas cuya larga hilera he venido anotando.

En realidad, aun corriendo el riesgo de parecer paradójico, me atrevo a afirmar que Eça fué el gran enemigo del extranjerismo en Portugal. ¿Quiere esto decir que no admiró las civilizaciones superiores en que vivió, que no deseó para nosotros igual suma de desenvolvimiento intelectual y material? No, ciertamente; pero nadie como él abominó y flageló la simiesca imitación servil y peligrosa que entre nosotros siempre se hizo de los sentimientos, de las doctrinas, de las leyes y de las modas de esas civilizaciones. En realidad—y aquí viene la aparente paradoja—, él mismo importó de Francia tantos vocablos y modos de decir como, en general, las concepciones de su arte y sus procedimientos; pero tan hábilmente supo utilizar en provecho nuestro esas riquezas traídas de fuera, tan perfectamente las adaptó a la índole de nuestra lengua y a las necesidades de nuestro temperamento, que con ellas creó bellezas insuperables, y sus libros, en que Francia colaboró, ¡se hacen, a fuerza de portuguesismo, casi intraducibles al francés!

Además de eso, no debemos perder de vista que en aquel tiempo aún no se había efectuado en los espíritus la evolución hacia el nacionalismo integral que hoy se observa, y que,

por otra parte, él previó, sintiendo antes que nadie la necesidad de «reaportuguesar Portugal». Las viejas tradiciones nacionales yacían bajo los escombros del vetusto absolutismo, ya impracticable; los espíritus inquietos y preocupados no encontraban punto de apoyo en el propio fondo nacional, violentamente derruído por el cataclismo liberal. Era preciso recurrir al extranjerismo y aportar de allí nuevos elementos de vida o resignarse a la muerte lenta por asfixia o inanición. Y, en efecto, fueron esos elementos sacados del extranjero los que, superiormente adaptados por Eça de Queiroz y por sus amigos, imprimieron un nuevo y brillante vuelo a nuestra literatura decadente.

He aquí una severa lección para los portugueses de hoy: una vez más, en nuestra miseria, nos volvemos a Francia, hacia nuestra hermana latina más vieja y más brillante, en busca de la solución salvadora, y una vez más la vieja Francia nos ofrece los recursos de su espíritu generoso e inagotable. De allí nos llegan los nuevos procedimientos críticos y las nuevas concepciones filosóficas. Se renueva la crítica histórica bajo los auspicios de Lenotre, de Bertrand, de Bainville; surge una literatura regionalista, inspirada en Barrès y en Mistral; encontramos el equilibrio político y social en la inmensa obra de Maurras. Bajo su empuje van cayendo, uno a uno, los viejos dioses indiscutidos del siglo XIX; las teorías individualistas se hunden miserablemente; *los derechos del hombre* nos parecen una broma; el oportunismo político, una demencia; vemos el sufragio universal como una terquedad arcaica y bizantina. Y, finalmente, bajo la palabra ardiente de Daudet y de los neocatólicos franceses ¡parece difundirse sobre el mundo un amplio soplo vivificador de idealismo y de fe! Por todas partes nacen los grupos intelectuales y las organizaciones políticas, de las que la *Action Française* es el tipo y el ejemplo. En Portugal, el *nacionalismo integral* de Maurras inspira el *integralismo lusitano*; de la *Action Française* hacemos la *Acción Monárquica*; el regionalismo echa raíces; surgen diarios, libros, revistas...

¿Para qué continuar? Todo esto es justo y normal. Nosotros somos latinos, y como tales, pertenecemos intelectual y moralmente al grupo de las naciones latinas del que Francia, a través de los siglos, ha sido la orientadora indiscutible. Su influencia se practica sobre todas las manifestaciones sociológicas, no sólo de nuestro genio, sino del genio de cada uno de los pueblos que forman el bloque latino.

Todo esto, repito, es justo y normal. Así, la nueva corriente nacionalista—a la que me honro en pertenecer—¡ha sabido superiormente adaptar esos elementos venidos de Francia, y da un nuevo y resplandeciente vuelo a nuestra patria decadente!

Entre tanto, ante la evidencia de esta necesidad atávica que fatalmente nos domina, hablemos discretamente del extranjerismo de Eça de Queiroz.

*

A la luz de una crítica más modernizada y más sagaz, todas esas etiquetas que acompañaron a Eça de Queiroz a la tumba y le sobrevivieron tantos años, van desprendiéndose lentamente. Para conseguir ese fin justo y moral, creo que no ha sido indiferente la publicación de sus últimas obras inéditas. La aparición de novelas sólo esbozadas, de borradores de cuentos, vino a revelar en aquel artista insatisfecho una extraordinaria actividad literaria; la publicación de las *Notas* sobre Egipto

fué la demostración de una espontaneidad que hasta entonces se le había negado; la *Correspondencia*, sobre todo, vino a probar el equilibrio de la vida del escritor, su fanatismo por el arte, la sinceridad de su trabajo, su interés por la patria, lejos de la cual se sentía siempre mal, débil, desventurado, odiando los aspectos y los hombres que le rodeaban, con una nostalgia que se sintetiza en aquel grito del alma, lanzado a través del Océano a Ramalho Ortigao: «¡Ah! ¡Quién me diera la calle de los Caetanos!»

Estamos lejos del figurín que se hizo familiar a la gran masa del público (pues no hablo aquí para el limitado número de críticos que hace mucho habían entrevisto al verdadero hombre en su realidad moral y psicológica), y que se puede resumir en esta frase: «¡Un dandi de monóculo que vivía en París y que escribía con talento y dificultad cosas sarcásticas contra la patria y la moral!»

Sin embargo, en Portugal, país esencialmente indolente, es siempre necesaria una definición sintética para todas las cosas y todas las personalidades. La aparición póstuma de *La ciudad y las sierras*, después de *La catástrofe*, de las *Cartas* y últimamente de *Egipto*, libro que revelaba preocupaciones tan graves en un artista tan joven, exigían la alteración de la vieja fórmula; y en seguida una nueva definición surgió, fácil, lapidaria y simplista: Eça de Queiroz fué «un demoledor que se arrepintió». La frase prosperó; aún hoy es difícil recorrer un artículo o un libro sobre Eça de Queiroz, de admirador o de detractor, sin encontrar allí, acechando entre los adjetivos laudatorios o resaltando entre los epítetos coléricos, la confesión de sus demoliciones y la afirmación de su arrepentimiento...

Soy el único, tal vez, de mi especie que no reconozco esas demoliciones ni creo en ese arrepentimiento, y que veo tan sólo en esta última definición de Eça de Queiroz un postrer equívoco y la postrera etiqueta que la indolencia nacional pegó sobre su obra y su personalidad.

Arrepentimiento presupone culpa. ¿Dónde estaba, realmente, la culpa? ¿En haber ridiculizado lo que era ridículo y estigmatizado lo que era erróneo? Podríamos hablar de arrepentimiento si viésemos a Eça de Queiroz en sus últimos libros ¡cumplimentar respetuosamente al padre Amaro, exaltar el talento del consejero Acacio, estrechar la honrada mano de Basilio y hablar gravemente de las virtudes conyugales de la pobre Luisa! Lo que vemos, en cambio, es muy distinto: cansado de vapulear a una sociedad que no parecía querer enmendarse, a una política que cada vez se ahogaba más en el atolladero parlamentario, vemos al escritor *cambiar de asunto*. Harto de la ciudad y del siglo, huye hacia el campo y hacia el pasado, y entonces tenemos *La ilustre casa de Ramírez* y *La ciudad y las sierras*, libros de transición, y después, las vidas de santos, libros de reposo.

Aquí ya no cabe la ironía, que es un arma; ni el humorismo, que es una forma del desprecio, porque dejó de haber motivo de combate y de sarcasmo. Aparece la ternura, porque los temas son tiernos; el propio estilo se resiente del cambio de escenario, adquiriendo una fluidez mayor, un deslizamiento más suave, y—¿por qué no decirlo?—una especie de *vernaculismo*, si el término no resulta exagerado, puesto que pinta aspectos y sentimientos vernáculos. Aquí no hay Amaros, ni Basilios, ni Acacios, ni Abraños, ni partidos, ni abogados expertos, ni falsos convencionalismos, ni medianías triunfantes. Hay la sim-

plicidad primitiva de nuestro campo y las exaltaciones espirituales de la vida rural; en vez de las calles enfangadas, hay los amplios horizontes llenos de frescura; en lugar de las chimeneas de hierro y de ladrillo, los grandes árboles extendiendo sus ramas, llenas de majestad y de paz. A los sórdidos hilos de la comedia social, sentimental o canónica se anteponen los instintos naturales, los sentimientos rústicos, las vidas legendarias y piadosas. ¿Significa esto que el escritor modificó su pensamiento, su modo de ser y de sentir? No, ciertamente, y nos es lícito creer que, si un día se alejase de sus campos y de sus santos, y volviera por un momento a sumirse en el mundo corrompido que abandonó, inmediata y automáticamente renacerían bajo su pluma todos los sarcasmos y todas las ironías con que anteriormente lo fustigó, expresados en la lengua un poco artificial adecuada para la descripción de una sociedad artificial.

Finalmente, si hubo algunas veces intención moralizadora en su obra, fué, sin duda, en los primeros libros. En los últimos creo que hubo esencialmente intención artística. Fué, como todos nosotros, moralista a los veinticinco años, y lleno de tolerancia a los cincuenta. Al patriotismo exigente de la juventud, que le llevaba entonces a lanzarse en la lucha con impaciencia, queriendo remodelarlo todo, señalando vicios, lacerando ridiculeces, fustigándolos a golpes de ironía, sigue esa fase de benevolencia—por no decir de cansancio—en que el hombre ya no cree mucho en la eficacia de su esfuerzo, intenta consolarse con el arte puro, y de las personalidades y de sus sentimientos sólo coge lo que es dulce y calmante. Aquí hay ciertamente desilusión, pero nada prueba que hubiese arrepentimiento.

Hoy, por el contrario, la personalidad moral y artística de Eça de Queiroz, mejor conocida, se nos aparece como en una curva regular, normal y armónica. Ninguno de esos retrocesos violentos que obligan a ciertas individualidades, en un momento dado de su evolución, a quemar aquello que adoraron y a adorar aquello que quemaron. Véase su correspondencia: es siempre el mismo hombre; no se desmiente ni se contradice; en política, un vago socialismo sentimental, templado por el amor instintivo al orden, y la comprensión de la necesidad, en Portugal, de una monarquía popular y paternal; en moral, una virtud amable y discreta, sin ostentación ni énfasis; en la familia, un respeto enternecido; en la convivencia social, el más fiel de los amigos; en arte, un fanático. Ahora bien: este equilibrio que las cartas revelan en la vida del hombre no creo que la obra lo venga a desmentir en la carrera del escritor. A los veintitrés años escribió *Egipto*; a los cincuenta, los *Santos*; el primer libro deja entrever el último. Y si entre tanto, dió con *Prosas bárbaras* y con las *Farpas* su primer empujón a la lengua y a la sociedad, intentando hacerlas salir violentamente de los viejos moldes en que se habían anquilosado; si de los veintiocho años a los treinta y cinco ansió ejercer una fuerte influencia moral sobre su país, despertándolo de su torpor, sacudiéndolo y colocándole fríamente ante la cara, como en un espejo un poco deformado, la imagen de sus ridiculeces y de su miseria moral; si intentó ser, en fin, como él mismo dice, «el artista vengador», antes de convertirse en el cantor de las sierras y en el hagiógrafo de santos estéticos y legendarios, todo eso cabe bien en una existencia sin deshacer su armonía. Creo, por el contrario, que todas esas mo-

dalidades de un mismo espíritu contribuyen a la perfección de esa armonía: bravura juvenil que va hacia la vida fría, análisis del hombre hecho que observa la vida, tolerancia amable del hombre maduro a quien la vida desilusionó. Esta es la historia de todos los hombres, y en los tiempos modernos, inquietos e intensamente agitados en que Eça de Queiroz vivió, desde el día siguiente a la revolución del 48 hasta la víspera de la gran guerra, época de incertidumbre y de transformación, durante la cual todos los viejos problemas que por un momento se creyeron resueltos volvieron a ser planteados en ecuación, en que la ciencia, la filosofía, la metafísica, el arte, ascendieron a cumbres inesperadas, para llegar desoladoramente a un signo de interrogación mayor y más angustioso, era natural, lógico y normal que un espíritu amplio como el suyo, abierto a todas las ideas, curioso por todas las innovaciones, libre de todos los convencionalismos, produjese la obra que produjo y cómo la produjo. Y así, en la curva de esa obra, debemos ver, además del comentario de la evolución psicológica del escritor, el espejo de la evolución de las ideas en un momento dado de la civilización.

Por eso yo sostengo que no se puede, sin error, ver dos seres distintos en Eça de Queiroz, el demoledor y el arrepentido. Como en todos los hombres, había en él una infinidad de modalidades, todas latentes, que sucesivamente se exteriorizaban bajo la influencia de los años, o de factores externos, o por simples impulsos momentáneos. Así, yo puedo afirmar, por ejemplo, que *La catástrofe* fué escrita en el 78, antes que *Los Maias*; ahora bien: ¡por consenso público, *Los Maias* pertenecen al demoledor, y *La catástrofe*, al arrepentido! Tendríamos, por tanto, que aceptar una serie de arrepentimientos sucesivos y de caídas sucesivas también, y en lugar de aclararnos la psicología del autor de *El conde de Abraños* y de *San Cristóbal*, caeríamos en una incomprensión más densa de sus motivos y de sus tendencias.

No, no creo probable que Eça de Queiroz se arrepintiese jamás de haber estigmatizado a los Basilios, fustigado a los Acacios y a los Abraños, caricaturizado las ridiculeces del Chiado; sólo que ante la pavorosa realidad que sus propios procedimientos de observación social le revelaban, recibiendo antes que nadie la lección que pretendía dar a los otros, ¡abandonó despavorido todo ese mundo de egoísmos, hipocresías y torpezas, y huyó hacia las cumbres!

*

En ese caso—se me dirá—, ¿para qué publicar hoy libros como *El conde de Abraños* y *La capital?* Eso es otra cuestión, y como sólo a mí me cabe la responsabilidad de su publicación, no sería oportuno defender aquí una iniciativa por la cual no he sido en general censurado. Diré, sin embargo, que no siento por el pobre naturalismo (si es que esas obras pertenecen al tan decantado naturalismo), ese virtuoso horror que denuncian hoy algunos con frases mal traducidas y peor comprendidas, de los artículos terribles de León Daudet. El naturalismo, en realidad, tuvo su hora, su momento, y ejerció su influencia. Y esa influencia no sería tan perniciosa como muchas veces se cree. El no fué nunca un fin: fué sólo un medio, e hizo posible la reacción que hoy se inicia por todas partes. Pintándonos tan crudamente la podredumbre del segundo Imperio y de la tercera República, Zola ahuyentó hacia los aires puros de

los actuales extremismos todos los espíritus limpios, y asestó, tal vez involuntariamente, un rudo golpe a la democracia; Flaubert ayudó poderosamente a hacer inaceptable el «burguesismo» intelectual y social engendrado el 89, ¡y si Eça de Queiroz hubiese continuado, tal vez hoy fuera imposible el «ecacismo» en Portugal!... ¡Díganme los espíritus esclarecidos qué mejor servicio se podría prestar al país!

Menos benévolo que mi padre, publiqué los dos terribles requisitorios dejados platónicamente en el cajón. Esos libros no son de hoy ni de ayer, son de siempre; y creo que ningún hombre sano de espíritu y de cuerpo, en los tristes tiempos que atravesamos, podrá tomar a mal el que haya yo contribuído a difundir la amplia risa saludable que acogió esos tremendos vapuleos a nuestros eternos e impenitentes buscavidas nacionales!

*

No era mi intención, al iniciar estas líneas, darles la amplitud de un estudio psicológico sobre mi padre, y mucho menos buscar una justificación a la publicidad que he dado a sus papeles inéditos. Simple lego, mero aficionado a la literatura, no sé dominar ni guiar mi pluma. Es ella la que me domina y me lleva, prolijamente, sin arte ni equilibrio, a la índole de las ideas y de los descubrimientos. Al final no he hablado del presente volumen, que me proponía presentar; pero ya que él se define y se explica por su propio título, no repudiaré estas páginas, a las que la reanimación del interés y de las eternas discusiones alrededor del nombre de Eça de Queiroz no dejará de dar una viva actualidad.

Es una nueva declaración en el proceso del escritor contemporáneo que más influencia tuvo en la evolución de nuestras letras, y sobre el cual aún hoy no se está de acuerdo. Tiene el mérito de representar el testimonio de un hombre que ha intentado ser absolutamente sincero, y quién sabe también si el de partir de quien, por los lazos misteriosos de la sangre, sea especialmente apto para comprender y definir el alma compleja del hombre y las contradicciones aparentes del escritor...

JOSÉ MARÍA EÇA DE QUEIROZ.

Playa de la Granja, 1928.

CARTAS INEDITAS

I

A E. STURMM, SASTRE (1)

Lisboa, abril.

Mi buen Sturmm: Su levita es perfectamente insensata. Ahí la tengo, aireándose ante la ventana, en el respaldo de una silla; y sienta tan bien en esa espalda de madera, como sentaría en la del comandante de los guardias municipales, en la del patriarca, en la de un piloto de la barra o en la de un filósofo, si

(1) Esta carta curiosa, poco explicable y que seguramente no recibió nunca su destinatario, encontrábase, entre misivas sin interés, con los papeles que Marcos Vidigal me entregó al saber que yo preparaba esta colección y un estudio sobre Fadrique. No me consta, por otra parte, que hubiese en Lisboa un sastre apellidado Sturmm. (*Nota de José María Eça de Queiroz.*)

lo hubiese, en estos reinos. Quiero, pues, decirle severamente que esa prenda no tiene *personalidad*.

Si usted, buen Sturmm, fuera sólo un ropavejero, envolviendo a la multitud en paño Sedán para cubrir su desnudez, yo no haría a su obra esta crítica tan elevada y exigente. Pero es usted alemán, y de Koenisberg, ciudad metafísica. Sus tijeras están emparentadas con la pluma de Manuel Kant, y me sorprende legítimamente que usted no las use con la misma sagacidad psicológica.

No ignora usted, seguramente, que al lado de la Filosofía de la Historia y de otras filosofías hay también una más importante y vasta, que se llama la filosofía del vestuario; y menos ignora, ciertamente, que ahí se aprende, entre tanta cosa profunda, ésta, de suprema profundidad: que la levita es para el hombre lo que la palabra es para la idea.

Ahora bien: ¿para qué sirve la palabra, Sturmm? Para hacer la idea perceptible y transmisible en las relaciones humanas, como la levita sirve para hacer al hombre presentable y viable a través de las ocupaciones sociales. Pero ¿está la palabra empleada siempre en rigurosa *concordancia de valor* con la idea? No, mi buen Sturmm.

Cuando la idea es mezquina o vulgar, se la modifica, revistiéndola de palabras hinchadas y aparatosas, como todas las que se usan en política.

Cuando la idea es grosera o bestial, se la embellece, se la poetiza, recubriéndola de palabras suaves, lisonjeras, canoras, como todas las que se usan en amor.

Por otro lado, se escogen palabras de una resonancia especial para reforzar la vehemencia de la idea —como en los rasgos a lo Mirabeau—, o se rebuscan las que por su rareza plástica añaden una sensación física a la emoción intelectual, como en los versos de Baudelaire.

Tenemos, pues, que la palabra actúa sobre la idea, disfrazándola o acentuándola. ¿Me sigue usted, perspicaz Sturmm?

Todo esto se aplica exactamente a las conexiones de la levita con el hombre.

¿Para qué cortan los sastres ingleses ciertas levitas largas, rectas, rígidas, con un ribete de austeridad y rezumando virtud por todas las costuras? Para ocultar la bellaquería de quien las viste. Encuentra usted en Londres esas levitas en los mítines religiosos, en las sociedades promotoras de la moralización de los niños patagones y en las novelas de Dickens. Y ¿para qué cortan ellos esos fraques audaces, de hombros bien rellenos, ceñidos y lisos de cintura, marcando las caderas, sede de la potencia amorosa? Para acentuar los cuerpos robustos y voluptuosos que envuelven. Ve usted esos fraques en los Lovelaces, en los cazadores de dotes y en toda la legión de los *entretenus*.

Disfrazándolo o acentuándolo, la levita debe de ser la expresión visible del carácter o del tipo que cada cual pretende representar entre sus conciudadanos.

Quien le encarga, pues, una levita, digno Sturmm, le encarga, en realidad, un *prospecto*. Y no necesita el sastre que ahondó en su arte recibir la confesión del parroquiano. Las ligeras recomendaciones que se le escapan, inquietas y tímidas, en la hora atribulada de la «prueba», bastan para que él comprenda el uso social a que el cliente destina su ropa... Así, si un caballero de guantes negros, con lentes de oro sujetos entre dos botones del chaleco, que da los pasos con lentitud y precisión, y al entrar dejó sobre la mesa un número del *Diario del Economista*,

le dice, en un tono de mansa censura, al probarse la levita: «Está corta y apretada de cintura», usted debe deducir en seguida que él desea esos faldones amplios y flotantes que demuestran abundancia de principios, circunspección, amor sólido al orden y conocimiento detallado de los aranceles de Aduanas... ¿Se va usted enterando, buen Sturmm?

Ahora bien: ¿qué le murmuré yo, en mal alemán, al probarme esta infausta levita? Pues esta fugaz indicación: «¡Que se ciña bien!» Esto bastaba para que usted entendiese que yo deseaba, a través de esa prenda, exhibirme en Lisboa, adonde la iba a usar, sinceramente, como soy: reservado, ceñido a mí mismo, frío, escéptico e inaccesible a los sablazos de cinco duros... Y, sin embargo, ¿qué me manda usted, Sturmm, en un envoltorio de papel gris? Pues me manda usted una levita igual a la que corta para todo el mundo en Portugal, desgraciadamente: *¡la levita de consejero!*

Digo «desgraciadamente» porque, vistiéndonos todos por el mismo modelo, nos lleva usted a tener todos el mismo sentir y el mismo pensar. Nada influye más profundamente sobre el sentir del hombre como la ropa que le cubre. El más áspero profeta se viste un frac, se ata al cuello un lazo blanco y tiende en seguida a *sentir* los encantos y de los esectes y del valses; y el más descarriado mundano, dentro de una bata, *siente* ansias de velada hogareña y de mimos junto a la chimenea.

Mayor aún es la influencia de la indumentaria sobre el pensamiento. No es posible concebir un sistema filosófico con los pies oprimidos por unos zapatos de baile y una chaqueta de terciopelo negro forrada en raso azul; lleva, inevitablemente, a ideas conservadoras.

Usted, poniendo en la espalda de toda la sociedad esa levita de consejero, lisa, insulsa, rutinaria, pesadota, ¡está creando simplemente un país de consejeros!

Dentro de esa confección vulgarizadora y rebajadora, el poeta pierde su fantasía, el dandi pierde su viveza, el militar pierde su bravura, el periodista pierde su vena, el crítico pierde su sagacidad, el sacerdote pierde la fe, ¡y al perder cada uno el relieve y el saliente propios, queda todo reducido a ese cepo moral que se llama el *consejero!* Sus tijeras están así podando mezquinamente la originalidad del país! Usted corta en cada levita la mortaja de un temperamento. Y si Camoens viviese aún—y usted le vistiera—, tendríamos, en lugar de los *Sonetos*, artículos del *Comercio de Oporto*...

....

II

A PAUL VARGETTE

Mi buen Vargette: Con alborozo y cariño acogí ayer su libro *Les pâles vêpres*, que es, desde luego, exteriormente, de un raro e intelectual dandismo. Examiné, enternecidamente, la seca rama de invierno donde tiembla una hoja muerta, caída, como un emblema de modestia, sobre la portada de un color carne bien elegido, entre rosada y verde, carne semifluída de náyade fugitiva. Detuve la sonrisa extasiada en las capitulares rojas, con rebordes del fino gusto de Simón Colines. Palpé reverente las hojas graves de papiro sacerdotal. Y con los pies hacia los rescoldos pensé en los rudos tiempos de la vieja poesía, ¡cuando Musset y Lamartine resultaban sublimes en papel grisáceo!

A pesar de tener casi cincuenta años, de releer a Horacio y a Racine, y de amar por una incurable necesidad de pureza el agua límpida que brota de las peñas claras, no soy enemigo de la nueva poética, de la que su libro procede, amigo Vargette, y que se llama—si desde ayer no han cambiado su mote fluctuante—*decadentismo* o *simbolismo*. Consiste ella, cuando es enseñada y practicada por los maestros, si no me equivoco en estas materias superfinas, en apartar de la Poesía, como gastadas y ya inusables, todas las sensaciones o emociones sencillas tan viejas como el hombre, y por él, a través de veinte siglos de literatura, desde los himnos órficos hasta Béranger, fijadas en formas que, como las de la moneda, ya no pueden ser alteradas. (¿Qué Estado, por innovador que sea, osaría acuñar libras triangulares o piezas de cinco francos con el contorno de un lirio?)

Consiste después en rebuscar, a través del hombre y de la Naturaleza, impresiones y emociones nuevas, o fragmentos de impresiones y emociones dejadas en el subsuelo del alma y de la vida por los primeros excavadores, y que parezcan nuevas y salidas de un filón nuevo, por conservar aún frescas las asperezas del metal desenterrado. Y consiste, por último, en materializar tan completamente—trasladándolas al Verbo—esas sensaciones y esas emociones, que nos apresen y nos afecten por los atributos propios de la materia, y el verbo que las encarne se haga tan realmente rutilante como un broche de pedrerías, o tan suave a la epidermis como la blandura de una tela, o tan respirables como un ramo de lilas... Creo que ésta es la poética del simbolismo, cuando es enseñada por los maestros.

¿Estoy equivocado, amigo Vargette? «¡Qué bien huele este verso! ¡Qué terso es este verso cuando pone uno encima de él el rostro! ¡En el centelleo de este verso hay rubíes y esmeraldas! ¡Este verso cruje denso de ramaje, y aquél fluye en gotas límpidas de una reguera sobre la hierba!» Creo que éstos son los gritos que el simbolismo quiere arrancar a la admiración cansada de los hombres. ¿No es verdad, Vargette? Hace poco, un simbolista ilustre murmuraba, incitando a las multitudes hacia su verso: *«Il fait bon dans mon vers!»* Lo cual traduzco yo así: «En mi verso hay calor, una blandura aterciopelada, toda clase de perfumes errantes y un murmullo que mece y adormece... ¡Venid hacia mi verso!» (Yo no fuí, porque ese paraíso, suntuosamente impreso, ¡costaba veinte francos!)

Pues a pesar de mis cincuenta años ya herrumbrosos y de mi enmohecida fidelidad a Virgilio, a Horacio y a la Antología, creo que esta poética es notablemente provechosa a todo poeta que en los comienzos de su gentil carrera la cultive con sagacidad y método. Primeramente, impone al espíritu el sano horror a lo *ya dicho*, a lo *ya hecho*. Después, lleva a la costumbre de afilar y aguzar el análisis, hasta que, como una punta de acero de incomparable flexibilidad y finura, sepa él penetrar a través de los más tortuosos y oscuros repliegues del alma. Y, por último, acostumbra extraer del verbo humano todo lo que él humanamente puede dar, como encarnador de lo visible y de lo invisible.

De modo que el *decadentismo* es un ejercicio sumamente útil a todo poeta que se prepara para la poesía, exactamente como la gimnasia es el ejercicio más ventajoso del cuerpo que se prepara para la vida. El espíritu sale del *decadentismo* con hábitos de actividad innovadora, más elástico, más dúctil, poseyendo un poder más variado para traducirse y vivir por la expresión, exactamente co-

mo el cuerpo sale de la gimnasia con hábitos de vivacidad, más musculoso, más ágil y lleno de destreza para la acción.

Pero, amigo Vargette, por lo mismo que el decadentismo y la gimnasia son medios de educación, no se pueden considerar como el fin supremo y definitivo del ser educado. El hombre que se prepara para vivir una vida de hombre en toda su plenitud y variedad, y que para eso se adiestró y se fortaleció en la gimnasia desde los primeros años, debe, no bien se ponga la levita viril, dejar en un rincón las cuerdas, las argollas y las pesas. Y de igual modo, con cariñosa sinceridad lo aseguro, mi querido Vargette, como poeta que penetra en la poesía, debería haber quemado ese gentil libro, *Les pâles vêpres*, desde que en otro anterior, *Les dolences*, se adiestró ya suficientemente para ser innovador sutil y expresivo. Quedarse, amigo mío, con esa rica y hermosa barba color de mijo, haciendo eternamente *decadentismo*, sería como quedarse el hombre de acción, que tiene ya la barba y la edad de la acción, obstinadamente colgado del trapecio. Ambos se habrían detenido a mitad de su destino: uno, no llegaría a la Poesía; el otro, no llegaría nunca a la acción. Y ambos se quedarían afuera, siendo para siempre dos simples escamoteadores.

Su amigo rudo, por ser tan amigo,

Fadrique.

III

A MADAME DE JOUARRE

Mi querida madrina: El nombre es lindo, lleno de sonoridad y de luz: *Clara de Clairval.* Más bonito aún en portugués, teniendo un sonido más noble y reposado: Clara de Claro-Valle. Y corresponde muy bien a la persona toda, al busto esbelto, a los cabellos rubios, a la novela que pende de las pestañas, a la mirada lánguida..., aunque no abarque también a otra cualidad de los ojos, que, además de lánguidos, son finos. No debería haber *finura* en una *Clara de Claro-Valle*, que, por lo menos, de nombre, es gótica, toda sentimiento, grave y crédula, sentada en una silla de alto respaldo, y ocupada en mantener la gracia heráldica de su persona.

Dice mi bella madrina que, a pesar de ser tan resonante, evocando torneos y cortes de amor, *Clairval* no está muy elevado en la nobleza de Francia. *Un peu de roture ne gâte rien* (1). Por el contrario, son, tal vez, esas gotas de sangre roja y plebeya las que ponen a través de su gentil persona la pizca de finura que me atrae.

Está mi bella madrina equivocada; yo nunca la había visto antes del baile de madame de Tressan. Es muy posible que vaya ella todos los miércoles a la Comedia Francesa; pero desde que se han adoptado para la Comedia las *toilettes* oscuras, con todos sobrios y serios como la versificación de Racine, no es fácil ser atraído, *pasados los treinta años*, por un rostro especial. El teatro todo es como una mancha oscura, moteada de puntos pálidos o color polvos de tocador, que son las caras. A los veinticinco años, la curiosidad, vibrante y siempre *à l'affût*, en acecho, detalla en un instante, distingue, escoge entre todos esos rostros bonitos. La curiosidad más embotada y lenta de los treinta y cinco no profundiza en nada, pasa sobre la sala en una sola vuelta deslizante. Es necesario que por parte del rostro bonito haya ya la intención, el deseo de ser nota-

(1) Un poco de plebeyez no perjudica nada. *Sic* en el texto.

do, que él mismo se adelante y se muestre, para que capte y asegure la atención.

Además de eso, supongo que nadie ve a la mujer que ha de amar—¡ esto en general, no se trata de madame de Clairval!—antes que llegue el momento marcado por el Destino para que ese amor se encienda y sea útil al conjunto de las cosas. Nada prueba, incluso, que esa mujer no haya surgido en ese momento del seno de la Naturaleza, así, en *toilette* y con guantes blancos, para ser mirada y poseída por ese hombre. Esto, que parece episodio de cuento de hadas, está, sin embargo, a veces, justificado por los hechos.

Un amigo mío, en Lisboa, en una reunión reducida, de doscientas personas, en que todo el mundo se codea y todos se conocen mutuamente el tono de voz, los negocios, los sentimientos, las *toilettes* y las ambiciones, de tal suerte, que incluso en una sala a oscuras se podría continuar con coherencia la conversación, preguntó un día a una señora, en una *soirée*:

—¿Quién es aquella muchacha de blanco, allí, junto a la puerta?

La otra pareció asombrada:

—Es mi hermana...

—Pero...

—Pero ¿qué? ¡Es extraordinario! Hace cuatro años que va conmigo a todas partes, y hace cuatro años que le encuentro a usted en todas partes donde aparezco...

¡Un año después mi amigo se casaba con la *muchacha de blanco!*

Estoy viendo que no ha encontrado interesante esta historia, y que va usted a confirmarse más aún en su idea de que hace una semana, desde el baile de madame de Tressan, estoy indeciso y desazonado. Tal vez tenga razón. No me siento, en efecto, ni muy agudo ni muy impulsivo: no sé qué *rêverie* vaga me invade, me extasía a veces, dándome esa languidez espiritual que los primeros calores de mayo traen al cuerpo. No sé su origen ni quiero descubrirlo, aunque tuviese la viveza de ánimo para emprender ese análisis, con el temor de que este estado de dulce y vago adormecimiento se desvanezca y huya, llevándose consigo la dulzura que me envuelve. Y oigo desde aquí su pregunta: «¿Ninguna idea, ninguna imagen, ninguna figura pasa a través de ese fondo de meditación informe?» ¡Dios mío, apenas podría decirlo! Es cierto que a veces, no sé por qué, de ese fondo de reposo intelectual, de esa niebla luminosa y cálida, surge una larga figura rubia, con cosas amarillas en el vestido negro y unos ojos finos y lánguidos... Pero no hay nada peligroso en esto. Supongo, incluso, que esa imagen que pasa no es el reflejo de ninguna realidad, sino una creación propia de la imaginación adormecida, semejante a esas evaporaciones que se elevan de un lago muerto, en verano, y que tomarían, si pudiésemos verlas más densas y perceptibles, las formas muertas, serenas, quietas y blandas del lago de donde se han elevado. Un espíritu que dormita y languidece debe crear, naturalmente, formas que lo reproduzcan, figuras delgadas, que tengan los ojos lánguidos, el paso ondulante y las pestañas bajadas y como adormecidas...

En suma: no es una mujer especial la que así pasa por mi espíritu: es más bien la personificación simbólica de este estado de ánimo que la conciencia me muestra, y... ¡Santo Dios, ya ni me entiendo! ¡Cuánta sutileza y cuántas nieblas! Tengo muchas así, que se forman y se deshacen... Por otra parte, he fumado innumerables cigarrillos y releído a Musset...

Su neblinoso ahijado,

Fadrique.

IV

A MANUEL

Mi buen sobrino Manuel: Desde que hay hombres y desde que hay cartas, jamás hubo hombre que recibiera carta más emocionante, más exigente y más absurda que esta del 22 de marzo, con que ¡me honras, me aterras y me diviertes! «Para un libro de versos que he decidido componer, mientras Dios compone esta primavera suya, ¿qué debo escoger: los temas del amor, los de la Naturaleza, los de la Filosofía o los de la Historia?...»

¡Oh mi buen sobrino Manuel! ¿Quieres, entonces, que yo, a la manera de un docto bardo de barbas nevadas y corona de laureles secos, te lleve de la mano por las sendas aromáticas del Parnaso, y con mi viejo bordón, hecho de roble délfico, te señale, allá bajo las frondas, la fría fuente Castalia donde más conviene que te agaches y bebas?

¡Pues estás equivocado, Manuel! ¡Poeta quieres ser, mi temerario Manuel! Y vienes ahora con tu lira nueva, comprada esta mañana junto a la Vía Sacra, en los almacenes de Apolo, para que ambos, reclinados bajo el vainero, te guíe yo los tiernos dedos sobre las cuerdas de tripa y de bronce, y te enseñe los cantos que seducen...

Pero, mi querido Manuel, ¿por qué no te has dirigido a los cuatro nobles, clásicos y sutiles maestros que tienen cátedra abierta en la cumbre del Pindo: Aristóteles, Horacio, Pope y Boileau?

Las cuatro *artes poéticas* de esos cuatro legisladores de la poesía están hoy reunidas cómodamente en un volumen en rústica (de tres francos cincuenta), que, siendo un código, es también un recetario, suministra abundante enseñanza a toda alma, de las Azores o incluso del Continente, que sienta inclinaciones culpables hacia el verso. ¿Por qué no te proveces de ese volumen disciplinado y fecundante? Con él, un diccionario de rimas, una cafetera, cigarros, ocios y papel, podrás, como tantos otros poetas esparcidos por esas grutas frescas del Parnaso, fabricar alejandrinos a lo Hugo, labradas y bruñidas piezas parnasianas, églogas bernárdicas de un purismo «muy siglo XIV», que huelan lindamente a moho, y hasta esos ejercicios léxicos y gramaticales, llamados *decadentismo* y *simbolismo*, que constituyen un método Ollendorf para aprender a delirar sin maestro.

Sin embargo, mi dulce sobrino Manuel, no olvido que tu madre, mi buena prima Luisa, cuando era yo pequeño y quería recorrer el mundo en un gran caballo, a la manera de Roldán o de Percival, me regaló ¡un burro, un lindo burro blanco, con silla, riendas y fusta! Y ahora que tú, hijo de mi prima Luisa, aspiras a galopar por un mundo aún más vasto y oscuro que el mío, el de la poesía, es de buena gratitud, me parece, que te proporcione yo también un Pegaso, ¡y te lo ensille, y te lo amanse, y te monte sobre él, y con una vara de laurel lo vaya fustigando y conduciendo, como tu fiel palafrenero, por esta sierra difícil del ideal!

Sobrino Manuel: un amigo mío, que después de ser, durante años equivocados, un mal poeta, se arrepintió y se convirtió en un buen crítico, solía siempre, con su autoridad de viejo navegante, experto en escollos y naufragios, aconsejar a los poetas nuevos que buscasen los temas y motivos de sus poemas fuera del propio y estrecho corazón y de las dos o tres palpitaciones que en él se repiten monótonamente. Yo pertenezco a la escuela de aquel hom-

bre sagaz, y para mí también esa poesía llamada *subjetiva*, que vive cobijada en las faldas de Elvira y que arrulla sin cesar, en el diario y en el libro, sus gárrulas confidencias de amor (o de galanteo), necesita ser sustituída por una poesía más fuerte, más viril, más humana, que se suelte de las faldas, ya sucias, de su eterna dama y levante el vuelo libre y amplio a través del mundo y de la vida.

El amor (como enseñaba mi amigo) es, ciertamente, una fuerza, e incluso la mayor fuerza de este pobre Universo que de él vive y por él se equilibra; y la expresión en buena rima de cualquiera de sus manifestaciones que sea intensamente genuina y nueva, constituye, sin duda, una adquisición excelente para nuestro conocimiento del hombre, entidad de siete palmos de altura, que cuanto más hondamente se sonda a sí mismo, más insondable se reconoce. Por otro, lado, los versos de amor son preciosos para aquellos que, poseyendo el sentimiento, no poseen el verbo que lo vivifique, les dé la consoladora certeza de su realidad, y que necesitan, por tanto, ver expresadas, formuladas, sonoras, casi palpables, las cosas indefinidas que se agitaban en su pecho, y a las que no sabían dar nombre.

Pero a no ser en esos dos casos, en que el poeta haya descubierto en sí una forma del sentir deliciosamente inédita, o que haya conseguido expresar con una nitidez gráfica excepcional algún sutil estado de alma hasta entonces inexpresado, él debería (por lo menos, durante este siglo, harto de lirismo sentimental) conservar los versos de su amor en el papel íntimo en que los escribió, al lado de las flores marchitas, de los mechones de pelo, de las fotografías manchadas de besos y de todas las otras reliquias de juventud que a los treinta años se tiran a la lumbre. De otro modo, si los poetas insisten en anunciar cada semana, con labios trémulos, en los periódicos o en los volúmenes a peseta, que aman a Laura, y que la han estrechado en sus brazos, y que los terciopelos de la alcoba colgaban en blandos pliegues, esta generación atareada, positivista, inteligente, y sólo seducida por las cosas de la inteligencia, ¡huirá de ellos, desesperadamente, como se huye de todo lo que estremece o enerva, de un organillo, de una aserradora de piedra o de un canario mecánico, barnizado de amarillo y con cuerda para veinticuatro horas! Para que la poesía conserve su clientela de espíritus es necesario que contenga en sí toda la *humanidad*, y no solamente la *femineidad*, de la vecina que sonríe allá, en la ventana...

Todo esto, que afirmaba mi amigo, con aquella irremediable confusión que le quedó de la costumbre del verso, es verídico. La poesía no se inventó para cantar el amor, que, por otra parte, no existía aún cuando los primeros hombres cantaron. Nació ella de la necesidad de celebrar magníficamente a los dioses y de conservar en la memoria, por la seducción del ritmo, las leyes de la tribu. La adoración o captación de la divinidad y la estabilidad social eran, entonces, los dos altos y únicos cuidados humanos; y la poesía tendió siempre, y tenderá constantemente, a resumir, en los conceptos más puros, más bellos y más concisos, las ideas que están interesando y guiando a los hombres. Si la gran preocupación de nuestro tiempo fuese el amor, todavía admitiríamos que se archivase, por medio de las artes de la imprenta, cada suspiro de cada Francesca. Pero el amor es un sentimiento sumamente raro entre las razas viejas y debilitadas. Los Romeos, las Julietas (por citar tan sólo a esta pareja

clásica) ya no se repiten ni son casi posibles en nuestras democracias, saturadas de cultura, torturadas por el ansia de bienestar, escépticas, por tanto, egoístas, y movidas por el vapor y la electricidad. Hasta en los crímenes amorosos, en que parece revivir, con su fuerza primitiva y dominante, la pasión de las razas nuevas, se descubren en seguida factores lamentablemente ajenos al amor, siendo los dos principales aquellos que más caracterizan nuestro tiempo: el interés y la vanidad. En estas condiciones, el amor, que volvió a ser, como en Grecia, un Cupido pequeñito y juguetón, que revolotea, hurtando aquí y allá un placer fugaz, está rebajado ante los cuidados inferiores del hombre, muy por debajo del dinero, muy por debajo de la política... Es una ocupación, sin malicia lo digo, que se deja para cuando acaba el día verdadero y útil, y con él los negocios, las ideas, los intereses que absorben. «¿Ya no hay hoy nada serio en qué pensar?... ¡Bueno! Entonces, un poco de perfume en las manos, ¡y ábrase la puerta al amor, que espera!» ¡A esto ha quedado reducida la Venus fatal y vencedora!

Ahora bien: cuando un arte se obstina en expresar únicamente un sentimiento que se tornó secundario en las preocupaciones del hombre, él mismo se hace secundario, poco atendido, y pierde poco a poco la simpatía de las inteligencias. Por eso, hoy los editores tan tenazmente se niegan a editar, y los lectores a leer, versos en que sólo se cante al amor y a las rosas. Y el artista que no quiere ser una voz clamando en el desierto y un papel pudriéndose en el almacén, comienza a evitar el amor como tema esencial de su obra. La gloria de Zola proviene, sobre todo, de la universalidad y modernidad de sus asuntos: la tierra, el dinero, el comercio, la política, la guerra, la religión, las grandes industrias, la ciencia, que son los hechos supremos que interesan al hombre culto.

Aquellos que como Feuillet y Sandeau y tantos otros sólo sabían contar, con pena enternecida y graciosa, historias de amor, y en las que el amor era el centro y el motor único de la vida, están abandonados, roídos humillantemente por los ratones en los sótanos de los libreros.

Ni siquiera las mujeres leen ya hoy versos de amor, que, por otra parte, no apreciaron en ningún tiempo, ¡porque a ninguna mujer le gustó nunca ver a otra coronada e idealizada! Y, además de eso, ni ellas ni nadie, por simples que sean, creen en la sinceridad de los poemas amorosos. Todos sabemos que son meros ejercicios literarios, compuestos pacientemente, fríamente, en zapatillas, con un diccionario de rimas. En los primeros años del siglo, el poeta que tenía «comercio con las musas» empezaba por componer laboriosamente, y hojeando los buenos modelos, una *epístola*, en que celebraba la dicha de vivir en los campos; un *madrigal*, en que cubría a una pastora de aljófares y nardo, o un *ditirambo* un poco desgreñado, en que alzaba la copa de vino dorado y gritaba: «¡Evohé!...» Este hombre excelente no conocía pastoras ni bosques, y vivía comedidamente en el piso tercero de una calle estrecha, frecuentando el café vecino, donde se hartaba de horchata.

La orgía báquica, los corderos, el zurrón, su amor a la paz silvana, eran, simplemente, en él temas aconsejados por el arte poético. Hoy, esa poesía bucólica y ditirámbica pasó como los calzones y los espadines. El romanticismo creó otra retórica. Y el poeta que empieza, en vez de mostrarse al lector en rimas forzadas, *pastoril* y *beodo*, como su antecesor,

que estudiaba aún a Horacio, se muestra ahora con la misma tranquilidad, pero con las fórmulas que heredó de Musset, *apasionado* y *dolorido*. El dolor y la pasión, sin embargo, son en el digno joven tan postizos y tan laboriosamente trabajados como eran el bucolismo, el patriotismo y el fervor elegíaco de su cofrade de mil ochocientos diez.

De esta escandalosa insinceridad proviene el descrédito del lirismo. Pero aun cuando sea sincero, aunque brote de una emoción pura, ¿qué interés podrá producirnos el libro en que el señor Fulano o el señor Zutano, a quienes no conocemos, vienen a revelarnos los éxtasis y los tormentos que se agitan en su pecho? Un poema tal debería estar reservado a los íntimos. Hay, desde luego, un grave impudor en hacer así de nuestro corazón una tirada de quinientos ejemplares, para venderlo, palpitante y sangrando, en los escaparates de las tiendas. Y hay también una intolerable impertinencia por parte del señor Fulano en detenernos en nuestro camino apresurado, para gritarnos, entre suspiros, ¡que ella es hermosa y que sus besos saben a miel! ¿Es hermosa? ¿Sabe a miel? ¡Que le haga buen provecho, estimado señor! Pero ¿qué me importa eso a mí, que voy rápidamente impulsado por mi idea, por mi trabajo, por mi negocio y por mi gusto?

La poesía, si quiere captar todavía nuestra atención, en este momento, precisamente, en que ella ha alcanzado su máxima habilidad técnica, necesita abandonar esa alcoba en que desfallece y se esteriliza, y de la cual nosotros conocemos hasta la saciedad, por su indiscreción, todos los lánguidos rincones. Fuera de esa sombra blanda, no le faltan los bellos temas: y ahí tiene la historia, la leyenda, y las religiones, y las costumbres, y la vida ambiente, que le proporcionan corrientes de *inspiración*, donde ella podrá *beber más* hondamente que en ninguna de las Castalias pasadas.

Su lira, manejada por tan hábiles artistas en estos últimos treinta años, está superiormente afinada, desde las cuerdas de nervio hasta las de bronce, y no hay sonido, por delicado o por estridente que sea, que no sepa ella producir con precisión y brillantez. El hombre tiene la insaciable necesidad de conocerse: ¡y cuántas formas, infinitamente variadas, de su sentir, de su pensar, de su querer, no hay ahí, en el presente y a través del pasado, dignas de ser fijadas, para que él las bendiga o las maldiga, en ese divino lenguaje del verso, el único que, realmente, penetra en el alma, y que en ella sabe grabar de modo perdurable el amor a lo grande, el desdén a lo pequeño... ¡Que el poeta se aparte, pues, valientemente de la alcoba, y hasta de la puerta de su bien amada, y con la lira en el cinto, como los rapsodas de antaño, recorra el mundo, escuchando historias, para contarlas después en ritmos áureos!

Justamente, estas consideraciones, que no son de crítica y sólo lanzadas tumultuaria y familiarmente en charla amable, las formulé yo porque conozco una o dos historias que bien merecerían, por su belleza moral, ser perpetuadas en ricos versos. Y como mis historias no son de amor, procedí en seguida a la manera de aquel mercader de la leyenda que, cuando llevaba armas para vender, clamaba en la plaza contra la paz, que debilita las almas, ¡y cuando sus fardos sólo contenían sedas y perfumes, profería imprecaciones contra la guerra, que embrutece y destroza los hogares!

Pero ¡cómo! En vez de contar mi historia, para que tú, mi gentil poeta, la cinceles en un poema alado, he

gastado el papel profesando doctrinas y adornándolas de boj y de laurel, con esta locuacidad divagadora de nuestra raza que tanto daños nos ha hecho en las letras y en la causa pública. ¿Qué remedio nos queda? Somos latinos y llevamos en nosotros, hereditaria e irreparablemente, toda la secular parlanchinería del *forum romanum*.

Tu tío de corazón,

Fadrique.

V

A *** (1)

Mi querido amigo: Desapruebo enérgicamente su idea de una novela sobre Babilonia. ¿Qué ha sido, santo cielo, lo que le llevó ahí, a tres pasos de Piccadilly y de Regent Street, a pensar en Babilonia? ¿Qué interés pueden ofrecer los hombres y las mujeres de Babilonia para su público, que vive en el Chiado y en la calle del Ouvidor? Dice usted que nada hay más interesante para el hombre moderno como descubrir en los otros, de otras edades, los sentimientos, las pasiones, las ridiculeces, la comedia y la tragedia que hoy le conmueven. Pero ¿está usted seguro de saber cuáles eran los sentimientos y las ridiculeces de los hombres que habitaban en la ciudad del Eufrates? ¿Ha estado usted allí, alojado en una casucha de ladrillo, a la sombra del templo de Belú, observando y tomando notas? ¿Resucitó, por casualidad, algún babilonio para venir a mostrarle los sentimientos y las ideas de su tiempo? ¿Cómo puede usted conocerlos?

Dirá usted: pero los hombres son siempre los mismos, a través de todas las civilizaciones y de todas las edades. Nada más falso ni de peor crítica. El hombre es un resultado, una conclusión y un producto de las circunstancias que lo envuelven, circunstancias de clima, de alimentación, de ocupaciones, de religiones, de política, de arte, de cultura. Ahora bien: si estas circunstancias eran en Babilonia absoluta y radicalmente distintas de las nuestras, ¿cómo se pueden extraer conclusiones partiendo del hombre de hoy y remontándose hacia el hombre de entonces? Los propios sentimientos naturales eran diferentes, y el amor de una mujer de Babilonia debía de ser tan distinto al amor de una parisiense, bajo monsieur Grévy, como puede ser hoy el vidrio de la manteca, para emplear una oposición enérgica.

Coja usted una mujer de hoy, en Lisboa, por ejemplo, y sígala durante su jornada. Se levanta por la mañana, se envuelve en una *robe de chambre* y encuentra en seguida en las simples órdenes que dar las mil complicaciones de la civilización. Es la luz de gas que tiene escape y que es necesario mandar componer; un telegrama que expedir a causa de un pariente que llega en el paquebote de Madera; un recado a una amiga para combinar la hora en que ambas irán a la Cámara a oír discursear a Rufino; después tiene que organizar

(1) El original de esta carta no traía mención de destinatario. Y, sin embargo, es lícito pensar que estuviese dirigida a su propio autor. Existe, en efecto, una carta particular al conde de Ficalho, en que Eça de Queiroz confiesa haber pensado en una *novela sobre Babilonia*, y a la cual esta carta de Fadrique Méndez parece ser una respuesta. Decía Eça de Queiroz: «Además de eso, el aislamiento me lanzó a la lectura, que a su vez me lanza a la erudición, y reaparece entonces el latente y culpable apetito de novela histórica. ¿Querrá usted creer que, al cabo de un mes en Bristol, estaba yo planeando, para cuando me lo permitiesen los trabajos en el telar, una novela sobre...? No, nunca lo adivinaría usted... ¡Sobre Babilonia!...» (*Correspondencia*, carta XXIV.) (*Nota de la edición portuguesa*.)

el *menu*, porque espera unos amigos a comer; encargar flores en la plaza de la Figueira; hacer desayunar y acompañar a los chicos al Liceo; vigilar a la muchacha que está limpiando los *bibelots* en la sala; luego, queda aún el *Diario de Noticias* que recorrer y *El Correo de la Mañana* que leer, y cerrarse en el cuarto para escribir su correspondencia, y, por último, ocuparse de la cuestión del criado, que se despidió por haber reñido con el cocinero... Sólo entonces puede ocuparse de su *toilette*, y, finalmente, ponerse a desayunar. A las dos llega la amiga, y, metidas en un coche, marchan las dos hacia la Cámara. Allí, sesión tumultuosa, elocuencia de Rufino, aplausos, miraditas a los diputados, charla, *rosa divina* en los intervalos. Terminada la sesión, va hasta la Baixa, da una vuelta por la Avenida, entra en varias tiendas, sube a la modista, y, a última hora, se apresura hacia su casa, donde la esperan más cuidados domésticos: es una nueva discusión con el cocinero, un plato que es preciso sustituir y todas las graves preocupaciones de la *toilette* para la comida. Por fin, se encuentra en la mesa con sus invitados, sonrisas, conversación, discusión sobre política, noticias, *cancans* (1), rumores, maledicencia. Los hombres encienden los habanos, y marchan todos al teatro a oír una nueva opereta. A la una de la madrugada, regreso soñoliento a casa: té, novela para dormirse, y el marido roncando al lado, con un pañuelo de seda atado a la cabeza.

Ahora bien: fíjese usted en que todos esos pequeños actos fueron otros tantos agentes vivos, directos, modelando con cierta contextura el *modo de sentir* de esa mujer.

Coja ahora una mujer de Babilonia. Al despuntar el día, despertó en el harén, en el lugar donde sólo duermen las mujeres. Descansó vestida, envuelta en la túnica de albo lino que conserva cuando se levanta; y su primera ocupación es todo un complicado ceremonial de oraciones e invocaciones. No tiene que dar órdenes a los esclavos ni que preocuparse con arreglos domésticos; la casa es sencilla; paredes de mármol o de ladrillo pintado, blandas y gruesas alfombras y alguna ánfora preciosa, en una hornacina, entre las rendijas que sirven de ventanas. Después de las oraciones, rápidamente, una sencilla refacción, tomada sobre las rodillas, y marcha hacia el baño y el tocado, las dos grandes preocupaciones de su vida. En seguida, son las largas horas en el harén, acuclillada, tejiendo o haraganeando por los divanes, oyendo contar historias. Todas las ventanas del serrallo permanecen cerradas; ninguna comunicación exterior con el mundo... Sin embargo, se oyen en el patio rumores de voces: son los invitados del esposo, del señor, que llegan para el festín. Las esclavas la envuelven entonces en una dalmática suntuosa, le entregan un pequeño incensario de oro, y ella se adelanta hacia la sala del banquete, con los ojos bajos y el andar hierático. Allí, gravemente, comienza por incensar al esposo, en su «trono»; después, a los invitados, invocando sobre ellos las bendiciones de la diosa; y cumplido el rito, vuelve lentamente, a pasos regulados por el ceremonial y por el dogma. Se despoja de la dalmática, y su día terminó. Hay, tal vez, aún un paseo por los jardines, bajo la mirada adormecida del eunuco; tal vez, alguna danza o cantos de esclavas, pero su día social ha concluído. Se recitan nuevas oraciones, se queman perfumes en actitudes de invocación. A través de las rendijas del harén silencioso,

(1) Chismes, habladurías. En francés en el original.

se va todavía a respirar la frescura del crepúsculo color de oro... Después, se desenrollan las alfombras y ella se tiende para dormir, a no ser que el jefe de los eunucos venga a reclamarla y la lleve, obediente y pasiva, a presencia del señor, que la desea.

Ahora bien: cada uno de esos actos ayudó a formar el *modo de sentir* de esa mujer. ¿Cómo puede, por tanto, su manera de amar ponerse en parangón con el modo de amar de la mujer portuguesa?

Dirá usted que, en conclusión, ambas tienen hijos. Es cierto. Pero ésa es una función orgánica y no un sentimiento. Y si lo que usted quiere es describir funciones orgánicas, entonces pisa usted terreno muy seguro: le basta con copiarse a sí propio, porque, seguramente, el rey Senaquerib digería exactamente como digiere el consejero Acacio, ¡y los dos expelían del mismo modo sus líquidos!

Así, pues, sólo le resta pintar, con la conciencia íntima de ser exacto, el decorado exterior de la vida: las casas, los trajes, los muebles, las armas. Pero eso no constituye una novela: son cuadros de Naturaleza muerta. ¡Es lo pintoresco por lo pintoresco, fórmula atroz de literatura!

¿Y será, cuando menos, difícil? Ni eso. La ciencia arqueológica ha avanzado tanto, que todas esas menudencias de la vida exterior aparecen hoy explicadas en libros y enumeradas por orden alfabético, con grabados al lado. Se puede hacer la más sabia y perfecta pintura de la vida romana con el *Diccionario clásico*, de Smith, que cuesta tres pesetas...

A esto responderá usted, con seguridad: ¿Y *Salambó*? Para hacer *Salambó*, en efecto, no basta el *Diccionario*: ¡es necesario el genio de Flaubert!... Y cuando se tiene ese genio, y ocho años de ocios para aplicarlos a un monumento como *Salambó*, se habla del monumento como él habló, y se dice, como él dijo, con infinita melancolía: «*Peut-être, après tout, n'y a-t-il pas un mot de vrai là-dedans!*» (1).

Su amigo sincero *et nunc et semper*,

Fadrique.

VI

A E***

*Mi querido E****: Es usted el más difícil de contentar de los hombres que habitan en la tierra. Pues consigue con sus libros resucitar ese tipo extinto, el purista, el gramático, ¡y todavía se ofende!

Como todas las cosas y los entes deliciosamente pintorescos del siglo XVIII portugués, que se hundieron, se sumieron en el gran terremoto constitucional que todo lo niveló y alisó—tipos, costumbres y caracteres—, ¡se sumirá, desaparecerá en las tinieblas el purista, el gramático, el fiscal de la lengua! Los que aman las cosas portuguesas se acordaban aún de él, a veces, como de una figura que más que ninguna otra adornaba, dándole significado, la vieja sociedad portuguesa de tiempos de doña María II. Usted, sin embargo, llega, escribe, imprime, ¡y he aquí que, entre las ruinas del Carmen o de no sé qué viejo caserón medio derruído del barrio de San Vicente, se yergue esa sombra y empieza a caminar! Es el purista, íntegro, completo, con la cabellera sórdida, a la que aún están adheridas briznas de paja, los

(1) Quizá, después de todo, ¡no hay en eso una sola palabra de cierta! *Sic* en el original.

calcetines arrugados sobre los tobillos flacos, el birrete color vino de alta copa, la cara chupada por las ansiedades de la prosodia, los lentes de montura metálica en la punta de la nariz, muy ganchuda, para pescar los galicismos; los brazos repletos de infolios clásicos y de diccionarios, y en la nariz asomando aún la buena pulgarada de rapé fresco que él cogió respetuosamente de la caja de Curvo Semedo!

Con el dedo trémulo, el famélico y taciturno difunto hojea *Basilio* y *Amaro* y lanza del cavernoso hueco del pecho, hasta los cielos de la Arcadia, un grito de consternación. Y usted ¿qué hace? ¡Retrocede y busca el bastón para deslomar al digno individuo!

No se vió nunca una ira más irracional. Lo que usted debería hacer era abrir los brazos y chillar: «¡Oh simpático terco, ven que te estreche sobre mi corazón!» Porque, últimamente, ahí tiene usted un tipo precioso de novela ya hecho, siempre genérico hasta en su personalidad, preparado o casi para ser impreso, sin que sea necesario revisar las pruebas.

Por ese tipo—como por un hueso desenterrado se adivinó el mastodonte—podemos reconstituir todo el viejo régimen. Bien analizado, explica él inmediatamente, y por comparación hace revivir ante nuestros ojos modernos al brigadier, al poeta parásito, al fraile apostólico, a las mujeres presumidas, a los alfeñiques, al intendente de Policía, a las ayas negras, a las canciones al clavicordio, al que pide limosna por algún santo, al señor arzobispo de Salónica y a todo el personal tan pintoresco de ese extraño mundo pasado. ¡Y se queja usted! ¡Tal vez, incluso, el único resultado sólido de sus libros sea el de haber resucitado al purista!

El tipo, en efecto, es monstruoso. Fuera de Portugal no existió nunca, y hoy mismo es necesario un esfuerzo para que comprendamos su existencia, su valor y su acción. El purista coge una idea y no quiere saber si es justa, o falsa, o fina, o estúpida; ¡sólo intenta descubrir si las palabras con que está expresada se encuentran todas en el *Diccionario Lucena!* Agarra un soneto, un verso a una mujer, y apartando a un lado el sentimiento, la emoción, la imagen, la poesía, ¡indaga únicamente si las comas están en su sitio y si las incidentales no cortan demasiado la oración principal! Encuentra un tipo en una novela, y con una completa indiferencia por la verdad de ese tipo, su lógica, su fuerte vitalidad, escudriña solamente si en la descripción de sus gestos o de sus hechos ¡el verbo *haber* ha sido empleado impropiamente! En el estudio de un carácter no quiere saber nada de la finura de la deducción, ni de la penetración crítica, ni del análisis, sino que va con la punta de la nariz sobre las líneas buscando los modos de decir que no sean vernáculos! Hojea un grande y voluminoso libro de Historia, e ignorando incluso si esa historia es la de Portugal o la de la China, pone el dedo, después de una larga investigación, sobre una página, y hace este resumen final con voz cavernosa: «*Massacre* en vez de *matanza*. ¡Libro funesto!»

¡Hacer todo esto es verdaderamente estupendo! El hombre que lo hace no tiene nombre que lo clasifique (*bruto* no es suficiente, *facineroso* es, tal vez, excesivo), ¡a no ser que él mismo, que conoce todos los términos del diccionario, sepa el que le cuadra!

Pero por ser así estupendo e innominable, ¿deben quitársele los libros de la mano y mandarle de nuevo a puntapiés hacia la cueva de donde salió? ¡No, santo cielo! Se le debe estudiar como un caso de patología

social. Se le deben poner más libros en las manos sebáceas, los mejores libros de la lengua, libros de Historia, de análisis, de poesía, y decirle después: «¡Ahí tienes; funciona!» Y cuando el portentoso pelmazo, bajando los ojos hacia el pico de cigüeña castiza y subiendo hacia los hombros el capote de buena lana, comienza a funcionar, a buscar el galicismo, a comprobar la vernaculidad del término, es preciso guardar un profundo silencio, como cuando acontece un gran fenómeno, ¡y tomar, a su lado, con atención y sagacidad, notas, muchas notas!... ¡Hay, en efecto, un libro por hacer sobre el purista!

Pero dice usted en su carta que no es tanto ese anticuado tonto el que le aflige, sino el purista de tipo moderno, que en un libro aprecia la idea, el análisis, la intención, la vida de los personajes, como un crítico de su tiempo, y después, con respecto a la forma, de paso, disculpándose de su obstinación, añade que la construcción es deplorablemente francesa; el vocablo, pobre; el galicismo, innumerable, y que «¡es una pena que usted no sepa escribir su lengua!» Y usted describe el tipo: «Joven, inteligente, ingenioso, culto, afrancesado, moderno, y en medio de todo esto, purista.»

Pero, hijo mío, eso es lo que aquí llamamos *un malin*. ¡Sí que le importa a él la vernaculidad de la lengua! Lo que le interesa, moderno como es, son los tipos, los estudios sociales, los *retratos* que pueda haber en sus libros, la sensación, lo dramático. Es moderno, es vivo hasta la medula; la lengua que en el fondo le agrada es la francesa; fué educado a la francesa; viste, piensa, come, flirtea, habla, legisla conforme al molde francés, que él considera el más gracioso y cómodo. Sólo que hablando en Portugal de un libro portugués, cree que le sienta bien una capa de patriotismo. Un poco de patriotismo sienta bien, *ça pose*: da seriedad, agrada a los hombres serios y a ciertos periódicos; revela garantías de celo por la cosa pública, atrae la simpatía del profesorado y se convierte así en un instrumento de vida... Es, pues, conveniente en la crítica lanzar una nota patriótica. Pero ¿cuál? Ahí está la dificultad. Porque el *malin*, educado por Francia, saturado de francesismo, viéndolo todo y sintiéndolo todo a la francesa, no puede distinguir bien dónde está en el libro esa falta de sentimiento nacional que él desea acusar. No teniéndolo en sí, no percibe, naturalmente, cuándo falta en los demás. Recurre entonces a la lengua. Sabe que existe una lengua en Portugal y otra en Francia, y que La Bruyère no escribió como el padre Antonio Vieira. Los ha leído a ambos—sobre todo, a La Bruyère—y conoce bien sus diferencias. Y es entonces cuando lanza su grito patriótico, que posee cierto *chic*, que es como una flor de la flora nacional que se pone él en el ojal, que agrada, que le da el aspecto de estar aún aferrado a la vieja tradición, ¡y pueda, *en passant*, abrirle las puertas de la Academia! Pero lo hace por deber, sin entusiasmo. Esa lengua nacional y vernácula, a la moda de Jacinto Freire de Andrade, que él lamenta no ver en el libro, ni por todos los tesoros de la tierra querría usarla. Ni sabría. Francés de idea, es francés de vocablo. Y la prueba de su poca sinceridad en la acusación está en que él acusa el libro de estar escrito con la *construcción* francesa; ¿y cómo? ¡En frases construídas todas ellas a la francesa! Y señala a la indignación de la Academia sus galicismos. ¿De qué modo? ¡Empleando para formular esa acusación, en cada diez palabras, cinco galicismos! ¡Ya ve usted, queri-

do E***, que el hombre, en el fondo, es un colega suyo! (1).

Pero, aparte de las críticas, quedan los hechos. ¿Hay razón para que usted se preocupe de su falta de vocablo, su mala construcción y sus galicismos? ¡No, hombre, respire! Evidentemente, su lengua no es rica; menos rica, sin duda, mucho menos que la de Oliveira Martins o la del amigo Ramalho. Mucho menos también que la de Camilo, cuyo verbo es prodigioso, ¡acumulando todo cuanto el genio nacional inventó para expresarse! Y por eso es tanto más doloroso ver que él no sabía usar esa inmensa riqueza, y que, con un léxico más amplio que el de Ramalho y el de Oliveira Martins, no alcanzó jamás, como ellos, el vigor, el relieve, el color, la intensidad, la imagen, la vida, incluso, en esos temas en que el novelista, el crítico y el historiador coinciden: en la pintura exterior de los hombres y del drama humano. Donde Ramalho es amplio y transparente, reproduciéndolo todo como un bello río que corre, donde Oliveira Martins es incorrecto, pero intensamente vivo a la manera del genial Saint-Simon, y Camilo, con el verbo completo de una raza en la punta de la lengua, vacila, se aturrulla, amontona, retuerce, mezcla y forma un pastel confuso, ¡que ni el diablo lo entiende, él que lo entiende todo!

Usted, en todo caso, es infinitamente menos rico en términos que esos tres ilustres colegas suyos. Sin embargo, no se aflija por eso, ni siga leyendo el diccionario, y menos aún los clásicos. Esa cuestión de la riqueza de léxico ha sido ya muy estudiada y decidida. Y la decisión es ésta: ¡Bienaventurados los pobres de léxico, porque de ellos será el reino de los cielos!

En Inglaterra, hombres graves y pacientes hicieron contacto con las palabras usadas por los grandes escritores de la lengua. Y pudo así establecerse una tabla, desde un campesino del Yorkshire, que habla con doscientas palabras, hasta el divino Shakespeare, que conocía y usaba no sé cuántos miles, ¡un número enorme de miles! Pero Shakespeare es un poeta que recorrió todos los mundos, hasta el mundo de las visiones, y que necesitó, incluso, para traducir su emoción, forjar a veces el vocablo. Mejor es, pues, tomar, como grandes conocedores del léxico, algún prosista, como Macaulay, el torrencial, o Jorge Elliott, la diosa. Son éstos los que están en el más alto grado de la tabla, que va bajando hasta Fielding y hasta Addison, cuya pobreza de diccionario era verdaderamente lamentable. Ahora bien: ¿cuál es, según el consenso unánime de la crítica inglesa, el más puro, fino, encantador, original y luminoso prosista inglés? ¡Addison!

Tiene usted ya aquí un punto adquirido: que en la literatura clásica, la crítica entera de una gran nación literaria, como Inglaterra, concede la palma de la prosa al hombre que, según los lexicólogos, empleó y supo menos términos. Pero pasemos a los modernos. ¿Cuáles son los tres escritores ingleses que, recientemente, aparte de su valor

---

(1) Un comentario casi idéntico fué ya hecho por Eça de Queiroz en carta particular dirigida a Mariano Pina: «... Son graciosos sus comentarios a la carta de A... Yo no conozco a ese muchacho; pero, indiscutiblemente, su patriotismo es simpático y su grito en pro de la lengua portuguesa muy justo. Lo único curioso es que ese patriota, que pide con violencia que no se escriban extranjerismos, escribe él mismo, a juzgar por la carta, no en buen portugués, ¡sino en mal francés! Es de las cosas más cómicas que he visto...» (*Correspondencia*, carta XXII). (*Nota de la edición portuguesa.*)

como pensadores, se señalaron más para los lexicólogos por su abundancia en adjetivos y epítetos? Además de Macaulay y de Jorge Elliott, Carlyle. Y, por otro lado, ¿cuáles son los modernos, pobres de léxico? Froude, el historiador, y Mathews Arnold, el crítico. Y si preguntamos a cualquier inglés, aunque sea medianamente culto, por los dos maestros de la prosa contemporánea, los que escriben el inglés más elegante y fino, ¿cuáles son los nombres invariablemente citados? Los nombres de los dos pobretones del verbo: ¡Mathews Arnold y Anthony Froude!

¡Con seguridad usted sonríe ya y siente renacer la esperanza! Pero voy a darle un alegrón mayor todavía, invitándole a cruzar el canal y a venir aquí, a penetrar en la prosa francesa. Aquí no son sólo dos escritores: es toda la legión sagrada, desde La Bruyère, mostrando que la mejor prosa, la más perfecta, la más brillante, la más lógica, la que ha sido la gran educadora literaria y ha civilizado al mundo, está hecha con media docena de vocablos, que se pueden contar con los dedos. Haga una prueba: lea durante una semana media docena de páginas de cada uno de los grandes maestros: Bossuet, La Bruyère, La Fontaine, Diderot, Voltaire, Beaumarchais, y dígame si los términos con que está trabajada cada una de esas páginas no son los términos del lenguaje familiar, los mismos que sabe y emplea cualquier modista de la *rue de la Paix*.

¿Y hay algo singular en esto? No. Lo singular sería que los hechos fuesen distintos. Las palabras son, como se dice en pintura, *valores*; para producir, pues, un cierto efecto de fuerza o de gracia, el caso no consiste en tener *muchos valores*, sino en saber agrupar bien los tres o cuatro que son necesarios. La belleza de una pintura, en lo que se refiere al colorido, ¿no está acaso en la abundancia de los colores? No, seguramente, ya que, si así fuese, las obras maestras de la pintura serían las estampas de Epinal, donde, en una simple figura, ¡se encuentran sesenta *nuances*! Y, sin embargo, los grandes maestros son Rembrandt, Velázquez, Van-Dick, Ribera, que pintaban con tres o cuatro colores. ¡Me siento casi avergonzado de repetir aquí estos axiomas de sentido común!

Pero vea usted también todos los modernos franceses, los grandes pensadores: Renán, Flaubert e, incluso, Dumas, hijo. Escriben con media docena de palabras. Flaubert suprimía de sus libros todos los términos que no pudiesen ser usados en la conversación por su criado; de aquí proviene el que haya producido una prosa inmortal. Y la razón es que sólo los términos simples, usuales, vulgares, correspondiendo a las cosas, al sentimiento, a la sencilla modalidad, no envejecen. El hombre, mentalmente, piensa, en resumen y con sencillez, en los términos más intrascendentes y usuales. Términos complicados, son ya un esfuerzo literario, y cuanto menos literatura se ponga en una obra de arte, más durará ésta, por lo mismo que el lenguaje literario envejece y sólo el humano perdura.

Será por eso imposible hacer bien comprensible el análisis de un sentimiento, si usted, en lugar de anotar todas las modalidades de ese sentimiento en términos claros y sencillos, a través de los cuales aquéllas viviesen, las empastase, las ahogase, usando los sinónimos complicados de esos términos sencillos. Una novela que no pueda ser leída sin un diccionario es una obra grotesca. Forja usted un personaje y quiere decir de él «que era afortunado en sus

cosas, pero que nunca fué generoso y a veces se mostró falso». Sólo que estos términos, *afortunado, generoso, falso*, son, ciertamente, usados por toda la gente y no conociéndose otros prueban escasez de léxico. Usted, por tanto, busca sinónimos extraños y raros, que muestren riqueza de léxico, y redacta así su frase: «Era un varón de suntuoso destino; sin embargo, no se mostraba nunca pródigo, y en su convivio tenía a gala ser mendacísimo y menospreciable.» Escribe usted estas cosas monstruosas ¡y estalla alrededor una inmensa carcajada!...

Estalla la carcajada que nos sofocó al leer novelas de ilustres novelistas, escritas con ese estupendo lenguaje. Usted, con seguridad, ha demostrado riqueza de léxico, agradando a dos o tres gramáticos; pero ningún muchacho, ninguna mujer, ningún hombre, nadie comprendió cómo era su personaje. Y como nadie tiene paciencia para consultar el diccionario, ¡quedó usted incomprendido y fué como si no hubiera escrito! Nunca olvidaré lo que me dijo un día Chardron de una novela escrita así. Le pregunté si aquello se vendía; tuvo él un gesto de amargura: «*Pas du tout! Il paraît que, pour comprendre ça, il faut acheter aussi un Dictionnaire, et ça revient trop cher!* (1).

Además de la riqueza de léxico en los términos, hay la riqueza de léxico en el desenvolvimiento de la idea, esto es, la presentación de la idea bajo una forma copiosa y densa. Esto es aún más fatal. La cosa más sencilla, y que sería bella en su sencillez, queda en seguida tan recargada de adornos, de franjas, de lentejuelas y de colgajos, que me recuerda siempre ciertas imágenes de santas italianas que, bajo la abundancia de los atavíos, de los exvotos, de los collares, de las cosas vagas que sobre ellas rebrillan, ¡muestran a la adoración de los fieles, no una santa, sino una percha de ropavejero!

El escritor de léxico abundante no puede decir que «Elvira lloró» sin complicar ese acto tan sencillo, con tantas incidencias sobre el sabor de las lágrimas, la hiel o el júbilo que aquéllas contenían, y los ángeles que las recogieron en sus manos, y las perlas en que se transformaron, y la poca atención que les prestó el Universo, y la perfidia del hombre, y la infamia del brasileño, que el lector, aturdido, ¡se queda sabiendo escasamente si Elvira estaba llorando o rezando el rosario o cantando al piano *La Traviata!*

Coja usted el acto primero de *Frey Luis de Souza*, de Garrett, de Garrett, que era otro pobre de léxico. Ahí tiene usted una pura obra maestra, una de las más bellas que existen en todas las literaturas de Europa. Nada más sobrio, más sencillo, más seco. Cada frase contiene sólo las palabras necesarias y encierra, sin embargo, dentro de sí, todo un mundo de cosas profundas. Entregue ese acto como la armazón de una obra a un escritor abundante, elocuente, de esos que saben mil palabras del diccionario y poseen un estilo copioso, ¡y verá lo que hace él con ese acto sublime! ¡Que lo tenga dos horas en sus manos, *et vous m'en direz des nouvelles!* (1). ¡Qué cosas no pondrá él en labios de la noble esposa de Souza Coutiño, qué declamaciones en boca del pobre

---

(1) «¡En absoluto! Según parece, para entender eso hay que comprar también un diccionario, y sale demasiado caro!» *Sic* en el texto.

(1) «¡Y ya me dirá lo que es bueno!» *Sic* en el original.

Telmo! Dos horas sólo, en que le sea permitido adornar aquella sequedad y aquella sencillez con todos los recursos del léxico y todas las exuberancias de la elocuencia, ¡y de una obra incomparablemente bella saldrá, al final de esas dos horas, un pastel fofo y terriblemente indigesto!

Y si de la abundancia del léxico pasamos, hijo mío, a la construcción francesa... Pero está sonando la una, y voy a almorzar. ¡Qué inmenso cartapacio le he escrito! La construcción francesa y los galicismos quedan para mejor ocasión, si es que usted, después de esto, necesita aún más consuelo. Y fíjese que no he dicho ni la mitad de lo que debía decir: ¡sería necesario escribir un volumen!

¿Cuándo aparece usted por París? ¿Ha visto en Londres a los amigos? La linda Edith, ¿va aún al número 14? ¿Y el hombre de la Pall-Mall?

Suyo de corazón,

Fadrique.

VII

A EDUARDO PRADO

Mi querido Prado: Su excelente carta se recibió el devoto día de San Juan, en este fresco refugio de arboledas y fuentes donde estoy descansando de los sombríos esplendores de la Amazonia y de la fatiga de las aguas atlánticas.

No olvidaré las tartas de la Sapa; Ficalho, que comió aquí y filosofó ayer *sub tegmine fagi*, recibió de mis manos el exacto estudio y las ilustraciones de su compatriota sobre la *Macuna Glabra* (1); los dos búcaros de Rato, con la cruz de Aviz, saldrán el domingo, y Dios haga que abunden dentro de ellos, siempre renovadas y frescas, esas *rosas de la vida* que Anacreonte promete a los justos. Todo esto fué fácil y de grato trabajo. Más duro y complicado es que yo le dé —como usted pide tan apremiantemente— mi opinión sobre su Brasil... Y usted, menos escéptico que Pilato, exige la Verdad, la Verdad desnuda, sin *chauvinismos* ni adornos... ¿Dónde tengo yo la Verdad? No es, por desgracia, en la quinta Zaragoza, donde se esconde, bajo el ciprés y el laurel, el pozo divino en que ella mora. Sólo le puedo comunicar una impresión de hombre, que pasó y miró. Y mi impresión es que los brasileños, desde el emperador al obrero, están deshaciendo y, por tanto, echando a perder el Brasil.

A principios del siglo, hace unos cincuenta y cinco o sesenta años, los brasileños, libres de sus dos males de juventud, el oro y el régimen colonial, tuvieron un momento único y de maravillosa promesa. Pueblo curado, libre, fuerte, de nuevo en plena lozanía, con todo por crear en su suelo espléndido, los brasileños podían, en ese día radiante, fundar la civilización especial que les apeteciese, con la plena soltura con que un artista puede modelar el barro inerte que tiene sobre el trípode de trabajo, y hacer de él, a voluntad, una vasija o un dios. No quisiera ser irrespetuoso, querido Prado; pero tengo la impresión de que el Brasil se decidió por la vasija.

Todo a su alrededor, desde el cielo que le cubre hasta el carácter que le regía, todo indicaba claramente al brasileño que debía ser un pueblo rural. No se asuste, mi civilizadísimo amigo. No quiero decir que el Brasil debiese continuar el patriarcalismo de Abrahán y del *Génesis*, reproducir Canaán en Minas Geraes y pastorear el ganado en torno a las tiendas, vestido de pieles, en discusión constante con Jehová. Menos aún que adoptase el modelo arcádico, y que todos los ciudadanos fuesen Titiros y Marilias, recostados bajo la copa del haya, tañendo la flauta de las Eglogas... No; lo que yo quisiera es que el Brasil, desembarazado del oro inmoral y de su don Juan VI, se instalase en sus vastos campos y allí dejase tranquilamente que, dentro de su amplia vida rural, y bajo la inspiración de ella, le fuesen naciendo, con lozana y pura originalidad, ideas, sentimientos, costumbres, una literatura, un arte, una ética, una filosofía, toda una civilización armónica y propia, sólo brasileña, sólo del Brasil, que no debiese nada a los libros, a las modas, a los hábitos importados de Europa. Lo que yo quisiera—y lo que constituiría una fuerza útil en el Universo—sería un Brasil natural, espontáneo, genuino; un Brasil nacional, brasileño, y no ese Brasil que yo vi, hecho con viejos retazos de Europa, llevados por el paquebote y colocados de prisa, como paños de feria, entre una Naturaleza desacorde, que hace resaltar más su moho y sus manchas.

¡He ahí lo que yo querría, dilecto amigo! ¡Y piense ahora cuán deliciosamente habitable sería un Brasil brasileño! Por todas partes ricas y vastas haciendas. Casas sencillas, enjalbegadas, bellas sólo por el lujo del espacio, del aire, de las aguas, de las sombras. Familias numerosas, en las que la práctica de los cultivos, de la caza, de los ejercicios vigorosos, desarrollando su robustez, perfeccionaría la belleza. Una vida frugal y sana; ideas claras y simples; un gran sosiego de alma; un desconocimiento de las falsas vanidades; afectos serios y perdurables...

Pero, ¡justo cielo!, ¡estoy repitiendo el libro II de las *Geórgicas*! *Hanc olim veteres vitam coluere Sabini*... Así vivieron los viejos sabinos; así Rómulo y Remo; así creció la valiente Etruria; así Roma, pulquérrima, ¡abarcando siete montes, se convirtió en la maravilla del mundo! No exijo para el Brasil las virtudes áureas y clásicas de la Edad de Saturno. Sólo quisiera que él viviese una vida sencilla, fuerte, original, como vivió la otra mitad de América, la América del Norte, antes del industrialismo, del mercantilismo, del capitalismo, del *dolarismo* y de todos esos *ismos* sociales que hoy la minan, haciéndola tumultuosa y ruda, cuando los colonos eran puritanos y graves; cuando el arado ennoblecía; cuando la instrucción y la educación se hallaban entre los labradores; cuando poetas y moralistas habitaban en casas de madera, construídas por sus manos; cuando grandes médicos recorrían a caballo las tierras, llevando familiarmente su farmacia en las amplias bolsas de la silla; cuando gobernadores y presidentes de la República salían de humildes granjas; cuando las mujeres tejían los lienzos de uso doméstico y las alfombras de sus viviendas; cuando la sencillez de las maneras provenía de la candidez de los corazones; cuando los labradores formaban una clase que, por la virtud, por el saber, por la inteligencia, podía ocupar noblemente todos los cargos del Estado, y cuando la joven América asombraba al mundo por su originalidad, fuerte y fecunda.

¡Pues bien, querido amigo! En vez de haber escogido esa existencia, que daría al Brasil una civilización suya, propia, genuina, de admirable solidez y belleza, ¿qué hicieron los brasile-

(1) *Mucuna Glabra* (es decir, desprovista de pelos o vello). Planta leguminosa del Brasil.

ños? Apenas las naves de don Juan VI se habían sumido en las nieblas atlánticas, los brasileños, dueños del Brasil, abandonaron los campos, corrieron a apiñarse en las ciudades y se apresuraron a copiar tumultuariamente nuestra civilización europea en lo que tenía de más vistoso y copiable. En breve el Brasil quedó cubierto de instituciones ajenas, casi opuestas a su naturaleza y a su destino, traducidas de prisa de viejos compendios franceses. El diario, el artículo de fondo, la huera retórica constitucional, la tiranía de la opinión pública, los descaros de la polémica, todas las intrigas de la politiquería, tornáronse pronto males corrientes.

Las viejas y sencillas costumbres fueron abandonadas con desdén: cada hombre buscó para su cabeza una corona de barón, y con 47 grados de calor a la sombra, las señoras empezaron a derretirse dentro de los gorgoranes y de los ricos terciopelos. Ya en las casas no había una honesta silla de paja, donde, al final de la jornada, el cuerpo hallase reposo y frescor; y comenzaron los damascos de colores chillones, los muebles de patas doradas, los reposteros de gruesas borlas, toda la pesadez de decoración estofada con que París y Londres se defienden de la nieve, y en que triunfa el microbio. Inmediatamente se extendieron las enfermedades de las viejas civilizaciones, la tuberculosis, las infecciones, las dispepsias, las neurosis, todo un sordo desmedro de la raza. Y el Brasil radiante, ¡porque se iba volviendo tan encanijado como Europa, que tiene tres mil años de excesos, tres mil años de cenas y de revoluciones!

Entre tanto, ya tenía la democracia, el industrialismo, la sociedad por acciones en todo el delirio de sus formas infinitas, la luz eléctrica, el «veneno francés», con las principales marcas del champaña y de la novela. Estaba maduro para los mayores refinamientos, y mandó entonces traer en el paquebote el positivismo y la ópera bufa. Fué una tremenda orgía: enseñó a los sabiás (1) a gorjear *Madame Angot*, y los vendedores de retales citaban a Augusto Comte... ¿Para qué prolongar el doloroso inventario? Muy pronto, del Brasil, del generoso y viejo Brasil, no quedó nada: ni siquiera brasileños, porque sólo había doctores, que son entidades diferentes. La nación entera se doctoró. ¡De Norte a Sur, en el Brasil, no hay, no encontré más que doctores! ¡Doctores con toda clase de insignias, en toda clase de funciones! Doctores con una espada, mandando soldados; doctores con una gran cartera, fundando Bancos; doctores con una sonda, capitaneando navíos; doctores con un pito, dirigiendo la Policía; doctores con una lira, soltando poemas; doctores con una plomada, construyendo edificios; doctores con unas balanzas, mezclando drogas; ¡doctores sin nada, gobernando el Estado! Todos doctores... El doctor viceaimirante. El doctor teniente coronel... El doctor jefe de Policía... El doctor arquitecto... ¡Hombres inteligentes, cultos, corteses, afables, pero todos doctores! Y este título no es inofensivo: imprime carácter. Una tan desproporcionada legión de doctores envuelve a todo el Brasil en una atmósfera de doctoramiento.

Ahora bien: el rasgo especial del doctoramiento es desatender las realidades, concebirlo todo *a priori* y querer organizar y regir el mundo con las reglas de los compendios. Su expresión más completa está en ese doctor, ministro del Imperio, que en todas las cuestiones públicas no consultaba nunca las necesidades de la nación, sino que hojeaba con ansiedad los libros, buscando lo que, en casos vagamente parecidos, hizo Guizot en Francia o Pitt en Inglaterra. Son estos doctores, brasileños de nacionalidad, pero no de nacionalismo, los que desnacionalizan cada día más al Brasil, con la obstinación doctoral de embutirlo moral y materialmente en una ropa europea hecha de francesismo, con remiendos de vago anglosajonismo y de vago germanismo.

(1) Pájaro dentirrostro del Brasil.

Así, el libre genio de la nación es constantemente falseado, torcido, contrariado en su manifestación original, en todo; en política, por las doctrinas de Europa; en literatura, por las escuelas de Europa; en sociedad, por las modas de Europa.

La famosa Carta de Alforría o Manumisión, de 29 de agosto de 1825, no sirvió para las inteligencias. Intelectualmente, el Brasil es aún una colonia, una colonia del *boulevard*. Letras, ciencias, costumbres, instituciones, nada de eso es nacional; todo viene de fuera, en cajones, transportado por el paquebote de Burdeos, de modo que ese mundo que se llama orgullosamente el Nuevo Mundo es, en realidad, un mundo viejísimo, surcado de arrugas, de esas arrugas enfermizas que nos dieron a nosotros veinte siglos de literatura.

Recorrí todo el Brasil en busca de lo nuevo, y sólo encontré lo *viejo*, lo que es ya viejo hace cien años en nuestra Europa, nuestras viejas ideas, nuestras viejas costumbres, nuestras viejas fórmulas; y todo más viejo aún, desgastado hasta el hilo, como enteramente consumido por el viaje y el sol. ¿Sabe usted lo que me pareció (para resumir mi mala impresión con una imagen material, como recomienda Buffon)? Que por todo el Brasil se había extendido una antigua y usadísima alfombra, hecha con los retales de la civilización europea, y que recubría la alfombra natural y fresca de hierbas y de flores el suelo... ¿Concibe usted mayor horror? ¡Sobre un jardín perfumado, en plena exuberancia, taparlo todo, aplastarlo todo, rosas abiertas y botones que van a abrirse, con una alfombra de lana, agujereada, polvorienta, oliendo a moho!

¿Habrá remedio para tan duro mal? ¡Seguramente! Quitar la alfombra sofocante. Pero ¿qué Hércules genial emprenderá esa santa tarea? No lo sé.

En todo caso, creo que el Brasil tiene aún una *chance* de reentrar en una vida nacional y sólo brasileña. Cuando el Imperio haya desaparecido ante la revolución jacobino-positivista que palpita ya en las escuelas, y que los doctores de la pluma han de hacer de consuno con los doctores de la espada; cuando, a su vez, esa república jacobino-positivista se agoste como planta colocada artificialmente sobre el suelo y sin raíces en él, y desaparezca del todo, llevada por el viento europeo y doctoral que la trajo; y cuando de nuevo, sin lucha, y por una mera conclusión lógica, surja en el palacio de San Cristóbal un nuevo emperador o rey, el Brasil, repito, tendrá en ese momento una *chance* de desprenderse de la «alfombra europea» que lo recubre, lo afea y ahoga. La *chance* está en que el nuevo emperador o rey sea un mozo fuerte, sano, de buen parecer, bien brasileño, que ame la Naturaleza y deteste el libro.

No veo otra salvación. Pero el día feliz en que el Brasil, por un esfuerzo heroico, se decida a ser brasileño, a ser del *nuevo mundo*, habrá en el mundo una gran nación. Sus hombres tienen inteligencia; sus mujeres tienen belleza, y ambos la más hermosa, la mejor de las cualidades: la bondad. Ahora bien: una nación que tiene bondad, inteligencia, belle-

za (y café, en esas proporciones sublimes), puede contar con un soberbio futuro histórico no bien se convenza de que más vale ser un labrador original que un doctor mal traducido del francés.

No me quiera mal por toda esta desordenada franqueza, y créame tan amigo del Brasil como suyo,

Fadrique Méndez.

París, 1888.

FIN DE LA «CORRESPONDENCIA Y CARTAS INÉDITAS DE FADRIQUE MÉNDEZ»

PROSAS BARBARAS

(1903)

ACOTACION MARGINAL

En marzo de 1866 empezaron de pronto, sin previo anuncio, a publicarse en la Gaceta *de* Portugal *unos folletines con la firma de Eça de Queiroz.*

Casi desconocido aún por entonces, aquellos trabajos fueron, sin embargo, advertidos, aunque aquel público, estragado por una literatura ñoña, retardataria, mediocre, los acogiese como una novedad extravagante, *juzgándolos casi grotescos. Aquel joven representaba, para las miradas generales, un «modernista», que escribía de un modo casi ininteligible. Y hasta un escritor como Teixeira de Vasconcellos, personajillo de los más influyentes en la* Gaceta, *afirmó con burlona intención, acentuando su natural tartamudez:*

—Tiene mucho talento este muchacho; pero es... es una pena que... que haya estudiado en Coimbra y que aparezcan siempre en sus cu... cuentos dos cadáveres amándose en un banco del Rocío, y que... que sólo escribe en francés...

Eça empezaba por entonces a vivir su vida literaria, una vida de auténtica bohemia, buscando aventuras, lleno de supersticiones, admirando o combatiendo ciertas obras y ciertos escritores, con magnífica pasión juvenil. Aquellos folletines fueron una novedad en Portugal, pero ésta de tipo admirativo para sus compañeros y amigos, es decir, para los que buscaban nuevos caminos, nuevas salidas en arte y literatura. Eran obra de un «romántico», con un romanticismo especial.

«Hacíamos nuestras plegarias con fervor ante un busto de Shakespeare», confiesa el propio Eça. Pero aun dentro de aquella escuela literaria, de la que Eça se fué apartando con el tiempo, hasta caer en la opuesta, en el naturalismo, Eça revelaba siempre una personalidad original, propia; sentía la necesidad de nuevas formas de expresión, no sólo para los también nuevos estados de conciencia, sino porque su espíritu empezaba ya a sentir y a pensar con entera independencia, liberándose de aquellas primeras e inevitables influencias. Como Ponce de León, él sólo buscaba en la literatura «algo nuevo que mirar». Era el momento en que, según el propio Eça, sobre el arte y la literatura «lucía un sol grande, pero negro..., el sol de la melancolía...» Dos de sus ídolos por entonces—aunque esa admiración per-

duró en él hasta el final—eran Poe y Baudelaire, los dos astros tan gemelos, que no se extinguirán nunca. «Aquellos folletines, pese a su aparente desconexión, obedecían a un pensamiento, constituían una obra sistemática», escribe Batalha Reis. Obra a la cual quiso Eça preparar al público en uno de esos trabajos, en el titulado Sinfonía de obertura. *El primero, cronológicamente, de ellos se publicó en la mencionada* Gaceta de Portugal *en marzo de 1866, como queda dicho. Son a veces verdaderos* poemas en prosa, *ese género utilizado ya por el propio Baudelaire. Y ello porque en aquella época Eça de Queiroz poseía idéntica exuberancia y originalidad en verso que en prosa: algunas veces, escasas, se inclinó al verso, empleando la firma de* Fradique Mendes. *Entre estos folletines y el titulado* La muerte de Jesús*—publicado en* La Revolución de Septiembre*—median casi tres años. Después, transcurrido ya más tiempo, Eça cambió de género, de estilo, de horizonte literario, e hizo sus primeras incursiones en el campo de la llamada literatura naturalista o realista, dentro de la cual iba ya a encontrar su camino personal. Entonces, hacia 1871, según refiere Jaime Batalha Reis, éste aconsejó a Eça que reuniese en un volumen aquellos antiguos relatos fantásticos de la* Gaceta de Portugal, *de los que él se había olvidado casi. Batalha Reis le releyó algunos; a Eça le parecieron entonces no sólo alejados de lo que eran sus nuevas normas estéticas, sino desprovistos de estilo, para él, cada vez más entregado a la perfección constructiva en sus obras. Pero después de una larga discusión, Eça acabó por decir a Batalha:*

—Tal vez tengas razón. Tal vez deba publicarse esto en libro—y añadió con gran seriedad—: Pero bajo el subtítulo crítico y severo de Prosas bárbaras...

He aquí explicado el origen de este libro, donde campean con magnífica profusión las admirables dotes de narrador y de novelista de Eça de Queiroz, su originalidad de asunto y de estilo y ese interés que sólo las obras de arte conseguidas *pueden ofrecer. Es este libro como una galería de cuadros de un gran maestro, en que la manera del artista adopta esta vez tonos oscuros y sombríos en la mayoría de sus creaciones, rebajados en algunos, sin embargo, por los toques de esa ironía queiroziana que, muy cercana al moderno humorismo,* sonreía *como en el famoso lema de* Fígaro: *«De todo, para no tener que llorar por todo.» Galería imborrable, inolvidable en la retina y en la sensibilidad del lector amante del arte verdadero. Cuadros o narraciones como* Entre la nieve, Los muertos, Lisboa*—que rememora, a nuestro juicio, el famoso* Día de Difuntos, *de Larra—,* El señor Diablo, *y esa admirable evocación, inacabada quizá,* La muerte de Jesús, *bastarían para justificar la gloria siempre viva de Eça de Queiroz.*

PROSAS BARBARAS

SINFONIA DE OBERTURA

Pensaba yo ayer en los inmensos viajes que han efectuado los dioses, desde el templo de Elora, por donde andaban, feroces, entre los elefantes sagrados, hasta la cruz de Jesús, en la que un ruiseñor vino a posarse, cantando el amor y las angustias del amor. Fueron desde la materia negra y enorme hasta las serenidades vivas, más allá de las nubes, de las estrellas y de las vías lácteas.

Esta cohorte inmensa de los dioses, venida del Extremo Oriente, tuvo siempre un compañero lleno de servilismos y de amores: el Arte.

Al principio, en la India, cuando iban ellos, pesados de materia, entre las fatalidades violentas, el Arte les abría, en las montañas, templos por donde corrían manadas de toros. Después, en Egipto, cuando lloraban ellos de deseos lascivos y se deshacían en aguas espumeantes de fecundidad, el Arte les edificaba arquitecturas lívidas y frías como los horizontes del Nilo, y entre las esfinges que duermen con los ojos abiertos a las polvaredas, pirámides donde escribía, en un misterioso entrecruzamiento de líneas, los viejos secretos del fatalismo.

Después, en Grecia, cuando ellos alzaron tiendas bajo las estrellas e hicieron que los Olimpos resonasen todos de risas, el Arte erigió en la luz los templos armoniosos y serenos y forjó, con los suaves esplendores del mármol, las líneas melodiosas que formaron la leyenda de la belleza antigua, y con aquellas actitudes ideales escribió la *Ilíada* de la armonía, de la gracia y de la luz. En seguida, cuando ellos ascendieron hacia las regiones donde las estrellas son gotas de sombra, hizo él los templos góticos, dió a la piedra todas las aspiraciones del espiritualismo, a la piedra que se abrió en transparencias y transfiguraciones, como si quisiese ser en el espacio la morada suspendida de los espíritus.

Por último, en su ideal serenidad, se libertó de los contornos, de los coloridos y de las gravedades, se disipó en las divinas molicies, y, apasionado y lírico, se dispersó en sonidos; así nació la Música.

Entonces pudo unirse libremente, allí arriba, a los compañeros de su penosa odisea.

Esta transfiguración del Arte se realizó en Alemania. En aquellos tiempos, el alma alemana, que se hallaba en la ley católica como en una soledad lívida, desfallecía en aquellas melancolías inmensas que Alberto Durero reveló.

No podía refugiarse siquiera en la gran Naturaleza sonora y mecerse en los consuelos vivos, henchidos de miel, de frescores y de soles. En aquel tiempo de terror, el árbol era un es-

pectro y la flor una mancha. Y el alma, para permanecer pura, debía pasar por la vida sin oír la voz dulcemente profunda de la vieja Naturaleza.

Así el alma alemana tenía toda clase de penumbras, de desfallecimientos, de pálidos silencios, que se exhalaban divinamente en el canto.

La música, la tierna consoladora, había tenido siempre hasta entonces una actitud hierática: existían sólo salmos, cánticos y versículos, según el rito litúrgico; era la vieja melopea griega, desgarrada por las asperezas del latín de los versículos.

Palestrina, Allegri, Pergolese, fueron sólo reveladores de madrigales seráficos y de sutilezas eucarísticas. La música estaba envuelta en el dogma, vestida de latín, cohibida de dificultades, presa, como una estatua, en la penumbra de los santuarios.

Lutero cogió aquella hermosa y fría estatua, la despojó del latín, la desprendió de las sutilezas, desató sus brazos descarnados, la sacó del santuario, la llevó al aire libre, hacia las amplias palpitaciones. Y la estatua, libre, rosada, tierna, consoladora, cogió de la mano a la triste Alemania y la llevó, como a la Beatriz mística, al borde de las moradas santas.

Fué el momento lírico y pasional de la Reforma. Pero aquellos brazos que se habían alzado entre las constelaciones, cayeron en seguida, como alas mojadas. La música mostró un momento el rostro encendido con las iluminaciones divinas, pero volvió a quedarse fría, hierática, mármol pálido.

La música, que es el alma, la espiritualidad, el vapor del arte, se sumió al acercarse el Renacimiento, que venía henchido de rebeldías carnales.

La Reforma fué llevada a cabo en nombre del idealismo. Europa había se olvidado del alma, de la pureza, de las castidades, de la mirada de la Virgen, color violeta; caminaba entre las púrpuras y las fulguraciones, seguida de palomas lascivas, con las blancas desnudeces cubiertas de terciopelos, escuchando los cuentos de la reina de Navarra, acompañando con serenata profana las cantigas de Ariosto, entre los mármoles frescos y los senos tersos, desfallecida en las molicies de la carne.

Y Europa se asustó; los Papas tomaron actitudes severas y lívidas; se volvió a Dios, como en el tiempo de Dante.

Fué momentáneo ese puritanismo de la vieja Europa. El sensualismo había visto por primera vez a la Iglesia, su vieja enemiga, temblar, y se dirigió hacia ella, feroz, con las venganzas de la carne.

Y el Renacimiento vino después de aquellas lívidas castidades góticas, de los ayunos extenuantes, de las caras maceradas, de aquellas llagas rojas de Cristo. Vino con toda clase de libres palpitaciones y de rebeliones soberbias. Vino henchido de la Naturaleza, y en nombre de ella; oíanse las sonoridades, se percibían los acres olores de las selvas y las vivas humedades de los mares. Iba apareciendo la carne, triunfante. Juan de Leyden resonaba de noche, cansado de gulas, entre sus catorce mujeres; comenzaba a surgir el vientre inmenso de Gargantúa; sentíanse humear las bodas de Camacho, y hacia las zonas del Norte se oía ya la risa del viejo Falstaff.

La atmósfera del Renacimiento, densa de aromas fuertes y de sensualidades, de los vapores de la lanzuidez, no podía conservar la vitalidad a esa vaga Ofelia que se llama la música.

La época de la música aún no había llegado. El arte es como la vegetación: sólo crece, sólo tiene colori-

dos, sombras y reposos en determinadas circunstancias de vitalidad; pero, dadas esas condiciones, nace ella espontáneamente, y viene entonces llena del alma de una época, de su inteligencia, de su fe, de sus tristezas, de sus desesperanzas. La música, todo alma, no halló esas condiciones en el Renacimiento, todo carne.

Nuestra época es la que debía producir la música, como Grecia produjo la arquitectura, y la era de las monarquías y de las academias, la tragedia *racineana*.

En efecto, nunca como en estos tiempos las profundidades del alma, abiertas y ensanchadas por las revoluciones, fueron tan hondas y tan ilimitadas. El alma se movía lenta como un mar, unida, serena, pesada, opaca y cubierta de brumas. De repente, las revoluciones pasaron en la noche, sacudiendo sus severos hachones, de los que saltaban constelaciones. El alma se iluminó entre brutales empujones; se iluminaron lejanías sorprendentes; hubo un desencadenamiento de gritos, de deseos, de violencias; de aquella claridad viva surgían deseos, sentimientos, pasiones, amores, fantasías, epopeyas en libres torbellinos. Era una resurrección más llena de savia y de violencia que la vida llameante de las constelaciones, que la vida enloquecida de los mares. Salían de aquellas profundidades, como evaporaciones de luz, las críticas, las historias, las filosofías, las medicinas, las químicas, las fantasías, los dramas, toda una vegetación divina.

El alma comenzó a entrever cimas luminosas, erguidas entre los astros, que se llamaban Homero, Esquilo, Dante, Miguel Angel, Rabelais, Cervantes, Shakespeare. El alma quería escalar aquellas escarpas divinas para coger la florecita del ideal. Ella veía agitarse allí mil figuras, voluptuosas y siniestras, trágicas, disformes, irónicas, apasionadas, celosas y lívidas; y en las claridades y en los círculos de un viento divino, entre las irradiaciones de los astros, los temblores de las tormentas, los chillidos de las golondrinas y los claros de luna silenciosos, se elevaban gritos, lágrimas, sollozos, risas, cantos, suspiros, bendiciones y maldiciones. El alma veía aquella vida llameante, encendida en el espacio, como una Jerusalén humana erguida en la luz, bajo el hálito de los recios pechos. ¡Y quería subir a la montaña sagrada y estar entre aquellas imaginaciones que sufren, que sangran, que deliran, que son Romeo, Hamlet, Don Quijote, Orestes, Prometeo, Francesca de Rímini y Ofelia! Era aquello un Patmos tranquilo, un promontorio del pensamiento, desde donde se divisaba un mar, cra meciéndose, sereno, en los silencios iluminados, ora entregándose lascivo a los besos del viento, ora indolente y melodioso, ora lleno de iras, desgreñado, con harapos lívidos de agua, de trágicos sollozos del abismo.

Los que no se aventuraban en aquel paso permanecían tranquilamente en su fe ordinaria, en su virtud, en su somnolencia; pero los que lo atravesaban sentían los sufrimientos infinitos: quedaban casi fuera de la medida humana. Algo ilimitado penetraba en ellos con bruscos desvaríos. El hombre se siente como poseído por el demonio Legión. Experimenta las inquietudes enervantes, los abatimientos dolorosos, los amores infinitos, las ambiciones neurálgicas, las imaginaciones lívidas, todo un amontonamiento apocalíptico de extrañas vitalidades interiores. Y el infinito que lleva en sí la tortura, como la presencia de Dios, torturaba a las sibilas antiguas.

¡Y después, al mismo tiempo, se

comprobó que las promesas de las revoluciones habían mentido!

Habíanse visto tantos derrumbamientos, tantas fuerzas desvanecidas, tantos derechos divinos disipados, tantas fulguraciones de Sodomas apagadas, que no se creía que aún, en la sombra, pudiese estar en pie y actuante alguna antigua fatalidad. Se pensaba que la miseria, que el hambre, que el error, que la mentira, que las brujas y las negruras históricas habían huído como un humo; ¡pero aquellos lobos trágicos rondaban aún por la noche, mordiendo las almas!

El mal pasaba aún, con sus hazañas fulgurantes, removiendo los vicios y las tentaciones, fijando en el hombre su mirada fúnebre a través de las transparencias enfermizas de la noche, batallando con las almas y produciéndoles la llaga incurable del pecado. Y entonces nació una convicción tenebrosa: ¡la imposibilidad de la liberación! Se alzaban los brazos flacos y suplicantes; se miraba por la tierra, a ver si no venía alguien de parte de la Naturaleza, una montaña, una selva, un mar, un volcán, que cogiese al hombre de la mano y le dijese con la campechanía de los monstruos: «Ven, yo te protejo.» Nada...

Surgieron entonces tristezas vagas como el claro de luna, profundas como la noche. La tierra quedó como si el sudario de Cristo hubiera sacudido sobre ella sus sudores y sus frialdades. Ni amplias risas, ni fecundas bendiciones. La juventud, pálida y nerviosa, sufría, se arrodillaba, retorcía los brazos, y un día fenecía e iba como una forma húmeda a vagar por el cielo de los débiles. Vagaban las cohortes de los pálidos, de los nocturnos, de los desgreñados, de todos los errabundos de la melancolía.

En vano se perdían en las violencias del mal, y entre los brazos desnudos y los reflejos de los vinos reían y bebían, cantaban al son de las violas, lanzando los gemidos al viento y los sollozos a las ondas. A veces, el alma justa pasaba, como una Isis velada, dirigiéndole una mirada severa, y toda la repugnancia de aquella vida estéril y perdida les refluía a los dientes como un sollozo de tedio. Hubo un momento en el que la tierra moderna fué como el antiguo valle de lágrimas de la Imitación: las almas querían volar hacia la cima donde está el ideal, sereno, blanco, consolador y purificador. Fué inútil. Como aquel saltimbanqui desharrapado y lívido que quería azotar el techo de lona con sus cabellos sueltos, y que caía siempre en el polvo entre el escarnio del público, los jóvenes querían también soltarse, en impulsos nerviosos, rasgar el azul, rodar por las estrellas, y caían jadeantes, sudorosos, lacrimosos y desolados.

Entonces apareció el tipo soberano, en quien se resumen todos los sufrimientos, todas las desesperanzas, las tristezas, las incertidumbres, las penumbras, las aspiraciones, los lirismos de esta época, pálida y enfermiza. Ese tipo se llama Fausto, Manfredo, Lara, Antony, Werther, Rolla, don Juan.

Molière y Hoffmann hicieron ambos un don Juan. El cuento de Hoffmann es la revelación del poema de Mozart. La manera diversa como fué concebida la gran figura de don Juan por el poeta y por el músico revela los profundos desgarramientos modernos.

El don Juan de Molière es ateo, incrédulo; acepta los nervios como una religión y la devoción como una ironía. Tiene pasiones y arrebatos, con tal de que no le arruguen los encajes de la gola. Se prodiga en astucias y respetos para burlar al

señor Dimanche, y un día en que su padre viene a hablarle del honor, le aconseja que adopte, lo primero, una actitud de púlpito. Se encoleriza con Elvira, que quiere que él ame, y con Saganarelle, que quiere que él crea. Invita al comendador de piedra por incredulidad, y cuando se oyen los pasos siniestros en la escalera y la estatua le tiende la mano, muere entre convulsiones de miedo.

El don Juan de Mozart, ése tiene una lista de tres mil enamoradas; y, sin embargo, va por el mundo, angustiado e inconsolable, buscando a la esperada de su corazón, como un sacerdote perdido que anda preguntando por su Dios. Va por los pueblos, entre las arquitecturas, y por las selvas, por España, por Florencia y por Berlín, colgando la escala de seda de todos los balcones, y sus deseos divinos, de los labios de la noche.

Mece en sus brazos blandos de languidez las morenas, las rubias, las joviales, las tristes, las fuertes, las impuras, las nocturnas, las luminosas y las harapientas. Después, solloza quedamente, como en una penitencia.

Vuelan a su alrededor figuras transparentes, más delicadas que las vírgenes de oro fino de un libro de leyendas, y él envuelve en los brazos aquellas sombras de cuerpos flotantes y les sorbe la vida en besos infinitos. Encuentra a Elvira, la ama, como si las alas con que ha de ascender al infinito creciesen en los hombros de ella. La alcoba tiene una sombra augusta y nupcial; las luces se extinguen; de la guitarra sale esa música blanda e indefinida, quejumbrosa, semejante a un claro de luna sonoro. Ella, con los cabellos sueltos, como los rayos dispersos de un gran sol negro, con un divino movimiento lascivo, como si la meciesen los brazos de un dios, deja, en brazos de don Juan, caer como una ola, sobre sus senos desnudos, las suaves molicies.

Y él sufre y se retuerce los brazos en su dolor mudo.

Allí fuera están los locos compañeros que han de ir después en cabalgata nocturna, cantando bajo la blandura de los astros. Y él solloza en su mudo dolor.

A lo lejos, están en la sombra sus palacios, llenos de fulguraciones, de sinfonías, de cantos, de radiantes violencias, llameantes, como en el fondo de una gloria. Y él huye con su dolor mudo.

¿Qué tiene? ¿No lo preguntarán? ¡Tiene la nostalgia del infinito!

Lo indefinido de aquella alma, revelada por el arte, he aquí la música.

Por eso ella es la voz espontánea de todos aquellos que, como don Juan, andan encorvados, hambrientos de ideal, nocturnos, empalidecidos por la luna.

Así, la música aparece en este siglo como una voz inesperada con la que se entienden los desconsolados. ¡Y los desconsolados fueron toda una juventud triste y enervada, toda una primavera sagrada!

Pocos fueron los fuertes, los serenos, de amplias risas sonoras y de pechos de héroes.

¡Las almas habían adquirido las cualidades de la noche, la vaguedad, el silencio, la tristeza y el desfallecimiento!

La música salió espontáneamente de estos dolores que querían exhalarse, como en otro tiempo salió del llanto rítmico de Rama todo el divino poema de la India.

La rubia Alemania, de ideal seriedad, luminosa, llena de vaguedad y de constelaciones, debía, sobre todo, adoptar la música como el montón lleno de voces, que esperaba hace tanto tiempo su corazón mudo.

La música es la manera de pensar

del alma alemana, a la que sus instintos sagrados llevan hacia las libres claridades y hacia los desfallecimientos.

La música italiana tiene algo de palpable, de luminoso, de ondeante, como seda invisible; siéntese que, a poco que se condensase, las manos encontrarían, como un tejido de sol, una blandura viva que se podría vestir.

La música italiana surge profundamente de la Naturaleza; por lo demás, el alma, la Naturaleza, dos maneras de ser de Dios.

La música de los maestros del Sur es, sobre todo, voluptuosa: parece brotar de los movimientos melodiosos de un cuerpo femenino que se estremece de deseos sordos sobre los terciopelos, que se retuerce en las sedas, entre desfallecimientos y sobresaltos. Las heroínas de sus poemas musicales, *Lucía*, *Norma*, *Lucrecia*, *Traviata*, son un coro lírico que canta todas las voluptuosidades adúlteras, todos los desvaríos de la pasión. Incluso Bellini, el tierno Bellini, contemplativo, dolorosamente quejumbroso, delicadamente lánguido, no puede arrancarse su Italia del corazón, y derrama sobre la partitura de *Norma* todas las fulguraciones del deseo, todas las inmolaciones apasionadas, todos los arrepentimientos enloquecidos y soberbios.

Mozart encontró a don Juan, el de labios africanos, venido de España, de los calores silenciosos, de los senos enhiestos, de los besos llameantes; quien escribe el libreto es Lorenzo de Ponte, un tierno loco de Venecia, jugador, duelista, nieto de Lovelace, con amplios horizontes y amplias cantigas, y el pecho henchido de la religión de la carne y del sol. Mozart mismo había estado en Italia y amaba el alma luminosa del dulce Rafael... Y a pesar de todo, cuando anima a don Juan, ¿no siente el corazón y el talento llenos de su pálida Alemania?

¿No están en esa creación todas las esperanzas, todas las religiones, todos los amores, todos los idealismos, todas las desesperaciones de la patria?

Esto es lo que Goethe, el olímpico, sintió hondamente cuando dijo que Mozart era el único músico capaz de comprender a Fausto y de sentir a Margarita.

Y, sin embargo, Alemania e Italia tienen el mismo delicado sentimiento del gran tipo que simboliza en la vida el tiempo moderno. Por él se elevan en el Norte y en el Sur las voces que lo revelan en el amor, en los celos, en la severidad y en la tristeza. En toda la obra musical, siempre esa figura se yergue trágica y desgreñada. Es él quien siente celos en *Otelo*, quien se desespera en *Fidelio*, quien ansia ser libre en *Guillermo Tell*, quien medita bajo la luna en *Freishütz*; son sus recuerdos los que cantan en *Lucía*, en *La Traviata*, en la *Somnámbula*; él es quien piensa con el Oriente en *Semíramis*, quien desvaría en *Roberto el Diablo*, quien sueña aventuras en *Hernani* y quien sufre de amor y de dichas de amor en el *Don Juan* del divino Mozart.

Así, estas escuelas, antaño hostiles, se van fundiendo: Alemania, aportando su iluminismo, e Italia, su pasión.

Y así, el arte va siendo el primero en unir las patrias por la reconciliación de las almas.

Hace poco aún, en los lugares sagrados en que el monje Lorenzo enterró a Julieta, se extendía brutalmente el feroz cuadrilátero austríaco. Es preciso que los antiguos odios históricos se vayan disipando con el humo de las pólvoras; que los aullidos de las batallas expiren en los labios de Alemania, llena de idealismo, que es la hermosura del alma, y en los labios de Italia, llena de hermosura, que es el idealismo del cuerpo. Como en Shakespeare el amor reconcilió a las familias, el arte, en el mundo moderno, reconciliará a las patrias. ¡Ojalá podamos todos los que nos hallamos en este rincón de la vieja tierra portuguesa, con el alma serena bajo el cielo claro, ver, en el día de las glorias y de las fraternidades, al Romeo italiano, apasionado y melodioso, tender la mano de hermano, por encima de las montañas, a esa dulce y tierna Margarita que se llama Alemania!

NOTAS MARGINALES

... de este lado del río
... el enamorado.
Y la moza de ojos negros
... del otro lado.

Mas el río era profundo,
no se podían juntar.
No se une el sol con la luna,
así tenían que estar.

... flores
... sobre el agua se posaban.
... los besos
en el aire se quedaban.

La moza...
del galán se despidió.
Se fué...,
atrás el pueblo dejó.

Se puso amarillo el mozo
cual el cirio de un altar.
Mas el río era profundo...
No se podían juntar.

Anocheció...
Por allí estuvo penando:
y al río, al fin, se tiró...
Y el río...
....
....

Las flores se detuvieron
sobre sus manos de cera.

Al margen del papel impreso, donde se leían aún estos restos de una vieja cantiga, alguien había escrito estas notas desordenadas y extrañas:

I

¡Oh dulce cantiga de los enamorados; a la orilla del río eres una verdad siempre nueva! Hoy todavía el triste anda penando en las aguas oscuras; ¡y tus ojos, oh serena muchacha, son eternamente falsos!

No era así como pensaba yo en el tiempo de aquellos nuestros amores, ¡oh nombre que no escribo!, de aquellos amores tan dulces como la suavidad de nuestras noches de otoño, ¡tan coloridos y vagos como aquellas nubes que estábamos siempre formando y deshaciendo en el aire!

II

¡Oh voluptuosidad! Eres la imagen del Océano en tus caprichos. Ahora te meces, suavemente dorada por los últimos rayos de sol; luego duermes tranquila, con formas silenciosas; por último, te agitas, llena de tempestades.

III

Cuando yo te miraba, no veía ya las flores, ni las palomas, ni las estrellas; pero cuando pensaba en ti, te veía delicada como todas las flores, voluptuosa como todas las palomas, luminosa como todas las estrellas.

IV

Algunas veces, solitario y silencioso, veía pasar en la sombra, ante mí, como una legión de inspiraciones rap-

sódicas, tus ojos húmedos, como violetas bajo el agua; luego, tus brazos, del color del mármol, y, después, tus cabellos, negros y flotantes... Y, finalmente, sobre un fondo maravilloso, aparecías tú supremamente serena, perfecta y luminosa.

V

De cada uno de tus deseos nacía una flor.

Y mis suspiros, como la brisa serena de la tarde, mecían dulcemente aquellas flores marginales.

Y las flores crecían, crecían hasta hacerse grandes; el viento las asía perezosamente por el tallo, y ellas, inclinando sus rostros pálidos, transmitíanle los perfumes más secretos.

Y las magnolias iban creciendo hasta convertirse en un árbol inmenso. Entonces el viento se enroscaba a los troncos, se introducía entre las ramas y hacía palpitar las hojas sonoras.

Y entonces el árbol se estremecía, como en un sueño agitado; luego, se adormecía y proyectaba alrededor una sombra serena y consoladora.

VI

Cuando te veo, despiertan en mi pobre corazón las melodías y las dulces tristezas de amor, así como en primavera se reaniman las aves y se abren las violetas.

Cuando me hablas, todo se ilumina en constelaciones apasionadas, y parece que pasan por mi interior todos los aromas de las magnolias.

Pero si me dices que *me quieres mucho*, siento que viene en seguida un extraño invierno a empalidecer mi rostro, a deshojarme el alma de todas las emociones y a cubrir de hielo todos los locos deseos.

¡Oh, no me digas nunca que *me quieres mucho!*

VII

Tu hermana es cariñosa, dulce y tierna, casta y consoladora.

Tú eres altiva, inquieta y desdeñosa.

¡Tu hermana!... ¡Pero si ella no tiene el timbre suave de tu voz, el luminoso fulgor de tus ojos, el color mimoso de tus cabellos! ¡Pero si nadie tiene la santa, la purificadora blancura de tu frente!

VIII

Tus ojos negros son como dos flores del mal. Sus ojos azules son como dos suaves elegías.

¡Y la flor del loto, la apasionada flor del loto, sólo se abre a la inmensa dulzura de la luna!

IX

¡Oh mi bien amada! Yo he visto ya brillar tus ojos dolorosamente, como dos estrellas negras de melancolía; tenías tú entonces rasgado el velo color amapola, que te cubría.

X

Estabas en la iglesia, inclinada y perdida en tus oraciones, como una hidalga española.

Tenías una mirada velada y piadosa, una mirada que sólo decía: *¡Jesús!*

Pero en los labios tenías un color aterciopelado y luminoso, como el de las flores rojas sumergidas en el agua; y sobre la línea de sombra de tus labios corría una sonrisa, que decía tan sólo: *¡amor!*

Tal vez un día te encuentre de nuevo en la iglesia. Sólo entonces, tus labios estarán descoloridos como la fatiga y tímidos como el arrepentimiento. Sólo entonces tus ojos estarán fijos como los de los hambrientos, y tendrán esa luz anhelosa y ávida que tienen las estrellas.

XI

Fué bajo los árboles. Volaban las palomas blancas. Morían aromas de violetas. Los castaños, grandes y reconcentrados, oían subir la savia.

Allí fué donde me dijiste aquellas palabras que me parecieron una blasfemia que te venía del corazón. ¡Me quedé yerto, anonadado, como un sacerdote abofeteado por su Dios!

XII

Tenía yo el rostro bañado en lágrimas; ¡y ella alisaba los pliegues de su vestido!

A veces el gran mar se mecía perezoso, mientras las olas pequeñas—¡las pobres olas!—, sollozando, lloraban sobre la arena.

XIII

Hubo un tiempo en que estaban desterradas de los lugares humanos las estatuas que habían compuesto la leyenda de la belleza antigua. Eran de mármol pálido, y su desnudez dulce y melodiosa.

Antaño, en el tiempo de los idilios divinos, cuando vivía aún el gran Pan y había dioses bajo las estrellas, ellas vivían entre los juegos, las coreas, la luz y las flores: blancas como las espumas jonias; serenas como la luna de Delos; melodiosas como la voz de las sirenas.

Ahora estaban perseguidas y errantes por las florestas sonoras, envueltas en el consuelo inmenso que brota del canto de las aves y del frescor de las plantas.

A veces, un caballero, oscuro batallador, que volvía de las ciudades de oro y de coral, encontraba una de las blancas peregrinas, como una aparición de languidez y de tristeza, evocada por la música de las enramadas. Y si él, por casualidad, dejaba que se hundieran en sus ojos los rayos blancos y aterciopelados de los ojos de mármol, al otro día los viandantes, los que van de noche cantando a la blanda claridad de las estrellas, encontraban, junto a los grandes árboles pensativos, ¡un cuerpo inanimado y lívido, como esos niños de las leyendas, a quienes las brujas chupan la sangre!

Esta historia es de hace seiscientos años y de anoche...

XIV

Finalmente, tú eras simplemente un alma perezosa y una piel tersa.

Todos tus pensamientos se movían en una comedia extravagante y licenciosa.

Encubrías burguésmente la música de tu cuerpo con pesados chales y amplias faldas; y la seda de tus vestidos tenía un estremecimiento indefinido de zarabanda y de cachucha.

XV

Yo andaba perdido por la floresta oscura y sonora. Las estrellas, como grandes ojos curiosos, espiaban a través del follaje. Yo era el tenebroso, el inconsolable, el viudo. Vagaba por la floresta, y a ratos entonaba una canción vagamente triste como el susurro de los cipreses; después, decía palabras iracundas y ásperas como cardos; y más adelante, una

oración indefinida henchía mi corazón y salíame por los labios, como una azucena blanca que se abre dentro de una copa, y la llena.

Y por encima de mí, ¡oh amigos míos!, ¡oh mi bien amada!, las ramas se extendían hacia los mil puntos del infinito, como para enseñar a las cantigas, a las iras y a las oraciones todos los caminos del cielo.

XVI

Pensabas que tu amor me envolvía blandamente como un amplio vestido de seda, todo forrado de armiño.

Un día, ¡oh mi bien amada de cabellos color de mora!, viniste a quitármelo de golpe, con una cara coloreada por la risa.

Pero el vestido estaba adherido al cuerpo, veinte veces adherido al cuerpo; y tan rápidamente lo sacaste, que se llevó pedazos de mi carne, hizo brotar chorros de sangre, me arrancó el pelo y me dejó—¡oh mi bien amada de brazos de acero!—¡como una forma larga, roja e indefinida!

XVII

Cuando te amaba y pensaba en ti, te veía soberbia como el mundo, y eras para mí la tierra, el cielo y el mar. Ahora veo que tenía razón; porque eres tan varia como el cielo, tan fría como el mar y tan disoluta como la tierra.

XVIII

Abrí aquel corazón, que era delicado, pequeño, femenino. Descubrí allí confusamente una horrenda floresta que se agitaba y rugía como una multitud de dementes siniestros, todos vestidos de ramas y de hojas; entre la sombra iban los ojos redondos y famélicos de los lobos; encima del follaje mugiente revoloteaba, balanceada por vientos inmensos, una confusión de sombras que aullaban y se arrancaban los cabellos, y desgarraban con los huesos de los codos las carnes fofas, y lamían la sangre que escurría de las órbitas sin ojos, y se daban besos salvajes, enroscadas y desfallecientes en voluptuosidades más lánguidas que el rocío lunar.

Me fijé después en el corazón de mi bien amada, y lo vi otra vez delicado, pequeño y femenino, ¡tan femenino, tan pequeño y tan delicado, que le di un beso!

XIX

Iba yo bajo las arboledas, a orillas de los ríos, y miraba hacia las nubes.

Todo me parecía despoblado, y únicamente como la sombra de una vida lejana.

Antaño—¡oh leyendas de hechizos y de amores!, ¡oh rondas aéreas de las ninfas entre la música de los cañaverales!, ¡oh húmedas ondinas!, ¡oh danzas nebulosas de las *wilas!*, ¡oh espíritus amables y vaporosos que flotáis en los aromas de las violetas!, ¡oh pequeños elfos que os adormecéis dentro del cáliz de los lirios blancos mecidos como en una cuna!, ¡oh dulces y engañosas criaturas que pobláis e ilumináis todo como estrellas románticas!—, ¡antaño, los ríos, el cielo, las arboledas, os ocultaban, oh invisibles!; pero como un tejido fino que deja pasar todos los aromas y todos los colores.

Y ahora los ríos, el cielo, las arboledas están desiertos.

Las arboledas sólo cuentan, como viejos charlatanes, historias de gigantes, locas leyendas de combates y hechizos, y las aventuras de las hijas del follaje.

El cielo tiene sólo nubes, que vagan, lentas y pesadas, como los pen-

samientos serios de un cráneo inmenso.

Los ríos van siempre cantando y huyendo, como los amores de la mujer.

XX

Vivimos todos sufriendo. Pasamos lentos, desconsolados e iluminados por el negro sol de la melancolía. Ni francas risas, ni bendiciones fecundas. La esperanza huyó más allá de las estrellas, de las nubes y de las vías lácteas. En los corazones surgen amores sombríos y locos. Y todo porque un día nació una extraña criatura, ¡que fué alimentada con una leche lánguida como la luna, y envuelta en una túnica lívida como la muerte!

XXI

¿Dónde estará ahora, mi bien amada, aquella criatura de honda mirada?

En aquellas almohadas era donde se recostaba; por allí pasaba ella, y las flores de la alfombra, bajo la presión de sus pies, vivían y aromaban.

¡En pie! ¡En pie! ¡Deseos míos! ¡Despertad, despertad e id a buscarla! ¡Encended todas las estrellas e id a buscarla por los caminos oscuros! ¡Despeinad los verdes cabellos de las florestas! ¡Soplad sobre la espuma de las olas! ¡Dispersad las multitudes! ¡Romped los encantamientos! ¡Id a buscarla por los astros! ¡Destrozad las tiendas aéreas, donde viven los sueños!

¡Id, id, oh mis deseos todos! Yo permaneceré esperando, solitario y silencioso, como un palomar del que han huído todas las palomas.

XXII

«Perdí mi bienamada, ¡y todo el cielo está negro, y no hay estrellas que me consuelen! Sólo me queda morir.»

Y el cuerpo dice al alma:

«¡Adiós para siempre! ¡Oh divina desterrada, vas a morir! ¡Oh flor de los sueños, vas a disiparte con todos tus aromas! ¿Recuerdas, hija mía, cómo velaba por ti? Estaba pálido y triste cuando tú sufrías; y cuando te alegrabas, estaba colorado y vestido de risas. A veces me dejabas y subías serenamente a la esbelta torre de marfil, donde mora el ideal, y yo, abajo, esperaba sin ver, sin voz ni movimiento; y cuando bajabas, iluminada y seria, te escondía voluptuosamente, ¡a ti, oh santa!, ¡a ti, oh purificada! Y ahora vas a morir, y nunca más te veré, ¡oh mi vaporosa hija! Voy a andar errante y perdido por el mundo, entre la materia enorme. Voy a andar entre los árboles y los astros, en las olas del mar y en la luz de los cometas, en las rosas y en los ojos de las mujeres lascivas. ¡Voy tal vez a ocultar las mayores tristezas vivas, a ser el follaje de los cipreses y el harapo de los mendigos! ¡Y tú vas a hundirte, oh alma dulce y dolorosa!»

Y el alma decía al cuerpo:

«No llores. ¡Debía ser así! Tú eres sano y fuerte; yo soy delicada, indefinida, enfermiza. Adiós, y perdóname. Fuí desdeñosa contigo. Quería verte frío y mudo. Quería que huyeses de aquellas molicies, que están hechas de la voz perdida de las sirenas. A veces quería, en mi ideal seriedad, que te deshicieras en rocío, para poder ir yo a fundirme en mi inmensa alma de luz. Mandaba todos mis deseos hacia ese paraíso de sombras por donde vaga el alma de Ofelia.

»¡Y cuántas veces, oh mi cuerpo bien amado, no incité a tus ojos a que siguiesen los viajes inmensos de las estrellas! ¡Entonces no sabía aún

que había de caer y deshacerme, como una gota de agua! ¡Adiós! En breve no te acordarás ya de mí.

»Ha de nacerte otra hoja, y después otra, y otra. Y tú has de estrecharlas apretadamente, ya se llamen *alma*, como yo, ya se llamen *aroma*, o ya se llamen también *sonido*.

»¡Adiós! Escucha: si en tus peregrinaciones a través de la materia encuentras los átomos *de aquella a quien tanto amé*, no te unas a ellos; porque si os unís en el cáliz de una flor, la flor ha de secarse; si fuera en la luz de una estrella, la estrella ha de extinguirse; si fuera en las aguas del mar, el mar ha de helarse...»

MACBETH

Fué en tiempos de Felipe II, trágico buho del Catolicismo, cuando Shakespeare creó su drama épico, *Macbeth*.

Desde entonces, esa figura exhala noche y humedad, vaga por el enorme cielo negro, lívida en medio de las tempestades, iluminada y engrandecida por un extraño reflejo de saqueos y de incendios, mientras los buitres, los cuervos, los milanos, los gavilanes, los mochuelos, vuelan en círculos sobre su trágica cabeza desgreñada.

Las otras fantasías nocturnas del poeta, que se llaman Hamlet, Lear, Otelo y pisan con pie trágico el suelo augusto de la epopeya, todas tienen junto a ellas el suave cuerpo de una mujer para mecer en su seno las angustias tenebrosas, como en un lecho misterioso, para hacerles subir algunas veces al rostro la serenidad augusta del bien.

Esas formas femeninas andan impalpablemente, como radiaciones de luz, en torno a esas cariátides del mal; derrámanse sobre esas almas nocturnas, como auroras vivas, llenas de ternura, de rocíos, de claridades, de fecundos descansos, purificadoras y transfiguradoras.

Así, Ofelia, húmeda de los besos del agua, sigue a su doliente y lacrimoso Hamlet. Desdémona derramó su perdón, como un santo óleo, sobre la agonía llameante de Otelo, y Cordelia extiende sus brazos como alas de bendición, y, con gestos entrañables, ampara la cabeza enloquecida del anciano rey Lear. Macbeth, ése, va seguido en la sombra por sus negros vasallos, los incendios, las pestes, los asolamientos.

Macbeth es el mal fantasma. Un poco más sumido en la sombra, sería el igual de Satán. Cuando su corona reluce en la oscuridad, parece que las constelaciones deben seguir ese reflejo terrible, curiosas por saber qué sombría aventura va él a intentar contra el hombre. Porque, en verdad, él atrae la atención del infinito, y tiene misteriosas afinidades en la noche.

Cruza por todo el drama como un espectro.

Cuando las ondinas salían del agua para enamorar a los apuestos mancebos bajo los plátanos, las pobres se denunciaban, porque el borde de su vestido estaba siempre empapado de agua. Macbeth es así: en vano se cubre de púrpuras y se sienta en los banquetes, y habla de maniobras de guerra con sus capitanes tenebrosos, y se queja de que el sueño le huye, para parecer humano: los que a él se acercan palidecen, porque su manto tiene un borde sulfúreo.

Escucha la predicción de las soberanías llameantes por la boca verdosa de las brujas, que se entregan, lascivas, a los besos del viento, por encima de los follajes, y se sumen en las tenebrosas esfumaciones, surcando la noche de sangre. Al cruzar en las horas negras sus terrazas, vislumbra el brillo de los puñales; no puede sentarse en los banquetes magníficos, entre las sonoras risas, sin ver ante él, con la lividez de los que han hecho el viaje maldito, el espectro de Banquo, del que se desprenden los castigos. Finalmente, cuando toda Escocia se desangra porque pasó Macbeth destrozando las ciudades, asolando los campos, ennegreciendo el cielo con el humo—luto de los incendios—, no son los ejércitos los que le vencen; la Naturaleza oyó las quejas humanas, los clamores de justicia que salían de los pilares, de las quemas, de las horcas, de los cementerios; oyó la alegría estridente de los buitres, de los cuervos y de los milanos, y destacó entonces un bosque, que va, con trágico rumor, a aplastar al hombre siniestro. En este castigo, Shakespeare es más grande que Esquilo. Esquilo, cuando contempla a Prometeo encadenado al Cáucaso, mira enloquecido y vislumbrando allí arriba la serenidad del mármol de los dioses de nombres sonoros, va pálido a arrodillarse junto a aquella roca ideal y santa como un altar, y, sofocado, sólo puede hacer un gesto suplicante al viejo mar para que mande sus Oceánidas a consolar al magno vencido.

Shakespeare, sin embargo, cuando ve a Macbeth matar a los reyes, matar al pueblo, destrozar los capacetes heráldicos, matar los instintos, matar a los Macduffs, matar a los niños de mirada divina, a las mujeres de senos fecundos, matar la patria, corre enloquecido, coge un bosque y viene a aplastar al ser feroz bajo un derrumbamiento de la santa Naturaleza, y ese castigo pasa con el ruido terrible del carro de la Justicia.

Este Adán del mal tiene una Eva monstruosa: ladi Macbeth. Ladi Macbeth es la serenidad del mal. Ella, con su actitud soberana y bárbara, tiene una vaga semejanza con una Juno homérica. Lleva en sí toda la grandiosa rigidez, todas las frías austeridades de la Naturaleza nórdica.

El es la energía salvaje, que dirige desde lejos las batallas. Ella pasa por el drama como sacerdotisa del mal, predestinada y serena; hasta, a veces, parece flotar, en su fría mirada, no sé qué fúnebre resignación: las cóleras y los castigos tienen casi piedad de esa mujer estéril. Ella no tiene el amor, ni tiene el consuelo, ni la melancolía, ni la maternidad. Alguien, feroz y desconocido, le arrancó esas blanduras en que hay lágrimas para poder conservarle la actitud yerta y rígida del mal.

Ladi Macbeth es como una estatua del crimen, hecha de mármoles y de bronces, y erigida a lo largo en una lividez silenciosa, teniendo por pedestal la noche. De cuando en cuando, concibe, con lascivos estremecimientos del alma, las opresiones y las violencias, y avanza entonces lenta, y deja caer de su mano tendida las agonías y las destrucciones, enciende con una mirada las siniestras quemas por la llanura y vuelve a la noche y a la humedad, arrastrando su manto, que parece a cada paso como una ola negra y húmeda de sangre que la siguiese.

Y, entre tanto, cuando ella pasa, la mirada se pierde en la contemplación de ese recio busto, de esos brazos de acero, de esa testa que tiene reflejos de ópalo, de esos cabellos vigorosos de un negro llameante, de ese seno de forma bárbara. Y entonces se abre en el alma como una gran

flor del mal, un deseo negro y reluciente. Esa mirada atrae como una sima llena de ecos, de húmedos vapores y de aguas mugientes. Y el alma, olvidada de la justicia, del bien y de los pudores piadosos, quiere atravesar las brumas del mal que rodean a esa mujer y palpar los brocados brillantes y recamados que la visten, destrenzarle los cabellos en las blandas sombras y disolverse en esa negra mirada, como se disuelve una flor en un vino fuerte. El corazón se ríe de los gemidos de Escocia y del último *highlander*, que muere contemplativo tocando los aires de su montaña en la última cabaña y compadece tan sólo a Macbeth porque no le queda por matar más que a Duncan. Sofoca el pecho el negro recuerdo de un desfallecimiento lascivo en esos brazos de mármol pálido, salpicados de sangre. La contemplación de esa terrible ladi Macbeth, en Shakespeare, deja el cuerpo laxo y trémulo, como si sobre él se extendiese la desnudez de una diosa.

Estas figuras tenebrosas fueron las que Verdi quiso revelar en su poema musical sobre *Macbeth*.

Hay, sin duda, en la obra inmensa de Shakespeare, creaciones que deben dar su alma, su vida, su pasión, a esta música moderna, vestida de sensualidades pesadas, cubiertas con un terciopelo de pliegues blandos y silenciosos. Porque en Shakespeare está todo: hay los cuerpos deformes hechos de lodo; los cuerpos transparentes hechos de pulverizaciones de luz; los cuerpos luminosos hechos de arcillas ideales; hay en él almas tan puras como músicas de constelaciones, tan terribles como las fulguraciones de la desesperación, tan voluptuosas como los besos rojos del sol. El sembró allí con mano augusta las energías, el amor, las languideces, los celos, las angustias, las melancolías, la duda, la paternidad, la cobardía—¿qué sé yo?—... Hay toda clase de vestidos, sedas, harapos, lutos, púrpuras, sudarios; unas cabezas llevan coronas refulgentes, otras llevan coronas de violetas; esas creaciones tienen en los labios el lirismo, la oda, la imprecación, la sátira, la bufonada; hay arquitecturas, tormentas aflictivas, arboledas sagradas, claros de luna y apariciones. ¡Así camina esa enorme obra, intentando la gran aventura de la inmortalidad! Para dar la vida y el aliento ideal a esa creación inmensa, es necesario utilizar la arquitectura, la decoración, todos los coloridos, los vestuarios, el lirismo y, sobre todo, la melodía y la orquesta.

La música debe ser la voz de todo aquello que está allí silencioso, sin tener la facultad de expresarse, y tendremos la posibilidad de comprenderlo, la voz de las estrellas, de las piedras, de las nubes, de las flores, de todo lo que desde las hierbas húmedas a las vías lácteas habla muy vagamente y con vibraciones hasta sobrenaturales, para que así nuestro arrobamiento las pueda escuchar. Cuando Julieta suspira en su balcón, deseando que el cuerpo de su Romeo, después de muerto, sea dividido en estrellitas, para que todas las mujeres se enamoren de la noche, en torno de ella, las flores, las vegetaciones, esas blandas divinidades desnudas que se llaman las nubes, el suave jadeo del seno de la noche, que crea las brisas, la floresta divina, de la que nosotros vemos solamente las puntas de las raíces, que son las estrellas; todo se balancea en esa evaporación amorosa que exhala el alma de la lánguida mujer luminosa en la oscuridad de su jardín, como un diamante en el seno de una negra, y la Naturaleza toda está llena de confidencias, de murmullos y de coros. Ante los pudores,

las vagas ternuras, los sentimentalismos del alma de Ofelia; ante los pensamientos de Hamlet, inciertos y revueltos como las olas, como los vientos, como las nubes que se forman y se deshacen en el aire, el lirismo del celestial William palidece como un héroe vencido; entonces viene la música, en su ideal serenidad, dolorosa y blanca, a revelar todas esas vibraciones celestiales.

Y estas fantasías radiantes de los poetas deben entrar antes en los poemas musicales que las figuras históricas.

Esas creaciones maravillosas son las que nos arrebatan, nos hacen sufrir, transfiguran nuestra alma.

¿Qué importa que agonice María Estuardo, y la dulce María Antonieta, y Beatriz de Cenci, y la idílica Inés de Castro? Nosotros vemos esas desapariciones de astros con los ojos secos, atentos a la justicia de bronce de la Historia, y, si nos interrogan sobre esas fatalidades, señalamos allí arriba el gran azul constelado.

Pero que Julieta adelgace y dirija, llorosa, su mirada fulgurante hacia el espacio para alumbrar la fuga de Romeo hasta Mantua; que Desdémona entone la *canción del sauce*, en la que se muere de amor; que aparezca entre los lutos regios el entierro virginal de Ofelia, y vamos, desgreñados y afligidos, preguntando por qué caminos misteriosos asciende allá arriba, hasta la radiante bondad divina, el coro suplicante de las lágrimas.

Entre tanto, parece que las fantasías terribles y feroces de los poetas no pueden ser trasladadas noblemente a la música; y cuando los maestros quieren subir esas escarpas divinas, caen sin aliento, junto a la montaña sagrada, y sólo recobran la pasión, el alma, el lirismo, el hálito divino ante las creaciones femeninas, lúcidas figuras hechas de suaves aromas en que mora el alma de los dioses, y de pétalos tersos y de vapores de luz.

Sin hablar de Gounod, que no comprendió la gran figura de *Fausto*, pero que puso divinas vibraciones en los labios de Margarita, el gran Rossini no pudo alzarse hasta la región donde desvaría el alma de Otelo, y se quedó llorando con un llanto celestial con Desdémona, bajo el sauce.

Así también Verdi, el luminoso Verdi, no comprendió esas tinieblas, que Shakespeare esparció en el alma de Macbeth.

Verdi, el músico querido de los mejicanos, de los americanos, de los rusos y de nosotros, los portugueses, es, en realidad, el único compositor italiano verdaderamente serio que quedó después del desventurado Donizetti; Rossini se retiró del arte.

Verdi tiene un talento vigoroso, apasionado incluso, pero le falta el fuego sagrado, la locura ideal, el dios, ese soplo de que habla la Biblia. Su música es profundamente materialista: es una melopea enérgica y estridente; es una melopea colorida y pesada; hay, incluso, algo rígido y metálico en esa sonoridad sensual; sabe él producir sonoridades materiales, pero no logra arrancar al alma su ropaje carnal y llevarla desnuda y posesa del infinito por las regiones de las sorpresas radiantes.

Todo el entusiasmo que Verdi acumuló en Italia, proviene del grave momento en que se reveló.

En aquella época, Italia removía el poema convulsivo de su reconstitución: los italianos, que se habían adormecido en esa red tejida con rayos de sol que se llama la pereza, comenzaban a erguirse y a probar sus músculos laxos, reblandecidos por el amor y el ensueño. En ese momento, Verdi fué por Italia con un canto pujante, en que la liberación batía las alas. Esa música apasiona-

da, ardiente y roja, endurecía las molicies y acorazaba las energías; e Italia seguía con adoración al poeta, que la insuflaba en el alma, con el amor a las epopeyas, el amor a las libertades.

En el Norte, cuando Alemania, en tiempos de Napoleón, empezó a pensar en su pasado, como en el dios por el que había de clamar el día de las batallas, aparece una música nacional, la de Spohr y Weber, que canta las viejas poesías germanas, melodías hechas casi de cantos populares, que entonaban, antaño, al atardecer, en las encrucijadas de la Selva Negra, rapsodas errantes, y cuando la gran patria, oyendo las cacerías de Samosel por las selvas de Turingia, los estremecimientos de los elfos vaporosos por los prados Hircinios, y todas las vetustas mitologías del Rin, viviendo, sufriendo, volando, susurrando, en un canto libre, se irguió terrible, y entonó ella también el viejo canto de Lutero, con coraza de hierro, y, arrojando lejos su roca de Margarita, permaneció, severa e iluminada, esperando junto al Rin, teniendo a un lado el espectro del honor y al otro el fantasma de la justicia.

Verdi, instintiva o deliberadamente, hizo en parte, en el Sur, lo que habían hecho los poetas del Norte; no todos los entusiastas fueron fecundos; las dos patrias sangran todavía, y las tristes flautas del Norte y las guitarras gimientes del Sur, sólo saben ese llanto lento y doloroso de Rhama cuando perdió a la desposada de su alma, y ¿no es verdad que la desposada de los pueblos es la Libertad? ¡Pobre Italia! ¡Pobre Alemania! ¡Dios os envuelva en una mirada de bendición y de reposo, en el tiempo en que estamos, que es víspera de agonías!

Pero, volviendo a Macbeth, es cierto que Verdi hizo de esa figura enloquecida un héroe italiano, melodioso y malo. Por toda esa ópera anda errante un terror blando y transparente. ¿Será porque la música, la ternura errante del espiritualismo, no puede comprender esas dos almas pavorosas? No lo sé. Lo cierto es que esa ópera parece una transfiguración del viejo Macbeth: parece como si el viejo héroe lívido hubiera entrado en este tiempo moderno, reblandeciéndose en voluptuosidades, perdiéndose en melancolías, y tuviese las fiebres silenciosas del alma, y así, laxo, enfermizo, deshecho, viniera con ladi Macbeth a contar su vieja leyenda en un escenario resplandeciente. En efecto, esa ópera hace añorar el drama de Shakespeare: allí era donde Macbeth erguía su rostro erizado de barbas e invocaba a Hécate, tricéfala; en aquella terraza era por donde mugía el viento, que ellos atravesaban, desgreñados y convulsos, hacia la estancia de Duncan.

Y así, mientras esas figuras líricas se adelantan hacia la orquesta de poderosos alientos, con las gargantas henchidas de melodías gimientes y violentas, el alma puede abandonar su querido cuerpo e ir por encima de los mares y de los continentes hacia los descampados de Escocia, a ver pasar esas sombras unidas de Macbeth y de ladi Macbeth, que, según las leyendas, galopan de noche al resplandor de las tempestades, aullando maniobras de batalla.

Y después, puede el alma volver, para oír esa confusión de ruidos coloridos y apasionados, de densas melodías que murmuran, se estremecen, gimen y gritan, y que se van desvaneciendo en torno al cuerpo y cubriéndolo como una ola. Mientras se canta *Macbeth*, el alma puede estar lejos, en el país de las quimeras,

LA LETANIA DEL DOLOR

Al señor A. A. Teixeira de Vasconcellos.

El músico Berlioz, al volver de las blandas riberas italianas y de las islas de Grecia, de lívidas escarpas, sin serenidades idílicas y sin mirtos, recibió en las ruinas de *Los Nísperos*, junto a Niza, donde trabajaba en su sinfonía titulada *Harold*, toda rodeada de mar, esta carta llegada de Francia:

«El pintor Lyser ha vuelto de Bohemia con su locura elegíaca. Le pedí el retrato de Paganini, como querías, pero me dijo, en secreto, que había sido el diablo quien guió su mano en aquellos trazos, y quería conservar ese recuerdo del demonio, un viejo amigo. Tiene ese cartón en una carpeta, entre un dibujo del viejo Claudio Lorena y un retrato de Dante.

Ayer, al caer la tarde, estábamos los dos sentados junto al balcón. El aire entraba enmarañado todo en los verdes cordones de las enredaderas; estábamos silenciosos, entregados a la dulzura divina de las cosas.

El pobre Lyser, con sus largos cabellos lacios, cogió el retrato de Paganini y dibujó, a su alrededor, toda clase de orlas, follajes, penumbras delicadas y nubes esfumándose; y entre aquellas florescencias, escribió los nombres de Dante, de Hamlet, de Romeo y de Sancho Panza, diciendo con su voz doliente: «Paganini tenía algo de todos estos hombres.» Después, en lo alto del cartón, dibujó la figura de Ofelia llevada por la corriente, y un murciélago con las alas plegadas, mirando tristemente, entre las cañas inclinadas sobre el río, hundirse el blanco cuerpo, llevado serenamente como en su elemento, y los largos cabellos rubios enredados en el cieno; y escribió debajo: «Duda, Ofelia, de mi amor, de la verdad luminosa de las estrellas, de los colores de las hojas, de la luz blanca del sol.» Y luego, en tono serio: «Paganini era, sobre todo, un murciélago.»

Así está el pobre Lyser con su triste locura. ¿Sabes que se murió su hermana? El día del entierro, Lyser acompañó el cadáver con su violín debajo del brazo, azotando con el arco las hierbas mojadas. El día estaba nublado. «¡Pobre hermana mía —dijo él—, que ni siquiera puede llevar enganchado en su lindo vestido un rayo de sol!» Ya sabes la adoración que tiene Lyser por el sol. Se pasa días enteros tumbado en los lugares frescos de los caminos, bajo la gran luz sonora del sol. Esa noche en que fué enterrada su hermana, fué a sentarse junto a la tumba y a tocar las viejas arias de Lulli; y de cuando en cuando arreglaba los pliegues de un chal que había echado sobre la sepultura. Así permaneció, sumido en una añoranza más dulce que la luna y más profunda que la noche. Como el cielo estaba nublado, decía él de cuando en cuando a la muerta: «No te apenes, que aquí afuera ni estrellas hay.»

Fueron a buscarle de madrugada, y volvió él lentamente, colgándose del traje del sepulturero como un niño a quien asustan los aullidos de los perros y el rechinar de los carros.

Días después volvió al cementerio y el sepulturero no le dejó entrar: el

pobre Lyser se quedó junto a la verja con los ojos anegados de lágrimas. «Es una cosa urgente que tengo que decir a mi hermana», afirmaba él con tono suplicante. El sepulturero estaba hablando dentro con una mujer de pelo color vino; y como la quisiera estrechar en un abrazo bárbaro y fuerte, la muchacha, al huir, cayó sobre una tumba cubierta toda de violetas; el sepulturero la levantó, le sacudió la tierra del vestido y golpeó con el rudo pie en la tierra de la sepultura, rezongando: «¡Malditos tropiezos!»

Por fin fué a abrir la verja al pobre Lyser, y, a grandes voces: «¡Vamos! ¡No son horas de entrar sin permiso!». Lyser se adentró entre los cipreses, y, arrodillándose sobre la losa, escribió sobre la blanca piedra: «Luisa, si te encuentras allí arriba a la estrella Venus, pregúntale de qué tonos se compone el rosa de la tarde y sus reflejos rojo pálido; necesito saberlo. Ayer regalé tu chal blanco a una pobre; dime si quieres que te traiga alguno de tus vestidos. Mira, si paseas de noche por estas alamedas, no te acerques a la casa del sepulturero; vive allí una mala mujer.»

Días después me llamó y me dijo: «¿No sabe? Empiezo a creer que ha muerto mi hermana. Por eso le ruego una cosa: cuando tenga alguna camelia no la destroce, tal vez esté hecha del seno de la pobre muchacha.» Y se alejó, arrastrando sus zapatos, como si estuvieran llenos de agua; pero de repente, volviéndose y con voz suplicante, añadió: «Ni las violetas: ¡quizá estén hechas de los ojos de ella!» Y entonces me cogió de la mano y me llevó hacia los árboles, donde estaban el sol, el coro de las colmenas, los olores a heno y el fresco colorido de las frutas; iba él con la cara encendida por el color cálido y fecundo de la vida.

«¿No sabe?—me decía el pobre Lyser, con su voz suave y pausada como el fluir de la miel—; ¿no sabe? Muchas muchachas que entonaban las canciones de las eras y bailaban bajo los plátanos mueren con los fríos de febrero. Habrá usted visto por esa época a los pobres novios que andan llorando sobre las tumbas, con el pelo desgreñado. Entonces esos cuerpos de las muchachas se deshacen. Alguien que sabe y que ve, aprovecha esas formas y esos colores; de la piel del seno se hacen pétalos de camelia, de los ojos tristes se hacen violetas, del color de los labios se hacen ranúnculos, de los alientos perdidos se hacen los buenos olores, y de la mirada, de la ternura, del deseo de ellas, se hace la primavera, el aire de las madrugadas de mayo. De modo que, de noche, las flores que están en los jarrones, en la sombra de las alcobas, hablan de sus pasadas existencias; hablan de los bailes ruidosos con la guitarra; de aquella mañana en que la punta del seno vino a espiar, por la abertura del vestido, los ojos del novio; de aquella tarde en que la cara se cubrió de color rosa para recibir la visita de un bigote rubio; de aquella noche en que los párpados castos acudieron a los ojos, que estaban perdidos y a punto casi de decir *sí*. Y si una noche espía las flores que están en los castos paraísos de las alcobas, las verá salir de los jarrones, entrelazar sus formas y colores, teniendo en la sombra un vago parecido con un cuerpo femenino.»

Así es el pintor Lyser. Se ha hecho la noche en esta alma y por eso tiene todas las cualidades de la noche: es sombría, incierta, negra, azul, lánguida y estrellada.

Ahora desea morir y ser enterrado en un paisaje casto, soleado, susurrante, para creerse protegido y cu-

bierto por el alma errante de su amigo Claudio Lorena.

Cuando la luz del sol se retira, se prende como un manto de seda que se arrastra entre hierbas secas y enramadas, al lomo de una ola, a la proa de una barca de pesca; así, este espíritu, al retirarse de su cuerpo, se aferra aún a todo lo que es en la vida superior, elevado, tierno: al amor, a la melancolía, a la compasión, al arte.

Cuando llegué del Báltico, supe que Paganini se había marchado de Francia; tuve sobre él largas conversaciones con el violinista Sica, que piensa hacer, en verano, una peregrinación por Siria.

Nos pasábamos horas enteras bajo los tilos, hablando del quimérico espíritu de Paganini, hasta que aparecían las estrellas, contemplativas y augustas. Sica me contó toda la leyenda idílica y bárbara de Paganini: sus amores en Verona, aquella cantante enteca, de manos tersas y sentimientos velados, envuelta en amplias sedas, y aquel abate de hebillas brillantes, con quien ella iba bajo los terciopelos silenciosos, en un entrelazamiento de brazos, en un tierno y azulado viaje por el país de Citerea. Después me contó toda su penosa odisea de prisiones y destierros; aquellas noches en que él, poderoso y solitario, participaba en la confidencia de los negros sollozos del mar; noches dolorosas de lágrimas, en que aquel trágico hombre, tendido sobre la paja de su jergón carcelario, miraba a lo lejos el Mediterráneo, apaciguado por esa blandura que proviene de los astros y de la voluptuosidad de la noche, desconocida y fecunda.

Decíame Sica que Paganini le refería que siempre, en las horas oscuras, veía las hebillas rutilantes del abad, reluciendo de noche. «A veces el remordimiento—afirma él—es be*névolo, se encarna en cosas que tienen una vida, una encarnación, una sangre, que pueden ablandarse, a las que se puede suplicar; pero aquellas hebillas metálicas, inertes, rígidas, eran un remordimiento frío, sordo, inflexible, y hacían subir a mi rostro el sudor del antiguo Josafat.*»

Decía también Paganini que una de sus grandes torturas, en la cárcel, fué asistir, imaginativamente, a la fría descomposición del cuerpo de la pobre cantante Marietta. Veía él aquel cuerpo sin óleos ni sacramentos, debajo de las tierras fangosas y henchidas de savia, verdear entre la osamenta. Veía de noche, cerca de él, aquella terrible descomposición de las carnes, aquellas blancuras inertes, aquellas blandas curvas chupadas por la tierra. ¡Veía, aterrado, los cardos, las amapolas, las gramíneas, los serenos cipreses comerse a su bien amada fría, muda, verdosa e hinchada!

Entonces tomó allí odio a la Naturaleza: cruzaba siempre las frescas fecundidades, los trigales, todas las verdes formas de la vida, los campos y las granjas, con un horror judaico y místico. Sólo perdonaba al mar: y algunas veces, después, en Dinamarca, iba hacia las orillas del mar del Norte a tocar en su violín las viejas cantigas escandinavas y las baladas rúnicas; y deseaba que, después de muerto, su cuerpo pudiese caminar, durante la eternidad, sobre el verde balanceo del agua.

Fueron terribles todos aquellos años de cárcel.

El violinista Sica me contó después todos los viajes de Paganini con los estudiantes de la nueva Alemania, yendo por las aldeas, por los poblados, por las cabañas de lares adormecidos, cantando a las estrellas y diciendo, en su violín, bajo la brillantez del cielo del Norte, las viejas baladas de Turingia.

Me contó el amor de la duquesa de Weimar por Paganini; y cómo una noche de concierto en dos cuerdas del violín expresó él el diálogo misterioso de dos voces que se hablaban bajo la arboleda; después, entre cortinajes de seda, al aire fresco de un balcón; más tarde aún, en la tierra, bajo las raíces de los cipreses, y, por último, indefinidas, luminosas, entre el cruce sagrado de los rayos de los astros.

Era una alusión desconocida, que llenó de lágrimas a la duquesa de Weimar.

Finalmente, aquel hombre tenía el pecho henchido de muertos. De él se desprendió el elemento humano: ya no sentía compasión, risa, amor, indignación, paternidad, emoción.

Lento, con sus cabellos lacios, lívido, con las terribles arrugas del rostro semejantes a las *ff* de un violín, con las manos transparentes, llenas de agilidad, dislocadas; con sus largas levitas oscuras, de pliegues hieráticos, cruzaba las poblaciones, los silencios, los escenarios resplandecientes, poderoso y solitario, buscando siempre a sus pies una tumba donde no se deshojasen árboles, donde no creciesen hierbas, sin saber que en la noche, en la humedad, en las chozas, en las canteras, en las carreteras, en las costas, hay una raza que sufre, y que hay bocas lívidas de hambre, y fiebres silenciosas y amores desiertos, y sudores de angustia, y podredumbre de honras, y aullidos de almas afligidas, y lentos y fríos desvanecimientos de pudores y de bellezas.

Sica me contó también el gran poder musical de Paganini y su actitud en los conciertos, llena de rebajamientos y de servilismos; y me refirió asimismo, mi amigo, aquella noche gloriosa y magnífica en que se interpretaba tu sinfonía de *Romeo y Julieta*, y en que vino él, entre aplausos y voces del corazón, a arrodillarse y a besarte las manos, diciendo, con los ojos anegados de lágrimas: «¡Sois otro Beethoven!»

Ultimamente, como sabes, sufría una enfermedad de garganta que le dejó mudo; llevaba entonces un libro en blanco, en el que escribía lo que pensaba durante las conversaciones nocturnas; aquella dolencia no le doblegó más; él tenía ya el silencio—estoicismo del alma—y se refugió en la mudez, el estoicismo del cuerpo.

Se pasaba entonces con el violinista Sica horas enteras, tocando el violín o la guitarra. Ultimamente, le preocupaba mucho tener que dejar solo su violín, después de morir; y escribía en su libro: «Cuando yo esté para morir, ¡pensar que lo he de dejar aquí, entre las mujeres de acero y estos periodistas lívidos, y los agiotistas calvos, en medio de esta multitud hambrienta de materialidades!, ¡que se ha de llenar de polvo en un rincón, él, rebosante de alma y de leyenda!»

Sin embargo, creía que, el día en que muriese, su violín debía estallar y los pedazos, podridos en la tierra, irían a confundirse con el cuerpo de él en los átomos de los árboles, de las estrellas o de las aguas. Y escribía entonces: «¡Qué felicidad poder tener el mismo follaje, dar la misma luz, lanzar la misma espuma!»

Pero, por fin, miraba al violín con un aire triste y escéptico; a veces, cogía la guitarra e iba a tocar en ella junto al violín, con un gesto de blandas caricias, con un lento rasgueo de los dedos, como si estuviera vistiendo las cuerdas con la armonía viva que extraía del alma; quería él poner todas sus interioridades divinas en aquel gemir de guitarra, para hacer morir de celos a su viejo violín abandonado.

Por aquel tiempo, un día en que estaba con Sica, escribió esto: «Ya no me fío de mi violín; creo que él no ha de lamentar mi muerte. ¡No muere, no! Se entregará al primero que lo coja en sus brazos; se entregará con sofocaciones lascivas y le dirá los mismos secretos, místicos, voluptuosos e iluminados que me decía a mí... ¡Qué le importa al violín que el pobre músico se pudra bajo la tierra!»

Ultimamente, el músico Sica necesitó ir a la costa normanda, porque tenía allí a su padre, viejo marino, muriendo junto al agua; y cuando volvió, lleno de lutos y sollozos, le dijeron que Paganini había marchado hacia el Sur.

Adiós. No te detengas en Niza. Termina pronto tu sinfonía del *Harold* y recomiéndame a nuestro viejo amigo el mar.»

Algún tiempo después, el hombre que había enviado esta carta, recibió esta otra de Berlioz:

«Estoy aún helado todo de las visiones de esta noche.

Sabrás que vivo en *Los Nísperos*, que son unas ruinas junto al mar, piedras bien conocidas de toda la población del aire: allí se cobijan, como en una posada, los viajeros sombríos de la atmósfera, que son las lluvias desgreñadas, los vientos aulladores, los granizos, las blandas brumas y las densas nieblas. Alrededor están esparcidas las casuchas de los pescadores, agrupadas todas como las ovejas cuando hay temporal en el monte; la costa es terrible, y, sin embargo, el mar tiene, a veces, serenidades sólo semejantes a la tranquila mirada de un idiota.

Este pueblo moreno de pescadores sale, muy de madrugada, hacia los balanceos del agua, en sus barcas estrechas, carcomidas, llenas todas de leyenda y del olor de la pesca; pronto, en el alba, se oyen abajo, junto a la voz de la marea, esas canciones vigorosas para echar las redes, recias como calabrotes y sanas como el sol. ¡Es una bella vida! Durante el verano, en las siestas silenciosas del mar, todos están en la pesca: los viejos, los niños harapientos, resplandecientes y sucios, y las madres de robusto seno, esas bellas mujeres de la costa italiana, que eran tan deseadas por los marineros griegos y fenicios, que habían visto a Mileto, Abidos y Corinto.

Ahora que empieza el otoño, esta pobre gente deja las redes rasgarse al viento y marcha hacia el interior de los poblados a reunirse en los campos con la otra pobre gente doblada, que ara y siembra.

Ayer fuí en una barca de pesca, hasta el punto en que el Var desemboca en el mar. Como sabes, es en este tiempo cuando las palomas emigran hacia el Sur; se agrupan en bandadas gimientes y van, por encima del Mediterráneo, formando manchas blancas en el aire azulado. Cuando regresé caía el sol: la barca avanzaba llevada de un modo silencioso y casto sobre los serenos balanceos ondulantes. El mar tenía una serenidad olímpica.

Habíame abandonado a las molicies de la tarde, y, tumbado a popa, veía el cielo cubrirse de un color rosado, como con un rubor de castidad. Las estrellas empezaban a aparecer. ¿De dónde venían ellas? ¿Y de dónde viene la noche de tan lejos, que parece sudorosa de luz? Las veía yo temblar, y pensaba que debían de tener frío y miedo allá arriba, en las soledades, sin dioses. A esas horas también aparecen las ondinas en el agua; ¿quién sabe si las estrellas son mujeres de un elemento desconocido que vienen de noche, en filas sagradas, a celebrar un rito elegíaco? ¿Quién sabe si son árboles

agitados por un viento, que dejan caer estos negros frutos: la melancolía, el amor, la sensualidad?

Me reí después de estas fantasías; pero en las aguas del Mediterráneo, al anochecer, en una barca de pesca, viendo a lo lejos las blandas líneas de la costa de Italia, y sobre los montes los fuegos de los pastores, no podía ver las estrellas como en las verdades y en los positivismos modernos, y olvidé a Arago, a Berthelot y al viejo Laplace.

Y luego pensé cómo quisiera morir, que es en los brazos de la bien amada, sol de mi naturaleza, sin dolores acerbos, sin fiebres silenciosas; e ir así, entre las fulguraciones del deseo y los deslumbramientos del alma, y los besos rojos y transfiguradores, y los entrelazamientos divinos, bajo su santa mirada, ir, en un lento desmayo de la carne, hacia la frialdad de la tierra, ¡y sentirme allí, lentamente, disolver por las humedades fecundas, por las savias blancas, por las espumas de los manantiales, por las raíces de las florescencias.

Y mientras así avanzábamos, vi, en la línea oscura y áspera de la costa, una masa de arboleda, y entre la sombra, una luz elegíaca.

—¿Qué luz es ésa, viejo amigo? —dije desde la popa.

El pescador suspendió las recias ondulaciones de los remos, que permanecieron rectos, goteantes, verdosos todos de algas.

—Esa luz, señor, es la casa de las *Sirenas*. A estas horas está allí, abandonado, solo, un pobre hombre que murió ayer. Había llegado aquí hacía poco y era más amarillo que la cera del altar; hasta en la costa decían los viejos ¡que se había vendido al diablo! ¡Dios me perdone, por hablar así, de esto, de noche, sobre las aguas! ¡Ah señor! Decían que tocaba en su violín maldito que ni en el cielo... Le llamaban Paganini.

Y el pescador hundió los remos en el agua, cantando con doliente melopea:

Altra volta gieri biele,
blanch'e rossa com'un fiore.
Ma ore nó. Non son più biele
consumata dal' amore.

Y luego, volviéndose, con la voz apagada por el clamor de las olas, continuó:

—Y los curas, ahora, no quieren cantarle sus letanías y enterrarlo en tierra santa. Si fuese pariente mío y ocurriese tal cosa, iría al fondo del mar. Debajo del agua hay muchos cuerpos de patronos y pilotos: ellos no han muerto, no; están vivos aún, y cuando un pobre hombre que tiene mujer e hijos deja sus redes, en día de viento, cuando el pescado anda separado, ¡acostumbran ellos empujar la pesca con ramas de coral hacia las redes!...

El pescador hablaba así, lentamente, con la voz cargada de la religión de las leyendas.

Yo tenía los ojos arrasados de lágrimas y pensaba que no había oído nunca tocar al triste Paganini; siempre que dió él sus conciertos estaba yo lejos de Francia.

Entré en *Los Nísperos* con el pecho lleno de frialdad y de muerte. Quise trabajar, pero me sentía disuelto en la pesada materialidad de las cosas.

Me invadió un blando cansancio y permanecí sin pensamiento, sin deseos, inerte y silencioso, como un palomar del que hubieran huído todas las palomas. Oía solamente el maullar de los gatos lascivos y el aullar de los perros que vagan de noche por la playa, hambrientos. El mar estaba lleno de gemidos, bajo la noche lenta y mística.

Y estando así, oí, distante, como venido de las alturas hieráticas de las nubes y de las vías lácteas, el gemido de un violín. ¿Quién era el que, a aquellas horas, en una costa áspera, de vientos furiosos, cuando los pescadores duermen entre la frialdad de la ceniza del hogar, envueltos en los harapos de las mantas, tocaba así el violín junto al mar?

Fuí, amedrentado, a mi antiguo balcón gótico, y miré hacia las dolientes transparencias de la noche. Nada. Las olas lloraban su coro místico y las estrellas permanecían en su inmovilidad de la que surgen religiones. Cerré las maderas y volví, con el pecho agitado por un sollozo de miedo, hacia el brasero; entonces oí de nuevo aquel triste sonido del violín extenderse lentamente por el mar como una niebla sonora. Me quedé sobrecogido todo de temblores y de frío; y oí entonces, claramente, con los oídos de la carne, la música de un violín, acompañada sordamente por el mar.

Al principio fué una melodía de fresca serenata, que el agua acompañaba con un oleaje húmedo y alegre, y al mismo tiempo, a lo lejos, se oía el gemido rítmico del viento.

Entonces, durante unos momentos, oí una música extraña de violín, acompañada por el mar, en la que había gemidos, desgarramientos y voces cargadas de lágrimas, y melodías trágicas con dolores de la Naturaleza, y siempre, entre los sones alegres y tiernos, corría una tristeza sorda y lenta, como corre el agua fangosa entre los juncos y los cañaverales.

Había voces de violín, afligidas y bárbaras; y, a veces, dulces mugidos siniestros del mar parecían aprisionados por una melodía de violín, fina, tenue, clara como un hilo de sonido. ¡No sé decirte lo que era aquella música sobrenatural, elegíaca, salvaje, trágica, suave y escarnecedora!

Por fin, de repente, toda aquella orquesta poderosa enmudeció, como una bandada de buitres y aves nocturnas gritando afligidos, con trágicos aletazos, que viene a posarse, silenciosa, sobre una roca entre las aguas. Entonces oí, entre aquel amontonamiento apocalíptico de armonías, desprenderse, solitaria, la voz del violín, y venir, levemente, a tocar junto a mi balcón con ternura, con languidez, con voluptuosidad, las variaciones del *Carnaval de Venecia*.

Nadie puede quitarme del corazón que fué el alma de Paganini, que dejó su cuerpo en la naturaleza solitaria de las *Serenas*, y que vino a decir el adiós de la música a su viejo amigo.

¡Adiós, mi querido artista! Sufre y transfigúrate por el dolor; yo estoy aquí, lleno de la nostalgia de nuestra dulce Francia, junto a las aguas tristes del Mediterráneo.

Creo que, después de la noche de ayer, no volveré a tener nunca más una risa sonora y sana. ¡Adiós! Di tus recuerdos al mar, que te manda, como voz de salutación, el terrible temporal que recorre ahora la costa.»

El hombre a quien fué escrita esta carta era un artista, un pintor como Lantara, viviendo despreocupado en la bohemia errante de las miserias, de las jovialidades y de las primaveras. Pero el alma no se mancilló con los contactos del cuerpo: en medio de aquellas locuras, estuvo siempre como una paloma adormecida. Ese pobre muchacho vivía en una guardilla, donde trabajaba sin sol, en aquellas alturas, amplias y silenciosas, donde viven y crecen las flores del bien; después enloqueció y fué llevado a un hospital y allí era santamente velado por una enfermera dulce, delicada y blanca como una virgen de oro fino de un libro de leyendas; el pintor, que, como su amigo Lyser, aun después de volverse

loco, dibujaba, pidió un día a la enfermera su toca almidonada y lisa, y con un lápiz dibujó allí, con alma agradecida, toda clase de fantasías delicadas: alas abiertas, coronas de follaje, olas que venían a besar un pie blanco, coronaciones de la caridad.

Una noche, la enfermera oyó un gemido y encontró al pobre pintor con las manos tendidas hacia un retablo iluminado; la dulce joven pensó, en su corazón, que él se encomendaba a la Virgen; escuchó: el pobre muchacho loco estaba rezando a su viejo amigo Claudio Lorena. Cuando oyó a la enfermera, se volvió y le dijo, casi llorando: «Dejo mi cuerpo a los ríos, a los árboles, a las abejas, a los montes, a los trigales y a toda la madre Naturaleza.» Después se inclinó, besó el borde del vestido de la enfermera y se quedó acurrucado en el suelo, frío, e inerte.

La enfermera colocó la lámpara del retablo junto al cuerpo, quitó el paño de la Virgen y lo extendió sobre la cara pálida y triste, transfigurada en la belleza sagrada y espiritual de la muerte.

*

Al otro día, de madrugada, cuatro hombres que reían con bromas de taberna y entonaban canciones, transportaron aquel blanco cuerpo a la fosa común.

ENTRE LA NIEVE

A Anselmo de Andrade.

El leñador, de madrugada, levantóse del jergón y encendió la vela.

Junto al hogar, encogido de frío, esquelético, dormía un niño, envuelto en los harapos de una manta. El pobre leñador desfallecía de fiebre; hasta la noche antes había estado por la negra espesura, y, después, no tuvo ni un insulso caldo junto a las brasas soñolientas del hogar.

Caían grandes nevadas en los montes, y el desdichado tenía hijos pequeños, que por la noche, cuando rezaban, todos entumecidos y flacos, alrededor de la madre, se sofocaban llorando de hambre; por eso, iba él a aquellas horas, entre las blandas nieblas, por los montes, por las colinas, por los pinares, a hendir, a cortar, a desramar, bajo los ásperos vientos, sobre la gran nieve silenciosa.

El niño dormía, con los pies ateridos y blancos todos de barro seco; tenía los largos cabellos revueltos, y era blanco su pecho. En un rincón, sobre unas esteras sucias tapadas con el refajo de la madre, las dos criaturas dormían, con los codos enrojecidos, desvanecidas en el sueño del frío y del hambre. El leñador se quitó la chaqueta que llevaba al monte, les envolvió los pies helados y fué con la vela a inclinarse sobre el jergón donde dormía su mujer; tenía ella el cuerpo aplastado contra el escaso calor del jergón como contra un pecho amado, los brazos caídos y laxos como los de una mujer estéril; sus negros cabellos se esparcían tristemente sobre la yacija, como de luto; y la manta, agujereada, modelaba la forma casta y fecunda de sus pechos.

Entonces el leñador cogió el hacha negra y el fuerte manojo de cuerdas, se puso la capucha de lana y se fué lento, famélico, huesudo, por los

anchos caminos duros, lívidos y cubiertos de nieve.

Su casucha quedaba perdida al pie de los montes, lejos de los pueblos, entre unos cuantos árboles, que alzaban en el aire sus brazos negros, descarnados, desnudos y suplicantes. Allí vivía aquella familia transida de frío, enflaquecida de hambre, ante la nieve y los inviernos, con los pechos henchidos de la religión del sol, de los trigales y de las fecundidades sonoras e iluminadas, como cosas llameantes y divinas que están tan lejanas como Dios, inaccesibles en la polvareda de la luz, entre los paraísos. El padre marchaba a diario hacia los altos montes a penar entre el ramaje; la mujer, en la casa, cosía los harapos al pie del hogar sin lumbre, y al anochecer se acercaba a la puerta, desquiciada por los vientos, agrietada por los fríos, esperando, por los atajos neblinosos, ver llegar al marido, lento, doblado bajo los grandes haces de leña.

El leñador caminaba hacia los linderos de los bosques.

La nieve caía ligeramente. El alma se acurrucaba dentro del cuerpo, como en una santa vestidura, amedrentada por la dureza sobrenatural de las cosas. Porque toda aquella Naturaleza tenía extrañas crueldades.

La mañana despuntaba oscura, lenta y lacrimosa, como una viuda a la hora de los entierros, y a la escasa y tenue luz, los trozos de hielo colgando de los cardos y de los brazos tenían el aspecto de harapos de mortajas; sobre los árboles, inmóviles, los pájaros, quietos y mudos, erizaban sus plumajes a los vientos cortantes.

El leñador caminaba siempre, desgarrándose en las zarzas, mojado por el goteo de los árboles, pálido y sereno.

Caminaba lentamente. Pensaba en los labradores que a aquellas horas, en las tierras cálidas, salen, silbando en la noche religiosa e iluminada, entre las altas hierbas, al resplandor fecundo del rocío, guiando por los surcos, mientras las golondrinas chillan alegres y gloriosas, los bueyes robustos, lentos y buenos. El tenía a la mujer y a los hijos hambrientos en la casucha; deshacíase en sudores y cansancios, y nunca aquellas caras amadas se encendían con los colores de la vida. Era el frío, era el hambre; ni una manta nueva, ¡ni un poco de lana! El buen Dios, allá arriba, parece que está tan bien arropado al calor de sus paraísos y de sus estrellas, que no se acuerda de la pobre gente de los campos y de los montes que tirita de frío. ¡Y había gente que veía siempre a sus hijos bien calientes y colorados!

Así pensaba él, triste, caminando con pesadez, mojado y todo henchido de cosas aflictivas y morbosas. La nieve seguía cayendo como un inmenso desprendimiento de lana.

Y él pensaba que podía ser un rico campesino, y ver, por la noche, alrededor de su hogar llameante y apacible, toda la dura multitud de los segadores y de los sombradores, entre las gratas risas, en torno a la gran olla de sopa, entre el estallido de las castañas, en la actitud de los buenos y de los sencillos.

La nieve iba cayendo recta y densa; y se oída el rumor—indefinido como el de un mar, laborioso como el de una colmena—de las multitudes dolientes de pinos.

El pobre leñador miraba a su alrededor las grandes extensiones de nieve agarrada a las piedras, rasgada por los cardos, y a veces un cuervo, pasando silencioso y nocturno, venía a azotar el aire en torno a él con salvaje aleteo.

Empezaba a difundirse el día. Sentíase él solo entre aquella Naturaleza enemiga y bárbara; y a veces el brazo, enflaquecido por la fiebre, se do-

blaba bajo el hacha y las cuerdas húmedas.

Iba entrando en el pinar con indolencia. El pinar era espeso, y la noche continuaba aún en el entrecruzamiento de los lívidos ramajes. La nieve que caía sobre las ramas se deshacía en rocío al calor de la savia.

Los árboles estaban como sobrecogidos por un terror religioso.

Cuando salió del pinar, camino de los montes, se acordó de cuando iba hacia las eras, en una aldea del Sur, y, bajo la luz apasionada y melódica de las constelaciones, cantaba, a la bandurria, junto a una tierna muchacha de cabeza de santa y cabellos color de mora; y él, como un libertino, ¡sentía ablandársele la mirada al pasearla por la abertura de la blusa, sobre la blancura del cuello de ella!

Hoy, a aquella hora, pensaba él, aquella pobre mujer gemía con su alma, viendo a los hijos sin un trozo de pan, andar por la casucha húmeda, desharrapados, colgándosele de las faldas, quejándose: *¡Madre! ¡Madre!* Y los ojos del desgraciado le temblaban con las lágrimas.

El leñador apretó el hacha y entró en el bosque.

Las añosas encinas, violentas y proféticas; los chopos desfallecidos, los castaños ruidosos, los olmos gigantescos, los ramajes y las zarzas erizadas, donde el viento brama afligido, todos aquellos verdores vivos y sanos que cantan al sol, entre el polvo de la luz cruda, toda aquella sombría Diana desgreñada, que se llama la floresta, dormía bajo la opresión de la nieve, triste, silenciosa, estoica y soberbia.

El leñador, con el hacha levantada, iba por el bosque; conocía él aquellas extrañas actitudes, aquellas escarpas de nieve, las caras pensativas de los peñascales, todo el enmarañamiento de ramas, de hojas, de donde caen gotas como un eco de lluvias pasadas; y, sin embargo, al enderezarse contra una vieja encina, palideció como ante una profanación.

Su corazón, simple y bueno, no comprendió, pero sentía aquellas vidas inmóviles, silenciosas y sonoras, que son árboles, ramajes, arbustos, florescencias; sentía él compasión de los gemidos de los troncos, de las cortezas despedazadas, de las fibras dislaceradas, y sentía que sacrificaba allí al hambre de los hijos infinitas vidas de árboles.

El leñador lanzó el hacha contra el tronco de la encina, y todo el árbol inmenso quedó lleno de vibraciones dolorosas; y sus ramas se extendieron caídas, sin vida y sin fuerza, por el tronco, como para verse morir sin gemidos, en un silencio soberbio y salvaje.

El sol apareció lívido, blando, desfallecido, sin fuerza, sin vitalidad, sin ascensión llameante y sagrada, entre nieblas arrastradas, entre desvanecimientos lúgubres de nubes. Empezaban a volar los pájaros, piando tristemente.

Y el leñador, con el pecho arqueado, los cabellos revueltos, rojo, feroz, con el hacha levantada en las manos, con trágicos encarnizamientos, luchaba contra los troncos, contra las raíces, contra las duras cortezas y los tenaces vástagos, y llenaba el suelo de ramajes negros, de brazos muertos, de árboles caídos, inertes, como armaduras vencidas.

Aquellos árboles que tardaron tanto tiempo en formarse, en endurecerse, en acostumbrarse a los vientos tumultuosos, en saber asir las crines de la lluvia y en enlazar las blandas desnudeces de las nieblas y de los vapores, aquellos árboles llenos de mordeduras de noviembre, llenos de leyenda y del olor de las tormentas, encogían las ramas con un estremecimiento médroso cuando el hacha relucía lúgubremente en el aire.

Tenía él la camisa suelta y harapienta; los zuecos abrían tumbas en la nieve; y hambriento, terrible, iba a grandes zancadas por el bosque, aplastando los zarzales, partiendo las raíces, cubierto de astillas y de fibras cortadas con gestos trágicos, espantando con el hacha el vuelo de los cuervos, y henchido todo de amor a los hijos, torturaba a los árboles, con golpes llameantes, gritándoles: *¡Cobardes!*

Así luchó bajo la nieve, el viento, la lluvia, la humedad, las nieblas, la fiebre y el dolor, hasta el anochecer.

Tenía ya un monte de ramajes y de leña: lo ató con las cuerdas, recias como sus brazos; clavó en medio el hacha; el enorme haz estaba apoyado en un montón de nieve; las dos puntas de cuerda por donde había de levantarlo colgaban negras y húmedas. Entonces se curvó todo él para coger el haz y cargarlo sobre las anchas espaldas; pero cuando iba a levantarlo, lento y cansado, sintió que se le entumecían los músculos, que se le helaban las manos; le subió por dentro un desfallecimiento y cayó, con los cabellos sudorosos, pegados a la cabeza, y sus dedos, ateridos, escarbaron la nieve.

Así estuvo perdido en la molicie del desmayo, hasta que abrió los ojos lentamente y se quedó recostado sobre el haz, silencioso y lleno de ternuras.

Ibase esparciendo la noche, caían las neblinas; todo el aire estaba impregnado de una palidez opaca y severa; caía una lluvia vaporizada, y todo el suelo estaba cubierto de nieve.

Al pie del leñador estaba tendido un gran tronco seco, muerto, sin raíces, ni ramaje, ni savia; por un lado empezaba a deshacerlo la podredumbre.

Alrededor alzábanse multitud de árboles cubiertos de nieve, más delgados entre las transparencias de la niebla, tristes y nocturnos como monjes blancos.

Al fondo se abría un claro que dejaba ver a lo lejos la gran luz que se iba, serena y tímida.

El leñador, con el cuello desnudo y el pecho dolorido y empapado, cogió las cuerdas del haz y, tesando los músculos, con el rostro congestionado, las sienes hinchadas, las grandes venas salientes como cordajes, tiesas las piernas, forzó el cuerpo para erguirse. Pero cayó sobre la nieve, desfallecido, sofocado, sintiendo la húmeda frialdad de la fiebre.

Entonces se quedó mirando el tronco deshojado, desnudo, cubierto de nieve, pensando que su cuerpo iba a fenecer allí entre los troncos podridos.

Invadió su carne un terrible escalofrío. Recordó los hijos y la mujer, y el pobre pastor que le quitaba, al entrar, la nieve del pelo y las zarzas de la chaqueta.

Caía triste la nieve. A aquella hora ella le esperaría, junto a la puerta, para verle llegar desde lejos, doblado bajo sus haces, por los caminos blancos de nieve.

Ella estaría con una mano apoyada en el marco de la puerta, y con la otra amparando a las criaturas entre los pliegues de la falda, contra el frío de la noche.

¡Y él estaba allí solo, aplastado bajo la nieve implacable!

¿Y cuando no le viesen llegar? Buscaba en su memoria si habíase quedado alguna vez de noche en el monte. Nunca.

Si no le veían llegar, irían todos, llorando y gritando, protegiendo la vela contra el viento, a buscarle por los siniestros brezales.

A ratos sentíase presa de un desvarío y veía grandes figuras de sombra subir por los troncos como un

humo terrible; y siempre aquella maraña de parecidos humanos ascendía hasta perderse en las transparencias lívidas del aire.

La nieve caía como si resbalase de las nubes.

Y él pensaba tristemente que la mujer y los hijos sabrían su muerte en la nieve, ¡bajo el entrecruzamiento furioso de los follajes y todas las mordeduras del vendaval, silencioso y solitario como un lobo!

Entonces, aquel cuerpo magullado, enrojecido, tiritando entre las ropas mojadas, disuelto en las blanduras de la niebla, se atiesó; con los ojos llameantes, los dientes furiosos, sacudido por la risa, desgarrado por los cardos, se enderezó, y, sofocado, desgreñado, yerto, lívido, lanzó un grito en la noche.

Hubo un alzamiento asustado de pájaros por toda la oscura enramada. Y sopló el viento y se llevó, en sus violentas espirales, un enmarañamiento de hojas. Y toda la luz del día se hundió en el claro. No había nadie por el monte. Estaba solo. ¡Solo! Sin pastores, ni vaqueros, ni caminantes perdidos. ¡Solo! Y se iban los pájaros, se iban las hojas, se iba la luz. El que se quedaba solo.

Entonces, viendo a su alrededor el bosque solitario y negro, el amontonamiento creciente de las sombras, el desvanecimiento lívido de las últimas ramas, las actitudes tenebrosas, los salientes nocturnos de las raíces, oyendo a lo lejos el aullido de los lobos y sobre su cabeza el volar de los cuervos, se tendió de bruces y gritó en la noche, bajo la nieve y el ruido de las ramas: «¡Jesús!»

Y todo el bosque permaneció silencioso, indiferente, soberbio; los cuervos volaron gritando; él cayó, desfallecido, desalentado, deshecho, agonizante, magullado; y, encima, el gran cielo, el cielo justo, el cielo sereno, el cielo sagrado, el cielo consolador, escupía nieve sobre aquella carne miserable.

Quedó inerte. La nieve caía deshecha y blanda. Estaba tendido... Veía encima la gran inmovilidad del bosque, las nieblas, que dejaban caer harapos que venían a rozar su rostro, y la sombra espectral del haz de leña.

Sentía su cuerpo entorpecido por el frío, y ardores mordientes en la cabeza y en los ojos; y parecíale que le roía la espalda una llaga inmensa, que sentía horribles quemazones al contacto de la nieve, bajo el peso del cuerpo.

A ratos sollozaba. Y cuando estaba así vió unas grandes sombras que revoloteaban sobre su cabeza y huían chillando afligidas, con un terrible ruido de alas, blanqueadas por la nieve, medrosas y feroces.

Eran los cuervos. Tembló todo él. Los veía ya viniendo a posarse sobre su pecho, inclinados, agitando las alas, medio suspendidos para sepultar los negros picos en su pobre carne.

Entonces movió dolorosamente el brazo entorpecido y palpó a su alrededor: encontró una rama suelta, negra y espinosa; la arrojó contra las sombras negras de los cuervos; pero tenía él la mano casi inanimada por el frío, y la rama, débilmente lanzada, vino a caerle sobre la frente y le arañó la cara con las espinas. Ya las manos, inertes, no tuvieron fuerza para apartarla.

Se echó a llorar. Los cuervos volaban aterradores; él sepultaba el pie en la nieve y la tiraba al aire, como para apedrearlos. Los cuervos bajaban.

La nieve seguía cayendo y le cubría ya las piernas, rígidas. Entonces, viendo el bosque que le empapaba de agua, el suelo que le coagulaba la vida, el viento que le transía, la nieve que le sepultaba, los cuervos que venían a comérselo, toda la

hostilidad salvaje de las cosas, se sintió henchido de cólera, y, silencioso, feroz, con los ojos relucientes en la noche, apoyó fuertemente la cabeza sobre el haz y se dispuso a morir.

Sopló entonces repentinamente un viento tumultuoso; al pobre leñador le pareció oír, en aquel viento, un llanto y una voz gritando afligida.

El viento redobló su furia, dispersó a los cuervos; éstos cerníanse en sus alas entre los remolinos del soplo fiero.

Caía la nieve; y los brazos del leñador estaban ya cubiertos, y todo su pecho estaba cubierto. Los cuervos huían; toda la bandada aparecía como una sombra indecisa y pesada.

Caía la nieve. Y había cubierto la garganta del hombre, y había cubierto su boca.

Los cuervos se iban hundiendo en las transparencias de la noche...

La nieve caía, continua y silenciosa. La cabeza del pobre estaba cubierta, y sólo se movían aún, lentamente, con el viento, sus largos cabellos oscuros.

La nieve rayaba de blanco la noche. A lo lejos aullaban los lobos.

Caía la nieve. Las sombras de los cuervos se sumieron detrás de las ramas negras.

Los cabellos desaparecieron. ¡Sólo quedó la nieve!

LOS MUERTOS

Ayer fué el día de los Difuntos. Los muertos son felices. Mientras en las dolientes celebraciones de la Iglesia, al pie de los altares resplandecientes, ante Jesús amoratado y descarnado, los tristes y los simples rezan por sus queridos muertos, ellos andan dispersos por la gran Naturaleza, por los bosques despeinados, por las sonoras espesuras, por la ubérrima savia, por los surcos fecundos, por todo el verdor de acre efluvio.

Su carne sufrió, palideció con los miedos, enflaqueció con las fiebres, se arrugó con los fríos; pero ahora se encuentra reposada y sana, en las frescas vegetaciones, en los frutos coloridos, en la luz salvaje y vital del sol, en los átomos de la noche suave y estrellada.

Los que murieron podridos por las fiebres se deshicieron en el seno de la tierra fértil, fueron chupados por las raíces, y, confundidos con la savia, vuelven hacia el sol, en forma de frutos, de corolas, de ramajes ondulantes.

Los que murieron sobre las aguas del mar, se deshacen entre las verdes profundidades, entre las arenas, los corales, las conchas, las rocas, y vienen después, en forma de olas, a mecerse serenos al sol, o a tenderse de noche bajo el peso de la blandura que fluye de los astros, o de madrugada, cantando con crueldades de reinas y con dulzuras de santas, a mecer al pueblo de los pescadores, curtido y silencioso.

Los que mueren en los montes, los pastores contemplativos, son consumidos por el sol y quedan diluídos en la luz hierática de las estrellas, en los blandos vapores de las nubes, en las auroras: son los átomos de luz, serenos, fecundos, consoladores y purificadores.

Así, los muertos son felices.

Nosotros vivimos ruidosos y nocturnos, gruesos o pálidos, hambrien-

tos de materialidades, pisando las margaritas, perdidos en los deslumbramientos de la carne; celebramos las religiones, bosquejamos dioses, trazamos sociedades en el aire; y, nerviosos, desconsolados, iconoclastas, en medio de esta fuerte vitalidad—como un labrador que detiene la azada y se queda, muy pálido, pensando en la vejez sin pan ni lumbre—, estamos siempre persiguiendo nuestras alegrías luminosas y sonoras, para pensar, aterrados, en las frialdades lúgubres de la tumba.

Y, entre tanto, los muertos, que son los padres, las hermanas, las bien amadas, las madres, están por la Naturaleza, por los montes, por las aguas, por los astros, serenos e inmaculados. Y ¿por qué tememos la muerte? ¿Qué instinto tenebroso o sagrado nos hace amar tanto esta fórmula humana, estos cabellos, estos ojos, estos brazos rodeados de músculos? Los árboles, las florescencias, las hierbas, las hojas, son también formas de vida, santas y llenas de Dios. ¡Por todas partes, en las familias de las constelaciones, en los planetas, en los árboles, en las lívidas interioridades de la tierra, en las aguas, en los vapores, en los prados fecundos, se desliza la savia, el átomo santo, el alma universal! Por todas partes hay atracciones, amores, antagonismos, repulsiones, polarizaciones, alegrías, decoloraciones, pólens, alma, movimiento, vida. ¿Por qué ha de ser entonces esta forma, que tiene brazos y cabellos, y no aquélla, que tiene ramas y follaje?

La vitalidad es la misma, llena de los mismos instintos negros, sagrados, luminosos, bestiales, divinos.

Por eso los muertos son felices, porque están lejos de la forma humana, donde reside el mal; en la gran Naturaleza santa, donde está el bien; en la pureza, en la serenidad, en la fecundidad, en la fuerza.

Bienaventurados los que están bajo tierra, porque van hacia una transfiguración sagrada. Apenas caen sobre ellos las últimas paletadas de tierra y el canto de los sacerdotes, bárbaro y doliente, se pierde como el humo de los cirios, el cuerpo queda solo en la plenitud de la noche y del silencio, ante la gran vegetación hambrienta; él va a entregarse allí como pasto a las bocas siniestras de las raíces, se reblandece entre las humedades de la tierra y se deshace en podredumbre; entonces, las raíces comienzan a chupar y a comer; la podredumbre se convierte en savia; la savia sube por los troncos, se extiende por las ramas, palpita dentro del árbol, engruesa, fecunda, se redondea en las exuberancias de las yemas, se abre después en follajes, en florescencias y en frutos; y el cuerpo, transformado, ve otra vez el sol, las grandes polvaredas, y siente los rocíos, y oye las canciones de los pastores, y vive sereno, reposado, en la selva inmensa.

Y, entre tanto, junto a aquel cuerpo, que sufrió la metempsicosis del bien, fué enterrado otro, en un ataúd de plomo, entre piedra y cal, yerto y embalsamado. Entre la enorme palpitación difusa, mientras alrededor se va operando la lenta transformación de la simiente, donde ya están en germen las hojas, los troncos, los frutos, las flores, las ramas que más tarde el viento atormentará, entre las raíces fuertes y retorcidas de los arbustos, entre las oleadas de savia, entre las abundancias y las voluptuosidades creadoras de la tierra fecunda, el cadáver embalsamado allí está entero, yerto, rígido, feo, lívido. Envidia los átomos libres y sueltos que suben y bajan en el cruzamiento de las vitalidades, que se trasladan y escurren, como el grano de un saco, desde las consteIaciones y los cometas hasta las espumas de las fuentes; allí, arrebatado a la Naturaleza, no se puede disolver en la eterna materia fuerte; no volverá a ver el sol, las noches suavizadas por el rocío, los sollozos lascivos del mar... ¿Qué extraña fatalidad pesaba sobre él, que ni la muerte le ha libertado?

¡Oh! ¡Que podamos todos nosotros tener siempre en vida la religión del sol, de la belleza y de la armonía; movernos en la atmósfera serena del bien y de la libertad; tener el alma transparente y limpia, sin sombras de dioses y de tiranos; sentir el enlazamiento divino de los brazos de la bien amada, y, después, ¡oh Santa Naturaleza!, coge nuestros cuerpos para hacer de ellos árboles llenos de sombras y ramas resplandecientes!

Al menos, durante la vida, convivamos con la Naturaleza. Cuando entramos en un bosque, parece que la luz del sol, que fluye abundante y fecunda, llena todo nuestro interior, despertando allí, como hace en las madrugadas de mayo, los coros de pájaros; y luego hay un reposo sagrado, como si todas las iras, las amarguras, los desalientos, los terrores, se inclinasen con la misma humildad, al elevarse en el alma una hostia misteriosa.

Durante el día hay en los bosques una santa celebración; los árboles están serios como sacerdotes, las flores incensan, la luz del sol es el alba llameante y serena con que el bosque se viste; y él murmura un canto doliente y sacro, acompañado por los pájaros religiosos, y entre el ramaje se eleva una paz viva, fecunda y consoladora, como una hostia vaga; y al final de la misa, los árboles, balanceando sus ramas, parecen lanzar al pueblo inclinado de las plantas, de las hierbas, de los musgos, su magnífica bendición.

Pues bien: cuando pasamos entre esas celebraciones, tristes, humildes, purificados, entre el follaje que se recoge inquieto, en el seno del viento, salen hacia nosotros toda clase de voces, de salutaciones y de confidencias.

Son nuestros amados muertos que nos hablan; y entonces toda la materia tiende a elevarse, a deshacerse en vapores y rocíos, a irse a posar, con suavidad y dulzura, en los senos del follaje, que fueron ya senos amados...

Y, además, la Naturaleza tiene inmensos perdones y formidables reconciliaciones; todos los odios trágicos, todos los corazones feroces, se funden divinamente en la sagrada promiscuidad de la tierra. Ella no escoge; todo es bueno para ella: las raíces de las rosas pacen la podredumbre de los tiranos, y de los hombres que en la tierra ensangrentaron, destrozaron, profanaron, hace robles austeros y cedros religiosos.

Ella es más dulce que las religiones: en las Escrituras, Judas traiciona a Jesús, y, sin embargo, hace mucho tiempo que los dos cuerpos—el del hombre luminoso y el del hombre oscuro—están enlazados y disueltos en las mismas auroras y en las mismas corolas.

Ella acoge indiferente todos los ritos, todas las religiones: los mismos olivos que en Grecia ocultaban, serenos, las danzas desnudas de los ritos báquicos, llenas de ondulaciones lascivas, ocultaban después, agitados por un viento feroz, bajo la luz airada de las estrellas, al pobre Judas, gimiendo, arrastrándose entre las rocas y las zarzas, sudando sangre, clamando afligido en la noche de las agonías.

A la hora en que acabo estas líneas, va declinando el día; ahora, a lo lejos, en los campos, recuerdo que

está el sembrador erguido sobre los surcos, humilde y sereno, esparciendo el grano con gesto augusto; y me parece verle desde aquí, entre las transparencias lánguidas del anochecer, distribuyendo la vida: son los cuerpos de sus antepasados los que él esparce así por los surcos fecundantes; son ellos los que se convertirán en mieses y los que llenarán su granero; son ellos los que le dan de comer su carne y de beber su sangre. Sagradas transfiguraciones.

Así, pues, es en la Naturaleza donde debemos ir a buscar las constelaciones, a estremecernos con los amores muertos, a llorar en el seno de las maternidades pasadas. Es en la Naturaleza donde debe buscarse la religión, y no es en las hostias místicas donde está el cuerpo de Jesús, sino en las flores del naranjo.

LA PENINSULA

Ayer aún pensaba yo que nosotros, los peninsulares, no siempre hemos sido una nación reducida, de pequeñas tendencias, soñolienta, chata, fría, burguesa, llena de asombros y de servilismos; y que este viejo rincón de la tierra, lleno de árboles y de sol, ¡ha sido una patria fuerte, sana, viva, fecunda, hermosa, aventurera, épica!

¡Ah! Fué hace mucho tiempo...

Era en aquel tiempo en que Italia rodeaba a los Papas severos; en que miraban hacia el cielo las vírgenes del Dominiquino. Por aquel tiempo pasaba Europa por una honda transformación social. En Alemania, Lutero entraba en Worms, con un canto batallador, en nombre del espíritu y del alma. El Papado iba a fenecer. Era preciso que todo el Sur se agrupase en la cruzada católica.

Toda la rebelión de Lutero fué tomada, al principio, por uno de aquellos lentos suspiros alemanes que se perdían en el coro profano, luminoso y fuerte del Sur.

Se vió después que era la voz inmensa del alma del Norte, toda una Humanidad austera y vital que se movía, que venía a hablar, pensar, examinar, a rebelarse bajo el peso de la teocracia romana, de los Papas, de los emperadores, de las tiranías, de los sacerdocios.

Todo el Sur católico se estremeció: aquella rebelión surgía imprevista y rápida; algún día, la imperceptible y amplia Humanidad, cuando fuera, una madrugada, hacia sus adoraciones, podía encontrar la vieja Roma desierta, y, lejos, el catolicismo, desvaneciéndose con un son hierático de salmos y un colorido rojo de hogueras.

Era necesario salvar el Sur.

Italia habíase familiarizado con el cristianismo; habíase acostumbrado a las santas maceraciones de Jesús, a la transparencia ascética de las vírgenes; los renunciamientos y los miedos católicos ya no la inclinaban hacia el polvo. Ella, llena de sol, de músicas, de energías, empezaba a contemplar la Naturaleza, las grandes fecundidades, las vitalidades poderosas, las melodías movecizas de la carne.

Los viejos dioses de Grecia habíanse refugiado en el alma italiana; al principio estaban en el fondo como un leve recuerdo, transfigurados por el dolor, encogidos, sollozantes, miserables; después, lentamente, fueron apareciendo, se esparció un olor a ambrosía y un sonido de idilio; y sus cuerpos, sanos como astros, ocuparon, al fin, toda el alma italiana con danzas, derrame de néctares, palpitaciones de luz, divinos resplandores de vida.

Italia se había apartado de Dante y de las visiones devoradoras del infinito; y los pocos que se inclinaban sobre *La Divina Comedia*, no lo hacían para ver los castigos y los paraísos, sino para sentir las palpitaciones, que allí habían quedado, del alma de Florencia.

Italia seguía a Petrarca; pero en Petrarca había aún una religión y un misticismo: el amor, y la Laura de los *Sonetos*, como la Virgen mística, apresaba en las humillaciones religiosas a todos los caballeros del Sur. Italia, entonces, abandonó a Petrarca y rodeó a Ariosto, el aventurero, el jovial, el descreído, caballero y escarnecedor.

Entonces fué cuando se oyó la voz del Norte.

Todas las cortes católicas estaban dispersas, ociosas y enamoradas, riendo con el Aretino, escarneciendo brutalmente con el poeta Pulci, guiadas por Lorenzo de Médicis y por el cardenal Bembo, cantando a las estrellas, adorando a las violetas, riéndose de Fra Angélico, aclamando a Ticiano, cubiertas de sedas venecianas, con el pecho henchido de la religión del sol, de la música y de las noches profanas.

Fué entonces cuando se oyó la voz del Norte, el canto de Lutero. Todos los católicos corrieron instintivamente, rodearon a los Papas severos, Adriano VI, Clemente VII; cantaron los salmos y las misas de Marcelo, llenas de renacimientos ascéticos, y fueron siguiendo al Tasso, que volvía, apasionado y religioso, hacia Dante y hacia Dios.

Y el Papa siguió caminando, sereno y terrible, dejando las sombras de las mazmorras de *Galileo* y de *Campanella*, y, más lejos, el humo de las hogueras de Vanini y de *Giordano* Bruno.

Tal era la lucha entre el Norte y el Sur.

Ahora bien: durante esa lucha de las religiones y de las patrias, la Península, encogida en sus montañas, cubierta de sol, violenta, siniestro caballero de Dios, armaba las carabelas y los galeones hacia las costas desconocidas de las islas, de los continentes, de los cabos pavorosos. Nosotros, los peninsulares, aparecíamos ante las demás naciones como viejos lobos de mar, siempre sobre cubierta, curtidos, recios como calabrotes, sanos como el sol, ensordecidos por el clamor de los mares, llenos de leyendas, y perdidos a lo lejos, en las brumas terribles.

De cuando en cuando desembarcaba aquel pueblo, gritando que había descubierto un mundo, que allí quedaban infinitas multitudes, negras, bestiales y desnudas, bajo la bendición de los sacerdotes; allí mismo, sobre la arena, entre el rumor de las mareas, escribía la historia trágica de su viaje, y una madrugada, invadidos por la nostalgia del mar, partían de nuevo, radiantes y buenos, hacia la costa de las Indias.

Así era. Todos los años, aquella multitud inmensa de aventureros embarcaba en los galeones, entre salmos y coros; y ellos iban, silenciosos y ardientes, entre las sonoras infinitudes, los vientos penosos y los temblores del agua, hacia las nieblas inexploradas.

Iban en demanda de mundos, llevando a Dios dentro del pecho, bajo las augustas constelaciones, entre las tempestades, las rocas, los climas y las corrientes, en pie sobre cubierta, con las testas al aire, rodeando a un Cristo, cantando los salmos con el

coro de los huracanes, relucientes todos de armaduras y de divisas de amor, henchida el alma de altiveces de guerreadores y de dulzuras de apóstoles.

¡Iban como en una gloria y en nombre de Dios! Y cuando encontraban las hostilidades y los encrespamientos airados de los elementos, las opresiones infinitas del viento y de las aguas, alzaban las manos como para una excomunión, y gritaban, soberbios, a aquellos vientos y a aquellas marejadas, los versículos del Evangelio según San Juan.

Pero aquellos hombres, marineros y batalladores, eran historiadores y poetas. Escribían sus hazañas.

Las escribían entre los asaltos y las tempestades, en el combés de las carabelas, en los cabos tormentosos, en los bosques sagrados de la India, bajo las inmovilidades crudas de la luz; escribían cubiertos por las espumas, ennegrecidos por las humaredas, trémulos por las furias de las batallas. Por eso llenaban sus crónicas y sus poemas de una extraña prodigalidad de fuerza y de vida. Y sus diarios de a bordo tenían muchas veces la sencillez épica de Homero.

Pero ellos tenían también amores, celos, paternidades, pasiones, lirismos interiores, y las nostalgias de la patria nacían en aquellas almas como grandes azucenas que se abren dentro de un jarrón y lo colman.

De noche, en cubierta, envueltos en sus capas agujereadas, tendidos entre los cordajes, mecidos por las mareas, mientras los pilotos, silenciosos, seguían con los ojos los inmensos viajes de las estrellas, y todo el mar enorme se ablandaba como un seno cansado, narraban ellos en voz baja, juntas las cabezas, las historias de amores, los torneos, las aventuras, las serenatas y la vida de la patria.

Y escribían poemas, cantatas, sonetos, farsas, comedias y elegías.

Y para revestir el sentimiento fecundo, fuerte, lleno de sol y de mar, empleaban la forma popular.

Estaban lejos de Europa, de las plásticas de Italia, de los renacimientos griegos o romanos, de las antiguas formas rituales, de las culturas clásicas.

No conocían esto.

Pero se acordaban siempre de las cantigas de la patria, de las leyendas heroicas, de los romances populares, que habían oído por los campos, con que los viejos mecían a los nietos, que se cantan de noche, bajo las estrellas, en Sevilla y Granada, y que los mendigos entonaban por los viejos puentes de los godos y de los árabes. Porque el pueblo, en la Península, tenía una poesía, suya exclusivamente, que recitaba en los trabajos, con que adormecía a los hijos, en que se escarnecía a los alcaides y se celebraba a los héroes.

Hacía de aquella poesía un uso sagrado: era su consuelo, el gran lecho misterioso donde adormecía las tristezas; allí era donde buscaba confortaciones, recompensas y las ideas de patria.

En el Norte, la poesía popular fué la Invisible, que llevó de la mano a los trovadores, hijos de la gleba, hasta las chimeneas de los señoríos feudales; fué el primer suspiro de amor que los pobres poetas del populacho, místicos y sensuales, lanzaron hacia las blancas castellanas que vislumbraban en los torneos, cubiertas de pedrerías; o, pasando de noche, blancas, bajo las estrellas, por las altas terrazas; o entre los árboles, al atardecer, cuando las ojivas, llenas del sol oblicuo, están llameantes como mitras.

Y las castellanas abrieron los brazos hacia los poetas tristes, indolentes y rebosantes del paraíso. ¡Admirable influencia de la poesía, que produjo, por el amor, un renacimiento social!

Pero la poesía de la Península era únicamente del pueblo; era la epopeya austera del Cid, exterminador de moros, y de Bernardo del Carpio, exterminador de bárbaros. En la Península, el pueblo estaba bajo una condición especial; tenía una importancia en el estado fuerte, fecunda y soberbia; la Península había pasado los primeros años de su constitución en las luchas terribles del poderoso Mahoma y del Cristo místico; ahora lo popular de la Península no era un siervo, era un cristiano; consagrado por el bautismo, era una fuerza individual, que desplazaba y disolvía el elemento morisco, sensual y pujante.

Bajo la forma, pues, popular, aquellos guerreros y poetas que van adquiriendo hoy los vagos rasgos de la leyenda, escribieron sus poemas, sus cantatas, sus comedias y sus sonetos.

Entonces, toda la literatura peninsular tuvo una originalidad profunda, independiente de formas y ritos; el arte, el drama, la poesía, salen de las tradiciones meridionales; y esto, cuando por el resto de Europa todas las nacionalidades olvidaban sus tradiciones, su historia, su vieja alma, para envolverse en las formas antiguas. Era el Renacimiento. Entonces aparece el teatro español, original, caballeresco, enérgico, apasionado, lleno de palpitaciones salvajes, de lances religiosos; teatro donde la cruz es un personaje, donde hablan lacayos, héroes, santos, vientos, galeones; donde todas las formas de la vida se confunden: la risa, el llanto, la ironía, la sátira, el madrigal.

Después, una pintura mística y sensual; no es la espiritualización del alma: es más bien la inmortalización de la carne, inspirada en aquel misticismo español, que, bajo la influencia de la Naturaleza, del clima, de la política, de la raza, parece más lleno de las trágicas iras de Jehová que de las dulzuras de Jesús.

Luego, una música como la del *Dies iræ*, obra de los terribles dominicos: un poema de muerte, una de las mayores agonías del alma; música ascética y ardiente, donde la Naturaleza aparece trágica y desgreñada.

Un arte en que se retuercen todas las llamas del infierno, relumbran todas las pedrerías de los paraísos católicos, que parece una lucha trágica y cómica entre la vida y la muerte; una Iglesia llena de renunciamientos místicos, pero donde el misticismo parece más una desesperación de no poder saciarse de los bienes del mundo que una aspiración para poder hartar el alma en las contemplaciones divinas; una defensa del catolicismo, trágica y apasionada; un amor sublime a los despotismos y los sacerdocios; una confusión de emperadores y santos, de coronas de metal con coronas de luz; una vida superabundante; ascetismos feroces, donde el sentimiento más sobresaliente es el rencor.

Al mismo tiempo, una austeridad monástica en tiempo de guerra; carabelas que parten sin cartas ni derroteros, bajo las simples indicaciones de las estrellas; y, a veces, casi una reconciliación aparente del mahometismo con el cristianismo; una pasión avarienta por el dinero; el elemento de la intriga, que quiere intervenir en la política, viniendo a sustituir al elemento de la fuerza; combates caballerescos con la Europa vecina. Después, un sol ardiente, una sangre exigente, una soberbia encarnación; a lo lejos, América y las Indias, como un paraíso de oro, de metales y de soberanías.

Tal es el aspecto más general de España en vísperas del Renacimiento.

Es dramática aquella vida.

No sorprende por eso que la forma suprema de su arte fuese el drama.

En Portugal, no es éste rigurosamente el fondo del genio: hay más serenidad en la fuerza; el carácter portugués es más parecido al italiano; nuestros sabios, nuestros navegantes, nuestros descubridores, poseían más bien la lucidez de tiempos de Galileo que la fe de tiempos de Dante; las navegaciones son prudentes; por eso Portugal no resistió nada a la influencia italiana. El renacimiento de la antigüedad, la serenidad plástica, la frialdad clásica, se aclimatan en España, pero con dolor y lucha: fué necesario que España no creyese ya en su epopeya caballeresca y que Cervantes empezase a hacer trotar, por los caminos, al flaco Don Quijote.

En Portugal, no; el genio antiguo se aclimató, incluso se transformó; perdió el elemento vital y fecundo y le quedó el elemento retórico.

¡Oh Arcadia! ¡Oh mozos pastoriles y burgueses! ¡Oh clásicos!

EL "MIANTONOMAH"

Hace doscientos años, unos cuantos calvinistas desterrados fletaron un barco en la Holanda húmeda y ubérrima, y, bajo el equinoccio y los grandes vientos, miserables, austeros, llevando una Biblia, partieron hacia las costas de América.

Doscientos años después, aquellos hombres que habían marchado solitarios en un barco podrido por las marejadas, esparcieron una escuadra épica por el Mediterráneo, por el Pacífico, por el mar de las Indias, por el Atlántico, por los mares del Norte.

Aquella colonia de desterrados, que lloraban de frío, hambrientos, desharrapados, que dormían bajo las humedades del aire envueltos en una capa andrajosa, es hoy América del Norte, los Estados Unidos.

América del Norte significa trabajo, fe, heroísmo industrial, capital, fuerza y materia.

Ultimamente veía yo el *Miantonomah*, siniestro y negro cazador de escuadras; es la imagen completa de América, frío, sereno, satisfecho, material y lleno de fuegos, de estruendos, de maquinarias, de fuerzas y de fulminaciones.

Eso es lo que amedrenta en ese navío: la frialdad y la fuerza.

Representa él la conciencia soberbia de la fuerza y de la industria, los grandes orgullos del cálculo; desprecia las iras y las hostilidades de los elementos; debe atravesar el Pacífico, el Océano Indico, el Mediterráneo, los grandes desvaríos del agua, los vientos inmensos, las rocas bruscamente aparecidas, las pérfidas nieblas, los equinoccios, las trombas, las corrientes, los magnetismos, las electricidades, todo el vil populacho de las tempestades. Mientras todos los navíos se preparan—cordajes, velámenes, arboladuras, complicaciones y resistencias de fuerzas, toda la combinación ingeniosa de lona y calabrotes, que transforma las hostilidades en defensas—, él, el *Miantonomah*, se contenta con una tabla lisa.

En tiempo de combate se precaven los almirantes y los caudillos; un hormiguero de morteros, de bombas, de granadas; metrallas, hachas, el arsenal refulgente de los abordajes; a él le basta con una muralla de hierro.

El viento es temido. En las vastas soledades azules, él es el lobo siniestro que anda rondando y aullando, a la caza de los navíos; celebra con el agua extrañas nupcias feroces; extermina, cantando con alegrías bárbaras; desgarra las nubes, persigue y deshace las lluvias, silbando contento; en algunos mares del Norte, cuando él sopla, las estrellas aumentan su temblor; pero el gran horror del viento es que ataca con el peso, con la violencia, con la fuerza, y se defiende con la esfumación.

El *Miantonomah* es así: ataca serenamente, con enormes violencias, con trágicas fulminaciones, y se defiende con la impasibilidad y casi con la esfumación.

En la lucha de las escuadras, en medio de las descargas, de las andanadas llameantes, entre los terribles fulgores del fuego y los fantasmas del humo, y las efervescencias del agua, él pasa, suelta su enorme fulminación, despedaza, deshace, dispersa y continúa lento, frío, impasible, mudo, tenebroso, cubierto de hierro.

No teme al mar; los otros navíos levantan enormes amuradas para contener el encrespamiento de la ola; las forran de cobre, las erizan de clavos. El *Miantonomah*, no; considera la demencia del mar un perjuicio; corta la amurada y deja el combés liso, a ras del agua; satisface la vieja curiosidad de la ola, y, por misericordia, le da hospitalidad. Y para que el mar tenga algo que deshacer, que triturar, que roer, le da, por compasión, una barandilla de astiles de hierro mohoso y unos pedazos de cuerda podrida. Y el mar entra, desesperado, mugiendo, y lame el suelo del navío americano; abajo, en las literas, cómodos y perezosos, los marineros dicen: «Ahí está el mar, barriendo y baldeando la cubierta.» Y, en efecto, el viejo Océano de los diluvios hace, realiza humildemente, el servicio de los últimos grumetes.

Arriba, en la superficie del agua, están el viento, las espumas, las nieblas, las lluvias, las trombas; él, aburrido, se aparta de esa pandilla miserable y va a investigar el fondo de las aguas, las vegetaciones fantásticas, la región de los corales, las cavernas tenebrosas, las purezas infinitas de la transparencia, todo ese mundo submarino de que los viejos navegantes hablaban, persignándose con religioso terror; con la enorme quilla de hierro, él brutaliza esas virginidades del mar; abajo, la tripulación nada sabe de las tempestades; en vano ruge el mar, se retuerce y desencadena el juego fulminante de las olas, y azota el combés del navío con el ruido de mil carros de guerra; los marineros, abajo, ríen, cantan, se balancean, bruñen los aceros de la maquinaria, fuman sus pipas y leen la Biblia, serenos.

Como no hay arboladura, ni velamen, ni cordajes, ni todo ese amontonamiento confuso de calabrotes y de lonas, la toldilla, abierta, está henchida de aire y de luz, y durante los viajes es un albergue de algas, de conchas, de espumas, de aves marinas.

Dentro están las máquinas, las fuerzas; los motores trabajan solitarios, con voces, impaciencias, perezas, fríamente, como las fatalidades de la materia. Al cruzar los espacios oscuros, se ve el frío rebrillar de los aceros y los cobres luminosos. Después están las hogueras llameantes, que dan vida a las maquinarias, rojas como corazones sobrenaturales. El aire es bajado por máquinas respiratorias, pulmones terribles, y un viento general, fecundo, benéfico, corre constantemente por toda la negra panza. Se crean así libremente las temperaturas: fríos mordientes, pesados calores y frescuras de las

mañanas del Sur. En sus viajes por el mundo, ese navío desmiente, cuando quiere, los climas y las temperaturas.

Pues bien: sobre ese negro navío, sobre las frías maquinarias, esas fuerzas del vapor, esas hogueras terribles, en el combés, entre las negras torres, al aire libre, al libre sol, alegre, glorioso, gordo, revoloteando en su jaula, canta un canario.

Tal es el *Miantonomah*, navío de guerra de América del Norte.

Nosotros vislumbramos a América como una oficina sombría, sonora y resplandeciente perdida a lo largo de los mares.

La vemos así: movimientos inmensos de capital; adoración única y exclusiva del dios Dólar; superabundancia de vida, exageración de medios, violento predominio del individualismo; gran sentido práctico, atmósfera densa de positivismos estériles; una fiebre casi dolorosa del movimiento industrial; aprovechamiento avaro de todas las fuerzas; desprecio sumo por los territorios; preocupación exclusiva por lo útil y lo económico; doctrinas de una filosofía y de una moral egoísta y mercantil; todo el pensamiento impregnado de esa influencia; una fría libertad de costumbres; una sociedad artificial y brusca; un dominio terrible de la burguesía; movimientos, construcciones, maquinarias, fábricas, colonizaciones, exportaciones colosales, fuerzas extraordinarias; acumulación inmensa de industrias, escuadras terribles; una extraña diseminación de diarios, panfletos, gacetas, revistas; un lujo excesivo, y, finalmente, un profundo tedio por el vacío que deja en el alma la adoración del dios Dólar. Así vislumbramos a América, a lo lejos, como una estación entre Europa y Asia, abierta al Atlántico y al Pacífico, con una bella costa de navegación llena de ensenadas, bañada por grandes lagos, con sus grandes ríos, que corren entre las tierras, los cultivos, las fábricas, las plantaciones, los ingenios, y, después, una Naturaleza vigorosa, fecunda, escogida, desapareciendo entre las industrias, las humaredas de las fábricas, las construcciones, las maquinarias, como la hierba de una fértil campiña desaparece bajo un amontonamiento tumultuoso de multitudes.

La vida de América del Norte es casi un paroxismo.

Representa, evidentemente, una gran fuerza, una vitalidad enorme, superabundante. Pero ¿será ésta la vida ideal, fecunda, la vida del porvenir?

Todos los días dicen a Europa: «Mirad hacia los Estados Unidos; allí está el ideal liberal, democrático, y, sobre todo, la gran cuestión: el ideal económico.»

Pero América consagra la doctrina egoísta de Monroe, por la cual una nacionalidad se recoge en su geografía y en su vitalidad, lejos de otras patrias; olvida sus antiguas tradiciones democráticas y las ideas generales para perderse en el movimiento de las industrias y de las mercancías; alíase con Rusia. La raza sajona va ignorando las grandes facetas de su destino; se envuelve estrechamente en los egoísmos políticos y en las preocupaciones mercantiles; piensa en conquistas y en expansiones territoriales; subordina el elemento grandioso y divino al elemento positivo y egoísta; y la gran figura sideral del derecho, a las fábricas que humean negramente.

Una de las inferioridades de América es la falta de ciencias filosóficas, de ciencias históricas, de ciencias sociales.

La nación que no tiene sabios, grandes críticos, analistas, filósofos, reconstructores, ásperos buscadores

del ideal, no puede pesar mucho en el mundo político, como tampoco puede pesar mucho en el mundo moral.

Mientras la superioridad fué de los que combatían, de los que lanzaban grandes masas de caballería, de los que aparecían rutilantes entre la metralla, dominó el Oriente, moreno y resplandeciente. Cuando la superioridad fué de los que pensaban, descubrían sistemas, civilizaciones, de los que estudiaban la tierra, los astros y creaban la geología, la astronomía, la filosofía, el Oriente decayó, mísero y rastrero.

Hay, sobre todo, en América, un profundo abandono de las ciencias históricas. ¡Inferioridad! Las ciencias históricas son la base fecunda de las ciencias sociales.

Es la superioridad de Europa; bajo la misma apariencia de fiebre industrial, hay una generación fuerte, grave, ideal, que está construyendo la nueva Humanidad sobre el derecho, la razón y la justicia.

Nuestro mundo europeo es también un extraño amontonamiento de contrastes y destinos; es una época, ésta, anormal, en que se encuentran todas las florescencias fecundas y todas las viejas podredumbres; políticas superficiales y grandes fanatismos de ideas; un desahogo de las conciencias libres y la tiranía de los viejos ritos; diplomacias pacíficas y transigentes, y un espíritu bélico sordo, encendido y llameante; territorios violentados y conquistados, y el aniquilamiento por la historia y la filosofía de los conquistadores y los héroes; restos de influencias monárquicas, entre explosiones de individualismo revolucionario; humanitarismo unido al más áspero egoísmo; un horrible caos de contradicciones, y, por encima, triunfal y soberbia, la industria, entre las músicas de los metales, las arquitecturas de las Bolsas, reluciente, brillante, colorida, sonora, mientras pasa en el viento su eterno sueño, que son fortunas, imperios, fiestas, empresas colosales.

Pero, en la parte inferior, bajo la confusión, sereno, fecundo, fuerte, bueno, libre, se mueve en germen un nuevo mundo, el mundo de la justicia social y económica. Este germen es del que, a mi juicio, carece América. Porque toda la América económica se explica con esta fórmula: feudalismo industrial.

Se dice que en América hay un constante aumento de tráfico, de ingresos, de riquezas; hay aumento, pero no hay justa distribución. La riqueza se amontona en provecho de la alta finanza, con detrimento de las pequeñas industrias.

Mientras en el orden económico no haya un equilibrio exacto de fuerzas, de producción, de salarios, de trabajos, de beneficios, de impuestos, habrá una aristocracia financiera que crece, engorda, se hincha, y, al mismo tiempo, una democracia de proletarios que enflaquece, acaba y se disipa entre miserias; y como el desequilibrio no cesa, no cesan tampoco esas terribles desigualdades.

Pero el gran mal del predominio exclusivo de la industria es éste: el trabajo, por la repugnancia que provoca, por la absorción completa de toda la vitalidad física, por el aniquilamiento y la destrucción de la savia material, por la libertad en que deja a las facultades de concepción; por eso mismo, sobreexcita el espíritu, extiende los ideales, abre grandes vacíos en el alma, complica las necesidades, hace insoportable la pobreza; en las grandes democracias industriales, donde las posiciones se obtienen por la perseverancia y se conquistan con la habilidad, donde hay mil motores—la ambición, la envidia, la esperanza, el deseo—, el cerebro queda anulado, crea sueños, ambicio-

nes, necesidades imposibles; el *querer llegar* se convierte en una verdadera dolencia del alma; se exageran los medios, y toda la savia moral se altera y se deforma.

Es lo que está sucediendo en América; bajo la aparente frialdad, se agita todo un mundo terrible de deseos, de desesperanzas, de violentas voluntades, de aspiraciones neurálgicas.

Además, como en medio de las industrias ruidosas y absorbentes quedan muchas amarguras por endulzar, muchas angustias por serenar, muchas hambres que saciar, muchas ignorancias por iluminar, todo eso se yergue terrible en medio de la fiebre social, y la hace más peligrosa. Londres muestra hoy el aspecto de esa lucha. De suerte que el trabajo incesante, enorme, irrita y exagera el deseo de las riquezas, agita el cerebro, sobreexcita la sensibilidad; la población crece, la concurrencia es áspera, las necesidades descomedidas, infinitas las complicaciones económicas, y ahí está siempre entre riesgos la vida social. Entre riesgos, porque se origina la lucha de los intereses, la guerra de clases, el asalto de la propiedad, y, por último, las revoluciones políticas. ¡Y, sin embargo, la libertad de América parece tan confiada, tan firme, tan satisfecha!

¡Pero existe una fuerza fecunda en los Estados Unidos! Hace poco aún dieron el ejemplo glorioso de una nación que abandona sus positivismos, su industria, su egoísmo, su profundo interés, y arma ejércitos, escuadras, derrocha millones y va a combatir por una idea, por una abstracción, por un principio, por la justicia.

El Sur quería mantener la esclavitud; el esclavo que trabaje, que cultive, que produzca, que sude, que muera bajo la fuerza metálica, cruel y siniestra del clima y del sol. Pues bien: el Norte quiere la libertad, el amor entre razas, y combate ¡por la libertad, por la legalidad, por el derecho! Y deshace los ejércitos de Virginia.

Estas cosas me vinieron a la memoria hace días, al visitar el *Miantonomah*, fondeado en nuestro Tajo.

MISTICISMO HUMORISTICO

Volví. Es ahora cuando las currucas emigran.

Anduve por los campos, respirando este aire desfalleciente del invierno otoñal.

Ahora el azul aparece indolentemente bello. Tiene casi una irónica serenidad. Es el azul intenso, frío, triunfante. Tiene luz, belleza, fuerza, inefabilidad. Ahora la luz enternecida de los campos se arrastra sobre las grandes aguas quietas y pálidas, donde el viento revuelve y esparce la agonía de las hojas.

Cuando volvía vi una casita blanqueada, escondida entre las bendiciones indolentes de los árboles. Tenía la serena quietud de quien ha oído secretos extáticos, y era triste y religiosa como la entrada amarillenta de un convento católico. Había un fino arroyuelo que producía claros murmullos, y era como el acompañamiento natural y melódico de una égloga latina. Entre los árboles había un banco solitario, que el musgo iba cubriendo. En las plantas, en las clemátides, en las enredaderas que lo rodeaban, sonaba un rumor como de voces lejanas que contaban dichas

perdidas. La piedra oscura y mojada del banco tenía la tristeza de las losas del cementerio, bajo la luz consoladora, purificadora y blanca que cae de los cielos otoñales.

Ahora, sobre aquel banco, duerme extendida la gran luz del sol, y por la noche la de la luna, porque ya no hay en esa casa enamorados contemplativos que vengan de noche o a la siesta a despertar, para poder sentarse allí, esos durmientes de luz. Esa casa abandonada trae el recuerdo de amores místicos; y cuando se ve la luz doliente del anochecer, hace subir del corazón como un sabor de besos antiguos y olvidados.

Los árboles erguían, en actitudes violentas y proféticas, sus desnudos brazos, arrugados, suplicantes, hacia el frío azul, esperando, en el entumecimiento y la violenta fermentación de las savias. Las ramas, frías y nítidas, dejaban pasar indiferentes, sin detenerlas, sin acariciarlas, las blandas desnudeces de las nubes.

Toda la Naturaleza, en la época de los fríos, está impasible y soñolienta.

*

Pasé por un cementerio. Estaba un sepulturero abriendo tumbas. Tenía un rostro inerte y animal. La luz se desvanecía, y una estrella que se llama Venus brillaba, metálica, ardiente, deseosa, rutilante, tras un fondo siniestro de enramadas.

El sepulturero es un sembrador. Siembra cuerpos. Aunque no tiene la esperanza ni el amor de las cosechas. ¿Quién sabe si los cuerpos que se arrojan a la fosa se abren allá arriba, en mieses divinas, de las que nosotros sólo vemos las raíces, que son las estrellas? Pero no. El alma muere. El cuerpo revive y se disipa en la materia enorme.

Es en el alma donde se hallan las malas voluntades, los negros remordimientos, las laceraciones del mal: el cuerpo desciende libre, joven y sano hacia las exuberancias limosas de las tumbas.

Cuando llega el último frío, odios, amores, tristezas, envidias, melancolías, deseos, todos cansados de las luchas de la vida, dicen a la Naturaleza como gladiadores vencidos: *¡Los que van a morir te saludan!* Y mueren.

La vida y su tormento son absorbidos en la insensibilidad de la Naturaleza, en el silencio perpetuo, en la fuerza fatal y ciega. Y la materia va por los aires, por los llanos, se ablanda en las sombras, se vivifica en los rayos claros, es roca, floresta, torrente, flúido, vapor, ruido, movimiento, estremecimiento confuso del cuerpo de Cibeles; y la materia percibe la vida universal, la palpitación del átomo debajo de la forma, se siente bañada por las suaves claridades y por el olor de los henos, e impelida hacia la luz magnética de los astros y dislacerada en los ásperos movimientos de la tierra. La materia tiene la conciencia augusta de su vitalidad.

Y así, bajo tu impasibilidad, ¡hay una angustia inmensa, una vida ardiente, implacable, un arma terrible, oh formidable Naturaleza!

Caía la noche: caía de arriba una claridad lechosa; gravitaba un austero y lento silencio; la amplia blancura celeste era gloriosa; los pastores bajaban con los rebaños lentos, balando; había en el aire una bondad indefinida, una virtud flúida: recordaba yo los Elíseos olímpicos y mitológicos, donde, en la claridad, pasan las sombras heroicas, serenas, blancas, leves, impulsadas por un viento divino. ¡Claridades sin sol!

Iba yo escuchando los pasos de la dulce noche, que venía caminando.

Me iba hundiendo en el tedio, como un navío destrozado en una marea de equinoccio. Henchíanme el alma blancos crepúsculos. Entré en la gran arboleda negra. A aquellas horas, los linfáticos, los inocentes, los místicos, encuentran en las arboledas languideces y elevaciones ascéticas. Pero yo temblaba entre el ramaje inquieto como un mar, misterioso como un firmamento; temblaba como un hombre miedoso que viera levantarse un muerto. Toda aquella negra decoración de ramas retorcidas, de follajes lívidos, de silencios, me llenaba de un terror profundo y trivial. La luz desvanecida y transfiguradora del ocaso daba a los troncos un extraño aspecto de luchadores, venidos de la sangre y de los incendios; las campanas distantes eran como voces indefinidas de miseria y de dolor.

Pasaba un viento incesante y perseguidor. Volaban los buhos, y las aguas sonoras eran como voces vengativas y trágicas. La luna, entorpecida, pasaba por detrás del enrejado de ramas. El viento era ronco y lento como un rumor de rezos católicos. Y el graznido lento y arrastrado de los cuervos parecía una letanía sacerdotal bárbara. Los árboles dolientes crujían bajo el viento invernal; el aire estaba diáfano, lechoso y fúnebre. Las estrellas que surgían tenían la mirada penetrante.

Llegué a la posada. Abajo, en el hogar, un débil fuego lamía el hollín. La luz de mi cuarto tenía la lividez de los cirios, y el espejo unos reflejos pálidos, como de sombras mitológicas que pasaban. Oíanse los lobos.

Recordé entonces otras noches claras, suaves, lentas, en que el cielo difundía somnolencias; entonces también iba entre los árboles, y oía ondas sonoras de canciones que el viento hacía vibrar a través de la bruma, entre el acre olor de las florescencias. Aquellas voces eran dulces, santas, brotadas de cristales, como veladas por la luz lunar. Parecían como claridades sonoras de estrellas. Era una multitud de formas divinas que así cantaban, divinidades fantásticas, *wilas*, ninfas, peris, hadas que pasaban ligeras sin despertar las ramas dormidas. Aquellas celestes desnudeces, hijas del fuego, flores del mal, olas del aire, se entrelazaban, danzando en las tinieblas que los centelleos estelares surcaban de palideces. En medio de las nieblas humanas hacían ellas resplandecer ante los ojos las visiones paradisíacas, las criaturas siderales de lánguidos misticismos. Se movían en aquellos abrazos, blancas y rubias, llenas de lirismo, con los pies rojos y doloridos de haber pisado auroras; iban posándose en los jacintos, en los mirtos, en las rosas agrestes llenas de sangre radiante; iban rodando sobre la blancura sollozante de los lirios, y su voz triste ascendía entre el azul lechoso hacia la luna llorosa.

*

Cuando así estaba en el cuarto de aquella posada, inerte como una momia, pensando en esas cosas, vi de repente, a través de los cristales, aparecer la luna.

Pero no era aquella pura e inmaculada luna color ópalo, que derrama blancuras, como si a través del azul cayesen lirios. Era una luna metálica, fría, hostil, material, como una moneda de oro nueva.

Se me aparecía mortuoria y lívida, como una sombra fenecida que se yergue en las verjas de un atrio. Y su mirada, penetrante y rápida, estaba llena de mis agonías.

En aquella posada encontré a un amigo, antiguo camarada, que se había dedicado a saltimbanqui.

Hizo bien. Cansado de los pedantes, de los burgueses de vientres mercantiles, de los imbéciles ahogados en gordura, se hizo saltimbanqui, y vive entre los payasos. Representa farsas cubierto de harapos brillantes, se traga sables, baila repleto de vino, como un Sileno. Duerme en una capa andrajosa, con la nuca sobre un tambor, al fresco de las estrellas y bajo la bondad de las lunas.

A veces, tiene frío y hambre, y se hiela en unos calzones hechos de terciopelo y galoneados de oro. Anda errante de pueblo en pueblo, y el populacho del fango le admira, ceñido con su diadema de brillante metal. Danza sobre la cuerda floja, y sus gestos y su musculatura hacen sollozar de deseo a las gitanas y a las brujas. ¿Qué le importan las grandezas y los materialismos felices?

El tiene a la multitud extática y arrobada en los giros de sus zapatos. Y tiene una bien amada de trenzas tan largas como las ramas de un sauce llorón, rizadas y espesas como negros penachos de voluptuosidad; y su cabeza posee un reflejo de luna, de mármol y de espejo; y tiene un bello seno de formas bárbaras.

El brinca de noche en el circo iluminado, mientras las currucas cantan en los cañaverales. Hace girar veinte puñales agudos alrededor de su cabeza, en un círculo puro y sonoro. Ya la multitud, un día, viendo aquella diadema terrible y rutilante, y al santimbanqui impasible, serio, enharinado, bajo aquella corona de luz, ¡le toma por un ídolo y le iguala a los dioses!

El, mi saltimbanqui, tiene el alma de oro y el corazón de diamante; y se ríe, se ríe, cuando el viento resuena como flauta de invierno, y, con la música de las lechuzas y de las olas, las estrellas danzan.

La miseria le está cavando la tumba. Un día, abandonado por la bien amada, morirá, sin pan, sin luz, sin calor, sin oraciones y sin sol. Y no sufrirá más. Vió durante su vida un pueblo entero inclinado, aplaudiendo, bajo la suela de sus borceguíes. Los tambores y los clarinetes tocaron el día mejor del saltimbanqui, el día en que murió: ¡tocaron su mejor día los triángulos, los timbales, los clarinetes, los tambores!

Todas estas cosas parecen sueños. Pero ¿qué es el sueño? ¿Qué son las visiones? Son las actitudes fantásticas y desordenadas que la sombra da a las verdades. Ya pensaba así el poeta Li-Tai-Pé, que escribía sobre las cosas santas de China, entre porcelanas y lacas, envuelto en el aroma de los nenúfares, ¡vestido de sedas amarillas, perfumado de sándalo, dulce, contemplativo, blanco, ante un jarrón de margaritas!

EL MILANO

Un día, un hombre entró en una casa derruída. En el portal había una hornacina con un santo de piedra que leía una Biblia, también de piedra. Alrededor, al borde de los tejados, en las grietas de las piedras, junto a la hornacina, había hierbas húmedas y verdes, y nidos de golondrinas. El santo tenía siempre sus párpados de piedra bajados sobre el libro sagrado. Pasaban las cabalgatas, los entierros silenciosos, las bodas, los cortejos, la pompa de los regimientos, y el santo leía atentamente su libro de piedra.

Venían ante él a danzar saltimban-

quis, pasaban las frescas serenatas, acudían de los montes rebaños y segadoras; el santo tenía sus ojos de piedra sobre las páginas inertes. Las devotas, lentas y desfallecidas, le besaban los pies descalzos; los hombres, severos, le saludaban; los niños le miraban con sus grandes ojos inanimados; los perros ladraban a su calva: el santo, inclinado, seguía al espíritu de Dios entre las letras del libro.

Pasaban los fardos, los mercaderes despojados por la industria, los poetas lánguidos que desfallecen en las cancionetas, los histriones que cantan en los tablados, mujeres más preciosas que el ámbar, los sabios, los mendigos, las virtuosas y las melodramáticas: y el santo leía su libro profético.

Y las torres gloriosas, las banderas, los cipreses—aves del follaje—, y los hombres se preguntaban: «¿Qué lee con tanta atención ese santo, que ni siquiera nos mira?» Y los torrentes que pasan murmurando decían: «¿Qué lee con tanta devoción ese santo, que ni siquiera nos escucha?»

Y el santo leía así. De noche, cuando las banderas se caen de sueño, cuando los hombres están repletos de comida y de inercia, la luna, que al despuntar es material y metálica como una moneda nueva de oro, aparece después, en la suavidad azul, tan pura, tan casta, tan inmaculada, tan consoladora, como una llaga de Cristo por donde se le viese el alma. A esas horas, un niño tan pobre y tan desharrapado como el antiguo pastor Don Juan venía a tenderse junto a la hornacina del santo. Y entonces, el santo apartaba un poco el libro, y toda la noche permanecía cubriendo con la gran luz de sus ojos a aquella criatura miserable, dormida sobre las losas.

Después, los planetas, la luna, la noche, seguían su viaje inmenso hacia el Oeste, y por el Oriente se iniciaba una claridad: eran las vacilaciones de la luz del día, temerosa de tener que descender a las miserias humanas.

Las banderas estaban aún desfallecidas, soñaban los árboles, la ciudad dormía como antaño Sodoma. Despertaban entonces las golondrinas. Revoloteaban gloriosas, chillando, y venían ansiosamente, en un tumulto, a posarse en la hornacina.

Las golondrinas conocían las intimidades y las confidencias del santo.

Ahora, el viento que pasa por los campos y por las eras viene cargado de grano y de simiente; la lluvia cae brillante y fresca. El santo recogía la lluvia en los pliegues de su manto, y los granos en las páginas del libro. Y las golondrinas, cuando acudían a la hornacina, bebían en el manto del bienaventurado y comían sobre la Biblia de Dios. Y mientras comían y bebían, gritaban, rozaban con las alas las barbas del santo, se besaban en su boca, anidaban entre sus brazos, le cubrían por entero, y el sol, cuando llegaba, se quedaba maravillado viendo a aquel pobre santo de piedra, que él no conocía del Paraíso, ¡con los pies entre las hierbas verdes, riendo, sereno, bajo la luz inmensa, y todo vestido de alas!

*

El hombre entró en la casa derruída y fué, entre piedras verdosas, grandes humedades goteantes, maderos podridos, muros leprosos de musgo, escaleras miserables, hasta un salón enorme, oscuro y trágico, y tan alto de techo, que, sin querer, la mirada buscaba las constelaciones en aquella sombra.

Al fondo del salón había un gran crucifijo de madera. Sobre la cabeza magullada del Cristo, las vigas podridas del techo abrían una ancha grieta. Por allí entraba la lluvia y le escurría por el pelo como el antiguo sudor del Jardín de los Olivos; entraba el granizo y le magullaba como las piedras de la pasión; entraba el sol a iluminarle, como la tea de Judas, y entraba también la luna a hacerle más lívido, como en aquella noche en que El, después de haber visto a gentes llorosas bajar hacia Jerusalén, sintió posarse en su cruz un ruiseñor que cantó toda la noche. Sobre la cabeza y sobre los brazos de Cristo había telarañas; abajo, los ratones roían su cruz.

Entonces, el hombre sintió que aquel seno constelado y aquella boca de donde brotó la revelación del amor, del perdón y del alma, tenían el polvo, la podredumbre, la cal y los bichos; y que si un día Cristo, viendo al hombre afligido y miserable, le arrancó el mal del alma, era natural que el hombre, al encontrar a Cristo abandonado, profanado y roído, le quitase las arañas de la cabeza. Pero cuando iba a limpiar la imagen, vió, sobre la cruz, junto a la mano clavada, un enorme milano. El hombre quiso apartar con las manos al milano. Y el ave, entonces, con la antigua voz de los animales bíblicos, del *Apocalipsis* y de los libros de los profetas, dijo sordamente: «¡Hombre, deja tranquila la cruz!»

A través de las grietas se veían los astros sagrados. Y el milano, agitando las alas, decía:

«¡Deja la cruz, déjala! No temas que se pudra. Allá arriba lucen ahora estrellas, soles, planetas, centelleos, carbunclos. Es el polvo de los dioses difuntos. Todos fenecieron, histriones ensangrentados, y su farsa terminó en destierros.

»Murieron viejos, expulsados, hambrientos y desnudos.

»Este quedó solitario, iluminando. Perdonó mientras los otros luchaban, amó mientras los otros lloraban; por eso perdura mientras los otros pasan. Déjale. Esta cruz, que es de madera, vale tanto como las que allá arriba forman los rayos de los astros, o en el silencio de los mirtos dos miradas bien amadas.

»Deja las arañas, el polvo, la cal, los bichos, la nieve, la helada, la podredumbre. Bien puede El entregar su cuerpo de madera a las arañas, puesto que os dió a vosotros su cuerpo de carne, a vosotros que claváis con la misma risa y la misma indiferencia los murciélagos en lo alto de las ventanas y a Cristo en lo alto de los montes; a vosotros, que venís a limpiar los cabellos de madera después de haberle arrancado los cabellos de verdad; a vosotros, que queréis lavar las manchas que tiene en el pecho, y no veis las inmundicias que tenéis en el alma. Todo cuanto El creó: el amor, el ideal el perdón, la fe, el pudor, la religión, Dios, todo aquel evangelio de la vida nueva, anda por el mundo tan desterrado, tan lleno de bichos, tan inmundo como el pecho de esta imagen antigua. La materia, el impudor, el rudo apetito, el odio, el envilecimiento, el tráfico, la miseria y la pena, ¡andan ensuciando tu alma, oh hombre, como las arañas ensucian la cabeza de este Cristo! ¡Y no notáis, y no veis, sobre los espíritus y sobre los corazones, sobre las conciencias, el polvo, la cal, la carcoma, los ratones y los gusanos!

»¡Sí, es cierto! Todo es magnífico y saludable, y está bañado de sol. Las ciudades son limpias y blanqueadas: sólo las conciencias tienen manchas. Las plazas están muy iluminadas: sólo los corazones están oscuros; los muelles están aireados: sólo están ahogados los espíritus; los cuerpos están sanos: son, únicamente, las almas las que están desnudas, miserables y leprosas. Además, tenéis la risa, la farsa, los paraísos artificiales, ¡las arcas venales y

también la frialdad de la tumba! ¡Oh amigos íntimos de los gusanos, cómo cuidáis del cuerpo, lo laváis, lo suavizáis y lo engordáis para oscuro pasto de las tumbas!

»Hombre: ¿qué has hecho de tu alma? Al principio no era conocida, después fué vendida y luego escarnecida; tú, recientemente, juzgaste mejor matarla, ¡aunque no ciertamente de cansancio con viajes hacia Dios! La entregaste para que despedazase la negra jauría del mal. En compensación, conservaste el cuerpo: para éste, una religión, un refugio fuerte como el sol, los siete sellos de la ley y la escolta de los regimientos. Este es el sagrado, el inmaculado, el pontifical, el victorioso. Se prohibe a Dios que le toque. Dará éste, palacios, cortejos, serrallos, telas, pedrerías, el sol y la iluminación de los astros. Para él, la inviolabilidad. ¡*No matarás!*

»Empezaron entonces las cruces a quedar desiertas, los cepos a llenarse de musgo, las horcas a pudrirse en los caminos. Nosotros, los milanos, y nuestros camaradas, los buitres, para quienes ya no había cuerpos en los despeñaderos, ladrones amoratados por la soga, ahogados deformes, abandonamos los elevados montes y los ríos, las amplias tradiciones de la sangre, y tuvimos, para vivir, que aceptar, como los capones, la domesticidad en los parques resplandecientes, ¡o fuimos exhibiéndonos ante los imbéciles por las ferias, en una jaula! Y las aves nocturnas, después de haber visto la inmensa Naturaleza, los gemidos del viento, las nupcias del mar, de haber luchado en las tempestades e insultado a las estrellas, ¡vienen, modestamente, a comer unos bichitos en el portal de los burgueses! Yo, que había estado entre la fuerza, quise, al menos, quedar entre la gracia; y después de haber vivido en la noche de Dios, ¡quise, al menos, morir en la madrugada de Jesús! Y, entre tanto, el alma muere aplastada y solitaria, y la gran vida moderna, la vida del sol, de la música, de los metales, marcha entre fulguraciones, pisando y escupiendo sobre esa cosa miserable. ¡Y aún está caliente la sangre de Jesús!

»Hombre, ¿qué has hecho de tu pensamiento?

»Anda desterrado, perseguido y sublime, como un dios antiguo. Le clavaste en el pecho los siete dolores. Le cubren el dolor y el escarnio. Es necesario que en las ciudades, los pensadores y los artistas extáticos sufran y sangren: los triunfos de los hombres de la materia son como los de los antiguos emperadores: sólo son completos cuando pasan entre torturas. ¿Y quién había de sollozar en la escena moderna de la pasión, sino los que tienen alma?

»Aman, se sofocan, caen, agonizan, y entre tanto va pasando la cohorte de los victoriosos y de los resplandecientes, y sus bolsas se ríen de esos corazones, como las botonaduras de oro de sus camisas se ríen de la luz de los astros.

»Y los que quieran vivir y tengan el alma grande, bella, heroica, tienen que rebajarse a la estatura burguesa y mercantil de los cerebros modernos. Los dioses olímpicos, si no se dejasen sensatamente morir en las antiguas florestas, tendrían que solicitar un empleo en los ministerios. El soberbio pavo real de Juno viviría en una huerta de los arrabales. Homero sería enviado de algún diario. Los caballeros andantes robarían pañuelos en las aglomeraciones, y el trágico San Jerónimo sería presidente de una Junta parroquial. Así aceptas tú el arte, el pensamiento, el alma. No desapareces del arte; la vida moderna te da una librea resplandeciente; ven, música, tú que creaste a Alemania, ven a bailarnos una contradanza; ven, arquitectura, tú que diste hospitalidad a Dios, ven a hacernos una estufa; ven, escultura, tú que hiciste el pueblo de los dioses, ¡oh bella escultura!, ven a hacernos un cajón. ¡Oh tristes domesticidades del ideal!»

Hubo un silencio. Había en el salón un aire místico, como para la concepción de un Dios.

El milano revoloteaba. Oíase el llanto de una flauta. Y la mirada de Cristo vagaba, contemplativa y atenta, entre las estrellas innumerables, mientras en la oscuridad, a sus pies, los ratones roían su cruz.

«Vete—dijo el milano—. Los ratones roen la cruz, yo estoy viejo; la antigua generación de las aves nocturnas desaparece. Los clavos se desprenden ya, la cruz se pudre. Y cuando se deshaga, arrojaré su polvo a la gran Naturaleza, al alzarse la luz, que equivale al alzarse la hostia. Iré, ¡oh Dios mío!, más allá de los soles y de las vías lácteas, donde las constalaciones son gotas de sombra, seguro—yo, que soy de la vasta tierra, el salvaje de los prados, la respiración de los antros; yo, que soy la palpitación de los montes—, seguro de que, si los hombres no dieron la cruz a los Cristos, no se la dará tampoco la Naturaleza. Y yo, que he roído las osamentas verduscas, habiendo visto siempre a Este que hizo el bien, que amó, que perdonó, clavado en una cruz, ¡iré también, entre los soles medio locos; yo, que devasté, y maté, y goteé sangre, a crucificarme en un astro!»

Así habló, lentamente, aquel milano filosófico y culto, mientras las violas gemían y los pobres temblaban de frío; así hablaba, encima de la cruz, en un salón legendario, lejos de las maravillas de los Caínes burgueses, en estos tiempos libres, sensatos, verdaderos, magníficos, en que, no pudiendo ponerse ciertas verdades en boca de los hombres, han de colgarse del pico de los milanos.

LISBOA

Lisboa conserva aún dulzuras primitivas de luz y de frescor; a pesar de los asfaltos, de las fábricas, de los gasómetros, de los muelles, todavía escuchan aquí las primaveras los versos que el viento compone; sobre sus tejados se besan aún las palomas; todavía, en el silencio, el viento se desliza por las fachadas, como la sangre ideal de la melancolía. Y Dios no es todavía un poeta impopular.

¿Qué hace Lisboa?

Antiguamente, la ciudad, la *urbs*, era el lugar que pensaba y que hablaba, que poseía el verbo y la luz. Roma creó la justicia; Atenas idealizó la carne; Jerusalén crucificó el alma. Por eso Roma cayó, y los cerdos manchan las ruinas de Atenas, y los perros aúllan en el silencio de Jerusalén. Sus ojos miraron mucho hacia la verdad y cegaron; sus oídos escucharon mucho el pensamiento y ensordecieron; sus manos esculpieron mucho el ideal y quedaron paralíticas.

Pensar y sufrir, iluminar y luchar. La noche, al sucumbir, lucha con la madrugada, y le deja la llaga incurable del sol: de él brota la luz. Las supersticiones, los prejuicios, los errores, las fatalidades, luchan con el alma y le dejan la herida incurable del ideal: de ella brota la verdad. Esta herida produce la fiebre, el can-

sancio, la desesperación, la convulsión. París tiene esta antigua y trágica herida que tuvieron Atenas, Babilonia y Jerusalén. Sufre, porque piensa. Los pies conocen la intimidad del fango; las alas, la camaradería de la luz. Todo pie quiere ser ala.

De aquí, ambiciones, desalientos, oscuras luchas, perdiciones, escepticismos, fulguraciones del alma, impurezas, traiciones, envidias, injurias, torturas: ¡la congestión del espíritu! Son éstos los dolores inmensos, las manchas del pensamiento y las del sol.

Lisboa no tiene estos defectos de la luz: es serena, imperturbable, silenciosa. Quiere su inviolabilidad, evita las heridas terribles. Tiene la sensatez, la prudencia, la economía, el miedo. No quiere iluminar, para no luchar; no quiere pensar, para no sufrir. No quiere crear, pensar, apostolizar, criticar. Escucha y aplaude de toda voz, ya sean las imprecaciones de Dantón o los versos del poeta Nerón. ¡Las olas que sollocen, los bosques que gimen! Ella tiene la risa radiante y serena.

Siéntese exuberante, gruesa, cubierta de luz. Siéntese protegida, libre, enjalbegada y fresca. No tiene que espulgar sus miserias, ni que sostener la madera de las horcas; por eso comenta a Sancho Panza. No tiene que construir la catedral de las ideas, ni que componer la sinfonía del alma; por eso escucha a los mirlos en las vegas, y reza las Avemarías. París, Londres, Nueva York, Berlín, sudan y trabajan, en espíritu. Ella no tiene que sembrar: por eso resuena al sol.

A veces, sin embargo, realiza el mal, enterrando ideas. ¿Dónde? En la oscuridad, en el silencio, en el desprecio. ¡Lisboa es un poco sepultura de almas!

*

Como Roma, tiene ella siete colinas; como Atenas, posee un cielo tan transparente que podría vivir en él el pueblo de los dioses; como Tiro, es una aventurera del mar; como Jerusalén, crucifica a los que le quieren dar un alma. Pero ¿qué hace Lisboa? Come.

Come, al caer la tarde, sin testigos crueles, cuando sabe que los astros están lejos, que las alas sueñan con el viento, que los ojos de las flores se cierran al sueño. Dios no ve, desde su balcón de sol, que, para esta vieja ciudad, heroica y legendaria, que en sus viejos días incurrió en el pecado de la gula, ¡el vientre es una realidad libre! Hasta entonces, durante el día, sus cabellos caían como ramas de sauces, su cara estaba amarillenta, de sus ojos manaba dolor; ¡aún no había comido! Después, por la noche, cuando sale del alimento como de un triunfo, las miradas son gritos de luz, los cabellos plumas gloriosas, el pecho arca de ideales: ¡ha comido!

Lisboa ni crea, ni inicia; sigue.

En religión, no tiene el fervor de los monjes ni la impiedad irónica: es sencilla. Antiguamente, hizo traer un Cristo crucificado, alzando los brazos suplicantes, en la procesión de los ahorcados; hoy lloraría por la Madre Dolorosa, después de haber levantado una estatua a Voltaire; se colgaría del cuello, simplemente, con las cuentas de un rosario, su antigua guitarra de Alfama.

En política, copia a Sancho Panza. No tiene el valor que se sacrifica ni el miedo sollozante; parece poseer justamente el heroísmo de una espada envainada; en la batalla de Europa, sin embargo, con sus negros uniformes, asombraba a la vieja guardia. Tiene la religión sensual del sol, del calor y del sueño: ¡en la Beresina se mofaba de las nieves!

No tiene la fiebre de las especula-

ciones y de las industrias, ni el amor a las contemplaciones y los sueños; su trabajo está lleno de siestas; en abril deja el azadón para ver volver las golondrinas.

Es tímida en el vicio; copia torpemente las lejanas Babilonias; aprovecha el fuego de Sodoma para calentarse los pies; corta las uñas al diablo; es el baño tibio de los pecados mortales.

Adoradora, en arquitectura, de la línea recta de los palacios de cristal; sectaria, en escultura, de los *biscuits* de Sèvres; enamorada en poesía del vizconde de Arlincourt, quiere obras de magia en el teatro; tiene hambre y sed de ese ideal; quiere montañas transparentes, palacios de abalorios, desnudeces celestes, novias de coral, arquitecturas de luz y de sonidos, papeles pegados, bermellón y oropeles, mujeres desnudas, pedrerías, y oro, oro y más oro, ¡y mujeres desnudas y más oro! Lisboa, sobre un escenario resplandeciente, ve las formas extrañas que toma el sueño de la imbecilidad; quiere la obra de magia: ¡en verdad, la obra de magia es el espectro solar de la idiotez!

Llega la noche y Lisboa adquiere la impasibilidad de los peñascales.

Las casas, sin luz, tienen el aspecto tranquilo y siniestro de los rostros idiotas. La iluminación es un coro de gas bostezando. De las encrucijadas de las calles solitarias, de todo ese desierto de piedra y cristal, brota una somnolencia flúida, un hálito de tedio. Lisboa, de noche, es tan silenciosa, que casi se oye crecer la hierba que ha de cubrirla en el día de las ruinas.

¡Es tan triste, que, por la noche, parece un arrepentimiento de la vida! En las bellas moradas, en las casuchas, en las guardillas, en cambrays, en harapos, en jergones, por todas partes, hay un amplio sueño inerte y vegetal.

¿Qué hacen entre tanto los vagabundos de la noche, la familia *Vicio*, la gente crepuscular, los herederos terribles de Lovelace y de don Juan Tenorio?

Compran en la penumbra doméstica el amor tiznoso de las cocineras; comen, melancólicamente, mejillones en las tabernas; los más pobres se recuestan en las esquinas, ¡desharrapados y dolientes, cariátides soñolientas del tedio!

¿Y en las casas? Allí, en los pisos resplandecientes, donde las manos son suaves y suaves los sentimientos, se hallan, reconcentradas y serias, unas figuras vestidas de luto, como los viudos, o vestidas de blanco, como las monjas. Y son suaves el habla y el andar lleno de ondulaciones, como el nadar de las sirenas, y las danzas serias, como la celebración de un rito; y suaves son los pétalos, y las músicas llorosas, y las luces, aves de claridad presas, que palpitan y anhelan el libre azul; pero sobre el alma, y los cuerpos, y los adornos, se esparcen la tristeza de los viudos y la frialdad de las monjas. ¡Y esto son las fiestas!

Pero encima, en los pisos modestos, óyense esas familias vulgares y agrias, que nacen con el alma llena de frío, que viven entre la belleza, la gracia, la pasión, como insectos entre los cabellos de una santa, y mueren solitarias, envidiosas, ¡con los corazones henchidos de rebeldía, porque no amaron!

Después, más arriba, en los últimos pisos, está la gente trabajadora: obreros serios, dulces muchachitas con alma de pájaro, gargantas donde, como en las vegas de Israel, se canta todo el día; y también la gente estúpida y metálica, que tiene la brutalidad del trabajo con la rudeza del corazón; adustos caracteres, ojos envidiosos, manos avarientas, pechos vacíos, ¡que a esas ho-

ras de la noche, con el pelo desgreñado, ven la vida tan desnuda, tan oprimida, tan brutal, tan sucia como su guardilla!

¡Y luego, más arriba, bajo los tejados, los mendigos, los hambrientos, los miserables a esas horas, con grandes ojos aterrados, se despiojan, o roen mendrugos, o gimen de dolor, o mueren entre escombros y arañas, o remiendan sus harapos, cantando obscenamente!

Y encima (como en la jerarquía del dolor, de las tristezas del pobre, sólo están las llagas de Cristo), el gran azul sereno, transparente, lleno de universos, ¡esconde, tras el enrejado de los astros, el Misterio y la Gracia!

A esas horas, ¡oh miseria de las ciudades!, lejos de los conservatorios y de las academias, y de las obras de magia, por los prados y las vegas se representan las verdes comedias de la Naturaleza: los ruiseñores dan la réplica a las hojas melodiosas, las flores lloran por las desventuras de un mirlo enamorado, los olmos tienen posturas grotescas de payasos; y el cielo, como amante trágico, se acribilla de puñaladas de luz!

*

En Lisboa la vida es lenta. Tiene las raras palpitaciones de un pecho desfallecido. No hay ambiciones explosivas; no hay calles resplandecientes, llenas de tropeles de cabalgatas, de tempestades de oro, de terciopelos lascivos; no hay amores melodramáticos; no hay esas luminosas florescencias de las almas enamoradas del arte; no hay las fiestas mágicas ni las convulsiones de los cerebros industriales.

Hay escasez de vida; un frío sentido práctico; la preocupación exclusiva de lo útil; una seriedad enfática, y la adoración burguesa y serena de la moneda de diez reales, ¡la moneda de diez reales, blanca, perfecta, celestial, pura, inmaculada, consoladora, purificadora!

*

El lujo del vestir es meditado, despacioso, calculado.

Otro lujo existe más desatinado: ése, cuando es nuevo, ruge, resplandece, se deja balancear en grandes pliegues lánguidos, un poco bajamente, en camaradería con el barro. Más tarde, después de las ostentaciones y de los amores, se avergüenza y va a disfrazarse a las tintorerías; en sus viejos días anda, miserable, pidiendo limosna en casa de las prenderas!

*

La Lisboa material tiene actitudes morales. Hay sitios que dan, a quienes los pisan, una personalidad. La acera y las casas consagran espíritus. Encontrarse en el Chiado significa poseer la fina flor de la gracia, la viveza conceptuosa y unas costumbres disipadas. Estar en el Martiño revela inspiración, divinidad interior, lirismo y política. ¡Oh Lisboa, tú no tienes caracteres, tienes esquinas!

*

Lisboa siente compasiones celestiales: se agrupa en un coro de lágrimas para ver morir a un perro; pero se aparta en seguida, silbando, si comienza la agonía de un alma. Experimenta también una curiosidad tímida y fácil: se sienta en los paseos durante el verano, entre el polvo, olímpicamente, como los dioses entre la luz, y permanece atenta, reconcentrada, suspensa, ¡idiotizada, viendo andar seis mil piernas!

Un día, París se aburrió y expulsó a los reyes; otro día, se aburrió y

acogió a los emperadores. A veces, Lisboa se aburre y se dedica a la política.

Lisboa adopta entonces actitudes, ¡esclama, conspira en las esquinas, ¡es benévolamente apartada por la policía, y va, toda gloriosa y feliz, por las tiranías derrumbadas, a releer la Constitución!

*

¡Uno de los mayores goces de Lisboa es ensuciarse!

En los tiempos mitológicos, a veces, una diosa hacíase mujer, esposa y madre; hilaba en la rueca de ébano con incrustaciones de lapislázuli y devanaba las lanas rojas de Mileto. Llegaba, sin embargo, un día al año en que la mujer iba al Olimpo a ser diosa. Dejaba esposo, hijos, lares, parientes; en vano le pedían que no fuese, temiendo que ella, mujer y diosa, no se acostumbrase, a su regreso, a las lámparas del gineceo, después de haber estado alumbrada por los astros del Olimpo. En vano: llegado el momento, nada podía impedir a la esposa que fuera divinidad; se veía aquel cuerpo casto, arcilla ideal, azularse, y, cual una transparencia viva, perderse en la luz.

Lisboa es así. Llega un día en que quiere volver a su elemento primitivo y nadie puede impedirle que sea barro; sucede esto por Carnaval.

Se ensucia entonces libremente, levanta tempestades molestas; durante esos días su tedio está hecho de inmundicia.

Se transfigura. Y así como la diosa dejaba, en la antigüedad, hijos y lares para ir a ser luz, Lisboa olvida las funciones de su tedio, la religión de la moneda de oro, el sacerdocio de la economía, las actitudes enfáticas de su pudor, ¡para entregarse libremente al fango!

Lisboa es la hospedería del viento. ¡El antiguo Euro paga el hospedaje, lanzando el polvo a las calles, a las plazas, a las avenidas, a los muelles, a la cara de Lisboa! ¡Sublime adulación: la ensucia!

Lisboa respeta la limpieza, pero adora el fango. ¡Colisión! Lisboa, ciudad inspirada, ¡termina magníficamente la dificultad lavándose en el lodo del Tajo!

*

Atenas produjo la escultura, Roma creó el derecho, París inventó la revolución, Alemania halló el misticismo. Lisboa, ¿qué creó?

El fado.

Fatum era un dios en el Olimpo; en estos barrios es una comedia. Tiene una orquesta de guitarras y una iluminación de cigarros. El escenario está amueblado con un jergón. La escena final transcurre en el hospital o en la cárcel.

¡El telón de fondo es una mortaja!

*

Todos los días, cuando el sol va a lavarse en las aguas de las miradas de los hombres, cuando los cuerpos están en flor y pasan los ojos negros, de los que Dios es avaro, y la maledicencia se abre como un tulipán, y las risas son resplandores, y la vida se mece llena de sueños, de miradas brillantes, de besos color de sol, de camelias y de pomadas, pasan por la calle unos carruajes lentos, con grandes arabescos dorados: son carrozas fúnebres; sus escudos de armas, calaveras; van allí los muertos.

«Anda, cochero: es un parroquiano que va hacia la tumba; ¡al paso! ¡Alto en San Juan! ¡Te toma por horas la eternidad!»

Y mientras el pobre muerto va

hacia allí, ¿qué dicen los que le vieron partir, sollozando?

Los hijos dicen: «Tenía que ser.»

La esposa dice: «¡Un vestido de luto!...»

El usurero: «No fué mal cliente.»

Los médicos: «Es un caso interesante...»

Los que le llevan hacia la tumba: «¡Era pesado, el granuja!»

El sepulturero canta:

El negro que viene de Angola
trae a bordo el haba rica.

Tú, pobre mujer llorosa, has amado a ese hombre; le vestiste con tus cabellos, le alimentaste con tu aliento, le premiaste con tu mirada, le divinizaste con tu deseo; él era hermoso, sano, fuerte, apasionado; pero si pasas ahora junto a él, oh pobre mujer llorosa, ¡ponte bien la mano en la nariz!

¡Quédate en paz, Lisboa! Duerme, digiere, ronca, solloza y fuma. ¡Y si brotan de ti algunas lágrimas, ve a secarlas de prisa al sol! ¡Quédate en paz! Los que tienen alma no quieren la luz de tus ojos; puedes consumirla contemplando el cielo y los universos. ¡A causa de tu mirada, siempre levantada hacia allí, no sentirá nadie celos del cielo!

Los que tienen corazón no quieren las caricias de tus manos; puedes hacerlas adelgazar, rezando a Jesús. ¡A causa de tus manos, alzadas siempre hacia El, nadie tendrá celos de Dios!

¡Posees la belleza, la fuerza, la luz, la gracia, la plástica, el agua resplandeciente, la línea magnífica! Resígnate, oh Lisboa querida, oh clara ciudad bien amada, oh casta gracia silenciosa, resígnate, oh dulce Lisboa, coronada de cielo, resígnate ¡a no tener alma!

*

EL SEÑOR DIABLO

¿Conoces al Diablo? No seré yo quien les cuente su vida. ¡Aunque sé de memoria su leyenda trágica, luminosa, celestial, grotesca y suave!

El Diablo es la figura más dramática de la Historia del Alma. Su vida es la gran aventura del Mal. Fué él quien inventó los afeites que enlanguidecen el alma y las armas que ensangrientan el cuerpo. Y, sin embargo, en ciertos momentos de la Historia, el Diablo es el representante inmenso del derecho humano. Quiere la libertad, la fecundidad, la fuerza, la ley. Es entonces una especie de Pan siniestro, en el que rugen las hondas rebeliones de la Naturaleza. Combate el sacerdocio y la virginidad; aconseja a Cristo que viva y a los místicos que ingresen en la Humanidad.

Es incomprensible: tortura a los santos y defiende a la Iglesia. En el siglo XVI es el más celoso recaudador de diezmos.

Es envenenador y estrangulador. Es impostor, tirano, vanidoso y traidor. Conspira todavía contra los emperadores de Alemania; consulta a Aristóteles y a San Agustín; tortura a Judas, que vendió a Jesús, y a Bruto, que apuñaló a César.

El Diablo siente al mismo tiempo una tristeza inmensa y dulce. ¡Tal vez la nostalgia del cielo!

Joven aún, cuando los astros le llamaban Lucifer, el *que lleva la luz*, se rebela contra Jehová y dirige una gran batalla entre las nubes.

Después tienta a Eva, engaña al profeta Daniel, escarnece a Job, tortura a Sara, y es, en Babilonia, jugador, payaso, difamador, libertino y verdugo. Cuando los dioses fueron desterrados, acampó con ellos en las húmedas selvas de la Galia y embarcó expediciones olímpicas en los navíos del emperador Constancio. Lleno de miedo ante los ojos tristes de Jesús, va a torturar a los monjes del Occidente.

Escarnecía a San Macario, cantaba salmos en la iglesia de Alejandría, ofrecía ramos de claveles a Santa Pelagia, robaba las gallinas del abad de Cluny, acribillaba los ojos de San Sulpicio, y, por la noche, iba, cansado y polvoriento, a llamar en la portería del convento de dominicos en Florencia, y subía a dormir a la celda de Savonarola.

Estudiaba el hebreo, discutía con Lutero, anotaba glosas para Calvino, leía atentamente la Biblia e iba al anochecer hacia las encrucijadas de Alemania a jugar con los frailes mendicantes, sentado en la hierba o sobre la silla de su caballo.

Intentaba procesos contra la Virgen, y era el pontífice de la misa negra, después de haber inspirado a los jueces de Sócrates. En sus viejos días, él, que había discutido con Atila planes de batallas, se entregó al pecado de la gula.

Y Rabelais, cuando le vió así, fatigado, arrugado, calvo, gordo y soñoliento, se mofó de él. Entonces, también el demonógrafo Wier escribe contra él panfletos sangrientos, y Voltaire le acribilla a epigramas.

El Diablo sonríe, mira a su alrededor hacia los calvarios desiertos, escribe sus memorias, y un día nublado, después de haber dicho adiós a sus viejos camaradas, los astros, muere aburrido y silencioso.

El Diablo fué celebrado por los sabios y los poetas. Proclo enseñó su sustancia; Presul, sus aventuras nocturnas; Santo Tomás reveló su destino. Torquemada dijo su maldad, y Pedro de Lancre, su jovial inconstancia. Juan Dique escribió sobre su elocuencia, y Jacobo I de Inglaterra hizo la corografía de sus estados. Milton expresó su belleza, y Dante su tragedia. Los monjes le erigieron estatuas. Su sepulcro es la Naturaleza.

El Diablo amó mucho.

Fué enamorado gentil, marido, padre de generaciones siniestras. Fué querido, en la antigüedad, de la madre de César, y amado, en la Edad Media, por la bella Olimpia. Casó en Brabante con la hija de un mercader. Tenía entrevistas lánguidas con Fredegunda, que asesinó dos generaciones. Era el enamorado de las frescas serenatas dadas a las mujeres de los mercaderes de Venecia.

Escribía melancólicamente a las monjas de los conventos de Alemania.

Feminæ in illius amore delectantur, dice trágicamente el abad César de Helenbach. En el siglo XII tentaba con miradas llenas de sol a las madres melodramáticas de los Burgraves. En Escocia había mucha miseria por los montes: el Diablo compraba por quince chelines el amor de las mujeres de los *highlanders* y las pagaba con el dinero falso que fabricaba en compañía de Felipe I, de Luis VI, de Luis VII, de Felipe el *Hermoso*, el rey Juan, de Luis XI, de Enrique II, con el mismo cobre con que se hacían las calderas donde eran cocidos vivos los monederos falsos.

*

Pero yo quiero sólo contar la historia de un amor desgraciado del Diablo en tierras del Norte.

¡Oh mujeres! ¡Vosotras todas, que lleváis dentro del pecho el mal que nada cura, ni los simples, ni los bálsamos, ni los ungüentos, ni los rezos, ni el llanto, ni el sol, ni la muerte, venid a oír esta historia florida!

Era en Alemania, donde nace la flor del ajenjo.

La casa era de madera, cercada, enrejada, labrada como la sobrepelliz del señor arzobispo de Ulm.

María, blanca y rubia, hilaba en el terrado, lleno de macetas, de enredaderas, de ramas, de palomas y de sol. Al fondo del terrado había un Cristo de marfil. Las plantas limpiaban piadosamente, con sus manos de hojas, la sangre de las llagas; las palomas, con el calor de su cuello, calentaban los pies doloridos. En el fondo de la casa, el padre de ella, un viejo, bebía la cerveza de Heidelberg, los vinos de Italia y las sidras de Dinamarca. Era vanidoso, gordo, soñoliento y malo.

Y la muchacha hilaba siempre. Atado a la rueca por un hilo blanco, el huso saltaba siempre; atado a su corazón por la tristeza, brincaba siempre un deseo.

Y durante todo el día, hilaba.

Pasaba por debajo del terrado un guapo mozo, delicado, melodioso y tímido. Venía a recostarse en un pilar de enfrente.

Ella, sentada junto al crucifijo, tapaba los pies de Jesús con sus espesos cabellos rubios.

Las plantas, el follaje, por encima, cubrían de frescor y de sombra la cabeza de la imagen. Parecía que toda el alma de Cristo estaba allí consolando, arriba, bajo la forma de planta; amando, abajo, en forma de mujer.

El, el blanco mozo, era el peregrino de aquella santa. Y su mirada buscaba siempre el corazón de la dulce muchacha, y la mirada de ella, seria y blanca, iba a buscar el alma del caro bien amado.

Los ojos escudriñaban las almas. Y venían radiantes, como mensajeros de la luz, a contar lo que habían visto. ¡Era un encanto!

—¡Si tú supieses!—decía una mirada—. El alma de ella es inmaculada.

—¡Si tú vieses!—decía la otra—. El corazón de él es sereno, fuerte y rojo.

—¡Es consolador ese pecho, donde hay estrellas!...

—¡Es purificador ese seno, en que hay bendiciones!

Y miraban ambos, silenciosos, extáticos, perfectos. Y la ciudad vivía, los árboles resonaban bajo el balcón de los electores y la trompa de caza sonaba en las torres, los cánticos de los peregrinos en las carreteras, los santos leían en sus hornacinas, los diablos se mofaban en las veletas de las iglesias, los almendros tenían flor y el Rin canciones de segadores.

Y ellos se miraban; los follajes cobijaban los sueños, y el Cristo anidaba en las almas.

Ahora bien: una tarde, las ojivas estaban radiantes como mitras de arzobispos, el aire era suave, había bajado el sol; los santos de piedra estaban colorados, o de los reflejos de la luz o de los deseos de la vida. María, en el terrado, hilaba su copo. Jusel, recostado en el pilar, hilaba sus deseos.

Entonces, en el silencio, a lo lejos, oyeron gemir la guitarra de Inspruck, a la que los pastores de Helyberg enrosca hiedra, y una voz potente cantar:

Son tus ojos, bien amada,
como dos noches cerradas.
Mas tus labios son de luz,
hay en ellos alboradas.

Son tus senos, alma mía,
como dos puertas de cera.
¡Si fuera mi boca un sol,
qué a gusto las derritiera!

Son tus labios, flor de carne,
las puertas del Paraíso;
y el banquillo de San Pedro
está en tu muela del juicio.

Quisiera yo una camisa
de un tejido bien hilado,
hecha con todos los ayes
que ya tu pecho ha exhalado.

Cuando tú y yo nos casemos,
dirá misa el ruiseñor.
¡De tu vestido de novia
será el sol el tejedor!

¡Nos dará la bendición
alguna vetusta encina!
Como presente de boda,
el rocío en perla fina.

Y a la entrada de la calle apareció un hombre fornido, de una palidez marmórea. Tenía los ojos negros como los dos soles legendarios del país del Mal. Negros eran sus cabellos, espesos y brillantes. Llevaba prendida en el jubón una flor roja de cacto.

Detrás iba un paje perfecto, como una de las antiguas estatuas que forjaron en Grecia la leyenda y la belleza. Andaba convulsivamente, como si se hiriese los pies sobre las losas. Tenía los ojos inertes y fijos de los Apolos de mármol. De sus ropas emanaba un olor a ambrosía. La cabeza era triste y serena, como las de quienes sienten la nostalgia inmortal de una patria querida. Llevaba en la mano un ánfora esculpida en Mileto, dentro de la cual se olía la suavidad de los néctares olímpicos.

El hombre de la palidez marmórea llegó junto al terrado, y, entre las súplicas gimientes de la guitarra, dijo sonoramente:

—La gentil moza, la bella Isolda del terrado, ¿dejará que estos labios de hombre vayan como dos peregrinos enrojecidos del sol, en dulce romería de amor, de sus manos a su cuello?

Y mirando hacia Jusel, que deshojaba una margarita, cantó lentamente, con grandes risotadas frías y metálicas:

Quien desplume a un ruiseñor
y rasga una triste flor,
prueba que tiene en el pecho
tan sólo harapos de amor.

Y alzó hacia el terrado sus ojos terribles y desoladores, como blasfemias de luz. María habíase marchado con su rueca ¡y no había en el terrado más que las aves, las flores y Jesús!

—¡Voló la curruca!—dijo jovialmente.

Y yendo hacia Jusel:

—Quizá haya notado la proximidad del buitre. ¿Qué dice el estudiante?

Jusel, con ojos tranquilos, deshojaba la margarita.

—En mi tiempo, señor Suspiro—dijo el hombre de los ojos negros, cruzando lentamente los brazos—, había aquí ya dos espadas, que hacían estallar en la sombra flores de chispas. Pero los héroes se van y los hombres nacen cada vez más del dolor de las mujeres. ¡Vean esto! Es un corazón con jubón y gorro. Pero un corazón exangüe, gris, blancuzco, de todos los colores, menos rojo y fuerte. ¡Pues bien! Esa muchacha tiene unos cabellos rubios que armonizan bien con mis cabellos negros. Los talles delgados requieren los brazos fornidos. Los labios rojos de deseo, gustan de las armas rojas de sangre. ¡Es mía la dama, señor estudiante!

Jusel había bajado sus pesados párpados elegíacos, y miraba los pétalos arrancados de la margarita caer como deseos asesinados, desprendidos de su pecho.

El hombre de los ojos resplandecientes le agarró fuertemente de la mano:

—Bachiller Ternura—dijo—, hay aquí cerca un sitio donde los alhe-

líes nacen expresamente para los inocentes que mueren. Si tienes algunos bienes que dejar, te recomiendo a este excelente Rabil—era el paje—. Es necesario proteger a las aves de la noche. Los buitres bostezan desde que terminó la guerra. Voy a darles huesos tiernos. Si quieres dejar el corazón a la bien amada, conforme a la moda de los trovadores, ¡yo me encargo de traerlo, bien embalsamado en barro, en la punta de la espada! Eres hermoso, amado, blanco, delicado, perfecto. ¡Mira esto, Rabil! ¡Resulta una broma bien dada al Compadre que está encima de los soles destrozarle esta belleza! Si enamorabas a alguna estrella, yo le mandaré, con un buen portador, tus últimos adioses. En cuanto a los sacramentos, son inútiles: yo me encargo de purificarte con el fuego. Rabil, toca en la guitarra el rondó de difuntos: ¡anuncia al Infierno el Bachiller Suspiro! ¡En marcha, hijos míos! ¡Ah! ¡Pero en duelo secreto, armas honradas!

Y, golpeando heroicamente en la guarnición de la espada:

—Yo tengo aquí esta endeblez: ¿dónde está tu fuerza?

—¡Ah!—respondió Jusel, señalando a Cristo, en el terrado de las plantas y las palomas, iluminado por el sol, que se ponía blanco entre el follaje, agonizante entre las palpitaciones de las alas.

—¡Ah!—exclamó roncamente el hombre de la flor de cacto—. ¡A mí, Rabil! ¿Te acuerdas de Acteón, de Apolo, de Derceto, de Inaco y de Marte?

—Eran mis hermanos...—dijo lentamente el paje, tieso como una figura de piedra.

—¡Pues bien, Rabil, de frente, a través de la noche! ¡Me huele aquí a tierras de Jerusalén!

Y se sumieron bajo las arcadas y las pilastras, siniestros, sollozando.

A la noche siguiente había en Alemania una gran luna purificadora. María estaba asomada al terrado. Era la hora celestial en que los jazmines engendran. Abajo, la mirada de Jusel, que estaba recostado sobre el pilar, suspiraba hacia aquel cuerpo femenino y blanco, como el agua en los jardines, que sube en un surtidor, y suspira rumorosamente hacia el azul.

María dijo entrecortadamente:

—Ven.

Jusel trepó, radiante, al terrado. Sentáronse al pie de la imagen. El aire estaba tan sereno como en la patria de las almas. Los dos cuerpos se inclinaban uno hacia el otro, como si estuvieran acercándose a los brazos de un dios.

Los oscuros follajes, que envolvían a Cristo, se extendían sobre las dos cabezas rubias con gestos de bendición. Había en la molicie de las sombras un misterio nupcial. Jusel tenía cogidas las manos de ella como pájaros cautivos, y decía, con la voz humilde de los corazones primitivos:

—Quería ansiosamente verte así, junto a mí. ¡Si supieras! Siento infinitos temores. ¡Eres tan rubia, tan blanca! Tuve un sueño que me asustó. Era en un campo. Tú estabas en pie, inmóvil; oíase un coro ¡que cantaba dentro de tu corazón! Alrededor se movía una danza nebulosa de espíritus. Y unos decían: «Ese coro es de muertos; son los amantes que lloran en el corazón de esa mujer.» Otros decían: «Son las tristezas de los *minnesingers* errantes que allí sollozan.» Otros decían: «Sí, ese coro es de difuntos: son nuestros dioses queridos que lloran allí su destierro.» Y entonces yo me adelanté y dije: «Sí, sí, ese coro es de muertos; son los deseos que ella tuvo por mí, que recuerdan y gimen.» ¡Qué sueño tan malo, tan malo!

—¿Por qué estás tú—decía ella—

todos los días recostado en el pilar, con las manos casi implorantes?

—Estoy leyendo las cartas de luz que tus ojos me escriben.

Callaron. Eran ellos, en aquel momento, el alma florida de la noche.

—¿Cuáles son mis ojos? ¿Cuáles son los tuyos?—decía Jusel—. ¡No lo sé!

Y quedaron en silencio. Ella sentía venir los deseos que se desprendían de los ojos de él, y, como pájaros heridos que gimen, caer en el fondo de su alma, sonoramente.

E inclinando el cuerpo:

—¿Conoces a mi padre?—dijo ella.

—No. ¿Qué importa?

—¡Ay! ¡Si tú supieras!...

—¿Qué importa? Estoy aquí Si él te quiere bien, le ha de agradar este amor mío, siempre a tus pies como un perro. ¿Qué quiero yo? Tener tu alma presa, como un pájaro cautivo. Esta pasión te deja tan inmaculada, que, si murieras, podrías ser enterrada en la transparencia del azul. Los deseos son una hiedra: ¿quieres que los arranque? Tú eres el pretexto de mi alma. Si no me quisieses, me iría errante, desharrapado. Porque entre yo en tu corazón no retirarás nada de él, ¿verdad? Tienes ahí la fe de Jesús y la nostalgia de tu madre: déjalo estar: todos estamos bien, ahí dentro, contemplando el interior de tu mirada, como un cielo constelado. ¿Qué quiero yo de ti? Tus penas. Cuando llores, ven a mí. Haré harapos de mi alma para que seques tus ojos. ¿Quieres? ¡Desposémonos en el corazón de Jesús! Dame esa agujeta que recogè tu pelo. Será nuestra estola.

Y con la punta de la agujeta, en pie, junto a la imagen, apartando las ramas, transfigurado y celeste, grabó sobre el pecho de Cristo las iniciales de los dos nombres enlazados: J. y M.

—¡Es nuestra boda!—dijo él—. El cielo arroja a los astros confites de luz. Cristo no se olvidará de este amor que llora a sus pies. Las exhalaciones divinas que broten de su pecho aparecerán allá arriba, con la forma de nuestras letras. Dios sabrá este secreto. ¿Qué importa? Yo ya se lo había dicho a El, a las estrellas, a las plantas, a los pájaros, a las florescencias. Porque, ¿ves tú?, las flores, las constelaciones, las palomas, todo esto, toda esta efusión de bondad, de inocencia, de gracia, era simplemente, ¡oh adorada!, ¡un eterno billete amoroso que yo te escribía!

Y, arrodillados, extáticos, callados, sentían ellos mezclarse en su corazón sus confidencias, sus deseos, toda la vaga e inmensa bondad de la religión de la gracia.

Y sus almas hablaban, llenas de misterio:

—¿Ves tú?—decía el alma de ella—. Cuando te miro, parece que Dios disminuye, se contrae y viene a anidar en mi corazón; cuando pienso en ti, paréceme que tu corazón se ensancha, se extiende, ¡abarca el cielo y los universos y ciñe a Dios por todas partes!

—Mi corazón—suspiraba el alma de él—es una concha. Tu amor es el mar. Durante mucho tiempo, esta concha vivirá ahogada y perdida en ese mar. Pero, si tú me arrojases de ti como en una concha abandonada se oye aún el rumor del mar, ¡en mi corazón abandonado se escucharía siempre el susurro de tu amor!

—Mira—decía el alma de ella—, yo soy como un campo. Tengo árboles y hierbas. ¡Lo que hay en mí de maternidad es árbol para cobijarte; lo que hay en mí de pasión es hierba para que tú la pises!

—¿Sabes?—decía el alma de él—. En el cielo hay una selva invisible de la que sólo se ven las puntas de las raíces, que son las estrellas. Tú eras la curruca de aquellas arbole-

das. Mis deseos te hirieron. Hace ya mucho que te veo venir cayendo por el aire, gimiendo, resplandeciente, si el sol te ilumina; triste, si la lluvia te moja. Hace mucho que te veo venir bajando: ¿cuándo caerás en mis brazos?...

Y las dos almas, desprendidas de los cuerpos bien amados, subían, deslumbradas, inefables, tiernas; confundidas, tenían el cielo por elemento, sus risas eran los astros, su tristeza la noche, su esperanza la madrugada, su amor la vida, y siempre más tiernas y más amplias, envolvían todo cuanto asciende del mundo de justo, de perfecto, de casto: las oraciones, los llantos, los ideales, y se extendían por todo el cielo, unidas e inmensas, ¡para que Dios pasase por encima!

Y entonces, en la puerta del terrado, se oyó una risotada metálica, inmensa y sonora. Ellos se levantaron resplandecientes, puros, vestidos de gracia. Allí estaba el padre de María, tieso, gordo, siniestro. Detrás, el hombre de la palidez de mármol movía vanidosamente la pluma escarlata de su gorro. El paje reía, formando una claridad en la sombra.

El padre fué lentamente hacia Jusel, y le dijo con escarnio:

—¿Dónde quieres ser ahorcado, villano?

—¡Padre, padre! — gritó María, en una convulsión de llanto, abrazando el cuerpo del viejo—. No. ¡Es mi esposo, están casadas nuestras almas! Mirad, allí está. Vedlo. ¡Allí, en la imagen!...

—¿El qué?...

—Allí, en el pecho. Vedlo. Nuestros nombres enlazados, como en un contrato de esponsales. Vedlo. ¡Es mi esposo! Sólo quiere mi bien. Pero mirad. Sobre el pecho de Jesús, en el sitio del corazón. ¡Justamente sobre el corazón! ¡Y El, el dulce Jesús, dejó que le hicieran esta herida más!

El viejo miraba las letras enlazadas como unos esponsales divinos que se hubiesen refugiado en el seno de Cristo.

—¡Ráspalo, buen viejo, que eso es marfil!—gritó el hombre de los ojos negros.

El viejo fué hacia la imagen con el puñal del cinto. Temblaba. Iba a arrancar las raíces de aquel amor, ¡hasta del pecho inmaculado de Jesús!

Y entonces, la imagen, bajo la justa e incorruptible mirada de la luz, desclavó una de sus manos heridas y cubrió sobre su pecho las letras desposadas.

—¡Es El, Rabil!—gritó el hombre de la flor de cacto.

El viejo sollozaba.

Y entonces el hombre pálido, que tocaba en la guitarra de Inspruck, a la que los pastores de Helyberg enroscan hiedras, se acercó tristemente a la imagen, enlazó los brazos de los enamorados, como se ve en las viejas estampas alemanas, y dijo al padre:

—¡Bendícelos, viejo!

Y salió, golpeando con fuerza en la guarda de la espada.

—Pero ¿quién es?...—dijo el viejo, amedrentado.

—¡Más bajo!—contestó el paje del ánfora de Mileto—¡Es el señor Diablo!... ¡Mil parabienes a los novios!

En las horas de la madrugada, por la carretera de Vecker, donde brillan los cerezos, el hombre de los largos cabellos negros decía al paje blanco como los Apolos de mármol:

—Estoy viejo. Se me va la vida. Soy el último de los que combatieron en las estrellas. Los buitres ya me escarnecen. Es extraño: siento nacer aquí dentro, en el pecho, un rumor de perdón. Me gustaba aquella muchacha. Lindos cabellos rubios, ¡quién os viera en los tiempos del cielo! ¡Ya no estoy para aventuras amorosas! ¡La bella Imperia dice que me he vendido a Dios!

—¡La bella Imperia!—dijo el paje—. ¡Las mujeres! ¡Vanidad de vanidades! Las mujeres bellas se fueron con los dioses bellos. ¡Hoy los hombres son místicos, frailes, santos, enamorados, trovadores! Las mujeres son feas, avaras, flacas, burguesas, visten sayal, van ceñidas de cilicios, con una pequeña alma molesta, y una carne tan diáfana, que se ve a través de ella el barro primitivo! ¡Miserias! ¡Ay, Atenas! ¡Corinto! ¡Mileto! ¡Tenedos! ¡Abidos!

—Voy encontrando risible la obra de los Seis Días! Las estrellas tiemblan de miedo y de dolor. La luna es un sol fulminado. Empieza a escasear la sangre por el mundo y aparecer mucho la tinta. Tengo gastado el mal. He sido pródigo. ¡Tendré al final de la vida que entretenerme perdonando y consolando, para no morirme de tedio! ¡Quédate en paz, mundo! ¡Sé infame, enfangado, podrido, vil e inmundo, aunque seas aún un astro en el cielo, impostor! Y, a pesar de todo, el hombre no ha cambiado. Es el mismo. ¿No lo has visto? Ese, para amar, hirió con una agujeta el pecho de la imagen. ¡Como en los antiguos tiempos, el hombre no empieza a gozar un bien sin desgarrar antes la carne de un dios! Es ésta mi última aventura. Voy hacia el centro de la Naturaleza, hacia la orilla del mar libre, a dejarme morir tranquilamente.

—¡También los diablos se van! ¡Adiós, Satanás!

¡Adiós, Ganimedes!

Y el hombre y el paje se separaron en la noche.

A los pocos pasos el hombre encontró un crucero de piedra.

—¡Estás también solo! — exclamó, mirando a la cruz—. ¡Los infames te clavaron y te volvieron la espalda! ¡Fuiste más grande que yo! Sufriste callado.

Y, sentándose en los escalones del crucero, mientras llegaba el alba, afinó la guitarra y cantó en el silencio:

> ¿Quién os deshojó, luceros,
> de los árboles de luz?

Y con una gran risotada melancólica:

> ¿Será el otoño del diablo,
> o el invierno de Jesús?

UNA CARTA

A Carlos Mayer.

Mi querido Mayer: En aquellos tiempos, según la fórmula del Evangelio, el romanticismo estaba en nuestras almas. Hacíamos devotamente oración ante el busto de Shakespeare.

¿Recuerdas tu cuarto de la rúa do Forno (me parece), en el último piso, casi en las confidencias humorísticas de las estrellas? ¡El busto de Shakespeare, que era nuestro calvario del arte, estaba allí, junto a un medallón de Dante, y a la *Inocencia*, de Greuze! Recuerdo también un grabado del *Juicio Final* y dos bocetos holandeses. Sobre la estantería, encima de Voltaire, de Diderot, de Rousseau, de Mirabeau y de varios tomos de la Enciclopedia, en un marco, la figura de Napoleón, sobre

unas rocas enfáticas, contemplaba los llantos del mar y el vuelo de las gaviotas. Tenías también una colección de minerales y dos calaveras bruñidas y lavadas, que reían serenamente. Mi cuarto, en el Salvador, era más austero. En la pared estaba pintada al carbón una gran cruz. Alrededor había escritos versículos de la Biblia y dísticos de la *Imitación*. Pero como estuviera yo por aquel tiempo acatarrado, P., un pagano, hizo raspar todo aquel decorado ascético, diciendo que el misticismo, que prohibía el sol, el calor, los baños tibios, las camisetas, todos los cuidados corporales, érame perjudicial, y que el estoicismo representaba una necesidad higiénica. T. aconsejó, entonces, que se forrasen las paredes con piel humana; a otro le pareció ostentosa la piel humana, y dijo, beatíficamente, que, como más modesta y duradera, encontraba preferible la piel *catedrática*. Otro insistió en que se empapelase el cuarto con las hojas de los Compendios; me opuse ásperamente a esto, dando las mismas dolorosas razones que daría un preso, ¡si le quisieran empapelar las paredes de la celda con un tejido hecho de sus propios remordimientos! Lo echamos a suertes. Y la suerte decidió que se forrasen las paredes con piel humana. ¡Nos separamos, lentos y tristes, para ir a asesinar a la gente!

Se reunía allí un formidable concilio.

El más implacable era A. ¡Qué ideas y qué camisas!

El fué quien, un día, en el aula de Derecho canónico, ¡profetizó, con trágicos gestos, la destrucción de Babilonia! Iba también S., todo armado; entraba, generalmente, por la ventana, con toda gallardía, como Almaviva, extendía sobre los tímidos la gran sombra protectora de sus bigotes, y, avanzada la noche, salía a la caza de lobos. Perseguía en vano una manada de lobos errantes, que, según él debían de haber acampado en la melodiosa humedad del Saucedal. Acudía también M., el de las siniestras ironías; un día, en Bussaco, encontró a un individuo de patillas apostólicas, corrió hacia él, le estrechó entre sus manos robustas, con el gesto de quien aplasta un insecto. «¿Qué hace usted?», exclamaba aquel hombre. «Estoy espulgándolo; ¡caballero, entre esta selva me hace usted el efecto de una pulga entre las barbas de Moisés!»

Y siguió triturándole.

En tu cuarto se festejaba el arte. Era el hotel Rambouillet del romanticismo coimbricense.

Allí, muchas veces, sentado sobre la *Mecánica celeste*, de Laplace, me enseñaste misteriosamente un sistema solar que habías creado y que tenías guardado dentro de un frasco. Los universos eran glóbulos de agua. ¡Un día un perro vertió aquel firmamento!

¡Qué tardes! Desde el balcón se veía la serenidad virgiliana de los prados y del río. Leíamos: yo declamaba *Hamlet* y tú tocabas en tu violín la lánguida *Lucía*. Muchas veces, entre un concilio revolucionario, leías tú, en pie sobre la mesa, dramáticamente, los *Iambes*, de Barbier, de los que el clasicista A. decía gravemente que tenían un defecto: ¡el de ser sublimes! Celebrábamos ceremonias de un culto desconocido ante el busto de Shakespeare. ¡Entablábamos grandes peleas! ¡Cruentos combates! ¡Estremece aún su seriedad! Eran dos bandos. De un lado, los paganos, los clásicos, los positivistas; del otro, los bárbaros, los románticos, los místicos.

Las balas eran nombres; nos disparábamos, de bando a bando, sangrientamente, los nombres ridículos de cada secta. Un romántico hería a un clásico, gritándole con gesto terri-

ble: ¡*Domingo dos Reis Quita!* El clásico se tambaleaba, pero respondía vengativo: ¡*Gilbert de Pixéricourt!* Recordarás que, una vez, un clásico traicionero arrojó despiadadamente al pecho de un adversario romántico este nombre mortal: ¡*Vizconde de Arlincourt!* El romántico se llevó dolorosamente la mano al corazón y cayó inanimado.

Cuando le levantamos no era un cadáver, sino un convertido. Desertó a las filas clásicas, pues no quería pertenecer a un bando que tenía suspendida eternamente sobre sí esta afrenta de Damocles: «¡el vizconde de Arlincourt!» Te acordarás, seguramente, de que nosotros fuimos los Sansones de los Filisteos clásicos: no los derrotamos con la misma quijada, sino que los apuñalamos uno a uno con nombres de clásicos portugueses. Un día se desbandaron, aturdidos, mientras que nosotros, desde lo alto de la escalera, gritábamos, sin cuartel: ¡*Sá de Miranda!* ¡*Garçao!* ¡*Semedo!* ¡*Quita!* ¡*Sepúlveda!*

Y, ya cansados, sin armas, les arrojábamos esos nombres, como piedras.

¿Te acuerdas de los ensayos de los *Amigos íntimos?* Había una palabra que yo no conseguía pronunciar bien: era *solidaridad*. La noche del estreno adopté el partido de cantarla, separando las sílabas como notas musicales. Era en la sala de guardarropía del teatro donde discutíamos con T. sobre la superioridad del arte griego. Mientras clavábamos una cortina, apartando bastidores, proclamábamos la supremacía del *Moisés* y del *Pensiero*, con grave detrimento de la *Venus de Milo*, la gran Afrodita. ¡Después de las representaciones había cenas semejantes a las bodas de Camacho! Una noche salimos todos, con mantos y coronas de laurel, simbolizando la generación de los Petrarcas y cantando un coro gemebundo.

Habíase celebrado en la calle de... una reunión, y las familias, al salir, se dispersaban con gritos de aves asustadas, ¡viendo aquella *multitud* de fantasmas coronados, que recitaban un soneto amoroso, ofrendado a Dios en nombre de los discípulos de Petrarca!

Aquella época fué una pequeña *Restauración*; tanta era la vida, la savia espiritual, la vaga convulsión melodiosa del alma. Adorábamos el teatro. El teatro era la pasión, la lucha, el dolor, el corazón arrancado, y, gimiendo, sangrando, rodando por un escenario resplandeciente. Nuestro teatro eran Shakespeare y Hugo, y los cómicos españoles sombríos y magníficos del siglo XVI.

Admitíamos también la sátira en el teatro, pero la sátira sangrienta: Juvenal dialogado, la brutalidad sublime de Rabelais, la carcajada gala, todo el fango de Marcial, con toda la sangre de Tácito, para pintar la cara suave del egoísmo humano.

Teníamos un hemiciclo de poetas. Situados desde un punto de vista exclusivista, sólo era admitido en nuestra comunidad lo que proviniese de la fuerza del rugido de la Naturaleza, de la salvaje palpitación de la vida y de la pasión.

Sentíamos, al mismo tiempo, ocultamente, un idealismo enfermizo y disolvente. Nuestro gran compositor era Beethoven; y, sin embargo, yo, ¡infeliz de mí!, adoraba a Mozart en secreto. Y sospecho que tú, amigo mío, condescendiste, en ese tiempo, con Novalis y Luis Tieck.

Para nosotros (y lo digo con fuertes y contritos golpes de pecho), Portugal no tenía derecho de ciudadanía en la religión del arte y del alma. Lo aceptábamos como país de acción. Uno de los mayores poetas de Portugal era para nosotros ¡Vasco de Gama! Teníamos un sistema de naciones-almas y de naciones-brazos. Así,

para nosotros, la mayor epopeya portuguesa era la exploración del mar. Sus rimas eran conquistas. Las escenas de sus dramas goteaban sangre junto a las murallas de Diu.

Literariamente, Portugal era, en nuestra opinión, simplemente el pretexto para el *Bosquejo Histórico* del reverendo Padre Figueiredo. Del pasado, sólo creíamos en João de Barros (1) y en Camoens. Garrett habíase separado de nosotros, tomando el atajo que lleva a Dios, y legando a la generación actual la poca alma que aún tiene.

No conocíamos, ¡ay!, a los contemporáneos. Hoy yo, y creo que tú, conocemos bien los nobles espíritus que se obstinan en pensar en medio de este desierto de almas, unos junto a la historia, otros junto al verso, algunos defendiendo la crítica, otros reanimando el drama y la novela.

¡Pero en aquella época de espontaneidad, sólo veíamos lo que era verdadera e indiscutiblemente un sol!

Discutíamos ampliamente la Naturaleza, y recuerdo haberte oído hablar, ante esa luz que cae deshecha en tristeza, en la Peña de la Saudade, acerca de la formación de las nebulosas, y, partiendo de ahí, describir el hombre y Dios hasta la procesión del día anterior.

Había, entre nosotros, todas las teorías y todas las sectas: había republicanos bárbaros y republicanos poéticos; había místicos que practicaban las églogas de Virgilio; había materialistas sentimentales y melancólicos que proclamaban la materia con una tierna languidez en los ojos y hablaban de la fuerza vital, casi de rodillas, con las manos amorosamente juntas; había paganos que lamentaban sus penas de amor, castamente, bajo la niebla luminosa de los astros. De todo había, y también la serena amistad incorruptible, el fecundo amor al deber, y la ingenuidad risueña de todo lo que despierta.

Ante la anatomía de las ideas, había un coraje magnífico, y en la vida real eran todos contemplativos, melancólicos y tímidos. Y ya sabes cuál era el gran espíritu, hoy lejos de nosotros, que explicaba a Proudhon con la serena familiaridad de los sabios en las aulas, y decía con voz tímida, refiriéndose a los antiguos jurisconsultos: «... el señor Pêgas... Su señoría el digno Paiva y Pona... El noble caballero Cujas...», etc. Temblaba ante aquellos comentadores, como ante misteriosos ídolos; y creía ablandarlos, tratándoles con tanta veneración.

Tal era aquel concilio. La fuerza severa del espíritu precisa de estas precursoras explosiones vitales. Hoy poco queda de esos camaradas. Sin embargo, separados o distantes, siempre que uno levanta el brazo se reúnen todos alrededor, como los hugonotes en torno al penacho de Enrique IV.

Todos se dispersaron. Unos están muy lejos, al otro lado del mar. Otros padecen los tedios de la vida oficial. Otros viven en las castas serenidades del hogar. Otros se pudren bajo la hierba, y lo que amábamos nosotros en ellos—el alma—se disipó, y lo que veíamos—el cuerpo—anda a nuestro alrededor, en las metempsicosis en el aire, en las plantas y en las piedras; ¡pero nosotros no comprendemos, sin embargo, su silencio, como ellos no perciben nuestro ruido!

Quien me hubiese hablado en aquella época de los siglos clásicos de Augusto y de Pericles, habríame dirigido una injuria personal; y hoy, en presencia de esta enfermedad desoladora de los espíritus, de estas llagas

(1) Joao de Barros (1496-1570), famoso historiador portugués que publicó, entre otras muchas obras, la *Historia de las conquistas portuguesas en Ultramar.*

luminosas e incurables que tienen las almas, estoy casi dispuesto a ir a declarar, con el cirio en la mano, como los antiguos conversos, que el pensamiento ha tenido sólo tres épocas: Pericles, Augusto y Luis XIV. ¡Es el ciclo de los tres tiranos! Y aunque haya que lamentar que las ideas nazcan con los esclavos, encuentro magnífico y verdadero que esas fechas gloriosas sean la tumba de todo cuanto el alma humana ha creado. *Confiteor*. ¡Salve, Aristóteles!

Pero lo malo es que en torno a esas épocas, que son cumbres luminosas, abajo, crepúsculos estrellados, se mueve una población salvaje, deforme y revolucionaria. Allí están el crimen, la pasión, la lucha, el dolor, la sangre, el amor, los celos, la muerte y la duda, ¡todas las medias tintas del mal! Quien baja de esas cumbres, que son gloria y luz y verdad, donde moran las nobles almas de Horacio, de La Harpe, de Boileau, de Reis Quita, de Garçao, de Camiña y compañía, quien baja a esos abismos perversos tropieza con figuras gigantescas y horribles: Shakespeare, el humano; Dante, el sobrenatural; Rabelais, el escarnecedor; Isaías, el profeta; Juvenal, el vengador; Esquilo, el fatal. ¡Esas figuras devastan! Y es un encuentro peor que el de la Selva Misteriosa, al comienzo de *La Divina Comedia*. ¡Adiós las serenidades idílicas de tiempos de Pericles y de Augusto! ¡Adiós las claras aguas de la alegría en los ojos! ¡Adiós las tibias blanduras y los descansos arcádicos!

Esos poetas terribles ¡nos arrastran, nos deslumbran de ideal, nos abruman de pasión, nos asestan puñaladas de luz! Lo lanzan todo sobre la pobre alma: el amor, la melancolía, la pasión, los celos, el misticismo, la ironía, la desesperación, la duda. Además de ello, no respetan la felicidad corporal del egoísmo humano: se atreven a originar el terrible espectáculo del dolor. El rey Lear muestra despiadamente sus ojos arrancados, y su corazón, ¡caído en el barro, hollado por sus hijos, escupido por los criados, escarnecido por el populacho!

Esos poetas abren en el alma lejanías sorprendentes. ¡Quien los lee siente que le invade, bruscamente, el infinito!

¡Sufren, como los sacerdotes antiguos sufrían con la presencia de Dios!

Y, entre tanto, los que se quedaron en la blanca luz, en compañía de los espíritus inofensivos de Racine, de Horacio, de Virgilio, de todos los clásicos, viven alegre y sosegadamente, ¡en su fe ordinaria, en su virtud, en su somnolencia higiénica!

Y es que esos inofensivos hacen un ruido que mece, ponen un *abat-jour* (1) al ideal, tienen la pasión amordazada y enjalbegan el rostro del dolor.

Pero los que han descendido a las regiones románticas quédanse con el alma enferma, febril, ansiosa, nostálgica. ¡Esa es la explicación de toda esta generación moderna, contemplativa y enfermiza! Porque — digamos la verdad—hoy la vida del pensamiento es un vasto hospital de almas. Y los gemidos que salen de los lechos son los dramas, los poemas, las novelas modernos. Hoy, indiscutiblemente, pensar es sufrir. La enfermera, que se llama Democracia, logra curar a pocos. Los poetas clásicos, ésos, no obligan a pensar: ¡son la sencillez, la frialdad, lo narrativo, lo superficial, la afectación, lo convencional, todo menos el alma, con su tragicomedia de dolores y de dudas!

Nosotros, amigo mío, somos una generación desilusionada por tres revoluciones, reblandecida por una ho-

(1) Pantalla. *Sic* en el original.

rrible invención, la música; invadida por la duda religiosa; una generación que ve desvanecerse a Cristo, a quien amó tanto tiempo, y que no ve llegar la libertad, a la que hace tanto tiempo espera. ¿Cuáles pueden ser las obras de esta generación? Creaciones febriles, convulsiones cerebrales, idealistas y enfermizas; una entera pesadilla moral. Por eso hemos tenido toda una serie de figuras melodramáticas, desde Fausto hasta monsieur de Camors.

¿Cuál vale más, esta dolencia magnífica o la salud vulgar e inútil que se goza en el clima templado que va desde Racine hasta Scribe? ¡Yo prefiero valientemente el hospital, sobre todo cuando la primera fiebre se llama Julieta y la última Margarita!

Los otros, los sanos, los doctrinarios del arte, los petrificadores de la pasión, los sacerdotes de la tradición y del *magister dixit,* no pertenecen al arte puro: pertenecen al archivo. Son documentos históricos. Son momentos sociales vistos a través del arte. Racine explica a Luis XVI. Y como en la historia libre y pura no se puede concebir Luis XIV, en arte puro y libre no se puede admitir Racine. Toda nuestra Arcadia explica los reinados de don Juan V, de don José I y de doña María I. Por esa literatura se pueden conocer todos los sentimientos monárquicos de la época, el espíritu cortesano, la influencia clerical, la sujeción de las antecámaras, las sutilezas morales, la serenidad enfática, la majestad teatral, toda esa suma de falsos sentimientos y de falsas costumbres que era el antiguo régimen. Y esa literatura falsa, ridícula, siendo excelente como documento, es grotesca como arte.

En arte sólo tienen importancia los que crean almas, y no los que reproducen costumbres.

El arte es la historia del alma. Queremos ver al hombre, no al hombre dominado por la sociedad, entorpecido por las costumbres, deformado por las instituciones, transformado por la ciudad, sino al hombre libre, colocado en la libre Naturaleza, entre las libres pasiones. El arte es simplemente la representación de los caracteres tales como serían, abandonados a su voluntad inteligente y libre, sin las trabas sociales. Eso es lo que da Shakespeare, la supremacía del arte. Fué el mayor creador de almas. Reveló la Naturaleza espontánea; dejó a las pasiones en libertad y mostró su libre acción. En él se puede estudiar al hombre. Es lo que hace también la grandeza de ciertos tipos capitales de Balzac, el *Barón Hulot, Goriot, Grandet.* Realizan su destino, lejos de la asociación humana, bajo la libre lógica de las pasiones.

Pero, a veces, los que reflejan su tiempo, crean: y es cuando no sólo revelan el carácter de un momento, un estado convencional, sino cuando traducen y explican el alma de un pueblo. Eso es lo que hace la grandeza de João de Barros. Historiador, reveló el genio de Portugal, el espíritu aventurero mezclado de exaltación religiosa, el heroísmo supersticioso; Camoens, el hijo del Renacimiento y de las imitaciones latinas, no posee el espíritu épico de João de Barros, que, algunas veces, en una página, forja toda la antigua alma heroica de la patria.

Ultimamente, el espiritualismo entró en su fase retórica; y los poetas modernos de Francia: Mallarmé, Dierx, Sully-Prudhomme, Catulo Mendès, Heredia, Ricardi, Villers de L'Isle-Adam, etc., componen maldiciones al mundo y a la materia con la misma sabia reflexión y estudio con que los poetas de 1810 componían madrigales. Cierta escuela, surgida de Carlos Baudelaire, afecta amores por el mal: como los his-

triones medrosos se tiñen de rojo la cara para encubrir la palidez, ellos tiñen el alma de negra perversidad para encubrir la languidez.

Hace poco hablé de *Monsieur de Camors.* Otro libro nostálgico. De nuevo Manfredo y Don Juan bajo una forma remozada y teatral.

Monsieur de Camors es un místico. Tiene todos los desfallecimientos del alma, todos los desmayos del deseo, de los héroes poéticos de 1830.

Trae tan sólo una pomposidad más: el materialismo. Se enmascara con la impasibilidad. Pero ¿cuándo? Precisamente, cuando por la posición política, por la brillantez financiera, por la fuerza del hábito y de las relaciones, tiene él una vida acompasada y material, en que el alma se adormece. Y como el alma se adormece, callan sus gemidos. Pero cuando la despierta, ya sea el amor o la vergüenza, o la pasión, o el deber, o la paternidad, o el remordimiento, comienza en seguida la pobre alma a llorar afligidamente, torturándose. ¡y pidiendo con las manos juntas a las estrellas un refugio sereno!

Aquí, en Portugal, existe también una gran dolencia. Hablaría de eso ahora si no estuviera cansado de escribir.

Pero la peor de las dolencias es la que afecta aires lánguidos: la que compone, al fenecer, la voluptuosidad de la mirada; la que cuando siente ya el frío de la muerte, suspira correctamente: «¡Adiós!»

¿Qué significa esta carta desordenada, en la que me dejé llevar, en contra de mis costumbres, impasiblemente silenciosas, a hablar vagamente de literatura? Nada, sino que en un día de tristeza y de frío, quise yo hacer una peregrinación nostálgica a aquellos tiempos lejanos en que vivíamos nosotros en una noche de ideas y de deseos, alumbrados por los astros—Shakespeare, Dante, Rabelais, San Juan, Goethe y Cervantes—, ¡y teniendo siempre en el alma aquella ternura luminosa que venía de una aurora clara, serena, inmensa, purificadora y consoladora: Jesucristo!

Tuyo,

E. de Q.

EL FUEGO

Ahora, en invierno, en el campo, las noches son ásperas y hostiles. Toda la Naturaleza está impasible y entorpecida, esperando la violenta fermentación de las savias. Los árboles alzan los desnudos brazos, míseros y suplicantes. Y las aguas, que en el otoño estaban quietas y pálidas, y que en mayo producían claros murmullos, tan melódicos como el ritmo de un idilio latino, tienen ahora voces vengativas. El viento es ronco y lento como un canto católico; las lluvias caen como escarnios triunfantes y ruidosos.

A veces aparece la luna, no aquella inmaculada luna color ópalo, de la que emana una niebla magnética que deja el alma dulcemente doliente, sino una luna metálica, fría y lívida, como el rostro de los cuerpos difuntos, en las leyendas católicas.

Entonces el hombre siente su minúscula e inútil alma sumirse en el tedio, silenciosamente, como un navío destrozado durante una calma, y va, por instinto, a entregarse a la intimidad consoladora del hogar, de las brasas y del fuego. Y, mientras la fuerza vital se disuelve en una som-

nolencia flúida, siente él a sus pies una vocecita alegre, inquieta, clara, que le habla como en un éxtasis profano:

—Soy yo—dice la voz—, yo, tu viejo camarada, el buen fuego. Soy yo, tu viejo dios misterioso. Yo, que te quiero bien y que te di lo que hay en ti de grande y justo: la familia y el trabajo. Mi historia es triste, luminosa y terrible, inmunda y tierna. Yo fuí tu compañero en las noches de la India, el consolador y purificador; yo fuí el Moloc de las religiones de la vieja Africa, ensangrentado y trágico, y soy ahora el esclavo a quien tú mandas mover las máquinas.

Siempre escondido y silencioso, ocupando en un rincón el más pequeño espacio de la casa, llego todo jovial y radiante cuando me llamas, y permanezco, en tus horas negras de dolor y de miseria, callado, a tus pies, como un perro. En la India, ¿te acuerdas?, durante las noches primitivas, yo fuí tu buen *Agni*, que te alumbraba, que espantaba a los chacales y a las onzas, y protegía, como un templo, tus amores religiosos y sencillos. Me escondía en las piedras y en las maderas secas; así, hacia donde tú fueses, solitario o en grupo, me encontrabas siempre a tus plantas, bueno y humilde. Junto a mí creaste la trinidad humana de la familia.

Junto a mí descansabas de tus bárbaros trabajos, al principio, cuando la vasta Naturaleza te combatía. Y yo era el amigo único, el radiante aliado. Tuve la confidencia de tus primeros besos. Y conocía tus dolores y tus miedos.

Tenías a tu alrededor la hostilidad dispersa: la gran selva tenebrosa, que, después, fué para ti cuna, leña, morada, navío, defensa y fuerza, era entonces tu sepultura inminente. Cuando te separabas de mí, de tu cabaña, arrodillado al sol, te encontrabas solo, entre los seres implacables: el mar, que te amenazaba; la vegetación espinosa, que te mordía; la lluvia, que te paralizaba; la nieve, que te daba sudarios. Todo, bajo la presión enfermiza del sol, era para ti fuerza enemiga o forma resplandeciente del mal. Y sólo cuando volvías encontrabas a tu buen fuego, que te secaba, que te alumbraba, que te daba el pan, la fuerza o la fe. Yo y la mujer, mi compañera celeste y silenciosa, nos quedábamos en casa, esperando tus cansancios. Ella hilaba, limpiaba el suelo de la cabaña, sacaba el agua fresca y adormecía al hijo sobre el blanco seno, como en un lecho espiritual; yo estaba quieto y atento, combatiendo la sombra y la noche, venciendo la traicionera humedad, haciendo un dosel de vida y de luz para tu sueño, dando a la cabaña la tibia serenidad y a tus fatigas un paraíso de sosiego, de silencio y de calor.

En torno a mí se creó la familia. Yo era el purificador de tu naturaleza. Era el dios presente y bueno, que fecunda las almas, fortalece los brazos, ampara en la hora de los dolores.

Siento aún por ti aquel amor servil y adulador, que se glorifica abdicando, que experimenta un éxtasis cuando se entrega a una humillación. Cuando te alejas, cuando me dejas, me quedo triste, mortecino; toda esta gran alma de llama que te quiere tan bien, se consume, y sólo restan las brasas, aunque de negro, precisamente como el cuerpo de un amor abandonado.

Pero cuando vienes hacia mí, cuando me tiendes la mano, como para una caricia, cuando me revuelves, despierto, revivo, canto salmos de luz, me retuerzo como una mujer que se entrega, tengo vivacidades que son gritos fogosos, centelleos que son besos, y como en una muchacha, hacía la que vuelve el bien amado inconstante, toda la tristeza se disipa en risa, en mí, más desgraciado, que no tengo la risa, aurora sonora de los labios, ¡todo mi dolor y mi abatimiento se disipan deshechos en humo!

Por ti cometí el mal. Yo fuí quien maté a Giordano Bruno, a Juan Huss, ¡a tantos otros santos, a tantos mártires, a tantos alucinados de Dios! Yo fuí el que quemé en las ciudades misteriosas de Africa los niños y las vírgenes en el altar de Moloc.

Por ti, yo que soy la paz, fuí la devastación. Estoy fatigado. Durante los diversos tiempos he sido ¡el camarada, el amigo, el siervo, el vigía, el perro, el confidente, el pan, el calor, la vida! ¡No quieras que sea yo verdugo! Podía ir contigo insensiblemente—hogar, si era tu amor el que me soplaba, incendio si era tu cólera—en la época en que eras tú una fuerza inconsciente y fatal. Pero hoy eres una conciencia. Sólo me aliaré contigo para ser fe, consuelo y paz. Siendo paz y fe es como te he consolado de las dolorosas esclavitudes.

En el tiempo de las catedrales, cuando tú nada tenías, ni el amor, ni el pan libre, ni la voz, ni el sueño, ni la esperanza, te di lo que más agrada al esclavo, el derecho de mandar. A mi alrededor, la familia se arrodillaba a tu voz, rezaba bajo tu mirada, alzaba la hostia del amor hasta tu corazón. Eras siervo y tenías estas grandezas: era yo el que te las daba. ¿Cómo? Con la fe, con la paz, con el consuelo, con la unión. Para ti he representado la esencia humana. He defendido la causa de la vida.

Mi irradiación, lenta y amorosa, disipó el misticismo. Yo soy el bien. La familia, el trabajo, la educación, esta trinidad misteriosa de la vida, todo está en mí. Toda la felicidad humana canta, ama, reza, en el círculo de mi luz. Más allá todo es sombra, sombra en la pared y sombra en el alma. Buscas el ideal en la religión, en la conquista, en el arte; ¡en vano! ¡Trabajas, enfermas, mueres, te pudres: vida inútil! Los únicos momentos verdaderos y sanos fueron aquellos en que estuviste al pie de mí, mirando castamente a la mujer, enseñando a leer al niño. Entonces realizaste el ideal, el símbolo-Dios, que las religiones esbozan y las críticas disipan.

¿Te acuerdas de la India?

Allí tenías una cabaña, tu mujer, blanca y más suave que la lana de los novillos, y el hijo, encarnación misteriosa del amor de las almas, y mi dulce presencia. Trabajabas, te calentabas, amabas, dormías. El alma vivía en ti en estado de presentimiento.

Después de eso, has tenido una vida legendaria de luchas, de creaciones, de religiones, de conquistas, de descubrimientos, de ideales.

¿Qué aumentaste en ti? Nada: tan sólo la tristeza, el desfallecimiento, el dolor y el mal.

Eras puro y sano: estás enfermo y enflaquecido. Eras fuerte: estás raquítico. Eras sereno: estás atormentado. Tu buena risa es una triste ironía; tu amplia mirada es una áspera desconfianza.

Tenías por enemiga a la Naturaleza. ¿La venciste? No. La absorbiste. Y todo cuanto ella tenía de terrible y de doloroso, todo lo tienes tú hoy: la independencia desesperada del mar, el misterio enfermizo de la selva, el llanto apenado de las aguas, la inquietud del viento, la barbarie de las fieras, la oscuridad supersticiosa de los astros; todo está hoy en ti, con sordas irritaciones, con formidables rebeldías. Ahí está. Cada vez que te apartaste de mí, del sosiego de mi calor, volviste trayendo una llaga.

Fuiste a crear el misticismo: viniste con la nostalgia incurable. Quisiste crear los derechos del hombre: trajiste un mal divino llamado Libertad, ¡que está siempre huyendo de ti, y sólo a veces se vuelve de repente, para salpicarte de sangre! Quisiste ir a construir la adoración del cuerpo y de la materia exclusiva: trajiste el elemento disolvente de la fuerza y el egoísmo brutal. No has dado un paso más hacia el bien. Ahí están tus obras inmensas, acumuladas, contradictorias e inútiles. Tienes una complicación infinita de alas que te impide el vuelo.

Me abandonaste a mí.

Yo no me apagué. Durante las revoluciones y las luchas anduve errante, sobrecargado de infamias, ¡vendiéndome, para vivir, al verdugo!

Pero conservé siempre mi llama casta y familiar, para el día en que quisieras venir, tristemente, a secarte, con mi calor, de la sangre de tus hermanos.

Ven junto a mí. Yo soy completo. Correspondo a todos tus instintos luminosos, sagrados, materiales o lascivos. Yo te doy el pan, el calor, la fortaleza; te doy las visiones, que son la poesía del movimiento en el alma; te doy la sensualidad soñolienta que exhala el amor; te doy la serenidad que dispone a la contemplación, y la fuerza que prepara para el trabajo. Yo soy la cura, inteligente y buena, del mal natural. Te alumbro en las vigilias dolorosas. Cuando estás entorpecido por la enfermedad, yo, pequeño y encogido, tiemblo junto a ti. Cuando mueres y tu alma va a partir, le alumbro el camino a Dios. Rodeo a Cristo en los altares para que tú le veas bien. Cuando navegas por el mar, yo soy, junto a las playas, el grito luminoso que te llama.

Y ¿qué haces tú en pago de ese amor que se da, que crea y purifica? Me oprimes. Me haces el esclavo de las máquinas. A mí, que mecía las almas, me haces mover los aceros. Balanceo que era amor, movimiento que es fuerza; los dos términos de tu vida: ¡pureza y putrefacción! Yo, que vivía, alumbraba, creaba en libertad, estoy encadenado y martirizado en la tarea brutal de las industrias. Me haces ser motor de la miseria. En las fábricas, las criaturas enfermizas, los niños anémicos, las mujeres enflaquecidas y sollozantes, son mis víctimas. Soy el colaborador de los tormentos que les infliges. Tú, hombre, ¡utilizas el fuego, el ser sagrado, como ayudante de ejecuciones! Me das como salario la infamia. Haces de mí la *explosión*. Me obligas a devastar en la guerra.

Yo soy la pureza, el trabajo, la familia, la pasión casta: ¡me fuerzas a ser el mal, la viudez, el llanto y el dolor! ¡Tengo un cortejo de ambulancias y de camillas, yo que era el firmamento de las cunas! ¡No! ¡Maldito sea el árbol que consiente en ser horca, y el fuego que accede a ser explosión!

No quiero que en mi vegetación de luz haya un rocío de sangre. No quiero que el viento, al agitarme, haga estallar los gritos y los llantos que en mí hubieran anidado. Tú, hombre, sé piadoso y justo. Yo alumbro cuanto puedo las iglesias, pero me parece que tú no ves bien a Cristo. No, déjame ser la pureza, la gracia, la familia, la intimidad casta y el bien. Te lo pido arrastrándome como un mendigo. ¡Oh hombre, oh mi viejo camarada de las chozas de la India! ¡No me hagas ser explosión, muerte y devastación, para que yo, en el día de pureza y de castidad, cuando esté alumbrando y calentando los besos, las oraciones y las cunas, no sienta entre mis llamas bailar espectros!

MEFISTOFELES

En el *Fausto*, de Carlos Gounod, la figura dramática y sintética es Mefistófeles.

En torno a él, Fausto canta artificialmente, como un lírico histrión de óperas; Margarita siente las primeras rebeldías nerviosas del deseo; Siebel se estremece con la creciente savia amorosa, como el antiguo Querubín; el alma legendaria del rey de Thulé canta en su torre, que moja la espuma del mar; el pueblo celebra las *kermesses* y los judíos dicen la música de la avaricia; ¡pero sólo Mefistófeles vive! Y su gran figura angulosa, nerviosa, flexible, incisiva, cruza, siniestra, el drama—sus lirismos nostálgicos, sus sensualidades tristes, sus misticismos artificiales—, glorificando el poder brutal del dinero, escarneciendo las castidades expirantes, empujando al Fausto espiritualista hacia la violencia lasciva, combatiendo la serena inspiración del Cristo, negociando en almas y derruyendo toda la penosa construcción del honor, del deber, del perdón, del amor, de la purificación, ¡con la risa trágica del mal!

Esa ópera es una simple aventura del antiguo Diablo.

En ella, Fausto no es el sabio que penetró la medicina, la física, la lógica, la dialéctica, la dogmática, la teología, la metafísica, para quien los siete mil años del pasado son tan sólo el prefacio del saber humano, que busca la X terrible de la ecuación de los astros, y que, al ruido que hace su alma buscando a través de la Naturaleza el dios fugitivo, el misterio, sólo consigue despertar a los aurmientes de su corazón los deseos, los besos luminosos y las languideces silenciosas; no es el hombre que se hastía de las vacías realidades de la vida y de la pasión y que se reconcentra en un estoicismo trágico, teniendo, sin embargo, siempre, dentro del pecho, el coro sollozante y rebelde de los deseos infinitos y de las ásperas curiosidades, hasta que, al fin, más sereno y transfigurado, va al fondo del mundo antiguo a buscar el cuerpo sublime de Helena y tiene de ella, que es el ideal de forma antigua, un hijo, Euforión, que es el ideal del espíritu moderno.

No. En la ópera, Fausto es simplemente uno de esos ambiciosos grotescos, que contrataban por escrito con el viejo *Diablo*, en los claustros malditos, y le compraban la realización de un deseo por una cosilla despreciable, menos valiosa que el dinero y que las telas, una cosa inútil, que se le arrojaba desabridamente, ¡y que era sencillamente el alma!

Las leyendas están llenas de estas negociaciones.

Cornelio Agripa vende el alma por los secretos de la filosofía; el abad de Tritheim, por el secreto de la circulación de la sangre; Falstaff vende su alma la noche de un Viernes Santo, cuando estaban cerradas las tabernas en Londres, por una botella de vino español y una pata de capón. Luis Gaufridi, por el poder de excitar nerviosamente a las mujeres. Un lacayo del Marais, por la suerte en los dados. Ricardo Dugdale, un conquistador del condado de Dandshire, ¡por una lección de danza! ¡Fausto vende, generosamente, el alma por el vulgar amor de una joven blanca y rubia, que tenía un modo celestial de hilar, cantando!

El Diablo cumplía escrupulosamente el contrato: había, para esas negociaciones, una jurisprudencia dogmática. Se obligaba, incluso, a acompañar al contratante, como una inspiración visible, como un camarada de peligros, para facilitarle la amplia realización del deseo. Había seguido a Agripa bajo la forma de un escudero vestido de negro, con el nombre de *Súbdito*. Seguía a Fausto, vestido de rojo, con el nombre de *Mefistófeles*. Y nada más.

Margarita no es en la ópera de Gounod, como en Goethe, el símbolo del alma alemana, sencilla, casta, sufrida, de ese alma alemana que, como en la *Melancolía*, de Durero, cuando la materia, la tiranía, la desesperanza la oprimen, sólo sabe, resignadamente, plegar sus alas; ese alma alemana que exhala todo su inmenso dolor en frescas canciones religiosamente humanas, que tiene todas las sencilleces, todas las inteligencias, todos los deberes, que cuando mira hacia la tierra es para amar, cuando mira hacia el cielo es para rezar y cuando mira hacia sí es para morir. La Margarita de la música sabia de Gounod es un alma lírica, nebulosa, nostálgica, sensual, para quien el amor es un suave magnetismo, la oración una lucha con el mal y la muerte una liberación romántica de la vida, insuficiente y vacía. Ese Fausto tiene en el alma un lirismo teatral; esa Margarita, un paraíso artificial.

Pero él, el buen Mefistófeles, tiene una vida real y poderosa. Es él la antigua criatura terrible y grotesca, vanidosa, infame y trágica. Es él el antiguo Satanás de las leyendas. Es él, el mismo a quien los Severios oyeron decir que prefería devorar un alma a volver, entre purificaciones, hacia sus antiguos camaradas, los astros, *sidera lucida!* Es él el eterno inspirador de los heréticos y de los impostores, el que enseñaba los oráculos a los cocodrilos de Arsinoe y a los robles proféticos de Dodona, y que daba a Manés, el hombre impío, la ascética palidez de los monjes, como da a Fausto, viejo y tibio, el resplandeciente magnetismo de la mirada. El, que, según las tradiciones judaicas, inventó los adornos y las joyas para herir los castos instintos femeniles, y que arrojaba los corazones al regazo de las mujeres de Brabante, como enseña a Margarita el color traicionero e hipócrita de las perlas. Es él el mismo que en Babilonia tomaba las actitudes hieráticas de un dios y huía de la mirada de Daniel, como en la *kermesse* de Leipzig adopta la voz siniestra y ronca del dinero, y cae, torturado y cobarde, ante la serena aparición de las cruces de las espadas. Es él el antiguo Diablo que daba a los monjes de la Tebaida el mal de la *acedía*, como da a la pobre Margarita el mal del amor. Tortura a los monjes del Occidente; les da las llagas y los dolores de Job; los envuelve en las magníficas visiones del mal.

Las vírgenes diáfanas hacen, en el silencio de la noche, las mil oraciones de la postración; los monjes pasan los años en ayunos dolorosos. ¡Inútil! Si se tienden en la nieve, la nieve adquiere un calor vital y lascivo que los consume; si beben el agua fría y purificadora de las fuentes, el agua da a sus cuerpos la palpitación de los grandes apetitos. Si quieren rezar en el silencio, oyen las risas ambrosíacas de los dioses sensuales y el gemir desfalleciente de las bandolas. También la pobre Margarita, cuando quería hilar castamente y llorar al viejo rey de Thulé, oía la melodía de la carne cantarle quedamente: «Mira qué bello, qué blanco, sano y fuerte es Fausto, el caballero vestido de terciopelo.»

Los monjes de Alejandría andaban

de noche por los corredores solitarios y sonoros, con las cruces alzadas, cantando, para alejarle, los versículos del Evangelio, y rociando con agua bendita las losas del claustro; así, la gentil Siebel rocía, tristemente, las flores mancilladas de mayo.

Y al mismo tiempo, ese terrible Diablo, que andaba suelto en los elementos, de tal suerte, que el viento era su tos, él, que era el verdugo de la Inquisición, la fiera dramática de las almas; él, que redactó la sentencia de Cristo, que encendió las hogueras de las brujas, que celebraba el *sabbat*, donde, a la luz de una lámpara sin aceite, predicaba el sermón de los siete pecados; él, que tenía por hijos a Merlín, a Roberto de Normandía, a Atila y a los Hunos, era al mismo tiempo jovial, grotesco, bailarín, poeta, jugador y bufón. Bebía gloriosamente el vino de las misas del Papa. Tenía una taberna en el infierno, donde se injerían, con salsa de beata, las almas de los usureros. Daba serenatas a las patricias de Venecia. Hacía sonetos correctos y académicos a las abadesas de Vecker. Se vestía de terciopelos y sedas, prestaba dinero a los estudiantes de las Universidades libres y se firmaba *Belcebú, cocinero del Infierno*. Los trovadores cantaban esta leyenda chistosa de las bromas de Satán.

Tuvo tanta familiaridad con el hombre, que Lutero le manchó de tinta, y Rabelais le dió papirotazos. En Alemania, la noche del 30 de abril ofrecía un sarao magnífico en las alturas de Borxberg. Era la noche de Walpurgis. Había la gran danza de las desnudeces. En las noches claras, las estrellas asistían, con una impasibilidad de vestales.

Así es la figura compleja de Mefistófeles. A lo largo de la ópera de Gounod, esta siniestra personalidad deja caer sobre el drama de los amores y de los arrepentimientos su desprecio resplandeciente y ruidoso, como esas figuras de Satán que en las catedrales alemanas dejan caer, desde la última aguja, una carcajada de piedra, que en las hornacinas, en las esculturas, en los rosetones, en los fustes, en los bajorrelieves, en todas las figuras de santos, vírgenes y ángeles va a helar las aspiraciones ideales y los sentimientos del cielo.

Toda esa música de la ópera, que envuelve a Mefistófeles, es la vaga melodía tenebrosa del mal. Tiene el escarnio, la violencia, las tinieblas, la jovialidad y el miedo. Rechina, ríe, tiembla, devasta, insulta y vence.

MEMORIAS DE UNA HORCA

Tuve conocimiento, de un modo sobrenatural, de este papel donde una pobre horca podrida y negra contaba algunas cosas de su historia. Esta horca intentaba escribir sus trágicas *Memorias*. Debían ser profundos documentos sobre la vida. Como árbol, nadie sabía tan bien el misterio de la Naturaleza; como horca, nadie conocía mejor al hombre. Nadie tan espontáneo y verdadero como el hombre que se retuerce al extremo de una cuerda, ¡a no ser ese otro que se monta sobre sus hombros! Por desgracia, la pobre horca se pudrió y murió.

Entre los apuntes que dejó, los menos completos son estos que transcribo, resumen de sus dolores, vaga apariencia de gritos instintivos. ¡Si

hubiera ella podido haber escrito su vida compleja, llena de sangre y de tristezas! Es hora de que sepamos, por fin, cuál es la opinión que la vasta Naturaleza, montes, árboles y aguas, tiene del hombre imperceptible. Tal vez este sentimiento me lleve algún día a publicar papeles que guardo avaramente, y que son las *Memorias de un Atomo*, y las *Notas de viaje de una raíz de ciprés*.

Dice así el fragmento que copio, y que es, simplemente, el prólogo de las *Memorias*:

*

Pertenezco a una antigua familia de robles, raza austera y fuerte, que ya en la antigüedad dejaba caer de sus ramas pensamientos para Platón. Era una familia hospitalaria e histórica: de ella habían salido navíos para la ruta tenebrosa de las Indias, lanzas para los alucinados de las Cruzadas y vigas para los techos sencillos y perfumados que cobijaron a Savonarola, Spinoza y Lutero. Mi padre, olvidando las altas tradiciones sonoras y su linaje vegetal, tuvo una vida inerte y profana. No respetaba las nobles morales antiguas, ni la ideal tradición religiosa ni los deberes de la Historia. Era un árbol materialista. Estaba pervertido por los enciclopedistas de la vegetación. ¡No tenía fe, ni alma, ni dios! Tenía la religión del sol, de la savia y del agua. Era el gran libertino de la selva pensativa. En verano, no bien sentía la fermentación violenta de las savias, cantaba agitándose al sol, cobijaba los grandes conciertos de pájaros bohemios, escupía la lluvia sobre el pueblo curvado y humilde de las hierbas y de las plantas, y por la noche, enlazado por las hiedras lascivas, roncaba bajo el silencio sideral. ¡Cuando llegaba el invierno, con la pasividad animal de un mendigo, alzaba hacia la impasible ironía del azul sus brazos flacos y suplicantes.

Por eso nosotros, sus hijos, no fuimos felices en la vida vegetal. Uno de mis hermanos fué llevado para ser tablado de payasos; ¡rama contemplativa y romántica, iba, todas las noches, a ser pisado por la burla, por el escarnio, por la farsa, por el hambre! La otra rama, llena de vida, de sol, de polvo, recia, solitaria de la vida, luchadora contra los vientos y las nieves, fué arrancada de nosotros, ¡para ir a ser tabla de una barca! ¡Yo, el más digno de lástima, acabé en horca!

Desde pequeño fuí triste y compasivo. Tenía grandes amistades en la selva. Yo sólo quería el bien, la risa, la sana dilatación de las fibras y de las almas. El rocío que me humedecía de noche lo lanzaba yo a unas pobres violetas que vivían debajo de nosotros, dulces muchachitas dolientes, melancólicas, condensadas y vivas de la gran alma silenciosa de la vegetación. Cobijaba a todos los pájaros en víspera de temporales. Era yo quien acogía a la lluvia. Venía ella con los cabellos desgreñados, ¡perseguida, mordida, quebrantada por el viento! Abríale yo las ramas y las hojas y la ocultaba allí, al calor de la savia. El viento pasaba, confundido e imbécil. Entonces, la pobre lluvia, que le veía alejarse, silbando lascivo, dejábase escurrir silenciosamente por el tronco, gota a gota, para que el viento no la oyese, ¡e iba, a la rastra, entre la hierba, a unirse con su vasta madre el Agua! Tuve por ese tiempo amistad con un ruiseñor que venía a conversar conmigo durante las largas horas consteladas de silencio. ¡El pobre ruiseñor tenía una pena de amor! Había vivido en un país remoto, donde los noviazgos tienen más lánguidas molicies; allí se enamoró, y lloraba conmigo en líricos

suspiros. ¡Tan mística fué su pena, que, según me dijeron, el desventurado, impulsado por el dolor y la desesperación, se arrojó al agua! ¡Pobre ruiseñor! ¡Nadie tan amante, tan viudo y tan casto!

Quería yo proteger a todos los que viven. Y cuando las mozas campesinas venían junto a mí a llorar, ¡yo alzaba siempre mis ramas, como dedos, para señalar a la pobre alma anegada en lágrimas todos los caminos del cielo!

¡Nunca más! ¡Nunca más, verde juventud lejana!

En fin, tenía yo que entrar en la vida de la realidad. Un día, uno de esos hombres metalizados que trafican con la vegetación, vino a arrancarme del árbol. No sabían para qué me querían. Me tendieron sobre un carro, y, al caer la noche, los bueyes empezaron a caminar, mientras al lado un hombre cantaba en el silencio de la noche. Yo iba herido y desfalleciente. Veía las estrellas con sus miradas punzantes y frías. Sentía que me separaban de la gran selva. Oía el rumor gimiente, indefinido y arrastrado de los árboles. ¡Eran voces amigas que me llamaban!

Encima de mí volaban aves inmensas. Sentíame desfallecer, en un torpor vegetal, como si estuviera disipándome en la pasividad de las cosas. Me adormecí. Al amanecer, estábamos entrando en una ciudad. Las ventanas me miraban con ojos ensangrentados y llenos de un sol enfurecido. Yo sólo conocía las ciudades por las historias que de ellas contaban las golondrinas, en las veladas sonoras de la espesura. Pero como iba tendido y amarrado con cuerdas, sólo veía las humaredas y un aire opaco. Oía el ruido áspero y desafinado, en el que había sollozos, risas, bostezos, y, además, el sordo rechinar del fango y el tintineo sombrío de los metales. ¡Olía, en fin, el olor mortal del hombre! Fuí arrojado a un patio infecto, donde no había ni azul ni aire. Comencé entonces a comprender que una gran inmundicia cubre el alma del hombre, ¡ya que tanto se esconde de la vista del sol!

Vinieron unos hombres, que me golpearon despreciativamente con los pies. Estaba yo en un estado tal de torpor y de materialidad, que no sentía siquiera la nostalgia de la patria vegetal. Al otro día se dirigió un hombre hacia mí y empezó a darme hachazos. Ya no sentí más. Cuando volví en mí, iba otra vez amarrado en el carro, y, por la noche, un hombre aguijoneaba a los bueyes, cantando. Sentí lentamente renacer en mí la conciencia y la vitalidad. Parecíame estar transformado en otra vida orgánica. No sentía la magnética fermentación de la savia, la energía vital de los filamentos y la superficie viva de las cortezas. Alrededor del carro iban otros hombres a pie. Bajo la blancura silenciosa y compasiva de la luna, tuve una nostalgia infinita de los campos, del olor de los henos, de las aves, de las hierbas, de toda la gran alma vivificadora de Dios que se mueve entre la enramada. Sentía yo que iba hacia una vida real, de servidumbre y de trabajo. Pero ¿cuál? Había oído hablar de los árboles que van a ser leña, que calientan y crean, y, experimentando en la convivencia del hombre la nostalgia de Dios, luchan con sus brazos de llamas para desprenderse de la tierra; éstas se disipan en la augusta transfiguración del humo, van a ser nubes, a estar en la intimidad de las estrellas, ¡a vivir en la serenidad blanca y altiva de los inmortales y a percibir los pasos de Dios!

Había oído yo referirse a los que van a ser vigas de la casa del hombre; esos, felices y privilegiados, oyen en la penumbra amorosa y dulce el estallar de los besos y de las risas; son

amados, vestidos, lavados, se apoyan sobre ellos los cuerpos dolorosos de los Cristos; son los pedestales de la pasión humana, sienten la alegría inmensa y orgullosa de los que protegen, y risas infantiles, ayes enamorados, confidencias, suspiros, elegías de la voz, todo lo que les hace recordar los murmullos del agua, el estremecimiento de los hojas, la canción del viento; toda esa gracia pasa sobre ellos, que gozaron ya de la luz de la materia, como una inmensa y bondadosa alma.

Había yo oído hablar también de los árboles de buen destino, que van a ser mástil de un navío, a percibir el olor de la marejada y a oír las leyendas del temporal; a viajar, a ver, a luchar, a vivir, llevados sobre las aguas, a través del infinito, entre radiantes sorpresas, ¡como almas arrancadas del cuerpo que hacen por primera vez el viaje al cielo!

¿Qué iría yo a ser?... Llegamos. Tuve entonces la visión real de mi destino. ¡Iba a ser una horca!

Y me quedé inerte, deshecha en aflicción. Me levantaron. Dejáronme sola, tenebrosa, en un campo. Había entrado, al fin, en la punzante realidad de la vida. Mi destino era matar. Los hombres, cuyas manos están siempre llenas de cadenas, de cuerdas y de clavos, ¡habían ido a los austeros robles a buscar un cómplice! Iba yo a ser la eterna compañera de las agonías. ¡Sujetos a mí iban a balancearse los cadáveres como en otro tiempo los verdes ramajes, salpicados de rocío!

¡Iba yo a dar estos negros frutos: los muertos!

Mi rocío sería de sangre. ¡Iba a escuchar para siempre, yo, la compañera de los pájaros, dulces tenores errantes, las agonías sollozantes, los gemidos de ahogo. Las almas, al partir, se desgarrarían en mis clavos. Yo, el árbol del silencio y del misterio religioso; yo, llena de augusta alegría, húmeda de rocío y de los salmos sonoros de la vida; yo, a la que Dios conocía como buena consoladora, tenía que mostrarme a las nubes, al viento, a mis antiguos camaradas puros y justos; yo, el árbol vivo de los montes, en intimidad con la podredumbre, ¡en camaradería con el verdugo, sosteniendo alegremente un cadáver por el pescuezo, para que los cuervos lo descarnasen!

¡Esto iba yo a ser! Me quedé yerta e impasible, como en nuestras selvas los lobos cuando se sienten morir.

Era la aflicción. Veía yo a lo lejos la ciudad cubierta de niebla.

Apareció el sol. A mi alrededor empezó a agruparse el pueblo. Después, en un desfallecimiento, oí un rumor de músicas tristes, el ruido pesado de los batallones y los cantos dolientes de los sacerdotes. Entre dos cirios venía un hombre lívido. Entonces, confusamente, como en las apariencias inconscientes del sueño, sentí un estremecimiento, una gran vibración eléctrica, ¡y luego la melodía monstruosa y arrastrada del canto de difuntos!

Recobré la conciencia.

Estaba sola. El pueblo se dispersaba, bajando hacia los poblados. ¡Nadie! La voz de los sacerdotes descendía lentamente, como el agua postrera de una marea. Era al final de la tarde. Vi. Vi libremente. ¡Vi! ¡Colgado de mí, tieso, flaco, con la cabeza caída y dislocada, estaba el ahorcado! ¡Me horripilé!

Sentía yo el frío y la lenta ascensión de la putrefacción. ¡Iba a permanecer allí de noche, sola, en aquel descampado, teniendo en los brazos aquel cadáver! ¡Nadie!

El sol se iba, el sol puro. ¿Dónde estaba el alma de aquel cadáver? ¿Había partido ya? ¿Habríase disipado en la luz, en los vapores, en las

vibraciones? Sentía yo los pasos de la triste noche que llegaba. El viento empujaba el cadáver, la cuerda crujía.

Yo temblaba, con una fiebre vegetal, desgarradora y silenciosa. No podía estar allí sola. El viento me llevaría, arrancándome, en pedazos, hacia la antigua patria de las hojas. No. El viento era suave, ¡casi tan sólo la respiración de la sombra! ¿Había llegado entonces el tiempo en que la gran Naturaleza, la Naturaleza religiosa quedaba abandonada a las fieras humanas? ¿Los robles ya no eran, pues, un arma? ¿Podían, con justicia, venir el hacha y las cuerdas a buscar las ramas creadas por la savia, por el agua y el sol, trabajo fatigoso de la Naturaleza, forma resplandeciente de la intención de Dios, y llevarlas hacia las impiedades, hacia los tablados de horca, donde se pudren los cuerpos? Y los ramajes puros, que fueron testigos de las religiones, ¿ya no servían más que para ejecutar las penas humanas? ¿Servían solamente para sostener las cuerdas, donde los saltibamquis bailan y los condenados se retuercen? No podía ser.

Pesaba sobre la Naturaleza una fatalidad infame. Las almas de los muertos que saben el secreto y comprenden la vegetación encontrarían grotesco que los árboles, después de haber sido colocados por Dios en la selva, con los brazos extendidos, para bendecir la tierra y el agua, ¡fuesen arrastrados hacia las ciudades, y obligados por el hombre a extender el brazo de la horca para bendecir a los verdugos!

Y después de sostener los ramos de verdor—que son los hilos misteriosos sumergidos en el azul con los que Dios apresa la tierra—, ¡iban a sostener las cuerdas de la horca que son las cintas infames con las que el hombre se une a la podredumbre! ¡No! ¡Si las raíces de los cipreses contaban aquello en casa de los muertos, harían estallar de risa la sepultura!

Así hablaba yo en la soledad. Caía la noche lenta y fatal. El cadáver se balanceaba al viento. Empecé a oír aletazos. Volaban sombras sobre mí. Eran los cuervos. Se posaron. Sentía yo el roce de sus plumas inmundas; afilaban los picos en mi cuerpo; se colgaban, ruidosos, clavándome la garras.

¡Uno se posó en el cadáver y empezó a picotearle la cara! Sollocé en mi interior. Pedí a Dios que me pudriese de repente. ¡Era un árbol de las selvas al que los vientos hablaban! ¡Servía ahora para afilar los picos de los cuervos y para que los hombres colgasen de mí cadáveres, como viejos ropajes de carne, en harapos! ¡Oh Dios mío!—sollocé también—; ¡yo no quiero ser recuerdo de tortura; yo alimentaba y no quiero aniquilar; era la amiga del sembrador y no quiero ser la aliada del sepulturero! Yo ni puedo ni sé ser la justicia. La vegetación tiene una augusta ignorancia: la ignorancia del sol, del rocío y de los astros. Los buenos, los angélicos, los malos son los mismos cuerpos inviolables para la gran Naturaleza sublime y compasiva. ¡Oh Dios mío, líbrame de este mal humano tan aguzado y tan grande que se traspasa a sí mismo, atraviesa de lado a lado la Naturaleza, ¡y aún va a herirte, a Ti, en el cielo! ¡Oh Dios, el cielo azul me daba todas las mañanas los rocíos, el calor fecundo, la belleza inmaterial y flúida de la blancura, la transfiguración por la luz, toda la bondad, toda la gracia, toda la salud; no quieras que, en compensación, muestre yo mañana, a su primera mirada, este cadáver desgarrado!

Pero Dios dormía en sus paraísos de luz. Tres años viví en estas angustias.

Ahorqué a un hombre, un pensador, un político, hijo del bien y de la verdad, alma hermosa, llena de las formas del ideal, combatiente de la luz. Fué vencido y ahorcado.

Ahorqué a un hombre que había amado a una mujer, huyendo con ella. Su crimen era el amor, al que Platón llama *misterio* y al que Jesús llamó *ley*. El código castigó la fatalidad magnética de la atracción de las almas ¡y corrigió a Dios con la horca!

Ahorqué también a un ladrón. Este hombre era también obrero. Tenía mujer, hijos, hermanos y madre. En el invierno no tuvo trabajo, ni lumbre, ni pan. Invadido por una nerviosa desesperación, robó. Fué ahorcado a la puesta del sol. Los cuervos no acudieron. El cuerpo fué a la tierra limpio, puro y sano. Era un pobre cuerpo que había sucumbido por apretarle yo en demasía, como el alma había sucumbido por colmarla y engrandecerla Dios.

Ahorqué a veinte. Los cuervos me conocían. La Naturaleza veía mi dolor íntimo; no me despreció; el sol me alumbraba con magnificencia, las nubes venían a arrastrar sobre mí su blanda desnudez, el viento me hablaba y refería la vida de la selva que había abandonado, la vegetación me saludaba con tiernas inclinaciones de follaje: Dios me mandaba el rocío, frescor que prometía el perdón natural.

Envejecí. Aparecieron las arrugas oscuras. La gran vegetación que sentía cómo me enfriaba, me mandó sus vestidos de hiedra. Los cuervos no volvieron: ni tampoco los verdugos. Sentía entrar en mí la antigua serenidad de la Naturaleza divina. Las florescencias que habían huído de mí empezaron a volver a nacer, a mi alrededor, como amigas verdes y confiadas. La Naturaleza parecía consolarme. Sentía yo llegar la podredumbre. Un día de nieblas y vientos me dejé caer tristemente al suelo, entre la hierba y la humedad, y empecé silenciosamente a morir.

Los musgos y las hierbas me cubrieron, y comencé a sentirme disolver en la materia enorme, con una dulzura inefable.

El cuerpo se me enfría: tengo conciencia de mi lenta transformación de podredumbre en tierra. ¡Voy, voy! ¡Oh tierra, adiós! Me derramo ya por las raíces. Los átomos huyen hacia toda la vasta Naturaleza, hacia la luz, hacia el verdor. Apenas oigo el rumor humano. ¡Oh antigua Cibeles, voy a deslizarme en la circulación material de tu cuerpo! Veo aún vagamente la apariencia humana, como una confusión de ideas, de deseos, de desalientos, entre los cuales pasan ¡transparentes, bailando, cadáveres! ¡Apenas te veo, oh mal humano! ¡En medio de la vasta felicidad difusa del azul, eras sólo como un hilo de sangre!

¡Las florescencias, como vidas hambrientas, comienzan a pastarme! ¿No es cierto que allí abajo, aún, en el poniente, los buitres hacen el inventario del cuerpo humano? ¡Oh materia, absórbeme! ¡Adiós! ¡Hasta nunca más, tierra infame y augusta! Veo ya correr los astros, como lágrimas, por la faz del cielo. ¿Quién llora así? ¡Me siento ya deshecha en la vida formidable de la tierra! ¡Oh mundo oscuro, de barro y oro, que eres un astro en el infinito, adiós! ¡Adiós! ¡Te dejo heredero de mi cuerda podrida!

LA MUERTE DE JESUS

Por raras casualidades encontré este viejo manuscrito copiado, en un latín bárbaro, del antiguo papiro primitivo. No lo traduzco textualmente: resultaría incomprensible, ¡irritaría nuestros hábitos críticos, psicológicos! Traslado al lenguaje moderno, complejo, dúctil, sabio, el rígido estilo antiguo.

Así ordenado, este documento, que no encierra cosas nuevas, pone, sin embargo, de relieve muchos estados de espíritu, muchas situaciones civiles de una persona excepcional, que ha merecido notablemente en estos últimos tiempos la atención de la Historia y de la crítica.

Jerusalén, Mediterranean Hotel, en el Acra, 7 de diciembre de 1869.

LA MUERTE DE JESUS (1)

Dies iræ, dies illa...

I

Mi nombre es Eliziel, y fuí capitán de la Policía del templo; estoy viejo y curvado hacia la sepultura; y antes de acostarme para la eternidad bajo una piedra lisa en Josafat, o en las llanuras mortuorias de Siloé, quiero contar lo que sé y lo que vi de un hombre excelente, que estuvo en mi juventud, por los azares providenciales de la simpatía, íntimamente ligado a mi vida. En estos últimos tiempos, sobre todo, su imagen vive activa y poderosa en mi cerebro; y cuando, al finar la tarde, en esa luz doliente que se extiende entonces por el cielo de Judea, voy a sentarme junto al blanco túmulo de Raquel, contemplando las murallas de Jerusalén y la vieja Sión, llena de claridad, y las ruinas de David, es en él en quien pienso y en aquellos tiempos lejanos en los que tenía yo la fuerza, la barba oscura, el paso ágil y firme y la esperanza fácil.

Soy yo el más viejo de la generación de ese hombre: aquí vivo, apartado de la cruel Jerusalén, en Belén, junto a ese pozo que tiene un agua tan fresca y consoladora, que David la añoraba en el destierro.

Los otros, ¿dónde están? ¿Dónde estáis vosotros, Tomás, Mateo, Simón, Pedro, Juan? Judas Iscariote sé que murió oscuro y sosegado en la campiña de Haceldama; Poncio Pilato está en España, retirado y pobre, él, el viejo amigo de Tiberio. Antipas y Herodías viven en la aflicción del exilio; Hannam murió, pero su memoria y su doctrina aún rigen el templo. ¿Dónde están los demás: Nicodemo, José, María, las santas mujeres; Cleofás, Gamaliel, el sabio doctor? Unos, en el valle de Josafat, otros en el valle de Hinnon, todos olvidados. ¡Hasta tal punto la memoria del hombre es como la onda fugitiva y pérfida!

Por eso, para que no se pierda el recuerdo de aquel hombre justo y bueno, intento yo decir con sencillez y verdad todo cuanto vi y comprendí de su vida, tan breve por los días, tan larga por los dolores.

Cuando le conocí, en Jerusalén,

(1) Este trabajo de Eça de Queiroz, escrito con ocasión de su viaje a Egipto y Palestina en 1869, fué publicado en 1870, en *La Revolución de Septiembre*, quedando, sin embargo, incompleto. (*Nota de la edición de 1942.*)

por la fiesta de la Pascua, era yo joven. Mi vida transcurría toda en el templo. El templo, reconstruído por Herodes el Grande, estaba entonces nuevo y resplandeciente: aún se trabajaba en los pórticos exteriores. Allí estaba el centro de Jerusalén; allí se oraba, se celebraba, se trataban las cuestiones civiles, se juzgaba a los condenados, se establecían las escuelas rabínicas de la ley, se discutían los edictos de Roma, el procedimiento de los legados imperiales y de los procuradores; se curaba a los dolientes, se tramaban las sediciones. Los romanos no podían entrar en el templo: en el atrio de la primera galería había inscripciones, en griego y en latín, que prohibían a los gentiles, a los paganos y a los samaritanos penetrar allí. Pero nosotros veíamos siempre a los romanos en los terrados de la torre Antonia, que domina el recinto del templo, vigilar, reír, dormir al sol, o jugar por la tarde a la barra, adiestrarse en las luchas.

A mí, como oficial de la Policía del templo, me correspondía abrir y cerrar las puertas, impedir que se entrase en el santuario con bastones o armas, que se ensuciasen de barro las losas de las terrazas, que se pasase con fardos, o que viniesen a orar junto a las columnas del santuario los que estaban contaminados de impureza.

Era yo escrupuloso y atento, y me desagradaba (y muchas veces lo dije) que el servicio del culto autorizase actos indignos de la santidad de la ley y de la consagración del hogar, porque, en el recinto del templo, venían a situarse toda clase de vendedores y de bazares: venían allí a vender los animales para los sacrificios, las telas, los velos, las fajas de Tiro; se cambiaba la moneda; se negociaba el aceite, y como el templo era el centro vital de Jerusalén, tenía aquello una completa semejanza con una feria: pregones, fardos, arcas; y más parecía el mercado pagano de Cesárea que el interior de la casa de Dios.

Otra cosa me irritaba allí, singularmente: eran los fariseos, los escribas y los doctores de la ley; no los estimo; entre ellos, sólo vi ceremonias, odios, disputas estériles. Nunca comprendí el orgullo de los doctores, ni siquiera su desprecio por la sabiduría griega; mi padre cultivaba las letras helénicas y habíame hecho conocer aquella ciencia, incurriendo así en la ira de los doctores fariseos, que envuelven en la misma maldición al que cría cerdos y al que enseña a su hijo la ciencia griega. Mi padre había viajado por Egipto y Alejandría, y habíase relacionado allí con un sabio, Filón, judío por su madre, griego por su alma, de quien los maestros de las sinagogas decían el mayor mal.

Desde entonces había sentido atracción por la ciencia griega, y ya viejo, se entretenía en transmitir a mi espíritu las grandes doctrinas de aquella gente. Por eso el odio de los escribas hacia la ciencia helénica me indignaba. Además, ellos son repulsivos y posesos.

Los fariseos especialmente, son ásperos, desdeñosos, rudos, y respetan más las minuciosidades del culto que el espíritu de la ley. Llenos en todo de artificio y vanidad; si entran en la sinagoga, quieren el mejor lugar, el más amplio, y todos los ven golpeándose el pecho sobre el holgado manto; si van por la calle o por el campo, se postran ruidosamente a orar cuando notan que los miran; si dan una limosna, la cuentan como virtud, la pregonan como ejemplo; y siempre ¡discutiendo, vociferando, llenando el santuario de disputas e invectivas! Si, en una cena, alguno de los invitados realiza la ablución sobre la cabeza con toda la mano, en lugar de hacerla sólo con dos dedos, le maldicen, claman a las iras de Jehová y se levantan escandalizados; nadie los ve nunca consolar una viuda o ayudar a un anciano a andar; los pobres, los abandonados son para ellos como los apestados: caminan con los ojos cerrados para no ver a las mujeres, y con los pies descalzos para herirse en las piedras; ¡pero, bajo su falso celo, están llenos de apetitos, como un hombre sanguíneo!

¡Cuán mejor que éstos es el alto sacerdocio que pertenece por entero a la secta de los saduceos y de los boetozinos! Hay en ellos más sinceridad y más humanidad; son hombres pacatos y fastuosos, que intrigan con Roma, no tienen celo ni devociones irritantes, aman el sosiego, las lindas casas de campo junto a Sión o más allá de Bezetha, las blandas telas de Sidón, o las bellas mujeres de Idumea.

Pero lo que en la vida del templo me indignaba en modo sumo era verlo convertido en un lugar de comercio, de venta y de cambio de moneda. Por esos odiosos mercaderes del templo, que hacían, además, mi vigilancia difícil y fatigante, conocí yo al hombre inefable, por quien mis ojos se humedecen aún.

Un día entraba yo en la galería de Salomón, que es la que tiene tres órdenes de columnas, el techo de cedro labrado, y miraba hacia el monte de los Olivos. Era en la fiesta de la Pascua, cuando se llena aquello de la multitud de peregrinos. Un soldado de la milicia del templo me dijo que, a despecho de los avisos, dos mercaderes de palomas y de carneros tiernos habían venido a extender sus esteras junto a las columnatas, con las reses pintadas de rojo y los cestos de aves blancas. Iba yo, henchido de cólera, para condenarlos, cuando vi alrededor un confuso grupo de gente dominado por el fuerte ruido de una voz: ante los mercaderes había un hombre en pie, que les hablaba. Era alto, flaco, endeble; tenía los cabellos rubios, caídos, con una raya en medio, cabellos de hombre de Galilea; noté, incluso, en seguida, por el acento y la pronunciación, que era galileo; en aquel momento su rostro aparecía irritado y severo; tenía un gesto amplio, a la manera de los que predican en las sinagogas, las facciones alteradas, los ojos llenos de una luz indignada; su estatura, erguida por la ira, ennoblecida por la justicia de sus palabras, fortalecida por su pensamiento, hacíale parecer más que un hombre.

Los mercaderes, asustados, recogían sus cestos, doblaban las esteras, arrastraban las reses; las palomas revoloteaban.

—¡Idos!—les dijo entonces—. ¡Hacéis de la casa de la oración una cueva de ladrones!

Y con mano violenta los empujó largo trecho al otro lado de las columnas. Ellos retrocedían, invadidos de terror. Los hombres, en torno suyo, mostraban una simpática aprobación hacia el de Galilea; algunos reían; unos niños amedrentados gritaban. Yo miraba asombrado.

—¿Quién es éste?—le pregunté a Juan, un galileo que estaba junto a él, y al que yo conocía por haberle encontrado en el atrio de la casa de Hannan.

—¿No le conoces? ¡Es Jesús de Nazaret, profeta de Galilea!

II

Durante mi vida en el templo había yo visto muchos videntes, muchos profetas: venían de Galilea, de Judea, de todo el país que llega hasta Joppé. No expresaré lo que pienso

de la intención profética y de la fe mesiánica. Sólo diré que los profetas que, en mi tiempo, venían allí, siendo luego lapidados a las puertas de Jerusalén, eran buenos; constituían una voz colectiva, la esperanza, el consuelo y el alivio.

El pueblo era profundamente desdichado: los saduceos, sumidos en sus reposos; los fariseos, perdidos en sus devociones; los escribas y doctores, absortos en sus escuelas, no percibían el estado de las almas. Sobre todo, estaban alejados del pueblo, en una separación desdeñosa y enfática. Sentíame yo hondamente ligado al pueblo por la raza y por el instinto. Ya en la vida estrecha y en común de Jerusalén, ya en las conversaciones de los atrios del templo, ya en mis estancias en Betbel, en Efraím, en Galilea, veía yo, comprendía, conocía al pueblo. Infeliz, despreciado, eternamente esclavo, oprimido por el tributo de la dominación y por el diezmo, refugiábase, maltratado por la tierra, en la esperanza de un libertador, de un Mesías. El judío es muy dado a preocupaciones divinas, y su verdadera patria está en Dios.

Una serie de hombres fuertes y piadosos eran los intérpretes de ese deseo ideal, eran la voz de aquella melancolía, los amigos del pobre, los severos jueces del rico, los austeros consoladores.

El pueblo, sofocado por su pasión interior, sentíase aliviado, consolado, cuando hablaba un profeta. Los profetas confirmaban la venida del Mesías, le contaban su figura y sus actos de piedad y su pasión; desgarraban sus vestidos e iban a vivir al desierto: de ahí que la exaltación fuera un estado natural y humano y las almas creciesen en deseo y voluntad. De modo que todos los años aparecían videntes e inspirados, que el sanedrín mandaba lapidar en la puerta Esterquilinaria. Pero lo lamentaban porque el pueblo sigue siempre todo movimiento que sea original, amigo del pobre, anunciador de la buena nueva; Schammai, Hillel, Jesús de Sirac, que tuvieron altos pensamientos de pureza y de justicia, llegaron ignorados de Judea y de Galilea porque no predicaban en nombre de la esperanza religiosa ni poseían la pasión mesiánica. Eran espíritus sabios y justos y no videntes poseídos de fe.

Ahora bien: en aquel tiempo la esperanza del Mesías era activa. Clamaban por El a Dios, ayunaban, oraban para no morirse antes de su venida; ¡sentían desalientos, esperaban ávidamente las señales místicas, y las almas hablaban bajo porque venía el Señor!

Yo mismo había visto muchos profetas, muchos maestros innovadores; no conocía a Juan Bautista, que vivía en el desierto del Jordán, pero sabía que él también predicaba un renacer, y que habiendo escandalizado a la olímpica Herodías, se consumía en una mazmorra de Antipas. Sin embargo, jamás ninguno de esos hombres me dió una sensación dichosa como aquel Jesús de Nazaret. Sus ojos henchidos de infinito, su voz poderosa y serena, la justicia de sus palabras, me dejaron en una vaga, e imprevista perturbación, como cuando se mira hacia el cielo, que se supone oscuro, y de repente se ve una estrella inmortalmente luminosa.

Aquella tarde, caminando yo por la ladera de Sión, hacia el lado del huerto de Salomón, con Simeón, escriba del templo, le pregunté si conocía a Jesús de Nazaret, que predicaba en Galilea. Simeón me contestó con una risa:

—¿Qué cosa buena sabes tú que pueda venir de Genezaret?

Realmente, toda Galilea es muy despreciada por los de Jerusalén. Fui-

mos hablando de aquella apreciación; Simeón me decía que los galileos eran débiles, femeniles, imbéciles; que eran ignorantes y poco ortodoxos; que la sangre estaba muy mezclada en ellos; que tenían mucho de samaritanismo; que su pronunciación era viciosa; que resultaban grotescos hablando y limitados pensando; y que *la idiotez galilea* era proverbial en Jerusalén. Yo le respondí que la gente de Galilea me parecía sencilla y delicada; que quien vive en una Naturaleza tan humana, tan rebosante de aguas, tan amparada por las sombras, no podía dejar de tener cualidades finas y armoniosas; que los galileos eran trabajadores y sobrios; y que Isaías había dicho: «¡Oh tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, Galilea de los gentiles, el pueblo que caminaba en la sombra ha visto una gran luz!»

—¡Pues bien, Simeón—decía yo—, esas palabras de Isaías indican que en Galilea puede nacer un profeta!

Ibamos así conversando largamente, cuando llegamos al huerto de Salomón: la natural belleza, los árboles, las viñas, la perspectiva suave y recogida de los valles de Jerusalén, la silenciosa espesura, la fresca serenidad, las bandadas de palomas que vienen a beber a los viejos depósitos de Salomón, hacen de ese lugar un grato retiro para espíritus sabios, para aquellos que tienen en el corazón una idea o que mantienen una esperanza; allí se reúnen muchos de Jerusalén. Aquel día andaba por allí, absorto, grave y pausado, el sabio Gamaliel. Gamaliel era el personaje sumo del templo; si los otros eran el poder, la intriga, la riqueza, la tradición, él era la ciencia; si los otros eran el poder, la ley, él era la justicia. Yo, preocupado por el Nazareno, pregunté a Gamaliel si conocía a aquel hombre severo

—Por lo que sé de él—respondió Gamaliel—, pienso que es un justo.

Recogí con amor aquella palabra: correspondía con la atracción suave y piadosa que sentía yo por el severo maestro de Galilea. Al volver a Jerusalén, pensaba en él: le veía irritado y augusto; le imaginé lleno de la cólera del justo y de la rebeldía del oprimido; lo que él predicaba era, sin duda, la condenación del rico y la humillación del fariseo. Era lo que tú necesitabas, Jerusalén, decía yo: un profeta amado y popular, que fuese el alma de una infinita desdicha que se venga, que levantase al pueblo, aniquilase los sacerdocios corrompidos, expulsase al romano, reconstruyese en las almas la vieja Israel, en las instituciones la vieja Judea; que fuera el hombre fuerte y puro y el continuador de los Macabeos. ¿Producirá Galilea este alma terrible? ¿O será Elías resucitando de entre los muertos? Así pensaba, dirigiéndome en la noche pesada hacia la casa de Hannan.

Hannan era el gran sacerdote, aunque en la realidad y para las cosas del templo lo fuese su yerno Caifás; pero él era el espíritu, la dirección, el consejo, la iniciativa de toda la vida sacerdotal del templo. Era viejo, conocedor de las tradiciones, astuto; poseía enormes riquezas, conspiraba contra Roma, era reconcentrado y soberbio.

En uno de los amplios patios cubiertos de su casa, en Bezetha, era costumbre en los oficiales del templo reunirse alrededor de un gran fuego, cuando el frío entristecía a Jerusalén: a veces acudían escribas, doctores, sacerdotes amables. Aquel grupo, siempre igual, era como la conciencia un poco mordaz del templo. En algunas ocasiones, cuando no estaba algún austero doctor fariseo, se invitaba a un soldado expedicionario a que entrase junto a la lumbre, se le

daba vino de Sidón y de las colinas del Líbano y se le pedía que cantase algunas de las cantigas latinas del barrio de Suburra. Había sacerdotes que reían en sus barbas blancas. Aquella noche, cuando atravesaba yo el atrio de Hannan, me crucé con aquel galileo, Juan, que había visto junto a Jesús de Nazaret, en la galería de Salomón. Solía él ir allí a ver a una vieja, guardiana de los perros, que era de Cafarnaum, en Galilea. Le llamé, le cogí las manos y le hablé afablemente de Jesús de Nazaret; comprendía yo bien, al fin, a aquel que por un imprevisto interés, por la elevación de su palabra, por la belleza de su aspecto, vivía ya en mi pecho como un amigo de la primera juventud.

III

Juan me dijo vagamente todo el pasado de Jesús, con palabras sencillas, pero impregnadas de fe y de deseo.

Reconstruí entonces, en espíritu, la vida oscura de Jesús; le veía, por intuición, en Nazaret, educado por aquel dulce paisaje de Galilea, bajo la influencia del Carmelo, de las sierras del Tabor y de las tierras patriarcales.

Había yo viajado por allí y sentádome muchas veces en una roca, en las alturas de Nazaret. Si hay algún lugar en el mundo en donde el hombre sienta la estrechez de la vida civil, la inestabilidad de los intereses, lo eventual y fugaz de los afectos y de los deseos, es allí, en aquel vasto y sosegado horizonte, donde parece que el cielo ejerce más profundamente su atracción infinita sobre el alma cautiva.

¡Qué jardines, qué prados, qué humanas aguas, qué aldeas delicadamente adormecidas entre las higueras y las viñas!

¡Y yo veía a Jesús, imaginando, esperando, en aquel húmedo paraíso de Galilea y en sus montañas queridas, de bellas formas amorosas!

Le veía con sus primeros amigos, poseído ya de la idea de su Dios, entrando a hablar en las sinagogas, recorriendo las aldeas, ayudando en la pesca, durmiendo en las amplias terrazas bajo la luz de las estrellas, de tan rutilante belleza, tan expresivas como en la vieja Caldea; llamando a los que se encontraba para que le amasen, acariciando a los débiles y entregándose El y el Dios interior que llevaba dentro como alimento de las almas desgraciadas.

Los de Jerusalén, que no habían salido nunca de sus estrechas y duras calles y visto solamente de la Naturaleza sus colinas calvas y sus valles llenos de muertos, ríen cuando se les habla de la Naturaleza en el Norte, de la fecundidad de Samaria y de Galilea y de la excelencia de esa gente.

¡Pues si Jerusalén ha de ser levantada de sus llorosas humillaciones, será por alguien venido del lado de las aldeas y de los lagos de Galilea! Esa Jerusalén, áspera, seca, toda piedra e indiferencia, sólo forjará espíritus estrechos, fariseos argumentadores, escribas y lapidadores de hombres. La sangre de Judas Galanita, de Hillel, del hijo de Sirac, de Gamaliel, de todos los hombres justos de nuestro tiempo, es pariente de la savia de los árboles de Galilea. Una elevación ideal brota de aquellas sombras y del rumor de aquellas aguas. Jerusalén será la ley, la autoridad, la sabiduría, la habilidad, la astucia; pero Galilea será la virtud y el sacrificio.

Allí no hay ciudadanos: hay esas pequeñas aldeas que yo amo, donde las mujeres tienen el seno apacible, los hombres la fuerza serena, y hasta los borriquillos poseen una mirada dulce en la que parece encerrarse una resignación humana. Todo es fecundo, bien cultivado: la abundancia impide la hostilidad al impuesto, a la avaricia, a la áspera economía, cualidades de Jerusalén. ¡Ah! ¡Láminas doradas del templo, túmulos griegos de los Herodes, con relieves de follajes, cómo os cambiaría yo por uno de los pequeños regatos azulados, que duermen y sueñan en la espesura amada de los campos de Chorazín! Porque no conozco mejor alegría que andar por las carreteras de Galilea, viendo las casas, oscurecidas por la sombra de las higueras, de las viñas, los huertos de nogales, de granados estrellados de rojo: ¡se camina por una espesura poblada de aves gloriosas! Cuando está fatigada, siéntase la gente ante una puerta, a la sombra de un cedro; se bebe el vino de Safed, se contemplan las formas lánguidas de las montañas, se conversa con las mujeres que vienen de la fuente, todas lozanas, entonando los cantos del tiempo de Salomón! ¡Y no se encuentran allí fariseos, ni escribas, ni saduceos, ni herodianos!

Era allí donde vivía Jesús, hablando por los campos, por los caseríos y en las sinagogas; allí debía de ser escuchado; ¡no tenía sabios de la ley para contradecirle e injuriarle, y podía saturarse del encanto de decir la verdad a los sencillos!

Lo que Juan me contaba de la dulce vida del lago de Tiberíades, me llenaba de un afecto inefable por el suave maestro. Conozco bien el lago de Tiberíades, todo el país de Genezaret: muchos amaneceres anduve por sus aldeas y por los caminos de sus villas. ¡Ay! ¡Magdala, Chorazín, Betsaida, orillas del lago, lugares que lloro hoy, viejo, seco, pálido de nostalgias por la fortaleza de mi pecho y por la magnitud de mi esperanza! ¡Oh sonoras arboledas de Genezaret, surcadas todas de aguas, donde mis pies hacían levantar el vuelo a las tórtolas! ¡Oh camino estrecho entre peñascales, tapizado de musgos! ¡Oh río salado que naces al pie del lago y te precipitas después en el lago, y que yo tantas veces comparé con mi fugitivo ser! ¡Oh ribera del lago, poblada de tamarindos, donde el agua, tan azul como los ojos de las mujeres de Tiro, viene a terminar sin olas ni aflicciones en las hierbas verdinegras! ¡Oh Galilea, si pudiera yo sepultar fuera de mí las ideas juveniles que llevo muertas dentro de mi pecho, escogería tu hierba, oh tierra de Neftalí!

Jesús y sus amigos vivían al pie del lago la vida de los pescadores: aquel clima es tan dulce, tan grato, que el hombre piensa poco en su cuerpo; así, de día pescaban, de noche dormían en la arena, bajo las estrellas, entre el rumor del agua. Jesús pescaba o hablaba en una barca, mecido apaciblemente por el agua, a sus compañeros de red; sentábase algunas veces en las colinas, que son de una viva libertad de aire y de luz, y rodeado de sencillos pescadores, de mujeres, de niños, se predicaba a sí mismo, mostraba su corazón, hablaba de las esperanzas del reino de Dios. El amaba todo cuanto era delicado: las mujeres, los niños, los lirios, las aves; su palabra era, así, tan suave como los ojos de los niños, tan apacible como el fluir de los arroyos: él pedía tan sólo que le amasen, y no tenía razones exaltadas de profeta. El era el centro de todo el amor en la verde Galilea; daba la esperanza a las almas, anunciaba la venida del Señor, el final de las lágrimas, las glorias del pobre.

—El cielo es de los simples de espíritu—decía él—. Los que lloran serán consolados; los miserables poseerán la tierra. ¿Tenéis hambre y sed de justicia? Venid a mí, porque seréis saciados. Sed pacíficos y puros.

Si os persiguen en el reino de la tierra, se os abrirá el reino del cielo. ¡Seguidme, seguidme!...

Y le seguían; abandonaban los campos, las huertas, los barcos, las casas. Los niños le amaban; las mujeres iban presas de la luz inmortal en sus ojos. Todos querían vagar con él por el país de Genezaret, comiendo los frutos casuales de los huertos, bebiendo como las reses en el curso de los arroyos.

El explicaba a Dios de un modo nuevo: nadie le conocía mejor; él era la conciencia viva de Dios. Su Dios no era Jehová, amigo de Israel, enemigo de los hombres; no era el ser solitario, tenebroso, irritable; su Dios era el padre, el consolador, el purificador, el eternamente sereno, el eternamente justo.

El Maestro predicaba la fraternidad entre los hombres, el perdón, la caridad, la humildad, la grandeza, la poderosa virtud de sacrificio.

—Si os hieren, ofreceos; si os odian, amad; ¡si os persiguen, orad! ¿Qué mérito hay en amar a los que nos aman?

Una cosa que me conmovía singularmente en la enseñanza que Juan me repetía era la condenación de los usos del templo, del celo devoto de los fariseos; en efecto, ¿para qué son tantas purificaciones, tantos cilicios, tantos usos piadosos? ¿Para qué han de llevar los fariseos en sus túnicas las tiras de papiros, que son el signo de la devoción, y para qué dan la limosna, en pie, en las escalinatas del templo, gritando y alzando la moneda?

—Cuando des limosna—decía el Maestro de Nazaret—, que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.

Y esta palabra henchía mi corazón. Me alegraba saber que él no era como los demás profetas, que no se retiraba al desierto, ni enflaquecía con ayunos, ni se rasgaba las vestiduras, ni se hería en las rocas agudas: vivía con sencillez, como un pobre, y si buscaba algunas veces los lugares retirados y amaba las montañas, es porque allí estaba más en fraternidad con los suyos, y más en el corazón de Dios.

Juan hablábame de las mujeres que le seguían, y que eran Juana, mujer de Khouza; Salomé, María de Cleofás y María de Magdala, a la que conocía yo del Acra, en Jerusalén. María de Magdala, allí y en Tiberíades, había tenido una vida apasionada e impura; una exaltación inexplicable era la esencia de aquel ser; tenía espasmos, contracciones, entusiasmos perturbados; creía calmar la impetuosidad de su naturaleza febril con el amor de los hombres; se relacionaba con los doctores notables de entonces, entraba en discusiones y explicaciones de la ley y andaba después rodeada de fariseos y envuelta en devociones; pero tenía la pasión de las telas, y todos los días lloraba. Era un alma inquieta que buscaba algo; todo lo hacía con ardor: el cultivo de las plantas raras, la cría de murenas en depósitos, la composición de los aromas, el estudio de las hierbas; de todo se ocupaba ardiente y hastiada. Pobre y enferma, marchó hacia Magdala. Y allí vió a Jesús predicando. Le siguió. Adoraba la doctrina del Maestro, y amaba su figura delicada y bella. Tenía, sin embargo, vivas impaciencias, originaba discordias con los discípulos, se retiraba al desierto. Pero volvía, porque su dulce consagración al Maestro predominaba, domeñando su tenebrosa y confusa naturaleza.

Gustábale esparcir perfumes sobre el cuerpo de Jesús y coserle en su túnica franjas de Tiro.

Jesús, por otra parte, aceptaba en su compañía a las mujeres descarriadas, a los publicanos, a todos los pecadores.

Tal era Jesús, según Juan. Yo estaba lleno de admiración. Entonces (decía yo), ¿ese hombre que vi en el templo, con las indignaciones de Isaías, es suave como el cielo de Galilea? Realmente, una raza tan humana y sencilla, tan numerosa y pacífica, ¿podía producir un profeta irritado?

—El Maestro es la propia dulzura —me decía Juan.

¿De dónde provenía entonces aquella cólera, aquel gesto de Mesías vengador?

—¿Desde cuándo es él así?—preguntaba yo a Juan.

—Dices bien. El Rabí cambió desde su llegada a Jerusalén.

IV

Era ya de mañana y Juan seguía contándome estas cosas apacibles mientras me encaminaba hacia el templo. Iba yo perturbado, sin centro moral. Sentía, unas veces, deseos de ir a Galilea a seguir los pasos de Jesús de Nazaret, y otras, mi viejo orgullo estrecho de hombre del templo levantaba en mí hostilidades y desdenes.

El templo se abría, llegaban los fariseos, los devotos; los doctores se acercaban en sus burros y los sacerdotes en sus literas; colocábanse en sus esteras los mercaderes; sacaban el agua de las cisternas, encendían los purificadores, desplegaban los velarios; los pregones anunciaban los pleitos civiles, las ventas de tierras; empezaban a instalarse las escuelas rabínicas; tintineaba el oro en los mostradores de los cambistas; había risas y se oía a veces el balido de las reses.

Cuando estaba yo vigilando los servicios, vino hacia mí, muy alegre, un antiguo camarada del templo, Josué, que estaba hacía mucho por las villas de Galilea para organizar los sanedrines en las sinagogas. Era hombre conocedor de las tradiciones y lleno de experiencia de la vida sacerdotal. Le pregunté si había conocido en su peregrinación a Jesús de Nazaret, hijo de María de Caná, y a sus compañeros. El era docto, sincero, atento; sabría explicarme, mejor que el simple y exaltado Juan, la esencia del Rabí de Galilea.

Díjome, en efecto, que había visto a Jesús en la sinagoga de Chorazín; que conocía su vida y su doctrina, y que era un hombre destinado, más tarde o más temprano, a ser lapidado a las puertas de Bethel; que predicaba toda clase de impiedades, combatía la ley, la tradición y los textos; que hablaba en contra de la vieja sabiduría judaica, siendo un joven ignorante; que no respetaba ni a los ricos, ni a los sacerdotes, ni a los fariseos; que quería repartir las riquezas a los pobres; que vivía en compañía de mendigos y de mujeres malas; que dormía al azar en los huertos; que no tenía casa ni tierras; que se asociaba con el publicano e incluso con los paganos; que no efectuaba las abluciones ni los sacrificios, y que era un vagabundo de los montes de Galilea, sin autoridad entre los doctos y los ricos.

Oía yo, callado, estas palabras, que representaban el espíritu absoluto de los fariseos y los doctores. Y cuando salí del templo, corrí al atrio de Hannan.

Jesús de Nazaret érame ya simpático e íntimo, por el sentimiento y por la razón. Pero ¿qué era aquel hombre? ¿Era un contemplativo, lleno de la melancolía que producen las espesuras de Galilea, invadido por un desdén divino? ¿Era un espíritu rebosante de sabiduría? ¿Era un continuador de Judas Galanita? ¿Ve-

nía él a predicar contra el impuesto y el diezmo? ¿Era hostil a César, henchido de la tradición de los Macabeos? ¿Era un ser sencillo? ¿Era un creyente? ¿Era un frío especulador de las esperanzas mesiánicas? ¿Venía él a atacar el espíritu del templo?

Encontré a Juan, conversando en el atrio enlosado con un hombre de la milicia sacerdotal. Le llamé hacia una larga y oscura galería, vagamente alumbrada de lámparas.

—Juan—le pedí—, dime qué viene a hacer a Jerusalén al sabio de Nazaret...

Juan me miró.

—Viene a la fiesta de la Pascua —contestó lentamente.

—Juan—insistí—, por el Mesías y por la libertad del Bautista, prisionero de Antipas, dime a qué viene Jesús a Jerusalén y al templo...

—A predicar—dijo Juan.

Comprendí, rápidamente, todos los resultados de aquella lucha original.

—¡Ve—le dije, exaltado—, y dile que parta, que vuelva hacia el lago de Tiberíades! ¡Que viva en sus montañas, con su Dios, con los que le aman, tranquilo, en el reposo de los campos! ¡Que se marche, que soslaye las puertas de Jerusalén! ¡Dile que no venga nunca a recostarse como profeta en la columna del templo! ¡Que vuelva a Galilea, que se acuerde de las piedras que hay en la puerta Esterquilinaria y que están allí para lapidar a los profetas!

Juan mostraba su espanto en los ojos, en la voz.

—¡Eliziel! ¡Eliziel!

—¡Que vuelva, que vuelva a Galilea!

Y subí rápidamente por la escalera de granito verde que conducía a los aposentos interiores de Hannan. El viejo sacerdote, debilitado, caduco, curvado, comía, tendido sobre anchas pieles, arroz y miel. A sus pies, una esclava siria, de Damasco, cantaba. Jesús Barrabás, enfrente, hacía muecas.

V

Al otro día, casualmente, recibí orden de Caifás de ir a Galilea por el servicio de las sinagogas; la concentración de los sacerdotes rituales en Jerusalén obliga así a los oficiales del templo a sucesivas peregrinaciones; porque las sinagogas están dominadas por los escribas y los sanedrines, lo cual es causa de perpetuas agitaciones e intrigas.

Pero aquel viaje agradábame, porque me llevaba a Betsaida, a Chorazín, a todo el país que fuera hasta entonces el centro amado de Jesús.

En toda la región del lago encontré muchos espíritus, o más simples, o más lúcidos, o más amantes, singularmente atraídos por simpatía y raciocinio hacia la persona y la doctrina del Rabí de Nazaret.

Me hablaban largamente de su doctrina en las sinagogas, de sus palabras en las colinas; y la figura moral de Jesús se acentuaba, se definía progresivamente en mi mente.

Decíanme que la voz del Maestro era dulce, untuosa, que sólo su sonido cautivante hacía que las mujeres olvidasen la rueca y los hombres las agujas de las redes; hablaba despacio; entre silencios, las altas verdades, las hondas palabras surgían de repente como una chispa brota de un diamante herido por una luz inesperada. Contaba parábolas, historias; repetía, con paciencia, sonriendo; unos estaban echados, perezosos, atentos; otros remendaban las velas; algunos, sentados a sus pies, miraban asombrados el agua. El hablaba, sosegado, o acariciaba un niño, o, mientras narraba las parábolas, arreglaba su red.

Vivía como hombre sencillo, junto a la vida, sin sentir curiosidades por la vida. Tenía un desdén elevado por las cosas exteriores.

—No os preocupéis por el alimento o el vestido—decía él—. Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, y el padre de los cielos es quien las alimenta; ¿y no sois vosotros más que las aves que revuelan en los campos?

Y, tras una pausa, proseguía:

—¿Para qué habéis de cuidar de vuestros vestidos? Ved los lirios: no trabajan, ni hilan; pues yo os digo que Salomón, en toda su gloria, no estaba vestido como ninguno de ellos en su sencilla albura. Y lo que Dios hace con las hierbas de los campos, que florecen hoy y mañana se secan, ¿no lo hará por vosotros, hombres de poca fe?

Por eso los discípulos le seguían así, extasiados con aquellas ambiciones ideales, sin ropas, sin provisiones, ni dinero. Según aquella idea, el dinero se consideraba como un fardo, un enemigo, un traidor, que así como cría orín da esterilidad al alma.

—¡Vended lo que tengáis—decía él—, dad el dinero en limosnas!

Realmente, ¿de qué sirven en Galilea las riquezas?

Allí sólo hay una verde Naturaleza; el dinero no da más infinitud al azul ni más reposo al agua; el pobre, el mendigo, es el rey misterioso de esa gloria del follaje y de la luz; para él se visten las azucenas de blanco, para él resplandecen los arroyos.

Jesús glorificaba al pobre: en aquel Evangelio de Galilea, el rico era considerado el enemigo, el pagano, el cruel, el inquieto; tiene él los vestidos amplios, fáciles, suaves; come sobre lechos cubiertos de pieles; entierra los brazos desnudos en las monedas del cofre; el pobre come escasamente las hierbas mal cocidas de los huertos; remienda, a la luz de una candileja, su túnica; lleva apretada al cinto, poniendo sobre ella una piedra, la moneda de cobre que es su fortuna. Bien: Dios tendrá en cuenta la vestimenta del pobre y la blancura del lirio; velará por que no le falten al hombre el pan y a la tórtola el grano; hará en el cielo, al pobre, un saco, un tesoro de buenas acciones, de gloria, sin temor a la herrumbre y a los ladrones.

El rico irá al gehena, al fuego inextinguible: una inquietud lo enflaqueció en la vida, una llama lo consumirá en la existencia extrahumana. El pobre estará junto a Dios y su cara será inmortal y altiva.

—Porque en verdad os digo—enseñaba el Maestro—que es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja, que entre un rico en el reino de Dios.

Así hablaba él, a la orilla del lago, y, apartando a los hombres de las fatales preocupaciones mundanales, era el creador de la paz y el consolador de la vida. Los tedios de la existencia ordinaria, la discordia de los intereses, las humillaciones de la vanidad, las envidias, las avaricias, la tristeza de la miseria, la apatía de la necesidad, las aflicciones de la oscuridad, los desconsuelos de la enfermedad, todos esos antiguos demonios desaparecían, y la vieja cabeza humana, oscura, cautiva, pesada, podía al fin sentir, esperar, reposar, recostada en el más profundo seno humano que ha alimentado el pan de la tierra.

El alma tenía por fin un lugar, *su* lugar, su espacio, que era el *reino de Dios*. El reino de Dios era el reino de los niños, de los simples, de los desheredados de la vida, de los que sufren, y hasta del samaritano, hasta del pagano y del publicano, hasta del que habita en Sidón. ¡Ah! ¡Vosotros no queréis creer en mis palabras, amar en mi pecho; vosotros, los fari-

seos, los saduceos, los escribas, los ricos, los sacerdotes, los príncipes! ¡Venid, pues, vosotros, los humildes, los rechazados, los lapidados, los enfermos, los culpados, todos los que ellos repelen, todos los que ellos maldicen! ¡Desgraciados de vosotros, oh ricos, que estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Desgraciados de vosotros los que reís, porque os desharéis en lágrimas!

¡Buenas palabras que yo amo, yo que conozco las ricas existencias sacerdotales! Nuestros profetas tenían ya, contra el rico impío y duro, cóleras terribles en venganza del pobre, que es dulce y piadoso. Y ahora el Rabí atacaba así violentamente todo el judaísmo sacerdotal del templo, ¡haciendo, de los que aquél desprecia y domina, los preferidos, los bien amados, los amigos de Dios! ¿Qué significa, en verdad, que el fariseo no quiera comer con el samaritano y con el pobre, soportador del impuesto? ¿Qué quiere decir que los levitas vayan a lavar al estanque sus vestidos, si a la entrada del santuario han tocado a un mendigo o a un publicano?

Pero Jesús, en la inmortal ascensión que obliga a hacer a las almas hacia el ideal divino, ya no solamente llamaba a él al desheredado, sino que llamada al culpado.

—El culpado es infeliz—decía—; merece por eso, más que el justo, el calor de mi seno. El hijo pródigo merece más amor que el hijo cuidadoso, porque su alma está triste y deshecha en lágrimas.

—Había aquí una mujer—me decía el hombre bueno de Chorazín, que me explicaba estas cosas inmortales—que era rechazada, mal vista, maldecida; las madres honestas no la querían ver: sólo los escribas de la sinagoga se acercaban a ella, pero de noche, bajo las higueras del cementerio, porque de día, si la veían, se tapaban la cara con la túnica, rezongando maldiciones. Esta mujer oyó a Jesús, sintióse inesperadamente perdonada, vióse libre de la fatalidad por aquella palabra piadosa y se purificó por la fe. Es María de Cleofás. Sigue a Jesús, le sirve: cuanto más se humilla, más le ama, y cuanto más amante se muestra, más perdonada se siente.

Los pobres galileos, que no habían oído nunca una palabra tan dulce y elevada, creíanse ya en el paraíso inmortal. El iba seguido de los suyos, mezclado a todas las alegrías, apareciendo en las bodas y en las fiestas nupciales, asistiendo a las danzas con su lámpara en la mano; caminaba por los campos a pie, diciendo las buenas palabras, o montado en un borriquillo que los discípulos cubrían con sus túnicas; a veces ayudaba a segar, o, sentándose junto a la fuente, hablaba a las mujeres, escuchaba las canciones; entraba en las casas, en los huertos; los niños acudían, acudían las mujeres: «Rabí, Rabí, dinos la buena nueva: ¿eres el Mesías?» Le limpiaban los pies, iban a buscar los mejores frutos, los vinos dorados, las legumbres que nadan en aceite; las madres le mostraban los hijos de pecho, que, con sus manitas coloradas y gordas, le tiraban de las barbas; él reía, los acariciaba; cuando pasaba le tiraban ramas, le deseaban buen camino. Los enfermos venían a tocar sus manos; las viudas enjugaban sus lágrimas; él hablaba de Dios, enderezaba las espigas dobladas en su camino. Acudían de las aldeas y le decían:

—Maestro, tú eres bueno.

—Bueno es sólo Dios—replicaba él, sonriendo.

—Maestro, ¿qué hemos de hacer para entrar en el paraíso?

—Amaos los unos a los otros, dad a los pobres, seguidme.

Y le seguían todos, arrobados con aquel sueño ideal, el más bello, el más dulce, el más por encima de la tierra que hasta hoy haya tenido el hombre.

Entonces, el cielo, amigo y compasivo, tocó en la llorosa tierra; entonces, por primera vez, la mirada del pobre fué segura y confiada; ¡por primera vez la débil sonrisa del viejo encerró la esperanza!

VI

Apenas sé expresar lo que mi pobre espíritu, educado en la antigua lección del cautiverio, sentía al suave calor humano y feliz de aquellas palabras.

Volví a Jerusalén; pasé por el Tabor, desde donde se ve la amplia llanura de Esdrelón, amada de los héroes; el blanco Hermón, Endor y las montañas de Galaad; descansé en Djenea, la ciudad de los levitas, toda escondida entre olivos y palmeras; después, en Dethem, donde José fué vendido por sus hermanos; luego, en la vieja Betulia, patria de la vigorosa Judit; vi a Somerón, que fué una de las más viejas ciudades de Israel, hoy derruída, rodeada de murallas y bastiones por Herodes; Siquem, junto a la cual Abrahán levantó su tienda, bajo los robles del Moriah; Siloé, donde se efectuó el reparto del territorio entre las tribus y donde descansó por primera vez el tabernáculo, después de la conquista de Canaán.

Después me desvié hacia el lado de Jericó, que estaba por entonces lleno de savias y de rosas; junto al Jordán, se hallaban aún algunos discípulos de Juan, henchidos de nostalgia y de deseo; crucé las lúgubres colinas de Judá, asilo de profetas, tumba de héroes, y, una madrugada, entré, solo, en Jerusalén.

Aquel día, subí en seguida al templo. Junto a los pórticos *exteriores*, en que trabajaban aún *cinceladores* de Cesarea, albañiles de *Samaria*, *vi*, entre unos hombres de *Galilea*, la alta figura de Jesús de Nazaret. Estaban parados, esperando: un hombre de Iscariot, llamado Judas, curvado ante un cambista de moneda, trocaba dracmas, atento. Me detuve, conmovido, a contemplar intensamente al Rabí. Estaba triste: caídos los brazos, sin voluntad, sin gesto, con la cara desalentada. Tenía en las facciones finas, delicadas, personales, una abstracción, una trascendental serenidad. Los ojos, llenos de infinito, que parecían mirar desde un lugar inaccesible; la cabeza airosa, expresiva, como la inmovilidad de un cielo, se asemejaban, superficialmente, como el cuerpo se asemeja a la sombra, a los ojos, a la testa de Hillel, de Jesús de Sirac y a otro que era, como ellos, dado a las contemplaciones, a la abstracción, al ideal. La boca tenía una forma tan pura, tan leve, una movilidad tan impregnada de gracia, que parecía que de ella sólo debían brotar ironías aladas; pero el poderoso contorno de los labios, su línea, que era como un arco en reposo, poseían una gravedad, una belleza austera, que revelaban el origen de las palabras elevadas y hacían presentir al profeta. Parecíame verle, en la parte inferior del rostro, una firmeza, una expresión de energía, que le hacían un poco semejante a Judas Galanita, el poderoso agitador, en quien la acción era como una sangre viva. Por lo demás, un aire sencillo.

Miraba él los trabajos de los pórticos con un sereno desdén. En los galileos notábase el embarazo, el aislamiento.

Entré en el santuario: en las cámaras de los servicios dos escribas discutían junto al arca del tesoro con abundantes exclamaciones. Los

interrogué. Me dijeron que el Rabí de Galilea había predicado muchas veces en el templo; que curó a algunos enfermos de los que se quejan en las galerías de la piscina probática (1), que discutió con los escribas, y que, en casa de Hannan, en la sala de baño, Gamaliel opinó del Rabí:

—Es bueno y justo; pero no dice cosas nuevas.

Se discutía mucho sobre aquella palabra terminante y desdeñosa del sabio Gamaliel entre los privados de Hannan.

—Pero Gamaliel—decía con soberbia el escriba—es un hombre ajeno a nosotros; mantiene relaciones con esa gente de la escuela de Alejandría; viaja detenidamente por Siquem, donde están los heréticos, y por Cesarea, donde están los romanos, se entrega a la cultura helénica, despreciando la ley.

—Hombre—dije yo—, ¿en qué desprecia Gamaliel la ley por estudiar y conocer las letras griegas?

El escriba rió finamente, como triunfante:

—¿Pues no dice el texto—y su voz era acompasada y enfática—«estudiarás la ley noche y día, y si así no lo hicieres desagradarás al Eterno»? Por tanto—y trazaba un amplio ademán con el manto, tosiendo, victorioso—, por tanto, Gamaliel solamente no desagradaría al Eterno si estudiase la sabiduría griega en tiempo que no sea ni noche ni día.

El otro escriba, que era Elliel, de Efraím, insistió ruidosamente, golpeándose el pecho. Y bajo la densa sombra del velario, se saludaron, risueños.

Salí de las cámaras levíticas, cuando en las terrazas del templo había una poderosa animación. Unos discutían, o estudiaban la ley, con las hojas metálicas ante ellos, en movimientos rítmicos; otros venían a efectuar compras de palomas y corderos; algunos consultaban sobre cuestiones agrarias; muchos acudían a cambiar monedas: los servidores del templo pasaban con las reses, conduciéndolas a las piscinas; tocaban las trompas, que anunciaban la hora de los sacrificios; los enfermos entonaban salmos; las mujeres levíticas lavaban las blancas ropas en los estanques exteriores, reanimaban las hogueras purificadoras o giraban alrededor de las primeras columnas, golpeando en discos de metal.

Entré en la galería de Salomón, toda sonora de voces. Jesús, rodeado de galileos, había predicado. Algunos gritaban: «¡Hosanna al hijo de David!», porque los pobres, los enfermos y los niños, viendo que era él, entre los hombres, el mejor, el más tierno, el más consolador, le llamaban hijo de David; los escribas reían, bostezaban desdeñosos. Algunos fariseos, llenos de exaltación, querían que se convocase el sanedrín. Un viejo herodiano, con gestos desolados, lamentaba la decadencia de la escuela profética de Israel.

—Es un ignorante—decían, con desprecio, varios doctores.

Asperos, envidiosos, con la cabeza envuelta en la punta del manto y las barbas erizadas, le insultaban. El pueblo, con el ruido de una arboleda, hablaba del Maestro; algunos viejos decían:

—Sí, sí, hermanos; éste es un profeta!

—¡Es el Cristo! ¡Es el Mesías!—exclamaban grandes voces.

Muchos iban corriendo a postrarse ante la puerta del Arca, gritando:

—¡Gracias, Señor, ha llegado el Mesías!

(1) Llamábase así a la piscina que había en Jerusalén para lavar y purificar las reses destinadas a los sacrificios rituales.

Los sacerdotes interrogaban, inquietos. Los hombres se esparcían por el templo, gritando:

—¡Es el Mesías, es el profeta de Galilea!

Las escribas andaban entre la multitud, explicando, convenciendo:

—¡La Ley dice que el Mesías vendrá y que Elías resucitará!

—¡Callaos!—chillaban los escribas—. ¿Sois también galileos? ¿No sabéis que la Escritura dice que el Mesías ha de ser de la generación de David? ¿Y no sabéis que éste es el hijo del carpintero José y de una mujer de la aldea de Caná? ¿No os lo han dicho todos los que vienen de Nazaret?

—Es verdad, es verdad—decían algunos.

—¿Y no sabéis—continuaban—que los textos dicen que el Mesías nacerá en Belén? ¿Dónde ha nacido éste? En Nazaret, bien lo sabéis.

Una voz recelosa e irritada dijo:

—¡Pues él nació en Belén!

—¡En Nazaret!—gritaron algunos escribas.

—Sí, sí, en Nazaret—dijo la gente.

—¿Es, pues, el Cristo? ¡Marchaos, hombres malditos, que os apartáis de la Escritura!...

Los del pueblo callaban, pero descendían rápidamente las anchas escaleras enarenadas, porque se decía que Jesús estaba curando y enseñando en el Tirepeón.

VII

Fuí presuroso al Tirepeón; Jesús había salido por la puerta de los Rebaños, cruzando el Cedrón, y subido a Betania.

Cuando volvía yo hacia Bezetha vino a mí un hombre muy conocido en Jerusalén, que era Jesús Barrabás. Tenía una cara descarnada, torcida, llena de cicatrices, inmunda, riendo siempre, harapiento. Era una especie de truhán de Jerusalén. Empleaba bromas, farsas, retorcimientos; le apaleaban, y él reía, tendiendo una punta de la túnica para recoger las dracmas. Acudía con su candil a todas las bodas, gimiendo en todos los entierros, con una piedra en todos los alzamientos, y en todos los suplicios con una cántara de *posca* (1), para vender a los soldados. Tenía todos los desastres de la miseria, del vicio, y era servil. Los soldados expedicionarios lo apaleaban, a veces lo prendían; pero el pueblo lo amparaba, con una protección avara. Era casado. Tenía una voz vibrante, fuerte, para cantar los salmos, e imitaba a los profetas, predicando. Olía miserablemente a ajo.

Jesús Barrabás me pidió una dracma, y me dijo que aquella noche, Simeón, un rico del sanedrín, ofrecía una cena a los oficiales del templo y sacerdotes, fuera de las murallas, en Betfagé.

Simeón amaba las fiestas; había vivido en Roma, era soberbio; contaba, con orgullo, que había sido amigo del gladiador Esterio.

Barrabás hacía reír a Simeón; comía con sus siervos y dormía en sus atrios.

Aquella noche fuí a casa de Hannan. En los patios, Juan se calentaba ante el fuego, junto a la vieja Cafarnaum.

Caifás y Gamaliel estaban con Hannan. Gamaliel recitaba versos griegos; Hannan, reposado, con los ojos cerrados, grave, escuchaba; Caifás, aquilino, duro, áspero, tenía una actitud desdeñosa. Dos escribas, sentados en el suelo, comían.

Cuando la reunión iba avanzada, Caifás, de repente, me envió a casa de Simeón. El sanedrín debía re-

(1) *Posca*: mezcla de agua y vinagre, que empleaban los romanos como refresco y para otros usos.

unirse al otro día en la hora octava; había habido exigencias del legado imperial acerca de los vasos del templo.

Un esclavo negro de Hannan me seguía con una linterna; la noche era oscura, calurosa, lánguida; sólo se oía aullar a los perros.

En Betfagé, los siervos de Simeón me condujeron al huerto, donde se celebraba la cena, bajo un gran velario hecho a la moda griega, colgado de las ramas de los cedros. El suelo estaba cubierto de arena roja, brillante. Grandes lámparas resplandecían. Flores de Damasco, rosas de Jericó, jazmines de Chorazín, y las fuertes plantas de Galaad, colgantes de los vasos negros de Perea como serpientes verdes, impregnaban el aire de la muelle vitalidad que dan los aromas. En el suelo estaban las ánforas, gruesos cántaros envueltos en paja, jarros cincelados. Los esclavos frigios, con largos cabellos relucientes de óleo, giraban presurosos.

Había allí miembros del sanedrín, escribas, sacerdotes, herodianos, saduceos, fariseos. Todos eran celosos devotos, generosos en sacrificio; algunos solían cubrirse de ceniza. Estaban todos tendidos en estrados cubiertos con lanas de Babilonia. Algunos eran gordos, recios, colorados. Casi todos tenían una fisonomía áspera, de rapiña, erizada de barbas. Relucían cabezas calvas.

El vino dorado, el vino de Safed, un falerno de Cesarea, daba una amplia respiración a los pechos, un alegre chispear a los penetrantes ojos negros. Oíanse grandes carcajadas. Fariseos austeros, de los que se hieren en las piedras de los caminos, curvados sobre los discos de acero bruñido, devoraban con un ruido devoto. Otros tenían miradas ansiosas y vaciaban, a hurtadillas, las anchas copas de bronce. Algunos decrépitos, desdentados, mostraban sobre la barba churretes de salsa. Viejas manos trémulas y lívidas alzaban las ánforas.

Algunos, tumbados sobre lechos como animales que rumian, llevaban las túnicas sueltas, los brazos desnudos. Cabezas enérgicas, duras, que mostraban una expresión irritada, fija, vacía; los viejos lanzaban risotadas cínicas. Unos dormían, otros cantaban. Un anciano, doblado, débil, ronco, recordaba las mujeres y los fariseos. Entre esta multitud sacerdotal había un romano. Era Publio Sexto, lugarteniente del legado imperial; hablaba con palabras abundantes y amplios gestos. Era pálido, con una cabeza pequeña y voluntariosa; licencioso, servil, falso, lujurioso: venía de Caprea. Era allí escuchado como un profeta en la antigua Israel; hablaba de la vía Apia, de las fiestas de Roma.

Yo escuchaba, recostado en un árbol, en la oscuridad, triste y meditabundo:

—Sólo en Roma se vive—decía él—. Esto es peor que el barrio de las Esquilias. No es por vos, Simeón, que pertenecéis a la escuela de vuestro amigo Ventilio, hombre que sabe comer; pero en verdad que aquí nos reciben como Evandro recibió a Hércules, ¡con harina cocida y una estera de esparto!

—Vosotros los romanos ¡sois glotones y amigos del vino!—dijo Nathaul, un escriba, hombre envidioso, de abultados labios.

Pero Publio hablaba de una cena en casa de Aticus, a la que asistió antes de venir a Ostia a embarcar con el legado de Siria.

—¿Queréis saber?—preguntaba.

—Decid, decid—gritaron curiosamente en la mesa.

—El suelo era de mosaicos griegos. Entre las columnas había anchas esteras tejidas de acero, pesadas, a la moda de Cartago. Un vapor de agua

tibia penetraba los músculos, enlanguidecía. Nos habíamos restregado los brazos y el pecho con pedazos de piel de tigre humedecida con óleo. ¡Los miembros estaban ágiles, fáciles para las danzas, para las esclavas! ¡Del techo caían hojas de rosas húmedas!

Todos tenían los ojos relucientes; avanzaban las cabezas para escuchar; algunos estaban en pie, junto a Publio.

—El trinchador—decía él—, el trinchador, amigos míos, ¡era el propio Triferio! ¡Teníamos liebre, gacela, faisán de Litchtia, cabras de Getulia, jabalíes, corderos de Tibur, que no habían nunca comido hierba, y tortugas delicadamente preparadas con salsas de Campania, en la propia concha, bruñida, transparente! ¡Murenas del lago Lustrino, langostas nadando en aceite de Venafre! Las copas eran de ámbar. ¿Qué os parece?

Los austeros doctores, los graves herodianos, los fariseos, hartos, grasientos, con los labios brillantes de salsas, la boca manchada de vino, tenían una mirada ávida, glotona, impía, ante las palabras de Publio.

Barrabás, entre los esclavos, tenía los ojos húmedos de deseo. Todos estaban admirados.

El romano contaba el final de la cena y las gaditanas que entraban, envueltas en telas diáfanas, corriendo en coreas, alrededor de los triclinios, rociando la cabeza de los soldados ¡con lilas mojadas en falerno! Y hablaba de las mujeres romanas del barrio de Suburra; y, con una voz indolente, inclinándose:

—¡Pues estas mujeres sirias—decía—tienen unos ojos oscuros que valen centenares de sestercios!

Los otros reían. Hablaban bajo, jovialmente, contaban, recordaban, deseaban.

—¡Estas mujeres son castas y cuidadosas; las romanas son *libertinas*, y todo acabará allí como en *Sodoma* y *Nínive*!

Quien así hablaba era un *fariseo*, Esseu, hombre flaco, lívido, agotado por los ayunos, con unos ojos tenebrosos, bajo los cuales empezaban las barbas. No comía, pareciendo cohibido, aislado. Había venido ¡para maldecir, para recordar la muerte y el terror de Jehová!

—Licenciosas, dignas del fuego, ¡para vosotros, devotos y celosos! ¡Pero bellezas impecables, inmortales, para quien aflojar la red de oro, con la que ellas se cubren el seno! Son sus costumbres las que las hacen deseadas y más apetitosas que todas las harinas mojadas en leche que se ponen ellas en la cara, y que todos los ungüentos de Popea.

Publio hablaba, inflamado, descompuesto, con gestos lascivos; gritaba los nombres de las damas romanas:

—¡Ved Laupelia, una patricia! ¡Y Meduliна! E Hilia, que se enamoró del histrión Urbio, e Hipra, que huyó con el gladiador Sergio, e Hípula, que, en plenos juegos megalesios, ante el pueblo romano y las legiones, ¡escupió a la estatua del pudor!

Una larga risotada sacudía los pechos. Bramaban.

—¡Contad, contad!

Llenaban las ánforas; tiraban del pelo a los esclavos. De bruces sobre la mesa, con la cabeza apoyada en los brazos, esperaban, vueltos hacia Publio, con ojos trastornados. Los viejos abrían ampliamente una boca oscura, sin dientes. Relucían los ojos, sonaban gritos. Un escriba del arca del Tesoro rezongaba una cantiga siciliana, con voz áspera, arrastrada. El círculo de cabezas ávidas, duras, curiosas, resaltaba violentamente en lo oscuro. Publio voceaba con palabras tumultuosas; tenía la túnica clara manchada de vino; los brazos, des-

nudos, blancos, femeniles, y con amplios gestos:

—¡Y Tucia! ¡Y Tucia!—exclamaba—. La vi un día en el teatro, cuando el histrión Bactilo hacía, con toda clase de lascivias, el papel de Leda, retorcerse en su sitio, arrancarse la red de sus senos, y, con los ojos mortalmente lánguidos, llamar a fuertes voces:

—¡Bactilo, Bactilo, ven!

Largas risotadas. Algunos gritaban, imitando al romano:

—¡Bactilo, Bactilo!

Los viejos se retorcían en sus triclinios, acometidos por la hilaridad y el escándalo. Algunos escribas gritaban: «¡Viva Roma!» Los fariseos tenían unos ojos terribles y una atención ávida. ¡Uno de ellos cortaba violentamente la madera del estrado, mordiéndose los labios!

Publio pedía falerno, hojas de laurel; increpaba a los esclavos por su indolencia, quería prender fuego al velario, y decía:

—¿Quién conoce a Cessenia? ¿Nadie conoce a Cessenia? Cessenia tenía de dote seis millones de sestercios. Se casó con Sertorio, el pobre, ¡a condición de poder escribir delante del esposo las misivas a sus amantes y de poder acostarse una vez al mes para el que entrase en el lecho alquilado de un lupanar de Suburra!

Los escribas reían, vaciaban las copas, ensanchaban las pesadas túnicas alrededor del cuello, arrojaban lejos las hojas de metal prendidas a la cintura, donde está escrita la ley. Uno, ebrio, con los ojos congestionados de sangre, reclamaba el culto de Baal.

Algunos sacerdotes se habían dormido sobre los triclinios, doblados, enroscados, inmóviles. Los fariseos se retorcían los brazos, hablaban de Tiro.

Publio gritaba:

—¿Hay algo mejor que ver a una patricia, de largo peinado y saya corta, después de atracarse de ostras y de langostas irritantes, beberse de un trago una enorme copa de falerno consular y venir, resbalando sobre el mosaico húmedo de vino, a caer sobre nuestro pecho, gritando en griego: «¡Mi alma, mi vida, ay!»

Y Publio arqueaba lascivamente los brazos, dejando colgar la cabeza, con la garganta henchida de suspiros, jadeando.

Los escribas, los fariseos, estaban rebosantes de delirio y de vino. Reían de un modo bestial. Lanzaban fuertes gritos. Algunos rodaban por el suelo, mordían los cojines de los triclinios. Derramaban el vino sobre las ropas, abrazaban a los esclavos, rompían las copas, exaltados. Uno jugaba a la lucha con un árbol, luego lo ceñía y lo besaba. Cantaban a grandes voces los cánticos del templo de Salomón, dándoles expresiones lascivas. Se herían la cabeza contra los grandes jarros cincelados. Corrían, enardecidos, como en un misterio sagrado. Algunos se jactaban de libertinajes ocultos: ¡Hablaban de dinero, de banquetes, de mujeres, de prostituciones sagradas en el fondo de los bosques!

Publio gritaba:

—¿No sabéis, fariseos, no sabéis la aventura de Léntulo?

—¡No, no!—chillaban algunos, llenos de alegría escandalosa, de curiosidades enardecidas.

—Léntulo se casa con una virgen patricia, nieta de cónsules: nueve meses después prepara, según la costumbre, para el hijo que va a nacer, la cuna de concha de tortuga, cubierta de telas y de ramas de laurel, y la expone a las buenas palabras de los que pasan. Pero toda la nobleza de la vía Apia estalla en carcajadas. El hijo de Léntulo era la viva imagen del bufón Eurialo, y te-

nía, como él, tres verrugas en el mentón.

La risotada removió sonoramente el aire. Publio, en pie, manchado, con la túnica rota, descompuesto, gritaba:

—¡Oíd, oíd!

Escuchaban con una risa inquieta.

Y Publio, enfáticamente:

—¡Los actores—decía—, los gladiadores, los bufones, los tocadores de flauta, los truhanes, son los padres de todos los niños que nacen en la nobleza romana!

Un viejo fariseo, elevando sacerdotalmente un ánfora, gritó con voz terrible:

—¡Vivan los truhanes!

La multitud sacerdotal gritaba, aullaba, cantaba, se revolcaba por el suelo. Era aquello bestial, inmundo.

Barrabás, apaleado, se tambaleaba, blasfemando jovial.

El vino comenzaba a amansarlos: algunos se escurrían, caían, se agitaban como agonizantes y perdían el sentido en un sueño de piedra. Otros penetraban en la espesura del jardín, buscando el frescor de la hierba y del agua. Unos hablaban como en un delirio grotesco. Dos escribas discutían, frenéticos, hostiles. Un recio y basto fariseo, de bruces sobre la mesa, con una mirada fija, bestial, roía monótonamente una flor.

Simeón roncaba en un estrado; Publio, en el suelo húmedo. Los esclavos echaban pieles sobre los durmientes. Extinguíanse las luces en los lampadarios. Notábase un frío húmedo. Cantaban los gallos.

Crucé el jardín y subí a un terrado. Una claridad tímida, débil, aparecía por Oriente. Veía yo brillar aún lámparas en los pequeños bazares que están bajo los cedros del monte de los Olivos. Se oía el rumor grave del Cedrón; a veces, el grito de un chacal. Contemplaba a Betania; allí dormía Jesús, sereno, puro, impecable.

Volví a los pórticos de la casa, por la calle enarenada del jardín. Había allí revuelo; los esclavos, agitados, hablaban. Unos hombres de la milicia del templo habían encontrado en el pórtico de David a una mujer en brazos de un hombre. Era una adúltera; la milicia la traía a casa de Simeón, que aquella semana estaba encargado de pronunciar las condenas por desacatos al templo, en nombre del sanedrín. La milicia había sido diligente, rápida, minuciosa, porque la miserable era mujer de Barrabás, ¡y todos querían ver las contorsiones joviales, el disgusto grotesco del truhán! Pero Barrabás estaba postrado, inmóvil, acurrucado en el suelo.

Fuí al lugar del velario; los doctores y los fariseos despertaban; era ya mañana azul: todos se levantaban, fatigados, sombríos, callados, hostiles; se arrebujaban en los mantos, lívidos, entumecidos de frío; buscaban los cinturones de las túnicas, se ataban las fajas, recogían y limpiaban las láminas de la Ley; se sacudían, mojados por el rocío. Querían agua clara, fría; los esclavos traían amplias conchas de jaspe; bebían, hundiendo la cabeza, llenaban las copas; algunos iban a tenderse, a rastras, junto a un arroyo, y bebían con la cabeza entre las hierbas. Simeón, absorto, soñoliento, bostezaba:

—Venid—le dije—, tenéis tarea; han venido unos de la Policía con una miserable mujer.

Simeón, trémulo de frío, febril, encogido en su manto, caminaba, arrastrando los coturnos, hacia el patio de audiencia. Fariseos, doctores, miembros del sanedrín, le seguían. El patio era ancho, con columnas. Se extinguía una lámpara. El perro, encadenado, gruñía.

Los de la milicia hablaban, reían, partían un pan moreno, bebían en

cántaros. La mujer, caída sobre el suelo, andrajosa, soñolienta, idiotizada, sollozaba. La túnica abierta dejaba ver la forma impecable del seno.

Simeón interrogaba:

—Ha sido apresada—dije, con una voz fuerte, dominante, en el silencio—; la encontraron a la puerta del templo, en el pórtico de David. Vedla. Estaba cometiendo adulterio.

—¡Oh!—dijeron todos, indignados.

Y fariseos, escribas, retrocedían, ocultaban la cabeza en los mantos, extendían la mano abierta, imprecando:

—¡Lapidada, lapidada!—exclamaban irritados.

Algunos la escupieron sobre el seno. Y salían presurosos, recogiendo los mantos para que no tocasen el suelo, impuro por el contacto de la mujer adúltera.

Essen se separó y fué a hablar al oído a Simeón.

—Sí, sí—dijo Simeón, y, volviéndose hacia los de la milicia—: Que sea esta mujer custodiada aquí hasta la hora sexta.

Salí. Los soldados romanos abrían, con estruendo metálico, las puertas de Jerusalén. La multitud se apresuraba: llegaban los vendedores de legumbres de los huertos de Betfagé, de Betania; los campesinos de Bethel traían sacos de trigo; pasaban solemnemente las hileras de camellos. Un beduino de Idumea conducía rebaños: las reses balaban. De lo alto de la torre Antonia venía un sonido de trompas; entraban viejos mercaderes sentados en sus burros; ¡un vidente clamaba!

VIII

Iba yo entristecido: el amanecer, la aparición espiritual de la aurora, nos llena de melancolía, después de las noches impregnadas de vino, hartas de carne. Además, nunca los tenebrosos fieles me habían causado, con su artificio, tan altivo desprecio.

Apenas dormí el resto de la madrugada; a la hora cuarta, me dirigí, sombrío y desanimado, hacia mis monótonos servicios del templo. Algunos de los fariseos y de los escribas que se habían revolcado por la hierba de Simeón discutían ya, ajustaban reses para los sacrificios.

El día estaba nublado, hostil al hombre. Me sofocaba la tristeza; pensaba en los prados de Galilea, en las aguas del lago, en los espesos follajes; Jerusalén, ciudad de oscura piedra y de negra intriga, me pesaba. Sentíame desligado de la vida sacerdotal. Y me decía: «¡Si fuese yo un pobre cultivador de las viñas de Safed, un sembrador de las llanuras de Sarón!»

La multitud provinciana llenaba el templo; había el ruido de un mercado; aumentaba mi irritación; ¡notaba a mi alrededor una influencia material, dura, mezquina, sofocante! Fuí a recostarme en la balaustrada de la galería de Salomón, contemplando la verdura, las huertas, los cedros del monte de los Olivos. Pero tenía que entrar en los santuarios, rozarme con los fariseos y escribas, con aquellas jerarquías que me amargaban. Las columnas enormes y blancas, las puertas esculpidas en bronce, me irritaban: envidiaba la hierba que crece junto a las piedras de los muertos.

Aquella vida sin fe, sin dignidad, érame tan odiosa como mi propio cuerpo si se petrificase, dejándome el alma libre. Desde cualquier lado que considerase aquella organización sacerdotal, sólo veía una hipocresía, una especulación, una vanidad o una humillación; los sacerdotes que se postran a la entrada del santuario en su éxtasis hastiado; los discutidores vanos, artificiales, vacuos; los enfermos que cantan los salmos, mendigan, ríen, hacen una ruidosa ostentación de sus llagas, todo me producía un tedio oscuro y atormentado. Sentía en mí cóleras de bárbaro; me agradaba la idea de menospreciar con un látigo aquel sacerdocio envilecido que vive del templo, comprende su vanidad y acepta su lucro. ¡Cuántas veces percibí la leve sonrisa de los sacerdotes sacrificadores ante le piedad sencilla y creyente de pobres galileos y de ingenuos provincianos!

¡Envidiaba yo casi al romano, al griego, al mercader de Tiro, que no son de Jerusalén, ni del templo, que no habitan en este espacio duro, entre el Acra y el Moriah, cautivos y gimientes!

—¿Qué tenemos nosotros en Jerusalén que sea bueno, justo?—me preguntaba.

—¿Tenemos una patria? ¡No!—y miraba la torre Antonia, donde los expedicionarios, con gran ruido, lanzaban la barra.

—¿Tenemos una religión, una fe? ¡No!—y veía a los sacrificadores, revestidos con los mandiles para degollar las palomas de la raza sagrada, hastiados, bostezando de las noches en blanco pasadas en la cuesta de Sión o en la calle del Mercado Alto, ¡en el lecho de las cortesanas de Cesarea!

—¿Tenemos una ciencia, una ley elevada, fuerte, justa? ¡No!—y contemplaba aquellos estériles y agotados doctores, clamando contra una palabra, ¡discutiendo sobre si los papiros deben estar enrollados o doblados para agradar al Señor!

¡Hasta la blancura del templo, aquellas escalinatas nuevas y bruñidas, aquellos frisos pálidos y nítidos, hacíanme el efecto de algo sin alma, ni pasado, ni leyenda! ¡Notaba yo que el ideal no moraba ya en Jerusalén!

Ambicionaba poseer la palabra de Isaías, la ciencia de Gamaliel, la popularidad de Judas Galanita y la frente de las multitudes del Norte, galileos y samaritanos, gente espontánea y pujante; derribarlo todo en la oscuridad, desde el pórtico donde ora el fariseo, hasta la almena donde se mofa el romano. Estos pensamientos me obsesionaban, como consecuencias de la noche agitada, o como sugestiones de un estado elevado de conciencia, o, finalmente, como efectos de la reacción que en toda alma honrada surge un día, contra lo que ella juzga error o vanidad.

—¡Ah!—pensaba yo—¡Jesús de Nazaret es el único hombre que podría salvarnos, como un Mesías, como un Macabeo o como un ingenuo que posee la fe y la justicia! Pero ¿tendrá él la acción?

Aquellos brazos, consumidos por alzarse en vano hacia su ideal, ¿tendrán el vigor necesario para sostener la vieja espada de la patria judía? ¿Será él el hombre fuerte y duro? ¿O su cuerpo es sólo cárcel de un alma melancólica y trascendental?

El Rabí de Nazaret tiene popularidad en Galilea; sus amplias máximas, en las que caben el pecador y el pagano, le llamarán a Samaria; la Perea es un país de profetas; el pueblo de Jerusalén sufre a diario las vejaciones de Roma; todo el país cultivado que llega hasta Joppé, es desgraciado, porque los tributos devoran las cosechas. ¿Podrá Jesús de Nazaret acaudillar este movimiento popular?

Pues la idea de una patria me perseguía como una voz que pide auxilio.

—¿Por qué no?—decía yo—. Sorprendí ya en sus ojos una dura voluntad: ¿por qué ha de ser él solamente una abstracción o un símbolo?

Y pensaba en hablar a Jesús de Nazaret. Estas ideas me aliviaron, como inesperados consuelos.

El día se azulaba, henchíase de sol inmortal. Oía yo, junto a los pórticos, donde esperan las reses de los sacrificios, el hondo mugir de los bueyes; tenía la sensación de Naturaleza verde, de tiempos tranquilos, contentos.

El templo estaba lleno del rumor de la multitud ciudadana. Bajé la ancha escalinata hacia el patio de la balaustrada. Vi a Jesús de Nazaret junto al pórtico donde están las inscripciones latinas y griegas de acceso prohibido, rodeado de galileos y de otras gentes. Los de Jerusalén empezaban a atender a las palabras de Jesús: aunque impregnados de la educación farisaica, y limitados por un espíritu estrecho y hostil, hallaban verdad y dulzura en las parábolas del Rabí de Galilea: era el pueblo del mercado bajo, de los alrededores de Betania, de Betfagé, del monte de los Olivos. Los mercaderes, los ricos, incluso los más apartados del celo farisaico, tenían para la palabra del Maestro una risa áspera, desdén o indiferencia.

El Rabí de Nazaret estaba triste. Sentíase, seguramente, aislado, oprimido, entre aquel mundo hostil, discutido. Jerusalén debía pesar sobre el alma delicada y ansiosa del Maestro. Añoraba, sin duda, sus campos de Galilea, las soledades estrelladas, los jardines de Chorazín. Se entablaba en aquella alma una lucha dolorosa entre la fe, la convicción que le retenía en Jerusalén, y sus instintos, muy suaves, idílicos, ¡que, con voces amantes, le iban llevando hacia los prados de Galilea! Su vida hasta allí había sido amplia, fácil como su túnica, saturada toda del amor, de la luz paradisíaca del reino de Dios.

En Jerusalén, su vida sería de lucha, de intriga, de hostilidad, de desdén. ¿Dónde había adquirido el dulce Maestro del lago la energía, la fibra resistente, para esos días amargos? ¿En los balanceos del agua, en el aire suave de las montañas de Galilea, en la lectura serena de la sinagoga de Magdala, en el amor humilde de sus compañeros? El hombre muy amado, ¿puede ser fuerte? La felicidad simpática, las intimidades femeninas, la piedad de los viejos, ¿pueden proporcionar la dureza, la altivez, la actitud indomable? No, no: en presencia de aquellas poderosas jerarquías sacerdotales, de la hostilidad minuciosa de los escribas, de las oposiciones farisaicas, su alma, acostumbrada a ser amada, suplicada, debía cerrarse ásperamente como en una concha. El temor de la muerte era en él, con seguridad, mayor que la repulsión que debía causar en su alma virginal el escarnio, la argumentación vengativa, el oprobio. Vivir siempre en Galilea, predicar su corazón, entregarse con amor y verdad a los infelices sin amor y descarriados, tener la eterna serenidad de su idilio social, ¡qué dulce porvenir, tierno, purificado, lleno de luz!

¿Estaba él bien seguro de convencer a las almas, de transformar las hostilidades? ¿Cómo sería comprendida su palabra de amor, de igualdad, de perdón, de pobreza, en este mundo todo él egoísta, avaro, jerárquico, político? ¿No sería rechazado por un inmenso desdén? El, sólo con su palabra etérea, con la promesa del reino de Dios, ¿cómo lucharía con aquellos sacerdotes que tenían literas, milicias, esclavos frigios, columnas de mármol altas como torres, y un templo edificado como una eternidad? ¡Y sus ojos se volvían con amargura hacia las edificaciones de Herodes el Grande!

Los galileos habían adquirido en sus rasgos y en su perfil la tristeza del Maestro; ellos, pobres campesinos, ignorantes, ¡sentíanse aplastados en medio de tantos mármoles del tem-

plo, de tanta ciencia doctoral, de tantas fuerzas civiles!

Jesús caminaba, con pasos distraídos, por las terrazas del templo; sus ojos tenían una vaguedad inefable; los discípulos le mostraban o un sacrificador revestido, resplandeciente, o las altas columnas incrustadas de jaspe, o las láminas de oro del santuario: él lo miraba todo con una tristeza infinita, con un abatido desdén.

Estudiaba yo junto a él el movimiento probable, lógico, de sus ideas; pero un gran rumor llenó el templo.

Jesús de Nazaret estaba en las altas terrazas, desde donde se domina todo el recinto bajo del templo.

Por los patios, por las escalinatas, se aproximaba una multitud llena de voces, de gritos penetrantes.

Delante, entre unos cuantos hombres de la milicia sacerdotal, armados de palos, protegidos con pieles de búfalo, venía una mujer, arrastrada; escribas, fariseos herodianos, inflamados de celo, henchidos de las venganzas de la Ley, iban a su alrededor, con grandes gestos de cólera y ásperas imprecaciones. Los negros ojos irritados relucían. La mujer se caía a cada paso, tropezaba, duramente apaleada; tenía unos espesos cabellos negros sueltos, los pies surcados de sangre, la túnica desgarrada, el rostro levemente aquilino, trastornado de dolor.

La multitud clamaba duramente; todos corrían curiosos; acudían los vendedores de palomas, los cambistas de oro; los escribas salían del santuario, y aparecían los pregoneros, los litigantes, los que pasean por la calle con fardos o conduciendo ganados; los enfermos de la piscina se arrastraban; los cojos, con grandes dislocaciones de sus muletas.

Todos preguntaban, querían llegar hasta los soldados y los fariseos; había una salvaje curiosidad; algunos se subían a las balaustradas, y, extendiendo el manto sobre la cabeza, contra el pesado sol, miraban ávidamente; las aves de sacrificio, asustadas, revoloteaban; las reses balaban. Los sacerdotes, revestidos a la puerta del santuario, sobre el trípode de bronce, miraban, interrogaban. La multitud llenaba las escaleras y los patios.

El Rabí de Nazaret estaba en la terraza, inmóvil, sereno, rodeado de sus galileos; frente a él había un espacio bañado de sol; los soldados se detuvieron allí, y la mujer cayó sobre la piedra, sofocada, abandonada, retorciéndose los brazos. Era alta, escultural, de espesos cabellos, de aspecto pagano.

Entonces, en medio de un gran silencio, un escriba, que iba en el grupo, fué hacia Jesús, y, con voz austera, altiva, dijo:

—Rabí, sabemos que eres justo y veraz; aquí está una mujer que fué encontrada cometiendo adulterio en los pórticos del templo.

—¡Lapidadla, lapidadla!—prorrumpió la multitud.

Se alzaban brazos con palos; aparecían rostros encendidos; oíanse gritos agudos, arrastrados, de las mujeres.

Jesus tenía una mirada vaga; a sus pies, la mujer sollozaba; los soldados reían.

El escriba hablaba con gestos abundantes:

—Rabí—decía—, la ley de Moisés, nuestra ley, ordena que la mujer adúltera sea lapidada; pero tú, que la comentas, explica la ley; ¿qué piensas tú, Rabí?

Jesús miró al escriba serenamente.

—El Rabí de Nazaret perdona siempre esos pecados—gritó alguien entre la multitud.

Se oyeron risas. Un viejo áspero, adusto, gritaba:

—¡El vive con las mujeres posesas, vive con los publicanos!

Y un fariseo aulló:

—¡Es el Salomón de las mujeres perdidas!

Toda la multitud rió largamente, pero el escriba mostraba la filactería (1) donde está escrita la ley, y exclamaba:

—Oyelo bien, Rabí: la ley de Moisés la manda lapidar.

Algunos fariseos gritaban:

—¡Y también el Rabí, el Rabí de Nazaret!

Los sacerdotes, escandalizados, hacían venir a los centuriones de la milicia Templaria. La multitud era espesa; los mendigos pregonaban *posca*; los vendedores de Betfagé mostraban palomas con adornos escarlata; los enfermos de la piscina iban entre la gente mostrando las llagas, entonando los salmos, pidiendo dracmas; desde la torre Antonia algunas cabezas de legionarios acechaban.

Entonces, una voz aguda, vibrante, amarga, gritó:

—Es la mujer de Jesús Barrabás.

Una risotada sonora, pesada, recorrió al pueblo; los soldados se apretaban los costados; los sacerdotes, junto a las puertas del ara, reían en sus largas barbas, haciendo oscilar las pesadas mitras incrustadas. Entre tanto, los fariseos pasaban entre los hombres, agitados de risa, diciendo:

—Este Rabí de Galilea quiere que sea perdonada; es un hombre impuro, que desprecia la ley.

Algunos querían llevar al Maestro ante el sanedrín.

Pero en la multitud había una oscilación; oíanse gritos, risas joviales, voces; el pueblo se apartaba, y entre la negra espesura, venía empujado, rechazado, un hombre. Unas voces alegres chillaron:

—¡Ahí va Jesús Barrabás, ahí va!

El hombre, desharrapado, absorto, asustado, vino a pararse, mirando con agria inquietud, como un buey espantado, junto a Jesús. Era Barrabás.

Vió a la mujer sollozando, caída sobre las anchas losas. La miraba con ojos vibrantes, volvíase, retrocedía; y, cogiendo con las dos manos, violentamente, una punta de la túnica, la tendió hacia la multitud, gritando:

—¿Quién da para el luto?

El pueblo reía, y vociferaba:

—¡Lapidadla, lapidadla!

Barrabás dijo:

—¡Lapidadla y dadme para el luto!

Y reía con grandes contorsiones, con visajes. La mujer lloraba.

Se elevaba un clamor; el pueblo pedía la lapidación; los fariseos y los escribas decían que el Rabí quería el perdón, con desprecio de la ley.

—¡Habla, Rabí, habla! — le gritaban entre la multitud.

Pero Jesús, los miraba, sereno, callado.

Entonces un escriba, alzando los brazos, convulso, con voz mordiente, colérica, chilló:

—¡Sí, sí, pueblo de Jerusalén! El Rabí de Galilea desprecia la ley, quiere el perdón de la mujer adúltera.

Se alzó un rumor hostil; algunos, celosos, levantaban palos, pedían la muerte.

Pero Juan, exaltado, cogiendo el brazo del escriba, le gritó con ímpetu, irritado:

—¿Quién te ha dicho que el Rabí de Nazaret perdona a la mujer adúltera? El manda lapidarla.

Había un gran silencio. Y Jesús, adelantándose, con toda la nobleza de su estatura, hacia la multitud, con una mirada henchida de luz, dijo:

—¡Sí, lapidadla! Y aquel de vosotros que se crea sin pecado, ¡que tire la primera piedra!

Su voz era fuerte, profunda, misteriosa: asustaba.

La inmensa multitud estaba callada, absorta; algunos rumores se elevaron; los fariseos, los escribas, se apartaron, rezongando. Algunos viejos lloraban; unas voces clamaban:

—¡Es el Mesías, es el Mesías!

Todos se dispersaban. Los amplios patios brillaban al sol, casi desiertos.

Aparté a los soldados, solté a la mujer; los fariseos, en grupos irritados, hacían comentarios, a la puerta del santuario, entre los centuriones de la milicia templaria.

Yo, que tantas veces había asistido a lapidaciones de adúlteras, estaba pensativo, absorto; aquellas palabras, lanzadas en medio de mi educación judaica, trastornaban toda la organización del mundo interior que vive en nosotros. Me satisfacía ver con una palabra sencilla y genial herida la hipocresía de una raza en su esencia; sentía admiraciones inesperadas por el espíritu armonioso del Maestro de Galilea.

—Sí, sí—decía yo—. Jesús de Nazaret, por su genio simple y justo, por la delicadeza penetrante de su palabra, por su enseñanza sobre la riqueza, sobre los pobres, sobre el perdón, sobre el culto, y por la influencia poderosa de su ser sobre los hombres, está destinado, tal vez, a ser la regeneración de Israel. Si El posee tan sólo el espíritu, yo tendré la fuerza por El. ¡Ay de mí! Ignorado, débil, tímido, más especulativo que activo, ¿cómo podría yo ser el hombre decisivo en un alzamiento?

Pero el tedio de la vida presente, una juventud ávida de acción, el desdén irreconciliable hacia el templo y su gente, el prestigio que en mí sentía por la vida del agitador *Judas Galanita*, todo ello y el deseo de acercarme al Maestro de *Galilea*, me llevaron a buscar a Juan, el de *Cafarnaum*, y a pedirle simple y rápidamente que me condujese hasta Jesús de Nazaret. Juan me dijo que estuviera por la noche junto a la puerta de Los Rebaños; acudiría un hombre, que me diría esta palabra: *Shalon*, que era la salutación usual del Rabí; que le siguiese, y, avanzada la noche, hablaría a Jesús.

Una trémula inquietud me dominó hasta el anochecer; el contacto con aquel hombre, la gravedad de las ideas que yo le llevaba, el peligro, todo me hacía más perfecto de sentidos, más rebosante de palabras, más arraigado en mi fe.

IX

A la hora tercia de la noche bajaba yo por los jardines enclavados en la ladera donde se asienta el barrio de Bezetha; era en un huerto, junto al monte de los Olivos, donde iba yo a ver a Jesús de Nazaret.

La noche estaba llena de una luna viva, profunda; había sombras suaves bajo los anchos ramajes; un dulce silencio henchía la tierra. Oí solamente un canto triste, arrastrado: alguna pobre mujer mecía a su hijo o lloraba al esposo llevado a las legiones de Roma.

El hombre que me guiaba abrió una puerta estrecha, de mimbres; entré en un espacio cubierto de follaje de cedro; sentíase frescor de agua, aromas de plantas.

La luna iluminaba enfrente un espacio abierto, enarenado, con un banco de piedra; allí, con los brazos cruzados sobre el regazo y la cabeza apoyada en el muro, con la mirada sumida en el espacio iluminado, estaba Jesús.

(1) Trozo de piel o pergamino que los judíos llevaban en el brazo izquierdo con algunos pasajes de la Escritura.

Se levantó lentamente y dijo:

—Paz.

—¡Paz y alegría, Rabí! —dije—. ¿Velabas?

—Velo siempre. ¡Bienaventurado el que vela! Es él como el siervo diligente, que espera despierto a su señor que marchó a las bodas, y, apenas le oye llegar, corre en seguida a abrir.

Jesús enmudeció, perdiendo su mirada en el inefable espacio luminoso.

Me aproximé, y, con una voz profunda, convencida, dije:

—¡Creo en ti, Maestro!

Jesús miraba, extasiado, pensativo.

Había un silencio; estaba yo cohibido, y dije para traerle a nuestras comunes ideas:

—Rabí, ¿qué es necesario hacer, según tu pensamiento, para alcanzar, feliz, la vida eterna?

Jesús posó en mí, reposadamente, sus severos ojos.

—Sirves al templo—dijo—, sirves a la ley y no conoces la ley: ¿qué dice la ley?

—La ley—dije—enseña que amemos a Dios sobre todo y a los otros como a nosotros.

—Y yo digo como la ley.

Y me miraba de un modo penetrante; hablaba como en un sueño, o como a alguien invisible.

—No se puede servir bien a dos amos; uno de ellos se ha de despreciar: hay que servir al otro. No se adora en un mismo corazón a Dios y a Moloc.

Comprendí que el Rabí no tenía confianza en mí, que me juzgaba un emisario del templo para escuchar su doctrina y deponer luego contra El.

Respondí con dura dignidad:

—Tienes para mí palabras desconfiadas, Rabí. Llama a Juan. El sabe que creo en ti, y que no voy a traer testigos de esos que el sanedrín coloca detrás de las puertas de los blasfemadores de la ley. Mi cuerpo sirve y vive en el templo, pero muchas veces mi espíritu ha estado contigo, en deseo y en verdad, en tu lago de Tiberíades. Llama a Juan.

El Rabí me miraba con atención.

—El hombre—dijo El—da testimonio del hombre; sólo Dios conoce los corazones.

—Pues bien: tú que, según dicen, eres hoy el más grande vidente de Israel, juzga o condena mi alma.

Dije esto serio, firme, áspero. Jesús de Nazaret, con el rostro iluminado, me replicó dulcemente:

—La fe salva.

Y después de un momento:

—¿Y qué dicen entonces los de Jerusalén que soy yo?

—Unos, Maestro, dicen que eres Elías, o el Bautista resucitado; otros, que eres el Mesías; los fariseos creen que eres un blasfemador ambicioso o un ingenuo sincero; la mayor parte te desconoce, ésta es la verdad.

—¿Y tú qué crees que soy?

—Yo digo que eres un hombre justo, una elevada conciencia de las cosas divinas. Digo que eres un hombre enviado providencialmente, en un tiempo humillado y vil, ¡para levantar las almas, desenmascarar las hipocresías, vengar a la patria! Pienso que si has de realizar una acción en el mundo, ésa debe ser ¡rebelarte contra la aristocracia del templo, contra este espíritu estrecho de Jerusalén, contra este culto pagano de las tradiciones, contra el fariseo y contra el romano; ser el consolador y el vengador!

—Hombre, ¿cuál es tu espíritu? Yo vengo a salvar las almas, y no a perderlas.

—¿Y es perderlas hacerlas justas? ¿Es perderlas combatir este sacerdocio rico e indiferente, este culto sangriento e hipócrita? ¿Es perderlas romper este destino que las tiene es-

clavizadas, siempre llorosas y perdidas, y, ahora, bajo el capricho de los imbéciles favoritos de Tiberio?

—Esas cosas no me atañen: son del mundo.

—Perdona, Rabí; pero, ¿a qué has venido entonces? ¿Y tú, quién crees ser?, te pregunto yo ahora. ¿Quieres permanecer eternamente predicando y contemplando el lago de Tiberíades, y andar errabundo por las casas? ¿Y crees que eso influirá sobre los hombres tanto siquiera como una hoja seca? ¿Piensas hacer una revolución en Judea, acariciando las cabezas de los niños de Chorazín y contando parábolas en los campos a los simples y a las mujeres? Comprendo que tu ambición no sea mayor y que te baste la felicidad de un sueño en la fraternidad de los sencillos. Pero entonces, ¿para qué has venido a Jerusalén? ¿Para qué predicas en el templo? Si no eres una iniciativa revolucionaria, ¿qué eres entonces? ¿Qué eres tú si no eres una intensa fuerza de voluntad? Las máximas que predicas son de Hillel, son de Gamaliel, son de Jesús de Sirac; sé que hay cosas nuevas en tu enseñanza, pero lo que en ellas hay de grande es tu poder de convicción, tu fe, tu profunda virtud, tu amor al sacrificio y tu infinita voluntad. ¿De qué te sirven entonces estas cualidades, para qué las guardas? ¿No eres tú judío? ¿No es tu madre de Caná? ¿No podía tu padre ser llevado a Roma de legionario? ¿De qué nos sirven esas parábolas, esas ironías, esas réplicas excelentes, si no van a herir la riqueza del saduceo, la hipocresía del escriba, las vejaciones del romano? ¿Quieres abstenerte de la acción? ¿Imaginas que las predicaciones del templo y la enseñanza en las montañas sólo por su verdad abstracta pueden combatir, vencer un mundo completo, organizado, civil, rico, amado? ¿Imaginas que puede repetirse el milagro de las trompetas de Jericó? ¿Crees que un mundo entero, tribunales, templos, oficios, mercados, sacerdocios, escuelas, todo fuertemente ligado, va a disiparse como una visión, porque un hombre simpático se levante en un camino y diga: «Amaos los unos a los otros y seréis amados por vuestro Padre celeste?» ¡No! ¡No sucederá tal, Rabí!

—¡Por vuestra incredulidad! Pues si tuvieseis la fe, tanta—¿qué sé yo?—como un grano de mostaza, y dijerais a aquel monte «¡Vete de ahí!», ¡el monte se iría! ¡Oh generación incrédula, generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré entre ti?

El Rabí daba largos pasos, atormentado, dolorido.

—¡Rabí, Rabí, escúchame! Yo tengo tu fe, amo tu reino de Dios. Pero tu Dios consuela mucho allá arriba, y nosotros sufrimos y lloramos mucho aquí abajo, en la tierra.

Jesús estaba lleno de incertidumbre y de amargura. Le dije:

—Escucha, Rabí: admito que sólo con tu palabra puedas realizar tu reino de Dios. Pero entonces abandona esos ingenuos galileos, únete a los hombres que poseen la fuerza, la ciencia y el secreto de las cosas humanas; nosotros seremos la acción, sé tú nuestro Mesías. ¡En Judea no se hace nada sin un profeta! ¿Cómo has pensado tú realizar tu reino de Dios? ¿Por medio de la dulzura y la paciencia, o por la fuerza y la rebelión? No puedes vacilar, si piensas en ello. ¿Quieres hacer un renacimiento, con los galileos que te rodean, con los publicanos infelices, con los enfermos que curas, con los miserables que consuelas, con las mujeres que te aman, con los niños que te sonríen?

—Dios oculta muchos cosas a los sabios y las revela a los niños.

—¿Para qué predicas entonces en

el templo contra los fariseos y los príncipes?

—¡Deja que por el espíritu de los simples y de los niños se realice la regeneración.

—Dime, en verdad, Rabí: ¿piensas tú que en el mundo nada vale y que sólo tu ideal puede dar felicidad y sosiego? ¿Profesas el desdén?

—Sólo el desdén da la paz.

—Da la inercia, el sacrificio y las virtudes pasivas. ¿Y si mañana pudieses tú empezar a ver realizado en el mundo ese reino de los pobres, de los simples, de los pequeños? ¿Si vieses todo transformado por una acción enérgica, revolucionaria, por nuestra acción?

Jesús caminaba inquieto: su mirada vibraba. Mis palabras le causaban inesperadas perturbaciones.

Veíamos el templo brillar en la blanca pulidez de la piedra, bajo la luna; y yo le dije, gravemente:

—Mira, ahí tienes el templo; hoy todo es en él intriga, artificio, pompa, riqueza, sangre, hipocresía, vanidad; mañana sería el lugar más santo de la tierra.

Jesús abarcaba el templo con una mirada amplia, llena de la fulguración de su deseo. Yo le había cogido las manos y le decía en voz baja, junto a la cara:

—Oye: en Jerusalén hay descontentos; algunos miembros del sanedrín están irritados con la familia de Elanán, con Beothos; Gamaliel no ama el templo; el pueblo bajo del mercado detesta a los fariseos y a los escribas; es nuestro; Galilea es nuestra; la Perea es nuestra; se mandarán emisarios a Joppé; toda la Judea se levantará; tú serás el profeta. ¿Quieres? Tu sueño del lago de Tiberiades se realizará entonces, ¡será palpable, vivo bajo las nubes! ¿Quieres?

La noche era inmortalmente bella; había una bondad en el aire; el mundo me parecía poseído por un elemento diverso.

Hablaba yo confusamente, ora contra los fariseos, ora contra los romanos, y no conocía ni la fuerza de Roma, ni el poderío sacerdotal, ni la inercia de un pueblo egoísta. Una gran tentación cautivó el espíritu del Maestro. Yo dije, cogiéndole las manos:

—¡Rabí, Rabí: después del fariseo le llegará el turno al romano! Serás el más grande de Judea; habrás glorificado al pobre, humillado al rico, aniquilado al hipócrita, expulsado al romano; serás igual por la justicia a Ezequiel, igual por la fuerza al Macabeo; serás como David, te pertenecerá Palestina desde el Jordán hasta el mar, y serás el rey de Israel.

Hablaba yo exaltado: le señalaba a Jerusalén, y le decía:

—¡Te pertenecerá Palestina, serás el rey de Israel!

Pero Jesús, alzando la mano y señalándome con un gesto elevado y trascendental el cielo, bañado todo por la luna serena, el silencio inefable, la pura belleza del infinito, el profundo misterio donde mora Dios, me dijo:

—Vete: ¡mi reino no es de este mundo!...

Miré largamente al Rabí, lamenté su desdén, sonreí de sus palabras, y, silencioso, reconcentrado, me fuí por el camino de Betfagé.

Despuntaba una claridad, cantaban los gallos. Al día siguiente, al llegar la tarde, Jesús, seguido de los suyos, subió hacia Galilea.

....

....

POETAS DEL MAL

¿Conocen a Poe, a Baudelaire y a Flaubert?

Estos hombres sólo ven el mal: los cuerpos flacos, despedazados y podridos, las vegetaciones líricas que brillan como en el fondo de un sueño asiático, las nubes feroces por las que vagan los condenados del amor, los rocíos caídos de las frías esterilidades de la luna, los aullidos horribles de las almas que tienen miedo, los vientos que retuercen los cuerpos de los ahorcados, las pestes, las cobardías de la desesperación, todas las flores del mal, espléndidas y negras.

En el alma humana sólo encuentran pecados tenaces y arrepentimientos cobardes.

Si por casualidad contemplan un día la esfumación de la luz, serena y severa como el alma de un héroe, creen ver en la catedral de vapores acastillados sobre el mar un sacerdote—Dios—poseído de trágicas iras, ¡arrojando al espacio los sagrados símbolos! Le ven rasgar en las nubes su alba llameante; le ven lanzar la hostia, que es el sol, a las aguas sollozantes; creen ver el aire, denso de lirismo, doblarse al soplo de su respiración indignada. Es él quien crea la noche, con la negra irradiación de su mirada; es él quien dispersa por el aire, como un milano dispersa las plumas de una paloma, las hojas rasgadas del misal; es un trozo del libro sagrado el que flota, donde nosotros creíamos ver un astro.

Estos hombres, con sus violencias radiantes, con sus ideales desesperaciones, con sus ironías, su espiritualismo, está en medio de estos espíritus modernos de hoy, bajos, alineados, blancuzcos y lisos, como una catedral gótica entre las casas encaladas de una villa. Ellos se ahogan en estas atmósferas, densas del humo de las industrias.

La Naturaleza está vacía: las selvas agitan la cabeza loca y débil; el cielo tiene la tranquila mirada de los idiotas; los ríos van siempre huyendo y cantando, como los amores de las mujeres. Ellos no pueden derramar el alma en las bondades errantes que tiene la Naturaleza: la Naturaleza misma no existe ya casi. ¡Perdida como está entre las edificaciones, las granjas, las industrias, las fábricas, los astilleros, los circos, parece un poco de hierba pasando, deshecha, entre los dedos de los hombres!

Ellos no tienen siquiera el gran refugio del amor.

Pasan, es cierto, junto a ellos mujeres de senos de ámbar, serias entre los terciopelos silenciosos; cuando ellas pasan así, el alma de los poetas anda perdida y humilde entre los lodos, con un humo que el viento abate; ¡es el viento del materialismo el que así las doblega! Si el alma se eleva para ir en busca de la flor de bendición en el interior de esos cuerpos femeninos, va a posárseles en los ojos negros y suaves, si entra radiante, como para unas nupcias santas; si se desliza hasta el corazón, sale en seguida apenada, diciendo: «¡No vale la pena de abandonar este fango para ascender hacia esa alma!»

Así el amor no puede tentarlos.

Y la gloria tampoco; ellos ven que hoy los grandes espíritus suben hacia los pedestales en que han de aparecer—estatuas del futuro—como su-

be un payaso hacia el tablado, entre los gritos inertes, los aullidos, las imprecaciones de la multitud que va pasando hacia los hielos de la tumba.

Pero ¿pueden refugiarse en la antigua poesía, en el dulce Virgilio, en los éxtasis de Catulo, en los sentimentalismos de Petrarca, en toda esa dulzura untuosa, serena, fresca, consoladora? No pueden: hoy, esas santas colinas humildes están invadidas por la multitud de críticos, de realistas, de escudriñadores, multitud hambrienta de materialismos que está revolviendo el terreno para explicar sus capas, que destruye todas esas tiernas flores del bien para contar sus pétalos, que descorteza los árboles sagrados de donde caían los versos de Ovidio para estudiar sus fibras y sus filamentos.

Entonces, esos hombres se sienten invadidos por una dolencia horrible: el tedio.

La pobre alma está llena de auroras, de frutos, cantando en las alboradas; llegan hasta ella las bondades condescendientes del sol; se encienden las constelaciones dentro del pecho; el interior fecundo y rojo del corazón está lleno de cuerpos femeninos. Todo se transfigura: el coro es un coro de ruiseñores; la ira, la palpitación de las alas de un ave soberbia. Nuestros ojos tienen reflejos distantes de paraísos desconocidos; nuestros brazos tienen ademanes magníficos que hablan a los astros, y si se queja una planta, si suspira una ola, los extendemos con un gesto de consuelo y de amparo. A veces nace también en el alma la melancolía; pero entonces la melancolía es la voluptuosidad de la tristeza.

Viene entonces el tedio, paso a paso: todo se oscurece. Se difunde una molicie errante; enmudecen los coros interiores; aparecen las desesperaciones lentas, las angustias frías. Los brazos caen en los desconsuelos como las alas de un pájaro herido; las antiguas alegrías, las bondades, las energías, las valentías, se pudren y se deshacen en polvo; y se ve entonces el alma desnuda, helada, rígida, opaca, mala, como cuando se quitan los paños bordados y radiantes de un altar aparece la madera dura, tosca, oscura y carcomida. Sólo que debajo de esa madera del altar ¡está, a veces, la imagen del Cristo muerto! ¡En el alma hay también un Cristo muerto: la fe!

Entonces, esos tristes van en busca de una región nueva, apasionada y lírica, donde no oigan la voz ronca del materialismo. Así, en otro tiempo, los monjes iban hacia los desiertos de la Nitria para no oír suspirar por el cielo, húmedo aún de la miel del Hibla, el alma errante del paganismo. Porque ellos creen que así como el ocaso del sol está hecho por un Dios terrible que despedaza las sagradas reliquias, el ocaso del arte está hecho por el materialismo que despedaza las sociedades.

Como van hacia una idea nueva, desordenada y extraña, aparecen vestidos por una forma nueva, extraña y desordenada. Ellos saben que las imitaciones arcádicas están gastadas, que los viejos árboles de los que colgaban las liras clásicas están secos, que los caminos hollados por las togas blancas de pliegues hieráticos llevan al desierto. Así, esta revolución en el arte no es, como dice la crítica ordinaria, hemistiquios, prosas, rimas y medidas que se alteran; es todo el poema divino de las sociedades modernas que cae en harapos. Las formas nuevas son el síntoma de su disolución.

Los espíritus no pueden respirar el aire moderno, denso de materialismos: se ahogan, sufren, gimen.

Entonces, aparecen estos libros:

Las nuevas historias extraordinarias, Las flores del mal, Salambó, etc.

El primero es de Edgar Poe. Entre esas páginas pasa el demonio de la perversidad, unas veces tieso y lívido como los cipreses; otras, burlón, jovial, ruidoso, dando volteretas, que muestran los rasgones del traje, lanzando carcajadas, que muestran los dientes podridos; siniestro y relajado como un payaso de las esquinas.

Poe no tiene el vago iluminismo de Hoffmann, ni la fría imaginación de Darwin. Poe expresa la realidad de los terrores y de las visiones. Su libro es la epopeya desvariada del sistema nervioso.

El otro es Baudelaire. Baudelaire es el viajero terrible que va a través del mal de la carne como, guardando las proporciones, fué Dante a través del mal del alma. Baudelaire va a los ríos y coge los cadáveres de los ahogados, hinchados y rojos, que duermen sobre el colchón de la arena, cubiertos con los harapos lívidos del agua; va por las tumbas, alzando los sudarios y mostrando la blanda putrefacción de las carnes; va a coger la sangre coagulada, y se embadurna el rostro con ella, y viene así, terrible, a abrir de par en par la boca entre las rimas y las blanduras de la forma; va a las alcobas húmedas, a buscar las mujeres descarnadas y lívidas que se roen los codos de deseos; y trae esa cohorte horrenda, y llega entre las cenas ruidosas, los cristales, las mujeres luminosas, los grandes pliegues armoniosos de las sedas, y arroja confusamente ese puñado de formas sueltas, dislocadas, rotas y gangrenadas, sobre los senos color de ámbar y sobre las suaves palideces, sobre los sentimientos tibios y sobre las manos tersas.

Flaubert escribió *Salambó*. Y su alma, después de haber creado en *Madame Bovary* la imagen desoladora de una belleza, de una armonía, de una perfección, apresada entre los brazos gordos y toscos del materialismo, refugió su desaliento en las sombras del mundo antiguo. Y toda la antigüedad está en *Salambó*. Mathô es la carne, ardiente y feroz, llena de la fuerza del sol, de la tierra de Africa.

Spendius es la astucia serena y fría de Grecia; Amílcar es el alma austera de las antiguas repúblicas; *Salambó* es la lascivia mística de Siria. Schaabarim es el alma desolada de los sacerdotes politeístas, doblándose bajo el peso de seis mil dioses. Hannón es la fúnebre corrupción de Cartago. El ejército de mercenarios es el resto del mundo: allí están los lusitanos enormes, las galos blancos, de abundantes palabras; los libios perversos, y todo el mundo bárbaro, terrible, oscuro, inmundo, lento y cubierto de lepra.

Como ven, estos poetas no respetan el egoísmo humano, el grueso egoísmo humano, soñoliento, entre las almohadas, rodeado de periodistas, de críticos, de poetas, que le frotan los pies con aromas profanos, cantando: «¡Eres fuerte, y sabio, y previsor, y profundo, y bello, y sereno!», mientras él, fláccido de perezas, ve pasar las fantasías nacidas de las novelas, de los poemas y de los dramas modernos, pequeñas, limpias, castas, necias, viperinas, débiles y burguesas.

Entonces vienen esos poetas, le lanzan contra las paredes del cerebro sus extrañezas, sus ferocidades, sus violencias; le causan las frialdades del miedo, los calores de la angustia, los sudores del sepulcro; y él se va, pisoteado, sacudido, lívido, dislocado y cojeando.

Son poetas libres: despedazan las fórmulas, maldicen los industrialismos,

No tienen esa melancolía, llena de lúcidos reflejos de astros, de Byron y de Musset; éstos, cuando se ven rechazados por el materialismo creciente, se yerguen, sollozantes y buenos, y muestran el alma cubierta de lágrimas, doblada, como si sobre ella cayesen las tristezas de un Dios. Los otros, no; combaten la carne con la carne, cantan la podredumbre.

Aquéllos, Byron, Musset, Vigny, refugiados en la Biblia, mostraban la belleza de lo que el egoísmo humano desprecia. Estos, Poe, Baudelaire, Flaubert, ¡muestran el horror de lo que él adora!

FIN DE
«PROSAS BÁRBARAS»

LEYENDAS DE SANTOS

(1911)

ACOTACION MARGINAL

LAS *tres admirables* Leyendas de Santos *(así las tituló Eça de Queiroz, a la manera flaubertiana)—San Cristóbal, San Onofre y San Frey Gil—forman parte del grupo de originales denominado* Ultimas páginas, *de cuya coordinación y revisión se encargó (ya muerto el autor, en 1903) el escritor y gran amigo de Eça Luis de Malgalhaes. E incluso la Librería Chardron—los editores habituales de Eça de Queiroz—anunció por esa época que* La leyenda de San Cristóbal *constituiría un volumen por sí sola. Sin embargo, los manuscritos de las* Leyendas, *en su primera versión, fueron encontrados casualmente, como ya queda explicado en el prefacio de estas traducciones, por el hijo del autor, José María, en 1924, al buscar un autógrafo, en una maleta, con el texto, también en su primera redacción, de* La ciudad y las sierras *y con otros papeles y originales queirosianos menos importantes. En la nota aclaratoria, los mencionados editores decían que la serie de las* Vidas de Santos *«revelaban en la obra de Eça de Queiroz un plan nuevo, plan de psicólogo y de moralista». Según ellos, esos originales son simplemente «bocetos», ya que Eça, como se sabe, rehacía casi todos sus escritos al corregir las sucesivas pruebas de imprenta, y cuando aparecieron las* Leyendas *el autor había ya fallecido.*

Escritas con la soltura y la rapidez de redacción que caracterizaron a Eça, bien decían los editores que dichos manuscritos bastaban para echar abajo la afirmación de su dificultad para componer, pues revelaban «que no había escritor más espontáneo, fácil y abundante». Como subraya con certeza Lopes d'Oliveira en su biografía de Eça, a pesar de no haber sido revisada ni retocada la Leyenda de San Cristóbal, *«es realmente una obra maestra». E igual podría decirse (pese, incluso, a estar sin terminar* San Frey Gil) *de las otras dos* Leyendas de Santos.

Ya en 1894 confesaba Eça de Queiroz, en una carta a un compañero de las veladas líricas de la travesía del Guarda Mayor: «Estoy escribiendo la vida diabólica y milagrosa de San Frey Gil, y hasta te contaré que he metido al santo en una selva y no sé cómo voy a sacarle de allí.» A Eça le parecía entonces que la forma de una bella leyenda de santo o de una prestigiosa figura histórica «constituía un ideal estético muy suficiente». Gaspar Simoes afirma en su Eça de Queiroz *que «los temas religiosos eran para Eça un pretexto literario». Y ¿por qué no? Eso ha sucedido siempre a*

los grandes escritores que han escrito sobre figuras religiosas o místicas: ahí está, en primer término, el ejemplo siempre vivo y magistral de Flaubert. Neo flos sanctorum *llamaba el propio Eça a esta resurrección, a esta evocación de las leyendas en forma de vidas de algunos santos, que él tenía planeadas, y de las que sólo escribió estas tres. En 1893 interrumpió su* San Frey Gil, *que ya no acabó nunca, para dedicarse a escribir la* Leyenda de San Onofre, *y luego la de* San Cristóbal. *Aunque con interrupciones temporales, más o menos largas, ya que otros temas de mayor actualidad requerían su atención y su pluma proteica.*

Estas Leyendas de Santos, *escritas en el período en que el estilo y la sensibilidad del autor estaban en su mejor y más granado logro, son (Eça no podía nunca dejar de atraer a los* grandes públicos *con los géneros de más directa captación para ellos), como dice justamente* Gaspar Simões, *«verdaderos cuentos». Eça cumplió a la perfección su nueva misión literaria de* hagiógrafo laico, *podría decirse.*

En estas narraciones, por encima y entre la fantasía del autor, que adopta, incluso, formas estilísticas de un exquisito lirismo, se nos muestra Eça de Queiroz—¡una vez más!—como un auténtico y sutil poeta en prosa. *Eça supo crear, además, en estas tres leyendas un «clima» humano. Sus santos, como escribe con toda certeza Alberto de Oliveira, «no son estatuas toscas o muertas, de madera o de piedra, sino seres humanos, cuyos movimientos se ven, cuya habla se oye y cuyos dolores y alegrías se comprenden y se sienten, contagiosamente». Exacto.*

Eça, en estas Leyendas, *sabe graduar la acción, que para él—siempre realista en el fondo—es el elemento más importante de toda creación literaria, novela o cuento. Estas vidas, como verá el lector, son verdaderas «aventuras», en que sus protagonistas, los santos, van hacia su gloria a través de afanes, penalidades, sufrimientos, con la más inquebrantable voluntad. El mundo es para ellos, no el obstáculo fatal e indeseable, sino el camino que los llevará a la meta ideal y divina, aunque para llegar a ella sigan y pisen con planta humana, con reacciones y sentimentos humanos. No son éstas esas clásicas vidas de santos de un misticismo rígido, frío, ascético; son las jornadas en el difícil viaje por la vida de unos hombres marcados, sí, por el signo, pero que hasta su último instante tienen que alentar como hombres.*

Ello no obsta para que Eça maneje con su pluma, que se hace delicada y suave, a veces lírica y siempre respetuosa, las figuras y las acciones de esos hombres, que acaban logrando la bienaventuranza eterna. Lo mismo que hizo Eça—superando, quizá, estas mismas Leyendas*—en esa maravillosa narración (que figura, naturalmente, en estas* Obras completas) *titulada* El milagro inefable *(1): narración que sirvió, incluso, escenificada hábilmente por el conde de Arnoso, como* Misterio *medieval, para una representación, efectuada con gran éxito en la Navidad de 1901, en el teatro lisbonense de Doña María (y cuyos versos, perfectamente ajustados al asunto, de fino y clásico sabor, fueron obra del sensible poeta y escritor contemporáneo Alberto de Oliveira).*

En estas Leyendas de Santos, *tan diferentes en su enfoque y en su realización literaria, las figuras fueron elegidas por Eça con el mayor acierto. Enfoque y realización que nos parecen dignos—en especial San Onofre y San Frey Gil—de la pluma de Flaubert, y con ello creemos que queda hecho su máximo elogio. Aunque en Eça haya más humanidad, menos evocación erudita o trascendental, corre sangre más roja y más humana por las venas de esos santos, espejo de lo que puede la fe ayudada por una voluntad heroica. Voluntad heroica de superación en un gigantesco y al mismo tiempo humilde esfuerzo diario de coger el divino manojo de rosas de la gloria, que brota y puede encontrarse en la tierra, aunque el alma, a veces, quede desgarrada por las espinas terrenas que lo defienden.*

En la Leyenda de San Frey Gil *hay como un halo misterioso de* luz negra *en torno a una figura, que Eça, con sutil acierto, hace intervenir bajo la forma de un noble caballero, gentil y armado: la figura, siempre interesante, del Diablo, tan necesaria e importante en la vida de un santo, como piedra de toque del alma del justo. Y aunque, por un lado, sintamos que esa* Leyenda *no fuese terminada nunca por su autor; que él dejase, después de haber platicado con el Enemigo, su anfitrión en este caso, al santo, guerrero aún, cabalgando, a continuación de su delicioso y tentador sueño, por la carretera «fresca y risueña, entre grandes arboledas», camino de Alba de Tormes, en compañía de su fiel Pero; aunque nos detenga bruscamente esa línea de puntos, como quebrada cortada a pico, que interrumpe para siempre ya el manuscrito, quizá al mismo tiempo con ello la fantasía de cada lector agudo puede así completar en su interior la* Leyenda *y darle el final más dilecto a su fantasía, con ese encanto hondo y delicado de la figura o del paisaje confusos, semiborrados por la acción del tiempo, de un lienzo o de un tapiz de gran selección.*

Por eso hemos creído que merecían un lugar propio, aparte, en las traducciones de las Obras completas *de* Eça de Queiroz, *del grande, polifacético y siempre atrayente escritor, estas tres* Leyendas, *llenas de encanto y de interés. En estas tres* Leyendas, *los pinceles de Eça supieron trazar los fondos más sugerentes, las composiciones más diestramente concebidas y los detalles de más entrañable primitivismo, en una pintura clásica y precursora, impresionista y expresionista, moderna y tradicional, todo ello al mismo tiempo y todo dentro de un arte depurado, inconmovible a través de los días, y que resplandece hoy con el mismo fulgor que tenía al ser creado por Eça de Queiroz en esta su nueva faceta de hagiógrafo laico y delicado.*

(1) Véase pág. 1107 de este tomo.

LEYENDAS DE SANTOS

SAN CRISTOBAL

I

Un día, en una selva, al atardecer, cuando bajo las frondas resonaban los cuernos de los porquerizos y, lentamente, en la alta copa de los robles se escondían los grajos, un leñador, un siervo de zurrón de estameña que había trabajado duramente en el soto desde que cantó la alondra, sujetó el hacha en el cinturón de cuero, y con su yegua cargada de leña, regresó, por los caminos de la aldea, al castillo de su señor.

Ante cada cruz clavada en los

troncos de la maleza, se quitaba su gorro de piel de conejo y rezaba un avemaría. Al pasar por la laguna, más brillante bajo la amarillez de la tarde, entre sus altos cañaverales, que una moneda de oro nueva, dejó un manojo de aliagas y de leña para el ermitaño, que había levantado allí su choza de ramaje. Y, enfrente, en un pinar, a pesar de refulgir ya en lo alto la estrellita de la tarde, y de tener hambre, el buen trabajador se detuvo a llenar el saco de una viejecilla, que, temblando y apoyada en un bordón, cogía agujas y piñas. La vieja murmuró: «¡Dios te dé una alegría en tu casa!»

Largamente aún, ora por caminos claros que sonaban como losas, ora bajo la enramada alta, por veredas blandas de musgo, tintineaban en el silencio y en la penumbra los cascabeles de la yegua. Y cerraba la noche, cuando, al otro lado de un puente de tablas que temblaba sobre un torrente, seco en aquel demorado agosto, apareció el pueblo entre la arboleda del valle, con la capilla blanca y toda nueva que el señor del castillo estaba erigiendo a San Cosme.

El leñador, con su yegua, se adentró por una larga avenida de hayas, detrás de un carro que rechinaba lentamente, cargado de retama. La estacada que en otro tiempo cercaba la aldea se pudrió bajo los soles y bajo las lluvias, abandonada, durante los largos y abundantes años de paz; y las cabañas reposaban entre los huertos en la seguridad y la hartura. De las techumbres, bien cubiertas de rastrojo, sostenido por pedazos de pizarra, subía el humo lento y oloroso de las piñas y de las agujas, ardiendo con profusión en los hogares. En todas las pocilgas gruñían cerdos. Por las callejuelas más oscuras pasaban las mozas hacia las viviendas, sin miedo, con su rueca a la cintura. Detrás de los muros de adobe moría el murmullo durmiente de los rosarios y de las salves, rezados a coro, desgranando las cuentas. Rara vez un mastín ladraba detrás de la cancela o de los setos. En el atrio, el horno señorial ardía aún; tan abundante era el pan por cocer. Y junto a la fuente entoldada por el ramaje de un olmo, en el banco de piedra donde los domingos venían los viejos a juzgar los pleitos de ganados o de aguas, los dos arqueros del castillo, que todas las noches rondaban por la aldea, dormían sin inquietudes, como frailes, con sus arcos en el suelo.

Lentamente, al rumor pausado de los cascabeles, el buen leñador y su yegua pasaron, al final del pueblo, la alta taberna del Gallo Negro, que extendía sobre la carretera su larga vara adornada de laurel. Dos romeros, con conchas en la esclavina del sayal, bebían a la puerta en gruesos picheles de estaño. Dentro, un pobre trovador de larga melena, caída sobre el harapiento jubón, tañía su viola de tres cuerdas; y un fraile mendicante, con la alforja sobre las rodillas y un calderero con los cazos de latón y la herramienta colocada a su lado en el suelo de tierra negra, jugaban a los dados sobre un banco, en la penumbra de las enormes pipas, que tenían todas una cruz blanca para que los malos espíritus no agriasen el vino.

El buen leñador incitaba a su yegua; y muy de prisa, desde lo alto de un cerro cubierto de encinas, divisó abajo el río, el ancho río oscuro que corría, calladamente, bajo los cuatro arcos de un viejo puente romano, que tenía en el centro una hornacina nueva, donde parpadeaba, pálidamente, en la niebla húmeda, una lamparilla. Más allá, en la otra orilla, había una suave colina, en la que se alzaba, poblado de árboles y rodeado de murallas como una ciudadela, un rico convento de dominicos.

Pero, descendiendo del cerro, el camino estrecho, por donde, bajo la estrellada mudez de la noche, iban tintineando los cascabeles de la yegua, corría hondo y negro entre altos barrancos. Y como allí, a veces, de noche, aparecía un extraño pastor, de cabellos color de fuego, y seguido por dos lobos mansos, el buen leñador murmuró, vuelto hacia el santo lugar en donde nace la estrellita matutina, el nombre del arcángel Gabriel.

Después, sin temor, cruzó el pinar. Ya entonces pisaba las tierras del solar de su señor. Amplios pastos, campos segados, bajaban hasta el río, que bordeaba una chopera, oscura y llena de ruiseñores. Y sobre un escarpado otero, apareció en seguida el castillo, negro, formidable, con altas murallas, grandes veletas en forma de dragones y de aves heráldicas en lo alto de cada torre, y en la más alta, la llama clara de su alto faro.

Una calzada de gruesas losas, bordeada de hayas, conducía al terrado, sobre el cual se abría, bajo la torre del homenaje, la estrecha puerta chapada de hierro y el puente levadizo, que, siempre bajado en aquellos dulces años de paz, tenía mohosas las cadenas de hierro. A un lado del terrado había un pequeño cobertizo cubierto de ramaje, donde se vendía, en el barril, el buen vino blanco de las viñas señoriales. Al otro lado, negreaban los gruesos barrotes de las horcas patibularias. Un vetusto olmo sombreaba el banco de piedra adonde, en las tardes de verano, venía el señor a juzgar los delitos, recibir pleitesía o a señalar los portazgos que debían pagar los mercaderes que, con largas recuas de mulos cargados, pasaban por sus tierras. Ninguna claridad salía de las ventanas de las torres, más estrechas que rendijas. Las ranas croaban en el agua negra de los fosos.

El buen leñador bordeó las largas murallas, donde a veces una mancha más clara en la piedra negra era como una cicatriz de batalla en una cara requemada; y pasando por la alta cancela de una cerca, que se perdía a lo lejos en los prados oscuros, penetró por una estrecha poterna abierta en la muralla como una grieta abovedada y guardada por un enorme perro, cuya cadena de hierro arrastraba sobre las losas.

Dentro, en el vasto recinto amurallado, más allá de un pozo de brocal bajo, coronado por un palomar, la casa señorial alzaba su fachada sencilla y severa, de donde salía, a través de los cristalitos enmarcados con plomo, la claridad pálida de los blandones del aposento, al lado de la luz más roja de las cocinas. Un torreón redondo, con barandilla, levantaba en una esquina su agudo techo de pizarras laminadas, rematado por una gran veleta en forma de banderola desplegada. En los rincones de la casa, esbeltos dragones alados volvían hacia el patio sus fauces abiertas, por las que escurría la lluvia en los canalones de la cisterna. Y el farol de un siervo que pasaba por el terrado alumbraba gruesas hileras de calabazas colocadas en el parapeto, secándose al sol.

El buen leñador descargó la yegua en la leñera. Después, quitándose el gorro de piel de conejo, empujó la gruesa puerta de la cocina, guarnecida de púas de hierro. Bajo la chimenea, adornada con ristras de cebollas y ramas de laurel seco y tan amplia que cobijaba, a cada lado del hogar, un largo banco de roble, una llama clara de troncos ar-

diendo sobre brasas iluminaba las paredes encaladas, de donde colgaban, de ganchos de hierro, odres de vino, calderos relucientes, y los sacos de especias. Con su largo mandil de cuero, un gorro también de cuero en la cabeza rapada, maese cocinero cortaba sobre un tajo inmenso de madera un cordero desollado. Un sirviente, con los brazos desnudos, regaba de salsa con una larga cuchara de hierro las voluminosas piezas de carne que se asaban en los espetones más largos que lanzas de guerra. Dos blancos lebreles, enroscados, dormían delante de la lumbre. Y, junto al muro, sentados en trípodes, los mozos de labranza, los pastores, los cordeleros, esperaban ya la cena, callados, con sus gorros en la mano.

Pero un paje de largos cabellos rizados, y llevando un jarro cincelado, alzó al fondo la gruesa cortina de estameña que tapaba una inmensa puerta en arco, adornada con dos cabezas de lobos. Y el buen leñador dobló humildemente la rodilla, entreviendo a lo lejos, iluminada ya para la cena, la sala señorial: la amplia mesa, sembrada de hierbas frescas; las dos lanzas transversales por encima, colgadas del techo por cadenas de hierro, cargadas de gruesos panes de salvado; la alta silla de respaldo, en la cabecera, coronada por un elevado blasón, teniendo al lado una alcándara donde dormían dos halcones; la inmensa chimenea de piedra, al fondo, con figuras en relieve que blandían armas. Todos los siervos se habían levantado. Y casi inmediatamente, arrastrando sus zapatos de paño amarillo, apareció el despensero, calvo y gordo, con su manojo de llaves. Era él quien repartía las raciones a los pastores, a los cordeleros, a los esquiladores, a los horneros y a los otros siervos del dominio que no cenaban en las cocinas del solar; y en seguida el leñador recibió en su saco de estopa el pan de salvado, el pichel de vino y la tajada de carne salada, obligada en los días de gran gala.

De nuevo, el buen leñador, sin ruido y humildemente, empujó la puerta de la cocina. Pasó la poterna de la muralla, que se abría sobre los jardines y el juego de bolos. Cruzó la calle de limoneros que dividía los jardines y el huerto, en donde cantaban suavemente en la sombra los surtidores y el agua de los canalillos; bordeó la era, y la casa del cabañal, blanqueando, toda recién encalada, bajo la claridad de las estrellas; y pasando entre las granjas y la liza de los pajes, que desenrollaba entre mástiles adornados con banderolas su pista alisada con arena gruesa, salió por una puerta de la alta estacada, que rodeaba la quinta señorial. Más allá había vastos prados, pastos que bajaban hasta el río, donde una larga avenida de olmos cobijaba la cordelería del castillo. Otra cerca de espinos rodeaba aquellas abundantes dependencias rurales, defendidas también por cepos para lobos, vallas erizadas de pinchos y torrecillas de adobe en donde ardía una linterna.

El buen leñador franqueó aquella cerca y se adentró por los senderos, camino de su cabaña, resguardada entre los pinos y hayas al borde de la selva, que desde los cotos donde él trabajaba todo el día iba por el interior de las tierras cubriendo valle y monte. Por entre los troncos de los pinos apacibles, el ancho río blanqueaba abajo, a la claridad de las estrellas. Las luciérnagas centelleaban en la punta de los setos. Un aroma de madreselva endulzaba el aire.

El buen leñador cruzó, por un puente hecho de troncos, un riachuelo que

saltaba entre rocas, donde los pajes de la castellanía venían a pescar truchas. Un ruiseñor cantaba abajo, entre la enramada de los chopos. Enfrente había una cruz de piedra, cubierta de hiedra, que tenía un brazo partido. Piadosamente, el buen leñador se quitó su gorro de piel de conejo. Su corazón sencillo sentía aquella noche como un contento desacostumbrado. Oyendo la campana del monasterio, que en las colinas, al otro lado del río, tocaba a vísperas, murmuró una salve, con una devoción mayor, convencido de que la Virgen le escuchaba, asomada desde el cielo, adornada de todas aquellas estrellas que rebrillaban más que el oro. Ya, a distancia, sobre el cielo pálido, se redondeaban las copas de las arboledas donde se escondía su cabaña. La mujer, la buena compañera, le esperaba hilando ante el hogar. Apresuró el paso, y, súbitamente, de la sombra de un sauce llorón inclinado en la orilla del camino, surgió un joven de ojos brillantes como brasas, vestido con una túnica blanca, apoyado en una vara blanca también, el cual, deteniéndose ante él, dijo sonriendo:

—¡Entra contento en tu morada, que tu hijo ha de ser un gran santo!

Y, de repente, desapareció. Un aroma vivo, como de incienso mezclado con claveles, pasó levemente en el aire. Y las hierbas altas del prado modulaban, dobladas, como si las rozase un manto de seda fina.

El buen leñador permaneció inmóvil, temblando, en la sombra, que se espesó, más cerrada, bajo los ramajes de las hayas. Y apenas comprendía a quien había hablado tan dulcemente, a aquel joven de ojos más claros que luces de altar. Su buena compañera no le había dado aún ningún hijo en aquellos largos años, tan serenamente pasados, desde la mañana de Navidad en que, bajo la nieve dura, brillando al sol, a los finos sones del violín que el trovador tañía, coronado de rosas, él la trajo a la cabaña construída por sus manos, con la madera cortada por sus manos también. ¿Cómo podría, pues, en su hogar, que ninguna risa infantil alegraba, crecer, para gloria suya, un gran santo?... Estremecido, penetró bajo la enramada, acechando, escuchando, con la esperanza y el terror de sorprender aún una claridad, un rumor de aquel extraño mensajero, vestido de blanco, como los ángeles. Todo el bosque estaba mudo y solitario. Entonces invadió su alma sencilla un gran miedo a todos los seres invisibles que, venidos del cielo o venidos del infierno, surgen de repente en los caminos oscuros. Comenzó a correr por un estrecho sendero hasta los castaños que cobijaban su cabaña. Una rendija de luz salía de la puerta, entreabierta a la suave frescura de la noche. El mastín que la guardaba, con su collar erizado de clavos, ladró alegremente. Entró secando el sudor que bañaba su cara.

Sentada ante el hogar, en un trípode, su buena compañera le esperaba hilando. La olla de hierro hervía, colgada de una cadena sobre la lumbre. En un rincón, sobre el arca, las cazuelas y las jarras de estaño relucían muy limpias. Sobre la paja del catre, la sábana de estopa era blanca y fresca. Todo el día la buena compañera se afanaba en el aseo de su hogar. El leñador colgó junto a la chimenea su hacha, y ni durante la cena, ni acostado junto a ella, en el catre, reveló a la mujer el encuentro con aquel joven de ojos resplandecientes. Temía que ella, tan seria y justa, censurase su orgullo. ¿Por qué iba a enviar Dios a un ángel a que diera tan maravilloso recado a un tosco siervo de sayal de estameña? Seguramente no fué a él a

quien el joven, brillante de claridad, anunció la santidad de un hijo... Si Dios los hubiera escogido para tan gran ventura, no sería por él, áspero como los troncos de su maleza, ¡sino por su buena compañera, tan seria, diligente en el trabajo, clara de alma, compasiva con los más pobres, siempre alegre y tan leal! En ella y no en él estaban, ciertamente, los méritos divinos.

Y mientras ella, erguida, robusta, y colorada como una manzana, llenaba las cazuelas de la cena, el leñador sentía abrirse en su corazón, como una flor que refloreciese bajo el rocío, una ternura dulce y mejor hacia aquella que en tantos años había convertido su pobre cabaña en el lugar más apetecible que la rica casa de un senescal o que el castillo de su señor.

II

Era el tiempo de las vendimias en las viñas de la castellanía. Una mañana temprano, cuando cantaban las calandrias y el buen leñador sujetaba en su cinto el hacha, marchando hacia el castillo, adonde iba a partir la leña menuda, su compañera, que estaba sentada en el arca con los brazos cruzados, dijo de repente, muy seria y encarnada:

—Esposo, vamos a tener un hijo.

El leñador permaneció ante ella mudo, como en el asombro de un milagro. Después balbució, requirió una certeza. Ella estaba tan segura, que ya el día anterior, mientras él trabajaba en el soto, había ido al monasterio a comulgar para que la Sagrada Hostia fuese el primer alimento de la criatura que llevaba dentro, y que así recibía, en seguida, el cuerpo y la sangre de Jesús. El buen leñador volvió a enmudecer, como deslumbrado, rascándose la ruda barba. Entonces la buena compañera, creyendo que él, al quedar así silencioso, se amargaba el alma con aquel hijo que venía para ser, como ellos, un siervo, preso a aquella tierra de selvas, como un roble cualquiera, que sólo sirve para producir, y que cuando no produce lo echan abajo, recordó cuán fácil y blanda era la vida servil en los dominios del buen castellano. Ya tan viejo y paternal, el buen señor amaba a sus siervos y velaba por ellos como mieses de sus campos. Hacía tantos años que las mazmorras estaban vacías, que el senescal perdió las llaves. Siempre que los hombres eran llamados para arreglar las techumbres o para limpiar los fosos, volvían contentos con un buen salario. Cuando, montado en su mula, recorría las tierras, se paraba a aconsejar a los trabajadores, sin consentir siquiera, en los días de viento, que se quitasen los gorros. El precio de la molienda y de la hornada, en el molino y en el horno señoriales, fué rebajado por él... Y la buena niña, la heredera de aquel dominio... ¿Dónde habría otra tan suave y caritativa? Ella era la que vendaba con sus dedos más blancos que los de Nuestra Señora las heridas de los pastores. Si el vendaval se llevaba el techo de una cabaña, ella lo mandaba arreglar en seguida. Durante los grandes fríos, repartía entre los viejos vino añejo y pieles de carnero... Si la vida era así fácil y grata en la castellanía, bien podían ellos estar contentos con el hijo que les nacía para ser un siervo contento con aquellos buenos señores.

—¿No es verdad, esposo mío?

El rostro del leñador resplandecía como un oro puro bajo un rayo de sol.

—¡Bendito sea Dios, por haberte yo conocido, mujer!

Estrechó fuertemente en los brazos a la compañera valiente y marchó hacia el trabajo.

Por el camino que llevaba al castillo sonreía él, vaga y deslumbradamente, al cielo y a los árboles. Y a cada instante alborozaba su alma aquella promesa lanzada, bajo la oscuridad de las hayas, por el joven de ojos resplandecientes. ¿Era aquél, entonces, el hijo anunciado que debía de ser un gran santo? Casi asustado, no se atrevía a creer en un tan maravilloso favor divino. ¡Un siervo engendrar a un santo! Cuando su señor, tan poderoso, donador de capillas, acogedor de peregrinos, que de joven había ido a libertar a Jesucristo de la maldad de los turcos, no lograba el favor de un hijo para gobernar sus tierras, ¿iba a ser él, un tosco siervo de sayal de estameña, un leñador, el elegido por Dios para dar a aquellas gentes el don maravilloso de un santo que las protegiese y atrajera sobre ellas la amistad de los cielos? No podía suceder tal, e incluso con pensarlo, con esperarlo, sentía él confusamente el peligro de un orgullo que ofendería a Jesús y a los otros santos, y que, desde luego, apartaría su protección del niño que le iba a nacer.

Decidió entonces no pensar más en aquella promesa; pero cuando, al regresar a la cabaña, de noche, pasaba junto al bosque de hayas, sus pasos, a su pesar, se hacían más lentos, y se paraba y escuchaba, con el corazón latiéndole tan fuertemente, que sus golpes ansiosos eran como los que se dan en una puerta cerrada sobre un tesoro. Y el silencio, la negrura impasible del bosque causaban una indefinida y fugaz tristeza en su corazón, como si un agua fresca, en hora de sed, se le secase entre las manos.

Al entrar, sin embargo, en la cabaña, todo él sonreía contento, viendo a su compañera que hilaba ya la tela de la canastilla. El cogía de un rincón las maderas elegidas con cariño, las herramientas que le prestó el carpintero del castillo, y construía la cuna de su niño, porque en ambos todas las ocupaciones, todos los pensamientos, eran únicamente en servicio de aquel hijo que les parecía milagroso y raro como una estrella que brotase de repente y empezase a lanzar sus rayos en la punta de una rama seca. Ambos empezaban a sentir ambiciones: ella quería ser, después de criar al niño, la tejedora del castillo; él pensaba en el puesto de jefe de los guardabosques, que era viejo y pedía descanso al Señor. Cuando el invierno comenzó pensaron, incluso, en cuán desabrigada y ruda era su cabaña, y el buen leñador empezó todas las mañanas, apenas lucía la primera claridad, a trabajar en las reparaciones, poniendo rastrojo nuevo en la techumbre, tapando grietas, preparando un suelo de tablas, donde más tarde los piececitos desnudos del niño no sintiesen la frialdad de la tierra negra. Después limpió, enarenó la huerta, cercándola con un zarzal, defendiendo, aislando más su hogar, que iba a encerrar un tesoro.

A veces su compañera quería ayudarle en aquellas tareas piadosas. El no lo consentía, con un temor constante de que se fatigase y causase un mal a aquel cuerpo precioso, que, a su pesar, algunas veces, imaginaba escogido por Dios, y que contemplaba entonces con pasmo, como un relicario en una capilla. Siempre reservaba para ella la cazuela mayor, la rebanada más grande de pan, en su deseo de sentirla fuerte, transmitiendo fuerza a su hijo; buscaba por toda la selva miel silvestre para mezclarla con el vino que ella bebía calentado en el hogar; y como la molinera del molino señorial, junto al río, asistía en la hora dolorosa a

todas las siervas de la castellanía, el pobre leñador no cesaba de servirla, de llevarle sacos de piñas, e incluso, subiéndose las mangas de estameña, pretendía limpiar las ruedas de la aceña. La buena comadre, cruzando los brazos bajo el delantal enharinado, daba sus consejos; y ya, por orden de ella, el buen leñador, todas las noches, con una larga vara, sacudía las ramas de la arboleda que cobijaba su cabaña, para que no viniese a posarse en ellas alguna lechuza que, chillando de noche, pudiera hacer nacer a la criatura medrosa y con los ojos torcidos. Pero su mayor ciudado era quemar en el hogar ramas de carrasca para que la leche de la madre fuese abundante y fuerte.

Llegó, entre tanto, el invierno, negro y tormentoso. Y en los largos crepúsculos, sentados en los banquillos de tres patas, ante la lumbre del hogar, aquellos dos siervos sencillos pensaban solamente en su hijo. El contaba y recontaba en su memoria las piezas de oro ahorradas en aquellos largos años y enterradas debajo del arca, y en otras que aún ahorraría, para pagar al maestro cura y que enseñase a su hijo las letras y el latín... ¿Por qué no? ¡Cuántos hijos de siervo habían cantado la primera misa! Y, a su pesar, aterrado con su orgullo incorregible, veía a su hijo con una mitra engastada de oro, con vestiduras recamadas de oro también cruzar bajo palio los caminos de la aldea, tapizados de rosas y de hierba blanda. La madre, por su parte, callada, moviendo su huso, sólo veía a su hijo, pequeñín, muy gordo, con la cara llena, tersa y colorada como una manzana, riendo en sus brazos.

Una noche en que ella así pensaba, se durmió, cansada de haberse afanado, ya torpe todo aquel día de abril, caluroso y largo. Y casi inmediatamente se vió sentada, en el atrio de la capilla, en la aldea, el primer domingo de mayo. Alrededor, las mozas danzaban al son del violín que tocaba un trovador; los mozos más fuertes luchaban sobre la hierba; un siervo del castillo vendía vino de una gran pipa adornada de laurel; y un caballero, todo armado, refrenaba un caballo de grandes crines que nadie podía montar... Y he aquí que de repente, su hijo aparecía con un jubón de paño azul, una capucha roja, como el hijo de un mercader, y en seguida derribaba en la lucha a los más fuertes, amansaba al corcel indomable, hacía palidecer de amor a todas las mozas sólo con mirarlas con sus ojos radiantes, y, cogiendo el violín del trovador, empezaba a tocarlo tan divinamente, que todos los pájaros salían de la enramada, y venían, maravillados, a posarse en sus anchos hombros. Ella temblaba en un infinito orgullo. Y en torno suyo, todos, levantando sus gorros, gritaban:

—¡He aquí el más apuesto, el más diestro, el más fuerte! ¡Que él sea el rey de mayo!

Despertó al clamor triunfal. Su hombre limpiaba con arena su hacha. Y cuando ella, jadeante aún, le contó su sueño, él se quedó muy pensativo, porque los sueños son como tapices que los ángeles desenvuelven y en que están bordados, en claros colores, los destinos que han de cumplirse.

Ambos se despertaban de mañana, ante una gran algarabía de pájaros, tan alegre y ruidosa como si todas las alondras y los mirlos de la selva estuviesen celebrando una fiesta sobre el techo de su cabaña; y alrededor del catre flotaba extrañamente un fresco olor a verduras y flores nuevas. Pero la mujer del leñador no podía levantarse, con una fatiga que la hacía más pálida que un li-

no muy lavado; y muy de prisa, gimiendo, pidió a su hombre que fuese a buscar a la molinera caritativa y hábil porque llegaba su hora de gloria y de dolor. Y, gimiendo todavía, la buena mujer comenzó en seguida su oración a Santa Margarita.

Tirando el hacha que había sujetado en el cinturón de cuero, el buen leñador corrió por los campos, ansiosamente, pisando sin dolor los trigales nuevos, saltando las sebes en flor. La molinera cargaba un saco lleno sobre su borriquillo blanco. Descargó en seguida el saco, saltó sobre el jumento, y por los senderos, galopando la molinera y el leñador corriendo, llegaron hasta la puerta de la cabaña, cuando del borde de su tejado se levantaba, emprendiendo el vuelo, una pareja de palomas blancas. Era un presagio feliz; y mientras el leñador iba a atar al borriquillo en el corral, la molinera entró en la cabaña, después de hacer con el pie una cruz sobre el suelo, murmurando el nombre de Santa Margarita. Pero volvió en seguida, llevando en las manos un ancho cinto de cuero, con que la buena hilandera se apretaba las sayas, y llamó al leñador para que corriese a la capilla, atase aquel cinturón a la cuerda de la campana y repicase nueve veces, rezando nueve avemarías. Y he allí de nuevo al buen leñador corriendo, con el cinturón apretado contra el pecho, preciosamente; bajó hasta los chopos, frescos y llenos de sombra; corrió a lo largo del río, todo brillante de sol, por el que subía lentamente a la sirga una gran barca, con las armas de un abad y toda cargada de pipas; trepó por las laderas, donde pastaban los ganados al son de las flautas de los pastores; se precipitó hacia la carretera, por delante de la taberna del Gallo Negro, en donde los carboneros del bosque le llamaban levantando alegremente los picheles de estaño... El, sin escucharlos, siguió; pero tuvo que pararse, de repente, porque de los lados del puente, con un relámpago de armas y un brillo de sedas claras, desembocaba una rica cabalgata, camino del castillo. Sonaba un clarín triunfalmente; guardias barbudos y serios traían las lanzas levantadas en alto; una bandera, en el aire, desdoblaba su gran blasón de colores chillones; los pajes, polvorientos de los caminos, conducían de las riendas acémilas cargadas de pesados cofres pintados de rojo y oro; y un hidalgo, joven, de barba negra, con un halcón en el puño, reía desde lo alto de su corcel, cubierto con una gualdrapa de terciopelo azul, con un fraile que cabalgaba a su lado en una mula toda blanca. Agiles galgos corrían alrededor, y seguíalos un haz de lanzas, levantando una gran polvareda.

Inclinado, pegado al seto espinoso, con su gorro en la mano, el buen leñador saludaba humildemente, esperaba con el corazón latiéndole de ansiedad. A su lado, otros villanos doblaban la rodilla; y un viejo alto murmuraba que aquél era un barón de otras tierras que venía para desposarse con la hija del buen castellano. Pero de repente algunos caballeros se pararon. Una de las acémilas, espantada, había arrojado al suelo los cofres rojo y oro; y un senescal, corriendo al punto, mandó que se reuniesen allí todos los villanos para venir a levantar los cofres y cargarlos de nuevo sobre la acémila. Y el buen leñador se adelantó, afligido, con los ojos casi empañados de lágrimas, sin poder atar apenas las cuerdas que sujetaban los cofres a las angarillas de la acémila. Por tres veces el senescal le injurió. ¡Y su pobre compañera, sufriendo, por-

que no repicaban las campanas que aplacarían su dolor!

Pero el animal, cargado de nuevo, se calmó, llevado de la rienda por los pajes; y los caballeros trotaron en la polvareda, que el sol doraba. Entonces, libre, el leñador corrió desesperadamente a la capilla que los siervos del castillo estaban blanqueando de nuevo. Ayudado por el sacristán, un viejo corcovado, a quien él a veces partía la leña, ató el cinturón de cuero a la gruesa cuerda de la campana; y en seguida, en el azul lleno de sol, cantaron alegremente los nueve repiques devotos. Para mayor seguridad, encendió, además, en un altar, dos velas a Santa Margarita. Después, confiado en la misericordia del cielo, regresó a su cabaña.

Los ojos casi se le nublaban de lágrimas, cuando, desde el sendero por donde caminaba jadeante, la divisó bajo los grandes árboles. Pero no le pareció en aquel instante tan oscura y humilde. El sol que daba alrededor en la enramada tenía un insólito esplendor. La cruz blanca, que él había pintado en la puerta para ahuyentar a los demonios, relucía, como hecha de una luz clara. De las sebes, a su lado, salía un aroma más dulce que incienso. Las grandes amapolas entre la hierba, las flores silvestres parecían mayores, con grandes colores de fiesta. Regatos que no veía borboteaban ruidosos, con un sonido fresco de risa.

Asombróse ante aquella belleza rara, que nunca había visto en los caminos familiares. Y he aquí que súbitamente, del lado del río, rompieron en un repique festivo las grandes campanas del monasterio, y del lado del castillo la campanita de la capilla blanca lanzó también por el azul un repique argentino. Todo el cielo tenía un gozo de fiesta. Y cuando llegó a la puerta de su cabaña, los pinos alrededor, moviendo las altas ramas, parecían cantar.

Entró. Sobre el catre, su compañera yacía inmóvil, blanca como la sábana, ya arreglada y alisada, que la cubría. Y ante la lumbre que chisporroteaba, la molinera, caída sobre un banquillo, sostenía en sus brazos al niño, extendido en un blanco pañal... Pero el pobre leñador, que tendió los brazos, como si ante él se abriesen las puertas del cielo, retrocedió despavorido. ¡Su hijo era un monstruo!

Negro, cubierto de una piel rugosa y áspera, con una cara esfumada, informe, en la que las facciones formaban como vagas protuberancias nudosas; las manos, enormes, clavadas sobre el vientre felpudo; las piernas torcidas, que acababan en unos pies agudos, como los de un fauno, todo él parecía una raíz oscura, raíz de árbol extraña, negra aún de la tierra negra de la que había sido arrancada. Y ni gemía. ¡Era como un ser vegetal rudimentario!

Dos lágrimas amargas y lentas rodaron por la barba del leñador. Dió un paso hacia el borde del catre. En la cara blanca y como muerta de su compañera corrían también dos lágrimas, como en la amargura de un sueño desvanecido.

III

Como aquel ser informe iba seguramente a morir, el propio padre, aterrado y llorando, le bautizó, dándole el nombre de Cristóbal.

Durante tres días y tres noches, Cristóbal no mamó, no gimió, inmóvil en su cuna, que el leñador y su compañera velaban constantemente, con una esperanza obstinada, sintiendo en aquella piel rugosa y dura el calor de una sangre pujante. Una tarde en que ambos, cansados, habíanse dormido, oyeron subir, entre las sábanas de la cuna, que crujía, un rumor singular como el lento balido de un cordero muy robusto. Cristóbal despegó los párpados blandos, y ellos vieron al fin sus ojos, de un azul pálido, como la flor de la hierba doncella. La madre, radiante, le apretó contra el seno, que la abundancia de leche sofocaba; y en pocos sorbos, amplios y hondos, Cristóbal vació uno de los pechos.

Comenzó entonces a vivir, con una vida intensa y rápida. Durmiendo, su respiración era más que una brisa entre ramas; al despertar, sus gritos estremecían la cabaña; y en su voracidad, sin parar, sacaba la leche de la madre, chupaba a través de un paño trozos de miel silvestre y se quedaba apretando con la boca, impaciente, el dedo que, para consolarle, el padre le ponía entre las encías, más duras que piedras.

Y entre tanto aquella monstruosidad, que le asemejaba a una gruesa y negra raíz, componíase, en formas familiares, de un cuerpo tosco, pero humano. La piel, perdida la negra aspereza, era tersa y colorada como la de una manzana; la cabeza emergía de los hombros como en una decisión de iniciar la vida, y las piernas, ahora rectas, con dos grandes pies aplastados, eran tan fuertes que cuando las agitaba volcaba casi la cuna.

Y muy pronto, ante el asombro de la madre, no cupo en la cuna. Como era en el calor de mayo, el buen leñador hacía con musgo seco, recubierto con una manta, un lecho en la huerta, donde le acostaban bajo una mimosa en flor. Pero Cristóbal rodaba hacia afuera de la manta, buscando la tierra caliente y blanda, sobre la que se tendía, estirándose con delicia, como en un elemento preferido, sonriendo tranquilo, con una sonrisa muda que dejaba ya traslucir el brillo de un diente. Comenzaron entonces a aparecer, revoloteando sobre las legumbres de la huerta, mariposas de colores prodigiosos, como el leñador no había visto nunca. Un rosal seco hacía un año y que no tenía más que el tronco consumido, reventó en grandes rosas, que perfumaban todo el aire. Los mirlos que acudían allí, lanzando un canto incesante y alegre, enmudecían cuando la enorme criatura dormía, con sus gruesos puños cerrados. La mimosa y todos los árboles de alrededor fueron extendiendo sus ramajes, como toldos protectores, hacia el lado por donde se extendía la manta. Y un día, la madre, al entreabrir la puerta del corral, divisó, asombrada, un enorme venado, que por encima del seto, con los altos cuernos entre el follaje, contemplaba a Cristóbal con la seriedad de un abuelo.

Mucho antes de Navidad, Cristóbal empezó a andar. Corría ya por toda la huerta, era casi de la altura del seto, y si para sostenerse echaba la mano a una rama, ésta se partía como bajo el esfuerzo de un hombre fuerte. El padre vivía en el encanto y el deslumbramiento de aquella fuerza magnífica, y su mayor placer era contemplar al niño levantando una gruesa olla de hierro, o dirigirse hacia el hogar abrazado a dos inmensos haces de leña. No dudaba que llegaría a ser el hombre más valiente de toda la castellanía, y le imaginaba ya soldado, con una pesada armadura, mandando los tercios de la castellanía. En el corazón de la madre había una sorda y vaga tristeza ante aquel crecimiento maravilloso de fuerza y de formas. Ya no le podía llevar en brazos; Cristóbal tenía sólo un año y ya no era su niño, su pequeñín. Los tiernos cuidados de su maternidad eran ya inútiles para él. No necesitaba am-

parar sus pasos, ni ponerle la comida en la boca. Enorme, tan fuerte como ella, Cristóbal, cuando tenía hambre, levantaba la tapa del arca y partía por la mitad las hogazas más duras. El leñador marcó en la pared, con una raya blanca, la altura del hijo, por Navidad, y cada día las rayas subían más alto, casi junto al vasar de la loza. A los dos años, su cabecita, cubierta de una lana espesa y rubia, llegaba ya al cinturón del leñador. Los sayalitos de paño, que ella había cosido con tanto amor, yacían inútiles en el fondo del arca, sin que él hubiera sido nunca lo bastante pequeño para mostrarse, con sus padres, de la mano, los domingos, en el atrio de la iglesia pueblerina. Y cuando le veía, aún mudo e inocente como un niño de pecho, y ya tan grande, llenando casi la puerta de la cabaña, donde solía permanecer horas seguidas, parado, contemplando monótonamente el aire y el sol, la pobre madre, desconsolada, sentía una lágrima humedecer su cara.

Lo que la consolaba era verle tan dócil y cariñoso. Si ella, asustada, le quitaba el hacha del leñador, que a él le gustaba levantar, o le apartaba de la lumbre, que le atraía sin cesar, no mostraba el niño obstinación ni impaciencia. No era más inerte un fardo de lana. Permanecía largas horas en el banquillo en que le sentaba, o a la sombra, debajo del cerezo de la huerta. Su encanto era ver hilar a su madre, profundamente atento al girar, al cantar del huso. Y a cada instante le cogía la mano para posar en ella un beso mudo, humilde, que no terminaba nunca. Ella le apretaba contra su corazón murmurando, desolada:

—¿Por qué no eres más pequeñito?

Y en cambio, con cerca de cuatro años, no hablaba. El único sonido que salía, cavernoso y fuerte, de sus labios color aurora, era: *¡Am! ¡Am!* Si tenía sed, señalaba con su gran dedo, murmurando: *¡Am! ¡Am!* Para salir indicaba la puerta, y gruñía, mirando confusamente a la madre: *¡Am! ¡Am!* La pobre mujer había perdido ya la dulce esperanza de oírle decir nunca *madre* y *padre.* No dudaba ya que había engendrado un mudo, un imbécil. Y en su dolor, con un resto de orgullo, no permitía que Cristóbal transpusiera el seto de la huerta, bajase a los caminos, por temor a que los trabajadores de la selva, las vecinas de la aldea, le encontrasen, descubrieran su monstruosidad y compadeciesen la tristeza de su hogar.

Pero lo que sobre todo la aterraba era la insensibilidad de Cristóbal al dolor, como cosa diabólica. Una avispa le picó en la cara y él ni lloró, ni tuvo la piel hinchada. Sentábase con indiferencia sobre el fresco musgo, o sobre las hierbas y zarzas. Y un día metió la mano en el agua hirviendo y la sacó tranquilamente, como si fuera de piedra.

—¡Ah esposo mío—murmuraba la pobre madre—, qué malogro el nuestro!

El suspiraba sombríamente. Toda su alegría ante aquella primera robustez del hijo, tan prometedora, se transformó en un dolor constante ante su deformidad, porque Cristóbal no hablaba, tenía la simplicidad de una criaturita en la cuna, y le llegaba ya por el hombro, tan fuerte como él, con recios músculos, manos formidables que blandían en el aire su hacha tan fácilmente como una varita de olmo. Ya no hablaba de su hijo a los otros siervos de la castellanía, carboneros, aserradores, compañeros del bosque. Si al menos Cristóbal hablase, tuviese, con aquella estatura de hombre, los modales de un hombre... Iría con él al trabajo, no revelaría su edad, y sería como un compañero joven y robusto que viviría en su hogar. Pero así, inmenso, con una ancha cara, unos hombros de atleta, se pasaba horas cavando la tierra, como un niño, contemplando a rastras el caminar de las hormigas, o, quieto, chupándose un dedo.

Ya en la aldea, entre los siervos del castillo, se rumoreaba que el hijo del leñador era un monstruo. Seguramente algún hechicero, enemigo suyo, le habría lanzado un tenebroso maleficio. Y algunos, más audaces, vinieron a rondar, a espiar en torno a la cabaña de Cristóbal para ver al hechizado. La pobre madre oyó una tarde fuertes risotadas junto al seto de la huerta; adivinó aquellas curiosidades que venían a escarnecer el dolor de su hogar. Tenía ahora siempre cerrada aquella puerta de su cabaña, tan limpia, tan honesta y por donde había ella dejado pasar hasta entonces las moradas de todos, tan libremente como los rayos del sol. Cuando alguna comadre de la aldea, alguna sierva del castillo, la llamaba desde afuera, ella, antes de abrir, se llevaba lejos, hacia la oscuridad de los árboles, a su pobre monstruo, que iba hacia allá moviendo los pies pesados, con baba en la comisura de los labios. Su deseo hubiera sido levantar en torno a su vivienda un muro, un alto cercado de tablas, que la aislase de toda la tierra. Y sufría al mismo tiempo, por tener así encerrado a su pobre Cristóbal entre aquellos escasos palmos de cabaña y de huerta, y por tenerle escondido como un fruto maldito del que ella se avergonzaba. Toda su alma sencilla y recta estaba anegada en tristeza y sombra. Y no dudaba ya de que la monstruosidad de su hijo era el castigo que la Virgen María imponía a su orgullo de madre. Tan segura estuvo de que su Cristóbal iba a ser divinamente lindo como el Niño Jesús que San José levantaba en brazos, que la Virgen se había escandalizado en el fondo de los cielos. ¡Y muy justamente! ¿Cómo podía el fruto de un vientre servil ser igual en belleza al fruto de un vientre divino?

Una tarde en que así pensaba, moviendo el huso, oyó un ruido en la huerta, como de piedras que dieran contra el follaje del cerezo. Inquieta, abrió el postigo y vió a tres pajes del castillo que, desde detrás del seto, joviales y crueles, escarnecían a su hijo, le tiraban, como a un animal en su madriguera, piedras y terrones secos. Y Cristóbal, más fuerte que los pajes, pero sin comprender, sólo levantaba la mano ante la cara, inmóvil en medio de la huerta soleada. Ella le metió desesperadamente para dentro, cerró la puerta, mientras los pajes, ofendidos con la osadía de aquella sierva, apedreaban los muros de la cabaña. Desde aquel día, la pobre madre empezó a consumirse. Era un dolor sordo, un desconsuelo de todo, que la dejaba largas tardes inmóvil, con la rueca olvidada en la cintura, el huso caído en el suelo, perdida, entorpecida en una tristeza sin fin y sin nombre. Todo trabajo le pesaba como un fardo inútil. Casi le costaba un penoso esfuerzo vestir a Cristóbal, que no sabía ponerse ni su grueso jubón de estameña, y que casi hacía enrojecer a la pobre madre, con su enorme cuerpo desnudo, tan grande como el de ella, y que le parecía la desnudez de un extraño, de un hombre que había invadido su hogar. Por la noche, silenciosa y pálida, rechazaba su cazuela de caldo, que Cristóbal devoraba en seguida, callado. Y no quería que su hombre, asustado, llamase al físico del castillo. ¿Para qué? «Mi mal — murmuraba — ha de *crecer* y *crecer*...» Las tardes en la cabaña eran tristes como las de un

hospital. Tan débil, que no se podía mover del catre, ella contemplaba a su hombre, sentado al lado, con una larga mirada de nostalgia, la mirada humedecida de quien va a partir. El, con las manos de ella entre las suyas, sólo insistía en que probase algunos remedios que aconsejaba la molinera contra aquella consunción del cuerpo; y, para contentarle, accedió ella a atarse al cuello un saquito que contenía una rana, y a injerir un caldo de margaritas cogidas durante la luna llena. Pero sin dolor, sin agonía, su pobre cuerpo iba como desapareciendo, tan flaco y transparente, que la mujer veía la rojez del fuego a través de las manos abiertas.

Desde que enfermó, Cristóbal no se separaba del borde del catre, mirando asombrado hacia la madre, como en el esfuerzo de comprender por qué permanecía ella acostada y con los ojos adormecidos, cuando el sol envolvía la cabaña y hasta los árboles habían despertado. A veces le tocaba el brazo, el hombro, con un leve gemido triste. Ella murmuraba con toda su alma: «¡Mi pobre hijo! ¡Mi pobre hijo!» Pero volvía el rostro amargamente, si le veía ir, con sus pasos lentos y balanceados de oso domesticado, a levantar con una mano la pesada cántara del agua y a vaciarla de un trago.

Era entonces el final del otoño. Ya el leñador, al regresar, sacudía su sayal mojado todo con la humedad de la selva, y un gran viento gemía a veces entre los pinos. Dejaban encendido toda la noche el candil. En un jergón, junto al hogar, Cristóbal dormía bajo unas pieles de cabra, haciendo un gran bulto en la sombra, roncando con la fuerza de una forja. Y la pobre mujer, con su hombre al lado, sentado en el banquillo, rendido de fatiga y de sueño, no dormía, pensando en el abandono y en la tristeza en que caería aquella pobre cabaña, ¡que había ella convertido en un nido tan dulce! ¿Quién haría la sopa de su hombre, quién cuidaría de aquel pobre monstruo que no sabía ni ponerse el jubón? Un gran sollozo sacudía su flaco pecho. Y el leñador, despertando estremecido, arreglaba la manta que cubría el catre o iba a remover las brasas de la leña.

Una noche, en que había un gran silencio en la arboleda y en el aire, porque caía la nieve, sintió ella un gran frío que pasaba sobre su rostro, y a través del desmayo que la invadió, extendió la mano, palpando a fin de decir adiós para siempre a su hombre. Y sus ojos, vagos y lentos, chocaron entonces con los ojos de Cristóbal, que se había levantado, envuelto en una piel de cabra, y estaba a los pies del catre, atento y como esperando, en un espanto. Movió los labios para pedirle que se acostase, que se tapase, pero sólo pudo suspirar, desfallecida... Y parecióle que, ante ella, su hijo empezaba a crecer visiblemente: ya sus cabellos rubios tocaban el techo de la cabaña; se abrió ésta, y por la abertura, Cristóbal crecía hacia el cielo, más alto que los pinos, con el rostro perdido ya entre los copos de nieve; y tan feo y monstruoso, que las estrellas huían por el aire, como almas asustadas. Lanzó un grito. El pobre leñador despertó, inclinado sobre ella, temblando. Su compañera parecía dormida. Entonces Cristóbal dió lentamente la vuelta alrededor del catre, y, poniendo las manos muy suavemente sobre los cabellos humedecidos por el sudor, gritó:

—¡Oh madrecita, madrecita, no duermas!

¡Había hablado Cristóbal! ¡Su hijo hablaba! Un rubor de infinito contento le subió al rostro dolorido, que se quedó inmóvil, sonriendo. Y la buena hilandera partió de esta tierra hacia el más allá...

IV

El cerezo en la huerta estaba cubierto de cerezas, el leñador trabajaba otra vez en los sotos desde el primer canto de la calandria, y la viuda de un carbonero del bosque venía todos los días a cuidar de la cabaña y a vigilar a Cristóbal. Era una vieja muy flaca y sombría, que surgía entre los pinos, apoyada en un bordón, acompañada de un gato negro. Los primeros días, a cada momento, inclinada sobre la lumbre o hilando a la puerta, volvía hacia los miembros inmensos de Cristóbal con inquietud sus ojillos relucientes, cubiertos por los espesos pelos de las cejas. Aquel ser disforme, a quien el padre llamaba «el niñito», y del que ella venía a tener cuidado, la llenaba de espanto, cuando levantaba hasta la boca el enorme cántaro rebosante de agua o tapaba toda la puerta del huerto, parado, chupándose el dedo y mirando al sol. En vano el buen leñador le aseguró que era dócil y sencillo; la vieja aserradora temía a aquella muda mansedumbre, como a una cueva oscura y silenciosa de donde puede surgir una fiera. Pero cuando, durante largos días, le vió quieto bajo el cerezo, sonreír a las hormigas que le subían por las piernas, ya peludas, o, agazapado junto a la puerta, chuparse un dedo asombrado ante el huso que ella hilaba, la vieja reconoció que era como un animal casero, un cerdo gordo o un borrego, que perteneciesen a la choza. Para no sentir siquiera posados en ella aquellos ojos azulados y sin brillo, y aquel cuerpo disforme obstruyendo la cabaña, tapando la luz, le empujaba hacia la huerta, y le llevaba allí, al filo del mediodía, la sopa y la ración de hogaza, en una gran cazuela que dejaba en el suelo; y Cristóbal se pasaba allí los días, sentado, removiendo la tierra con dedos lentos y distraídos, siguiendo el rumor de las hojas, o a pasos lentos, junto al seto, se largaba hacia los campos, hacia las arboledas lejanas, con ojos asombrados y sin brillo, y la quietud de un buey harto. La aserradora, entre tanto, barría el suelo, enarenaba los herrajes del armario, sacudía el colchón del catre, o, sentada en la puerta, hilaba hasta que, al *Angelus*, sonaban en el camino los cascabeles de la yegua blanca, que el buen leñador traía de la rienda.

En seguida la vieja, en la puerta, apretando las manos, le contaba cómo Cristóbal había estado quieto, y tan bueno, jugando en la huerta o atento a las historias que ella sabía de hadas y de moros. El leñador se rascaba la barba, contento; y Cristóbal, ante el hogar, donde chisporroteaba la leña, sonreía con pasmo, sacudiéndose las manos llenas de tierra.

Cuando vinieron los fríos, la aserradora, a veces, al afanarse en la cabaña, gemía, restregándose las rodillas. Cristóbal abría hacia ella los ojos compadecidos. Y un día en que ella cojeaba y se lamentaba más, yendo hacia la fuente, Cristóbal tímidamente tocó en el asa del grueso cántaro de barro, murmurando, muy colorado: «Voy yo.» Asombrada, le dejó, quedóse en la puerta, viendo a Cristóbal desaparecer entre los olmos y luego volver, subiendo la vereda, bajo la lluvia fría, con el cántaro que le pesaba menos en el brazo extendido que una cazuela ligera. Todo él sonreía, con un profundo contento. La vieja le secó los cabellos mojados, y por vez primera, desde que guardaba la cabaña, considerando a Cristóbal como un ser

humano, habló de los dolores de sus pobres huesos, de su hombre que la había dejado en su vejez sin pan, de la muerte, que estaba ya cerca con su guadaña. Pero la cara que Cristóbal alzaba hacia ella, agachado ante el hogar, había vuelto a la inmovilidad, sin alma y sin calor, de una cara hecha de piedra. Y fué dirigiéndose a su viejo gato, que había cogido en su regazo y no a Cristóbal, hacia quien la aserradora siguió haciendo, en el silencio, las quejas de su vejez. Aquella tarde, sin embargo, Cristóbal barrió la cabaña con la escoba que la vieja, cojeando y gimiendo, le puso en las manos.

Y desde entonces comenzó él a hacer, poco a poco, todos los trabajos domésticos. A lo largo del interminable invierno, la aserradora no se movió ya del rincón del lar, hilando en su rueca, con el gato acurrucado a sus pies. Cristóbal iba a llenar el cántaro a la fuente, encendía la lumbre, fregaba la olla, bruñía los herrajes del armario, sacudía los colchones de los catres, e incluso los sábados, en una artesa llena de agua caliente y ceniza, metía la ropa en la colada. Y en todos aquellos menesteres ponía una aplicación y un interés profundos. Todo su inmenso cuerpo se volvía más ágil, más dispuesto. Ya de sus gruesos labios, que sólo se fruncían en una sonrisa asombrada y muerta, salían murmullos vivos: «¡Está bien! Quedó bien... ¡Cristóbal limpió!»

Por la noche, en la cena, deshaciendo con lentitud la hogaza en el caldo, el leñador contemplaba con asombro a su Cristóbal, que le parecía diferente, más atento, desentorpecido, enterado ya de que él derribaba árboles en una selva, de que la yegua blanca, y las tierras, y los ganados que allí pastaban, pertenecían a un señor, y de que los domingos se descansaba para visitar a Dios en su casa, donde las campanas cantaban en el aire. Pero lo que encantaba al buen leñador era el nuevo cuidado de Cristóbal en servirle, deseo que brotó en su corazón de repente, sin que nadie lo sembrase. Apenas le oía subir de las tierras, iba con su andar balanceado y lento a coger la rienda de la yegua, para llevarla al corral, donde la paja estaba partida y el balde lleno de agua; en la cabaña, de rodillas, le desataba los cordones de las gruesas botas de cuero, cubiertas de barro, y extendía ante la lumbre, cuidadosamente, su zurrón de estameña, empapado por la humedad del bosque. Y el buen leñador murmuraba radiante como un bienaventurado: «¡Fué Dios quien te envió, hijo mío!» Y en los ojos con que Cristóbal le sonreía, él, aun siendo rudo y sencillo, percibía una claridad, un brillo insólito. Su inocente pensaba y comprendía ya. Pálida aún y vacilante, pero evidente y completamente visible, una almita despuntaba en aquel cuerpo inmenso, como una lucecita en una gran torre.

Después de la cena, aprovechando el resto del candil, el leñador tenía ya el contento inefable de conversar con su hijo, como en otro tiempo con su buena compañera, de contarle su dura jornada en el bosque, el árbol que había sido derribado, las maderas vendidas para las obras del monasterio, las quejas de los aserradores contra el senescal. Su pobre lar perdía la frialdad y el silencio que hasta entonces, una vez tomado tristemente el caldo, le hacía estirarse en su catre de viudo; tan tristes, que hasta el rumor de los alcornoques le parecía un gemido humano. Ahora tenía un compañero, y podía, con felicidad, empezar a envejecer.

Tuvo entonces orgullo de su hijo, deseó que le conociesen en la aldea.

Cristóbal seguía creciendo, y era ya antes de los diez años como un hombre de gran cuerpo y de gran fuerza, que conservase, en la cara tersa e imberbe, sin pelusa siquiera, la candidez de un niño, alto sólo como un seto. Un cabello rubio y rizado, que le nacía desde las cejas pobladas, cubríale la cabeza pequeña, como un gorro demasiado ceñido de lana de carnero, hasta el cuello, donde los músculos tenían el relieve, la dureza y la amplitud de los de un toro. La boca ancha se ensanchaba constantemente más en un sonreír de todo, inocente y asombrado. Y sus ojillos, pequeñitos como cuentas azules, tenían una dulzura que se esparcía alrededor, como una caricia lenta y compasiva. Todos sus amplios miembros se movían con una despaciosa timidez, e incluso para bajar a la fuente o a bordear el seto de la huerta, se había acostumbrado a llevar un bordón, en el cual apoyaba, cuando se detenía, las manos enormes, y por encima la barba pesada, marcada con un hoyo muy hondo. De una pieza de camelote azul, que el padre guardaba hacía mucho en el arca, el sastre de los pajes del castillo le cortó una capucha de romero y un jubón como un saco, que, fruncido en la cintura por una tira de cuero, caía en pliegues largos y abultados sobre las botas rojas, con relieves cosidos de cordobán amarillo. Y así vestido y limpio, como un hijo de mercader, le llevaba el padre todos los domingos, sonriendo de orgullo, por los caminos, a la misa de la aldea.

Cristóbal penetraba en la vieja iglesia, de muros severos como los de una ciudadela, con un arrobamiento y un miedo vagos. Sabía él que aquella alta casa de piedra, con lámparas que rebrillaban, era la de Dios Nuestro Señor, quien tenía una así en cada aldea, donde, en los días tranquilos y silenciosos en que no se trabajaba, el pueblo, vestido con ropas nuevas, venía a visitarle y a alabarle. Y desde el domingo de mayo, en que él bajó de la cabaña, por los campos verdes, entre las cercas de madreselvas, para oír su primera misa, siempre aquella casa de Dios Nuestro Señor dejó en su alma sencilla el terror de un lugar muy rico, muy triste y todo lleno de misterio. Una gran sombra fría bajaba de las bóvedas oscuras. Todas las imágenes sobre los altares, lívidas, enflaquecidas, parecían sufrir: el joven desnudo que retorcía su cuerpo atado a un árbol y traspasado de flechas; la reina, tan triste, bajo su corona de oro, y en su manto de raso, con el corazón atravesado por siete puñales; el fraile, con un resplandor de plata, que mostraba las llagas de las manos abiertas. En hacheros de oro labrado ardían largas luces de tristeza. Paños de terciopelo, de seda, con brillantes recamados, tapaban rincones de donde salía a veces como el murmullo de un gemido. Toda la multitud inclinaba hacia las losas los rostros, llenos de un triste pensamiento. Y la faja de luz de una grieta, abierta en la muralla, iluminaba la mayor tristeza, al Hombre clavado en una cruz con clavos, con sangre viva en las rodillas, en el pecho, en los pies, que alzaba la cara atormentada hacia el cielo y parecía llamar en un abandono. ¡Así era, pues, la Casa del Señor, llena de oros, de sangre que chorreaba, de terciopelos magníficos, de tristeza y de mudez!

Ante el altar mayor, entre tanto, un viejo, todo calvo, vestido con una capa resplandeciente, alargaba los brazos, besaba la toalla bordada del ara, volvía las hojas de un gran libro, cirendaba hacia las alturas una galleta de harina muy blanca, bebía en una copa en la que refulgían pe-

drerías. Vuelto hacia él, al lado de su padre, Cristóbal se arrodillaba como su padre sobre las losas, trazaba una cruz sobre la cabeza, se martillaba el pecho con sus duros puños; pero permanecía tan insensible y ajeno a la adoración que ante él se desarrollaba, como el pilar de piedra oscura, sobre el que acababa por recostarse, cansado de aquella tristeza de la Casa de Dios. Sus ojos entonces se embebecían en una gran paloma blanca que se mantenía inmóvil, con las alas abiertas, por encima del sagrario, y que cada domingo le atraía más, siempre allí, fiel, paciente, sin que ni una de sus plumas se estremeciese: sólo ella era dulce, alegre, natural, en su blancura adorable, y suave a la vista; con un pico claro, las patas rosadas, sólo ella no tenía, en su cuerpo de paloma, ni oro, ni sangre; natural e idéntica a las otras palomas, sólo ella no le asustaba, ni deslumbraba; y Cristóbal no comprendía por qué se mantenía allí, en aquella sombra fría, entre granitos, al lado de agonías y dolores, y no iba a volar y a arrullarse con las otras, en los castaños del atrio.

Su pensamiento, indeciso, dirigíase entonces hacia los prados que cruzaba, bajando de las cabañas, hacia la verde frescura de la chopera y hacia el sol que calentaba a los lagartos durmiendo en las piedras blancas. Le hubiera ciertamente gustado más permanecer allí, en los campos, a orilla del río, todo el largo domingo, sintiendo la hierba fresca entre las rodillas, pasando la mano por el frescor de las enramadas bajas. Pero los domingos era necesario visitar, alabar a Dios Nuestro Señor. Sólo así, como le aseguraba su padre, se subía después al cielo. El, seguramente, iría, iría un día al cielo. Y una inquietud recorría su alma, porque el cielo, como la iglesia, se le figuraba oscuro, pesado, con oros, grandes paños de seda. Hombres cubiertos de sangre. Reinas con el pobre corazón traspasado de puñales, un sitio, lejos, en las alturas, muy fastuoso y muy triste. ¡Cuánto mejor la huerta en que vivía, con el cerezo, el seto de madreselvas, y el perejil junto a la tina! Pasaba un rumor entre los pilares de piedra, todas las caras sonreían, más claras. El senescal bajaba de su banco, la misa había terminado. Y un contento henchía el corazón de Cristóbal, volviendo a ver los castaños del atrio.

Entonces, poco a poco, se familiarizó más con selvas y prados. Corría ya su gruesa mano sobre la suavidad de los musgos; trepaba a los troncos para escudriñar la espesura de los follajes; tendíase en medio de las hierbas altas, haciendo rodar sus cabellos crespos por la blancura de las margaritas. Y al mismo tiempo descubría, dentro de toda aquella Naturaleza, una vida múltiple, vasta, activa y maravillosa. La tierra que él removía con sus gruesos dedos estaba toda blanda de los gusanos que la pobablan; cada mata de hierba cobijaba un pueblo de insectos, más numerosos que la gente de la aldea, los domingos, bajo los castaños del atrio; cada hoja cubría un ala; en las espesuras, largos dorsos velludos rozaban sus piernas pesadas; ojillos brillantes acechaban entre la negrura de las cuevas; el crujido de la maleza proclamaba el paso de las fieras. Un confuso y oscuro amor hacia todos aquellos seres crecía en su sencillo corazón. Pasaba horas encantadas, tumbado en las hierbas a orillas de una poza clara, admirando los insectos de grandes patas que surcaban el agua lisa; llamaba con las manos, sonriendo a todos los venados que, al borde de los claros, mostraban súbitamente su testa majestuosa y seria, entre los

troncos de los castaños; y se paraba en las veredas verdes de humedad y musgo para acariciar el lomo de los sapos.

Así, la selva se le hacía familiar e íntima, y en ella se pasaba los días, en los retiros más densos, sepultado entre las verduras, agachado junto a una roca, inclinado sobre una charca, sin moverse, vegetando en la dulzura infinita de sentir sus largos cabellos enmarañados en las hojas, los hombros calentados por el mismo sol que daba sobre las piedras, las ranas brincando sobre sus pies como sobre troncos medio enterrados en las hierbas húmedas. Sólo el hambre le hacía regresar a la cabaña. Sus pasos se desprendían con dificultad, como si tuviera ya raíces: todo él olía a tierra y a humedad, y era en la penumbra de la tarde como un tronco que se separaba de otros troncos. Creció tan prodigiosamente, que tenía que agacharse todo para transponer la puerta de la cabaña. Como ningún banquillo sostenía su peso, sentábase en el suelo ante el hogar, a los pies de su padre, absorto en el espanto y en la admiración de aquella fuerza.

El buen leñador, entonces, no le decía ya al marchar al bosque: «Cristóbal, no salgas de nuestra huerta, que puede ocurrirte algún mal.» Y poco a poco empezó entonces a recorrer, maravillado, los prados, las orillas del río, las densas arboledas hacia los que tantas veces desde la puerta de la cabaña se habían dirigido sus ojos asombrados y distraídos. Lento e indeciso, como una res extraviada, bajaba por los caminos abiertos, bordeados de setos, parándose a cada paso, contemplando maravillado los altos trigales, los extensos prados, tersos y gratos a la vista como terciopelo verde, avivados todos por margaritas, amapolas y botones de oro; atajando por la chopera, iba a admirar, durante largas y mudas horas, el correr y el brillar del gran río, o penetraba bajo los pinos, donde permanecía hasta el atardecer, vago y pensativo, respirando con asombro y amor la frescura, el silencio y el aroma de las resinas. Después regresaba a la cabaña despacio, con los brazos caídos, la cara levantada, risueña y satisfecha.

Por la noche soñaba con tiernas enramadas que le acariciaban el rostro, con aguas claras y frías que huían, cantando, entre sus pies descalzos, enterrados en la arena. Y cuando de mañana otra vez, cerrando el postigo de madera de la cabaña, bajaba hacia los campos, sentía en todo su corazón como un deseo de abrazar, en un abrazo entero, toda la tierra que veía, desde las flores silvestres de los caminos hasta la vasta selva que cubría las colinas, magnífica y sombría. Pero había en él como una timidez, un pudor, que le contenía hasta de tocar las moras...

V

Los pajes que por la tarde iban a la fuente a reír con las mozas, hablaron de él en las veladas del castillo, y el señor quiso verle. Y una mañana, seguido de su padre, que se puso sus mejores ropas, subió a la colina que llevaba al puente levadizo. Dos arqueros con sayales de cuero custodiaban la puerta, y los dogos, en el patio, tiraban furiosamente de las cadenas que los sujetaban, ladrando, alzándose sobre las patas, al gigante que pasaba. La fachada del castillo se erguía majestuosamente, con un alto portón ojival sobre gradas de mármol, dos torres en las esquinas con agudos tejados empizarrados, y en cada ventana había un jarrón de barro amarillo, donde crecía una clavellina.

Un paje los llevó por la alta escalera, y, habiendo levantado un tapiz, los dejó en una sala abovedada, en la que un tronco de árbol ardía bajo una alta chimenea y agudas lanzas brillaban apoyadas en las paredes desnudas y frías. Un galgo blanco entró corriendo y saltando; detrás, aparecieron el castellano y una dama con pajes que los seguían y un fraile, que llevaba en las manos un breviario. Una túnica de terciopelo orlada de piel envolvía el cuerpo delgado del señor, cayendo hasta los zapatos puntiagudos, orlados también de piel. La barba rubia avanzaba, dura y en punta; la nariz era como la de un buitre, y bajo el gorro de terciopelo se escapaba la melena crespa, hacia atrás, como un romeral espeso. El alto *beguin* (1) de la dama rozaba casi en lo alto la puerta; su vestido oscuro arrastraba sobre las losas, y sus ojos bajos parecían contemplar las manos caídas y cruzadas, más pálidas que la cera, de las que colgaba un rosario. Al lado de ellos, un bufón, enano y jorobado, posaba con orgullo burlesco la mano en la gran empuñadura de una espada de madera.

El padre de Cristóbal cayó de rodillas, y como Cristóbal permanecía en pie, con su gorro de piel debajo del brazo, le tiró del sayal para que se arrodillase también. Sus rodillas se doblaron al fin, resonando en las losas. Y ante el señor, que se mesaba con los dedos la espesa barba, la dama con una tímida sonrisa y el capellán con las manos cruzadas sobre el vientre, contemplaban los recios miembros de Cristóbal. A una orden del señor, se levantó y avanzó un paso. El señor le palpó los músculos, le tiró incluso del rizoso pelo; después, a una nueva orden suya, tres hombres trajeron una enorme espada de hierro, toda mohosa, que parecía la clava de Hércules. Con un movimiento ligero, Cristóbal la blandió en el aire. Entonces, el bufón, alzando su espada de madera, avanzó hacia Cristóbal con los ademanes de un espadachín; los cascabeles de su gorro tintineaban; su joroba torcíase grotescamente, y con una vocecilla aflautada, gritó: «¡Adelante! ¡Dios lo manda!» Entonces Cristóbal bajó la espada de hierro; su boca se abrió, mostrando una cavidad inmensa, y de ella brotó una carcajada enorme, atronadora, penetrante, que hizo temblar los cristales en sus cercos de plomo. La dama se tapó los oídos con las manos pálidas; los pajes, detrás, se sofocaban de risa; y con un gesto de su velluda mano, el señor mandó que llevasen a Cristóbal a las cocinas.

Abajo, en la cocina, bajo la alta chimenea, grandes trozos de carne, en espetones, se asaban ante una hoguera enorme que chisporroteaba, mientras que en las ollas, colgadas de cadenas de hierro, el agua hervía haciendo palpitar las tapaderas. Los cocineros, con rollos de madera muy blanca, enrollaban masas; un chorro de agua cantaba en una pila de piedra, y dos dueñas muy viejas, sentadas en escabeles, hilaban junto a la ventana, donde crecían albahacas. Un siervo trajo una cazuela enorme, en la que una no menos enorme cuchara de palo venía clavada en el espesor de las legumbres y de los pedazos de carne. Con la cabeza baja, Cristóbal devoraba: pero, junto a la puerta oscura, venidos de abajo, subían gemidos de hombres como en el esfuerzo de cargar un fardo muy pesado; Cristóbal dejó la cuchara, se limpió la boca con el borde de la mano y desapareció bajo el arco oscuro; y a poco subía trayendo en las espaldas una gran pipa de aros de hierro; detrás venían dos hombres, secándose aún el sudor, jadeantes. Para recompensar a Cristóbal, el cocinero le ofreció una jarra llena de vino: él bebió lentamente, sosteniéndola en sus manos, con los ojos cerrados.

Después, recogiendo su gorro de piel de conejo, salió. Las dueñas corrían a las ventanas para verle. Desde las almenas, los hombres de armas se asomaban; y él caminaba confuso, rascándose despacio la melena.

Entre tanto, llegó el invierno. Los caminos estaban blancos de nieve. Y sobre las ramas descarnadas y desnudas los pájaros caían muertos. Una tarde, el padre de Cristóbal volvió pálido de la selva y se sentó en la puerta a mirar el sol que se ponía en el fondo del valle. Cristóbal estaba enfrente, sentado, poniendo un tosco mango a la hoja de una hoz. Cuando el sol se hundió, oyó detrás un gemido; se volvió: su padre estaba con la cabeza caída sobre la pared de la casa y la mano sobre el corazón. Aquella noche, los gritos de Cristóbal atronaron la aldea. Vinieron hombres con horcas, mujeres envueltas en mantos, levantando ante la cara una linterna. El cadáver estaba tendido en el suelo bajo una sábana. Y en la puerta, que llenaba con su amplio cuerpo, Cristóbal lloraba ruidosamente.

Durante dos días y dos noches, Cristóbal permaneció tendido en la puerta con la cara contra el suelo; a veces, un sollozo le sacudía todo; después, su inmensa forma aparecía tan inmóvil como los troncos de alrededor, derribados y rígidos. El invierno y el hambre habían esparcido por los caminos gentes siniestras que asaltaban las casas. Una banda llegó sutilmente una de aquellas noches, y entrando por la ventana abierta, lo robó todo dentro, vestidos, herramientas, el grano del arca, las ropas del catre, mientras, postrado, Cristóbal roncaba lentamente, con el ruido de un río en la oscuridad.

Por la mañana, viendo la casucha vacía, Cristóbal arrancó un chopo joven, le quitó todas las ramas, y, apoyándose en el recio tronco, subió por el monte y desapareció.

VI

Durante un año vivió en la sierra. Y, poco a poco, en aquella soledad, lejos de toda vida humana, perdió él casi su humanidad, y fué como un pedazo de la montaña que le rodeaba. Sentado durante días enteros, inmóviles, sus gruesos miembros morenos no se distinguían de las rocas; el mismo vendaval despeinaba sus cabellos y los ramajes de los árboles, y su voz, cuando la alzaba, confundíase con el rugir de los torrentes. Las fieras no le tenían miedo; las aves se posaban sobre sus brazos como sobre troncos doblados. La sierra estaba solitaria. En otro tiempo vivió allí un ermitaño, pero las penitencias le habían extenuado. Un ángel bajó a buscarle, y la cabaña donde habitaba se vino abajo, tabla por tabla, bajo las lluvias invernales. Durante un año, Cristóbal no vió una mirada humana posarse en él, ni una voz humana alegró su corazón.

Se olvidó casi de los hombres, y en su espíritu sencillo sólo muy confusamente quedaba el recuerdo de las casas, de los lugares, y de los niños riendo detrás de los setos. Se pasaba los días inmóvil, mirando; a veces movía un brazo con la lentitud de una rama sacudida por una

(1) Toca, especie de papalina femenina que se aseguraba bajo la barbilla; también toca de monja (de aquí el nombre de *béguines*, dada a esa Orden, que radica principalmente en conventos de Bélgica). *Sic* en el original.

ráfaga; y cuando retumbaban los truenos, alzaba un instante el rostro hacia el cielo; después volvía a caer en su inmovilidad.

Un día, sin embargo, oyó tintinear cascabeles y voces que hablaban. Y por detrás de unas rocas surgió una hilera de mulas cargadas, conducidas por unos hombres armados. Como caía la noche, los hombres se pararon en un claro, y a poco ardía un fuego alegre, unas alfombras cubrían el suelo, y los hombres, sentados en corro, se pasaban de mano en mano una jarra de vino. Cristóbal, durante toda la noche, los acechó desde la selva; y le invadió una curiosidad infinita de oír de cerca sus palabras, de beber en su jarra y calentarse en aquel fuego claro. Si ellos accedían, él transportaría alguno de los fardos.

Un extraño y singular impulso le llevaba a desear bien a aquellos hombres, y toda la noche estuvo rondando para que las fieras no atacasen el rancho.

Por la mañana enrollaron ellos los tapices; la larga fila de mulas bajó por la ladera, y los cascabeles que tintineaban se perdieron por los barrancos.

Entonces un frío extraño, un frío que él no comprendía, que no provenía del viento ni de la nieve, dejó entumecido a Cristóbal hasta el corazón. Y, a través de su simplicidad, sentía que no tendría tanto frío si oyese otra vez voces humanas, pisadas de animales transportando fardos y una hoguera encendida por manos de hombres.

Comenzó entonces a recorrer la sierra, los desfiladeros, los barrancos, los valles, los bosques, las rocas que conocía. Y cada vez aquella sensación de frío le invadía tanto y tanto, que de pronto se sintió como exhausto. Sostuvo su cabeza entre las manos, y gruesas lágrimas rodaron por su rostro. Caía la tarde; llegó la noche llena de estrellas. Y Cristóbal, inmóvil, sentía, a través de las lágrimas que surgían en él como visiones de cosas desvanecidas, una vieja cargada de leña y jadeando bajo el peso; niños que no podían vadear un río; una pareja de bueyes que no podían tirar de un carro cargado de piedras, y acometíale un deseo inmenso de sacudir aquel frío, trabajando, cargando el fardo de la vieja, ayudando a la yunta de bueyes. Cogió su cayado y empezó a bajar de la sierra.

VII

Una tarde, en la fuente, las mujeres vieron que avanzaba una torre; las más jóvenes huyeron despavoridas, pero las otras de más edad levantaban las manos y decían: «¡Es Cristóbal! ¡Es Cristóbal!»

Su amplio cuerpo había crecido aún más y su melena rubia era más alta que los más altos árboles; lento en los movimientos, cada uno de sus pasos parecía despegarse del suelo con dificultad; todo él olía a tierra y a arboledas; una barba rubia como césped quemado cubríale el rostro, y sus ojos azules conservaban, como los de un niño, un asombro perpetuo.

Al llegar junto a la fuente bajó la cabeza y bebió con lentitud; después, secándose los labios, miró con una bondadosa sonrisa a las mujeres, que, ya sin miedo, reconociendo al hijo del leñador, se agrupaban a su alrededor, rozándole con las altas tocas la rodilla, y alzando los ojos pasmados hacia las alturas de su cara.

Obtuso de espíritu, él no reconocía a nadie; pero sonreía siempre. Poco a poco, sin embargo, en la gran penumbra de su espíritu sur-

gieron, sin duda, ciertos recuerdos de los tiempos en que, aún pequeño, era el siervo de la aldea, y sus enormes brazos se movieron con lentitud, como buscando de nuevo fardos que levantar y debilidades que socorrer. Y casi inmediatamente, viendo una vieja que pasaba encorvada bajo un haz de leña, se lo quitó, metiéndoselo como una simple vara debajo del brazo; después, como pasara un carro con piedra, tan pesado que los bueyes no lo podían arrastrar, desenganchó los animales y cogió la lanza. Pero viendo también al molinero que aguijoneaba a su viejo jumento cargado de sacos de harina, con sus cinco enormes dedos levantó los fardos del burro; se echó aún sobre los hombros a un pobre viejo, manco, que se arrastraba penosamente, y así, con el haz de leña debajo del brazo, el viejo colgado del cuello, los sacos pendientes de la mano y el pesado carro de piedra cogido con el brazo, comenzó a caminar hacia la aldea, seguido de las mujeres, que señalaban hacia un lado, hacia las puertas de las casas, gritando: «¡Es Cristóbal! ¡Es Cristóbal!»

Habiendo dejado los fardos, fué a sentarse en el crucero, y su cabeza llegaba al pecho de Jesús crucificado, pareciendo descansar sobre él. Entre tanto, de toda la aldea corría la gente para ver a Cristóbal. Los hombres venían de la taberna, limpiándose de prisa los labios; las mujeres llegaban hilando y otras trayendo aún en la mano las hortalizas de los caldos. Los niños, asustados al principio, viendo que él les tendía la mano con una bondadosa risa, saltaban encima de la palma y se quedaban allí riendo y haciendo señas con los gorros como desde lo alto de un terrado. El regidor de las tierras llegó, al fin, ante Cristóbal girando los ojos, rascándose la barbilla y hablando bajo al arquero, que le seguía, desconfiando seguramente de aquellos fuertes músculos que podían arrasar la aldea, robarlo todo y vencer a los arqueros; pues con seguridad todas sus cadenas no eran suficientemente fuertes para encadenar aquellas enormes muñecas por las que trepaban los niños como por troncos de olmos, y se apartó con dignidad, rascándose siempre la aguda barbilla.

Pero dos mulas rebuznaban por detrás del camino, y aparecieron dos guardianes del convento, que, avisados, sin duda, se desviaban de su camino para ver al enorme gigante. Todas las mujeres doblaban la rodilla, y los hombres, con los gorros en la mano, bajaban los ojos; y entonces el más viejo espoleó a la mula con los talones hasta hacerla llegar junto a Cristóbal. Para probar, temeroso de que en un cuerpo tan grande morase Satanás, hizo la señal de la cruz y murmuró por tres veces el nombre de Jesús. Cristóbal trazó también una cruz sobre la cabeza. Entonces, tranquilo, el guardián empezó a dar vueltas a su alrededor, golpeando con los talones en los ijares de la mula, para examinarle como un monumento. Y a cada grueso músculo, a cada detalle de fuerza, surgía una idea en él, y hablaba al otro, que asentía, con una sonrisa respetuosa. Por último, el guardián gritó:

—Cristóbal, si quieres ganar tu pan, ve mañana, al toque de maitines, a la portería del convento.

Los dos frailes espolearon las mulas. Poco a poco, la gente regresó a sus casas, de donde salía el humo de los hogares encendidos. Las estrellas brillaban una por una. Y Cristóbal, solo, cansado, se tendió junto al crucero, donde el sacristán vino a encender una lamparilla.

Tumbado de espaldas, Cristóbal

miraba las estrellas. Eran las mismas que él tantas veces contempló en la sierra; pero parecíanle más brillantes, más cercanas, esparciendo calor, como lámparas que iluminan una morada humana. Y él mismo, en fin, sentía venir de aquellas casas, que alrededor se encendían y arrojaban su humo hacia el cielo, un calor que le penetraba hasta el corazón. Se durmió sonriendo.

*

Por la mañana llegó, en el otro lado del valle, ante el monasterio. Una muralla lo circundaba como si fuese un castillo, y detrás de la puerta, los perros, inquietos, agitaban las cadenas de hierro. En el enorme patio un haya cobijaba la garrucha de un pozo. Altas fachadas, con ventanas enrejadas, alzábanse alrededor; y al fondo, junto a la entrada de la capilla, había un banco de piedra donde un guardián leía el breviario.

Al ver a Cristóbal, cerró el breviario y examinó otra vez con satisfacción los fornidos miembros serviciales. Después, por un corredor alto y fresco, le llevó a un claustro que rodeaba a un jardín; calles enarenadas bordeaban los arriates de flores; en el centro cantaba un surtidor; y un espacio, entre paredes revestidas de hiedra, estaba enlosado, como el suelo de una iglesia. Allí, cuatro frailes, con los hábitos arremangados, jugaban a los bolos; otros, más lejos, conversaban al sol; y bajo un bosquecillo el abad dormitaba, con las manos cruzadas sobre el vientre.

Pero cuando Cristóbal apareció todo se interrumpió, todos alzaron las caras y corrió un rumor de asombro; y el guardián, ante Cristóbal, que vacilaba con su gorro en la mano, hacíale señas para conducirle ante el abad.

Su señoría dió un salto en la silla al enfrentarse con el monstruo. Después alzó las manos hacia el cielo, con ojos llenos de piedad. Para mostrar la fuerza de Cristóbal, el guardián le mandó levantar una pilastra partida que yacía en el suelo. Cristóbal blandió la pilastra como un simple cayado, y todos los frailes retrocedieron con grandes exclamaciones de asombro.

Cristóbal fué llevado allí para servir en el convento haciendo el trabajo de muchos criados. El ranchero, sin embargo, se preguntaba si sería en realidad un ahorro, porque él comería, en cambio, la ración de muchos hombres. Los frailes discutían con seriedad. El abad, sin embargo, decidió. Además de la economía, el convento ganaba la gloria de poseer el más fuerte de todos los hombres. E inmediatamente llevaron a Cristóbal a las cuadras para que las limpiase.

Fué el siervo de la comunidad, y sobre él recayó todo el servicio del convento, donde había ochenta frailes, treinta novicios e innumerables dependencias. Barría los patios, limpiaba las mulas, cavaba las huertas, encalaba los muros, cargaba los sacos de harina, acarreaba los haces de leña y era él quien traía de las canteras las grandes piedras para las obras del lavadero. Durante largos meses sus fuertes huesos crujieron bajo el trabajo violento. Sustituía a las cabalgaduras, tirando de los pesados carros con ejes de hierro. Todo el día, dentro del convento, en la cerca bajo el sol o bajo la lluvia, su recia figura se movía en el trabajo continuo; sólo algunas veces descansaba para sacar del pozo un balde de agua, que se llevaba a la boca y apuraba de un trago. Por la noche, tendido sobre las losas del patio, dormía con un sueño de animal, entre los perros sueltos, que le po-

nían las patas sobre el pecho, como sobre el reborde de una muralla, para ladrar a los ruidos de la noche.

Todos los años, en la víspera de la Candelaria, el maestro de novicios reunía a los sirvientes y los interrogaba sobre la doctrina. Cristóbal no pudo responder, ni siquiera recitó el padrenuestro. No sabía quién había creado el mundo, y éranle desconocidos los acontecimientos del Paraíso. Aterrado ante tan negra ignorancia, el abad ordenó que Cristóbal asistiese al aula de Historia Sagrada. Su inmenso cuerpo no cabía en los bancos de la escuela, y el padre-maestro dispuso que Cristóbal recostándose en el muro del patio, asomase la cabeza por la ventana abierta del aula.

Cuando la campanita del estudio repicaba, Cristóbal se acercaba al muro, y su inmensa melena surgía en el antepecho de la ventana. Todos los discípulos reían, y los más inquietos le tiraban a los ojos huesos de frutas o le arrojaban, como pequeñas lanzas, plumas de pato que se le clavaban en la melena. El sonreía con paciente respeto.

Sentado en el estrado, el maestro enseñaba, y Cristóbal, como a través de una niebla, divisaba las cosas maravillosas del comienzo del mundo. Un Dios enorme, tan grande como él, alargando sus brazos potentes, separaba el sol de la luna; su voz era el trueno que rodaba; y su hálito unas veces hacía inclinarse las selvas y otras encresparse las olas. Pero los hombres empezaban a poblar la tierra, y Dios montaba en seguida en grandes cóleras. A su antojo, las ciudades caían, sepultando bajo las ruinas a los niños, que sonreían en las cunas; vastos prados se secaban, y los ganados balaban quejumbrosamente de hambre; un gran terror invadía la tierra, y los hombres vivían en el terror de aquella mano inmensa que sólo salía de las nubes para devastarlos.

De noche, el dulce sueño huía de Cristóbal. Y, encogido, volvía hacia el cielo los ojos desconfiados. ¡Si Dios, reparando en él, de repente, hiciera caer sobre su cabeza el fuego que había hecho arder a Gomorra! Todo tumulto le inquietaba, y una noche de tormenta sus gritos despertaron a todo el convento.

Pero el padre-maestro empezó a explicar muy pronto los dogmas. Y fué como si toda la tierra y el cielo perdiesen su realidad, quedando sólo de ellos las bajas nieblas que flotaban. En las alturas ya no gobernaba un hombre fuerte y viejo, de largas barbas, sino una Trinidad, que se componía de tres, pero formada de uno solo: que era un Padre, un Hijo y un Espíritu que tenía alas. El pecado no era hacer el mal, sino nacer, y el agua, chorreando de una concha, lo lavaba como un lino sucio.

Cristóbal abría los ojos desmedidamente, y las predicciones del padre-maestro eran como nieblas que flotaban intangibles, y que se disipaban apenas formadas. Sentía como una tristeza ante aquellas cosas inaccesibles, y el suspiro que se le escapaba del pecho hacía volver la cara a los novicios, que, a escondidas, le hacían muecas como demoníacas.

Uno solo parecía simpatizar con Cristóbal. Era un mozo cenceño, que tenía su banco junto a la ventana, sobre la cual caían los rizos de sus cabellos rubios. Sus manos pálidas hojeaban ligeramente un infolio, y había en todo él como la seriedad de un letrado y la dulzura de una virgen.

Todos los días Cristóbal veíale llegar de la aldea con su tintero sujeto en el cinto y el rollo de papel debajo del brazo; y todas las tardes

le seguía con los ojos cuando él, terminada la clase, regresaba a la aldea, hojeando aún por el camino algún libro donde había brillantes colores. A veces le veía pararse y coger las flores silvestres del camino. O, alegremente, echando sus largos cabellos hacia atrás, cantaba en la dulzura de la tarde.

Siempre que pasaba junto a Cristóbal le decía: «¡Dios te salve!» Y Cristóbal sentía como una caricia en el alma. Muchas veces pensaba en él y volvíale el recuerdo de lo que oyera al padre-maestro, de los ángeles que descendían a la tierra y se mezclaban en las ocupaciones humanas. Iba entonces a situarse en el camino por donde él pasaba. Y un día que los caminos estaban inundados por la lluvia, Cristóbal se ofreció para pasarle en brazos. Desde entonces buscaba maneras de servirle. En los días de calor, tenía para él la jarra más fresca, y en los días de frío encendía de prisa, en el patio, un fuego de ramas para calentarle los pies húmedos antes que subiese a los claustros. Por último, como el invierno se acercaba, con los crepúsculos más oscuros, Cristóbal le seguía a su regreso a la aldea para protegerle de los duendes, encarnados en lobos, o de los malos encuentros, y cuando vinieron las lluvias se ofreció para llevarle sobre sus espaldas como un mulo hasta la puerta de su morada. Entonces conversaban quedamente por el camino. Cristóbal le contaba sus trabajos en el convento, y el mozo le decía sus deseos de ser militar, de conocer mundo, de recorrer las ciudades. Su padre era el regidor de aquellas tierras y le quería hacer sacerdote; pero él ansiaba casarse con una prima suya, llamada Etelvina, que vivía al pie del castillo, al otro lado del Lago de las Damas. Y un día que así conversaban, el mozo contóle a Cristóbal que a veces iba a ver a aquella joven lejos, en el lindero del bosque; pero temía que le sorprendiesen los arqueros de su padre que rondaban por los campos o los siervos del castillo, mandados por el padre de Etelvina. Si Cristóbal quisiera, podía quedarse en el lindero, vigilando los caminos, como una torre, y si veía llegar a alguien, los avisaría con un grito. Cristóbal dijo: «Iré adonde me mandes.»

VIII

El sitio donde se encontraban era en un claro de árboles derribados, en la linde del bosque. Había allí una torre levantada antaño por el conde de Occitania. El diablo la derrumbó un día, y aún se distinguían las señales de las garras del tentador. Un gran terror apartaba de allí los pasos humanos; pero la abundancia de flores silvestres, la suavidad de los musgos, ofrecía a los osados que allí iban un fresco asilo de paz selvática. Allí era donde se encontraban Alfredo y Etelvina. Para llegar más de prisa, Cristóbal cogía a Alfredo sobre sus hombros, y, con enormes zancadas, saltando los ribazos, franqueando los pantanos, llegaba allí el primero, al fresco atardecer. Por un camino que bordeaba la colina, veían bajar a Etelvina, que levantaba su vestido gris, a causa de los espinos de los setos. Como volvía de la iglesia, traía un libro en la mano. Sus dos trenzas rubias caíanle sobre los hombros. Las largas pestañas de sus ojos bajos hacíanle una sombra en la cara del color y de la dulzura de una rosa blanca. Y junto a su escarcela sonaban las tijeras, las llaves, el dedal, colgados de la cintura por cadenas de plata. El buen estudiante doblaba ante ella la rodilla; y, cogiéndola de la mano

delicada, caminaba con ella por el bosque, parándose para quitarle de la orla del vestido las zarzas que allí se prendían. Ella tenía siempre para Cristóbal una sonrisa en la que se mezclaba el brillo de sus ojos; y él, en pie, vigilando el camino, quedábase pensando en aquellos ojos que le parecían estrellas. En la arboleda de alrededor cantaban las aves; un aroma de verduras, de pinos, de madreselvas, flotaba en el aire, y a veces los pasos de una corza rozaban entre la espesura las hayas jóvenes. Y Cristóbal, apoyado en un fuerte cayado, lanzaba sus miradas alrededor por el valle. Pero nadie se acercaba a la torre derruída. Y él, poco a poco, invadido por la dulzura de la tarde, pensaba en las dulzuras que había recibido; en la caricia de las manos de su madre sobre su melena crespa; en las fiestas de los niños, que a veces se subían, sin miedo, a sus rodillas. Le invadía una tristeza. Y en su vaga ternura, deseaba apretar contra su pecho todo aquel valle, las nubes de los cielos y el agua que huía cantando.

Entre tanto, Alfredo y su bien amada venían a descansar, sentados en una piedra. El miraba la orla de su vestido, o cogía sus dedos delicados, que arrancaban una por una las flores de las margaritas. A veces hacía un ramo, o, tomando el libro de ella, que había caído a sus pies, volvía las hojas; ella se inclinaba, y las hebras sueltas de sus cabellos rozaban los hombros de Alfredo; y muchas veces permanecían así, con los ojos puestos en la misma página, que no volvían, sonrojados, con el pecho jadeante.

Pero un día en que ambos paseaban lejos, al fondo de los pinos, con los hombros juntos, Cristóbal osó tocar el libro olvidado sobre una piedra y volver con sus gruesos dedos las hojas. Eran líneas negras que no entendió; pero le sobrecogió una emoción ante las imágenes llenas de color. Parecía ser una historia, y comenzaba por un niñito, que en un pesebre, entre una vaca y un jumento, sonreía, adornado de estrellas, en las rodillas de una mujer pálida. Después, el mismo niño, ya mayor, y siempre coronado de estrellas, hablaba ante un grupo de ancianos barbudos que alzaban las manos con asombro. ¿Quién era, pues, el que tan joven asombraba a la vejez sapiente? Más allá los dedos de Cristóbal volvían las duras hojas, y se encontraba el mismo ser, al que reconocía por su aro de estrellas, ya hombre, envuelto en una túnica, paseando a la orilla de un lago, y no cesaba ya de aparecer, poniendo sus manos sobre los tullidos, extendiendo los brazos hacia los niños, desatando los vendajes de los muertos, consolando las multitudes. Montado en un burro, entraba por las puertas de una ciudad, entre un pueblo que le aclamaba agitando palmas; sentado bajo un sicomoro, escuchaba a dos mujeres que hilaban a sus pies; arrodillado, entre olivos, oraba sobre un monte; preso, en medio de unos soldados con antorchas, comparecía ante un juez, que alzaba el dedo, pensativo.

Y Cristóbal sentía una ansiedad por comprender cuando vió ante él los dos novios con los brazos enlazados, que sonreían. Sorprendido, Cristóbal cerró el libro. Y como Etelvina, viendo su cara trastornada y llena de piedad, le preguntase si amaba al Señor, Cristóbal movió la cabeza sin comprender. ¡Cómo! ¿No conocía él al Señor y no amaba su dulzura? Tan gran oscuridad en aquella alma la llenó de compasión, y un escrúpulo enrojeció su rostro, pensando que mientras ella se ocupaba en amar, alguien, junto a ella, vivía sin conocer al Señor. Y enton-

ces, para merecer bien de Jesús, y para recompensar la protección de Cristóbal, pidió a Alfredo que leyesen el libro sagrado a aquel hombre sencillo que lo desconocía.

Fué al día siguiente, en una tarde de otoño. Ya los árboles se deshojaban; pero cantaba tristemente el regato, y una palidez bañaba el cielo. Para oír mejor, Cristóbal habíase sentado sobre un alto montón de piedras amontonadas. Alfredo, riendo, trepó a su enorme rodilla, y Etelvina se sentó en la otra rodilla, tan sencillamente como si lo hiciese sobre una roca o una colina herbosa. Sus piececitos se cruzaron como los de un ángel: sus manos se posaban castamente en el regazo. Enfrente, Alfredo abrió el libro, y con la gran cara de Cristóbal entre ellos, era como si estuviesen sentados en los miembros fríos y duros de una enorme estatua de piedra.

Y durante toda la tarde, en el silencio de la arboleda, Alfredo leyó la vida del Señor. Contó la estrella brillando sobre su cuna, los pastores viniendo de lejos, mezclados a los reyes que traían tesoros. Luego llegaban hombres crueles con alfanjes, y el Niño sonreía dormido en brazos de la Madre, mientras el borriquillo, *¡toc!, ¡toc!*, los conducía a Egipto. Allí descansaban bajo una palmera. El rojo sol se hundía en las arenas del desierto, y el Niño, riendo, tiraba de las barbas de su padre, cuyo cayado florecía como un ramo de azucena. Pero era ya tiempo de que Santa Ana, con el largo rollo sobre la rodilla, enseñase a leer al Niño; su padre sonreía tras su gran barba; San Juan, niño, al lado, escuchaba con la manecita apoyada en la cara, y dos ángeles, en lo alto, alzaban la mano, detenían los vientos para que ningún ruido perturbase al Niño que aprendía. Pronto aprendió el Niño, porque he allí a unos viejos barbudos, con mitra, abriendo mucho los ojos, asombrados de su saber...

Cansado de leer, Alfredo se detenía, con el dedo entre las hojas del libro. Y en la cara sencilla de Cristóbal había tanto asombro como en las de los doctores, y su grueso labio temblaba. Y murmuró humildemente y lleno ya de amor:

—Pero ¿qué hizo el Niño?

¿Quién sabe? Un dulce silencio caía sobre la tierra. En Nazaret, el carpintero acepilla su tabla, y San Juan, con los cabellos al viento, marchaba hacia el desierto. Pero ya a lo lejos brillan las claras aguas de un lago, con barcas amarradas en la arena... Jesús habla despacio, alzando el brazo, y los pescadores dejan sus redes, los sembradores olvidan la sementera, los publicanos abandonan sus puestos, los pobres salen de los recodos de los caminos, y Jesús, seguido de todos, empieza a caminar por Judea. Una incomparable dulzura llena la vida de los hombres. Jesús está entre ellos. Los que no podían ver, aclaman el esplendor de la luz; los que no andaban, ascienden, cantando, por las colinas; todos los demonios se ocultan; los muertos desatan sus vendajes; no hay dolor que no espere consuelo; los niños tienen un amigo, y las multitudes, en las aldeas, ven el pan nacer del pan.

¿Por qué va él a Jerusalén, tierra dura, donde los hombres de barbas agudas, gritan unos contra otros, blandiendo rollos de la Ley? Pero ¡qué importa! El va para hacer a los hombres mejores, y el pueblo le acompaña cantando. Entonces es cuando el cielo empieza a ponerse oscuro. Los fariseos conspiran en voz queda bajo los arcos del templo. Y una ansiedad pesa sobre la tierra...

Y una ansiedad henchía también la cara de Cristóbal. ¿Por qué no

siguió él siendo siempre niño, sobre las rodillas de su madre, cuando la estrella lucía y él tendía la manita hacia el hocico de la vaca? O, si debía ser hombre, ¿por qué abandonó la orilla del lago, y los verdes caminos, donde a cada uno de sus pasos la tierra se volvía mejor y mejor el alma de los hombres?

—¿Sientes pena, Cristóbal?

Era Etelvina la que así murmuraba con ojos apiadados.

El movió la cabeza en silencio. Su amplio pecho jadeaba, y le invadía un terror viéndole a El tan bueno en aquella ciudad donde los hombres eran tan crueles...

—¿Y después?

Alfredo leyó entonces los postreros días. Tristemente, Jesús, solo, sube, al caer la tarde, hacia el vergel de Betania. Allí sufre las tristezas de una felicidad que acaba. Magdalena, desgreñada, lava sus pies cansados. Marta hila, con un hilar tan lento como si hiciese un sudario. Pero ya Jesús se sienta para su última cena. San Juan inclina la cabeza sobre el pecho del Maestro. Judas aprieta bajo la túnica su negra bolsa. Jesús dice: «En breve no estaré más entre vosotros.» La noche es oscura; Jesús sube despacio al monte, donde hay olivos, y un ángel, todo cubierto de negro, va por el aire, a su lado. Pasa un viento en las ramas de los olivos. Un ruido de armas llega con el viento que pasa...

En los ojos de Cristóbal se cuajan gruesas lágrimas. Y Alfredo hablaba de las antorchas surgiendo en la oscuridad de los ramajes, de los soldados brutales y de la prisión del Señor. ¿Por qué le prendían así y le llevaban a él, más dulce que el cordero? ¡Vedle pasar! Y sus pies, que encontraba el camino del bien, sangran sobre las duras losas, desde la casa de Pilato a la casa de Caifás. Trae sangre en la cara, las manos enrojecidas por las cuerdas, los hombros surcados por los vergajazos, y su dulzura es tan grande que dice: «¿Por qué me golpeáis?» La cruz que le dan es tan pesada, que cae una y otra vez, hiriéndose las rodillas en las piedras, con grandes gotas de sudor en la faz... Mas he aquí que todos suben en tropel a la colina; clavan en el madero sus pies con grandes clavos... Y del agua con que él aplacaba la sed de las multitudes pide, sin que nadie le escuche, un sorbo que mitigue su sed. Los hombres malos arrojaban piedras a su cruz. ¡Y todo el mal era hecho a Aquel que no hiciera sino bien!

Y entonces salió un gran suspiro del amplio pecho de Cristóbal, y en la soledad del bosque, gritó:

—¡Oh, porque no estaba yo allí con mis brazos!

Los dos enamorados estaban en pie ante él, y el hombre enorme lloraba. Lloraba por la muerte de Aquel a quien conoció tan tarde. Lloraba por todos los que, muerto El, perdían el amigo mejor de los hombres. Pero ¿por qué le mataron? ¿Por qué le mataron? Y Cristóbal, dejando a la pareja, bajó de la colina llorando.

Caía la noche en el valle. Un viento triste azotaba los cañaverales. Cristóbal proseguía y lloraba. Sus grandes pies empujaban las rocas como guijarros. Su hombro, al pasar, partía las ramas tiernas. ¡Oh, si él hubiera estado entonces en el monte oscuro donde le prendieron! Su brazo sacudiría como hierbas secas las espadas relucientes. Hubiera cogido sobre su hombro al Maestro adorable. Habría huído con él hacia la paz de los campos; y como un perro fiel, junto a sus pasos, hubiese defendido de los soldados, de los sacerdotes, aquel cuerpo que era de Dios y que difundía a Dios entre los hombres.

Cayó la noche, y Cristóbal se detuvo. Y, sentado sobre una roca, con grandes lágrimas sobre la cara, miraba las estrellas que, una por una, marcaban los puntos del cielo. Era allí, en aquella altura, donde El moraba. ¡Oh, si él pudiese subir allí, ver cómo era su faz, y sentir la dulzura de sus manos! ¿Por qué no volvía El más, para consolar a los pobres, acariciar a los niños y alimentar a las multitudes? Ahora que todos le amaban nadie le prendería; el camino que El siguiese estaría sembrado de rosas; los obispos, con sus capas de oro, cantando y balanceando los incensarios, vendrían a su encuentro. ¡Y para defenderle, los barones correrían, cubiertos de hierro y con lanzas, en sus grandes corceles! ¿Por qué no volvía? El seguiría por el mundo sus pasos ligeros; a cada instante apartaría las zarzas para que no le lastimasen; con grandes gritos espantaría a los perros que ladran a la puerta de los castillos; fardos que hubiese, con alegría él los llevaría; sólo él, y nadie más cogería los frutos para el Señor, o iría a buscar el agua a los mejores manantiales. De noche haría con ramas una cabaña para resguardarle del mal viento; y extendía su brazo para que en él reposase su cabeza cansada. Y pensando así, un inmenso amor levantaba su pecho; y en pie en una roca, sus brazos se tendían hacia el cielo, para estrechar en ellos a Aquel que, para salvarle, fué clavado en la cruz. Y por tres veces llamó: «¡Jesús, Jesús, Jesús!»

Entonces, cerca de él, oyó como un llanto que cortaba el silencio de la noche. Venía de lejos, de donde brillaba la luz de una cabaña. Sus pasos fueron hacia allí, aplastando la tierra fresca. Y ya más cerca, reconoció el llanto de una mujer. Seguramente alguien sufría grandemente. Había allí orfandad o viudez, una miseria que alzaba los brazos hacia el cielo. ¿Por qué no venía el Señor? Si El habitase la tierra, hacia aquella casucha irían sus pasos. El iría detrás humildemente siguiéndole. Pero Jesús estaba lejos, detrás de aquellas estrellas. ¿Por qué no iba él como si siguiese al Señor? Más fuerte y triste, el llanto rasgó la noche. Y Cristóbal, despacio, y con temor, llamó a la puerta de la casucha.

IX

Han pasado largos días, y Cristóbal es en la aldea el siervo de todos. Las puertas del convento no las transpuso nunca más; porque allí moran la paz y la abundancia, el granero está lleno de trigo, la bodega repleta de vino, una gran alegría y un gran orgullo reinan en los corazones, y hacia allí no irían seguramente los pasos de Jesús, ni los suyos, siguiendo a su Señor. Pero en la aldea hay viejos, mendigos, tristes, huérfanos y viudas; y la fuerza de sus brazos pertenece a ésos, como el amor de su corazón, porque así lo mandaría su Señor.

Sencillo y tímido, Cristóbal impone sus servicios; pero toda debilidad que recurre a su fuerza obtiene la gratitud de su alma. Y poco a poco, sintiendo en él un amparo, todos los débiles vinieron a él, de modo que, desde que nace la estrella matutina hasta que la noche cubre el valle, Cristóbal trabaja con tanta alegría, que el peso de los mayores fardos le parece una caricia, y en las heridas peores de curar halla un perfume inefable. Cultiva él la tierra de los viejos; desbasta las selvas a grandes hachazos; seca los pantanos, con gruesas pipas que carga a sus espaldas; empuja los carros para que los bueyes no se cansen; transporta sobre sus hombros a los cojos; guía

los pasos de los que no ven; va a lo lejos a mendigar el pan y la leña de los pobres; mece las cunas; cava las sepulturas de los muertos, y cuando no hay viento, él, tesando los brazos, hace girar la muela de los molinos. Constantemente su nombre es gritado por encima de las cercas de las casas. Este tiene el jumento enfermo, y es Cristóbal quien acarrea los fardos; aquél necesita un segador y Cristóbal marcha con la hoz; aquel tejado precisa rastrojo, y Cristóbal lo trae a brazadas; para hacer la casa de la viuda no hay piedra, y Cristóbal llega de la distante cantera, gimiendo bajo los bloques de roca. Es Cristóbal quien sopla el fuego del herrero; es Cristóbal quien sacude, a maitines, la cuerda de la campana; es él, él solito, quien abre en los pantanos el camino nuevo; es él quien excava los pozos en los patios de las viviendas. Por la noche estaba rendido. Cuando los crudos inviernos inundaban la aldea, cobijábase en un vasto cobertizo que apenas le cubría todo; en verano se tendía junto al crucero, y los primeros pájaros, piando de madrugada, se posaban sobre sus hombros, como sobre unas oscuras colinas.

Los domingos descansaba, y aquél era su día mejor, porque los niños jugaban con él. Sabiéndole dulce y paciente, todos corrían hacia Cristóbal, como hacia un gran animal que los divertía; y, trepando por él, sentían como el vivo placer de trepar a árboles y a torres. A veces, con las manos apoyadas en la tierra, ofrecía él su enorme espalda, en la que cabalgaban, cogidos de las cinturas, una larga hilera de cuerpecillos ágiles y vivos, y, dando brincos, imitaba entre las alegres carcajadas el rugido del león o el heroico relincho de un corcel. Además de eso sabía hacer, con sus manos velludas y llenas de tierra, toda clase de juguetes—flechas de caza, carritos que rodaban en el polvo, barcos con velas para bogar en la laguna—; para todo le tenían siempre dispuesto los niños, y sólo se negaba cuando ellos querían estropear la fruta verde o hacer daño a los mirlos.

Pero de todos los niños de la aldea, uno gobernaba de modo supremo su corazón. Era la hija de una viuda, de aquella a quien Cristóbal oyó llorar y a cuya puerta llamó, como enviado por Jesús, su dueño. El padre murió aquella noche, y a la pobre mujer no le quedaba nadie en el mundo para cultivar las tierras y cuidar de las ovejas. Pero desde aquella noche, una gran fuerza útil entró en la humilde casa. Cristóbal fué el siervo fiel, y ninguna huerta de la aldea estuvo mejor regada, ningún ganado pastó en mejores prados, ninguna tierra fué más hondamente arada. Una risa de la niña (que se llamaba Juana), su gesto de tirarle de las barbas, le recompensaba de todo el trabajo. Incluso jugando con las otras, era en Juana en quien pensaba. De noche rondaba ante la puerta de la casita para escuchar si ella lloraba en su cuna. Por la mañana temprano iba a apostarse en la huerta entre los limoneros, esperando a que ella corriese desde dentro con sus bracitos tendidos, y todo el día se quedaba sintiendo en los cabellos, en las barbas, la dulzura de las manitas que le tiraban de ellos. Amaba él toda su persona, el hoyito de la cara cuando reía, la gracia de su voz vacilante, sus pies inseguros sobre la tierra arada. La amaba sobre todo por su debilidad, y no imaginaba vida mejor que pasarse eternamente sirviéndola, ser alegremente tirado de los pelos por ella. Su mayor placer era llevarla esparrancada sobre sus hombros; ella reía, agarrada a sus largos cabellos; y él

caminaba serio y orgulloso, como si transportase la sagrada hostia.

A veces la comparaba con el Niño, con el divino Niño, que reía en el pesebre y aprendía a leer en el gran libro de Santa Ana. Sus ojos claros y grandes debían de ser como los de Juana.

Y su pena era no saber leer, para abrir sobre las rodillas un libro por el que su dedito tieso fuese siguiendo las gruesas letras. Seguramente si Jesús conociese a Juana, tendría que amarla. Era ella inocente como una flor del cercado; y su ángel de la guarda esperaba tranquilo, cuando ella se paraba en el camino removiendo la tierra en busca de bichos. Por lejos que estuviese trabajando, oía la voz de Juana si ella le llamaba, como si aquella voz viniese de arriba, del cielo, y apresuraba entonces la tarea, la fuerza de sus brazos, para correr a su encuentro sin olvidarse de traerla las moras que le gustaban, o unos madroños menos colorados que su carita. Durante horas enteras estaban en íntima camaradería, y Cristóbal era tan sencillo que, para entretenerla, sólo sabía imitar la voz de los animales o bailar pesadamente como un oso. La madre decía:

—Cristóbal, Cristóbal, mucho tiempo derrochas con la niña... Mira la leña... Mira el ganado...

El bajaba la cabeza, abría el postigo, y aún se volvía, ya lejos, para sonreírla con su gran rostro iluminado.

Ahora bien: en medio de aquella felicidad, empezó a correr un rumor por la aldea. El guardián del convento no había perdonado a Cristóbal el haber abandonado sus servicios a la Orden, y los frailes que pasaban, o los que venían a predicar por la tarde en el atrio, decían después que, según los libros, todos los gigantes tenían pactos con Satanás. Ciertamente, éste era dulce y servicial. Pero así eran las artes de los siervos del demonio, que durante cierto tiempo se hacían dulces y afables, para apoderarse mejor de las almas. Las mujeres, oyendo aquello, quedábanse pensativas. Era entonces mayo; ya los manzanos tenían flor, y las primeras espigas de los trigos salían de la tierra, y los prados verdeaban. Mas he aquí que una noche, grandes relámpagos brillaron sobre el valle, un trueno rodó sobre las sierras, y, súbitamente, con el estallido de unas lanzas entrechocándose, cayó el granizo. Cayó largo tiempo, arrancando el techo de las casas, destrozando los brotes nuevos, aplastando las frutas, devastando el ganado en los apriscos. Por la mañana toda la aldea estaba arruinada, y los hombres corrían por los campos, observando los destrozos, mientras las mujeres, reunidas en el atrio, se lamentaban como en un funeral. Llegó en seguida un fraile del convento, y, extendiendo la mano, demostró que aquel castigo se debía al endurecimiento de las almas. ¿Por qué persistían ellos en tratar como a camarada a un siervo del demonio? Cristóbal, como todos los gigantes, era un emisario de Belcebú: se le veía el infierno en los ojos, en las barbas que el fuego había encrespado, y en su fingida humildad. Pero ellos seguían dándole el pan y la sal, y por eso el Señor había devastado las sementeras. Así habló toda la tarde, mientras Cristóbal andaba por el campo, atando ramas caídas, secando los charcos, arreglando los tejados de las casas.

Los hombres, entre tanto, cogieron sus cayados. El bailío, requerido, tocó la trompa para agrupar a sus arqueros. Las mujeres escondían los niños; otras ponían cruces a la puerta de sus casas. El abad mandó tocar la campana. Y era como

cuando en la aldea aparecía una manada de lobos.

Cristóbal debía venir por un sendero, donde se apostaron los hombres con los cayados, los arqueros con sus arcos tensos, y detrás el sacerdote, alzando la cruz con mano trémula. Y en un grupo, las mujeres de la aldea, hasta las viejas torpes, esperaban para ver al hechicero apaleado y expulsado. Todos ellos habían aprovechado los servicios de Cristóbal; a todos ellos había cavado la tierra; transportó sus carros, partió la leña, esquiló el ganado. Pero en cada uno de esos servicios cada cual veía ahora una estratagema de Satanás. Recordaban mil cosas que le condenaban. Una noche apareció un viejo desenterrado. ¿Quién le desenterró sino Cristóbal? Algunas veces, de noche, relucían en las tinieblas de la aldea dos grandes ojos rojos. ¿De quién iban a ser sino de Satanás, que venía en la alta madrugada a conversar con Cristóbal? ¿Por qué no rezaba él nunca en el atrio? Otros acudían, afirmando que tenía él en las espaldas pintada una calavera. Era seguramente el sello de la muerte. Y algunos que dudaban, recordando su dulzura, su bondad, temían defenderlo, para que no pareciese, ante el fraile, que tenían simpatía por el Enemigo.

Así, le esperaban, cuando por el camino que bajaba de la sierra apareció él, encorvado bajo un inmenso haz de troncos. El sacerdote, inmediatamente, levantó en alto el crucifijo y los arqueros tesaron de nuevo el arco, y del grupo se elevó un clamor, mientras se agachaban a coger gruesas piedras.

Cristóbal se detuvo asombrado; y tan seguro estaba del cariño de todos, que se volvió para ver qué enemigo ruin o que hombre temible subía el camino y despertaba así la cólera de la aldea. Pero el camino estaba vacío, ya oscuro. ¡Y era contra él contra quien alzaba el fraile la cruz, los saeteros apuntaban las flechas y los puños temblaban de cólera en el aire!

—*Vade retro! Vade retro!*—gritaba el fraile.

—¡A los cuervos! ¡A los cuervos el maléfico!—clamaba la multitud.

Dejando escurrir de sus hombros el haz de troncos, que cayó, aplastando el vallado, Cristóbal levantó la cara y extendió los brazos; y durante un momento el espanto afeó tanto su rostro, que las mujeres huyeron alzando los brazos. Pero el fraile, con el crucifijo trémulo en el aire, acumulaba los exorcismos; el bailío, con la vara, incitaba a la multitud, y las piedras partieron, lanzadas con tanto miedo que todas se perdieron en el bosque, alrededor. Entonces, sin temor alguno, Cristóbal dió un paso lento. Sus ojos, muy abiertos, escrutaban la turba ruidosa; veía allí gritando contra él a todos los que había auxiliado: el molinero, a quien sirvió de acémila y cuyos fardos cargó, blandía un cayado contra él; la viuda del herrero, cuya forja sopló, tenía dos piedras en las manos, y los niños a quienes acariciaba en el atrio, gritaban: «¡A los cuervos! ¡A los cuervos!» Entonces un gran dolor sobrecogió su sencillo corazón. La aldea no le quería ya. Como un bicho maléfico, como un lobo, era expulsado de allí. Dos lágrimas nublaron sus grandes pupilas, que relucían, y, bajando la cabeza con humildad, Cristóbal bajó el camino. Entonces la multitud se envalentonó. Las piedras volaron, dieron en sus espaldas, cansadas de todos los fardos; una saeta se clavó en su enmarañada melena. Cristóbal desapareció.

Ante él estaba la sierra: hacia la sierra subió lentamente. Y una sola duda agitaba su corazón: ¿Por qué

le habían perseguido? ¿Qué había hecho él? Amaba a todos, servía a todos; ¿era que su trabajo no les parecía bastante útil? El no podía sacar más fuerza de sus músculos, ni hacer que los días fuesen más largos para la faena. ¿Por qué le apedreaban entonces? Y un recuerdo penetró en su alma, el de Jesús, que sólo hizo el bien y a quien los hombres habían azotado contra una columna de piedra. El era, pues, como el Señor, un perseguido. Y un amor más grande crecía en su alma por Jesús, sintiendo confusamente que había entre sus destinos una igualdad de sufrimiento... Sus brazos se levantaban hacia la luna, que subía. Allí, en las alturas, estaba el Señor. ¡Y hasta viendo la luna tan brillante y triste pensaba él si no sería aquélla la faz del Señor!

Así pensaba, sentado en una roca. Los ojos de un lobo relucieron entre la maleza. Se le ocurrió que tal vez el lobo, hambriento, bajase a la aldea. Y, levantándose, lanzó un grito, espantó a la fiera hacia las alturas, lejos de los caminos que bajaban a la aldea. Veía aquellos caminos entre los pinos. Y abajo, las luces mortecinas, y, más lejos, el lago de las Damas reluciendo como un disco de plata. Allí estaba la casita donde, a aquella hora, Juana dormía. Nunca más la vería acostada en su canasta, tapada con el manto negro de la madre. Nunca más sus manitas le tirarían de las barbas. Y una tristeza inmensa le invadió, un deseo de tumbarse para siempre en la sierra y de quedarse allí hasta que sus huesos blancos no se distinguiesen de las blancas rocas. Pero ¿quién haría reír a Juana, como él, cuando la levantaba en brazos hasta la rama de los pinos más altos? Y ¿quién cultivaría el campo de la viuda? Esta seguramente lamentaría su salida de la aldea. En ella siempre había encontrado dulzura, y un rostro que sonreía en su tristeza. Si ella le viese, diría con seguridad: «Cristóbal, vigila el ganado; ¡Cristóbal, mira la leña!...» Si los otros le perseguían, ella, al menos, le acogería. Y ahora Cristóbal esperaba el alba para bajar a la casita de Juana.

Tenue y fresca, la madrugada llegó al fin en la sierra. Arrastrándose entre las arboledas, agachado para que su cabeza no se viese por encima de los árboles, rodeó la sierra y fué a la casita de la viuda. El postigo estaba cerrado. El gallo cacareaba sobre un montón de leña. Seguramente ya estaría encendida la lumbre dentro, porque salía humo del tejadillo, y las alondras cantaban muy alto en el cielo claro. Cristóbal apareció por detrás, frente a la puerta del corralillo. Un grito asustado cortó el aire. La viuda había visto a Cristóbal, y, cogiendo a Juana, que jugaba en el suelo, huyó adentro de la casa, gritando como el sacerdote: «*Abrenuntio!*»

Cristóbal permaneció inmóvil. ¡También ella, entonces, le temía, no le quería ya! No había ya en toda la aldea un corazón que le recordase. Los niños huían de él. ¿Por qué? Lentamente se alejó, tan triste, que el canto de las alondras le hacía casi llorar. Al lado, el lago de las Damas rebrillaba como un espejo redondo. Inclinado sobre él se miró a la cara. Entonces, por primera vez, advirtió su fealdad. Seguramente le rechazaban por ser disforme. Aquél era su pecado. Y, cargado con el peso de su fealdad, Cristóbal abandonó para siempre los lugares donde naciera.

X

Caminó largos días. El país estaba desierto, con rocas y grandes despeñaderos. La sed le llevó a un regato, que cantaba entre piedras. Bebió y fué siguiendo aquella agua clara que huía. Al cabo de largas marchas encontró un río. Suaves colinas, donde blanqueaban casas, se alzaban a los lados de la corriente, serena y muda, bordeada de sauces. Un puente antiguo unía las dos orillas, y, habiéndolo pasado, divisó, erguidos, recortados en la mañana clara, los muros de una ciudad. Casi de repente, dos puertas, bajo una torre que coronaba la muralla, giraron: y de ellas irrumpió una multitud que huía. Era gente que llevaba a las espaldas los jergones, las jarras de agua. Los niños, llorando, se agarraban a las sayas de las madres; los viejos alzaban los brazos, para que los esperasen; y a veces todos se apartaban de algún caballero que, embozado en la capa, con la pluma del chambergo al viento, se escapaba al galope de un flaco corcel. Un humo como de hogueras subía por detrás de las murallas; en las almenas no había centinelas, y todo el aire estaba lleno de toques de difuntos, que las campanas lanzaban desde las torres.

La turba que huía, al ver a Cristóbal, corría más espantada, tropezando, cayendo bajo el peso de los fardos; él tendía los brazos para auxiliar a los viejos; el terror aumentaba, y en torno de sus piernas, como alrededor de unas torres, la multitud se desbandaba, gritando.

Llegó por fin a la entrada de la ciudad. Dos soldados, atónitos, cerraron las puertas. Cristóbal saltó el foso y trepó por las murallas. Ante él abríase una calle con trapos caídos entre inmundicia, y todas las puertas cerradas bajo las muestras, que rechinaban en su astil de hierro, al viento agreste. Una horrible fetidez espesaba el aire; y dos frailes, levantándose el hábito, huían de un hombre, que se revolcaba en el suelo, con la cara toda verde, la boca dilatada, ¡pidiendo a gritos agua! Cristóbal corrió hacia él, lo alzó en sus brazos, lo llevó a una fuente pública, donde el agua brotaba de unos mascarones cincelados. El hombre bebió a grandes tragos, sus piernas se atiesaron y se quedó muerto en las rodillas de Cristóbal, ya casi descompuesto. Pero en una casa próxima sonaban gritos, y, levantando la cara, vió una vieja, desgreñada, que desde la estrecha ventana, donde quedaba una maceta con una flor seca, pedía socorro, retorciendo los brazos. Desde las ventanas vecinas caras pálidas acechaban. Más lejos se alzaron nuevos llantos. Cristóbal, una vez dejado el cadáver en el suelo, miraba espantado, sin comprender el dolor que parecía pesar sobre la ciudad. De una taberna salieron súbitamente unos soldados ebrios, tambaleándose, cantando, con las caras lívidas de una noche de vino y de orgía. Cristóbal iba a interrogarlos, cuando uno, de repente, se desplomó, retorciéndose en su agonía. Los otros, despejados de repente, huyeron. Y Cristóbal acudía hacia el agonizante, cuando éste se quedó yerto, muerto. Al fondo de la calle pasaba una procesión, en la que un sacerdote, con túnica blanca, erguía un relicario, mientras detrás, unas mujeres descalzas, desgreñadas, retorcían los brazos, pidiendo misericordia al cielo. Las campanas no cesaban de doblar a difuntos; y hombres que traían barricas de brea, encendían en las esquinas hogueras que subían en el aire, haciendo estallar los cristales de las celosías.

Un panadero, más pálido que un cirio, abría en una esquina las tablas de su tienda. Cristóbal se dirigió a él, y, encorvándose, con las manos en las rodillas, le preguntó qué mal corría por la ciudad, y por qué sonaban tantos llantos. El hombre retrocedió inquieto, preguntándole a

su vez si había él venido con los saltimbanquis a exhibirse. Cristóbal dijo que no, y con un gesto señaló el remoto horizonte de donde venía. Entonces el hombre le aconsejó que huyese, porque la ciudad toda moría de la peste negra.

Mientras así hablaban, un ruido de cadenas arrastradas resonó en el enlosado. Y dos hombres, con cadenas de hierro en los pies, aparecieron, trayendo un muerto en una parihuela. Detrás, otros hombres de caras siniestras, con cadenas en los pies, traían otros muertos... Eran los forzados de las galeras, que iban a enterrar a los muertos, custodiados por soldados, que hacían restallar en el aire largos látigos de cuero. Entonces Cristóbal cogió sobre sus hombros los dos muertos que yacían junto a la fuente y comenzó a seguir a los forzados. Así salieron a las puertas, hasta llegar a un olivar, donde estaba hincada una cruz. Una zanja irregular y tortuosa lo atravesaba, bajo la pálida enramada. De prisa, los forzados arrojaron allí dentro los muertos, y con los azadones echaron sobre ellos una ligera capa de tierra. Al ruido, bandadas de cuervos, que estaban posados en los olivos, levantaron el vuelo, graznando furiosamente.

Cristóbal sacudió la tierra de sus manos, y sin atender los gritos de los soldados que le llamaban, regresó a la ciudad, al azar, por una puerta distinta, que estaba toda ocupada por otro funeral, en el que había frailes, escuderos con cirios en torno a un féretro, cuyo paño de terciopelo ostentaba un blasón bordado. Entonces, durante todo el día, recorrió las calles, socorriendo a los que caían, apartando a los muertos del centro de las calzadas; y al oscurecer se había hecho ya tan familiar, que desde las celosías le gritaban: «¡Eh, buen hombre!» El acudía, cargaba los muertos hacia la zanja, limpiaba las inmundicias de los patios, corría a llenar los cántaros de agua y hasta daba de comer a los niños, que lloraban, solos, en las casuchas.

Como en todas las viviendas había algún muerto y se temía el contagio, la multitud vagaba por las calles, entregada al terror y al delirio. Las mujeres, los viejos, corrían a las iglesias a implorar las reliquias, saltaban por encima de los cadáveres, que colmaban los atrios. Los hombres, creyendo que el mundo iba a terminar, corrían a las tabernas, tiraban las barricas, y las blasfemias de los ebrios se mezclaban con el llanto de las mujeres. En cada esquina había riñas, y a veces, en una calle desierta, donde todos los moradores habían muerto, Cristóbal tenía que expulsar a los cerdos, que roían huesos humanos. Por otra parte, los animales abandonados recorrían las calles, y a veces un caballo espantado, un toro huído del matadero, corrían, atropellaban a la gente, y era Cristóbal quien los sujetaba con sus enormes puños.

A cada instante los gritos de los dolientes abandonados le detenían. A rastras introducía él su corpachón por las estrechas escaleras, e iba a dar de beber a los enfermos, a limpiarles las inmundicias, a ofrecerles su amplio pecho para que muriesen sobre el calor de un corazón humano. A veces un moribundo quería la extremaunción; pero los sacerdotes habían huído, y los pocos que quedaban no bastaban para tantos moribundos; y Cristóbal, cogiendo un crucifijo, de rodillas, gritaba junto al lecho fétido: «¡Jesús, Señor mío, acoge a este desventurado!»

Todas las noches había grandes penitencias. Grupos de hombres y de mujeres semidesnudas corrían por las calles, rasgándose las carnes, cubriéndose la cara de barro, entonando cánticos feroces, en que las invocaciones al Señor se confundían con llamamientos al demonio. A veces, de repente, una voz gritaba: «¡Es culpa de los judíos!» Y la multitud, cogiendo chuzos y antorchas, corría a las casas de los judíos, que aparecían ofreciendo sacos de oro, y caían bajo los golpes, o quedaban con las barbas quemadas.

En las calles ricas los palacios estaban cerrados, y a través de las ventanas oíanse músicas y el tintineo de las vajillas de plata, porque algunos creían que debía esperarse la muerte en el seno del placer. Otros, en cambio, iban de casa en casa, en fiestas seguidas; y veíanse caballeros, sin capa, con gotas de vino en las barbas agudas, caminar por la calle, entre tocadores de mandolina y de flauta, tropezando con sus inmensos zapatos picudos en los cadáveres abandonados; y para verlos pasar, surgían en los balcones mujeres pálidas, con el seno al descubierto, pieles de armiño en la orla del vestido y la cabeza cubierta con una aguda mitra, de donde colgaban manojos de largas cintas que el viento hacía ondear como banderolas de mástiles.

Cristóbal trabajaba toda la noche. Como los guardias no cerraban las puertas, a veces los lobos, atraídos por el olor a podredumbre, aparecían por las calles oscuras. Y Cristóbal, que amontonaba los cadáveres, corría hacia ellos gritando, con una antorcha en la mano. Los muertos que así reunía, iba a sepultarlos por la mañana a los olivares. Después se encaminaba a la sierra a coger hierbas aromáticas, que salvan de la infección, y, poniéndose en las esquinas, las ofrecía a la gente, que salía de sus moradas y que, cogiendo un manojo, se alejaba respirándolo confiadamente. Como abundaban los ladrones, Cristóbal vigilaba las casas de los cambistas de moneda, de los joyeros, y si sorprendía a unos hombres corriendo con alguna cosa escondida bajo el sayal, se la quitaba e iba a depositarla a una iglesia. Era él quien repartía el agua, barría las inmundicias, encendía hogueras para purificar el aire. Y poco a poco fué tan conocido, que las mujeres, viendo pasar su sombra junto a las celosías, imploraban para él la bendición del Señor. Los ricos le tiraban bolsas, con las que él iba a comprar pan para las viudas. Sus pasos se veían a veces entorpecidos por los niños que se cogían a sus piernas como a unas columnas. Los mercaderes le confiaban sus tiendas. Cuando él se arrodillaba a la puerta de una iglesia, dentro, las oraciones eran más ardientes. Y como él acarreaba la leña de los soldados, bruñía sus armas, rondaba por ellos en las puertas, los soldados gritaban en la calle: «¡Viva Cristóbal!»

Tan grande popularidad inquietó al sobrino del príncipe, quien, habiendo huído su tío de la peste, con sus tesoros y concubinas, gobernaba la ciudad y quería, por ambición del poder, ganarse las simpatías del pueblo. Pero su cara lívida y dura, sobre un cuerpo encanijado y giboso, desagradaba a las mujeres por su fealdad y a los soldados por su endeblez. Un día que acompañaba él una procesión con las reliquias de San Teódulo, el pueblo, a su paso, permaneció con la rodilla sólo doblada. Detrás, precisamente, entre el pueblo, venía Cristóbal, como una torre entre casuchas. Un rico mercader habíale regalado veinte varas de paño de Flandes para un sayal; y todo él sonreía en su simplicidad, agitando dos palmas verdes que las cofradías de los Hermanos hospitalarios le habían dado como emblema de su caridad. Al verle, el pueblo, que se apretaba contra las puertas cerradas, rompió a gritar su nombre

entre bendiciones: «¡Buen Cristóbal! ¡Cristóbal, grato al Señor!» Una dama le tiró la flor que llevaba sobre el seno. Los viejos bajaban la cabeza como al paso de un justo.

El conde, que iba delante, se puso más pálido. Y aquella noche decía ante la chimenea, desabrochándose el jubón: «¿Quién me librará de ese monstruo que descarría al pueblo?» Los guardias, habiéndose concertado en voz baja, en un rincón, se acercaron a su alto sitial con respaldo, a alentar, por adulación, su pensamiento secreto. No era conveniente, en verdad, que un ser disforme, de los que se exhiben en las ferias, fuese echando raíces en el corazón del pueblo... Por otra parte, su fuerza sería pronto domeñada con fuertes cadenas de hierro. ¿Y no había, fuera de la ciudad, un despeñadero donde se podría arrojar el cuerpo del inmenso bruto? Y cuando a la mañana siguiente Cristóbal empezaba su almuerzo junto a la catedral, llegó un paje sonriendo y le invitó a ir a presencia del príncipe, que deseaba darle oro y vestidos dignos de un hombre tan servicial. Pensando que los vestidos servirían para los presos, a los que la miseria tenía desnudos, Cristóbal sacudió las manos llenas de migas de la hogaza, y obedeció al paje, que corría para seguir sus pasos.

Apenas Cristóbal entró en el palacio, las gruesas puertas, erizadas de puntas de hierro, fueron cerradas.

El conde, que estaba en un balcón, gritó, agitando el gorro emplumado: «¡Eh, Cristóbal!» Y cuando él daba un paso, sonriendo, con la cara alzada hacia el balcón, de donde pendía un paño de terciopelo listado de oro, dos soldados le pusieron bruscamente entre las piernas una viga y Cristóbal cayó sobre las losas. Inmediatamente, de todas las puertas irrumpieron innumerables hombres, que cubrieron el inmenso cuerpo tendido, como las hormigas sobre un tronco. En un momento fué amarrado con gruesas cadenas de hierro; y para que no pudiese salir ningún grito de su boca, una mordaza se la tapó. Después, todos, retrocediendo vivamente, contemplaron en silencio al gigante vencido. El príncipe bajó para verle, con damas cuyas colas eran como largas tiras de alfombra sobre el patio. Y los pajes le escupían en la barbuda cara. El pensaba en el Señor, que había sido azotado, y más en los pobres a quienes servía, y que seguramente aquel día notarían su falta. Todo el día permaneció así, rodeado de lacayos y cocineros, que abandonaban el servicio para venir a verle.

Cayó la noche, oscura, sin una estrella. Entonces, Cristóbal abrió los ojos. Los perros de presa, sueltos, rondaban por el patio. El centinela dormía en la puerta, apoyado en su lanza; y de las altas ojivas del palacio llegaba un resplandor y un rumor de violines. Entonces, Cristóbal tesó sus músculos y todas las cadenas se rompieron con un gran ruido. Ante la gran forma erguida, los molosos huyeron, ladrando. El centinela, soltando la lanza, huyó. Y Cristóbal de un solo empujón de hombros, echó abajo la puerta, saltó el foso y entró en las calles desiertas. Pero de repente se paró, pensando que si revelaba la traición del conde, el pueblo, los soldados que no le querían, le harían daño, y si callaba, el conde, seguramente, le haría matar. Así, pues, si se quedaba, o su sangre correría o correría la sangre de él por causa suya. Entonces, Cristóbal se dirigió a la gran puerta de la ciudad. A la luz de un retablo de la Virgen, los soldados jugaban a los dados. Y al ver a Cristóbal, le preguntaron si el príncipe le había

regalado una bolsa o paños para un vestido. Cristóbal murmuró:

—El príncipe dió más de lo que yo esperaba.

Pasó, y se adentró por los caminos, dejando para siempre la ciudad donde había sido bueno con los afligidos.

XI

Durante largos días, Cristóbal vagó por los caminos, hasta que una tarde llegó a la falda de una montaña, cuyas rocas sonrosaba el sol poniente. Un hombre con hábito de fraile, una ancha capucha, de la que salía una barba blanca, subía lentamente por las barrancas escarpadas, gimiendo bajo un haz de leña. Cristóbal pidió al viejo que le dejase acarrear él la leña. El fraile, temiendo que fuese un demonio, trazó una cruz en el aire, y como Cristóbal repitiese sobre su pecho las líneas santas, el fraile accedió a que le quitase el haz de los hombros. Y, secándose el sudor con la manga harapienta del hábito, mientras caminaba al lado de Cristóbal, le preguntó si él huía de los hombres que le estaban exhibiendo en una feria; y como Cristóbal respondiese que venía de la ciudad lejana, el fraile comprendió que acudía seguramente atraído por la santidad de aquella montaña poblada de eremitas. Y pensó: «He aquí un hombre, sin duda sencillo y de una fuerza inmensa, que podría aliviar de sus trabajos a los santos varones que en ella moran, dejándoles más tiempo para perfeccionar el alma y dar la batalla con mayor seguridad al tentador...»

Entonces fué guiando a Cristóbal hasta que llegaron a una cabaña hecha de ramas, entre piedras escarpadas. A la puerta de la cabaña, clavada entre dos piedras, se alzaba una tosca cruz, y al pie, bajo una calavera, había un gran infolio abierto. Dentro de la cabaña no se veía más que un lecho hecho de hojas secas y un cántaro con el asa rota.

El ermitaño, después de indicar a Cristóbal el sitio donde debía dejar el haz de leña, cogió un cuerno colgado a la puerta de la cabaña, y, separando los largos pelos de su bigote blanco, lanzó tres roncos sonidos, que despertaron el eco en las barrancas. Cristóbal, tímido, contemplaba cada movimiento del ermitaño como un acto de santidad. Entonces, de las múltiples sendas del monte empezaron a aparecer, caminando despacio, unos apoyados en bordones, otros con las manos escondidas en las mangas, ermitaños, a quienes una ancha capucha ocultaba el rostro. El primero que llegó, al tropezar con Cristóbal, hizo la señal de la cruz, y luego, con un gesto, llamó a los otros, que, animados así, saltaron de roca en roca. Casi todos tenían largas barbas, canosas e incultas; los hábitos andrajosos, y el lodo de los caminos, seco en costras, sobre las piernas. Con un gesto lento se rascaban en el cuerpo la miseria que los cubría; y si las piernas o los brazos se les llagaban, alzábanse los hábitos, como hallando contento en aquellas flaquezas de la carne. Algunos, sin embargo, eran jóvenes, robustos todavía, pero tan pálidos ya, que las caras bajo la capucha eran como de cera en la sombra. Todos se inclinaban ante el monje que había guiado los pasos de Cristóbal; y después quedábanse más callados e inmóviles que imágenes sobre un túmulo. Pero, entonces, el ermitaño que parecía tener la autoridad de un prior explicó que, en la falda de la montaña y volviendo de recoger leña, habíase encontrado con aquel hombre, de cuerpo y de fuerza inmensos, pero tan sencillo que no sabía de dónde llegaba, ni en qué tierra

había nacido. Y en seguida se le ocurrió, como por una inspiración de las alturas, la idea de recogerle y de ocuparle en el servicio de los santos hermanos que moraban en la sierra, tal como hizo San Antonio en Egipto, quien para que sus hermanos del yermo y él mismo se absorbiesen mejor en la oración y quedasen más libres para presentar combate al demonio, tomó un negro de mucha fuerza, que cogía el agua, partía la leña, cuidaba las mulas de los peregrinos y transportaba los fardos de las provisiones. Así, de allí en adelante, teniendo quien los sirviese, en sus almas no habría más ocupaciones que la conquista del cielo. Una vez que terminó, inclinando la cara bajo la capucha, como recogido en oración, los ermitaños, sin romper su mudez, volvieron a seguir los caminos de la sierra, y uno por uno desaparecieron entre las rocas y los robles.

A solas con Cristóbal, el ermitaño, volviendo a la cabaña, trajo un gran pedazo de hogaza, del que dió una parte a Cristóbal. Ambos bebieron del cántaro, y habiendo ordenado a Cristóbal que fuese con la leña a cuestas por la sierra para repartirla a los ermitaños dispersos, se tendió frente a la cruz, y, colocando la cabeza sobre una piedra, quedóse sumido en la oración.

Cristóbal partió. Cada ermitaño le señalaba, sin hablar, con un lento movimiento de la mano, la ermita más cercana. En todas, la misma calavera blanqueaba al pie de la misma cruz. Y a aquella hora de la tarde, todos ellos estaban a la puerta de la ermita partiendo su pan, y teniendo al lado, interrumpidos, o el libro que leían o el gran rosario que desgranaban, o algún cesto que estaban haciendo, o las esteras que tejían. A la puerta de cada cabaña colgaba un cuerno y un haz de disciplinas con puntas de hierro. Cuando Cristóbal llegaba, todos alzaban la mirada baja; en algunos, aquella mirada era serena, de una serenidad mortal; en otros, refulgía con un vago resplandor de terror o con una viva luz, que parecía alargarse en una curiosidad infinita. Humildemente, Cristóbal dejaba el haz de leña con respeto, como junto a un altar: los monjes, habiendo seguido su movimiento, bajaban de nuevo la cara dentro de la capucha. Cuando Cristóbal volvió a la ermita del prior, le encontró aún tendido, con la cabeza apoyada en la piedra, exhalando a veces un suspiro. Entonces, callado, fué a sentarse a distancia, en una piedra.

El sol se ponía a lo lejos, rojo como una mora. Ningún rumor cortaba la placidez del aire. Los hombres parecían hallarse muy lejos; y después de los días pasados en la ciudad apestada, Cristóbal sentía toda aquella serenidad penetrar en su alma como una caricia sin fin. Pero recordaba a todos aquellos a quienes había dejado, y hasta le parecía ver ciertos detalles, la casa de la esquina donde él iba a llevar el pan a los niños abandonados, el viejo a quien iba a llevar el cántaro de agua. Ciertamente sentía la falta de aquellos seres a los que socorría; pero en los ermitaños había tanta debilidad, tanta necesidad, que seguramente sería dulce ocuparse en su servicio. El sol había desaparecido. Todo el valle rocoso estaba negro. A veces un gran pájaro oscuro revoloteaba. Una estrellita relucía y luego otra. El santo prior oraba con la cara sobre la piedra fría. Cristóbal, cansado, extendió el inmenso cuerpo sobre la tierra y se durmió.

Muy avanzada la noche, despertó: un son lento, desolado, de cuerno, caía de roca en roca por el silencio de la sierra. Era como el llamamiento de un corazón afligido: e inmediatamente, el prior, corriendo desde dentro de la cabaña, se arrojó de rodillas ante la cruz, rezando con tumultuoso fervor. Seguramente, lejos, algún hermano estaba padeciendo una tentación del enemigo, y ya medio vencido, soplaba en el cuerno avisando a todos los ermitaños para que le ayudasen con sus oraciones a rechazar a Belcebú. Sentado en su roca, Cristóbal miraba, lleno de simplicidad, sin comprender, con las manos colocadas sobre las rodillas, cuando del otro lado de la sierra, allá en la cima, sonó otro cuerno pidiendo auxilio para otra alma atacada. Más tumultuosas aún se precipitaron las oraciones del ermitaño. ¡Pero el cuerno resonaba con mayor aflicción! Y entonces, el santo hombre, desesperado, gritó a Cristóbal que encendiese una hoguera cerca de la cruz, para que ella, resaltando en negro sobre la rojez de la lumbre, fuese vista por los demonios, que aquella noche parecían lanzar un terrible ataque contra la montaña santa.

Haciendo brotar una chispa con dos piedras, Cristóbal encendió rápidamente una hoguera, soplando con los carrillos hinchados: la leña nueva chisporroteó, subió una llama, y otras hogueras aparecieron muy pronto en la negrura de la sierra; y los sonidos de los cuernos disminuían como las ansias de un corazón que se calma. Pesó entonces un silencio. Cristóbal cerró los párpados. Y el prior, durante un momento, calentó en la llama sus manos trémulas.

Pero sus ojos se fijaban en la llama con una atracción creciente. Un resplandor de codicia iluminó su cara, y su lengua apareció al borde de la boca seca, como adelantándose hacia un gran trozo de carne tierna, roja, viva aún en el ancho plato donde fuera asada... Llegó, incluso, a extender la mano abierta. Pero lanzó un grito. ¿Dónde tenía él el espíritu para no reconocer una ilusión del enemigo, que venía a tentarle por la gula? Furioso, ordenó a Cristóbal que apagase la hoguera.

Con los brazos en cruz, se paseó entonces por el estrecho terrado bordeado de piedras. Su boca seca mascaba con un ruido continuo e iba balbuciendo oraciones. Los ojos de Cristóbal, fijos en las brasas rojas que quedaban del fuego, se iban cerrando. Toda la montaña callaba. Y, como insensiblemente atraído, el ermitaño volvió a mirar el fuego, que rojeaba en una brasa viva. Lo que veía ahora eran montones de dinero, ducados de oro, montañas de rubíes escarlatas que se desprendían, una infinita refulgencia de tesoros. Bastaba bajar la mano y tendría tesoros para comprar un condado, levantar catedrales, pagar a mercenarios, comprar joyas a las reinas, tener todas las satisfacciones del poder, del amor y del orgullo eclesiástico. Y, sin embargo, el ermitaño sonreía, se mesaba la barba blanca, murmurando: «¡Bien veo tu engaño, oh maldito, que me creías desprevenido! Pero mi alma es fuerte y en ella, como el arquero en la torre, ¡la oración vigila, llena de pujanza!...» Y con el pie desparramó las brasas ardientes. Y Cristóbal pensaba en su simplicidad: «¡Cuántas cosas ve este hombre que yo no veo! Seguramente ello es a causa de su sabiduría y de su santidad.»

Entre tanto, el ermitaño había regresado a su cabaña; pero apenas entró lanzó un grito y salió, retrocediendo, con los brazos abiertos, que parecían rechazar una visión. Era una mujer, de espléndida blancura y toda desnuda, que encontró acostada de espaldas sobre su yacija de hojas, con los brazos abiertos, que le esperaban y le llamaban. Y durante un momento, sus manos, como impelidas por una fuerza oculta, habíanse tendido hacia ella de un

modo irresistible; pero en los pies, tan blancos, reconoció una pata de cabra, y, habiéndose persignado frenéticamente, la mujer se disipó como un humo negro, a través de las ramas de la cabaña. Pero había cedido casi a la pavorosa ilusión, ¡y si en el momento en que le tendía los brazos hubiese muerto, era el infierno, la condenación total! Entonces asió con violencia las disciplinas, y, arrancándose el hábito, gritó: «¡A la obra, a la obra santa!» Las duras correas de cuero de buey, terminadas en uñas de hierro, se ceñían a su cintura, desgarraban la piel de la espalda. A cada golpe lanzaba un gemido ronco; pero, poco a poco, de duros y afligidos, los gemidos hiciéronse lentos y lánguidos; y el pobre ermitaño, a cada disciplinazo, murmuraba: «¡Socorro, Dios mío, socorro, que estos golpes que me doy empiezan a ser como un contacto delicioso!... ¡Haz que yo sufra, Señor! ¡Da un ardor infinito a los verdugones que surcan mi carne! ¡Sopla dentro de las heridas tu cólera! ¡Que ella me queme y abrase, como pez inflamada!...» Y, de repente, cayó como muerto, con los brazos extendidos.

Lleno de piedad, Cristóbal le levantó del suelo y lo empujó como un cuerpo muerto hacia el interior de la cabaña, donde quedó tendido, con algunos lentos gemidos que a veces le sacudía. Despuntaba el día. Cristóbal se durmió.

Entonces comenzó, desde aquel día, su servicio entre los ermitaños. Todas las mañanas iba a buscar un tonel a la fuente, que brotaba arriba, entre rocas, e iba llenando, de ermita en ermita, las cántaras de barro. Después cortaba leña, amasaba el pan, que se cocía en un horno de ladrillo, junto a una capilla donde los santos hombres oían misa y comulgaban. Era él quien tocaba la campana, ponía romero sobre el altar, y, por orden del prior, esparcía guijos sobre el suelo de la capilla, para que las rodillas de los ermitaños se hiriesen. Por la tarde, habiendo reunido las esteras, las alpargatas, los cestos, que los ermitaños fabricaban, bajaba a un pueblo al otro lado de la sierra, donde cambiaba aquellas obras de las santas manos por harina, hierbas y por vino de las vinajeras. Todos estos servicios eran gratos y fáciles. Pero poco a poco, Cristóbal sentía como una tristeza y un deseo de las ciudades y de la vida de los hombres. La montaña era triste y sin verdor; pero su tristeza provenía sobre todo del silencio, de la amargura, de la desolación de los santos que la poblaban. Todo el día lo pasaban ellos gimiendo, hasta cuando trabajaban, y su esfuerzo constante era el martirio de los cuerpos, donde moraba el enemigo. Incluso inmóviles, quietos, se estaban mortificando: unos llevaban un cinturón de clavos que les desgarraba la carne; otros, se metían debajo del hábito hormigas o avispas que los picaban; otros, se colgaban del cuello una piedra enorme y caminaban jadeando y tropezando. Toda dulzura humana les era ajena. El pan que comían lo mezclaban con tierra; el agua sólo la querían de muchos días y pútrida. A veces, algunos permanecían días y días inmóviles, en pie sobre una piedra, con las manos abiertas, bajo la lluvia, y cuando el sueño o el hambre iban a vencerlos, se clavaban una espina aguda en el pecho; otros dormían con la cabeza sobre una piedra, otra piedra sobre el estómago, otra sobre las piernas juntas, y eran como cadáveres de justos lapidados. A veces Cristóbal se ofrecía para lavar sus llagas, sacar las espinas de los pies o curar con agua y ceniza la picadura de los insectos. Pero todos le rechazaban, y para hacer las he-

ridas más irritadas, las exponían al ardiente sol o echaban sobre ellas arena fina. Un inmenso sufrimiento cubría la montaña; y sobre ella el sol parecía una lámpara triste, y a través de ella el viento un gemido angustiado.

Era, sin embargo, de noche cuando resultaba terrible. Animados por la oscuridad, los demonios subían por cada camino para atacar a los santos hombres. En cada cabaña había una lucha pavorosa. Los santos tenían la oración, sus largas disciplinas armadas de uñas de hierro; pero los demonios, por su parte, tenían las cosas deliciosas a las que sucumben las almas. A los ermitaños que veían famélicos, los diablos les ofrecían largas mesas, cubiertas de flores, donde los pavos asados doblaban las plumas entre montañas de frutas y bloques de hielo; a los que habían sido caballeros les mostraban montones de oro, armas invencibles, largos ejércitos para ir a conquistar reinos y saquear ricas ciudades; a los viejos les ofrecían mitras, que les darían entre los hombres la suprema autoridad de las cosas santas; y a todos, la suprema tentación, la belleza, la mujer, ora magnífica, sueltas las trenzas, alzando una túnica de gasa; ora delicada, escondiendo con los brazos el seno desnudo, y sonriendo frágilmente.

Pero cuando las seducciones no bastaban, los demonios, furiosos, probaban el terror. Entonces eran serpientes pavorosas surgiendo entre las rocas; grandes alas blandas y fétidas, que con un golpe derribaban; figuras colosales, listadas de blanco y negro, que blandían horcas, vertiendo una baba de fuego. Los gritos de los ermitaños atronaban la sierra, resonaban los cuernos; una furiosa ráfaga de oraciones ascendía hacia las nubes, las correas de las disciplinas volaban por el aire, con gotas de sangre; y, espantados por la grandeza de la penitencia, los demonios cedían, se marchaban, limpiándose el sudor, extenuados.

Una gran piedad henchía entonces el corazón de Cristóbal. ¿Por qué sufrían así aquellos hombres buenos, que trenzaban los mimbres, caminaban con la cara baja, no cometían ninguna ofensa y sólo ansiaban el cielo? Su deseo era ayudarlos, rechazar él solo, con su gran fuerza, las turbas negras del infierno. Entonces, al menor llamamiento del cuerno, corría hacia el lado del ermitaño atacado. Jadeando, con los inmensos puños cerrados de santa cólera, avanzaba en la oscuridad. Pero ¿dónde estaba el demonio? El veía al santo ermitaño retroceder con pavor; veía el oscuro lugar hacia donde él tendía la cruz, como una lanza... Pero si se precipitaba hacia allá, sus brazos vengadores sólo encontraban la negra noche. ¡Cuántas veces encontraba al ermitaño, temblando todo y murmurando: «¡Oh, qué blanca es, qué dulce a la vista, qué llena de sus formas!...» Cristóbal comprendía: era, seguramente una mujer, la temida mujer, que arqueaba los brazos, descubría el pecho... Para apresarla y estrangularla, casi se arrastraba por el suelo, cogiendo el hábito. Pero sus manos indignadas sólo asían la zarza, los musgos de una piedra fría. Entonces él también clamaba hacia los terribles demonios: «¡Venid contra mí! ¡Venid contra mí!» Y, arrancando un tronco, lanzaba tremendos golpes, o, cogiendo una inmensa piedra de las rocas, la arrojaba hacia la noche. Los troncos chocaban contra los troncos, y las rocas, con fragor, se rompían sobre las rocas. Y ante él, no había nada más que la montaña. ¿Sería posible que él no hiriese nunca a alguno de los demonios innumerables que acudían allí de noche? Iba entonces, apenas cla-

reaba el alba, a buscar con la cabeza baja las pisadas de los diablos huídos, algún cuerno que se les hubiese partido, o sobre la tierra chamuscada alguna gota de la sangre maldita. Encontraba sólo las violetas relucientes de rocío. Y entonces regresaba a la sombra de sus robles, bostezando perezosamente.

En las fiestas de Año Nuevo la gente subía a la montaña e iba a visitar a los ermitaños. Unos enfermos, sufriendo males, auxiliados por los familiares, iban a implorar la salud a aquellos amigos del Señor. Otros solicitaban su intervención para obtener una abundante cosecha o la herencia perdida. Las mujeres llevaban a sus hijos para que ellos, tocándoles en la cabeza, les diesen una vida fuerte y próspera, y las que eran estériles acudían a implorar las dulzuras de la maternidad. La montaña era como un campamento de peregrinos. Los niños, corriendo, tropezaban en las muletas de los cojos. Las muchachas, con una flor en la oreja, ejecutaban danzas en el atrio de la capilla. Los que habían hecho promesas se arrastraban de rodillas siete veces alrededor de las cruces, o colgaban en el altar pies de cera, lazos de cintas y cestos de frutas. Como volvían tarde a la aldea, casi todos llevaban provisiones, y, colgando las capas en las ramas de los árboles, formaban un gran círculo en torno a las sandías abiertas, bebiendo vino en picheles.

Los ermitaños iban entre la turba, y a veces apenas podían dar unos pasos lentos, rodeados, implorados por los heridos, que, hartos de ungüentos, pedían que les tocasen las llagas con el rosario; por los mendigos, que querían que les sanasen la sarna; por las viejas hidrópicas, que descubrían el vientre, esperando un remedio del cielo. Otros pedían sólo la bendición. Había caras inquietas que solicitaban una profecía sobre las vendimias. Otros tendían los rosarios para que ellos los bendijeran. Y los ermitaños tocaban las heridas, prometían buenas cosechas, calmaban los sufrimientos de los endemoniados.

Después, el prior subía al púlpito rústico hecho de piedras y enumeraba las obras gloriosas de la montaña. ¿Dónde había existido, ni siquiera en la Tebaida, en el sublime tiempo de los Antonios y de los Pacomios, una más alta penitencia? Y mostraba sus rostros enflaquecidos por los ayunos, sus carnes desgarradas por las flagelaciones. Una inmensa admiración arrebataba a las turbas piadosas. Y todos querían ver en los cuerpos de los santos la prueba de su santidad. Y sólo había entonces ermitaños mostrando las llagas que ellos mismos habían irritado, las contusiones que les dejaban las piedras donde dormían, los dientes estropeados por el pan agrio que mezclaban con ceniza. Las mujeres alzaban las manos, llorando. Las más ardientes arrancaban pedazos de las túnicas de los ermitaños, y se los guardaban en el seno como reliquias. Los viejos besaban la tierra donde ellos habían pisado. Ante las cabañas había una multitud admirando la dureza de los lechos, el cántaro roto, el gran infolio. Algunos creían ver las pisadas de los ángeles que visitaban a los eremitas. Otros querían probar el pan, o, llenos de respeto, tocaban con el dedo las disciplinas. Cristóbal era envidiado por vivir entre ellos. Muchos querían abandonar sus casuchas para venir a servir a los santos, y había siempre alguno que, para quedarse en la montaña, se escondía entre las rocas, y al que era necesario expulsar cuando el sol se ponía, y llegaba la hora de la soledad y de la oración.

Pero aquellas noches, después de

la fiesta, las oraciones no eran tan profundas, ni las penitencias tan duras. Cansados, sentados a la puerta de sus cabañas, los ermitaños saboreaban en el silencio de su corazón su inmensa santidad. Cada cual sentíase famoso, comentado en los hogares del valle. Seguramente la fama de su santidad llegaría a los castillos. Los obispos hablarían de ellos en los Concilios. Y más tarde tal vez sus imágenes estarían sobre los altares. Y Cristóbal veíalos entonces acariciar, complacidos, las heridas de la penitencia, escoger una piedra mayor para recostar de noche su cabeza. El prior acudía entonces a felicitar a sus hermanos. Su cara resplandecía. Y era él quien recordaba los movimientos de la multitud, y cómo sus llagas habían sido besadas. Y, convencido ya del poder de su voz, hablaba de bajar a la llanura a predicar contra la relajación de los benedictinos. Su estatura aumentaba cada vez más. Un día, incluso, leyó triunfalmente una carta del conde de la Occitania, que le consultaba sobre los diezmos. Y Cristóbal se entristecía. Era como una nostalgia de otros hombres más humanos y de la risa de los niños. Era, sobre todo, como una impaciencia ante toda aquella inutilidad de los eremitorios, los largos y huecos silencios, las horas pasadas con la frente sobre una piedra, aquella inmovilidad contemplativa de la que no salía ningún bien, nada que caldease el corazón. Poblada por toda aquella inercia, la montaña le parecía aún más inerte. E invadíale como un deseo de sacudir aquella inmovilidad de los hombres y de las cosas, y con sus manos acometer conjuntamente a los ermitaños y a los robles, a las calaveras y a las rocas, ¡e impulsarlos a un acto útil, mandarlos de golpe, por la montaña abajo, a ser útiles a los hombres!

Su corazón se apartaba poco a poco de aquellos amores. Ya no corría tan alegremente a llenar los cántaros; tanta cruz rodeada por tantos brazos ya no le causaba dulzura en el alma; y aborrecía las calaveras, con su risa inmóvil, ofreciendo al sol su blanca frialdad. Cuando, de noche, sonaban los cuernos implorando el auxilio de las oraciones fraternas, no se levantaba sobresaltado, compadecido. Le impacientaba toda flagelación. Y en los días de fiesta se adentraba por los altos de la sierra, para no presenciar el orgullo de los ermitaños mostrando las heridas de las disciplinas.

Un día el prior le mandó construir, con un madero, una cruz de la altura de un hombre. Cristóbal trabajó durante tres días. Y cuando, al fin, hincó la cruz en un sitio visible de la sierra, donde no había arboleda, el prior llamó a sus hermanos de eremitorio. Uno por uno, bajaron, rezando quedamente. El prior se recostó en la cruz, con el cuerpo adherido al madero, y abrió los brazos sobre los brazos de la cruz, cruz humana unida a la cruz de madera. Después mandó entonar un cántico. Y cuando cesó:

—Ahora—dijo el prior—voy a permanecer aquí sin comer ni dormir, durante tres días, por las Tres Personas de la Santísima Trinidad. ¡Esta obra es gloriosa!

Todos alzaron las manos al cielo ante el ejemplo edificante. Aquella tarde, Cristóbal bajó por el barranco al valle, y sin volver siquiera los ojos, abandonó la montaña para siempre.

XII

Cristóbal siguió el camino del lado opuesto a los poblados, y empezó a caminar, al azar, por la larga torrentera que bordeaba la sierra. Era

como el lecho de un antiguo río, que corría hundido entre rocas, seca e infinitamente triste. Caminó toda la noche a la luz de una gran luna llena. Al despuntar el sol durmió a la entrada de una caverna. La soledad era como la de un mundo desierto, donde sólo él viviese. Cristóbal soñó con prados y regatos muy fríos, muy límpidos, que corrían entre laureles-rosas en flor. Cuando despertó sintió sed, y a su alrededor no había más que una tierra tan estéril que no crecía en ella ni siquiera tojo.

Todo el día, caminando sin cesar, Cristóbal padeció sed. Al ponerse el sol, creyó ver a lo lejos un agua que rebrillaba. Eran unas anchas losas de piedra, como restos de un terrado, o del enlosado de una casa. Tumbado, esperó allí a que amaneciese, y, a través de un sueño inerte, parecíale ver como ojos relucientes de lobos que pasaban y se hundían al otro lado de un barranco. Por la mañana encaminó sus pasos hacia aquel barranco, y allí, en el fondo, había como un agua fangosa y pútrida, que bebió él con delicia.

Durante dos días más siguió caminando, y el desierto no cesaba, con valles yermos, peñascos escarpados y un suelo pedregoso, negro, agrietado, que abrasaba bajo el sol de agosto. Sentado a veces contra una roca, Cristóbal cerraba los ojos con la fatiga, el ardor del estiaje, y le parecía ver grandes pedazos de pan, y frutos que caían, muy maduros, al correr un viento fresco. Tendía la mano y sólo encontraba las piedras calientes. Emprendía de nuevo la marcha, y andando siempre padecía hambre.

Pero una tarde que caminaba, tan débil, ya que sus pies tropezaban a cada instante, se encontró de repente en un ribazo, donde verdeaba una selva sombría. Cristóbal se adentró en la espesura. Y muy pronto oyó un murmullo de agua. Más lejos, un encinar estaba cargado de bellota. Cristóbal permaneció allí dos días, aliviando lentamente el hambre y la sed. Después, cuando salió de la selva, vió ante él una comarca con árboles, un riachuelo que corría, muros y una tranquilidad habitada. Un humo pausado subía a distancia, hacia el cielo claro. Cristóbal dirigió sus pasos hacia allí. El humo subía de una casita incendiada; al lado había barricas tiradas; el cadáver de una vaca, medio seco, desaparecía bajo el zumbido de las moscas; el huerto estaba talado y devastado, y alrededor todo el suelo, la hierba, estaban pisoteados como por un tropel de caballeros en marcha.

Cristóbal siguió caminando a orillas del riachuelo. Grandes prados verdeaban, cubiertos de botones de oro. Las ramas de los sauces se hundían en el agua huidiza y clara. Los pájaros piaban en el frescor. Y en medio de aquella paz, un molino con la puerta derribada y colgando de los goznes; los grandes maderos de las aspas partidos, los muros chamuscados por el fuego, yacía con la tristeza de un cadáver en un prado de primavera. Cristóbal se dirigió hacia el molino. De un árbol medio truncado que se alzaba detrás, junto a la escalera, colgaba un viejo ahorcado, con una piedra amarrada a los pies. Al lado negreaban los tizones apagados de una hoguera, y junto a ella una lanza olvidada.

Cristóbal siguió. Por todo el camino se veían las oscuras pisadas de unos jinetes en marcha; todos los vallados estaban destrozados; un puente rústico, partido a hachazos; aparecían otras casitas devastadas, desnudas, con la techumbre incendiada, y no se veía un solo ser entre aquellas ruinas.

Al final de un largo día, sin embargo, hallándose sentado junto a

una casucha en ruinas, oyó un ruido entre los árboles, y apareció un hombre harapiento, lívido, esquelético, y se adentró en seguida entre la espesura de la arboleda. Para no causarle miedo, Cristóbal se levantó y fué más adelante, donde había una colina rocosa. Un gran roble crecía a la boca de una caverna. Y, al ruido de sus pasos, apareció la cabeza de una vieja en la boca de la caverna, y se volvió a meter, asustada. Cristóbal pensaba con dolor por qué se escondían aquellas gentes. ¿Por qué estaría aquella tierra habitada por seres que se escondían en los bosques, en las cuevas de los animales, debajo de las rocas?... ¿Por qué? Le invadía ya una gran piedad. Si oía un crujido de ramas, apartadas, gritaba: «¡Paz! ¡Paz!», para tranquilizar a aquellos corazones aterrados. Pero en seguida los ramajes se cerraban y todo permanecía mudo.

Seguía caminando. Bebía en los regatos, comía bellotas y hierbas de los prados. Un día divisó una aldea con casitas de techumbres agrupadas en torno a una iglesia cuya torre estaba en obras. Abríase un camino entre hileras de plátanos. Al penetrar en él, una mujer, que, agachada con un niño, buscaba hierbas, huyó tan tontamente, que dejó al pequeño en el suelo. Cristóbal cogió a la criatura, tan flaquita, que se palpaban sus pobres huesecillos bajo la piel llena de heridas; y no lloraba, con la manita sobre la cabeza, donde eran mayores las llagas.

El corazón entero de Cristóbal se henchía de dolor. Dió un gran grito a la mujer. Nadie contestó. Entonces, cogiendo al niño en brazos, siguió bajo los plátanos. Pero oía, a través del follaje, alguien que le seguía. Dejó a la criatura en el suelo, y se apartó. Y, volviéndose bruscamente, vió a la mujer, que saltaba de entre el tojo, cogía rápidamente al niño y se sumía de nuevo en la espesura.

Al final del camino estaba la aldea. Las primeras casas, junto a una estacada, estaban desiertas, desnudas por dentro, como saqueadas. No se veía ni un animal en los corrales. Ni una hoz colgaba sobre el hogar. En una puerta, una vieja, más huesuda que un esqueleto, miraba con los ojos fijos clavados en el vacío, y como deslumbrados de espanto. Un cadáver abandonado, que nadie había enterrado, tenía cortadas las manos. A veces pasaba corriendo una figura con los cabellos al viento. Una forma de mujer, encorvada, con los cabellos sueltos, estaba agarrada a una cuna vacía.

Pero, al final de la aldea, junto a un calvario, vió correr en un tropel a unas gentes. Un fraile medio descalzo, sin capucha, de ojos ardientes, alzaba una cruz, clamando por la justicia de Dios. ¿Cómo podían los hombres sufrir más sobre la tierra? Los señores estaban guerreando, y de ahí provenía el mal de los pobres. Los barones corrían por sus tierras, y lo saqueaban, y lo robaban todo, para adiestrar soldados, tener huestes brillantes. Si otros, más poderosos, los hacían prisioneros, volvían de nuevo en sus grandes corceles a saquear, robar, sacar al pobre el último haz de leña, el último puñado de habas, para reunir el precio del rescate. Si quedaban vencedores, he aquí que volvían a saquear los restos, a arrancar las mieses apenas granadas aún, para celebrar fiestas y levantar fastuosas moradas. Y, detrás de ellos, pasaban aún las compañías de mercenarios, que, no encontrando nada, incendiaban los muros, destruían las arboledas y mataban a los niños en las cunas. ¿Cuánto tiempo todavía iba a consentir el Señor semejante mal en la tierra? Por todas partes donde él iba sólo

veía hambre. Las mujeres se comían los cadáveres de los hijos. Los hombres, en breve, serían como fieras. ¡Y ay de los que se encontrasen en el camino de la turba famélica!

Su mano temblaba en el aire lleno de amenazas. Y a su alrededor, mozos lívidos apretaban los puños, con miradas que buscan un arma. Pero otros bajaban la cabeza. ¿Qué podía el pobre, solo en su tierra estéril? La justicia debía venir de Dios. Una mujer gritó: «¡O mejor aún del demonio!...» Un murmullo de terror recorrió a la gente.

Cristóbal salió de la aldea con el corazón oprimido. Sus ojos se alzaban hacia el cielo. Allí, tras el azul, ¡estaba el Señor! Ciertamente, El veía tantos sufrimientos, las guerras, las hambres, las pestes.

¿Por qué no bajaba de su trono de oro? Una caricia de su diestra daría a los pobres abundancia, frutos, artesas llenas de pan, y los bandos negros de los señores crueles desaparecerían como nubes que el sol deshace, al mover su mano izquierda... ¿Por qué no venía el Señor?

Las tierras por las que Cristóbal cruzaba seguían siendo desoladas, hasta que, al penetrar en una comarca más grata y fértil, con praderas, aldeas, vió a lo lejos largos humos delgados que se elevaban hacia el cielo. Un grupo de soldados derribaba árboles. Y muy pronto divisó las barracas de un campamento. Era una partida de vagabundos. Las tiendas estaban alineadas sin orden, al azar, buscando todos la mayor proximidad del río. Y como era la hora del rancho, veíanse los soldados, de bruces, sumergir en el agua las gruesas ollas de hierro. Por todas partes, sobre las hogueras encendidas, colgados de varillas de hierro, formando pabellones, hervían los calderos; y junto a los carros, donde llevaban las barricas de vino robadas en las casas y en los monasterios, agrupábanse los hombres, con sus picheles en la mano. Dos carniceros desollaban un buey tendido en el suelo, y el trabajo se efectuaba entre un rumor incesante de maldiciones y de cantos.

Todos los hombres, de barbas descuidadas, grandes cicatrices en los rostros inmundos, llevaban un corto sayo de malla de hierro, y como estaban en un país vencido, sin temor a sorpresas, los cascos y los escudos pendían a la entrada de las tiendas rotas, unas de lona, otras de pieles de carnero. Sobre un otero estaba la de los jefes, con banderas que ondeaban. Por todo el campamento circulaban mujeres, que seguían a los soldados, unas raptadas en los asaltos a las aldeas, y otras, que acompañaban, por libertinaje, al bando varonil; todas tenían el aspecto cansado por los grandes furores que soportaban. Aquí y allá, un monje descalzo, con una daga en la cuerda del hábito, la mirada ardiente, iba de tienda en tienda. Algunos hombres jugaban a los dados. Otros limpiaban las armas. Los halcones gritaban sobre sus alcándaras hechas con lanzas.

Serenamente, en su simplicidad, Cristóbal cruzó el campamento.

Como los bandos reclutaban a diario nuevos forajidos, o apresaban siervos, nadie extrañaba su presencia. «¿A quién perteneces?», le preguntaban. Y él hacía un gesto vago hacia las tiendas. Creyéndole idiota, como todos los gigantes, le dejaban pasar, o aprovechaban su fuerza para mover los pinos, partir leña, descargar de los mulos los grandes fardos amarrados con cuerdas. Habiendo trabajado, Cristóbal comió y bebió. Cayó la noche; brillaron las estrellas. Por todas partes se encendieron fuegos. Y en torno a ellos, los hombres bebían, jugaban a los

dados o escuchaban a un monje contar historias del diablo. A veces, un grito de mujer apaleada cortaba el aire. Las canciones inmundas sofocaban el grito de los centinelas. Y de la colina, donde acampaban los jefes, venía una música de pífanos y atabales.

Cristóbal, entre tanto, iba por las tiendas. Si veía a un vagabundo herido que se ponía paños en las llagas, se agachaba para ayudarle. Para los caballos atados, que relinchaban volviendo el hocico hacia la yegua, iba a buscar un balde lleno. Y aliviaba a las mujeres de los fardos de leña que los hombres las obligaban a acarrear. Pero aquella gente era mala, incendiaba las aldeas, destrozaba los sagrarios, apaleaba duramente a los animales, dejaba a los niños feneciendo de pobreza en los zarzales de los caminos, y Cristóbal, avanzada la noche, salió del campamento, pensando, en su sencillez, que Jesús, su dueño, no le querría entre aquellos duros corazones.

Tres días y tres noches caminó, entrando, al fin, en una comarca de gran penuria. La tierra seca, agrietada, abandonada, ni cardos producía. Toda flor se secaba en los árboles. A cada instante, huesos de animales blanqueaban en los caminos. Las gentes de los campos que se encontraba no tenían más que huesos bajo los trapos que las cubrían, y sus ojos brillaban como los de las fieras. A veces, a orillas de un riachuelo, veíanse mujeres y niños extenuados, arrastrándose, devorando raíces de árboles. En las tierras más desnudas era la propia tierra la que comían a manos llenas, entre lágrimas que les caían en los dedos. Una noche, pasando junto a un cementerio, vió figuras sombrías, que, habiendo desenterrado un cadáver, lo cortaban en pedazos junto a una hoguera. Después fué un mendigo quien le pidió que le protegiese porque la gente de aquellos lugares ataca a los pobres más débiles para tener carne humana. Durante un día entero Cristóbal caminó con el mendigo a cuestas. Y castañeteándole los dientes de horror, el mendigo le contó de padres que se comían a los hijos pequeños, de otros que atraían a los viajeros para matarlos. Al final del día, habiendo dejado al pobre cojo en el suelo para descansar, le vió suspirar y morir. De noche relucían por todas partes los ojos de los lobos, hambrientos también, corriendo a roer los cadáveres. Negras bandadas de buitres revoloteaban en el aire.

Y el dolor de Cristóbal era tan grande, que alzaba los brazos al cielo y llamaba al Señor. El, seguramente, no escuchaba. A la puerta de las ermitas se apiñaba en vano el pueblo implorando misericordia: los santos no bajaban de sus altares; las reliquias de los mártires parecían haber perdido su poder, y, desilusionada del cielo, aquella gente apedreaba los sagrarios.

¿Quién salvaría a los hombres? Y Cristóbal caminaba lleno de dolor por no poder salvarlos. ¿De qué le servía la fuerza de sus grandes brazos, la voluntad de su corazón? Apresurando el paso, mirando a lo lejos, sólo buscaba un medio de servir a los hombres, e incluso, a veces, se le ocurría la idea de reunir a algunos miserables y darles su propia carne a comer.

Un día en que pensaba así llegó a una tierra donde vió unos hombres cavando el suelo, otros arando, otros sembrando. Un grupo de ballesteros vigilaba a aquellos hombres, enflaquecidos por el hambre; y un monje, con un tintero sostenido en el cinturón de cuerda, leía una lista de nombres. Eran los abades de los monasterios, los obispos en concilio,

que enrolaban así a los más fuertes de las aldeas, y por una ración de pan los obligaban a trabajar para que las tierras no quedasen incultas y no fuese mayor el tormento del hambre. Eran hombres de brazos fornidos, pero enflaquecidos por la falta de sustento. Las mujeres, los hijos, iban con ellos pára compartir la escasa ración de pan. Cristóbal pidió una azada, y, habiendo admirado la fuerza de sus brazos, el monje le indicó un campo que limpiar de piedras y del tojo. ¡Con qué pasión se lanzó al trabajo! Era como si estuviese ya saciando todas las hambres futuras. El tojo arrancado formaba montones junto a sus gruesos pies descalzos, y todavía iba a veces a ayudar a los más débiles, que tropezaban en una carreta de piedras, o, exhaustos, dejaban caer la azada de las manos. Alrededor, las mujeres, sentadas, inmóviles, con los hijos en corro, esperaban a que los hombres trajesen, al final de la tarde, la ración de pan, reunida en un cesto que los ballesteros custodiaban; pero era tanta su hambre, que se precipitaban sobre los sembradores, cuando, metiendo la mano en el saco, lanzaban, con un gesto lento, un puñado de grano. Los ballesteros tenían que correr, rechazar a los niños que gritaban.

Los ojos de Cristóbal estaban llenos de lágrimas. A veces, cavando la tierra, decía en voz baja: «¡Oh tierra, produce pronto el pan! ¡Oh tierra, ten compasión!» Y entonces sus azadonadas se hacían más suaves, casi tímidas, como si temiese lastimar aquella a la que imploraba. Cuando se repartía el pan, él cogía sólo una corteza, y hacía partes iguales que daba a escondidas a los niños. Todos los ojos de las madres se volvían hacia él. Los hombres murmuraban pensativamente: «Eres el mejor...» Por la noche, seguía él al grupo de los cavadores que iban a dormir bajo anchos cobertizos, al linde de la selva. Pero raros eran los que se echaban encima de los haces de paja. Una alta vieja, enflaquecida y desgreñada, cuyos ojos relucían como brasas, venía a rondar en torno a las casuchas, apoyada en una recia escoba. Al enfrentarse con su negra sombra pasando bajo la luz de la luna, los hombres exhalaban un suspiro, y otros murmuraban: «¡Es la fatalidad!» Las mujeres, de prisa, dormían a los niños; buscaban entre la paja retamas o pequeñas calabazas, o un pedazo de velo blanco. Y todos, unos tras otros, en silencio, desaparecían bajo la arboleda. Una noche, una fuerte moza de ojos ardientes dijo a Cristóbal: «Ven.» Y él, en su sencillez, cogió el bordón y partió. Por toda la selva, debajo de todo el follaje, oíase el roce de la gente que andaba en silencio. A veces, un grito prolongado cortaba el gran silencio... Y pasaban más rápidas las formas bajo el ramaje que rumoreaba. Así, Cristóbal llegó a un claro cercado de añosos y altos robles donde la luna apenas penetraba. Una multitud lo llenaba ya, llevando candelas, o alguna antorcha humeante que bailaba entre las ramas. Una amplia mesa de piedra blanqueaba en el centro; y un rayo de luna, cayendo encima, alumbraba un balde de hierro, junto a un trípode cubierto por una piel de chivo. Una impaciencia parecía agitar toda aquella negra turba, donde a veces relucía una mirada, como la de una fiera en la espesura. Una voz, a lo lejos, chillaba: «¡Vuela, vuela!» Y unas después de otras, nuevas voces quejumbrosas y dolientes murmuraban: «¡Vuela!»

Entonces la alta vieja descarnada avanzó, montada sobre la escoba. Otra corrió tras ella, con los espesos

cabellos al viento; y otra más, hasta que una larga hilera de mujeres, desgreñadas, con el pecho desnudo, un gran cendal blanco ondeando al viento, comenzó a girar en torno a la mesa, lamentable, con un movimiento de brazos abiertos semejante a un batir de alas cansadas. Dieron así una lenta vuelta, hasta que, parándose ante el trípode vacío, la alta vieja se detuvo, y, alzando los brazos, lanzó una invocación:

¡San Marcos te amargue,
San Mansos te amanse,
la Gracia te quede,
la Hostia te pique!
Siempre que me vieres
en mí te remires,
cuando no me mires,
¡que por mí suspires!

Y lúgubremente la turba entera gimió, con la cadencia de un martillo que cae sobre el yunque:

¡San Marcos te amargue,
San Mansos te amanse!

Súbitamente, la gran fila de mujeres se lanzó en una carrera, en la que los cabellos se mezclaban, las sayas, medio rotas, se desgarraban, gritando, clamando, aullando desesperadamente:

Siempre que me vieres
en mí te remires,
cuando no me vieres,
que por mí suspires.

La gran ronda giraba cada vez más rápida, con enormes brincos, que levantaban las blancas sayas sobre la cabeza, mezclando las greñas, haciendo entrechocar en el aire las escobas y las rocas. Ya, de entre la turba, que miraba alrededor, partían grandes gritos. Aquí y allá alzábase un brazo, sacudiendo furiosamente una antorcha. Saltos furiosos mostraban una saya revolando en el aire. Había aullidos de trasgos. Y entre las piernas de Cristóbal, aterrado, grandes formas, como de perros, huían a cuatro patas. Pero, más fuerte que todos los clamores, resonó una trompa de cuerno. Hubo entonces un silencio tan grande, que se oían moverse las hojas con el viento pausado de la noche.

De nuevo la alta vieja estaba ante el trípode girando su gran escoba. Y lentamente, en voz baja, con una súplica humilde, comenzó:

Yo te encanto y reencanto
y además te sobreencanto,
y por un brujo-salmón,
metido en un corazón,
y por hiel de excomulgado,
y por el cabrón pintado,
por el ala del murciélago,
el canto de la reguera,
y por la sangre del drago,
por todo lo que te traigo,
¡ven!

Un inmenso llamamiento resonó: «¡Ven!» Todos los brazos se alzaron desesperadamente hacia el trípode vacío. Y la vieja, como posesa del delirio, chillaba con invocaciones agudas que inmovilizaban el aire:

—¡Ven contra el Señor! ¡Ven contra el obispo! ¡Ven contra el letrado! ¡Ven contra el rico!

Y la turba clamaba cada vez con mayor ansiedad: «¡Ven! ¡Ven!»

Un gran crujido de malezas agitó la espesura; y sobre la mesa, despatarrado, apareció un hombre enorme, de larga barba negra, todo cubierto de negra pelambre, que le asemejaba a un macho cabrío. Sonó una aclamación y un delirio arrebató a todos. Las mujeres brincaban, los hombres agitaban los gorros, mientras el negro ser, inmóvil, asestaba en silencio sus ojos relucientes. Después, cuando se hizo de nuevo el silencio, aquel ser, extendiendo el pie, gritó con una voz ronca:

—¡Adorad!

Todos le besaron el pie, que desaparecía bajo las largas felpas del pelo.

Pero entonces un hombre, envuelto en un gran sudario blanco, dispuesto como una dalmática episcopal y con una mitra negra en la cabeza, fué cojeando hacia el altar a leer en un libro que sostenía con las manos. Cristóbal le conocía. Era el cojo que trabajaba a su lado rezongando palabras ininteligibles.

Habiendo colocado el libro sobre el altar, el individuo abrió los brazos, y comenzó la celebración de un rito que parecíale a Cristóbal, horrorizado, semejante a la misa de su aldea. Inclinado sobre el libro, con las manos juntas, murmuraba él una lectura; alzando los brazos, saludaba al ser peludo, y cuando, volviéndose hacia la turba, daba la bendición, todos se inclinaban, y estallaban risas bestiales con amargura. Aquel ser inmóvil, con las manos sobre las rodillas, recibía la adoración. Un acólito, lindo como un paje, mezclaba un líquido negro en un vaso. Y de las grandes encinas de alrededor caía una sombra negra, que la luna, aquí y allá, cortaba con manchas lívidas.

Como en la misa, resonó una campanilla. El individuo mitrado cogió el vaso, hizo una invocación, derramó una gota sobre los pies juntos del ser negro, bebió el resto, y, habiéndose limpiado los labios con la punta de su dalmática, subió a un trípode y permaneció recogido, como un predicador que va a lanzar su texto. Se hizo un silencio tan profundo, que se oía el más leve rumor de las hojas. Un rayo de luna daba en la cara barbuda del cojo, que comenzó a predicar.

Alzando los brazos, preguntó dónde se encontraba la felicidad para el pobre. La tierra era para él un lugar de desolación. Y desde que nacía hasta que le llevaban a la tumba no hacía más que gemir bajo la esclavitud. Del alba a la noche trabajaba. ¿Y a quién iba todo el fruto de su trabajo? Al señor, al obispo, al intendente, que venía con los arqueros. Para que el señor tuviese armas, él no tenía lumbre y temblaba de frío. Para que el obispo tuviese banquetes, él no tenía pan y palidecía de hambre. Para que el intendente viviese en casas cubiertas, él vivía en cubiles, que sus manos cavaban en la tierra.

¿Y eran sólo necesidades lo que sufría? No. Era apaleado, tirado al fondo de mazmorras, moría entre tormentos... Si su mujer era bella, venían hombres de armas y se la llevaban. Si su cabra daba buena leche, venía el senescal del convento y la confiscaba. Tenía que pagar para nacer, tenía que pagar para morir. No había piedad en los hombres para él. ¿La había, por ventura, en el cielo? El cielo mandaba las hambres, las pestes. ¿Quién salvaría al pobre?... Amo fuerte que le protegiese, sólo le quedaba Aquel que vive bajo tierra y que tiene todos los poderes.

El reunía a sus hijos, allí donde eran libres y donde no llegaba la lanza del señor, ni el báculo del abad. El enseñaba los remedios que libran de la peste. El hacía encontrar los tesoros. El hacía que refloreciese la tierra. El daba a comer de su cuerpo a los que tienen hambre, a beber de su sangre a los que tienen sed. ¡Gloria a él en las tinieblas!

Y la multitud gritaba:

—¡Gloria a él en las tinieblas!

Entonces, saltando del trípode, el cojo gritó:

—¡Es la hora! ¡Venid a comer y a beber, amad a quien os ame y sed hombres libres en el fondo de la noche libre!...

Súbitamente, aparecieron dos hombres llevando un gran carnero asado, que empezaron a descuartizar con unos cuchillos. Otros colocaron en la mesa de piedra una pipa de vino. Con un clamor bestial, toda la turba se lanzó hacia el brujo. El negro ser gritaba: «¡Comed de mi cuerpo, bebed de mi sangre!» Los pedazos sangrientos de la res desaparecían en las bocas voraces. En escudillas de loza, en vasos de boj, espumeaba el vino negro. Algunos huían con su ración para devorarla en silencio. Otros luchaban entre sí, como perros, disputándose un hueso. Las mujeres empinaban las escudillas de vino, que les escurría por los pechos. Había otros que, en la alegría de comer, danzaban, blandiendo un hueso pelado. Debajo de la mesa había brazos descarnados luchando por las sobras. Ya una embriaguez caldeaba las almas. Gritos roncos partían de las bocas de las mujeres. Y en pie, el gran brujo, intimaba a la luna a que se escondiese, para que los hombres fuesen más libres, en el fondo de la noche libre. Cristóbal, inmóvil, miraba, recostado sobre un tronco, con la cabeza escondida en el ramaje ligero. A veces, un pastor, agarrando una de las mujeres, se la llevaba hacia la oscuridad. Gemidos pecadores de goce sonaban en la negra espesura. Las brujas rasgaban los últimos trapos, y desnudas, hediondas, galopaban despatarradas sobre las escobas. La alta mujer morena arrebató y enlazó a Cristóbal con ojos que le devoraban, murmurando: «¡Ven!»

El empujó suavemente a la criatura, y solo, triste, con una tristeza infinita, empezó a caminar por la espesa maleza. Su corazón sangraba. Aquella gente clamorosa no era amiga del Señor. Sus almas estaban perdidas. Pero ¿por qué sufrían tanto? El cojo había dicho la verdad. Para el pobre sólo había miseria. Llegaba el señor con su gran lanza, después el obispo con su duro báculo. Y cuando ya nada le quedaba al pobre, surgía una mujer blanca, apoyada en una vara blanca, que era la Peste. ¡Pobres hombres! ¡Pobres criaturas! ¿Por qué no venía el Señor?

XIII

Pensando así, caminaba Cristóbal. Caminó todo el día. Desde la víspera no había probado ni pan ni agua; y al final del día, sentado en una piedra al borde de un camino, pensaba él dónde encontraría el pan de aquella cena. El sitio alrededor era solitario y triste. Ningún camino conducía a moradas humanas. Al lado, extendíase una gran laguna. Altos cañaverales alzaban sus mazorcas negras. Y el agua parecía dorada, herida por el sol que se ponía. Una bandada de patos silvestres volaba en lo alto. Y el silencio era triste y profundo.

Cristóbal iba a seguir caminando, cuando el *ruido de una cabalgata resonó a lo lejos, y apareció una comitiva, caminando con lentitud.* Dos ballesteros a pie marchaban al frente. Un siervo llevaba manojos de antorchas para la primera oscuridad de la noche. E inmediatamente detrás caminaba una amplia litera, con cortinas de cuero rojo y remates de plumas en las esquinas. Dos damas, al lado, montaban sobre mulas blancas. Alrededor iban caballeros con lanzas. Y las arcas de los equipajes cargaban los lomos de dos fuertes mulas con penachos rojos.

Cristóbal, en pie, en seguida se quitó humildemente su gorro. Y viendo aquella enorme forma, desgreñada, negra, en la claridad dorada de la tarde, los dos arqueros, parándose, tesaron el arco, y una de las damas lanzó un grito. La litera se detuvo, y entre las cortinas una dama muy vieja, envuelta en pieles, escudriñó, poniéndose ante los ojos la mano, calzada con un guante de caza. Pero Cristóbal cayó de rodillas, humildemente. Entonces, la dama dió

una orden, y un escudero, rudamente, mandó acercarse al hombre enorme. Avanzó él entre los caballeros, cuyas altas lanzas, rectas en las sillas, no le llegaban a los anchos hombros. Y por las cortinas descorridas de la litera, la vieja dama y otra más joven y pálida, y un niño rubio como un ángel, miraban con asombro. Cristóbal cayó de rodillas junto a la litera. Y como le preguntasen a qué tierra señorial pertenecía y por qué andaba solo por los caminos, Cristóbal, en su simplicidad, sólo pudo murmurar que venía de lejos y tenía hambre. La dama más joven palpó su escarcela, y el niño gritó: «¡Es el gigante que servía a Roldán!» Alrededor, los caballeros rieron con respeto. Y súbitamente el pequeño hidalgo, sentado sobre las rodillas de la vieja, pidió, con un lindo mimo, que le dejasen tener también un gigante, que le siguiese con una porra. La anciana sonreía. Y sin vacilar, dió orden a los caballeros de que trajesen a Cristóbal. Con un gesto le mandaron marchar al lado de los equipajes. Y de nuevo los cascabeles de los machos tintinearon, y la comitiva prosiguió lentamente. Habíase puesto el sol. Los escuderos encendieron las antorchas. Y a cada instante, entre las cortinas de la litera, aparecía la cabeza rubia del niño, que acechaba, queriendo ver a su gigante. Y Cristóbal supo, por los caballerizos, que aquéllos eran los señores del castillo de Riba-Dona, que quedaba más allá de las lagunas.

Muy pronto, en lo alto de una colina, entre grandes bosques que bajaban hacia el valle, surgieron las altas torres En la más elevada ardía una llama que se retorcía al viento. Sonaron largas trompas. Y a la entrada del puente levadizo aparecieron antorchas innumerables, que los escuderos levantaban en alto. El intendente, el senescal, dos frailes con hábito y otros caballeros, esperaban en el patio. En las ventanas ojivales brillaban claridades. Y la campana de la capilla repicaba alegremente. Un escudero, cuya barba blanca caía sobre un jubón de cuero blanco, recibió en sus brazos al niño rubio, a quien las damas agasajaban, hundiéndole en sus largas faldas de cola, orladas de pieles. Fué tendida una alfombra sobre la amplia escalera. Los perros ladraban alegremente. Un escudero, cuya barque sustentaba un escudo de armas, esperaba una azafata, con un jarro de plata en la mano, mientras otras, al lado, sostenían una bacía que rebrillaba, y una blanca y fina toalla. La cola enorme de la vieja que llevaba al niño de la mano desapareció bajo el alto portalón. Los caballerizos se llevaron los caballos de la rienda, otros recogían las lanzas. Y los caballeros, cuyas espuelas tintineaban sobre las losas del patio, contaban al intendente y al fraile que el viaje había sido feliz, con la ayuda del Señor, sin encontrar toros ni trasgos.

Pero, entre tanto, todos los criados rodeaban a Cristóbal, asombrados. El retorcía su gorro en las manos, humildemente. Los pajes reían de sus greñas hirsutas, de la inmensidad de sus pies, llenos de tierra. Los mismos cocineros habían acudido corriendo para admirarle. Los perros, asustados, ladraban.

Pero un paje llegó corriendo a llamar a Cristóbal a la sala de armas; y, siguiendo un corredor abovedado, por el cual tenía él que caminar todo encorvado, y con puertas de roble que apenas podía franquear, le condujo a una sala que era tan grande como la nave de una iglesia. Sobre las paredes había apoyados montones de lanzas. De las vigas del techo colgaban banderas, y al fondo,

en una amplia chimenea, ardían troncos de árboles, ante los cuales los caballeros, en pie, se calentaban las manos. Alzóse una cortina y aparecieron las dos damas, con el niño entre ellas, y seguidas de dos pajes que llevaban hachas de cera.

El pequeño señor del castillo (porque su padre había muerto hacía dos años en la guerra del rey de Occitania) acababa de cumplir seis años por Navidad, y era tan delicado y rubio, que le pareció a Cristóbal el Niño Jesús que había en el altar de la capilla. Pero desde pequeño había sido educado para ser un noble caballero: todas las mañanas le frotaban los labios con un pedazo de oro bendito, para que sus palabras fueran honestas y brillantes; su ropa era secada a la lumbre sobre el filo de una gran espada, para que creciese fuerte y aficionado a las armas, y llevaba al cuello un trozo del Santo Leño, para que su corazón estuviera henchido de amor al cielo. Su mayor encanto era siempre escuchar las historias de los paladines. De noche soñaba con Roldán, y extendía el brazo para empuñar la gran trompa que sonó en Roncesvalles. Y anhelaba libertar a damas presas en torres, domeñar dragones y ser servido por un gigante armado con una clava.

Y allí tenía su gigante, mayor que todos aquellos de quienes oyera hablar, en las veladas invernales, a los trovadores que pasaban mendigando, o a los peregrinos que habían visto las maravillas de Tierra Santa. Tieso, con la manita puesta en la cintura, la mirada brillante, estaba ante Cristóbal, que sonreía con la ancha cara barbuda, toda inclinada y enternecida hacia él. Entonces, alzando el dedo hacia lo alto, donde estaba el hombro de Cristóbal, dijo muy serio:

—Quiero subir ahí encima.

Su ayo lo levantó en brazos, pero no llegaba a aquella altura. Las damas reían; los caballeros, también, mesándose las barbas. Entonces, Cristóbal cogió delicadamente a la criatura y la colocó sobre su gran hombro. Allí en lo alto, el niño sonreía, viendo a todos abajo, tan pequeños, junto a las rodillas del gigante. Espoleó el hombro de Cristóbal, gritando: «¡Anda!» Y Cristóbal anduvo por la sala. Para pasar el niño apartaba las banderas colgantes. Sus ojos, llenos de orgullo, relucían como estrellas. Pero la madre, inquieta, alzaba las manos, llamaba: «¡Ruperto! ¡Ruperto!» Y el ayo, todo estirado en las puntas de los pies, tendía los brazos hacia las alturas de Cristóbal, para recoger a Ruperto, que se arrojó desde allí, riendo y sin miedo.

Entonces, la dama vieja dió sus órdenes al senescal. Cristóbal fue conducido a las cocinas, donde los pajes, los criados, corrieron a verle, sentado en el suelo, con una escudilla de barro en las manos, llena de vino, sumergiendo dentro grandes boronas, que un criadito le traía, a pares.

Tumbado aquella noche en una vieja caballeriza abandonada, Cristóbal sintió una gran paz y como un calor que le envolvía, y que procedía menos de la paja fresca en que yacía que del vago sentimiento de que alguien le estimaba, le quería, necesitaba de él. Era aquel niño, tan lindo, tan noble, con sus largos cabellos de oro. Y durante toda la noche soñó que una criatura así, cuyos cabellos rubios, cayendo sobre la camisa blanca, le envolvían en un brillo de oro, venía desde la punta de sus pies, caminaba a lo largo de su cuerpo, como por una carretera desigual que sube montes y valles; sus piececitos apenas se posaban; y, llegado junto a su cara, el niño se detenía, e inclinado sobre sus grandes

ojos, parecía contemplar dos lagos tranquilos y claros como espejos. Después, con el mismo silencio y caminando sobre su cuerpo, retrocedía hasta la punta de sus pies, desde donde se elevaba en el aire, resbalando en un rayo oblicuo de luna, que entraba por una rendija.

A la primera claridad del alba, antes que la trompa de los centinelas anunciase el día, Cristóbal, saliendo por una puerta abierta, fué a rondar en torno del castillo. Nunca había él visto construcción tan magnífica. Una larga muralla envolvía toda la colina. Los nenúfares crecían en el agua de los fosos. Y a lo lejos había arboledas, tierras de cultivo, por donde un río, cubierto de niebla a aquella hora, serpenteaba entre grandes chopos.

Desde hacía tanto tiempo había paz en aquellos feudos señoriales, que la hierba crecía en las grietas del puente levadizo. La horca patibularia, bajo la clemencia de las damas que gobernaban, tenía las vigas podridas y verdes de musgo. Y sobre el torreón erguíase una lanza, sosteniendo un yelmo y una calabaza, significando con ello que allí se daba hospitalidad a caballeros y peregrinos. Las torres, de tejados agudos, eran innumerables, y ostentaban todas banderas o flámulas, rojas y verdes, que revoloteaban en la brisa. Dragones, asomando de las almenas, vomitaban el agua de las lluvias. Y en cada ventana ojival, con blasones en los cristales, había un jarrón rojo en el que crecía una azucena.

Dentro de la muralla todo era magnífico. Las losas de los patios, bruñidas como las de una iglesia, estaban rodeadas de un reborde de tierra, donde crecían rosales. El pozo estaba rematado por un palomar que terminaba en una imagen de San Marcos, donde las palomas venían a posarse, arrullándose sobre su gran libro abierto. Detrás de la negra torre aislada, que servía de tesoro y de archivo, había un jardín florido, y a los lados un cobertizo para el juego de los bolos y una avenida para el juego de la lanza.

Y en la tranquilidad de aquel solar de damas, ajenas a las cosas de la guerra, respetadas en las largas leguas de los alrededores, los centinelas, en las almenas, jugaban a los dados o dormían como frailes ahitos.

Cristóbal se asombraba ante aquellas maravillas, cuando un paje le llamó a presencia de un intendente. En una sala abovedada, sentado en una amplia silla de roble labrado, ante una mesa cubierta de rollos de pergamino, de infolios con armas estampadas, el intendente señaló a Cristóbal sus obligaciones, que consistían en acompañar al señor siempre que saliese, a pie, al lado de su corcel y armado con una clava. Después, un hombre jorobado entró, y, trepando rápidamente a una silla, midió a Cristóbal con una vara de madera, desde la cabeza a los pies, y salió, retrocediendo y saludando, con un montón de tijeras y de alfileteros, que tintineaban en su cintura.

Cuando el traje, cuya medida así habían tomado, estuvo listo, Cristóbal recibió la orden de hacerse una maza con un tronco, y, vestido, de acompañar al señor, que iba a visitar sus bosques; y mientras le esperaba, en la clara mañana de agosto, Cristóbal no cesaba de mirarse en el agua clara de la cisterna, asombrado de los calzones de paño a listas azules y rojas que le cubrían las piernas, y del jubón rojo y azul que le cubría el pecho, con las armas bordadas de la señoría.

Muy pronto apareció el señor, montado en un potro blanco, con plumas blancas en el gorro, bajo el cual caían sus cabellos rubios. Un ayo, a

su lado, llevaba el halcón en el puño. Dos caballeros le seguían con la lanza en alto. Al ver a Cristóbal, el niño gritó de alegría, e hizo correr tres veces al potro, que se espantaba, en torno a Cristóbal, inmóvil, con su maza al hombro. Después, cruzando el puente levadizo, corrió por el ancho camino, volviéndose en la silla, airoso y vivo, para ver a Cristóbal, que trotaba con sus largas zancadas y la larga melena al viento. Por las puertas de las casuchas, los villanos del castillo se arrodillaban al paso del señor, que les tiraba monedas de cobre de su escarcela; después, en grupo, con los brazos extendidos, quedábanse mirando al gigante, que corría detrás.

Al final del paseo, habiéndose parado en un claro donde se levantaba una torre, el niño no quiso montar en el potro, sino volver al castillo cabalgando sobre Cristóbal. En vano el ayo, con una rodilla en tierra y el potro de la rienda, le rogó que montase. Con una viva mirada, dijo él solamente: «¡No quiero!» Y el viejo, suspirando, le ayudó a trepar hasta el cuello de Cristóbal, en el que montó, con sus espuelas apoyadas en el peto de cuero.

Entonces su alegría fué extraordinaria. Era como si estuviese en lo alto de una torre que marchase. Y unas veces le hacía parar para coger las flores más altas de los madroños, que tiraba al suelo; otras, quería curiosear los nidos; otras, espoleando el peto de Cristóbal, corría, agarrado a sus cabellos como a las riendas un jinete. Y así volvió al castillo, donde la madre y la abuela, en el gran balcón de piedra, juntaban las manos, entre inquietas y complacidas, al ver así al niño cabalgando sobre el gigante, como en los cuentos de los trovadores.

Y desde aquel día, el mayor goce del niño fué montar sobre Cristóbal. Eran entonces grandes correrías en torno a las murallas, o alrededor de los fosos; a veces más lejos, hasta la selva, Cristóbal siempre trotando, el niño siempre riendo. Y así, poco a poco, el niño tomó cariño a Cristóbal como a un caballo que le comprendía; hacíale reír, con violentos corcovos, o con pasos largos y ondulantes, como los de un gran dromedario. Cristóbal también, poco a poco, se entregó de todo corazón al niño. Cuando le sentía sobre los hombros, toda su cara se iluminaba. Por muy fuertemente que le tirase de los cabellos, sólo sentía la caricia de sus manos. Para hacerle reír, relinchaba como un corcel de guerra, o fingía miedo, no quería avanzar, y las espuelas del niño rasgaban el cuero de su tabardo. Los días de lluvia, en que el niño no salía del castillo, Cristóbal rondaba todo el día tristemente por los patios, con la tristeza de su ociosidad; y de noche se volvía a su cuadra, con los ojos fijos en la ventana donde brillaba la luz que alumbraba al niño.

A veces, sin embargo, el niño quería que Cristóbal viniese a presenciar su comida: y entonces dos pajes abrían más anchamente los grandes reposteros de tapicería para que Cristóbal penetrase en la amplia sala, cuyo techo estaba pintado de azul y sembrado de flores que brillaban como recortadas en oro. Inmóvil en un rincón, contemplaba al niño, que se sentaba al lado de la abuela, en una silla de alto respaldo como la de ella. Detrás, su ayo cogía los platos de manos del escudero. Sobre la mesa, cubierta de finísimo lino, tintineaban las copas de plata. Las credencias se doblaban bajo el peso de las vajillas. Una gran hoguera bailaba en la chimenea, donde estaba representado el sitio de Antioquía, y sobre los alcándaras de hierro bruñido, los halcones se afilaban el pico.

Pero a veces el niño quería tener a Cristóbal más cerca. Entonces, la madre, resignada, hacía un gesto seco, y Cristóbal, muy humilde, asustado de los esplendores señoriales, venía, inclinando los hombros, con su gorro en la mano. El niño quería que se arrodillase, con las manos en el suelo, y le golpeaba en las espaldas, tendíale pedazos de carne, que él comía ruidosamente, para divertirle más.

Otras veces, de noche, un paje venía a buscar a Cristóbal a las cocinas, y entraba él en la gran sala, donde ardía una hoguera en la chimenea. Sentada en su silla, la abuela tenía un libro de horas abierto sobre las rodillas, con el niño al lado. Enfrente, la madre hacía tapicería. Y un trovador, al pie, sentado en un escabel, contaba un largo romance de caballería y de amor. Era siempre un paladín de armas negras, una dama encerrada en alguna alta torre, un gigante guardando la puerta de un castillo encantado. El niño exclamaba:

—¡También yo tengo un gigante!

Y hacía entonces levantarse a Cristóbal, que parecía monstruoso, con las gruesas rodillas vivamente iluminadas por la llama de los troncos ardiendo, la cabeza casi perdida en la sombra de las altas vigas. El fraile alzaba los párpados soñolientos; la dama quedábase con la larga aguja suspensa sobre la tapicería; y todos, mirando a Cristóbal, sentían más real y viva la larga historia de hadas y caballeros. Después, los escuderos servían pasteles secos y grandes jarras de hipocrás.

Así transcurrían apaciblemente los días en el castillo tranquilo. El vigía, invariablemente, al anunciar con un toque de trompa la salida del sol, izaba en el mástil de la torre del homenaje la gran bandera de seda con las armas del señor. Las ventanas del castillo se abrían; el sacristán barría la capilla; el siervo de los corrales llegaba cargado con sus cántaros de leche, y los pajes, cantando como pájaros que despiertan, bajaban corriendo hacia el juego de bolos o hacia la liza cubierta, donde el maestro de armas probaba ya las armas, doblando las hojas, o examinaba los hierros de las lanzas.

Si el tiempo era claro, las damas y el niño daban un paseo por los altos terrados. El niño, a veces, asomándose, gritaba llamando a Cristóbal, mientras las damas respiraban el aire fresco o seguían el vuelo de los halcones jóvenes, que los halconeros adiestraban.

Al mediodía, dos trompeteros anunciaban la comida de los señores; en el portalón del castillo íbanse reuniendo los pobres de las tierras señoriales, para recibir después, en los sayones extendidos, las sobras de los panes o los huesos de la aves.

A veces, por la tarde, un repique de panderetas y de cascabeles anunciaba la llegada de una compañía de trovadores y juglares: uno de ellos, con el gorro en la mano, pedía permiso para dar una representación en el patio. Las damas acudían al balcón; todos los pajes corrían, el archivero sacaba la cabeza al exterior de la ventana de la torre, los cocineros acechaban entre las rejas de hierro, y en el patio, los juglares, tirando bolas, danzando en la cuerda floja, levantando pesos o representando farsas, provocaban grandes *¡Ah! ¡Ah!* lentos y maravillados. Cuando se iban, siempre alguno de ellos llamaba a Cristóbal con un gesto discreto, y, fuera del puente levadizo, intentaban persuadirle para que se fuese con ellos, en una vida alegre y libre, a recorrer los castillos, visitar las ferias, entrar en las ciudades, ganar dinero para la vejez. El se negaba con un lento movimiento de cabeza.

Y ellos seguían, volviéndose aun para verle, calculando las ganancias que obtendrían con la exhibición de aquel gigante.

Otras veces era una comitiva de hidalgos que llegaba de visita. El patio estaba todo sonoro del relinchar de los corceles. Los pajes corrían atareados. En las ventanas vareaban las alcatifas; y en las cocinas, el maestro cocinero, más rojo y sofocado que un pimiento, preparaba grandes empanadas, de donde saldrían palomas vivas. En esos días, el niño sentía el orgullo de mostrar a su gigante, y ante los caballeros, pasmados, Cristóbal corría alrededor, con el niño a caballo en su hombro. Y el capellán de los huéspedes tomaba siempre las medidas de Cristóbal, para contarlo en las historias.

Otras veces, ya cerrada la noche, resonaba a las puertas del castillo una trompeta de guerra. Y entraba un caballero silencioso, cubierto de hierro, seguido de su escudero. Una azafata corría con el aguamanil de líquido perfumado para verterlo en las manos; un paje le despojaba de su lanza; otro iba delante con un hacha de cera, y el caballero, con el yelmo en la mano, sacudiendo los cabellos, lanzaba un nombre sonoro de paladín, famoso ya en aquellas tierras. O si no, era un peregrino, a quien los escuderos llevaban primero a la cocina, donde él extendía su manto ante la lumbre para secarlo de la humedad de los caminos. Cristóbal cogía con respeto su bordón, del que colgaba una calabaza. A poco, un capellán le conducía ante las damas, a quienes él contaba sus viajes, las maravillas del Santo Sepulcro; y Cristóbal esperaba, para besarle la orla de su esclavina, que había tocado la tumba del Señor.

Así pasaban los años. El niño crecía, y ahora empezaban a enseñarle todo cuanto se refiere a las cosas de la caza y a las cosas de la guerra. Todos los días el montero traía perros para completar la jauría del señor, y llegaban, a lomos de las mulas, cajas conteniendo armas taraceadas, para que el niño aprendiese su manejo. Pero por deseo de la abuela, que era aficionada a las cosas del *gay-saber*, el niño se pasaba largas horas con el capellán, que le enseñaba a conocer las letras, los números y a trazar su nombre sobre un pergamino. Poco a poco, el niño perdió su curiosidad por Cristóbal. Y ya a veces pasaba ante él sin sonreírle o hacerle una seña con la mano, calzada ya con el guantecillo de caza.

Pero Cristóbal no vivía ocioso. Los pajes le daban las armas a limpiar. El sacristán, viejo y torpe, le rogaba que barriese la capilla, e incluso era él quien encendía los hornos de la cocina o lavaba la vajilla sucia. Luego, un día, la abuela, habiendo leído una historia en que un gigante guardaba un tesoro, quiso que Cristóbal guardase la torre donde estaban los archivos y las arcas del dinero. La torre, entonces, fué su cuidado: constantemente la vigilaba para limpiarla de musgos o de hierbas. Todas las mañanas y todas las tardes golpeaba las rejas de las estrechas ventanas para comprobar que ningún hierro estaba flojo o desoldado. Era él quien llevaba la comida y la cena al archivero, siempre inclinado sobre sus pergaminos. Y ahora dormía a la puerta de la torre, con la gran llave de hierro muy apretada en su mano. Sin embargo, algunas veces, el niño quería aún que le siguiese Cristóbal. Eran sus días alegres. Como un perro medio abandonado, sus ojos sencillos y bondadosos imploraban una caricia. Pero en breve, el niño, con un gesto, le despedía. Ahora sólo se interesaba por armas, halcones y corceles de guerra. Y Cristóbal, suspirando, con

el corazón oprimido, se iba a tumbar junto a la torre, con la gruesa llave sobre las rodillas.

Después, un día, llegó un pariente al castillo, trayendo como presente al niño un enano deforme, poco más alto que una saeta, con una cabeza enorme, de ojos perversos, y una larga barbilla rala, que le hacía como una barba de macho cabrío. El niño tuvo entonces la pasión de su enano. Y nunca más se fijó en Cristóbal.

El dolor de éste fué inmenso. Y el castillo se le hizo de pronto tan frío y desierto como un cerro batido por los vientos del Norte. Todo el día sus ojos acechaban los terrados donde el niño paseaba, la puerta por donde salía, la liza a donde iba a lanzar flechas. Y cuando aparecía, Cristóbal se escondía en las esquinas de las torres, no queriendo mostrarse al notar que no era deseado, por temor a ver que no era llamado con la risa alegre de otro tiempo. Y en su sencillez, pensaba: «¿Qué le hice yo? ¿Por qué no me quiere?» Todas las noches soñaba con él. Era siempre el mismo niño, con los cabellos rubios sobre una camisa muy blanca, que caminaba por su cuerpo; pero en lugar de venir a examinar su cara, venía tan sólo para hundirle la punta de su saeta en el sitio donde oía latir el corazón, con un gesto seco y cruel.

Sentado a la puerta de la torre, pensando en aquella ingratitud, exhalaba grandes suspiros; y el archivero asomaba la cabeza por el postigo al percibir aquel dolor. Para estar mezclado, al menos, en las cosas del niño, era él quien limpiaba su potro favorito, y a veces hasta le besaba el hocico; y la silla en que montaba el niño, las riendas forradas de terciopelo, sus estribos de plata, eran como cosas sagradas que tocaba con devoción.

Por aquel tiempo, una mañana hubo un gran ruido en el castillo. El niño estaba enfermo. En seguida dos pajes partieron al galope y no tardó en llegar, montado en su mula, el físico, con su caja de drogas. Fueron entonces unos días de inquietud. La capilla estaba todo el día encendida, y, las ayas, rezando. De un convento vecino trajeron las reliquias de San Teódulo. Los pajes, sin jugar, sin luchar, cuchicheaban amedrentados por los rincones; y otros iban a buscar peregrinos por los caminos, o mercaderes ambulantes que trajesen de lejos alguna receta nueva y desconocida. Cristóbal no dormía. Toda la noche sus ojos estaban clavados en las ventanas de los aposentos del niño. Interrogaba, temblando, a las azafatas. Iba por las casuchas de techo de rastrojo de los siervos preguntando por hierbas. Fué muy lejos a consultar a un pastor hechicero. Y para que ningún ruido inquietase al niño, permanecía de noche, con una larga vara, azotando el agua de los fosos para hacer callar a las ranas.

Un día, sin embargo, el niño apareció en el terrado del castillo, apoyado en las dos damas, pálido aún, sonriendo al sol invernal. Todos los criados, los siervos, corrieron a saludarle desde lejos con los gorros. La campanita de la capilla repicaba alegremente. Y Cristóbal, con las manos juntas, esperaba ansiosamente a que los ojos del niño se fijaran en él. El niño se acercó al borde del terrado, y sus ojos, vagos y tristes todavía, parecieron no reparar siquiera en su gigante. Cristóbal se volvió a su torre, con dos gruesas lágrimas corriéndole entre las barbas.

XIV

El castillo perdió entonces para él todo su encanto; y, como sofocado, entre sus altos muros, volvía sus pensamientos hacia los campos y hacia

las moradas de los siervos, entre quienes había nacido. Como la paz era tan grande, ninguno de los servicios de guardia se hacía con exactitud: los centinelas dormían en los torreones, como frailes en el locutorio; los porteros dejaban los manojos de llaves colgando de las argollas de hierro, y la torre de los archivos no necesitaba ser custodiada. Así, pues, en cuanto la barría, Cristóbal, cogiendo el bordón, se iba por las tierras del feudo, por las casuchas de los colonos y siervos.

Todos le conocían. Había siempre para él un pichel de vino, y Cristóbal jugaba con los niños o ayudaba a esquilar los corderos. Poco a poco se convirtió en el servidor de todos, y, como antaño en su aldea, era él quien acarreaba los fardos, partía la leña, componía los tejados, araba los terrenos más duros. E incluso, a veces, iba a pastorear los rebaños o guardar los molinos. Por la noche quedábase entre aquella pobre gente, sin añorar el buen calor de las cocinas del castillo, el pan tierno y su amplia porción de carne salada. Reunidos ante el lar, en una de las casuchas, pasaban el final de la tarde, ya en la oscuridad, mirando la lumbre donde las muchachas asaban castañas en la ceniza. Y Cristóbal, en medio de ellos, escuchaba su habla lenta y grave. Los más viejos contaban historias del anciano conde, hombre cruel, que en los campos empujaba su corcel contra los labradores o talaba los vergeles. Decíase que tenía pacto con el demonio, y muchos habíanle visto cazar de noche, a la luz de las antorchas, guiado por un cazador todo rojo, que tocaba una trompa de la que salían chispas. Otros tiempos más suaves vinieron con el otro conde, el que murió en las guerras, y con las damas, tan clementes, que las horcas patibularias se estaban pudriendo. Pero ¡cuánto les pasaba aún aquel alto castillo de blasones y flámulas! ¡Qué dura era todavía la vida, siempre sujeta, toda de duro trabajo! Y cada uno contaba su miseria, el incesante penar, el pan escaso, los hijos harapientos durante los grandes fríos; el hambre, que venía a veces con sus dientes de loba... Las voces se iban haciendo más tristes. El viento entraba por las grietas de las casuchas. Las madres, con un suspiro, mecían las cunas, donde dormían inocentes, destinados a la misma servidumbre y a la misma miseria. Cristóbal sintió que le dolía el corazón, con una compasión infinita.

A veces, un fraile mendicante llamaba en el portón, y entraba echando bendiciones, dejando en un rincón su alforja, e iba a calentarse a la lumbre los pies, doloridos de los caminos, lacerados por las ortigas, y el hábito de estameña que humeaba. Hijo de villanos, habiendo nacido en la labranza, conocía las miserias de la servidumbre, y, fraile pobre, sufría con la opresión, con el orgullo de los prelados ricos, que tenían castillos y tercios armados. Entonces, sentado en la mejor banqueta, con el rosario caído entre sus rodillas, hablaba él también de la miseria de los tiempos. Ciertamente, Nuestro Señor, cansado de tanta maldad de los grandes, no tardaría en volver a la tierra, en repartir mejor el pan, en reformar las órdenes, en abatir el orgullo de los ricoshomes. Y ¿quién sabe? ¡Los caminos de la Providencia son inescrutables! Tal vez, para castigar los castillos, Dios rebelase las cabañas. Un chuzo resulta la mejor armadura cuando es la mano de San Miguel Arcángel el que lo impulsa. Tal vez en la tierra se repitiese en breve la batalla del Arcángel contra el demonio. Ya había un fuego en el cielo, hacia el lado del Oriente. Y sobre el mar habíanse vis-

to, alzadas y entrechocando, una hoz y una lanza. Y entonces, bajando la voz, contaba cómo en los condados por los cuales había pasado los hombres se reunían de noche en un bosque y tramaban el fin de la servidumbre.

Cristóbal regresaba pensativo al castillo. Y todas aquellas torres, aquellas murallas, le parecían de un aspecto cruel y hostil al pobre. ¿Por qué no habría para todos el mismo hogar, el mismo pan? Aquellos tesoros que él custodiaba en la torre serían la abundancia para los niños de toda la tierra. ¿Para qué eran tantas armas? Los hombres no debían pelear, sino tan sólo abrazarse, en concordia.

Un día en que él así pensaba, sentado al borde de los fosos, vino a pasar un viejo, uno de los siervos del castillo, aguijoneando su burro cargado de hierba. Parecía tener prisa, y en su mirada había como una inquietud. Al ver a Cristóbal, se detuvo, diciendo: «¡Malas nuevas, malas nuevas!» Y como Cristóbal abría mucho sus ojos ingenuos, el siervo contó que en el mercado de donde venía corría el rumor entre la gente de que un bando de siervos se había levantado, en un dominio, lejos, detrás de las colinas, teniendo por grito: «¡Muerte a los castillos!» Otros siervos se les habían unido, con chuzos. Toda la tierra parecía sublevada. Y ya dos castillos habían sido atacados, las damas muertas, los niños muertos igualmente, y ahora las dos torres ardían en la colina. Y sin más palabras, aguijoneó a su jumento cargado de hierba. Pero inmediatamente, Cristóbal se levantó y empezó a seguirle. Cuando llegó detrás de él a la aldea, ya había grupos en el atrio, y se hablaba en voz baja a la puerta de las casuchas. La noticia había llegado en el viento, y a todos espantaba. En las caras de los mozos había como una emoción, la duda de si no sería deber de todos coger las hoces, las azadas, forjar armas con el hierro de los arados e ir a unirse a los hermanos de servidumbre y vengar a los pobres. Los viejos movían la cabeza con gran prudencia. ¿De qué serviría? Siempre los barones vencerían, bajando en sus grandes corceles. Y las mujeres, inquietas, recordaban la bondad de las damas del castillo, sus limosnas, los pedazos de cordero que por Navidad mandaban a todas las casuchas. ¿Qué sucedería si el bando venía a atacar el castillo? No había soldados para defenderlo, ni armas. ¡Pobres señoras, tan solas y débiles! ¡Pobre condesito, tan débil y solo!

Cristóbal escuchaba en silencio. Y en silencio también regresó al castillo. Toda aquella tarde rondó por las murallas como para estudiar su solidez y resistencia. Después, con sus puños fuertes, palpó las puertas. Y como en aquel momento pasaba el intendente, seguido por su perrazo, le preguntó:

—¿Qué haces, Cristóbal?

El respondió:

—Anda mala gente por los caminos: es necesario levantar el puente.

El intendente sonrió, encogiéndose de hombros, y aquella noche hizo reír a las damas, contando los terrores del gigante. Cristóbal, sin embargo, no dormía. En lo alto de la torre albarrana acechó toda la noche las tierras de alrededor. A lo lejos, sobre una colina, había como fuegos de un campamento. Pero no se oía ningún rumor, más que el canto de los sapos en la llanura. Cuando llegó el alba, Cristóbal bajó, y, yendo al cobertizo de los aperos, escogió dos enormes trancas de hierro, que servían para atrancar las puertas y que ya no se usaban. Después, la campanita tocó a misa en el aire fino. El archivero vino a sentarse entre sus

infolios y las damas repartían el trabajo a las hilanderas y a las siervas. Y todo el castillo reposaba en la santa paz del domingo, cuando un paje que hacía una trampa para los pájaros en las almenas lanzó un grito que despertó a los arqueros, adormecidos en su garita de piedra. En seguida un son de trompa, una gran llamada de alarma resonó. Todos los pajes corrieron a las almenas. Las damas aparecieron detrás de los cristales del balcón. Y los cocineros salían a los patios con sus cacerolas en la mano.

Muy pronto corrió el rumor de que una banda armada avanzaba sobre el castillo. Los pajes corrieron en confusión, a la sala de armas, a coger espadas y lanzas. Los guardas atrancaban las puertas desesperadamente. Y el intendente, con los cabellos al viento, gritaba que se calentase pez, alquitrán, para verterlos sobre el bando si intentaba escalar las murallas. Pero nadie escuchaba en el desorden. La larga paz había desacostumbrado a los habitantes del castillo de la disciplina, de la prontitud. No había un caballero para mandar. Y las mujeres, corriendo hacia la capilla y llorando, desgarraban los corazones.

Súbitamente, un gran alarido resonó bajo los muros. Cristóbal subió a las almenas. Vió un inmenso bando de hombres, siervos harapientos, furiosos, blandiendo hoces, chuzos, antorchas, amontonándose en el puente levadizo, que nadie se había acordado de levantar, mientras otros, alrededor, a grandes hachazos, abatían las horcas patibularias y el banco de piedra de la justicia, cubierto de musgo, bajo el olmo señorial. Ya sonaban hachazos contra la puerta, haciendo saltar astillas. Un tronco enorme, sostenido por innumerables manos, fué traído, lanzado como un ariete contra la puerta, topando en ella como un carnero. Arriba, los arqueros disparaban flechas con mano poco firme. Cada grito de un herido excitaba más a la turba, los hachazos redoblaban y la vieja puerta quedó muy pronto rajada. Entonces, los arqueros, los pajes, bajaron a refugiarse en la torre, y Cristóbal, cogiendo en sus manos las trancas de hierro, corrió hacia la torre señorial. Dentro, en la gran sala abovedada, estaban las damas, pálidas, una junto a otra, con el condesito entre ellas, casi escondido entre sus vestidos. El viejo senescal rezaba de rodillas. Y alrededor se amontonaban los infolios, los archivos de la casa, los grandes árboles genealógicos, todo lo que constituía el orgullo de aquella familia. Era como la ciudadela del feudalismo, donde todo se hallaba resumido, la esperanza de una casa, sus títulos, sus tesoros, todo su orgullo. ¡Y todo aquello estaba amenazado por una plebe sublevada!

Cristóbal fué humildemente a colocarse al fondo de la sala abovedada. Y tan grande era el terror, tan arraigado el desdén por los siervos, que no era en él en quien los señores pensaban, ni el poderoso auxilio de su fuerza indomable, sino en las espadas de los pajes, a quienes ellas gritaban que defendiesen la puerta.

Por los patios, entre tanto, ya los gritos de los heridos resonaban entre el clamor de la turba de los Jacques (1), que llegaba como una ola

(1) *Jacques*, es decir, Jacobos (o también Santiagos y Jaimes). Como ya quedó indicado anteriormente (al ser mencionado este término por primera vez en otro texto queirosiano), se dió el nombre de *Jacquerie* (o los de *Jacques Bonhomme*—Buen hombre, por su paciencia—y *Jacques de l'Ille-de-France*) al levantamiento, justo y deplorable, que estalló el 28 de mayo de 1358, festividad del Corpus, en la región francesa de Beauvais; levantamiento de los campesinos y villanos contra la nobleza, hartos aquéllos de

que ha roto los diques. Y apenas la puerta de la torre quedó cerrada, cayeron sobre ella enormes hachazos, entre los aullidos de furor, el ruido de los cristales que se rompían, los gritos de los siervos expirantes. Dentro, nadie hablaba, todos con los ojos clavados en aquella puerta atacada, viejas tablas de roble y mohosas chapas de hierro, que eran la única defensa contra la muerte. Los pajes, más pálidos que la cera, ablandados por los años de paz, sin preparación guerrera, formaban delante de las mujeres un cerco de espadas, espadas cuyas puntas temblaban. El capellán rezaba encorvado. Y el archivero extendía los brazos por encima de sus infolios, como para protegerlos, con los ojos clavados en la puerta y estremeciéndose a cada hachazo. Sólo la abuela parecía serena, sostenida por su orgullo, con el pecho erguido, como preparado para la muerte, mientras su nuera sucumbía, agarrada al hijo, bañándole en lágrimas. Y por la escalera de caracol, que subía al piso superior, se apiñaba la servidumbre, las ayas, algunas con su rueca en la mano todavía.

¡Bajo los golpes desesperados, la puerta cedía! Por las grietas de la muralla entraba el humo de las hogueras que los jacques encendían en el patio para pegar fuego al castillo, con los muebles que arrastraban de las salas, sillas con blasones, arcas llenas de telas. Ya nadie contaba con la vida. Dos ayas viejas, con los rosarios en la mano, pedían la ab-

---

la larga y terriblemente opresora miseria en que los tenían los señores feudales. El alzamiento, pese a su justicia y justificación innegables, fué reprimido con una dureza brutal e inexorable. Genéricamente se ha dado después el nombre este de *Jacquerie* y de *Jacques* (desvirtuando algo su auténtico sentido histórico) a todo alzamiento popular cuya realización ofrece caracteres sangrientos y arbitrarios.

solución al *pater*, que no las escuchaba, de rodillas, castañeteando los dientes, entre gritos de *misereres*.

De repente, la puerta cedió, cayó bajo sus grandes goznes partidos, y puntas de chuzos, de hoces, caras lívidas, brazos descarnados, irrumpieron con una furia de matanza. Ya un gran viejo, andrajoso, saltaba sobre la puerta, con una hoz en cada mano, cuando del fondo de la bóveda surgió Cristóbal, enorme, con la cara ardiente y una barra de hierro en cada mano.

Fué como una aparición, y la turba furiosa retrocedió con terror. Era como si surgiese ante ella, visible, real, aquel gigante monstruoso, guardián de torres, del que habían oído hablar, pálidos de espanto, en las historias contadas ante el hogar. Y en aquel momento de espanto, Cristóbal, con un gran grito, cargó contra la turba, que retrocedió en tropel, recogiendo los chuzos y las hoces. Bajando la cabeza, Cristóbal irrumpió de la puerta como una gran torre, y en el aire libre del patio su figura oscura, cubierta con una piel de lobo, brillándole dos llamas bajo la hirsuta maraña de las cejas, pareció brotada del infierno y como henchida de una fuerza invencible. Sus gritos hacían retemblar los muros, y las dos barras de hierro cortaban furiosamente el aire, silbando. A cada una de sus grandes zancadas, la turba retrocedía, con un ronco murmullo de terror. Algunos habían huído entre las hogueras, donde ardían los pesados muebles de roble labrado. Las mujeres del bando gritaban que era el demonio, y algún que otro chuzo que se alzaba volaba en astillas bajo el golpe de la barra de hierro.

Hacia atrás, hacia atrás, siempre hacia atrás, iba la turba, cruzando de nuevo los patios, tropezando en los siervos asesinados, cayendo sobre los fuegos que encendiera. Ya esta-

ban contra la muralla. Ya volvían las espaldas para huir. Entonces, con un último aullido, que atronó toda la colina, cargó contra la turba, que, en un súbito pavor, franqueó la puerta abierta, se precipitó por el puente levadizo, bajó de golpe la colina, hasta parar en el valle, donde los carros esperaban. Y Cristóbal, pasando también el puente, quedóse en medio de la colina, inmóvil, grande como una torre, apoyado en su barra de hierro y secándose el sudor. Pero entonces, de entre la multitud que abajo se agitaba, un viejo avanzó, con una rama de olivo en la mano y se dirigió a Cristóbal. En la mitad de la colina se detuvo, y, alzando los brazos, preguntó a Cristóbal por qué los atacaba él, siervo, que seguramente sufría por su servidumbre, a ellos, siervos también, que al cabo de tanto tiempo de sufrimientos sólo querían participar de alguna de las dulzuras de la tierra. No era sólo por afán perverso de destruir por lo que ellos atacaban los castillos. Es que allí, entre sus murallas, estaba la gente orgullosa que los esclavizaba, causaba el hambre de sus hijos, el frío de sus moradas, las fatigas sin nombre, y ellos venían simplemente a matar el mal de la tierra. El viejo que le hablaba había trabajado cincuenta años la gleba, tenía el cuerpo doblado por los vergajazos, había visto su choza incendiada por el señor; a su alrededor, durante largo tiempo, sus hijos habían gritado de hambre, temblando de frío, y expulsado, aplastado, pisado, exprimido por la fuerza como un trapo vil, cogió un cuchillo y marchó a hacer justicia en el mundo. De todos los suyos sólo le quedaba un nieto, un nieto pequeñín, de seis años, inocente y sencillo como un cordero. Y porque éste había quitado una manzana de la pomarada del castillo, del que era siervo, el señor le hizo colgar por las manos de un árbol, azuzó contra él los perros, y durante toda una noche de invierno lo dejó, desnudito, bajo la nieve. Cuando le descolgaron del árbol estaba moribundo. Y la voz del viejo temblaba. Cristóbal había dejado caer la barra de hierro, y con las manos vacías, colgantes y abiertas en el aire, la cabeza caída, parecía meditar en el fondo de su simplicidad. Y el viejo, avanzando, le preguntaba por qué no se unía a ellos para abatir los monstruos que matan niños en sus negros castillos, para acabar con los amos crueles, para que bajo el cielo, por un momento, los humildes respirasen y enjugaran sus lágrimas. Y el viejo se secaba las lágrimas con sus pobres manos trémulas. Entonces, lentamente, Cristóbal asió su barra. Bajó poco a poco la colina. Y el viejo, delante, gritaba agitando la rama, tropezando en las piedras:

—¡Este es el gran gigante que viene a libertarnos!

Los jacques no comprendían apenas. Algunos, viendo bajar a Cristóbal, huían saltando los vallados. Otros, furiosos, enristraban los chuzos. Pero Cristóbal, blandiendo la barra, gritó:

—¡Venid!

Y en un impulso irresistible, todo el bando le siguió con una aclamación, mientras desde las murallas del castillo el intendente, entre los hombres de armas, en pie en las almenas, extendía el brazo, señalando a Cristóbal, que se unía a los jacques y partía a través de las campiñas.

XV

Todas las mañanas marchaban por las tierras, penosamente. Era el viejo el que los guiaba; y Cristóbal, en silencio, caminaba a su lado, con su barra de hierro al hombro. Detrás,

iba la larga fila de los míseros harapientos, con viejas cotas de armas, cuya malla se deshacía, yelmos abollados, en los que algunos habían prendido plumas; las piernas desnudas y las manos alzando hoces, chuzos y estacas. Iban después las mujeres, unas con hijos flacos colgados de las sayas, otras llevando en brazos a los más pequeñines, y las más viejas, encorvadas bajo fardos, en los que habían reunido lo que quedaba en las arcas, alguna escasa libra de pan, una alcuza de aceite, un trozo de carne salada; y detrás venía otra fila de hombres, viejos pastores con su cayado y su mastín, segadores levantando en alto la hoz, siervos fugitivos, mendigos, largas filas de miserables, que no podían caminar de famélicos y dejaban una densa nube de polvo, que permanecía cerniéndose en el aire.

Al comenzar la tarde, guiados por el viejo, se encontraron de repente, después de haber costeado un pinar, ante un castillo flanqueado por dos torres; y en aquel momento venía, saliendo del puente levadizo, a caballo, un señor de largas barbas blancas, sin armas; a su lado, montado en una hacanea blanca, una azafata llevaba en brazos una niña, y detrás seguían cuatro escuderos armados de lanzas. Al ver de pronto aquella turba que avanzaba, el señor se detuvo, uno de los escuderos tocó desesperadamente la trompa, mientras otros toques respondían desde las almenas. Y, volviendo la yegua, el aya galopó hacia el interior del castillo. Ya las murallas se cubrían de soldados. Pero el señor, desarmado, fijó, sin moverse, sus ojos de águila sobre la inmensa turba de miserables, que en una fila, por el camino tortuoso, lanzaba gritos de ataque, blandiendo sus hierros. Entonces Cristóbal, con un gran movimiento de su barra de hierro, detuvo a la turba, que se inmovilizó. Y, arrojando la barra, avanzó solo, con los brazos abiertos, hacia el señor, inmóvil sobre su gran corcel. Toda la muralla, encima, estaba cubierta de arqueros, de hombres de armas. Todo el camino, abajo, estaba negro de la multitud de andrajosos. Y en el puente levadizo, el caballero y el gigante quedaron solos, cara a cara.

Entonces, haciendo brotar una recia voz del pecho, Cristóbal gritó:

—Venimos en son de paz. Traemos mujeres y niños. Nada tenemos contra ti... Pero todos los que me siguen tienen hambre. Detrás de tus murallas hay tesoros, arcas llenas de pan, grandes piezas de carne sobre la lumbre... Estos que vienen conmigo no tienen una moneda de cobre, trabajan toda la vida, sufren de hambre, ven a los niños devorar las raíces, mueren en los rincones de los bosques como lobos, y la vida toda es para ellos un tormento... Da una limosna de tu abundancia a esta pobreza que pasa. Si quieres, ven, no temas, pasa entre esta multitud, contempla esos cuerpos flacos, mira los niños llorando de hambre, las viejas tropezando bajo los fardos, toda una miseria que ya no puede sufrir más... ¡Ten piedad!

Y habiendo hablado así, Cristóbal volvió a sumirse en su simplicidad; permaneció callado, atontado, con sus ojazos de buey de labor clavados en el castillo. Despacio, el señor volvió riendas, y al paso, con la cabeza baja y pensativa, se adentró por la puerta del castillo. Pero las puertas no se cerraron, y de dentro, a poco, salió un siervo arrastrando una vaca; otros trajeron carneros; otros, grandes cestos con pan, sacos de habas; otros, un arca que estaba llena de dinero; y habiendo reunido todo en un montón ante el puente levadizo, uno de los siervos gritó, retirándose:

—¡Este es el don de mi señor a los pobres que pasan!

Y el puente levadizo subió, con un fuerte rechinar de cadenas de hierro.

Mandados por el viejo, sin desorden, los jacques cargaron a sus espaldas y en los carros el donativo del señor y emprendieron de nuevo su camino, llevando al frente a Cristóbal, que parecía mudo y como asombrado, con su gran barra de hierro.

Corría un regato por la falda de la colina. Y allí se detuvieron los jacques para pasar la noche. En breve se encendieron fuegos. El viejo colocó centinelas en todas las esquinas. Y aquella noche los niños no lloraron de hambre, y hubo gratitud en el corazón de los hombres. Cristóbal no quiso más que un pedazo de pan. Bebió agua pura del regato, y toda la noche, sentado en una piedra, mientras dormían los jacques, tumbados en el suelo bajo los árboles, él contempló las estrellas y pensó en Jesús, que estaba detrás, en aquella claridad de sus lámparas, y en que le veía tal vez entre aquellos desgraciados, como un padre entre sus hijos.

De madrugada, los jacques levantaron el campo, y, guiados siempre por el viejo y por el fraile, partieron a lo largo del regato, hasta que, llegados a los primeros robles de un gran bosque, notaron un olor nauseabundo, y vieron un hombre, un siervo ahorcado de la rama de un árbol y ya medio roído por los cuervos. Corrió una indignación entre los jacques, cuando algunos que se habían adelantado descubrieron otros cuerpos colgando de los árboles. Al ruido de la turba, los cuervos huían entre el ramaje; y bajo los pies de los muertos, suspendidos en lo alto, el suelo estaba todo hollado por las patas de los lobos. Allí arriba, en una colina negra en la luz clara, aparecían las torres de un castillo. ¡Y aquello era seguramente la *justicia* del señor feudal!

Entonces un clamor de cólera corrió entre los jacques. Unos querían pegar fuego en seguida a la selva, para envolver al castillo. Otros hablaban de cortar árboles para hacer arietes con que abrir brecha en las murallas. Y Cristóbal, empujado por la multitud que detrás de él blandía hoces y chuzos, comenzó a subir un camino que conducía al castillo, entre rocas cubiertas de musgo.

Divisaron por fin, rodeando una torre de homenaje, altas murallas negras y sombrías, con grandes manchas blancas de piedra nueva, que eran como cicatrices de asedios. El puente levadizo estaba levantado y echado el rastrillo de hierro. Y una estacada de vigas cercaba el foso, de agua verdosa. Ni un rumor salía de las murallas. *Todo parecía abandonado. De uno de los lados, grandes* rocas rodaban en desorden hacia un precipicio. Un águila volaba en las alturas.

Una inquietud detuvo a los jacques ante aquel silencio siniestro. Algunos, creyendo el castillo abandonado, gritaban que se siguiese. Otros hablaban de escalarlo. Y Cristóbal, al azar, se dirigió hacia el puente levadizo. Pero súbitamente, las cadenas rechinaron, bajó el puente, y de las puertas, que se abrieron, un grupo de caballeros salió, con la visera bajada, la lanza en ristre, en un gran galope y con un estridor de armaduras. Los jacques retrocedieron en masa. Cristóbal estaba solo en la meseta.

Al frente de los caballeros, uno, con grandes plumas blancas en el yelmo, enristrada la lanza, corrió hacia él. Cristóbal ya no tenía su barra de hierro.

Pero se precipitó hacia un pino, lo agarró con ambas manos, y, cogiéndolo como una monstruosa escoba, lo arrojó, en un gesto de sier-

vo que barre, contra el jinete y el caballo, que rodaron con un estrépito de armas, envueltos en el espeso ramaje. De un salto Cristóbal asió al caballero, sujetándolo entre sus rodillas como un débil niño, le rompió las hebillas del yelmo y descubrió una cabeza lívida, una espesa barba rubia. Después, alzándole en el aire como un broquel contra los otros caballeros, que habíanse parado con mudo espanto, gritó desesperadamente: «¡Rescate, rescate!» Los jacques rodeaban a Cristóbal, queriendo despedazar al señor prisionero. Y él levantaba más en alto al miserable, que ni se movía, sujeto por las manos de hierro, y gritaba: «¡Rescate, rescate!»

Los otros caballeros, en un furor súbito, corrieron hacia él. Pero Cristóbal, saltando hacia el borde del precipicio, inclinó sobre él al prisionero, como si fuese a despeñarle en la corriente y en los peñascos, gritando siempre: «¡Rescate!» Entonces, los caballeros se detuvieron, y rápidamente se consultaron, con grandes ademanes de sus guantes de hierro, hasta que uno de ellos, avanzando, gritó: «¡Está rescatado!»

El viejo, entonces, avanzó también, y señaló el rescate. Quería dinero, veinte sacos de pan, vacas, vino para alimentar a su gente, el juramento sobre la cruz de que no serían perseguidos y dos carros para transportar las vituallas. El caballero extendió la mano sobre la cruz del fraile, y juró.

Entonces los jacques, bajando las armas, esperaron, mientras Cristóbal, sentado en la roca, tenía al caballero atravesado sobre las rodillas, con la mano derecha asiéndole las piernas y la izquierda en la garganta. Poco a poco los siervos salieron del castillo, llevando el rescate, y los jacques bajaron el camino, rodeando a los animales y a los dos carros con los sacos, el oro y los odres de vino. Cristóbal quedó solo con el caballero. Cuando desapareció el último hombre del otro lado de la colina, dejó él al caballero en el suelo con cuidado, y murmuró simplemente: «Vete».

Y, sin volverse, paso a paso, fué a unirse con los jacques.

Entonces comenzó de castillo en castillo, a través de las provincias, la marcha de los jacques. En las aldeas por donde pasaban corrían a unírseles miserables, siervos rebelados, mendigos. Ahora era una multitud inmensa que llenaba los caminos. Pero no había en ellos ni violencia, ni cólera. Iban mostrando, por las ricas baronías, su miseria de siervos, y pedían, sin violencia, limosna. Cristóbal era como un gran padre, que mendigaba con sus hijos por los caminos. Al llegar ante los castillos mostraban sus andrajos, las caras doloridas, las cicatrices de la servidumbre, y gritaban pidiendo pan. Las puertas se abrían con fragor, y unos por piedad y otros por temor, daban de sus cofres y de sus graneros. Día y noche, Cristóbal mantenía el orden en la inmensa turba. No permitía que despojasen los árboles de los frutos ni que se cogiese el ganado en los pastos. Sólo era admitido lo que daba la caridad. Si encontraba mendigos, histriones hambrientos, gritaba con un gran gesto: «Venid también.» Su corazón quería cobijar toda la miseria humana, y la llevaba a pedir limosna por las carreteras del mundo. El dinero recibido lo repartía con las aldeas pobres. Los niños corrían extendiendo sus faldillas, que él llenaba a manos llenas de grano, de habas. Iba invadiendo una ternura aquellos corazones de la turba miserable. Algunos habían arrojado la hoz. Otros, al pasar por las ermitas o por los cruceros, caían de rodillas, llorando.

Y siempre adelante, Cristóbal iba como una torre que anduviera. Elevábase una adoración hacia él. «Nuestro gigante es santo», decían. Y en su confianza, creían que la vida sería así eternamente: una marcha por los caminos, recogiendo los bienes que los nobles repartían con los pobres. Ciertamente, Jesús había vuelto a la tierra. En breve todos los castillos se abrirían, y, repartidas las riquezas, rotas las armas, no habría hambres ni guerras, y sólo, en la paz de los campos suaves, hermanos saciados. El campamento, cuando se detenían, era como una aldea en fiesta, donde la carne abunda en el espetón, y todas las manos tienen una rebanada de pan. Ya la marcha se aminoraba, y a veces permanecían en un valle, o a orillas de un río, en un reposo feliz, olvidados de todas las miserias. De los hijos, de las mujeres que habían quedado en las aldeas, nadie se inquietaba, porque a diario partían mensajeros a llevar a las casuchas dinero y provisiones. Y algunos, habiendo hecho su peculio, regresaban a sus distantes moradas, sin temor; tanta era su confianza en Jesús.

Y Cristóbal sentía una alegría inmensa. Día y noche vigilaba a la enorme turba, para que no hubiese en ella nada violento o brutal. Las cuestiones que surgiesen las aplacaba extendiendo los brazos. Si alguien robaba las frutas de los caminos, lo expulsaba de la turba. Concedía a todos su justicia. Daba a todos su caridad. Y era él, y nadie más, quien sacaba las espinas de los pies heridos o ayudaba a los viejos fatigados de las marchas.

Así vagaban, cuando una tarde, al llegar a una gran laguna que, bordeada de cañaverales, brillaba bajo el sol otoñal, vieron al otro lado un numeroso grupo de caballeros, cuyos pendones tremolaban en el aire. Costeando la laguna, iban a encontrarse, sin duda; y los jacques y los caballeros detuviéronse un momento, sorprendidos.

Una gran llanura se extendía entre ellos, toda llena y cubierta de la hierba amarillenta del otoño, extendiéndose hasta una hilera de colinas pobladas de espesos pinares. El sol brillaba sobre las aguas de la laguna y había un amplio silencio.

Al frente de los jacques, inquietos, Cristóbal quedó pensativo un instante: e iba a marchar hacia los caballeros a solicitar caridad para sus pobres, cuando, por detrás de él, la turba gritó: «¡Deténte! ¡Deténte!» Los hombres de armas, abriendo una larga línea de batalla, galopaban con las lanzas en ristre contra la turba miserable. Con un grito, el viejo mandó alzar los chuzos, las hoces, las lanzas, formando un cerco de hierro contra aquella pesada caballería, toda negra y férrea, que hacía retemblar el suelo. Ya llegaban, ya Cristóbal oía el jadear de los caballos, cuando un grande, un inmenso clamor resonó, y la confusa masa de hierro se abatió sobre los jacques, con un gran ruido de armas, furiosos golpes de montantes, abriendo con el peto en espolón de los caballos grandes surcos entre los jacques, que caían atravesados por las lanzas, descuartizados por los espadones blandidos con las dos manos. La legión de los jacques quedó separada en dos partes, con una gran abertura en el centro, toda llena de cadáveres, pisoteados por las patas de los grandes corceles. Y ya aquellas dos partes corrían contra el grupo de caballeros, cuando éste se dividió en dos, haciendo frente a las dos alas de los jacques y llenando la llanura con el clamor de dos batallas. Peones y caballeros, mezclados, formaban dos masas clamorosas, donde los chuzos de los jacques se quebraban contra

las armaduras, y las largas clavas con púas de los caballeros aplastaban cráneos, que sólo algún viejo yelmo protegía. Los clarines de los caballeros tocaban furiosamente. Un relampagueo de hierro henchía el aire, entre el revolar de los grandes penachos.

Los jacques, cuyo pobre armamento habíase roto en seguida, se arrojaban sobre los cuellos y las grupas de los caballos y derribaban a brazo al jinete, que, cayendo con un gran ruido de armas, desaparecía bajo los brazos armados de cuchillos. Otros abrían con hoces el vientre de los caballos. Algunos caballeros peleaban pie a tierra, haciendo anchos círculos con las espadas, y las piedras que los jacques les arrojaban sonaban furiosamente sobre el metal de las corazas. Cuatro formidables segadores, caminando al paso como en un trigal maduro, iban con un movimiento regular, moviendo sus hoces, que partían los jarretes de los caballos, cortaban brazos de los que se habían desprendido los brazales de hierro, decapitaban guerreros sin capacetes. Y en medio del combate, sin armas, como si no quisiera derramar sangre, Cristóbal, desgreñado, enorme, iba, con sus enormes brazos, arrancando jinetes de las sillas y arrojándolos al suelo como fardos de hierro. Le escurría ya la sangre por la cara, por el pecho, a través de su sayal de cuero, desgarrado en largas tiras. Sus inmensos gritos hacían empinarse a los caballos. Echando mano a los montantes, los partía como paja. Las púas y los escudos que arrancaba salían por los aires, como hojas llevadas por una ráfaga. A veces, corriendo, con los brazos alzados y los puños cerrados, más gruesos que cabezas de carnero, tiraba al suelo, con una caída seca, a los caballos y a los jinetes. Habiendo tropezado su pie en un montón de cuerdas, lo cogió, y cuando agarraba a alguno le pasaba un nudo por las piernas y lo dejaba así tendido en tierra, como una res en un mercado. Poco a poco, todos los guerreros se habían vuelto contra él. E inerme, habiendo cogido por los pies un cadáver cubierto de armadura, que usaba como una maza, iba él retrocediendo, hasta la alta colina cubierta de pinos. Caían sobre él las flechas, sonaban sobre él las piedras de los honderos. El gigante retrocedía más, y, corriendo súbitamente contra los asaltantes, derribaba a uno, hacía arrodillarse a otro, con grandes golpes dados con el muerto, que había perdido ya el yelmo. El círculo de caballeros aumentaba, sin embargo, contra él, gritándole injurias, tirándole desde lejos las mazas. Y cada vez aquel círculo era más estrecho, y todo erizado de hierros que rebrillaban. El, sereno, hacía girar a su alrededor el cadáver, cuya armadura se rompía poco a poco, no quedándole ya más que los quijotes de las piernas, por donde lo sujetaba Cristóbal, y mostrando ya la carne blanca, los cabellos duros del pecho. Pero de tanto golpear, fué, por fin, poco a poco, perdiendo la fuerza de la osamenta: tenía el cráneo partido, los brazos blandos como trapos, la caja torácica destrozada, y aquella arma terrible no era ya en manos de Cristóbal más que una tira de carne blanda. Pero había llegado a la colina. Allí, en cada pino tenía un arma. Y ya se volvía, echaba las manos a un enorme tronco para arrancarlo, cuando una flecha, clavándosele en una rodilla, le derribó un momento, haciéndole resbalar por el declive húmedo de la colina. Entonces, en un instante, un gran corcel vino sobre él, relampagueó una lanza y Cristóbal quedó postrado, inmóvil, con una espuma sanguinolenta en la boca.

Todos se habían precipitado sobre él, cuando surgió un clamor por detrás. Eran los jacques, que se habían reunido, y, guiados por el fraile, cargaban contra aquel grupo de caballeros, entorpecidos sobre la colina, en la tierra blanda, donde los cascos de los caballos se enterraban. Entonces los hombres de lanza volvieron riendas, y huyeron entre la colina y los jacques, dirigiéndose de nuevo a la llanura, sembrada de muertos. Los jacques gritaron viendo huir a los caballeros y comenzaron a correr a su zaga, tirándoles las últimas flechas, arrojándoles, incluso, por escarnio, gruesos pellones de tierra fangosa. Pero viendo a los peones así expuestos en la llanura, los caballeros dieron una vuelta brusca y cayeron sobre los miserables. Fué una gran matanza; el fraile cayó en seguida con el cráneo abierto y su cruz apretada en la mano. Y los que huían eran perseguidos por todas partes, hasta que, dirigiéndose hacia la laguna, las grandes lanzas, empujándolos por detrás, les hacían tirarse al agua.

Ahora, en la vasta llanura, sólo había hombres de armas. Los jacques sembraban la tierra de negros charcos de sangre. Lentamente, trotando, los caballeros remataban a los heridos, que gritaban de sed. Otros, parados, quitándose los yelmos, se enjugaban las gruesas gotas de sudor. Los médicos vendaban los brazos contusos. Y los pajes pasaban con grandes jarras de vino. El sol desaparecía, y toda la laguna era como de oro, detrás de sus grandes cañaverales negros. Una bandada de patos cruzó por el cielo, ya pálido. Y al toque del clarín, los señores diseminados aún se fueron reuniendo, formando de nuevo la fila. Los heridos habían sido colocados sobre las carretas. Y, al paso, el grupo de caballeros volvió a emprender el camino en torno a la laguna, donde el brillo de oro habíase apagado, dejándola ahora toda negra y triste.

*

En la vasta llanura yacen los jacques muertos. Terminó la gran marcha, que llevaba a los castillos la visión extraña de las grandes miserias de la tierra. Ninguno más volverá a las cabañas de la aldea, donde los hijos esperan hasta tarde ante el hogar apagado. Han muerto los jacques, la tierra está limpia de sus andrajos.

Cristóbal yace tendido en la colina, entre los pinos. Pasa un viento frío y triste. Abre él los ojos, y con dificultad, incorporándose sobre la mano, contempla la llanura. Y en toda su extensión ve montones de cuerpos muertos, entre los cuales relucen ya los ojos de los lobos. La gran laguna está inmóvil. Por encima brilla la luna llena. Un inmenso dolor hiela su corazón. De nuevo sus ojos se cerraron y cayó inanimado.

Entonces, durante toda la noche, revivió la batalla. De los montones de jacques muertos, otros jacques se levantaban, con otros trajes, otras armas; impulsados a la rebelión por la misma miseria que los oprimía. Y siempre del fondo del horizonte, de lo alto de los montes, de las cumbres, bajaban caballeros, que empuñaban armas diversas, con gritos de guerra diversos, que cargaban y aplastaban a los jacques, los dejaban muertos, bajo la gran luna llena. Pero de ésos, poco a poco, más pálidos, erguíanse otros, blandiendo piquetas de mineros, herramientas de fábrica, mostrando sus andrajos, los hijos hambrientos, clamando justicia. Y después, a un grito de lo alto, bajaban fuertes escuadrones, llevando al frente magistrados togados, hombres cargados de sacos de oro, y esa masa,

cayendo sobre los jacques, los postraba de nuevo, los dejaba en un montón, que la luna, más pálida y más desmayada, cubría de blancura y silencio. Y así, indefinidamente, los jacques renacían de los huesos de los jacques muertos, cada vez más numerosos, hasta que la llanura toda era una zarza de brazos flacos, clamando, pidiendo igualdad. E inmediatamente, otros escuadrones bajaban, menos numerosos, con un ímpetu menos vivo, vacilando, asestando golpes más flojos. Hasta que, por fin, los jacques eran tan innumerables, que desde la llanura se extendían hasta los montes, y la luna, ya desmayada del todo, iluminaba multitudes disciplinadas, armadas, conscientes, que avanzaban con orden y ritmo. Los escuadrones mandados contra aquellas cohortes se deshacían como cera en una llama. Los jacques ocupaban la tierra. Un último caballero llegó aún, y, derribado, soltó las armas y desapareció. Y sobre la tierra sólo quedaban jacques, que cantaban triunfantes en el frescor de la mañana clara.

Entonces, sintiendo en la cara aquella frescura, Cristóbal entreabrió los ojos, confuso aún, medio dormido, como en un sueño. La luz fría y pura de la mañana penetraba bajo las enramadas que le cubrían. Las aves cantaban suavemente en los nidos, con *frufrús* de alas, de rama en rama. Un dulce olor a romero y a verduras nuevas perfumaba el aire. Y en la hierba, toda húmeda, brillante de rocío, había alrededor flores silvestres, botones de oro, frescas amapolas. Un regato cantaba fríamente de piedra en piedra.

Y entonces parecióle a Cristóbal que veía un mozo de largos cabellos rubios, con un túnica blanca sobre la que se cruzaban los pliegues de un manto blanco, surgir entre las ramas de los pinos, a lo lejos, venir hacia él apoyado en una vara blanca. Sus pasos eran tan leves, tan leve ciertamente el lino de su vestido, que las amapolas no se doblaban cuando pasaba sobre ellas, ligero y blanco. Y en la penumbra de las arboledas quedaba un surco blanco por donde él pasaba, con un aroma tan dulce como si se abriesen en aquella tierra flores que no son de la tierra. Se acercó poco a poco; y Cristóbal pudo ver sus ojos posados sobre él, como dos estrellas de la tarde. Suavemente arrodillóse junto a Cristóbal, dejando su bastón tan levemente que ni dobló las finas puntas de las hierbas. Con unos dedos más tersos que terciopelo, recorrió las heridas de Cristóbal, que sentía desaparecer sus dolores y como una fuerza nueva volver a él. Después rasgó una tira de su manto, la puso sobre las heridas, la de la pierna, la del pecho; y aquella tira de lino parecíale a Cristóbal leve como el aire y perfumada como un jazmín. Luego, cogiendo su bastón blanco, en silencio, partió, penetró en el bosque y se perdió poco a poco entre los troncos negros, que por un momento conservaban como la claridad de aquel paso blanco. Los pájaros comenzaban de nuevo a cantar. Los ramajes volvieron a agitarse blandamente. Entonces Cristóbal movió los brazos, y después irguió su inmenso cuerpo. Todas sus heridas estaban cerradas. Y, sintiendo una fuerza nueva, aquel buen gigante cruzó el pinar y empezó otra vez a correr mundo.

XVI

Recorrió entonces amplias tierras. Y, por ciudades y campos, sólo procuró, en la simplicidad de su corazón, ser útil y bueno. Llamaba a la puerta de las cabañas, preguntaba si eran necesarios allí dos brazos fuertes para toda clase de trabajos. No

pedía salario. La corteza menor de pan bastábale. Y el agua la tenía en los regatos más frescos. Ningún servicio, por duro o por vil que fuera, le resultaba penoso. Limpiaba todas las inmundicias, con piadoso cuidado; y pedía siempre para él el mayor fardo. Quitaba el hacha de manos de los leñadores, para derribar los árboles de los bosques. Tiraba de los barcos a la sirga. Se uncía a las varas de los carros. Y si un campesino quería mandar su burro a la iglesia, para que fuese bendecido y librado de todo mal, él cargaba el jumento a sus espaldas, con tanto cuidado como si fuese una doncella. Si le injuriaban, bajaba la cabeza humildemente. Si le apaleaban, permanecía inmóvil bajo los golpes. Si le despedían, cogía su bordón y partía suspirando.

En los caminos sentábase en las encrucijadas para guiar a los peregrinos o a los histriones. Si había un gran pantano, quedábase al borde para pasar a cuestas a hombres y bestias. Era él quien partía las rocas, para construir caminos. Y en los bosques por donde sabía que debían pasar caravanas de mercaderes, encendía grandes hogueras para ahuyentar a los jabalíes.

A veces consentía en servir a un solo amo. Fué así siervo de un curandero, y tiraba, como un macho, del gran carricoche donde tintineaban los frascos de las hierbas simples y de los ungüentos, parándolo en los atrios de las iglesias por la tarde, después de las misas. Pero al notar que el físico era interesado y duro, dejó su servicio. Fué después escudero de un caballero errante, al que encontró lavando la herida de una pierna al borde de una fuente. Cristóbal le curó la herida, y comenzó a seguirle en sus aventuras, caminando detrás de su corcel con una maza hecha de un pino. Realizó grandes proezas con el caballero. Libertó siervos a quienes un señor cruel llevaba a ahorcar por no haberse ellos quitado el gorro en la carretera; dispersó a unos salteadores que infestaban el bosque; restituyó a un huérfano el condado que le habían robado unos parientes avaros; pero como el caballero hubiese ayudado a salvar a una dama, se casó luego con ella, tuvo una casa solariega, abandonó los caminos, y Cristóbal, no queriendo permanecer en aquella ociosidad, dejó al buen caballero, llevándose como paga una bolsa repleta de oro y buenos vestidos abrigadores, que repartió en seguida entre los pobres.

Entonces, siguiendo el ejemplo del caballero, se dedicó a socorrer a los oprimidos. De noche, al pasar por los castillos, derribaba las horcas patibularias. Si sabía de un campo que había sido robado, obligaba al ladrón a restituirlo. Salvó a los grupos de mercaderes a quienes los señores, con grandes lanzas, asaltaban en los caminos para robarlos. Donde se enteraba de que el señor había impuesto un trabajo excesivo a los siervos, iba él, y nadie más, a efectuar el trabajo. No permitía nunca que delante de él castigasen a un niño. Si al pasar por una casa oía llorar a una mujer y ruido de golpes, echaba abajo la puerta y quitaba el palo de manos del marido. Cuando tenían que pasar soldados por una aldea, él quedábase de guardia para impedir las crueldades de la tropa. Y nadie se atrevía a afrontarle. Por entonces iba ya envejeciendo. Sus cabellos habíanse vuelto más crespos e hirsutos; cubrían su cuerpo harapos, y la barba era dura y fuerte como maleza. Bajo la barba, y bajo las cejas, resultaba invisible la dulzura incomparable de su mirada, de su sonrisa, y para los que le veían, su aspecto era en verdad horrendo y pavoroso.

Cuando entraba en las ciudades los niños huían, todas las puertas se

cerraban, y los hombres acudían a saber de dónde venía, a qué baronía pertenecía, y si tenía permiso para errar por los caminos. El contestaba que sólo quería trabajar, y tan humilde y quieto se quedaba junto a una fuente o en el rincón de una plaza, que muy pronto las puertas se abrían y volvían ya los niños, sonriendo. Todos recordaban a Cristóbal la Juana de su aldea. En aquel tiempo debía de ser ya una mujer, y tal vez, a su vez, llevase colgada de sus sayas una criatura rubia y graciosa como había sido ella. Llamaba a algunos de los niños asustados y les hacía saltar sobre sus rodillas. Las madres sonreían desde las celosías. Ya nadie temía al gigante, y él, sintiéndose bien acogido, comenzaba en seguida a ayudar a los albañiles que levantaban una casa o a empujar un carro atascado en el barro. Muy pronto todos querían los servicios de aquella inmensa fuerza. Y era él quien limpiaba los mercados, encalaba de nuevo las torres, transportaba los fardos, cogía la nieve de los ríos en invierno, regaba el polvo de las calles en verano, reparaba los tejados, apagaba los incendios, y, sentado a la puerta de los hospitales, iba a enterrar a los muertos pobres. Asomando la cara por las altas rejas de las cárceles, consolaba a los presos, ayudaba en sus trabajos a los forzados, y, una vez reunido su salario en pan o en dinero, sentábase en un atrio y lo repartía entre los mendigos.

Ahora bien: un día, al salir de una ciudad, encontró en el camino a un pobre histrión, con una pierna deforme, y acompañado por la mujer, enferma, que amamantaba al hijito. Eran tan miserables y tristes, él con una espada debajo del brazo, ella con un saco colgado del hombro, de pelotas y de canicas, que Cristóbal comenzó a andar a su lado. Supo así que en otro tiempo recorrían ellos los caminos y las ferias ganando holgadamente su vida, y (desde que él, en una caída, perdió la pierna) exhibiendo perros sabios y un macaco, que ejecutaban suertes maravillosas. Hacía días, sin embargo, estando en una taberna de la carretera, descansando, habían llegado los escuderos y hombres de armas de un señor, que, embriagados y en una riña, habían matado a cuchilladas al mono y a los pobres perros. Con ellos desapareció su fortuna. Trabajar no podía, cojo como era. Y ahora sólo les quedaba mendigar, hasta que el frío, el hambre, los abatiesen una noche, a ellos y al niño, muertos al borde de un camino. Y el saltimbanqui añadió: «¡Feliz tú, a quien Dios hizo tan grande y que puedes exhibirte en las ferias, ganando más que un letrado escribiendo!» Sin duda, el saltimbanqui le tomaba a él, Cristóbal, por uno de esos gigantes que se muestran por las ferias. Y apenas lo pensó así, Cristóbal, con sencillez, propuso al saltimbanqui que, a cambio del pan y de la mitad de la ganancia, le llevase a una feria para exhibirle en una barraca. El pobre saltimbanqui lloró casi de alegría; y en seguida partieron de allí hacia una gran feria, que todos los años, por San Miguel, se celebraba en una gran ciudad amurallada.

Llegaron allá de noche, y habiendo obtenido permiso de los guardianes para entrar, el saltimbanqui fué en seguida a uno de esos judíos que cambian dinero y le pidió prestado lo necesario para construir una barraca, levantar los estrados, colgar lonas rojas y comprar un tambor para anunciar al gigante. El judío, habiendo examinado a Cristóbal y convencido de que era un monstruo de buena exhibición y de buen rendimiento, contó una por una diez piezas de plata en la palma de la mano del saltimbanqui, y habiendo firmado el contrato ante el corregidor de la feria, el saltimbanqui marchó con Cristóbal a construir la barraca. Toda la noche trabajaron, clavando, martillando, mientras la mujer del payaso cosía a toda prisa una túnica roja para Cristóbal.

Al otro día todo estaba dispuesto, y colocado sobre dos postes el gran cartel de lienzo blanco en el que se anunciaba el mayor gigante y el más grande atleta de Navarra y de los mundos. Cristóbal, sentado en una gran caja, cubierta por un tapiz, esperaba, mientras afuera, el saltimbanqui, tocando el tambor, anunciaba la maravilla, y su mujer, con cequíes de metal en las trenzas sueltas, como una mora, esperaba ante una bandeja de cobre, donde debían de caer las monedas.

La feria era enorme, en un amplio prado, dando frente a los muros de la ciudad. Las barracas de lona, de madera, de tapices, de ramas, se alineaban en grandes calles. En la punta de los mástiles ondeaban gallardetes. Y hombres uniformados como orientales, mujeres con plumas en la cabeza, otras con trajes de naciones extrañas, permanecían detrás de los balcones, donde, según la calle y los oficios, desplegábanse paños, relucían joyas en cajas enrejadas, se perfilaban los frascos de esencia, se amontonaban las pieles y se confundían las armas taraceadas. En otras calles, bajo tiendas de lona, había cocinas, grandes barricas de cerveza o de vino. Y los saltimbanquis ocupaban un lugar junto al río, sombreado por altos olmos. Alrededor, por toda la vasta llanura, era una confusión de carros descargados, de pilas de madera, de cabalgaduras trabadas por las patas, de grandes cestos donde se agitaban aves.

Apenas las puertas de la ciudad se abrieron, la multitud comenzó a llenar las calles de la feria, donde la hierba desaparecía bajo los pies. Y muy pronto empezó el vocear de los pregones, los gritos de los que llamaban al público, los atabales tocando a la puerta de las tabernas, las campanas repicando.

Pero nadie armaba mayor barullo que el saltimbanqui cojo, redoblando desesperadamente sobre el tambor, ante la tienda donde aquel buen gigante esperaba pensativo. Muy pronto, hombres del burgo, mujeres con niños de la mano, feriantes, empezaron a entrar, dejando caer una moneda de plata en el ancho plato de cobre. Y apenas se levantaba la cortina, escapábase de todos los labios un largo *¡ah!*, lento y maravillado. La barraca era alta, en forma de torre; y, vestido con una larga túnica roja bordada con lentejuelas y oropeles, con un turbante en el que ondeaban enormes plumas verdes, y un colosal alfanje de madera, sujeto en el cinturón amarillo, Cristóbal era en verdad un asombro y como el ogro disforme de los cuentos de hadas. Lleno de timidez, no movía los brazos, y un gran rubor le invadía ante aquellas caras atónitas, en que aparecía el terror de su fuerza y como una compasión de su deformidad. Los niños se escondían en las faldas de las madres, y los hombres, espantados, querían palpar la dureza de sus músculos. Cada grupo que salía iba a contarlo a las tabernas, a difundir por toda la feria la maravilla de aquel gigante. Circulaba ya una leyenda, y era él, y no otro, el que había derrotado al emperador de Occitania, matando a un gran dragón que infestaba los Algarves, y, sólo con empujarla, derribado la torre construída por el diablo para Roberto de Normandía. Todo el día una gran fila esperó a la puerta de la barraca, y por la noche había en la bandeja de cobre un montón de dinero esparcido.

Poco a poco, Cristóbal se acostumbró a la multitud, e incluso, para hacer reír a los niños, hacía visajes o cogía a un hombre por las piernas y lo levantaba como una ligera paja. Después, alzó con dos dedos una barrica llena de piedras, torció con los dientes gruesas barras de hierro, y de un solo golpe, con el puño cerrado, rajó una muela de molino.

Por la noche estaba bañado en sudor, y mientras el saltimbanqui y su mujer, con la cara radiante, hacían pilas con el dinero, él cogía en brazos y mecía al niñito, que tenía contra su pecho un sueño más dulce.

Corrió su fama por el burgo, y el propio príncipe que allí reinaba y el obispo vinieron con un gran séquito de caballeros y pajes a ver al gigante. Grande fué su asombro. Y el príncipe, hombre de grandes músculos, quiso medir sus fuerzas con Cristóbal, probando a cuál de ellos doblaría la mano del otro. Y ante aquellos caballeros, por humildad, Cristóbal cedió, dejando que la velluda mano del príncipe doblase la suya. Los caballeros aclamaban al señor. Y el príncipe, radiante, vació su bolsa, repleta de oro, en las manos de Cristóbal, eximió la barraca del saltimbanqui de todos los impuestos al corregidor y mandó de noche a unos mozos de cocina con antorchas a que les llevasen una pierna de venado y empanadas de su mesa.

Todas las noches el saltimbanqui, repartiendo el dinero, entregaba su mitad a Cristóbal, que la guardaba en un agujero, en un rincón de la barraca, tapado con una muela de molino. Después iba por la feria solitaria, y era él quien hacía todo el servicio. Cargaba las barricas de vino, descargaba los fardos, limpiaba el suelo de las barracas, y, a la puerta de las cocinas, fregaba los platos de estaño.

Pero llegó el término de la feria, y una noche en que oía el barullo de las barracas que eran desmontadas, el saltimbanqui contó sus ganancias, y las lágrimas corrieron por su rostro, porque estaba para siempre a cubierto de la miseria. Entonces Cristóbal desenterró su tesoro y vino, en silencio, a agregarlo al dinero del saltimbanqui, murmurando: «Es para el niño.» Dos monedas de cobre habían rodado por el suelo; Cristóbal las cogió, besólas como una limosna que le arrojasen, besó también al niño y salió de la barraca. Y, habiéndose comprado una borona y una jarra de vino, abandonó la feria, ya desmontada.

XVII

De nuevo Cristóbal corrió el mundo sirviendo a los hombres. Por los descampados y por los pueblos, durante largos inviernos y largas primaveras, corrió el mundo, ofreciendo sus brazos. Habían pasado los años, y Cristóbal era más viejo que los más viejos robles. Sus largos cabellos habían blanqueado y su fuerza ya no era tan poderosa. Pero cada día su corazón se henchía de una ternura mayor y más vaga. A veces, sentado en una piedra, al borde de un camino, miraba los árboles, los campos, los montes y las simples flores silvestres, y sentía entonces como el deseo de apretar toda la tierra contra su pecho. Después, pensaba que en ella vivían tantos miserables, tantos humildes, tantos enfermos, y sentía un afán de sondar hasta los últimos rincones de aquel mundo y de curar cada dolor, matar cada hambre, hacer el mundo alegre, sano, perfecto. Partía entonces, y por los caminos mendigaba para dar a los mendigos. Se colocaba a la entrada de los puentes, como un auxilio siempre pronto, para ayudar a un viejo o cargar un

fardo. Su deseo hubiera sido sufrir él solo todas las opresiones, cargar él solo todos los fardos humanos. Y a veces se paraba, miraba a su alrededor, como buscando en los amplios horizontes servicios que prestar, debilidades que socorrer. Después pensaba que éstos seguramente se presentarían pronto a sus ojos. Y partía, quedándose triste cuando durante el día sus brazos habían permanecido ociosos. ¿Para qué se los dió entonces Jesús tan gruesos y fuertes? Iba, pues, a sentarse a la entrada de los puentes, donde era mayor el paso, como una fuerza pronta a trabajar, pronta a socorrer. Si era un caballero el que pasaba, corría a buscar agua para dársela al caballo. Si era un carretero, ayudaba a las mulas a empujar el carro. Si era un mendigo, mendigaba para él.

Poco a poco, su bondad se ocupó de los animales. También ellos sufrían y tenían sobre la tierra su herencia de miseria y de dolor. Cuando veía un animal cargado, casi se echaba el fardo sobre sus hombros. Recogía huesos en las esquinas de los mercados para repartirlos entre los perros hambrientos. Era el enfermero de los animales heridos, a los que lavaba las llagas, a las que se agarraban las moscas. Un pajarillo, volando, henchía su pecho de ternura. Y entraba en los bosques, con la esperanza de cuidar de los viejos lobos enfermos, o de los venados que mueren de hambre en tiempos de nieve.

Después, poco a poco, en su alma densa y sencilla vió nacer lentamente la idea de que los árboles también sufrían, igual que las florecillas de los campos. Y desde entonces no cortó nunca más un tronco para hacerse con él un cayado. Toda rama, partida o seca, en el suelo, le apiadaba. Se apartaba para no pisar la hierba. Y en tiempos de sequía hacía largas caminatas al río para traer agua y dar de beber a las plantas sofocadas por el polvo de los caminos. Hasta en las piedras llegó, por último, a sospechar que podía haber un sufrimiento. El pico que las partía, las duras ruedas que las aplastaban, el sol que las abrasaba, la nieve que las cubría, ¿no les causarían un dolor, que ellas guardaban en la profundidad de su mudez? Y muchas veces, con su amplio cuerpo, hacía sombra a las rocas; con sus manos, a modo de largas palas, libraba a las piedras de las frialdades del hielo.

Su ternura abarcaba al universo. A veces, de noche, mirando el cielo, sentía un gran amor por las estrellas. Eran claras y puras. Brillaban un momento, y luego desaparecían. Y la luna que llegaba entonces era tan triste, que un suspiro silencioso levantaba el corazón de Cristóbal. ¿Hacia dónde iban todos aquellos astros, corriendo, corriendo? Y acababa por pensar que eran almas elevándose, elevándose en los espacios, más altas a medida que eran más puras, avanzando una legua por cada bondad que realizaban y tendiendo así a la perfección, hasta hacerse dignas de abismarse en el seno sublime de Jesús.

XVIII

Así envejecía aquel buen gigante. Ahora bien: un día que caminaba por una colina entre peñascos, oyó un ruido de voces que parecía venir del fondo del despeñadero. Bajó, agarrándose a las aristas de las rocas. Y vió un ancho río, negro y tumultuoso, que corría espumeando sobre las rocas que lo cortaban, con un mugido sombrío. A orillas de él, había un grupo de mercaderes con sus mulos cargados. Y del otro la-

do había rocas, a pico, un monte que se elevaba coronado de negros pinos.

Cristóbal bajó, apareció ante aquellos hombres. Todos se agruparon, sacando grandes cuchillos del cinturón, aterrados ante aquella fuerza y aquella deformidad. Después, como él les habló desde lejos con humildad, todos, poco a poco, le rodearon, preguntando qué había sucedido al puente que allí estaba. Cristóbal no lo sabía. Y entonces le dijeron que aquél era un camino corto y fácil que había en aquellas tierras. Pero tenía aquel paso malo, el río tumultuoso. En otro tiempo había allí un puente de barcas, unidas con cadenas. Pero el río rompió las cadenas, se llevó las barcas como pajas secas. Después habían construido un puente de madera, y el río se lo llevó otra vez. Entre tanto, el señor de aquellas tierras murió, y habiendo éstas pasado a otro que vivía en las ciudades, nadie más volvió a ocuparse de tender un puente a los viandantes. Y ahora allí estaban ellos, sin poder pasar, y las mujeres y los hijos los esperaban en vano, en sus moradas, detrás de los montes.

Cristóbal, entre tanto, miraba el agua. En silencio, se metió en el río y empezó a vadearlo. El agua cubrió sus rodillas, subió hasta su cintura, golpeó finalmente con furia su pecho como el pilar de un puente. Y Cristóbal avanzaba. Después, el cinturón de Cristóbal salió del agua; más tarde, sus rodillas, y escurriéndose, hizo él pie, por fin, en las duras rocas de la otra orilla, donde un camino escarpado subía entre peñascales. Cristóbal había atravesado el río. Volvió, y abriendo los brazos hacia los mercaderes, espantados, gritó:

—¿Quién quiere pasar?

Uno, más joven, se ofreció en seguida. Cristóbal lo cogió sobre sus anchos hombros, cargó en cada uno de sus brazos un fardo; mientras, los otros, ansiosos, rezaban a la Virgen. Cristóbal pasó, y del otro lado, el mercader, radiante, hacía grandes gestos a sus compañeros, gritándoles que el gigante era seguro. Entonces Cristóbal pasó a los hombres y luego a los fardos. Y, finalmente, agarrando las mulas, que rebuznaban espantadas, pasó al otro lado a toda la caravana, sin que un pelo de los animales, una cuerda de los fardos o un zapato de los hombres se hubiese mojado. Habiéndose concertado en voz baja, los hombres depositaron en su mano un puñado de dinero, diéronle un rollo de cuerdas y le dejaron pan para una semana.

Aquella misma tarde, Cristóbal, examinando aquel lugar agreste, cogió troncos partidos, ramajes secos, y clavando la madera en la hendidura de las rocas, preparó con la cuerda un largo y estrecho cobertizo, bajo el cual su cuerpo se cobijase de las lluvias y de las nieves. Después, habiendo limpiado de piedras el camino, esperó sentado en la gran soledad a que apareciesen viandantes. No tardaron en aparecer en la otra orilla unos frailes, que viajaban con el abad, montado en una mula. Apenas los vió, Cristóbal atravesó, mientras los frailes, aterrados, hacían grandes señas para que no se arriesgase por aquellas aguas del torrente. Pero cuando le vieron llegar, enorme, chorreando agua y con los brazos abiertos para recibirlos, vacilaron, creyendo era una celada del demonio. La cruz que el abad trazó en el aire, y que Cristóbal repitió sobre su pecho, los tranquilizó en seguida, murmurando entonces entre ellos que era ciertamente un auxilio que les mandaba el Señor. Uno por uno, arremangándose el hábito, montaron sobre Cristóbal, y en medio del río, sintiendo el agua

furiosa golpear la cintura del gigante, gritaban el nombre de la Virgen, estrella de los náufragos. Después, cuando Cristóbal los dejaba en la otra orilla, enjutos, era un asombro, y bajándose los hábitos, atándose de nuevo las sandalias, reían de aquel puente vivo que trabajaba en las aguas. El abad pasó su mula. Y los frailes dejaron su bendición al gigante y un ramito de boj bendito.

Comenzó entonces para Cristóbal una vida estable, quieta, junto a aquel río. En las horas en que no había gente, esperaba sentado en una piedra, viendo correr el agua, o si no ensanchaba el camino y construía a orilla del agua, con piedras, como un muelle, desde el cual la gente subía a sus espaldas. A cada instante, sin embargo, había alguien que pasar, y como Cristóbal era ya conocido, los viajeros de lo alto de la colina llegaban en seguida gritando: «¡Eh, gigante!» Algunos, más brutales, si él se retrasaba, estallaban en injurias. Otros, a quienes el vino de las tabernas de la carretera excitaba, le tiraban de los cabellos.

El, quieto y humilde, hendía las aguas. A veces, era un caballero que, con su pesada armadura, le magullaba los hombros, y, riendo, le aguijoneaba con las espuelas. Otras veces era una dama, que se horrorizaba con la fealdad de Cristóbal, tapábase la cara y apenas trasladada a la otra orilla, huía de sus manos, mostrando su enojo. El mayor trabajo lo tenía con los animales. Había rebaños que tardaban todo un día en pasar. Los corceles de guerra, furiosos, le mordían los brazos. Y los galgos, ladrando, querían arrojarse al río, entre la indignación de los hidalgos, que tiraban piedras a Cristóbal. Ningún esfuerzo érale más penoso al gigante. Pasaba los fardos más pesados, gruesas barricas de vino, piedras enormes para la construcción de las abadías. Pasó toros que iban a un chiquero de nobles. Y pasó a un grupo de leprosos, que huían de una ciudad, y le dejaban sobre la piel el pus de sus llagas.

Si no le pagaban, bajaba la cabeza saludando con humildad. Si le pagaban, besaba la escasa moneda de cobre, y guardaba debajo de una piedra aquel dinero para repartirlo con los mendigos.

Así vivía desde hacía largos años. Su cabeza ya se inclinaba, sus brazos ya no eran tan fuertes. A veces, bajo las grandes cargas, gemía lamentablemente. Todos sus miembros eran como troncos nudosos, hinchados por la humedad constante. De todo él salía un olor a fango y a légamo. Y sus piernas, siempre en el agua, tenían un tono verde, como las estacas de un canal.

Su lecho de hojas secas érale suave, y cuando oía voces que le llamaban, se incorporaba con un gemido. Tardaba ya el doble de tiempo en cortar la corriente, y por eso eran constantes las injurias que recibía. Para apoyarse en el agua, notando que sus fuerzas disminuían, tuvo que hacerse un gran bastón, aguzado, con un tronco. Y cada invierno pensaba, con inquietud, si conservaría fuerza para hendir la corriente furiosa del río más crecido.

Ahora, apenas pasaba a los viandantes, venía a acostarse en seguida. Y llegó incluso a pedir por caridad que le dejasen un poco de vino para tomarlo en las noches muy crudas, como un cordial que le confortase. ¡Oh! Muy poco, un pichel solamente... El, cautelosamente, lo alargaría.

Ahora bien: una noche de pleno invierno, en que soplaba el viento, nevaba, y el río, muy crecido, mugía

furiosamente, Cristóbal, ya muy viejo, torpe, con heridas en las piernas, dormía en su suelo mojado, cuando, afuera, en la noche agreste, una vocecita dolorida gritó: «¡Cristóbal! ¡Cristóbal!»

Se levantó en seguida con un gemido el buen gigante. Abrió el postigo de su choza. Y vió delante a un niñito, pisando, descalzo, la hierba, con los cabellos revueltos por el viento y la lluvia, y apretando sobre el pecho, con las manitas, la camisa muy blanca que le cubría. Espantado, con lágrimas, Cristóbal abrió los brazos.

—¡Oh mi niño! ¿Quién te ha traído?

Y temblando toda, bajo el frío y la nieve, la criatura murmuró:

—¡Cristóbal, Cristóbal, estoy solito, y perdido, y por quien eres te pido que me lleves a casa de mi padre!

Ya Cristóbal se arrancó de los hombros la piel con que se envolvía y cubrió con ella el cuerpecillo tierno, que temblaba.

—¡Oh mi niño! ¿Dónde está la casa de tu padre?

La criatura extendió el brazo hacia el otro lado, donde se alzaban los negros montes. Y murmuró muy bajito:

—Allá, lejos, muy lejos...

Pero un asombro sobrecogió a Cristóbal. Porque debajo de la negra piel de cabra de nuevo la camisita del niño aparecía refulgiendo en la noche negra, toda blanca, de lino. Muy humildemente, el buen gigante dijo, inclinando hacia él la cara:

—¡Oh mi niño, ven, que te lleve en brazos!

La criatura extendió los bracitos. Cristóbal, con cuidado y suavemente, lo fué colocando sobre su hombro. Pero bruscamente sus rodillas se doblaron, tocaron la roca, bajo el inmenso peso que le aplastaba. ¡Ah, cuánto pesaba el niño! Con mucho trabajo se enderezó sobre sus viejas piernas doloridas. Bajó, apoyado en su bastón, el camino resbaladizo, metió los pies en el agua; y en seguida la corriente mugió furiosamente a su alrededor, salpicando espuma hasta los pies del niño. Jadeando, Cristóbal se adentró en el agua. El enorme viento silbaba y le echaba sobre los ojos, empañados por la humedad, sus largos cabellos canosos. Y él dijo: «¡Ah mi niño, mi niño!» A cada paso sentía que el lecho blando del río desaparecía bajo sus pies. Todo él temblaba, apoyado en su bordón. Y el agua, toda blanca de espuma, lo empujaba furiosamente, con un horrible oleaje. En la espesa oscuridad no veía nada, ni sabía dónde estaba la otra orilla. Gruesas piedras de granizo cayeron de repente, y el niño, tiritando, se arrimaba mucho a su cara. Ya el agua pavorosa le llegaba al pecho. Tropezó en una roca, y cuando se sostuvo sintió el agua furiosa, helada, que le rozaba las barbas. Arrojó el bordón, y con las manos alzo al niño en el aire. Pero apenas podía sostenerlo, y grandes olas le golpeaban ya el rostro. Jadeando, se paraba para respirar fuera del agua y bebía la espuma turbia y amarga. Gruesas vigas, que la corriente arrastraba, chocaban con su cuerpo. Sus pies se desgarraban en agudas piedras. Y él, con un enorme esfuerzo, los brazos estirados hacia lo alto, trémulos, sosteniendo al niño, avanzaba el pecho, con gemidos que eran más fuertes que el viento. Por dos veces sus rodillas flaquearon, e iba a caer bajo la fuerza de la corriente; por dos veces con un esfuerzo sobrehumano se mantuvo firme, levantando en alto al niño. El agua le llegaba ya a la barba, y la espuma de las olas le humedecía los

ojos. Y siempre jadeando, avanzaba, temblándole las manos del peso inmenso del niño. Pero sus pies encontraron una roca firme, y el agua bajó otra vez hasta el pecho. En aquella roca, resbaladiza, sin embargo, sus plantas no podían sostenerse apenas. Y merced a un esfuerzo del alma, se empinó jadeando. Pero iba saliendo del río. El agua le llegaba ya a la cintura. Y el fragor de la corriente parecía suavizado y como distante. Grandes piedras emergían del agua. Ya sólo tenía sumergidos los pies, que sentía desgarrados. Un esfuerzo más y estaba en la orilla, a salvo, apretando contra su pecho al niño.

Pero en aquel esfuerzo supremo se le fué toda la vida. No podía más. Y se sentaba, ya exhausto, en una roca, cuando el niño murmuró que no se detuviese, que siguiera caminando y le condujese a casa de su padre. Y Cristóbal, jadeando, empezó a trepar el escarpado camino de la sierra. Una vaga claridad vagaba por las alturas. Y las rocas, los abetos, emergían de la densa oscuridad, que los ahogaba. Una frialdad traspasaba el aire, y Cristóbal tiritaba, con su pobre sayal de estameña mojado, que chorreaba sobre la tierra blanda. Y murmuraba más bajo: «¡Ah mi niño, mi niño!...»

Cada vez más escarpado, entre rocas, se empinaba el camino de la sierra. Y Cristóbal, todo encorvado, con los cabellos caídos sobre la cara y chorreando, jadeaba a cada paso. ¿Subiría él jamás hasta la morada del niño? Y un gran dolor le oprimía el corazón, con el terror de desplomarse sin fuerza y de que la criatura quedase allí, en aquel áspero yermo, entre las fieras, bajo la tormenta. A cada instante tenía que apoyar la mano en una roca, desfallecido; que asirse a la rama de un abeto. Y la claridad aumentaba; ya, en lo alto de los montes, veía él pálidamente blanquear la nieve.

—¡Oh mi niño! ¿Dónde está la casa de tu padre?

—Más lejos, Cristóbal, más lejos...

Y aquel buen gigante, abrigando los pies del niño en la doblez de la piel de cabra, que el viento agitaba, seguía con largos gemidos el camino interminable, que se apretaba más entre las rocas, erizadas de enormes zarzales. Por último, apenas podía pasar: las puntas de las rocas le desgarraban los brazos, las largas espinas atravesadas le arrancaban la áspera piel de la cara. ¡Y seguía! Ya de las heridas le chorreaba sangre; los ojos, empañados, apenas distinguían el camino, que parecía oscilar como removido todo por un temblor de tierra. Una luz, entre tanto, más viva, sonrosada, ascendía ya por detrás de las líneas de los cerros.

Pero Cristóbal se detuvo, sin poder más. Con el niño agarrado en los brazos, quedóse recostado en una piedra, jadeando.

—¿Dónde está la casa de tu padre?

—Más lejos, Cristóbal, más lejos...

Entonces el buen gigante hizo un esfuerzo prodigioso, y a cada paso, medio desfallecido, con los ojos turbios, moviendo a cada instante la mano para apoyarse, tropezando, con gruesas gotas de sangre, volvió a caminar, siempre hacia arriba, siempre hacia arriba. Sus pies pisaban al azar, en el desfallecimiento que le invadía. Una gran frialdad se infiltraba en todos sus miembros. Sentíase ya tan débil como el niño que llevaba en brazos. Y se detuvo, sin poder más, en la cumbre del monte. Era el final: un gran sol nacía, bañando toda la tierra en luz. Cristóbal dejó al niño en el suelo y cayó a su lado, juntando las manos. Iba a morir. Pero sintió sus gruesas ma-

nos cogidas por las del niño, y le faltó la tierra bajo los pies. Entonces entreabrió los ojos, y en el esplendor incomparable reconoció a Jesús, Nuestro Señor, pequeñito como cuando nació en el pesebre, y que suavemente, a través de la mañana clara, le iba llevando hacia el cielo.

SAN ONOFRE

I

Onofre, desde los veinte años, vivía en el desierto de la Tebaida.

Su caverna de solitario estaba en lo alto de un monte, todo de roca rojiza y pelada, sin un tojo o musgo que suavizase su aspereza; y seguramente antaño cobijó a salteadores sarracenos, porque la ancha losa que había ante ella y se extendía en un terrado estaba cercada y defendida por un muro de piedras sueltas, ennegrecidas por el humo de llamas, y con saeteras, como las de una ciudadela. Toscos escalones, excavados en el peñasco, bajaban tumultuosamente hacia un valle, donde un regato, cayendo de roca en roca, había formado un huerto de hierbas silvestres, tamarindos, terebintos, tres palmeras e incluso una mimosa, que en cada primavera florecía y perfumaba el yermo. Más allá, pasados unos gruesos peñascos de pórfido, estaban las arenas, las inmensas arenas arábigas, ondulando hasta el Mar Rojo, lisas y rubicundas, como la piel de un león.

Cada vez que la mimosa se cubría de racimos amarillos, Onofre, con el hierro de una lanza encontrado en el fondo de su caverna, marcaba en la roca una raya como las que su padre, en su taberna de Afrodita, junto al Nilo, trazaba en el muro para apuntar los años del vino mareótico.

Cada tres meses, un monje aparecía, montado en su dromedario, trayendo en serones de esparto esos panes de avena, duros y más anchos que ruedas, que los abades de los monasterios distribuían entre los solitarios. Sin bajar del dromedario, el monje daba a Onofre su pan, bebía una jarra de agua fresca, contaba la noticia notable de algún edicto imperial sobre los cristianos, de otro César aclamado por las legiones o de una herejía inesperada que afligía a la Iglesia, y partía, desaparecía entre las dunas, doblado sobre su ancha capucha, entre el lento tintineo de los cascabeles de su dromedario. Durante muchas lunas, Onofre no divisaba otro rostro humano. Y su vida volvía a empezar, siempre igual, como el agua de su huerto, que, con el mismo rumor, escurría por las mismas piedras.

Cada noche, aún con las estrellas palideciendo en el cielo, abandonaba el montón de hojas secas que le servía de lecho, ataba una cuerda alrededor de su túnica de piel de cabra y, arrodillado, con los brazos abiertos ante una cruz de madera hincada entre dos losas, en el terrado, comenzaba su oración, hasta que al fondo de los arenales, ya rosados, el sol surgía en el cielo sin nubes, ya abrasador, todo de fuego y oro. Erguido, entonces, Onofre entonaba un cántico dando gracias al Señor por el nuevo día. Después, en obediencia al precepto de San Antonio, que atribuía al trabajo tanta virtud como al rezo, cogía su azadón y bajaba, cantando, a trabajar abajo, en aquel

huerto que el agua había creado, y que él ensanchaba, pacientemente, sobre las arenas, para que se cumpliese la palabra, y el *desierto se cubriese de flores*. Cuando el cielo pesado llameaba en su inmovilidad y las enramadas negreaban como bronce en la refulgencia ambiente, y la tierra le abrasaba los pies descalzos, Onofre, extenuado, sediento, humeando como un buey en la labor, subía a su caverna, desenrollaba los papiros que contenían los Cuatro Evangelios, y, encogido en una faja de sombra, después de besar las líneas divinas, se sumía en una meditación, en que toda la vida del Señor revivía lentamente en su alma, inundándola de dulzura o traspasándola de dolor. Postrado, con la cara en las losas abrasadas, oraba; y de nuevo bajaba a su dura labor, cantando salmos, mientras la azada golpeaba la tierra o los hombros se le doblaban bajo la carga de piedras, para que, sin cesar, subiese del yermo hacia el cielo, como el humo de ara, que nunca se apaga, el homenaje de su corazón.

Lentamente, monte y rocas se teñían de un color rosado, semejante a un rubor humano: las alturas eran de ámbar fino; en los follajes, más leves y como aligerados, pasaba un temblor de ala, un pío fugaz de las aves que venían a beber a la fuente; y cuando Onofre volvía al alto terrado, con su azada al hombro, todo el desierto abajo, hasta el mar, rebrillaba como una lámina de cobre.

El sol se ponía por detrás de las nubes, a las que ensangrentaba; y entonces era cuando el solitario, aliviando su fatiga en un largo suspiro, se sentaba, con una corteza de pan duro y unos pocos dátiles en el regazo, y su calabaza de agua fresca colocada junto a la cruz. Con la mirada campeando por las arenas inmensas que palidecían, Onofre comía pausadamente.

Cada sorbo de agua esparcía por su ser con su frescor el contento de un día entero pasado en trabajar en la obra de Dios. Y su oración de gracias era tan enternecida, que las lágrimas, una a una, se deslizaban por sus barbas polvorientas.

La luna, curva como una barca del Nilo o redonda y centelleante como la rueda de un carro sagrado, rozaba la negra cima de la cordillera arábiga. En el barranco, los chacales aullaban, bajando a la fuente. Después todo enmudecía, y Onofre, apoyado en el parapeto, embebecido en la frescura y en la paz del claro de luna, oía en aquel silencio universal el latir cansado de su corazón. Pero incluso aquellos instantes de reposo los consagraba al Señor, atribuyendo a su misericordia solamente el impulso que le arrancó de entre los hombres y del fango en que se agitan, trayéndole a la pureza de aquella soledad, donde la eterna verdad se divisa tan claramente como la gran luna, brillante y consoladora. En su gratitud, caía de nuevo ante la cruz, y era de rodillas, cantando un último salmo, cuando, después de arrastrarse tres veces en torno a su terrado, entraba Onofre en su negra caverna y se tendía, contento, en su lecho de hojas secas.

Así, en aquella vastedad de arenas, que ondulaba desde Egipto hasta la Arabia, bajo aquella inmensa curva del cielo donde se cansaba el ala de las águilas y de los vientos, se movía aquella forma solitaria, única entre tanta inmensidad, siempre diligente como una abeja que hace su miel, orando con los brazos abiertos, cavando la tierra, hojeando el libro sagrado, subiendo los escalones de la caverna con su odre de agua, de hinojos sobre las losas ante la cruz, entonando desde el borde de su terrado

un cántico de gran esperanza, sumiéndose en la tiniebla de su caverna, saliendo ansiosamente de ella para volver a la oración, a la labor, al éxtasis, a la penitencia incansable. Dios miraba, y esperaba.

II

Pero como el solitario iba entrando en la perfección, el demonio, inquieto con el nuevo santo que surgía, corrió al yermo; y desde entonces comenzaron en el alma de Onofre los sustos, las sorpresas, los combates de una ciudadela sitiada. El cenobita con quien al principio habitó en el desierto de Escete, el viejo Apolonio, que pasó del centenar de años y sólo lograba caminar con las manos en el suelo, le instruyó muy largamente sobre las artes múltiples y ondeantes de Satanás, que invade los corazones, menos por la fuerza y despedazando que por una penetración de horrenda y abominable dulzura. Y, sin embargo, tan serenos y seguros fueron sus primeros tiempos en el desierto, que Onofre, como un centinela que ve alrededor la llanura sólo cubierta de espigas y luz, se apoya en su lanza y se duerme, dejó al enemigo penetrar en su ser, con la facilidad de una cobra que se desliza entre las tablas mal unidas de una cabaña. Aunque él cada día, al oscurecer, reposando al borde de su terrado, con los ojos sumidos en las estrellas, agradecía al Señor aquella dulce misericordia que caía en su alma como una fuente de leche, ya la serpiente bebía de aquella leche. El arbusto da el perfume de su flor, y no siente el gusano. Onofre no sentía al demonio deteriorando la raíz de su perfección. Había en él tan sólo, a aquella hora de silencio, de estrellas, un recuerdo tan dulce de la ciudad de Afrodita y de la taberna de su padre, que su cabeza recostábase contra la roca y cerraba los párpados para retener, más cerca de su alma, aquellas imágenes, inesperadamente bellas, de arboledas y casas blanqueando entre los follajes, y de alegres rumores humanos.

La taberna de su padre estaba en el barrio griego de Afrodita, junto a la puerta de las Arenas, en el lindero de un bosque de mimosas y sicomoros, que, sobre una colina más alta que las murallas, se extendía hasta un pequeño santuario de Esculapio.

Por aquel lindo bosque acompañaba él a su madre—que era griega, de las islas Egeas—cuando, ya pálida, consumida por los ardores de Egipto, iba a implorar la salud al dios helénico, el claro ídolo de barbas doradas, y a derramar sobre su ara el puro aceite del Atica, que llevaba en la mano en un cántaro pintado. Era siempre de madrugada cuando en los vergeles del santuario cantaban los gallos consagrados a Esculapio.

Del lado de las murallas, donde se acuartelaba la legión germánica, venía el son áspero y grave de las trompetas, que le hacían pensar en marchas triunfales por países bárbaros y altas ciudades cercadas. Y su pobre madre se paraba, cansada, con la mano transparente contra un tronco de árbol, respirando el aroma esparcido de violetas entre la hierba, que le recordaban la dulzura de su patria.

Por aquel bosque, también todas las tardes, con su cántaro de barro bajo el manto de lino, bajaba, a buscar a la taberna cerveza de la Cilicia o vino mareótico, el viejo Ammonio, el archivero del santuario, que le enseñaba las letras, los números, ciertos preceptos de la música, las divisiones del Imperio Romano, e incluso, sobre una esfera hecha de fino

mimbre, el caminar de las estrellas. ¡Bondadoso Ammonio, que siempre le amó y hasta aconsejaba a su padre que le mandase a estudiar a las escuelas de Alejandría la gramática y la retórica!

No todos los paganos, seguramente, pertenecen al infierno. Aquél era sencillo, dulce, humano, y desmigaba siempre, en la taberna, sobre el suelo enarenado, un poco de su pan para las golondrinas y los ibis...

Así pensaba y recordaba Onofre, a la puerta de su caverna, entre las rocas, rodeado del desierto. Y como huéspedes bien acogidos en casa abierta y provista que vuelven contentos, trayendo a otros camaradas, aquellos pensamientos invadían cada noche el alma del solitario, arrastrando a otros, más ligeros, más llenos del ruido y de la alegría del mundo que había él abandonado. Todos venían siempre de aquella taberna del Gallo, tan clara y fresca entre los sicomoros. ¡Cuán aseada y ordenada era! Junto a la puerta estaba colgado el largo zurriago para los siervos que no extendiesen, muy finamente, por los patios, la arena roja entre los setos de rosas, o que no baldeasen cada madrugada, sobre los muros pintados de amarillo, el rastro humoso de las lámparas; pero, a decir verdad, sobre el látigo se amontonaba el polvo: tanta era la diligencia y el orden. ¡No se amasaba ningún pan en Afrodita más ligero, blanco y tierno que el del Gallo! Y para comer las ostras de Canopia, que llegaban a diario en los barcos del Nilo, en gruesas cajas forradas de algas, acudían allí ricos mercaderes, y hasta sacerdotes, porque los que sirven a los Idolos son siempre voraces. También los griegos, en aquel barrio nuevo, escogían siempre el Gallo para terminar de noche, con danzas, las horrendas fiestas dionisíacas. ¡Cuántas veces, antes que la Verdad le penetrase, ayudó él culposamente a colocar linternas en el ancho y extendido sicomoro que sombreaba el patio, del lado de las murallas! Al oscurecer, aparecían los místicos, en grupo, jóvenes y muchachas, de vuelta del templo, coronados de hiedra y chopo, disfrazados con máscaras, envueltos en pieles de macho cabrío, cantando los himnos de Iaco. Los siervos subían en seguida de la bodega, sosteniendo por las asas un gran cántaro de vino nuevo. Caretas y pieles eran dejadas junto a las mesas, colocadas bajo el velario de esparto y cubiertas de aceitunas, de pasteles de miel, de frutas en cestas y de hielo que rebrillaba. Todos corrían a refrescar las caras, sofocadas y llenas de polvo, en la amplia piscina al lado del cobertizo de los dromedarios. Dos mozos de los más ágiles danzaban entonces la pírrica, alzando vasos a la manera de escudos y blandiendo, como lanzas en un combate, los tirsos de mirto y rosas. Después, el enorme cántaro de vino era arrastrado hacia el centro del terrado, coronado de flores, y todos, con las manos unidas, mozos alternando con mozas, la fuerza entremezclada con la gracia, bailaban al son triunfal de las flautas y de los crótalos, la Corea sagrada, gritando: «¡Iaco, sé con nosotros!» ¡Delirios abominables! Pero, en la danza de aquellas paganas, destinadas a los fuegos del infierno, más blancas que mármoles y con formas impuras de diosas, ¡cuánto arte perverso y cuánta belleza!

Una, sobre todo, Gliceria, que era hija de un grabador de piedras finas y vivía tan cerca del Gallo, ¡que él la oía cantar, hilando, sentada al borde de su terrado o colgando en las ramas del limonero las ropas de su hermano pequeñito! Muchas veces, pasando ante su puerta, de madrugada, había visto sobre ella, tra-

zados con tiza, elogios a su hermosura y a la gracia de su andar: «¡Gliceria, por ser la más bella, inquieta a Venus! ¡Tus pies, oh Gliceria, correrían sobre lirios sin manchar su pureza!» Y él se sonrojaba, indignado, como si sorprendiese un ultraje. Tenía entonces quince años y ella veinte; y cuando la divisaba al borde del terrado, ligera y blanca, con su hermanito en brazos, una melancolía irrazonada, dulce como el crepúsculo, penetraba su corazón. La última vez que la encontró fué aquella mañana en que él subió al templo de Esculapio para despedirse del viejo archivero, su maestro.

Era en la hora de la siesta, y en torno al santuario, blanco y reluciente, el bosque sagrado reposaba en el esplendor del sol de agosto, sin un murmullo de enramada, cobijando, aquí y allá, en la sombra fresca, alguna desnudez de estatua, que resplandecía.

Y en el silencio, el gotear durmiente de las aguas lustrales sobre los pilones de pórfido, el arrullo fugaz de una tórtola, eran aún como rumores religiosos, llenos de gravedad y dulzura.

El voluminoso Esculapio sobre su altar, en lo alto de las escalinatas de mármol rosado, sonreía benéficamente en su barba dorada, apoyado en su bastón, al que se enroscaba una cobra de bronce. En una jaula de cedro las dos serpientes rituales, gordas, moteadas de amarillo, dormían beatíficamente, enroscadas sobre blandas lanas de Mileto. En un rincón, en su silla de marfil, el sacerdote de servicio dormía también, con las manos, refulgentes de sortijas, puestas sobre el vientre, y una punta del manto de lino extendida sobre la cara, sudorosa y llena. Y en el ara de bronce, cubierta de brasa, un humo leve, lento, recto y perfumado ascendía como una oración continua y serena. En espera de su maestro, él paseaba en el frescor de los pórticos, entre las columnas de mármol, cubiertas de estelas votivas y de racimos de mimosas, sofocando, sobre las losas, bien lavadas, el ruido de sus sandalias, cuando ella apareció por la larga avenida de palmeras. Lenta, pensativa, con las manos envueltas en el velo leve color azafrán, que le pendía de los cabellos, fué ella andando por la faja de sombra hasta acercarse a la escalinata de mármol, que sus rodillas tocaron ligeramente.

Y sus ojos, que alzó perezosamente hacia el dios, y donde brillaba una lágrima, eran como dos piedras preciosas refulgiendo bajo el agua. Después, con la mano que había desprendido del velo, dejó caer sobre el ara un puñado de incienso. Contempló un instante el humo aromático que envolvió la faz del ídolo, y bajó la avenida, con pasos lentos, cargados de meditación, bajo la estrecha sombra de las palmeras. Resplandecía de salud y de lozanía. ¿Para qué ser bien amado había venido ella, pues, a implorar a su dios? Lejos, bajo los árboles, su velo, herido por un rayo de sol, relució como oro. Y él no la volvió a ver nunca más...

Ahora bien: una noche que así pensaba, con la cabeza recostada sobre las rocas, oyó cerca como un rumor de sandalias y un aroma lento de incienso. Abrió los ojos con asombro, y en el sitio de su negra caverna blanqueaban los mármoles del templo. Esculapio sonreía en sus barbas doradas, el ara humeaba suavemente, ¡y Gliceria, sin velos, tendía los brazos! Pero era hacia él, no hacia Dios, a quien tendía sus brazos suplicantes y desnudos. Bajo la túnica, apenas fruncida, su seno jadeaba como en un deseo que anhela y se contiene. Toda ella sonreía, con pesados párpados. Y el calor de su

cuerpo irradiaba a través de los leves tejidos.

Tan viva y real era aquella presencia, que Onofre, temblando, murmuró: «¿Qué quieres?» Y ya se levantaba, sus manos se hundían en aquellas blancuras de carne y mármol, cuando todo desapareció, como sorbido por la negra boca de la caverna. Onofre, entonces, reconoció, con inmensa tristeza, que el demonio había penetrado al fin en su soledad. Aquellos recuerdos de los antiguos días, que él creyó enviados por Dios, para que él ahora, viviendo en las delicias de la verdad, los contemplase con el saludable horror con que el hombre, descarriado un momento, contempla las manchas de vino en la túnica, que arrojó de su cuerpo, eran traídos por el demonio, que los embellecía para que lo que en él quedaba aún de humano y de carnal se prendiese en su dulzura.

Y, en efecto, él se estremeció, suspiró... ¡Su alma, pues, que guardaba toda dentro de Dios, no estaba aún bien segura!

Arrodillado sobre las losas, con los brazos alrededor de la cruz, Onofre, durante toda la larga noche, imploró fortaleza al Señor.

III

Como un centinela desconfiado a la puerta de un castillo, vigiló él severamente los pensamientos que se le presentaban venidos de su pasado, y sólo admitió aquellos que traían la marca luminosa de la Gracia.

El más dulce de ellos era el del buen Ahmés, un esclavo nubio, que su padre compró a una partida de sarracenos nómadas, y que, habiendo recorrido la Arabia, la Mauritania y el Africa hasta el país de los garamantes, le contaba, en su infancia, maravillosas historias de guerras, de leones, de pueblos pavorosos y de tesoros escondidos en cavernas. Su padre, desde que terminó la persecución de Diocleciano, solía alquilar dromedarios a los cristianos de Alejandría y del Delta, que remontaban el Nilo hasta Afrodita, en peregrinación a los monasterios de la Baja Tebaida. Ahmés, que conducía como camellero aquellas caravanas piadosas, adoraba muchos dioses, porque servía a muchos amos. Pero desde aquellos primeros viajes a la Tebaida reconoció y comprendió al Dios verdadero a través de la bondad y de la caridad, tan nuevas para él, de aquellos dulces cristianos, pacientes y piadosos, que le ayudaban a aparejar los dromedarios, le sacaban de los pies las espinas o los fragmentos de conchas, compartían con él sus porciones de lentejas y de aceite, y bajo la tienda, ante las hogueras, o durante las siestas al borde de los pozos, le llamaban, le hacían sitio, como a un semejante y a un hermano. Las aguas inestimables del bautismo habían, por último, bañado y redimido su mísero cuerpo de esclavo, más reluciente que el ébano y todo cubierto de las cicatrices del látigo y de los grilletes.

El buen Ahmés, desde entonces, resplandecía de contento y paz. Y fué aquel pobre siervo, de alma rescatada, quien le contó de aquel Dios nuevo que había nacido humildemente en un pesebre, vagaba por los caminos de la tierra con los pies descalzos, y, rodeado de pobres, enseñaba la caridad, la bondad y la humildad, se paraba a la puerta de las casuchas a besar a los niños y quiso morir, por amor a los esclavos, en una cruz, como un esclavo.

Era siempre de noche en el cubículo donde él dormía, bajo el cobertizo de los dromedarios, cuando el buen Ahmés, acurrucado en una estera, con los ojos refulgentes como estrellas, le narraba aquella historia ma-

ravillosa, la de aquel gran Reino celestial, más allá de las nubes, hacia donde todos los que amasen a Jesús y cumpliesen su dulce ley, irían después de la muerte, sin dilación, a comenzar una vida incomparable toda hecha de delicias, entre vergeles de cristal y oro.

Y él, ante aquellas revelaciones de Ahmés, sentía en su alma un rumor, un brillo de claridades, y el frescor de un aire más puro, como si fuera ella una casa muy cerrada y ahogada, donde alguien, bruscamente, y una por una, abriese las ventanas a la brisa y al sol de la mañana.

¡Qué alborozo entonces, cuando aparecía en la taberna, conducido por el gordo Basilio, diácono de la iglesia de Afrodita, algún pequeño grupo de cristianos, que desembarcaba y venía a ajustar dromedarios! Hasta aquel día siempre se había apartado de ellos, con un vago temor, una desconfianza que le quedó del tiempo en que su madre le contaba que los cristianos «comían niños envueltos en harina», y para cortar sus llantos y obstinaciones, murmuraba, señalando hacia la puerta: «¡Calla, hijo, calla, que si no vendrán los cristianos a comerte!»

¡Pero después! Apenas aparecían ellos, corría, más reverente que ningún siervo, para aliviarlos de los fardos y equipajes, aportaba alegremente el agua para las abluciones y extendía alfombras bajo los pies de los más viejos, atento a sus menores movimientos como a actos notables de santidad. Cuando su padre, cogiendo las láminas de plomo y el estilete, empezaba a sumar los gastos, él se sonrojaba, temblando ante su codicia. Esperaba en la puerta de las Arenas largas horas, entre los publicanos, el regreso de las caravanas. Y si, al llegar, alguno de los peregrinos cristianos, polvoriento y tostado de los soles, le reconocía y le hacía señas en seguida desde lo alto de su dromedario, su corazón latía de gozo y de orgullo.

Después, en aquellas noches, en su cubículo, no se hartaba de escuchar al buen Ahmés contar las marchas y los descansos, los monasterios floreciendo en el desierto, las nuevas hazañas de los grandes solitarios; Mucio, haciendo reverdecer una acacia seca para que sus discípulos se cobijasen, o Pacomio, ¡haciendo una seña a un cocodrilo y montando sobre su lomo, para atravesar el Nilo! El deseo de acompañar también a las caravanas y de presenciar tan dulces maravillas se hizo en su alma más imperioso y ardiente que una larga sed en un arenal desierto. Pero aquella sed que padecía, ¡con cuánta prisa y misericordia la satisfaría el Señor!

Dos monjes de Siria, Germano y Casiano, habían por entonces, después de una larga peregrinación por la Nitria y el desierto Líbico, llegado a Afroditópolis para comprar dromedarios y visitar los monasterios de la Baja Tebaida, hasta Colzín y el Mar Rojo. Y su padre, que deseaba entonces contratar con los abades de aquellos monasterios el suministro de trigo, aceites y lanas, decidió, de repente, que marchase él en aquella caravana de los dos monjes sirios, llevando cartas de Arquebio, obispo de Pafenicia. ¡Qué sorpresa, qué alborozo! Juan Casiano y su compañero eran del país de los escitas, más cultos, por una larga residencia en el Asia Menor, y ambos hombres de gran saber y dulzura. Y cuando, durante aquella primera noche en que acamparon junto a las grandes sierras de donde se extrae el mármol rojo, él, temblando, suplicó a Juan Casiano que tomase su alma para conducirla a la Verdad, fué como si por primera vez supiese lo que era la ternura de un padre. ¡Oh incompara-

ble viaje en que cada paso, más grato que el de un triunfo, le aproximaba al cielo!

Entonces conoció íntegra, y más verdadera, de lo que se la supo enseñar el buen Ahmés en su simplicidad, la Ley de Jesús, y la fe penetró en su corazón con la certeza y el fulgor de una espada. El cielo no era más luminoso que su esperanza aquella madrugada en que divisaron aquel monasterio de Escete y las tres palmeras erguidas a la entrada, teniendo cada una, colgando de las ramas bajas, disciplinas de cuerda, de cuero y de hierro, porque su regla es austera. La trompa del vigía que observa las estrellas en la torre de la iglesia, despierta, por la noche, de hora en hora, a los monjes para que recen, en pie, en sus cabañas, estrechas como tumbas, sin puerta, sólo provistas de una reja baja contra los escorpiones. De día, cada cual permanece aislado en su cabaña, sentado sobre un montón de hojas de papiro que les sirve de lecho, rezando sin descanso, tejiendo esteras, copiando evangelios, cosiendo odres, puliendo ágatas. Al declinar el sol, el despensero viene a colocar silenciosamente a cada puerta un pan duro. Entonces, en el aire fresco, pasa el lento y largo suspiro de aquellos penitentes, que descansan al fin. En el corto crepúsculo, con los brazos ociosos, contemplan ellos desde la escasa abertura de las celdas los altos montes que rodean el monasterio y el cielo, que es la preocupación de sus almas. Por la noche, los chacales aúllan en las quebradas. En la oscuridad de cada celda hay gemidos y óyese el silbar de las disciplinas. Después, todo enmudece, y dos monjes de los más viejos, hundidos en sus capuchas, rondan por el monasterio, adormecido, con grandes lámparas y grandes cruces para ahuyentar a los demonios, que, bajo formas horrendas o hermosas, invaden a aquella hora el yermo. ¡Oh, la regla es dura! ¡Pero qué contento y qué paz infinita da a todas aquellas almas el sentir tan seguro y cercano el Paraíso!

Por eso, él, después de recibir el bautismo en día de Pascua y de haber comido el pastel de miel y revestido la túnica de inocencia, suplicó con lágrimas al viejo abad Serapio que le concediese una celda para vivir entre sus monjes en el trabajo perpetuo, en la perpetua oración... Pero el buen abad no accedió porque su fe era reciente; lo que un soplo levanta, un soplo lo derriba, y sólo almas probadas en mayor aspereza y soledad podían recoger, en las dulzuras espirituales de aquel monasterio ilustre, el precio de su fortaleza.

Entonces, por consejo de Serapio, penetró él más lejos, en el desierto, más allá de la llanura de los Carros, en las agrestes serranías que se extienden hasta Colzín. Y allí fué a servir a un viejísimo solitario, de quien el último discípulo había huído con un bando de sarracenos, para sumirse de nuevo en el pecado. Nilo era el nombre de aquel solitario horroroso, que tenía ciento veintitrés años y ya no podía andar sino a rastras, con las manos sobre las piedras.

Tan larga y alta fué su penitencia en aquella soledad durante un siglo, que no temía a Dios, ni rezaba, y como un obrero que terminó su obra, se contentaba sólo con mirar al cielo, silenciosamente, en espera de su paga. Durante tres años que sirvió a aquel santo terrible, nunca recibió de él una sonrisa, un consuelo, un amparo, porque de tanto vivir en la soledad arenosa y pedregosa, aquella alma adquirió la sequedad de las arenas y la dureza de

las serranías. Pero si él, entre dos largas oraciones, alargaba más su reposo, o se retrasaba al borde del pozo salobre que le daba el agua, en seguida los ojos del solitario, aquellos ojos suyos, pequeñitos y relucientes entre espesas pestañas blancas, le traspasaban en una reprensión muda y dura. ¡Ah, él no comprendió nunca aquella virtud horrenda!... La fama de su vejez, de su santidad, se extendió por todo Egipto. De los montes y de las ciudades acudían monjes, e incluso paganos, para visitarle, unos con la admiración por tan espantosa penitencia, otros con la esperanza de ser curados por él de heridas y dolencias. El terrible viejo, sin embargo, ni siquiera consentía que se acercasen a su caverna, y un día, incluso, intentó lanzar contra uno más osado, que quería tocarle el cuerpo o la túnica de piel, una piedra que su brazo no pudo ya levantar. Los peregrinos tenían que contemplarle desde lejos, mientras sentado en el suelo, con los ojos bajos o perdidos en el cielo y tan ajeno a aquellos hombres como si fuesen piedras de su desierto, bostezaba lentamente, o se metía la mano entre la túnica para rascarse en el pecho o en los riñones las heridas incurables que le dejó el cilicio. Por último, una madrugada, yendo él hacia el montón de hojas secas que le servía de lecho para ayudarle a incorporarse, ¡encontró muerto al solitario! Muerto, como dormido, en la postura de un niño, con la mano bajo la cara, las rodillas junto al pecho, tan pequeñito, que las hierbas secas del lecho eran más largas, y su rostro, sonrosado ahora, sonreía con serenidad.

Con sus propias manos le enterró en la arena, junto a la gran cisterna, y cuando la tumba quedó bien cubierta de piedras, a causa de las fieras, sintió él penetrar en su alma el heroísmo penitente del viejo solitario. Era como si hubiese heredado aquella alma formidable, que se unía a la suya y le transmitía su fortaleza invencible. Enajenado por una inmensa esperanza, ansió ardientemente, también, otros cien años de desierto, de oración, de mortificación, y su nombre difundido por todo Egipto cristiano, ¡y una muerte igual, con la mano bajo la cara, sonriendo, y tan pequeñito que cupiese en los brazos de un ángel! Recogió entonces la túnica de piel que usaba Nilo, su rollo de la Escritura, su bordón, su calabaza, y se adentró en el desierto hacia el lado de Oriente y del mar. Su único sustento fué un pan traído de la caverna del viejo. Para evitar que una partida de nómadas le llevase como esclavo, estuvo una noche entera acurrucado, metido en los lodos fétidos de una laguna; luchó a pedradas contra las hienas; una llanura de piedras, gruesas y afiladas, le cortó los pies; caminando bajo el sol, lloraba de sed, contento de llorar porque bebía las lágrimas... Y padeciendo aquellas angustias y terrores de la carne, su alma resplandecía, segura de que cada sufrimiento era un escalón subido en la larga escalinata del cielo. Por fin, una madrugada divisó aquellas palmeras, agitando su ramaje al viento, la mimosa en flor, y en lo alto, abierta, como si le esperase, la caverna.

¡Con qué felicidad la visitó, y toda la sierra, roca por roca, y la fuente clara y fría que cantaba en el valle, y los arbustos que la sombreaban! ¡Oh maravillosa granja, en que era esclavo, para vivir solo con su Señor! Durante todo aquel día entonó cánticos de gracia. ¡Y desde que allí vivía, ya por tres veces la mimosa se había cubierto de flores!

Así recordaba Onofre ahora, cada

día, su pasado piadoso. Y siempre emergía de aquella meditación con un contento mayor, más vivo, por la sublime obra que había emprendido.

Era ella magnífica y rara entre los hombres. Los monjes de Tebana, de Escete, de la Nitria, del lago María, vivían en las dulzuras de la comunidad, y veían girar en lo alto de las colinas los molinos que les molían la harina, y si les acometían las fiebres, el hermano sabedor de las artes médicas corría con su frasco de óleo y el manojo de plantas salutíferas. Los solitarios no se apartaban de las cercanías del monasterio o del Nilo, que es la rica y populosa carretera de Egipto. ¡El mismo Antonio! El viejo túmulo en que se enterró veinte años estaba a dos días de Afrodita, en el camino de las caravanas. ¡Pero él! Más solitario que todos los solitarios, habitaba en los confines del mundo. Por Occidente eran lenguas sin fin de arenas y rocas; por Oriente, el mar estéril, y sólo él, en aquellas soledades pavorosas, lanzando su cántico perenne hacia el cielo. Por eso también la mirada de Dios le divisaría más claramente, así destacado y único en aquella inmensa extensión de tierra.

Y luego, ¡con qué facilidad abandonó él el mundo y los hombres, y todas las alegrías de la Humanidad! Un pobre esclavo, sencillo, inculto, le cuenta un día de aquel Dios nuevo que había nacido en Galilea, ¡y he ahí que él se desprende, como de una vieja sandalia, de creencias y afectos, de las riquezas de su padre, de las promesas sorprendidas en las miradas de las mujeres, y se entrega en seguida por entero y para siempre, y parte, y penetra en las soledades, para servir y amar en silencio a aquel Dios, aún mal conocido y confuso, como una estrella entre nubes! ¿Dónde hubo allí fe más rápida y más confiada?

Por eso también, Dios, reconocido, le había dado aquella serenidad en que vivía hacía ya tres años, sin nostalgias que le atormentasen, ni terrores que le estremeciesen, seguro en aquellas bravías sierras, como un rey en su palacio.

¡Oh! Sin duda, la mirada de Dios caía sobre él, y le envolvía todo en su esplendor sublime; y el demonio y su ráfaga mundanal no podían transponer, ni siquiera rozar, aquella Gracia que le defendía.

Ahora bien: una noche en que así pensaba sintió como el deslumbramiento de una claridad, y, alzando los ojos, vió, entre la oscuridad, rasgada como un paño, una vaga nube refulgente, desde donde Jesús, inclinado, con su cruz entre los brazos, acechaba hacia abajo, hacia la tierra de Egipto.

Y, ¡oh dolor!, no era hacia él, único y tan visible en aquella gran soledad, hacia donde se volvía y sonreía la faz del Crucificado, sino más allá, hacia el lado de las ciudades, hacia una multitud que se agitaba, minúscula, oscura e insignificante, como un hormiguero, entre trigos y muros...

Alzó los brazos al cielo y gritó desesperadamente:

—¡Oh Señor mío, aquí está tu siervo en tu desierto!

Pero, entre las sombrías cortinas que se cerraban, la faz del Señor desapareció, distraída, ¡como si para él no hubiese ni siervo ni desierto! Y todo volvió a sumirse en silencio y tiniebla.

Entonces, con los cabellos erizados de horror, Onofre comprendió que aquellos pensamientos en que se complacía, como si fuesen flores de su piedad, eran sutiles brotes de su orgullo. En una lacrimosa oración, prometió al Señor rechazar de

su alma los pensamientos del pasado, ya que todos ellos, incluso los de su dulce ascensión hacia las verdades, llevaban consigo la mancha del mundo como raíces que, bien sean de planta salutífera o de flor venenosa, vienen sucias del lodo negro en que han estado sumidas.

Y, para mayor humildad, selló su promesa con la sangre que las disciplinas le arrancaron del cuerpo durante toda la noche.

IV

Entonces, para que aquellos pensamientos de su vida entre los hombres no turbasen su alma, Onofre, en la corta hora de reposo, al oscurecer, forzaba sus ojos a contemplar, uno por uno, los aspectos de su desierto. Inmóvil al borde de su terrado, consideraba largamente las formas y semejanzas de las rocas, unas escarpadas, lisas como muros de ciudadelas; otras, agudas, avanzando en la sombra crepuscular como proas de galeras encalladas; otras, redondas, en montón, de una albura fúnebre como cráneos que quedasen de una antigua y olvidada matanza. Meditaba en las sierras que se extienden hacia el Sur su aspereza y desnudez, los antros que con seguridad las horadaban, y los hondos barrancos mudos, ahogados en tiniebla. Más lejos, seguía la interminable lividez del arenal, ondulado a la manera de un sudario sobre el cual hace pliegues el viento, hasta las orillas de un mar bravío que no se divisaba... Y más allá de las arenas, de las rocas y de los montes había otros montes aún, y peñascos, y dunas, y pantanos, y soledades, que le separaban de los hombres.

Entonces, lentamente, fué naciendo en él el asombro, y después el terror de su soledad. Estremecido, recordaba las historias oídas antaño, en el Gallo, a Ahmés, a viejos camelleros de las caravanas entre Berenice y la Libia, sobre las gentes horrendas y las fieras que pueblan aquella región, la más bravía de toda la tierra. A orillas del mar vagan las horribles tribus troglodíticas, que no tienen dioses, ni leyes; se alimentan de pescado crudo y de las cobras de las rocas, beben sangre, poseen en común las hebras peludas, y salen a rastras de sus cubiles para aullar a la luna. Allí, en aquellos descampados, vive la más pavorosa de las fieras, el toro-sarcófago, que come carne humana, es color de fuego, exhala un vaho que reseca las plantas, y, alternativamente, ¡deja colgar los cuernos como blandas membranas o los enristra para el ataque, tan agudos y largos, y duros como dardos de hierro! Pero terribles entre todas las fieras eran aquellas serpientes del desierto arábigo, tan largas y gruesas, que en reposo, y cuando están hartas, forman en la llanura como una colina de escamas y roscas, donde relucen en lo alto, y se divisan desde lejos, las dos brasas de sus ojos... Y era en medio de serranías, pobladas por aquellos monstruos, donde él vivía, desamparado.

Entonces, enloquecido por el miedo, comenzó a fortificar, como en vísperas de un asalto, el amplio terrado en que se abría su caverna. En largos días de trabajo sudoroso consiguió hacer rodar un peñasco hasta enfrente de los toscos escalones que bajaban hacia el valle y hacia el huerto. ¡Y sólo reconoció la inutilidad de su obra! Salvajes y fieras podían bajar sobre él de las cumbres del monte, que por el lado del Sur, se unía, en un dorso fácil, a otras sierras, a los arenales. Volvió a empezar: jadeando y gimiendo, acarreó gruesas piedras hacia la puer-

ta de su cueva, donde todas las noches levantaba trabajosamente un muro que cada madrugada deshacía. Pero así, murado, aún no lograba el sosiego. Constantemente, silbidos, mugidos, el arrastrar de piedras bajo patas blandas, sacudían, sobresaltaban su ansiado sueño. Cierto batir de alas, sobre todo, semejante a gruesas alfombras sacudidas, hacía ahora a cada instante sonoro aquel aire tan mudo y limpio de su desierto, y él no dudaba que fuesen aquellas horrendas aves, de rostro humano, que asaltan a los viajeros solitarios, los envuelven en sus alas peludas y les chupan la sangre. ¡Cuántas veces oyó él contar a Ahmé cómo dos soldados de la cohorte acampada en Fulacon, para escoltar las caravanas de la Libia, habían sido devorados por aquellos vampiros!

Una noche oyó derrumbarse con estruendo el muro que cerraba su caverna. Y hasta que despuntó el alba no dejó de temblar, acurrucado en un rincón, con los cabellos erizados y el rollo del Evangelio abierto ante el pecho como un escudo. ¿Qué valían, en efecto, piedras mal puestas sobre piedras? Sólo del Señor debía esperar la defensa que ninguna fuerza derriba.

Y no volvió a levantar aquella vana y frágil pared. Ante la caverna, hincó la cruz de madera. Pero el desierto parecía ahora lleno de ruidos y de formas. Cada hora de oscuridad se convirtió en un inmenso pavor.

¡Con qué inquietud veía él descender, a lo lejos, sobre los desiertos de Libia, el sol, que era su protección! No se siente más desamparada una criatura que su madre abandona en una carretera oscura. Apenas la sombra se difundía por las quebradas, y se apagaba todo color sobre las rocas, comenzaban en torno al solitario la agitación y el rumoreo de una vida tenebrosa y disforme. Hálitos tibios y fétidos pasaban en seguida sobre su cara; tropeles de patas, el duro entrechocar de cuernos, ásperos ronquidos, crujidos de ramas que se parten, no cesaban en la tiniebla espesa; lejos, en el arenal, corrían, remolineaban, resplandores de hachones, guedejas sacudidas en el aire, y paños lívidos como sudarios; y hasta le parecía que los montes se movían, como dorsos cansados que se estiran. Asomado a su explanada, veía entonces el lento ondular de alguna serpiente, cuyas escamas raspaban las rocas; más gruesa que el tronco de un cedro, avanzaba, silbando, o juntaba la cabeza a la alta escarpa de su monte, y, lenta y viscosamente, subía, crecía tan cerca, que las dos brasas de sus ojos despedían surcos rojos sobre la peña. Con un grito, Onofre retrocedía, para esconderse en su caverna, y sorprendía entonces algún anca negra, una cola peluda, desapareciendo por la baja abertura. Rodeado de monstruos, se desplomaba en el suelo, jadeante, esperando la muerte, en una última oración al Señor, y cuando alzaba la cara, todo había vuelto a entrar en inmovilidad y mudez, y relucía una estrella en el cielo, con serenidad. Pero su reposo no duraba; otras visiones surgían en seguida de la sombra inagotable.

Al borde de la escarpada roca donde se abría la caverna, en lo alto, comenzó, durante largas noches, un silencioso y confuso movimiento de larvas que se recortaban en sus diferentes formas, con un tono lívido, sobre la negrura del cielo. Eran gruesas masas rastreantes, largas figuras semejantes a obeliscos, cuellos que se retorcían en el aire como cintas al viento, teniendo en su extremo una cabeza melenuda... Abajo, en medio del terrado, Onofre temblaba, esperando a cada instante que se

precipitasen, cayesen sobre su mísero cuerpo. Pero ninguna se despegaba del borde de la roca, en su vaivén incesante y mudo: sólo, a veces, un largo brazo blando se deslizaba, pendía, raspando la piedra con ásperas garras, o una larga ala se desperezaba por encima del solitario, muy en lo alto; o una cara horrenda se asomaba a acechar, con la lengua colgante y color de fuego. Si se refugiaba él en la caverna, oía por encima, como si la densa masa de roca fuese sólo un suelo tenue, el pesado tropel de unas patas blandas, y por las grietas de la bóveda caía la punta de un rabo que se retorcía, o bajaba un dedo con una larga uña de hierro. Todo el monte parecía hervir de vidas monstruosas. Bajo sus pies descalzos, la piedra tenía el calor, la blandura viscosa de un vientre. La propia abertura de su cueva, unas veces se ensanchaba y otras se cerraba como una boca que espera la presa.

De madrugada, su cansancio era tan grande, que apenas podía asir la azada para cavar su huerto, y muchas veces se dormía, exhausto, sobre las hojas abiertas del Evangelio. Para espantar a los monstruos imaginó acumular ramas y hierbas secas en su explanada y encender de noche una hoguera.

Inmediatamente, en las contorsiones de la llama, apareció un horrendo basilisco, serpiente de color de brasa, que tiene dos cuernos, y el humo formaba largos fantasmas cenicientos que se enroscaban en el cuello del solitario y lo estrangulaban.

Convencido entonces de su próximo fin, ya que toda la Naturaleza lanzaba contra él sus monstruos, desde los más pesados hasta los más sutiles, Onofre aceptó sumiso el destino que le marcaba el Señor; y una noche se arrodilló ante la caverna, cruzó firmemente los brazos y no se movió, esperando, ansiado, el final de los largos tormentos. Inmediatamente, una especie de ave monstruosa y extraña apareció, y sin ruido, sin que uno de sus grandes miembros se moviese, quedóse ante él con la rigidez y la pesada inercia de un monte. Todo su enorme cuerpo se perdía en la sombra, más allá de la explanada, y Onofre sólo divisaba el gordo y enorme hocico, alargado como una trompa, y dos ojillos, medio cerrados, perdidos en la gordura, y de una inmensa, intolerable estupidez y tristeza. Era aquélla seguramente la alimaña suprema que venía a devorarle, y se tapó la cara con las manos trémulas y frías, murmurando la postrera oración.

Cuando miró de nuevo, el monstruo permanecía allí, inmóvil y mudo. Un pelo ralo y repulsivo cubría todo el inmenso hocico, donde relucía, como supurado de su gordura, un aceite espeso y burbujeante. La abertura de las narices desaparecía bajo el moco que en ellas se coagulaba. Y sus ojillos, empañados, no se apartaban de Onofre, tan horriblemente estúpidos y de una tristeza tan supina y densa, que él huyó por no soportarlos, se precipitó hacia el fondo de la caverna, sollozando de desesperación. Largas, interminables horas pasaron. Volvió a rastras, a espiar; el monstruo yacía allí, inmóvil, reluciente de gordura, más estúpido y triste. Furioso, el solitario cogió una piedra y la arrojó contra la trompa. La piedra no produjo ningún sonido: el monstruo, impasible, miraba estúpida, tristemente al solitario.

Gritó, con un gran gesto de excomunión, el nombre de Jesucristo, y apenas el sonido de la invocación murió en el aire mudo, el trasgo estaba allí, macizo, torpe, grasiento, mirando al solitario con su tristeza estúpida. Y así sucedió durante interminables y angustiosas noches. Ya rezase Onofre, ya corriese afligido por la explanada, ya se acurrucase en un rincón de la caverna con la cara en las manos, el monstruo estaba allí, en su pavorosa inmovilidad, tan lúgubre, tan estúpido, tan obeso, que parecía comunicar a las rocas de alrededor, a los montes, a los cielos, a las nubes, su gordura, su estupidez, su inmensa tristeza. Onofre se pasaba las noches llorando, gritando, de hastío y de horror.

Llegó un momento, más desesperado, en que Onofre decidió abandonar aquel desierto. Cogió su rollo de la Escritura, la cruz que perteneció a San Nilo, y un día, antes de ponerse el sol, comenzó a caminar hacia Occidente, hacia las sierras del monasterio de Escete.

Estaba al borde de la gran llanura arenosa, cuando la oscuridad le sorprendió. Para comer el puñado de dátiles que llevaba y beber de su calabaza, descansó en una roca, e inmediatamente vió delante la disforme alimaña que, sentada, sin que las patas se distinguiesen del cuerpo, yacía como un monte sobre la arena, con la gran trompa colgante y clavados en él los ojos, de estúpida y horrenda tristeza. El desgraciado Onofre huyó hacia atrás, hacia su roca, donde al menos su caverna le escondía. Y cuando de nuevo, ya avanzada la noche, bañado en sudor, pisó las losas acostumbradas, el monstruo estaba allí, con su trompa, su tristeza, su estupidez.

Entonces el solitario sintió un horror intolerable de la vida, y sus ojos devoraban ansiosamente el borde de aquel alto peñasco, de donde podía caer para siempre en la paz y en la insensibilidad. ¿No se había matado Saúl? ¿No buscó y se dió muerte a sí misma Pulqueria de Antioquía, a quien toda la Iglesia alababa? ¿Qué era la confesión de la Verdad, ante los pretores romanos, sino la voluntaria entrada en la muerte?

Y cuando así pensaba, he allí que, de repente, la trompa del monstruo se abre con lentitud y aparece, sangrienta y honda, su inmensa bocaza. Seguramente Dios había decidido que fuese aquél su fin en la tierra. ¡Y él, con arrebatada gratitud, lo aceptaba, ya que así sería más portentoso que el de todos los confesores en los martirios! ¡Ah! No estarían allí las multitudes para atestiguar la heroicidad de su fe y su confianza en el Señor.

Se encaró, alzando bien la cabeza (puesto que, sin duda, los ángeles le contemplaban), con aquella bocaza, más horrenda que todos los horrores, y que esperaba muy abierta para tragarle. Más grande que un antro, con dos hileras de colmillos, de los que goteaba una sangre espesa, su profundidad desaparecía bajo una niebla y un vapor sanguinolentos. Y no se movía, con la indiferencia de un abismo natural, seguro de devorarle. Entonces Onofre alargó los brazos, entonó furiosamente un cántico alegre y fué hacia el monstruo y hacia la muerte. Súbitamente todo desapareció, como una sombra en una pared.

Inmóvil, al borde del terrado, Onofre se restregaba los ojos, como quien sale de un sueño siniestro. Y sentía un cansancio tan pesado, que se tendió allí mismo sobre las losas, y todo su ser se disolvió en un sueño benéfico y tranquilo. La madrugada que le despertó era la más fresca y rosada y suave que había pasado en el yermo. Cuando bajó a su huerto a llenar el cántaro, encontró la mimosa toda en flor y aroma.

Había llegado, pues, la estación, dulce entre todas en Egipto, *Shá*, la estación de los retoños. Ya a aquella hora, en la negra Etiopía, el divino Nilo se estremecía, y, recogiendo la buena tierra negra, como un

limosnero que llena los sacos, comenzaba su marcha magnífica hacia el Norte y hacia los valles... Y en aquella noche la luna, la que perpetuamente muere y perpetuamente renace, surgió sobre el desierto, redonda y prieta como un seno, derramando su luz como una leche cariñosa.

Toda la noche, sentado a la puerta de su caverna, Onofre embebió sus ojos en la luna, y recordaba a su pesar, vagamente, una canción de su nodriza, una esclava de raza cananea, en la que se celebraba la luna y su influencia, que hace fermentar los vinos y rige el amor de las mujeres.

La luna se detuvo sobre el mar; Onofre sentía la caricia de su luz suave, y todo el desierto, con sus rocas y dunas, parecía vuelto hacia ella, para mirarse en su brillo, como en un espejo colgante.

Dulces noches pasó entonces, así, en un inmenso reposo, tendido en las losas, y bebiendo a ratos el agua fresca de su calabaza, porque la estación de los retoños es calurosa y sin rocíos. Todo el desierto yacía alrededor, iluminado, limpio por completo de fantasmas y monstruos, en una amplia inocencia, y más seguro que un templo. El Señor, en su misericordia, había barrido con mano vigorosa el tropel deforme y roncador de los fantasmas y de los monstruos. La niebla, donde se formaban los terrores, quedó disipada, y la Naturaleza reaparecía en su inocencia real y magnífica. Y tan limpio y purificado estaba todo el aire, que el fino canto de la fuente subía hasta él, mezclado con el perfume de las flores de las acacias.

¡Cuán dulce era así la soledad!

Hasta las rocas perdían, en aquella suavidad de la primavera, su rigidez, y no eran proas de galeras naufragadas, ni montones de cráneos blanqueando. En su blancura había ahora un calor de vida: redondas, emergiendo de la negra ladera, recordaban la curva tersa de un hombro desnudo, cuando la túnica, color jacinto, se escurrió; altas y lisas, eran como los claros muros de una ciudad muy acogedora, donde el viajero que cruzó desiertos halló la frescura de las termas y el alegre bullicio de las calles, que huelen a sándalo y a mirra...

Un cansancio dulce y lánguido oprimía al solitario, y de su pecho, que se levantaba como una ola, salía a veces, sin razón, un suspiro sollozante.

En su caverna no encontraba, como en otro tiempo, un sueño fácil y sereno: la negra bóveda, el duro suelo de la roca, exhalaban un calor tibio, impregnado de aroma, como si un frasco de esencia se hubiese volcado y alrededor colgasen telas y pieles, y sobre su montón de papiros secos retorcía él sus brazos, sofocado, en un desperezo que hacía crujir sus fuertes huesos.

Salía al terrado, para respirar y ocupar la vigilia con la oración; pero el nombre mismo del Señor moría en sus labios, distraído por sonidos extraños, que venían de lejos, de la sombra. Era a veces una risa esquiva y fina de mujer que se perdía entre la enramada del huerto; un vaho de horno, con un buen aroma a pan caliente, traído por una ráfaga; un velo amarillo que se abría despacio, arrastrábase sobre las rocas. Asomado a la muralla, latiéndole el corazón fuertemente, Onofre acechaba, escuchaba, y a veces permanecía allí toda la noche, sin moverse, con los ojos clavados en la oscuridad, en espera, como si debiese llegar alguna cosa deliciosa y que él ansiosamente apetecía, y de la cual no sospechaba ni el nombre ni la forma.

El día, el radiante sol, no ahuyentaba aquellas fantasías. Y cavando

la tierra, empedrando los canales de riego en su vergel, él se detenía, apresado vivamente por el recuerdo de la risa esquiva y lánguida o por el olor del pan al salir del horno. Al llegar de mañana a la fuente, se lavaba los brazos desnudos, las piernas, alisaba el cabello, que le caía revuelto sobre la túnica de piel de cabra; aplastaba sobre sus manos ciertas plantas que tenían un buen aroma, y sentía agrado, contemplando sus músculos, al pensar que era fuerte y airoso. La llegada de la noche ya no le asustaba; antes bien, la apetecía, por su misterio y por aquella su amplia sombra, que es como una cortina que lo oculta todo. ¡Pero qué solitaria y vacía era! ¡Si al menos tuviese, como algunos cenobitas, un compañero joven con quien poder pasear por aquellas veredas del monte, echándole el brazo al hombro!

Juntos cantarían los himnos sagrados y se murmurarían, el uno al otro, para fortalecerse, las tristezas de sus corazones. ¡Oh, si alguno de aquellos monjes que vagan de monasterio en monasterio o de los que recorren, para instruirse, los retiros de los solitarios, pasase por allí, por aquellas serranías!

Las palmeras de su huerto bastarían para alimentar a dos o tres hermanos, y en su caverna había espacio para cobijar otros sueños...

Con una esperanza inmotivada, permanecía entonces acechando largas horas, asomado desde su terrado, y ante sus ojos, clavados en la penumbra, cansados de esperar, surgían entonces imágenes extrañas: un rincón de calle, con flores colgantes de un terrado; un patio, con una mesa llena de copas, de pedazos de hielo, cobijados bajo un velario; una cortina que se descorría, dejando entrever una mujer, derramando un perfume sobre los brazos desnudos. Onofre se estremecía, como despertando, y entraba de nuevo en la caverna, atribuyendo aquellas visiones a la debilidad, a los ayunos. ¡Ah!, si él pudiese un día comer una carne fuerte, beber un largo sorbo de vino, más largas podrían ser sus oraciones, y en su dulzura saludable desaparecería toda la inquietud de su alma.

Y siempre que pensaba así, en seguida, un plato de barro, lleno de ostras de Canopia, blanqueaba en el suelo, al lado de una vasija de vino, que espumaba, o un olor a cordero asado y humeante se esparcía en la tiniebla. ¿Era una realidad o una ilusión? ¡Bien podía ser un don milagroso del Señor! ¿No había El alimentado a Elías en el desierto? ¿No hizo El brotar, a los pies de Pacomio, torturado por la sed, una rama cargada de albaricoques? Y una noche, en que él vió al lado de su lecho de hojas un pan muy fresco y muy blanco y una ancha copa de vino donde flotaba hielo, no dudó de la misericordia del Señor, y, riendo de gozo, tendió la mano trémula. Dió un grito: ¡había sentido el ardor de una brasa! ¡Era, pues, una horrenda oferta del demonio, y en el infierno estaba amasado aquel pan, y en el infierno se vendimió aquel vino! ¡Si él hubiera muerto en aquel momento, era la perdición irreparable! Cogió las disciplinas, y, quitándose la túnica furiosamente, azotó la carne, infectada de gula.

Pero en seguida, los primeros golpes, en lugar de herirle, le produjeron el incomprensible y extraño goce de una caricia. Era como si unos brazos desnudos se ciñesen a su cuerpo desnudo. Arrojó las disciplinas con inmenso terror, y las negras tiras de cuerda tomaron, caídas sobre la roca, la forma redonda y blanca de unos brazos cansados, que se estiraban. Cayó de rodillas, y de rodillas ante él estaba una figura, una mujer, cu-

yos ojos muy negros y cuyos labios muy rojos se transparentaban a través del velo que apretaba ella contra su seno con los brazos redondos, llenos de frescor y de aroma...

Entonces, durante largos días, no comió ni bebió, y nunca fué más dolorosa y furibunda su lucha con el gran enemigo. Torturado por el hambre y por la sed, Onofre, a cada instante, encontraba ante él una amplia mesa, con un resplandeciente mantel de lino, repleta de todas las delicias de la cocina, del huerto y de la bodega, carnes que humeaban con un rico aroma, legumbres que de tiernas y bien cocidas se deshacían dentro de su salsa transparente, montones de frutas cuya pulpa suculenta estallaba de madura, botellas de vino color amatista y color oro, enfriándose entre bloques de hielo que brillaban.

Y la tentación era tan deliciosa y fuerte, que Onofre, delante, temblaba todo, con una espuma en la boca reseca y gruesas lágrimas rodándole por las barbas. Huía: la mesa reaparecía tan cercana a su pecho, que él sentía la frescura de la nieve, el humo de la carne y un aroma de huerto regado, de flor de romero y de flor de naranjo. Daba un brusco empujón a aquellas delicias del infierno: las frutas se desmoronaban sobre sus pies, abriéndose maduras; los vinos derramados formaban arroyuelos olorosos en la arena. Desesperado, retorcía los brazos, llamaba a gritos al Señor: «¡Socorro, Dios mío, socorro!» Todo desaparecía; pero en seguida colgaban sobre él gruesas ramas cargadas de naranjas, de granadas, de racimos de moscatel, de albaricoques dorados; y del suelo brotaba una llama clara, donde un cordero, gordo y blanco, se doraba en el espetón... Onofre destrozaba las ramas, Onofre pisoteaba la lumbre. «¡Socorro, Dios mío, socorro!» E iba a caer, casi desmayado, a la puerta de su caverna, escondiendo la cara en la arena ardiente, que bebía sus lágrimas.

Un año entero combatió así, y todos sus cabellos encanecieron. Un día, que regresaba exhausto de su trabajo y se había sentado en una roca, a orilla del agua, encontró de repente en el regazo un pan pequeñito, rubio y tostado, caliente aún, como recién salido del horno. Entonces el solitario comenzó a reír serenamente. ¿Cómo? ¡Tanto se había agotado el demonio que, después de unas mesas más ricamente surtidas que las del emperador, sólo le quedaba ahora para seducirle un pan miserable de legionario! Y con aquella risa una paz inmensa penetró en su corazón. El demonio, así humillado, abandonó el desierto.

V

Pero pocas lunas habían pasado, cuando una tarde, al oscurecer, volviendo del monasterio lejano de Tebana, adonde había ido a buscar simiente para sembrar, encontró, sentado pensativamente en una piedra, a un hombre, un viejo, con una túnica severa de filósofo y un bastón en la mano, que se levantó, le saludó y comenzó a caminar a su lado, con respeto y callado.

Extrañado de su silencio, Onofre murmuró:

—¡Bien venido seas, hermano mío en Jesús, hijo de Dios Padre, que padeció por nosotros!

El viejo, sin alzar los ojos del suelo, donde sus sombras se extendían largamente, dijo con lentitud:

—¡Dios es uno, e inmaterial, y no podía tener hijos!

Y como Onofre retrocedía, escandalizado, el otro, reteniéndole por la manga, rompió en palabras extrañas y magníficas. Si Jesús era hijo de

Dios, ¿por qué se había llamado a sí mismo hijo del Hombre? Todo niega, en cada una de sus acciones y de sus palabras, su esencia divina. Si él era Dios, ¿para qué necesitaba el bautismo? ¿Cómo podría el demonio tentar, con la oferta de un reino en la tierra, a aquel a quien sabía dueño, como Dios, de los reinos de la tierra y del cielo? Cuando la Magdalena le tocó la túnica, él exclamó: «¿Quién me tocó?» Luego no lo sabía: ¿dónde estaba, entonces, su omnisciencia de Dios? En Emaús, después de la resurrección, pide él a los discípulos que palpen sus llagas. Luego aun después de resucitado era un cuerpo material, susceptible de verter todavía sangre...

Onofre dilataba los ojos, estúpidamente. Y entonces el hombre, señalando con el báculo del lado del desierto, donde el sol desaparecía, agregó:

—Mi camino es hacia allá... Pero tu alma es digna de recibir la Verdad. Otros vendrán que te la enseñarán.

Y vinieron otros, unos solitarios y en silencio, surgiendo entre las rocas, que resonaban bajo sus bastones herrados; otros en grupo, a través de los arenales, como maestros caminando entre sus discípulos. Era de noche y bajo la luna llena.

Y a veces el terrado, delante de la cueva de Onofre, estaba lleno de una multitud de hombres, de largas barbas, sueltas y trenzadas, envueltos en mantos negros u ostentando cimarras de colores chillones, todos más pálidos que el marfil, con ojos hundidos que relucían, y agitando en las manos inquietas gruesos rollos de papiros o tablillas escritas. A veces uno solo hablaba, con profusión y cadencia; otras, todos, tumultuosamente, disputaban, pero sin enfrentarse, con los rayos negros de sus pupilas clavados en el solitario.

Sentado a la puerta de su caverna, con los largos dedos descarnados puestos sobre los huesos salientes de las rodillas, Onofre se asombraba ante aquellas sonoras facundias.

A través de ellas, unos después de otros, sin respirar, llenando el desierto de ruido, aquellos hombres (que eran seguramente doctores) afirmaban principios llenos de irrisión o falacia. ¡El Dios de Israel era un ángel subalterno! ¡Jesús no pasaba de ser una simple continuación de Adán! ¡El mundo había sido creado en un delirio del Señor! ¡Para vencer la carne era necesario satisfacerla, y sólo por el vicio se alcanzaba la perfección! ¡Hay sólo un alma, que está tanto en los hombres como en las rocas! Sólo la materia es eterna, y los dioses mueren. ¡El mundo fué concebido por el diablo! ¡Jesús es hijo de Achmaroth y su morada es el sol! ¡El Espíritu Santo es una mujer! ¡Sólo Caín es verdadero!

Y a cada una de aquellas revelaciones lanzadas con estridores, Onofre, unas veces, entreabría una boca ignorante; otras, rompía en una risa amplia y límpida, que le removía las costillas bajo su zurrón de pieles. Entonces, precipitándose sobre él, todos blandían junto a su cara sus papiros, sus tablillas. ¡Eran las pruebas! ¡Allí estaba la profecía de Maxilia! ¡Allí, el tratado de Apolonio! ¡Allí, el tratado del Alma Adventa!...

—¿Has comprendido?

Y el más joven de los doctores, que llevaba una mitra oriental, suplicaba a Onofre, inclinado sobre él, con ansiedad:

—¡Haz un esfuerzo! ¡Haz un esfuerzo! ¡Di que lo percibes!

Silenciosamente, con un resto de risa que le brillaba en los ojillos, Onofre se encogía de hombros y murmuraba:

—¡Sólo creo en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo!

Entonces un murmullo de tedio, de indignación contra tanta simplicidad, corría entre los doctores sutiles. Los más violentos le lanzaban injurias. Otros, majestuosamente, volvían las anchas espaldas, cubiertas de largos mantos que arrastraban. Y todos se sumían entre las rocas, en tumulto.

Pero con el crepúsculo retornaban, y Onofre estaba allí, sentado a la entrada de su cueva, ya risueño, como quien en una feria se prepara a gozar de las artes divertidas de los magos.

Y la gran lección recomenzaba, resonante y facunda. Cada día surgía algún nuevo doctor, con un nuevo dogma. ¡Y siempre la risa del solitario les respondía! Siempre la confesión de su fe, cándida y sencilla, en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Hasta que una noche, en que la docta contienda se prolongó y la luna ya palidecía, como Onofre, fatigado, a pesar de haber sido más profundas y sublimes las concepciones de los doctores, empezaba a bostezar, cerrando los párpados, uno que llevaba una mitra bicorne, en la que centelleaban pedrerías, alzó el brazo y clamó súbitamente:

—¡Dejad a ese bruto!... ¡Venid!

Y en un gran silencio, el grupo de los doctores, todos tiesos y juntos, se elevaron en el aire, fundiéndose suavemente en la claridad postrera de la luna. Ya Onofre dormía.

No volvieron; pero sintió entonces el solitario como una nostalgia de aquellos hombres y de aquellas voces, que cada noche poblaban su soledad. Y el desierto le pareció más desierto. Y las horas en que ellos solían aparecer—como sombras que se desprendían de la sombra, y él, después de la labor del largo día, se sentaba en el suelo, dispuesto a gozar, como en un recreo, de sus arengas sonoras como músicas de batalla—subía a las peñas, aguzando la vista, a acechar si alguno, o todos, no volverían por el estrecho camino, recogiéndose los mantos a causa de los tojos ásperos.

El camino permanecía solitario, y no había ni estrellas ni luna, y vacío y vasto le parecía el desierto alrededor y dentro de su corazón.

Pero una noche en que acechaba así desde la cumbre de las rocas, creyó oír de repente el tintineo lento y triste de los cascabeles de un dromedario. Y unas antorchas humeantes bailaron en la sombra.

Alborozado, gritó él, agitando los brazos:

—¡Por aquí! ¡Por aquí!

E inmediatamente, con un ruido de armas en marcha, surgieron en fila, del camino estrecho, soldados barbudos, con los escudos metidos en sacos; una litera emplumada, con paños púrpura, que se balanceaba sobre los hombros de unos esclavos; las insignias de Roma, y unos dromedarios con fardos y odres. Unas voces gritaban entre las chispas de las antorchas:

—¿Es aquí donde vive el santo ermitaño?

El solitario, espantado, balbució:

—¡Onofre, siervo de Dios, aquí vive!

Entonces, de entre los paños fruncidos de la litera, que se había parado, un hombre, con toga blanca y todo él más blanco que un mármol, posó en el suelo sus sandalias rojas y oro. Las conteras de las lanzas resonaron en el suelo, dos ásperas trompas atronaron el aire, el dromedario se arrodilló. Y el hombre, recogiendo los pliegues de su amplia toga, fué hacia el solitario con lentitud y majestad. Después, en la gran desnudez del desierto y de la noche, comenzó, tieso, grave, como si arengase en un Senado:

—Onofre, la fama de tu pureza y de tus penitencias ha transpuesto el desierto y llegado a Roma. ¡Y yo vengo en nombre de Honorio, César, tres veces augusto, invencible y señor del mundo, y que te saluda!

Y saludó. Corrió un grito entre soldados y esclavos:

—¡Gloria al César, tres veces augusto!

Y, bruscamente, el hombre togado acercóse al solitario, que retrocedía, intimidado, apretando contra el pecho las manos flacas sobre las largas barbas, y con un murmullo familiar y risueño continuó:

—Onofre, aquí está la cosa imperial y formidable de que se trata. Honorio, atraído por la Verdad, quiere conocer la Ley Nueva. Pero ¿quién sería lo bastante puro e inspirado del cielo para enseñársela? ¡Sólo tú, amigo! Los doctores de Alejandría y de Palestina tienen almas llenas de ambición y mentira. ¡La tuya es cándida! Y por la pureza perfecta, tú has alcanzado la voluntad perfecta. En Roma vivirás, en el palacio de César. Y cuando César conozca la Ley cristiana, convocará al Senado, y todo el imperio será proclamado cristiano. ¿Eh? Tú mismo, con tu propia mano, cerrarás las puertas de los templos. Y sin quitarte siquiera ese zurrón, en toda tu sencillez, ofrecerás a tu Dios Roma, las legiones, las provincias y todo el género humano. ¿Eh?

Inclinado, con los brazos abiertos, de donde colgaban los paños rojizos del manto, parecía él un ave de rapiña, cubierto de sangre y de alas ya cerradas sobre la presa fácil.

Y con un hálito ardiente, murmuró:

—¡Qué ocasión, Onofre, qué ocasión! ¡Lo que no han hecho ni Pablo, ni Gregorio, ni el inmenso Orígenes, ¡tú lo harás con sólo hablar fina y mansamente junto al oído de César! ¡Bien lo sé! No es el orgullo del espléndido hecho el que te empuja... Seguramente. ¡Pero piénsalo! Todos los martirios terminados, los ídolos cubiertos de moho, la tierra llena de cantares y el cordero en su redil. ¿Eh?

Onofre temblaba todo, deslumbrado. Balbució:

—¿Y el emperador?

—¡Lo quiere! Porque ya en los idus de marzo, una noche os vió en sueños, a ti y al Otro, al Otro, con su corona de espinas y las manos aún con los clavos, que te empujaba delante de César y gritaba en griego: *¡Este te enseñará lo que conviene saber!* Y eras tú, tú, con esa piel de cabra, esas barbas y esa belleza clara y majestuosa, que te comunica la virtud. ¡Oh Onofre, la tierra, cansada, suspira por ti! ¡Ven!

Y Onofre pasó largamente las manos por la cara, sonriendo. Y dió un paso, luego otro, con la muñeca ya cogida por la garra del hombre de púrpura. ¡E iba como en el esplendor de un sueño, todo hecho de certeza!... ¡César le esperaba para confesar la fe! ¿Por qué no? El emperador Constancio escribió dos cartas a Antonio, y las patricias de Alejandría efectuaban la travesía del desierto para besar las rodillas llagadas de Pacomio. ¡Y su vida no había sido menos terrible que la de aquellos solitarios magníficos! No existía forma de dolor que él no hubiese sufrido, ¡y sus lágrimas de penitencia, reunidas, podían formar un río en el desierto! ¡Pero al fin Dios le elegía para el hecho mejor de los tiempos! ¡Y él marchaba firme bajo la mirada contenta del cielo! Todo el error iba a desaparecer de la tierra, y desde el primer día, él persuadiría al emperador de que desterrase a los heréticos hacia los confines de las naciones, donde comienzan las nieves y los mares tenebrosos. Todos sus templos serían destruídos y quemados los libros de

los filósofos que perpetúan el error. Después, reformaría las Iglesias del Asia. Y en un gran concilio sería establecida doctrina pura, y quedaría para siempre inmutable. Entonces comenzaría una gran paz divina. ¡Qué obra! ¡Qué obra! Al lado del emperador recorrería él las provincias. Aunque para sí no quería honores, ni poder sobre las almas... Tal vez únicamente el gobierno de los monasterios de Egipto. Y, junto a la púrpura de César, los pueblos postrados se asombrarían de su zurrón de piel, lleno aún de espinas de tojos. ¡Qué obra! ¡Qué obra! Todo él crecía, y parecíale ver las estrellas desde más cerca, como si fuesen ya su corona inmortal.

—¡Acércate a la litera!—clamó el hombre purpurado—. ¡Y vosotros, saludad al maestro de César, al poseedor de la Verdad!

Todos los hierros de las lanzas resonaron, las insignias de Roma ondearon en el aire, los esclavos estaban postrados en el suelo. Y el hombre, entonces, murmuró junto a las barbas del eremita, en la amplitud de su triunfo:

—¡En Roma verás multitudes más postradas! ¡Todas las Iglesias del Asia pondrán tu nombre en las Escrituras! ¡Y bien lo mereces! ¡Porque el Otro, en Galilea, sólo convirtió pecadores, y tú, al convencer a César y con él al mundo, eres más grande; sí, eres más grande! ¡Ven! ¡Más grande que el Señor! ¡Entonces hubo en el alma de Onofre como un resplandor que iluminaba un precipicio! Soltó, con un grito, la mano del hombre, que le abrasaba. Y en su mirada reconoció la lumbre del infierno. En su angustia, sólo pudo suspirar: «¡Oh Jesús! ¡Oh Jesús!» Súbitamente, el gran manto de púrpura, blando y como vacío, cayó al suelo y, a lo lejos, la litera empenachada, el dorso del dromedario, las lanzas en confusión, huían a la desbandada, en una nube de humo.

Onofre cayó de rodillas. Ante él, el manto enrollado formaba una mancha roja. Palpó muy levemente con los dedos: ¡era sangre! Estremecido, con un terror infinito, retrocedió, y la sangre empezó a rebrillar, tan lisa y cristalina, que él vió, en ella, como en un espejo, su rostro. No la había contemplado desde que entró en el desierto, y retrocedió, despavorido, ante la fealdad con que se le reaparecía, dura, abrasada de orgullo, entumecida toda por el pecado.

¡Entonces lloró mucho tiempo amargamente! ¡Oh miseria, oh dolor! En tantos años de penitencia y de yermo, su corazón no había logrado purificarse: permanecía cubierto de una costra de maldad. ¡Ciertamente, en mil noches de dura pelea había él rechazado al padre de la mentira! Pero aquéllos eran los triunfos fáciles que los mismos paganos, sin ayuda de Jesús, logran sobre la carne. Cuando, sin embargo, el gran mentiroso viene, y, desde lo alto de una roca, como el Señor, les promete una gran gloria entre los hombres, se deja él en seguida llevar de la mano, accediendo con una facilidad de prostituta. ¡Oh alma miserable, hacía tanto fuera del mundo y saturada aún del orgullo del mundo, como una esponja que sale de un agua podrida! ¡Qué penitencia y qué ejercicio heroico de humildad habría, que pudiese exprimir hasta la última gota impura de aquella soberbia que rebosaba, apestando todo su ser! ¡Habíase flagelado treinta años! ¡Había pasado hambre treinta años! Su oración subía hacia el cielo tan constantemente como su aliento. Y había arrastrado cadenas de hierro; había velado meses enteros, con las rodillas sobre agudas piedras y los ojos risueños puestos en las claras estrellas, o había dormido envuelto en cardos; dió a beber su sangre a las avispas; se aplastó los huesos bajo gruesas piedras... ¡Y en vano!... ¿Qué podía hacer entonces en aquel yermo? ¿Dónde había martirios más dolorosos? ¿Dónde se aprendían preces más extáticas?... ¿Dónde?

Sentado, desoladamente, sobre los talones, con la barba cayendo en copos entre los brazos caídos. Onofre alzaba los ojos arrasados en lágrimas, suplicando al cielo un consejo.

¿Por ventura, aquella vida solitaria sería estéril para el Bien?... En verdad, entre aquellos arenales y aquellos peñascos, ¿cómo ejercer suficientemente la humildad, la caridad? El no tenía siquiera a su lado un perro con quien pudiese ser paternal. Y si la humildad pasaba dentro de su alma, sin que el mundo la comprobase o se aprovechase de ella, era fácil y vana. ¿Qué hacer? ¿Abandonar el yermo? ¿Volver entre los hombres?

Murmuró lentamente en el silencio:

—¡Volver entre los hombres!...

Y ante sus ojos, que se embebecían en las estrellas, creyó vagamente entrever la forma de un hombre: ¡estaba sentado junto a un muro, casi desnudo, y gemía cubierto de llagas! Después, el muro se prolongó, y era un cobertizo, donde otro hombre, un esclavo muy viejo, con la espalda encorvada de los latigazos, ¡jadeaba moviendo la pesada muela de un lagar! Después la muela del lagar se dividió en losas, y era una carretera por donde iban, unidos por yugos, arrastrando gruesos grilletes, grupos de cautivos, que unos soldados empujaban con pinchazos de las lanzas. Después las lanzas quedaban clavadas en el suelo, y eran cruces donde agonizaban, listados de sangre, unos cuerpos, que los buitres, volando a su alrededor, golpeaban con las alas negras. Y de los ojos de Onofre, que seguían aquellos dolores, caían las lágrimas a chorro, silenciosas y cálidas.

A cada lágrima que así caía, Onofre sentía en su corazón un alivio inesperado y nuevo.

Muchas lágrimas había llorado en el yermo, ¡pero nunca tan consoladoras! y, sin embargo, eran los recuerdos de los dolores del Señor, de su dulce cuerpo lleno de llagas, de su sudor de aflicción y de su caída, en la áspera sierra, bajo el ultraje de los soldados y de la cruz, que las hicieron derramar en noches de piadosa meditación. ¿Por qué eran más dulces y apaciguadoras éstas, que le arrancaban las llagas, y los trabajos, y los cautiverios, y los suplicios de los hombres *mortales*? ¡Las lágrimas *vertidas por los dolores humanos* eran, pues, más gratas al cielo que las lágrimas derramadas por los dolores divinos! Entonces, seguramente, servir a los hombres en el mundo sería más estimado en el cielo que servir a Jesús en la soledad...

En pie, levantó los brazos hacia las estrellas, y murmuró:

—¡Oh Señor mío, enseña a tu siervo, que sufre el tormento de la incertidumbre!

Un deseo penetró bruscamente en su alma: el de ir a ser bueno y humilde en el mundo.

Entonces, con la mano aún toda trémula, se enjugó las lágrimas. Alegremente, entró en su cueva, cogió su bordón, se guardó en el pecho, bajo el zurrón de piel, la cruz preciosa que hiciera Antonio en la ciudadela del alto Egipto.

Después subió a las rocas, envolvió en una larga mirada el desierto, la huerta, nunca terminada, que había él cultivado; las palmeras benéficas que le alimentaron, el ar-

busto, que, flor a flor, le marcó los años de penitencia; el regato que fué la frescura de su desierto. Y, con un largo suspiro, tomando por el rumbo de las estrellas el camino del Sur y del Océano, Onofre volvió entre los hombres.

VI

Lo primero que encontró junto a una aldea que aparecía en lo alto, toda oscura y de adobe, fué un viejo, muy quebrantado, encorvado bajo un haz de leña y conduciendo un jumento rucio, muy viejo también, ya manco, cargado con un saco de grano. Y uno tras otro, el viejo harapiento y el jumento con llagas en el flaco lomo, iban jadeando y renqueando por una calzada abrupta, bajo el sol y las moscas, entre piteras polvorientas.

Humildemente, Onofre se acercó al viejo y le indicó que, siendo más fuerte, acarrearía mejor por la cuesta la leña y el grano. Y sin esperar el consentimiento del viejo, que apenas comprendió, confuso y senil, cogió sobre su hombro el montón de leña, sobre el otro el saco de grano, y detrás de su hombre y de su jumento, aliviados así de toda carga, fué caminando contento y entonando alabanzas al Señor.

El viejo era el siervo de una viuda, pobre, baldada, que sólo le tenía a él, y a aquel jumento, amén de una huerta mal cuidada, de pocas hierbas. Onofre, aquella tarde, amasó la harina, partió la leña, trajo el agua del pozo, cavó el tablar de cebollas, sacó las espinas de los pies del siervo, lavó las antiguas llagas del burro, y junto al catre de la viuda, que era cristiana, para consolarla, contó la pasión del Señor. Y así comenzó Onofre su obra entre los hombres.

Pero muy pronto abandonó la aldea, que, rodeada de tierras fértiles, con pozos abundantes, bajo un aire muy templado, no cobijaba en sus casuchas ni indigencia ni males. La sencillez de aquella vida no ofrecía acción para un corazón sediento de humildad.

A dos estadios, sin embargo, de la aldea estaba la vieja ciudad de Bubastes, entre las aguas pelusíacas y el canal de Necio, donde cada año venía de todo Egipto la festiva peregrinación al vetusto templo de Phtah, consagrado entonces a la Artemisa griega.

Bubastes era rica en obeliscos y termas. Sus murallas formidables estaban cubiertas de estatuas. Y en las largas avenidas, a lo largo de las aguas, bajo los sicomoros y las palmeras, todo el día las tabernas y las estrechas casas de las cortesanas resonaban con las diversiones y los cantos paganos.

El pretor romano era allí bondadoso con los cristianos; pero la herejía desgarraba la Iglesia, ya considerable y activa, de la que era obispo Alejandro, hombre austero y rudo, que había guardado cabras en la Galacia. Onofre fué a vivir en Bubastes. Como sus largas barbas inspiraban respeto, y algunos fieles le saludaban en las calles, se cortó las barbas y cambió su zurrón de solitario por un sayal de esclavo. En verdad, él habíase convertido en segida en el esclavo de los pobres. Junto al muro, ricamente adornado de esculturas que rodeaban el templo y los bosques sagrados, acostumbraban, desde que despuntaba el alba, a reunirse enfermos y mendigos. Y allí, desde el alba también, después de la noche pasada en oraciones, Onofre trabajaba en servicio de los miserables, arreglando lechos de hojas para los viejos, lavando los trapos a la orilla del canal, cubriendo de

hilas las llagas, matando los bichos en los cabellos intonsos. Después iba a mendigar para sus pobres por toda la ciudad, desde las casas más ricas, donde los perros le ladraban, hasta las tabernas de los canales, o a las chozas de las prostitutas, de donde traía siempre en el saco algunas cortezas de pan, restos de pescado, o una maquila de lentejas, y no vacilaba, incluso, en penetrar en el templo de Artemisa, o, al final de la ancha avenida, en el templo de Hermes, y mendigar de los dioses paganos, por mano de sus sacerdotes, un poco de aceite para suavizar los miembros doloridos de sus enfermos. Otras veces alquilaba su pobre cuerpo descarnado para los más duros servicios, y tiraba a la sirga de los barcos en los canales, acarreaba piedras para la reparación de las murallas, partía en el cuartel romano la leña de la cohorte, y las monedas de cobre que le dejaban en la palma de la mano venía a traerlas corriendo a alguna casucha donde sabía que se hallaban unos niños sin pan. De noche, con una antorcha, alumbraba a los trasnochadores o impedía que los ebrios, al salir de las tabernas de los canales, cayesen al agua oscura. Como recompensa, recibía ultrajes. El replicaba con bendiciones.

Y nunca como entonces había gozado de una paz tan perfecta. En el desierto, sus rudas labores de azada y riego, para combatir la esterilidad de las arenas y coadyuvar a la realización de la divina promesa, no le daban alegría; y la fatiga con que salía de ellas era inquieta y triste. En la oración que envió allí constantemente hacia el cielo, su alma no se desahogaba, ni obtenía con ella del cielo el don de la ansiada misericordia, y había sólo un alma más turbia ante un cielo más mudo. Ahora, por el contrario, el cansancio de aquellos largos días de caridad era pleno, feliz y saturado de dulzura, y la más breve oración, balbuceada de prisa, hacía bajar de las alturas sobre su corazón como una larga y vaga caricia que le refrescaba deliciosamente. Pero el mejor bien logrado era la liberación del demonio. No había vuelto más el Padre de las Imposturas, en sus formas diversas de seducción y terror, y la tierra toda estaba para él limpia y vacía de Satanás, como un altar lavado recientemente.

En las ruinas de un templo muy antiguo, junto a las murallas, sitio que escogió para cobijarse, la tumba de un Faraón, bajo la tierra, había figuras execrables, pintadas y talladas sobre los restos de muros; y era un lugar temido por los cristianos, porque de noche todas aquellas imágenes se despegaban de la piedra, revivían y celebraban, bajo la lividez de la luna, ritos abominables. Pero para él sólo hubo en aquellas ruinas soledad y sosiego; e incluso desde que las habitaba, en la estación de las lluvias, habían nacido en las grietas de las piedras flores silvestres, que crecían, trepaban y ponían en torno a él y de sus largas oraciones un perfume casto y grave de capilla en fiesta.

Pero al cabo de un año en que allí vivía, aquel terreno fué elegido por el pretor para la construcción de una gran cisterna, y Onofre, desalojado, dormía entonces en los corrales; y si los siervos le rechazaban, iba a tenderse contento entre la basura de las calles. Tan descarnado habíase quedado su cuerpo, que los niños, jugando en la calle, en los barrios pobres, le llamaban el *Padre de la Muerte*. Muchas veces le tiraban piedras o barro. El se paraba, sonriendo, y recibía aquellos ultrajes como caricias.

Una noche en que Onofre oraba bajo los árboles del canal, pasó sobre la ciudad, por el cielo, de Orien-

te hacia Occidente, una gran antorcha humeante. Los centinelas, sobre las murallas, lanzaron sones de trompa, como en una alarma, y en los terrados de las casas surgían caras espantadas, que se golpeaban desesperadamente la cara, para conjurar el presagio. No bien amaneció, estalló un incendio en el barrio lejano y miserable donde vivían los embalsamadores de cadáveres, y a poco corrió por todo el caserío, hasta el templo de Hermes, una inmensa llamarada. Onofre se precipitó hacia el incendio con la multitud que acudía, con el terror de que quedasen consumidos los cuerpos de parientes y amigos confiados a los embalsamadores.

Ya una fila de esclavos, de ciudadanos, mezclados, habíase formado por la calle hasta los canales, para el acarreo del agua. Onofre, rechazando el balde de cuero, que repartían los soldados, penetró en las llamas, donde los gritos eran más dolorosos. En breve reapareció, con chispas en los pelos de la túnica, llevando a un viejo sobre las espaldas, y volvió a meterse seis veces en el brasero tumultuoso, trayendo, a través de las vigas ardiendo, de los techos que se desplomaban, niños, una mujer paralítica, otro viejo, hasta incluso un cordero que balaba en sus brazos. Todo el cabello le desapareció con las quemaduras, y quedó cojeando para siempre.

Pasado su espanto, el pueblo acusó del incendio a los judíos y a los cristianos. Los más pobres, que no pagaban al templo de Artemisa un tributo secreto para evitar las persecuciones, fueron cargados de cadenas y arrojados a los ergástulos; Onofre, que no había sido perseguido por miserable, recorrió las prisiones consolando a los hermanos, arrodillado ante las rejas, y la mañana en que fueron ellos azotados frente a los pórticos de la basílica, él, medio desnudo, ante los flageladores, no cesó de cantar himnos, azotando su cuerpo miserable y lleno aún de quemaduras con unas disciplinas de hierro.

Incitados por el viejo gramático Flaccus, algunos, más furiosos, arrojaron piedras a Onofre, que injuriaba la majestad de la Ley. Y seguramente iba a ser lapidado y martirizado junto a una casa en obras, donde se refugió, cuando una gran lluvia, tempestuosa y brusca, dispersó la turba imprecadora. Fué el agua del cielo la que lavó las heridas de Onofre.

La asamblea de los fieles se reunía junto al mercado del Pescado, en el piso tercero de una casa vieja, al fondo de un terrado, al que no pasaban los catecúmenos no iniciados aún en el misterio de los Sacramentos, o que estaban cumpliendo penitencia por culpas confesadas en secreto al obispo. Más allá de la puerta santa, custodiada por el portero, sentado en el suelo, con las tablillas que contenían la lista de los fieles, sólo había una amplia sala, desnuda, mal encalada, donde ardían doce lámparas. El viernes siguiente a la flagelación de los hermanos, cuando Onofre, descalzo como siempre, con el rollo de la Escritura metido entre el pecho y la túnica, entró allí y se colocó humildemente en un rincón, todos le saludaron con el cántico que se consagra a los mártires. Un diácono corrió, murmurando: *Sanctum! Sanctum!*, para conducirle junto a la mesa, cubierta de lino blanco, que servía de ara, y hasta el obispo Alejandro se levantó, apoyado en el báculo, para besarle las mejillas. Onofre permanecía mudo, asustado con la veneración y las alabanzas. Y apenas terminaron las preces y los hermanos cambiaron el ósculo ritual, él corrió, pegado a los muros como un culpable, hasta el templo de Artemisa, a reunirse con sus mendigos y sus tullidos, y volvió a entrar en su humildad.

Pero la fama de la caridad de Onofre era ya grande entre los hermanos, y una diaconisa, dueña de muchas tierras y de muchos ganados, a quien la vejez y la dolencia impedían los ejercicios sagrados, llamó a Onofre a su casa, y, señalando un cofre de cedro, dijo: «Esos bienes eran para los pobres, y para ellos te los entrego... Lleva, saca de ahí, hasta quedar yo, muy pronto, pobre también.» Onofre, con la codicia de un avaro, hundió las manos en el cofre y salió precipitadamente, riendo, deslumbrado, con los pliegues del sayal cargados de oro.

Fué entonces, en Bubastes, el gran reparto a los miserables. No bien amanecía, estaba en el mercado, colmando de provisiones y de legumbres un carrito, del que tiraba como un animal, y que arrastraba por los barrios más pobres, dejando en cada morada el bendito pan de cada día. A las viudas les daba dinero, besándoles la orla de la túnica. Vestía a todos los niños. Y compró incluso un campo donde estaba levantado un barracón para cobijar todas las vejeces y todas las dolencias.

No cuidaba tan sólo de los cuerpos, sino también de las almas, hasta el punto de emplear tres copistas, pobres y que se inclinaban hacia la fe, en preparar unas copias de las Sagradas Escrituras, que él repartía a los menestrales a la hora de la siesta, a los que descansaban bajo los plátanos en el patio de las Termas, e incluso a los viajeros que llegaban, con fardos, por la puerta Pelúsica. A aquellos cuya hambre saciaba hablábales siempre, dulcemente, del Reino de Dios, donde todas las hambres son saciadas, y a los que en aquella ciudad de César eran, por condición, los más *ínfimos*, les aseguraba en el cielo, en aquel cielo azul y tan sereno que los cubría, otra ciudad, verdadera y eterna, la ciudad de Dios, donde ellos serían los *supremos* y tendrían más alegría que habían tenido nunca los ricos senadores, abundantes en esclavos y tierras.

Pero a los gentiles les ofrecía la Verdad, ligeramente y sin intransigencia, porque el hombre, por sediento que esté, rechaza colérico el agua que unas manos brutales y autoritarias le quieren introducir entre los labios resecos. No injuriaba a los dioses ni a los ritos. Y *su enseñanza* toda era para el corazón, contando la vida del Señor, y su humildad, y sus visitas a las casas pobres y a los lugares, y su muerte tan triste como la de un pobre esclavo. ¡Jesús sólo quería que los hombres se amasen los unos a los otros! Para El vale tanto un *alfarero como un procónsul, y* en su reino no habrá ni esclavos ni tormentos. Para que El se alegrase, el rico debía repartir con el pobre. ¿Qué era la vida aquí sino una caminata breve y penosa que va de calle a calle? Pero la vida allá, en el cielo, a su lado, era la verdadera, y en ella los que trabajaron reposarán, los que padecieron se regocijarán y los que obedecieron mandarán. Y si fuereis buenos—decía—vosotros, que desde el alba a la noche trabajáis, tendréis gloria y seréis inmortales y beberéis del vino del Señor, ¡y tal vez no le suceda lo mismo a César!

Así enseñaba él en las calles pobres, a la hora en que los esclavos abandonan el trabajo, sentado en una puerta amiga, con niños sobre las rodillas. Y cuando Onofre, besando a los hombres en la cara o en la mano, humildemente, cogía su cayado y se alejaba, siempre algunos de los que le escuchaban, obrero, esclavo o incluso hombre libre y dueño de bienes, le seguía, e iba a ti-

rarle, en una esquina, de la punta de la túnica y a preguntarle muy bajo: «Onofre, ¿cómo hay que hacer para pertenecer a ese Dios que es tan bueno?» Y hasta un día, Simeón, un avaro, corrió tras él, apretando una bolsa, con la inquietud de un alma tentada fuertemente: «Onofre, ¿cuánto se paga para ser acogido por ese Dios tuyo?» Onofre rió, con una sincera y amplia risa. Pero Simeón, desde entonces, dió grandes limosnas.

Aquella santa popularidad, por la que le seguían a veces gentes en las calles, suscitó, sin embargo, recelo entre los diáconos, celosos de la autoridad espiritual. Y los judíos más viejos de la asamblea veían con cólera que él repartía las limosnas de Petronila fuera de los barrios judíos e incluso entre obreros paganos. Entonces, en la asamblea surgieron murmullos, y Onofre fué acusado de recibir limosnas de las cortesanas, de aceptar óleos medicinales de los arúspices, de frecuentar a los paganos e incluso de inclinarse hacia las doctrinas de Marcos, el herético.

El obispo Alejandro llamó al viejo a la casa pobre en que vivía, y donde fabricaba esteras para vivir de su trabajo, y censuró ásperamente su indiscreta humanidad. Onofre besó, llorando, la orla de la túnica de Alejandro, y desde aquel día no traspuso la puerta de la asamblea, quedándose fuera, en el terrado, entre los penitentes, con la cabeza sobre las losas, que él regaba de lágrimas, como si expiase un sombrío pecado. Por aquel tiempo, la vieja Petronila murió, y sus herederos invadieron ávidamente la casa con escribas del Pretorio que sellaban las arcas e inventariaban los bienes. ¡Habíase secado la amplia fuente de caridad que a través de él alivió tanta miseria! ¡Y sus hermanos en Jesús no le amaban! Onofre tenía entonces setenta años.

Comenzó entonces a mendigar por la ciudad para sus pobres. Pensó, incluso, en venderse como esclavo y ser pregonado en el bazar, con la cabeza rapada, un rótulo en el pecho y los pies pintados de blanco. Pero ¿qué valía aquel su pobre cuerpo, flaco y encorvado, con las manos todas trémulas? ¿Cincuenta dracmas? Y, amarrado a una servidumbre, no podría velar por los viejos, por los enfermos, que dependían de su caridad. El conocía ahora todas las miserias de la ciudad, y su amor crecía a cada instante por aquellos miserables que ya no podía socorrer, y de quienes sabía uno por uno las hambres, las llagas, los dolores y la soledad. De noche, afligido, en los solares, en las ruinas, a donde iba a orar, alzaba los brazos hacia el cielo mudo, y gritaba: «¡Socorro, Dios mío, socorro!»

Pero como el socorro no bajaba del cielo, cada mañana él volvía a comenzar, desesperadamente, por la ciudad, sus súplicas lamentables, con una vieja olla atada al cuello por dos cuerdas y las manos tendidas siempre. Así permanecía en las plazas, o donde los canales se cruzaban, gritando: «¡Pan para los pobres! ¡Pan para los pobres!»

Era entonces la estación de las grandes lluvias. Y aquel viejo, inmóvil bajo las densas trombas de agua, con los cabellos blancos pegados a los surcos de la cara, y tirando de la pobre túnica adherida a sus huesos, que temblaban, causaba compasión: las limosnas caían resonando en la olla de barro. Por eso Onofre temía los cielos alegres y el aire tibio, que, aligerando las almas, las apartan de la compasión...

A veces pasaban largos días sin que hubiese logrado una limosna o un trabajo, por vil que fuese, que le produjese un salario. Y entonces iba por los caminos, llorando en el silencio de la noche. Lloraba por las hambres que no podía saciar, por todos los males que no podía sanar. Su propia miseria, su desnudez, su hambre, eran sus únicos consuelos, porque al menos le hacían igual, por la miseria, a aquellos a quienes amaba. Aquel amor infinito e insondable era todo lo que podía dar a los pobres, sus hermanos. Pero brotaba de su corazón tan intenso y ardiente, que Onofre a veces pensaba que podría, hasta de lejos e invisible, consolar y dar esperanzas, como el sol, centro de calor, calienta y hace revivir. ¡Cuántas veces alargaba él los brazos en la soledad, con un deseo desesperado de poder apretar en ellos contra su pecho a todos los que sufren, y morir con ellos, dejar este mundo despiadado! Atormentaba entonces al cielo con oraciones ansiosas. Con los ojos puestos en las alturas, la mano tendida como si viese a Dios de cerca, y le hablase, revelaba, indicaba a Dios, como a un Padre distraído, ciertas miserias en ciertas moradas, y murmuraba: «Señor mío, Señor de mi corazón, hay en la calle de las Tiendas una pobre viuda con tres hijitos, sin amparo, sin pan: ¡vuelve hacia allí tus ojos piadosos!» Y esperaba con los brazos tendidos la limosna de Dios, hasta que los brazos se le bajaban cansados, y cansadas le caían las lágrimas.

VII

Ahora bien: una tarde, al anochecer, después de un día estéril en que no recogió nada para los pobres, ni encontró trabajo, por vil que fuese, que le diera un salario, vagando así junto a las murallas, perdido en aquellos dolores y en invocar a Dios, oyó de repente, al fondo de una calleja, un llanto dolorido y agudo, como es el de los funerales. Corrió, con gran piedad. A la puerta de una casucha de adobe, donde ardía la lumbre pobre de la cena, estaba tendido un hombre, con la cara oculta por un paño y los brazos desnudos y blancos cubiertos de sangre negra. De rodillas ante él, una mujer desgreñada gritaba, con largos ayes afligidos y lentos. Tres criaturas juntas abrían unos grandes ojos, aterrados. Otras mujeres de las casuchas vecinas, apiñadas alrededor, se golpeaban el rostro, lanzando también largos ayes. Y los camaradas que le habían traído contaban aún a un soldado barbudo y rubio de la Legión germánica, que había despertado a los gritos, cómo una gran piedra desprendida de un cabrestante, en las obras de las murallas, destrozó los dos brazos al mísero y le derribó como muerto.

Onofre, a través de las lágrimas que le turbaban, recordaba aquella casucha pintada a rayas negras, aquellas criaturas casi desnudas, de grandes ojos famélicos. Había llevado allí con seguridad consuelo y pan... Y, arrodillándose, levantó despacio los paños del rostro del hombre, que yacía inanimado. Entonces reconoció a un pobre llamado Ozías, esclavo de un hombre cruel, un contratista de obras. ¡Oh, pobre Ozías! Desde hacía largos meses tenía aquella mujer, enfermo y consumido, y apenas podía, con el salario de la servidumbre, tener suficiente pan para sus tres hijitos, contratados ya como esclavos. ¿Quién les ganaría ahora a los tres desgraciados el inseguro pan? ¡Oh dolor! ¡Oh dolor! Y entonces, en aquel instante, el pobre hombre abrió lentamente los ojos, de donde corrieron dos lágrimas, pesadas, y murmuró:

—¡Ay mis hijos..., mis pobres hijitos!

Entonces, Onofre, desesperadamente, todo tembloroso, se dirigió al cielo:

—¡Oh Dios misericordioso! ¡Oh Jesús, Señor mío! ¡Por tus llagas y por todas mis oraciones, concédeme la vida de este hombre!...

Sus rodillas golpearon el suelo. Y temblando, temblando todo, con los escasos cabellos erizados de terror divino, Onofre atrajo hacia él el cuerpo inanimado, se levantó ¡y retrocedió!...

Resonó un grito de pavor y de pasmo. El hombre estaba en pie, con una nueva sangre en la cara, estirando fuertemente los brazos blancos, fortalecidos, ¡y sanos! ¡Milagro! ¡Milagro! Todas las mujeres se precipitaron hacia dentro de la casucha, gritando, con un ansia de palpar, de sentir la piel renovada y caliente de aquellos brazos milagrosos. El soldado barbudo de la Legión germánica huyó despavorido.

Y Ozías, como atontado, con lágrimas que le corrían sobre la risa del rostro, abandonaba los brazos, rechazaba a las mujeres, comprobaba la fuerza recuperada cogiendo a sus hijos y contemplaba con asombro los músculos recompuestos, balbuciendo y gritando:

—¡Estoy sano! ¡Estoy sano!

Con el gran alboroto, ya unos vecinos abrían sus puertas, levantaban en alto candiles de barro. Y el clamor iniciado por los dos compañeros de Ozías aumentaba, se difundía:

—¡Milagro! ¡Prodigio! ¡Fué Onofre! ¡Venid a ver!...

¡Pero Onofre había desaparecido! Como llevado por un poderoso viento, sin oír los pasos torpes, cruzó la plaza de los Obeliscos, transpuso la muralla derruída y caminaba junto al río, bajo el silencio de las estrellas.

¡Iba en un deslumbramiento! A veces alargaba los brazos, murmuraba cosas. «¡Hice un milagro! ¡Hice un milagro!» ¡Onofre, el más humilde y rudo siervo del Señor en la Iglesia de Bubastes, había hecho un milagro! ¡Y no de aquellos tan fáciles y nacidos de la ilusión, como los saben hacer los discípulos de Simón el Mago! ¡Sino un milagro profundo, que convirtió la Muerte en Vida, como sólo los habían hecho los hombres apostólicos, después del Señor! ¿Por qué? ¿Por qué le había sido concedido tan divino poder?

¡Ciertamente, él abundaba en obras! Largos años gimió en el desierto, largos años sirvió con humildad a los hombres. Pero Alejandro había vivido en el yermo, confesó su fe en los tormentos, ganó innumerables almas para el Señor, era obispo y santo, ¡y, sin embargo, no había hecho nunca un milagro! Y Palemo, abad de Tebana, y Pafnucio, abad de Antinoe, que regían comunidades en la Tebaida y recibían de noche, de Jesús, el compendio de la Regla monástica, ¡no hacían milagros! ¿Por qué le había escogido el Señor a él, esclavo, que mendigaba entre los esclavos? ¡Sin duda porque su vida, sus largas penitencias, su oración, habían, más que las de ningún otro, en ciudad o yermo, satisfecho al Señor!

El, pues, realizaba la obra sublime de contentar a Dios, y limpió tan bien su voluntad de toda culpa, la dejó tan transparente y brillante de pureza, que Dios, desde ahora, le confiaba en la tierra un poder trascendental... ¡Pero entonces era un santo! Apresado aún por el lazo vil de la carne y de su miseria, ascendería fácil y naturalmente a aquel cielo, tachonado de estrellas. Entre aquellos divinos fuegos moraría, sepultando los pies descalzos en el azul terso, viendo sonreír la faz del Señor en el resplandor inefable. De la tierra subirían hacia él, Onofre, largas columnas de oraciones, y los restos de su arcilla mortal, sus huesos, recibirían también la veneración de los hombres, guardados en sagrarios, entre lámparas y flores. ¡Oh maravilla!

Pero aquel poder de milagro ¿sería perdurable, constante, mientras viviese? ¿Podría él ahora, con seguridad, curar *todas* las heridas y sanar *todas* las miserias?

Y una inquietud oprimía el corazón de Onofre. ¡Si aquel milagro fuera aislado y único! ¿Y si mañana, ante un verdadero y profundo dolor semejante al de María, hermana de Lázaro, él se encontrase de nuevo impotente para suprimirlo, como antes de su penitencia en el desierto? ¿Había sido él, por su voluntad, el que curó los brazos aplastados de Ozías, o fué la voluntad de Dios la que obró, pasando a través de su alma, como el sol a través de un cristal? ¿Y si probase?... ¿Si probase allí mismo, con el testimonio de las estrellas? Lejos, el río inundó huertas humildes, empobreció a colonos. ¿Y si él fuese hacia el río y le gritase: «¡Vuelve a tu lecho, sal de esos campos que has asolado!»?

Y caminaba ya hacia el agua, extendida en anchas pozas que relucían como discos de acero. Más allá la inundación había invadido caseríos, cuyas techumbres o cuyos terrados de adobe se veían casi derruídos, y las puntas de los tamarindos que en otro tiempo limitaban los campos. Un gran haz de luna temblaba en el agua inmóvil, y había un largo silencio de abandono y de ruina.

Onofre miró calladamente, apoyado en su bordón. Lejos, una hilera blanca de cigüeñas dormía junto al agua, cubierta de nenúfares. Si, a su intimación, aquellas aguas volvían a su lecho, dejando en seco las casas y más abonadas las tierras, adquiriría entonces la seguridad de su poder sobre las cosas. Y con la ansiedad de una certeza, alzó despacio el brazo y gritó, estremecido de emoción y de temor:

—¡Río, vuelve a tu lecho!

El agua toda tembló. Las pozas que rebrillaban se hundieron bruscamente, dejando un légamo espeso y rico, y más allá, las casuchas, los tamarindos, los papiros, emergían lentamente del agua, chorreando y reluciendo bajo la luna. El río había obedecido a Onofre, y un estremecimiento recorrió la tierra y el aire, como el de un terror sumiso ante una presencia divina.

¡Entonces, una alegría sobrehumana rebosó en el corazón de Onofre! ¡Era suyo, suyo, el don del milagro! ¡Oh cuánto bien haría a los hombres! Y en su deslumbramiento corría por los campos, con los brazos abiertos, como para acoger, estrechar al Universo sufriente. ¿Dónde había ahora llaga que él no sanase? ¿Dónde madre deshecha en llanto, ante una tumba, a quien él no devolviera el hijo? ¿Esclavo al que no redimiese? ¿Tierra estéril donde no hiciese brotar la lenteja y el vino? «¡Oh hermanos míos, hermanos míos, no temáis más! ¡Onofre puede y está con vosotros!»

¡Ah, cómo le amaba Dios! Pero también, ¡qué obras! Cincuenta años padeció él por los hombres. Por cada día de hambre que él sufrió en el desierto, el Señor le daba ahora el poder de saciar el hambre de un hogar. ¡Y por haberse él rebajado a tanta humildad, ascendía ahora a tanto poder! Un poder insondable y magnífico, que descendía hasta los reinos oscuros de la muerte! César no lo tenía mayor. Con sus prefectos, sus lictores y Legiones más numerosas que las aves del aire, con máquinas de guerra rodando por la tierra, César sería impotente para detener una gota de agua cayendo de una nube. Y él, Onofre, esclavo de esclavos, sólo con extender el brazo hacía retroceder las corrientes del Nilo, el gran río que desciende del Paraíso...

¡Si él era más poderoso que César, debería, por la manifestación de aquel poder trascendental, obligar a César a reconocer la Verdad!

¡Ni Pablo, ni Marcos, ni Bernabé habían deslumbrado lo suficiente a los gentiles! Intimaciones, oraciones en el Foro. Epístolas llenas de argucias, ¿qué importaban? ¡Los paganos tenían un sólido saber y retóricos más facundos! ¡Sólo por el milagro se podría probar triunfalmente a Jesús! ¡Pues bien: él, Onofre, iría a Roma! Si las olas crueles asaltasen la proa de su galera, amansaría las olas, ¡y difundiría los prodigios, a lo largo de la carretera que lo llevase a la ciudad! En los atrios de César, ante aquella faz que asusta y llena de sombra el mundo, él diría con sencillez: «¡Adora al Señor!» ¡Y quebraría como ramas secas las espadas que se alzasen contra su pecho! ¡Con un soplo derrumbaría los ídolos de bronce más eternos! Y si contra él se levantasen en el Pretorio filósofos o gramáticos, él inmediatamente les secaría las lenguas impuras en las bocas impuras o los haría ladrar como perros contra la luna. Roma temblaría toda ante sus prodigios, como una cabaña bajo el viento. Y cuando César, vencido, arrastrando la púrpura en el polvo de su atrio, le preguntase: «¿Qué quieres?», él diría entonces con sencillez: «¡El mundo, para restituirlo a Dios!» Y a Dios le daría, en efecto, las ciudades y los hombres. ¿Por qué no? ¡En verdad, él sería César!

Y con la cara levantada en su inmenso sueño de orgullo, Onofre rió fuertemente. ¡Era César!

Entonces, amplia y áspera, otra carcajada sonó a su espalda, en la soledad. En un terror, Onofre miró a su alrededor ansiosamente. «¿Quién ríe?», exclamó. Aquí y allá, a través del aire tan sereno y saturado de luz, la risotada áspera y lenta saltaba, estallaba. Y ya las rodillas de Onofre, temblando, se doblaban hacia la tierra, cuando unos dedos largos y blandos le tiraron hacia atrás, y una voz replicó, más dura y seca que el rodar de guijarros:

—¡Oh Onofre! ¡Oh César, que todo lo puedes! ¡Mira el río! ¡Desde lo alto de tu orgullo, oh hermano mío, mira el río!...

Ante Onofre, hasta las colinas, hasta los muros derrocados de Bubastes, el Nilo había crecido, más ancho y devastador. La luna brillaba sobre las aguas. Las cigüeñas huían en el silencio. Y una fría oleada, que hervía encrespada, golpeaba ya los pies del anciano. Intentó retroceder, pero se sintió enlazado todo por aquellos dedos blandos, que se alargaban, se enroscaban, como serpientes frías en ramas de árbol. Entonces comprendió: ¡su milagro había sido una ilusión del demonio! Un largo grito brotó de su alma: «¡Jesús!» Y cayó a tierra, cubierto de un sudor tan frío que creyó era el agua que le devoraba.

Cuando se levantó, con tantas y tan gruesas lágrimas que apenas podía, a través de su bruma, encontrar el bordón en que se apoyaba, fué para considerar el pecado insondable en que se había despeñado. ¡Como en otro tiempo en su cueva del yermo, había sucumbido por orgullo! En su alma, tan bien defendida, el orgullo abrió a la traición una rendija y por ella entró el infierno todo. ¡Oh miseria incomparable! Tan largos y ardientes años había trabajado para limpiar su alma, que la creyó toda transparente, blanca y refulgente como un agua muy pura en un cristal muy bruñido. No sospechaba que, escondido en el fondo, quedaba aún un poco de lodo primitivo, y he ahí que el demonio la invadía, se agitaba en ella furiosamente, y, removiendo el

lodo cimentador, la volvía tan turbia y fétida como una charca hollada y hozada por una piara de cerdos. ¡Oh miseria, oh dolor! ¡Cómo había él ofendido audazmente al Señor durante toda aquella noche, bajo el testimonio de las luces divinas! ¡Y de qué modos afrentosos y diversos habíale ofendido, tomando por un poder de su virtud lo que era sólo una gracia salida de la misericordia de Dios! Lejos de regocijarse con el pobre albañil y quedarse con él, humildemente, alabando al Señor, había corrido lejos, a saciarse voluptuosamente en la soledad, con sueños ardientes de soberbia y de gloria. Y en vez de aprovechar aquel prodigio, tan dulce y tan humano, para la propagación de la Verdad entre los gentiles, sólo lo consideró ávidamente como un provecho de su ambición trascendental. ¡Oh, cuánto había ofendido al Señor! En un momento había echado a perder una larga vida de penitencia, convirtiéndose de nuevo todo él, de la cabeza a los pies, en una costra fétida de pecado. ¿Dónde había en la tierra monstruo lo bastante inmundo para ser congénere de su cuerpo y del alma inmunda que dentro de él se pudría? ¡Y ahora, tan viejo!, ¿cómo podría aún, a través de la penitencia, alcanzar la purificación? Se acercaba ya la muerte, y el alma que tenía que restituir a Dios estaba toda cubierta de la lepra del mal. Y sin tiempo para limpiarla, por la oración y la humildad, ¡era el infierno, el infierno ineludible! ¡Oh miseria!

Seguro con aquella infinita paz, en que se movía deliciosamente, como en el aire inefable del Paraíso, habíase olvidado del demonio. Pero, pacientemente, el enemigo del hombre rondaba en torno de él, sutil y mudo, como un viento de pestilencia. Y él respiraba tan profundamente aquel viento pestífero, que cada uno de sus pensamientos fué entonces como una llaga que supura. ¡Con los pies enterrados en el fango, él consideraba el cielo ya como suyo, osando pensar que era un santo! Y entre aquellas estrellas había marcado su lugar de beatitud! ¡Horriblemente envanecido, calculaba, como un conquistador que cuenta sus coronas triunfales, las lámparas y las flores, y las ofrendas, que rodearían el altar donde pusieran sus huesos! ¡Y, seguro de su divinización, gozó por anticipado de las oraciones que por él se elevarían de la tierra! Y como si no le bastase la beatitud en el cielo, apeteció desde entonces en la tierra el imperio. Soñó con Roma y quiso tener a César vencido y humilde, ofreciéndole el mundo como un fruto maduro. ¡Siete veces insensato! Pues mientras así crecía horrendamente en soberbia y se divinizaba en la tierra y en el cielo, el demonio estaba a su alrededor, y, dentro de él, ocupando, saturando cada rincón de su ser, como hace el agua en una esponja.

¿Qué le quedaba? Sólo la penitencia, sólo la penitencia, hecha en la soledad, lejos, muy lejos de todas las sospechas de los hombres, para que nunca pudiera ser corrompida por los elogios humanos. Lejos, muy lejos de los hombres, porque toda la virtud que entre ellos se manifiesta, no bien les arranca una admiración, está más llena de peligros que un aroma muy sensual, o un canto muy amoroso. La limosna más humilde, la llaga que se lava de un mendigo, un simple consuelo, en cuanto se mencionan, son peligros terribles para el alma, porque la convencen de su caridad y excelencia, y cada obra de nuestra caridad echa abajo la obra de nuestra humildad.

Sólo le quedaba buscar una cueva bien profunda, y, una vez allí, humillar tan profundamente su alma,

que sólo por los ojos de Dios pudiera ser diferenciada del lodo o de las inmundicias.

VIII

Así gemía Onofre bajo el esplendor de las estrellas. Cuando clareaba ya el alba, cogió su bordón y marchó hacia el lado del desierto líbico. Cuando ya las palmeras aparecían más raras y más espaciadas, y en las arenas, rosadas por el sol, tan sólo aquí y allá rebrillaba alguna última poza de agua del Nilo, divisó él un chacal que rastreaba entre piedras buscando el cubil, y pensó cuánto se asemejaba a aquel animal inmundo, que huía de la luz y de los hombres. Únicamente, en verdad, los diferenciaba, no el alma, porque la de él se había bestializado por el pecado, sino el cuerpo, que en él caminaba erguido con la cara hacia el cielo, a la manera del hombre más justo, y la fiera descansaba sobre las cuatro patas, con el hocico bajo, como apenas desprendido aún de la arcilla original de donde naciera. Entonces, para humillarse más por completo y no retener nada de la humanidad superior, que no merecía, decidió igualar su cuerpo al de la bestia y penetrar a rastras en la penitencia y en el desierto. Arrojó el bordón, se quitó el sayo de lana, puso las manos sobre la arena y empezó a caminar arrastrándose, lentamente, entre la hierba, ya rara y amarillenta, como una alimaña herida.

Había terminado todo el verdor, y sólo se extendía ahora la tierra seca, la llanura arenosa, cubierta de una rojez matutina, hasta las montañas líbicas, que parecían de un mármol fino y color rosa. Onofre avanzaba, orando, gimiendo, arrastrando la larga barba. A trechos se paraba, no para descansar, sino para descubrir en la arena los surcos que sus rodillas abrían pesadamente y sentir bien en aquel rastro de fiera la inmensidad de su abyección. Y si veía guijarros aguzados o una piedra áspera, sobre ellos pasaba, para abatir, por el dolor de la carne débil, la rebeldía del alma soberbia. Ya la sed le devoraba, y bebía con avidez y gusto las gruesas lágrimas que le arrancaban las nostalgias de sus años de paz y pureza.

Era el mediodía: todo el desierto refulgía, lívido, con una horrible sequedad. Las montañas, a lo lejos, en el temblor del aire cálido, eran amarillas, y sólo había en toda la extensión silencio, soledad y sol.

Onofre avanzaba, jadeando, con la lengua seca y colgante. Un pozo de caravana, marcado a lo lejos por un círculo de piedras y dos tamarindos negros, surgía como una tentación; pero el penitente apartó la cara, rastreó más ansiosamente, huyendo de aquel agua, con seguridad turbia y fangosa, como de una voluptuosidad mortal. Y no cesaba de orar. Cuando encontraba osamentas de animales esparcidas en el polvo, alzaba los ojos empañados hacia las alturas, y murmuraba:

«¡Dios mío, haz que mis huesos blanqueen así también, perdidos!»

Las angustias del hambre, que le asaltaban, fueron para él como bienvenidas, y ofreció aquellos dolores al Señor, como le ofreciera el de la sed. El destrozo de su cuerpo era tan grande que cada vez que posaba la mano desolada en la arena ardiente exhalaba un gemido; y ya por momentos se abatía, estirado, inerte, como muerto, bajo la irradiación cruel del sol. Y le invadía entonces un terror angustioso a la muerte, que abreviaría sus tormentos y le impediría la expiación.

La refulgencia del desierto se amortiguaba y un lento velo azuloso envolvía la cordillera líbica. Era la caída de la tarde, y con ella se abatía sobre Onofre una somnolencia, honda y fría, como un desmayo.

Para sacudirla intentaba entonar himnos santos; pero su pobre boca reseca y rígida, como de greda, sólo lanzaba roncos sonidos, que se perdían entre gemidos. Y caminar ya no podía porque sus rodillas eran dos llagas donde se empastaban arena y sangre. Rasgó un pedazo de túnica para envolverlas, y como el sol se había ocultado y a lo lejos un montón de piedra, una enteca palmera, indicaban otro pozo, hacia allá se arrastró, temiendo caer en un estado de inanición que abreviase su penitencia. El agua del charco era negra y fangosa; pero sobre aquella piedra había restos de harina y de habas crudas, de los que las caravanas dejan para las divinidades del desierto. ¡Comió y bebió al fin! Lavó las heridas e incluso dejó que se le cerrasen los ojos, pero en pie, apoyado en la arista de un peñasco, para que su sueño fuese doloroso y breve. Despertó a los aullidos tristes de los chacales. Todo el cielo se había llenado de estrellas, y Onofre, posando en la dura tierra las manos en llagas, volvió a avanzar por el desierto. Tan radiantes y grandes eran los astros, que la ilimitada arena blanqueaba bajo su muda palpitación con la lividez de un sudario, y entonces, gruesas formas, terribles por su bestialidad, vinieron a aterrar el corazón cansado del penitente. Unas veces era un enorme mono de dorso arqueado, que caminaba junto a él sobre las cuatro manos, como él, y que cuando él gemía, y cuando él oraba, gañía. Otras, era un unicornio que venía del fondo del yermo al galope, y permanecía ante Onofre, con su cuerno entre los ojos, refulgiendo intolerablemente. Eran después unos disformes murciélagos que casi tapaban el cielo, y que se abatían con un vuelo mudo y blando, y le cubrían con sus alas, que tenían el calor de una carne desnuda. Y Onofre iba caminando por el yermo rodeado de monstruos.

Para espantarlos, el desdichado gritaba el nombre de Jesús y ellos aumentaban, innumerables y silenciosos. ¿No eran, entonces, demonios?

Y Onofre dejó que su cuerpo se desplomase, como aplastado bajo tanta cólera del cielo. Inmediatamente todas las formas horrendas, los dorsos, los hocicos, las alas temblorosas, se abatieron, se extendieron como un paño fúnebre sobre el arenal. Y sólo hubo un silencio bajo el gran cielo estrellado.

Onofre cerraba los ojos, inanimado. Y, a través de un descanso que le envolvía, dulce como el de la noche, divisaba a distancia, herido por un sol de amanecer, un bosquecillo de palmeras y sicomoros, que era el de la morada en que él nació. Un hilo de agua bajaba de un estanque de piedra, cantando entre los verdes linos. Los ibis se posaban al borde del terrado. Más allá blanqueaban los propileos, cubiertos de relieves, del templo de Serapis. El viejo esclavo que le enseñó las letras allí estaba, en su acostumbrado asiento de piedra, envuelto en los paños blancos, todo rapado, lleno de las arrugas del saber, e inmóvil, con las manos largas de cera, posadas sobre las rodillas flacas, meditando en la eternidad.

Hombres graves con la túnica blanca de los cristianos, que se disponían a cruzar el desierto, en peregrinación a las ermitas de la Tebaida, esperaban bajo el emparrado, con sus envoltorios en el suelo y encima el cayado. El viejo esclavo nubio, Ahmés, cargaba con lentitud los odres

de agua sobre los dromedarios, y entonaba un antiguo canto de la Nubia. Más dulce y triste era el canto, con sus ayes prolongados, que las ramas de las palmeras en su cadencia... Y él, Onofre, allí estaba también, curioso, asombrado ante los hombres que iban así, tan lejos, a visitar a Antonio, a Pacomio y a Paulo, y a los santos magníficos que vivían en sepulcros...

Un enternecimiento infinito penetró a Onofre y extendió ansiosamente los brazos hacia aquellas imágenes, tan antiguas y dulces. ¡Oh, si él recobrase la simplicidad de aquellos tiempos, en aquel bosquecillo de mimosas!... Las lágrimas brotaron cálidas y densas de sus ojos cerrados, y a través de la niebla de ellas, arboledas y casas, el dromedario, el viejo nubio, con su blanco taparrabos, todo se confundió y desvaneció.

Entonces, en aquel inmenso desierto que le rodeaba, sintió más hondamente su abandono y su miseria. Dios, su socorro y su fuerza en el yermo de su antigua penitencia, habíase retirado para siempre, ahora, de su alma. Y estaba solitario, desamparado del cielo, tan viejo, lleno de llagas, y dejando su sangre en rastros por las arenas, que él tenía que afrontar las soledades, los trances, las necesidades y los demonios. ¿Qué importaba? Debía caminar y padecer.

Y de nuevo empezó a rastrear, balbuciendo alabanzas al Señor. Todas las estrellas habíanse apagado. De las formas monstruosas que hacía poco le rodeaban, ninguna se destacaba o movía en la oscuridad ilimitada. Sólo quedaban la mudez, la tiniebla y la soledad infinita. Y bajo aquel vasto cielo negro, sobre aquel inmenso desierto negro, Onofre seguía allí, única forma viva, negra también, a rastras como un animal, todo herido y ensangrentado, gimiendo con largos gemidos, que se perdían en las tinieblas. Y no cesaba de avanzar, ni de gemir. Siempre hacia adelante, posando en la arena las manos heridas y desgastadas, arrastrando por la arena los huesos descarnados de las rodillas, y llorando, y gritando: «¡Señor, ten piedad! ¡Señor, ten piedad!»

Pero ya el alma iba perdiendo el dominio sobre el cuerpo, y era sólo su deseo el que caminaba más allá, hacia las montañas, porque a cada instante los brazos se le estiraban por el suelo, blandos e inertes, y entre ellos la cabeza, cubierta de sudor helado, quedaba rodando sobre la arena, en el vértigo de una agonía. Intentaba entonces, desesperado, jadeante, levantar aquella carne miserable que le traicionaba. ¡Y no podía, no podía! Sólo le quedaba acabar allí, en aquella arena, sin alcanzar la expiación iniciada de su pecado. Y con la cara vuelta hacia el cielo, hacia el cielo negro, sin una luz que fuera para él como una esperanza, esperó la muerte. Pero la muerte no venía. Ante sus ojos, empañados y lívidos, surgía como una claridad. Era como una niebla, vaga y rosada, y a través de ella, oía desde lejos el tañido triste de una campanilla en marcha.

Súbitamente, percibió rumores, voces. Y entreabriendo los párpados, distinguió caras oscuras y ardientes, que se inclinaban sobre él, un caballero con una lanza, y largos pescuezos de dromedarios cargados de fardos. Una calabaza se apoyó sobre sus labios y bebió de ella ávidamente. Ya unas manos fuertes le levantaban, y sobre sus rodillas heridas caía deliciosamente un chorro de óleo muy fresco. Y ya en pie, entre los brazos que le amparaban, Onofre se desmayó suavemente.

Pero, a través de su desmayo, sintió que le izaban encima de un dromedario, donde quedaba como un fardo, tendido entre fardos. Resonaron unos gritos. Y la campanilla volvió a tintinear lentamente, en cadencia, mientras él, mecido por los pasos del dromedario, que ya por dos veces chapoteó en el agua, recayó en aquel desmayo tan dulce en que todas las miserias de su vida se adormecían como dolores que se calman en un baño.

IX

Era una caravana que llevaba gomas de la Cirenaica la que así le recogió por compasión a su vejez y a la sangre que vertían sus heridas. Y cuando Onofre volvió a abrir lentamente los ojos, la mañana clara henchía el cielo, un olor a verdura tierna vagaba por el aire suave, y los ibis revoloteaban en las ramas de las mimosas. Su dromedario se arrodilló, y los mismos hombres de caras tostadas y ardientes le levantaron y llevaron hacia una mísera casucha, con un vergel, donde unas mujeres, bajo una palmera, pisaban, cantando, grano de centeno. Corrieron grupos, acudió un viejo con su balde de riego, y, tendido sobre un montón de hojas secas de papiros, dentro de la casucha, Onofre sintió aún, a través de un rumor de compasión, que le limpiaban la cara y le echaban sobre las heridas un óleo saludable. Después se durmió de nuevo.

Al caer la tarde, cuando despertó, el viejo estaba ante él en una grave contemplación, sentado, con las manos sobre las rodillas, como la estatua de un escriba. Y las dos hijas esperaban, acuclilladas sobre unas esteras de colores, con lentejas en una escudilla y un jarro de agua del Nilo. Onofre comió y después levantó penosamente el cuerpo del lecho de hojas, para emprender de nuevo el camino del desierto. *Pero*, por humildad y ejemplo, contó su historia, su penitencia, sus pecados, y cómo había caído exhausto en el gran arenal, bajo la cólera del Señor.

Entonces, de repente, el viejo, alzando las manos abiertas, gritó:

—¡Oh hombre lleno de años y de virtud: eres de esos que saben las palabras nuevas que consuelan! Quédate entre nosotros, come de nuestro pan y enseña a nuestras almas.

Y Onofre, asombrado, supo que hacía tiempo habían vivido allí dos monjes a quienes todos amaban por su caridad, por su ciencia de las hierbas que curan, su arte para expulsar a los demonios y también por las dulces fiestas con que celebraban el retorno de la primavera.

Pero un día habían partido hacia un monasterio, en el Alto Egipto, y desde entonces toda la aldea los añoraba, y añoraba las dulces historias que contaban del Niño nacido en el pesebre, y de un reino en el cielo, donde todos comerían frutos divinos, y de la cruz de esclavo en que la Víctima echó sobre sí todos los pecados humanos.

Así, ¡oh alegría!, Onofre había sido traído entre almas casi hermanas. En los ojos negros de las dos muchachas, que se alzaban hacia él, brillaba un calor de fe. Y el viejo, alargando los brazos, murmuró aún con ardor:

—¡Oh hombre justo, que sabes la naturaleza de los dioses, y las cosas que están más allá de la vida, quédate en nuestra morada, come de nuestro pan!

En el corazón de Onofre entraba un gran alborozo. ¿Fué, acaso, decisión del Señor que él viniera, traído del fondo del yermo, para que con su enseñanza, la Verdad, ya en brote, floreciese del todo en aquellas almas sencillas? ¡Entonces el Señor convertía la privación de su peni-

tencia en la gloria de un apostolado! ¿Por qué? ¿La noche de agonía de la que venía fué lo suficientemente expiadora para que sobre él descendiese la misericordia del cielo?... No le competía a él, siervo del Señor, penetrar los motivos de su Dueño. El había sido traído entre aquellas almas, donde ya estaba enterrada la buena simiente, y sólo le cumplía trabajar como buen labrador, en el campo precioso que Dios le confiaba. Y humildemente murmuró:

—Ya que de mí necesitáis, entre vosotros me quedaré.

Y se quedó, escogiendo en seguida para morada un cobertizo, abierto a todos los vientos, en donde el viejo recogía sus búfalos. A poco, por todas las chozas se difundió que había llegado otro monje a la aldea, que sabía también las historias divinas del Niño que naciera en Siria, y de su Padre, que acogía a los siervos más humildes en un cielo todo lleno de cantos y de abundancia. De todos los caseríos acudieron muy pronto las mujeres, trayendo a Onofre presentes de frutas, pasteles de miel y lino tejido. De rodillas, ante su cobertizo, Onofre oraba, con los brazos abiertos y la cara vuelta hacia el cielo, y todos, asombrados de aquella vejez tan macerada, de las largas barbas blancas que se arrastraban por el suelo, alzaban también como él, calladamente, hacia el cielo, los ojos, llenos de una esperanza nueva. ¿Qué contemplaba él así en el cielo radiante? ¿Cuáles eran aquellas oraciones que él sabía, y cómo se hablaba a aquel Dios tan bueno y tan amigo de los pobres? Y cuando Onofre volvía a hablar del Señor y de sus grandes enseñanzas de caridad, de bondad y de amor, un dulce murmullo de contento corría entre los simples como entre hambrientos que son saciados. Una lenta adoración inconsciente y todavía gentílica empezaba a envolver a Onofre, brotada ardientemente de aquellos corazones sencillos, que no diferenciaban bien el Dios nuevo del viejo solitario que le revelaba. Cuando cruzaba él los bosques, o los atajos, en los campos, la gente se prosternaba ante él, con una reverencia mezclada de miedo: las madres traían a los hijos, desnudos y coronados de flores, como cuando los consagraban ante los antiguos altares, para que Onofre les diese la buena suerte, y los colonos venían a tirarle de la punta de su túnica, señalando, con mirada suplicante, aquellos campos que deseaban que él fecundase.

Un sordo temor invadió entonces a Onofre, porque, en aquella veneración a su virtud, él sólo veía peligros para su humildad. Cuando le traían enfermos para que los sanase, o mujeres poseídas de un demonio para que las purificase, ya Onofre retrocedía aterrado, y golpeándose el pecho, gritaba: «¡Pero yo no sé! ¡No puedo! ¿Quién soy yo? El más vil de los pecadores. Pedid a Dios, rezad a Dios.» Pero el dolor de aquellas almas crédulas ante sus súplicas desatendidas, desgarraba el corazón de Onofre. Y no era menor el tormento de su duda. Si él poseía, en verdad, por gracia del Señor, el don de curar la carne doliente, de calmar las almas, ¿cuánta era su crueldad al no suprimir aquellas aflicciones? Aunque también, en el ejercicio del milagro, ¡cuántas pavorosas tentaciones del orgullo! Y cada día el tormento aumentaba. Aquellas madres desgreñadas que le gritaban entre sollozos: «¡Ten piedad de mi pobre hijo!» Aquellos viejos paralíticos que desde el suelo donde los retenía la dolencia extendían los brazos hacia él con ansiedad murmurando: «¡Ah, si tú quisieras!» Y él, forzado por el terror de Dios y de los riesgos que su alma corría, forzado a no tener piedad, y forzado a no querer.

Pero ¿no comprometía él también, con aquella dura inercia, la divulgación de la fe y de la Ley del Señor? ¿No terminarían aquellas gentes sencillas por apartarse de un Dios al que veían tan desatento y ajeno a sus miserias? Ya cuando él enseñaba el Dios nuevo, en las caras, alrededor, había desconfianza y desdén. En sus largas oraciones pedía entonces al cielo una inspiración. Pero del cielo mudo y cerrado para él no descendía ninguna inspiración sobre su espíritu angustiado. Redoblaba las penitencias, torturaba con el cilicio su pobre esqueleto, alargaba los duros ayunos, clamaba por Dios desde el fondo de su incertidumbre. Y Dios permanecía impenetrable. Con aquel dolor de su alma, iba él quedándose más macerado, más abatido, más viejo, que con treinta años de trabajos en el desierto. Ya casi no se sostenía erguido, y caminaba tan tembloroso, apoyado en su bordón, que un ligero viento le hubiese podido derribar. Su consuelo sería que aquel pueblo le ultrajase por su crueldad, por su resistencia a hacer el bien supremo. ¡Oh, si le maldijesen! ¡Si le apedreasen! Cada piedra que le hiriese la ofrecería él al Señor, como una prueba de su humildad. Pero, dulce y tímida, aquella gente sólo se lamentaba, como los que son abandonados. Y sin desprenderse de la esperanza, volvían, insistían en implorar su intervención omnipotente.

X

Un día una hija del viejo que le recogió no despertó y quedó blanca e inmóvil en su catre, como si el alma, durante el sueño, la hubiese abandonado para siempre. Ante ella, de rodillas, el viejo suplicaba y lloraba:

—Tú lo puedes todo. Sabes las artes. ¡Eres amado de Dios! Los otros monjes curaban, disponían de la vida. ¡Salva, salva a la hija de mi corazón!

Y, lleno de lágrimas tan bién, Onofre sintió la certeza de que si tocaba con las manos la cara de la pobre muchacha, ella se levantaría curada y sonriendo. Y ya extendía las manos cuando bruscamente pasó por su espíritu como el resplandor del infierno, el orgullo de su poder.

Entonces retrocedió aterrado, temblando.

El viejo, de rodillas, besaba los pies de Onofre.

—¡Sé bueno! ¡Sé bueno!

Pero Onofre veía el infierno, y huyó, huyó, sollozando, mesándose las barbas, con una infinita desesperación... Huyó de la casucha, huyó de la aldea. Por dos veces cayó; tan torpe y débil estaba. E iba dirigiendo siempre los pasos trémulos lejos de los hombres y de su peligro, hacia la soledad inviolable, donde no estuviesen los hombres y estuviera la Muerte. Todo el día se arrastró así. Y se ponía el sol en un cielo de oro cuando sus ojos, cansados e inciertos a través de las lágrimas, divisaron arboledas y casas, otra aldea, al borde de los arenales. Onofre tenía hambre y sed, y, queriendo sólo adquirir fuerzas para continuar el sufrimiento, arrastró sus pasos hacia una cabaña más aislada, hecha de adobe y cañas, apoyada contra un largo muro, un antiguo resto de muralla. Una muchacha que volvía de la fuente dejó a la puerta de la cabaña, sobre una piedra, su cántaro de barro, y al ver aquel viejo de inmensas barbas, harapiento, que avanzaba torpemente en el polvo del camino, apoyado en su bordón, quedó como esperándole, con una compasión en sus grandes ojos negros. Onofre tendió la mano para una limosna. Ella

entró en la cabaña, donde lloraba un niño lentamente, con un llanto cansado, doliente.

Cuando volvió con un pedazo de pan duro y antiguo, ya Onofre habíase desplomado de fatiga en el suelo, con la cabeza recostada en el muro, los ojos tristemente perdidos hacia el cielo, hacia aquel cielo al que en vano aspiraba su alma. Largos rayos de oro pálido pasaban a través de las palmeras, y lejos, del lado del río, llegaba el lento mugir de los búfalos. Onofre comió el pan de la limosna; y la buena muchacha inclinó hacia su pobre boca reseca y polvorienta el borde del cántaro, murmurando: «¡Que este agua alegre tu corazón!»

El bebió, alabando al Señor, que manda agua a los que tienen sed: después cogió su bordón, y, ayudado por la buena muchacha, se levantó de nuevo, con un suspiro tan doloroso, que los bellos ojos negros se humedecieron.

Y seguía, cuando, a la puerta de la cabaña, una mujer, pálida y flaca, apareció, llevando en brazos una criatura envuelta en un harapo. Y Onofre se detuvo, henchido de una infinita piedad por aquel pobre niñito, todo encogido en los brazos de su madre, con la carita caída contra su hombro, como una flor tierna partida por el tallo y ya muerta. Gruesas costras de heridas, rojizas, cubrían su miserable cabeza, de la que se desprendía todo el cabello; la oreja era una llaga; un trapo manchado de sangre seca cubría uno de sus ojos y caía sobre el otro, mortecino, nublado de lágrimas; una piel lívida y blanda recubría sus hombros, y su gemido no cesaba, lento y cansado.

Con tanto dolor y ternura le contemplaba Onofre, que la pobre madre contó cómo le había atacado aquel mal cuando cumplió los dos años, y ella habíase quedado viuda, y la miseria se abatió sobre su casucha. Con el hijo en brazos, mendigando su pan, había recorrido los templos donde los males se curan, escuchando los consejos de los que vienen de lejos y conocen las hierbas saludables. Pero la dolencia de su hijo ni hombres ni dioses la habían curado. Tan pobre era, que ni un poco de leche conseguía para consolarle, y siempre con él en brazos, adormeciendo su sufrimiento y llorando sobre él, ¿cómo podía trabajar? La caridad de los vecinos, pobres también, se cansaba ya. Y en nadie tenía esperanza. ¡En nadie tenía esperanza!

Onofre murmuró:

«¡Jesús fué niño y sufrió!»

Y entonces una voz lenta y triste, pero en la que había la certeza y el orgullo de una fuerza, murmuró dentro de él: «¡Ah, si tú quisieras, Onofre!...»

Todo él tembló. ¡Si quisiera! Era otra vez el enemigo incansable que soplaba en su alma el calor del pecado. ¡Si! Si él quisiera, aquellas heridas se secarían, aquel gemido terminaría y el pobre cuerpecillo, como una rama seca, reverdecería, lleno de nueva savia. ¡Y en seguida, para su perdición, se desencadenaría en él el orgullo de su poder! ¡No, no! Bien sentía al enemigo, intentando penetrar en él por la puerta de su piedad entreabierta. ¡Y siempre su perdición se hallaba donde estuviese la Humanidad. Sólo en el yermo había seguridad. Murmuró una bendición a la desgraciada madre, e iba a partir, desesperado. Pero el niñito gimió, y él volvió a detenerse con un largo suspiro. ¡Oh dulce inocente, que iba a gemir así toda la larga noche, tan dolorido, tal vez con hambre!... Y nadie le curaba. ¡Y no tenía a nadie! Los labios de Onofre temblaban.

—¡Oh mi pobre niño, mi pobre niño!—exclamó.

Entonces la criatura alzó despacio la cabeza, y con un gemido mayor y un *¡ay!* tan triste, llevó temblando la manita flaca a su pobre ojo, cubierto de trapos.

Una violenta y desesperada piedad invadió el corazón de Onofre. Arrojó el cayado, gritó:

—¡Pues bien, qué importa! ¡Que mi alma se abisme en el orgullo y en el mal!

Y con el rostro llameante y los cabellos erizados de terror divino, arrebató el niño y lo alzó todo hacia el cielo.

Y ante la madre, despavorida, Onofre exclamó:

—¡Dios mío, dadme mi salario! Setenta años te serví. ¡Por ti sufrí todos los tormentos del desierto! Y sin descanso, sin una queja, sin una petición, trabajé en tu obra. ¡Dame el salario que me debes! Que esta criatura se cure aquí, entre mis manos, y estoy pagado. ¡Después, si quieres, abandona mi pobre alma!

Sus brazos trémulos, sin fuerza, dejaron caer al niño, a quien la madre asió, estrechó ansiosamente. Pero ¡oh prodigio! ¡Estaba sano! ¡Secas todas las heridas de la cara! ¡Redivivos y límpidos los ojos, que en un momento se abrieron y sonreían! Fresca, llena, enrojecida por una sangre nueva, la criatura a quien el mal consumiera, cogida ahora en brazos de la madre, habíase dormido en un largo, dulce, infinito y profundo reposo.

Con él así en brazos, tan quieto, tan sano, ella, en la gran alegría del prodigio, no se movía, sofocada, y de sus labios trémulos sólo se escapó al fin un grito ahogado de inquietud:

—¿Es para siempre? ¿Es para siempre?...

Pero Onofre había desaparecido ya. Deslumbrado, despavorido, corría, tropezando, a lo largo de la vieja muralla, con los cabellos al viento, las manos hacia el cielo.

Furiosamente, en su alma se alzó en seguida la certeza de su santidad. Y en vano quería él reprimir, sofocar aquella afirmación del orgullo, que se desenroscaba en su interior como una serpiente despierta y hambrienta. «¡No! No era tanto. Había sido Dios quien hizo el prodigio. ¡Sólo El debía ser alabado en su misericordia sublime!»

Pero unas voces confusas, violentas, silbaban, cantaban en las profundidades de su ser: «¡Fuiste tú! Dios sólo escucha a los que ama. Tú eres el amado de Dios. La manifestación de su amor es la concesión de la bienaventuranza. El cielo es tu cielo. ¡En ti reside la virtud celestial! ¡Toca con tus manos una rama seca y reverdecerá!»

Estaba, pues, plenamente invadido por el irremediable orgullo. Sólo aniquilando su espíritu podría él destruir el mal que en él habitaba. Toda la mortificación de la carne era inútil, porque siempre aquella luz de inteligencia que dentro de él temblaba estaría hecha del fuego del infierno. ¡Estaba perdido! ¡Estaba perdido!

Cayó de bruces en el suelo, junto a las murallas que el sol poniente teñía de color rosa, y allí quedó, para siempre, paar morir. Aquella alma perversa que él llevaba en sí como una fiera indomable, estaba destinada a los tormentos sempiternos. ¡Pues bien! ¡Que en ellos se hundiese de prisa, porque cuanto más errase por la tierra más afrentaría al Señor! ¡Adiós, pues, la vida! ¡Cuán estéril e inútil habíale sido, ya que no le sirvió para vencer la muerte!

Y con el rostro en el polvo, los brazos extendidos sobre el polvo, adhiriéndose todo a aquel polvo, en que quería abismar su ser, sollozaba:

—¡Vida inútil, vida estéril!

Pero entonces pensó en aquel niño que ahora dormía, sano, libre de todo dolor, y tan dulcemente, en brazos de su madre. ¿Inútil su vida? No. El bajaba a los abismos arrastrado por el orgullo, pero al menos quedaba en el mundo, por obra suya, aquel pobre niñito, que ya no sufría, ¡ni se llevaba, gimiendo, la manita a su pobre cara, llena de llagas!

Entonces una voz muy dulce murmuró por encima de él:

—¡Onofre!

El viejo alzó la cara lentamente, después el cuerpo trémulo, y empezó a caminar. Pero sus pasos temblaban tanto, que se recostó sobre el viejo muro que él apenas veía ya, bajo la niebla de lágrimas, y en el vértigo que lo velaba.

Así se arrastró un momento, temblando, temblando.

Pero dulce y llena de cariño, la voz, a su lado, murmuró:

—¡Onofre!

Entonces, Onofre volvió la cara, y divisó una forma que resplandecía toda de blancura en la soledad del crepúsculo. Mudo, ya todo frío, dió hacia ella un lento paso, y desfalleció, cayó sobre el seno de Jesucristo, Nuestro Señor, que le estrechó dulcemente en los brazos y lo llevó consigo hacia el cielo, en el esplendor de oro de la tarde.

SAN FREY GIL

PLANO DE LA OBRA (1)

Nacimiento de Gil, en un solar próximo a Vouzella.—Los padres de Gil.—Infancia de Gil.—Su hermosura.—Su curiosidad insaciable.—Afición a los manuscritos.—Un viejo físico le transmite la pasión de los simples y de las plantas salutíferas.—Crece.—Toma gusto a las armas y a los caballos.—Tiene vagos amores con muchachas.—Pero no descuida los libros.—Siente la pasión de lo desconocido, de los viajes.—Para conocerlo todo quiere ir a estudiar Medicina a París.

Parte, con muchas lágrimas de la madre y de una joven a la que sedujo.—Emprende el camino de París con Pero, su fiel escudero.—En una hostería del camino encuentran a un caballero que traba conversación con él, y al saber que Gil va a París a estudiar Medicina le dice que él también va allí a aprender las artes negras.—Esas artes que él describe, dan, a quien las posee, el oro, el poder, la eterna juventud y todo cuanto proporciona la felicidad. Gil cede.

Parten hacia Toledo, conversan por el camino.—Son asaltados.—El caballero desconocido dispersa a los salteadores.—En Toledo, Gil es conducido a la Universidad de las Artes Negras.—Allí encuentra a los profesores, que le dan un banquete y le dicen que el arte mejor es firmar un pacto con el demonio.—Gil lo firma.

Desde ese día, convertido en omnipotente, abandona la idea de París y pasa a tener todos los goces.—Comienza por la vida de joven, teniendo palacios, mujeres, caballos, oro a montones.—Pero pronto se cansa de esto.

(1) Encontrado juntamente con el manuscrito incompleto.

Ambiciona entonces el poder, y el demonio le hace rey.—Pero pronto se cansa de la realeza.

Apetece entonces las grandes aventuras, y es pirata en los mares, viaja hasta los últimos lugares, ve pueblos extraños.—Pero pronto se cansa de esas emociones.

Entonces ansía saberlo todo, y va a estudiar a París como simple estudiante. Pero pronto se cansa de esa ciencia de los libros.

Quiere conocer los misterios.—El diablo le lleva a los astros, penetran en las entrañas de la tierra.—Quiere ver el infierno y el cielo.—Pero el diablo no se los puede mostrar.

Entonces ansía un afecto profundo, un amor profundo.—Ve una mujer, a la que adora de repente, sin ver su rostro.—La sigue, hasta que un día ella se le revela, y es el esqueleto de la Muerte.

Reniega de su vida y regresa a Portugal, para ingresar en un convento.—Desesperación del diablo, que de amigo se convierte en enemigo, y empieza a tentarle.—Tentaciones horrendas, que él combate por la ciencia y la bondad.

Se va sintiendo feliz, y su deseo es obtener la anulación del pacto que hizo con el diablo.—Pero la penitencia no es aún suficiente: es necesario que ejecute él un acto que le haga merecedor de que la Virgen anule el pacto.—Efectúa ese acto, sacrificándose por un niño o por un viejo enfermo.

Entonces la Virgen le entrega el pacto.

El diablo le tienta aún, pero él ahora sonríe y lo desprecia.—Entra en la paz, en la felicidad, y conoce al fin la vida perfecta, que es una dulce vida de convento, en el sosiego de un valle.

Muere en olor de santidad.

SAN FREY GIL

I

El solar de don Ruy de Valladares, señor de Mortagua y Gonfalim, estaba a dos leguas largas de Vouzella, en una colina, por donde bajaba, diseminada hasta el río, entre olivares y viñedos, la aldea de Gonfalim. Un foso, una muralla delgada y sencilla como un muro de heredad, una torre construída en tiempos de la reina doña Teresa, defendían la casa terriza, la capilla, los graneros, el horno, el patio bien enlosado, donde dos sauces llorones daban frescor y sombra a una fuente de bronce. Más allá, un alto zarzal cubierto de moras por la fiesta de San Juan, envolvía el depósito de aperos, la era clara, el redil, un pomar bien regado y el campo de liza; y luego, por toda la otra ladera del otero, suave y lenta, verdeaban los pastos del ganado.

En el fondo del valle, el río, frío y límpido, entoldado por la arboleda, saltaba y espumeaba entre gruesas piedras claras; un rico monasterio de dominicos ocupaba toda la colina frontera a Gonfalim, con su amplia y frondosa huerta, y las dos orillas estaban unidas por un viejo puente romano de un solo arco, donde el buen señor, para purificar la obra y la piedra paganas, mandó levantar un crucero.

Desde hacía mucho, en aquellas tierras, los años habían sido de paz; las cadenas del puente levadizo, que no se levantaban, estaban premiosas y cubiertas de herrumbre; las hierbas bravas crecían en los fosos secos; en la vieja torre, de donde se retiró hasta el ballestero, que solía dormir allí, había ahora un palomar;

y el buen señor don Ruy engordó tanto, que no salía a la sierra con sus halcones, ni siquiera cabalgaba sobre su buen corcel, llamado *Almanzor*, muy gordo también y ocioso para siempre ante el pesebre repleto.

Don Ruy habíase casado con la nieta de mestre Ariberto, canciller del rey don Sancho, y no había en toda la Beira señora de mejor diligencia y orden en el gobierno de su casa. Trigueña, con ojos tiernos, de largas pestañas, un leve bozo y un pecho de tórtola harta, Doña Teresa, no bien amanecía, haciendo tintinear su grueso manojo de llaves, repartía la tarea a las ayas, visitaba la despensa y el gallinero, vigilaba la hornada del pan, escogía la fruta en el pomar, e, incluso, arrastrando su largo vestido sobre la tierra aún húmeda, iba a buscar las hierbas salutíferas para componer los ungüentos domésticos. Todo el solar, por eso, resplandecía de seriedad y aseo. En las losas del patio no crecía una hierba. En el borde de cada ventana había una albahaca bien regada y fresca. Bien fregados con retama, los suelos parecían siempre de madera nueva. De las arcas, llenas de ropa de lino, salía un buen olor a espliego. Los platos y los picheles de estaño, sobre los aparadores, reflejaban, como espejos, los labrados de las altas sillas de respaldo, las franjas vistosas de las cortinas o los ramilletes de azucenas y rosas que rebosaban de los jarrones de barro vidriado. Ocioso y risueño, con una holgada zamarra de paño orlada de pieles de zorra, que le caía hasta los zapatos de cuero rojo, el buen señor don Ruy acariciaba su barba, por su solar, gozando de aquella paz y de aquel orden. Sus días corrían prolongados y gratos, como en un monasterio rico, y rara vez cogía su bastón de puño de plata para franquear el vetusto puente levadizo. En tiempo lluvioso, el buen señor contemplaba, de ventana en ventana, el valle, la húmeda arboleda, las dos torres del monasterio; o se calentaba pacientemente las manos en el brasero, o abría el cofre de hierro, clavado en el suelo, a los pies de su lecho, y contaba su dinero; o iba a observar en el frasco de vidrio si las sanguijuelas, subiendo a flor de agua, anunciaban el norte y el buen tiempo. En los días de sol recorría despacio su huerta por los caminos bordeados de espliego; visitaba sus galgos, que, ociosos y gordos también, dormitaban pesadamente; bajaba al lagar y luego a la era, sonriendo paternalmente a los siervos, que doblaban la rodilla, y terminaba por descansar bajo una pérgola de rosas, escuchando el murmullo lento de las aguas de riego.

El toque del *Angelus* anunciaba la cena. En la sala, separada de la cocina por un arco de cantería, las gruesas escudillas de caldo humeaban sobre el roble desnudo de la mesa, entre panes de salvado, y recios picheles de vino. El buen señor, habiéndose lavado las manos en agua perfumada con vinagre que el siervo vertía de un gran jarro de cobre, ocupaba su silla señorial. El capellán, enfrente, decía el *Benedicite*, y doña Teresa se quitaba todas sus sortijas para echar dentro de su escudilla la corteza oscura del pan. El buen señor comía con lentitud y silencio. El vino de su pichel era renovado por el intendente, que a cada momento se levantaba, con la boca llena, e iba a colmar el pichel señorial en la pipa colocada en un rincón, sobre unos barrotes de madera. Después del cerdo asado, venía un ave, gallina o pato, que don Ruy partía con los dedos, limpiándoselos en el pelo del lebrel, sentado a su lado, en espera de los huesos. En las tardes de verano, el mayoral de los ganados venía junto a la ventana de la sala a tocar la flauta de barro. Y cuando un siervo retiraba las frutas, apiñadas en canastas de esparto, y otro ponía sobre la mesa vacía dos candiles, el capellán iba a buscar un grueso infolio, que abría, y, lentamente, tropezando en las letras, leía la vida de un santo o una batalla del *Tesoro de las batallas*, que narra todas las grandes guerras, desde la que los ángeles malos entablaron con los ángeles buenos. Doña Teresa cogía su rueca e hilaba, o daba algunas puntadas en el frontal que hacía diez años estaba bordando para la iglesia del convento. El buen señor, con las manos sobre el estómago, dormitaba. Y cuando el capellán se detenía, para beber un sorbo de agua, oíase rechinar la veleta de hierro, o, en las noches de verano, el canto de los sapos entre las hierbas.

Pero con un gesto, doña Teresa interrumpía al santo varón, que hacía una doblez en la página de su infolio. El intendente, a la puerta de la cocina, daba una palmada, y entraban todos los siervos, incluso el pastor con su zurrón. Y era el buen señor el que, en pie y soñoliento aún, rezaba la primera avemaría del rosario. Después, doña Teresa cerraba los aparadores, cogía un candil, un pichel de vino preparado con miel y canela y subía con su señor hacia el cuarto, a descansar en el amplio lecho de roble, que tenía tres varas de ancho. Así transcurría la existencia, igual y serena, en el solar de Gonfalim. A veces, algún ricohombre de los alrededores, pariente de don Ruy, venía, con sus perros y escuderos, a apearse en el patio tranquilo. Doña Teresa corría al portalón, llevando una toalla bordada y un jarro de agua, que derramaba sobre las manos del huésped. Echaban apresuradamente leña en el hogar para asar, en los espetones de encina, un cabrito o un lechón; de las arcas salía una alfombra de Oriente, que extendían sobre las losas del cuarto de honor, donde las manzanas, apiladas sobre los armarios, daban un olor dulce y acre; las antorchas de cera ardían en la sala hasta tarde, y los señores conversaban de parientes, de cosechas, de algún nuevo milagro, de las honras vulneradas por los corregidores del rey y de los malos tiempos que corrían para los hidalgos. Otras veces eran trovadores errantes, que pasaban, pedían cobijo, y, después de la cena, tañendo el violín o la flauta, entonaban las nuevas cantigas, relataban historias maravillosas de paladines franceses o repetían las historias que habían oído en las hosterías, en los hogares de otros solares, sobre las guerras que el rey hacía a los moros, más allá del Tajo. Pero lo que más agradaba a doña Teresa era el paso de los monjes mendicantes: éstos sabían los nuevos milagros, los casamientos nobles de Vizeu y de Lamego, recetas de dulces o de ungüentos e historias de peregrinos que habían afrontado los mares y visto el verdadero sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, teñido aún de sangre fresca. Esas eran las distracciones de aquellos señores excelentes. Por Navidad había un nacimiento en la capilla, con misa cantada por los frailes del convento y una cena en que se comía el cerdo nuevo. En el cumpleaños de don Ruy abríase una pipa de vino, en el terreno de la liza, y los mozos de Golfalim ejecutaban grandes juegos de bolos y luchas. Y no había en aquellos alrededores más alegre hoguera que la que se encendía, entre danzas y cantos, en la explanada, frente al puente levadizo, la noche de San Juan.

Así habían transcurrido los años en el solar de Golfalim, quietos e iguales, cuando doña Teresa sintió, alborozada, en su interior, un comienzo de maternidad.

Fué un asombro, una magnífica alegría. Largos años habían ellos deseado, esperado con ardor, un hijo; y, para obtenerlo, doña Teresa hizo promesas, invocó a todos los patronos de la fecundidad, encendió durante treinta días treinta velas a Santa Margarita, bebió agua bendecida, llevó mucho tiempo sobre la cintura una piel de coneja. Pero la dulce esperanza no encarnaba; y el buen señor don Ruy, resignado, decidió dejar su señorío, y el dinero de sus arcas, a un ahijado de su mujer, mozo muy conocedor de libros y que era proveedor del rey en Lamego. Muchas veces, sin embargo, suspiraba, viendo, ante una casucha, a un villano que, con su hijo sobre las rodillas, construía una trampa para los pájaros, o a un viejo que sonreía, amparado en sus torpes pasos por un mozo fuerte y lleno de respeto. Ahora, sin embargo, llegaba el bien de que desesperaba. El buen señor, súbitamente rejuvenecido, con la cara muy risueña y dilatada con el orgullo de su paternidad, comenzó por todos los alrededores a anunciar la noticia espléndida, hasta a un sórdido ermitaño que vivía en una cueva en el fondo del valle, hasta al esquilador que venía a esquilar al ganado. Un arriero partió en seguida hacia Lamego, a encargar al maestro tallista una cuna de gran riqueza. Todas las ayas, sacando de las arcas los linos más delicados, trabajaban en la canastilla; y doña Teresa, al final del primer mes, fué a comulgar al monasterio, para que la hostia divina fuese el primer alimento del niño bien deseado.

¡De qué cuidados rodeaba el buen señor a aquella dama excelente, cuyo vientre le parecía precioso como un sagrario!

Inquieto, le quitaba constantemente, con blandura, de las manos las llaves de la despensa, para que ella no se fatigase en las tareas del solar. El, sólo él, preparaba el vino confortante, con canela, miel, hierbas aromáticas, que debía darle fuerzas y ánimo; y sin cesar, cuando ella caminaba, extendía los brazos, temiendo todos los escalones, cualquier piedra, un pliegue del vestido en que la dama tropezase.

Era entonces invierno, un invierno muy crudo, que todas las mañanas blanqueaba de nieve los prados y los tejados de las casuchas; y don Ruy y doña Teresa, sentados ante el brasero, conversaban interminablemente sobre «su niño». Tenía él ya su destino tan claro y marcado, como si un letrado lo hubiese escrito en un códice. Le pondrían el nombre de Gil Mendo; los mejores lectores del monasterio vecino y amigo le enseñarían las letras, la escritura y el arte de contar; hábiles escuderos vendrían a adiestrarle en el arte de cabalgar, en el manejo de las armas y en todo cuanto a la caza se refiere; después, él, don Ruy, le llevaría a los obispados de Lamego, de Oporto y de Coimbra para que conociese ciudades y tratase con ricoshombres. Más tarde se casaría con una dama virtuosa, de rico linaje, y gobernaría, tranquilo, su señorío, porque ninguno de ellos deseaba que su hijo afrontase los peligros de las guerras o partiese hacia tierras extrañas.

Y cuando así conversaban, sentían ambos una inquietud que no decían, porque ciertas palabras, si se profieren, son captadas por los espíritus malos, que las condensan y hacen de ellas causas reales y vivas. ¿Y si Gil nacía tuerto o mudo? Entonces doña Teresa iba en secreto a la capilla a hacer promesas a Nuestra Señora de la Buena Salud, y don Ruy requería del capellán para que recorriese una vez más el archivo de su casa, a fin de ver si alguna vez había nacido varón de su raza con algún defecto.

Pero la certeza de que todos los de su linaje, desde los godos, fueron robustos y de bella apostura, no calmaba su inquietud; y, habiendo una mañana divisado una graja que se posó en el borde de la ventana de su aposento, lo cual podría hacer tartamudo al niño, sintió tal angustia, que los malos humores se le extravasaron, y amarillo como una cidra, yació una semana en su amplio lecho, entregado a las drogas de mestre Alvaro Porcalho, el buen físico, que vino a toda prisa de Vizeu, montado en su mula. Por consejo de él, doña Teresa no volvió a tocar nunca más el agua fría, y sólo bebió caldos de cobra. Pero una ansiedad mayor penetró en el alma del buen señor, porque maestre Porcalho, después de examinar bien el interior de los párpados de doña Teresa, y ciertas pecas que ella tenía en la cara, meneaba la cabeza gravemente, ¡y no podía afirmar que la criatura fuese un varón! Ciertamente, el buen señor querría a una niña si viniese, con sus delicadas gracias y su dulzura, a alegrar la fría severidad de su morada. ¡Pero con cuánto más amor, orgullo y tranquilidad juntamente, recibiría él un varón, para continuar su estirpe y regir sus bienes! Mandó entonces llamar a un astrólogo famoso, mestre Leonardo, que vivía en una vieja ruina de tiempos del conde Ordoño, junto a los muros de Lamego.

Bien provisto, con un cántaro de vino y una empanada, el docto hombre pasó la noche, una clara noche de marzo, con astros muy claros y fáciles de leer, en la torre del homenaje, donde espantó a las palomas, preparando su horóscopo; y don Ruy tuvo la dicha de oír que su hijo sería varón, vencería a los infieles, pertenecería a los Consejos del rey y se casaría con la hija de un ricohombre poderoso, que tenía tres castillos y el vasallaje de tres villas. Pagado señorialmente, mestre Leonardo montó de nuevo en su mula, y, abandonaba el solar, cuando, junto al puente levadizo, estando el sol ya alto, encontró a mestre Porcalho, que con su caja de simples en bandolera y la jeringa de estaño dentro de un saco, regresaba de visitar al armero de Gonfalim. Inmediatamente los dos sabios, desde lo alto de sus mulas, cambiaron duros sarcasmos, y después injurias, y ambos, saltando de las cabalgaduras, con sus largas garnachas, se acometieron cuerpo a cuerpo, tan ferozmente, que los dos rodaron al fondo de los fosos.

II

Pero mestre Leonardo acertó, ¡y *fué un varón! E incluso la comadre* y las ayas afirmaban que, por la fuerza con que lloraba y agitaba los piececitos rojos, al entrar en la vida, el señor don Gil sería hombre de gran valentía y acción. Lo que a todos, sin embargo, asombraba, inclinados sobre su cuna, era su perfecta belleza y su inteligencia. Gordo, todo redondo y blanco como los finos linos de su sábana, con una boquita que parecía una hojita de rosa y los grandes ojos negros resplandeciendo bajo la cabeza muy clara, parecía él tener ya un alma y comprender. Dos ayas le velaban constantemente, sentadas en unas esteras, moviendo un abanico de plumas para preservar de las moscas la frescura de su sueño, o cantando, para mecerle, el *Duerme, duerme, mi señor...* Y al cabo de un mes ya los arcos de boj levantados en las alegres fiestas del nacimiento estaban mustios, ya doña Teresa, purificada y de nuevo colorada y ágil, hacía tintinear sus llaves por el corredor del solar, y Gil aún no había llorado. Una gota de

leche del pecho henchido del ama bastaba para adormecerle suavemente; y, despierto, sus ojos negros, grandes y rutilantes, buscaban sin cesar, seguían los rayos del sol o el brillo de un jarro de estaño, o los colores más vivos de un velo. Viniendo a cada instante, de puntillas, a entreabrir las cortinas de la cuna, el buen señor no olvidaba ninguna de las prácticas que contribuyen a hacer perfecta a una criatura. Para que el niño tuviese una voz fuerte y bella, le frotaban la boquita con una vieja moneda de oro. El mismo deshizo sal virgen en agua sacada de la fuente al nacer el sol, lo cual hace que el cabello de los niños crezca rizado y vigoroso. Para que tuviese fuerza, trajo una antigua espada de su abuelo don Fruela y la puso entre las manitas de Gil, y para que, a la fuerza del cuerpo se uniese la del alma, el capellán vino tres domingos seguidos a leer sobre la cuna el Evangelio de los tres reyes.

Para el bautizo celebráronse grandes fiestas. El padrino fué don Mendo, un pariente de Mortagua; la madrina, Nuestra Señora de la Salud, y en el camino hacia la iglesia, sembrado de rosas y hierbabuena, al lado de don Mendo, magnífico, con sus barbas de nieve sobre el sayal rojo, caminaba, sobre sus andas, a hombros de cuatro caballeros peones de Gonfalim, la señora madrina, coronada de oro, con un manto nuevo, donde las estrellas de oro, sobre el azul del terciopelo, componían como un cielo de verano. Para mayor honor (y para que el niño no saliese sordo), fué don Mendo, el padrino, quien tiró de la cuerda de la campana y dió los primeros repiques festivos. Toda la piedra de la iglesia desaparecía bajo las colgaduras de terciopelo blanco. Y cuando la punta de una faja de seda que se sostenía por la otra punta en las manos de Nuestra Señora vino a tocar la pelusa fina y rubia de la cabeza de Gil, desnudito y quieto, en brazos del sacerdote, sobre la pila, todos observaron, con asombro, que el niño sonreía a las luces de las antorchas, y las puntas de las palmas se agitaban, y una cosa blanca, como el surco de un ala, pasó por la penumbra del baptisterio.

Después, un enorme festín, tumultuoso y voraz, congregó a la ruda aldea. En la explanada, tres terneras enteras se asaban sobre claras hogueras. El vino, corriendo sin cesar de las pipas adornadas de laurel, formaba charcos rojos, en los que se revolcaban los chiquillos. A cada instante los laúdes y violas de los trovadores llamaban a los mozos y a las muchachas, sofocados, con la boca llena, y coronados de rosas, a largas danzas aturdidas sobre la hierba hollada. Una inmensa empanada traída en unas angarillas, y precedida de dos enanos que hacían cabriolas, apareció al final de la tarde, entre aclamaciones; sacando la espada, un caballero-peón rajó la parte superior de la empanada, que era mayor que el techo de una cabaña; y de dentro salió huyendo una bandada de palomas, que batían en el aire, con dificultad, las alas pesadas, de gordura, perseguidas por los mozos, que las apedreaban con bolas de tierra, con gruesos panes de salvado y con los platos de estaño.

Pero de repente, junto al puente levadizo, surgió una bandera; y al lado de don Mendo, y seguido del capellán, del intendente y de las ayas, con altas tocas de encaje, apareció el buen señor don Ruy, pálido de alegría y de orgullo, levantando en brazos, todo cubierto de encajes, para mostrarlo al pueblo, a su hijo y heredero. Muchachas corrieron con cestos llenos de hojas de rosa, que le arrojaban, y desde la mesa de honor, donde estaba el Merino (1) del rey, acudieron dos viejos, uno con un plato lleno de sal, que simboliza la agudeza de espíritu, y otro llevando un huevo, que significa la duración de la vida, para ofrecérselos al niño como votos tangibles. Y fué un asombro, un largo murmullo maravillado, cuando Gil, debatiéndose entre los encajes, extendió un bracito hacia la sal y otro hacia el huevo. Los viejos, muy graves, reconocieron que el niño era un elegido de Dios, y nadie dudó de que llegaría a la extrema vejez, a través de la extrema sapiencia.

El, en efecto, crecía a cada hora en fuerza y belleza. Su cabecita redonda se cubrió muy pronto de rizos finos como la seda y color de oro, y le salieron todos los dientes, sanos y fáciles, sin costarle una lágrima. Cuando no dormía, con un sueño tan sereno que parecía una rosa sobre una almohada, pasábase horas en brazos de las ayas o de la madre, deslumbrada, quieto, inmóvil, ya erguido, con los ojos resplandecientes y pareciendo pensar en cosas profundas. Exhalábase un tan raro encanto de aquel cuerpecillo, todo lleno de gordas arrugas, blancas y duras como mármol, que las ayas no podían apartarse de su cuna, olvidándose de las horas de comer, y los que pasaban un día en el solar y le veían un momento, hasta después ya en sus moradas, y entre otros cuidados, se quedaban pensando con ternura en aquellos cabellos de oro puro y en las dos estrellas de sus ojos.

En el aposento donde estaba su cuna, no era necesario en invierno encender el brasero, ni durante la canícula entreabrir las ventanas para la brisa, porque había allí siempre un aire igual, suave, tibio, fresco y que olía bien: incluso aquel aroma iba aumentando, y de tal modo, en torno a su cuna, que mestre Porcalho, que reprobaba las esencias derramadas junto a las cunas, daba con el pie, impaciente, cada mañana, al entrar allí, y decía dilatando las narices: «¡Pero aquí huele a jazmín! ¡Pero aquí huele a rosa!». Más de una vez también ocurrió que, al apagarse la lámpara, el cuarto seguía iluminado con una luz traslúcida, vaga, lechosa, que era más tenue junto a los altos muros y más viva y como irradiada alrededor de la cuna; el ama, sentada, alzaba el cortinaje y encontraba al niño sonriendo en su sueño; y si entonces examinaba sus mantillas, se asombraba más al no reconocerlas como las de la rica canastilla, sino distintas, de un lino más sutil que todos los linos, blancas como no había otra blancura, y tan suaves y tersas a la mano, que su contacto tenía la dulzura de un beso. El buen señor don Ruy escuchaba aquellas maravillas, y gruesas lágrimas de contento rodaban por su barba rubia.

Las palomas, que tenían su palomar en la vieja torre de la atalaya, comenzaron entonces a venir todas las mañanas, en bandada, a posarse sobre el borde de la ventana del niño; e incluso, si encontraban las puertas abiertas, algunas más atrevidas por ser más blancas, revoloteaban en torno de su cuna, con un vuelo sutil y silencioso. Gil las seguía con sus grandes ojos o sacaba la mano para cogerlas, y si tocaba a alguna que se posaba en los barrotes de la cuna, ésa emprendía acto seguido el vuelo, triunfalmente, sumiéndose muy alto en el azul; y no regresaba al palomar.

Pero no eran sólo la palomas las

(1) Juez que ponía el rey en un territorio en donde tenía amplia jurisdicción; éste se denominaba *merino mayor*, a diferencia del *menor*, nombrado por aquél o por el adelantado, con jurisdicción limitada.

que amaban al niño. Mariposas raras, de colores radiantes, venían a dar contra los cristales, en bandadas, como hojas vivas y sueltas de flores que no hay en la tierra. Un almendro que había abajo en el patio, empezó a crecer, a subir, como si con las puntas de sus ramas intentase espiar el interior del aposento, y después cubrióse de flores en enero; y un ruiseñor vino durante el invierno entero a cantar sobre él maravillosamente. Pero la sorpresa mayor fué que en el rincón del patio enlosado, donde se vertía el agua en que don Gil se bañaba, empezaron a crecer entre las losas unas florecillas blancas y color de oro, que ningún jardinero había visto nunca y que perfumaban todo el aire.

El día en que el niño cumplió un año, estando en brazos de su madre, con su vestidito de brocado blanco todo bordado de perlas, se escurrió de repente, desde los brazos al suelo, y dió su primer paso en la vida. Todos los brazos alrededor se tendieron ansiosos, para auxiliarle; pero él iba afirmando los piececitos, redondos y lentos, sin tropezar, atento y en derechura hacia un rayo de sol que entraba por la ventana, con la manita abierta y levantada, como amparada por otra mano que no se veía y que le llevaba suavemente. Y así llegó al rayo de sol, donde permaneció quieto, con una risa que resplandecía, todo aureolado de oro. Frey Munio murmuró: «¡En este niño hay maravilla!»

III

Su crecimiento fué entonces igual y sano, como el de una flor que, en tierra bien regada y bajo la fiel caricia del sol, se abre con esplendor. Ninguno de los males que mestre Porcalho temía, frunciendo el cejo agorero, vino a interrumpir su florecimiento, y le salieron todos los dientes sin una lágrima. Su habla era tan dulce y graciosa, que a todos hacía sonreír de ternura, como el canto de un pájaro en la enramada. La blancura ebúrnea de su piel no parecía pertenecer a un cuerpo mortal, y en todo él la inteligencia resplandecía más visiblemente que una luz detrás de un cristal. Una curiosidad inquieta, insaciable, le llevaba constantemente, corriendo y esparciendo el brillo de sus ojos negros por la vieja morada señorial. No había ya en la torre del homenaje, en los patios, en los oscuros sótanos, rincón que él no hubiese rebuscado, en el impulso irresistible de saberlo todo. Las ayas le encontraban constantemente intentando con sus bracitos, frágiles como tallos de flor, levantar las pesadas tapas de las arcas, y si encontraba una abierta, lanzaba gritos impacientes, hasta que le dejaban desdoblar las piezas de lino, desenrollar los montones de cintas, abrir los cofres, remover los encajes, amontonar junto a él, sobre el suelo, una abundante lencería devastada.

Ya más crecido, jugando por la quinta, se adentraba en todas las espesuras de follajes, a rastras, como un animal, enmarañándose el caballo en las zarzas, para saber lo que se ocultaba en las sombras húmedas: excavaba en torno a las plantas, para conocer la forma de las raíces, y acechando el vuelo de los pájaros, trepaba a los árboles para saber el secreto de los nidos. Nada le asustaba. Cuando su padre, para adiestrarle en el gran arte de cabalgar, le montó una mañana en un potro, él, empujando al caballerizo que sujetaba la rienda, se largó al galope, en torno al cercado de la quinta, bien pegado a la silla, con los cabellos al viento, gritando de pura gloria. Si oía, al final de la tarde, los cencerros y la

hilera de bueyes que volvían, nada le detenía, y corría, batiendo palmas, provocando a los novillos o a los bueyes de largos cuernos; y constantemente, el ayo, aterrado, tenía que agarrarle para que no se metiese dentro del balde del pozo o no recorriese el remate de la vieja muralla saltando de almena a almena. Después, por la noche, en la cena, escuchando, absorto, con la cara entre los puños, la mirada deslumbrada, las historias de batallas, que leía frey Munio en su gran infolio, lanzaba gritos de alegría, cuando llegaba uno de aquellos golpes de espadón que parten el yelmo, rajan al caballero y matan también al caballo; o cuando, en los asaltos de las ciudades, la fuerza de un solo brazo rompía una puerta de bronce. De noche, en su lecho, gritaba, soñando con combates de lanzas. Y su madre, que corría, poniendo la mano delante de la luz, se aterraba casi viendo en la linda cabeza de su ángel dormido una arruga de cólera heroica.

Pero don Ruiy sonreía, deslumbrado, seguro de que su hijo sería algún día un gran conquistador. Era, sin embargo, admirablemente sensible y bueno; y frey Munio presentía en él los signos de una caridad que ilustraría a la Iglesia. Amaba a todos los animales, sobre todo a los pequeñitos, y su cuidado era que las palomas no padeciesen sed, ni faltase la abundante ración a los galgos en su perrera. Protegía a los sapos, porque los sabía despreciados; y si encontraba alguno en la hierba húmeda, junto a la noria, con sus manos, y sin asco, le llevaba lejos, para que la vaca uncida a la rueda de los cangilones no lo pisase, en su girar adormecido. Los domingos, al bajar con sus padres por la avenida de castaños hacia la iglesia, se detenía a cada paso, buscando en su escarcela una monedita para los pobres; y en la iglesia, de rodillas sobre el almohadón, en el altar mayor, con las manos juntas y su gorro de plumas puesto en el suelo, se penetraba tanto de la pobreza y del dolor por los que había pasado Jesús, viendo su cuerpo desnudo y pequeñito en la paja del pesebre, su túnica rasgada por los azotes; sus manos, tan dulces para los tristes, atravesadas por los clavos, que los ojos se le llenaban de lágrimas. A la puerta de la iglesia todo el pueblo de Gonfalim se congregaba para verle pasar, con sus cabellos rubios, en bucles sobre los hombros, cubierto con los terciopelos de un príncipe, fino y recto como una espada toledana, pero tan sencillo y familiar que reconocía a los criados, gritaba riendo sus nombres o tiraba a los niños, en brazos de sus madres, besos que cantaban en el aire.

A los ocho años, habiendo frey Munio preparado en un cuarto de la torre del homenaje, por ser más silenciosa, libros, hojas de vitela y gruesas plumas, Gil empezó a aprender las letras, la escritura, la Historia Sagrada y los cálculos de los árabes. Por lenta y larga que fuese la lección, él permanecía atento y serio. Su alegría fué ruidosa cuando supo escribir su nombre y sus apellidos con letras adornadas y floridas. Pero ¡cuánto más viva y honda la de sus padres, cuando le oyeron leer, sin tartamudear, en el gran libro de frey Munio, las batallas de Alejandro y de Roldán, par de Francia!

Tan orgulloso estaba el buen señor de la sabiduría de su hijo, que le quiso mostrar a los santos padres benedictinos, sus vecinos y aliados. Montado en su mula blanca, con Gil al lado sobre su alazán, pasaron una tarde el viejo puente romano y subieron la calzada nueva, que, entre álamos, llevaba a la gruesa puerta chapeada de hierro, como la de una ciudadela. Y, una vez en el patio,

bien plantado de cipreses, encontraron, entre dos recios carros de bueyes, al abad, dirigiendo el cargamento de seis pipas de vino blanco, de los viñedos del convento, que iba a mandar como presente al Papa.

Con gran contento, acariciando los lindos cabellos de don Gil, el prelado, muy sapiente, condujo a sus vecinos hacia el claustro, mandando a un lego que trajese un azafate de fruta y un pichel de aquel vino blanco que era la gloria de su heredad. Pero en el claustro, como era sábado, toda la sabia comunidad, en una larga fila, sólo con túnica y sin capa, estaba afeitándose, y el abad se dirigió hacia la entrada de la huerta, donde se sentó, entre sus huéspedes, en un banco de piedra, junto a una fuente que cantaba entre rocas en un estanque de mármol.

Allí, el buen señor contó al prelado la gran afición de su Gil a los estudios, cómo trazaba ya la letra grande y menuda y cuán familiares le eran todas las sagradas historias; y andaba él pensando si su hijo, bien enseñado por otro más docto en libros que fray Munio, no llegaría a ser un buen escolar en Leyes, o un fino conocedor de las artes de curar. Entonces, el buen prelado, cogiendo la mano de Gil y señalando la piedra pulida y blanca que remataba la fuente, invitó risueñamente a Gil a leer la inscripción que allí grabó, hacía años, un docto monje de aquel monasterio. Sin esfuerzo, el mozo gentil descifró las toscas letras grabadas, que decían: «Clara y perenne, como sale este agua de esta roca, brota la bondad de nuestros corazones...» Y el buen abad admiró aquel saber precoz. Pero ¡cuánto más grande era su conocimiento de la Historia Sagrada! Erguido, con un brillo en los lindos ojos y como si hablase de cosas familiares e íntimas, el mozo gentil, interrogado por el abad, contaba la gran cólera de Jehová, Caín huyendo por los montes, la lluvia durante cuarenta días, José gobernando a Egipto, el pueblo errando por el desierto, Jericó derrumbándose al estridor de las trompetas...

Todos los pájaros habían callado alrededor, en la enramada de la huerta. El agua caía de la roca con un murmullo sofocado. Una dulzura mayor suavizaba el aire, y los rayos del sol, que se ponía, quedáronse parados, dorando con tonos de ara el banco de piedra donde Gil narraba las divinas historias. Entonces, el buen abad, posando su gruesa mano sobre la cabeza de Gil, afirmó que había allí un agudo entendimiento, y que bien debía don Ruy, puesto que tenía bienes, mandar a aquel mozo a estudiar a Francia, tierra de gran sabiduría...

El padre murmuró:

—¡Tan lejos!

No No había tierras lejanas para ir en busca del saber. ¡Más lejos se hallaba Jerusalén, y se iba allí para alcanzar la gracia! Y la sapiencia, tanto como la gracia, conservaba el alma limpia de mal...

Deseó entonces que don Ruy probase su vino blanco. Y, habiendo dado a ambos la bendición y ordenado a un hortelano que regaba allí las plantas que pusiera en un azafate cerezas y rosas para la señora doña Teresa, cogió el brazo del novicio, porque habían tocado a vísperas y él tenía que preparar una remesa de reliquias destinadas a una heredad del convento visitada recientemente por los repetidos azotes del fuego, los lobos y las cuartanas. Los dos señores besaron su reverenda mano y regresaron contentos al solar por el camino de la ermita.

Gil comenzó entonces a estudiar con tanto fervor, pensando siempre en los elogios del abad, que muy pronto supo todo cuanto sabía el apacible frey Munio. Incluso muchas veces trastornaba a aquel discreto mestre con su curiosidad temeraria, que quería comprenderlo todo, hasta el orden de la Naturaleza. Era, sobre todo, por la tarde, cuando para descansar de las prácticas estudiosas, subían ambos al terrado de la torre del homenaje y paseaban lentamente en torno a las almenas, todas verdes de hiedra. El cielo arqueaba por encima su bóveda de azul claro, inmutable y sempiterna. El sol, como una rueda de metal candente, rozaba el espinazo de los montes, lanzando largos rayos. Y la tierra, oscura y maciza, extendía su ondulación de valles y sierras hasta donde se perdía la mirada.

Entonces, don Gil quería saber cuál era en verdad la forma de la tierra; hacia dónde iba el sol cuando se hundía tan serenamente por detrás de los montes y quién sostenía así, tan firme, la bóveda del cielo. Para satisfacer a su discípulo, frey Munio hojeaba los infolios que pedía prestados a la biblioteca del convento, sobre las *Enseñanzas de la prudencia*, obra mirífica, que en sus recias páginas encerraba la suma del saber benedictino. Y, poniendo el dedo en la hoja, explicaba a Gil que la tierra es cuadrada, teniendo por centro, en la cara vuelta hacia el cielo, la santa ciudad de Jerusalén; que el sol, de noche, va a alumbrar el mar, y a veces, en días de fiesta, a iluminar el Purgatorio, y que quienes sostienen esa bóveda, llena de luz, de estrellas, de nubes, de vientos, son los cuatro Evangelistas, en las cuatro esquinas del mundo, con sus manos, que todo lo pueden, por haber tocado las manos del Señor.

Pero no siempre don Gil parecía convencido. Y, trayendo hacia sí el infolio, releía la buena doctrina más detenidamente, como quien enfoca hacia un rincón mal iluminado una luz más fuerte. Tanta afición sintió entonces a aquellos libros y a la sabiduría que de ellos extraía, que ya no hubo para él ningún otro interés o cuidado. No bien amanecía, se encerraba en la torre de estudio ante la amplia mesa que cubrían los majestuosos infolios; y muchas veces, a las horas de comer, habiendo ya el paje de la mesa tocado tres veces la trompa, tenía don Ruy que subir la escalera de la torre y sacudirle el brazo, para arrancarle del estudio en que el alma se le hundía, como en un mar de deleite. Paseando por la quinta, sacaba a cada paso de la escarcela un pedazo de vitela y, recostado en un tronco de árbol, con la mirada unas veces esparcida por el suelo y otras alzada lentamente al cielo, trazaba líneas despaciosas. Tan ajeno vivía en su pensar, que doña Teresa tenía que peinarle los cabellos que él dejaba enmarañados, y que atarle las cintas de sus borceguíes de cuero blanco. De noche, con el candil colgado junto al lecho y un infolio sobre la almohada, leía aún, leía tanto, que ya las golondrinas cantaban en el repecho de su ventana cuando él, con un suspiro, y a disgusto, cerraba los broches del infolio.

Empezó a adelgazar, su piel adquirió la palidez de una cera de altar, y mestre Porcalho declaró siniestramente que ya en los ojos del señor don Gil se sentían los presagios de la excesiva lectura.

Entonces, para apartarle de los libros, don Ruy le preparó una jauría de caza. Fué agrandada la perrera, techada de nuevo, y el ladrido de los mastines, de los perdigueros, de los lebreles berberiscos atronaba el solar. Al lado había un cobertizo para los halcones, y un hombre hábil, llegado de Vizeu, estaba instalado en el depósito de aperos, haciendo redes, ce-

pos, lazos y capirotes de cuero para los azores.

Doña Teresa, abrazada a su hijo, tuvo de él la promesa de que todas las mañanas saldría a montear, para que con los fuertes aires de la sierra, le volviesen los colores de la salud. Pero él quiso primero aprender el arte de cazar, lo cual fué motivo de nuevo para sepultarse entre viejos cuadernos, de letra menuda, en que se enseña a adiestrar a los lebreles, a animar a los halcones, a conocer las pisadas del lobo, el olor de los venados y hasta los vientos más propicios para la caza, las oraciones que se deben a San Huberto y el modo de impedir que los espíritus malignos descarríen en la sierra la cacería. Después deseó también aprender en los libros las costumbres de los animales, a qué horas bebe el venado, dónde hace su nido la perdiz, qué mañas emplea el jabalí y el rumbo del vuelo de las águilas.

Con tantas lecturas se consumió más, y, ante las lágrimas de su madre, decidió al fin comenzar las grandes mañanas de cacería.

¡Con qué alegría don Ruy y doña Teresa, desde lo alto de las escaleras del solar, le vieron montado en su alazán, airoso en su cota de cuero blanco, con el halcón emplumado sobre el guante y los lebreles a su alrededor, tirando de las traíllas y ladrando! El montero tocó la trompa, y buen cazador, volviéndose aún en la silla para tirar un beso a su madre, pasó el puente levadizo, en un gran rayo de sol, que salía entonces de entre las nubes.

Volvió, cerrada ya la noche, con un vivo color en el rostro, un olor a maleza en las ropas, habiendo cobrado un venado, liebres, todo un bando de codornices, pero descontento de sus proezas. No armonizaban con su corazón apacible las violencias de la caza; y los lebreles, partiendo el espinazo de los conejos, entre los brezos; el halcón, despedazando en el aire a una pobre ave y volviendo a posarse en el guante, todo erizado; las saetas clavadas en el cuello de los venados, que se quedaban bramando, con grandes ojos agonizantes; todas aquellas ferocidades, pasado el impulso que las inspiró, entre los gritos de los monteros y el resonar de las trompas, le causaban la tristeza de un arrepentimiento. Y de noche, en su lecho, solo, lloró por los animales muertos.

Volvió otra mañana a la sierra con halcones y lebreles. Pero ninguna saeta salió de su aljaba de cuero, colgada del arzón de la silla; todo el camino los monteros, tirando de las traíllas, contuvieron a los perros, que ladraban desesperadamente; y en vano los halcones, retenidos por los lazos de cuero, batían las alas impacientes sobre el brazo de los halconeros. Ningún animal en los cercados, ni un ave en el aire fueron molestados. Gil galopaba contento, respirando los aires ásperos y fuertes de la sierra. Por la tarde, cansado, durmió a la sombra de un roble. Y cuando regresó, en la dulzura del atardecer, de todos los lados del camino, de los cercados y de las cuevas, salían animales, que le acechaban y seguían incluso un rato, confiados y alegres: dos pavos reales, de repente, cuando él pasaba, desdoblaron sus colas como para festejarle, y una enorme cobra, que obstruía el camino, se desenroscó para que él pasase; durante mucho tiempo, una bandada de tórtolas blancas voló a su lado serenamente. Y cuando él entró en el patio del solar todos los gallos cantaron.

Desde aquel día no volvió a salir con halcones y lebreles. Pero adquirió el gusto de las largas galopadas por las sierras; y todas las mañanas,

en su corcel aragonés, llevando sólo una espada, franqueaba el puente levadizo y se adentraba en las tierras. Bajo el sol, bajo la lluvia, caminaba todo el día, unas veces galopando por las llanuras, otras al paso, gozando del frescor de las enramadas, bebiendo a flor de los regatos, comiendo moras silvestres, y otras en lo alto de un cerro, desmontado, con su corcel de la rienda, contemplaba pensativamente los valles, los caminos, serpenteando por las remotas laderas, los horizontes lejanos, pensando en el mundo tan diverso que quedaba más allá. Por la noche regresaba, lleno de barro, con zarzas en el traje, un gran olor a maleza y a sierra, la mirada toda brillante; y era él quien entretenía la velada, conversando con tanta verdad y sabiduría, narrando tan bellas historias con una gracia tan perfecta en la palabra, que a su padre y a su madre, absortos, pareciales escuchar unas veces la sapiencia de un misal, y otras la dulzura de un canto.

IV

Pero al poco tiempo el señor don Gil empezó a mostrarse pensativo. Ya no le agradaba estar todo el día en los campos; pero sólo a cierta hora, la más calurosa, cuando todos descansaban, él mismo enjaezaba su corcel, y partía sin ruido, como si temiese ser visto hasta por los caballerizos. Después, cuando volvía, un brillo de singular felicidad aureolaba su rostro, tan bello; pero durante toda la velada permanecía callado, como en un dulce y dichoso cansancio, que a veces cerraba sus largas pestañas, mientras don Ruy, solemne en su silla de respaldo, acariciaba su barba canosa, y doña Teresa, ya más pesada, movía *lentamente* los hilos de su tapicería.

A veces, incluso, como si la sala, alumbrada por dos antorchas, le sofocase, abría las hojas de la ventana, y, sentado en el antepecho de piedra, miraba a las estrellas o a la luna pensativamente.

Ciertas noches, incluso, salía al patio, donde la lentitud pensativa de sus pasos traicionaba alguna preocupación muy honda de su alma, y su madre, que, dejando deslizar la tapicería, iba a espiarle, a través de los cristales, oíale a veces suspirar, y con suspiros que no eran tristes. Sus libros yacían en la torre, cerrados y cubiertos de polvo. Y su ocupación era más bien recorrer el jardín, donde a veces arrancaba un botón de rosa que guardaba en el pecho bajo su jubón.

Quiso entonces aprender la viola y el canto, como si las cosas vagas y sin nombre que agitaban su alma sólo pudiesen ser traducidas por la dulzura del tañer y del trovar. Y ahora, muchas noches, cuando todo el solar dormía, y dormían el río y el valle, y en la tierra no se veía ninguna luz, excepto la de la lamparilla que ardía en el crucero del viejo puente romano, Gil, en la ventana de su cuarto, lanzaba, en el silencio y en la oscuridad suaves, una dulce vibración de cuerdas y un murmullo de endecha en que cantaba vagamente una selva, una fuente clara y el alma que allí se le quedara.

Era, en efecto, hacia una selva frondosa, junto a un manantial de agua viva, adonde todos los días, a la hora de la siesta, dirigía él el galope de su alazán aragonés. Quedaba aquel dulce lugar en el fondo de un valle, desde donde no se veía más entre la arboleda que lo recio... deaba que el gran azul del benéfico cielo. Un agua fría brotaba entre

rocas, y, cayendo de piedra en piedra, formaba un claro riachuelo que iba cantando y huyendo, bajo el ramaje de la gran arboleda. Pero en un sitio donde clareaban los árboles, el agua, más lisa y ancha, formaba un remanso, como un lago pequeñito, y allí subía, desde la orilla húmeda y florida de margaritas hasta la cumbre de un suave otero, una hierba igual y blanda, que podían pastar los ganados.

Allí se apeaba don Gil y ataba su caballo al tronco de un árbol, y si todo estaba desierto, tocaba su trompa. Muy pronto ladraba un mastín, y en lo alto del otero, redondo y verde, aparecía una pastora, con la rueca en la cintura, y seguido de ella, un pequeño rebaño de ovejas. Ambos sonreían, enrojeciendo, la pastora y el señor don Gil. Y mientras el ganado bebía en el agua clara, ambos se sentaban en la hierba, a la sombra de la misma haya que los había cobijado la tarde en que don Gil, viniendo allí a descansar de una larga correría por las sierras, encontró en aquel lugar a la pastora, en el momento en que una nube densa pasaba y caía de ella un fuerte chubasco.

Desde entonces, todas las siestas se encontraban allí, sentábanse en la misma hierba, e incluso sin hablarse, sólo con sentirse juntos, en aquella soledad, bajo las sombras que la víspera los habían cubierto, sus ojos, brillando y riendo, se humedecían de felicidad.

Un pobre zurrón de estameña, ceñido al talle por una cuerda, era todo el vestuario de la pastora. A través de los desgarrones que en él habían hecho las zarzas, la piel de su pecho, de su rodilla, relucía, con la blancura tersa de un mármol fino, y, bajo los cabellos despeinados, en la linda faz que el sol y el aire de la sierra habían tostado, el amplio azul de sus grandes ojos, que parecían siempre maravillados, tenía el brillo divino del azul del cielo y la gracia tímida del azul de las miosotis. Gil sólo sabía que ella se llamaba Solena, y que servía como pastora, desde niña, a un viejo que tenía su granja más allá de las colinas. Sentados en la hierba fresca, había entre ellos grandes silencios; él cogía la mano de su amiga y hacía girar, sonriendo, un pobre anillo de plomo que le adornaba el dedo; ella levantaba de la hierba el gorro de Gil y acariciaba las plumas blancas que lo adornaban. Jugando, lavaba ella, en el claro riachuelo, sus pobres pies, que la sierra había endurecido, y cogía flores silvestres, que le metía riendo entre el cabello. La preocupación de ambos era saber si habían pensado uno en otro, y quedamente, con los dedos enlazados, se contaban los sueños que habían encantado su noche.

Nunca hablaba Gil del rico y noble solar que habitaba, aunque ella, ciertamente, le consideraba como hijo de un rey, igual al de un cuento de hadas que sabía, porque a veces decíale: «Un día te vas y no vuelves más.» El juraba, muy serio, que pasarían la vida juntos, sentados en aquella hierba, viendo correr el agua clara.

Las blancas ovejas pastaban en la ladera. El mastín dormía al lado de Solena. Y ella, entonces, sujetándose una rodilla con las manos, con sus claros ojos alzados hacia las quietas enramadas, comenzaba a cantar. Y era tan dulce la manera de cantar, y tan linda la cantiga, que Gil se ponía a pensar en canciones que oyó a las ayas, siendo pequeño, y en las que hadas adorables toman la forma de pastoras, y cantando como Solena cantaba, atraen hacia lo alto de las sierras a los caballeros que pasan. ¡Qué contento iría él, inclu-

so hacia la muerte, llevado por ella! Desde muy cerca, hundía entonces sus ojos en los de ella, respiraba su hálito; el seno pequeñito de Solena jadeaba bajo la dura estameña. Un arrobamiento henchido de dulzura y de tristeza invadía sus corazones. Ambos sentían como un deseo de llorar. Y, a veces, los dos, de manera brusca, se separaban como avergonzados, yendo él a palmear en el cuello de su corcel, que escarbaba la hierba, impaciente, y ella a dar unos pasos a lo largo del riachuelo con su rueca, e hilando con dedos tan trémulos, que el huso se le caía a la hierba. Pero muy pronto él le gritaba: «¡Solena!», corría detrás de ella, pasábale el brazo por el talle, que él sentía cálido y como desnudo a través del zurrón, y así iban callados, a lo largo del agua murmuradora, para sentarse más lejos, en otras hierbas, a la sombra de otra arboleda.

Pero, poco a poco, caía la tarde. Ella cogía de nuevo su rueca, llamaba al mastín. Gil murmuraba: «¡Aún no!» Y cuando, por fin, habiendo repetido infinitas veces: «¡Adiós, que el Señor te guíe», Solena subía el otero, con sus ovejas detrás, él permanecía aún contemplando otra vez los lugares donde había pisado la hierba, el agua en la que ella sumergió sus pies, toda aquella arboleda por la que voló su canción. Después, montando con un gran suspiro, regresaba bajo la dulzura de la tarde, sintiendo también en su alma la tristeza de un oscurecer.

Un día, al llegar junto al río, y después de tocar su trompa, no oyó ladrar al mastín, ni Solena apareció con sus ovejas detrás. Impaciente, corrió a la cumbre del otero, y hasta donde sus inquietos ojos podían abarcar, no divisó rebaño ni pastora. Esperó todavía, vagando tristemente junto al agua y bajo los árboles. Y sólo cuando oscureció volvió a cabalgar, regresando al paso, con las riendas caídas, tan triste, que una partida de segadoras que pasaban cantando cesaron en su canto y se le quedaron mirando, compadecidas. En la cena, sus labios no tocaron nada, y apenas frey Munio pronunció las gracias, él, besando a su madre con una ternura más viva, corrió a su aposento y cayó sobre un escabel, ante un retablo de la Virgen, y allí permaneció toda la noche, perdido en una nostalgia que no tenía nombre ni fin.

¡Con qué ansiedad, no bien amaneció, corrió él de nuevo a la fresca fuente, donde «el alma se le quedara»! Pero el sol estaba ya alto, por tres veces había tocado su trompa, ¡y ni el mastín ladró, ni apareció la pastora! Entonces, desesperado, se lanzó al galope por valles y oteros, escrutando todas las espesuras de bosques, parándose a mirar el fondo de los barrancos, subiendo a las cimas, gritando por las quebradas el nombre de Solena. Pero en torno de él sólo había soledad y silencio.

Por la tarde divisó una vieja que subía una ladera, apoyada en su bordón, cargada con un haz de leña.

Corrió, interrogó a la vieja; pero ella, atontada y confusa, no comprendía, y Gil marchó otra vez, presuroso, no viendo los caminos por los que corría con las lágrimas que nublaban sus ojos. Ya el sol se ponía cuando, junto a una cruz que se alzaba entre tres veredas, encontró a dos hombres que descansaban, sujetando el uno con la mano un burro cargado de vasijas y el otro con dos liebres muertas a la espalda, colgadas de una lanza; al ver a Gil, que tiró de las riendas, el cazador se quitó el gorro de piel de zorra y dobló la rodilla como un siervo; pero cuando Gil le preguntó por la

pastora y por el rebaño, ni él ni el hombre del burro le supieron informar. Gil, con un gran suspiro, se adentró por el camino de Gonfalim.

Toda la noche veló con una ansiedad mortal. Unos ratos la suponía inconstante, olvidada de él, habiendo llevado hacia otro sitio, junto a algún pastor como ella, su rebaño y su linda canción; otros, la imaginaba en la granja del amo, enferma o muerta tal vez, devorada por los lobos, arrastrada por las aguas de un torrente.

Y su desesperación era no saber cuál era el amo y cuál la granja donde ella servía para poder correr allí y saber la verdad. La antorcha de cera que ardía en un rincón habíase derretido. Ya la mañana clareaba. Abrió la puerta, bajó al patio, a la quinta, a esparcir su dolor entre la frescura de las enramadas. Un hombre que apagaba una linterna en el muro de la caballeriza corrió hacia él, quitándose su gorro de piel de zorra. Gil reconoció a un tal Pero Mallo, halconero, que prestaba servicio en el solar desde Navidad.

—¡Mi señor!—dijo el hombre—. La pastora por la que ayer preguntasteis en el crucero, cuando yo estaba allí, con dos liebres a la espalda, ¿guardaba unas diez ovejas y tenía un podenco amarillo?...

Gil agarró el brazo del hombre:

—¡Dime!

Entonces, Pero contó que el podenco fué encontrado muerto; un almocrebe halló más adelante las ovejas perdidas; de madrugada pasó por aquel sitio un grupo de hombres de armas, que venía de las partidas de Aguiar. La pastora había sido raptada, con seguridad.

Gil se quedó más blanco que la cal del muro que tenía detrás. Y con un tono de mando y de energía, como si aquel dolor por el que venía penando el doncel hubiera hecho surgir el hombre, ordenó a Pero que diese la alarma a los mozos de armas, se armara él con la lanza y la loriga y estuviesen todos, con caballos, al pie del portillo del Haya. Después, subió las escaleras de piedra, y en la vieja sala de armas, donde hacía tiempo sólo entraba el escudero a limpiar el polvo, vistió la cota de mallas y el yelmo que su padre le diera, escogió una lanza de monte, y, después de persignarse, bajó despacio, para que ni las ayas lo notasen, y fué al portillo, donde uno por uno, asombrados y con los ojos hinchados todavía de sueño, iban llegando los hombres de armas.

Eran los siete que vivían en el solar; y ya viejos, habiendo perdido en los trabajos de labranza los hábitos del yelmo y de la cota, que estaban herrumbrosos, y con las lorigas de cuero mal ceñidas, los quijotes mal hebillados, montando viejas cabalgaduras, a las que apacibles años de sueño y de pienso abundante habían quitado la ligereza y el garbo, formaban un grupo de hombres toscos y endebles, de los que se reiría cualquier buen caballero, volviendo de la frontera y de los moriscos.

Pero cuando el señor don Gil, en su gran corcel bayo, agitó la lanza y partió, allá galoparon, mal acostumbrados a la silla, sujetándose a veces en las crines con las manos callosas del arado y de la azada.

Muy pronto, sin embargo, paró la carrera, en el cruce de dos caminos, porque don Gil apenas sabía lo que le llevaba, así armado, con su torpe mesnada de siete hombres de labranza, por los campos quietos. Y sus bellos ojos se empañaron de nuevo de lágrimas de doncel, sintiendo que su gran cólera era vana y sin objeto, ¡como una lanza arremetida contra el viento! ¿Hacia dónde ir? ¿Contra quién correr? Si la pobre Solena había sido robada, por dónde la habían llevado sus raptores? ¿A qué solar pertenecían? ¿Cómo tomar el desquite con aquellos siete hombres mal armados?

—¿Qué hacer, Pero?

A su lado, Pero Mallo, montando un corcel pequeño de largas crines, con una loriga de tiras de cuero negro, ocupaba el puesto de escudero. Y con su lanza atravesada sobre la silla, rascándose la barbilla rapada, pensativamente, terminó por aconsejar que marchasen por los caminos y por las heredades, indagando sobre el paso de aquellos hombres armados que habían venido de Aguiar.

—Sea así, Pero.

Y todo el día, por valles y oteros de aquella tierra poco poblada, la cabalgata trotó, bajo el sol de agosto.

Pero ni un almocrebe, que conducía, cantando, sus mulos, ni un grupo de juglares que iban hacia la feria de Vouzella, ni dos mozas que cavaban al borde de una heredad solitaria, les supieron decir nada de los hombres que buscaban. Por la tarde, cuando el sol se ponía, yendo por una vereda entre cerros, divisaron en lo alto la torre negra, las almenas de un palacio acastillado. El puente levadizo estaba levantado, y todo parecía desierto, en la tristeza del poniente. Don Gil tocó su trompa: ningún atalaya apareció entre las almenas. Pero, habiendo bordeado el cerro y entrado en un campo rodeado por un vallado, dos hombres corrieron, con chuzos, gritando:

—¡Cuánto honor por aquí! ¿A qué venís?

Pero, erguido sobre los estribos, replicó:

—¿De quién es la torre?

—De Lañoso, y no hay nadie por acá.

La cabalgata siguió, mientras otros hombres, ballesteros y monteros, se acercaban también al zarzal, gritando igualmente, con tono de ofensa y de pelea:

—¡Cuánto honor por aquí!

Don Gil, cuyos ojos centelleaban, cogió las riendas, apretó la lanza; pero ya Pero Mallo le contenía, con buen acuerdo. ¿De qué servía pelear? Con siete hombres no se asaltaba un castillo.

Los labios de don Gil temblaban. Tal vez, dentro de aquellos muros estuviese ahora la pobre Solena, perdida sin remisión. ¿De qué servía proseguir la vana empresa? Los hombres violentos que la habían raptado estaban con seguridad *metidos* con ella, al amparo de murallas y torres. Sólo el poder del rey la podría libertar. No él con sus siete criados... Y aún si corriese sobre aquéllos, o sobre los hombres de otro castillo, ¿cómo saber si eran ésos en realidad los culpables, si no sería inocente la sangre que entonces se vertiese? Sólo le quedaba llorar por aquella flor que él descubriera y que otros habían cogido.

Con aquellos pensamientos le sorprendió la noche, y fueron a pernoctar a una heredad, donde el pobre colono, un viejo, se quedó aterrado viendo a aquel señor, con sus hombres de armas, que seguramente vaciarían su gallinero y se llevarían la paja de su pajar, sin darle un solo maravedí. Pero cuando Gil declaró que lo pagaría todo conforme al precio de Vouzella, fué una fiesta en la heredad, hasta deshora, en torno a una gran hoguera, y los hombres de armas vaciaron los picheles de vino, riendo con las historias que contaba el facundo Pero Mallo.

Don Gil, envuelto en su capa, pensaba en Solena, en las tardes junto al río, y en aquella debilidad de sus brazos, que no la podían salvar. Pero, incluso si la arrancase de los hombres brutales que la raptaron, ¿sería ella la misma Solena que mecía en

sus brazos el cordero blanco? ¡No, Virgen Santa! El lodo había ensuciado el agua clara. La pata del buey había pisado la flor silvestre. ¡Ay de él! De la Solena que él conoció nada quedaba, y era como si ella hubiese muerto, y su lindo cuerpo, que blanqueaba entre los desgarrones del zurrón, se estuviera pudriendo en la tumba oscura. Las lágrimas, al pensar así, caían por sus mejillas; pero la violenta angustia había cesado, como un temporal, y ahora una nostalgia se posaba en su alma, tranquila y suave, como la luna triste que se extiende por los campos, una vez pasada la tormenta.

Por la mañana, montados ya sus hombres, no quiso regresar al solar. Era como una esperanza de poder aún tal vez socorrer a la mísera pastora, y una vergüenza de volver a dejar en la sala de armas, entre el polvo, su lanza que resultó inservible.

Todo el día recorrió los caminos al azar. Al pasar por las granjas hacía sonar su trompa. Si divisaba a algún caballero, montado en la mula de viaje, se paraba, con la lanza a plomo sobre el quijote; el caballero pasaba, quitándose el gorro, y don Gil reanudaba su marcha. A veces, enervado, impaciente, daba una gran carrera, hasta que hombres y caballos se paraban, jadeantes.

Y en el hondo despecho que sentía, con aquellas correrías sin destino y sin gloria, deseaba al menos encontrar un lobo, un toro bravo que derribar. Los hombres, cubiertos de polvo y de sudor, maldecían ya sordamente.

Al ponerse el sol, a la vista de un pinar que cubría un otero, oyeron de repente un grito y luego otro. «¡Alabado sea Santiago!», exclamó Pero, en seguida. Don Gil, aflojando la rienda, corrió hacia el bosque oscuro, y en un barranco divisaron, entre fardos y cajas, caídos de la mula que los cargaba, a tres hombres de armas que amarraban a un tronco a un viejo, mientras ataban con una cuerda los pies de un mozuelo, cuya boca estaba llena de sangre. Los tres caballos de los hombres esperaban al borde del pinar, y antes que don Gil pudiese usar la lanza, ya los tres hombres, saltando sobre los corceles, huían furiosamente.

El buen caballero se precipitó sobre ellos con dos de sus solarengos; pero conociendo sin duda los caminos que se cruzaban entre la arboleda, los tres hombres desaparecieron en la espesura. Entonces volvió hacia el viejo, que Pero había desatado y que, temblando todo y tartamudeando, contó que iba con su nieto a llevar dos yardas de paño de lana al palacio de los señores de Solores, cuando fué asaltado y apaleado. El mocito tenía dos dientes partidos, un hombro con la carne desgarrada de una lasca de piedra; y don Gil deploró no saber, como todo caballero debe, el arte de curar las heridas. Hizo montar al niño, que desfallecía, a la grupa de Gundes, su hombre de armas, que llevaba el caballo más resistente; la carga fué colocada sobre la mula, y tres de sus solarengos, con Gundes, acompañaron al acemilero al palacio de Solores. Después, cuando vió partir al viejo, así, bien escoltado, se lanzó al galope hacia Gonfalim, tan alegre ahora y satisfecho de la vida, que rompió a cantar.

Había cerrado la noche, cuando la cabalgata llegó al puente levadizo del solar.

Unos escuderos esperaban con antorchas, y Gil se apeó, cayendo en brazos de don Ruy y de doña Teresa, que, sin saber hacia dónde había partido el hijo de su corazón, con caballos y armas, habían pasado dos días en lo alto de la torre de atalaya, mirando ansiosamente los caminos,

temblando a cada nube de polvo que se levantaba a lo lejos y haciendo ricas promesas a todos los santos del cielo. Pero cuando le vieron tan airoso y fuerte, en su armadura, no le reprocharon el terror que les había ocasionado, embobados con su apuesto caballero, que les parecía tan bello como San Miguel armado. Doña Teresa pasaba las manos con amor por la bruñida cota. Fué don Ruy el que le despojó de la rodela y de la lanza. Y cuando, en la cena, el buen señor supo cómo había él libertado al acemilero y al nieto, poniendo en fuga a los tres bandidos, no pudo contenerse, en su entusiasmo, y gritó, dando un puñetazo en la mesa que hizo retemblar los picheles de estaño:

—¡Por vida de Cristo, que nunca oí, ni sé que se cuente en los libros, más justa hazaña!

V

Entonces comenzó aquel mozo gentil a amar grandemente las armas. Pero no olvidaba por ellas a la linda Solena raptada; y hasta, si ahora se empeñaba en ser un diestro y fuerte caballero, era porque, soñando una noche con ella, la vió, en el fondo de una torre, con los cabellos sueltos y unas cadenas en las manos, que le decía entre lágrimas: «Ya que no me pudiste socorrer a mí, pobre pastora, que sólo te tenía a ti en el mundo, dedícate, por amor y recuerdo mío, a socorrer todas las debilidades, a amparar a todos los desamparados.»

Después, la torre y Solena habíanse desvanecido, y él vió a Jesús Nuestro Señor, de repente, que, sonriendo, le ofrecía una gran espada, más clara que un diamante. Entonces comenzó a pensar en correr mundo, como paladín errante, para socorrer a todos los débiles; y ahora que ahondaba en aquella idea, ninguna existencia le parecía más noble y bella.

El mundo había visto ya muchos de esos caballeros famosos. Mudos, cubiertos de hierro, seguidos de un solo escudero con la lanza, recorrían los reinos de la tierra, protegiendo a los pobres y a los trovadores, libertando a damas encerradas en torres, derrotando a los gigantes dañinos, derrocando a los príncipes de los tronos usurpados, redimiendo pueblos cautivos, destruyendo las fieras que devastan las mieses, y, en camino de conquistar un reino, deteniéndose a consolar a un niño que lloraba en un huerto. Un ángel volaba detrás de ellos con las alas abiertas, y sus hazañas no provenían de su fuerza irresistible, sino de la evidencia de su justicia. Una vida tal deslumbraba a don Gil, y su posibilidad era clara, ya que sin buscar aventuras, sólo porque siete lanzas le seguían, él, libertando al acemilero en el pinar, hizo obra de paladín.

Entonces, todos sus pensamientos fueron consagrados a aquella empresa. A diario se adiestraba en el manejo de la espada con cualquier mano, en disparar ballestas, en blandir el montante; y el viejo don Ruy, desde el balcón de la sala de armas, aplaudía aquellos ejercicios, que tanto convienen a un hidalgo que aprecia a Dios, el honor y el linaje. Por orden suya, el intendente compró el mejor alazán de guerra que en aquellos tiempos apareció en la gran feria de San Juan, en Vizeu; todos los hombres de armas fueron provistos de lorigas nuevas, de lanzas de ancha hoja y de cascos que relucían como espejos, y la armadura de Gil que su madre le quiso regalar con el dinero de sus arras era tan hermosa, que estuvo, durante todo un domingo, expuesta en la capilla del solar.

Pero Mallo acompañaba constantemente a don Gil en aquellas ocupaciones caballerescas. Era él quien pulía las armas, daba el pienso al corcel, cuidaba de los galgos favoritos de don Gil, lo preparaba todo para los ejercicios de armas; e incluso, como la edad y los achaques iban haciendo más torpe al ayo de don Gil, era Pero quien dormía atravesado ante la puerta de su aposento, quien le vareaba las ropas con un junco y quien le llenaba el pichel de vino. Don Gil comenzó a tomar gran afecto a aquel escudero.

Era Pero un mocetón, más moreno que un moro, experto, diestro y osado, de una alegría que descubría siempre sus dientes magníficos, gran sabedor de historias y refranes, lindo bailarín en fiestas del atrio, y tan resistente, que podía pasarse dos días de viaje sin sueño, sin ración, bebiendo sólo en las fuentes un sorbo de agua por el borde del sombrero. Sabía todo cuanto se refiere a la caza y a la guerra, y don Gil se iba aficionando tanto a aquel mozo, que había decidido ya llevarle de escudero, si alguna vez partía a correr mundo como caballero andante.

Su deseo, ahora que era diestro en todos los ejercicios de las armas, era ser armado caballero. Y como don Ruy le prometió ese honor para cuando tuviese veinte años, y sólo faltaban dos semanas de agosto, empezó a prepararse en seguida para la gran fiesta, y se levantaron arcos de boj desde el solar hasta la iglesia del monasterio, donde don Gil debía velar las armas. Aquella noche, por toda la aldea, junto al viejo solar, y en el terreno del convento, se encendieron pipas de alquitrán y hogueras, donde el pueblo bailó, con gran bullicio, al son de violas y dulzainas.

Un viejo pariente, don Suero, señor de Tondella, que mandaba treinta lanzas y tenía voz en tres castillos, vino con un lindo séquito a dar el espaldarazo a don Gil.

En la explanada del solar, dos vacas enteras se asaban en espetones mayores que lanzas. De las pipas, colocadas encima de los carros y entoldadas de laureles, el vino corría como de unas fuentes públicas. Los sones prolongados de las trompetas festivas mezclábanse a los cantos de los juglares. Y cuando por la tarde bajaron el puente levadizo y don Gil, armado de punta en blanco, seguido de hombres de armas, de escuderos, de monteros, salió a la explanada, y, haciendo empinarse al corcel, blandió tres veces la lanza, todas las campanas repicaron, bandadas de palomas sueltas blanquearon el espacio, puñados de rosas revolotearon en el aire, y una lluvia de monedas de plata y de cobre cayó sobre el pueblo, como cuando sube al trono un rey.

Luego, el solar cayó nuevamente en la quietud y el silencio. Y don Gil, que había abandonado los libros, no tenía ya a quien encontrar en la soledad del bosque, habíase hartado del ejercicio de las armas, empezó a hallar los días pesados y largos. Las correrías por los campos, con los hombres de armas, ahora bien armados y con buenas monturas, no tenían objeto ni destino; y después de galopar por alguna llanura, de cruzar alguna heredad, haciendo ladrar a los perros y huir a las gallinas, de descansar a la sombra de una arboleda y de atronar los valles con toques de trompa a la morisca, no les quedaba más que regresar, al final de la tarde, cubiertos de polvo y sin aventura que contar en la cena.

Para seguir entonces con más fidelidad la vida de los paladines, tal como la aprendió en los libros, salía solo con su escudero Pero, que vestía un sayal azul y blanco (que eran los colores de los Valladares), lucía dos largas plumas blancas y azules en el gorro y llevaba el montante y el broquel de su amo. Iba entonces, en espera de aventuras, a apostarse, como Roldán, en el cruce de dos caminos, o, como don Claramundo, a la entrada de los puentes. Pero sólo encontraba algún almocrebe, que le saludaba humildemente, un fraile mendicante que le daba una reliquia a besar, algún pobre trovador que, a cambio de un maravedí, le cantaba un villancico, o a gentes de los alrededores, labradores y menestrales, todos los cuales le conocían y le decían con agrado: «Dios salve al señor don Gil.» Y muy pronto abandonó aquellas cabalgatas solitarias, pasándose los días en el solar, por la quinta, con un látigo inútil en la mano, visitando las caballerizas, el cobertizo donde los halcones engordaban entorpecidos, el lagar o la era. En la gran sala, don Ruy, que iba encaneciendo, dormitaba, ya muy grueso y pesado, en su alta silla de roble, con los pies sobre un gran almohadón y las manos cruzadas y escondidas, como las de un fraile, en las mangas de su zamarra. Doña Teresa, con el pelo todo blanco, sentada en una estera en el suelo, trabajaba entre las ayas; y todas las noches, frey Munio releía la batalla de Darío o los milagros de Santa Ursula.

A veces, seguido de su alano, don Gil bajaba por la aldea a una casita, junto al río, donde mestre Porcalho, muy viejo también, enriquecido por los donativos de don Ruy, se había retirado a descansar, cultivando su huerto.

Encontraba siempre al docto viejo, con sus largos cabellos blancos, casi en melena, sueltos sobre la garnacha negra, cuidando del cebollino, del judial o ante la mesa de la cocina, cubierta de plantas secas, colocando hojas entre las páginas de un infolio.

Don Gil amaba a aquel docto practicón, y gustaba de interrogarle sobre los secretos del cuerpo humano, su estructura, sus humores y las influencias que lo rigen. Pero ahora, que ya no ejercía su ciencia, el buen Porcalho, frunciendo las espesas cejas blancas sobre los ojos hundidos y muy brillantes, declaraba no saber nada, menos que un puerco, porque sólo había tres ciencias curativas: Una, la de los monjes, por medio de peregrinaciones, milagros y contactos de reliquias, la cual era falsa, porque el ilustre físico árabe Rhazei había probado que Dios no se entremete en la salud de las criaturas. La otra, la del pueblo, hecha toda de hechizos, conjuros y sortilegios, era ilusoria, porque viene del diablo, y el espíritu *del mal no puede* promover el *bien humano*. Y *la tercera, la* verdadera, la eficaz ésa aún no había llegado a aquellos reinos de Portugal y se encontraba toda en Francia, tierra de grandes escuelas.

No obstante, él, Porcalho, ¡había hecho importantes hallazgos! Era indiscutible que la piedra de ágata facilitaba los dolores de la maternidad, como lo demostró él con la señora doña Teresa; que la sangría de marzo debía ser hecha en las venas del pecho, y que la hipocondría era producida por un viento funesto ¡que venía de la luna y que hinchaba el hígado! Por otra parte, había descubierto algunos simples maravillosos; y a él y a nadie más se debía el que en toda la región del Duero o de las Beiras se reconociese hoy la excelencia de la mandrágora. Decía estas cosas profundas con aire solemne, inspirado y siniestro. Alrededor, toda la cocina estaba llena de almofarices, gruesas garrafas con líquidos de colores radiantes, aves disecadas, manojos de hierbas secas colgados

de las vigas ahumadas del techo; un olor suave y triste perturbaba el alma, y en los grandes infolios, con cierres de metal, parecía dormir una ciencia inmensa y profunda.

*

Don Gil volvía al solar devorado por la curiosidad de aquel saber. Ningún poder humano le parecía más alto que aquel que suprimía los dolores, luchaba con la influencia de lo invisible y vencía a la muerte. ¡Cuánto bien a difundir por el mundo, si se poseía aquel divino saber! Si era ya bello y grande tomar las armas e ir por el mundo a librar a los hombres de los males que los hombres les hacen, ¡cuánto más grande y más bello libertar al pobre cuerpo de los males infinitos que le produce la Naturaleza! Bien comprendía ahora aquella regla tan fundamental de los libros de buena caballería, de que todo buen caballero debería saber el arte de curar las heridas causadas por la lanza. No era, pues, indigno, antes bien noblemente propio de un hidalgo, conocer los simples, las influencias, el arte del bien sanar. ¡Por aquella ciencia, como por una escala sin fin que se sume en los cielos, el hombre asciende a los altos secretos! Aquel a quien un mal afige puede entonces recurrir a ese alto saber, tan eficazmente como a Dios, por medio de la oración; y, en verdad, el buen sabedor del gran arte es como un Dios, que recorre el mundo repartiendo la vida.

Y de aquellos pensamientos, que le mantenían despierto por la noche, resultó que el gentil caballero, dejando que las armas se cubriesen otra vez de polvo, quiso prepararse, antes de empuñarlas de nuevo, en la gran ciencia de los simples y de las drogas. Comenzó entonces a estudiar asiduamente con mestre Porcalho, que se enorgullecía de aquel discípulo tan apuesto y tan noble. Se pasaba el día entero en el huerto, junto al río. Sentados ambos bajo el encañado, don Gil, con un pergamino sobre las rodillas, escribía todos los preceptos que le revelaba el viejo mestre, para después recitarlos, paseando hasta deshora en su cuarto. Sabía ya los principios de Galeno y de los griegos, las recetas de Rhazei y de los árabes. Y por un cuaderno mirífico que mestre Porcalho consiguió de un judío y que contenía extractos del *Canon*, de Avicena, conocía ya veinte dolencias. Pero la experiencia original y propia del mestre no era menos valiosa, y por ella aprendió don Gil todas las medicaciones que deben aplicarse según los meses: en enero, tomar poción de jengibre; en febrero, sangrar en la vena del pecho; en marzo, en el hígado...

Por medio de huesos humanos que el mestre en otro tiempo robó, con gran riesgo, en un cementerio, y que guardaba en un arca bajo su lecho, conoció los secretos de la estructura humana; y al ver una calavera, que nunca había tenido ocasión de contemplar y que le hizo persignarse para alejar el *mal de ojo*, pensó, sin saber por qué, en Solena, en el brillo de su mirada, en su piel tan fina y suave. Después, ante él, mestre Porcalho, una noche, mató un lechón, y Gil conoció las venas, los tendones y el fondo del estómago, donde «el aire, al penetrar, descompone los alimentos».

VI

En el solar, al viejo don Ruy le extrañaba la nueva vida de Gil, que, ahora, de sus caminatas solitarias, sin galgo ni escudero, volvía cargado de hierbas como un aprendiz de herbolario. Pero cuando supo que estaba aprendiendo el arte de curar, su admiración por aquel hijo excelente creció, y no dudó que llegase algún día a tener fama en todo el reino por su maravilloso saber; y una tarde, montando con dificultad en su mula, fué al monasterio a llevar al abad la noticia de aquella empresa nueva a que se había lanzado el gran espíritu de su tierno Gil.

Era en el tiempo de los higos, y, habiendo comido en exceso de esa fruta, el buen abad fué atacado de un duro mal. En su celda, donde recibió afablemente a su vecino, las reliquias del convento estaban expuestas, sobre un pequeño altar, para que devolviesen la salud al buen abad.

Un fraile rezaba junto al amplio lecho de roble. Otro majaba una masa dentro de un almirez, y dos novicios, con ramas de laurel, sacudían las moscas de la cara venerable, que la dolencia había empalidecido.

Don Ruy compadeció al buen abad, y, sentado en un escaño a los pies del lecho, contó cómo justamente su Gil había sentido ahora el gran deseo de saber el arte de curar aquel y otros males.

—¡Pues mandadle a estudiar a Francia!...—replicó en seguida el abad, extendiendo la mano fuera de las ropas, con un gemido—. No sé que haya más útil saber. Pero nosotros, en este reino, no sabemos calmar ni un dolor... ¡No lo digo por los doctos padres de esta casa!... Pero ya desde el domingo, que fué la merienda, me encuentro aquí penando... Estamos muy atrasados. Mandadle a estudiar a Francia.

Y, clavando los ojos en las santas reliquias, quedó mudo.

Sólo cuando don Ruy le besó el anillo de la mano, caída sobre la colcha de seda, volvió otra vez el rostro, murmurando:

—Mandadle a estudiar a Francia.

Don Ruy regresó al solar entristecido. Dios, ciertamente, por voz del abad, que sufría rodeado de reliquias, le indicaba aquel deber de enviar a su hijo a Francia para ilustrarse en el saber. Pero la idea de verlo partir, siendo él ya tan viejo, desgarraba su corazón.

Deseaba casi que su hijo fuese un mozo de espíritu sencillo, contentándose con cazar y con manejar las armas en el patio de su solar. Y no contó a doña Teresa aquella visita al monasterio y el penoso consejo que allí escuchó.

Y veía ahora con aflicción a su hijo, cada día más consagrado a los libros. Habiendo comenzado por estudiar el arte de los simples y de las drogas, como complemento de su educación de caballero, él empezaba ahora a amar aquella sabiduría, como el fin supremo de la vida.

*

Como un peregrino que recorre un templo, y a quien la belleza o rareza de una capilla inspira el deseo de recorrer las que allá, en la sombra, hacen centellear sus oros, aquel gentil caballero, de cada estrecha región del saber en que penetraba recibía la noble tentación de invadir otras, que a lo lejos hacían refulgir la maravilla de sus secretos.

Las plantas secas con que mestre Porcalho le enseñó a hacer emplastos para curar humores habíanle comunicado el deseo de conocer toda la vasta Naturaleza que cubre la tierra, y la estructura de esa tierra, donde se esconden los metales y el fuego: la tierra, ella misma, le hizo sentir el afán de conocer todo lo que la rodea, los vientos que la conmueven, las nubes que sobre ella forman un todo de belleza multicolor, los astros pequeños y grandes que sobre ella derraman su brillo fulgurante o tierno. Del hombre, de quien el viejo

físico le había explicado los huesos, él quiso muy pronto conocer el alma, y las leyes múltiples y maravillosas que la rigen... ¿Por qué aspiraba él al bien? ¿Por qué sentía una resistencia al mal? ¿De dónde nacía el amor? ¿Por qué pensaba y en qué parte íntima del hombre brotaba la fuente imperecedera del pensar? Después era también la curiosidad de saber lo que el hombre, desde tan remotas edades, había hecho en la tierra, y las ciudades que fundó, y las grandes guerras que entabló, y las leyes que creó para conservarse manso y sociable... Y del hombre, su curiosidad ascendía al Dios que le había creado. ¿Cuál era su esencia, dónde moraba, qué cuidado tenía por la Humanidad que El forjó? Y así, aquel mozo gentil, a quien la barba apenas apuntaba, aspiraba a recorrer todas las ciencias, a comprender todo el ser. Pero entre las viejas murallas de aquel solar, en aquella quieta aldea, adormecida bajo el olivar y la vida, ¿cómo podría adquirir todo aquel saber, que ocupa, para ser codificado y aclarado, a monjes de tantos monasterios, a escolares de tantas escuelas? Los treinta y tres libros que formaban la rica biblioteca del convento benedictino le habían sido prestados por supremo favor, y en todos había aprendido, confusa y tumultuosamente, milagros de santos, leyes visigóticas, batallas de antigüedad, recetas de drogas y noticias de los países que están hacia el Oriente; pero eran estrechas rendijas en un techo de macizas vigas, por donde entreveía puntos vivos de luz, aquí y allá; y todo el resto era oscuro y la luz completa estaba detrás, sin que él la alcanzase.

A veces, incluso, leyó un gran tomo de Aristóteles o de Séneca; pero sentía que su espíritu solitario, sin un guía, iba a través de aquel saber caminando como un hombre perdido de noche en una montaña desconocida.

Su alma, entonces, en esa gran sed que no podía ser saciada, porque estaba tan lejos de toda fuente, cayó en una melancolía. Abandonó los gruesos infolios donde ya nada nuevo podía aprender, y no le atraía la compañía de hombres que nada le podían enseñar. Sólo con un galgo partía muy de mañana, se adentraba en los campos, buscaba la soledad de las quebradas y de los valles, y allí, caminando despacio, a lo largo de un río, o tendido a la sombra de un árbol, pensaba él en la inutilidad de la vida...

¿Aquello, pues, era vivir? ¿Esta monótona serie de los actos instintivos: despertar, comer, caminar entre árboles, volver a la mesa donde los platos humeaban, y cuando la luz desaparecía, dormir? ¡Así vivía cualquier animal en la maleza! Pero de todas las ocupaciones humanas, ¿cuál era la verdaderamente digna de que el hombre pusiera en ella su alma entera, y la convirtiese en el fin de su esfuerzo en la tierra? ¡No, con seguridad, vestir las armas, seguir un pendón, rasgar las carnes de otros hombres, gritar en el estridor de las batallas, para que el señor rey poseyese un castillo más, o ensanchase, más allá de un río, las fronteras de su reino! ¡No, ciertamente, acumular maravedises, con ellos comprar más tierras y más siervos, aumentar las rentas, colmar las arcas de sacos de oro! ¡No, seguramente, ir de solar en solar, con plumas en el gorro y un halcón en el puño, galanteando a las damas, conversando de linajes, lidiando en los patios y escuchando a los juglares que cantan en las veladas!...

¿El qué, entonces? Y su espíritu recaía en aquella ambición vaga que le torturaba, la ambición de saberlo

todo, de elevarse, por la posesión de una ciencia, por encima de los hombres y ejercer esa supremacía toda en favor de los hombres. Quería tener una sabiduría que le permitiese hacer las leyes más justas, curar todos los males del cuerpo, enriquecer las multitudes, establecer la paz entre los estados, y guiar a todos los seres vivos por la ancha ruta del cielo.

A su entender, sólo para semejante fin valdría la pena de vivir. Y para conseguirlo, no habría trabajo a que no se sujetase, fatiga que no afrontase. Vería, sin dolor, penar a su cuerpo; comería las hierbas de los campos, vestiría los trapos más sucios, serviría en los menesteres más rudos, con tal que su alma se fuese llenando de aquel gran saber, cada vez más alto, más bello, dominando todas las almas por la abundancia de verdad que poseyese, y por la eficacia del bien que esparciese. Pero ¿cómo realizar aquella ambición? ¿Dónde, cómo, adquirir aquel saber benéfico? Y cuando lo hubiese adquirido, ¿de qué modo hacer para que aprovechase a los hombres, para hacerlos mejores, para aliviarlos de los males de la vida?

¿Sería un gran físico que iría por el mundo curando los males de la carne? ¿Sería un gran teólogo derramando la paz en las almas? E incluso si mejorase algunas almas, o sanase algunos cuerpos, ¿cuántos aún por todo el vasto mundo quedarían sin remisión y bienestar? ¿Cuál era el medio de hacer el bien, simultáneamente, a grandes multitudes?

Así pensaba don Gil en la soledad de los valles. Aquel mozo tan gentil tenía entonces veintidós años, y era tan bello y airoso, que la gente se volvía en los caminos y se quedaba mirándole con dulzura.

Sus largos cabellos, de un rubio oscuro, caían en bucles, como los de un arcángel. Nada había más dulce y luminoso que la mirada de sus ojos oscuros. Un bozo, apenas naciente, daba una sombra de virilidad a su piel ebúrnea, como la de una Virgen, y en su andar había una gracia altiva, como la de un príncipe en plena felicidad. Sus maneras eran tan dulces y corteses, que arrebataban en seguida las almas.

Ninguna persona, por humilde que fuera, le saludaba sin que él se quitase gravemente su gorro de hidalgo, y en los caminos estrechos se recostaba en los cercados para dejar pasar a los viejos, aunque fuesen mendigos. A pesar de que en aquella aldea, abundante y apacible, no había pobreza, su escarcela salía llena y volvía siempre vacía. Amaba a todos los animales, y los niños le hacían detenerse, sonriendo enternecido.

Con aquella cordura de monje, poseía todas las prendas de un caballero. Nadie lidiaba o jugaba a los dados, ni domaba un potro bravo o levantaba una barra de hierro con más fuerza y primor.

A nada temía: ni a los hombres, por fuertes que fuesen; ni a las fieras, por bravías que fueran; ni a los duendes, por malignos que se mostrasen. Pero en casa de su padre era obediente como un niño, y era él quien servía al viejo, le ayudaba a incorporarse de su silla e incluso peinaba sus cabellos blancos. Una mirada de su madre era para él como un mandamiento divino, y con tanta devoción le besaba la mano que otra mayor no la tenía con la Madre del cielo.

Nunca su alma, blanca como el agua más pura, se nubló con el paso de un pensamiento injusto o impuro. La justicia era para él tan necesaria como la luz, y si presenciaba una injusticia sufría como si

un guante ajeno le hubiera cruzado la cara, sintiéndose ofendido con la ofensa que veía hacer a los otros. Adoraba la verdad inmediatamente después de la Virgen María, y toda mirada que no fuese franca, toda palabra que no fuese libre, le producían el horror de una cosa sucia. Quería que todos los solarengos le hablasen sin sumisión, y, amando a todos los hombres como iguales, la servidumbre le parecía una ofensa a su amor.

Así el señor don Gil era, con aquellos años aún escasos, una de las almas mejores de la cristiandad.

*

Un día, habiendo despertado con el canto de las calandrias, y sintiendo el alma más triste, partió solo, con un gran lebrel, y llevado por sus pensamientos, fué a parar a lo alto de una colina, que era la más elevada de aquellos lugares, y se llamaba la sierra del Brujo. Desde allí veía, más bajas, la extensa colina donde negreaba su solar; la aldea de Gonfalim, diseminada entre la verdura; el blanco convento de los benedictinos, el río brillando entre las altas orillas y la ondulación de los cerros hasta el extremo azul, y en pie, envuelto por el fuerte viento que soplaba, Gil comenzó a pensar cuán estrecho era aquel horizonte y qué imposible, en verdad, que dentro de él se realizasen sueños que abarcaban el mundo entero. ¿Qué había allí, en aquel círculo de colinas? ¡Los muros de su solar, un convento de viejos frailes, una aldea de pobres colonos, y más allá, tierras bravías, malezas, colinas, que el tojo revestía! ¿Cómo podría jamás ser allí el hombre que deseaba, el hombre de gran saber, de gran acción? Y aun cuando por un don divino lo fuese, ¿dónde había allí una Humanidad múltiple y amplia, para que él ejerciese la acción de su alma? Pero más allá había otras tierras, extensos reinos, ciudades ricas, grandes escuelas, monasterios de alto saber y multitudes innumerables, sobre quienes un alma fuerte y bien provista podía ejercer una supremacía que valiese la pena de conquistar. ¡Si él dejase su estrecho hogar! ¡Si él partiese!...

Un alborozo colmó su corazón, y casi inmediatamente oyó al lado, entre unos peñascales, una voz juvenil y fresca que cantaba:

Por el mundo voy:
¿adónde llegaré?
Y lo que yo busco,
¿dónde encontraré?

Y apareció un joven, ligero y flaco, pobremente vestido, que llevaba una alforja de mendicante en bandolera, un recio bordón al hombro y dos grandes plumas de gallo en su gorro remendado.

Una alegría franca y libre iluminaba su cara delgada. Todo él parecía respirar con delicia el aire áspero y libre de la sierra, y sus ojos refulgían con una espléndido fulgor risueño.

Ante don Gil se paró, golpeando con el bastón en la roca.

—¿Cómo se llama esta sierra y a dónde lleva este camino?

Gil se quitó su gorro cortésmente.

—Esta sierra no tiene nombre, y este camino lleva a otras sierras... ¿Hacia dónde vais?

El mozo se secó lentamente el sudor, que bañaba su cabeza:

—Voy buscando las tierras de Francia...

—¡Así, hacia tan lejos, a pie!

El mozo rió alegremente:

—Es que el rey, mi señor, cuando repartió las tierras y los solares, se olvidó de darme algunos, y una mula para viajar cuesta bastante oro.

Pero las piernas son fuertes, y más aún el corazón. Es él el que me lleva, en este gran deseo de ir a Francia, ingresar en las escuelas, y saber el gran saber, y llegar a ser el físico mayor en el palacio de un rey, o enseñar las decretales en un consejo. En la heredad en que nací sólo había un libro, que era el misal de la capilla. Y como en todo monasterio hay una corteza de pan para un mendigo, y en los ríos no falta agua, aquí voy con mi cayado, cantando por estos caminos de la tierra.

Sus ojos fulguraban como dos llamas, y del cayado que él apoyó, riendo, sobre una piedra, brotaron largas chispas. Y continuó:

—Sólo me falta un compañero. Mozo sois y fuerte parecéis; en Francia, las mujeres son lindas; en las grandes escuelas se aprende el secreto de las cosas, y las guerras no faltan para quien apetece la gloria. Veníos conmigo, y seremos dos a cantar.

Gil respondió gravemente, señalando a Gonfalim y el palacio acastillado:

—Allí queda la casa de mi padre.

Entonces el mozo se quitó el gorro:

—¡Rico sois! Ayudad a un pobre estudiante.

Gil abrió la escarcela, y sonrojándose, sacó una moneda de plata, que dejó en la mano del estudiante. Y, sin saber por qué, sentía una atracción hacia él, como un deseo extraño de unirse a aquel destino errante. Pero el mozo, echándose el bastón a la espalda y dando un empujón a la alforja, partió. Y cantó de nuevo:

Día y noche camino;
¿hacia dónde iré?
Y el saber que busco,
¿dónde encontraré?

A la mitad de la ladera aún se volvió, hizo un signo con la mano a Gil y, súbitamente, desapareció. En el suelo sobre el cual estuvieron posados sus pies, habíase secado toda la hierba.

VII

Gil regresó al solar pensativamente. Aquel mozo pobre partía, sin temor a las miserias del camino, dispuesto a mendigar su pan por los monasterios, sólo para adquirir lejos, en las grandes escuelas, el saber a que aspiraba. Y él, rico, que podría marchar con la bolsa repleta, escuderos y pajes, ¡vacilaba en partir para satisfacer las justas y nobles ambiciones de su espíritu! Si Dios le ponía en el alma aquel ideal elevado, ¿era quizá para que él lo dejase morir insatisfecho e inútil? Dábale Dios una luz pura para que alumbrase a los otros, y en vez de hacerla más viva y clara, tan alta como puede ser una luz de la tierra, ¿iba él a dejar, por timidez e indecisión de la voluntad, que se amortiguase y feneciese entre las bóvedas de un viejo solar? ¡No, ciertamente! Y como pensando así viese al borde del camino un crucero, se quitó su gorro y juró por la cruz que aquella noche hablaría a su padre y le pediría que le dejase ir a estudiar a Francia.

Y fué en una pérgola, en el jardín, donde él reveló a don Ruy y a doña Teresa aquel gran deseo de su corazón. A ambos pidió que le acompañasen al jardín, pues tenía una gran noticia que dar a quienes tanto amaba... Y, sentado en un tosco banco de piedra, bajo una pérgola, en la que se entrelazaban rosas y madreselvas, teniendo con una de las manos cogida la mano de su padre y con la otra la de la buena señora, les dijo cuánto le apenaba pasar los años en aquel solar, sin provecho para sí ni utilidad para los demás hom-

bres, sus hermanos: tenía la ambición de la gloria, de honrar su nombre y de esparcir el bien por el mundo; pero el servicio de las armas, aun pudiendo darle gloria, no le atraía, porque en la guerra no había más que miseria y males; y después de mucho meditar, había decidido que su deseo se satisficiera yendo a estudiar a las escuelas de Francia, para volver al reino, como un gran escolar en Medicina, que era un saber apropiado a los nobles.

Sólo pasaría allí uno o dos años. Daría noticias constantes de él, y, además, no habrían ellos sentido la largura de la separación cuando él estaría ya de vuelta, licenciado en el gran saber, para esparcir el bien por todo el reino y ser bendecido por los hombres.

—Esto os pido por las llagas de Cristo; que no me neguéis este deseo, que es para bien de los hombres y por Jesús inspirado.

Caían las lágrimas por las mejillas de los viejos. Y ellas, en su silencio, mostraban claramente cuán noble juzgaban el deseo de su Gil, inspirado por el cielo y difícil de ser negado.

Pero ¡dos años de separación, ellos, ya viejos, y Francia tan lejos!

Como si él partiese ya, y ella quisiera retenerlo, la madre abrazaba al hijo y murmuraba:

—Con tanto mimo criado... ¡Y partirás solo hacia esas tierras! ¡Tan grandes los peligros y las tentaciones! Nosotros, solos, sin ti, ¿cómo viviremos?

Pero el viejo, más fuerte, conteniendo la emoción, exclamó:

—Tan noble deseo no puede ser negado. Nuestro hijo tiene altos espíritus... No es en esta aldea, en este viejo solar, donde él puede ganar fama y servir al reino. No sería amor de padre el que, para no sufrir un año, dejase aquí, en este yermo, apagarse, sin utilidad, luz de tamaña promesa. No te pese que lloremos... Cumple tú tu deber de hombre bueno. Dios te lleva y Dios te traerá.

Gil murmuró:

—Dios me traerá, ciertamente.

Quedaron un instante los tres abrazados, y, después, en silencio, fueron a la iglesia, donde rezaron largo rato.

*

Sin otras lágrimas, aunque con grave tristeza, fueron hechos los preparativos del largo viaje. Dos recias mulas de camino, una para Gil y otra para su escudero Pero, vinieron de la feria de Covilha, con sus arreos nuevos. Las alforjas de cuero quedaron llenas de ropas nuevas, y el recaudador de don Ruy reunió quinientos maravedises de oro. El buen abad de los benedictinos dió cartas de buena acogida para los conventos de España y de Provenza, y un monje, que había efectuado el viaje, señaló en un gran pergamino la ruta que, a través de Castilla y de León, llevaba a la ciudad de París. La víspera del viaje, la capilla del solar y la iglesia de Gonfalim estuvieron toda la noche iluminadas, con capellanes y solariegos rezando para que el Señor guardase al hidalgo que partía. Doña Teresa colgó del cuello de su hijo una reliquia, un pedazo del manto de la Virgen dentro de un escapulario. Aquella madrugada, Gil oyó misa, y el viejo frey Munio dió la bendición a todo lo que él llevaba: armas, alforjas, el gran lebrel y la mula. A la hora de maitines, estando todas las ayas y criados reunidos en el patio, don Gil apareció entre su padre y su madre, pálido, con su gran fieltro de viaje, un brial oscuro y unas grandes botas de cuero sin desbastar, en las que brillaban unas espuelas de oro. De rodillas recibió la bendición del padre, y estuvo lar-

gamente entre los brazos de la madre. Todas las campanas repicaron entonces. Los solariegos, alzando los sombreros, gritaban: «¡Buena ida y buena vuelta!» Y, con los ojos enrojecidos, más pálido que la cera, el señor don Gil franqueó al galope el puente levadizo del solar.

Apoyados uno en otro, los dos viejos subieron a la torre de la atalaya. Y cuando vieron desaparecer las dos mulas al fondo de la vereda, cayeron de rodillas sobre las duras losas, temblando, llorando, murmurando el padrenuestro.

A la entrada del puente, un viejo de cabellos blancos, que caían sobre su garnacha negra, detuvo a don Gil, que trotaba sollozando. Era mestre Porcalho, que le venía a decir el adiós de la partida. El hidalgo y el viejo físico se abrazaron largamente.

—Leed a Galeno—murmuraba el practicón entre lágrimas mal contenidas.

Y cuando don Gil trotaba de nuevo sobre las losas sonoras del viejo puente romano, todavía el físico le gritó con la mano descarnada en el aire:

—¡Leed siempre a Aristóteles!

VIII

Doce días había caminado don Gil con su escudero Pero Mallo, y tan fastidioso y monótono se mostraba el largo viaje bajo los ardores de agosto, que a veces el mozo gentil dormitaba como un fraile, al lento paso de su mula, o, despertando, suspiraba con una nostalgia de su solar y de las frescas arboledas de Gonfalim. Desde que se había alejado tanto de su aldea, en las sierras de la Beira, nada encontró que le hiciese notar la belleza o la variedad del mundo.

Siempre los mismos rudos y estrechos caminos, excavados por el paso de las cabalgaduras o de los carros, se sucedían, entre tierras pobres, sin verdor y sin hombres, de un color seco de greda, con algún árbol polvoriento, donde cantaban las cigarras. A veces divisaba una pequeña aldea de adobe y techumbres de cáñamo, acurrucada en torno a una vieja iglesia, medio derruída, terminando por una taberna que extendía hacia el camino su rama de laurel sujeta en la punta de un palo. Gil se apeaba allí, fatigado; había siempre algún fraile mendicante, de aspecto torvo, bebiendo su pichel de vino, o dos trovadores errantes jugando a los dados sobre un tronco de roble; y la taberna, los hombres, toda la aldea alrededor, eran tan tristes, tan rudos, que Gil volvía a partir, prefiriendo dormir al borde del camino, bajo la luz de las grandes estrellas de verano, junto a una hoguera que encendían a causa de los lobos.

Otras veces, caminando por el llano, divisaban en lo alto de una colina, entre rocas, un negro y severo castillo; subían hacia allí, y, después de tocar largamente la trompa, aparecía entre las almenas algún viejo siervo, que gritaba hacia abajo, en tono ronco: «Nadie está y nadie entra.» En las ermitas que encontraban, enclavadas entre peñascos, los ermitaños parecían entontecidos por la vejez o por la penitencia, negaban cobijo a los caballeros o huían hacia lo alto del monte, y nunca en aquellas ermitas había cruz o imagen santa. Largos días habían pasado sin que encontrasen una capilla, un crucero, donde arrodillarse y decir sus rezos. El pan que a veces compraban en alguna rara taberna, el agua caliente y turbia de algún pozo, eran todo su alimento. Y Gil pensaba para sí qué guerra habría asolado aquellas comarcas, o si sería así, árida y triste, toda la tierra de Portugal más allá del valle de Gonfalim.

—Mi buen señor—murmuraba en-

tonces Pero Mallo—, vamos errando el camino.

Y ocurría entonces que siempre algún pastor o un fraile mendicante de revuelta barba, o un cazador con su ballesta al hombro, surgía de un vallado o de entre unas rocas y les aseguraba ser aquélla, bien directa y bien segura, la carretera que los llevaría a Zamora.

Pero Mallo, extenuado, con los pies colgando fuera de los anchos estribos, se rascaba la cabeza pensativamente.

—Mi señor y amo: estos caminos parecen arreglados para que viaje el diablo... Ya reparó vuesa merced que aún no encontramos ni capilla ni monasterio, ni cruz donde rezar un padrenuestro. Y lo que más me solivianta es que aún no hemos topado con aguas claras, con aguas corrientes... Donde no hay agua, no está Dios. Suelo de greda es privilegio del demonio.

Y como don Gil permanecía mudo, dirigiendo los ojos hacia los secos descampados, donde sólo vivían los brezos y piteras, Mallo hacía recular la mula detrás de su amo, y suspiraba quedamente:

—¡Ay Portugal, Portugal!

*

Una mañana penetraron entre grandes serranías de roca, siguiendo el lecho seco de un torrente. Tan grande eran la soledad y el silencio, que don Gil sentía como el terror de una tiniebla, como si estuviese para siempre separado del mundo y de las cosas vivas. El sol, en lo alto, rebrillaba furiosamente a través de un aire tan denso que se percibía su vibración, su fúlgido temblor como el de polvo de vidrio suspendido. Las patas de las mulas se estremecían a cada pisada, al tocar la brasa de las piedras y del suelo, y de los altos muros de roca, a los dos lados, venía un calor áspero, seco, como si fuesen los muros de ladrillo de unas termas encendidas. Don Gil jadeaba, buscando una cueva, una grieta de roca donde hallasen sombra y refugio; pero las dos laderas sólo ofrecían, en sus dorsos redondos, como de grandes hornos, extensiones secas y lisas de guijarros menudos que rebrillaban.

—¡Y serán esto tierras del rey de León!—murmuraba Pero Mallo con tedio.

Entonces, don Gil, para huir rápidamente de aquel valle ardoroso, de mortal sequedad, espoleó con furor los ijares de la mula.

En aquel siniestro silencio de la tierra muerta, bajo el centelleo inclemente del sol, galoparon mucho tiempo, saltando por dos veces sobre grandes osamentas de caballos, que, enteras todavía, blanqueaban entre las piedras. Cuando pararon, sin aliento, con grandes copos de espuma cayendo de los frenos de las mulas, se hallaban ante una vasta llanura, desierta, pelada, como barrida por un gran viento de desolación y de muerte, y por encima el sol rebrillaba furiosamente. Don Gil murmuró: «¡Que Nuestro Señor del Buen Viaje nos valga!» Desde la víspera, en que, en una choza desierta, una vieja les había dado, rezongando y maldiciendo, un pedazo de chorizo y un vaso de vino, no habían comido nada; ya la sed los atormentaba, y en la infinita llanura no había ningún camino señalado... ¿Qué hacer?

—Lo mejor es caminar, mi señor y amo—aconsejó Pero Mallo—. Despacio y derecho, y cantando para distraerse.

Y el alegre escudero cogió la viola de dos cuerdas y comenzó un largo canto morisco, doliente y adormecedor, mientras al paso, sacudiendo la espuma de los frenos, las dos mulas se adentraban por el ardiente des-

campado. Ni una rama de tojo seco, ni una lámina de pitera, surgían en aquel amplio desierto, aplastado, donde la tierra estaba toda agrietada, bajo las patas de las mulas. Largos surcos tortuosos marcaban a veces los riachuelos secos. Y la única nota viva era el zumbido de los moscardones.

Con los pies colgando fuera de los estribos, las alas de los sombreros bajadas sobre la cara, las riendas sueltas, don Gil sentíase deshacerse, fundirse en aquella gran tristeza de la soledad y del calor, la voluntad, el deseo de acción, que tan alegremente le hizo galopar en los primeros días de viaje, como hacia una conquista; y ahora, su pensamiento volvíase hacia ideas de reposo, de indolencia, entre mármoles frescos, en jardines bien regados. A su lado, con la pierna encogida sobre el arzón de la silla, Pero Mallo hería las cuerdas de la viola, en un din-don-don seguido, cantando, para animar la marcha, las trovas de un caballero que, cruzando un naranjal, encontraba una infanta peinándose los cabellos de oro. Y la imaginación de Gil seguía a aquella infanta, sentía el frescor del naranjal, de los cabellos de la dama pasaba a sus brazos blancos, que se arqueaban, al mover el peine. Una somnolencia lánguida le iba invadiendo en aquella debilidad creciente del ayuno y de la sed. La gran llanura, lívida, llameaba en silencio. Muy cansadas, las mulas sacudían el cuello bajo, que los moscardones picaban. Grandes ráfagas de calor pasaban a veces tan densas, que las mejillas de los dos viajeros sentían su embate blando y ardoroso. E incansables, tenaces, para animar la marcha, los dedos de Pero herían la viola con un din-don seguido. El caballero, en la sombra del naranjal, arrodillado en la hierba a los pies de la dama, besaba la franja de su blanco vestido. Gil apenas seguía el canto; el sudor chorreaba de su cara pálida, el polvo blanqueaba los pliegues de su brial, y con los ojos medio cerrados, del vestido de la dama iba a pensar en el cuerpo airoso que aquél ceñía.

¿Por qué no encontraría él, en su viaje, un fresco naranjal con una dama? La viola hacía din-din-don. La tierra seca se deshacía bajo las patas de las mulas. Y así seguían, por aquel yermo del reino de León, bajo el riguroso sol de agosto, el señor don Gil y su escudero, en sus mulas cansadas, cubiertos de polvo, llenos de sed, al son durmiente y áspero de la viola morisca.

El uno meditando, el otro cantando, entre aquella irradiación de luz que los ofuscaba como una niebla de oro brillante, no habían advertido los dos jinetes que la tierra por donde caminaban se iba elevando en colina suavemente. Pero de pronto, un aire más fresco, en el que había un aroma de verdura, dió en la cara del señor don Gil. Despertando de aquel tañido que le entorpecía, paró su buena mula. Estaban en la cumbre de un otero, y abajo, en un valle ancho y profundo, verdeaba un gran bosque y temblaba como un brillo de agua.

¡Con qué ansiedad arrearon a las mulas! ¡Y con qué consuelo, con qué amplio suspiro, penetraron bajo follajes y sombras! Era una bella arboleda de troncos espaciados, ya vetustos, donde se prendía, tapando el sol, un extenso encaje de follajes, de un verde claro y tierno, como no lo hay en agosto. Todo el suelo era un musgo fresco. Y en el silencio fino y alto, aquí y allá, cantaba un mirlo. Con los sombreros en la mano, al paso, respirando deliciosamente, penetraron ellos en aquella frescura bendita, entre los altos troncos alineados, como calles de un parque real. Y el bosque parecía interminable.

cada vez más fresco, más verde, más silencioso. Por fin, un espejo de agua, que el sol hería, brilló entre los últimos troncos, y, asombrados, los dos caballeros se detuvieron a la orilla de un hermoso lago, rodeado todo de arboleda, cuyos largos ramajes colgantes rozaban el agua. Tan clara y pura era ésta, que veían ellos relucir en el fondo una arena muy fina y como mezclada con polvo de oro. En medio surgía una isla con arboleda, que formaba un gran ramillete verde. Y a orillas del agua seguía un pequeño camino, limpio y blanco, orlado de flores silvestres.

Por aquel camino se adentraron lentamente, olvidando casi la fatiga y la sed, en el asombro de aquel divino rincón de verdura y de paz silvestre; y de repente, al salir de la arboleda, encontraron una amplia y fresca alfombra de hierba, a orilla del agua, donde estaba perezosamente tendido un caballero, teniendo al lado una gran alforja abierta, y, esparcidos sobre la hierba, botellas, empanadas y hondas copas de plata. En el tronco del árbol que le daba sombra estaba apoyada una enorme lanza blanca; de las ramas, extendidas como un toldo, colgaba su escudo negro. Dos caballos morcillos, con riendas de cuero rojo y frenos de oro, pacían junto al agua, y un escudero que, inclinado, destapaba una botella que sostenía entre las rodillas, volvió hacia los caballeros una cara extraña y grotesca, afeitada como la de un fraile, con unos ojos negros que llameaban.

Cortésmente, don Gil se quitó el sombrero. Con gran cortesía también, el caballero se levantó de la hierba.

*

Era un formidable hombre de armas, de barba rubia, acabada en punta, con los colores vivos y cálidos de un flamenco, y el ancho y robusto pecho ceñido por una sobreveste negra. El cabello, más rubio aún que la barba, alzaba sobre la cabeza un tufo agudo y llameante, y volvía a caer en espesos rizos sobre los hombros fornidos, capaces del más duro esfuerzo y cubiertos por un brial rojo. De los ojos de aquel hombre, pequeños y redondos, salía un brillo infinitamente vivaz, decidido y risueño.

—Bien fatigado debéis de venir, señor caballero, con tanta calma y polvo—exclamó—. Esta sombra alcanza para dos, la merienda está sobre la hierba, y quien os invita, que es el señor de Astorga, sólo quiere alegría y paz... ¡Harbrico!

A este grito, subrayado por una viva mirada, el escudero de cara de fraile corrió a sujetar el estribo, para que el señor don Gil se apease. Pero ya Pero Mallo, más rápido, había agarrado la correa; Harbrico, entonces, risueñamente, corrió a sacar de la alforja de colores chillones una tela rica y suave, que extendió sobre la hierba, para que el señor don Gil se recostase.

El mozo gentil enrojecía de gusto ante aquellos honores que le hacía el ilustre señor de Astorga.

—Bendigo—murmuró él con la mano sobre el pecho—, bendigo los duros caminos que me trajeron a tan grata acogida... Mi nombre es don Gil de Valladares y el solar de mi padre es bien conocido y bien honrado en nuestra tierra de la Beira.

Con los dedos gordos, terminados en unas uñas muy agudas y curvas, el señor de Astorga se acariciaba la punta de la barba, murmurando:

—Valladares, Valladares... Un don Ruy de Valladares conocí yo en Coimbra que tenía casa de buena piedra, en el barrio amurallado, junto a la catedral, y era veedor del rey don Sancho Segundo de Portugal...

—Mi abuelo.

El señor de Astorga se dió una palmada en el muslo.

—¡Pues soberbio abuelo tenéis, señor don Gil, hombre de buena alegría y hazaña! Me acuerdo muy bien de una tarde de mayo, en Lorvao..., ¡pero mejor le van a la siesta las historias alegres! ¡Ahora todo ese sudor y ese polvo están pidiendo agua clara y pura...

Y ante don Gil, el ondulante Harbrico sostenía en una de sus manazas velludas una bacía de plata, y en la otra una fina toalla, que arrastraba sobre la hierba los finos encajes de su franja. ¡Con qué delicia bañó en ella su cara! Del agua emanaba un aroma de benjuí. Y una frescura penetrante calmó de repente toda su fatiga de los yermos cruzados... Pero ya el ágil Harbrico había arrojado toalla y bacía y volvía, ondulando todo él, con un denso manojo de plumas rutilantes de gallo, y tan fina y diestramente le sacudió el espeso polvo de los caminos, que el negro jubón, los botones de cuero rojo, ¡parecieron como nuevos, recién estrenados, y las espuelas de oro rebrillaron con un fulgor insólito!

Don Gil se maravilló grandemente. Y detrás de él, Pero Mallo, habiendo limpiado y suspendido las armas de su amo y soltado a pastar las dos mulas, junto a los dos corceles negros, contemplaba al señor de Astorga con asombro y recelo. Era, sobre todo, aquel tufo de cabello erguido en la cabeza como una cresta llameante lo que le inquietaba. ¿Y qué alforja era aquélla, que contenía en su estrecha bolsa bacías de plata, toallas de lino sutil, toda la vajilla de una mesa real, y tapices de rica estofa? ¿Y dónde hubo más brillante mirada, negra como grietas del infierno, que la de aquel extraño Harbrico? El buen Pero se rascaba la barbilla, con un deseo que sentía de gritar de repente sobre el hidalgo, el escudero y las alforjas, el *nombre* ahuyentador de Jesús, María y *José*.

¡Pero justamente, Harbrico extendía ante los dos caballeros una deliciosa e irresistible merienda! Eran gordas perdices doradas, un gran salmón, fresco y rosado, con una salsa y un olor a clavo que perfumaba el aire; cestos de albaricoques y uvas, como sólo hay en los huertos del rey... Y a las botellas, cubiertas de venerables costras negras, dejadas con cuidado, el diestro Harbrico agregó unos picheles de vino blanco y espumeante, que trajo de la espesura del bosque, y en los que centelleaban trozos de hielo. Hambriento y sediento el bravo Pero, entreabría los labios, de los que escurría una baba. Y pensó convencido: «Vengan de Dios o vengan del demonio, cuando hay hambre y sed no se rechazan ni el vino ni la perdiz.» Y servilmente, fraternalmente, sonrió a Harbrico, que mostró también su gran dentadura amarilla y aguda como la de un lobo.

Todos aquellos buenos manjares, la frescura de los vinos ¡encantaban grandemente a don Gil! El, que en Gonfalim, en las fiestas del solar, era siempre indiferente a los mejores regalos del horno y de la bodega, ahora, desde que en aquel fresco prado se tendió al lado del señor de Astorga, ¡sólo pensaba en los regalos de la buena merienda! Al sepultar el agudo cuchillo en la pechuga de la perdiz, sonreía, con los labios húmedos, como un fraile glotón; y cuando Harbrico les escanció en la ancha copa de plata un vino helado que espumeaba, su mano de caballero temblaba de gozo y de gula.

El señor de Astorga cogió tan sólo algunas uvas. Pero ¡qué recio modo de beber! Apartando las copas, asía con su ancha mano velluda los garrafones, y de un trago breve y

ávido, los apuraba, sin que en su barba ardiente quedase un brillo de humedad. Y, entre tanto, cuidaba de la satisfacción de Gil.

—Probad de aquella empanada de Alsacia... Esa pimienta amarilla viene de los pimenteros del Papa...

Y luego, estirando más en la hierba sus largas piernas, calzadas con botas negras:

—¡Hay, en verdad, horas dulces en la vida!—observó—. ¡Qué mejor alegría que una buena merienda, con este frescor de vinos, durante una siesta calurosa de agosto, entre este bello verdor!

—¡Gran razón tenéis, señor de Astorga!—exclamó don Gil, cuyos ojos resplandecían, y que había vaciado una copa de vino de Chipre—. Y después de tan feo viaje como vengo haciendo desde que entré en tierras de León, esta hora que os debo es digna de ser muy recordada.

El señor de Astorga fijó, sonriendo, sus ojos redondos en don Gil.

—¡Mucho me recordáis a veces, en el gesto, en la manera de hablar, a vuestro abuelo don Ruy!... Y ¿hacia dónde vais así, con tan largo viaje?

—A París, señor de Astorga.

El señor de Astorga movió lentamente la cabeza.

—Gran ciudad, fina ciudad... ¡Buenos amigos tengo allí! En la corte y en las escuelas.

Fué una interesante sorpresa para el señor don Gil. ¡Cómo! ¿El señor de Astorga conocía entonces a París y las escuelas? Más venturoso era aún aquel encuentro, pues de él podía lograr gran enseñanza y consejo, ya que él iba hacia las escuelas en aquel viaje... Pero poco sabía, en verdad, de los maestros que allí enseñaban y de las costumbres de los escolares con quienes iba a entablar camaradería, y de los preceptos que se imponían a quien buscaba el buen saber... Sólo estaba seguro, así era fama en Portugal, que para quien deseaba aprender debía ir a las escuelas de París. Allí estaba la verdad.

El señor de Astorga alzó con solemnidad sus espesas cejas, abrió mucho sus ojos claros y afirmó sentenciosamente.

—Para el gran saber sólo hay en la tierra una escuela, y esa está en Toledo.

Y como Gil le mirase perplejo:

—¿Qué pretendéis vos aprender?

—Las artes médicas.

El señor de Astorga se encogió de hombros, con amplio y risueño desdén:

—¡Oh! Para eso tenéis, ciertamente, en París maestros que basten. ¡E incluso en Zamora encontraréis al buen físico árabe Reimón Esterravia! Y hasta en vuestra Coimbra tenéis un hombre docto que os lo podía enseñar todo, el maestro Estévez Garracho. Pero vos, señor don Gil, un mozo de tan buen porte, de altos talentos, que amáis la fama con seguridad, ¿cómo os queréis empequeñecer en un saber tan mezquino?

Don Gil, que enrojeció ante los elogios, murmuró sorprendido:

—Y ¿qué otro saber hay más?

Pero una risotada aguda, silbante, estridente, resonó detrás, entre los árboles. Y los dos caballeros, volviendo el rostro, vieron a Harbrico, sentado en la hierba al lado de Pero, con vituallas y botellas delante, que se retorcía, con las manos en los flacos costados, la boca abierta en una hilaridad disforme, gritando «¡que reventaba!», mientras al lado, inclinado sobre él, con los ojos brillantes y un dedo atiesado, Pero le secreteaba una historia. Los dos mastines, sentados enfrente, conservaban una gravedad sombría.

—Divertido escudero tenéis, señor don Gil—murmuró, sonriendo, el señor de Astorga—. Y por la viola que le vi al hombro, pienso que sabe trovar. Ocasión tendré de oírle por estos caminos, ahora que hay luna, porque ¡como vais a Segovia y nuestro camino es el mismo hasta Zarro!... Y ahora deberíamos descansar y echar la siesta a la morisca, para montar y partir con la frescura de la tarde...

E inmediatamente don Gil sintió que los ojos se le cerraban, y, reclinado sobre el cojín de terciopelo, se durmió dulcemente.

Pero aún adormecido, percibía el frescor de los grandes árboles, veía el brillo del claro lago; y sin saber si era ya la viola de Pero la que tocaba, empezó a oír unos sonidos muy lentos y suaves, que temblaban como huyendo de unas cuerdas afinadas. Después suspiró una fina flauta, y pasó luego un lento gemido de arpa. Y muy pronto una dulce y grave melodía llenó tan por completo el bosque como si fuesen las ramas que cantasen. Y era un canto todo de adoración, pero contenido, sólo musitado, como el de una multitud invisible que, extáticamente, esperase una aparición maravillosa. Una inmensa languidez pasó por el aire. Todo el sol, que caía en el agua, en las hojas, rebrilló con un centelleo más intenso.

Pero el canto subía, más ardiente, cuando por detrás del puente de la isla, que verdeaba en medio del lago, surgió la proa de una barca que tenía la forma de un cisne todo erizado y nadando. Y entonces fué sólo un murmullo infinitamente dulce, errando en la umbrosa espesura de la arboleda. Lentamente la barca avanzaba, y en ella, en pie, venía una mujer de maravillosa belleza. Entre el vestido negro que la cubría, su cuello y sus hombros desnudos despedían una claridad como la de la nieve bajo el sol. Sobre el manto negro, cuyos pliegues se marcaban, pesados y rígidos, llenando el barco, sus inmensos cabellos caían sobre otro manto de oro rojizo. Ninguna joya la adornaba; una languidez negra y profunda cerraba casi sus ojos; en sus labios bermejos erraba la tristeza de una sonrisa. Lenta y serena, la barca hendía el agua, sin dejar surco, y poco a poco el canto, alrededor, en la fresca arboleda, era más oculto y vago.

Cuando la barca tocó la orilla de hierba verde, el cántico terminó, y hubo sólo en torno un éxtasis mudo, de la verdura, de las aguas, de la luz. Don Gil esperaba, sin moverse, deslumbrado. Entonces, la mujer maravillosa dió un lento paso en la hierba y luego otro; su gran manto se arratraba pesadamente, y bajo la orla de su vestido brillaba la blancura de sus pies descalzos. Así, dulcemente, se acercó a don Gil, cuyo corazón latía con ansiedad, y a medida que ella se aproximaba a él, el casto mozo notaba que el pesado vestido negro, el pesado manto negro hacíanse más finos, se volvían transparentes. Ya dejaban ver bajo sus pliegues las vagas blancuras de un cuerpo divino. El largo manto no era más que un velo tan leve, que ni doblaba las puntas de las hierbas. El vestido era tan fino, que se ceñía a los senos, se enrollaba a las rodillas. Y cuando la mujer maravillosa llegó junto a su rostro, toda su desnudez, más bella que la de Helena, de Venus, resplandecía más blanca, bajo la tenue niebla de una gasa negra.

Entonces, aquel cuerpo maravilloso se inclinó sobre él, que sentía su calor y su perfume. Y los labios, rojos y fuertes, dieron en los suyos, que temblaban, un beso tan profundo, que un gran grito de goce doloroso se escapó de su pecho. Despertó, y a su lado, en pie, ya con el ancho sombrero puesto, el señor de Astorga hebillaba el cinturón de la espada.

—¡Buena siesta echamos, señor don Gil! La tarde está fresca y es

hora de cabalgar si queremos llegar hoy todavía a Alba de Tormes.

Don Gil temblaba. Y sus ojos, inquietos, buscaban alrededor en una nostalgia de aquel sueño divino que había terminado.

Montó en silencio en su mula, que Pero tenía ya de la rienda. Y cuando salió de aquel dulce prado se volvió aún en la silla, miró la hierba, el agua serena del lago, la isla, la arboleda toda, y un suspiro se escapó de sus labios.

Durante largo rato cabalgaron callados. La carretera era, entre grandes arboledas, fresca y risueña (1).

(1) Aquí termina el manuscrito.

FIN DE LAS
«LEYENDAS DE SANTOS»
Y DEL TOMO II
DE LAS «OBRAS COMPLETAS DE
JOSÉ M. EÇA DE QUEIROZ»

INDICE



